PORTE PAGO
¿QUIEN MATO A LEIMSTER?
Por EDWARD WOODWARD
Un crimen misterioso y su inesperada solución
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
No. 402 AÑO XI,
Bs. Aires, JUNIO 12 de 1931
20 cts.

805
PU
v.32:402-414
1931 Je-S

—¿Para qué haces ese nudo en el pañuelo?
—Para acordarme que no debo de beber porque me estoy volviendo un borracho.
—¿Pero no acabas de beber una copa de cognac?
—Sí; pero es que no miro el nudo hasta que bebo la copa.

En una sastrería:

Un caballero se prueba unos pantalones que le sientan tan sumamente anchos, que al momento de dejar de sujetárselos en la cintura descienden rápidamente al suelo. Recógelos del ídem y vuelve a colocárselos, pero inútilmente, pues dejar de sujetárselos y desaparecer los pantalones es todo uno. Un botones le dice:

—Me dice el maestro que qué tal le caen a usted los pantalones.

—Pues dile — responde el caballero — que, aunque no de una manera vertiginosa, no creo que tenga tiempo de vérmelos puestos.

* * *

En la barbería:

Un caballero entre a afeitarse:

—¡Maestro! Me queda una hora para tomar el tren. ¿Puede afeitarme en ese tiempo?

—Sí, señor.

Mientras lo está afeitando discute sobre cuál de los animales es el más inteligente.

Unos dicen que el caballo, otros que el perro, otros que el mono, etc. Con la discusión para el tiempo y el caballero pierde el tren.

Al pagar el servicio el aludido caballero, dice:

—Señores, el animal más inteligente es el chivo. Porque se deja la barba para que ningún barbero charlatán le haga perder el tren.

Entre estudiantes:

—Oye, chico; te encuentro más gordo que antes. ¿Te has mudado de hospedaje?

—¡Que va, hombre! Es que ahora tengo una novia cocinera.

* * *

A oscuras y sin luz:

Un matraco entra a oscuras en una cuadra y tropieza con una caballería, que le da una coz, y entonces el baturro, soltando una exclamación, llama a un compañero suyo:

—¡Cayetano! ¡Cayetano!, echa una luz, que me ha dao una patá la mula y no se si ma dau u ha dau en la paré.

* * *

Dos amigos charlan:

Primero.—En mi país, han averiguado, excavando y han descubierto, a sesenta metros de fondo, unos trozos de alambre contemporáneos de Julio César; con que fué en mi país donde, sin duda alguna, nació la telegrafía.

Segundo.—Pues bien, en el mío, han calculado, averiguado, excavado, y , por fin, ¿sabes, amigo mío, lo que han hallado?

Primero.—¿. . .?

Segundo.—Pues nada, y, sabes tú lo que eso prueba:

Primero.—¿. . .?

Segundo.—Que, seguramente, fué en mi país ¿donde se verificaron las primeras emisiones de telegrafía sin hilos. . .

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 402. -- JUNIO 12 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

¿QUIEN MATO A LEIMSTER?

Por EDWARD WOODWARD

SE acercaba la hora de comer y Cipriano Claughton, coronel retirado del Ejército de la India, dejó a un lado la primera edición del diario de la noche con un suspiro.

—Malos tiempos estos, murmuró. Había revoluciones, crímenes y violencias en todas partes, Nadie sabía a donde irían a parar las cosas. Y ahora le había tocado al viejo Leimster pagar tributo al desórden reinante. Era un hombre desagradable, que siempre se estaba creando enemigos; pero nada excusaba el asesinato... No había disciplina social; eso era lo malo. La gente daba rienda suelta a sus pasiones y éstas se desbocaban.

Al salir del salón de lectura encontróse con Carlos Leimster, el hermano menor del asesinado, que salía del vestuario.

—¡Buenas noches, Leimster! — dijo Claughton, con un saludo compasivo — Acabo de enterarme de la muerte violenta de su hermano y la siento mucho.

Carlos Leimster lo miró con ojos huraños. Era un hombre macilento, de cincuenta años, con tranquilos y reservados modales. Se le tenía por enfermo. Y aunque los rumores decían que era pobre, su aspecto era siempre el de un hombre que se viste en buena sastrería y cuida de su persona. Al verlo ahora tan desaliñado, Claughton sintió despertarse su compasión. El pobre hombre había recibido evidentemente un gran choque con aquella tragedia.

—¡Terrible suceso! — dijo Leimster con voz ahogada — Acabo de llegar de Oxley... ¡Pobre Juan! Yo medio esperaba esto; pero...

—¿Lo esperaba? — Claughton alzó sorprendido sus cejas grises — ¿Qué quiere usted decir?

Leimster miró cautelosamente a su alrededor y luego dijo en voz baja:

—"Se" quienes son los asesinos.

—¿Asesinos? ¿Son más de uno? — interrogó Claughton pensando que quizá la pena había trastornado el equilibrio mental del enfermo.

—Son dos, — dijo Leimster. — Estoy convencido que quien descargó el golpe es un hombre llamado Adamson. Se hace llamar el capitán Adamson. Era el secretario privado de Juan y, con toda seguridad, amante de su joven esposa. Ha desaparecido y estoy convencido de que ella instigó el crímen.

Claughton estaba ahora seguro de que el pobre Carlos Leimster sufría un trastorno mental.

—¡Vamos! — dijo — No debe usted hacer cagos tan a la ligera. Además de injusto, es imprudente. Conocí bastante bien al padre del joven Adamson; servimos juntos en la India y conocí también a Gerry, cuando era muchacho, en Repton... No, no puedo creer lo que usted dice.

Leimster se encogió de hombros.

—Lo siento, Claughton — dijo — Pero yo estoy convencido.

Claughton jugaba con la tirilla de cuero de su reloj. Por deber hacia su amigo muerto, no podía dejar que aquella acusación siguiera curso. Pensó en que hechos se basaba Leimster para hacerla. Decidió averiguarlo.

—Si no ha comido usted todavía, — dijo — podríamos roer un hueso en el "grill room".

Leimster vaciló un momento y luego aceptó.

—¡Gracias! — dijo — Me alegro de su compañía. En verdad este desdichado asunto me ha trastornado.

—Hay detalles concisos en el diario — observó Claughton, después que dieron sus órdenes — Dice que se encontró el cadáver hoy, a medio día, en el estudio todo desordenado; hay señales de que recibió un fuerte golpe en la frente. La caja estaba abierta y faltaban algunos papeles de valor; otros estaban sembrados por el suelo. La ventana estaba abierta y arrancada la colgadura... Eso es todo ¿Vió usted el cadáver antes de que se lo llevaran?

Leimster, con la vista fija en el mantel, se extremeció.

—No — murmuró sin alzar los ojos — No lo vi. Yo no había vuelto a hablarle a Juan después de su matrimonio. Nos peleamos violentamente en nuestra última entrevista, un poco antes del casamiento. Y no tuve valor para entrar al cuarto donde estaba su cadáver.

Claughton movió comprensivamente la cameza y decidió que Carlos Leimster estaba al borde de una crisis nerviosa. Su rostro tenía un tinte ceniciento, su cabello estaba desgreñado. Se le había aflojado el nudo de la corbata y mostraba el botón del cuello; los hombros de su jacket ostentaban todavía el polvo del camino y la flor se le había caído del hojal, dejando solo la hoja y el tallo, que caían marchitos de la solapa.

—¿Por qué? — preguntó poco después el coronel, mientras comían el asado — está usted tan seguro de que el joven Adamson es culpable de este crímen?

Leimster permaneció un momento silencioso; luego alzó la mirada y sonrió tristemente.

—¿Recuerda usted con quién se casó mi hermano? — preguntó.

—Vagamente. Ella era una muchachita empleada en Bond Street ¿no?

—Si, la muchacha que le manicurába las uñas en lo de Adolfo — replicó Leimster ásperamente.

Claughton se hizo cargo de su amargura.

—Eso frustró las esperanzas de usted, supongo — murmuró, bebiendo su clarete.

—Mientras la muchacha viva, yo recibiré la mitad de la herencia; si ella muere, toda — dijo Leimster — ¿Y qué consiguió Juan con su locura? Nada más que infelicidad. El y la muchacha se estaban siempre peleando, según me han dicho.

—¿Por qué? — preguntó Claughton.

—Por las coqueterías de ella con Adamson — Leimster se inclinó violentamente a través de la mesa — Ahí tiene usted el móvil del crimen. La muchacha sabía que heredaba... Suprimiendo a Juan, quedaría en libertad de casarse con su pobre diablo; así que instigó el crímen y quizá ayudó a su ejecución...

Claughton movió la cabeza y sus ojos adquirieron cierta expresión de dureza bajo de las cejas grises.

—Es mucho suponer, Leimster — murmuró — Creo que debe usted buscar en otra dirección a la persona culpable. Su hermano Juan tenía muchos enemigos, me parece. ¿Acaso aquel sobrino suyo, Guillermo Leimster, no abandonó Inglaterra jurando que se vengaría de él?

—Sí — convino Leimster — Pero Guillermo está en Ceilán. Los culpables son Adamson y la mujer, y no estaré satisfecho hasta que no hayan pagado su culpa.

Se enderezó con un movimiento brusco, sacudió el polvo de sus hombros, quitóse la hoja y tallos marchitos del ojal y las dejó en el plato. Luego se puso de pie y dirigió a Claughton una forzada sonrisa.

—Hablemos de otra cosa ahora — dijo — No pegaré los ojos esta noche.

Claughton se paró también, quedóse un momento para firmar la cuenta y dar propina al mozo. Luego se reunió con Leimster en el hall.

Se separaron poco después. Leimster se fue a su casa y Claughton, luego de hablar unas palabras por teléfono, alquiló un taxi y se dirigió a Scotland Yard.

Debido a ciertas actividades en descubrir espías en 1915 Claughton era bien conocido por los jefes de la Yard y al preguntar por el jefe-inspector Taunish fué introducido en el despacho del hombre.

Taunish era alto, de cabello rojizo, canoso, y rostro de esfinge. Le tendió la mano a Claughton por encima del escritorio.

—¡Hola, coronel! — le dijo — ¿qué le trae por aquí a esta hora de la noche?

—El deseo de servir a un amigo — contestó Claughton — y la curiosidad de saber lo que hay de nuevo en el asesinato de Leimster.

El bigote rojizo de Taunish cayó al fruncir el inspector los labios.

—¿Quién es el amigo a quien quiere servir y por qué le interesa este asunto, coronel? — preguntó.

—Acabo de comer con Carlos Leimster, quien parece considerar culpable del asesinato de su hermano al joven Gerardo Adamson, secretario del muerto...

—**También lo creemos así nosotros** —

interrumpió Taunish — Fué arrestado hace una hora.

Claughton estuvo un momento silencioso; luego sonrió.

—Conozco al joven Adamson y conocí a su padre — observó — Me cuesta mucho creer que el joven haya cometido ese crímen. Sus sospechas tienen que ser muy fundadas.

—Lo bastante fundadas como para considerar una imprudencia dejarlo en libertad — murmuró Taunish — Por una y otra fuente hemos averiguado que el joven Adamson estaba enamorado de la joven señora de Leimster. Parece que, sabiendo esto y sospechando que ella correspondía a los tiernos sentimientos del secretario, el viejo Juan Leimster mortificaba bastante a su esposa. Anoche tuvieron por esa causa una disputa y Leimster echó a Adamson a puntapiés de su casa. Salió diciendo que mataría al viejo, si no trataba mejor a su esposa y desde ese momento, hasta hace una hora en que lo encontramos, desapareció.

—¿No tiene coartada? — preguntó Claughton.

Taunish se encogió de hombros.

—Dice que pasó la noche a orillas del río, del otro lado de Maidenhead.

—¿Pero y esta mañana, a la hora del crímen?

—Dice que estaba durmiendo al sol, junto al río y que se dirigió a pie a Slough esta tarde. Puede o no puede ser verdad. En nuestros días es muy fácil para un caminante subir a un auto y estar en dos sitios a la vez.

—Tengo entendido que faltan algunos papeles en la caja ¿Se le encontraron a Adamson al ser arrestado?

—No; pero esas cosas pueden ocultarse para usarlas más tarde. Puede ser inocente, claro está; pero es nuestra mejor pista. El sargento Carter, que está en Oxley, ha interrogado a la joven señora Leimster y no la encuentra muy dispuesta a ayudarnos.

—¡Hum!... — murmuró Claughton a quien no agradó el aspecto de las cosas — ¿No es posible que tenga algo que ver en esto el sobrino del difunto, Guillermo Leimster? Por lo que yo recuerdo, era un joven de carácter bastante violento.

—Está en Ceilán. Probamos esa pista primero. Smyth y Dorking, los abogados de Newbury, le mandan dinero cada trimestre. El muerto era un benefactor de Guillermo.

Claughton agarró su sombrero.

—Como amigo del joven Adamson ¿me permite intervenir, Taunish? — preguntó.

—Haga lo que le parezca, coronel — contestó el inspector — El joven está en la comisaría de Merrow Road, si quiere verlo. Y si desea dar un vistazo al teatro del crímen, Carter se lo mostrará.

—Muchas gracias, Taunish — dijo el coronel y se despidió.

Decidió visitarlo a Adamson en Merrow Road. No era probable que el hijo de Roberto Adamson fuera un criminal. Naturalmente la pasión es poderosa; pero, no obstante, el coronel Claughton no podía creer eso.

Cuando al fin trajeron a su presencia a Gerry Adamson, en el despacho de policía y vio la expresión de los ojos del joven, oprimiósele el corazón.

—¿Sabe usted quien soy? — preguntóle con amistosa sonrisa.

—Creo que es usted el coronel Claughton — contestó Adamson — Me parece recordarlo. ¿No estuvo usted, una vez en Repton con mi padre?

—Efectivamente.

—¿Supongo que habrá usted venido a preguntarme por qué maté a ese viejo cochino de Leimster? — preguntó Adamson con amarga risa.

—Pero usted no fué, ¿verdad? — preguntó Claughton.

—Naturalmente que no. Dios sabe que sentí muchas veces la tentación de matarlo; pero...

—¿Qué defensa tiene usted? — interrumpió Claughton.

—Ninguna, excepto mi palabra. Nada se, excepto que el viejo Leimster era un malvado, sin más pensamiento que su dinero y sus abejas. Trataba a éstas con mucha más consideración que a Vi... a la señora de Leimster.

Claughton había reparado en el inconsciente "Vi".

—¿Usted y la señora de Leimster eran muy buenos amigos, no? — preguntó.

—Creo que era yo su único amigo — contestó Adamson — Pero, oiga, coronel, yo no voy a hablar de ella en este maldito asunto. Gracias a Dios ahora es libre.

Claughton pensó que si Carlos Leimster tenía libertad para obrar, la de ella no duraría mucho. Se quedó un cuarto de hora con Adamson y luego, considerando desalentadora la actitud indiferente del joven, salió de la comisaría y se dirigió a su club.

Evidentemente las sospechas eran que el joven Adamson había vagado por Oxley toda la noche, volviendo ocultamente por la mañana para asesinarlo a Leimster. El coronel no creía eso. Era imposible sospechar del hijo de Roberto Adamson, creerlo capaz de tanta cobardía. Y sin embargo, en estos indisciplinados tiempos, nunca sabía uno lo que era posible y lo que no.

Un horrible pensamiento cruzó por su imaginación mientras estaba sentado en el club, fumando y bebiendo un whisky con soda. ¿Escudaba Gerry Adamson a aquella mujer? Pero ¿y los papeles que faltaban? ¿No podía ella haberse apoderado de las acciones o lo que fuera para obtener pronto fondos y huir con Gerry? Había que examinar eso. Y había decidido dirigirse a Oxley Grange a la mañana siguiente, cuando un hombre alto, muy quemado por el sol, se detuvo delante de su silla.

—¡Bolton! — exclamó el coronel — ¿De dónde diablos ha salido?

Jaime Bolton, de los Plantadores Unidos, sonrió y estrechó la mano del coronel.

—De Colombo — dijo — Llegué ayer, con un par de meses de licencia, y ando

buscando un poco de tranquilidad.

—Entonces a mal puerto viene usted por leña — dijo Claughton — Aquí no hay paz, si no de labios afuera. Los asaltos y los asesinatos son el nuevo deporte de los británicos.

Bolton se echó a reír.

—Hablando de asesinatos, — dijo — he visto que el viejo Leimster ha sido enviado al otro barrio. Curiosa coincidencia, yo vine en el mismo vapor con un sobrino suyo, Guillermo Leimster. El viejo Juan era administrador de su herencia y lo echó de Inglaterra hace uno o dos años.

El cigarro de Claughton brilló muy rojo bajo su repentina chupada.

—¿Dijo por qué volvía? — preguntó — Por lo que se del viejo Juan, era más probable que, a su llegada, lo matara a él que al ternero gordo.

—Creo que pensaba quitarle por algún medio su capital al viejo — contestó Bolton.

—¡Hum!... — murmuró Claughton — ¿A qué horas desembarcasteis anoche?

—A eso de las diez y ocho. Yo me quedé a pasar la noche en Southampton y Leimster tomó el rápido para Reading ¿Habrá visto a tiempo a su tío?

—¡Quién sabe! — replicó Claughton — ¿Qué piensa usted hacer con su licencia? ¿Compartirla entre Ascott y Woodwood, supongo?

—Probablemente — y Bolton empezó a detallar sus planes para los próximos dos meses.

El coronel Claughton volvió a su departamento a media noche; se acostó enseguida; pero no durmió. No podía apartar el pensamiento de que el hijo de su viejo amigo se hallaba en la cárcel y que la sombra de la horca se proyectaba sobre él. Estaba ansioso porque llegara el día para poder dirigirse a Oxley Grange y descubrir nuevos detalles.

Oxley Grange era una casa imponente; el coronel Claughton, que había alquilado un taxi en la estación, siguió por la larga avenida, pasó por delante del apiario modelo y al detenerse ante la augusta puerta de entrada, se preguntó que habría sentido la pequeña manícura de Bond Street cuando la vio por vez primera, como su futuro hogar.

—Supongo que se habrá asustado mortalmente — decidió, mientras subía la amplia escalinata.

El mayordomo agarró su tarjeta como un empleado de pompas fúnebres una corona y poco después hizo pasar al coronel a la biblioteca.

—Mi señora vendrá dentro de unos momentos, señor — dijo.

Al entrar a la habitación, Claughton se dio cuenta de la presencia de un hombre de unos treinta años, de ojos vivos, que estaba sentado delante de la ventana con una botella y un sifón de soda al lado.

Claughton se inclinó y el hombre púsose de pie con una sonrisa.

—¡Buenos días! — dijo — ¿Era usted amigo del querido difunto? Yo soy Guillermo Leimster, la oveja negra de la familia. ¿Quiere un brandy con soda? Este era de propiedad del difunto, del año 58. Nunca le tomé ni el olor cuando el viejo vivía, de modo que ahora me aprovecho.

Tipo original, pensó Claughton. O era inocente o muy buen actor.

—No bebo, gracias — dijo — Yo conocía poco a su difunto tío; pero he venido aquí para ver a la señora Leimster, por un joven amigo mío.

—¿Gerry Adamson? — preguntó Guillermo.

Claughton movió afirmativamente la cabeza y se sentó.

—Lo han arrestado por este asesinato— dijo Guillermo, encendiendo de nuevo su pipa.

—Y yo he estado pensando en qué se fundan para hacerlo — dijo Claughton — A propósito ¿vió usted a su tío antes de que lo mataran?

Guillermo tiró el fósforo por la ventana abierta.

—Sí. Arreglé mis negocios con él enseguida — se detuvo un momento y luego agregó: — El pobre diablo ya no perjudicará más a nadie.

Claughton lo estudiaba a Guillermo. El hombre parecía rudo; pero honrado. No tenía modales o aspecto de asesino; pero uno nunca puede saber.

—Usted sufrió bastante a causa de él, ¿no?

Guillermo soltó una carcajada breve.

—Hasta cierto punto. El era depositario de mi poco dinero. Debió entregármelo al cumplir yo veinte años; pero una cláusula de la escritura daba facultad al viejo Juan para hacerlo o no, a voluntad. Y él no quería soltar la mosca. Y yo empecé a fastidiarlo, con la esperanza de que se aburriera de mí y me diera el dinero; se aburrió, es cierto; pero en lugar de largar la moneda, me echó del país. Desde entonces estuve recibiendo trimestralmente una cantidad de dinero que él me enviaba. Estuve en Ceilán hasta hace poco.

—¿Por qué volvió? — preguntóle Claughton.

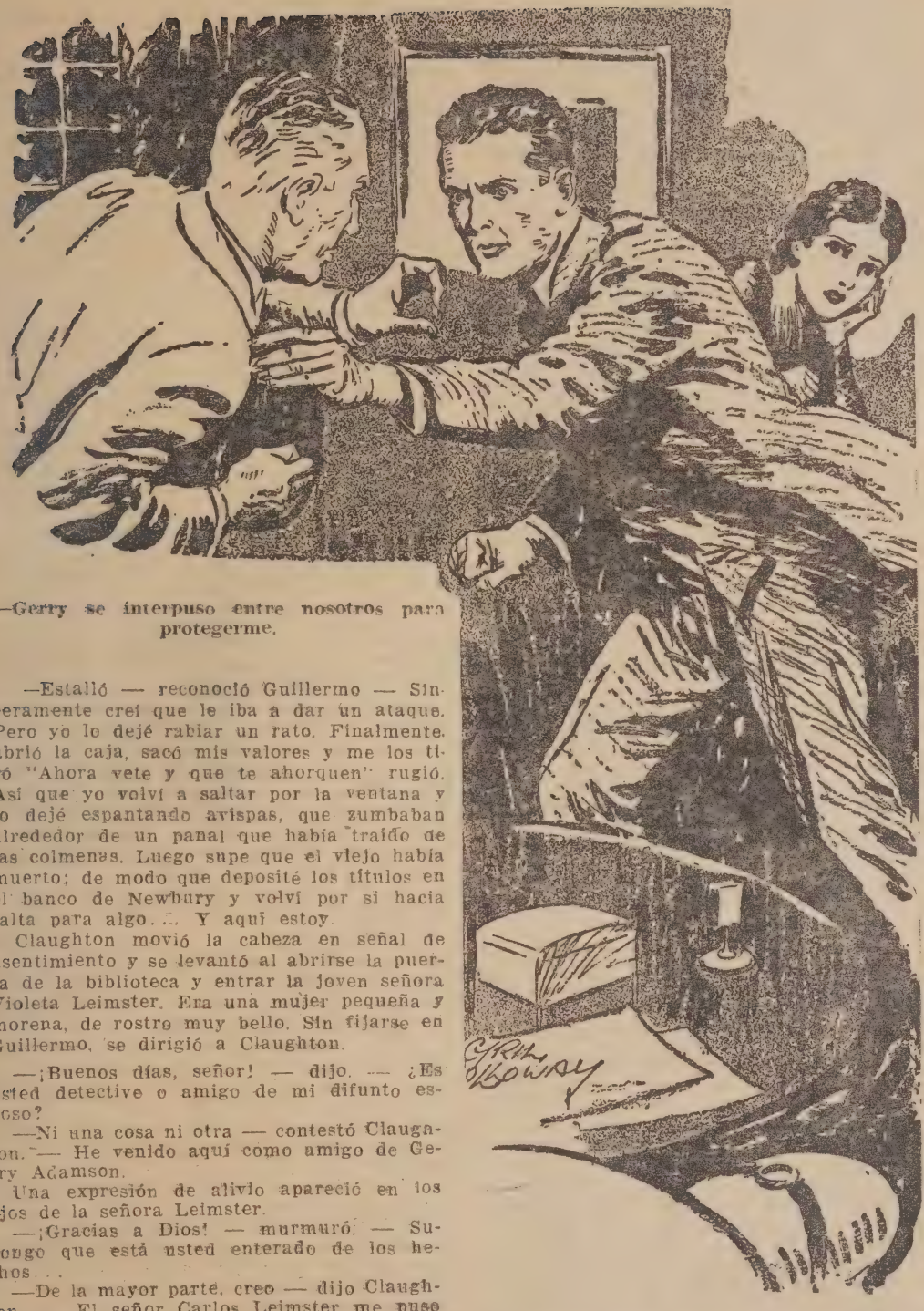
—Estaba harto de aquella vida y quise hacer otra tentativa para recobrar mi capital.

—¿Tuvo éxito en... en esa última entrevista?

—Completo — dijo Guillermo — Lo tomé de sorpresa. Sabiendo que, si entraba por la puerta del frente, me haría echar, lo acechéé entre las plantas. Lo vi salir, dirigirse a ver sus abejas y luego entrar en la casa. Poco después aparecí yo en la ventana de su biblioteca y, saltando por ella, me encontré delante de su escritorio, cuando él me creía a miles de millas de distancia.

Guillermo Leimster se interrumpió y miró a Claughton con expresión maliciosa.

—¿Se enojaría algo, verdad? — murmuró Claughton.



—Gerry se interpuso entre nosotros para protegerme.

—Estalló — reconoció Guillermo — Sinceramente creí que le iba a dar un ataque. Pero yo lo dejé rabiar un rato. Finalmente abrió la caja, sacó mis valores y me los tiró "Ahora vete y que te ahorquen" rugió. Así que yo volví a saltar por la ventana y lo dejé espantando avispas, que zumbaban alrededor de un panal que había traído de las colmenas. Luego supe que el viejo había muerto; de modo que deposité los títulos en el banco de Newbury y volví por si hacia falta para algo... Y aquí estoy.

Claughton movió la cabeza en señal de asentimiento y se levantó al abrirse la puerta de la biblioteca y entrar la joven señora Violeta Leimster. Era una mujer pequeña y morena, de rostro muy bello. Sin fijarse en Guillermo, se dirigió a Claughton.

—¡Buenos días, señor! — dijo. — ¿Es usted detective o amigo de mi difunto esposo?

—Ni una cosa ni otra — contestó Claughton. — He venido aquí como amigo de Gerry Adamson.

Una expresión de alivio apareció en los ojos de la señora Leimster.

—¡Gracias a Dios! — murmuró. — Supongo que está usted enterado de los hechos...

—De la mayor parte, creo — dijo Claughton. — El señor Carlos Leimster me puso al corriente de ...

—¡Ese hombre horrible! — exclamó la joven. — Todo lo que le haya dicho ha re ser incierto y monstruoso... Llegó aquí pocos momentos después de ser descubierto el cadáver de mi esposo e inmediatamente hizo toda clas de cargos contra el capitán Adamson y contra mí.

Guillermo Leimster lanzó un bufido.

—Siempre fué un tipo desagradable — declaró. — Yo lo ví venir por la avenida, mientras salía por la ventana del estudio

y, no deseando cambiar saludos con el, me alejé de su paso.

Reinó silencio un segundo y luego la señora Leimster se volvió a Claughton:

—¿Va usted a ayudarlo al capitán Adamson a escapar? — le preguntó.

El corazón de Claughton se oprimió; pero sus ojos permanecieron fijos en la señora de Leimster.

—¿Qué entiende usted por "escapar"? — le preguntó tranquilamente. — ¿Lo cree culpable?

Violeta Leimster suspiró y apartó la mirada.

—¡Oh!... no se que pensar. Si fué él; lo habrá hecho en un momento de arrebato, probablemente en defensa propia... Mi marido era hombre de genio muy violento.

—Cuando el joven Gerry Adamson se fué, después que el marido de usted lo despidió ¿tenía usted idea de verlo más tarde? — preguntó Claughton.

—Tenía esa esperanza, porque era mi único amigo verdadero. Pero no nos habíamos dado cita, si es eso lo que quiere usted decir. ¡Todo ocurrió tan rápidamente! Mi marido me pegó y Gerry se interpuso entre nosotros; no le pegó a él, sólo trató de protegerlo. Luego mi marido le dió diez minutos de término para abandonar la casa...

—Se supone que Adamson volvió aquí ayer por la mañana, quizá para ver como estaba usted. ¿No lo vió?

—No — contestó terminantemente Violeta.

Claughton permaneció silencioso. De una cosa estaba seguro: de que Violeta era inocente de toda participación en el crimen.

—Muy bien — dijo poco después. — Tengo permiso de Scotland Yard para examinarlo todo aquí. Fuí compañero del padre de Gerry Adamson en el ejército de la India, combatimos juntos y he de salvar a su hijo... si puedo.

Al decir eso salió de la habitación y encontróse con el sargento Carter en el hall. El detective lo saludó con deferencia.

—He recibido un mensaje telefónico del inspector Taunish diciéndome que le muestre lo que usted desee ver, coronel — dijo. — ¿A dónde quiere ir primero?

—Al cuarto del crimen — contestó Claghton.

La biblioteca era un cuarto brillante, lleno de sol y, fuera de retirar el cadáver, nada había sido tocado.

La amplia ventana estaba abierta, como estaba cuando se halló el cadáver del viejo John Leimster. A través de ella vió Claughton las guías de un rosal enredadera. Al adelantarse, media docena de avispas se levantaron de un pedazo de panal que había sobre el escritorio; espantándolas, se acercó a la ventana y miró hacia la galería.

Todo parecía muy apacible. Nada sugería el escenario de un crimen. Claughton se agachó y agarró un pimpollo marchito.

—¡Exquisito! — murmuró con el pimpollo bajo su nariz.

Extendió la mano y olió uno de los pimpollos de las ramas que sobresalían encima de su cabeza. Por un segundo estuvo allí, sumido es sus pensamientos y luego miró a Carter que lo contemplaba con tolerancia divertida.

—¿Le gustan las rosas, Carter? — preguntó.

—No tengo tiempo para pensar en esas cosas, señor — contestó el detective.

—No, supongo que no — Claughton sonrió. — Pero a mi siempre me han gustado mucho.

Se dió vuelta y examinó la habitación.

La puerta de la caja estaba abierta, arrimada contra la pared; los papeles de adentro ordenados, los cajones en su sitio.

—Nadie ha obrado con precipitación aquí — dijo. — Fuera quien fuese el que buscó algo, sabía donde hallarlo.

Pero el resto del cuarto estaba desordenado, como si alguna persona torpe hubiera andado por allí con los ojos cerrados. Un pedestal estaba caído de costado, entre la ventana y el escritorio; una silla había sido volteada y una mesa, que aparentemente había tenido papeles encima, se hallaba recostada contra el brazo de un sillón y los papeles esparcidos por el suelo; a una yarda del escritorio había un rollo de papeles, atados con cinta roja, como si se le hubiesen tirado a un intruso.

Claughton se acercó a la cortina que había sido arrancada en parte del barrote.

—¿Dónde encontraron el cuerpo, Carter? — preguntó.

El detective señaló el piso, donde había unos pliegues caídos de la cortina.

—Allí — dijo. — Boca abajo, con la cabeza cerca del friso, la cara entre los pliegues de la cortina. El médico dice que murió asfixiado, después del golpe.

—¡Oh! — murmuró Claughton. — Tendría que haber caído muy mal. Hay poca cortina en el piso para asfixiarlo, a menos que se le hubiera envuelto alrededor de la nariz y de la boca. ¿En qué posición estaban sus brazos y sus manos?

—Extendidas. La derecha junto a aquel rollo de papeles y la izquierda hacia el escritorio.

Levantando el rollo de documentos, que Carter había indicado, Claughton los examinó atentamente. Poco después sacó un pequeño vidrio de aumento de su bolsillo e inspeccionó una manchita.

—Una avispa recibió el pasaporte antes de que le dieran el suyo a Juan Leimster — dijo. — Esto es hexópodo, o tejido de insecto; y, aunque medio seco, sus gránulos demuestran que tiene menos de dos días.

Carter inclinó cortesmente la cabeza. Era detective, no sabio.

—¿Es otro de sus entretenimientos, señor?

—En la India estudiábamos estas cosas — contestó Claughton y se aproximó a la pared, donde examinó el papel claro, mismo donde se unía con la pesada moldura del marco de la ventana.

—Y aquí — dijo, sacando un lápiz de su bolsillo y trazando un círculo alrededor una mancha — es donde fué aplastada la avispa.

Carter empezaba a impacientarse pensando a donde quería ir a parar aquel coronel retirado de la India

Claugthon se había agachado y en un sitio, a unos tres pies del suelo, en la moldura de la ventana, trazó otro círculo.

—¿Qué es eso, señor? — preguntó Carter.

—"El sitio donde pegó, al caer, la cabeza de Juan Leimster" — dijo Claughton. — Hay dos cabellos grises adheridos a la pintura.

—¡Al caer! — exclamó Carter — ¿Quiere usted decir después que le fué asestado el golpe mortal, señor?

—Después que mató la avispa — dijo Claughton. — Ecuche: cuando el señor Guillermo Leimster se separó de su tío, el airado anciano estaba espantando avispas.... Eso explica el desorden de la habitación... Estaba él furioso y perseguía a los insectos con lo primero que halló a mano, que resultó ser ese rollo de papeles....

La expresión de la cara de Carter era tolerante, pero intrigada.

—Sí, señor — convino. — Pero ¿qué tiene que ver eso con el crimen?

—Todo — dijo Claughton. — La avispa se posó, aparentemente, en la pared, donde yo he dibujado ese círculo, alrededor de la mancha. El señor Leimster le pegó con toda su fuerza, con el rollo, como demuestra la mancha que le he mostrado en el papel... Pero al hacerlo, tropezó con el pedestal y cayó hacia adelante. Su cabeza pegó fuertemente contra la moldura de la ventana.

un esfuerzo espasmódico para sostenerse, agarró la cortina y la arrancó. Luego cayó, aturdido, en la posición que fué hallado.

—¿Entonces no ha habido crimen? — preguntó Carter.

—Temo que sí —murmuró Claughton.— Porque los pliegues de la cortina deben haber sido apretados contra su nariz y su boca hasta conseguir la sofocación.

—Costará algo probar esa teoría — dijo Carter, moviendo la cabeza.

—No lo creo así — repuso Claughton — porque he hallado algo más...

—Y que... — empezó Carter cuando resonó un golpe en la puerta y asomó la cabeza del mayordomo.

—Disculpe, señor; — dijo a Claughton — pero el señor Leimster está ahí y, sabiendo que se hallaba usted con el señor Carter, desea verlo.

— ¡Oh! . . . — Claughton se detuvo y luego añadió: — Dígale al señor Carlos Leimster que venga.

Leimster estaba boca abajo, con la cabeza cerca del piso, la cara entre los pliegues de la cortina.

Carlos Leimster entró a la habitación apresuradamente; su rostro parecía más huraño que la noche anterior. Se acercó a Claughton antes de hablar.

—¿Y bien? — dijo. — ¿Toma usted parte activa en este asunto, coronel? ¿Ha encontrado algo que pueda ser útil a su amigo Adamson?

Claughton miró tranquilamente al hombre excitado.

—Sí — dijo y abriendo la mano mostró a Leimster el pimpollo que había recogido y olido. — ¿Reconoce esto?

Carlos Leimster se inclinó y luego miró con sorna a Claughton.

—¿Si lo reconozco? — preguntó. — Hay

muchos pimpollos de rosa alrededor de esa ventana. ¿Lo encontró ahí, supongo?

—Lo encontré — convino Claughton. — Pero no provino de esa planta. El rosal que crece alrededor de esta ventana es Marjory Daw, una rosa bastante linda; pero sin aroma. Esta es Lady Jane, una rosa de la misma forma y color; pero con fuerte perfume.

—Muy interesante — dijo Leimster. — Entonces ¿de dónde salió ese pimpollo?

—Cayó del ojal de usted. — dijo con aspereza Claughton. — Era la flor que llevaba usted ayer. Cuando comimos juntos, noté que el pimpollo había caído de su tallo y no quedaba más que éste y la hoja. Cuando me quedé para firmar la cuenta, advertí que era una hoja de Lady Jane. Recordará usted que me dijo no había estado en esta habitación...

El rostro de Carlos Leimster estaba lívido.

—¿Qué quiere usted dar a entender? — dijo.

—Que fué usted quien mató a su hermano.

—¿Cómo? — balbuceó Carlos.

—Oprimiendo su boca y su nariz con los pliegues de la cortina hasta que se asfixió.

Aquellos detalles hicieron perder a Carlos Leimster el dominio de sí mismo. Con un grito ahogado de rabia retrocedió, tambaleándose, y Carter lo agarró.

—Toque ese timbre para que venga el mayordomo y pida un médico — ordenó Claughton a Carter.

Pero Leimster extendió una débil mano.

—No... pierda tiempo — murmuró. — Me muero. Escuche. Puedo salvar a un hombre inocente, Recibid mi confesión ante de que mi corazón cese de latir, como ha amenazado hacerlo desde hace tantos años. hace tiempo que me encontraba en situación financiera embarazosa. Vine ayer con la remota esperanza de obtener ayuda de mi hermano Juan. Al acercarme a la casa, atravesando el césped, lo vi pasar por delante de la ventana de esta habitación y decidí llegar a él directamente, en vez de entrar por la puerta principal. Cuando entre a la biblioteca lo encontré boca abajo, desmayado, donde acababa de caer... un insano impulso se apoderó de mí. Sabía que a su muerte recibiría yo la mitad de su fortuna. En un momento de locura agarré los pliegues de la cortina y los apreté sobre su nariz y su boca hasta que dejó de respirar.

Luego oí que venía alguien y escapé por la puerta del hall... — respiró penosamente y cerró los ojos. — Ya sabe usted el resto — murmuró. — Por salvarme traté de hacer recaer la culpa sobre la mujer que me había desalojado de mi casa y sobre el joven Adamson...,

Su voz se extinguió y Carter, que había estado escribiendo rápidamente, tendió a Claughton la libreta de apuntes y un lápiz.

—Firme esto si puede, señor — dijo gravemente. — Y luego mandaremos buscar un médico para que lo atienda.

Carlos Leimster agarró el lápiz y firmó confesión.

Fué la última cosa que hizo en esta vida.

F I N

—Mi padre me dió unos miles de pesos para que aprendiera la pintura.
—¿Sí?... ¿Y qué hizo usted con ese dinero?

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

CUANDO llegaron a la puerta, Sydi Ahtmed no esperó a que llegasen sus capitanes a tenerle el caballo y presentarle la rodilla para que desmontara; saltó del caballo y adelantó hacia Mirian para ayudarla a bajar.

—¡No, detente! — gritó Sydi Juzef.

El sultán se detuvo.

Sydi Juzef, que había dado lugar a que dos esclavos le tuviesen el caballo, se apoyó en la rodilla que le presentaba uno de sus capitanes, y bajó reposadá y majestuosamente. Luego adelantó hacia Mirian, y la dió mano. La sultana, cuyo asno tenían dos kaides, saltó con suma agilidad y gentileza, y quedó de pie, esbelta y magnífica, asida de la mano de su padre.

Sydi Juzef entró con ella en la tienda. Detrás entró Sydi Ahtmed. Parecía que Sydi Juzef era el sultán y que Sydi Ahtmed era el príncipe. Los kaides, los soldados y los esclavos que estaban fuera de la tienda, veían todo aquello con asombro. El mismo Sydi Ahtmed cerró por su mano las dos telas que formaban las dos puertas de la tienda y nada pudieron ver ya los curiosos.

El interior de la tienda era admirable: la tela que servía de techo y los tapices que formaban las paredes eran de brocado de seda y oro, formando preciosos arabescos. Una doble alfombra de vivos matices y caprichosos adornos cubría el suelo. Un ancho diván de almohadones de damasco encarnado estaba a un lado de la tienda, y junto a él una mesa de campaña muy baja, sobre la que había un Korán abierto, como si poco antes Sydi Ahtmed hubiese estado leyendo en él; un rosario de gruesas perlas sobre el Korán; más allá, un tintero de plata con cañas delgadas que son las plumas que usan los africanos, y algunos papeles escritos. Una lámpara de cuatro mecheros, de la forma de los antiguos velones de Lucena, pero de plata cincelada, y ancha y baja, ardía cerca del Korán.

Al otro extremo había un grande arcón de maderas preciosas, con incrustaciones de metales finos, que contenía sin duda el equipaje del sultán y su tesoro de campaña, y junto a él, colgada de una cruz de madera, se veía una magnífica armadura árabe de acero bruñido, blanca y resplandeciente, de gran peso y resistencia. No había más en la tienda.

Sydi Juzef había conducido a su hija hacia el diván, y la joven se había sentado en él, permaneciendo con el rostro cubierto y en una actitud altiva y dura, que nada tenía de favorable para Sydi Ahtmed. El santón se había situado junto a su hija, y había quedado en una actitud no menos dura y altiva que la que había tomado Mirian.

Sydi Ahtmed había permanecido por algún tiempo de pie, y como no tenía donde sentarse, porque el diván estaba completamente ocupado por el padre y por la hija, fué adonde estaba su armadura, tomó su grande escudo dorado, cubierto de inscripciones en esmalte azul, tomadas del Korán, puso el escudo en el suelo, y se sentó sobre él.

—Así se sentaban los antiguos califas en medio de su tienda, rodeados de su ejército, cuando entraban en batalla — dijo con acento duro Sydi Juzef: —¿es que no quieres dejar de parecernos sultán, Sydi Ahtmed?

—Es que creo que vamos a tener una dura batalla, tío Juzef — dijo con voz reposada y digna el sultán.

—Espero que no la tendremos y que acabaremos cuanto antes. Para ello, te voy a decir a lo que venimos. Mi hija, me ha oído hablar del rey cristiano, y quiere verle: yo hubiera podido pedírtelo; pero para evitar disputas desagradables y peligrosas — Sydi Juzef recargó el acento en su última palabra, — hemos venido a tus reales.

—Bien venidos son siempre a mi lado mis parientes y la alegría de mi alma.

Sydi Juzef dejó caer una mirada terrible en la mirada del sultán.

—Mi hija jamás será tuya — dijo con voz cavernosa; — no será de nadie; las huríes no han nacido para los mortales, aunque sean reyes del mundo.

—Tu hija me aborrece, no se por que... por mi desdicha, y tu estás loco, tío Juzef.

—Siempre has sido irreverente e impío, y es necesario todo el desprecio que yo tengo hacia las cosas mundanas para que no te castigue por tu insolencia.

—Me llamas insolente, y he sido todo lo que tú has querido; mis soldados han vencido, costando torrentes de sangre esta batalla, y tu te has apoderado de sus trofeos más preciosos; en tu morabito guardas el estandarte real de los portugueses, y pende de tu cintura la espada del desgraciado rey D. Sebastián; te he mandado uno de mis kai-

des a reclamarte respetuosamente esos trofeos para la casa de Dios, y me has insultado, has arrojado amenazando de muerte a mi kaid, y, sin embargo, yo, sultán vencedor, yo, xerife como tú, he sufrido pacientemente y nadie te ha vuelto a inquietar. Ahora me pides el cadáver de un rey sin ventura; lo tendrás, a pesar de que yo pensaba devolverle a los suyos para que le diesen sepultura entre sus abuelos. ¿Y qué has hecho tú para que puedas decirme esto con derecho?

—¡He hecho lo que no quieres ver; puedo hacer lo que no haré — dijo con voz concentrada Sydi Juzef.

—¿Y qué es lo que has hecho?

—Un día puse en el trono de Marruecos al hermano de tu padre, cuando pude haber tomado ese trono para mí, y me retiré a la soledad para ser discípulo de un morabito.

—Te arrojaba a la soledad el remordimiento — contestó enérgicamente el sultán; — por tu conciencia está cayendo siempre una gota de sangre..., una gota de sangre que te ha vuelto loco.

Sydi Juzef palideció, tembló como una montaña en cuyo seno hierve un volcán, se puso de pie, pálido de cólera, y empuñó la espada del rey D. Sebastián.

—¡Padre! — gritó Mirian lanzándose del asiento y colocándose entre los dos xerifes.

Hasta entonces, Sydi Ahtmed no se había levantado, no se había movido.

—¡Padre! — repitió la joven asiendo la mano que Sydi Juzef había llevado a la espada, y mirando de una manera fija, terrible, indómita, al sombrío xerife.

Sydi Juzef retrocedió, como empujado por la mirada de su hija, y se sentó de nuevo, pero desalentado, como herido, en el diván.

—¡Sí, es verdad! — dijo. — ¡Una gota de sangre! ¡Siempre una gota de sangre cayendo sobre mi alma! ¡Loco! ¡Ah!

Y soltó una carcajada terrible. Luego se recobró, revolvió en torno de sí una mirada feroz como la de un lobo hambriento, y, por último, pareció como que aquella tormenta pasaba.

Mirian había vuelto a sentarse. Sydi Ahtmed había permanecido inmóvil

—¡Qué he hecho yo! ¡Qué he hecho yo! — dijo después de un largo rato, en que nadie rompió el silencio. Sydi Juzef. — ¡Es verdad! ¡Antes de ser morabito, de recogerme a la soledad con mi hija, yo me he adormido en mis alcázares, me he escondido en el harén cuando ha tronado el cañón de batalla.

—Tú has sido un gran príncipe y un gran soldado, un xerife digno de su sangre; pero no me refería yo a lo pasado hace muchos años; me refería a hoy. ¿Quién te ha visto en la pelea?

—Si tú no me has visto, si no me ha visto mi hermano Al-Malek, si no me ha visto mi otro hermano Abu-Abd-Allah, me han visto las kabilas del campo y de la montaña, y me han visto los enemigos cristianos. ¿Qué hubiera sido de vosotros si yo, al saber que estábamos amenazados, no hubiera enviado emisarios a las kabilas circunvecinas, llamándolas en mi nombre a la pelea? ¿Qué hubiera sido de vosotros si mis valientes kabilas no os hubiesen ayudado? ¿Tan fácil os ha sido la victoria? ¿No ha quedado el campo cubierto de moros, casi tanto como de cristianos? Yo os he dado la victoria, y después de ella, en vez de tomar un trono, que desprecio y he despreciado muchas veces, he enviado a mis kabilas a sus aduares y me he vuelto solo a mi morabito.

—Yo no te hubiera disputado el trono si a la muerte de tu hermano Al-Malek le hubieras reclamado; pero después de haber sido proclamado sultán, defendería mi honra luchando.

—¡Contra mí! — exclamó con desprecio Sydi Juzef.

—Se que el imperio entero respeta al santo xerife morabito de Ain-al-Mokazen; se que de todas partes del imperio van a buscar en ti la salud los enfermos, y los necesitados ayuda; se que las limosnas de los creyentes te han dado muchos tesoros; se que eres inviolable, y que sería despedazado quien se atreviese a tocar un solo pelo de tu barba; se que solo con querer te harías proclamar sultán; pero siéndolo ya, lo seré aunque sólo sea un momento: el tiempo necesario para que mi cabeza cayese a tus pies.

—¿Y por qué entonces pretendes quitarme lo que yo tomo?

—Por honor del reino.

—¡El imperio es mío!

—Tómalo en buena hora.

—No lo quiero.

—¿Qué quieres, pues?

—Mi hija quiere ver el cadáver del rey cristiano; concluyamos, pues; guíanos adonde ese cadáver está.

Sydi Ahtmed se puso de pie, levantó su escudo imperial y le llevó donde estaba su armadura. Luego abrió la puerta de la tienda. Sydi Juzef tomó de la mano a su hija, y salió también.

Capítulo V

Los xeques, los kaides, los faquíes, los santones, los capitanes, los principales, en fin, del ejército, que estaban agrupados a la puerta de la tienda del sultán, al verle aparecer acompañado de su tío, el temido y el respetable xerife morabito de Ain-al-Mokazen, y de su hija la hermosa sultana Mirian, se inclinaron profundamente. Los esclavos negros que tenían antorchas encendidas, se precipitaron a alumbrar por delante a los tres altos personajes.

—¡A la tienda de los reyes muertos! — dijo con voz ronca y seca el sultán.

Los esclavos rompieron la marcha en dos hileras. Delante, y gritando a grandes voces: ¡El sultán! ¡El sultán! iban algunos soldados de la guardia negra, con las espingardas al hombro y en un grupo informe.

Detrás del sultán y de sus nobles parientes marchaban los principales del ejército y de la corte; luego, el asno de Mirian y el caballo de Sydi Juzef, llevados por esclavos; a seguida, el kaid que había acompañado y escoltado al morabito y a su hija, y sus cuarenta jinetes negros.

Por último, una gran multitud de curiosos, muchos de los cuales eran soldados del ejército, y la mayor parte moros de las ka-

bilas circunvecinas que habían venido al pillaje.

Marchaban por una ancha y larga calle de pequeñas tiendas cónicas rayadas de blanco y pardo, en cada una de las cuales sólo cabían diez hombres tendidos. Alrededor de cada una de estas tiendas había, clavadas en el suelo, diez lanzas, y sujeto a cada una de estas lanzas por una traba puesta a la mano derecha, un caballo, puesta la silla y comiendo su pienso, arrojado en el suelo. En medio de cada grupo de diez tiendas había un gran fuego, sobre el cual, en una ancha y negra caldera, se condimentaba el rancho para cien hombres.

Todo era, pues, actividad, y una actividad característica. Por todas partes, entre las tiendas, alrededor de los fuegos, yendo y viniendo, se veían altas y graves figuras blancas, que marchaban con el paso lento, reposado, casi majestuoso de los bravos marroquíes.

Y estas figuras, estas tiendas, estos caballos iluminados por el rojo resplandor de las hogueras y de las antorchas, producían con su actividad, con su aspecto y con su color negro un adimrable contraste con la luz dulce, clara y poética de la luna y con la tranquilidad, con el reposo, con la diafanidad del límpido, azul y despejado cielo.

Al fin de esta inmensa calle de tiendas, que asombraban por su número, fuertemente iluminada por la luz de algunas hogueras que la rodeaban, había una gran tienda roja, alrededor de la cual se veían a caballo inmóviles, apoyados en sus lanzas, cubiertos con sus capuces y sus alquiceles blancos, gran número de esclavos de la guardia negra, a los cuales se había encomendado sin duda la custodia de la tienda roja.

Antes de llegar a ella, el sultán, sus parientes y su comitiva pasaron por entre doce piezas de artillería de grueso calibre, no emparcadas, como ahora se usa, y con guardia, sino abandonadas acá y allá sobre sus fuertes y toscas cureñas. Aquella era toda la artillería que había llevado a Africa el rey D. Sebastián.

Los moros, cuando se trata de extranjeros, sacrifican su curiosidad a su bravía dignidad, y no hay nada, por sorprendente que sea, si es extraño a ellos, que les haga alzar los ojos o levantarse del lugar en que están indolentemente sentados, o interrumpir la conversación que tienen entre sí. Pero cuando se trata de sus propias cosas, cuando no les ven ojos extranjeros, cuando viven, por decirlo así, libremente en su casa, son excesivamente curiosos, admirativos y encarecedores de lo que ven.

Así es que alrededor de la tienda roja, y fuera del círculo de los guardias se agolpaba una innumerable multitud, y hervían las conversaciones, y se escuchaban las interjecciones más enérgicas y las mayores exclamaciones de asombro y de alegría.

Los moros estaban ébrios con la victoria que habían alcanzado sin esperanza, como dijo enérgicamente Herrera, el gran poeta, apostrofando a Africa por el fracaso del rey D. Sebastián, y se agrupaban alrededor de aquella tienda, porque en aquella tienda se encerraba el símbolo sangriento de la victoria.

Allí estaban los cadáveres de los dos xerifes enemigos, Sydi Al-Malek y Sydi Mohhammed-Abu-Abd-Allah, y el del rey de Portugal D. Sebastián, que había entrado en batalla en favor del xerife Abu-Abd-Allah, contra el xerife Al-Malek.

Los tres reyes que habían mandado ejércitos en aquella memorable y terrible batalla habían muerto. El xerife Al-Malek, de enfermedad. El rey D. Sebastián, de heridas, mientras combatía con la bravura de una fiera. El xerife Abu-Abd-Allah, ahogado en el río Lucos, al quererle vadear huyendo de la muerte.

Con el fallecimiento de los dos xerifes, Marruecos se veía libre de una guerra civil; con la del rey D. Sebastián, de un enemigo terrible. Esto excitaba, por una parte, la curiosidad y el asombro de los moros, y por otra su alegría.

A las voces de: ¡El sultán! ¡El sultán! que repetían incesantemente a grito herido los guardias que precedían a Sydi Ahtmed y a su comitiva, los guardias a caballo que rodeaban la tienda roja abrieron brutalmente a golpes con las astas de sus lanzas y echando encima sus caballos, un ancho boquete entre la multitud que rodeaba la tienda roja.

Al llegar a este boquete, los guardias que precedían a Sydi Ahtmed se partieron en dos mitados, y se detuvieron. Sydi Ahtmed adelantó, llevando a su derecha a Sydi Juzef, que llevaba a su vez de la mano a Sayda Mirian. La corte y los capitanes se detuvieron cuando llegaron al punto en que se habían detenido los guardias, y el sultán, el santón y la joven adelantaron solos.

A la puerta de la tienda, entre seis pajes moros de la servidumbre de Sydi Ahtmed, que tenían antorchas en las manos, sobre una manta sucia y vieja, desnudo y mutilado, había un cadáver. Aquel cadáver era el de un viejo. Estaba amoratado, como se amoratan los ahogados por inmersión. Estaba allí, sucio, repugnante, miserable, expuesto de una manera infamante, para que todos lo viesen, y escrito en un cartelón, colgado de un palo, clavado junto a la cabeza del cadáver, se leía en grandes caracteres africanos:

"Este es el xerife Mohhammed-Abu-Abd-Allah, el miserable, el infame (maldígale Dios), que trajo a los cristianos contra los creyentes, y que cayó con ellos al filo de la espada del Señor: que murió ahogado, no en un lago de sangre, sino en las ondas, del Lucos, que le tragaron como tragó a Faraón el mar Rojo. Maldiga Dios a Abu-Abd-Allah. Alabanza a Dios, Misericordioso, Altísimo y Unico, que ha dado las palmas de la victoria a sus creyentes, y ensalzamiento a nuestro señor Sydi Ahtmed, el poderoso, el invencible sultán".

Sydi Ahtmed pasó indiferente y altivo junto a este cadáver, y entró en la tienda. Pero el xerife Sydi Juzef se detuvo, fijó una mirada terrible en aquellos miserables despojos, y exclamó con voz gutural, sombría, horrible:

—He aquí a lo que se reducen las grande-

zas y las **vanidades de la tierra; he aquí que** tu propia miseria te sirve de mortaja, y tu ambición ha quedado reducida a polvo infame; he aquí en lo que has venido a parar tú, hijo de mi padre, eterno enemigo de tu familia, vergüenza de los xerifes, cobarde, que llamaste a los cristianos para traerlos contigo donde los exterminase la espada del Señor. ¡Maldito seas!

Y después de esta oración fúnebre a su hermano el xerife Sydi Mohhammed-Abu-Abd-Allah, el xerife morabito Sydi Juzef-Abd-el-Azis-al-Hbayzarí entró en la lúgubre tienda, llevando siempre de la mano a su hija, a quien sólo excitaba el deseo de ver de cerca, aunque muerto, al rey D. Sebastián.

Una gran lámpara iluminaba esta tienda, roja en su parte interior como lo era en lo exterior. Sobre una alfombra, roja también había dos lechos de honor, En el de la derecha, con la palidez lívida de una larga y penosa enfermedad cubierto con regias vestiduras de sultán y de xerife, había un cadáver de aspecto noble y grave a pesar de la muerte.

Aquel era el cadáver del sultán Sydi Al-Malek, de la familia de los xerifes hermano del infamado sultán Abu-Abd-Allah, tío del sultán recientemente proclamado, Sydi Ahtmed, y hermano también del xerife santón Sydi Juzef. Su espada de oro se veía tendida sobre él, y cruzada encima una palma, como doble signo de martirio y de virtud.

A la izquierda, en otro lecho menos elevado y menos ancho, pero también de honor, había otro cadáver. El cadáver de un hermoso joven, blanco y rubio, y azules los ojos, que nadie había cerrado todavía. Tenía los brazos y los pies desnudos, y el resto del cuerpo envuelto en un manto rojo, en un manto real de púrpura. Estaba tendido sobre tres lanzas de batalla, sobre las que se sujetaban dos grandes escudos de acero. No tenía ni espada ni palma. Pero la actitud de aquel cuerpo inerte tenía mucho de fiero, mucho de terrible; algo que le hacía respetable aun en el estado en que se encontraba.

Ocho alféreces jóvenes y hermosos, vestidos con anchas dalmáticas amarillas, con gorros cónicos rojos y tocas blancas alrededor de la cabeza, ceñidos largos y pesados yataganes, calzadas botas de tafilete amarillo también, apoyados en lanzas de hierro ancho y delueiente, estaban inmóviles como estatuas, en guardia de honor, cuatro delante y cuatro detrás, a los costados de cada uno de los dos lechos

Estos alféreces no se movieron, como si hubiesen sido inmóviles como los cuerpos que guardaban, a pesar de la presencia del xerife soberano, del xerife morabito y de la noble sultana de la familia de los xerifes almoravides.

—¡Salid! — dijo Sydi Juzef a los alféreces.

Estos no se movieron.

La ira era la pasión a que con más facilidad se entregaba Sydi Juzef; dijo de nuevo, poniendo mano a la espada del rey D. Sebastián, que llevaba ceñida

—¡Salid!

—¡Salid! — dijo al mismo tiempo el sultán.

Entonces los ocho alféreces terciaron sus lanzas, y salieron en paso acompasado de la tienda. Quedaron solos Sydi Ahtmed, Sydi Juzef y Mirian.

Mirian, sin dejar la mano de su padre, sin adelantar un solo paso, fijaba a través de su velo una mirada ansiosa en el cuerpo que se tenía por el del rey don Sebastián. Sydi Juzef miraba alternativamente a éste y a su hermano Al-Malek.

—¡He ahí un loco y un miserable! — exclamó

—¡Un miserable, tío! — dijo con acento de firme reconvención el sultán.

—Has debido ponerle al lado del cadáver de mi hermano — dijo Sydi Juzef; — Abu-Adb—Allah fué quien encendió la guerra civil disputando a Al-Malek su trono, viendo que yo, con mejor derecho que los dos, permanecía tranquilo, apartado de las miserias humanas, en mi ermita de Ain-al-Mokazen. No comprendo cómo se puede infamar a Abu-Adb-Allah sin infamar a Al-Malek. ¿No llamó éste primero a los cristianos? ¿Qué hizo Abu-Abd-Allah más que salir el primero al encuentro del rey portugués, persuadirle, robar su ayuda a Al-Malek y ponerle de su parte? ¿No han obrado los dos traidora e impíamente trayendo sobre nuestro suelo a un enemigo de Dios?

—Adb-Allah ha sido vencido — dijo Ahtmed.

—Vencido hubiera sido, y vencido hubieras sido tú- si yo no hubiera acudido con mis kabilas contra el cristiano.

—Y bien — repuso ya con impaciencia Ahtmed, — Abd-Allah ha muerto vergonzosamente ahogado en el río, cuando huía como un cobarde.

—Recuerdo que un día, hace muchos años — dijo Sydi Juzef, — te saqué yo medio muerto del río Bakuba, al que te habías arrojado huyendo de ese mismo Abd-Allah a quien ahora infamas; los ambiciosos no pueden ser héroes; los héroes, aunque me pese esta alabanza a un infiel, son los que, avaros de fama, mueren como ha muerto el rey portugués.

—Por eso le honro a par de mi tío, que ha muerto gloriosamente — dijo Ahtmed; — por eso le devolveré sin rescate, para que le sepulten en el panteón de sus padres: por eso le he envuelto en mi manto real.

—¡El rey portugués no ha muerto! — dijo Mirian, que durante la disputa de su primo y de su padre se había acércado al rey D. Sebastián y le había examinado profundamente.

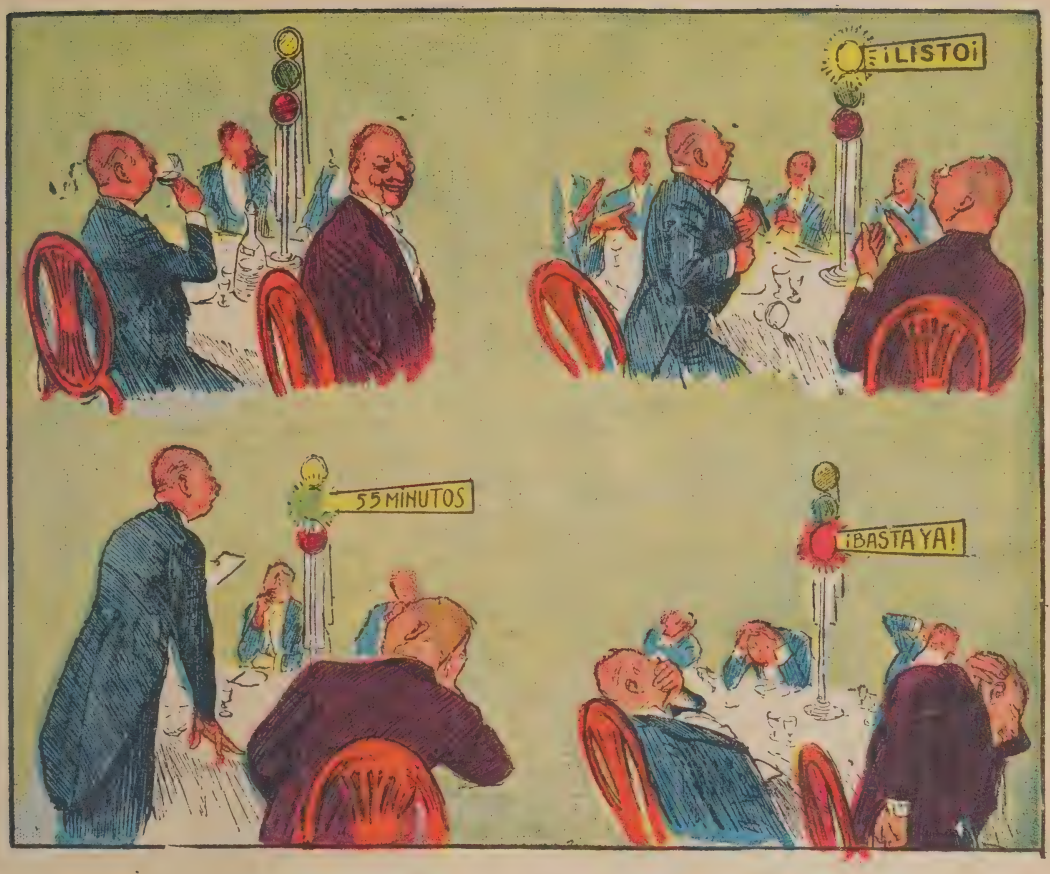
Mirian tenía puestas las puntas de los dedos de su mano derecha sobre la sien izquierda del rey Mirian se había colocado entre los dos lechos.

—¡Que no ha muerto! — dijeron a un tiempo los dos xerifes.

—No; yo siento aquí, en sus sienes, un leve, un levísimo latido — dijo con voz trémula Mirian.

—Tío — dijo Sydi Ahtmed, — tú eres un sabio médico: mira a ver si no se ha engañado tu hija.

—Mirian es tan sabia como yo; el espíritu de Dios reside en ella como en mí, porque es **mi hija, y también** como yo es ermitaña



INVENTOS PRACTICOS DEL PROFESOR TRAGAMUELAS

Señales que indican a los comensales de los banquetes, las distintas fases de los discursos de sobremesa.

y adora a Dios en la soledad con el corazón puro y sencillo; ella lo dice, y será verdad.

—Observa, observa tú también, padre — dijo Mirian con acento amoroso; — yo puedo haberme engañado.

Sydi Juzef puso las puntas de sus gruesos dedos en el mismo lugar de la sien del rey en donde había puesto los suyos Mirian.

—Mirian no puede engañarse — dijo Sydi Juzef, después de algunos momentos de observación; — este hombre vive aún; mira: los ojos no están turbios; la gran pérdida de sangre es la que causa su frialdad y su inmovilidad; pero este hombre morirá dentro de poco, sin que sienta la muerte, sin que nadie pueda verla concluír con él, cuando se apague la última llama del fuego de su vida.

—Dios nos manda socorrerle — dijo Sydi Ahtmed.

—El socorro es inútil — dijo Sydi Juzef.

—Probemos, sin embargo — dijo Mirian.

—Probemos en buen hora — dijo Sydi Juzef, siempre dócil a la voluntad de su hija.

—Pero es necesario trasladarle al morabito — dijo Mirian.

—Ya lo oyes, Ahtmed; Mirian dice que es necesario trasladar a ese cristiano a la ermita.

Sydi Ahtmed palideció. El santón, no satisfecho con haberse apoderado del estandarte y de la espada el rey de Portugal, pretendía también llevarse su cuerpo. El no era verdaderamente el sultán, lo era el santón, puesto que el sultán se veía obligado a obedecerle.

Sydi Juzef era, por una parte, el más anciano, el más respetable de los xerifes; era, en una palabra, el jefe de la familia. Como guerrero era formidable. A él se debía en gran parte la victoria de aquel día. Todos los santones inferiores de la comarca, obedeciendo su voz, habían predicado la guerra santa, desde el momento en que se supo el desembarco de cristianos en Larache. A la voz del xerife-santón habían acudido feroces e innumerables kabilas, que habían peleado con un encarnizamiento salvaje. Si al fin de la batalla Sydi Juzef hubiera querido suceder en el trono al difunto Abd-Allah, tal era la fama, tal el prestigio que tenía en todo el imperio el xerife morabito de Ain-al-Moka-

zen, que hubiera sido proclamado sultán.

Por otra parte, Sydi Juzef era inviolable. Quien hubiera tocado irreverentemente las vestiduras del santo xerife anacoreta, del hombre de Dios, del guerrero protegido por Dios; quien insensato hubiera atentado a su viña, hubiera provocado contra sí una insurrección general y terrible que le hubiera exterminado.

Ahtmed palideció de cólera; pero no se atrevió a oponerse a la voluntad de su terrible tío.

—Puesto que lo quieres — dijo, — el rey cristiano será trasladado esta misma noche a Ain-al-Mokazen.

—Le llevaremos con nosotros — dijo Mirian; — no le perderemos de vista.

—Sea tu voluntad sultana, voy a dar las órdenes para que el rey sea trasladado — dijo Sydi Ahtmed.

Y aprovechando un momento en que Sydi Juzef se dedicaba íntimamente a la observación del estado del rey, dijo a Mirian.

—¿Qué podrás querer tú, que yo no me apresure a cumplirlo con todo mi poder?

—¡Silencio! — dijo Mirian. — Ve a buscarme mañana a la media noche entre los árboles de Ain- al-Mokazen, allí donde una roca domina la corriente.

—¡Ah! — exclamó con la alegría de la esperanza que renace Sydi Ahtmed.

—Silencio y prudencia — repitió rápidamente Mirian.

Poco después, el cuerpo que se tenía por el del rey D. Sebastián era puesto en la misma silla de manos que había servido para traer a la batalla, enfermo, al difunto sultán Al-Malek. Sydi Juzef no quiso que le acompañase Sydi Ahtmed, como pretendía hacerlo por respeto al sultán, y partió llevándose un centenar de jinetes de la guardia negra.

Capítulo VI

Cuando llegaron a la entrada de la senda que por entre los árboles conducía al morabito, Sydi Juzef hizo que todos se detuviesen, menos los esclavos que conducían la silla de manos, junto a la cual permanecían.

El santón adelantó solo, y entró en la pradera, llegando poco después al morabito. Salióle al encuentro Kaimo, y le tuvo el caballo. Los soldados moros que habían llevado hasta allí, envuelto en un alquicel, al otro cadáver que se confundía con el del rey D. Sebastián, se levantaron respetuosamente a la llegada del xerife.

El cadáver estaba junto al morabito, bajo la sombra del emparrado. Al otro lado de la puerta, y también en la sombra, había un hombre tendido. Era Francisco de Aldana, que no se podía tener de pie

—Ven conmigo — dijo el santón a Kaimo, — y que vengan también cuatro de esos.

Kaimo y cuatro de los soldados moros siguieron al xerife, que volvió a pie al lugar donde se habían quedado Mirian, la silla de manos y la escolta

—Cargad con esa silla de manos — dijo Sydi Juzef a los cuatro soldados que le habían acompañado.

Cuando éstos se hubieron cargado la silla de manos, Sydi Juzef dijo a los kaides que le habían escoltado:

—Volveos a los reales del sultán; paz y buena ventura para vosotros, creyentes del Señor

Los kaides se inclinaron y partieron con la escolta y con los esclavos que habían llevado hasta allí la silla de manos.

Poco después, la silla de manos llegaba junto a la puerta del morabito, y Mirian echaba pie a tierra. Entonces Sydi Juzef dijo a los soldados moros:

—Volved a los reales, y para que recordéis mejor que habéis estado en Ain-al-Mokazen, tomad.

Y les dió una bolsa de oro, de la que se había provisto al vestir sus ostentosas ropas de xerife. Los soldados se inclinaron tres veces profundamente, y partieron.

Nadie extraño quedaba allí más que Francisco de Aldana, el rey D. Sebastián y Gabriel de Espinosa.

Antes de que el cuerpo que había sido traído de los reales del sultán Sydi Ahtmed fuese sacado de la silla de manos, se hizo a toda prisa un lecho entre Ayelah y Kaimo, con la mayor parte de los almohadones del diván de Mirian, en el aposento destinado a la joven.

Sydi Juzef se había despojado entre tanto de sus ostentosas vestiduras de xerife y había recobrado con placer sus harapos. Francisco de Aldana permanecía tendido e inmóvil, devorado por la fiebre.

Inmediatamente que el lecho estuvo preparado, Sydi Juzef, Mirian y Kaimo sacaron de la silla de manos aquel cuerpo ensangrentado e inerte, y entrando con él en el morabito le pusieron en el lecho.

Sydi Juzef, aunque no sin repugnancia, porque se trataba de un cristiano, le reconoció prolijamente; tenía siete grandes heridas, una de ellas profunda, en la parte superior izquierda de la cabeza. Sydi Juzef frunció, de una manera poco tranquilizadora para Mirian, el cano entrecejo, y dijo con voz más fuerte:

—Todo es inútil; este hombre vive, pero es imposible aumentar esa chispa de vida que existe aún en él, y que se apaga, que se extingue.

—Yo quiero que viva, padre — dijo con voz dulce Mirian, presentando al bravío santón una fuente de plata llena de agua fría y algunos pedazos de finísima tela de hilo; — tú eres un gran médico, padre; cúrale

—¿Y para qué quieres tú que viva ese hombre? — dijo Sydi Juzef fijando una mirada indagadora en el semblante de su hija.

Mirian estaba tranquila. Ninguna pasión, ningún afecto revelaban en su semblante.

—Quiero tener un esclavo rey — dijo con acento marcado de altivez y de soberbia Mirian.

—¿Y sabemos si este hombre es el rey;

— dijo Sydi Juzef empapando un paño de agua fría y empezando a lavar con suma delicadeza las heridas de aquel hombre.

—Sí, sí, padre; ¿no ves la fiereza luchando con la agonía en su semblante? ¿No ves en esos ojos algo del furor y de la rabia del león? ¿No ves esas manos crispadas, que parece que empuñan aún la espada y el escudo?

—Siempre será un valiente esclavo — dijo Sydi Juzef, que continuaba lavando; — pero necesito mis bálsamos maravillosos, mis bálsamos que hacen milagros; ve por ellos, Mirian.

Mirian entró en el aposento de su padre, abrió una ventana, y de su marco descolgó algunas redomas de vidrio que estaban a la intemperie, y las llevó a su padre.

—¡Oh! ¡Mis maravillosos bálsamos! — dijo el xerife colocando en torno suyo, con respeto, y aun con veneración, las redomas. — ¡Recetas que los genios dieron a mi antecesor, el venerable morabito Sydi Al-Motamed, y que él, piadoso creyente y caritativo, me dejó al morir, para que sus milagrosos remedios siguieran haciendo bien a los que vierten su sangre por el nombre y la gloria de Dios! ¡No te irrites, sombra del justo anacoreta, si tus bálsamos sirven hoy para curar las heridas de un infiel enemigo del Señor! Lo quiere ella, Mirian, mi hija, mi todo; lo quiere ella, y será.

Y luego, tomando sucesivamente las redomas, antes de mezclar su contenido rezó sobre cada una de ellas fervorosamente, con la exagerada expresión de los musulmanes cuando oran; pronunció conjuros y palabras mágicas, y sólo después de todo esto empapó paños en los bálsamos, los puso sobre las heridas, frotó las sienes, las articulaciones al herido, y luego, cubriéndole cuidadosamente, se sentó junto a él en el suelo, y rosario en mano se puso a rezar con voz gutural y monótona y con una especie de cantinela. Este rezo duró a lo menos media hora.

Sabido es que los médicos moros pretenden curar, no sólo con medicamentos, sino con oraciones y con ensalmos. Tienen, pues, contra el dolor de muelas, contra la fiebre, contra las enajenaciones mentales, contra la enfermedad de diablos, esto es, contra los enloquecimientos; por último, para cada una de las dolencias, una oración. Estas oraciones son más o menos largas, mas o menos declamatorias, en relación con la mayor o menor gravedad de la dolencia. Se tendría por ignorante o por impío a un médico árabe que antes de aplicar un medicamento no rezase sobre él, no le santificase, no le diese, en fin, cierto poder sobrenatural.

Mirian esperó en silencio a que su padre terminase esta doble operación científica y religiosa. Cuando éste hubo terminado, es decir, cuando quedó terminada la cura, cuando el casi cadáver estuvo cubierto cuidadosamente, Mirian asió a su padre de la mano, y le dijo:

—Ven, veamos si este otro hombre a quien se cree también rey, nos da algún indicio, por su semblante, de si lo es o no lo es.

—Pongamos el uno junto al otro — dijo Sydi Juzef.

Y llamando a Kaimo, salió con él, entrambos, cargando con el cadáver, le introdujeron en el morabito y le pusieron al lado del herido, que estaba tan inmóvil y tan cadáver en la apariencia como el otro.

Kaimo, para aumentar la luz, alumbraba con una antorcha. Ayelah tenía una lámpara de cuatro mecheros en la mano, que casi tanto como la antorcha alumbraba.

Los dos cuerpos estaban inundados de una luz fuerte y vivamente rojiza. El xerife y la sultana pasaban con grande interés la mirada de uno a otro de aquellos dos semblantes pálidos, fríos, inertes. En el que se creía vivo quedaba aún un reflejo de terrible fiereza, de furor, de majestad; era la expresión de aquel semblante igual en lo terrible, en lo imponente, en lo fiero, a la que podría verse en un león muerto por un golpe en el corazón en el momento más terrible del combate.

El xerife miraba con una expresión dura, sombría, singular, aquel semblante; le irritaba el valor, la altivez, la fuerza, el heroísmo que en aquel semblante había impresos. Le irritaba tanta grandeza en un cristiano. El hubiera querido ver la miseria, el dolor, el espanto, la debilidad, el envilecimiento marcado en aquel rostro pálido. El no quería que un cristiano, ni aun después de muerto, valiese más que un musulmán.

—¡Este hombre es el rey! — dijo con voz ronca; — se ve en él el reflejo de la majestad, la grandeza del valor.

—Sí, sí, este es el rey — dijo Mirian; — no sé por qué, yo me atrevería a asegurarlo.

—Sin embargo — dijo el xerife, — este otro, en el cual la muerte ha helado esa fiera sonrisa de desprecio, tiene mucho también de grande y de majestuoso.

—Sí, pero es la grandeza, la majestad del valor; sólo un rey puede mostrar aquella calma, aquella bravura indómita.

—Hay, sin embargo, en éste un desprecio a la muerte, una serenidad tal, que espantan.

—Es verdad, padre, que es muy difícil acertar; estos dos hombres que tanto se parecen en el cuerpo, debieron parecerse también mucho en el alma.

El xerife empezaba a impacientarse y a tener un verdadero empeño por saber cuál de aquellos hombres era el rey, cuál el soldado. Desnudos se habían encontrado a los dos, y el signo que por el traje pudo haberlos distinguido había desaparecido.

¿Cuál de ellos era el rey D. Sebastián, o cuál Gabriel de Espinosa? Dios lo sabía. Debía aclarar, sin embargo, esta duda el que vivía aún, el que, sin esperanza de salvarle, acababa de curar Sydi Juzef. Por lo mismo, aunque aborrecía de muerte al xerife a los cristianos, contrajo un empeño violento por volver la salud al herido.

—Tenemos, además — dijo Mirian, — quien, si ese hombre vive, nos saque de du-

as, aunque al volver en sí el herido, al olver a hablar, procure por altivez ocultar- os su nombre; ese cautivo que has traído sta noche, y que nos ha acompañado al ampo de batalla para buscar este cadáver, a sido servidor cercano del rey portugués.

—¿Y dónde está ese hombre, que no le eo? — dijo el xerife — ¿Le habéis deja- o ir?

—Ese hombre no huiría aunque se le ejara libre, Sydi; está gravemente enfer- no —dijo Kaimo.

—¡Oh, es verdad — dijo Mirian; — el esgraciado ha sufrido mucho!

El xerife miró severamente a su hija por a compasión con que hablaba de Francisco e Aldana, de un cristiano. La serena mi- ada de Mirian dominó la sombría mirada e su padre.

—Es necesario cuidar de ese hombre — ijo la sultana con su dulce, sonora y tran- uila voz.

Sydi Juzef, como siempre, se doblegó a la oluntad de su hija, y con ella, precedido or Kaimo, que alumbraba, salió en busca e Francisco de Aldana.

Francisco de Aldana estaba tendido junto la puerta del morabito, a la sombra del mparrado. Antes de llegar a él, se perci- ía su alentar ronco, seco, terrible; ese lentar característico de las grandes fiebres.

Sydi Juzef, al oír esta manera particular e alentar del portugués, plegó enérgicamen- e el entrecejo, y con un ademán rápido y uertemente expresivo mandó a su hija ue no se acercase. Luego, sustituyéndose n su semblante a aquella expresión de cui- ado por una expresión de valor, se acercó

Francisco de Aldana le volvió y le abrió n ojo. Aquel ojo ardía, estaba rojo como n ascua ardiendo. Lanzaba de sí un fuego in- enso, particular

—¡La fiebre negra! ¡La peste! — exclamó:

—¡Alejaos! ¡La maldición de Dios ha aído sobre nosotros! Hemos pecado ampa- ando a los cristianos, y el Altísimo nos en- ía el contagio!

Y puso mano a su cimitarra, desenvainándo- a y levantándola sobre Francisco de Alda- na.

—No — gritó Mirian, lanzándose junto a u padre y asiendo su mano armada.

El xerife se contuvo y se detuvo.

—Este hombre debe morir como debe natarse todo animal que tiene ponzoña.

—¡No! — replicó enérgicamente Mirian.

—Tu vida, la mía, la de nuestros escla- os, la del herido, están en un terrible pe- igro, Mirian — dijo Sydi Juzef.

—Dios no nos entrega a los desgraciados para que los matemos, sino para que los favorezcamos.

—Este hombre ha sido herido por la ma- o de Dios con la peste, y su muerte es necesaria para cortar en lo posible el con- agio.

—El buen corazón y las buenas obras son os mejores preservativos contra todas las desgracias.

—Sí, pero con muy buen corazón y con muy buenas obras se muere.

—Nuestro destino está escrito en el li- bro eterno por la mano de Dios, y El solo sabe cómo, cuándo y de qué hemos de mo- rir. ¿Dónde te pondrás tu a salvo del decre to del destino?

—¡Dios es grande! — dijo profundamente Sydi Juzef.

Y en seguida se puso a rezar junto a Francisco de Aldana las oraciones y los en- salmos que se creen por los musulmanes preservativos contra las enfermedades con- tagiosas. Después se quitó del cuello un su- cio cordón, del cual estaba pendiente una bolsita, dentro de la cual había un amuleto, esto es, un papel cubierto de signos cabalís- ticos rodeado por los siete sellos de Salo- món, y lo puso al cuello de su hija. Con es- to, según las creencias de Juzef, Mirian es- taba a salvo; pero él se había quedado com- pletamente desarmado.

Luego cargó con Francisco de Aldana, que se doblegó inerte sobre los hombros del xerife, partió, se alejó del morabito, y, seguido de Kaimo, que llevaba una antor- cha encendida, atravesó la pequeña pradera y se perdió entre los árboles.

Mirian quedó tranquila. Sabía que si Francisco de Aldana moría, sería a causa de la enfermedad y a despecho de todo el saber de su padre. Mirian, acompañada de Ayelah, penetró en el morabito, se sentó frente a aquellos dos cuerpos tan parecidos, y permaneció inmóvil, contemplándolos pro- fundamente y procurando adivinar cuál de ellos era el rey D. Sebastián, cuál Gabriel de Espinosa.

Poco después volvió su padre con Kaimo. El semblante del xerife se nubló al ver la expresión del tierno interés con que Mirian tenía fija la mirada en el semblante del herido. Desde aquel momento, su odio ha- cia el cristiano herido, creció. Pero Mirian ejercía sobre él un incontrastable dominio, y calló, se doblegó, se resignó a la situación.

—Sea el rey cristiano éste o el otro — dijo Sydi Juzef, — es necesario que nadie sepa que yo he amparado en mi morabito a un cristiano. Mi buen sobrino Ahtmed, cuan- do le enviemos éste creerá que es el mismo cuerpo que nos hemos traído de sus reales. Kaimo: monta a caballo, y ve con la veloci- dad del relámpago a decir al sultán que el rey cristiano ha muerto; que la chispa de vida que ardía en él se ha apagado; que para nada necesito yo su cadáver, y que pue- de enviar por él. Pero antes, para que na- die tenga curiosidad de acercarse a mi ermi- ta, saquemos de aquí este cadáver en- vuelto en el alquicel rojo en que vino ese otro, y pongámosle en la silla de manos que está fuera. A la obra, Kaimo.

Y asiendo el cadáver por los hombros, y levantándole Kaimo por los pies, le envolvie- ron en el alquicel rojo, le sacaron fuera y le metieron en la silla de manos. Después de esto, Kaimo montó a caballo, y partió a los reales del sultán Ahtmed.

Sydi Juzef, desde entonces, se dedicó al-

ternativamente al cuidado del herido y de Francisco de Aldana. Del lado del primero se separaba para ir al lado del segundo. Francisco de Aldana estaba entre los árboles, en una pequeña choza, sobre un lecho de hojas.

Antes del amanecer, un kaid del sultán, con algunos esclavos a pie y una multitud de jinetes, llegó por el que se creía en los reales el rey don Sebastián. Los esclavos cargaron con la silla de manos, que se alejó escoltada por el kaid y los jinetes.

Nadie sabía que había quedado en el morabito otro hombre que podía ser muy bien el rey D. Sebastián o el español Gabriel de Espinosa. El cambio de los cuerpos estaba hecho, y por este cambio tuvo su origen uno de los más sombríos misterios de la historia del rey Felipe II.

Capítulo VII

Detengámonos un momento para explicar a nuestros lectores algunos antecedentes históricos, cuyo conocimiento es indispensable para poder juzgar con acierto la historia de Gabriel de Espinosa para tener algún hilo que nos guíe en el laberinto de ese misterio histórico, que aún no ha podido aclararse, y que probablemente nunca se aclarará.

Existe la duda de si Espinosa ahorcado como impostor por Felipe II, era el rey D. Sebastián, o un hombre maravillosamente semejante a aquel desgraciado rey, que pretendía se le tuviese por D. Sebastián.

Tales son las ambigüedades, los hechos contradictorios que aparecen en el proceso formado a Gabriel de Espinosa; tal el empeño que el rey D. Felipe mostró en este asunto; tales las ferocidades legales que se pusieron en juego; tal el misterio que envuelve las declaraciones y los actos de Espinosa, que la razón de quien lee vacila, se pierde en deducciones, no logra ver claro ni por un solo momento; pero un no sé qué inexplicable, un no sé qué, casi una convicción moral, sobreponiéndose a la razón que exige pruebas tangibles, pruebas reales, pruebas indudables, dice en el fondo del alma del jurisconsulto y del hombre dotado de talento que olea aquel proceso: "Sí; Gabriel de Espinosa era el rey D. Sebastián".

Y teniendo en cuenta que Felipe II no se detenía ante el patíbulo ni ante el horror cuando le importaba deshacerse de un enemigo; recordando que cuando Gabriel de Espinosa fué ahorcado ya habían muerto el príncipe don Carlos y la reina Isabel de Valois, Juan de Escoedo y don Juan de Austria; que habían sido degollados los condes de Horn y de Egmont y asesinado el príncipe de Orange; que Montigni había sido secretamente agarrotado en un calabozo, y otra multitud de misterios tristes y de actos tiránicos que ennegrecen la historia de aquel rey, a quien Enrique VIII llamaba el demonio del Mediodía, nada tiene de extraño que se crea que la ejecución de Gabriel de Espinosa es un misterio más, una tiranía más, un asesinato más en la historia de aquel soberbio, egoísta y odioso rey.

Si Felipe II hubiera existido antes que el Dante, no sabemos hasta qué punto hubiera sacado partido el gran genio de la Italia, al aprovecharse, para su infierno en la "Divina comedia", de las espantosas enormidades de que se hizo reo ante Dios y ante la Historia aquel ambicioso y terrible soberano.

El rey D. Sebastián de Portugal nació en Lisboa el día 20 de enero del año 1554. Fué hijo del príncipe don Juan y de doña Juana de Austria, hija del emperador Carlos V(y, por consecuencia, hermana de Felipe II. Fueron sus abuelos el rey D. Juan III de Portugal y doña Catalina de Austria, hemana de Carlos V. De modo que D. Sebastián fué sobrino carnal, por parte de madre, del rey D. Felipe II.

Antes del nacimiento de D. Sebastián, su padre, el príncipe D. Juan, hizo un viaje a Castilla, y al poco tiempo murió. Hay que tener en cuenta, y no olvidarse en el discurso de esta historia, de que el príncipe D. Juan, padre de D. Sebastián, era muy joven y muy dado al amor, y que permaneció algún tiempo en la corte de España.

Esto podrá acaso explicar por deducción el extraordinario parecido que existía entre el rey D. Sebastián y Gabriel de Espinosa. En el proceso de este último no se sabe quiénes fueron sus padres; pero consta, si como veremos más adelante, que tenía más de caballero que de villano, más de hombre principal que de bastardo.

Por la muerte de su padre y después por la de su abuelo D. Juan III, don Sebastián empezó a reinar cuando era niño. Creció mimado, tolerado en sus locuras por su madre la reina viuda y por su tío el cardenal don Enrique, regente del reino durante su menor edad.

Cuando D. Sebastián, pasaba su menor edad, empezó a regir por sí mismo el reino. Era un mozo audaz, valiente, emprendedor, aventurero, ansioso de gloria, llena la cabeza de ideas caballerescas y abierto el corazón a todas las impresiones de lo bello, de lo magnífico, de lo embriagador. Era soberbio, lleno de confianza en sí mismo, desdeñador de consejos, adherido a su propia pasión y firme de voluntad hasta el punto de ser imposible disuadirle de un propósito, por descabellado que fuera.

Pero bajo esta soberbia, bajo esta indocilidad, bajo este amor propio, tenía grandes cualidades de generosidad, de entusiasmo, de valor, de nobleza. El rey don Sebastián era, en una palabra, una bella locura coronada.

Los portugueses han sido los primeros que en los tiempos modernos, esto es, después de los godos, han puesto su planta en Africa. Ellos, intrépidos y hábiles navegantes, fueron también los primeros que emprendieron la navegación hacia la parte septentrional de Africa, y, salvando el cabo

de Buena Esperanza, abrieron el camino de la India.

Ya desde 1415 los portugueses eran dueños de Ceuta, y sus miradas, ávidas de conquista, no se separaban del Africa, a la cual llevaron empresas menos importantes.

El rey D. Sebastián, ansioso también de conquistas que levantasen su nombre, impulsado por su valor impaciente y por sus instintos aventureros, pensaba llevar sus armas al Africa en una alta manera, acometiendo una conquista que en aquellos tiempos era una verdadera locura. La ocasión o, mejor dicho, la tentación, no tardó en presentársele.

La dinastía de los xerifes descendientes de Mahoma poseía por aquel tiempo el trono de Marruecos, y la guerra civil, frecuente entre los moros, era entonces continua.

Sydi Mohhanmet-Abu-Abd-Allah había logrado arrojar del trono a su hermano Al-Malek, y éste se había retirado con algunos parciales a las escabrosidades del Atlas, donde sostenía la guerra.

El sultán vencido, esto es, el xerife Malek, envió emisarios al rey de Portugal pidiéndole socorros contra su vencedor, el xerife Mohhanmet-Abu-Abd-Allah, y como el sueño continuo del rey de Portugal no era otro que invadir el Africa, sin más consejo y sin demora alguna, D. Sebastián prometió a los emisarios de Al-Malek su ayuda, y aun no partidos éstos de Lisboa, se empezaron los aprestos para la guerra.

En vano la reina viuda doña Catalina, abuela del rey, se opuso con todas sus fuerzas al propósito de su nieto; en vano su tío el rey D. Felipe II le escribió aconsejándole que renunciase a ella, y le puso por delante la multitud de desastres que, tanto españoles como portugueses, habían sufrido en Africa en anteriores empresas; en vano le recordó que el emperador Carlos V, su abuelo, después de la conquista, hecha por él en persona, de Túnez y la Goleta, se había retirado, considerando inútil y peligroso su establecimiento en el interior del Africa; en vano los hombres más prudentes de Portugal pretendieron hacerle conocer su locura; D. Sebastián se obstinó; le engañaba el corazón; se creía él solo bastante para hacer lo que no habían podido hacer sus abuelos, incluso el gran Carlos V, y continuó sus armamentos en grande escala y publicó la guerra levantando bandera para la recluta de soldados.

Por este tiempo murió la reina viuda doña Catalina, y al par que se hacían sus exequias, en las plazas de Lisboa y en todas las ciudades del reino se hacían levas y se recibían hombres a sueldo.

Felipe II promulgó un edicto prohibiendo a los españoles que fuesen a tomar bandera en Portugal para la guerra de Africa; a pesar de lo cual, seis mil aventureros veteranos se pusieron a sueldo del rey D. Sebastián, abandonando la España para correr a una guerra que les brindaba con próximos pillajes.

Uniéronse, además, al rey D. Sebastián, seiscientos alemanes, que el Papa enviaba en favor de los católicos irlandeses, y que, "por casualidad, sin duda", recalaron en el puerto de Lisboa, y fueron, como quien dice, embargados por el rey D. Sebastián.

A pesar de la muerte de la reina doña Catalina, que se había opuesto enérgicamente a los proyectos sobre Africa del rey D. Sebastián, su nieto, éste, mientras se celebraban las exequias de su abuela en el monasterio de Belén, de Lisboa, continuaba preparando en el puerto los transportes que habían de llevar a Africa los soldados que se reclutaban a toda prisa.

Los jóvenes nobles que formaban la corte del rey D. Sebastián, inexpertos y audaces como él, le estimulaban, y se fingían triunfos y glorias quiméricas, enardeciendo la ambición de fama y la propensión a las aventuras del joven rey.

Aun hubo obispos que, abandonando su rebaño y su altar, levantaron bandera y reunieron gente para la empresa contra el Africa.

Al fin, el puerto de Lisboa vió reunida una fuerte armada, compuesta de ciento cincuenta buques, entre galeras y navíos, en cuya capitana, mandada por el almirante Sousa, permaneció el rey a bordo ocho días, activando por sí mismo el embarque de las tropas, de la artillería y de los bagajes.

Algunas galeras españolas estaban como en observación a la embocadura del puerto, y aun el rey D. Felipe, el duque de Alba y el cardenal don Enrique insistían por persuadir a don Sebastián a que abandonase aquélla descabellada empresa.

Pero aquellas instancias fueron tan desatendidas como lo habían sido las anteriores, y al fin la flota portuguesa se dió a la vela, con rumbo a la costa occidental de Marruecos, a fines de septiembre de 1578, llevando a bordo un ejército de quince mil hombres, compuesto de seis mil españoles aventureros, gente vieja en la guerra; tres mil alemanes, algunos italianos y el resto de portugueses, con doce piezas de artillería y mil quinientos caballos.

Tres días después de haberse hecho a la vela dieron vista a Arcilla, pequeña ciudad fortificada en Marruecos, al principio de la costa occidental de Africa.

Al-Bozarin, alcaide de la ciudad por el xerife Sydi Mohhanmed-Abu-Abd-Allar, que reinaba en Fez y en Marruecos, fué a encontrar en el mar al rey D. Sebastián y a manifestarle que su señor, el xerife Abu-Abd-Allah, le había mandado le entregase la ciudad y le concediese una entrevista en ella.

En efecto, apenas hubo desembarcado el rey D. Sebastián y ocupado a Arcilla, que le fué entregada por su alcaide Al-Bozarin, el xerife Mohhanmed se presentó al rey de Portugal, llevando un pequeño ejército de tres mil caballos.

Hay que tener presente que el xerife Mohhanmed-Abu-Abd-Allah había arrojado

del trono al xerife Al-Malek; que éste se había visto obligado a huir a las asperezas del Atlas, donde se había mantenido de latrocinios; que para recobrar su trono había pedido socorros a Felipe II contra Mohhanmed, y que, no habiéndoselos concedido el rey de España, los había solicitado del rey de Portugal, del que había obtenido una respuesta favorable. D. Sebastián, pues, iba a Africa llamado por Al-Malek, y en favor suyo.

Pero las cosas habían variado en Marruecos durante el tiempo en que rey don Sebastián había invertido en los preparativos de la empresa; los turcos habían prestado socorro al xerife Al-Malek, y no era ya éste el que necesitaba socorros, sino su contrario, Mohhanmed.

Este, pues, se apresuró a salir al encuentro del rey D. Sebastián, le habló encarecidamente a fin de que abandonase al xerife Al-Malek y le ayudase a él; le manifestó que el verdaderamente fuerte era Al-Malek, que ayudándole no alcanzaría gloria alguna, porque unidos el ejército de Al-Malek y el del rey de Portugal, no había combate posible por la superioridad del número, y el rey don Sebastián, imprudente siempre y siempre buscador del peligro, cambió de propósito, y habiendo ido a Africa llamado por Al-Malek contra Abu-Abd-Allah, apenas desembarcado en Marruecos se puso de parte de Abu-Abd-Allah contra Al-Malek.

Se impacientaba el rey. Tenía hambre de combate y de gloria y deseaba abrir la campaña desde el momento.

El xerife Al-Malek estaba en los campos de Túnez con un respetable ejército. Pensó entonces el rey D. Sebastián que sería mejor, si ir por tierra desde Arcilla, o por mar a Larache.

El rey D. Sebastián tenía impaciencia por llegar a las manos con los enemigos, y habiendo ya desembarcado se le hizo duro embarcarse de nuevo.

Prevaleció, pues, el parecer de que fuese contra el enemigo por tierra, y en estos días llegó a Arcilla Francisco de Aldana, de la servidumbre del rey don Sebastián, llevándole una carta del duque de Alba, y como regalo de éste, la armadura con que el emperador Carlos V había entrado triunfante en Túnez.

Decía el duque de Alba al rey que ya que había emprendido aquella guerra, echase todo el peso de ella en las orillas del Lucos, y sin abandonar la costa para poder ser socorrido en un fracaso. Pero el rey D. Sebastián no hizo caso ni de la carta del duque de Alba, ni de las razones de Francisco de Aldana.

La marcha contra el xerife Al-Malek se emprendió por tierra desde Arcilla con dirección a Alcazarquivir, que está a dos leguas de Larache sobre las riberas del río Lucos, y después de cinco días de marcha, el día 4 de agosto de 1578, atravesó el ejército portugués, a quien acompañaba con su lucida caballería el xerife Abu-Abd-Allah, el vado del río Al-Mokazen, en el punto donde este río muere en el Lucos, y no lejos de Alcazarquivir, en cuya extensa llanura, abierta entre los dos ríos Lucos y Mokazen, esperaba ya el xerife Al-Malek con un ejército de cuarenta mil caballos, ocho mil infantes y cuarenta piezas de artillería, sin contar las kabilas de la comarca que habían acudido llamadas por los santones contra los cristianos.

La caballería enemiga estaba formada en semicírculo, con la artillería en el centro a vanguardia y la infantería a los flancos.

El xerife Al-Malek, que estaba gravemente enfermo, se había hecho llevar a la batalla en una silla de manos, y su sobrino el xerife Sydi Ahtmed, sano y robusto, comunicaba al ejército las órdenes de su tío.

Por parte de los portugueses y de los moros que seguían al xerife Abu-Abd-Allah, los mandaba en jefe el rey D. Sebastián, con un brillante séquito de jóvenes nobles portugueses.

La artillería del rey D. Sebastián rompió el fuego, pero le suspendió muy pronto, dominada por la artillería de Al-Malek.

Los artilleros portugueses, mal instruidos y bisoños, empezaron por bajar la cabeza a los disparos enemigos, y acabaron al fin por abandonar las piezas, que no volvieron a servir en la batalla.

Al-Malek, que se hallaba muy enfermo, y que quería antes de morir gozar de la victoria, al ver que la gran masa del ejército portugués era de infantería, y la caballería escasa, había dicho: "Ellos pocos y a pie, y nosotros muchos, a caballo y en llano, les daremos en breve espacio un mal día". Y mandó adelantar a la carga a los escuadrones.

Así es que, apenas roto el fuego de cañón, apenas dominada la artillería portuguesa, la batalla se trabó y se hizo general por el frente.

Irritado el rey D. Sebastián por la cobardía de sus artilleros, corrió con sus nobles y su estandarte a ponerse frente de los escuadrones españoles, italianos y alemanes, que se batían bravamente, rechazando una y otra vez las feroces embestidas de la caballería marroquí, y con tanto valor, que llegó el caso de que el ala derecha del ejército de Al-Malek fuese desordenada y puesta en fuga.

Al-Malek entonces comprendió que era necesario un supremo esfuerzo, y, a pesar del estado en que se encontraba, mandó que le sacasen de la silla de manos y le pusiesen en un caballo; pero tan grave era su enfermedad y en tal estado se encontraba, que al ir a montar murió entre las manos de sus servidores, sin poder decirles más sino que ocultasen su muerte al ejército lo que expresó llevándose un dedo a la boca, como quien encarga el silencio.

Al-Malek, ya cadáver, fué encerrado en la silla de manos, y desde aquel momento su sobrino, el xerife Ahtmed, tomó el mando en jefe del ejército.

Por mucho tiempo la victoria estuvo indecisa; el ejército cristiano, ayudado por la gente del xerife Abu-Abd-Allah, se batía con verdadero furor.

El ejército del xerife Ahtmed lanzaba contra él sus incesantes oleadas de jinetes, y que con una tenacidad heroica retrocedían y volvían a la carga.

La mortandad era grande, la fatiga mucha, el calor irresistible. Todo contribuía a hacer la batalla dura y formidable.

Los cristianos sabían que ningún socorro podían esperar, porque estaban dos leguas tierra adentro, se veían rodeados por los moros y la desesperación les daba aliento y fuerza.

Ahtmed veía el trono de Marruecos detrás de la victoria, y se multiplicaba, estaba en todas partes, alentaba a los capitanes con promesas y a los soldados con el ejemplo.

El rey D. Sebastián, conociendo tarde su locura, la expiaba combatiendo como un héroe de la antigüedad, metiéndose entre lo más trabado de la batalla, buscando acaso la muerte, para no sobrevivir a una derrota que estaba próxima.

La batalla se había dividido; los portugueses separados a gran distancia a la derecha, se batían muy de lejos y flojamente, porque el rey D. Sebastián no se había cuidado de que la gente fuese buena, sino de que se reclutase pronto, y los portugueses eran casi en su totalidad nuevos en la guerra, y por consecuencia, asombradizos.

En cambio, los escuadrones españoles, italianos y alemanes eran de aventureros de oficio, gente dura y experimentada, que había acudido al cebo de un sueldo, y que cumplían bravamente con su obligación, disputando palmo a palmo el terreno y llamando sobre sí toda la fuerza del enemigo.

Pero, al fin, solos contra todos, fueron forzados los flancos, se vieron envueltos, y entonces empezó una carnicería espantosa. La batalla estaba perdida para el rey D. Sebastián.

Un círculo de jinetes moros se estrechaba cada vez más, adelantando sobre cadáveres, en torno de los aventureros; en vano se pedía piedad: el yatagán y la lanza de los moros no se hartaban de matar.

Y los portugueses no acudían; con el pretexto de que se les había mandado que no se moviesen de sus posiciones, permanecían inmóviles en ellas.

El rey D. Sebastián estaba en todas partes; en todas partes se batía. Herido ya gravemente, cambiando cinco veces de caballo, por habérselos matado, se perdió en medio del tumulto, sin que nadie supiese donde se encontraba; el estandarte real había sido derribado, y cuando los nobles, buscando al rey, acudieron a un estandarte levantado aun, que se parecía mucho al estandarte real encontraron que aquel era el estandarte de D. Manuel de Meneses.

No se sabía dónde estaba el rey. El estandarte real no aparecía tampoco. Todo estaba perdido.

Capitanes y soldados, jinetes, infantes, carros, bagajes, todo estaba revuelto; todo cercado por los moros, que no dejaron de matar sino cuando se les cansaron los brazos.

El xerife Mohhammed-Abu-Abd-Allah, que había escapado cuando vió que la batalla se perdía, iba tan ciego por el miedo, que habiendo llegado a las orillas del Lucos, se arrojó a él con su caballo y se ahogó.

El xerife Ahtmed, habiéndose publicado en el ejército la muerte de su tío Al-Malek, fué proclamado sobre el mismo campo de batalla sultán de Marruecos.

Quedaron muertos sobre el campo cerca de ocho mil hombres de los dos ejércitos, siendo los seis mil de los cristianos.

Murieron muchos señores portugueses, y entre ellos Arias de Silva, obispo de Oporto, y Manuel de Meneses, obispo de Coimbra. Los demás que sobrevivieron a la batalla fueron hechos cautivos, sin que quedase uño solo que llevase la noticia de la derrota.

Esta fué la tremenda batalla de Alcazarquivir o de los Xerifes, que cubrió de luto a Portugal y dió espanto a Europa.

Nadie pudo decir que vió morir al rey D. Sebastián; nadie puede asegurar con un irrecusable dato histórico que el rey D. Sebastián muriese en aquella batalla.

Se entregó un cadáver algún tiempo después por el xerife Ahtmed a los enviados del rey D. Felipe II, que se decía ser el rey D. Sebastián.

Pero téngase se cuenta que pasaron muchos días de los más calurosos del verano mientras se convino en el rescate del cadáver; que éste debió estar descompuesto y desfigurado; que el xerife Ahtmed tenía un grande interés en complacer al poderoso Felipe II, que había ya manifestado con la victoria de Lepanto que cuando acometía una empresa era prudente y fuerte; que Felipe II, en fin, tenía fija la vista codiciosa en Portugal, y que convenía a sus propósitos la muerte real o aparente de su sobrino D. Sebastián; que, en fin, lo repetimos, no fueron portugueses, sino castellanos enviados por Felipe II los que reclamaron aquel cadáver y se comprenderá que la muerte del rey D. Sebastián en la batalla de Alcazarquivir no está bien probada.

Que existe, por lo tanto, acerca del rey D. Sebastián, un obscuro misterio, que probablemente nunca se desvanecerá.

Capítulo VIII

Amaneció el día 5 de Agosto de 1578. Esto es, el día siguiente a la batalla de Alcazarquivir. Los primeros rayos del sol doraban los muros del sencillo morabito de Ain-al-Mokazen.

La pequeña pradera estaba completamente desierta; la puerta del morabito, cerrada.

La luz del sol, penetrando por la pequeña ventana de la habitación de Sydi Juzef, le despertó.

—Mucho he dormido hoy — dijo el santón; — el sol se ha levantado antes que yo: la primera oración de la mañana ha pasado sin que yo haya levantado mi alma al Señor; perdone El, porque por su nombre tomé ayer la fatiga que ha prolongado mi sueño.

Y como Sydi Juzef no se desnudaba jamás, apenas despertó abandonó la estera de

palma que le servía de lecho, salió de su aposento, abrió la puerta del morabito, hizo su ablución en la fuente, es decir, se lavó la cara y los brazos hasta los codos y los pies hasta los tobillos, entró en el pequeño adoratorio del morabito, se arrodilló junto a la tumba del anterior santón Sydi Al-Motamed, y rezó con voz grave, acompasada y gutural la oración de la mañana.

Luego se levantó y se encaminó al aposento de su hija.

Mirian no había reposado, ni un solo momento; pálida por la mala noche, pero con la palidez más hermosa, triste y abstraída, estaba sentada al lado del lecho del herido, que permanecía en la misma posición en que, después de curado, le había dejado la noche anterior Sydi Juzef. Este se detuvo a la puerta y miró de una manera sombría la mirada inmóvil que, llena de interés, fijaba su hija en aquel cuerpo inerte.

Mirian notó la presencia de su padre, se levantó, llegó a él, asió cariñosamente las manos y le besó en la frente.

El bravío xerife se estremeció al sentir sobre su frente los ardientes labios de su hija.

—Tú no has dormido, Mirian — la dijo.

Mirian le señaló con la mirada y con la acción, en un movimiento de piedad, el herido.

—¡Quiera Dios que no alentemos en nuestro seno a una víbora!

—¡No! ¡No! — dijo Mirian. — En su semblante se ve su hermosa alma, y su frente serena parece que no ha ocultado jamás un pensamiento infame; pero ven, ven, padre mío; sepamos si nos quedan esperanzas de salvarle.

Sydi Juzef se acercó con una marcada repugnancia al herido, le observó y consultó sus arterias y el color de su piel.

—¡Vive! — dijo sordamente Sydi Juzef. — Pero no hay en él ni más ni menos vida que anoche; hay que esperar mucho tiempo para saber si sanará de sus heridas o si sucumbirá a ellas.

—¡Oh! Pues es necesario que viva, que se salve, lo quiero yo.

—Ruégalo al Señor fuerte y misericordioso, y, sobre todo, conformémonos con su voluntad. Y luego, ¿qué nos importa que ese perro cristiano viva o perezca?

—¡Oh, padre! Dios escribe nuestras buenas obras en el libro de las recompensas eternas.

—Y nuestros pecados en el de las eternas penas — dijo profundamente el xerife, clavando una terrible mirada en el semblante de Mirian.

—¿Y ese otro desgraciado? — dijo Mirian, sosteniendo con una tranquilidad perfecta la sombría mirada de su padre.

—¿Cuál? ¿El herido por Dios con peste negra? — contestó Sydi Juzef. — Ese hombre morirá, si el Altísimo no hace un milagro.

—Pues si muere, no podemos saber si este desgraciado es o no el rey de Portugal.

—Ya nos lo dirá él si no muere.

—¡Oh, padre! ¡Cuida de la vida de ese otro hombre!

Y Sydi Juzef, al oir estas palabras, doblegado siempre a la voluntad de su hija, salió del morabito y se encaminó, atravesando la pradera, al lugar donde entre los árboles estaba abandonado en una choza L Francisco de Aldana.

Antes de entrar en la estancia, Sydi Juzef oró a Dios. Iba a ponerse en contacto con un apestado.

Francisco de Aldana, tendido entre de mantas sobre un montón de hojas, estaba inmóvil y sin conocimiento. La fiebre dominaba todos sus sentidos, todas sus facultades.

Sydi Juzef le estuvo observando profundamente.

—Cava una sepultura, Kaimo, fuera d Losque y bien profunda — dijo al negro que le había seguido; — este hombre morirá a la puesta del sol.

Y sin decir más palabra, salió de la choza y volvió al morabito.

Una vez en su aposento, tomó las piezas de la armadura del alférez mayor de Portugal, las enlazó, enhevilló sus correas, cargó con ella, entró en el adoratorio y, subiendo sobre la espalda de Kaimo, colgó en u ángulo la armadura.

Luego volvió a su aposento, tomó el estandarte real de Portugal, entró de nuev el adoratorio y, subiendo sobre los hombros de Kaimo, colgó el estandarte del centro d la bóveda.

Las puntas del estandarte descansaban sobre las piedras arrojadas en la tumba del anterior santón Sydi Al-Motamed.

Después de esto, Sydi Juzef contempló con orgullo su obra.

—Aquí están el estandarte y esa armadura — exclamó — mucho mejor que en la gran mezquita de Marruecos, el morabito de Ain-Al-Mokazen está habitado por el Señor.

Después de esto salió del adoratorio, entró en su aposento, se colgó la bolsa de municiones, tomó la espingarda y se alejó del morabito a paso lento.

Al salir de entre los árboles se presentó de repente a su vista el campo de batalla, y allá a lo lejos Alcazarquivir. Pero las tiendas del campamento del sultán Sydi Ahtmed habían desaparecido. Ni un solo hombre se veía en pie en el campo de batalla, pero se veían muchos tendidos.

Entre los cadáveres se veían agitarse, saltar, revolar aquellos restos despedazados, bandadas inmensas de buitres y de cuervos, y una multitud de chacales.

Allá lejos, muy lejos, se veía una gran polvareda, como la que produce la marcha de un ejército numeroso, compuesto en su mayor parte de caballería.

—¡El sultán se aleja! — exclamó. — Sydi Ahtmed lleva el camino de Fez; le tarda el ir a coronarse; vaya en paz; en cambio, me deja el espectáculo más agradable para los ojos de un creyente: montones de cadáveres de cristianos y un buen día de caza de buitres y chacales. ¡Dios prospere a nuestro señor el Sultán!

Y soltó una larga carcajada, y partió a la carrera hacia el campo de batalla, dentro del cual se encontró muy pronto.

Desde aquel momento Sydi Juzef no c

de disparar, sin más intervalo que el necesario para cargar su arma.

A cada disparo se oía el aullido de un chacal, que era muerto instantáneamente, o el graznido y el aleteo de un buitre que acababa de existir poco después de haber sido herido.

—¡Ayer era mejor día! — exclamaba Sydi Juzef. — Ayer no eran bestias las que mataban mis balas; eran cristianos enemigos de Dios.

Y el santón seguía cazando y adelantando hacia Alcazarquivir.

Había atravesado el campo de batalla y se encontraba cerca de la pequeña ciudad, cuando oyó, partiendo de una torre, la voz de un muecín, que llamaba a grito herido a los creyentes a la oración de adohar (1).

La población estaba cerca, y Sydi Juzef se echó la espingarda al hombro y tomó de prisa el camino hacia los muros.

Subió un repecho, entró por un postigo de la alcazaba, y por calles estrechas, torcidas y sucias llegó a una pequeña plazuela.

En ella había una fuente y un aljibe, y más allá la puerta de una pequeña mezquita, en cuya torre un muecín daba grandes voces, a las que nadie acudía.

En la puerta de la mezquita, maravillado de que nadie acudiese a la oración, estaba un viejo fakí, que al ver al viejo xerife se apresuró a acercarse a él.

—Bien venido sea entre nosotros — dijo — el hombre de Dios, el santo morabito de Ain-Al-Mokazen.

—La alabanza a Dios, y que El te guarde, Sydi Aben-Balkín; ¿qué novedades ocurren por la ciudad?

Y mientras, Sydi Juzef, que había dejado su espingarda en el suelo, hacía su ablución en la fuente.

—Novedades, ya las sabrás — respondió el fakí; — como que dicen que se te debe en mucha parte nuestro triunfo de ayer sobre los cristianos.

—Dios solo es fuerte, Dios solo es vencedor — dijo Sydi Juzef continuando en su ablución.

—¡Alabado sea El! — respondió el fakí. — En la alcazaba tenemos el cuerpo del rey cristiano: nos lo ha enviado con mucha guardia el poderoso sultán Ahtmed (a quien Dios ensalce); más bien, nos lo ha traído.

—Pero Sydi Ahtmed no está ya en la ciudad.

—Sí, está en la alcazaba, apartado y sin conceder a nadie la gracia de que le vea.

—Yo he visto esta mañana al ejército alejarse hacia Fez.

—El ejército, sí; pero el sultán, sin duda para descansar, se ha quedado aquí con dos mil caballos de su guardia negra; hay, además, dentro de los muros muchos moros de las kabilas dispuestos a acompañar al sultán y ver la coronación en Fez.

—¿Y cómo habiendo tanta gente en la ciudad y estando tan cercana esta mezquita, tu muecín se pone ronco de dar gritos sin lograr que ningún creyente acuda a la oración?

—¡Verdaderamente es maravilloso! Y lo siento, porque la limosna que hacen es buena, y no caerá por hoy ni la más pequeña moneda en los cepillos; lo siento por los pobres y por los hospitales; yo creo que si por esta parte de la ciudad no se ve gente, es porque está allá en la plaza orando en la puerta de la mezquita mayor...

El fakí se detuvo como quien, hablando distraído, se recobra a tiempo, antes de cometer una imprudencia.

—¡Ya! — dijo Sydi Juzef. — La multitud va a la puerta de la mezquita mayor a ver el cadáver de mi hermano Mohhanmed-Abu-Al-d-Alleh.

—Es verdad, santo xerife — respondió turbado el fakí: — pero yo no he querido ofenderte.

—Bien muerto mi hermano — dijo Sydi Juzef; — bien hace mi sobrino Sydi Ahtmed en infamarle; ha vendido a los suyos y ha ofendido a Dios abriendo nuestra tierra a los cristianos; y el cadáver de mi hermano el xerife Al-Malek, ¿dónde está?

—Le ha enviado el sultán a Marruecos, embalsamado, para que le entierren en el panteón de su familia.

—Tan infame como Abu-Abd-Alleh ha sido Al-Malek; él fué el primero que llamó a los cristianos, y por él los cristianos han venido; pero Dios es justo y grande, y El proveerá. Entremos en la mezquita y oremos, Aben-Balkín, que después tendremos lugar sobrado para conversar.

Sydi Juzef tomó su espingarda, llegó a la puerta de la mezquita, y antes de entrar se quitó las babuchas y las sujetó en su cefidor.

Luego, siguiéndole el fakí, entró y llegó al adoratorio, donde sólo podían poner la planta los fakíes y los santones, y se postró y oró largo tiempo. Después salió.

—¿Conque mi sobrino Sydi Ahtmed se queda aquí? — dijo con acento receloso. — ¿Y para qué se queda aquí? ¿Lo sabes tú?

—Para descansar, sin duda — respondió el fakí, que había seguido a Sydi Juzef; — Dicen que ayer trabajó mucho en la batalla.

—Más trabajé yo, he dormido poco esta noche y, sin embargo, esta mañana he salido a cazar.

—Dios te da su fortaleza, Sydi.

—Loado sea El; pero ya he orado en la casa del Señor y me vuelvo a mis campos; las ciudades me hacen mal; hace catorce años que no vivo en ellas.

—¿Y te separas de tu siervo, Sydi, sin reposar un momento en mi casa y dejar la alegría en ella? ¿Por qué no aceptas un refresco? El día está muy caluroso; reposa durante la siesta y vuélvete cuando haya caído el sol.

Sydi Juzef no contestó a estas palabras. Se había quedado profundamente pensativo.

—Sí, sí, puede ser... — dijo al fin, murmurando sus palabras de tal modo, que no pudo entenderlas Aben-Balkín; — puede ser que Mirian se haya enamorado del rey cristiano...; pero yo evitaré... ¡Oh, yo evitaré tener que ejecutar una terrible venganza!

(1) Oración del mediodía

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

UN ENCUENTRO CASUAL

UNA venda cubría la cara de Río Kid, ocultando a la vista una considerable herida que una hoja de yuca habíale producido al resbalar su caballo y caer el famoso proscripto justamente encima de una hoja filosa. Aunque la lesión no tenía importancia, Río Kid se había detenido a vendarla, para evitar que los mosquitos y las moscas se posaran sobre ella.

Río Kid miróse en el pequeño espejo que siempre llevaba encima, sonriendo al ver que la venda ocultaba la mayor parte de su rostro. Recordó en esos momentos las ocasiones en que se había ocultado la mayor parte de la cara debajo de una enorme bufanda, allá en los días en que había hecho de las suyas en el Estado de Texas, dando tanto trabajo a los sheriffs.

Aquellos días, si bien no habían pasado hacía mucho tiempo, parecían pertenecer a otra vida, a la vida al margen de la ley que Río Kid había ansiado abandonar, si es que los demás "habitantes honrados" querían dejarle vivir en paz.

Dirigíase ahora a Nevada, resuelto a dejar atrás de sí a Arizona donde, por espacio de un buen tiempo, había sido un rico minero, pero donde el destino había sido tan cruel con él, Arizona y Texas, debían pasar definitivamente a la historia de su vida pasada.

Huía de Arizona, ahora, con la cabeza puesta a precio, pero ello no le afligía mayormente, sabiendo que la velocidad de su caballo y la puntería que le caracterizaba en el manejo de sus famosos Colt, hacían poco menos que imposible el que alguien ganara el premio.

En lo que respecta a sus enemigos de Texas, Río Kid no les temía mayormente, sabiendo que ninguno de ellos iba a aventurarse a seguirlo tan lejos.

Y sin embargo, aunque Río Kid no lo sospechaba era del lejano Texas de donde le amenazaba el peligro.

Río Kid cabalgaba en un cañón, cuando vió delante de él un jinete solitario. La mano de Río Kid posóse mecánicamente en la culata de sus Colts. Hallábase en una región solitaria, y su destino, la localidad Horsethief, hallábase aun a una distancia de veinte millas. Por otra parte, Río Kid sabía que la banda de Judson estaba en aquella zona.

La banda, a estar a las informaciones recogidas por Río Kid, estaba compuesta por seis o siete hombres que se dedicaban al robo de caballos y vacunos.

Río Kid, por su parte, aunque había cometido en su vida muchas contravenciones a la ley, era, como buen vaquero, un enemigo decidido de los ladrones de ganado, y, cuando vió al hombre que cabalgaba cansado delante e él creyó, por un momento que sería uno de los miembros de la banda de Judson.

Pero; mirando más detenidamente al desconocido, vió que sólo se trataba de un hombre que había evidentemente perdido, su camino y cuyo caballo, además de cansado, presentaba una herida en una pata.

Obligó pues, Río Kid a su caballo al galope, y no tardó en alcanzar al desconocido.

—Hola, buenas tardes, — saludólo Río Kid.

El desconocido llevó su mano al Winchester que llevaba en la montura.

—Deje usted tranquilo ese rifle, — dijo

Río Kid; — que no tiene necesidad de él. ¿Adónde va?

—A Red Rock.

—Pues no llegará usted nunca allí, ya que, precisamente, se aleja usted de esa localidad. Red Rock queda a veinte millas atrás; así que creo que lo mejor es que acampemos y mañana le indicaré el camino. ¿Qué tiene su caballo?

—Tuve un encuentro con una banda de ladrones de ganado y dispararon contra mi caballo, dejándolo manco. Cuando lo ví a usted, creí que era uno de la banda, pues ellos también llevaban atado un pañuelo delante de la cara.

Río Kid lanzó una carcajada.

—¿Y era por eso que llevó usted la mano a su rifle?

—Sí.

—Pues no le hubiera servido para nada de haberme yo acercado a usted con intenciones hostiles. Mire...

Río Kid, con la velocidad del rayo, sacó sus dos Colts, apuntando al desconocido, quien, atónito sólo atinó a decirle:

—Pues hombre ya lo creo que sabe usted manejar un Colt.

La inflexión de la voz del deconocido llamó la atención de Río Kid, quien le preguntó:

—¿Es usted de Texas?

—Sí, — contestó el otro; — ¿es usted también de allí?

—Sí, pero está usted muy lejos de su país.

—Sí; pero estoy siguiendo a un hombre que debe estar aun más lejos que yo. ¿Usted también se ha perdido.

—No, — dijo Río Kid; — yo voy a Horsethief; pero no tengo mayor apuro en llegar. ¿Acampamos?

—Convenido.

EL HOMBRE QUE PERSEGUIA A RIO KID

Pocos minutos después, Río Kid halló un lugar, entre unas rocas donde le pareció conveniente acampar.

Como siempre, cuidó primero a su caballo, ocupándose, luego del de su compañero. La herida que presentaba en una pata, no era de gravedad y Río Kid no tardó en curarla convenientemente.

El proscripto de Texas estaba de buen humor, porque, después de haber estado tanto tiempo solo, hallábase realmente satisfecho, al encontrarse nuevamente en compañía de un joven de Texas.

El muchacho era un desconocido, pero Río Kid siempre se hallaba dispuesto a ayudar a su prójimo, cuando éste no le había demostrado animosidad.

Sabía, por otra parte, que el joven se hallaba en peligro, pues no era de suponer que la banda de Judson abandonara tan rápidamente su presa.

—Voy a encender un fuego, — dijo el joven; — hay madera a discreción.

Río Kid lo miró con curiosidad.

—¿Ha venido usted de Texas para perder la vida en Arizona? — preguntó Río Kid.

—¿Por qué?

—Hombre, ¿cree usted que la banda de Judson no lo encontrará a usted fácilmente, si encienda una hoguera?

—Es cierto; no había pensado en ello.

—Ya he traído bastante provisiones frías, para que podamos comer los dos sin necesidad de hacer fuego, — dijo Río Kid.

—Muchas gracias, — replicó el hombre de Texas; — y ahora, creo que nos podríamos presentar mutuamente. Yo me llamo Casey.

—¿Casey? — preguntó Río Kid, recordando inmediatamente ese apellido.

—Sí; ¿y usted?

Río Kid sonrió.

—Yo me llamo Smith, — contestó Río Kid, teniendo buen cuidado de decir su verdadero nombre al hombre de Texas, por temor de que éste, como era casi seguro, lo conociera a través de sus numerosas aventuras.

—¿Ha estado usted alguna vez en la región de Frío? — siguió preguntando Casey.

—Sí, he estado allí — contestó Río Kid.

—Entonces habrá usted oído hablar de Río Kid.

—Sí, creo que no hay ningún hombre en Texas que no haya oído hablar de él.

—Es cierto; pues bien, Río Kid ha salido de Texas, y, según he podido averiguar, está en Arizona.

—Parece interesarse usted por ese hombre.

—Ya lo creo; es el hombre a quien ando persiguiendo.

Río Kid miró a su compañero con curiosidad. La situación no podía, por cierto, haber sido más cómica

—Ha tenido usted alguna cosa con Río Kid?

—Sí.

—¿Personalmente?

—No, no lo he visto jamás; pero el sheriff de Frío me ha facilitado una fotografía suya, de modo que sería capaz de reconocerlo inmediatamente

Río Kid sonrió, comprendiendo que la venda que ocultaba la mayor parte de su rostro, había evitado que el joven lo reconociera desde el primer momento.

—Pero, ¿de qué se trata, entonces? — siguió preguntando a Casey.

—Río Kid ha matado cobardemente a mi tío

El proscripto de Texas se encogió de hombros.

—Siempre había oído decir que Río Kid no atacaba jamás cobardemente.

—¿Y no conoce usted el caso de Casey?

—Era un maleante, ¿verdad?

—Sí, no era precisamente un angel, y si Río Kid le hubiera matado abiertamente, yo no hubiera dicho nada, pero así, con cobardía...

—¿Cómo fué?

—Imagínese que Río Kid era perseguido por todos los sheriffs de Texas. Un día, encontróse con mi tío, y, atándolo después de un ataque imprevisto colocóle en la cabeza su sombrero, adornado con aplicaciones de plata, sentándolo junto a una hoguera. Cuando vino el sheriff de Frío, confundiéndolo con Río Kid, le llenó el cuerpo de balas.

Río Kid quedó pensativo.

Con un rápido movimiento, Río Kid hizo caer a Casey al suelo.

Recordaba, perfectamente, el caso de Casey, y le disgustó que hubiera sido dado a la publicidad, como un atentado cobarde.

Después de haberle él salvado la vida al mencionado Casey, éste, aprovechando una ausencia suya, habíale vendido al sheriff; pero Río Kid que lo había vigilado había resuelto hacerle correr la suerte que el traidor había reservado para él.

—¿Y conoce usted bien a Río Kid — preguntó este último a Casey.

—Tengo en mi poder una fotografía de él, además que le reconocería por el adorno en el sombrero.

Río Kid sonrió al escuchar estas últimas palabras, al pensar en lo acertado que había estado, al deshacerse de esa prenda característica al entrar en Arizona.

En ese momento Casey se levantó para dirigirse a otro lugar, y acostarse para dormir; pero en el momento de ponerse de pie, Río Kid, con un rápido movimiento tomólo de una pierna, haciéndolo caer de bruces al suelo.

—¿Qué demonios...? — preguntó el muchacho; pero en el mismo momento, una detonación hízose oir desde detrás de las cercanas rocas, y una bala de rifle cruzó el aire en el mismo lugar en que se había encontrado Casey. De no haber hecho caer Río Kid a éste, la bala le hubiera atravesado el corazón.

—Rápido, pongámonos a cubierto — gritó Río Kid, sacando al mismo tiempo a relucir sus famosos Colts.

UNA LUCHA NOCTURNA

Apenas tuvieron Río Kid y su compañero el tiempo necesario para ponerse a salvo, detrás de las rocas cuando los miembros de la banda de Judson, en número de cuatro, iniciaron un violento tiroteo contra ellos, tiroteo que los dos hombres contestaron en la mejor forma posible, utilizando Río Kid sus famosos Colt y Casey su rifle.

La noche era completamente oscura y era imposible ver a dos metros de distancia; pero, no obstante ello, bajo los certeros tiros de Río Kid, no tardaron en caer, sucesivamente, los cuatro hombres de la terrible banda que tanto habían dado que hacer a los sheriffs de Arizona.

Pero una de las balas disparadas por los forajidos, había herido gravemente a Casey en un hombro, obligando a Río Kid a vendarlo con su echarpe de seda, en momentos en que la situación se había presentado más peligrosa, y corriendo así el riesgo de su propia vida para salvar la del compañero, quien por una ironía rara del destino, había salido de Texas para quitar la vida a Río Kid, el mismo que ahora le salvaba la suya.

Para evitar que los asaltantes pudieran ultimar a su compañero herido, en el supuesto caso de verse él en la repentina necesidad de retirarse, para evitar de caer víctima de sus balas. Río Kid había salido de detrás de las rocas, llevando el fuego contrario hacia sí, y alejándose así, del lugar en que se hallaba el herido.

Pero, cuando uno tras otro los cuatro bandidos cayeron víctimas de los certeros tiros de Río Kid y éste estuvo seguro de que no había ya más miembros de la banda con vida por esos lugares, se incorporó del suelo, saliendo de su escondite y corriendo al lado de Casey.

. . . . . .

Era ya de mañana y el sol salía detrás de las cercanas sierras. Casey, después de estirarse incómodamente sobre sus mantas, abrió los ojos.

—Quieto, compañero, — díjole Río Kid.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Los hombres de la banda de Judson.

—Pregúnteselo usted a los buitres, — respondió Río Kid; — creo que no se imaginará usted que yo estaría sentado aquí tan tranquilo si ellos continuaran disparando contra mí.

—¿Los ha matado usted a todos?

—Por lo menos a los que vinieron a atacarnos a nosotros.

—¿Y mi herida? ¿Le parece a usted que es grave? Veo que la ha vendado usted.

—He logrado extraer fácilmente la bala, — respondió Río Kid; — será necesario, naturalmente, que guarde usted cama y vea a un médico, pero dentro de unas semanas estará usted completamente restablecido.

—¿Dentro de unas semanas? — preguntó el otro. — ¿Dónde estará Río Kid para esa fecha? Que mala suerte la mía.

Río Kid sonrió.

—¿Me dijo usted que haría fuego sobre Río Kid en cuanto le viera? — preguntó.

— Sí.

—Bueno, olvídelo usted por un momento, pues es necesario que se preocupe usted primero de su herida, que, si bien no es ya de mucha consideración, debe sin embargo, ser atendida por un médico.

—Usted me ha salvado la vida Smith, y, ahora, ha de salvármela nuevamente, pues solo no puedo salir de aquí y llegar hasta la próxima localidad, máxime habiendo muerto mi caballo durante el combate de anoche.

—Voy a acompañarlo a usted hasta Red Rock, dándole mi caballo para que viaje usted con mayor comodidad, mientras que yo haré el camino a pie. Salimos en seguida...

.....

Efectivamente, cuando el sol de mediodía dejó caer sus ardientes rayos sobre la pequeña localidad de Red Rock, llegaban a ella Río Kid y el herido Casey.

Este último fué llevado al hotel desde donde fueron requeridos inmediatamente para él los servicios del médico de la localidad, quien después de desinfectar cuidadosamente la herida, informó que a la vuelta de una semana, el herido podría seguir su camino.

Cuando el médico se hubo retirado, Río Kid despidióse de su compañero, después de asegurarse de que a éste no le faltaría nada.

Acercóse al efecto a la cama en que se hallaba el herido, y le dijo:

—Casey, no crea usted todo lo que le han contado de Río Kid. Yo conozco el caso de su tío mejor que usted. Escuche. Río Kid llevó a su tío hasta su campamento, sobre su caballo, gravemente herido, en la misma forma como yo lo he hecho ahora con usted; pero su tío, en recompensa de ese gesto pretendió venderlo miserablemente al sheriff de Frío, en la suma de quinientos dólares. Entonces. Río Kid, sabiendo lo que su tío iba a hacerle, por haber sorprendido la conversación que había sostenido con el sheriff de Frío, lo ató y le hizo correr la misma suerte que él había reservado a quien le había salvado la vida. ¿Le parece a usted, ahora, que se trató de un crimen cobarde?

—Pero, ¿cómo sabe usted que fué así?

Río Kid quitóse la venda que ocultaba su rostro.

—Porque yo soy Río Kid — dijo, — y si usted, después de lo que he dicho, persiste en perseguirme, voy a decirle que me marcho a Nevada, y le citaré el lugar en que podremos encontrarnos dentro de una semana.

Casey quedó atónito.

—Kid, — dijo; — es usted un caballero. Tome mi mano en señal de amistad. Creo lo que usted me ha contado y volveré a Texas, teniendo buen cuidado de no decir a nadie dónde se halla usted... Hasta la vista...

Pocos minutos después, Río Kid salió del hotel, montó a caballo y prosiguió su viaje a Horsethief, para luego internarse en Nevada.

ALOJAMIENTO POR UNA NOCHE

Cuando Río Kid bajó la colina en dirección a Horse-Thief, no parecía ser, en efecto, el muchacho gallardo de otras veces. Cierto es que el joven había tenido que sufrir ciertos contratiempos en los montes de Nevada, pero esa no era la razón de su cambio de apariencia. Muchas veces se había hallado en situaciones difíciles en los llanos de Texas, y, sin embargo, jamás habían influido los contratiempos en su apariencia exterior.

Lo que actualmente le tenía preocupado era lo que había acontecido al dirgirse a Horse-Thief. Aún veíase en su rostro las señales de la herida que le produjera una hoja de yucca sobre la que había caído, y una gruesa capa de barro parecía ser su traje. Las fuertes lluvias en la Sierra Nevada habían traído como consecuencia un desbordamiento de las aguas del río Horse Thiet, y, durante un largo trecho, Río Kid se había visto en la necesidad de cruzar contínuos pantanos. Aún seguía lloviendo copiosamente y Río Kid estaba mojado hasta los huesos. Así, mojado y cubierto de lodo, y con una gran fatiga, Río Kid no parecía ser, en absoluto el vaquero buen mozo, que un día saliera de la estancia de la Doble Barra

Había pensado entrar en la localidad de Horse-Thief en las horas de la tarde; pero la lluvia habíale hecho imposible llegar a esa hora. Ya había desaparecido el sol detrás de las sierras, cuando Río Kid continuaba aún su camino a lo largo del camino que descendía de las colinas. Ya no esperaba siquiera ver las luces del pueblo en la distancia, pues había pasado ya la hora en qué los buenos ciudadanos se retiran a descansar.

El excelente caballo de Río Kid seguía su camino a través del lodo y de la lluvia. De repente, en medio de la intensa oscuridad de la noche Río Kid descubrió una luz, y tanto él como su caballo parecieron, por un moento, hallarse reconfortados.

Sabía que aún no se trataba de la localidad, sino que, posiblemente, sería alguna casa aislada, pero cualquiera fuera el lugar lo cierto era que se trataba de una casa y que en ella podrían pasar la noche, al abrigo de la lluvia Río Kid y su infatigable caballo.

Pocos minutos después, Río Kid llegaba delante del alambrado de la mencionada vivienda.

Río Kid desmontó, acercándose a la puerta de la casa, al lado de la cual había una ventanita, por la que pasaban los rayos luminosos, que le habían guiado a la distancia.

El joven proscripto de Texas llamó a la puerta con el mango de su rebenque.

Exceptuando el ruído monótono de la lluvia, la noche era absolutamente tranquila. Los golpes del rebenque se asemejaron a

Una de las balas de los foragidos alcanzó a Casey.

truenos, al ser dados contra la sólida puerta de pino.

Inmediatamente oyó en el interior un ruido y, poco después, unos pasos livianos, que Río Kid comprendió que eran de mujer, acercáronse a la puerta.

Unos segundos después, la puerta abrióse y en el umbral apareció ante la sorpresa de Río Kid, una silueta de mujer bonita, la que le dijo:

—¿Así que has vuelto?... Ah, usted no es Hank...

Río Kid retrocedió un paso, quitándose el sombrero, a la vez que contestaba:

—No, señora, le ruego que me disculpe; pero yo no soy Hank...

En el mismo momento, la mujer descolgó de la pared un rifle, dirigiéndolo contra el muchacho de Texas.

—No se mueva.

La voz, antes musical, habíase tornado severa.

Río Kid sonrió. El también sabía manejar bien las armas de fuego y, por lo tanto, admiraba en ese momento a la mujer que tan velozmente habíase preparado para la defensa.

—¿Quiere usted que levante las manos, señora? — preguntó.

Y antes de esperar una contestación, levantó sonriendo ambos brazos. La joven lo miró fijamente, diciéndole, luego:

—¿Ya que no es usted Hank, qué quiere aquí?

—Señorita, discúlpeme, jamás tuve la intención de molestar a una mujer sola. Me tomé el atrevimiento de golpear pensando quizá pudiera darme usted alojamiento en el galpón, para resguardarme de la lluvia, pero, ahora, viendo que he tocado con una mujer, creo que lo más conveniente será que me retire.

—No, quede... ¿Es usted un extranjero?

—Sí, señorita, vengo de Arizona.

—En Horse-Thief no necesitamos vagabundos.

Río Kid sintióse en ese momento en el mismo estado de ánimo como si le hubieran pegado una bofetada. Por cierto, comprendía que, lleno de lodo y mojado no parecía en esos momentos ser un aventurero, que guardaba una buena suma de dólares en el cinto y otros cien mil más, convenientemente escondidos, máxime, presentándose a la media noche a pedir alojamiento.

Pero era triste ser confundido con un vagabundo.

—Vaya usted al galpón — prosiguió diciendo la joven — allí puede usted pernoctar. Venga mañana por la mañana a desayunarse a la cocina.

—Muy bien, señorita, muchas gracias...

Río Kid comprendió que era inútil seguir hablando, porque la joven ya le había cerrado la puerta sobre las narices con estrépito, pasando, interiormente, el pasador.

Fué así que el joven cowboy llevó su caballo hasta el galpón, tratando de acomodar-

se allí lo mejor que pudo y no tardando en quedar profundamente dormido.

RIO KID APROVECHA UNA BUENA OPORTUNIDAD

Durante la noche, la lluvia cesó, y cuando, a la mañana siguiente, Río Kid salió del galpón, vió que el día se presentaba espléndido, y, por un minuto respiró con verdadera fruición la fresca brisa de la sierra.

El galpón se hallaba a alguna distancia de la casa, y al lado de él había una caballeriza, que en esos momentos estaba vacía. Más allá había un gallinero, pudiendo verse algunas gallinas con sus pollitos.

La casa en sí, era de madera, y constaba de cuatro o cinco habitaciones. Estaba prolijamente pintada y tenía un jardín en la parte anterior, el que, si bien era un tanto pobre, permitía apreciar también la obra de una mano cuidadosa. Además había allí cuatro sembrados, por más que los conocimientos agrícolas de Río Kid no alcanzaban para que pudiera diagnosticar de qué cereal se trataba.

Tratábase de una pequeña chacra, como las había visto Río Kid por centenares en el Oeste.

—Chacareros — gruñó Río Kid, con mal humor.

En Texas, donde los chacareros iban arrebatando poco a poco el terreno a los ganaderos, Río Kid había aprendido a odiarlos, como buen vaquero. Pero en Nevada, ya sabía que la cantidad de chacareros era muy grande y él solo estaba allí de paso, para dirigirse a los llanos del norte. Sin embargo, y por más que Río Kid ansiaba vivamente volver a su antiguo elemento, sintió, ahora, que ya no tenía tanta prisa por seguir su camino, sin que él mismo acertara a explicarse el motivo de sus sentimientos.

No se veía, en ese momento, a nadie. Río Kid comenzó a lavarse y efectuó su cotidiana toilette, recordando, de paso, que, la noche anterior, una mujer joven lo había confundido con un vagabundo y tratando ahora de corregir en el ánimo de ella la mala impresión producida la víspera. Cuando el joven salió del galpón, parecía, en efecto, otro hombre, recobrando su gallardía habitual.

Recordó asimismo que la joven le había dicho que podía pasar por la cocina para tomar el desayuno y como no había comido la noche anterior la idea de satisfacer en algo el apetito le pareció muy acertado en esos momentos. Además, ansiaba ver nuevamente a aquella joven que le había prodigado la noche anterior un recibimiento tan hostil. Por cierto, no se explicaba el mismo el interés que sentía por aquella mujer. Galante siempre, Río Kid era uno de esos hombres que admiran a todos los representantes del bello sexo, sin distinción de razas y edades, y que en todo momento les profesa el mayor respeto, llegando hasta a jugarse la vida en su defensa, de ser ello necesario.

Pero esta era la primera vez que pensaba en determinada mujer.

La puerta de la cocina, situada en los fondos de la casa, estaba abierta de par en par. Por primera vez se sintió Río Kid tímido, al acercarse a ella. Río Kid echó una mirada hacia el interior de la cocina, viendo entonces que estaba allí la joven a quien había visto la víspera. Nuevamente estaba sola. Río Kid quitóse el sombrero y tratando de imprimir a su voz el tono más suave, dijo:

—Buenos días, señorita.

La joven le miró durante unos minutos, sorprendida. Era evidente que no le reconocía, después del arreglo que el muchacho había efectuado en su apariencia exterior.

—¡Ah!, — dijo — ¿es usted el vagabundo?

—No, señora, soy un vaquero, — respondió Río Kid.

—Ha venido usted tarde para el desayuno.

—Disculpe, señora, pero...

—Entre.

—¿Ya se ha desayunado, usted, señora?

—Hace ya varias horas.

La joven tomó asiento frente a Río Kid, demostrando por su insistente mirada, interesarse por él, con el resultado de que nuestro joven cowboy comenzó a sentirse avergonzado, hasta el momento en que ella misma le explicó el motivo de su interés.

—Ya veo que ahora no es usted un vagabundo. Disculpe usted mi error. ¿Me dijo que era vaquero?

—Sí, señora.

—¿Está empleado?

—No, señora.

—Busca trabajo?

Río Kid no supo por un momento lo que tenía que contestar. Los cien mil dólares que salvara de la Mina del Gambusino, allá sobre el límite del Llano Estacado, eran suficientes para que no precisara trabajar ya en el resto de su vida.

—Señora, me dirijo a la región ganadera, — contestó al fin: — allí siempre hay lugar para un buen vaquero.

—¿Ha trabajado usted alguna vez en una chacra?

Río Kid sintió que le faltaba la respiración. Esas mismas palabras, pronunciadas por un hombre, hubieran sido interpretadas por él como una ofensa, digna de algunos balazos; pero, tratándose de una mujer, tan bonita como la que tenía delante de sí, las cosas cambiaban.

—No, señora; nunca he trabajado en una chacra, — contestó.

—Tengo motivos para preguntárselo, — continuó diciendo la joven, — pues resulta que mi peón se ha marchado sin previo aviso. Esa era la razón porque estaba despierta anoche a la hora que vino usted.

—¡Qué canalla! — exclamó Río Kid, sinceramente sorprendido al escuchar que un hombre había podido cometer semejante acto descortés hacia una joven, como la que le hablaba.

La joven sonrió.

—Quisiera conocer a ese individuo, señorita, y le garantizo que le dejaría la cara en una forma tal, que ni sus padres serían capaces de reconocerlo.

—Si quiere usted un puesto de peón, puedo ofrecérselo, — dijo la joven con calma.

Río Kid creyó estar soñando

—¿Usted? — preguntó.

—Sí, dijo la chica, — Hank no ha de volver y si lo hace, lo despediré. Pero ahora, estoy sola aquí, hasta que venga otra persona a quien estoy esperando. Puede usted quedarse... Veo que no es un vagabundo y que tiene cara de hombre honrado...

—Muchas gracias, señora, — dijo Río Kid pensando en ese momento en lo que hubiera dicho el sheriff Watson, de Frío, de haber escuchado las palabras de la joven.

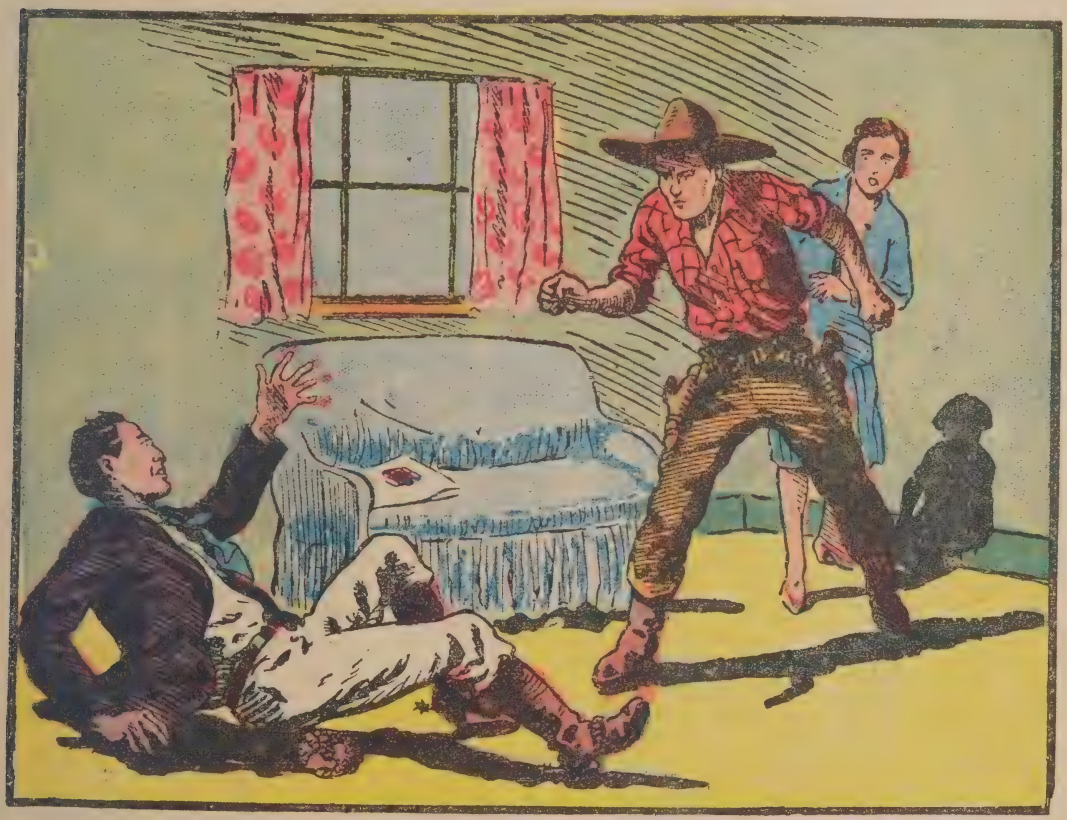
—Creo ser bastante fisonomista para comprender que es usted un hombre en que podré confiar y si acepta usted el puesto de peón que le ofrezco, estaré muy satisfecha. Es cierto que los jornales que se pagan aquí son algo reducidos.

—No me importan los jornales, — dijo Río Kid, — lo que quiero es albergue para mi y mi caballo y un buen plato de comida...

—Le pagaré a usted tres dólares diarios.

—Está bien, — dijo Río Kid, sin haber prestado la menor atención a las últimas palabras de la joven, puesto que, de haber ella ofrecido un jornal de tres centavos, lo mismo hubiera aceptado.

—Entonces, está convenido, cuando usted se haya desayunado, salga y le enseñaré el trabajo, — terminó diciendo la joven, mientras salía de la cocina.



Al ver Río Kid que Janet se hallaba en brazos del desconocido, echóse sobre éste, separándolo violentamente de la joven.

Río Kid permaneció pensativo. ¿Qué hubieran dicho sus compañeros de Texas de verle ahora haciendo el trabajo de peón de un chacarero, dejando a un lado su orgullo de cowboy libre? Pero era lo mejor que podía hacer, para tener un pretexto que le permitiera quedar cerca de aquellos ojos fascinadores...

Repentinamente, Río Kid vióse cortado el hilo de sus pensamientos por la voz de la joven, quien le gritaba desde el jardín.

—¿Está usted listo??

—Sí — respondió Río Kid, saliendo.

EL PEON

Río Kid apoyóse sobre el mango de su azada, secando con la mano las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente. Hacía una semana que trabajaba como peon en la chacra de la joven de quien se había enamorado y ya sus manos, antes blancas y cuidadas, solamente acostumbradas al manejo de las riendas y de los revólveres, habíanse vuelto callosas. Pero el duro trabajo de la chacra le encantaba, por más que, en repetidas ocasiones, sorprendióse él mismo al pensar que había podido operarse en él un cambio tan radical, solo por el hecho de aquellos ojos azules, que ejercían sobre su voluntad una influencia avasalladora. Por ellos había dejado de seguir hacia el país de los llanos; por ellos estaba dispuesto a transformarse en chacarero si era necesario.

La joven se llamaba Janet Grange y era la única dueña de aquella pequeña chacra, la que administraba inteligentemente. Su padre había muerto hacía algún tiempo atrás y Janet, quedando huérfana, había decidido seguir en la chacra, para ganarse la vida.

Río Kid, por su parte, sentíase completamente feliz, al tener ahora la oportunidad de tratarla de continuo y de apreciar sus excepcionales condiciones de carácter.

Ella, en cambio, parecía ignorarlo. El joven de Texas no pasaba de ser, para la muchacha, un peón, con el que, por cierto, estaba muy conforme, pero al que no consideraba sino por el trabajo que hacía.

Río Kid, en tanto, la admiraba sinceramente.

Janet, estaba, por otra parte, muy ajena a pensar que su peón llevaba en el cinto una fortuna, lo mismo como ignoraba que en Texas había sido un proscripto, perseguido por todos los sheriffs

¿Qué diría ella cuando llegara a saberlo?

Janet le miraba a cada momento, con sus expresivos ojos sin sospechar, en absoluto, los sentimientos que luchaban en el fondo del corazón de su peón. Río Kid, en tanto, esperaba con paciencia que se presentara la oportunidad de dar a conocer su amor a la joven.

Por eso fué que el muchacho se sintió realmente feliz, al ver que, un día acercábase a la chacra Hank con dos amigos, procedentes de Horse Thief.

El hombre había ido al pueblo, volviendo después de tres días, para encontrarse con su puesto ocupado y Janet indicándole que ya no le necesitaba. Hank sabía perfectamente que no podía vengarse de Janet, pues de haberla tocado siquiera, hubiera sido, sin duda, linchado por el pueblo. Por eso era que había decidido buscar camorra con el hombre que le había sustituído en el cargo, viniendo, al efecto, acompañado por dos amigos.

El rostro de Río Kid iluminóse.

Apoyó la azada en el suelo, sintiendo, sinceramente, por unos segundos, que su cinto con los revólveres estuvieran colgando en la pared del galpón. Río Kid sabía que, en una pelea, no valía nada sin sus armas; pero ya no le quedaba tiempo para ir por ellas, sin pasar por cobarde.

En tanto, Hank y sus dos compañeros acercábanse a él.

En el mismo momento, Janet salió de la casa, llevando debajo del brazo su rifle. Al ver que llegaba Hank, sabía que iba a buscar pelea con su nuevo peón, y había salido para defender a éste.

—Déjemelos por mi cuenta —le dijo Río Kid.

—Son tres contra uno, — dijo la señorita Janet.

En ese momento Hank y sus compañeros se acercaron a él. La señorita Janet quedó indecisa: pero pronto sus dudas desaparecieron y miró sonriente a Río Kid.

Este por su parte, después de una semana de faena agrícola, estaba ansioso de una emoción. Si los tres hombres creyeron que Río Kid iba a emprender la fuga, estaban muy equivocados. Lo rodearon y de haber podido llevar a cabo sus propósitos, seguramente Río Kid hubiera sido maltratado en toda forma por ellos. Pero el joven vaquero, al verse agredido en forma tan inesperada, no tuvo el menor inconveniente en dar comienzo a la pelea, aplicando un fuerte puñetazo en el rostro a Hank, haciéndole caer, de espaldas, en tierra.

El hombre quedó allí, sin explicarse, primero, lo que acaba de ocurrirle.

Los ojos de Río Kid brillaron de alegría, al verse nuevamente envuelto en una lucha varonil, después de una semana de trabajos pacíficos.

Dos de los malcantes más conocidos de Horse-Thief abalanzáronse en esos momentos sobre Río Kid, sin pensar, empero, que éste sabría defenderse en forma tan rotunda, puesto que en ese momento parecíase a una pantera acorralada. Originóse entonces una violenta lucha, que terminó en forma no menos violenta, cuando Río Kid asestó sucesivamente a uno y después al otro, tan recios puñetazos en la cara, que los dos hombres cayeron al suelo, optando luego por batirse en retirada, ante la seguridad de que el peón no era tan fácil de vencer como ellos habían creído.

Hank levantóse, al fin. Pero, a diferencia de sus compañeros, no echó a correr, sino que sus manos dirigiéronse hacia el cinto, donde llevaba su revólver.

Río Kid echó una carcajada.

Hank no poseía velocidad en el manejo del revólver, y si el joven cowboy de Texas hubiera tenido su revólver a mano, seguramente su adversario no hubiera tenido siquiera el tiempo de empuñar su arma. Pero era el caso que Río Kid estaba dasarmado. No le quedaba, pues, otro recurso que afrontar la situación a puño limpio.

Como un tigre, Río Kid echóse sobre su contrario. En el mismo momento, Hank levantó el revólver para hacer fuego; pero ya era tarde. El ex proscripto de Texas teníale

fuertemente sujeto por la muñeca y las balas fueron en dirección a las nubes. Un segundo después, el revólver, sin saber Hank ni cómo había sucedido, estaba en manos de Río Kid, quien apretaba el caño contra el pecho de su contrario. Sus ojos habían adquirido un brillo feroz.

—No tire, — gritó en ese momento Janet.

—Como usted quiera, — respondió Río Kid, echando el revólver a las aguas del río Horse-Thief, que pasaba por ese lugar.

—Creo que lo mejor que puede usted hacer, es tomar las de Villadiego, — dijo entonces Río Kid a su adversario, — y que cuanto antes lo haga, tanto mejor será para usted.

Hank quedó por espacio de un minuto indeciso, lo que bastó para que Río Kid lo tomara en brazos, echándolo también a las aguas del río, en la misma forma como lo había hecho antes con el revólver.

Hank, por su parte, salió del agua, en la orilla opuesta, tomando rumbo hacia el pueblo.

Río Kid sonrió, por fin, y volviéndose hacia la señorita Janet, presentóle sus excusas:

—Vea, señorita, — dijo, — yo no he podido evitar...

—Lo comprendo,—contestó la joven sonriendo, — y me alegro que sea usted un hombre capaz de defenderse por sus propios medios...

—Siempre he sabido defenderme, — declaró Río Kid en voz suave, — pero mi mayor deseo sería poder defenderla también a usted, señorita Janet...

La alegre carcajada de la chica interrumpióle.

—Creo que no necesitaré su ayuda, — dijo sonriendo, sin haber comprendido, evidentemente, la intención con que Río Kid había pronunciado las últimas palabras, y volviendo nuevamente a la casa, mientras Río Kid empuñaba de nuevo la azada.

RIO KID SIGUE SU CAMINO

El galope de un caballo en el camino, llegó a los oídos de Río Kid. Habían pasado dos semanas más y Río Kid era aun el peón de la chacra de Janet, trabajando todos los días mucho más de lo que ella le hubiera exigido. La joven le había dicho ya en varias ocasiones que jamás había visto a un hombre tan trabajador y que bendecía el momento en que había ido a golpear a su puerta; pero, debido seguramente a que otros pensamientos la embargaban, jamás había logrado adivinar los verdaderos sentimientos de su peón. Y Río Kid no quería declararse, antes de que ella se prendase por sí misma.

El, que jamás se había asustado ante los caños de seis revólvers, dispuestos a matarlo, sentíase pequeño ante esos ojos azules, que le habían fascinado.

En el momento en que había llegado a sus oídos el ruído del galope de un caballo, Río Kid se hallaba ocupado en arreglar un alambrado. Poco después, un hombre joven apareció en el camino.

Río Kid, que después de la agresión de Hank no se había vuelto a separar de sus Colt, llevó la mano a la empuñadura de su revólver; pero el jinete le sonrió con amabilidad, saludándole.

—¿Está la señorita Janet?

—Sí.

—¿Es usted nuevo aquí?

—Sí, soy el peón nuevo que ha tomado la señorita.

Río Kid quedó mirando fijamente al hombre. Más de un joven había venido de Harse Thief a la chacra de Janet, para adquirir diversos productos, y al mismo tiempo, conversar unos momentos con ella, pero el que acababa de llegar era desconocido para él, y, por el cansancio, que se veía retratado en sus facciones, podía deducirse, que venía de mucho más allá de Harse Thief.

Evidentemente, el hombre conocía la casa y su dueña, puesto que, apenas desmontado, entró en la vivienda, en tanto que Río Kid se disponía a seguir su trabajo.

Pero, un minuto después dejó caer el martillo que había empuñado. Desde la casa había llegado a sus oídos un grito de Janet.

Sin esperar más tiempo Río Kid corrió velozmente en dirección al lugar en que se hallaba la joven.

Al penetrar en la casa, vió a Janet en brazos del recién llegado. Aquello era demasiado para que pudiera tolerarlo, y, sin más explicaciones, Río Kid echóse sobre el desconocido, separándolo violentamente de da joven, a la vez que le apuntaba con su revólver.

—¡Pare! ¿Qué es eso, Kid? — preguntó Janet.

Río Kid quedó estupefacto.

—Señorita — dijo — creí...

Janet dijo entonces al recién llegado:

—Es mi nuevo peón, Frank — dijo — no se lo tomes a mal, creyó...

—Comprendo, no faltaba más, hombre, no tiene usted porque disculparse. Le agradezco el que haya usted querido defender a mi novia...

Río Kid quedó petrificado. Janet sonreía, pero, cuando sus grandes ojos azules se posaron en los de su peón, comprendió todo en un instante:

—Le agradezco — dijo — jamás he encontrado un hombre tan leal.

Con una inclinación, Río Kid retiróse de la habitación, dirigiéndose inmediatamente hacia el galpón, donde se hallaba su caballo.

Cabizbajo, el ex proscripto de Texas, monologó su desgracia delante de su fiel caballo, y pocos minutos después, Río Kid, libre otra vez, seguía su camino a la región de los llanos, con el alma amargada por el dolor del amor no correspondido.

Y nuevamente quedó vacante un puesto de peón en la chacra de Horse Thief.

(Continuará)

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

MAESTRO EN CRIMENES

POR

J. ALLAN DUNN

(Conclusión)

Episodio final

EL VENENO PERFECTO

EL Grifo estaba sentado solo en la habitación circular del último piso de su casa, un cuarto con paredes de acero cubiertas por tapicerías de brocado de oro, paredes que no ostentaban señales de aberturas. No había ventanas; pero el aire era puro, ligeramente perfumado con la fragancia del incienso.

Se oía una música exótica que parecía producir a El Grifo cierto placer, aunque su aire de satisfacción sólo contribuía a hacer resaltar la sutil malignidad de su rostro de finas facciones, con nariz de caballete y ojos, ahora entornados que tenían un brillo frío, cruel, inhumano, de locura contenida.

Bajo su mano tenía El Grifo un horóscopo que había estado consultando. Por este medio elegía su próxima víctima. Había hecho una lista de nombres, decidía el que sería luego eliminado, así como la fecha, la que anunciaba burlonamente al hombre que había sido designado por el Jefe de Policía para lograr su captura y su castigo.

Gordon Manning, que había pertenecido al Servicio Secreto durante la Gran Guerra, era esta persona; nadie más calificado que él para la tarea y, sin embargo, hasta ahora había fracasado aunque se acercó tanto a El Grifo que empezó a alterar la diabólica satisfacción de éste.

El Grifo gustaba llamar a la contienda sostenida entre él y Manning un juego, una especie de partido de ajedrez en el cual, aunque se reservaba la salida, anunciaba sus movimientos. Ahora se rió ligeramente al repasar sus planes, casi perfectos, para eliminar al hombre cuyo nombre había escogido y examinar otros que estaban marcados con una señal roja, los de aquellos a quienes había matado ya.

El disco de bronce produjo una nota sonora. Rápidamente dejó El Grifo a un lado sus papeles en los amplios cajones de su esculpido escritorio, cerrólos tocando un resorte oculto y se puso la careta que siempre usaba ante los que lo servían. No tenía cómplices, sí no esclavos, cuya libertad y a menudo vida, tenía en el hueco de su mano.

La careta era amarilla, brillante. Se adaptaba a sus facciones, ocultándolas. Parecía otra piel, repulsiva, horrible; los ojos siniestros se veían por entre los agujeros de aquella máscara de muerte.

II

Se abrió la pared. Un ascensor subio silenciosamente desde los sótanos que El Grifo había convertido en su laboratorio. Del ascensor salió una curiosa figura, un enano, cuyo cuerpo deforme estaba vestido fantásticamente con túnica y turbante, como si perteneciera a una corte medioeval. Sus largos brazos le llegaban hasta las rodillas. Sus ojos eran semejantes a los de un mono, tenían la maliciosa expresión de los simios, excepto cuando descansaban sobre su amo, El Grifo.

Este enano era Quantro, oriundo de las islas Caribes, de la tierra de Voodoo y Obeah, fiel y devoto guardia de corps de El Grifo, aunque parecía más bien el servidor de un mago.

Una de las manos de Quantro reposaba sobre la empuñadura de un largo cuchillo, que siempre estaba dispuesto a usar en el servicio del hombre que era para él un dios. Hizo entrar a un hombre vestido con overall manchado, que, como sus dedos, proclamaba el trabajo con ácidos y substancias químicas. El hombre era de figura encorvada; tenía el escaso cabello completamente blanco. Tosió discretamente cuando la puerta del ascensor desapareció y una vez más las paredes

parecieron macizas. No demostró curiosidad. Ya había sido llamado allí antes. Había en su actitud abatimiento, desesperanza, aunque tenía que hacer una súplica.

—Siéntese ahí, veintinueve — dijo El Grifo y luego a Quantro: — Tráeme aquella jaula.

El enano trajo una jaula dorada, sobre un pedestal. Adentro de los barrotes, que habían sido cubiertos con un trapo de seda, había un canario que saltaba en sus palitos, lanzó uno o dos trinos y trató de buscar semillas en el comedero.

El Grifo abrió sus cajones sacó una redoma de boca ancha que contendría como una onza de polvo, cristales extremadamente finos que, todos en masa, parecían grises; pero separados, esparcidos sobre un cuadrado de papel eran casi invisibles.

—¿Dice usted que esto no necesita más que humedad para desarrollar toda su virulencia, su fuerza tóxica?

—Con la humedad se convierte en un veneno poderoso — dijo el hombre.

—¿Produce muerte instantánea? ¿No deja rastros para el análisis?

—Ningún análisis actual lo descubriría.

—En suma, — dijo El Grifo con satisfacción — un veneno perfecto. Un descubrimiento nuevo. Un alcaloide que contiene todo el veneno de una cobra real.

—Es similar a ese veneno dijo el Veintinueve, moviéndose un poco inquieto en su silla. — Un nuevo método de combinación, como usted lo deseaba. Y ahora que he cumplido sus órdenes ¿obtendré mi libertad?

—¿Su libertad? — los ojos de ofidio de El Grifo miraron al hombre que no tenía nombre en aquel establecimiento, que era sólo un número, como todos sus compañeros peritos en muchas profesiones. —Está usted acusado de un homicido. Lo traje aquí y le he dado un refugio. Mató usted a un hombre...

—Era el amante de mi mujer..

Los ojos de El Grifo brillaron airadamente.

—No quiero interrupciones. Me disgusta la emoción. Su mujer y el amante no son nada para mí. ¿De qué le servirá que yo lo deje en libertad? Será descubierto, arrestado y condenado.

—Puedo huir salir del país, dejar...

Se interrumpió.

—No le gusta a usted este trabajo. ¿Teme que este perfecto veneno suyo pueda ser usado para fines que la ley condena, convertirse en accesorio de un crimen?

El Veintinueve guardó silencio.

—Veremos — prosiguió El Grifo con una risa repentina que era horrible por su maldad. — Primero ensayaremos los cristales.

Ordenó a Quantro que llenara el comedero de la jaula con cañamones que sacó de un paquete y espolvoreó cuidadosamente con el veneno. Lo revolvió todo antes de que el enano volviera el comedero a la jaula. No se veía rastro de los finos cristales. El pájaro empezó a comer ansiosamente, mientras Quantro agarraba el bebedero que también había estado vacío, y lo llenaba hasta el borde con agua de la jarra de plata.

El Grifo y el Veintinueve observaban atentamente. Al principio nada ocurrió. El canario partía las semillas y dejaba caer la cáscara en el suelo, cubierto de arena, de la jaula. Luego saltó y se puso a beber, tomando el agua con el piquito, echando la cabeza hacia atrás.

Cayó sobre la arena sin una convulsión, muerto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Muy bien — proclamó El Grifo y su voz tenía una nota de indescriptible triunfo — Se ha portado usted, Veintinueve. Es un secreto valioso.

—Y peligroso a la vez.

—Cierto. Pero, si le doy la libertad, de usted dependerá no divulgarlo.

El Veintinueve tomó aquello como una respuesta. Sus apagados ojos brillaron y sonó una nota de esperanza en su voz.

—Absolutamente — dijo.

—¡Ah! ¿Quiere fumar un cigarrillo mientras charlamos un rato?

Sacó una tabaquera de oro damasceno, con un dibujo de la cabeza del grifo en cada lado. El Veintinueve aceptó el obsequio. El Grifo tomó otro cigarro, lo encendió, pasó fuego al otro, observó mientras el Veintinueve inhalaba, despidió humo.

—¿No sabe usted a donde venía cuando fué traído aquí? — dijo El Grifo. — ¿No sabe nada de este sitio fuera de las celdas del laboratorio?

—No. Yo...

El hombre sin nombre cayó repentinamente al suelo. Su lengua había humedecido el tabaco del cigarrillo que El Grifo trató con en veneno perfecto. La combinación que el Veintinueve había descubierto se convirtió en veneno mortal. El Grifo terminó tranquilamente su cigarrillo, enviando al aire espirales de humo.

—Y... prosiguó — no sabe usted donde va. Ya tiene su libertad, amigo mío. Y yo tengo su secreto. Pronto nos será muy útil. ¡Quantro!

El enano sabía lo que tenía que hacer. Arrastró fácilmente el cadáver fuera de la magnífica alfombra que había arrugado al caer, retiró la silla. El Grifo movió una palanca. Una boca circular abrióse instantáneamente en el piso. El Grifo lanzó más espirales de humo mientras Quantro, con prodigiosa fuerza, arrojaba por la abertura el cadáver. Un ligero ruido y la abertura se cerró, quedando su origen invisible.

III

Gordon Manning estaba en su biblioteca particular de Pelham Manor. Su eficiente mayordomo japonés le había traído café, había colocado tabaco al alcance de su mano y también las dos pipas favoritas de Manning, que había limpiado ese día.

Manning, alto, bronceado y atlético, estaba sentado en un gran sillón, con aspecto algo abatido. El combate con El Grifo empezaba a dejar sus huellas en él. En el último encuentro había escapado por muy poco a la muerte. Había luchado contra el agente destructor de El Grifo y el hombre no actuaría más. **Manning lo había matado de un**

La mucama.—Me dijo la señora, que sacara a tomar aire a estos pichichos.
El señor.—Vea, Josefa; en lo sucesivo cuando se refiera a estos animalitos llámelos por sus nombres: Fifí y Totó. ¿Me entiende?

tiro, sellando involuntariamente labios que podían haber dado algún dato para sorprender a El Grifo en su guarida.

Y El Grifo se había burlado de él enviándole un mensaje donde le daba a entender que se estaba cansando de la insistencia de Manning, declarando insolentemente que, si el detective cesaba de divertirlo, concluiría con él como había concluído con los otros. Lo peor de todo era que había amenazado la vida de la joven a quien Manning amaba.

Se produciría otro encuentro. Cuando. Manning no lo sabía. Apesar de su gran audacia, El Grifo hacía cuidadosos preparativos antes de atacar y hasta entonces su diabólica astucia había derrotado a Manning. En el rostro fuerte y rudo del detective empezaban a formarse líneas de preocupación. Llenó su pipa y el buen tabaco lo consoló, calmando sus nervios, que recién empezaba a darse cuenta que poseía, nervios que habían pasado inalterables por mil peligros mortales en tiempos de guerra y de paz, en tierras salvajes y extrañas.

Era la incertidumbre sobre cuando y donde atacaría El Grifo que hacía tan angustiosa la partida. El Grifo anunciaba abiertamente a Manning el nombre de su próxima víctima, el mismo día de su muerte. Fracasar otra vez parecíale a Manning insoportable. Renunciar no podía. El o El Grifo tenían que morir.

Aun antes de que sonara el teléfono experimentó Manning la maléfica influencia, las vibraciones a que como las esperaba respondía. El Grifo poseía algún sistema de sincronización por medio del cual podía comunicarse por teléfono sin que fuera posible localizar el llamado. El sonido del timbre era sutilmente distinto. Manning respondía a los llamados con un creciente hervor en la sangre, con tremenda desesperación ante su

incapacidad para derrotar de algún modo a aquel loco criminal.

Hubiera conocido en cualquier parte la voz de El Grifo, profunda como una campana, infinitamente burlona en sus inflexiones.

—¿Con Manning? Es para avisarle que está armado el tablero para la próxima partida. Le presento mil saludos, adversario. Lamento tener que decirle que en nuestros últimos encuentros ha dado usted pruebas de falta de humorismo, de finura. No se tome demasiado en serio, Manning. Le prevengo que esta vez, al fin, su propia existencia puede estar en peligro. Digo "puede" porque no estoy decidido aun a librarme de usted; pero es probable que caiga en la misma trampa que inevitablemente se cerrará sobre Gilman Grant.

¡Gilman Grant! Ingeniero civil y arquitecto. El hombre constructor del futuro, que estaba resolviendo los problemas del tráfico y aéreos, mejorando las viejas ciudades, edificando nuevas que contemplarían todas las necesidades modernas y del porvenir. Maestro en los problemas de la luz, el aire y el agua puros, creador inspirado de belleza. ¡El genio del siglo!

—Gilman Grant — repitió El Grifo. — Ese proyectista soñador, ese derrochador de energías, esteta afectado que no comprende como los hombres se lanzarán de nuevo unos contra otros. Un creyente en el falso milenio que espera apresurar. Gilman Grant que estará tan muerto como sus inútiles teorías, antes de que la semana termine.

El próximo jueves, Manning. Hasta le señalaré con más exactitud la hora esta vez No pido las veinticuatro horas enteras. Dejaré al visionario vivir hasta medio día. Entre éste y la media noche terminaré con él. Eso es todo, Manning. No le prometo a usted inmunidad. Yo no estaré lejos, en caso de que su suerte le falle.

La voz terminó con un eco de risa. La desdeñosa arrogancia del mensaje, el plan asesino, aturdió a Manning.

Gilman Grant no podía ser asesinado. El mundo lo necesitaba. Una cosa se destacaba. ¿Por qué El Grifo había limitado esta vez su tiempo, cortándolo por la mitad? Había alguna razón. Algo relacionado con los hábitos de Grant, que sin duda alguna El Grifo había estudiado.

Era sábado. Manning tenía cuatro días completos para prevenirlo a Grant, para hacer sus preparativos particulares. Esta vez tenía seguramente que ganar. El destino no podía permitir el sacrificio de una víctima como Grant. Sin embargo... el recuerdo de sus otros fracasos debilitaba las energías de Manning. Luchó contra aquel desaliento.

Golpeó la pipa, volvióla a llenar y quedóse en su sillón, aguzando el ingenio. Tenía tan poco para ayudarlo en su trabajo! Sólo la declaración de El Grifo de que Grant estaría seguro hasta medio día. Quería decir algo. Era jactancia, que alguna vez haría tropezar a aquel archi-bandido que se llamaba a sí mismo El Grifo, que sellaba sus triunfos con un óvalo de papel escarlata, donde estaba grabada la cabeza del fabuloso animal que anunciaba su nombre de muerte.

IV

Gilman Grant no estaba en la ciudad. No se le esperaba hasta el martes por la noche y estaría en su oficina el miércoles por la mañana. Vivía en Hove. Cuando pasaba la noche en Londres, como ocurría a menudo, dormía en su club.

Manning no tuvo dificultad en averiguar esas cosas y estaba seguro de que El Grifo también las sabía. Era primer factor en la locura criminal de El Grifo estar bien informado y nunca había fracasado en sus anunciados crímenes, a pesar de las precauciones tomadas.

Por esta razón intrigóle a Manning la condición que dejaba vivir a Grant hasta medio día de la fecha señalada para su muerte. No por culto del humor, si no por la satisfacción vanidosa de realizar lo que anunciaba, El Grifo cumplía invariablemente su palabra, por mucho que pareciera ofrecerle obstáculos el hacerlo.

Aunque el hombre era un asesino, un loco, un demonio, Manning creía implícitamente que Grant estaría seguro hasta el mediodía del jueves. Igualmente temía que algo inevitable ocurriría después. El ingenio de El Grifo era sorprendente. Tenía la ventaja de saber lo que iba a hacer. Manning quedaba relegado a la misión de proteger al hombre condenado, de intentar no solamente frustrar si no adivinar los métodos de El Grifo.

Fué a verlo a Gilman Grant el miércoles, en sus oficinas, que ocupaban una sección de uno de los edificios más modernos de Londres. Era un sitio lleno de actividad. Muchos hombres, algunos muy importantes, conversaban con los empleados de Grant antes de pasar al despacho privado de éste, esperando su turno. Entraban y volvían a salir. Algunos protestaban porque no podían entrar sin haber pedido hora antes. Había dos secretarias, una peli-roja y la otra morena, que sabían su deber.

—El señor Grant recibirá gustoso a cualquiera si hay tiempo — decían repetidamente. — Pero tiene compromisos que debe atender en primer lugar.

—Yo no tengo cita — dijo Manning a la joven morena. — Sin embargo, si quiere usted llevarle esta tarjeta, espero que me recibirá. El asunto es de vital importancia para el señor Grant.

La joven lo miró gravemente, con detenida atención. La voz de Manning, su rostro, sus modales, la impresionaron. Era una muchacha linda; pero también inteligente. Miró la tarjeta y sus ojos se dilataron.

En su duelo con El Grifo, Manning había trabajado al principio secretamente. El Grifo mismo fué el primero en descubrirlo, en escribirle audazmente felicitándolo y lanzándole su desafío. Desde entonces, en las catástrofes provocadas por El Grifo, que Manning trató de evitar, el nombre del detective había estado inevitablemente ligado a la investigación.

La secretaria volvió a mirar directamente a Manning.

—¿Puede usted probarme su identidad, señor Manning?

El detective sonrió. Vió y comprendió la duda de la joven. Luego ella lo hizo pasar a una pequeña habitación, donde había planos en las mesas de dibujo y allí le mostró Manning su insignia especial, su pasaporte, sus fotografías, varias licencias de conductor que llevaban su firma.

—Puede telefonearle al Jefe de Policía, en Scotland Yard, si quiere — dijo. — Usted o yo podemos hablarle. El mandará a una persona discreta para completar la indentificación. Pero no deje de hacerme pasar a ver al señor Grant antes de que se retire.

—Si no tiene usted inconveniente, yo hablaré con la Yard. — dijo ella. — No estoy en antecedentes, señor Manning; pero presumo se trata de algo grave.

—Así es — contestó él. — Aplaudo su precaución.

A los quince minutos un hombre discretamente vestido de civil, enviado por el jefe de Policía, indetificaba a Manning, saludándolo con evidente respeto y Manning fué introducido en la oficina del gran constructor.

—No puedo dedicarle mucho tiempo — dijo Grant amablemente. — He estado ausente de la ciudad y estas ideas nuestras nuevas, sobre cambios en la ciuad, interesan tanto al público que estoy literalmente asediado. La gente quiere saber lo que yo deseo decirle y cuesta negarse. ¿En qué puedo servirlo, señor Manning?

Manning no tardó en decírselo. Citó los nombres de los que habían sido víctimas de El Grifo. Grant movió afirmativamente la cabeza.

—He oído hablar de todo eso, naturalmente — dijo. — Sin embargo, mi trabajo me absorbe tanto, que casi he considerado a ese hombre como un mito. No hay razón concebible para que me haya tomado antipatía, a no ser que se trate de un mentecato o de un loco que aborrece todo progreso no concebido por él. Comprendo que usted no está aquí para perder tiempo, señor Manning. ¿Qué quiere qué haga?

—¿Va a ir usted esta noche a Hove? Quiero estar a su lado hasta mañana. No creo que haya el menor peligro antes de mediodía. Por alguna extraña razón, en la mente enferma de ese hombre, creo que si el plan no se realizara de acuerdo a lo que él ha dispuesto, su orgullo colosal sufriría. Mañana, naturamente, es fiesta...

—Esta oficina estará cerrada — dijo Grant gravemente. — Yo pensaba volver aquí esta noche y trabajar hasta tarde. A menudo he dormido en ese sofá — indicó uno tapizado en cuero. — Tengo mantas para taparme. Puedo prepararme el desayuno con un calentador eléctrico y pensaba hacerlo así mañana. Este es mi taller y estaré solo para pensar en varias cosas. Hay ciertas cuestiones que quiero decidir y someter a las autoridades, por una parte; Por otra, creo que pocos sitios serán más seguros que éste. Si quiere quedarse aquí conmigo, me complacerá mucho su compañía; aunque, no puedo prometerle ser un anfitrión entretenido.

Ambos hombres se acercaron a la ventana y miraron hacia afuera. El moderno edificio era alto y la gente que pasaba por la calle parecían hormigas. El departamento ocupaba la parte central del edificio. Parecía casi inexpugnable, aquel rascacielo de acero y piedra. Manning reconoció que, al parecer, era bastante seguro, aunque ningún lugar estaba a salvo del ingenio diabólico de El Grifo.

—¿Supongo que algunas personas conocerán su intención de estar aquí sólo mañana? ¿Quizá algunos de ellos extraños?

—Indudablemente. Pero con usted como guardia de corps y teniendo las puertas exteriores cerradas con llave, no creo haya mucho que temer.

Manning asintió con la cabeza. Aunque no estaba enteramente convencido. Las cerraduras no significaban nada ante los peritos que El Grifo empleaba. No dudaba que más de uno de ellos había estado allí, inspeccionando las cerraduras, preparando su entrada, mientras estudiaban los hábitos de Grant. Confiaba más en su propio éxito como guardián, en su habilidad con la pistola automática. Cualquier método que El Grifo empleara, sería sutil. No se arrojarían bombas y sin embargo existía aquella insinuación de que él también podía morir... no de que moriría. Era cuestión de azar.

Parecía casi ridículo que Manning tomara tan al pie de la letra las palabras de El Grifo; sin embargo, sabía que aquello ocurriría, que el criminal era meticuloso en sus expresiones y significados de las mismas. Ocurriera lo que ocurriera, Manning podía o no compartir el destino de Grant, que el detective esperaba evitar.

—Veo un sofá en el cuarto de afuera — dijo. — Si usted no tiene inconveniente, lo traeré aquí esta noche para descansar yo en él. Trataré de no molestarlo. No vendré hasta media noche, si le parece bien.

—Me parece perfectamente. Yo estaré trabajando y lo haré entrar. No tengo intención de permitir que ninguna amenaza interrumpa mis planes. Son importantes, no sólo para mí si no para la nación. Empezamos a trabajar en algunas notables y prácticas soluciones aplicadas a las necesidades de la vida moderna. Vámos a tener ciudades a la vez espaciosas, bellas y sanas. Lo veré más tarde, entonces — añadió al aparecer la secretaria con la tarjeta de un hombre que tenía cita.

Manning salió del edificio tratando de alejar cierta aprensión nerviosa, un presentimiento de desgracia. Sabía él que era una sombra proyectada por sus anteriores fracasos y no debía permitir que lo desmoralizara. Pero persistió. Lo acompañaba aun cuando el ascensor automático lo llevó al último piso del edificio, quince minutos antes de la media noche, y encontró a Grant bien y alegre. Siguió durante su vigilia.

El Grifo les había dado doce horas.

Transcurrió el tiempo, trabajando afanosamente Gilman Grant en sus problemas, contemplando Manning por la ventana la ciudad que Nunca Duerme, alerta sus sentidos para cualquier señal de peligro.

Aparentemente, fuera de algunos serenos,

no había nadie más que él y Grant en aquel vasto edificio.

V

Faltaban pocos minutos para medio día, la hora que El Grifo había señalado para herir mortalmente. Manning no había dormido, no sentía sueño y estaba más tenso que nunca, como un arco estirado hasta el límite, pronto a lanzar su flecha.

Grant había dormido cuatro horas, entre las tres y las siete. No estaba cansado y le dijo a Manning que le bastaban pocas horas de sueño cuando su cerebro estaba ocupado. Preparó su sencillo desayuno que tomaron juntos, Grant hablando interesantemente de la ciudad del futuro. Las ciudades actuales serían reformadas dentro de lo posible, resolviendo los problemas del tráfico, haciendo parques y avenidas entre los rascacielos; pero la mejora más vasta vendría con la concentración de varios pueblos pequeños dentro de una ciudad modelo.

Mostró a Manning algunos planos, discurría que en esto, Inglaterra marcharía a la cabeza del mundo.

La gran ciudad estaba de asueto; millones de personas se habían dirigido al campo, llenaban los parques y lugares al aire libre.

De pronto sonó el teléfono. Grant se volvió a él; pero Manning llegó primero.

—Es mejor que me deje atender a mí — dijo. Sentía la extraña vibración a que era supersensible. Aquel llamadó era de El Grifo. La voz, profunda y burlona, le llegó claramente.

—Falta un minuto para mediodía, por mi reloj, Manning. Un minuto más y luego... ¡mire! Como le dije antes, puede usted ser incluído esta vez. Está en manc de los dioses. En tal caso haré una visita personal, lamentaré el fin de nuestros encuentros y rendiré debido tributo a su memoria. El destino arroja los dados, Manning. Mis saludos a Gilman Grant. Quizá ejercitará su inteligencia construyendo un nuevo cielo... si existe alguno.

Nuevamente se oyó el sonido de la música, mezclado con la risa burlona. Manning miró a Grant. El genial arquitecto estaba grave, pero sereno.

—Estas prácticas son de rigor, imagino — dijo. — De cualquier modo no permitiremos que alteren nuestra serenidad. ¿Qué le parece un almuerzo ligero, Manning? Hice traer anoche algunas cosas. Sopa fría y conservas. Todo en tarros cerrados. El Grifo no puede haberlos tocado.

—Muy bien. — dijo Manning. — Voy a dar un vistazo al corredor.

Los pasajes estaban vacíos. Los indicadores demostraban que ningún ascensor estaba en uso por el momento. La pistola de Manning estaba pronta, fuera de su funda. En otro tiempo había atravesado senderos de la jungle donde sabía que acechaban salvajes en la espesura, que los senderos estaban custodiados, que los habitantes de la selva tenían tambores para anunciar su proximidad y que lo esperaban con flechas envenenadas y tubos lanza-dardos que podían descargar en cualquier momento enemigos ocultos pero presentidos.

Pasaba lo mismo ahora, aunque recalcado por el corredor vacío, por las puertas cerradas de las oficinas, por las ventanas que dejaban pasar la luz del día. Nada a la vista. Ningún sitio donde un hombre pudiera ocultarse. Si alguien venía, tenía que ser visto. Sin embargo, la obsesión del peligro inminente se apoderó de Manning, sintió como si de pronto lo hubiesen transportado a una atmósfera donde fuera difícil respirar: una atmósfera maligna.

Pero no era tangible. Se encogió el detective de hombros, volvió al departamento donde Grant, haciendo su papel de anfitrión, había preparado ya el almuerzo. Manning cerró con llave la puerta de afuera. Al sentarse frente al sencillo almuerzo, colocó la silla de modo que mirara al otro cuarto, colocó su automático a mano. Grant observaba los lúgubres preparativos sin comentarios.

—Ahora, Manning, — dijo. — ¿Quiere un cigarro o prefiere su pipa? En cuanto a mí elijo la pipa. No puedo mantenerla encendida cuando estoy trabajando; pero la disfruto más cuando fumo en ella. Tiene que probar mi tabaco. Siempre me abstengo de fumar hasta mediodía. Es prescripción médica. No fume nunca antes de mediodía y el tabaco no le hará daño.

Abrió un hondo cajón de su escritorio, sacó una lata con tabaco y una caja de caoba, ribeteada de bronce, que parecía destinada a pistolas de duelo; pero que contenía media docena de pipas e instrumentos para limpiar y raspar los cuencos. Grant destapó la lata, escogió una pipa y comenzó a llenarla, invitando a Manning que hiciera lo mismo.

La luz se hizo en el cerebro de Manning. Vió el diabólico ingenio de El Grifo, el significado de aquella espera hasta el mediodía.

A causa de los hábitos regulares de Grant sabía el criminal que, sin ningún género de duda, nunca fumaba hasta mediodía.

—No use ninguna de esas pipas, ni el tabaco—dijo vivamente y Grant lo miró. — Puede ser que alguien haya andado con ellos

—Creo que es completamente imposible — dijo Grant. — Nadie entra aquí cuando yo no estoy, excepto un empleado de toda confianza. Déjese de tonterías, Manning, quiero fumar.

—También puede entrar algún portero, limpiadores de pisos y ventanas — dijo Manning gravemente. — Por favor, no se exponga. No lo privaré de fumar. Tome mi pipa y mi tabaco. Yo los he usado; pero quizá a usted no le importará. Veo que tiene limpiadores de pipas.

—Siempre tengo provisión a mano. La señorita Allen cuida de ello. Le haré el gusto, Manning.

Manning lo observó mientras cerraba la caja y dejaba el tarro. Los limpiadores de pipas, en un paquetito sellado se hallaban en una bandeja sobre el escritorio, los fósforos en una caja cerrada, junto a ellos. Manning esperimentó alivio al ver que Grant tomaba sonriendo la pipa que él le ofrecía, limpiaba el caño con uno de los alambres retorcidos

y algodón, tirando los sucios al canasto y llenaba la pipa con el tabaco de Manning.

—Siento privarlo de su pipa — dijo Grant — Tira muy bien. Es un lindo pedazo de raíz de agavanzo. Su tabaco es un poco fuerte; pero...

Helado de horror vió Manning que la pipa caía de los labios de Grant, que se abrían sus mandíbulas se ponían rígidas y sus pupilas adquirían repentina fijeza. Su rostro tomó un tinte ceniciento y, con un gemido ahogado, se desplomó al suelo, muerto.

El Grifo había revoloteado invisiblemente, herido una vez más. Manning sabía que no había esperanza, antes de tentar el pulso y el corazón del arquitecto, antes de acercar a sus labios la tapa de su reloj.

Tampoco podía aun resolver el enigma. El hecho estaba cumplido y él había fracasado una vez más. Sin embargo, Grant había fumado del propio tabaco y en la propia pipa de Manning. Grant hasta la había limpiado. ¿Podía haber allí otro agente? Miró a su alrededor, la mano en la culata de su pistola. El estaba vivo. ¿Cómo había escapado?

Si era la pipa, el conocimiento del hábito que se permitía Grant como solaz a cierta hora, El Grifo deduciría, si es que no tenía una seguridad mayor, que el arquitecto no perdería tiempo. El Grifo había dicho, poco tiempo antes que, si Manning también moría, él podría hacer una visita personal.

Manning sabía por qué. A El Grifo le gustaba dejar sobre sus víctimas el sello que usaba en sus cartas... un óvalo de papel escarlata, donde estaba grabada su divisa. Le gustaría, muy especialmente, colocar aquel audaz desafío sobre el pecho de Manning.

Sin duda tenía algún plan para averiguar como y cuando obraría su diabólico agente. Este no podía ser ni la pipa ni el tabaco de Manning; a pesar de toda su astucia infernal, no podía calcular El Grifo que él se los ofrecería a Grant. No podía pensar que fuera el alimento, porque a Manning no le había causado el menor daño. Sin embargo, algo había que él pudo compartir con el arquitecto.

Si ahora se hacía él el muerto, si se tendía en el suelo de modo que engañara a cualquiera que se presentara para ver lo que había ocurrido, pero de modo que pudiera usar su pistola, era después de todo probable que alguno de los secuaces de El Grifo, quizá este mismo, se presentara. Era una posibilidad remota: pero Manning la aprovechó. Simuló su caída, aunque sabía que nadie podía mirar ni por las ventanas, ni a través de las paredes.

VI

Parecióle que transcurrieron largas horas mientras estuvo tendido allí: cada segundo era multiplicado por la tensión, por su esperanza de agarrar al cobarde asesino.

Tenía la pistola a mano, aunque oculta debajo de su cuerpo. La luz del sol se movió sobre el piso, tocó la rica alfombra donde yacía Grant, se movió como el dedo del destino.

Entonces Manning oyó el más débil de los "clics". Alguien penetraba por la puerta exterior. Oyó pasos suaves que la tensión de sus nervios intensificó. Sus dedos se cerraron sobre la culata de la pistola. El intruso estaba cerca del tabique final, de la puerta, que daba a la pieza privada de Grant. A Manning le parecía oir su respiración. Observó el pestillo de la puerta. Se movía cautelosamente. La puerta se abría. Tenía que dejar al otro que lo viera bien, entrar y luego...

Oyó el "puf" "puf" de una respiración violenta, una llamarada, un polvo, fué proyectado dentro de la habitación, algo irritante que actuó sobre las membranas de la nariz y de la garganta de Manning. Fué tan poderoso que, no obstante todo su esfuerzo de voluntad, no pudo contener un estornudo.

Instantáneamente la puerta se cerró. Se oyó ahora claramente el ruido de pasos que se alejaban, llevando su propietario el informe definido de que, por lo menos, una de las presuntas víctimas estaba viva.

Manning se puso de pie, incapaz de contener las convulsiones que arrancaban lágrimas a sus ojos. Sus narinas estaban inflamadas intensamente lo mismo que su garganta. Abrió de golpe la puerta, saltó al cuarto siguiente, ahora vacío, pasó por la puerta exterior que el fugitivo había dejado abierta; vió una figura que corría por el pasillo, dirigiéndose a los ascensores arrojando por encima de su hombro un puñado del polvo irritante, mientras Manning, envuelto en la nube acre, oprimía el gatillo y erraba por primera vez en su vida.

Medio ciego, se enjugó las lágrimas que brotaban de sus ojos, siguió a su hombre. No había tiempo para llamar el ascensor. Por muy rápidamente que se elevara, tardaría demasiado en llegar a aquel piso. La escalera quedaba a la izquierda: el espía se lanzó por ella y Manning detrás.

Lo vió a través de una nube, mientras rodeaba con su brazo la bola de bronce para contener su velocidad en la curva. La segunda bala de Manning dió en el blanco.

El otro se tambaleó, trató de sacar de su bolsillo una pistola y cayó, vencido por el dolor producido por la bala de Manning, que le había deshecho el hueso del hombro.

Manning se lanzó sobre él, saltando los últimos escalones, como un puma que se precipita sobre su presa. El hombre chilló de angustia, mientras el detective le ponía sin piedad las esposas, vivos en su memoria los crímenes de El Grifo.

Otros emisarios del criminal se le habían escapado o, capturados, expresaron ignorancia o se suicidaron antes de traicionar al hombre a quien temían más que a la policía. Pero éste, al menos, no se le escaparía, lo conduciría a la oculta guarida de El Grifo.

Puso fin a la presente agonía del hombre, dándole un puñetazo en la mandíbula, luego metió el cuerpo sin sentido en el "ascensor de bomberos" y lo llevó al piso de Grant, donde su dueño yacía muerto. Depositó al hombre desvanecido en el diván de cuero, cerró la puerta con llave. El gran edificio, totalmente vacío, seguía silencioso. Los tiros no se habían oído.

Manning arregló el cadáver de Grant, con-

El hombre vestido con túnica negra, que se tambaleaba tenía en la mano una vara que lanzaba chispas.

teniendo la furia que ardía en él. Si era posible, pelearía astucia contra astucia, pues por esta vez tenía a El Grifo donde había probabilidad de alcanzarlo.

El espía era un hombre moreno, probablemente de origen extranjero, aunque hablaba bastante bien el inglés, mezclado con ciertas expresiones de "slang", que se le escaparon al volver en sí y verse atado de pies y manos; su hombro herido estaba perfectamente vendado, pintado con yodo debajo de las vendas. Por el momento no lo hacía sufrir. No tenía fiebre aun. Se hallaba atado fuertemente.

—No trate de moverse — le dijo Manning. — Los huesos astillados duelen mucho, donde el brazo se junta con el hombro. No provoque una infección. La gangrena no es cosa fácil de tratar en un sitio como ese. Y la muerte que produce no es agradable ni rápida. Pero, por unas cuantas horas, no hay peligro. Le prometo a usted que saldrá bien en todo si se porta sinceramente.

El hombre enseñó los dientes con una mueca feroz.

—¿Si? ¿Para que usted me entregue a los canas? Yo no maté a este tipo. Y no voy a permitir que me engayolen. Y tampoco pienso cantar. No soy... (aquí una expresión grosera).

—Puedo salvarlo de la policía — le dijo Manning. — Si me ayuda usted a sorprender a El Grifo, si me dice donde puedo encontrarlo, más bien la policía lo recompensará que encarcelarlo. Yo le obtendré la impunidad, si procede conmigo lealmente, haya usted hecho lo que haya hecho antes.

El otro lo miró esperanzado; luego movió la cabeza en señal de duda.

—No puede usted hacer eso — dijo. — Me escapé de Dartmoor. Estaba condenado a veinte años. Me engayolarán. Usted me entregará.

—¿Fué por un asesinato?

—No... fué...

—Muy bien, entonces. ¡Míreme! El terminar con El Grifo es algo que vale la pena. El librar al país de ese monstruo bien merece un indulto. Yo le prometo que no volverá a Dartmoor. Le doy mi palabra de que recibirá la libertad. Hasta me ocuparé de conseguirle trabajo.

El otro miró a Manning a los ojos, algo en ellos le inspiraba confianza. Luego movió otra vez la cabeza negativamente.

—Es inútil. Si yo lo traiciono a El Grifo

me hará matar. Nunca lo derrotará usted.

—Lo se — dijo Manning. — Escúcheme. El Grifo lo domina a usted y a los otros, los obliga a trabajar para él, porque hay sentencias pendientes sobre vuestras cabezas. Va más lejos en su perversa locura. Añade amenazas para vuestras familias indefensas.

Vió por los torturados ojos del hombre que había acertado y continuó:

—Yo lo protegeré. Haré que su familia sea trasladada a un lugar seguro. Les daré medios de vida y hasta lo devolveré a usted a los suyos, si demuestra que lo merece. Ya ha sufrido bastante. Es tiempo de que se redima.

Los ojos del hombre brillaron de esperanza.

—¿No me entregará usted a los canas?

—No; lo llevaré donde le curarán bien su herida. Daré pasos para el traslado inmediato de su familia, antes que nada. Le permitiré a usted comunicarse con ella. Pero hay que obrar con rapidez. Tiene que decirme todo lo que sabe. Si no lo hace, usted y los suyos sufrirán. Quedarán a la merced de El Grifo, si fracasa.

Nuevamente alzó la cabeza el cómplice de El Grifo y recibió esperanza. La halló en los ojos ardientes de Manning; sintió la influencia del poderoso carácter del hombre, la fuerza de su dinámica voluntad, aumentada ante la posibilidad de echarle el guante a aquel super-bandido que se había propuesto matar la civilización, destruir la fe del hombre en la majestad de la ley.

—Lo haré — contestó al fin el hombre. — Correré ese riesgo. Escuche: me llamo Gaspetti. Soy nacido en Sicilia. Yo era un...

Por diez ávidos minutos escuchó Manning, su cerebro anotaba los menores detalles. Luego se dirigió al teléfono, medio temiendo hallarlo inutilizado por algún procedimiento sutil de El Grifo. Gaspetti le contó como El Grifo se había enterado de los hábitos de Grant, enviado un emisario para una especial entrevista. Este habíase apoderado de un paquete de los limpiadores de pipas, impregnándolo con veneno y enviado un segundo hombre para cambiarlos.

Manning se puso en comunicación con alguien, pidió un auto para traer un cirujano a la oficina exterior. Sólo después que Gaspetti estuvo en la mesa de operación del cirujano, se ocupó de otras cosas, hablar con el Jefe de Policía, pedir garantías para Gaspetti, hacer trasladar el cadáver de Grant.

Luego, con una sonrisa ceñuda en su severo rostro, se situó detrás del volante de su propio automóvil, y salió de la ciudad, dirigiéndose al norte, directamente a la guarida aérea de El Grifo. Le resultó interesante saber que el criminal vivía no lejos de su propia casa, en Pelham Manor.

Delante de Manning se levantó una colina, cubierta de árboles. Distaba sólo una milla del camino principal, menos de cuarenta millas de la metrópoli. Sin embargo era un sitio solitario, un barrio de caminos sucios, de granjas abandonadas que no habían sido reclamadas aun por los agentes del estado.

Los altos árboles se proyectaban hacia las estrellas. No se veía luz. Sin embargo, en aquella altura sombría, estaba la guarida de El Grifo, a menos que Gaspetti hubiese mentido. Y Manning no lo creía; el alivio, la gratitud del siciliano habían sido demasiado profundas, demasiado sinceros.

Manning se acercó a pie, dejando su auto en un camino lateral, en una abertura medio oculta por la maleza, que parecía el terreno de algún leñador. Una vez que entró, halló suelo duro; a la breve luz de su linterna descubrió ligeras huellas de neumáticos. El terreno era ascendente. Ante un tupido grupo de agavanzos. Manning se detuvo, tanteando con su bastón de acero forrado por anillos de cuero. El regatón halló resistencia. Allí había una puerta. Hasta entonces, Gaspetti no lo había engañado.

El pulso de Manning latía fuertemente, su sangre bullía; luego se serenó. Estaba tan frío como lo había conocido siempre el peligro. Había un botón de timbre, hundido en el marco de la puerta, a un pie de altura. Se agachó y lo oprimió tres veces... luego dos. Se oyó una voz hueca, como de alguien que habla automáticamente.

—Su número. La señal.

—Diez y siete. Gaspetti.

Parecióle a Manning que el mundo cesaba de girar mientras esperaba. Luego la puerta bajó, hundiéndose, revelando un tunel débilmente alumbrado.

Manning llevaba el overall de los esclavos de El Grifo. Lo había manchado como le indicó Gaspetti. Entró audazmente, sabiendo lo que le esperaba, si Gaspetti lo había traicionado, haciéndolo caer en una trampa. Estaba preparado a vender cara su vida y también para las tretas de El Grifo.

Tenía más o menos la estatura de Gaspetti. Confiaba en obtener una entrevista, basándose en la gran vanidad de El Grifo y en su creencia de que no podía fracasar, que sus esclavos eran seguros. Había estudiado cuidadosamente las facciones de Gaspetti, dándose algunos hábiles toques de "maquillage" y cubriéndose parte de la cabeza y de la cara con vendajes manchados de sangre. Gaspetti, antes de que lo operara el cirujano, había recibido éste una inyección calmante y telefoneó a El Grifo, diciéndole, con bastante verdad, que Grant había muerto, que Manning lo había perseguido y herido; pero que logró escapar y volvería. Manning oyó el mensaje y la diabólica risa de El Grifo, del otro lado de la línea. Ahora...

Pasó por dos cámaras subterráneas donde los hombres trabajaban sobre hornos y máquinas, hombres vestidos como él, absortos en su desesperado trabajo de esclavos. Manning siguió por aquellos talleres subterráneos hasta que llegó a una pequeña cámara, tallada en la roca, oprimió otro botón y oyó el ruido broncíneo del gong.

Era un llamado a las armas.

Había tenido que abandonar necesariamente su bastón. Su overall se cerraba con un broche de metal que había enaceitado. Debajo de él llevaba la pistola. En el bolsillo de su traje, hecho para llevar una herramienta, ocultaba un rompe-cabezas muy pesado.

Oyó un ligero silbido. El ascensor que debía llevarlo a presencia de El Grifo, si desempeñaba bien su papel, bajaba.

Quantro, el guardia de corps de El Grifo estaría en él. No era adversario despreciable. Sordo, mudo, medio idiota, el familiar de un loco homicida. Manning sólo podía hacer suposiciones respecto a los medios de protección que tenía El Grifo en su guarida. Tenía en su poder un as... — la sorpresa — y debía hacer uso de él del mejor modo

La puerta del cuarto circular se abrió y la deforme figura de Quantro apareció; su rostro siempre tenía expresión de malicia, de recelo.

Manning señaló su cabeza vendada y luego hacia arriba.

El enano le sonrió y le sacó la lengua. Un momento después había perdido el conocimiento, Manning le había pegado con el arma, cargada de plomo, que sacó de su bolsillo con la rapidez de un prestidigitador. Quantro cayó, vidriosos los ojos, el cráneo fracturado por el golpe que Manning le asestó con todas sus fuerzas. El Grifo había perdido a su guardia de corps.

Manning pasó al ascensor, encontró el botón y lo oprimió. La puerta se cerró y el aparato subió por un tubo. Mientras subía oyó nuevamente el sonido del gong.

El Grifo estaría preparado. Esperaría primero a Quantro, luego a su súbdito victorioso.

El ascensor se detuvo, una puerta curva se abrió automáticamente. Manning oyó música, percibió el perfume del ámbar.

¡El Grifo! Estaba sentado ante su escritorio, detrás del disco de bronce. Se levantó al dar Manning un salto desde el ascensor. El detective había abierto su traje, tenía la pistola en la mano. No podía correr riesgo por capturar a El Grifo vivo. Si le daba un momento, algún medio diabólico lo salvaría.

El rostro de El Grifo era el de un demonio escapado del infierno. Se inclinó rápidamente y Manning hizo fuego, de intento, al círculo de bronce. Fué un presentimiento que lo hizo obrar así. Apenas esperaba traspasarlo. Pero tuvo su recompensa. De él partieron llamas de color lívido. El cuarto pareció dar vueltas. Manning se detuvo, con un prodigioso esfuerzo al borde de una negra abertura que se apareció en el piso... mientras el postigo diafragmático de una cámara se abría.

Manning retrocedió hacia el ascensor. La cámara despedía humo, resonaba con los estampidos de descargas eléctricas. Vió a El Grifo, vestido con una túnica negra, pasar tambaleándose por delante del escritorio, extender hacia él una vara negra que despedía chispas.

Pero algo le había pasado a El Grifo. El tiro al disco había creado un contacto prodigioso. Manning sintió la sacudida, se rehizo, hizo fuego otra vez cuando la grotesca figura de El Grifo avanzaba sobre él con la vara.

Vió a El Grifo girar sobre sí mismo y caer dentro del pozo que se había abierto en el piso. Hizo un esfuerzo para reponerse y salir de aquella cámara circular que todavía podía destruirlo. La música se oía aún, la esencia era todavía fuerte aunque atravesaban la pieza pequeños relámpagos. Pasó Manning al asecensor, oprimiendo el botón y bajó.

El Grifo había muerto. El monstruo estaba destruído.

Ya no habría más crímenes causados por aquel demonio loco.

Quantro también estaba muerto.

Los esclavos que se hallaban en las cavernas se felicitarían de cambiar la tiranía de El Grifo por la prisión, por el castigo de la ley.

Manning sintió, como reacción, una profunda debilidad, Pero la venció. Su tarea había terminado. El ascensor se detuvo y él salió, pistola en mano, vencedor.

F I N

EL FANTASMA DE OLVERSTONE

Por F. WARDEN

(Continuación)

EL joven observaba, por el crujimiento de las ramas que había momentos en que se hallaba a poca distancia del fugitivo, y de improviso pareciale haber perdido el rastro.

Sin desanimarse, convencido de que tantos infortunios había causado en poco tiempo, seguía sin descanso las huellas que dejaba el que huía, el cuál veíase obligado a abrirse paso entre la maleza tras grandes esfuerzos.

Empero, Evelino, llegó a cerciorarse de que el fugitivo giraba con frecuencia dentro de un círculo reducido del bosque, como si quisiese salir de una vez de él.

Evelino trató entonces de cortar camino para salir al encuentro de aquel ser misterioso; pero debió darse cuenta de la maniobra, y prosiguió su camino adelante.

De pronto, en el límite del bosque, a la vez que una granja vecina, divisó el joven un bulto enorme gigantesco, horrible. Abrió su linterna y vió que un cuerpo informe velludo, de apariencia terrorífica, saltaba por entre dos árboles hacia los terrenosc de la granja vecina. Evelino creyó reconocer en aquel monstruo, el mismo ser extraordinario que había visto el día de la muerte de Higgins.

Poseído de extraño valor, púsose a gritar desaforadamente, hasta el extremo de despertar a los habitantes de la granja, a los cuales comunicó lo que ocurría, y juntos siguieron buscando y registrando por todas partes, sin lograr hallar nuevamente el rastro de aquel monstruo misterioso.

Acababan de retirarse los mozos de la granja, dando al diablo a quien de aquel modo venía a turbar su sueño, cuando vió Evelino, que aquel dragón, aquel oso, diablo o lo que fuere, salía corriendo de un establo, al cual se dirigía él para registrarlo. El monstruo se hallaba a pocos pasos del joven, quien creyó que pronto caería sobre él, aunque en ello perdiera la vida. Mas quiso su mala suerte que tropezase con tan mala fortuna, que fué a dar de bruces en el suelo, a tiempo que el monstruo volvía a internarse en el bosque del castillo.

Evelino se levantó rápidamente, y observando por entre los árboles algunas luces, supuso que sería la servidumbre de su casa, quien, con su padre a la cabeza, estaría junto al cadáver de Alcester, tratando de explicarse lo ocurrido.

El joven optó por dar la voz de alarma, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó.

—¡Cuidado! ¡Atención! ¡Allí va!

Y siguió corriendo en la dirección que había visto tomar al monstruo. Minutos después, fue a salir al mismo sitio que acaba de abandonar, y vió a su padre y a todos los criados enarbolando garrotes, dispuestos a reñir batalla con lo primero que se presentase a su vista.

El joven llegó casi sin aliento.

—¿Qué es esto, Evelino? ¿Qué drama horrible es este que ha tenido lugar en nuestra casa?

—No lo sé, papá — respondió el joven, mirando con ojos extraviados a su alrededor — Cuando vi "esto" no había nadie aquí; mas luego oí un ruído, como de alguien que huía a través del bosque y le he estado siguiendo hasta ahora, en que me pareció que debía aparecer entre ustedes.

—Pero, ¿quién?

—No lo sé, repito. No he podido verlo de cerca...

En este instante se oyó un grito agudo que hizo estremecer a todos los que allí estaban.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? — gritaron algunos llenos de espanto.

Casi al mismo tiempo vinieron corriendo hacia el grupo, dos figuritas delicadas que no eran sino las de Hildebrando y Marcia, los cuales temblaban muertos de miedo.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué han bajado ustedes, casi desnudos? — gritó enojado el almirante. — ¿No comprenden que les puede hacer daño?

Los dos niños estaban tan aterrados que no acertaban a abrir la boca.

—Pero, ¿qué les pasa? — dijo Evelino.— ¿Por qué han dado ustedes ese grito tan espantoso?

—Porque... — tartamudeó la niña — he visto una fiera que se ha arrojado sobre nosotros.

—Explícate — dijo ansioso Evelino.

—Es cierto, añadió Hildebrando más tranquilizado. — Yo lo he visto. Vino hacia nosotros como si quisiera devorarnos. Yo lo he visto.

—Pero ¿qué?

—No se lo que era. Parecía un oso.

—¿Dónde lo viste? — dijo Evelino agarrando por un brazo a su hermano. — Enséñame.

—No, no quiero volver allí — dijo el niño resistiéndose. — No podría enseñarte nada, porque... porque se ha metido por la muralla.

—¡Quita de ahí, estúpido! — gritó furioso el almirante. — ¿Vas tu ahora a recitarnos todas las simplezas que has oído contar? ¡Vete arriba al punto, con tu hermana Marcia! ¿Dónde está la institutriz que no se cuida de ustedes.

La discreta señorita Waters, había tenido a bien no moverse de la cama, a pesar de haber oído como todos. el tumulto.

Los dos niños, asustados como estaban se negaron a volver solos a la cama, y para huir a las miradas de su padre, se refugiaron tras un grupo de sirvientes, algunos de los cuales no sólo oían con simpatía lo que los niños contaban acerca de la aparición, sino que daban entero crédito a sus palabras.

Cuando hubo pasado la crisis que tanto aterrorizó a los niños, se aventuraron éstos a dirigirse en compañía de algunos sirvientes, hacia el sitio en que, según ellos, habían visto el monstruo atravesar el muro.

Estaba Hildebrando contando su historia cuando se acercaron al grupo el almirante y su hijo Evelino, los cuales, lejos de imponer silencio, pusiéronse a escuchar lo que decía, mientras cambiaban significativas miradas.

—Ya comprenderás Evelino — dijo el padre — que no hay medio de prestar crédito alguno a lo que dice este chico. Convéncete de que todo ello es pura imaginación, debido a los muchos cuentos que ha oído.

Los sirvientes se retiraron y dejaron sólos a los dos señores.

Evelino no contestó. Estaba examinando detenidamente la parte del muro a que el joven Hildebrando se había referido, la cual estaba próxima a la ventana en que, la noche antes habían, el almirante y él, oído los golpes que tanto llamaron su atención.

—Es imposible penetrar por esa ventana — afirmó el anciano. — Anoche mismo me convencí de ello pues probé yo a ver si podía abrirla.

Padre e hijo volvieron a mirarse en silencio.

—¿Y qué vamos a decirle a sir Jorge Bargrave? — preguntó el almirante.

Evelino movió la cabeza.

—Lo único que se — respondió el joven con voz apagada — es lo que él me dirá a mí.

XII

El almirante comprendió el significado de las palabras de su hijo y guardó silencio.

Inmediatamente mandó, buscar un médico y envió un recado a la policía, mientras, al propio tiempo ordenó que permanecieran algunos sirvientes al lado del cadáver hasta que llegase algún representante de la ley.

No se ocultaba el almirante que aquella trágica muerte, en terreno de su propiedad, levantaría un huracán de sospechas, contra su amado hijo Evelino a quien, como es natural, creía inocente en absoluto.

¿Creería sir Bargrave en esa inocencia? ¿No sospecharía que el joven Olverstone había querido vengarse de aquel a quien conceptuaba un enemigo? ¿Podría aportar alguna luz el examen médico? El almirante dudaba de ello y sin embargo, ansiaba que el doctor llegase por si pudiese demostrarse plenamente la inocencia de su hijo.

Desgraciadamente sus esperanzas se vieron defraudadas.

El doctor Burburry después, de examinar, escrupulosamente el cuerpo del difunto, afirmó que la muerte había sido ocasicuada por la fractura del cráneo.

El doctor examinó asimismo el lugar en que se hallaba tendido, y aseguró, que, según las huellas que presentaba una de las piedras cercanas, el joven había, pobablemente, dado con la cabeza en aquella piedra, cuyo golpe le había, sin duda, ocasionado la muerte.

—Luego, antes de caer y recibir el golpe — repuso el almirante — estaba vivo este joven.

—Es muy probable.

—¿Y no podría haberse caído de un árbol?

—Tampoco es inverosímil, aunque me parece que la muerte ha debido ser instantánea y como usted ve, el cuerpo se halla a alguna distancia de los árboles.

—Yo aseguro — afirmó Evelino — que no ha sido instantánea su muerte. Cuando yo oí su grito, tardé lo menos un minuto en acudir, y al llegar yo, aun se movía, si bien debió, a mi juicio, morir en aquellos instantes.

—Bien, bien — dijo el doctor, mirando de reojo a Evelino. — Eso lo podrá atestiguar usted ante la justicia.

En aquel momento, llegó la policía, y tras breves preguntas, que fueron contestadas por Evelino y su padre, se colocó el cadáver en un improvisado vehículo para ser transportado a casa de sus padres.

—Mejor será Evelino — dijo el almirante — que nos adelantemos nosotros a preparar a sir Jorge Bargrave acerca de lo ocurrido.

Terrible es nuestra misión, pero no debemos evadirla.

—¡Es verdad! — respondió el joven emocionado — Vamos, y sea lo que Dios quiera.

Padre e hijo subieron en un pequeño automóvil que mandaron preparar y al cabo de algunos minutos llegaron al domici-

lio de los Bargrave. Eran las dos de la mañana, cuando llamaron a la puerta de la casa, operación que hubieron de repetir varias veces.

Después de largo rato, se abrió una de las ventanas superiores, y se oyó la voz del señor Bargrave en persona. Al reconocer a los intempestivos visitantes, bajó el mismo a abrir la puerta.

Al observar el semblante de los dos caballeros comprendió que eran portadores de alguna mala noticia. Máxime, la extraña apariencia de Evelino, cuyo traje estaba lleno de barro y musgo, a causa de la caída que sufrió en el bosque, en su carrera tras del supuesto fantasma o ser viviente, denotaba algo anormal.

—Pasen ustedes, — dijo sir Jorge secamente, conduciéndoles al comedor, cuyo gas encendió.

—Venimos, caballero — dijo el almirante, — a cumplir una misión tan difícil, que... la verdad, no se cómo decirle.

Hubo un pequeño silencio de muerte. El señor Bargrave miraba simultáneamente a los dos caballeros, y aunque se esforzaba por aparecer tranquilo, no pudo reprimir un terror que le hacía presentir algo fatal.

Evelino tomó en seguida la palabra, y con voz conmovida habló así:

—Sir Jorge, hará próximamente una hora estaba yo recorriendo la antigua galería de nuestro castillo, cuando oí un grito de angustia en el exterior: salí presuroso a ver lo que había ocurrido y me encontré con una terrible escena.

Sir Jorge miró fijamente al joven como si tratase de adivinar lo sucedido.

—Explíquese Vd. — dijo con voz ronca.

—¿Sabe Vd. — dijo el almirante — que su hijo ha salido de su casa esta noche?

—¿Qué le ha pasado? — preguntó sir Jorge levantando la voz de repente.

El almirante hizo una seña a su hijo para que hablase.

—Se ha encontrado — dijo el joven hablando con gran dificultad — tendido... en el suelo... expirante...

—¡Mi hijo!... Mi... ¡ah, dígame, dígame lo que ha ocurrido! — balbuceó el pobre padre.

—No sabemos... no podemos decirle cómo ha sido. Pedí auxilio en cuanto le ví, y en seguida me dí cuenta de que alguien huía por entre los árboles, corrí en su persecución, pero no pude darle alcance...

El joven se detuvo. La emoción ahogaba su voz.

—Mandamos sin pérdida de tiempo a buscar al médico — prosiguió el almirante, — y ahora oirá Vd. lo que ellos dirán. Nosotros hemos venido solamente, sir Jorje, a preparar a Vd., si cabe preparación en tan horrible trance y le aseguramos, que nadie lamenta más amargamente que nosotros lo ocurrido, sintiendo en el alma tener que ser los portadores de una tan dolorosa noticia. En la situación tirante en que nuestras relaciones se hallan en estos momentos, crea Vd. sir Jorge, que este accidente fatal nos llega a lo más hondo del corazón. Espero de su caballerosidad que, en situación tan angustiosa, crea usted que, tanto mi hijo como yo, hubiéramos preferido la mayor humillación, antes que tener que venir a esta casa a comunicar a usted noticia tan desgarradora.

La espontánea franqueza del almirante, la sinceridad de su acento al expresarse junto con el desconsolado aspecto de su hijo, en cuyo rostro se retrataba el tormento que su corazón experimentaba en aquel momento, hicieron el debido efecto en el ánimo afligido del señor Bargrave.

Sir Jorge a pesar de su carácter autocrático, era de nobles sentimientos y al comprender lo que los señores Olverstone debieron sufrir antes de aventurarse a ser ellos los que le transmitieran tan horrenda nueva, se convenció de que se hallaba ante dos verdaderos caballeros.

Todo aquel que en un momento dado se humillase, en cierto modo, ante el barón de Bargrave, adquiría doble valor ante sus ojos; y, así, ocurrió que, en vez de acoger la noticia de la muerte de su hijo con colérica incredulidad, como temían los mismos Olverstone, les oyó con resignada tranquilidad, con dolor intenso, sí; pero sin nada que indicase la mera sombra de duda en sus palabras.

—Agradezco a Uds. la consideración que han tenido... — dijo el barón con doloroso acento.

Los Olverstone se inclinaron en respetuoso silencio.

—Mas, a decir verdad — prosiguió el Barón, — no comprendo lo que mi hijo podía hacer en los alrededores del castillo a hora tan avanzada de la noche.

—Yo creo — repuso Evelino, — que su hijo, intrigado acerca de las historias que del castillo se cuentan, trataría, sin duda, de averiguar desde el exterior lo propio que

pretendía yo averiguar dentro de la galería.

—Es muy probable — afirmó el Barón.

—Yo aseguro con toda mi alma — prosiguió Evelino con calor, — que "existe" algo misterioso en ese lugar, algo realmente extraño relacionado con él. Estoy seguro de ello. El día que fué Higgins encontrado muerto, vi yo, lo vi, estoy cierto, algo que me alarmó. Y para que no se crea que esto pueda ser alucinación de una sola persona, mi padre, aquí presente, puede atestiguar, que estando él y yo inspeccionando la antigua galería, hemos oído golpes y ruídos extraños que no hemos podido comprender quién pueda ocasionarlos. Yo tengo la firme convicción — añadió el joven, con voz aún más vibrante, — de que su hijo pretendía, como yo, averiguar algo, y de que vió alguna cosa extraña que le produjo una fuerte impresión, justamente como se la produjo a Higgins y a mi mismo. Hay en esa galería, sir Jorge, algo que es preciso descubrir.

El tono excitado con que el joven se expresaba, debió alarmar a los demás moradores de la casa, porque apenas había concluído Evelino su discurso se abrió la puerta y apareció lady Bargrave.

Al verla retrocedieron todos instintivamente. Un instante después aparecía también la joven Persis, con sus rubios cabellos en desorden.

Hubo una terrible pausa. Ninguno de los tres caballeros se atrevía a comunicar la triste noticia a la madre.

—¿Qué hacen aquí estos señores a esta hora, Jorge? — preguntó la señora a su esposo.

—No preguntes, mamá — murmuró la bella joven — ¿No has visto llegar a la policía y al doctor Barburry?

Lady Bargrave dió un grito y cayó desplomada. Los hombres corrieron en su auxilio.

—¿Qué han hecho? — gritó la infeliz madre tratando de desasirse de los que la sujetaban.

Persis abrazó sollozando a su madre mientras el Barón salía del aposento.

—¿Qué es? ¿Qué ocurre? ¡Quiero saberlo todo!

Sus palabras fueron interrumpidas por algunos golpes dados a la puerta de la casa.

—¡Ah, si! — siguió gritando la señora— Algo que se refiere a mi hijo. ¡No puede ser otra cosa! ¿Qué han hecho ustedes de él? ¿Qué ha hecho usted de él? —añadió mirando a Evelino — Vd. era su encarnizado enemigo. Le ha matado, ¿verdad? ¡Y aún osa Vd. venir aquí!

El almirante y su hijo escuchaban pálidos esta alusión de reproches sin atreverse a mirarla.

De repente, desasiéndose de los brazos de su hija, salió violentamente de la estancia.

El almirante se volvió hacia su hijo que estaba como petrificado

—Vale más que nos vayamos — le dijo en voz baja — Nuestra presencia es inútil aquí. No podemos hacer nada

Evelino estaba contemplando a la joven Persis, con ojos extraviados, como si supiese o recelase que sería aquella la última vez que la viese.

Evelino sabía que la desventurada madre le creía a él el asesino de su hijo Alcester

Durante algunos momentos hubieron de permanecer dentro de la habitación en que se hallaban, pues en aquel instante acababan de entrar el cadáver de Alcester y la conmoción ocasionada había sido terrible.

Lady Bargrave daba gritos agudos del más intenso dolor, y profería entre sus lamentos las más terribles acusaciones contra los Olverstone.

Persis altamente excitada, derramaba lagrimas amargas, al observar furtivamente el rostro pálido de Evelino.

El tumulto, en el vestíbulo, seguía creciendo; el almirante hizo entonces uña seña a su hijo para que abandonaran aquella casa.

El joven dirigió a Persis una postrera mirada de dolor y salió de la habitación seguido de su padre.

Pero en el vestíbulo les esperaba otro momento amargo.

Lady Bargrave, a quien el almirante suponía ya en las habitaciones superiores, junto al cuerpo de su amado hijo, estaba apoyada en el brazo de su marido.

Al verles salir del comedor, enderezóse lady Bargrave, y con voz apagada por la emoción, pero apasionada y con dejo de amargo reproche, increpó de este modo a los dos Olverstone.

—¡Uds. son los que han matado a mi hijo! ¡Y aún osan ustedes venir a decir que le han encontrado muerto! ¡Oh, esto es horrible, horrible! Se que lo han hecho ustedes. Lo se, lo sé positivamente.

Evelino se quedó aterrado ante aquel torrente de reproches. Sabía que, tarde o temprano, había de venir aquella acusación, pero, a decir verdad, no esperaba que fueran los labios de la madre los primeros que la formularan.

Sir Jorge y el almirante trataron de tranquilizarla, mas fué en vano: la pobre madre persistía en sus acusaciones con igual vehemencia.

Finalmente, viendo el almirante que no era posible calmar los exitados nervios de la afligida señora, tomó a su hijo por el brazo y salió con él fuera de la casa.

En aquel mismo instante se oyó un fuerte sollozo; volvió Evelino la cabeza y se encontró con la bella Persis que le echaba los brazos al cuello.

—No haga usted caso de lo que dice — murmuró la joven llorando — Yo soy quien sabe positivamente que no ha sido usted el que ha causado esa tremenda desgracia. Lo se de cierto. Y lo sabrá igualmente el mundo entero. No tema. ¡Oh, ya verá usted como se abre paso la verdad!

XIII

Evelino permaneció algunos instantes sin poder dominar su emoción, sosteniendo en sus brazos, en silencio, el cuerpo de su bella y noble amiga.

—Ya verá Vd. — repetía ésta sin cesar de llorar, y ajena por completo a lo que de ella pudieran pensar sus padres; — ya verá Vd. cómo todo se aclara.

Lady Bargrave, horrorizada ante aquel proceder de su hija, le ordenó imperiosamente que volviera a su lado, mas la joven no debía oir, o acaso no prestaba atención a lo que aquella le decía.

El almirante se adelantó hacia Persis, y poniendo, gentilmente una mano sobre su cabeza le dijo con dulzura:

—Mi querida señorita, ruego a usted que atienda a su madre. Agradecemos mucho los sentimientos que por nosotros experimenta, pero hemos de reconocer que su puesto está ahora, allá, al lado de su madre.

Persis se desasió de los brazos de Evelino, y con la mayor docilidad se dejó conducir, por el almirante, hasta el vestíbulo.

Evelino levantó la cabeza como si despertase de una pesadilla, y extendiendo los brazos hacia su amada, exclamó juntando las manos:

—¡Ah, Persis, gracias, gracias mil!

Y dando media vuelta salió con su padre de la casa.

Viendo sir Jorge la gran excitación de su esposa, trató de calmarla.

—Vamos, hija, por Dios, si quieres reprender a tu hija, espera a que bajen todos esos señores; espera a que estemos solos.

Empero lady Bargrave estaba demasiado indignada para atender las indicaciones de su esposo.

—No puedo, no puedo — gimió con energía — ¿Cómo quieres que la vea abrazar, con calma, al asesino de nuestro hijo? ¡Esto es horrible, vergonzoso! ¡Es un ultraje! ¡No comprendo cómo puedes permitirlo!

Sir Jorge hizo una seña a su hija para que volviese a su habitación y llevóse a su esposa hacia el comedor.

Persis, que estaba pálida y temblorosa, inclinó la cabeza y obedeció sin chistar, aunque comprendiendo que aquella orden muda de su padre significaba mucho más que todas las recriminaciones de lady Bargrave. No obstante, estaba dispuesta a concentrar toda su energía para lo que pudiera ocurrir.

Entretanto, el almirante y su hijo habían vuelto al castillo.

La casa estaba toda revuelta. En las habitaciones de los sirvientes se oían voces, discusiones, gritos, lamentos.

Judit sufría violentos ataques de histerismo, y la institutriz, obligada por fin a dejar el lecho, muy a pesar suyo, veíase imposibilitada de atender a su señorita y al mismo tiempo cuidar a los niños, los cuales se habían puesto por completo inaguantables, negándose rotundamente a volver a la cama, adonde ya habían sido enviado varias veces. Mas los traviesos chiquelos habían tenido la precaución de esconder las llaves de sus aposentos, y a cada instante aparecían por doquier cuando menos se pensaba.

La sola persona que aparecía tranquila, si bien su rostro acusaba cierta palidez, era lady Silvia, la cual, sentada en el saloncito esperaba, estoicamente la vuelta de su esposo y de su hijo.

La primera persona a quien los Olverstone encontraron en el jardín de su casa, fué el nuevo repostero, el cuál no parecía hallarse de muy buen humor.

Abrió la puerta a sus señores, y en cuanto lo hubo hecho se alejó refunfuñando sin cuidarse de volver a cerrar.

—¿Qué mosca te ha picado? — preguntó el almirante observando aquella grosería.

—Pues sencillamente — replicó aquél con malos modos, — que no quiero permanecer más tiempo en esta casa. No quiero amanecer asesinado el mejor día.

El almirante quiso agarrar por el cuello al desvergonzado, pero éste rehuyó el ataque y corrió a encerrarse en su aposento, cuya ventana abrió, y desde la cual siguió gritando.

—Si, si, no quiero que me asesine ningún fantasma como le ha sucedido a ese joven. Ya se yo quien es ese monstruo sin cabeza, y no quiero volverle a ver. Vayan ustedes al diablo. Mañana, es decir, luego, en cuanto amanezca, me marcho de aquí. Ya mandaré a buscar mi salario. Eso es cuanto tenía que decir y dicho queda.

—Ese hombre está ebrio, no cabe duda— dijo el almirante mirando a su hijo.

—Así lo creo, papá. Vamos y dejémosle que grite cuanto quiera. Si nos vé aquí será peor.

Ambos caballeros se dirigieron al salón, a la puerta del cual esperábales lady Silvia.

—Sir Jorge — replicó el almirante, — nos oyó con valerosa calma, y pareció dar a nuestras palabras la más completa fé, el más absoluto crédito...

—¡Oh, sir Bargrave si! pero ¿y su esposa?

—¡Figúrate! ¡La desolación más horrorosa! Gritos, ataques de histerismo, insultos...

—No digas más. Lo suponía; lo presentía. Creo que yo en su caso hubiese pensado lo mismo si fuese Evelino quien... ¡Pobre madre! Cree que es nuestro hijo quien ha asesinado al suyo ¡Ah, Juan, el corazón me dice que harán que la justicia condene a Evelino!

—¡Condenar a Evelino! Vamos, calla; no sabes lo que dices. Haz el favor de no volver a repetir semejantes palabras. ¡Eso es una locura!

—¡Locura! ¡Ah, no lo creas, Juan! Si han dicho tantas cosas sin fundamento alguno, calcula lo que dirán ahora que hay un motivo! ¿Qué hubiéramos pensado nosotros si hubiese sido Evelino quien apareciera muerto en casa de los Bargrave y hubie-

se sido Alcester la única persona que se encontraba junto a él?

—¡Es muy distinto, hija, por Dios! Alcester... ¡El cielo me perdone si hablo mal de un difunto! era un deslenguado, un camorrista, mientras que Evelino es noble y caballero como el que más.

—Sí; pero ya verás como, ahora que está muerto dirán que Alcester era una joya inapreciable. Juan, es preciso ayudar a la justicia con todas nuestras fuerzas. Es preciso encontrar al asesino quien quiera que sea.

—Ya verás como acabará por ser algún loco. Uno de esos seres que creen hacer daño hasta que cometen un crímen,, probablemente contra su voluntad. Y lo peor es que suelen ser ingeniosos como el mismo diablo.

—Tal vez al ser de día encuentren algo...

—Es posible. Evelino asegura que vió escapar un bulto extraño por entre los árboles. De todos modos te prohibo que vuelvas a pronunciar palabras como las anteriores...

—Te obedeceré, como siempre, pero...

—¡Bah! Desecha todo temor.

Al día siguiente volvió la policía a registrar el bosque, y una nube de periodistas desfiló por la casa, investigando, preguntando a todo el mundo lo que sabía, y aquella misma noche se publicaban en los periódicos de la localidad largas columnas de información que producía sensación enorme, aunque se apartaba mucho de la verdad.

Bajo el sujestivo título de "El monstruo sin cabeza del castillo de Olverstone" se publicaron los más lindos disparates. Pero, al mismo tiempo, y esto era lo que más preocupaba a la familia Olverstone, empezaron a esparcirse rumores, un tanto siniestros, que demostraban a las claras las pocas simpatías de que la familia gozaba en la comarca.

Nadie, ciertamente, se atrevia a formular una acusación concreta contra el almirante y su hijo, que sabían el modo de pensar de lady Bargrave, calculaban lo que pasaría por la mente de la mayor parte del público.

La policía, por su parte, obró con la más exquisita discreción. Preguntó, tomó notas, registró el bosque: hasta, invitado por el almirante, inspeccionó detenidamente todas las habitaciones de la antigua galería; mas todas estas pesquisas no aportaron la menor luz al asunto. Las declaraciones prestadas por los habitantes de la granja vecina y por los sirvientes del castillo, solo sirvieron para embrollar más a la justicia. Todos habían visto algo. Este un diablo con cuernos, aquel un monstruo sin cabeza, uno un fantasma que echaba fuego por los ojos, otro una bruja a caballo en una escoba y así, fué cada cual nombrando las mas horripilantes y legendarías figuras que en todas partes ha creado la ignorante fantasía popular, de todo lo cual, fácil es comprender, que a la justicia le fué absolutamente imposible sacar nada en limpio.

Inútil es decir, que Hildebrando y Marcia recitaron con todo lujo de detalles lo que ellos habían visto, y hasta señalaron el punto de la pared por el cuál se introdujo el monstruo sin cabeza.

El sargento que tomaba las declaraciones fué anotando gravemente todos estos detalles, aunque bién se notaba que hacía, a veces, grandes esfuerzos para contener la risa.

Es de advertir, que, desde aquel día, aprovechando los dos traviesos hermanitos el natural desorden que en su casa reinaba, tan pronto como hallaron ocasión de escapar al cuidado de la gobernanta, quien muchas veces se veía obligada a atender a la señorita Judit, a quien todos aquellos sucesos habían indispuesto grandemente, se escapaban juntos, dizfrazados con lo primero que a mano hallaban, y armados de sendas estacas, y valerosamente recorrían el bosque, pretendiendo, sin duda, dar caza al monstruo causante de todo aquel desazociego.

Un día tuvieron la osadía, como su madre lo calificó, de llegarse hasta la Granja, que así se llamaba la finca de los Bargrave, en el cuál fueron hallados, llenos de cieno y calados hasta los huesos, por un sirviente de los Bargrave. Persis escribió una tarjeta al almirante y mandó que fueran los rapaces acompañados hasta su casa.

Al ver el almirante a sus descendientes en tan lastimoso estado, no pudo contener la risa, si bién se lamentó de que hubieran ido a casa de los Bargrave, estando, como sabían los niños, tan exitados los ánimos.

—¿Qué fueron Vds. a hacer allá? — preguntóles su padre.

—Ibamos siguiendo al criminal — dijo Hildebrando, y nos hemos caído en una laguna que estaba cubierta de hierba.

—¡Ay de Vds. si vuelven a poner los pies en esa finca! — gruñó el almirante.

—Ya ves — dijo tristemente lady Silvia luego que hubieron mandado acostar a los niños, — después de tantas desgracias como nos vienen encima, solo nos faltaba este par de criaturas indomables. Razón tendrá la gente para creernos una familia de aventureros.

—¿Qué dices, hija, por Dios? — repuso el esposo.

—Digo, Juan, que si no cuidamos de esos niños como es debido, concluirán por darnos otro disgusto.

—Pues qué, ¿no cuidamos de ellos?

—Ya lo estás viendo. Se escapan a cada momento y hacen lo que les viene en gana. ¡Ay, Juan, yo en tu lugar, cerraría el castillo y me volvería a Londres otra vz!

—¡Cómo! ¿Después de lo que ha sucedido? ¡Parece mentira, Silvia, que no me conozcas mejor!

Lady Silvia suspiró.

Conocía, en efecto, a su marido, y presentía que su obstinación les iba a dar mucho que sentir.

XIV

En los días que transcurrieron desde la muerte de Alcester hasta la vista del juicio, llenóse el ambiente de toda clase de rumores. Las personas que habían visto con disgusto que fuera el almirante quien ganara el pleito acerca del castillo, se excitaron aún más contra sus moradores, con los últimos sucesos.

Pero, naturalmente, como ocurre en todas partes donde los ánimos se exitan sin motivo realmente justificado, la opinión se dividió, y no fueron pocos los que se pusieron de parte del joven Evelino.

Para ellos era éste un joven apuesto, de carácter franco y generoso, mientras que el desventurado Alcester le habían conceptuado siempre como todo lo contrario. Decíase también, con bastante buén sentido, que no era lógico que, quien como Evelino habíase ya visto en lenguas por el accidente de Higgins, hubiese tenido la poca habilidad de agredir a un vecino, del cuál le separaban resentimientos personales.

Lo más extraño del caso, era que la divergencia de apreciaciones empezaba en el propio hogar de los Bargrave.

Sir Jorge no podía creer que aquel joven que se presentara en su casa aquella noche fatal, acompañado de su padre, aquel joven, que con noble sinceridad y acentos de la más profunda verdad se lamentaba con lágrimas en los ojos de lo ocurrido, fuese el mismo que hubiese acabado de asesinar a su hijo. No; el Barón se mostró lo suficientemente grande para creer en la inocencia de aquel bello joven.

En cambio lady Bargrave, sin escuchar los dictados de la sana razón, atenta solamente a lo que sus sentimientos de madre le decían, clamaba venganza contra el matador de su hijo, que para ella no era otro sino Evelino Olverstone.

Haciendo honor a sus delicados sentimientos, diremos que la triste señora admitía que Evelino fuese todo lo caballero que su esposo y su hija aseguraban era el joven; admitía que Evelino hubiese luchado cara a cara con su hijo, en defensa propia, si se quiere, pero creía firmemente que era él quien, fuese de un modo u otro, había quitado la vida al hijo de sus entrañas.

De este modo, ocurría que por extraño que parezca, ambos esposos eran los cabezas de las dos principales opiniones dominantes, creyendo el uno en la inocencia de Evelino y la otra en su culpa.

Lo sensible era, por lo que al primer partido se refiere, que a las razones poderosas de los contrarios, solo podían oponer negaciones sin base sólida.

Evelino podría, en efecto, haber dado muerte a su contrario en lucha noble, o si se quiere involuntariamente. Mas si el joven era inocente, ¿quién era, pues, el matador? ¿Dónde estaba el culpable?

Claro es que no faltaba quien se explicaba perfectamente lo ocurrido. Aquello, según ellos, no podía haber sido hecho, como igualmente la muerte del pobre repostero sino por los espíritus malignos que morabar en el castillo maldito.

Mas he aquí, que se presentó en la escena uno de esos personajes que hacen cambiar el curso de los asuntos y que dejan señales de su paso, allí donde ellos se encuentran.

Jaime Carshard, el rico fabricante que hacía construir su palacio a pocas millas de allí y que había mostrado la mas franca admiración por la señorita Persis, tomó parte activa y decidida en la controversia concerniente a la muerte de Alcester.

Fué a casa de los Bargrave, ante los cuales formuló las más sentidas excusas por atreverse a molestarles en semejantes circunstancias y aunque lady Bargrave no recibía, como es de suponer, visita alguna, hizo una excepción en su favor y bajó con su hija al salón.

Jaime Carshard era un hombre de mediana estatura, de rostro encendido, completamente afeitado, y cabellos grises que empezaban a blanquear; de ojos duros y brillantes, tan duros como las líneas de su boca. Hablaba con cierto calor y era su voz bastante simpática. Tendría a la sazón unos treinta y siete años.

—Señora — dijó dirigiéndose a lady Bargrave — es un caso doloroso, muy doloroso. Perdone usted que haya venido a turbar su triste recogimiento; pero siento tanta simpatía por ustedes que he querido venir a informarme yo mismo de lo ocurrido y al mismo tiempo ofrecerme a ustedes para todo cuanto se les ocurra, sobre todo para arreglarle las cuentas a ese botarate de Olverstone.

Tan inesperadas palabras hicieron en ambas mujeres el efecto de una descarga eléctrica.

Las mejillas de lady Bargrave, se encendieron y a sus ojos acudieron amargas lágrimas. Su agradecimiento fué grande, al ver que encontraba una tan poderosa ayuda en momentos en que su mismo esposo parecía ponerse en contra suya.

En cambio, es de suponer, el efecto, contrario en absoluto, que aquella declaración hizo en el ánimo de la joven Persis.

—¡Ah, caballero! — dijo conmovida lady Bargrave — No puede usted suponer cuanto le agradezco su valiosa ayuda.

—Señora, no hago otra cosa sino cumplir con un deber. Si ese joven ha traído la muerte a esta casa, nada mas justo que tratemos de llevarla también a la suya...

—Usted perdone — interrumpió Persis, temblando de indignación — No tiene usted que molestarse en llevar nada a casa del señor Olverstone, porque éste no ha tenido en tan lamentable suceso la menor intervención.

Carshard miró a la joven con asombro. Sincero en su admiración por Persis, a quien deseaba por esposa, molestóle aquella sequedad de la joven, la cual se había hecho

anteriormente la distraida cuando él le tendiera la mano. Se encogió de hombros, sonrió ligeramente y dirigiéndose a lady Bargrave, prosiguió diciendo:

—Supongo que tomarán ustedes las medidas necesarias para que ese joven sea arrestado.

—No hay lugar a ello, señor Carshard — volvió a interrumpir la joven con energía — La policía se negaría a ello no teniendo, como en efecto no tiene, motivos en que fundar tal arresto. Sería preciso que lo hiciera a instancia de parte.

—No creo que sean precisas, señorita — replicó Carshard — muchas pruebas para acusar al joven Olverstone. Sabido es que entre los dos existía una enemistad declarada, y todo el mundo sabe que su difunto hermano ha sido víctima, como antes lo fué el pobre Higgins, de la autocrática tiranía de esos Olverstone, los cuales se figuran que han nacido para mandar a su sabor en el país, y para disponer de las vidas de sus sirvientes y vecinos, como si éstos fueran simples peones de un juego.

Carshard, a pesar de su ardiente deseo de aliarse con alguna de las familias aristocráticas de la región, era de ideas radicales, y sus simpatías estaban siempre del lado de los que él juzgaba humildes, siempre que no fueran en contra de sus intereses. Era una mezcla híbrida de eso que suele llamarse un burgués demócrata, acaso porque se había enriquecido a costa de sus obreros y veía que, no obstante sus riquezas, la verdadera aristocracia solía mirarle con desdén.

—Me parece — dijo Persis sonriendo — que ignora usted por completo quienes sean los Olverstone y otras gentes de su clase. Mi hermano y el joven Evelino eran incapaces cualquiera de los dos, de un acto tan bajo como el que usted supone.

—¿Qué es lo que yo supongo?

—Usted supone, aun cuando, dice, que Evelino Olverstone ha matado a mi hermano, y no tiene el valor de declarar su crimen.

—Pues bien, sí, digo y sostengo eso. Más todavía; digo que lo mas conveniente para ese joven sería constituirse prisionero, si no le arrestan y probar la verdad de una vez. Si es inocente, tanto mejor para él. Mas si es culpable, justo será que se castigue al miserable.

—Repito que no hay indicios que permitan arrestarle.

—Y yo opino, humildemente, todo lo contrario, señorita Persis.

Lady Bargrave observó que la discusión empezaba a agriarse, y como, aparte su deseo vehemente de vengar la muerte de su hijo, ansiaba igualmente ver a Persis casada con un hombre rico, intervino en la contienda para evitar que se agrandase el abismo que empezaba a abrirse entre su hija y el poderoso fabricante.

—Estamos en una posición muy delicada, señor Carshard — se apresuró a decir la señora — Realmente no queremos enemistarnos, mas de lo que estamos, con nuestros vecinos, sin tener pruebas evidentes para acusarles.

—Las tendrán ustedes — afirmó Carshard.

Persis, que se había sentado junto a la ventana, se levantó presurosa.

—Espero, señor Carshard — dijo con voz vibrante de emoción — que las pruebas a que usted se refiere, no se fabriquen en Inglaterra a gusto suyo. No; hay cosas, caballero, que no pueden comprarse con todo el oro del mundo.

Lady Bargrave hizo un gesto de disgusto; pero Persis fingió no notarlo y salió de la habitación dejando a su madre el cuidado de dar las explicaciones que tuviera a bien por aquella, su conducta, que ella juzgaba elevada y digna.

Evelino, por su parte, se mantenía sereno e indiferente, tanto a las demostraciones de simpatía que la hacían los que creían en su inocencia, como a las de enojo y menosprecio de los que la impugnaban.

Para unos pasaba por ser un osado, un cínico; para otros era un héroe.

Cada día que pasaba aumentaba la tensión de los ánimos en ambos bandos.

La policía no cesaba de investigar en todo momento para ver si daba con la clave del enigma.

Evelino, asimismo, se había constituído en policía particular; y cada noche entraba cautelosamente en la antigua galería y allí, sentado en un sillón del vasto y desmantelado comedor, espiaba sin cesar, pronta su linterna, acurrucado y cubierto con la funda del asiento.

En la tercera noche de su nocturna vigilancia creyó oír algún ruido.

Serían las doce y media, cuando le pareció que la puerta de la habitación, que estaba oscura por completo, se abría suavemente.

El joven contuvo la respiración, y un momento después oyó un pequeño ruido, algo más lejano, como si alguien anduviera en el corredor de la galería.

Levantóse con suma cuidado y escuchó atentamente; pero, no oyendo nada más, temeroso de que se le escapase nuevamente el causante d tanto trastorno, se dirigió de puntillas hacia la puerta y salió de la habitación.

Encaminóse rápidamente a la puerta de la galería y la encontró cerrada.

Evelino se detuvo perplejo, realmente desorientado ante tanto misterio.

Repúsose de nuevo y abriendo la puerta de la galería con la llave que siempre llevaba consigo, salió al exterior, y después de adelantar algunos pasos, se detuvo para escuchar nuevamente. La noche, era oscura y se hacía imposible ver nada a dos metros de distancia.

Avanzó con suma precaución dando vuelta alrededor del edificio, y de pronto notó que tropezaba con un ser viviente.

Evelino lanzó un pequeño grito de sorpresa y se detuvo.

Inmediatamente notó que alguien huía por entre los árboles, y recordando la escena de

la noche fatal, se dispuso a dar caza a aquel ser misterioso, dispuesto a morir antes que ceder en su empeño.

Corriendo con toda la ligereza que sus ágiles miembros le prestaban, tropezando aquí y cayendo allá, salvando mil obstáculos cuando los advertía a tiempo y desesperándose cuando se veía obligado a dar un rodeo, perseguía Evelino al bulto desconocido, a través de la obscuridad, cruzando senderos, saltando montículos, atravesando campos, luchando con los árboles que le impedían el paso y trepando por fin sobre una montaña escarpada, sintiendo rodar a cada momento, las piedras sobre las cuales apoyaba sus pies, lo que le hacía perder terreno a cada paso.

No obstante, la persecución proseguía, siendo encarnizada.

El invisible ser se hallaba, a juzgar por sus jadeantes resoplidos, a poca distancia delante de él.

De pronto se oyó el ruido de una verja que se abría.

Evelino se abalanzó decidido hacia aquel lado, y al traspasar la verja, que el fugitivo no tuvo tiempo de cerrar, oyóse claramente el estrépito que hizo la puerta. El joven corrió hacia allá presuroso y entró en la casa. Al mismo tiempo vió brillar una luz en una habitación situada a la izquierda.

Asomóse Evelino creyendo que, por fin, había dado con el ser misterioso que tanto le preocupaba, y vió, con asombro, una señora anciana sentada junto al fuego de una chimenea.

La vieja llevaba un gorro, especie de bonete, blanco en la cabeza, y un chal sobre los hombros. Evelino se quedó estupefacto, contemplando durante algunos instantes aquella solitaria figura, atónito ante aquel tan inesperado fin de su aventura.

—¡Será posible! — dijo en voz alta. — ¿Sueño o estoy loco?

La señora se levantó sorprendida, y al parecer asustada al ver un hombre en su casa.

Evelino retrocedió persuadido de que había cometido algún imperdonable error, y murmurando excusas que no acertaba a expresar salió de la casa, confuso y desconcertado.

XV

Al franquear Evelino de nuevo la puerta de la verja que cercaba la quinta, se detuvo a considerar lo ocurrido.

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

¿Se había, efectivamente equivocado, o había sido víctima de una superchería?

¿Sería conveniente volver a la casa y preguntar a la vieja acerca de lo que él juzgaba una realidad evidente, o sería más juicioso advertir a su padre de lo ocurrido, y aún a la misma policía?

Evelino juzgó que éste era el plan más acertado y se alejó de allí.

En seguida comprendió el joven la dificultad de volver a su casa. El camino que había recorrido aquella noche, era para él perfectamente desconocido. En su afán de no perder de vista al fugitivo, había atravesado campos y montes sin fijarse en el terreno que pisaba, ajeno, en absoluto, a todo lo que no fuera posesionarse de aquel a quien, con fundados motivos, podía considerar como su más terrible enemigo.

Mas de tres horas estuvo vagando por aquellos campos, completamente desorientado, hasta que, por fortuna, fué a dar casualmente, con una capilla medio derruida que había visto en una de sus excursiones a caballo por aquellos alrededores.

Una hora después, ya aterido de frío, a causa de la mucha humedad de la nublada noche, llegó a su casa.

Apenas atravesó la verja del jardín, oyó la voz de su padre, quien, habiendo notado la ausencia de su hijo revisaba intranquilo toda la casa.

—¿Eres tú, Evelino? — preguntó el almirante.

—Si — respondió el joven entrando en el vestíbulo, completamente destrozadas las ropas a causa de los muchos obstáculos con que había tenido que luchar en su desenfrenada carrera.

Inmediatamente se vió rodeado y abrazado por toda la familia que ya le creían desaparecido para siempre.

La señorita Waters también esperaba resignada, lamentándose sin duda, de los grandes esfuerzos que tenía que hacer, para acudir a cada instante a auxiliar y consolar tan pronto a una como a otra de las señoras.

Allí estaban los dos pequeños deseando enterarse de lo acaecido.

—¿Qué hacen ustedes aquí? — dijo enfadado el almirante — ¿Porqué no se han acostado ya? — Y volviéndose, inoportunamente, hacia la institutriz, prosiguió en el mismo tono: — Realmente, señorita Waters creo que debía Vd. hacer lo posible por cuidarse de esos muñecos. No se dá un paso que no se tropiese con ellos.

La institutriz se irguió ofendida.

—Realmente, señor almirante — dijo con sequedad, — no comprendo como pretende Su Excelencia que esté en veinte sitios a la vez. Me haría el señor un gran servicio con buscar otra persona que llenara su deseo.

Y sin atender a las amables palabras de lady Silvia, que reconocía la razón de su queja, dirigióse escaleras arriba sin volver la cabeza y sin hacer caso a su señora. Un instante después oyósela cerrar la puerta con llave, dispuesta indudablemente, a abandonar la casa en cuanto amaneciese.

—¡Ah, mujeres, mujeres! — murmuró el almirante viendo desaparecer la figura de la institutriz y observando los semblantes abatidos de su esposa y su hija — ¡Figúrome, maravillado, lo que sería la tripulación de un buque compuesta por mujeres!

—¿Donde has estado, Evelino? — preguntó lady Silvia a su hijo cuando la linda Judit cesó de abrazarle.

—Haciendo investigaciones — respondió el joven tan alegremente como le fué posible, y siguiendo a su madre al saloncillo — Pero poco he adelantado. Mañana hablaremos más extensamente, pues, a decir verdad, me encuentro bastante fatigado.

Las señoras se retiraron poco después, junto con los niños a quienes llevaron a sus aposentos.

Evelino hizo una seña a su padre para que quedara, y cuando estuvieron solos relató su aventura punto por punto.

El almirante hizo al instante una composición del lugar.

—No se — dijo, — si obedecerá ello, en cierto modo, a la exitación que puedan haber producido en tu cerebro todos estos malhados incidentes; pero tengo la absoluta seguridad de que, de todas maneras, hay algo de cierto en ello, y que ese algo obedece a una superchería, a una burla inícua, y más que a una burla, puesto que esto ha adquirido ya los caracteres de tragedia, a un plan, a un propósito preconcebido tramado en contra nuestra.

—Si pudiéramos apoderarnos de esa vieja — dijo Evelino, — creo que lograríamos averiguar algo.

—¿Supones que sea ella la persona a quien seguías?

—No lo creo. Una mujer, desde luego, no hubiera podido correr con tal velocidad, y mucho menos siendo anciana como ella.

—Oye; vamos a hacer lo siguiente: Cuando hayamos descansado algo haremos una visita a la vieja María Banks, y después de haberle tú explicado las señas y particularidades de la casa en cuestión, y las de la señora que has visto en ella esta noche, verás como ella nos dice quien es y donde se halla esa quinta. María ha pasado toda su vida en estos alrededores, y conoce el terreno y sus habitantes uno por uno.

—¡Buena idea! — repuso Evelino — Supongo que Maruja nos ayudará.

—No te quepa duda. Cierto es que siempre ha sido más devota de mi primo Guillermo que de nadie; pero, no tratándose de cosa que a él le afecte, estoy seguro de su ayuda.

Padre e hijo durmieron pocas horas aquella noche, y a las ocho y media de la mañana se dirigían, en el pequeño automóvil, a casa de María Banks.

Un cuarto de hora después se detenían ante la quinta de la anciana.

Era preciso abreviar cuanto fuera posible,

pues aquel mismo día iba a tener lugar la información pública acerca de la muerte de Alcester Bargrave.

—Ya estamos — dijo el almirante girando el picaporte de la verja y entrando en el jardín seguido de su hijo.

Evelino miraba a su alrededor con atención suma, y mientras su padre llamaba con los nudillos a la puerta de la casa, pintóse en el rostro del joven cierta peculiar expresión de viva curiosidad.

Momentos después se abrió la puerta y apareció la anciana Mariquita con su blanco delantal, sonriente y amable.

—Adelante, señores — dijo cortésmente. — Supongo, señor almirante, que es su hijo quien le acompaña, ¿verdad? — añadió la señora mirando fijamente a Evelino, a quien veía por primera vez en su vida.

—Efectivamente — replicó el almirante. — No había pensado en que no le conocía Vd. Tengo, pues, el gusto de presentárselo.

Evelino sonrió, y estampó un ósculo respetuoso en la frente de la anciana.

Esta contemplaba al joven con admiración.

—Le felicito, señor, por tener un hijo tan guapo y tan elegante. Puede Vd., con justicia estar orgulloso de él.

—Le agradezco que lo juzgue así, querida Maruja — repuso el almirante.

La señora acompañó a entrambos caballeros hasta el saloncito, sin cesar de mirar a Evelino con creciente interés.

—Supongo, Maruja — dijo el almirante dispuesto a no perder tiempo, — que estará Vd. enterada de los desagradables accidentes ocurridos en el castillo, uno de los cuales va a ventilarse hoy ante la justicia.

—Sí, ciertamente, he oído contar lo ocurrido ¡Es verdaderamente lamentable!

—Sobre todo para nosotros, y muy especialmente, como ya comprenderá Vd. para mi hijo; pues no ignorará Vd. tampoco que hay personas interesadas en hacerle aparecer como culpable de lo acontecido.

El rostro de la anciana se nubló y sus ojos parecieron humedecerse.

—En verdad — respondió éste, — veo que no me será posible dar pormenor alguno ¿Qué podré decir acerca de una cosa que vi en una noche obscurísima, y de una señora que apenas contemplé algunos segundos?

El almirante miró a su hijo con profunda sorpresa.

—¿Pues, a qué hemos venido entonces?— dijo.

—Y respecto a ayudarnos a encontrar al fugitivo a quien yo perseguí — prosiguió sin vacilar el joven, — tampoco puedo decir nada, pues aún no se si decir si era hombre, mujer, perro o lobo.

—¡Lobo! — repitieron los dos ancianos.

—No quiero decir que fuese lobo, sino que me sería imposible precisar que era lo que huía. Ahora pienso, que lo único que debí hacer, fué el registrar la casa de arriba abajo. Lo demás me parece que será inútil.

El almirante no se explicaba aquel cambio de frente de su hijo, y le miraba cada vez más asombrado. Si el viaje no tenía otro objeto que el de dar a la anciana los detalles necesarios, ¿a qué venía ahora aquella extemporánea declaración?

Maruja movió la cabeza.

—No conozco — dijo gravemente, — ninguna señora que pueda correr de ese modo en una noche obscura... ¿Está Vd. seguro de que no era un perro, acaso?

—No estoy seguro de nada — respondió el joven.

—Los perros no saben levantar el picaporte de una verja — dijo amoscado el almirante.

Evelino se levantó nerviosamente.

—No creo — dijo, — que pueda Vd., señora, ayudarnos en nada, con unos informes tan incompletos como los que le he dado. Papá — añadió el joven volviéndose hacia el almirante, — creo que debemos marcharnos si no queremos retrasarnos. Acuérdate que la información es ésta misma mañana.

—Está bién — dijo el padre levantándose malhumorado — Con esas explicaciones, no comprendo como pretendes que nadie nos ayude.

Maruja tomó entre las suyas una mano de Evelino y la estrechó con efusión mientras le contemplaba con cierta admiración.

—Adiós, señora — dijo el joven sintiéndose intranquilo.

—Adios, mi querido señorito — replicó la anciana.

El almirante estrechó también la mano de Maruja, y siguió a su hijo refunfuñando entre dientes.

Evelino se adelantó con paso tan ligero hacia el automóvil, que habían dejado a unos treinta metros de la casa, en una pequeña explanada, que antes de que su padre pudiera dirigirle la palabra ya estaba el joven dentro del coche.

—¿Quieres hacerme el favor de decirme...?

Evelino interrumpió a su padre con un gesto severo.

—¡Calla, papá! — le dijo en voz baja —Perô...

—¡Esa casa es la mismísima que yo vi anoche y en la cuál se internó... aquello que perseguí!

El almirante abrió desmesuradamente la boca.

—¿Dices que esa casa...?

—Es la misma

En el balneario se encuentran dos señores que son más sordos que un paredón (no siempre ha de ser una tapia):

Sordo 1o.—¡Qué, don Cleto, de paseo! ¿eh?

Sordo 2o.—¡No! Voy de paseo, don Ciro.

Sordo 1o.—¡Ah! Creí que iba usted de paseo.

Un espectador.—¡Vayan ustedes a paseo, amigos míos!

—¿Entonces era Maruja quien...?

—No; no era ella — interrumpió decididamente el joven — Eso puedo jurarlo.

—¡Pero ella debe saber algo! — gritó el anciano con rabia, haciendo un movimiento para retroceder hacia la casa.

Evelino le tomó fuertemente por un brazo.

—No: no vuelvas. Esa mujer te engaña ría.

XVI

Las palabras de Evelino produjeron tal efecto en el ánimo del almirante, que estuvo algunos momentos contemplando a su hijo, con mirada indecisa, como si hubiese perdido la razón.

—Es preciso que vigilemos a esa mujer — dijo de pronto — es preciso que sepamos el misterio que oculta esa vieja ladina, pues no cabe duda que es aquí donde se hacía la trama.

Evelino asintió a las palabras de su padre.

—Efectivamente, es indudable que esa quinta guarda estrecha relación con los acontecimientos del castillo — dijo el joven — Por eso mismo, creo bueno que meditemos lo que se ha de hacer y obremos con tiento en el asunto.

—Tienes razón. Vamos.

Padre e hijo, preocupados ambos con el nuevo aspecto que presentaba la cuestión, volvieron a su casa sin haber pronunciado una palabra en el camino.

Al llegar al castillo se encontraron con nuevas dificultades. La señorita Walters se había marchado apenas amaneció, dejando a las señoras sumidas en el más profundo desconsuelo.

El almirante afectó alegrarse del hecho.

—¡No digas eso, por Dios, Juan! — exclamó lady Silvia — ¿Quién va a sujetar ahora a esos chiquillos? Si estando la institutriz era difícil manejarlos ¿cómo será ahora?

—Hija mía — repuso el almirante — ya hablaremos de eso después. Por el momento dispongámonos a asistir a la información. El juzgado está algo distante y no debemos descuidarnos.

—Yo no voy ¿Qué quieres que haga yo allí no habiendo visto nada la noche de autos? Además es preciso que se quede alguien a hacer compañía a Judith que no se encuentra muy bien.

—Como gustes.

El almirante y su hijo Evelino volvieron a tomar el auto y se dirigieron a la ciudad.

Algunos sirvientes de la casa que estaban citados para declarar, siguieron después en un cochecillo.

El asunto había despertado tal interés, que la sala donde debía tener lugar el acto, en el juzgado, estaba llena de bote en bote.

Sabíase que un famoso abogado de Londres intervenía en el asunto por parte de la familia del finado, y esto hacía que todos esperasen alguna escena emocionante.

La sensación subió de punto al saberse que dicho abogado trataría de probar la intervención de Evelino en el suceso.

Al presentarse éste joven a declarar, oyóse un murmullo de simpatía. Su voz era clara, vibrante, segura; si bien a algunos de los que no simpatizaban con él les pareció que había más afectación que verdad en sus maneras, el abogado de la familia Bargrave se levantó sonriente. El silencio que se hizo en la sala fué absoluto: La espectación que reinaba inmensa.

Evelino comprendió lo difícil de su situación, pues sabía perfectamente que, mas que de testigo había de actuar de defensor de sí mismo.

—Siento en el alma — comenzó diciendo el abogado — tener que preguntar ciertas cosas al señor Olverstone; pero el deber me obliga. ¿Es cierto — prosiguió con amabilidad que el testigo estaba enemistado con el malogrado Alcester?

—Debo declarar, que así era, por desgracia — respondió Evelino.

—¿Es igualmente cierto que riñeron usted y él?

—Sí.

—¿Y qué habían ustedes encargado el arreglo de ciertos asuntos a sus respectivos abogados?

—Mi padre fué quien suplicó a su abogado, le escribiera en su nombre.

—Parece ser que el finado le acusaba a usted de alguna cosa...

—Sí.

—Siento tenerlo que recordar; pero creo que le acusaba de haber sido usted quien causó la muerte del repostero Higgins ocurrida hace algunas semanas.

—Impertinente la pregunta — interrumpió el presidente — Estamos tratando de averiguar la causa de la muerte del señor Bargrave.

—Trato solamente de probar — repuso el abogado — el estado de ánimo en que se encontraban el testigo y el difunto joven.

—Prosiga Su Señoría — dijo secamente el presidente.

—Parece ser — siguió diciendo el abogado — que el testigo, al oir el grito de angustia del interfecto, salió a averiguar lo ocurrido, sin pensar que pudiera hallarse allí el joven Bargrave ¿es así?

—Efectivamente.

—Pero al reconocer al que estaba tendido en tierra se escapó usted de allí y se internó en el bosque.

—¡Escapar! ¡Ah, no! lo niego en absoluto. Lo primero que hice fué pedir auxilio despertando a la servidumbre de mi casa, y suplicando a gritos que saliera alguien. Fué después, al oir que algo se movía por entre los árboles cuando traté de averiguar lo que era.

—Más no encontró usted nada.

—Así es, en efecto.

—Como tampoco encontró nada la policía, al día siguiente, después de registrar el bosque y la granja vecina a él, en donde

también estuvo usted buscando la noche de antes.

—También es cierto.

—De lo cual se deduce, que su afirmación de que había algo, o alguien que huía por entre los árboles no ha sido confirmada por nadie.

—Así lo entiendo.

—También se observa que, ni usted que fué quien anduvo largo rato persiguiendo a ese supuesto fugitivo, ha dado la menor seña de él.

Evelino comprendió la inmensa fuerza de aquella velada insinuación que trataba de presentarle como el único posible autor de aquella tragedia.

El joven vaciló un instante.

El abogado aprovechó cruelmente aquel momento de incertidumbre del joven, y prosiguió con voz expresiva, cuyo acento empezaba a filtrarse en el corazón de Evelino como dardos mortíferos.

—Permítame el señor Olverstone, que yo afirme, que fué solamente su imaginación exaltada la que le hizo ver lo que en realidad no había, como ha sido, y siguen siendo, la imaginación exaltada la que hace ver y oir a tantas gentes cosas que jamás han existido en el castillo de Olverstone.

Evelino se irguió imponente.

—Quiero admitir — dijo con perfecta tranquilidad, hija, tal vez, de su desesperación, — que en aquel momento imponente, oyóse y viése, o me imaginase ver y oir más de lo que en realidad pudiera ser. Admito igualmente, que fuese mi exaltada imaginación lo que me hiciese creer que ví saltar un animal monstruoso sobre la zanja que separa el bosque del huerto vecino. Pero que yo perseguí a un ser viviente, probablemente a un ser humano, que huyó de mí con furia desesperada hasta que logró evadirse, eso, lo juro por mi vida y por mi alma

El efecto que este pequeño discurso, dicho con apasionada sinceridad, causó en los oyentes fué magnífico.

El abogado lo observó, y trató de anular lo enseguida.

—Veo — dijo con ironía, — que el testigo no asegura que fuese un ser humano el que huía, sino "un probable ser humano" a quien, según el mismo admite, pudo su fantasía convertir en monstruoso animal; pero veo con pena que esa afirmación viene a embrollar más el asunto. Está eso tan confuso, que dudo haya nadie que lo entienda.

—Tiene Su señoría razón — afirmó rotundamente Evelino. — Si supiera Su señoría lo confuso que me encuentro, posiblemente se volvería loco.

Aquella noble expresión, proferida con lealtad y noble franqueza del inocente ganó, a su favor la voluntad del tribunal y de la inmensa mayoría del público.

El abogado observó aquel efecto y frunció el ceño al ver que sus argumentos de una lógica aplastante no hallaban gran eco en el tribunal.

—Bien, bien — repuso volviendo a sonreir; — no quiero abusar de la posición del testigo. Díganos simplemente, que la policía, a pesar de sus loables esfuerzos no ha podido hallar rastro de ese... animal, o si se quiere, "probable ser humano" a quien acusa el señor Olverstone de haber causado la muerte del joven Bargrave.

—Yo no acuso a nadie — interrumpió calurosamente Evelino.

—Entonces, usted perdone. No he comprendido bien Yo pensé, que solamente el creer usted que hubiera podido ser esa incomprensible figura, o "probablemente ser humano" quien diera muerte al joven Alcester, fué lo que le hizo correr en pos de... lo que fuere, dejando abandonado a un hombre moribundo.

—Protesto enérgicamente de esas palabras — gritó furioso Evelino. — El joven Bargrave estaba ya muerto cuando yo me aparté de su lado.

—¡Lástima grande es que no haya quien pueda confirmar esa aseveración! — repuso el abogado sentándose, satisfecho de haber puesto de su parte todo cuanto le había sido posible para mancillar el nombre de un caballero, ganándose de ese modo la crecida suma que había recibido de Jaime Carshaw, el famoso algodonero.

Concluída la información, cuyos elementos de juicio habían de pasar a manos de un fiscal, salieron los Olverstone del juzgado, y ya se disponían a tomar el automóvil, cuando vió, Evelino en otro auto que se disponía a partir, una joven que le hacía señas.

Evelino reconoció al punto a su bella amiga Persis, la cual iba con sus padres y el fabricante Carshaw en el vehículo, propiedad de éste y que el mismo guiaba.

Al ver acercarse a Evelino, hizo Carshaw intención de partir; más la joven se levantó del asiento y gritó fríamente.

—Si arranca el coche salto de él.

El fabricante frunció el ceño y detuvo su ademán.

En aquel instante llegaba Evelino junto al carruaje. Se descubrió cortésmente y preguntó en voz baja a su amiga:

—¿Por qué ha venido usted?

—He venido — respondió la joven con voz vibrante, — porque he querido tener el honor de ser la primera en estrechar su mano después del acto que acaba de celebrarse.

Lady Bargrave apretó los dientes comprendiendo que su hija estaba demasiado exitada para oponerse a su deseo en aquel instante; pero no pudo ella tampoco refrenar su rabia, y dispuesta a cortar aquella escena, dijo severamente:

—Persis, siéntate. El señor Carshaw necesita marcharse pronto.

—No me importa lo que necesite el señor Carshaw — respondió secamente la joven inclinándose de nuevo hacia el lado en que estaba Evelino.

—Tenga usted ánimo — le dijo a éste la joven. — Ya verá usted como todo irá a pedir de boca.

Evelino estrechó efusivamente la mano que la joven le tendía y se quedó contemplándola sin acertar a pronunciar palabra

Un momento después partía el automóvil que conducía a la joven, la cual se volvió para mirarle hasta que el carruaje dobló la próxima esquina.

AVENTURAS DE

EL PROCURADOR CHIVETA LE PROPUSO A BARNIGUGLI QUE SE CASARA CON UNA SEÑORITA LLAMADA LYDIA CHUKRUT, QUIEN HABIA ESCRITO A SU TIO — EN UN MOMENTO DE ROMANTICISMO — INFORMANDOLE DE SU PROXIMO CASAMIENTO CON UN DISTINGUIDO CABALLERO. COMO LA Srta. LYDIA NO TENIA NOVIO Y SU TIO LE TELEGRAFIO QUE SE PONIA EN VIAJE PARA PRESENCIAR LA BODA Y ENTREGARLE UN MILLON DE DOLARES COMO REGALO, AL PROCURADOR CHIVETA SE LE OCURRIO LA IDEA DE BUSCARLE NOVIO A SU CLIENTA A FIN DE QUE ESTA NO QUEDARA MAL CON SU GENEROSO TIO. BARNIGUGLI ACEPTA LA PROPUESTA Y QUIERE CONOCER A SU PROMETIDA

1

SI, SI; LA SEÑORITA LYDIA ESTA EN LA FLOR DE LA EDAD. LO ESPERO, Sr. BARNIGUGLI, A LAS 17, EN MI OFICINA, PARA PRESENTARLE A SU FUTURA ESPOSA

MUY BIEN; PERO RESULTA QUE YO QUIERO PRESENTARME CON MAS ELEGANCIA ¿COMPRENDE?

2

¿TAXI, SEÑOR?

NO; VOY A DAR UN PASEITO A PIE

5

¡EJEM!... NO SE APURE TANTO, PRENDA. ¿QUIERE QUE LA ACOMPAÑE?

6

VOY A LA CASA DE LYDIA CHUKRUT

MUY BIEN, SEÑOR

¿COMO? ¿Y MI NOVIO NO VIENE? USTED ME DIJO, SEÑOR CHIVETA QUE...

LO SIENTO MUCHO, SEÑORITA; PERO YO CREIA ENCONTRARLO YA AQUI. POR FAVOR, CALMESE USTED

BARNIGUGLI por Debeck

—¡Angelical criatura! — murmuró Evelino, encaminándose hacia el sitio en que le esperaba su padre ya en el auto. — ¡No se lo que será de mí; pero, por mucho malo que pueda ocurrirme, nada ni nadie podrá robarme la inmensa dicha de haberte conocido.

El almirante, casi tan emocionado como su hijo al ver la grandeza de corazón de aquella hermosa niña, permaneció en silencio todo el camino.

Evelino, al llegar a su casa, fuése directamente a su aposento y encontró un sobre encima de una mesita. Tomólo maquinalmente y después de ver que iba dirigido a él, rompió uno de sus lados y leyó lo siguiente, escrito con incierta mano:

"Le ruego por lo que más quiera que no trateís de averiguar más.

Un amigo".

XVII

Evelino leyó y releyó la misiva, examinó el papel, estudio la escritura, y concluyó por no sacer nada en limpio.

Tanto el papel como la tinta empleados en el escrito eran de calidad inmejorable.

Por otra parte, no era fácil adivinar la procedencia de aquella carta, ya que se observaba a simple vista, que el que la había trazado, trató de disfrazar su verdadero carácter de letra.

El contenido, como se ha visto, parecía ser una amistosa advertencia.

¿No podría ser, también una amenaza?

Si aquel que usaba el sagrado nombre de amigo, lo fuera en efecto, ¿por qué, en vez de permanecer en la sombra, no acudía a descifrar aquel horrible misterio que había ocasionado ya dos víctimas?

Evelino sospechó que pudiera ser María Banks la autora del anónimo, pero pronto desechó tal idea, al ver, que, aunque ficticios, eran los trazos de aquella escritura más enérgicos y seguros que los que pudiera estampar la mano incierta y débil de la anciana.

Empero, si no era ella misma, juzgó Evelino que había de ser alguien que estuviera en relación con ella: acaso la misma persona que se internó en su casa huyendo de él. Acaso, también, pudo la anciana María, encargar, la redación del escrito a alguna persona de su confianza, deseando evitar un mal — algún individuo de una familia en cuyo seno, había la anciana, vivido tanto tiempo.

Más tampoco era esto admisible. Si aquel incógnito "amigo" se interesaba realmente por Evelino ¿por qué no descubría el misterio? ¿No veía que el joven se hallaba ahora en una situación comprometida?

¿A qué pedirle que no tratase de averiguar más, siendo esto, precisamente, lo que convenía al joven? ¿Qué peor pudiera ocurrirle que el ser acusado de un delito que no había cometido?

Evelino llamó a un criado.

—¿Quién ha traído esta carta? — preguntó.

—No lo se, señorito — respondió el doméstico. — Estaba en el buzón de la puerta?

—Pero bien es preciso que el portador haya entrado en el jardín para depositarla en el buzón.

—Ciertamente; pero no hemos visto a nadie.

—¡Claro! — murmuró entre dientes Evelino, despidiendo al sirviente. — De lo cual se desprende — prosiguió el joven en voz baja cuando se quedó solo — que hay entre la servidumbre alguien que conspira de acuerdo con nuestros ocultos enemigos. Primero se fué el repostero; luego la institutriz y ahora quieren marcharse otros. ¡Lo mejor sería licenciarlos a todos!

Evelino bajó al comedor y encontró a toda la familia dispuesta para el almuerzo.

El almirante no dijo nada durante la comida. Notábase que estaba sumamente preocupado.

Cuando concluyeron de almorzar levantáronse padre e hijo, y avanzando ambos, cada cual al encuentro del otro, pronunciaron casi al mismo tiempo idénticas palabras.

—Tenemos que hablar, dijéronse.

Lady Silvia, que también había permanecido, si cabe, más silenciosa que nunca, miró a los dos caballeros con ojos entristecidos.

Hildebrando y Marcia, aprovechando el poco caso que hacían de ellos, salieron al punto del comedor, antes de que nadie se diera cuenta de ello.

El profesor de Hildebrando venía sin faltar ni un solo día, a dar al mozalbete sus lecciones; pero desde que se fué la señorita Waters, y por consiguiente no tenía la joven Marcia quien la hiciera estudiar, su hermanito, se declaró abiertamente en huelga, y sólo volvía a la casa cuando le apretaba el hambre, acompañado de su no menos informal hermanita, compañera inseparable de travesuras.

Los dos caballeros pasaron al despacho.

—Toma, fuma un cigarro — dijo el almirante, ofreciendo uno a su hijo.

—No tengo ganas de fumar hoy. Estoy trastornado.

—No importa; también lo estoy yo, Fuma...

—Bueno; fumaré.

Evelino encendió el cigarro; su padre hizo lo mismo.

—Sabes — dijo éste — que las cosas se ponen más feas de lo que parece?... Esta mañana, después de la información y mientras esperaba que salieras, me acerqué a varios corrillos que se habían formado en la puerta principal, y a pesar de que todas las simpatías, o al menos la mayor parte, están contigo, no por eso deja de sospechar todo el mundo que será muy fácil que te formen causa criminal.

—Así sería lo mejor. Ello me daría lugar a que encontrase yo un abogado que me defendiera con más fortuna y acierto que lo he hecho yo.

—Sí; pero... es preciso evitar que llegue ese caso. Sería un golpe terrible para la familia. Yo he pensado ya acerca de ello. Aquí como ya sabemos, existe cierta antipatía hacia nosotros.

—Sí; pero también hay quien está de nuestra parte.

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

—No lo niego; más eso no obsta para que nos preocupemos de los primeros, que son los que importan. Lo que he pensado es lo siguiente: Mi primo está en Cannes, como sabes, y sería muy conveniente que fueras a verle, y después de exponerle el caso, y de hacerle ver que su honor está tan comprometido como el nuestro, por ser él tan Olverstone como nosotros, que haga cuanto le sea posible por ayudarnos.

—Perdona, papá; dí francamente que lo que tu deseas es verme fuera de aquí, y de Inglaterra — dejos de todo peligro.

—¿Y no crees qué sería lo mejor?

—No. Eso es huir, y además de cobardía sería torpeza, pues ello implicaría declararse culpable. Además el coronel, aunque quiera, no puede hacer nada en este asunto.

—¡Quién sabe! . . .

—¿Qué quieres decir?

—Digo que acaso sea él quien haya organizado esta serie de fantasmas y en ese caso . . .

—Tanto peor. Si interviniera él en este asunto, sería lo suficiente para que se negara a influir. No, papá; el que haya ocasionado esas dos muertes, sea quien sea, procurará no ceder en su empeño hasta que haya conseguido su propósito, que no puede ser otro que el de cargar sobre nosotros la responsabilidad. Además, si me marchara de aquí, perdería para siempre . . .

—¿El qué?

—Cuando volviera, si pudiera hacerlo algún día, encontraría a Persis casada con ese maldito Carshaw.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Que salida! ¿Cómo se te ocurre que puedas nunca casarte con esa joven después de lo que ha pasado?

—Precisamente. Si yo me casara con ella, ¿quién se atrevería a decir una palabra en contra mía?

—Sí; es cierto. Admito la fuerza del argumento; pero ¿cómo diantres vas a poder casarte con una mujer cuya madre no cesa de repetir a todas horas que eres tu quien ha asesinado a su hijo?

—Se convencerá de su error.

—¿Cómo crees que pueda suceder eso? ¿Cómo? ¿Cuando?

—La verdad brillará radiante.

—¿De qué manera vamos a hacer que resplandezca?

Evelino puso en manos del almirante la carta anónima que había recibido.

El anciano la leyó y se mostró gratamente sorprendido.

—Debemos poner esto — dijo — en manos de la policía.

—Eso es, a mi juicio, una amenaza encubierta.

—Y significa — dijo el almirante con energía — que hemos dado con la huella de esos miserables. Es preciso que no perdamos de vista la casa de Maruja.

—Sí; pero, como supongo que esa advertencia viene de las propias manos de la vieja, es seguro que estará alerta esa señora, y tratará de despistarnos.

¿Qué te parece que hagamos, pues?

—Si estuviera yo en tu lugar, papá, escribiría enseguida al coronel diciéndole lo que ha ocurrido en el castillo, y afirmando nuestra creencia de que se trata de una superchería, en la cual tiene alguna relación la casa que habita la anciana Maruja, y rogándole que interponga su influencia cerca de esa señora para que aclare el misterio que hay en todo esto.

El almirante hizo un gesto dubitativo.

—¿Crees tu — dijo — que tenga Maruja realmente algo que ver en este asunto? ¿No aseguras tú mismo que no era ella la señora que viste aquella noche en la casa?

— Precisamente, por no ser ella, es lógico suponer que conoce a la persona que yo ví, puesto que estaba en su propia casa. Escribe al coronel, papá, creéme. Es preferible que procuremos desentrañar el asunto nosotros mismos, sin ayuda de la policía.

—Está bien; pero de todos modos debemos conservar esta carta.

—Sí; guárdala por si es preciso entregarla a la justicia.

—Voy pues, a escribir en seguida a mi primo.

Mientras el almirante escribía la carta, Evelino acercó el sillón a la chimenea, y cruzando una pierna sobre otra continuó fumando tranquilo su cigarro.

Apenas se había instalado frente al sofá, observó que algo se movía debajo de aquel mueble.

—¿Quién anda ahí? — preguntó Evelino agachándose para ver lo que había.

Al mismo tiempo, y con profunda sorpresa, vió que su hermanita Marcia salía corriendo de la habitación.

El almirante, que habíase vuelto al oir la exclamación de su hijo, alcanzó a ver a la traviesa muchacha cuando ésta atravesaba la puerta del despacho.

—¡Otra vez esos condenados chiquillos! — gritó enojadísimo. — Y por lo visto, se han enterado de todo lo que hemos dicho. Pero ¿por qué diablos no están estudiando? ¿Por qué no se cuida alguien de ellos? ¡Ya verás que pronto arreglaré yo esto! Desde mañana los mando al colegio.

—Lo que conviene es tener un par de instructores severos que no les pierdan de vista.

—¡Son la piel del diablo esos chiquillos!

—Sigue la carta.

—Ya está terminada.

El almirante se inclinó otra vez sobre la mesa, y siguió escribiendo.

—Ya está — dijo al cabo de unos segundos.

—Estaba pensando, papá — repuso el joven, — que no es en la quinta de Maruja donde hemos de encontrar lo que buscamos, sino en la galería. Tengo la absoluta seguridad de que existe alguna comunicación con el exterior, la cual no hemos sabido encontrar. Y hasta aseguraría que dicha comunicación está en el antiguo comedor. Ahí es donde acabaremos por dar con los bribones.

Al pronunciar Evelino las últimas palabras vió su padre que miraba con atención al sofá que tenía enfrente. De pronto se levantó el joven y se dirigió presuroso hacia el citado mueble.

—¡Ah, pillo! — exclamó.

Pero antes que terminara aquella exclamación vióse salir, ligero como un gamo, al pequeño Hildebrando, el cual desapareció inmediatamente por el mismo sitio que lo había hecho poco antes su hermana Marcia.

—¿Qué te parece? — rugió el almirante colérico. — ¡Esos mocosos se están burlando de nosotros!

—Y hemos sido tan inocentes — añadió Evelino, — que al ver a Marcia, no se nos ha ocurrido que también su pareja debía andar por aquí.

—Ahora mismo voy a arrancarle las orejas a ese demonio de chico.

—Y si haces eso con Hildebrando, tendrás que hacer lo propio con Marcia, papá, y, como es natural, no te atreverás a hacer eso con una niña.

—Es la peor de los dos.

—Si creo que es la que dirige cuantas travesuras hacen. Supongo que, si lo han oído todo, no se atreverán a frustrar nuestros planes haciendo algún disparate. Entonces sí que peligrarían sus orejas.

XVIII

Jaime Carshaw fué invitado a almorzar con los Bargrave como si realmente fuera ya un individuo de la familia.

Persis, en cuanto llegó a su casa, corrió a encerrarse en su habitación dispuesta a no asistir al almuerzo; pero sus padres la obligaron a bajar.

No obstante, la joven se mostró tan adusta con el rico algodonero, que éste pudo darse cuenta de lo poco que había adelantado

—Dicen que el novio de Lilí ha fallecido de muerte natural.

—Pero ¿no lo ha atropellado un camión?

—Sí; pero es que ¿no es natural que se muera el tipo que es atropellado por un camión?

LEA EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY"

EL MOLINO SINIESTRO

AVENTURAS DEL DETECTIVE

SEXTON BLAKE

en sus pretenciones, a pesar de ser éstas francamente apoyadas por la madre de la niña.

Sir Jorge estaba más desorientado que nunca. Por una parte, aun perduraba en su ánimo el buen efecto que le causara la visita que le hicieran los Olverstone la noche de la muerte de su hijo; más, por otra, no dejabá de reconocer las inmensas ventajas que reportaría a su familia la alianza de Persis con el fabricante, y se dolía amargamente de que la joven se hubiera colocado en aquella actitud de franca y resuelta resistencia.

Jaime Carshaw, a su vez, tenía el poco tacto de suscitar constantemente una conversación que si bien era del agrado de lady Bargrave, enervaba cada vez más a la joven Persis, única persona cuya voluntad le hubiera convenido ganar antes que nada.

—Creo — dijo imprudentemente — que el joven Evelino ha estado poco afortunado en su defensa.

—Y yo, por el contrario, opino — replicó inmediatamente Persis — que ha estado admirable. Después de haberle oído, no puede por menos, toda persona que se precie de sensata, de ver que es inocente en absoluto.

—Temo, Persis — intervino lady Bargrave — que seas tú la única persona que opina de ese modo; más... no discutamos eso ahora. Es un asunto que me desgarra el corazón cada vez que lo recuerdo.

Y en realidad, al pronunciar estas palabras llenáronse de lágrimas los ojos de la pobre madre.

Carshaw la miró con simpatía.

—El tiempo demostrará la verdad de cuanto he dicho siempre — dijo el fabricante en voz baja a la señora.

Esta inclinó la cabeza, y secó furtivamente sus ojos.

Comprendiendo Carshaw que no debía seguir hablando de un asunto que desagradaba a todos en aquel momento, decidió retirarse, lo cual efectuó poco después de terminarse el almuerzo.

Lady Bargrave se encaró con su hija cuando aquel hubo partido.

—Es realmente vergonzoso, hija mía — dijo la dama — que te pongas de ese modo, en contra de toda tu familia.

—No digas eso, mamá — replicó la joven. — Obro así, porque mi conciencia me lo ordena, diciéndome a grandes voces y en todo momento que Evelino Olverstone es inocente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo te atreves a poner tu opinión frente a la de hombres inteligentes y experimentados? ¿No has oído al abogado? ¿No has oído al señor Carshaw asegurar que es ese joven el único que puede haber asesinado a tu hermano?

—Sí, lo asegura porque está celoso.

—¡Qué absurdo! ¿Cómo quieres que tenga celos de un hombre que... si, que será seguramente ahorcado?

—¿Qué dices? — exclamó la joven palideciendo horriblemente.

—Digo lo que sé. Es cuestión solamente de pedir la orden de arresto.

—¡Ah comprendo! Es el, es ese... miserable fabricante — gritó Persis con exaltado acento — quien le empuja para lograr esa infamia. Es el quien ha pagado a ese famoso jurisconsulto para que acosara a preguntas al señor Olverstone...

(Continuará)

—Usted amigo no cesa de fumar.

—Es que si no fumo no puedo trabajar: este es el primer cigarrillo que fumo en cuatro horas que llevo en la oficina.

LOS TESOROS DE LO PROFUNDO

POR

MAURICE EVERARD

(Continuación)

WAYNE miró al hombre que estaba a su lado y, con una soga en la mano procedía a atarle.

—¡Ratcliff! — murmuró con asco y dándole un puntapié, hizo rodar por el suelo al infame traidor.

El que estaba sentado se puso de pie de un salto, con el rostro rojo de furor.

—¡Haga usted algo así otra vez y le mataré yo mismo! — gritó. — Levántese, Gregory. Le doy permiso para cobrarse eso a su gusto, más tarde.

El mecánico se levantó lentamente y se acercó a Wayne sonriendo con malignidad.

—¡Las situaciones han variado! — dijo, riendo, — Ustedes dos eran mis patrones, yo el que obedecía. Todo lo guardaban muy bien, en el taller, aún cuando fingían tener confianza en mí. ¡Lo ocultaban todo, pero se aprovechaban de mi experiencia y de mi trabajo!

—Pero le pagábamos, y le pagábamos más de lo que merecía: ¡desagradecido! — exclamó Eric. — Cuando le tomamos creímos que se moría de hambre; le ofrecimos casa y le pagamos lo mejor que pudimos. Pero ahora sabemos que es usted un canalla y un traidor!

Ratcliff se rió.

—¡Gracias por el cumplido! En cuanto a lo que usted dijo, esperaré, capitán. Ya están atados. ¡Un buen par de pollos!

Se separó un poco para esquivar un posible golpe del pie de Wayne, porque éste le había mirado amenazador.

—¡Así que es usted el capitán! ¿eh? — preguntó Greville mirando al que estaba sentado ante el escritorio, decidido a enterarse de todo lo más posible.

El aludido se retorció el bigote de color de paja de trigo que adornaba su labio superior.

—Eso mismo, Wayne. Yo soy el capitán, — contestó con la voz más musical de las voces que el joven había oído en su vida. — Celebro que lo sepa, porque así sabrá qué tratamiento debe darme cuando trabaje a mis órdenes. Pero hablemos de lo que interesa.

Miró hacia un montón de papeles y mapas que había sobre una mesa y puso, cuidadosamente, el arma, a un lado, de modo que apuntara hacia donde estaba Wayne.

—Nos encontramos en algunas dificultades — dijo, levantando la vista y dirigiéndose a los muchachos como si estuvieran allí especialmente para proporcionarle informaciones. — Sin duda, ustedes adivinan de que dificultades se trata. Escuchen con atención y tengan en cuenta que no soy de aquellos con quienes se puede jugar. El tiempo no nos sobra. Si ustedes piensan, por poco que sea, en seguir viviendo, contesten a mis preguntas, pues en caso contrario dos cadáveres saldrán de este hotel, mañana por la mañana, conducidos de modo secreto y ya preparado.

No era posible dudar de la seriedad con que se expresaba aquel hombre. Por primera vez se dió Wayne perfecta cuenta del peligro en que se hallaban. Aquel hombre no era capaz de tener lástima de nadie; la historia de su vida estaba escrita en la expresión de su rostro, cruel como la de un tigre.

—¿Qué preguntas? — preguntó el muchacho, procurando ganar tiempo.

El capitán se echó atrás en su silla.

—¡Vamos! ¡Ya se presenta mejor! Le noto a usted menos indócil. Me fastidian los

jóvenes testarudos. No sirven más que para meterlos en una bolsa y arrojarlos al Támesis. ¿Ustedes recuerdan a Ratcliff, aquí presentes?

—¡Demasiado bien! — replicó Wayne — ¡Es un traidor, y ya llegará el día en que le hagamos pagar su traición!

—¡Diga "tal vez"! Es más seguro y hay así menos peligro de equivocarse, — dijo el otro, sarcásticamente — Hablando de eso de los tesoros submarinos... Ustedes cuentan con Bruce Cláxton, con el capitán Moránder, un buen hombre, una buena tripulación y grandes probabilidades de obtener una buena utilidad, ¿eh?

—Así es, — contestó el joven.

El capitán volvió a sonreir.

—Supongo que ustedes se han dado cuenta de que soy, en eso, su competidor.

—Nada puede prohibírselo. El mar es como un campo abierto. Nosotros no hemos pensado en molestarle a usted, siempre que usted no quiera entorpecer nuestro trabajo.

Las bien cuidadas úñas del capitán golpearon con nerviosidad en el escritorio.

—Precisamente. Pero el caso es que nosotros no sabemos dónde están esos buques que contienen los tesoros.

Wayne consideró llegada su oportunidad. Y la utilizó con satisfacción.

—¡Oh! ¡Es una lástima! Entonces su personal de canallas no le sirve como es debido. Yo suponía que Ratcliff, aquí presente, nos había robado los planos y las listas, para dárselo todo a usted. Pero, según parece, el pillastre lo que hizo fué vender lo robado a otro u otros ladrones.

Un juramento brotó de los labios del exmecánico que se adelantó, amenazador, hacia el muchacho, levantando el brazo.

—¡Esta también me la va a pagar! — dijo — ¡Déjeme que le pegue, señor!

—¡Quítese de ahí tonto! ¿Cree usted que va a transformar esta habitación en un "ring" de boxeo? — gritó el jefe acercándose a su teniente y dándole un empujon que le envió a golpear contra la bastante alejada pared — ¡Y ahora, Wayne, basta de tonterías! Terminemos de una vez El tiempo corre y no decidimos nada. Usted sabe lo que yo quiero: una copia o una explicación detallada de los planes de Bruce Cláxton.

Wayne se rió.

—Si es eso, se ha equivocado usted de puerta. Usted no agradecería que yo le entregara los planos y planes que nos robaron o si le parece mejor dicho, copiaron ya. Eso sería ir a Cardiff llevando carbón de piedra.

El capitán se puso muy rojo.

—¡No se trata de eso! ¡Usted sabe perfectamente a qué me refiero! Cláxton ha variado por completo sus primitivos planes porque dió la casualidad de que se enteró de que Ratcliff había sacado copia que me había entregado a mí.

—Supongo que no le parecerá que hizo mal en eso, ¿no es verdad?

—¡No digo que nadie haya hecho mal! — exclamó el hombre acalorado. — Lo que busco es información y estoy decidido a conseguirla. Cuando ustedes partieron de Plymouth ustedes dos sabían que iban a visitar el casco sumergido del Lutine. Ahora qué van ustedes a partir de nuevo tienen que saber cuál es el programa que tienen preparado. ¿Qué programa es ese?

Wayne sintió que recobraba la tranquilidad y con ella el valor. Sus esperanzas renacieron. Mientras el enemigo ignorara esos detalles eran ellos — Bruce Cláxton y sus amigos, — los que dominaban la situación.

—En primer lugar ignoro aún cuál es el programa adoptado por el señor Cláxton y en segundo, dado el caso que lo supiera, no se lo diría. ¿No le parece a usted que lo mejor que puede hacer, en este caso, es ir a preguntárselo al mismo señor Cláxton?

El hombre no creyó ni una palabra de lo que Greville acababa de decir. El rostro se le puso muy rojo. Miró un instante, fijamente a Wayne, y después sacó algo del bolsillo.

—¡No me importa absolutamente nada que ustedes vivan o no! — dijo — He terminado con los dos. ¿Ven ustedes este reloj? — añadió, indicando un reloj de oro, de repetición, que puso sobre el escritorio. — Fíjense en el minutero! ¡Les concedo solo cinco de esos pequeños espacios, trescientos segundos nada más, para decidirse! ¡Niéguense a decirme todo lo que saben y les mataré ahí, donde están, y arrojaré sus cuerpos al Támesis! ¡Y tengan en cuenta que jamás hombre alguno dijo palabras más veraces que las que acabo de pronunciar!

ESCOTILLA JIM INTERVIENE

Algunos momentos de gran agitación

El que hubiera pasado a la hora en que la población más distinguida de Londres se está vistiendo para ir a comer o está sentada, alegremente, ante la mesa, por el ancho camino que parte, formando ángulo recto, de la avenida que conduce del rincón del Hyde Park a Bayawater, hubiera sido testigo de un espectáculo que le hubiese asombrado y divertido a la vez.

Al menos este fué el efecto que les causó a muchos, desde los hombres de negocios que pasaban muy de prisa hasta los lacayos que estaban a la puerta de las lujosas mansiones que formaban casi toda la edificación de aquel barrio de la ciudad.

Por el caldeado, asoleado pavimento avanzaba un hombre enteramente ajeno a todas las miradas de curiosidad que se fijaban en él. No hay más que una sola cara redonda y sonriente como aquella en toda la extensión de Londres, una cara tan morena y arrugada como una manzana vieja; no hay más que una figura como aquella rolliza y ondulante; no hay más que una voz como la de aquel hombre, bien timbrada y sonora, que entone trozos de viejas canciones mari-

neras de las que celebran las antiguas épo-cas de los piratas.

La suave brisa agitaba su poblada barba y esparcía los sones del estribillo de una an-tigua canción que elogia a la gente de mar de los tiempos de bucaneros y de piratas, cuya letra dice así:

Grandes fueron los piratas
que recorrían la mar
y que surcaban sus olas
buscando donde robar.

Con manos rojas de sangre
tras del oro y del placer
buscaban al enemigo
para poderle vencer.

Fueron valientes
fueron heróicos
y hoy es su tumba
el mar azul

Vibra el recuerdo
de sus hazañas
del mar Caribe
hasta Estambul.

Los hombres y las mujeres se paraban, volvían la cabeza y miraban, pero Escotilla Jim proseguía su marcha, balanceándose, cantando con sonora voz esa canción, apren-dida a bordo de algún velero en su juventud.

Pero no era su canto lo más extraño de todo. Llevaba descubierta la cabeza, cuyo cabello hirsuto era agitado por el viento. Al hombro llevaba su camiseta azul remen-dada y manchada. Se había arremangado los pantalones casi hasta la rodilla y pisaba el pavimento recalentado por el sol, desnu-do de pie y pierna.

Después de adelantar un poco por el ca-mino, detuvo a un señor de levita y sombre-ro de copa.

—Usted perdone, señor, pero le agradece-ría que me dijera si está por aquí el Hotel Maltravers, — preguntó interrumpiendo su canción.

El de levita miró a Jim como, si se trata-ra de un hombre salvaje escapado de otro mundo.

—No lo sé, buen hombre, mejor será que entere usted de su condición a un policeman.

Y sin decir más, apresuró el paso y se alejó.

Escotilla Jim siguió caminando, mirando todo con admiración y cantando:

...y hoy es su tumba
el mar azul

De pronto se detuvo y miró un letrero muy grande con letras también grandes y muy vistosas.

—¡Al fin llegué a puerto! ¡Pare la má-quina! — exclamó. Se acercó a la acera y se dirigió a la puerta del hotel donde vió a un "groom" que vestía un traje con una lar-ga fila de botones de metal. — ¡Hola, jo-vencito! — díjole — ¡Avise al gerente! ¡Dígale que está aquí Escotilla Jim, conoci-do en todos los mares del cabo de Hornos al de Hatteras! ¡Dígale que soy el tercer comandante del vapor Esmeralda! ¿Qué? ¿Que está comiendo? Pues entonces, joven-cito... ¡Cuánto dinero debe gastar en po-mada para limpiar metales, para tener tan brillantes todos esos botoncitos!... Pues vea si están ahí dentro dos jóvenes que se llaman Greville Wayne y Eric Harper, res-pectivamente... ¿Cómo? ¿No están? ¿Dón-de están, entonces?

—Salieron hace como media hora. Les avisaron por teléfono que un señor que se llama Cláxton les quería ver en seguida en su hotel, así que comieron de prisa y se fueron.

Escotilla Jim se puso muy serio.

—¿Así que comieron de prisa y se fue-ron? Bueno, jovencito, aquí tiene dinero para un cepillo de dientes, como dijo el ge-neroso escocés cuando dió a su hijo que se casaba para el regalo de boda. Y muchas gra-cias de todos modos. Está visto que tengo que buscar otro punto donde echar el ancla.

Puso una moneda de plata de un chelín en la mano que el "groom" adelantó rápida-mente y balanceándose con su andar de ma-rino, con sus botines yendo de un lado a otro colgando de los cordones y su camiseta al hombro, se alejó canturreando su canción.

Al llegar a la esquina de los jardines de Leinster se detuvo, tropezando con otro hombre que pasaba por la misma acera, en sentido contrario.

—¡Eh! ¿Qué hace? — gritó — ¿Qué mo-do de caminar es ese ¡Eche el timón a ba-bor y dé toda máquina, sino!...

—¡Escotilla Jim! — exclamó una voz sonora y conocida, al oir la cual el viejo marinero se irguió y saludó respetuosamen-te.

—¡El señor Cláxton! ¡Oh! ¡Perdone, se-ñor! No esperaba verle por estos sitios. Hace un rato salí de casa de mi abuela, que vive en la altura de Hornsey y que tiene nada menos que ciento trece años. ¡Ciento trece! ¡Si no es cierto, que no vuelva a ver el mar nunca más!

Bruce Cláxton se rió y miró con asombro el extraño aspecto del marino.

—¿Cómo es que ha venido a este barrio?

Jim volvió la cabeza, mirando hacia atrás.

—Tomé este rumbo para fondear en el hotel Maltravers y ver a los muchachos, pero un jovencito que estaba a la puerta y que tenía un traje con muchos botones y muy lustrado me dijo que usted les había habla-do por teléfono y que ellos habían ido al hotel donde usted se aloja.

Cláxton frunció repentinamente el entre-cejo.

—¿Que yo les había hablado por teléfo-no? ¡Pero eso no es verdad! ¿Quién se lo dijo?

—El muchacho que estaba a la puerta del hotel. Dijo que habían avisado por te-léfono que usted quería verles a los dos en el hotel Burleigh, así que comieron a to-da prisa y se fueron.

Cláxton sacó del bolsillo del chaleco un silbato de plata y dió varios toques llamando a un automóvil de alquiler. Casi en seguida se detuvo uno frente a ellos, junto a la acera.

—¡Yo no hablé por teléfono. Alguien ha preparado una trampa para hacer caer a esos muchachos!... — exclamó. Y agregó, dirigiéndose al conductor del coche que paraba en aquel instante: — Hotel Burleigh, en el Strand. — Se volvió hacia el marinero: — Suba, Jim, suba, — dijo. Y subiendo a su vez añadió: — No me gusta nada absolutamente que haya sucedido eso.

—¿Supone usted que los muchachos pueden encontrarse en peligro? — preguntó Jim, poniéndose pálido bajo lo curtido de su piel.

El de Rhodesia frunció el ceño.

—No sé qué pensar. Me parece extraño que alguien les haya llamado por teléfono comunicándole un mensaje como si fuera mío. No he estado en el hotel en todo el día, salí esta mañana temprano para ir a la Comisión Naval de Tesoros Hallados, que tiene su oficina en Whitehall. Allí hablé de la parte que nos corresponde de lo sacado del casco del Lutine. En cuanto despaché salí para ir a avisar a Wayne y Harper cuánto les toca. Su parte de usted, Jim, asciende a tres mil y tantas libras.

Escotilla Jim abrió mucho la boca.

—¡Tres mil libras y todavía un pico! ¡Dios mío! — exclamó. — Con tres mil libras voy a poder comprar toda la ría de Plymouth, ordenar a todos los buques que se vayan de allí y ponerme a pescar mojarritas hasta hartarme. Pero dígame, si los muchachos están en peligro...

—Tal vez no sea el caso tan malo — dijo Cláxton, mirando por la ventanilla. — Quizás se haya equivocado el "groom" del hotel, o el encargado de los teléfonos del Burleigh haya confundido los nombres... De todos modos pronto vamos a verlo.

Despidió el coche en el Strand y casi corrió hacia la entrada del hotel. Centenares de personas se volvieron para mirar a aquel marinero desnudo de pie y pierna, con los botines colgando de una mano, corriendo tras de un señor muy bien vestido, que entraba en el hotel más lujoso de Londres.

Cláxton tomó de las solapas del uniforme al portero, que le miró atónito.

—¿Han estado aquí dos jovencitos preguntando por mí, por Cláxton? — preguntó.

El hombre saludó.

—Sí, señor; hace algo más de media hora, señor. Dijeron que usted les había llamado por teléfono y entonces yo les acompañé a su habitación.

—¿A cuál? ¿A la que yo tenía antes o a la nueva?

—No sabía que el señor hubiera cambiado de habitación, señor.

Cláxton golpeó en el suelo, con el pie, impaciente.

—Ahora estoy en la "soute" número cuarenta y siete. Pero poco importa. Lléveme arriba en el ascensor. ¿Quién ocupa las habitaciones que yo tenía antes?

El portero movió negativamente la cabeza.

—No sé cómo se llama, señor. Es un hombre grande, alto y ancho, más que usted todavía señor... ¡oh! ¡perdone, señor!... Con el cabello rubio muy claro y ojos azules, señores.

Fué pura fantasía o reprimió realmente. Bruce Cláxton, una exclamación de sorpresa.

—Poco importa. Subamos. Mi amigo, — agregó, indicando a Escotilla Jim, — viene conmigo.

El ascensor descendía en aquel momento cargado de baúles y con dos muy grandes canastos de mimbre parecidos a los que usan para llevar ropa generalmente, los artistas de teatro. Cláxton paseó con impaciencia mientras los peones del hotel sacaban todos aquellos bultos. En seguida, el ascensor les llevó, a él y a Jim, al segundo piso.

El encargado del ascensor les siguió hasta la puerta de las habitaciones que Cláxton había ocupado antes. Llamó a la puerta de la salita de la "soute" y no obtuvo respuesta, volvió a llamar y el resultado fué nuevamente negativo.

—¿No tiene usted llave maestra o llave "passe- partout"? — preguntó, volviéndose hacia el hombre.

El ascensorista sacó del bolsillo una llave con la que abrió la puerta. Cláxton buscó a tientas la llave de la luz eléctrica. La hizo girar pero las luces no se encendieron.

—¿Se ha descompuesto la instalación eléctrica? — preguntó.

—No, señor, — contestó el hombre — En todo el hotel, menos aquí, funciona bien.

—¡Entonces encienda un fósforo! — ordenó Cláxton.

Así lo hizo el hombre que acercó la luz del fósforo a la pared.

—¡Esto es raro! ¡Los alambres han sido cortados precisamente junto a la llave! — anunció.

Cláxton dijo algo ininteligible y entró en la habitación, tropezando con algo que estaba tendido en la alfombra.

—¡Traigan luces! ¡Bujías! ¡Lámparas! ¡Luces, pronto! — gritó — Aquí ha pasado algo grave.

Aparecieron en seguida las pedidas bujías y a su luz vieron un cuadro que constituía un verdadero caos. La ricamente amueblada habitación estaba en el mayor desorden. Por todas partes había sillas volcadas, las cortinas habían sido arrancadas, los cuadros habían caído de las paredes, el escritorio estaba junto a una de las paredes, no en el medio de la habitación. En la alfombra se veían algunos trozos de vidrio y varias manchas de sangre.

Cláxton sintióse sumamente alarmado.

—Los muchachos han estado aquí y han peleado en defensa de su vida, — gritó e, inclinándose, recogió del suelo un trozo de soga — ¡Mire Jim! Un trozo de la soga con que, evidentemente, les han atado. En la pelea, uno logró escapar pero los enemigos

—Pero hombre, siempre va usted cantando por la calle. ¿Lo hace usted por afición?
—No señor, lo hago para que no me pisen.

eran demasiados para ellos. Oiga, — dijo, volviéndose hacia el empleado del hotel.— ¿Quién ocupa estas habitaciones?

El empleado estaba muy pálido y muy asustado.

—No lo sé, señor, — tartamudeó.

—Entonces baje y pregúnteselo al gerente. El portero me ha dicho que dos jóvenes amigos míos entraron en estas habitaciones esta noche. No pueden haber salido por la puerta principal porque los hubiera visto el mismo portero y no los ha visto. No pierda tiempo y dígame por teléfono desde el hall, lo que averigüe.

Cuando el hombre corrió al ascensor, Cláxton procedió a examinar aquella habitación. No habían dejado nada suyo los ocupantes, ni ropas ni papeles ni nada más que las señales de aquella terrible pelea.

Sonó el timbre del aparato telefónico interno.

—Sí. ¿Quién es usted? — preguntó, jadeante, el de Rhodesia. — ¿Tiene alguna noticia de mis amigos??

—Ninguna, señor, — fué la extraña respuesta. — He enviado casi todo mi personal a hacer averiguaciones. El señor que ocupó las habitaciones donde está usted en este momento se ha ido del hotel sin pagar la cuenta.

—¿Cuándo?

—Hace solamente unos minutos. Debe haber bajado por la escalera mientras usted subía en el ascensor.

—¿Iba alguien con él cuando salió del hotel?

—Sí; un joven delgado, alto, de rostro pálido, que cojea un poco al andar. Tiene las manos burdas y sucias como las de uno que trabaje en cosas de hierro. El portero me dijo que el señor rubio y grueso le llamó algo así como Ratli, cuando cruzaron el vestíbulo.

—¡Gregory Ratcliff, seguramente! — exclamó Cláxton — ¿Y el otro? ¡Bah! ¡Poco importa! Diga, señor gerente, ¿no tenía ningún equipaje esa gente?

—Sí, señor, bastante. Varios grandes baules y dos enormes canastos cuadrilongos de mimbre. Pero no he visto con esos señores a los jóvenes.

—Sin embargo vinieron y entraron en el hotel. Les hicieron entrar directamente en estas habitaciones que, dicho sea de paso, están en un estado deplorable, como si se hubiese verificado aquí una terrible y violenta pelea. Lo mejor que puede usted hacer señor gerente, es avisar a la policía en seguida para que detenga al que ocupó esta habitación. El y su amigo han causado aquí daños por valor de muchas libras. Y además es necesario saber qué ha sido de esos dos jóvenes.

—¿Ha examinado usted bien la habitación, en las alacenas, debajo de las camas? — preguntó el gerente.

—En todas partes, — exclamó Cláxton, acalorado. — Los dos jóvenes entraron aquí y por medio de alguna combinación los han sacado del hotel en condición de cautivos. ¡Ah! Creo que he dado en el secreto! ¡Los dos grandes canastos de mimbre! Señor gerente: ¿será posible evitar que salga ese equipaje del hotel?

—Creo que sí, — contestó el gerente — Los peones que llevaron los bultos regresan en este momento al hall después de haberlos cargado en un automóvil grande. Sería bueno que usted bajara, señor, y fuera usted quien informara a la policía. Voy a mandar en seguida en busca de un policeman.

Cláxton bajó la escalera saltando de tres en tres los escalones. En el bolsillo de la derecha del saco tenía su pistola automática que empuñaba nerviosamente. Podía tratarse de una pelea a vida o muerte allí, en la calle llena de gente, la que tuviera con aquellos canallas.

Uno de los peones avanzó hacia él cuando corría hacia la puerta.

—¡Pronto, señor! El hombre del equipaje se niega a esperar. Cuando le dije de orden del gerente que no se alejara, me quiso pegar con un bastón. ¿¿Qué sucede, señor? ¿Qué hay que hacer?

—¡Ahora lo verá! — gritó el de Rhodesia corriendo hacia la salida. — ¡Dígame cuál es el coche!

—¡Aquél, señor! — gritó el peón. — El grande, cerrado. ¡Mire! ¡Las dos canastas de mimbre están atadas, én el techo! Y allí va el hombre de pelo amarillo: ahora entra en el coche.

Cláxton fué corriendo hacia el automóvil grande en el momento en que el vehículo se deslizaba hacia el Strand.

—¡Pare! ¡Pare! — gritó y sacando del bolsillo la mano con la pistola se precipitó hacia la portezuela del automóvil.

Con toda temeridad y despreciando el peligro de su acción que por muchos conceptos encerraba, Bruce Cláxton puso un pie en el estribo y se agarró de la ventanilla.

En el mismo momento una poderosa mano le sujetó la muñeca y retorciéndosela, le hizo soltar el arma. Lanzando un grito de dolor, Bruce Cláxton vió que la pistola daba en el pavimento y disparaba un tiro, que por suerte no hirió a nadie. Cláxton, golpeado por el pasajero del automóvil cayó al suelo. El vehículo acrecentó su velocidad dejando a Cláxton tendido en el suelo, respirando jadeante.

Cuando pudo ponerse de pie, ayudado por varios transeuntes bondadosos, el automóvil se había perdido de vista, tragado por el intenso tráfico del Strand.

—¡Si no consigo detener a esos canallas hay que considerar como muertos a los dos pobres muchachos! — murmuró Cláxton.

Escotilla Jim llegó en aquel momento a donde estaba Cláxton. El viejo marinero respiraba jadeante.

—¡No es posible! ¡No es posible! — exclamó el viejo lobo de mar. —¡Nos han burlado! ¡Se los han llevado! ¡Tenemos una probabilidad de salvarlos contra mil de perderlos!

MOMENTOS DE ANGUSTIA

¿Muertos o vivos?

Tanto era lo que temía por la suerte de los jóvenes, que Escotilla Jim abandonó por un instante toda esperanza. Pero debe recordarse que, — como Cláxton tuvo que admitirlo más adelante, aún cuando de mala gana, — el viejo lobo de mar tenía alguna razón para pensar de ese modo. Podía ponérsele en una playa barrida por la tormenta, podía situársele en la zona de mayor peligro, encargársele de la tarea que necesitase mayores energías, mayor resistencia y mayor valor que cuanto puedan tener diez hombres juntos, y Jim se desempeñaría como un verdadero héroe; pero hacer que desafiara el tumulto del tráfico de las calles de Londres era pedirle demasiado, y no es de extrañar que se hallara como el pez fuera del agua.

No le pasaba lo mismo, por cierto, a Bruce Cláxton.

—¡Tenemos una probabilidad en favor por mil en contra! — exclamó Cláxton agarrando a Jim por una manga y avanzando a toda prisa. — ¡Pero eso importa poco! ¿Hacia qué lado fueron?

—Hacia la izquierda, — dijo Jim jadeando al correr junto al atlético surafricano.— Pero un automóvil es igual a todos los demás en semejante amontonamiento. ¡Si se tratara de un bergantín goleta lo distinguiría entre diez mil! ¡Ya lo creo!

Fué tras de Cláxton y se metió en un automóvil de alquiler que el otro acababa de tomar.

—Siga tras de un automóvil rojo y grande que lleva dos grandes canastos atados en el techo, hasta que yo le diga a usted que pare. Le pagaré a razón de diez libras por hora. Corra todo lo posible. El automóvil rojo volverá probablemente hacia la izquierda para ir por Whitehall al puente de Westminster.

Al decir eso, Cláxton pensaba con sensatez y de acuerdo con las observaciones que el surafricano había oído, en un tiempo, de labios de un detective de Scotland Yard. Cláxton recordó con toda claridad las palabras el detective cuando estuvo sentado en el automóvil, mirando de vez en cuando por la ventanilla y observando si el chauffeur seguía las indicaciones que le había hecho.

"Cuando un pillo trata de escapar de las manos de la policía, ya sea en automóvil, ya en un coche de caballos, hay diez probabilidades contra una en favor de que se dirija hacia el lado Sur del río. La razón de esto es que, en esa parte, las calles son más estrechas, ondulantes e irregulares y están cortadas por muchas calles traviesas y menos vigiladas que las de la City, o sea el lado Norte". Así se había expresado el hombre de Scotland Yard.

Cláxton recordó y aplicó esa opinión que podía darle, o no, buen resultado. En realidad, el resultado fué favorable, porque un instante después el chauffeur avisó por el tubo acústico, que se distinguía un automóvil rojo, con dos grandes canastos de mimbre en el techo, a distancia regular, dirigiéndose hacia la pequeña altura que indicaba la situación de la parte central del puente.

El coche en que iba Cláxton apresuró la marcha. Cláxton apretaba los dientes, nervioso. Comprendía que unos enemigos peligrosos y desesperados se habían coaligado en contra de él y de sus jóvenes amigos. Demostración de esto era el atrevido ataque de que había sido objeto el Esmeralda en el Mar del Norte.

En el puente casi no había tráfico, y sobre todo había pocos peatones. La hora de la salida de la oficina y el regreso a los hogares había pasado ya. Una niebla tenue empezaba a formarse en la aceitosa superficie del tranquilo río. Las luces del alumbrado de la avenida de la ribera y de las farolas del puente parecían lucir pálidas y alejadas.

De repente, un grito de triunfo brotó de los labios de Cláxton, que se estremeció y, levantándose, abrió la portezuela.

—¡Dios mío! ¡Qué suerte! ¡Han sufrido algún accidente! — dijo, indicando a Jim que deseaba que le siguiera. — Pare el automóvil aquí, chauffeur, pero quédese bastante cerca para que pueda oír si le llamamos. Mi amigo y yo vamos a seguirle a pie.

Parecía realmente que la victoria les favorecía de improviso, porque el automóvil del capitán se hallaba parado y parecía que

iba a seguir así. Menos de doscientas yardas separaban a Cláxton y Jim del automóvil rojo. Sin embargo, algo que los perseguidores no lograban comprender pasaba en aquel coche. De repente, los dos grandes canastos fueron descendidos del techo del vehículo y arrastrados hacia la abierta portezuela.

Dos hombres salieron del coche y durante unos segundos se les vió ir y venir rápidamente con precipitación extremada. Cláxton se hallaba aun a sesenta yardas de distancia, cuando aconteció lo más asombroso que pudiera imaginarse.

A la luz violácea que brotaba de la lámpara de una farola de las del puente, vió que los dos hombres levantaban uno de los canastos y avanzaban por el pavimento.

—¡Alto! ¡Por el Cielo! ¡Alto! —gritó el surafricano.

Los hombres prosiguieron su tarea como si nadie hubiera dicho nada, a pesar de que su voz resonó potente a la oscuridad de la noche. Levantaron el canasto y lo sostuvieron un instante apoyado en el borde superior del parapeto, antes de arrojarlo al espacio.

Cláxton tuvo que limitarse a mirar cómo caía. Dió una y dos vueltas, destacándose su blancura en el fondo negro de la noche. Después dió en el agua con ruido sordo y las aceitosas aguas lo ocultaron en seguida. En el mismo instante, el segundo canasto tocaba la superficie del Támesis.

Cláxton siguió corriendo, mirando unas veces hacia el río y otras a los desesperados actores de aquella horrenda tragedia. Veinte yardas más y se hallaría forcejeando con el hombre alto y rubio.... Pero la portezuela se cerró de golpe en el mismo instante y el automóvil rojo, dando un salto hacia adelante, se perdió en la oscuridad, igual que si las tinieblas se lo hubieran tragado instantáneamente.

Jim llegaba a donde estaba Cláxton, jadeante, pálido, desconcertado.

—¡Están muertos! ¡Los dos! — murmuró con voz ronca, arrojando al suelo los botines y la camiseta, violentamente.

Cláxton indicó el automóvil en que ellos habían llegado.

—No lo sé. Tal vez se trate de una trampa para engañarnos. Esos dos muchachos podían haber sido de grandísimo valor para él. Los canastos tienen que flotar. Pueden permanecer con vida durante media hora.... ¡Sí, eso es! — Y agregó, moviendo tristemente la cabeza: — ¡Si no estaban ya muertos cuando salieron del hotel!

"Por otra parte, aún pueden hallarse prisioneros en el automóvil rojo. Algo hicieron antes de levantar los canastos y arrojarlos al río, cuando estaban en el suelo. Descienda por una de las escaleras y tome enseguida un bote.... y mande a alguien en otros botes; haga lo que le parezca, pero pesque esos canastos. ¡Yo seguiré a esos canallas!

Jim se dirigió a la salida del puente. Pero cuando hubo recorrido un par de yardas cambió de idea, se subió de un salto al parapeto, levantó las manos y se arrojó al río, hundiéndose en el agua a regular distancia del puente.

Bruce Cláxton le vió caer en línea diagonal hacia el agua y no lo volvió a ver. No esperó a oir el ruido que hacía Escotilla Jim al dar en el agua. El motor de su automóvil funcionaba rugiendo y el pavimento desaparecía veloz bajo sus ruedas un segundo después; el automóvil avanzaba con peligrosa velocidad.

—¡Puedo seguirles sin perderles de vista desde aquí hasta Tumbuctú, con los faros que tiene mi coche! — gritó el chauffeur un instante después, cuando Cláxton comenzaba a respirar con más calma al volver a ver ante él, el otro vehículo.

Comenzó entonces una estupenda persecución. Durante una hora perseguidor y perseguido corrieron con atronadora rapidez alejándose más y más de Londres, hasta que la primera línea de las colinas situadas a catorce y quince millas hacia el Sur fueron alcanzadas y dejadas atrás.

El automóvil del capitán no se hallaba más que a una milla de distancia del de Cláxton y corría por una cuesta en línea recta. Cláxton, acurrucado, inclinado hacia un lado, esperaba que la distancia disminuyera lo suficiente para que le fuera posible hacer estallar de un tiro el neumático de una de las ruedas traseras. Tenía en la mano la pistola automática amartillada. Su automóvil se balanceaba, rugía, avanzaba casi a saltos. La distancia de uno a otro coche iba menguando. Diez minutos más y la distancia que les separaba no era más que de trescientas yardas.

La extensa cuesta de la altura de Reigate se desarrollaba ante ellos. En esa cuesta el automóvil de Cláxton podría, por razón de su peso menor, alcanzar fácilmente al otro. Comenzaron la larga subida llegando a la esquina hallándose a menos de ciento cincuenta yardas el uno del otro. Y entonces le falló una explosión del motor, se oyeron unos largos resoplidos, chirriaron los frenos y el automóvil más pequeño se detuvo por completo.

El chauffeur saltó de su asiento al camino, moviendo apesumbrado, la cabeza.

—Lo siento mucho, señor, pero me han vencido. No me queda ni una gota de nafta en el tanque, — dijo.

El surafricano miró el reloj. Eran las once. Reigate se hallaba todavía a una milla de distancia, al extremo de la cuesta. En el momento en que cualquiera de los dos hubieran llegado, yendo a pie, el coche rojo se hallaría a muchas millas de distancia, tal vez libre de todo peligro de persecución, en algún tortuoso camino enteramente oculto.

Era un trago muy amargo, dada la incertidumbre de la situación. O los dos jóvenes habían muerto o Gregory Ratcliff y el hombre corpulento y rubio les tenían prisioneros, imposibilitados de escapar. Y además de todo eso estaba la inseguridad sobre la suerte que había corrido Escotilla Jim y sobre el sitio donde podía encontrarse.

Podía haber regresado a su alojamiento o haber vuelto al hotel Maltravers. También podía hallarse en el hotel Burleigh si no estaba todavía peleando desesperado en busca

de los dos jóvenes, en las aguas del río.

Triste y apesumbrado, Bruce Cláxton consiguió regresar a Londres, llegando al centro de la capital a las tres de la mañana.

En el hotel Burleigh el portero nocturno, usualmente tan alerta y despejado, estaba durmiendo en su casilla, en el hall. Cláxton, a pesar de hallarse tan cansado como se hallaba, subió por la ancha escalera con el propósito de hablar a la policía, por el aparato telefónico de su habitación.

Abrió la puerta de un golpe y se quedó parado, momentáneamente petrificado por la sorpresa. En la chimenea ardía un abundante fuego a pesar de que el día había sido templado y la noche era casi calurosa.

Tres hombres paseaban de un lado a otro restregándose con toallas, haciendo rápidos movimientos con las piernas y con los brazos.

—¡Eric, Greville, Jim! — gritó Bruce Cláxton restregándose los ojos. — ¡Pero no! ¡No puede ser verdad! — ¡Pues lo es! — replicó Wayne, riendo, mientras se ponía unos pantalones que le quedaban muy grandes. — Y ese objeto de extraño aspecto que tiene la apariencia de una rata mojada, es Escotilla Jim. ¡Vamos, Jim, pícaro viejo, cuádrese como buen soldado y presente el parte de lo sucedido!

El viejo lobo de mar se cuadró, haciendo la venia, y se echó hacia atrás un mechón de cabello mojado.

—Los encontré, señor Cláxton, aún cuando tuve que ir hasta el fondo del río para sacar al joven Harper. Se había figurado que era una anguila y trataba de meterse en el barro. Pero por fin salieron los dos del agua y ahora están procurando entrar en calor ante el fuego de su chimenea.

Claxton respiró con satisfacción y contento y se dejó caer en una mullida butaca. Sacó un cigarro de hoja y lo encendió.

—¡Qué angustias he pasado pensando en ustedes, muchachos! Pensé que habían muerto los dos. ¿Cómo fué que llegaron ustedes a hallarse dentro de aquellos canastos?

—¡No lo sabemos! — exclamó Eric riendo y frotándose la cabeza con la toalla. — Lo último de que nos acordamos Greville y yo es de que tuvimos un entrevero tremendo con los dos canallas: Ratcliff y el capitán.

—¿El tipo alto y grande, con cabello color de paja y cabeza muy grande?

—Sí. Nos ataron de pies y manos y nos amenazaron con matarnos de un tiro si no le decíamos cuáles eran los planes de nuestra próxima expedición. Pero como no lo sabíamos, no había probabilidad de que nos transformáramos en traidores, así que decidimos patalear un poco. Conseguimos volcar algunas sillas y darles todo el mayor trabajo posible. Entonces nos golpearon en la cabeza y no tuvimos conocimiento de nada de lo que sucedió hasta que nos despertamos en la Estación de Auxilios de la Policía en el muelle del Temple y vimos a Escotilla Jim empapado y a nuestro lado.

El surafricano movió gravemente la cabeza.

—Puede decirse que ustedes dos se han salvado en una tabla. A no haberse arrojado Jim por la barandilla del puente de Westminster, ustedes dos se hubieran ahogado. Por suerte, aquellos canallas consideraron que les convenía más viajar sin llevar el peso de ustedes en el techo del coche... Además, si les pescaban llevando dos canastos con un hombre desmayado dentro de cada uno su situación habría sido de difícil explicación. Pero veamos: ¿cómo se encuentran ustedes ahora?

—¡Muy bien! un poco cansados y con frío, pero nada más, — dijo Wayne. — Nos helamos mientras estuvimos en el agua, y la sofocación que sufrimos pareció quitarnos todo el calor que teníamos en el cuerpo. Sin embargo es muy agradable darse cuenta de que uno está vivo, gracias a Jim.

Cláxton se acercó a la puerta y tocó el timbre eléctrico.

—Voy a despertar a alguno de los que están de guardia para que les traiga algo de comer y preparen camas para ustedes. ¡No! No pueden dormir en el suelo y no pueden seguir así, sin alimentarse. ¿Saben ustedes lo que les espera, a los dos?

—Lo ignoramos por completo, — respondió Eric.

—Les esperan tres semanas de enérgico aprendizaje y entrenamiento, en el Aerodromo de Rencombe. He arreglado con el oficial de la Escuela de Aviación lo necesario para que les dicte un curso especial de manejo de nuestro nuevo hidroavión. Es hermosísimo el aparato que he comprado. Pero es necesario que sepamos manejarle muy bien antes que salgamos de Inglaterra.

—¿Cuándo será eso, señor? — preguntó Escotilla Jim respetuosamente.

—Tan pronto como los muchachos terminen su aprendizaje. Por fortuna, yo tengo ya mi certificado de piloto aéreo y de mecánico de aeroplanos, pero es necesario que haya un segundo, debidamente diplomado también, que pueda ocupar mi lugar en caso necesario.

Los muchachos sentíanse complacidos. No Habían pensado nunca que el volar hubiera podido formar parte de sus aventuras.

—¿Y después? — preguntó Wayne, terminando de ponerse la ropa seca.

—Después, terminadas las composturas del Esmeralda... ¡Ah! Lo he hecho arreglar muy bien. Le hemos puesto cañones más grandes y de sistema muy moderno. Además lo hemos dotado de varios mejoramientos ingeniosos y nuevos, de los cuales no hay que hablar por el momento, pero que serán útiles, llegado el caso. Pues bien, terminadas las composturas del Esmeralda, partiremos, cruzando el Atlántico, para el mar de Sargazo.

¡Ah! ¡Mágicas palabras las que acababa de pronunciar Bruce Cláxton para Escotilla Jim y los dos jóvenes! A su conjuro aparecía ante su mente la extraordinaria visión de un mar de plantas flotantes ondulado bajo los rayos del sol tropical y entre las plantas los cascos de buques perdidos habitados por extraños monstruos que viven allí,

lejos del camino de los miles de buques que cruzan constantemente el océano.

El mar de Sargazo era un nombre que se veía rodeado de misterio amenazador a la vez que de glorioso anuncio de grandes aventuras.

Pero Bruce Cláxton no les concedió mucho tiempo para dedicarlo al comentario de lo que iba a suceder. Les hizo trabajar con la mayor actividad, trabajando él también, a la par de ellos. Primero fueron a Recombe, localidad situada en el condado de Witt para hacer allí la primera parte del aprendizaje: el de la aviación. Comenzaron como observadores, siguieron luego ejercitándose como pilotos y por fin, después de las pruebas decisivas, Greville Wayne y Eric Harper obtuvieron su "brevet" de pilotos.

De Recombe pasaron a Poole, donde durante una quincena hicieron pruebas con el hidroavión realizando excursiones a Start, a Portland Bill y a otras localidades. En una ocasión, Wayne fué en el hidroavión hasta Dodman, — que quedaba bastante lejos, — regresó en un solo vuelo.

Terminado lo que constituía el programa de la enseñanza, Bruce Cláxton sometió a los dos muchachos a severísimas pruebas de las cuales, por suerte, salieron triunfantes.

—Creo que basta ya, — dijo un día. — Me siento enteramente satisfecho. — Y podía hablar así, porque él había realizado iguales pruebas que los muchachos y con idéntico resultado. — Despídanse del hidroavión Grannt. La próxima vez que le vean será en la cubierta del Esmeralda con el mar de Sargazo en redor de nosotros y los buques españoles cargados de tesoros en las cercanías.

—Estoy impaciente por verme en nuevas aventuras — exclamó Eric Harper.

—¡Yo yo! — agregó Greville. — ¡Qué alegría será para mí el verme ante el mar de Sargazo!

No habían vuelto a tener noticias ni de el capitán ni de Ratcliff. No pudieron enterarse si habían desistido o no de seguirles la pista.

El día once del mes, cerca de siete semanas después de haber regresado de la excursión de la costa danesa con el oro y la plata extraídos del casco del hundido Lutino, el Esmeralda zarpaba del puerto de Londres dirigiéndose hacia el Oeste. Iba a realizar una e las más extrañas y novelescas expediciones que haya intentado jamás el hombre.

HACIA EL OESTE

En las garras del temporal

El Esmeralda no era muy rápido, pero a razón de catorce millas por hora navegó tranquilamente día tras día hasta que las costas de la Vieja Inglaterra fueron dejadas atrás; a lo lejos y del lado del Oeste surgió ante su proa la promesa de un mundo nuevo y desconocido, lleno de misterios.

Notaron los viajeros que el calor iba en aumento, que los días se alargaban, y la soledad del mar les indicó que se hallaban ya fuera de las rutas habituales de los buques que cruzan el Atlántico.

Eric empezaba a sentirse, — y así lo manifestó, — "enteramente harto" de tan monótona navegación.

Una luminosa tarde, mientras se hallaba echado en una cómoda butaca de mimbre en la cubierta del Esmeralda, con un libro que de puro aburrimiento ni había empezado a leer, miraba hacia el negro y larguísimo penacho de humo que se extendía del extremo de la chimenea hasta perderse de vista en la atmósfera enteramente tranquila, el joven se preguntaba si no había hecho mal en esperar que fuera divertida y variada aquella parte de su nueva aventura.

Más de una vez, en los rutinarios días de constante trabajo, en Plymouth o durante los ratos de descanso y de conversación con Escotilla Jim a la orilla de la ría, se había dicho que debía ser muy emocionante el navegar de un lado a otro por los mares del mundo, en busca de aventuras. El atractivo de la vida de a bordo, el olor de las máquinas, el gemir del viento en los cordajes de la arboladura, el rozar de las olas contra el casco del buque... todo eso, visto de lejos y con los sentidos de la imaginación, tenía un atractivo del que carecía cuando se le veía de cerca.

No era de extrañar, pues, que bajo los rayos del sol que derretían la brea que calafateaba las tablas de la cubierta, envuelto en ráfagas caldeadas, sin más brisa que la muy tenue producida por el lento andar del vapor, sin más espectáculo que el del mar y el cielo, todo igual, el joven Eric se sintiera sumamente decepcionado y empezara a sentirse descontento.

—Me gustaría que sucediese algo que interrumpiera esta aplastante monotonía, — murmuró dejando caer el libro en la cubierta. — No se vé por ninguna parte al mar de Sargazo; no se distingue por ningún lado ni al pícaro de Ratcliff ni al canalla de su rubio capitán... No se vé más que la superficie del mar en la que brilla el sol. No se como no me echo al mar atado a una soga para que el vapor me remolque, dándome así un saberano baño.

Una risa que oyó a su espalda demostró que Greville había oído las reflexiones de su amigo.

—¿De qué se queja? — dijo Greville dirigiéndose a su compañero mientras bostezaba, presa también del mayor aburrimiento.

Escotilla Jim se acercó lentamente por la cubierta y fué a apoyarse en la borda, mientras llenaba de tabaco su pipa de yeso.

—¿Por qué gruñía el joven Eric? — dijo, sonriendo y arrugando aun más, al sonreir su arrugado y curtido rostro moreno. — Si son emociones lo que desea, poco tardará en tenerlas. Mire cómo abundan los tiburones en estas aguas. Asómense aquí si quieren ver a varias de esas fieras del mar.

Indicó con la mano el agua verdosa y transparente del mar donde las aletas triangulares, delgadas como hojas de afilados cuchillos surcaban el cristal del mar sereno bajo cuya superficie se veían las moles blancas de los tiburones y a veces algunas horribles fauces amenazadoras.

—¡Si usted se arrojara al agua como us-

ted ha dicho, que poco tiempo tardaría en ser saludado a dentelladas por esos animalitos! — exclamó Escotilla Jim. — De modo que se siente cansado de no hacer nada, ¿eh?

—Eso mismo, — contestó el muchacho estirando los brazos, desperezándose. — No era tan desagradable como esta quietud el andar por entre el casco del Lutine o el mirar como nos cañoneaba el vapor pintado de gris, cuando regresábamos. Pero esta inacción le pone a uno triste, acaba por hartarle como dice Greville.

El aludido se volvió, secándose la frente cubierta de sudor.

—Greville no dice semejante cosa, en verdad. Deja que los señores Cláxton y Morander dirijan los sucesos y sabe que tarde o temprano habrá movimiento en abundancia. Diga, Jim, usted que ha navegado uno o dos años...

—Noventa y tantos años, de muchacho y de hombre, — gruñó el viejo con toda seriedad.

—Eran setenta hace pocas semanas, ¿De dónde sacó usted esos veinte más?

Jim se quitó la pipa de entre el matorral de su barba canosa y comenzó a trazar un plano con la punta de la pipa, en la palma de su mano izquierda.

—Bueno, joven el caso es así, — dijo con toda seriedad. — Yo soy de una naturaleza muy rara. Soy uno de esos afortunados mortales que no envejecen nunca. Ustedes no oirán jamás decir a Escotilla Jim que está envejeciendo, o que se siente gastado o triste, como dice la vieja canción. Yo me paso el tiempo sonriendo y bromeando. Así lo hice hasta que un día me encontré con que tenía ochenta y siete años y esto fué el día de mi cumpleaños, hace doce o trece años.

"Entonces de pronto, empecé a retroceder porque me dí cuenta de que me sentía cada vez más joven. Por lo tanto, después de los ochenta y nueve de que les hablaba hace un minuto, empecé a ir hacia atrás y retrocedí durante los ya mencionados diez y siete años He ido rejuveneciéndome y si ustedes sacan bien la cuenta, y la pueden sacar bien porque saben más matemáticas que yo, se encontrarán con que tengo sesenta y dos años a pesar de haber navegado durante noventa y tantos años. ¿Qué tal? ¿Me han comprendido? Bueno, no importa. Otro día le explicaré más claro. Veamos ahora que era lo que me iban a preguntar cuando usted interrumpió la conversación con sus preguntas tontas.

Wayne indicó con la mano, a lo lejos del lado de babor.

—¿Qué opina usted sobre aquel nubarrón negro que se ve allí abajo, cerca del horizonte? — preguntó. — Apareció hace unos pocos minutos y desde que lo estoy mirando ha aumentado de modo enorme en pocos segundos. Además, parece que el aire estuviese ahora más cálido que hace un momento.

Jim Barnett se volvió y miró, poniéndose la mano a manera de visera para resguardarse los ojos de la luz del sol.

—¡Jum! ¡No me gusta nada el aspecto que tiene ese nubarrón! — dijo mirando hacia los cordajes de la arboladura que habían empezado a agitarse al impulso de una repentina brisa. — He visto tormentas en estos mares, en otras épocas, y algunas han sido serias y...

No prosiguió porque en aquel mismo momento vibró un toque de silbato lanzado por el capitán Morander desde el puente de mando. Al toque de silbato siguió el rumor de pasos de hombres que iban de un lado a otro. Jim se separó inmediatamente de los dos jóvenes. Un instante después el viejo marinero estaba dirigiendo a unos hombres que procedían a amarrar sólidamente los botes salvavidas a sus pescantes movibles.

—Cualquiera diría que se nos presenta la perspectiva de algo grave, — dijo Eric. — No me parece que podamos temer a una tormenta estando el cielo tan despejado y el mar tan sereno, Si no se ve ni una ondulación en su superficie. Pero... — agregó mirando hacia el mar, desde la borda, — ¡esto sí que es raro! ¡Todos los tiburones han desaparecido!

—Quizás estén mejor enterados que nadie de lo que va a pasar, — dijo Wayne ayudando a los hombres que aseguraban la tablazón del cierre de una escotilla. — Jim tenía razón, vamos a tener mal tiempo. ¡Hola! aquí viene el cañonazo de advertencia, como quien dice.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando retumbó en la atmósfera un horrísono trueno lejano. Miraron en redor. Había desaparecido como por arte de magia, el brillante circular del horizonte. En su lugar se veía una línea negra y sobre ella un amontonamiento de nubes que se iban aglomerando cada vez más rapidamente y a mayor altura. El viento acrecentaba su rapidez y silbaba ya en los obenques del Esmeralda.

Era aquello el prólogo de una tormenta que se formaba en redor del buque y que se presentaba precedida por heladas ráfagas de fuerte viento.

—Mejor será que bajen al camarote y que se pongan ropa de abrigo—aconsejóles Escotilla Jim mientras ayudaba a extender unas lonas para proteger el puente. — Nos encontramos ante la perspectiva de una tormenta extra especial. Es posible, joven, que tenga usted ahora toda la emoción a que aspiraba hace un rato.

Eric se sonrió.

—¡Poco importa! ¡Hacía falta algo nuevo! — exclamó. — ¡Me gustaría verle a usted, Jim desafiando a una tormenta! ¡A ver como lo hace con sus ciento cincuenta años de vida marítima!

—Ya verá como a Jim no se le olvida lo que acaba de decirle y hallará el modo de cobrárselo, — dijo Wayne. — Sea como sea el cambio que ha sufrido la situación no me gusta nada. ¡Mire!

Indicó hacia el Oeste, donde una fila de olas altas, — de las que los marineros llaman "caballos blancos", — se precipitaba hacia ellos con increíble rapidez. Al cabo de unos instantes, rodearon al Esmeralda, sacudiéndole vigorosamente.

El cielo estaba ya enteramente encapotado. La luz del sol, antes tan reluciente, pa-

recía mortecina. El gemido con que habían comenzado a vibrar las cuerdas de la arboladura, habíase transformado en un constante rugir. El palo mayor se cimbreaba a cada balanceo del buque.

Eric fué tras de Jim y Wayne, que habían bajado al camarote a ponerse su "suroeste" o sea el traje de tela encerada que había de abrigarles y preservarles de la lluvia.

Cuando reaparecieron en la cubierta había oscurecido, a causa de la densidad de las nubes que cubrían toda el cielo. Aun cuando se hallaban en la mitad del día, la oscuridad era tal que había sido necesario encender las luces que se reflejaban amarillentas en la cubierta, por la que corría el agua a raudales.

—¡Hola! ¡Nunca pensé que el Esmeralda pudiera gemir de este modo! — dijo Wayne. — ¡Sí se oye con toda claridad el jadear del motor y el rodar de la hélice cuando se sale del agua.

—¡Sí, y el crugir de las planchas del casco! — dijo Harper, poniéndose repentinamente serio. — Supongo que el buque resistirá la tormenta como es debido.

Una risotada jovial le contestó.

—¡Claro que resistirá! Esto no es más que un soplido de tormenta ecuatorial. Probablemente se irá tan pronto como ha venido. ¡Pero vea! ¡Mire hacia el agua!

Tomó a su amigo de un brazo y lo acercó a la borda. El vapor se balanceaba primero hacia un lado, luego al otro, después hundía la popa por encima de la cual pasaban las olas, luego metía la proa en el mar y se salía la hélice del agua, girando estrepitosamente en el aire.

De pronto, por encima de todos aquellos ruidos se oyó un crugido formidable que sacudió el buque de proa a popa, seguido de una perceptible disminución del impulso hacia adelante.

Wayne se irguió.

—¡Se ha roto el árbol de la hélice! ¡Apostaría mil contra uno a que así ha sido! — gritó al oído de Eric. — Eso significa que lo vamos a pasar mal si la tormenta no cesa pronto.

No parecía que fuera a suceder tal cosa porque el viento soplaba con grandísima fuerza y las olas coronadas de blanca espuma se precipitaban hacia el vapor con extraordinaria furia, bramando la cubierta constantemente.

Los muchachos se tapaban las orejas con las manos. No se distinguía sino confusamente lo que les rodeaba. Al rugir del vendaval se unía el crugir de las maderas y de pronto añadióse el poderoso chasquido de la jarcias de un mastelero arrancado por el viento.

El buque se alzó de pronto como si una poderosa fuerza dotada de voluntad lo hubiese tomado en su poder y le llevara en el aire rozando apenas la superficie de las negras aguas. Con la misma rapidez el casco se hundió como una piedra para resurgir inmediatamente.

Eric y Greville — tal fué el rápido movimiento del vapor. — se agarraron al caño de uno de los ventidadores para que no les llevara el viento. Fué aquel un momento que les quedó grabado en la memoria para siempre.

Ante ellos, mientras procuraban penetrar las tinieblas con su mirada, no veían más que una cuesta de agua por encima de la cual navegaban con vertiginosa rapidez.

En redor de ellos todo estaba destrozado, deshecho, y la muerte parecía atisbar como si esperara el momento de apoderarse de su ya segura presa.

Era imposible hablarse. El buque era solamente un átomo a la merced de unas fuerzas desencadenadas e indomables.

La rapidez era terrorífica. El rugir del vendaval ensordecía. La temperatura era de hielo. Una desenfrenada marcha hacia la destrucción proseguía sin cesar.

Ya no oían el jadear de la máquina. Contra tales fuerzas, el ingenio del hombre tenía que declararse impotente.

—Esto es un maelstrom y somos arrastrados hacia arriba, hacia el círculo exterior y más elevado, — pensó Greville.

En aquel mismo momento pudo darse cuenta de la verdad de su suposición, Había sujeto a Eric por la cintura, con un brazo y tendidos en la cubierta boca abajo, miraban hacia el mar por un hueco de la destrozada barandilla.

Un loco torbellino de reluciente agua se extendía hacia lo lejos, en la oscuridad. El Esmeralda era como un tapón de corcho arrojado a la inmensidad del mar, Sobre ellos un rayo de luz plateada hendía las nubes que cubrían el cielo, y a su suave brillar pudieron distinguir un ilimitado espacio de giratoria espuma.

Por algunos puntos enormes masas de restos de buques, — fragmentos de varios buques hundidos arrancados del fondo del mar por el torbellino. — pasaban flotando. Comenzaron entonces a sentir la garra del maelstrom porque de improviso el movimiento de avance se detuvo y una nueva fuerza se apoderó del malaventurado buque. Comenzó a derivar hacia un lado, primero con lentitud pero adquiriendo gradualmente mayor velocidad mientras descendía más y más hacia el borde del círculo del torbellino.

En este sitio el rugir del vendaval era mucho menos poderoso y pronunciado.

Miraron hacia arriba y Eric pudo seguir con la mirada la dirección del brazo de su compañero.

Sobre el nivel en que ellos estaban, en aquel momento, ascendían los costados de una enorme palangana; un aceitoso brillar de aquella superficie lisa y traidora que rodeaba a las presas que ocupaban su centro.

Allí se veía el maltrecho castillo de popa de lo que fué en un tiempo un soberbio navío de guerra construído años y años atrás; a su lado, un navío de tres puentes del tiempo de Nelson, cubierto de herrumbre y algas; a cien yardas más allá, — porque la oscuridad iba disipándose y reinaba poco a poco una luz gris y fría, — veíase el mástil de combate de un buque de guerra moderno arrastrado, a pesar de su enorme peso, como si fuese una pluma, por la estupenda fuerza de la tormenta.

La astillada cámara de sobre cubierta de

un herrumbrado vapor de carga giraba y al girar pasaba por delante del Esmeralda, amenazando con chocar con él y producir un desastre. La carcomida quilla de un bote pasó junto al Esmeralda, tan cerca que Greville podría haberla alcanzado tirando hacia ella cualquier objeto; un segundo después, una ráfaga la arrebató, llevándosela muy lejos.

A todo eso, el Esmeralda iba empezando a girar sobre sí mismo a adquirir ese mortífero movimiento de rotación que anuncia la destrucción del navío que es su víctima, como lo atestiguaban todos aquellos restos de buques hundidos en el vértice de anteriores ciclones. Ese movimiento de rotación terminaba por apoderarse del buque y lo hundía hacia el centro de la palangana enorme producida por el terrorífico girar de las aguas.

Cada segundo que transcurría, las paredes laterales de aquella concavidad hacíanse más verticales. El viento volvía a soplar con fuerza, silbando con una furia que dañaba a los oídos y producía un zumbar molestísimo en el cerebro. La fuerza del vendaval era tanto que se hacía difícil el respirar Los dos muchachos experimentaban un entorpecimiento tal de los sentidos que se iba apoderando de ellos un miedo intenso, contra el cual no lograban reaccionar a pesar de toda su entereza.

Más abajo, más abajo cada vez veíase el Esmeralda, que continuaba su carrera descendente. La pared de negrísima agua que se hallaba más cerca no distaba trescientas yardas del casco, Un pozo, del cual no comprendían que fuera posible escapar, se abría ante ellos, en el agua.

Unas cuantas vueltas más y el Esmeralda con todos los que en él estaban sería tragado para siempre.

¡Qué triste y qué infortunado fin el de la proyectada expedición en busca del tesoro del Santa Catalina, perdido en el mar de Sargazo!

UN CAMBIO BRUSCO

En el mar de Sargazo

No había uno solo, de cuantos estaban a bordo del Esmeralda, que no se diera cuenta de cuán cerca se hallaban todos de la muerte.

El capitán Morander, decidido a mantenerse en su puesto hasta el último momento, se hallaba en el puente de mando, aferrado a lo poco que la tormenta había respetado aún. Bruce Cláxton se había guarecido entre una de las claraboyas y uno de los botes salvavidas y observaba el espectáculo desolador que se desarrollaba ante su vista, apretados los dientes y fruncido el ceño, mientras el vapor parecía correr hacia su definitiva destrucción.

En cuanto a Escotilla Jim, codeándose con la muerte, hubiera lanzado a raudales el humo de la pipa que tenía en la boca si la pipa hubiese estado cargada y encendida. Pero por desgracia la tormenta se había presentado tan de improviso que no le había dado tiempo para cargar la pipa, y aún en el caso de cargarla, la violencia del viento unida a la rapidez de la marcha del vapor por la extraña cuesta del agua, hubieran hecho imposible fumar.

A los muchachos lo único que les era posible hacer era mirar, horrorizados, cómo corría el Esmeralda hacia su destrucción. Cada instante que transcurría se hallaba más cerca del embudo enorme del maelstrom. El diámetro del círculo que les rodeaba era cada vez más pequeño y parecía que el amontonamiento de restos de buques náufragos reunido en el fondo del vórtice que giraba vertiginosamente, iba subiendo hacia ellos.

Las paredes de agua en movimiento que les rodeaban, elevábanse de tal modo que parecían llegar a la altura del encapotado cielo y se ponían cada vez más verticales. El viento corría con una velocidad estupenda y con un fragor semejante al chillar desenfrenado de un millón de furias.

Eric y Greville intentaron hablarse, —decirse, aún cuando más no fuera, unas pocas palabras de afecto y de despedida, — pero la fuerza del vendaval era tanta que les cortaba el aliento. Hallábanse por completo a merced de la implacable tempestad.

Pero, aún cuando en una forma casi enteramente imperceptible, comenzaba a variar de aspecto todo lo que les rodeaba. La oscuridad empezaba a disiparse lentamente. En algunos sitios, el negro capote de nubes espesas que cubría todo el cielo se desgarró, dejando pasar una luz grisácea que iluminó los blancos y espumosos bordes del maelstrom que formaba una vasta concavidad.

Aquella luz permitió que los muchachos vieran, en aquellos momentos y con relativa claridad, el fondo del embudo donde el movimiento giratorio del ciclón juntaba, sometiéndolo a un rápido girar, tantos restos de naufragios. Había allí buques grandes y chicos, navíos de tres puentes y bergantines buques de guerra acorazados, yates en un tiempo hermosos, cascos de todo género. Algunos con la quilla hacia arriba otros con la popa hundida en el agua, irguiendo la proa fuera de ella, otros con grandes agujeros en sus costados cubiertos de mariscos y de plantas.... Pero todos ellos sometidos al estupendo girar que les arrastraba con fuerza cada vez mayor hacia el fondo de aquel embudo colosal.

De improviso, con una rapidez que dejó estupefactos a los dos jóvenes, que miraban con toda la mayor atención, las enormes masas de nubes se movieron como si retrocedieran regresando al sitio de donde habían venido. La luz brillante del sol, libre de aquellas moles negras, iluminó de nuevo el mar con sus destellos de oro. El fragor de la tempestad y el atronador ulular del viento fueron acallándose como si su potencia se hubiera debilitado de repente, obedeciendo a misteriosas causas.

Eric Harper, vibrando de intensa emoción, se levantó de la cubierta.

—¡Mire! — gritó, indicando algo por en-

cima de la borda del vapor. — ¡Ya no descendemos! ¡Estamos subiendo! El maelstrom se debilita y gira cada vez con menos fuerza, así que sus costados se ensanchan, se van abriendo como si el estrecho y hondo embudo se fuese transformando en una palangana. ¿Será posible que, después de todo, salgamos con vida?

Todo parecía que así iba a ser. El movimiento giratorio de las aguas que formaban momentos antes un remolino rapidísimo, se hacía más lento a cada instante, giraba con menos vigor, como sucede con un ventilador eléctrico bien equilibrado y aceitado cuando se corta de repente la corriente que lo mueve. Seguían girando las aguas pero su impulso promotor no las empujaba ya; giraban siguiendo el impulso adquirido y buscaban, obedeciendo a la ley de gravedad, su posición horizontal.

En el primer momento con mucha lentitud se fueron inclinando hacia los bordes las casi verticales murallas de agua del torbelino, cada vez más cercanas a la horizontal. El hueco donde estaban amontonados los restos de los buques náufragos se fué llenando de agua. El círculo giratorio se fué ensanchando hasta tomar dimensiones tan enormes que su diámetro podía calcularse como de horizonte a horizonte, o mejor dicho como del horizonte del Oeste para el del Este en un sentido y como del horizonte del Sur al del Norte, en el otro. En aquel momento las aguas ya habían recuperado el nivel normal que les había hecho abandonar la fuerza giratoria del ciclón.

De repente el vapor pareció revivir, saliendo de su silencio y su quietud. El capitán Moránder lanzó algunos vibrantes toques de silbato y los tripulantes aparecieron en la cubierta, surgiendo cada uno del sitio donde se había agazapado al sorprenderles la violencia del temporal.

Escotilla Jim, corriendo de un lado a otro con la agilidad de un muchacho, trasmitía las órdenes del capitán y hacía que sus hombres procedieran a ordenar y arreglar todo lo necesario, devolviendo al Esmeralda su aspecto de antes, en lo posible.

A los pocos minutos el viento frío había calmado por completo y los rayos del sol tropical difundían un calor tanto más agradable cuanto que se presentaba después de aquellas molestísimas ráfagas de viento frío y punzante.

Greville Wayne respiró a sus anchas y suspiró, agradeciendo al Destino la felicidad de su parte.

—¡Qué agradable es sentirse con vida después de haberse sentido a un paso de la muerte! — murmuró, secándose el sudor que le cubría la frente, pues aún cuando el viento que había azotado al Esmeralda había sido mortalmente frío, unas ráfagas cálidas de terror habíanles sacudido el organismo durante aquellos terribles momentos de horrenda ansiedad.

Eric Harper se encogió de hombros.

—Hubo un momento en que llegué a pensar que ojalá no me hubiese pasado nunca por la mente la idea de andar por el mundo en busca de tesoros sumergidos, — manifestó. — Por más que en aquellos momentos reflexionaba y me decía que todo lo tenía merecido por haberme quejado de la monotonía de la existencia que llevábamos. Yo me quejaba de que no acontecía nada excitante y puedo asegurar que mis aspiraciones se vieron no sólo satisfechas sino colmadas. Pero dígame, compañero, ¿no ha mirado aun lo que se ve por la borda?

Wayne, — que estaba ayudando a sujetar y poner en su sitio uno de los botes salvavidas cuyas ligaduras habían sido desgarradas por la violencia de las sacudidas que le había dado el vendaval, — dejó la terminación del trabajo a dos de los marineros y fué hacia donde estaba su compañero y amigo.

Se acercó a la borda y miró hacia el agua. Treinta pies más abajo del nivel en que se encontraban y extendiéndose hasta donde podía alcanzar la vista, distinguíase algo extraordinario y extraño. Largas tiras de color verde, amarillo, marrón y negro de relucientes algas, movíanse sobre la superficie del agua. Algunas ramas tenían de trecho en trecho unas pequeñas e infladas vejigas que las mantenían a flote; estaban rodeadas de gran número de aguas vivas, esos seres marítimos pequeños, transparentes como una jalea, que brillaban como si fuesen de diáfano cristal de diferentes colores, a los rayos del sol. Pero por todas partes se extendía, no interrumpido, aquel panorama de flotantes plantas.

Cláxton, que también había ayudado en sus tareas a los de la tripulación, se acercó entonces a los dos jóvenes.

—Parece que nosotros andábamos en busca del mar de Sargazo y ha sido el mar de Sargazo el que nos ha encontrado, — dijo, quitándose de los labios el cigarro de hoja y señalando con él. —¿Qué les parece, muchachos? ¿No es uno de los más asombrosos espectáculos del mundo?

Greville Wayne tiritó, y procuró sonreir, aun cuando no se sentia muy jovial en aquel momento.

—¡Sin duda! ¡Uno de los más asombrosos espectáculos del mundo y uno de los más terribles, además! — dijo. — ¡Como que puede llamársele, sin exageración, el cementerio de toda una flota!

Bruce Cláxton inclinó afirmativamente la cabeza.

—¿De toda una flota? ¡De diez mil flotas! — dijo, indicando la región que los rodeaba. — Por ahí están decenas, centenas, tal vez millares de miles de buques... Buques de todo tamaño, de todas procedencias, reunidos aquí por la fuerza de la Naturaleza, la fuerza de las irresistibles leyes de las corrientes del océano. Buques de todas las épocas y de todos los tamaños. Desde las galeras de alto castillo de proa de los tiempos antiguos, pasando por los navíos de alto bordo de la época de la reina Isabel, las panzudas barcas holandesas, los bajeles armados de cuando el gran Guillermo, los buques de tres puentes

de la época de Napoleón y los herrumbiados acorazados del siglo pasado. Pueden ustedes creer, muchachos, que hay mayor número de novelescos misterios encerrados en el mar de Sargazo que en todo el resto de todos los mares del mundo.

—¿Cree usted que sea así? — preguntó Eric Harper.

—¡Y así es, muchacho! Mire aquel galeón que se ve de aquel lado. Sus mástiles han desaparecido ya, sus costados están carcomidos y se caen a pedazos, pero varios de sus viejos cañones de bronce asoman todavía por sus huecos correspondientes. Es fácil imaginárselo, grandioso y espléndido, cuando zarpó de algún puerto de España lleno de soldados de brillantes cascos y relucientes armaduras, con las bodegas cargadas de mercancías para los colonos de América o de productos americanos, si se trataba de un viaje de regreso. Y ahí está, hoy, sacudido y deshecho, azotado por cada nueva tormenta pero resistiendo siempre su maderamen, poblados sus camarotes y sollados por el recuerdo de algunos novelescos sucesos y de algunas estupendas aventuras.

—Puede ser que sea el que andamos buscando, ¿no le parece? — exclamó.

—¡Tal vez sea ese Santa Catalina que tiene tanto dinero a bordo!

Bruce Cláxton movió negativamente la cabeza.

—No es bastante grande. Tengo una estampa, un viejo grabado en madera del Santa Catalina. Es copia de una ilustración de las Copias del Mar de las Antillas, escritas por Vázquez de la Morena y lo presenta como un buque de dimensiones mayores que ese, con cuatro mástiles y el castillo de proa muy alto. Además, el Santa Catalina debe hallarse mucho más internado en el mar de Sargazo.

—Pero creo que usted dijo que era posible que ese tuviera también una gran cantidad de oro a bordo, ¿no lo dijo usted? — intervino Eric.

—Sí; y es posible que lo tuviera en un tiempo, — dijo el surafricano — Pero como ve, está muy cerca de la orilla sureste del Mar de Sargazo y es probable que lo hayan visto, como nosotros lo vemos, los tripulantes de otros vapores y hayan enviado a su bordo alguna partida exploradora que se haya apoderado de todo lo de valor que tuviese, desde la proa a la popa. No; tenemos mucho que andar antes de llegar al sitio a donde vamos.

—¿Cuánto cree usted que tardaremos en llegar a donde está el Santa Catalina? — preguntó Greville Wayne.

Bruce Cláxton inclinó la cabeza indicando el puente de mando del Esmeralda.

—Todo depende del comandante Morander y de Mac, el maquinista. Supongo que ustedes están enterados de lo que sucedió poco antes de que nos arrastrara la tormenta.

—Se rompió la hélice, ¿no fué eso? — dijo Eric Harper.

—Dos paletas se rompieron y el árbol, es decir el eje que va de la máquina a la popa, se quebró como si hubiera sido de vidrio. Mac y todo su personal están ocupados ahora en la compostura. Escuchen un momento.

Sobre el ruído producido por la actividad de todos los hombres de la tripulación que trabajaban en reparar el daño causado por la tormenta, llegó a sus oídos el golpear de fuertes martillazos dados en hierro. Aquel golpear indicaba que Mac, el maquinista, y sus ayudantes, — todos ellos fornidos escoceses, — estaban arreglando el eje de la hélice con nerviosa actividad.

Claro está que los muchachos no se conformaron con oír y quisieron ir hasta la la cala a verlos trabajar. En consecuencia, guiados por Escotilla Jim, que se había provisto de un buen farol, descendieron al estrecho pasadizo por el cual pasaba el reluciente eje de acero que movía la hélice del Esmeralda. Allí vieron a Mac y a sus hombres en pleno trabajo.

Unos forjaban grandes remaches, otros taladraban el grueso eje, otros cortaban trozos de metal y todos producían un ruído infernal, golpeando y machacando.

Mac iba de un lado a otro, serio y cejijunto, dando órdenes breves y precisas, e indicando a cada uno lo que debía hacer.

Harper y Wayne, — que eran los dos mecánicos de profesión, — se quitaron el saco, se pusieron un "over-all" de tela azul y ayudaron a los que trabajaban, contribuyendo así a acelerar el trabajo. Durante tres días con sus noches, prosiguió, sin cesar, la labor hasta que, por fin, todo estuvo en debida condición.

Fué un momento de gran satisfacción para todos aquel en que, después de haber comunicado Mac que las calderas tenían presión suficiente, el comandante Morander dió, por intermedio del telégrafo del puente de mando, orden de: "Máquina adelante", agregando: "Despacio". Lentamente los émbolos empezaron a moverse y las palas de la hélice batieron con energía el agua del mar.

Durante un rato los muchachos se preguntaron por qué razón marchaba tan lentamente el Esmeralda, pero Jim les sacó de su ignorancia diciéndoles que si se apresuraba la marcha lo único que se conseguiría sería enredar en tal forma la hélice en las plantas marinas, que el vapor tendría que parar de nuevo. Navegando lentamente las palas de la hélice apartaban las planta y hacían que el vapor avanzara lenta pero seguramente.

Una tarde, después de un aburrido día de lenta navegación, cuando acababan de anotar en el tablerito del puente que no se había avanzado más que veintesiete millas, Jim se unió a los dos jóvenes que estaban sentados, según costumbre, detrás de la casilla del timonel, su sitio favorito para reunirse a conversar.

—¡Venga usted aquí, viejo barón de Munchausen! — saludóle Wayne dándole al viejo lobo de mar el nombre del famoso

embustero de universal reputación y tomándole de la mano. — Venga usted y cuéntenos algo sobre los futuros planes del señor Cláxton. Usted siempre sabe algo más que todos los demás. ¿Cuando cree usted que llegaremos a donde está el viejo buque español que contiene el tesoro?

Jim señaló, con el caño de su pipa, hacia el Oeste, donde, entre anaranjadas franjas de luz mezclados con algunas rayas rojo sangre, moría aquel cálido día tropical.

—Todo depende del espesor que tengan las plantas flotantes. Mire las ramas que se distinguen ahora: son gruesas como el brazo de un boxeador. Fíjense qué juntas están las unas de las otras. Si estuvieren un poco más juntas no sería posible avanzar con el vapor. No llegamos a hacer dos millas por hora, al paso que vamos. — dijo.

—¡Está bueno! — protestó Eric. — Yo suponía que habíamos traído el hidroavión para seguir viaje en él en cuanto tuviera que detenerse el Esmeralda.

—¡Así es, estimado joven! — dijo Escotilla Jim — Pero el punto es saber a qué distancia está el galeón con el tesoro. Supongamos que se ha alejado, a la deriva, ciento cincuenta millas del sitio donde se le anotó la última vez. Supongamos que una tormenta o un terremoto submarino lo ha llevado más lejos. En cualquiera de esos casos, va a ser difícil dar con su situación actual. Sin embargo, me parece que el jefe se ha propuesto realizar un primer vuelo de prueba mañana por la mañana.

La noticia era importante y los dos muchachos se estremecieron entusiasmados. Sería una novísima emoción, que tal vez no había experimentado hasta entonces hombre alguno, la de volar por sobre un océano de plantas flotantes, explorando en busca de un navío perdido de vista hacia varios siglos.

Wayne se levantó perezosamente y se dispuso á alejarse.

—Voy a buscar el libro viejo, que tengo en mi baúl, y en el cual está el mapa del mar de Sargazo tal como lo trazó Freyerling en el año mil ochocientos, — dijo. — Esperen ustedes aquí un minuto.

Descendió a su camarote y sacó de debajo de su cucheta, — nombre que se da en los buques a las camas instaladas en los camarotes, — un baúl. Levantando la tapa comenzó a buscar dentro del baúl y de tal modo se entregó a la tarea de busear el libro viejo que tenía el mapa, que no se percató que el camarote se oscurecía a medida que algo largo y cilíndrico avanzaba lentamente hacia él desde el abierto ojo de buey.

Durante varios minutos aquello se movió de un lado a otro en el aire: era un flexible tentáculo que tenía, en el sitio en que era más grueso, el diámetro de un brazo de un hombre. De repente después de dar un latigazo que silbó en el aire, avanzó hacia el desprevenido muchacho y se le enroscó al cuerpo una y otra vez, con estupenda rapidez

Wayne gritó y forcejeó por levantarse. Volvió entonces la cabeza y miró horrorizado hacia el abierto ojo de buey tapado a medias por el grueso tentáculo del monstruo.

—¡Un octupus! — fué lo primero que pensó Wayne. Y forcejeando locamente por libertarse, procuró llegar con la mano hasta un hacha que colgaba de la pared.

Evidentemente el animal se dió cuenta de la resistencia de Wayne porque un segundo tentáculo se unió al primero y le oprimió los brazos al cuerpo. Lentamente el joven se sintió levantado, sostenido en el aire y arrastrado hacia la abertura de donde, en aquel instante, le miraban dos ojos sin brillo y de maligna expresión.

—¡Eric! ¡Jim! ¡Cualquiera! ¡Socorro! ¡Socorro — gritó lo más fuerte que le fué posible. No podía defenderse, no podía hacer nada para evitar que se lo llevara aquel monstruo cuyas fauces tapaban en aquel momento todo el hueco del ojo de buey.

Nunca había podido imaginarse Greville Wayne nada tan horriblemente impresionante como aquello. El monstruo le tenía sujeto de un modo tal que no había escapatoria posible. No concebía Wayne la posibilidad de que nada pudiera salvarle.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritó de nuevo y esta vez sus angustiosos gritos llegaron hasta los oídos de Eric Harper.

Se estremeció, mirando a su alrededor con los ojos dilatados por repentino terror.

—¿Qué ha sido eso, Jim? — preguntó haciendo que el viejo marinero se levantara junto con él.

Jim gruñó.

—Ha sido el chillido de una gaviota. Son un fastidio esos pájaros gritones que a veces le despiertan a uno en mitad del sueño más tranquilo. Anoche mismo...

—¡Socorro! ¡Socorro!

Esta vez no hubo confusión posible.

Eric se alejó corriendo.

—Es Greville. Alguien se ha metido en su camarote. Tal vez alguno de los canallas a las órdenes de Gregory Ratcliff o del capitán, su jefe, que ha estado escondido a bordo. ¡Dios mío! ¿Qué pasará?

Corrió escaleras abajo y siguió por el pasadizo. Del interior del camarote llegaba el ruído de una desesperada pelea. Los pesados botines de Waine golpeaban en las tablas del techo. En su desesperada angustia se había agarrado a la barandilla de la cama que se desenganchó y cayó con estrépito al suelo.

Eric abrió la puerta de un empujón y entró. Un cuadro horrible fué el que se apareció a sus ojos. Wayne, sostenido en lo alto, peleaba desesperadamente contra los gigantescos tentáculos.

Jim entró también y miró un instante aquella escena.

—¡Por vida de mil tiburones, un "diablo" nada menos! — gritó. — Alcánceme el hacha.

—¡Búsquese usted otra; esta es para mí! — le gritó Eric. Y tomando el arma de la pared donde estaba colgada, dió varios golpes con el filo en el largo brazo que salía del ojo de buey.

Un chorro de un líquido negro y mal oliente, dejó a Eric momentáneamente cegado; éste dejó caer el hacha y se agarró a su compañero.

—¡Qué monstruo! ¡Nos llevará a los dos pero a uno solo, no! — murmuró. — ¡Apúrese, Jim! ¡Haga algo o el pobre Wayne va a ser triturado por esa bestia!

Parecía en verdad, que era eso lo que estaba por suceder, porque enfurecido y alarmado por el dolor que le habían producido los hachazos de Harper, el pulpo se retiraba, llevándose a su presa. El cuerpo de Wayne golpeó contra la anilla de bronce del ojo de buey. Dió un golpe con la cabeza en la madera del techo con tal fuerza que estuvo a punto de perder el conocimiento.

Eric se hallaba en aquel instante, frente a un horrible dilema. Si soltaba, su amigo sería arrastrado por el hueco y mutilado y destrozado del modo más horrible. Con toda su alma lamentaba no haberle dado el hacha a Escotilla Jim, cuando él se la pidió.

El viejo lobo de mar había procedido, sin embargo, de acuerdo con su propia iniciativa. Subió rápidamente a la cubierta fué hasta la cocina y ordenó a dos de los pinches que llevaran baldes con agua caliente de la que siempre había provisión abundante en un caldero calentado por el vapor de la máquina, y los arrojaran, por encima de la borda, sobre el octopus. Después, tomando un hacha, regresó al teatro de la lucha.

Hasta el mismo Eric estaba casi insensible de dolor y de terror. La presión que sentía su cuerpo era horrenda. Le parecía oír cómo le crugían las costillas. Cada segundo que pasaba, sentíase más cerca de sufrir un desmayo.

Jim se arrojó a la pelea con todas sus fuerzas.

—¡Tome, para el número uno! — gritó, levantando el hacha. La dejó caer con tanta fuerza que cortó por entero uno de los tentáculos que sujetaban a Wayne y se hundió en la madera.

De un tirón arrancó el hacha y dió un golpe feroz al otro tentáculo. El pulpo se encogió, lanzando otro chorro de nauseabundo líquido, pero Jim lo esquivó con habilidad y siguió dando golpes y golpes, destrozando el largo y poderoso tentáculo. Unos últimos y poderosos golpes bien dirigidos hicieron que los tentáculos, seccionados, cayeran pesadamente en el piso del camarote, cayendo los dos muchachos con ellos.

Una nube de vapor entró por el ojo de buey, pues los pinches seguían echando baldes de agua hirviendo. Jim asomó la cabeza por el hueco.

—¡Ya está cocido el pollo! — gritó, mirando cómo el pulpo, derrotado y enloquecido, caía sobre las plantas flotantes. — ¡Basta de agua caliente! — Se volvió hacia los muchachos — ¿Qué tal? ¿Cómo están? — les preguntó.

Eric se levantó, restregándose el cuerpo.

—¡Me parece que no me gusta el mar de Sargazo tanto como me gustaba hace una hora! — dijo.

Escotilla Jim se rió a carcajadas y miró, haciendo una guiñada, a Wayne, que empezaba a reponerse del aturdimiento que le había producido el golpe que había sufrido en la cabeza.

—¡No le creo! — dijo solemnemente — ¡Un poco de animación de esta clase es poco menos que nada! ¡Oh! ¡Hay cosas diez veces peores que esa, entre ese mar de plantas, y no ha de pasar mucho tiempo sin que trabemos relación con ellas. Hay serpientes de mar tan gruesas como este buque, peces-espada que perforan las planchas de blindaje de un acorazado... Y no menciono los tiburones que de un mordiscón pueden partir en dos un bote salvavidas. Oigan bien lo que Escotilla Jim les está diciendo. Créanlo o no lo crean, como gusten, pero cuando Escotilla Jim dice algo... basta con que él lo diga! Lo mejor que pueden hacer ahora es arreglar esa cama y después acostarse los dos a descansar. La expedición en busca del Santa Catalina en hidroavión comenzará mañana por la mañana. ¡No se les olvide!

TRAS DE UN NUEVO TESORO

La primera salida aérea

Reinó gran excitación a bordo del vapor cuando corrió la voz de que el Esmeralda había llegado, en el mar de Sargazo, a una situación que hacía posible la realización de la primera salida en hidroavión en busca del sitio exacto donde se hallaba el Santa Catalina, el galeón español cargado de oro.

Aquella mañana, en cuanto hubieron tomado el desayuno, Bruce Cláxton llamó a los dos jóvenes a su camarote. La mesa estaba cubierta de papeles con cifras y cálculos que el surafricano indicó a sus visitantes con orgullo.

—Creo que nos encontramos ahora a noventa o cien millas al Sur del viejo galeón, — explicó, indicando un sitio del plano que el capitán Moránder acababa de darle. — Es necesario que usted Greville, vaya estudiando nuestro rumbo en este mapa, mientras yo voy manejando el aparato. Usted, Eric, puede venir como observador. Aquí tiene usted unos buenos gemelos con los cuales podrá usted distinguir la presencia del Santa Catalina lo menos en veinticinco o veintisiete millas a la redonda, si es que viajamos a buena altura. Vayan a vestirse con sus trajes de cuero a ver si estamos prontos para partir dentro de media hora.

Poco después de las diez de la mañana estaba todo pronto. La parte de popa del Esmeralda, especialmente arreglada para ese objeto durante su permanencia en el dique, en Londres fué despejada de todo estorbo.

quitando las barandillas y poniendo unos tableros que, a ambos lados, ampliaban la capacidad de la cubierta y facilitarían la tarea de emprender vuelo y de "aterrizar".

Toda la tripulación se congregó en redor de ellos para darles su saludo de despedida. Cláxton subió al asiento que quedaba detrás del volante. Eric y Wayne ocuparon sus respectivos asientos Escotilla Jim dió impulso a las poderosas paletas de la hélice; sonaron unas cuantas explosiones, el avión se estremeció de extremo a extremo y, desprendiéndose rápidamente de la cubierta, se elevó por los aires con la gallarda desenvoltura de un pájaro enorme.

Fué un estupendo espectáculo el que presenciaron los muchachos cuando el hidroavión fué ascendiendo pausadamente. Debajo de ellos se extendía una iluminada superficie verde, amarilla y negra, a estrías, sin que rompiera su monotonía más que, de vez en cuando, la sobresaliente silueta del resto de algún buque náufrago. A pesar de que volaban a regular altura podían ver, en algunos de aquellos barcos náufragos, los blancos esqueletos de los que habían sido sus tripulantes y habían quedado allí, en el puente donde les sorprendió la muerte, sometidos a todas las inclemencias del tiempo.

En uno de ellos se veían los esqueletos amontonados como si toda la tripulación hubiera muerto a la vez. Muchos años tenían que haber transcurrido porque no se veía ni el menor vestigio de la ropa que vestían. Los buitres gigantes que anidaban en aquel escenario de desolación se habían encargado de dejar los huesos enteramente limpios de todo tejido muscular, además.

No era posible decir si se alimentaban con las plantas acuáticas o de dónde sacaban su alimento pero lo cierto era que existía bandadas de enormes y voraces buitres feroces, que se multiplicaban y prosperaban a muchas leguas de la región de donde habitualmente se les considera naturales.

El hidroavión avanzaba subiendo siempre. Devoraba el espacio con la suave rapidez rítmica de un ave poderosa ascendiendo más y más por aquel ilimitado espacio azul del cielo sereno. Llegó un momento en que los grandes buques que salpicaban la llanura de plantas flotantes se vieron como pequeñas manchas sobre la superficie a rayas amarillas y negras.

—¿Cuanto nos queda todavía que andar? — preguntó Wayne por medio del tubo acústico.

Cláxton dirigió una rápida mirada al aparato indicador.

—Volamos a más de sesenta y siete millas por hora y salimos del Esmeralda hace casi una hora, — contestó en seguida. — Por lo tanto pronto debemos distinguir el galeón que buscamos, si es que sigue a flote.

—¿Por qué no me explica mejor el aspecto que tiene? — solicitóle Wayne, indicándole la situación en que estaban con relación al mapa que tenía delante.

Cláxton inclinó la cabeza hacia la bocina del tubo acústico.

—Es un buque muy grande, todo de madera, con las costillas de proa y de popa muy altas, bastante ancho bajo en la parte central, con los trozos tronchados de grandes mástiles, uno en medio del buque y otro a popa. Tiene varios cañones de bronce en el puente. ¿Son suficientes estas señas?

El muchacho se rió.

—¡Creo que sí! Ahora recuerdo el dibujo antiguo que usted me mostró. Pero si no estoy equivocado, señor, me parece que ya lo veo.

Miró de nuevo y volviendo la cabeza hacia Eric le indicó que observara con los gemelos hacia un sitio donde, según le había parecido, estaba el Santa Catalina. Pero se había equivocado. Lo que le había parecido el viejo galeón español era un enorme vapor-tanque con las planchas de hierro herrumbradas.

Bruce Cláxton habló entonces de nuevo.

—Deseo que se fijen muy especialmente en los canales abiertos entre las plantas, cuando vean el buque, — dijo. — Puede ser que exista un canal libre de plantas, que conecte el sitio donde esté el buque con el lugar donde ahora está el Esmeralda. En caso de que así fuera podríamos hacer el trayecto del vapor al buque del tesoro en la lancha automóvil, en vez de emplear el hidroavión y correr el riesgo de tener que aterrizar sobre las plantas flotantes.

EN EL SANTA CATALINA

Una inesperada explosión a bordo

El hidroavión, — al que habían dado el nombre de Gaviota, — volaba velozmente, reluciendo a la luz del sol sus blancas alas, hendiendo el aire por encima de la vasta y solitaria extensión de plantas flotantes que forman lo que es llamado el mar de Sargazo, por estar constituído, ese amontonamiento de plantas, principalmente de sargazos, una de las especies más resistentes y más abundantes en las regiones tropicales.

Aun cuando volaba a bastante elevación, el ruido del motor asustaba a las aves marinas que revoloteaban chillonas formando grandes grupos y atreviéndose a veces hasta a subir y acercarse al aparato, volando luego, alejándose y lanzando gritos de terror.

Por fin, un toque de silbato lanzado por Eric indicó a los otros dos que el éxito parecía hallarse pronto a favorecer su empresa. Trazó unas líneas en la libreta que sacó del bolsillo y le dió la libreta a Greville.

"Distingo algo que me parece el Santa Catalina a unas doce millas delante de nosotros", había escrito.

Wayne pasó la libreta a Cláxton agitando alegremente el brazo.

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Roque A. Castro, Rosario. — queda incluida esa novela entre las que se publicarán.

Nuevo Lector, Bajo Hondo, F. C. S. — Hemos tomado nota de su pedido para satisfacerlo oportunamente.

Rody Brero, Capital. — Tiene Vd. razón. Gracias por su interés por nuestra revista.

Felipe Abraham, Oncativo. — Sus afectuosas manifestaciones de simpatía, las apreciamos mucho. Incluímos la obra que Vd. solicita entre las que se publicarán.

John Well, Rosario. — Por el momento no podemos publicar esa novela.

Nelson Lee, Córdoba. — Hemos publicado una parte de la 1a. obra que Vd. indica. Otra parte independiente de la 1a. se publicará oportunamente. La 2a. obra queda anotada para publicarla.

Sunday, Bajo Hondo, F. C. S. — Gracias por las palabras de simpatía que le merece Pucky. Anotamos su pedido, el que será tenido muy en cuenta.

Lector, Piedritas. — De las obras que Vd. menciona publicaremos la que figura 4a., en su lista. Las otras ya han aparecido en Pucky.

Viejo Lector, Montevideo. — Por el momento, no se volverá a publicar esa novela.

Sexton Blake, San Fernando. — Lamentamos mucho no poder satisfacer su pedido.

A lector, Capital. — El último episodio de "Maestro en Crímenes" se publica en este número.

Hokus Popus, Capital. — Le agradecemos mucho sus afectuosas expresiones de simpatía. Los números de Pucky que desea, puede obtenerlos dirigiéndose personalmente o por carta a la administración.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

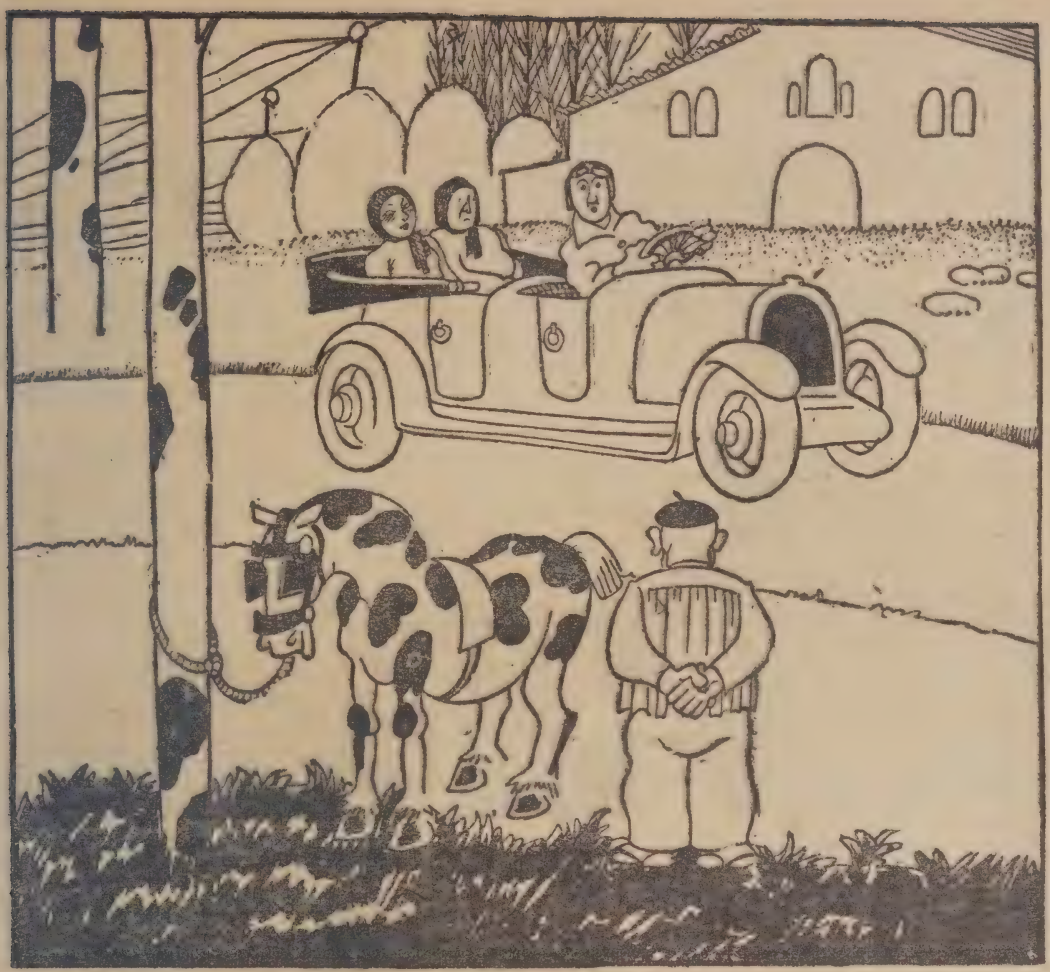
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año	$ 9.00 c/l.
Demás países	„ 12.00 „

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



El amo.—Bueno, Juan; me voy con las señoritas. Mientras yo esté ausente, ustedes harán lo que mande la señora.

El criado.—Como cuando el señor está en casa. Comprendido.

—¿Qué prefieres, el teatro o el café-concierto?

—¡El café con...cierto... gusto a cognac!

* * *

¡Largo plazo!

Un turista inglés viajaba por Irlanda, y yendo por un camino, se le acercó un mendigo. Buscó el viajero en sus bolsillos alguna moneda de seis peniques, pero no llevaba ninguna; las monedas eran de un chelín. Sacó una de éstas y se la dió al pobre, diciendo sonriente:

—Iba a darle seis peniques pero no tengo cambio, así que ahí va un chelín; pero con la condición de que la primera vez que nos volvamos a ver usted me devolverá los seis peniques que le doy de más.

—¡Ya lo creo! — exclamó el mendigo. — ¡Y quiera Dios que cuando nos volvamos a ver estemos vivos todavía los dos!

—He sabido, hijo mío, que has dicho algunas mentiras. Eso hiere mi corazón y me llena de dolor. Hay que decir siempre la verdad aun cuando sea para sufrimiento propio. ¿Me prometes que lo harás así?

—Sí, papá.

—Bien. Ahora ve a ver quien está llamando a la puerta. Si es el cobrador de la luz eléctrica, le dices que no estoy en casa.

* * *

A la salida de una sinagoga, Moisés e Isaac, que se odian a muerte desde hace mucho tiempo, se encuentran cara a cara.

—¡Vamos — dice un pariente, — reconcíliense ustedes! olviden sus querellas y estréchense la mano.

Moisés e Isaac se estrechan la mano y se abrazan.

—Te deseo todo lo que tú me deseas a mí, Moisés — dice Isaac.

—¡Ya vuelves a empezar! — exclama Moisés.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

EL GORILA, QUE TAN BIEN SE HABIA ENTENDIDO CON PIPERMIT Y QUE TAN NOTABLES PRUEBAS DE INTELIGENCIA HABIA DADO, SE CONVIRTIO DESPUES DE LA OPERACION QUE LE HICIERON LOS SABIOS EN UNA BESTIA FEROZ QUE ATERRORIZABA A LA CIUDAD

¡QUE HORROR!

¡ACABO DE VER A ESE TIPO CON CARA DE GORILA! VIENE PARA AQUI! ¿POR QUE NO TE ESCONDES?

¿QUE YO ME ESCONDA? DEJA NO MAS QUE VENGA, DE UN CASTAÑAZO LE VOY A HACER SABER QUIEN ES FAGIN

Mientras tanto corrió por la ciudad la noti de que un gorila espantoso, armado con cuchillos, asesinaba a todos los encontraba a su paso.

PIPERMIT NOS SALVARA

Y cuando Fagin SALIO AL ENCUENTRO "DEL TIPO CON CARA DE GORILA", CON LA IDEA DE DARLE UNA PALIZA, SUCEDIO QUE FUE EL GORILA QUIEN DEJO MEDIO MUERTO AL FEROZ BANDIDO

¡SOCORRO!

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

¡¡PRONTO!! HAY UN GORILA QUE TIENE ATERRORIZADA A LA POBLACION. ¡VENGA! ¡VAMOS A CAPTURARLO!

BUENO, PIPERMIT. VOY A LLAMAR A LOS DEMAS BOY-SCOUTS

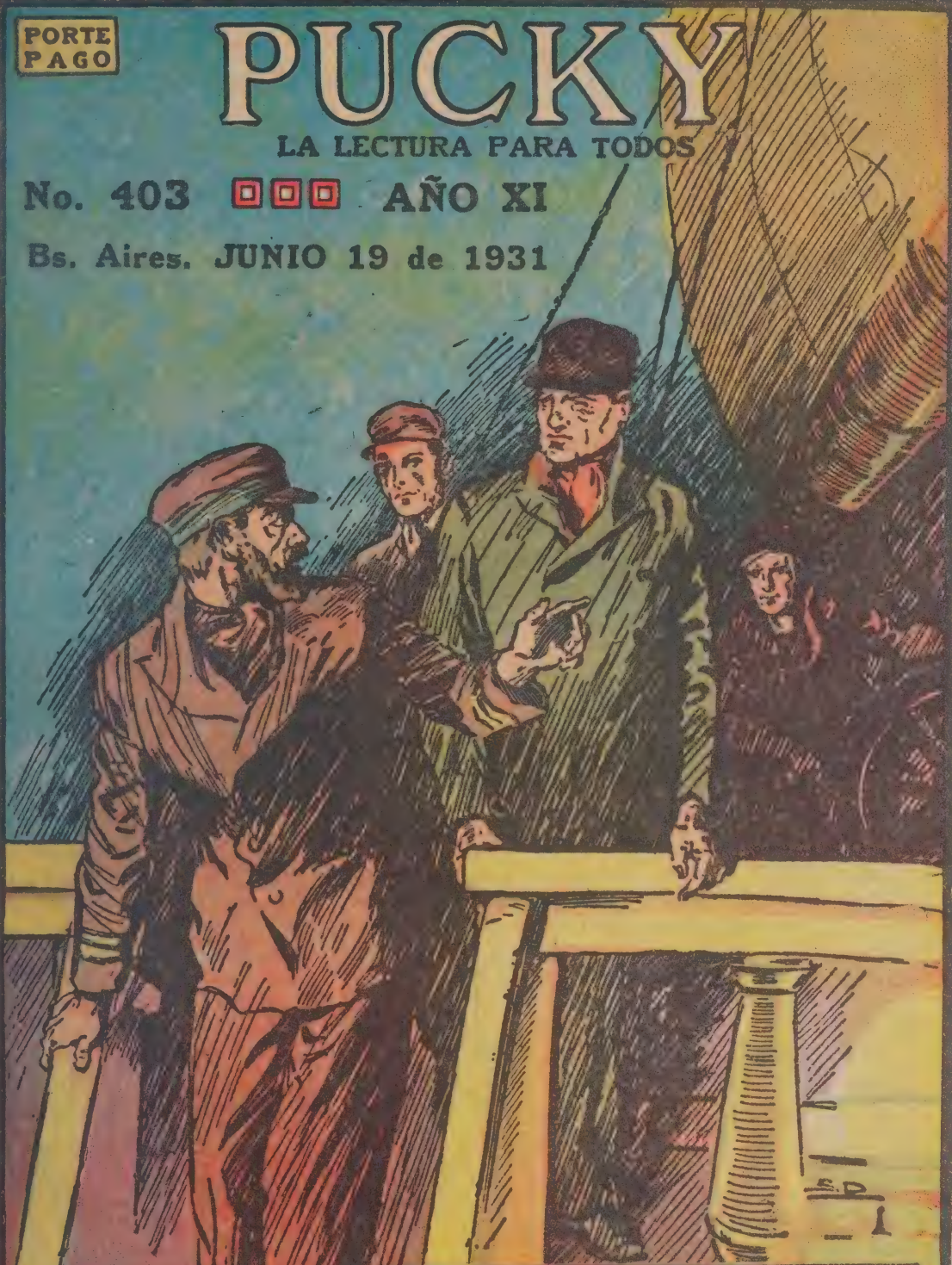
PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 403 AÑO XI

Bs. Aires. JUNIO 19 de 1931



UN DRAMA EN EL MAR

Por el Capitán DINGLE

Emocionante relato de un motín a bordo del "Perseus"

20 cts.

—Pero, don Gumersindo, ¿cómo se ha podido usted creer que yo le haya insultado a usted? Por Dios, yo

don Gumersindo, soy incapaz de ello; lo que pasa, don Gumersindo, es que al salir el otro día de la oficina le

dije a Paco que era usted un primo, pero sin ánimo de molestarle; yo quería decir, don Gumersindo, que era us-

ted demasiado bueno, que era usted un pedacito de pan; pero, ¿insultarle yo a usted?, don Gumersindo, con

lo que yo le quiero. Es que Paco todo lo enreda; sabe Dios cómo se lo habrá contado; pero le juro a usted,

don Gumersindo, que yo no le he ofendido a usted en mi vida; se lo juro a usted por la salud de todos mis hijos.

Yo le ruego a usted, don Gumersindo, que no crea nada de lo que le han dicho, porque yo le respeto a usted

siempre, y usted me manda a mi toda la vida, porque yo estoy a sus órdenes en todo y por todo, don Gumer-

sindo, porque yo...

—Sí, sí; muy bien; pero yo, ¿sabe?, necesito una explicación.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 403. -- JUNIO 19 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

UN DRAMA EN EL MAR

Por EL CAPITAN DINGLE

EL "Perseo" se hizo a la vela al mando de un capitán, viejo y vencido. Cuando el barco soltó amarras, con el remolcador a su costado, Nicolás Tranter, parado a popa, se frotó las delgadas manos y sonrió ampliamente, dirigiendo orgullosas miradas a la imponente figura de su hijo, que estaba encima del castillo de proa.

—Será un buen piloto para usted, capitán — dijo Tranter.

—Yo veré de que lo sea — dijo el capitán Ord de mal modo— Veré de que lo sea.

—Y' será un lindo capitán también — dijo el dueño del barco, sin hacer caso del tono del otro.

El capitán se alejó tragándose aquella amenaza apenas velada. Cuando llegaron al final del muelle, Tranter se puso impaciente y miraba ya hacia la costa, ya a las varias embarcaciones del río.

—¿Es que piensa usted regresar en el remolcador? — gruñó poco después el capitán.

La presencia de Tranter a popa era un ultraje para su alma de marino.

—Esperaba para decirle adiós a la señorita Dora — respondió Tranter.

Sus ojos de zorro vagaron y se fijaron de nuevo en su hijo. No podía negarse que había vigor y elegancia en cada línea de la figura del nuevo primer piloto. Había encargado a un buen sastre su uniforme. El orgulloso padre apartó de mala gana la mirada de su vástago para examinar los botes. Y, sorprendentemente, dibujóse una mirada, astuta y satisfecha, en los labios del viejo capitán.

—Tendrá que esperar mucho, señor — dijo Ord — Dora se queda en tierra este viaje. Mejor es que llame un bote.

—Pero.... pero... yo pensé... usted dijo... — tartamudeó Tranter, pálido de ira.

Ord lo detuvo.

—Usted no habrá pensado nada bueno, lo apostaría. Lo que yo dije fué que, en consideración a que usted renovaba mi pagaré para un viaje más, llevaría conmigo a Jake como primer piloto. Y que a la vuelta levantaría el pagaré o le vendería el barco.

—La joven nunca se había quedado antes en tierra. Ella...

—Ella no tiene que pedirle permiso a usted para lo que hace — dijo el capitán airadamente — Mi hija no es nada para usted, ni lo

será ¿Oye? Y está usted estorbando en el barco, señor. ¿Entiende? ¡Eh... botero! Arrime que aquí hay un pasajero.

Tranter consiguió sonreir. Su risa era una mezcla de furia, pena, rencor y deseo de venganza. Una sonrisa que hubiera puesto a los demonios verdes y rojos de envidia.

—Muy bien capitán. No le daré a usted la oportunidad que busca de echarme de abordo. Ya hablaremos la próxima vez que nos veamos. Pero supongo que no negará usted a un padre permiso para hablar unas palabras con su hijo ¿verdad?

—Vaya y termine pronto. Tengo que decirle al remolcador que siga. Por el tridente de Neptuno, soy todavía el capitán aquí.

El capitán debió hallarse muy necesitado para pedirle que renovara el pagaré al viejo Tranter. Vióse abligado a aceptar al joven Tranter como piloto, para esa renovación. Pero no era todavía siervo de Tranter. Aún tenía a su hija.

Desde Santos, donde el "Perseo" dejó su carga, partieron dos cartas al norte. Antes de que el capitán Ord sellara y echara al correo su carta, leyó otra vez la breve, tímida y alegre cartita que había recibido de Dora. Luego añadió a su epístola: P. D. "Dile a ese joven festejante tuyo que si vale la mitad de su tío Peter Owens, quizá lo tendré en cuenta como yerno". O. P. D. Dile que muy probablemente lo haré".

Lo que contenía la abultada carta que Jake Tranter envió a su padre, no era para que nadie lo viera. Pero en la carta del capitán Ord a su hija se contaba el relato del viejo hasta ese momento. El capitán le decía a Dora que el viaje había sido rápido y agradable, que reinaba una sorprendente armonía entre el nuevo piloto y la antigua tripulación. Decía, no de muy buena gana, que el joven Tranter no había resultado tan malo como esperaba, que se había mostrado agradable y eficiente. La carta mencionaba también que el joven Tranter habíase hecho de un amigo y que ese amigo iba a embarcar un valioso cargamento de café y ganga en el viaje de regreso.

El capitán Ord pasó la lengua por el sobre. Luego sacó otra vez la carta y con extraña sonrisa añadió otra posdata aún:

"(Las posdatas amenazan ser más largas que la carta, nena) Quería decirte te asegurara de que el joven Owen es buen trabajador. Pero no hay necesidad. Si es buzo para esa salvaje firma, tiene que ser a la vez hábil y sereno. Así que solo quiero advertirte que la vida de buzo no es todo rosas y sol; y yo quiero que mi niña disfrute de ambas cosas. Con que dile que no se apresure mucho para llevarte, si no que trabaje a fin de que lo saquen de ese oficio y lo hagan administrador. Otra más: Tengo un poco de lástima del joven Tranter. Procura hacérseme simpático. Creo que está enamorado de tí. Quizá lo conservaré como piloto aunque me pelee con el viejo zorro de su padre en el próximo viaje."

El día que se hicieron a la vela Jake Tranter se condujo como nunca lo había hecho desde que se incorporó como primer piloto al barco. El dueño del cargamento, o por lo menos el hombre que había dado la carga al "Perseo", fué al barco a despedirse de su amigo. Tranter había venido la noche anterior abordo bastante alegre. Estaba menos alegre al llegar el día y su amigo trajo una botella de licor destinada a convertir la aurora gris en una brillante salida de sol.

—No me parece bien, Tranter — protestó el capitán, cuando el piloto lo invitó a beber — Es mejor que se despida de su buen amigo y que él se lleve el resto de la bebida.

—¿Qué diablos le importa? — pregunto sorprendentemente el piloto modelo — L' ha proporcionado a usted un buen cargamento ¿no? Ustedes, los lobos de mar, que se pasan toda la vida navegando, se enmohecen con sus prejuicios. Cuando yo sea capitán, haré algunos cambios, créame.

El capitán Ord contuvo con dificultad su ira. Sabía mejor que nadie, la importancia de un buen cargamento. Ya había calculado el flete y los gastos. Había decidido cuanto podría dar a Dora para que empezara bien su vida de casada. Y sabía también que, a no ser por el migo del joven Tranter, el viejo "Perseo" nunca hubiera conseguido semejante carga.

—Me doy muy bien cuenta de lo que debo a su amigo — dijo — Le he dado las gracias. Haré cuanto me sea posible para entregar su mercancía en buenas condiciones, señor. Pero, el tomar su carga, no me obliga a permitirle que quebrante los reglamentos de abordo. Mi código es recto. No hay nada de furtivo en mis acciones. Así que no tengo por qué salir de mis principios para mostrar mi agradecimiento a nadie. Recuerde que es usted piloto de este barco y que yo no permito a mis oficiales beber ron el día de partida. Dígaselo a su amigo, señor. Luego puede usted ordenar que leven anclas.

El joven Tranter se echó a reir. Pero había algo en el aspecto del viejo que obligaba a la obedeciencia. El agente sonrió cuando Tranter se despidió de él y ofreció su mano el capitán. Tranter fué a proa, llamando a los marineros para armar el cabrestante.

—Siento haber violado sus reglamentos, capitán — dijo el agente — Los capitanes que se dedican a este comercio no son tan estrictos ¡Buen viaje! Espero tener el gusto de volver a verlo.

—Si me vuelve usted a ver, joven, espero recordará que mis oficiales no beben el día de partida — replicó el capitán.

—¡Oh!... que tontería. Cuando el oficial es hijo de...

Se detuvo bruscamente el agente, mordiéndose el labio. Saludó con la mano a Tranter y bajó la escalera, entrando al bote, seguido por la mirada del capitán Ord.

"Sarita, mi linda mulata" cantó el cocinero, inclinado sobre el cabrestante. El viejo Socky sabía muchas canciones; le gusta-

ba más cantar que cocinar. Los hombres caminaban a su alrededor, moviendo las palancas.

Al sentir nuevamente moverse bajo sus pies su viejo y buen barco, el capitán recobró el buen humor. Tenía un buen cargamento y no se trataba de pequeñas remesas; todo el café estaba consignado a una firma y la ganga a otra. No había más que llevarlo en seguridad al puerto. Soplaba una fresca brisa y el "Perseo" navegaba gallardamente.

—Tendremos buen viaje, Tranter — ob-

Una gruesa columna de humo salía por los ventiladores de proa.

servó el capitán Ord, cuando las cuerdas estuvieron enrolladas y despejadas las cubiertas.

—Bastante bueno, si de mí depende — contestó Tranter sonriendo extrañamente.

El capitán echaba de menos la afectuosa camaradería que había reinado durante años en las guardias. Tranter se había comportado bastante bien en el viaje de ida; fuera de mostrarse un poco insolente cuando regresaba de alguna francachela, en la costa, nada tenía que reprocharle. Y el capitán estaba dispuesto a olvidar aquella falta. El piloto había demostrado cualidades inesperadas en su trabajo. Ciertamente no podía compararse con el viejo y sólido Peter Owens; pero los primeros pilotos como Peter iban escaseando. La tripulación, con pocas excepciones, hacía años que viajaba en el "Perseo". Los hombres nuevos se habían portado tan bien como el piloto. No eran una cosa del otro mundo; pero sí bastante buenos. Todos sabían manejar el timón, tirar de una cuerda, sacar un balde de agua sin perder el balde por la borda, mover una escoba.

Pero no reinaba camaradería a popa. El segundo piloto demostraba la timidez de todos los buenos segundos pilotos. No se expansionaba con el capitán, aunque éste lo animara a charlar. Y no era que fuera corto de lengua. Los hombres de proa lo respetaban por su pintoresco vocabulario marino. Tranter, siempre dispuesto a conversar, demasiado dispuesto a veces, producía en el capitán un sentimiento de involuntaria incertidumbre. Siempre acechaba detrás de él, la siniestra figura de Nicolás Tranter. La sinceridad y el nombre de Tranter parecían incompatibles. En aquellas circunstancias, el que más estaba en relación íntima con el capitán era el viejo Socky, intimidad que crecía en cada comida que le servía en el camarote. Como Dora decidió quedarse en tierra, no se tomó mayordomo. El leal negro se ofreció para desempeñar aquellas funciones, además de las propias, sin aumento de sueldo. Al día siguiente de emprender viaje de regreso, Socky sirvió el desayuno al capitán en su camarote.

—Vea, capitán. — le dijo riendo — las tripas no van a durar mucho. Se las he preparado fritas.

Las tripas fritas eran uno de los platos favoritos del capitán, sobre todo desde que había perdido los dientes. Socky lo miraba. Comía con buen apetito. El barco se movía a impulsos de la fuerte brisa. Se oía el canto del mar a través de las ventanillas abiertas. El sol inundaba las amplias y blancas cubiertas, que se veían a través de las puertas abiertas. El barómetro estaba firme.

—Capitán, cómaselas todas — urgió Stocky — He dejado bastantes para los oficiales.

Puso el tenedor al alcance de la mano del capitán. Cuando la fuente estuvo vacía, el negro viejo siguió charlando:

—Nunca he visto un cargamento más extraño, capitán. Esta mañana bajé a la bodega y había una bolsa abierta. Es pura basura, capitán.

—Es basura muy valiosa, Socky. Mineral de oro.

—¡Bah! En las Islas Turcas, donde yo nací, empleamos eso para lastre de los barcos.

El negro juntó las fuentes vacías entre sus dos grandes manos y las llevó a la cocina murmurando entre dientes.

Cuando el capitán Ord llevó su sextante a cubierta para la observación de mediodía,

la guardia estaba comiendo abajo. El "Perseo" tenía fama de dar bien de comer a su tripulación. Las quejas eran raras. Pero aquella mañana pasaba algo. En la puerta de la cocina resonaban fuertes voces; un marinero entró con el puño cerrado, murmurando una mala palabra y volvió a salir un instante después, apartando a sus dos compañeros, con el viejo Stocky pegado a sus talones. La mejilla del negro estaba sucia de sangre, sus ojos despedían chispas; tenía abierta la desdentada boca y las palabras brotaban de ella mientras alcanzaba al marinero.

—No permitiré a la escoria de Tranter hablar de ese modo del capitán Ord. Ni dejaré que nadie se limpie las manos en mí. Yo lo voy a enseñar.

A cada frase, el cocinero le daba un golpe en la cabeza al marinero con una de sus grandes manos y acentuó el "enseñar" aplicándole un puntapié con el pie descalzado, que lo hizo caer contra la puerta del castillo de proa.

Todos los que estaba en cubierta lo vieron. Tranter corrió hacia adelante; agarró rudamente a Stocky y lo amenazó con todos los castigos, desde ponerle grillos hasta ahorcarlo.

—¡Basta, señor! Traigalo aquí — rugió el capitán.

Había visto sangre en la mejilla de su viejo cocinero. El marinero era de los nuevos. Tranter siguió a Stocky a popa. Los hombres que un momento antes gritaban por la comida, se quedaron en cubierta, mirando a popa. El marinero derrotado, a respetable distancia, juraba vengarse del negro; pero nadie le hacía caso.

—¿Qué pasa, cocinero? — preguntó vivamente el capitán.

—No pasa nada, capitán. Esa basura...

—¡Basta! ¿Qué está diciendo? El nombre de ese hombre es... ¿Cómo se llama ese marinero, Tranter?

—Mulligan — dijo con voz áspera el piloto. — Poco importa como se llame ¿no? Es ese negro que se atreve a pegarle a los hombres como...

—Le pediré su opinión cuando la necesite, señor — interrumpió el capitán — ¿Qué es lo que ocurre, Socky?

Socky miró sin miedo al furioso piloto.

—Este Mulligan es nuevo en el barco. Navegaba con Tranter en el viejo "Ariel". Empezó a rezongar por la comida, que es buena. En los barcos de Tranter no les dan de comer como aquí. No, señor. Dijo que la sopa estaba hecha con agua de sentina y yo le contesté que así iba a comer en la cárcel. Dijo que en el próximo viaje no iba a haber negros sucios en la cabina. Que el capitán Tranter no permitiría negros junto a su joven esposa. Y que la señorita Dora iba a ser la esposa del señor Tranter. Le dije que era un mentiroso; el me pegó y yo lo saqué de la cocina.

Tranter se rió desagradablemente.

—Supongo que usted no creerá lo que dice ¿no capitán?

El tono de Tranter enojó al capitán.

—Sí, creo su palabra contra la de cualquier otro del barco, señor. Ese Mulligan recibió su merecido. Si es compañero antiguo suyo, dèle un consejo. No quiero que el nombre de mi hija sea pronunciado en el castillo de proa. Y no permitiré que nadie lo una con el de Tranter.

Tranter se encogió de hombros.

—El nombre de Tranter es bueno — dijo — Representa...

—Yo puedo decirle a usted lo que representa señor — interrumpió el Viejo — No quiero discusiones con usted en mi propio barco. Socky, puede volver a su trabajo. Asunto terminado, señor Tranter.

El capitán Ord perdió sus observaciones de medio día. Después de eso, por espacio de tres días el cielo estuvo color pizarra o negro; el mar se inflaba y el viento soplaba furiosamente. La ansiedad apareció en los ojos del capitán. Ansiedad no por el barco, sí no por la seguridad de la preciosa carga. El "Perseo" podía muy bien resistir un temporal en las manos de un maestro que lo conociera. Podía el mar barrer sus cubiertas; estar sus camarotes mojados y a la miseria el castillo de proa. El barco resistiría el ataque más violento del océano, si la mano que lo guiaba se mantenía firme. Pero la carga... Muchas cosas dependían de aquella carga. Y el café, el buen café, se arruinaba con el agua salada.

—Señor Tranter, haga el favor de ver si estan bien sujetas las escotillas — dijo por décima vez el capitán.

El temporal estaba en su apogeo. El piloto se había puesto pálido.

Las cubiertas eran barridas por olas furiosas, que se sucedían casi sin interrupción. El carpintero pasó por el puente. Su sombrero encerado colgaba de un botón, sostenido por la presilla. En la frente tenía un tajo

—La carpintería ha desaparecido, señor — informó — El agua se la llevó.

—No puede evitarse, Chips — contestó el capitán — ¿Quiere venir conmigo a examinar las escotillas?

—Sí, sí señor — contestó Chips, encasquetándose el sombrero encerado.

Fueron derribados una y otra vez; pero siguieron obstinadamente su camino. Sobre los rugidos del mar se oían los martillazos de Chips entrando las cuñas.

En el timón, Mulligan sonreía. Y Tranter se rió fuerte.

El temporal calmó. El "Perseo" reparó sus desperfectos y siguió viaje velozmente al norte. Socky mató una oveja el primer día lindo. Se arrodilló en la canaleta a desollar el animal con un cuchillo de aspecto asesino. A menos de tres brazas de distancia, tres marineros trabajaban con pasadores y tarugos, uniendo un alambre roto. Uno de los hombres hacía tiempo que viajaba en el "Perseo". De los otros dos, uno era Mulligan y el otro uno de los nuevos. Disputaban mientras hacían su trabajo. Se di-

jeron insultos. El marinero antiguo esgrimió su pasador amenazadoramente.

El negro viejo cantaba en voz alta, con sus brillantes ojos negros fijos en los pendencieros. Mulligan se volvió a él con una maldición.

—¿Quieres callarte, negro?

—¡Cielos! ¡El señor Mulligan! Vea, yo mismo desuello una oveja que un chancho. No se acerque.

El cuchillo brilló al sol. Socky pasó significativamente su pulgar a lo largo de la hoja. Mulligan retrocedió murmurando cosas feas.

Socky siguió cantando hasta que terminó de desollar la oveja.

—Canta, negro del diablo — gruñó — Pronto cantarás con el otro lado de la cara.

—Si... señor — fué la alegre respuesta — Yo siempre canto con los dos lados de la cara.

Pronto la tripulación estuvo dividida en dos bandos. Mulligan capitaneaba uno, compuesto de los hombres que parecían tenerle aversión al cocinero o al capitán. Esos hombres parecían gozar de mucho favor con el piloto. Durante la guardia del piloto los trabajos eran fáciles. Después de un viaje de cien millas al norte, el capitán encontró motivos para quejarse de la manera que se hacían los trabajos abordo. Y la insolencia de Tranter aumentaba.

—Cuanto más pronto lleguemos, mejor— dijo Stocky una tranquila noche que servía la comida al capitán — Este viaje va a terminar mal.

—No te metas con Mulligan, Stocky — dijo el capitán — Dentro de pocos días más llegaremos y espero que en otros viajes no se presentarán estos inconvenientes.

El encontrarse mas cerca del término de su viaje y la perspectiva de arreglar sus dificultades financieras animaban al capitán Ord.

—Sacaré suficiente dinero de este viaje para arreglar cuentas con Tranter, Socky. Y entonces no tendrás que pasar más malos ratos, negro.

—Sí, señor. Yo soy un negro bozal; pero se lo que está bien. En otros viajes no hemos llevado bolsas de basura.

El capitán Ord se rió indulgentemente. Su viejo cocinero siempre había sido obstinado en sus opiniones. En un viaje, en que toda una carga de hierro se enmoheció, nada pudo nunca persuadir a Stocky de que los dueños del cargamento se habían confabulado para arruinarlo al capitán con el seguro. Ahora llevaría hasta la tumba la convicción de que aquellas bolsas de ganga no eran mas que basura.

Tarde de la noche, el capitán Ord subió a cubierta. El barco estaba bastante cerca de la costa como para mantenerlo intranquilo hasta que asegurara bien su posición. La noche era brillante, de luna llena. Había brisa suficiente para impulsar el barco. Los aparejos y velas estaban bañados en plateada luz. El piloto descubría la máquina de sondear y un marinero estaba a su lado con la plomada. Era una noche como para emocionar el viejo pecho del capitán. Miró a su alrededor, abarcando todos los detalles de su viejo y querido barco; advirtió que, a proa, el velámen estaba atado descuidadamente, cuando vió salir humo por los ventiladores de proa. Mirando con más detenimiento se convenció de ello.

—¡Señor Tranter! — exclamó — ¿Eso qué se se ve a proa, es humo?

—Así parece — contestó el piloto levantando la vista — Lo vi antes y creí que era la luz de la luna — Dejó la máquina de sondear y el alambre silbó.

—Lo creyó... ¿no trató de asegurarse? — dijo el capitán espantado.

Ya estaba en la escalera. El piloto levantó la mirada y se echó a reir. El timonel y el marinero que estaban junto a la máquina de sondear se rieron con él. Apenas había llegado la plomada a fondo, cuando se oyó la voz del capitán Ord.

—¡Venga aquí, Tranter! Llame a los marineros. Dígale a Chips que prepare la manga. Hay fuego abordo.

El mismo fue a llamar al segundo piloto, diciéndole que avisara a toda la tripulación. Entonces Tranter volvió junto a la máquina de sondear y leyó la profundidad en la escala graduada del tubo de presión. El segundo piloto, al pasar, lo miró curiosamente. Quizá parecióle extraño que un primer piloto siguiera ocupándose de la máquina de sondear cuando había fuego abordo y hasta el capitán estaba en el lugar del peligro.

En la escotilla de proa, los marineros se habían reunido y murmuraban entre sí. Chips levantó un ángulo de la tapa de la escotilla, metió por allí la manga. Ya el humo se levantaba denso, saturado de aroma acre del café.

Chips llamó a un marinero para que le ayudara a pasar la manga y el viejo Socky apareció como una negra sombra. El humo se espesó. Por la abertura salió un resplandor rojo. Se necesitaba más ayuda y el capitán pasó una pierna por encima del brocal.

—Usted no capitán; es trabajo mio — declaró Tranter y pasó junto al capitán, por entre la escotilla.

El segundo piloto, que estaba al lado del capitán, lanzó una exclamación de sorpresa e incredulidad. Siguió a Tranter.

Murmuró algo que se perdió entre el humo y el silbido del vapor porque el agua salía y Chips y Stocky luchaban valientemente con el fuego.

Con todos los oficiales a proa, el timonel dejó al barco entrar en el viento. El fuego aumentó. El capitán corrió a popa para poner otra vez el barco delante del viento. El capitán no halló a nadie al timón. La plomada y la máquina de sondear estaban sobre cubierta, donde las habían dejado tiradas. El tubo de vidrio se había roto. El capitán empuñó el timón y cambió la dirección del barco antes de que se pusiera en facha. Luego siguió manejando el timón, dejando atrás el viento, murmurando ner-

viosamente mientras esperaba algún informe de proa.

Le llegaron vociferaciones de los marineros. Los hombres que estaban en las bombas cesaron de bombear, se trenzaron a golpes por alguna discusión. Se oyeron corridas desde la escotilla, un grito, viose una bocanada de humo rojizo y luego oyóse un juramento interrumpido por la mitad; después apareció Trante sobre cubierta y gritó excitadamente.

—No hay nada que hacer, capitán. Mejor es abandonar el barco.

La pelea seguía aún alrededor de la bomba. Otros hombres se adelantaron al aparecer el piloto. Luego se presentó el viejo Socky, medio sofocado, su negra cara chorreando sudor, a la luz de los faroles de abordo.

—No lo... — el grito de Socky fué interrumpido como el juramento; el negro cayó de boca; Mulligan cayó casi sobre el, lanzando una maldición.

—¿Qué pasa? — preguntó el capitán impaciente — Señor Trante, mande un hombre al timón y yo voy a ver que...

Tranter corrió a popa, con la mitad de la tripulación pegada a sus talones.

—El cocinero cayó desvanecido por el humo del café — informó el piloto — El fuego es demasiado violento para que pueda ser sofocado. El segundo piloto se ha desvanecido y Chips cayó en un agujero.

—¡No lo creo! — gritó el capitán frenético — El barco puede ser salvado Usted ha abandonado su puesto. ¡Eh!... aquí usted... agarre el timón.

Ord hizo señas a Mulligan, que estaba al frente de la tripulación partidaria del piloto.

—Agarrelo usted, si quiere. Nosotros no vamos a quedarnos en un barco incendiado para asarnos. Vengan, muchachos ¡A los botes!

Con sorprendente rapidez, el viejo capitán saltó sobre Mulligan, le dió un puñetazo con toda la fuerza de sus buenos días y Mulligan cayó sobre cubierta como un leño.

Los hombres retrocedieron sorprendidos. Hasta Tranter pareció menos seguro. Pero el fuego aumentaba, el humo obscurecía la luz de la luna. Uno de los marineros más antiguos se adelantó; su curtido rostro expresaba piedad.

—Capitán, — dijo respetuosamente — el castillo de proa está enrojecido y las cubiertas inferiores incendiadas. La mayoría de nosotros está con usted, señor; pero tenemos familias y...

—Verán todos a sus familias, si cumplen sus deberes de marineros — interrumpió el capitán — Mataré de un balazo al hombre que toque un bote antes de que yo de la orden. Síganme, hombres. Veremos si el barco está perdido.

Tranter observó al capitán hasta que desapareció entre el humo, alrededor de la escotilla de proa. Lenguas rojas ascendían en la obscuridad; una llamarada se encendió al pie de la vela mayor.

—¡Halar la vela mayor! — gritó el capitán — Pongan las tapas de las escotillas. ¡A proa, hombres! Mantengan el rumbo delante del viento.

Los marineros antiguos obedecieron de mala gana. Tranter vió apagada la llama que se había encendido al pie de la vela mayor por los pliegues de una pesada lina; vio a la mitad de los hombres desaparecer en medio del humo, detrás del capitán. Se volvió a Mulligan.

—¡Los botes! Muevase. Ponga alimento y agua.

A proa, el capitán hizo funcionar nuevamente las bombas. Colocó hombres en las escotillas y levantó un ángulo de la proa, mientras introducía trabajosamente su gran cuerpo por ella. Según los informes del piloto había dos hombres allí abajo. Sentía inquietud por su viejo cocinero; pero Socky, por lo menos, estaba en cubierta, tuviera lo que tuviera. La bodega parecía incendiada de punta a punta. El humo del café quemado era sofocante. Pero había otro olor más denso que intrigó al capitán.

—Traigan esa manga — gritó.

El humo lo hizo toser. Los hombres levantaron la manga. Obedecían avergonzados.

Bombeaban, moviendo los pies de un lado para otro en el caliente piso de la cubierta. El vapor se alzaba y los rociaba, haciendolos aparecer a la nebulosa luz de la luna como enanos deformes entre la bruma. Y aquellos hombres sencillos, toscos y fieles... cantaban acompañando el movimiento de las mangas.

Tranter entró al cuarto de marear, examinó la carta.

—Menos de cien millas — murmuró.

Luego con la carta, las reglas paralelas, los compases y un lápiz, se dirigió al bote más próximo. Como si hubieran estado preparados para aquella emergencia, Mullingan y sus partidarios habían puesto en el bote provisiones y agua y los bajaron por la borda. Habían tomado los dos botes que estaban en los pescantes. Los que quedaban hacía mucho tiempo que no se usaban. Estaban llenos de cuerdas y aparejos Su valor como botes salvavidas era nulo.

—¿Todos listos? — preguntó Tranter.

Miró atentamente las caras de los hombres. Había uno de ellos que pertenecía a la tripulación vieja. En aquel rostro se notaba una expresión de duda.

—¿No hay esperanza de salvar el barco del Viejo, señor? — aventuró el hombre — Es todo lo que tiene. Y no está asegurado. Quizá si siguiéramos dándole a las bombas... Es raro que se haya incendiado...

—Hijo mío, dentro de media hora el barco arderá por los cuatro costados — replicó Tranter esforzándose por tener paciencia — Yo estuve abajo. Vi que no había esperanza. Chips y el segundo piloto han perecido procurando apagar el fuego. No se puede salvar el barco y hay que pensar en nuestras vidas. Vaya a proa y dígale a sus com-

pañeros que los botes se van. Vendrán. El Viejo también vendrá a menos que se haya enloquecido con el calor. Muévase. No hay tiempo que perder.

El marinero corrió a proa. Mientras corría, sus pies desnudos le advirtieron que no era posible negar la fiereza del fuego. Las cubiertas quemaban y cuanto más avanzaba, mayor era el calor. Los hombres que estaban en la escotilla lo agarraron, murmurando palabras que no se entendían entre las toses. Se apartaban algunos tambaleándose de las escotillas. La bomba había cesado de funcionr.

Tranter observaba atentamente No bien desapareció el marinero indeciso, llamó a Mulligan. Cuanto más se aproximaba el momento de embarcarse, más nerviosos se ponían los hombres... Cuando todos estuvieron embarcados en los botes, un hombre empezó a reírse histéricamente y Tranter lo maldijo. Sólo Mulligan parecía conservar la serenidad. El bote en que él iba pasó silenciosamente por la popa, mientras el barco seguía adelante. El otro bote lo siguió y pronto los dos botes cargados se alejaron sobre las aguas bañadas de luna, dejando

¡Llame a los tripulantes! Hay fuego a bordo.

atras al incendiado "Perseo"... Remaron hacia la costa.

—Alguien debe haberme dado un golpe en la cabeza — gimió el viejo Socky, santándose y palpándose el motoso cráneo.

Empezó a toser. Estaba sentado en un sitio desagradablemente cálido. No veía nada más que humo, no oía más que las toses de los hombres y el rugido de las llamas.

—¡Cuando le ponga las manos encima a ese Mulligan! — exclamó y dirigióse tambaleándose hacia la escotilla, donde hombres semi-asfixiados tiraban de algo. El negro ayudó y un momento después el segundo piloto fué sacado a cubierta, sin sentido, inerte.

—Un esfuerzo más, muchachos que aquí hay otro — gritó el capitán desde el infierno de abajo. Otro momento más de heroísmo — y apareció Chips con las ropas humeantes.

El fino oído de Socky percibió un gemido; rápido como el rayo bajó y agarró al capitán por la manga.

—¡Eh!... — gritó — El capitán se ha desmayado ¡Denme una cuerda! Pesa como una ballena muerta.

Se tardó algún tiempo en sacar al capitán desvanecido. Luego salió el viejo Socky, apagándose las motas y cerró las escotillas sobre el fuego. Como si supiera que el barco estaba sin gobierno, el negro daba órdenes y los hombres que lo oían obedecían porque conocían cuanto valía como marinero. Mientras llevaban a todos los que estaban desmayados o lastimados a la frescura relativa de la popa, Socky corrió al timón y puso el rumbo delante del viento. Luego vio las cuerdas sueltas de los pescantes y sus ojos se dilataron. Mirando hacia el mar, descubrió las manchas de los botes.

—¡Eh!... — gritó — Vengan aquí, marineros ¿No había dicho yo que Trante era una basura ¡Miren! Ahí se van. Nos han abandonado para que nos achicharremos.

Los hombres corrieron a los botes que quedaban y empezaron a desocurparlos. El miedo les comunicaba una energía extraordinaria. Arrancaron los botes de sus soportes, a los que estaban pegados por capas de pintura, los alzaron y llevaron sobre los pescantes. Maldijeron al ver los cables cortados, tratando de lanzar a pulso los botes por la borda. Socky había vuelto junto a su capitán abandonado en mitad de la escalera, le palmeó el rostro, lo sacudió, tratando de hacerle abrir los ojos al peligro general. Oyó que un bote caía al mar y que los hombres maldecían de nuevo.

—¡Dios! — gritó corriendo hacia los pescantes — ¿Qué están haciendo? Han destrozado el bote. Lo conozco por el ruído. Dejen el otro, por amor de Dios. Y sigan las órdenes. Por suerte el capitán no está muerto ¡No, señor!

Los hombres lo miraron estúpidamente, mientras los restos del bote flotaban plácidamente a popa. Los años habían destruído la firmeza de la madera. La quilla y los flancos estaban podridos. El viejo y buen barco seguía su camino, con la proa convertida en un horno, precedido por una nuebe de humo.

Por último vio Socky aletear y abrirse los ojos de su amo. El negro exclamó.

—Capitán, no está usted muerto ¿verdad? Diga que no está muerto. Tiene que salvarnos, si no el diablo nos llevará de las mechas ¡Sí, señor!

Gimoteando como un niño, el viejo y fiel negro contó al capitán todo lo ocurrido.

—Yo iba a decírselo antes; pero Mulligan me pegó un martillazo en la cabeza y me dormí. Cuando me desperté, se había ido.

El capitán se puso de pie aturdido. Ahí estaba su viejo y amado barco convertido en un horno. Casi a la vista del puerto, además. Su piloto lo había abandonado. Lo mismo que los marineros nuevos que Trante había tomado para el viaje. El resto de la tripulación permanecía como atontada junto al último bote.

—No puedo creerlo — murmuró, dirigiéndose al cuarto de marear — Un hombre no puede ser tan miserable para incendiar el "Perseo" y, aunque lo hubiera hecho, no es capaz de dejar quemar a sus compañeros. No puedo creerlo, ni siquiera de un Tranter.

—Sí, señor — dijo a su lado Socky — Yo vi las latas de kerosene y las virutas que no se habían encendido. Por eso me dió el golpe Mulligan. El segundo piloto también lo vió. El señor Tranter le pegó un cachiporrazo en la cabeza.

El capitán Ord estaba en el cuarto de marear. La carta había desaparecido. Lo mismo que la regla y los compases. Abrió el libro de navegación, estudió la anterior posición a medio día y mentalmente hizo el cálculo. Luego fue a donde estaba la máquina de sondear. El tubo estaba roto sobre cubierta. Vuelto al cuarto de marear, halló los tubos de repuesto, rotos también, en los cajones. Todo parecía diabólicamente preparado.

—Capitán ¿no podemos componer el otro bote? — sugirió Socky.

Pero algo le había pasado al capitán. Había visto el complot infernal para enviarlo a él ya su amado barco a una horrible y común sepultura. La casa de Ord iba a desaparecer, junto con la bandera que durante tanto tiempo había sostenido con honra. Y aquel valioso cargamento que llevaba desaparecería con el resto.

—¡No puede hundirse! ¡Yo lo salvaré!

El viejo Socky lo miraba, mientras se dirigía a popa e hizo a los hombres apartarse del bote y reunirse a proa. Fueron con aire sombrío.

—Hombres, — dijo el capitán dirigiéndose a ellos — Nunca he dado una orden que crea no puede ser cumplida. Pido que me ayuden a salvar el barco. No creo que no pueda salvarse. Fué incendiado intencionalmente y nos han dejado para que perezcamos. Yo rehuso morir de ese modo. Si ustedes no quieren morir como ratas, vivirán como hombres.

Quiero voluntarios que bajen y abran la válbula de la cisterna de inundación. Dos pueden hacerlo. Yo iría; pero soy demasiado gordo. Dos hombres pueden componer el bote que queda, por si tenemos que abandonar el barco. El resto trabajará en las bombas, siempre que el agua pase el nivel prudente en las bodegas. Podemos salvar el barco, muchachos. Las cubiertas todavía resisten. No ha perdido sus palos. Hay que inundarlo y apagar el fuego. Y yo mantendré el rumbo a la costa, aprovechando esta hermosa brisa.

No lo pediría si lo creyera imposible; pero se que no lo es. Socky, dales a los hombres un trago de ron de Jamaica y dirígelos en su trabajo.

El barco navegaba pesadamente por la carga de agua. El capitán lo observaba con ansiedad. Estaban más cerca de la costa; pero el fuego no se había extinguido; el agua no le llegaba del todo.

Las bombas funcionaban fatigosamente. Al principio los hombres cantaban. Hacia la mañana trabajaban en sombrío silencio. Luego el agua llegó al foco principal del incendio. El capitán había arriegado mucho, dejando al barco casi a punto de naufragar, en su esperanza de extinguir el incendio. La escotilla de proa voló en medio de un volcán de vapor y el palo de trinquete se extremeció espantosamente. Había que recorrer una distancia considerable aun antes de que la costa ofreciera refugio.

—Ven Socky — dijo el capitán — Vamos tú y yo a reanimarlos con una canción. Podemos llevarlo al puerto. Seguro que podemos.

Juntos los dos lobos marinos, el blanco y el negro, le daban a la bomba. El sudor brotaba de sus cuerpos. El calor de la cubierta les despellejaba los pies. Y cantaban:

"Adios, muchachos. Volvemos a la patria, volvemos al hogar".

Uno por uno, los hombres se fueron adelantando y dieron una mano. Pero era una esperanza insensata Cuando el barco estuvo en treinta brazas de agua, las bombas no achicaban más el nivel del líquido El humo y el vapor que salían de la escotilla les impedían ver el mar y el cielo.

—Lancen el bote al agua — ordenó con un nudo en la voz.

El palo de trinquete cayó diez minutos después. Los hombres estaban junto a los pescantes.

—Es tiempo de dejarlo muchachos — dijo el viejo con voz temblorosa.

Uno por uno se deslizaron por los cables. El viejo Socky permaneció abordo hasta que sólo quedaba el capitán. Corrían lágrimas por su rostro chamuscado y negro. Soscky se arrodilló reverentemente sobre cubierta y puso sus labios agrietados sobre las calientes maderas... Luego bajó al bote y apartó al hombre que esperaba al capitán.

—No, señor, éste es mi deber especial — dijo y colocó su blanco saco manchado para que el Viejo se sentara encima.

Había pasado una semana. Durante seis días Dora cuidó a su padre durante los accesos de negra desesperación de que era presa, después que hubo desembarcado a sus hombres una noche, cincuenta millas más abajo, en la costa. La viuda de Owens casi había estallado bajo el peso del secreto, al albergar en su casita un grupo de marineros náufragos, prohibiéndole que dijera afuera una palabra. El viejo Socky asumió los deberes de cocinero y ama de llaves, de modo que la honrada viuda no tenía nada que hacer más que agitarse futilmente. Noticias de la ciudad informaron que Jacke Tranter y su tripulación de desertores eran héroes, al contar, sin que nadie pudiera contradecirlos, su valerosa lucha contra el fuego antes de abandonar el "Perseo". El capitán Ord empezó a sonreir cuando Dora le trajo una noticia. Su novio, el joven buzo, se había consagrado a la tarea de encontrar el "Perseo". Lo había hallado y esa noche tendría el capitán un informe en sus manos.

—No permitirás que Jacke Tranter diga esas mentiras — protestó Dora vehementemente al ver que su padre rehusaba hacer aún público su relato.

—Hay tiempo — dijo el viejo — ¿Quién me va a creer ahora? ¿No llegamos todos a tierra? Sólo Socky conoce la verdad. ¿Quién va a creer su palabra contra la de Tranter? Déjame pensar, Dora. Todo parece ahora perdido. El barco no estaba asegurado. Tranter tiene mi pagaré. Me ha visto arruinado como quería. Si el barco puede ser levantado, ¿de dónde voy a sacar el dinero para repararlo? Todo lo que puedo conseguir es verlo navegar con la bandera de Tranter. No. Tan pronto como el joven Owen me mande su informe, iré a verlo a Tranter y pondré al mal tiempo buena cara.

Aquella noche,, la señora Owen entró en la casa hirviendo de indignación.

—¡Cielos! — exclamó. — ¡Y dicen que la honradez es recompensada! Ahí está ese viejo bribón de Tranter que va a sacar una fortuna del incendio del "Perseo" ¡Una fortuna capitán Ord! La ganga estaba asegurada en cincuenta mil dólares. ¿Se da cuenta?

—¡Tranter! — repitió Ord suavemente— ¿Y qué tiene que ver Tranter con la ganga?

—Dicen que su agente de allá la consignó al agente de aquí y que lo hizo así por favorecerlo a usted, aunque no quería que usted lo supiera.

Ord sentíase intrigado. No podía creer el motivo que alegaba Tranter. Si era cierto, había juzgado mal al viejo dueño de barcos o éste había cambiado. Dora también parecía intrigada. Trataba de reconciliar esa historia con lo que ella sabía de los Tranter, joven y viejo.

—Creo que él ganará una fortuna con nuestra ruina — dijo la joven — Pero la otra parte de la historia... — Dejó sin concluir la frase y corrió a la puerta.

Sus oídos, jóvenes y ansiosos, habían escuchado un paso familiar. Abrió la puerta

e hizo entrar al joven Owen, bronceado, sonriente y tímido. El viejo Ord examinó con sus experimentados ojos al joven y apareció en ellos una expresión satisfecha. La satisfacción era un veredicto mudo. Pero todo el mundo esperaba que él hablara. El capitán no se atrevía a preguntar por el barco. El buzo sintió la tensión e hizo su informe escueta y rápidamente, sin permitir que ninguna exclamación ni de sorpresa, ni de incredulidad lo interrnmpieran.

—El barco puede ser levantado — dijo — La parte de proa está arruinada; pero la armazón y las maderas se hallan aún en buen estado. La mayor parte de las cubiertas intactas. El café se ha perdido, naturalmente; pero... — se detuvo para respirar, sus propios sentimientos le impedían seguir — he oído decir, al venir acá, que el viejo Tranter pensaba obtener una fortuna del seguro...

—Sí, hijo mío y no hay dinero para reparar el viejo "Perseo" — dijo el capitán sombríamente — El obrar bien aquieta la conciencia, es cierto; pero los truhanes son los que triunfan. Es triste cosa; pero supongo que la vida es así... Yo he sido siempre honrado y....

—Pero papá, déjalo terminar — dijo Dora — ¿No ves que no ha concluído?

El joven buzo prosiguió, con expresión de inmensa satisfacción:

—El café está arruinado. Pero la ganga,, el cargamento por valor de cincuenta mil dólares, que iba a hacer la fortuna del viejo Nicolás Tranter... no es más que basura.

—¡Aleluya! — exclamó el viejo Socky saltando en el aire y volviendo a caer con estruendo terrible sobre sus pies descalzos — ¿No se lo había advertido, capitán? ¿Qué me dice ahora?

En su alegría le palmeó la espalda al capitán y besó a Owen, luego corrió a la cocina y trajo a todos los marineros. Gradualmente se iba extendiendo una sonrisa por el rostro del capitán. La gente creería ahora su historia Los Tranter, padre e hijo quedarían descalificados ante la opinión pública. Naturalmente que no lo ayudaba mucho al capitán que los Tranter se vieran deshonrados. Siempre le debería él aquel dinero al viejo No tendría dinero para salvar y refaccionar el "Perseo" Pero por lo menos el barco se había ido a pique con su hermosa tama intacta y el porvenir de Dora estaba seguro con Owen. Le había bastado al viejo marino dirigirle al novio de su hija una mirada.

La única nube en el horizonte era su deuda con Tranter No sabía, por el momento, como iba a pagarla. Pero no veía motivo para que los otros compartieran su tristeza Su leal tripulación había permanecido una semana en la casa, obedeciendo a sus deseos. No quería que tuvieran incidentes con los otros, hasta que viniera el buzo Ahora podían irse. Los mandó a pasear dándoles cinco chelines por cabeza a cuenta de los salarios debidos y su bendición.

Esa noche hubo una pelea entre el viejo Socky y Mulligan. Fué un combate notable.

Al otro día, en el hospital, decían que Mulligan tenía que tomar el alimento por el pico de una tetera.

—¿No lo lastimó a usted, Socky? — preguntó Dora, renovando el vendaje en la nariz del negro.

—¿Lastimarme, patroncita? No pudo lastimarme cuando me pegó en la cabeza con el martillo! Anoche no tenía más que una botella ¡Bah!...

Pasó otra semana y llegaron más noticias a la casa de Ord. Una carta de los aseguradores de la carga del "Perseo" Elogiaban al capitán Ord por su valor y le agradecían por haber impedido un fraude. Le enviaban, como recompensa, un cheque y las expresiones etc. etc.

El capitán leyó la carta en la puerta, mientras el mensajero charlaba con el viejo Socky. El cheque era por una cantidad que hizo abrir tamaños ojos al capitán Terminarían todas sus dificultades financieras.

He oído decir que los Tranter se fueron esta mañana — dijo el mensajero — Tomaron pasaje para Rooshia.

El capitán entró en la casa como quien anda en sueños seguido por el negro En el fondo resonó una voz africana entonando un canto triunfal, "Aleluya... Aleluya'

FIN

—¿Por qué mientras tu compañero te lee la carta le tapas los oídos?

—Para que no se entere de lo que me dicen en ella.

* * *

—¡Pero, hombre! ¿Aún no tiene usted cincuenta años y ya es viudo por cuarta vez?

—Así es.

—Pero, ¿qué ha hecho usted?

—Nada, amigo mío; suerte que tiene uno.

* * *

Entre amigos:

—¿Es verdad que te has casado?

—¡Sí, hombre; ya hace días!

—Con quien, ¿con la Ruperta?

—¡No con la Romana!

—¿Y no te pesa?

* * *

A un almacenero muy importante, le dice su mujer:

—¿Por qué todo el personal te llama por tu nombre, menos el encargado, que lo hace por el apellido?

—Porque cuando me llamaba, reventaban de risa todos mis dependientes, y eso me molestaba.

—No veo la razón.

—Sí, mujer: como es tartamudo, se pasaba diez minutos diciendo don Bo Bo... Bo Bo... Bo... Bonifacio.

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroismo, de amor y de odio

(Continuación)

Y volvió a quedarse meditabundo.

Luego dijo, dirigiendo la palabra a Aben-Balkín, que por respeto no se había atrevido a interrumpir el silencio del santón:

—Entremos en tu casa, dices bien; el día está muy caluroso.

—¡Oh! ¡Día feliz éste en que mi casa va a ser ennoblecida y santificada con tu presencia!

Y se dirigió a una puertecilla situada cerca de la puerta de la mezquita, y llamó. Inmediatamente se abrió la puerta y apareció un esclavillo mulato, un niño cubierto de andrajos, que miró con asombro a Sydi Juzef, que no iba más limpio ni menos andrajosamente vestido.

Atravesaron un pequeño patio en medio del cual había una fuente seca, y entraron un vestíbulo, a cuyos lados había dos huecos tres arcos de herradura, y en cada hueco había, sobre una tarima, una estera de palma.

Este es un lugar que hay en toda casa árabe, donde el dueño recibe a los extraños, que no pasan de allí. En el interior, donde están las mujeres, sólo entran los parientes cercanos, y rara vez un extraño, a quien dueño de la casa quiera hacer el gran obsequio de que penetre en ella.

Aben-Balkin concedió este inusitado favor a Sydi Juzef, abriendo una pequeña puertecilla situada en uno de los huecos, e invitando a que pasara a Sydi Juzef que entró, no como quien recibe un favor, sino como quien lo otorga.

Y en efecto, para el santón no tiene nada cerrado ni oculto un musulmán.

Hasta tal punto llega el fanatismo de los moros en esta parte, que si un santón elige a su mujer y tiene de ella un hijo, el marido creerá honrada y favorecida su familia; una joven musulmana que haya pertenecido a un santón encontrará al momento un buen esposo, aunque sea fea y pobre; en la silla donde un santón se sienta en la casa de moro, no vuelve a sentarse nadie, y aquel lugar se señala como si hubiese sido consagrado.

Un moro se dejará matar en defensa de un santón.

En una palabra: ser santón es todo lo que hay que ser en Africa.

Sydi Juzef, siempre asido a su espingarda, subió por unas estrechas escaleras y entró en un corredor cerrado por espesas celosías.

Apenas entró en él, cuando dos jóvenes y hermosas niñas, que habían salido al encuentro de Sydi Juzef, creyéndole sin duda el fakí, única persona que podía subir por aquellas escaleras, dieron a correr gritando y cubriéndose el rostro con las manos y desaparecieron por el otro extremo del corredor.

—No corráis, no corráis, hijas mías — dijo el fakí; — el que entra en nuestra casa, trayendo a ella la paz y la alegría, es un xerife morabito, un príncipe, un hombre de Dios.

Pero las muchachas no le oían, y ni volvieron a parecer ni respondieron una palabra

Sydi Juzef iba tan distraído y tan pensativo que no dió muestras de haber reparado en nada de esto, y se entró por una puerta de arco de herradura revestida de estuco con ricas ornamentaciones árabes, en una sala que recibía la luz de unas pequeñas ventanas altas junto al techo, cubiertas por planchas de estuco, caladas, formando bellos transparentes.

Las paredes estaban pintadas y doradas, y el techo era de maderas labradas y pintadas.

El pavimento era de mármol blanco, y en el centro de la sala, tocando a la pared del frente de la entrada, había una alfombra de seda, y sobre ella un diván con almohadones de damasco. Sobre el diván había una guzla, mucho más pequeña que nuestras guitarras, de ébano y marfil, con cinco cuerdas de oro, y sobre la alfombra, unas babuchas de seda bordadas de plata y almoldadas, al parecer a un pie precioso.

A un lado había una mesa con gran número de redomitas con perfumes, y sobre la mesa un gran espejo. Al otro lado un lecho ancho y cómodo, y en un ángulo un arcón de madera labrada. Un perfumero redondo, que apenas exhalaba ya humo, pero que había llenado de un suave y delicado olor la sala, estaba a poca distancia del diván. Todo revelaba que aquella era la habitación de una mujer, y que esta mujer acababa de abandonarla.

No era allí donde el fakí había querido llevar al xerife; pero Sydi Juzef se había metido allí, y todo lo que el santón hiciera estaba bien hecho.

Sydi Juzef puso su espingarda al alcance

PUCKY

de su mano contra la pared, y se dejó caer en el diván. Una de sus manos tropezó en la guzla. La tomó y recorrió sus cuerdas. La guzla estaba perfectamente templada. Sydi Juzef tocó en ella algunos preludios, y luego arrojó, lejos de sí, la guzla.

—Maldito sea ese instrumento — dijo: — cuando veo una guzla u oigo su sonido, la maldición de Dios truena en mis labios: con ese maldito instrumento me adormecía en otros tiempos una mujer infame, una mujer que sintió todo el peso de mi justicia, y a quien Dios haya querido perdonar. Hace diez y seis años que yo no tomo en mis manos una guzla, aunque he sido famoso tocador de ella antes de consagrarme a la vida de la penitencia y de la perfección.

Sydi Juzef, en cuyos ojos ardía un fuego opaco, que daba a su mirada una expresión de locura extraña, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio.

Aben-Balkín, que estaba respetuosamente de pie delante del xerife, no se atrevió a interrumpirle. Al fin éste levantó la cabeza y miró fijamente al fakí.

—¿Qué haces ahí inmóvil y mudo como si te hubiera hechizado una judía? — dijo con acento áspero Sydi Juzef.

—Esperaba a que te dignases hablarme, Sydi.

—Siéntate.

—¿No quieres que pida para tí refrescos y frutas, santo anacoreta?

—Más tarde; ahora siéntate y escucha.

El fakí se sentó sobre sus piernas, guardando una actitud respetuosa, y se puso a escuchar con la más grave atención.

—Dicen que tú, Aben-Balkín, eres uno de los doctores más sabios y que mejor explican los misterios del libro de la Ley.

—Delante de tí, Sydi no hay más sabio que tú.

—Yo he venido — dijo el santón — porque estaba cerca de tu mezquita cuando llegó la hora de la adoración de "adohar", a orar a ella; pero después creo que me ha traído el Señor, porque tengo grandes dudas que consultar contigo.

—Habla, Sydi, que yo te escucho con atención.

—Dime: si llega a nuestras puertas un enfermo, un hombre con peligro de muerte, y es enemigo nuestro, porque es enemigo de nuestra ley, ¿debemos cerrarle la puerta?

—Pecaríamos, porque Dios nos ha enviado aquel hombre.

—¿Pero si es nuestro enemigo?...

—Dios nos le ha enviado para que le demos bien por mal.

—¿Entonces no podremos matarle?

—No.

—¿No podríamos envenenar sus medicamentos?

—Eso sería un asesinato bajo nuestro techo, que traería sobre nosotros y sobre nuestra casa la maldición del Señor

—¿Y no podremos arrojarle de nuestra casa, hacerle continuar su camino?

—No, porque la fatiga y el desamparo podrían matarle, y su muerte caería sobre nuestra cabeza, porque nos había faltado la paciencia, la largueza y la caridad.

—Pero ¿y si una mujer a quien amáramos amase a ese enemigo nuestro?

—No sería él culpable por la impureza de nuestra mujer...; ella, ella sola.

—¿Y qué hacer con esa mujer?

—¡La mujer impura debe morir!

—¡Morir! ¡Morir! ¿Y si no podemos matarla? ¿Si su voluntad es nuestra voluntad, si no sabemos ni podemos hacer más que lo que aquella mujer quiere que hagamos, si domina nuestra alma, si debilita toda nuestra energía?

—Entonces debemos orar al Señor para que nos libre de Satanás, que se ha apoderado de nosotros.

—¿Y si oramos y Dios no nos concede lo que le pedimos?

—Es que Dios prueba nuestra fe y nuestra mansedumbre.

—Dices bien; tú eres sabio y justo — dijo Sydi Juzef con acento sombrío y desplomando sobre el fakí una mirada amenazadora; — no hablemos más de esto.

—Soy muy desgraciado, porque mis palabras te irritan, Sydi.

—¡Irritarme tú, vil gusano! — exclamó Sydi Juzef con un acento en que se revelaba la insensatez. — ¿Y quién eres tú para irritarme a mí, que vales menos que el polvo que pisan mis pies?

—¡Oh, santo xerife anacoreta! — dijo el fakí postrándose y uniendo el rostro al pavimento. — ¡Haz lo que quieras de tu siervo, cumple sobre él tu voluntad!

Sydi Juzef estaba pálido, tembloroso. Su mirada vagaba sin objeto, irritada, lúgubre, terrible, y estaba replegado, contraído, sobre el diván como una pantera irritada sobre su cubil.

Aben-Balkín, prosternado ante Sydi Juzef, temblaba de terror, porque aunque los moros reciben con alegría todo lo que para ellos proviene de un santón, cuando el santón les amenaza de muerte, sienten, como mortales, miedo.

Pasaron gran espacio de tiempo, Sydi Juzef replegado, tembloroso, excitado por los celos del amor que sospechaba en su hija hacia el cristiano y Aben-Balkín esperando de un momento a otro un golpe de muerte, porque el santón se había puesto furioso.

De repente se operó una reacción singular en Sydi Juzef; los músculos de su semblante perdieron su terrible tensión; sus ojos se revolvieron trocando la expresión del furor por la de la locura, que no deja en quien domina la más leve conciencia de sí mismo; se contrajo su boca de una manera extravagante, y soltó una ruidosa y desagradable carcajada.

Luego, después de algún tiempo, su semblante se serenó más, y se dejó ver como iluminado por un reflejo de razón.

Se irguió al fin, y reparando en el fakí, le dijo:

—¡Por los siete durmientes! ¡Así el diablo cargue contigo! ¿Qué haces ahí postrado como un perro?

—¡Santo xerife anacoreta! — repitió con

voz compungida el fakí — ¡Haz lo que quieras de tu siervo!

—¿Y qué he de hacer yo contigo? ¿No estoy bajo tu techo? Y luego, ¿en qué me has ofendido tú?

—¡Ah! ¡Yo creía haber causado tu indignación! — dijo el fakí.

Sydi Juzef acabó de aparecer tranquilo.

—Tengo sed — dijo.

—Mis mujeres van a servirte al momento, Sydi. Pero ¿qué es lo que tú deseas?

—Leche, miel y frutas — contestó bruscamente el xerife.

Aben-Balkin salió. Sydi Juzef se quedó reclinado en el diván, con la cabeza inclinada sobre el pecho, en la actitud de quien reposa de una larga fatiga.

No tardó mucho en volver el fakí. Con él venían dos jóvenes casi de la misma edad. La una, era blanca, y parecía como de quince años. La otra, morena, y demostraba sobre poco más o menos la misma edad que su compañera. La blanca tenía los ojos garzos y los cabellos cortos, y era muy linda y muy graciosa, sin alcanzar a una gran hermosura. La morena tenía los cabellos y los ojos negros, y era hermosísima. Indudablemente, aquellas dos jóvenes no eran hermanas, ni aún parientas. No había en ellas ningún signo de familia o de raza común a los dos. La morena, además, debía causar gran impresión en Sydi Juzef, no tanto por su gran hermosura, como por una circunstancia extraña. Aquella joven se parecía de una manera perfecta a Mirian. Sólo se diferenciaba de ella en que Mirian era excesivamente blanca, y en que sus ojos, y sus cabellos, y sus cejas y sus pestañas eran negros hasta lo infinito; en que tenía alguna más edad que ella, alguna más estatura, y era algo más gruesa; en que tenía una altivez y una costumbre de dominio de que carecía la otra, al parecer muy dulce y muy tímida; pero; pero el que conociendo a la una hubiera conocido a la otra, las hubiera creído, sin género de duda, hermanas, hijas de un mismo hombre y de una misma mujer.

Estaban sencillamente vestidas de blanco, con dobles túnicas de lino, y tocas ligeras en la cabeza, de la que pendían sus cabellos en largas y gruesas trenzas. La blanca llevaba babuchas de marroquí amarillas. La morena estaba descalza, y por el tamaño y la foma de sus pequeños pies, se comprendía que eran suyas las babuchas que con la guzla habían quedado abandonadas en la sala al huir las dos jóvenes de la presencia de Sydi Juzef.

La joven morena llevaba con sus dos pequeñas manos una gran taza vidriada llena de leche; la blanca tenía sobre su brazo izquierdo un canastillo de palma con uvas e higos blancos, y en la mano derecha un plato vidriado con miel de abejas.

—Presentad esos manjares al santó xerife anacoreta, hijas mías — dijo Aben-Balkin, — y pedid a Dios que encontréis gracia en los ojos del escogido.

La joven blanca se acercó temblando y presentó su miel y su fruta al santón.

—¿Es hija tuya esta niña? — dijo, arrojando sobre ella una mirada indiferente, Sydi Juzef.

—Sí, noble xerife — dijo el fakí; — es mi única hija Aydamarat, tu esclava, si de ella gustas.

—¡Cómo! — dijo el xerife — Pues qué, ¿esa otra doncella no es hija tuya?

—No, esa joven es Fatimatu 'l-Noemi (1), tu esclava también, si la quieres.

Al escuchar aquel nombre, que recomendaba la hermosura de la joven morena, el xerife alzó los ojos y los posó en ella.

Fatimatu l'-Noemi tenía fijos, como instintivamente, sus grandes ojos negros en el xerife.

Verla Sydi Juzef, lanzar un rugido salvaje, inyectarse sus ojos de sangre palidecer, temblar, alzarse violentamente del diván y asirse brutalmente a la joven, todo fué obra de un momento.

Fatimatu l'-Noemi dejó caer el tazón de leche, y dió un grito de espanto.

El xerife la había atraído a sí, y la miraba de cerca, lanzando sobre ella el fuego de su mirada y su ardiente y ronco aliento.

—Esta doncella es carne de mi carne y hueso de mi hueso — gritó rugiente como un tigre irritado — ¿Quién ha traído aquí a esta doncella?

—¡Oh! Suelta, suelta, señor — decía llorando Fatimatu l'-Noemi; — suelta, que me haces mucho mal.

—¿Quién es esta doncella? ¿Quién la ha traído aquí? — repitió Sydi Juzef sin soltar el delicado brazo de la joven y devorando con su mirada hambrienta a Aben-Balkin, que, asombrado por lo que veía, no había contestado a la primera pregunta del santón.

—Esa doncella — contestó balbuceando el fakí — es hija de Sayda Gulnarah, la de Fez.

—¡Sayda Gulnarah! — exclamó Sydi Juzef, soltando el brazo de Fatimatu l'-Noemi y retrocediendo como aterrado por las palabras del fakí.

Fatimatu 'l-Noemi, al verse libre, huyo despavorida, y Aydamarah huyó con ella. Las había causado un terror imponderable Sydi Juzef.

El xerife y el santón habían quedado solos. Sydi Juzef estaba ebrio de furor. Sus ojos centelleaban, rechinaban sus dientes, apretados los unos contra los otros; estaba cubierto de sudor frío y pálido como un cadáver. Sentía tal miedo Aben-Balkin al ver enfurecido de aquel modo al santón, que no podía hablar.

—¡Sayda Gulnarah! — gritó el xerife — ¡Pero no, no puede ser! ¡La arrojaron delante de mí al mar encerrada en un saco de cuero!

—¡Cómo! ¿Será tu esposa la princesa Sayda Gulnarah, poderoso xerife? — exclamó dominando su terror el fakí.

---

(1) Fátima la hermosa.

—¡La conoces! — gritó el santón.

—Sí, poderoso xerife.

—Habla, habla. ¡Vive la miserable! ¿Qué demonio la sacó de las ondas del mar, donde la arrojó mi justicia?

—Yo no sé si es muerta o viva — dijo Aben-Balkin, cuyo terror iba en aumento.

—¿Y cómo sabes su nombre, renegado infame? — gritó Sydi Juzef.

Aben-Balkin volvió a sentir todo el terror que había sentido antes. Sydi Juzef estaba fuera de sí, transportado de furor, con la mano puesta en el puño de su gumía. Aben-Balkin quiso hablar y no pudo. Le dominaba el terror.

—¿Cómo sabes el nombre de esa miserable? — repitió el santón, cuyo aspecto se hacía cada vez más terrible.

—¡Yo no tengo la culpa! — exclamó haciendo un violento esfuerzo para poder pronunciar estas palabras el fakí.

—¡Pero cómo! ¿Cómo ha venido esa doncella a tu casa? ¿Cómo sabes el nombre de su madre? — repitió Sydi Juzef desenvainando la gumía, acometiendo al fakí y asiéndole con tal fuerza que le hizo venir al suelo.

—¡Ah! ¡No me mates, no me mates, santo anacoreta! — dijo Aben-Balkin viendo brillar sobre él la gumía del xerife.

—¡Habla! ¡Habla! — gritó con impaciencia Sydi Juzef.

—¡Oh! ¡Yo he hecho una buena obra! — exclamó el fakí; — una noche, Shariar el pirata llegó a las puertas de mi casa; abrí, sus esclavos traían una silla de manos, dentro de la silla venía una mujer muy hermosa.

—¿Que se parecería como un tigre a otro tigre a la doncella morena de los ojos negros? — dijo con voz rugiente Sydi Juzef.

—Sí — contestó Aben-Balkin.

Sydi Juzef retiró la gumía de sobre los ojos del fakí y dejó de oprimirle. Luego envainó la gumía y se sentó, mejor dicho, se replegó en el diván, como se replega sobre sí misma una fiera preparada a acometer.

—¿Cuanto tiempo hace que Shariar trajo a tu casa a la princesa Gulnarah? — preguntó Sydi Juzef con voz trémula.

—Diez y seis años — contestó tímidamente el fakí.

—¿Por qué tiempo? — replicó Sydi Juzef

—Por el Rhamazan (1).

—¿Qué edad tenía Gulnarah cuando tú la conociste?

—Quince años.

—¡Los muertos resucitan! — exclamó con voz cavernosa y cobarde, en medio de su ferocidad, Sydi Juzef.

—La princesa Gulnarah no había muerto.

—Gulnarah fué arrojada al mar dentro de un saco de cuero.

—El Altísimo **hizo un milagro.**

—Cuenta.

(1) Cuaresma.

—Escucha, santo xerife, lo que me dijo el pirata Shariar.

—Yo he encontrado sobre las ondas esta mujer; ella es la esposa de un gran príncipe a quien Eblís (2) ha engañado; ha creído a esta dama culpable y la ha mandado meter en un saco de cuero cosido y la ha arrojado al mar; Dios la ha traido al costado de mi almadía, y yo la he sacado del mar cuando estaba cercana a fallecer sofocada; ella ha vuelto a la vida, y yo te la traigo para que la mantengas oculta en tu casa; tú eres un hombre de Dios, y todos respetan tu morada; Sayda Gulnarah estará aquí oculta con seguridad, sin temor de que la encuentre su esposo. — ¿Y quién es su esposo? — pregunté a Shariar. — No puedo decírtelo — me contestó; — pero puedo asegurarte que Sayda Gulnarah es inocente. — ¿Y cómo daré yo a una princesa el aposento, los trajes y los manjares a que sin duda está acostumbrada, siendo pobre y apartado de las cosas mundanas? — Yo te daré tanto oro como sea necesario — me dijo; — yo soy rico, mis almadías hacen presa de las naves cristianas y roban las riberas de la otra banda — Y tras estas palabras me dió una bolsa llena de zequíes de oro. En mi pequeña casa se labraron algunas salas, de las cuales una es esta, hermosas como los aposentos de un alcázar, y Shariar trajo alfombras, lámparas y objetos preciosos para adornarlas. Desde entonces Sayda Gulnarah está aquí, oculta, sin que nadie sepa que vive, sin que haya yo revelado a nadie este secreto, sino a ti, noble y poderoso xerife.

—Pero ¿y Fatimatu 'l-Noemi? — exclamó con ansiedad Sydi Juzef.

—Fatimatu 'l-Noemi nació aquí, a las cinco lunas de haber llegado su madre.

—¡A las cinco lunas! — exclamó palideciendo Sydi Juzef; — ¡pero entonces Gulnarah es inocente! .. ¡El desdichado Abd-el-Azis no me había ofendido!... ¡Yo me he bañado como un león furioso en su propia sangre!...

Fué horrible lo que pasó por Sydi Juzef. Se levantó rígido como un espectro maldito, extendió los brazos como hacia un objeto visible sólo para él, pero que debía ser terrible, retrocedió aterrado, dió un grito espantoso y cayó sobre el diván como un roble herido por el rayo. Luego se oyó un ronquido sordo, espantado y después, nada.

Aben-Balkin se lanzó sobre él y retrocedió horrorizado. Sydi Juzef estaba muerto, lívido, amoratado, negro, como los que mueren por una congestión cerebral.

Capítulo IX

La situación en que se encontraba el fakí Aben-Balkin era fuertemente comprometida. Había muerto en su casa un príncipe, un xerife, un santón, respetado y venerado hasta la idolatría, no sólo en la comarca, sino en todo el Imperio, tenido por sabio y santo y pariente próximo del sultán.

Nadie le había visto morir, y el fakí te-

mió no le atribuyeran aquella muerte repentina a un envenenamiento. Aben-Balkin pensó en trasladar el cadáver a la cueva de la casa, sepultarle allí y guardar el secreto. Pero Aben-Balkin no sabía si alguno, a pesar de la soledad en que aquel día había estado en su mezquita, habría visto entrar en ella al xerife y se notaría por alguien que el xerife no había salido.

Aben-Balkin era además un buen hombre, y se rehizo con el valor que da la virtud. Creía en Dios, tenía una gran fe y acabó por convencerse a sí mismo de que Dios no podía abandonarle ni dejarle perecer como a un criminal, siendo inocente; en todo caso, sería un mártir, y Dios le abriría su Paraíso.

La virtud pudo más que el miedo con el fakí, y, sin perder un momento, se separó del cadáver, dejándole tal como había caído sobre el diván; cerró con llave la puerta de la sala, bajó las escaleras, salió de su casa y trepando por algunas estrechas y pendientes calles, llegó a la cercana alcazaba y pidió hablar, en nombre de Dios y como fakí de la mezquita de Sydi-Ben-Zeytun, al poderoso e invencible sultán de Marruecos, Sydi Ahtmed.

Este, al oír el nombre del fakí, que por su virtud era muy respetado en la ciudad, mandó que inmediatamente le llevaran a su presencia.

El sultán y el fakí quedaron solos.

—¿Qué quieres del sultán, hombre de Dios, sabio doctor de la ley? — preguntó Sydi Ahtmed, alzando al fakí, que se había prosternado a sus pies.

—Tengo la desgracia de traerte una muy mala noticia, invencible y poderoso señor — dijo aterrado y tembloroso el fakí.

—¿Han predicho las estrellas que mi reinado será corto y que moriré a manos de traidor? — dijo sonriendo Sydi Ahtmed.

—Yo no he levantado figura ni he pretendido descifrar tu horóscopo, ni son desgracias tuyas las que vengo a noticiarte, Sydi.

—¿Qué sucede, pues?

—Un príncipe favorecido por Dios, un xerife tu próximo pariente, un varón justo, un guerrero vencedor, un santo anacoreta...

—¿Es de mi primo Sydi Juzef de quien quieres hablarme? — dijo el sultán, cuyo semblante se nubló ligeramente.

—Sí, poderoso señor — respondió todo confuso Aben-Balkin.

—¿Y qué ha sucedido a mi valiente y noble primo, el ilustre xerife, el santo morabita Sydi Juzef?

—Esta mañana ha venido a rezar a mi mezquita, en la antigua casa del anacoreta Sydi-Ben-Zeytum, la oración de "adohar". Después ha entrado en mi casa para tomar un refresco, ha visto una doncella, Sayda Fatimatu 'l-Noemi, ha caído en furor y ha sido herido por el arcángel Azrael (1).

—¡Ha muerto! — dijo el sultán.

(1) Arcángel de la muerte.

Y guardó un silencio profundo, un silencio de espanto.

—¡Le ha herido la mano de Dios— — dijo al fin el xerife Ahtmed.

—Dios no hiere a los elegidos; los llama a su Paraíso — dijo Aben-Balkín.

El sultán guardó silencio; ese silencio particular que producen las situaciones excesivamente graves. El semblante del sultán se encontraba en aquellos momentos algo turbado.

—¡Yo soy inocente! — dijo Aben-Balkín, esperando ver cuales pudieran ser los pensamientos de Sydi Ahtmed.

—¿Y quién te culpa, respetable fakí? — dijo el sultán: — Tu larga vida empleada en la virtud aparta de ti toda sospecha de crimen; pero ¿quién impedirá que habiendo muerto tan cerca de mí el terrible y el venerado xerife Sydi Juzef, no haya quien crea que sea mía la culpa de su muerte?

—¡Oh, escogido sultán de los creyentes! ¿Y quién se atrevería a suponerte culpable de tan infame acción? — dijo con acento inspirado el fakí.

—Dices que a la vista de una doncella que mora en tu casa, el xerife Sydi Juzef ha caído enfermo y ha muerto. ¿Quién es esa doncella?

—Esa doncella es Sayda Fatimatu 'l-Noemi, hija de la sultana Sayda Gulnarah.

—¿Has conocido tú a Sayda Gulnarah? — dijo con asombro Sydi Ahtmed.

—Sí, poderoso califa.

—Pero Sayda Gulnarah fué arrojada al mar por su esposo hace muchos años.

—Sayda Gulnarah vive.

—¡Qué vive! — exclamó Sydi Ahtmed poniéndose pálido como un cadáver.

—Sí, noble sultán, vive; hace diez y seis años que vive oculta en mi casa con su hija Sayda Fatimatu 'l-Noemi, que nació cinco lunas después de la llegada de su madre a mi mezquita.

—¡Y allí ha muerto Sydi Juzef al ver a su hija a quien no conocía, a quien creía haber entregado con su madre a las implacables ondas del mar! ¡Oh, poderoso Señor, y cuán incomprensibles son tus decretos! ¡Cuán admirable tu sabiduría!

Y apenas dichas estas palabras, el sultán tomó un alquicel blanco, se envolvió en él de los pies a la cabeza y cubrióse el semblante y entrando por una pequeña puerta dijo a Aben-Balkín.

—Sígueme.

Bajó el sultán seguido por Aben-Balkín, unas estrechas escaleras, llegó a un pequeño patio, llamó a uno de los kaides o capitanes de su guardia negra y, dejándose ver por un momento de él, le mandó abrir un postigo de la alcazaba que comunicaba con la ciudad. Atravesaron el sultán y el fakí silenciosos los dos algunas pendientes y tortuosas calles y al fin llegaron a la plazuela solitaria de la mezquita de Sydi Ben-Keytun. Abrió tembloroso la puerta Aben-Balkín y Sydi Ahtmed, aunque encubierto, pasó. Cuando estuvieron en el corredor, el fakí abrió la puerta de la sala. Entonces se presentó a la vista del sultán el cadáver del terrible Sydi Juzef.

Sydi Ahtmed necesitó hacer un supremo

esfuerzo para que no asomase a su semblante la alegría que le causó la vista del cadáver del formidable xerife. Le acompañaba Aben-Balkin.

—¡Los tres en pocas horas! — murmuró de una manera ininteligible Sydi Ahtmed: ¿quién puede ya disputarme el Imperio? Yo soy el único xerife. ¿Quién impedirá ya, muerto este león terrible, que Mirian sea mi esposa?

Y el contento de Sydi Ahtmed crecía. Y, sin embargo, Aben-Balkin creyó que el sultán sentía de una manera profunda la muerte de su pariente Sydi Juzef. De tal modo, de una manera tan perfecta encubría el sultán su alegría bajo la tristeza aparente de su semblante.

—Dios lo ha querido — dijo Aben-Balkin, procurando consolar con estas palabras el dolor que suponía en el sultán.

—¡Resignémonos a la voluntad de Dios! — dijo Sydi Ahtmed con acento triste y opaco.

Después se acercó al cadáver y le examinó. No hay moro, especialmente si es de categoría elevada, que no tenga algo de médico. Sydi Ahtmed se convenció por sí mismo, de que nada tenía que temer de su tremendo primo; estaba muerto, sin que pudiera quedar al sultán la menor duda.

—Te ha muerto el remordimiento, asesino — murmuró el sultán; — Dios no podía dejar sin castigo tus crímenes; Dios no podía permitir el crimen de tu impureza por Mirian; ¡oh, Mirian será mía! ¡Yo la haré la sultana de mi alma y de mi Imperio!

Después añadió en voz alta dirigiéndose al fakí:

—Es necesario honrar el cadáver de nuestro noble pariente y enviarle a Marruecos para que repose entre los sepúlcros de los xerifes; que laven su cadáver, que le embalsamen: yo enviaré las vestiduras que le convienen, y mañana se harán sus exequias delante de todo el ejército, al mismo tiempo que mi proclamación; salgamos y cierra la puerta; llévame a la presencia de mi hermana, la noble sultana Gulnarah.

Y salió. Aben-Balkin, contento porque había echado de sí toda responsabilidad acerca de la muerte del xerife anacoreta de Ain-Al-Mokazen, cerró la sala donde quedaba su cadáver y ,torciendo por un corredor, abrió otra puerta e introdujo a Sydi Ahtmed en un bellísimo aposento.

En él había tres mujeres, que se estrecharon las unas contra las otras, como para protegerse, al ver entrar otro hombre con Aben-Balkin. Dos de aquellas mujeres eran muy jóvenes, y miraban con espanto a Sydi Ahtmed, que se había cubierto completamente el rostro. Eran Fatimatu 'l-Noemi y Aydamarah, la hija del fakí. La dama que tenía entre sus dos brazos a las jóvenes y estaba en la posición de una leona preparada a defender sus cachorros, era una mujer magnífica, que apenas contaría treinta años, y que se parecía enteramente a Mirian y a Fatimatu 'l-Noemi, y que era morena como esta última.

Pero sus formas, en vez de la ideal pureza de las de sus hijas, tenían la incitante morbidez de la madre, de la mujer; había más descuido, más desaliño en su traje y en su peinado; más fuerza y más dureza en sus magníficos ojos negros que amenazaban. Era aquel grupo de una mujer y de dos niñas admirable por su expresión y por su situación. Nada dijo Gulnarah. Nada dijeron las dos jóvenes. Ni un solo grito se oyó, aunque creyeron que con aquel hombre que entraba con Aben-Balkin se acercaba a ellas un peligro de muerte. Durante algunos segundos Sydi Ahtmed estuvo contemplando absorto, conmovido, a Fatimatu 'l-Noemi, que, salvo la diferencia del color, le presentaba el retrato perfecto de Mirian. Al fin extendió su brazo hacia Aben-Balkin y le dijo:

—Sal, aléjate; llama a las gentes necesarias para lavar y embalsamar su cadáver, y no vuelvas hasta que yo te llame.

Aben-Balkin se inclinó tres veces profundamente y salió andando para atrás para no volver la espalda al sultán. Este fué a la puerta y la cerró por dentro. Gulnarah se puso de pie, cubriendo con sus dos magníficos brazos a Fatimatu 'l-Noemi y a Aydamarah. Las dos eran sus hijas. Lo que quiere decir que, siendo hija de Abel-Balkin Aydamarah, Gulnarah había sido amante de Aben-Balkin. Este era un secreto que el fakí no se había atrevido a revelar a Sydi Juzef ni a Sydi Ahtmed. El estar el sultán cubierto, el haber hablado con Aben-Balkin de un cadáver y el acto de encerrarse con ellas aquel desconocido, había aumentado la ansiedad maternal de Gulnarah. Por eso se había puesto de pie y había cubierto con sus brazos a sus hijas. Pero al volverse después de cerrar la puerta Sydi Ahtmed, se desenvolvió del alquicel y se dejó ver descubierto.

Gulnarah palideció y se pintó en su semblante una expresión de duda, mezclada con una expresión de alegría.

Hacía muchos años, cuando Gulnarah, muy joven aun, vivía con su padre en una vieja alcazaba, rodeada por los aduares de las feroces kabilas habitadoras en las montañas de Daren, había conocido a su primo el xerife. Sydi Ahtmed, que era muy joven, y pasaba largas temporadas en la montaña, entregándose a la caza del jabalí, a la que era muy aficionado el sultán. Habían pasado diez y ocho años desde que no le había visto, y, sin embargo, le recordaba. Pero los años y los sucesos habían desfigurado mucho a Sydi Ahtmed; cuando le conoció Gulnarah apenas mostraba el bozo su labio superior, y al volverlo a ver, una larga y poblada barba de color oro ennoblecía su semblante; sus ojos habían adquirido una gran fuerza, habituados al horror del combate, y la costumbre del mando sobre feroces guerreros había dado esa altivez y esa arrogancia peculiares a los hombres nacidos para el trono, a sus actitudes y a sus maneras. Gulnarah, pues, dudaba y creía al mismo tiempo en sus recuerdos.

—¡Eres tú! ¡Tú mi pariente, el sobrino de mi padre, el hijo del sultán Abd-Allah! — exclamó.

—¡Sí, mi hermosa prima, mi desventurada Gulnarah — dijo el sultán, — yo soy tu primo, el xerife Ahtmed-Abu-Abd-Allah;

ahora, y desde ayer, soy el sultán de Marruecos.

—¡El sultán!

—Sí; ayer murieron en batalla Sydi Yahye-al-Almalek y Sydi Hohhanmed-Abu-Abd-Allah.

—¡Pero vive el feroz xerife Sydi Juzef-al-Hbayzarí! — dijo con espanto Gulnarah. — ¡Está aquí en esta misma casa!

—Nada tienes que temer de tu feroz esposo, Gulnarah; Dios le ha herido castigando sus crímenes; ese cadáver que hay que lavar y embalsamar es el del feroz xerife Sydi Juzef-al-Hbayzarí.

—Muerto! — exclamó on una expresión indefinible Gulnarah — ¡Muerto acaso por tí!

—No, muerto por el remordimiento; muerto por la mano de Dios.

—Dejadnos solos, hijas mías — dijo Gulnarah, besando a las dos jóvenes en la frente; salid, nada tenéis ya que temer.

Las dos jóvenes salieron mirando con asombro al sultán.

Sydi Ahtmed cerró de nuevo la puerta y fué a sentarse en el diván junto a Gulnarah.

—Habla — la dijo — ¿Cómo es que vives? Yo te vi arrojar al mar, encerrada en un saco de cuero.

—¡Oh! — exclamó con horror Gulnarah — Sydi Juzef fué para mi injusto y cruel; Dios sólo podía salvarme, y Dios me salvó; el saco en que iba encerrada no se sumergió, flotó sobre las olas, se alejó; yo me sentía arrebatar y oraba a Dios aterrada; empezaba a faltarme aliento, me ahogaba; de repente sentí que me levantaban, luego que me dejaban sobre un suelo que se movía; sentí despu s que rasgaban el saco y respiré aire fresco impregnado de los olores marítimos; ví en mis ojos la claridad de la luna y me desmayé. Después me encontré en un lecho; un moro de aspecto bravío, ya de edad avanzada, me contemplaba con compasión; aquel hombre era Sharlar el marino, el pirata, que había encontrado abandonado a las olas el saco que me encerraba, que, no habiendo entrado en él agua, se había mantenido sobre las olas. Aquel hombre generoso cuidó de mí, y cuando estuve fuerte, le referí mi historia; entonces me dijo: — Tu esposo es un hombre poderoso y terrible; él te cree muerta, y es necesario que ignore que vives; yo no tengo casa ni aun choza sobre la tierra; mi casa es mi nave; tú no puedes vivir aquí, expuesta siempre a las tempestades y a los combates con los cristianos; yo te llevaré adonde vivas tan oculta que nadie sospeche tu existencia allí.

Y pocos días después se acercó una noche a tierra junto a Larache, me metió en una silla de manos y me trajo a Alcazarquivir, casa del faki Aben-Balkin, donde he encontrado la felicidad.

—¡La felicidad, prima!

—Sí, la felicidad, porque he encontrado el amor.

—¡Cómo! ¡Una sultana de la familia de los xerifes habrá sido la esclava, la manceba de un obscuro fakí!

—Yo no soy la princesa Gulnarah — dijo ella con altivez, contestando enérgicamente al desprecio y a la cólera con que Sydi Ahtmed había pronunciado sus últimas palabras; — la sultana Gulnarah murió para su familia, cuando abandonada por ella, calumniada por un miserable, maltratada por su esposo horrible, fué arrojada al mar. Yo no tengo más familia que la que he encontrado después que la misericordia de Dios me salvó de aquella muerte horrible. Tú, que me dejaste perecer, ¿qué derecho tienes para pedirme cuenta de mis acciones, cuando me encuentras viva por un milagro de Dios?

—¿Pero cómo una mujer hija de ilustres padres puede amar dos veces?

—Sólo he amado a Aben-Balkin.

—¡Qué! ¿No amaste nunca a Sydi Juzef?

—¿Es posible acaso amar a un lobo?

—Tú te mostrabas orgullosa de él.

—Mentía por no irritarle; me casó la voluntad de mi padre y fingí para no irritar la ferocidad de mi marido.

—¿Y fué fingimiento también la hija que le diste?

—¡Oh! La Naturaleza cruel, que hace que del vástago que la cuchilla ha cortado brote el fruto sabroso.

Y Gulnarah se puso pálida y miró con ansiedad a Sydi Ahtmed.

Este comprendió que no se atrevía a preguntarle por su hija, que temía que hubiese cometido contra ella algún terrible crimen el feroz Sydi Juzef.

—¡Mirian vive! — dijo el xerife, apresurándose a derramar aquel bálsamo de consuelo en el corazón de la madre.

—¡Qué vive mi hija Mirian! — dijo con una alegría infinita, exhalando sus palabras de una manera inexplicable. — ¡Vive! ¡Vive! ¿Y dónde?

—Cerca de aquí.

—¡Cerca de aquí! ¡En la ciudad!

—No, en el campo; en el morabito de Ain-Al-Mokazen.

—¡Con su padre!

—Sí. ¿Cómo sabes tú que el solitario de Ain-Al-Mokazen era el xerife Sydi Juzef?

—Le he oído nombrar muchas veces con veneración a Aben-Balkin.

—¿Y no sabe Aben-Balkin que Sydi Juzef era tu esposo?

—No, yo he guardado el secreto. ¡Pero mi hija! ¡Mi hija!

—No puedes ver a tu hija, Gulnarah.

—¡Que no puedo ver a mi hija, Sydi Ahtmed! ¿Quién puede impedirme que yo la vea?

—El sultán.

—¿Y qué interés tiene el poderoso sultán en que una madre no vea a una hija a quien no ha podido olvidar, a quien ha creído muerta.

—Amo a Mirian, y Mirian será mi esposa.

—¡Ah!

—La esposa del sultán no tiene madre; su madre murió en las ondas del mar —

dijo Sydi Ahtmed repitiendo las palabras de Gulnarah; — la esposa de un humilde faki no puede ser la madre de la esposa del sultán.

—¡Oh! ¡La familia de los xerifes es una familia maldita! — exclamó con acento terrible Gulnarah.

—Es verdad — dijo Sydi Ahtmed; — es ser maldito practicar obras de maldad y caer en el eterno sueño. Gulnarah, llevando sobre sí la maldición de Dios; es terrible ser venerado como santo y ser Satanás sobre la tierra... llevar la miseria y la impureza hasta el extremo de amar a su propia hija.

—¡Oh! — exclamó Gulnarah con horror —¡Y ella, la desdichada!...

—Es pura como el primer rayo del sol de la mañana. Sydi Juzef gemía sujeto a su voluntad; era el único poder que dominaba al terrible xerife; sin ella, Sydi Juzef hubiera sido una fiera nunca saciada de sangre; Mirian es un arcángel del séptimo cielo.

—¡Oh! ¡Quiero verla! ¡Quiero estrecharla contra mi corazón! ¡Soy su madre! — dijo Gulnarah juntando las manos con la expresión de la más ardiente súplica.

—No, no; su madre murió en el mar — repitió roncamente Sydi Ahtmed; — la princesa Gulnarah ha desaparecido; sólo queda la esposa del faki.

—¿A qué has venido entonces aquí? — dijo con altivez Gulnarah.

—A recoger el cadáver de mi pariente Sydi Juzef para darle honrosa sepultura en el panteón de nuestra familia y a llevarme conmigo...

—¿A quién? — gritó Gulnarah, levantándose asustada del diván.

—A Fatimatu 'l-Noemí, a la otra hija de Sydi Juzef a la hermana de Mirian.

Gulnarah palideció densamente y tembló.

—Esa desdichada estaba aún en el seno de su madre cuando su madre fué arrojada al mar: ella murió conmigo... ella no existe más que para su madre.

—Esa doncella se parece demasiado a Mirian. Mirian será mi esposa; nadie más que yo tendrá a esa doncella, que es tan semejante a la que dentro de muy poco tiempo será mi sultana.

—Es que las dos entonces son semejantes a mí — dijo Gulnarah — y, yo soy esposa de Aben-Balkin.

—¡Es verdad! — dijo fríamente Sydi Ahtmed; — entonces será necesario poner a Aben-Balkin donde no vea a nadie, donde no pueda hablar con nadie.

Gulnarah se dominó: no podía luchar frente a frente con el poderoso xerife; se doblegó y prefirió una lucha de astucia.

—Y bien — dijo — sólo mi desgracia y mi aislamiento han podido traerme al poder de ese hombre; y en verdad en verdad que yo preferiría volver a vivir en alcázares, servida por esclavos.

Pronunció de tal manera Gulnarah estas palabras que engañó a Sydi Ahtmed.

—Si tú consientes en seguirme con tus dos hijas — la dijo, — yo te llevaré a mi alcázar de Marruecos; vivirás en él como sultana al lado de mi anciana madre, y tus dos hijas casarán como la adorada de mi alma con altos príncipes; yo no puedo consentir que Mirian tenga bajos parientes.

—¡Oh, sí! ¿Pero qué haremos de Aben-Balkin?

—El faki de los fakíes del imperio es enemigo mío; su cabeza me pertenece; pondremos en su lugar a Aben-Balkin.

—¡Oh! Pues entonces, ¿por qué hemos disputado, Sydi Ahtmed? Tú obras como quien eres; al ser elevado al trono, quieres elevar a tus parientes; esto es muy natural. ¿Me permitirás ahora que vea a mi hija Mirian?

—Mañana, cuando yo haya hablado con ella, cuando ella haya abandonado para siempre el morabito de Ain-Al-Mokazen; y adiós, Gulnarah; nos hemos encontrado de una manera que parece preparada por Dios, y nos separamos como únicamente debíamos separarnos, como buenos amigos.

—¿Te vas, señor? — dijo Gulnarah.

—Sí, es necesario; un sultán no tiene todo el tiempo que quiere. Muy pronto volveremos a vernos; adiós.

Y Sydi Ahtmed salió, dudando de la amistad de Gulnarah y dispuesto a arrostrar por todo; y Gulnarah se quedó llena de ansiedad, temiéndolo todo de Sydi Ahtmed.

—Lo sé todo — dijo Sydi Ahtmed a Aben-Balkin, que le esperaba respetuosamente al extremo del corredor.

—Perdón señor — dijo el faki; — Dios la trajo a mi casa, y el amor... la tentación...; yo sé bien que una tan alta princesa...

—Por alta que sea una princesa, bien puede ser esposa del faki de los fakíes del imperio.

—¡Cómo, señor! ¡Yo!...

—Sí, tú serás mi gran faki, porque voy a cortar la cabeza al que ahora lo es.

Sintió algo semejante a un sutil frío que pasaba por su garganta Aben-Balkin sólo al pensar en que iba a ocupar el puesto de un magnate descabezado por el sultán.

—Oye ahora — le dijo Sydi Ahtmed: — cuida el cadáver de mi primo Sydi Juzef; hazle amortajar con las ropas que yo te enviaré, y cúbrelo de perfumes hasta mañana, mi buen faki.

El sultán se rebozó en su alquicel, salió de la casa del faki por calles excusadas a la alcazaba, y entró por el mismo postigo por donde había salido.

Capítulo X

Lo que acababa de suceder era demasiado grave para que la casa de Aben-Balkin no quedase alterada.

Apenas salió el sultán, las dos jóvenes fueron a arrojarse en los brazos de su madre. Gulnarah las abrazó y las besó, llorando, en la frente.

—El cuervo de negras alas y ronco graznido ha parado sobre nuestra casa, hijas

mías — las dijo; — quieren separarnos.

Las dos niñas se estrecharon sobre el seno de su madre.

—¡Oh! ¡Qué ventura! — dijo entrando en aquel momento Aben-Balkin — ¿A qué ese llanto, cuando la fortuna se ha sentado sobre nuestra casa? El sultán acaba de elegirme fakí de los fakíes.

—¡Insensato! — exclamó Gulnarah — El sultán tomará antes de mucho tu cabeza para que tu lengua no diga lo que tus ojos han visto; el sultán me separa de mis hijas, se las llevará porque son hermanas de Mirian, sí... sí... de vuestra hermana Mirian, de quien os he hablado tantas veces... y que vive cerca de nosotros... en el campo...; no me interrumpáis..., no tenemos tiempo que perder...; escucha tú, Aben-Balkin, y cobra ánimo si quieres salvarte y salvar a tu esposa. ¿No estuvo en la batalla Yhaye-ben-Shariar?

—Sí, Gulnarah, sí — dijo Aben-Balkin, mientras Fatimatu 'l-Noemi, al escuchar el nombre que acababa de pronunciar su madre, se puso encarnada como una amapola —Yhaye-ben-Shariar estuvo con sus piratas, y se han quedado con ellos en la ciudad para descansar algunos días y vender el botín que de la batalla ha traído. Esta mañana le encontré cuando amanecía mirando las ventanas de vuestro aposentos, y Dios me perdone si no había una doncella mirándole tras las celosías.

Fatimatu 'l-Noemi volvió a ponerse vivamente encendida.

—¿Cuántos piratas tiene consigo Yhaye-ben-Shariar? — dijo Gulnarah.

—Treinta.

—¡A caballo!

—A caballo, y gente brava.

—Pues bien; busca al momento a Yhaye-ben-Shariar, y tráelo.

—¡Aquí!

—Aquí.

—El primer hombre que ha entrado dentro de esta casa ha sido el anacoreta de Ain-Al-Mokazen.

—El segundo, el sultán — dijo Gulnarah interrumpiendo a Aben-Balkin; — el tercero será Yhaye-ben-Shariar, el esposo de mi hija Fatimatu 'l-Noemi.

La niña se arrojó llorando de placer en los brazos de su madre.

—Sí, es necesario que esto sea; te ama y le amas; se lo debemos todo, primero, a su padre; luego, a él; busca pues, al esposo de mi hija, Aben-Balkin, y vuelve al momento.

—¿Y si entre tanto vienen, como es posible, gentes del sultán?

—Por lo mismo, no hay que perder tiempo; es necesario procurar que cuando las gentes del sultán vengan no encuentren a nadie.

—La cólera del sultán será terrible si sabe que le desobedecemos, que queremos huir.

—El sultán te ha sentenciado ya, Aben-Balkin.

—El sultán ha podido prenderme, y no lo ha hecho.

—El sultán no quiere que veamos tu sangre, porque yo soy madre de la mujer que ama, y Fatimatu 'l-Noemi es su hermana; pero pasarían pocos días sin que el veneno, o el cordón, o el puñal pusiesen, de una manera silenciosa y oculta, fin a tu existencia; créeme, Aben-Balkin, no tenemos otro medio que la fuga; ve a buscar a Yhaye-ben-Shariar.

Aben-Balkin no replicó más; le había convencido el razonamiento de Gulnarah. Salió de la habitación, atravesó el corredor cerró con llave la puerta del aposento donde estaba el cadáver de Sydi Juzef, y poco después, fuera ya de la casa, caminaba a gran paso hacia el centro de la ciudad.

Al entrar en la plaza se encontró a un negro colosal que iba cargado con una silla de caballo.

—Yo conozco a este hombre — dijo para sí; — es uno de los piratas de Yhaye-ben-Shariar. ¡Eh!, amigo — dijo al esclavo, — detente

—No puedo detenerme, respetable fakí; vengo de componer esta silla, y voy a reunirme con mi arráez; marchamos esta tarde.

—¿No es tu arráez el corsario Yhave-ben-Shariar?

—Sí, por Dios, querido fakí. ¿Le conoces tú?

—Mucho, muchísimo, y necesito verle urgentemente.

—Pues ven conmigo, que no vive lejos.

Y el negro continuó su marcha a buen paso seguido de Aben-Balkin.

Llegaron, al fin, a un fondak, es decir, a un parador, a una gran casa llena completamente de gente de guerra, que había acudido a Alcazarquivir a consecuencia de la batalla del día anterior.

En el gran patio del fondak sólo se veían caballos trabados de una sola mano, comiendo su pienso en el suelo. En los zaquizamíes, que no aposentos, que estaban alrededor de aquel inmenso patio, se veían grupos de gente que compraban a los soldados armas y despojos traídos del campo de batalla. Había en el parador una animación especial.

El negro, cuando entraron en el patio, se fué a poner su silla a uno de los caballos, y dijo al fakí, señalándole un ángulo:

—Sube por aquellas escaleras y pregunta al primero que encuentres por el arráez Yhaye-ben-Shariar; todos le conocen. Adiós.

El fakí fué a aquel ángulo, subió unas estrechas escaleras, entró en un corredor, y se dirigió apresuradamente a una puerta donde había aparecido un hermoso joven.

Contaría este joven, cuando más, veinticuatro años. Era alto, esbelto y dotado al parecer de una gran fuerza y agilidad. Su semblante, ligeramente tostado, moreno, pero límpido, era hermoso por la regularidad de sus formas, por sus grandes y expresivos ojos negros y por sus anchas y largas cejas. Estaba completamente afeitado, a ex-

cepción del bigote, y afeitada también la cabeza, que tenía descubierta a causa del calor, dejando ver únicamente en su parte superior una ancha y larga trenza negra.

Su traje, más que el acostumbrado en Marruecos, era un traje levantisco, un traje griego, pero riquísimo y bello. Sobre una camisa de hilo blanca y fina, cerrada en el cuello, vestía otra camisa de seda azul, bordada sencillamente de negro y ceñida por una ancha y larga faja de seda de colores vivos a listas; una chaquetilla muy corta y muy ceñida, de mangas estrechas de terciopelo carmesí, bordad de plata y oro; unos calzones anchos o zarangüelles de terciopelo del mismo color que la chaqueta, e igualmente bordados, sobre otros calzones de tela de hilo blanquísima; unos botines cubiertos de paño de grana, bordados de plata; unas babuchas y los botines, unas fuertes y enormes espuelas; en la faja tenía dos largas pistolas y dos gumías corvas, y pendientes de un tahalí del hombro derecho, un corvo alfanje ancho y corto.

Aquel joven tan hermoso, tan gallardo y tan rica y bellamente vestido, era el arráez pirata Yhaye-ben-Shariar.

Al ver al faki que se acercaba a él apresuradamente, Yhaye-ben-Shariar palideció de emoción; no acertaba para qué iba a buscarle Aben-Balkin.

—Dios te guarde, hijo mío — le dijo con voz dominada por su sobresalto el faki.

—¿Qué sucede, padre, que me buscas agitado y como si se tratara de un asunto grave? — dijo Aben-Shariar.

—Grave, muy grave es el asunto que me trae, hijo mío — dijo el faki; — pero entremos, que no conozcan que voy a decirte cosas que no pueden ser dichas donde otros las oigan.

Y se entró en el aposento a cuya puerta había encontrado al joven.

—Sepamos lo que sucede — dijo Aben-Shariar cerrando la puerta.

—¿Amas tú mucho a Fatimatu 'l-Noemí? — dijo el faki.

—Por el Dios grande y misericordioso, padre, que la amo como a mi alma — exclamó el joven, poniéndose pálido, porque no sabía adonde el faki iba a parar.

—Pues si la amas mucho, es necesario que te apresures para no perderla; es necesario que, amparados por tí, salgamos de aquella casa Fatimatu 'l-Noemí, su madre, su hermana y yo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué? — dijo con impaciencia, con energía y con mucho de amenazador el pirata.

—Porque el sultán quiere hacer princesas de su casa a mi mujer y a sus dos hijas, y a mí me ha prometido el puesto de faki de los fakíes.

—¿Ama el sultán a Fatimatu 'l-Noemí? — dijo con la voz trémula de cólera.

—Yo no sé a quién ama ni a quién no ama; lo que sé es que Gulnarah quiere huir antes de que el sultán pueda impedirlo, y me ha enviado a buscarte para que nos ampares como si fueras de nuestra propia familia, porque Gulnarah te da por mujer a Fatimatu 'l-Noemí, y yo te la doy también.

—¡Ah! ¡Xerife Sydi Ahtmed! — exclamó Aben-Shariar — ¡Aún no has puesto la planta sobre el trono y ya empiezas a ser tirano! ¡Pues guarda, guarda que el corsario no clave en ti sus garras!

Y abriendo violentamente la puerta, salió al corredor, sacó de entre su faja un enorme silbato de marfil, un silbato de maniobras, y le tocó de una manera enérgica y particular.

Vióse al momento moverse en el patio y avanzar hacia sus caballos treinta negros fornidos, agigantados, vestidos exactamente como Aben-Shariar, pero con mucha menos riqueza.

Cada uno de aquellos hombres, además, llevaba sobre el pecho una fuerte coraza, un casco en la cabeza y una larga lanza al hombro.

En un momento, los caballos estuvieron enfrenados y montados por seis jinetes, aparecieron en el centro del patio un pequeño, pero lucido escuadrón.

Otro hombre, entretanto, moreno, tostado, fuerte, con la fisonomía completa de la raza berebere, había acudido y presentándose a su arraéz.

—Pronto, Yezid, mi casco y mi coraza; recoge mis maletas, paga el hospedaje, y a caballo — dijo a aquel hombre Aben-Shariar.

Yezid armó al corsario con un medio arnés de hierro grabado e incrustado de oro, cargó con dos maletas de cuero, y los tres, Aben-Shariar, Aben-Balkin y Yezid bajaron al patio.

Montó el corsario en un magnífico caballo, tomó una lanza y una adarga, hizo montar a su grupa al faki, y Yezid, después de haber acomodado las maletas sobre los caballos de dos corsarios, negros, montó y el escuadrón salió del fondak.

Esta fuerza armada en situación de marcha no podía causar extrañeza alguna, puesto que muchos escuadrones semejantes habían salido de Alcazarquivir para dirigirse a sus aduares.

Aben-Shariar encaminó su escuadrón hacia la mezquita; pero al llegar a una plazuela donde se alzaban las torres de una de las puertas de la ciudad, el faki dijo a Aben-Shariar:

—Bueno sería que tu gente esperase aquí, y que vinieses tú solo conmigo, para no inspirar sospechas si por acaso hay alrededor de la mezquita gentes del sultán.

—Me parece acertado lo que dices — contestó el pirata.

Y desmontando y entregando la lanza y la adarga a uno de los corsarios, se encaminó con Aben-Balkin a la mezquita.

Apenas habían penetrado en el interior de la casa, cuando se les presentaron las tres mujeres completamente envueltas en sus haikes.

—Marchemos al momento — dijo Gulnarah.

—¿Pero hemos de dejar aquí lo que poseemos? — dijo Aben-Balkin.

—Aunque poseyéramos un tesoro — dijo Gulnarah, — yo no me detendría a recogerlo; marchemos, marchemos cuanto antes.

Y Gulnarah seguida de sus hijas, rompió la marcha y salió de la casa.

—Cierra la puerta — dijo Gulnarah, — y arroja la llave dentro.

Aben-Balkin cerró y arrojó la llave al interior por cima de la tapia.

Las tres mujeres, guiadas por Aben-Shariar y seguidas por Aben-Balkin, llegaron muy pronto al lugar donde esperaban los jinetes. Montó Aben-Shariar, y tomó a la grupa a Fatimatu; Gulnarah cabalgó a la grupa de Yezid; Aydamarah, a la grupa de uno de los piratas, y Aben-Balkin, a la de otro.

—Al morabito de Ain-Al-Mokazen — dijo Gulnarah.

Y tras estas palabras, Aben-Shariar se lanzó al campo por la cercana puerta, y tras él se lanzó su escuadrón.

Era el principio de la siesta, calurosa, sofocante, insoportable. Fuera del morabito de Ain-Al-Mokazen, no se veía una sola persona. La puerta estaba cerrada. Dentro, Mirian, sentada al lado del lecho del herido, estaba inmóvil; pero con la expresión de la impaciencia y de la ansiedad.

El rey D. Sebastián, o Gabriel de Espinosa, que no sabemos cuál de los dos fuese, había dado señales más marcadas de vida. El latido de sus arterias era más fuerte, y se notaba una débil respiración exhalándose por su boca entreabierta.

Mirian había esperado en vano a su padre, y cansada de esperarle, había enviado a Kaimo en su busca. Kaimo había montado a caballo, había partido y aún no había vuelto. Ayelah había ido a situarse a la entrada del bosque, para ver si veía a lo lejos a Sydi Juzef y llamarle. Mirian, pues, había quedado sola con el herido.

Allá, en otro lugar del bosque, había quedado abandonado en la cabaña el expirante Francisco de Aldana, y había muerto sin la conciencia de que moría, sucumbiendo a la fiebre negra.

Pasaban, pues, las horas, y la impaciencia de Mirian y su ansiedad crecían. De repente se abrió la puerta y apareció Ayelah.

—¿Viene mi padre? — dijo Mirian con el acento de quien espera con interés a una persona.

—No, no, señora; conmigo vienen tres damas que han llegado con algunos jinetes.

—¡Tres damas aquí! — dijo Mirian.

Y se lanzó fuera.

Gulnarah, al verla, se descubrió, quiso hablar y no pudo, devoró con una ansiosa mirada a su hija, y se arrojó sobre ella y la abrazó sollozando. Mirian había sentido una conmoción violenta; se había visto a sí misma en Gulnarah; además, Fatimatu 'l-Noemi, que se había descubierto también, le había dejado ver por completo su imagen, con la sola diferencia del dulce color moreno de su semblante.

—¡Oh! ¿Quiénes sois? — dijo alentando apenas Mirian.

—¡Yo soy tu madre! — respondió Gulnarah.

—¡Mi madre tú! Mi madre murió.

—No, no murió, a despecho de tu padre, que la entregó a las ondas del mar.

—Mi padre me ha dicho que mi madre murió al darme a luz.

—Mintió tu padre por no horrorizarte con una historia de crímenes; yo soy la princesa Sayda Gulnarah, la esposa del xerife Sydi Juzef-Abd-el-Azis-benal-Hbayzarí, tu padre.

—Y yo, hombre de Dios, doctor de la Ley — dijo Aben-Balkin, que había llegado con las tres mujeres, — te lo afirmo, tomando por testigo al Señor.

—¡Oh! ¡Mi madre! ¡Mi hermana! — dijo Mirian pasando una mirada atónita de la una a la otra — Y esa otra joven... ¿es también hermana mía?

—Esa joven es mi hija — dijo Aben-Balkin, que iba prevenido.

—Y ¿a quién buscas, señora? ¿Buscas acaso a mi padre?

—No, tu padre no volverá, Mirian.

—¡Que no volverá!

—No.

—¡Pues qué ha sucedido a mi padre?

—Tu padre ha partido muy lejos.

Mirian se puso pálida y tembló. Había adivinado lo que había sido de su padre en la turbación, en la mirada, en la expresión de Gulnarah.

—Venid, venid — dijo.

Y asió a su madre de la mano y la llevó al adoratorio del morabito.

—Jurad—dijo con terrible voz, — jurad en este lugar santo, sobre la tumba del justo anacoreta aquí enterrado, y ante la cólera del Señor fuerte y vengador, jurad que ninguna parte tenéis en la muerte de mi padre.

—Lo juro — dijo con voz firme, sonora y tranquila Gulnarah; — lo juro por mi alma y por el alma de mis hijas.

—Y yo, doctor de la Ley, pongo por testigo a Dios de nuestra inocencia, y llamo sobre nuestras cabezas su justicia si mentimos.

—Pero ¿cómo, dónde ha muerto mi padre? — dijo con desesperación Mirian.

—La mano del Señor le ha herido de repente en mi casa al ver ante sí una hija suya a quien no conocía, cuya existencia no sabía; el xerife se ha convencido de la inocencia de su esposa; le ha herido su crimen, y ha muerto de remordimiento, tocado por el rayo de Dios.

—Esa, esa debe ser la gota de sangre de que hablaba anoche el xerife Ahtmed — dijo Mirian con desesperación.

—¡El xerife Ahtmed! — repitió Gulnarah — ¡El sultán de Marruecos! ¡He aquí que nosotras venimos huyendo de él!

—¡Huyendo de él!

—Sí, quiere arrastrarnos consigo, hacernos sus esclavas.

—¡Miserable! — exclamó Mirian — ¡Y

cuando el Señor me niere con la muerte de mi padre, ese cobarde se atreve con vosotras! ¡Oh! ¡Se engaña! ¡Mi padre ha muerto! Pues bien: yo ocupo su lugar en el morabito de Ain-Al-Mokazen. ¡Yo seré la terrible ermitaña contra la cual se estrellará el poder del sultán! ¡Kaimo! ¡Kaimo! — gritó Mirian.

—Kaimo no está aquí, Sayda; — ha ido a buscar por tu mandato al xerife.

—¡Ah, es verdad! Y es necesario no perder tiempo; es necesario llamar a todos los ermitaños de los alrededores; es necesario que nuestras kabilas rodeen el morabito de Ain-Al-Mokazen; es necesario que empiece desde este punto del Africa la guerra contra el sultán.

—Pues bien; no hay necesidad de perder un solo momento — dijo Aben-Balkin; — con nosotros viene un valiente corsario con los jinetes con que estuvo ayer en la batalla.

—¿Y dónde está ese hombre? — dijo Mirian.

—Voy a avisarle, y al momento estará ante ti.

Y Aben-Balkin partió a gran paso, y muy pronto se perdió entre los árboles.

—Nada temáis — dijo Mirian a su madre y a sus hermanas; — dentro de poco tendremos a nuestro alrededor un ejército, y nadie se atreverá a llegar hasta nosotros; todo el poder del sultán se estrellará contra el morabito de Ain-Al-Mokazen; la hija del xerife Sydi Juzef ocupará su lugar; esperad.

Y Mirian, pálida, convulsa, excitada por las terribles impresiones que acaba de recibir, entró en el morabito, dejando fuera a Gulnarah, a Fatimatu 'l-Noemi y a Aydamarah, que se sentaron, abatidas, bajo la sombra del emparrado.

Mirian había cerrado la puerta del morabito, temerosa de que viesen a su herido.

No tardó mucho en volver Aben-Balkin. Junto a él, a pie, bello, altivo y aun pudiéramos decir majestuoso, venía el joven pirata Aben-Shariar. El sol brillaba sobre su casco redondo, sobre su coraza, sobre sus armas, de una manera fuerte, y de una manera más blanda, más mate sobre los bordados de oro de su traje. Venía en paso reposado, hablando con gran calor e interés con Aben-Balkin. Detrás de ellos venían los treinta piratas negros, a caballo, uno de los cuales llevaba el caballo y la lanza de Aben-Shariar.

Poco antes de llegar a la puerta, Aben-Shariar mandó detenerse y desmontar a los piratas, y adelantó con Aben-Balkin hasta donde estaban la madre y las hermanas de Mirian.

—¿Dónde está la hermosa y noble señora de este morabito? — dijo Aben-Shariar al ver que las tres damas a quienes tanto conocía estaban solas.

En aquel momento, y antes de que Gulnarah pudiese contestar, se abrió la puerta del morabito y apareció Mirian en su dintel como una magnífica figura que apareciese de repente sobre un fondo obscuro.

—¡Oh! — exclamó, retrocediendo asombrado, el pirata.

Mirian permaneció inmóvil en la puerta.

Ya la hemos visto una vez cuando fué con su padre la noche antes al campamento de Sydi Ahtmed, bellamente ataviada con vestiduras de princesa. Pero en aquel momento apareció con mucho más lujo.

El turbante verde que ceñía con suma elegancia su cabeza, estaba completamente bordado con piedras preciosas y perlas; su manto, negro, era de brocado de oro; la ancha túnica, que la cubría desde los hombros hasta los pies, de brocado de plata blanquísimo y deslumbrante; gruesas gargantillas de perlas abultaban su hermoso cuello, y sus arracadas y sus brazaletes, cuajados de gruesos rubíes, eran de un valor inmenso.

Sus dos anchas y magníficas trenzas negras se cruzaban sobre su seno, tocando casi con sus extremidades al suelo.

Estaba excitada, pálida, y esto aumentaba la fuerza de su hermosura. Parecía una gran reina de los antiguos tiempos evocada y arrancada de su tumba por un conjuro.

Aunque era completamente parecida a su madre y a su hermana Fatimatu 'l-Noemi, sin que la diferenciasen de ella más que la edad en la primera y el color moreno de la segunda, en aquella situación se diferenciaban de ellas completamente; tal la transformaban la terrible expresión de su semblante, su densa palidez, lo sombrío de su mirada y las deslumbrantes vestiduras que la cubrían. Era, por su aspecto y por su traje, una sultana maravillosa, de la familia del Profeta y de la raza de los moravides.

—¿Quién eres? — dijo mirando profundamente al pirata.

—Sayda, yo soy tu siervo, — dijo, inclinando su cabeza con un bello movimiento de respeto, el joven corsario.

—Y ¿cómo se llama mi siervo? — dijo sin alterar su acento dominador, grave y firme, Mirian.

—Me llamo Shariar, hijo de Shariar.

—No conozco tu nombre; ¿qué has hecho tu para que tu nombre salga de la obscuridad?

—Mi goleta lleva el terror a las playas de los nazarenos; ellos conocen bien el nombre del corsario Shariar.

—Es fácil sorprender una playa indefensa y desarmada, y arrebatar a las mujeres y a los niños; un pirata es una zorra que cae sobre su presa dormida; yo quiero un león que luche con el tigre y que le venza.

—Yo seré fuerte hasta morir, Sayda.

—¿Contra el sultán?

Vaciló Aben-Shariar.

—El sultán es fuerte y vencedor — dijo; — el Moghreb entero se prosterna ante él y sigue su bandera mientras mi ejército está aquí conmigo, sultana; y ¿qué pueden hacer esos pocos leones contra un ejército innumerable de tigres?

(Continuará)

EL MOLINO SINIESTRO

Por G. H. TEED

I

ALGO ACONTECE

Ahora, es mejor que me lo cuente usted todo...

Sexton Blake encendió un cigarrillo e introdujo sus talones en el agua. Su compañera, Mlle. Roxane, cuyo brillante traje de baño verde, contrastaba con el azul obscuro, de nadar, que llevaba Blake, siguió su ejemplo.

Pero la joven no contestó enseguida. Tenía el ceño fruncido, mientras su mirada vagaba por la hermosa faja de agua donde habían estado nadando durante medio hora. Se extendía en todas direcciones, límpida y tan serena que apenas se advertía el perezoso movimiento de la corriente por alguna hoja, doblada hacia arriba, para formar su propia vela.

Detrás de ellos, bajaba hasta la orilla misma del agua una extensión de suave césped, que serpenteaba entre grupos de árboles y matas. Más allá, apenas visible, estaba la casa de ladrillos rojos, cubiertas de viña y aislada en una especie de parque que se perdía entre bosquecillos de robles, fresnos y hayas.

A cada lado de la amplia escalinata donde estaban sentados y que terminaba en el agua, había grandes tinas pintadas de verde y rosados; a cada lado del río, el Bure, que serpentea a través de una de las comarcas más hermosas de Inglaterra hasta desembocar en Norfolk Froads — había sauces que sumergían sus verdes ramas en el agua.

Hasta allí no llegaba ni el polvo ni el bullicio del mundo esterior. Nada de estrepitosas sirenas de auto, ni ruido de ómnibus. Sólo el murmullo argentino del agua al pasar por el canal del molino, al final del trecho navegable.

Blake volvió la cabeza y contempló a Roxane con mirada apreciativa. Podía hacerlo porque era hermosa, una verdadera sirena, con el brillante traje verde que modelaba las líneas de su flexible cuerpo y el "bandeau" de mismo color que ceñía sus cabellos cobrizos. Se decía a sí mismo que valía la pena haber venido desde Londres para contemplarla.

Con todo, ansiaba saber por qué lo había llamado ella por telegrama, dándole a entender que deseaba verlo para un asunto de gran importancia. No esperaba él que Roxane se lo dijera todo enseguida de su llegada. Había gente a tomar el te y después de eso insistió ella en que fueran a nadar para que se quitara él el polvo y el entumecimiento del camino.

Por último habló Roxane:

—Quizá no tengo nada que contar — dijo, muy risueños los ojos color violeta. — Quizá solo sugerí eso en el telegrama para que usted viniera.

El movió negativamente la cabeza.

—No lo creo. ¡No necesito yo que me rueguen mucho! Algo ha pasado... ¿qué es?

Ella se puso súbitamente seria.

—Es cierto. Y sin embargo, no significa mucho. Usted sabe que, desde que perdí el yacht, sigo pagando sus salarios al capitán Foster, a Cameron y a los tripulantes.

Sí; pero comete usted una injusticia consigo misma al decir que perdió el yacht.

La voz de Blake era un poco

áspera. No había logrado reponerse del disgusto que le causara un asunto ocurrido algún tiempo antes cuando él y Roxane fueron atraídos a una taberna de mala reputación, en St. Valery, al norte de la costa de Francia por Félix Dupont y Gus Hovey, dos del sindicato de ocho hombres que había hobado a Roxane su herencia, algunos años antes, en Canadá.

Como a los otros seis de la lista que hizo cuando juró vengarse, Roxane se propuso arruinarlos; pero, al revés de sus otras víctimas, éstas habían demostrado ser capaces de devolver golpe por golpe, hasta tal punto que solo los métodos expeditivos de Blake impidieron tuviera que sacar las castañas del fuego en una ocasión anterior, cuando la deshonra, por medio de un hábil chantage amenazaba tanto a él como a Roxane.

La segunda vez, cuando el inspector Thibaud, de la Sureté de París, arrestó a Dupont en flagrante delito y envió a buscar a Blake para que declarara, el bribón no sólo logró escapar, gracias a la ayuda de su amiga Sofía Beautemps y de su socio, Gus Hovey, si no que secuestró a Thibaud en las

Al ver al hombre, en la orilla opuesta, Blake agarró el brazo de Roxane. "Espere aquí, fuera de la vista", le dijo.

mismas narices de la policía.

Blake le reconocía el mérito de golpe tan audaz. Pero su orgullo había sufrido gravemente, porque no sólo logró Dupont robar el yacht (después de obligar a Roxane a escribir una carta al capitán para que bajara a tierra con la mayor parte de la tripulación) si no que había logrado apoderarse de unos diamantes en el Sud Oeste de Africa y se había alejado dejando a Blake y a Roxane abandonados en el desierto.

Sólo la oportuna llegada de Tinker, en compañía del famoso aviador Alan Rayham, en aeroplano, espantó a los buitres que se habían posado en semi-círculo alrededor de Blake y Roxane, esperando la muerte de los dos, atados e impotentes, bajo el sol abrasador.

Blake se ponía furioso cuando recordaba aquellos horribles momentos. Lo irritaba más aun el recordar que Dupont, Hovey, Sofía Beautemps y su cómplice Max, que era quien poseía el secreto del sitio donde se hallaban los diamantes, estaban ahora ricos, libres para ir donde quisieran en el yacht más rápido que saliera jamás de los talleres de Campbell y Nickerson.

Lo último que habían sabido Blake y Roxane era que el yacht había sido pintado de nuevo para disfrazarlo y que navegaba bajo bandera portuguesa. Pero era éste un simple rumor que no obtuvo confirmación. "La Brise" parecía haber desaparecido de la superficie de los mares.

Roxane interrumpió el silencio que siguió a las últimas palabras de Blake.

--He oído decir algo curioso y me pareció que debía usted saberlo antes de que tome yo medidas para confirmarlo. Por eso lo mandé buscar.

--Pero ¿de qué se trata?

—He decidido comprar otro yacht y empezar la búsqueda de "La Brise". Es intolerable que esos miserables me arruinen mi her-

moso barco. He tenido al capitán Foster y a Cameron buscando desde hace algunas semanas y ayer vino Cameron a decirme que se vende un yacht a motor. Puede ser que usted lo conozca. Se llama "Thetis".

—¿No pertenece a Gordon Sedge, el millonario fabricante de automóviles?

—Exactamente. Tiene más o menos el mismo tonelaje que "La Brise" y fué construído también por Campbell y Nickerson. Empezó a navegar sólo algunos meses antes que "La Brise" y es un hermoso barco. Lo vi en Coves.

—¿Por qué lo vende Sedge?

—Quiere hacer construir un yacht de carrera; quiere competir con el White Heather, Cándida, Shamrock y los demás.

—¿Y?

—Cameron llegó aquí ayer en evidente estado de excitación. No bajó en Norwich, como usted, si no que vino directamente a Wroxham, donde yo lo mandé buscar en auto. Fué allí que vi algo que me hizo telegrafiarle a usted.

—¿Y qué era?

—¿Recuerda usted aquel gran bote a motor que formaba parte del equipo de "La Brise"?

Blake se frotó la barba pensativo.

—Tenía usted tres, de distinto tamaño, si mal no recuerdo.

—Así es; el gran bote automóvil para crucero, el pequeño para trabajos en el puerto y el largo, un bote como todos los demás. Bueno, me refiero a la lancha grande, de crucero.

—¿Es la que usaba usted en la India?

—Sí.

—Entonces la recuerdo perfectamente.

—Bueno. Cameron está seguro de que ha visto esa misma lancha fondeada, entre otras embarcaciones, mismo debajo del puente, en Wroxham.

—¡Wroxham! Es un gran centro de navegación, Roxane. Hay siempre allí cantidad de embarcaciones, a vela, a motor, a remo. Algunas de ellas son privadas; pero la mayoría pueden alquilarse.

Ella tiró la colilla de su cigarro al agua.

—Se eso, querido amigo. Le dije lo mismo a Cameron. Se indignó. Me preguntó si creía que no iba a conocer él cualquier cosa que hubiera pertenecido a "La Brise". Entonces lo escuché.

—Pero ¿cómo diablos pudo llegar esa lancha a Wroxham?

—Eso precisamente es lo que le pregunté yo a Cameron.

—Si la hubiera visto en algún puerto de Francia o en cualquier otro del continente, comprendería. Pero aquí... ¡Parece increíble!

—Cameron es hombre inteligente y conoce su oficio. "La Brise" era para él como un hijo de su propia carne. Está seguro de que mi lancha se halla fondeada en Wroxham.

—¿Hizo alguna averiguación?

—No tuvo tiempo. Ni vió a nadie a quien pudiera interrogar. Pensó que era imprudente preguntar a cualquiera. Pero he recibido un telegrama de él esta mañana. Lo envié a Portsmouth para que viera al capitán Foster y con una carta para Campebll y Nickerson. Quiero que ambos vean el "Thetis". Le dije, sin embargo, que se detuviera en Wroxham y me telegrafiara lo que pensaba. Lo hizo. Sigue convencido de que es mi lancha.

—¡Hum! Esto parece interesante. ¿Usted que piensa?

—Bueno... Lo último que hemos sabido del yacht es que se alejaba de la costa de Africa. Tenemos el testimonio de Tinker y de Alan Rayham. No se que fe puede concederse al rumor de que se le ha visto bajo bandera portuguesa, pintado y disfrazado, con otro nombre.

—Al capitán Foster le dijo eso un marino que conocía bien a "La Brise". Jura haberlo visto, así cambiado, en un puerto de Beira, la colonia portuguesa del Este de Africa.

—Ese es un puerto al que muy probablemente puede haberse dirigido. Pero hay larga distancia desde Beira a Wroxham, en Norfolk Broads.

—Puede haber venido al norte.

—Cierto. Y me atrevo a decir que Dupont lo haría, no bien se considere seguro. No puede vender los diamantes ni en Sud Africa ni en la Costa Este Portuguesa. Del costado de la Unión, sería detenido por los inspectores. Ambos sabemos que el apoderarse de aquellos diamantes escondidos en el desierto fué ilegal. Puede ser que se haya deshecho de algunos de los botes de "La Brise" cuando cambió los aparejos de arriba. Parece improbable; pero es posible que la lancha se dirigiera a la costa este de Inglaterra. Por otra parte no es creíble que pueda haber navegado sola alrededor del Cabo y por el Atlántico. Si se trata realmente de la lancha grande de "La Brise", el caso es curioso.

—Podemos pronto convencernos de si Cameron tiene razón o no.

—¿De qué modo?

—Yendo a Wroxham. ¿Quiere venir? Será un lindo paseo antes de comer.

—Naturalmente que iré. ¿Nos vestimos?

Ella asintió con la cabeza y se levantó. El le sostuvo la salida de baño en la que la joven envolvió su esbelto cuerpo y, después de ponerse Blake un impermeable, se dirigieron ambos, a través del jardín, hacia la casa.

Un cuarto de hora después Roxane se hallaba ante el volante de su "voiturette" Se había puesto un gran sombrero de paja Bangkok, bien echado a los ojos, y proporcionó a Blake un par de anteojos anaranjados, de sol.

—Puede ser que sea innecesario tomar precauciones — dijo el detective mientras se los ponía. — Pero nunca están demás. Si se trata de su lancha y tiene alguna relación con Félix Dupont tenemos que andar con cuidado — añadió gravemente.

Ella guió a través de las pequeñas aldeas de Coltihall y Belagh, luego tomó el camino que los condujo a Wroxham; todo el viaje no había durado más de media hora, porque Roxane manejaba bien y la distancia era inferior a diez millas.

Cuando se acercaban al puente que cruza el Bure, en Wroxham, Roxane tomó por un

camino angosto, a la izquierda, pasando por detrás de la gran tienda nueva que es la Meca de todos los "yachtmen" en aquella parte de las Broads, dió vuelta nuevamente a la derecha y se detuvo frente al terreno del fondo de lo que parecía un gran almacén abandonado. Realmente aquellos galpones lo estaban, porque desde que los modernos medios de transporte por tierra habían desalojado a la mayoría de las barcas del río, los almacenes no tenían objeto.

A pocos pies del sitio donde Roxane se detuvo estaba el murallón luego la parte ancha del río. A cada lado se veían embarcaciones de todas clases y tamaños, pequeños yachts a vela, algunos grandes, que no hubieran estado fuera de lugar entre los barcos a motor, en Southenr o Cowes, lujosos barcos con bronces lustrados, botes de remo, canoas, etc., etc.

Blake bajó del auto y siguiólo Roxane. Caminaron junto al murallón, desde donde podían ver barcos y más barcos, extendiéndose la doble hilera río abajo, hasta que desaparecían detrás de una curva; los había también alineados en otra dirección hasta que parecían convertirse en una masa sobre el puente.

—Es difícil distinguir una embarcación entre tantas — observó Blake examinándolas.

—Espere. Cameron me dijo donde tenía justamente que buscar... debajo del puente. Por eso es que me bajé aquí. Vamos a examinar lo que hay allí. Frunció las cejas y empezó a estudiar la lancha que tenía enfrente, empezando mismo debajo del puente. Podía desechar muchas a primera vista, porque sabía bien el tamaño y tipo de embarcación que buscaba. Luego, de pronto, agarró fuertemente el brazo de Blake.

—¡Mire! — murmuró. — Allí, detrás de ese gran yacht a vela y a la orilla. Mire y dígame si no es mi lancha. Le han raspado la pintura blanca, dándole una mano color caoba; pero esas líneas. ¡Mire!

Blake lo hizo. No eran para él tan familiares como para Roxane las líneas de la lancha; pero tenía buen ojo para las embarcaciones y mientras estudiaba los detalles de una larga lancha a motor, bellamente construída, que estaba atracada junto al murallón opuesto, movió lenta y afirmativamente la cabeza.

—Si no es la suya, se trata de su hermana gemela. Tiene el toldo puesto y no hay nadie a bordo. ¿Qué le parece si subiéramos a ella?

—No lo necesito. Puedo darle una prueba positiva de que es mi lancha. ¿Ve el extremo del techo de su cabina? Fíjese donde están fijos los soportes. ¿No ve que la espiral es doble? Eso no fué hecho cuando la construyeron. Me pareció que el techo necesitaba más apoyo. Ese trabajo fué hecho en Montreal.

Si estuvieramos bastante cerca, notaría usted que la madera empleada es arcemoteado del Canadá. Y si ella está ahí ¿dónde está "La Brise"?

La respuesta a su pregunta llegó más pronto de lo que Roxane esperaba, porque en ese mismo momento un hombre dió la vuelta al parapeto del puente y empezó a caminar a lo largo del muro en dirección a la lancha. Al verlo, Blake apretó el brazo de Roxane y la hizo retroceder, fuera de la vista.

II

GUERRA DE ALAMBRES

Blake, que se había quitado los anteojos de sol, se los puso otra vez rápidamente.

—Espere aquí, fuera de la vista, Roxane.

—¿Qué hay?

—Se lo diré cuando esté seguro.

Empezó a caminar a lo largo del murallón con las manos en los bolsillos, como un espectador ocioso. El hombre, a quien había visto, estaba ahora junto a la lancha que había merecido tanta atención de parte de Roxane y de Blake.

Era un hombre de pequeña estatura, escaso de cuerpo, que llevaba barba corta obscura, descuidada y bigote. Vestía unos pantalones bolsudos, de franela gris, chaqueta de franela azul y gorra del mismo color que producían efecto incongruente.

Lo que se veía de sus manos y cara estaba tostados, del color de la caoba.

Entró a la lancha con el aire de quien tiene perfecto derecho a hacerlo. Luego se inclinó sobre la popa y empezó a tirar de una cuerda. Apareció ante los ojos de Blake un botecito que, hasta ese momento había quedado oculto por otra embarcación fondeada al costado. El hombre de la gorra desató la amarra que había estado sujeta a una manija de la lancha, entró en el bote y se alejó por entre medio de las demás embarcaciones. Cuando salió al río abierto vió Blake que, a popa del bote, había sido fijado un motor.

Su sonido intermitente se oyó un momento después; luego el bote tomó río arriba, pasando por debajo del arco del puente, se le vió un momento enhebrándose por entre las embarcaciones y al fin desapareció.

Blake volvió junto a Roxane.

—Yo sólo he remontado dos o tres veces el curso del Bure — le dijo. — Pero recuerdo claramente que no hay tributarios ni canales entre este sitio y la esclusa, detrás de su casa.

—No: el río se divide un poco más allá... un brazo va al molino y el otro a la esclusa

—Entonces, si ese bote sigue por él tiene que detenerse entre aquí y su casa o pasar por ella.

—¿Qué bote? ¿Qué quiere usted decir?

—¿Vió al hombre que dió vuelta el parapeto del puente?

—Sí, vi a alguien.

—A menos que yo esté muy confundido, era nuestro antiguo amigo Gus Hovey.... quemado, barbudo y vestido como nunca le había visto antes.

—¿Está seguro?

—Seguro, no; pero casi. Creo que es mejor sigamos viaje. Cameron tenía razón, después de todo. Podemos ver el río de cuando en cuando, mientras vamos en el auto.

—Si seguimos el camino bajo, es posible observar Belagh y Coltishall.

ellos el campanario de la vieja iglesia, con techo de tejas. Entre riberas cubiertas de pasto verde y graciosos sauces corría el plácido río. Un grupo de caballos pastaba en un campo, un rebaño de vacas, blancas y negras, en otro. Era una hermosa escena rural.

Por la curva más lejana del río venía un cisne, nadando rápidamente, como si se hubiera alarmado. Lo seguía la hembra, con tres cisnecitos. El macho piloteó su familia, haciéndola entrar en un angosto canal que dividían los juncos que crecían en cada orilla y, apenas había desaparecido, cuando el bote que Blake había visto en Wroxham apareció en la extensión de río visible. Agachado a popa, fumando y con una mano en el timón, iba el hombre de la gorra.

—Eso basta. Estoy ansioso por saber a donde se dirige Gus Hovey en ese bote.

Subieron al auto; pero en el viaje de regreso, Roxane siguió rumbo muy distinto. Durante el corto tiempo que hacía se hallaba en aquella parte del campo, había adquirido un conocimiento sorprendente de los caminos que se cruzaban y entrecruzaban del modo más confuso para un forastero.

—He caminado mucho — le explicó a Blake al hacer éste una observación. — Es el mejor modo de conocer un paraje.

En aquel momento dió vuelta una esquina, entrando en una estrecha senda que los condujo a la vista de la pequeña aldea de Belagh. A sus pies quedaba el grupo de casas de ladrillo rojo y piedra gris, encima de

—Hasta ahora vamos bien — dijo Blake. — ¿Qué hay entre aquí y Coltishall?

—Nada que yo sepa, fuera de campos abiertos y bosques.

Roxane dió vuelta otro recodo y dirigió por un camino flanqueado de árboles hasta que desembocaron rápidamente en Coltishall. Allí eligieron un punto ventajoso, cerca de una pequeña posada rodeada de árboles y muy cerca de la orilla del río; poco después vieron aparecer el bote a la distancia.

—¡A su casa! — dijo Blake brevemente.

Roxane, obediente, aunque pensando que se proponía Blake, dio vuelta una vez más el auto. Un cuarto de hora después entraba a su garage.

—Vi al mestizo francés-canadiense Napo-

Al chocar el bote contra el alambre, su ocupante cayó de boca.

león cuando llegué aquí — dijo Blake, saltando del auto — ¿Está también el otro, Pierre?

—Sí.

—¿Quiere llamarlos?

—Naturalmente; pero ¿qué va a hacer?

—Voy a tratar de detener el bote, si pasa por aquí. Si no, no importa. Sabremos entonces que se ha detenido en la aldea. Si Gus Hovey está ahí, Féliz Dupont no puede andar muy lejos. Hovey no sirve para nada sin la guía de Dupont y Dupont encuentra a Hovey demasiado útil para deshacerse de él. Además, cada uno sabe demasiado del otro para pelearse. Hay alguna razón para que su lancha esté fondeada en Wroxham, Roxane y la solución de ese enigma puede conducirnos al yacht. Además, han ocurrido recientemente algunas cosas en Londres que quizá puedan ser explicadas por Dupont, si logramos hallarlo.

Dejando la explicación de aquellas palabras hasta más tarde, Roxane salió para llamr a Napoleón y a Pierre y trajo a los dos mestizos, bajos, rechonchos y morenos, con ella. Conocían a Roxane desde que era niña y habían estado al servicio de su padre muchos años, en los bosques de maderas de Nueva Brunswick. Blake sabía que podía confiarse en ellos. En verdad, había sido atacado por los mestizos en tiempos en que él era antagonista de Roxane y luchaba contra las radicales ideas de venganza de la joven.

—¿Tenéis alguna cuerda larga y fuerte? — preguntó y formando un círculo con el pulgar y el índice añadió: — Más o menos de este grueso y bastante larga como para atravesar de una orilla a otra el río y darle un par de vueltas alrededor de un árbol. Ya sabéis lo que quiero, muchachos... una cosa igual a la que atravesasteis sobre un barranco, en Nueva Brunswick

Napoleón sonrió.

—Seguro que sabemos, señor; pero no era cuerda, era alambre.

—Mejor, si puede ser. Pero rápido, Napoleón. Llévelo a la orilla del río. Venga conmigo, Pierre.

Mientras Napoleón corría hacia los establos, Blake, Roxane y Pierre, atravesaban rápidamente los jardines y bajaban los escalones, hasta, la orilla del agua. A la derecha de la escalera había un cobertizo donde guardaba Roxane su propia lancha a motor y un botecito de fondo plano. El cobertizo había sido habilmente construído por el primer propietario de la finca; las ramas de un gran sauce llorón lo ocultaban a la vista de cualquiera que pasara por el río.

Blake hizo pasar a Pierre por la puertecita que se abría al jardín, con instrucciones de que empujara el bote por los escalones. Cuando estuvo hecho esto, apareció Pierre con un rollo de alambre de cercar, número ocho.

Blake movió aprobadoramente la cabeza.

—Tenga un extremo — dijo brevemente a Napoleón — Pierre y yo vamos a cruzar el río en el botecito. Haga el favor de vigilar el río, Roxane. Ese pájaro pueda pasar por aquí antes de que estemos prontos.

Le hizo señas a Pierre de que entrara en el botecito y entró luego él. Pierre lo llevó del otro lado, con unos cuantos impulsos de su vara.

Blake desembarcó al pie de un sauce y arrastró el alambre. Dándose vuelta, vio que Napoleón había comprendido prontamente lo que deseaba hacer y se había colocado junto a un pequeño sauce, del otro lado.

Blake desenrolló el extremo que él tenía y lo enrolló flojo alrededor de su árbol; luego hizo señas a Napoleón que aflojara hasta que el alambre se sumergió unas pulgadas debajo de la superficie del río. Después hizo señas a Pierre que se acercara.

—Pronto — le dijo — pasará un pequeño bote... Hay un hombre en él. Antes de que llegue aquí, usted levantará el alambre y le dará otra vuelta alrededor del árbol para mantenerlo tirante. ¿Entendió?

—Entendí, m' sieu.

Blake hizo bocina con las manos y habló con voz ronca a Roxane.

—Vea que Napoleón haga lo mismo. Que deje el tirar para nosotros. El no tiene más que ver que el alambre no se escape. Y escondeos.

Ella sonrió, movió afirmativamente la cabeza y dijo unas palabras a Napoleón. El mestizo se ocultó detrás de algunas matas que crecían cerca del cobertizo. La habilidad para ocultarse formaba una segunda naturaleza en Napoleón y Pierre, que habían nacido en los bosques. Roxane se arrodilló detrás del cobertizo. Pierre se agachó entre el alto pasto, junto al sauce y Blake junto a él.

Esperaron por espacio de cinco minutos o cosa así. Luego oyeron el "chaf" "chaf" del pequeño motor, Blake se incorporó lo suficiente para hacer una seña con la mano y se agachó una vez más, aunque por entre el espeso pastizal podía ver el trecho de agua por donde tenía que pasar el bote.

Poco después apareció éste; era el mismo botecito al que le habían añadido un motor y que él y Roxane habían visto partir de Wroxham. A popa, ajeno a lo que le esperaba, estaba el hombre de la gorra.

Blake eligió espléndidamente el momento. Cuando unas dos yardas separaban al bote del alambre sumergido, hizo la señal a Pierre. De un fuerte tirón, el leñador puso tenso el alambre. Ahora no hizo esfuerzo para disimular su presencia, si no que tiró con todas sus fuerzas del alambre. Quedaba ahora tirante, como a seis pulgadas sobre la superficie del río y sus vibraciones esparcieron un millar de gotas brillantes, que cayeron en fina lluvia.

El hombre del bote no vió el obstáculo hasta que estuvo encima de él. Y luego, tan sorprendido se quedó al verlo, que estaba todavía mirándolo cuando la proa del botecito chocó contra el alambre, haciéndolo vi-

brar como una cuerda de arco, luego, mientras la proa trataba de vencer la resistencia, el bote fué enviado un par de pies hacia atrás por el reflejo de la tensión.

La sacudida hizo caer al hombre sobre su asiento. Sus maldiciones cesaron bruscamente al pegar la boca contra el banco. El bote habíase desviado de su curso y retrocedido; pero el motor luchaba todavía valientemente para vencer la presión contra la hélice, haciendo adelantar una vez más el bote. Pero en lugar de seguir directamente río arriba, la proa apuntaba hacia la orilla donde estaban Blake y Pierre. Encalló en el barro, antes de que el hombre que iba en él tuviera tiempo de ponerse de pie, se extremeció una y otra vez, mientras la hélice se agitaban futilmente; volvió a desprenderse de la orilla en momentos en que Blake caía junto al hombre de la gorra.

Este último, dándose apenas cuenta de lo que sucedía; pero sabiendo que había caído en un lazo, tanteaba en el bolsillo de su cadera, donde Blake había visto un bulto sugestivo, mientras estaba el hombre caído en el fondo del bote. Pero antes de que sus dedos pudieran llegar a él, Blake le agarró la muñeca, le pasó el brazo por detrás de la espalda y lo sentó en el banco.

Lo sostuvo así mientras Pierre aflojaba el alambre para que Napoleón pudiera recogerlo. Luego el mestizo saltó junto a Blake, empujando tan violentamente con el pie que el bote llegó al otro lado con su propio impulso..

Blake levantó al hombre y lo oblizó a pasar por encima de la borda. En aquel momento apareció Roxane y si a Blake le quedaba alguna duda acerca de su prisionero, desapareció al oirlo hablar

—¿De modo que ése es su pequeño juego? — dijo el hombre con una mueca feroz — Ya oí decir que había usted escapado del desierto, mi bella dama ¿Cree que ésto es un rasgo de habilidad, no? Se reiría usted bastante si tuviera para ayudarla a su amigo Sexton Blake.

—Estoy aquí, mismo atrás de usted — dijo Blake alegremente.

III

EL HALLAZGO

Hovey procuró dar vuelta la cabeza.

—No haga eso — le previno Blake — Me verá demasiado pronto. Me sacaré estos anteojos. Pero primero, me parece que este sitio está demasiado a la vista. ¿Quiere tener la bondad de guiar, mademoiselle?

Roxane no se lo hizo repetir y abrió la marcha, a través de los jardines, en dirección a la casa. Si alguna de las ultra respetables vecinas que había tomado allí el te por la tarde hubiese visto la extraña procesión que avanzaba a la luz del crepúsculo hubiera recibido una tremenda sorpresa al hallar drama tan cerca de sus puertas

Pasaron por un amplio hall, bien amueblado y luego por el living room. Roxane guió hasta un cuarto que daba al jardín del fondo.

—Aquí estamos en más libertad — dijo y Blake asintió con la cabeza.

—Creo es mejor asegurarnos de que nuestro amigo no vaya a intentarnos alguna jugarreta... — empezó Blake; pero Roxane lo interrumpió.

—Tengo justamente lo necesario. Espere.

Al decir esto abrió el cajón de un gran escritorio y sacó un par de esposas de acero.

—Esto le recordará cuando ayudó a atarnos en el desierto — observó Roxane — Deme sus muñecas

Blake obligó a Hovey a extender las manos, mientras Roxane le ponía las esposas. Luego, con rápido movimiento, Blake le quitó al truhán su pistola. Hecho esto lo empujó a Hovey a través de la habitación y lo hizo pararse entre el escritorio y la ventana.

—Siento curiosidad por saber que lo trajo a Wroxham, Hovey — anunció Blake — No fue a hacer compras, porque no trajo paquetes. Quizá podamos averiguarlo. ¿Qué es esto?

Mientras estaba hablando sacó algunos papeles de los bolsillos del otro Un rápido exámen lo enteró de que eran tres cartas, dirigidas a G. Harvey, Esq.. Casa del Molino, Hailton Wroxham. Tiró las cartas a Roxane y examinó un cuarto sobre, bastante grueso y cerrado. Este estaba fechado en Londres y dirigido a Frank Dunlop, Esq. a la misma dirección que las otras

Blake estaba todavía estudiándolas cuando Roxane habló:

—Nuestro amigo, el señor Hovey... disculpe, señor Harvey, parece que se está civilizando. Estas cartas son todas de comerciantes de Norwich y Wroxham, conteniendo recibos de cuentas. Es bueno saber por que es tan escrupuloso para arreglar sus deudas.

—¿Dónde queda La Casa del Molino? — preguntó Blake.

—Aquí cerca, es una gran casa, la única entre ésta y el molino y la esclusa. Creo que todas las tierras entre aquí y ese lugar pertenecen a la misma propiedad.

—Vive usted a lo grande — observó Blake, empujando a Hovey a una silla. Luego se dirigió a Roxane:

—Creo que ya que hemos ido tan lejos, no debemos detenernos en mitad del viaje. ¿Tiene usted un sitio donde poder encerrar a Hovey? Creo que a Scotland Yard le interesará saber que lo tenemos prisionero.

—Napoleón y Pierre se harán cargo de él. Llamaré a Napoleón.

Salió de la habitación y no bien ella se fue, Hovey se volvió a Blake:

—¿Qué se propone, maldito entremetido?

—¿Y usted? Si me dice en que anda, quizá yo también se lo diga. Dupont... quiero decir Dunlop se preocupará, si usted no regresa con su carta.

—Dupont le dará a usted más de lo que desea. Cuando vea que no vuelvo, empezará

a buscarme y me hallará. No me preocupa.

—Eso es valor, hijo mío. Me evita mucha inquietud, porque yo deseo que esté usted a gusto. ¿Supongo que no tendrá usted inconveniente en decirme cuanto tiempo hace que anda por estos sitios?

—¡Váyase al demonio!

—¿O lo que ha hecho de "La Brise"?

—¡Bah!

—No se muestra usted muy comunicativo, ¿verdad? Bueno, no lo esperaba. Hubiera hecho un trato con usted, si me hubiera salido al encuentro. Pero creo que le tiene mucho miedo a Dupont. Pero yo hallaré respuesta a estas preguntas antes de que termine, Gus. Hay muchas cuentas que arreglar entre Dupont y yo, sin contar las de Mademoiselle Roxane.

—Mejor es que mande buscar a su amigo Thibaud — dijo con sorna Hovey.

—Puede ser que lo haga antes de terminar — respondió Blake con acento amable.

En aquel momento volvió Roxane, seguida por Napoleón y Pierre. Estos tenían ya sus instrucciones, así que levantaron a Hovey de la silla y lo hicieron salir de la habitación. Blake los detuvo un momento para hacerles una advertencia:

—Vigiladlo cuidadosamente muchachos. Si intenta gritar, amordazadlo. No tengo más que advertiros que es uno de los que abandonaron a vuestra patrona en el desierto para que muriera de sed.

Los rostros de los dos mestizos no eran agradables cuando se volvieron a Hovey. Y no eran los únicos que, de buena gana, hubiesen extrangulado a Hovey y a Dupont, si la oportunidad se presentaba. Todos los tripulantes de "La Brise", desde el capitán Foster hasta el último marinero, hubieran dado un año de salario por vengarse de la mala pasada que les habían jugado a ellos y a su ama.

Hovey debía estar muy seguro de que Dupont lo rescataría porque ni protestó, ni se resistió. Blake y Roxane lo vieron cruzar el jardín en dirección a los establos; luego la joven se volvió a Blake:

—¿Qué va a hacer? ¿Qué se propone? Cuando le hice el telegrama, no imaginaba que las cosas iban a marchar tan rápidamente. Esta mañana sólo sospechaba que mi gran lancha estaba fondeada en Wroxham; esta noche, no sólo se que es la mía, si no que tenemos a Hovey como involuntario huésped. ¿Cree usted que Felix Dupont estará en aquella casa río arriba?

Blake se sirvió un cigarrillo.

—Hay en esto mucho más de lo que usted sospecha todavía, Roxane — dijo lentamente — En realidad, lo que ha ocurrido hoy aquí se relaciona con una investigación que estaba haciendo en Londres. Por lo menos así empiezo a sospecharlo. Es una coincidencia difícil de creer que usted haya tomado esta casa tan cerca de la de Dupont, que lo tuviera, por decirlo así, en su patio del fondo, mientras andaba buscando sus huellas tan lejos.

Por otra parte, si esta carta nos da indicios de lo que empiezo a sospechar, relacionado con Hovey, no hay mas coincidencia que si usted hubiese tomado una casa en cualquier parte de Norfolk. Porque creo que Dupont necesitaba, en Inglaterra, un sitio lo más cerca posible de Holanda, situado de modo que pudiera llegar y salir de él por agua y, sin embargo, tan aislado que estuviera libre de observaciones indiscretas.

Esta carta nos dirá si tengo razón, creo; o por lo menos, nos dará algún indicio. Pero antes de abrirla, quiero estar segura de que está usted pronto a secundarme. En cuanto a mí, la perspectiva de derrotarlo a Dupont, se relaciona con un caso en el que estoy profesionalmente comprometido. Mi rencor es tan vivo como el suyo por lo que nos ocurrió en el Sudoeste de Africa. Y nada deseo más que arreglar mis cuentas y las de usted con Dupont.

Esa vez triunfó él; se lo concedo. Nos dejó para que muriéramos y sólo debe haberse enterado más tarde de que fuimos salvados por Tinker. Pero nunca hago intervenir mis venganzas personales en un caso. Eso malograría mi sentido de la justicia. Por consiguiente, si yo arreglo cuentas con él, en caso de que esté en este distrito, ha de ser como si nunca hubiese ocurrido el otro asunto. ¿Qué dice usted? Si quiero obrar sola, no me ofenderé. Pero yo tengo que proceder de acuerdo a mis principios y no según mis deseos.

—No se de que caso habla; pero sabe perfectamente bien que estoy dispuesta a hacer lo que usted crea conveniente Usted me ha enseñado que hay otras maneras de conseguir nuestro propósito sin emplear los medios que yo usaba antes... antes... ¡Oh! bien sabe lo que quiero decir, ¿no?

Fue invadida por una repentina timidez; bajó un momento los ojos y sus mejillas se tiñeron suavemente de rosa.

—Estoy dispuesta a trabajar con usted y para usted, si me lo permite — dijo dulcemente — Después me entenderé yo con Dupont. Pero tiene que decirme lo que piensa.

—Se lo diré. ¿Quiere traer una lamparita de alcohol y una pava con un poco de agua? Vamos a abrir al vapor este sobre

Ella salió de la habitación. Cuando volvió traía una lamparita de alcohol, de plata, y una pava. A los cinco minutos salía el vapor del pico de la pava. Con la carta en la mano, Blake se acercó.

—Afuera de la carta no hay nada que pueda darnos indicaciones — dijo mientras arrimaba el sobre al vapor — Pero puede ser que adentro encontremos algo.

Mantuvo el papel contra el vapor solo el tiempo suficiente para aflojarlo. No cometió el error de permitir que el vapor destruyera el poder adhesivo de la goma; dejó el sobre a un lado para que se endureciera nuevamente y sacó el contenido. Desdoblando un grueso pliego de papel de cartas dejó caer un fajo de billetes sobre el escritorio. Abrió el fajo y halló cinco billetes nuevos

del Banco de Inglaterra, por valor de mil libras cada uno.

Blake y Roxane se miraron un momento. Luego Blake estiró el papel que había envuelto los billetes. Ya estaba tan avanzado el crepúsculo que tuvieron que acercarse a la ventana para ver si había algo escrito en el papel. Pero estaba en blanco.

—Puede ser que haya escrito algo con tinta invisible — dijo Blake — ¿No tiene aquí su equipo de laboratorio?

—Sí; puedo hacer la prueba, si quiere.

—Más tarde. Lo principal son... estos billetes. Voy a comunicarme con Londres, si me permite usted usar su teléfono

Ella se echó a reir.

—Pero... hombre ¿cuándo va a aprender? Ahí lo tiene, sobre el escritorio.

Blake le devolvió la sonrisa y se sentó delante del escritorio. Comunicándose con el telefonista de Coltishall, pidió el número de su casa de Baker Street. Luego mientras esperaba, encendió otro cigarrillo y se volvió a Roxane.

—Había pensado mandarle esta carta a Dupont; pero he cambiado de parecer. La cerraremos en caso de que haya que usarla rápidamente. Pero no quiero deshacerme de estos billetes hasta que no sepa algo más sobre ellos. No es exactamente lo que yo esperaba encontrar.

—¿No concuerdan con su caso entonces?

—Si... en cierto modo. Le diré de que se trata. Hace como un mes que el secretario de los Productores de Diamantes y Asociación de Mercaderes, me mandó buscar. Me habló de una cantidad definida de piedras, sin registrar, que entraban en el mercado internacional.

Había informaciones de París, Berlín, Nueva York, lo mismo que de Londres. Si usted hace memoria, recordará que hubo pleito hace algún tiempo entre los productores de Sud Africa y algunas compañías de la Guinea Británica. La Guinea Británica triunfó en sus pretenciones Pero el asunto pasó al dominio público.

Naturalmente, como usted sabe, la producción de Sud Africa está bajo el control del Gobierno de la Unión y todos los nuevos yacimientos descubiertos son automáticamente absorbidos por él.

Durante la época pasada han aparecido demasiados diamantes en el mercado. Los precios han bajado para las piedras comunes. Las muy grandes, naturalmente, han obtenido su propio precio, mientras que las más pequeñas son siempre solicitadas por los comerciantes. Debido a esta inspección rigida fue fácil descubrir que aparecían piedras no inscriptas en los registros de la asociación que actúa como intermediaria entre los productores, el Gobierno de la Unión y los mercaderes.

No se trata de piedras despreciables. Todas son de buen tamaño y de primera agua. Se me pidió investigara y lo poco que pude descubrir me hizo sacar en conclusión que alguien se estaba deshaciendo de una gran reserva de diamantes, de un modo hábil. Era muy natural que pensara yo en nuestro amigo Félix Dupont y Gus Hovey, sin mencionar al competente y grasiento Max. Yo nunca supe que valor tenía aquel escondrijo de diamantes que encontraron en el Sudoeste de Africa; pero estoy seguro de que era considerable.

Así estaban las cosas hasta hoy. El yacht había desaparecido. Dupont y Hovey parecían haberse esfumado. Luego recibí su telegrama y ahora tenemos aquí a Hovey con su carta conteniendo cinco mil libras. ¿Qué significa esto? ¿Es Dupont quien se deshace de sus piedras? Si es así ¿cómo y dónde se tallan, porque sabemos que eran en bruto. ¿Cómo las vende? ¿Cuántas les quedan? ¿Comprende ahora lo que yo pienso?

Los ojos de Roxane brillaban de excitación.

—¿Cree usted que Dupont se ocupa de tallar aquí las piedras?

—Bueno , — dijo Blake arrastrando las sílabas — Si yo tuviera piedras en bruto, que deseara vender secretamente — y éste es el único medio de que pueda vender. Dupont piedras que no están registradas,—o bien me iría a Holanda, centro del tallado, o importaría algunos talladores haciéndolos venir a un rincón tranquilo de este país. ¿Y que parte de Inglaterra está más cerca de Holanda y es más conveniente en otros sentidos?

La respuesta es... Norfolk. ¿Qué lugar más ideal para semejante propósito que una casa en esta parte solitaria del río? ¿Que hace la lancha de usted en Wroxham? ¿Qué hace Gus Hovey en este distrito? La respuesta es: están al servicio de Dupont. ¡Ah! .. ahí suena el teléfono Espero sea Tinker.

Era Tinker, como lo esperaba Blake.

El detective dio al muchacho los números de los cinco billetes.

—Ocúpate de esto en las primeras horas de la mañana — dijo — Procura averiguar, si es posible, de qué banco, provienen y a quien fueron despachados. Hazme saber lo más pronto que puedas el resultado por teléfono.

—¿Qué pasa ahí, patrón?

—Algo que me parece ligado con uno de los asuntos en que estamos trabajando. Después te daré detalles.

—¿Se va a quedar ahí?

—Un día o dos, creo. Quizá te mande venir. Tengo que hacer algunas investigaciones.

—¿No podría ir mañana?

—Veremos. Hazme saber primero el resultado de tu pesquisa.

Colgó el tubo, muy lejos de imaginar en que circunstancias llegaría Tinker a la casa de Roxane.

—Voy a pedirle prestado el botecito después de la comida — anunció volviéndose a Roxane.

—Está a su disposición. ¿Qué va a hacer?

—A remontar el río y darle un vistazo a La Casa del Molino.

—Me gustaría ir con usted.

—Esta vez no. Pero hay algo que puede hacer aquí. Procurar que nadie de su gente sea vista desde el río. Tengo el presentimiento de que Dupont empezará a buscarlo a Hovey. No tardará mucho en averiguar que pasó por Belagh y Coltishall. Si sigue buscando, puede sospechar de su casa. ¿A quién puede usted mandar a atender la puerta que él no conozca?

—A la mucama. Es una muchacha inteligente y hará lo que yo le diga.

—Entonces voy a prevenirla. Quizá sea el mío un viaje inútil; pero tengo un deseo imperioso de saber que está haciendo aquí Dupont. Mañana será quizá conveniente avisar a Scotland Yard

Pero aquel mensaje no estaba destinado a enviarse, porque las horas siguientes iban a atraer sobre Blake una catástrofe que poco imaginaba.

IV

EL MISTERIO DEL MOLINO

Blake no sabía si Hovey era persona de costumbres errabundas o si Dupont estaba demasiado absorto en sus asuntos para preocuparse demasiado por la ausencia de su socio. Lo cierto es que no vieron a nadie que recorriera el río en busca del desaparecido. Roxane había puesto de guardia a Napoleón y a Pierre, haciendo que se relevaran de hora en hora.

Poco después de comer, habiendo recibido Blake el último informe de los vigías, decidió emprender su expedición. No había luna; pero las estrellas se veían vagamente a través de la densa niebla que se extendía sobre el río y los campos cercanos. A Blake le convenía la niebla para sus fines.

Roxane le pidió nuevamente que la dejara ir con él; pero Blake movió negativa y resueltamente la cabeza.

—Quizá no haga más que explorar — dijo — y en tal caso regresaré dentro de una hora. Por otra parte, si tropiezo con alguna dificultad inesperada quiero estar libre para poder abandonar el bote, si esto es aconsejable. No, esta vez iré solo. Ya veremos si puede acompañarme en caso de que tenga que hacer una segunda visita al lugar.

—Bueno, entonces lleve a alguno de mis hombres.

Pero Blake se obstinó en ir solo, de modo que Roxane no insistió más Lo acompañó por el jardín hasta el cobertizo de los botes y se quedó en la obscuridad mientras él se embarcaba en el botecito y lo empujaba río adentro. Podía oír Roxane el rumor de la pértiga, cuidadosamente manejada, al empezar el viaje. Pero al cabo de un minuto o dos no oyó más nada y se quedó Roxane allí parada, sola, contemplando la niebla que se había tragado a Blake.

El detective no tenía más que vaga idea del curso a seguir. Había recorrido antes aquel río; pero unos años atrás y al presente estaba un poco desorientado con respecto a sus vueltas. Durante el día le hubiera sido el viaje muy fácil; pero de noche y con aquella espesa sábana de niebla, era cosa muy distinta. Pensó que lo mejor era seguir junto a la orilla y como sabía que la Casa del Molino se hallaba a mano izquierda, después de la bifurcación del río, pensó que podría fácilmente seguir el mismo curso durante todo el viaje. Sabía también que podría recibir un "quien vive de algún bote que viniera en dirección opuesta, en caso de que Dupont hubiera empezado a buscar a Hovey o enviado a alguien que lo hiciera. El encontrarse en esa parte del río a esa hora de la noche, porque fuera de la Casa del Molino y del guardián de la esclusa, no había que él supiera más viviendas entre la casa de Roxane y la del Molino.

Mientras avanzaba, los juncos de la orilla se hacían más espesos. Encontró, tanteando con la pértiga que, aun que el costado del barquichuelo rozaba los juncos, tendría que penetrar unos cinco pies a cosa así para hallar terreno sólido. Por otra parte, el agua parecía correr más rápida y dedujo acertadamente que era porque se iba acercando al molino.

Deteniéndose a escuchar, oyó el rumor sereno del agua a la distancia Allá, en lo de Roxane era un rumor argentino; aquí, en la obscuridad y a través de la niebla, tenía una lúgubre cadencia, como un murmullo de prevención.

Tanteando otra vez con la pértiga, pudo Blake descubrir el sitio en que el río se bifurcaba. La extensión que conducía a la esclusa era la boca de un canal angosto, perdido entre los árboles; el otro ramal era más abierto y al tomar por allí oyó más claramente el rumor del agua que caía, a la vez que sentía una presión perceptible contra la proa del barquichuelo al correr por la la parte angosta hacia la más ancha.

De pronto, Blake se detuvo. A su izquierda brillaba una luz. Inmediatamente hizo detener el botecito, empujándolo hacia la orilla, mientras escudriñaba en la obscuridad.

Gradualmente distinguió las líneas de una casita. Se le ocurrió en seguida que debía ser la portería. Una mansión de las proporciones de la Casa del Molino tenía que poseer adjunta una portería o casa para el guardián.

Hizo avanzar cautelosamente el botecito hasta que descubrió una construcción de forma cuadrada. Cuando estuvo más cerca vió que era una casilla de botes o mejor dicho, un cobertizo abierto por los cuatro costados, y construído sobre pilares que se hundían en el lecho del río.

Cuando estuvo bajo su techo, tropezó suavemente contra un bote. Pasó a su lado y se encontró con unos escalones que conducían a la orilla. Ató el bote y saltó a tierra.

Para llegar a la casita del guardián tenía que atravesar un trecho de pasto, alto y mojado. Un perro empezó a ladrar; pero Blake se detuvo, quedándose perfectamente silencioso, y el animal se aquietó.

Deslizándose con precauciones otra vez, acercóse a la ventana donde brillaba la luz.

La persiana estaba sólo parcialmente baja y revelaba un interior cómodo. Sentada delante de una mesa se hallaba una mujer de mediana edad, campesina, de facciones duras. Mientras la observaba, pensó Blake que era un tipo adecuado para servidora de Dupont; pero no podía saber si estaba ella ya allí cuando Dupont tomó la casa. Su actitud, sin embargo, indicaba que se hallaba establecida de fijo.

No se veía hombre alguno. El perro empezó a ladrar nuevamente y vió Blake que la mujer alzaba la cabeza para escuchar. Se volvió hacia la ventana y la mujer retrocedió. Estaba a mitad de camino del sitio donde había dejado el bote, cuando oyó la voz de la mujer reprendiendo al perro.

Entró Blake de nuevo al bote y esperó hasta que fué cerrada la puerta de la casita. Luego siguió una vez más adelante y al dar vuelta un recodo vió lo que supuso debía ser la Casa del Molino y luego una luz solitaria, que brillaba a gran altura. Esto último momo lo intrigó hasta que lo hubo estudiado unos momentos. Luego comprendió lo que era. Alguien se hallaba en el último piso del viejo molino.

Solo deteniendo bruscamente el botecito, logró Blake evitar el choque contra un obstáculo. Investigando, descubrió que era una pequeña barca, atada a unos escalones que descendían hasta el agua. Dió la vuelta a ella, encontró otra vez la orilla y, unas yardas más adelante, empujó el bote entre los juncos. Desembarcó llevándose consigo la pértiga. El barro, junto a la orilla, era bastante blando para permitir hundir bien la vara y una vez que hubo atado la cuerda del bote a aquella estaca improvisada, Blake avanzó cautelosamente hasta que distinguió con claridad la silueta de la casa.

Era una gran mansión, con techo estilo holandés. Desde donde estaba Blake, no veía luces; pero caminando unas cuantas yardas a su izquierda, en dirección al río, vió otra vez un resplandor, en una ventana. Estaba demasiada alta para mirar por ella, por lo que Blake retrocedió y nuevamente distinguió aquella especie de estrella que brillaba en lo alto del viejo molino de agua que era parte de la propiedad.

Le interesó bastante ver luz en el molino a aquella hora de la noche. Recordó que Roxane le había dicho todavía molían algún trigo allí; pero imaginó que aquello podía ser treta de Dupont para ocultar el verdadero propósito de aquel sitio.

Pero ¿cuáles eran las actividades de Dupont? ¿Era posible, se preguntó a sí mismo Blake, que hubiera acertado con la solución que había sugerido a Roxane? ¿Usaba Dupont aquel lugar aislado para preparar los diamantes en bruto, ilícitamente introducidos en el mercado?

Si no era así ¿qué lo había traído a aquella parte de la campaña? ¿Qué asuntos tenía Hovey en Wroxham? ¿Cuál era el significado de aquellos cinco billetes de mil libras, envueltos en una hoja de grueso papel y guardados en un sobre sin certificar? ¿Por qué iba a llegar dinero, en esas condiciones, a no ser que se quisiera guardar el mayor secreto posible acerca de una transacción?

Era evidente que no había necesidad de carta para explicar el significado de aquel envío de dinero. Y resultaba claro que Hovey había ido a Wroxham a buscar la carta. ¿Qué había enviado Dupont para que le mandaran semejante suma en cambio? ¿Diamantes? Si así era, resultaba más y más plausible la teoría de Blake sobre los talladores venidos de Holanda.

En caso de que Dupont se entregara a un trabajo ilícito en aquel lugar solitario, era preciso echarle definitivamente el guante aquella noche. Hovey no podría ser mantenido mucho tiempo prisionero, sin que Dupont hiciera averiguaciones acerca de su ausencia. Y aunque Blake entregara a Hovey a Scotland Yard, Dupont pronto se enteraría de ello. Había que obrar esa misma noche, obtener pruebas evidentes contra el individuo y luego entregarlo a los oficiales de Scotland Yard antes de que tuviera tiempo de ponerse en salvo.

En este asunto había decidido Blake seguir los procedimientos ortodoxos de Scotland Yard.

Encontró un sendero que parecía conducir de la casa al molino de agua. Luego tomó por un camino enarenado, que siguió por espacio de unas doscientas yardas hasta que llegó a una puerta.

Se detuvo allí un momento escuchando. La noche estaba tranquila; solo se oía el rumor distante del agua al verterse en algún canal y una vez el grito agonizante de un conejo.

El molino estaba silencioso; la rueda inmóvil. Su negra silueta se alzaba hacia el cielo, como un flaco gigante. Ahora el sitio tenía aspecto siniestro, aunque de día era muy pintoresco. El molino parecía allí, pensativo y desolado, sugiriendo cosas obscuras y trágicas.

Lejos de darle aspecto de habitación, la luz que brillaba en la alta ventana contribuía a hacerlo más siniestro. Sugería secreto, actividades de media noche de algún trabajador misterioso. Era como la ventana iluminada de una torre de brujas, mística y espantosa.

Pocas veces se había sentido Blake tan influenciado por la atmósfera de un lugar como lo estaba por la silueta de aquel molino, aunque se dijo a sí mismo que, a la luz del sol, debía parecer una ruina, artística y pintoresca.

Se extremeció un poco y se agarró al barrote del portón. Quizá era porque la negra masa del edificio le producía un presentimiento de tragedia; quizá porque había dejado de moverse y el aire de la noche era frío.

Apartando sus ojos del molino, trepó por encima del portón y se encontró en un camino; este torcía hacia la derecha y Blake supuso debía ser un camino privado que se comunicaba con la carretera principal.

Aquel camino privado parecía alejarlo del molino, de modo que Blake volvió a trepar por el portón y siguió explorando hasta llegar a otro sendero que lo llevó a un angosto puente, que quedaba mismo bajo la sombra del gran edificio.

La acequia principal no corría por deba-

Luego Blake estiró el papel que había envuelto los billetes.

jo de él, si no debajo de los arcos del molino. Blake se figuró que aquel canal debía perderse dentro de la alberca para unirse con el que daba vuelta la gran rueda.

Blake atravesó el pequeño puente y llegó a un patio. Explorando allí se encontró con un cerco y cerca de la acequia principal.

Una vez divisó la luz encima de su cabeza y le pareció ver pasar por delante de ella una sombra. Unos pasos más lo llevaron delante de una puerta que estaba entornada.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

ASALTADO EN LA CARRETERA

NO eran cosas para Río Kid. Dos o tres veces se lo dijo él mismo, como para convencerse de ello, seguramente, porque no estaba completamente seguro de lo que decía.

El inmiscuirse en los asuntos de los demás, había sido siempre una debilidad de Río Kid, que, en todos los casos, le había traído desagradables, o por lo menos, emocionantes consecuencias. En efecto, la mayoría de las cosas sucedidas a Río Kid habían sido un epílogo de aquella manía.

Estaba sentado sobre una alta peña, desde la cual se dominaba completamente la carretera de Gato Salvaje y hacía recorrer a su mirada todo el paisaje, con un gesto de indiferencia más simulado que real. Ahora se había propuesto mantenerse alejado de los disturbios ajenos.

Río Kid estaba ahora en Montana. Entre el lugar en que se encontraba en esos momentos y su nativa región de Texas, había una distancia de varios centenares de kilómetros; pero, en más de una ocasión, el joven vaquero había pensado en la vieja estancia de la Doble Barra en Frío, donde pasara los tiempos más felices de su vida.

De nuevo se hallaba en una región ganadera, pero esta era distinta de la que llegara a conocer en el Sud, allá sobre las márgenes del Río Grande.

Y toda diferencia era, a los ojos del vaquero de Texas, una diferencia hacia peor. Había aquí demasiadas colinas y montañas, los llanos no eran tal fértiles, tan ricos y tan fragantes. El sol no tenía ese calor en sus rayos, que él había sentido en sus primeros años. Por otra parte, las ciudades estaban demasiado cerca la una de la otra. Los ferrocarriles desfiguraban la región y los postes telegráficos se levantaban en los lugares menos apropiados.

Río Kid manteníase alejado de las ciudades, como si ellas hubieran sido plagas para él. No podía sufrir el ruido producido por los cascos sobre el empedrado. No quería usar ningún otro medio de locomoción que no fuera su caballo. Para él, los teléfonos y telégrafos estaban completamente demás, lo mismo que los coches pullman y los automóviles. Pero menos que nada le agradaban los alambrados y cartelones.

Había entrado en la región del Gato Salvaje, porque se trataba de una región ganadera y porque un desconocido a quien encontrara en el camino, le manifestara que se trataba de la región más salvaje del Estado de Montana, y Río Kid era amante de la Naturaleza y enemigo de la obra artificial de los hombres.

En la región de Gato Salvaje, los hombres seguían llevando aun un revólver en el cinto, y de tanto en tanto también se animaban a usarlo.

Hasta se habían dado casos de un grupo de cowboys que habían originado un violento tiroteo en la ciudad, al ser perseguidos después de alguna pelea en la cantina.

También existían aun los maleantes y los ladrones de caminos. Era, en una palabra, una región en que Río Kid podía sentirse más o menos como en su casa, vale decir, que podía acampar al aire libre, sin ver en el horizonte la chimenea de alguna casa.

Por ese motivo, Río Kid había dejado de pensar por un corto tiempo en Frío, tratando de amoldarse a las nuevas condiciones de vida, las que, desde luego, eran más seme-

jante a las anteriores, que cualquiera de las que había conocido después de haber partido de Texas.

Río Kid, por otra parte, llevaba en su cinto una buena cantidad de billetes de Banco, que había salvado de la destrucción de su mina en Arizona, y estaba, pues, en condiciones de vivir, diremos, de renta, vale decir sin preocuparse por encontrar trabajo.

Por eso era que en pleno día se hallaba acampado mirando con curiosidad la carretera que conducía a Gato Salvaje, y por la que en este momento se acercaba la diligencia local, tirada por dos caballos y que efectuaba los viajes entre la estación de ferrocarril y el pueblo de Gato Salvaje. Era un viaje largo, que la diligencia realizaba dos veces por día.

Río Kid, sentado sobre lo alto de la roca, oculto detrás de unos arbustos, miraba indolentemente la diligencia, sin demostrar por ella mayor interés que el que merece, naturalmente, el único objeto en movimiento, en medio de todo un escenario inmóvil.

Sus ojos de águila pudieron constatar desde lejos que en la diligencia solamente viajaba una persona, que, al parecer, era un vaquero joven. Pero si al principio todo aquello había sido para Río Kid más o menos indiferente, demostró, sin embargo, interesarse por lo que iba a suceder, cuando vió que justamente debajo de la roca en que él se hallaba sentado, la diligencia era abordada repentinamente por dos hombres a caballo, de los que el joven proscripto de Texas, sólo podía ver los sombreros.

—¿Qué veo? — murmuró Río Kid.

Se trataba indudablemente de un asalto. Los dos jinetes se hallaban enmascarados. Y cada uno de ellos llevaba en la mano un revolver. Uno penetró en la carretera, adelantándose a la diligencia y levantó su arma.

—¡Alto!

La orden era terminante. El conductor detuvo inmediatamente el pequeño vehículo. El otro jinete apareció entonces en acción, con los ojos que le brillaban a través de los agujeros que habían sido practicados en el paño que le cubría el rostro.

—¡Baje!

Esta orden fué impartida al pasajero que viajaba en el interior de la diligencia.

Río Kid prestó mayor atención para no perder detalle de lo que iba a suceder.

No se trataba de una cosa para él. Había venido a Montana para ocuparse de las faenas ganaderas y no para intervenir en asaltos. En el lejano Texas, el mismo Río Kid era buscado por muchos sheriffs, En su propio país era un proscripto, por más que lo era contra su voluntad. Por lo tanto, un asunto de esta naturaleza, un asalto en una carretera de Montana, no le interesaba.

El hombre que viajaba en la diligencia, echó una mirada sobre el jinete que le intimaba la orden.

Río Kid vió que el desconocido pensaba en sacar un revólver, pero viendo que un arma semejante estaba dirigida sobre él, lo pensó al parecer mejor.

—Pues, han tenido ustedes mala suerte esta vez — dijo — no llevo más dinero encima que el que debo pagar por mi viaje a Gato Salvaje.

—¡Baje, le he dicho!

—Como usted quiera, compañero, pero ya le digo que están ustedes perdiendo el tiempo, porque no llevo dinero encima...

—Arriba las manos...

El jinete pareció no prestarle la menor atención, sino que llamó a su compañero y dirigiéndose luego al conductor de la diligencia, le gritó:

—Siga.

El hombre se dió vuelta, asombrado; pero un revólver estaba dirigido sobre él, por lo que optó por cumplir inmediatamente la orden recibida.

—Quieren ustedes que me vaya a pie a Gato Salvaje? — Preguntó, entonces, el hombre que había venido como pasajero.

—No baje las manos... Oye, Rube...

—¿Qué hay?

—Sácale el revólver.

El vaquero no se resistió, cuando el interpelado le quitó el revólver; pero tanto él, como Río Kid, quien asistía al espectáculo, pudieron ver en esos momentos que se trataba de un asalto vulgar.

—Atale las manos, ahora.

El joven vaquero hizo un movimiento; pero el revólver que casi le tocaba la cara, volvió a imponerle silencio.

—¿De qué se trata? — dijo finalmente. — ¿Qué quieren ustedes conmigo?

—Ahora lo sabrás — dijo el hombre que hasta entonces se había conservado en el anónimo y que en ese momento se quitó la bolsa que cubría su rostro:

—Mira, Kent Looring, mírame y sabrás quien es el hombre que está dispuesto a colgarte del primer árbol que haya por aquí.

El joven vaquero miró fijamente al hombre que le hablaba y su rostro palideció:

—Eben Sparshott — dijo, — mientras hacía un esfuerzo desesperado para librarse de sus ligaduras, sin resultado alguno.

—Ata una cuerda a aquella rama, Rube — prosiguió diciendo el hombre — cuando los cowboys vean colgado allí a Loring, sabrán que han terminado las cuestiones entre los Sparshott y los Loring. Tienes cinco minutos, compañero...

Con estas palabras, Eben Sparshott desmontó, en tanto que su compañero, quien también se había quitado la máscara y que no era otro que su hermano Rube Sparshott ataba a Kent a la rama de un árbol próximo. Río Kid ya no pudo sujetarse más. Un salto en la carretera no hubiera sido suficiente motivo para decidirle a intervenir en defensa de la víctima; pero en este caso ya se trataba de una cosa distinta y Río Kid no podía permanecer indiferente a ella.

Silenciosamente, el ex proscripto de Texas bajó por un costado de la peña, dirigiéndose hacia la carretera.

RIO KID INTERVIENE EN LA CUESTION

Kent Loring, estaba intensamente pálido. Sus ojos parecían estar encendidos por un extraño fuego. No había en sus facciones las señales del temor, sino la convicción de que la muerte estaba cercana a él.

Por fin, dirigiéndose a Ebe Sparshott, el joven vaquero, le lanzó esta amarga imprecación:

—Ustedes siempre han sido una familia de cobardes. Jamás me hubieran atrapado, de no haberse cubierto los rostros con esas bolsas para hacerme creer que se trataba de un asalto vulgar.

—Es que sabíamos que usted maneja muy bien el revólver, y no quisimos exponernos — contestó Ebe con ironía, — pero es inútil que perdamos palabras porque esta cuestión va a terminar bien pronto, ya que usted no tardará en colgar de ese árbol en la misma forma como colgó de uno semejante, hace diez años, Peter Sharshott. Usted es el último de su familia, y, con su muerte quedará satisfecha nuestra venganza.

—Peter Sparshott fué un ladrón de ganado.

—Así lo dijeron los Looring para poder lincharlo...

—Era cierto...

—Bueno, que fuera cierto o no, lo cierto es que nosotros hemos lavado con sangre aquel linchamiento, porque ya ha caído su padre, sus tíos, su hermano y ahora, usted...

En esta forma terminaremos hoy mismo con esta cuestión.

Kent Looring no contestó; pero miró a lo largo de la carretera.

—Es inútil que espere usted la ayuda de alguno — dijo Eben — porque demasiado bien sabe que nadie anda por estos lugares, y que, si viniera alguno, solo sería para ver a usted ventilarse en esa rama.

—Canallas... si yo tuviera un revólver en la mano.

—No volverá usted a empuñar nuevamente, jamás, ningún revólver — dijo Rube Sparshott, — demasiado listo ha sido para usarlo contra nuestro hermano George, en Gato Salvaje.

—El me provocó.

—No nos importa... esta cuestión debe ser liquidada hoy mismo.

En ese momento oyóse un débil ruido en la carretera, y, al mismo tiempo salía de detrás de una peña, la gallarda figura de Río Kid, empuñando un revólver en cada mano.

—Van a tener que dejar ustedes la liquidación de esta cuestión para otra oportunidad, señores — dijo — y, ahora, lo que deben hacer es levantar inmediatamente las manos.

El más joven de los Sparshott obedeció inmediatamente la orden; pero Eben tomó su revólver. No llegó, sin embargo, a hacer uso del arma, pues, inmediatamente, Río Kid le disparó un tiro en un brazo, que con una exclamación de dolor le obligó a dejar caer el arma.

—Le he dicho que levantara las manos — recordóle Río Kid — usted mismo tiene la culpa de lo que ha sucedido. Yo no entiendo mucho de estas cuestiones personales y de familia aquí en Montana; pero se que me expongo al inmiscuirme en una cue como ésta — dijo Río Kid — sin embargo, no he podido evitar de hacerlo, porque considero que no es cosa de un hombre blanco,

—Van a tener que dejar ustedes la liquidación de este asunto para otra oportunidad — dijo Río Kid.

el asistir indiferente a que sea asesinado un compañero de raza... Y usted, señor Looring, creo que se encontrará más a sus anchas con mi llegada, no obstante no haberme llamado nadie... voy a ponerle en libertad y darle su revólver; porque seguramente lo ha de extrañar usted.

—No lo conozco, compañero — respondió Kent Looring — pero desde ya le aseguro que jamás he de olvidar que le debo la vida.

Río Kid sacó, entonces, los revólveres a los dos hermanos Sparshott, cortando las ligaduras que sujetaban los miembros de Kent Looring, a quien volvió a entregar su revólver.

Después, volviéndose a los tres hombres, les dijo:

—Ahora que estamos todos en igualdad de condiciones, quiero que si ustedes persisten en arreglar sus cuestiones personales hoy mismo, ello se haga por medio de un duelo legal con revólver entre Rube y Kent.

Aventuras de Barn

gugli, por Debeck

—¿Está usted dispuesto a ello? — preguntó Looring a Rube.

—No—contestó éste — yo debo cuidar a mi hermano que está gravemente herido. Estas cuestiones se arreglan en otro momento. y, usted, desconocido, cuente desde hoy con la enemistad a muerte de los Sparshott, por haber intervenido en esta cuestión.

—Perfectamente — contestó Río Kid con un gesto de desprecio — la enemistad de los cobardes no me asusta...

—¿Vamos, Looring Viene usted a pie o quiere pedirle prestado uno de los caballos al señor Sparshott.

—Voy a pie — contestó el joven vaquero, y. pocos minutos después se alejaba al lado de Río Kid del lugar en que, por poco, hubiera hallado la más denigrante de las muertes.

Pero antes de irse, Kent se volvió a Rube:

—Recuerde que, en cuanto nos veamos otra vez hay balas...

RIO KID ENCUENTRA UN TRABAJO

Río Kid no estaba acostumbrado a caminar, y, a igual de los demás cowboys no hubiera hecho ni cincuenta metros a pie; pero, en esta oportunidad, caminó alegremente al lado de Kent Looring, con su caballo siguiéndole. La conversación entre los dos jóvenes se había hecho sumamente interesante, y Río Kid no había tardado en comprender que aquel muchacho era de la clase que a él le agradaba como compañero.

El joven Looring le refirió hasta en los menores detalles el asunto de la enemistad entre las familias de Sparshott y Looring, desde los comienzos de la misma, diez años atrás cuando uno de los Sparshott, Peter, había sido linchado por ser acusado de robar ganado.

Para Río Kid, casos como ese no eran, en absoluto. nuevos, pues ya en Texas había tenido oportunidad de observar algunos de ellos.

—Actualmente, — terminó diciendo Kent Looring — mi familia es la que lleva la peor parte. Después de los múltiples asesinatos por parte de uno y otro bando, he quedado yo solo como representante de los Looring. mientras que de los Sparshott aun quedan tres hermanos. Además, mi establecimiento está al margen de la ruina, mientras que el de ellos está en un estado muy floreciente. Varias veces ya he hablado con ellos, para dar por terminada la cuestión; pero nunca han aceptado, y, menos ahora, en que las cosas han quedado en un estado tal, que, en cuanto volvamos a vernos, habrá balas.

En esos momentos, los dos hombres llegaban a una bifurcación del camino.

—¿Va usted a Gato Salvaje? — preguntó Kent.

—Así lo tenía pensado — dijo Río Kid.

—Entonces nos separaremos aquí, pues este otro camino conduce a mi campo..., estoy completamente solo allí... he tenido que despedir hasta el último de mis peones, porque no tenía dinero para pagarle el sueldo, y estoy seguro de que me habrán robado hasta los pocos animales que aun me quedaban durante mi ausencia. Había ido a Butte. para tratar de obtener una hipoteca sobre mi propiedad; pero no he logrado ni siquiera que me dieran diez pesos por ella...

—¿Dice usted que ha despedido a todos sus hombres?

—Sí.

—¿Entonces necesita usted gente?

—Necesitaría; pero no puedo contratar personal, porque no tengo dinero con que pagar los jornales.

—Perfectamente, yo me ofrezco para trabajar en su establecimiento, Kent.

—Imposible... a propósito, ¿cómo se llama usted?

—Kid Carfax.

—Pues, como le iba diciendo, es imposible que venga usted a trabajar conmigo: porque tengo medios para pagarle el sueldo y comprendo que ningún vaquero quiere trabajar sin cobrar. Por otra parte, después del tiro disparado por usted contra Eben Sparshott, puede usted tener la seguridad de que todos sus hombres le estarán a usted encima, y lo que más le conviene es abandonar esta región lo antes posible.

—¿Y si a mí me gustara hacerle compañía en su campo?

—Ya le he dicho que es imposible Kid... somos amigos y no quiero explotarlo a usted.

—¿Pero me debe usted un favor verdad?

—Seguramente.

—¿Quiere pagarlo usted?

—Sí. si puedo...

—Deme usted trabajo en estas condiciones: sin sueldo; pero con la libertad de retirarme de su lado, cuando me parezca oportuno... ¿Acepta usted?

—Encantado.

—Entonces, está resuelto el asunto y no es necesario que sigamos hablando de él. Yo no quiero que usted me page, sino que acepto el cargo porque siento una verdadera atracción hacia los peligros y las aventuras emocionantes.

Y. con el caballo de Río Kid, siguiendo siempre a su amo, los dos jóvenes tomaron el camino que conducía al establecimiento de los Looring.

EL ATAQUE

Kid Carfax, — pues Río Kid no había usado nunca más este nombre desde el día en que saliera de Texas, — miró con curiosidad a sus alrededores, cuando llegó a la casa de su nuevo amigo Kent Looring.

La descripción hecha por Kent de su establecimiento ya había preparado el ánimo de Río Kid para ver una casa pobre, y, en realidad, lo era bastante. En un tiempo había sido un establecimiento pequeño, pero próspero; pero actualmente, como resultado de la enemistad con los Sparshott y los continuos ataques y molestias que ello le había ocasionado, el último de los Looring se encontraba al borde mismo de la miseria.

Por todas partes veíanse vestigios de incendios y luchas feroces, y, sólo al ver aquel establecimiento, pudo comprender Río Kid la seriedad de la situación. El galpón de la

casa, estaba completamente quemado.

Sin embargo, cuando llegaron a la casa, Kent Looring dió muestras de sentirse aliviado, pues, viendo que todo estaba como él lo había dejado, dijo:

—Por lo visto, estaban seguros de terminar conmigo por medio del asalto...

—Y los pocos animales de que me ha hablado usted?

—Están convenientemente escondidos en una hondonada, donde difícilmente pueden ser encontrados.

—¿Y el sheriff no se preocupa por la seguridad de sus habitantes?

—El sheriff hace la vista gorda, porque sabe perfectamente que no le conviene entrar en cuestión con los Sparshott. Además, todos los habitantes de Gato Salvaje tienen temor de inmiscuirse en este asunto, y más de una vez he oído decir que esta situación sólo podía terminar con mi muerte. Cierto es que en Butte hay tribunales; pero es el caso que a mí no me sirven para nada, porque usted comprenderá, Carfax, que ellos no van a tener testigos, que luego podrían declarar contra ellos. Estas cosas no pueden ser resueltas por los tribunales, Kid.

—Ya lo sé.

Río Kid fué a guardar su caballo en un pequeño establo, poniendo a su alcance un montón de alfalfa.

Mientras tanto, Kent había encendido el fuego en la chimenea de la casa y poco después, ambos estaban sentados, comiendo las provisiones que Río Kid había traído consigo.

—¿Por qué no se ocupa usted también en quemarles el campo, asustar a los animales y demás métodos que ellos han empleado contra usted? — preguntó Río Kid.

—Porque considero que ningún hombre blanco debe recurrir a esos medios, — respondió Kent.

—Bueno, creo que, por lo menos por parte de Eben, puede estar tranquilo de que no ha de volver a importunarle, mientras no se le haya curado el brazo, Kent.

—Eben, sí, pero están sus hermanos Rube y Walter, y no me extrañaría en absoluto de que ellos nos atacarán esta misma noche

—¿Lo cree usted?

—Muy posible.

. . . . . .

Cuando ya llegó la hora de acostarse, Kent aseguró primero bien todas las puertas y ventanas, para evitar que pudiera ser sorprendido por sus enemigos durante la noche y luego, los dos jóvenes se acostaron sobre sus mantas.

Río Kid no tardó en quedar profundamente dormido, sabiendo que al menor ruido que indicara la proximidad de los enemigos, le despertaría.

Pero los Sparshott no se preocuparon en llegar silenciosamente a la casa de su mortal enemigo aproximadamente las doce de la noche, Río Kid sintióse bruscamente despertado por el ruido de unos golpes fuertes, dados a la puerta al mismo tiempo que se oía una voz ronca:

—¡He Kent, cobarde, sal afuera... no te encierres.

Río Kid se acercó a su amigo.

—Es Walter Sparshott, le dijo Looring, — lo conozco por la voz.

Los golpes en la puerta continuaban y Walter Sparshott seguía provocando a Loorin.

—¿Está usted solo? — preguntó éste, por fin.

Río Kid oyó entonces que su amigo deseaba abrir la puerta; pero, antes de que pudiera correr el pestillo, lo tomó del brazo:

—Oiga, Kent, — le dijo, — los lobos nunca vienen solos.

—¿Cree usted que no estará solo?

—Estoy casi seguro de ello. Pero, acerquémonos a la ventana y podremos cerciorarnos.

A los ojos penetrantes de Río Kid no escapaba ni un detalle de lo que sucedía en el exterior, y fué así que detrás de los restos del galpón quemado, no tardó en divisar la copa de un sombrero. Era un hombre que se hallaba oculto allí. Ello bastaba para que Río Kid probara nuevamente su puntería. Apuntando al sombrero por entre la hendija que dejaba la ventana, Río Kid hizo fuego. Lo contestación no se hizo esperar, pues inmediatamente oyóse un grito de dolor, al mismo tiempo que un hombre se levantaba y salía corriendo

La luz de la luna, iluminando el rostro del herido, permitía ver que éste se hallaba cubierto de sangre.

—¿Qué le he dicho? — opinó Río Kid dirigiéndose a su compañero.

—Cree usted que están aquí todos los hombres de los Sparshott?

—Sí, estoy seguro de ello; pero también estoy seguro de que nos han encontrado en casa y con ánimos de rechazar su ataque...

LA BANDA DE LOS SPARSHOTT

El tiroteo cesó y Río Kid no dudo menos de hostezar.

Bala tras bala había llegado hasta las paredes de la casa de Kent Looring, en que se hallaba este y Río Kid; pero solo pocas de ellas habían logrado perforar las gruesas paredes. Alrededor de una docena de enemigos hallábanse ocultos detrás de cuanto refugio existía delante de la casa; pero Rio Kid, no obstante su penetrante mirada, no podía ver a ninguno de los miembros de la banda de los Sparshott, que en esos momentos estaban dispuestos a terminar de una vez para todas con la antigua reyerta que existía entre la familia de los Looring y la de los Sparshott. Río Kid, siguiendo su impulso de inmiscuirse siempre en los asuntos de los demás habíase colocado del lado del más débil, que en este caso, era el joven Looring, y, no pensaba siquiera en arrepentirse por ello; por peligrosa que fuera su situación en aquellos momentos.

Todo permanecía en silencio en derredor. Sólo se escuchaban los quejidos del hombre a quien Río Kid había herido una hora antes.

—Esa gente ya está aburriéndome — dijo — son nueve o diez y, sin embargo, no se deciden a atacarnos

—No se han ido todavía — dijo Looring.

—No, no se han ido ni se irán antes de haber amanecido el nuevo día — dijo Río Kid — pues sólo la luz del sol será capaz de convencerles de que sus esfuerzos son completamente inútiles.

—Si quiere dormir, yo quedaré despierto — dijo Kent.

—No — contestó Río Kid — me parece que esta noche no hay sueño para nosotros. ¿Cuánto tiempo hace ya que no llueve en esta región?

—Por lo menos quince días. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Por que estoy seguro de que, viendo que les es imposible matarnos a balazos, tratarán de poner fuego a la casilla. Por eso es necesario que no nos descuidemos.

—Es cierto.

—Puede usted estar seguro de que harán eso, Kent; pero desde ya puedo asegurarle que no se saldrán con la suya.

Río Kid seguía mirando pacientemente por el pequeño agujero que existía en la pared examinando cuidadosamente los alrededores. Para esos casos tenía la paciencia de un verdadero indio.

Efectivamente, después de un momento, vióse una claridad detrás de unos arbustos y, pocos segundos después, una antorcha encendida hacercábase a la casilla, describiendo un gran arco; pero cayendo a algunos metros de la puerta.

—Repitan el tiro — dijo Río Kid tranquilamente.

Efectivamente, pôco después, otra antorcha recorrió la misma trayectoria con idéntico resultado.

—Si fueran indios — dijo Río Kid — hubieran usado flechas encendidas; pero siendo vaqueros no tienen práctica en eso y emplearán antorchas; pero, están muy lejos para hacerlas llegar hasta aquí y tendrán que salir de su escondite para tirarlas de más cerca...

—¿Y entonces...?

—Entonces hablarán mis Colt — dijo Río Kid.

En efecto, cuando comenzó el ataque de los enemigos de Looring, se efectuó todo con una velocidad realmente pasmosa.

Desde detrás de unos arbustos una figura humana saltó repentinamente al claro, corriendo en dirección a la casa. Solo bastaban pocos segundos para que el hombre pudiera llegar hasta el lugar desde donde podría tirar la antorcha; pero esos segundos eran suficientes para que Río Kid pudiera hacer uso de su revólver y, al primer tiro, el hombre cayó pesadamente al suelo, precisamente encima de la antorcha que llevaba. Unos quejidos de dolor se sucedieron y, después, el herido fué arrastrándose nuevamente hacia los arbustos.

—Le ha pegado — dijo Looring.

—Seguramente — respondió Río Kid con la mayor calma.

Después, oyóse claramente la voz de Walter Sparshott, que decía:

—Les aseguro que Kent Looring no está solo ahí dentro.

—Pero si ha despedido hasta a su último vaquero.

Podrá haberlo hecho; pero ese tiro no fué disparado por él.

Kent Looring, sonrió.

—Ya se dan cuenta que está usted conmigo.

—Es bueno que lo sepan — respondió Río Kid — ahora creo que ya no nos molestarán más hasta que no se esconda la luna.

Y así fué, en efecto. Los quejidos de los dos hombres fueron los únicos que se sintieron después del rápido incidente, y los dos jóvenes siempre alertas, esperaron los próximos acontecimientos.

UN ENCUENTRO A QUEMARROPA

Kent Looring hizo un repentino movimiento de sorpresa al oir que el pasador de la puerta se movía lentamente; pero, al acercarse a la puerta, pudo comprobar que era Río Kid quien intentaba salir al exterior. Era la hora más oscura de la noche, el breve espacio que precede a la salida del sol. Río Kid sabía que los enemigos de Looring habrían de aprovechar ese momento para llevar a cabo sus siniestros propósitos y estaba dispuesto a evitarlo a toda costa.

—¿Que va a hacer usted, Kid?

—Voy a ir a despertar a esos hombres, — dijo Río Kid tranquilamente; — se que van a querer aprovechar esta hora para incendiar la casilla, y con la oscuridad reinante sólo hay un medio para evitar que se salgan con la suya, y es que yo salga a su encuentro...

—¿Pero solo...?

—Naturalmente...

—Yo voy a ir con usted...

—Usted debe quedarse aquí, con el rifle en la mano, sino quiere echarlo todo a perder. Si usted hubiera hablado alguna vez con algún vaquero del establecimiento de la Doble Barra, le dirían que en esta tarea soy más práctico que los mismos indios...

—Pero...

—Es inútil.

Río Kid abrió silenciosamente la puerta. Afuera reinaba la oscuridad más absoluta. Río Kid sabía que los Sparshott no dejarían esta oportunidad y que, naturalmente, buscarían refugio en la falta de luz; pero él estaba dispuesto a hacer otro tanto.

Con el sigilo de un verdadero apache, Río Kid, arrastrándose sobre pies y manos, dio la vuelta a la casa y se dirigió al galpón en que se hallaba su caballo.

Aun en el caso de que los Sparshott hubieran esperado este movimiento de Río Kid, seguramente no hubieran podido verle ni oirle Mucho menos cuando no pensaban ni siquiera remotamente en que entre los atacados había un hombre capaz de tomar la ofensiva, cuando apenas podía resistir en la defensa de la casa.

Y es que no conocían aun a Río Kid.

Pocos minutos bastaron para que éste se encontrara detrás de la pared del galpón pudiendo oir, entonces el murmullo de las voces de los Sparshott, los que se hallaban a menos de dos metros de él.

La voz de Walter Sparshott llegó claramente a sus oídos.

—Compañeros — dijo: — esta vez voy a

Delante de la casa estaba Walter Sparshott, golpeando la puerta con su rebenque.

intentar la prueba. Estoy seguro de que la casa se va a quemar como si fuese de papel, y que, en la oscuridad de la noche, no habra peligro de que me vean desde adentro. Estoy seguro de que está con Kent Looring ese muchacho que hirió a mi hermano esta tarde, para defender la vida de nuestro enemigo, pues no es posible que haya aun un solo vaquero, teniendo en cuenta que Kent Looring no tiene ni un solo centavo. Ustedes que den aquí con los rifles preparados y mátenlos en cuanto salgan de la casa... La rencilla entre los Looring y los Sparshott debe terminar esta misma noche.

Río Kid oyó también el ruido producido por la preparación de la antorcha y sonrió.

Con el mayor sigilo, púsose de pie. Los Sparshott, confiados en su mayor fuerza, pensaban en aquellos momentos en todo menos en que ellos iban a ser objeto de un ataque, y, sin embargo, éste se llevó a cabo...

Bang... Bang... Bang...

Los Sparshott no llegaban a explicarse lo

que había ocurrido. Completamente sorprendidos sólo acertaron a correr en dirección de sus caballos, seguidos por los balas que, como lluvia, salían de los Colts del ex vaquero de Texas de tal modo, que, cuando desaparecieron como perseguidos por el mismo demonio en la obscuridad de la noche escasamente uno solo de ellos salió de allí ileso.

Río Kid, habiendo terminado su provisión de balas, volvió a cargar sus revólvers para repeler cualquier agresión que pudiera seguir a su audaz golpe. Pero los Sparshott no volvieron por más balas, de modo que Río Kid se acercó tranquilamente a la casilla de Looring, gritándole ya de lejos que no hiciera fuego contra él.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Kent Looring.

—Nada; sólo que ya se han ido...

—¿Se han ido?

—Seguramente... creo que se imaginaron que habíales sobrevenido algún terremoto, porque huyeron como perseguidos por el mismo Satanás.

—Por Dios, Kid Carfax, es usted un verdadero héroe, — dijo Kent Looring.

Y Río Kid se envolvió en sus mantas y durmió tranquilamente hasta que el sol dió comienzo al nuevo día en aquella llanura de Montana...

CARA A CARA

—Es usted realmente un terco — dijo Río Kid a Kent Looring que aceptó sus palabras con una sonrisa.

El vaquero de Montana y Río Kid estaban cabalgando, el uno al lado del otro, por las llanuras de Montana.

Ya hacía tres días que Río Kid estaba en el establecimiento de los Looring y en ese tiempo había demostrado que aun no había olvidado todo lo que aprendiera en la estancia de la Doble Barra y que se relacionaba con las tareas propias de los vaqueros.

Río Kid era un vaquero de nacimiento y Kent Looring le dijo que, sinceramente, prestaba más servicios que cinco o seis hombres a sueldo. Y, todo ello, a título gratuito, puesto que Loring ya le había dicho que no podría pagarle ningún sueldo, pues estaba completamente arruinado, como consecuencia de la larga lucha que los Looring habían sostenido con los Sparshott. Pero, por otra parte, Río Kid no necesitaba trabajar por dinero, pues aun conservaba en su cinto una fuerte cantidad de billetes de banco, como resto de aquella mina que había poseído y perdido en Arizona.

Looring solo poseía aun una docena de ganado y todo indicaba que no podría sostenerse ya mucho tiempo; pero estaba resuelto a continuar en la lucha hasta el momento en que llegara el fin.

—Es usted tan terco como una mula — dijo Río Kid — demasiado sabe que no tiene las menores perspectivas de éxito contra esa gente, que le aventaja a usted en medio y en número. Debe vender todo a cualquier precio y buscar otra región para establecerse.

—Puede que usted lo interprete como terquedad de mi parte, Kid Carfax, pero es el caso que los Looring jamás han huido y yo no quiero ser el primero en hacerlo. Esperaré aquí el momento en que la suerte o el destino ponga fin a esta lucha.

Río Kid lo escuchó con cierta satisfacción Si bien había aconsejado al hombre que abandonara el país, sabía perfectamente que él hubiera sido el último en hacerlo, en el caso de encontrarse en la situación de Looring.

Por otra parte sabía que aquella cuestión entre las dos familias solo podía terminar con la muerte de Kent Looring, en un plazo más o menos breve, puesto que aun quedaban con vida los tres hermanos Sparshott, y, a juzgar por el ataque que llevaron a cabo contra el rancho en la primera noche de estar allí Río Kid, éste comprendió que no vacilarían ante ningún medio, con tal de llegar al fin propuesto, que era el de terminar de una vez por todas con los Looring.

Nada había sido visto de los Sparshott desde aquella memorable noche, y, según las apariencias, ellos ya estarían escarmentados y no llevarían a cabo un nuevo ataque de esa naturaleza.

Pero si bien era cierto que los Sparshott no se animarían a intentar otro ataque abierto, no por eso de temer menos una agresión a traición y Río Kid, lo mismo que Kent Looring, llevaban constantemente sus revólvers a mano, para estar preparados para defenderse en cualquier emergencia.

Ese día, los dos hombres habían salido para encontrar a tres vacas que faltaban, ya sea que se hubieran escapado o que hubieran sido robadas.

Río Kid, acostumbrado a tratar con millares de cabezas de ganado, no pudo menos que sonreir al pensar que estaban buscando a tres animales; pero sabía que esa docena de vacunos constituían toda la propiedad, en hacienda, que aun quedaba a Kent y que una pérdida de tres cabezas sería grave para él. Y, mientras cabalgaban, los ojos de Río Kid estaban tan alertas, como si es esos momentos se hubiera encontrado en un territorio, poblado por indios salvajes.

—¿Entonces está usted decidido a no abandonar el país?

—Con toda seguridad.

—Perfectamente, entonces debe terminar con los Sparshott antes de que ellos terminen con usted y disparar contra ellos en cuanto los vea.

—Ya lo se y estoy dispuesto a hacerlo; pero esos cobardes no se atreven a mostrarse de frente, sino que harán fuego a traición...

—¿Y no puede usted hacer otro tanto?

—No, me siento demasiado caballero para ello.

—Entonces, hágase hacer un cajón de medida, porque no le doy vida para mucho tiempo, Kent.

—Eso ya me lo han dicho todos, y seguramente, todo hubiera terminado ya, de no haber sido porque usted estaba conmigo la otro noche... Pero, no hablemos más de los Sparshott... Hemos salido para buscar esas vacas, y creo que lo mejor que podemos hacer es separarnos y buscar cada uno por su lado, y volver a encontrarnos, cuando se ponga el sol en la casilla.

—Perfectamente, estoy completamente de acuerdo con usted, Kent, pero tenga usted en cuenta que si nos alejamos de la casilla nos exponemos a que le prendan fuego durante nuestra ausencia.

—Tenemos que arriesgarnos de todos modos.

—Perfectamente.

Los dos hombres se separaron y Río Kid comenzó la búsqueda por su parte, pensando en la triste suerte que le estaba reservada a aquel valiente vaquero de Montana, por el que había llegado a sentir verdadero afecto, admirando su coraje.

Finalmente Río Kid encontró una pista y, al seguirla, llegó hasta un pequeño hueco donde crecían abundantes pastos y allí vió a tres vacas que, después de un prolijo examen, mostraban en sus cueros la marca de los Looring.

—Lo siento, queridas,—dijo Río Kid, —pero ustedes van a tener que salir de aquí y volver nuevamente al campo de los Looring.

Los animales partieron de ese lugar contra gana, pero el ruido producido por el látigo de Río Kid fué suficiente para convencerles de que les convenía no ofrecer resistencia.

Pero aun no se veía el rancho, cuando dos hombres aparecieron detrás de unas colinas, dirigiéndose hacia Río Kid. Uno de ellos era Walter Sparshott, a quien había visto Río Kid a la luz de la luna en la noche en que fuera atacado el rancho. Río Kid sonrió, al pensar que ellos también tendrían interés en los tres animales que él llevaba, no dudando, empero, que no lo reconocían como el hombre que había ayudado a Loring durante el último ataque nocturno, puesto que, de lo contrario, hubieran hecho fuego sobre él al verle.

Cuando estuvieron más cerca, Walter Sparshott inició la conversación.

—Oiga, compañero...

—¿Qué hay?

—No le he visto antes por aquí... ¿qué está usted haciendo por estos potreros?

—Llevando vacas.

—Robándolas querrá decir.. Yo he estado buscando esos animales, porque pertenecen a mi tropa...

—Está equivocado, compañero... Esos animales, llevan la marca de los Looring...

—Entonces ha cambiado usted las marcas.

Los ojos de Río Kid brillaron de furia.

—De todos modos... ¿quién es usted? Looring no tiene ni un solo hombre a su servicio...

—Yo soy su nuevo vaquero...

—¡Pero sino tiene dinero para pagarle!

—Eso no le interesa

—¿Y de dónde es usted?

—De Río Grande.

—Entonces lo mejor es que vuelva usted allí inmediatamente. Aquí no puede estar, y menos al servicio de Looring...

—Pues está usted muy equivocado, porque

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

yo no temo a todos los Sparshott juntos...

—Entonces estaba usted en la casilla cuando el ataque de la otra noche.

—Efectivamente; y no pude menos de admirar la habilidad de ustedes para hacerse humo, en cuanto sintieron el olor de la pólvora...

Walter Sparshott cambió una rápida mirada con su compañero y un segundo después ambos sacaron su revólver, como obedeciendo a una orden.

La vida de Río Kid, en esos momentos, pendía de un hilo; pero el joven vaquero de Texas era más rápido que sus contrarios, y aun antes de que ellos tuvieran listas sus armas, el Colt del ex proscripto de Texas habló dos veces...

Bang... Bang...

Walter Sparshott cayó pesadamente al suelo, mientras que su compañero se tambaleaba en la silla.

—No tire... que estoy herido.

—Sí, pero no de gravedad, — dijo Río Kid: — no he querido matarle, para que pudiera llevar a casa el cadáver de su amo... mientras yo hago otro tanto con las vacas de Loring... Buenas tardes.

Y Río Kid alejóse tranquilamente.

EL ULTIMO GOLPE

—Cristo Santo..

Río Kid no pudo menos de lanzar una exclamación cuando, al acercarse a la casa de Loring, vió ya desde alguna distancia que ésta había sido incendiada por los enemigos de Kent.

Sus facciones adquirieron una expresión siniestra.

El se lo había advertido a su compañero, y ahora los hechos demostraban el acierto de sus palabras. Desde que Kent había tenido que privarse del último de sus hombres, aquello había tenido que esperarse en cualquier momento; pero sin la ayuda de Río Kid, el fin hubiera llegado aun más rápidamente de lo que llegó. Río Kid acercóse a la casa en llamas, encontrando el lugar completamente desierto. Eben y Rube Sparshott, después de haber consumado su obra, habíanse dado a la fuga. El vaquero dirigióse entonces hasta el lugar en que se hallaban escondidos los pocos animales con que contaba aún el establecimiento, no encontrándolos tampoco en ese lugar. Los malvados, después de destruir la casa de Kent, no habían vacilado en llevarse también los últimos animales que aún le quedaban.

Río Kid sintió que la sangre le hervía en sus venas. Aquel había sido el golpe fatal para Kent Loring y ahora le sería realmente imposible seguir con su establecimiento.

El joven vaquero de Texas quedó largo rato pensativo. Ya el sol iba, ocultándose detrás del horizonte y pronto la oscuridad invadió por completo la región.

Río Kid comenzó a tranquilizarse ya por la suerte de su amigo, al ver que éste no regresaba, y fué con un verdadero sentimiento de alivio que oyó el galopar de un caballo.

Era el de Kent Loring; pero venía sin su jinete. Río Kid, al verlo, supuso de inmediato que algo grave habría sucedido y que Kent habría caído seguramente en manos de sus enemigos,, y, solo, hizo un voto solemne de que, si así había sido, él se erigía en vengador de su joven amigo y que no saldría de Montana hasta haber matado a los dos hermanos Sparshott que aún quedaban con vida.

En la montura que llevaba el caballo de Loring, veíase abundante sangre. Pero, quizá Kent aun no estaba muerto, sino simplemente herido, y, por lo tanto era indispensable llegar lo antes posible hasta el lugar en que se encontraba.

Siguiendo las huellas del caballo. Río Kid no tardó en llegar hasta el lugar en que Kent Loring yacía en el suelo. Estaba pálido como un cadáver, pero se hallaba herido únicamente en un hombro, y todo indicaba que sería posible salvarle.

—¿Está herido? — preguntó Río Kid.

—Sí, dispararon sobre mí, a traición, — dijo Kent Loring.

—Pero, afortunadamente, no esta todo perdido, — dijo Kid; — yo mismo voy a vendarle la herida y creo que se va a salvar aún con vida de ésta...

Un momento después, Río Kid había vendado prolijamente con su echarpe la herida de Kent Loring y preparado con sus mantas una cama en la que el herido pudo descansar hasta la mañana siguiente. Cuando despertó, sus ojos, llenos de agradecimiento, posáronse en Río Kid.

—Ha terminado la partida, Kid, — dijo; — me han robado lo único que tenía.

—No se aflija antes de tiempo, Kent; ahora le voy a llevar a Gato Salvaje para que pueda usted restablecerse y después podrá comenzar de nuevo, tomando una hipóteca sobre su campo...

—Es usted muy optimista, Kid; nadie me presta ni un dólar sobre mi propiedad, de modo que no me quedará otro recurso que trabajar en alguna hacienda como vaquero; pero lo que más siento no es eso, sino que voy a tener que dejar este país, dando aun gracias a usted de poder hacerlo con vida.

—Pues yo, Loring, le aseguro que le darán a usted la suma de cinco mil dólares para que empiece de nuevo cuando, entre los dos, nos hayamos desembarazado de los dos hermanos Sparshott que aun quedan con vida...

Y Río Kid sabía lo que decía puesto que llevaba una buena cantidad de billetes de Banco en el cinto y él mismo sería el prestamista.

Pocos minutos después, los dos jóvenes amigos se alejaron en dirección a Gato Salvaje...

La lucha entre los Loring y los Sparshott corría ahora por cuenta de Río Kid y, si como siempre le eran fieles sus Colt, no tardaría en llegar a su fin...

(Continuará)

EL FANTASMA DE OLVERSTONE

Por F. WARDEN

(Continuación)

¡CANALLA!... ¡Le odio, le aborrezco mas que a nada en el mundo! Dile, si gustas, que no me dirija mas la palabra en su vida. No quiero ni verle.

Sir Jorge, que parecía haber perdido aquellos arrestos autocráticos que lo hicieron, en otro tiempo, temible, pretendió intervenir cariñosamente, pero estaba Persis tan indignada, que sin prestar la menor atención a las palabras de su padre, salió furiosa del comedor y fué a encerrarse en su habitación.

También en el castillo de Olverstone estaban sus moradores, sumamente acongojado, a consecuencia de haberse notado la desaparición de los jovencitos Hildebrando y Marcia, cuando se les fué a servir el té de la tarde en su gabinete de estudio, en el cual debieran haberse hallado.

Lady Silvia estaba desconsolada, al ver que nadie podía hacer carrera de aquellos chicos.

Los individuos de la servidumbre andaban todos de acá para allá, sin poder encontrar a los niños por ninguna parte.

Faltaría media hora para ser servida la comida, cuando aparecieron los fugitivos, disfrazados grotescamente con una colcha el uno y una cortina el otro, y aprovechando una distracción del portero del jardín, se colaron en éste sin que aquel les viera, y entraron en la casa con toda clase de precauciones; mas no tantas que escaparan de la vigilancia de la fiel ama de gobierno, la señora Firth, quien, para evitar que la cosa pasara a mayores, hízoles cambiar, al punto de ropa, después de haberles lavado y peinado cuidadosamente.

Cuando el almirante, que ya estaba informado de la nueva hazaña de los incorregibles muchachos, vió entrar a estos en el comedor, preguntóles con terrible mirada y voz severa:

—¿Dónde han estado ustedes esta tarde desde que salieron de mi despacho, en el cuál cometieron, la avilantez de escuchar escondidos, lo que hablábamos Evelino y yo?

Lady Silvia miró a su esposo temerosa.

Mas pronto perdió todo cuidado al oir la argentina voz de aquellas dos preciosas criaturas que gritaron a un tiempo, como si ya se hubiesen concertado de antemano para responder:

—Hemos estado buscando setas, papá.

—¡Setas! — gruñó el almirante incrédulamente — ¿Dónde?

Hubo una pequeña pausa, tras de la cual contestó graciosamente Marcia, quo era siempre la que llevaba la voz cantante en estas ocasiones:

—Pues en el campo.

—¡No es cierto! — repuso el padre sin cesar de mirarlos — ¿A qué viene ese embuste que nadie cree?

El almirante había acertado el pensamiento de los demás individuos de la familia. Ninguno de ellos dió crédito a aquellas respuestas de los muchachos.

—¡Pero, papá! — repuso Marcia, haciendo un melancólico gesto, cómo si se doliera amargamente de que no se diera crédito a sus palabras.

—¿Por qué habíamos de engañarte?

—Eso digo yo.

—Te aseguro que...

—Basta — interrumpió el almirante — Ya hablaremos después. Siéntense a comer.

Evelino observó que sus hermanitos se dirigían, de vez en cuando, expresivas y significativas miradas, y relacionándolas con su última escapada, sospechó que ocultaban algo, y que ese algo debía ser interesante.

Cuando acabaron de comer, tomóles aparte Evelino, y después de acariciarles y amonestarles cariñosamente para que, en adelante, fueran personas formales, cosa que ya sabía él era imposible, trató cariñosamente de inquirir la verdad de lo que hubieran hecho aquella tarde, si bién pronto se convenció de que no sacaría nada en

limpio, y de que lo mejor sería vigilar atentamente sus movimientos.

—¡Quién sabe! — se dijo el joven para sí. — Los chicos son capaces de averiguar cosas que los grandes no podemos, merced a que nadie se guarda de ellos como de nosotros.

Los muchachos se retiraron a sus aposentos con suma docilidad y compostura. Al verlos tan modosos, hubiérase podido afirmar, recurriendo al dicho vulgar, que jamás rompieron un plato en su vida.

Evelino pasó el resto de la velada con su familia, consumiéndose de impaciencia, pues deseaba que llegase la hora de poder apostarse, como de costumbre, en las habitaciones de la antigua galería, seguro de que no pasaría mucho tiempo sin que descubriese por completo el autor o autores de tanto trastorno.

Llegada, que fué, la hora, tomó su linterna y los fósforos y se encerró sigilosamente en el antiguo comedor, aposento en el cual, según sus cálculos, debía existir la secreta comunicación.

Apenas había entrado, oyó dar unos golpecitos en la ventana, por la parte exterior.

El joven salió como una flecha, dió vuelta alrededor del edificio y se dirigió al sitio a que daba aquella ventana.

¡Cuál no sería su sorpresa, casi mezclada de estupor, al ver delante de él a la joven Persis!

—¡Usted, Persis! — exclamó Evelino asombrado.

—Sí, sí, yo soy; ya lo ve usted. Tenía absoluta necesidad de hablarle esta noche. Me han amenazado con enviarme lejos de aquí, y he querido verle por si llevan a efecto su amenaza ¡Tengo que decirle algo terrible, espantoso!

—Podía usted habérmelo escrito, Persis. No ha debido usted venir, exponiéndose con ello Dios sabe a qué peligros.

—¿Peligro! ¡Peligro! El único peligro que a mi me importa, Evelino, es el que usted corre ¡Oh, usted no sabe lo que preparan!

—Persis querida, prefiero atravesar toda clase de riesgos, antes que ver a usted exponerse por causa mía. Vuélvase, Persis, déjeme que la acompañe a su casa.

—Sí, sí; ahora me volveré; pero, antes permítame que le diga el motivo de tan intempestiva visita. Vamos adentro. Temo que aquí pudiera oirme alguien. Entremos en la galería.

—Pero...

—Vamos, vamos cuanto antes. No me contradiga usted, que el tiempo urge.

Evelino condujo a la joven adonde había indicado.

—He venido — dijo Persis — para decirle que huya.

—¡Huir! ¿Por qué?

La joven hizo esfuerzos para mantenerse serena; pero rompió a llorar amargamente.

—¡Ah, Persis mía! ¿Qué ocurre? ¿Quién es el miserable que la hace verter lágrimas?

—¿Quién ha de ser? — replicó la joven sollozando — Ese canalla de Carshaw que pretende... ¿No adivina usted lo que trata de conseguir?

—¿Que me arresten?

La joven volvió a dar rienda suelta a su llanto, mientras hacía un signo afirmativo.

—¿Y eso la entristece tanto? Cálmese, Persis querida. Tal vez sea eso lo mejor que pueda ocurrirme para salir de esta horrible incertidumbre.

—¡Oh, Evelino, pero sería espantoso! Piense usted en ello ¡Sería usted encerrado en la cárcel!

—¡Bah! ¿Qué importa, si había de salir de ella, al poco tiempo, libre de toda mancha?

—Sí; pero sería vergonzoso, inicuo. ¡Evelino, yo se lo ruego, huya usted! ¡Huya antes que venga la policía a buscarle! ¡Acaso lo haga ésta misma noche!

—¡Esta noche! — exclamó alarmado Evelino.

—Sí, sí. Papá me lo ha dicho. El también estaba apenado, pero no ha querido venir a advertirle a usted como yo le supliqué. Por eso he venido yo misma. Además...

—¿Qué?

—Ya le he dicho que quieren alejarme de aquí... porque...

—Lo comprendo, noble criatura Porque usted me defiende. Sí, sí; pero, en fin, de todos modos ha sido usted poco diplomática. Esta mañana no debió usted hablarme cuando iba en compañía del señor Carshard.

—¡Ah, no, no! yo quería que todo el mundo me viera estrechar su honrada mano.

—Bueno, sí; ya lo han visto, pero he aquí, ahora, las consecuencias.

—¡Evelino, huya usted, por Dios! Váyase a Londres. Así podremos vernos, pues, según me han dicho, iré a casa de una tía mía que está en la capital.

—No puedo, Persis amada. Si huyere me declararía culpable.

—¡Hágalo por mí!

—No puedo hacer nada por nadie, Persis. Aquí he de estar hasta que se aclare todo.

Antes de terminar el joven estas palabrac, oyóse en el exterior ruído de pasos, firmes y pesados.

—¡La policía! — exclamó asustada Persis, abrazando instintivamente al joven como si tratara de protegerle.

Evelino, a su vez, pensó en el peligro que ella pudiera correr.

—Escóndase en esa habitación — dijo el joven — Yo veré quien es.

—¡Ah, no! — exclamó Persis, asiéndose fuertemente a su amado — No le abandonaré por nada del mundo.

—Es preciso, Persis, es preciso. Piense usted a lo que se expone si la encuentran aquí. Su nombre saldrá en los periódicos...

—Eso es lo que yo quiero. Así sabrán todos que...

—No puedo permitirlo.

—¿Va usted a entregarse? ¿A permitir que le prendan?

—Es mi deber. No tenga usted cuidado.

—Está bien. Pués si le han de prender quiero que me encuentren con usted.

En ésto se oyeron unos golpecitos dados en la ventana.

Hubo una pausa, tras de la cual volvió a oirse el ruído de pasos.

—Vienen varios, ¿verdad, Evelino?

—Así parece.

Los dos jóvenes, permanecieron un momento en silencio solemne, abrazados como si trataran de defenderse uno a otro de un cercano peligro.

De pronto su sorpresa creció de punto, al ver que se abría la puerta de la galería, y aparecía en ella un hombre con una linterna en la mano.

XIX

El hombre que acababa de franquear la puerta, llevaba una linterna en la mano, avanzó hacia el grupo que formaban los dos enamorados.

Estos, al reconocerle, lanzaron, a un tiempo, un pequeño grito de sorpresa.

El recién llegado no era ningún policía, como ellos habían supuesto, sino sir Jorge Bargrave en persona.

—¡Papá! — exclamó Persis.

Evelino observó que el Barón venía acompañado de un doméstico el cual permaneció inmóvil a la puerta de la galería.

Sir Jorge volvió a retroceder, sin haber pronunciado una palabra, y después de hacer retirar a su acompañante, cerró la puerta, y se quedó solo con su hija y Evelino. Volvió a avanzar nuevamente hacia los jóvenes, que le observaban con expectación, y mirando a su hija con tristeza, pero sin sorprenderse, dijo:

—Lo suponía. Cuando me dijo tu madre que no estabas en casa, pensé, al momento, que te encontrabas en este sitio. Por más que hago no alcanzo a comprender que una hija mía, educada con el más solícito cuidado, olvide de este modo las más elementales reglas de la moral, de...

—¿Pues que he hecho, papá? — interrumpió la joven con calma. — ¿No sabes perfectamente a lo que he venido aquí? ¿No sabías de antemano que deseaba ver a Evelino? ¿No te supliqué que vinieras tú a advertirle del peligro que le amenazaba?

—Sí — replicó el Barón algo desconcertado por la absoluta tranquilidad de su hija; — pero... debiste advertirme al decidirte a venir tú sola.

—¿Para qué, papá, si sabes que hubiera sido inútil? Tú y mamá me lo hubieran rotundamente prohibido, y sin embargo, era preciso que yo advirtiese a Evelino de ciertas cosas. Por eso he venido, y no me pesa, pues se que no he faltado al principio que has invocado. No. Tengo mi conciencia muy tranquila.

—Bien; pero, venir a esta hora, así... secretamente...

—¿Y cuándo podría venir para que mi visita fuera eficaz? Durante el día me hubiera visto el almirante o lady Silvia, o cualquiera otra persona menos Evelino, acaso; y como era a éste a quien yo necesitaba ver, y sabía que viene a este lugar todas las noches, he aquí el por qué de mi visita.

—Sir Jorge — intervino cortésmente Evelino, — no reproche usted a su hija el paso que acaba de dar, porque ello, lejos de rebajarla, la enaltece grandemente. Estoy seguro, y hasta me atrevería a jurarlo, que usted mismo, en lo más íntimo de su conciencia, no puede por menos de sentirse conmovido al ver a una joven recatada y honesta, exponerse a los peligros que encierra una obscura noche, para ir a prevenir a un amigo a quien estima, de los peligros que le acechan. Esto, sir Jorge, es noble, es grande, es hermoso, y usted, su padre, lejos de reprenderla por ello, debe sentirse orgulloso de que Dios le haya dado una hija de tan excepcionales condiciones.

—Perdone usted, caballero — repuso turbado el Barón, pero pretendiendo, aun, mantener el principio de autoridad. — Esta señorita, de un tiempo a esta parte se está comportando de un modo muy impropio o por lo menos chocante. Con gran escándalo de la familia, se ha puesto abiertamente, en contra nuestra y a favor de usted. Esto será tan noble y elevado como usted quiera, pero como la opinión de su madre, lady Bargrave, es completamente distinta, lo que a usted le parece grande, es para mi esposa sumamente bajo y reprochable. Y, después de todo, caballero, yo creo que una señorita que se estime en lo que vale, debe respetar la voluntad de sus padres.

—Lo haría con sumo gusto, papá — repuso la joven, — si no se tratara de un asunto de vida o muerte.

—Y no debe usted negarse a reconocer señor Barón — dijo noblemente Evelino, — que su amada hija no se hubiera interesado por mí si no creyera que soy completamente ajeno a las terribles tragedias que se han desarrollado aquí.

—¡Oh!... claro está — repuso el Barón vacilante, — que si no creyera mi hija en la inocencia de usted, no se hubiera puesto a su lado de ese modo...

—Es que usted, Barón — añadió sonriendo Evelino — tampoco me juzga culpable.

—Verá usted... Si he de decir la verdad... ciertamente, no creo que lo sea usted. No puedo creerlo: Pero ¿cómo diantre se ha arreglado usted para enredarse en este asunto? Yo, francamente no lo entiendo. Me es imposible convenir en que sea usted el autor de tanta desgracia y, sin embargo en ambos casos, las circunstancias están en su contra.

—Y yo debo reconocer sinceramente, que así es en efecto. Pero me atrevo a asegurarle, sir Jorge, que no pasarán dos o tres días más sin que se haya aclarado el misterio.

—Pues, amigo mío... Ya ve usted (le llamó amigo involuntariamente), haga usted lo posible por esclarecerlo cuanto antes, no sea cosa que después se vea usted imposibilitado de hacerlo, y tenga usted que encomendar el asunto a otros.

—Eso es casi una amenaza, Barón.

—No; es una advertencia, porque hay gente interesada en que le arresten a usted lo antes posible.

—Si, el señor Carshaw — dijo Persis con mal disimulado encono. — ¿Y qué derecho tiene ese hombre para intervenir en este asunto?

—Lo ha hecho con anuencia de tu madre — replicó sir Jorge. — Sin embargo, es de suponer que, después del grave paso que has dado esta noche, viniendo aquí, pensará el caso detenidamente, y hará desistir a Carshaw de sus propósitos.

—No, no — protestó Evelino con energía. — No quiero que pueda decirse que me he aprovechado yo de determinadas actitudes. Para mí, sir Jorge, esta señorita no ha estado aquí esta noche. Haga usted cuenta, y así lo afirmaré cuando sea preciso, que Persis ha venido con usted, y con usted se ha marchado.

—No es necesario andar con tapujos indignos de nosotros—repuso Persis con igual energía que el joven. — Yo he declarado francamente, rudamente, si se quiere, que amo a Evelino Olverstone, que éste es inocente, por completo, de las atrocidades que se le imputan, que estaré constantemente de su parte, y que, excepto mis padres, a quienes amo y respeto, trataré con el desprecio más profundo a toda persona que le juzgue culpable.

Al oir este truculento discurso, se miraron los dos caballeros, y a pesar suyo, sonrieron.

—Bueno asintió sir Jorge, con mal disimulada gravedad; — entonces, señor Olverstone, es cuestión de que haga lo posible por descifrar cuanto antes este problema, ya que la señorita prefiere al hombre que a ella le gusta, antes que aquel que sus padres habían elegido para esposo.

—Sus padres no, papá—replicó vivamente la joven.—Ha sido mamá solamente quien lo ha elegido ¿no es así? Contesta la verdad.

—Bueno, sí — repuso el Barón; — admitamos que sea así; pero, de todos modos, me hubiera gustado que no hubieras complicado el asunto de esta manera. Así, pues, señor Olverstone, desde el momento que ya no es solamente vuestra suerte la que está comprometida, sino que también la felicidad de mi hija parece que depende de ello, precisa que usted se esfuerce en despejar pronto esta incógnita.

—Hago lo posible por conseguirlo —dijo el joven. — Ya ve usted que vengo aquí todas las noches, y espero aclararlo todo pronto, de una vez para siempre.

—¿¿Por qué no solicita usted la ayuda de un agente de la policía secreta?

—Porque, tanto yo como mi padre, quisiéramos llegar al fin sin dar publicidad al asunto. Además, se nos ha advertido que no prosigamos en nuestras averiguaciones.

—¡Cómo! ¿Quién? — exclamó el Barón.

Evelino puso al Barón al corriente de lo sucedido acerca de su nueva persecución tras el misterioso personaje que se ocultó en la quinta de la vieja María, así como la visita que a esta anciana hicieron y el anónimo que habían recibido.

—Tanto más — opinó el Barón, quien había escuchado con sumo interés la declaración que el joven le hizo — para que entregue a usted esa carta a la policía. Yo creo, por el contrario, que debe darse a este malhadado enredo toda la publicidad posible, porque, precisamente, hasta ahora, sólo se ha hecho público todo lo que a usted le perjudica, y eso, si no es una broma — y a mi juicio no tiene trazas de serlo, — favorece mucho la causa.

—Prometo a usted que mañana mismo entregaremos el anónimo a la policía.

—No hablemos más, pues, Vámanos Persis.

—Adiós, Evelino — dijo Persis tendiendo al joven la mano, que éste besó con mal refrenada pasión.

Cuando volvía Evelino para apostarse en su sitio de vigilancia después de haber acompañado a los Bargrave hasta la puerta del jardín, oyó, dentro de su casa, ruido de pasos y de voces.

Entró en seguida en el vestíbulo, y al empezar a subir la escalera, vió a la señora Firth en el primer descansillo de aquella, con una bujía en la mano, dando órdenes, con excitada voz, a otras doncellas que parecían estar buscando alguna cosa.

—¿Qué ocurre? — preguntó Evelino.

El ama de gobierno vino presurosa al encuentro del joven.

—Pues ocurre, señorito — respondió el ama de gobierno con voz temblorosa —que habiendo salido esta noche a hacer una diligencia que la señora me encargó acerca de una nueva institutriz, volví algo tarde a casa, y antes de entrar observé que había luz en la ventana de la señorita Marcia. Al principio no paré atención en ello, y me fuí a mi aposento con ánimo de arreglar unas ropas mías antes de acostarme, en cuya tarea invertí cerca de dos horas. Cuando terminé y me disponía a meterme en la cama se me ocurrió pensar lo que debía haber hecho antes, esto es: Por qué estaría encendida aquella luz en el cuarto de la señorita a una hora en que ésta debiera estar durmiendo, y creyendo que había sucedido algo, y por otra parte sabiendo lo traviesa que es esa niña, determiné subir a ver lo que ocurría, y calcule usted, señorito, mi sorpresa, al observar que no había nadie en el dormitorio. Fuí corriendo al vecino aposento del señorito Hildebrando, y me encontré con que tampoco este estaba allí. Entonces avisé a varios sirvientes para que me ayudaran a buscarlos por todas partes, y esta es la hora, señorito Evelino, en que, después de haberlo registrado todo, no hemos podido dar con ellos. ¿Qué opina usted? ¿Debemos avisar al señor almirante o a la señora?

—De ningún modo — replicó Evelino. — No se preocupe usted por ello. Ya sabe lo que son esos diablos de chicos. Yo los buscaré. Váyanse ustedes a dormir, que no pasará media hora sin que los lleve yo a su cuarto agarrados por las orejas.

La señora Firth dió un suspiro de satisfacción al verse relevada de aquella responsabilidad, y Evelino, aunque no tenía tanta seguridad como había manifestado, se puso al instante en busca de los jovenzue-

los, no sin sentir cierto malestar por lo que ocurrirles pudiera.

Confiaba, sí, en que la excesiva vivacidad de sus hermanitos, tan listos como traviesos, les libraría de cualquier percance que pudiera amenazarles; pero, era tan extraño lo que ocurría en aquel desgraciado castillo, que Evelino, aunque quiso disimularlo ante la señora Firth, no podía vencer la inquietud.

Primeramente, registró, en la casa, todas las habitaciones en que no había gente.

Después se fué al jardín, y, por último, cuando se dirigía al bosque siguiendo la muralla perteneciente a las habitaciones de la antigua galería, oyó distintamente la voz de su hermana Marcia que decía: "ahora yo", tras de cuyas palabras parecióle a Evelino notar que caía un cuerpo pesadamente en tierra.

Adelantóse alarmado, y descubriendo su linterna, pilló a los muchachos acurrucados entre las matas. Los rapaces lanzaron un grito de sorpresa y salieron corriendo como liebres hacia la casa; pero Evelino salió en su persecución, y como era de esperar, pronto les echó mano.

—¡Vengan ustedes acá, pilletes!—dijo Evelino, procurando dar a su voz el mayor acento de severidad que le fué posible. — ¿Qué significa esto?

Más en poco estuvo que no soltara Evelino la carcajada al ver a sus hermanitos disfrazados del modo más ridículo, con cintajos y ropas de colorines. Pero lo que no acertó a explicarse fué el estado deplorable de suciedad en que se hallaba su hermana, la cual, más parecía pertenecer a una raza africana, que a la rubicunda anglosajona; tal era la negrura de su rostro y de sus manos.

—Pero ¿que diablos has estado haciendo chiquilla? — preguntó Evelino. — ¿Has ido a limpiar alguna chimenea?

Marcia no contestó e Hildebrando guardó el mismo discreto silencio.

—Miren ustedes — dijo Evelino al cabo de breve pausa — si dentro de cinco minutos tiempo que les doy para que lo recapaciten, no me han dicho lo que han hecho, les llevo al instante a la habitación de papá, le despierto de su primer sueño, le cuento la nueva hazaña, y... no les digo más. Calculen ustedes, lo que les espera.

Ambos rapazuelos eran valientes, pero eran también humanos, y comprendieron que sería una crueldad despertar al papá a hora tan intempestiva.

Hildebrando fué quien cedió primero.

—Te diremos lo que gustes — dijo — pero es preciso que antes aflojes esa mano de hierro que me está martirizando.

—Pues yo no te diré nada, — afirmó Marcia con enojo.

—Bueno — admitió Evelino — entonces te llevaré a tí sola.

—Pues yo no quiero ir.

—¿No, eh? Ahora verás.

Y enfadándose el joven seriamente tomó a Hildebrando con suavidad mientras arrastraba sin reparo a la rebelde muchacha.

—Me hace daño, Evelino — gimió la niña.

—¿Y qué quieres qué haga? ¿No has visto que, lejos de castigarles al punto, como era mi deber, les he ofrecido ser benévolo, si me decían ustedes donde han estado, y que, en vez de agradecerme esa bondad, todavía parece que pretendes tu insubordinarte contra mí? ¿Adónde iríamos a parar así? ¡Si lo haces hoy conmigo, y lo tolero, nada de extraño tendría que lo hicieras mañana con tus padres!

—¡Oh, no, Evelino, eso jamás! — protestó la niña.

—Vamos a ver: Sean ustedes razonables, y hablemos como personas formales. Que ustedes son muy listos, es cosa que no puedo negar, pero han de comprender, queridos míos, que yo tampoco soy torpe, y que por razones de edad, conocimiento y experiencia estoy obligado a saber más que ustedes. Como podrán ocultarme que estas escapadas, a hora tan intempestiva como la presente, obedecen a algo ya premeditado de antemano? Y ese algo, ¿qué puede ser? Pues sencillamente, que han visto ustedes... no se lo que habrán visto o sospechado, pero debe ser algo importante. Y si es así ¿por qué no me lo dicen amistosamente?

Saben ustedes demasiado bien, que aquí, en casa, han ocurrido cosas extrañas, que me comprometen a mí seriamente. ¿Por qué, pues, no decirme lo que hayan visto, u oído, o tal vez hablado? ¿No lo entienden ustedes así?

Evelino comprendió que había dado en el blanco, al observar las miradas que cruzaban sus hermanos, los cuales parecían preguntarse en silencio: "¿Qué hacemos?"

Aprovechando aquel momento de vacilación, Evelino volvió a la carga.

—Escucha, Marcia — dijo acariciando a su hermanita. — ¿No quieres ayudarme a salir de ésta trampa en que estoy metido?

—Sí — contestó resueltamente la niña; — Pero es que yo no puedo hacer nada.

—¿Pero sabes algo?

—No lo bastante para poder favorecerte.

—¡Ah vamos!... — exclamó Evelino. —

Eso es ya almitir que han descubierto ustedes alguna cosa.

—Si ello pudiera favorecerte — intervino Hildebrando con aire protector — te lo hubiéramos dicho ya.

—Y, si nos dejaras solos — repuso Marcia con presunción — acaso pudiéramos decirte pronto algo interesante.

— Díganme donde han estado ésta noche — dijo Evelino.

—¡Ah, eso no! — replicó Marcia.

—No, no — añadió Hildebrando

Evelino se enojó.

—Pues bien — dijo — yo no puedo permitir que anden dos niños vagando por el bosque a ésta hora; es peligroso, y no debo tolerarlo.

Los niños no respondieron.

—¿Me prometen ustedes no hacerlo más?

—¿No hacer qué? — preguntó Hildebrando atrevidamente.

—No salir de casa otra vez por la noche. Si me dan ustedes su palabra de honor, de no hacerlo más les dejo libres al instante. Pero si se niegan.

—No amenaces Evelino, no amenaces — interrumpió el niño levantando la mano y blandiéndola en el aire.

Evelino estuvo tentado de darle un tirón de orejas, pero se contuvo, pensando que aquellos atrevidos chiquillos acabarían por darle un día u otro alguna noticia interesante.

—Bueno — replicó Evelino — nada de amenazas, pero dadme vuestra palabra de honor sobre lo que les he dicho.

—Déjame — exclamó vivamente Marcia — que hable algunas palabras a solas con Hildebrando.

—Bien; hablen lo que gusten.

Evelino se apartó algunos pasos de ellos y observó que cuchicheaban animadamente. De pronto se adelantó Hildebrando hacia su hermano mayor.

—Está bien — dijo el niño. — Marcia y yo te damos nuestra palabra de honor de no abandonar más la casa por la noche, a condición de que no digas nada a papá.

—Váyanse, pues.

Los muchachos echaron a correr hacia la casa como dos gamos perseguidos por cazadores, y desaparecieron escaleras arriba.

XX

Evelino advirtió de lo ocurrido a la señora Firth, a fin de que no se divulgara el secreto; pero, desgraciadamente, el ama de gobierno se olvidó de hacer la misma advertencia a una de las doncellas que la habían acompañado a buscar a los niños, la cual, en cuanto vió a lady Silvia, faltóle tiempo para irle con el cuento. La buena señora se horrorizó ante aquella osadía de los muchachos y puso el hecho en conocimiento del almirante.

Este, que no conocía el pacto establecido entre los pequeños y Evelino, juzgando que aquello pasaba de lo regular y que era preciso atajar con mano firme aquella procacidad de los pequeñuelos, dió una buena tanda de azotes a Hildebrando y orden de encerrar a Marcia, un día entero, teniéndola a pan y agua.

Empero, Evelino intervino en favor de la niña, y consiguió que se la indultara de la mitad de la pena, permitiéndola, por consiguiente, que bajara a comer.

Hildebrando, sin embargo, rehusó aceptar el ramo de olivo y se negó a bajar al comedor, pretextando un fuerte dolor de cabeza, si bien los azotes que recibiera fuéronle dados en lugar muy distinto.

Entre tanto, ocurrían en el lugar sucesos importantes.

Llegado el día de los funerales del malogrado Alcester Bargrave, volvió este acto a refrescar el recuerdo de lo acontecido, y aunque aquel joven no había tenido en vida muchas simpatías, su trágica muerte hizo que se reunieran en la iglesia, gran número de personas, deseosas de testimoniar a la familia su sincero pesar.

Como es natural, no podía faltar a la ceremonia el conspicuo fabricante Jaime Carshaw, ni tampoco faltaron los consiguientes comentarios acerca del interés que dícho personaje se tomaba por los Bargrave.

Otro asunto de los que constituían la comidilla del día, lo era el relativo a la carta que los Olverstone habían entregado a la policía.

Tampoco careció de importancia la nueva visita que el almirante hizo a María Banks, a quien encontró excitadísima.

El almirante fué directamente al asunto.

—Vengo, Maruja — dijo — a preguntarle si conoce usted a alguna persona que tenga interés en molestarnos.

La anciana cambió varias veces de color en pocos segundos.

—¡Ay, señor! — respondió, precurando sonreir — ¿a quién quiere usted qué conozca?

—El hecho es, Maruja, que mi hijo cree que es esta la casa en que se ocultó el famoso truhán de quien le hablamos.

María rió incrédulamente.

—El señor Evelino se ha equivocado en absoluto, señor, porque de lo contrario estaría yo enterada de ello. Esta casa se cierra por la noche; yo misma soy quien lo hago. Así es, que, cualquiera persona que quiera penetrar en ella, tendría que hacerlo, como es natural, con mi consentimiento.

El almirante la miró fijamente.

—No me atrevo a creer, Maruja — dijo el anciano con voz grave y solemne — que tuviera usted interés en llevar el desasosiego, y acaso algo peor; a una familia con la cual ha vivido usted tanto tiempo.

—Seguramente no, señor — replicó la anciana dando muestras de una profunda pena.

—Tampoco sabía usted nada, entonces, de una carta anónima dirigida a mi hijo.

—Nada absolutamente, señor.

El almirante quiso creer a la anciana, pero no pudo.

—¿De modo es, Maruja, que no sabe usted nada de lo que se relaciona con este malhadado asunto?

—Nada, señor. Lo único que se me ocurre pensar en que, si estuviera en su lugar, cerraría el castillo nuevamente, y me ale-

jaría de él. Creo que esa casa está maldita.

—Pues usted ha vivido en ella largo tiempo...

—Sí, pero no ocurrían esas desgracias tan horrorosas.

—Luego esa famosa maldición debe datar de poco tiempo a esta parte, seguramente desde que estoy yo con mi familia.

—No se, señor, de cuando datará; pero si es evidente que ese castillo es para usted un semillero de desgracias y que si sigue usted en él, quien sabe lo que puede ocurrir.

—Aunque se hunda el mundo, Maruja, no se va el almirante Olverstone del castillo; para ello será preciso que lo saquen muerto. Más... dejemos eso. Lo importante es lo siguiente: Mi hijo va a ser, es lo más probable condenado... quien sabe a qué, si antes no damos con el miserable autor de estos crímenes. Usted Maruja, decididamente, no puede hacer nada, ¿verdad?

—Nada, señor; lo repito. Si pudiera ayudarle, lo haría con sumo placer, créame, pero... no me es posible hacer nada.

—¡Paciencia! — exclamó el almirante, despidiéndose seguidamente, de la anciana.

—Ahora, más que nunca, — se dijo el almirante mientras se alejaba — creo que ésta mujer lo sabe todo, y hasta me parece haber penetrado ya el misterio... Si es lo que yo me figuro... ¡Pobres de ellos!

Evelino tuvo aquel mismo día otra entrevista con Persis. Esta volvía del correo cuando el joven la encontró cerca de su casa.

—¿Alguna novedad? — preguntó la joven con interés.

—Sí, que he entregado la carta a la policía, y que mi padre ha tenido una entrevista con la señora María, antigua cuidadora del castillo.

—La conozco, y te aseguro que no la puedo soportar ¡Es un carácter tan enigmático al par que dulzarrón...

—Efectivamente; y creo que de este asunto sabe algo, que no quiere decir.

—¿Y no pueden ustedes hacerla hablar?

—Hasta ahora, no, pero no creo que deje llegar las cosas hasta el extremo de ver procesado, y tal vez condenado a un inocente.

—¡Ah, no! ¡es preciso no esperar a que llegue ese momento!

—¡Claro que no!

—Es necesario que se aclare esto para casarnos cuanto antes, y para que vea yo entonces saltar de coraje a ese villano de Carshaw.

—¿Pero crees?... digo, ¿cree usted que..?

—No, no, repite... digo, repita...

—¡Hermosa mía! Veo que a ambos nos estorba ya tanta ceremonia... Sí, vida mía, dejemos ese tratamiento. Ya es hora. Pues,.. decía que... que sí crees... ¿sigo tratándote así?

—¡Sí, sí!

—¿Crees tu, repito, que podamos llegar a casarnos?

—¡Pues no lo he de creer! ¿Acaso usted..?

—¡De tú, de tú! — interrumpió Evelino.

—Acaso... bueno... ¿acaso no lo crees tú? — dijo por fin la joven ruborizándose y cubriéndose el rostro con una mano.

—No, a menos que ocurra un milagro. Tu sabes perfectamente lo que piensa todo el mundo.

—Todo el mundo no.

—Bueno, la mitad, por lo menos, de los que conocen este asunto, con tu madre a la cabeza de ellos, si pudieran verme ahorcado tendrían un placer indescriptible.

—Veo, Evelino, que tengo yo más fe en tu inocencia que tu mismo. No he dudado jamás un solo instante, de que la verdad concluirá por abrirse paso.

—¡Ojalá lo haga cuanto antes, porque la presente intranquilidad es peor que todas las condenas habidas y por haber!

—Adiós, Evelino, confía y espera.

—Confío y espero que todo irá bien, puesto que tú lo aseguras.

El joven no tuvo mucho tiempo para entregarse a los negros pensamientos que empezaban a asaltarle ya con frecuencia, porque aquella noche misma, vino un nuevo incidente a alarmar a toda la familia.

Para evitar que los niños repitieran la hazaña de la noche anterior, había mandado el almirante que se colocase un sirviente en cada puerta de las habitaciones de aquellos, puesto que habían desaparecido las llaves y era, por consiguiente, imposible encerralos. Más luego, pensó el almirante que sería mejor simular que no se les vigilaba, y si, como aseguraba Evelino, sabían algo importante, era preferible dejarles escapar, y espiar sus pasos dentro de la finca.

Por lo tanto, mandó que se apostasen varios criados entre los árboles del bosque, y otros en varios lugares estratégicos, tales como la puerta de la antigua galería y la del jardín que daba al exterior de la finca.

Tomadas estas disposiciones, llevánronse a acostar a los niños, y el almirante se retiró a su despacho, en espera de los acontecimientos.

No tuvo mucho tiempo que esperar.

Una hora después, entró en la habitación citada la señora Fitrh con el rostro descompuesto.

—Siento en el alma molestarlo, señor — dijo al ama de gobierno; — pero es el caso que los señoritos Hildebrando y Marcia han vuelto a desaparecer de sus dormitorios.

—¡Cómo es eso! — exclamó el general poniéndose de pie. — ¡No es posible! ¡Vuelva usted a mirar otra vez!

La señora Firth volvió a registrar nuevamente, lo propio que hicieron todos los individuos de la familia, y todos los de la servidumbre.

Los muchachos habían en efecto, desaparecido, y ninguno de los sirvientes que el almirante había apostado en diferentes partes de la casa les habían visto por ningún lado.

Se registró el castillo desde los sótanos hasta el tejado, sin resultado alguno positivo.

No se veía de los chicos la menor huella.

Aquella fué una noche de angustia pues tanto la familia como los criados presentían que hubiera podido ocurrir una nueva desgracia en aquella casa que ya empezaban a maldecir todos desde lo más recóndito de su alma.

XXI

La desesperación era enorme, horrible, tremenda. Lady Silvia y Judith, lloraban presas del más amargo dolor. Eran ya las ocho de la mañana y los niños no habían sido hallados por ninguna parte.

El almirante y Evelino, locos de pena, se disponían ya a dar parte a la policía, cuando entró en el saloncito en que estaban todos los Olverstone, una doncella dando grandes voces.

—¡Señora! ¡Señora! — gritaba dando saltos de júbilo. — ¡Están arriba! ¡Están arriba!

Como impulsados por un resorte se levantaron todos los miembros de la familia y el mismo grito se escapó de sus pechos

—¿Dónde? — exclamaron.

—En sus respectivos dormitorios.

Allá fueron todos corriendo, atropellándose unos a otros, y al llegar al cuarto de la señorita Marcia que era el primero que se encontraba al paso, hallaron a la hermosa niña, roncando sonoramente, con la misma fuerza que pudiera hacerlo un coracero de Napoleón.

Judith tomó a la jovenzuela en sus brazos y la besó efusivamente, mientras lady Silvia corría a hacer lo propio con el niño.

El almirante en el cuarto de Marcia, y Evelino en el de Hildebrando, quisieron enterarse al punto de lo sucedido, pero hubieron de convencerse pronto de que los jóvenes trasnochadores no eran en aquel momento dos seres pensantes, y fué preciso dejarles que durmieran, so pena de trastornar su organismo.

—Es necesario, Evelino — dijo el almirante — que tomemos serias medidas para evitar nuevos trastornos. Yo por mi parte renuncio a ver a tus hermanos cuando se despierten, porque no estoy seguro de si podré oirles con calma. Me parece que lo más probable es que les rompa una pierna a cada uno. Más vale que los vea cojos, que no muertos un día u otro, pues si siguen así, acabarán por ser víctimas de nuestros enemigos.

—Yo papá — objetó Evelino — si he de serte franco, dejaría que hicieran su gusto. Esos muchachos, lo juraría, saben más, mucho más, que nosotros, y son los que acabarán por descubrir el misterio.

—Pero ¿y si les ocurre algo grave?

—No lo creo, y voy a decirte en qué me fundo. La otra noche me dió Hildebrando su palabra de honor de que no abandonarían más el recinto de la casa.

—Ya ves que bien ha cumplido su palabra.

—En espíritu tal vez no, pero en la letra, sí. Antes, cuando le despertamos y le reproché su falta de honorabilidad, a pesar del horrible sueño que tenía, abrió sus ojillos y gritó indignado: "No he faltado a lo que prometí", volviendo en seguida a caer rendido sobre la almohada.

—Mintió, sin duda alguna.

—No lo creo yo así, papá. ¿Has calculado lo bien vigilada que estaba la casa, por fuera, ayer noche?

—Sí, pero veo que se las compusieron para entrar y salir a gusto.

—Opino que no. Aseguraría, sin temor de equivocarme, que no han ido más allá de las murallas de la antigua galería.

El almirante se quedó pensativo, mirando a su hijo.

—Yo creo — prosiguió éste — que esos chicos han encontrado algún escondrijo que ni nosotros, ni la policía hemos tenido la habilidad de descubrir, y qué mientras nosotros buscábamos fuera de la casa, estaban ellos en ésta.

—Pudiera ser así, pero no acierto a comprender como hayan podido esos chiquillos descubrir, lo que nosotros, hombres inteligentes, y la policía, compuesta de individuos experimentados en estas cosas, no hemos podido encontrar.

—Pues yo me lo explico, pensando que los niños han vigilado igual que nosotros, y como el miserable que es causa de tanto mal no habrá sabido guardarse de ellos, pues ni se acordará de que existen, es probable que se haya introducido en la galería en alguna ocasión en que estuvieran espiando esos pequeños, y que, de ese modo, han estos descubierto el sitio por el cual penetraba en la casa el misterioso personaje.

—¡Por vida de...! ¡Si llegara a caer en mis manos ese o esos sujetos, los descuartizaba! ¿Qué digo? ¡Los haría picadillo!

—Créeme, papá. Si dejamos en libertad a los chicos y los vigilamos disimuladamente, ahora no lo harán, porque no son tontos y sospecharán que los vigilamos; pero no pasarán dos días sin que hayamos descubierto lo que sospecho.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Evelino?

—Dí.

—Que me dejes a mí dirigir este asunto. ¡Se me acaba de ocurrir una idea magnífica!

—Pero...

—No hay pero que valga. Te he dicho repetidas veces que esto era una superchería inícua, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno; pues repito que me dejes obrar por mi cuenta, y verás que pronto, que rápidamente se acaba esta burla. Di a tu madre que voy a Liverpool, y que no volveré hasta la hora de comer.

—¿Empiezas tu plan alejándote de aquí?

—Precisamente. Y no te digo todavía en que consiste, porque podrías opinar en contra y hacerme desistir del viaje. Necesito una cosa que no hay aquí, y voy a buscarla a Liverpool. Cuando venga con ella, ya no me importará que no seas de mi modo de pensar, porque, de todos modos, podré efectuar lo que he decidido. Aunque estoy seguro de que cuando te lo diga, pensarás como yo en lo idiotas que hemos sido por no habérsenos ocurrido antes. Conque.... hasta luego.

Y sin perder un instante más partió directamente hacia la estación.

Evelino, sin embargo, se propuso no perder completamente el tiempo mientras volvía su padre, y se puso al acecho de su hermano Hildebrando, a quien se proponía interrogar en cuanto se levantara. Sentóse a

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

❋ ❋ ❋

Administración

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

leer un periódico en una de las habitaciones que estaban situadas frente a la escalera, y así qu vió bajar a su hermano, le salió al encuentro y sin hacer la menor referencia a lo sucedido la noche antes le preguntó si había almorzado.

—No tengo apetito — respondió el niño con gran dignidad..

—Vaya, hombre, conviene que tomes algo. Vamos al comedor: te daré algunos bizcoches.

—¿Dónde está papá? — preguntó Hildebrando comiendo las delicadas pastas que su hermano le diera, con ansia devoradora que venía a desmentir su anterior negación.

—Ha ido a Liverpool — respondió Evelino.

Hildebrando, que hasta entonces había permanecido receloso y apocado, se rehizo de pronto al oir la contestación de su hermano

—Entonces — dijo, — no volverá hasta tarde..

—Cierto.

—Bueno... voy a ver a Marcia.

—Espera: tengo que decirte algo.

—¡Ya!... quieres... sonsacarme, ¿verdad?

—Sonsacarte, no; quiero que me digas franca y sinceramente lo que han hecho ustedes anoche. Me consta que no han salido ustedes del castillo.

—¿Cómo sabes?

—No hace al caso el como lo sepa yo. El hecho es que ustedes guardan un secreto importante, y la verdad, Hil, eso de que vean ustedes a su hermano rodeado de enormes peligros, que acaso pudieran ustedes ahuyentar con una sola palabra es triste, Hildebrando. En esta casa ocurren hechos misteriosos que nadie acierta a desentrañar, y ustedes saben algo; me consta. No se si su secreto será de alguna importancia, ni si servirá para hacer alguna luz en todo esto; pero, me consta, repito, que algo saben ustedes. Y ahora pregunto yo: ¿Tampoco quieren ustedes a su hermano, tan poco aman a sus padres, que tengan suficiente calma para verles sufrir a todos, sólo por su terquedad en no querer hablar? ¿Permitirán ustedes, que me prendan y me encierren en la cárcel? Hildebrando — añadió Evelino con solemnidad — ya eres bastante hombre para comprender todo esto.

—Evelino — respondió el niño con acento cariñoso, si bien con cierto aire de importancia — créeme bajo palabra de honor. Todavía no podemos decirte nada positivo.

—¿No han descubierto ustedes nada extraño? ¿No han visto a ninguna persona desconocida entrar aquí? ¿Saben ustedes acaso quién es? Porque eso todavía que acabas de pronunciar, Hildebrando, indica mucho..

—Mira, Evelino, si me dejas ver a Marcia, tal vez pueda decirte algo.

—Ve al instante — dijo el joven — Espero impaciente tu respuesta.

Hildebrando salió rápidamente en busca de su hermana, llevando para ella otro puñado de bizcochos que el pilluelo había tomado disimuladamente de la caja que Evelino sacara anteriormente.

El joven se puso a leer de nuevo, pero pronto dejó el diario y empezó a pasearse por la estancia, pensando en lo que pudiera proponerse su padre con aquel viaje a Liverpool. Varias veces se sentó y volvió a levantarse el joven, sin que pudiera permanecer un minuto quieto en ninguna parte.

Encendió dos o tres cigarrillos que tiró apenas hubo dado unas cuantas chupadas, y ya iba a marcharse del comedor, cuando vió asomar por el lado del marco de la puerta ura mano pequeña que dejó caer una carta en el suelo, e inmediatamente, oyó dos sonoras argentinas carcajadas que se alejaban acompañadas de pasos precipitados, como de alguien que huía a toda prisa.

Evelino tomó la carta sonriendo, vió que iba dirigida a él, la abrió y leyó lo siguiente:

"Si desea cierta persona averiguar algo acerca de cierto asunto, sírvase seguir las huellas del misterioso desconocido, hasta cierta quinta en que habita una antigua sirvienta. Sírvase preguntar allí, o mejor aun registrar él por sí mismo. Las huellas concluyen allí. Aseguran y certifican ésto dos personas de reconocida buena fé".

Evelino soltó la carcajada al concluir de leer, y se dispuso a seguir el consejo tan grandilocuente que le daban aquellas dos "personas de reconocida buena fe" en las cuales vió retratadas por su propia mano a sus hermanos Hil y Mar.

Sin perder un instante, púsose Evelino el sombrero, y se dirigió a casa de María Banks

Llegó a la puerta del jardín, levantó el pestillo de la verja y entró. Al adelantarse hacia la casa observó que en una de las habitaciones superiores había alguien que atisbaba detrás de las cortinillas de batista.

(Continuará)

—¿A qué se dedica su marido, Timotea?

—Está de enterrador, para servir a usted, señorita.

* * *

—¿Por qué no quieres volver a casa?

—Siempre me riñe mi esposa.

—¿Por qué te riñe?

—Porque no vuelvo a casa.

* * *

Señorita 1a. — El joven Rodríguez es un sinvergüenza; durante todo el concierto no cesó de mirarme.

Señorita 2a. — Pues no vi nada. ¿Dónde estaba?

Señorita 1a. — Dos filas más atrás.

* * *

El marsellés. — ¡Nada es todo esto! Si vinierais cerca de Marsella, en un pequeño bosque al lado de la carretera, entonces vosotros oiríais un eco verdadero, Por ejemplo, si decís: ¿Qué tal sigues amigo mío? el eco contesta graciosamente: ¡Bastante bien, muchas gracias!...

LOS TESOROS DE LO PROFUNDO

POR

MAURICE EVERARD

(Continuación)

POCO después no había ya dudas sobre la exactitud de lo manifestado por Eric Harper

Allí estaba el Santa Catalina. No se balanceaba como un navío que flota, estaba casi metido entre plantas que lo sujetaban. En torno de sus altas bordas, las plantas llevadas hasta allí por el impulso de alguna tormenta, se habían secado; otras masas de plantas vivas ocupaban algunos huecos, pero una gran parte de la cubierta principal se veía limpia de vegetales, a una altura a que no podían alcanzar las plantas que flotaban en redor del casco.

Cuando miraron hacia abajo, fascinados por aquel extraño cuadro, les costó un esfuerzo convencerse de que aquel buque llevaba aprisionado en el mismo sitio donde veían, en medio de aquella desolación, más de doscientos años.

No se veía señal alguna de vida en la cubierta del buque; no brillaba metal alguno en los objetos negros, alineados a sus lados, a pesar de que eran cañones. Hacía tiempo que el viento y la lluvia habían realizado su destructora obra, transformando aquellos cañones en herrumbrados y deformados trozos de metal.

Cláxton hizo que el hidroavión describiera varios círculos, en la altura, en redor del casco, buscando mientras tanto, con la mirada, un sitio apropiado para descender. Por desgracia no había junto al Santa Catalina ninguna extensión de agua libre de plantas, ningún canal suficientemente ancho para descender en él el hidroavión. En consecuencia tuvo que decidirse, en definitiva, a descender en la cubierta del viejo galeón español.

—¡Qué fastidio! — exclamó cuando detuvo el motor. — Con toda seguridad la hélice va a enredarse en algunas de esas plantas secas y después nos costará mucho trabajo limpiarla. Sea como sea, ya hemos llegado. ¿Qué me dicen ustedes del Santa Catalina?

Los dos jóvenes miraron con sorpresa y admiración, en redor suyo.

—¡Esto es asombroso! ¡No supuse jamás que podía tratarse de nada ni parecido a lo que estamos viendo! — exclamó Eric.— Pero... ¡Oh! ¿qué es esto?

—Eso, amigo mío, es tal vez, todo lo que queda de algún grande de España cuyos huesos se han secado durante dos largos siglos dentro de su armadura. No lo toquen; lo que hace, probablemente, es sonreír, agradeciéndonos la visita con que venimos a interrumpir la monotonía de su permanencia en este buque.

Pero a pesar de la jovial indiferencia con que el surafricano se expresaba, procurando borrar el mal efecto que aquello pudiera hacerles a los muchachos; también él se sentía impresionado por lo que veían.

En varios sitios, entre las plantas secas, se veían blanquear huesos humanos. En un camarote de sobre cubierta, — el camarote de guardia, probablemente, — encontraron los restos de un militar español que probablemente había muerto en su puesto, cuando el buque con el tesoro emprendió su viaje hacia lo desconocido.

El interior del buque, estaba casi igual a como cuando partió de puerto, años y años antes. Los tirantes dorados del camarote relucían a través de la capa de polvo y de telarañas que les cubrían casi por completo. En el camarote del almirante encontraron al lado del muerto, sentado en su tallado sillón un catalejo de modelo antiguo y una pistola grande y ricamente adornada.

En unos estantes había numerosas piezas de vajilla de plata y de oro, que los dos mu-

chachos examinaron un momento, encantados ante aquellos trabajos admirables de cincelado.

Cláxton precedía a los dos jóvenes durante la visita, tomando notas y apuntes a medidida que avanzaba. Abrió el escritorio del difunto almirante con cuidado casi reverente y sacó de un cajón un montón de mohosos papeles

—Estos papeles nos dirán donde se encuentra el tesoro, la suma a que alcanza y el destino que llevaba, además de infinidad de otros detalles que nos permitirán hacer interesantes estudios sobre las cosas de la época del Santa Catalina, cuando estemos de regreso. ¿Qué me dice usted de todo esto, Eric?

Los ojos del muchacho brillaron.

—¡Es algo espléndido, señor! Me parece, además, mucho mejor esta visita que el descender al fondo del mar corriendo el riesgo de sofocarse por falta de aire o de que le mate a uno un cangrejo gigantesco o un tiburón hambriento. Aquí no hay riesgo ni temor; todo lo que tenemos que hacer es cargar en el Gaviota la cantidad de oro que pueda llevar y conducirla hasta un bote que acercaremos todo lo posible. ¡Esta sí que es una aventura que no hubiera deseado perder por nada de este mundo!

—¡Ni yo! — asintió Greville Wayne. — ¿A dónde iremos ahora?

Cláxton se había detenido a la entrada de la ancha escalera que conducía a la cámara inferior. La escalera tenía a ambos lados hermosas barandillas de caoba de Honduras maravillosamente talladas. — Esto es algo distinto de lo que se veía en el Lutine, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo! — asintió Eric.

—¡Aquí parece que todo se hallara en perfecta condición! Todo se ha conservado del modo más extraño, — dijo Greville.

—Seguramente se debe eso a la extrema sequedad de la atmósfera, — explicó el surafricano. — Como lo hemos visto, al estudiar las condiciones climatológicas de esta región, en el mar de Sargazo casi nunca llueve. Eso explica la ausencia de canales entre las plantas flotantes y la espléndida condición en que se halla la parte superior de estos buques de madera. El navío de tres puentes de la época de Nelson que vimos ayer, estaba casi igual a cuando salió de Chatam o de Portsmouth... ¡Hola! ¡Cuidado con la cabeza! Un tirante, que está bastante bajo, cruza de un lado a otro este pasadizo. Más allá hay una puerta. Voy a encender un fósforo, para alumbrar el camino.,

En el momento en que hablaba, hallándose los dos jóvenes junto a él, la cabeza del fósforo chisporroteó al ser frotada en la caja y surgió una luz roja, Sintieron al mismo tiempo, como si se hallaran en una atmósfera cargada de gases de petróleo.

Cláxton olfateó alarmado y el encendido fósforo se le cayó de la mano, casi apagado. En el piso, la luz brotó de nuevo, pero con extraña fuerza. Una cortina de fuego rojo brilló entonces y una sonora explosión desgarró el techo y las paredes de madera, delante de los tres exploradores.

¡Sólo un milagro podía salvarles, a ellos y al viejo navío español, y su tesoro, de una destrucción total!

EN SITUACION DESESPERADA

La pelea en el galeón

El milagro se produjo. A través de la nube de humo que siguió al ruido de la explosión y al crugido de las maderas astilladas, oyeron el rugir de un torrente líquido y un verdadero diluvio cayó sobre ellos, apagando instantáneamente el fuego y mojándoles de pies a cabeza.

Durante unos instantes se movieron a tientas en la oscuridad, enteramente desorientados. De pronto, Cláxton recordó que tenía en el bolsillo una antorcha eléctrica. La sacó y la encendió, iluminando la escena del desastre con su brillante haz de luz.

—¡Qué recepción hemos tenido! ¡Primero una explosión y después una catarata!— gruñó, levantándose del suelo y quejándose porque la fuerza de la explosión les había golpeado con toda brutalidad y los trozos de madera que habían caído les habían alcanzado, produciéndoles magulladuras. — ¡Hola! ¡Ahora me doy cuenta de lo que ha sucedido!

—Con la mano indicó un agujero grande que había en el estropeado techo. Por los astillados lados goteaba todavía el agua, formando un charco en medio de la cámara y en un sitio de la superficie de ese charco se notaba la presencia de un líquido que formaba una mancha aceitosa sobre el agua.

—¡Nafta! — murmuró Wayne, mojándose las yemas de los dedos y oliendo aquello. — Con seguridad se ha agujereado el tanque del Gaviota al descender o alguna de las latas de repuesto tiene un agujero. Miren: aun chorrea de lo alto, es decir, de la cubierta.

—¡Entonces sí que pueden decirme que soy un tonto por que se me ocurrió nada menos que encender un fósforo en una atmósfera cargada de gases de nafta!—exclamó Cláxton—Cometí la estúpida imprudencia del que, oliendo en su casa olor a gas, busca el sitio donde está el escape con una vela encendida en la mano. ¡Por suerte esa catarata oportuna salvó al Santa Catalina y nos salvó a nosotros, de morir en un incendio!

—¿Pero de dónde vino ese agua que parecía tan sucia? ¡Me mojó el traje de arriba a abajo! — dijo Eric.

—No hable mal de lo que nos ha salvado providencialmente la vida. — aconsejó Cláxton. — Esa breve catarata es lo que nos ha salvado, en verdad. La lluvia que cayó durante la reciente gran tormenta debió amontonar gran cantidad de agua, encajonada en el hueco de la cubierta, que tiene altas bordas. El sol ha secado la humedad de la lluvia en todo el buque, pero aun no había tenido tiempo para evaporar ese depósito, así que había en él más que suficiente para apagar el fuego después de producida la explosión que abrió paso al líquido. Ahora, muchachos, salgamos de nuevo a la luz del día, lo más pronto posible.

Eric frunció el ceño. Se sentía muy interesado por lo que le rodeaba.

—¡Cómo! ¿No continuaremos ya nuestra investigación? ¿No vamos tras el tesoro?

—Primero tendremos que ver qué le ha pasado al Gaviota, — respondió en seguida, Cláxton. — Primero es nuestra seguridad y el tesoro después. Si es una de las latas de nafta de repuesto lo que se ha roto, no nos importa gran cosa, siempre que no se me vuelva a ocurrir la idea de encender fósforos aquí dentro; pero si es el tanque el que ha sufrido avería, vamos a encontrarnos en una situación realmente muy comprometida.

Por fortuna, la oscuridad era tal que ninguno de los dos muchachos pudo ver la expresión del rostro de Cláxton cuando el surafricano se expresó de ese modo, porque de haber sido así hubieran notado que se había puesto mortalmente pálido y que apretaba los labios procurando disimular la gran emoción que experimentaba en aquel momento. Era Cláxton hombre de rápida percepción y se había dado cuenta en seguida de la posibilidad de un grave peligro. Solos, en medio del mar de Sargazo a casi cien millas del Esmeralda, con provisiones y agua sólo para uno o dos días y sin esperanzas de que alguien acudiera en su socorro, la situación en que se hallaban era seria por demás.

Se dirigieron hacia la ancha escalera de caoba y a los pocos minutos llegaron a la cubierta. El hidroavión estaba donde y tal como lo habían dejado, pero sobre las resecas tablas de la cubierta se veía una gran mancha grasienta.

Cláxton masculló algo entre dientes y corrió. Del Gaviota caía un chorrito de petróleo sin interrupción. Se inclinó y examinó el daño sufrido. Un trozo de metal se había movido de su sitio y sobresalía por entre las plantas secas que cubrían aquel lado de la cubierta. Al descender el hidroavión, aquel trozo de metal había perforado el tanque de la nafta haciendo en él un corte desgarrado como de tres cuartos de pulgada de largo.

Los dos muchachos se acercaron a mirar, serios y preocupados.

—Eso no es nada conveniente ni bueno, ¿no es cierto? — dijo Wayne, — pretendiendo tomar el suceso jovialmente.

El surafricano movió, pensativo, la cabeza.

—No me gusta nada el aspecto que tienen las cosas. Teníamos catorce galones de nafta cuando salimos. Descontando lo que hemos gastado y lo que se ha salido, creo que no nos quedarán ni dos galones.

—Pero aun nos quedan las latas de reserva.

—Es verdad. Pero de poco pueden servirnos si no hallamos modo de tapar ese agujero de modo que no salga por él ni la menor cantidad de líquido. Eso sólo se conseguiría soldando, pero aquí no tenemos ni soldadura ni soldador. Sin embargo, podremos probar de algún modo y suspender la busca del tesoro, por hoy.

El más joven de los dos muchachos frunció el ceño.

—¡Qué lástima, después de haber llegado hasta aquí y sabiendo que está al alcance de nuestras manos! Tal vez dispongamos de tiempo para averiguar dónde está guardado el tesoro y sacar algunos lingotes o algunos doblones españoles. Tengo deseos de ver como son las famosas onzas de que tanto he oído hablar.

—Y yo tengo deseos de saber a qué obedece ese ruido — observó Cláxton levantándose repentinamente y mirando con inquietud hacia el cielo.

Wayne y Eric inclinaron la cabeza, escuchando. En redor del buque zumbaba la brisa constante produciendo muchos distintos ruidos al pasar por entre la estropeada arboladura del Santa Catalina. Sobre ellos el matutino cielo, salpicado de pequeñas nubes blancas sólo presentaba en algunos sitios varias nubes mayores de una blancura intensa, que se destacaban sobre el azul turquesa de la bóveda celeste.

El surafricano volvió a mirar hacia el desperfecto del Gaviota.

—Hubiera jurado que había oído el jadear de un motor; un ruido casi idéntico al que hace el Gaviota en pleno vuelo, — murmuró. — A ver, Greville, ayúdeme a levantar esto. Creo que si logro pasar a la parte de abajo podré poner un tapón que obture bien el agujero. ¿Qué cantidad de nafta necesitamos para regresar?

—Ocho a diez galones lo menos, teniendo el viento en contra nosotros, — contestó el muchacho.

Eric estaba ocupado en medir lo que había en el tanque.

—¡Entonces no tenemos lo suficiente, amigo mío! Tres latas de dos galones es toda la reserva. Lo más que podemos hacer es descender sobre las plantas flotantes a veinte millas del Esmeralda. ¿Sabe usted que tenía razón, señor Cláxton?

Se levantó de un salto, con la mayor excitación pintada en el semblante e indicó un punto oscuro que parecía que volara ante la blancura de las nubes.

—¿Razón respecto a qué? — preguntó Wayne, mirando hacia el cielo, atalándose la luz directa del sol con una mano. — ¡Sí! ¡Es verdad! Un aeroplano!

Cláxton dejó caer en la cubierta un puñado de herramientas que tenía en la mano y se acercó a los dos muchachos. Los tres permanecieron juntos, inmóviles, como figuras de piedra, de pie en la asoleada cubierta del galeón, mirando hacia la extensa bóveda celeste. Por sobre el zumbar de la brisa se oía el acompasado jadear de un motor de aeroplano.

—Debe ser alguno que realiza la travesía del Atlántico, — dijo Cláxton. — Cuando salimos de Inglaterra se aseguraba que el aviador Fraser estaba por volar de Nueva Orleans al cabo Penlee. Es fácil que, en su vuelo, haya tenido la ocurrencia de pasar por sobre el mar de Sargazo.

Eric sacó los gemelos de su estuche y se los dió a su jefe.

Cláxton enfocó rápidamente los prismáticos y miró durante un momento con sumo interés.

—Es un hidroavión lo menos dos veces

más grande que éste, — dijo el surafricano. — Vuela a gran altura. ¡Hola! ¡Ahora describe un gran círculo y parece que se dirigiera a nosotros! ¡Dios mío! ¡Al mismo tiempo que vuela en círculo con este buque como punto de destino, está descendiendo con rapidez!

Mientras Cláxton se expresaba así, una nubecita brotó de un costado del aeroplano. La había producido un disparo de arma de fuego. El estampido se oyó ahogado, lejano y casi en seguida, varias balas golpearon la obra muerta del galeón, haciendo saltar varias astillas, a unas sesenta yardas de donde se hallaban los muchachos.

—¡Cómo! ¡Nos están haciendo fuego con una ametralladora! — gritó Eric Harper.

—¡Refugiémonos donde podamos! ¡Ese aeroplano lo maneja algún demente que nos ha tomado por blanco de sus tiros! — dijo Cláxton.

Sin un solo instante de demora, fueron a guarecerse dentro del camarote que había en la cubierta del Santa Catalina.

A todo esto, el aeroplano volaba en círculo, a menos de media milla de distancia, tan bajo que les era posible ver con toda claridad, a la fúlgida luz del sol que brillaba en las barnizadas alas, las figuras de dos hombres con una ametralladora que apuntaba a la cubierta del Santa Catalina.

Wayne había tomado los gemelos prismáticos de manos de Bruce Cláxton y miraba con ellos por uno de los agujeros que tenía la pared de madera del camarote.

—¡El hombre que maneja la ametralladora es Gregory Ratcliff! — anunció Greville.

Nunca, en el desarrollo de todas sus aventuras, se habían visto ante una circunstancia tan extraordinaria. Era tan estupendo lo que acababa de decir Greville Wayne, que Cláxton se resistió a creerlo.

—¡Eso no es posible! — dijo, sacando el revólver del cinto y cargándolo con cartuchos que sacó del bolsillo del pantalón de cuero que tenía puesto. — ¿Cómo han podido enterarse de que veníamos al mar de Sargazo?

—El caso es que se han enterado, y que disponen de un aeroplano mucho más poderoso que nuestro Gaviota, — dijo Greville. — ¡Hay que ocultarse! ¡Ratcliff vuelve a mover la manija de la ametralladora!

El aeroplano grande volaba, inclinado como un ave, describiendo círculos a veinte o treinta pies, nada más, sobre el nivel de la cubierta del viejo galeón español. Las rápidas detonaciones de la ametralladora volvieron a oírse y una granizada de balas dió en la cubierta del Santa Catalina.

Por suerte, al volar describiendo círculos, el hombre que manejaba la ametralladora había cesado de ver a los que estaban en el buque, pues de no ser así, ni uno solo hubiese escapado con vida, ya que las balas caían en redor del Gaviota e hicieron trizas el tanque, rompieron el volante y desgarraron la tela de las alas.

Bruce Cláxton gruñó, disgustado.

—¡Daría un millón de libras esterlinas por tener aquí a Escotilla Jim y a una docena de los nuestros! Esos canallas nos tienen dominados, sin duda. ¿Qué podremos hacer?

No tenía Bruce Cláxton la costumbre de pedir opinión, ni a los muchachos ni a nadie, en ninguna emergencia, pero el ataque de sus enemigos había sido tan rápido y tan poderoso que se había quedado, por un momento, enteramente desorientado.

El aeroplano atacante se aproximó aun más, describiendo nuevos círculos de menos de un cuarto de milla de diámetro y barriendo en realidad, el puente del Santa Catalina con una verdadera granizada de balas.

Lo que quedaba del desmantelado castillo de combate se desplomó con estrépito y entre una polvarea que enturbió un momento la límpida atmósfera.

El trozo astillado del palo mayor fué acribillado, y una bala atravesó la pared del camarote de mando, haciendo saltar los gemelos de las manos de Wayne, de modo que los anteojos cayeron al suelo hechos pedazos.

El tiroteo era terrible. Escupiendo fuego y humo, el hidroavión volaba en círculo como un ave de rapiña barriendo todo cuanto estaba a su alcance en un desesperado desenfreno destructor y mortífero.

—Tenemos que ir rápidamente a la escalera y descender a la cámara donde estuvimos antes. Esperen a que hayan vuelto la popa hacia nosotros. No se muevan hasta que yo les avise. Cuando les de la voz de correr, corran lo más ligero que puedan. Eric primero, Greville después y yo a la retaguardia. No tardarán mucho en descender a bordo.

La ametralladora seguía haciendo fuego con terrorífica rapidez y con maravillosa precisión. Se proponían, sin duda, destruir por completo el Gaviota antes de aterrizar" en la cubierta del galeón.

Cláxton lanzó una imprecación cuando vió que la hélice saltaba hecha pedazos y el armazón del Gaviota se desbarataba.

Toda esperanza de regresar al Esmeralda como habían venido quedaba entera y definitivamente anulada.

—¡Con seguridad suponen que nos han matado! — exclamó Cláxton, riendo, al llegar a la escalera dos pasos detrás de los muchachos. — Si podemos hallar el agujero del costado del galeón, podremos observarles sin que ellos nos vean.

Avanzaron por la obscuridad sin dejar de oir los disparos de la ametralladora. Los tiros de la ametralladora disminuyeron, sin embargo, poco después, lo que fué una suerte, pues alguno de los tiros podía haber encendido nuevamente la nafta que había derramada por la cubierta, debajo de donde estaba el ya destruído Gaviota.

Por fin, Cláxton logró dar con el agujero que había en el lado de estribor del Santa Catalina y, agachándose, miró a tiempo para ver cómo se elevaba el hidroavión y desaparecía hacia lo alto. Momentos después cesó el ruído del motor y se oyó un golpe indicador de que el aeroplano grande había descendido sobre la parte e popa del Santa Catalina.

—¡Buen tiroteo! ¿No le parece? — oyeron que decía una voz conocida y odiada.

la misma voz fría y sarcástica que habían oído los jóvenes en la habitación del Hotel Burleigh, de Londres, la noche que les desmayaron y les metieron en los canastos, dentro de los cuales los arrojaron al Támesis.

—Creo que los tres han quedado sin vida entre todos los restos del buque.

Se oyó ruido de fuertes pisadas en la cubierta. A esas pisadas fuertes siguieron las más leves de Ratcliff.

—¡Cuidado! ¡No encienda fósforos ni fume por aquí! Está cayendo nafta por todas partes. Sí, su máquina ha quedado hecha trizas. Pero dígame: no les veo por ninguna parte.

—¡En guardia entonces! — oyeron gritar al rubio capitán. — ¡Es posible que estén escondidos en algún recoyeco del entrepuente.

—Pronto se van a enterar de dónde estamos y cara va a costarles la noticia, — dijo Cláxton en voz baja, apretando la empuñadura del revólver. — No se separen de mí. Voy a subir por esos escalones y a pelear como haga falta.

Su clara inteligencia funcionaba con suma rapidez. Comprendía que entonces o nunca, podrían él y sus compañeros escapar con vida de tan difícil trance.

Tanto Ratcliff como el capitán debían estar bien armados y ellos no disponían más que de un revólver y de unos puñados de balas.

Bruce Cláxton avanzó silenciosamente pero con rapidez, seguido de los dos jóvenes. Después de andar unas quince yardas alcanzaron a un sitio a donde llegaba, aun cuando muy apagada la luz que brillaba en la cubierta.

En aquel momento, el hueco de la entrada de la escalera quedó tapado por el cuerpo de un hombre vestido con el traje de cuero de los aviadores

—¡Esta es para usted! — gritó el surafricano, oprimiendo rápidamente el disparador de su revólver.

En aquel reducido y casi cerrado espacio, la detonación hizo un ruido enorme y una nube de vapor acre subió por el hueco de la escalera.

Cuando se disipó el humo, quedando expedito el hueco de la escalera, no se veía ya a Ratcliff, pero no era posible decir si había sido herido o no.

—¡Vengan! ¡Esta es nuestra única probabilidad de salvación!

Puso un pie en el primer peldaño, comenzando a subir, cuando la entrada de la escalera fué súbitamente tapada por una enorme brazada de plantas secas. Aquel montón de plantas fué arrojado escalera abajo y seguido de otro y otro, así que aun cuando el surafricano hizo varios disparos, sus proyectiles se perdieron entre las plantas, sin dañar a nadie, porque no era posible apuntar.

El capitán había acudido en ayuda de Ratcliff y entre los dos arrojaron gran cantidad de plantas secas a la escalera hasta que el paso quedó enteramente cortado y una impenetrable oscuridad reinó en el sitio donde Cláxton y los dos jóvenes habían quedado prisioneros.

—¡Nos han atrapado! — dijo Cláxton, limpiándose el sudor que le cubría la frente. — Estamos condenados a morir de hambre o de sed si no encontramos modo de salir de este sitio. ¡Vamos, muchachos! ¡Hay que pelear!

Avanzaron los tres, empujando con todas sus fuerzas el montón de plantas secas

Pero la ventaja estaba de parte de sus adversarios, que disponían de enorme cantidad de resecas plantas y que se limitaron a ir amontonando más y más en el hueco de la escalera, hasta que quedó enteramente obturado.

Después arrojaron encima todos los trozos de madera que pudieron encontrar, encerrando por completo a los tres que estaban abajo, en una verdadera tumba.

Gregory Ratcliff y el capitán habían ganado, hasta ese momento.

EN PODER DEL ENEMIGO

Momentos de nerviosidad

Gregory Ratcliff y su infame jefe se hallaban de pie en la cubierta del viejo galeón español, mirando a su alrededor y con triunfante satisfacción, el resultado de su obra de destrucción.

El hombre a quien llamaban el capitán se atusaba muy contento su rubio, casi blanco, bigote y se reía silenciosamente, muy satisfecho.

—Ha sido una lástima que hayamos tenido que destruir ese hidroavión, — dijo, paseando por la cubierta y mirando el destruído aparato. — Podía habernos sido de utilidad uno de estos días.

Gregory Ratcliff se sonrió.

—No podía evitarse, señor. Era necesario hacerlo para impedir que se escaparan. Ahora los tenemos prisioneros y enteramente a nuestra merced. ¿Qué hacemos con ellos?

El capitán miró a su alrededor, como estudiando el aspecto de lo que le rodeaba.

—Todo depende de lo que este viejo buque pueda dar de sí; tal vez sea mucho, tal vez sea poco. Me siento inclinado a creer que, como Cláxton ha hecho tan importantes gastos y ha venido a un sitio tan alejado de todas las vías marítimas, desafiando los peligros del mar de Sargazo, la expedición debe valer la pena. Aquí debe haber mucho dinero. Empecemos por echar un vistazo.

Después de mirar hacia la barricada que habían armado en la escalera de acceso a la cámara inferior y de convencerse de que por allí no podía salir nadie, fueron hasta el camarote del almirante español la pequeña habitación húmeda y mal oliente donde habían estado antes el surafricano y los dos jóvenes.

—Aquí hay muchas cosas de valor, — dijo el capitán mirando las copas y los cubiletes que los dos jóvenes habían puesto en filas en un mueble. — Esta vajilla de plata y oro de principios del siglo diez y ocho es de grandísimo valor. Pero, ¿dónde tendrían guardado el oro amonedado y en lingotes?

—Más abajo, seguramente. Creo que es-

tos galeones que cargaban oro en América del Sur lo metían a bordo lo mismo que nosotros cargamos en el fondo de la bodega, los lingotes de hierro fundido que nos sirven de lastre. El oro debe estar, pues, en la sentina. Es fácil que encontremos una escotilla por la cual descender. Quédese usted en este pasadizo, vigilando, mientras yo desciendo por ese agujero que hay en el piso. Revisaré todo lo posible mientras usted vigila por si Cláxton y los suyos pretenden escapar.

—¿Cuántos son los que están a bordo?— preguntó el capitán.

—Supongo que deben ser tres; el surafricano y los dos muchachos, — contestó Gregory Ratcliff.

—¡Bien! ¡Si nos tropezamos me vengaré de todas las insolencias que me dijeron en Londres! Si encuentra usted algo, grite, avisándome.

Dicho eso se separaron. Ratcliff descendió, alumbrándose con su antorcha eléctrica, a una espaciosa bodega, llena, en otro tiempo, de trigo que hacía años se había pulverizado y destruído por los parásitos.

Centenares de ratas huyeron corriendo, a su llegada llenando la bodega con sus chillidos de miedo.

Ratcliff se estremeció. Abriéndose paso por entre la basura allí amontonada, llegó a algo que parecía como una gran depresión o un pozo que hubiera en el piso.

Durante media hora trabajó, procurando limpiar aquello de la basura que lo cubría.

Una vez limpio el piso vió que allí había una abertura redonda cerrada por una trampa redonda también.

En el centro, la trampa tenía una argolla de bronce pero por más fuerza que hizo, Ratcliff no logró levantar la tapa.

Esto le obligó a ir en busca del capitán al que encontró en el castillo de proa y con gesto de hallarse muy disgustado.

—Hasta ahora no he encontrado nada. ¿Y usted? — preguntó, volviéndose hacia su acompañante y mirándole sarcásticamente.

Gregory Ratcliff se sonrió.

—Me parece que he encontrado el escondrijo del tesoro, al fondo mismo del buque, bastante más abajo de la línea de flotación. Una trampa que hay en el piso de la bodega debe dar acceso a la sentina donde está el oro pero yo solo no he podido levantar aquella maldita tapa.

Como tenían martillos, picos y barretes, en el aeroplano, tomaron lo necesario y descendieron de nuevo.

No les fué posible levantar la tapa redonda y en vista de esa imposibilidad, hicieron un agujero en el piso de madera.

Ratcliff se arrodilló junto a aquel agujero y sostuvo en el hueco la antorcha eléctrica, dirigiendo hacia abajo el haz de luz.

Durante algunos instantes le pareció que miraba hacia un pozo sin fondo pero cuando sus ojos se acostumbraron a aquella luz, distinguió algo que le hizo lanzar un grito de sorpresa.

—La sentina está llena de agua. Nos va a costar grandísimo trabajo sacar el oro de ese sitio porque el agua está espesa como barro y además huele tan mal que tira de espaldas, — dijo.

El capitán encendió un cigarro y fumó con toda placidez.

—¡Qué se le va a hacer, amigo mío! Hemos seguido la pista de Cláxton a través del Atlántico y gastado miles de libras en recorrer el mar de Sargazo en ese aeroplano. Ahora que los hemos encontrado y asegurado y que hemos dado con el buque que tiene el tesoro no van a ser unos pocos pies de agua sucia los que nos impidan sacar provecho de todos nuestros sacrificios. A usted le corresponde descender lo antes posible, aun cuando corra el riesgo de mojarse un poco.

El capitán estaba acostumbrado a tratar a sus subordinados con muy poca consideración.

La costumbre del capitán era utilizar a un hombre en provecho propio, obligarle a hacer la parte más molesta y sucia del trabajo y después... Después era siempre un triste despertar el que esperaba a los que habían servido al capitán y un triste despertar esperaba también a Gregory Ratcliff, el traidor.

—Busque una soga y átesela al pecho, debajo de los brazos. Yo le descenderé — dijo.

Aun cuando gruñendo, Ratcliff obedeció. Unos momentos después era descendido hacia las profundidades de la inundada bodega del viejo galeón.

La soga descendió ocho, diez, doce pies y al fin Ratcliff tocó el agua con los pies, produciendo el ruído característico.

Pero el capitán siguió soltando soga y su infeliz compinche sintió que descendía más y más, hundiéndose en el agua.

—¡Eh! ¡Basta! ¡No suelte más soga! — gritó Ratcliff —El agua me llega casi a la boca. No puedo descender más.

El otro se rió lo más jovialmente que pueda imaginarse, como si el caso le pareciera muy divertido.

—¿Qué no puede? Tiene usted que descender hasta que toque el fondo con los pies. Es neecsario saber con exactitud el agua que hay en esa bodega. Sin saberlo no podemos hacer nada. ¿Qué tal?

Como jugueteando dió un fuerte tirón de la cuerda y luego la soltó aún más de pronto, de manera que seis u ocho pies de soga se escurrieron en un momento de sus manos. Con un grito ahogado, el desdichado Ratcliff se hundió en el líquido desapareciendo por completo.

¡Diez pies más abajo!

¡Diez pies debajo de la superficie y manoteando, procurando no ahogarse!

Tal era la poco envidiable posición de Ratcliff en aquel momento.

Más de veinte pies de soga había descendido hasta entonces el capitán y sin embargo, Ratcliff no había llegado a tocar el fondo con los pies.

Horrorizado, pataleó y manoteó, tirando desesperado de la soga; pero el capitán se mostraba inexorable.

La muerte se hallaba muy cerca del desraciado traidor en aquel momento. Descendó más y más, revolviendo el agua cenagoa, sintiendo la nariz, la boca, las orejas, enas de barro.

La sofocación le estrujaba los pulmones los oídos le zumbaban de modo violentísimo. Y a pesar de todo, seguía descendiendo.

De pronto el capitán se detuvo y dejó de ltar soga.

—¡Cuarenta pies y no ha tocado fondo! Este barco no debe tener quilla! — gimió. nojado. Durante unos momentos permaneó inmóvil. Este instante de agonía estuvo punto de ser el último de Gregory Ratcliff n este mundo, o mejor dicho, dentro del gua.

Dejó de manotear y comenzó a perder el nocimiento. Colgó, como un peso muerto, e la soga, ahogándose en el agua turbia y tida.

Al capitán le importaba poco que Ratcliff viera o no; lo que le causó gran disgusto ué darse cuenta del terrible y desengañor descubrimiento.

Pero el pensar que iba a verse solo y tenía ue realizar sin compañero el viaje de egreso en el aeroplano hasta el vapor rande pintado de gris, le decidió a ser miricordioso.

Recogió la soga rápidamente y más muerque vivo sacó del agua a su desdichado mplice.

—¡Qué cara tiene mi amigo! — exclamó capitán riéndose, cuando Gregory Ratcliff dejó caer, agotadas las fuerzas en el pi de la bodega, junto al agujero.

Durante un largo rato, el aludido no pudo contestar.

Se quedó tend'do sobre un montón de pulerizado trigo, empapado, chorreando agua, on los ojos cerrados, y con sangre entre s labios.

El capitán le hizo tomar un trago de coguc de una cantimplora que sacó del bolsio.

Poco después Ratcliff abrió los ojos y se tremeció de pies a cabeza.

—¡Animo, compañero, que no ha sufrido erida de ninguna clase! — dijo, jovialente, el capitán — ¿Qué encontró usted n el agua?

—¡Nada! ¡El buque no tiene fondo! — ontestó Ratcliff con voz debil — La quilla ha deshecho con el tiempo.

—¡Así que el oro se ha caído junto con la y está ahora en el fondo del mar de argazo! ¿No es eso?

Ratcliff inclinó la cabeza, débilmente.

—Hemos hecho el viaje inútilmente, fuea de la vajilla que hay en el camarote del imirante.

El capitán lanzó un feroz juramento.

¡De modo que ese había de ser el final e su aventura! Pero... ¿era posible que sí fuera?

El y sus cómplices se habían gastado mis de libras en fletar y preparar el Vapor ris para quitarles a Bruce Cláxton y sus compañeros los tesoros que extrajeran de lo profundo del mar, con tanto sacrificio y tanta inteligencia.

En aquella ocasión habían logrado adivinar los propósitos de Cláxton, se habían apoderado del buque que contenía el tesoro y en el momento decisivo, cuando el triunfo parecía tan cercano, se encontraban con que era la naturaleza la que se había burlado.

El capitán se sentó pesadamente en un montón de tablas y miró, desesperado, hacia el agujero del piso de madera.

—Comprendo lo que ha sucedido, — murmuró. — Durante los siglos que el Santa Catalina lleva prisionero de las plantas flotantes, el agua ha carcomido la parte inferior del casco y el peso del oro ha hecho que la quilla se desprendiera y se hundiera. No hay nada que hacer, mi querido Ratcliff; esta vez hemos apostado al caballo perdedor.

Ratcliff se irguió y tiró de la manga del saco del capitán.

—A menos que pudiéramos utilizar a esos muchachos, teniéndolos prisioneros. Y obligar así a los que se han quedado en el Esmeralda a que nos entreguen su aparato de bucear. Con ese aparato podríamos extraer el oro del fondo del mar.

El capitán se rió, moviendo negativamente la cabeza.

—No hay que pensar en eso, amigo mío. La profundidad del mar de Sargazo es de lo menos dos millas. No hay probabilidad de poder sacar de él ni una sola moneda de las que tuvo este buque. Sin embargo, tenemos la vajilla del buque y tenemos a los presos. Sea como sea, veremos lo que dicen Cláxton y sus compañeros cuando se enteren de la noticia.

Gregory Ratcliff, al oir eso, se levantó como si nada le hubiera sucedido poco antes.

Se sacudió como un perro mojado y se encaminó hacia la salida.

—¡Yo se la comunicaré! — dijo, brillándole malignamente los ojos en su semblante todavía pálido y cadavérico.

Los dos canallas salieron a la cubierta donde alumbraba, cálido, el sol.

La barricada que obstruía la entrada a la escalera estaba tal y como ellos la habían dejado.

—No es posible hablarles por ahí, ¿cómo se va usted a arreglar para hablarles? — preguntó el capitán.

Ratcliff fué hacia el aeroplano y tomó la caja de las herramientas.

—Voy a hacer un agujero en la cubierta, con un berbiquí, — contestó.

En seguida comenzaron a saltar las virutas y fué haciéndose más y más hondo el agujero.

Cláxton, en la oscuridad de su prisión vió de pronto, la punta de la mecha con que el berbiquí, manejado por Ratcliff, hacía el agujero.

—Póngase a distancia; están haciendo un agujero para espiar, — dijo el surafricano en voz baja, indicando el techo. — Es pro-

bable que quieran hacer tratos con nosotros diciéndonos que, o accedemos a lo que piden o nos matarán de hambre. La dificultad en que están consiste en que no saben la extensión que tiene esta bodega e ignoran el sitio donde estamos. No se muevan. Yo trataré de ser el que hable primero.

Se acurrucó en la oscuridad y se rió para sus adentros al ver el rayo de luz que pasaba por el agujero hecho en las tablas de la cubierta.

Por el agujero distinguió un trozo pequeño de cielo azul y luminoso. Después una sombra interceptó el paso de la luz: era la sombra del cuerpo de Gregory Ratcliff.

—¡Hola, pillastres! ¡Ustedes, los que están ahí abajo! ¡Sepan ustedes que la quilla de este buque está en el fondo del mar! — gritó el traidor.

Los que estaban en la bodega no replicaron absolutamente nada.

—¿Les da por ser testarudos? — gruñó Ratcliff. — ¿No quieren ustedes hablar con nosotros? Está bien: esperen y verán. Cuando lleven encerrados ahí un par de días ya discutirán condiciones de buena gana.

El capitán, que se había sentado en uno de los herrumbrados cañones levantó la cabeza, enojado.

—Puede decirles, Gregory, que si no se entregan les ahogaremos con humo o con agua o les dejaremos morir de hambre. Por otra parte, si Cláxton quiere entrar en sociedad con nosotros les llevaremos a nuestro vapor y le dejaremos la dirección en lo de buscar nuevos tesoros. ¡Dígale eso!

Ratcliff se sentía contentísimo

—¡Oigan ustedes, pillos del demonio!— comenzó, inclinándose de cara a la cubierta — ¡Hay una buena ocasión al menos para uno de ustedes!

—¡Lo mismo opino! — gritó Bruce Cláxton.

Y al mismo tiempo metió por el agujero el caño de su revólver e hizo fuego.

A la detonación siguió un grito de dolor porque la bala del revólver disparada casi a quemarropa, se había llevado por delante la mitad de los dientes de Gregory Ratcliff, abriéndole una ancha herida en la mejilla.

El capitán dió un salto cuando vió que su cómplice aullaba de dolor revolcándose por la cubierta. Tenía el rostro manchado de sangre y sus gritos se hubieran oído a varias millas de distancia.

Eric y Greville bailaron de contento en su encierro.

—¡Otra marca de fábrica para el traidor! — exclamó Eric — El pícaro de Gregory ya tenía una marca en la pierna y ahora tendrá otra más visible.

Cláxton se acercó a ellos, moviendo la cabeza pesarosamente.

—Lo que es de desear es que no sean ellos los que nos liquiden a nosotros primero, — dijo. — Muchachos, no debo ocultarles mis temores. Nos hallamos en poder de esos canallas y, sea como sea, vamos a tener que entregarnos.

EN SITUACION DIFICIL

Invirtiendo los términos

Cuando Greville Wayne oyó las palabras que lo desesperado de la situación en que se hallaban había inspirado a Bruce Cláxton, hizo una mueca de desagrado.

—¿Qué dice usted? — exclamó. — ¿Rendirnos, entregarnos a ese par de implacables canallas? ¡Jamás! ¡Eso equivaldría a colgarnos los tres de una de esas vigas con un nudo corredizo al cuello!

Bruce Cláxton alzó sus atléticos hombros. Se sentía perplejo y abatido.

—No veo otra salida. A cualquier lado que miremos nos encontramos con que nos han cortado el camino. Nos hallamos prisioneros en ésta cámara, sin luz, con poco aire, sin agua, sin alimentos, con la escalera obstruída y con un par de tigres humanos paseando por la cubierta a la espera de su presa.

—Que esperen, entonces, — dijo Eric, separándose de la hendija del casco por donde había mirado durante un rato. — Algo tiene que producirse. Puede ser que Escotilla Jim encuentre el modo de llegar hasta nosotros, cuando se dé cuenta de que el Gaviota tarda demasiado en regresar ¿Quién sabe lo que puede suceder? Escotilla Jim resulta, a veces un hombre de ideas extraordinarias.

Los gritos y gemidos que lanzaba el herido Gregory Ratcliff en la cubierta cesaron de pronto a consecuencia de un brutal puntapié que su cómplice le dió en la espalda.

—¡Vamos! ¡Cállese de una vez, Ratcliff! — le oyeron gritar al capitán — Deseo parlamentar con los que están ahí abajo. ¡Hola! ¡Ustedes, los que están ahí abajo! ¿Me oyen?

Tuvo buen cuidado de no situarse delante del agujero por el cual Cláxton había hecho fuego, pero de vez en cuando, los de abajo notaban que su sombra se movía por la cubierta.

—¿Qué quiere? — preguntó Bruce Cláxton con brusquedad.

El otro se rió sarcásticamente.

—Quiero hablar con usted, amigo mío, y nada más. De los muchachos poco me importa. Usted es la ostra que contiene la perla, en este caso.

Un rayo de esperanza, aun cuando muy débil, comenzó a iluminar las tinieblas de la desesperación de Bruce Cláxton.

—¿Por qué quiere hablar conmigo? — preguntó el surafricano.

—Porque usted es el único hombre del mundo que puede hacer que la expedición sea un éxito. Los que están asociados conmigo en este asunto han entregado miles de libras esterlinas con el propósito de realizar esta campaña, y yo debo devolverles hasta el último penique, agregando una buena tajada en calidad de intereses. ¿Cómo voy a poder cumplir mi compromiso si usted no me ayuda? Confieso que no lo sé.

—Pues entonces eso es cosa suya y no

ía, — replicó socarronamente el de abajo.
El capitán se sonrió.
—Mía y suya también, como lo podrá preciar dentro de un minuto. En este gaón no hay suficientes cosas de valor ni pa- pagar la nafta que gaste mi aeroplano. hora bien: voy a ser enteramente franco n usted, Bruce Cláxton...
—¡Cómo ha cambiado tan repentinamen-!
—No lo niego. Así es. Me siento dispues- a hacer con usted un convenio leal de rdad.
—¿Qué clase de convenio?
—Me comprometeré seriamente a cumplir que convengamos. Ayúdeme usted en la rma que necesito y yo respetaré su vida la de los muchachos.
Bruce Cláxton se estremeció de contento oír esas palabras.
—En principio no me parece mal la pro-uesta, — dijo inmediatamente.
Tanto Eric como Greville se acercaron a en la oscuridad y le tiraron de una man-a.
—¡No! Nosotros no estamos de acuerdo, — le dijeron ambos, en voz baja.
Cláxton les separó de su lado con nervio- brusquedad.
—Siga usted adelante: le estoy oyendo on toda atención. ¿En qué forma he de yudarle? ¿En algo que se refiera a su eroplano?
El capitán se rió a carcajadas.
—No se preocupe usted de eso por el mo-ento, amigo mío. Mi aeroplano está en xcelentes condiciones y podrá, en cualquier omento, llevarme lejos de aquí, dejándole- ustedes tres condenados a morir de ham-re y de sed dentro de ese casco, a menos ue usted acceda a mis razonables pretensio-es. Hablando con toda franqueza, Cláxton, a situación de ustedes es esta: Como el anta Catalina ha resultado un fracaso, mis migos y yo nos encontramos en un callejón in salida. En consecuencia propongo que agamos un convenio los dos, ya sea pagán-ole a usted una suma determinada por los atos que sobre la situación de los barcos on tesoros, usted posee, ya convinlendo que sted se lleva una parte de todo cuanto ogremos sacar, si usted se asocia con nos-tros.
—¿Qué tienen que ver con eso los mucha-hos? — preguntó el surafricano.
—A los muchachos les llevaría yo con mi eroplano, a bordo del Esmeralda. No es po-ible que vayamos todos a la vez, pero us-ed podría quedarse aquí con Ratcliff, mien-ras yo fuera al Esmeralda con los jóvenes. En cuanto éstos estuvieran en sitio seguro, yo regresaría en busca de usted.
El surafricano se sonrió.
—¡Muy buena propuesta! Y usted arro-aría a los dos muchachos al mar desde una ltura de cinco mil pies y yo no sacaría na-la en limpio del convenio!
El capitán frunció el ceño y contuvo difi-cultosamente su furor
—¡No! Estoy decidido a proceder con rectitud. Exija usted las garantías que le parezca. Si usted lo desea llevaré primero a uno de los jóvenes al Esmeralda y regresaré trayendo pruebas indiscutibles de que ha quedado sano y salvo. Después irá usted con nosotros al Vapor Gris, trabajaremos de acuerdo y recibirá usted un buen porcentaje de todos los tesoros que saquemos.
Cláxton permaneció pensativo un momento. La propuesta le horrorizaba, pero tenía que pensar en la salvación de los dos muchachos. No era posible negar que se hallaban en situación muy difícil. No veía, en ningún sentido, rayo ninguno de esperanza.
—Muy bien, — empezó a decir el surafricano
Pero Wayne avanzó rápidamente y le separó a un lado con brusquedad, sintiéndose muy enojado.
—¡No! ¡No! ¡Usted no va a acceder a eso, señor! — exclamó, enfadado. — Ni Eric ni yo admitimos esas condiciones. Sabemos que usted las aceptaría pensando en nosotros y que está decidido a ir en busca de la muerte por salvarnos, pero nosotros no lo queremos. ¡Eh! ¡Usted, el que está arriba! Nosotros también tenemos voz y voto en este asunto y lo que nosotros mandamos es lo que vale. Guárdese su aeroplano, guárdese sus ofrecimientos y nosotros guardaremos nuestra libertad de acción hasta el último instante de nuestra vida.
El capitán lanzó un feroz juramento.
—¡Muy bien, Wayne! Procuraré recordar su actitud contra mí en el momento en que Cláxton estaba por admitir mis condiciones y todo se hallaba a punto para un feliz arreglo.
—¡Y yo también voy a recordarlo como es debido! — gimió Ratcliff, que seguía tirado en la cubierta, quejándose de dolor.
El capitán le dió un feroz puntapie.
—¡Cállese de una vez! ¡No se cómo se atreve a hablar con esa cara tan fea! ¡El que aquí manda soy yo! Sépalo de una vez. Vamos a ver Cláxton, amigo mío, ¿en qué quedamos? ¿No ha hecho callar todavía a esos dos chicos insolentes?
Cláxton frunció el ceño, perplejo. Se separó de los dos muchachos y se sentó pensativo en unos maderos.
—Es inútil todo empecinamiento. Greville, — dijo, desesperado y en voz baja — Hay que tener en cuenta la realidad de los hechos. Nos tienen arrinconados. Como usted y Eric no cedan, moriremos los tres aquí.
Wayne hizo una mueca de desdén.
—Nosotros no nos negamos a admitir algún medio de salvación, siempre que ese medio no encierre el sacrificio de usted. Supongo que a estas alturas, usted se habrá dado cuenta de que nosotros no somos capaces de semejante bajeza. Cuando emprendimos esa campaña decidimos ir hasa el fin todos juntos. Si usted ha de caer en manos de esos canallas, caeremos todos.
La fuerte mano del surafricano estrechó efusivamente la de Wayne, en la oscuridad.
—Es usted todo un hombre, Greville, y

también lo es Eric. Pero yo quisiera que fuesen ustedes razonables. Ustedes son jóvenes; tienen muchos años que vivir aún. Yo me encuentro ya en la mitad de mi existencia y creo haber vivido bien los años que he vivido. Sería un exigente si no me declarase satisfecho de cómo he vivido.

—Y nosotros seríamos unos cobardes si permitiéramos que usted se sacrificara para salvarnos, — dijo Eric — ¡No! ¡No haremis tal cosa, señor Cláxton. Si usted admite las condiciones que le imponga ese canalla, nosotros no las aceptaremos. Nos hundiremos peleando hasta el final, ¿no es cierto, Greville?

—¡Así es!

—¿Qué podemos hacer?

—Deje usted que hagan ellos todo, lo peor que se les ocurra. Lo único que pueden hacer es matarnos.

El surafricano movió la cabeza, pensativo, melancólicamente.

—¿Matarnos? Es que hay modos y modos de matar. El capitán tiene suficiente práctica del mundo para comprender que no tendremos las energías de ahora cuando llevemos tres o cuatro días metidos en este encierro sin comida y sin agua. Ustedes no comprenden lo que significa hacer frente a la muerte por sed o por hambre. Yo lo sé porque estuve muy cerca de morir así en Kalahari.

Greville miró a su compañero y Eric inclinó la cabeza afirmativamente.

—Estamos decididos a sufrir todo lo que sea, si se halla usted con nosotros, — dijo Eric.

Cláxton permaneció un momento pensativo y silencioso. Miró a los dos jóvenes en la semioscuridad que les rodeaba y vió que sus juveniles rostros expresaban decisión y entereza inquebrantables.

—Debía haber recordado que son ustedes de raza de bull-dogs, — murmuró, mirando hacia arriba. — ¡Eh! ¡Usted, el que está ahí arriba tomando el sol! Ya nos hemos puesto de acuerdo y hemos convenido cuáles son nuestras condiciones.

—Está bien: ¿cuáles son?

—¡Qué preferimos verle a usted en el fondo del mar antes de entrar en tratos con semejante canalla! Si le parece pone usted esta respuesta en su pipa y la fuma lentamente.

El capitán se puso a pasear por la cubierta, de un lado a otro, con salvaje furor. Había creído posible comprar, mediante dinero, la buena voluntad de Cláxton. Y cuando ya creía que el surafricano estaba por ceder, la intervención de los muchachos le había desbaratado todo su plan.

—¡Esos chicos me van a pagar bien caro lo que me han hecho! — gritó el capitán, furibundo. — ¡Levántese usted, Ratcliff! Deje de acariciarse la herida y ponga en acción su inteligencia. Hay que estrujar de algún modo a esos dos muchachos. A no ser por ellos, Cláxton hubiera accedido a entrar en convenio conmigo y tal vez hubiéramos llegado a ser todos nosotros millonarios. ¡Millonarios! ¿Se da usted cuenta? ¿Comprende que si no llegamos a millonarios es por esos dos muchachos? ¡Si no conseguimos doblegar la voluntad de esos dos tendremos que regresar a Inglaterra derrotados y sin un penique!

—¡Si tienen ustedes la suerte de volver algún día a Inglaterra, lo que me parece difícil! — gritó Wayne en son de zurla.

Los dos canallas se alejaron y durante un largo rato no llegó su conversación más que como un alejado murmullo, al sitio donde estaban los tres prisioneros.

—¿Qué cree usted que van a hacer ahora? — preguntó Eric.

El surafricano inclinó la cabeza, serio y pensativo.

—Pueden sofocarnos con humo o incendiar esto y quemarnos vivos o abrir un agujero en la cubierta y ahogarnos, echando agua por él, con una bomba. También pueden negarse a darnos de comer y de beber o cerrarnos todos los huecos para que lá falta de aire nos haga morir.

Eric se sonrió.

—No creo que puedan hacer lo último que usted ha dicho, — replicó — por lo menos mientras eso siga en el estado en que está, — agregó en voz muy baja e indicando una grieta que había entre las maderas del tabique. — Hace rato que me preocupa esta abertura y realmente no veo razón alguna que nos impida agrandar el agujero lo suficiente para poder pasar por él, en caso de que nos dejen en paz durante un rato.

—¿Y luego? — preguntó Cláxton presionado por la manifestación del joven.

—Luego, como los costados del casco están carcomidos y astillados del modo más deplorable, podríamos subir, uno tras otro, y llegar al castillo de popa donde está el aeroplano. Usted tiene un revólver y algunas balas...

—Sólo un puñado.

—Suficiente para tener a raya al capitán y a Ratcliff si se da el caso de que no podamos burlarles y pretendan cortarnos el paso.

—¡Por el mismo demonio! ¿Sabe que el plan es estupendo?

—Usted sabe manejar el aeroplano mejor que nosotros, a pesar de nuestros "brevets" de pilotos, así que puede encargarse del volante. Wayne y yo podremos poner el motor en marcha y si conseguimos tenerles a raya durante tres minutos, nos escaparemos con la mayor facilidad.

Bruce Cláxton dió una palmada en el hombro al valeroso e inteligente joven.

—Comiencen a trabajar los dos con sus navajas en el ensanche del agujero. Yo haré todo el mayor ruído posible, pretendiendo mover algo o procuraré entrar en conversación con ellos mientras ustedes trabajan. Con dos navajas, bien manejados por manos fuertes como las de ustedes puede hacerse mucho en poco tiempo.

—¿En qué hora vivimos, señor? — preguntó Greville Wayne.

—Son las doce y diez. El sol está llegan-

do al cénit. Deben sentir mucho calor en la cubierta al rayo del sol, y todavía no han almorzado. Lo más probable es que antes de una hora alguno de los dos se recueste a dormir la siesta. ¡Hola, capitán! Deseo hablarle de nuevo. Desearía entablar nuevas negociaciones.

El capitán se aproximó, gruñendo, al agujero que habían abierto en la cubierta.

—¿De qué se trata ahora? — preguntó, mientras se secaba el copioso sudor que le cubría la frente.

—¿No podría usted darnos algo que comer y que beber, aún cuando no sea mas que para poder pensar en lo que interesa sin que nos preocupe el apetito y la sed?— dijo el de Rhodesia.

Le contestó una ruidosa carcajada del corpulento capitán.

—¡Claro que sí! Eso y cuanto ustedes deseen. Voy a decirle a Ratcliff que les descienda agua y provisiones de las que tenemos nosotros y hasta unos cuantos buenos cigarros de los que tengo en mi petaca.

—No se moleste por lo de los cigarros porque tengo provisión abundante, — dijo el surafricano, que al decir así echó una bocanada de fragante humo de su cigarro de hoja habano, hacia el agujerito de la cubierta.

El capitán se sentó en unos resecos maderos, a la sombra de la obra muerta del galeón y llamó a gritos a Gregory Ratcliff.

—Vamos, Gregory, déme usted de almorzar. Este calor me está debilitando. Ademas deseo enterar a esos que están abajo de lo bien que sienta una abundante y sabrosa comida cuando se tiene apetito.

—¡Grandísimo canalla! ¡ Y yo tengo un hambre de todos los diablos! — dijo Eric con disgusto.

—Lo mismo me pasa a mí, — dijo Wayne, que estaba junto a él, trabajando ambos en ensanchar el agujero de la tablazón. — No soñé nunca que el pan y el agua pudieran ser tan deliciosos cuando uno no los tiene.

En verdad, su situación era desesperada, porque el aire que había en el encierro donde se hallaban era húmedo al punto, que resultaba sofocante. Afuera y a alguna distancia más abajo, veían la azul superficie del agua en la que reverberaba la luz del sol. El mar de Sargazo presentaba, en su llanura de plantas, algunos espacios de agua. Sobre ellos, el sol tropical brillaba fieramente. Reinaba una calma casi completa; sólo soplaba, con intermitencias, una brisa muy suave, que rozaba la extensión adormilada del vasto mar de Sargazo.

Pensaron en el capitán Moránder, que estaría sentado en su sombreado camarote o en el bien decorado salón del Esmeralda, gozando de las delicias de un bien condimentado almuerzo consistente en lenguados fritos y suculentas costillas de carnero de Australia acompañadas de exquisitas arvejas en conserva... Pensaron en Escotilla Jim, que estaría sentado a la sombra, en la cubierta más dormido que despierto; en Anudy, el maquinista jefe contándoles estupendas aventuras a sus dos ayudantes... Y en el resto de la tripulación que, terminadas sus tareas de limpieza del día, estaría descansando y preguntándose, mirando la hora con frecuencia, cuando regresarían Cláxton y los dos muchachos.

—¡A bordo del Esmeralda estarán convencidísimos de que nosotros estamos pasando momentos deliciosos ante la espléndida perspectiva de unos tesoros estupendos! — dijo Eric con amarga sonrisa. — Y mientras tanto estamos sacando astillas de roble y de caoba, a una temperatura de cuarenta grados a la sombra. ¡Señor Cláxton! ¿Qué hacen nuestros estimados amigos los de arriba?

Bruce Cláxton había conseguido formar un montón de plantas secas y subido a él, había llegado a acercar el rostro al agujero para mirar por él. El círculo de su visual era reducido pero pudo ver a Ratcliff apoyado al astillado trozo de mástil del Santa Catalina, gimiendo miserablemente y acariciándose la herida de la cara. De vez en cuando escupía rojo, en la cubierta. Sus desdentadas encías se hallaban en un deplorable estado. La herida que la bala del tiro de Cláxton le había hecho en la mejilla había producido una enorme hinchazón de modo que un lado de la cara abultaba de modo fenomenal.

Cláxton se sonrió. Al menos algo habían hecho sufrir a aquel traidor, a aquel pillo que les había vendido del modo más infame.

„En aquel momento, el capitán levantó la vista y su mirada se cruzó con la de Gregory Ratcliff.

—Mire por el agujero del piso y entérese de qué están haciendo los de ahí abajo. — ordenó, llevándose a los labios una botella de vino, de la que bebió la mitad del contenido, casi de un solo aliento

Gregory Ratcliff lanzó una exclamación de enojo, seguida de varias maldiciones.

—¡Mire usted, si es que le gusta, y reciba una dósis de lo que me han dado a mí! — gruñó.

Los ojos del capitán, siempre tan fríos y de mirada tan cruel, relucieron como un acero desnudo. En seguida, el capitán sacó del bolsillo una pistola automática y apuntó con ella al hinchado rostro de Ratcliff

—¿Ha oído? ¡Mire por el agujero y entérese de lo que están haciendo los que se hallan abajo! — gritó.

Ratcliff avanzó y se inclinó a mirar por el agujero, procediendo con la mayor lentitud y la mayor cautela. En el mismo instante salió por el agujero una bocanada de humo de tabaco que le dió en pleno rostro y Ratcliff se retiró de un salto gritando como un endemoniado.

—¡Ha vuelto a hacer fuego! — chilló. En su precipitación por retroceder tropezó y cayó sobre el capitán con tanta fuerza que le hizo rodar por la cubierta.

Cláxton oyó el ruído que hizo la botella al caer de la mano del capitán, la detonación de un tiro de la pistola que el capitán

empuñaba y había disparado máquinalmente, las maldiciones de Ratcliff cuando su cómplice le tomó por el cuello y le golpeó vengativamente la cabeza contra el tablado de la cubierta.

—¡Parece que ustedes están muy divertidos ahí arriba! — gritó Cláxton, riendo de buena gana y alejándose del agujero después de descender del montón de plantas secas.

La respuesta del capitán fué meter el caño de la pistola en el agujero de la tabla y oprimir dos veces el disparador del arma. Las balas no hirieron a nadie, pero el caño de la pistola quedó metido un momento en el agujero. Al principio, Cláxton lo agarró, y, con toda su hercúlea fuerza, lo torció hacia un lado. Tanta era la fuerza de las manos del surafricano que podía equipararse a las de unas potentes pinzas. El caño de bien templado acero del arma, se dobló, formando una curva. Al capitán le costó un esfuerzo grande el retirar, del agujero la pistola, — una hermosa arma, — definitivamente inutilizada.

—¡Ojalá fuera esa su única arma de fuego! — murmuró Cláxton — Si yo supiera que era así, me atrevería a quitar la barricada y a subir por la escalera.

Wayne movió la cabeza negativamente.

—Sería una imprudencia — dijo, — Antes de que pudiéramos avanzar una docena de pasos apuntarían con la ametralladora Maxim. Más vale esperar un poco más porque si la ametralladora Maxim ha de funcionar, será Eric, porque así ha manifestado deseario, el que mueva la manivela.

Y dicho eso, continuó su labor con no interrumpida energía.

UNA HAZAÑA EXTRAORDINARIA

La sorpresa de los dos pillos

A mitad de la tarde, Eric dejó un momento el trabajo, para descansar y Cláxton ocupó su puesto. Ya se veía un hueco bastante grande donde horas antes había solo una hendija. Cláxton contempló con satisfacción cómo progresaba el trabajo.

A medida que iban sacando trozos de madera cubrían la abertura con una tabla que habían encontrado, disimulando así el hueco.

A eso de las tres de la tarde cuando el capitán, había dormido ya una breve siesta, Gregory Ratcliff logró reunir suficiente valor para hablar a los de abajo por el agujero de la cubierta, pero a una respetable distancia, por cierto.

—¿Qué tal? ¿Se preguntan ustedes qué es lo que va sucederles? — preguntó con ironía.

Eric fué quien le contestó.

—¡Estamos esperando la comida que nos prometió su compinche! — contestó con todo descaro — ¿Cuando va a venir esa comida?

El otro se rió.

—Si alguien se lo pregunta, conteste usted que no lo sabe. ¡Cuatro días en ese ataud, sin aire, sin agua y sin una migaja de pan, obrarán maravillas en ustedes! Es posible que mañana haga funcionar un ingenioso aparato con el cual los ahumaré a los tres hasta que pierdan los sentidos, gracias a lo cual dejarán ustedes de preocuparnos.

Eric se puso pálido y tembló, pensando que tal vez no llegarán a terminar a tiempo el agujero de escape. Pero Bruce Cláxton,— Bruce Cláxton el hercúleo, — estaba en su puesto de trabajo y sus poderosas manos habían trabajado durante unas horas, con ostensible resultado. El sol alumbraba de costado al Santa Catalina y la sombras comenzaban a extenderse al lado del casco y a definir con más claridad que antes los espacios de agua y de plantas.

Cuando se aproximaba el anochecer el capitán intentó reabrir las negociaciones. Explicó que si el surafricano admitía su propuesta les daría de comer y después irían al Vapor Gris. En éste se dirigirían a otro punto donde hubiera un tesoro submarino, — de acuerdo con los datos oficiales que sólo Cláxton poseía, — y allí, por medio de buzos y de buenos aparatos para bucear, sacarían el dinero hasta juntar una suma fabulosa.

Cláxton se sonrió, Se iba enterando poco a poco de datos muy interesantes. Sabía ya que los organizadores de la expedición rival habían preparado bien sus planes habiendo llegado a proveerse de los aparatos necesarios para visitar buques sumergidos. Al parecer, lo único que les faltaba eran los mapas que indicaban la verdadera situación de los numerosos buques sumergidos que contenían tesoros cuantiosísimos. Esos mapas los tenía Bruce Cláxton en la caja de hierro, a bordo del Esmeralda; además, el surafricano recordaba todos los datos con entera claridad.

El resultado de las nuevas negociaciones fué el mismo de las anteriores. Los tres prisioneros se mostraron inflexibles. Habían decidido no discutir condiciones pero mientras ellos hablaban, haciendo suponer al capitán que tal vez cambiarían de modo de pensar más tarde, el trabajo que habían emprendido proseguía con toda la mayor actividad.

Llegó la noche, — oscureciendo con la rapidez propia de los países tropicales, — y poco después comenzó a soplar una brisa suave y fresca que renovó el aire de la cárcel de los tres cautivos. Se reunieron junto a la abertura y respiraron con verdadera satisfacción.

—¡Esto marcha admirablemente! — exclamó Bruce Cláxton contemplando el resultado del trabajo de los tres. — Antes de las doce de la noche podremos pasar por el hueco. Uno de nosotros debe ir delante, a explorar el terreno.

—Y ese seré yo. Llevaré el revólver y unas cuantas balas y saldré tan pronto como nos parezca que los pillastres se han dormido, — dijo Eric.

Cláxton inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

-Con seguridad va a vigilar uno mientras el otro duerme. El capitán se propone tenernos sin comer para obligarnos a someternos; después de lo cual se propone matarlos a ustedes dos y llevarme a mí al Vapor Gris, donde, por medio de la tortura, piensa obligarme a revelarle el secreto de la posición de los tesoros de lo profundo.

Esperaron jadeantes de emoción, pero no inactivos, a que la quietud reinara por completo en la cubierta del Santa Catalina. Por fin cesaron los intranquilos pasos del capitán que iba de un lado a otro y Cláxton calculó que, con toda seguridad, había encargado de la vigilancia nocturna al vengativo Ratcliff.

Poco después de las once, Eric partió a cumplir su arriesgada misión. Con el revólver de Cláxton, al que había atado un cordel colgado de los dientes, avanzó andando a gatas, pasó por el agujero y apoyando su descalzo pie derecho en una grieta de unas diez y ocho pulgadas de altura comenzó a subir.

Tres minutos de ascensión le hicieron llegar hasta el ancho parapeto que en los navíos antiguos ocupaba el sitio de lo que es, en los modernos, una barandilla metálica. Primero pasó una pierna, luego la otra y en seguida estuvo del otro lado.

En torno de él se desarrollaba un cuadro extraño. El ancho espacio de la popa del galeón estaba ocupado por el aeroplano de sus enemigos y por los restos de lo que había sido el Gaviota.

No se veía por parte alguna ni al capitán ni a Ratcliff. La verdad era que en aquel preciso momento el primero dormía el sueño del cansancio en el camarote del almirante español.

Apareció una oscura sombra, destacándose sobre el fondo del nocturno cielo, a unas treinta yardas de Eric, Era Ratcliff que paseaba, como centinela, de un extremo a otro de la desierta toldilla.

Eric se acurrucó y estudió con toda atención el aspecto de cuanto le rodeaba. En el medio del aeroplano, junto al asiento del observador, estaba instalada la ametralladora Maxim. Una fila de cartuchos metálicos relucía en la semi oscuridad y Eric se dió cuenta de que la ametralladora estaba apuntando a la entrada de la escalera, al sitio donde se hallaba, — obstruyendo el paso,— el montón de plantas secas formando barricada.

Por otra parte, todo estaba pronto para emprender el vuelo. Había un espacio libre delante del tren de aterrizaje. La hélice estaba libre de todo inconveniente y limpia de las ramas secas que con seguridad se habían enredado en ella al descender. Probablemente se hallaba en condiciones de funcionar el magneto.

Harper volvió al costado del buque y dejó caer un trozo de madera — atado de un cordel. — que constituía la señal para que acudieran los otros.

Se presentaron transcurrido un tiempo que a Eric le pareció una eternidad: primero Greville Wayne con el rostro pálido y desencajado después el surafricano, siempre desenvuelto y ágil como si nada hubiera pasado.

El joven puso el revólver en la mano de Bruce Cláxton.

—¡Ocúpese usted de tener dominado a Ratcliff mientras Greville y yo ponemos en marcha el motor! — dijo en voz baja al surafricano.

Pero las palabras ahogáronse en su garganta porque la luna, apareciendo de improviso por entre unas nubes, les iluminó, descubriendo su presencia ante el sorprendido Ratcliff.

Un rápido toque de silbato anunció el peligro al pillo que dormía tranquilamente en el camarote del almirante. El capitán se presentó en la cubierta con un revólver de grueso calibre en cada mano.

—¡Ocúpense del motor muchachos! — gritó Cláxton haciendo fuego contra el más cercano de sus enemigos.

Pero herir a un hombre en movimiento con tan mala luz como la que había era muy difícil y tres tiros de Cláxton se perdieron artes de que hiriera a Ratcliff.

Mientras tanto, Wayne había saltado al asiento del piloto del aeroplano y buscaba las llaves de la comunicación eléctrica. El aparato era algo distinto, en la distribución de sus diversos medios de manejo, al que el joven conocía. Eric estaba junto a la hélice. Hizo que giraran las paletas y, cuando, — habiendo hallado Wayne la llave del magneto, — el motor empezó a funcionar saltó a ocupar el asiento que estaba junto a la ametralladora Maxim.

Ratcliff estaba tendido en la cubierta quejándose a gritos. El capitán jurando y blasfemando como un demente, se había guarecido detrás del trozo astillado del palo mayor y desde allí apuntaba con su revólver hacia el tanque de nafta del aeroplano, haciendo un disparo tras otro, con frenética rapidez.

Cláxton se percató en seguida del peligro que aquello representaba. Si una bala perforaba el tanque de la nafta, el líquido se derramaría y tal vez se incendiara el aeroplano.

Avanzó, intentando tomar de flanco a su adversario. El capitán le vió aproximarse, se irguió y le hizo fuego casi a quemarropa. La bala le rozó a Cláxton el brazo izquierdo. El dolor fué horrible pero el surafricano no flaqueó por eso y disparó contra el capitán, obligándole a guarecerse en el camarote.

—¡Venga, señor! ¡Todos a bordo! — gritó Wayne desde el aeroplano, cuyo motor funcionaba ya normalmente.

Cláxton se volvió y corrió, no por miedo sino para ocupar su sitio en el aeroplano. Mediante un salto estuvo en su sitio. El hidroavión corrió suavemente por la cubierta, ascendió unos veinte pies y después, girando con la soltura de un ave, siguió su vuelo, favorecido por el viento.

Harper gritó de alegría y puso en acción la ametralladora Maxim. Antes de que el surafricano pudiera evitarlo, había barrido con una granizada de balas, la cubierta del Santa Catalina, de proa a popa.

La luna brillaba entonces con todo su fulgor y enviaba su pálida luz a toda la desierta extensión del mar de Sargazo.

Mirando hacia abajo vieron a Ratcliff y al capitán en la cubierta del buque del tesoro. El capitán levantaba los brazos; no era posible saber si amenazando o implorando.

—¡Les va a tocar la suerte de probar una dosis de la medicina que querían hacernos tomar! — reflexionó Cláxton.

Harper miró al de Rhodesia como si intentara leer en su rostro lo que pensaba en aquel momento. ¿Arriesgaría el aeroplano para darles a los dos pillos uno de los recipientes con agua que había en el hidroavión?

Lo mismo pensaba en aquel momento el surafricano.

—¡No! — decidió. — Que esperen uno o dos días y beban el agua que hay encajonada en la cubierta. Más tarde volveremos y les dejaremos provisiones dándoles oportunidad de salir al mar libre en un bote. Está bien así. Aun se les trata mejor de lo que merecen.

Indicó a Wayne que moviera el timón de profundidad y el aeroplano comenzó a ascender rápidamente, al mismo tiempo que se dirigía hacia donde les estaba esperando el Esmeralda.

¿Qué final iba a tener esa rivalidad entre los que buscaban honradamente, sacrificándose, los tesoros de lo profundo, y los que se habían propuesto arrebatarles el producto de su labor?

EN LA ISLA VOLCANICA

El destino del Esmeralda

Mientras volaban, surcando el aire a razón de sesenta millas por hora, tanto Greville como Eric pensaban en que iban a volver a ver a Escotilla Jim. Deseaban de todo corazón volver a estrechar la fuerte y curtida mano del viejo lobo de mar y escuchar de nuevo su voz, siempre sonora y jovial. Tal vez si Jim les hubiera acompañado, no hubieran sufrido lo que habían sufrido en poder del infame capitán. Escotilla Jim era un hombre maravilloso cuando se trataba de solucionar situaciones difíciles.

Cláxton miró la hora en su reloj. Eran las dos y veinte. Según sus cálculos debían avistar ya el Esmeralda.

Indicó a Wayne que volara más bajo. El aeroplano descendió dos mil pies, describiendo extensas espirales, y siguió su vuelo a menos de cien yardas de la superficie del mar de Sargazo.

Como el motor funcionaba con lentitud, los pasajeros del aeroplano podían hablar entre ellos, aun cuando a gritos.

—¿Distinguen el Esmeralda por algún lado? — preguntó Cláxton, gritando.

Eric estaba mirando en redor con unos poderosos anteojos de noche.

—No veo ni señal del vapor en ningún rumbo. Pero ¿no estamos cerca de donde debe estar? — dijo.

—A unas cinco o seis millas del sitio donde lo dejamos, — contestó el de Rhodesia — Pero dígame, joven, ¿qué es lo que se ve allá, delante de nosotros?

—No me lo explico, — respondió Eric, volviendo a mirar con los gemelos con la mayor atención. — Es algo alto y oscuro, muy grande, que se levanta de la superficie del agua.

Wayne dirigió el aeroplano un poco más hacia el Sur y apresuró de nuevo la marcha del aparato. Antes de que transcurrieran cinco minutos, tuvo que dar de nuevo elevación al aparato para no tropezar contra una alta muralla de roca negra y reluciente.

Cláxton lanzó una exclamación de asombro. Donde pocos días antes no se veía más que la superficie de las plantas flotantes extendidas legua tras legua, hacia los cuatro puntos cardinales, levantábase entonces una alta isla de dura roca volcánica.

El aeroplano voló en torno de aquella isla describiendo círculos cada vez menos extensos.

—¡Me parece que ese es precisamente el sitio donde dejamos al Esmeralda! — gritó Cláxton. — ¿Vieron ustedes esa isla alguna vez, desde la cubierta del vapor?

—¡No, señor Cláxton! — contestaron los dos, casi a un tiempo.

Miraron hacia abajo. A trescientos pies de la altura a que ellos volaban, quedaba la cumbre de la isla. Se veían algunos espacios llanos, como mesetas, pero entre ellos había largas franjas oscuras indicadoras de la presencia de grandes grietas profundas.

Como la luna alumbraba con todo su fulgor y volaban a regular altura, les era posible observar detenidamente todo el cuadro. Donde había quedado el Esmeralda había en aquel momento un pico de piedra que se elevaba hasta tres o cuatrocientos pies de la superficie del mar cubierto de plantas flotantes.

—Esto es de origen volcánico. Debe haberse producido una poderosa erupción submarina, durante nuestra ausencia — explicó el surafricano. — ¡Pobre nuestro Esmeralda! Temo que, como no lo veamos al pasar al otro lado, haya naufragado.

Al oír esto se emocionaron mucho los dos jóvenes, tanto que la mano de Wayne tembló y durante un momento no sostuvo con la energía necesaria el volante de dirección.

Sin embargo terminaron de realizar su jira en torno de la isla sin resultado satisfactorio alguno. No vieron ni rastros del Esmeralda por ninguna parte.

No les quedaba más camino que aterrizar. No sabían la cantidad de nafta de que disponían. Tal vez no fuese lo suficiente para volar ni cincuenta millas más.

Cláxton se levantó de su asiento en cuanto tocaron tierra y saltó al suelo, desesperado y nervioso.

—Temo que no haya esperanza ninguna. El vapor ha desaparecido, — murmuró. — Y nosotros aquí, en esta roca, sin nafta para poder volar hasta tierra sin provisiones pamás de dos días. La verdad es que nos hallamos peor que cuando estábamos a bordo del Santa Catalina.

Ante las desesperadas frases de Cláxton, los dos muchachos se miraron cara a cara, con angustia.

—¡Hermosa situación para después de lo que hemos pasado! — dijo Eric con desgano y amargura. — Me duelen los brazos de tanto cortar madera. ¡Cuánto mejor hubie-

ra sido quedarnos dentro del galeón, esperando pacíficamente nuestro último momento!

Cláxton movió la cabeza pensativo y pisando fuerte en la superficie de la roca, balanceó los brazos para desentumecérselos.

—¡Un poco de calma, muchacho? ¡Un poco de calma! — exclamó en tono que casi fué de reproche. — En momentos como los que estamos pasando, no es bueno dejarse llevar por el pesimismo. Nos hemos salvado de un peligro para caer en otro. Muy bien. Hagamos frente a las contrariedades sonriendo con jovialidad. Ya se lo que causa todo eso. Ustedes necesitan alimento. Saquemos del aeroplano los cajones de provisiones y veamos que podemos comer. Lo primero de todo debe ser encender fuego.

El mal humor de Eric se disipó. Haciendo astillas de varios cajones que contenían provisiones, encendió una hoguera que no tardó en elevar hacia el cielo altas llamaradas que de fijo debían verse desde muy lejos.

A aquellas horas de la noche el viento era fresco, así que les resultó muy agradable, poder acercarse a la lumbre y calentarse las manos.

—¿De qué disponemos? — preguntó el de Rhodesia cuando hubieron descargado lo que había en el aeroplano.

Greville contempló aquello con verdadera satisfacción.

—No estamos tan mal. Hay provisiones para diez o doce días, lo menos, si somos prudentes; un tanque de agua, bastante grande y lleno probablemente; más de veinte galones de nafta de repuesto y unos doce galones en el tanque.

Cláxton lanzó una exclamación de contento.

—¿Y todavía se quejan ustedes? — exclamó riendo y dando palmadas en la espalda al aterido y hambriento Eric. — Tenga en cuenta que podíamos haber aterrizado en esta roca sin una sola miga de pan ni una pinta de agua. En vez de eso la despensa está llena y tenemos nafta suficiente para ir a la tierra más cercana.

—Muchas veces me dejo arrastrar por el pesimismo, — contestó. — Discúlpenme ustedes. Voy a recorrer la isla.

—¡Eso no! — dijo Cláxton. — El terreno está lleno de grietas y zanjas. Esta roca es de origen volcánico. Hace pocas horas, tal vez menos de doce, aquí no había tierra. Algún movimiento sísmico submarino ha levantado hasta esta altura lo que era el fondo del mar. Si volvemos por aquí dentro de un par de años, es fácil que no encontremos esta isla.

Greville le miró, asombrado.

—¿Pero es posible que aparezcan y desaparezcan tan rápidamente unas islas como esta?

—En la zona de los terremotos, sí, — dijo Cláxton. — En algunos sitios de los mares del Sur, especialmente, islas de gran superficie desaparecen en una noche y donde había agua aparece tierra como por arte de magia. Aquí, el extremo Oeste del mar de Sargazo nos encontramos en la orilla de la zona de terremotos de las Antillas. Debe haberse producido un levantamiento terrible.

—¡Y el Esmeralda! ¿Qué le habrá sucedido? — preguntó Greville con la voz entrecortada por la emoción que le causaba el recuerdo de Jim y de sus demás amigos.

—Temo que se haya hundido. Debió hallarse a media milla de este sitio y el movimiento de una cantidad tan enorme de

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

plantas y de agua, tiene que haberlo envuelto y engolfado.

Durante varios minutos permanecieron en silencio, pensando en el destino que podían haber corrido sus compañeros. Una excelente amistad unía a todos los compañeros de la expedición, desde el steward que atendía al servicio de los camarotes y el último de los fogoneros, hasta Cláxton y el capitán Moránder.

De pronto el surafricano se levantó, haciendo un ademán de decisión. ,

—¡Esto no puede ser! ¡No somos gente como para darnos por vencidos ni aun ante el desastre! ¡Tenemos que pelear mientras nos quede vida! ¡Abra ese cajón, Greville, y saque provisiones! ¡Usted, Eric traiga una jarra con agua! ¡Adelante! ¡Primero los jóvenes! Yo no siento sed.

Cláxton tenía por sistema el de colocarse siempre el último término. Sin embargo, estaba hambriento y tenía una sed terrible. Comieron hasta quedar satisfechos. Las provisiones eran de excelente calidad y podían durar algunos días.

Después, guiados por el cauteloso surafricano, examinaron la parte alta del islote.

En algunas partes presentaba espacios lisos, relucientes de composición basáltica, con algunas grietas de enorme profundidad. El lugar estaba enteramente desprovisto de toda vida vegetal o animal; ni un pájaro hubiera podido vivir allí.

—Lo que debemos hacer es partir de esta isla, en cuanto amanezca, — dijo Cláxton, cuando terminaron la recorrida. — Tenemos que hacer una buena jira por los contornos, en busca de los sobrevivientes del vapor, en caso de que los haya. Pero antes tenemos que volver al galeón.

—¿Al galeón?, — dijo Eric, sorprendido.

Cláxton inclinó la cabeza afirmativamente.

—Allí hemos dejado a dos seres humanos sin comida ni bebida y sin medios de salir del buque, — dijo. — Eso no puede dejarse así, aun cuando aquellos dos hombres no lo merezcan. Tenemos que darles ocasión de vivir, mientras llega el momento de pisar tierra y mandarles auxilio.

Era doloroso hasta cierto punto correr el peligro de no poder llegar a tierra por falta de nafta, por favorecer a aquellos pillos, pero la manera de pensar de Cláxton era tal como debía ser.

Poniendo los sacos como almohadas, descansaron unas horas, durmiendo sobre la roca. Por fin amaneció y la luz del sol volvió a brillar sobre la extensión de verdura del mar de Sargazo. El frío de la noche se disipó como por arte de encantamiento y comenzó a soplar un brisa tibia y agradable.

Después de haber hecho los debidos honores a una frugal comida, el aeroplano partió del islote. Durante más de una hora describieron círculos, cada vez mayores, en redor del islote, pero en vano miró Eric con sus poderosos gemelos; no se veía por ninguna parte ni el menor rastro del Esmeralda.

Con grandísima pena dió Cláxton orden de dirigirse hacia el Este, hacia el galeón español.

Al cabo de hora y media Eric lanzó un grito de alarma. Por sobre el rugir del motor que funcionaba a toda velocidad era imposible oirle, pero indicó, por un costado del fuselage, hacia un sitio donde se levantaba una columna de humo que ascendía lentamente hacia el cielo.

"Humo de la chimenea de un vapor" — fué lo que pensaron. Pero durante largo tiempo no se vió más que la negra columna de denso humo.

Wayne hizo que el aeroplano ascendiera algo más, a fin de aumentar el radio de su visual. Al cabo de unos momentos notaron la presencia de algunas llamaradas entre el humo.

Tres millas fueron recorridas en poco tiempo. Cláxton ordenó que menguaran la rapidez del vuelo. El aeroplano comenzó a descender, deslizándose con la grácil facilidad de un ave.

—¡Debemos hallarnos a una o dos millas del Santa Catalina! — gritó. — ¿No lo han visto?

—No se ve más que un montón de maderas que arden, — contestó Eric.

El surafricano lanzó un grito de asombro y de alarma.

—¡Debe ser. el Santa Catalina que está ardiendo! ¡Esos tontos le han prendido fuego!

Se aproximaron cautelosamente descendiendo mediante círculos que les fueron acercando al buque incendiado. Les fué fácil distinguir el aspecto conocido del viejo galeón que era rápidamente consumido por el fuego. Toda la parte de proa había ardido ya y los castillos ardían a llamaradas.

Ya no era posible distinguir los restos del Gaviota. El trozo astillado del palo mayor había desaparecido y el alto castillejo de combate que en un tiempo había surcado orgulloso los mares, era un montón informe de maderas llameantes.

Después de descender de una altura de dos mil pies a ciento cincuenta, Greville tomó el megáfono que estaba colgado al lado de su asiento y por medio de él llamó varias veces a Ratcliff con poderosa voz. Vibró su voz sobre las silenciosas aguas, pero sus gritos no obtuvieron respuesta. Ninguno de los dos traidores, ni el mecánico ni el capitán estaban a bordo en sitio donde se pudiera verles. De algún modo misterioso habían logrado escapar del galeón, a menos que va hubieran perecido en el incendio causado por ellos mismos.

Cláxton hubiera deseado descender y sacar del buque las piezas de vajilla de plata y oro del viejo almirante, pero el peligro de que una chispa alcanzara al aeroplano y causara un desastre, le hizo desistir.

Con sentimiento, por esa razón, dió Cláxton a Wayne, orden de que ascendiera nuevamente el aparato y poniendo proa al Oeste el aeroplano acrecentó de nuevo su velocidad. Al cabo de dos horas, cuando se hallaban cerca del borde del mar de plantas flotantes y se distinguía de nuevo la superficie brillante del mar, una nueva sorpresa les esperaba. Distinguieron de nuevo una columna de humo pero que, esta vez, brotaba sin duda de la chimenea de un vapor, pues se la veía tendida horizontalmente, casi paralela a la línea en que se juntaban el

mar y el cielo. La columna de humo se ensanchaba hacia el Este, hasta diluirse en el tranquilo cielo matutino.

—Un vapor que navega hacia el Oeste, — dijo Cláxton. — Podemos acercarnos a él y pedirle que nos lleve hasta algún puerto de las Antillas.

El ver aquel vapor les reanimó mucho. Wayne lanzó el aeroplano a toda velocidad. Hora y media después ya lo distinguía con claridad, y poco después la chimenea negra y los camarotes de la cubierta pintados de blanco surgieron del mar.

De pronto se oyeron unos gritos que dominaron el rugir de la máquina, a pesar de que era muy fuerte.

—¡El Esmeralda! ¡Es el Esmeralda! — gritaron los tres a un tiempo, locos de alegría. — ¡Nuestro viejo Esmeralda! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

Eric festejó la ocasión volviéndose en su asiento y poniendo una cinta de cartuchos en la ametralladora. Movió con la mayor rapidez posible la manija y casi en seguida la descarga fué contestada por un cañonazo de saludo disparado por el cañoncito de señales del Esmeralda.

Mientras se aproximaban vieron que el lado de popa había sido despejado por completo y que habían colocado los tableros que prolongaban la cubierta de modo que el aeroplano pudiera descender con facilidad y sin peligro.

Casi toda la tripulación del vapor estaba reunida esperándolos. Junto al capitán Moránder estaba Escotilla Jim con el rostro curtido y arrugado sonriendo con infinita alegría.

Los jóvenes aviadores descendieron de un salto, seguidos del surafricano. El capitán Moránder les estrechó efusivamente la mano, dándoles la bienvenida.

—Queridos compañeros, ya estábamos por reunirnos en el salón para rezar por ustedes, considerándoles desaparecidos para siempre cuando el viejo Jim vió que del lado del Este venía hacia nosotros un aeroplano. ¿Pero dónde han estado todo ese tiempo?

—Primero no es el saber dónde hemos estado sino lo que les ha sucedido a ustedes, — dijo Cláxton, riendo. — Hemos tenido visiones de que el Esmeralda había sido hundido por la erupción de un volcán submarino y se hallaba en el fondo del mar de Sargazo.

Moránder gruñó.

—¡No me hable usted del mar de Sargazo! ¡Ya no he visto suficiente tiempo ese horrible pedazo del mundo! La verdad en que casi nos fuimos a pique. En medio de la tranquilidad de la noche, cuando toda la gente de a bordo, excepto el primer oficial y yo, estaba durmiendo, oímos, de improviso un horrísono estampido a unas cuatro millas del lado de babor, seguida de una fuente de fuego cuyas llamaradas parecieron llegar hasta las estrellas. Dirigimos hacia aquel sitio la luz del reflector eléctrico y vimos, materialmente, cómo surgía del mar una gigantesca roca, una verdadera isla. Después de eso pasamos unos momentos de apuro porque tuvimos que evitar que nos alcanzara una ola formidable, parecida a la ola de la marea alta en algunas desembocaduras de río. Por suerte pudimos huir y desviarnos y aquí estamos.

—Pero ¿por qué vinieron hacia este sitio? Se encuentran ustedes a setenta millas, lo menos, del rumbo que marcamos.

El comandante se sonrió y miró a Escotilla Jim, que en aquel momento se ponía muy rojo.

—Gracias a ese viejo pícaro. En cuanto ustedes se fueron, se puso a estudiar uno de los viejos mapas que usted dejó en mi camarote. Cuando ustedes tardaban en volver subió a verme al puente de mando y me dijo que el mapa antiguo indicaba que nos hallábamos mucho más cerca de la costa Oeste del mar de Sargazo, que lo que nosotros suponíamos. Como no disponíamos de otro aeroplano para ir en busca de ustedes, Jim tuvo la idea de que podíamos avanzar, por uno de los canales, cautelosamente pero acercándonos a ustedes. Así lo hicimos y cruzamos el mar de Sargazo, llegando al otro borde a eso de las cinco de la tarde.

—Hora a la cual los dos muchachos y yo estábamos a bordo del Santa Catalina, encerrados en la cámara de abajo y a punto de morir sofocados, — dijo Cláxton.

El comandante Moránder se sonrió.

—Así hemos podido colegir de la información qué Jim ha logrado arrancarles a los dos pillastres.

Cláxton se estremeció.

—¿Qué dos pillastres? — preguntó.

—¡Ratcliff y el rubio cabezón al que llama el capitán! — dijo Moránder. — Los tenemos con grillos, en la bodega.

—¡Esto sí que no lo esperaba yo!

—¡Pues se ha producido gracias a Jim, también! Sentíase convencido de que a ustedes les había pasado algo imprevisto. Se empeñó en que fuéramos hacia el Sur, por el borde de las plantas hasta llegar a un punto que estuviese en línea recta con el sitio donde se suponía que estaba el galeón. Fuímos, y hallando un estrecho canal, Jim tomó la lancha a motor y con una tripulación bien armada, fué por el canal.

—¡Muy bien! ¡Esa sí que fué una hazaña temeraria! — exclamó Cláxton.

—¡Lo fué! Venga, Jim; como usted es el culpable, supongo que a usted le corresponde relatar lo restante de lo sucedido.

Escotilla Jim se sonrió, escupió en la cubierta y se pasó de un lado a otro de la boca el tabaco que mascaba.

—¡Todo cuanto diga será verdad, señores! ¡Evangélica verdad! — dijo — Hice avanzar la lancha a razón de cuarenta millas por hora.

—¡No! ¡Cuarenta no, Jim! — protestó Eric.

Jim frunció el ceño majestuosamente.

—¿Estoy contando el cuento yo o lo cuenta usted? Cuarenta millas por hora y a veces cincuenta. Vimos en seguida el viejo bu-

que de guerra español, de ochocientos pies de largo, más bien más que menos, con todos sus palos y sus castillos de combate en perfecto estado y sus cañones apuntados hacia nosotros. Me levanté y de pie en la lancha les dije a mis hombres: "Partida de abordaje, la victoria nos espera. Aquel buque es el poderío de España y nosotros, marineros ingleses, vamos a rescatar a los tres caballeros ahí prisioneros o a perecer en la demanda!" Después de dichas esas palabras, subimos por los costados del galeón como gatos, con los sables sostenidos entre los dientes...

—¿Llevaron ustedes sables? — dijo Wayne asombrado.

—La verdad, muchachos, es que eran fifles. Pues bien, con los rifles sostenidos entre los dientes, subimos como gatos...

—Supongo que no querrá decir como monos, Jim — dijo el más joven de los muchachos y el capitán Moránder se rió.

—¡Bueno! ¡Será como monos, si le gusta a usted más! — prosiguió el viejo lobo de mar. En cuanto saltamos a la cubierta el enemigo se precipitó sobre nosotros. Armado hasta los dientes estaba el enemigo. Uno de ellos tenía un revólver terrible, que tenía el caño en curva torcido así, — y mostró un dedo doblado: — un revólver que arrojaba balas torcidas que hacían agujeros torcidos en el cuerpo de la gente, agujeros que deben ser algo terrible, aun cuando yo no sufrí ninguna herida de esas. Allí, sobre las tablas de la cubierta peleamos como no habíamos peleado en nuestra vida. Pero por fin mis valerosos muchachos, capitaneados por Jim, resultaban victoriosos. Después de ultimar a todos los enemigos, hicimos prisioneros a dos y esos dos, con grillos puestos, se hallan en estos momentos, reflexionando sobre sus pecados, en el fondo del buque. Después de eso incendiamos el viejo galeón y nos retiramos.

Wayne dió a Escotilla Jim una sonora palmada en la espalda.

—¡Bravo! ¡Muy bien, mi viejo héroe de Plymouth! — exclamó riendo. — ¿No trajeron botín alguno?

Jim hinchó el pecho y guiñó un ojo como el que está enterado de todo.

—¡Claro que sí! No han sido onzas ni doblones, ni piezas de a ocho, pero ha sido verdadera vajilla de la que usaban los bucaneros: platos, fuentes, copas y jarras, que yo mismo estuve limpiando esta mañana y ahora relucen como nuevos de modo que se pueden ustedes mirar en ellos como en un espejo. Están en la mesa del camarote del capitán Moránder. Y ahora que ustedes están de regreso, tengo la esperanza de que el ya mencionado capitán recordará Inglaterra, la casilla donde nació, los hermosos paisajes de sus campiñas pidiéndonos a todos los que estamos aquí presentes que bebamos a la salud de ustedes.

—¡Muy bien dicho, Jim! ¡Excelente idea! Yo debía haber pensado en eso un poco antes, — dijo el capitán. — ¡Vengan todos ustedes! ¡Doble ración del grog a toda la tripulación, excepto a los muchachos que tomaron parte en la expedición, haciendo votos por futuros éxitos del Esmeralda y su feliz regreso!

TRAS DE UN NUEVO TESORO

Los peligros del Mar Caribe

A las doce de aquel mismo día ya se habían dejado lejos el temido mar de Sargazo, lugar de tristes recuerdos, cementerio de un centenar de flotas y plaga de aquellos mares.

Siguió el vapor navegando hacia el Oeste, camino de un mundo de nuevas maravillas. Cláxton, como Ratcliff y su compinche lo suponían, tenía todos sus planes preparados, prontos para ser ejecutados. Tenía el propósito de ir hacia el Sur de las islas Bahamas, a un tranquilo sitio de las costas del mar Caribe donde debía hallarse a menos de quince brazas de profundidad, el casco de un buque en el cual había un tesoro.

De acuerdo con los datos que poseía, el buque en cuestión se llamaba "Henry Rumbold", y era de la época del rey Jorge III. Había partido de Inglaterra durante el tiempo de la guerra de la independencia de Estados Unidos. Se aseguraba que tenía la bodega repleta de monedas de oro de las llamadas guíneas para el pago de las tropas británicas que, muy contra su voluntad, peleaban contra sus compatriotas del Nuevo Mundo.

Sobre el sitio donde descansaba el "Henry Rumbold" se había hecho todo género de caprichosas conjeturas, faltas de verdadera base. Se habían organizado varias expediciones, especialmente en Nueva York, donde se fundaron varias compañías con ese objeto, pero aun cuando se gastaron algunos miles de libras, no se había conseguido hasta entonces ningún resultado práctico. Todas las expediciones habían fracasado porque no habían dado con el paradero del buque.

Cláxton tenía esperanza de obtener mejor éxito. No había partido para su expedición sin haberlo preparado todo debidamente. Gran parte de sus reparativos habían consistido en proveerse de datos verídicos relacionados con la posición de los buques náufragos que contenían los tesoros de lo profundo.

Explicó sus ideas sobre el "Henry Rumbold" a una selecta reunión congregada en el camarote, una semana después de la desaparición del Santa Catalina. Hallábanse presentes el capitán Moránder, los dos jóvenes, Escotilla Jim y Arthur Bennett, un experimentado buzo de grandes profundidades que había trabajado durante muchos años entre los nativos pescadores de perlas de Ceylán. Bennett había presentado credenciales que no dejaban lugar a duda sobre su integridad.

—El caso del "Henry Rumbold" es, sintetizando, el siguiente, — explicó el de Rhodesia, extendiendo en la mesa varios docu-

mentos y diagramas. — Se sabe que tenía a bordo doscientas mil guineas de oro cuando se hundió, en la segunda mitad del siglo diez y echo. Se ha encontrado parte de esas monedas, sacadas del buque por corrientes submarinas y recogidas entre las arenas de las cercanas playas. Según los datos que he podido obtener, se halla a sotavento de una isla llamada Isla del Mediodía, a seis o siete millas del continente. El agua es allí poco profunda y de temperatura templada, y debido a eso...

la isla, y cuando hallemos el casco enviar a Bennett a investigar.

Ese plan era bastante prudente y la tarde siguiente, con la isla de Mediodía situada a dos millas a babor y sin que estuviera a la vista ningún buque a vela o a vapor, botaron al agua la barcaza, armaron el tubo, le unieron la cámara de observación y comenzaron la recorrida.

Durante todo el día, hasta ponerse el sol, el Esmeralda navegó en línea recta, remolcando a la barcaza y permitiendo así que el

El buzo Bennet gritó, pero sus gritos no podían ser oídos por nadie. El monstruo se volvió, abrió sus enormes y terribles fauces...

—...El casco debe hallarse a fácil alcance, — interrumpió Wayne.

—No, — dijo Cláxton moviendo negativamente la cabeza. — Más vidas se han sacrificado buscando el "Henry Rumbold", que buscando cualquier otro buque.

—¿Por qué? — preguntaron varios a la vez.

—Por los tiburones. La bahía está infestada de ellos. En consecuencia, lo que me propongo hacer es montar el aparato de bucear y recorrer todo el lecho del océano en una extensión de ocho o diez millas de aparato viajara por el lecho del mar. Cuando se terminó de recorrer la línea marcada por Cláxton, el vapor viró en redondo y regresó siguiendo otra línea recta a sesenta o setenta yardas más cerca de la costa y en esa línea no quedó nada por observar.

Era aquella una maravillosa tarea. Tan brillante era la luz del sol y tan cristalina era el agua que la vasta región submarina con sus ondulantes jardines y sus millones de hermosamente coloreados peces que iban de un lado a otro, presentaba un cuadro inolvidable.

De vez en cuando se veían bosques de coral viviente, y en las oscuras sombras arrojadas por los amontonamientos de corales, los monstruos voraces de lo profundo acechaban a la espera de tomar su parte en la tarea de destruir la vida humana.

Durante casi una semana recorrieron así el fondo de la bahía y Cláxton empezaba a dudar de la exactitud de sus informaciones y a creer que no iban a encontrar nada, cuando una tarde, después de haber sido izado el tubo, tras un día completo de trabajo, Bennett,, el buzo, fué corriendo al camarote del surafricano.

En esos momentos el vapor Esmeralda se hallaba enteramente a sotavento de la Isla de Mediodía.

Bennett saludó, llevándose respetuosamente la mano a la gorra.

—He estado un rato mirando desde lo alto del palo trinquete, señor, — explicó, — y me ha parecido ver algo oscuro, en el fondo del agua, del lado de la costa. ¿Quiere usted venir conmigo a mirar un momento?

Cláxton asintió, y pocos minutos después los dos estaban echados sobre una verga, mirando hacia las cristalinas aguas. Con un sol tan fuerte como el que relucía desde aquella altura se podía distinguir hasta el fondo del agua.

—Allí se ve un bulto oscuro, en el fondo, del lado de estribor, — dijo Bennett, indicando con una mano.

El otro siguió con la mirada la dirección de aquella mano. Era verdad, sobre el fondo blanquecino, de arena, se veía algo que parecía tener el aspecto de un buque grande.

—Está hundido en la arena hasta el entrepuente, — dijo Cláxton. — De todos modos apostaría algo a que ese es el casco del Henry Rumbold.

Era esta en verdad, una buena noticia. Durante la noche se hicieron activos preparativos para visitar el buque náufrago. Eric y Wayne casi no durmieron en toda la noche. A pesar del recuerdo que les habían dejado sus anteriores experiencias, saltaban de deseos de volver a ponerse los trajes de bucear.

Pero cuando llegó la mañana sufrieron un desengaño, Habían hecho repetidos sondajes y de ellos resultaba que el lecho del océano tenía un declive tan grande que el buque náufrago estaba a veinte brazas de la superficie.

—Demasiada profundidad para el tubo y su cámara de observación, — explicó Cláxton. — Tendremos que confiar la tarea a Bennett.

Era este un golpe desagradable y los dos jóvenes se sintieron abatidos. El deseo de visitar el buque donde estaba el tesoro era, en ellos, muy intenso y se les notaba tristes mientras, con los demás del personal del vapor, miraban cómo el capitán Moránder ajustaba la válvula de aire al casco de cobre.

A Escotilla Jim confiaron la tarea de manejar la bomba de aire, mientras Cláxton cuidaba de la línea de vida.

Mientras todos le saludaban agitando los brazos, Bennett se soltó de la escalerita y se hundió en el agua cuya superficie, que estaba lisa coom un espeja, se pobló de burbujas de aire. Como experimentado buzo, Bennet había dejado que su traje se inflara bien antes de descender, de modo que durante lo menos veinte pies, descendió con igual suavidad que si flotara en el aire.

Aun a aquella profundidad, la luz era tan fuerte que distinguía con claridad los objetos. Al cabo de pocos minutos pisaba ya la cubierta en la que había una capa de arena y muchos mariscos incrustados.

Bennett se apresuró y por fin logró hallar por donde pasar, por entre la arena, hasta la entrada de la escalera por la que se descendía a la bodega. Descendió cautelosamente y encendiendo la luz del casco, miró en redor. En torno de él el especio visible estaba lleno de grandes cofres negros puestos unos sobre otros, hasta llenar toda la bodega.

Bennett se quedó admirado y boquiabierto.

—¡Oro! — murmuró, arrodillándose para mirar la esquina de uno de los cofres, que estaba rota. De la rotura salía un chorro de oscuros discos que caía hasta el suelo. Tomó un puñado y lo echó en la alforja que llevaba. Eran guineas de oro. Comenzó a meter la mano en el cofre roto cuando una sombra pasó por la abertura que quedaba sobre él. Estremeciéndose, miró hacia arriba.

—¡Un tiburón! — díjose el buzo. Desnudó un cuchillo largo, fuerte y filoso, que llevaba al cinto y esperó un momento lo que pudiera suceder.

Si daba señal de que le izaran se pondría inmediatamente en conflicto con el monstruo marino que le obstruía el paso. Si permanecía donde estaba, la horrible presión que sufría a tal profundidad acabaría por sofocarle. Ya empezaba a sentir cosquilleo en las piernas, señal segura de que llevaba debajo del agua todo el tiempo que la prudencia le permitía.

La mente de Bennett funcionó con vertiginosa rapidez. Decidió adoptar una desesperada determinación. Levantando la mano en que tenía el cuchillo, metió dos dedos de los que le quedaban libres debajo de la ajustada banda de goma que ceñía la muñeca. Estiró entonces la goma todo lo posible, hasta que una burbuja de aire, grande y plateada, salió de allí y se elevó hacia la cabeza del tiburón, con extraordinaria rapidez.

El resultado fué eléctrico. Cuando la burbuja dió en la cabeza del tiburón, el animal se puso de costado, con un movimiento convulsivo que casi llega a hacer que Bennett perdiera el equilibrio. Pero cuando miró hacia arriba, el tiburón había desaparecido.

Bennett dió inmediatamente señal de que le izaran, y flotó, saliendo por la abertura. Sobre él, el agua se rizaba en la superficie. Un minuto más y estaría en la asoleada cubierta del Esmeralda.

Pero ese momento iba a ser pospuesto por una circunstancia horrible. De pronto pasó por delante de sus ojos y muy rápidamente, algo de color gris plateado. El tiburón preparaba su ataque yendo de un lado a otro.

Bennett gritó, pero resultó inútil en tal

circunstancia. El monstruo se volvió de espaldas, abrió sus fauces y mordió con ellas el brazo que Bennett tenía libre.

Al buzo le pareció que todo giraba en redor suyo. Aun cuando hundió una y otra vez la hoja de su cuchillo en el cuerpo del tiburón, tiñendo de rojo las límpidas aguas, el monstruo no se dió por vencido porque nadó, llevándolo con él.

Bennett resistió con todas sus fuerzas, pateando una y otra vez y volviendo a herir al enorme cuerpo. Pero entre el agua sucia de sangre no era posible ver claro. El buzo comprendió que las circunstancias estaban en desfavor suyo y se sintió morir.

Eric, asomado a la borda del buque, fué el primero en darse cuenta de qué algo grave pasaba. Vió las burbujas que aparecían en la superficie y notó el desesperado tirón de la línea de vida.

Un grito de alarma brotó entonces de sus labios.

—¡Un tiburón se ha apoderado de Bennett! — gritó. — ¡Yo he visto al tiburón! ¡Miren hacia acá!

Indicó un sitio a su izquierda. Jim bombeaba vigorosamente. Cláxton se unió al muchacho y miró hacia el mar fascinado y horrorizado.

—¡Es verdad! ¡Cielos! ¿Perderemos a ese compañero? ¡La línea de vida no será bastante fuerte!

La situación era realmente terrible. Vestido como estaba, si Bennett escapaba al tiburón, no podría volver nunca a la superficie si se rompía la línea de vida.

—¡Pronto! Venga un cuchillo. ¡Cualquiera! ¡Voy a ayudarle! — gritó Eric y corrió por el puente hacia donde Moránder estaba buscado un cuchillo como un machete de su correspondiente vaina.

Cláxton retrocedió de la borda.

—¡Deténganle! — gritó. — Si se arroja, el tiburón le matará también. ¡Que no salte! ¡El no! ¡Iré yo!

Unos brazos muy fuertes sujetaron a Eric Harper, que forcejeaba. Cláxton se acercó a él y le quitó el soberbio cuchillo. Después se quitó el saco, se descalzó y se arrojó al agua.

Como una flecha, su pesado cuerpo fué a dar en la superficie del mar. Recto como una barra de hierro pasó junto al tiburón y no se detuvo hasta que estuvo a nivel más bajo que el suyo. Entonces, volviéndose, ascendió con el filoso cuchillo preparado.

Bennett, inconsciente casi, colgaba inerte, de la boca del monstruo que le sostenía por el brazo. Un segundo monstruo gris apareció entre las sombras. Cláxton lo vió pero no vaciló. Con un terrible empuje ascendente rasgó el blanco vientre del animal con la hoja del cuchillo, haciéndole una herida de una yarda de largo lo menos. El agua se puso oscura, sucia de sangre, pero Bennett flotó en libertad.

Los del vapor, que miraban por la borda notaron que la línea de vida se ponía menos tirante y en seguida comenzaron a recogerla. El cuerpo del buzo apareció poco a poco en la superficie y fué, por fin, levantado y puesto en la cubierta.

Todos miraron entonces hacia el agua. No se veía a Cláxton por ninguna parte. En lo profundo se vió algo oscuro en movimiento. No era posible decir si era el surafricano o el cuerpo del tiburón.

Todos esperaron, presa de la mayor de todas las angustias.

Jim había encargado del manejo de la manija de la bomba a uno de sus camaradas de la tripulación y estaba ayudando a arriar un bote.

—¡Arríen! ¡Al agua! — gritó.

Las sogas corrieron por las garruchas; tres hombres se metieron en el bote cuya quilla tocó en seguida el agua con golpe ruidoso. Jim empuñaba un largo bichero que metió en el agua, esperando que apareciera el tiburón.

La espera resultaba horrenda. ¡Si se presentara Cláxton siquiera! Pero no se veía al surafricano. Lo único que se distinguía entre las aguas era un cierto número de sombras oscuras que se reunían para completar su obra de destrucción.

CONTRA LOS TIBURONES

La hazaña de Escotilla Jim

Mientras la impresión producida por la presencia de las grises y ágiles formas que iban de un lado a otro, a pocos pies de profundidad, dejaba mudos e inmóviles a los que estaban en el bote arriado del Esmeralda, la misma impresión produjo un efecto enteramente contrario en Escotilla Jim, que se sintió electrizado de repente.

—¡Me parece que ha llegado la ocasión que esperaba hace sesenta años! — dijo, dando el bichero que tenía en la mano, al marinero que quedaba más cerca y sacándose la chaqueta. — Tome, Binks, pegue fuerte en cuanto aparezca alguno de esos monstruos. Yo voy a decirles nada más que "¿como les va?"

El capitán Moránder pasó por encima de Bennett que recobraba sus facultades lentamente, y miró hacia el agua por sobre la borda.

—¡Va usted a la muerte, Jim; ¡El agua está llena de tiburones! — gritó Moránder fluctuando entre el deseo de cumplir su deber con el pobre Cláxton y el pensamiento de que podía perder otro hombre más.

Escotilla Jim tomó un cuchillo largo, de hoja angosta y puntiaguda, con doble filo, se lo llevó a la boca, sujetándolo por el mango con los dientes, y miró hacia las semi transparentes aguas.

—¡No puedo dejar de ir! Uno de esos grises me sacó un pedazo del pie izquierdo en la bahía de Sidney, hace muchos años. Tengo que obtener el desquite. ¡Hola! ¡Allí está el hombre, peleando como bueno!

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Nortan Wardi, Sarandí. — Tomamos nota de su pedido. Los números de Pucky, que usted desea están agotados.

Un reformista, Capital. — No.

Miguel S. Falbo, Capital. — Le agradecemos las afectuosas palabras de simpatía que le merece Pucky. En cuanto a la obra que usted señala, queda incluída entre las que se publicarán.

Los tres lectores de Pucky "Brandi". — Incluimos las obras que ustedes desean leer, entre las que aparecerán.

Jack de nada, Córdoba. — Oportunamente publicaremos algunas obras de las que usted señala. Gracias por sus cariñosas manifestaciones de aprecio. La novela a que usted se refiere, no ha sido publicada en Pucky.

Washerville, Dolores. — Trataremos de satisfacer, en lo posible, su pedido.

Un viejo lector, Río Segundo. — Una de las obras que usted indica, no se ha publicado en esta revista. La tendremos en cuenta para su posible publicación. Muchas gracias por sus nobles expresiones de simpatía.

Barnigugli, Mercedes (Corrientes). — Es usted muy atento, lo que agradecemos sinceramente. No es posible acceder a lo solicitado por usted, por cuanto ello se aparta de los fines a que está dedicado este magazine.

Sexton Blake, Capital. — Nos es completamente imposible recomendarle ninguna cosa de las que usted solicita. Se publicará a su debido tiempo. Muchas gracias.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . . „	12.00 „

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

—Yo creo que no será nunca un buen médico. Es un borrachín...

—¡Claro! ¿Cómo va a ser buen médico un hombre que se pasa la vida bebiendo a la salud de los demás?

—Y viajando tantos años en aeroplano, ¿no te ha ocurrido ningún accidente?

—Sí; en Sevilla, durante un aterrizaje forzoso, que me casé.

* * *

Sorolé se traslada a la ciudad, y para ello tiene que atravesar un puente en bastante mal estado. A cada paso que da tiene la impresión de que el puente va a hundirse.

—Si consigo atravesarlo sin accidentes — dice — daré tres veces cinco rublos a los pobres de la ciudad.

Llega a la mitad del puente, y piensa:

—Me he equivocado. He pensado un rublo y he dicho cinco.

Se encuentra ya casi al final del puente, y dice:

—Si doy un rublo tan sólo, no por eso dejarán de quedar contentos los pobres.

En este instante se produce un siniestro ruido, y a poco más se cae al agua. Sorolé exclama precipitadamente:

—¡Vaya una bromita! Estoy hablando en broma y el puente se rompe. Lo dicho, dicho está: ¡tres **veces cinco** rublos, tres veces!

En la comisaría:

El comisario.—¿Y después que este hombre le dió a usted el primer puñetazo, qué sucedió?

—Me dió el tercero, señor comisario.

—Querrá usted decir el segundo, ¿no?

—No, señor comisario, el segundo lo dí yo.

* * *

Un mozo robusto, colorado y ancho de espaldas se presenta a la oficina de Reclutamiento pidiendo que le eximan del servicio militar.

—¿Por qué?

—Porque padezco desde la niñez...

—Pues no lo parece.

—Pues nada más cierto. Mi enfermedad es incurable.

—Entre usted en ese gabinete.

—Es que mi enfermedad...

—¡Obedezca!

El muchacho entra y se ve rodeado de médicos. Le mandan que se desnude; lo ejecuta al pie de la letra, y se queda en cueros.

—Veamos — dice un médico acercándose y palpándole. — ¿Qué padece usted?

—Soy corto de vista.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR **BILLY DEBECK**

El enorme gorila CONTINUABA SU DESENFRENADA CARRERA POR LA CIUDAD, SEMBRANDO A SU PASO LA MUERTE Y EL DOLOR...

CRIG... GRIG...

Mientras tanto, Pipermit pidió ayuda a Pic - Pon, el valiente boy-scout, que siempre estaba dispuesto para realizar obras humanitarias

YA ESTOY LISTO YO, Y LOS DEMAS MUCHACHOS

HASTA LUEGO, PIC - PON. SI ME NECESITAS...

LO VAMOS A ECHAR DE LA CIUDAD ANTES QUE LLEGUE LA NOCHE

POR AQUI HA PASADO EL GORILA. ¡MIRA! ¡ALLI VA!

¡YA LO TENEMOS!

BUENO, PIPERMIT: ME PARECE QUE EL GORILA NO VA A VOLVER. ¿TE FIJASTE QUE CONTENTOSE PUSO CUANDO LO LARGAMOS EN EL BOSQUE?

ERES UN MUCHACHO VALIENTE, PIC - PON.

La aventura de hoy señala el comienzo de una gran amistad entre Pipermit y Pic-Pon, el boy scout

PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 404
AÑO XI
Buenos Aires, Junio 26 de 1931

EL PERSEGUIDOR PERSEGUIDO

Por C. CLABON GLOVER

Emocionante cuento del Far West

20 cts.

—Mi niña va a París a continuar sus estudios de música.
—¿Va pensionada por el gobierno?
—No; nuestros vecinos le pagan los gastos.

Distinción

Una señora exige a su nueva mucama que no use sombrero.
Y la mucama le contesta:
—Si la señora cree que nos pueden tomar a la una por la otra, puede buscar una mucama menos distinguida que yo.

* * *

El jefe.—¿Le parece a usted bien presentarse en el trabajo a las diez de la mañana?
El dependiente.—Dispense usted jefe, pero estuve anoche en el círculo dando una conferencia sobre "la educación del dependiente y la puntualidad en el trabajo", y como salí muy tarde, "me he dormido".

* * *

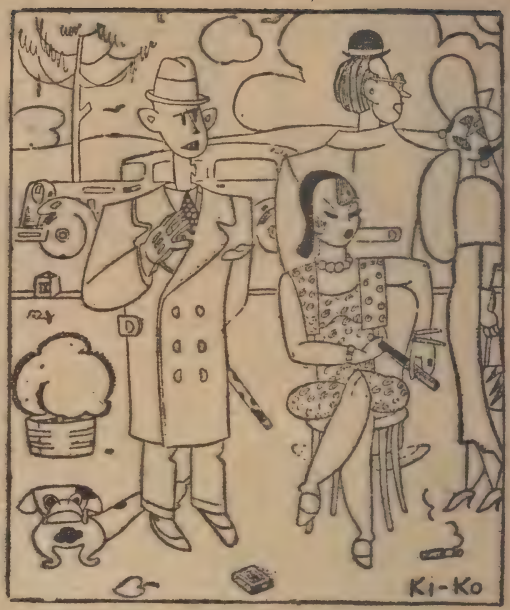
Chiste baturro

—¿Y qué familia tiene usted?
—Doce chicas.
—Pues ya tié usté que trabajar pa darles de comer a las doce.
—¡Quiá! ¡Si comemos a las doce y media!...

* * *

Corazón destrozado

—Ayer me dijo Ricardo que me amaba y que me entregaba su corazón.
—Pues no se lo tomes.
—¿Por qué?
—Porque está muy averiado. La semana pasada me dijo que yo se lo había hecho pedazos.



—Elenita; sus brazos me recuerdan siempre los de la Venus de Milo.

Entre paisanos

—Yo tengo una vaca que no come ni bebe.
—¿Pero como es eso?
—Pues es muy claro, está pintada en un cuadro.

* * *

Alcaldada

Hacían en un pueblo un bebedero para el ganado y no sabiendo que altura darle el alcalde se puso inclinado y dijo:
—Hágase hasta aquí, pues si yo alcanzo cualquier burro beberá.

* * *

Matón

—¿Qué tal le fué de caza a Tatarrete ayer? ¿Mató algo?
—Poco.
—¡Ah!
—No mató más que al perro de caza que me pidió prestado.

* * *

En una comisaría

—¿Confiesa usted haber llamado burra a esta señora?
—No lo niego.
—Pues en este caso tiene que pagar la multa.
—Dígame, señor comisario ¿y si llamase señora a una burra pagaría la multa?
—No.
El sujeto dirigiéndose a la señora:
—Entonces, adiós señora.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 404. -- JUNIO 26 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

EL MOLINO SINIESTRO

Aventuras de SEXTON BLAKE

Por C. H. TEED

(Continuación)

ABRIOLA y se encontró con un angosto puente que parecía correr por delante del molino, encima del agua.

Ahora, el agua abajo, producía un ruído que hubiera ahogado cualquier otro que se produjera en el silencio de la noche. Blake se inclinó y pudo ver el agua espumosa en la alberca, al pie de la cascada. Calculó que, entre todo, debía haber cuatro arcos; pero se equivocaba; eran cinco. Sólo que el último estaba cerca de la rueda y Blake no podía verlo desde donde estaba.

Se aventuró a lo largo del puente, agarrándose a la barandilla, dividida su atención entre el agua de abajo y la luz de arriba. Quedaba casi verticalmente sobre su cabeza y no podía ver si la sombra volvía a pasar.

Poco a poco atravesó el angosto puente hasta que llegó al cuarto arco. Ahora veía que el volúmen mayor de agua pasaba por éste e inmediatamente, a su izquierda, apareció la maciza rueda, silenciosa; pero que sugería terrible fuerza cuando estuviera en movimiento. Pudo ver también el quinto canal que pasaba por el último arco y adivinar que el puente torcía bruscamente a la izquierda, siguiólo hasta llegar a una puerta que pertenecía al mismo molino.

Blake se detuvo en la obscuridad. Cerrando tras sí la puerta, ahogó el ruído del agua. Le llegaba ahora sólo como un ruído apagado que no impedía oir otros que resonaron en la noche.

Algo pasó por encima de sus pies y chilló. Acababa de decirse que sería una rata, cuando una segunda pegó contra su pierna. No necesitaba más prueba para saber que cerca no había ningún ser humano, por lo que se aventuró a encender su linterna de bolsillo por un breve momento.

En aquel instante de iluminación vió una especie de vasta caverna, donde había algunas bolsas apiladas contra la pared. A su derecha había una abertura, en el costado del edificio, a través de la cual podía ver parte de la gran rueda. Más adelante, pasando por debajo de vigas macizas y correas, encontró una angosta escalera.

Blake apagó su linterna y se dirigió a ella. Había sobre todo una capa de polvo; cáscaras de trigo cubrían los escalones, como una espesa alfombra. Cuando llegó al fin del primer tramo, encendió nuevamente Blake su linterna y vió un gran espacio vacío, que parecía un granero, donde había más correas y poleas de madera.

Otro tramo de escalera llevólo a un sitio semejante, que en una parte del piso tenía una abertura en declive. La escalera que seguía era aun más angosta y comprendió Blake que lo llevaría al último piso. Subió con mucha precaución. Allá arriba estaba la luz solitaria y donde hay luz es probable encontrar seres humanos.

Subió paso a paso hasta que su cabeza quedó casi a nivel del piso. Ahora no le llegaba más el ruido del agua que corría. Todo estaba silencioso en aquel interior. Ni siquiera el chillido de alguna rata interrumpió la quietud mientras Blake se detuvo a escuchar; ni una respiración, ni un suspiro, hasta que de pronto, desde arriba, llególe el ruido que menos podría esperarse en semejante lugar.

Era como un largo y audible bostezo.

Blake subió otras dos pulgadas más de escalera y entonces vió un espectáculo que le reveló el secreto de Félix Dupont. Delante de un banco de trabajo, arrimado a la pared, había dos hombres sentados. Entre ellos veíase una poderosa lámpara eléctrica, con pantalla verde. Frente tenían varios pequeños instrumentos de acero.

Detrás y cerca de ellos, fumando un cigarro, estaba un hombre grandote en quien, no obstante su aspecto cambiado, reconoció Blake a Félix Dupont.

Así estuvo Blake algunos momentos. Luego, como si la intensidad de su mirada enviara a Dupont un aviso telepático, el hombre se dió vuelta lentamente y sus ojos se encontraron con los del detective.

Dupont debió pensar que la figura que distinguía en la obscuridad era Gus Hovey, porque siguió en la misma actitud despreocupada, esperando que el otro entrara.

Pero cuando la cabeza y hombros de Blake aparecieron, dióse cuenta de que se trataba de alguien de figura más poderosa y comprendió que era un intruso. Dejó caer su cigarro al suelo, lo apagó con el pie y dijo rápidamente una palabra a los dos hombres que trabajaban en el banco; luego dió vuelta la lámpara, de manera que su luz cayera de lleno en el rostro de Blake.

Entonces vió el detective en los ojos de Dupont que éste lo había reconocido y vió también algo más: su intención de matar.

Dupont estaba a mitad de camino de la escalera, cuando Blake puso el pie en el piso. No hubo de parte de Dupont ni pregunta ni pedido de explicaciones por la presencia del detective allí. Le bastaba haberlo reconocido. El resto era evidente.

Se encontraron con ímpetu terrible. Dupont era de cuerpo más grande que Blake, más ancho, más gordo, y a pesar de la molicie de su vida, bastante poderoso, como lo sabía Blake por experiencia propia. Era un poco más tardo en sus movimientos; pero compensaba eso con la dureza de su fibra y la terrible derecha con que Blake recibió su embestida fué como si hubiese pegado en el flanco de un toro, por la impresión que le hizo.

Dupont no procuró usar sus puños. Ni tampoco sacó revólver. Aparentemente tenía sus razones para que no se oyera sonido de arma de fuego.

Lo que hizo fué rodear a Blake con sus grandes brazos y adelantar una pierna por detrás de la pantorrilla de Blake, tratando de derribarlo por medio del "cross-buttock", que emplean en Cornish los luchadores.

Blake contrarrestó el movimiento; pero no lo bastante para destruirlo por completo.

Fué lanzado hacia un costado; pero antes de que Dupont pudiera derribarlo, Blake recobró el equilibrio y deslizándose por debajo del brazo del otro le aplicó una lluvia de golpes al cuerpo que produjeron efecto, aún en aquella armazón de gigante.

Dupont se trabó en "clinch", apoyándose pesadamente contra Blake mientras procuraba pegarle con la rodilla en la ingle. Usaba cualquier medio para terminar pronto con su adversario; las reglas ortodoxas no existían para Dupont. Si hubiese tenido en ese momento una cachiporra en sus manos, hubiera deshecho con ella el cráneo de Blake.

Los dos hombres que trabajaban delante del banco se habían puesto de pie y se movían alrededor de los combatientes, como si buscaran una oportunidad para intervenir. Blake los vió de una mirada rápida. Uno de ellos era alto y delgado, más o menos del cuerpo de Blake; el otro bajo y enormemente ancho. El detective no tuvo que ejercitar mucho sus facultadores adivinatorias para saber que eran talladores de diamantes, traídos de Holanda por Dupont. En un momento en que él y Dupont se detuvieron fatigados, tratando de conseguir la supremacía de la lucha, Blake vió bien al más alto de los dos, reconociéndolo como a un tal Romveldt, un joyero halandés, estafador, a quien había visto antes. Aquello fué bastante para entregar al detective todo el secreto de las actividades de Dupont.

Pero había poco tiempo para pensar en otra cosa que en la lucha. Dupont parecía comprender que la ventaja de Blake consistía en poder usar sus puños; la propia en romperle a su adversario un miembro o la columna vertebral. Una y otra vez trató de meter su pierna por detrás de la pantorrilla de Blake; pero éste estaba preparado para aquella treta y la evitaba fácilmente. Lo que no podía era librarse del abrazo de Dupont. Una vez ensayó una treta que le había dado éxito en el pasado: relajar todos sus músculos, de modo que colgaran flojos, como una bolsa, entre los brazos del otro. Pero Dupont la conocía. En vez de aflojar su presión, la aumentó rápidamente y cuando los pulmones de Blake se inflaron, tuvo que emplear hasta la última onza de su energía para recobrar la posición que había cedido.

Luego, con repentino estallido, Dupont intentó terminar la lucha, poniendo en su asalto una furia terrible. Blake no pudo resistirlo. Fué doblado hacia atrás, pulgada a pulgada; su cuerpo se inclinaba más y más pareciendo que iba a rompérsele la columna vertebral. Las rodillas de Blake se aflojaron, sus brazos quedaron inertes, toda su resistencia estaba concentrada en los hombros y en las pantorrillas. Y sabía Blake que pronto cedería.

Tan completamente parecía estar a merced de Dupont, que los dos observadores no

hacían más esfuerzos para intervenir. Observaban con apreciación de críticos, mientras Dupont continuaba quebrando a su hombre en forma maestra.

Fué acaso esta certidumbre en la propia victoria que hizo a Dupont aflojar un poco su presión para colocar sus brazos en forma que pudieran dar el golpe de gracia. Y Blake aprovechó aquel momento fugaz, sabiendo que no se le presentaría otro.

Como una anguila se escurrió bajo las garras de Dupont. Este hizo un movimiento rápido para reparar lo que comprendió había sido un error; pero Blake se había zafado ya de su abrazo y reponiéndose por un esfuerzo terrible de su voluntad atacó a Dupont con una furia nacida de la desesperación.

No se preocupó del cuerpo de su enemigo. Sabía que sólo un martilleo constante tendría efecto sobre el plexo solar de Dupont. Por consiguiente concentró su atención en la mandíbula y un golpe maestro probó que Dupont tenía lo que se conoce entre los boxeadores por "mandíbula de vidrio".

El resultado fué tan sorprendente para Blake como debió serlo para los dos holandeses. Un momento antes, Dupont estaba parado, semejante a una torre maciza; al siguiente tendido de espaldas, completamente knock-outt.

Pero los otros dos no estuvieron mucho tiempo inactivos. El más bajo fué el primero en entrar en acción. Se lanzó contra Blake como un toro, con los largos y gruesas brazos abiertos.

Blake dió un salto atrás para recobrar el equilibrio y recibió el ataque con una fuerte izquierda al cuerpo. Siguió a esto un corto y violento "jab" que le hizo sacudir aturdido la cabeza al otro.

Para este tiempo, el segundo individuo ya se estaba moviendo; Blake sabía que, a menos que lograra mantenerlos separados, lo vencerían. Uno solo hubiese sido suficiente como adversario; ambos juntos constituían una fuerza contra la que no podría luchar.

Retrocedió cautelosamente hacia la escalera por donde había venido. Era esta una retirada y deseaba conservarla libre. Pero el petizo comprendió su intento. Con valor y fuerza bruta, pero poca ciencia, atacó otra vez, haciendo casi disparar a Blake hasta lo que era el hueco de la escalera.

En realidad bastaba el menor traspiés para precipitar a Blake al vacío y solo un contra ataque furioso lo salvó. El hombre más alto se había colocado ahora a su flanco para secundar los esfuerzos de su compañero. Entre los dos empujaron otra vez a Blake al borde del hueco y allí él se afirmó desesperadamente.

Otro ataque del petizo le dió idea de una nueva estrategia.

Rechazando al petizo, retrocedió cuanto se atrevía hasta el borde del hueco y atacó otra vez con ambos puños. Pero de pronto dió un gran salto hacia atrás que lo llevó a través del hueco y aterrizó en el otro lado, no habiendo barandilla de ninguna clase que se lo impidiera.

El petizo se balanceó bruscamente al faltarle el apoyo del cuerpo de Blake. Trató desesperadamente de recobrar el equilibrio. Pero Blake se inclinó a través del hueco y le tiró al otro un golpe violento que lo alcanzó detrás de la oreja. Lo hizo caer al hueco, desde donde rodó escaleras abajo deteniéndose con un fuerte porrazo al llegar al pie.

Blake tuvo el tiempo justo para saltar a través del hueco, cuando el más alto venía. El primer momento de contacto le dijo a Blake que tenía allí un hombre de más ciencia que la de los otros dos combinados.

Eran tan parejos en cuerpo y en acción que en el minuto entero empleado para tomar posición, no era posible escoger entre los dos.

Gradualmente, como de común acuerdo, se alejaron del hueco hacia la mitad de la gran buhardilla y allí pelearon con una concentración firme y furiosa, siniestra, por la falta de espectadores.

La lucha con Dupont y su breve encuentro con el holandés petizo habían quitado mucha fuerza a Blake, mientras que su nuevo adversario estaba fresco. Esta ventaja empezó pronto a notarse, porque poco a poco, Blake fué obligado a retroceder por su adversario hasta que se encontró a pocos pasos de algunas palancas de madera y un banco, que había advertido al subir las escaleras.

Blake no se atrevía a dar vuelta la cabeza ni por un segundo para mirar. El otro peleaba lentamente, pero con gran precisión y sus golpes tenían una fuerza que hacía extremecer a Blake de la cabeza a los pies cada vez que lo alcanzaban.

Sin embargo, el holandés contentábase con mantenerse más o menos a la defensiva, esperando que el otro se fatigara porque comprendió que sólo de este modo las fuerzas se igualarían. Luego se dijo a sí mismo que efectuaría un rápido ataque para tratar de conseguir el knock-out.

Tan serenamente y con tanta regularidad había peleado el holandés que pareció seguiría lo mismo hasta privar al detective del conocimiento. Su rápido cambio de táctica agarró a Blake desprevenido.

No hubo indicios de la carga. El holandés aumentó su velocidad con una precisión que era típica del método de su raza. Sus golpes adquirieron una rapidez terrible y parecióle a Blake que había reservado también sus fuerzas.

La violencia del ataque obligó a Blake a un rápido esfuerzo para reponerse. Fué entonces que sintió un violento dolor en la espalda, al pegar contra algo duro.

Comprendió que debía ser el extremo de una de las palancas de madera, aunque ignoraba que era lo que movían esas palancas.

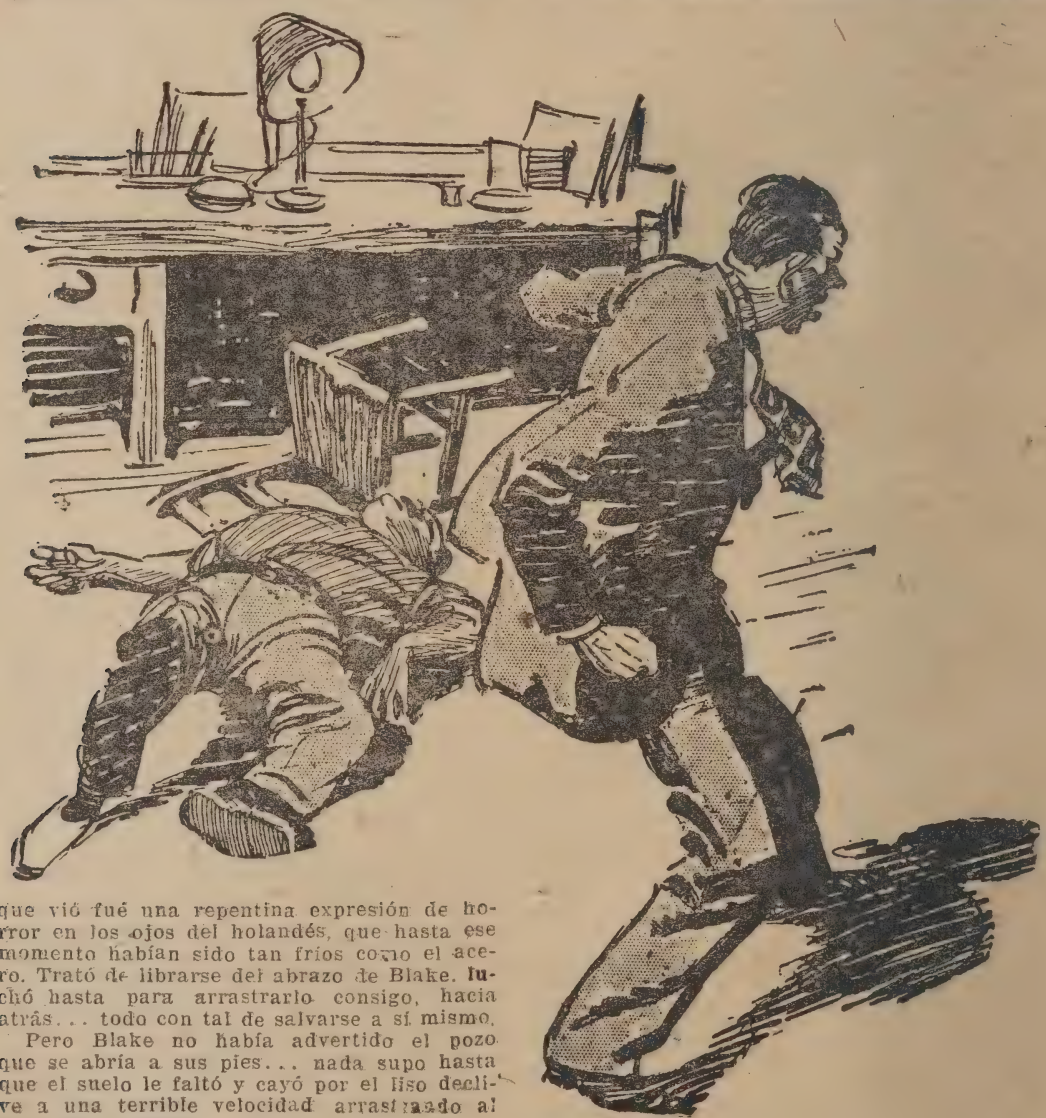
El efecto paralizador del golpe hizo caer sus manos, aflojarse su cuerpo. Rápido para aprovechar la ocasión, en que Blake se descubría, el otro atacó sin una falla, sin desperdiciar ni una pulgada de sus movimientos, ni una onza de sus esfuerzos.

Desesperado, Blake se trabó en clinch. A toda costa tenía que conseguir unos instantes para reponerse. El clinch pareció afectar la

eficiencia del otro. Sus brazos bajaron y aplicó cortos "jabs", que alejaron un poco a Blake. Este se apoyó contra la palanca de madera, usándola para resistir mejor la furia del ataque.

Se sostuvo firmemente, resuelto a no soltar a su adversario hasta que pudiera levantar sus brazos. Pero mientras se apoyaba contra la palanca, ésta pareció ceder. Tanto Blake como su adversario chocaron con la gran viga, mientras un gran ruido resonaba en el molino, mientras todo el edificio parecía temblar bajo el martilleo de un gigante.

Blake comprendió lo que significaba. La palanca movía la rueda del molino, que había empezado a funcionar. Pero no sabía algo más. No vió la puerta-trampa que se abrió en el piso por el mismo movimiento de la palanca, ni advirtió el declive que desaparecía en la obscuridad de abajo. Todo lo



que vió fué una repentina expresión de horror en los ojos del holandés, que hasta ese momento habían sido tan fríos como el acero. Trató de librarse del abrazo de Blake. luchó hasta para arrastrarlo consigo, hacia atrás... todo con tal de salvarse a sí mismo.

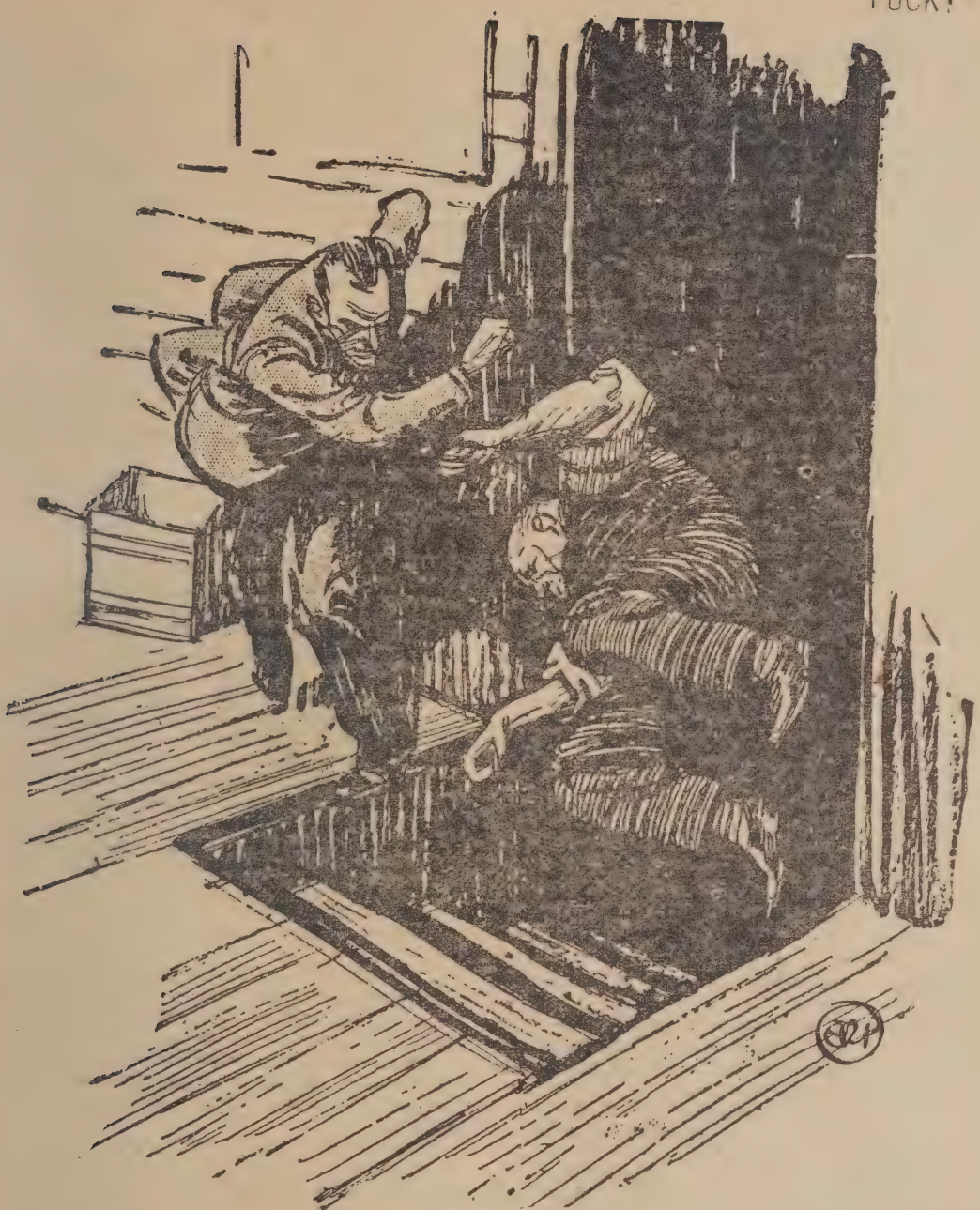
Pero Blake no había advertido el pozo que se abría a sus pies... nada supo hasta que el suelo le faltó y cayó por el liso declive a una terrible velocidad arrastrando al holandés consigo.

Pegaron contra algo que les hizo perder a medias el sentido. Algo cedió con estrépito. Blake advirtió en su cara una ráfaga de aire frío y húmedo, sintióse en un nudo de brazos y piernas que no eran las suyas, mientras se precipitaba al espacio, supo que iba cayendo, cayendo, que lo envolvía un torrente rugidor de agua que daba vuelta a través de un lugar donde trabajaban cien martillos diabólicos; pegó otra vez y luego no supo nada más.

De la gran rueda fué despedido algo que dió vueltas y más vueltas antes de sumergirse en la sábana de niebla que ocultaba la superficie del estanque, ahora movible e hirviente por el firme girar de la rueda.

TRAGEDIA

Un frenético mensaje telefónico de Roxane llevó a Tinker y al inspector Thomas de



El hombre se tambaleó en la orilla, tratando desesperadamente de recobrar el equilibrio. Blake le dió un golpe terrible, debajo de la oreja.

Scotland Yard a Norfolk, a toda la velocidad que daba la Pantera Gris.

A las ocho de la mañana, cuando Tinker estaba tomando su desayuno, Roxane le habló por teléfono

—Venga enseguida a Coltishall, en Norfolk — le dijo con un acento del cual quería en vano suprimir la agitación.

—¿Qué ha ocurrido?

—Algo terrible. No puedo darle detalles por teléfono. Algo relacionado con el caso de esos hombres, Dupont y Hovey.

—Pero ¿tiene qué ver algo con el patrón?

—Sí, sí ¿Vendrá usted enseguida? Y creo que es mejor traiga a ese inspector amigo, de Scotland Yard.

—¿Se refiere usted a Coutts? No, es

Thomas el que tenía que ver con esos dos. Pero ¿qué ha pasado?

—¡Venga! No puedo hablar por teléfono. Pero es una cosa terrible. Lo espero.

Roxane cortó la comunicación y Tinker no perdió tiempo en tratar de obtenerla de nuevo, ni tampoco se ocupó más del desayuno. Sabía que tenía que haber ocurrido algo grave y la misma reticencia de Roxane, al no querer darle detalles definidos, hacíale temer lo peor. Pero que drama había ocurrido la noche anterior en Norfolk, era cosa que no podía adivinar.

Tinker se comunicó con Scotland Yard; pero Thomas no había llegado aún. Llamó entonces a la casa del inspector, en Brixton, y pudo hallarlo en el momento en que se disponía a salir. En respuesta al pedido del muchacho, prometió ir directamente a Baker Street y, mientras esperaba, Tinker fué al garage y preparó el gran auto para el viaje.

Cuando llegó Thomas, ya la Pantera Gris esperaba junto a la calzada. Tinker hizo subir al otro y partió enseguida. Naturalmente Thomas sentía gran curiosidad por saber por que lo había llamado con tanta urgencia y que iban a hacer en Norfolk. Y cuando Tinker lo explicó que debía haberle pasado algo grave a Blake, le pidió detalles. Claro está que el muchacho no podía dárselo. Lo único que pudo decir fué lo que le había comunicado Roxane por teléfono y, aunque discutían las probabilidades durante el camino, ni siquiera se aproximaron a la verdad.

Cuando llegaron al puente de Wroxham, a eso de medio día, Tinker frenó de pronto al ver a alguien que venía por el camino: Roxane. Ella subió al auto y le hizo señas a Tinker que siguiera. Inclinó distraídamente la cabeza al nombrarle Tinker al inspector Thomas y luego volvió sus angustiados ojos al muchacho. Por vez primera se fijó Tinker en su expresión sombría y casi extraviada.

—¿Qué le ha pasado al patrón? — preguntó el joven sintiendo hundirse en su pecho las garras del miedo — Es mejor que lo sepamos sin más rodeos.

Ella extendió su brazo hacia el río.

—El... él... esta mañana... ¡Oh!... ¿no lo adivina?

Tinker frenó de golpe, pálido como un muerto. Thomas, generalmente tosco y desprovisto de tacto, desplegó en aquellos momentos una energía delicada.

—¡Vamos, muchacho! — dijo bruscamente — Hay que tener valor ¿Debemos entender, señorita, que el señor Blake ha sufrido un accidente en el río?

Ella movió la cabeza afirmativamente, en silencio.

—¡Un accidente grave... tan grave como es posible!

Nuevamente la aquiescencia muda de ella. Thomas vio que hacía un poderoso esfuerzo para serenarse y que dentro de un momento hablaría. Puso una mano en el hombro de Tinker, deteniéndolo.

—¡Espere! — le dijo.

Luego Roxane empezó:

—No se lo que ha ocurrido — dijo con voz sin expresión, torciendo sus esbeltos dedos sobre la falda — Pero esta mañana... a eso de las siete y media... encontraron... el cuerpo del señor Blake... en el río.

Thomas tuvo que usar de toda su fuerza para mantenerlo sentado a Tinker:

—¿Ahogado? — preguntó con voz ronca a pesar suyo.

—Si. Fué encontrado por un muchacho de la aldea que estaba pescando. No bien oí decirlo, fuí a ver. Había pasado toda la noche preocupada, al ver que no volvía. Yo... yo...

Un espasmo la sacudió y ocultó el rostro entre las manos.

—¿Dónde está ahora? — preguntó Thomas tranquilamente.

Tinker se había hundido en su asiento, la gorra sobre los ojos, las mejillas blancas como tiza. El golpe lo había anonadado.

—Lo llevaron a un galpón de la posada. Yo lo hice trasladar a una de las piezas. Mandé buscar a Wroxhom un médico, lo mismo que otro a Norwich. Nada pudo hacerse. Fué difícil identificarlo. Sus ropas... algunas cartas... su reloj con las iniciales...

Tinker lanzó un grito ahogado.

—En nombre del cielo, ¿qué quiere decir? ¡Difícil identificarlo!... ¿Qué quiere decir con eso, Thomas?

Pero Roxane no podía hablar más. Estaba sentada en abatido silencio, gruesas lágrimas corrían lentamente por sus mejillas. Thomas hizo sentar una vez más a Tinker.

—Esa posada... ¿cómo se llama, señorita?

—El Jabalí Azul.

—Sigue, Tinker, ¿o quiere que yo maneje?

La perspectiva de la acción pudo más que otra cosa para reponerlo a Tinker. Inclinado sobre el volante llevó el auto a toda la velocidad posible por el camino de Belagh, atravesó como una exhalación por la calle de la aldea, en dirección a Hailton. Vio la posada del Jabalí Azul, a orillas del río y detuvo.

Había tres autos en el patio de la posada y bastantes personas junto a una puerta en el extremo más apartado. Se dirigieron curiosas miradas a los recién llegados, cuando bajaron del auto. Algunos conocían a Roxane, como la inquilina de la casa a orillas del río; otros murmuraron:

—Debe ser Sexton Blake; ése es su ayudante, Tinker. He visto el retrato en los diarios.

Roxane no bajó del auto. Murmuró que los esperaría allí, yendo sólo si la necesitaban; no tenía valor para pasar de nuevo por lo que ya había pasado.

Thomas entró a la posada, con Tinker pegado a sus talones. En una pequeña sala fué recibido por un hombre que declaró ser el posadero y les preguntó que deseaban.

—Soy el inspector Thomas, de Scotland Yard — fue la breve respuesta — ¿Qué ha ocurrido aquí?

El posadero pareció impresionado.

—Vea, señor, dicen que un caballero muy conocido, el señor Sexton Blake, fué hallado en el río, aunque si me permite usted dar mi opinión, yo diría que estaba ya muerto cuando cayó al agua.

Thomas agarró a Tinker del brazo y lo hizo retroceder.

—Deje las cosas por mi cuenta, Tinker— le ordenó bruscamente, aunque su corazón estaba oprimido por el dolor del muchacho — ¡Serénese! Es el mejor modo de servirlo a Blake — luego se volvió al posadero— ¿Quién se ha hecho cargo del asunto?

—Estuvo aquí el cabo Roy, señor; pero ha ido a recibir al inspector de Norwich. Pronto volverá. El Dr. Brant, de Wroxham, y el Dr. Elliot, de Norwich, están adentro.

—Voy a ir allí. Tengo que pedirle una cosa difícil, Tinker: que se quede aquí hasta que yo lo mande buscar ¿Me lo promete?

—Pero, por qué?

—Quiero hablar a solas con los médicos. No lo detendré un momento más de lo preciso. Pero tenemos que obrar lo más rápida y eficientemente posible. Esa señorita Roxane tiene algo más que decirnos. La oiremos después que yo haya hablado con los doctores. ¿Quiere dejarse guiar por mí?

Tinker se dejó caer abatido en un silla.

—Muy bien. Pero no me haga esperar mucho. No puedo quedarme tranquilo en estas circunstancias.

Thomas hizo un gesto al posadero y éste lo siguió al corredor.

—¿Cuál es la pieza? — preguntóle en voz baja.

—Siga derecho, señor, primer piso a la derecha. Ahí viene alguien. Es el Dr. Brant.

—Le hablaré. Quiero que vuelva y se quede con ese joven. Está muy afligido por la noticia. No lo deje venir aquí hasta que yo ordene.

—Haré lo posible, señor.

El posadero volvió a entrar a la sala, mientras Thomas detenía al hombre que había salido de la otra pieza. Se presentó.

—He venido aquí para saber lo que ha ocurrido, doctor. ¿Es realmente Sexton Blake a quien han encontrado?

—Así lo creemos. Esa señorita Harfield lo ha identificado. No ha podido decir más si no que él paraba en su casa y salió en bote anoche. Dijo que esperaría a alguien que vendría de la Yard. Supongo que es usted el inspector que ella esperaba.

—Sí.

—Voy a conducirlo adentro, inspector. ¿Conocía usted bien a Sexton Blake?

—Éramos amigos íntimos.

—Entonces prepárese a recibir un golpe terrible. Sus heridas son espantosas. El rostro es irreconocible; tiene el cráneo deshecho. Y por lo que hemos podido examinar, casi todos los huesos de su cuerpo rotos. Debe haber muerto instantáneamente; pero no sabemos como puede haber sufrido tan trágico destino.

Thomas estaba pálido. Blake ahogado, era una cosa; encontrado en el río, mutilado, otra muy distinta.

Entró al cuarto y el Dr. Brant presentóle en voz baja a su colega, que estaba parado junto a una forma, cubierta por una sábana. Thomas había visto en su larga carrera, como oficial de policía, muchos espectáculos horribles; pero aunque había sido preparado por el Dr. Brant, poco esperaba hallarse con una vista tan terrible. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para mirar lo que quedaba de su amigo Sexton Blake, aquellos lamentables despojos de su viril figura.

Se alejó presa de un mareo. Acercóse a la ventana para reponerse y por espacio de dos minutos los médicos lo dejaron solo. Luego el Dr. Elliot le tocó un brazo.

—¿Lo identificará usted también, inspector?

—Haré lo posible. Mostradme lo que tenéis

El Dr. Brant no levantó la persiana, que estaba parcialmente baja; pero encendió la luz eléctrica. Thomas se serenó, acercándose de nuevo al sofá, cuya sábana fué completamente quitada.

El inspector estudió la forma que tenía ante sí. Palpó el género del traje gris, de tweed, de un modelo familiar. Miró el interior de los bolsillos del saco donde había una etiqueta con el nombre del sastre y el propio nombre de Blake escrito debajo.

Examinó los objetos que habían sacado del bolsillo del muerto, reloj y cadena, el primero con las iniciales de Blake; ésta última tenía un sello con su divisa grabada. Había un llavero, con el nombre y dirección de Blake, cartas con las mismas señas, algunas tarjetas con su nombre, un par de pañuelos con sus iniciales, zapatos bajos, marrones, con una tirilla de seda, llevando el nombre de un zapatero de Dover Street, a quien Thomas conocía. Blake siempre compraba allí el calzado. Además la vieja pipa de agavanzo, que Thomas reconoció fácilmente, y una gran bolsa para tabaco que el mismo Thomas le había regalado a Blake una Navidad.

Thomas lanzó un suspiro y se enderezó.

—Reconozco todos estos objetos — dijo lentamente — He traído conmigo al joven ayudante de Blake. Será, naturalmente necesario, que él vea los restos; pero desearía evitarle más de una inspección, si es posible. Cuando vea la cabeza temo que no pueda resistir.

—Será mejor esperar entonces — dijo el Dr. Elliot — La investigación no está aún establecida. El cabo local ha ido a recibir al inspector de Norwich. Pronto vendrán.

—Los veré luego entonces — dijo Thomas — Tengo algo que hacer. Después volveré. ¿Quiere tener la bondad de avisar que he bajado?

—Naturalmente.

Volvió Thomas junto a Tinker, que saltó al verlo acercarse. Pero Thomas extendió firmemente sus brazos para impedirle dirigirse adonde estaba el cadáver.

—No, hijo mío, todavía no; más tarde. Hay otro asunto que hemos de terminar primero.

—Pero el patrón... tengo que ir junto a él — protestó Tinker, que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¿No quiere dejarse guiar por mi esta vez? — lo suplicó Thomas.

—Pero, si es el patrón...

—Es, Tinker... siento en el alma tener que decirlo. Tiene que armarse de valor, hijo mío. Comprenda que le debe algo y haga lo que él haría, si el caso fuera a la inversa y estuviera Vd. en lugar de él. Hay que descubrir lo que ha sucedido. ¿No le parece eso lo más urgente?

—Pero, inspector...

—Todavía no, Tinker... todavía no. Venga conmigo... sea buen muchacho. Ahora tiene usted toda la responsabilidad.

Fué esta última frase que persuadió al joven. Con los labios pálidos y apretados, dejó que Thomas lo llevara a través del patio. Sin ver otra cosa que la imágen de su patrón muerto, Tinker llegó hasta donde estaba Roxane, sentada en el auto, esperando. Subió como un autómata y a una palabra de Thomas, el auto partió.

Guiado por Roxane, Tinker entró en la casa de ella por la puerta del fondo, que se abría al jardín. Luego siguió a la joven y a Thomas al fresco cuarto que usaba como estudio privado. Allí hizo Tinker un valeroso esfuerzo para escuchar la historia que, a pedido de Thomas relató la joven, tan dolorida como Tinker, de las últimas horas que Blake había pasado con ella.

VI

PLANES

No hay para qué decir que la tragedia de Norfolk produjo una sensación tremenda. No bien la noticia llegó a Londres, los repórteros se dirigieron a la pequeña aldea de Coltishall. Hacía tiempo que no se les presentaba una noticia tan sensacional.

Todos los diarios de Londres y de las provincias exhibieron el breve anuncio.

"SEXTON BLAKE HA PERECIDO AHOGADO" u otra frase equivalente. Y el público compraba ávidamente cada nueva edición con la esperanza de saber más detalles.

Sin embargo, aunque los primeros reporteros que llegaron al teatro del drama asediaron a los médicos, al posadero y a la policía, poco pudieron averiguar.

La casa de Roxane estaba sitiada; pero, no obstante sus esfuerzos, no pudieron los periodistas franquear los portones cerrados con llave, del fondo, o los escalones del frente, que daban al río, porque estaban custodiados por los dos mestizos. Todas las súplicas para que la señorita Harfield los atendiera un momento recibían una mirada de piedra de Pierre o Napoleón.

Se supo luego que Tinker estaba en el lugar y llegaron hasta él súplicas que obtuvieron el mismo resultado. Luego el inspector Thomas se dejó ver e hizo una declaración que fué ansiosamente recibida y telegrafiada a Londres.

—No hay noticias definidas todavía, muchachos — dijo — Si vais río arriba, manteneos alejados del sitio donde se halló el cuerpo — veréis lo que hay que ver allí, es decir nada. Sí; todo es tristemente cierto. Tinker está aquí; pero se halla demasiado afligido para hacer ninguna declaración. Sí, es cierto, Blake estaba de visita en esta casa. Salió anoche solo, en un bote. Lo hallaron ahogado esta mañana. Es todo lo que puedo deciros por el momento. Ahora, retiraos, como buenos muchachos, y esperad.

—¡Pero la señorita Harfield! — dijeron en coro — ¿No es la señorita Roxane Harfield de quien tanto se habló hace poco? ¿Qué hacía aquí Blake? Que ella nos diga algo. Somos periodistas. ¡Tenga corazón, inspector!

Pero Thomas se mostró firme.

—Esperad hasta que se realice la investigación — fué todo lo que contestó y volvió a entrar en la casa.

Tenía sus razones particulares para no mencionar lo que Roxane le había dicho. Tuvo una entrevista con el inspector de Norwich y envió un mensaje urgente al comisario del lugar, a quien esperaba a cada momento.

Todavía no había tomado medidas para hacer investigaciones en la Casa del Molino. Si el mayor Burton, que era el nombre del comisario, hablaba oficialmente con la Yard, entonces él, Thomas, que se hallaba en el lugar, procedería sin más dilaciones. Pero no ignoraba que, para que Roxane fuera útil, tenía que no ser sospechada de haber estado mezclada con ninguna de las actividades de Dupont. Y sin embargo, quería saber de Tinker que quiso decir Blake cuando declaró a Roxane que la presencia de Dupont, en aquel sitio, podía estar relacionada con un caso de que el detective se ocupaba antes de recibir el llamado de la joven.

Eran las cinco de la tarde cuando llegó el mayor Burton. Trajo con él al inspector de Norwich. Cuando todos estuvieron reunidos en el estudio de Roxane, Thomas reveló lo que había reservado. El eslabón que necesitaba le había sido proporcionado por Tinker, pocos minutos antes que llegara el comisario.

—Pensé conveniente esperar por usted, mayor Burton, — dijo Thomas — porque hay un número de eslabones ligados con este asunto, los cuales le dan más importancia aún que la muerte de Blake, sabe el cielo que es esto ya bastante tragedia.

El otro asintió con una grave inclinación de cabeza.

—Brevemente expuestos los hechos son los siguientes. A alguna distancia de este lugar está la Casa del Molino, con un viejo

molino de agua adjunto a la propiedad. Probablemente usted los conoce.

—Perfectamente.

—Hace algún tiempo esa casa está ocupada por un hombre que se hace llamar Frank Dunlop. Su verdadero nombre es Féliz Dupont y lo conocemos en la Yard por un hábil malhechor, aunque hasta ahora no hay nada contra él en Inglaterra. Se, sin embargo, que Blake lo persiguió no hace mucho tiempo y que el tal Dupont fué responsable de la desaparición del malogrado detective, hace pocos meses. Probablemente leyó usted en los diarios ese asunto a su debido tiempo.

—Sí, leí que Blake había desaparecido.

—Exactamente. En realidad fué secuestrado junto con la señorita Harfield, en pleno día, en el pueblito de St. Valery, Normandía. Al mismo tiempo le fué robado su yacht a la señorita Harfield. Desapareció entonces; pero ha sido visto de cuando en cuando por agentes de la Lloyd, que tenían orden de telegrafiar a Londres cualquier noticia que sobre él hubiera. Fue visto en la costa oeste de Africa; y este joven, Tinker, partió valerosamente en aeroplano con Alan Raynham, el piloto, para intentar rescatarlo. Descubrieron el yacht oculto en la boca de un pequeño río, en una ex posesión alemana de la costa sudoeste de Africa. Y después de un vuelo de exploración, hallaron a Blake y a la señorita Roxane, atados juntos, a orillas del desierto de Kalahari. Los habían dejado allí para que murieran de hambre y de sed. Y los buitres se habían ya posado alrededor de ellos cuando Tinker llegó.

El mayor Burton, hombre que había pasado varios años en la policía de la India, dirigió una mirada de admiración al muchacho que estaba hundido en una silla, como presa de estupor. Sólo la insistencia de Thomas lo había obligado a asistir a aquella conferencia.

—Leí algo sobre ese asunto; — dijo el mayor — Pero no todos los detalles.

—Yo los supe por el mismo Blake y también por la señorita Harfield—replicó Thomas — Bueno, continuó: el yacht de la señorita Harfield no fué recobrado. Se han recibido, de tiempo en tiempo, rumores de su aparición y el informe más auténtico parece indicar que ha sido bien disfrazado y navega bajo bandera portuguesa. Por lo que me han contado puede suponerse que esos cambios fueron hechos en Beira, colonia portuguesa del este de Africa.

—Un buen sitio para realizar el cambio — murmuró el mayor.

—Exactamente. El asunto siguió así hasta hace unos pocos días. La señorita Harfield proyectaba comprar otro yacht para ir en busca del suyo. Todo este tiempo conservó al capitán y a la tripulación, pagándole sus salarios; y el capitán y el piloto fueron enviados a la costa sur para buscar otra embarcación conveniente. Se encontró una. El piloto vino aquí a ver a la señorita Harfield y obtener su autorización para completar la compra y, mientras pasaba por Wroxham, vio una lancha a motor que le pareció pertenecía a su yacht.

—¡Ah! ¿Puedo interrumpirle para preguntarle por qué fijó aquí su residencia la señorita Harfield?

—Simple coincidencia — dijo Roxane hablando por vez primera.

—No bien el piloto le dijo esto, ella se puso en comunicación con Sexton Blake — prosiguió Thomas — Blake vino y entretanto el piloto fue a darle otro vistazo a la lancha automóvil que estaba en Wroxham y telegrafió a la señorita Harfield que estaba seguro era del yacht desaparecido. Ella llevó a Blake a ver el bote y ambos convinieron en que el piloto no se había equivocado. ¿No es así, señorita Harfield?

—Absolutamente.

—Estaban a punto de regresar cuando Blake vio a un hombre dar vuelta el parapeto del puente de Wroxham y dirigirse hacia la lancha. Hizo apartar a la señorita Harfield de la vista y observó al hombre. Lo reconoció a pesar de que estaba disfrazado, como un cómplice de Dupont. Estuvo observando mientras el individuo, un tal Hovey, desamarraba un pequeño bote y se alejaba río arriba. Entonces ellos tomaron el auto y pudieron vigilarlo hasta que se convencieron de que pasaría por esta aldea. Aquí tomaron medidas radicales que, naturalmente, puede usted desaprobar; pero que, en vista de lo que ocurrió después, creo hallará justificadas.

—¿Qué medidas fueron esas, inspector?

—Llegaron aquí antes de que pasara Hovey y fijaron un alambre a través del río, deteniendo así el bote. Apresaron a Hovey y lo trajeron aquí. Aquí está en estos momentos, preso en un cuarto del establo, desde ayer por la tarde.

—¿Y cuál fué el objeto de ese proceder?

—Se lo diré hasta donde yo lo comprendo. El robo del yacht de la señorita, Harfield en St. Valery, tuvo un doble objeto. Proporcionó a Dupont el medio de salir de Francia, donde era buscado por la policía, y también constituyó un vehículo excelente para dirigirse al Sudoeste de Africa y buscar un escondrijo de diamantes, del cual se había enterado por uno de sus cómplices. Pero luego su problema era deshacerse de las piedras.

—Me parece que empiezo a ver.

—Blake indicó a la señorita Harfield que en Londres se ocupaba de un caso relacionado con la ilícita aparición de diamantes en el mercado. Trabajaba para el Sindicato de Productores y Mercaderes de Diamantes, lo mismo que en beneficio del Gobierno de la Unión. No bien supo que Dupont vivía en este retiro, relacionó esto con la presencia de la lancha a motor en Wroxham. La teoría que espuso a la señorita Harfield era que Dupont hacía quizá tallar aquí las piedras y que había elegido el sitio por ser el más próximo a Holanda, desde donde podía traer talladores de diamantes. De ahí el valor de una comunicación directa por agua con los Broads y el puerto de Yarmouth.

—¡Por el cielo! — murmuró el comisario. — Eso indica genio.

—Genio por parte de Dupont para hacerlo y de Blake para sospecharlo — convino Thomas. Sea como fuere, lo que se encontró encima de Hovey pareció fortalecer las sospechas de Blake. Halló un sobre dirigido a "F. Dunlop". El procedimiento fué poco ortodoxo, convengo; pero Blake lo abrió, encontrando en él una gruesa hoja de papel en la que se hallaban envueltos cinco billetes de mil libras del Banco de Inglaterra. El papel no contenía nada escrito. Fué probado para descubrir si había algo escrito con tinta invisible; pero sin resultado. Podemos suponer, pues, que Dunlop o Dupont sabía perfectamente quien enviaba los billetes y por qué. Blake telefoneó a Tinker y le dió el número de los billetes, instruyéndolo que se ocupara de buscar su origen, esta mañana. Tinker lo hubiese hecho, a no ser por la trágica noticia que lo condujo aquí. Pero en vista de lo ocurrido, me considero en el deber de proseguir el caso iniciado por Blake privadamente. Eso significa acción oficial de parte de la Yard; pero creo podremos trabajar con la policía local. He guardado para mí estos informes hasta que lo viera a usted, porque lo ocurrido anoche me convence de que Blake debe haber tenido un encuentro desesperado del cual nada sabemos todavía.

—¿Nada se sabe de esto?

—Todo es un completo misterio. Blake salió de aquí en el botecito de la señorita Harfield con intención de llegar hasta la Casa del Molino. Estaba convencido de que su habitante era Dupont y deseaba obtener pruebas definitivas. Esto es lo último que se ha sabido de él, hasta que lo encontró esta mañana un muchacho de la localidad.

—¿Dónde fué encontrado?

—En un angosto canal que atraviesa el río, hasta un brazo del mismo, del otro lado de la aldea; aunque yo pienso que, estando ahora la esclusa rota y desusada, ese canal lo mismo que la corriente con la cual se une son "aguas muertas".

—¿Se encontró el bote?

—Si..., a la deriva. Debe haber pasado por aquí durante la noche. Se le encontró a mitad de camino entre esta aldea y Belagh, sujeto entre unos juncos.

El mayor Burton miró a Roxane; luego sus graves ojos se fijaron en Tinker.

—Creo — dijo lentamente — que, por penoso que sea, debemos preguntarle a Tinker que quiere que hagamos.

El muchacho se levantó y miró al comisario con ojos ardientes.

—Quiero saber lo que le ha pasado al patrón — contestó con voz ronca. — Aunque emplee en ello el resto de mi vida, he de averiguar la verdad. Ya le he dicho al inspector Thomas que estoy dispuesto a entregar a la policía todas las notas que hay en Baker Street referentes al caso de que se ha hablado. Trabajaré con vosotros; pero también por mi cuenta. Se lo debo.... al..., al patrón.

En este punto la emoción dominó a Tinker. Se puso en pie de un salto y salió de la habitación sin mirar a los otros. Roxane lo siguió, tan agitada como el joven.

Cuando la puerta fué cerrada tras ellos, el mayor Burton miró al inspector Hewson.

—¿Qué piensa usted de esto, Hewson?

—Yo estoy dispuesto a aceptar de muy buen grado la ayuda del inspector Thomas. Me sentiré orgulloso de trabajar con él.

—Entonces préstenos su ayuda por todos los medios, Thomas. ¿Qué sugiere usted?

—En primer lugar, mayor, que ese hombre, Hovey, sea llevado a Norwich y se lo arreste. Podemos hacer contra él algún cargo formal.

—De acuerdo.

—Segundo, que el inspector Hewson traiga aquí media docena de hombres para custodiar la Casa del Molino. No sabemos si estará aun allí Dupont. Puede ser que haya sabido como fué encontrado Blake y tomado el portante. Por otra parte como nada referente a él ha traslucido, quizá se crea seguro. Con Blake muerto, puede pensar que nadie está enterado del caso en que él trabajaba.

—¿Sospecha usted que la muerte de Blake sea un crimen?

—No se que pensar. Debe haber sufrido un accidente horrible para recibir esas heridas. No murió ahogado. Recibió muerte violenta antes de caer al agua. Algo saldrá a luz en la investigación. Y en mi opinión, nunca será demasiado pronto para rodear la Casa del Molino.

(Continuará)

—¿Usted podría emplear a mi hijo en su oficina?

—¿Qué sabe hacer?

—¡Qué pregunta! Si supiera hacer algo lo emplearía yo en la mía.

EL PERSEGUIDOR PERSEGUIDO

Los hombres hicieron fuego nuevamente. Steve sintió como si un cuchillo, calentado al rojo, le atravesara el brazo.

Por C. CLABON CLOVER

"MIL dólares de recompensa por entregar, vivo o muerto a Mohave Pete o Peters".

Estas palabras, en grandes letras negras, fueron todo lo que pudo leer Steve Stratton desde su posición, detrás del gentío. El sheriff, Bart Offer, estaba clavando el carted en el frente del Juzgado.

La mayor parte de la población masculina de Fresno se había reunido alrededor del sheriff, a contemplar el cartel, estirando sus cuellos para leer lo que en él había escrito.

Detrás del grupo había algunos jinetes, ganaderos y cowboys en su mayor parte, recién llegados, como el joven Steve Stratton, de las estancias próximas en busca de mercaderías o por placer.

Se oyó un confuso vocerío al pasar aquel nombre temido de labio en labio.

Mohave Pete era un cuatrero, salteador, ladrón de bancos, asesino de la peor especie. Su último crimen había sido el asesinato a traición del sheriff Sparkes y de sus dos comisarios, en Lagos City. Aquel hecho había conmovido a todo el país.

Se sabía que el malhechor había sido sorprendido una semana antes por Sparkes y sus hombres. Se le intimó rendición y así lo hizo, dejando caer sus pistolas y levantando los brazos por encima de la cabeza. El sheriff se adelantó en su caballo para arrestarlo, bajando imprudentemente su propia arma. Cuando estaba solo a una yarda de distancia del bandido, éste con la ligereza del rayo sacó otra pistola, que tenía escondida en una funda, colgada de su hombro, y le disparó al sheriff un balazo en el corazón, volteando a sus dos comisarios casi antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba. Uno de ellos vivió lo suficiente para narrar el suceso, pero como esto fué algunas horas después, Mohave Pete tuvo tiempo suficiente para escapar. No se sabía si había cruzado la frontera o si se escondía en las Badlands, tan hábilmente había borrado sus huellas.

Aquel crimen había sublevado a todo el lugar. Se sabía que el hombre era audaz y endurecido. Temíase saliera de su escondite, una vez que el primer alboroto se hubiera calmado, como hacía siempre. En todos los lugares del estado se habían puesto carteles previniendo al público y ofreciendo una gran recompensa por su captura.

Ahora, el sheriff Offer, de Fresno, después de haber fijado el cartel, se volvió al público.

—¡Leed, muchachos! — gritó. — Algunos de vosotros conocéis a ese criminal zorrino, de vista. Otros no. Aquí están sus señas. Estatura mediana, cuerpo poderoso, ojos y cabellos negros, cutis moreno, marcado por una cicatriz que le baja desde la mejilla izquierda hasta la barba. La mayor parte de las veces viste camisa azul obscuro, bufanda amarilla brillante, chaleco de cuero de pony, pantalones de montar de cuero de alce, botas altas y espuelas. Dos pistolas, sujetas bajas, tres cintos con municiones. En general, monta un caballo blanco, con montura y riendas mejicanas. Ahí está todo escrito. Leedlo y abrid bien los ojos. Y mi consejo es éste: si lo veis, matadlo a

primera vista, como hariáis con un crótalo o un lobo.

—¿Qué está diciendo, sheriff? — gritó Price Oldring, uno de los principales ciudadanos de Fresno. — Nosotros no somos, en general, partidarios de matar a un hombre por la espalda, por malo que sea.

—Lo se, Oldring — contestó secamente el sheriff. — Pero usted habla de hombres, no de lobos o tigres. Mohave Pete está fuera de la ley. Y yo digo que si tengo la menor oportunidad, le tiraré por la espalda o de frente, sin darle tiempo para defenderse. Aunque tuviera una docena de manos y las levantara por encima de la cabeza en prueba de rendición, yo lo llenaría de plomo primero y lo capturaría después. Yo soy así y si vosotros no sois tontos haréis lo mismo.

Gritos mezclados de protesta y de aplauso acogieron sus palabras.

—Voy a montar a caballo ahora, muchachos — gritó el sheriff. — Yo y una docena de hombres registraremos las montañas. Tony Birket volvió hace media hora y dijo que vió el caballo blanco en las sierras de Saw Tooth. Nos dirigiremos allá. — Dirigió sus miradas a los que estaban a caballo.

—Creo que algunos de vosotros, hombres, trabajáis en estancias de ese lugar Es mejor que volváis y aviséis a vuestra gente que vigilen Usted, Briscoe, usted Thompson y usted, joven Steve Stratton, tened bien abiertos los ojos y si lo veis tiradle a primera vista y tiradle a matar

—Confíe en mí, sheriff — contestó Briscoe, de la "Doble T", y se volvió para hablar con Steve Stratton que estaba a su lado

El muchacho miraba al sheriff y movió lentamente la cabeza

—¿No le parece bien la idea, Steve? — preguntó Briscoe

—No puede parecerme — contestó el muchacho — Me gusta darle a todo hombre oportunidad para defenderse, Nunca he matado a nadie y no pienso empezar con un asesino a sangre fría

—¡Bah! Eso no sería un asesinato Steve, si no un caso de defensa propia A Mohave Pete no lo preocupan esas delicadezas Puede apostar que le tirará a primera vista Se que es usted muy rápido en el manejo de la pistola; aun cuando él también lo es, puede usted derrotarlo Pero le prevengo que, si tiene la desgracia de encontrarse con Pete tendrá que sacar lo más rápido que sea capaz y apuntar muy bien, conforme lo vea A él no le importa matar en buena o en mala ley Está sediento de sangre Es como un lobo rabioso Trátelo como tal. Ya me ha oído.

Steve lo había oído bastante bien; pero todavía movió negativamente la cabeza, mientras se acomodaba en la montura y se alejaba del grupo de gente, que empezaba a dispersarse.

—Yo no podría — pensó. — No temo hacerle frente a cualquier hombre en términos iguales; pero su mano ha de estar ocupada antes de que yo oprima el gatillo. Creo que, de todos modos, no tengo por que preocuparme. No es probable que Mohave Pete se cruce en mi camino Con todo terminaré mis asuntos y me volveré para avisarle al personal de la estancia.

Se dirigió al almacén para ordenar algunas provisiones que hacían falta en la estancia. Tenía otras varias comisiones que atender, así que pasó algún tiempo antes de que saliera de Fresno y tomara el camino de regreso.

Su padre era dueño de la estancia "Círculo S", que quedaba al sudoeste de la cordillera Saw Tooth. Este último lugar era un distrito salvaje y montañoso, que tenía mala fama, como albergue de cuatreros y malhechores de toda clase. Era también albergue de osos, lobos y leones de la montaña, de varias clases de ciervos y ovejas, animales todos que a Steve le gustaba cazar. Había pocos sitios de la gran cordillera que él no conociera. Como era un cazador activo había seguido su presa por todas partes. Muchos escondites de los malhechores que acampaban allí de tiempo en tiempo, le eran también conocidos.

Ahora, mientras galopaba a través de las amplias llanuras y contemplaba la dentada línea de la cordillera hacia el norte, ocurrióse que le gustaría ascender a la montaña y visitar algunas de aquellas guaridas secretas. Si era verdad que Mohave Pete se había refugiado allí, con un poco de suerte, podría capturarlo. Cuanto más pensaba en ello, más le agradaba la idea. Siempre había más emoción para él en perseguir a un oso o un lobo, que le había estado robando ganado, que los ciervos u ovejas de las montañas. ¡Cuanto más grande sería la excitación en seguirle el rastro a un hombre, jugar su propia habilidad y valor contra alguien que estaba tan armado como él!

Hasta entonces no había intentado nunca molestar a los bandidos que habitaban las montañas. Ni había delatado sus guaridas al sheriff o a otros. Ellos lo sabían y lo dejaban ir donde quisiera sin enviarle una bala, como hubieran hecho con cualquier otro que se acercara a sus madrigueras.

Pero el muchacho comprendía que aquel Mohave Pete no merecía consideraciones. Era una amenaza más grande para los estancieros que una manada de lobos. Sería un crimen dejarlo libre para que continuara sus asesinatos a sangre fría. Steve se extremeció al pensar en su padre, Helbert Stratton, cabalgando solo, como lo hacía a menudo para visitar una parte distante del campo, al pie de las montañas. Mohave Pete no vacilaría más en tirarle desde una emboscada que si se tratara de un ciervo. Aquelló lo decidió. Cazaría al hombre, aunque fuera su última cacería.

—¡Agarre el cielo, pibe! Arriba las manos, y arriba y nada de gracias.

Los pensamientos de Stratton sobre su cacería del hombre fueron bruscamente interrumpidos. Levantó instintivamente las manos sobre la cabeza. El tono frío de la voz era una amenaza de muerte.

—Eso se llama prudencia, pibe. Manténgalas así levantadas y no mueva ni un párpado.

Oyó el crugir de las ramas mientras el asaltante salía de un grupo de matas que lo habían ocultado y el chocar de las espue-

—Mejor es que hagamos las paces, Jube — dijo el bandido.

las al acercarse el hombre por detrás. El caño de un rifle se opoyó contra la espalda de Steve. Una mano se extendió rápidamente le desabrochó el cinto y se lo quitó.

—Baje del caballo, prontito.

Steve se bajó y miró a su alrededor. Entonces comprendió. Por lo que a él se refería, la caza estaba terminada. Había hallado a Mohave Pete sólo para perder la propia vida. El bandido no le dejó tiempo para pensar.

—Lleve el caballo hasta dentro de ese matorral — le ordenó. — Y no se olvide que mi rifle está a su espalda.

Steve obedeció. Veinte yardas más adelante vió al caballo blanco parado, la cabeza caída, palpitantes los flancos. Evidentemente había galopado mucho y rápido.

—Cambie las monturas y riendas a los caballos — fué la orden siguiente. — Y hágalo pronto, si no quiere que una carga de plomo lo ayude.

Steve hizo la operación en un tiempo "record". Mohave Pete seguía todos sus movimientos.

—Ahora quítese la camisa y la bufanda.

Steve lo hizo. El bandido se las arrebató; luego, alejándose de él, pero conservando

el rifle al alcance de su mano, se quitó rápidamente su propia camisa, el chaleco de piel de pony, la bufanda amarilla y la blusa azul, poniéndose, en cambio, las prendas de Steve.

—Ahora póngase usted mis cosas — sonrió. — ¡Rápido! Atese la bufanda amarilla alrededor del cuello. Así... Bueno, que me ahorquen si no parece usted mi viva imagen, pibe.

Creo que pasará por un servidor, a corta distancia. Pero ¡apúrese! Monte a mi viejo pingo. Es suyo ahora, pibe. Cuídelo mucho. A mí me ha salvado durante un año. Lo salvará a usted de mi rifle, si galopa rápido ahora. ¡Vamos, en marcha! Si trata usted de seguirme, mis pistolas hablarán. Y nunca yerro. Le devuelvo su cinto. Supongo que tendrá usted más sentido común que apuntarme con su pistola esta vez. Vamos, váyase y no mire para atrás.

¿Era posible? Steve Stratton lanzó un profundo suspiro de alivio, mientras picaba espuelas al caballo blanco. Nunca había esperado montar otra vez. A cada momento aguardaba la muerte. Sin embargo, allí estaba, corriendo de nuevo por la llanura, libre como el aire.

Sin embargo ¿lo estaba? El siniestro zumbido de una bala pasó por encima de su cabeza, seguido por una detonación de rifle. Debía ser Mohave Pete que le hacía fuego. ¡Cobarde zorrino! Esperó a que estuviera fuera de tiro de pistola y luego le hizo fuego con su rifle.

Steve se agachó sobre el caballo, al sentir silbar otra bala junto a él. La siguiente detonación venía de otro lado. Al principio no le llamó la atención el hecho. Espoleó nuevamente al caballo blanco para ponerse fuera de alcance de lo que suponía el rifle del malhechor. Enderezóse y miró hacia atrás, procurando localizar al bandido. Su sombrero le fué arrebatado por una bala y casi en el mismo momento el caballo dió un corcovo como si hubiera recibido un golpe. Dos detonaciones casi simultáneas, siguieron instantáneamente. Steve lanzó una exclamación de alivio.

—No es Mohave que me persigue. Deben ser el sheriff y su fuerza.

Se enderezó en los estribos y levantó las manos, dando un grito de aviso. Dos jinetes se acercaban a él por la derecha. Tres más a la izquierda; pero fuera de tiro. El primero de los dos jinetes más próximos parecía el sheriff; pero estaba aun demasiado lejos para asegurarlo.

En aquel vistazo rápido vió Steve al hombre levantar el rifle la bocanada de humo que partió de su caño y sintió la ráfaga de aire producida por la bala al pasar cerca de su mejilla.

No había hecho caso de sus señales de rendición.

—¡No tiréis! — grito siempre con las manos en alto — soy yo, sheriff. Steve Stratton. ¡No tiréis!

Ambos hombres hicieron fuego nuevamente. Steve sintió como si un cuchillo, calentado al rojo, le atravesara el brazo izquierdo. El caballo tropezó, recobró el equilibrió, volvió grupos y disparó.

—¡Los cobardes zorrinos! — dijo Steve con rabia. — ¡Tirarle a un hombre que agarra las estrellas! Y ese demonio de Mohave Pete ha sido astuto. Lo venían persiguiendo de cerca. Sabía que le meterían bala a cualquiera que llevara una bufanda amarilla y montara un caballo blanco, no bien estuviera a tiro. Yo comprendí su juego, claro está. Pero no me preocupaba. Pensó que dejarían de tirar en cuanto levantara las manos y pronto descubrirían quien era yo. El sheriff Offer ha cumplido su palabra: "Aunque levantara una docena de manos, le tiraría primero y lo arrestaría después". Y eso es lo que hará, si le doy oportunidad. Pero no estoy muerto todavía. El y su fuerza pueden perseguirme; pero, si el caballo responde, les voy a dar trabajo.

El caballo blanco había galopado a una velocidad increíble, sin que Steve pensara en manejarlo con la espuela o la rienda. De cuando en cuando, se oían detonaciones de los perseguidores; pero las balas caían lejos. La velocidad del caballo sorprendió al muchacho. Pero sabía que no podía durar.

—Que siga así hasta que lleguemos a los pinos .. Luego no hay peligro.

Recién entonces se dió cuenta de que el animal había sido herido en dos partes. Las heridas no eran graves; pero la pérdida de sangre lo iba debilitando. Mucho antes de que llegaran a los pinos que cubrían la ladera de la montaña el caballo empezó a aflojar. Estaba bañado en sudor. Su respiración le salía entrecortada. El fin no podía estar lejos.

Ahora los perseguidores le iban dando alcance. Eran ocho hombres, colocados en fila; los dos más próximos distaban a penas media milla. Más se acercaron aun cuando la subida conspiró contra el desfallecido caballo. Nuevamente silbaron peligrosamente las balas alrededor del mozo. Una y otra vez levantó las manos, agitó un pañuelo blanco. Como si nada hubiera hecho. El sheriff Offer no le daría oportunidad de salvación. Desesperadamente. Steve espoleó al caballo herido y exhausto. Le dolía hacerlo; pero su vida dependía de llegar a aquellos pinos amigos. Noblemente respondió el valiente animal, subiendo la loma hasta un par de yardas del abrigo. El sheriff estaba ahora casi a tiro de pistola, detuvo su caballo, levantó el rifle y apuntó cuidadosamente. En el mismo instante en que el sheriff oprimía el gatillo, el caballo blanco se tambaleó y cayó. La bala pasó inofensivamente sobre la cabeza del fugitivo.

Steve saltó del caballo antes de que cayera. El animal se dió vuelta de costado y quedó inmóvil. Steve oyó los gritos de triunfo del sheriff, que animaba a su fuerza a seguir adelante. Las balas silbaban en torno de Steve.

El mozo corrió hacia el abrigo de algunas rocas diseminadas, pasando de una a otra con la rapidez de un indio bravo. La suerte le fué favorable. Las rocas ocultaron sus movimientos y le permitieron llegar a una profunda zanja, el lecho de algún torrente de la montaña, ahora seco. Ascendía hacia los pinos. Steve siguió por él a toda velocidad, temiendo a cada instante que lo descu-

brieran. Oyó detrás suyo un grito, una bala pegó en una roca próxima. Siguió corriendo en zig zag, para desorientar al tirador. Sin embargo, las balas lo siguieron hasta que llegó al fin de la zanja, trepó por una escarpada pared de roca y llegó al fin al abrigo del espeso bosque de pinos.

No fué demasiado pronto. El sheriff y su pelotón había apurado el paso cuando vieron caer al caballo blanco. Dos de ellos tomaron por entre la zanja, mientras los otros seguían en lo alto de la loma para cortarle la retirada a Steve. Afortunadamente el espeso matorral pronto impidió el avance de los caballos. El sheriff y los otros desmontaron, dejando los caballos al cuidado de un camarada, mientras ellos se metían por entre los árboles, en busca de su presa. Llegaron a lo alto de la pared de roca que había trepado Steve algo tarde para descubrirlo.

El caño de un rifle se apoyó en su espalda.

Estaba a menos de veinte yardas de ellos; pero los pinos ocultaban su secreto. Tuvo tentaciones de llamarlos, de hacerles saber quien era el que perseguían. Pero ahora habíase apoderado de él un obstinado amor propio. El sheriff había procedido salvajemente, despreciando todas las reglas caballerescas del juego. Había en la frontera una ley no escrita que prohibía tirar al rendido, que levantaba las manos en prueba de su sumisión. Aquella ley obligada doblemente a los guardianes y administradores de las leyes escritas. Si el sheriff o cualquiera de su pelotón, hubiese matado al perseguido, después de rendirse, aquello debía considerarse un asesinato. Steve consideraba que, de todos modos, eran muy culpables porque habían hecho lo posible para matarlo. Hasta entonces los había derrotado. Seguirla haciéndolo. El salió a perseguir a un hombre y ahora se encontraba perseguido.

Experimentaba una sombría emoción. Pero sentía un júbilo igualmente sombrío en jugar su habilidad y resistencia contra los cazadores, en derrotarlos.

Ahora que había llegado al bosque de pinos, se echó a reir oyendo los gritos del sheriff y sus hombres, mientras buscaban el rastro.

—Que me agarren, si pueden — pensó. —

Han hecho todo lo posible por matarme. Si se me acercan mucho, es probable que les enseñe los dientes. Todavía no les he tirado; pero en cuanto empiece, creo que voy a seguir hasta que tenga las manos vacías. Un fuerte grito lo hizo detenerse. Era uno del pelotón, anunciando al sheriff que había encontrado el rastro.

—¡Aquí! — oyó decir al hombre. — Hay sangre en las piedras... Está herido. Se ha metido dentro del monte.

Steve no oyó más, excepto el roce distante de las ramas, mientras los hombres se abrían paso entre el monte de pinos. El sonido no lo asustó porque sabía que tenían tantas probabilidades de agarrarlo, como si hubiera sido un lobo o un indio.

Esperó solo para vendarse el brazo herido e impedir que nuevas gotas de sangre revelaran su rastro. Luego se deslizó silenciosamente, ascendiendo la montaña, sin detenerse ni un momento hasta que se perdieron los ruidos de la persecución.

Pero ahora otro enemigo lo molestaba; el hambre. Hacía horas que no probaba alimento y, como estaba dotado de un sano apetito, ansiaba satisfacerlo. Bueno, aquello sería fácil. Como todos los cazadores tenía "caches" o escondites, donde guardaba una pequeña cantidad de alimentos y municiones para caso de necesidad. El que le quedaba más cerca era El Cañón del Puma, un sitio salvaje y desolado, frecuentado por las fieras que le daban nombre.

—Creo que es el sitio más seguro para acampar — decidió. — Offer y su fuerza no llegarán probablemente hasta allá. Acamparé ahí y mañana me dirigiré a Fresno para hacerme curar el brazo por el doctor Fryer.

Dos horas de ruda subida lo llevaron a la boca del cañón. Ya era casi de noche. Pero había aun luz suficiente para permitirle ver un número de coyotes, tironeando de algún objeto que estaba en el suelo. Al acercarse él, levantaron sus cabezas y desaparecieron como sombras entre las rocas. Steve se adelantó, impulsado por un deseo imperioso de saber que objeto era aquel. Un grito se escapó de sus labios al llegar junto a él. Era el cuerpo de un caballo, ya devorado en parte por los coyotes. Sí, lo reconocía; su caballo favorito que le había sido recientemente robado por aquel miserable de Mohave Pete. Pero la brida y la montura habían desaparecido.

Se enderezó ante aquel pensamiento y miró a todos lados, pronto para la acción. El bandido, a pie como él, pero impedido por la carga de la montura mejicana, no podía haber ido muy rápido ni muy lejos. Debía estar escondido por ahí cerca. Steve sabía que aquel cañón había sido usado como campamento por los cuatreros y otros, en varias ocasiones. No muy amenudo, por el peligro de ser atacados por los pumas o leones de las montañas que merodeaban por el lugar. Sin embargo, aquella noche debía existir más de una razón para que Mohave Pete eligiera ese sitio como escondite, sabiendo que no era probable lo molestaran, ni aun hombres de su misma ralea.

Por esta razón también Steve lo había elegido como uno de sus "caches". Aquel escondrijo era una caverna a mitad de camino del cañón. Sería curioso que el bandido conociera aquel escondite y lo hubiera elegido. Sonrió Sombríamente Steve ante aquella idea Produjo en él una sensación extraña. Olvidó en aquel momento que era él el perseguido. Se convirtió en cazador, astuto y alerta, que sigue la pista de una fiera, aun más peligrosa que el puma más feroz. Aquel hombre lo había mandado a él deliberadamente a la muerte. Había escapado por milagro. Ahora daría vuelta las cartas y arreglaría cuentas con Mohave Pete y el sheriff Offer de Fresno.

Pero primero tenía que llegar a su "cache". Sentía los efectos de la pérdida de sangre y del prolongado ayuno. Si Mohave Pete se había refugiado en el lugar, tanto mejor. Lo capturaría primero y comería después. No se le pasó por la cabeza que pudiera fracasar.

La obscuridad lo obligaba ahora a avanzar lentamente, buscando su camino entre el suelo sembrado de rocas del cañón, donde un paso en falso podía hacerle romperse una pierna. A cada lado se levantaban riscos altos como montañas, dejando una estrecha faja de cielo estrellado para guiarlo. Constantemente, los ojos de Steve examinaban las siniestras rocas, buscando el pino solitario que crecía junto a su caverna Por fin lo vió, proyectándose negro contra el cielo y poco después se dió cuenta de un suave resplandor, adelante suyo

Su pulso se apresuró La luz era proveniente de un fuego El fuego sólo podía arder dentro de la misma caverna, pensó Una ráfaga de viento le trajo el olor a leña quemada, mezclado con la débil fragancia de carne guisada Aquel perfume era deliciosamente torturador para un joven hambriento. El ansia de comer le hizo casi olvidar el dolor de su herida y la aventura desesperada en que estaba metido.

Adelantó, pistola en mano. La alta boca de la caverna, iluminada por el resplandor del fuego, bostezaba delante de él. Salió una nube de humo, Protegido por ella pasó por delante de la abertura y se agachó detrás de un ángulo de la pared.

A treinta pasos de la entrada, el fuego ardía alegremente. Cerca había un montón de astillas de pino, prontas para ser usadas. Un par de ollas de campamento, que Steve reconoció como de su propiedad, humeaban sobre las llamas. Junto a la pared había tendida una manta y a la cabecera, para servir de almohada, la montura mejicana, tachonada de plata.

Steve advirtió aquellos detalles de la primera ojeada. Pero ¿dónde estaba el bandido?

Un instante después, un hombre, medio oculto por el humo, salió de atrás de un recodo de la caverna y se inclinó para revolver el contenido de una de las ollas. Era Mohave Pete, con sus dos pistolas todavía colgando del cinto.

Steve Stratton se enderezó, todos sus músculos y nervios se pusieron tensos.

Dijo, frío y sereno:

—No se mueva, Peters. Lo tengo cubierto.

Fué como si el bandido no hubiese oído la prevención. Siguió inclinado sobre las ollas, revolviendo lentamente con la cuchara.

—¡Arriba las manos y nada de tretas — ordenó Steve.

La mano de Pete se movió con la rapidez del relámpago, haciendo caer la olla sobre el fuego. Instantáneamente elevóse una nube de vapor y millares de chispas, velando la forma del bandido, mientras daba un salto de costado y desaparecía detrás de la saliente de roca.

La pistola e Steve despidió fuego y plomo. La caverna resonó con el eco de la descarga. Pero sabía el mozo que había errado y que ahora empezaba una pelea a muerte.

El bandido lanzó, desde su escondite una carcajada ronca, acentuada por un balazo que casi terminó la cuestión. Pero Steve, no bien tiró, saltó también en busca de reparo detrás de una roca baja y la bala del bandido le pasó por encima de la cabeza, al tenderse él de boca en el suelo.

—Mejor es que hagamos las paces, pibe — dijo el bandido. — No tengo nada contra usted. Tire su chisme y vamos a comer.

—Tendría que estar yo muy muerto de hambre para sentarme a comer con un cobarde asesino como usted — replicó Steve con voz cantante. — Ya me jugó sucio una vez enviándome a las balas del sheriff, mientras usted se escapaba.

—¡Bah!... ¡bah!... no guarde rencor por eso. Sabía yo que saldría usted bien. No tenía más que decirle al sheriff quien era y se acabó.

—Creo que usted conoce mejor que eso al sheriff Offer — dijo Steve furiosamente. — Sabía que tiraría a primera vista. Que no le iba a dar ni a usted ni a mí tiempo para decir una palabra: "Tirar primero y hablar después" es su lema Y lo cumple al pie de la letra y un poco más.

—Lo persiguió a usted¿ eh? — rió Mohave Pete. — Creo que esa bufanda amarilla fué para él como el trapo rojo para el toro. Sin embargo, no ha sufrido usted daño. Está aquí, sano y salvo. ¿Qué mosca le ha picado? ¿Qué quiere hacer?

—Arreglar cuentas con usted y con el sheriff Offer a la vez — respondió Steve brevemente.

—¿Y cómo? ¿Cree qué me va a apresar?

—Tan seguro como que está usted hablando.

—Canta usted muy fuerte para ser un gallito. ¿No se le ocurre que ha descubierto usted sus cartas y yo oculto las mías? Vea, ternerito balador, no se mueva de ahí, si no quiere que lo deje tan lleno de agujeros como un panal del año pasado. ¿Cree que va a poder aguantarse ahí mucho tiempo?

—Creo que puedo aguantarme tanto como usted, Pete — replicó Steve. — De todos modos, no lo dejaré mover hasta que lleguen el sheriff o sus comisarios.

Aquella respuesta pareció intimidar al bandido. Por espacio de un largo rato no hizo movimiento. Steve también se contentó con permanecer agachado. El llegar hasta Mohave Pete oculto detrás del recodo de roca, era imposible. El fuego iluminaba todas las partes al descubierto de la caverna. Steve sería derribado de un balazo antes de que hiciera una yarda.

La inacción y el silencio mortal empezaron a ser intolerables para Steve. Su brazo herido le producía intenso dolor. El hambre y la sed lo torturaban. Miraba aquella olla colgada sobre el fuego, aunque ya su contenido debía haberse evaporado. Sentía un ansioso deseo de volverla a llenar con sus provisiones y comer una substanciosa sopa. Casi se sintió tentado a gritar "tregua" y confiar en que el bandido la respetaría hasta que hubieran comido. Había también agua allí, agua que chorreaba permanentemente de la pared, de alguna fuente escondida. Si solo pudiera humedecer su lengua reseca y...

¡Crac! Oyó la detonación de una pistola y una bala pegó en la roca, a una pulgada de su cabeza, perdiéndose en el espacio. Instintivamente, Steve se acercó más a la roca que lo ocultaba, justo a tiempo para evitar una segunda bala, la cual hizo caer una lluvia de cascotes de la roca, lastimándole las mejillas y el cuello, pero sin tocarle, afortunadamente, los ojos.

Mientras se daba vuelta sobre sí mismo, vió el fogonazo a través del humo que llegaba casi hasta el bajo techo de la caverna. Mohave Pete había trepado hasta algún sitio desde donde dominaba el refugio de Steve. Sólo aquel fogonazo reveló al joven la posición del bandido. Apenas se había extinguido el fogonazo, cuando el arma de Steve rugió. Tiró a ciegas; pero acertó al parecer. Mohave Pete lanzó un grito, mitad gemido. Oyó Steve sus botas arañando las rocas, luego una pesada caída. Rápido como un gato, Steve se levantó, saltando hacia la saliente de roca. Al dar vuelta el recodo, halló a Mohave Pete que luchaba para levantarse como un boxeador a quien se le cuenta el tiempo. Le corría sangre por el rostro Todavía empuñaba la pistola y al verlo a Steve la levantó e hizo fuego, pero una fracción de segundo demasiado tarde. Un puntapié de Steve le alcanzó en la muñeca, desviándole la puntería. La bala pasó inofensivamente junto al mozo, mientras éste se agachaba y, con la culata de su pesado Colt, le daba al bandido un golpe en la cabeza, haciéndolo caer sin sentido. En un decir amén, el joven quitóle a Mohave Pete los cintos y con ellos lo ató de pies y manos.

Examinó y vendó la cabeza de Pete; tenía una larga herida, afortunadamente superficial, en el cráneo, producida por aquel tiro feliz. Debió aturdirlo al bandido haciéndolo caer del sitio a donde se había trepado. Era un afortunado final de tan desesperada aventura.

A los cinco minutos, Steve había reavivado el fuego y puesto nuevamente a hervir las ollas, con provisiones de su propiedad. Mohave Pete volvió en sí; pero rehusó hablar, aunque aceptó el alimento que Steve le ofreció. La larga noche pasó sin incidente. Luego se presentó el problema de conducir el prisionero a Fresno, porque rehusó terminantemente caminar.

—Cárgueme si quiere — le dijo sombríamente. — No podrá usted obligar a Mohave Pete a ir por su pie hasta la horca.

La dificultad fué resuelta de un modo que no hubiera podido convenir mejor a Stratton.

Estaba parado fuera de la caverna cuando oyó ruido de herraduras resonando en el cañón. Tenía el rifle de Pete en la mano y se puso a cubierto, dispuesto a pelear otra vez si eran bandidos, amigos del prisionero.

Aparecieron dos jinetes.

Casi lanzó Steve un grito de júbilo al ver al sheriff Offer y al comisario Somers, que venía cabalgando cautelosamente hacia él.

—Deben haber encontrado el caballo muerto — pensó el joven. — Y se proponen buscar al que lo dejó allí. Se van a sorprender.

Los dos jinetes miraban a derecha e izquierda o hacia los altos riscos. Al ver la caverna se detuvieron.

—¡Arriba las manos, sheriff! — gritó Steve. — Ambos estáis cubiertos.

Offer levantó las manos, como si se las hubieran movido con una cuerda. El comisario alzó tontamente su rifle y su sombrero Stetson voló de un balazo. Bajó el rifle como si estuviera calentado al rojo y levantó las manos.

—Bajad de los caballos — ordenó Steve. —Tirad los cintos. Así. Ahora, Somers, agarre su cuerda y átelo fuerte al sheriff. Bien fuerte. De pies y manos. Déjelo ahí. Traiga ahora los caballos; pero no se quedé detrás de ellos.

Somers, pálido como un muerto, temblando como si tuviera fiebre, condujo los caballos hasta la caverna y ató las riendas a un pino.

Steve salió de su escondite presentándose a los dos hombres. Todavía llevaba puestos el chaleco de cuero de pony y la bufanda amarilla de Mohave Pete.

El sheriff Offer y su comisario lo miraron estupefactos.

—¡Usted! — exclamó el sheriff. — ¡Era a usted a quien perseguíamos!

—Seguro, sheriff. Y fué a mí a quien estuvo a punto de matar, aunque me había rendido.

—Me engañó usted, haciéndome creer que era Mohave Pete ¿eh? — rugió Bart Offer. ¿Lo ayudó usted a escapar? ¡Infernal cacharro de zorrino! Bueno, es usted tan culpable como él y será ahorcado por esto

—No se sienta tan seguro, sheriff. Quizá ahorquen a alguien; pero no será a mí. Usted y su fuerza estuvieron a punto de matarme. Mis manos estaban levantadas. Si hubiese usted procedido como debe hacerlo cualquier hombre y sobre todo un sheriff, hubiera sabido como llegué a verme en este conflicto. Matar a un hombre rendido es un crimen, sheriff. Usted y su gente tendrán que dar cuenta de esto, como me llamo Steve Stratton.

Apuntó a Somers con su rifle.

—Entre pronto a la caverna, ahora — ordenó—y llevólo hasta donde estaba Mohave Pete, echando espuma por la boca, en el suelo.

—Lleve afuera a ese hombre — le ordenó.

Los ojos de Somers casi se le salieron de sus órbitas.

—¡Monave Pete! — exclamó. — ¿Usted lo arrestó?

—Menos charla y haga lo que le digo. Cuidado ahora o mis pistolas hablarán.

Somers se agachó para desempeñar su tarea; levantó al bandido que se retorcía y lo sacó afuera. La mandíbula del sheriff cayó al ver aquello; pero Steve no se ocupó de él ni de lo que decía:

Obligó a Somers a colocar a Mohave Pete encima de uno de los caballos y atar los pies del hombre, bien seguros, por debajo de la barriga del caballo.

Hecho eso, las piernas del sheriff fueron soltadas para que pudiera caminar; el extremo de la cuerda estaba atado a la montura del mismo caballo.

Ahora Steve no tuvo necesidad más que de atar a Somers con su propio lazo, del otro lado del caballo donde iba el bandido. Hecho eso, el mozo montó en el caballo del sheriff y empezó la marcha de regreso.

Estaba avanzada la tarde cuando los habitantes de Fresno sacudieron su habitual letargo al aparecer aquella extraña procesión. Era algo que no habían visto nunca. Su propio sheriff y el comisario atados, cubiertos de polvo y de sudor, a cada lado de la montura donde venía agachado el temible bandido, el asesino, el ladrón de ganado, Mohave Pete. Y aquel trío formidable era conducido por un jovenzuelo, herido, Steve Stratton, de la estancia "Círculo S".

Cuando la procesión llegó al juzgado, el gentío era tan grande que tuvo que detenerse.

El pueblo de Marshall y los principales ciudadanos habían comprendido la gravedad del asunto y prontamente formaron una fuerte guardia en torno de los prisioneros y de su conductor.

Luego, en medio de un silencio mortal, hizo Steve Stratton su relato.

Un coro de exclamaciones de admiración e indignadas se levantó de los espectadores al terminar Steve. La mayoría de los ciudadanos no simpatizaba con el sheriff Offer. Ahora sentían contra él tanta rabia que casi ni se acordaban del prisionero principal.

Todo terminó como Steve lo deseaba. La insignia del sheriff fué arrancada del pecho de Bart Offer y también del de sus comisarios. Se les dió una hora para salir de la población para siempre, mientras Mohave Pete era encerrado para esperar el juicio por sus muchos crímenes. Así terminó la primera y única aparición de Mohave Pete como hombre cuya cabeza ha sido puesta a precio.

FIN

Un señor fué a un Banco a cobrar un cheque y como tenía prisa, le dijo al empleado:

—Haga usted el favor de despacharme en seguida, pues tengo mucha prisa.

A lo que respondió el empleado indignado:

—¡Oiga, caballero! ¿Por qué ha tomado usted esto?

Esto es un Banco, y los bancos se han hecho para descansar.

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

RIO KID NO SE AMILANA

RIO Kid miró al exterior, desde una de las ventanas del hotel del Gato Salvaje, y una expresión de preocupación dibujóse en su rostro. El viento que procedía de las llanuras llenaba las calles de la pequeña localidad de Montana, de polvo. Los hombres que pasaban por la calle miraban en dirección al hotel, mostrándose especialmente interesados por la ventana en que se hallaba el joven vaquero de Texas.

Frente al hotel, tres vaqueros se hallaban hablando animadamente. Más allá otro grupito también se hallaba hablando y mirando ocasionalmente en dirección a la ventana.

Río Kid sabía perfectamente que todos aquellos hombres y muchos otros que también se hallaban en aquella pequeña población de Montana, pertenecían al establecimiento de Sparshott y que lo estaban esperando a él para iniciar una pelea, pero la sónrisa que se dibujaba en sus labios daba a comprender que no se afligía mayormente, por lo que podía sucederle.

Finalmente, salió de delante de la ventana, dirigiéndose hacia la cama en que reposaba Kent Loring, convaleciente de la herida que recibiera.

El joven vaquero sabía perfectamente que Río Kid iba a ser objeto del ataque de sus enemigos. Hacía tres días que ambos se hallaban en Gato Salvaje; pero por lo menos una semana más faltaba a Loring antes de que pudiera levantarse de la cama.

—¿Qué tal?

—Siento que voy mejorando, pero creo que los Sparshott no dejarán que me restablezca completamente, — dijo Kent; — esta es la ocasión que ellos han esperndo para poner fin a nuestra cuestión y estoy seguro de que tanto Rube como Eben Sparshott están en Gato Salvaje con la mayoría de sus hombres, ,dispuestos a poner punto final a la cuestión.

—Yo creo lo mismo

—Lo único que siento es que usted se haya inmiscuido en este asunto, Carfax. No hubiera tenido que hacerlo, compañero.

—Ya lo sé; pero quiero sacar a usted de este apuro, ya que los Sparshott aun no han terminado con usted

En ese momento, se oyeron unos golpecitos en la puerta, y el dueño del hotel, Ms. Cane, entró en la habitación. La expresión que se hallaba dibujada en su rostro hacía comprender que la misión que le traía no era de su agrado.

Río Kid lo miró con una sonrisa en tanto que llevaba una mano a su revólver, y le decía:

—Adelante, compañero, diga lo que quiere...

—Lo siento; pero voy a necesitar esta habitación. No lo recordaba; pero esta habitación había sido reservada la semana pasada, y cuando se la alquilé a ustedes no pensé en ello.

—Muy bien, — dijo Río Kid: — mi compañero ya está bastante bien y nos mudaremos inmediatamente a otra habitación, siempre que usted nos la indique.

—Es que no hay otra habitación en el hotel.

—Sin embargo, no he visto tanta gente...

—Es que no todos han llegado todavía; pero las habitaciones están tomadas...

Río Kid volvió a sonreir.

—¿Eso quiere decir que usted pretende que nos vayamos?

—Sí.

—Pero mi compañero está herido...

—Lo siento, pero necesito la habitación...

—Pues me extraña que usted recién haya sabido esto, desde que los Sparshott han llegado a esta población... supongo que usted querrá una contestación...

—No; quiero la habitación.

—Pues no la va a tener usted, hasta tanto esté restablecido mi compañero... ¿Me comprende?

Mc. Cane sintió que un escalofrío recorría su médula al oir estas palabras. Estaba acostumbrado a tratar con gente ruda, y al ver que Loring estaba herido y que Río Kid parecía ser solamente un muchacho, creyó que su caso sería de difícil solución.

—Bueno, quiero que ustedes se retiren del hotel y les doy media hora de tiempo...

—Usted querrá decir una semana...

El hombre sonrió.

—Comprendo su situación, — prosiguió Río Kid; — usted sabe que los Sparshott están esperando afuera para matar a Loring y usted no quiere que lo maten en su hotel, pues, a semejanza de todos los demás habitantes de Gato Salvaje, quiere conservarse ajeno a esta cuestión, haciendo lo mismo que el sheriff. Por eso quiere usted que nos vayamos del hotel. Pero es el caso que nosotros no podemos irnos.

—Tiene razón, — dijo el hombre: — los Sparshott son capaces de quemar mi casa, si sigo albergando en ella a ustedes, y no quiero que esto suceda, para hacer un favor a ustedes...

—¿Y el sheriff? ¿No tiene acaso el deber de mantener el orden en la población? Pida usted ayuda a él.

—El sheriff no quiere inmiscuirse en este asunto, — dijo Mc Cane; — cuando los Sparshott vinieron a la localidad él tomó su caballo y se fué a Singer...

—Pues es realmente un hombre inteligente, — dijo Río Kid. — me parece que lo mejor que usted puede hacer es tomar también su caballo y seguir al sheriff.

—Los que van a tener que irse, son ustedes... Porque yo no quiero tener nada que ver con el asunto entre los Loring y los Sparshott.

—Pues usted se equivoca, compañero. Yo dispongo de una cantidad de dinero, y voy a pagar a usted todos los daños que se originen. ¿Está conforme?

—No, es necesario que se vayan ustedes.

—Piénselo dos veces.

—No estoy acostumbrado a recibir negativas por contestaciones, por parte de nadie... de modo que váyase usted inmediatamente, que yo enviaré a Loring detrás de usted... ahí está la puerta...

Era indudable que Mc. Cane estaba resuelto a conservarse ajeno a la cuestión entre las dos familias, que duraba ya diez años y que tantos perjuicios había causado ya a Gato Salvaje. A igual que los demás habitantes de la ciudad, el hombre quería conservarse ajeno a todo, sabiendo que el fin no tardaría en llegar.

—Oiga, compañero, — dijo Río Kid, haciendo uso de su mayor paciencia, — usted comprende perfectamente que mi compañero no puede irse de aquí en el estado en que se encuentra, de modo que no es posible que nos vayamos.

—¿No se van ustedes?

—No.

—Entonces haré de modo que se vayan ustedes.

El hombre se abalanzó sobre Río Kid; pero éste estaba preparado y después de una breve lucha, el dueño del hotel, fué a caer por las escaleras abajo, yendo a caer en medio del bar, con una pierna doblada debajo de su cuerpo.

—Oiga, compañero, — le dijo Río Kid, asomándose a la barandilla de la escalera; — no quería usted nuestra compañía, pero creo que ahora habrá cambiado de opinión, y le aconsejo que guarde usted cama durante unos días para reponerse completamente.

Mc Cane lo miró y extrajo su revólver; pero el tiro que sonó inmediatamente después, no fué disparado por él, sino por Río Kid, y el arma del dueño del hotel, cayó de sus manos.

—¿Hay algún otro que quiere que tiremos al blanco? — preguntó Río Kid a los que se hallaban en esos momentos en el bar, y como nadie contestara, entró nuevamente en la habitación.

—Kent, — dijo. — me parece que ese hombre tenía un temor bárbaro a los Sparshott; pero que ahora se habrá convencido de que con nosotros tampoco puede jugar, de modo que creo que podemos estar tranquilos por ahora...

Con estas palabras, el joven vaquero acercóse nuevamente a la ventana...

CUANDO EL DINERO HABLA

Cuando Río Kid salió del hotel pasando por las calles de Gato Salvaje, observó que todas las miradas estaban fijas en él, con una mezcla de curiosidad y admiración.

Desde todas partes se le consideraba como un loco, al saber que se había inmiscuido en el viejo feudo entre los Sparshott y los Loring, sin tener en verdad nada que ver con el asunto

Río Kid, por su parte, comprendió que, en el caso de haber un tiroteo, seguramente ni uno sólo de todos los habitantes se mezclarían en la cuestión, sabiendo sobradamente que si bien era cierto que sus simpatías estaban de parte del último de los Loring, que yacía en el hotel, herido, y a merced de sus enemigos ninguno de ellos estaba dispuesto a manifestar prácticamente su adhesión hacia el muchacho.

Por otra parte, Río Kid no esperaba ayuda de nadie. Veía por todas partes a sus enemigos; pero confiaba ciegamente en su puntería y en la calidad de sus revólveres, y no se mostraba mayormente nervioso.

Río Kid no había salido a dar aquel paseo por que quisiera desafiar a sus enemigos, sino porque tenía que liquidar algunos asuntos y no creía que el hecho de hallarse en la boca del lobo, significara un inconveniente para llevar a feliz término sus asuntos.

Finalmente llegó a una casilla de madera, y entró en ella. Un hombre se hallaba sentado ante una mesa, leyendo un diario de tres días atrás, editado en Butte.

—¿No es ésta la oficina del abogado Dunke?

—Sí.

—¿Está en casa?

—Sí, soy yo... ¿Qué desea? ¿Comprar algún terreno?

—No, — dijo Río Kid; — yo soy de Texas y sólo he venido porque quiero ayudar al joven Loring, a quien admiro sinceramente porque ha sabido pelear como un hombre contra todos sus enemigos.

—¿Entonces es usted el vaquero de Texas?

—Sí...

El hombre echó una mirada poco confortante en dirección a la ventana, delante de la cual pasaban en esos momentos tres hombres de Sparshott.

—No se aflija usted, — le dijo Río Kid, — seguramente ha de tener miedo que el baile empiece en su casa; pero, desde ya, le puedo asegurar que no va a ser así, y que puede estar completamente tranquilo... Los Sparshott no han llegado todavía al pueblo, y sus hombres no van a hacer nada sin esperarlos... Además, he venido para que usted extienda un recibo por la cantidad de cinco mil dólares, que pienso invertir, como hipóteca, en el establecimiento de Loring.

Río Kid acompañó sus palabras con un gesto, sacando de su bolsillo un rollo de billetes de Banco:

—Cuéntelos...

El hombre obedeció.

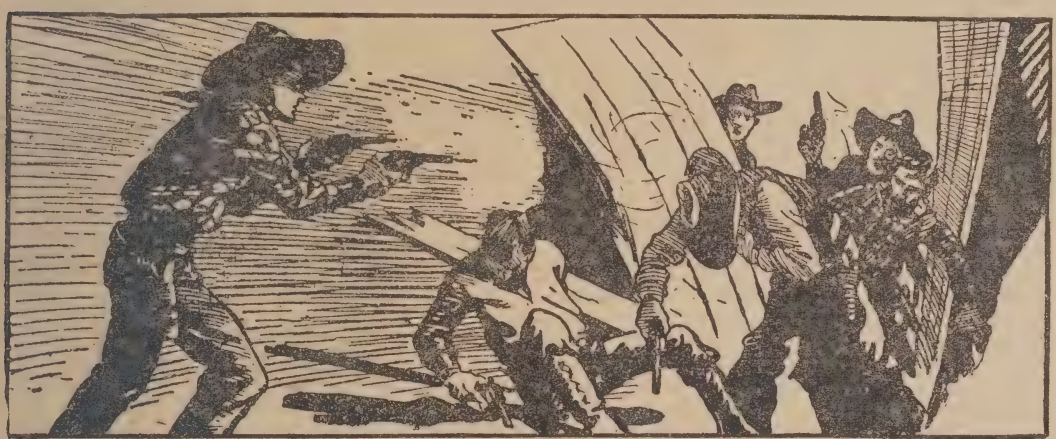
—Son seis mil, — dijo.

—Perfectamente, — dijo Río Kid, — hay cinco mil en hipóteca sobre el campo de Loring, y mil para usted, con la condición de que sepa cumplir con su deber y prometa bajo palabra de honor, que usted ofrecerá esta hipóteca a Kent Loring, sin decirle absolutamente una palabra sobre quién es el dueño de este dinero... y haciendo el interés lo menor posible, para que no sospeche...

—Pero, señor, usted pierde su dinero...

—Eso no le interesa... extienda los documentos...

Unos momentos después, Río Kid salió de la oficina de aquel escribano y abogado de Gato Salvaje, satisfecho de haber cumplido su resolución de favorecer a Loring,



Un momento después la puerta caía bajo la presión de los atacantes.

y de poner en sus manos los medios de rehacer su antigua hacienda, una vez que hubiera terminado con sus enemigos.

Con paso tranquilo y una sonrisa en los labios, Río Kid volvió a tomar por la calle principal del pueblo, en dirección al hotel, y, cuando le faltaban pocos metros para llegar a éste, vió que llegaba a Gato Salvaje Rube y Eben Sparshott.

El último de los nombrados se acercó, con su caballo, a Río Kid.

—¿Todavía está usted aquí?

—Como lo ve.

—¿Y con Kent Loring?

—Sí.

—¿Qué tiene usted que ver en esta cuestión?

—Nada; sólo me guía la atracción de los peligros...

—Pues se verá usted en peligros mayores de los que hubiera querido...

—¡Quien sabe!... Ante todo, debo decir que ayudo a Loring porque es un buen hombre, que ha sido atacado por una serie

de canallas, como lo son ustedes, que sólo tienen el valor de disparar por la espalda... Y, si no me cree usted, invito a cualquiera de ustedes a dirimir aquí, en la calle, ante los ojos de todo el mundo, la cuestión que existe entre las dos familias, para que terminemos de una vez...

La cara de Sparshott se ensombreció de furia; pero no sacó el revólver, sino que, colocándose nuevamente al lado de su hermano Rube, siguió su camino, mientras Kid Carfax le seguía con una sonrisa de desprecio...

TIROS A GRANEL

La noche tendió su manto sobre aquella región del Estado de Montana, en que se hallaba la pequeña localidad de Gato Salvaje. Una excitación extraordinaria flotaba en el ambiente. Toda la banda de los Sparshott se hallaba en el pueblo.

Los dos hermanos Rube y Eben Sparshott también se hallaban en Gato Salvaje y todo indicaba que no tardaría en estallar el conflicto. Todo el mundo sabía que en aquella noche iba a definirse la lucha entre las dos familias

Desde que Peter Sparshott había sido linchado diez años antes, no había habido ninguna tregua, y en esa noche iba a terminar todo. Nadie ignoraba que los dos hermanos Sparshott tenían la intención de sacar del hotel al último de los Loring y colgarlo del árbol que existía delante de la casa, en la misma forma como sus antecesores habían ahorcado públicamente a Peter Sparshott. Era el fin de la lucha, y todos los habitantes de Gato Salvaje deseaban que sobreviniera el fin, aunque más de uno de ellos sentía compasión por el joven Kent, cuyas horas parecían estar contadas Pero nadie pensaba siquiera en intervenir en la lid, y el sheriff se había ausentado para Singer, de donde no regresaría seguramente hasta que los Sparshott regresaran nuevamente a su establecimiento.

El único que se había interpuesto entre Kent Loring y sus enemigos era Río Kid, el joven vaquero de Texas, que era un proscripto en su propio Estado. Y él mismo no sabía por qué se había mezclado en este asunto. Cuando saliera de Texas había resuelto no volver a hacer uso de sus revólvers, y ahora sonreía al pensar en aquel voto. Los primeros contratiempos se le habían presentado en la región de Arizona, y, ahora en Montana, todo indicaba que llegarían a su grado máximo.

Los Colts que había pensado no volver a usar iban a tener que prestarle aquella noche grandes servicios. Todo indicaba que aquella noche sería una de las más memorables de su vida.

Desde la habitación en que se hallaba al lado de su compañero herido, pudo comprender que los Sparrhott se hallaban dueños de la población y los habitantes de Gato Salvaje se guardaban bien de interponerse en su camino.

Río Kid había cerrado el postigo de la habitación y en dos ocasiones una bala había chocado contra ellos.

—Creo que el tal Mc Cane tenía sobrados motivos para querer deshacerse de nosotros — dijo Río Kid — por más que todo indica de que esos señores no tienen mayor apuro en atacarnos.

—Vamos a caer ante la mayoría — dijo Kent — Kid creo que lo mejor que puede usted hacer es tomar su caballo e irse, antes de que sea tarde.

—Todavía no me han matado, compañero — dijo Río Kid riendo — yo le he dicho a usted, Kent, que había de ayudarle y presiento que esta noche no habrá ningún linchamiento en Gato Salvaje.

En ese momento, una bala dió contra el postigo.

—Esta gente ya está haciendo demasiado ruído — dijo Río Kid, friamente — voy a ir a decirles que se vayan. Quédese aquí, y conserve el revólver en las manos, para evitar cualquier eventualidad.

Río Kid bajó las escaleras y cuando llegó al bar, vió que todas las miradas estaban fijas en él. En el local no se hallaba ninguno de los miembros de la banda de los Sparshott, los que, empero, se habían reunido delante de la puerta. Río Kid, con la mayor sangre fría, dirigióse hacia la puerta y la abrió, en tanto que todos los clientes que se hallaban en el bar, se apresuraban a salir por la puerta de atrás del local.

Al ver que los dos hermanos Sparshott se hallaban delante del hotel, rodeados por sus hombres, Río Kid se dirigió hacia ellos con una sangre fría, que, por un momento, dejó a todos atónitos:

—Caballeros — dijo — no me gusta arruinar el placer de los demás; pero es el caso que ustedes están haciendo aquí un ruído infernal y como yo estoy en este hotel en compañía de un enfermo a quien no le hacen bien tantos tiros, les ruego que se vayan de aquí inmediatamente...

Un murmullo hízose sentir a su alrededor

—Ya sé, señores, y me refiero a los hermanos Spashott, que ustedes buscan a Kent Loring, y como él no está en condiciones para hacerles frente, yo me he constituído en su representante. De modo que, si no son cobardes, invito a cualquiera de ustedes dos a que levante su revólver y demos principio al duelo...

Los dos hermanos tenían ssu revólveres en la mano, y, durante un momento, ambos quedaron perplejos; pero después, Eben, el mayor, levantó su revólver.

Pero Río Kid era más rápido que él, y al mismo tiempo que la bala disparada por Eben Sparshott le rozaba apenas el cuero cabelludo, éste caía al suelo con el corazón atravesado por una bala.

Como es de imaginarse, el asunto produjo la consiguiente excitación en el ánimo de los hombres de la banda de Sparshott, los que, como uno solo, descargaron sus revólveres sobre Río Kid; pero éste, previendo

lo que iba a acontecer, apresuróse a cerrar la puerta y las balas dieron contra ella.

El joven vaquero, entonces, sabiendo que los hombres asaltarían el hotel, apagó rápidamente con un tiro la lámpara que iluminaba el local, subiendo a la escalera.

Un segundo después, la puerta caía bajo la presión de tantos atacantes y estos entraban en el local. Fué entonces que los revólveres de Río Kid entraron de lleno en función, hiriendo y matando a granel, y en el umbral de la puerta, con el corazón atravesado por un proyectil cayó Rube Sparshott, el último de la familia...

EL FIN DE LA LUCHA ENTRE LOS SPARSHOTT Y LORING

La lucha entre las dos familias había terminado aquella noche, aunque no en la forma como lo habían pensado los Sparshott. Durante toda la noche, el tiroteo había continuado entre Río Kid y los hombres de la banda de Sparshott, los que, obligados a retirarse del hotel ante el fuego incesante de los revólveres de Río Kid, seguían, sin embargo, descargando sus armas contra el hotel, en el que, en esos momentos, solo quedaban tres personas: Kent Loring, herido, Mc. Cane, con una pierna fracturada y Río Kid, el hombre que estaba dispuesto a defender, solo, aquella fortaleza improvisada.

Pero la mañana siguiente trajo la reflexión a los ánimos de los hombres de Sparshott y Río Kid vió que uno de ellos, agitando una bandera blanca, llegaba hasta el hotel.

—Vaquero — dijo al entrar — he venido para pedirle que nos permita usted llevarnos los cadáveres de los que han muerto en esta lucha, que ha puesto fin al encono que existía desde hace diez años entre las familias de Sparshott y de Loring, y que ahora ha terminado con la victoria de los Loring. Nadie de nosotros, tiene interés en continuar la lid, y la banda que usted,, ha visto va a disolverse para buscar trabajo en otro establecimiento...

—Perfectamente — dijo Río Kid — no tengo ningún inconveniente en acceder al pedido de ustedes, siempre que me prometan formalmente de dar por terminada la lucha.

—Se lo prometemos.

—Está bien...

Poco después, los hombres que habían integrado la banda de los Sparshott salían del pueblo de Gato Salvaje, produciendo un verdadero alivio en los ánimos de los habitantes de todo el pueblo.

Por fin habían terminado aquellos tiroteos, que, desde hacía diez años habían tenido en constante zozobra a Gato Salvaje.

Río Kid dirigióse, entonces, a la habitación en que se hallaba Kent Loring y le puso al corriente del fin de la lucha.

El vaquero de Texas permaneció aún unos días en Gato Salvaje, hasta que Kent Loring pudo levantarse de la cama e instalarse nuevamente en su campo, después de haber recibido la hipoteca de cinco mil pesos del escribano Dunke.

—Quisiera saber quien ha sido el que dió ese dinero — dijo Kent Loring — porque Dunke no ha querido decírmelo...

Río Kid, como es lógico, sabía perfectamente, quien era el benefactor de Loring; pero no se dió a conocer.

—Kid — prosiguió Kent — le ofrezco ser mi socio en el nuevo establecimiento...

—Lo siento — dijo Río Kid — pero yo tengo que seguir mi camino; por que debo cumplir una misión importante...

—¿Pero después ha de volver?

—Sí, creo que no faltará la ocasión en que pueda volver por aquí...

Y Río Kid montó en su caballo tomando rumbo hacia el lugar en que en vez de novillos, se criaban ovejas, y, donde, según los informes, la gente es más tranquila... Buscaba, por fin la tranquilidad, que, hasta entonces, no había podido encontrar.

Y, al llegar a un río, sacó de su bolsillo el documento firmado por Dunke, que era la constancia de su hipoteca, y, rompiéndolo, echó los fragmentos al agua... Kent Loring ya no tendría que devolver los cinco mil pesos...

Pero, ¿encontraría Río Kid la tan ansiada paz?

UNA SORPRESA PARA RIO KID

Río Kid había tomado en dirección al Sud, cuando saliera de Montana en la intención de llegar hasta la región donde se criaban ovejas. Por cierto, a igual de todos los vaqueros, detestaba la cría de ovejas; pero ello no había logrado influir en su ánimo, puesto que había decidido dirigirse a Wyoming, cansado de estar siempre con las armas en la mano y sabiendo que en las regiones donde los ganaderos se dedicaban a la cría de los lanares, no se hacía uso del revólver con la misma facilidad y frecuencia que en los lugares donde habitaban los vaqueros. Además, aunque el mismo no quería admitirlo, había resuelto dirigirse hacia Wyoming, porque ese Estado se encontraba más cerca de Texas que Montana, y aunque proscripto en su propia patria, ansiaba estar tan cerca de Texas como le fuera posible.

Por otra parte, el hecho de existir en Wyoming un estado de cosas completamente distinto de Texas, a consecuencia de la distinta manera de criar el ganado, quedaba, a su juicio, compensado con el viaje a través de una extensa llanura, previa a la llegada a la primera localidad, de nombre Pawhee Ford, situada sobre las laderas de la montaña de Squaw.

En el camino, y teniendo en cuenta que en el país de las ovejas, como se llamaba comúnmente a Wyoming, no se usaban revolvers, Río Kid, con el fin de evitar sospechas, había dejado en lugar seguro sus dos Colts, que le habían acompañado siempre,

conformándose con llevar en un bolsillo un pequeño revólver, con el fin de no estar jamás completamente desarmado.

Además, cuando seguía el curso del Río Squaw, deseoso de llegar a Fawnee Ford, había averiguado que entre los criadores de ovejas y un grupo de vaqueros hallábase en esos momentos pendiente una lucha jamás observada anteriormente en esas regiones, y aunque no había podido saber los motivos, ni por lo tanto, apreciar de parte de cuál de los dos bandos estaba la razón, Río Kid se inclinaba instintivamente hacia el lado de los vaqueros.

Hallábase, aproximadamente, a tres millas aun de Pawnee Ford, y ya se veía a la distancia las casas de la población, cuando, repentinamente, tuvo que convencerse, Río Kid, de que la población en esas regiones no era del todo tan pacífica como él lo había creído, pues repentinamente sintió que una bala pasaba a cierta distancia de su cuerpo, y al mismo tiempo, el ruído de una detonación confirmó el ataque.

Era cierto que el hombre que acababa de disparar aquel tiro tenía una puntería muy mala, pero Río Kid, acostumbrado a los tiroteos, comprendió inmediatamente que él agresor, que en este caso no pasaba de ser un asaltante, con la agravante de que ni siquiera le había dado la ocasión de levantar las manos antes de hacer fuego, usaba un Colt calibre 45 y no se hallaba a más de treinta metros de distancia.

Río Kid apeóse inmediatamente del caballo, escondiéndose del otro lado del camino, que se hallaba bordeado por arbustos y extrajo de su bolsillo el revólver que él llevaba, felicitándose de haber sido tan previsor de no ir a Wyoming, completamente desarmado.

Durante un buen tiempo permaneció el joven vaquero de Texas oculto detrás del mencionado arbusto, esperando que su agresor levantara la cabeza, para ver de quién se trataba.

En el ánimo de Río Kid debía ser algún criador de ovejas, enemistado con los vaqueros de la región, y que lo había confundido a él con uno de ellos. Por eso, fué mayor su sorpresa, cuando después de unos minutos, asomóse detrás del arbusto un hombre, que,, a todas luces, revelaba ser un vaquero, y que, revólver en mano, se acercaba al lugar en que él se hallaba, seguramente con el afán de poner fin a la situación.

Río Kid dejó que el hombre se acercara hasta encontrarse a unos diez metros de donde estaba él, y, entonces, se levantó repentinamente, apuntándole con su revólver, al mismo tiempo que le gritaba:

—Manos arriba.

El vaquero no acató la orden, sino que levantó su Colt con el evidente propósito de hacer fuego. Pero Río Kid, siempre listo en el manejo de las armas, aun en el caso, como ahora, de ser estas de pequeño calibre, fué más rápido que él y un certero tiro hizo que el Colt cayera de las manos del agresor, al mismo tiempo que Río Kid se echaba sobre él, echándolo al suelo, y poniéndole una rodilla sobre el pecho, a la vez que levantaba el revólver caído y lo dirigió hacia el asaltante.

Todo ello habíase desarrollado con una velocidad realmente fantástica, de modo que el agresor apenas había tenido tiempo de cerciorarse de lo que le había ocurrido, cuando ya vió el cañon de su propio revólver, dirigido sobre él.

LA FUGA DEL COWBOY

—Me ha atrapado usted — dijo el hombre, cuando se vió en poder de Río Kid.

—Así parece — contestó éste, — y puede usted creerme que me cuesta no romperle la cabeza de un balazo, por su cobarde agresión.

—Bah, no me importa... morir aquí o en Pawnee Ford, me es indiferente.

Río Kid se levantó, permitiendo al adversario a que hiciero otro tanto pero siempre enfocándole con su revólver.

—Lo buscan a usted en Pawne Ford?

—Sí.

—¿Es usted un vaquero?

—Sí.

—¿Y por qué me ataca usted en forma tan traidora, desde detrás de un arbusto, cuando yo no le había hecho nada, ni me conocía usted?

—Quería apoderarme de su caballo.

—Pero esa no era la forma más correcta de pedirle a un hombre que le prestara su caballo, y creo que tengo motivos sobrados para negarme ahora a facilitárselo. ¿Por qué lo buscan a usted en Pawnee Ford?

El hombre se encogió de hombros.

—Los criadores de ovejas se muestran poco hospitalarios con respecto de los vaqueros, en esta región — dijo — y, por lo visto, debe usted ser un extranjero aquí, para no saberlo.

—Sí, soy de Texas.

—¿Es usted un vaquero?

—Naturalmente.

—Hombre, de no haber sido por que estaba perseguido, créame que jamás hubiera hecho fuego contra otro vaquero, pero, en la nerviosidad, no vi nada. ¿Verdad que no entregará usted un vaquero a esos criadores de ovejas?

—De ninguna manera.

Río Kid quedó pensativo.

Sabía que entre ambos había una lucha y que este hombre iba a pagar con su vida cualquier cosa que hubiera hecho, de caer en manos de sus perseguidores; pero el hecho es que él había atacado en diversas circunstancias en que había sido perseguido, y, jamás había recurrido a medios de esa naturaleza. Eso no estaba bien, y, en verdad, el hombre no merecía, por ese solo motivo, ser ayudado... Pero era vaquero, y eso hacía que olvidara todo para evitar que cayera en manos de quienes lo estaban buscando, no sabía por que motivo.

En el pequeño descanso, Río Kid y el dueño del hotel sostuvieron una breve lucha, y, poco después, Mc Cane bajó rodando los peldaños de las escaleras.

Desde lejos oíase el galopar de unos caballos y el vaquero tembló.

—Ahí vienen.

—Perfectamente — dijo Río Kid, — usted ha sido un cobarde; pero no quiero entregar a un vaquero a esos ovejeros para que lo linchen. Le presto mi caballo, para

que se escape... además, tome usted su revólver...

El hombre no podía creer la bondad de Río Kid.

—Compañero — dijo — no creí hallar en usted esa bondad, pero le agradezco lo que ha hecho por mí. Cuando quiera usted volver a las montañas de Squaw y si pregunta por Jud Starbuck, en seguida me encontrará y yo le devolveré su caballo... Buenas tardes...

De un salto el hombre estuvo en la montura; pero el caballo de Río Kid no se movió, sin antes escuchar de éste unas palabras. Después salió al galope tendido...

Río Kid siguió con la vista al desconocido que en esta forma se alejaba con su caballo, y se hizo un sinnúmero de reconvenciones por no haber podido evitar nuevamente de inmiscuirse en asuntos que no le interesaban, siguiendo, luego, su camino a pie.

Por cierto el pedestrismo no era, precisamente, muy del agrado de Río Kid, quien, como todos los vaqueros no hacía cincuenta metros a pie; pero se consolaba con la idea de que sólo le faltaban tres millas para llegar a Panwce Ford, donde pasaría la noche, alquilando al otro día un caballo para trasladarse a las montañas de Squaw en busca de su propio corcel.

¿Y qué habría hecho aquel hombre en el pueblo para ser perseguido? Ante los ojos de Río Kid, era un vaquero; pero un vaquero cobarde; porque no de otra forma hubiera sido capaz de hacer fuego contra él desde un lugar oculto, sin darle siquiera la oportunidad de salvar la vida y, seguramente se habría conducido en forma poco honrosa en Pawnee Ford, por lo que él no podía decir a nadie que le había ayudado en la fuga, si no quería que fuera linchado en lugar del hombre que acababa de huír.

El ruído del galope de los caballos se había mitigado, indicando que los jinetes se habían dirigido hacia otro lado; pero, aun percibíase en lontananza, acompañado de tanto en tanto, por algún tiro aislado.

¿Llegaría Starbuck a las montañas, donde estaría entre vaqueros, y seguro de las persecuciones de los ovejeros?

Río Kid lo dudó por un instante, y, en el fondo, no obstante su cobardía, deseó al hombre mucha suerte...

LA CONFUSION

Río Kid levantó las manos, con una sonrisa burlona en los labios, cuando oyó la orden de detención que le fué impartida

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

por el sheriff, con quien acababa de encontrarse.

En Texas, Río Kid había hallado jamás mayor satisfacción al encontrarse con los representantes de la ley; pero en Wyoming ello no le importaba mayormente; porque en esta región no se conocían sus fechorías y su proscripción.

No se trataba ya de un asalto sino del sheriff y de su gente, y Río Kid creyó que nada tenía que temer de ellos. Cuatro revólveres le apuntaban pero Río Kid no tenía la menor intención de resistirse.

Por lo tanto, sonrió amablemente en tanto que todos los hombres tenían fijas en él sus penetrantes miradas.

—Buenos días, señores, ¿puedo serles útil en alguna cosa?

—Puede usted mantener en alto los brazos si no quiere que lo acribillemos a tiros.

—Muy bien, caballeros.

—Atele los brazos, Peterson — dijo el sheriff.

Encontróse atado y ya iba a hacer uso de su revólver; pero reflexionó y consideró que era mejor esperar, puesto que, sin duda, esos hombres llegarían a comprobar después su error.

Los jinetes guardaron entonces sus armas, y, el sheriff, dirigiéndose a Peterson, le dijo:

—Lleve usted a ese hombre con su caballo.

—Pero, sheriff, yo no soy el hombre a quien buscan ustedes... acaso no lo conocen ustedes personalmente?

—No, sabemos únicamente que mató a Billy Ward y eso nos basta.

—Pero habrá testigos que han visto el incidente y reconocería al criminal.

—Lo único que saben es que fué un vaquero.

—Pues no he sido yo.

—Eso tendrá usted que comprobarlo; porque nosotros sabemos únicamente que

Los hombres partieron en dirección al pueblo.

Los ojos de Río Kid brillaron con extraño fulgor.

—Señores — dijo — ¿no van ustedes a decirme lo que quieren de mí? No recuerdo haber tenido jamás nada que ver con ustedes.

El sheriff volvió a mirarlo fijamente.

—Usted es el hombre que buscamos. Su descripción nos lo asegura. Queremos demostrar a ustedes, los vaqueros de Squaw Montains, que no tienen derecho a asesinar impunemente a los habitantes de Pawnee Ford.

—Pues me extraña que usted diga eso porque jamás he estado en Pawnee Ford, ni conozco Squaw Montains.

—Eso lo podrá decir usted cuando tenga que responder ante el tribunal por la muerte de Billy Ward.

—Le aseguro que no he oído ese nombre antes — dijo Río Kid.

—Puede ser; pero ahora le hemos atrapado a usted, y va a tener que purgar su falta.

Pocos momentos después Río Kid encontró a un vaquero y que, cuando matamos su caballo, huyó a pie...

Río Kid guardó silencio.

Había prestado su caballo al hombre que en esos momentos buscaban.

El sheriff echó un vistazo sobre las botas de Río Kid y viendo que ellas no estaban sucias, le dijo:

—Usted no ha caminado mucho por lo visto. ¿Dónde está su caballo, si es que usted no es el culpable?

—Me lo quitó un hombre que llevaba un revólver y me amenazó con él.

—Bueno, si no es usted el culpable, ya tendrá oportunidad de demostrarlo en el juicio que se le seguirá.

—Perfectamente — respondió Río Kid — entonces, por ahora, voy a aceptar el ofrecimiento de usted, sheriff, para dirigirme a Pawnee Ford en el caballo del señor Peterson, siempre que alguno de ustedes quiera darme una mano, por que no tengo aptitudes de sapo para saltar encima del caballo con las manos atadas.

Los hombres partieron entonces en direc-

ción al pueblo, y, el sheriff quedó en cierto modo pensativo, mirando de tanto en tanto a Río Kid. Este, al observarlo, le sonrió:

—Oiga, sheriff — dijo — ha atrapado usted a un hombre inocente, y creo que usted mismo estará convencido de ello, puesto, que yo me dirigía cuando ustedes me detuvieron, en dirección a Pawnee Ford, en lugar de huir de allí.

—Es cierto — dijo el sheriff.

—Pero esos vaqueros son capaces de cualquier cosa — dijo Peterson.

—Pero me ha dicho usted que un hombre le obligó a desprenderse de su caballo... Si eso es cierto, dígame usted en qué dirección escapó.

Río Kid permaneció en silencio. Sabía que la solicitud del sheriff era completamente razonable; pero no quería acceder a ella, considerando que no había ayudado a aquel hombre, para luego delatarlo...

—En otro momento se lo diré — dijo Río Kid — por ahora quiero que me lleven ustedes a Pawnee Ford; porque me interesa sobremanera conocer ese pueblo.

Los hombres lanzaron un gruñido y la comitiva siguió en dirección al pueblo, comprendiendo solo en ese momento Río Kid la difícil situación en que se hallaba colocado.

LA LEY DE LYNCH

—Que lo linchen... que lo cuelguen...

Las exclamaciones de la muchedumbre llegaban claramente a los oídos de Río Kid, quien no pudo menos de asombrarse del feroz carácter de aquellos criadores de ovejas, que tenían fama de ser tan buenos.

Toda la ciudad se hallaba presa de la mayor excitación, la que subió de punto cuando los habitantes de Pawnee Ford, vieron que regresaba el sheriff con sus hombres y que traían un prisionero, y que éste era un vaquero.

Con dificultad pudieron los hombres abrirse paso a través de la muchedumbre, la que trataba de ensañarse con Río Kid, gritándole toda clase de amenazas, entre las que se destacaban, empero, con especial claridad, las que llamaban a lincharlo inmediatamente.

Río Kid comprendió que el hombre que había sido asesinado debía haber sido muy popular en Pawnee Ford, y que, sin duda, se había tratado de un vulgar asesinato y no de un duelo legal.

Era indudable que el error había sido cometido, en vista de que la mayoría de los espectadores habían visto el episodio desde lejos. Además, evidentemente, Starbuck no había dado ocasión al criador de ovejas de defenderse, recordando Río Kid en ese momento el episodio que se había desarollado pocos minutos antes, cuando él, por poco, había caído también víctima de las balas de aquel traidor.

Sin duda se trataba de un cobarde despreciable. Era cierto que en aquella región los vaqueros, en minoría, tenían que que ayudarse entre sí; pero todo tenía un límite, y él no podía consolarse al pensar que había ayudado a un cobarde a escapar de su justo castigo.

Un hombre abrióse paso en esos momentos, poniéndose delante de los jinetes. Llevaba un revólver en la mano.

—Haga usted el favor de entregar a ese hombre, sheriff, — dijo.

—Sal del camino, Jim Ward, que debo conducir al prisionero al calabozo.

—Va usted a entregármelo...

—Que lo linchen...

—Este hombre sostiene que él no ha sido el asesino, — dijo el sheriff, — y es preciso darle una oportunidad para demostrar la exactitud de sus palabras.

—¿Qué oportunidad dió él a mi hermano cuando lo mató? Y eso que Billy no llevaba jamás un revólver.

Río Kid sintió que sus piernas le temblaban al observar ahora que el asesinato se había producido en la forma que él lo había temido. Jud Starbuck había asesinado al criador de ovejas a mansalva, y en este momento huía del justo castigo, mientras él iba a pagar su caballerosidad con la vida.

—Entréguelo usted, sheriff, que vamos a lincharlo ahora mismo.

—Imposible; es mi prisionero y debo llevarlo al calabozo.

—Señores, — dijo Río Kid entonces fríamente; — espero que ustedes darán al sheriff la oportunidad que él ha pedido. Yo no soy el hombre que ha matado aquí a uno de ustedes, porque jamás he estado en Pawnee Ford. ¿Qué harán ustedes cuando se llegue a comprobar mi inocencia después de haberme linchado?

—Usted es el culpable; porque es un vaquero de Squaw Montains.

—Pues se equivoca usted, porque soy de Texas.

—Entonces es uno de los tantos vaqueros que van a refugiarse en aquellas montañas, porque la ley los persigue.

—Que lo linchen ahora mismo...

—Ward, salga usted del camino, sino quiere que se lo ordene a balazos, — dijo el sheriff.

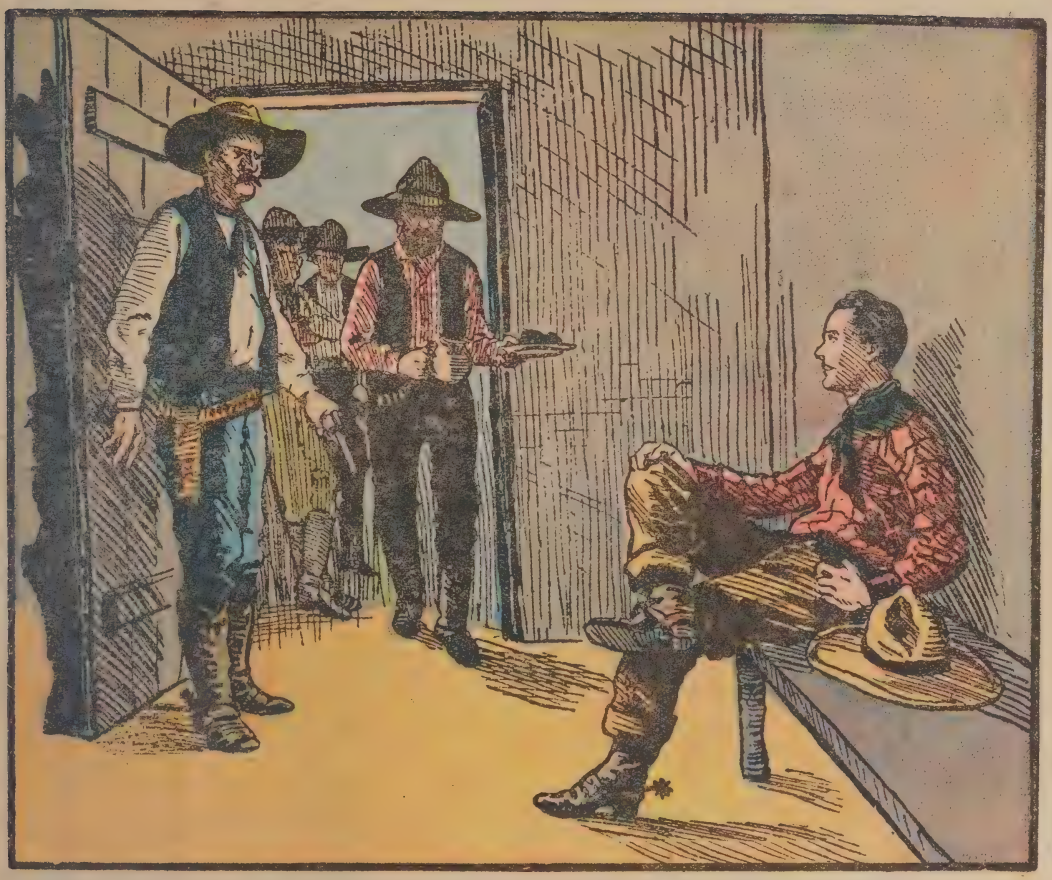
—Bueno, encierre usted al prisionero en el calabozo, que no tardaremos en sacarlo de allí. — dijo el hermano de la víctima poniéndose a un lado, y permitiendo al sheriff y a su gente llegar hasta el calabozo, donde pudieron encerrar a Río Kid, en tanto que, afuera, la muchedumbre, seguía vociferando.

Río Kid, quien en Texas ya se había encontrado en situaciones análogas, comprendió que aquella situación se tornaba cada vez más grave para él y que aquellos hombres, completamente exasperados, no escu-

---

En un discurso pronunciado en un concierto en honor de un grupo de soldados heridos, el presidente de la comisión organizadora dice:

—Siento un verdadero placer en ver reunidos aquí a tantos heridos, pero me hubiera gustado que hubieran sido más todavía.



—¿Por qué pone usted esa cara, sheriff? ¿Van a linchar a alguno esta noche?

charían ninguna razón, sino que no se calmaría hasta que él hubiera pagado con la vida el crimen que se le imputaba. La lucha entre los vaqueros y los criadores de ovejas, había culminado con el asesinato de uno de estos últimos, en forma alevosa, y cualquier vaquero que hubiera llegado aquel día a Pawnee Fork hubiera estado en peligro de ser linchado cuando más Río Kid, sobre quien recaían sospechas de ser el autor del cobarde atentado.

Una vez en el calabozo, fueron desatadas las manos de Río Kid, procediendo el sheriff a registrarlo prolijamente, encontrando el pequeño revólver, y los seis mil dólares que Río Kid llevaba en el cinto.

—¿No decía usted que no iba armado?— preguntó el sheriff.

—A eso no le llamo yo arma, — dijo el proscripto de Texas — ¿Acaso fué asesinado el hombre que ustedes me han citado con un revólver así?

—No, con un Colt. Y además, de dónde ha sacado usted ese dinero, ¿Acaso le han pagado tanto en su última colocación?

—No, lo he ganado en las minas de oro de Arizona.

—¿Asaltando a alguno?

—Está usted equivocado...

—Bueno, ya explicará usted todo eso a las autoridades.

El sheriff salió del calabozo y Río Kid permaneció solo durante algún tiempo.

Después sintió que la puerta era nuevamente abierta entrando el sheriff con otro hombre, quien le traía la comida al prisionero...

—¿Qué cara de angustia pone usted, sheriff? ¿Hay un linchamiento esta noche?

—Desgraciadamente, creo que no podré evitarlo, — dijo el sheriff; — los hombres están exaltados y va a ser imposible contenerlos... dese usted por perdido, desde ya... por más que yo, desde luego, haré cuanto pueda para evitar que lo linchen.

El sheriff salió y Río Kid quedando nuevamente solo, pensó en la difícil situación en que se hallaba colocado...

De repente, un golpe formidable fué descargado contra la puerta. Era la población que deseaba comenzar con la ejecución de la Ley Lynch...

Continuará)

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

❋ ❋ ❋

Administración

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroismo, de amor y de odio

(Continuación)

YO soy la hija del xerife morabito Sydi Juzef Abd-el-Azis-ben-al Hbayzary; su nombre llena la tierra; su espada hacía temblar a sus enemigos; si él hubiera querido el trono del imperio, nadie se hubiera atrevido a disputárselo; pues bien: yo, que soy su hija; yo, que como él, soy pariente del Profeta; yo, que le heredo, yo me proclamo ante ti sultana de Marruecos, contra el miserable xerife Sydi Ahtmed; yo soy también xerife; yo soy la sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-Abd-el-Azis-ben-al-Hbayzarí.

—Un ejército, sultana, un ejército, y yo combatiré de poder a poder contra el sultán Sydi Ahtmed.

—¡Un ejército! — dijo Sayda Mirian — Pues bien: que tus esclavos se extiendan alrededor del morabito de Ain-Al-Mokazen; que, rápidos como el relámpago, lleven mis palabras a los ermitaños de los morabitos circunvecinos; oye lo que tus esclavos dirán a esos ermitaños.

—Espera, espera, sultana, que mis corsarios oigan tus órdenes de tu misma boca — dijo Aben-Shariar.

Y luegó añadió, volviéndose a los suyos:

—¡A mí, bravos lobos del mar! Acercaos y oíd lo que va a ordenaros la alegría del cielo, la hermosura de las hermosuras, la ilustre de las ilustres, la poderosa sultana Sayda Mirian-ben-al-Hbayzarí.

Los piratas, causando ese ruído especial, áspero, estridente de los hombres de guerra cuando se mueven, adelantaron en círculo con las lanzas al hombro y los caballos tras sí.

Todos aquellos grandes ojos negros, que brillaban en aquellos semblantes parecidos en el color y en la brillantez al ébano pulimentado, se fijaron con la expresión del amor y del deseo que causa una gran hermosura, en el pálido y grave semblante de Mirian.

—Apenas acabéis de escuchar mis palabrae — dijo la joven con un acento semejante al de caudillo acostumbrado al mando — montaréis a caballo y partiréis a la carrera y esparcidos a los morabitos circunvecinos; en el uno os darán señales y guías para que lleguéis a los otros; oíd lo que diréis a los santos ermitaños: "El xerife Sydi Juzef-Al-Hbayzarí os saluda, y os manda que en el momento acudáis al morabito de Ain-al-Mokazen, llevando con vosotros cada cual vuestra kabila y vuestra bandera; al salir de la luna os espera en Ain-Al-Mokazen el santo xerife Sydi Juzef". Esto diréis; conservarlo bien en la memoria. Ahora, partid.

—¡Partid! — repitió con voz vibrante Aben-Shariar.

En un momento los corsarios negros estuvieron a caballo, y se lanzaron en tropel, rápidos como un torbellino, por la salida de la pradera. Sólo quedó allí Yezid, con el caballo y la lanza de Aben-Shariar. Apenas habían desaparecido, apareció Kaimo. Su caballo venía fatigado, sudoroso, y el buen servidor traía en su semblante las señales del más profundo abatimiento.

—En vano he buscado al noble xerife — dijo llegando hasta Mirian y como si no hubiera reparado absolutamente en las personas que le acompañaban — He preguntado en los morabitos y en los aduares, y ninguna noticia me han dado; alguna desgracia ha acontecido al xerife.

—Bien — dijo Mirian; — vete a cuidar del cristiano enfermo que está en la cabaña del bosque.

—Ese hombre ha muerto, señora; voy a enterrarle en la fosa que me mandó abrir para él el xerife.

Brilló un relámpago sombrío en los ojos de Mirian.

—¿Ha muerto por la mano de Dios — dijo — o por la mano del hombre?

—La mano del Señor le ha herido, Sayda — contestó Kaimo.

—Hágase la voluntad del Señor — dijo Mirian alzando los ojos al cielo — ¡Muerto! ¿Quién me dirá ahora el nombre del amado de mi alma?

Nadie pudo entender estas últimas palabras de Mirian.

Luego adelantó hacia su madre, hacia sus hermanas, las abrazó en silencio y las besó, dejando caer sobre su semblante sus lágrimas. Después, separándose de sus brazos, las dijo:

—Kaimo, mi esclavo, levantará para vosotras la gran tienda de caza de mi padre; él os servirá; dejadme que yo me oculte

en la soledad con mi dolor y mi padecimiento.

Y besándolas y abrazándolas de nuevo entró en el morabito y cerró la puerta. Mirian evitaba que nadie viese a su herido.

La enamorada joven, porque enomarada estaba del personaje misterioso que yacía postrado en el morabito, sin despojarse de una sola de sus galas, se acercó al lecho del herido, se reclinó junto a él y le examinó cuidadosamente. Un agudo grito de alegría salió del pecho de la joven.

El herido permanecía inmóvil, sin sentido; pero era mayor el calor de su piel, algo más fuerte el latido de sus arterias; Mirian, a quien su padre había enseñado lo que sabía, que más de una vez había curado las heridas de su padre, hechas, no por los hombres, porque nadie en Marruecos se hubiera atrevido a levantar la mano contra el venerado xerife ermitaño de Ain-Al-Mokazen, sino por el jabalí, por el león y por el tigre, que ninguna veneración sentían hacia el santo anacoreta, era una curandera bastante práctica; tenía, además, una imaginación privilegiada, y con ella esa intuición del genio, que revela de una manera práctica, pero que aún no se ha podido revelar, y esa intuición la dijo que podía tener esperanza.

Esta esperanza fué un maravilloso bálsamo de consuelo para el corazón de Mirian, profundamente dolorido por la muerte de su padre, a quien amaba, a pesar de comprender el terrible, el maldito amor que por ella había sentido Sydi Juzef.

El amor en que Mirian ardía por aquel hermoso mancebo que yacía en el lecho, rey o vasallo, llenaba por completo el alma de la joven. Se había sentido arrastrada hacia él desde el momento en que había oído hablar de él a Francisco de Aldana; había querido verle y le había visto, duplicado, por decirlo así, en el campo de batalla de Alcazarquivir y en la tienda de honor del campamento de su primo el sultán de Marruecos. El cadáver que había visto en el campo de batalla nada había dicho a su corazón; pero cuando vió el cuerpo guardado en la tienda del campamento, su corazón se estremeció con su primer latido de amor.

Y en tantas horas a su lado, contemplándole con ansiedad, observándole, deseando ver una señal decisiva que la hiciese confiar en que no se apagaría su vida, en que vería sus ojos en los suyos, llenos de amor y de dulzura, habíase elevado el amor de Mirian hacia aquel desdichado al gran límite a que podía elevarse su amor.

Mirian no podía amar ya más de lo que amaba a su herido. Por eso, al notar que la fuerza de su vida crecía, la alegría de Mirian se sobrepuso por un momento a todo; pero después no pudo menos de recaer en su verdadera situación; su padre había muerto de una manera misteriosa e inesperada; de repente se le había presentado su madre, a quien creía muerta, trayendo consigo a una hermana suya a quien no conocía. El sultán Sydi Ahtmed la amaba, era poderoso, y su madre y su hermana se la habían presentado huyendo de él.

El sultán debía verla aquella misma noche. Estaban citados. Mirian, protegida por su padre, no había temido dar una cita al sultán. Necesitaba que Sydi Ahtmed le dijese qué gota de sangre era aquella que caía continuamente sobre la conciencia de su padre y que le había vuelto loco. El sultán podía venir solo a la cita, o, habiendo variado las circunstancias, podía presentarse como sultán en el morabito de un momento a otro, antes de que pudiese ser protegida por nadie. En tal caso ella corría el peligro de ser arrastrada por el sultán a la triste posición de esclava, y el hombre de su amor sacrificado por el recelo del sultán.

La joven creyó que no podía perdonar precaución alguna para proteger la vida de su amado. Podía suceder muy bien que, muerto Sydi Juzef, ella no tuviese, como hija suya, el mismo prestigio que sobre los santones y las kabiles del imperio había tenido su padre, y que la voluntad del sultán fuera generalmente acatada. En tal caso, Mirian no tenía otros medios de protección para su herido que su sentencia de muerte.

Hay en toda casa árabe un lugar fanáticamente respetado, un lugar inviolable, que nadie se atrevería a profanar, ni el más amante enloquecido, por el temor de manchar la pureza de la mujer amada. Este lugar es el aposento de una doncella. Le protegen a un mismo tiempo las leyes, la religión y las costumbres.

Mirian, pues, se decidió a poner a cubierto en el misterio de su aposento al herido. Nadie sabía que hubiese tal herido allí más que Kaimo y Ayelah, y Mirian estaba segura de la ciega fidelidad de sus dos esclavos.

Se veía desamparada de toda fuerza contra la voluntad, contra el poder, contra la tiranía del sultán; la quedaba el amparo de engañarle, de confiarle, de ganar tiempo, de esperar la ocasión de un descuido y probar una fuga. Nunca somos más activos que cuando nuestra actividad proviene de una ardorosa aspiración de nuestra alma.

Mirian entró en su aposento ayudada por Ayelah; hizo en él un lecho con la parte de los almohadones del diván que había quedado, después de haber hecho con los restante el lecho en que se encontraba el herido. Luego volvió junto a éste, y ayudándola Ayelah, le condujo con gran cuidado a su aposento.

Después, la señora y la esclava quitaron los almohadones que habían servido de lecho al herido en aquel lugar, y los pusieron en el aposento de Mirian; exhaumaron aquel lugar, para que perdiera el olor a enfermo, y sólo quedó el desnudo aposento de Kaimo, con la estera de palma y la espingarda, las pistolas y el yatagán del esclavo colgados de la pared. Después Mirian trasladó a su aposento los bálsamos que debían servir para completar la curación del herido, y hecho esto, mandó a Ayelah que llamase a Kaimo. Cuando éste hubo venido, Mirian encargó a los dos esclavos el más profundo secreto acerca de la existencia del cristiano en el morabito.

y la doble puerta del aposento de Mirian se cerró, para no dar paso más que a ella y a Ayelah.

El sultán Sydi Ahtmed podía sobrevenir cuando quisiese y en cualquier disposición de ánimo respecto a Mirian. Mirian estaba preparada, y salió del morabito para esperar a los santones y a las kabilas y para dar con su presencia expansión al alma de su madre. Pero salió conservando las vestiduras que se había puesto para aparecer ante Aben-Shariar.

El tiempo que pasó desde entonces hasta que cerró la noche le consagró Mirian a su madre y a sus hermanas. Hubo una recíproca manifestación de historias, de lágrimas, caricias, proyectos, expansiones deliciosas del espíritu en medio de una fría ansiedad para el porvenir. Entretanto, el fakí Aben-Balkin y el corsario Aben-Shariar, habían estado hablando acaloradamente acerca de la situación en que se encontraban.

Apareció, al fin, la luna llena sobre el horizonte. Era la hora prefijada a los santones circunvecinos para presentarse en el morabito de Ain-Al-Mokazen. Mirian salió de la tienda donde había permanecido hasta entonces con su madre y sus hermanas, y entró en el adoratorio del morabito. La lámpara de siete luces estaba encendida. A su luz se veía el estandarte real de Portugal colgado de la bóveda, y sobre él el arnés del alférez mayor, que colgaba de un ángulo. En otro ángulo había un diván, y sobre él se sentó Mirian, segura de que no tardarían en llegar los santones. Aben-Balkin tenía el encargo de recibirlos cuando llegasen, y para ello se había apostado con Aben-Shariar en la entrada del bosque, sobre la vertiente de la colina.

No tardó mucho en oírse un confuso rumor de hombres que hablaban, de caballos que marchaban. Se vió a lo lejos, a la luz de la luna, gran turba de jinetes, que fué aproximándose y dejándose ver a cada momento de una manera más detallada. Al fin adelantó a rienda suelta un grupo de jinetes, que llegaron con rapidez hasta el lugar donde esperaban Aben-Balkin y Aben-Shariar. Eran diez de los corsarios negros, que dieron parte a su señor de que con ellos venían quince santones y treinta kabilas, componiendo un ejército de cerca de cuarenta mil hombres.

Asombróse de la rapidez con que toda aquella gente se había reunido Aben-Shariar, y uno de los corsarios le dijo:

—No te asombres, señor; íbamos todos nosotros juntos para tomar distancia y desde allí esparcirnos a la redonda por todos los aduares que encontráramos, cuando a dos leguas hacia el Levante vimos sobre una cumbre un hermoso morabito. Llegamos hasta él y salió a nuestro encuentro un santón de larga barba blanca y de un aspecto venerable.

—¿Qué buscáis por aquí? — nos dijo.

—Entonces yo respondí: El xerife Sydi Juzef al-Hbayzarí nos envía a ti y a todos los hombres de Dios de la comarca; el xerife manda que estéis en su morabito con vuestras kabilas esta noche a la salida de la luna; sábelo, y Dios te guarde; nosotros vamos esparcidos desde aquí para manifestar lo mismo a los hombres de Dios que encontramo

—No hay necesidad de que vayáis — di el hombre de Dios; — yo llamaré desde aq a todos mis hermanos, que acudirán con s kabilas con la misma prontitud con que ac dieron ayer para ir a la batalla con excelso y venerable xerife Sydi Juzef (Di sea con él).

Y el hombre de Dios subió a lo más alto d su morabito, hizo llamaradas y señales, y momento otras llamaradas y otras señal contestaban del llano y de las alturas en m tres leguas a la redonda.

—¿Pero el sultán habrá visto desde Alc zarquivir esas llamaradas y esas señales? - dijo Aben-Balkin.

—¿Y qué me importa? — contestó con al gría Aben-Shariar, — si el ejército del sultá está muy lejos y no tiene en Alcazarquiv más de dos mil caballos?

—¿Y son cuarenta mil los que vienen de la kabilas? — dijo Aben-Balkin.

—Y acudirán muchos más — dijo el co sario que llevaba la palabra, — porque lo que están más distantes no pueden llegar ta pronto.

—He aquí los restantes de los míos que ll gan — dijo Aben-Shariar.

En efecto, otros veinte jinetes negros ll garon en aquel momento.

—Id — les dijo el pirata, — id y dad l guardia a la entrada del morabito a la pod rosa sultana Sayda Mirian.

Los treinta jinetes entraron por la send que entre los árboles conducía al morabito.

Poco después, quince santones, a caball los unos, a pie los otros, llegaron sucesiva mente a vanguardia de la multitud armad que los seguía.

—La abalanza a Dios — dijo Aben-Balki saliéndoles al encuentro y dando su mano a más viejo de los santones.

—Dios sea contigo y con tu compañero— dijo el santón: — pero ¿dónde está el nobl xerife Sydi Juzef?

—El xerife no puede salir a recibiros — dijo Aben-Balkin; — Dios no lo quiere; per os espera su hija, la hermosa sultana Mirian

—¿Y qué sucede, que así se nos ha manda do venir con nuestras kabilas? — dijo otr de los santones.

—El santo morabito de Ain-Al-Makazen es tá amenazado, hombres de Dios — dijo Aben Balkin.

—¿Y quién se atreve a tanto? — preguntó con energía otro de los santones.

—El nuevo sultán Sydi Ahtmed.

—¡Ah! ¿Pues qué, no seguro aún en el tro no, se atreve a ser tirano? — exclamó el más viejo de los santones.

—La sultana Mirian os espera — dijo Aben-Balkin: — venid conmigo; ella mejor que yo os informará de lo que sucede y de lo que desea.

Y acompañado de Aben-Shariar, tomó por el sendero adelante, en dirección al morabito.

Los treinta jinetes de Aben-Shariar daban la guardia delante del morabito, a caballo, con lanzas afianzadas y extendidos en ala.

Aben-Balkin, Aben-Shariar y los quince santones pasaron por entre los corsarios negros y llegaron a la puerta del morabito. En su adoratorio, sentada sobre un diván y deslumbrantemente vestida, estaba Mirian. El estandarte real de Portugal la servía como de pabellón de su trono.

—Entrad, hombres de Dios, entrad — dijo Mirian a los santones que habían aparecido en la puerta.

Entraron éstos y se extendieron a ambos lados de la sepultura del anacoreta anterior a Sydi Juzef, y se prosternaron, no sabemos si por respeto a la santidad del lugar o por homenaje a Sayda Mirian. Durante algún tiempo se les sintió orar prosternados. Después se pusieron de pie, y, sin hablar una sola palabra, miraron todos atentamente a Mirian, como esperando que ésta les hablase. Al fin, la joven rompió el silencio.

—Santos anacoretas — dijo Mirian, — os he llamado en nombre de mi noble y poderoso padre para comunicaros tristes noticias.

Marcóse una profunda atención en los semblantes de todos los santones.

—¡Mi padre ha muerto! — dijo Mirian, poniéndose de pie, pálida y conmovida.

Resonó un murmullo de sorpresa y de espanto entre los santones.

—Y ¿cómo, cómo ha muerto el noble xerife? — dijo el más anciano. — Ayer sano y salvo de la batalla; aun le quedaban largos años de vida.

—No sé si ha muerto herido por la mano de los hombres o por la mano de Dios — dijo Mirian.

—¿Y dónde están sus venerables restos, sultana? — dijo uno de los santones.

—En Alcazarquivir, en poder del sultán Sydi Ahtmed.

—¡Oh! El sultán nos entregará los restos de vuestro padre para que los honremos — dijo el más anciano.

—El sultán es violento y tirano — dijo Mirian; — el sultán quiere arrebatarme contra mi voluntad de este morabito, y hacerme violentamente su esposa.

Rugieron de indignación los anacoretas y agitaron convulsivamente sus espingardas.

—Por eso os he llamado con vuestras kabilas — dijo Mirian.

—Nadie se atreverá a tocar a tu túnica, sultana.

—A tu lado estaremos todos.

—Guerra contra el sultán.

Y estas palabras amenazadoras, terribles, rugientes, fueron pronunciadas al mismo tiempo por los ancianos.

—¡Sí, guerra contra el xerife! — gritó Mirian.

—¡Guerra! — repitieron los santones.

—¿Y a quién aclamaremos sultán, muerto tu padre? — dijo el santón más anciano.

—¡Yo me proclamo entre vosotros sultana! — dijo con suprema altivez Mirian.

—¡Tú! — exclamaron con asombro todos.

—Yo, sí; ¿acaso si mi padre hubiera querido subir al trono del imperio, se hubiera atrevido nadie a oponerse?

—No, nadie.

—¿Y no soy yo heredera de mi padre?

—Sí.

—Pues bien; yo heredo su poder; las kabilas del imperio se levantarán a mi voz como si las llamará la voz del xerife Sydi Juzef.

—Sí, sultana, todos pelearemos por ti en el campo contra Sydi Ahtmed; pero ¿quién será tu esposo?

—El que venza al frente de mis kabilas — dijo Mirian.

Cada uno de aquellos santones concibió una esperanza ambiciosa; cada uno de ellos podía ser el vencedor, y en tal estado, recibiría por premio la mano de la hermosísima Mirian y el trono de Marruecos. La guerra civil estaba ya encendida por esta tentadora promesa de Mirian.

—Pero nos falta oro — dijo uno de ellos.

—Yo tengo los inmensos tesoros de mi padre — dijo Mirian: — mañana tendréis todo el oro necesario.

—¡Qué Dios ensalce a la poderosa sultana Mirian! — dijo el más anciano de los santones.

—¡Alabanza a Dios y homenaje a nuestra esclarecida sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-ben-Abd-el-Azis ben al-Hbayzari — exclamaron todos en coro.

Y se prosternaron, después de lo cual fueron tocando la orla inferior de la túnica de Mirian y besándole la mano con la que habían tocado.

—Yo acepto vuestro homenaje — dijo la joven, — y desde ahora empiezo a daros órdenes como señora. ¿Cuánta gente ha venido con vosotros?

—Todas las kabilas en cuatro leguas a la redonda; cuarenta mil combatientes, de los cuales veinte mil van a caballo.

—Predicad la guerra santa, y haced que la prediquen los otros anacoretas del imperio.

—El grito de guerra zumbará mañana por toda la extensión del imperio.

—Sydi Ahtmed está con poca gente en Alcazarquivir — dijo Mirian; — su ejército ha partido esta mañana para Fez; la arti-

llería de los xerifes y la de los portugueses están en Alcazarquivir; apoderaos de ella; pero... esperad a mañana ¡esta noche el sultán Sydi Ahtmed hablará conmigo; le espero; si cede, si, respetando la memoria de mi padre, deja de subir al trono, si se aleja del imperio, vaya en paz; evitemos, si es posible, el derramamiento de sangre; pero si se obstina... la guerra entonces..., la guerra sin tregua ni perdón; que Dios dé la victoria a quien sea su voluntad.

—Sydi Ahtmed no cederá y tendrá lugar de escapar — dijo el santón más anciano.

—Cumplamos con nuestro deber evitando el derramamiento inútil de sangre; ahora bien; en el bosque que rodea este morabito, por la parte opuesta al río Mokazen, bien pueden ocultarse cuarenta mil hombres que se oculten, que por ningún indicio pueda advertirse que cerca del morabito hay un ejército; partid y esperad a que yo os llame.

Los santones se prosternaron de nuevo y salieron.

—Tú, pirata — dijo Mirian a Aben-Shariar que permanecía allí, — oculta también tu gente; pero está atento; vete con el fakí; dentro de poco yo avisaré.

Mirian se quedó sola, salió del adoratorio, entró en su aposento, e inclinándose sobre el herido le besó en la frente y murmuró:

—¡Oh! ¡Yo te salvaré!

Capítulo X

Llegó la media noche. El morabito de Ain-Al-Mokazen, completamente, iluminado por la luna, estaba silencioso y obscuro. No se oía el más leve rumor, a pesar de que en el bosque, a la izquierda del morabito, estaban escondidos cuarenta mil hombres, que sólo esperaban una señal de Mirian para empezar la guerra civil. Se abrió la puerta del morabito, y Mirian, sencillamente vestida de blanco, salió, cerró la puerta y se dirigió al bosque por la derecha. Cuando penetró entre los árboles se encontró envuelta en una densa obscuridad. Las copas de las encinas, de los alcornoques y de los abedules se cruzaban tupidas y densas. Pero Mirian conocía perfectamente el terreno, y, a pesar de la obscuridad, descendió con firmeza por un sendero escarpado. Aquel sendero la condujo a la plataforma de una roca descubierta que se inclinaba sobre el río. Aquella roca salía por entre los árboles. A espaldas de Mirian se extendía una tupida maleza. Mirian avanzó hacia el borde de la roca. Desde allí se veía la ancha sábana del vado de Mokazen, que parecía un gran espejo de plata abrillantado por la luna. Más allá se veía la obscura orla de árboles de la ribera, y por cima de estos árboles, los lejanos horizontes montañosos velados por la bruma de la noche. Nada se oía. Todo reposaba; ni una sola ráfaga de viento movía las copas de los árboles. Mirian miraba con grande ansiedad el escarpado sendero, por el cual, por la parte del río, podía subirse a la plataforma de la roca donde ella esperaba. Nadie aparecía por él. Mirian temió que, avisado Sydi Ahtmed, previendo un peligro, hubiese desistido de acudir a la cita. Y Mirian quería saber la historia de aquella gota de sangre que Sydi Ahtmed había dicho caía incesantemente sobre la conciencia de su padre. Mirian estaba fuertemente contrariada. Sydi Ahtmed tardaba. El semblante de la joven se mostraba cada vez más sombrío. De repente, el semblante de Mirian se animó y sus ojos lucieron con el brillo de una siniestra alegría. Había visto aparecer allá a lo lejos, sobre el río un objeto largo y negro que avanzaba con rapidez. Era una barca. En ella se veían lucir destellos como de armas, heridas por la luz de la luna. Allí venía sin duda, con algunos de sus guardias, el sultán Sydi Ahtmed.

Mirian arrojó una larga y profunda mirada sobre el río, y la posó lentamente en la barca, que adelantaba con suma rapidez. Su vista, de un gran alcance, de una maravillosa fuerza, contó los hombres que venían en la barca. En los costados remaban seis vigorosos esclavos; sentados sobre los tirantes, con las espingardas afianzadas, sobre cuyos limpios cañones reflejaba la luz de la luna, venían doce soldados. En lo alto de la popa, junto al hombre que gobernaba el timón, se veía un hombre envuelto en vestiduras obscuras. Estaba ya cerca la barca, y Mirian creyó reconocer en el hombre del traje obscuro a su pariente el xerife sultán Sydi Ahtmed.

Nada tenía que temer Mirian. A sus espaldas, sobre la misma roca, oculto entre los árboles, estaba el corsario Aben-Shariar con sus treinta corsarios armados hasta los dientes. Más allá, al otro lado de la colina, ocultos entre el inmenso bosque, había quince santones con cuarenta mil hombres. Esto; un ejército. Sydi Ahtmed no podía ejercer violencia alguna contra su prima Sayda Mirian.

Llegó al fin la barca al pie de la roca, y se perdió entre los sauces y los mimbres que, orlando la ribera, entraban en el río hasta cierta distancia. Poco después de haber desaparecido la barca bajo el ramaje de estos árboles acuáticos, se oyó en el áspero sendero que desde el río serpeaba hasta la cumbre de la roca, el paso de un hombre armado. Aquel hombre tardó muy poco en llegar a la plataforma de la roca, y se detuvo junto a su reborde, a pocos pasos de Mirian, que le contemplaba profundamente, de pie, en una actitud serena e inmóvil. El hombre que estaba delante de ella era, en efecto, el xerife Sydi Ahtmed.

La luz de la luna le iluminaba de frente, al par que por la espalda a Mirian, cuyo semblante estaba en sombra. Pero en una sombra tranquila y dulce, y fantásticamente bañada por el poético reflejo de la luz de la luna, que inundaba el terreno sobre que se encontraba. La hermosura de Mirian, vista a aquel reflejo, tenía mucho de fantástico, de sobrenatural. Fascinaba.

Sydi Ahtmed venía elegantemente vestido con un traje levantisco, entre argelino y griego. Se comprendía que había querido realzar con aquel rico y pintoresco traje su gallardía y su varonil y severa hermosura. Traía sobre la cabeza un casco redondo brillante como plata bruñida, y bajo un albornoz pardo corto, con anchas mangas y ancho

y largo capuz arrojado sobre la espalda, se veía una túnica de falda corta, de brocado blanco y plata, abierto sobre el pecho y dejando ver por su abertura una fuerte coraza recamada tan brillante como el casco. En una ancha faja de seda y oro, cuyos extremos caían hasta el borde inferior del caftán, llevaba dos pistolas, una gumía y un alfanje ancho; pero tan corto y tan corvo, que parecía una hoz de segar; bajo el borde de su caftán caía en anchos pliegues unos calzones de seda azul, atados bajo las rodillas, y unas botas de marroquí leonado, con anchos portaespuelas de oro, completaban su traje. No tenía ni una sola divisa por la que se pudiese comprender que era sultán ni xerife.

Por su parte, Mirian estaba magníficamente vestida, lo que, unido a lo magnífico de su hermosura, la hacía deslumbrante. Llevaba la toca verde de los Al-Ansaríes, xerifes descendientes de Mahoma, y el caftán negro de los almoravides. Además de esto, como una singularidad, como una señal de imperio, llevaba ceñida y pendiente de su cintura, en el centro de ella, una magnífica espada. Aquella espada tenía la vaina de terciopelo rojo, las conteras y el puño de oro, sobre el pomo una corona real, en el centro de la cruz un escudo, y en este escudo otros cinco escuditos, y en cada uno de éstos cinco roeles. Aquellas eran las armas reales de Portugal. Aquella espada era la espada del rey D. Sebastián.

Aquellas dos magníficas personas estuvieron durante un largo espacio mirándose frente a frente, en silencio, inmóviles y en actitud majestuosa y altiva.

Al fin Sydi Ahtmed se acercó a Mirian, extendió hacia ella galantemente su brazo derecho, con la palma de la mano vuelta para arriba, recogió graciosa e indolentemente aquel brazo, e inclinando afectuosamente la cabeza, se besó las puntas de los dedos de la mano que había extendido hacia Mirian.

—La paz de Dios y su buen consejo sean contigo, Sayda Mirian — dijo con voz dulce y conmovida.

—Has sido puntual a la cita — dijo Mirian — y yo te esperaba con suma impaciencia, sin embargo, Sydi Ahtmed.

—¡Qué hermosa mujer y qué hermosa noche! — dijo con voz leve, dulce, indolente, por decirlo así, pero con un marcado fondo de amargura y de sarcasmo, el sultán. — Tu y el cielo estáis resplandecientes; el viento de la noche es suave y fragante como tu aliento, y el rumor de las hojas de los árboles, lánguido como el constante y tenue suspiro que sale de tu pecho; parece esto el misterioso y apartado lugar del paraíso, donde mora la hurí más hermosa y más querida del Señor; parece esta cita, en un lugar solitario y fresco y misterioso, la cita de dos amantes, cuyas almas se consumen dulcemente en el fuego de un mismo amor; y, sin embargo, detrás de esa belleza, detrás de ese silencio, bajo la dulce luz de esa luna, aguza, irritado, sus garras el tigre de la guerra; no somos dos amantes que se buscan ansiosos, atraídos por su recíproco amor; somos, a pesar mío, dos enemigos que se contemplan con recelo; somos dos sultanes que no caben en un mismo trono; somos dos xerifes parientes y enemigos.

—¡Ah! — dijo Mirian. — Tú comprendes que entre nosotros no hay nada posible más que la guerra!

—¡Lo conozco! ¡Lo veo! ¡Pero no lo comprendo, no lo puedo comprender!

—¿Cuándo, Sydi Ahtmed, no te he mirado yo con odio? — dijo Mirian con un acento tan frío y tan punzante que hizo temblar de dolor al enamorado Sydi Ahtmed.

—¡Y por qué ese odio! — dijo el sultán, procurando dominar en vano lo trémulo de su voz.

—No lo sé; era que sin duda mi alma adivinaba que un día nos habíamos de encontrar frente a frente; es que hay en tí algo que me da horror; es que he heredado el odio que ha existido siempre entre mi padre y sus parientes.

—Tu padre jamás ha amado a nadie; ni a sus parientes ni a su esposa, ni a sus hijos; si te ha amado a ti, si ha cedido como un niño dócilmente a tu voluntad, tú lo sabes..., lo que doblegaba ante ti a tu padre era un amor horrible, un amor criminal.

—¡Calla! — exclamó con un acento lleno de horror Mirian. — ¡El infeliz anciano estaba loco!

—¡De remordimiento! — exclamó con acento horrible Sydi Ahtmed.

—Tú has hablado de una gota de sangre que caía incesantemente sobre la conciencia de mi padre; por eso te he citado aquí a esta hora, para que me refieras la historia de esa gota de sangre.

—¡Sangre de tu desdichado hermano Abd-el-Azis! — respondió roncamente Sydi Ahtmed.

—¡Mientes! — dijo Mirian, pudiendo alentar apenas. — ¡Mientes! ¡Yo no he tenido hermanos; mi padre no me ha hablado jamás de ellos!

—Conoces a tu hermana Fatimatu l'-Noemi, que es tu imagen, que es más joven que tú, y, sin embargo, tu padre te ha dicho que tu madre había muerto al darte a luz.

Mirian inclinó la cabeza y guardó silencio, porque nada tenía que contestar a la afirmación de Sydi Ahtmed.

—Tu madre vive, la has visto hoy, la conoces, la tienes contigo en tu morabito; tu padre ha muerto.

Continuó el silencio de Mirian.

—Pero no has podido conocer a tu hermano mayor, a tu hermano Abd-el-Azis, porque..., porque le mató tu padre, junto a tu cuna, en el interior de su harén.

Mirian dió un grito de horror y avanzó hacia Sydi Ahtmed.

—¡La prueba! ¡La prueba de esa acusación horrible! — exclamó Mirian.

—Tu madre conoce esa historia, como que fué víctima de ella; pregunta, interroga a tu madre...; te contará una horrible histiria..., la historia de un parricidio.

—No, no; yo no ensangrentaré el corazón de mi madre obligándola a que me refiera esos horrores; pero yo quiero saber hasta que punto estamos malditos de Dios; ¿no dice el Santo Libro que los pecados de los

padres caerán sobre los hijos hasta la tercera o cuarta generación?

—Nuestra familia hace muchas generaciones se está tiñendo impía en su propia sangre; hace muchas generaciones que por nuestros padres somos malditos del Señor.

—¡Habla! ¡Cuenta! — dijo Mirian sentándose abatida en una de las asperezas de la roca.

Sydi Ahtmed se sentó en el suelo, sobre el musgo, a poca distancia de su prima, reclinándose indolentemente sobre una gran piedra. Cerró los ojos como para abstraerse, como para concentrarse en el recuerdo de sucesos pasados, y después de algunos momentos de silencio empezó de esta manera:

—Hace más de cien años que nuestra familia tiene el trono de Marruecos.

He aquí las crónicas que nuestros sabios han escrito:

Hay allá, en la otra banda, en esa tierra bendita que se llama España, una ciudad maravillosa: Granada. ¿Para qué hablarte de ella? Todos hemos oído las leyendas encantadas que de aquella ciudad trajeron nuestros abuelos; hemos llenado nuestros libros de la historia de sus maravillas, de su grandeza, de su poder.

Un día, un rey de aquella ciudad, un rey que se llamaba Sydi Ismail-ben-Ismail, fué asesinado a las puertas mismas de su palacio por una de nuestros abuelos. Pero el crimen engendró el crimen; el asesino cayó herido por la mano de Dios, y perseguida nuestra raza, huyó al Africa y fué a refugiarse en las soledades del desierto de Daren. Sydi Mohhanmed-ben-Merini, xerife, tronco de nuestra familia, había venido entre los fugitivos. Era gran guerrero, paciente y tenaz. Había nacido de una sultana en las gradas de un trono, y su ambición no se satisfacía con menos que con un trono. Sydi Aben-Merini era muy respetado, tanto por su valor feroz, como por su gran ciencia, y se propuso atraerse partidarios, robustecerse, crecer, y llegar a la posibilidad de atravesar las vertientes del Atlas con un poderoso ejército, hacer la guerra al sultán y arrancarle su corona en batalla. Pero Sydi Aben-Merini era pobre. Las montañas de Daren, ásperas e inhospitalarias, y su tribu, en vez de aumentarse, se disminuía. Y la ambición trabajaba incesantemente a Sydi Aben-Merini. Aconteció por entonces que el sultán reinante, Juzef-ben-Adb-Allah, enfermó de una manera gravísima; los médicos más sabios del imperio apuraban en vano su ciencia. El sultán no mejoraba. Entonces se enviaron a todas las partes del mundo hombres para buscar los más famosos médicos y para ofrecer un gran premio al que curara al sultán. Sydi Aben-Merini supo esto, e inmediatamente tomó el camino de Mequínez, ordenando a sus parciales que lentamente y sin provocar sospechas se presentasen en aquella ciudad. Por último, Sydi Aben-Merini, que era un gran médico, curó al sultán, y cuando éste le dijo cómo quería ser recompensado, le pidió por esposa la más hermosa y la más querida de sus hermanas. El sultán tuvo miedo de que, si recaía otra vez en aquella terrible enfermedad, que nadie había sabido curarle, no le curase Sydi Aben-Merini si no le concedía lo que solicitaba, y le dió su hermana, la sultana Alida, por esposa. De Sydi Mohhanmed-ben-Merini y de Sayda Alida venimos nosotros, Mirian. Ellos son, mirando hacia atrás, nuestra cuarta generación. Y ellos fueron malditos de Dios.

Sydi Aben-Merini, que era hermoso y fuerte, y sobre todo, insinuante y astuto, se hizo amar de tal modo por la sultana Sayda Alida, su esposa, que ésta lo olvidó todo por él, y dejó de amar a su hermano, pero no de fingirle un amor que ya no sentía. Y el sultán adoraba a su hermana. Sayda Alida. Lentamente fué preparándose una obscura traición. Por el predominio que Sayda Alida tenía sobre el sultán, Sydi Aben-Merini fué rápidamente elevado a los más altos cargos del imperio; él era el poseedor de la confianza de Abd-Allah; él imponía y cobraba los tributos; él hacía la paz y la guerra; él era cuanto se puede ser; él lo dominaba todo. Y el sultán, ciego por el amor a su hermana, amaba cada día más a aquellos dos miserables, que cada día estrechaban más el círculo de traición que rodeaba al sultán. Los altos cargos del imperio, de la religión y de la milicia, los había dado el xerife Aben-Merini a sus amigos, a sus parciales que había traído de los desiertos de Daren; el tesoro imperial estaba en sus manos; el alcázar abierto para él.

Un día se difundió por Mequínez una terrible noticia. El sultán Sydi Juzef-ben-Abd-Allah había amanecido muerto en su lecho. Se decía que había sido una muerte repentina. Pero la noche, el silencio y una esclava que pudo escapar, sabían que la miserable hermana y el infame cuñado habían penetrado aquella noche en el harén y habían estrangulado en su lecho al sultán. Los hijos del infeliz asesinado habían sido encarcelados. El xerife Sydi Aben-Merini, esto es, el asesino, había sido proclamado por los kaides y por los emires del ejército. Sydi Aben-Merini había subido al trono sin que nadie se opusiese a ello. El primer acto de dominio del nuevo sultán fué mandar cortar las cabezas a los hijos del sultán anterior. Así se libraba de competidores. Este fué el maldito principio de la dinastía de los xerifes en Marruecos. Desde Mohhanmed-ben-Merini los xerifes Alhansaríes estamos malditos de Dios.

Sydi Ahtmed, cuya voz se había ido enronqueciendo a medida qua adelantaba en su relato, pronunció las últimas palabras con acento sombrío, y guardó después de ellas un silencio más sombrío aun.

Mirian devoraba con una mirada fija, intensa, lúcida, la expresión del semblante del xerife Sydi Ahtmed. Durante un breve espacio Mirian no rompió el silencio del sultán.

—¡El último crimen de nuestra familia! — dijo al fin con voz opaca.

Sydi Ahtmed volvió en sí como quien vuelve de una de esas abstracciones en que soñamos despiertos algo terrible, y dijo:

—¡Los últimos crímenes, porque no ha sido uno solo!

Y guardó un brevísimo silencio. Luego continuó:

—Tu abuelo, mi tío, el sultán Sydi Yayhe-bu-Abd-Allah-Aben-Merini-ben-al-Hbayzari

tuvo dos hijos: Sydi Juzef, tu padre, el mayor de ellos, y Sydi Mohhanmed-ben-Abd-Allah: tuvo, además, de otra sultana a su hijo menor el xerife Sydi Jacub-Al-Malek. Tu abuelo era un sultán terrible. Su espada estaba siempre teñida de sangre, porque cuando no le daban ocasión para la guerra sus vecinos el bey de Túnez o el bey de Argel, o las kabilas vecinas de los linderos del gran desierto, los provocaba él, y cuando no, azotaba a las turbulentas kabilas del imperio, obligándolas a la rebelión para entretener su afán de pelea y de exterminio, ahogando aquellas rebeldías en sangre. Pero llegó un día en que la vejez y las dolencias le impidieron montar a caballo y correr en busca del combate. Entonces el sultán se desciñó su terrible espada, y la entregó a tu padre. Tu padre que había mamado sangre del pecho de tu abuela; desde niño dió muestras de la ferocidad de su carácter, de lo duro de su corazón, de su altivez indomable y de un rígido ascetismo religioso; se había dedicado al estudio de la Ley y aficionado a la ciencia, había aprendido astrología y medicina; muy joven aún era ya un sabio; muy joven aún era ya un viejo; y aún no contaba veinte años, cuando, educado por su padre, que desde que había podido tenerse a caballo Sydi Juzef le había llevado a sus continuos combates, era ya un gran guerrero, un califa experto, de cuyo lado se ponía la victoria. Pero no era el guerreropiadoso y humano, cuanto bravo y alentado de que nos habla el Korán; no era el creyente misericordioso que envaina la espada delante del vencido, y no vierte más sangre que la necesaria para obtener la victoria, no; tu padre gozaba en la matanza y en el estrago, se enseñaba en los vencidos, y sus verdugos, después de la batalla, no cesaban de cercenar cabezas hasta que no había cabezas que cercenar; nada hacía que placiera más a Sydi Mohhanmed que entrar vencedor en una ciudad llevando delante de sí un número horrible de cabezas sangrientas, que coronaban después las almenas de la ciudad que había visto su triunfo. Tu padre era un tigre fuerte e invencible que jamás se hartaba de sangre; un digno hijo de tu abuelo. El amor no había ablandado el corazón de hierro de tu padre. Ascético siempre, y siempre entregado a la lectura del Santo Libro, a la contemplación de las cosas de Dios, le parecía la hermosura de la mujer una tentación de Satanás, y el amor, una impureza vergonzosa, una debilidad en que no debía caer ningún buen creyente. Tu padre fué considerado como un morabito que aun no se había apartado del mundo, como un santo severo, como un sabio doctor de la Ley. Todos creían que jamás el xerife Sydi Juzef tomaría esposa. Pero un día las kabilas de la tribu de Beni-Lantumna se negaron a pagar los impuestos, y mataron a los soldados que habían ido a cobrarlos. Sydi Juzef, cuando lo supo, levantó su estandarte verde, cabalgó al frente de diez mil jinetes negros, y se lanzó como una tempestad sobre la tribu rebelde. La ira de Dios cayó sobre los beni-lantumníes con Sydi Juzef. Las cosechas fueron incendiadas, los ganados arrebatados, arrasadas las cabañas, pasados a cuchillo sus moradores, niños, hombres, viejos y mujeres. El arcángel exterminador había extendido las negras alas sobre los beni-lantumníes. Había llegado al centro de la tribu. Dentro de un estrecho cercado de tierra había algunas casas, y en medio de ellas un pequeño castillejo con dos lienzos de muralla y dos torres. Sydi Juzef espoleaba su caballo y sus jinetes negros corrían tras él como un huracán. La pequeña aldea estaba sentenciada; dentro de poco no debía quedar sobre la colina más que un montón de escombros negros y humeantes. Pero antes de que llegase a las puertas de la aldea, Sydi Juzef, que iba muy delante de los suyos, por el camino orlado de los árboles de las huertas, vió aparecer, al volver un recodo, un extraño ejército. Un ejército de mujeres, que no llevaban otras armas que su hermosura. Débil arma era ésta contra el formidable xerife. Irritóle aquel mujeril ejército que le salía al encuentro, y para demostrar a los beni-lantumníes que contra él eran inútiles las tentativas del amor, enristró su lanza contra aquellos hermosos soldados y arremetió a todo el escape de su caballo y con tanta furia, que el caballo, habiendo tropezado, cayó, arrastrando consigo a Sydi Juzef que sufrió tan terrible golpe, que quedó sin sentido. Iba, como te he dicho, muy delante de sus feroces esclavos negros, y las doncellas de los beni-lantumníes tuvieron tiempo para apoderarse de Sydi Juzef y de su caballo, para perderse con ellos entre los huertos y llegar al castillo, situado en el centro de la aldea. Cuando llegaron los walies de Sydi Juzef se encontraron con que Sydi Juzef había sido hecho prisionero por las mujeres de la aldea; y con que Sydi Alí-Athar, xeque de los beni-lantumníes, amenazaba con matar al xerife prisionero si se cometía un solo acto de violencia por sus soldados. Acampáronse, pues, entre las huertas y esperaron. Cuando Sydi Juzef volvió en sí, se encontró en un bello aposento en un blando lecho, y envuelto en un ambiente perfumado. A la blanda luz de una lámpara vió junto a sí a una mujer, una niña que le miraba con grande ansiedad, con grande amor. Aquella niña, que apenas contaría catorce años, era hermosísima tan hermosa como tú, Mirian, porque aquella mujer era tu madre.

—¡Mi madre! — dijo Mirian.

—Sí, tu madre, la sultana Sayda Gulnarah, la hija única de Sydi Alí-Athar, xeque de la tribu Beni-Lantumna. Tu padre ardió por la primera vez, y de una manera violenta en el fuego del amor. Se irritó, y su amor creció. Repuesto ya de la caída, y fuerte, pretendió en vano librarse del terrible dominio que, sin quererlo y de una manera más dulce, ejercía sobre él aquella hermosísima niña. Quiso tratarla indignamente y no pudo. Quiso convertirla en su esclava, y se sintió ofendido en sí mismo, con el solo pensamiento de profanar, de humillar a Gulnarah. Vencido al fin completamente, necesitó que fuese suya Gulnarah; pero de una manera digna, haciéndola su esposa. El xeque Alí-Athar escuchó con alegría la proposición del poderoso xerife califa del imperio, hijo mayor del sultán, y cuando manifestó esta petición

a su hija, su hija palideció de alegría, y cubriéndose luego de rubor, confesó a su padre que amaba al xerife. Las bodas se celebraron con grande ostentación. Al día siguiente, Sydi Juzef metió a Gulnarah en una litera, la sacó de la aldea, acampó delante de ella, y, a la vista de su esposa, la acometió, la entró a saco, pasó a cuchillo a sus habitantes, incluso al padre de Gulnarah, mandó cortar sus cabezas y puso fuego a la aldea. Sydi Juzef amaba a Gulnarah, y Gulnarah era su esposa. Pero había jurado exterminar la tribu de Beni-Lantumna, y la había exterminado. La desdichada Gulnarah entró en Fez con su esposo. Horosa, pálida, horrorizada, llevando delante de sí la cabeza de su padre clavada en una lanza. Sí, sí: estamos malditos de Dios, Mirian — dijo después de una pausa de horror el sultán.

Mirian no contestó; estaba dominada por el espanto.

—Desde aquel día — continuó el sultán Sydi Ahtmed — Gulnarah no vió en Sydi Juzef, en el kalifa del imperio, en el sucesor del sultán, más que al asesino de su padre, de sus hermanos, de su tribu. Encerrada en el harén del palacio de Mequínez, y esposa única, pero esposa horrorizada de su esposo, Gulnarah, apuró una vida de lágrimas, de horror, de desesperación. Sydi Juzef no tenía más esposa, más amor, más mujer que Gulnarah. Las demás mujeres del harén se mantenían vírgenes, porque Sydi Juzef sólo las tenía por ostentación. Allí en el harén del palacio de Mequínez, naciste tú, Mirian, durante una obscura noche de tormenta, a la hora en que las malas hadas flotan por el espacio nebuloso y los muertos que han finado bajo la ira del Señor se levantan de sus tumbas para aumentar el horror de las tinieblas. El Señor hubiera sido muy misericordioso para con tu madre si al darte a luz hubiera muerto. Pero sus días no estaban contados para entonces, y Gulnarah siguió sufriendo el horrible amor de tu padre, que cada día era más ardiente.

Pasaron así dos años. Al cabo de ellos, Sydi Juzef partió a una expedición sobre la frontera septentrional de Marruecos, e invirtió en ella no menos que cuatro meses. Durante su ausencia tuvo lugar una historia amorosa en su harén, que, sin tener nada de común con tu madre, fué para tu madre funesta, y determinó para tu padre una horrible vida de remordimiento. Vamos llegando, Mirian, a la gota de sangre que caía constante sobre la conciencia de tu padre, que le enloqueció, que aumentó su ferocidad y que le obligó a separarse de las gentes y venir a vivir a este morabito. Tenía Sydi Juzef, fruto de su intimidad en su primera juventud con una doncella árabe de las kabilas nomadas del norte del imperio, un hijo, a quien no amaba ni había amado jamás, pero a quien había criado por orgullo como se cría a un príncipe. Sydi Yezid-Abd-el-Azis-ben-al-Hbayzarí, xerife por su padre, había sido arrebatado apenas nacido a la pobre árabe nómada, y criado en el harén, primero, y después en el palacio de su abuelo Abd-Allah. Abd-el-Azis había crecido tan soberbio, tan iracundo y tan feroz como su padre, y a los veinte años era ya un caudillo formidable. Como su padre, nunca había amado ni tratado a las mujeres sino con desprecio; pero como su padre, debía amar.

Había en el harén de Sydi Juzef, al servicio de Gulnarah, una joven esclava griega, hermosa cuanto puede ser hermosa una criatura, y tratada con sumo amor por Gulnarah. Esta esclava se llamaba Thamar. Thamar gozaba de un ocio y de una libertad de que no podía gozar ninguna otra esclava, gracias al amor que la profesaba Gulnarah. Thamar, pues, entretenía su ocio tocando la guzla y la tiorba, cantando y esparciéndose por las tardes y por las mañanas en los terrados del harén, desde los que se veían hermosos horizontes. Una mañana, Mirian, durante la ausencia de tu padre, tu hermano Abd-el-Azis y la esclava griega se vieron. El estaba en una de las galerías del palacio; ella en uno de los terrados del harén. Ella tenía el rostro cubierto con su toca; pero sin duda el viento desplegó la toca y descubrió su semblante y Thamar dejó hacer al viento, que arrolló más la toca, dejando descubierto el hermosísimo cuello y los curvos hombros de la esclava griega. Abd-el-Azis sintió lo que nunca había sentido; la impresión de un amor naciente, pero irresistible. El feroz lobezno, hijo del lobo, sintió algo poderoso e incontrastable que reblandecía su corazón, que le hacía sensible a los encantos y a la dulzura de la belleza. Thamar, por su parte, se enamoró de Abd-el-Azis, que era muy joven y muy hermoso y que estaba además magníficamente vestido. Entrambos permanecieron largo tiempo, ella en el terrado, él en la galería, mirándose y diciéndose con los ojos lo que no podían decirse con las palabras. Sin embargo, se comprendieron perfectamente. Thamar no se retiró del terrado hasta que, entrado el día, la obligaron los ardientes rayos del sol. Pero al retirarse dijo de una manera clara y elocuente con los ojos a Sydi Abd-el-Azis: "Mañana volveré; vuelve tú".

Abd-el-Azis no dejó pasar el día sin informarse de quien era aquella hada que había visto en uno de los terrados del harén de su padre. Kervan, jefe de los esclavos eunucos del harén de Sydi Juzef, le informó por completo. Thamar no era esposa ni mujer de Sydi Juzef; era simplemente una esclava comprada a un pirata argelino y puesta al servicio de Sayda Gulnarah desde hacía cuatro años. Abd-el-Azis, pues, comprendió que podía amar a Thamar sin faltar a la ley, puesto que la joven esclava no estaba en el número de la mujeres de su padre; pero comprendió también que no podía alentar ninguna esperanza de que Thamar fuese suya, sino valiéndose de la seducción, de las dádivas, respecto a los esclavos guardadores del harén.

Sucedió que tanto rogó el príncipe y tanto dió al jefe de los eunucos, que éste procuró la entrada en el harén de una manera secreta, escalando los muros de los jardines, a Sydi Abd-el-Azis. Thamar y el príncipe se vieron al fin de cerca, y durante un mes fueron los dos amantes más felices del mundo. La soledad, la noche, el misterio, aposentos perfumados y vigilados, protegían

(Sigue en la página 44)

AVENTURAS DE

GODOFREDO CHUKRUT el tio de Lydia, acaba de llegar de Nueva York de donde viene para asistir al casamiento de su sobrina a quien le ha prometido un millón de dólares como regalo de boda

Y si se llegara a enterar que Chiveta ha alquilado a un novio para que haga el papel de tal, pues resulta que Lydia no tiene ningún compromiso matrimonial?

1

ENCANTADO DE VERTE, LYDIA. ¿DONDE ESTA TU NOVIO? QUIERO CONOCERLO

¡OH! ¡TIO! ¡QUE ALEGRIA! ¡Y QUE ELEGANTE!

¡AH! EN SEGUIDA VOY A BUSCARLO

2

¡APURESE, HOMBRE! ¡HA LLEGADO EL TIO DE LYDIA! QUIERE CONOCERLO A USTED

¡HOLA, Sr. CHIVETA! ¿ME BUSCA A MI?

5

¡VAMOS! ¡RAPIDO!

BUENO, DEJEME BAÑAR

6

NO SE ASUSTE, SEÑORITA. ES UN DESMAYO. SE GOLPEO LA CABEZA EN EL AUTO

¡OH! ¿QUE LE SUCEDE? ¡POBRECITO! ¡CON TAL QUE RECUERDE QUE SE LLAMA RICARDITO ORGANDY!...

9

DON GODOFREDO: PERMITAME QUE LE PRESENTE...

¡BARNIGUGLI! ¡QUE SORPRESA!

¡GODOFREDO! ¿COMO TE VA, VIEJO?

10

Intl. King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved

BARNIGUGLI por Debeck

(Viene de la página 41)

las largas entrevistas de amor. El príncipe pedía a Dios que, prolongándose indefinidamente la guerra, mantuviese ausente de Mequínez a su padre durante mucho tiempo. Pero una guerra hecha por su padre no podía durar mucho. Su ferocidad por una parte, y por otra su deseo de volver al lado de Gulnarah, a quien amaba cada día con mayor delirio, hacían que apretase tanto a los enemigos, que éstos, o eran exterminados, o se sometían muy pronto, después de lo cual eran del mismo modo exterminados, porque detrás de tu padre iba batiendo siempre sus alas rojas el arcángel del exterminio. Vinieron, pues, noticias de que las kabilas de la frontera septentrional del imperio pedían la paz al sultán, y Abd-el-Azis vió aproximarse la suspensión indefinida de sus entrevistas con Thamar, cuyo amor, cuya hermosura le habían vuelto loco. Entonces se trabó una fuga. Abd-el-Azis excitó la codicia de Kervan, el jefe de los eunucos; reunió todas sus alhajas, y lo preparó todo, resuelto a ir a Constantinopla a ampararse del gran turco. Una vez dispuesto todo, una noche obscura, al mediar de ella, Thamar, Abd-el-Azis y Kervan salieron recatadamente de las habitaciones del harén y atravesaron los jardines para escalar los muros y huir.

Entretanto, un jinete, acompañado de otros cien jinetes, había entrado encubierto en la ciudad. Los guardas de una de las puertas del muro más inmediato al palacio de tu padre habían abierto la puerta a una sola palabra del desconocido. El y sus cien jinetes entraron en la ciudad y se encaminaron, por un laberinto de callejas, hacia los muros de los jardines del harén. Cerca ya el caudillo de aquellos jinetes les mandó detenerse en una plazuela, desmontó y dejando el caballo con sus soldados, adelantó solo y llegó poco después a un postigo del muro de los jardines, le abrió con una llave, entró, y volvió a cerrar, internándose por un hermoso jardín. A poco que anduvo por una calle de naranjos, sintió los pasos silenciosos de algunas personas que marchaban hacia él. Aquel hombre se detuvo y lanzó un sordo rugido, semejante al de un tigre hambriento. Tu padre refirió todo esto a su padre el sultán, y el sultán lo refirió a mi padre, y mi padre a mí. Poco después de haberse detenido el encubierto, se vieron aparecer tres bultos.

Dos de ellos pardos: bultos de hombre. Uno de ellos blanco: bulto de mujer. El encubierto no pudo contenerse al ver a aquellas tres personas a tal hora en dirección a una de las salidas del harén. La cólera inflamó su sangre, y se arrojó rápido, terrible, pero silencioso como el tigre sobre aquellas tres personas. Los dos hombres cayeron de dos puñaladas terribles, seguras, y la mujer huyó como una hoja que impele el viento. El encubierto la siguió. La mujer, corriendo siempre, entró en las habitaciones del harén y se perdió por ellas. El encubierto siguió, halló una puerta cerrada, se arrojó sobre ella la forzó y se lanzó en un aposento. En medio de él había una mujer pálida. Era Gulnarah, a quien había hecho despertar atefrada el ruido que el encubierto había hecho al forzar la puerta. Por una terrible fatalidad, Gulnarah había conservado puesta su túnica interior. Aquella túnica era blanca. El hombre que estaba delante de ella era tu padre. Ciego colérico, terrible, creyendo que Gulnarah era la mujer a quien había perseguido por los jardines, comprendiendo que ninguna más que ella podía haber comprado y corrompido los eunucos guardas del harén, adelantó hacia ella con la gumía teñida en la sangre de su hijo y de Kervan. Pero se detuvo. Le pareció insuficiente aquel genero de muerte. Llamó a grandes voces y sus esclavos acudieron. Gulnarah había guardado un silencio funesto; parecióla que Sydi Juzef la quería hacer partícipe de la suerte de sus padres y de sus parientes, a los que había exterminado el xerife, y altiva y terrible enemiga dentro de su alma de su esposo, no pronunció una sola palabra que pudiera haber esclarecido la equivocación de Sydi Juzef. Gulnarah, por el momento, fué sepultada en una mazmorra.

Inmediatamente el iracundo Sydi Juzef, acompañado de esclavos con antorchas, bajó al jardín para reconocer al hombre de quien se creía injuriado, Sydi Juzef vió, con una creciente cólera, que aquel hombre era su hijo Abd-el-Azis, y que el cadáver que junto a él estaba era el de Kervan, jefe de sus eunucos. Sydi Juzef no sintió ni horror ni dolor al ver que su hijo había sido inmolado por su mano; no le amaba y le creía reo de un delito que, a ser cierto, colmaba hasta donde era posible el crimen y la infamia del hijo y de la esposa.

Se registró el cadáver de Abd-el-Azis y se encontraron sobre él muchas y ricas alhajas; entre ellas algunas que Sydi Juzef había regalado a Gulnarad y que Gulnarah, por el amor que la tenía, había regalado a su vez a Thamar. Thamar, al decidirse a huir con el príncipe Abd-el-Azis, le había entregado sus alhajas, y entre ellas, las que le había regalado Gulnarah y hacían caer sobre Gulnarah todas las apariencias de un horrible delito.

Sin interrupción alguna, Sydi Juzef se fué a ver a su padre el sultán, que era ya muy viejo, pero que conservaba toda la feroz energía de su carácter, semejante al de su hijo.

—¡Señor! — dijo Sydi Juzef a su padre, trémulo todavía de cólera: ya sabéis cuánto amaba yo a mi esposa...

—¡Tu esposa te ha injuriado!... — respondió sombríamente el sultán.

—He venido secretamente a verla, dejando el ejército confiado a mis valíes y hecha casi la paz, y he llegado a tiempo que huía con un hombre: aquel miserable era mi hijo Abd-el-Azis.

—¡Las cabezas de los miserables! — gritó ronco de cólera el sultán.

Y entregó a la venganza de Sydi Juzef el cadáver de su nieto y el cuerpo y el alma de Gulnarah.

Gulnarah fué sacada de su encierro, paseada sobre un asno por toda la ciudad y puesta a la vergüenza. Gulnarah sufría aquella vergüenza porque recaía sobre su esposo, a quien después del asesinato de su familia

aborrecía, y esperaba tranquilamente la muerte, porque la muerte la libraba del horror de partir su vida con Sydi Juzef. Durante ocho días Gulnarah fué expuesta públicamente, yendo siempre delante de ella, puesta en un palo la cabeza del príncipe Abd-el-Azis.

A los ocho días, Gulnarah fué conducida a la costa y arrojada al mar dentro de un saco de cuero. La cabeza del príncipe Abd-el-Azis había sido puesta en una jaula de hierro sobre la puerta principal de la ciudad de Mequínez.

Todo había concluído; la honra de Sydi Juzef había sido vengada; los supuestos amantes habían sido exterminados. Sydi Juzef, furioso, había vuelto a la guerra, y, loco ya, los vencidos habían probado todas las terribles consecuencias de su furor. Había, entre tanto, en el harén de Sydi Juzef una mujer devorada por el remordimiento. Aquella mujer era la esclava griega Thamar. Había logrado evadirse la noche en que fué sorprendida en su fuga con Abd-el-Azis, y llegar sin ser vista a su aposento. Después no tuvo valor para decir la verdad, y, aterrada por sí misma, dejó perecer a su señora inocente. Pero el remordimiento llegó a hacérsele insoportable, y apenas supo que Sydi Juzef había vuelto a Mequínez, pidió hablar con él, y se lo reveló todo.

Sydi Juzef, al conocer la horrible verdad, al saber la inocencia de su esposa y de su hijo, al conocer la prueba completa que le presentaba Thamar, cayó en un delirio terrible, del que no volvió sino loco. El delirio y la locura de Sydi Juzef salvaron de un castigo horrible a la esclava; Sydi Juzef lo había olvidado todo; todo lo que no era la cabeza sangrienta de su hijo y la infeliz Gulnarah, escarnecida, deshonrada y arrojada al mar. Un día los eunucos del harén encontraron ahorcada en su aposento a Thamar, que no había podido resistir al remordimiento.

Esta es la historia de la gota de sangre que caía continuamente sobre la conciencia de tu padre. Por eso renunció a todas las grandezas y se retiró a la soledad. Por eso después de la muerte del sultán, su padre, rechazó la corona que le correspondía, dejándola a su hermano Mohhanmed-Allah. Por eso, ascético, sabio, terrible, observando en este morabito la vida apartada del anacoreta, logró, sin pretenderlo, el gran prestigio que le hacía dueño del imperio. Y porque tú eres la viva imagen de tu madre, te amó con un amor maldito y te acostumbró a aborrecerme. Mirian, a mí que sólo ansío tu amor y que daría por él mi corona.

Calló el sultán y Sayda Mirian no contestó una sola palabra ni dió muestras de haber notado que Sydi Ahtmed había terminado su relato. Mirian sufría ostensiblemente y de una manera horrible. Todo el horror de la historia de su padre pesaba sobre ella como un presagio de inevitables desgracias. Y cuando pensaba en aquellas desgracias ignoradas, en aquellas desgracias del porvenir, su alma entera se llenaba del ardiente recuerdo del herido que yacía en un lecho entre la vida y la muerte en el morabito. Mirian amaba por primera vez, y amaba con toda la terrible voluntad de su raza.

Al fin Mirian, como si nada la hubiese revelado Sydi Ahtmed acerca de su padre, dijo:

—La guerra civil, que se creía terminada por la muerte de los dos xerifes Sydi Al-Malek y Sydi Mohhanmed-ben-Allah, va a encenderse de nuevo.

—¿Y quién la encenderá? — dijo Sydi Ahtmed con altivez.

—¡Yo! — respondió con más altivez Mirian: yo, hija del hijo mayor del sultán Abd-Allah, y que por muerte de mi padre heredo el trono.

—Las mujeres no reinan entre nosotros— dijo Sydi Ahtmed.

—Yo tengo un esposo a quien amo — dijo Mirian, — y mi esposo será vuestro señor. ¿Qué, no da el Korán el trono al vencedor? Mi esposo vencerá con mi ayuda y será el sultán.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Es verdad! — dijo Sydi Ahtmed. ¡Me aborreces! ¡Me desprecias! ¿Pero quién es ese hombre a quién amas? — añadió con ronca y trémula voz.

—¡Un valiente y hermoso rey! — contestó con entusiasmo y con orgullo Mirian.

—¡Un rey! ¿Y dónde está ese rey? ¿Cuál es su reino?

—¿Y qué te importa? — dijo Mirian. — ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes que te tengo en mi poder?

—¡En tu poder! ¡No! A pocos pasos de mí esté el borde de esta roca, bajo ella el río, al otro lado del río mis valientes jinetes, que se mueva una sola hoja detrás de tí, y me arrojo al río y estoy junto a mis gentes.

—¡Ah! ¡Sabías! . . .

—Pues qué, ¿no he visto yo desde Alcazarquivir las llamaradas y las señales de los morabitos? ¿No he visto después a las kabilas encaminarse al morabito de Ain-al-Mokazen? ¿No sé que hay un ejército escondido al otro lado del bosque? Pero tu no sabes que mi ejército retrocede avisado por mí; no sabes qué mañana puedo presentar batalla a las kabilas y vencerlas, y entrar en Fez para coronarme, llevando delante de mí, como acostumbrara a hacerlo tu padre, millares de cabezas de moros montaraces.

—La guerra civil ha empezado — gritó Sayda Mirian. — Tú eres el sultán y yo la sultana; tu has sido proclamado por el ejército y yo por las kabilas; el combate está próximo a emprenderse; Dios decidirá cuál de nosotros ha de ser el vencedor.

—Pero yo puedo arrebatarte conmigo — dijo Sydi Ahtmed levantándose.

Antes de que el sultán se levantara completamente, Mirian, más rápida que él, se había puesto de pie.

—¡A mí! — dijo. — ¡A mí valiente Aben-Shariar!

Apenas había dicho Mirian estas palabras, cuando aparecieron a sus espaldas y la rodearon el corsario y sus treinta feroces negros.

—¿Es acaso ese el que tú amas, el que ha de ser mi señor? — dijo Sydi Ahtmed con cólera, señalando al pirata, a quien remarcaban su apostura, su hermosura y la manera deslumbrante con que estaba vestido.

—¡Vete! — dijo Miriar extendiendo con

ademán de imperio su brazo hacia Sydi Ahtmed; — vete a buscar a tu ejército y vuelve con él, yo no quiero asesinarte.

—¡Oh! ¡Sí! — dijo Ahtmed. — ¡Volveré! ¡Tú no has querido ser mi esposa! ¡Pues bien, serás mi esclava!

—¡Vete! — repitió con terrible firmeza Mirian.

Sydi Ahtmed vaciló como todo hombre bravo y altivo que se ve obligado a ceder a la fuerza; pero comprendió que nada podía hacer; lanzó una sombría mirada a Mirian y a sus guardianes, se volvió, adelantó hacia el borde de la roca y descendió rápidamente por el sendero por donde había trepado hasta allí.

Poco después se vió salir la barca de entre los árboles, atravesar la anchura del río, abrillantada por la luna, y perderse entre los árboles de la orilla opuesta.

Mirian se retiró de la roca y se encaminó al morabito seguida de Aben-Shariar y de los treinta piratas.

Capítulo XI

Mirian reposó muy poco aquella noche, consagrándose casi por completo al cuidado del herido, cuya situación era a cada momento menos grave. Crecía el calor de su piel, crecían las pulsaciones de sus arterias pero estaba sin sentido.

Mirian, inclinada sobre él, parecía como que pretendía infundirle su vida entera. Mirian sufría esa horrible incertidumbre que experimentamos cuando un ser amado se encuentra en un peligro inminente. Mirian vivía sólo para aquel hombre, y su gravísimo estado la distraía a tal punto de los graves sucesos que habían acontecido en su familia, que parecía que los ignoraba o que los había olvidado. Sólo recordaba a su madre y a sus hermanas, y aun así por el herido. Ella no podía estorbar a su madre que penetrase en su aposento, y no quería que nadie más que Ayelah y Kaimo, de cuya fidelidad estaba segura, supiesen que en su aposento estaba oculto un hombre.

Así es que, apenas amaneció, salió del morabito y se fué a la tienda de campaña que ocupaban, sus hermanas y el fakí Aben-Balkin. Antes de llegar a ella, le salió al encuentro Sydi Aysa-ben-Moavia, el más anciano de los santones que habían acudido al llamamiento de Mirian.

—Va a empezar la guerra, y es necesario que os preparéis a ella — le dijo Mirian.

—¡Que va a empezar la guerra! — dijo Sydi Aysa.

—Sí. Qué, ¿acaso puedo yo permitir que reine el xerife Sydi Ahtmed, siendo yo hija del xerife Juzef?

—Pero Sydi Ahtmed es poderoso.

—Yo tengo las kabilas de todo el imperio.

—Si fueras hombre, esas kabilas te seguirían, pero una mujer no puede reinar.

—¡Reinaré!

—¡Reinarás!

—Sí.

—Pero nuestra ley se opone a ello.

—Reinará mi esposo — dijo Mirian con orgullo.

—¡Tu esposo, luz del cielo! — exclamó el santón. — ¿Y quién será tu esposo?

—¡El que venza! — exclamó con altivez Mirian.

—¿Y qué pretexto tomaremos para levantar bandera contra el sultán?

Meditó un momento Mirian.

—No hay necesidad de pretexto — dijo; — basta con que aleguemos la verdad.

—¡La verdad!

—Sí.

—¿Y cuál es la verdad?

—El cadáver de mi padre está en la casa del fakí Aben-Balkin, en Alcazarquivir.

—¡Y bien!...

—En casa de ese fakí ha estado ayer el sultán Sydi Ahtmed.

—¿Y crees...?

—Creo que mi padre ha sido envenenado por el sultán.

Mirian mentía; Mirian sabía demasiado que su padre había muerto por un ataque repentino al saber que su esposa Gulnarah vivía; sin embargo, anhelaba el trono de Marruecos y en nada se detuvo; calumnió a Sydi Ahtmed. El xerife Sydi Juzef era muy venerado por todos los santones del imperio. y al saber que el anacoreta de Ain-Al-Mokazen había muerto asesinado, Sydi Aysa rugió como un tigre herido.

—¡Venganza!—exclamó. — ¡Venganza terrible contra el impío que ha osado dar muerte al hombre de Dios!

Y sin esperar a más, escapó y se fué entre los suyos, pidiendo a voces venganza.

—Ahora — dijo Mirian — es necesario salvar a Aben Balkin, a mi madre y a mis hermanas.

Y entrando en la tienda, las sacó de ella, las metió en el adoratorio del morabito, a cuya puerta se puso ella misma de guardia.

No había sido en vano la precaución de Mirian. Apenas Aben-Balkin, Gulnarah, Fatimatu 'l-Noemi y Aydamarah se habían ocultado en el adoratorio, cuando oyeron por la entrada de la pradera que rodeaba el morabito los quince santones que habían acudido con las kabilas, dando unos gritos espantosos. Mirian adivinó la situación de aquellos hombres.

—Corred—les dijo, saliéndoles al encuentro, — corred y perseguid al miserable.

—Vamos a castigar a ese hombre en cuya casa ha sido muerto el santo xerife.

—Pues bien; ese miserable ha escapado durante la noche, llevándose consigo a mi madre y a mis hermanas — exclamó Mirian fingiendo la mayor desesperación.

—¿Y por dónde ha escapado! — exclamaron algunos de los santones.

—Uno de mis esclavos le vió huir, y aun le siguió; el miserable ha tomado el camino de Mogador.

—¿Y dónde está el esclavo que ha traído esa noticia?

—Ha vuelto a montar a caballo para ponerse de nuevo sobre el rastro de los fugitivos.

—¿Dices que Aben-Balkin ha tomado el camino de Mogador?

—Sí.

—A caballo y a Mogador — gritaron algunos santones.

—No vayáis todos — dijo Mirian; — el

LA MUERTE EN "TEJAS GRISES"

Por GERARD FAIRLIE

CUAL es el secreto del moribundo Rendel? ¿Qué es lo que sabe?... Un extraño y siniestro misterio se desarrolla entre las paredes de "Tejas Grises"; su solución es realmente inesperada.

NO PIERDA ESTA EMOCIONANTE Y DRAMATICA NOVELA QUE APARECERA EN BREVE EN

Pucky

va solo; id uno de vosotros con algunos jinetes y basta.

—Siendo cómplice de Sydi Ahtmed, puede protegerle Sydi Ahtmed.

—Cercad a Sydi Ahtmed en Alcazarquivir y perseguid por el camino de Mogador al fakí Aben-Balkin.

Aquellos hombres partieron para acometer dos empresas inútiles. Ni Aben-Balkin estaba en el camino de Mogador, ni Sydi Ahtmed estaba en Alcazarquivir. Como sabemos, Aben Balkin, la madre y las hermanas de Mirian estaban en el adoratorio del morabito y Sydi Ahtmed viendo conjurados contra él a todos los moros de los campos inmediatos, había partido aquella misma noche a Larache, que era mucho más fuerte que Alcazarquivir, y donde podía ser socorrido por el mar.

Sydi Ahtmed se había llevado consigo el que se creía el cadáver del rey D. Sebastián, los tres cadáveres de sus tíos los xerifes Sydi Mohhanmed-Abd-Allah, Sydi Juzef y Al-Malek, con un cuerpo de caballería negra, compuesto de tres mil jinetes, y entre ellos, a todos los cautivos de la batalla, que ascendían a siete mil hombres entre españoles, italianos, alemanes y portugueses. Los cadáveres habían sido embalsamados. El del xerife Al-Malek para darle sepultura. El del rey don Sebastián para entregarlo a los portugueses cuando fuera reclamado. El del xerife Abu-Abd-Allah para que todo el imperio viese que había muerto, y no se levantase tomando su nombre algún impostor. El de Sydi Juzef también para ser expuesto públicamente y patentizar de este modo que no existía nadie que pudiese con derecho reclamar la corona del imperio.

El haberse llevado consigo Sydi Ahtmed el cadáver de su tío Sydi Juzef, justificó la acusación de Mirian. Cuando Alcazarquivir, abandonado por el sultán, abrió sus puertas a los santones y a sus kabilas, a los que no podía resistir, los santones vieron con indignación que el sultán se había llevado el venerable cadáver del santo anacoreta del morabito de Ain-Al-Mokazen, y maldijeron, no sólo al asesino, sino también al lugar donde se había cometido el supuesto asesinato.

Inútil es decir que, habiendo penetrado en la ciudad las kabilas, no salieron de ella hasta que la hubieron completamente saqueado, en lo que invirtieron todo el día.

Mirian, entre tanto, había llamado a Aben-Shariar.

—¿Cuánto dista el mar de aquí? — le dijo.

—Dos leguas, sultana — contestó el corsario.

—¿Dónde está tu galeota?

—En una ensenada bravía entre Larache y Mogador.

—¿Cuánto tiempo necesitas para ir y volver?

—Habré vuelto antes de la noche.

—¿Amas mucho a mi hermana Fatimatu l-Noemi?

—La amo más que a mi vida.

—Sálvala

—¿De quién?

—De los santones.

—¡Cómo! ¿Pues qué pueden hacer contra ella los santones?

—Los santones buscan a Aben-Balkin y a todos los que estaban en su casa cuando murió mi padre, para matarlos.

—¡Para matarlos! — dijo palideciendo Aben-Shariar.

—Sí, creen que mi padre ha sido asesinado por Aben-Balkin.

—Pero eso no es cierto; tu padre sultana, ha sido herido por la mano de Dios.

—Los santones creen que ha sido asesinado.

—Desengáñalos.

—No, los he dejado en su error para salvarlos; yo no tenía seguridad de convencer a los santones; yo les he dicho que habían huído por el camino de Mogador, y ellos se han precipitado en su seguimiento; los que quedaban, han marchado a Alcazarquivir; no hay que perder un solo momento: llevátelos a todos y ponlos en salvo en tu galeota.

—¿Pero dónde están?

—Aquí, en el adoratorio del morabito.

Aben-Shariar hizo montar a caballo a sus corsarios, mientras Mirian se despedía de su madre y de sus hermanas. El terror de éstas al saber que estaban acusadas del asesinato de Sydi Juzef y amenazadas de caer en manos de los santones, o, lo que era lo mismo, de las kabilas, hizo la despedida muy corta. Guinarah abrazó y besó llorando a Mirian; Fatimatu 'l-Noemi y Aydamarah se despidieron tristemente de una hermana que sólo habían visto para separarse de ella. Aben-Balkin agradeció, con lágrimas en los ojos, a Mirian el que los hubiese salvado de los santones y, al fin, a la grupa cada una de ellos de un corsario, partieron, tomando el camino de la ensenada, donde debían encontrar la galeota de Aben-Shariar.

Cuando Mirian se vió sola con Kaimo y con Ayelah, sus dos fieles servidores, exclamó:

—¡Oh! ¡Ahora nadie podrá penetrar en mi aposento! ¡Nadie podrá saber que guardo en él a mi rey cristiano!

Porque Mirian creía que el herido que tenía en su poder era el rey D. Sebastián. Por su amor, Mirian se había sobrepuesto más que lo hubiera debido a la muerte de su padre, se había separado de su madre, a quien había creído muerta, y de sus hermanas, a quienes no conocía. Se había valido del prestigio del nombre de su padre para llamar a las kabilas y había provocado una terrible guerra contra el sultán, acusándole del asesinato del xerife Sydi Juzef.

Todo esto lo había hecho Mirian por su amor, por el primer amor de su vida: por aquel herido a quien creía rey, por aquel hermoso mancebo que disputaba a la muerte.

Mirian pasó el día cuidando del herido, observándole, viendo con placer que su vida, aunque lentamente, crecía. Mirian ansiaba ver la llegada del momento en que aquel hombre abriera los ojos, en que hablase, en que pudiese decirle:

—Yo te amo: has sido vencido y yo voy a darte el trono de tu enemigo.

Aun no había cerrado la noche cuando la llamó Ayelach.

Aben-Shariar había vuelto, y sus treinta corsarios daban ya la guardia del morabito.

—¿Y mi madre y mis hermanas? — dijo con verdadera ansiedad la joven.

—En salvo; mi galeota las conduce a Túnez, donde vivirán bajo el amparo del bey.

—¿A nadie, habéis encontrado en el camino?

—A nadie, más que un león negro, que he muerto y que me he traído para hacerte con su piel una alfombra para tu diván.

—¡Oh! ¡Gracias, bravo Shariar! Otros leones quiero que mates, para que sus cadáveres me sirvan de escalones para subir al trono de Marruecos.

—¿Y quién subirá contigo, sultana?

—Tú u otro que sea más valiente que tú — dijo Mirian infiltrando una mirada envenenada en el alma del corsario; — mi esposo será el vencedor, como quiera que el vencedor sea: hermoso o deforme, joven o viejo.

—¡Oh! ¡Yo venceré! — exclamó con entusiasmo Shariar.

—¿Y Fatimatu 'l-Noemi? — dijo sonriendo Mirian.

—Tú eres el sol, sultana — dijo el corsario; — ella es la luna.

—Vence, pues.

—Confíame el mando de tus huestes.

—Gánalo venciendo.

—Le ganaré.

En aquel momento se oyeron disparos repetidos de espingarda y grandes y tumultuosas voces. Eran los santones y las kabilas que volvían de Alcazarquivir cargadas de botín y haciendo salvas en señal de alegría. Muy pronto estuvo el morabito rodeado de un ejército formidable, que se aumentaba de un momento a otro con los contingentes que llegaban de todas partes. Las kabilas están siempre dispuestas a la guerra contra las ciudades, porque éstas les ofrecen el saqueo y las licencias de todo género, y las kabilas han sido las que han ayudado siempre a los rebeldes contra los príncipes reinantes.

Por lo mismo ayudaban entonces a Mirian contra Sydi Ahtmed Es decir, que el nuevo sultán, que creía haber acabado con la guerra civil, se la encontraba en el primer escalón de su trono. Había cundido, con la rapidez de la luz y a grandes distancias, la noticia de que Sydi Juzef-Abd-el-Azis-al-Hbayzari-Merini, el xerife solitario y santo anacoreta del morabito de An-Al-Mokazen, esto es, de la ermita de la fuente de Mokazen, hijo, hermano y tío del sultán, había sido traidora y cobardemente asesinado en Alcazarquivir por su sobrino el xerife Ahtmed, proclamado sultán por el ejército, después de la batalla de Alcazarquivir.

Esto había excitado la ira de los santones, y por consecuencia el furor de las kabilas montaraces que no tienen otro señor que su santón, que dispone de ellas para todo. Las kabilas de muchas leguas a la redonda habían acudido, y no cesaban de acudir. Era una muchedumbre inmensa, pero mal armada.

Entre más de cien mil hombres que ya acampaban al aire libre, alrededor del morabito de Mirian, podía decirse que apenas había seis mil jinetes y veinte mil infantes armados con gumía y espingarda. Los demás llevaban por armas palos, hoces, hierros mal enastados y hondas. Sin embargo, todos eran fieros y bravos como leones, y estimulados por la competencia de kabila a kabila. Toda esta gente necesitaba un jefe que la mandase, que la organizase, que la llevase tras sí al combate y, sobre todo, oro para mantenerse, por más que los marroquíes campesinos estén mantenidos con un pedazo de pan y un puñado de higos secos. Pero el pan y los higos secos para cien mil hombres cuestan dinero.

Mirian se vistió un ostentoso traje de sultana morabita de la familia de los xerifes, se cubrió de joyas, montó a caballo y, llevando al pirata Aben-Shariar a su izquierda, a su derecha al santón Lucos, el más respetado de la comarca después del difunto Juzef, detrás el resto de los santones que habían acudido con sus kabilas, y, por último, como guardia, los treinta corsarios negros de Aben-Shariar, entre los cuales marchaba a caballo el esclavo Kaimo, llevando el estandarte verde de xerife, de Sydi Juzef, salió al campo a recorrer las kabilas reunidas, a pesar de que era de noche. Pero urgía dar caudillo a aquella gente. La luna llena continuaba y a más de eso, centenares de antorchas ardían por todas partes.

El campo de batalla, cubierto de cadáveres sangrientos, se veía a lo lejos, y partía de él un olor fuertemente desagradable.

Era necesario también levantar de allí el campo y dejar abandonado por algún tiempo el morabito, hasta que llegase los aires fríos del invierno y purificasen la atmósfera, cuando sólo hubiesen quedado blancos huesos donde entonces existían despojos repugnantes. Los habitantes de Alcazarquivir que habían sobrevivido a la entrada de las kabilas en la ciudad y que habían sido completamente robados, sin tener nada que guardar en sus casas, habían marchado hacia Fez y Mequínez, huyendo de la guerra y de la infección. Muy pronto aquel numeroso ejército debía moverse de aquellos sitios para empezar la guerra.

A medida de que Mirian llegaba a cada una de las kabilas, la saludaba una entusiasta y ruidosa aclamación. Aquellos hombres feroces no podían ver sin entusiasmo su hermosura, sus galas y la altiva majestad que rebosaba en ella. Era, además, la hija única del xerife Sydi Juzef, la elegida por Dios para vengar la muerte del santo anacoreta. Los santones la proclamaban al llegar a cada kabila, y las kabilas repetían con frenéticos gritos de entusiasmo las aclamaciones de los santones.

A seguida era proclamado Aben-Shariar caudillo del ejército, y como eran los santones los que le proclamaban, las kabilas

no tenían otra cosa que hacer que aclamarle también.

En solas dos horas tuvo lugar la proclamación de sultana de Mirian y la elección como caudillo de Aben-Shariar.

A la mañana siguiente el primer cuerpo de ejército debía marchar sobre Larache, donde se encontraba separado de su ejército y con sólo tres mil jinetes el sultán Sydi

Es cierto que el resto del ejército del sultán contramarchaba, dejando el camino de Fez y viniendo al socorro del sután. Pero, en cambio, también las kabilas y más kabilas aumentaban prodigiosamente el ejército de Mirian.

Al volver Mirian a su cerrado aposento del morabito, al acercarse al lecho del herido, sintió una alegría, una conmoción infinita, dulce, imposible de expresar.

El herido tenía abiertos sus grandes ojos azules, miraba a la sultana de hito en hito, sin asombro, pero con una extrañeza en que había mucho de altivo y de interrogador. La mirada del herido, fija en los ojos de Mirian, parecía preguntar:

—¿Por qué estoy yo aquí? ¿Qué lugar es éste? ¿Quién eres tú?

—¡Oh! ¡Yo te amo! ¡Yo te amo! — dijo ardientemente Mirian — Yo soy feliz porque vuelves a la vida; nada temas; te protejo yo.

Como era natural, el herido no comprendía ni una sola de aquellas palabras; pero comprendía, sí, la elocuente expresión del semblante de la enamorada joven. La miró con ansia, y levantó con trabajo uno de sus brazos. Mirian comprendió la intención del herido, tomó su mano derecha y la besó con ternura. El herido se estremeció con cuanta fuerza podía en el estado de debilidad en que se encontraba, entreabrió levemente sus tristes ojos azules, y los cerró como para absorver, como para retener, como para guardar la dulce impresión que acababa de recibir.

Mirian se sintió feliz. No podía dudar de que su visita había causado en su herido una impresión dulce, una impresión semejante a la que sentimos la primera vez que vemos al ser nacido para amarnos y para hacernos amar. Mirian inclinó su cabeza blandamente sobre el pecho del herido, y lloró de felicidad. El amor de aquel hombre era toda su pasión, todo su presente, todo su porvenir; él era todo su sentimiento, todo su amor, toda su vida; su sangre africana se inflamaba en un amor exclusivo, único, poderoso, que absorvía y llenaba a un tiempo todo el ser de la joven. Fuera del hermoso herido de los ojos azules, nada existía para Mirian. La muerte de su padre, el encuentro de su madre y de sus hermanas, su rápida separación de ellas, el ejército que la rodeaba, la guerra empeñada contra el sultán, todo había desaparecido de su memoria como si no hubiera existido, como si no existiera, como esos sueños que pasan sin dejar ni aun el recuerdo de lo que han hecho gozar o sufrir.

Para Mirian, aquel hombre lo era todo: una continuación de su propio ser, un esposo, un hermano, un padre, su vida, su alma, su esperanza, su alegría, su placer y su llanto. Mirian había sufrido y anhelado mucho mientras aquel hombre, yerto e insensible como un cadáver, no había podido hablarla ni aún con el lenguaje de los ojos. Pero cuando los ojos de aquel hombre la miraron, cuando Mirian vió aquella mirada altiva y a la par audaz, asombrada y al par tranquila, doliente y al parecer iluminada por una expresión de inmensa alegría, leyó en ella una primera frase de amor y se sintió inundada por toda la felicidad que había anhelado durante largas horas de agonía que había pasado al lado del herido.

Pero Mirian, bastante instruída por su padre en medicina, y harto inteligente y harto sensible, comprendió que excitar demasiado al herido era exponerle, en el estado en que se encontraba, a un retroceso seriamente peligroso. Se separó, pues, de él, fué a las redomas, que estaban en un ángulo de la mesa, compuso un calmante, y lo sirvió en un vaso de oro al herido, que lo bebió con ansia, sonriendo de agradecimiento a Mirian.

Es muy dulce para una mujer de corazón alentado, de alma pura, de imaginación soñadora y poética, verse colocada en la situación de protectora de un hombre débil y enfermo, que ha llegado a la enfermedad a causa de heridas recibidas en combate, vengando cada herida con una muerte, cayendo como cae el león acosado entre un horrible cerco de enemigos; es muy dulce amar a un hombre tal, cuidarle, velarle y devolverle la vida, y con la vida su fuerza y lo terrible de su valor; es volver a levantar la encina caída por el pie, asentarla, verla arraigar de nuevo y recobrar su pompa y su lozanía para reclinarse después a su pie y dormir bajo su sombra.

La bebida que Mirian había dado al herido produjo inmediatamente en él una expresión de dulce languidez, y poco después un sueño suave, dulce, tranquilo. Mirian le observó cuidadosamente. El calor se dejaba sentir sobre su piel; las pulsaciones de sus arterias eran débiles, pero regulares; su sueño era dulce; empezaba a desaparecer el peligro; pero era necesario ser muy prudente, y esto era lo más difícil para Mirian: porque ¿cómo pedir prudencia a una mujer tal como ella, que amaba por la primera vez y con un amor como el que ella sentía por el herido? Mirian, sin embargo, se separó del lecho, veló la luz de la lámpara hasta el punto de que apenas se distinguían en el aposento los objetos, y salió, llevándose consigo a Ayelach y cerrando la puerta.

Mirian se trasladó con Ayelach al que había sido aposento de su padre. Una vez allí, Mirian, con la ayuda de la esclava, levantó la tarima que con una estera de palma había servido de lecho al xerife, y quedó descubierta una pequeña compuerta de madera, manchada por una constante humedad.

(Continuará)

EL FANTASMA DE OLVERSTONE

Por F. WARDEN

(Conclusión)

LLAMO, y viendo que no salía nadie ni obtenía respuesta alguna empujó la puerta y notó que estaba cerrada.

Volvió a llamar y volvió a reinar el mismo silencio.

Esto, naturalmente, aumentó sus sospechas, y dando vuelta a la casa trató de entrar por el lado posterior.

Mas el resultado fué igualmente negativo.

El joven volvió rápidamente a la fachada principal, y sacando un cortaplumas probó de abrir una de las ventanas, viendo con alegría que el pestillo cedía.

Saltó adentro sin hacer ruído y al oir sobre su cabeza pasos precipitados, comprendió que le habían estado observando, e inmediatamente se precipitó escaleras arriba, hacia las habitaciones superiores; se detuvo ante aquella en que debió producirse el ruído de pasos y llamó con fuerza.

Nadie contestó.

—¡Señora Banks! ¡Señora Banks! — gritó el joven — ¡Soy yo, Evelino! ¿Está usted ahí dentro?

Siguió reinando el mismo silencio.

Evelino comprendió, entonces, que había, por fin, dado con la guarida del monstruo.

Allí había gente, y si María, como aseguraba, vivía completamente sola, ¿porqué se negaba a abrir aquella puerta?

¿Quién era, pues, la persona que se escondía en aquella habitación sin atreverse a dar la cara?

El joven se decidió valientemente a no perder aquella ocasión.

—Neecsito saber — dijo clara y lentamente, — quién es la persona que aquí se oculta. Antes de proceder violentamente, ruego que se me habra la puerta; si no lo hace quien ahí dentro está, ahora, en seguida, me veré obligado a derribarla.

Como siguiera el mismo silencio, Evelino no dudó más.

Apoyó sus espaldas sobre la parte de la cerradura, y después de algunas vigorosas acometidas vió que cedía, hasta que, por fin, saltó de una vez.

Evelino, preparado a encontrar resistencia, entró resueltamente en la habitación.

Esta era pequeña, y estaba amueblada con cierto lujo.

Pero no había en ella persona alguna.

XXI

Evelino registró minuciosamente la estancia: miró debajo del sofá, detrás de los sillones, en todas partes, en fin, donde le pareció que pudiera ocultarse un cuerpo, y se convenció de que el pájaro había volado.

La cosa era evidente si se observaba que la ventana estaba abierta de par en par, y que podía saltarse por ella sin riesgo alguno.

Inmediatamente se le ocurrió una idea. Si al huir el desconocido del castillo de Olverstone vino a refugiarse a casa de María Banks, ¿no era lo más probable que al huir de aquí fuese a refugiarse al castillo?

Convencido de que no podía por menos de ser así, salió Evelino de la quinta, y se dirigió precipitadamente a su casa, adonde llegó al cabo de una hora.

Pero en vez de encaminarse al edificio, entró por la parte del bosque, para ocultarse en él hasta que llegase su padre y poder combinar con él un plan definitivo que diese por resultado la captura del misterioso personaje.

Apenas había andado el joven algunos pasos dentro del bosque, la pareció oir un pequeño grito ahogado. Avanzó con suma precaución hacia el sitio en que creyó oir aquel débil chillido, y al cabo de pocos instantes notó el cuchicheo de algunas voces que hablaban en tono bajo. Siguió avanzando, cuidando de no llamar la atención, y al poco tiempo con sorpresa inenarrable, vió por entre el ramaje, dos caritas juveniles en las cuales se retrataba en aquel momen-

to el espanto más intenso. Aquellos rostros azorados eran los de sus pequeños hermanos Marcia e Hildebrando.

Evelino se acercó aún más hasta que pudo oir las palabras que aquellos pronunciaban.

—Vamos, Marcia, vamos — decía el niño en voz baja, — si no, hará lo que nos ha dicho.

—¡Oh, Hil, no me atrevo a moverme! — gimió Marcia, llena de terror.

Evelino debió hacer involuntariamente algún ruído, por cuanto Hildebrando volvió asustado la cabeza exclamando: "Ya viene otra vez".

Marcia lanzó un grito y se escondió el rostro entre las manos.

Evelino avanzó resueltamente hacia ellos; mas los aterrados muchachos, haciendo un supremo esfuerzo, se rehicieron de nuevo, y echaron a correr hacia la casa a toda velocidad.

El joven no los siguió. Estaba convencido plenamente de que sus hermanos habían visto al misterioso sujeto que él acababa de ahuyentar de la quinta de María Banks, el cual sujeto les habría infundido el miedo de que se hallaban poseídos, y a juzgar por las palabras de Hildebrando " si no, hará lo que nos ha dicho", podía deducirse que quizá les hubiese amenazado también.

Evelino resolvió vigilar atentamente desde el exterior las murallas que pertenecían a la antigua galería, a cuyo efecto se situó frente a ellas, escondido entre los árboles, en un punto cerca del camino, por donde temía que pasar su padre al volver de Liverpool.

El joven estaba convencido de que se acercaba la hora de dar caza a aquel malvado que tanto les había hecho sufrir.

Ya empezaba a anochecer cuando Evelino, que no se había movido un solo momento del puesto en que se situara, vió venir a su padre.

Adelantóse rápidamente hacia el camino sin dejar de mirar de hito en hito a las murallas de la galería, e hizo una señal al almirante para que se acercara.

En cuanto su padre se unió a él tomóle silenciosamente por un brazo, y llevándole hacia su puesto de observación le explicó allí brevemente lo que le había ocurrido en casa de María Banks, y le informó del estado en que había encontrado a sus hermanos, sin olvidar las palabras que éstos pronunciaron.

—¡Bravo, chico! — replicó el almirante lleno de gozo — Esto marcha a pedir de boca. Si está el sujeto ese dentro de la antigua galería, como aseguras, lo demás corre de mi cuenta. Aquí en este paquete — añadió el anciano enseñando a su hijo un bulto que llevaba consigo, — llevo el imán que ha de atraer a ese tan bién templado acero. A su debido tiempo te explicaré lo que es. Ahora, ante todo, nos conviene convencernos de que, efectivamente, está el pájaro en la jaula.

—¿Y cómo lo sabremos?

—Las luces nos lo indicarán. Recuerda que lo que más ha aterrado siempre a nuestros sirvientes, son esas luces que suelen distingir a veces, sin acertarse a explicar de dónde podrán venir. Nosotros mismos las hemos visto.

—Cierto; pero...

—Déjate de peros. Como vea yo hoy las luces, ya es mío ese bribón. No te muevas de aquí; yo iré a atisbar sin exponerme a ser visto.

—Aquí espero, pues, ojo avisor.

Evelino tomó asiento en el tronco de un árbol que fué arrancado para hacer leña, y el almirante se encaminó hacia las murallas.

Una hora pasó sin que se oyera el menor ruído. La noche había cerrado por completo. El silencio era imponente. Evelino empezaba a impacientarse, a tiempo que vió acercarse una sombra hacia él. Levantóse dispuesto a caer sobre ella si pretendía huir, y oyó la voz de su padre, que era el que se aproximaba.

—Evelino — murmuró el almirante.

—¿Qué hay? — respondió el joven.

—Ven conmigo. He visto luces debajo de la cornisa del edificio.

—¿Qué dices?

—Ven y lo verás por tus propios ojos.

El almirante condujo a su hijo hacia un extremo de la muralla, y le indicó el sitio a que se había referido. No había en él ventana alguna, pues estas estaban situadas en la planta baja; pero a través de los ladrillos se veían dos rayos de luz formando dos líneas horizontales.

—¡Es extraño! — murmuró Evelino dando muestras de inquietud — ¿Cómo puede ser que haya luz en un sitio como ése? ¿Por dónde sale? ¿De dónde proviene? ¿No es ese el punto donde se halla la cisterna?

—Precisamente, hijo mío — replicó el almirante con voz queda — Ahí es donde la fiera tiene su guarida. Vamos, pues. No hagamos el menor ruído

Evelino y su padre se dirigieron cautelosamente hacia la antigua galería, abrieron la puerta y se internaron sin hacer el menor ruído.

Pasaron seguidamente al salón, y una vez en él, deshizo el almirante el paquete que llevaba, y mostró a su hijo el contenido.

—¿Sabes lo que es esto? — preguntó.

—¿El qué?

—¡Cartuchos de azufre! ¡Ya verás que pronto sale ese perillán de su escondrijo!

—¡Ah!... ¡Comprendo! — murmuró el joven — ¡Admirable! ¡O sale o se asfixia!

—Ni más ni menos. Antes de encerderlos, vamos a tapar los huecos de las chimeneas. Trastos no faltan para ello.

Diez minutos después no quedó un hueco abierto por donde pudieran escaparse los gases que había de producir la combustión del azufre.

Seguidamente empezaron ambos caballeros

a colocar y encender cartuchos de azufre hasta el número de cuarenta, distribuídos en todas las habitaciones, después de lo cuál se retiraron al pasaje de la galería, esto es; a la galería propiamente dicha, en donde también encendieron algunos cartuchos, e inmediatamente salieron al patio y volvieron a cerrar la puerta con llave.

—Papá — dijo Evelino con gravedad — Si es un ser humano el que ahí se esconde, temo que hayas de reprocharte su muerte, pues no puede haber nadie en el mundo que sea capaz de resistir semejante atmósfera. Y luego... ¿No podría ser un loco, un maniático?

—¡Sí, sí... no está mal lunático! Más listo que el aire debe ser ese pillo. No tengas el menor cuidado. Ya verás que pronto sale. Lo que debemos vigilar es el comedor. Allí es donde siempre hemos oído los ruídos, y allí fué donde ví yo aquella noche cerrarse la puerta

—Y donde ví yo por primera vez aquel horrible monstruo que tanto me alarmó.

Padre e hijo fueron a situarse frente a la ventana del comedor, a través de cuyos vidrios observaron la enorme densidad que había ya adquirido el humo producido por el azufre.

Al cabo de pocos momentos vieron con emoción, la figura de un hombre que se dirigía de un lado a otro, llevándose las manos a la cabeza a cada instante y dando pasos inseguros como si estuviera ebrio.

El almirante había tomado a Evelino por un brazo para impedirle que se apartara de su lado.

—Déjame, déjame, papá. ¿No ves que se está asfixiando por momentos?

—¡Espera!

—¡No, no!

Y desaciéndose violentamente de aquel garfio que le aprisionaba, se aproximó Evelino a la ventana sacó una llave y rompió el cristal, haciendo de este modo que penetrara en aquella estancia aire fresco y tuvieran salida los asfixiantes gases del azufre.

Al mismo tiempo la sombra que vieron débilmente dentro de la habitación, caía pesadamente al suelo.

XXII

Evelino siguió rompiendo el cristal hasta que pudo fácilmente entrar por la ventana, y saltando adentro del comedor, fué a través de aquella atmósfera sofocante, a agarrar al que acababa de caer, y levantándole del suelo le acercó a la ventana para que pudiera respirar el aire puro.

—Sostenle, papá, haz el favor — gritó Evelino — Yo saltaré otra vez hacia afuera y entre los dos podremos sacarle fácilmente.

El almirante sujetó por los hombros el inerte cuerpo del desconocido y cuando el desconocido estuvo fuera de nuevo, le agarraron cada uno por un brazo y le sacaron del comedor.

Apenas dió en el rostro del misterioso sujeto la escasa luz de la noche clara, se escapó un grito ronco del pecho del almirante.

—¡Ah! — exclamó — ¡Lo que yo me imaginé en mi última visita a María! ¡Es él!

—¿Quién, papá? — preguntó con ansia Evelino.

—¡Mi primo! — repitió el almirante — ¡Mi primo! ¡El coronel Olverstone! ¡Mi primo, un miembro de nuestra familia, de nuestra misma sangre, llegar hasta el extremo de pouernos a las puertas de la deshonra! ¡Llegar hasta el extremo de hacer perder la vida a dos inocentes! Y todo, ¿por qué? ¡Por una venganza miserable, ruín! ¡Ah! ¡Lo veo y no lo creo!

Evelino escuchaba atónito las palabras de su padre mientras miraba fijamente al autor de tanta desventura.

—Conduzcámoleslo a casa, papá, y acostémosle, mientras viene el médico.

—Sí, vamos.

Padre e hijo tomaron al desvanecido coronel el uno por los brazos y el otro por las piernas y se dirigieron hacia la casa.

—Avise Vd. al doctor Burburry — dijo el almirante al primer criado que encontró; — que venga al instante.

Momentos después estaba la casa revuelta. Otros criados que vieron a sus señores con aquella carga, se aventuraron a preguntar lo ocurrido.

—¡Una friolera! — respondió el almirante sonriendo — ¡Que traemos nada menos que el fantasma!

Dejaron al coronel tendido sobre una cama, y antes de dos minutos no se hablaba de otra cosa en la casa

—¡Era un hombre! ¡Era un hombre! — decían todos asombrados.

Lady Silvia y Judit estuvieron a punto de desmayarse de alegría cuando lo supieron. Tan grande fué su jubilo como el asombro que sintieron cuando el almirante les dijo el nombre del fantasma.

Mientras llegaba el médico, dejaron al enfermo en manos de la diligente y bondadosa señora Fisth, la que ayudada por algunas camareras de la casa, veló cuidadosamente por el coronel hasta que llegó el doctor.

—¿Otra desgracia? — preguntó éste al entrar con cierto retintín.

—Es mi... mi primo, el coronel Olverstone — respondió el almirante — Estaba... pues... sí... estaba probando no se qué, con unos cartuchos de azufre, y... se ha mareado. Creo que no será nada de particular.

—Vamos a ver.

El almirante, seguido de su hijo Evelino y del doctor pasó a la habitación en que estaba el coronel respirando trabajosamente.

—Entre usted solo, doctor — dijo el almirante — Nosotros esperaremos aquí fuera.

—¡Quiera Dios que no sea nada! — murmuró Evelino con voz baja cuando se vió solo con su padre —¡Figúrate lo que ocurrirá si sucediese otra desgracia!

—¿Qué quieres decir?

—¡Cómo! ¿No comprendes que si ese hombre muriese sin declarar la verdad serían muy capaces las gentes de cargar sobre mis pobres espaldas esa tercera muerte?

—Comprendo, comprendo —murmuró el almirante estremeciéndose a su pesar. — Mas no temas. Creo que todo irá bién

—¡Dios lo haga!

—¡Ya ha vuelto en sí! — dijo la señora Firth, saliendo de la habitación en que estaba el paciente — Por cierto — añadió el ama de gobierno, — que apenas ha recobrado el habla ha empezado a renegar como un condenado.

El doctor Bemburv salió a los pocos minutos.

—El señor coronel — dijo, — desea que sea avisado su médico particular, y que le lleven enseguida a su casa. Respecto al primer asunto nada tengo que objetar, pero si me opongo, a menos que el otro médico asuma por completo la responsabilidad, a que sea transportado a parte alguna. El principio de asfixia que sufrió ha cedido ya totalmente, y por lo tanto el peligro ha desaparecido; pero en cambio necesita el mas absoluto reposo, a causa de la gran excitación nerviosa que le domina y que podría acarrearle una apoplejía. Denle ustedes en seguida el calmante que he recetado, y avisen a su médico al instante para que conferenciemos los dos.

Dadas las órdenes oportunas, y viendo Evelino que el coronel estaba fuera de peligro, se alejó de allí dando muestras de viva satisfacción y sin decir nada a su padre, fué a buscar su linterna, y se encaminó a la antigua galería.

Abrió todas cuantas ventanas pudo, quitó los obstáculos que obstruían las chimeneas, y al forcejear para quitar la barra que cerraba la ventana situada al pie de la escalera que conducía a las habitaciones superiores, vió, con estupefacción indescriptible, que la ventana se abría sola hacia adentro. Examinó cuidadosamente el porqué de aquel fenómeno, y al darse cuenta de él, mejor dicho, del hecho natural,, que el había tomado por inexplicable, vió que la barra de hierro que estaba atravesada detrás de la hoja, o puerta de madera de la ventana, estaba fija, si, atornillada a la citada madera de la contraventana, donde hubiera debido estar atornillada para impedir que aquella se abriera. Entonces comprendió Evelino la superchería. Al examinar él, y su padre, si estaban cerradas todas las ventanas, solo se cuidaron de ver si las barras de hierro que las atravesaban estaban bien sujetas, pero no se dieron cuenta de que aquella, si bién estaba absolutamente fija, pudiera ceder junto con la misma contraventana que simulaba sujetar. La sagacidad del que ideó aquel medio de disimular tal entrada era portentosa.

No obstante, Evelino no acertaba a comprender, como no hizo la casualidad, o mejor aún, el fuerte viento que solía soplar a veces, que se abriera alguna vez aquella hoja que nada sujetaba por la parte interior.

Pronto salió de duda.

Examinando la madera del marco que sostenía los cristales, centímetro por centímetro, vió, en el borde vertical, un agujerito que apenas se notaba si no se observaba desde muy cerca y comprendiendo al punto su objeto, reparó, efectivamente, que en el cuadro de la ventana y a la misma altura que el otro, había un segundo agujero que, estando cerrada la ventana, venía a ser continuación del primero.

El propósito era evidente. El coronel, que fué quien, personalmente ejecutó todos aquellos trucos o artificios, había horadado desde fuera el borde del marco de los cristales y el cuadro de la ventana, a fin de que metiendo un clavo en el agujero, como éste atravesaba, oblicuamente primero la ventana, propiamente dicha, y luego el cuadro a aquella ajustaba, fuera imposible que se abriera sola.

Admirado Evelino, mas de su torpeza que de la ingeniosidad del coronel, volvió al comedor, en cuando observó que se había saneado la atmósfera, libre ya de los efectos del azufre.

Allí le esperaba otra nueva sorpresa. Ya supusieron Evelino y el almirante que era en el comedor donde estaba el escondrijo en que se guarecía el ya conocido fantasma; pero por más que registraron no pudieron dar con él, y ahora pudo el joven ver que, en los anaqueles que en forma de tableros había un pedazo abierto que daba paso a un hueco, por el cual cabía perfectamente un hombre. Entró Evelino en dicho hueco llevando por delante su linterna, y no fué pequeño su asombro al observar que había allí dentro una pequeña escalera que guiaba hasta el piso superior.

El joven se quedó maravillado; realmente sorprendido, al contemplar la obra enorme que el coronel había tenido que llevar a cabo para construirse aquel escondite. Y lo más extraordinario del caso era, que aquel enorme trabajo debió hacerlo él completamente solo, pues de lo contrario hubiera tenido que comunicar a otras personas su secreto.

También se veía claramente que habría debido emplear mucho tiempo en aquella obra, inmensa para un hombre solo, lo cual hizo suponer a Evelino que el coronel, apenas empezado el pleito con su padre, y en previsión de que pudiera perderlo, pensó el medio de hacer huir de allí a su rival, si acaso llegaba a tomar posesión del castillo.

He aquí, brevemente expuesto, lo que el coronel había hecho.

Aprovechando la enorme anchura de los muros exteriores del edificio, construído así, probablemente, en aquellas remotas épocas en que cada castillo era una verdadera fortaleza, había hecho un hueco, por el cual cabía un hombre puesto de costado, hueco que hizo llegar hasta la cisterna. Encima de ésta construyó un piso y un techo,

y encima de éste, colocó un recipiente de zinc, que mandaría construir lejos de aquel lugar. Dicho recipiente, que era del mismo ancho que el hueco de la cisterna y cuyos bordes o muros de contención no tendrían mas de dos pulgadas de altura, lo llenó de agua desde arriba, esto es, desde el hueco que Evelino y su padre encontraron abierto y que era el único que comunicaba con la cisterna. De este modo, como aquel lugar estaba obscuro, si alguno miraba desde arriba, podía perfectamente ver el agua, y hacerse la ilusión, como se la hicieron Evelino y su padre, de que aquella era el agua de la cisterna. Mas, para evitar que nadie pudiera descubrir el engaño, quitó el coronel la polea y la barra que la sostenía, para que no pudiera usarse el cubo que servía para sacar agua.

Como el líquido que podía contener el recipiente de zinc era muy poco, el peso que este hacía sobre el techo de la habitación que el coronel se construyó, era insignificante. Luego, para recibir aire del exterior, hizo el coronel unas pequeñas aspilleras completamente imperceptible desde fuera, y que, a haberse fijado mucho, como la mente del probable observador estaba ajena a que allí hubiera hueco alguno, que no fuera el pozo interior, hubiéralas tomado por naturales grietas del muro. En aquella habitación, completamente ignorada de todo el mundo, tenía el coronel todo lo necesario, incluso una pequeña cama, para pasar en ella días enteros si era preciso.

Evelino comprendió, por fin, como pudo verse tantas veces burlado, así como pudo, igualmente, explicarse la procedencia de aquellas luces que se veían brillar a veces en la pared, sin que nadie pudiera darse cuenta de donde provenían.

El joven volvió al lado de su familia, la cual se disponía ya a comer, y participó a su padre el nuevo hallazgo.

—Luego lo veré —murmuró el almirante. — Lo que debes hacer en cuanto comas, es ir a casa de los Bargrave a dar cuenta de lo ocurrido.

Media hora después estaba Evelino llamando en la puerta de la Granja.

—Necesito ver a la señora o a sir Bargrave — dijo el joven al sirviente que abrió la puerta, — para decirles que ya hemos pescado al fantasma de Olverstone.

La noticia era realmente interesante. El criado hizo pasar a Evelino al despacho de sir Jorge, y fué, seguidamente a llevar la nueva a sus señores.

Un minuto después vióse el joven rodeado de toda la familia Bargrave.

—Señores — dijo solemnemente, — vengo a comunicarles, que la persona que tanto nos ha hecho sufrir a todos, y especialmente a ustedes, cuya casa ha vestido de luto, no es otra que el señor Guillermo Olverstone, primo carnal de mi padre.

E inmediatamente pasó a darles cuenta del proceso de su captura, todo lo cual oyeron los Bargrave con sincera simpatía y sumo interés, si bién lady Bargrave parecía de tiempo en tiempo dar muestras de incredulidad.

—No puede usted figurarse, joven — dijo sir Jorge, — cuánto me alegro de que haya usted logrado, por fin despejar el mal ambiente que le rodeaba.

Persis se compuso de modo que pudiera hablar a solas con su amado Evelino.

—¿Crees tú — le dijo en la puerta de su casa, después que el joven se había despedido de los señores, — que sea el coronel quien haya matado a mi hermano?

—No; pero sí creo que él ha sido la causa.

—¿Y piensas que lo confesará?

—Lo dudo. Mas no obstante, creo firmemente que esclarecerá el asunto lo suficiente para que resplandezca mi absoluta inocencia.

—¡Ah, Evelino mío, que feliz soy!

—Adios vida mía. Ahora soy yo quien te dice "confía y espera".

—Siempre lo hice. Jamás dudé un momento de que, por fin, se esclarecería todo debidamente.

—Y cuando sea así, y haya pasado el tiempo reglamentario, supongo que no tendrás inconveniente en ser mi...

—¡Ah qué felicidad! — interrumpió la joven.

—Dame un abrazo...

—Con toda mi alma.

—¡Adios, Persis querida!

—Adiós, mi Evelino.

XXIII

El médico del coronel aprobó todo lo dispuesto por el doctor Burburry, y aquella noche se dejó al paciente en el más absoluto reposo.

Al día siguiente, estaban ya Evelino y su padre discutiendo la forma en que habían de proceder para obligar a hablar al coronel, cuando vino un criado a decirles que aquel deseaba verles.

—Esto parece un buén síntoma — dijo el almirante mirando a su hijo — Vamos, Evelino.

El coronel estaba incorporado de medio cuerpo, en la cama, recostado sobre algunas almohadas, y parecía estar avergonzado.

—Te he mandado llamar, Juan, y también a tu hijo — dijo el coronel bajando la vista, — porque veo que... comprendo... he obrado mal.

—Infernalmente — rugió el almirante.

Los dos médicos, que se hallaban a la sazón en el aposento, cambiaron una mirada y se dirigieron hacia la puerta. El coronel les detuvo, diciendo:

—No se marchen, caballeros. Tengo que decir algo importante, y deseo hacerlo ante testigos, a fin de que se sepa en todas partes. He hecho, señores, una cosa, de la cual debo avergonzarme, y me avergüenzo, en efecto. Ha llegado el momento de que confiese públicamente mi falta. — Y volviéndose hacia sus parientes, añadió. — Sólo desearía que creyeran ustedes que estaba yo

dispuesto a no llevar adelante mi obstinación mucho tiempo más.

—¡Oh! — exclamó el almirante — Habrá que creerte si tú lo aseguras; pero yo temía por cierto, que habrías continuado hasta que hubieras logrado sembrar el terror en la familia y hacernos marchar de aquí.

—Admito que fuera ese mi deseo — replicó el coronel; — pero quiero decir, que habiendo ocurrido sucesos lamentables, los cuales nunca presumí que pudieran tener lugar, hubiérame sido ya imposible guardar silencio mucho tiempo más.

—Yo en cambio opino que lo has guardado demasiado.

—De todos modos — repuso el coronel, — nunca es tarde para arrepentirse.

—Tienes razón. Di cuanto desees.

—Confieso, que mi propósito no era otro que el de asustar a todos, y hacerles abandonar el castillo. Ahora lamento sinceramente aquel pensamiento ruín. Si la justicia creyó que tú tenías mas derecho que yo, y te puso en posesión de esta casa, debí acatar el fallo con resignación; pero el despecho, el orgullo y la rabia, me hicieron pensar en expulsarte de aquí por medios, no muy dignos, lo confieso, para que así no la habitáramos ninguno de los dos. Mas he aquí que, como ya he dicho, han ocurrido sucesos desagradables, los cuales quiero explicar para que se sepa lo sucedido.

Higgins murió, sencillamente, de miedo. Acababa yo de salir del escondite que había hecho en el comedor de la antigua galería, a tiempo que el repostero entraba en dicho aposento, y al verme cubierto con las pieles con que me disfrazaba, fué tal su espanto que cayó redondo como una pelota.

—Entonces — interrumpió el almirante — debiste pedir auxilio...

—Era inútil — interrumpió a su vez el coronel — En el modo de caer, comprendí que estaba muerto, y, para cerciorarme me escondí detrás de un mueble, y viendo que no se movía, me acerqué a él con cautela, y me convencí de que había expirado. Entonces vacilé entre proseguir mi farsa o abandonaría, pero estaba tan excitado contra tí, Juan, que tuve la debilidad de abandonarme a mis deseos de venganza; venganza ruín, lo declaro sin embargo, pero que entonces me obsesionaba por completo. Después, cuando ocurrió el segundo percance, es cuando empecé a sentir que mi ánimo flaqueaba; más, no obstante, mi ángel malo siguió guiando mis actos.

—¿Y cómo ocurrió la muerte de Alcester Bargrave? — preguntó Evelino con sumo interés.

—Del modo siguiente: Aquel desgraciado joven debió querer averiguar por su cuenta lo que se decía acerca del castillo, y, una noche, estando yo en mi escondrijo, vi, por las rendijas que abrí en el muro, que alguien vigilaba atentamente desde el bosque. Suponiendo yo que aquel vigilante había visto la luz de mi linterna que se filtraba a través de las grietas del muro, apagué aquella, y me puse a observar. Entonces el muy curioso se subió a un árbol para estar más cerca del punto en que había visto brillar la luz, y era tal su ansia de averiguar y descubrir, que, imprudentemente, adelantó el cuerpo más de lo debido, perdió el equilibrio y cayó del árbol.

(La esposa desde dentro) — ¡Bartolo por Dios! No imites el llanto de la criatura que no me dejas dormir.

—Sí — rugió el almirante con ira, — cayó del árbol y perdió su vida; y tu, lejos de presentarte a mí y decirme la verdad de lo ocurrido, persististe en tu insano deseo de acabar con todos nosotros; pues no ignorarás que todo el mundo ha acusado a mi hijo de ser el autor de tanta desventura, y ya estaba a punto de ser arrestado...

—No; eso no — interrumpió con energía el coronel — Sobre eso ya tenía yo decidido lo que había de hacer. Si hubieran arrestado a Evelino me hubiera presentado yo, al punto, y declarado la verdad, como la diré ahora ante todo el mundo. Tu hijo no hubiera estado preso ni una hora ¡Lo declaro solemnemente! ¡Juan perdóname el mal que te he causado! ¡Déjame que estreche otra vez tu mano!

El almirante tomó, no sin repugnancia, la mano que su primo le tendía; pero Evelino, sin poder disimular el júbilo que aquella amplia declaración le había causado, se adelantó también y apretó con ansia aquella misma mano cuando su padre la abandonó.

—Pero aquella anciana que ví yo en casa de María...

—Era yo mismo. Cuando salía de allí dejaba mi disfraz preparado para que, como aquella noche que me seguiste, pudiera utilizarlo en un momento dado.

El médico del coronel juzgó oportuno que

no se prolongara ya más aquella entrevista, y rogó a su cliente que reposase algún tiempo más hasta acabar de reponerse.

—Lo que yo afirmo — dijo el almirante a su hijo cuando se quedaron solos, — es que, quien sabe hasta dónde hubieramos llegado si no empleo el medio enérgico que ha puesto fin a todo este enredo.

—Voy a ver a María Banks, para reprocharle su comportamiento — dijo Evelino.

—No hagas eso — replicó su padre. — Si hay que reprochar algo a alguien, de sobra sabes a quién hay que hacerlo. María no es más que una vieja astuta que ha creído cumplir un deber favoreciendo los planes de aquel a quien siempre tuvo más inclinación. Y agrego, por ser el que ha vivido constantemente mas cerca de ella, y el que, a bién seguro, la ha recompensado mejor.

En cuanto se divulgó la verdad de lo ocurrido, uno de los primeros en felicitar a Evelino fué el juez de paz, el cual le aseguró que siempre creyó en su inocencia.

—Para mí — dijo — era evidente que había algo tras la cortina. Por eso me resistí a decretar su prisión, la cual solicitaba con tanta insistencia el señor Corsah.

El rico fabricante tuvo la osadía de ir también a felicitar "efusivamente" al joven Olverstone, y se "congratuló" de qué, por fin, hubiera brillado la verdad.

Lady Bargrave tuvo la sinceridad de lamentarse del error en que había incurrido juzgándole presunto culpable, y declaró que aceptaba gozosa el enlace de Evelino con su hija.

—Así, al menos — dijo conmovida, — ya que después de todo, yo soy la más castigada por haber perdido al hijo de mi alma, me haré la ilusión de que Dios me ha quitado uno para darme otro.

El coronel fué transportado a su finca algunos días después; pero antes de partir, suplicó que vinieran a verle Persis y Evelino juntos.

—Sobrino querido — dijo con voz amable abrazando al joven, — en primer lugar te ruego que sea esta sortija que te doy, la que pongas en el dedo de tu amada Persis. Es un hermoso brillante que pertenece a la familia hace ya más de cien años. Y por último, perdonadme todo cuanto les he hecho sufrir. ¡Ojalá pudiera enmendar el mal ocasionado! Y todo por... por nada: por ser tu padre y yo dos osos en vez de dos parientes que debieran haberse tratado siempre como hermanos. ¡Perdónenme hijos míos, perdónenme! ¡No me juzguen con rigor excesivo!

Esto era imposible. Aparte de la bondad ingénita de aquellos dos corazones, estaban Persis y Evelino tan absortos en su propia felicidad, que aún queriendo, no hubieran podido ser muy severos con aquel obstinado y vengativo anciano que con tan fatal éxito desempeñó el papel de fantasma de Olverstone.

FIN

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

EN PODER DE LOS CANIBALES

—Ahora sí que estoy perdido. ¡Ya han encontrado la botella del vermú!

EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY"

EL GRAN SECRETO

NARRACION de intriga y drama, emocionante y de misterio, escrita por Hal Sidney, el autor de "Detrás de la Puerta Cerrada".

LOS TESOROS DE LO PROFUNDO

POR

MAURICE EVERARD

(Continuación)

GRITO alegremente y señaló hacia un sitio del agua donde, en aquel momento, se produjo un remolino y el agua se teñía de rojo mientras aparecía sobre la superficie un brazo curtido por el sol y cuya mano empuñaba un formidable cuchillo! Un segundo después flotaba en el mar el cuerpo de un tiburón abierto de extremo a extremo. En el mismo instante, todos los demás tiburones se lanzaron contra él, desgarrándole a tirones con sus terribles fauces y haciendo trizas a su camarada, en un momento.

Fué entonces cuando Escotilla Jim, lanzando un grito entusiasta, se arrojó al agua con tal fuerza que el líquido salpicó lejos y en todas direcciones y que los tiburones asustados, nadaron con repentina velocidad, marcando en el agua unas rayas como relámpagos de plata. Escotilla Jim volvió junto a la superficie, sosteniendo al surafricano con un brazo, mientras nadaba con el otro.

Pero a Cláxton no se le habían agotado las fuerzas todavía. Volvía a la superficie algo cansado y sobre todo molesto por el tiempo que había tenido que contener la respiración. Pero en cuanto, sostenido por Jim, pudo respirar a sus anchas y llenarse los pulmones de aire puro, volvió a zambullir y a atacar al más cercano de sus adversarios.

Pero el tiburón, rasgando la superficie del agua con su aleta delgada y filosa como un cuchillo, cambió de rumbo y se dirigió hacia Escotilla Jim. Este movimiento del enemigo no tomó desprevenido al viejo lobo de mar. Lanzando un vibrante grito, Jim dió un salto dentro del agua, de modo que estuvo en seguida junto al monstruo. Empuñó el cuchillo y estirando el brazo, hundió el acero en el cuello del tiburón, hasta la empuñadura. Tiró luego lateralmente, con todas sus fuerzas, y la hoja del cuchillo hizo una herida que fué del pecho hasta la cola del feroz habitante de las aguas.

—¡Ahora está saldada la vieja deuda!— gritó Escotilla Jim, muy contento al ver que poderosas manos ayudaban en aquel momento a Bruce Cláxton, a subir al bote del Esmeralda. — ¿Qué tal? Hay todavía alguno de ustedes que necesite un recuerdo mío? — agregó, mirando hacia el agua.

Pero en el momento en que así se expresaba el viejo lobo de mar, el tiburón al cual él había dado muerte era arrastrado a las profundidaes del mar por sus compañeros. Aún cuando el entusiasmado Jim nadó un rato, lentamente, de un lado a otro, los feroces pero cobardes tiburones prefirieron hacer trizas a sus más desdichados compañeros a exponerse a las consecuencias de un nuevo combate.

Escotilla Jim nadó hacia el bote y se subió por la borda, lanzando un grito de satisfacción.

—¡Excelente ejercicio para antes de comer! ¡Esto es bueno para abrir el apetito! — dijo, sacudiéndose la ropa para escurrir el agua — ¿Se encuentra usted bien, señor Cláxton?

El surafricano se rió, muy contento y muy satisfecho.

—¡Me encuentro muy bien, gracias a usted! Pero los tiburones me dieron bastante que hacer. Hubo un instante en que me atacaron cinco al mismo tiempo. Creo que contando con el que mató Bennett hemos dado cuenta de cuatro, entre todos nosotros. ¿Cómo va eso Moránder?

El capitán movió la cabeza, pensativo y con un aire de terrible seriedad.

—¡Se retiraron ustedes a tiempo de esa terrible lucha, gracias a Dios! No ha existido en el mundo un par más sanguinario que ustedes dos. ¡Cómo que ya estaban influyendo de modo lamentable en la gente de la tripulación; Ustedes, con su ejemplo, la tenían tan entusiasmada que algunos tripulantes se miraban de reojo y estaban a punto de empezar a cortarse en pedazos a puñaladas. ¡Qué par!

Cláxton, que se había puesto serio al ver el gesto del capitán, acabó por reirse ante su humorística manifestación.

—¿Y Bennett? ¿Cómo está?

—Todavía está desmayado a medias, pero recobra lentamente los sentidos. Creo que estará del todo bien dentro de poco. Parece que no le ha ido mal — agregó Moránder inclinándose y tomando de la cubierta una moneda que se había deslizado de la alforja del buzo y mostrándosela, de lejos, al surafricano.

Cláxton lanzó un grito de alegría, y en cuanto el bote llegó a tocar el casco del Esmeralda subió por la escala rápidamente.

—¿Así que esto es lo que encontró allí abajo? — dijo, tomando entre dos dedos la moneda de oro. — ¿Hay muchas más? ¿Eh?

—¡Miles y miles! — contestó el buzo, algo conturbado todavía. — ¡Gracias! — agregó, después de tomar unos tragos de una cantimplora con cognac que el capitán le acercó a los labios. — Me había considerado ya como perdido irremisiblemente cuando descendió el señor Cláxton.

El surafricano se rió. No le gustaba que se hablara de sus hazañas.

—En los casos así pasa algo parecido a lo que sucede con las bolas de nieve. Uno se echa al agua para ayudar al primero que descendió, otro para auxiliar a los dos que ya están en el mar, después va otro en socorro de los tres y como el caso dure un poco acaba por estar toda la tripulación peleando con tiburones. Lo que tiene importancia en estos momentos es que usted ha encontrado el tesoro y yo cuidaré de que le toque a usted una buena comisión. Ahora, si ya se siente bien, háganos el favor de narrarnos todo lo que le sucedió.

El buzo se levantó y poco después, en su camarote, se quitaba la ropa mojada, vistiéndose con ropa bien seca. Una vez repuesto de su aventura, volvió a donde estaban reunidos sus camaradas.

—El Henry Rumbol está ahí bajo, — dijo, indicando una oscura sombra que se veía confusamente en el fondo del agua. La entrada a la escalera de la cámara está a unos sesenta pies hacia allá. La primera bodega está llena de cofres. Son pesados, así que será necesario acercar todo lo posible la barcaza y subir los cofres hasta arriba por medio de la cámara de observación y mediante el tubo flexible.

Las noticias que daba Bennett el buzo, eran agradables para los muchachos, porque al fin iban a ver cómo se utilizaba su invento, quedando demostrada plenamente su utilidad.

Cuando sirvieron la comida de mediodía, la barcaza se hallaba ya en el sitio conveniente y el tubo había sido debidamente colocado. Eric estaba pronto ya para descender.

El capitán Moránder le acompañó en aquella ocasión, Entre los dos consiguieron sacar uno de los cofres de monedas de la bodega, pasarlo a la cámara de observación y atarlo a la soga mediante la cual, y con ayuda del guinche, fué izado hasta la cubierta de la barcaza.

Claro está que todos quisieron ver aquello inmediatamente y se congregaron formando corro, mientras Cláxton procedía a abrir el cofre. La herrumbrada cerradura saltó hecha polvo, o poco menos, a los primeros martillazos. Una vez levantada la tapa y quitada una cubierta de lona, lo que vieron fué una capa de opacos y oscuros discos de metal. Pero en cuanto tomaron aquellos discos y los frotaron entre las palmas de ambas manos la capa de suciedad que los cubría desapareció y la superficie brillante del oro pudo relucir a la luz del sol.

—¡Por fin nos ha favorecido la suerte!— exclamó Bruce Cláxton, muy contento. — Pero este procedimiento de ir y venir de la barcanaza al vapor es muy lento. Jim, y usted Wayne, podrán tomar el bote e ir en busca de agua y provisiones para algún tiempo. ¿Cuántos cofres dice usted que debe haber, Bennett?

—De ochenta a noventa, lo menos, — contestó el buzo.

—Bien — dijo Cláxton. — A este paso tardaremos lo menos tres o cuatro días en sacarlos. Deseo que se haga todo lo más rápidamente posible, por si se les ocurre presentarse a nuestros amigos los del Vapor Gris.

Moránder movió negativamente la cabeza.

—No hay que pensar en ellos, amigo mío. Hemos concluído ya con esa gente Lo más fácil es que todavía estén navegando en la región del mar de Sargazo, — dijo

—¡Dónde ojalá les haga dejar los huesos Satanás! — gruñó Escotilla Jim. — Está bien, señor: traeremos suficientes provisiones para evitar las idas y venidas. Venga, Eric: ¡de prisa y corriendo, igual que si se tratara de un trabajo agradable!

Eric suspiró y se unió a Jim de mala gana. Su deseo era ver cómo sacaban el tesoro a la superficie. Pero las órdenes deben cumplirse, así que se metió en el bote y junto con Jim, remó hacia el vapor que estaba anclado a un cuarto de milla del sitio donde habían tenido que situar la barcaza para que quedara sobre el buque náufrago.

El Esmeralda se destacaba casi inmóvil sobre las tranquilas y azules aguas del mar Caribe; de su chimenea salía un ténue penacho de humo negro, que se alejaba, diluyendose, llevado por una brisa muy suave, en el cielo transparente y luminoso.

Escotilla Jim dió un salto dentro del agua y estuvo en seguida junto al monstruo. Empuñó el cuchillo y estirando el brazo, hundió el acero en el cuello del tiburón, hasta la empuñadura. Tiró luego, lateralmente, con todas sus fuerzas y la hoja del cuchillo hizo una herida que iba del pecho hasta la cola del feroz habitante de las aguas.

—Parece que abordo reina la más completa tranquilidad, — observó el muchacho, cuando estuvieron cerca del vapor.

Jim miró hacia arriba y se agarró a la escala de cuerda, que se balanceaba pendiente a un lado del vapor.

—Deben estar entregados al placer de la siesta, joven. Hace mucho calor en este mar, teatro de las aventuras de los antiguos piratas. Además, los que están a bordo no han pasado por las emociones que hemos pasado nosotros al ver el oro, así que no tienen por qué estar nerviosos. ¡Hola! ¡A ver si se acerca alguno de esos holgazanes y nos ayuda!

Alguien contestó desde la cubierta, pero no se le vió la cara al que contestó.

Jim se detuvo a la sombra del camarote de la cubierta, para encender la pipa.

—¡Provisiones! ¡Venimos en busca de provisiones! — gritó. — Wayne, usted puede volver al bote y ocuparse allí de ir arreglando lo que vayamos enviando de aquí.

El muchacho inclinó la cabeza en señal de asentimiento

—Bueno; pero antes quiero sacar algo de mi camarote. Cláxton dijo que tendremos que pasar en la barcaza tres o cuatro días. Y a Greville le hacen falta varias cosas, también.

—Muy bien. Vaya a su camarote, pero no tarde una hora en volver. Quiero cargar el bote y regresar lo más pronto posible. ¡Provisiones, holgazanes! ¡Pronto! ¡Vamos! ¿Pero dónde está esa gente?

Fué hacia la entrada de la escalera de la cámara y había pisado el primer peldaño cuando oyó una voz que gritaba:

—¡Hola, marinero! ¡Levante las manos! ¡Le estamos apuntando! ¡Somos dueños del vapor!

Un juramento brotó de labios de Jim, que se volvió en seguida. Eric siguió su ejemplo, pálidos ambos, pues a la sombra proyectada por el palo mayor acababan de ver acurrucado al rubio a quien llamaban el capitán, al que habían dejado engrillado en la bodega, junto con su cómplice.

—De nada le servirá resistirse, amigo mío, — dijo el hombre, riendo y mostrando los dientes, — ¡Gregory Ratcliff y yo somos

ahora dueños de este vapor que no se les olvide!

Jim miró a su alrededor. En la cubierta no se veía absolutamente a nadie. ¿Qué le había pasado a los tripulantes que habían quedado abordo? No era posible saberlo. De algún modo desesperado aquel canalla y su cómplice habían logrado escapar de su prisión y después habían conseguido apoderarse del vapor. ¿Qué podían hacer ellos? El arma que usualmente llevaban estaba en un bolsillo del saco, colgado en la barcaza, a un cuarto de milla de distancia.

—Vamos, muchacho, hay que correr, — gritó Jim, que se dirigió a la borda del vapor.

Pero a mitad de camino se detuvo porque Ratcliff se presentó, surgiendo de atrás de una escotilla y apuntando con un revólver.

—No queremos dañar a ninguno de ustedes, al menos por el momento, — dijo el traidor, jugueteando con el revólver. Deseamos que todos los que están en la barcaza vengan al vapor. Tenemos que arreglar una cuenta con todos juntos. Por lo tanto, usted, señor Barnett y usted, Harper, aprovechen la ocasión que se les presenta de pasarlo tranquilamente por ahora.

—¡Está bien! — gritó Jim, agachándose y corriendo hacia el camarote de la cubierta cuya puerta estaba abierta — Venga, Eric; no van a hacer fuego porque las detonaciones les denunciarían.

Entraron en el camarote y cerraron la gruesa puerta en la cara de sus adversarios.

—Amontonemos aquí los muebles, — dijo el viejo marinero. Entre él y el muchacho hicieron como una barricada delante de la puerta. — ¡Qué sorpresa más inesperada!

—La verdad es que ha sido una sorpresa, — murmuró el joven, secándose el sudor de la frente — ¿Cuál es nuestra situación, Jim?

—Será de lo peor si empiezan a hacer fuego contra nosotros, — dijo Escotilla Jim. — Es una lástima que tengamos que tapar la luz, pero nos conviene, — agregó, tapando la ventana con una caja de herramientas que puso sobre la cama, evitando un ataque por aquel lado.

Eric estaba mirando por todas partes, en la semioscuridad reinante.

—No estamos tan mal, — dijo en voz baja, un minuto después, descolgando algo de la pared de aquel camarote, que era el del segundo comandante — Un winchester de calibre chico y una caja de balas. Supongo que habrá también algo en calidad de provisiones de boca.

—Pronto dejará usted de pensar en semejantes detalles, joven, — dijo Jim. — El caso no es como para fijarse en semejantes cosas. ¿Qué ha encontrado? ¡Hola! Una botella de jugo de limón y un recipiente con agua. ¡Y una caja de galletas! ¡Bravo! Póngalo todo debajo de la cama y venga.

El joven obedeció y se acercó a Jim, que estaba junto a la puerta.

—Esos canallas se han apoderado del vapor, — dijo el viejo con toda calma. — De algún modo lograron escaparse de la bodega, recorrieron el camarote del capitán y se apoderaron de las armas con las que dominaron a la tripulación, que debía estar enteramente desprevenida. Los tripulantes deben estar encerrados en alguna bodega y los dos pillos tienen en su poder las provisiones, las armas y la munición.

—Sin contar la ametralladora y el cañón de doce libras, — dijo Eric. — La verdad, Jim, es que los de la barcaza están a su merced por completo. No tienen estos pillos más que alzar vapor y dirigir al Esmeralda hacia donde está la barcaza; una vez allí podrán volarla con todos los que están en ella.

Jim inclinó la cabeza afirmativamente.

—Podrían hacerlo desde aquí, pero no lo harán. Esperarán lo más que puedan para dar tiempo a que Cláxton saque más oro del fondo del mar. Entonces tratarán de sobornar a algunos tripulantes para que les acompañen a formar un grupo, con el que atacarán.

Las esperanzas de Eric no podían ser menores.

—¡Qué horrible situación! ¡Pensar que esos canallas hayan podido dominarnos de semejante modo! ¿Qué armas tienen Cláxton y Moránder en la barcaza?

—Tres revólveres, un par de rifles y, lo que es peor, no tienen provisiones más que para hoy.

—¿Los cree usted perdidos?

—Así parece, a menos que suceda algo muy extraordinario. ¡Un momento! ¡Parece que desean parlamentar!

Se oyó golpear con fuerza en la puerta del camarote.

—Barnet, ¿está usted ahí?

—Me parece, — contestó irónicamente Jim. — ¿Quiere abrir un poco la puerta y mirar?

—No hace falta. Ya nos veremos lo suficiente o mejor dicho, ya nos verán ustedes bastante antes de que esto haya terminado.

—Bueno, ¿qué quieren?

—Entrar en arreglos con ustedes; darles ocasión de combinarse con nosotros de algún modo.

—Gracias. No hacemos tratos con gente como ustedes. Cállense y ahorren saliva.

Ratcliff se rió.

—Podemos volar este camarote haciéndolo añicos si se nos da la gana, ¿les gusta la idea?

—¡Déjese de tonterías y hable de cosas serias! — gruñó el viejo marinero. — ¿Qué quiere usted que hagamos nosotros?

—Que se entreguen tranquilamente sin resistirse.

—¿Por qué?

—Porque si ustedes no dan muy pronto señales de vida, los que están en la barcaza van a extrañar lo largo de su tardanza. Hace falta, pues, que ustedes avisen a Cláxton y los suyos que irán dentro de un momento que no se impacienten.

—¿Para qué?

—¡Para que siga sacando oro! Nos con-

viene apresarles cuando tengan en su poder la mayor cantidad posible de oro.

—Comprendo. Y ustedes quieren que nosotros les ayudemos a hacer eso

—Así es.

—Entonces vaya y meta la cabeza en un balde de agua fresca, para quitarse ese acaloramiento.

—¿Se niega usted?

—¿Se había figurado que iba a aceptar?

—Ustedes no disponen ni de agua ni de alimentos. ¿Lo han olvidado?

—¡No! ¡Y nos hace mucha gracia no tener nada de eso! En estos días de tanto calor es bueno ser sobrio.

Ratcliff blasfemó furibundo y después se llevó la mano a la vendada cara.

—¡Voy a hacerlos picadillo a ustedes dos! ¿Se han olvidado ya del tiroteo a bordo del Santa Catalina?

—No espero que usted lo olvide, pues tiene sobradas razones para recordarlo, — replicó Eric. — Pero no pierda tiempo inútilmente: no vamos a entrar en tratos con ustedes.

El que estaba junto a la puerta se volvió hacia su compañero.

—¿Qué hacemos ahora con ellos? — preguntó.

El otro se rió.

—Tenemos que ponernos de acuerdo muy pronto o Cláxton sospechará que pasa algo malo. No nos conviene que vengan aquí los demás hasta que hayan sacado una buena parte del oro. Quítese de en medio; voy a hablar yo. ¡Barnett!...

—¡Hola, perro sarnoso!

El danés frunció el ceño.

—¿Sí? No olvidaré el insulto. ¿Se pone usted de acuerdo con nosotros? Todas las cartas que son triunfo las tenemos nosotros en la mano. Somos dueños del vapor y de las armas y estamos en condiciones de poder volar todo esto en un segundo. ¿Se da cuenta de lo que eso significaría para ustedes? Si no acceden a lo que queremos, su permanencia en el mundo va a ser muy breve.

—Cuanto más breve, mejor. Da asco estar cerca, como estamos, de dos asquerosos y mal olientes canallas como ustedes, dignos del carro de la basura. ¡Buá!

La paciencia del rubio capitán estaba a punto de agotarse.

—¡Bueno! Se les ha dado la última probabilidad de salir con vida. Les concedo cinco minutos para pensarlo. ¡Si al cabo de ese tiempo ustedes no han cedido, volaré la barcaza de un cañonazo y punto final!

Y encogiéndose de hombros, se alejó.

AVENTURANDOLO TODO

Eric Harper y las señales

Eric Harper, muy preocupado, hallábase sentado en el borde de la cama del segundo comandante.

—¡Ya ha quedado resuelta la cuestión! — dijo, al oir que los pasos del corpulento danés se alejaban por la cubierta.

Escotilla Jim se rascó furiosamente la barba.

—No hay otro camino disponible. Están dispuestos a conducirse como unos grandísimos criminales y nadie puede detenerles, dadas las circunstancias. Hemos caído en una verdadera trampa. Poco me importa por mí mismo; soy viejo y si no muero hoy moriré mañana. Pero usted es joven. Además ahí está Greville, que es un muchacho de lo más simpático del mundo y el señor Cláxton y el capitán Moránder y el buzo Bennett y algunos más.

—¿Cree usted que van a apoderarse de todos?

—¡Sin duda! Ese canalla de cabeza grande y rubia está decidido a asesinarnos a todos. La barcaza está a merced del fuego del Esmeralda. Esos pillos pueden hundirla de un cañonazo y después, con el traje de buzo, descender a sacar los cofres de oro que haya en ella. No es posible dudar de que así lo harán, como no se impida. Quieren esperar hasta que el señor Cláxton haya sacado del buque hundido una buena cantidad de cofres con oro. Por esto es por lo que quieren que enviemos un mensaje a Cláxton.

Eric pensaba febrilmente. Ya había tenido ocasión de verse en situaciones comprometidas, pero siempre había vislumbrado una esperanza, menor o mayor. Pero en aquel momento parecía que no hubiese esperanza alguna. Ratcliff y el capitán rubio dominaban la situación

—¿Que se propone hacer, Jim? — preguntó, de improviso, Eric Harper.

Escotilla Jim movió pausadamente la cabeza.

—¡No lo sé! Nos tienen arrinconados, muchacho! No puedo ocultarle la verdad. Estamos perdidos y también lo están los que se hallan en la barcaza. La única probabilidad en nuestro favor estaría en poder dar parte de lo que está sucediendo al señor Cláxton. Si el señor Cláxton y los que con él están saben la situación en que nos hallamos, no llegarán desprevenidos al Esmeralda.

Eric miró a Jim con ojos que brillaban de contento.

—Y si Cláxton supiera en qué situación nos encontramos y lo que aquí pasa, ¿qué podría hacer, realmente?

—Podría abordar valerosamente, con los que le acompañan, y terminar de una vez con estos pillos.

—¿Cree usted que podría hacerlo, Jim? — preguntó Eric.

—En la barcaza hay todavía dos botecitos. Si Cláxton se entera de lo que aquí sucede y de lo que nos pasa, el mejor plan sería echar al agua los dos botecitos de remos y permaneciendo bien en línea con la barcaza, dirigirse a la costa. La distancia no llega a una milla y la recorrerían fácilmente.

—¿A pesar del cañón de doce libras? — preguntó Eric.

Jim inclinó la cabeza.

—Un botecito que navega haciendo zigzags irregulares no ofrece puntería fácil a un cañón de doce libras, a menos que el artillero sea una notabilidad y esté muy acostumbrado a manejar el arma. No necesito decir que ni Ratcliff ni su compinche el cabezón, están en tales condiciones

—Pero de todos modos perderían el tesoro, ¿no es así?

—Sí, muchacho. Puede darse por perdido el oro. Hay que tener serenidad, muchacho: hemos perdido el Esmeralda, hemos perdido el tesoro y perderemos nuestra vida. ¡Que al menos salven el pellejo los que están ahora en la barcaza!

El muchacho, — sentado en el borde de la camara, — apoyó la cara en ambas manos, cerrando los ojos, y se puso a pensar. En su mente se desarrollaba lentamente un plan de acción, pero temía que el viejo lobo de mar no quisiera dejar que lo pusiese en ación.

—Diga, Jim, — manifestó Eric de improviso, levantando la cabeza y procurando sonreir. — Si se me hubiera ocurrido una idea mediante la cual pudiéramos tener una desesperada probabilidad de salvación, ¿me dejaría usted ponerla a prueba?

Su actitud era tan jovial y decidida que Escotilla Jim le miró, preguntándose qué sería lo que se le había ocurrido al muchacho.

—¿Por qué no? — dijo, tomando el rifle y examinandolo con la mayor atención — Usted tiene la mente muchacho más penetrante y activa que yo. ¡Estoy decidido a!...

Eric apoyó rápidamente una mano en el brazo de Jim, indicándole que callara.

—Si es así, déjeme hablar. — dijo, indicando de nuevo a Jim que guardara silencio. — Ahí viene el capitán en busca de respuesta.

El danés se detuvo junto al camarote y volvió a golpear en la puerta con el puño cerrado.

—¿Qué tal? — dijo con su acostumbrado acento irónico. — ¿Se encuentran ustedes ahora en disposición más razonable?

—Nos hemos dado cuenta de que, como se dice, nos tienen ustedes "con el dogal al cuello", — admitió Eric.

El capitán escupió en la cubierta, ruidosamente.

—¡Vamos! ¡Algo es algo! Y ante ese convencimiento, ¿se sienten dispuestos a entrar en negociaciones?

—Todo depende de las condiciones que usted nos imponga, — fué la cautelosa respuesta de Eric. — Oigamos cuáles son esas condiciones.

El capitán se sonrió, volviendo la cabeza hacia donde estaba Gregory Ratcliff, cabizbajo y ceñudo, sufriendo todavía agudos dolores en la mejilla herida.

—Ya ceden, — dijo en voz baja. — ¿Qué le dije? — Alzó la voz y agregó: — Oiga, pichón de víbora, ¿he de tratar con usted o con el viejo marinero?

—Tratará conmigo, — contestó Eric. — Díganos primero qué es lo que quiere usted que hagamos y, en segundo término, lo que está dispuesto a concedernos en cambio.

—Para empezar, usted enviará un mensaje al capitán Moránder y a Cláxton.

—¿Qué clase de mensaje? — preguntó Eric Harper.

—Cualquiera, siempre que sirva para evitar que sospechen lo que está sucediendo en este buque. Ya les he dicho que quiero que saquen del fondo del mar la mayor cantidad posible de oro antes de entrar en negociaciones con ellos.

—¿Y qué saldremos ganando nosotros si accedemos a enviar ese mensaje a los de la barcaza?

—Su libertad. Les desembarcaremos en el primer puerto en que toque el Esmeralda. Deme usted palabra de honor de que hará lo que digo, Harper, y les dejaré a los dos en libertad, ya sea en Gálveston, ya en Nueva Orleans, con los bolsillos bien provistos de dinero.

El muchacho miró picarescamente a Escotilla Jim, guiñando un ojo.

Después se volvió de nuevo hacia la puerta del camarote.

—Pero ¿por qué no envía usted mismo el mensaje capitán Moránder? — preguntó, fingiendo la más completa ingenuidad.

El danés volvió a blasfemar.

—Porque si alguien que no sea usted hace las señales, los de la barcaza desconfiarán. En la barcaza han de tener buenos anteojos, sin duda.

—¡Sí! ¡Tienen excelentes gemelos prismáticos! — dijo Eric.

—¡Bien! Lo que yo deseo es que salgan ustedes del camarote donde están, con las manos levantadas. Ratcliff vigilará apuntándoles constantemente con un revólver. Si usted ha de hacer las señales, Harper, subirá a la cubierta alta y seguirá hasta la proa del vapor. Allí encontrará dos banderas de las de hacer señales. Supongo que usted conoce el sistema de comunicarse mediante los movimientos del semáforo.

—Sí; conozco todos los sistemas de comunicarse por medio de banderas, — contestó el joven, en seguida.

—¡Muy bien! Escuche ahora. Mientras usted vaya por la cubierta con las manos en alto, yo le seguiré, con el revólvar prevenido. Ya puede usted suponer lo que le pasará si intenta hacernos traición.

—Supongo que me mataría de un tiro, — dijo Eric.

—Puede usted estar seguro de que lo haría, llegado el caso, — dijo el danés. — Pero conteste de una vez. ¿Son ustedes capaces de ponerse, como he dicho a nuestra merced?

Hubo un momento de pausa durante el cual Eric miró a Escotilla Jim como pretendiendo animarle.

—¡Bueno! ¡De prisa! ¡No lo piensen mucho o me arrepentiré de la oferta que les he hecho!

—Haré las señales — dijo el muchacho sin que le temblara la voz.

Los dos pillos conversaron unos instantes, rápidamente y en voz baja

Después se oyó la desagradable voz del herido Gregory Ratcliff.

—¡Qué no se les olvide lo tratado! Desde el momento en que salga, Harper se hallará bajo la amenaza del revólver de mi compañero. Después saldrá el viejo, en iguales condiciones. Si intenta escapar, haré fuego, ¿Queda convenido así?

—¡Convenido! — dijo Eric, llevando a Jim a un lado del camarote, tirándole de la manga. — Pero esperen un momento; hemos de quitar los muebles con que atrancamos la puerta, Déjanos tiempo para sacarlos

Volvióse entonces hacia el viejo marinero, mirándole fijamente. Le indicó que se acercara más y le habló al oído.

La expresión de Escotilla Jim cambió por completo cuando oyó lo que Eric le decía. Se disponía a decir algo, pero el joven le impuso silencio.

—¡Haga usted lo que le he dicho! — murmuró Eric con energía. — Ahora mando yo, no usted. Quédese en aquel rincón, en la sombra, apuntando con el rifle al hueco por donde salgo yo. Si usted permanece sin moverse un par de minutos después de salir ya, Ratcliff, receloso, se asomará para mirarle. En cuanto lo haga, mátelo de un tiro.

Dicho esto oprimió el brazo de Escotilla Jim. Durante un momento, Barnnett tendió las manos hacia el joven, como suplicándole que no se sacrificara de aquel modo. Eric no le hizo caso y con la cabeza erguida, sacó el último obstáculo que impedía pasar por la puerta del camarote.

—¡Ya estoy pronto! ¡Puede usted abrir la puerta! — dijo con voz clara y varonil.

La puerta se abrió de golpe y un raudal de luz entró en el camarote.

—¡Las manos en alto! — gritó el danés a manera de advertencia.

El muchacho se rió.

—No necesita usted advertírmelo, se lo que debo hacer. Iré directamente hacia donde están las banderas.

No miró ni a uno ni a otro lado; subió a la cubierta y se dirigió en línea recta hacia la proa. Mientras tanto, el capitán, brillándole de maldad sus azules ojos, observaba al joven, avanzando a gatas apuntándole con su revólver de grueso calibre y cuidando al mismo tiempo de que no pudieran verle llegado el momento, los de la barcaza.

—¡Levante del suelo las banderas y haga las señales! — ordenó.

El muchacho miró rápidamente en redor. El mar azul, reluciente de sol se extendía millas y millas en torno del Esmeralda. Se oía el rumor del oleaje al romper en la arena de la playa y Eric vió las ondulantes palmeras de la costa, balanceando sus grandes hojas al suave soplo de la brisa.

No era aquel un día muy a propósito para morir. Todo cuanto le rodeaba ispiraba deseos de vivir: la atmósfera tibia, el brillar del sol el cielo azul y transparente, el mar rizado por la brisa.

—¡Bueno! ¿Qué hace? ¿Qué está pensando? — preguntóle el danés a su espalda.

Eric se volvió y miró hacia el revólver que le amenazaba.

—Estoy procurando formular una frase, nada más, — dijo.

El otro se acercó aun más a él, arrastrándose por la cubierta.

—No tarde mucho. Quiero que se haya enviado el mensaje antes de que Cláxton comience a encontrar extraña su tardanza. Súbase a ese rollo de cuerda, de modo que puedan verle bien desde la barcaza. Comience a hacer las señales y recuerde...

—¿Recuerde qué?

—Que si me entero, como me enteraré, si es así, de que me ha hecho traición, no vacilaré en meterle una bala en la cabeza.

El muchacho no replicó y tomó las dos banderas. Se irguió poniéndose en la actitud debida e hizo el mismo movimiento varias veces seguidas.

El capitán le miraba con la mayor atención.

—¿Para qué hace eso? — preguntó receloso.

—Para atraer su atención. Tarde o temprano alguno de los que están en la barcaza mirará hacia aquí. Cuando mire y demuestre haber visto la señal, empezaré a enviar el mensaje.

—¡Tiene usted que darme palabra de honor de que me dirá que mensaje ha enviado! — dijo el capitán.

—De acuerdo, — dijo friamente. — Voy a emplear el alfabeto Morse. Si usted no lo entiende me comprometo a decirle lo que he trasmitido. No puedo hacer más.

—Podía hacer menos, — dijo el otro, irónicamente. — ¡Vamos! Veo que en la barcaza alguien hace señas con un pañuelo en la mano.

Alzándose un poco, el danés miró por entre los barrotes de la barandilla.

Eric, levantando las dos banderas las movió hacia uno y otro lado. De arriba a abajo, unas veces un movimiento corto y otras un movimiento largo, las dos banderas estuvieron en acción, con rapidez suma, sacudiendo vigorosas el aire transparente y luminoso.

Después, de improviso, el muchacho descendió ambas banderas y se quedó erguido, inmóvil, como una estatua, mirando hacia el brillante mar.

El danés se acercó a él y le tocó en la nuca con el caño del revólver que empuñaba.

—¿Ha terminado ya? — preguntó, mirándole con desconfianza.

La voz de Eric Harper resonó lenta, sin vibraciones, como si se oyera de lejos.

—Sí; he terminado. Ya he enviado el mensaje.

—¿Qué les dijo usted? — preguntó el capitán, arrastrándose hacia donde estaba Eric.

El muchacho tenía los labios lívidos, pero no le faltó entereza ni un solo momento. Apretó los puños, ensanchó el pecho, esperando que su captor cumpliera su amenaza.

—Yo le dije que enviaría el mensaje. Así lo he hecho. He comunicado a los que están en la barcaza lo que nos pasa y en qué situación nos hallamos, advirtiéndoles también del peligro que corren. ¡Ahora puede usted hacer todo lo peor que se le ocurra!

Un juramento feroz brotó de los labios del capitán danés. Olvidando toda precaución se puso de pie de un salto y acercando el revólver al cuello del muchacho, apretó dos veces seguidas y en rápida sucesión, el disparador del arma.

A BORDO DEL ESMERALDA

Escotilla Jim en gran actividad

—Ese muchacho ha ido a una muerte segura, — pensó Escotilla Jim, cuando Eric Harper salió del camarote, amenazado por el revólver del rubio capitán. — ¡Qué tonto he sido, que no me he dado cuenta de su juego! Ha arriesgado la vida para que yo y los amigos de la barca tuviéramos una probabilidad de poder salir con vida de este trance. Muy bien; si acaso le pasa algo alguien lo pagará, ¡vaya si lo pagará!

Por el momento, sin embargo, no sucedía absolutamente nada.

Eric había desaparecido y el pícaro danés también. A bordo del Esmeralda parecía reinar la tranquilidad más grande del mundo durante aquella asoleada mañana tropical.

No se veía ni a una sola persona paseando por la cubierta. El vapor se balanceaba suavemente y un viento cálido zumbaba de modo muy tenue en los cordajes de la arboladura.

A alguna distancia el oleaje del mar cubría de espuma blanca como la nieve la playa de arenas de oro junto a la cual se erguían y se balanceaban tranquilamente las altas palmeras.

Sin embrgo, toda aquella quietud, toda aquella tranquilidad ocultaban la amenaza de una muerte implacable y traidora.

Escotilla Jim sabía que casi al alcance de su mano, Ratcliff, casi loco de furor, de dolor y de enojo, esperaba el momento de que su cautivo hiciera el menor movimiento sospechoso que le diese pretexto para matarle de un tiro.

—¡Amiga mía, querida, amiga mía! — murmuró Jim, acariciando el corto y niquelado caño de la carabina winchester que tenía en su poder. — No sabe usted cuanto la quiero, amiga mía, porque gracias a usted podré vengar al muchacho, llegado el caso. Sí, señor Ratcliff, una carabina Winchester es a veces superior a un revólver Colt y Escotilla Jim sabe manejarla.

El viejo lobo de mar, encogido, se retiró aun más atrás, hacia la cama, y se quedó inmóvil, con la mirada fija en la puerta por donde había salido Eric.

La situación del sol le interesaba bastante. Estaba el astro del día casi en el cénit, pero su luz tenía aun suficiente inclinación para proyectar un trozo de sombra en la tostada cubierta que quedaba delante de la puerta del camarote.

A pesar de su falta de educación y de instrucción, el viejo marinero estaba dotado de una extraordinaria facultad que le permitía apreciar el aspecto de las cosas con toda exactitud.

Sabía, — por el sonido de la voz de Gregory Ratcliff cuando este había hablado por última vez, — de que lado de la puerta del camarote se encontraba el mecánico traidor y notó, con un estremecimiento de satisfacción, que cuando se aproximara más, su sombra aparecería en la asoleada superficie de la cubierta

—Se figura que yo voy a salir corriendo y voy a tratar de escaparme, — conjeturó el viejo. — Pero no he pensado en hacer semejante cosa. ¡Nada de eso! He hecho, durante ocho meses, lo que hace el oposum para engañar al cazador, y si no me he fingido muerto he fingido vivir lo más tranquilo mientras sólo pensaba en que llegaba el momento de castigar a este miserable traidor. Ocho meses he esperado el momento de arreglar cuentas con usted, señor Ratcliff. Y ahora, cuando usted haga su jugada, yo echaré sobre la mesa el "as" que tengo en la mano.

Y al decir así, el viejo lobo de mar acarició su carabina Winchester, de repetición.

En aquel mismo momento, el silencio que reinaba a bordo del Esmeralda se vió interrumpido por un grito, — lanzado por Eric Harper sin duda alguna, — y por dos sucesivas detonaciones de revólver, que sonaron del lado de popa.

Jim se irguió como si una corriente eléctrica le hubiera recorrido, de improviso todo el cuerpo.

—¡Le han matado! ¡Canallas! ¡Por Dios, que esta la van a pagar los dos!

Pero se oyó un grito, — esta vez lanzado por el capitán danés, — un grito pidiendo socorro. Al oirlo Ratcliff se dirigió hacia el lado de estribor.

—¡Pronto! ¡Venga! ¡Lo necesito! — gritaba el capitán, olvidando que Ratcliff estaba custodiando a Escotilla Jim.

Ratcliff pensó rápidamente. Si dejaba su sitio de guardia, Escotilla Jim aprovecharía la ocasión para recobrar la libertad.

—Voy a ocuparme primero de él, — murmuró, vengativo, y avanzando tres pasos levantó la mano con que empuñaba le revólver hasta ponerla en línea con la puerta del camarote, que seguía abierta. Moviendo la mano de izquierda a derecha y de arriba a abajo, para cubrir toda la extensión del camarote, descargó criminalmente cinco de las seis cápsulas.

No llegó a hacer el sexto disparo Jim observó con toda atención el sitio donde se veía la sombra y calculando con exactitud el lugar donde la mano debía aparecer, esperó que se mostrara la reluciente arma.

Cuando el dedo del traidor se encogió para hacer el primer disparo, Jim se echó en la cama y tendido en ella puso la carabina en la necesaria posición. Uno tras otro, los proyectiles enviados por el canalla se hundieron en la madera de los tabiques del camarote hasta que cinco balas levantaron astillas en cinco diferentes sitios.

—Tal vez tenga más arma que esa, — pensó Jim. — No quiero correr el riesgo de desperdiciar la ocasión.

Había llegado el momento. Levantó el arma, miró hacia donde brillaba el revólver de Ratcliff e hizo fuego. La bala sacudió la mano del traidor y el revólver, después de girar en el aire cayó pesadamente sobre cubierta.

Un horrible grito de dolor vibró en el mo-

mento en que Jim Barnnett salía del camarote. Ratcliff se dirigía hacia la borda, — estaba a mitad de camino, — tambaleándose como un borracho y gritando, blasfemando y gimiendo ruidosamente

La conjetura del viejo marinero era acertada. Con la mano ilesa empuñaba otro revólver cargado, y cuando Jim salió del camarote, Ratcliff apuntó de nuevo.

Jim se volvió a tiempo para evitar que le hiriera aquel disparo hecho casi a quemarropa y que, sin embargo, le rozó una manga, sacándole un trozo de tela. Los pesados pasos del capitán danés se oían muy cercanos.

—¡Eso es! ¡Una pelea a muerte con los dos! — gritó Jim .— ¡Voy a hacerles pagar lo que han hecho con ese muchacho! ¡Ahí va una, la última que ha de recibir usted, señor Ratcliff!

Apuntó rápidamente hacia el traidor y la bala le dió en el entrecejo.

Ratcliff se tambaleó, giró sobre sí mismo, soltando el revólver, que saltó por la borda y cayó en el mar. En seguida sin lanzar ni un solo gemido, se desplomó de bruces, expirando boca abajo, tendido en la manchada cubierta.

Durante un momento Jim miró, tan asombrado, que no acertó a moverse. ¡La muerte es tan horrible aun cuando se infiera en defensa propia y estaba en peligro la vida de tantos! Sin embargo, en defensa de todos los demás, en defensa de los tripulantes del Esmeralda acorralados por aquellos canallas, era necesario proceder con toda decisión.

Un nuevo estampido que sonó cerca de él, sacó al viejo marinero de su ensimismamiento.

Volvióse para hallarse frente a un cuadro inesperado y asombroso. No era tan sólo el danés quien se hallaba ante él en aquel instante, sino media docena de hombres que habían subido de la cubierta inferior al oir los disparos y que, por orden del capitán, se colocaron a ambos lados del puente para evitar que el viejo marinero se escapara arrojándose al mar por una de las bordas.

Varios revólvers amenazaban a Jim de cada lado.

Correr al camarote y guarecerse en él no hubiera sido más que prolongar un poco el inevitable desenlace. El hambre y la sed le obligarían a capitular.

Cerca de él se hallaba el inclinado techo del camarote. Con un grito de desafío saltó hacia aquel techo y corrió hacia el palo mayor.

Las sogas del mástil le ofrecieron asidero. Sosteniendo la carabina lo mejor que pudo, subió por el palo mayor con rapidez suma mientras los de la cubierta le dirigían disparos que no daban en el blanco, aun cuando algunos proyectiles se incrustaron en la madera del mástil.

No es fácil herir con un tiro de revólver a un hombre que se mueve rápidamente y así lo comprendieron los tripulantes del Esmeralda. — que traicionando a aquellos a quienes habían jurado fidelidad, se habían puesto a las órdenes del capitán danés fiando en sus promesas de riquezas que no verían jamás, — que hacían fuego desde la cubierta al simpático viejo marino a quien pocas horas antes trataban como camarada.

Aun cuando fueron muchos los disparos, ni uno solo llegó a herir al hombre que subía con agilidad portentosa. Antes de que hubieran transcurrido dos minutos. Escotilla Jim se encontraba a setenta pies de altura, tendido sobre la verga y dominando toda la extensión de la cubierta con su carabina Winchester.

—No podrán abatirme jamás, tirando con revólvers — murmuró, apuntando de nuevo. — Pero nada más que para que vean que aun tiene agallas para pelear este viejo infeliz, voy a enviar una bala a la cabeza de aquel canalla.

La carabina golpeó con la culata el hombro de Jim en el momento en que se veía un fogonazo seguido de un poco de humo. Uno de los amotinados se desplomó, cayendo en el imbornal, la canaleta de desagüe de la cubierta.

Escotilla Jim festejó su puntería con una alegre y nerviosa carcajada.

—¡Hola, señor extranjero cuyo nombre no conozco! ¿Cómo se llama? ¿Dónde está? ¿qué ha sido del muchacho?

Miró hacia toda la extensión de la cubierta pero no vió a Eric por ninguna parte.

El danés estaba allí, sin embargo, acurrucado detrás de la casilla de la bitácora, y desde aquel sitio seguro dirigía las operaciones de sus hombres.

—¡Suba tras él, Jake Welter! — gritó.

El marinero a quien se había dirigido fingió no haberle oído.

—¿Me ha oído, Welter? ¡Suba y baje a ese viejo, le digo! ¡Quiero prenderle vivo para castigarle por lo que ha hecho con Ratcliff! — gritó de nuevo.

El hombre a quien se había dirigido frunció el ceño con disgusto.

Su respuesta llegó con bastante claridad a los oídos de Escotilla Jim.

—¡No se como puede usted creer que voy a subir en busca de un hombre que tiene una carabina cargada en la mano! — replicó.

La pistola automática que empuñaba el danés apareció por un lado de la casilla.

—¡Aquí se hace lo que yo mando! ¡Que no se le olvide, Jake Welter! ¡Suba inmediatamente o le mato de un tiro ahí donde está ahora!

El desdichado traidor se separó de la borda a la que estaba apoyado.

—Lleve un cuchillo en los dientes. El viejo debe tener pocas municiones. ¡Suba de prisa que no vamos a estar aquí todo el día!

Medio minuto después el amotinado comenzaba a subir. Jim le dejó que subiera unos veinte pies antes de dirigirle la palabra.

—¡Welter: como suba usted una yarda más le agujereo la piel! — le advirtió Jim.

El hombre masculló una blasfemia y siguió subiendo. Pero no durante mucho, por cierto. Jim puso la carabina a lo largo del mástil y apretó el disparador. La bala hirió a Welter en los músculos de un brazo. Lanzando un grito de terror cayó pesadamente en la cubierta, estremeciéndose de pies a cabeza.

—¡Lo sentiría por usted si no se tratara de un asqueroso amotinado! — gritó Jim.

¿Qué es eso, señor extranjero sin nombre? ¿Por qué no muestra la cara a fin de que yo pueda servirle un poco del mismo plato que se le indigestó a Ratcliff?

El capitán retrocedió, y por primera vez consideró seriamente la situación.

Ratcliff había muerto; a este respecto no podía haber duda alguna.

Desde que Escotilla Jim le había herido no se había movido del sitio en que cayó, al rayo del sol, con los brazos extendidos y las largas piernas tendidas en la cubierta manchada de sangre.

Welter, por su parte, también estaba tendido, gimiendo miserablemente. Los amotinados del Esmeralda empezaban a mirarse entre ellos con desconfianza.

Lo que había sucedido lo comprendió Escotilla Jim con toda facilidad.

De algún modo, Ratcliff y el danés habían conseguido quitarse los hierros con que les habían dejado sujetos y se habían escapado de la bodega. Después se habían presentado como dueños del vapor, tan pronto como la barcaza, con su tripulación se había alejado hacia el sitio donde estaba el buque náufrago.

Entonces se había discutido quién se ponía de su parte y quien permanecía fiel a Cláxton.

Sin duda el danés, — que para eso debía ser muy hábil, — había conquistado la buena voluntad de varios de los tripulantes demostrándoles la excelente situación en que se hallaban. Eran dueños del vapor y de todo cuanto había en él: armas, provisiones, munición. No tenían más que mostrarse enérgicos y el tesoro que trajeran los de la barcaza sería para ellos.

El capitán había observado las operaciones desde mucho antes de que Escotilla Jim y Eric Harper se embarcaran en el botecito. Mirando con los gemelos había visto sacar del agua, uno tras otro, los cofres llenos de oro que había en el casco del Henry Rumbold y se sentía seguro de que aquel tesoro de lo profundo iba a caer en sus manos.

Hasta entonces sus planes se habían desarrollado a su gusto. Moránder, Cláxton, Bennett y algunos más, todos ellos amigos de los jefes de la expedición, estaban a su merced. El verles sometidos era cuestión de tiempo y nada más.

Varios de los tripulantes se habían negado a unirse a los rebeldes, y estos fieles a sus jefes, estaban en la bodega inferior, engrillados.

—¡Terminen de una vez con ese hombre! — gritó el capitán al grupito que se dirigía a guarecerse tras de la casilla. — ¡Venga un rifle de los que hay en el camarote del capitán! ¡Yo le haré caer!

Pero Jim supuso a tiempo lo que iba a hacer el danés y le estropeó la combinación hiriendo en una pierna al primer marinero que intentó cruzar la cubierta.

Media hora después otro intentó lo mismo pero tuvo igual suerte.

El danés empezó a notar que cundía el desagrado entre sus hombres.

—¡Bien! ¡Déjenlo por ahora! — aconsejó. — No podremos hacer nada hasta que oscurezca. Entonces le bajaremos.

Esta fué la última frase que oyó Escotilla Jim en muchas y aburridas horas, durante las cuales tuvo tiempo sobrado para reflexionar sobre los desagradables acontecimientos.

Cuando reinara la oscuridad desaparecerían parte de las ventajas que en aquel momento le favorecían. De noche podrían sacer la ametralladora y acribillarle a balazos.

—Para evitar eso, — dijo riendo Jim, — me tomaré el trabajo de poner el aparato en condiciones tales que no pueda funcionar.

La ametralladora estaba instalada del lado de proa, cubierta por una lona impermeable. Su silueta se notaba muy bien debajo de la lona y Jim podía distinguir el sitio donde se hallaban las partes vulnerables del arma. Con todo cuidado cargó el depósito de su carabina, levantó el arma, apuntó con toda atención y disparó un tiro tras otro, rápidamente.

El primer tiro rasgó la lona que cubría a la ametralladora en la parte del cierre. El segundo rompió un resorte vital, el tercero desarmó el cierre, el cuarto rompió el aparato conductor de la cinta, el quinto desgarró la tira de munición y, para coronar la hazaña el último tiro dobló el trozo de caño que sobresalía en el extremo de delante del arma.

—Será bueno enviarle un par de tiros más para agujerear el depósito de agua, — dijo jovialmente Jim. — Después, bien podrán arrojar la ametralladora al montón de los hierros viejos.

Terminado ese trabajo, Escotilla Jim comenzó de nuevo a estudiar su situación.

Le preocupaba mucho no saber lo que podía haberle pasado a Eric. La verdad era que con seguridad la valerosa acción del muchacho había salvado a los de la barcaza. Durante el tiroteo, la amarra que la unía al vapor había sido cortada y la barcaza, llevada por la corriente, se iba acercando hacia la suave playa.

El danés al notar esto blasfemó, furibundo. Si no hubiera estado Escotilla Jim en la verga del palo mayor, el danés hubiera apuntado a la barcaza con el cañón de doce libras y la hubiera hecho volar con todos los que estaban en ella.

Pero el rubio capitán sabía que el primero que se acercara al cañón que estaba a popa sería inmediatamente víctima de los tiros del rifle de Barnett.

Había que abandonar ese proyecto, por el momento.

Mientras tanto, el que se hallaba en lo alto del mástil empezaba a sentirse molesto. El sol le castigaba cruelmente, sofocándole con su intensísimo calor.

También le molestaba el hambre. No había probado bocado desde la mañana. Pero lo peor era la sed. El aire cálido le secaba los labios y la lengua. Hubiera dado muchísimo por unos buenos tragos de agua fresca.

Además pocas eran las esperanzas que podía abrigar hallándose en la situación en que se hallaba.

—Si trato de descender, me van a pescar — reflexionó. — Si me quedo aquí me voy a marear y voy a caerme. Mi situación no me parece excelente ni mucho menos.

Volvió sus cansados ojos hacia la orilla y vió que unos hombres se movían activamente

en la playa. Varias veces alguno de ellos se subió a algún montículo de arena e hizo señales, dirigiéndose al Esmeralda, pero como Escotilla Jim no tenía gemelos no pudo descifrar aquellas señales.

Así transcurrió el día y el sol comenzó a acercarse al horizonte del Oeste.

Al declinar el sol el viento se hizo más fresco y el mar comenzó a picarse.

Poco después una niebla roja comenzó a formarse del lado del Oeste y el aire se enfrió rápidamente.

—¡Mal tiempo vamos a tener! ¡Y muy pronto! — díjose Jim. — Bien: esperaremos los acontecimientos. No me vendría mal un chaparrón, si no logran bajarme de aquí antes de que estalle la tormenta. ¡De todos modos me gustaría saber qué están tramando ahora, allá abajo, el canalla del danés y su grupo de traidores y sucios amotinados!

Pronto iba a saberlo. ¡Iba a saberlo de un modo que no se le olvidaría en todos los años de su vida!

EN SITUACION DIFICIL

Un consejo de guerra

Cuando Eric sintió en la nuca el frío del caño del revólver del capitán y manifestó bruscamente y con toda franqueza, que había enterado a sus amigos de lo que le pasaba, advirtiéndoles del peligro que corrían, consideró que había llegado para él el momento decisivo.

Al brutal juramento que salió de los labios del danés siguió la acción esperada. El canalla oprimió dos veces seguidas el disparador de su arma.

Pero quiso la casualidad o la Providencia que los dos cartuchos fallaran. El gatillo golpeó en el disco de cobre del fulminante, pero el fulminante no estalló.

El respiro que le dió esta circunstancia proporcionó al muchacho una ocasión inesperada y feliz de luchar por su vida. Comprendiendo lo que había pasado un segundo antes de que el canalla volviera de su sorpresa volvió la bandera que tenía en la mano derecha y le dió al danés, un fuerte golpe, con el palo, en mitad de la cara. En seguida, cerrando el puño izquierdo descargó un golpe de boxeo con todas sus fuerzas, en la punta de la mandíbula del capitán que rodó por la cubierta sin conocimiento.

Eric sabía que Ratcliff no se hallaba lejos. ¡Ratcliff vengativo y peligroso! ¡Ratcliff armado! Recordar esto fué suficiente para Eric. Jim Barnett tenía un rifle y los bolsillos llenos de balas, así que estaba probablemente, en condiciones de defenderse. Deslizándose hacia la borda, Eric se colgó de ella por la parte de afuera y se dejó caer después.

La repentina inmersión y el frío del agua, le despertaron los sentidos y recordó el peligro que representaban los tiburones.

Zambulló rápidamente, volvió a la superficie ansiando respirar, debajo de la popa del Esmeralda, que se proyectaba sobre el mar. En aquel momento vió el botecito en que había hecho el travecto de la barcaza al vapor, junto con Jim, flotando junto al costado del Esmeralda.

Nadando mediante largas y silenciosas brazadas, llegó al bote y se metió en él cautelosamente.

Si el danés había recobrado los sentidos no habría supuesto, sin duda que el muchacho hiciera tal cosa. Eric cortó la amarra y se hallaba a más de treinta yardas del Esmeralda cuando fué descubierta su evasión.

Fué entonces cuando el capitán llamó a gritos a Ratcliff, para que le ayudara. El danés se acercó a la borda y disparó dos cartuchos de los tres que aun tenía su pistola automática pero erró. Se quedó saltando de rabia mientras el muchacho, remando acompasada y vigorosamente, se ponía fuera de su alcance.

Eric remó con todas sus fuerzas, pasando por debajo de la tirante maroma de remolque y dirigiéndose con la mayor rapidez que le fué posible, hacia donde estaba la barcaza Cuando llegó, Cláxton y Moránder le esperaban, con la ansiedad pintada en el rostro, para ayudarle a subir a la barcaza.

—¿Qué pasa ahora, Eric? — preguntó Cláxton. — Desciframos su mensaje pero, en el primer momento nos pareció que se trataba de una broma. Cambiamos de opinión muy pronto, por ciento, al oir las detonaciones. ¿Pasa algo muy serio? ¿Dónde está Jim Barnett?

—Jim se ha quedado a bordo del vapor, en poder de esos canallas. Ratcliff y el danés han salido de la bodega y se han hecho dueños del Esmeralda.

—¿De veras? ¿Y la tripulación?

—No se que ha sido de ella. Nosotros no vimos más que a los dos pillos.

—Pero, ¿qué ha sucedido?

—En cuanto pisamos la cubierta Ratcliff y el rubio cabezón nos apuntaron con sendos revólveres. Nosotros nos metimos en el camarote del segundo comandante y armamos una barricada tras de la puerta. El capitán deseaba que nos pusiéramos de acuerdo con él y que yo les enviara a ustedes por medio de señales a fin de que no les impacientara ni extrañara nuestra ausencia prolongada. Después de un rato accedí a hacer señales. No le dije al capitán lo que iba a comunicarles a ustedes así que pude avisarles lo que pasaba.

Moránder dió una palmada en la espalda, al valeroso joven.

—¡Su acción es la más noble y más heroica de todas nuestras aventuras Eric! ¡Me siento orgulloso de usted! Y después, ¿qué pasó?

—Jim se ha quedado a bordo. Tuve que dejarle. No había otra salida. Ví ocasión propicia para escaparme y la aproveché.

—Pero, ¿dónde está ahora Jim?

—Le dejé en el camarote. Tenía en su poder una carabina Winchester y munición abundante, pero la puerta estaba abierta y Ratcliff de guardia junto a ella.

—¿Sabía Ratcliff que Jim estaba armado?

—¡No! ¡No lo sabía!

—El buen viejo es capaz de dar buena cuenta de sí mismo. De todos modos su po-

sición me parece muy desesperada y gravísima. ¿Qué podemos hacer?

Moránder movió la cabeza pensativo. Se había puesto muy serio.

—¡No es posible saberlo! Esos canallas nos tienen a su merced. Si al danés se le ocurre apuntarnos con la ametralladora o con el cañón, estaremos perdidos. ¿Qué propone usted, Cláxton?

El surafricano se acercó a la borda y miró hacia el mar.

—La marea está subiendo. Cuanta mayor distancia, haya entre ellos y nosotros, mejor será. Conviene que nos alejemos antes de que recurran al cañón.

—¡Bien! — asintió Moránder, que ordenó a dos de sus hombres que cortaran el cable que les unía al vapor.

A todo esto se oían las detonaciones de un tiroteo de fusilería procedentes de la cubierta del Esmeralda.

Cláxton miró hacia el vapor con sus poderosos gemelos prismáticos.

—¡Allí está Jim! ¡Le veo subir al palo mayor con la agilidad de un gato! Media docena de hombres de pie en la cubierta central y baja del vapor, en la "cintura" como se le llama, le hacen fuego. ¡No! No le han tocado a Jim sigue subiendo. Se dirige a la verga. ¡Hola! ¡El viejo contesta al tiroteo!

Un poco de humo blanco que se quedó suspendido en el aire como un copo de algodón brotó de junto al palo mayor.

La barcaza, llevada por el impulso de la marea ascendente, comenzó a moverse en cuanto cortaron el cable. Se alejaron los que en ella iban, con verdadera pena, pues se veían obligados a suspender la extracción del valioso tesoro que había en el casco del hundido Henry Rumbold, pero no había otro recurso.

Más de una hora tardó la barcaza en llegar a la orilla. Durante ese tiempo habían recogido el tubo desarmable y lo habían subido a bordo, sección por sección. Con ayuda de los bicheros lograron dirigir la barcaza de fondo chato, hacia una pequeña ensenada rodeada casi por altas palmeras. Allí desembarcaron.

Cláxton sentíase muy apesadumbrado. La ausencia de Jim que, a pesar de su burdo exterior, se había conquistado por completo su afecto y su amistad, le tenía preocupado.

—Me parece que no podremos hacer nada en su favor hasta que haya anochecido, — explicó, llevando a un lado a Eric y a Moránder.

—¿Qué haremos entonces? — preguntó el comandante del Esmeralda.

—Entonces iremos en el botecito, constituyendo una especie de partida de abordaje. Dispondremos de dos o tres rifles y de un revólver cada uno. Combatiremos a esos pillos en su propio terreno. ¡Oh! ¡Jim se mueve con endiablada actividad!

Fueron sus tiros contra la ametralladora los que oyeron en aquel momento pero como ignoraban ese detalle los de la barcaza supusieron que hacía fuego para evitar que el danés y Ratcliff le atacaran.

La verdad era que Ratcliff estaba tendido sin vida bajo los candentes rayos del sol, mientras el danés estaba sentado en el camarote de Moránder, tratando de dar con algún plan eficaz para hacer que Jim Barnett bajara de la altura donde estaba.

—¡Ya se lo que voy a hacer! — exclamó de repente, llamando a uno de los amotinados. cuyo nombre era Dobree, e indicándole que entrara en el camarote. — Es necesario descender a ese individuo que se ha subido en el palo mayor, sea como sea, Dobree. Creo que lo único eficaz que puede hacerse con ese objeto, es cortar el palo.

—¿No le parece que esa va a resultar un poco difícil, señor? — replicó Dobree.

El danés dió un terrible golpe, con el puño cerrado, en la mesa y descubrió, haciendo una mueca de furor, sus dientes de fiera.

—¡Difícil o no, hay que hacerlo! ¿Me entiende? Usted es el carpintero de a bordo, ¿no es eso? ¡Pues si usted no sabe cómo hacer lo que le he dicho. es que usted no conoce su oficio! En tal caso cuanto antes vaya a unirse a los cobardes que están en la bodega, mejor será!

A Dobree no le gustaba la perspectiva de verse encerrado en la bodega en día tan caluroso, con un sol tropical que lo caldeaba todo y sin vestigio de luz ni de aire puro en tan sombría prisión

—El único medio que puede usarse, señor, es tomar dos o tres grandes y largas barrenas y hacer con ellos muchos agujeros en torno del mástil. Hecho eso se puede mover un poco el vapor y antes de que haya navegado cien yardas. el mástil se desplomará.

El danés inclinó afirmativamente la cabeza.

—Muy bien. Pero tendrán que esperar a que sea de noche, pues si intentan hacerlo de día, él les verá desde arriba y les acribillará a balazos.

El plan fué considerado como decisivo, menos en un punto, hasta el anochecer. La única alteración que se hizo fué referente a lo de hacer que el vapor navegara.

Cuando anochecía Dobree se presentó ante el danés y le explicó la situación:

—No hay que molestarse en subir la presión de la caldera, — dijo, indicando por la abierta puerta del camarote el sitio donde el sol se ponía presentando una aspecto parecido al de una enorme bola de líquido fuego. — Comienza a soplar viento y dentro de poco ese viento tendrá fuerza suficiente para tumbar el mástil, una vez taladrado como he dicho.

El capitán se sonrió.

—Bien, Comience el trabajo en cuanto haya oscurecido. No me consideraré seguro hasta que tenga a ese viejo marinero atado de pies y manos en la sentina. ¡A! ¡Dobree! ¡Habrá diez libras de gratificación para cada uno de los que ayuden a echar abajo el mástil.

El carpintero saludó y se retiró.

La noche llegó con la rapidez con que llega siempre en los países tropicales y casi inmediatamente comenzó a llover.

La lluvia no fué menuda, sino de grandes gotas que dieron ruidosamente en la madera de la cubierta.

Escotilla Jim, que continuaba su solitaria

Escotilla Jim hizo un esfuerzo y, sin tener en cuenta a donde iría a caer, saltó. Pero no se vió libre. Un enredo de sogas le rodeó. Sintió envueltos en ellas los brazos y las piernas

y desesperada vigilancia la recibió como una bendición.

Tendido de espaldas en la parte central y ancha de la verga, abrió la boca para recibir en ella las gotas de la lluvia y tardó sólo unos minutos en ver apaciguada la sed devoradora que tanto le había torturado. Verdad es que al mismo tiempo se le empapó la ropa, pero esto era una pequeña molestia en comparación con lo que la sed le había hecho sufrir durante largas horas.

Pero para sus enemigos que se deslizaban como espíritus del mal por la resbaladiza cubierta, la lluvia fué de mayor utilidad. El ruido de la lluvia ahogó por completo el que hacían los bien afilados taladros que entraban más y más en la fuerte madera del mástil.

Jim seguía en lo alto, ignorante del peligro que corría. Con un brazo y ambas piernas ceñía la gruesa verga en la que estaba tendido boca abajo, mirando hacia la oscuridad, con el rifle prevenido para hacer fuego contra el primero que intentara subir hacia donde él estaba.

Un poco después, cuando el mástil empezo a doblegarse y a crugir bajo el azote del viento, Jim se dió cuenta de que esperimentaba una nueva sensación. Le parecía que la madera del mástil estaba vibrando. Durante largo rato se sintió perplejo sin saber a que causa atribuir tan extraño fenómeno.

Si hubiera podido penetrar con la mirada la oscuridad que le separaba de la cubierta, se hubiera dado cuenta de la presencia de varios hombres que acurrucados al pie del mástil se entregaban con actividad febril, a su infame labor.

El capitán se paseaba cerca de los que trabajaban, animándoles y aconsejándoles, felicitándose y esperando, cada vez más contento, el próximo e inevitable fin del viejo marinero.

Tocaba la campana del Esmeralda anunciando que llegaban las diez de la noche, cuando Dobree, el carpintero, aconsejó a sus subordinados que se separasen pronto hacia un lado.

—El mástil está agujereado de un lado a otro por completo, — murmuró. — En cuanto sople una ráfaga un poco más fuerte, se caerá. ¿Hay alguno vigilando la rueda del timón?

El capitán indicó que sí, con un movimiento de cabeza.

—Ya han izado las anclas y he ordenado a uno de los muchachos que haga virar el vapor hacia tierra. Cuando el mástil se desplome caerá sobre un costado y arrojará a Barnett al agua, donde los tiburones se encargarán de dar cuenta de él en un momento.

Setenta pies más arriba, Jim, enteramente ajeno al peligro que le amenazaba, seguía tenazmente agarrado a su puesto do observación.

El largo período de inacción a que se había visto obligado, empezaba a hacerle sentir las consecuencias. La ropa empapada lo enfriaba el cuerpo de tal modo que se le entumecían las piernas y los brazos, a tal punto que casi no podía moverse ya.

El viejo lobo de mar empezó a temer que no le fuera posible continuar agarrado y le tocara caer desde tan alto a la cubierta.

—¡Si esos pillos se movieran de algún modo, poco me importaría lo que pasara! Lo peor de todo se estarse quieto, — reflexionó con amargura.

Precisamente en aquel instante algo tuvo que hacer. Una ráfaga de viento barrió el buque de proa a popa y el palo mayor empezó a crujir y a moverse en forma amenazadora.

Jim no dejó de oir el ruído de la madera que crugía, y aunque aturdido todavía, empezó a darse cuenta de qué era lo que había pasado y qué era lo que tenía que pasar.

—¡Esos canallas han cortado el mástil! El palo mayor va a desplomarse en cuanto sople la próxima ráfaga de viento! — dijo. Y sin detenerse a pensar un solo segundo más, se puso de pie y balanceando el rifle, lo envió, girando por el aire oscuro, hacia el mar.

Entonces, lo mejor que pudo, porque con un brazo tenía que sostenerse tenazmente agarrado a la verga, se quitó la chaqueta y la dejó caer a la cubierta.

El mástil crujía amenazadoramente y el viento le zumbaba en los oídos.

Cada movimiento del mástil era más pronunciado que el precedente porque la tormenta se aproximaba al punto de su mayor violencia. Una repentina ráfaga violenta le obligó a agarrarse con más fuerza. Se oyó un ruído como un fuerte chasquido y el grueso mástil fué vencido por fin.

Jim se dió cuenta de que caía. Sintió que descendía en la oscuridad. Haciendo un esfuerzo y sin tener en cuenta a dónde iría a caer, saltó. Pero no se vió libre. Un enredo de sogas le rodeó. Sintió envuelto en ellas los brazos y las piernas.

El mástil cayó en la oscuridad, dando con violencia en las agitadas aguas, envolviendo al marinero debajo de toneladas y toneladas de espumas blancas

El capitán danés había llevado a cabo su mortífero plan de venganza

MOMENTOS DE ANGUSTIA

Cláxton traza su plan

Desde el momento en que por medio de sus gemelos. Bruce Cláxton vió a Escotilla Jim en lo alto del palo mayor del Esmeralda, el surafricano se sintió preocupado por lo que pudiera pasarle al viejo lobo de mar.

Tan pronto como la barcaza estuvo amarrada en la caleta de la playa, llamó al capitán Moránder y le habló seriamente de la situación de Jim.

—Querido compañero, — dijo, tomando de brazo al capitán y paseando con él por la playa, — el pobre Barnett se halla en situación desesperada. Se encuentra acorralado a bordo del vapor y lo menos dos tipos sanguinarios esperan el momento de matarlo. ¿Qué cree usted se puede hacer?

Moránder miró hacia el vapor, que estaba anclado a menos de una milla de la costa.

—Estamos con las manos atadas, al menos hasta la noche. — dijo, moviendo tristemente la cabeza,—Debemos darnos cuenta de la gravedad de los sucesos. El capitán danés y ese canalla de Ratcliff dominan la situación. Jim Barnett se encuentra en trance muy difícil, y sea como sea, debemos ir en su auxilio. Creo que, en cuanto anochezca, debemos organizar una partida de abordaje.

—¿Cree usted que el pobre viejo podrá sostenerse donde está hasta la noche? — preguntó Cláxton, temeroso.

El capitán inclinó la cabeza afirmativamente.

—Creo que sí. Parece disponer de bastante munición, a juzgar por la abundancia de sus tiros. Un hombre acorralado como está él no desperdicia nunca las balas. Me parece que debe tener muchos cartuchos; con seguridad se guarece tras de la enrollada vela y desde su altura domina toda la cubierta, de modo que podrá tener a raya a los amotinados hasta que lleguemos.

Cláxton empezó a sentirse más esperanzado.

—En cuestión de armas, ¿cómo estamos?

—Debe haber tres rifles en la barcaza. Yo tengo dos revólveres Smith-Wesson, usted tiene su Colt y creo que tres de nuestros hombres tienen, también, revólvers. En cuanto a munición hay un cajoncito, así que no escaseará. Si logramos tomarlos por sorpresa podremos salir bien. ¿Pero no cree que, por si acaso nos va mal, debíamos sacar el oro de la barcaza y esconderlo?

—¿Quiere usted decir que por si acaso apuntan con el cañón y hunden la barcaza?

—Eso mismo.

—Sí, me parece un buen plan. Greville, ¿quiere usted venir un momento?

Al oír que lo llamaban, Wayne, que estaba junto a su compañero oyendo lo que Eric le contaba sobre lo sucedido en el vapor, corrió hacia donde estaban Cláxton y Moránder.

—Necesito que dirija usted el traslado de los cofres de oro. Busque un sitio, a unos veinte o treinta pies de la orilla, detrás de esa fila de palmeras, y después de numerar los cofres entiérrelos allí. No a demasiada profundidad: con tres pies habrá suficiente. Suponemos que los amotinados harán fuego contra la barcaza de un momento a otro. Al primer tiro tendremos que abandonar la barcaza y guarecernos.

El muchacho se rió.

—Creo que no me será difícil hacer eso —dijo. Un momento después había vuelto a donde estaba Eric.

—Necesitamos esconder todo ese oro, —explicó. — Creo que a usted le pasará lo mismo que a mí y que estará pensando que lo único que importa en realidad es salvar a Escotilla Jim, pero es el caso que no puede intentarse nada hasta la noche. Creo que Cláxton y el capitán están preparando sus planes en este momento.

Eric tomó del brazo a su compañero y fué con él a donde estaba el buzo Bennett, sentado pacíficamente, fumando en su pipa con aire pensativo, junto a la orilla de la caleta.

—El jefe nos ha dado orden de que procedamos a esconder todos los cofres de oro que están en la barcaza, por si acaso se hunde la barcaza o tenemos que irnos de acá

Bennett se levantó y entre los tres llevaron el primero de los cofres. Después de tantear el terreno y de hallar un sitio en que la arena estaba más o menos suelta, un cofre de oro fué numerado y enterrado y se abrió hueco para el siguiente.

Por fortuna las palmeras interceptaban la visual de modo que de a bordo del Esmeralda no podían ver lo que hacían los de la playa. Todo cuanto habían alcanzado a sacar del mar, — cerca de ciel mil guineas, —estuvo escondido cuando empezó a oscurecer. Al ponerse el sol, amenazadoras nubes aparecieron sobre el mar.

Prepararon la comida en un improvisado campamento y cuando terminaron de comer, Cláxton pidió a Moránder que hiciera conocer los planes adoptados.

—Necesitamos formar una partida de abordaje, — explicó el capitán del Esmeralda. — Ustedes comprenden cuál es la naturaleza de la labor que nos espera. — E indicó el mar. — El viento comienza a refrescar y me parece que tendremos una mala noche. Pero, mala o buena, tendremos que ir en el botecito y con todas las armas que poseemos, a rescatar al viejo Jim Barnett.

Todos aquellos a quienes se dirigía manifestaron en seguida su aprobación.

—Muy bien. Veamos ahora quiénes son los que están dispuestos a acompañarnos exponiendo la vida, en la temeraria tentativa contra los canallas. Oigan bien. No les oculto nada. Se tratará de una lucha a muerte. Primero habrá que llegar hasta el buque; segundo, que subir a bordo y tercero que vencer a unos enemigos bien armados. Se necesitan diez. El que quiera venir con nosotros, que levante la mano. ¿Quién quiere venir?

Por el buen crédito de aquella gente conviene recordar que todos levantaron la mano en seguida. Durante los siguientes diez minutos, la gritería fué estruendosa, el entusiasmo estupendo. Por fin Moránder seleccionó su grupo y tanto Eric como Greville se encontraron entre los escogidos.

Reunieron todas las armas y las repartieron después de haber visto que había una para cada uno. Revisaron las armas, las limpiaron, enaceitaron y cargaron; se distribuyó abundante munición y cuando ya era intensa la oscuridad de la noche, se dirigieron a la orilla.

Avanzaron con lentitud. La noche era oscura; no se veía a la luna por ninguna parte. Grandes nubes encapotaban el cielo y caía una lluvia muy fría. Antes de haberse instalado en el bote ya estaban todos calados hasta la piel.

Sin embargo, tenían grandes esperanzas de éxito; hombres del temple de aquellos no se arredraban ante un chaparrón, por recio que fuera.

Cuando los remeros ocuparon sus puestos, Moránder volvió a explicar el orden en que se haría el ataque. En cuanto llegaran al vapor, el bote se guarecería lo más cerca posible del casco y uno por uno, subirían a la cubierta por la escala de cuerda. En caso de que hubieran quitado la escala, Cláxton pondría una que llevaba y con la cual esperaba poder llegar a la cubierta.

Eric, un marinero llamado Baker y el tercer comandante se dirigirían inmediata-

mente hacia el cañón de doce libras que por fortuna, — a menos que los amotinados se hubieran metido a tocarlo, — había sido dejado cargado.

—Deben ustedes quitar la cubierta del cañón sin hacer ruído, — explicó el comandante. — En seguida apuntarán con el cañón hacia la cubierta principal. Cuando ustedes hayan hecho eso y tengamos el cañón en nuestro poder, podremos atacar como es debido a esa gente.

Wayne recibió orden de dirigirse al palo mayor y buscar algún modo de comunicarse con Jim para informarle de que habían llegado socorros. De todas las misiones era ésta, tal vez, la más peligrosa porque, en la oscuridad, Escotilla Jim podía tomar a Wayne por un enemigo y hacerle un disparo de su carabina.

El grupo se componía de hombres de corazón enérgico y de buena fuerza muscular, como lo demostraron cuando tuvieron que remar contra la marea ascendente y el viento cada vez más violento. Alrededor de ellos, el mar se encrespaba, amenazando a cada momento con volcar el botecito. Pero Morander y su gente seguían avanzando con toda firmeza, y al cabo de corto tiempo distinguieron, en medio de la oscuridad, la silueta del casco del hermoso vapor.

No se distinguía a bordo del Esmeralda ninguna señal de vida. Sólo se veía luz tras de algunos de los ojos de buey, cerrados con sus gruesos vidrios. El viento rugía y gemía sin cesar; subía y descendía su horrísono fragor, el que, por suerte, no dejaba oír el ruído que hacían los remos en los toletes.

De repente Morander se puso de pie y dirigió a su gente una voz de advertencia. Entre el rugir del vendaval y el golpear de las olas contra los costados del Esmeralda, acababa de oir el crugido, como un fuerte chasquido de látigo, del astillado palo mayor que cayó, con fuerte ruido, hacía el agitado mar.

Al momento volvieron el timón del bote y la pequeña embarcación fué, en la oscuridad, hacia donde había caído el extremo del mástil. Durante un momento, — que pareció una eternidad, — esperaron. ¿Qué era lo que esperaban?

—¡Barnett está en ese mástil! — dijo Cláxton. — Es necesario encontrarle.

En el mismo momento en que se expresaba así, la larga y reluciente silueta del mástil brilló a la luz que brotaba de uno de los ojos de buey.

—¡Ahí está Jim! ¡Le he visto, enredado en los cordajes del mástil! — dijo Cláxton en voz baja, y la noticia pasó de boca en boca — Acerquémonos describiendo un semicírculo y evitando la zona de la luz. Debemos interceptar el paso del mástil, que será arrastrado hacia la costa por la marea.

Cláxton no abrigaba grandes esperanzas de poder salvar a Jim, a pesar de todo. Pero era necesario no omitir ni el menor esfuerzo en el sentido de salvar al viejo lobo de mar.

La grandísima experiencia y la extraordinaria habilidad del capitán Morander, que manejó el botecito en forma admirable, evitó que la embarcación naufragara chocando con el flotante mástil y el enredo de cuerdas que rodeaba a la verga. Mediante una habilísima maniobra se evitó el choque fatal y aproximándose de costado al mástil que subía y bajaba violentamente, procuraron alcanzar al viejo marino.

Baker y Wayne fueron los que cortaron las sogas y libertaron al casi desmayado Jim. El viejo tenía las piernas y los brazos envueltos en sogas y el bote estuvo más de una vez en peligro de sufrir un percance fatal mientras se separaba a Jim de aquella enredada madeja. Por último, Escotilla Jim pasó a bordo del bote.

Una buena dosis de cognac de la cantimplora del capitán le reanimó rápidamente y a no ser por el peligro que eso representaba, todos hubiesen gritado de alegría al verle en salvo.

—Vamos a apoderarnos de nuevo del vapor, — dijo Cláxton en voz baja, inclinándose hacia Barnett y tomándole de un brazo.

El viejo se incorporó y, sentándose se restregó los ojos.

—¿Dónde estoy? — preguntó. — ¡Recuerdo que estaba agarrado al mástil y que éste se desplomó de pronto!

—Está usted con nosotros; con el capitán Morander, Cláxton, Greville, Eric y varios de nuestros hombres. Esta es una partida que se dirige al Esmeralda con el propósito de reconquistar el vapor o morir en la empresa.

—¡Eric! ¿Eric? — repitió Jim perplejo. — ¡Pero si Eric murió!

—¡Al contrario! ¡Vive y está bien vivo, como pronto lo verá! Eric, acérquese y hable con Jim, que no quiero creer que está usted en el mundo de los vivos.

—¡Pero si el capitán danés lo mató! — protestó Escotilla Jim.

—El capitán danés intentó matarme, pero le fallaron los tiros; yo le desmayé de un golpe que le dí con el palo de la bandera de señales y mediante un buen golpe de boxeo. Me arrojé al agua, me metí en el bote y fuí hasta la barcaza. Ahora...

—¡Silencio! Nos acercamos de nuevo. ¡Silencio — ordenó Cláxton. — A Eric le corresponde guiar el bote hacia donde está o estaba, la escala de cuerda.

Se aproximaron hasta quedar debajo de la popa del vapor. Fuertes brazos evitaron que chocara contra el casco.

Un estremecimiento de satisfacción sacudió el cuerpo del muchacho cuando sus manos tomaron la escala de cuerda. Amarraron el bote, y durante varios minutos descansaron Por último, cuando todos los que componían el grupo hubieron recobrado su tranquilidad, reponiéndose de los recientes esfuerzos, cuando hubieron revisado y apercibido las armas, estuvieron todos dispuestos a emprender su peligrosa aventura.

HEROICAS HAZAÑAS

La pelea por el Esmeralda

Uno por uno, subieron por la escala de cuerda y llegaron silenciosamente a la cubierta del vapor. A bordo todo parecía extraordinariamente tranquilo, pero aquella tranquilidad parecíase a la aplastante calma que precede a las grandes tempestades.

En el momento en que los del bote llegaban a la cubierta, el capitán danés se hallaba a treinta pies de distancia de ellos, apoyado en la borda y mirando hacia el turbulento mar.

—¡Ya ha desaparecido, Dobree! — gritaba al carpintero que se hallaba en medio de la cubierta. — ¡No se ve el mástil! ¡Mucho antes de que la marea lo eche sobre la playa, el viejo habrá muerto!

De la cámara inferior llegó el eco de voces de alegría. Los que habían ayudado a cortar el mástil no se habían olvidado de la promesa hecha por el capitán, que había ofrecido regalar diez libras a cada uno.

Cláxton empuñó el revólver, estremeciéndose de indignación.

—¡Podría matar a ese canalla ahora mismo! — murmuró, inclinándose hacia Moránder. — Lo difícil es saber cuántos de los de la tripulación se han unido a él. ¿Oyó usted los gritos de alegría? Los lanzaban más de dos, por cierto. ¡Y nosotros suponíamos que no íbamos a encontrarnos más con el danés y Ratcliff!

—Mejor es esperar, — aconsejó Moránder. — No estaré tranquilo hasta que uno de los nuestros se haya apoderado del cañón grande. Creo que podemos dispersarnos y situarnos para el ataque.

Dió la correspondiente orden. En absoluto silencio fué cada uno a ocupar el sitio que le había sido previamente designado. Eric, Baker y el tercer comandante se deslizaron como sombras hacia la popa, donde se hallaba el cañón. Se hallaban a doce pies del arma cuando un hombre apareció de pronto, cortándoles el paso.

—¿Quiénes son ustedes? — preguntó de mal modo y dejando que se le cayera a la cubierta la pipa que fumaba.

—¡Ahora lo verá! — replicó Eric saltando hacia él y tomándole por el cuello. Pero antes de que pudiera ahogar su voz, el hombre lanzó un grito de alarma.

El danés, que en aquel momento descendía hacia la cámara, lo oyó y volviéndose, corrió hacia la popa. Acurrucándose vió que unos unos hombres peleaban cerca del cañón.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! — gritó.— ¡Vengan muchachos! ¡Los canallas de tierra quieren arrancarnos nuestro tesoro!

Sus voces llegaron hasta donde estaba el grupo de amotinados festejando su triunfo ante el agradable calor de la cocina. En un instante abandonaron vasos y copas y empuñaron las armas.

El danés sentíase seguro de la fidelidad de su gente. Sabía que no tenían nada que ganar volviéndose contra el y que no podían esperar misericordia de parte del capitán Moránder, después de su infame traición.

Salieron todos a la cubierta, vociferando como energúmenos, blasfemando y jurando.

—¡Allí están! ¡Uno o dos nada más! — gritó el danés — ¡Hagan uso de los rifles! ¡Pronto! ¡No se ocupen de que Porter esté entre ellos! ¡Le han apresado, pero él tiene la culpa por no vigilar bien! ¡Fuego!

Resonó una descarga, pero sólo una de las balas hizo algo: pasó a una pulgada de Eric e hirió en mitad del pecho al que forcejeaba con él.

Porter se desplomó quedando tendido en la cubierta.

Los amotinados avanzaron entonces comprendiendo que la posesión del cañón significaba la victoria para el bando que se la asegurara. Pero no habían avanzado media docena de pasos, cuando una nueva fila de asaltantes se precipitó a su encuentro y uno, cuya voz no esperaban volver a oír, les gritó que se ridieran.

—¡Vale más que se entreguen, grandísimos tontos! — gritó Moránder, apuntando con su revólver al que estaba más cerca. — Vamos a defender el cañón hasta que esté apuntando hacia ustedes. No podrán ir hasta él como no sea pasando por encima de nuestros cadáveres.

—¡Pues ya hay un cadáver, para empezar! — replicó el danés, haciendo varios disparos contra el capitán.

Moránder se desplomó inmediatamente, pero sólo por estrategia. Echándose en el suelo replicó hábilmente, haciendo tres disparos hacia el grupo de amotinados.

Se oyeron gritos y gemidos porque las tres balas habían dado en el blanco. Los heridos se volvieron y huyeron locos de miedo, descendiendo a la cubierta inferior.

Los restantes parecían hallarse dispuestos a pelear. Avanzaron contra sus adversarios disparando sus revólveres o blandiendo barras de hierro. Dos de los hombres de Moránder sufrieron heridas. Uno recibió una bala de revólver en la muñeca y el otro sufrió la fractura de una costilla. La situación se hacía peligrosa para los del reducido grupo que defendía el cañón, cuando se oyó resonar vibrante la voz de Eric.

—¡Atrás todos ustedes! ¡El cañón está cargado y pronto para hacer trizas todo cuanto se halla en la cubierta! — gritó el joven.

De acuerdo con su plan previamente combinado, Moránder, Cláxton y todos los demás, se reunieron detrás del cañón, que moviendo de uno a otro lado su reluciente tubo, les dió pleno dominio de la situación.

El danés corrió hacia el puente.

—¡Ataquen! ¡Ataquen o los mato a todos ustedes desde aquí! — gritó, y encendiendo una antorcha eléctrica, apuntó a los amotinados con su revólver de seis tiros.

Desobedecer significaba morir; obedecer era ir a la muerte. Sin embargo, obedecieron y como un grupo de lobos, se lanzaron hacia adelante.

Eric miró casi desesperado a Morander.

—¿Qué hago? — preguntó con temblorо-

sa voz. — ¡Si hago fuego morirán todos!

—Haga el disparo hacia el puente. ¡Qué vuele, junto con ese canalla!

La luz de la antorcha eléctrica se había apagado y la oscuridad parecía más densa que antes. Hubo un momento de pausa durante el cual se oyeron las pisadas de los que avanzaban. Después de la boca del cañón salió un raudal de fuego y humo se oyó una detonación formidable y todas las construcciones que había sobre la cubierta del Esmeralda saltaron hechas astillas.

Aun parecía perdurar el estampido del disparo del cañón, sobreponiéndose al fragor de la tormenta, después de pasados algunos segundos.

La terrorífica descarga y sus evidentes consecuencias habían aterrorizado a los amotinados. Se detuvieron y soltaron las armas.

—¡Nos entregamos! — dijo uno de ellos, separándose del grupo. — Capitán, somos sus prisioneros. ¡Por el Cielo, no se muestre muy cruel con nosotros! ¡Ese extranjero nos obligó a hacer lo que no hubiéramos querido hacer!

—¡Adelanten uno por uno, para revisarles! — dijo Moránder. — ¡Baker, mate al primero que intente traicionarnos! Warren: traiga soga y áteles las muñecas. ¡Matthewson! ¡Me sorprende verle a usted en complicidad con esos bandidos sanguinarios!

Matthewson comenzó a mascullar excusas, pero Moránder no estaba de humor para escucharle.

—Todos ustedes serán encerrados con grillos, y entregados a las autoridades en el primer puerto, — dijo bruscamente. — Wayne y usted Cláxton, sería bueno que ustedes trataran de cerciorarse de si ese extranjero ha muerto. Eric, vuelva a cargar el cañón, por si acaso. Y usted, Matthewson ¿qué sabe de los tripulantes que no quisieron plegarse a los amotinados?

—Están encerrados en la enfermería, señor, — contestó Matthewson con pesadumbre.

—¡Bien! ¡Veo que Dobree está allí! ¡Dobree: abra la puerta de la enfermería! Y no me culpe a mí si sus ex compañeros salen furiosos y le atacan. Todo lo que pase lo tendrá bien merecido.

Avanzó, empujando ante él a los dos cabizbajos y arrepentidos marineros. Descendieron por la escalera principal, bloqueada en parte por los restos del volado puente y mediante la luz de varios faroles lograron abrirse paso y llegar hasta donde estaban los infelices prisioneros, a los que pusieron en libertad.

La mayor parte de ellos se hallaban en un estado deplorable, próximos a desmayarse por falta de aire y de alimentos; pero los pocos que se encontraban un poco mejor, en cuanto reconocieron a Dobree y a sus compinches, se precipitaron contra ellos lanzando gritos de furor que el capitán no pudo reprimir en el primer momento.

En un instante los infortunados amotinados fueron reducidos a la inacción y como se resistieron, les quedó la ropa hecha girones. Pero no habían pasado más que unos minutos y ya estaban atados de pies y manos y encerrados en la enfermería.

—No me gusta encargarme de ejercer la ley personalmente,— dijo el que encabezaba el grupo de tripulantes leales, — pero esos canallas nos han hecho sufrir mucho. Nos pidieron que les ayudáramos a apoderarse del buque; como nos negamos, nos rodearon y nos metieron a golpes ahí dentro. ¡Qué prueben ahora cuan agradable ha sido nuestra existencia metidos ahí!

Moránder inclinó la cabeza, aprobando el proceder de los marineros leales.

—Tengo demasiado que hacer para ocuparme de lo que pueda sucederles ahora, — dijo. — Mi buque ha sido maltratado brutalmente y es necesario reorganizarlo todo sin demora. Ustedes compañeros, lo que deben hacer primeramente es comer y beber, que buena falta les hace y retirarse a dormir. Mañana...

Calló de repente porque oyó ruido de pasos rápidos que se acercaban. Un instante después, un hombre muy agitado, — Bruce Cláxton, — apareció en la escalera.

—¡Venga capitán; vengan todos! El danés ha escapado con vida. Se ha ocultado en la bodega número tres y ha prendido fuego al vapor.

—¡Fuego!

La voz de alarma fué repetida de boca en boca y los rostros que no se habían puesto pálidos ante ninguno de los peligros corridos hasta aquel momento, se pusieron muy blancos a la amarillenta luz de los faroles.

Moránder levantó una mano, imponiendo silencio.

—¡Calma, compañeros! — gritó dirigiéndose hacia la escalera. — La situación parece peligrosa y desesperada a la vez, pero quizás podamos dominarla. Dobree: tiene usted una ocasión de reconquistar mi buena voluntad formando un grupo que se encargue de construir en seguida una balsa del tamaño mayor que sea posible y en el menor tiempo.

LA VENGANZA DEL DANES

El Esmeralda incendiado

Complacidísimo ante la perspectiva de escapar al castigo que correspondía a los amotinados tripulantes del Esmeralda, el carpintero se dispuso a cumplir la orden lo más pronto que le fuera posible. Cuando Moránder volvió a donde estaba Cláxton, ya estaban cortando la madera y clavándola para formar la balsa.

El surafricano estaba muy serio.

—Por desgracia, además de volar el puente de mando, el cañonazo estropeó tres de los cuatro botes salvavidas. No disponemos más de uno que pueda ser botado al agua.

—Lo se, — dijo Moránder. — He ordenado a Dobree que construya una balsa, aun cuando no se el tiempo que podrá mantenerse a flote una balsa improvisada, con el oleaje que hay ahora. ¿Qué piensa usted?

—Que debemos arriesgarnos a ir en la balsa. ¿Y el vapor?

El capitán Moránder sintió como un ahogo, que no le dejaba hablar.

—El pobre Esmeralda está irremisiblemente condenado, amigo Cláxton, — dijo.—

El fuego está bien encendido. Pero vamos a ver. ¿En qué bodega dijimos que era?

—En la bodega número tres.

—¿Recuerda usted que es lo que está estibado al lado, en la bodega número cuatro?

Una exclamación brotó de los labios del surafricano. Retrocedió igual que si su amigo le hubiera dado un golpe en la cara.

—¡Dios mío! ¡Las municiones! ¡Claro está que ese maldito danés sabe, de fijo!...

—¡Sí, las municiones! — dio Moránder con serenidad. — Hay a bordo explosivos más que suficientes para hacer trizas todo el vapor. Es bueno enterar de lo que pasa a los hombres de la tripulación.

—Bien pensado. Dígales a los que están haciendo la balsa que se apresuren todo lo más que puedan. Antes de que hayan transcurrido diez minutos el contenido de la bodega número tres estará ardiendo de extremo a extremo. Cuando el fuego llegue al tabique divisorio, la explosión del depósito de municiones podrá producirse en cualquier momento.

—¿Vió usted por alguna parte al danés?

—Sí. Le vi un momento en la escotilla, riéndose como un demonio. Le hice dos disparos pero no logré herirle. Cuando llegué a la escotilla él había desaparecido ya, pero pude oir sus risotadas desentonadas procedente de abajo, creo que de la oscuridad de la bodega.

No hablaron más por el momento. El capitán corrió a apresurar el trabajo de los de la balsa. Cláxton halló a Eric y a Greville de pie junto al cañón.

—Pueden abandonar su puesto de combate, muchachos. Ya no volverá a presentarse ocasión de hacer nuevos disparos de cañón en el Esmeralda. ¡Miren!

Indicó, — con el brazo extendido, — la parte central del vapor y en aquel mismo instante por la abierta escotilla de la bodega número tres surgió un enorme penacho de llamaradas rojas envueltas en raudales de humo acre, parte del cual fué arrastrado por el viento hasta donde estaban Cláxton y los dos jóvenes.

—¡El capitán danés ha incendiado el Esmeralda! — anunció con tristeza el surafricano. — Vengan; ayuden a echar al agua el único bote salvavidas que ha quedado en condiciones de prestar servicios.

Bajo la serena dirección de Cláxton procedieron metódica y rápidamente a descender el bote. Los pescantes giraron en cuanto estuvieron enganchadas las poleas y la embarcación fué descendida hasta quedar al nivel de la cubierta.

—¡Quédense aquí de guardia! — dijo Cláxton. — Voy a llamar a los demás. Debemos partir antes de tres minutos.

Lo primero que hizo fué sacar de su encierro a los amotinados, formándolos en fila en la cubierta donde, bajo la amenaza del revólver de Wayne, Eric les cortó las ligaduras que les sujetaban.

—¡El primero que corra o intente embarcarse antes de que se le ordene, morirá! — anunció el joven. — ¡Quietos ahí hasta que se les ordene embarcarse!

Cláxton se alejó, dejando el grupo confiado a la vigilancia de los dos jóvenes.

En mitad de la cubierta vió a casi toda la tripulación del vapor cargando la balsa apresuradamente contruída, con cuantas provisiones y barriles de agua pudieron hallar.

Moránder dirigía aquel trabajo.

—¡Ahora, todos juntos, empujen la balsa hacia la borda y al agua! ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! ¡Ya está! ¡Todo el que estime en algo su vida que sostenga las sogas hasta que sea posible que estén bien amarradas!

Fué una tarea peligrosa y difícil la de echar al agua la balsa con su cargamento, estando el mar tan alborotado como estaba y balanceándose el Esmeralda como se balanceaba.

Moránder observó, sin embargo, con satisfacción que la tormenta ya no era tan fuerte como lo había sido. El viento presentaba síntomas de amainar. Pero el mar estaba suficientemente picado para dificultar bastante la tarea de botar al agua la balsa.

Mientras la espaciosa balsa, — hecha de maderos clavados, — era arrojada hacia la oscuridad, y quedaba sujeta por las amarras, Cláxton se acercó a Moránder, que se hallaba solo a un lado.

—Bien, ¿qué piensa usted? — le preguntó en voz baja. — ¿Nos vamos ya?

Moránder miró — antes de contestar, — la hora que marcaba su reloj de pulsera y después dirigió la vista hacia las llamaradas que salían por la escotilla de la bodega donde estaba el foco del incendio.

—Cuestión de minutos, — dijo. — Si no podemos alejarnos ochenta a cien yardas del vapor antes de que se produzca el estallido, de nada nos servirá haber hecho la balsa. ¿Dónde están los dos muchachos?

—Esperando la señal.

—¡Bien! ¡Que desciendan el bote!

El capitán Moránder se llevó un silbato a los labios y lanzó un fuerte silbido.

Wayne, desde donde estaba, inclinó la cabeza, indicando haber, entendido la señal.

—Vayan embarcándose. Primero Smithson después usted, Jones; a continuación Waters y luego Tomlin, Howes puede quedarse con Thmopson y conmigo, para descender el bote con todo cuidado. ¡Embárquese, Eric!

—No, usted primero, amigo mío.

Wayne gruñó.

—¡Obedezca! ¡Cláxton me ha confiado el mando de esta maniobra!

Se estrecharon la mano silenciosamente. Harper se embarcó en el bote y la embarcación descendió hacia el encrespado mar.

Medio minuto después Greville y los dos marineros descendían por las sogas del aparejo del bote, desenganchaban éste del pescante y se alejaban con rapidez hacia la oscuridad circundante.

El Esmeralda ofrecía en aquel momento un aspecto estupendo. El fuego había adquirido gran incremento y las altas llamaradas surgían de diversos puntos de la cubierta mientras grandes raudales de chispas se elevaban hacia el cielo.

A la vívida luz del incendio vieron varias sombras que corrían por la cubierta del vapor y después la fila de hombres que descendían a la balsa que se balanceaba violentamente. Por último la balsa soltó también

sus amarras y después de elevarse, levantada por una potente ola, comenzó a derivar hacia donde estaba el bote.

Moránder fué el último que abandonó el vapor. Dirigió una mirada en redor y llamó repetidas veces al capitan danés. Pero no oyó en respuesta más que unas carcajadas de burla que casi le helaron la sangre en las venas.

Cuando llegó al último instante, aquel en que debía abandonar su buque a su triste destino, Moránder experimentó grandísima angustia. ¡Era tan triste para él abandonar así tan hermoso buque!

—¡Pobre querido Esmeralda! ¡Cuántos momentos de emoción y de alegría hemos pasado a bordo de él! — murmuró con voz temblorosa de emoción. — ¡Y después de todas sus hazañas, qué triste fin el suyo!

Se deslizó por la soga y pisó luego los maderos de la balsa. Dió una rápida orden, cortaron las amarras y la balsa se alejó del vapor, llevada por una alta e hinchada ola.

Todos miraban hacia el vapor cuyo fin se aproximaba. En mitad de la cubierta el esplendor del indencio era imponente. Las llamas lo cubrían todo: las chispas se esparcían en enormes raudales; el viento se llevaba muy lejos aquellos penachos de chispas rutilantes.

Cada vez más altas se elevaban las llamaradas. Llegaron hasta el trozo que quedaba del tronchado palo mayor y apoderándose de los restos del destruído puente, los devoraron en unos pocos instantes. Uno o dos minutos después el resplandor disminuyó de fuerza y aun cuando el viento jugueteaba todavía con los raudales de chispas, pudo creerse que un misterioso poder iba a librar al Esmeralda de ser destruído.

Pero esa ilusión se disipó muy pronto porque de repente se oyó un estampido tan horrísono que pareció conmover al mundo hasta sus cimientos.

El Esmeralda se partió repentinamente por el medio. Los trozos de proa y de popa se hundieron simultáneamente al mismo tiempo que, de la parte central del buque se elevaba un penacho de llamas de una altura y de una luminosidad extraordinarias.

Como el rugir de mil simultáneos cañonazos fué el ruido que produjo la explosión. Tan enorme estampido repercutió en la extensión del mar, perdurando su vibración durante varios segundos.

De pronto volvió a reinar la oscuridad y el silencio. El Esmeralda había desaparecido para siempre en los abismos del mar.

DESPUES DE LA CATASTROFE

Noticias muy graves

Pocos minutos después de la definitiva desaparición del Esmeralda, el botecito se aproximó a la balsa lo suficiente para que alcanzara hasta ella el sonido de una voz.

En el apresuramiento, entre la excitación que, como era lógico, había reinado durante los breves pero emocionantes momentos que habían pasado a bordo del vapor, no había dispuesto de tiempo para combinar planes de futura acción. Wayne, sin embargo, tenía suficiente criterio para comprender toda la importancia que tenía en momentos como aquellos, la organización conjunta de los esfuerzos de todos, y ordenando a los remeros que apresuraran todo lo posible la marcha del bote hacia la almadía, a que habían visto con toda claridad, un momento, a la vívida luz de la explosión, pero a la que no veían en aquel momento, envuelta como estaba en el manto de tinieblas que cubría todo el mar. Cuando consideró que se hallaba suficientemente cerca de la balsa, Wayne, llevándose ambas manos a la boca formando tornavoz, llamó al capitán Moránder.

—¡Estoy esperando órdenes, señor! — gritó lo más fuerte que pudo.

Moránder le oyó y le entendió. Acercándose lo más que pudo al borde de la extensa almadía, improvisó su megáfono con ambas manos, como lo había hecho Wayne, y contestó.

—¡Encienda un farol o si no queme una bengala roja en la proa del bote y siga rumbo hacia el Noroeste, un poco hacia el Este! ¡Creo que podremos tocar tierra dos o tres millas al Norte de la caleta!

Por fortuna, en aquellos momentos, la tormenta, después de haber rugido de repente y con tropical violencia, había cesado ya, casi por completo. La luna, en su cuarto creciente, empezaba a enviar sus rayos por los huecos que dejaban las nubes que antes encapotaban todo el cielo y en aquel momento comenzaban a clarear, desgarrándose. A su luz pudieron distinguir, minutos después, las palmeras de la orilla, sacudidas todavía por el viento, que iba amainando.

Hacia aquella orilla se dirigieron los del bote, remando con todas sus fuerzas y como en la balsa también encendían luces, ambos grupos de náufragos se hallaban en relativo constante contacto.

Un general suspiro de satisfacción lanzaron los del bote cuando, por fin, la pequeña embarcación se dirigió a la playa, fué rechazada por la resaca, pero después avanzó de nuevo y encalló en la suave arena, quedando sujeta en ella.

Unos cuantos remeros saltaron al agua y tirando todos a la vez, del bote, lo arrastraron hasta que estuvo en seco. Hecho esto, alumbrándose con varios faroles, se dirigieron al punto de la orilla al que había de llegar la balsa momentos después.

Ya eran más de las doce de la noche. Mucho era, en verdad, lo que había acontecido en las dos últimas horas pero mucho era también lo que tenían que agradecer a las circunstancias.

Los dos jóvenes se acercaron a Escotilla Jim, felicitándole porque había salido con vida de su trance tan peligroso. Mientras tanto un grupo de los hombres de la tripulación que habían permanecido fieles a su compromiso, buscaban y encontraban una hondonada convenientemente protegida y encendían una hoguera con leña que recogieron de la parte seca de la playa.

(Continuará)

EL LOCO DIOS DE LA ISLA DE PALMA

Por RAMON CALLARDO

En el pintoresco ambiente de una isla de Oceanía, se apodera la locura de un super-hombre blanco empujándolo

PARA poder apreciar plenamente el drama de la Isla de Palma, islote perdido en las costas septentrionales de Australia debemos primero imaginar la existencia de una pequeña Utopía donde un superhombre blanco reinara como deidad suprema sobre un puñado de aborígenes. El blanco adquiría rasgos divinos en la mente primitiva de los indígenas gracias a su inagotable bondad, a su energía, y a su prestanza y tal sería la felicidad que llevaría a los habitantes que estos no comprenderían como su dios no fuera adorado por el resto del universo. Luego, cierto día, ese dios enloquece... y aunque la hipótesis sea inverosímil fué lo que realmente ocurrió a Robert Henry Curry en la tropical isla de Palma.

Curry era un australiano gigantesco, atlético, avezado en todos los deportes y de un físico excepcional. Su gallarda apostura le hacía sobresalir en medio de cualquier grupo de hombres. Una noche, encontró en un baile a una joven cuya belleza y natural dignidad llamaron su atención, y pronto se casaron. Escogieron como campo para sus actividades la civilización de los aborígenes australianos y andando el tiempo, el gobierno de Queensland le confió a la pareja puestos más y más difíciles, en vista del éxito que obtenían en conquistarse la buena voluntad de los nativos.

Nadie podía comprender como Curry pretendía imponer su predominio con tan deficientes medios. Pero acatando sus deseos, se preparó la expedición aprontándose a trasladar a su familia, compuesta de Edna, su hija, de nueve años de edad, Roberto de dos años. y su esposa, cuya belleza no había disminuído. También los acompañaron el doctor Maitland Mattison y su esposa, enfermera graduada que se había especializado en enfermedades tropicales en los archipiélagos del Sur.

La embarcación del gobierno los llevó hasta la bahía rocallosa que sirve de fondeadero a la Isla de Palma y pudo verse a toda la población observando silenciosamente la llegada de sus nuevos amos.

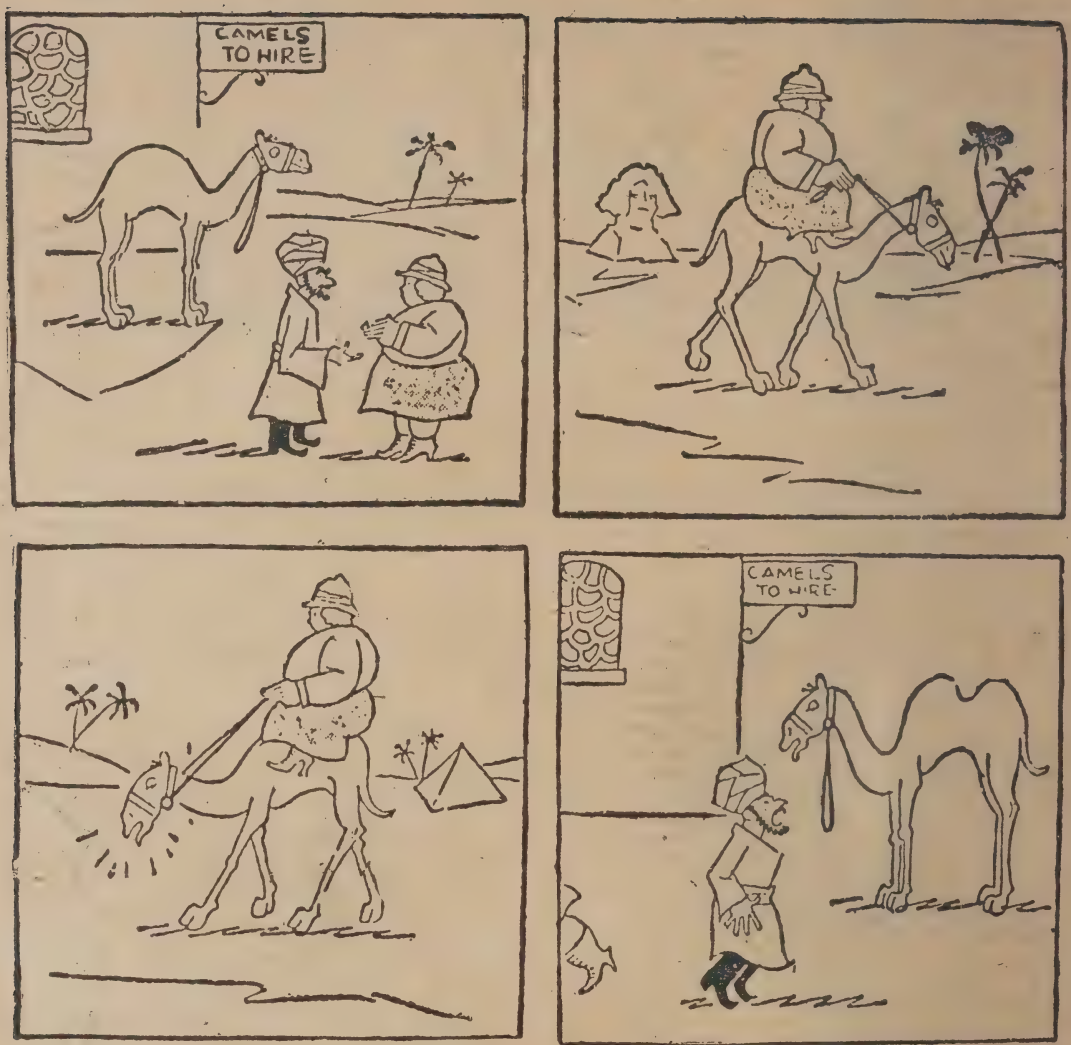
Curry se adelantó unos cuantos pasos y le hizo seña al jefe de la tribu que se acercara. Era este un anciano de grave talante, adornado con sus galas guerreras, y al acercarse midió a Curry de la cabeza a los pies con mirada crítica. Curry comenzó a hablar con voz pausada.

—Soy vuestro nuevo jefe, porque soy superior a cualquiera de vosotros y estoy listo a probarlo. ¿Quién de entre vosotros es el mejor nadador? Estoy listo a competir con él inmediatamente.

El indígena lo vió, sonriendo irónicamente, entre sorprendido y sarcástico. Los aborígenes australianos son quizás los mejores nadadores naturales del planeta. Resultaba divertido darle una lección a este pretencioso blanco que quería imponer su arbitrio sin saber sin duda con quien tenía que habérselas.

El jefe de la tribu llamó al campeón de natación de los aborígenes, un soberbio mozo que parecía una escultura labrada en ébano. Curry se despojó de sus ropas surgiendo vestido de un traje de baño rojo vivo, que hacía realzar su blancura. Condujo al indígena hasta la extremidad del promontorio y juntos se tiraron al agua. El asombro de los nativos no tuvo límite cuando vieron llegar a la meta la figura vestida de rojo, mientras su campeón quedaba todavía a gran distancia de la tierra firme.

Curry estrechó la mano del vencido y lue-



La metamórfosis del camello

go acercándose ya vestido a los rifles, dijo a los espectadores:

—¿Quién quiere ir conmigo a cazar un tigre?

Los indígenas se volvieron a ver despavoridos. Vencer a su campeón era ya algo imprevisto, pero ir así no más a desafiar las fieras del interior de la isla era una locura. Sin embargo, cuatro o cinco de los más audaces accedieron a acompañarlo. Se introdujeron bajo las altas copas de las palmeras, llegando pronto a un sitio desierto donde se veían las garras de unas fieras de gran tamaño. Curry iba adelante, mirando la espesura. A unos cuantos pasos, le seguían los indígenas armados de los rifles que más les servían de estorbo que de otra cosa. Un grito agudo previno a Curry que algo inusitado pasaba y al volverse tuvo apenas tiempo de evadir el golpe de una masa rugiente que le caía por la espalda, desde uno de los grandes árboles de la selva. Era un leopardo de inmenso tamaño, que arrancado de su sueño por la intrusión de los cazadores trataba de vengarse a su manera.

Curry se volvió riendo hacia los nativos que huían a la desbandada, y tirando lejos de sí el rifle inútil a tan corta distancia, esperó a pie firme al leopardo. Rodaron juntos el hombre y la fiera, pero las nervudas manos de Curry se habían cerrado como tenaza despiadada en el cuello del felino, y aunque sus zarpazos marcaron huellas sangrientas en el cuerpo del hombre cuyas ropas destrozadas atestiguaban la violencia de la lucha, un estertor agónico vino a delatar el fin de la contienda, de la cual Curry salió siempre sonriendo mientras los indígenas acudían a tocarle con mezcla de terror y admiración.

Formaron una camilla improvisada donde colocaron el cadáver del leopardo que querían llevar a su tribu para demostrar la supremacía del blanco. Toda esa noche hubo grandes fuegos de gala en su honor, y Curry aprovechó la ocasión para ejercitar sus

habilidades de juglar y prestigitador lo cual acabó de confirmar a los naturales en la creencia de que el recién llegado gozaba de dones sobrenaturales. El blanco era un dios y nadie se atrevió a oponerse a sus deseos.

Bajo la tutela de Curry los habitantes modificaron sus primitivos sistemas de pescar, comenzaron a extraer metales de los ricos filones de la isla, construyeron bodegas y transformaron el sitio en un emporio de riqueza positiva. Ocho años después de su llegada a la isla, Curry podía enorgullecerse de su tarea civilizadora pues aprovechando sus enseñanzas, los aborígenes aprendieron a leer, formando equipos de deporte que compitieron victoriosamente en varios torneos. Tenían a sú favor un factor ignorado de sus contrincantes, y era su íntimo convencimiento de que guiados por Curry eran invencibles. Era para ellos un dios, encarnado en un cuerpo humano, y con tal fe no era de extrañarse que su juego fuera superior al de los simples jugadores.

Respecto a la esposa de Curry, creían los nativos que sú dios le había escogido por compañera para que atendiera sus necesidades domésticas y no gozaba a sus ojos del sobrenatural poder de su consorte. Nunca hubieran creído que su dios diera en realidad gran importancia a una mujer y es de creerse que Curry mismo ignoraba hasta que punto su felicidad dependía de su mujer.

Luego, en pocos días, una fiebre perniciosa arrebató la vida de la mujer del dios. La tribu entera asistió a los funerales dando muestras de sincero pesar, pero lo que en realidad los preocupó fué la impresión que la desgracia pareció haber ejercido en Curry, el dios a quien creían ajeno y superior a las pequeñeces humanas.

El gigante pareció transformarse en niño indefenso, encerrándose en un mutismo absoluto y rehusando toda alimentación. En vano trataron sus hijos de arrancarlo a su pesar. Pareció ignorar que existían. El doctor Mattison y su esposa tampoco pudieron hacerlo cambiar. El viejo Mamba, por quien antes manifestaba Curry cierto cariño, así como el loco Jack, su fiel sirviente, pasaron días y noches ideando la manera de que su amo los mirara siquiera, pero todo fué en vano.

Encerrado en el aposento donde había muerto su compañero, Curry parecía no sentir hambre, ni sed, contentándose con mirar vagamente un punto perdido en el espacio. Nadie presenció la siguiente evolución del desgraciado viudo, pero puede imaginarse sin dificultad el derrumbamiento total que en su espíritu causaba la pérdida del ser que había sido el eje de su vida. Debe haber perdido todo sentido de la realidad adquiriendo la triste noción de que todos lo traicionaban.

No debía confiar en nadie, ni en sus hijos, ni en el doctor Mattison, ni aun en el viejo Mamba. Todos conspiraban para aumentar su inmenso dolor. Las sospechas locas avivadas por la malsana monomanía de la soledad se transformaron en una locura furiosa que le hizo concebir un plan macabro.

Una noche, diez días después de la muerte de su esposa, se deslizó Curry silenciosamente fuera de su lecho, sin ser notado por sus hijos que dormían en los aposentos vecinos. Vistió el traje de baño rojo con el cual había impresionado de tal manera a los indígenas a su llegada diez años antes y marchó descalzo, en dirección a la enfermería que se alzaba entre su casa y la del doctor Mattison.

Llegado allí, llenó una jeringa con una inyección poderosa de morfina, y volviendo a su casa, se la aplicó sin ruido a su hija. Esta despertó, pero el loco ahogó sus gritos con una almohada hasta que hizo efecto la droga, cayendo la infeliz en profundo sopor.

Diez minutos después, repitió la operación con su hijo. Tal había sido su cuidado, que el loco Jack que le servía de fiel acompañante no lo sintió. Luego, el dios de los indígenas fué hasta el arsenal, en la playa.

Al retornar a la casa, llevaba tres cinturones atestados de cartuchos. Pendían de ellos cuatro revólvers. Bajo los brazos llevaba dos bombas de melinita y un rifle listo a disparar. Colocó una bomba bajo la cama de su hija, y otra bajo la de su hijo encendiendo las mechas con todo el cuidado de un experto. Luego entró al aposento del loco Jack.

—¿Tu crees en lo que yo te digo, no es verdad?

—Sí, — repuso el loco.

—Entonces, ven. Acompáñame.

—¿Para qué meterán tanto ruido los de la orquesta?

—Para que no se duerma la gente.

El loco...

No había acabado de hablar cuando una explosión brutal, seguida casi inmediatamente por otra, hizo volar en mil depazos la casa. Curry había entretanto llevado un gran número de latas de petróleo a la escuela y a la enfermería. Los dos locos las abrieron, regando el petróleo en todos los edificios, prendiéndoles fuego, Bruscamente arrancado de su sueño por las explosiones, el doctor Mattison se vistió apresuradamente pero no había terminado cuando Curry se precipitaba en su aposento y antes de que pudiera hacer un gesto, caía herido de un balazo en un muslo.

La esposa de Mattison había estado velando un enfermo al otro extremo del edificio, y acudió al oir el ruido. Sólo pudo ver la trágica silueta del gigante, que seguido de su loco asistente venía en su busca. Un tiro la hizo caer bañada en sangre.

—¡A los botes! — gritó luego Curry.

Llegaron pasando por el arsenal donde Curry se proveyó de una carga de dinamita, llegando hasta el muelle donde se mecían las únicas dos lanchas de motor de la isla. Curry arrojó la dinamita en la lancha más grande haciéndola mil pedazos. Luego, siempre seguido por el loco Jack, se embarcó en la más pequeña poniendo a andar el motor. El loco Jack tomó el timón, partieron mar adentro en el alba que ya apuntaba.

Los indígenas acudidos pudieron ver en la penumbra la silueta del gigante rojo, erguido en la proa de la embarcación, y su terror llegó a su apogeo al oir el ruido del motor que retornaba. El viejo Mamba corrió donde yacía el doctor Mattison medio inconsciente.

—Doctor, ya vuelven... ¿Qué hacemos?

—Tírenle.

El pobre viejo convocó una junta de notables, aunque no había mucho tiempo para escoger lo que debían hacer. Si Curry era realmente un dios, nada de lo que hicieran podría apaciguarlo o irritarlo, pero en cambio, si estaba loco, como lo decía el doctor Mattison sólo les quedaba una cosa que hacer. Un puñado de indígenas corrió hasta el arsenal, armándose febrilmente. Luego, se emboscaron en las rocas de la orilla.

La lancha se acercó, en línea recta. Pudo verse al loco Jack siempre en el timón. En la proa, Curry de pie, parecía listo a emprender nuevas violencias. Pero sonaron varios disparos. La figura roja cayó dentro de la lancha, inmóvil. El loco Jack soltó el timón, pero llevado por el impulso adquirido, la lancha pronto encalló en la arena.

Los indígenas sepultaron al loco Jack como un perro, pero rodearon a Curry de todos los honores y las supersticiones que había querido combatir el infeliz durante su larga estancia en la isla. Yacía en el improvisado ataúd, blanco como la cera, con su traje de baño rojo, acribillado a balazos. Los indígenas sumidos en un silencio respectuoso sintieron que algo impalpable había desaparecido para siempre de sus dominios. ¿Qué les haría desde el misterioso más allá donde seguramente se extendía su poderío?

Dos días más tarde una canoa indígena llegaba a tierra firme, cerca de Townsville, aldea blanca de Queens land y unos temblorosos nativos exhaustos y sudorosos contaban en voz entrecortada como el dios de la Isla de Palma los había abandonado.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países „	12.00 „

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.

—Mamá, ¿sabes matemáticas?
—No, hijo, ¿por qué?
—Como estás elevando al cubo.

En el cuartel

Un soldado muerde a otro en la nariz durante una pelea, pero una vez reconciliados ruego a su compañero que no diga nada al cabo, más éste lo ve y le pregunta:

—¿Quién te ha mordido la nariz?
—Yo mismo.
—¿Y cómo hiciste, animal?
—Subiéndome a una silla.

Exceso de celo.

La mamá llama a su hijo, que padece de insomnio, y en aquel momento duerme como un tronco.

—¡Julio! ¡Julio... ¡Despiértate, hombre!

Julio azorado:

—¿Qué pasa?

—Que es la hora de tomar la poción que el médico te ha ordenado para que duermas.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

QUEDATE QUIETO UN MOMENTO, PIC-PON. DEJAME TERMINAR TU RETRATO. AHORA DECIME: ¿QUE EDAD TIENES Y DONDE ESTAN TUS PADRES?

TENGO 16 AÑOS Y SOY HUERFANO

BUENO, TE ESPERO

VOY A CONSULTAR MIS LIBROS. ESPERAME UN MOMENTO

¡AH! ¡AH! ¡ESTO ES NOTABLE! UN PENSADOR, VALEROSO, HONESTO, SENTIMENTAL... ¡ES UN GRAN TIPO!

ASI, PUES, QUE PIC-PON. REUNE LAS MEJORES CUALIDADES

Cráneo: evolucionado

Frente: inteligencia

Nariz: honestidad

Ojos: un pensador

Orejas: generosidad, simpatía

Boca: genio

Cuello: resolución

© 1931, King Features Syndicate Inc., Great Britain rights reserved

MIRA QUE INTERESANTE ES ESTO

CARAMBA, PIPERMIT! ¡QUE FAVORECIDO!

SIN EMBARGO, HAY ALGUNOS SIGNOS QUE TE VAN A SER DESFAVORABLES

¡REMOS A LA CIUDAD Y ENCONTRAREMOS NUESTRA FORTUNA

ESTOY UN PO NERVIOSO. VIDA DE CIUDADES NO ATRAE

Y Pipermit y Pic-Pon SE DIRIGIERON HACIA LA GRAN URBE, DONDE EL EGOISMO Y LA CRUELDAD EJERCEN SU PREDOMINIO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 405 - AÑO XI
Buenos Aires
Julio 3 de 1931

EN EL SUBTERRANEO

El empleado del "sute" (al conductor): Hermoso día hace hoy, ¿eh?

Inmovilizándola

Hombre prevenido:

—Su señora de usted está en el campo, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Sería indiscreto que le hiciera a usted una pregunta?

—Cuantas usted desee.

—¿Por qué en lugar de girarle una cantidad le envía usted frecuentemente veinte pesos?

—Porque el precio del boleto es cincuenta pesos.

—No veo la relación que...

—De ese modo estoy seguro de que no vuelve de improviso.

Coche alquilado

—Vaya usted un poco más de prisa, cochero.

—Soy de la Sociedad Protectora de los Animales y no puedo castigar al caballo.

Al apearse el pasajero le pide para la copa.

—Soy de la Sociedad de Templanza y no puedo dar para caña.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 405. -- JULIO 3 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

VISITANTES DE MEDIA NOCHE

Por PETER CUSHION

EL hombre, esbelto, con el chambergo negro echado sobre los ojos, se acercó lentamente a la ventana y se puso a escuchar con atención. El rumor de la lluvia, al caer en los charcos de la calle, era todo lo que oídos comunes podían distinguir. Pero las orejas, bastantes pequeñas, debajo del sombrero negro, no pertenecían a oídos comunes; eran experimentadas y agudamente sensibles, capaces de percibir hasta el más ligero de los ruidos anormales. De modo que el gotear de la lluvia era solo una de las cosas que oía.

Después de pasar casi diez minutos fuera de la ventana, en actitud atenta, el hombre estaba empapado. La lluvia se le introducía sin piedad por entre el cuello y tenía los pies mojados hasta más arriba de los tobillos. Pero no parecía darse cuenta de ello. Toda su atención estaba fija en la casa vacía, en cuyos terrenos se hallaba.

Pareciale imposible que otra persona se interesara en ella. Construída en la lúgubre vecindad del sud este de Londres, muchos años atrás barrio favorito de los ricos, ofrecía ahora aspecto de completo abandono. Era un gran edificio de ladrillo rojo, levantado en una extensión aproximada de cuarenta hectáreas de terreno y rodeado por grandes árboles, que chorreaban agua. Sin embargo, su frente no ostentaba letrero de alquiler e indudablemente en la habitación, junto a cuya ventana estaba parado el hombre, había muebles. Por eso podía suponerse que la casa estaba habitada.

Pero el hombre del sombrero estaba mejor enterado. Sabía que, tres días antes, un viejo auto, construído muchos años atrás, pero que era todavía el coche de la familia, había salido por el sendero llevando a Lady Mulcaster y a su hija y compañera cómodamente sentadas en el interior. Sabía también que los criados habían partido antes, a preparar la casa de Hove, para donde la anciana señora partía invariablemente en primavera; que la casa quedaba sola un mes o dos, avisándose del hecho a la policía local y dando instrucciones al viejo jardinero para que viniera diariamente a enterarse de si todo estaba en orden. Sin embargo el hombre hacía diez minutos ahora que estaba parado junto a la ventana.

Poco después se empinó y empezó a manejar con habilidad suma una pequeña herramienta plana. Se oyó un pequeño "clic" y el cierre fué descorrido. Lenta, muy lentamente, las ágiles manos empezaron a levantar la ventana. Pasaron quizá cinco minutos antes que la abertura

fuera suficientemente grande para darle paso. Pero, antes de levantar la pierna, el hombre sacó una pequeña linterna eléctrica de su bolsillo, examinando la habitación donde iba a penetrar. Vio pesados muebles de caoba, cuadros al óleo, de la época Victoriana, gruesas alfombras rojas. Sin hacer ruído proyectó delante de sí el haz de luz para ver si había algún obstáculo. Nada.

Lentamente, miembro por miembro, pasó por la abertura. Ninguno de sus movimientos era apresurado. Casi media hora después de haber llegado hasta aquella ventana, penetró por ella y la cerró luego. Muy cautelosamente atravesó la habitación.

Cuando estaba a una yarda de la parte superior de la escalera, se detuvo. Sobre el descanso, en la abertura que daba a la escalera, había sido atravesada la pesada cabecera de una cama como para impedir que se cayeran los niños. Por lo menos, podría haber tenido ese objeto, si hubiera niños en la casa, cosa poco probable. Había que levantar silenciosamente la cabecera y para hacer esto, el hombre tuvo necesidad de emplear sus dos manos. Rápidamente pasó la pistola automática que llevaba en la mano a su bolsillo. Se acercó al objeto que le obstruía el paso y lo agarró con ambas manos. En aquel momento, muy cerca de su oído, resonó una voz:

—¡Manos arriba! ¡Pronto!

Instantáneamente el hombre las levantó por encima de su cabeza. Tenía experiencia suficiente para saber que la demora en cumplir orden tan sencilla era peligrosa. Pero al hacerlo comprendió el fin de aquel obstáculo a través de la escalera. No era un límite al campo de juego de los niños. Había sido colocado allí para el propósito, que tan fácilmente había conseguido.

—¡Muy hábil! — pensó, no obstante el fastidio del momento. Pero si creyó que su útil pistola iba a permanecer en el sitio donde la había puesto, se equivocaba. La cabecera fue separada prontamente y el pequeño círculo de acero que se apoyaba en su frente apretó un poco más, mientras la voz daba otra orden:

—¡Venga! Suba al descanso.

El hombre subió con precaución. Cuando llegó a nivel del descanso, sintió que una mano penetraba en su bolsillo y lo aliviaba de un pequeño peso. Estaba desarmado

—¡Siga derecho! — ordenó concisamente la voz y el hombre obedeció. La presión que sentía en la cabeza se cambió a la espalda. No era un contacto agradable.

—Entre a esa habitación — continuó la voz y el hombre obedeció. Se halló parado en el centro de un dormitorio, todavía con las manos alzadas. Por un momento, la presión de su espalda desapareció y después de un "clic" de la llave las luces se encendieron. Los experimentados ojos del hombre se dirigieron a la ventana. Pero se hallaba cubierta por una gruesa cortina y por la rendija superior y la de abajo habían introducido un mantel u otras cortinas. No era posible que filtrara la luz.

—Puede darse vuelta — dijo la voz y el hombre del chambergo negro lo hizo. Encontróse con la mirada de dos grandes y muy hermosos ojos azules. Parpadeó un momento por efecto de la luz. Pero no le quedaba duda. Los ojos eran femeninos. La persona que estaba parada delante de él vestía pantalones; pero eran los vistosos de un pijama de mujer. Su apresadora era una joven extremadamente linda.

—¡Buenas noches! — dijo ella, separando sus rojos labios de un modo que al hombre le pareció fascinador. Pero él no contestó.

—Usted abrió muy silenciosamente aquella ventana — prosiguió la joven — Pero otra vez le sugiero que se entere mejor de las campanillas de alarma que hay en estas casas antiguas. Debió usted saber que Lady Mulcaster tiene estos arreglos en la suya. Y aunque esa puertecita no se ve desde la casa, está provista de un timbre automático.

¡Era así como ella se había preparado contra él! La suerte le era adversa aquella noche al hombre del chambergo negro. Pero la muchacha tenía agallas, reconoció.

—Estoy segura que está cansado de tener las manos levantadas. Después de todo, el techo no necesita sostén. ¿Quiere sentarse ahí?

El hombre tomó asiento en la silla que le indicaban, un mueble de caoba, con alto respaldo. Daba la espalda a la joven y por su pronta obediencia veíase que daba particular importancia al arma que ella esgrimía o a su habilidad para manejarla.

—Ahora, puede dejar caer los brazos. Póngalo detrás ¡Gracias! — hablaba la joven con voz agradable, bien modulada. El hombre sintió que le ataban fuertemente las muñecas por detrás y que un pedazo de cuerda pasaba por alrededor de su cintura. Se dio cuenta de que, mientras su asaltante lo ataba, hubo momentos en que no le apuntaba con el revólver. Debió él sentir respeto por la rapidez de ella en el manejo del arma cuando no trató de aprovechar una oportunidad para soltarse. Un momento después, sus tobillos estaban atados a la pata de la silla y el hombre ofrecía una imagen perfecta de la impotencia.

La joven, cuya melena era de un tinte rojo muy atrayente y cuyos ojos azules parecían verdes en aquel momento, encendió un cigarrillo y se sentó cómodamente en la cama, delante del hombre.

—Ahora, — dijo — podemos hablar más tranquilamente. ¿Cómo se llama usted?

—Dyson — contestó el hombre.

—No está mal improvisado. Pero su nombre verdadero, ¿cuál es?

—Ya se lo he dicho — contestó el hombre sombríamente.

—Bueno, dejemos eso. Los caballeros de su profesión nunca son sinceros respecto a su identidad Sr. Dyson.

El hombre vió, por entre el humo del ci-

garrillo, que ella lo examinaba atentamente. Poco después se acercó a donde él estaba y le quitó el sombrero. Pareció absorta en el estudio de sus facciones, en el corto cabello negro, en las mejillas delgadas, en el rostro angosto y en los pequeños ojos de su cautivo.

—Sí — dijo al fin — Creo que lo conocería, si nos volviéramos a encontrar. ¿Quiere un cigarrillo?

—Bueno, gracias — dijo el hombre con un gruñido.

—¿Puede sostenerlo entre los labios? —

El hombre del chambergo negro escuchó atentamente

preguntó ella — Lamento no poder concederle el uso de una mano. Así está bien. Ahora, señor... Dyson, quiero que me diga cual es el motivo de su presencia aquí esta noche.

Hubo un largo silencio.

—Claro está — dijo la joven — que hay varias atracciones. Pequeñas chucherías valiosas aquí y allá.

—Lo se — admitió el hombre.

—Eso es lo que me interesa — dijo ella — No comprendo como puede saberlo. Lo que aquí se guarda no es común. Los objetos de porcelana, sabe usted tan bien como yo, que hasta la misma Lady Mulcaster ignora lo que valen. Para que pudieran ser de utilidad a un ladrón, habría que guardarlos escondidos un año o más y luego hacerlos aparecer en la tienda de algún anticuario... en España, por ejemplo. Y con los tapices ocurre lo mismo. Yo no hubiera creído — añadió lentamente — que alguien, no siendo visitante asiduo de la casa, conociera estas cosas. Y usted no es visitante regular de esta mansión.

El hombre no contestó. Estaba sentado en posición forzada e incómoda, sin apartar sus ojos de la animada cara de la joven, observándola con curiosidad felina.

—Luego, — prosiguió ella — se necesita ser muy entendido para conocer el valor de estos objetos... muy entendido. Especialmente tratándose de un hombre solo, para poder transportar lo más valioso, ha de tener conocimientos muy profundos en la materia.

Había un brillo desagradable en los ojos del hombre al contestar:

—Indudablemente.

—Por último, señor Dyson, su manera de entrar aquí esta noche demuestra que posee una cualidad poco común en los hombres de su tipo: paciencia.

—Es usted una criminalista — observó el hombre de mal humor.

—Exactamente. Y por esas razones me interesa usted. Quiero saber algo más acerca de su persona.

—Por mí no lo sabrá.

—¿No? — dijo ella dulcemente — No estoy yo tan segura. Es temprano todavía. ¿Quiere beber algo?

La incómoda situación del hombre empezaba a enervarlo. Su frente estaba cubierta de traspiración.

—Sí — contestó brevemente.

—Temo que no haya más que oporto — dijo la joven, sirviendo de una botella — Pero es del bueno. Diga hasta cuando...

Nuevamente quedó silencioso el hombre. Ella le acercó el vaso a los labios.

—En pago de esto — dijo la joven — usted contestará seguramente a mis preguntas. ¿Por qué vino aquí realmente?

Por espacio de quizá treinta segundos el miró a la muchacha, examinándola desde su bella cabeza hasta los pequeños zapatos plateados. Admiró su gracia juvenil y su vigor. Luego dijo:

—Vine por usted.

Ella cambió enseguida la expresión meditativa y sonriente de su rostro, substituyéndola por otra dura, hostil.

—¿Con que es así? — dijo — Ahora lo comprendo.

Se sirvió vino.

—Ya se quien es usted, señor Dyson. Y lo que debo exactamente hacer. — Desapareció nuevamente su expresión de dureza y sonrió. — Se perfectamente lo que voy a hacer.

—Es mejor que ande con cuidado — le dijo él con acento amenazador.

—Lo tendré. No se preocupe.

Acercóse a la cómoda y sacó de sus cajones varios pañuelos y una larga bufanda de seda. Volvióse al hombre atado.

—Ahora, señor Dyson, voy a hablarle como hacen los médicos. Abra la boca.

El hombre apretó fuertemente los dientes.

—Vamos, no vale la pena dar trabajo por esto. Abra... está bien.

Ciertamente estaba bien. Dyson quedó sorprendido ante la fuerza de aquellos pequeños dedos. Con un rápido y fuerte puñetazo le obligó a abrir la boca, introduciéndole en ella dos pañuelos. Un segundo después le había atado alrededor de la cabeza la bufanda, apretando los pañuelos y los dientes separados. El método más seguro de amordazar, pensó Dyson.

—Siento mucho tener que hacer esto — dijo ella, moviéndose como un prestidigitador que ejecuta una de sus pruebas — Debe ser muy molesto; pero no hay más remedio. Se que usted me perdonará, señor Dyson; sabe cuan necesario es.

Cuando la joven se convenció de que Dyson no podía lanzar más que sonidos inarticulados, le puso otra vez el sombrero de castor negro, echado sobre la frente. Los ojos de él pequeños y fieros, la contemplaban. "¿Piensa usted dejarme así?" parecían decirle.

—No se aflija — le dijo la joven, como respondiendo a sus pensamientos — No tendrá que estar mucho tiempo en tan incómoda situación — Y salió de la pieza. Oyó el su voz, abajo, en el hall. "Deme con la comisaría más próxima, haga el favor". La comunicación no debió ser cortada por que la oyó proseguir: "¿Con la policía? Habla la señorita de Mulcaster. De Los Cipreses, Sydenham Hill. ¿Quiere venir enseguida? ¿Cómo? El hombre que estaba arriba oyó ligero temblor en su voz, como si la flema de la muchacha se hubiese quebrado al fin.

—Sí, enseguida, por favor. Sí, hay un ladrón aquí. Le apunté con el revólver, lo dominé y lo he atado. Pero no demore. Estoy sola en la casa. Muy bien. Sí, Los Cipreses, Sydenham Hill. ¿La conoce? Bueno.

Volvió al dormitorio donde estaba el hombre. Si al hablar por teléfono su voz delataba temor, ahora había desaparecido.

—No tendrá mucho que esperar, señor Dyson — le dijo.

Se oyó tirar fuertemente de la anticuada campana del hall y luego golpes repetidos con el llamador. La muchacha salió de la pieza y, poniéndose un hermoso tapado sobre el pijama de seda, bajó. El hombre del sombrero negro oyó la conversación.

—Me alegro mucho que haya venido, sargento. Está arriba. Suerte que tenía el revólver a mi lado. Le apunté no bien entró en el dormitorio, lo obligué a sentarse y lo até.

—Se ha portado usted valerosamente, señorita. ¿Cuál es el camino?

—No sé que hubiera hecho si se resiste, porque creo que no me hubiera animado nunca a tirar. Por aquí, venga.

Subieron lentamente las escaleras y el hombre atado se dio cuenta de que se paraban detrás de la puerta del cuarto donde él estaba. Hizo un frenético esfuerzo para hablar; pero no logró más que emitir sonidos ahogados.

—Por favor, no le saque la mordaza mientras esté yo aquí — dijo la joven — ¡Dice cosas tan ofensivas!

El sargento lanzó un comprensivo gruñido.

—Permítame anotar primero su declaración, señorita — dijo luego y mirando a la figura atada en la silla añadió: — Lo ha atado muy bien, señorita. Yo mismo no hubiera podido hacerlo mejor.

—Tenía miedo que se soltara — dijo la joven — Los otros días los hombres que embalaron las cosas trajeron esa cuerda. Fué una suerte que estuviera aquí.

—Sí. Admiro su serenidad, señorita — el sargento volvió su rostro tosco y bondadoso hacia la joven — Voy a tomar su declaración. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Evelyn Mulcaster. Mi madre, Lady Mulcaster, vive aquí, como usted sabe; pero ahora está en Brighton. Yo tuve que venir hoy a la ciudad y decidí pasar la noche aquí. Cuando me iba a acostar pensé sería conveniente poner una pistola junto a mí, aunque no se usaría.

Fue interrumpida por otro gruñido gutural del hombre de la silla. El sargento no le hizo caso.

—Así que puse ésta sobre la mesita de luz — sacó de su bolsillo una pistola automática y se la entregó al sargento — Haga el favor de hacerse cargo de ella — agregó — Temo que se dispare

El sargento examinó el arma y luego se la guardó en el bolsillo.

—Bueno, — continuó la joven — hacía algún tiempo que estaba acostada...

—¿Cómo cuanto, señorita?

—¡Oh!... no puedo decirlo. Quizá una hora. De pronto oí detenerse un auto afuera, en el camino.

—Ahí está todavía — dijo el hombre que había acompañado al sargento dentro de la casa — Yo anoté su número y sus señas al entrar — Es del garage T. Alquilan autos para que los guíe el pasajero — el policía, hombre muy joven, estaba evidentemente complacido de su sagacidad.

—Bueno. Siga, señorita.

—No hice caso hasta que oí el timbre de alarma. Mamá los ha hecho colocar en los sitios más extraordinarios y éste está en la puertecita del costado. Pensé telefonear a la policía... luego me dije que sólo sería un vigilante que andaba revisando las puertas para ver si estaban bien cerradas. Pero de pronto oí, horrorizada, ruido en la escalera — la joven lanzó un gritito nervioso y el sargento se apresuró a tocarle el hombro para calmarla.

—Ya no hay peligro, señorita. Siga.

—¡Oh!... Estaba aterrada. Me paré en la

puerta de mi cuarto a escuchar Luego lo oí subir la escalera. Cuando llegó arriba se detuvo

Nosotros nos llevaremos a este hombre a la comisaría. ¿Y usted, señorita? ¿No tendrá miedo?

—¡Oh, no me quedaré sola aquí! Tendría un miedo terrible.

—Quiero saber más de usted — dijo la joven.

y yo esperé. Luego oí que se dirigía, por el corredor, a este dormitorio. El mío está al lado. Esperé hasta que entró, me deslicé tras él, encendí la luz y le dijo: "¡Manos arriba! ¡Pronto!". Lo demás usted lo sabe.

—La felicito por su valor, señorita. Ha sido usted muy guapa, en realidad. Y ahora ¿qué decide para el resto de la noche?

—Bueno, dejaremos un hombre abajo.

—Gracias, sargento. Voy a subir a ponerme algunas ropas, si no tiene inconveniente.

—Muy bien, señorita. Vamos a tomarle declaración a este hombre. — Cuando la joven hubo desaparecido, el sargento se volvió al cabo — Cierre la puerta antes de quitarle la mordaza a este hombre, Hick. Es nece-

sario que la señorita no se sobresalte nuevamente.

El hombre atado hacía los esfuerzos más violentos para llamar la atención.

—Quieto, hijo mío, quieto — dijo el sargento — No tenemos prisa con usted. Regístrele primero los bolsillos. Hick. ¿Qué es eso? ¡Oh, comprendo! ¿Así abrió la ventana? Este es un viejo profesional, Hikc.

Después de extender el contenido de los bolsillos sobre la cama, el sargento volvió la atención a la mordaza. Sentóse junto a los artículos, en el lecho, y dijo:

—Veamos ahora lo que tiene el tipo que decir.

La primera impresión que recibieron los dos policías al quitar la mordaza al prisionero fue que la joven no había exagerado al decir que su lenguaje era ofensivo.

—¡Estúpidos! — gritó — Detened a esa joven, pronto.

—¡Serénese, hijo, serénese! Está un poco nervioso ¿no?

—¡Idiota! ¿No comprende? ¿No me conoce? Soy el inspector Dyson. Por amor de Dios, detenga a esa muchacha. Se va con un par de valijas llenas de botín.

—¿Quién? ¿La señorita Mulcaster? — preguntó el sargento.

—¡Qué Mulcaster ni que niño muerto!— gritó el hombre casi histérico por su impotencia, sus ligaduras y la torpeza del sargento — ¿No comprende, imbécil, que ella lo ha engañado Dentro de unos segundos habrá llegado al auto. ¡Corra!

Lentamente se dio cuenta el sargento de lo que ocurría.

—Sígala, Hikcs — dijo. Los dos hombres corrieron a la puerta.

Un cuarto de hora después, el inspector-detective Dyson, un poco entumecido por las fuertes ligaduras, estaba sentado en la cama, con aire desconsolado y miró al sargento.

—Claro que se ha ido — dijo — ¿Cree usted que se iba a quedar sentada en el hall esperando? No se como emplean estúpidos como usted en la fuerza de policía, sargento. ¡Caer en semejante cuente! "No sabía disparar una pistola automática" ¡Y se tragó usted eso! ¿No sabe quien es? ¡Miedo de una pistola!

—¿Y cómo lo voy a saber? — preguntó de mal humor el sargento.

—Bueno, se lo diré. Era "La Diablita". ¡No me diga que nunca oyó hablar de ella!

—Es buscada por la policía ¿no?

—¡Buscada! Es un modo demasiado suave de decirlo. Es la mujer más perseguida de Inglaterra. Y no solo por galanes. Ha realizado algunos de los robos más hábiles del siglo. Y pensar que la tenía enjaulada...

—Pero...

—¡Pero nada! Es escurridiza como una anguila. Nadie sabe su nombre. No parece dos veces la misma. Por lo que nosotros sabemos, puede ser hija de un duque. ¡Y pensar que la tenía en mis manos!

—Fue la mala suerte que...

—¡Oh cállese! ¡Mala suerte! Fue su maldita estupidez. Yo la seguí seis horas. ¡Y pensar que esa diablesa de ojos verdes se ha escapado otra vez!

—Lo que no comprendo, — dijo el sargento — lo que no veo es como, si la había usted sorprendido con las manos en la masa, lo encontramos aquí sentado en una silla y atado como un pollo...

—Eso — dijo el inspector Dyson bastante irritado — es otra cuestión.

FIN

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

EL MOLINO SINIESTRO

Por G. H. TEED

(Conclusión)

Es meor que se ocupe de eso en seguida. Hewson — dijo el comisario levantándose. — Y si ese tipo. Hovey, quiere hablar. no lo detenga. Quizá se le escape algo que pueda sernos muy útil.

Thomas también se levantó.

—Voy a conversar un momento más con los médicos. ¿Ha visto usted el cuerpo, mayor?

—No; iré con usted a la posada. Es mejor que fijemos la investigación para mañana, a las dos y media de la tarde.

—Me parece bien. Esta noche yo telefonearé a la Yard, enviando mi informe. También haré que averigüen la procedencia de los billetes, a fin de tenerlo todo pronto para el momento de la investigación.

Salieron sin molestar ni a Tinker ni a Roxane, que estaban sentados en un sofá, en la obscuridad del living room.

VII

LA INVESTIGACION

La investigación que puso el nombre de la pequeña aldea de Coltishall. Norfalk. en boca de todos los hombres. mujeres y niños de Gran Bretaña. así como en la de miles de personas de otras tierras. se realizó a las dos y media en el salón de billar del "Jabalí Azul".

No se citó jurado. Después de consultar con los doctores Brant y Elliot, el coroner. Dr. Phillips de Hailton, decidió prescindir de él. Tuvo también una conversación preliminar con el inspector Thomas. quien había explicado todo lo que se necesitaba para que se dictara veredicto o aplazamiento.

A las once de la mañana, todas las salas públicas. lo mismo que el patio de la posada estaban llenas de gente. A cada orilla del río había una fila de embarcaciones que habían venido hasta de Yarmouth: los caminos estaban llenos de autos y coches, que habían traído a personas de los alrededores y aun de muy lejos. La investigación sobre la muerte de Sexton Blake había despertado tanto interés que prometía convertirse en el acontecimiento más sensacional desde hacía muchos años.

Slo un corto número de curiosos pudo entrar al salón, aunque éste era grande. Se le había elegido por ser el más próximo a la sala, donde todavía estaba el cuerpo.

Un poco antes de la hora. llegó el inspector Thomas, en auto cerrado. con Roxane y Tinker... este último para que identificara formalmente los despojos antes de empezar la investigación.

Es mejor pasar por alto aquellos pocos y trágicos minutos. El muchacho necesitó de toda su energía para mirar aquellas facciones irreconocibles, aquel cuerpo destrozado. Si no hubiera sido por las ropas y otros objetos personales, se hubiera aferrado Tinker a la desesperada esperanza de que no era Blake. Sin embargo aquellos testimonios eran inconfundibles.

En medio de una multitud silenciosa, el muchacho se dirigió a tomar asiento a la izquierda del coroner, donde estaban ya Thomas, el comisario y la señorita Roxane Harfield.

El coroner no perdió tiempo en preliminares. Después de unas breves palabras de apertura. llamó al cabo Roy. Después que éste hizo su breve declaración. fué despedido para dar paso a un joven tosco, que parecía a la vez halagado y

confuso por la publicidad que había recaído sobre él.

—¿Su nombre? — fué la breve pregunta.

—Guillermo, Tomás Gurney, señor.

—¿Edad?

—Veinte años.

—¿Su ocupación?

—Labrador.

—¿Ha visto usted hoy al muerto?

—Sí, señor.

—¿Reconoció usted los restos que encontró en el río, la mañana del diez y seis?

—Sí, señor.

—Muy bien, Gurney, díganos ahora, lo más brevemente posible, como encontró el cuerpo.

El joven se movió incómodo, frotóse la mejilla de un modo confuso. No era fácil estar parado allí, blanco de todas las miradas y repetir algo que recordaría hasta el fin de su existencia. Pero a una palabra dicha en voz baja por el inspector Hewson, hizo su relato tartamudeando.

—Fué el martes por la mañana, señor, mientras yo cruzaba el campo de Jelks, en dirección al río. Eran como las seis y pensaba pescar un rato. Me dirigí al canal que atraviesa el campo de Jalks y vi algo entre las cañas. Al acercarme más, advertí que era el cuerpo de un hombre. Al principio no supe que hacer; me produjo mucha impresión por que vi...

—Sí, sí, ya sabemos lo que quiere usted decir — interrumpió el coroner. — Pase eso por alto.

—Bueno, señor, cuando me repuse un poco pensé que era mejor ir a buscar a la policía. Encontré al cabo Roy y... eso es todo lo que se, señor.

—¿Estaba el cuerpo en el canal o entre los juncos del brazo principal?

—Mismo adentro del canal, señor.

—¿Parecía haber sido llevado hasta allí por la corriente?

—Sí, señor; pero la corriente no se muy fuerte en ese sitio.

—Muy bien, basta. Puede sentarse, Gurney.

El joven, muy contento de haber terminado, se sentó. Luego se oyó nombrar.

—¡Señorita Roxane Harfield!

Inmediatamente se levantó Roxane, esbelta, vestida de negro, con un sombrero de castor que casi cubría sus bronceados cabellos y le ocultaba los ojos. Prestó el juramento en voz baja y se volvió al coroner.

—Comprendemos lo que usted experimenta, señorita Harfield — dijo el coroner — y no prolongaremos más de lo preciso el interrogatorio. ¿Ha visto usted los restos?

Ella inclinó afirmativamente la cabeza y murmuró que sí.

—¿Los reconoce como pertenecientes al señor Sexton Blake que estaba de visita en su casa cuando ocurrió la tragedia?

—Hasta donde es posible, sí.

—Comprendo. Eso es lo que he querido decir. ¿Puede usted ayudarnos de algún modo para llegar a una conclusión sobre el modo como halló la muerte el señor Blake?

—No. Salió de mi casa después de comer. No lo volví a ver hasta que... hasta que se me pidió que lo identificara.

—Muy bien. ¿Le había dicho él que volvería esa noche?

—Yo esperaba que regresara dentro de una hora o cosa así. Estuve toda la noche levantada esperándolo.

Aquí Roxane dirigió una rápida mirada al inspector Thomas, que tocó el brazo del mayor Burton. Este último se inclinó y murmuró algo al coroner y éste movió la cabeza en señal de asentimiento. Thomas no deseaba que se hiciera todavía público nada referente a la Casa del Molino.

—¿No tiene usted alguna idea de como puede haber recibido esas heridas?

Movió ella negativamente la cabeza y después de eso el coroner la permitió retirarse de la plataforma. El siguiente testigo llamado fué Tinker.

Su interrogatorio limitóse a un pedido de identificación y a confirmar que estaba en Londres en el momento de la tragedia.

Entre los espectadores que habían venido por mórbida curiosidad, esperando algo que emocionara sus nervios, debió producir impresión la cara del joven cuando contestó a las preguntas que se le hicieron. Reinó el silencio hasta que Tinker volvió a sentarse: luego el coroner se levantó.

—Voy a seguir un procedimiento algo desusado — dijo gravemente, paseando sus miradas por alrededor de la habitación. — A esta altura de lo que considero un triste deber, tenemos que recordar, estamos investigando la muerte de un valiente caballero, muy conocido. Hay muy pocos hombres mujeres o niños, en edad de comprender, que no hayan sentido el mayor respeto y admiración por él.

Sus servicios estaban igualmente a la disposición de los potentados del país, para la la solución de los más difíciles casos criminales, como al de los pobres y humildes, de quienes era consejero y amigo. Trabajaba para el bien de todos y el castigo de los criminales.

El inspector Thomas, de Scotland Yard y el inspector Hewson, de Norwich, me han pedido que los asocie a estas observaciones. Y ahora, antes de cerrar, esta investigación, voy a pedir a todos que se pongan de pie y guarden unos minutos de silencio, en homenaje a la memoria del señor Sexton Blake.

Se oyó el rumor al levantarse todos; luego inclinaron sus cabezas en silencio. Cuando volvieron a sentarse, el coroned prosiguió:

—No me propongo terminar la investigación. No se hasta este momento lo que se hará para investigar las causas de la muerte del señor Sexton Blake; pero ciertamente habrá que tener en cuenta el testimonio de los médicos, cuando estos terminen su trabajo. No he citado a ninguno de esos dos caballeros porque me han enviado ya sus informes por escrito. También la policía me ha solicitado una suspensión, así que, después de dejar establecida la muerte y la identificación, aplazo el procedimiento hasta una fecha que no puedo precisar en estos momentos. Los que tengan que comparecer serán avisados oportunamente.

Estaba a punto de volverse a sentar y los que se hallaban cerca de la puerta dispo-

nían se a retirarse, cuando se oyó afuera barullo. Parecía un altercado y el cabo Roy salió para enterarse de lo que pasaba.

Cerró la puerta a los que intentaban seguirlo; pero reapareció pocos momentos después, conduciendo a un hombre bajo, fornido, moreno, en quien Roxane reconoció inmediatamente a su criado Napoleón. Ella se levantó y le hizo señas de que se acercara. Cuando el cabo lo introdujo en el recinto, el mestizo corrió hasta su ama y empezó a hablarle rápidamente en francés. Después que la joven oyó lo que tenía que decirle, hizo señas a Thomas para que se acercara.

—Dice Napoleón que un bote a motor, pequeño, pero muy rápido, acaba de pasar, río abajo. Estaba pintado de rojo y tenía un motor del lado de afuera. El calcula que lleva una velocidad de cuarenta millas por hora. Pero lo más interesante es que iban en él dos hombres, uno de los cuales cree que es Dupont.

Thomas no esperó más. Haciéndole señas al inspector Hewson, abrió la puerta que conducía a la sala donde estaba el cadáver, caminando en puntas de pies hasta que salió al corredor. Pero una vez allí echó a correr, seguido de cerca por Roxane, Tinker y Hewson. El mayor Burton y el cabo iban atrás.

La investigación probó que lo afirmado por Napoleón era demasiado cierto. Cuando llegaron, la persecución por el río era imposible, pues éste estaba obstruído por la cantidad de embarcaciones que se mezclaban en interminable confusión.

Todos parecieron comprender que no valía la pena emprender la persecución. No quedaba duda de que un bote rojo, que marchaba a gran velocidad, había salido de alguna parte, siguiendo río arriba por la estrecha senda que dejaban las embarcaciones amarradas y había desaparecido detrás de Coltishall.

Su paso no había sido presenciado por muchos testigos puesto que casi todo el mundo estaba en la posada, donde se realizaba la investigación. Circunstancia que probablemente habían tenido en cuenta los fugitivos.

Thomas se dirigió al teléfono y habló con Belagh sólo para enterarse de que el bote había pasado ya por allí. La única esperanza era detenerlo en Wroxham, antes de que pudiera internarse en el laberinto de los Broards.

Cuando consiguió comunicarse con Wroxham se le dijo que no había sido visto tal bote. Thomas dió órdenes de que se vigilara el río, deteniéndose a cualquier embarcación que respondiera a esas señas. Luego hizo subir a Tinker y a Roxane al auto y partió para Wroxham, seguido por los otros oficiales en un segundo auto. Cuando llegaron a Wroxham fueron recibidos por el comisario local y varios dueños de botes, con la información de que el bote no había aparecido todavía. Pero el misterio se explicó muy pronto al saberse que un bote, pintado de rojo, había sido abandonado una media milla antes de Wroxham.

Pero lo que Roxane descubrió para aumentar su confusión, fue que su lancha a motor, de La Brise, también había desaparecido de su fondeadero.

VIII

DESENLACE

La dramática fuga de Félix Dupont era tan inevitable como desesperada. No es que se sintiera culpable de la muerte de Blake. Por una vez, en su criminal carrera, Dupont era inocente de hecho, si no de intención. Cuando Blake hizo su sorprendente aparición en el molino de agua, Dupont lo hubiera matado sin escrúpulos, si hubiese logrado vencerlo.

Pero de lo que ocurrió después de dejarlo Blake "knoked out" se hallaba completamente a obscuras. Ni había podido Jurgen, uno de los holandeses, iluminarlo.

Dupont, al recobrar el conocimiento, se encontró solo en el vasto desván del molino. Sólo cuando se aclararon las nieblas de su cerebro, se dio cuenta de que todo el edificio vibraba con los movimientos de la gran rueda.

No sabía quien la había hecho funcionar. Ni pudo averiguar que había pasado después de su propio eclipse hasta que encontró a Jurgen al pie de la escalera. El holandés había sufrido conmoción parcial y tenía un hombro dislocado. Sólo pudo relatarle lo que pasó después que Dupont fue puesto fuera de combate hasta que él rodó escalera abajo.

Un exámen más detenido del desván, permitió a Dupont ir atando cabos sobre algo de lo sucedido. Vio que alguna gran fuerza había movido la palanca que ponía en movimiento la rueda; supuso que Blake o Romveldt, quizá ambos, habían caído por la puerta-trampa al sactin. Pero no pudo descubrir que había sido de ellos. La mañana no trajo ninguna revelación acerca del paradero de Romveldt. Pero si la noticia de que había sido hallado un cadáver, entre los juncos, a no mucha distancia de la Casa del Molino.

Al principio no supo Dupont si era Blake o Romveldt. Y para aumentar su incertidumbre, la ausencia de Hovey se prolongaba.

Dió pasos para averiguar algo de lo que ocurría, porque tenía el presentimiento de que una red estaba a punto de envolverlo, si no procedía con cautela.

La mujer a quien había visto Blake en la casilla de guardia le resultó muy útil a Dupont para este fin. Había sido bastante previsor al elegirla e instalarla como portera o guardiana. Aquella mañana se mostró muy generoso con ella.

Primero la mandó a la aldea para que se enterara de todo lo que pudiera, mientras él curaba como mejor pudo a Jurgen. Se dijo que no le convenía llamar médico y enterarlo de que alguien había sufrido daño en su casa la misma mañana en que se halló un cadáver en el río.

No se alivió la ansiedad de Dupont cuando regresó la señora Clemens, con todos los

rumores que había podido recoger. Recién entonces supo Dupont que el cadáver había sido identificado como el de Sexton Blake. Se dio cuenta de que aquello produciría enorme sensación y que él se encontraba en peligro.

Le intrigó más que nunca la ausencia de Romveldt. Aunque le había recomendado a la señora Clemens que se fijara si veía el botecito que Hovey había llevado, ella lo informó de que no lo había encontrado por ninguna parte.

Desesperadamente inquieto, Dupont volvió al molino. Su primer cuidado fue borrar todo rastro del verdadero destino que había dado al lugar. Luego hizo una inspección de la gran rueda, encontrando bastantes pruebas de lo que había sucedido.

Buscó debajo de la rueda, alrededor de la alberca. Pero sus esfuerzos no fueron recompensados y sólo pudo sacar en conclusión de que el cuerpo de Romveldt debía estar aún en el fondo o había sido arrastrado lejos por la corriente y sería hallado más tarde.

Tres veces, ese día, envió a la señora Clemens a la aldea. De este modo se mantuvo bien informado de lo que se realizaba. Pudo identificar al inspector Thomas y a Tinker por los datos que ella le dió. Se convenció esa noche por sus propios ojos de que Thomas estaba trabajando, lo que quería decir que sospechaba.

Mientras paseaba por un sitio aislado del jardín, procurando penetrar el misterio apartó unas matas y vio lo que evidentemente era un policía en traje civil, paseándose por el campo, del otro lado.

Asustado ahora, examinó Dupont otros lados del campo. Al cuarto de hora sabía que la propiedad estaba rodeada. La policía no se hallaba pronta a obrar aún; pero podían hacerlo en el momento en que se lo propusiera.

Aquella noche hizo Dupont sus planes para una fuga desesperada. Hasta bien avanzada la mañana esperó, contra toda esperanza, que Hovey o Romveldt aparecieran. Supuso ahora que Hovey había caído, de algún modo, en manos de la policía y uniendo aquel incidente con la presencia de Blake en el distrito, no le fué difícil sospechar que el detective era autor de aquella captura. De Roxane no sabía ni sospechaba nada.

Pero Félix Dupont no era hombre que no tuviera a su disposición más de un medio de fuga. Viviendo al borde de un volcán, sabía que, en cualquier momento, tendría que huir, aunque no esperaba hacerlo precisamente en aquellas circunstancias. A despecho de la estrecha vigilancia de los hombres enviados por el inspector Hewson, Dupont logró realizar aquella mañana otro viaje al molino sin ser visto. Hizo esto cuando hubo enviado una vez a la señora Clemens a la aldea y la atención de la policía estaba fija en ella. Nadie lo vio cuando pasó por una escotilla del piso y bajó una escalera hasta algo que parecía una casilla debajo del cuarto arco del molino. Aunque se moviera alrededor, su figura tenía que ser escasamente visible, a menos de estar muy cerca de la reja que, como un rastrillo, ocupaba el frente del arco.

Pero cuando Dupont apareció otra vez estaba preparado, hasta donde era posible en aquellas circunstancias para una desesperada fuga.

Lo que le dijo la señora Clemens fijó sus planes. Hasta ella demostraba cierta excitación a su vuelta, porque la tensión que los poseía a todos se le había comunicado.

Dupont sabía que el río estaría prácticamente desierto, mientras se realizaba la investigación. Sabía que, en aquellos minutos estaba su mejor ocasión si es que alguna tenía. No ignoraba que tendría que desafiar a los hombres del inspector Hewson; pero comprendía también que no se le presentaría más oportunidad, una vez terminada la investigación. El instinto le decía que la red se cerraría sobre él inmediatamente después del veredicto o el aplazamiento.

Hasta la señora Clemens fué alejada. La mandó a la aldea a traer noticias del veredicto. Luego logró llevar a Jurgen hasta el molino y hacerlo pasar por la escotilla hasta aquella casilla.

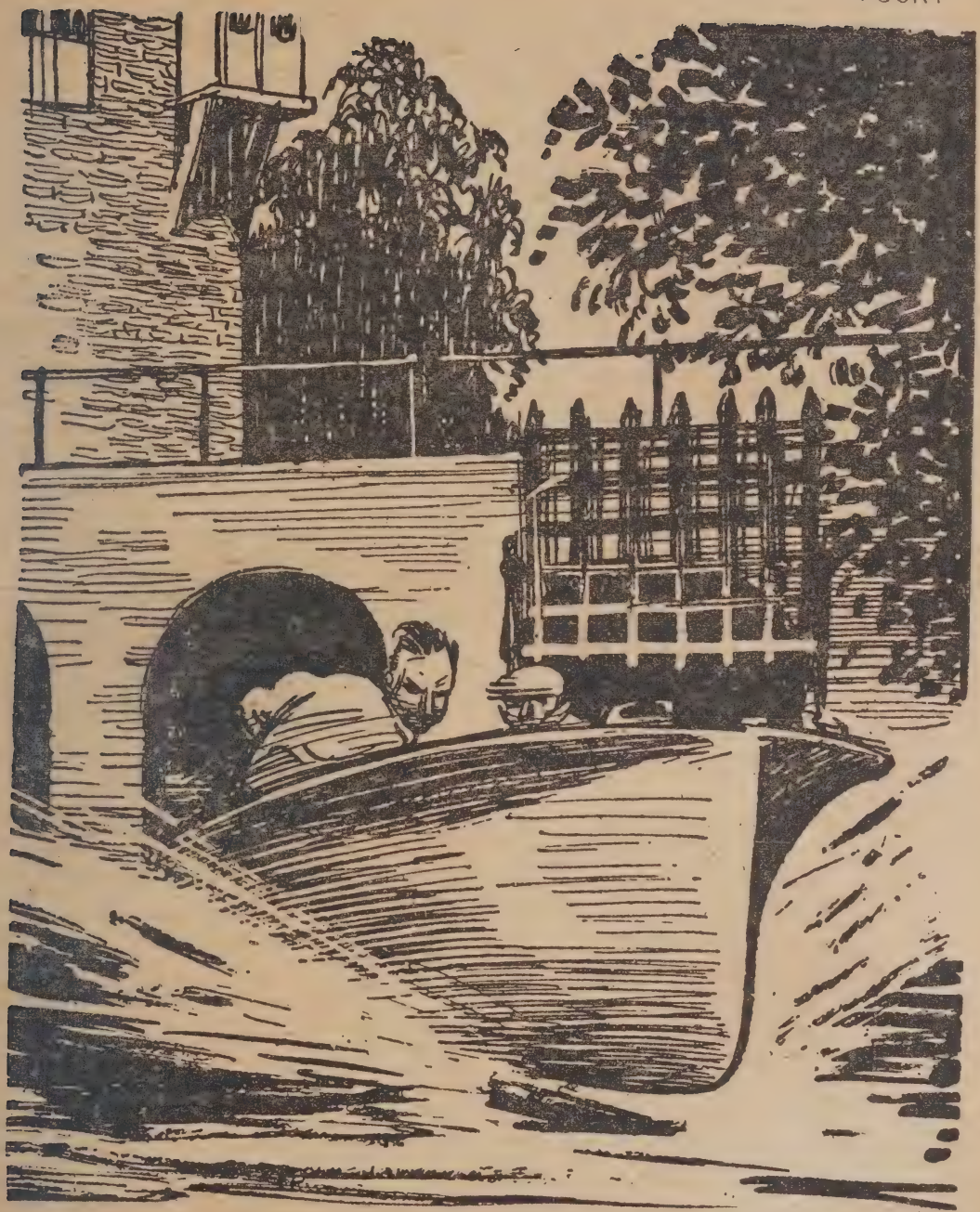
Lo que juzgó necesario llevar no le ocupó mucho sitio. Una bolsa conteniendo el resto de los diamantes que Blake había estado procurando encontrar (demostrando cuan acertadas eran las suposiciones del detective) otra bolsa de cuero, con una fuerte suma de dinero, algunos papeles y algunas menudencias... Eso era todo. Dupont era hombre acostumbrado a viajar ligero y liviano.

En el mismo momento en que Tinker se hallaba en la plataforma de los testigos, la pesada reja que cerraba el frente del cuarto arco del molino se levantó hasta quedar a nivel de la llave de arco y todo el frente de la casilla desapareció, revelando un pequeño bote a motor, pintado de rojo debajo del arco.

Luego el bote pasó al estanque, viró a dar Dupont una vuelta al motor y partió a toda velocidad, saliendo de la alberca como un murciélago de un pozo. Fue aquella flecha roja lo que vió Napoleón un momento o dos más tarde. Dupont sabía que dirigirse a Coltishall o a Belagh no resolvería sus dificultades. Anticipó que uno de los hombres que formaban el cordón no había perdido tiempo en dar aviso; ignoraba que era Napoleón porque no sabía que Roxane estaba tan cerca de la Casa del Molino.

Pero antes de pasar por entre la doble fila de embarcaciones había hecho sus planes. Jurgen era su dificultad más grande. Lo llevaría mientras pudiera; luego, si era necesario, lo abandonaría para que se arreglara como pudiera.

Por eso fue que el bote rojo fué hallado abandonado una milla antes de llegar a Wroxham. Después del mensaje telefónico de Thomas, todo el mundo buscaba esa embarcación. Dupont contaba con eso. Nadie se fijó en dos hombres que iban por la ori-



El bote salió de la alberca a toda velocidad, como un murciélago de un pozo.

lla del pueblo hasta que llegaron al puente, dieron la vuelta al parapeto y anduvieron hasta llegar hasta donde estaba amarrada una poderosa lancha a motor. Una vez que estuvo abordo de la lancha, Dupont respiró con más libertad. Metió a Jurgen en una cabina y se encargó él de dirigir la lancha. Sabía que estaba provista de nafta y provisiones como para un largo viaje.

La zona de peligro estaba entre el sitio donde se hallaba y Yarmouth. Una vez que hubiera cubierto aquella distancia murmuraba mientras ponía el motor en movimiento, podría tirar a los que le buscaban un beso de despedida.

Cuando Wroxham quedó atrás y vio ensancharse el río adelante suyo, el espíritu de Dupont se reanimó. Llamó a Jurgen; cuando vio salir al holandés tambaleándose de la cabina, Dupont se echó a reir.

—¡Anímese, viejo queso holandés! Mañana a esta hora estaremos en Zuyder Zee. Abra ese cofre que está a babor y traiga una botella de brandy. Vamos a brindar por la perdición de cualquier policía o detective.

—¡Ja!

Jurgen no entendía mucho inglés; pero sabía bien lo que quería decir Dupont. Su risa era amplia y jubilosa mientras se dirigía al cofre que Dupont le había indicado. Hablaba consigo mismo, diciéndose que Dupont era un buen patrón; pero aquellos negocios resultaban demasiado arriesgados y que, una vez que estuviera de vuelta en Holanda, no se metía en otra. Sentíase más que preocupado por la suerte de Romveldt.

Inclinándose, agarró la manija de bronce del cofre. No levantó la tapa tan fácilmente como esperaba, de modo que tuvo que utilizar la otra mano. La tapa cedió y levantóse pesadamente unas diez pulgadas o cosa así. Luego Jurgen, el holandés, lanzó un chillido no desemejante al que podría haber partido de una rata gorda, de agua, soltó la tapa y se miró sus gruesas muñecas como si nunca las hubiese visto.

¡Porque nada menos que un par de esposas se habían cerrado sobre ellas! Abrió más aún la boca cuando la tapa del cofre se alzó del todo y salió de allí un hombre. Hubiera dado un grito de aviso a Dupont; pero el grito murió en sus labios al sentir que se apoyaba en su estómago el cañón de una pistola automática.

—¡Ni una voz! — fue la breve orden — ¡Atrás, holandés!

Jurgen obedeció. Había algo en la cara del hombre que prohibía la resistencia. Era la misma cara que Jurgen había visto en el desván del molino. La cara de aquel a quien se creía muerto.

¡Era Sexton Blake!

Cuando Jurgen hubo retrocedido hasta un extremo del pequeño camarote, Blake se dirigió a la puerta. Cerrándola, dio vuelta la llave y atravesó rápidamente el salón, en dirección a la cabina.

Féliz Dupont estaba inclinado sobre el motor cuando una sombra se proyectó delante de él. Alzó la vista creyendo que era Jurgen. Luego se quedó como petrificado, una expresión de horror apareció lentamente en sus ojos. Por un terrible momento creyó que contemplaba el espectro de Blake... lo creyó hasta que adivinó la pistola automática en manos del detective y oyó su fría voz.

—¡Manos arriba, Dupont! — fue la orden. Y no trató de resistirse.

Blake se acercó al motor

—¡Dese vuelta de espaldas, rápido!

Dupont obedeció.

—Ponga las manos a la espalda; eso es. Júntelas.

Siguió el roce frío del acero al cerrarse las esposas con un "clic".

—Ya está, mi buen amigo — observó Blake con satisfacción — Venga ahora a reunirse con Jurgen. Si quiere tirarse por la borda, con las manos sujetas, ensáyelo. ¡Marche!

Y Félix Dupont marchó.

Nadie se fijó mayormente en la gran lancha a motor que pasó río arriba, media hora después; nadie dirigió una segunda mirada al hombre barbudo, de lentes, que iba al volante. Ni ningún observador sospechó su secreto cuando pasó por Belagh y Coltishall.

Sólo cuando disminuyó la velocidad frente al embarcadero de Roxane, Napoleón hizo señas al hombre que se alejara. Pero aquel individuo parecía extrañamente obtuso. Sin hacer caso de Napoleón desembarcó, ató la amarra a un pequeño poste y condescendiendo hasta explicar a Napoleón que tenía una comunicación urgente para su ama, atravesó el jardín, en dirección a la casa.

No llamó. Entró audazmente al hall, abrió la puerta de la derecha. El cuarto estaba a obscuras; pero pudo ver una figura solitaria, acurrucada en un sofá. Se movió al entrar él. Luego oyó su voz.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—La quiesro a usted... Roxane.

Oyó un grito, una corrida y mientras Blake se quitaba el disfraz, manos frenéticas lo agarraron. Por un momento hubo una tensa interrogación en la actitud de la joven. Luego los brazos de Blake la rodearon para impedir que cayera al suelo, desmayada.

—Sentía remordimientos horribles todo el tiempo — decía algo más tarde Blake, sentado en el estudio, rodeado por Roxane, Tinker, el inspector Thomas, el inspector Hewson y el mayor Burton — Pero las circunstancias casi me obligaron al papel de difunto. Os contaré lo que pasó.

Describió detalladamente todo lo que le ocurrió después que se separó de Roxane, hasta aquella caída por el saetín del molino.

—Pegué contra algo, probablemente la rueda — dijo después de una pausa — No puedo deciros que ocurrió después de eso, porque durante unas horas estuve inconsciente. Cuando volví en mí yacía mitad dentro y mitad fuera del agua, algo más abajo del estanque del molino. Estaba amaneciendo y sentía tanto frío que apenas podía moverme.

Logré subir a la orilla y entonces vi que estaba cerca de un angosto canal, que parte en ángulo recto del río. Mientras estaba allí, vi algo en el agua. Un cadáver. Ya sabéis cuan horriblemente mutilado estaba. Yo comprendí que era el pobre Romveldt, con el cual yo había caído por el saetín.

—Romveldt... ese nombre me suena familiar — dijo Thomas.

—Usted ha oído hablar de él antes de ahora, inspector. En su juventud, era talladador de diamantes en Amsterdam; pero se

—Un viejo soltero que se acaba de morir ha dejado toda su fortuna a una señora que no quiso casarse con él.

—¡Y luego dirán que los hombres no son agradecidos!

dedicó a la estafa en joyas. Convenía perfectamente a los planes de Dupont. Pero el pobre diablo lo ha pagado terriblemente. Mientras trataba de sacar su cadáver a la orilla, se me ocurrió la idea.

Me dolía hacerlo; pero era mi mejor medio de agarrarlo a Dupont con el cuerpo del delito encima. Yo sabía que él entraría en sospechas cuando Hovey no regresara en toda la noche. Pensé que podrían encontrar el cadáver y si era así, trataría de escapar enseguida. Cambié mis ropas con el muerto y, atravesando el campo, me dirigí a una pequeña estación de ferrocarril, donde tomé un tren matinal para Londres.

Llegué a Baker Street y entré por la ventana del laboratorio, no mucho tiempo después que usted y Tinker salieron para Norfolk. Me puse al habla con el Inspector Coutts, de la Yard y me dijo que usted se había ido con Tinker. Me confié a él y vino a Baker Street a verme; tuve también que confiarme a la señora Bardell. Le dí a Coutts los números de los billetes que le

había quitado a Hovey y si habláis con él por teléfono os dirá que ya ha obrado.

Luego me disfracé y volví aquí nuevamente. Sabía que Dupont se escaparía, más pronto o más tarde. Imaginé que su único medio de fuga era la lancha a motor que estaba en Wroxham. Así que sencillamente me quedé por allí, escondido en el coire la mayor parte del tiempo y como yo lo esperaba, Dupont vino a ponerse en mis manos.

El y Jurgen, el otro tallador holandés de diamantes, están ahí afuera, encerrados en el camarote. En la cabina hallaréis tambien dos bolsas, una conteniendo una gran cantidad de diamantes sin tallar y la otra una abultada suma de dinero. Hay también algunos papeles que creo probarán la culpa de Dupont. Creo que eso es todo. Y ahora..., ¿me perdonáis?

Aunque su pregunta se dirigía a todos en general, sus ojos estaban fijos en Roxane. Y lo que vio en los de ella fue respuesta suficiente.

Después de satisfacer la curiosidad de los inspectores y de Tinker, Blake llevó al joven y a Roxane a la cercana orilla donde se habían sentado el primer día que ella lo mandó buscar.

El río reflejaba los sauces y el oro del sol poniente; parecía indescriptiblemente tranquilo. Era difícil creer que la villanía y la tragedia hubieran turbado tan recientemente su quietud.

Fuera de un largo apretón de manos nada había pasado entre Tinker y su patrón que expresara el alivio que el muchacho experimentaba; pero Blake comprendía, como comprendía la expresión radiante de los ojos de Roxane. La certidumbre de lo que aquellos dos seres sentían por él conmovía lo profundamente.

Por un momento, el rostro de Roxane se nubló.

—Es terrible pensar — murmuró — que mi amistad sólo le ha traído a usted peligros y molestias. A veces pienso que preferiría... no haberlo nunca conocido.

—¡Roxane! — la voz de Blake era conmovida — Por favor, no diga eso. Bien sabe que su amistad es suficiente recompensa por cualquier cosa que yo haya hecho. Y para Tinker también, ¿verdad, muchacho?

—Naturalmente — dijo Tinker con energía.

La intensidad del acento de Tinker había traído una sonrisa de felicidad a los labios de Blake.

Un poco más tarde, cuando el inspector Thomas se comunicó con Scotland Yard, supo que Coutts había seguido el rastro de los billetes del banco de Inglaterra hasta una oficina de Hatton Garden y allí había arrestado a Max Scheimer, el cómplice de Dupont en Francia, quien se encargaba de colocar los diamantes clandestinamente en Londres, no bien eran tallados por Jurgen y Romveldt.

El asunto terminó siendo Jurgen fuertemente multado y deportado a Holanda. Max Scheimer se libró con una sentencia relativamente corta; pero, aunque parezca extraño, Félix Dupont, el cerebro instigador de todo aquello, sólo fué condenado a una fuerte multa, debido a una falla de técnica que su abogado aprovechó astutamente. Desapareció de Londres; pero ese mismo día recibió Sexton Blake una nota sin firma, que le dijo no había terminado aún con Félix Dupont.

FIN

Incómoda situación

El hijo de Otarioff al salir de la escuela, llora a lágrima viva en medio de la calle.

—¿Por qué llorás, niño? — le pregunta una señora de buen corazón

—Lloro porque yo y aquel que va corriendo por allí que es compañero de la escuela, nos hemos pegado hemos caído uno sobre otro y el otro era yo.

* * *

—¿Qué tal la vida en las trincheras? — le preguntan los de su familia a un soldado que viene de la guerra con una semana de licencia.

—¡Notable! — contesta el soldado — Sería agradabilísima si no fuera por los vecinos de enfrente.

* * *

—Salga de ahí y venga conmigo — dice el vigilante de campaña al que se baña en la lagunita — ¿No sabe que está prohibido bañarse ahí?

—¡Si yo no me baño! — contesta el que está con el agua a' cuello — ¡Si me estoy ahogando! Sálveme, pues.

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

SU ULTIMA OPORTUNIDAD

¡QUE lo linchen!... ¡Que lo saquen!... Río Kid escuchaba perfectamente los gritos que llegaban a sus oídos desde el exterior, en aquel calabozo de Pawnee Ford. La noche ya había tendido su manto sobre toda la localidad. Durante todo el día la excitación de la muchedumbre había ido en aumento y cuando se acercó la noche, aquella situación llegó al colmo. Todos los pobladores de la comarca se hallaban sedientos de la vida del joven vaquero de Texas, Río Kid, en el interior de su celda, escuchaba las exclamaciones poco amistosas de la muchedumbre.

Río Kid conservábase sereno; pero comprendió que su situación era sumamente sería: porque ya se había hallado en vísperas de ser linchado; pero jamás en una situación tan difícil.

—Me parece que esta vez no te escapas, Kid. — se dijo, — encongiéndose de hombros con indiferencia.

En muchas ocasiones había estado a punto de caer en las manos de los sheriffs de Texas y en peligro de ser ultimado por sus enemigos; pero ahora todo indicaba que iba a terminar su vida en aquella pequeña población de la región de las ovejas.

Y eso, precisamente era lo que más le preocupaba. Siempre había odiado a los lanares y a los hombres que se dedicaban a criarlos, y ahora, iba a ser linchado por ellos. Parecíale todo aquello una burla cruel del destino.

Las exclamaciones de la muchedumbre se hacían cada vez más excitantes. En la habitación contigua al calabozo hallábase el sheriff con un núcleo de sus hombres. La ley le obligaba a salvar la vida de su prisionero para entregarlo a los tribunales.

Por cierto que la misión del sheriff en aquellos momentos no era en absoluto fácil, pues con dos o tres hombres le sería imposible resistir el ataque de los cientos de hombres que reclamaban la vida del prisionero.

Fuertes golpes eran aplicados contra la puerta, con el resultado de que ésta, además de todo el edificio, temblaba.

—Abra esta puerta, sheriff, si no quiere que la hagamos saltar en pedazos, — gritó Jim Ward, el dirigente del movimiento.

—No ha de entrar usted vivo aquí, Ward — respondió fríamente el sheriff.

Río Kid comprendió a igual de todos los demás, que la amenaza del sheriff no surtiría ningún efecto en aquellos momentos de agitación.

En esos momentos oyó Río Kid que alguien abría la puerta de la celda y pocos minutos después aparecía en el umbral de la puerta el sheriff de Pawnee Ford.

—Me parece que esta vez no se libra usted — dijo a Río Kid; — prepárese para lo peor, porque no me va a ser posible resistir a una muchedumbre así.

—Naturalmente, no lo podrá usted, ni tendrá el coraje de hacerlo, sheriff, — contestóle Río Kid.

El sheriff tembló. Sabía que su deber le obligaba a salvar la vida de su prisionero, aun a costa de la suya. Pero no deseaba caer víctima de los atacantes, ni quería hacer fuego contra ellos, a quienes conocía desde muchos años, por el sólo hecho de defender la vida de un vaquero, desconocido para él.

—Esas palabras no mejorarán su situación, — dijo el sheriff, — bien sabía usted

lo que le esperaba cuando mató a Billy Ward.

—Nunca he matado a un criador de ovejas en mi vida, por más que en estos momentos tendría la mayor gana de matar a algunos de ellos — respondió Río Kid. — ¿Va a abrir usted la puerta a esos hombres?

—Sí; porque de otro modo la romperán...

—Bueno, es usted un verdadero sheriff, como mandado hacer de medida para una localidad de cobardes, como lo es ésta.

—Bueno, sea como usted quiera; yo no puedo hacer nada en su obsequio.

Río Kid se hallaba a media docena de pasos del lugar en que estaba el sheriff; pero ello no obstante, sólo le bastó, en un momento dado, efectuar un gigantesco salto para aterrizar precisamente sobre el hombre, a quien la fuerza del golpe había hecho caer al suelo.

Dos segundos después, el revólver del sheriff se hallaba en las manos de Río Kid y el representante de la autoridad en Pawnee Ford pasó al mundo de la inconsciencia, por efecto de un terrible puñetazo en la cara.

De los tres hombres que se hallaban en la habitación contigua, uno, Peterson, había visto el desarrollo de la rápida escena, y echó mano de su revólver; pero Río Kid era más rápido que él y un segundo después caía al suelo, con el hombro atravesado por una bala. Los otros dos hombres, al verse enfocados por el arma que llevaba Río Kid en la mano optaron por levantar las manos y obedeciendo a la orden impartida por el que hasta hace unos momentos antes había sido prisionero, entraron en el calabozo llevando consigo al herido.

Río Kid, entonces, cerró la puerta del calabozo y apagó la luz de la habitación...

LA VIDA O LA MUERTE EN JUEGO

El ruido de las detonaciones había convencido a la multitud de que algo anormal había ocurrido y Río Kid comprendió que debía obrar con suma velocidad, para evitar que los hombres que habían acompañado al sheriff avisaran por la ventana a sus compañeros de que el prisionero se hallaba en la primera pieza y armado.

Antes de apagar la luz Río Kid había echado una mirada en derredor, viendo entonces que en el fondo de la habitación había una ventana, perfectamente atrancada con una gruesa barra que daba sobre la parte posterior de la casa. Como es de suponer la población se hallaba al frente de la misma.

Todo fué la obra de un segundo escaso. La ventana se abrió de par en par y Río Kid vió que detrás de la casa se hallaba una pequeña caballeriza y en ella estaba el caballo del sheriff. En menos tiempo del que tardamos en describirlo Río Kid había atravesado la ventana y corría en dirección al caballo.

Este se hallaba desensillado, pero ello no significaba ninguna dificultad para Río Kid, quien estaba acostumbrado a montar los caballos en pelo, y poco después el animal salía de la caballeriza, en tanto que Río Kid oyó un ruido ensordecedor de gritos.

Los hombres del sheriff habían avisado desde la ventana a sus compañeros y éstos rodeaban en aquellos momentos la casa, viendo entonces que el prisionero salía al galope.

Varios tiros sonaron; pero ninguno de ellos dió en el blanco, al mismo tiempo que muchos de los habitantes, exaltados, corrían hacia el lugar en que se hallaban sus caballos.

Unos minutos después, Río Kid, quien había enfilado hacia el Río Squaw, que separaba los alrededores de la población de Pawnee Ford, del macizo de las montañas de Squaw, sintió que sus perseguidores se acercaban al galope, y sin pensarlo dos veces, echó su caballo al río, con el fin de atravesarlo a nado.

Una lluvia de balas caía a sus lados en el agua, y de repente, sintió que su caballo se hundía, dejando de nadar. Había sido herido por dos balas al mismo tiempo, y la vida le iba faltando rápidamente.

Río Kid quedó en el agua.

Por cierto, el vaquero estaba acostumbrado a nadar y ello no le causaba ningún temor pero las balas llovían a sus alrededores y había podido ver que un grupo de jinetes se había dirigido por la orilla hasta un paso cercano, para cruzar el río y cortarle en esa forma la retirada en cuanto subiera a tierra.

La única probabilidad de salvar la vida consistía en nadar desesperadamente para llegar a la orilla antes de que pudieran hacerlo los jinetes que habían resuelto cruzar el río por el paso, y Río Kid, haciendo uso de todas sus fuerzas, logró por fin, protegido por la obscuridad, llegar a la otra orilla, desde donde no obstante su cansancio, que amenazaba vencerle por completo hasta extenuarlo, corrió en dirección a las montañas que sólo se hallaban a corta distancia.

Pero el esfuerzo había sido demasiado, aun para la robusta constitución física de Río Kid y después de correr unos centenares de metros, cayó exhausto en medio de un arbusto de aquel llano, ya en parte accidentado como consecuencia de las primeras ramificaciones de la montaña que en él se originaba.

Allí, escuchó de pronto el ruido del galope de los caballos de sus perseguidores, los que lo habían perdido de vista, dirigiéndose hacia las montañas, sin sospechar que hubiera caído en ese arbusto, al lado del cual pasaron en tropel.

Cuando los jinetes se hubieron alejado del lugar en que se hallaba Río Kid, éste, haciendo uso de las cualidades que aprendiera en Texas, fué arrastrándose sobre el cuerpo como un apache, hasta las montañas, donde subiendo de una roca a la otra, por lugares donde hubiera sido imposible a un caballo seguirlo, no tardó en encontrar un lugar donde pudo esperar la mañana siguiente, sin peligro de ser descubierto por los ovejeros de Pawnee Ford, quienes, viendo la imposibilidad de encontrar al fugitivo, decidieron volver nuevamente al pueblo.

EN LAS MONTAÑAS DE SQUAW

Durante un buen tiempo aun Río Kid siguió escuchando el galope de los caballos de sus perseguidores, pero comprendió que éstos no serían capaces en ningún caso de se-

guir una huella dejada sobre un suelo rocoso, durante la noche, tarea ésta que hubiera resultado ardua aun para el más experimentado de los vaqueros de Texas.

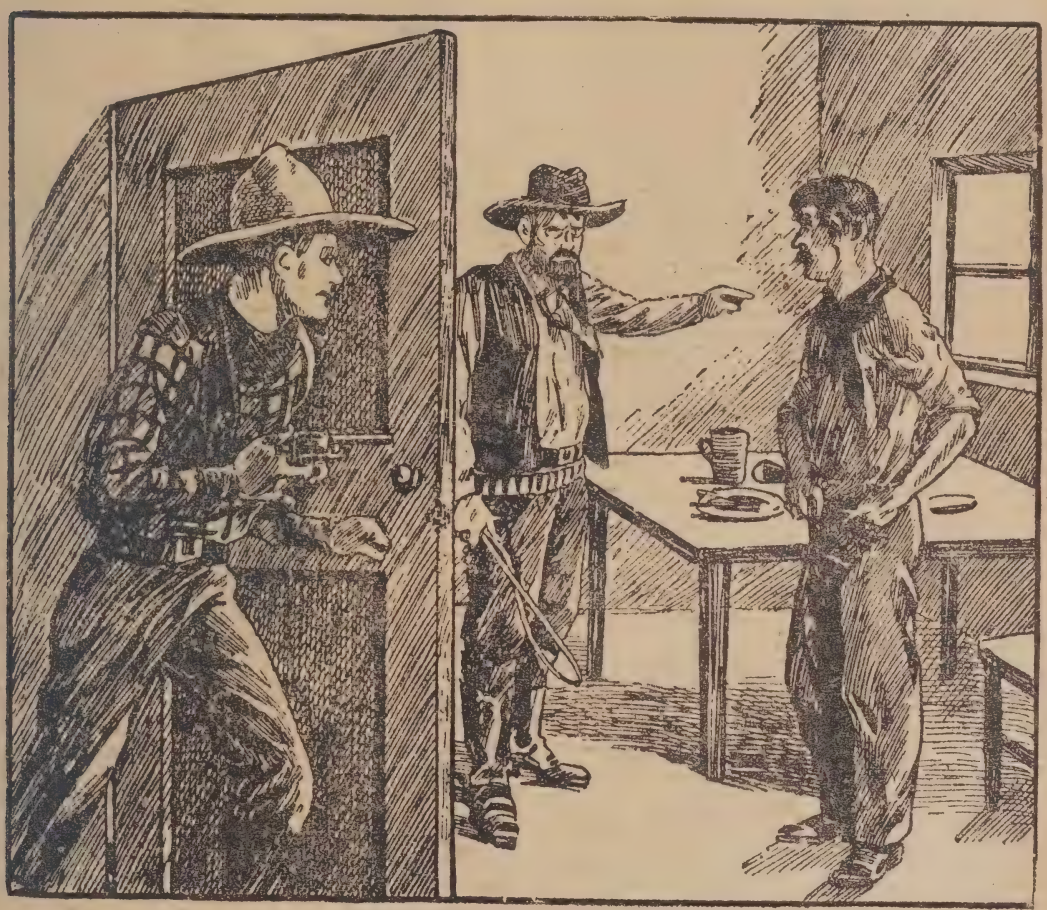
A la mañana siguiente Río Kid siguió su camino, deseando llegar cuanto antes al rancho de algún vaquero, pues sentía hambre y sed.

Al pensar en los sucesos de la víspera, el joven proscripto de Texas no pudo menos de sonreir. Había entrado en aquella región donde se criaban ovejas, convencido de que iba a terminar de una vez con su vida aventurera. Hasta había dejado en lugar seguro sus dos revólvers inseparables, paro no llamar la atención de nadie; pero el destino había querido que llegara allí en el preciso momento en que los vaqueros se hallaban en guerra contra los criadores de ovejas, y uno de los primeros, Jud Starbuck, había matado de un tiro al tal Billy Ward, escapando luego de la acción de la justicia.

Río Kid, como vaquero, no había pensado ni un momento en dejar de favorecerle, prestándole su famoso caballo, para que pudiera salvarse de sus perseguidores, con tan mala suerte, que el sheriff y sus hombres le habían arrestado a él, acusándolo de haber cometido el crimen que, en verdad, había sido efectuado por Starbuck

Todas sus manifestaciones de inocencia habían quedado sin valor, por más que pocos de los hombres de Pawnee Ford le habían creído. Y ahora, después de su fuga, era seguro que le matarían en cuanto le vieran. Ya no era sólo un proscripto en Texas, sino hasta en esta nueva región.

Verdaderamente, el destino no había querido que ese hombre pudiera vivir tranquilo.



El sheriff entró en la habitación del vaquero, ocultando al abrir la puerta al fugitivo

Pero esa misma situación de tirantez entre los vaqueros y sus vecinos del valle, iba ahora a ser de utilidad para él; porque estaba seguro que ninguno de ellos lo entregaría a la justicia, máxime pesando sobre él la acusación de haber dado muerte a un criador de ovejas, lo que en esos momentos significaba entre los vaqueros algo así como una recomendación.

Es cierto que los vaqueros, — aunque teóricamente, — debían respetar la autoridad del sheriff y ninguno de ellos se animaría seguramente a levantarse abiertamente en armas contra él; pero Río Kid sabía que

iban a hacer por él lo que estuviera a su alcance.

Después de caminar unos minutos por la sierra Río Kid encontró la huella de una tropa de ganado, comprendiendo inmediatamente que ella conduciría a algún establecimiento por lo que decidió seguirla.

Pero al mismo tiempo, su ojo avizor pudo comprobar que existían allí rastros de pisadas de caballos recientes, y, seguramente, se trataba de sus perseguidores, quienes sospechando que trataría de ocultarse en aquella región habían salido a buscarlo allí.

Sólo durante pocos minutos tuvo Río Kid necesidad de seguir la huella hasta que avistó una choza, comprendiendo que ella significaba seguramente la vivienda de algún vaquero de la región.

Río Kid se acercó a ella y llamó.

Un vaquero vino a abrirle con un rifle en la mano, mirándole de arriba a abajo. La indumentaria de Río Kid indicaba a las claras que se trataba de otro vaquero, y, por lo tanto, de un amigo, en aquella lid contra los criadores de ovejas.

—Buenos días, — comenzó diciendo Río Kid. — ¿Tendría usted la bondad de darme de comer y beber alguna cosa? Al mismo tiempo le agradeceré si tiene unos cartuchos... soy vaquero, y, en consecuencia, no tiene usted necesidad de tener miedo.

—¿Es usted el hombre a quien andan buscando?

Río Kid no tuvo necesidad de preguntar al vaquero, a quien se refería, sabiendo demasiado bien que se trataba de sus perseguidores.

—Sí, — contestó

—¿Mató usted a Billy Ward?

—Ese ha sido un error de parte de ellos compañero; pero, por lo visto, son difíciles de convencer, pues, de no haber sido porque tomé a tiempo mis precauciones para huir del calabozo, me hubieran linchado.

—Bueno, compañero, corre usted serio peligro; porque no van a dejar de buscarlo. Esta mañana han estado aquí y han revisado toda la casa para ver si no se encontraba usted oculto en ella. Sin embargo, siendo usted un vaquero, no tengo el menor inconveniente en ayudar a usted y en ocultarlo para que no caiga usted en sus manos. Le daré de comer y beber; pero no puedo darle balas, porque sólo uso mi rifle y no dispongo de balas para revólver... Pero usted conseguirá fácilmente municiones en cualquier rancho...

Un momento después, Río Kid se hallaba sentado delante de la mesa, comiendo los sencillos alimentos que aquel vaquero había podido ofrecerle.

—¿Conoce usted a Jud Starbuck? — preguntó entonces Río Kid

—Cómo no voy a conocerlo, — respondió el hombre, — es el vaquero más rico de la región... ¿Qué tiene usted con él?

—Nada; sólo le he prestado un servicio, al darle mi caballo para que pudiera volver a su casa y voy por él ahora...

—Bueno pues, cualquiera podrá indicarle a usted la ubicación del establecimiento de Starbuck, que se halla a bastante distancia de aquí.

En esos momentos los dos hombres escucharon el ruido del galope de un caballo, que se acercaba y poco después, se detenía frente a la puerta del rancho un jinete. Era el sheriff de Pawnee Ford, pero venía sin escolta.

El vaquero llevó instintivamente sus manos al rifle; pero Río Kid lo sujetó:

—Alto, — dijo. — no puedo permitir que ataque usted por mi culpa al sheriff, convirtiéndose en esa forma en un proscripto... déjelo no más por mi cuenta.

—Pero yo no voy a permitir que él se apodere de usted en mi casa.

—Todavía no lo ha hecho... diga usted que no pudo resistirse a albergarme, porque yo lo amenacé con mis revólvers...

—¿Pero no me ha dicho usted que no tiene balas?

—Sí, pero eso no lo sabe el sheriff.

El vaquero sonrió

En ese momento pudieron oirse unos golpecitos en la puerta y un momento después entraba en la habitación el sheriff de Pawnee Ford. Río Kid se había colocado al lado de la puerta de modo que, al abrir ésta, el sheriff lo ocultó detrás de ella.

—Buenos días, — dijo el sheriff.

—¿Qué ha visto usted del fugitivo? He encontrado delante de la puerta de su casa huellas de pisadas que no estaban esta mañana cuando vine... además ¿quién ha comido allí?

—Un hombre que me amenazó con dos revólvers, sheriff

—Es él — contestó el representante de la autoridad con enojo. — ¿dónde está?

—Aquí, — respondió Río Kid, saliendo de detrás de la puerta, con los dos revólvers en la mano y aplicando el caño de uno de ellos contra la nuca del sheriff al mismo tiempo que le ordenaba:

—Levante usted las manos, sheriff.

El sheriff obedeció la orden, visiblemente enojado, pero comprendió que toda resistencia en ese momento sería fatal para él.

—Ahora, sheriff, vuelvo a repetirle que yo soy inocente del crimen del que se me acusa; pero ya que ustedes me han transformado en un proscripto dispararé sin contemplaciones contra el primero que se me cruce por el camino Tan es así, que le aconsejo a usted que, sin pérdida de tiempo, vuelva usted al pueblo y se quede tranquilamente en su casa, si en algo aprecia su vida; porque cuando yo digo una cosa, siempre la cumplo

—Pero antes, — continuó diciendo Río Kid, — mientras el sheriff mantenía en alto los brazos, — me va a prestar usted sus revólvers, su cinto con balas y su caballo, todo lo cual he de devolverle oportunamente; porque no me agrada apropiarme de lo ajeno, y, por fin, no pierda usted el tiempo aquí, y salga inmediatamente al camino, pues de contar hasta cuatro y si después, no se halla usted lejos comenzaré a hacer fuego contra usted para apurarlo .. Salga...

El sheriff, rojo como una grana, salió al camino

—Uno

El representante de la autoridad se alejó a paso lento.

—Dos...

El sheriff no aumentó su velocidad, pensando en el decoro de su cargo...

—Tres...

Instintivamente el hombre apuró un poco más el paso.

—Cuatro...

Dos balas, que fueron a incrustarse en el suelo a pocos centímetros de los pies del sheriff, decidieron a éste a emprender veloz carrera, no tardando en desaparecer de la vista de Río Kid y del otro vaquero, que le siguieron con la vista.

Un minuto después Río Kid partía en dirección al rancho de Starbuck... Iba en busca de su fiel caballo...

DEMASIADO TARDE

Sobre las montañas de Squaw una luna en cuarto creciente, con color de plata, abríase paso entre las nubes, dejando caer una pálida luz en el profundo valle que existía en ese lugar, y por el que, entre frondosos pinos, serpenteaba un arroyo.

Era el valle en el que se hallaba situada la casa de Starbuck. El ganado de su establecimiento, lo mismo que el personal del mismo hallábase en esos momentos entregado al sueño.

Por el cañón que daba acceso al valle oíase un galopar de caballos. Era el sheriff de Pawnee Ford, acompañado por veinte hombres, quien en estos momentos penetraba en la región de Starbuck. Todos los miembros de la escolta llevaban en las manos su revólver, preparados para cualquier eventualidad, porque todos sabían que la tarea de perseguir a Río Kid no era en modo alguno fácil, por más que el joven proscripto de Texas era aun un desconocido, o poco menos, en el estado de Wyoming.

Jud Starbuck frenó su caballo al lado del sheriff señalando hacia la maleza que crecía en abundancia cerca de las parades del Cañón.

—Me parece que allí hemos de encontrarlo sheriff — dijo en voz baja — existe allí una cueva y puedo asegurarle que nuestro hombre se encuentra escondido en ella...

El sheriff lo miró con sospecha.

—¿Cómo lo sabe usted? — preguntó. — De existir allí una cueva, hay que admitir que ella está completamente oculta a la vista y que si Río Kid, que es un extraño en la región, la conoce, es porque alguno de sus vaqueros se la ha enseñado.

—No digo lo contrario — respondió Starbuck — usted sabe que todos los vaqueros se ayudan entre sí, máxime cuando se trata de que alguno de ellos es perseguido por los criadores de ovejas, y mis propios hombres me matarían sin duda, si llegaran a saber que he sido yo quien lo ha puesto a usted sobre la pista del prófugo.

Con estas palabras, Starbuck separóse del sheriff y de su banda, y, pocos minutos después, había desaparecido entre la maleza.

El sheriff de Pawnee Ford se apeó del caballo indicando a sus hombres la conveniencia de imitar su ejemplo.

—Tengan mucho cuidado — dijo — porque si ese vaquero se halla en ese lugar, estoy completamente seguro que estará con los ojos bien abiertos y un revólver en las manos, para repeler cualquier agresión. Además, recordarán ustedes que es muy listo en el manejo del revólver y sabe muy bien lo que le espera por haber asesinado a Billy Ward.

—Me parece que no volvería a usar el revólver si lográramos echarle guante — dijo Jim Ward.

—Tenemos que tratar por todos los medios de arrestarlo con vida: pero si opone resistencia no nos va a quedar otro remedio que contestar a la agresión, y, entonces, tiraremos a matarlo.

Respiró profundamente el sheriff, y después ordenó:

—Síganme.

Con el revólver en la mano, el hombre que encarnaba la primera autoridad de Pawnee Ford comenzó a abrirse paso entre la maleza en la dirección en que, según los informes suministrados por Starbuck se hallaba la misteriosa y oculta caverna.

Seguía al sheriff Jim Ward, y, después, los demás hombres.

Si Río Kid se hallaba aun en la cueva en que había sido ocultado por los vaqueros de Starbuck le sería imposible escapar de ella. Traicionado por Starbuck se hallaba en manos de sus enemigos.

Pero los hombres de Pawnee Ford sabían también que la captura no sería del todo fácil y todos los corazones latieron violentamente cuando fueron acercándose a la gruta, esperando cada uno de ellos escuchar de un momento a otro el estampido de las balas del revólver de Río Kid.

Río Kid, que a duras penas había podido escaparse de ser linchado en Pawnee Ford por un delito que no había cometido, no estaba dispuesto a caer nuevamente en manos de sus enemigos, por pocas que fueran las esperanzas con que contaba en su favor.

—Tengan cuidado — dijo el sheriff por fin, cuando llegaron delante de la cueva.

Todo era silencio y oscuridad en derredor.

En el interior de la cueva nada se movía, y por fin, el sheriff pudo ver en el suelo, los restos de una hoguera, que, al tocarlos, revelaron estar aun calientes.

—Si no está ya aquí, debe haber estado por lo menos hasta hace poco tiempo en esta cueva — dijo el sheriff — quizá duerma...

—Seguramente ha oído el ruido de nuestros caballos — dijo uno de los hombres.

El sheriff se hallaba agitado. Comprendía perfectamente el peligro que entrañaba entrar en una cueva, completamente oscura, sabiendo que en su interior se hallaba un hombre, que, revólver en mano, lucharía por su libertad sin compasión.

Por fin, Jim Ward penetró en el interior de la caverna, esperando ser recibido por un tiro: pero éste no se hizo sentir.

—Me parece que no está aquí — gruñó Jim Ward — debe habernos oído y se ha escapado a tiempo.

—Pero hubiéramos debido verlo huir — dijo el sheriff—la luz de la luna nos hubiera revelado su silueta.

—Bueno, sea como sea, el hombre no está aquí — prosiguió Ward, en tanto que

prendía una cerilla, iluminando todo el recinto.

—Traiga una linterna — ordenó el sheriff a uno de sus hombres, quien salió inmediatamente a buscar el objeto que le había sido pedido.

Al regresar a la caverna el sheriff revisó detenidamente el recinto, hasta convencerse de que el prófugo no estaba ya allí, por más que existían numerosos vestigios que ponían en evidencia que, efectivamente, una persona había acampado allí.

—Ese perro se ha escapado antes de que Starbuck viniera a revelarnos el lugar en que se hallaba oculto — dijo el sheriff.

—Pero no puede estar lejos — gruñó Ward.

Los hombres de Pawnee Ford salieron nuevamente de la cueva, decepcionados echando una mirada en derredor, convencidos de que el prófugo debía hallarse oculto entre aquellos gigantescos pinos que cubrían por completo las rocas; pero como en estas últimas no era posible seguir ninguna huella resultaba realmente imposible encontrarlo.

—Me parece que por el momento no podemos hacer nada — dijo el sheriff — pero nos dirigiremos al establecimiento de Starbuck y mañana, al amanecer revisaremos todo el valle, en esta forma debemos..

El sheriff interrumpió sus palabras al escuchar una voz clara que llegaba hasta ellos desde la peña opuesta:

—Buenas noches, caballeros.

RIO KID HABLA

Río Kid los estaba mirando con una sonrisa serena. El prófugo se hallaba oculto entre unas peñas en lo más alto de las paredes del cañón.

El lugar era de muy fácil defensa y un solo hombre hubiera sido capaz de mantenerse allí, hasta que se le terminaran las balas.

Cuando vió a sus perseguidores, Río Kid no pudo menos de saludarlos:

—Buenas noches...

—Es él — gruñó el sheriff.

Al escuchar las palabras, Jim Ward hizo fuego contra Río Kid y la bala fué a dar contra la roca a un metro escaso de la cabeza del prófugo.

—No van a ganar ustedes nada con eso, más que desperdiciar las balas — dijo Río Kid con una carcajada, contestando a la acritud de Ward.

—Baje de allí — acertó solamente a gritarle el sheriff, rojo de ira.

—Esta noche no me va a ser posible, sheriff — respondió Río Kid alegremente — casualmente me encuentro muy bien aquí. Además quiero advertir a ustedes que, si se empeñan en subir va a ser la última tentativa que puedan hacer en este valle de lágrimas.

El sheriff observó atentamente las rocas, no pudiendo distinguir a Río Kid, por más que sabía perfectamente que éste lo estaba observando a través de alguna hendidura en las rocas. Los demás miembros de la escolta pensaron en aquel momento la misma cosa, sabiendo perfectamente que Río Kid podía ultimarlos como si hubieran sido liebres de solo desearlo así.

—Creo que lo mejor que podemos hacer, sheriff — dijo uno de ellos — es salir de aquí lo antes posible.

Todos estaban de acuerdo con el que acababa de pronunciar estas palabras pero ninguno de ellos quería ser el primero en poner al galope su caballo sabiendo perfectamente que no tendría tiempo para ponerse a cubierto de los tiros, si Río Kid quería evitarlo.

Jud Starbuck los había conducido allí para que prendieran al prófugo, sin saber que aquello podía resultar para todos ellos una trampa fatal.

Pero lo que más asombraba a los hombres del sheriff era saber el motivo que había podido tener Río Kid para revelar su presencia en aquel lugar cuando, indudablemente, hubiera podido huir sin ser molestado por ellos.

—Sheriff — siguió diciendo Río Kid — tengo a ustedes en este momento en el lugar en que deseaba tenerlos, pues sabrán que ninguno de ustedes sería capaz de escaparse con vida de aquí si yo quisiera impedirlo. Pero es el caso que ustedes los criadores de ovejas no son contrarios dignos para mí. Solo quiero ahora decirles algunas palabrs y ustedes tendrán que escucharme.

—Canalla...

—Lo siento, sheriff, pero es el caso que se va a ver usted en la necesidad de escucharme, si no quiere oir hablar a mi revólver.

—¿Qué quiere usted decirnos?

—Lo que ya le he dicho una vez. Ustedes me han arrestado acusándome de haber dado muerte a Bill Ward cuando yo en verdad, jamás había visto ni oído hablar de ese hombre. Estuve a punto de ser linchado como consecuencia de esa actitud de ustedes. Pero no les guardo ningún rencor, porque todos podemos equivocarnos una vez. Pero les repito, yo no he asesinado a Bill Ward; pero en cambio sé quien ha sido el autor de ese crimen.

—Es usted un mentiroso — gritó Jim Ward — usted ha sido el autor de la muerte de mi hermano y yo he de hacerle pagar ese crimen.

—Si es usted el hermano de Bill comprendo que se exteriorice usted en esos términos; pero voy a decirles ahora la verdad. El hombre que asesinó a Ward se escapaba de ustedes cuando yo me encontré con él en el camino y le presté mi caballo, para que pudiera darse a la fuga. Por cierto cometí una locura al hacerlo; pero en ese momento no conocía al criminal, quien es Starbuck.

—Starbuck — gritó el sheriff.

—Como lo oye.

—Maldito...

—Cuidado con los insultos, sheriff, si no quiere usted que le haga callar con mi revólver. Solo quiero decir a ustedes la verdad y no me agradaría tener que emplear para con ustedes medios violentos, porque

francamente, los tiradores de ovejas no valen para mí la pena de dispararles un tiro.

Los hombres de Pawne Ford gruñeron ante este insulto.

—Ya me las va a pagar usted de todos modos — gritó Ward.

—Nada tengo yo que pagar — contestó Río Kid — vine a estas montañas, para que me devolvieran nuevamente mi caballo, seguro de que hallaría simpatía por parte del hombre, cuya miserable vida había salvado. Pero veo que me he equivocado y que es un canalla en toda la línea que solo ha pensado salvar su vida, al traicionarme, para que yo perdiera la mía y no pudiera delatarlo.

Jim Ward no quiso obedecer la orden impartida por Río Kid, tratando de escalar la roca en que éste se hallaba; pero pronto hubo de convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos.

—¿Es cierto eso? — preguntó el sheriff.

—Puedo jurarlo. — respondió Río Kid, — y ahora, si quieren ustedes buscar camorra conmigo, los invito a que lo hagan.

Los hombres de Pawnee Ford se miraron en silencio. Sabían que Río Kid solo había podido subir a aquellas rocas, llevando su caballo por las bridas; pero si ellos intentaban seguir su ejemplo, su muerte sería segura.

—Lo mejor será escapar mientras tengamos tiempo de hacerlo, — dijo uno de los hombres, porque si ese individuo comienza el fuego, estamos perdidos.

—Yo voy por él, — dijo Ward.

—No le conviene, — dijo el sheriff; — cuando apunte el día, lo buscaremos... ahora, es demasiado peligroso...

Pero Ward no quiso escucharlo. Se apeó de su caballo, escalando la ladera; pero antes de que hiciera pocos pasos, sonó un tiro y el hombre cayó de bruces al suelo...

Si los hombres de Pawnee Ford habían dudado por un momento, ahora parecían estar convencidos, pues de inmediato tomaron la retirada.

—Lleven con ustedes a ese hombre, — les gritó Río Kid; — no he querido herirlo mucho, sino que solamente he querido demostrar a ustedes la sinceridad de mis palabras... Nosotros en Texas, sabemos muy bien cómo deben manejarse los revólveres...

El sheriff levantó a Ward quien, efectivamente, sólo presentaba un rasguño en la frente, y los hombres de Pawnee Ford desaparecieron poco tiempo después, mientras que Río Kid, con una carcajada, dirigíase a su caballo.

— Y ahora, compañero tenemos que escapar lo más pronto posible; sino queremos caer en sus manos cuando amanezca, — díjole, como si se hubiera tratado de otro hombre.

En efecto, cuando el sheriff y sus hombres buscaron al prófugo en el valle a la mañana siguiente, éste se hallaba ya a considerable distancia.

PRISIONERO

Cuando Jud Starbuck bajó aquella noche el sendero de la montaña después de haber traicionado al hombre que le había salvado la vida sintió por un momento que un escalofrío le recorría la médula; pero, cuando después recapituló el giro que habían tomado los acontecimientos, no pudo menos de felicitarse por su buena suerte.

Mientras que Río Kid había estado libre, siempre existía el peligro de que algún día se conociera al verdadero asesino de Billy Ward; pero si el muchacho caía en manos de los hombres del sheriff y si pagaba con su vida aquel delito de que se le acusaba inocentemente, todo peligro habría desaparecido para él.

Por este motivo puede comprenderse el disgusto que ocasionó a Starbuck el saber a la mañana siguiente que el muchacho había logrado fugarse.

Pero no era solamente eso lo que le intranquilizaba, sino que, siendo un malvado hasta el alma, el hombre comenzó a temer que Río Kid pudiera vengarse de él, disparándole algún tiro desde detrás de una roca, ya que, sabiendo que todos los pasos se hallaban vigilados, era imposible creer que el joven hubiera podido alejarse de las montañas de Squaw.

Por este mismo motivo, Jud Starbuck no se había atrevido jamás a arriesgarse solo por la montaña en aquellos días; pero jamás creyó que caería en manos de su enemigo, cuando cabalgaba tranquilamente por el camino que conducía de su rancho hasta el pueblo, y sólo logró convencerse de que algo anormal acontecía, cuando, repentinamente, sintió que un lazo pasaba por sobre sus hombros y le sujetaba un minuto más tarde fuertemente los brazos al cuerpo, en tanto que Río Kid aparecía de detrás de unos árboles, sosteniendo el extremo del lazo.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Nada, compañero: sólo quiero demostrarle que no es posible traicionar impunemente a un hombre cuando se le debe la vida...

—¿Y qué quiere decir usted con eso?

—Ya lo verá...

Unos momentos después, Jud Starbuck encontróse fuertemente sujeto con el lazo y amordazado con el echarpe de Río Kid, quien lo ocultó en medio de la maleza, donde también se hallaba su caballo hasta que, cuando la noche tendió nuevamente su manto sobre la región, el joven proscripto de Texas lo ató a su fiel caballo, comenzando con el la ascensión de las montañas, siguiendo numerosos desfiladeros, hasta llegar a una casucha primitiva que Río Kid había construído desde que escapara de las manos del sheriff.

Allí, el muchacho se detuvo, y bajando a Starbuck del caballo, hízolo entrar en la vivienda, volviendo a cerrar la puerta detrás de sí.

Todo era oscuro en aquella casa, y Jud Starbuck trató inútilmente de averiguar lo que Río Kid intentaba hacer con él puesto que el muchacho, una vez depositado en el suelo el prisionero había vuelto a salir, perdiéndose poco a poco el ruído de sus pasos en el silencio de la noche...

EL CRIMEN SE ESCLARECE

El sheriff de Pawnee Ford y tres de sus hombre se hallaban cansados de la prolongada búsqueda del fugitivo, y, en aquel sol de mediodía, se sentaron a descansar a la sombra de unos pinos, no tardando dos de ellos en quedar profundamente dormidos.

Sólo el sheriff y Jim Ward permanecieron despiertos.

De repente, y antes de que pudieran reponerse de su asombro apareció de detrás de una roca cercana un sombrero Stetson, e inmediatamente después, la cara de Río Kid, quien, con un revólver en cada mano, les impuso a que levantaran las manos para desarmarlos, lo mismo que a los dos dormidos, a quienes despertó con un grito, echando todas las armas a un precipicio.

—Señores — dijo entonces el proscripto — ya ven ustedes que no es tan fácil atraparme como han creído ustedes hasta ahora, y, al mismo tiempo, ya habrán podido convencerse de que, si yo lo hubiera querido, hubiera podido deshacerme de ustedes dos. Pero no es ese mi propósito. Quiero obligar a ustedes a que sepan la verdad de lo que ha ocurrido, aunque no quieran saberla. Por esa razón, ordeno que ustedes dos salgan inmediatamente de aquí, con los cuatro caballos y les doy justamente cinco minutos para ponerse fuera del alcance de mis balas, mientras que usted, sheriff, y usted, Ward, han de seguirme, no sin antes permitirme que les ate las manos y los amordace. Ustedes comprenderán que se trata de una precaución de mi parte y no lo tomarán a mal cuando lleguen a saber el propósito que me guía.

Dicho y hecho. Pocos minutos después, el sheriff y Jim Ward, guiados por Río Kid, iban subiendo la cuesta de aquella cadena de montañas, por el mismo camino que siguiera un día antes Jud Starbuck, hasta que, ya rendidos, sintieron un verdadero alivio, al manifestarles Río Kid que podían sentarse dando las espaldas a una enorme ro-

ca, en tanto que él se alejaba sin dar ninguna otra explicación...

Ante la vista de los dos prisioneros solo se hallaba un conjunto de enormes rocas, y ninguno de ellos, a causa de la peña a que daban la espalda, logró ver la casilla de Río Kid, quien en verdad solo se hallaba a muy corta distania, ni tampoco pudieron observar como el joven proscripto sacaba de ella a Jud Starbuck, conduciéndolo también hasta la roca, con la espalda vuelta hacia ella pero por el lado opuesto al que se hallaban el sheriff y Jim Ward. Pero, poco después, llegaron a sus oídos con toda claridad, las palabras que en forma de confesión involuntaria del verdadero autor del crimen de Billy Ward, iban a poner en evidencia la inocencia de Río Kid.

—Párese contra esa roca — oyóse decir a Río Kid

—¿Acaso me quiere usted fusilar.

Esta última voz, según pudieron comprobar inmediatamente, pertenecía a Jud Starbuck.

Comienza hoy en PUCKY la publicación de la gran novela de intriga, drama, misterio y emoción

EL GRAN SECRETO

escrita por el autor de

DETRAS DE LA PUERTA CERRADA

—¿Y que más merece teniendo en cuenta que después de haberle yo salvado la vida prestándole mi caballo para que pudiera huir después de haber asesinado a Billy Ward, me recompensó usted delatándome y traicionándome? ¿Cree usted que otro hombre, que no fuera un canalla como lo es usted, sería capaz de acusar a un inocente en la forma que lo ha hecho usted?

—Yo no lo he acusado... El sheriff creyó que usted era el culpable, y yo no iba a ser tan tonto de decirle que yo había sido el autor, cuando estaba convencido de que usted lograría escaparse... pero ahora, estoy dispuesto a ponerle a usted una escolta, para que pueda usted salir de estas montañas sin ser molestado, y, además, puedo darle una buena suma de dinero...

—Yo no necesito ninguna escolta, ni tampoco dinero... pero no he de irme dejando que en esta región crean que he sido el autor de un asesinato tan vil, como el que ha llevado usted a cabo al matar a Billy Ward, sabiendo que estaba indefenso...

—No sabía que no usaba armas...

—Eso lo podrá usted decir a otro.

—Bueno, yo le ayudo a escaparse. . ¿Qué puede importarle después lo que crean los criadores de ovejas?

—Y yo no acepto su proposición, y, en cambio, le propongo que me siga usted — dijo Río Kid

---

Un momento después, Jud Starbuck y Río Kid daban la vuelta a la roca, encontrándose cara a cara con el sheriff y Jim Ward, quienes habían escuchado todo el diálogo...

Río Kid sacó, entonces, las mordazas a éstos últimos, y les preguntó:

—¿Están ustedes ahora convencidos de mi inocencia?

—Seguramente — respondieron ambos — entrégueme usted a Starbuck y váyase tranquilo..

—No — dijo Río Kid — es el canalla más cobarde que he conocido en mi vida, pero quiero darle una oportunidad para salvar su vida; porque hasta con los coyotes hay que tener lástima... Y usted Starbuck, póngase a salvo mientras pueda, pues dentro de diez minutos, desataré a estos hombres para que le persigan...

Como siempre, las palabras de Río Kid fueron de ley, y diez minutos después, apenas desatados, el sheriff y Jim Ward perseguían a la carrera a Jud Starbuck sin pensar ya siquiera en la culpabilidad de Río Kid, aprovechando los desfiladeros menos conocidos y la obscuridad de aquella noche, abandonó para siempre a las montañas de Squaw, con el corazón aligerado y sin preocuparse más de la suerte del asesino de Billy Ward.

(Continuará)

LA MUERTE EN "TEJAS GRISES"

Por GERARD FAIRLIE

CUAL es el secreto del moribundo Rendel? ¿Qué es lo que sabe?... Un extraño y siniestro misterio se desarrolla entre las paredes de "Tejas Grises"; su solución es realmente inesperada.

NO PIERDA ESTA EMOCIONANTE Y DRAMATICA NOVELA QUE APARECERA EN BREVE EN

Pucky

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

AQUELLA compuerta tenía tres cerraduras, cuyas llaves acostumbraba a llevar consigo el xerife. Por consecuencia fué necesario forzar aquellas cerraduras, lo que consiguió Ayelah, después de algún tiempo, valiéndose de un puñal fuerte y corto que se encontró en el aposento, entre las armas de Sydi Juzef.

Una vez abierta la compuerta, quedó franca una estrecha y corta escalera, por la que se bajaba a una pequeña cueva. En aquella cueva, ruinosa e infiltrada de humedad había seis grandes cofres de roble tallado con arabescos y ceñidos con abrazaderas de hierro. Cada uno de aquellos cofres tenía dos candados fuertes, que resistieron a las fuerzas de Mirian y de su esclava, siendo necesario llamar a Kaimo.

Los puños de hierro del negro fueron más fuertes que los candados. Uno tras otro, los doce candados de los seis arcones fueron retorcidos, descerrajados, arrancados. Los cofres quedaron abiertos. Estaban llenos de dinero. Era aquel un tesoro acumulado por Sydi Juzef durante diez y seis años, en que todo el imperio había contribuído con cuantiosas limosnas al mantenimiento del santo anacoreta, a cambio de recetas y oraciones. Todas las monedas que llenaban aquellos enormes cofres, eran de oro. Mirian era poseedora de inmensas riquezas, superiores a las que podía reunir el sultán, porque su padre había recibido constantemente mucho y había gastado muy poco, porque las ricas alhajas y las hermosas telas que tenía Mirian habían sido donativos de las moras ricas de todo el imperio, que en sus apuros habían recurrido al favor del cielo por medio de la intercesión de Sydi Juzef.

Los mulsumanes se distinguen principalmente por su ciego fanatismo y por la fe que tienen en el poder milagroso de sus santones. Un santón, por oscuro que sea, es una eminencia temible entre los moros. En Marruecos no se hace nada sin la intervención de los santones. El poder real es nulo contra ellos. Sin ellos, sin su aquiescencia, no existe el poder real. El primero, pues, el más influyente de los santones, es un hombre que, como lo había sido Sydi Juzef, lo tiene todo al alcance de su mano.

—No sabía yo que mi padre era tan rico — dijo con alegría Mirian.

Y no se alegraba Mirian de poseer aquel inmenso tesoro porque fuese avara, sino porque el dinero es el poder, y tenía delante de sí, en aquel oro, una inmensa cantidad de poder. Como mejor se afirman las proclamaciones es repartiendo oro entre los proclamadores.

—Mañana al amanecer — dijo Mirian a Kaimo, — repartirás una dobla vieja juzefina a cada uno de los creyentes que se han levantado por mi bandera.

—¡Pero, señora, considerad que hay más de sesenta mil moros montaraces acampados en la llanura!

—Sesenta mil doblas menos.

—Con una dobla se mantiene en la guerra un jinete durante un año.

—No importa; que los que me sigan conozcan la riqueza y el poder de su sultana.

—Como quieras, luz del cielo.

—Necesito, además, una gran tienda de paño rojo en el interior, de pelo de camello en el exterior, alfombras y divanes para esa tienda: una tienda de sultán.

—Enviaré algunos jinetes por ella a Mogador.

—Quiero, además, cien tiendas ricas, para mis caudillos y para las gentes de mi servicio.

—Muy bien, sultana.

—Quiero, además, una guardia de cien jinetes negros escogidos.

—Si los pagas bien, señora, tendrás los tres mil esclavos de la guardia negra, con los cuales se ha encerrado el sultán Sydi Ahtmed en Larache.

—¿Y cómo entenderse con ellos?

—Yo mismo iré a comprarlos.

—¡Tú! Pero expones tu cabeza, Kaimo, y yo estimo tu lealtad y tu amor.

—Yo volveré a tí, no sólo con mi cabeza, sino con tres mil cabezas más, y más negras que la mía; puede suceder que entre esas cabezas te traiga yo la de Sydi Ahtmed, pero separada de los hombros.

—¿Para que quiero yo su cabeza, si me basta con su corona?

—Pero las coronas se pegan tanto a la cabeza que las ciñe, que cuando se tira con

fuerza de la corona, la cabeza se viene detrás.

—Sea lo que quiera la voluntad del Altísimo — dijo Mirian; — cuenta esas sesenta mil doblas, y entrégalas a mis soldados; después, con una taifa de jinetes moriscos, ve a Mogador, compra lo que te he encargado, y tráete contigo cien camellos de carga.

Y después de estas palabras, Mirian, que confiaba ciegamente en la fidelidad de Kaimo, le dejó junto a aquel tesoro y se volvió con Ayelah a cuidar al herido.

Pasaron algunos días. Dos formidables ejércitos estaban el uno a la vista del otro, en los arenales de la costa, a uno y otro lado de la ciudad de Larache. Dentro de Larache estaba Sydi Ahtmed, sitiado por tierra y esperando socorros por mar. En el mar, desde Larache a Tánger, cruzaba todavía tenaz, para recoger a los fugitivos que quedasen de la batalla de Alcazarquivir, la flota portuguesa, al mando del almirante Diego de Sousa. Cinco hombres solamente pudieron salvarse y llegar a las naves, llevando la triste noticia de la derrota que había tenido lugar dos leguas tierra adentro. El almirante esperó algunos días más, y viendo que en la costa sólo aparecían moros, y que toda Africa, según apariencias, se había agrupado a aquellas playas, tomó el rumbo para Lisboa, abandonando aquella región, que tan funesta acababa de ser para Portugal.

Entretanto, el ejército de Mirian acometía inútilmente a Larache. Sus baterías de tierra rechazaban con una mortandad horrible a las kabilas que las asaltaban en tropel. Al mismo tiempo, el ejército del sultán, que había contramarchado desde Fez y llegado a la vista de Larache, pretendía en vano dar un combate cada día, arrollar y vencer a las tenaces e indomables kabilas que sitiaban a Larache, y éstas, a su vez, acometían en vano el formidable ejército de Sydi Ahtmed. Entrambos ejércitos conservaban tenazmente sus campamentos, y en el espacio comprendido entre ellos se daba cada día una sangrienta batalla.

El ejército de Sydi Ahtmed tenía sobre el de Sayda Mirian la ventaja de una numerosa y excelente artillería; pero estaba sin pagas, porque Sydi Ahtmed no había reinado lo bastante para tener tesoros a costa de sus vasallos. En esto le llevaba una gran ventaja el ejército de Sayda Mirian, que estaba admirablemente pagado y mantenido, gracias a los tesoros que el fanatismo había acumulado en las arcas de Sydi Juzef. El norte del imperio se mantenía fiel a Sydi Ahtmed, y le enviaba, sin cesar, contingentes y socorros. Pero la parte del mediodía disputaba el derecho del xerife Sydi Juzef, y pedía venganza por su muerte contra Sydi Ahtmed. Aben-Sharlar había demostrado que era tan buen general en tierra como buen marino a bordo de su galeota. No había podido derrotar el ejército de Sydi Ahtmed, pero le había resistido y mantenido incomunicado al sultán con su ejército, poniéndose entre éste y Larache, donde con muy poca gente sostenía una resistencia heroica Sydi Ahtmed.

Mirian, entretanto, vivía en una magnífica tienda en el centro de las kabilas armadas. Esta tienda estaba rodeada de una fuerte trinchera, guarnecida por veinte mil hombres entre los más feroces y aguerridos de las distintas kabilas. Por veinte mil tigres que se hubieran dejado degollar antes que nadie penetrase en la tienda de la sultana. El morabito de Ain-Al-Mokazen había quedado completamente abandonado y cerrado. El insoportable hedor del cercano campo de batalla de Alcazarquivir y el temor de un contagio habían sido causa de su abandono.

Cuando Mirian salió del morabito para trasladarse al campamento al frente de Larache, había llevado consigo y cerca de sí una silla de manos cerrada, y conducida por ocho esclavos. Tal era su enorme peso. Lo cerrado de esta silla, su peso extraordinario y el no separarse jamás de ella Mirian, había hecho creer a todos que en ella se conducía lo más rico del tesoro de la sultana. Y no se equivocaban, porque para Mirian valía más que un tesoro lo que la silla conducía. Esto es, su cristiano herido, que estaba ya completamente fuera de peligro y en estado de poder sufrir una trasladación. Para engañar con su peso enorme a los esclavos, bajo el asiento de la silla de manos se había puesto una cantidad de doblas de oro. El resto de las riquezas de Mirian había sido llevado por camellos. Cuando se armó la tienda real, la silla de manos fué metida dentro de ella, y Mirian la abrió por sí misma, no teniendo en su compañía más que a Ayelah y a Kaimo, que guardaba la entrada del compartimiento de la tienda adonde se había llevado la litera.

Describamos la tienda de Mirian. Era enorme. Consistía en un gran cuadrado, dividido en nueve cuadros separados entre sí por fuertes telas de pelo de camello forradas de ricas sedas. Es decir, en el centro de la tienda había un espacio cuadrado rodeado por otros ocho espacios completamente semejantes. Al espacio del centro no se llegaba inmediatamente después del primer espacio, donde se abría la puerta interior de la tienda. Al frente de esta puerta sólo había una división tirante y fuerte, cubierta por un rico tapiz sin abertura alguna. Las entradas al interior estaban a la derecha y a la izquierda. Por la entrada de la derecha se llegaba a otro espacio cuadrado, que recibía luz por el frente de su entrada de un ventanillo abierto en la tela de la tienda a la parte exterior; por la izquierda de ese segundo espacio se pasaba a un tercer espacio completamente oscuro; por la izquierda de este tercer espacio se entraba al espacio del centro, que recibía la luz por cuatro aberturas practicadas en la parte superior de la tienda. Este espacio estaba adornado por unas magníficas alfombras de oro y seda, divanes de terciopelo bordado, tapices, mesas, lámparas orientales, espejos de Venecia, perfumeros, pieles de león y pantera alrededor de los divanes, y en el centro, una preciosa mesa re-

donda, muy baja, labrada, de madera y metales preciosos, y sobre ella un jarrón de oro del más puro gusto árabe siempre coronado por flores frescas, aunque silvestres. En esta preciosa habitación vivía encerrado y como cautivo el misterioso herido, el rey o el soldado, pero siempre el bello y el valiente. Los otros espacios a que se entraba por la izquierda del primer espacio de la tienda comprendían la habitación de Ayelah, primero; después, la de Mirian, por último, los tres restantes contenían el tesoro de la sultana. En lo alto de la tienda real ondeaba el estandarte verde de Mahoma, que solo podían usar sus descendientes los xerifes. Este estandarte y algo de la parte superior de la tienda real era lo único que podía verse desde afuera, y decimos desde afuera porque la tienda estaba rodeada de una doble y altísima estacada revestida de tierra, que impedía las miradas de los curiosos. Más allá de esta doble estacada, comprendiendo un gran espacio, había una fuerte trinchera con anchos fosos, y en cada uno de los lados del cuadro determinado por la trinchera había doce cañones de bronce de grueso calibre. Estos cañones eran los doce tomados a los portugueses que el sultán Sydi Ahtmed había dejado en Alcazarquivir. Más allá había todavía otro gran recinto determinado por una estacada. En este primer recinto, hasta los fosos y las trincheras había veinte mil moros montaraces de las kabilas, al mando de sus respectivos santones y armados todos de espingardas y gumias. En el segundo recinto, es decir, desde los fosos y las trincheras hasta la doble estacada que rodeaba la tienda real, había cuatro mil jinetes escogidos, con lanza, yatagán y espingarda. Entre estos jinetes, y de trecho en trecho, se veían las tiendas de Aben-Shariar, de los doce santones principales que formaban el menxuar o consejo de la sultana, y las de los demás individuos de la servidumbre. A la doble entrada de la estacada había una guardia compuesta de negros, que no dejaba pasar a nadie como no fuese por una orden terminante de la sultana transmitida por medio de Kaimo, que, por la elevación de Mirian, había llegado a ser un gran personaje. Como que era la persona más inmediata a la sagrada persona de la sultana. Ayelah, por lo mismo, había llegado a ser una persona de tal categoría, que el más alto y el más rico de los caudillos que seguían a Mirian se hubiera creído honrado y feliz si la sultana le hubiese dado por esposa a su doncella favorita. La llave de la poterna que cerraba la entrada más próxima a la tienda real estaba siempre pendiente de la correa que ceñía la túnica beduina de Kaimo. Este, por su parte, estaba siempre tendido y vigilante como un perro, en el primer espacio de la tienda

Era, pues, muy difícil, aunque Sydi Ahtmed hubiese tenido un formidable ejército, apoderarse de la tienda real de Mirian. Estaba colocada en una eminencia fuertemente atrincherada, y defendida, no sólo por los veinticuatro mil hombres que se acampaban en su triple recinto, sino por una muchedumbre inmensa de las kabilas de cerca y de lejos, cuyo número era difícil calcular y que se aumentaba diariamente. Esto no impedía el que todos los días hubiese un reñido combate entre parte del ejército de Mirian y parte del ejército de Sydi Ahtmed, combate que terminaba por retirarse cada una de las partes a sus respectivos campamentos. Pero ello era que siempre estaban tronando el cañón y la espingarda. Aquella gente brava no podía estar viéndose sin llegar a cada momento a las manos.

En vano se habían intentado ataques formales contra Larache. Larache era entonces una plaza de primer orden y estaba bravamente defendida. Además de esto, el ejército de Mirian se encontraba entre los muros de Larache y el mar y el ejército de Sydi Ahtmed. Todo lo que podía hacer era impedir que el ejército de Sydi Ahtmed entrase en Larache, o que Sydi Ahtmed saliese para unirse a su ejército. Sydi Athmed esperaba su marcha para salir de Larache por la parte del mar, reforzar su ejército, ponerse a su cabeza y probar una batalla decisiva contra su hermosa competidora, de la que, como sabemos, estaba locamente enamorado, y de la que había acabado de enamorarle su bizarría en ponerse al frente de un ejército para disputarle la corona. Mirian estaba dispuesta, por su parte, a todo. Quería una corona para el hombre a quien amaba, para el hombre a quien creía el rey de Portugal.

Entretanto pasaban y pasaban los días. Ni uno ni otro ejército obtenía una ventaja decisiva sobre su enemigo. Se prolongaba el tiempo y la escuadra de Sydi Ahtmed no llegaba. Expliquemos la causa de esta tardanza. El emperador de Marruecos nunca ha tenido una escuadra propiamente suya: es decir, una escuadra de barcos de rey, como se decía en aquellos tiempos, pero era, a pesar de esto, dueño de la Marina más formidable de Europa. Y decimos de Europa, porque los buques piratas marroquíes se encontraban siempre ejercitando sus rapiñas sobre las costas europeas del frente de Marruecos.

Hoy el pirata argelino, el tunecino, el marroquí, han desaparecido; la Marina de guerra de todas las naciones que hacen con el Africa un comercio cualquiera y la conquista de Argel, han dado al traste hace muchos años con la piratería de los mares de Levante. Pero entonces, a pesar del empeño con que Carlos V había perseguido a los piratas, a pesar de que Felipe II había continuado con todo su poder aquella persecución, la piratería musulmana estaba pujante: en vano el emperador de Túnez había exterminado la terrible escuadra de Aradino Barbarroja: en vano en Lepanto había sido exterminada la formidable liga de piratas que contra la santa liga había congregado en torno de su casbá el tremendo Bajá; la piratería, después de cada uno de estos desastres, renacía con más fuerza y continuaba la misma inseguridad en las playas europeas del Mediterráneo, y continuamente se escuchaba la triste noticia de barcos apresados por los piratas moros. Los soberanos musulmanes de Marruecos, Túnez, Trípoli, Argel, Egipto y Turquía no tenían otra escuadra de guerra que estos barcos piratas, que estaban obliga-

dos a acudir al llamamiento del señor. Pero cuando llegaba este caso, desde el llamamiento a la reunión de las fuerzas marítimas necesariamente pasaba mucho tiempo. Esto mismo sucedía entonces: Sydi Ahtmed había enviado a todos los puertos de su imperio órdenes terminantes, y ya se le habían presentado los corsarios que por más próximos habían podido recibir entonces las órdenes del sultán; pero el número de los llegados era insuficiente: Sydi Ahtmed necesitaba sacar de Larache su artillería sus cautivos de Alcazarquivir y sus tres mil excelentes esclavos de la guardia negra, y como generalmente los buques corsarios, para llenar sus indispensables cualidades de ligereza y de poco calado, para acercarse a todas las playas y entrar en todos los abrigos, eran pequeños de aquí que se necesitaba un gran número para embarcar los cuatro mil hombres entre cautivos y soldados que tenía consigo Sydi Ahtmed, y el inmenso botín de la batalla de Alcazarquivir.

Por todas estas razones había pasado más de un mes desde que Sydi Ahtmed había sido cercado entre el mar y el ejército de Sayda Mirian. En este tiempo el cristiano herido, prolija y cuidadosamente cuidado por Mirian, se había restablecido, y su estado era tal, que dentro de poco tiempo debía recobrar sus fuerzas y su salud por entero. Las heridas habían sido perfectamente curadas, y ninguna de ellas hacía temer que se recrudeciesen ni que afectasen con lesión alguna el organismo del cristiano.

Mirian estaba a un mismo tiempo loca de alegría y poseída de una ansiedad terrible. Aquel misterioso personaje era hermoso, gallardo, noble y apasionado. Aunque ninguno de ellos comprendía el idioma del otro, hay, sin embargo, un lenguaje general para todos los hijos de Adán: el lenguaje del alma, hablado por los ojos, por los movimientos, por los suspiros. El cristiano, desde el momento en que volvió a la vida y abrió los ojos, comprendió que aquella hermosísima niña que se inclinaba pálida y anhelante sobre su lecho, sobre su faz, le amaba. Y sin duda aquel hombre no había amado nunca, ni nunca había sido amado, porque el amor de Mirian fué para él lo que es para el ciego de nacimiento que adquiere la vista la revelación de la luz.

Mirian no necesitó de palabras ni de promesas para comprender que aquel hombre tenía el alma virgen. Lo comprendió, a pesar de que ella tenía el alma virgen también. Lo comprendió, porque hay en nuestra alma un sentimiento delicado, un sentimiento misterioso, que nos revela y nos hace comprender con una sola impresión cosas de que no tenemos conocimiento alguno. El cristiano, pues, y Mirian se amaron, porque se comprendieron recíprocamente de esa poderosa manera que determina el amor; se amaron porque la situación del uno había colocado al otro en una situación idéntica, en una situación fuertemente excepcional. El sentía todo el peso de su situación. Vencido, herido, doliente, en poder de sus enemigos, lejos de su patria. La mujer, cuando ama, y con una abnegación que rara vez se ve en el hombre, se sacrifica con los sufrimientos del ser amado, los absorbe, los padece, los siente con más fuerza aun que el que es víctima de ellos. Mirian sufría completamente el estado moral del cristiano. Había adivinado sus padecimientos y los absorbía. Según ella, había perdido un reino; se encontraba cautivo, en tierra extraña, lejos de su madre, de sus parientes, de sus amigos, de su patria. Pero no lejos de la mujer de su amor. Porque a las primeras miradas a las primeras expresiones del semblante del cristiano, había comprendido que era amada.

Mirian había querido salir de dudas. Según lo que ella misma había visto, habían caído en la batalla de Alcazarquivir dos hombres exactamente parecidos, que habiendo sido encontrados desnudos, muerto el uno aparentemente muerto el otro, no se había podido poner en claro cuál de ellos era el rey, cuál el soldado. Mirian había retenido perfectamente en la memoria los nombres de aquellos dos hombres que había oído a Francisco de Aldana. El uno se llamaba D. Sebastián, rey de Portugal. El otro era español y se llamaba Gabriel de Espinosa. Ella creía por altivez, y no sabemos por qué misterio, que su herido era el rey D. Sebastián. Había creído ver la majestad de un rey en los rasgos fisonómicos del herido. Pero Mirian estaba dotada de una gran rectitud de juicio, y comprendió que podían engañarla las apariencias o el deseo. Francisco de Aldana, que hubiera podido sacarla de dudas y servirla de intérprete para con su amado, había sido víctima de la peste negra, que empezaba a cundir en la comarca. No era muy fácil encontrar otro que pudiese sacarla de dudas, como no fuese alguno de los cautivos de la batalla de Alcazarquivir y Sydi Ahtmed tenía demasiado guardados a aquellos cautivos. Mirian se puso, para probar su amor, en la situación de creer que aquel hombre no era el rey, sino el vasallo; que no era el rey D. Sebastián, sino el soldado Gabriel de Espinosa. Y al examinar su corazón comprendió que para su corazón aquel hombre no tenía nombre, y que le amaba con toda su alma, ya fuese don Sebastián, ya Gabriel de Espinosa, ya ninguno de los dos.

Quiso, sin embargo, probar. Un día en que los dos amantes se miraban de hito en hito, se acariciaban con los ojos, se adormían el uno en la mirada del otro, Mirian dijo:

—¡Don Sebastián!... ¡Rey!

Pasó algo terrible, algo sombrío, algo letal por la mirada del herido; parecía que su alma entera se había conmovido, pero como se conmueve el alma de un hombre al escuchar el nombre de su enemigo, y de un enemigo a muerte.

—¡Don Sebastián, no! — exclamó, haciendo con la cabeza, con las manos, con todo su ser, un enérgico movimiento negativo.

—¡Gabriel de Espinosa! — dijo Mirian.

Palideció el cristiano como si hubiese escuchado una voz de la eternidad; tomó la actitud de abatimiento más profunda e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Gabriel de Espinosa? — repitió la jo-

AVENTURAS de SEXTON BLAKE

LA ISLA FANTASMA

Por GILBERT CHESTER

ACOSADO por la miseria, Fenton, ex aviador de la Guerra Mundial, acepta una comisión sospechosa de uno de los que fueron sus camaradas, el espía Hansen. Este muere trágicamente y Fenton se ve envuelto en una serie de dramáticas aventuras, en las que también interviene Sexton Blake, evitando un crimen monstruoso con su valor habitual. Las situaciones emocionantes abundan en esta fuerte novela que aparecerá en el próximo número de

PUCKY

ven, pronunciando de una manera trabajosa, pero inteligible, la frase.

—¡Gabriel de Espinosa, sí! — respondió con voz apenas perceptible el cristiano, haciendo al mismo tiempo con la cabeza un ademán afirmativo.

Mirian tomó la pluma y escribió algunas palabras que presentó al cristiano. El cristiano la hizo comprender que no comprendía los caracteres árabes de aquella escritura. A su vez tomó la pluma y escribió algunas palabras con caracteres romanos. Mirian no comprendía tampoco aquella escritura. Se necesitaba un intérprete. ¿Y cómo y dónde podía encontrarse un intérprete a quien pudieran confiarse las inteligencias de dos enamorados, siendo la una parte doncella musulmana? Hubieron al fin que satisfacerse por hablar por señas.

Recíprocamente se habían enseñado las significaciones, en sus respectivos idiomas, de las cosas con que se ponían en contacto de lo que veían, de lo que sentían. El, sol, la luna, la noche, el día, las horas, las letras, los objetos que los rodeaban, y sobre todo la palabra amor. Ella se desesperaba como una niña loca cuando tardaba demasiado en comprender la correspondencia de una palabra con un objeto o un sentimiento y él, a su vez, mostraba lo irascible de su carácter, conteniéndose a duras penas cuando se encontraba en el mismo caso. Esta lentísima enseñanza recíproca era continua. Mirian no se separaba del cristiano sino para dormir seis horas; al amanecer estaba otra vez a su lado. Y era tan intenso el amor de los dos, tan puro por su intensidad, que el más rígido morabito que hubiese presenciado oculto aquellas largas entrevistas, aquella vida casi común, nada hubiera encontrado ni aun ligeramente reprensible en la conducta de entrambos jóvenes. Es necesario no olvidarse de que ella apenas contaba diez y siete años. Que él apenas tenía veintidós. Es decir, que estaban en la edad de esos poéticos y purísimos amores que se alimentan por sí mismos.

Pero el amor tiene un objeto y un fin. Mirian quería por esposo al cristiano, y encontró medio de significarle el deseo de su amor, enlazando sus largas trenzas alrededor de su cuello, y haciéndole comprender de una manera mímica que aquella unión no debía romperse sino por la muerte. El cristiano asió con transporte las manos de Mirian, las estrechó dulcemente asidas en una de sus manos, y levantando la otra y señalando con su índice el cielo, dijo:

—¡Dios!

—¡Allah! — respondió Mirian.

—¡Dios Allah! — dijo el cristiano uniendo las dos palabras.

—¡Ah! ¡Dios, Dios! — repitió Mirian.

—¡Gabriel, Mirian! — dijo el cristiano uniendo estos dos nombres.

—¡Sí, sí! — dio Mirian, supliendo estas dos afirmaciones con dos enérgicos movimientos.

—¡Cristiana! — dijo Gabriel.

Le llamaremos así, puesto que él se daba este nombre

—¡Nazarena! — dijo Mirian.

—Sí — dijo Gabriel.

Y señaló con el puñal de Mirian profundamente una cruz en el labrado tablero de la mesa. Mirian se puso pálida de emoción, sus ojos se llenaron de lágrimas, y abriendo la preciosa túnica que cerraba su cuello, sacó de él una magnífica cruz de brillantes pendiente de un collar de perlas. Hay que advertir que las moras de Marruecos usan mucho de la cruz como adorno, y saben que es el suplicio en que fué crucificado el profeta Jesús. Porque los moros saben y creen que ha existido Jesús, que fué hijo de una Virgen y que fué enviado por Dios para una gran misión; veneran a Jesucristo como profeta, y como mártir le llaman "Espíritu de Dios", y únicamente se muestran intolerantes cuando se les dice que Jesucristo es Dios; ellos creen a Jesucristo uno de sus profetas inferiores a Mahoma.

Mirian besó conmovida la cruz. Luego la desciñó del collar de perlas de que pendía, y la presentó a Gabriel. Este se arrodilló y oró sobre aquella cruz, que conservaba aun el tibio calor del seno de Mirian. Su oración era apenada, ininteligible para Mirian, larga, sentida. Al cabo, de rodillas aun, atrajo a sí por el flexible talle a la niña, y la hizo arrodillarse.

—¡Jesucristo! — dijo poniendo el dedo sobre la cruz y mostrándola a Mirian.

—¡Jesucristo! — repitió Mirian.

—¡Jesucristo Dios! — dijo Gabriel levantando la cruz y los ojos al cielo.

—¡Jesucristo Allah! — repitió Mirian levantando sus hermosísimos brazos al cielo.

—¡María! — exclamó Gabriel.

—¡Mirian! — exclamó la joven con ternura.

—¡Mirian no! ¡María! — dijo el cristiano.

—¡María! — dijo Mirian.

Tenían unidas las manos; el sol declinaba, una lenta luz penetraba por las estrechas claraboyas abiertas en la puerta de la tienda. Gabriel, estrechando por la primera vez contra su seno a Mirian, exclamó mirando al cielo:

—¡Señor: tú has querido que yo venga a combatir los infieles! ¡Señor sin este ángel de esperanza, de caridad y de amor, yo no existiría! ¡Señor: yo la hago mi esposa con toda mi alma, con todo mi amor, con toda mi gratitud! ¡Señor: ella escucha estas palabras sin comprenderlas! ¡Aquí no hay más testigo de ellas que tú, Señor, Dios mío! ¡Tú ves mi alma; si alguna vez falto al juramento y a la fe para con ella de que te hago depositario, castígame sin piedad, Señor! ¡Caiga sobre mí todo el horror que tú guardas para los infames y para los perjuros!

Gabriel había dicho estas palabras en portugués, y, sin embargo, por el acento por la expresión, por la conmoción, por los ademanes de Gabriel, que alguna vez había señalado con su dedo a Mirian y extendido a seguida su brazo al cielo, Mirian comprendió la verdad, y exclamó a su vez en árabe:

—¡Jesucristo Allah! ¡Guárdame siempre amante y pura para mi esposo!

Desde aquel momento ya no se separó Mirian ni un solo instante de Gabriel. La vida de entrambos era completamente común. Eran esposos.

Capítulo XIII

Mirian se había olvidado de todo, o mejor dicho, se había creído demasiado fuerte cuando, en la situación excepcional en que se encontraba, se había unido en cuerpo y en alma a su esposo. Y decimos su esposo, porque en la situación de Gabriel y de Mirian, su unión, a nuestro modo de ver y considerando moralmente la situación, había sido un verdadero casamiento hecho ante Dios, y al que sólo faltaba la consagración de un ministro de Dios sobre la tierra. Tal había sido el pensamiento del esposo. Tal la seguridad y la esperanza de la esposa.

Pero en Africa jamás una mujer, por sola que se crea, está sin testigos. Ya sabemos de qué mala manera Sydi Juzef había consentido en que su hija se encargase de la curación del herido, y sabemos además que, cuando por la muerte de su padre, Mirian, creyéndose completamente dueña de sus acciones, había introducido en su mismo aposento a Gabriel, el esclavo negro, Kaimo, había puesto muy mala cara a aquello. En primer lugar, Kaimo era tan musulmán y tan creyente como Mahoma; aborrecía, por lo tanto, de muerte a los cristianos, y no podía ver sin cólera que un "perro nazareno" viviese en la habitación de una doncella, que, a más de ser musulmana, era de la sacra familia de los xerifes. Había, además, otra razón, además de la razón religiosa, para que Kaimo mirase aquello con muy malas entrañas. Kaimo, que había visto niña, adulta y mujer a Mirian; Kaimo, que desde su juventud había servido al xerife Sydi Juzef y gozado de su confianza; Kaimo, que era impresionable de una manera terrible, como todos los seres de su ardiente raza, había contraído por Mirian un amor frenético, una pasión ciega, unos deseos horribles; el solo sonido de la voz de la joven, menos que eso, el roce de su blanca túnica sobre el césped de Ain-al-Mokazen, bastaba para que Kaimo se estremeciera de una manera terrible.

Pero los oriundos de la costa de Guinea, al par que están sometidos a las más exageradas pasiones, tienen sobre sí mismos un dominio increíble, y no hay nada semejante a lo profundo del disimulo y de la destreza con que saben ocultar el afecto que más les enloquece. Pero bajo este disimulo, las pasiones del negro o del mulato del Africa septentrional hierven, se contienen y van formando en ellos una resolución que llega a ser irrevocable. Kaimo sabía demasiado que Mirian era para él un imposible. Sabía que una sola mirada imprudente, o una palabra escapada, o un suspiro mal contenido que hubieran descubierto en él la más leve inclinación amorosa hacia su señora, le habría costado la cabeza. Y Kaimo no quería morir; necesitaba vivir, por desesperada que fuese su vida, para adorar en silencio a Mirian. Pero Kaimo había jurado por el profeta y por el cacique negro, generador de su familia, matar sin piedad y sin medir el precio que le hiciesen pagar por la muerte, al hombre que llegase a ser esposo de Mirian, y antes que pudiese poseerla. Importaba poco que el esposo de Mirian fuese el mismo sultán de Marruecos; Kaimo le mataría.

Ignoraba Mirian que desde el momento en que Gabriel de Espinosa había vuelto en sí del prolongado letargo en que le había sumergido la gravedad de sus heridas y la gran pérdida de sangre, un hombre de color cobrizo, cubierto con un traje pardo, se había arrastrado como una serpiente, en silencio, hasta colocar su cabeza debajo del tapiz de la puerta del aposento de la sultana. Aquel hombre era Kaimo. Kaimo comprendió, con un furor reconcentrado, semejante sólo al del tigre que no puede lanzarse sobre su presa, que el cristiano y la sultana se amaban; oyó las palabras de esta última, que en vano anhelaba comprender Gabriel de Espinosa; llevó cien veces en cada una de estas ocasiones la mano al puño de su gumía, y otras tantas permaneció irresoluto, esperó; pero cuando vió a Mirian entre los brazos de Gabriel de Espinosa, ya no pudo contenerse; había llegado el momento de matar; su mano desnudó la gumía y su cuerpo se encorvó como el del tigre cuando se prepara al asalto. Pero de repente se dejó caer otra vez desplomado, se retiró silenciosamente, a rastra, de su acechadero, dejó a los esposos entregados a los delirios de su amor, y fué a sentarse a la puerta de la tienda. Meditó que para vengarse no necesitaba exponer su vida. Bastaba para su venganza el Korán. El Korán sentencia a muerte con su amante a la mujer mora que entrega su cuerpo a un cristiano. De esta ley nadie está exceptuado. Ni aun las sultanas hijas de los xerifes. Mirian había faltado a la ley, y la ley la mataría. Pero he aquí lo que contenía, o más bien, lo que establecía la irresolución del negro; que adoraba a Mirian, y el sólo pensamiento de su muerte le volvía loco de dolor. Pero loco de dolor, de celos, de desesperación, de venganza, le volvía también el saber que un cristiano, un "perro nazareno", un hereje infiel, poseía a la hurí de las huríes, a la magnífica, a la resplandeciente de hermosura, a la incomparable Mirian.

En esta irresolución terrible, combatido por este duro tormento del alma, pasó algunos días Kaimo. La continua estancia de Mirian al lado de Gabriel al mismo tiempo que irritaba y ensoberbecía más y más al feroz negro, había salvado a Gabriel de Espinosa. A no dudarlo, durante una de aquellas noches de fiebre y de delirio, Kaimo, aprovechando la ausencia de Mirian del lado de Gabriel, le hubiera asesinado sin piedad. Pero Mirian no se separaba ni poco ni mucho de su amado, y Kaimo, mudo testigo siempre de la felicidad de los dos esposos, acabó por sobreponer a todo sus celos, por ocultar su amor a Mirian bajo su rabia y a confundirlos a ambos en su odio.

Una noche..., acababa de obscurecer..., los dos procuraban entenderse lo mejor posible y se daban una recíproca lección de lenguas, cuando se encontraron sorprendidos por un ruido cercano y demasiado preciso e inteligible. Había sonado un cañonazo. Pero un cañonazo disparado en las mismas trincheras que rodeaban la tienda. A aquel

cañonazo sucedió otro y otro, y continuaron. Al primer cañonazo Gabriel se puso de una manera tal en pie, que bien se dejaba conocer que le llamaba, que le excitaba la voz de la batalla, de la misma manera que excita á un perro amaestrado en la caza el sonido de las trompas de montería.

—¡Un arma! ¡Un arma, María! — gritó, extendiendo sus brazos alrededor y revolviendo en torno su mirada fiera, con una fiereza tal y tan extraña, que Mirian, sobreponiéndose á todo, exclamó en árabe con una expresión de inmensa alegría:

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! ¡Tú eres mi rey, mi noble rey portugués!

Y haciendo ademán de que la esperase a Gabriel, salió precipitadamente. Pero Gabriel la siguió.

Al estampido de los cañonazos, que continuaban más frecuentes y en mayor número, se había unido un nutridísimo fuego de espingardas en toda la extensión de la trinchera que rodeaba la tienda real. Ya sabemos que Mirian era considerada y obedecida como sultana; pero bajo la condición de que fuese esposa del caudillo que venciese a Sydi Ahtmed. Mirian creyó, y no podía creer otra cosa, que su ejército había sido sorprendido y que las gentes de Sydi Ahtmed habían penetrado hasta las trincheras de su tienda. Pero al llegar a la puerta de ésta oyó un más próximo ruido de armas. En la misma puerta de la tienda dos hombres, que no podía saberse quienes fuesen, combatían al arma blanca. Pero apenas había tenido tiempo Mirian de llegar a ellos, cuando uno cayó a sus pies y no se levantó.

—¡Ah! ¡Miserable traidor! — exclamó una voz, por la que Mirian reconoció al pirata Aben-Shariar.

—¡Oh! ¿Qué combate es ese? — dijo Mirian.

—Es — dijo Aben-Shariar, que estaba inclinado sobre el muerto y se ocupaba en una operación que no podía juzgarse cuál fuese — es que este miserable Kaimo te ha hecho traición: le estoy cortando la cabeza para enviarla a los santones, con el mensaje de que haré lo mismo con las suyas si no se retiran al momento a sus tiendas y se someten a ti.

Y sin decir más, Aben-Shariar se levantó, llevando en la mano derecha un pesado objeto informe y partiendo a la carrera.

Entretanto, las balas que disparaban los que acometían la trinchera se clavaban en la alta estacada que rodeaba la tienda, y agujereaban a ésta en mil partes las que pasaban por encima de la estacada.

—¡Ayelah! ¡Ayelah! — gritó Mirian sin retirarse de aquel lugar. — ¡Luces! ¡Trae Luces!

A fuerza de repetir sus gritos, Mirian logró ser oída, y Ayelah apareció, pálida y temblando, con una lámpara en la mano. Entonces Mirian vió con horror a sus pies el cuerpo decapitado de Kaimo, a quien, a falta de cabeza, reconoció por los vestidos.

Refiramos lo que había hecho Kaimo para merecer ser decapitado por Aben-Shariar el corsario. Aquella misma tarde el negro había salido de la tienda y de las trincheras e ido a buscar a los santones, que con gran parte del ejército se habían ido a intentar una nueva embestida a Larache. Encontró al fin a Sydi Yezid-al-Mechid, el más venerado de los santones de Marruecos después del difunto Sydi Juzef. Sydi Yazid se batía personalmente avanzando entre los más valientes a los muros de Larache; su guión amarillo estaba rasgado, acribillado por la lluvia de balas que venían de las murallas de la ciudad. A su lado caían los moros de las kabilas que mandaba con una frecuencia verdaderamente aterradora, lo que probaba que se atacaba bien la ciudad y que la ciudad se defendía mejor. Kaimo detuvo su caballo junto al santón Sydi Yezid, que se batía a pie.

—¡Detente, padre — dijo Kaimo, — y has que se detengan los bravos creyentes que te acompañan!

—¿Quién manda que se suspenda el combate? — dijo el santón volviéndose a Kaimo con la misma expresión de un lobo a quien se pretendiera arrebatar su presa.

—La prudencia, el deber y la justicia; se nos hace traición — respondió Kaimo.

—¡Traición! — respondió Sydi Yezid retirando su espingarda, que había apuntado hacia los moros que coronaban las murallas.

—¿Quién?

—La sultana Sayda Mirian — respondió con acento opaco y terrible Kaimo.

—¡La sultana!

—Sí; en su tienda vive un perro nazareno.

—¡Ay de ti si mientes, esclavo! — gritó Sydi Yezid encarnizando su feroz mirada en Kaimo.

—La sultana Mirian es la amante impura del rey de Portugal.

—El rey de Portugal ha muerto; el cadáver del rey de Portugal está dentro de los muros de Larache.

—El rey de Portugal no ha muerto — respondió Kaimo; — le recogió de sobre el campo de batalla de Alcazarquivir la misma sultana Sayda Mirian, que le ha tenido oculto, le ha curado, se ha enamorado de él y es su mujer.

Sydi Yezid escuchaba absorto y trémulo de cólera a Kaimo.

De tal modo impresionaban los celos y la rabia a Kaimo, que era imposible dudar de la verdad de lo que decía por la energía con que lo expresaba.

—¡Por Salomón y por Mahoma! — gritó Sydi Yezid — que una traición tal y una tal impureza serán castigadas. ¡Sus! ¡A recoger!... ¡Dejad de disparar contra el sultán!

Y Sydi Yezid hizo algunas señales con su guión amarillo.

Inmediatamente cesó el fuego como por encanto, y las kabilas vinieron a agruparse alrededor del santón.

—¡Conmigo todos! — gritó Sydi Yezid.

Y se volvió hacia el campamento, en cuyo centro estaba la tienda de Mirian.

—Yo me adelanto — dijo Kaimo; — yo voy a impedir que esa mujer impura y ese cristiano puedan escapar.

Y se lanzó a todo el escape de su caballo hacia el campamento. El santón Sydi

Yezid y sus kabilas corrieron en la misma dirección.

De repente salió de través un jinete magníficamente vestido y armado, al que seguían algunos jinetes negros. Eran Aben-Shariar y algunos de sus corsarios.

—¿Por qué dejas el combate a que te había enviado? — dijo el joven pirata al santón Yezid con toda la autoridad de un general en jefe.

—Porque se nos hace traición — dijo Sydi Yezid; — porque Sayda Mirian es una mujer impura; porque tiene oculto en su tienda al rey de Portugal, salvado por ella del campo de batalla de Alcazarquivir; porque es su mujer.

—¿Quién te ha dicho tal cosa? — gritó ronco de furor Aben-Shariar.

—Aquel esclavo de Mirian que llega en este punto al campamento — dijo el santón.

Y señaló a Kaimo, que estaba ya cerca de las trincheras y corría a todo escape de su caballo. Aben-Shariar no preguntó más. Apretó sus espuelas a los flancos de su caballo, le soltó la brida y se lanzó hacia la tienda de Mirian a toda carrera seguido por sus corsarios. Por mucho que corriesen, Sydi Yezid y sus kabilas iban a pie, y debían necesariamente llegar más tarde que Aben-Shariar y sus corsarios, que iban magníficamente montados y hacían escapar sus caballos de una manera portentosa, afligiéndoles de continuo con sus anchas espuelas.

Llegaron al fin a los fosos de la trinchera. Los puentes estaban echados, y Aben-Shariar y los suyos pasaron. Apenas estuvieron dentro de la trinchera, Aben-Shariar dijo a sus corsarios, como pudiera haberse dirigido un general en jefe a sus ayudantes:

—Que se alcen todos los puentes; que se reciba a cañonazos y a tiros a todo el que se acerque a los fosos, sea quien fuere; id—Y luego, dirigiéndose a los moros que tenía alrededor, gritó:

—¡A las armas, amazirgas del Algarbe! ¡A las armas, leones, leones de Hus y de Kansa! ¡Tigres de la selva de Kairvan y del desierto de Dar! ¡La traición nos rodea! ¡Defender a la noble sultana Sayda Mirian contra esos santones a quienes ha seducido el traidor Sydi Ahtmed.

Y dichas estas palabras recorrió todas las trincheras, repitiéndolas a las kabilas que las defendían. Poco después se oyó el primer cañonazo. Aquel cañonazo que había retumbado delante de la tienda de Mirian.

Había ya cerrado la noche cuando empezó el combate entre las kabilas del campamento exterior y las que guarnecían las trincheras del campamento real de Mirian Aben-Shariar, en el momento que había retumbado el primer cañonazo, había corrido a la tienda de Mirian. Pero al ir a entrar en ella se le cruzó un hombre atlético, yatagán en mano, y le acometió.

Aben-Shariar dió un salto atrás con la agilidad de una pantera y, desnudando su ancho y corvo alfanje, cayó de un salto sobre el que le había acometido.

—¡Ah! ¡Eres tú! — gritó reconociéndole — ¡Tú, traidor! Pues bien; has encontrado tu castigo.

Un momento después Kaimo caía muerto a los pies del pirata, al mismo tiempo que se presentaba en la puerta de la tienda de Mirian.

Aben-Shariar corrió a la trinchera con la sangrienta cabeza de Kaimo. Encendiéronse antorchas y la horrible cabeza, alumbrada por ellas, fué levantada en la punta de una lanza. Al mismo tiempo, las trompetas de Aben-Shariar mandaron cesar el combate. La vista de aquella sangrienta cabeza y la voz de las trompetas hicieron callar el fuego. Al otro lado de la trinchera, al borde del foso, frente al puente, había algunos hombres furiosos. Eran Sydi Yezid y algunos otros santones que gritaban, gesticulaban y movían los brazos de una manera incesante. No se oía la palabra de ninguno, confundidas todas las voces por el griterío.

Aben-Shariar se alzó al otro lado del foso y gritó con una voz tan poderosa que lo dominó todo:

—¿Por qué os entregáis a ese furor, santos hombres de Dios? ¿Qué ha sucedido para que así nos embistais y nos amenacéis?

—¡La traición vive entre nosotros! — gritó ronco de ira Sydi Yezid; — los creyentes han disparado contra sus hermanos y esto traerá sobre los culpables la cólera y la maldición del Señor.

—La traición y la culpa están ya castigadas — dijo Aben-Shariar señalando la cabeza de Kaimo, que tenía junto a sí levantada en alto y alumbrada por multitud de antorchas.

—¡Sayda Mirian nos hace traición! — dijo Sydi Yezid

—No; la traición era de su miserable esclavo — respondió Aben-Shariar

—¡En la tienda de Sayda Mirian hay un cristiano!

—¡Mientes! ¡Yo vengo de la tienda de la sultana!

—Pero tú no puedes penetrar en su interior.

—Sí... Yo soy el esposo de Sayda Mirian; yo soy el sultán.

A aquella declaración audaz de Aben-Shariar, que mentía por salvar a Mirian, sucedió un silencio de asombro.

—Yo soy su esposo desde antes de la batalla de Alcazarquivir — dijo Aben-Shariar, — con el consentimiento de su padre el venerable Sydi Juzef; y si esta boda se ha mantenido oculta, es porque así convenía; pero se han atrevido lenguas miserables e impuras a mancillar el honor de mi esposa y el secreto no puede continuar; yo soy el hombre a quien ese miserable esclavo ha visto en la tienda de la sultana — y el pirata señalaba la cabeza de Kaimo, — y yo... soy esposo de Mirian.

Hubo un momento de solemne silencio tras esta declaración.

—¿Y por qué entonces has hecho que los corsarios disparen sobre nosotros? — dijo Sydi Yezid.

—Porque veníais furiosos y era menester deteneros para que pudieseis oír.

—Cuando nos encontramos en el campo pudiste decirme lo que acabas de declarar — dijo el santón.

—Un traidor corría en aquel momento hacia la tienda de Mirian; la vida de mi esposa, de vuestra sultana, de la hija de los xerifes, de la heredera del santo mártir Sydi Juzef, asesinado cobardemente por su traidor sobrino Sydi Ahtmed, estaba en peligro; yo no podía detenerme a hablar; vosotros veníais de tal manera, que para evitar las consecuencias de un error de que después, cuando ya no hubiese podido remediarse, os hubierais horrorizado, ha sido preciso deteneros a cañonazos.

—¡Dios es grande y misericordioso! — exclamó, depuesta ya la cólera, pero con una marcada expresión de recelosa desconfianza, Sydi Yezid.

—Desde hoy, yo, esposo de Sayda Mirian, viviré a su lado, en su misma tienda; ya ha desaparecido el misterio; el que haya seguido el estandarte de Sayda Mirian esperando ser su esposo, que se retire, que se vaya con Sydi Ahtmed; Sayda Mirian mientras yo viva, no puede ser esposa de nadie.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Todos seguiremos a la sultana! — gritaron los amazirgas y los montañeses que cerca de la trinchera rodeaban a Aben-Shariar.

—Siendo yo esposo de Mirian — dijo el pirata, — soy el sultán; los que no quieran reconocerme por sultán, que se vuelvan contra mí.

Una aclamación inmensa respondió a estas palabras de Aben-Shariar. Todos le conocían. Todos sabían que era el corsario más formidable de los mares de Levante. Todos admiraban su valor. La mayor parte de los que componían el ejército de Mirian habían visto peleando como un héroe al corsario en los campos de Alcazarquivir. Les contrajo, pues, la energía, la fuerza, la bravura con que les hablaba Aben-Shariar, y los santones se vieron impotentes por el momento contra él.

Aben-Shariar, pues, lo dominó todo; restableció el orden en el ejército y cada una de las kabilas se trasladó pacífica y contenta a su campamento.

Pero no había que fiar en la adhesión de los santones. Ellos, dominados por las circunstancias, se habían visto obligados a ceder; pero era indudable que desde el momento harían cuanto estuviese de su parte para recobrar su predominio.

El ser Mirian hija de Sydi Juzef la daba una terrible influencia sobre las kabilas, que, al saber que Aben-Shariar era esposo de la hija del santón xerife, nada tuvieron ya que desear. Mirian había heredado entero el prestigio de su padre, y Aben-Shariar había sabido hacerse admirar como valiente por aquellos feroces montaraces. A pesar de esto, el joven corsario, conociendo que no se podía perder el tiempo sin peligro, y apenas las kabilas se habían retirado a las trincheras, se encaminó a la tienda de Mirian, pero dejando a sus bravos corsarios encargados de la defensa del recinto, para en el caso, no improbable, de que las kabilas, vueltas de sus sentimientos hacia Mirian por los santones, acometiesen de nuevo el campamento real.

XIV

Mirian y Gabriel habían estado a la puerta de la tienda durante aquel brevísimo combate. Cuando cesó, Mirian entró precipitadamente en la parte de la tienda donde estaban sus tesoros, tomó de una de las arcas una espada y la dió a Gabriel, no para que la defendiese a ella, sino para que se defendiese a sí mismo. Cuando, a la luz que Ayelah tenía en la mano, vió Gabriel aquella espada, se estremeció de los pies a la cabeza. Aquel estremecimiento no pasó desapercibido para Mirian. Lo esperaba. Con aquella espada había pretendido poner a prueba a su esposo, porque aquella espada era la misma con que había combatido en Alcazarquivir el rey D. Sebastián.

Pero Gabriel se reprimió instantáneamente y examinó la espada, la blandió, probó su temple, como si nunca hasta entonces la hubiera empuñado. Sin embargo, Mirian exclamó:

—¡Sí, sí! ¡El es! ¡Mi rey!... ¡Oh! ¡Yo no podía engañarme!

—¡No; Gabriel de Espinosa! — dijo él, que aunque no había podido entender las palabras de Mirian, había comprendido su pensamiento en la expresión de su semblante.

En aquel momento se oyeron los pasos de un hombre que se acercaba, y poco después Mirian y Gabriel vieron delante de sí al pirata Aben-Shariar, que los contemplaba profundamente, pero de una manera, aunque seria y grave, pacífica y amistosa.

—Afortunadamente — dijo después de algunos instantes de observación y en buen lenguaje portugués Aben-Shariar. — vuestro vestido es morisco, y por doble fortuna esa valla es bastante alta para que no os vean desde afuera. Entrad, señor rey; entrad.

Gabriel no contestó. Estaba mirando con asombro a Aben-Shariar.

—¡Ah! ¡Tú le conoces! — dijo Mirian.

—Sí — contestó Aben-Shariar en árabe; — es el rey cristiano que se perdió en la batalla de Alcazarquivir.

—¡Ah! ¡Sí! ¡El rey! — exclamó con alegría Mirian.

—¿Vos sois, por ventura, renegado portugués? — dijo con severidad Gabriel.

—Yo no soy renegado — contestó con acento firme Aben-Shariar; — yo soy pirata y os conozco.

—Os engañáis.

—Entrad, señor; éste no es lugar donde debemos hablar, y tenemos que hablar mucho; quedaos, sultana — añadió en árabe, dirigiéndose a Mirian.

Mirian tomó la lámpara de manos de Ayelah, mandó a ésta que se recogiese y prece-

dió al pirata y a Gabriel, llevándolos al centro de la tienda; esto es, la habitación común de los esposos.

Apenas entraron, Gabriel, que estaba pálido, excitado, convulso, dijo con voz ronca:

—Si yo fuera el rey D. Sebastián de Portugal ni consentiría una vida deshonrosa ni vestiría este traje que me deshonraría, ni sería esposo de una infiel; el rey D. Sebastián ha muerto en la batalla; yo le he visto morir una hora antes de caer yo como muerto, entre los cadáveres; yo soy un aventurero español, y me llamo Gabriel de Espinosa natural de Toledo, donde tengo mi casa y mis parientes.

—¡Ah! ¡Sois español! Pues hablemos, si os place, en español — añadió el pirata, pronunciando sus últimas palabras en buen castellano.

—¡Vos sois renegado! — replicó Gabriel.

—No—insistió con energía Aben-Shariar; — yo soy tunecino, los Barbarrojas eran parientes de mi madre; mi padre era el almirante de Kair-Edín-Barbarroja; en mi familia no ha habido un solo renegado ni lo habrá.

—¿Cómo, pues entonces habláis tan perfectamente el portugués y el español?

—Como hablo el francés, el italiano y el maltés; yo soy corsario.

—¡Pirata!

—Arraez del bey de Túnez, que hace la guerra eterna sobre el mar a los cristianos; dentro de poco, y porque es necesario, estaréis sobre el combés de mi galeota; después, en mi casa de Goleta, en Túnez, comprenderéis cómo puedo yo hablar y hablo tantos idiomas: los galeotes que reman en los bancos de mi nave son portugueses, españoles, italianos, franceses, malteses; en los jardines de mi palacio de Túnez y de la Goleta trabajan cautivos de todas estas diferentes naciones; mi padre, que desde muy temprano me llevó consigo a sus expediciones marítimas, quiso que yo fuera un corsario como muy pocos, y me hizo aprender de sus cautivos sus diferentes idiomas. Yo, hombre ya, cuando aun vivía mi padre, he viajado mucho por Europa; portugués me han creído en Portugal; en España, español; francés, en París; en Venecia, italiano; yo sabía cuando un rico convoy iba a salir de uno de los puertos cercanos del Mediterráneo, y siempre había una pequeña almadía puesta a mis órdenes por la cual enviaba yo aviso a mi padre de la salida del convoy y de su rumbo; mi padre le esperaba con sus naves y le apresaba; ya era muy rico antes de heredar a mi padre, soy más rico que el sultán de Marruecos, que el bey de Túnez y que el bey de Argel, todos juntos. Yo puedo hacer y haré por vos y por vuestra esposa lo que vos no podéis ni aun soñar. Llegará un día en que os asombréis de lo que es el corsario Aben-Shariar.

—Me alegraré, porque el asombro será para mí una cosa nueva.

—Sé que sois tan valiente, que dais en temerario, y para ello basta el ver cómo os habéis venido a Africa.

—¡Como aventurero!

—En buena hora, porque os habéis metido en una grande aventura que os ha salido mucho mejor de lo que habéis podido esperar.

—Pues os juro que si yo fuera el rey D. Sebastián me quitaría la vida.

—¡Ah! Os remuerde la sangre del ejército que habéis traído para que se pierda en Africa.

—¡Ira de Dios! ¿Y quien os dice que yo soy el rey D. Sebastián? — dijo ya fuertemente disgustado Gabriel.

—Os conozco personalmente. He hablado con vos.

—¿Dónde?

—En las aguas de Oporto.

—Nunca he andado embarcado por esas aguas.

—En una ocasión montaba yo una galera que iba cargada de pasas, de las que, como sabéis, se hace un gran consumo en Portugal; porque yo, a veces, soy también mercader y negociante; en aquella ocasión, mi nave era lo más inofensivo del mundo; no llevaba si un solo cañón a bordo; mi marinaje era un buen marinaje holandés, que me creían genovés, ni más ni menos como vos me habéis creído portugués primero y después español; íbamos llegando a la entrada del puerto, cuando cambió el viento y la mar empezó a picarse, y se picó tanto que se puso incontrastable, de tal modo, que un bergantín portugués que teníamos a la vista desarboló, hizo agua y se fué a pique; sólo quedó una lancha cargada de náufragos, entre los cuales iba el rey de Portugal

—Ya decía yo que nunca había estado en las aguas de Oporto.

—Sin embargo, yo os saqué por los cabellos cuando os sumergíais, como os sacaré de aquí, donde estáis próximo a sumergiros.

—Mucho hicisteis por el rey de Portugal, que debió agradecéroslo, como yo os agradeceré lo que hagáis por mí y... por mi esposa.

—El rey de Portugal me dió una rica sortija, que conservo allá en Túnez, entre mis alhajas, como memoria del rey.

—Yo no puedo daros nada; soy un cautivo.

—Cautivo de amor de la mujer más hermosa y más noble de la tierra; y en cuanto a darme, juro a Dios que me quitáis...

—¿Y qué os quito?

—Me habéis quitado a Mirian.

—¿La amabáis?

—Mirian me ha conocido después que a vos.

—Decidme, decidme cómo y por qué habéis conocido a Mirian.

—Voy a deciroslo; pero antes necesito explicar a vuestra esposa en árabe lo que hemos hablado en español; calla y es prudente; pero sufre, y yo no quiero que sufra. Después os contaré cómo y por qué la he conocido yo.

Aben-Shariar tradujo en árabe para Mi-

rian lo que había hablado en español con Gabriel.

—¿Y estás seguro de que es el rey D. Sebastián? — preguntó la joven al pirata alentando apenas

—Tan seguro como de lo que soy yo mismo — respondió Aben-Shariar.

—Pero lo niega tenazmente.

—Eso mismo prueba más que es el rey.

—¡Oh! ¡Quién sabe! Dicen que los españoles son tan soberbios que todos parecen reyes.

—Pero donde está la soberbia de un portugués no hay soberbia que se iguale; está avergonzado de la derrota, sufre el remordimiento de haber traido tanta gente a la muerte, ve sobre sí los ojos acusadores de todos los reyes cristianos, y prefiere pasar por muerto.

—Pero eso — dijo Mirian — es ser muy noble y muy grande.

—Es ser muy soberbio; más se perdió en Lepanto, y, sin embargo...

—Alí-Bajá se hizo matar por los cristianos cuando vió perdida sus escuadras.

—Alí-Bajá era el general del gran turco; no era él quien había pensado la empresa; fué Solimán, y a Solimán no le pasó ni aun por el pensamiento dejar de ser sultán porque su empresa temeraria había tenido un fin funesto, no; reconstruyó de nuevo su escuadra destruída, y a los dos años volvió a ser tan formidable en los mares como lo había sido antes del combate de Lepanto; de fuertes es resistir las adversidades y no ensoberbecerse con los triunfos; el que porque es vencido se deja morir, se parece a los gorriones viejos, que cuando los cazan no comen y se mueren de hambre. Luchar, y luchar, y luchar siempre; he aquí el verdadero valor.

—¿Qué decís? — dijo Gabriel, que, a su vez, estaba impaciente, porque no comprendía el árabe.

—Decía yo — respondió Aben-Shariar — o, más bien, afirmo yo a Sayda Mirian, que tú eres el rey D. Sebastián.

—¿De qué manera he de decir yo que soy Gabriel de Espinosa y que os equivocáis por la gran semejanza que tenía conmigo el pobre rey D. Sebastián? ¿De qué manera he de decir que no hubiese cometido la gran imprudencia que él cometió viniéndose como se vino al Africa?

—Tú has venido también.

—Un soldado va bien a todas partes, y a ninguna va mejor un aventurero que allí donde son grandes y terribles las aventuras. ¿Y qué aventuras mayores podían haberme sucedido? No creas que he caído yo en balde sobre el campo de batalla; dos horas enteras he estado matando a mi placer, hasta que mi armadura empezó a romperse y a cansarse mi brazo; cinco veces he mudado de caballo.

—Cinco caballos mudó el rey D. Sebastián.

—Eso quiere decir que el rey y el soldado, cada cual por su parte, llevaban igual el juego.

—Se te ha reconocido por los tuyos muerto en el campo.

—Los míos se han engañado como te engañas tú, y nada tiene de extraño, porque yo soy la viva imagen del rey de Portugal.

—Yo he visto en Alcazarquivir un cadáver que se os parece, y que yo creí por el momento que erais vos; pero cuando os he visto, no he tenido duda; yo recuerdo vuestra voz, vuestro gesto; yo no puedo olvidarme de aquel real mancebo a quien yo salvé hace dos años en las aguas de Oporto

—Os repito que yo no me he embarcado jamás sino para venir a Africa con mi rey.

—No me convenceréis jamás; y dad gracias a Dios de que yo os haya reconocido, porque sólo a un rey tal, y tan valiente, y tan desgraciado como vos, vería yo sin cólera y sin venganza esposo de la sultana Sayda Mirian.

Pasó un relámpago sombrío por los ojos de aquel misterioso personaje, rey o soldado, que se daba a sí mismo, sin otra prueba, el nombre de Gabriel de Espinosa.

—Puesto que no habéis de convenceros— dijo Gabriel, — concluyamos; casi casi estoy por afirmaros en vuestro error y llamarme D. Sebastián de Portugal en vez de Gabriel de Espinosa.

—¿Y por qué no lo hacéis? ¿Teméis que yo os haga traición?

—Yo no temo nada, corsario; nada más que al poder de Dios — dijo de una manera tal Gabriel, que Aben-Shariar se sintió dominado; — y acabemos de una vez la porfía; si yo soy el rey D. Sebastián, quiero que se me llame Gabriel de Espinosa; y siendo, como soy, Gabriel de Espinosa, no quiero que se cambie mi nombre ni por el de un rey; sepamos cómo habéis conocido a mi esposa, y acabemos.

—Yo asistí con las galeras de Túnez a la batalla de Lepanto — dijo Aben-Shariar obedeciendo al misterioso extranjero; era entonces muy joven, y mi padre, ya viejo, fué herido de muerte; con suma dificultad, favorecidos por la misericordia de Dios, la galeota de mi padre pudo escapar entre la confusión y el estrago por medio de las galeras de la Liga, y llegar, después de algunos días de dura navegación, a Túnez. Las heridas de mi padre eran tan graves, que ni aun esperanzas se tuvieron de salvarle. Una noche de las últimas de su vida, me llamó y me dijo:

—¡Yhaye! (yo me llamo Sydi Yhaye-ben-Shariar), mi hora se acerca; siento el ruído de las alas del arcángel Azrael que vuela hacia mí; pero paso tranquilo de esta vida a otra mejor porque, viviendo tú, yo no muero del todo; tú me continúas; tú eres digno de mí; toma esta llave; es la de las cuevas de nuestro palacio; en ellas hay grandes tesoros; con ellos y con tu valor eres tanto como un rey: yo no he tenido más mujer que tú madre, ni más hijos que tú; sin embargo, te dejo una hermana, una hermosísima joven que, aunque no es hija mía, yo la amo como tal.

—¿Y quién es esa hermana, señor? — pregunté a mi padre.

—Una noche — me respondió el anciano — bogaba yo a la vista de Mogador; mis corsarios habían echado la lancha al agua para pescar lampreas; estaba a alguna distancia de la galeota; de repente oí en la lancha una gran gritería, una inmensa algazara; luego vi que la lancha venía, forzando sus remos, hacia la galeota; cuando mis corsarios subieron a bordo, me dejaron ver una mujer joven y hermosísima, que traían desmayada.

—¿De dónde diablos ha salido esta hurí? — dije yo a mis corsarios.

—La hemos pescado, Sydi — me contestaron.

—Pues, por Salomón — repliqué, — si estas aguas dan tan buena pesca, será necesario estar echando en ellas continuamente nuestras redes.

Entonces mis hombres de mar me mostraron un gran saco de cuero rasgado por un puñal; uno de esos terribles sacos en que se arrojan al mar las adúlteras. Lo comprendía todo; habían cosido de una manera tan fuerte la boca del saco, que el agua no había podido penetrar, y el saco con la mujer se habían mantenido a flote y habían sido arrastrados por las olas. Yo debí dejar pasar la justicia de Dios, porque una adúltera merece la muerte; pero tuve compasión de aquella hermosísima niña, y la recogí en mi cámara. Pero el terror, el largo tiempo que había permanecido encerrada en el saco, habían puesto en peligro su vida, y hacían imposible su larga permanencia abordo. Túnez estaba muy lejos. Era necesario dejarla en un lugar próximo y en poder de una persona de confianza. Yo no conocía en todo Marruecos más que a un buen fakí, y éste moraba seis leguas tierra adentro por la parte de Larache, en una pequeña mezquita de la ciudad de Alcazarquivir. Allí llevé a la hermosa joven que Dios y la mar me habían confiado. Allí recobró la salud y allí se quedó: allí continúa.

Esa joven es un misterio: cuatro meses después de llegar a la casa de Aben-Balkin, que es el fakí a cuyo cuidado la entregué yo, dió a luz una niña, a quien por su gran hermosura se puso por nombre Fatimatu l'-Noemí; enamoráronse Gulnarah — así se llamaba la hermosa salvada de las aguas— y el fakí Aben-Balkin, y se casaron; poco después tuvieron otra niña, a quien se puso por nombre Alida. Yo he sido padre de Gulnarah; yo he entregado todos los años a Aben-Balkín una gran suma para que atienda a la comodidad y regalo de Gulnarah y de sus hijas; sé tú hermano de la primera y padre de las segundas: tesoros te dejo, y eres generoso y bueno; bástete saber que yo amo a esta familia, y haz por ella todo lo que pudieres.

Murió mi padre al día siguiente, y en mi primer viaje fuí a visitar a la familia que mi padre me había dejado encomendada; me dí a conocer, y dejé una fuerte suma. Volví al año siguiente, y sucesivamente siete años, por el Rhamadan de cada uno. A cada año que iba encontrando más crecida y más hermosa a una de las hijas de Gulnarah, Fatimatu 'l-Noemí; al fin, en el penúltimo año, la encontré convertida en una hurí; mirad a Mirian, y habréis visto a Fatimatu 'l-Noemí, con la sola diferencia de que Mirian es más altiva y es blanca, y Fatimatu 'l-Noemí humilde y morena como el sol.

—¿Y por qué se parecen tanto vuestra esposa y mi esposa? — dijo Gabriel.

—Por lo mismo, sin duda, porque vos os parecéis al cadáver que está en Alcazarquivir; porque son hermanas.

Gabriel se estremeció; pasó por sus ojos una sensación indefinible, y palideció.

—Puede ser — murmuró con voz ronca e ininteligible; — el príncipe don Juan estuvo en Castilla, en Valladolid por el mismo tiempo en que la infanta doña Juana dió a luz un príncipe; El príncipe don Juan de Portugal murió por aquel tiempo en Castilla... ¡Oh!, puede ser ...

—Sí, puede ser — observó el pirata, que había entendido las últimas palabras de Gabriel—que vos y el cadáver de Alcazarquivir, esto es, que el rey y el soldado seáis hermanos de padre, por lo que nada tiene de extraño vuestra admirable semejanza.

Gabriel volvió a estremecerse y a ponerse densamente pálido.

—Pero continúo mi relación — dijo el pirata. — Este año vine más pronto que los anteriores; me empujaba el amor de Fatimatu l'-Noemí, y necesitaba hacerla mi esposa, llevármela conmigo. Se estaban preparando las bodas, cuando he aquí que llega la noticia de que el rey de Portugal venía sobre Africa en ayuda de uno de los xerifes que hacían la guerra por el trono de Marruecos. Pero esto lo sabéis. Yo estaba en Alcazarquivir cuando los dos ejércitos se avistaron, y entraron mis corsarios en batalla con el xerife Abd-Allah, aquien vosotros ayudabáis. Reposaba yo al día siguiente de la batalla, cuando se me presentó aterrado Aben-Balkin: en su casa había muerto de repente el más venerado de los xerifes del imperio, el santo anacoreta, que si hubiese querido hubiera subido al trono de Marruecos, Sydi Juzef-Abd-el-Azis-al-Hbayzari-el-Merini, morabito de Ain-Al-Mozaken y padre de la sultana Sayda Mirian, vuestra esposa.

—¡Esposo acaso de Gulnarah! — dijo Gabriel.

—Sí, y padre de Fatimatu l'-Noemí.

—¿Y dónde están la madre y las hermanas de mi esposa? — dijo Gabriel..

—En mi palacio de Túnez, adonde vosotros iréis también.

—¿Y por qué?

—Porque aquí estáis en peligro; esta misma noche vamós a partir.

Aben-Shariar explicó brevemente en árabe todo lo que había hablado con Gabriel a Mirian, y la resolución que había tomado.

—No, no partiré — dijo Mirian contestando en árabe a Aben-Shariar; — él ha perdido un trono, y yo quiero darle otro.

—Te perderías y le perderías, Mirian — dijo Aben-Shariar. — Es preciso ser razo-

nables; por ahora, yo lo domino todo; pero muy pronto mi dominio habrá pasado, acaso mañana; los santones están recelosos; no he podido convencerlos; han cedido por el momento, pero no pararán hasta ver si realmente se oculta un cristiano en tu tienda; con que les dejemos tiempo, todo se habrá perdido.

—Y bien, ¿no tenemos poder bastante para reprimir la rebeldía de los santones?

—No; los hombres de Dios cumplen con su deber; ellos no pueden permitir que seas esposa de un cristiano: tus amores por ese hombre te roban la confianza y el amor de los que te siguen, y yo mismo me hago una gran violencia encubriendo lo que existe dentro de tu tienda; es necesario para ello, no menos que el amor que te tengo...

Mirian hizo un movimiento de enojo y de altivez.

—Y el amor que tengo a tu hermana Fatimatu 'l-Noemi — añadió tranquilamente Shariar.

—¿Crees tú que es de todo punto necesario que huyamos? — dijo Mirian.

—Antes de que amanezca estarás a bordo de mi galeota y bogando en rumbo a Túnez, una vez en Túnez, nada temo.

—¿Y vendrá mi rey conmigo?

—Sí, pues le amas; pero quiera Dios que estos amores no te sean funestos, Mirian.

—Cúmplase la voluntad de Dios — dijo la joven.

—Decíamos Mirian y yo — dijo el pirata en español, a Gabriel, que había estado profundamente abatido mientras la joven y el corsario estuvieron hablando en árabe, que es necesario partir, porque tu vida está aquí en peligro.

—¡Y qué importa mi vida! — dijo sonriendo de una manera amarga Gabriel.

—Importa mucho, porque Mirian te ama; un esclavo traidor ha vendido vuestro secreto a los santones, y aunque yo he muerto al esclavo y he protestado que Mirian es mi esposa, los santones desconfían.

—¡Un caballo, una lanza, y tú conmigo y con tu gente, y no me queda un santón con cabeza! — dijo con una energía incontrastable y con la fiebre del valor Gabriel.

—Buena gente habéis traído de Portugal, y, sin embargo...

—Al rey D. Sebastián le perdieron la impaciencia y la confianza... nos perdieron a todos; pero ahora...

—Ahora sería como antes... Basta de locuras... Voy a enviaros un traje árabe, armas y un caballo; mejor, os lo traeré yo mismo; en tanto, dejadme hacer. Tú, sultana — dijo, — prepárate a marchar; yo traeré camellos, donde cargaremos tus tesoros y tu tienda. Adiós.

—¡Huír! — dijo Mirian.

—Es preciso — replicó el pirata. — Y plegue quiera que podamos llegar salvos a la costa.

Y sin decir una palabra más, salió de la tienda, y después de la estacada que la rodeaba.

—¡Kaid! — dijo, apenas se encontró en la primera guardia.

Un corsario negro como el ébano acudió a la voz de su arráez.

—Diez camellos al momento, tráelos aquí, junto a la poterna de la estacada. Ve.

El corsario se perdió entre la sombra

—¡Kaor! — dijo Shariar.

Acudió otro corsario.

—A caballo, Kaor — dijo el pirata; —parte a rienda suelta, y vete a la costa; la galeota está a una legua del puerto de Larache, entre los barrancos de las rocas Bermejas; que esté preparada para hacerse a la mar en cuanto reciba aviso. Vete.

Kaor se perdió también en la sombra.

—¡Darkaidar! — gritó de nuevo el joven.

Otro corsario negro se presentó al momento.

—Monta a caballo, y busca en el campamento al santón Sydi Yezid; dile de mi parte que reúna a los santones en su tienda, que yo voy al momento Ve.

Darkaidar desapareció.

—¡Zuar! — dijo el pirata.

Apareció un cuarto corsario.

—Que monten a caballo mis marinos; que cabalguen también los seis mil jinetes amazirgas de la kabila de Beni-Zaytun; que se preparen para marchar los jinetes de Kansa y de Mansura; que los escopeteros y espingarderos de Beni-Alaksa y de Ben-Rofarull salgan de las trincheras y se unan a las kabilas del santón Sydi Yezid. Vete al momento.

Desapareció Zuar, y Aben-Shariar gritó de nuevo:

—¡Daimiel!

Un jinete corsario se presentó a su capitán.

—A caballo tú y los que quedan de los míos; que me traigan mi caballo y mi lanza.

Cinco minutos después, Aben-Shariar salía de las trincheras, seguido de veinticinco corsarios a caballo, atravesando el nuevo campamento musulmán en dirección a su centro donde se levantaba la tienda del santón Sydi Yezid. Cuando Aben-Shariar llegó a ella, desmontó y entró con la altivez de un sultán que honra con su presencia la tienda de un vasallo Ya estaban reunidos allí con Sydi Yezid otros veinte santones, más o menos viejos, más o menos venerables, pero todos feroces, todos recelosos.

—Hoy — dijo con voz vibrante y seca Aben-Shariar desde la puerta y sin saludar a los santones — se ha cometido una grande imprudencia por vosotros, hombres de Dios, que debéis ser siempre sabios y prudentes; habéis prestado oído fácil a un miserable esclavo que yo me he visto obligado a castigar por mi mano, y habéis acometido las trincheras de mi campamento imperial.

Tronaba la voz de Aben-Shariar firme y colérica, como en igual situación hubiera podido tronar la de un sultán asegurado en el trono por una sucesión de victorias. Shariar probaba un golpe audaz, único medio de salvar a Mirian y a Gabriel. Y era tan bravo, tan ser no, tan dominador, y le importaba tanto salvar a Mirian, que los santones se sintieron subyugados y balbucearon algunas quejas.

—¡No me repliquéis! — continuó creciendo en ansiedad el joven corsario. — ¡Habéis cometido delito de traición, y vuestras cabezas son mías!

Corrió el frío del pavor por los miembros

de aquellos veinte hombres. No sabían si estaban cercados o vendidos. Tenían miedo.

—Habéis abandonado el combate al frente del enemigo — continuó a cada momento más terrible Aben-Shariar; — habéis calumniado a la sultana que habéis aclamado; habéis puesto en su limpia honra vuestra lengua infame; habéis acometido sus reales, y ha sido necesario que yo, vuestro señor; porque soy esposo de la sultana, os reciba a cañonazos; como os contuve entonces, os contendré siempre. Dios pelea conmigo, porque conmigo van la razón y la justicia; vuestro crimen no puede quedar impune; habéis alentado al enemigo dejándole ver un combate entre nosotros, y es necesario que antes de que el enemigo salga a buscarnos vayamos a buscarle dentro de sus muros; yo soy con vosotros misericordioso; pero quiero que vayáis a lavar vuestro crimen peleando como leones al frente de Larache.

Una casualidad, más bien un suceso que podía preverse, vino a favorecer los intentos de Aben-Shariar. Acababa apenas de pronunciar sus últimas palabras, cuando de allá del extremo del campamento más próximo a Larache se oyeron disparos de espingarda, pocos al principio, pero instantáneamente repetidísimos y nutridos.

—¡Oíd! — exclamó con cólera y con verdadera audacia Aben-Shariar; — sucede lo que era de temer: Sydi Ahtmed nos acomete.

—Hemos cometido una imprudencia grave — dijo el santón Sydi Yezid; — pero la repararemos vertiendo nuestra sangre por la noble sultana que hemos aclamado y por ti, que eres su esposo. ¡A las armas contra Sydi Ahtmed! — añadió, desnudando su yatagán y lanzándose fuera de la tienda.

Pero a su puerta le detuvieron algunas gentes de la kabilas.

—Los de Larache están encima — dijo el kaid que los mandaba, — y parece que la tierra arroja miles de enemigos sobre nosotros; las escuadras han llegado esta noche, según avisan los vigías de la costa, y han desembarcado mucha gente y buena.

—Sydi Yezid — exclamó Aben-Shariar, — ha llegado el momento de que pruebes tu valor; yo no puedo ponerme a vuestra cabeza.

—Tú eres nuestro señor.

—El resultado de la pelea es dudoso, y mi primer deber es salvar a la sultana y sus tesoros; combatid como leones, amigos míos que en cuanto la sultana esté en salvo, yo volveré a combatir con vosotros.

Y sin decir más, Aben-Shariar montó a caballo, y seguido de sus corsarios se lanzó a rienda suelta a las trincheras.

Allí estaban ya los camellos. Mirian y Gabriel, completamente envueltos en kaibes, esperaban. Los seis mil amazirgas y otros dos mil jinetes de las kabilas estaban a caballo, preparados al combate, que se oía un cuarto de legua más allá, hacia Oriente, cada vez más trabado y más atronador. No había un solo momento que perder. Los cofres del tesoro de Mirian fueron puestos en los camellos. En uno de ellos montó Mirian; en otro, completamente vestido de árabe y cubierto el rostro con el extremo de la toca, Gabriel; en otro, Ayelah. Entonces se emprendió la marcha hacia Occidente. Los camellos iban escoltados por Aben-Shariar y sus treinta corsarios negros; detrás iban los seis mil jinetes amazirgas, y, por último, los dos mil caballos de las kabilas. Aquello no era marchar, era huir. Rápidamente aumentaba la distancia que los separaba del campo de batalla; el ruido de ésta disminuía.

Una hora después de haberse puesto en marcha los fugitivos estaban embreñados en los desfiladeros de las montañas de la costa, nada se oía del combate. La noche era obscura y lóbrega, y sólo la práctica podía llevar a aquellos hombres sin extraviarse. Sólo se oía el ruido de los pasos de los caballos y las voces con que sus conductores estimulaban a los camellos. Durante algún tiempo nada se oyó más que esto. Pero de repente se oyó un largo y tenue silbido entre las gargantas, y el zumbido del ramaje de los pinos y de las encinas.

—¡El nordeste! — exclamó con voz sombría Aben-Shariar.

Y poco después se oyeron los mugidos del viento, que crecía rápidamente en fuerza, y no muy lejos un rumor sordo al principio, que fué creciendo hasta hacerse sonoro y atronador. Era el cercano mar. Huían de un peligro y daban en otro. La tempestad se desencadenaba, y acaso la goleta de Aben-Shariar no podría esperar junto a aquella costa brava sin exponerse a perecer.

—Sydi — dijo uno de los corsarios de Aben-Shariar; — al revolver de esta rambla está la pequeña playa de las rocas Bermejas; yo no me fío de estos ocho mil que vienen con nosotros: manda hacer alto.

—¿Y para qué, Zuar?

—Lo que importa es salvar a la sultana y sus tesoros.

—Sí; primero la sultana y los dos esclavos que la acompañan.

—Es necesario avisar a la galeota para que enfile la rambla, y después, cuando hayamos pasado nosotros, dispare sobre los que vienen detrás.

—Pero ¿y qué razón hay para ello?

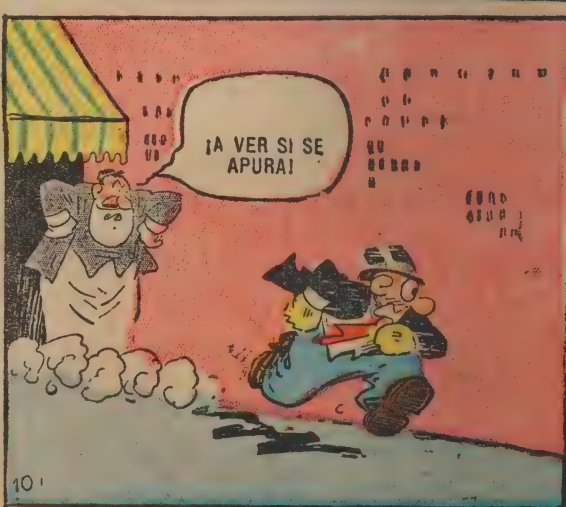
—Los he oído murmurar desde que nos acercamos a la marina.

—Pues bien, parte, avisa a la galeota, y vuelve al momento.

Zuar partió, y Aben-Shariar hizo detener en la rambla a los camellos y a parte de sus jinetes. El se quedó con la otra parte, cerrando la pequeña garganta, más allá de la cual, en un estrecho valle, se agrupaban los ocho mil jinetes kabilas. Por el momento nada se oía entre aquellos hombres que inspirase recelo; lo que en ellos reinaba era un rumor característico, natural en una tal aglomeración de hombres y caballos, y este rumor se perdía entre los silbidos del Nordeste, cada vez más fuerte, y los bramidos del mar, que crecían. Pero a medida que pasaba tiempo, el rumor de aquellas gentes aumentaba, se iba convirtiendo en estruendo, se iba haciendo amenazador. Se comprendía que recelaban de aquel alto, ya demasiado prolongado.

Aben-Shariar empezaba a aterrarse; el valor era ya inútil; inútil la energía y la inti-

Aventuras de Barn



gugli, por Debeck

midación contra aquellas gente bravías, si habían llegado a sospechar la verdad. Además, podía suceder muy bien que hubiesen tentado su codicia los tesoros que consigo llevaba la sultana y estuviesen resueltos a impedir que aquellos tesoros se les fuesen de entre las manos. Aben-Shariar sólo tenía quince hombres para oponerse a la acometida de aquellas ocho mil fieras. Porque un montaraz y una fiera son una misma cosa.

Pasó una hora larga desde que Zuar, y tras él Mirian, Gabriel, Ayelah, los camellos y parte de los corsarios de Aben-Shariar habían atravesado la rambla y perdídose entre los barrancos, y en aquel tiempo la tempestad había crecido de una manera terrible y la obscuridad se había hecho profundísima. Ni un solo relámpago iluminaba por un momento aquellas tinieblas.

Aben-Shariar se dominó; aquella tempestad, aquella obscuridad, la lluvia que caía a torrentes, le protegían y probó dirigirse al barranco donde debía estar amparada su galeota. Pero apenas dió la orden de marchar a sus corsarios, cuando sintió su caballo detenido por la brida. Algunos kabilas enviados por el resto de sus compañeros habían aprovechado aquella obscuridad, aquel estruendo de los elementos, se habían deslizado silenciosos hasta donde estaba Aben-Shariar, y le espiaban de cerca.

—¡Pie a tierra, amigos míos—gritó Aben-Shariar, — y a la caleta del barranco el que pueda!

Y se deliz6 de la silla y, conocedor del terreno, atravesó a la carrera la rambla, se torció por un largo barranco, y muy pronto le dió en los ojos el resplandor de algunas antorchas. Cuando él llegó, encontró a Zuar, que iba a buscarle.

—Pronto — dijo, — pronto, Sydi, a la lancha; todo está ya embarcado; hasta los camellos.

En aquel momento se oyó una gritería horrorosa, a la que siguieron disparos de cañón. Los que causaban esta gritería eran las kabilas, que habiendo conocido ya perfectamente la situación, se lanzaban sobre los fugitivos. Pero la galeota enfilaba la rambla, y fondeaba en una caleta muy abrigada, en que se hacía poco sensible la tempestad disparaba sobre aquellos hombres. Los kabilas se volvieron de frente por donde les venía el fuego, y algunos se arrojaron al agua para tomar la galeota; pero la marejada era fuerte, y no la pudieron vencer. Entretanto, Aben-Shariar se metía entre la mar con sus quince corsarios, llevando los caballos por el agua a nado. Poco después hombres y caballos se encontraban a bordo de la galeota.

—¡A tomar la vuelta de afuera! — gritó el corsario, entrando de lleno en sus funciones de marino.

La galeota obedeció inmediatamente.

—Tenemos el tiempo por la proa — dijo Aben-Shariar, — pero no importa; si nos detenemos aquí, pronto tendríamos sobre nosotros la artillería de Sydi Ahtmed, que nos obligaría a rendirnos. ¡A la mar! ¡A la mar!

Y la galeota, maniobrando admirablemente, tomó la vuelta de afuera, y poco después estaba en tranquía, luchando con la tempestad.

Entretanto, los ocho mil de las kabilas se arremolinaban en la rambla. La artillería de la galeota había disparado contra ellos cadenas, fragmentos de hierro y piedras, y les había causado un horrible destrozo. Las maldiciones, los alaridos, los gemidos se escuchaban por todas partes. De repente se sintió a retaguardia gran estruendo de caballos que avanzaban a la carrera, a que llegaron y embistieron contra los jinetes de las kabilas que habían acompañado a Mirian. Eran algunos miles de jinetes mandados por el mismo sultán Ahtmed en persona. Pero no había combate posible; las kabilas se rindieron sin resistir, y declararon a voces que la sultana y los que la acompañaban se habían hecho a la mar. Sydi Ahtmed se enfureció; hizo un horrible destrozo en aquellos hombres que no habían cometido otro delito que haber sido engañados, y se volvió con cuanta rapidez le permitía lo tenebroso de la noche y lo áspero del terreno, a Larache. Inmediatamente una multitud de galeras corsarias de las que habían llegado a principios de la noche a Larache se hicieron a la mar, a pesar del temporal, para dar caza a la galeota en que había huído la sultana Mirian. Pero Shariar había previsto esto; había hecho prodigiosos esfuerzos, y había logrado dejar atrás a Larache antes que le pudieran dar caza las galeras corsarias que habían salido del puerto. El tiempo había cambiado, y la goleta enfiló rumbo al Estrecho, largando todo su velamen, navegaba con el viento en popa lanzada por la mar. Al amanecer pasó el Estrecho, entrando en el Mediterráneo. El huracán se había convertido en viento fresco, y Dios daba al mar un hermosísimo día.

La galeota de Aben-Shariar era un buque terrible, largo, estrecho, bajo de borda, con tres palos a que se aferraban tres formidables velas latinas con una sola banda de remosú, pero larga, servida cada una por cien forzados, habiendo tres en cada banco para cada remo; llevaba cuatro gruesos cañones en crujía, otros cuatro a popa y diez y seis por banda; tenía estrechas y fáciles las salidas de agua, como uno de nuestros modernos clippers, y obedecía al timón y a la maniobra como un caballo blando de boca; era completamente negra, y la rapidez de su marcha, el número de su artillería, su longitud, lo reducido de la altura de su obra muerta, y sus tres agudas velas latinas, la hacían parecer un dragón alado que volaba sobre el mar siempre en busca de una presa. Difícilmente se hubiera encontrado entonces un buque tan bien armado, tan ligero, tan fuerte, tan formidable. Para completar lo terrible de su aspecto, llevaba izada a popa una gran bandera de tres puntas, de color rojo-sangre, cruzada diagonalmente por una ancha banda negra. Esta era la divisa del tremendo corsario Yhaye-Aben-Shariar, del pirata más temido de los mares de Levante. Esta goleta se llamaba la "Leona", y ella sola hubiera bastado para batirse con ventaja con una escuadra. La tripulaban doscientos cautivos forzados de diversas naciones del Mediterráneo puestos al remo, cua-

renta marinos bereberes y sesenta corsarios negros de combate, a los cuales pertenecían los treinta con que Aben-Shariar había asistido a la batalla de Alcazarquivr

La "leona" había salido sin otra lesión que algún velacho rifado del duro temporal de toda la noche, mientras que las galeras que habían salido de Larache a darla caza se habían visto obligadas a recogerse al puerto con grandes averías.

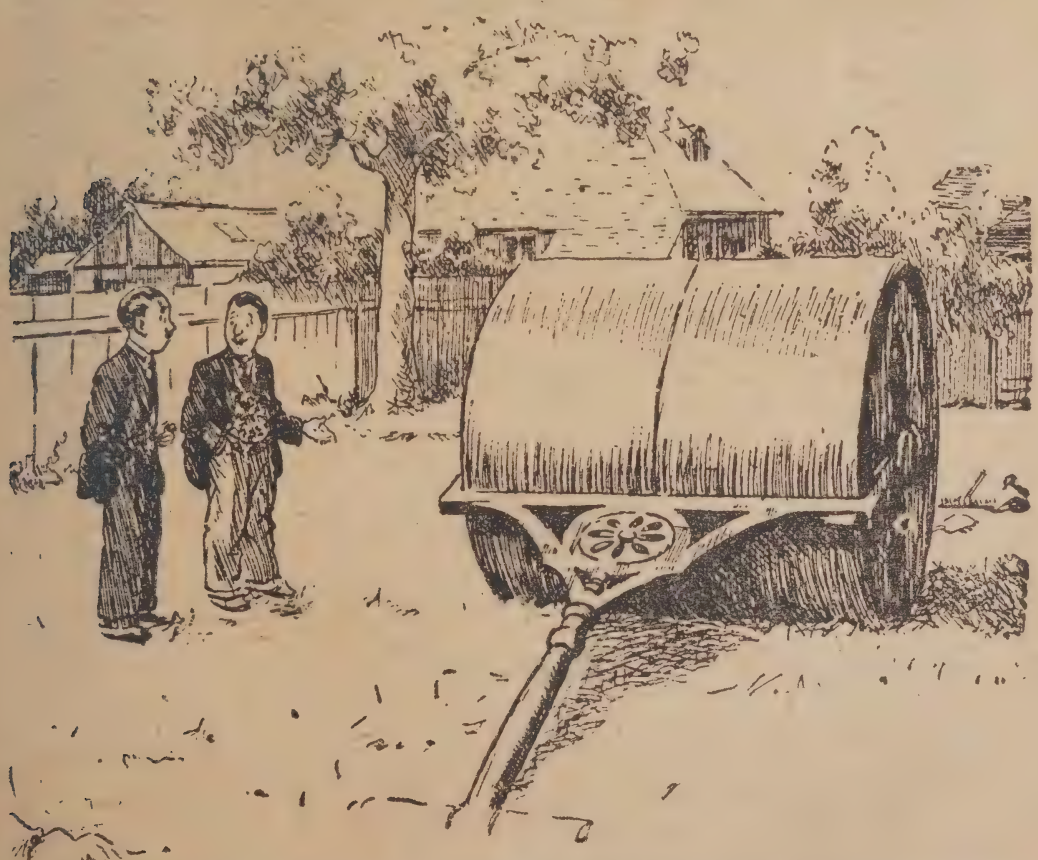
Sydi Ahtmed rugió de cólera cuando vió que su prima la sultana Sayda Mirian había escapado de sus manos, sació su cólera cortando la cabeza a los santones que la habían llevado con sus kabilas un ejército y la habían proclamado sultana, causando una guerra civil de dudosos resultados si Mirian no hubiera amado a Gabriel y hubiera tomado por esposo a Aben-Shariar Sydi Ahtmed coronó los muros de Larache de cabezas, y en medio de ellas se coronó emperador. Inmediatamente envió un mensajero con una carta al bey de Túnez reclamándole la persona de su prima la sultana Mirian y la cabeza del corsario Aben-Shariar. El bey de Túnez, que apreciaba por su valor al joven corsario de una manera decidida, contestó a Sydi Ahtmed en las siguientes frases, con un laconismo verdaderamente espantoso:

—Ven por tu prima y por la cabeza de mi arráez.

El sultán Sydi Ahtmed no fué. Algunos días después, una escuadra castellana, llevando a bordo un enviado del rey Felipe II, recogió en Larache el cadáver que se decía ser del rey D. Sebastián y los cautivos de la batalla de Alcazarquivir, mediante un crecido rescate.

Al siguiente amanecer de aquel en que Aben-Shariar sacó de Marruecos a Mirian y a Gabriel, fondeó la "Leona" delante de unos hermosos jardines en la rada de Túnez. Aquellos jardines pertenecían al magnífico palacio de Aben Shariar. En aquellos jardines saltaron en tierra Mirian y Gabriel. Tristes los dos; ella, porque no había podido dar un trono a su amado; él.... la causa verdadera de su tristeza la sabían él y Dios.

(Fin de la Primera Parte)



—Sí, viejo; todos los implementos de jardín los voy a comprar de ese tamaño: así los vecinos no podrán pedírmelos prestados. . .

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

❋ ❋ ❋

Administración

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES IMPORTANTES DE ESTA SERIE DE AVENTURAS

RUFUS TRANT, saltimbanqui ambulante, hombre capaz de todo, que ha criado, como acróbatas de su circo a

JACK y DICK, dos muchachos, casi de igual edad, uno de los cuales es el hijo, raptado y desaparecido de

JOHN HERIOT, hombre de grandísima fortuna, cuyo hijo ha sido raptado 8 años antes del día en que comienza esta narración, por

HUBERT MANSELL, sobrino de John Heriot, cuyas maquinaciones e intrigas han sido causa de que su primo

GEORGE HERIOT sea desheredado por el tío. George Heriot está enamorado de

VIOLET DESMOND, bellísima joven que corresponde al afecto de George y que ha rechazado las atenciones de Hubert Mansell que la corteja.

EL NIÑO ACROBATA

ERA la semana de feria de Lancefort. En las diversas barracas alineadas en el sitio destinado a campo de diversiones el público amigo de divertirse encontraba lo que buscaba por muy poco dinero.

Empresarios-artistas, de rostro rubicundo y sin asomo de falsa modestia invitaban al público a entrar y a ver "el espectáculo más estupendo y atrayente que se haya visto en el mundo", gritando con toda la fuerza de sus pulmones, hasta ponerse roncos y como si quisieran dominar con su voz el sonido de los pianos mecánicos y de los órganos a vapor.

En los frentes de alegres colores de las barracas más grandes brillaban numerosas luces que mezclaban su brillo con el de las lámparas de nafta, humeantes y malolientes, de los tenduchos en que se vendía maní, caramelos y bollos.

Las hamacas en forma de barquitos y las calesitas realizaban soberbio negocio; no les faltaba nunca público.

Pero si corría dinero para casi todos los establecidos en la feria, poco era el que iba hacia donde estaba instalado Rufus Trant.

Trant tenía una de las barracas más pequeñas, apenas un trozo de tierra limitado por unas lonas puestas en unos palos junto a la carreta o caravana que constituía su habitación. Pocas veces le habían ido los negocios tan mal como en aquella ocasión, y esto le tenía del peor talante del mundo.

Probablemente el gesto de fastidio y de amargura de su rostro, — que hacía contraste con la cara de risa de los empresarios de las barracas circundantes, — influía en el mal resultado de sus negocios. Mientras de pie en el tabladito de junto a la entrada anunciaba: "la más notable compañía acrobática que realiza hazañas tales como solo se ven en grandes circos de la metrópoli", parecía mirar a la multitud que pasaba como si tuviera algun resentimiento con todos y cada uno de los que la componían... y este no era modo de atraer concurrencia a su espectáculo.

Menos de una docena de aldeanos habían entrado en el pequeño circo. A Rufo Trant no le quitaba el mal humor ver cómo entraba la gente a montones en la barraca de su vecino el payaso, que anunciaba a voz en cuello: "Aquí hay un hombre que come carbones encendidos como quien saborea queso fresco y se bebe el petróleo encendido con la misma facilidad con que otros se tragan la cerveza": o contemplar cómo cada representación del Profesor Hardbottle y su "troupe de pulgas sabias" se verificaba con un lleno completo de la barraca situada en la acera de enfrente.

El puñado de espectadores que había penetrado en el establecimiento de Trant, pagando sus dos peniques cada uno, empezaba a mostrarse impaciente y pedía a gritos que empezara la función. Rufus se quitó el sobretodo que cubría su viejo y descolorido traje de malla y penetró en la pista; en el centro de la cual se hallaba un niño de unos catorce años, vestido también de acróbata y esperando ayudarle en sus ejercicios de acróbata, saltarín y contorsionista.

Un hombre gordo, de cara redonda y coloradota fué el último en entrar y Rufus, en cuanto le vió hizo un gesto como si su presencia no le fuera nada agradable.

El gordo, que pertenecía a una de las otras compañías instaladas en la feria, temía, — y Rufus lo sabía hacía tiempo, — decidida inclinación a criticarle. Y Rufus no era de los que oyen la crítica, risueña o no, con benevolencia.

El espectáculo era bien pobre por cierto. Al cabo de pocos minutos la concurrencia había llegado a la conclusión de que a cada espectador le hubiera convenido más pagar el doble de lo que había pagado por entrar por haberse quedado fuera.

Los "trucs" eran todos conocidísimos y vulgares y su falta de novedad no se veía compensada por ninguna habilidad o destreza especial en la ejecución. Además se notaba que Rufus Trant había bebido y no estaba en condición de trabajar como de costumbre.

—Oiga, Rufus, ¿cuándo va a terminar sus pruebas acrobáticas para ofrecernos un poco de prestidigitación y magia? — preguntó el gordo en el momento en que uno de los números había terminado con desastrosa torpeza! — ¡Mago! ¡Vd. es un excelente mago! ¡Qué habilidad tiene para hacer desaparecer con rapidez extraordinaria un vaso de cerveza, por grande que sea! ¡En eso no tiene rival!

Rufus miró con enojo al obeso espectador.

—¡Cállese, señor gracioso! — gritó desde el centro de la pista. — ¿Usted se cree acaso tan gracioso como Carlitos Chaplin?—. (El gordo era "tony" de una compañía que actuaba en otra barraca de la feria.)—¡Bah!. Cuando usted quiere hacer gracia el público le suelta un chubasco de cáscaras de banana. ¿Y usted se cree actor gracioso? ¡Bah! Usted es una vejiga de grasa con ojos, y nada más.

El otro se sonrió indulgentemente y blandió un rollizo dedo, amenazando solemnemente.

—¡Qué pícaro! ¡Ya verás lo que te va a pasar por ser tan malo conmigo! Pero, ¿por qué hace esperar al público? Siga adelante con el próximo ejercicio. ¡Es notable, señores! — agregó dirigiéndose a los otros espectadores — ¡Lo inventó Noé cuando, durante el diluvio, se aburría de noche en el arca!

Rufus no contestó y se dispuso a continuar la función.

De pie, cerca del gordo que había ido con el propósito de divertirse a costa de Trant, estaba entre los espectadores un joven alto y de simpática presencia, cuyo aspecto indicaba que era de distinta clase social que el resto de los concurrentes.

George Heriot, — así se llamaba el joven, — no hubiera podido decir por qué había entrado. Quizás hubiera sido llevado por el deseo de olvidar sus tristes preocupaciones y no por el de divertirse. Y si no se retiraba, aburrido por aquel insulso espectáculo, era porque le había interesado, de pronto, sintiendo por él mucha simpatía y mucha lástima, el muchacho que ayudaba a Trant en sus ejercicios.

Era un chico de ojos negros y cabello ensortijado, del cual, en otras circunstancias, podía haberme sentido orgullosa una madre. Pero se echaba de ver que, en toda su vida había recibido más pescozones que caricias. Tenía el rostro contraído y delgado; bien se notaba que padecía hambre: sus movimientos eran lentos...

—¡Pobre muchacho! ¡Si parece que le matan de hambre y de fatiga! — díjose, emocionado, George Heriot — ¡No tendría nada de raro que el empresario le maltratara también! Su mirada es la de un perseguido.

No era posible dudar de que Trant tenía atemorizado al muchacho. A consecuencia del cansancio y de la debilidad, el chico erró uno de los "trucs". Dió pena ver cómo se encogió asustado, ante la terrible mirada con que el empresario comentó su fracaso. Su rostro pálido se puso aun más pálido cuando el hombre le dijo, en voz baja, algunas palabras que sin duda fueron de amenaza.

George Heriot pudo notar cómo el chico trató de realizar de nuevo, con la mayor prontitud posible, su fracasado "truc". Pero las piernas parecían negarse a sostenerle... Trant se puso más furioso aún. Su furor, acrecentado por las pullas del gordo, parecía haberse concentrado en el muchacho.

Otra vez falló el "truc" acrobático.

Desde un trapecio volante debía desprenderse, dar una vuelta en el aire y caer de pie sobre las suelas de Trant, echado en el suelo con las piernas levantadas... Era una prueba qu había realizado centenares de veces, pero en aquella ocasión calculó mal la distancia. Trant se sentía sofocado por el furor. El muchacho volvió a intentar la prueba y, por segunda vez, debido al miedo que le causaba su patrón y a la fatiga que sentía, fracasó.

—¡Es una vergüenza hacer trabajar a ese chico en semejantes condiciones! — exclamó indignado George Heriot — El muchacho está cansado: a eso se debe todo.

Estas palabras provocaron un leve murmullo de parte de los espectadores. Rufus Trant las oyó.

—¡Usted no debe meterse donde no le llaman! ¡Yo soy dueño de manejar mis elementos como me dé la gana! — gritó furiosamente — Si no le gusta la función, tiene la puerta abierta: ¡váyase!

La vez siguiente fué Trant quien tuvo la culpa de que la prueba fracasara. El muchacho había saltado del trapecio y había dado la vuelta en el aire. El "truc" hubiera salido bien esa ve, pero Trant estaba mirando a Heriot en lugar de mirar al muchacho y esto fué fatal: se produjo el tercer fracaso.

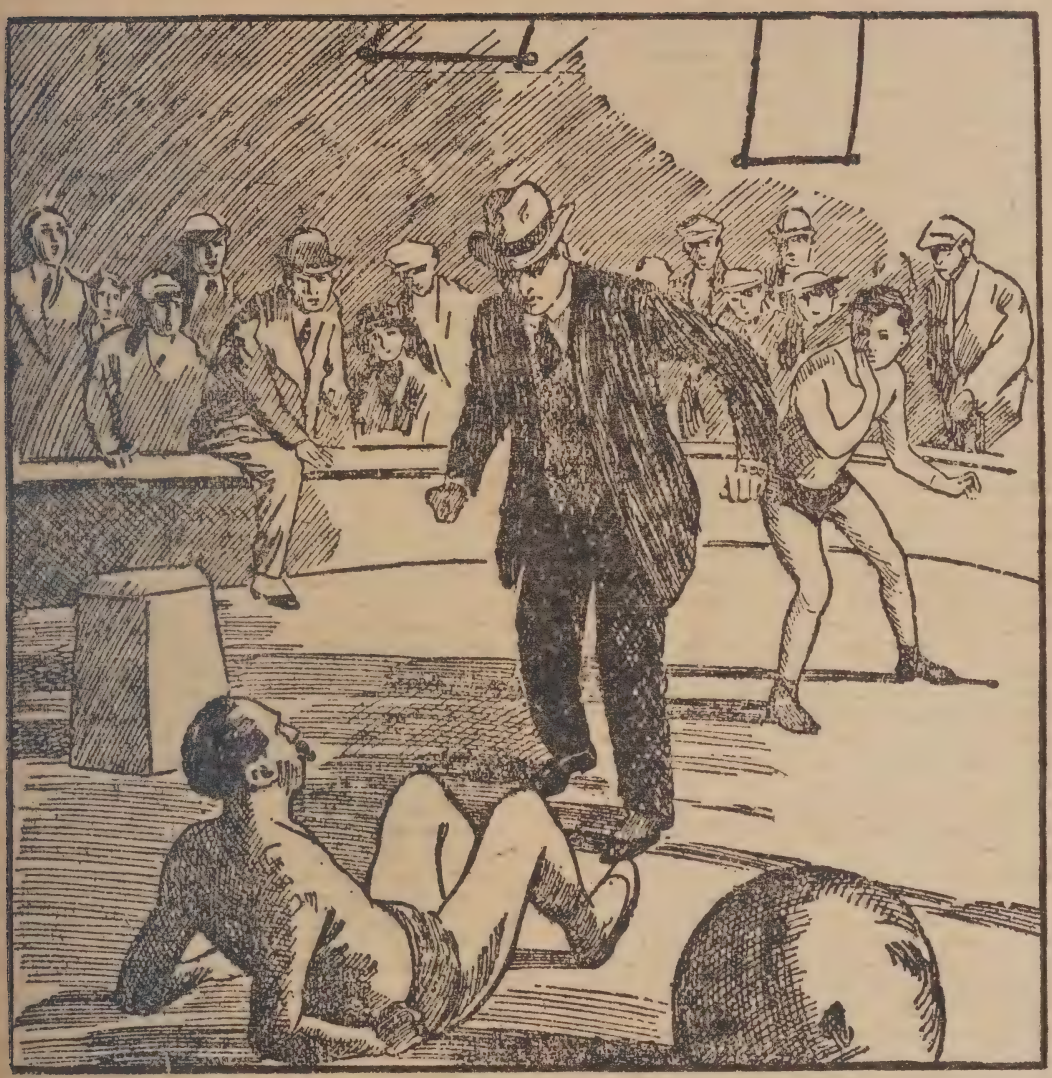
Fué aquello lo que hizo que estallara todo el furor reconcentrado en aquel hombre amargado y borracho. Lívido de furia se puso de pié de un salto. Su pesada mano cayó sobre la espalda del aterrorizado muchacho.

—¡Holgazan! ¡Maldito holgazan! ¡Ya te enseñaré a no trabajar como se debe!

Y dió un golpe tan fuerte en un lado de la cabeza que el muchacho fué tambaleándose hasta el otro lado de la pista y cayó.

—¡Qué canalla! — se oyó gritar.

Levantóse un coro de protestas y de voces de indignaión de todos los espectadores incluso George Heriot.



El puño izquierdo de George Heriot solucionó inmediatamente el asunto.

El puño izquierdo de George Heriot solucionó inmediatamente el asunto. Saltó a la pista y un golpe científico, terrible, hirió a Trant, haciéndole caer sobre el piso de la pista.

Pero el hombre se levantó casi inmediatamente. Era alto, musculoso, fuerte, pero sus movimientos eran demasiado lentos para semejante adversario. Además desperdiciaba su aliento vociferando imprecaciones e insultos. Golpeó furiosamente una y otra vez pero sus golpes no dieron ni una sola vez en el blanco. En cambio George Heriot, con serena rapidez le propinó dos terribles golpes que le enviaron a rodar, sin sentido, al otro extremo de la pista

EL HOMBRE QUE PASO

Esta vez Trant no se levantó tan pronto como antes. Como la generalidad de los hombres violentos, era cobarde. Se dió cuenta de que se le había presentado un adversario más fuerte que él y de que tenía en contra la opinión del público.

—¡Le denunciaré a usted a la policía por haberme asaltado! — gritó. — Si yo supiera su nombre...

—Me llamo George Heriot, — dijo el joven con sonrisa de desprecio, — y puede encontrarme en casa de la señora Denman, en el camino de Bourne. En cuanto a usted, mire lo que hace, no vaya a tener que verse ante la justicia para dar cuenta de los malos tratos infligidos a ese muchacho. ¡Es muy fácil que nos volvamos a ver!

Trant le miró con enojo, pero la amenaza le había domado. George Heriot, rojo de indignación, no parecía hombre que se contentase con amenazar.

—¡Venga esa mano! — dijo el obeso actor a Heriot — No espero ver en mi vida un

golpe de boxeo mejor dado y mejor merecido. ¡Es una vergüenza el modo como ese pillastre de Trant trata a ese muchacho!

Mientras los espectadores se retiraban lentamente, Heriot llamó a un lado al niño acróbata y le habló en tono suficientemente bajo para que Rufus no se enterara de lo que decía y con un afecto cariñoso que llegó al corazón del muchacho.

George se enteró de que el pequeño acróbata se llamaba Jack.

—Aquí tienes algo para que te acuerdes de mí, Jack.

Y George Heriot deslizó una moneda de plata en la mano del muchacho. Jack miró la moneda casi con incredulidad. Nunca, hasta entonces, había sido poseedor de una suma semejante. ¡Era una media corona!

Los labios del muchacho temblaban mientras agradecía a Heriot su obsequio. No estaba acostumbrado a semejantes atenciones y no acertaba a hablar. Tenía como un nudo en la garganta.

—Lo que temo es que mi intervención te cause mas mal que bien, muchacho, — dijo George Heriot. — Quizás resulte contraproducente.

—¡Oh! ¡Eso no importa, señor! — fué la respuesta. Jack comprendía también que tendría que sufrir las consecuencias. Pero era valiente y estaba demasiado agradecido para temer lo que pudiese sobrevenir. — ¡No me olvidaré jamás de cómo sacó usted la cara por mí!... ¡Y ese hombre no lo olvidará también! — agregó refiriéndose a los buenos golpes recibidos por Trant.

Aquello nada mas, valía los azotes que estaba seguro de recibir.

—Pero él no es tu padre, Jack.

—¡No, señor! ¡Ni pariente siquiera! ¡Yo no sé quien soy! — agregó con amargura,— pero sé que él no es nada mío!

George Heriot miró el rostro del muchacho, haciéndole levantar la cabeza Le inspiraba mucha compasión aquel chico que se hallaba a merced de aquel energúmeno. Notó entonces que Trant les miraba con desconfianza.

—Me hubiera gustado poder hablar en tu favor, Jack, algo mas que darle unos golpes a ese salvaje. Si puedes, ve a verme. Ustedes permanecerán en Lanceford toda la semana de la feria, sin duda. ¿Oiste cuando dije mi dirección? ¿Irás?

En los ojos del muchacho se vió brillar un destello de alegría.

—¡Sí, señor! ¡Vaya si iré! ¿Lo dice en serio, señor?

—¡Claro está que lo digo en serio! ¿Podrás ir esta noche, más tarde?

—Creo que sí. Después de lo sucedido no habrá más función esta noche. Trant se meterá en una taberna a beber hasta el amanecer. En cuanto a mí, supongo que podré escabullirme sin que me vea la vieja... la esposa de Trant.

—¡Perfectamente! Te esperaré, Jack. Pero si por casualidad llegas y no estoy, espérame.

Consideró que era lo más conveniente cortar allí la entrevista, por bien del muchacho. Estrechó la mano de Jack y se dirigió a la salida de la barraca.

Antes de salir se acercó al saltimbanqui.

—Ya le he advertido por lo que se relaciona con los malos tratos dados a este muchacho, — díjole George con energía, — ¡Qué no se le olvide mi advertencia! ¡Yo jamás amenazo en vano!

Trant no habló. En la mirada de Heriot vió una expresión que le aconsejó la mayor prudencia.

George salió del circo. Durante un rato el interés que había sentido por el pobre muchacho acróbata le había hecho olvidar sus penas, pues sus pensamientos eran abrumadores y tenebrosos cuando entró en el circo de Trant en busca de algo que le distrajera.

Le complacía la idea de que volvería a ver al muchacho. Deseaba tener ocasión, en caso de que fuera posible, de ayudar al pobre Jack.

Mientras se alejaba del campo de diversiones de la feria volvieron a la imaginación de George Heriot sus anteriores tenebrosos pensamientos personales. El joven frunció el ceño y se notó en su rostro una expresión de intensa amargura.

—¿Trataré nuevamente de ver a mi tío? — dijose pensativo. — ¿Procuraré reanudar relaciones a pesar del terminante y cruel mensaje que me envió?

George Heriot había acudido aquel día a llamar a una puerta que en vano se había prometido trasponer...

Hasta tres años antes, Lanceford había sido la villa de su residencia. Había vivido en casa de su tío el adinerado John Heriot, hombre recto y seco, de ideas anticuadas, incapaz de comprender las aspiraciones de libertad de su sobrino.

Si George hubiera imitado a su primo Hubert las cosas se hubiesen presentado de otro modo y el tío John Heriot no habría cortado relaciones con él. Pero George era demasiado honesto para desempeñar el papel hipócrita del falso sumiso. Dejaba esa manera de proceder para su primo.

Hubert Mansell tenía cinco años más que él y era solapado, falso y egoista tanto como George Heriot era franco, leal y generoso. Ambos habían sido criados por un tío, que al presente era viudo y no tenía hijos y siempre se habían mirado con antipatía. Eran tan difíciles de unir como el aceite y el vinagre.

Hacía tres años George había reñido con su tío y éste, en un acceso de furor, le había ordenado que se fuera y no volviera jamás a pisar los umbrales de su casa.

Probablemente John Heriot había proferido esa amenaza sin intención de verla cumplida; pero George, aconsejado por su orgullo, había tomado la orden al pie de la letra. Se fué de la casa y su tío no volvió a verle ni a saber de él.

George hubiera sido el primero en admitir que tenía parte de culpa en lo sucedido. Se había dejado arrastrar por malas compañías, se había conducido como un tonto, pe-

ro todo había sido consecuencia de su impericia y su locura juvenil y no de malas inclinaciones.

Pasados tres años había regresado, obediente a un impulso de su corazón, a Lanceford. No pensaba pedirle nada a su tío. Había trabajado bien durante esos años y se ganaba holgadamente la vida sin depender de nadie. Pero en los últimos tiempos había pensado que debía hacer las paces con su tío.

No había escrito anunciando la visita. Había ido, sin ser esperado, a la casa de su tío y había dicho su nombre al criado que acudió a la puerta.

El criado, cuya cara era nueva para George regresó portador de un mensaje verbal que pronunció con marcada insolencia.

—El patrón ha dicho que no quiere verle. Y debo agregar, a fin de ahorrarle la molestia de volver, que ha dado orden de que cuando usted venga se le diga siempre que no está en casa, — manifestó el sirviente.

Y dicho eso, cerró la puerta de golpe, casi en la cara del confundido sobrino.

—¡Así que su tío seguía siendo el recto, inflexible e implacable anciano a quien tan bien conocía!

El cruel mensaje había llenado el alma de George de intensísima amargura. ¡Ser tratado así por lo que habría sido, después de todo, una tonta aventura de muchacho de poco juicio! Se alejó de la casa diciéndose que había sido aquella la última vez que intentaba una reconcilliación.

Pero, por la noche, su enojo se había calmado. Aún cuando tuviera que deponer todo su orgullo haría otra tentativa.

No pretendía por cierto que su tío le diera nada. Estaba conforme con que su primo Hubert se quedara dueño del campo y luego dueño de la fortuna que hacía tanto tiempo había pensado heredar. Pero necesitaba, por lo muy agradecido que estaba a los favores recibidos de su tío en otro tiempo, hacer las paces con su benefactor. Por eso se sentía resuelto a llevar a cabo todo esfuerzo que pudiera finalizar en una reconciliación.

Cuando George llegó a la calle principal de la pequeña población, sumida su mente en esos pensamientos, un automóvil pasó con rapidez a poca distancia. Lo manejaba una joven, cuyo rostro fué iluminado un instante por la luz que proyectaba el escaparate de una tienda. Era un rostro muy bello y que trajo un tropel de recuerdos a la mente de George Heriot.

—¡Violet! — murmuró.

En su rostro se pintó una expresión de extrañeza mientras volvía la cara mirando al automóvil que se alejaba.

Aquella joven tenía escasamente diez y siete años cuando la había visto por última vez. Pero Violeta, pasados tres años, ya no era una chiquilla, era toda una mujer, y el brevísimo instante que había podido ver su rostro había sido suficiente para admirar su belleza y para sentir en el aceleramiento de los latidos de su corazón, que aun seguía dominado por el hechizo que Violeta había ejercido siempre sobre él.

¿Era posible que Violeta le hubiera olvidado? — preguntábase — Le hubiese gustado haber podido detener el coche, haber vuelto a hablar con ella de nuevo.

Habían sido buenos compañeros; habían sido novios, como chico y chica, en una época; pero eso fué tres años atrás. El había estado lejos de ella todo ese tiempo. ¿Qué habría sucedido en aquellos tres años? Quizás estuviese ella comprometida con otro. Quizás estuviera ya casada. ¿Qué sabía él?

—¡Violeta! ¡La pequeña Violeta!

George Heriot, después de verla, aun cuando solo de paso, sintió atenuada la amargura de su alma. ¡Sí! ¡Iría a ver a su tío otra vez, aquella misma noche!

Pensó despues en el pobre muchacho acróbata.

—¡Pobrecillo! ¡Y tiene una cara tan simpática! Daría gusto verle si no estuviera siempre asustado, temiendo a ese bruto de su empresario. Lo único que siento es que mi intromisión haya podido hacerle mas mal que bien.

Los temores de George estaban bien fundados desgraciadamente.

En cuanto salió del circo el empresario se acercó al chico y le tomó brutalmente por un hombro. Se notaba una expresión de maldad en el rostro inflamado por la bebida y cuyas facciones no habían mejorado por cierto al recibir los recios golpes que le propinó George Heriot.

—¡Pillo! ¡Más que pillo! — gritó Trant furioso. — ¡Así que no contento con ser un holgazan y un sirvengüenza andas contando mentiras y diciéndole a la gente que yo te trato con crueldad! ¿Eh? Fíjate en lo que haces y que no te vea yo hablando con ese tipo bien vestido. ¡Ya verás! ¡He sido demasiado bondadoso contigo! ¡Eso es la causa de todo! ¡Después de la función te arreglaré las cuentas! ¡Tiempo vas a tardar en olvidarte del día de hoy!

Jack sabía perfectamente lo que le esperaba. No recordaba ninguna época de su niñez sin cariño y sin amor, en que el brutal empresario no le hubiera, castigado cruelmente por la mas trivial de las faltas infantiles y muchas veces por puro capricho, sin razón ni motivo alguno.

Pero el saltimbanqui no había conseguido jamás dominar el carácter altivo y animoso de Jack. El niño recibía el castigo sin temblar; tenía demasiado amor propio para dejar que su verdugo echara de ver el miedo que sentía.

—Ese hombre también te dió dinero a consecuencia de las mentiras que le contaste. ¿Dónde está ese dinero?

Jack lo tenía en la mano apretado en el puño. Trant quiso tomar al muchacho de la muñeca pero Jack anduvo mas listo. Metió la mano en el bolsillo del saco que se había puesto sobre su malla de acróbata.

—¡Es mío! ¡Me lo dió a mí! — dijo el muchacho — ¡No es para usted!

El saltibamqui se rió malignamente

—¡Bien! ¡Ya veremos a ese respecto! ¿Quién te da de comer? ¿Quién te proporciona el techo que te cobija? ¿Eh? ¡Si te tengo aquí es por caridad! ¿Qué harías por ahí si no fuera por mí? ¡Morirte de hambre! Vamos: dame la moneda que yo la guardaré en sitio seguro.

—¡No! ¡No se la daré! — respondió el muchacho con un desplante tal de resistencia y de entereza que el patrón se quedó atónito. — ¡Moriré antes que entregársela a usted!

Toda la amargura reconcentrada en aquellos años de tiranía cruel había brotado por fin en un estallido de indignación. En todo el tiempo que Jack podía recordar aquel hombre le había maltratado y tiranizado con crueldad aprovechandose de que era él un pobre niño de quien nadie se cuidaba, que no tenía más amigo que su camarada Dickie.

Dickie era un muchacho casi de su misma edad, que habitualmente ayudaba a la representación, pero que en aquellos momentos estaba enfermo, en cama, en la carreta que les servía de casa. Fuera de Dickie no tenía ni un solo amigo en todo el vasto mundo... excepción hecha de aquel señor que había salido en su defensa hacía poco y cuya bondad Jack no olvidaría jamás.

—¡Pero el tirano no había de apoderarse de la moneda de plata! Antes de que Trant pudiera agarrarle. Jack sacó la mano rápidamente del bolsillo y arrojó lo que en ella tenía al otro lado de la división de lienzo.

—¡Agárrela ahora si puede! — gritó el muchacho vibrante de indignación.

De labios de Trant brotó una salvaje imprecación cuando vió que la moneda volaba por los aires yendo a caer a sitio donde estaría fuera de su alcance. Un instante después, Jack forcejeaba, sujeto por el saltimbanqui que le había agarrado por la muñeca.

Pero en aquella ocasión, Jack supo hacer frente con frialdad, a la situación.

—¡Si me pega usted voy a gritar de modo que me oigan todos los que están en el campo de la feria! — exclamó. — Es posible que ese señor que me defendió antes no esté tan lejos y pueda oír. Y a usted no le va a gustar que vuelva, mal hombre.

Veíase un destello homicida en los ojos del empresario, perc la amenaza del niño le hizo retroceder. Lentamente, soltó a Jack.

—¡Espera hasta después de la función! ¡Ya te ajustaré las cuentas! ¡Espera! — murmuró de mal modo.

En aquel mismo instante su esposa asomó la cabeza por entre dos telas de las que formaban los costados de la tienda. La señora Trant tenía un aspecto tan poco agradable como el de su marido. Su cara de vieja era angulosa, de labios finos, estirados sobre unos dientes desiguales y cariados, con una cabellera hirsuta, teñida de un rubio que mas bien parecía amarillo canario. Toda ella trascendía a abandono y poca higiene. Sus ojos eran pequeños, movedizos, astutos y crueles y, en aquel momento, brillaban de excitación.

—¡Rufus! ¡Rufus! llamó.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? — gruñó él.

—¡Pronto! — Muy excitada le tomó de un brazo, le llevó hasta la puerta de salida del circo e indicó algo apuntando con el dedo. — ¡El tipo que nos entregó el chico hace ocho años! ¡El que no has podido encontrar por mas que lo hayas buscado! — dijo en voz baja.

Un estremecimiento de emoción sacudió el cuerpo de Trant en cuyo rostro se pintó la mayor alegría, mientras su mirada seguía la dirección indicada por el dedo de su mujer.

Entre el montón de rostros de los que recorrían la feria, iluminados por el brillo de las lámparas de nafta, logró encontrar uno conocido... el del hombre a quien en vano había tratado de encontrar en los últimos años. El hombre que compartía con Trant la posesión de un horrendo secreto.

El saltimbanqui respiró con alivio al volverse hacia su esposa.

—¡Ver a ese hombre es para mí como sacarme el premio grande, muchacha! Ya no tenemos que preocuparnos de si la gente acude o no a nuestro circo, teniendo aquí a ese caballero. ¡Para nosotros va a ser algo así como una mina de oro!

El hombre y la mujer cambiaron miradas sonrientes que tenían muchísimo significado.

El saltimbanqui se alejó del circo, abriéndose paso a codazos por entre la gente, siguiendo al hombre que iba a ser como una mina de oro para Rufus Trant chantagista... siguiéndole como si fuera su propia sombra.

Cuando se quedó solo en el circo, Jack llevó la mano al bolsillo y sacó la moneda de media corona que le había dado George Heriot. Porque, en verdad, había burlado a su patrón al arrojar al aire lo que arrojó. La moneda que fué a caer del otro lado de la división de lona era un cobre francés de cinco centésimos (sin uso en Inglaterra) que Jack se había encontrado en el suelo días antes.

Aquella moneda de plata, que al niño pareciale valer toda una fortuna, la escondió Jack en uno de sus botines.

Después, el muchacho se dirigió a la puerta del circo. El patrón se había alejado, perdiéndose de vista entre la concurrencia. A la señora Trant no se la veía por las inmediaciones; probablemente había ido a tomar algunas copas a la taberna "El Haz de Trigo". La costa estaba libre, pues.

Y aquella noche, Jack había tomado una súbita resolución

—¡ Voy a escaparme! — habíase dicho.

No iba a quedarse para recibir la paliza que Trant se proponía darle. Estaba cansado de ser martirizado constantemente, de la mañana a la noche.

—¡Sí! Se escaparía. Quizás el señor Heriot quisiera ayudarle a encontrar algún trabajo decente en que ganarse la vida. En todo caso tenía una media corona y, con di-

nero se puede hacer frente a las circunstancias.

Pero antes entraría en la caravana y se quitaría el traje de malla. Además se despediría de Dickie. Era este el único punto de su plan que no le agradaba. El pensamiento de separarse de Dickie, de su camarada y amigo, le entristecía. El pobre Dickie estaba en la cama, enfermo y no podría escaparse con él si no...

Pero si se quedaba, Rufus Trant, el cruel, el implacable, le castigaría ferozmente aquella noche...

Jack penetró cautelosa y sigilosamente en la caravana, como llaman los saltimbanquis a sus carretas viviendas.

UNA TENEBROSA PAGINA DEL PASADO

El hombre bien vestido, como de unos treinta años de edad, al que los perspicaces e inquietos ojos de la señora Trant habían visto en medio de la multitud, seguía paseando tranquilamente por el campo de la feria completamente ajeno a que alguien le seguía, cuando, de pronto, sintió que le tocaban en un brazo y se volvió rápidamente.

Sus ojos vieron, en seguida, al saltimbanqui. Se estremeció de modo visible. Su cara desconfiada tornóse súbitamente pálida.

—¡Usted! — exclamó involuntariamente, en voz baja y mirando desconfiado a su alrededor.

—¡Qué casualidad volvernos a ver! ¿no es cierto, señor Smith? — dijo el saltimbanqui, con zalamera sonrisa.

Pero casi en el mismo momento el otro logró recobrar el dominio de sí mismo.

—No sé quién es usted, buen hombre, ni qué puede querer de mí ¡Además, yo no me llamo Smith! — dijo.

Se expresó con bien fingida sinceridad; pero Trant se había percatado de su primer estremecimiento de sorpresa. Sabía que no estaba equivocado. Rióse con estrepitosa alegría.

—¿Qué no me conoce? ¿Será necesario entonces que le recuerde lo que pasó hace ocho años, cuando usted me pidió que me hiciera cargo de un niño, realizando una verdadera obra de caridad porque el pobre tenía muy poca salud, y usted?...

—¡Calle! — interrumpió el otro mirando nerviosamente a su derredor.

—¡Ah! Por lo visto se va acordando usted, ¿eh? — agregó Trant. — ¡Vamos, señor Smith! Usted y yo tenemos que charlar amistosamente y con eso de fingir que no me conoce lo único que consigue es perder un tiempo precioso!

—¡Bien! Admitiendo, por no desmentirle y no discutir, que yo le reconozca a usted, ¿qué hay? — dijo fríamente, el otro. — Si usted cree que tiene algo que reclamar de mí cuando todo lo que usted hizo le fué generosamente pagado, está usted en un error. Abandone por completo esa creencia. ¡La cuenta está cerrada!

Su voz habíase hecho dura e incisiva.

—¡No esté tan seguro de que la cuenta está cerrada! — replicó Trant. — Cierto caballero, no mencionaré nombres puesto que eso parece ponerle a usted muy nervioso, estuvo a visitarme hace ocho años, en ocasión en que yo me hallaba en una ciudad del norte y me pidió que me hiciera cargo, adoptándolo, de un niño, un pobre niño de salud muy precaria, diciéndome usted, es decir el caballero que estuvo a verme, que el niño viviría poco, probablemente y que, en caso de que tuviera la desgracia de morir, usted me pagaría generosamente todos los gastos que costara el entierro, — agregó Trant con intención. — Pues bien; usted pagó principescamente cuando le escribí pidiéndole el dinero para los gastos del sepelio, eso sí...

—¡Basta ya! — interrumpió el joven, impaciente. — El niño murió como yo había... había temido que muriera. Usted me envió el certificado de defunción firmado por el médico que le había atendido. Yo le pagué cuanto había prometido pagar y con eso quedó terminado el asunto. ¡Terminado! ¿Comprende usted?

—¿Terminado? ¡No! — replicó significativamente Trant. — Porque resulta que el niño que usted quería quitar de en medio por razones que conocerá usted mejor que yo, no murió ni cosa parecida. — Y Trant se sonrió al ver que el otro se estremecía de nuevo. — El certificado médico que le envié se refería a otro, a uno de mis aprendices que murió de una fiebre gástrica. ¡El niño que me entregó usted vive todavía!

No era posible dudar de que la noticia que le había dado Trant había desconcertado por completo a aquel hombre. Pero empeñado en su propósito anterior, exclamó:

—¡Eso no es cierto! ¡Usted miente! ¡Bah! ¡No creo su relato inverosímil!

—No basta que usted no crea. Lo que he dicho es cierto y lo puedo probar. Si quiere podemos ir ahora mismo a ver al niño. Está en mi circo. Han pasado ocho años pero, a pesar de eso le podrá usted reconocer por la señal que tiene y que es más decisiva que cualquier documento para identificar su verdadera personalidad.

Durante un momento el otro calló. Estaba muy pálido. Cuando habló su voz pareció punzante como un puñal.

—Usted espera, sin duda, sacarme dinero mediante amenazas ¿no es cierto? Si lo cree así es que no me conoce y supone que puede tener algún modo de perjudicarme. ¿Que prueba tiene usted de que esa fábula que cuenta es verdad? ¿Quién va a creerlo? ¡Si usted ni siquiera sabe mi nombre! ¡Si no sabe ni donde vivo! No fuí tan tonto, hace ocho años como para ponerme a merced de usted dejándole saber quien era.

Y al decir eso se rió despreciativamente.

—Aquí soy forastero. Mi casa está a más de cincuenta millas de esta población, — siguió diciendo. — He venido en automóvil y, he pasado, por pura casualidad, por Lancefcrd, resolviéndome a permanecer aquí un par de horas. Dentro de una hora habré partido. ¿Cómo va usted a hacer para encontrarme? ¡Vamos, señor Trant, abandone usted definitivamente sus proyectos de hacerme víctima de chantage!

La confianza habíase desvanecido del áni-

mo del saltimbanqui pero trató de hacer un último esfuerzo.

—¡No me hable en esa forma porque no está bien que se trate así a un compañero y colega! Si usted no quiere servirme de un modo, me servirá de otro. ¡Yo presentaré al muchacho y armaré un escándalo terrible! ¡Ya veremos lo que dice usted cuando tenga delante a la infeliz criatura a quien quería que yo, por su cuenta, asesinara... ¡asesino!

—¡Basta, he dicho! — replicó el otro con voz reconcentrada y amenazadora. — ¿Se atreve usted a amenazarme, borracho vagabundo? ¡Cómo no me deje en paz le haré prender por la policía! ¿Cree usted que alguien va a creer su relato si es que se atreve a hablar? ¿Supone usted que alguien va a creer lo que usted diga si acaso comete usted la tontería de declarar que se hizo cargo de un niño robado y que luego le hizo pasar por muerto para cobrar los gastos del entierro?

Trant estaba momentáneamente vencido. No había pensado en eso. El hombre le había vencido con armas iguales. Sus amenazas resultaban inconsistentes.

—¡Si yo no amenazo, señor! Pero estoy necesitado de fondos. ¡Los negocios han ido tan mal en los últimos tiempos!...

El otro se encogió de hombros. Y en aquel mismo momento la Providencia hizo una maliciosa travesura. Un señor anciano y bien vestido, que caminaba lentamente, arrastrando los pies, volvió la esquina, vió al señor Smith, — que así había llamado Trant a su interlocutor, — le saludó diciéndole: "¡Buenas noches!" y continuó su camino con lentitud.

Smith hizo un gesto de disgusto. Esperó hasta que su conocido se hubiese alejado algo antes de dirigir nuevamente la palabra a Trant.

—Si le doy usted esto no lo considere como estímulo para pedirme más en el futuro Si usted lo intenta o trata de seguirme, llamaré a los de la policía y le haré prender.

Puso una moneda en la mano que tendió Trant y se alejó.

La moneda era un chelín.

El saltimbanqui miró la moneda con salvaje disgusto y después se rió ferozmente.

Pero no intentó seguir a Smith.

Trant no tenía nada de tonto y ya había fraguado su plan oportuno.

Volvióse y corrió hacia el sitio por donde se había ido el señor anciano que saludó, al pasar, al señor Smith.

—Si Smith es forastero en Lanceford, como dijo, es muy extraño que el anciano ese lo saludara con tanta naturalidad como si le viera todos los días.

El anciano había seguido caminando, pero como lo hacía tan lentamente, Trant no tardó en distinguirle a lo lejos. Corrió unos minutos y deteniéndose a su lado, le dirigió la palabra.

—Perdone usted, señor, la libertad que me tomo, pero me parece que es usted la persona que dijo "Buenas noches" a aquel señor con quien yo estaba hablando hace cinco minutos, ¿no es así?

—Así es.

—Me pasa esto, señor, — prosiguió Trant. — Aquel caballero me dió su nombre y las señas de su casa escritos en un papel porque quiere que le lleve, para verlo, un perro muy notable que tengo en venta y que es una verdadera ganga. Pero el papel se me debe haber caído del bolsillo y no recuerdo ni el nombre ni las señas. Entonces, se me ha ocurrido, como ví que usted le saludó al pasar, que usted, señor, podía decirme el nombre y las señas y de este modo ayudarme a vender el perro. Yo soy Rufus Trant, tengo un circo en la feria y soy muy conocido por todos los del gremio.

El relato era verosímil.

—Tendré mucho gusto en servirle, — respondió el anciano, — y me alegraré haber contribuído a que haga usted su negocio vendiendo el perro. El señor con quien usted conversaba y al que yo saludé, se llama Hubert Mansell y vive en la propiedad llamada Lanceford, es decir, en la que ha dado nombre à esta población y que pertenece al señor John Heriot, tío del señor Mansell. Espero que esta vez no se le olvidará Hubert Mansell, residente en lo que la gente de la localidad llama el Castillo. ¿Se acordará?

Y mientras Rufus Trant le daba las gracias, el anciano se alejó con su paso lento.

—¡Ya lo creo que no me olvidaré! — murmuró Trant. — ¡Así que lo de las cincuenta millas era una especie de cuento de hadas, señor Mansell, alias Smith! Quizás pueda proporcionarle a usted alguna emoción todavía, mi estimado señor.

Entró en una taberna, al dirigirse de regreso a su circo y en la taberna pudo enterarse de varios detalles relacionados con el Castillo y los que vivían en él. Estaba muy contento cuando salió de la taberna, la señora Trant le interrogó nerviosamente en cuanto le vió.

—¡Sí! He logrado saber dónde vive el caballero ese y quien es... y algo más. Vive con su tío, el señor John Heriot en la casa más grande de estos parajes, en el castillo de Lanceford. ¡El viejo tiene muchísimo dinero! Y hace ocho años el hijo del viejo, un niño de cinco o seis años, desapareció misteriosamente sin que se haya vuelto a saber nada a su respecto. Se supone que ha muerto, y ahora es el sobrino el que lo tiene que heredar todo. ¡Por eso pagó el señor Smith tan a gusto los gastos del entierro del chico! ¡Figúrate ahora, muchacha, que nosotros tenemos aquí, en nuestra caravana, nada menos que al verdadero heredero de los millones del tío John Heriot¡

Rufus palmeó, más alegre, la espalda de su mujer, agregando:

—¡Dios mío! ¡Pensar que después de todos estos años ese chico puede llegar a proporcionarnos una fortuna! ¡Es el heredero del hombre más rico de Lanceford! ¡Voy en seguida al castillo!

.....

Jack y su camarada Dickie, — que tenía más o menos su misma edad, estaban juntos en la caravana cuando Trant volvió portador de todas aquellas noticias.

Jack había cambiado de opinión en lo relativo a su fuga. Iba a quedarse y a sopor-

tar el castigo que le iba a aplicar Trant, sólo por Dickie.

La carita pálida del muchacho enfermo, tendido en su cama de la caravana habíase puesto más pálida aun cuando Jack manifestó su intención de huir.

—Pero... Pero Jack, si tu te vas ¿qué va a ser de mí? — había exclamado aterrorizado el enfermito. — Tu eres mi único amigo. Si te vas poco me importa vivir o morir.

Y el niño rompió a llorar amargamente.

Durante un momento Jack permaneció parado junto a la cama mirando a Dickie, que sufría, como sufría Jack, en poder del saltimbanqui y de su esposa y tenía menos resistencia para resistir los malos tratos. Una terrible lucha librábase en el pecho del valeroso niño.

Pero la lealtad y el cariño por su compañero salieron vencedores. De pronto, impulsivamente, apoyando la mano en el hombro de Dickie, exclamó.

—¡No! ¡No me separaré de tí, Dickie! ¡Qué tonto fuí al pensarlo! Siendo tan amigos como somos! ¡Se que esta noche Trant me pegará! Otras veces me ha pegado también y estoy vivo... No llores, compañero, todo va bien... ¡No me marcharé!... No me marcharé hasta que tu estés bastante bien para poder marcharte conmigo. ¡Los dos juntos, Dickie! ¡Dame la mano! ¡Siempre juntos, camarada mío!

Y los dos niños solos, desamparados y sin amigos en el mundo, estrecháronse las manos en prenda de mutua amistad.

HACIA LA CELADA

John Heriot se hallaba sentado en la biblioteca de la espaciosa mansión a la que llamaban el Castillo, mirando el fuego que ardía en el hogar de la chimenea cuando la puerta se abrió para dar entrada a su sobrino Hubert Mansell.

Hombre de unos sesenta años, seco y áspero, — lo decían todos, — pero tan rico como áspero y seco. Quizás había sido durante los últimos ocho años cuando se había hecho tan adusto; después de la doble tragedia que le había herido con tanta crueldad, amargando por siempre su existencia.

Porque su joven esposa había muerto repentinamente; después, casi antes de que se hubiera repuesto del disgusto que le ocasionara aquel primer golpe, su hijo, — un chico de cinco o seis años, — había desaparecido y nada se había vuelto a saber a su respecto.

No se dió con rastro ninguno sobre su suerte. El niño desapareció una tarde del jardín donde estaba jugando. El dolorido padre había gastado ingentes sumas en averiguaciones y pesquisas, pero todo fué en vano; no se logró tener ni la menor noticia. Desde el día de la desaparición el más impenetrable misterio envolvió a la existencia de su hijo.

John Heriot estaba convencido hacía ya tiempo de que su hijo había muerto.

Se abrió, pues, la puerta de la biblioteca y entró Hubert, el sobrino. Hubert no miró detenidamente al anciano pues de haberlo hecho hubiera notado que su gesto era más áspero que de costumbre. Pero el joven hallábase preocupado con sus propios pensamientos.

Hubert se acercó al sitio donde estaba sentado el anciano.

—¿Cierro la puerta de la terraza, tío? — preguntó solícitamente con su voz suave y suntuosa, mirando hacia las cortinas que pendían, algo separadas, ante la puerta. — Temo que haya corriente de aire y que le cause un resfrío.

Cruzó la biblioteca y descorrió las cortinas disponiéndose a cerrar la puerta que daba a la terraza que dominaba el jardín. Pero la voz de su tío evitó que hiciera lo que se proponía hacer.

—¡Déjala abierta! — dijo John Heriot con impaciencia, y agregó despues: — Hubert, cuando salí de paseo esta tarde, puede ser que estuviera equivocado, pero creo estar seguro haber visto a mi sobrino George.

Hubert no pudo reprimir un sobresalto. ¿Iban a fracasar sus planes después de todo?

—¿No lo has visto tú o no has oído decir que George está en Lanceford? — preguntó John Heriot.

—¡No, tío! — contestó Huber tratando de ocultar la turbación que le dominaba.

—Y sin embargo, parecía George. ¿Estás seguro Hubert? — insistió el anciano mirando como distraído hacia el fuego de la chimenea.

—Creo que, en caso de estar George en Lanceford yo hubiera sabido algo ú oído decir algo a su respecto y sin embargo, no he sabido nada, — mintió Hubert.

El rápido cambio que se efectuó en aquel instante en la actitud del anciano fué notable.

—¡Embustero! — gritó furioso John Heriot volviéndose hacia su sobrino que retrocedió pálido de terror ante la violenta actitud de su tío, cuyas palabras habían sido una celada. — ¡Ya conozco tu hipócrita falsía! ¡Te he descubierto! ¡Tus propias palabras te han vendido!

—Pero... ¿qué dice usted? — tartamudeó Hubert.

John Heriot se había levantado y encarábase con su sobrino, pálido de furor.

—¡Durante algún tiempo he sospechado de tí! ¡Hasta mi habían llegado rumores sobre tu perversión y tu libertinaje! ¡Todas tus exajeradas muestras de solicitud hacia mí, todo tu afecto, era farsa, mentira! ¡Ahora te conozco bien! Sé que fuiste tú quien consiguió mediante chismes y mentiras, hacerme reñir con George, sé que hoy, cuando George vino a esta casa a verme, hiciste despedir ignominiosamente al joven a quien, a pesar de toda la sequedad de mi carácter adusto, quise de todo corazón. ¡Te atreviste enviarle un grosero mensaje y como si eso no fuera suficiente tuviste la avilantez de tomar mi nombre, presentándome así ante George como capaz de una grosería en que

jamás hubiera yo incurrido! Por casualidad oí que los criados comentaban, horrorizados el caso y obligué a uno de ellos a que me lo contara todo.

—Pero tío...

—¡Silencio! Tu no querías que George volviera a esta casa. Temía que fuera llamado a participar de la fortuna que querías para tí solo, — gritó John Heriot excitadísimo — ¡Ese era tu plan! ¡Ahora te conozco, ahora sé que todo tu afecto y toda tu obsequiosidad eran mentira! Lo que codiciabas era mi fortuna.

John Heriot fué hasta donde estaba su caja de hierro, la abrió y sacó de ella un documento, doblado. Furiosamente lo puso ante los ojos de su sobrino.

—¿Ves esto? ¡Es mi testamento! ¡El que hice a tu favor!

Y después de rasgarlo, arrojó el documento al fuego.

Hubert, pálido y desencajado vio como sus esperanzas se iban en humo y llamas...

—¡Mañana haré un nuevo testamento, pero no te dejaré ni un solo penique! ¡He terminado por siempre contigo, aventurero cuya hipocresía he descubierto por fin! Mañana saldrás de esta casa. ¡Vete ahora y no digas ni una sola palabra de todo esto a mis criados te arrojarán a la calle esta misma noche! ¡Vete!

Con la cabeza baja el fracasado sobrino, que tan fuerte había jugado y de tal modo habíalo perdido todo, se retiró de la biblioteca sin atreverse a volver a mirar a su tío.

Del otro lado de la puerta que daba a la terraza que dominaba el jardín, detrás de las cortinas, un hombre estaba acurrucado escuchándolo todo con gran interés.

Era Trant. Había visto la cara de Hubert un instante, cuando separó las cortinas y sabía por lo tanto que el hombre a quien quería ver estaba en aquella habitación.

Las apasionadas palabras que había oído después le habían informado sobre quien era el otro hombre. El anciano era el padre del niño que había sido raptado y confiado a él por Hubert Mansell hacía ocho años. Los ojos de huron de Trant brillaron de codicia. Si lograba jugar bien las cartas ¿no podía ganar mucho mas llevando la información directamente a John Heriot en lugar de someter a Hubert Mansell a un chantage, como precio de su silencio?

¡Y sobre todo ahora que Hubert no podía dar gran cosa desde que estaba desheredado!

Trant esperó allí perplejo, una vez que hubieron cesado las sonoras frases, preguntándose qué era lo primero que debía hacer.

De pronto se dió cuenta de que habían apagado la luz eléctrica. La habitación estaba, sin duda, vacía. Cautelosamente empujó y abrió la puerta de la terraza, apartó las cortinas y se metió en la biblioteca que estaba a oscuras, fuera del resplandor del fuego de la chimenea que estaba apagándose.

Entonces Trant se fijó en la abierta caja de hierro que John Heriot en su enojo, se había olvidado de volver a cerrar. La tentación era demasiado fuerte para que el saltimbanqui pudiera resistirla.

Se quedó un momento parado, escuchando. Todo estaba en silencio. Sin hacer ni el menor ruido, se acercó a la caja.

Estaba de rodillas delante de ella, tanteando con la mano el contenido de sus divisiones apenas discernibles a la luz del moribundo fuego del hogar, cuando algo que produjo ruido a su espalda le hizo volver sobresaltado.

La puerta se había abierto, alguien había entrado en la habitación... alguien que al ver a aquel hombre ante la caja de hierro, había avanzado resueltamente. Y un momento después Rufus Trant estaba forcejeando, en la oscuridad, con el hombre que le había sorprendido con las manos en la masa.

Desesperado, Trant, mediante un esfuerzo supremo, logró separarse de su asaltante. Oyó un grito de socorro lanzado por el otro hombre en el momento en que retrocedía. Dominado por el terror, Trant tomó de sobre la mesa una pesada regla cilíndrica de ébano. Con ella golpeó en el momento en que el otro hombre, repuesto de su sorpresa, volvió a atacarle.

La pesada regla cilíndrica dió en una sien del otro hombre, que, lanzando un sofocado grito, cayó al suelo, quedando inmóvil, tendido en la alfombra.

En aquel instante se presentó otro hombre en la puerta: con deslumbradora rapidez encendióse la luz eléctrica y del otro lado del hombre caído en el suelo, Rufus Trant tembloroso cruzó su mirada con la de Hubert Mansell.

Desesperado, Trant corrió hacia él y cerró la puerta. Murmuró algunas palabras en voz baja dirigiéndose a Hubert que, en el primer momento habíase quedado como petrificado ante el espectáculo que veían sus ojos.

—¡No grite! No pida socorro porque si me denuncia le arruinaré. ¡Diré a todos como robó usted el hijo de ese hombre y como planeó su muerte!

Reinaba el silencio en la habitación. Sólo se oía el rumor de lo que hablaban en voz muy baja los dos hombres que se encontraban junto al cuerpo, sin vida, de John Heriot, tendido en el suelo.

—Si he de pagar algo por esto nada perderé diciendo todo lo que se de usted, — dijo Trant.

Y Hubert sabía que el hombre era capaz de cumplir su amenaza.

Sabía también que, aun cuando su tío había destruído el testamento él, con George, como los dos únicos parientes con vida, heredarían la fortuna del anciano.

Las miradas de los dos pillos se encontraron y se entendieron.

—Si yo le salvo a usted, ese niño no debe amenazar mi situación ¿comprende? — dijo Hubert malignamente.

Trant asintió con un movimiento de cabeza.

—Cumpla usted lo uno que yo cumpliré

Un grito desesperado brotó de los exangües labios de Hubert que se consideró perdido.

lo otro. Pero... ¿qué es eso? — exclamó nervioso, escuchando.

¡Ruído de pasos en la enarenada calle del jardín, delante de la terraza a la que daba la puerta que había quedado abierta! ¡Y allí, con ellos el muerto!

Rápido, Hubert movió la llave de la luz, sumiendo la habitación en las tinieblas. Después de una breve pausa, miró cautelosamente por entre las cortinas.

Fuera, a la luz de la luna, vió a su primo George que avanzaba hacia la terraza.

Al ver aquella figura un rápido plan — digno del espíritu del mal — lució en su mente. Una maligna sonrisa apareció en sus labios.

—¡Ocúltese! ¡Ocúltese ahí! — dijo en voz baja el aterrorizado Trant. — Voy a asegurar su salvación y a librarme de un hombre a quién odio.

Los pasos se acercaban, en aquel instante a la puerta que daba a la terraza y estaba abierta.

INFAME SOSPECHA

En la oscuridad de la habitación donde no había mas luz que la escasísima que despedían las brasas del casi enteramente extinguido fuego de la chimenea, el saltimbanqui Rufus Trant habíase quedado quieto como petrificado por el terror, en el momento en que oyó ruído de pasos de alguien que se acercaba hacia la terraza.

A aquella terraza daba la puerta cuyas rojas y pesadas cortinas hallábanse corridas, pero que estaba abierta.

La advertencia proferida por Hubert Mansell con voz baja y ronca pasó inadvertida para él. Trant sentíase convencido de que

aquel rumor de pasos era el anuncio de su inevitable condena y no prestaba oído a nada mas.

Cuando la persona que se aproximaba entrara en aquella habitación descubriría su crímen y esto sería suficiente para que le prendieran y le hiciese pagar la justicia el precio de su fechoría.

Sus ojos miraron, asustados, a su alrededor como buscando un sitio por donde escapar pero sentía las piernas entumecidas por el miedo: no podía moverse.

Fué la mano de Mansell, apoyándose con fiereza en el hombro de Trant lo que hizo que el saltimbanqui saliera de su entumecimiento.

—¡Animo, tonto! — dijo Mansell en voz baja y reconcentrada. — ¡Hay que aprovechar los segundos si he de procurar librarle a usted de las consecuencias de lo que acaba de hacer! ¡Escóndase allí!

E indicaba una espaciosa alacena, — tales como se construían en otros tiempos para depósitos de cachivaches, — situada en un rincón de la biblioteca.

—¡No! ¡Por la puerta no! — agregó tomando del brazo al saltimbanqui que, aturdido por el miedo se dirigía hacia la puerta que daba al hall. — ¡No vaya por ahí si no qüiere que los criados se enteren de todo y le vean a usted!

—¿Pero usted no piensa traicionarme?— dijo Trant con desconfianza — Porque si usted me denuncia yo diré todo lo relacionado con el muchacho, ¡con "su hijo"! — agregó estremeciéndose nerviosamente al mirar al hombre tendido exánime a sus pies — Diré todo lo relacionado con el niño que usted robó hace ocho años y que puedo presentar en cualquier momento junto con pruebas de su identidad. ¡Ya lo sabe! ¡Silencio por silencio!

—¡No sea desconfiado! Puede confiar en mí. Pero no pretenda perdernos a los dos— dijo Mansell que estaba pálido, con el rostro desencajado.

¡Las pasos se oían más cercanos todavía!

Empujó al saltimbanqui haciéndole entrar en la alacena y cerró la puerta de ésta. Después salió de la biblioteca cerrando la puerta sin hacer ni el menor ruído en el momento en que las pisadas, — que sabía eran de George Heriot, — sonaban junto a la puerta de la terraza.

Para tranquilidad de Mansell, ni uno solo de los criados habían acudido. En puntas de pies cruzó el hall y se metió en otra habitación. Tenía la frente cubierta de sudor.

Una vez dentro de aquel cuarto cerró la puerta y escuchó, aplicando el oído al ojo de la cerradura. Escuchó nervioso, jadeante... ¿Saldría bien de su diabólico plan?

En la terraza, ante la puerta de la biblioteca, George Heriot vaciló unos breves instantes, recordando cómo había sido rechazado por su tío aquella misma tarde.

Pero había vuelto decidido a reconciliarse con su anciano tío.

Obedeciendo a un impulso irreflexivo había resuelto ir directamente en busca de su tío, pasando por la puerta de la terraza, a fin de hallarle donde comunmente se quedaba leyendo hasta altas horas de la noche. Al ver la biblioteca sin luz y, al parecer desierta, fué para él una decepción.

La luz de la lumbre del hogar de la chimenea habíase extinguido por completo, después de su último fulgor en el momento en que George separó las cortinas para pasar. No vió lo que estaba en el suelo junto a lo cual pasó. Fué directamente, — conocía bien el cuarto, — hacia donde estaba la llave de la electricidad, y encendió la luz.

Volvióse, sonriente, pensando en la sorpresa que se llevaría tu tío cuando le encontrara allí al volver. ¡Entonces fué cuando vió lo que la oscuridad había tenido oculto, revelado a sus ojos por la súbita afluencia de luz!

Durante un momento permaneció de pie como helado ante semejante cuadro; un ahogado grito de horror acudió a sus labios. Volvió a cruzar corriendo la habitación, — dejando caer, al hacerlo, el bastón que traía en la mano, — y se arrodilló en el suelo, levantando con cariñosa mano la cabeza del caído.

En aquel mismo momento se abrió, rápidamente, la puerta de la biblioteca.

No había sido únicamente el odio que profesaba a su primo lo que había hecho que Hubert Mansell preparara el diabólico plan, aun cuando odiaba a George desde la niñez de ambos, en una amarga envidia, envidia de su figura agradable y atrayente, de las simpatías que sabía captarse, del sitio que sabía que George ocupaba en el corazón de Violet Desmond no había sido únicamente el odio sino también el convencimiento de que si el saltimbanqui era arrestado como autor del crímen de que realmente era culpable, su propio delito, el cometido ocho años antes, sería conocido también.

Cuando aquel niño, — el hijo de John Heriot, raptado por Hubert Mansell hacía ocho años y con cuyo paradero no se había logrado dar, — apareciera, el autor del rapto y el secuestrador sería detenido y condenado a pesadísima pena. Y todo el dinero y todas las propiedades del difunto pasarían a poder del niño acróbata, criado en un circo de lona.

Pero si la identidad del niño seguía oculta, la mitad de esa fortuna pasaría en poder de él — de Humbert Mansell, — en su calidad de sobrino del muerto.

Y Hubert Mansell no conocía escrúpulo de ninguna clase cuando se trataba de defender sus propias conveniencias. Estaba dispuesto por completo a dejar que un inocente sufriera una vida infame como consecuencia de sus criminales procedimientos y de su culpable silencio.

Hubert había esperado unos momentos en la habitación situada al otro lado del hall donde se metió antes. Después tocó la campanilla eléctrica. Cuando el criado Bate

cruzó el hall vió a Hubert Mansell a la puerta de aquella habitación.

—Bate ¿quién está con mi tío? Me pareció oir hablar en voz alta en la biblioteca hace un momento.

—Nadie, que yo sepa, señor. Nadie ha entrado en la casa, — contestó el sirviente.

—Es raro, — observó Hubert, frunciendo el ceño. Después agregó apresuradamente: — ¿Oyó usted ahora, Bate?

Se oyó algo en la biblioteca... Fué el grito de emoción y sorpresa que surgió de labios de George Heriot.

Bate corrió hacia la habitación, seguido de Hubert. El criado abrió la puerta rápidamente y retrocedió casi en seguida, con el rostro pálido como la cera.

Detrás de él, Hubert Mansell, — encarnación de Judas por su maligno espíritu, — exclamó con voz penetrante:

—¡Tu, George! ¡Dios mío! ¿Qué has hecho? ¡Has matado al tío!

TERRIBLE ACUSACION

El sirviente, sofocado por la emoción, avanzó.

La terrible herida que John Heriot tenía en la sien era la prueba de cómo había sucumbido a manos indudablemente criminales.

La mirada de Bate fué del rostro de George Heriot al pesado baston del mismo, que estaba tirado en el suelo y que parecía relatar cómo se habían desarrollado los sucesos.

George miró a su alrededor con extrañeza, cómo si por primera vez, al oir las acusadoras palabras de su primo, se hubiera percatado de que su presencia podía dar lugar a semejante interpretación.

—¡Hubert! ¡No es posible que creas que yo soy culpable de tan horrenda acción! — exclamó. — ¡Yo entré y hallé a mi pobre tío tendido en el suelo, tal como está!

—¡Pues es curioso que no se le ocurriera llamar inmediatamente! — comentó el criado Bate que no dudaba de la culpabilidad del lovea.

—¡Pero si acabo de llegar! ¡La emoción que me causó lo que descubrí, me aturdió un instante..

—¿Por qué viniste de modo tan furtivo si tus propósitos eran honrados? — preguntóle su primo. — Esta tarde recibiste orden de no volver a esta casa. ¡Todos saben que mi tío te arrojó de aquí hace tres años y dijo que no te quería ver mas en su vida!

Parecía que todos los habitantes de la casa se habían alarmado. De todas partes llegaba ruido de pasos. Las frases de Hubert, proferidas a gritos, habían causado la alarma. Detrás de él, en la puerta abierta, se vieron poco después los rostros asustados de los sirvientes, — la cocinera, una mucama, un mucamo, — mirando hacia la habitación de la tragedia y de la muerte. La mucama sollozaba histericamente.

—¡Hubert! ¡No es posible que me creas autor de semejante hecho! — protestó desesperado George dándose cuenta de que solo la miraban ojos acusadores.

—Me gustaría poder estar convencido de lo contrario, — repuso su primo.

—¡Pero necesitas estar loco para levantar semejante acusación! — exclamó George — Si vine fué tan solo para tratar de reconciliarme con mi tío ¿Por qué había de darle muerte?

Hubert habíase inclinado para tomar algo de sobre los hierros del hogar de la chimenea. Era un medio quemado pedazo del testamento que John Heriot había destruído aquella misma noche.

—¿Qué es esto? — exclamó Hubert. Acababa de encontrar un modo de estrechar aun más el círculo acusador en torno de su primo. — ¡Es parte del testamento en el que me nombraba su heredero universal y único! ¡Ah! ¡Ahora empiezo a comprender! ¡El tío te mostró este testamento para hacerte ver, sin duda, que no te quedaba esperanza ninguna de heredarle y tú creiste salvar la situación destruyendo el testamento y matando al testador!

George estaba intensamente pálido. Veía que una red fatal de circunstancias le iba envolviendo irremisiblemente. Dió un paso hacia su primo.

—¿Cómo te atreves a acusarme? — dijo con fiereza — ¡Siempre me odiaste! ¡Siempre intrigaste contra mí! ¿Quien te da derecho ahora para erigirte en juez de mis acciones?

Hubert retrocedió rápidamente. Le daba miedo el fulgor que se veía en los ojos de George. Volvióse de pronto hacia el grupo de criados que se hallaba en la puerta.

—¡Vaya uno de ustedes a avisar por teléfono a la policía inmediatamente! — ordenó.

Durante un momento George permaneció pálido, desesperado, sumida su mente en un torbellino de horrores.

Por la abierta puerta del hall oyó como la cocinera pedía, con balbuceante voz, comunicación con la policía.

—¡Vengan inmediatamente! — le oyó decir después — El pobre señor Heriot ha sido hallado muerto y su sobrino George fué sorprendido a su lado casi enseguida de haber fallecido.

—¡Bate! ¡Quédese de guardia junto a la puerta de la terraza! — ordenó Hubert.. Bate inclinó la cabeza, asintiendo. — Mi obligación es una sola,—agregó dirigiéndose con brusquedad a George. — ¡No debes salir de esta habitación antes de que hayan llegado los de la policía.

—Yo cuidaré de que así sea, — dijo Bate. — ¡Esta noche dormirá en la cárcel!

George sintió que la sangre le hervía en las venas.

—¡Ay de aquel de ustedes que se atreva a tocarme! — gritó amenazador.

Acometió furioso a su acusador y Hubert retrocedió asustado. En el mismo momento, Bate avanzó hacia George.

Cuando los dos hombres iban a pelear el mucamo acudió en ayuda de Bate. George,

desesperado, convencido de que las circunstancias estaban contra él resolvió hacer un esfuerzo supremo. Consiguió poner fuera de combate al primero y detuvo el avance del mucamo con un golpe terrible.

Habíase apoderado de George una especie de pánico, Tenía el sistema nervioso desequilibrado por la horrible acusación de que era objeto.

En un instante había comprendido las tenebrosas circunstancias de que estaba rodeado. Aquella vieja pelea con su tío, su primera expulsión de la casa, la negativa de su tío, a recibirle aquella tarde y por último el haberse hallado junto al hombre víctima de un criminal, todo esto pesaría horriblemente contra él.

George perdió por completo el aplomo y la serenidad. En aquel momento de confusión y de pánico pensó que a menos que escapara de la casa antes de la llegada de la policía, nada podía salvarle de ser juzgado y condenado por un crimen que no había cometido.

Así que envió al mucamo a rodar mediante un golpe aplicado con el puño entre ambos ojos, se dirigió hacia la puerta, subió a la terraza y saltó al jardín.

Bate, que había reaccionado, le siguió inmediatamente, corriendo en su persecución; el mucamo, medio tambaleándose, fué tras él.

¡Pero no iban a lograr detenerle!

George, apretó los dientes, volvióse y esperó a sus dos perseguidores. Su terrible puño zumbó en el aire. Bate se desplomó, esta vez desmayado. El mucamo hizo que corría hacia George, pero consideró más prudente no exponerse a recibir otro golpe, seguramente peor que el primero.

Hubert Mansell se encontró un momento solo en la biblioteca. La cocinera había caído en un sofá del hall, presa de un ataque de nervios, en cuando hubo hablado por teléfono. La mucama, asustadísima, había salido de la casa corriendo, llamando como loca a la policía. Bate había recobrado los sentidos y corría de nuevo, tras aquel a quien creía matador de su patrón.

Hubert estaba tembloroso y asustado. Se secó la frente, cubierta de frío sudor y después — tras de lanzar a su alrededor una mirada de desconfianza, — apagó la luz eléctrica y dirigióse luego a la puerta de la alacena.

—¡Pronto ! — dijo en voz baja al hombre que estaba escondido allí. — ¡La costa está libre por el momento! ¡Aprovecha la ocasión para irse!

El saltimbanqui salió de su encondrijo. Un rayo de luz de luna penetraba en la habitación por la puerta de la terraza que estaba abierta de par en par y descorridas las cortinas, y daba en el rostro del muerto, Trant tiritó, dominado por el miedo.

—Corte camino yendo por entre aquellos árboles. Nadie le verá si sigue esa dirección y no hace demasiado ruido. Tenga cuidado, a nadie le conviene más que a usted mismo, que no le descubran. — dijo Mansell en voz baja.

—¡Ese George Heriot ¡No tengo razón ninguna para quererle bien! ¡Puede estar seguro! — murmuró Rufus Trant recordando la escena de su encuentro con George en el circo.

—¿Sabe usted dónde va a encontrarle? En la casa donde se aloja. En la casa de la señora de Denman, en la calle Bourne.

Hubert miraba con atención desde la puerta de la terraza.

—¡Vamos! ¡Salga! ¡No pierda tiempo!— dijo con impaciencia.

El saltimbanqui se deslizó hacia la puerta, salió a la terraza, saltó al jardín y se encaminó en la dirección que Hubert Mansell le había dicho, desapareciendo como un ser maligno en la oscuridad de la noche, intensificada por la sombra del ramaje de los árboles.

LA JOVEN DEL AUTOMOVIL

George Heriot había corrido por el terreno poblado de árboles, favoreciendo su fuga la oscuridad que reinaba en el parque.

A bastante distancia oía los gritos de la mucama que llamaba, desesperada a a policía, pero habíase dejado muy atrás a los que salieron en su persecución.

Corrió ciegamente, jadeante. De improviso se le enganchó un pie en una raíz que sobresalía en el suelo. Cayó de bruces, golpeándose la cabeza al caer El golpe fué tal que quedó insensible, tendido en tierra.

Cuando recobró los sentidos se halló en el suelo echado en una capa de hojarasca y de arbustos.

¿Cuánto tiempo había estado allí, sin conocimiento? George no hubiera podido decirlo. Pero cuando acudió de nuevo a su mente la realidad de su situación, se levantó lo más pronto que le fué posible.

Tal era su debilidad, que creyó que iba a volver a caer, pero luchó con energía contra el momentáneo abatimiento y el pánico que amenazaban dominarle.

Siguió avanzando, y al caminar escuchaba con toda atención, procurando oir si alguien le seguía, luchando contra todos los temores que parecían congregarse para restarle ánimos en tan difícil emergencia.

Al cabo de unos momentos llegó al cerco de arbustos que dividía el parque de la casa de John Heriot del camino carretero situado del otro lado.

A su mente acudieron las palabras pronunciadas por el sirviente Bate: "Esta noche dormirá en la cárcel", había dicho. George sabía que si le prendían esas palabras resultarían proféticas, pues la red de circunstancias que le rodeaba no podía ser más acusadora.

¡Si no escapaba de algún modo, aquella noche dormiría en la cárcel.

Desesperado se abrió paso a través del cerco de arbustos, arañándose la cara y las manos. Saltó luego hacia el camino sin percatarse de que se acercaba un automóvil.

La persona que manejaba el coche vió que un hombre aparecía en el camino y no tuvo sino el tiempo justo para cambiar la dirección de su vehículo y evitar el aplastarlo.

El hombre, — milagrosamente salvado, — encandilado por el resplandor de los faros delanteros del automóvil, — quiso echar a correr, pero dió un traspié y cayó.

El único ocupante del automóvil era una joven. Casi en seguida detuvo el coche. Saltó de su asiento al camino y corrió hacia donde estaba tendido el hombre y le reconoció al punto, lanzando, al reconocerle, una exclamación de sorpresa y de pena:

—¡George Heriot — exclamó ella.

—¡Violet!

George Heriot se había puesto de pie, tambaleándose, fatigado, aturdido, repitiendo maquinalmente el nombre que acababa de pronunciar.

Pero aun en aquel momento de emoción el hombre, cuyo rostro expresaba el temor del perseguido, parecía escuchar si alguien le seguía los pasos.

—¡No! ¡No me ha pasado nada! — dijo contestando a las ansiosas preguntas de la joven. — El automóvil no llegó a tocarme.

El riesgo de permanecer allí, de perder un momento, se presentó a su mente atribulada Aquella tarde, cuando había visto, al pasar, a aquella joven, su antigua compañera y amiga, había deseado con toda el alma que se le presentara una ocasión de hablar con ella; pero en aquel momento era un perseguido, un hombre cuyos perseguidores podían presentarse en cualquier momento para apoderarse de él.

—¡George! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha pasado? — preguntó rápidamente Violet Desmond muy alarmada y con mucho interés. — Se comprendía que algo terrible acontecía La joven apoyó, gentilmente una mano en el brazo del hombre. ¿Por qué huye usted? ¿Qué es lo que usted tiene? — preguntó luego con cariño.

¿Como iba a decírselo? Calló, irresoluto. Le parecía algo demasiado horrible para contárselo a ella.

—¡George, usted se halla en apuros! Lo leo en sus ojos! — la dulce voz que llenó su mente de encantadores recuerdos, emocionó al joven. Aquella mirada era la misma mirada hechicera de los viejos tiempos felices. — Dígamelo todo. George. ¿No somos buenos y viejos amigos? Aun cuando usted tomo el partido de no volver a ocuparse de mi cuando dejó la casa de su tío hace tres años. yo no creí nunca lo que entonces me dijeron de usted. Yo sabía perfectamente que no era usted capaz de ninguna acción deshonesta. Si se halla usted en dificultades ahora, quizás pueda yo ayudarle. ¿Por qué no?

La simpática voz de la joven y la sinceridad de su expresión hicieron que George se decidiera rápidamente.

Sí, George hablaría. Lo contaría todo. Era mejor que Violet escuchara la verdad que le dijera que no eran ciertas las versiones antojadizas que pudieran llegarle por otros conductos.

—Me están buscando... me persigue la policía . porque dicen que soy culpable de haber cometido un homicidio

Vió George el gesto de horror que apareció inmediatamente en el rostro de la joven y se apresuró a agregar:

—¡Pero no es verdad! ¡No es verdad, Violet! Las circunstancias me acusan, al parecer. Pero le juro a usted por todo lo más sagrado que exista para mí, que no he sido yo el matador de John Heriot.

—¿Su tío? ¿Asesinado?

Las palabras salieron de labios de la joven como si Violet no se atreviera a creer lo que había oído.

—Sí, pero no se por quien. Violet. Usted me ha conocido toda mi vida, ¿me ha oído mentir alguna vez? ¡No podría resistir que usted ¡poco me importa la opinión del resto del mundo! que usted creyera un solo instante, que yo soy culpable de semejante crimen!

Rápidamente, el perseguido relató a la joven lo que había pasado.

Ella le miraba fijamente con aquellos claros ojos que leían igual que un libro abierto en los de George. ¡Aquel joven, aquel compañero de su niñez, siempre tan noble, siempre tan caballeresco, no podía ser culpable de un crimen!

—¡Le creo, George, le creo! — exclamó Violet Desmond impulsivamente, con expresión de la más intensa pena en su hermoso rostro. — ¡Con todo mi corazón, George, le creo!

Antes de que él pudiera volver a hablar acordóse ella de que le estaban buscando. En cualquier momento podían presentarse sus perseguidores.

—¡Pronto! !Suba en mi automóvil! — dijo la joven.

El se hallaba en peligro y ella debía ayudarle todo lo posible Casi le empujó para que se acercara George al vehículo. Violet sacó de debajo de los almohadones del asiento un capote y una gorra.

—Son de papá. ¡Ha sido una suerte traer estas prendas! Yo iba a buscarle al empalme de Elton, por eso llevaba el capote y la gorra. Póngaselos y échese la gorra hacia los ojos.

Luego, tan pronto como él estuvo sentado a su lado. la joven movió ura palanca y el coche se puso en movimiento.

George miró hacia atrás hacia el camino desierto. Todo estaba tan sereno y tranquilo que parecía imposible que un drama tan horrible hubiera acaecido a menos de un cuarto de milla de distancia de allí. Lo pasado semejaba una pesadilla.

No se veía a nadie. Gracias a la oscuridad debía haber logrado despistar a los perseguidores en el parque de la casa. Pero ¿cuánto tardaría la policía en recorrer los caminos en su busca?

En el momento en que ese pensamiento hería su mente se ovó algo que hizo que Violet le mirara con súbita aprensión.

Nada, de aquel ruido, indicaba que procediera de los perseguidores y, sin embargo, a ambos se les ocurrió idéntica idea. Era el ruido de los cascos de un caballo lanzado al galope. Se le oía cada vez más cerca.

Un momento después, a la incierta luz de

la luna vieron, — y se estremecieron al verle, — que era un policeman a caballo que venía hacia ellos, en dirección contraria.

—Ya es tarde para volverse y escapar, — dijo la joven en voz baja. — Además ese proceder le haría desconfiar. Puede ser que no le conozca a usted de vista. Diré que es usted mi chauffeur.

El policeman a caballo, estaba cerca de ellos. Cuando estuvo algo más cerca levantó el brazo con la mano abierta como ordenándoles que se detuvieran.

LA MENTIRA DE LA JOVEN

Violet Desmond sentía que el corazón le latía violentamente. ¡Si el policeman llegaba a reconocer al hombre que iba sentado junto a ella...

Pero su actitud no podía ser más tranquila cuando detuvo el vehículo junto a un árbol.

—¡Estoy segura de que no paso de la velocidad reglamentaria, Inspector! — exclamó la joven riendo con su risa simpática y comunicativa y sin que se le notara la emoción que sentía. Traicionar su nerviosidad o su temor podía resultar fatal porque despertaría la desconfianza y las sospechas del policía. — ¡Mi chauffeur puede decirle el miedo que tengo yo siempre de que me pase alguna catástrofe si voy demasiado de prisa.

El jinete había saludado al reconocer a la señorita de Desmond, cuyo padre era, en su calidad de gran propietario y como es histórica costumbre en Inglaterra, uno de los magistrados de la localidad.

—Si hubiera sabido que era usted, señorita, no la hubiese detenido, — dijo como pidiendo disculpa. — El hecho es que ha sucedido algo muy desagradable en casa del señor John Heriot... ¿No se ha enterado, señorita?

—¿A qué se refiere usted? — preguntó la joven.

—El señor John Heriot ha... ha encontrado el fin de su existencia, víctima de una mano criminal! Nosotros andamos buscando a su sobrino. No el señor Mansell, sino al otro sobrino, el que siempre fué bastante rebelde, según dicen. Parecen que le sorprendieron "in-fraganti" y que salió corriendo por el parque.

George estaba sentado, muy tieso, con la gorra echada hacia los ojos y el rostro impasible. Denunciaba su emoción el hecho de que apretaba los puños de tal modo que clavaba las uñas en las palmas de las manos.

—¡Qué drama! — exclamó Violet, con el sistema nervioso en dolorosa tensión. — Pero estoy convencida de que deben estar equivocados en lo que se relaciona con el sobrino. Yo le traté mucho, hace tres años, cuando vivía aquí.

—Pues crea, señorita, que tendrá que tener mucha suerte si logra que se disipe la sospecha que pesa sobre él. No necesito preguntarle si usted ha visto por el camino a alguien parecido a George Heriot.

—Creo que de nada útil puede serle el hacerme tal pregunta. — dijo Violet mirando cara a cara al policeman. — ¡Puede estar seguro de que no he visto a nadie que haya sido autor de semejante crimen!

—Perdone que la haya molestado, señorita, — dijo el de policía saludando de nuevo para despedirse.

Lanzando su caballo al galope, el policeman no tardó en desaparecer en la oscuridad de la noche, perdiéndose a la distancia el ruido de los cascos de su cabalgadura.

A no haber sido por aquella joven, la persecución de George hubiera terminado ya. George Heriot se dió cuenta de eso, dándose cuenta también de lo mucho que le debía a ella. A no ser por Violet hubiera dormido en la cárcel aquella noche.

Y, sin embargo, aun se preguntaba si no hubiera sido más sensato no dejarse llevar por la impresión del primer momento y no haber emprendido la fuga.

—¿Dónde le llevo a usted ahora, George? — preguntó la joven en voz baja.

—Estoy pensando si he cometido una locura con huir, — dijo él, de pronto, — si mi huída no constituirá por sí sola algo así como una prueba de mi culpabilidad. Ahora pienso que debía haberme quedado en mi puesto, por muy negras que se presentaran las circunstancias. No habiendo cometido el crimen tenía derecho a esperar, después de todo, que no me condenaran como culpable de haberlo cometido... mientras que ahora...

—¡No! ¡No! — exclamó Violet. — Ya oyó lo que dijo el policeman; todo le acusa. ¡Muchas han sido los acusados inocentes que han sido condenados, probándose la inocencia cuando ya era tarde! ¿Qué sería de usted si, inocente y todo, le condenaban?...

Y se notó que su voz temblaba de emoción.

George suspiró. Era cierto... ¿Y si le condenaban?

No, el riesgo era mucho. Las pruebas eran demasiado evidentes en contra suya.

—¡Qué buena es usted, Vi! — dijo George, llamando a la joven por el nombre familiar que le daba cuando pequeña. — ¡No puede figurarse con cuanta frecuencia he pensado en usted durante los últimos tres años.

—¡Y se marchó usted sin una palabra de despedida! ¡Y no escribió ni una carta! — reprochóle ella.

—¡No! Había partido de aquí en circunstancias desagradables. Mi tío me había arrojado de la casa... Lo mejor era que no intentara que me recordara nadie, — dijo George con amargura.

—Pero eso fué muy triste para mí. Habíamos sido tan buenos amigos que usted podía haber creído que todos le olvidaban... todos menos yo, — dijo ella.

Miró el rostro de Vi; la perfecta línea del perfil, que se apreciaba en la semi oscuridad, de la joven a quien siempre había amado, según podía darse cuenta en aquel momento, y ella...

Pero no había que pensar en tales cosas en aquel momento. Era él un hombre perseguido amenazado con la cárcel...

—¿Quiere llevarme usted a la calle Bourne? Dejé mi equipaje en casa de la anciana

Betty Denman. Iba a alojarme allí por esta noche, — dijo él.

—Pero ¿no habrá peligro en ir allí?— exclamó ella alarmada.

—Creo que por el momento no. La policía ignora que yo me alojaba en aquella casa; mi primo Hubert, que es el que podía decírselo, no lo sabe tampoco. Dejé allí mi balija que contiene mis papeles y mis señas; no me atrevo a dejarla.

Cuando se dirigían hacia aquella casa en el automóvil, recordó George que había dado las señas al pobre niño acróbata diciéndole que fuera a visitarle.

Había querido ayudar a quien era pobre y no tenía amigos en el mundo, pero con todo lo sucedido ya no podía hacer nada por el niño. George reflexionaba con amargura pensando como las circunstancias pueden influir de modo indirecto en la existencia de las personas.

Por un camino solitario, Vi guió el coche hasta la calle o mejor dicho camino de Bourne. Estaba situado en las afueras de la población el chalet de Betty Denman estaba separado, en un amplio terreno. Betty Denman era una bondadosa anciana que conocía George hacía muchos años.

Vi pasó por delante de la casa sin detener el coche, efectuando lo que en lenguaje militar se llamaría un "reconocimiento". No se veía a nadie, absolutamente a nadie. La habitación del frente estaba a oscuras y las cortinas hallábanse bajadas.

Poco después de llegar al chalet, Vi detuvo el automóvil. Habían pensado que era más seguro no pararse delante del portón para no despertar la curiosidad de alguien que llegara a pasar.

—Siga lentamente hacia el fondo de este caminó, vuelva el coche, disponiéndose para salir rápidamente y a todo eso yo estaré de vuelta, — dijo George.

Y dirigióse hacia el chalet.

En el momento en que pasó por la puerta del jardín un niño, que había estado paseando por las inmediaciones y que había visto pasar el automóvil sin reconocer al que iba en él tan envuelto en el capote y con la gorra tan encasquetada, distinguió el rostro de George a la luz de la luna.

Era el pobrecito niño acróbata que había estado temprano en el chalet, preguntando por George y al que le habían dicho que no estaba.

—¡Dios mío! ¡Es el señor Heriot! — dijose Jack.

Y pasando por el portón dirigióse hacia la puerta de la casa, a la que George se había encaminado.

EL SECRETO DEL SALTIMBANQUI

George entró en el chalet y una vez dentro de la salita llamó:

—¡Betty!

Pero la señora Demman no contestó.

No había luz en el fondo de la casa y esto hacía suponer que la dueña había salido. Pero, proveniente del interior de la salita, se oyó una risa burlona y luego una voz sarcástica que estremeció al recién llegado.

—La señora Denman ha salido y yo soy la única persona que hay en esta casa. Tú no esperabas encontrarme aquí, ¿eh? — Era la voz de Hubert Mansell! — Creí que aquí podría pescarte y creí bien, por lo visto. Dejé aviso en la oficina de policía para que vinieran a buscarme aquí. Ya ves, por lo tanto, que de poco te ha servido tu fuga.

George había avanzado en la habitación hasta hallarse frente a su primo. No había mas luz que la que enviaba la luna a través de la cortina del ancho ventanal.

—¡Muchas ganas tienes de ver preso a uno que tiene en las venas de tu misma sangre! — dijo George con desprecio. — ¡Y eso que no tienes prueba ninguna de que sea culpable!

—Tu huida no habla muy alto en favor de tu pretendida inocencia. ¡Los inocentes no huyen! — dijo Hubert sonriendo. — ¡Así que has acudido a Vi Desmond para que te ayude! Ya la vi pasar en el automóvil hace un momento. Supongo que le habrás contado lo sucedido adjudicándote el papel del inocente perseguido! ¿No es cierto? — agregó con cruel ironía

Jamás, en toda su vida, Hubert había odiado tanto, como en aquel mismo momento a aquel hombre silencioso al que acusaba tan villanamente. Hubert le odiaba porque sentíase consumido por los celos, porque en vano había pretendido conquistar el corazón de la hermosísima Violet Desmond, cuyo afecto hacia George era inquebrantable. Podía tal vez haber alguna razón para que Hubert no insistiera en perder a George. Pero el haberlo visto con ella decidía su proceder. George iría a la cárcel si no por otra causa porque eso sería una amargura para Violet y Hubert, el cortejante rechazado, saboreaba la miel de la venganza.

Vibrante de furor, George avanzó hacia su enemigo y hallóse ante un revólver que le apuntaba.

—¡No te muevas! — dijo Hubert. — Te vas a quedar quieto hasta que venga la policía. Te advierto que no vacilaré en hacer uso de mi revólver si hace falta. ¿Entiendes?

Y, dominado por los celos, Hubert considerábase capaz de tal acción. Tenía a George a su merced. La policía no tardaría en llegar. Aquella misma noche su rival dejaría de entorpecerle el camino.

—¡Esta noche dormirás en la cárcel! — exclamó, vengativo, Hubert.

—¡No se considere tan seguro de que sea así! — dijo una inesperada voz.

Una figura habíase deslizado sin ruido hasta la puerta de la habitación, entrando luego como una sombra. Era el pobre niño que había oído con gesto de asombro, las palabras que habían dicho aquellos dos hombres.

Jack vió que el hombre que tan noblemente le había defendido aquella tarde estaba en peligro, y avanzando con agilidad de acróbata había hecho saltar el arma, — enviándola por el aire dando vueltas, — de la mano del traidor.

Un momento después George, — en igualdad de condiciones ahora, — atacó al hombre que se había propuesto arruinarle.

Hubert se puso intensamente pálido. Su valor habíase desvanecido con la pérdida del arma. Un grito de miedo salió de sus labios en el instante en que sintió que le agarraba con sus brazos musculosos el hombre cuya perdición había combinado con la mayor desvergüenza.

De fuera, por la puerta del chalet, oyóse el ruido del automóvil que volvía y que detúvose de pronto al oír la joven el grito de miedo de Hubert. Violet temió por la seguridad de George.

El chico corrió hacia la puerta, gritando:

—¡Todo va bien, señorita!

En el mismo momento, al resonar la voz de Jack, de la oscuridad proyectada por uno de los pilares del porton, surgió la silueta de un hombre que no tardó en ser iluminado por la luna: Rufus Trant.

—¡Pícaro chico! ¡Si ya había supuesto yo que te encontraría aquí! ¿Te has escapado del circo? ¡Ya te voy a enseñar a proceder así conmigo!

Trant corrió al chalet en busca de Jack, llegando a la puerta de la sala donde vió a los dos hombres peleando a brazo partido. Los reconoció en seguida y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Socorro! — gimió Hubert desesperado.

Trant se olvidó del muchacho y dirigióse hacia los que peleaban, con el propósito de atacar a George, dejando a Jack libre de proceder como quisiera, por el momento.

El temor a que le pasara algo malo al hombre que tan noblemente le había defendido, hizo que olvidara Jack su propia situación. Jack corrió hacia el saltimbanqui que avanzaba y bajando la cabeza, le dió con la mayor fuerza que pudo, un cabezazo en la región donde quedan los primeros botones, de abajo, del chaleco. Trant lanzó un chillido y cayó al suelo como un globito de goma al que se le da un pinchazo

Corrió Jack al rincón de la salita donde había caído el revólver de Hubert, lo levantó y apuntó con él al saltimbanqui.

—¡Usted se va a estar muy quieto! — le dijo — Porque si no, voy a dispararle un tiro, y de tan cerca no le voy a errar.

Furiosas blasfemias salieron de labios del saltimbanqui. No era, por cierto, muy agradable de oír lo que vociferaba Trant. Pero ante el revólver había quedado enteramente apabullado.

—¡Y decir que eres tú quien se porta así conmigo! — ¡Tu, para quien he sido como un padre! ¡Vas a ver si en pago de esto no te doy una paliza que te dejo medio muerto! ¡Baja ese revólver! ¿Me has oído?

Pero Jack no dejó el revólver. Siguió apuntando a la cabeza del amedrentado saltimbanqui.

George se desprendió de Hubert, arrojándolo de su lado. El primo cayó pesadamente al suelo.

—¡Jack! ¡No olvidaré jamás el dobe servicio que me has prestado! — exclamó George percatándose de cuanto debía al muchacho. Tomó el revólver de manos de Jack. — ¡Pronto! ¡Al automóvil! ¡Voy inmediatamente!

Hubert se incorporó lentamente, pero no le quedaban brios para pelear. Trant, también, estaba fuera de combate.

George tomó su balija y, sin dirigir una mirada más a los dos pillastros, corrió tras el muchacho hacia el automóvil.

—¡Sube, Jack! ¡Pronto! — gritó. Y el chico subió de un salto.

George ocupó el asiento junto a Vi. Partió el coche rápidamente, seguido de la mirada de Hubert furibundo, humillado y derrotado.

Un súbito pensamiento hizo que Mansell se volviera hacia el saltimbanqui.

—Ese chico... ¿es el niño que yo le entregué hace ocho años? — preguntó

Una mueca astuta y picaresca pintóse en el rostro de aquel pillo capaz de todo y sus ojos brillaron un momento con intención. Tardó unos instantes en responder.

—¡Puede ser que lo sea y puede que no lo sea! — dijo después, lentamente. — Tengo en mi caravana otro muchacho mas, de la misma edad, precisamente. El heredero de toda la grandiosa fortuna del señor John Heriot es uno de los dos, de esto puede estar usted seguro: ¡uno de los dos, es! ¡Pero cuál de los dos es el heredero, ese, estimado señor, es mi gran secreto!

POR LA LIBERTAD

Como una exhalación, el rápido automóvil corrió hacia la salida del camino.

Violet Desmond, que manejaba el coche, tenía el rostro muy pálido. Aun cuando George Heriot hubiera escapado a la encerrona que le preparaba su propio primo, Hubert Mansell, en el chalet de la señora Denman, Violet se daba cuenta de que cada segundo que pasara acrecentaba el peligro y que éste no habría cesado hasta que hubieran traspuesto el límite de Lanceford.

Cuando el vehículo giró para entrar en la carretera, otro automóvil, procedente de la ciudad, volvía la entrada del camino, donde estaba el chalet de la señora Denman.

En él iban dos hombres vestidos de uniforme, uno de los cuales era el superintendente de la policía local. Este reconoció a Violet Desmond al pasar y la saludó muy cortés. Por un instante, el corazón de la joven cesó de latir.

Pero, evidentemente, el de policía no sospechó la identidad del hombre que, cubierto con el capote del chauffeur y con la gorra metida hasta las orejas, iba junto a la que manejaba. Violet guió el coche por la carretera dirigiéndose hacia las afueras de la población.

George Heriot cruzó su mirada con la de la joven y sonrió con amargura. La cacería, — cacería del hombre, — había comenzado.

—¡Sí! Buscan agitadísimos mi pista, — dijo. — Mi primo avisó a los de la policía indicándoles que fueran a buscarme al cha-

let de la señora Denman donde esperaba atraparme. Dentro de tres minutos se habrán enterado, por él, de que me hallo en este automóvil, y saldrán en mi busca.

A la indecisa luz de la luna George distinguía el hermoso rostro de la joven, pálido y desencajado, mientras Violet guiaba el coche con una maestría que muchos hombres hubieran envidiado y haciéndole avanzar con el máximun de su velocidad.

¡Era necesario que el automóvil de la policía no les alcanzara! ¡Violet Desmond tenía la imaginación fija en ese solo pensamiento!

El camino extendíase ante ellos iluminado por la luz de la luna y enteramente desierto. El automóvil avanzaba velocísimo. Los árboles y los postes telegráficos parecían huir a sus lados a medida que el vehículo corría millas y mas millas, entregado su potente motor a una locura de velocidad desenfrenada.

De pronto, ante ellos, vieron que el camino se bifurcaba. Aun no se oía ni se veía al automóvil que debía hallarse en su persecución. Aquel doble camino constituía una circunstancia en su favor, pues la policía no sabría por cuál de los dos habíanse alejado ellos.

George se acordó entonces del muchacho que iba sentado detrás de ellos, en el coche, el pequño y desamparado acróbata, víctima del saltimbanqui, el valeroso niño a cuyo valor debía el haber escapado del chalet.

Jack había hecho fracasar el intento de Trant en el instante en que éste acudió en defensa de Hubert Marsell. Jack había solucionado la situación en su favor cuando el inesperado aliado de su primo se disponía a volver las circunstancias en contra suya.

Recordó la brutalidad del saltimbanqui para con el muchacho y como se había indignado en el circo. Después pensó George en que Jack tendría que sufrir las consecuencias de su intervención porque Trant se vengaría del mal trato pasado castigando al niño acróbata.

Inclinóse hacia atrás para hablar con el niño. Tuvo qeu gritar para que pudiera oirle en medio del ruidoso andar del vehículo.

—Jack: mi deseo era serte útil, servirte de algo, pero es el caso que me veo perseguido por la policía e incapacitado para servir de nada a nadie. Temo que el pillo del saltimbanqui quiera cobrarse en tí el mal rato que yo le hice pasar y castigarte tu intervención de hace un rato. Esto me preocupa y me molesta. Si hubiera podido irme sin percance, te hubiese llevado conmigo, arrancándote a la brutalidad de ese hombre al que no volverías a ver jamás.

EL DIARIO

Los dias de extracción de la Loteria Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa loteria. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F C. . . . . .

Los ojos del chico brillaban de entusiasmo. Pensó un momento en pedir a su nuevo amigo que le permitiera acompañarle a pesar de que se hallara huyendo de la amenaza de la ley.

El saltimbanqui le castigaría hasta dejarle medio muerto si regresaba aquella noche a la caravana... Pero había prometido a su compañero Dick que no se marcharía solo. Dick su amigo y compañero de desdichas, que se hallaba enfermo, en cama, en la casa con ruedas...

Por eso no podía marcharse.

—Yo sabré pasar el mal rato, señor, — dijo con entereza. — No tema nada.

—Violet, yo no sé si usted podrá ayudar a Jack. En el chalet, hace un momento, mi primo y el otro hombre me hubieran vencido a no haberse presentado este valeroso niño... Gracias a él no estoy ahora en poder de la policía.

Pero durante un momento Violet hallóse demasiado preocupada para poder contestar. El automóvil, después de andar admirablemente, comenzaba a ceder. El motor funcionaba mal. Fallaban las explosiones. Una súbita sospecha acrecentó la expresión de ansiedad del rostro de la joven. En seguida, exclamó:

—¡George! ¡Me parece que se ha agotado el combustible!

Sus temores se vieron confirmados muy pronto. Ante ellos se veía una cuesta que conducía a un puente que pasaba sobre un desmonte del ferrocarril. A mitad de la cuesta el coche se detuvo.

—¿Qué hacemos ahora? — exclamó Violet desesperada.

Casi en el mismo momento, a alguna distancia tras ellos, oyeron el ruido de otro automóvil, vieron relucir los dos faros delanteros, rayando con sus haces de luz la superficie de la bien cuidada carretera.

George no pudo dudar ni un solo instante de que se trataba de la policía. El superintendente, informado por Hubert Mansell de cómo había escapado, acudía presuroso en su busca, sabedor de que el fugitivo iba en el automóvil de Violet Desmond.

—¡Van a llegar, Violeta! — murmuró.

Parecióle, en aquel momento, que todo estaba perdido. Miró, desesperado, a su alrededor. No había sitio en donde esconderse en los abiertos campos que se extendían a ambos lados del camino. La luz de la luna le denunciaría por cualquier parte por donde pretendiera huir.

De pronto brilló en sus ojos un chispazo de esperanza.

Se había quitado el grueso capote de automovilista y lo había arrojado al coche después de saltar al camino. Volvióse rápidamente hacia la joven que miraba atónita, inmovilizada por el terror, hacia el camino por el cual avanzaban las aun distantes, pero amenazadoras luces.

—¡Adios, Violet y que el cielo la bendiga por todo cuanto ha hecho por mí! — exclamó. — En mi valija, que ahí queda, están mis señas. Ahí, si puedo llegar hasta ahí, esperaré sus noticias.

—Pero George... ¿qué va usted a hacer? — exclamó ella con sus hermosos ojos negros dilatados por el terror.

Las luces del coche que se acercaba se veían cada vez más grandes...

—¡Voy a tratar de vencerles en el último paso de la carrera! ¡Si puedo! — gritó George con terrible decisión, apretando los dientes y con los ojos reluciéndole de entusiasmo varonil.

Entonces, al cruzarse sus miradas y como si él leyera algo en los ojos de la joven, con rápido, irresistible impulso, el hombre perseguido abrazó a su adorada, besándola en la frente.

—No debiera decírselo en momento como éste, pero yo la amo, Violet, la he amado siempre, — díjola en voz baja.

Ella no contestó. Un breve sollozo conmovió su pecho angustiado. El, el hombre perseguido injustamente acusado, no debía declararle su amor en circunstancias tales, pero pudo comprender que su declaración inundó de alegría el alma de la joven.

¡El automóvil de la policía se acercaba cada vez más cerca! Rápidamente, George se separó de Violet y corrió hacia el puente que pasaba encima de las vía del ferrocarril tendida en la hondonada del desmonte.

Su plan era descabellado, pero cuando un hombre ve que se halla en peligro de perder su libertad y su vida quizás, lógico es que acuda a los recursos más desesperados.

George Heriot miraba hacia el largo e iluminado tren de pasajeros que se aproximaba a pasar por debajo del puente, aminorando cada vez más su marcha porque el semáforo del otro lado señalaba peligro.

En el momento en que George corría hacia lo alto, el tren estaba precisamente debajo del puente, moviéndose aun pero de manera casi imperceptible. La locomotora y uno de los vagones habían pasado por debajo del puente y aparecían ya del otro lado. Entonces el tren se detuvo.

Fué al otro lado del puente donde los cinco o seis vagones restantes del tren extendíase en la vía, a donde llegó George Heriot llevado por el impulso de su desesperada carrera. ¡Era necesario que librara aquella batalla por la libertad!

Cuando subió al parapeto de piedra del puente oyó un súbito grito de Violet. Miró hacia ella y la vió hacer un ademán de súplica seguido de un gesto de desesperación como si se diera cuenta de lo inútil de su pedido desesperado.

El automóvil de los de la policía estaba bastante cerca en aquel momento para que George pudiera distinguir quien iba en él: los dos de policía y su primo Hubert, el Judas que le había vilmente traicionado. Retroceder en aquel instante era entregarse a sus perseguidores.

Del otro lado del parapeto había una ancha cornisa de piedra. Muchas veces, cuando muchacho, habíase sentado en ella a ver pasar los trenes.

Encontrábase ya en la cornisa y desde ella miró hacia el arco del puente y al tren inmóvil, parado debajo. Aquel era el momento propicio. Entonces o jamás.

En el camino Violet estaba mirando al hombre a quien amaba, con expresión de terror en su rostro encantador, sin atreverse casi a respirar. De pronto se tapó los ojos con las manos. No se sentía con valor para presenciar aquello.

El automóvil de los de la policía llegó velozmente y se detuvo.

—¡Pero está loco! ¡Eso es ir a la muerte! — oyó Violet que decía uno de los ocupantes del automóvil.

A todo esto, George había descendido hasta quedar colgando de las manos, agarradas a los hierros de la estructura del puente, encima del tren. El convoy no estaba ya parado. La locomotora había lanzado un toque de silbato y el tren empezaba a moverse lentamente.

Durante un momento, George permaneció colgado, dominando el vértigo que sentía. Había comprendido con toda claridad lo descabellado de su plan — hijo del impulso de un momento, — al verse colgado allí, con todos los nervios en tensión, apretados los dientes, sobre los techos de los vagones que se movían con lentitud.

Pero ya era tarde para desistir. Quizás no hubiese desistido aun cuando hubiera podido hacerlo.

La luz del semáforo que había detenido al tren con su coloración roja se transformó en verde oyéndose el ruido que hicieron las cadenas del aparato al moverse. La vía estaba libre. La locomotora lanzó otro silbato. Arrastrado por la poderosa máquina, el tren se movió apresurando de inmediato su marcha.

En aquel momento, George se soltó de la barra de hierro de la cual colgaba y se dejó caer.

Los que, de arriba, miraban, permanecieron mudos un instante.

De pronto el silencio fué interrumpido por una nerviosa exclamación de Jack.

—¡Saltó, señorita! ¡Es un valiente! — dijo el muchacho.

AL RESPLANDOR DEL HOGAR

Al pensar cómo pondría pie en el techo del vagón al caer, supuso George Heriot que le sería posible hacerlo a gatas. Se consideraba, con razón, un verdadero atleta, fuerte y hábil como el primero y la altura del salto no era en realidad muy importante. Si hubiese llegado a tiempo para saltar cuando el tren estaba parado o por lo menos cuando casi no se movía, eso le hubiera sido fácil. Pero llegó tarde.

Saltó, sin embargo, y al dar en el techo del vagon el impulso que llevaba el tren le hizo caer boca abajo de tal modo que fué milagro que no se rompiera un hueso. Dolorido y maltrecho se agarró como pudo a la línea sobresaliente del centro del techo del coche y ahí se quedó, momentáneamente en seguridad.

Permaneció jadeante, sin atreverse a hacer ningún movimento, temeroso de una caída, mientras la máquina, acrecentando su velocidad minuto tras minuto, hacía avanzar el convoy produciendo en los vagones rápidos sacudimientos cada uno de los cuales amenazaba arrancar a George de su insegura situación para enviarle a la muerte.

A George, los momentos que pasó ahí agarrado desesperadamente con ambas manos, antes de atreverse a variar de postura, le parecieron horas. Para acrecentar el peligro la luna habíase escondido tras un amontonamiento de negros nubarrones.

Sintióse dolorido y entumecido cuando, muy cautelosamente, se arrastró por el techo del oscilante vagon en dirección de la máquina, haciendo frente al viento huracanado producido por la marcha, hasta que logró asirse de un pasamanos de hierro.

—¡Suerte has tenido cuando has podido salir de esta como has salido! — díjose.— Pero ¿qué voy a hacer ahora?

La pregunta no era de fácil solución.

Había, hasta el momento, escapado a los perseguidores, pero se hallaba prisionero en aquel tren que corría, envuelto en las sombras de la noche, a tal velocidad que hacía imposible toda tentativa de saltar a tierra, no ya del techo, ni del estribo.

Llegar al estribo era empresa que no se presentaba muy fácil por cierto. Era necesario descender, por el extremo de un vagón, mediante la escalera de travesaños de hierro que usan los limpiadores.

—Supongo que esto le sería muy agradable a un actor de cinematógrafo — dijo en voz alta y riendo, mientras descendía con toda precaución, con bastante disgusto y procurando darse ánimos despreciando el peligro.

Hallóse al fin en el estribo del tren, colgado de cara al viento que pasaba rugidor. Ante él veía brillar el resplandor rojo del hogar de la máquina destacándose en la oscuridad de la noche.

El compartimiento cercano al sitio donde él se hallaba no estaba desocupado pues oía rumor de voces. Se preguntaba George si podía arriesgarse a ser visto a través de alguna de las ventanillas y seguir por el estribo hasta hallar un compartimiento desocupado.

Sabía George que aquel tren no se detenía hasta el empalme de Mishot, a cuarenta millas de Lancefford, hacia Londres.

Era casi seguro que la policía que había presenciado su salto del puente al tren había telegrafiado lo necesario a fin de que le detuvieran a su llegada a la estación del empalme de Misholt.

Si no lograba abandonar el tren antes de la próxima parada lo más fácil era que su período de libertad se terminaría en Misholt.

El tren corría a una velocidad no inferior a cincuenta millas por hora. George miró hacia la oscuridad que le rodeaba. Saltar a tierra hubiese sido una locura. Semejante

decisión le costaría la muerte o sino alguna grave fractura que, en definitiva, tendría el mismo resultado, para su libertad, que quedarse en el tren.

Su única esperanza era que el convoy, antes de entrar en la estación de Misholt atenuara su marcha lo suficiente para permitirle saltar con relativa probabilidad de buen éxito. Debía, pues, aguardar la oportunidad.

En aquel momento aconteció algo que borró de su mente toda idea relacionada con su seguridad personal.

Le pareció que entre el rugir del viento había llegado hasta él, de la cabeza del tren, un grito humano. George inclinó la cabeza para tratar de distinguir si se notaba algo anormal en la luz que surgía del hogar de la locomotora, y lo que vió le sobrecogió de modo alarmante.

El tren recorría en aquel instante una curva bastante cerrada, lo que hacía que describiera un arco de manera que George, desde donde estaba, podía distinguir perfectamente lo que sucedía en la plataforma destinada al maquinista y a su ayudante y fogonero.

En aquel estrecho espacio dos hombres estaban peleando furiosamente.

George pudo distinguir dos figuras ceñidas por feroz abrazo, recortándose en la claridad que brotaba del hogar. Hubo un momento en el cual las figuras se inclinaron de tal modo y tan cerca del estribo que estuvieron a punto de caer fuera del tren. Pensó George en aquel instante que nada ni nadie hubiera podido salvarles de un trance semejante.

Pero... ¿qué era lo que pasaba? George había sentido que la sangre se le helaba en las venas al contemplar el drama que amenazaba transformarse en tragedia ante sus ojos dilatados por el terror. ¿Qué le sucedería entonces al tren lleno de pasajeros? La catástrofe sería horrible.

Un instante después se dirigía por el estribo, — avanzando como un demente despreciando el peligro que le rodeaba, — en dirección de la máquina.

Antes de que lograra llegar, la curva había pasado y el tren corría por la recta. Ya no le era posible ver lo que pasaba en la plataforma de la locomotora.

Pero había visto lo bastante para comprender que era posible que la seguridad del tren que avanzaba rugiendo rodeado de las sombras de la noche dependiera de él y de la rapidez con que procediera en aquel mismo momento.

Por último, George llegó al tender. Arrastrábase ya sobre el carbón amontonado. Lo que pudo ver entonces le convenció más y más de que debía proceder con desesperada rapidez. La pelea entre los dos hombres terminaba en aquel instante, precisamente cuando él logró subir al montón de carbón por la parte de atrás del tender.

Uno de los dos hombres, — de barba gris y traje de brin azul, — que parecía ser el maquinista, recibió un golpe que le dejo aturdido y fué a caer en un rincón, casi junto al borde de la plataforma. El otro, — el fogonero, — más joven, de bigote negro y cara curtida y roja, había tomado un pesado martillo y lo levantaba con criminal excitación.

Un momento más y golpearía en la cabeza al maquinista. En aquel instante vió George Heriot un extraño resplandor en los ojos del fogonero y se dió cuenta de lo que aquello significaba. ¡Aquel hombre estaba loco y sus propósitos eran homicidas!

Una risa desentonada y horrible brotó de los labios del hombre en el instante en que alzó el martillo — una risa que se cortó de pronto, en el mismo instante en que el fogonero se percató de la presencia del hombre que detrás de él, acercábase deslizándose por encima de los trozos de carbón.

Por un momento su atención se distrajo de su propuesta víctima y volvióse, con un grito de feroz ironía, hacia George.

El martillo, que el enloquecido fogonero volvió a levantar con furia remolineándolo en el aire, apuntó al recién llegado. George apenas tuvo tiempo y lugar suficientes para esquivar el golpe. El martillo dió contra un trozo de carbón haciéndole trizas.

Antes de que el loco pudiera levantar nuevamente su arma, George, cuyo sistema nervioso hallábase en la más vibrante actividad, tomó un pedazo de hulla y pegó con ella en el cráneo del demente.

El fogonero se desplomó, cayendo sin sentido.

George avanzó y se dejó caer entre una catarata de carbón que se desmoronaba, en la plataforma, de la locomotora.

Con toda premura atendió al otro hombre ayudándole a ponerse de pié. El maquinista respiraba con dificultad. Estaba muy pálido. Se comprendía que había sufrido una fortísima conmoción y — George lo supo después, — había dado con la base del cráneo en el borde de hierro del costado de la máquina, al ser arrojado violentamente por el loco. De la herida brotaba un poco de sangre.

En el primer momento, el maquinista no pudo hablar. Después dijo con voz entrecortada y balbuceante:

—¡No sé de dónde ha venido usted pero ha llegado a tiempo para salvarme a mí y salvar al tren!

Entonces, a pesar de la conmoción que le había maltratado mucho, el hombre, obediente al llamado de su obligación, trató de ocuparse del cumplimiento de su deber. Pero George notó que se tambaleaba en el momento de moverse hacia las palancas y manijas de la máquina y que le temblaban las manos al acercarlas a las aceiteras que necesitaban su atención.

George se inclinó hacia el hombre a quien había desmayado. Seguía sin sentido, respirando estertorosamente.

El maquinista volvióse de nuevo hacia George haciendo visibles esfuerzos por dominar la debilidad que amenazaba vencerle.

—Estaré bien... estaré bien dentro de

un momento, — dijo como contestando a una mirada de angustiosa alarma de George — ¡No debo ceder ante nada cuando del trabajo se trata! ¡Pobre William! — agregó mirando a su caído adversario — Ha sido mi fogonero durante años, hemos hechos juntos centenares de viajes y ha sido excelente amigo amigo mío. Pero de un tiempo a esta parte había cambiado mucho... Ahora me explico lo que le pasaba .. La bebida, a la que se entregó con exceso le ha desequilibrado... ¡Si se echó sobre mi atacándome desprevenido. con la ferocidad de un tigre!...

Otra vez, el maquinista se llevó la mano a la frente y se tambaleó.

—Le vendría bien un sorbo de cognac ¿no tiene usted ningún licor? — exclamó George angustiado. ¿No trae usted cantimplora?

Por suerte el hombre, en el cajón donde tenía sus cosas guardaba un frasco con rom. Lo sacó y bebió un trago como le había acensejado George. El alcohol le reconfortó inmediatamente.

—¡Ya estoy bien' Por lo menos estoy en condición de poder seguir hasta el empalme. — dijo. — Pero no le he dado las gracias ¿verdad? — y tendió su mano sucia de aceite a George que la estrechó — Usted vió lo que pasaba desde la ventanilla de su vagón, seguramente. Pues bien: me ha salvado la vida, lo que no es gran cosa, pero ha salvado usted la vida de muchos de los que que van en el tren y eso si que es cosa de gran importancia.

Por el momento, el rom había conseguido dar fuerzas al hombre que pudo ocuparse del cumplimiento de su obligación Miró el cuadrante de la presión de la caldera.

—¡Necesita más carbón! — murmuró de pronto.

Abrió la puerta de la hornilla pero ante la ráfaga de aire caldeado y sofocante sufrió un aturdimiento George le tomó de un brazo. Notó entonces que el hombre estaba peor herido de lo que, en un momento, había pensado.

—¡No se mueva' ¡Yo cuidaré del fuego! — dijo George al maquinista — No se fatigue.

Tomó la larga pala y volvióse hacia el ténder. Echó carbón en la hornilla esparciéndolo en camadas iguales sobre el candente hogar, hasta que el sudor le cubrió la frente

El maquinista procuraba todavía atender a su obligación observando el nivel de agua y el manómetro pero se comprendía que el esfuerzo le agotaba las energías.

—¡Me siento no sé cómo! — suspiró — Pero no debo ceder... El tren.

George no tuvo mas que el tiempo necesario para sostener al hombre y evitar que cayera pues había perdido los sentidos.

El rostro de George Heriot expresaba la mayor ansiedad en el momento en que se inclinó hacia el hombre a quien había acostado en el suelo, junto al fogonero. El tren, la seguridad de los pasajeros, todo dependía de él en aquel momento.

Entonces, en el preciso momento en que se puso de pie para mirar por los vidrios delanteros hacia la vía distinguió ante él, luciendo a la distancia, las luces de los semaforos de la estación del empalme de Misholt, ¡de la estación donde la policía debía estar esperándole para prenderle!

Y todas sus esperanzas de poder abandonar el tren antes de que llegara a los andenes... ¡Bah! No había que pensar en tal cosa en semejante momento. Su obligación como hombre era, en aquel momento, fuese el que fuese su riesgo personal, de hacer que el tren llegara sin accidente, a detenerse en la estación donde debia detenerse y esto estaba seguro de poderlo hacer.

No era momento de pensar en si mismo. El tren, sus pasajeros — que no habían tenido ni la menor idea del peligro que corrieron momentos antes — estaban a su cargo, él debía sustituir hasta el fin al pobre maquinista que estaba echado a sus pies, desmayado. Así debía proceder un hombre de honor y George Heriot se preciaba de serlo.

George, — llegado el momento oportuno, — cerró la comunicación del vapor a los émbolos, dándole luego escape mediante la válvula de seguridad. Después movió la palanca que ponía en acción los frenos westinghouse.

El tren entró lentamente en la estación brillante de luces y se detuvo con toda suavidad.

EL FINAL DE UN VIAJE EXTRAORDINARIO

Cuando el tren penetró en la estación. George Heriot vió que junto al jefe de estación hallábanse parados dos hombres vestidos de particular. Los dos, en cuanto el guarda tren saltó a tierra, corrieron hacia él y le hablaron con nerviosa precipitación.

George Heriot sabía quienes eran. Sabía que todos los porteros y peones de la estación tenían orden de que no se ausentara ningún pasajero que descendiese de aquel tren sin que antes le vieran los empleados policiales. Ambos lados del convoy debían hallarse vigilados y los dos extremos de los andenes debían estar custodiados.

El jefe de estación dejó qué los dos hombres conversaran con el guarda al que interrogaban y dirigióse hacia la locomotora. Cuando vió a George, con el rostro y las manos sucias de hollín, pero que, por su aspecto y su ropa, se notaba que no era maquinista, el jefe se estremeció alarmado. Mas se alarmó todavía cuando, al aproximarse, vió a los dos hombres tendidos en el piso de la plataforma de la máquina.

—¡Pero!... ¿Pero qué es eso? — exclamó el jefe de estación.

George explicó lo que había visto que estaba pasando en la máquina mientras el tren corría por la curva que permitía distinguir al maquinista desde las ventanillas de los coches de pasajeros, explicó cómo el fo-

gonero intentó en un acceso de furiosa insania matar al maquinista.

El maquinista recobraba en aquel momento los sentidos. El guarda tren, llamado urgentemente por el jefe de estación, acudía presuroso y pudo oir cómo el maquinista relataba, con esfuerzo, lo sucedido.

—Este señor llegó a tiempo para salvarme la vida... ¡és un valiente como hay pocos!... y para salvar al tren de una horrible catástrofe. El fué quien manejó el convoy con toda pericia hasta detenerse en esta estación.

George se vió, de pronto, contemplado con asombro como el héroe del momento, por el público que se había ido reuniendo. La noticia de lo pasado y el relato de la heroicidad de George corría de boca en boca. El jefe de estación le felicitó con grandísima efusión.

Pero lo que George deseaba no era agradecimiento ni felicitación, sino una oportunidad para escabullirse y escapar.

Sabía perfectamente que si aquellos dos hombres vestidos de particular, — pero sin duda ninguna agentes de policía, — le identificaban como el hombre que, según se sabía, habíase arrojado al techo de uno de los coches del tren cuando éste se detuvo bajo el puente, en las afueras de Lanceford, poco importaría el gran servicio que acaba de prestar a la empresa y a los pasajeros y no tendrían más remedio que prenderle y conducirle preso a la oficina policial de Misholt.

Los dos hombres habían recorrido ya revisando coche por coche, todo el tren. Había regular número de pasajeros y entre ellos no habían hallado — como era lógico, — la persona a quien buscaban. No había ni un solo pasajero cuyo aspecto coincidiera con la filiación que habían trasmitido telegráficamente de Lanceford.

Se acercaron los dos de policía a oir el relato de la heroica hazaña de aquel pasajero. George les vió que hablaban en voz baja con el guarda. Sin duda le estaban comunicando que no habían hallado, en los coches del tren, al hombre a quien buscaban. Pero después miraron a George... ¡Y le miraron fijamente unos instantes!

Y George, aun cuando tenía la cara sucia de hollín y de sudor y la ropa manchada en sus caídas y por haberse arrastrado sobre el carbón del tender, respondía punto por punto a la meticulosa descripción de la cara y la ropa del fugitivo que gracias a la oficiosidad maligna de Hubert Mansell, la policía de Lanceford había podido telegrafiar a la de Misholt.

George, en el centro del pequeño y entusiasta corro, notó que el guarda del tren le miraba de manera extraña y significativa. Comprendió lo que aquella mirada tenía que decir. El guarda sabía perfectamente quien era el hombre a quien la policía buscaba desde que tenía allí a un pasajero al que no había visto subir en el tren en ninguna estación y no le había enseñado boleto.

¡El guarda sabía que era él, necesariamente él el fugitivo, el que había logrado escapar mediante su aventurado salto, de ser prendido por la policía de Lanceford! George se dijo, con desaliento, que todo había terminado ya.

Uno de los dos de policía avanzó un paso.

—¿Puedo permitirle preguntarle cómo se llama usted, señor? — dijo con cortesía, dirigiéndose a George. Pero se comprendía que sospechaba. — ¿Dónde tomó usted el tren?

Pero antes de que George pudiese responder, el guarda se interpuso entre él y el policía haciendo un ademán de despreocupación y lanzando la carcajada.

—¡Vamos! ¡No molesten a este señor! — dijo sin dejar de reir. — Yo contestaré por él. Este señor estaba en el tren mucho antes de que llegáramos a Lanceford. Lo se por que yo mismo le hice sentar en un compartimento de primera clase, cuando pasamos por Paignmoor.

Y el guarda se volvió hacia George.

—Parece que un individuo se dejó caer sobre el tren desde el puente que está en las afueras de Lanceford, esta noche y los señores, que son de la policía, están interrogando a todos los pasajeros. Pero no vale la pena que le pregunten nada a usted, pues como he dicho, yo le hice tomar asiento en un coche de primera clase en la estación de Paigmoor o sea treinta millas antes de pasar por Lanceford, cuando usted me dió el cigarro de hoja, señor. En mi opinión el tipo que ustedes buscan debe haberse caído del techo y lo van a encontrar junto a la vía en cualquier punto de la línea. Allí, allí es donde deben ustedes buscarlo.

El guarda no cesaba de mirar significativamente a George mientras hablaba

—¡Suerte ha sido para todos nosotros que estuviera usted en el tren e hiciera lo que ha hecho, — agregó — Me acordaré de su valor y de su serenidad asombrosos, señor, cuando me fume el cigarro de hoja que me regaló. A no ser por usted de fijo me toca fumar el excelente cigarro en la cama de un hospital.

Resultaba convincente, dentro de su vulgaridad, el detalle del hipotético cigarro de hoja. Los dos de policía se quedaron completamente satisfechos con la explicación que dió el guarda sobre la desaparición del buscado fugitivo.

Pero George sabía que aquello era el modo mediante el cual el guarda pagaba el gran servicio prestado por él. Pues como lo comprendía muy bien, el guarda estaba convencido de que él era el George Heriot a quien buscaban, sintiéndose leal para salvarle mediante una metira.

Gracias al guarda, pues, la tormenta habíase disipado... Se había jugado la vida por la libertad y había ganado. ¡Estaba libre otra vez!

UN ACCCIDENTE QUE NO FUE CASUAL

Torturada por la ansiedad, Violet Desmond había visto como el tren se alejaba con creciente velocidad hasta que por fin su ondulante línea se perdió en la lejanía llevando, en el techo de uno de sus coches, al fugitivo.

Jack había sentido grandísima emoción al presenciar el atrevido salto de George Heriot

en procura de su libertad, pero después había dicho a Violet con grandísimo entusiasmo:

—¡Qué bien saltó, señorita! ¡Un hombre así no es vencido nunca!

¡Cuánto hubiera deseado ella poder tener igual fe en el porvenir de aquel hombre, del hombre a quien amaba! Pero no le era posible creer que ya había pasado el peligro para él.

Acongojada, volvióse Violet y se encontró cara a cara con Hubert Mansell, que había acompañado a la policía, manejando el automóvil que les había perseguido. Al verle, Violet expresó el mayor desprecio.

—¡Usted! ¡Ha sido usted capaz de traicionar a uno de su misma sangre, denunciándolo a la policía! ¡Cómo le desprecio! — exclamó ella con tal energía y tal dignidad, que Hubert retrocedió.

—¡Pero Violet!... — comenzó luego a decir.

—¡Le prohibo que me hable con esa familiaridad! — agregó la joven con brusquedad. — ¡Desde hoy somos enteramente extraños el uno para el otro!

—¡Yo he hecho lo que era mi deber hacer. Un deber muy penoso para mí, por cierto! — insistió él con su untuoso tono hipócrita. — Tenga usted en cuenta que mi tío ha muerto víctima de una mano criminal y que mi obligación, para la memoria del muerto, era no dejar escapar al asesino.

—¿Quién le ha dicho a usted que se trataba del asesino? ¿Por qué ha de ser él y no otro? ¿Quién le ha dado a usted derecho para erigirse en juez? ¿Quién es usted para sentenciarle? — exclamó Violet con energía. — ¡Aun cuando el mundo entero gritara en coro que es él el asesino de John Heriot, yo no lo creería!

Y dicho esto. Vi se volvió despreciativamente, alejándose.

Hubert Mansell la miró con el rostro rojo de furia y de celos. Después se encogió de hombros. Al fin y al cabo si aun no había conquistado el afecto de aquella joven, por lo pronto su rival había dejado de estorbarle desaparecido y prófugo.

El inspector de policía se dirigió rápidamente hacia el automóvil.

—Hay tiempo para telegrafiar a fin de que lo prendan en la primera estación. El tren es rápido y no podrá intentar descender, sin seguridad de romperse la cabeza hasta que llegue a Misholt. ¡Allí le haremos detener!

Violet miró al que hablaba con ojos dilatados por el miedo que le causaba la nueva determinación destinada a poner en peligro la seguridad y libertad del fugitivo.

El detective oyó la breve exclamación que Violet lanzó entonces. Volvióse hacia la joven.

—Ya ve usted señorita, que no le ha servido de mucho haciéndonos correr tanto. Claro está que yo ignoro, al menos oficialmente si usted sabía que favorecería la fuga de un hombre buscado por la policía, pero en caso de que se averiguara y se demostrara que usted, voluntariamente ayudaba a un prófugo, esto podía costarle graves molestias

El inspector trató de expresarse con severidad, pero no podía olvidar los servicios que debía a Violet, la bondadosa joven que tanto habíale ayudado durante la reciente enfermedad de su esposa. El inspector había admirado siempre a aquella señorita tan activa, tan buena y había aplaudido, para sus adentros la forma como había contestado a Hubert Mansell hacía un momento.

El de policía no vaciló en prestar ayuda a Hubert, pero sin embargo, consideró desde el primer momento como poco noble la actitud de Mansell, que con tal encarnizamiento denunciaba o, mejor dicho, acusaba a su propio primo ,ansioso por verle en manos de la policía, sin que se hubiera comprobado si era o no culpable.

—¡Lo que he hecho lo haría mil veces, siempre que fuera para salvar a un hombre injustamente acusado! — replicó Violet con gran energía. — Y si el combustible no se me hubiera agotado...

—Ya pensé que esa fué la causa de que se detuviera usted, señorita, — dijo el inspector.

El de policía subió en el automóvil, donde ya estaba sentado Hubert Mansell y éste guió el coche rápidamente hacia la estación de ferrocarril más próxima para desde allí telegrafiar la orden de detener a George Heriot.

Después de despachar el telegrama y mientras regresaban rápidamente, por los suburbios de la población, Hubert Mansell oyó el ruido de otro automóvil detrás de ellos. Volvió la cabeza y vió a Violet. Había obtenido un poco de combustible; se lo había facilitado el dueño de otro automóvil que pasó.

—Cuando George esté preso, porque con seguridad lo van a detener en Misholt, es fácil que no ponga usted esa cara de arrogancia y que no se muestre tan decidida a ser la defensora de un hombre al que un jurado reconozca como ¡culpable de un homicidio! — díjose Hubert con salvaje expresión en el rostro.

En la mente de Hubert no encontraba tropiezo ninguno la idea de que su silencio sobre lo pasado aquella noche llevara un inocente al cadalso. Callando lo que sabía, Hubert dejaría condenar a George, al que sabía inocente....

Pero no procedía así solo por odio a George ni por el hecho de que su primo era su afortunado rival. Tenía otra razón para callar la verdad que sabía sobre la tragedia acaecida aquella noche en el Castillo, como llamaban en Lanceford a la casa señorial ocupada por John Heriot.

Dejando que George Heriot apareciera como culpable, no había ocasión de descubrir la culpabilidad de Rufus Trant y mientras éste no fuera detenido y acusado por el crimen, no diría nada respecto al terrible secreto relacionado con la suerte del heredero del muerto, del hijo que Hubert Mansell había raptado hacía ocho años. Si el niño aparecía Hubert Mansell no heredaría la fortuna de John Heriot y, lo que aun sería peor, tendría que sufrir una pesadísima condena.

No eran por cierto, muy placenteros los pensamientos de Hubert a medida que el automóvil, manejado por él, iba avanzando por el camino desierto. Trant podía resultar peligroso; el secreto que poseía era un arma terrible contra Mansell. Hubert maldijo la casualidad que había hecho que el hombre le

viera de nuevo después de tantos años y llegara a interponerse en su camino y a abrir por una de sus más negras páginas el libro del pasado, que suponía cerrado para siempre.

—El hecho de que yo posea un secreto criminal que puede perderle impedirá que usted presente, para arruinarme, al desaparecido heredero, — había dicho Hubert a Trant. — ¡El secreto de la muerte de un hombre!

El saltimbanqui se había reído al verle hacer tal afirmación.

—¿Cree usted que va a asustarme con semejante amenaza? — dijo despreciativamente. — En lo que a mí se refiere usted ya no puede hacer nada ni decir nada. Si usted sale diciendo a lo mejor que yo fuí quien mató al viejo ¿cómo va a explicar el porque no lo dijo antes? Y si insiste ¿cómo queda el encubridor?

Hubert sabía perfectamente que el saltimbanqui tenía razón. Ya era tarde para acusarle pues él mismo había acusado — si no directamente por medio de sus reticencias— a otra persona.

Después del papel que había representado encauzando hacia su primo todas las sospechas tendría que resultarle fatal — tan fatal casi como al mismo Trant — el decir la verdad sobre la muerte de John Heriot.

El saltimbanqui se daba cuenta de lo que significaba la situación y del "chantage" a que podía darle lugar. Hubert por su parte, sabía que ese "chantage" vendría y que el saltimbanqui sería insaciable en sus exigencias. Estaba por entrar en posesión de grandes riquezas pero ya estaba a su lado el gusano que había de roer su tesoro.

Por una extraña casualidad, en el momento en que el automóvil volvió una esquina del camino, el hombre en quien estaba pensando apareció delante de Hubert.

Trant había salido tambaleándose de una taberna. El saltimbanqui había estado bebiendo quizás para disipar los remordimientos, quizás para quitarse el miedo que sentía. Estaba medio embriagado cuando salió al camino y no hizo caso del toque de bocina que lanzó el automóvil en el momento de volver la esquina.

Inmediatamente, con rapidez suma, un maligno pensamiento acudió a la mente de Hubert Mansell.

Un accidente — que se produjera de tal modo que él no pudiera ser considerado culpable de lo que pasara, — podía librarle para siempre de aquel hombre. Con su muerte desaparecería todo temor de que pudieran arrebatarle la fortuna del tío. Ya no se interpondría nadie entre él y la herencia.

¡Y era tan fácil!

La tambaleante figura estaba en mitad del camino como desafiando el peligro; pero aun cuando el coche estaba cerca, Hubert sabía manejar bastante bien para evitar un encuentro.

Gritó Hubert lo más fuerte que pudo sabedor de que su grito aturdiría al hombre, confundiéndole, Rufus Trant se volvió, vió el automóvil que se acercaba con sus luces brillantes y refrescado súbitamente por el peligro, dió un desesperado salto a un lado.

En el mismo momento el automóvil, como si una demasiada rápida maniobra de los frenos le hubiera hecho patinar, se deslizó de un lado al otro del camino en el mismo sentido del hombre que saltó, golpeando y echando al suelo al tambaleante saltimbanqui.

Todo esto aconteció en un instante. El inspector lanzó un grito al ver que el hombre era golpeado por el coche y caía al suelo.

Hubert estaba muy pálido en aquel momento y respiraba jadeante cuando junto con los de policía saltó a tierra y corrió hacia donde estaba Trant encogido, formando una mancha negra en la blanquecina superficie del camino iluminado por la luna.

—¿Está muerto? ¡Traté de no chocar con él y no lo hubiera tocado, pero el automóvil patinó, ya lo vió usted! — exclamó Hubert jadeante de emoción.

—¡Sí! Ha sido una desgracia pero nadie tiene la culpa más que ese mismo infeliz — dijo el inspector de policía mientras se inclinaba a examinar al que yacía sin sentido en mitad de la carretera.

OTRO GOLPE DEL DESTINO

Cuando esto sucedía llegó Violet en su automóvil. Allí a la luz de la luna, ella y Jack vieron el rostro pálido del saltimbanqui en el momento en que el inspector de policía y el hombre que deliberadamente había producido aquel "accidente" levantaban del suelo a la desmayada víctima para ponerla en el coche.

—No, no está muerto, señorita — contestó el inspector a la angustiada pregunta de Vi. — Pero debe haber sufrido bastante. Todo ha sido culpa suya y nada más que suya. Vamos a llevarlo al hospital y yo enviaré a un agente para que entere a su esposa de lo sucedido. El señor Mansell nos ha dicho que es el dueño de un pequeño circo de los instalados en la feria.

Rufus Trant seguía desmayado cuando el automóvil se detuvo ante la puerta del hospital.

Mientras tanto Violeta había llevado a Jack, en el atomóvil, a la casa.

—Quiero que cenes conmigo, si no tienes inconveniente, Jack, — habíale dicho ella.

Jack aceptó el convite de muy buena gana.

Fueron, pues, a la casa del señor Desmond situada a poca distancia del Castillo, como llamaban a la casa de John Heriot. El padre de Vi se hallaba ausente, así que ella y el muchacho comieron solos.

Fué aquella una noche memorable para Jack. Miraba asombrado a su alrededor fijándose en los lujosos muebles, en los cuadros, en la mesa donde relucía la plata y el cristal; casi sentía miedo de pisar con su calzado lleno de barro la alfombra tan suave y tan gruesa que uno parecía hundirse en ella. Durante la comida, a medida que le sirvieron los diferentes platos, sintió casi recelo como si temiera abusar comiendo de todo lo bueno que le ponían delante.

De pronto, Jack suspiró.

—Estoy pensando, señorita, — dijo — que sólo falta aquí una cosa... ¡Me gustaría tanto que estuviera también Dick!

—¿Quién es Dick? — preguntó la joven.

—¡Ch! ¡Es mi compañero! Trabaja de acróbata, como yo, para el mismo empresario. Pero el pobrecito Dick está enfermo en este momento.

—¿Es hijo del saltimbanqui? — preguntó Vi tratando de conversar y de olvidar, aun cuando tenía la mente preocupada, llena de temores por la suerte del hombre a quien amaba, injustamente acusado, perseguido y en peligro de muerte.

—¡No! ¡Hijo del patrón no es! ¡Yo no se quién es! Hemos vivido en la caravana siempre, por lo menos todo el tiempo que recordar podemos. — Jack calló un momento. — Lo curioso es que ahora me parece recordar algo que pasó antes de que yo viviera en el circo... Una señora como usted, señorita; es decir muy linda y muy bien vestida que se inclinaba hacia mí estando yo acostado... pero no en la cama que tengo en la caravana. Pero no logro recordar nada más así que estoy por creer que ha sido un sueño,—agregó el chico con un apenado suspiro.

En aquel momento entró en el comedor una criada con un telegrama para Vi.

La joven desgarró el cierre con temblorosa mano. El telegrama había sido puesto en el empalme de Mishalt y aun cuando no tenía firma Vi comprendió que procedía de George.

"Todo va bien. No se preocupe".

Bien sabía Vi lo que George quería decir con tan lacónico mensaje.

—¡Jack! — exclamó muy nerviosa. — ¡Está libre y lejos! ¡Esto quiere decir que la policía no ha logrado prenderle en Mishalt!

Vi sentía ganas de reir y de cantar, tal era la satisfacción que había sucedido a la intensa y dolorosa angustia de antes. Y Jack estaba también muy contento.

—¿No se lo dije, señorita? ¡Es un hombre para el cual no existen las dificultades! ¡Ya sabía yo que lograría escapar! — dijo el chico.

Un poco después Jack se despidió para volver a su caravana. Vi le acompañó hasta la puerta.

—Mañana iré a verte, Jack, — le dijo.— Quiero conocer a tu camarada

Ya no temía Vi por lo que pudiera pasarle al muchacho desde que Trant, el que era de temer, se encontraba en una cama del hospital, y su pupilo estaba libre de su personal tiranía.

Cuando estaba por cerrar la puerta, Vi vió que su padre llegaba por el camino de entrada. Era un señor alto, de hermosa presencia, pero al acercarse en aquel momento se notaba en su cara, habitualmente risueña, un gesto de amargura que llamó la atención de su hija; además parecía agobiado por alguna pena.

La idea de que algo grave le pasaba a su padre acudió a la mente de Vi.

—¿Qué es eso, papá? — le preguntó con grandísima ansiedad

En el primer momento él no contestó. Entró en la casa seguido de su hija. El señor Desmond parecía haber envejecido repentinamente. Se dejó caer sentado en una butaca.

—¿Qué le pasa papá?

El gesto de su padre le aterrorizó. Su padre había sido íntimo amigo de John Heriot pero no podía ser la impresión causada por la muerte del amigo, la causa de semejante estado de ánimo. Tenía que ser algo mucho más grave.

—¡Pobre Heriot! ¡Su muerte me ha entristecido mucho! ¡Pero no es solo eso!... — dijo el señor Desmond después de una larga pausa. — Su muerte significa la ruina para mí... la ruina más entera y completa: ¡la miseria!

Ya había sospechado Vi que era algo más que la muerte del amigo lo que entristecía a su padre.

—¿Pero es posible?

—Hace algún tiempo Heriot me prestó una importante suma de dinero, varios miles de libras y el plazo para el pago vence dentro de poco, — manifestó el señor Desmond. — Pedí ese dinero para emplearlo en algunos negocios cuya liquidación se ha retardado y se retardará aun más. John Heriot, sabedor de esto, me había dicho que no pensara en pagarle hasta que hubiera liquidado los negocios y recibido el dinero y estaba conforme con renovar los documentos fijando para su cancelación una fecha lejana. ¡Pero ahora ya no es John Heriot mi acreedor! Con su muerte y siendo como dicen su sobrino el heredero universal, a quien debo ese dinero es a Hubert Mansell y este no me renovará el documento, estoy seguro. Exigirá el pago en la fecha del vencimiento y esto constituye pura y sencillamente la ruina para mí.

Durante un momento, Vi no halló palabras que decir Miró desesperada el desencajado rostro de su padre. ¡Era aquel el segundo terrible golpe del destino en aquella misma noche!

¡Su novio huyendo fugitivo y su padre a merced del hombre a quien ella, hacía poco, había abofeteado con sus enérgicas — y merecidas — palabras de desprecio!

.....

—Jack ¿no es verdad que no estando el viejo lo pasamos perfectamente?

El que hablaba era el compañero de Jack, Dick y hablaba con razón. Hacía cerca de una semana que el saltimbanqui estaba en el hospital a consecuencia del golpe que le había dado el automóvil manejado por Hubert Mansell.

Las heridas y contusiones que tenía Rufus Trant habían resultado más graves de lo que se había creído en el primer momento. Pero el propósito de Hubert Mansell había fracasado. El saltimbanqui se iba reponiendo, debidamente atendido, en el hospital, con bastante rapidez.

—¡Estamos en un verdadero paraíso! — dijo Jack.

Ni él ni Dick estimaban en lo más mínimo a la señora Trant, pero ella no era tan tiránicamente cruel como su esposo.

Dick era un muchacho más débil y de aspecto más delicado que Jack. Se enfermaba con frecuencia y la señora Trant profetizaba con abrumadora insistencia que el mejor día "se apagaría como un candil sin aceite". Tenía aspecto de débil y de mal alimentado y en realidad ninguno de los dos chicos

ecmía lo necesario, pero Dick, más delicado que Jack sufría más por esa causa.

Estaba reponiéndose pasada su enfermedad Su mejoría se debía en parte a Violet Desmond. Desde la noche de la partida de George, interesada por el niño por quien su novio había demostrado amistad, había hecho frecuentes visitas a la caravana y nunca había ido con las manos vacías. Alimentos sabrosos y nutritivos, sandwiches, frutas, bombones, cosas tan deliciosas como jamás habían visto ni soñado los dos chicos... de todo había llevado.

La inquitud que atenaceaba el espíritu de la joven, se notaba en lo intranquilo de su mirada y Jack se percataba de ello comprendiendo que era por George y por su situación por lo que Vi se hallaba preocupada.

Dick no había, naturalmente, visto a George, pero había oído contar todo lo relacionado con el héroe de Jack, como había dado un golpe firme y oportuno al pícaro de Trant y como había huído de la injusta persecución de la policía, arrojándose desde el puente sobre un tren que pasaba.

Por Vi supo Jack que George estaba oculto y en seguridad en la laberíntica gran ciudad en Londres, que es por sí solo un mundo.

Hubert Mansell residía en el viejo caseron llamado por todos el Castillo, donde John Heriot había muerto.

El hecho de que su tío había muerto sin testar le hacía a él — como pariente más cercano, — su heredero universal. Este derecho solo podía quitárselo la reaparición del hijo del extinto — desaparecido hacía ocho años — y al que se presumía fallecido.

.....

Fué una semana después de la muerte del anciano Heriot cuando el padre de Violet se enteró de lo peor.

—He visto hoy al señor Mansell porque fuí a hablarle sobre el dinero que su tío me había prestado, — dijo a Vi. — Insiste en que he de pagar el día del vencimiento.

—¡Pero su tío había ofrecido renovar el documento! — dijo Violet.

—Así se lo dije a Mansell. Pero la promesa fué verbal. No tengo pruebas. El hombre se encastilla en sus derechos legales y quiere cobrar, Esto significa que debo vender cuanto tengo y quedamos en la miseria a menos que...

El señor Desmond calló de pronto.

—¿A menos de qué?... — exclamó la joven rápidamente, como viendo una remota esperanza.

El padre bajó la vista y calló durante un momento.

Cuando habló lo hizo vacilante y balbuceando.

—Con una condición está dispuesto a ceder. Pero esa condición involucra algo que está fuera de mi alcance, un sacrificio quo no puedo exigir de tí, hija mía, contra tu voluntad, ni aun cuando sea para salvarnos de la ruina.

—¿Qué quieres decir, papá?

Pero antes de que se lo explicara sabía de que se trataba. El abatido anciano la miró fijamente.

—Sería un sacrificio muy grande para tí si lo hicieras contra tu voluntad. Vi ¿accederías tu a casarte con Hubert Mansell?

Ella miró a su padre cara a cara: se había puesto muy pálida.

¡Casarse con Hubert Mansell! Aun cuando fuera para salvar de la ruina a un padre adorado ¿cómo podría acceder a semejante cosa? ¿Cómo podría admitir como esposo a un hombre a quien odiaba y despreciaba, enterrando para siempre sus sueños de amor?

¡Pero se trataba de cumplir con su deber!

En el bolsillo, en el momento en que se le hacía la terrible pregunta, tenía una carta del hombre a quien amaba con todo su corazón, una carta en la que él le decía que esperaba verla muy pronto costara lo que costara y a pesar de cuanto riesgo tuviera que correr.

¿Cómo podía ella escoger entre su deber hacia su padre a quien podía salvar de la ruina y su amor hacia el hombre injustamente acusado que no tenía en el mundo más esperanza que su amor?

UN DRAMA REPRESENTADO EN LA OSCURIDAD

La espaciosa casa donde más de una semana antes John Heriot había dejado de existir, estaba envuelta en la oscuridad y el silencio de la noche cuando la figura de un hombre avanzaba cautelosamente por entre los árboles del frondoso parque y cruzó un espacio iluminado por la luna en su camino hacia la antigua casa llamada en Lanceford, el Castillo.

Hacía rato que había pasado la media noche y no se veía ni una sola luz en las muchas ventanas... los que habitaban la casa debían estar durmiendo todos.

Cuando la cautelosa figura avanzaba hacia la casa, los que en ella habitaban eran solamente dos: el nuevo patrón, Hubert Mansell y el sirviente Bates, pues después de la tragedia las sirvientas se habían ausentado demasiado aterrorizadas para seguir en una casa dondé pasaban cosas tan horribles, y no habían sido reemplazadas.

—¡Vamos! ¡Esto es suerte! ¡Por lo menos simplifica las cosas!

El hombre, que habíase acercado a los fondos de la casa, había hallado una pequeña ventana, sin cerrar, lo cual facilitaba en grado sumo su propósito de penetrar en la casa sin que nadie se enterara.

Cautelosamente se metió por la ventana y se dejó caer del lado de dentro sin que hicieran ni el menor ruido los zapatos con suela de goma que tenía puestos.

Durante uno o dos segundos, el intruso se quedó quieto, escuchando; después, con la suavidad del andar de un gato, dirigióse por un pasillo que conducía al hall, el cual estaba suavemente iluminado por una ancha ventana.

El intruso avanzó sin vacilación como si conociera perfectamente la silenciosa casa, lo que no tenía nada de particular, pues efectivamente la conocía bien siendo, como era George Heriot, que había pasado allí tantos años de su vida.

(Continuará)

LOS TESOROS DE LO PROFUNDO

POR

MAURICE EVERARD

(Conclusión)

MORANDER llamó entonces a Cláxton y a los dos muchachos, para discutir la situación.

—Hemos escapado a un peligro pero nos encontramos ante otro,—explicó el capitán. — No quisiera darles a ustedes preocupaciones después de los graves momentos que acaban de pasar, pero es necesario hacer frente a los hechos con toda entereza y es urgente hacer los preparativos consiguientes. Según mis cálculos nos encontramos en las orillas del Golfo de Orleáns, en uno de los sitios del mundo más desolados y menos visitados.

—¿Quiere usted decir con eso que nos hallamos lejos de las rutas que recorren regularmente los vapores correos? — inquirió Cláxton.

—¡A cientos de millas! Y no creo que haya ni una aldea, no ya una ciudad, a menos de tres semanas de camino del sitio donde nos encontramos. La principal dificultad con que vamos a tropezar, naturalmente, será la falta de agua potable.

—La provisión de agua dulce que tenemos no pasa de sesenta a setenta galones, —

—¡Setenta galones para treinta y cinco hombres! No es mucho, cuando se piensa en cómo racionarlos. Nuestra única esperanza está en que vuelva a llover copiosamente, pero no es prudente contar con la casualidad. Esas tormentas son raras y se presentan de tarde en tarde, además, de modo que no debemos esperar que llueva antes de un mes.

—Entonces, ¿qué es lo que usted cree que se puede hacer?

—Podemos dividirnos en dos grupos. Uno se quedará aquí y se ocupará en sacar del buque náufrago los cofres con monedas de oro que aún están en el fondo del mar. El otro grupo se dirigirá al puerto más cercano, en el bote. No entraré, por ahora, en más detalles. Veo que todos ustedes, y yo el primero, ¿por qué no confesarlo?, estamos muy cansados. Descansemos y ya veremos que nos trae el nuevo día.

Todos estaban tan fatigados que ni pensaron en comer; secaron la ropa mojada al calor de la hoguera y después se acostaron y durmieron hasta el amanecer.

Eric fué el primero que despertó. Se sentó, se restregó los ojos y miró a su alrededor. De uno y otro lado vió a sus compañeros, durmiendo en diferentes posturas. Escotilla Jim roncaba sonoramente mientras Moránder y Cláxton, que estaban cerca del viejo lobo de mar, parecían querer hacerle desastrosa competencia.

Eric tocó en un hombro a su compañero y Wayne se estremeció y se despertó en seguida.

—¡Qué hermoso aspecto presentamos todos, vestidos como estamos, con ropa sucia y desgarrada! Y qué tal, ¿cómo se encuentra?

—¿Yo? ¡Hambriento! — contestó Eric levantándose y desperezándose. — ¿Qué le parece si fuéramos hasta la barcaza y le dijéramos a Bennett y a su grupo que es hora de preparar algo que se parezca a desayuno?

—¡Execelente idea! — opinó Wayne. — Y si nos parece podemos hacer un alto en el camino para zambullirnos en el mar.

—No estoy por las zambullidas en éstas aguas. Hay demasiados tiburones. Más tarde tal vez se me ocurra bañarme, pero en la caleta. A la entrada hay como una barra de arena que no deja pasar a esos pececitos

tan simpáticos. ¿Sabe que me extraña mirar y no ver al Esmeralda anclado frente a la costa?

—A Cláxton es al que más le ha emocionado la pérdida del vapor. Le había costado entre lo que pagó por él y los arreglos que le hicieron, cerca de cuarenta mil libras y hasta ahora no se ha sacado más que un centenar de miles de libras del Henry Rumbold. Cien mil libras no dejan mucho, repartidas entre todos nosotros

Greville Wayne se sonrió.

—Cualquiera diría, Eric, que usted no recuerda lo que se sacó del Lutine. Si logramos salir con vida de esta inhospitalaria costa y volvemos a Inglaterra, nos encontraremos con que cada uno de nosotros: usted, Jim y yo, seremos poseedores de setenta a ochenta mil libras cada uno. Piense en eso, joven murmurador ¡ochenta mil monedas de oro de su exclusiva propiedad! ¡De propiedad de un joven que hace poco se sentía feliz trabajando en Devonpont o en Plymouth, en un taller mecánico, por veinticinco chelines por semana! ¿Qué me dice de eso, compañero?

—Lo comprenderé mejor cuando haya visto a Bennet y me haya desayunado, — dijo Eric, subiendo a un montículo y poniéndose la mano sobre los ojos a manera de pantalla. — No era allí, junto a aquella fila de palmeras, donde estábamos ayer por la tarde?

Wayne miró un instante en torno suyo, como para orientarse

—Así me parece. Sí; veo brillar la superficie del agua entre los troncos de las palmeras. Pero no veo ni el campamento ni la barcaza. Supongo que durante la noche no pudimos desviarnos hacia el Norte mucho más de lo que se nos figuró, ¿no es cierto?

—El capitán Moránder parecía estar muy seguro de rumbo que seguíamos y no es hombre que suela equivocarse. Tal vez haya dos caletas y dos filas de palmeras y la que buscamos esté más allá de esa.

De pronto Wayne, que iba algo más adelante que su compañero, se detuvo e indicó algo oscuro que se destacaba en la brillante superficie de la arena.

—Uno de nuestros hombres... ¡muerto! — murmuró, estremeciéndose, emocionado.

Cuando se acercaron, sin embargo el hombre se movió.

—¡No está muerto! ¿Quién será? — dijo Eric, adelantándose.

—¡Es Blinkers el muchacho ayudante del cocinero, me parece! — dijo Wayne. — ¡Sí, es Blinkers! Alguien le ha dado un golpe en la cabeza. Tiene sangre en la frente y una señal cárdena en la sien. ¡Blinkers, amigo mío! ¡Despierte! ¡Díganos qué ha pasado!

El joven gimió un poco. Entre los dos le ayudaron a levantarse hasta que estuvo sentado en el suelo. Eric fué a la orilla del mar y empapó el pañuelo, volviendo junto a Blinkers al que le lavó la herida con el pañuelo mojado. Al cabo de unos instantes el pinche abrió los ojos y miró con extrañeza alrededor suyo.

—¡Oh! ¡Es usted, señor Wayne! ¡Y el señor Harper también! ¡Creí que no volvería a verles nunca más! — dijo, y se pasó la mano por la frente.

—Me doy cuenta de que debe dolerle horriblemente la cabeza, — dijo Wayne con afecto. — Sin embargo es conveniente que haga un esfuerzo, procure serenarse y nos cuente todo lo ocurrido. El tiempo tiene un valor enorme en estos momentos. ¿Dónde está Bennett y los que se hallaban con él? ¿Qué ha sido de la barcaza?

—No lo sé. Estaban todos aquí cuando me dormí. El señor Bennett nos dividió en dos grupos, uno de los cuales vigilaría mientras dormía el otro. Me dormí como un tronco. Después me desperté y oí detonaciones de tiros de pistola y de rifles. Me levanté de un salto para averiguar qué pasaba, pero antes de que hubiera caminado diez pasos, un hombre alto y grande al que no había visto nunca antes, corrió hacia mí y me pegó en la cabeza con un palo que tenía en la mano.

—¿Cómo era el hombre? ¿Un nativo del país donde estamos?

—¡No! Un blanco, pero que no debía ser inglés. No le vi más que un instante, a la luz del fuego de la hoguera y nada más. Después de que me golpeó ya no pude darme cuenta de nada de lo que sucedió.

Había razón más que sobrada para sorprenderse. Un rápido examen del sitio donde había estado el campamento convenció a los jóvenes de que allí se había desarrollado una pelea feroz mientras el joven pinche se hallaba desmayado a consecuencia del golpe.

La lumbre de la hoguera estaba esparcida por el suelo. En todo el espacio ocupado antes por el campamento se veían armas rotas o estropeadas y los cartuchos de arma de fuego, usados, estaban tirados por todas partes, brillando su superficie metálica sobre la arena, lo que demostraba que algunos de los de la tripulación se habían resistido. Pero ni del buzo y sus compañeros, ni de la barcaza, con todo el valioso material que tenía a bordo, se veía el menor rastro.

—¿Qué puede haber sucedido en realidad? — preguntó Harper, maravillado.

Wayne, frunciendo el ceño, bajó la cabeza, apesadumbrado.

—¿Habrán tocado el tesoro, los cofres de oro sacados del mar? — preguntó en voz baja.

Pronto obtuvo contestación a su pregunta. En cuanto avanzó un poco y traspuso una pequeña altura, corrió hacia la orilla de la caleta y vió los profundos agujeros donde habían estado enterrados los cofres llenos de monedas de oro.

—¡Se los han llevado! — exclamó Wayne, enteramente aturdido. — ¡Las cien mil libras esterlinas han desaparecido! ¡Las han robado!

EL MISTERIO DEL HIDROAVION

Lo que había acontecido

—Pero dígame Blinkers, supongo que ninguno de los nuestros estuvo mezclado en tan infame hazaña, ¿eh? — preguntó Greville Wayne al pinche del Esmeralda, a quien habían hallado desmayado a consecuencia de un golpe en la cabeza, cerca del sitio de donde habían desaparecido los cofres llenos de monedas de oro, extraídos del hundido casco del Henry Rumbold.

El pobre pinche movió negativamente la cabeza, antes de contestar.

—¡Claro que nó, señor! — dijo después. — El individuo que me pegó, dejándome sin sentido antes de que yo pudiera darme verdadera cuenta de lo que sucedía, era un tipo grande, muy rubio y muy grueso, con camiseta de lana azul oscuro y unas botas muy altas, que le llegaban hasta mucho más arriba de las rodillas. Tenía las botas brillantes, chorreando agua. Ví que se reflejaba en ellas la lumbre de la hoguera.

—¿Cómo si acabara de desembarcar de un bote encallado en la playa? — preguntó Greville Wayne.

—¡Eso mismo!

—¡Dios mío! ¡Qué noticia tendremos que darle al señor Cláxton! — exclamó Eric Harper — Dígame, Greville, ¿qué podremos hacer?

Wayne se dirigió hacia la loma que quedaba después de la orilla de la caleta.

—Lo primero ha de ser subir al sitio más ato que haya y dirigir una mirada de exploración hacia los contornos. Si desembarcó un grupo de hombres, como lo supongo, debieron venir, remando, en el chinchorro de un vapor. En cuanto al vapor, debe hallarse anclado a alguna distancia de la costa. Lo que debemos hacer es averiguar dónde está.

Lo averiguaron realmente. Mirando desde detrás de la altura vieron ante ellos la gran extensión de la bahía y anclado, a media milla escasa de la costa, el misterioso vapor gris que les había seguido durante casi todo su viaje por los diversos mares del mundo.

—Ahora sabemos algo, — murmuró Eric. — Nos hemos librado de Ratcliff y del capitán, pero tenemos contra nosotros a todos sus socios. ¡Y para empeorar la situación, uniendo el insulto a la injuria, se nos han llevado nuestras cien mil libras!

—¡Sí! ¡Y la barcaza con nuestro invento a bordo! Allí está la barcaza, amarrada al costado del vapor. Si permanecemos en estos parajes, podremos tener la satisfacción de vér cómo esos grandísimos ladrones sacan del fondo del mar el resto de los cofres llenos de oro que hay en el casco del Henry Rumbold.

—¡No podemos evitarlo! — dijo amargamente Eric. — ¡Por favor, que no nos vean! ¡Baje la cabeza, Blinkers! Tenemos que avisar a nuestro jefe que es lo que pasa. ¡Lo que va a sorprenderse y lo que va a decir, si tiene algo que decir!

Bruce Cláxton se quedó atónito cuando se enteró de lo sucedido.

—¡De todos los golpes que nos ha dado nuestra mala suerte, este es el peor! — dijo con tristeza. — Supuse, cuando nos libramos del danés, que quedábamos dueños de la situación. ¿Se ha enterado de lo sucedido, capitán Moránder?

Moránder se rascó la cabeza, enojado y perplejo.

—Sí. Me he enterado. Fácil es figurarse lo que ha sucedido. El vapor gris nos ha seguido la pista constantemente como un sabueso. Probablemente tiene un hidroavión a bordo y ascendiendo a grandísima altura han podido ver todo cuanto hacíamos sin que nosotros supusiéramos que nos estaban mirando. Así nos han visto sacar del mar los cofres de monedas. Puede estar usted seguro de que los del vapor están al tanto de nuestra lucha con el danés, de la voladura del Esmeralda y de todo lo demás. Por nuestra parte, solo debemos estar contentos por una cosa.

—¿Cuál? — preguntó el surafricano.

—Los del Vapor Gris se imaginan que estamos todos en el fondo del mar, o pueden sospechar que estamos en este trozo de tierra firme. Diga, Blinkers, muchacho, ¿a qué hora desembarcaron los que se apoderaron del campamento?

—Precisamente cuando empezaba a amanecer, si no estoy equivocado, — dijo el pinche.

Ajajá! ¡Ya me lo figuraba yo! ¿Comprende usted el juego, Cláxton? Lo que querían era apoderarse de Bennett, sin duda. Debían saber que es un experimentado buzo. Probablemente una partida bien armada vino a tierra en una lancha a motor, que fué la que luego remolcó la barcaza hasta el vapor. De todos modos, algo sabemos y "hombre prevenido vale por dos", dice el refrán.

—¿Qué cree usted que puede hacerse?

—¿Quieren ustedes recobrar el oro?

—¡Sí! Me propongo recobrar ese tesoro aun cuando tenga para conseguirlo, que gastarme hasta el último de mis millones. Recorreré todo el mundo hasta darle caza.

El comandante del desaparecido Esmeralda miró fijamente hacia el mar.

—No será necesario recorrer el mundo. Yo cruzaré, con un grupo de hombres escogido, el golfo de Orleáns, en un bote abierto. Puede usted confiar en que yo sabré hacer que se haga justicia.

—Si logra pasar, naturalmente, ¿no es eso?

—¡Es necesario que pasemos y pasaremos! Pero antes debemos retirarnos de aquí y ocultarnos, de modo que no nos vean los del vapor gris, detrás de la subsiguiente loma. Los pillastres del Vapor Gris deben seguir creyendo que hemos perecido todos. Ninguno de los del grupo de Bennet está en condiciones de decirles la verdad.

Cláxton, después de permanecer un momento pensativo, levantó la cabeza

—¿Va usted a pedir socorro? — preguntó luego, con curiosidad.

Moránder inclinó afirmativamente la cabeza.

—Sí. He recordado algo que no tuve en cuenta antes y he pensado que podremos pedir que nos preste socorro un crucero de la armada de Estados Unidos. Si la suerte me favorece y el viento no sopla en contra, podemos llegar a un puerto, sea de la categoría que sea, antes de tres días. Desde ese puerto y por telégrafo o teléfono o telégrafo sin hilos, nos pondremos en comunicación con alguna de las patrullas navales de vigilancia y si después de eso, ese vapor gris se va con el tesoro, dejaré de llamarme Moránder. ¡Pero no perdamos tiempo! ¡En marcha! Tenemos que abandonar este sitio, pero antes hemos de ocuparnos de la balsa.

Despertaron a los demás del grupo y aconsejándoles rapidez y silencio, les hizo ocultar la extensa almadía debajo de una capa de arena, en un hoyo que hicieron en la playa. En ese hueco quedó oculta la balsa a los ojos de los del vapor gris.

—Dentro de un par de horas las aguas barrerán esta parte de la playa, al subir la marea, y la superficie de la arena quedará tan lisa que nadie podrá sospechar que oculta algo.

Hicieron desaparecer toda cuanta señal de su presencia allí podía quedar y mucho antes de que los del vapor dieran señales de haberse despertado, el pequeño grupo de avntureros se hallaba oculto tras de la loma, fuera del alcance de las miradas de sus enemigos

En aquel sitio les favoreció la suerte porque hallaron un estrecho pero profundo valle arbolado que seguía las ondulaciones de un serpenteante riacho que vertía su caudal en el mar. Después de internarse algunae millas alejándose de la costa, encontraron agua dulce con la que pudieron satisfacer la sed que comenzaba a molestarles.

Como es natural, había allí madera en abundancia, pero Bruce Cláxton prohibió terminantemente que encendieran fuego. Con algunos frutos del bosque y especialmente con deliciosos dulces y frescos cocos, hicieron una suculenta comida, después de la cual cargaron todas las provisiones que pudieron en el bote, agregaron la mayor cantidad de recipientes de agua de que disponían, y el grupito de Moránder partió.

Figuraba en el grupo ocho personas en total: el capitán, el viejo Escotilla Jim, el carpintero y cinco marineros. Eric y Wayne se quedaron con Cláxton, esperando los acontecimientos y su regreso.

Durante todo el día, desde el punto bien protegido que habían adoptado como observatorio, entre las altas colinas de arena salpicadas de lentiscos, observaron, mediante sus poderosos anteojos de larga vista cuanto hacía la gente del Vapor Gris.

A eso de las once del día levaron anclas y el vapor comenzó a navegar hacia la bahía.

—¡Bien se conducen nuestros hombres! — murmuró el de Rhodesia, entusiasmado. — Aun cuando todos ellos saben con exactitud el sitio donde está, en el fondo del mar, el casco del Henry Rumbold, ninguno de ellos ha querido decirlo y los del Vapor Gris tienen que buscarlo por su cuenta.

Durante casi todo el día recorrieron la bahía en busca del buque náufrago pero cuando ya comenzaba a anochecer los esfuerzos del contramaestre que dirigía la investigación, se vieron recompensados. Encontraron, — y señalaron mediante una boya debidamente anclada, — el sitio en cuestión y poco después remolcaban hacia él la barcaza en que estaban todos los aparatos de bucear del Esmeralda.

Muy triste fué para los dos muchachos, el ver que su invento, — fruto de tantos desvelos y tantos sacrificios, — era utilizado por aquellos ladrones enemigos suyos y de la ley, pero sufrieron tan intenso desengaño con todo el valor de que eran capaces sus bien templados nervios.

Cuando la noche empezaba a envolver en tinieblas todo el espacio, un hidroavión de blancas alas se elevó desde la cubierta del vapor gris y voló, mar afuera, a toda velocidad. ¿Qué significaba aquello?

—No me hubiese extrañado que ese hidroavión se hubiera dirigido hasta tierra, hacia aquí, — observó Cláxton mirando hacia el avión hasta que se perdió de vista en la oscuridad del cielo nocturno. — Pero, ¿qué pueden ir a buscar por ese lado?

Esto le preocupó muchísimo, pero comenzó a entender algo a su respecto al percatarse de los sucesos que, — extraordinarios y extraños, — se produjeron durante el siguiente día.

LOS DEL VAPOR GRIS

Observaciones de Cláxton

Bruce Cláxton durmió poco aquella noche. Comprendían todos que le había entristecido mucho la pérdida del Esmeralda. El hecho de que a sus enemigos les hubiera costado un terrible precio la tentativa que hicieron con el propósito de arrebatarle a él y a los jóvenes el fruto de su actividad y de su inteligencia, no aminoraba el daño hecho a la expedición que había partido de Inglaterra llena de esperanzas, y no era cosa que pudiese olvidarse con facilidad. Además, lo acontecido representaba para Bruce Cláxton y sus amigos, grandes pérdidas muy difíciles de recuperar.

En lo que se refería a Bruce Cláxton, personalmente, la pérdida del tesoro era insignificante. Cláxton era muy rico y podía perder aquello y más sin que sufriera ni lo más mínimo su situación de fortuna. No le pasaba lo mismo, sin embargo, a Moránder, que tendría que regresar a Inglaterra sin empleo y buscar un nuevo puesto de capitán; no les pasaba lo mismo a los jóvenes, cuya admirable invención había sido la base de éxito de toda su maravillosa campaña.

A pesar de que las circunstancias parecían

Wayne, en cuanto llegó a la orilla de la caleta vió los profundos hoyos donde habían estado enterrados los cofres llenos, de monedas de oro. "¡Se los han llevado!"...

confabularse contra él, Bruce Cláxton no se sentía inclinado a abandonar sus esperanzas hasta que viese que ya era enteramente imposible evitar que la aventura tuviese, para él y para los suyos, el más desagradable y triste de los desenlaces.

—¡Hemos peleado por la posesión del oro del Henry Rumbold! ¡Hemos peleado y hemos sufrido! — díjose, mientras estaba despierto durante la quietud de la noche. ¡Y lo que es aún peor, mis hombres han sufrido también! A menos de una milla de aquí, amontonado en la barcaza o en la bodega de vapor, está el resultado de nuestro trabajo; están las cien mil monedas de oro que esos canallas nos han robado. ¡Aun quedan en el mar, tan cerca que casi pueden verse desde la costa, otras cien mil monedas más! No me perdonaría nunca si me decidiera a desistir de enderezar esta injusticia!

Hasta que llegó la aurora, Cláxton se trazó mentalmente uno y otro plan para avasallar, por fin, a sus adversarios. No dudaba de que durante el próximo día los del Vapor Gris intentarían sacar del fondo de las aguas el resto del tesoro.

Cuando empezaba a asomar el sol Bruce Cláxton había decidido que era lo que había de hacer. Escribió un mensaje en una hoja de su libreta de apuntes, arrancó la hoja de la libreta y la sujetó con unos alfileres al tronco de un árbol que se hallaba en sitio bien visible. Lo que escribió fué lo siguiente:

"Deseo que no se vaya del campamento
" ni uno solo de ustedes en el transcurso de
" todo el día. No estaré de regreso antes de
" que haya anochecido. Si acaso tardo más,
" que no salga nadie a buscarme; puede ser
" que me detenga más de lo pensado, pero
" no existe peligro de ninguna clase. — Bru-
" ce Cláxton".

En cuanto hubo puesto el mensaje en el tronco del árbol para que sus compañeros lo viesen cuando despertaran, se alejó, siguiendo la costa del río, y así avanzó durante varias millas. Después dobló hacia el Sur y fué hasta el ventajoso punto de observación, la altura de donde habían mirado el día anterior. En lo alto de la loma de arena hizo un hoyo para esconderse y oculto en su agujero esperó hora tras hora, con los gemelos dirigidos hacia donde estaba el Vapor Gris.

Otra vez, a eso de las doce del día, vió que el hidroavión se elevaba volando velozmente y se alejaba mar afuera después de haber subido a tal altura que no se le veía, a simple vista, más que como una pequeñísima manchita negra.

—¡Creo haber dado con la solución del misterio! — exclamó el observador al cabo de unos minutos porque la verdad de lo que

pasaba parecía acudir a su fértil imaginación. — Lo que ahora temen es que se conozca su presencia en estas aguas, anclado el vapor gris durante tanto tiempo a corta distancia de la orilla. Temen que algunas de las escuadrillas de vigilancia de Estados Unidos que recorren periódicamente estos mares, note su presencia y proceda a hacer averiguaciones a bordo.

Esta suposición debió ser exacta porque poco después, cuando un débil penacho de humo apareció en el horizonte, se notó inusitada actividad en la cubierta del Vapor Gris que, inmediatamente comenzó a arrojar humo negro por sus chimeneas.

—Ya está pronto para huir en un momento dado, es decir en cuanto se presente un buque de la armada estadounidense. Pero los que están a bordo del Vapor Gris no quieren retirarse sin sacar antes el resto del sumergido Tesoro.

Esta opinión de Bruce Cláxton vióse más claramente confirmada cuando, desvanecido poco a poco el penacho de humo que se vió un momento en el horizonte, el Vapor Gris se acercó aun más a la costa y ancló la barcaza sobre el sitio donde estaba el casco náufrago del Henry Rumbold.

Toda aquella tarde los hombres del vapor pirata trabajaron como hormigas y desde el sitio donde estaba escondido, Cláxton, pudo oir — aun cuando sólo débilmente, el ruido que hacían sin cesar las cadenas de las garruchas del aparato con el cual sacaban del agua, uno tras otro, los cofres llenos de moneda de oro, del agua del mar.

Cuando ya anochecía, Cláxton experimentó la sorpresa mayor de todo el día. Un botecito se acercó al costado de la barcaza y en él cargaron toda la mayor cantidad posible de cofres con monedas.

Instantáneamente dióse cuenta Bruce Cláxton de la razón a que odebecía lo que estaba sucediendo.

—¡Se proponen enterrar los cofres de oro tan pronto como anochezca, de modo que les sea posible mostrar las bodegas vacías si se da el caso de que visiten el vapor! ¡No cabe duda! El hidroavión ha debido traerles aviso de que el buque de guerra no se halla muy lejos.

Mientras hablaba, un grupo de hombres saltó a tierra y luego, doblegados bajo el peso de los cofres de oro fueron pasando a la playa la carga del bote.

En el mismo sitio donde los cofres fueron enterrados por primera vez, los modernos piratas ocultaron su mal adquirido tesoro. Cláxton les miraba con la mayor atención. Poco a poco una sonrisa fué arqueando sus labios. Vió cómo ocultaban el último cofre. Oyó como alisaban la superficie de arena golpeando con las palas, de plano, haciendo desaparecer las desigualdades que habían quedado. Después se retiró silenciosamente, regresando al campamento que habían instalado bajo la oportuna y completa protección de los frondosos árboles.

Ya no se notaba en su rostro la expresión de cansancio, decepción y angustia que tenía antes.

—¡De pie, todos! — gritó jovialmente, encendiendo un cigarro de hoja. — Ahora, escuchen la agradable narración que voy a dirigirles! ¡Amigos míos, vamos ahora mismo a sacar el tesoro de donde está!

—¿Cuándo y cómo? — preguntaron varios casi a un mismo tiempo.

—Esta noche y antes de que la luna aparezca. Los hombres del Vapor Gris han ocultado todos los cofres que había en el Henry Rumbold, a pocos pasos de la caleta. O el hidroavión que partió ayer regresó con la noticia de que un buque de guerra de la armada de Estados Unidos anda por esas aguas o nuestros distinguidos amigos temen por alguna otra razón, que les registren el vapor. Sea por la razón que sea la verdad es que han enterrado todos los cofres de oro pensando, sin duda, volver a buscarlos en mejor oportunidad. Pero nosotros vamos a ahorrarles ese trabajo. Eric, reparta las armas; usted Wayne, distribuya municiones, aun cuando no creo que vayamos a necesitar nada de eso.

Probablemente no dejarán el tesoro con vigilancia porque si quedaran algunos hombres en aquel sitio, su presencia podría despertar sospechas y eso es lo que desean evitar, sin duda. Si, a pesar de todo, han dejado alguno de centinela, tendremos que quitarle de en medio enteramente sin ruido, — agregó Bruce Cláxton.

Expuso en pocas palabras el plan de acción. A eso de las nueve partirían recorriendo el mismo camino que él había recorrido por la mañana.

A las once, el grupo había llegado a la alta loma. En un detalle, las predicciones de Cláxton no se realizaron. Dos marineros, armados de rifles, habían quedado de guardia, armados de sendos rifles. Durante media hora, el de Rhodesia observó los centinelas y fué acercándose hacia ellos, arrastrándose cautelosa y silenciosamente, boca abajo.

Los dos centinelas estaban sentados uno junto al otro, conversando amistosamente. Tenían los rifles al brazo. Cláxton se levantó de repente al mismo tiempo que lanzaba un breve y convenido grito.

Los dos hombres volvieron en seguida la cabeza y se vieron ante la amenaza de dos revólvers cargados.

—Mejor será que no griten pues en tal caso no dejaré con vida a ninguno de los dos, — dijo el surafricano con lentitud. — O mi vida o la de ustedes. Hay que decidirse en seguida. ¿Van ustedes a arrojar esas armas?

—Me parece que obraríamos con sensatez arrojándolas, — dijo uno de los centinelas.

—No nos deja mucho que escoger y escogemos lo menos malo, — dijo el otro.

Ambos arrojaron sus carabinas a la arena.

Cláxton se sonrió y lanzó un silbido muy breve. Wayne y Eric aparecieron a su lado como por arte de encantamiento.

—Recojan del suelo esos dos rifles que nos pueden ser muy útiles más tarde, — dijo, indicando las armas tiradas por los piratas. — Tengan cuidado, no vayan a dispararse solas y hieran a esos distinguidos caballeros.

—No creo que se dispare el que tengo yo, aun cuando acaba de decirme que tiene mu-

chas ganas de hacerlo, — dijo Eric, sonriendo.

—Lo mismo me ha confiado este, con toda reserva, pero yo no le hago caso.

Los dos presos estaban tan asustados que ni pensaban en defenderse. Sin moverse permitieron que les ataran las manos a la espalda, que los amordazaran y que les ataran los tobillos. En cuanto estuvieron atados, los dos presos, Cláxton y su gente comenzaron con toda actividad, a sacar los cofres de oro de donde estaban.

Les ocupó toda la noche la tarea de trasladar el oro sacado del casco del Henry Rumboldt al otro lado del río, y enterrarlo allí, fortificando luego en la mejor manera posible el sitio aquel.

—¡Con los elementos de que disponemos nos será posible hacer frente a un centenar de hombres y tenerlos a raya largo rato, derrotándolos! — dijo Bruce Cláxton, cuando hubieron terminado la labor. — No creo, sin embargo, que hayan conseguido enterarse de que andamos por aquí ni de que esperamos el regreso del capitán Moránder.

Al siguiente día, desde un sitio de observación en que se había situado Cláxton, en lo alto del ramaje de uno de los árboles del bosque, el surafricano vió que bajaban a tierra varias patrullas que iban de un lado a otro buscando a los dos centinelas que tan misteriosamente habían desaparecido.

Después de algunas horas de infructuoso buscar, los bandidos parecieron darse cuenta de que sucedía algo insólito y enviaron un grupo de marineros con palas a verificar si los cofres con el oro estaban en el mismo sitio donde ellos los habían enterrado. Removieron febrilmente arena y más arena, pero no encontraron ni una sola moneda de oro.

Cláxton se reía a carcajadas mirando la expresión de perplejidad y de desconsuelo de los aturdidos piratas.

Fué aquel, — según contó después — el cuadro más cómico que había presenciado en toda su vida. Furibundos, blasfemando sin cesar, removían la arena con las palas, infructuosamente. Todo cuanto hicieron por averiguar dónde estaban los cofres llenos de monedas de oro, les fracasó por completo.

A eso de mediodía, Cláxton, lanzando un suspiro de alivio, descendió del árbol y fué a unirse a sus compañeros, que le esperaban inquietos y nerviosos esperando noticias.

—¡Nuestra vigilancia se halla cerca de su terminación, muchachos — dijo Cláxton a Eric y a Greville. — ¡Ya viene! ¡Ya viene!

—¿Que es lo que viene? ¿Quién viene? — preguntaron los dos jóvenes casi simultáneamente.

—¿Quién ha de ser? ¡Un poderoso crucero en cuyo mástil ondea la bandera de las rayas y las estrellas! ¡Hola! ¿Oyeron esa detonación? Pues es la señal que ha hecho el crucero avisando a los del Vapor Gris que no deben moverse hasta que ellos hayan visitado el vapor.

Así era, efectivamente. El capitán Moránder había podido cumplir su misión sin tropiezo. Había logrado entrar en contacto con las autoridades navales estadounidenses, había contado lo sucedido, enseñando los documentos oficiales del Gobierno Británico que indicaban donde estaban los tesoros su-

El hilo del traje de noche o el caballero obstinado.

mergidos y que autorizaban a Bruce Cláxton a extraerlos, quedándose con una buena parte de lo que extrajera en concepto de gastos y comisión. Por telégrafo avisaron a la estación naval de Cayo Hueso y de allí había salido inmediatamente un crucero que había de reducir a la obediencia a los que se habían propuesto robar a Cláxton el producto de su inteligente labor.

Al oscurecer, las dispersas fuerzas se reunieron. Escotilla Jim y el capitán llegaron a tierra en la lancha a motor del crucero Alabama, que era el barco de la marina de guerra estadounidense que había acudido.

Moránder escuchó asombrado el relato de Cláxton respecto al tesoro, como lo habían escondido los piratas y como lo habían sacado ellos, poniéndolo fuera del alcance de las manos de los del Vapor Gris.

—¡Muy bien! ¡Ese es un éxito que tenía usted muy merecido! — exclamó el capitán Moránder contentísimo. — ¡Como me hubiera gustado hallarme a su lado durante esos decisivos momentos!

Cláxton se rió y dió unas palmadas en el hombro, al capitán.

—¡Estará usted presente en los momentos realmente decisivos, mi querido Moránder! ¡Usted vino hasta estos mares en calidad de comandante de un vapor y creo que va a volver a Inglaterra en calidad de comandante de otro vayor!

Y así fué. Después de una breve discusión con las autoridades navales de Estados Unidos, el comandante del crucero Alabama, — que consultó con sus jefes superiores mediante el telégrafo sin hilos, — accedió a confiar al millonario y al capitán Moránder el Vapor Gris. En este fueron conducidos de regreso a Inglaterra los secuaces del capitán danés y los amotinados del Esmeralda.

Todos estuvieron de acuerdo en que se dirigirían a Plymonuth. Cuando el vayor entró en la ría y dejó caer el ancla del lado interior del rompeolas Escotilla Jim se reunió con los dos jóvenes en la toldilla de popa.

—Aun es temprano, — dijo, entornando los ojos y mirando al sol naciente. — ¿Saben ustedes, muchachos qué es lo primero que voy a hacer en cuanto pise tierra?

—No, Jim, — dijo Eric.

—¿Qué va a hacer? — preguntó Greville.

—Voy a tratar de olvidarme de que soy rico, — dijo. — Me iré tranquilamente al extremo del cabo y allí, irguiendo mi vetusto cuerpo, que a estas horas debe tener lo menos cien años, si es que no tiene más, me sentaré en el mismo trozo de pared de piedra donde me sentaba antes y miraré hacia el mar, hacia el Dorado Oeste y soñaré, soñaré, soñaré con todos los sitios lejanos donde he estado y que espero volver a visitar algún día.

Y Escotilla Jim cumplió su palabra. Tomados del brazo, Greville Wayne y Eric Harper le acompañaron al sitio que tanto conocían, donde se habían contado tantos relatos de aventuras y de busca novelesca de grandes tesoros sumergidos. Escotilla Jim, sentado en el trozo favorito de la muralla, miró hacia lo lejos hacia aquellas lejanas regiones del mundo, cuyas maravillas le seguían atrayendo y le atraerían siempre mientras alentara el viejo lobo de mar.

F I N

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ ó „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás palses „	12.00 „

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

CONSOLANDO AL EX CAMPEON

—¡De qué mala manera te ha despojado del título!
—Y de las muelas, ¡qué!

Dolce far niente

—¿A qué quieres dedicarte, Pepito? — preguntó el padre al hijo.

—Yo quisiera vivir como el pez en el agua

—¿Y por qué? ¿Sabes tú lo que hace el pez en el agua?

—Sí, papá, ¡nada!

* * *

La disculpa

— Estoy en un compromiso — decía Otarioff a su mujer. — Me ha escrito el médico pidiéndome dos mil pesos para un asunto, y no se cómo negárselos.

—Escríbele diciendo que no has recibido su carta.

—¡Tienes razón!

Y tomando la pluma, escribió:

"Mi querido amigo: Siento no poder servirle en esta ocasión, porque no ha llegado a mi poder la carta en que me pedía los dos mil pesos".

* * *

Pequeña confusión

Cuenta H. G. Wells, el célebre novelista, la historia de un viejo botero, muy sordo, que se hallaba una vez en pleno ejercicio de sus funciones cuando, junto a sí, se hundió una lancha automóvil por haber chocado con un tronco flotante.

Los náufragos dieron gritos de auxilio, pero el botero no les hizo el menor caso.

Entonces éstos decidieron poner en práctica sus conocimientos de natación y, por fin, consiguieron agarrarse a la borda del bote.

—¿Por qué no nos prestó auxilio? — dijo uno. — ¿No veía que nos hundíamos?

—Sí — replicó el botero, después de hacerse repetir varias veces la frase. — Yo los ví hundirse, pero creí que se trataba de un submarino.

* * *

Suceso extraordinario

Un agricultor tomó para peón de su chacra — esto pasaba en los Estados Unidos — a un joven procedente de la ciudad.

El joven llegó a llenar sus funciones en época de invierno y una mañana, cuando aun no había amanecido, tuvo que ir a enganchar la mula al carrito para ir al pueblo cercano.

El muchacho no encendió el farol y en la oscuridad no se dió cuenta de que echaba los arreos sobre una de las vacas y no sobre la mula.

El patrón, impaciente por lo que el peón tardaba, le gritó desde la casa:

—¡Tomás! ¡Tomás! ¿Qué estás haciendo?

—No le puedo poner la pechera a la mula No le entra por la cabeza. ¡Con tanto frío tiene las orejas congeladas.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

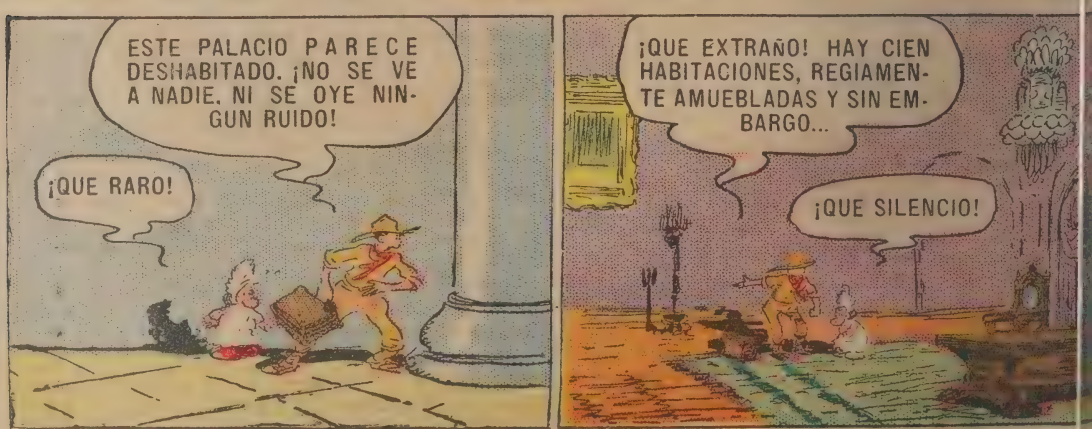
POR

BILLY DEBECK

PIC-PON

El nuevo amigo de Pipermit, es un joven que ha sufrido mucho en sus pocos años de vida, debiendo vencer grandes dificultades para no ser víctima de la miseria.

Su carácter franco y enérgico ha conquistado la amistad de Pipermit y ahora marchan unidos hacia la gran ciudad en busca de fama y fortuna



PORTE PAGO

No. 406
AÑO XI
BUENOS AIRES
Julio 10 de 1931

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

EL RASTRO DEL DESIERTO

Por DUDLEY HOYS

Emocionantes aventuras de un aviador y su compañera caídos en el desierto.

20 cts.

NOMADAS

—Sí, señor; mi pobre esposo se hizo inmortal dando saltos mortales.

Buena medida

En la carbonería.

—¿Cuánto cuesta la cuartilla de carbón?

—Cincuenta centavos.

—Bueno, deme dos cuartillas.

—¡Ah! señor; si usted se va a quedar aquí mientras lo peso cuesta diez centavos más.

Evangélica

—¡Pedrito! ¿Qué es eso? ¡Ya te has estado pelando otra vez! ¿No te dije que cuando te dieran en un lado de la cara ofrecieras el otro al que te habían pegado?

—Sí mamita, pero me dió en la nariz y como no tengo más que una... le di yo en la suya para igualar.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 406. -- JULIO 10 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

EL RASTRO DEL DESIERTO

Por DUDLEY HOYS

EL único testigo del desastre fué un solitario chacal, paria de su manada. Mientras marchaba bajo el calor, vió la gran forma contra el brillo acerado del cielo. Paró las orejas y miró con expresión voraz. Quizá tomó aquella forma por un gigantesco buitre y pensó que pudiera guiarlo hasta los restos de un festín. El chacal no se quedó mucho tiempo observando. Cuando la forma bajó, adquirió proporciones gigantescas y aterradoras. Chocó contra el polvo del desierto, produciendo fuerte ruido, pareció levantarse un poco, oscilar, correr hacia adelante, detenerse.

Luego brotó de ella un chorro de llama y el chacal huyó. Había presenciado el fin de "El Petrel".

Dos figuras saltaron del aeroplano incendiado. Se pusieron de pie, aturdidas, se alejaron de la hoguera y se miraron impotentes. A los pocos minutos, del aeroplano, no quedaban más que restos carbonizados.

—Supongo, — dijo al fin Gordon Dale — que debemos considerarnos felices con estar vivos.

Su mecánico se echó atrás el casco de cuero y se quitó los anteojos. Era una mujer.

—Supongo que si — dijo ella procurando mostrarse tranquila.

—Hasta cierto punto, es una suerte que hayamos caído aquí. Si hubiera sido sobre las montañas... — Hizo él un ligero gesto y sonrió. Sus ojos, de un gris azulado, escudriñaban el horizonte. Por todas partes los rodeaba un desierto polvoriento, estéril.

La mujer miró a Gordon Dale, esperando. Un poco antes del accidente había ella calculado que estaban a trescientas millas de Beirut y a doscientas de Bagdad. Varias veces, antes de realizar aquel proyectado vuelo, desde Croydon hasta el norte de la India, había pensado ella que ocurriría si se veían obligados a aterrizar en la infinidad del desierto sirio. Se había dicho a sí misma que la posibilidad era muy remota. Durante quince años, en su carrera de aviador famoso, Dale no había sufrido ningún accidente. Su renombre, como hábil piloto, era mundial. Ahora la posibilidad era un hecho. Pero ella no sentía miedo. Dale era uno de esos hombres que poseen el curioso don de inspirar confianza con su simple presencia... Además, otros se habían visto en trances semejantes y se salvaron. Recordaba la aventura de la señora Bruce, perdida en las soledades, cerca de Jask, y salvada poco después

por haber persuadido a los nativos que enviaran un mensaje.

Dale empezó a enjugarse la frente.

—Hace un calor bárbaro ¿no es cierto? — dijo — En esta época debe haber 45 grados a la sombra.

Ella se dió de pronto cuenta que sentía ardiente sed. El pareció leer sus pensamientos y golpeó una botella colgada de su cintura.

—Es raro que se me ocurriera traer esto cuando salimos de Beirut. Intuición quizá. No se. No debemos tocarla todavía.

Miró al nordeste y ella siguió observándolo a él, con una especie de fascinada fe. En su rostro pálido y delgado, en sus ojos luminosos, había seguridad. Su tranquilidad habitual era sedante.

—Si hubiésemos seguido la ruta Damasco-Bagdad — dijo él — estaríamos cerca del camino de las caravanas. Hay dos pozos de agua en esa región. El segundo se llama El Huweislat. También podríamos ser hallados más tarde o más temprano por los aeroplanos correos — se rió y añadió inconsecuentemente.

—Es curioso pensar que en otros tiempos el correo, en camello, tardaba quince días y ahora el viaje se hace en uno.

—Sí — se dió ella vuelta, sintiendo que el sol le quemaba terriblemente la espalda. Producíale sensación de nausea.

—No podemos estar muy lejos de El Huweislat — dijo él — He estado haciendo cálculos. Un minuto antes del accidente había examinado bien el mapa. Creo que El Huweislat no debe quedar a más de treinta millas al nordeste. Podemos marchar un poco de día y el resto por la noche. Cuando lleguemos al pozo de agua...

Ella asintió animosamente con la cabeza. Tenían raciones de emergencia, chocolate y bizcochos, en tarros, sujetos dentro de los bolsillos de sus trajes de aviadores. El había insistido en esa precaución antes de que salieran de Croydon. Junto a un pozo de agua, podían vivir varios días y estaban seguros de que serían vistos por alguna caravana o avión postal.

Pero ella no podía menos de pensar en la sed. Treinta millas de polvo abrazador, de sol implacable y aquella botella de agua entre ellos...

Pensó en el agua desperdiciada al estrellarse el aeroplano y sus labios resecos se movieron. Era duro pensar que, tres horas antes estaban en la civilización de Beirut.

—¿Qué hacemos con esto? — dijo señalando su saco de aviadora.

—Mejor es llevarlos — se tocó el casco, cuya parte superior casi quemaba — Desearía que tuvieran alas. Usted se alegrará de tener ese sáco de cuero antes del amanecer. A esa hora hace un frío increíble. Además podemos hacer un refugio contra el sol más tarde.

Se sacaron los sacos. Dale dijo tan tranquilamente como si la invitara para dar un paseo por el campo:

—¿Seguimos? Propongo que caminemos hasta... — miró su reloj — Pongamos las doce.

Nuevamente asintió ella animosamente y empezaron a caminar en dirección nordeste, hacia un horizonte borroso y ondulante. El calor les penetraba por las suelas del calzado. Les atravesaba los cascos de aviadores. Una bruma cálida bailaba delante de sus ojos. Y el polvo fino que levantaban sus pies les irritaba malignamente la piel.

Caminaron un rato en silencio y ella estudió la monotonía del paisaje; el suelo amarillento, desnudo como el mar, y la bruma que temblaba y hervía. El calor era esencialmente activo. Los asaltaba como las llamaradas de un horno.

Una parte de la mente de la joven rehusaba aceptar la situación. Por un mes había vivido en un estado de suspenso y asombro, desde que Dale la invitó a acompañarle en su vuelo. Se había comparado a un muchachito a quien se le pide que tome parte en un campeonato. Para ella, Dale era un dios. Había descendido de las alturas, tomándola de la mano.

Ella había oído hablar de él, naturalmente, muchos años atrás, cuando ser aviadora le parecía una ambición insensata. Había visto su retrato en los diarios, leído sus hazañas.

—Un día de estos, — se había dicho a sí misma muchas veces — yo voy a volar.

Para sus amigas, en la oficina de seguros donde trabajaba por dos libras y quince chelines semanales, aquella ambición era ridícula. Se reían entre sí y declaraban que Elsie Hutchings estaba loca. Olvidaban que la fé y la determinación mueven montañas. Lo único que veían era una joven hermosa, de veinticuatro años, a quien no era fácil vivir con su salario.

—Ni siquiera tiene padres — dijo una de ellas — Sólo un viejo tío, en Somerset, y se que nunca le da un penique.

Sin embargo, ella movió las montañas. De algún modo, ahorrando, arañando, economizó lo bastante para seguir un curso de aviación. Obtuvo su certificado de Piloto y, mejor aún, certificado de mecánica. Poco después pudo comprar un aeroplano de segunda mano. En verano, se levantaba a las cinco y media. Tenía así tiempo de ir hasta el aerodromo y volar un poco antes de concurrir a su oficina. Otros miembros del Club de Aviación de Londres la observaban maravillados. Dale se fijó en ella, a su tranquila manera.

La firma de aceites que iba a proporcionar los fondos, para el vuelo sin etapas de Dale a la India, puso inconvenientes a su elección.

—No, no puede llevar a esa muchacha desconocida.

—Es un soberbio mecánico, mejor que todos los hombres que conozco. Y en cuanto a entusiasmo... Una muchacha que ha pasado hambre por aprender á volar... — la voz del aviador era emocionada. Había hecho averiguaciones.

—Sí, sí, todo está muy bien. Pero no podemos consentir.

Dale se encogió de hombros. Su resolución estaba tomada. Pensaba él que, como mujer, Elsie no le interesaba. Pero como espléndida discípula de vuelo la admiraba inmensamente.

—En tal caso, sírvase cancelar cualquier arreglo que haya hecho. La llevaré. Haré el viaje por mi cuenta — a su modo, tranquilo, amable, rehusó discutir.

Una quincena después, con su falta de ostentación típica, Dale partía de Croydon, acompañado por la joven, casi enloquecida de entusiasmo y alegría. Pero tenía que ocultar aquellas emociones humanas. Le inspiraba un poco de miedo aquel famoso aviador, siempre tan tranquilo, cortés y reservado.

Los recuerdos del vuelo a través de Europa volvieron vividamente al cerebro de la joven. Fueron disipados por una sensación de sed abrasadora. Su lengua seca acarició el paladar.

—¿Tiene mucha sed? — llevó él la mano a la botella.

—No es nada — dijo ella valerosamente.

—Alivia humedecer la garganta. Pero dicen que es un error beber. Hace desear más el agua.

Sacó el corcho y cada uno de ellos tomó unas cuantas gotas de agua en el jarrito de aluminio. El líquido estaba tibio.

—Imagínese una jarra de algo fresco y chispeante — había más broma que deseo en la sonrisa de él.

—Lo imagino fácilmente.

—En este caso la imaginación es una molestia. Procuraremos caminar hasta medio día. Luego veremos si podemos dormir un poco y volveremos a marchar al obscurecer.

Siguieron andando a paso firme, conversando de cosas indiferentes. Ni una sola vez mencionó Dale el accidente, ni aludió a su amargura por el fracaso del vuelo. Esto aumentó la admiración que por él sentía la joven, estimuló su resistencia.

Discutieron sobre fabricación de aeroplanos, mejoras de los motores, detalles técnicos. El sudor brotaba de la frente de Dale y empapaba sus ropas. Su rostro se había puesto gris, debido a una fina capa de polvo. Pero a juzgar por sus modales, no se daba cuenta de esas cosas.

Sin embargo, no pudo ocultar el cambio de su voz. La sequedad física le daba cierta aspereza. De cuando en cuando, sus labios parecían quedar pegados.

—Si él puede resistir, yo también — se dijo la joven a sí misma, luchando contra la pesadez de sus miembros y la sensación de mareo de su cabeza... ¿No era ella fuerte y joven? Seguramente podía muy bien pasarse unas horas sin agua.

Levantó el rostro altivamente. No podía escapar a la crueldad del polvo caldeado y del cielo brillante, duro. Había en ambas cosas algo de aterrador. Le recordaba que

A los pocos minutos, del aeroplano, no quedaban más que restos carbonizados...

la realidad era realidad, que, con aquel calor terrible, la sed podía matar prontamente. Sabía que, si hubiese estado sola, ya no quedaría en la botella de agua ni la mitad.

El último trecho, antes de que se detuvieran, lo recorrió la joven en una especie de coma. Su marcha era mecánica. El cerebro le daba vueltas. El calor parecía haber minado todas sus energías.

Cuando él se detuvo, los restos de voluntad de la joven se derrumbaron. Dejóse caer al suelo, bruscamente.

—Voy a armar un toldo para tener sombra — dijo él; levantó un montículo de polvo y de algún modo fijó encima los dos sacos de cuero.

Ella tenía vergüenza de sí misma, de estar allí tendida sin hacer nada. El cansancio la tenía abrumada como un gran peso.

Miró a Dale con gratitud.

—Siento ser tan inútil — le dijo.

—No tiene nada que sentir. Ahora a tomar un trago. Llenó el jarrito de aluminio y se lo tendió.

Luchando contra la tentación de beberse de golpe el precioso líquido, dejó que corriera lentamente por su garganta. Era una burla. Hubiera seguido bebiendo y bebiendo hasta el cansancio. Se imaginaba a sí misma parada a orillas de un fresco río, los labios aplicados a su corriente, dejándose penetrar toda por el agua...

Dale empezó a tapar la botella.

—Usted no ha bebido su ración — dijo ella.

—No la necesito. No tengo demasiada sed.

Aquello la reanimó.

—Tiene que beber su parte ¡Insisto!

—No, yo...

—Ha de beberla — trató de levantarse.

—Muy bien — se rió el suavemente y bebió un jarrito — Es un desperdicio. Queda media botella. Pero tiene que durarnos hasta que lleguemos al pozo de agua. Esta mañana habremos recorrido unas diez millas. Cuando esté obscuro y haga fresco, veinte no nos costarán tanto.

Se acostó junto a la joven, a la sombra del tosco toldo. El cuerpo de Elsie estaba adormecido; pero su mente no podía descansar. El sol y la inmensidad del desierto la obsesionaban. El aire tenía sabor a muerto, asfixiaba, como si se hubiera quemado todo el oxígeno. El mundo era un horno silencioso.

Con doloridos ojos, la joven contemplaba el desierto. Pensó que nunca llegaría al pozo de agua... Veinte millas... era como si distaran veinte mil. Ni siquiera sentía el deseo de llegar. Estaba demasiado cansada, demasiado débil. Cayó su cabeza y el sueño la venció.

La obscuridad trajo un poco de alivio. El aire estaba algo más fresco y el terciopelo obscuro del cielo suavizaba el dolor de los ojos.

—¿Se siente mejor? — le preguntó Dale y su sonrisa reanimó a la joven tanto como el fresco.

—Mucho — Para demostrarlo sacó cigarrillos y fumaron un rato.

—Esta noche — dijo él — tenemos que avanzar lo más posible. ¿Cree que podrá hacer las veinte millas...? Veinte largas, temo.

—Sí. Ahora que esta espantosa chatura no se ve, será más fácil.

—Ciertamente — su voz era tranquila animadora.

En las dos primeras horas de marcha, que hicieron en la obscuridad ella olvidó en parte su sed. Jugaron a adivinar nombres, una fruta, un animal, un pájaro, con cada letra del alfabeto. Las pálidas estrellas, aunque remotas, los miraban amistosamente.

El polvo fino gradualmente se les fue introduciendo en la garganta. Tuvieron que suspender la conversación. Los labios agrietados y la lengua reseca rehusaban funcionar normalmente.

—Con un aeroplano, en dos horas estaríamos en Bagdad — se dijo Elsie a sí misma — Seguros, perfectamente seguros.

Cien millas en el aire no es nada; doscientas, un paseo. Pero una milla en tierra, cuando se sufre el tormento de la sed...

Sus pensamientos erraban espasmódicamente. Cualquiera que vuela a la India corre este riesgo. Era mejor haberse visto obligados a aterrizar en el desierto que en el mar... Ahí estaba Hawker, a quien se dió por perdido en su cruzada del Atlántico, de oeste a este. Había sido milagrosamente salvado... Había otros dos que se perdieron en las soledades de Queensland norte y vivieron con los indígenas hasta que llegó la noticia al mundo civilizado.

Se echó a reir silenciosamente. Era cómico. Absurdamente cómico. En la altura, cuando el aparato funciona bien, se experimenta desdén por la distancia. No hay interés en un vuelo a través del desierto. Muchos lo han hecho antes. Pero si hay que descender y hacer el trayecto a pie... entonces toma el carácter de una aventura.

Aquellos deshilvanados pensamientos eran seguidos por grandes vacíos. Sentía un dolor sordo en la frente. La obscuridad parecía moverse en olas interminable, romperse en sus hombros y cerrarse por detrás. No estaba segura de si caminaba dormida o despierta.

Una vez su mano, balanceándose, tocó la botella de agua, al costado de Dale. El roce le hizo experimentar un deseo frenético de beber. Lanzó un suspiro sibilante.

—¿Qué tienes? — preguntó Dale.

—Nada. Estoy bien — logró contestar

—Es usted maravillosa — le dijo él sencillamente y aquello obró como un tónico sobre ella por espacio de otra media hora. Admiraba a aquel hombre más que a nada ni nadie en el mundo.

Pero volvió la pesadez de plomo. Sentía dolores insoportables. Sus venas palpitaba de fiebre. Empezó a decirse que era inútil seguir ¿Por qué no acostarse y dormir?

—El también está rendido, aunque no lo confesará.

Sí, era estúpido. Debían beberse el agua y dormir. Poco importaba si no se despertaban. Estaban demasiado cansados para preocuparse.

Se tambaleó y hubiera caído al suelo a no sostenerla él con su brazo.

—Tendremos que descansar.

—No — contestó entre sus dientes apretados — No. Estoy bien.

Después de aquello los sentimientos y razones se volvieron borrosos. Tenía períodos lúcidos. Pero la mayor parte del tiempo se movía como una muñeca mecánica. Sólo el espíritu gobernaba sus piernas. La arrastraban obedientemente. De tiempo en tiempo, atravesaba su estupor la convicción de que nunca llegarían al pozo de agua. No le importaba. Las emociones habían sido sofocadas por el cansancio. La luna salió tarde, una lámpara blanca y lejana que hizo desaparecer la aterciopelada obscuridad de la noche y reveló la eterna chatura. El silencio era de muerte. El polvo pálido, vacío, era una concepción de la eternidad.

Se dio cuenta de la voz de Dale, que parecía venir de lejos.

—Nunca me lo perdonaré. No debí pedirle que viniera.

Una fugitiva lucidez le dió fuerzas para hablar. Su garganta hinchada trabajó.

—Aún así... vale la pena. Volar es... — sus últimas palabras se extinguieron.

Volvió a caer en aquel estupor, próximo al coma.

La luna iluminaba las dos figuras vacilantes. Dale procuraba mantener la buena dirección. Sus ojos se fijaban, de vez en cuando, en el compás de su muñeca. Pero también él actuaba mecánicamente. Su paso era brusco. Tenía momentos de estupor y otros en que le parecía estar soñando... Se hallaba en un remanso del Támesis, los sauces se inclinaban bañados por la luz de la luna... Estaba pescando en un lago de Surrey, mientras caía una lluvia ligera y formaba pequeños círculos en la superficie del agua, goteaba mansamente de los árboles murmurando, cantando en la espesura...

Dale miró a la joven dormida. Tenía que morir el para que ella viviera.

PUCKY

Todas las escenas del pasado tenían algo que ver con el agua... Agua fresca, clara. Era una burla para su boca ardiente y reseca.

Un ruido sobresaltó sus desfallecientes sentidos. Ella había tropezado y caído. Lo miró sombríamente y murmuró.

El pareció buscar un apoyo invisible, dejóse caer de rodillas y quitó el corcho a la botella. Llenó el jarrito y lo acercó a los labios de la joven. Luego miró gravemente el cuello de la botella, se sirvió unas cuantas gotas y se enjuagó la boca.

—Lo siento — la voz de la joven era baja y ahogada — No puedo andar más. El movió la cabeza afirmativamente, con su modo lento y suave. Cuando miró el reloj pareció hallar alguna dificultad en ver la hora.

—Creo que hemos hecho unas doce millas.

—Sí. El resto lo haremos por la mañana...

—El resto lo haremos por la mañana — dijo él. Dejó la botella en el suelo y se acostó.

Permaneció tendido de espaldas, contemplando las estrellas y escuchando la respiración de la joven, junto a sí. Había tomado una decisión. No había agua suficiente para los dos. El calor y la sed habían minado las fuerzas de ambos. Ocho millas más...

No, no podrían. La sed es peor que la fiebre. Por la mañana estarían más débiles. A despecho de su terrible cansancio, Dale razonaba claramente. Era estúpido que murieran allí los dos cuando uno podía vivir. La vida había sido decente con él. No podía quejarse. Había recibido su parte, si no en años, en satisfacciones.

Ella no tenía más que veintecuatro años y era espléndida. Al revés de otras jóvenes que conocía, nunca había preferido la moderna queja de sentirse "desorientada". No. Se propuso ser aviadora y lo consiguió a fuerza de sacrificios. Las personas así, hombres o mujeres, eran las que valían. Nada más que veinticuatro años... Esperó hasta que la respiración regular de Elsie lo convenció de que dormía. Con mucha precaución, levantó un montón de polvo. Sobre él arregló su saco y su casco. Hecho eso trató de levantarse.

Le costó mucho. La cabeza le pesaba enormemente. Dos veces se tambaleó hacia atrás. Pero la tercera logró ponerse de pié, miró a la joven dormida, la botella de agua en el suelo y sonrió ceñudamente Ella viviría. El tendría que morir.

No le pasaría nada. El agua era suficiente para sostenerla. Podría hacer por la mañana las ocho millas. El sol la guiaría, impidiéndola tomar rumbo equivocado. Si llegara a despertarse, el bulto formado por el polvo, el saco y el casco la harían creer que era su compañero dormido.

Se dio vuelta y se encaminó deliberadamente al sur, haciendo un esfuerzo final para moverse. Tambaleándose como si estuviera ebrio, siguió hasta que algo pareció estallar en él y borra la luna. Era como si hubiese estado sujeto por cuerdas y éstas hubieran sido cortadas. No cayó ni hacia adelante ni hacia atrás, si no sobre sí mismo, de modo que por un segundo quedó agachado, tambaleándose. Luego rodó...

La luna brillaba aún cuando Elsie se despertó. Las garras ardientes de la sed le habían arrancado al olvido. Miró al cielo y levantó la mano a su ardiente garganta.

Pensó si la sed la hacía delirar, porque el cielo se le aparecía brumoso manchado. Sus párpados aletearon sobre los globos ardientes. Ahora el cielo se hinchaba... Los pensamientos revoloteaban como pájaros errantes. Uno de estos piaba. "Ocho millas... ocho millas".

Pensó en Dale Ella era para él un estorbo. Sin ella hubiera podido andar más ligero, llegar más lejos. Sin ella tendría más agua... No tenía ella derecho a sacrificarlo. Era egoísta... El era un gran aviador, valioso para el mundo. Ella... no era nadie. Sin ella él podría salvarse, con aquella agua que le quedaba.

Movió la lengua para librarla de la saliva pegajosa que se había acumulado.

Si ella se alejara... Si se alejara... El cielo era cielo de cinematógrafo. Por él pasó el recuerdo de algo que había leído ella siendo muy joven, algo que electrizó a la humanidad. Vió una cabaña de hielo y salir de ella, tambaleándose, al capitán Oates, de la desdichada expedición polar de Scott. Trataba de salvar a los otros a su propia costa.

Teniendo la costumbre de venerar a los héroes, a menudo había pensado ella en aquel hecho, en el pasado.

No se dió cuenta de que se reía fuerte, con risa ronca, cascada. Pero en el movimiento que siguió no hubo nada de inconsciente. La joven se levantó, poniéndose de rodillas y empezó a arrastrarse. Deseaba volverse para mirar una vez más a Dale; pero no se atrevió por miedo de ver la botella de agua. Conocía bastante las estrellas para saber su posición. El nordeste quedaba a la izquierda.

Con un esfuerzo tremendo, se puso de pie, conservó el equilibrio y echó a andar hacia la derecha. Como Dale tropezaba y vacilaba. Pero algo interior la sostenía. Logró seguir andando un tiempo sorprendentemente largo. Cuando llegó el desfallecimiento rápido. Cayó de pronto sin sentir antes aviso de lo que iba a ocurrir. Quedó de boca sobre el polvo. Ni siquiera se tomó el trabajo de darse vuelta.

A tres millas de distancia, la luna iluminaba un montículo de arena, un saco de aviador y una botella con agua.

Ni los primeros destellos de la aurora, ni el momentáneo frío del aire, ni la rosada luz del sol, despertaron a Dale. Pero mientras el sol iluminaba el bordo del mundo, su creciente y roja claridad produjo efecto, Dale abrió de mala gana los ojos. No se movió. Miró debilmente la extensión de polvo.

No lejos de allí se veía un bulto. Lo observó sin interés hasta que se dió cuenta

de que era un ser humano, dormido. Se le ocurrió que estaba loco.

Se levantó tembloroso y se acercó a ella. Rehusó creer que al separarse de la joven había caminado en círculo.

Se inclinó sobre la joven y su presencia la despertó. Sus ojos, reflejaban fatigada sorpresa.

—¡Usted!

—¿Qué ha estado haciendo?

—¡Usted me ha seguido!

Dale murmuró pasándose la lengua por los labios agrietados.

—No; yo... me alejé.

—¿Y dejó la botella?

—Sí.

—Yo... también. Nos hemos... engañado mutuamente. ¿Por qué se fue?

—¿Y usted? — dijo Dale que intentaba agarrar el aire para sostenerse.

Se miraban el uno al otro, la joven de espaldas sobre el polvo, moribunda, el hombre tambaleándose absurdamente, moviendo la cabeza.

—No debió hacer eso — le dijo él — No debió hacerlo. Había agua suficiente para usted.

—Y para usted también.

Se rieron débilmente. El sol, cada vez más alto, no era ya un disco claramente recortado. Su aureola brillante endurecía el horizonte, cambiaba el tinte gris del polvo en amarillo. Un buitre descendió y se posó. La atmósfera estaba como impregnada de calor.

Dale frunció los labios resecos.

Fué una lástima desperdiciar esa agua— dijo — Ahora...

—No tengo miedo — dijo ella, con ojos tranquilos — Estoy tan cansada que nada me importa. La cabeza cayó un poco como si los hombres no pudieran soportar su peso. Estamos ahora a más de ocho millas de distancia.

Su mejilla y su sién derechas oprimieron el polvo. Sus ojos tenían expresión fija. Dale, al mirarlos, se extremeció.

—¿Qué hay detrás suyo? — preguntó ella roncamente.

El se dió vuelta y el esfuerzo físico fué abrumador. Como a trescientas yardas de distancia había unas cuantas cosas semejantes a plantas raquíticas, una especie de veta, en el suelo, las flanqueaba.

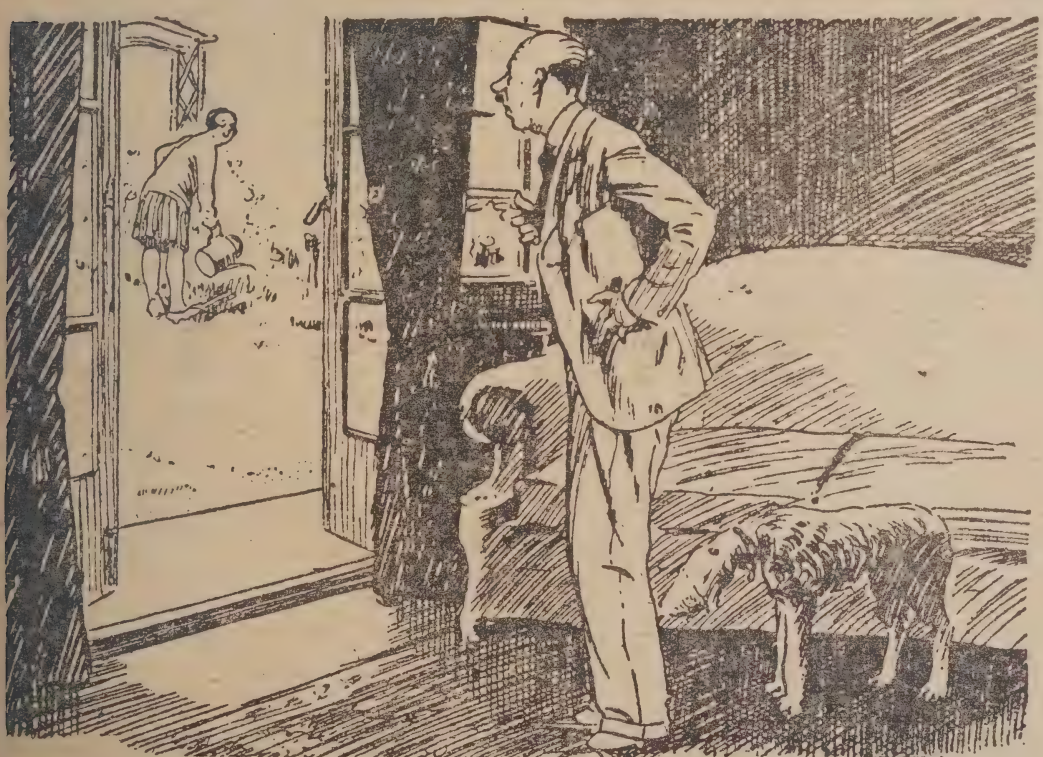
Dale echó a correr desatinadamente.

Aquellas matas raquíticas, de un color marrón verdoso, eran plantas espinosas, alimento de los camellos. Y la veta...

Dale volvió corriendo junto a la joven. Reía peligrosamente.

—Mi cálculo era equivocado. Eso es un pozo de agua. Significa... que estamos salvados.

FIN



La esposa (llamando desde el jardín).—¡Ven aquí, pedazo de estúpido!
El esposo modelo.—¿Me llamas a mí o al perro?

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

❋ ❋ ❋

Administración

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

RIO KID EN EL ESTADO DE COLORADO

LOS pocos peatones que halló Río Kid en aquella carretera de las montañas rocallosas de Colorado, lo miraron con sorpresa. Río Kid sabía el motivo que lo hacía el blanco de la curiosidad de aquella gente; pero no se importunaba por ello. En aquella región de mineros se destacaba a primera vista de todos los demás habitantes.

Por cierto ya hacía mucho tiempo que Río Kid había dejado de ser un vaquero del establecimiento de la Doble Barra de Frío; pero no por eso había dejado de ser, exteriormente, un vaquero. El sombrero Stetson y el echarpe de seda que llevaba Río Kid eran prendas de vestir bastante comunes en aquella comarca; pero no así sus anchos pantalones y grandes espuelas. Además, el lazo que llevaba Río Kid colgado de la montura era seguramente el único de su género en cincuenta millas a la redonda.

Todo parecía indicar que se trataba de un vaquero que había abandonado su comarca para trasladarse a aquella región de Hard Tack y los peatones que lo veían, sin duda, pensaban que haría allí ese hombre.

La carretera que seguía Río Kid conducía solamente a Hard Tack, una pequeña localidad minera escondida entre las sierras.

Río Kid, en cambio, seguía alegremente su camino, sin tomar absolutamente en consideración la curiosidad de que era objeto. Los peatones que pasaban a su lado eran escasos, disminuyendo aun más su número a medida que el fiel caballo de Río Kid seguía escalando aquellas sierras.

Había muy poco movimiento en la carretera que conducía a Hard Tack, localidad distante de la vía de ferrocarril, exenta de líneas telegráficas y telefónicas y a la que no llegaba ni siquiera la diligencia.

Todo el que quería ir a Hard Tack debía utilizar sus propias piernas o un caballo y los equipajes sólo podían ser llevados allí en mulas.

El camino, que si bien era llamado por los pobladores, carretera, tenía, más de sendero que de carretera, conducía a través de profundos cañones hasta el campamento de Hard Tack, situado en lo alto de las montañas Rocallosas.

Durante todo aquel día, Río Kid sólo había topado con cuatro o cinco peatones, todos ellos, sin duda, candidatos a trabajar en las minas, y solamente uno de ellos se había revelado a los ojos de Río Kid como un maleante. El hombre, al ver al joven vaquero, lo había medido con una mirada inquisitiva, a la vez que había clavado sus ojos en la montura del proscripto de Texas, pero como éste, con una amable sonrisa había dejado caer, como por descuido, su mano sobre la culata de uno de sus Colt, el hombre parecía haber reflexionado que no se trataba de un buen candidato a ser asaltado.

Río Kid sabía perfectamente que los asaltos no eran raros en aquel camino, y si bien había salido de Texas, para no inmiscuirse más en ninguna reyerta, no tenía el menor inconveniente en tener una pequeña cuestión con cualquier asaltante, si se presentaba la ocasión.

Pero ahora hacía ya tiempo que Río Kid no había encontrado a ningún ser humano, por más que a su aguda mirada no habían escapado las huellas de otro jinete, que debía seguir aquel mismo sendero con sólo muy poca ventaja sobre él, es decir, que se hallaba seguramente a corta distancia.

Pocos minutos transcurrieron. Al llegar Río Kid a un lugar en que el cañón se ensanchaba repentinamente, oyó el galopar de un caballo, y, poco después, una monta sin jinete apareció ante sus ojos.

Era evidente que el jinete que le había precedido había perdido su caballo, y Río Kid, si bien sentía, como todos los vaqueros, una profunda lástima por los que no sabían andar a caballo, comprendió que ese hombre debía haberse quedado en una situación bastante desagradable, puesto que aun faltaban algunas millas para llegar a Hard Tack, y el camino no era precisamente de los que más se prestaban para las caminatas.

Río Kid no era de aquellos hombres que pierden mucho tiempo en reflexiones. Al ver que el caballo se acercaba al lugar en que se hallaba él, desató rápidamente el lazo cuando el animal pasaba a corta distancia, a la carrera, el lazo de Río Kid cruzó el aire con un silbido, yendo a aprisionar al caballo, que, después de una violenta caída, se acercó a Río Kid, tan manso, como un cordero.

El proscripto de Texas tomó entonces las riendas del animal, sabiendo que el jinete no debía hallarse muy lejos de allí, lo que pudo comprobar, en efecto, pocos minutos después, al ver, a un lado del camino, y sentado sobre una roca, a un joven mejicano, que tenía la cara escondida entre las manos . .

Río Kid no pudo creer al principio lo que sus ojos veían; pero, pronto, tuvo que convencerse de que era cierto: aquel hombre lloraba.

CARLOS ALVARO

Nuevo compañero de aventuras de Río Kid

EL MUCHACHO

Oiga, compañero — gritó Río Kid al acercarse al joven, llevando de las riendas su caballo.

El muchacho quitóse las manos de la cara, mirando con sorpresa al que acababa de dirigirle la palabra.

Por sus mejillas corrían gruesas lágrimas.

Río Kid sonrió, porque la cara de aquel hombre denotaba evidentemente un sentimiento de extraordinaria bondad.

Por cierto sintió cierta lástima por el hombre, porque, a su juicio, era imposible que un individuo de más de seis años de edad pudiera sentarse al lado del camino y llorar por el solo hecho de haber perdido su caballo.

—¿Es ese su caballo? — preguntó Río Kid.

El muchacho se levantó.

—¡Oh, señor! ¿Lo ha agarrado usted?

—Sí, y por cierto no me ha costado mucho trabajo. ¿No sabe usted andar a caballo?

—Sí, señor...

—¿Es un caballo arisco?

—Sí, señor.

—¿Va usted a Hard Tack?

—Sí, señor.

—Pues está usted bastante lejos de su país compañero, porque estoy por decir que no ha de haber muchos mejicanos por el estado de Colorado.

—Así es.

—¿Y se anima usted a montarlo ahora?

—Sí, señor; no me hubiera tirado de no haber sido porque yo estaba cansado y...

—Bueno, si va usted en dirección a Hard Tack, voy a acompañarlo un tiempo, para evitar que el caballo vuelva a hacerle a usted jugarretas de esta naturaleza.

—Muchas gracias, señor.

Las palabras llegaban suaves, al oído de Río Kid quien, por más que sentía por todos los mejicanos la lástima de todos los vaqueros, no pudo menos de interesarse por aquel hombre, que estaba tan fuera de su elemento en aquella salvaje región minera del Colorado.

—¿No se ha equivocado usted de camino?

—¿Pero no va ese sendero a Hard Tack?

—Sí.

—Pues, es allí donde yo quiero ir.

—Vea, compañero, — dijo entonces Río Kid: — ya se que no debería inmiscuirme en sus asuntos, pero es el caso que le aconsejaría que no fuera usted a Hard Tack porque es uno de los campamentos más peligrosos de todo el estado. La gente que vive allí se ha refugiado en ese lugar para escapar de las persecuciones de todos los sheriffs del país, y un hombre como usted va a tener más de una dificultad seria allí...

—No importa, señor; debo ir a Hard Tack por asuntos de negocios y le agradezco por su buena voluntad...

—¿Conoce usted a alguien allí?

—No.

—Disculpe pero entonces, me parece que lo mejor que puede usted hacer es volver nuevamente a las regiones civilizadas con la mayor rapidez posible. Yo, por mi parte, como no tengo a nadie que me apure no tengo ningún inconveniente en acompañarlo a usted hasta White Pine, donde podrá usted tomar una diligencia para la próxima estación de ferrocarril... No me parece razonable que se arriesgue usted la vida en esta región.

—Es imposible

—¿Lleva usted, entonces, por lo menos un revólver?

—No, señor.

—¿Sabe usted manejarlo?

—Muy poco, señor.

—Entonces, es imposible que siga usted adelante, porque le puedo asegurar que no va a llegar usted con vida ni siquiera hasta el centro de Hard Tack.

—Se todo lo que usted me dice, señor, pero debo ir...

El joven, que según los cálculos de Río Kid no podía tener más de 18 años de edad, siguió su camino, y Río Kid le fué haciendo compañía durante el camino, cambiéndose solamente muy pocas palabras entre ambos.

—Creo que llegaremos esta noche a Hard Tack — dijo finalmente Río Kid.

Pero, mientras tanto, el joven proscripto de Texas siguió cavilando sobre la extraña misión que llevaría a aquel jovenzuelo hasta ese campo de mineros. Era imposible que fuera allí en busca de oro, porque ni siquiera llevaba los utensilios más rudimentarios, ni resistiría a esa vida.

Río Kid sabía que iba a ser el motivo de la burla de todos los mineros y comprendió que su deber era protegerlo, por más que había salido de su estado con el propósito de evitar todo desorden, pero todo parecía indicar que le iba a ser imposible cumplir su propósito.

Pensando en su compañero, Río Kid descuidó un tanto su guardia, y fué por esta razón que se mostró realmente algo asombrado, al escuchar, de repente, esta exclamación:

—Manos arriba.

Era un hombre, con un Winchester en las manos, que acababa de impartir la orden.

Y Río Kid, despertando de su sueño, vió que una carabina estaba dirigida sobre él, por lo que optó, obedientemente, por levantar los brazos.

Había sido asaltado...

RIO KID APROVECHA LA OPORTUNIDAD

—Vayan entregando la plata...

El asaltante impartió la orden, acompañándola con un gesto que indicada bien a las claras sus intenciones. Río Kid no era por cierto un hombre fácil de asaltar; pero sabía que en una oportunidad como ésta, lo mejor era obedecer ciegamente, puesto que hubiera sido una grave imprudencia el tratar de resistirse contra un Winchester, casi a quemarropa. En tanto, el ex proscripto de Texas se sintió seriamente asombrado, al ver que el muchacho, en lugar de estar completamente aterrorizado como hubiera podido esperarse, dada su actitud de aquella tarde, permanecía completamente tranquilo con las manos levantadas en alto y mirando fijamente al asaltante.

Río Kid sintió una verdadera satisfacción al comprobar que el joven poseía una buena dosis de sangre fría.

El maleante que llevaba el rostro cubierto con un echarpe, medía a ambos con una fría mirada.

—Bueno, compañero, siga usted diciendo lo que quiere que hagamos, — dijo Río Kid.

—Quiero que me entregue usted el dinero que lleva encima, vaquero, — dijo el asaltante, — porque supongo que le habrán pagado el sueldo antes de despedirlo de la estancia.

—Hace ya bastante tiempo que recibí el último sueldo, — dijo Río Kid; — pero de todos modos, llevo aun una pequeña cantidad de dinero encima y estoy dispuesto a entregarle a usted de muy buenas ganas, siempre que usted me diga como debo hacerlo, porque hasta ahora sólo podría atrapar con mis manos las nubes.

—No baje las manos...

—Si usted lo desea así...

—Y menos palabras; porque ya los conozco a ustedes los vaqueros...

—Puede usted estar completamente seguro de mí, porque se bien cuando tengo o no

Sentado sobre una roca vió a un joven que tenía la cara escondida entre las manos

probabilidades de éxito, compañero — respondió Río Kid — y en el presente caso, me parece que está de más que le diga que no me siento bastante valiente para oponerme a un Winchester.

Entonces el asaltante se acercó a Río Kid, y con rápido ademán, quitóle los dos Colt y la pequeña pistola que llevaba en el bolsillo, demostrando en esta operación una habilidad tal, que Río Kid reconoció de inmediato en él a un viejo profesional.

Mientras desarmaba a Río Kid, el maleante no había perdido ni por un segundo de vista al otro muchacho, quien se mantenía sobre su caballo, completamente sereno y sin que nada denotara en su rostro el menor temor.

—Ahora, haga usted el favor de bajar de su caballo — ordenó el asaltante.

Río Kid obedeció la orden.

Entonces, el maleante se dirigió hacia el otro:

—Baja del caballo, muchacho.

El joven obedeció inmediatamente.

—Ahora, párese al lado de su compañero.

—Muy bien.

El joven colocóse a pocos pasos de Río Kid.

El caballo de Río Kid permanecía completamente tranquilo en tanto que la monta del joven mejicano, una vez libre de su jinete, emprendió de inmediato, veloz carrera a través del cañón.

—Mi caballo... — dijo en tono lastimero el mejicano.

—Se ha ido, compañero — respondió con tranquilidad el asaltante — no se mueva usted si no quiere que lo transforme en un colador.

—Cuando este caballero haya terminado con nosotros lo llevaré a la ciudad en mi caballo — dijo entonces Río Kid al joven mejicano — porque por cierto es bastante caprichosa su monta.

—Bueno, vaquero, adelante con el dinero.

Río Kid bajó los brazos, sacando de su cinto un rollo de billetes de banco. Eran cincuenta dólares, pero en el rostro de Río Kid no podía leerse que llevaba veinte veces aquella cantidad escondida en sus botas. Desde que había perdido una buena cantidad de dinero en la región de Wyoming, Río Kid había tenido siempre la precaución de separar un rollo de cincuenta dólares, para entregarlo, en caso necesario...

Por su parte el asaltante no había calculado obtener más que ese dinero de un vaquero, por lo que se mostró satisfecho, dirigiéndose al joven mejicano:

—A ver ese dinero...

—Señor, tengo muy poco...

—No importa, más vale poco que nada. Yo no soy ambicioso...

El muchacho permaneció durante unos minutos pensativo.

—Es mejor que se lo entregue usted — díjole Río Kid — no nos queda otro remedio, porque ese hombre tiene la sartén por el mango...

El muchacho entonces sacó una pequeña bolsa de cuero, y de ella un rollo de billetes de banco, representando solamente una escasa suma, y se lo entregó al asaltante, volviendo a guardar luego, nuevamente, la bolsita.

—Un momento — dijo el maleante — en esa bolsa hay más dinero.

—No, señor, le he entregado todo el dinero que poseía, lo que he guardado son papeles que sólo me interesan a mí...

—Entréguemelos...

—Imposible...

—Tenga en cuenta que no voy a andar con miramientos, y que estoy dispuesto a dejarlo aquí como pasto de los buitres antes de recibir de usted otra negativa...

—Dispare, si quiere, no puedo entregarle esos papeles.

Río Kid quedó verdaderamente asombrado ante esa muestra de sangre fría. Era imposible que esas fueran las palabras de un hombre, que, unos minutos antes, había llorado por la pérdida de su caballo.

Por su parte, en los ojos del asaltante, leíase la trágica resolución. Río Kid no precisó más. Por él se hubiera quizá arriesgado, pero para evitar que perdiera la vida aquel valiente, Río Kid estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, de modo que, aprovechando el momento de hallarse el asaltante con la atención fija en el mejicano, lanzóse sobre él con la velocidad del rayo, no tardando en hacerlo caer al suelo, y quitarle el Winchester y los revólvers que llevaba encima, en tanto que le aplicaba una rodilla sobre el pecho.

—Ahora soy yo quien le aconseja que no se mueva, si no quiere que le rompa la cabeza de un balazo... — dijo Río Kid.

EN HARD TACK

Después de haber desarmado al asaltante y de haberle atado las manos detrás de la espalda, utilizando para ello el echarpe que le había cubierto el rostro, Río Kid y el joven mejicano — éste último montando el caballo del maleante — continuaron su camino a Hard Tack, obligando el primero de los nombrados a su prisionero a caminar delante de ellos hasta el pueblo, donde tenía el propósito de entregarlo al sheriff, no sin antes haberle amenazado con matarlo inmediatamente si trataba de escaparse.

—Me parece — dijo Río Kid a su compañero — que ahora habrá podido observar que tenía razón al aconsejarle a usted que no siguiera hasta el pueblo.

—Sí, pero es absolutamente necesario que vaya...

—¿Y esos papeles que tanto le interesa conservar, piensa usted guardarlos siempre en sus bolsillos?

—¿Y dónde quiere usted que los guarde, si es necesario que los use precisamente aquí?

—¿Acaso se trata del plano de alguna mina?

El joven enrojeció...

Río Kid comprendió que había cometido una indiscreción:

—No se lo he preguntado para que usted me diera detalles sobre ello — dijo, — sino simplemente porque si se trataba de un documento de esa naturaleza, sería preferible que lo guardara usted en un lugar más seguro.

En un momento en que el asaltante tenía concentrada su atención en el joven mejicano, Río Kid le saltó encima...

—¿Y dónde?

—¿No tiene forro su sombrero?

—Sí...

—Pues guárdelos allí...

El joven mejicano asintió con una sonrisa, y, en efecto, Río Kid se adelantó unos pasos para permitirle que cambiara de lugar aquellos documentos — en los que, dicho sea de paso, no tenía mucha confianza Río Kid — que para el mejicano parecían significarlo todo.

Llegaron finalmente, a la vista de Hard Tack.

Fué en ese momento que el asaltante se

dió vuelta y mirando con ira a Río Kid, le dijo:

—¿Cree usted que me va a llevar así, atado, al pueblo?

—Ya lo creo, no sólo lo pienso, sino que estoy convencido de ello y mi Colt opina lo mismo...

—Pues está usted equivocado...

El ladrón, con un rápido movimiento echó a correr y uno de los revólvers estuvo de inmediato en la mano de Río Kid; pero antes de que pudiera hacer fuego el joven mejicano lo había suletado del brazo, diciéndole:

—Es un ladrón; pero no dispare usted...

—¿Cree usted que hubiera matado a un hombre indefenso? — preguntó Río Kid, contrariado por la intervención del joven, que había posibilitado al asaltante a emprender la fuga — pero ya está... trataré en adelante de que no nos vuelvan a tomar de sorpresa.....

EL SECRETO DEL MUCHACHO

—Me parece que esto promete resultar interesante — dijo Río Kid.

La medianoche había pasado ya hacía bastante tiempo sobre aquel campo situado en lo alto de las montañas rocallosas de Colorado. Hard Tack empezaba por cierto, a cobrar animación recién a la entrada de la oscuridad; pero a esa hora ya había terminado nuevamente la vida y las lámparas de nafta del bar ya habían sido extinguidas cerrado el local con su mesa de juego y el último vagabundo había tomado el camino de su casilla. Solamente las estrellas echaban su débil luz sobre las calles de Hard Tack. La población estaba dormida; pero Río Kid se conservaba despierto.

La media docena de habitaciones del hotel de Hard Tack daban a un amplio patio, en que se hallaban tiradas abundantes latas de conserva, vacías. Detrás de ese patio, y cerrándolo, se hallaba una cantidad de arbustos y rocas, y, más allá, la alta muralla rocallosa, que constituía la pared de aquel valle. Cerca de allí un arroyo angosto, pero profundo corría verticinosamente

Las ventanas del hotel se cerraban con persianas de madera. El vidrio era un artículo de lujo, desconocido en la comarca. Todos los viajeros, de preferirlo, podían entrar y salir de su habitación por la ventana, en lugar de hacerlo por el pasillo que recorría todo el edificio.

Algunas de las persianas se hallaban abiertas de par en par, porque la noche era calurosa, y desde los pinos cercanos soplaba una agradable brisa.

Río Kid estaba sentado sobre un cajón, en la habitación que había alquilado en aquel hotel, con la ventana abierta de par en par. En la oscuridad era imposible verlo desde afuera, y nadie hubiera creído que el valiente vaquero de Texas estaba allí vigilando.

En la habitación contigua, con las persianas cerradas dormía el joven, que Río Kid había tomado bajo su protección. El hombre se hacía llamar Carlos Alvaro, y en aquellos momentos dormía profundamente, rendido por la fatiga; pero Río Kid, en el cuarto vecino, se había encargado de vigilar su sueño. El vaquero de Texas parecía no conocer el cansancio, y una sonrisa asomó a sus labios cuando de entre la oscuridad, detrás de los arbustos cercanos pudo divisar a un hombre alto y delgado, que se acercaba a las habitaciones, deteniéndose delante de la ventana de la habitación ocupada por el joven.

Río Kid, siempre atento, no se movió siquiera, conformándose con apoyar una mano sobre la culata de su revólver

El hombre permaneció delante de la ventana silencioso e inmóvil, por espacio de un buen minuto. Después, levantó una mano, como una señal, y otros dos hombres salieron de la oscuridad, reuniéndose a él delante de la ventana.

Después, Río Kid, que se hallaba sentado cerca de la ventana, pudo oír claramente un murmullo de voces:

—Me parece que estamos de parabienes, sheriff — dijo uno de los hombres — es esta su habitación y le oigo roncar, profundamente dormido.

Río Kid sonrió nuevamente. Que el más delgado de aquellos tres hombres no era otro que Jeff Oakes, el sheriff de Hard Tack, ya se lo había imaginado; pero ahora estaba seguro de ello. Sin embargo, sabiendo que la ventana del joven mejicano se hallaba cerrada por dentro y que los hombres deberían abrirla por fuerza para poder entrar en la habitación, no juzgó llegado aun el momento oportuno para intervenir.

El hombre alto aplicó también su oído a la persiana y pareció haber oído también los ronquidos del joven mejicano, pues dirigiéndose a su compañero, dijo

—Está dormido. Escuche.

Después dió un paso hacia atrás echando un vistazo sobre todas las ventanas. No era posible reconocer su rostro, debido a la oscuridad y a que un echarpe le cubría la mayor parte del rostro. Seguramente el sheriff no esperaba que el vaquero de Texas estuviera despierto; pero quería evitar una posible identificación. Era cierto que en aquella población no había que andar con muchas vueltas para cometer cualquier atropello; pero, con todo, el sheriff tomaba sus precauciones, debido al cargo que ocupaba, que por cierto, era poco compatible con el de asaltante.

—La ventana está cerrada por dentro

El sheriff sonrió.

—Eso no importa. Un pequeño empujón bastará para abrirla, pero.

—El muchacho despertará.

—Hay medios para hacerlo callar; pero lo que me inquieta es que puede despertarse ese vaquero de Texas que vino con él y que es capaz de darnos un buen susto, y que seguramente intervendría en favor del muchacho...

—Su ventana está abierta, sheriff, me parece que será fácil evitar que despierte...

—En eso estaba pensando, Dave. El liquidó a Cuatro Reyes y creo que esta vez tenemos el derecho y la oportunidad de despacharlo para el otro mundo. Es un hombre peligroso, y debe estar interesado en la mina de Escobedo; porque no de otra manera

hubiera llegado en compañía del hijo de Escobedo. Creo que lo mejor será que tú te encargues de él, Dave, mientras Euchre y yo pensamos en el muchacho...

—Perfectamente.

Río Kid, al oír estas palabras se levantó silenciosamente del cajón sobre el que se hallaba sentado, yendo a colocarse al lado de la ventana medio oculto por la persiana, que abría hacia adentro.

Un momento después, el que había sido encargado por el sheriff para liquidar a Río Kid, aparecía delante de la ventana de la habitación de éste, y se dispuso a entrar.

Pero Río Kid no era de los que titubean. Con fuerza aplicó la culata de uno de sus Colt sobre la cabeza del que entraba en su habitación, haciéndole caer de bruces sin proferir un grito siquiera.

El sheriff de Hard Tack ya había comenzado a hacer presión con el cuerpo contra la persiana de la habitación del joven mejicano; pero se contuvo de inmediato, cuando oyó el ruido producido por la caída de su cómplice.

—¿Qué demonios pasa? — preguntó.

—Se habrá caído Dave — dijo Euchre.

De la ventana de Río Kid partió una detonación y una bala sacó un trozo de piel de la cara de Euchre. Pero antes de que la detonación hubo dejado de oirse el sheriff de Hard Tack había echado a correr, no tardando en desaparecer.

Euchre quedó como plantado en el suelo, mirando a Río Kid, quien con los revólveres en la mano le gritó:

—Rápido, largo de aquí, si no quiere que lo despache al otro mundo, creo que no tendré necesidad de repetir la orden...

Tenía razón, pues pocos minutos después, Euchre había seguido al sheriff. Entonces Río Kid volvió a entrar en su habitación, donde yacía en el suelo Dave, a quien el joven vaquero ya había quitado su revólver. En ese momento, el hombre recobraba el conocimiento y fijó sus ojos en Río Kid.

—¿Entonces, estaba usted despierto?

—Así parece, y ahora que lo está usted también, largo de aquí, si no quiere ir a parar al cementerio...

Y el tercero de los asaltantes siguió a sus dos compinches.

—Bueno, — se dijo Río Kid, entonces — ahora creo que tendremos tranquilidad hasta mañana por la mañana...

Y, poco después, dormía plácidamente

INNECESARIO

El dueño del hotel sirvió el desayuno en el comedor de la casa. El joven mejicano aún no había llegado y Río Kid lo esperaba, por lo que ambos, cuando llegó Carlos Alvaro se hallaban solos en la habitación.

—Buenos días — dijo Río Kid — cuando entró el joven. ¿Ha dormido bien?

—Sí, señor; estaba muy cansado. Además, ahora ya es tarde...

—Efectivamente, ya es tarde; pero creo que a usted le hacía bastante falta ese descanso. ¿No ha despertado?

—No, señor.

Río Kid sonrió. No tenía la intención de alarmar al joven, contándole lo que había ocurrido durante la noche.

Ambos se desayunaron, luego, en silencio y pensativos.

Río Kid no tenía la intención de permanecer mucho tiempo en Hard Tack, localidad a la que había ido únicamente movido por la curiosidad de conocerla, después de que le habían contado que era el lugar más peligroso de la comarca. Su intención era volver a los llanos de Texas, y por cierto no tenía tampoco mayor apuro en llegar allí, sabiendo que todos los sheriffs estaban dispuestos a entregarlo a la justicia. Pero ahora, en que había llegado a conocer a este joven, y considerando el peligro en que se hallaba, había resuelto permanecer en aquella localidad minera hasta tanto supiera que el joven mejicano estaba a cubierto de cualquier ataque.

Finalmente, el muchacho se levantó de la mesa, inclinándose graciosamente ante Río Kid.

—Adiós, señor — le dijo.

—Un momento — dijo Río Kid, — ¿se va usted?

—Sí, señor.

—¿Puedo preguntarle adónde va?

El muchacho se puso colorado.

—Tengo que liquidar un asunto.

—¿Fuera de la población?

—Sí, señor.

—¿Y cree que podrá llevarlo todo?

—Sí.

—Siéntese nuevamente y deje que conversemos un rato — le aconsejó entonces Río Kid.

—Pero, señor.

—Escuche. Hay más de una docena de individuos aquí, que han observado en usted un gran parecido físico con el viejo Escobedo y que creen que usted ha venido por la mina de oro que poseía ese hombre.

—Pero yo les he dicho que no tengo nada que ver con ese asunto

—Eso no importa. Ellos no han cambiado de idea y están convencidos de que lleva usted encima un plano de la ubicación de la mina del viejo Escobedo.

El muchacho se puso colorado.

—No tema usted — le dijo Río Kid, — yo no tengo el menor interés en esa mina; pero le pongo a usted en conocimiento de lo que ocurre, diciéndole al mismo tiempo que el sheriff es uno de los interesados en quitarle ese plano. Esa ha sido la razón por la que he resuelto protegerlo a usted, ¿sabe?

—Pero...

—Usted no lleva ni siquiera un revólver y aunque llevara armas, estoy seguro de que no sabría usted usarlas... Esa gente le va a obligar a usted a revelarles la situación de la mina.

El muchacho permaneció en silencio, intensamente pálido, pero una firme resolución se dibujaba en sus labios.

—Yo he resuelto protegerlo a usted. ¿Acepta?

El joven hizo un gesto negativo.

—Es que no tiene por qué elegir — siguió diciendo Río Kid; — porque no podrá usted hacer nada solo, créamelo... Es cierto que hace usted bien en no confiar en una persona a quien no conoce..

El joven sonrió.

—No es que no confíe en usted; porque al salvarme de aquel asaltante, me ha demostrado usted sus buenos sentimientos, — dijo; — pero...

—Pero, ¿qué?

—Es un secreto y debo de ir solo...

—De modo que usted no acepta mi compañía?

—No puedo... debo de ir a un lugar en que nadie puede acompañarme.

—Y si yo le dijera que ayer han querido asesinarlo tres hombres, entre ellos el sheriff, y que yo los he amedrentado? ¿No ovó usted una detonación?

—Sí, muchas gracias, pero es imposible que me acompañe usted...; adiós, señor

Y el joven salió del hotel solo.

Río Kid permaneció unos minutos en el comedor, meditabundo, dirigiéndose luego al establo en que se hallaba su caballo, y acariciándolo, como el más fiel de sus amigos, le dijo:

—Vamos a seguir nuestro camino, querido; ese muchacho no quiere que le proteja, de modo que sólo puedo dejar que se arregle solo...

Río Kid volvió entonces a su habitación, para ir en busca de su silla, en camino se encontró con Long Bill, quien le preguntó

—¿No ha visto usted al joven mejicano?

—Sí, — dijo el interpelado. — Salió en dirección a las montañas...

—Usted, que ha venido con él, ¿no sabe si es o no el hijo de Escobedo?

—No lo conozco — dijo Río Kid; — sólo lo encontré por el camino...

—Pues si es el hijo del viejo Escobedo no le envidio la suerte — siguió diciendo Bill, — porque Dave y Euchre, han salido detrás de él y estoy seguro de que sabrán averiguarlo..

Río Kid hizo un gesto de desagrado. El joven mejicano no había querido aceptar su protección; pero él estaba ahora resuelto a protegerlo, aunque fuera contra su voluntad, y poco después salió detrás del mejicano, tomando también el camino a las montañas...

PRISIONERO

—¡Manos arriba!...

—¡Madre de Dios! — contestó el mejicano.

El muchacho se hallaba solamente a media milla de distancia de Hard Tack, sobre la carretera por la que debía transitar todo lo que iba y venía de la localidad. Sabía que aquella región de las sierras del Colorado, era peligrosa, pero no se había imaginado ni por un minuto que iba a ser asaltado a tan corta distancia del pueblo, que, aunque cercano, no podía ser visto desde aquel lugar, debido a las curvas del camino

El ruido de dos hombres que se acercaban corriendo a él, desde atrás, le había hecho volver la cabeza, encontrándose con Denver Dave y Euchre, ambos empuñando un revólver y ellos habían sido los que le habían impartido la orden de detenerse.

—Manos arriba... esta vez no te vas a escapar tan fácil, joven Escobedo...

Alvaro había levantado las manos lentamente. Su rostro estaba tan pálido como la tiza. Los dos maleantes se habían acercado a él, y cuando vieron que no llevaba armas, guardaron sus revólvers.

—Está usted realmente loco? — preguntó uno de ellos. — ¿Ha venido a buscar la mina de Escobedo y no lleva siquiera un revólver?

—Pero, señor, yo...

—Sí, ya sabemos todo; pero es el caso que tendrá usted que entendérselas con el patrón, máxime porque ahora no está su compañero para intervenir en la cuestión... Venga aquí...

—¿Dónde me llevan? — exclamó

—A las montañas, hasta que venga el patrón... Oiga, compañero, va a tener que decirnos usted, dónde se halla la mina de Escobedo... porque ha sido verdaderamente un loco al no venir con su compañero...

—Yo no tengo ningún compañero.

—¿Y ese vaquero de Texas?

—No lo conozco.

—No diga mentiras; pero, para qué vamos a perder el tiempo... ya va a tener que decirlo todo...

—Señor, yo...

—Cállese, no queremos saber nada ahora...

El joven mejicano fué internado en las montañas. Comprendía perfectamente que toda tentativa de evasión le sería fatal, puesto que sus asaltantes iban bien armados, mientras que él no llevaba ni un arma para defenderse...

—¡Qué locura cometí al venir hasta aquí!...

Sus guardianes lanzaron una carcajada...

—Tiene razón; es usted el novato más ingenuo que ha pisado estas tierras... y todavía se separa de su compañero, que siquiera es un sujeto experto Pero ahora, camine. Finalmente, cuando ya se habían internado un buen trecho en las montañas, hicieron alto.

—Bueno, — dijo Dave — ahora puede usted, Euchre acompañar al muchacho éste hasta la cueva, mientras yo voy a informar al patrón, porque, como sabe usted, bastante urgencia tiene para hablar con el hijo de Escobedo...

Con estas palabras, Dave volvió sobre sus pasos, dirigiéndose a Hard Tack, en tanto que Euchre seguía su camino por las montañas con Alvaro, hasta llegar a una cueva, donde hizo alto

—Entre, — dijo al mejicano.

El muchacho penetró en la gruta y el maleante le siguió. En un costado se hallaba

—Ahora, cuando venga el patrón, ya veremos si es o no el hijo del viejo Escobedo.

un montón de mantas y Euchre, señalándolas, dijo a su prisionero:

—Puede descansar, si quiere, hasta que venga el patrón.

—El patrón. ¿Quién es?

—Ya lo verá cuando lo conozca... Ya lo esperábamos a usted anoche; pero su compañero nos arruinó los planes... suerte que esta vez no tendrá mucha ingerencia en el asunto...

El joven mejicano se dejó caer sobre las mantas con un suspiro. No había querido que Río Kid le acompañara, para guardar el secreto, y ahora veía que éste no le iba a servir para nada. Había sido un verdadero cordero que había caído en la cueva de los lobos, y lo peor era que Río Kid no iba a poder ayudarlo en esta emergencia.

Por su parte, Euchre se sentó delante de la cueva, encendiendo tranquilamente su pipa. No se preocupaba mayormente por el joven, sabiendo perfectamente que este no podía huir sino pasando a su lado, y por eso no había que temer.

Poco a poco, el sol fué tomando altura hasta alcanzar el cenit, indicando así que el mediodía había llegado. De tanto en tanto, Euchre se levantaba echando una mirada hacia el camino; pero cada vez volvía a sentirse, desilusionado. Ya debía haber venido el sheriff, y, sin embargo, aun no había aparecido...

La impaciencia fué apoderándose del maleante, porque las horas iban transcurriendo y el sheriff no aparecía.

TIRO POR TIRO

—Qué broma, — dijo Río Kid, resguardándose de los ardientes rayos del sol, que abrasa aquel valle, debajo de unos pinos corpulentos. El vaquero había salido en busca del mejicano, sabiendo que le iba a ser difícil encontrarlo; pero ahora tenía la seguridad de que no se había equivocado.

En aquel cañón no se veía el menor rastro que indicara la dirección que había tomado el mejicano, por más que Río Kid, con su habilidad en ese sentido, hubiera sido capaz de descubrir hasta la más débil señal.

Sabía que el joven debía haber salido del camino, internándose en uno de los centenares de angostos desfiladeros, ya sea para buscar la mina de Escobedo, ya sea porque, — lo que era más probable — hubiera caído en manos de sus enemigos.

Por otra parte, Río Kid comprendió que estaba perdiendo el tiempo; porque en verdad nada tenía que ver él con aquel mejicano, y si se interesaba por su suerte, había sido únicamente como consecuencia de la ingenuidad del joven y su desamparo en aquella región salvaje.

De repente, un sombrero Stetson apareció detrás de una de las rocas, cerca del lugar en que se hallaba Río Kid. Era un hombre que bajaba por uno de los desfiladeros, tratando de llegar hasta el camino que conducía a Hard Tack. Pocos minutos después, Río Kid reconoció en él a Denver Dave, el hombre que había querido asesinarlo la noche antes, penetrando en su habitación y al que, había dado una dura lección con la culata de su revólver.

El hombre caminaba pausadamente; pero cuando vió a Río Kid, su mano fué a posarse inmediatamente sobre su revólver, con la intención de sacarlo a relucir.

Pero Río Kid era demasiado ágil en esas ocasiones. Mucho antes que el de su adversario, el Colt del vaquero de Texas apareció

en las manos de éste, al mismo tiempo que Río Kid, gritaba a Dave.

—Baje ese revólver

Lentamente, el maleante soltó su arma. Río Kid había sido demasiado rápido para él

—Acérquese, compañero, que tengo que hablar unas palabras con usted.

El hombre se acercó, pero en sus ojos pudo leer Río Kid todo el odio que le embargaba.

—Hombre, creo que lo conozco a usted, — dijo Río Kid. — Usted es el individuo que quiso entrar anoche en mi cuarto en el hotel.

—Y yo no le he visto a usted en mi vida.

—¿Cómo no es usted el hombre a quien tuve que hacer anoche una caricia en la cabeza con la culata de mi revólver?

—No.

—Mentiroso, ¿por qué sacó usted entonces su revólver al verme?

—Creí que iba usted a asaltarme, y como ya me lo han hecho una vez.

Río Kid le miró fijamente. Estaba seguro de no equivocarse...

—¿Entonces no es usted el hombre que entró anoche en mi cuarto?

—No.

—¿No ha visto usted a un mejicano por aquí?

—No.

—Me refiero al que ha seguido usted con su compañero Euchre...

—No tengo ningún compañero de ese hombre. Me está confundiendo usted.

—Eso es lo que quiero poner en claro, precisamente. Sáquese el sombrero, para ver si no tiene usted en la cabeza la marca de la culata de mi revólver.

El maleante hizo un gesto de fastidio, pero, como es natural, no quiso quitarse el sombrero.

—¿Es usted sordo? ¿O quiere que le saque el sombrero de un balazo?

Dave siguió inmóvil. Río Kid por su parte, ya convencido, no quiso esperar más tiempo, y con un tiro, perforó el sombrero de su contrario, haciendo dar a éste un salto hacia atrás y quitarse el sombrero, mostrando la herida que Río Kid había esperado ver en su cabeza.

—Bueno, — dijo el vaquero de Texas, — ahora ya es inútil que siga usted negando que es Dave, y por lo tanto, voy a quitarle su revólver, y usted me va a hacer el obsequio de mostrarme el lugar en que tienen escondido al mejicano.

Río Kid extendió su mano para apoderarse del revólver de Dave; pero éste, con una velocidad que maravilló hasta al mismo Kid, hizo fuego contra el vaquero, errándole solamente por pocos centímetros.

Dave, al ver que no había dado en el blan-

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662. Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de [illegible]

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

LA DIVERSION DEL CHICO

EN EL NUMERO PROXIMO:

LA MUERTE EN "TEJAS GRISES"

Por GERALD FAIRLIE

Con todas sus fuerzas, Río Kid, golpeo con la culata de su Colt, sobre la cabeza del que entraba en su habitación.

co, quiso apretar por segunda vez el gatillo; pero el vaquero no le dió tiempo para que lo hiciera, porque, a su vez, había disparado su revólver, y sus balas jamás erraban. Dave cayó al suelo, mortalmente herido, y su segunda bala fué al aire...

Río Kid, por su parte, respiró profundamente.

—Bueno, — dijo — por poco termina mi vida aquí; pero ya que he salido ileso, he de terminar mi misión encontrando al mejicano. Y tomando el camino de Dave, comenzó la búsqueda de Carlos Alvaro por la sierra...

(Continuará)

LA ISLA FANTASMA

Por Gilbert Chester

Acosado por la miseria, Fenton, ex aviador de la Guerra Mundial, acepta una comisión sospechosa de uno de los que forman sus camaradas, el espía Hansen. Este muere trágicamente y Fenton se ve envuelto en una serie de dramáticas aventuras, en las que también interviene Sexton Blake, evitando un crimen monstruoso con su valor habitual. Las situaciones emocionantes abundan en esta fuerte novela.

I

CINCO LIBRAS A CUENTA

FENTON tenía nada más que diez chelines en su poder cuando entró al café, un establecimiento de aspecto sucio, cerca de Shaftesbury Avenue. Una niebla amarillenta envolvía el West End de Londres y la luz que salía por los empañados viarios de las ventanas del café parecía hacerle a Fenton señas afectuosas.

El sitio no era muy atrayente; pero, a juzgar por su exterior sin pretenciones, debía ser barato. Basado en el principio de que los pobres no pueden ser exigentes, Fenton entró.

El café estaba lleno de personas de un tipo uniforme. Hombres de ojos furtivos semblantes pálidos, vestidos con mal gusto, fumaban ante las mesas de mármol, charlando y dirigiendo bromas vulgares a las mujeres de rostros duros que se hallaban presentes. Aunque afuera el tiempo era desagradable, Fenton sintió que se le revolvía el estómago. Se detuvo indeciso, junto a un sitio vacante, medio inclinado a retirarse precipitadamente. Malhechores de toda especie, desde estafadores a carteristas, fulleros y aun cosa peor, parecían aquellos hombres cuando alzaron sus torvos semblantes para examinar al recién llegado.

Blanco de todas las miradas, Fenton se sintió desfallecer. Estaba cansado, tenía frío y hambre, faltóle valor moral para arrojar el guante a aquellos ojos que lo miraban y alejarse inmediatamente. Dándose cuenta de que un mozo sucio se inclinaba hacia él, desapareció su último chispazo de energía y dejóse caer en la silla.

—Supongo que estoy donde debo estar — pensó cínicamente. — Sí, café mozo y un sanwiche de jamón.

Apartó los ojos disgustado de la camisa arrugada y los puños del mozo y fijóse en su compañero, del otro lado de la mesa.

Este leía un diario griego. Su rostro estaba oculto por las hojas. Sólo era visible la copa de su sombrero. Cuando Fenton habló, dejó el diario y lo miró fijamente.

—¡Fenton!

—¡Hansen!

El reconocimiento fué mutuo y los dos hombres hablaron a la vez.

—¡Tan luego tú! — aliviado

a la vista de un rostro familiar, Fenton sonrió extrañamente. — De modo que todavía vives... después de tantos años.

Hansen sonrió y movió afirmativamente la cabeza. Era un hombrecillo bajo y pálido, de débil contextura, el tipo que se clasifica de "insignificante". Pero sus ojos obscuros, muy juntos, tenían una viva luz, mientras se inclinaba para cambiar un apretón de manos con su compañero.

—Vivo, sí — rió. — Como tú, Fenton. ¿De modo que los alemanes te respetaron? Yo siempre temí que algún Archie o Von Richtenhofen terminara contigo

—Bueno, como ves, no fué así. Aunque, para como me ha ido, casi hubiera sido mejor que me hubiesen muerto las balas alemanas. — Fenton se encogió ligeramente de hombros. — Veamos ¿cuándo fué la vez que nos vimos?

—Aquella noche que tu me bajaste detrás de la línea, cerca de Arras ¿no? — murmuró Hansen, con los párpados bajos, reflexionando.

—Es verdad— dijo prontamente Fenton y revolvió su café, pensativo.

Tres veces, durante la guerra, había dejado a Hansen detrás de la línea... por la noche y siempre del lado alemán Una quincena después había vuelto a volar nuevamente hasta el mismo solitario sitio, recogiendo a su pasajero, que entretanto había realizado con éxito alguna misión de espionaje.

Fenton no sabía realmente quien era Hansen, como tampoco su nacionalidad, Cosmopolita, hablando doce idiomas con igual fluidez, el hombrecillo era un misterio. Encogido dentro de sus mal cortadas ropas, recordábale a Fenton un cuervo hambriento, pronto a precipitarse sobre los despojos que se le ofrecieran.

Un hombre sin patria y sin hogar, sin lazos, ni prejuicios. Probablemente sin conciencia. Un espía internacional, con toda probabilidad.

¿Qué hacía Hansen en Inglaterra?

Como si adivinara sus pensamientos, Hansen sonrió, con una de las tranquilas y ácidas sonrisas, que le eran características. Fenton lo había visto antes sonreir así, cuando alguna bala de un avión enemigo extremecía el aeroplano. A despecho de su insignificante exterior, Hansen era hombre cuya sangre fría inspiraba coraje.

—¿Y qué haces ahora, amigo piloto? — preguntó Hansen, recostándose para mirar el raído saco de Fenton.

—Soy un ave sin nido — contestó Fenton con cínico humorismo. — He estado tanto tiempo en el aire que creo tendré que permanecer en él y ... vivir de é. siempre.

—¡Hum! — los ojos negros lo examinaron atentamente. — ¿De modo qué has tocado fondo? Lo siento. — Hansen frució, tanteando, sus delgados labios. — No serás...

Indicó con la cabeza a los que estaban alrededor de ellos.

Fenton hizo una mueca.

—No, no he descendido a eso.., **todavía.** Pero estoy desesperado Si mi suerte no cambia pronto tendré que hacer... algún disparate.

Hansen movió sombríamente la cabeza.

—Mi querido amigo, un pie en el gas significa la cabeza en el horno ¡Hum!

—El destino parece impulsarme en esa dirección, Hansen.

—Y entretanto te ha traído aquí esta noche — el hombrecillo quitóse delicadamente el cigarro de los labios y envió, con aire soñador, una espiral de humo al techo. — El destino ha cruzado nuestros caminos otra vez.

—¿Y...? — preguntó Fenton, con reprimida ansiedad.

—Bueno, yo creo mucho en el destino. Nos hace extrañas jugarretas. Por lo menos a nosotros nos parecen extrañas. Pero siempre hay en ellas un propósito Por eso nos ha reunido esta noche .. cuando precisamente nos necesitamos el uno al otro.

—¿Que quieres decir? — el pulso de Fenton empezó a latir con fuerza

Hansen lanzó otra espiral de humo antes de contestar Luego se inclinó bruscamente hacia adelante

—Dime ¿puedes arreglarte con quinientas libras?

—¡Si puedo! Mírame. ¿Existe semejante suma? Yo empiezo a dudarlo.

Hansen tuvo otra de sus secas sonrisas.

—No solamente existe, si no que puedes considerarla en tu bolsillo, si eres el hombre que creo. Puedo hasta darte un billete de cinco libras a cuenta

Fenton contuvo la respiración.

—¿Qué tengo qué hacer para ganarlas?— preguntó.

—Algo muy sencillo. Me acompañarás hasta cierta casa y esperarás, revólver en mano por si te necesito. Probablemente no te necesitaré. En realidad, hay mil probabilidades contra una de que no.

—¿Y si se presenta la única probabilidad?

Hansen se encogió de hombros.

—Entonces espero que tu puntería no se haya debilitado en todos estos años.

Fenton tenía el ceño fruncido y el rostro inclinado sobre la taza de café; sus dedos jugaban nerviosamente con la cucharilla.

—Mira — anunció bruscamente — quiero saber exactamente de que se trata

El espía hizo un gesto despreciativo.

—Un simple asunto Te aseguro que no se trata de robo ni asesinato, a no ser que el matar, en defensa propia, pueda considerarse esto último

—Con todo — empezó Fenton con tono de protesta, pero Hansen lo interrumpió.

—Allá, en la guerra, me acompañaste al peligro por .. por asuntos. Les llamábamos asuntos de estado. Nunca me hiciste preguntas entonces. ¿Hay motivo para que me las hagas ahora?

—Pero esto es distinto

—La diferencia consiste en que, en vez de siete libras con diez que el ejército paga por semana, tendrás quinientas por una noche de trabajo Me parece argumento suficiente.

—No vas tú a pagarme quinientas libras porque sí nomás

—Ciertamente que no Puedes decir de mí lo que quieras pero no que nací tonto.

No estoy dispuesto a darte más detalles.

Se detuvieron a escuchar. Luego Hansen bajó la linterna y buscó en su bolsillo. Entregó a Fenton una pistola.

Puedes consolarte, sin embargo, con el pensamiento de que los riesgos que vas a correr son insignificantes comparados con los que afrontamos juntos en Francia. Conque...

Hansen se detuvo. En el café se había producido un repentino silencio. Fenton alzó la mirada. A pocos pies de distancia estaba parado un hombre grandote, de tipo agresivo, con la galerita ladeada sobre su cabeza de bola.

A través del silencio, sintió Fenton una atmósfera de tensa turbación. Todos los otros clientes observaban recelosamente al hombre grande, mientras éste paseaba sus ojos entornados por el café. Sin prisa indebida, Hansen se dió vuelta para observarlo.

La mirada de acero del recién llegado viajó por el salón hasta que se detuvo en Hansen. Por un segundo reflejóse en ella una expresión interrogadora, medio velada. Luego, el hombre caminó negligentemente hacia la mesa donde estaban los ex camaradas y apoyó su mano sobre el hombro de Hansen.

—¡Hola! — dijo el espía mirándolo fríamente.

—Buenas noches, Pangalos, hijo mío — el hombre grande sonrió ligeramente al ver el diario griego que Hansen tenía a su lado. — ¿Cómo le va?

—Así, así — replicó descuidadamente Hansen. — ¿Y a usted?

—Lo mismo... así, así.

—Lo que quiere decir que no ha podido descubrir donde vive el criminal ¿no?

La joven se arrojó sobre Fenton — ¡Pronto! — dijo. — Lo sabe todo. Si se escapa...

—Algo por el estilo — los ojos del desconocido se fijaron un momento en Fenton — Bueno, volveré a verlo a usted en cualquier momento...

Con una indiferente inclinación de cabeza, el hombre grandote siguió de largo. Cuando la puerta de la calle se cerró tras él, un suspiro de alivio vagó en el aire.

Los otros clientes se movieron ruidosamente. Un hombre que estaba en la mesa vecina se aflojó el cuello. Luego empezaron otra vez las conversaciones.

—¿Quién es? — preguntó Fenton.

—El detective - inspector Coutts, de New Scotland Yard — contestó Hansen — Una antigua relación mía. A veces hemos sido amigos, a veces enemigos. Todo depende de para quien trabaje yo.

—¿Qué quiere?

—¡Oh!... con nosotros nada. Debe andar buscando a algún criminal. Va a cualquier parte en pos de él.

—¡Hum!... — gruñó Fenton.

—Bah, hombre; ni tu ni yo le interesamos Si así fuese, no se habría acercado. Con que ¿qué hay respecto a lo dicho? — Hansen sacó un billete crugiente, de cinco libras. — ¿Te entrego esto o no?

Fenton vaciló. No le gustaba la cosa; pero el billete lo tentaba.

—¿Juras que no se trata de algo criminal? — murmuró.

Hansen inclinó la cabeza.

—Mi amigo, te aseguro que estaras del lado de los angelitos.

—Muy bien. Acepto entonces — anunció Fenton, guardándose el billete. — ¿Cuando empezamos?

—Ahora mismo — replicó Hansen doblando el diario. — ¿Arreglados?

—Arreglados — respondió Fenton — Mueve la hélice...

Hansen se echó a reir e hizo una pantomima, como si girara una hélice. A los pocos momentos ambos hombres abandonaban el café.

Hansen guió al joven hacia Mayfair. Mientras caminaban, la niebla se hizo más densa. Era muy difícil ver. Pronto los faroles del alumbrado quedaron convertidos en simples ampollas de luz amarillenta, borrosas, contra un fondo de tinta.

—Es mejor que te subas el cuello del saco — sugirió Hansen. — Y que te eches un poco el sombrero a los ojos para preservarlos de la niebla.

Fenton siguió el consejo y vió que su compañero lo imitaba. Comprendió que no era la niebla lo que temía Hansen si no el ser reconocido.

Silenciosamente, pensando a donde iban y cual era la verdadera naturaleza de aquella comisión, el ex piloto siguió a su guía a través de una masa de calles obscuras, en las cuales había cesado el tráfico de los vehículos. A cada yarda crecía la obscuridad. Era imposible distinguir nada.

Hansen, sin embargo, parecía dotado de una vista sobrenatural. Proseguía su camino sin vacilaciones y al fin se detuvo ante una puerta, flanqueada por pilares y a la q se llegaba por escalones bajos.

—Espera... no hagas el menor ruido — murmuró y se acercó a la puerta, tanteando.

Después de unos momentos se oyó un débil "clic". Apretando el brazo de Fenton, Hansen lo hizo entrar en la casa.

Adentro todo estaba tan obscuro como en la calle. Fenton se quedó aguardando mientras su guía cerraba silenciosamente la puerta de entrada. Hubo un segundo de silencio

durante el cual el espía pareció escuchar. Luego encendió una linterna eléctrica y paseó su luz por el hall. Este estaba bien amueblado y terminaba en una amplia escalera. La mesa del centro hallábase cubierta por una espesa capa de polvo. Varios objetos estaban protegidos por fundas. Por aquellas señales, dedujo Fenton que la casa se hallaba temporariamente cerrada.

Siempre en silencio, Hansen iluminó los rincones con su linterna y se quedó escuchando. Finalmente bajó al suelo el haz de luz y buscó en su bolsillo.

—Toma esto. Está completamente cargada — puso una pistola automática en la mano de Fenton, que la recibio de mala gana. — Esperemos que no tendrás que usarla.

—¿Y ahora?

Hansen se dirigió a una ventana y descorrió la cortina. La ventana estaba cerrada. Entre ella y la cortina había un pequeño espacio, como para dar cabida a un hombre.

—Quédate aquí hasta que venga a buscarte o... pase algo. Si así es, sal de tu escondite, pistola en mano y arma alboroto. Durante la confusión, yo escaparé y entonces.

—Y entonces me quedaré yo en la estacada... — replicó Fenton. — Gracias por ..

—Puedes darme las gracias por esto. Serás completamente dueño de la situación. No tienes más que decir: "Lo que él sabe me protege" Nadie intentará tocarte. Dejarás la casa sin ser molestado. Luego puedes encontrarte mañana por la noche en el café conmigo.

—¿Es cierto lo que me dices?

—Absolutamente cierto. No tienes por que preocuparte. Probablemente, nada ocurrirá. Yo volveré por tí y saldremos juntos por donde entramos. Más tarde te daré el resto de las quinientas libras.

Hizo señas a Fenton que se ocultara en el hueco. corrió la cortina y luego, con dedo sobre los labios, deslizóse silenciosamente hacia una puerta y desapareció. Al extinguirse el rayo de luz de la linterna, el hall volvió a quedar obscuro y silencioso como una tumba.

Por algún tiempo, el joven permaneció rígido, esperando. Por último, el silencio fué interrumpido por un débil rumor en la puerta de calle. Esta última se abrió sin ruido y entró una figura vaga.

El recién venido se detuvo para sacar la llave de la cerradura, luego cerró despacio la puerta. Encendiendo una linterna, paseóla por el hall y luego se dirigió rápidamente hacia la puerta por donde había desaparecido Hansen.

En el breve momento en que brilló la luz de la linterna, Fenton pudo darle un vistazo... nada más. Como el espía, tenía el cuello alzado y el sombrero sobre los ojos.

Pasaron los minutos y el ruido en la puerta se repitió. Entró un segundo hombre, iluminó el hall con su linterna, como lo había hecho su predecesor; luego desapareció por la misma puerta que los otros.

Fenton siguió en su solitaria guardia, latiéndole el pulso debajo de la tirilla del reloj. El completo silencio, la incertidumbre, le habían puesto los nervios de punta. Varias veces tocó la culata de la pistola y experimentó un mórbido consuelo a su contacto.

¿Dónde habían ido Hansen y los otros? ¿Y qué hacían? ¿Por qué... por qué...?

Se puso nuevamente rígido al oir otra vez ruido en la puerta de calle. Un haz de luz iluminó la obscuridad y esta vez vió dos personas, un hombre y una mujer.

La cara del hombre quedaba oculta entre el cuello y el ala del sombrero; su compañera, envuelta en una capa, tenía la cabeza cubierta por una capucha. Sin decir palabra, la pareja siguió el mismo camino que los demás y el hall quedó silencioso otra vez.

Intrigado, Fenton se recostó contra los postigos. ¿Cómo era que todos esos extraños visitantes tenían llave o ganzúa? ¿Vendrían más?

Pero pasaron los minutos sin que llegaran más visitas. Una vez o dos pareciole a Fenton que oía pasos en la calle. Pero nada ocurrió. Posiblemente los pasos eran los de algún vigilante.

Empezó a bostezar; descubrió que se estaba quedando entumido por el poco espacio de que disponía.

¿Pero qué pasaba? ¿Por qué no volvía Hansen?

El tiempo parecíale una eternidad y luego...

En la casa silenciosa resonó un agudo grito de mujer.

II

PRUEBA

¡La joven!

Fenton apartó la cortina y corrió hacia la puerta interior.

No tenía ni linterna ni fósforos y en su prisa tropezó contra muebles invisibles. Mientras buscaba frenéticamente el pestillo de la puerta, se detuvo a escuchar.

El grito no se repitió.

Aquello lo serenó. Trató de abrir cautelosamente y el pestillo cedió. Empujó silenciosamente la puerta y pasó a una especie de antecámara.

No había en ella luz; pero, a nivel del piso, se veía una línea luminosa. Eso quería decir que había otra puerta y detrás de ella una habitación ocupada.

Hansen le había dicho que obrara si ocurría algo. Fenton decidió que el grito era algo. Se acercó de puntillas a la puerta por donde penetraba el rayo de luz y escuchó. Ni el menor sonido...

Sus dedos tocaron el pestillo. Pulgada por pulgada, abrió la puerta. Miró y... retrocedió horrorizado.

En el suelo estaba Hansen, inmóvil como si estuviera muerto. Tenía la cabeza curiosamente torcida y en el suelo, donde tocaba había una mancha obscura.

Inclinada sobre él, dando la espalda a la puerta, estaba una joven.

—Sí, algo había pasado por cierto.

Fenton se repuso, tomó una decisión rápida y traspuso el umbral. Sin darse vuelta, cerró la puerta con llave.

El leve ruido llegó hasta la joven. Se dió vuelta y se enderezó. Al ver a Fenton lanzó un grito, bajo y ahogado, retrocediendo.

—¿Quién... quién es usted? — balbuceó.

Fenton ignoró la pregunta.

—¿Qué ha pasado aquí? — preguntó a su vez.

Ella se encogió de hombros y con un movimiento de cabeza le indicó a Hansen. Ambos movimientos indicaban impotencia frente a la tragedia.

Fenton se acercó al hombre caído y ella retrocedió rápidamente, fuera de alcance. Cuando el joven aplicó su mano al pecho de Hansen advirtió que el corazón había cesado de latir. El cosmopolita estaba muerto.

Fenton se puso de pie y miró a su alrededor. Cerca de la estufa había un armario abierto y esparcido por el piso una miscelánea de los objetos que había contenido. Si puso que Hansen se había ocultado allí, que lo descubrieron y halló la muerte.

Sobre las baldosas del hogar había una cachiporra de plomo. Su feo extremo estaba manchado de sangre, la sangre de Hansen.

Muchas veces se había visto Fenton cara a cara con la muerte En el pasado aprendió a mirarla con indiferencia. Donde la muerte segaba en montón con su guadaña, ¿qué importaba una vida más o menos?

Pero aquí era distinto Menos de una hora antes había estado sentado en un café, con Hansen, entre luces, calor y risas. La muerte parecía entonces muy lejana. Y había llegado rápida, inesperadamente. En un marco, de lujo, la tragedia parecía fuera de lugar, incongruente.

Todavía aturdido por el choque miró a la joven que lo miraba también, apoyada contra una mesa Chippendale Sus negros cabellos y sus labios, rojos y llenos contrastaban con la blancura de su cutis. En su pálida belleza había el esplendor del sur quizá de España. Pero por la delicadeza de sus miembros y de sus facciones podía tomársela por gitana.

Los ojos de Fenton se fijaron en las esbeltas manos y luego en la cachiporra, que se hallaba dentro de la estufa.

—Fué usted... — murmuró.

Los labios de la joven se apretaron. Inclinó brevemente la cabeza.

—Tuve que hacerlo Se trataba de él o... de mí. Usted no comprende... no puede...

—No comprendo — reconoció Fenton y recordando a los otros dirigió una rápida mirada hacia la puerta.

—No... no tiene que ir ahí... ¿Oye? — dió un salto adelante y agarró salvajemente la muñeca de Fenton. — No puede usted dejarme sola con... esto. No puede, se lo digo.

Recordando las instrucciones de Hansen, Fenton se rehusó. El espía le había dicho que él sería dueño de la situación. Y sin embargo con Hansen rígido sobre el piso ¿lo era?

—Si está usted sola ¿dónde se encuentran los otros? — preguntó.

—Los otros... — ella le dirigió una mirada rápida — ¿Qué otros?

—Los hombres que estaban aquí con usted, el que llegó en su compañía.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Porque lo vi — contestó Fenton ceñudamente y observó el efecto de su declaración. Vió a la joven extremecerse y añadió— Los vi y se...

Nuevamente se mordió ella el labio. Por un segundo estuvo con el ceño fruncido, tirroneando nerviosamente de su pollera. En sus ojos obscuros, semi-velados por las largas pestañas, descubrió él una nueva expresión de miedo, miedo mayor que hasta ahora.

—¿Y bien? — preguntó Fenton bruscamente.

—Se... se han ido — contestó ella con lentitud, los ojos bajos.

—¿Cuándo?

—Antes... de que... ocurriera esto — indicó el cadáver con la mano: pero no lo miró.

—Yo no los vi salir, sin embargo — comentó Fenton desconfiado. — Y estuve todo el tiempo ahí, detrás de la puerta.

—Hay otra puerta, sin embargo... — indicó ella una segunda salida de la habitación — Nadie sabe esto más que usted y... yo... todavía.

—Lo sabrán, sin embargo. La policía...

—No tiene por qué saber quien fué — lo interrumpió ella con vehemencia. — A menos que usted me delate. ¿Oye? A menos que usted me delate.

—¿Y por qué no la voy a delatar?

—Porque él... ese hombre que está ahí... era un bribón ¿Me hará usted ahorcar por un reptil como ese?

La joven se acercó a Fenton nuevamente su pecho subía y bajaba, sus ojos negros estaban levantados con expresión suplicante. Mientras la miraba, ocurriósele a Fenton que, después de todo, él sabía muy poco de Hansen. También se estaba dando cuenta cada vez con más vehemencia de que la matadora, según su propia confesión, de Hansen era una mujer muy hermosa.

Mil pensamientos se sucedieron en el cerebro de Fenton. La expedición era sospechosa Recordó los movimientos furtivos y recelosos de Hansen, su ofrecimiento de una gran suma de dinero.

No era probable que, cuando se le había ofrecido quinientas libras por un servicio tan sencillo como vigilar la salida, se tratara de un asunto honrado.

Fenton vacilaba.

—Si no la delato, joven — dijo al fin — seré su cómplice. Y la justicia no trata con mucha indulgencia a los cómplices de un asesinato.

Ella se encogió de hombros y curvó sus labios

—Debí saberlo. Hoy día no hay caballerosidad. Un hombre ya no corre riesgos por salvar a una mujer.

Fenton sintió acudir calor a sus mejillas; pero se contuvo.

—Pero un asesinato... y no sabiendo nada — movió negativamente la cabeza. — Usted debe comprender. Antes de decidir, tengo que enterarme mejor de los hechos. Es justo, ¿no le parece?

Las largas pestañas se bajaron aun más, de modo que los ojos apenas se veían La joven inclinó la cabeza, mientras sus largos

dedos tiraban continuamente de su blusa.

Parecía luchar consigo misma. Y mientras lo hacía, Fenton la contemplaba.

Pensaba si sería o no española. Su belleza morena sugería sangre latina... vengativa. Pareciale un crimen mayor que el asesinato traicionar a tan hermosa mujer. Y sin embargo, Hansen, que yacía allí muerto, había sido su amigo.

¡Qué extraño es el destino! A veces sus jugarretas son trágicas, perversas. Seguramente ésta era una de ellas.

Tenía que decidir, y pronto, entre dos alternativas, aquella cualidad abstracta llamada caballerosidad y su lealtad al muerto. Mientras las pensaba ambas, pensó que su propio papel en el asunto no sería fácil de explicar. ¿Qué derecho tenía él a estar en aquella casa, después de todo?

Detrás de la joven había una estatua de bronce, un sátiro, cuyos labios ostentaban una sonrisa torciday maligna. La estatua parecía burlarse de Fenton, símbolo del destino que lo había arrojado primero al arroyo y luego, con la promesa de lo que para él era fortuna, metido en semejante lío.

Mujer, belleza y... muerte. Era el lema francés ¿no? Una literatura pesimista acoplaba los dos contrastes...

—Si... — la joven alzó la voz. — Usted debe saber. Es justo. ¡Escuche!

Corrió hacia él de nuevo y agarróle por los hombros con sus pequeñas y blancas manos.

—¿Para qué había venido él aquí? ... Para intentar un chantage. Se lo aseguro... un chantage contra mí, una mujer indefensa. ¿Puede censurarme que haya matado a un ser así? El quería hacerme caer en un lazo... meterme en un callejón sin salida y luego sangrarme, despojarme de cuanto tengo. Esperó hasta que todos se fueron, luego salió como lo que era, una viscosa serpiente y... y...

Fenton sintió que los dedos de la joven lo oprimían. Se apretó contra él. El sutil perfume de sus cabellos le llegó a las narinas. Y como desde una niebla, tan espesa como la de afuera, sus grandes ojos ardientes le imploraban.

—Si es usted hombre... si tiene corazón...

A través de su voz que se iba elevando oyó Fenton el ruido de una puerta que se abría. Por encima del hombro de ella vió un grupo de hombres en el umbral.

—¡Pronto!

Se arrojó contra él, ciñéndolo con sus brazos.

—Lo sabe todo. Si se escapa...

Con un tirón frenético, Fenton se soltó y la arrojó de sí. Cuando el trío se arrojó sobre él, saltó de costado y sacó su pistola.

—¡Manos arriba! — gritó levantando el arma.

La muchacha se aplanó contra la pared, mientras los tres hombres vacilaban. Por encima de su pistola levantada, Fenton los examinó.

Uno de ellos era de gran tamaño, rostro colorado, que lo miraba con furiosos ojos; detrás de él había otros dos, de cabezas cuadradas, tipos extranjeros, cada uno de ellos con una mano en la cadera.

El hombre grande traía un balde de agua y un trapo. Para limpiar las manchas de sangre del piso. Habían salido del cuarto para buscar material de limpieza y vuelto de improviso.

—Lo ha visto... lo ha oído todo — gritó la mujer con voz aguda. — Estaba con Hansen...

¡Crac!

El hombre grande agarró un gran plato de Sevres y se lo tiró a Fenton. El plato se estrelló contra la pared. Mientras le pasaba raspando, Fenton hizo fuego; la lamparilla eléctrica estalló. Luego, mientras los otros corrían desatinadamente, el joven se lanzó hacia la ventana.

En la obscuridad oyó el estrépito de muebles que caían, juramentos, gritos. Encontró una silla y la tiró contra los vidrios. Se hicieron pedazos y Fenton apartó las cortinas, pasó por entre los vidrios rotos y saltó a un abismo de niebla. Atravesó el vacío y luego quedó tendido largo a largo en una superficie dura. Se levantó tembloroso, dolorido. Encima de su cabeza, en las sombras resonaban gritos. En el camino oyó pasos que corrían.

Tentó frenéticamente a lo largo de la pared, encontró escalones y subió por ellos. Cuando llegó arriba, un hombre salió de entre la niebla. Le pegó en la cabeza con la culata de la pistola y mientras el otro se tambaleaba, gimiendo, el siguió adelante entre una densa cortina de sombra.

Le dolía cruelmente la rodilla y su cabeza daba vueltas. Pero siguió corriendo ciega, obstinadamente, donde no sabía ni le importaba. Detrás suyo oyó más gritos, ruidos de ventanas que se levantaban, pasos que lo perseguían. El solo sabía que tenía que huir.

Los pies seguían obstinadamente su rastro guiados por sus propios pasos en la niebla. Esta última le penetraba en la garganta y en los pulmones. Su respiración salía entrecortada mientras chocaba contra tapias y postes de alumbrado.

Siempre aquellos pies... implacablemente ¡Maldita mujer! El había caído en la trampa por querer hacerse el caballero, mientras ella lo entretenía hasta que volvieran sus cómplices. Si lo agarraban, todo terminaría para él. Sabía demasiado para que lo dejaran ir con vida.

Adelante oyó otros pasos, en la obscuridad, voces.

Jadeante, desvióse, tropezó con una pared y trepó por ella. En un decir amén estuvo arriba y se dejó caer del otro lado... sobre un suelo blando... un cantero de flores.

Abajo, en la calle, los pasos se detuvieron; pero Fenton siguió, escaló otras paredes, atravesó otros jardines. Las voces se debilitaban a la distancia. Indudablemente sus desorientados perseguidores lo buscaban.

Que buscaran nomás.

Se abrió paso entre unas matas y encontró ladrillos y cemento. Era otra pared. Por encima de su vago borde descubrió el débil

resplandor amarillento de una luz de la calle.

¡Al fin!

Trepó a la pared y se dejó caer del otro lado... directamente en brazos de dos agentes de policía. Antes de que Fenton se diera cuenta de su presencia, lo sujetaron.

—Y bien, amiguito, que...

Fenton trató desesperadamente de soltarse y por un segundo los tres hombres lucharon abrazados. Pero pronto ganó la fuerza combinada de sus dos apresadores. Algo cayó al suelo con ruido metálico. Fenton fué rudamente empujado contra la pared.

—No, no se escapará, joven—uno de los policías le iluminó la cara con una linterna. — ¿Quieres ver lo que ha tirado, Bill?

Sujetó a Fenton como en una prensa, mientras su compañero se agachaba.

—Una pistola. Está cargada. Y... — lanzó un silbido entre dientes — ha sido disparada también. Un cartucho...

Mostró una pistola automática. Lanzando un gemido, comprendió Fenton que se le había caído del bolsillo.

—Ahora, ¿qué ha estado haciendo? — preguntó el fornido Bill severamente.

—Nada — contestó sombriamente Fenton; pero comprendió la inutilidad de su negativa. — Eso no es mío y...

—Y tampoco saltó usted por la pared del jardín de Sir James ¿eh? — contestó el otro sarcásticamente. — Usted confundió el sitio con Croydon y aterrizó en la niebla. ¡Marche!

—No sea estúpido — estalló Fenton; cuyos dientes castañeteaban... ¿era de frío?

—Déjeme ir que yo...

—No, no se irá, amigo. No se lo permitiremos. Así que es mejor venga tranquilamente.

Manos fuertes oprimieron los biceps de Fenton. Fué dado vuelta y obligado a marchar a alguna comisaría. Mientras caminaba de mal grado entre sus apresadores, su mente pensaba en una cosa con enloquecedora insistencia.

El detective ispector Coutts, de Scotland Yard, lo había visto con Hansen en aquel café. Y ahora Hansen había sido asesinado.

El era el último hombre visto con Hansen cuando éste estaba vivo.

III

LA NIEBLA SE ACLARA

Después de cruzar Oxford Street, Tinker entró en una densa zona de niebla y perdió todo sentido de dirección. El tráfico y los transeuntes habían desaparecido.

Tragado por una fantasmal obscuridad y no teniendo nada que lo guiara, el joven marchó a la ventura a través de una masa de calles que, normalmente, le eran familiares, sabiendo que no estaba lejos de la casa de Blake, en Baker Street.

Anduvo a tientas como diez minutos, cuando la niebla se aclaró súbitamente. Pero la obscuridad no desapareció; solo se había producido un claro en la niebla, a través del cual se distinguían confusamente verjas y casas.

Siempre esperando que algo le indicara con precisión donde estaba, Tinker entró en el vago resplandor de un farol de alumbrado. En el mismo momento otras dos figuras salieron de la niebla.

—Oid... ¿podéis decirme donde estamos? — dijo Tinker deteniéndolas.

La pareja se detuvo: uno de los hombres lo hizo tan bruscamente que hubiera caído de no sostenerlo su compañero.

—¡Eh!... haz un esfuerzo, Jim — dijo el hombre más fuerte, recostando a su compaero contra una verja. — ¿No puedes? Ya estamos en casa, casi.

Pero el otro no contestó, ni se enderezó. Colgaba sobre el brazo de su amigo: tenía las rodillas dobladas y la cabeza caída sobre el pecho.

—¡Vamos! — su compañero lanzó una exclamación de impaciencia y siempre sosteniéndolo se volvió a Tinker. — Tiene una mona horrible. ¡Qué estúpido!

—Así parece... — dijo Tinker cortesmente. Le interesaba más la topografía del lugar que los transeuntes. — Pero... ¿qué calle es ésta?

El otro miró la puerta más próxima.

—Se lo diré dentro de un minuto, si mi llave sirve — contestó, con una corta risa — Ea, sosténgalo un poco ¿quiere? Voy a ver...

Mientras Tinker sostenía comedidamente al ebrio, el otro se acercó al portón, flanqueado por pilares, luego desvióse bruscamente y se alejó en la niebla a toda la ligereza que daban sus piernas.

—¡Eh... oiga! — gritó Tinker con acento de protesta al desaparecer el otro.

Pero sólo le contesto una risa gutural. Los rápidos pasos se perdieron a la distancia. El muchacho y su impotente carga quedaron solos en la niebla.

—¡Estoy arreglado! — exclamó Tinker y en su asombro soltó al ebrio.

Instantáneamente éste se deslizó al suelo, donde quedó hecho un montón inerte. Furioso por la burla, Tinker se inclinó sobre el hombre y encendió un fósforo.

Cuando brilló la llamita, Tinker lanzó una exclamación ahogada y miró con horror el rostro, de mandíbula débil.

El sombrero del hombre se había caído. En la base del cráneo tenía una gran herida.

Estaba muerto: había recibido un golpe con algún objeto pesado.

Estupefacto, Tinker se arrodilló. Luego, cuando se penetró bien de la verdad, se puso de pie aturdido y dirigió una mirada a la niebla, buscando mecánicamente al fugitivo.

Pero se había desvanecido por completo. Todo lo que de él le quedaba era la impresión de que era un hombre alto, de sobretodo y sombrero blando, un hombre que hablaba con acento extranjero.

Comprendió el muchacho que, aunque volviera a ver aquel hombre, no podría identificarlo.

Poco después encontró Tinker a un cabo de policía que lo ayudó a llevar su siniestra carga a la comisaría más próxima.

Allí se identificó rápidamente el cadáver. Su ropa y su correspondencia proporcionaron indicios. A los pocos minutos los alambres telefónicos vibraban y el detective inspector Coutts vino a toda prisa, de la Yard, a Marylebone.

Sin embargo, la niebla lo retrasó algo. Cuando llegó a la comisaría, ya había delante de su puerta un gran auto gris

Al descender, el hombre de la Yard dirigió una mirada rápida al auto.

—¡Hola! Blake se me ha adelantado — murmuró y entró apresuradamente en la oficina del inspector.

Allí encontró a un hombre alto, delgado, hablando con el oficial. Tinker estaba con ellos.

—¡Hola, Blake! — Coutts colocó su galerita sobre el escritorio y se dió vuelta para estrechar la mano del detective privado — ¿Qué tiempito, eh? Cualquiera creería que yo soy médico para salir con semejante niebla. ¿Qué hace aquí? ¿Vino por ese asesinato?

Blake movió afirmativamente la cabeza.

—Tinker trajo el cuerpo. Me telefoneó y vine.

—¿Ha visto usted el cadáver entonces?

—No. Acabo de llegar. Tengo entendido que usted conoce al muerto... ese Hansen o como se llame.

—Sí —convino Coutts brevemente. — Era un espía internacional a sueldo de quien le pagara bien. Y bien, inspector — frotóse las manos vivamente — vamos a verlo...

Los cuatro hombres entraron al cuarto donde estaba el cadáver, extendido sobre una mesa. Después de un minuto Coutts se enderezó con un gruñido.

—Tiene el cráneo roto. Por algún martillo, culata de pistola o cualquier objeto por el estilo. Mal asunto para nosotros, viejo. Cualquiera puede haber cometido ese crimen.

—Seguro. Estos crímenes son siempre difíciles de descubrir. Hay poco en que basarse. Rara vez un rastro definido.

—Tenemos uno, sin embargo — intervino Tinker. — El tipo que lo arrastraba por la calle era extranjero. Lo juraría.

—¿Extranjero? — se adelantó Coutts frunciendo el ceño. — ¿Está seguro, muchacho?

—Seguro... a menos que... — Tinker vaciló.

—A menos que... — urgió el inspector.

—Que fingiera acento extranjero. Si es así lo hizo muy bien — corrigió Tinker cautelosamente.

—¡Hum! — pensó Coutts un instante — sería finguido, probablemente. Sucede que yo lo ví a este sujeto, Hansen ó Pangalos— tenía una docena de nombres — en las primeras horas de la noche. Lo acompañaba otro individuo, un hombre como de treinta años. Era inglés, lo apostaría. Estaban tramando algo en un café de Soho. Los vi salir después. Se dirigieron hacia el oeste juntos.

—¿Conoce usted entonces al otro hombre? — dijo el otro inspector.

—No: me es desconocido. Pero puede estar usted seguro de una cosa. Todos los que se reunen a esa hora en esos cafés son malhechores El hombre que acompañaba a Hansen debe ser el extranjero que encontró Tinker.

—Es posible — convino el otro inspector con los párpados bajos. — Pero en esto ha intervenido más de uno. Miré aquí...

Dió vuelta el cuello de la camisa del muerto. En su arrugada superficie interior se veían, claramente, cuatro marcas muy juntas.

—¡Pulgares! — exclamó Blake y examinó las marcas con su vidrio de aumento.

—Eso es lo que a mí me pareció — dijo el inspector local. — Y cuatro pulgares significan dos personas. Creo que lo arrastraron por el cuello.

—Lo que quiere decir que estaría haciendo algo inconveniente — comentó Coutts — Por alguna razón no quisieron que se encontrara el cadáver y lo sacaron a la calle, como si se tratara de un borracho, pensando deshacerse de él. De eso no cabe duda.

—Pero ¿qué fué del otro hombre? No es fácil que un hombre solo pueda llevar a un muerto. — Tinker movió la cabeza. — Además la niebla era muy espesa. Podrían haber sacado el muerto a la calle y abandonarlo sin inconvenientes.

—Quiere decir que deseaban llevarlo bien lejos del teatro del suceso — dijo Coutts — ¿No se fijó, Tinker, si el hombre que lo llevaba al difunto era rubio?

—¡Rubio! — el inspector local se sobresaltó. — Eso me recuerda que mis hombres han traído, hace unos momentos, a un hombre rubio, como de treinta años. Lo agarraron cerca de Portman Square, cuando saltaba de una pared. Llevaba una pistola, con un cartucho descargado. Quizá sepa algo de esto.

—Pero Hansen no fué muerto de un tiro — dijo Tinker.

—Es cierto; pero puede tirársele a un hombre, y no acertarle y luego pegarle con la culata del revólver, en un cuerpo a cuerpo joven. ¿Lo hacemos venir?

Coutts movió afirmativamente la cabeza, y, a una palabra del inspector, el prisionero fué introducido en la habitación. Era un hombre fornido, rubio, con la mirada alerta, de pájaro, de los aviadores. Cuando se miraron tanto el preso como Coutts tuvieron un sobresalto.

—¡Es el mismo! — exclamó el inspector de la Yard triunfalmente. — ¿Cómo se llama? ¿Fenton, eh? Bueno ¿que sabe usted de esto?

Indicó el cadáver que estaba sobre la mesa.

Fenton volvió lentamente la cabeza y al reconocer las pálidas facciones del espía hizo una mueca.

—No se quien lo mató — contestó sombríamente.

—¡Hum! — murmuró Coutts e hizo la prevención formal. — No está usted obligado a decir nada ahora. Pero puede ayudarlo más tarde, si lo hace. Recuerde que lo vi con Hansen esta noche.

Fenton asintió con la cabeza.

—Sí, estaba con él; pero no cuando lo mataron.

—¿Sabía usted que estaba muerto, entonces?

—Sí, lo vi más tarde.

—¿Dónde?

—En la casa a donde él me llevó. Me dijo que lo esperara en el hall. Llegaron más tarde un hombre y una mujer. Lo que hicieron no lo sé. Oí un grito de mujer y fuí a investigar. Encontré a Hansen, muerto, en otro cuarto.

—¿Y luego?

—Los hombres vinieron y me atacaron. Escapé por una ventana. Me perseguían en la niebla, así que trepé por una pared y huí por una serie de jardines. Acababa de saltar la última tapia cuando me encontré con los agentes de policía.

—¡Hum! — el gruñido de Coutts era incrédulo. — ¿Y dónde queda esa casa?

Fenton se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca había estado yo allí antes. Y la niebla era tan densa que no pude leer los nombres de las calles. El sitio estaba bien amueblado. En la pieza donde mataron a Hansen había muchas estatuas de bronce. Una de ellas era un sátiro. Le recuerdo perfectamente.

—¡Un sátiro!...

Blake, que estaba junto a la mesa, lanzó una viva exclamación. Mientras el inspector de la Yard hacía sus preguntas, el detective particular había seguido examinando el cadáver. Por vez primera intervino en el interrogatorio.

—Sí, señor... un sátiro — repitió Fenton.

—¿Recuerda usted el color y decoración de la pieza? — preguntó Blake.

Fenton pensó un momento.

—Las paredes estaban cubiertas por papel con fondo dorado, me parece — replicó — Y las cortinas y colgaduras eran azules. La alfombra tenía dibujos chinescos, amarillos y azules.

—¡Ah!... me lo imaginaba. Debe ser la casa de Lady Dandre — observó el criminalista. — He estado allí varias veces y reconozco esos detalles. Sólo que... — miró a Fenton con sus duros ojos. — Se que Lady Dandre se halla en Miami y la casa está cerrada.

—Me lo imaginé, señor. Todo estaba cubierto con fundas. Y la casa tenía aspecto de hallarse deshabitada.

—¡Ah!... ¿Y no se fijó en algún detalle particular de sus asaltantes?

—Sólo que eran extranjeros, señor. Por lo menos dos de ellos, lo juraría.

—¿Latinos?

—No, señor, Nórdicos. Podían ser alemanes, escandinavos, acaso holandeses.

—¿No vió usted un hombre con pulgares dobles?

—No, señor. Pero no tuve mucho tiempo para examinarlos atentamente.

—¡Hum!... no. Claro que no. — Blake miró al inspector. — Hágalo llevar. Deseo hablar una palabra en privado con usted.

El inspector dió una orden y Fenton fué conducido fuera de la pieza. Cuando la puerta se cerró tras el preso y sus guardianes, Blake hizo señas a sus compañeros que se acercaran.

—¿Qué es eso de los pulgares dobles? — preguntó Coutts.

Blake indicó el cuello del saco del muerto.

—Las impresiones son positivas. Observe cuan juntas están las marcas de los pulgares, como si cuatro pulgares juntos hubieran agarrado el cuello.

—¿Y bien? — dijo Coutts.

—Cuatro pulgares, mi querido Coutts, no toman esta posición tan junta. Ni tampoco pulgares normales. Podría haber dos juntos: pero a cada lado existiría el espacio para los dedos que los acompañan.

—¡Diablo!... así es.

—Y cuando un hombre mete sus pulgares dentro del cuello de otro, tiene que tener los puños apretados. Haga la prueba. Por consiguiente, sería imposible que otro hombre colocara sus pulgares tan juntos a los del primero. Por estas razones deduzco que el dueño de estos pulgares, los posee dobles: en suma, que es un individuo deforme.

—¿Deforme?

—Sí. La naturaleza produce estas extrañas anormalidades. Recuerdo haber visto un caso similar en un hospital, hace años. Me inclino a creer que ese Fenton dice la verdad.

—Pero dijo que no vió a un hombre con cuatro pulgares.

—Lo sé. Razón de más para creerlo inocente. Hubiera sido ventajoso para él responder afirmativamente a mi pregunta. El que no haya aprovechado la oportunidad que se le ofrecía, sugiere que es sincero.

—¡Hum! — Coutts miraba al suelo con el entrecejo fruncido — "No delatarás" es el código de los malhechores, ya sabe. ¿Si tratara de salvar a alguien?

—Admito esa posibilidad, aunque no como probable Coutts. Si es embustero ¿por qué confesó tanto? El podía muy bien haberse separado de Hansen poco después de dejar Shafstesbury Avenue. Y usted no podía probarle lo contrario.

—Quizá ignoraba él cuanto sabía yo — replicó Coutts. — Pudo tener miedo de mentir demasiado, de decir algo que pudiéramos desmentir. Por mi parte no creo una palabra del cuento que nos ha hecho.

—Entonces una visita a lo de Lady Dandre aclarará el asunto. Si encontramos un vidrio roto, tendremos algo en que basarnos. Sugiero que llevemo allá a este individuo y lo dejemos que identifique la casa.

Amanecía cuando dos autos se detuvieron frente a una casa de frente estucado, en una avenida aristocrática. La niebla se había aclarado, pero persistía aun. A través de su sudario, se veían otras casas similares, con las persianas bajas, silenciosas. Del primer auto bajaron Blake y su ayudante. Del segundo Coutts, seguido por Fenton y un policía de particular.

—Espere aquí — dijo el de la Yard al conductor del auto.

Los demás subieron los escalones, teniendo en medio a Fenton, bien vigilado. Blake llamó a la puerta y, no recibiendo respuesta, abrió con una ganzúa.

A la luz de la linterna, Fenton guió a sus compañeros a través del hall y de la antecá-

mara, reconociendo detalles mientras avanzaban.

Blake abrió una puerta y Fenton pasó por ella.

—Este es el cuarto — anunció y señaló una ventana.

El vidrio estaba roto. Del techo colgaba una lámpara eléctrica, rota también.

Alrededor había bronces exquisitos.

Pero el suelo donde había caído Hansen estaba limpio como pino nuevo. No quedaban rastros del crimen. Todo había sido lavado.

Blake se llevó aparte a Coutts.

—Esta es la confirmación de la historia contada por Fenton, Coutts.

—Sí, hasta cierto punto — gruñó el oficial. — Todavía no sabemos si ha dicho la verdad. Puede haber existido lucha; pero la versión de ella puede ser arreglada. Está este cartucho disparado, por ejemplo. ¿Cómo sabemos si alguien más no fué asesinado?

—Claro que siempre existe esa posibilidad — asintió Blake.

—Precisamente. — Bueno, si ha terminado con Fenton lo devolveremos a la comisaría. Me gustaría hacer aquí otras investigaciones ¿Le conviene?

Asintió Blake con la cabeza y Coutts hizo señas al agente que se llevara a Fenton.

Un momento después oyeron que el auto se alejaba.

Juntos, los dos detectives empezaron a revisar la casa. Pero fuera de los arañazos que los impacientes pies de Fenton habían hecho en el hueco del hall, poco encontraron. Volvieron al cuarto de los bronces, intrigados.

—Si realmente había aquí un grupo de hombres y se produjo una trifulca, no comprendo cómo es que los vecinos nada oyeron ni vinieron a investigar.

—Un tiro de pistola puede pasar fácilmente por el estallido de un neumático, Coutts. Y la gente no deja así no más sus camas calientes con este tiempo. Cada ciudadano no se ocupa más que de sus propios asuntos. Además las paredes de estas casas antiguas son muy gruesas. Los ruidos no las traspasan.

—Por suerte para los vecinos — respondió Coutts, con los ojos fijos en una gran victrola, que estaba en el rincón. — Ya se como suenan estos aparatos de tortura. Y éste no está muy cubierto de polvo.

Blake miró el aparato. Era moderno y se hallaba instalado en un hermoso gabinete de caoba, provisto de auto parlante, movible. Como decía Coutts, podía producir un tremendo volúmen de sonido.

—No, no está muy cubierto de polvo — murmuró Blake y se acercó a él.

Su lustrosa tapa se hallaba cubierta por una gruesa película gris, excepto en un sitio donde el color marrón rojizo de la madera se veía claramente.

Los ojos del detective se fijaron atentamente en el sitio limpio. Sacó su vidrio de aumento y se inclinó ansiosamente sobre la tapa.

Arañadas en la superficie encerada se veían las letras:

Polwh...

Sobre esto un geroglífico que parecía una X.

—¿Qué demonios es Polwh... si quiere decir algo? — murmuró Coutts, mirando sobre el hombro de Blake.

—Estoy pensando. Algo que escribieron aquí anoche. Alguien puso una hoja de papel sobre la tapa cubierta de polvo. El lápiz, al ser apretado, marcó las letras en la superficie lustrada.

—Pero ¿por qué está interrumpida la palabra Polwh? Las marcas se hallan más o menos en medio de la tapa.

—Probablemente el papel estaba doblado y el lápiz se encontró con la espesura del doblez en ese sitio. — Observó lentamente Blake. — Pero Polwh...

—¿Es holandés, no? — gruñó Coutts.

—Parece que algo de holandés tiene — dijo Blake evasivamente y siguió buscando.

Pero no encontró nada más y se guardó el vidrio de aumento en el bolsillo.

—No hay nada más aquí, viejo. ¿Nos vamos?

—Me parece mejor. Tengo ganas de acostarme — contestó gruñonamente Coutts.

Blake sonrió. Coutts tenía los ojos enrojecidos por la mala noche y aspecto de cansancio.

Seguidos por Tinker, los dos bajaron y subieron a la Pantera Gris, cuyos focos brillaban en la calle amortajada en niebla.

—Dígame donde quiere que lo deje y...

Sexton Blake abrió la puerta del auto y lanzó una exclamación.

Atado, en el piso del auto, había un hombre, Era el chauffeur de la policía.

(Continuará)

—Ya sabe usted, señora: una cucharada cada ochenta y nueve horas.

—¿Y si se muere?

—Entonces..., media cucharada, sólo.

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroismo, de amor y de odio

(Continuación)

SEGUNDA PARTE

EMPEZABA a amanecer. La mañana era límpida y fresca, y amortiguado el resplandor de las estrellas por la tenue y blanca claridad que se levantaba sobre el plateado horizonte del mar, el cielo estaba lleno de una encantadora languidez, de una belleza misteriosa. Sólo se oía el toque soñoliento de la campana que llama a misa del alba.

Venecia, en la cual nos encontramos, dormía aún.

Todo era poesía y misterio en aquellas horas melancólicas, en la hermosa ciudad levantisca, alzada sobre el Adriático, con sus oscuros y largos canales, sus palacios sombríos, sus jardines mudos y solitarios. Por los desiertos canales no se deslizaba una góndola, ni se oía ese canto monótono del gondolero, que durante el día y las primeras horas de la noche es el ruído más característico de Venecia. Y el día empezaba a indicarse apenas; aun faltaba una hora para que fuese día claro.

En una calle de casas estrechas, entre las cuales se extendía y se extiende un canal ancho sólo cuanto bastaba para que pudiesen cruzarse rozándose dos góndolos, había un palacio, que se partía ocupando una gran extensión de la calle por los dos lados, que se comunicaba entre sí por altos y sombríos arcos alzados, cruzando el canal. La arquitectura de este palacio era seca y severa, pero pura, del Renacimiento, aunque con algunos resabios levantiscos en sus cornisamentos y en las torrecillas levantadas sobre su ático. Una gran puerta con un balcón encima daba paso a un ramal del canal, que penetraba hasta dentro de un soportal, sostenido por robustas pilastras; rejas voluminosas en el piso bajo, cuyas luces eran estrechas y profundas; en el piso principal, balcones estrechos y profundos también, excepto el del centro, que era ancho y de arco, sobre el cual lucía un enorme escudo de armas esculpido en piedra; estas rejas y estos balcones, separados por pilastras y entre las pilastras óvalos, corriendo entre el piso bajo y el superior una bella cornisa, y entre el piso superior y el ático un soberbio cornisamiento; los arcos que unían en sus dos extremos las dos mitades del palacio, ornamentados del mismo modo, coincidiendo en su altura con el piso superior; por último, en los ángulos, torrecillas con cúpulas redondas y agujas terminadas por grandes estrellas de metal. Las vidrieras de este palacio eran, en el piso inferior, de cristal blanco; en el superior, de vidrios de colores ricamente dibujados y esmaltados. El palacio era rico y puro, de un mármol pardo y severo, y casi sombrío, a pesar de su riqueza.

Por las vidrieras de una torrecilla salía, debil y tiñéndose con el color de los vidrios, el reflejo de una luz. Sin duda en aquella torrecilla había alguien que, o no se había acostado aun, o que había dejado el lecho muy temprano. Esta era la única señal de vida que arrojaba de sí el palacio. Si al pasar por medio de él, atravesando en una góndola el estrecho canal, hubieseis preguntado al gondoero el nombre del dueño de aquel notable edificio, os hubiera respondido:

—Ahí viven el senador Giacomo Barbarigo y su hermosa hija Estéfana.

¿Porqué nombrar al padre y a la hija cuando se preguntaba el nombre del dueño de aquel palacio? Si hubierais hecho esta pregunta al gondolero, él os hubiera respondido:

—¿Decís que no sabéis quién es Giacomo Barbarigo, y lo que es su hija Estéfana? Ella vive para sí y para el diablo, y su padre para los tres; la parte derecha del palacio, según se viene del canal, es de Estéfana; la parte de la izquierda, de monseñor Giacomo; el diablo vive en las dos mitades, y hay día en que el canal huele a azufre que apesta.

Advertimos a nuestros lectores que los venecianos, especialmente la gente baja, han sido, son y serán fuertemente supersticiosos; basta con que vean en un lugar, en una casa o en una persona algo que pueda parecer extraño, para que, según las circunstancias, hagan intervenir la influencia de una tercera persona, ya ésta sea la santa madonna o el diablo. Aquellos canales, aquellos palacios, aquel golfo azul, aquel cielo refulgente, aquel no sé qué semifantástico que for-

man la fisonomía de Venecia, y los tremendos esbirros del Estado, ya este esbirro haya servido al Consejo de los Diez de la antigua república, ya a los consejos de guerra del Austria, todo esto junto ha dado a los venecianos una extraña manera de ver las cosas y de pintarlas, un fanatismo y una superstición singulares, una fuerte propensión a lo maravilloso, y de aquí que cualquier suceso, por pequeño que sea, haga nacer un sueño fantástico, una leyenda dramática y bella, pero siempre misteriosa, cuando no terrible.

Acerca de Estéfana Barbarigo y de su padre había dos leyendas que se enlazaban entre sí, y que veremos más adelante.

Si las refiriéramos ahora, detendríamos por mucho tiempo la nueva salida a la escena de nuestros amigos de Africa.

La torrecilla, por cuyas vidrieras de colores se veía el débil reflejo de una luz, pertenecía a la parte del palacio habitado por Estéfana. Estéfana era sin duda la persona que velaba en la torrecilla. El canal y las aceras parecían abandonadas. Sin embargo, no lo estaban. Pegados al ángulo que formaba el muro del palacio con el pavimento y escondidos en el hueco de uno de los tragaluces de sus sótanos, había dos bultos informes envueltos en ropones oscuros. Hacía frío, porque era el mes de diciembre, y no podía creerse que aquellos bultos habían pasado allí la noche a falta de domicilio. No eran aquellas noches para pasarlas al aire libre. Aquellos dos bultos espiaban sin duda, y si espiaban eran esbirros, porque sólo los esbirros espiaban y espían en Venecia. Suelen espiar también los maridos celosos, o los padres y los hermanos desconfiados, porque las venecianas, que iban muy poco por la calle con el rostro descubierto, eran demasiado propensas a los amores poéticos y a las citas misteriosas. La verdad es que los dos bultos estaban colocados de manera que no podían ser vistos, mientras ellos veían la vidriera iluminada de la torrecilla y la puerta del palacio que estaba en la parte habitada por Estéfana. En la otra parte habitada por Barbarigo no había puerta. Se entraba a ella por un postigo que daba al jardín sobre otro canal.

Sonaron las seis en el reloj de la Basílica de San Marcos. Entonces se agitaron los dos bultos que estaban embebidos, por decirlo así, en el tragaluz de los sótanos.

—¿No es esta la hora? — dijo uno de ellos.

—Pronto deberá llegar la góndola y entrar en el soportal del palacio — respondió el otro.

Uno de aquellos bultos se levantó, y siguiendo pegado a la pared, adelantó por la acera hasta la oscura encrucijada del canal con otro canal más ancho, orlado por sombríos edificios. Una vez bajo el arco del palacio y en ángulo sobre el otro canal, aquel hombre se detuvo, se encorvó, se achicó y se embebió en otro tragaluz. Poco después apareció, adelantando silenciosa, una góndola por el canal vecino, y tomó la vuelta para entrar en el canal del palacio. Entonces el bulto que había avanzado dejó oír un silbido extraño, que sin duda percibieron los dos gondoleros, que venía el uno al timón y el otro impulsando la góndola con un largo remo, porque la góndola atracó en silencio al borde del canal, por la parte por donde había sonado el silbido, y permaneció inmóvil. Entonces aparecieron dos hombres en el borde del canal; uno, el que había avanzado antes; otro, el que se había quedado allí. El primero entró en la góndola y dijo con voz leve:

—¡San Marcos y Venecia!

Los gondoleros no podían temer ya nada. Tenían encima dos esbirros. Pero esto les importaba muy poco, porque los gondoleros están bien acostumbrados al trato de estas gentes.

El esbirro que había entrado en la góndola llegó al que tenía el timón:

—¡Salta! — le dijo.

El gondolero obedeció, y subió a la acera del canal. El otro le asió por el brazo y se lo llevó. El que había entrado se sentó al timón.

—Continúa tu camino — dijo al otro gondolero, — y haz lo que te han mandado hacer.

El gondolero impulsó con su remo la góndola, que se separó del borde del canal, adelantó luego al canal de comunicación con el vestíbulo del palacio, y cuando llegó a su fondo, se detuvo silenciosamente. El esbirro permaneció al timón inmóvil. El soportal estaba densamente oscuro. El gondolero y el esbirro esperaron muy poco tiempo. Se oyó el ruido de una llave en la puerta del palacio, y ésta se abrió. La que traía en la mano una dama, que acompañaba a un hombre.

La dama era alta, esbelta, blanca y de formas mórbidas y suaves. En su mirada se notaba una ardiente languidez; una especie de abandono a la pasión; el reflejo de una eterna idea de amor intenso, pero poetizado, embellecido; había en todo su ser, en su actitud, en su mirada, hasta en su alentar ardiente y delicado, algo que fascinaba, algo que, unido a la bella y pura armonía de las correctas formas de su semblante, determinaba una gran belleza, una belleza puramente veneciana, que parecía señalada por la ardiente imaginación del Tiziano. Una toca de terciopelo negro con filetes bordados de plata y perlas, y un ancho y magnífico traje de la misma tela y color, abierto por delante, dejando ver una falda de raso blanco de Florencia, y con grandes mangas perdidas, formaban el atavío de la joven. Esta joven era Estéfana Barbarigo.

El hombre a quien acompañaba era alto, cenceño, fuertemente moreno, con barba negra rizada, y cuyos cabellos no se veían porque cubría su cabeza completamente una toca de terciopelo carmesí, sobre la cual se ceñía un birrete del mismo terciopelo, bordado de oro. Llevaba una especie de capotillo de terciopelo carmesí también, con vueltas de piel de armiño, y bajo este capotillo

un sayo de ante forrado de sedas de colores, con descote cuadrado en el pecho, sobre una camisa de holanda, cerrada en el cuello. De un cinturón de terciopelo negro bordado de plata llevaba pendiente espada, puñal y limosnera; mostraba calzas ricas de grana y zapatos de cordobán negro lustrado, sujetos sobre el empeine del pie por una trabilla.

Este hombre podría contar cuarenta años, y tenía una hermosísima y característica figura. Nuestros lectores le conocen: era Yhaye-ben-Shariar, el tremendo corsario de la galeota la "Leona" De lo que resulta que, contando veinticinco años cuando le vimos por última vez, y teniendo más de cuarenta cuando volvemos a encontrarle, habían pasado quince años entre una y otra época; esto es, entre la primera y segunda parte de nuestra historia.

Estéfana y el corsario hablaron algunas palabras en voz tan baja, que ni una sola pudo entender el esbirro, y se separaron, no como dos amantes, sino como dos personas que acaban de tratar de un asunto grave. El pirata entró en la góndola, y la puerta se cerró, quedando el zaguán de nuevo completamente oscuro. Aben-Shariar, que era hombre muy práctico y que conocía muy bien el terreno que pisaba, vió, al entrar en la góndola, al esbirro; esto es, le conoció por el olor, sin duda, porque aquel hombre no llevaba distintivo alguno. El corsario entró en esa especie de camarote semejante a la caja de un coche, que, más o menos grande pero siempre forrado de negro, hay en las góndolas venecianas, y se reclinó en los almohadones.

—¿Adónde, mi señor? — dijo el gondolero con acento servil.

—¡Diablo! ¡Yo no lo sé! — dijo tranquilamente Aben-Shariar — Pregúntele a ese honrado esbirro que tenemos a popa.

—Os engañáis, monseñor — dijo el gondolero; — yo no sé que vaya a popa más que mi compañero.

—Pues bien; pregunta a tu compañero adónde vamos.

—¡Arrancad! — dijo con voz ronca el esbirro, asiendo el timón.

El gondolero impulsó la góndola con el remo. El esbirro, cuando la góndola entró en el canal, la volvió con un movimiento de timón. La góndola siguió, torció, entró en el canal que cruzaba el palacio, y poco después entró en el gran canal. Empezaba a amanecer Adelantaron un buen espacio. Todo era silencio y calma. Aben-Shariar sacó la cabeza por una de las ventanas del camarote y dijo:

—¡En nombre de la república! ¡Acércate, esbirro!

El esbirro dejó el timón y se acercó a la ventanilla.

—¡El que duerme vela! — le dijo en voz baja, que no pudo oirla el gondolero, Aben Shariar.

Este propósito era sin duda una seña, y demasiado importante, porque el esbirro hizo un movimiento de asombro y contestó con suma humildad:

—Mandad, monseñor.

—Encamina la góndola a una hostería de las mejores, hazte abrir a fin de que entremos en ella, y pronto.

El esbirro se puso al timón, volvió la góndola, la puso en una dirección contraria a la que antes estaba, recorrió el gran canal, y a su fin atracó la góndola a un muelle.

—Saltad, monseñor — dijo.

Aben-Shariar saltó, y tras él el esbirro. El gondolero aferró la góndola a uno de los postes que hay a los bordes de los canales, saltó también al borde y se puso a pasear soplándose las manos y golpeando fuertemente el suelo con los pies, porque estaba entumecido por el frío. El esbirro se encaminaba a una puerta cercana, sobre la cual tremolaba una muestra de lienzo colgada de un pescante y movida por el viento. Su letrero no podía leerse aún a la indecisa luz del día. Sin embargo, Aben-Shariar dijo, dando muestras de conocer perfectamente a Venecia:

—Has hecho bien de traerme aquí; la hostería de Génova es un buen lugar de parada; llama.

El esbirro asestó tres golpes fuertes en la puerta. Tres golpes tales que sólo podía darlos quien, sin temor a un castigo, llamase a una casa pública; quien así llamaba no podía ser menos que o un senador o un esbirro. Inútil es decir que acudieron inmediatamente al llamamiento.

—¡San Marcos y Venecia! — dijo con voz breve, seca y acentuada el esbirro

La puerta se abrió inmediatamente.

—Un aposento, luz y fuego — dijo el esbirro.

—Seguid tras mí — dijo con el apresuramiento que da el respeto del terror, el hombre que había abierto, guiando con una linterna que tenía en la mano.

Atravesaron un gran salón ahumado, lleno de mesas y bancos, y entrando por un corredor interior, llegaron a un pequeño aposento blanqueado y limpio, con una mesa y algunos sillones. El de la hostería encendió una candileja de hierro que estaba clavada a la pared, y se quedó esperando órdenes.

Aben-Shariar se había sentado en un sillón, y el esbirro permanecía en pie delante de él y descubierto, pero tenía puesto un antifaz negro.

—Un frasco de vino de Palermo y pastaflora — dijo Aben-Shariar al mozo de la hostería.

—Mira — dijo Aben-Shariar, sacando de su limosnera un pergamino enrollado, del que pendía de hilos de seda de los colores de la república un sello de plata.

Este sello, y el ser pergamino y no papel lo que daba Aben-Shariar al esbirro, demostraba que se trataba de un alto documento librado por el Consejo de los Diez.

El esbirro tomó el pergamino, inclinándose profundamente, se acercó a la candileja y leyó lo que sigue:

"El Consejo de los Diez?

"Todos los esbirros y demás personas de la policía de la República obedecerán a la persona que este nuestro rescripto le representase, y contestarán en verdad a todas sus preguntas, aunque quiera saber un secreto de Estado".

El esbirro se estremeció de asombro, y temió que aquel documento fuese falso; no había ejemplo de que el Consejo de los Diez hubiese dado a nadie tanta autoridad; ni el mismo Dux la tenía; sin embargo, el documento era legítimo; le autorizaban el sello secreto estampado en cera colorada del Consejo de los Diez, y el sello de plata que pendía de los hilos de seda. A pesar de esto, el esbirro miró, remiró y dió vueltas al pergamino hasta que se convenció de su autenticidad, y le devolvió, inclinándose respetuosamente, a Aben-Shariar.

Entretanto el de la hostería había puesto sobre la mesa un gran frasco lleno de vino de color de oro y dos bandejas: la una con copas de cristal y la otra con pastaflora. Después de esto se retiró.

—Cierra la puerta — dijo el corsario.

El esbirro cerró.

—¡Descúbrete!

El esbirro se quitó el antifaz. Aben-Shariar vió entonces un semblante vulgar, ordinario, pero sombrío y astuto.

—¿Cómo te llamas? — dijo el corsario.

—Nicolino Razzi.

—¿Qué profesión?

—Esbirro del Consejo de los Diez.

—¡Tus insignias! ¡Tu título!

El esbirro se abrió el ropón, y sobre su pecho se dejó ver bordadas con seda blanca y de gran tamaño, estas tres iniciales: C. D. X. Después sacó una caja de latá, y de ella un papel doblado, que mostró a Aben-Shariar. El corsario arrojó sobre él una mirada y le devolvió al esbirro.

—Está bién — dijo; — tus funciones, según he visto, son de noche; ¿qué otra profesión tienes?

—Monseñor, soy sacristán menor de la basílica de San Marcos.

—Está bien: ¿quién soy yo?

—Monseñor es el señor Pietro Mastta, patrón de la nave genovesa que está en el puerto y que se llama "Bella Genovesa".

—Bien; pero yo, como tú, tengo muchos oficios; veamos si los esbirros de Venecia lo saben todo, como se cree.

Nicolino se sonrió de una manera sesgada.

—Perdone monseñor que le haga una pregunta: ¿bebe monseñor vino?

—No, nunca le bebo; le he pedido para ti.

—¡Oh, monseñor!

—¿Has querido significarme con tu pregunta que hay algo que me impida beber vino?

—Sí, monseñor — dijo Nicolino inclinándose.

—¿Y qué me lo impide?

—Vuestra religión.

—¡Oh! ¡Mi religión! ¿Y cuál?

—La musulmana.

—Perfectamente explicado. ¡Mi nombre! ¡Mi verdadero nombre!

—Perdonad, monseñor; vuestro verdadero nombre es extranjero, y le he olvidado.

—¿No lo sabes?

—Le tengo aquí.

Y el esbirro consultó su libro de memorias.

—Yhaye-ben-Shariar — dijo, pronunciando mal el nombre del pirata.

—Perfectamente. ¿Mi patria?

—Túnez.

—¿Mi verdadera profesión?

—Corsario, capitán de la galeota llamada la "Leona".

—Eso no puede habértelo dicho más que un traidor.

—No, un cobarde.

—¿De los míos?

—De los tuyos.

—¡Su nombre!

—¿Qué me da?

—¡Su nombre!

—Cualquiera de los nombres de vuestros marineros que yo os dijese sería igual, monseñor.

—¿Tú crees que todos me son traidores?

—No creo que ninguno deje de ser cobarde ante el poder de la República.

—Yo creía a mi gente capaz de todo; hasta la muerte.

—Si el poder de la República de Venecia no fuese bastante para aterrar al más bravo, la República hace tiempo que no existiría; en la República puede un hombre arrostrar los mayores peligros, vencer todos los terrores; pero a la puerta de las prisiones de Estado, el más fuerte palidece, tiembla y habla; porque delante de las prisiones de Estado hay un misterio terrible; porque ese misterio es impenetrable; porque se cree que están envueltos en él todos los tormentos del infierno.

—¿De modo que la fidelidad se rompe delante de las puertas de hierro de las prisiones de Estado?

—Sí.

—Pues bien: el nombre del que te ha revelado quien soy yo.

—¿Me lo manda monseñor?

—Te lo mando.

—El Consejo de los Diez me manda obedecer a monseñor, y obedezco con pesar, porque voy a darle un disgusto grave: el que ha vendido los secretos de monseñor a la vista de los Pozos, ha sido el hombre en quien tiene monseñor depositada toda su confianza: es Paolo Costa.

—¡Yezid! — exclamó con asombro el pirata — ¡Mientes! ¡Yezid, mi viejo león, es bastante fiero para no ceder ante ningún terror!

—Son tan profundos, tan negros, tan horribles los Pozos, se respira en ellos un aire tan infecto, tan pesado, tan acre, que una hora de permanencia en el fondo de uno de esos Pozos basta para hacer hablar al más fiero, al más terrible; nada hay que se resista al poder de la República, y Paolo Costa ha resistido lo que nadie había resistido

hasta él: la agonía insoportable que se experimentaba una vez dentro de los Pozos. No desconfiés de él; yo os ruego que le perdonéis, porque el aire de los Pozos enloquece.

Giraron de una manera, terrible los ojos de Aben-Shariar. Pero aquella expresión feroz pasó rápidamente. y su semblante recobró su expresión impasible.

—Observo que no bebes ni comes.

—Yo no puedo beber, ni comer, ni dormir — dijo el esbirro — mientras estoy en el ejercicio de mis funciones.

—¿Y cuánto tiempo sirves al día?

—Desde las doce de la noche hasta el amanecer, excepto cuando es necesario vigilar de día.

—¿Porqué has interrogado a Paolo Costa?

—Porque Paolo Costa es el corsario en quien más confianza tiene monseñor.

—Pero ¿qué te importaban mis secretos?

—Vuestros secretos, monseñor, interesan mucho al Estado; con vos vino un español con su esposa, que vive hace un mes en un palacio de los jardines de Dorso Duro.

—¿Cómo se llama ese español?

—Gabriel de Espinosa.

—¿Sabes la historia de ese hombre?

—Sí, monseñor.

—Cuéntamela.

—Hace diez y seis años, un rey cristiano, imprudente y loco. entró en Africa pretendiendo llevar a cabo una empresa descabellada.

—Bien, bien; ese rey murió: era el rey de Portugal D. Sebastián.

—Hay quien cree que el rey D. Sebastián no murió, qué le recogió una mujer del campo de batalla, que por aquella mujer fué cuidado y salvado, que aquella mujer le amó y huyó con él de Marruecos para trasladarse a Túnez; vos fuisteis quien llevasteis en vuestra galeota la "Leona", a Túnez, al rey don Sebastián con la mujer que le amaba.

—Continúa — dijo Aben-Shariar. que escuchaba con una gran atención a Nicolino.

—La mujer que amaba, que adoraba más bien al rey de Portugal. permanece en Túnez con su madre y con sus hermanas, una de las cuales es esposa de monseñor, y allí en vuestro palacio, enamorándose y ansiosa de hablar en su idioma a su esposo el rey D. Sebastián, aprendió de cautivos vuestros el habla y la escritura portuguesa y española; hoy doña María de Souza, que éste es el nombre cristiano que ha tomado...; esperad, monseñor, voy a consultar el nombre árabe de doña María.

Y Nicolino sacó un papel doblado, lo desdobló y consultó.

—Sayda Mirian ben-Juzef-ben-al-Hbayzari.

—Muéstrame ese nombre escrito — dijo Aben-Shariar.

—Le escribió Paolo Costa, porque yo había escrito mal vuestro nombre.

—¡Traidor! — exclamó el pirata.

Y sus ojos volvieron a girar sangrientos en sus órbitas.

—Continúa — dijo, dominándose de nuevo; — veamos hasta qué punto me ha hecho traición ese miserable.

—El rey D. Sebastián — continuó Nicolino — se aburría en Túnez el amor de su esposa le cansaba ya; Dios no le había dado hijos; el alma ardiente del rey se ahogaba en vuestros palacios, monseñor; necesitaba aire y sensaciones fuertes; era, y es, guerrero, y no quería volver a su reino por no sufrir la vergüenza de su derrota, causada por su locura; y arrostrando por todo con tal de tener ocasión de pelear, armó con parte de los inmensos tesoros que su esposa había llevado a Túnez, una fuerte galera corsaria de dos bandas, y se hizo a la mar como pirata tunecino, porque de la misma manera que su esposa doña María había aprendido el portugués y el español, el rey D. Sebastián había aprendido el árabe. Todos le hubieran creído moro, uno de los moros descendientes de los que, arrojados ha cerca de un siglo de España, pasaron a Africa. Moro le creían los corsarios feroces que tripulaban su galera, y por lo mismo no podían comprender la conducta de su arráez.

—Sepamos: ¿cuál era la conducta del corsario Sydi Bahhari? — dijo Aben-Shariar.

—Esc es: acabáis de pronunciar el nombre árabe que había tomado el rey don Sebastián; lo extraño de su conducta consistía en que, si encontraba un buque cristiano, le dejaba pasar libremente, y acometía con una ferocidad de tigre a las galeotas turcas o marroquíes, sin respetar otras que fuesen moras más que las argelinas o las de Túnez; tomaba la presa, ahorcaba a los corsarios, ponía en libertad a los cautivos, llevándolos de noche a una costa de Italia, y se hacía de nuevo a la mar hacia Levante. "Buitre del Mar", que así se llamaba la galera corsaria del rey D. Sebastián, llegó a hacerse terrible; se reunieron contra ella escuadrillas de corsarios e hicieron la verdadera gloria del rey pirata; una y otra escuadrilla fueron vencidas y echadas a pique; los cautivos cristianos fueron puestos en libertad, y ellos trajeron a Italia, y particularmente a Venecia, la fama de feroz corsario tunecino, que de una manera tan extraña respetaba a los cristianos, acometía a los piratas marroquíes y turcos y ponía en libertad a los cautivos que encontraba en las galeotas apresadas y les daba dinero para que volviesen a su patria. Todo lo que se habla, aun más, todo lo que se piensa en Venecia, lo sabe el Consejo de los Diez. El Consejo de los Diez tuvo, pues, noticia de las hazañas del corsario arráez del "Buitre del Mar", de las señas del buque, y dió orden a las galeras de la República que persiguen a los corsarios, de dejar en paz a este pirata tan honrado, que respetaba a los buques cristianos y acometía a los infieles, haciendo él solo mucho más que todas las galeras de la República, y no exigiendo por ello que la República le pagase. Pero llegó

un día en que el Consejo de los Diez dió orden a una galera de la República para que se pusiese en demanda del "Buitre de los Mares". No para apresarla, no para ahorcar a su capitán, no, no señor: para saludarle. Esto provino de un relato de un portugués, natural de Lisboa, que cautivo y puesto al remo en una galeota turca apresada por el "Buitre de los Mares", había sido puesto en libertad una noche con sus compañeros en las costas de Venecia. El portugués se presentó al Consejo de los Diez, ofreciendo hacer importantes revelaciones, y oído, declaró que el capitán corsario del "Buitre de los Mares" era el rey don Sebastián de Portugal. Esto produjo la prisión del portugués y la de sus compañeros, que sabran este secreto, para que no pudieran revelarlo a nadie y se envió una galera de la República en demanda del "Buitre de los Mares". En efecto, algunos días después de la salida de la galera de la República del puerto de Venecia, avistó ésta al "Buitre de los Mares" y le hizo señales amistosas de parlamento. Acudió a él el corsario, y el capitán de la galera de la República puso en sus manos una larga carta del Dux, cerrada y sellada con el gran sello de la República. Yo no sé lo que aquella carta contendría; pero la verdad es que hace seis meses, en una urca holandesa, llegó a Venecia un hombre, español, que se llamaba Gabriel de Espinosa, con una hermosísima dama como de treinta y cuatro años, que se llamaba doña María de Souza y portuguesa, con un rescripto del Consejo de los Diez. Este hombre saltó con su esposa en tierra y con un gran equipaje, cuyos bultos pesaban de una manera excesiva, y se presentó al Consejo, que se encerró con ellos. Y no sé lo que sucedió dentro del Consejo; pero sí sé que el Gabriel de Espinosa salió de allí para ir a habitar un palacio de la República en los jardines de Dorso Duro y que a mí se me ordenó vigilar el palacio y vigilar al extranjero, cuyo nombre se me dijo; esto es, que era el rey don Sebastián de Portugal; porque a un esbirro puede y debe descubrírsele todo; porque un esbirro es una boca cerrada y unos oídos y unos ojos siempre abiertos del Consejo de los Diez en servicio de la República; para que yo pudiese vigilar bien al extranjero y comprender lo más misterioso que viese en su conducta, era necesario que conociese su verdadero nombre; por eso se me dijo que Gabriel de Espinosa era el rey D. Sebastián.

—Puede muy bien equivocarse el Consejo de los Diez.

—No, monseñor — dijo Nicolino; — el Consejo de los Diez no se equivoca nunca. El Consejo de los Diez hizo hacer un retrato fiel de Gabriel de Espinosa, y yo fuí enviado con este retrato a Portugal. Todos los que vieron aquel retrato reconocieron al rey D. Sebastián; sólo encontraron que aparentaba más edad que la que debía tener, porque parecía de más de cincuenta años, cuando sólo debía contar treinta y nueve; pero contad diez y seis años de fatigas y combates marítimos, la agonía del alma, aquel vivir muerto, ser príncipe de un reino perdido, una desesperación fría y eterna, y comprenderéis la diferencia que hay entre la verdadera edad del rey D. Sebastián y la que representa. Aunque vos, monseñor, lo sabéis demasiado.

—Dios sólo sabe — dijo Aben-Shariar — si ese hombre es el rey D. Sebastián o Gabriel de Espinosa; pero sepamos por qué tú, encargado de vigilar a mi hermano, porque hermano mío es por mi esposa y por la suya ese hombre misterioso, has venido a vigilarme también a mí.

—Porque vos habéis entrado dos noches seguidas en casa de Estéfana Barbarigo, de quien es amante el rey D. Sebastián.

—¿Y qué importa esto a la República?

—Eso no os lo puedo yo decir, monseñor; eso os lo podrá decir el Dux o más bien, os lo dirá el Consejo de los Diez.

—¿Cómo conoció Gabriel de Espinosa a Estéfana? — dijo Aben-Shariar, cambiando el giro de su interrogatorio.

—Una noche — dijo Nicolino, tomando la entonación de quien empieza un largo relato, — una dama completamente envuelta en un manto de terciopelo, ceñido en la cabeza por un pequeño sombrero negro, llegó a una de las góndolas atracadas en el gran canal y entró en ella mandando al gondolero que la llevase a Las Lagunas. Un hombre alto, arrogante en el andar y en la apostura, saltó apresuradamente en otra góndola y mandó a su gondolero que siguiese a la góndola donde había entrado la dama. Otro hombre llegó a otra góndola, pronunció las palabras San Marcos y Venecia y ordenó, en nombre de la República, al gondolero que siguiese a la góndola en que el caballero seguía a la dama que iba en la primera góndola. La dama era Estéfana Barbarigo; el caballero que la había visto, el rey de Portugal; el esbirro que seguía a entrambos era yo. Los gondoleros saben seguir sin que la persona que siguen lo note, y las tres góndolas marchaban una en pos de otra, sin que Estéfana notase que era seguida y sin que el rey de Portugal se apercibiese de que era seguido también. Tardamos una hora larga en llegar a Las Lagunas, y la primera góndola, esto es, la góndola en que iba Estéfana Barbarigo se detuvo junto a un islote pequeño, sobre el cual se alza una pequeña y siempre cerrada casa de piedra en donde vive el doctor Tieppolo Albano, el más terrible envenenador del mundo.

—Y si es envenenador, ¿Cómo no le castiga la República?

—Lo ignoro, monseñor; preguntádselo al Dux o al Consejo de los Diez.

—Continúa.

—Estéfana saltó en tierra, tocó levemente la puerta de la casa de Tieppolo Albano y la puerta se abrió silenciosamente dejando ver un fondo obscuro en el cual se perdió Estéfana, después de lo cual la puerta volvió a cerrarse. Entonces la góndola en que iba el rey de Portugal se acercó a la góndo-

la de la que había salido Estéfana. Los dos gondoleros hablaron un largo rato, sonando al fin algunas monedas de oro, y el rey de Portugal entró en la góndola que tenía a su servicio Estéfana Barbarigo y se ocultó en la litera. La góndola que había llevado hasta allí al rey D. Sebastián se alejó; pero yo la salí al encuentro con la mía, la corté la vía y pronuncié las palabras San Marcos y Venecia. La góndola se detuvo, salté en ella y despaché a la góndola que me había llevado hasta allí que partió.

—¿Quién es el hombre que has traído hasta aquí y que ha pasado a la otra góndola? — le pregunté al gondolero — Yo quería saber si el rey de Portugal había cometido alguna imprudencia.

—No sé quién es, señor — me respondió el gondolero; — pero debe ser rico, porque ha dado a Giuseppe dos cruzados de oro y a mí otros dos.

—¿Y por qué os ha dado ese dinero?

—Porque Giuseppe le permita entrar y ocultarse en la litera donde ha venido la dama que está en estos momentos en casa del doctor Albano.

—¿Conoces tú a esa dama?

—No, señor, ni Giuseppe la conoce tampoco, porque el desconocido que ahora está en su góndola ha preguntado su nombre y no se lo ha sabido decir.

—Aborda silenciosamente a la góndola de Giuseppe por la popa — le dije al gondolero.

Este acercó su góndola a la otra y unió su costado a la popa de aquella.

—¡San Marcos y Venecia! — dije al gondolero, que estaba al timón.

—Mandad, señor — me respondió el gondolero en una voz tan baja como la mía.

—Salta a esta otra góndola y déjame tu lugar — le dije.

Inmediatamente el gondolero saltó a la otra góndola, y yo ocupé su lugar en la que acababa de dejar.

—Idos — le dije.

La góndola en que yo había ido hasta allí se alejó. Sólo quedó la góndola en que Estéfana había ido. Ya estábamos allí el rey D. Sebastián y yo; poco después debía estar Estéfana.

Giuseppe había notado aquel cambio de personas en la popa de la góndola, pero comprendió que se trataba de un esbirro y no se movió siquiera. Continuó como si nada hubiera acontecido. Los gondoleros están demasiados acostumbrados a estos sucesos. El rey D. Sebastián no había podido notar nada. Todo se había hecho de la manera silenciosa y la puerta del camarote o de la litera de las góndolas corresponde a la parte de la proa.

—Pero por qué — dijo Aben-Shariar — siempre que te refieres a Gabriel de Espinosa le llamas con tal seguridad el rey D. Sebastián.

—Porque estoy seguro de que lo es.

—¡Puedes engañarte!

—No; todos los grandes señores portugueses que han visto el retrato que yo llevé a Lisboa le han reconocido.

—¿Y saben que el original del retrato está en Venecia?

—Sí, señor.

—¿Y piensan en reconocerle?

—Hay en Portugal la creencia de que el rey D. Sebastián no murió en Africa; el yugo del rey de España se hace insoportable a los portugueses; el duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, extrema con ellos toda la ferocidad de su carácter.

—Y a la República de Venecia le conviene distraer al rey Felipe II con empresas difíciles para que su ambición deje por algún tiempo de tener fija la mirada en el Lombardo-Veneto.

—Desde la conquista de Nápoles, los reyes de España han tenido fija la vista en el estado de Venecia; pero no importa: Venecia es la reina de los mares, y el león de San Marcos tiene aún las alas fuertes y las garras aceradas; sin embargo, bueno es que el rey Felipe tenga en qué pensar, y, sobre todo, la República de Venecia es justiciera y amiga de dar a cada uno lo que es suyo; Portugal es del rey D Sebastián, y Venecia dará a este noble rey su reino.

—Buena suerte será para Gabriel de Espinosa que le crean rey, le ayuden y le coronen; pero continúa el cuento de la aventura de Estéfana Barbarigo y de Gabriel de Espinosa.

—Estéfana estuvo encerrada con el envenenador Tieppolo Albano dos largas horas; salió al cabo tan silenciosamente como había entrado, saltó a la góndola y entró en la litera. Inmediatamente, yo, que estaba al timón, volví la góndola al mismo tiempo que la impulsaba con los remos Giuseppe. Se oyó un grito reprimido dentro de la litera. Yo aseguré el timón y me deslicé a lo largo de la litera, poniéndome replegado cerca de su puerta.

—Callad, señora, y nada temáis — decía el rey de Portugal; — además, que vuestros gritos serían inútiles; el gondolero es mío, y no saldremos de esta laguna; es decir, no entraremos en la ciudad hasta que me hayáis escuchado.

—¿Y quién sois? — dijo con la fuerte altivez de su carácter Estéfana

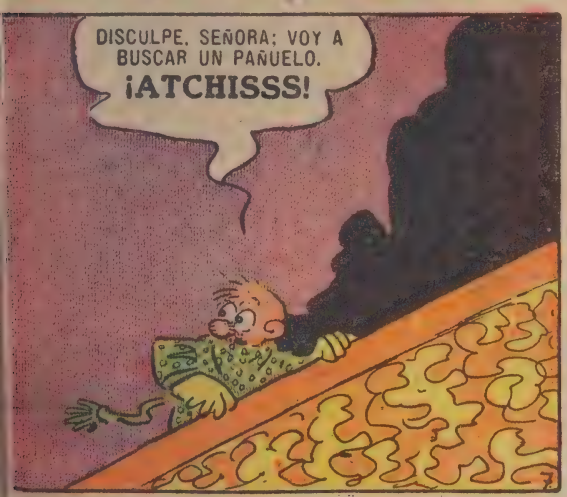
—Debéisme haber reconocido por la voz.

—¡Ah!. Vos sois — dijo con acento un tanto trémulo Estéfana — el extranjero a quien vi esta mañana en la iglesia de San Marcos, que me siguió tenazmente hasta mi casa...

—Que os habló un momento; que os encareció el estrago que en su corazón y en un solo instante había causado vuestra hermosura, a quien vos no quisisteis oír, a quien obligasteis a que os siguiera; que ha estado todo el día mirando vuestros balcones, sin lograr veros en ellos; que ha esperado aun cuando ha llegado la noche; que os ha visto con asombro salir sola; que os ha seguido; que está, por fin, a vuestro lado, gracias a lo apasionados que son por el oro los gondoleros, y que os repite que

Aventuras de Barn

gugli, por Debeck



...Klan Features Syndicate, Inc. Great Britain rights reserved

os ama, que necesita ser amado por vos.

—¿Sabéis quién soy yo, caballero? — preguntó Estéfana.

—Mi corazón, hasta ahora, no ha necesitado saber vuestro nombre; necesitaba, antes que todo, saber si vos le podíais amar.

—El palacio junto al cual habéis pasado todo el día — dijo Estéfana — es muy conocido.

—Ya os he dicho que no he pensado en saber quién erais.

—Pero como lo pensaréis mañana, os lo voy a decir, caballero; yo soy Estéfana Barbarigo, hija de Giacomo Barbarigo, senador de la República y miembro del Consejo de los Diez.

Estéfana dijo sus últimas palabras con cierto acento de amenaza.

—Y tratándose de vos, ¿qué me importa el Consejo de los Diez, ni el de los Quinientos, ni el Dux, ni la República de Venecia, ni el mundo entero?

—Mirad, caballero — dijo con un acento ligeramente sarcástico Estéfana, — que estamos sobre las terribles Lagunas.

—Ya sé que aquí, entre el fango de estas lagunas, desaparecen reos a quienes el Consejo de los Diez sentencia; pero a mí no me sentenciará, señora, el Consejo de los Diez, que es muy amigo mío, que me favorece mucho.

—¿Pues quién sois? — dijo Estéfana con expresión de interés, porque en la manera de hablar de aquel hombre se comprendía que no mentía.

—Yo, señora — dijo el rey, — soy un aventurero, entre español, portugués y moro, que me llamo Gabriel de Espinosa.

—¡Vos! — dijo con asombro Estéfana.

—¡Sí, yo!

—¡Que vos sois Gabriel de Espinosa! — dijo con cierta severidad Estéfana.

—Sí.

—Pues, entonces, vos sois el rey D. Sebastián de Portugal.

—¡Callad, callad por Dios, hermosa Estéfana! — dijo el rey. — Los hombres que os acompañan podían escuchar, podían divulgar lo que, a pesar mío, se dice demasiado; esto es, que yo soy un rey, cuando no soy más que un soldado y un pirata

—Un pirata magnífico, que combate a los infieles y salva a los cristianos — dijo con entusiasmo Estéfana. — ¿Por qué esta mañana, cuando me habéis visto, no me dijisteis: Yo soy Gabriel de Espinosa?

—Habíais causado en mí, señora, una impresión tal, que tuve miedo de hablaros.

—¡Miedo vos!

—¡A un desdén vuestro, que me hubiera matado, matando mi esperanza.

—Y esta noche, ¿no habéis tenido miedo de introduciros traidoramente. (Estéfana pronunció esta palabra de una manera encantadora) en la litera de esta góndola, donde sabíais que yo había de volver?

—Desde esta mañana he reflexionado mucho.

—¿Y la reflexión os ha dado valor?

—Sí, señora, porque he pensado que vale más concluir de una vez con la esperanza que vivir agonizando con ella.

—Bien dicen que sois arrojado y temerario.

—Lo que quiere decir que tengo poca paciencia y prefiero el mal cierto al bien dudoso, porque para mí la duda, la incertidumbre de lo que ardientemente deseo es el mayor mal que puedo sufrir.

—¿Y no temisteis que yo saliese de esa casa acompañada? ¿No os ha inquietado el alma mi permanencia en ella?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque vos no amáis ni habéis amado nunca.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿Quién puede responder de lo que pasa en el alma de una mujer?

—Vuestro semblante.

—¡Ah! ¿Mi semblante os ha contado que yo no amo ni he amado nunca? — dijo Estéfana riendo de una manera adorable — Mi semblante puede mentir; la ficción y el disimulo dicen que son medios de que la mujer usa a la perfección.

—Pero no se puede fingir ese no sé qué misterioso que hace que la niña aparezca en la mujer y el puro brillo de los ojos; el anhelante alentar de unos labios frescos que sonríen; ese perfume que emana del alma virgen a través de un cuerpo virgen también; ese disgusto apasionado de la mujer que siente y no ha satisfecho sus sueños; esa altivez divina de la que no tiene que inclinar la frente ante ningún hombre; vos, Estéfana, sois todo esto; todo esto divinizado por su hermosura sin igual, por una gracia incomparable, por un atractivo irresistible.

—¡Ah! ¡No levantéis tanto la voz, señor, que pueden oírnos! ¡No vamos solos!

Esta advertencia de Estéfana no tenía por objeto otra cosa que atenuar lo significativo de la ardiente exclamación, de la exclamación profundamente apasionada que se había escudado involuntariamente de su alma al escuchar la enamorada manifestación del juicio que el rey D. Sebastián había formado de ella.

—Yo había entrado aquí — dijo el rey — sobornando al gondolero, lleno de temor y de ansiedad; yo sabía que no amáis y que no habéis amado; pero temía mucho que no amaseis.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que espero, que creo que vos me amaréis.

—Sois poco prudente irritando en la primera entrevista conmigo mi vanidad mujeril; me parecéis uno de esos conquistadores que antes de conocer la fuerza de una ciudad que sitian la intiman la rendición.

—Es que yo no pretendo rendiros, Estéfana; lo que pretendo es que aceptéis mi rendimiento; yo no quiero ser vuestro señor; lo que yo quiero es que seáis mi señora.

—¡Yo señora de un tan gran rey!

—Dejemos eso; yo no quiero ser el rey D. Sebastián ni el rey D. Sebastián fué gran-

de; él llevó a morir a Africa a un ejército, y proporcionó a Portugal una vergonzosa derrota.

—¡Vergonzosa, no!

—Sí, porque es vergonzosa la tenacidad de un mancebo loco que, desoyendo los prudentes consejos de aquellos a quienes debiera respetar, acomete una empresa descabellada, comprometiendo en ella la vida de sus soldados y el honor de su patria. El rey D. Sebastián fué un insensato y mereció bien la muerte por irreflexivo. Su abuela, la reina Catalina; sus tíos, el rey D. Felipe y el cardenal D. Enrique; el gran duque de Alba; los más respetables y los más prudentes magnates de Portugal y de España le aconsejaron que desistiese de la empresa de Africa.

—El Papa, sin embargo, le excitó a ella.

—Engañado por su celo cristiano; pero el rey D. Sebastián debió creer más a grandes príncipes, a grandes capitanes que conocían lo temerario de una guerra en Africa, con poca gente, nueva, allegadiza y levantada de pronto, que al Soberano Pontífice, que, entregado a su santo ministerio de paz y caridad, entiende poco de guerra; él solo vió que el rey D. Sebastián se armaba contra los infieles, y le impulsó a la empresa, le ayudó para ella con cuanto pudo; pero la empresa era imposible, tal como pretendió llevarla a cabo aquel desgraciado rey, y los resultados fueron terribles; el rey fué afortunado en una sola cosa: en quedar también entre los muertos, para no verse en el caso de sufrir la vergüenza de aquella desastrosa y completa derrota que él había buscado de una manera insensata; no, yo no soy el rey D. Sebastián; si yo fuera el rey don Sebastián..., no sería, porque, a haber sido yo el rey, me hubiera quitado yo la vida si los moros no hubieran sido bastante para quitármela.

—Dicen que el rey peleó como un león.

—Era muy bravo el rey D. Sebastián.

—¡Como vos!

—¡Casi, casi; afortunadamente por eso, ha caído sobre su nombre la vergüenza como caudillo imprudente y temerario, su valor como caballero ha librado su nombre de la infamia; ha hecho que su nombre se pronuncie con conmiseración, no con desprecio, y esto es lo único que me consuela...

—¡A vos!

—Sí; yo era muy apasionado del rey... como que me parezco a él tanto, que temo no seamos hermanos, puesto que su padre anduvo por tierras de Castilla.

—Y decid, Gabriel, ya que sabéis que no sois D. Sebastián, y que yo no quiero contrariaros, si tan imprudente fué aquella empresa, ¿por qué fuisteis vos a ella?

—Un soldado a ninguna parte va mejor que allí donde más patente, donde más seguro es su peligro; ¿qué me importaba a mí? La muerte es lo menos malo que puede sobrevenir a un soldado; desde el momento en que un hombre se pone bajo la sombra de una bandera, se pone bajo la sombra de la muerte. No, al capitán toca meditar una empresa, al soldado obedecer al capitán; más vale morir, aunque se muera en la obscura muerte del soldado, que vivir debiendo la vida al miedo para que los que nos conozcan digan: "Vive porque huyó".

—Sois grande y noble, señor, ya seáis el bravo aventurero, el terrible pirata o el rey desgraciado; sois el hombre que yo soñaba, que yo anhelaba, y tan asombrada me tenéis de vos, tan orgullosa por haberos enamorado, que no aventuro en responderos que os amaré con toda mi alma.

—¿Me conocéis bien Estéfana? — dijo con la voz temblorosa de emoción el rey.

—Sí, os conozco por completo.

—¿Reparásteis esta mañana en mí?

—¿Qué mujer no repara en el hombre que la sigue, que la mira, que la dice amor con su presencia, con su mirada, si ese hombre tiene un aspecto tal de nobleza y de grandeza como el vuestro?

—Yo estoy curtido y envejecido por la fatiga, por mi continua vida en la mar; yo no soy ese joven noble que vos habéis soñado.

—Un joven nunca puede poseer lo que yo he deseado en el hombre que me ame; un joven empieza a vivir; no puede ser un héroe sin que hayan transcurrido los años que traen consigo las ocasiones difíciles en que puede mostrarse la grandeza de su alma; vos, indudablemente, no sois el mismo que erais cuando fuistes a Africa.

—No, por fortuna.

—Erais, sin embargo, el valiente joven de quien se ha hecho el hombre grande en quien yo había soñado.

—Pero la admiración, el entusiasmo, no son el amor.

—Pues qué, ¿puede existir el amor sin la adoración y el entusiasmo? ¿Puede llamarse amor aquel que en la mujer no vaya acompañado de la admiración, del respeto y del orgullo por el hombre a quien se ama? Un amor que no busque el alma; un amor en que la mujer se crea de tanto valor como el hombre, es el amor de las pobres gentes vulgares que nacen, viven y mueren sin dejar un recuerdo, desconocidos de la generalidad en la vida y en la muerte; yo no he nacido para lo vulgar, y por eso no pueden ser vulgares mis amores; por eso os amaré por eso casi casi os amo ya.

—¡Oh, si el rey D. Sebastián hubiera sido tan afortunado en la empresa de Africa como lo he sido con vos en la empresa de mis amores!

—No me habéis preguntado quién soy — dijo Estéfana. — ¿Por qué esto, Gabriel?

—Porque me basta con lo que sois; porque un nombre nada supone; nada más que un signo.

—Sin embargo, habéis pronunciado más de una vez mi nombre. ¿Quién os lo ha dicho?

—Cuando pasabais por la plaza de San Marcos y yo os seguía, unos jóvenes nobles dijeron al pasar vos: "Ved la hermosa Estéfana, tan altiva y tan desdeñosa como siempre."

—¡César Malatesta y sus amigos! — dijo con acento reconcentrado Estéfana.

—¿Y qué os importa de ese hombre, Estéfana? — dijo con acento celoso el rey.

—¡César Malatesta es un miserable que ha calumniado mi nombre! — dijo Estéfana.

—¡Qué os ha columniado! — exclamó con acento severo el rey.

—Sí.

—¿Y vuestros parientes?...

—Yo no tengo más parientes que mi padre.

—¡Pero vuestro padre!...

—Era ya viejo cuando se cubrió de gloria en la batalla de Lepanto.

—¿Estuvo vuestro padre en aquella famosa jornada?

—Sí, era el general de la Armada de Venecia.

—¡Giácomo Barbarigo! — exclamó el rey. — ¿Sois vos la hija de ese héroe?

—Ese héroe es ya un cadáver viviente; es un anciano que tiene vuelto el rostro a la eternidad y la espalda al mundo; un miembro paralítico del Consejo de los Diezh un hombre cargado de años y de gloria, que puede decirse que no existe. Yo, por lo tanto, soy huérfana.

—Y por eso ese hombre, ese César Malatesta...

—Es un miserable cobarde.

—Del cual yo os vengaré.

—¡Oh! ¡No! Vos estáis acostumbrado a combatir con leones y Malatesta y sus amigos son serpientes; dejadme a mí con ellos; yo los castigaré; os prohibo terminantemente que busquéis ni provoquéis de ningún modo a Malatesta; yo sola he resuelto castigarle, y para castigarle he venido esta noche a hacer una visita al sabio Tieppolo Albano; ahora que os conozco, ahora que mis primeros amores han empezado, ahora que pretendo realizar mis sueños, es necesario que yo os quite del paso ciertos inconvenientes.

—Explicáos, Estéfana.

—No, tened confianza en mí como yo la tengo en vos; yo nada os he preguntado; nada quiero saber de vos sino que me améis; sed vos lo mismo para mí, y ahora, ya que hemos vagado bastante por la Laguna, permitidme que yo vuelva a mi casa. ¡Eh, gondolero! — añadió Estéfana, asomando su hermosa cabeza a la puerta de la litera; — llévanos al palacio Barbarigo.

Entonces, como yo era el que debía dar la dirección a la góndola, me ví obligado a apartarme de la litera para tomar el timón; poco después, la góndola entraba en los canales.

No pude, pues, oír lo que siguieron hablando Estéfana y el rey. Media hora después, la góndola se detenía en el oscuro soportal del palacio de Barbarigo; Estéfana salió sola, y antes de entrar en el palacio, cuya puerta abrió ella por sí misma, dijo al rey:

—Hasta mañana, señor; a esta misma hora y en este mismo sitio.

Entonces Estéfana entró y cerró la puerta.

—A los jardines del Dorso Duro — dijo entonces el rey.

La góndola se puso en movimiento, y poco después estábamos en los canales que cruzan los jardines. El rey saltó a tierra y se alejó; yo salté también y le seguí hasta el palacio, donde entró el rey. Después, en la misma góndola volví a las Lagunas, llegué al islote donde se levanta la casa del doctor Tieppolo Albano y... Nicolino se detuvo; una campanada grave, ronca, sonora, había resonado a lo lejos, a la que siguieron algunas otras campanadas.

—¡La campana de San Marcos, monseñor! — dijo el esbirro; — me veo obligado a suplicaros que me dejéis aquí en libertad; la hora de que yo me dedique a mi profesión pública ha llegado; el sacristán menor de la basílica hará dentro de muy poco falta en ella.

—Véte y llévate esa botella y esas pastas; toma, además.

—No puedo, monseñor, aceptar dinero.

—Te lo mando yo; además, desde que ha sonado esa campana no eres ya el esbirro de la República, sino el sacristán menor de San Marcos.

—Puesto que me lo mandáis, obedezco, — dijo el esbirro-sacristán.

—Vete ya — dijo Aben-Shariar.

—¿No me dáis orden alguna?

—Ninguna.

—Adiós, pues, monseñor.

Nicolino salió; Aben-Shariar pagó y salió también; era ya de día. En vano pretendió saber Aben-Shariar por dónde había desaparecido Nicolino. Porque aquello era una desaparición. Ni a lo largo de los bordes del canal, ni en él, se veía una sola persona, ni más que la góndola que había llevado hasta allí al corsario y al esbirro. En la góndola había dos hombres: dos gondoleros; pero entrambos tenían la cabeza descubierta, y ninguno de ellos era Nicolino.

—¡A las Lagunas, a casa del doctor Tieppolo Albano! — dijo Aben-Shariar entrando en la góndola.

Un momento después, la góndola arrancaba, surcando un blanco canal emblanquecido por la primera luz de la mañana.

CAPITULO II

La casa del doctor Tieppolo Albano estaba situada, sobre una pequeña roca que se alzaba poco más de un metro de la superficie azul verdosa de la laguna. Esta casa, por más que estuviese habitada por un hombre de reputación tan dudosamente terrible como el doctor Albano, era risueña; constaba de dos pisos con ventanas, cuyo marco y adornos pertenecían al más delicado y bello gusto del Renacimiento, y sobre su cornisa corría una bella balaustrada de mármol blanco. Delante de la puerta tenía un pequeño muelle de piedra y una pequeña gradería, a la cual atracó la góndola.

Aben-Shariar saltó y llamó con fuerza a la puerta. Poco después se abrió una venta-

na en el piso principal, y apareció la sombría cabeza de un negro viejo.

—¿Qué queréis tan temprano? — dijo el viejo con voz agresiva y grosera. — Mi señor duerme hasta bien entrado el día, y no abandona el lecho por nada antes de su hora de costumbre.

Aben-Shariar estaba de espaldas a los gondoleros, que no pudieron ver que por toda contestación el corsario abrió sus vestidos y dejó ver en su pecho, sobre un fondo negro, estas tres iniciales bordadas con plata: C. D. X., esto es, Consejo de los Diez. Aquellas tres letras eran para los venecianos lo mismo que fué para los antiguos griegos la cabeza de Medusa: causaban un terror frío. El negro, pues, se apartó rápidamente de la ventana, y en seguida se abrió la puerta. El corsario entró en la casa del doctor, y la puerta se volvió a cerrar.

—Esperad aquí, señor — dijo el negro, introduciendo en un saloncito a Aben-Shariar, y desapareciendo por entre los anchos cortinajes de damasco que cubrían un pórtico al fondo del saloncito

Aben-Shariar esperó; nada había en la habitación en que se encontraba que revelase al sabio ni al criminal; era una preciosa y alegre estancia, cuyas paredes estaban revestidas de raso blanco, sobre el cual se destacaban cuadros al óleo, pertenecientes a la bella, mórbida y sensual escuela veneciana, representando asuntos mitológicos; el techo, pintado al temple con una gran brillantez de color, representando bellísimamente un encuentro de la Luna o de Diana con la aurora; parecía pintado por Pablo Veronés, según su color suculento, bello, dulce, vaporoso, casi fantástico; una alfombra blanca con dibujos azules orlaba la estancia bajo una sillería blanca con filetes dorados, y el cuadro del pavimento que dejaba descubierta la carencia de alfombra en el centro, mostraba un bello mosaico representando a Anfitrite. Todo era allí completamente pagano y voluptuoso. Aquel saloncito parecía más bien la habitación de una hermosa cortesana que el cuarto terrible de un químico nigromante y envenenador, que ésta era la reputación que tenía en Venecia Tieppolo Albano.

No fué larga la espera de Aben-Shariar. A los seis minutos de haber entrado en el salón, se abrieron los cortinajes de damasco del pórtico de que hemos hablado, y apareció un anciano de aspecto el más simpático del mundo. Era alto, robusto, bien formado, de semblante apacible y alegre, blanco y fuertemente sonrosado, con pequeños y vivos ojos azules, que parecía no podían tener otra expresión que la alegría; una larga cabellera poblada y completamente blanca, le caía rizada sobre los hombros, y sólo el color de estos cabellos, las arrugas de aquella piel blanca, rosada y fresca, y el hundimiento de la boca por falta total de dientes parecían marcar en aquel hombre a un anciano. Por lo demás, su actitud era tranquila, las formas de sus miembros esbeltas y robustas, y el conjunto airoso y bello; vestía un sayo de terciopelo negro, calzas de seda blanca y un largo sobretodo de terciopelo carmesí de largas mangas perdidas, con vueltas de piel de armiño. Este hombre era el doctor Tieppolo Albano.

Saludó, inclinándose con suma distinción, a Aben-Shariar, tomó una silla, se la presentó, y cuando se hubo sentado Aben-Shariar tomó otra silla, sentóse, y miró sonriendo a su visitador, como diciéndole:

—Y bien, ¿quién sois? ¿Qué me queréis? ¿Por qué me visitáis tan temprano? Tengo curiosidad; nada más que curiosidad.

Todo esto quiso decir y dijo el doctor Albano, con su mirada, con su sonrisa y con su actitud a Aben-Shariar. Aben-Shariar, sin decir por su parte ni una sola palabra al médico, sacó su cartera, y de ella el rescripto del Consejo de los Diez, que había presentado antes a Nicolino, y que presentó sonriendo e inclinándose al doctor Albano. El doctor sacó de entre sus ropas unas anchas antiparras montadas en oro, las acomodó a su nariz aguileña, leyó, siempre sonriendo,, el rescripto; después se quitó las antiparras, las guardó, dobló el rescripto, se puso de pie, y devolvió el papel a Aben-Shariar, inclinándose profundamente.

—Estoy a vuestras órdenes, monseñor — dijo.

Pero sonriendo siempre. Aquel hombre había nacido para dar el ejemplo de una eterna, de una imposible imperturbabilidad.

—Sentáos, sentáos, señor Tieppolo — dijo Aben-Shariar, asiéndole por las manos e impulsándole a sentarse; — yo vengo a vos, no como un alto y terrible agente de la República; nada menos que eso; vengo a vos como un amigo, y como los que como amigos se presentan a una persona que no los conoce deben empezar por decir su nombre y su condición, voy a deciros lo que yo soy: soy genovés y mercader, patrón de la barca "Bella Genovesa", y me llamo Pietro Mastta.

El doctor Albano se inclinó de nuevo, sonriendo, extendió su mano y estrechó vigorosamente la de Aben-Shariar.

—Os conozco, mi buen señor — dijo; — los hombres, cuando son tan ricos como vos, tienen el privilegio de ser conocidos en todas partes. Ahora bien; puesto que me honráis llamándome vuestro amigo, voy a poner a prueba vuestra amistad: almorzaréis conmigo.

—Almorcemos, doctor, en buena hora.

—Os advierto, señor Pietro Mastta, que nuestro almuerzo no pasará ni aun por la puerta de mi laboratorio.

—¡Oh! ¿Por qué decís eso, señor Albano?

—¡Oh! ¡Por las calumnias que de mí se dicen por ahí; como que hay quien cree que basta sólo mirar a mi casa para morir envenenado!

Y el doctor lanzó la carcajada más alegre del mundo.

—¡Bravo, señor Albano! ¿Y qué interés podríais tener vos en matarme?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Matar! ¡Matar! ¡Nada me-

nos, mi querido señor! El hombre no puede destruir; todo lo que le es dado hacer es descomponer, deshacer un hombre; pero el espíritu y la materia no son cosas que el hombre puede destruir. Almorcemos, pues. ¡Hola, Giovanni! Que nos den algo... hijo... como siempre; este caballero es un amigo.

El negro que había asomado su semblante inmóvil a la puerta al llamamiento del doctor, desapareció.

—Perdonad — dijo Aben-Shariar — si he mostrado a vuestro esclavo, para que consintiese en anunciaros mi visita, estas tres letras (Aben-Shariar se descubrió de nuevo el pecho y dejó ver las tres terribles iniciales al doctor); me urgía veros; perdonad también si os he hecho leer un rescripto del Consejo de los Diez; me importa que sepáis que podéis contestarme sin temor y sin responsabilidad a todo lo que os pregunte; y perdonad, además, si os he quitado algunas horas de sueño; me era urgentísimo veros.

—Yo tenía un gran deseo de conoceros, señor Pietro Mastta — dijo el doctor, — y ya que habéis de preguntarme y que yo os responderé, quisiera, puesto que sois mi amigo, que vos me respondieseis a lo que os preguntare.

—Preguntad en buena hora, doctor.

—¿Por qué has venido a verme, y por que para verme os habéis valido de la autoridad del Consejo de los Diez?

—Por que me interesa sobremanera la suerte de dos personas.

—Y esas personas...

—Son un español que se llama Gabriel de Espinosa y una dama que se llama doña María de Souza.

—Estamos hablando, según creo, de buena fe — dijo el doctor.

—¿Por qué me decís eso?

—Porque en nuestra conversación todavía no han aparecido los verdaderos nombres de las personas.

—¿Los sabéis vos?

—Sí, amigo mío; vos os llamáis Yhayeben-Shariar; esa dama a quien llamáis doña María de Souza, se llamó antes de bautizarse Sayda Mirian-ben-Juzef-ben-al-Hjayzari; el que llamais Gabriel de Espinosa, se ha llamado, y se llamará con la protección de la serenísima República de Venecia, D. Sebastián, rey de Portugal.

—Es decir, que ambos sabemos...

—Cuanto hay que saber en este negocio. ¿Sabéis vos, por ventura, si yo soy lo que aparezco?

—Vos — dijo sonriendo Aben?Shariar — sois siciliano.

—Es verdad.

—Cometisteis una acción muy vulgar entre nosotros; os estorbaba un marido...

—Y bien...

—Hallasteis medio de que aquel hombre comiera ciertas confituras que habían pasado por vuestra mano; aquel hombre murió dos meses después, arrojando sangre por la boca; todos creyeron, hasta su viuda, que el hombre había muerto de una enfermedad de pecho; seis meses después os casasteis con la viuda, que era muy hermosa, muy noble y muy rica: se llamaba Laurencia Orbeto.

—Seguid.

—Diez meses después de vuestro casamiento tuvisteis un hijo; dos meses después del nacimiento de aquel niño, Laurencia Orbeto murió, como su primer marido, de un vómito de sangre, y la inmensa fortuna de Laurencia pasó a su hijo único, Paolo Angélico; porque vos entonces, mi querido doctor, os llamabáis Francesco Angélico.

—Adelante, señor Mastta — rije sonriendo siempre el doctor

—Antes de un año, la inmensa fortuna de los Orbeto pasó a vos, porque vos erais heredero de vuestro hijo, y vuestro hijo murió al año de nacido, como su madre, a causa de un vómito de sangre; de manera que vos, que erais pobre, muy pobre antes de casaros con Laurencia Orbeto, os encontrasteis fabulosamente rico dos años después de vuestro casamiento con ella, y tan libre como antes de vuestro casamiento. Pero aconteció que los Orbeto, parientes laterales de Laurencia, al verse desposeídos de una herencia que ellos se hubieran procurado valiéndose acaso de los mismos medios que vos, encontraron muy extraños aquellos tres vómitos de sangre que habían llevado a vuestras manos las grandes riquezas de Laurencia, y os persiguieron ante los Tribunales, acusándoos de envenenador. Pero vos erais rico y ellos pobres, y fuisteis completamente absuelto de la acusación; sin embargo, los Orbeto eran gente tenaz y brava, y vos temisteis que obrasen contra vos de una manera extralegal. Vos nunca habéis sido hombre de lucha material, y la excusasteis, vendiendo todos los bienes que habíais heredado de vuestro difunto hijo, y os vinisteis con el dinero a Venecia, cambiando al propio tiempo de nombre; desde entonces os llamáis Tieppolo Albano. Pero como no entra un extranjero en Venecia sin que el Consejo de los Diez sepa al poco tiempo de su llegada quién es, de dónde viene y a qué viene, el Consejo de los Diez supo vuestra historia por medio de sus agentes secretos, y una noche que vos saliais, hace muchos años, de casa de una de vuestras queridas, la góndola que os conducía os llevó a las prisiones de Estado en vez de llevaros a vuestra casa. Estuvisteis detenido dos horas nada más. El tiempo que bastó para haceros comprender que la República sabía vuestra historia, y para proponeros si queríais ser el ejecutor secreto de la alta justicia de Estado.

—¡Ah!

—Sí, Francesco, sí; muchas veces un alto personaje, que por su posición está al alcance de los secretos de la República, comete una traición, o bien se hace sospechoso; ese hombre no es preso, ni aun molestado; pero el Consejo de los Diez le ha sentenciado en secreto, y un día os encontráis con que un hombre a quien no conocéis os dice: "Dentro de tal término, el patricio tal o el

senador cual, na de morir". Desde aquel momento, el hombre sentenciado por el Consejo de los Diez os pertenece, y un esbirro puesto a vuestro servicio entrega al cocinero o a la querida del hombre sentenciado unos polvos blancos; y como nadie quiere morir por no matar, como el Consejo de los Diez ha llegado al último grado de poder posible, esto es, a que su solo nombre cause un terror frío, invencible, el cocinero o la querida del sentenciado le envenenan a sangre fría y sin remordimiento, porque ellos no son otra cosa que una mano que obedece en secreto al Consejo de los Diez. Sois, pues, Francesco Angélico, o, como mejor queráis, Tieppolo Albano, el alto verdugo de las justicias secretas de la serenísima República de Venecia.

—Exactamente — dijo, sonriendo de una manera sutil y horrible aquel extraño verdugo; — veo que estáis perfectamente informado; pero vos, Sydi Yhaye, sois...

—Yo soy miembro del Consejo de los Diez.

Tieppolo se puso de pie, dejó de sonreir, y se puso pálido.

—Monseñor... — dijo.

—No puedo enojarme con vos, Francesco Angélico, porque os habéis atrevido a inquirir quién soy yo, y quiénes las personas por las que os he interrogado Estéfana Barbarigo; y digo Estéfana, porque sólo a ella, y de muy pocos días a esta parte, interesa saber quién es ese extranjero que se llama Gabriel de Espinosa, su mujer, su hija y las gentes que le tratan; tenéis a vuestras órdenes un esbirro, y habéis usado mal de él, llegando al conocimiento de secretos que el Consejo de los Diez no quiere que salgan de su seno. Así, pues, haced que ese esbirro desaparezca cuanto antes os sea posible

—¿Es esto una sentencia de muerte, monseñor?

—Sí.

—Muy pronto no existirá el negro que os ha introducido en mi casa.

—¿Es ese el esbirro?

—Sí.

—En cuanto a vos, ved si podéis tomar alguna medida para que se os olvide lo que sabéis acerca del extranjero llamado Gabriel de Espinosa, de su mujer, de su hija y de mí; de otro modo, como vivís en las Lagunas, una góndola del Estado podría llamar a media noche a vuestra puerta y haceros cambiar de lugar.

—¡Oh! Descuidad, monseñor.

—¡Serenaos, por Baco, Tieppolo, que alguien se acerca — dijo Ben-Shariar, — y es necesario no dar que sospechar!

El rostro de Tieppolo Albano volvió a su tranquila y risueña apariencia Poco después apareció el negro a la puerta, y anunció que el almuerzo estaba ya servido.

Se trasladaron a otro precioso aposento. Desde sus ventanas se veían, de una parte, Venecia, y de la otra, el mar. En el centro de aquella habitación estaba servida una mesa admirablemente cubierta; los platos, las fuentes, las copas, los jarros para el agua y para el vino, eran de plata cincelada, perteneciendo por su forma al Renacimiento más puro; los manjares eran exquisitos.

Durante el almuerzo, que fué servido por el negro, Tieppolo y Aben-Shariar hablaron, como dos grandes amigos, de las cosas más indiferentes; ya casi al fin del almuerzo, Tieppolo mandó al negro, esto es, al esbirro, que le trajese unas pastillas de olor que, según dijo a Aben-Shariar, producirían al ser arrojadas al fuego un perfume delicioso. Apenas salió el negro, Tieppolo sacó de entre sus ropas una pequeña caja de oro; la abrió, y con la extremidad de los dedos tomó una pequeña cantidad de polvo blanco, que echó en el jarro del vino.

—¿Y para qué hacéis eso? — dijo Aben-Shariar.

—Para obedeceros, monseñor; he enviado a Cristophano por esas pastillas, que están al otro extremo de la casa, en mi laboratorio; de este modo no puede observar que yo he puesto estos polvos en el vino que queda en este jarro; se lo beberá, como de costumbre; antes de que salgáis de aquí, ese hombre habrá muerto.

—Se pondrá a vuestra disposición otro esbirro; pero os advierto que no abuséis de él, porque entonces podríais a vuestra vez ser sentenciado.

—Se acerca Cristophano — dijo Tieppolo, guardando la cajita.

La conversación del corsario y del envenenador volvió a ser indiferente; Cristophano puso algunas pastillas en el brasero que había en la estancia, que se llenó de un humo azulado y de una fragancia deliciosa.

Poco después, Tieppolo y Aben-Shariar estaban otra vez en el saloncito que habían abandonado para ir a almorzar.

—Mañana vendrá a buscaros de parte mía — dijo Aben-Shariar — uno de mis pi-

lotos; es un bravo hombre de mar, pero me ha hecho traición; y aunque su traición no me haya hecho daño, la traición me enoja; él es robusto y sano, pero es necesario que arroje sangre por la boca; lo siento, porque le tengo a mi lado desde hace muchos años y le debo excelentes servicios; pero una traición no tiene perdón. ¿Lo comprendéis?

—Sí, sí, monseñor.

—Traerá una carta mía; una carta en que os daré una cita; no hagáis caso de esto; lo que la carta os dirá por sí misma será: mata al portador.

—Muy bien, monseñor.

—Pasemos a otro asunto. ¿Hace dos meses entró una noche en vuestra casa Estéfana Barbarigo?

—Sí, monseñor.

—¿A qué vino Estéfana?

—A que la levantase figura y la dijese su horóscopo.

—¡Oh! ¿Estéfana se entrega a supersticiones?

—No son supersticiones, monseñor; y vos menos que nadie debe dudar de la verdad del horóscopo: sois musulmán.

—Yo no sé lo que soy, Tieppolo — dijo Aben-Shariar; — he viajado tanto, he conocido tanta gente y he visto tantas cosas, que sólo creo en un Dios Omnipotente que todo lo ve, todo lo sabe y todo lo premia y lo castiga; pero continuad.

—Estéfana padece un mal extraño: ama sin saber lo que ama; sufre sin adivinar la causa del sufrimiento; ambiciona de una manera vaga, pero poderosa, algo que no encuentra, algo que no conoce.

—¿Ha amado Estéfana? ?

—No; pero ha sido amada por muchos: ha mentido, los ha burlado, se ha gozado en hacerles creer en su amor para desesperarlos después; es una mujer terrible, sin corazón, sin otra pasión que la ambición y el orgullo; ella ha soñado en ser reina.

—Se habla de cierto personaje, de cierto patricio, que se cree ha sido muy favorecido de Estéfana.

—¡César Malatesta! Es verdad; se dice, o, más bien, él lo dice, que ha sido amante de Estéfana; y como Malatesta es hermoso, audaz y favorecido por las mujeres; como es hombre que se jacta de bravo y que tiene a su disposición una banda de jóvenes procaces que han perdido todo pudor y todo respeto y le sirven de propaladores de las aventuras que realmente le han acontecido y de las que él mismo inventa para aumentar su reputación de seductor afortunado, de aquí que una mujer, sea cual fuere, no pueda sonreir, ni aun saludar en público a César Malatesta sin que los que lo han visto digan que aquella mujer es su amante.

—Algo grave, sin embargo, debe haber tenido lugar entre Malatesta y Estéfana, porque ésta le aborrece de muerte.

—¡Oh, sí! Estéfana es una insensata; el orgullo, o más bien la vanidad, la han hecho acometer muchas locuras que el desdichado, el honrado Giacomo Barbarigo sufre y deja impunes, porque ama a Estéfana con un amor insensato; es su hija única, todo lo que le queda de su familia, y no se atreve a reprimirla como debiera, a usar contra ella de medios enérgicos.

—Todo el mundo sabe — dijo Aben-Shariar — que Estéfana Barbarigo y su padre no se ven desde hace mucho tiempo; que como el palacio de Barbarigo está partido en dos por un canal y unido sólo por dos puentes, el padre se ha ido a vivir a la una mitad, dejando libre la otra a su hija; que han sido tapiadas las comunicaciones de la una mitad del palacio con la otra por el interior de los puentes; que Estéfana recibe con entera libertad a quien quiere en su casa, y que con la misma libertad sale sola y va donde mejor le parece; se cuentan de ella cosas increíbles, aventuras vergonzosas u orgias miserables, desórdenes de todo género: hasta crímenes.

—Esa es la consecuencia de la impremeditación y de las locuras de Estéfana; pero yo os juro que está pura como un rayo de sol, y que el crimen no ha manchado aún su conciencia; que si bien se la ha visto salir y entrar sola en su palacio, abandonarse en una góndola a aventuras puramente venecianas, estas aventuras no han llegado jamás al límite de la vergüenza ni del escándalo; ha acudido a citas de enamorados, las ha provocado muchas veces, se ha complacido en atormentar a hombres enloquecidos por su hermosura; pero tengo en mis manos la conciencia de Estéfana; es una de esas mujeres caprichosas a quienes sus caprichos deshonran siendo puras, de la misma manera que las corrompidas hipócritas deben a su hipocresía una reputación de virtud de la que nadie duda.

—Dicen que entre Malatesta y el viejo Barbarigo hubo, por causa de Estéfana, un suceso demasiado desagradable, y que a causa de este suceso, el padre, no atreviéndose, por amor, a obrar rigurosamente contra la hija, la separó de sí y la dejó abandonada a sí misma.

—Voy a contaros, monseñor, muy brevemente, la historia de Estéfana, porque comprendo que os importa saberla.

—Acaso más de lo que podéis suponer.

—Pues oíd: Giacomo Barbarigo ha sido muy desgraciado; había quedado a los cincuenta años viudo, sin hijos y sin parientes; esto mortificaba demasiado al orgulloso patricio; cuando un hombre es inmensamente rico, cuando ocupa los más altos cargos del Estado, cuando su nombre está coronado por una aureola de gloria, cuando este nombre, ilustrado más y más por él, era ilustre desde una antigüedad gloriosa, el hombre que este nombre posee se aterra al solo pensamiento de que su nombre va a terminar en él, a perderse en la historia, a pasar; Barbarigo, pues, pensó en contraer un nuevo matrimonio; pero quería una esposa tal que no le era muy fácil encontrar,

la; las damas venecianas que tenían un apellido tan ilustre como el de Barbarigo, las unas estaban tan mal reputadas, que se habían hecho imposibles para un hombre de honor, y las otras no consentían bien en casarse con un hombre que ya pasaba de los cincuenta años, y al que las fatigas de la guerra y los cuidados del gobierno habían envejecido de una manera excesiva. Barbarigo vió pasar uno, dos, tres, cinco años desde que se propuso tomar nueva esposa, y ya desesperaba de encontrarla como no bajase sus pretensiones a damas de un rango inferior al suyo, cuando he aquí que una noche, al abrir por la parte interior el león de bronce, en cuya boca se arrojaban las delaciones en la puerta del Palacio del Consejo de los Diez, encargo de gran confianza que estaba cometido a Barbarigo, como uno de los más respetables miembros del Consejo, encontró un pliego sellado, en cuyo sobre se leía:

"No se abra este pliego sino en presencia del Consejo de los Diez, reunidos como para tratar de un alto asunto de Estado; uno de los diez ha hecho traición a la República".

Barbarigo, que estaba investido de grandes, de inmensas facultades, y que era y es muy prudente, guardó aquel pliego sin que nadie viese que le había encontrado en la profunda boca del león de San Marcos, porque Barbarigo se encerraba y abría absolutamente solo por la parte interior la boca del león terrible de las delaciones, se fué a su casa, y encerrado en su aposento abrió aquel pliego. En él encontró una larga y razonada acusación contra uno de los senadores más ilustres, miembro importantísimo del Consejo de los Diez; se le atribuían inteligencias con el embajador de España en deservicio de Venecia, y tales que hubieran sido bastantes para causar la muerte y la deshonra perpetua del nombre del acusado. Barbarigo meditó mucho; sabía que aunque aquella delación fuese una falsedad infame, bastaba por sí misma, si de ella se daba parte al Consejo de los Diez, para hacer sospechoso al acusado, y hacerse sospechoso en Venecia es lo mismo que caer más pronto o más tarde en una ejecución de muerte secreta.

Llamó, pues, al senador Lázaro Fanti, que era el acusado, se encerró con él y le mostró la acusación.

—Hacedme justicia, amigo mío, y hacédmela pronto — dijo Fanti con la indignación del patricio que se siente herido a un mismo tiempo en su honor y en su seguridad; — sólo hay un hombre que haya podido ser autor de tal infamia; ese hombre es Paolo Malatesta; ese hombre ha osado poner los ojos impuros en mi hija Angiolina, y ha pretendido sobornar a mis criados; éstos me han dado parte, cumpliendo como leales conmigo, y yo he castigado al miserable como castiga a un tal hombre un hombre de honor; le he buscado, me he batido con él, le he herido, y ha estado postrado en el lecho, de resultas de la herida, dos meses. Sólo de ese hombre sospecho, porque no tengo otro enemigo; obrad vos como magistrado en justicia, y como amigo, con una energía semejante a la que yo desplegaría si vos os encontraseis en una situación igual.

Barbarigo, que es la justicia y el honor personificados en un hombre, no perdió ni un solo instante; Paolo Malatesta fué preso por un esbirro del Consejo de los Diez, cuando se retiraba solo en su góndola de una de las orgías a que, como acostumbra su hijo César Malatesta, se entregaba todas las noches, y sin que nadie tuviese noticias de su prisión, fué conducido a los calabozos del Estado. Allí le esperaba Giacomo Barbarigo. Malatesta negó, juró, afirmó que si bien había tenido un choque serio y de graves consecuencias con Lázaro Fanti, no era su enemigo; pero puesto en el tormento lo confesó todo; que había calumniado a Fanti, que había supuesto en él traiciones que no existían, y que había procurado por este medio la muerte y la infamia de Fanti, para que su hija Angiolina quedase abandonada y expuesta a sus asechanzas; confesó además que Angiolina jamás había oído sus revelaciones, y que había envenenado a su propia mujer para probar, quedando libre, si Angiolina le quería por esposo, lo que tampoco había conseguido. De tal modo había apretado la prueba del tormento Barbarigo, con tal sagacidad había interrogado a Malatesta, que había logrado de él una declaración que, al mismo tiempo que disculpaba completamente a Fanti, hacía reo de un horrible crimen, a más del crimen de traición, al calumniador, puesto que había confesado el asesinato de su esposa. Barbarigo unió a la delación de Malatesta su confesión en el tormento, y dió parte de todo al Consejo de los Diez. El Consejo decretó la muerte de Malatesta. Pero atendido a que llevaba un apellido ilustre, que tenía un hijo pequeño, que es César Malatesta, y para no arrojar una mancha tan fea en el patriciado veneciano, añadió a la sentencia de muerte la cláusula de que la ejecución fuese secreta, y que después de ella se quemase el proceso. Se decretó asimismo que su hijo César Malatesta fuese puesto bajo la protección y la tutela de la República hasta su mayor edad.

El Consejo, condenando en secreto a un patricio, respetaba al patriciado, se defendía a sí mismo; no quería que el patriciado se desprestigiase entre los ojos de la multitud, y Paolo Malatesta fué estrangulado secretamente en las prisiones de Estado. Envuelta en el misterio, guardada como un secreto de Estado la muerte de Paolo Malatesta, todo el mundo le creyó perdido, al ver que pasaba un día y otro, un mes y otro mes, sin que apareciese aquel hombre que tanto brillaba por sus riquezas, por sus dispendios, por su altivez y por sus desórdenes en Venecia. Al año de la desaparición de Paolo Malatesta, su hijo César fué adoptado y puesto bajo la tutela de la República. Al año también, se celebraba con gran os-

tentación la boda de Giacomo Barbarigo, que ya contaba cincuenta y seis años, con Angiolina Fanti, que sólo contaba diez y seis. Lázaro Fanti, vivamente agradecido al gran servicio que le había prestado Barbarigo en el asunto de Malatesta, no pudo menos de darle su hija Angiolina cuando Barbarigo se la pidió por esposa. Angiolina fué una víctima del agradecimiento de su padre. Porque Angiolina amaba con toda la fuerza de su primer amor, inspirado por el amor ardiente de un hombre a quien enloquecía la pureza, la hermosura, la juventud y la nobleza de Angiolina.

Jacobo Prosperi, que así se llamaba el amante de Angiolina, era un hombre obscuro, un aventurero napolitano, un miserable, pero dotado de cuantos alicientes de figura, de palabra y de seducción pueden impresionar a una joven sensible, inexperta, pura. Angiolina no se atrevió a desobedecer a su padre, y fué esposa de Barbarigo. Barbarigo comprendió demasiado que era el sacrificador de una víctima; comprendió también que Angiolina amaba a otro hombre; pero no podía dudar de su pureza, y lo demás le importaba poco; su objeto era tener un heredero de su nombre, y la naturaleza, que no necesita del amor de la mujer, hizo madre a Angiolina, que dió a luz en el término preciso, después de su casamiento, a Estéfana. Pero algún tiempo después, Barbarigo, al entrar una noche en el aposento de su esposa, le encontró abandonado; Angiolina había huído. Jacobo Prosperi había logrado exacerbar la contrariada pasión de Angiolina, y ésta, desesperada ya, lo había arrostrado todo. Giacomo Barbarigo apuró una desesperación horrible; se sintió herido a la par en su amor y en su honor, porque había contraído por Angiolina ese amor desesperado, tenaz, receloso, de los viejos que conocen que no pueden ser amados. Barbarigo se valió de todo el poder que le daba su alta posición en la República para buscar y castigar a los culpables, y la mitad de los esbirros de Venecia se pusieron en su busca; al fin, después de seis meses de pesquisas, se encontró a Angiolina moribunda en un miserable casucho del Transtévere, en Roma; Angiolina había sido abandonada por su amante, que la robó las ricas alhajas que la desventurada joven había llevado consigo, y avergonzada, arrepentida, desesperada, proscripta, había enfermado y moría entre la miseria y los remordimientos. En vano fueron cuantos esfuerzos se hicieron para salvarla; en vano Barbarigo, que se trasladó rápidamente a Roma llevando consigo a la pequeña Estéfana, la perdonó y la consoló; Angiolina murió sellando un frío beso en la boca de Estéfana, y estrechándo débilmente con una mano helada la mano trémula de su viejo esposo. En cuanto a Jacobo Prosperi inútilmente fué buscado por todas partes. Aquel hombre había desaparecido. Barbarigo se volvió a Venecia lleno de dolor, y enfermo ya de la terrible dolencia que le aqueja.

—¿Y qué enfermedad padece el noble miembro del Consejo de los Diez? — dijo Aben-Shariar.

—Está loco — contestó Albano. — completamente loco, especialmente desde el día en que se vió frente a frente y por un asunto gravísimo con César Malatesta, con el hijo de aquel Paolo Malatesta que había muerto estrangulado en las prisiones secretas de la República.

—Estáis minuciosamente informado de la historia de monseñor Giacomo Barbarigo— dijo Aben-Shariar.

—Yo tengo la conciencia de Barbarigo en mis manos, porque soy su médico y su astrólogo.

—¡Ah! Entonces nada tiene de extraño que tanto sepáis: continuad.

—Desde la muerte de Angiolina Fanti, Barbarigo empezó a adolecer de la cabeza, se hizo más taciturno y más misántropo, y para distraerse, sin duda, de sus desgracias, se entregó con más ardor y más asiduidad que nunca a los trabajos del gobierno; él, el más anciano de los senadores, ha podido varias veces ascender a la dignidad de Dux; pero nunca ha querido; él trabaja en la sombra, entre el misterio del Consejo de los Diez, y es, por decirlo así, el alma de la República.

—¡A pesar de estar loco!

—Barbarigo sólo está loco cuando, encerrado en su cámara, solo, la noche y el silencio le traen el recuerdo punzante de sus desgracias; pero desde el momento en que la luz del día ilumina las vidrieras de colores de sus balcones, desde el momento en que oye la voz de sus secretarios que van a presentársele cuando aún está en el lecho, cumpliendo sus órdenes, el alma enérgica de Barbarigo pertenece por completo al Estado; el noble anciano se entrega a sus ayudas de cámara, que le visten y le ponen su eterno traje: la toga roja y el birrete rojo del Consejo de los Diez; Giacomo Barbarigo, encorvado bajo el peso de sus ochenta años, se pone a despachar, ayudado por los jóvenes secretarios del Consejo de los Diez, los negocios más árduos del Estado, que se confían a su acrisolada lealtad y a su gran experiencia, y Venecia duerme tranquila bajo el amparo de la prudencia, de la sabiduría y del valor de ese glorioso anciano, cuya sangre, cuya inteligencia cuya vida entera ha estado consagrada al servicio de la República, a pesar de los contratiempos y de las desgracias que el ilustre Barbarigo ha experimentado en el fondo de su hogar, en lo íntimo de su alma.

—Vengamos, vengamos a Estéfana, a César Malatesta, al asunto, en fin, que me ha traído a veros, señor Tieppolo.

—César Malatesta, como ya os he dicho, es un hombre procaz, al que envalentona su buena fortuna con las mujeres fáciles, sus grandes riquezas y la protección de la República, de quien es ahijado; Barbarigo le amaba y toleraba sus locuras; pero por una idea muy semejante al remordimiento que se agitaba y se agita en el fondo de su alma, parecíale que por exceso de amistad a

Fanti, y por obtener de él la mano de su hija Angiolina, había sido más severo de lo que debiera con Paolo Malatesta; parecíale que bien podía haberse conmutado la pena terrible que había sufrido Paolo en otra menos dura; acontecíale, en fin, lo que al juez severo, pero honrado que cree que ha ido algo más allá de la justicia al sentenciar a un hombre a muerte; esto hacía que, como por una especie de compensación al excesivo rigor ejercido contra el padre, Barbarigo fuese demasiado indulgente con las faltas del hijo. Había además contraído Barbarigo cierto amor extraño hacia César Malatesta, y hubo un tiempo en que, creyendo las locuras de César hijas de la impremeditación de la juventud, pensó en casarle con su hija Estéfana, que se educaba en un convento. Tenía además César Malatesta una cualidad que le recomendaba altamente para con el viejo Barbarigo: esta cualidad era su valor. Cuando Malatesta cometía una falta grave, tal como la de promover un escándalo en el seno de una familia, o la de apalear un esbirro, u otra semejante, Barbarigo le llamaba, le echaba un largo y duro sermón, le enviaba preso a un convento de capuchinos, y dos meses después le entregaba el mando de una galera de la República, con la expresa advertencia de que podía volver a poner los pies en Venecia sino cuando entrase en su puerto llevando a remolque de su galera una galeota turca o argelina apresada por él.

Siempre que Malatesta recibía una de estas advertencias, decía a Barbarigo:

—Contad con que dentro de quince días, a lo más, vuelvo a mis aventuras, y os doy motivo para que volváis a castigarme.

El viejo senador echaba un nuevo sermón al audaz joven, y le enviaba desde su palacio a una galera de la República, que inmediatamente se hacía a la vela. Pocos días después la galera fondeaba en el puerto, trayendo una presa bravamente hecha, y a veces gravemente herido a Malatesta. El viejo le llamaba, elogiaba su valor, le sermoneaba de nuevo, y Malatesta quedaba en libertad de hacer nuevas fechorías.

Barbarigo, en vista de lo incorregible de César, desistió del proyecto de hacerle esposo de su hija. Pero como ésta pasaba ya de los veinte años, la sacó del convento y la trajo a vivir a su lado, a su palacio de Venecia. Estéfana, que no había nacido con cualidades a propósito para la larga reclusión en que la había tenido su padre, salió del convento ansiosa de libertad y esparcimiento. Desgraciadamente, Barbarigo confió demasiado en la educación monástica de Estéfana, la dejó completamente la mitad de su palacio, que corresponde a la izquierda del canal; la rodeó de una escogida servidumbre de ayas, doncellas y criadas; la dió grandes sumas de dinero, y él se encerró en la parte de la derecha del palacio, de la cual no salía sino una vez al día para ir a abrazar a su hija, que tenía sagacidad bastante para engañar a su padre con su palabra inocente y tímida y con su semblante cándido y pudoroso.

He observado constantemente que aquellos que son más experimentados y más inteligentes, aquellos que ven más claro en cuanto no tiene una relación íntima con ellos, son los más ciegos y los más confiados en cuanto más de cerca y más transcendentalmente les toca.

Barbarigo, el prudentísimo, el sagaz gobernante, el hombre que venía a ser la providencia de Venecia, el loco en la soledad, el cuerdo en el despacho, fué completamente ciego respecto a su hija. La creyó un ángel, y Estéfana era un demonio. Era el fruto del martirio de su madre; de otra equivocación de Barbarigo. Este no veía a su hija más que durante media hora por las mañanas, y siempre a punto que la campana de San Marcos tocaba a misa. La regularidad de las ocupaciones de Barbarigo lo exigía así. Estéfana sabía que, excepto durante aquella media hora, era completamente libre. Pródiga y gastadora, había acabado por corromper completamente a fuerza de oro a su servidumbre. Fiera por altivez y por desamor, era, sin embargo, apasionada por las impresiones fuertes; Mesalina de nuevo género, ayudada por servidores corrompidos, encubierta por un antifaz y resguardada por "condotieros". Estéfana corría aventuras nocturnas, asistía a citas peligrosas, siendo un misterio para todos, y más de una vez estas aventuras producían riñas sangrientas en que solía quedar algún hombre muerto. Los agentes secretos de la República sabían esto, pero callaban por consideración al respetable Barbarigo, temerosos de herir su corazón de padre; constábales además que Estéfana era un misterio, que nadie la conocía, que se llamaba la hermosa dama negra, y que nadie había sido su amante afortunado. Pero se cruzó al paso de Estéfana, César Malatesta, y Estéfana, como ya os he dicho, se propuso castigar la presunción de César; el fué el primero que tuvo citas con ella en los canales, en la obscura litera de una góndola, en la que siempre iba un esbirro sin que ella lo supiese, porque al fin el Consejo de los Diez había tenido noticia de las locuras de Estéfana, la había vigilado, y no decía una sola palabra a Barbarigo por no amargar su vejez.

Una noche, al fin, el esbirro que vigilaba la puerta del palacio donde vivía Estéfana vió lo que nunca había visto; esto es, abrirse la puerta del palacio a la media noche, no para dar salida a Estéfana, que esto sucedía con frecuencia, sino para dar entrada a un hombre. Aquel hombre era César Malatesta. El Consejo de los Diez tuvo inmediatamente noticia de ello; pero por la alta categoría de Barbarigo, el espionaje de la República no podía ejercerse directamente dentro de su misma casa.

No podía comprenderse el extraño plan de Estéfana de mortificar de cerca, de irri-

.ar, de castigar, en una palabra, haciéndole comprender un imposible al seductor acostumbrado a los triunfos del amor; creyó, como debía creerlo, que Estéfana manchaba el nombre de su padre, y el Consejo de los Diez no se creyó autorizado para encubrir este vergonzoso secreto, para dejar de darle a conocer a Barbarigo. Uno de los miembros más ancianos del Consejo tomó sobre sí el desagradable encargo de despertar de su ciega confianza a Barbarigo, y éste lo supo todo con una dolorosa sorpresa.

Barbarigo calló también, estrechó la mano de su viejo compañero, le dió las gracias con voz trémula por el cuidado que se tomaba por su honra, y aquella misma noche, al dar las doce, Barbarigo atravesó uno de los puentes que enlazan la una mitad de su palacio con la otra, y se presentó de repente y cuando no era esperado en las habitaciones de Estéfana. Si Barbarigo en aquella situación hubiera podido tener serenidad y calma, se hubiera convencido de que si bien Estéfana cometía una grave imprudencia recibiendo en su habitación y en las altas horas de la noche a un hombre tal como César Malatesta, por otra parte nada impuro había en aquella entrevista; Malatesta estaba y lo está verdaderamente enamorado; Malatesta, en los momentos en que se acercaba Barbarigo al aposento de su hija, le suplicaba en que consintiese en ser su esposa; la rogaba que le permitiese pedirla a su padre, y ella le escuchaba como siempre, sonriendo de una manera fría, de una manera desesperante, mortificándole, sujetándole a su voluntad, gozando en ver rendido a sus pies a aquel terrible turbador de mujeres, prohibiéndole que buscase la autorización de sus pretensiones en Barbarigo. Todo esto pudo oirlo el irritado padre; pero nada de esto oyó; la cólera, el dolor, la vergüenza le cegaban; entró erguido y terrible como un hombre en la fuerza de su vigor, encontrando este vigor, a pesar de sus años, en su cólera, con la espada en la mano, resuelto a matar a aquellos dos seres que así le afrentaban. Pero aquel vigor fué pasajero; Malatesta, asustado al ver a Barbarigo que se encaminaba trémulo de cólera hacia Estéfana espada en mano, se interpuso, paró con su brazo el débil golpe del anciano, y en un momento de irreflexiva soberbia le arrancó la espada de la mano que ya no podía sostenerla. Barbarigo lo olvidó entonces todo, y en el colmo de su furor gritó, llamó a los criados; pero no acudió nadie; los que podían oirle estaban vendidos a Estéfana; estaban, además, cerradas todas las puertas, excepto las que ponían en comunicación con la habitación de Estéfana la parte del palacio en que habitaba Barbarigo.

Estéfana comprendió que eran tales las apariencias contra ella, en la situación en que se encontraba, que no permitían disculpa alguna, y guardó un altivo y frío silencio; Malatesta, confundido, avergonzado por la primera vez de su vida, callaba también; Barbarigo empezaba a caer en uno de aquellos terribles períodos de locura que sólo conocían sus más allegados servidores; parecióle que detrás de César Malatesta veía el semblante lívido de Paolo Malatesta, su padre, estrangulado en los calabozos secretos del Estado; parecióle que aquella boca horrible sonreía satisfecha llena de un feroz placer por su venganza; vió a Angiolina Fanti, a la adúltera, a la miserable, que se ponía ante él y su hija, que protegía a Estéfana, que decía con voz ronca:

—Yo te aborrecía; tú me habías atado miserablemente a tu fría y horrible vejez; mi hija se ha nutrido en mis entrañas con mi odio hacia tí; tú sembraste lágrimas y tomas un fruto ácido y ponzoñoso; tu mereces tu suerte desesperada, porque tú me sentenciaste a la desesperación.

Y le parecía a Barbarigo que la sombra de angiolina lanzaba una carcajada de desprecio y de venganza satisfecha, y que entre aquella risa diabólica escuchaba la voz de Paolo Malatesta, que decía rugiente:

—¡Tú contra mí fuiste más allá de la justicia! ¡Tú fuiste a un tiempo juez tirano y verdugo cruel! ¡Yo te maldigo!

Y creía el desdichado anciano escuchar otra horrible carcajada. Y todos sus recuerdos, todas sus glorias, todas sus desgracias, todos sus dolores, todos sus sueños adormecidos, fueron tomando cuerpo, color y vida en su fantasía, hasta el punto en que se creyó rodeado de un infierno, y huyó despavorido, loco, terrible, gritando al huir de una manera espantosa:

—¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos seáis!

Estéfana al día siguiente, y Barbarigo algún tiempo después, me contaron este horrible suceso, buscando ambos en la ciencia de los sueños, en la astrología, un remedio a la enfermedad de su espíritu. Por eso os he dicho, monseñor, que yo tengo en mis manos conciencia de Barbarigo, y del mismo modo puedo deciros que conozco hasta su seno más lóbrego el corazón de Estéfana.

—¿Y qué resultado tuvo este terrible suceso?

—El más extraño que podéis pensar, monseñor; Barbarigo creyó que él era el culpable, puesto que había asesinado exagerando su castigo a Pablo Malatesta, y aprovechando aquella venganza ofrecida a Fanti para obligarle a darle por esposa a su hija Angiolina, creyó que César Malatesta y Estéfana no eran otra cosa que instrumentos de que se valía el cielo para castigarle, y nada hizo contra su hija ni contra César Malatesta; mandó a su tesorero entregase a Estéfana, no sólo la herencia de su madre, sino también toda su hacienda, reservándose sólo una parte, cuanto era necesario para sostener su rango; cerró las comunicaciones de la parte del palacio en que vivía, con la parte del mismo en que vivía Estéfana, y se consideró y se considera solo en el mundo.

(Continuará)

EL ASESINATO DEL VIEJO FULTON

Por ANDREW SOUTAR

CÓMO le va, Morthon? ¡Cuanto tiempo sin verle!

Y Harry Lack miró al pequeño y fastidioso hombrecito que había entrado a su despacho, una tormentosa tarde del mes de Marzo.

—Me alegro muchísimo de encontrarle en su casa, señor Lack — dijo el hombre de Scotland Yard, todo sofocado de haber subido de prisa la escalera.

—Me imagino que tendrá usted algo interesante para contarme — dijo tranquilamente Lack — siéntese y tome un cigarrillo.

—Quisiera hablar con usted sobre ese asunto, el asesinato cometido en Dossheford — dijo el de la policía sentándose en un mullido y confortable sillón.

—¿Y qué es lo que hay de extraño en ese caso? — dijo Lack sonriendo maliciosamente — Por las noticias que dan los diarios de la mañana me ha parecido que todo anda perfectamente. Lo único que les falta a ustedes es encontrar al hombre del sobretodo gris y ponerle la soga al cuello.

—¡Hum! — dijo Morthon disgustado — Ya lo vamos a encontrar... pero el autor del crímen no es él.

—¿No?

—No. Creo que ésta vez, señor Lack su máxima de "Buscad el motivo y hallaréis el criminal", ha fallado por completo.

—¿De veras?

Lack levantó excépticamente las cejas.

—Por completo. Resulta que el hombre del sobretodo gris es sobrino de la víctima. A consecuencia de la muerte del viejo Fulton ese sobrino heredará unas treinta mil libras esterlinas: James Hottwik, que así se llama el sobrino, tiene un pequeño almacén de comestibles en el barrio de Soho.

—¿Y cómo le encontraron? — preguntó Lack.

—No lo encontramos. El mismo se presentó ésta mañana porque había visto en los diarios la versión del crímen según la declaración del cartero, ante la policía de Doshford.

Como usted sabe, el viejo Fulton fué asesinado el lunes a la mañana. Ya habían pasado tres días desde que dejara de existir, cuando se descubrió el hecho. Fué el lechero quien dió la voz de alarma. Como sabía que Fulton vivía solo en la casa, sospechó que algo le pasaba al ver que aún estaba la botella de leche que le dejara el día anterior, en el escalón de la parte de fuera, de la puerta posterior de la casa. Eso ocurría el miércoles de mañana. Llamó repetidas veces y como no obtuvo respuesta fué a avisar a la policía.

La policía rompió la cerradura de la puerta y entró en la casa, encontrando al viejo avaro muerto en la sala; una bala le había entrado por la nuca...

—Ya he leído eso en los diarios — interrumpió Lack.

—No creo que esté de más recordar nuevamente los hechos — dijo Morthon imperturbable — ¿Dónde estaba? ¡Ah! Ya lo sé. Bueno el médico que acudió llamado por la policía dijo que no podía calcular la hora exacta en que se produjo el fallecimiento, pero expresó la opinión de que el crímen debía haber sido cometido el lúnes por la mañana temprano.

Entonces el cartero Barton se presentó voluntariamente a declarar ante la policía de Doshford.

El lunes de mañana, que por encontrarse enfermo el otro cartero Barton tuvo que hacer doble reparto, dice éste que vió salir poco antes de las diez, a un hombre de la casita que ocupaba el viejo Fulton. Dió la descripción del hombre y ésta fué publicada por los diarios de ayer a la tarde.

Entonces James Hottwik se presentó en Scotland Yard esta mañana y declaró que él era la persona de quien se hablaba. Dijo que había permanecido una semana con su tío y que le había dejado vivo y perfectamente bien, cuando salió de su casa el lúnes a las diez menos cuarto de la mañana.

Hottwik vino a Londres en el tren de las diez y diez. Este hecho, que tiene gran importancia, fué comprobado, pues Hottwik, olvidó su cartera en el coche del tren y la encontró uno de los peones de la estación de Waterloo, quien la llevó a la oficina de objetos perdidos donde la reclamó Hottwik el lunes por la tarde.

—Bien — dijo entonces Lack, mientras el de Scotland Yard encendía un segundo cigarrillo — ¿ y eso que prueba? Concedido que Hottwik viajara en el tren de las diez

y diez pero ¿cómo saben ustedes que no mató a su tío antes de salir de la casita el lunes a la mañana? No se ha podido establecer la hora justa del fallecimiento del viejo.

—No; pero sí está probado que el viejo se hallaba vivo a las once de la mañana del lúnes.

—¿Cómo? — preguntó Lack.

—Por el diario de la mañana del lúnes— dijo el policía — Fulton, que era un avaro en todo sentido, vivía completamente solo, sin sirviente, sin ayudante de ninguna clase. El mismo limpiaba su casa y se hacía la comida. La policía de Doshford encontró la casita limpia, barrida y en orden En la chimenea de la sala todo estaba preparado para encender el fuego, con unas astillas, unos papeles y unos pedazos de cartón. Los papeles eran un número del "The Daily Mail" del lúnes.

—No veo cómo puede probar eso la inocencia de Hottiwik — comentó Lack.

—No la vé porque ignora usted que el "The Daily Mail" no llega a la casa de Fulton hasta las once de la mañana — dijo Morthon con una sonrisa de triunfo — La casa del viejo, dista dos millas de la aldea y era el vendedor de Doshford el que le llevaba el diario. El vendedor saca los ejemplares del kiosco de la estación a eso de las diez y media, y al ir hacia Little Borton la siguiente aldea, pasa ante la casa del viejo Fulton, y echaba el diario en el buzón a eso de las once.

Por lo tanto no puede dudarse de que el anciano estuviera vivo el lúnes mucho después de las once, ya que tuvo tiempo de leer el diario, preparar el fuego y arreglar la casa. Naturalmente que James Hottwik no sabía nada de eso del diario de la mañana que estaba sobre la chimenea, pero nosotros, nos hemos dado cuenta de ese detalle. Y ante semejante evidencia no es posible creer que James Hottwik sea el autor del asesinato.

—Es cierto — dijo Lack enseguida.

—Por lo tanto es preciso que empecemos a buscar nuevamente — dijo Morthon — Alguien ha matado al anciano a pesar de que podía tener motivos para matarlo pues el fallecimiento de Fulton le favorece directamente. Si usted no está muy ocupado en este momento, señor Lack...

El de Scotland Yard calló esperando que el detective dijera algo.

—No tengo nada que hacer — contestó Lack enseguida.

—En ese caso quizás pudiera usted dedicar un poco de tiempo e ir a echar una ojeada por Doshford...

—Lo haré con mucho gusto.

—¡Muy bien!

Morthon se levantó enseguida de la butaca.

—Toda la ayuda que pueda usted prestarnos señor Lack, le será debidamente apreciada — dijo — No necesitaba decirlo, pero... ¿y cuando piensa ir usted a Doshford?

—En cuanto haya un tren que pueda llevarme — respondió Lack.

—Voy a ir con usted — dijo Morthon,— aun cuando yo creo que no será posible hallar ningún rastro que no haya sido ya examinado — agregó con petulante sonrisa.

—¡Quién sabe! — contestó Lack hojeando una guía de ferrocarriles — Muchas veces, donde uno menos lo espera, encuentra una prueba terminante.

Ambos llegaron a la somnolienta aldea de Doshford, al anochecer. Un coche, que caminaba a paso de tortuga les llevó hasta la casita donde se había cometido el crímen.

Estaba de guardia frente a ella un policía de la localidad, el cual reconociendo enseguida a Morthon les franqueó la entrada.

La casa, era un modesto chalet de sencilla construcción. Se componía de un estrecho hall, al que daban por la derecha, una salita, y por la izquierda la cocina; en el piso alto había dos dormitorios de techo abuhardillado. Todo estaba muy limpio, las camas cubiertas con colchas de cretona que cubrían hasta las almohadas, las jarras de los lavatorios completamente llenas. Se notaba que el anciano había arreglado su casa, aquel lunes fatal, poco después que su sobrino se hubo ausentado del chalet.

Lack entró en la salita y examinó cuidadosamente las astillas, el papel y el carbón que había en la chimenea

Examinó el papel — un ejemplar intacto del "The Daily Mail" del lunes anterior — que los de la policía habían desarrugado al sacarlo de la chimenea.

Tomó el diario, lo miró y lo dejó caer después, saliendo de la salita al estrecho hall. Había notado allí al entrar unos diarios arrugados contra la pared detrás de la puerta. Seguramente estaban allí, porque después de haber sido echados por el hueco del buzón la puerta los había empujado al abrirse.

Levantó los diarios del suelo y los examinó. Eran los ejemplares del "The Daily Mail" del martes y miércoles doblados con cuidado en forma alargada. Los dos tenían escrito con lapiz en el margen el nombre "Fulton".

Volvió Lack a la salita y tomó de nuevo el diario que estaba en la chimenea. No presentaba los cuidadosos dobleces de los otros y no tenía nada escrito en la primera página.

Lack se sentó en una silla de la sala, encendió un cigarrillo y se puso a fumar, pensativo, con visible disgusto del inspector Morthon. Cuando concluyó de fumar se levantó y pasó a la cocina.

Allí distinguió un cajón con tapa dentro del cual, había leña para el fuego y diarios viejos. Todos los diarios presentaban señales de haber sido doblados en la misma forma y tenían escrito "Fulton" con lapiz en el márgen.

—Parece que no adelantamos mucho — dijo el de Scotland Yard presentándose en la cocina.

—No — dijo Lack volviendose — Hasta ahora no he hallado nada que pueda consi-

derarse como rastro suficiente para identificar al asesino.

—No pensé que iba usted a encontrarlo— respondió Morthon — Exploré el campo escrupulosamente antes de que usted viniera... Puede creer que he pasado un peine fino y no debe haberme escapado nada.

—Hago moción para que volvamos a la aldea y busquemos quien nos de algo de comer — dijo Lack.

Los dos regresaron en silencio a Doshford. En el hotel de la Corona pidieron que les prepararan la comida. Lack, con un pretexto cualquiera salió del hotel.

Fué a buen paso, por la oscura calle principal, mirando a uno y a otro lado. Habló con un policeman y le preguntó donde podría comprar un diario de la tarde.

—El policía le indicó el kiosko de la estación.

—En la aldea no hay agencia de diarios.

Regresó Lack al hotel donde él y Morthon hicieron una modesta comida.

—¿Qué haremos ahora? — preguntó el de Scotland Yard.

—Yo pienso quedarme aquí uno o dos días. — contestó Lack.

—¿Porqué? — exclamó Morthon asombrado.

—¡Por nada! ¡Originalidades mías! — replicó Lack, sonriendose y encogiéndose de hombros.

—Pues yo tengo que regresar a Londres — dijo el policía que se despidió de él poco después.

No disimuló que le había molestado mucho el negativo resultado de las investigaciones de Harry Lack.

Una vez solo, el detective, sentado comodamente en una butaca fumó varios cigarrillos, mientras se le notaba pensativo, con el ceño fruncido.

Se levantó luego y se dirigió a una ventana, hizo a un lado la cortina y miró hacia afuera. Había pasado la tormenta y la luna brillaba en todo su esplendor en el cielo despejado.

Lack salió del hotel dirigiendose a buen paso hacia la casita de Fulton. Recorriendo el patio del fondo descubrió que había en él una especie de cobertizo o leñera en la cual se hallaba una bicicleta sucia de barro.

Tomó el próximo tren para Londres y a altas horas de la noche, llamó por teléfono al inspector Morthon de Scotland Yard.

—¿Qué desea? — preguntó la voz de Morthon.

—¿Dónde vive James Hottwik?

—¿Quién es usted? — preguntó el inspector.

Lack murmuró su nombre.

—¿Usted Harry Lack?, vive en la calle Hilton número 9, en Soho ¿para qué quiere las señas?

—Encuéntrese conmigo allí, dentro de media hora — dijo rápidamente Lack.

—¿Qué ocurre? — preguntó Morthon.

Pero no consiguió ninguna respuesta; el detective había colgado el auricular.

Morthon de muy mal humor por cierto, salió de Scotland Yard y se dirigió al distrito de Soho, a la calle Hilton No. 9.

Cuando llegó, empujó la puerta que se abrió. De adentro que estaba a oscuras, salían voces.

—¡Eso es mentira! — oyó que gritaba una voz gruesa — Tomé el tren de las diez y diez para la capital y cuando salí mi tío estaba vivo. Esto lo ha comprobado la policía, mi coartada ya está probada.

—¡Eso que comprobó la policía no vale nada! — dijo despreciativamente la voz de Harry Lack — No estoy de acuerdo con usted — dijo con calma — cuando usted salió de la casa ya había asesinado al viejo...

—Salí antes de las diez. La policía tiene pruebas de que a las once él vivía. Lo prueba el diario hallado en la chimenea.

Hubo un momnto de silencio.

—¡Ah! ¿De modo que se ha enterado usted de lo del diario de la mañana? — inquirió Lack.

—¡Sí! Y ya no tengo nada mas que hablar con usted ¡Váyase!

—Se funda usted en lo del diario de la mañana para probar su coartada — prosiguió Lack tranquilo. — ¡Pero si esa prueba no vale nada! Sabía usted que el repartidor dejaba el diario para su tío a eso de las once de la mañana. Cuando mató al anciano, fué usted en bicicleta a la estación de Doshford y allí compró un ejemplar del "The Daily Mail" del día, y regresó a la casita.

—No puede usted probar lo que dice! — dijo la voz gruesa y áspera.

—¡Sí! Puedo probarlo. El diario encontrado en la chimenea no fué dejado por el repartidor de costumbre. Nunca estuvo doblado a lo largo como todos los que el repartidor echaba por el buzón ni tenía escrito el nombre de Fulton en la primera página. Luego, nada le impidió volver a la casita el lunes a la tarde y retirar el ejemplar que había en el buzón.

Hubo otro momento de silencio.

Morthon oyó el ruído de pasos y luego una exclamación. Avanzó de prisa y abrió de golpe la puerta de la habitación de donde llegaba el ruído.

Vió a un hombre corpulento, de rostro congestionado, furioso y asustado a la vez que se lanzaba contra Harry Lack.

Tan rápido fué su ataque que tomó medio desprevenido a Lack al que empujó brutalmente hacia la ventana.

Se oyó el ruído de varios vidrios que caían hechos añicos.

Lack se lanzó contra el hombre dirigiendole un golpe que erró.

El otro se encogió y levantando un brazo, tomó del cuello a Harry Lack. Con el otro brazo le aplicó en el rostro un golpe como un martillazo. Lack contestó con tres o cuatro golpes directos.

De pronto cayeron al suelo. Una mesa se volcó con estrépito. Lack había quedado bajo su asaltante.

La mano del otro le apretaba el cuello

—Soy casado. Pero me abandonó mi mujer hace quince años.
—¿Y por qué no pide usted la separación?

de tal manera que parecía ahogado. Pero Lack consiguió librarse y durante un momento luchó por ponerse de pié.

En aquel momento vió al asombrado inspector Morthon de pie junto a la puerta.

—¡La silla — gritó — ¡dele con la silla en la cabeza!

El otro volvió a acometerle obligándole a bajar la cabeza.

Morthon agarró la silla y tomándola de una pata le pegó en la cabeza, desmayándolo.

Lack se levantó jadeante y sudoroso.

—¿Trae las esposas Morthon? — dijo con voz entrecortada — ¿No? Le ataremos con cualquier cosa. Unos pañuelos. . . .

Morthon aseguró las manos del hombre.

—Así está seguro señor Lack — dijo — ¿pero tiene usted pruebas de que fué él quien mató a Fulton.

—Buscad el motivo y hallaréis al criminal! — dijo en tono de broma — Vamos a revisar esto.

Poco después de debajo de una tabla del piso sacaba un revólver de seis tiros con cinco balas sin usar y una cápsula vacía.

—Compare el calibre de este revólver con el de la bala que penetró en la cabeza de Fulton — dijo — pero vayamos a tomar aire. Todavía estoy medio sofocado.

James Hotiwik se defendió lo mejor que pudo pero su cuidadosa coartada fué destruída completamente por el acusador fiscal. Y fué condenado a muerte, especialmente por la prueba del revólver presentado por el inspector de la policía de Doshford.

Antes de ser ejecutado hizo una confesión completa de su crimen.

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

NO era únicamente el vivo deseo de ver de nuevo a la joven a quien amaba lo que había hecho que George Heriot volviera a un sitio tan peligroso para él. Había otro imperioso motivo que, a pesar del riesgo, habíale impelido a meterse en la casa que fué en un tiempo su hogar.

En puntas de pies cruzó el hall y llegó al pie de la escalera. Detúvose de nuevo, escuchando. Convencido de que reinaba silencio completo, subió.

Era un extraño propósito el que le había llevado a aquella casa.

Más de tres años atrás, antes de la pelea a raíz de la cual su tío le había arrojado de la casa, John Heriot le había mostrado un libro, encuadernado en cuero y sujeto por dos cierres con cerradura.

—George, quiero que tú, tú solo, cuando yo haya muerto, abras este libro — había dicho John Heriot expresándose con extraña emoción. — Mientras yo viva nadie debe abrir este libro, pero después de mi muerte eres tú, tu mismo, el que debe abrirlo. Lo que hay en él te concierne a tí íntimamente... es un secreto. Es muy importante que tú lo conozcas pero no antes de mi muerte.

Las palabras del tío, dichas con gran emoción, picaron la curiosidad de George en aquel tiempo, pero ya había olvidado casi por completo aquel libro cuando lo recordó a raíz de la tragedia de la muerte de John Heriot.

Estaba seguro de que Hubert no sabía nada ni del libro ni de su secreto pues así se lo había dejado comprender el tío. El libro estaba en la tabla más alta de una estantería junto con otros polvorientos y viejos tomos que nadie había tocado en el curso de muchos años.

¿Qué secreto relacionado con él podía tener aquel libro? George lo ignoraba y no tenía a su respecto ni la menor idea. Pero la importancia que le había dado su tío habíale decidido a aventurarse a realizar tan extraordinaria empresa.

La estantería estaba en el dormitorio de su tío. Para llegar a él tenía que pasar por la larga galería en la que se hallaban los retratos de todos los miembros de la familia.

De pronto, George se detuvo.

Una tabla del piso había crugido ruidosamente bajo sus pies y al mismo tiempo había llegado, como la respuesta, al oído de George, un rumor de pasos.

¡Pasos! Alguien andaba en la oscuridad. No convenía que le vieran. Tanto su primo como Bates considerarían oportuno prenderle y entregarle a la policía.

Todo volvió a quedar en silencio. Pero George se había escondido tras un biombo colocado en un rincón.

Por la hendija de una de las junturas podía distinguir toda la extensión de la galería.

George, acurrucado allí, escuchó con toda atención. Durante un momento casi creyó que todo había sido ilusión, pero después volvió a oir ruído de pasos cautelosos. Luego vió que una puerta situada al final de la galería abríase con lentitud y precaución.

La luz de la luna permitía ver bastante claro a la persona que se presentó. Pero, contra lo que George esperaba, no era ni Hubert ni Bates.

La furtiva, temerosa expresión del rostro

de. hombre que entraba era demostración de que penetraba subrepticiamente. ¡Por eso era por lo que George había hallado la ventana abierta!

El hombre llevaba una balijita en la mano en la que tenía, sin duda, el producto de lo robado durante su visita a la casa.

Se dirigió por la galería hacia la escalera, sonriendo, pero sin dejar de mirar con toda atención.

El hombre no debía hallarse a más de dos yardas de donde George estaba escondido cuando aconteció una cosa curiosa. Detúvose de pronto y lanzó una exclamación como si algo le hubiese sorprendido mucho.

George vió que el hombre miraba uno de los retratos que había en la pared con ojos dilatados por el asombro.

La pálida luz de la luna dejaba ver que aquel cuadro que tanto había emocionado al hombre era el de un niño — de cuatro a cinco años — el retrato, según George lo sabía, del hijo de John Heriot, tan misteriosamente desaparecido hacía ocho años. ¿Por que su vista había afectado de tal modo al intruso?

Como si su asombro fuera tanto que le hiciera olvidar toda prudencia, el hombre habló en voz alta. El que estaba escondido pudo oirle con toda claridad.

—¡Cielos! ¿Es posible que sea? — dijo el hombre con gran emoción, y, sacando del bolsillo una lámpara eléctrica cuya luz dirigió al retrato. — ¡Pero si es el mismo! ¡Lo juraría! ¡Es el mismo chico que un desconocido trajo y dejó en poder de mi patrón hace ocho años! ¡No puedo estar equivocado! ¡Ya me figuré yo entonces que algo extraño había en el asunto, por más que no tenía por que meterme! ¡Es el mismo chico! ¡Ahora entiendo el por que de todo lo que he oído contar estos días sobre el hijo perdido del hombre asesinado!

Parecía asombrosamente emocionado. George estaba emocionado también. Le parecía que, por fin, por un capricho de la casualidad había llegado a enterarse de la verdad sobre la desaparición del hijo de su tío, del heredero de John Heriot.

Aquel hombre sabía algo... sabía que el chico había sido raptado y en manos de quien había sido puesto el hijo de John Heriot.

Entonces, en aquel momento de emoción, otra voz resonó rápida y vibrante:

—¡Levante las manos!

El intruso nocturno dejó de mirar al retrato y se encontró frente a un hombre que había entrado por la puerta del final de la galería y le apuntaba con un revólver.

—¡Un ladrón! ¡Bien! — No se mueva! — dijo Hubert Mansell.

Maquinalmente, el hombre obedeció: levantó las manos, dejando en el suelo la balija. Miró luego fijamente al hombre del revólver y se rió.

—Así que la casualidad nos reúne al cabo de ocho años, señor Mallard, como decía usted llamarse cuando raptó a ese chico.

E indicó el retrato.

Por la hendija del biombo, George observaba el gesto de Hubert. Vió cuando se puso pálido como un muerto, notándose claramente, en su rostro el miedo del culpable. De sus temblorosas manos se cayó el revólver.

El oculto testigo, detrás del biombo, contuvo la respiración.

Parecía que la providencia le hubiera llevado a aquel sitio aquella noche, decía George Heriot al enterarse de la terrible revelación.

Y, acurrucado detrás del biombo, esperó con ansiedad el segundo acto de aquel drama.

DETRAS DEL BIOMBO

Desde su escondrijo, George Heriot presenciaba con emoción aquella extraña escena nocturna.

En la larga galería el oculto testigo había podido ver a su primo, Hubert Mansell retroceder aterrorizado ante la desafiadora acusación y reconocer al mismo tiempo el rostro del otro hombre que le había pronunciado: el ladrón.

¡Culpable! ¡Sí! ¡Era culpable! ¡George no necesitaba mayor prueba que lo que sus ojos estaban viendo! Hubert Mansell se había puesto muy pálido y más pálido aun parecía a la blanca luz de la luna. Habíase quedado de pie, atónito, enmudecido por la amenaza inesperada y terrible.

Movióronse un instante espasmódicamente los labios de Hubert, pero no brotó de ellos sonido alguno.

Su primer impulso había sido intentar negarlo todo, pero se daba cuenta de que eso hubiera sido completamente inútil.

El hombre, aquella figura que había surgido de su culpable pasado, habíale reconocido de modo que no podía existir duda ninguna. Aquel hombre era ayudante de Rufus Trant en la época en que bajo el nombre de Smith Mallard, había entregado el hijo de John Heriot a las paternales atenciones del infame saltimbanqui.

¿Era una casualidad únicamente lo que había llevado a aquel hombre a su casa aquella noche? Hubert se hacía esa pregunta, agregando: "No estará en combinación con Rufus Trant?".

El intruso lanzó una carcajada que interrumpió el ya prolongado silencio.

—¡Venir a tropezar con usted después de todos estos años es una verdadera suerte para mí! — exclamó. — ¡Bravo, Bob Purvis, has caído de pie en esta casa!

Hubert recobró, de pronto, su perdida voz. Hizo un movimiento hacia adelante, con un gesto de amenaza, mirando nerviosamente a su derredor como si temiera que las paredes tuvieran oídos.

—¡Baje usted la voz! ¿Quiere usted despertar a todos los de la casa? — preguntó en voz baja y muy atemorizado.

—¿Y qué? ¿No es esta su casa? ¿No es usted, según lo estoy suponiendo, el señor Mansell, de quien me han hablado en Lanceford? ¿No puede usted recibir de visita a sus amigos, en su propia casa, a la hora que le de la gana, aun cuando sea después de la média noche? — dijo riendo. — Sus criados me tendrán que ver mañana, seguramente, cuando venga a visitarle durante el día, si es que no me ven esta noche. ¡Te-

nemos mucho que conversar, mi querido señor Smith! — agregó con intención.

Pero bajó la voz y lo que dijo después no llegó a los oídos del que escuchaba acurrucado detrás del biombo.

En su intensa emoción, George Heriot habíase olvidado de todo lo relacionado con el propósito de su nocturna visita a aquella casa, de su deseo de apoderarse del misterioso libro cerrado del cual habíale hablado hacía ya años su hoy difunto tío.

La nunca soñada revelación que había escuchado en los últimos momentos, aquel inesperado dato sobre lo sucedido ocho años antes, sobre el misterio de la desaparición del hijo de John Heriot había alejado de su mente todo otro pensamiento.

¡Era su primo Hubert Mansell quien había robado el chico!

Y el niño, el pequeño Stephen Heriot ¿vivía todavía? Y si era así, ¿dónde estaba en aquel momento? Lo único que sabía George era lo que aquel hombre, — Bob Purvis, — había dicho: que Hubert, ocultándose bajo el nombre de Smith Mallard había dejado el niño en poder de su patrón. ¿Quién era patrón de Bob Purvis hacía ocho años?

Podía oír el murmullo de la conversación pero no distinguía las palabras, pues los dos hombres hablaban muy bajo. Si George hubiera oído habría podido contestar a todas las preguntas que se había hecho.

Bob Purvis estaba diciendo:

—¡Es curioso que yo haya venido a Lanceford a ver a Trant y me haya topado providencialmente con usted! — y se rió. — Dejé a Trant hace unos años, pero deseaba verle por asuntos de negocios; vine y lo encontré en asistencia en el hospital, a consecuencia de un accidente de automóvil. Conversando con él oí hablar de usted por primera vez y de como había entrado en posesión de mucho dinero, de que vivía en una casa muy grande donde casi no había criados, pues se habían ido muchos asustados después de la tragedia y nadie quería entrar a su servicio por lo mismo.. Entonces decidí visitarle para no perder el viaje y....

Purvis calló de pronto.

—¿Quién es? — preguntó volviendo la cabeza para escuchar?

Un ruido había interrumpido el silencio que reinaba en toda la casa y aquel ru. había inspirado a Hubert Mansel' sentimientos muy agradables, a juzgar por la cara que puso.

El también volvióse sobresaltado. Era el ruido de cautelosas pisadas de alguien que se movía en el piso superior.

Evidentemente el criado Bate se había despertado. — quizás interrumpido su sueño golpe del revólver al caer al suelo, — y salía de su habitación para averiguar la causa.

A pesar de su actitud confiada hacia Hubert, Purvis demostró de pronto, cierta intranquilidad. Miró desconfiado al otro hombre.

—¡Nada de traiciones, señor Mansell alias Smith Mallard! ¡No se olvide de que no tengo más que abrir la boca para ponerle en una situación muy poco conveniente.

—Se trata únicamente de mi criado, — dijo Hubert con nerviosidad. — Pero me parece mejor que no le vea a usted.

Y agregó después rápidamente:

—¡Ocúltese ahí, detrás de ese biombo! ¡Pronto! Le despacharé en un minuto.

El hombre se inclinó, asintiendo. Dirigióse rápidamente hacia el biombo y George Heriot, súbitamente consternado, comprendió que ya no era posible evitar que su presencia fuera descubierta.

Y Jorge Heriot era buscado por la policía, acusado de homicidio; y se hallaba en la casa de quien ya había procurado en anterior ocasión, hacerle prender

Pero una yarda antes de que llegara al biombo, algo hizo que Purvis se volviera violentamente. Vió a Hubert Mansell que se inclinaba para recoger el revólver que había dejado caer cuando vió por primera vez a su nocturno visitante y le reconoció.

En sí mismo ese acto no tenía nada de particular. ¿Fué algo que vió en el rostro de Hubert, fué su expresión, cambiada por una maligna sonrisa la que despertó una súbita e instintiva desconfianza en Bob Purvis?

Dirigióse al punto hacia el dueño de casa.

—¡Oiga usted! Aun no se si puedo tener confianza en su proceder. ¿Qué se propone? ¿Piensa ganarme por la mano? — preguntó. — Después de todo, ¿por qué me he de ocultar? Si usted es aquí el patrón lo único que tiene que decir a su sirviente es que no pasa nada y que soy un amigo suyo.

Se veía en su rostro y se notaba en el tono de su voz, que Purvis desconfiaba.

Los pasos se oían más cercanos, procedentes del sitio donde estaban los cuartos de los sirvientes y hacia la puerta del extremo de la galería.

El ruido de los pasos había sugerido a Hubert Mansell un medio de esquivar al nuevo peligro que, con la inesperada vuelta de Bob Purvis, amenazaba su seguridad.

Este hombre que conocía su tenebroso secreto podría ser peligroso... Ya había indicado someramente que pensaba sacar provecho de su secreto.

Pero la ley no podría sino absolverle si él, dueño de casa, disparaba en legítima defensa propia, contra el ladrón que se había metido en su propiedad, nocturnamente y con propósito, fácilmente demostrable — allí estaba la cartera con la prueba — de robar.

Esto era lo que Hubert Mansell habríase dicho mientras recogía el revólver del suelo.

Y casi en el mismo momento en que Bob Purvis le hacía la desconfiada pregunta, Hubert obró, obedeciendo a ese siniestro impulso. De pronto y rápidamente gritó a grandes voces... suficientemente alto para que le overa Bate en el momento en que el criado descendía rápidamente por la escalera hacia el sitio de donde le había llegado el ruido que interrumpiera su descanso.

—¡Atrás! ¡Le digo que atrás! ¿No me oye? — gritó.

Tomó aliento y agregó, siempre a gritos:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Bate! ¿No me oye? ¡Venga! ¡Socorro!

Había deliberado propósito homicida en el corazón de aquel hombre en aquel momento; tal como lo hubo cuando planeó el "acciden-

te" de automóvil que debía quitar a Rufus Trant de su camino.

Casi simultáneamente se oyó una detonación que vibró enmedio del nocturno silencio, siendo reptida por los lejanos ecos de la vasta mansión.

Porque mientras gritaba desaforadamente, Hubert Mansell había disparado a quemarropa contra el hombre que se hallaba a menos de una yarda de él.

Lanzando un grito de dolor, Purvis se tambaleó y cayó levantando los brazos un instante, solo un momento antes de que Bate, con gesto de emoción y de asombro penetrara en la galería por la puerta del extremo más lejano.

Hubert, respirando jadeante, le dijo, gritando nerviosamente:

—¡Un ladrón! Le sorprendí aquí con lo robado. Me atacó, Bate, y en la pelea, me quiso quitar el revólver. Forcejeamos y salió el tiro. ¡Se ha dado muerte él mismo!

Se tambaleó como si estuvieran agotadas sus fuerzas y luego indicó, con temblorosa mano, al hombre caído cerca del arranque de la escalera.

Todo había acontecido con tal rapidez que la maligna acción había sido realizada antes de que George Heriot se hubiera dado cuenta del propósito de Hubert o pudiera intervenir para salvarle.

Por la hendija del biombo lo había visto todo y sabía lo que Bate no podía saber en el momento en que se acercó al caído.... George Heriot pudo observar así que Hubert Mansell había cometido otro crimen para que su culpable acción siguiera siendo un secreto.

Hubert se estremeció nervioso. El cuerpo tendido en el suelo y que había creído muerto, habíase movido. ¡Purvis se hallaba aun con vida y podía ser testigo contra Mansell!

Con un esfuerzo desesperado y luchando con las sombras que oscurecían su cerebro, el herido murmuró:

—¡Es mentira...! ¡Yo no lo ataqué!... ¡No hemos luchado!... ¡Ese hombre quería matarme para evitar que yo hable!... ¡Es fácil que no me crean, pero es verdad!... ¡Espere, espere hasta que salga de la prisión!...

La entrecortada voz cesó. El herido inclinó la cabeza. Habíase desmayado

Hubert Mansell se humedeció los labios, nerviosamente.

—¡Claro que me atacó! El mismo se atrajo lo que se merecía. Yo quería asustarle con el revólver, pero él se echó sobre mí como una fiera y peleamos. Usted debe haber oído el ruido de la pelea, ¿no es cierto Bate?

Sentíase enervado, Había apuntado con propósito de matar, pero, en su excitación, habíale temblado la mano seguramente y si aquel hombre no moría...

Al pensar lo que podía suceder, la frente se le cubrió de frío sudor.

Porque, gracias a su traición, había hecho un enemigo del hombre aquel, que conocía su secreto y si vivía... Al ladrón no le iban a creer que él había querido matarle a sangre fría pero Purvis podía vengarse de otro modo... Si vivía.

—¡Qué caso desagradable, señor! Yo oí los gritos del señor pidiendo socorro, los oí claramente. Eso fué sin duda, durante la pelea... ¿No le parece, señor, que debo ir en busca de la policía? Voy a ver si doy con un policeman.

Bate se había vestido rápidamente con lo primero que halló a mano, antes de salir de su cuarto. Corrió, escalera abajo, hacia el hall, encendiendo de paso la luz eléctrica. Tomó un sobretodo de la percha del hall, descorrió los cerrojos y abrió la cerradura de la puerta principal y salió.

Hubert se quedó mirando hacia el caído que estaba casi en el borde del descanso de la escalera, hasta que oyó que la puerta de calle se cerraba de un golpe.

El oculto testigo, acurrucado detrás del biombo, se preguntaba si le convendría quedarse allí cuando los de la policía podían llegar en cualquier momento.. Al mismo tiempo observaba el rostro de su primo en el que notaba una extraña intranquilidad; sus ojos miraban fijamente mientras fruncía los labios.

Hubert murmuró en voz muy baja algunas palabras. Con seguridad pensaba que su acto violento había empeorado muchísimo, había quintuplicado la gravedad de su situación.

—¡Si este hombre cura, si recobra el habla tan solo, estaré perdido! ¡Pero si se produce su muerte de algún modo accidental!...

Podía ser algo sencillo, fácil de creer. Si el hombre recobraba los sentidos trataba de caminar y tropezaba, cayendo desde lo alto del piso en que estaban al piso del hall antes de que nadie pudiese intervenir...

En el intensísimo miedo que sentía aquel canalla no vacilaría en llevar a cabo ningún plan, con tal de que le sirviera para suprimir al amenazador testigo.

Se inclinó rápidamente y levantó al desmayado. Un momento más y Hubert Mansell hubiera realizado fríamente su horrible plan enviando al herido, por encima de la balaustraba del rellano, a estrellarse contra el piso de mosaico del hall.

Pero, lo mismo que antes, cuando había tratado de producir su muerte "por accidente", sus planes fracasaron.

Un súbito grito resonó tras él y detuvo su acción. Horrorizado, George Heriot había adivinado su nuevo y terrible plan homicida y había salido de detrás del biombo.

—¡Ya estuviste por matarle antes! ¡No le matarás ahora! — gritó.

Y estremeciéndose aterrorizado, Hubert dejó caer de nuevo al herido sobre la tupida alfombra, volviéndose, temblando de pies a cabeza, para encontrarse ante su primo.

El rostro de George estaba desfigurado por un disfraz, pero el timbre de su voz dijo al culpable quien era la persona que había surgido en aquel instante sin que se supiera de donde.

—¡Tú! ¡Tú! — exclamó pálido y sin aliento, retrocediendo ante la mirada viril de George Heriot.

GEORGE HERIOT VIGILA

Los ojos del herido habíanse abierto de nuevo como si el agudo dolor de la herida,

LA MUERTE EN "TEJAS GRISES"

Por GERARD FAIRLIE

CUAL es el secreto del moribundo Rendel? ¿Qué es lo que sabe?... Un extraño y siniestro misterio se desarrolla entre las paredes de "Tejas Grises"; su solución es realmente inesperada.

NO PIERDA ESTA EMOCIONANTE Y DRAMATICA NOVELA QUE APARECERA EN EL PROXIMO NUMERO DE

Pucky

acrecentado por el brutal manoseo de que le había hecho objeto Hubert Mansell hubiérale devuelto algo de su perdido conocimiento.

Oyó el grito vibrante de George y vió al recién llegado arrojarse sobre el canalla, acobardando al criminal que quería su muerte.

—¡Maldito! ¡Asesino! ¡Ahora sí que te conozco tal cual eres!

Las manos de George fueron a oprimir el cuello de su primo. Desesperado, Hubert trató de soltarse. Era tal el miedo que sentía que los ojos parecían querer salírsele de las órbitas.

—¡Tu fuiste el que me acusaste! ¡Tú has sido el que has querido no una sino dos veces, matar a este hombre porque sabe tu secreto! ¡Tú fuiste quien amargó la existencia de John Heriot robándole su hijo! ¡Ahora te conozco tal cual eres! — exclamó George vibrante de indignación.

—¡No tienes pruebas! ¡Ese hombre ha mentido! Es un ladrón y le disparé un tiro en legítima defensa! — dijo Hubert con voz vacilante.

George sujetaba al aterrorizado pillo con sus manos como tenazas.

—Lo que he llegado a saber esta noche hace que me pregunte yo ¿qué es lo que tu sabes sobre la muerte de John Heriot? Como ya lo sospechaba yo, tú sabes algo. O le mataste tú mismo o sabes quien lo mató y lo callas. Por eso te sentiste dispuesto a arrojar la culpa sobre mí. ¿Quién mató a John Heriot? Contéstame o te mato yo ahora sin lástima ninguna.

En condiciones normales los dos hombres eran de fuerzas casi iguales, pero en aquel instante George parecía dotado de un poder cien veces mayor al de Hubert, al que manejaba como a un chiquillo en sus manos.

Lenta, pero sin detenerse, George obligó al otro a acercarse, de espaldas al comienzo de la escalera.

—El destino que habías pensado para tu víctima... una caída al piso del hall que le rompiese la columna vertebral... Ese destino será el tuyo si no me dices la verdad... agregó George.

Un grito desesperado brotó de los exangües labios de Hubert, que se sintió junto al hueco de la escalera.

Cuando su mirada se cruzó con la del hombre a quien tanto mal había hecho, Hubert Mansell se dió por perdido. En su imaginación veíase ya cayendo hacia el hall, sentía ya toda la amargura de la muerte. Fué tal su miedo que se desmayó, vencido por el terror.

Con desprecio, George lo echó a un lado, en el piso de la galería.

Un momento después Hubert abría los ojos, mirando atónito a su alrededor como asombrado al encontrarse vivo y sin haber sufrido daño alguno.

En aquel instante la puerta de la calle se abrió oyéndose ruido de precipitados pasos.

Era un policeman a quien el criado había encontrado en el camino y le había mandado a la casa mientras él iba en busca de más asistencia.

Los ojos de Hubert brillaron. La maliciosa alegría que se leyó en ellos indicó como le contentaba la idea de que podría devolver el golpe a George Heriot.

Con voz jadeante., gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aquí está George Heriot, el hombre que mató a mi tío¡ ¡No lo dejen escapar!

Desde el rellano, George había visto entrar al policeman y había comprendido el nuevo peligro que se presentaba. Pero también se dió cuenta de que se trataba solo de un hombre. Era poco un hombre como obstáculo entre él y la libertad.

Corrió escaleras abajo, seguido de Hubert.

Estaba al pie de la escalera antes de que el policeman hubiera entendido lo que Mansell había gritado. En el hall, en el momento en que George saltaba los tres últimos escalones, el policeman quiso detenerle.

Dió un paso como para cortarle el camino. ¡Tan fácil hubiera sido detener el paso de una avalancha! George, de un golpe le envió, girando sobre sí mismo, a caer sentado en el otro extremo del hall y corrió hacia la puerta, salió y cerró la puerta de un golpe.

Cuando el policeman logró reponerse, acudir a la puerta y abrirla, George había desaparecido entre las sombras de la noche.

Acurrucándose entre los arbustos que crecían entre los troncos de los árboles y bien oculto por la oscuridad, George esperó. Vió que el policeman abría la puerta y miraba hacia fuera.

Pero evidentemente abandonó la idea de perseguirle, comprendiendo lo inútil de tal propósito en noche tan oscura. Al cabo de unos instantes volvió a meterse en la casa.

George comenzó a dirigirse al sitio donde había dejado su bicicleta. Pero aun no había andado sino unos pocos pasos cuando cambió de modo de pensar.

Cautelosamente se dirigió a un viejo y nudoso árbol que crecía tan cerca de la casa que alguna de sus largas ramas se extendían horizontalmente hasta casi tocar la fachada

Era un árbol al que había subido infinidad de veces cuando muchacho. En lo alto, pasando las primeras bifurcaciones de las ramas, recordaba un sitio muy apropiado para permanecer oculto por completo y observar a través del tupido follaje, cuanto pasara. En sus tiempos de muchacho había pasados muchas horas en aquel refugio, leyendo alguno de sus libros favoritos.

Agarrándose a una de las ramas inferiores, George se levantó del suelo, y luego subió hasta su viejo refugio, que quedaba al mismo nivel que las ventanas del piso alto de la casa.

Allí se sintió enteramente seguro. El sitio no podía ser más cómodo. Además, le permitiría esperar, pues era su propósito no alejarse de la casa antes de saber si Bob Purvis estaba o no mortalmente herido.

Purvis conocía el secreto relacionado con el perdido heredero de John Heriot. George temía que fuera a morir el hombre llevándose a la tumba su gravísimo secreto.

Al cabo de un momento oyó rápidos pasos de gente que se acercaba por el camino de entrada. Bate regresaba con un inspector de

policía y un médico a quien había llamado por teléfono el empleado policial.

Los tres hombres entraron en la casa.

. . . . . .

George debió quedarse adormilado en su cómodo hueco de las ramas del árbol, pues despertó de pronto al oír rumor de voces.

La puerta principal estaba aun abierta y en los peldaños de la gradería que a ella daba acceso veíase a tres hombres. Hubert Mansell estaba despidiéndose del médico y del inspector de policía que se retiraban.

George había oído la voz del médico. Hablaba del ladrón herido.

—Por la mañana podré decirle si es prudente o no trasladarlo al hospital. La medicina de la que le he hecho tomar la primera dosis y cuya segunda dosis debe administrársele cuando se despierte, le calmará momentáneamente los dolores. Ya le he indicado al policeman cuándo debe administrarle la otra dosis. Estoy seguro de que usted tendrá una verdadera satisfacción si le digo que el hombre no está en peligro de muerte señor Mansell. ¡Crea usted que el pícaro no se librará de cumplir la pena que le corresponda por el robo cometido en su casa!

—Para mí es una gran satisfacción saber que ese hombre puede curarse, — mintió Hubert con su voz más suave y untuosa; — sería muy desagradable para mí pensar que, aun cuando involuntariamente, había causado la muerte de un hombre.

—Ese sentimiento honra su ya reconocida bondad de alma, señor Mansell, pero en ningún caso podrían hacerle a usted ni el menor cargo por lo sucedido, — dijo el doctor. — Se trata de un empedernido criminal: la forma en que le atacó a usted lo indica. ¡Buenas noches, señor Mansell!

El médico y el inspector de policía se alejaron de la casa.

Hubert entró, pensativo, en la casa. Estaba muy pálido. Sentíase como un hombre que se halla junto al borde de un precipicio en el que puede caer en el momento menos pensado.

Si Purvis vivía, el hombre saldría de la prisión ardiendo en deseos de venganza; contaría lo sucedido con el oculto heredero, actualmente bajo la custodia de Trant el saltimbanqui. Rufus Trant, por su parte y en su propia defensa, negaría si el guardar el secreto le valía dinero. Pero el relato de Purvis sería admitido y la verdad acabaría por surgir. Hubert se estremeció.

Su primo George Heriot había oído las palabras de Purvis y las había creído. Pero no podía saber nada de la intervención que Trant había tenido en el asunto, ni sobre donde se encontraba el niño, ni lo sabría jamás. Con que Purvis muriera su grave secreto quedaría oculto para siempre.

Esto era lo que pensaba el culpable cuando subió por la escalera y se dirigió, en puntas de pies, hacia el cuarto donde estaba el herido que aun se hallaba sin conocimiento.

George Heriot, en su escondrijo, entre las ramas del árbol, seguía vigilando la casa.

UNA MANO MISTERIOSA EN ACCION

Cuando oyó que se alejaban los pasos de los dos hombres de quienes se había despedido, Hubert Mansell, pensó George Heriot que ya no tenía nada que hacer allí.

Su plan era regresar a la población donde había alquilado la bicicleta y dormir unas pocas horas. A la noche siguiente volvería a Lanceford. Quería ver a Violet.

En aquel grave momento, — cuando la vió por última vez, — en que los sabuesos policiales corrían tras el, un irresistible impulso había obligado al perseguido a declarar a aquella joven que la amaba.

Y en cuanto las palabras de declaración brotaron, a pesar suyo, de sus labios, había sabido que ella correspondía a su amor y había temido, en aquel momento de intensísimo peligro, la alegría más grande de su vida.

Las cartas que Violet habíale escrito desde entonces le convencieron de que, a pesar de la densa y oscura nube que se cernía sobre su existencia, él podía contar siempre y por encima de todo, con el amor de Violet.

—Pero en todo el tiempo transcurrido desde aquella fatídica noche, George se había preguntado, — no una sino repetidas veces, — si tenía derecho a considerar a Violet ligada a él por esas promesas y si no era su deber devolver su entera libertad a la joven.

A menos que la verdad sobre la muerte de su tío fuera puesta en evidencia, ¿qué porvenir podía ofrecerla? ¿Qué esperanzas podía tener de ver realizados sus sueños de felicidad un hombre acusado — aun cuando falsamente, — perseguido por la justicia?

Con estos pensamientos en su cerebro, George se quedó un momento más en su escondite y se percató de pronto que se iluminaba una de las ventanas que quedaban a su mismo nivel y que correspondía a un dormitorio. La luz aparecía suave tras las corridas cortinas y debía estar encendida hacía rato, pues con seguridad correspondía al cuarto al cual había sido conducido el herido.

George recordó entonces que no había visto salir al policeman que entró primero. ¿Le había dejado el inspector cuidando del herido? George así lo esperaba y deseaba... por el bien de Purvis.

Se le ocurrió que debía convencerse de lo que hubiera a ese respecto. Una de las largas y resistentes ramas del viejo árbol se extendía casi horizontalmente hacia la ventana y había una abertura entre las cortinas que, si él se deslizaba a lo largo de aquella rama, le permitiría mirar dentro del cuarto.

Previsor

El esposo saliendo de su casa por la mañana Bueno querida, si llego a estay muy ocupado, te mandaré cuatro letras con un mensajero avisándote que no vendré a comer.

—No te incomodes, acabo de encontrarlas en el bolsillo de tu saco.

Cautelosamente, George comenzó a arrastrarse por la rama en dirección de la iluminada ventana.

Llegó a encontrarse precisamente delante de la abertura que separaba las cortinas y suficientemente cerca para distinguir con claridad parte del interior de la habitación.

En la cama estaba Purvis, pálido, desmayado, alumbrado el rostro por la luz de la lámpara cuya pantalla atenuaba el furor de los rayos luminosos y, sentado cerca del lecho, en una butaca, cabeceando como dominado por el sueño, se encontraba el policeman a quien se había confiado por el momento, la misión de enfermero.

Después de haber conocido, — como había conocido a través de los sucesos de aquella noche, — el verdadero carácter de su primo, George Heriot consideró muy conveniente la presencia del policeman en el cuarto del herido.

Casi en el mismo momento en que pensaba así, el hombre que se hallaba tendido en la rama del árbol que llegaba casi a la ventana, contuvo el aliento, hizo un gesto de horror y sus ojos, mas abiertos, miraron fijamente hacia el cuarto.

¿Había sido demasiado prematuro su sentimiento de seguridad ante la presencia del policeman?

La habitación era grande, doble, como tantos cuartos de esas viejas casas, dividida en dos partes desiguales por una mampara de madera y cristales, con cortinas, que separaba el sitio destinado a la cama del resto del cuarto. Y por entre las cortinas de la división, detrás del policeman adormecido, la mano de una persona invisible había aparecido, avanzando cautelosamente, casi en el mismo momento en que George dirigía su mirada a la suavemente iluminada habitación.

La mano avanzaba con lentitud hacia la mesita que se hallaba junto al lecho y en la cual veíase un vaso con la pocion que el médico había hecho preparar y que debía administrarse al herido tan pronto como despertara.

Y los dedos de aquella mano sostenían un frasquito pequeño, de vidrio verde, que la mano iba inclinando poco a poco a fin de verter el contenido en el vaso de lo que había de beber el paciente.

¡Con un escalofrío de horror, el hombre que atisbaba comprendió que era la muerte, lo que la cautelosa mano vertía en el vaso de lo que había de beber el hombre que yacía pálido y sin conocimiento en aquel lecho!

LA RESOLUCION DE JACK

Aquella mano, la que cautelosamente salía por entre las cortinas para verter el líquido mortífero contenido en el frasquito verde en la pocion destinada al herido, que en aquel instante hallábase sin conocimiento, echado en la cama, George Heriot había reconocido en seguida.

Aun cuando no hubiera brillado en uno de sus dedos el anillo que George conocía perfectamente, éste se hubiese dado perfecta cuenta de quién era el envenenador cuyo rostro ocultaban los pliegues de la amplia cortina.

Por tercera vez, Hubert Mansell trataba de hacer callar para siempre al hombre que conocía el secreto del paradero del desaparecido hijo del difunto John Heriot y esta vez hubiera tenido éxito a no haber mediado el testigo que observaba su villana acción desde el lado de fuera de la ventana.

Cada vez mas y más cerca del vaso de la poción hallábase la mano que sostenía el frasquito verde acercándose sigilosamente a espaldas del policeman de guardia que, sin enterarse de lo que sucedía, dormitaba en su blanda butaca, cabeceando de vez en cuando. La mano se detuvo y comenzó a inclinar el frasquito hacia adelante.

Y en aquel momento, rasgando el silencio de la noche como un latigazo, resonó vibrante la voz de George Heriot.

Al oir aquel grito, el de policía se puso de pie como movido por un resorte.

La estirada mano se retiró nerviosamente, golpeando, sin quererlo el vaso que estaba sobre la mesa y volcándolo de modo que se derramó su contenido.

El asombrado y emocionado policía volvióse al mismo tiempo que se oía el ruido del choque del vidrio. Separó las cortinas y vió a Hubert Mansell que pálido, con el rostro desencajado, hallábase en la puerta de la mampara de separación.

De nuevo volvió a oirse la acusadora voz de George:

—¡Ese hombre estaba echando veneno en el vaso de la poción para dar muerte al herido, a quien usted custodia, policeman!

Pero, como George pudo verlo, su primo había ocultado ya el frasquito verde en la mano. Lanzó una carcajada de fingida alegría y dijo algo, rápidamente, al policeman. Hubert había hallado, sin duda, una explicación aceptable y además, como el de policía no había visto el frasco de veneno, no le fué difícil apoyar su mentira.

—Alguien ha querido darle a usted una broma, amigo mío, — dijo Hubert tratando de disimular la emoción que sentía. — Yo me acercaba cautelosamente para no despertar al herido y venía a ver si necesitaba de algo. Lo que sospecho es que el hombre que gritó es nada menos que el mismo a quien están ustedes buscando como asesino de mi tío el señor Heriot y que logró escapar de esta casa esta misma noche.

Los dos hombres corrieron hacia la ventana.

Pero la oscuridad ocultó a George mientras descendió de la rama al suelo y se alejó a toda prisa. Se había perdido de vista entre las sombras de los árboles antes de que el policeman se asomara a la puerta de la casa y comprobara que era inútil toda persecución.

George se dirigió al sitio donde había dejado la bicicleta. Sacó rápidamente la máquina al camino y poco tardó en hallarse le-

jos del castillo como llamaban en Lanceford a la casa del difunto John Heriot.

—¡El herido no corre peligro por esta noche! — díjose George. — Después del susto que se ha llevado, Hubert no se atreverá a hacer ninguna nueva tentativa. Aun cuando haya logrado desorientar sus sospechas, el policeman recordaría mis palabras.

Tenía George mucho en qué pensar mientras se alejaba de aquella población en la que era un hombre marcado por la acusación de su primo. Pensaba en lo que había logrado saber por pura casualidad, en el destino del niño desaparecido tan misteriosamente hacia ocho años y que, si vivía aun, era el legítimo heredero de toda la inmensa fortuna de John Heriot.

¡Pensar que había sido Hubert Mansell, el siempre suave y amable sobrino, el que había imaginado aquella infamia y la había llevado a cabo entristeciendo para siempre la existencia de su tío, al que de tantas bondades era deudor!

—Mi obligación ahora es buscar al niño y si vive, devolverle a la posición de que le arrebató la infame acción de mi primo, procurando al mismo tiempo que caiga sobre Hubert Mansell todo el peso de la ley y pague su horrible delito! — murmuró.

Pero la tarea era difícil y George lo comprendía así. El único hombre que podía revelar la verdad estaba herido y la policía iba a vigilarle estrictamente hasta que se repusiera lo bastante para poder ser juzgado como autor del robo que había cometido.

I

Las heridas de Rufus Trant resultaron mucho menos graves de lo que se había creído en el primer momento. Hallábase ya fuera del hospital y de regreso en su carreta-habitación o "caravana". La era de tranquilidad de que gozaron los dos muchachos Jack y Dick, libres de su insoportable tiranía, había terminado.

Por suerte para ellos, aún cuando su carácter era tan malo como de costumbre, el saltimbanqui no se sentía como antes ni mucho menos y estaba demasiado débil para poder maltratar con la violencia en él acostumbrada, a los dos muchachos.

Parecía hallarse en fondos. Jack oyó que le decía a su esposa:

—¡Se acabó el negocio del circo para este tu seguro servidor! Voy a vivir de aquí en adelante, sin necesidad de trabajar. Ese señor Hubert Mansell va a ser mi banquero, no te quepa ni la menor duda. Venderemos la caravana y...

El saltimbanqui volvióse repentinamente al ver a Jack.

—¿Qué andas haciendo tú, escuchando siempre lo que no te importa oir? ¡Curioso! —gritó brutalmente. — ¡Fuera de aquí!

El muchacho suponía que Hubert Mansell tendría que pagar una crecida indemnización por el accidente de automóvil. A Jack le era esto agradable, aun cuando al mismo tiempo sentía que Trant fuera la persona que salía beneficiada, pues no podía perdonar a Hubert Mansell el que hubiese denunciado a George Heriot a la policía.

—¡Se acabaron los espectáculos de circo para nosotros, Dick! ¡El patrón se retira de los negocios! — comunicó a su compañero. — La verdad es que, de no haber sido así hubiera tenido que buscar muy pronto otro par de ayudantes activos e inteligentes como nosotros ¿eh? — agregó con sonrisa significativa.

Dick sabía lo que quería decir esa sonrisa, Su compañero se refería al proyecto de escapar juntos a la brutalidad del saltimbanqui. Pero Dick le miró con recelo. El pobrecito no tenía ni la buena salud ni el ánimo y valor de Jack.

Su vida en la caravana no podía ser mas triste; pero hacer frente al mundo solos, dos muchachos como ellos, le parecía algo arriesgadísimo y lleno de terribles peligros.

Pero, a pesar de todo, sentíase capaz de atreverse. Cuando Jack le preguntó si se iría con él, contestó "¡sí!" y no se hubiera echado atrás, después de haberlo prometido, por nada del mundo. Sin embargo, no compartía las optimistas esperanzas de Jack.

A Jack era precisamente lo atrevido del proyecto lo que le encantaba. Irían a Londres, la gran ciudad cuyas calles habían encontrado otros cubiertos de oro; y sucedióle lo que les sucediera, jamás podrían llegar a estar peor de lo que estaban en la caravana, constantemente brutalizados y castigados por Trant que no les dejaba ni un momento en paz. El ancho mundo, del que tan poco conocían, presentábase ante Jack como un nuevo e inexplorado continente.

—¡Sí! Huiremos! En Londres veremos al señor Heriot. Será nuestro protector y nos ayudará. ¡Ya verás qué bueno es! ¡Oh! Llegaremos a estar perfectamente.

—Pero, ¿cómo vamos a vivir? — dijo Dick con desconfianza.

—¿Cómo viven los demás? ¡Trabajando! Hemos trabajaoo siempre y el trabajo no puede asustarnos. Si querido Dick, podremos dar representaciones por nuestra cuenta, en la calle. Quizás nos contraten en un circo o un music-hall. ¡Seremos " los famosos niños contorsionistas" y ganaremos dinero, mucho dinero! — exclamó Jack dando rienda suelta a su imaginación.

Jack estaba entusiasmado. Tenía un poco de dinero para ir viviendo, dinero que su nueva amiga la señorita Violet Desmond la había dado. Ella le diría dónde podían ver al señor Heriot, en Londres. Se lo diría porque ella sabía que Jack era de confianza y guardaría el secreto.

—Lo único que me preocupa es Peter. No me hace gracia ninguna dejar a Peter.

Peter era otro habitante de la caravana, un bull-terrier de terrible aspecto. Peter no tenía razón para estar orgulloso de su pedigree: era descendiente de un cruce extraordinario de razas caninas. Pero constituía un formidable guardián. Odiaba a todos los extraños y a su patrón nominal Rufus Trant, pero quería, mejor dicho adoraba a los dos niños y especialmente a Jack al que quería

con toda la lealtad y el afecto de que es capaz un perro.

Y como si Peter entendiéra lo que estaban hablando, se acercó a restregar su hocico húmedo y frío en la mano de Jack.

—¡No! ¡No puedo abandonarte, Peter! También vendrás con nosotros. No hay mas que hablar, compañero — y Peter agitó rápidamente el rabo — Dick, tenemos que aprovechar la primera ocasión que se presente. Lástima ha sido que no hayamos podido irnos mientras el viejo estaba en el hospital... pero tú te hallabas enfermo. ¡Ahora estás ya bueno, y muy pronto!...

Una voz gruesa y fuerte hizo callar a Jack. Trant le mandaba que fuese a comprar carne para la comida.

Jack partió a cumplir lo que le habían mandado y en la carnicería oyó hablar de la tentativa de robo llevada a cabo en el castillo la noche anterior y de cómo al ladrón, que había sido herido de un tiro, le llevaron al hospital por la mañana.

Rufus Trant también se había enterado de lo sucedido. Había ido a visitar a Huber Mansell aquella tarde y había regresado muy contento como si la visita hubiese sido de provecho.

Hubert no había dicho a nadie el nombre del ladrón. Quizás se hubiese sentido más interesado en el asunto el saltimbanqui si hubiera sabido que el ladrón herido era nada menos que la persona que estaba a su servicio ocho años atrás.

Dick, mientras tanto, se ocupaba de preparar la comida, asando la carne en una cacerola Era el encargado de la cocina de la caravana, pues la señora de Trant no se distinguía por su amor al trabajo, y había llegado a ser un aceptable cocinero.

Pero aquella noche su mala estrella relucía sin duda con todo su fulgor. Había asado la carne a punto — a pesar de que ya se encargarían Rufus Trant y su esposa de dejar poco para él y Jack — cuando, al ir a ponerla en la fuente se le escurrió del tenedor con que la había pinchado y cayó sobre la plancha de la cocina, sucia de nafta.

Durante un momento, Dick se quedó atónito, pálido, temblando y sin saber qué hacer. Fué la señora de Trant la que lanzó el primer grito de enojo. El muchacho se inclinó para recoger el asado cuando, lanzando un salvaje juramento, Trant le dió un golpe que le envió a rodar.

No brotó ni un grito ni un quejido de los labios de Dick, pues el golpe le había aturdido. Pero todos los reconcentrados sentimientos de rebeldía de Jack estallaron en aquel momento.

—¡Cobarde! — gritó furioso — ¡Me gustaría que hubiera estado aquí el señor Heriot para darle una lección como la que le dió delante de todo el público!

El saltimbanqui miró a Jack. Era tal su asombro ante la actitud del muchacho y su furor, que en el primer momento no atinó a hablar.

—¡Ah! ¿Te atreves a eso? — dijo por fin — Porque me llevaron al hospital te libraste de la paliza que te ofrecí la noche en que ayudaste a ese señor Heriot a que se escapara... ¡Pero te la debo y te la voy a pagar!

Avanzó un paso hacia el muchacho con ademan amenazador. Jack, con la sangre hirviendo ante el castigo de que había sido objeto su amigo, perdió toda idea de prudencia. Inclinándose tomó el trozo de carne asada y lo arrojó a la cara de Trant.

El saltimbanqui lanzó un grito de sorpresa y de dolor. El asado estaba muy caliente y su grasa, que le chorreaba por el rostro, quemaba como fuego.

—¡Huye! ¡Vete! ¡Corre, Jack! — díjole Dick por lo bajo.

Jack no necesitaba el consejo. Corrió en defensa de su vida. La mujer extendió el brazo para agarrarle pero no lo logró. El muchacho bajó los escalones de la caravana y por desgracia tropezó en un obstáculo y cayó al pie de la escalera.

Antes de que pudiera levantarse, Trant le había puesto su pesada mano en el cuello.

Pero entonces se produjo algo inesperado y a favor del muchacho. Con un gruñido, el perro Peter se arrojó sobre el saltimbanqui y le clavó sus afilados colmillos en una pierna. Trant lanzó un chillido que debió oirse en toda la extensión de Lanceford.

Maldijo al perro furiosamente y logró desprenderse. Pero Peter seguía gruñendo y mostrando su brillante dentadura. Trant pensó primero en dar un puntapié al animal pero desistió. Aun estaba débil a consecuencia de su accidente. Muchas veces había castigado al perro, pero en aquella ocasión el hombre le tenía miedo.

—¡Te voy a arreglar, muchacho insolente! — comenzó a decir, dirigiéndose a Jack.

—¡Si se atreve a tocarme con un solo dedo le ordeno a Peter que le salte al cuello! — dijo Jack jadeante — ¡Estoy harto de sus brutalidades! ¡Ya verá lo que lo va a pasar si no anda con cuidado!

—¿Qué dices?

—Digo que la señorita que estuvo a verme y que es hija de un juez, ha hablado con su padre de cómo nos trata usted a Dick y a mí.

Jack vió que Trant y su mujer se miraban alarmados.

—Seguramente has andado contando mentiras, — dijo.

Pero se notaba en su voz que estaba nervioso. Trant no quería tener historias con jueces de ninguna clase y sobre todo, no quería cuestiones que se relacionaran con los dos muchachos que tenía a su cargo.

La manifestación de Jack pareció dominarle de pronto. Bajó la cabeza y se metió en la caravana.

Jack, seguido de su fiel Peter se alejó. Estaba enojadísimo por lo que había pasado con Dick y por cómo le había maltratado su patrón. Iba a ver a la señorita Violet Desmond y a preguntarle donde vivía el señor George Heriot en Londres. El golpe dado a Dick había colmado la medida. Era necesario que se escaparan inmediatamente.

Pero llamó en la casa del Sr. Desmond y allí le dijeron que la señorita Violet había salido.

Se retiraba ya, cabizbajo y decepcionado cuando un gruñido de Peter le hizo levantar la cabeza y fijarse en la silueta de un hombre que estaba medio oculto entre los árboles. Aquel hombre acudió en seguida hacia Jack.

El joven reconoció al hombre aquel a pesar de la poca luz que había.

—¡Señor Heriot! — exclamó.

CUANDO SE APAGO LA LUZ

George Heriot se adelantó hacia el muchacho diciendo:

—¡Qué agradable encuentro, Jack y que oportuno! Llevo un rato rondando la casa esperando ver a la señorita Violet, sin conseguirlo. Yo no puedo dejarme ver, pero tú puedes llevarle un mensaje de mi parte.

—La señorita Violet nó está en su casa. Pregunté si tardaría mucho en volver y la criada me dijo que ella y el señor Desmond, habían ido a ver al señor Mansell.

—¡A mi primo! — dijo George frunciendo el ceño al oir pronunciar el nombre de Hubert Mansell. Después agregó con rapidez: — Ven conmigo, Jack. Vamos al castillo. Esperaremos fuera hasta que ella salga y entonces podrás entregarle un mensaje mio.

El castillo no quedaba lejos. Cuando se acercaban vieron que un hombre salía por el porton. Era el sirviente Bate. No vio a George, que se ocultó en las sombras cuando él pasó.

Tanto mejor que no estuviera Bate, — el único criado que había quedado en la casa, — en el castillo.

Mientras caminaban Jack contó a su amigo lo que le había pasado hacia poco y le manifestó su intención de escapar, arrebatando a Dick a la brutalidad de Trant.

—¿Escapar? Eso es muy serio Jack; pero no puedo criticártelo porque Trant es, realmente, una fiera en figura de hombre — dijo George pensativo. Luego agregó:— Jack; no olvidaré jamás lo que debo a tu intervención, aquella noche, en el chalet de Betty Denmans, cuando tan valerosamente me salvaste. En la actualidad soy un perseguido y tal vez no pueda ayudarte como hubiera sido mi deseo hacerlo... Pero si vas a Londres te ayudaré en cuanto pueda y cuidaré de tí de la mejor manera posible. No temo que te pase nada malo porque sé que eres valiente y trabajor.

George sentíase seguro, por el momento, en su domicilio de Londres y Londres es el mejor sitio del mundo para esconderse. No le sería imposible cuidar del muchacho y de su compañero y ayudarlos a encontrar un modo de vivir.

—Es usted muy bueno, señor, pero está mi compañero Dick. No puedo abandonarlo.

George se rió.

—¡Claro que no puedes dejarlo! Cuidaré también de él. Pero ya hablaremos de eso con mas calma.

Hallábanse ya en el parque del castillo. George miraba hacia una habitación en cuya ventana se veía luz y desde la cual llegaba hasta ellos, con toda claridad, lo que se conversaba allí dentro.

La ventana estaba cubierta por cortinas de modo que no era posible ver lo que pasaba dentro del cuarto, pero, cuando se acercó, George pudo oir la voz de la joven a quien amaba, que exclamaba con indignación:

—¡Es decir que usted quiere someterme a un verdadero chantage! ¡Quiere usted obligarme a que me case con usted, sabiendo que le odio!

George expresó grandísima sorpresa y mayor aun fué su asombro cuando oyó la respuesta de Hubert. Entonces volvióse hacia Jack.

—Espérame aquí. Creo que debo estar presente en esa reunión, — dijo.

—¡No se aventure, señor! — imploró el muchacho.

—¡Oh! Poco riesgo hay. No está ningún sirviente en la casa y conozco el camino tan bien que iría a oscuras.

Jack le miró alejarse hacia la terraza, subir la graderia y entrar en la casa por una de las puertas, de otra habitación, que estaba abierta.

Sin ruído, George desapareció en la oscuridad.

—¡Así que quiere usted obligarme a casarme con usted sabiendo que le odio!

Violet hallábase de pie ante Hubert Mansell, desafiándole con su actitud, llena de indignación. Junto a ella estaba su padre, cabizbajo y abatido.

—Usted supone que me odia porque da la casualidad de que tiene amores con mi primo. — dijo Hubert con aplomo. — Pero yo puedo lograr que usted se fije en mí. Durante años y años he soñado en poder hacerla mi esposa. Llámelo usted "chantage" si quiere, pero en verdad solo se trata de una estratagema de enamorado. En amor toda treta es buena.

—¡Unicamente para hombres como usted! — replicó Violet con desprecio.

Hubert se encogió de hombros.

—¿Está preparado su padre a abonar el dinero que le prestó mi difunto tío y que ahora debe a la testamentaria? — Tomó una tira de papel, un pagaré, de una cartera grande y lo puso sobre la mesa. — Este es el documento que prueba la deuda y que ha vencido! Si no es abonado inmediatamente procederé por vía judicial contra su padre.

—¡Pero como voy a pagar ahora! — exclamó el señor Desmond que parecía haber envejecido diez años en los últimos tres días — ¡Si usted me concede un nuevo plazo usted cobrará, puede estar seguro!

—¡Oh! ¡No! Hay que pagar ahora. Estoy manejando los asuntos del difunto y no puedo hacer concesiones. Ya le he dicho en qué forma puede arreglarse esto: casándose

Violet conmigo. El día de la boda destruiré este papel. Si no, caerá sobre usted la ruina, señor Desmond. Estoy en mi derecho. Piénselo usted, Violet, pues todavía está a tiempo.

Violet dirigió la mirada a su anciano padre. ¡Cuan abatido estaba! ¿Era posible que ella se decidiera a sacrificar a su padre por su propia felicidad? ¿No era su obligación de buena hija evitar que el anciano sufriera, casi en el término de su vida, la amargura de la ruina?

¡Cuanto le costaría el sacrificio! ¡Renunciar para siempre a la ilusión de su vida!... Violet sentíase dominada por la más íntima amargura.

Y en aquel preciso momento, con dramática rapidez, se apagó la luz eléctrica, quedando sumida la habitación en la más profunda oscuridad.

INTERVIENE JACK

Violet era quizá la única de los presentes, que sabía la razón de aquella súbita oscuridad. La rápida supresión de la luz impidió que los demás notaran el gesto de asombro que se pintó en su rostro.

Un momento antes de que la luz se apagase, Violet había visto, rápidamente, el rostro de su amado asomándose a la puerta situada a espaldas de Hubert y había visto como su mano fué hacia la llave de la electricidad, que estaba junto al marco de aquella puerta.

—¡George allí! ¿Qué significaba su presencia en semejante sitio y en ocasión tal?

Hubert se había estremecido ante la súbita oscuridad sin poder ni sospechar, sin embargo, la verdadera causa de la misma.

—Debe haberse fundido un fusible, — dijo.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando un hombre se acercó a él en la oscuridad. Hubert se sintió sujeto por una mano poderosa que le paralizó, contribuyendo a esto el miedo que le causara lo inesperado del ataque.

Brotó un grito de desesperado de sus labios y su asaltante, empujándole con violencia, le envió a rodar al otro extremo de la habitación.

Un instante después volvió la luz a iluminar el cuarto y Huber vió a George Heriot de pie, mirándole sonriente.

¡Y en la mesa no había nada! El pagaré que, en aquel momento de emoción había olvidado, no estaba allí.

Estaba en la mano de George. Pálido y tembloroso, Hubert vió que su primo encendía un fósforo y antes de que él pudiera intentar impedirlo, la tira de papel ardía, lanzando una llamarada. Los fragmentos del carbonizado papel cayeron en la alfombra donde George los deshizo con el pie.

—Señor Desmond, — dijo George con toda tranquilidad, — ya no necesita usted preocuparse con motivo de esta deuda. No existe prueba alguna de que usted haya podido dinero ninguno a mi difunto tío. Ya sé que usted se considerará obligado a solventar su deuda, pero lo hará cuando le sea conveniente, como lo hubiera hecho en vida de mi tío. Este pillo de mi primo ya no tiene en qué basar su cobarde extorsión.

El rostro de Hubert era la expresión perfecta de la furia más intensa. Comenzó a hablar con gran excitación.

—¡Silencio! — exclamó George con ademán amenazador, — Tengo pleno derecho a proceder como lo he hecho, señor Desmond, porque hasta que el desaparecido heredero sea encontrado soy tan heredero de mi tío como Hubert Mansell y tengo, legalmente, el mismo derecho que él a intervenir en estos asuntos. Lo que importa es que ya no puede amenazar. Y yo, por mi parte, le concedo a usted todo el tiempo que solicitaba y necesita para abonar su deuda.

—No sé cómo agradecérselo... — comenzó el señor Desmond tembloroso de emoción, dominado aun por el estado de nerviosidad en que le había puesto la amenaza de ruina.

George se rió.

—Si quisiera recompensa... — dijo George, — ¿qué más recompensa para mí que el placer de ver a usted y a Violet felices? ¡No puedo aspirar a más!

Hallábase de pie junto a la joven y su brazo ciñó un instante el talle de Violet en el momento en que ella cediendo al impulso de la emoción rompía en sollozos.

—¡Todo ha pasado ya, adorada mía! — díjole tiernamente y en voz baja, mirándole cara a cara. — Y los ojos de Violet sonrieron a través de las lágrimas.

Si las miradas pudieran matar, la mirada de furor del burlado Hubert hubiera dado muerte a George en aquel momento.

—En cuanto a este hombre, — prosiguió George cambiando de tono, — a este hombre que, según lo vi yo anoche, tiene instintos homicidas hubiera dado muerte a un hombre si yo no lo hubiese evitado dos veces... a este hombre que, ingrato e infame combinó el rapto y la desaparición del hijo de mi tío...

—¡Mentira! — exclamó Hubert. — ¡Sería necesario estar loco para creer la calumnia de un ladrón acorralado! Ustedes no tienen pruebas para fundar tan monstruosa acusación.

—¡Aun no, pero las tendré! — exclamó George — ¡Las tendré!

Se produjo en aquel instante una interrupción.

Jack, seguido del perro, entró precipitadamente en la habitación.

—¡Señor! — dijo, jadeante y emocionado a George — ¡Váyase! El criado regresa con dos policemen. Les he visto llegar al porton.

Brillaron de contento los ojos de Hubert. Pensó que podría aprovechar las circunstancias en beneficio propio. Aquel muchacho era uno de los "artistas" de Rufus Trant, el que había ayudado a George a escapar en otra ocasión. ¡Ah! Esta vez la suerte de George quedaría decidida.

Hubert se dirigió sigilosa y rapidamente

hacia la puerta y la cerró, quitando la llave, antes de que nadie pudiera evitarlo. Después se dirigió hacia la ventana cubierta por las corridas cortinas.

—¡Ahora te tengo! — gritó vengador y triunfador a George — La puerta está cerrada. No podrás salir mas por esta ventana y en el momento en que descorras las cortinas los de policía, que están fuera, te verán... me verán gritar que prendan al matador de John Heriot. ¡Has caído en la trampa esta vez! ¡Nada puede salvarte!

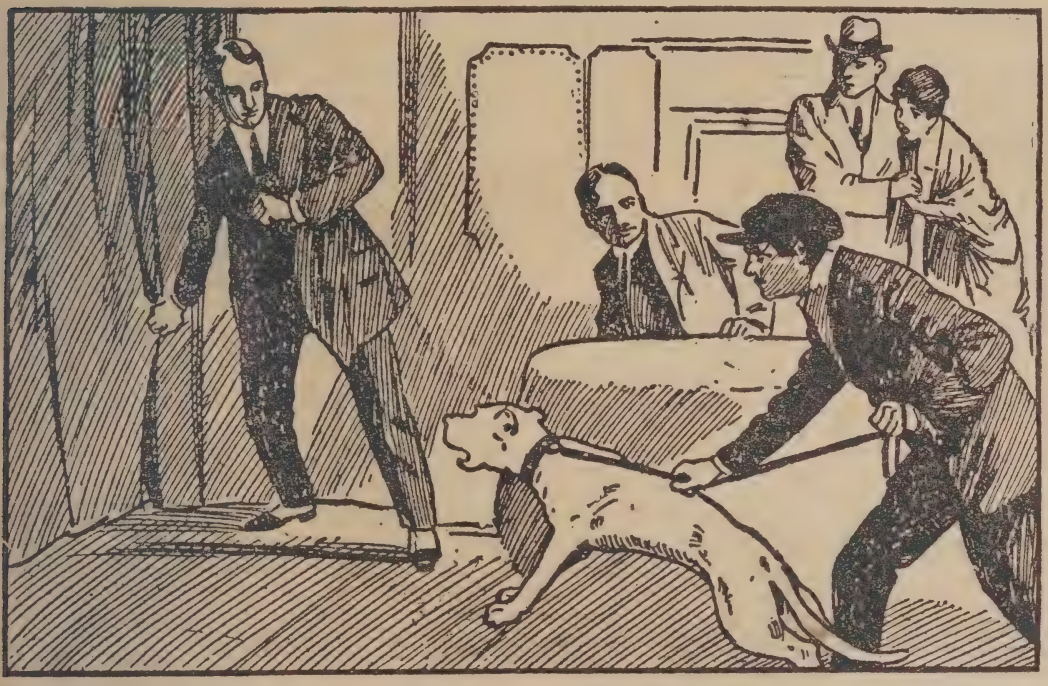
Así lo parecía. Oíanse los pasos de los tres hombres por el camino enarenado que conducía del porton a la puerta de la casa. Al primer intento de quitarle la llave por la fuerza, Hubert Mansell descorrería la cortina y gritaría

para salvarme del peor de los destinos consentiría en que usted se uniera a ese canalla y asesino. ¡Sería demasiado horrible! ¡No y no! — exclamó — ¡Le prohibo a usted que diga que sí!

—¡Bien! ¡No hay mas que hablar! — exclamó entonces Hubert — Voy a descorrer las cortinas. La policía te llevará a la cárcel ante los ojos de la mujer a quien amas.

—¡Me parece que no! — dijo Jack inesperadamente y con acento burlón en el instante en que Hubert se volvía para dirigirse a la ventana de la que no le separaba ni una yarda de distancia. — ¡No se mueva o que el cielo le ayude! ¡A él, Peter!

Jack tenía al perro por el collar, dirigiéndolo hacia Hubert Mansell y hablando algo



"Si se mueve usted lo más mínimo, — dijo Jack a Hubert Mansell, — mi perro le saltará al cuello".

—Tiene usted un instante para cambiar de manera de pensar, Violet, — dijo Hubert. — Usted y solo usted puede salvar a George de la prisión. Consienta en casarse conmigo y le dejaré ir en libertad. Si se niega le envía usted a morir en el cadalso

Violet estaba pálida como una muerta.

—George, — exclamó desesperada comprendiendo lo grave de la situación — ¿Qué debo hacer? Si es ese el único modo de salvarle, estoy dispuesta a todo.

En su rostro se vió un gesto de súbita resolución De tal modo amaba a George que por salvarle estaba dispuesta a hacer el mayor de los sacrificios.

El la tomó en sus brazos.

—¡No, Violet! ¡No podría jamás admitir que usted se sacrificara de ese modo! Ni aun

en voz baja al animal. Peter lanzó un sordo gruñido, mostrando sus blancos y puntiagudos colmillos y se encogió como para saltar.

El rostro de Hubert volvió a expresar el más intenso terror.

—Si usted mueve tanto así un pie o una mano o trata de gritar, mi perro le saltará al cuello y no le quedará a usted mas recurso que decir sus oraciones si quiere ponerse bien con Dios antes de morir, — dijo Jack con intención, sosteniendo al perro que forcejeaba por saltar contra el hombre que, pálido y tembloroso, no sabía qué partido tomar. — Los de la policía no llegarán a tiempo para salvarle si se mueve usted lo más mínimo, — agregó el muchacho

UN BUEN GOLPE

La mueca de triunfo vengativo que se viera un momento en el rostro de Hubert Mansell desapareció rapidamente para dar lugar a un gesto dé miedo y de desesperación.

El ruido de pasos del lado del jardín acercábase a la ventana. Le bastaría descorrer la cortina y llamar a la policía y nada podría salvar a George Heriot de ser maniatado y conducido preso ante los ojos de la joven que le amaba.

Pero no tuvo valor para proceder así.

Hubert miró indeciso a Jack y luego al imponente perro que el muchacho tenía sujeto por el collar, pronto para que, a una voz de su dueño, saltara al cuello del hombre aquel clavándole con fuerza terrible sus poderosos y afilados colmillos. Hubert sabía que el muchacho, — si él intentaba lo mas mínimo contra George, — soltaría al perro como lo había anunciado.

El acorralado pillastre hizo un leve movimiento. Un gruñido inmediato del formidable perro que tironeó del collar le hizo estremecer.

Jack se rió

—No le conviene exponerse, señor — dijo con tono de amable advertencia.

Hubert Mansell era, seguramente, de la misma opinión. Le flaqueaban las piernas. Burlado y vencido, se daba cuenta de como iba pasando el momento oportuno para su propósito infame. ¿Se atrevería a gritar a los de la policía, que estaban del otro lado de fuera antes de que fuese demasiado tarde? Hubert, en su desesperado y furioso deseo de ver preso a George hubiera atropellado el mayor obstáculo. Faltóle, no obstante, el valor suficiente pero reaccionó luego y pareció erguirse, dispuesto a gritar y a salir de aquella tirante situación.

Pero Jack, que no había cesado de mirarle, pareció adivinar su intención. Dejó que el perro se acercara un poco mas al pillastre. El inconfundible aviso de aquellas formidables mandíbulas que se hallaban ya a menos de seis pulgadas de sus pantorrillas, hizo que Hubert pensara un momento antes de dejarse llevar por el impulso. Le domino por completo el miedo que pareció privarle de la facultad de hablar.

Durante aquellos momentos de intensa nerviosidad la mente de George Heriot había trabajado activamente. De pronto dijo algunas palabras en voz baja al oído del muchacho. Después se acercó a su primo.

—Necesito la llave de esa puerta, — dijo tranquilamente.

Hubert Mansell, después de cerrar la puerta, se había guardado la llave en el bolsillo.

—¿Para que puedas marcharte? ¡No! — replicó furiosamente.

—Si no me la das tendré que quitártela. ¡Jack: en cuanto este hombre haga la menor resistencia, suelta al perro!

—¡Con mucho gusto! — repuso Jack contentísimo.

George procedió a sacar la llave del bolsillo del burlado, vencido y befado canalla, Hubert tuvo la sensatez de no intentar ni la menor resistencia.

Violet hallábase de pie, a un lado, con el rostro muy pálido, prestando oído a las pisadas cuyo ruido llegaba del enarenado camino del jardín. Esperaba ella que, en cualquier momento aquellas personas entraran en la casa y si procedían así la suerte de George quedaría definitiva y desfavorablemente decidida.

Pero George sonrió y miró a Violet con gesto tranquilizador cuando se hubo apoderado de la llave. Violet sintió en aquel instante verdadero orgullo ante la serenidad y el valor de su amado, que hacia frente a un peligro tan grande con la sonrisa en los labios.

Violet adivinó en el gesto de George que éste tenía algún plan en preparación. Adivinó también que, lo que antes le había dicho al oído al muchacho había sido las instrucciones para el papel que Jack debía desempeñar en su plan.

George cruzó la habitación, llegó a la cerrada puerta y metió la llave en el ojo de la cerradura.

Desesperado ante la idea de que George iba a escurrírsele de las manos, Hubert avanzó un paso. El perro le hubiese saltado al cuello a no haberlo evitado Jack sosteniendo el collar con toda sus fuerzas. ¡Los formidables colmillos blancos y relucientes se hallaban solo a una pulgada de a pierna del pilo!

—¡Está usted buscándose un disgusto, a pesar de lo que se le ha advertido! — díjole Jack con insinuante dulzura — Tenga en cuenta que el perro es muy fuerte y yo no y que se me puede escapar si usted lo excita demasiado

Pero Hubert Mansell no pensaba en moverse ni lo más mínimo ya. Estaba vencido y acorralado. De sus sienes brotaban gruesas gotas de sudor.

—¡Separe a ese perro de mi lado y yo... yo dejaré que se vaya ese hombre! — dijo Mansell a Jack.

—¡No me parece! — replicó Jack que era, por naturaleza, desconfiado. — ¡Además no se le olvide que el amigo Peter es de raza de perros de los que ven en la oscuridad!

En aquel momento, la mano de George había llegado a la llave de la luz eléctrica, — situada junto a la puerta, — y la habitación quedó, de pronto, sumida en la mas completa oscuridad

Oyeron que el hombre que se retiraba abría la puerta. El hall, al que daba la puerta, también estaba a oscura. George había apagado la luz al pasar por él para dirigirse a aquel cuarto. Un momento después la puerta se cerró dando un estremecedor y sonoro portazo que resonó en todos los ámbitos de la vasta casa.

Hubert Mansell oyó mordiéndose de furor, aquel ruído que indicaba que su primo se alejaba, escapando de sus manos. pero los dos puntos luminosos y verdes que indica-

ban, en la oscuridad del cuarto, la presencia del formidable perro le convenció de que no podía correr tras del fugitivo.

George hallábase ya fuera de aquella habitación y como conocía perfectamente todos los vericuetos de la vieja y vasta casa ¿quién podía detener ya su fuga?

Casi como una contestación a ese pensamiento Hubert Mansell oyó, en aquel mismo instante, que se abría la puerta de la calle.

¡Bate, el sirviente, entraba con los de la policía en la casa, al fin y al cabo!

Esto le dió repentino valor. Lanzó un grito salvaje pidiendo socorro convencido de que Bate acudiría inmediatamente a la habitación aquella. ¡Aun podían tratar de correr tras del fugitivo!

Tuvo el tono de terror más intenso el grito de Hubert. Al mismo tiempo que gritó corrió hacia la puerta, esperando que el perro le siguiera amenazándole las piernas con sus dientes. En la oscuridad, tropezó con una silla y cayó al suelo de boca, cuan largo era.

Peter sufrió el desengaño mayor de su vida al sentir que su joven patrón le seguía sujetando por el collar. Pero Jack estaba convencido de que de nada serviría soltar al perro. Lo único que se conseguiría sería intensificar la alarma con evidente perjuicio para George.

Casi antes de que el eco de aquel grito desesperado se desvaneciera, el atribulado sirviente cruzó el hall camino de aquel cuarto. Bate abrió la puerta rápidamente y se sorprendió al ver que la habitación estaba a oscuras. Encendió la luz y su asombro fué aun mayor al ver que su patrón se levantaba, en aquel momento, del suelo, dolorido y maltrecho.

—¡Bate! Llame inmediatamente a los de la policía, — gritó Hubert Mansell con grandísima agitación. — El matador del señor Heriot salió corriendo de esta habitación solo un breve instante antes de que usted llegara. ¡No es posible que haya salido de la casa! ¡Es necesario registrarlo todo partiendo del hall! ¡Que no se escape Babe, que no se escape!

Los dos policemen, que habían oído el grito que alarmó a Bate, habíanse aproximado a la puerta de la habitación.

—¡En cuanto a usted, mi joven amigo, ya nos entenderemos más adelante! — dijo Hubert dirigiendose a Jack — ¡Caro, muy caro va a pagar la intervención que ha tenido en todo esto!

Pero estaba demasiado preocupado con la captura de George Heriot dentro de la casa para perder tiempo en Jack, en aquel momento.

Hubert salió corriendo al hall, junto con los dos policemen y con Bate, en busca del fugitivo.

—No puede estar lejos. Supongo que, al oir que usted, Bate, abrió la puerta corrió escaleras arriba. Pero debemos revisar primero el piso bajo, — exclamó Mansell nerviosamente. — Bate vaya usted a la puerta y vigile la parte exterior de la casa. Si trata de escapar por alguna de las puertas que dan a la terraza o por alguna ventana, le podrá usted ver.

—Bien, señor.

Y Bate se dirigió de nuevo a la puerta.

Violet estaba de pie, junto a la puerta del cuarto, mirando hacia el hall, consumida por la ansiedad que le inspiraba la situación del hombre a quien amaba, temiendo oir a cada momento algo que le indicara que le habían capturado.

Mientras Bate estaba apostado en la parte de fuera pronto para dar la voz de alarma si veía que el fugitivo salía de la casa, los dos policemen y Hubert Mansell habían recorrido metódicamente el piso bajo de la casa. Pero no habían encontrado nada.

Dirigiéronse entonces escaleras arriba, pues Mansell consideraba posible que George hubiera subido a los pisos superiores al oir que Bate abría la puerta principal.

—¡Perdone usted, señorita! — dijo cortesmente Jack a Violet que, con nerviosidad miraba como, los tres hombres subían por la escalera.

Y suavemente, sin hacer ni el menor ruído, el muchacho cerró la puerta de la habitación.

Jack dirigióse entonces a la ventana y miró cautelosamente por entre las dos cortinas corridas. A la luz de la luna pudo ver a Bate de centinela; pero el hombre se hallaba a alguna distancia y de espaldas a la ventana. Sin ruído, Jack abrió las hojas de la ventana sin descorrer las cortinas.

Después, volviéndose, dijo en voz baja, pero no dirigiéndose ni a Violet ni a su padre, evidentemente, aun cuando eran ellos las únicas personas visibles en la habitación:

—¡La costa está libre, señor! ¡Ha llegado el momento oportuno!

Y un instante después, con grandísimo asombro de Violet y del señor Desmond, que miraron hacia el sitio a donde dirigía la voz el muchacho, vieron el rostro de George... ¡de George que, durante todo el tiempo pasado no había salido de la habitación!

UNOS PEDAZOS DE PAPEL

Jack se rió y Peter movió el rabo como con el propósito de demostrar la satisfacción que sentía en el momento en que el rostro de George Heriot apareció por encima del borde de una enorme tinaja china que estaba cerca de la pared, junto a la puerta, sostenida por un aparato de madera. Era una tinaja de dimensiones enormes, del tamaño de las que aparecen en los teatros ingleses cuando se representa la pantomima "Alí Babá y los cuarenta ladrones", con capacidad mas que suficiente para que se ocultara un hombre. El señor John Heriot la tenía en su poder hacía muchos años y George la conocía por haberse metido muchas veces en ella cuando muchacho. El armazon de madera que sostenía la tinaja ofrecía apoyo para meterse en ella con toda facilidad.

Rápidamente, George salió de la enorme

tinaja, surgiendo de su escondite sin dificultad ninguna.

—¡Fué una buena idea la de aprovechar la presencia de esta tinaja! ¿No es verdad, Violet? — dijo en voz baja.

La estratagema de George había sido tan sencilla como astuta y audaz. Después de apagar la luz se había quitado el calzado, guardándoselo en el bolsillo; entonces había abierto la puerta dejando no solo a su primo, sino a Violet y a su padre con la impresión de que había salido al hall. El constante gruñir del perro había sido suficiente para evitar que se oyeran sus pasos, — que sin calzado poco ruido hacían, — mientras George se dirigía a la tinaja china, ponía un pie en el armazon de madera y se metía dentro del enorme recipiente.

—Bate está ahí fuera de centinela; es necesario hacerle entrar, — dijo Jack en voz baja mientras George volvía a ponerse el calzado.

El muchacho abrió cautelosamente la puerta. Huber Mansell y los dos policemen andaban por el piso superior.

Levantando la voz, Jack gritó:

—¡Bate! ¡Bate! ¡Pronto! ¡Aquí! ¡Pronto!

La insospechada habilidad imitativa del muchacho sorprendió a George. Cualquiera hubiese creido que era la voz nerviosa de Hubert Mansell llamando a su criado, pues la imitación era perfecta

Aquel llamado hizo que Bate entrara corriendo en la casa. La costa quedaba verdaderamente libre esta vez.

Por un instante, el fugitivo se detuvo para estrechar la mano del señor Desmond y de Violet y para decir algo, en voz baja, al oído de Jack. Después se dirigió a la ventana y salió por ella antes de que Bate pudiera darse cuenta de la broma que le habían jugado.

Un instante después, George desapareció entre la oscuridad proyectada por el ramaje de los árboles del parque

—¡Lo que es ahora no le van a pescar, señorita, puede estar usted segura! — dijo Jack con tranquilidad

—¡Oh, Jack! ¡Cómo podré agradecerte lo que has hecho! ¡Muchas, muchísimas gracias! — exclamó Violet.

Y, dominada por la alegría y el agradecimiento, abrazó al muchacho besándole en la frente

A Jack le parecía extraño que le diera las gracias a él, que no había hecho, en su opinión, nada de particular; pero el abrazo y el beso de Violet fué, para aquel pobre niño que no había conocido jamás el amor de una madre ni el cariño de una hermana, algo que le causó tal alegría, como jamás había experimentado.

—Lo que debo hacer es marcharme yo también, aprovechando el momento en que ellos están distraídos y no se ocupan de su seguro servidor, — dijo Jack.

Y, seguido de su perro, el muchacho saltó por la ventana, alejándose inmediatamente por entre las sombras del parque.

. . . . . .

Media hora después Hubert Mansell dirigíase, enfadado y nervioso hacia donde estaba la "caravana" de Rufus Trant.

Sentíase apesadumbrado y furioso a la vez y no solo porque había fracasado y George se le había escurrido de las manos.

La presentación de George aquella noche había tenido por resultado el fracaso de sus planes relativos a Vi Desmond a la que se proponía dominar valiéndose del pagaré que el señor Desmond había firmado y no podía cancelar, pagaré que George le había quitado y había destruído, desarmando así a Hubert. El señor Desmond pagaría cuando quisiera, gracias a la intervención de George y Vi Desmond no se casaría con Hubert a la fuerza, gracias también a la intervención de George. ¡Cómo odiaba Hubert Mansell a George Heriot que así hacía fracasar sus maléficos planes!

¡Y el muchacho que había sido el instrumento que permitió la huída a George, el muchacho pagaría muy caros aquellos cinco minutos de humillación a que se vió sometido Hubert Mansell!

Y Hubert se dirigía a la "caravana" de Rufus Trant en busca del muchacho. Pero Jack no estaba allí y el saltimbanqui tampoco. Dick había quedado al cuidado de la casa rodante.

A Dick le preguntó pues, dónde estaba Rufus Trant.

—Está en la taberna "El racimo de uvas", — dijo Dick.

Casi había sido inútil la pregunta, ¿dónde había de estar Rufus Trant si no en la taberna?

—Ve a buscarle inmediatamente. Dile que necesito verle con mucha urgencia. Soy el señor Mansell.

Hubert se preguntó y no por primera vez, al mirar entonces a Dick, cuál de los dos niños acróbatas sería el desaparecido heredero de la fortuna de John Heriot si aquel muchacho débil y enfermizo y tímido a quien acababa de mandar en busca de Trant o el fuerte, saludable y valeroso que le había desafiado en su propia casa no hacía aun una hora.

Un niño cambia mucho de aspecto en ocho años. Ninguno de aquellos dos muchachos se parecía ni en lo más mínimo a John Heriot, si le había parecido que Dick tenía algún parecido con la esposa de John Heriot también habíale encontrado parecido con ella a Jack, lo que convenció a Hubert Mansell de que se hallaba muy lejos de poder adivinar el secreto cuidadosamente guardado. — por la cuenta que le tenía, — por el saltimbanqui.

Dick salió corriendo en busca de Rufus Trant. Hubert le siguió caminando lentamente. La taberna favorita de Trant estaba a más de media milla de distancia así que antes de llegar a ella Dick se encontraba bastante separado del que le seguía.

Hubert, avanzando nerviosamente vió que otro chico, que llegaba corriendo en dirección contraria, se detuvo junto a Dick, que se paró también. El hombre que seguía a Dick pensó que tal vez aquel otro muchacho era Jack, contra el cual tenía propósitos de

venganza pero en seguida se dio cuenta de que no.

Vió que el otro chico entregaba algo a Dick una carta seguramente porque Dick la desplegó y la leyó acercándose a un farol del alumbrado público, en cuanto el otro se hubo marchado.

Dick se quedó parado un momento, releyendo la carta con actitud que demostraba que aquella misma le causaba impresión. Después rasgó el papel en varios pedazos y los arrojó éstos al suelo.

La noche era tranquila. No corría ni el menor soplo de viento. Los pedazos de papel quedaron donde cayeron y allí estaban cuando Hubert llegó a aquel sitio mientras Dick seguía camino de la taberna, y volvía una esquina, perdiéndose de vista.

Hubert Mansell no hubiera podido decir porque lo hizo pero lo cierto es que, obedeciendo a un impulso que no intentó resistir, se inclinó después de mirar y de persuadirse de que no le veía nadie, y recogió los pedazos de papel.

No le costó gran trabajo reunir los trozos reconstruyendo la carta en la palma de la mano, y leerla, a la luz del farol. Al enterarse de su contenido, Hubert hizo una mueca de satisfacción.

Porque eran las siguientes las palabras escritas de prisa por el compañero del pequeño acróbata:

"No voy a volver a la caravana y tu y yo "nos vamos a escapar esta noche. He visto "al señor (ya sabes a quien me refiero) y "él nos ayudará. Escúrrete en cuanto puedas "y no dejes de romper esta carta en cuanto "la hayas leído. Te esperaré en la esquina "de la iglesia. Más tarde nos encontraremos "en el molino viejo. — Jack".

Una sonrisa diabólica se vió en el rostro de Hubert Mansell cuando leyó el mensaje que Jack había enviado a su compañero.

Su significado era clarísimo para él aun cuando Jack no citaba nombre alguno en la carta.

Era George Heriot quien iba a ayudar a aquellos dos niños a huir de la tiranía de Rufus Trant y les esperaría en el viejo y abandonado molino situado a unas tres millas de Lanceford.

—¡No puedes imaginarte el servicio que me prestabas cuando escribiste esta carta! — dijo Hubert como si se dirigiera al autor de la misiva. — No me extrañaría que una sorpresa de lo más desagradable esperara esta noche a George Heriot en el viejo molino!

Y se rió maléfica y solapadamente.

LO QUE SUCEDIO EN EL MOLINO

En el desierto y viejo molino, George Heriot esperaba la llegada de los dos muchachos.

En el momento en que había huído del Castillo, — como llamaban en Lanceford a la casa de John Heriot, — había dicho por lo bajo a Jack que le esperara allí considerando que no podía citarle en lugar más seguro pues el viejo molino, construído en un recodo del río, hallábase separado de toda otra casa, encontrándose además a mitad de camino entre Lanceford y la vecina ciudad de la cual debían partir para Londres.

—¡Qué excelente muchacho es Jack! — decíase mientras encendía la pipa esperando la llegada de los muchachos. — Esta noche me salvó la vida por segunda vez, gracias a su valor y su entereza. Lo menos que puedo hacer en pago es cumplir mi promesa y ayudarle a librarse de la tiranía del brutal saltimbanqui que le tiene esclavizado. Aun cuando para un hombre perseguido como yo, hacerse cargo de dos muchachos y de un perro por añadidura...

George se rió al pensarlo. Ya tenía suficientes motivos de preocupación, pero su carácter era tal que jamás le faltaban ánimo y esperanzas en los momentos más graves y difíciles.

—¡Hubiera preferido que estuviesen ya aquí! Este sitio no tiene nada de alegre ni de simpático... para seres humanos, al menos porque a las ratas parece gustarles mucho, pues las hay en abundancia.

Era el sitio desolado y triste. El molino, semi ruinoso, olía a humedad y tenía el aspecto lamentable de todas las propiedades largo tiempo abandonadas. Los tablones de la enorme rueda turbina de modelo antiguo, que daba fuerza al molino llevaban tantos años inmóviles en su eje que estaban cubiertos de verde moho.

En el piso alto, según podía verlo George, corrían las ratas a su placer y aun en la habitación donde él estaba, alumbrada por una bujía que había traído y puesto en un viejo farol que halló colgado de un clavo, veíanse, de vez en cuando, las siluetas de las ratas que pasaban rápidas de uno a otro agujero de sus cuevas.

No era por cierto muy alegre tal compañía. Pero George había estado en movimiento durante las últimas cuatro horas y consideraba muy agradable descansar un rato, así que se sentó, mejor dicho se recostó en un montón de bolsas viejas que había en un rincón sin preocuparse de sus cuadrúpedos compañeros, que tardaron poco en no temerle e ir de un lado a otro como si él no estuviese allí.

La habitación aquella tenía dos puertas. Una, por la que había entrado George, daba al interior del molino; la otra estaba en el muro exterior y daba acceso a una estrecha plataforma de tablas situada sobre la antigua rueda del molino y conducía hasta el sitio donde se hallaba la compuerta que regulaba el paso del agua para el movimiento de la rueda. Esta puerta estaba medio rota, colgando, torcida, de sus goznes, y tenía anchas aberturas en sus tableros de madera por las que entraba la luz de la luna.

De improviso, George se estremeció. Le había parecido oir rumor de pasos del lado del molino, del otro lado de la puerta cerrada.

Se puso de pie y escuchó, con los nervios súbitamente en tensión. No podían ser los pasos de Jack porque el muchacho había quedado en hacer una señal antes de entrar en el molino.

Pero volvió a reinar el silencio. Quizás lo que le había parecido rumor de pasos había

sido tan sólo el crugir de algún tablón carcomido por el tiempo.

Y mientras así reflexionaba, George volvió a oir el mismo ruido que antes, pero esta vez de modo inconfundible. Unos pasos cautelosos aproximábanse del otro lado de la cerrada puerta. George se puso en guardia.

Se acercó de puntillas a la puerta. En el mismo instante vió que la manija se movía lentamente.

Sin duda la luz del farol, dejándose ver por debajo de la puerta, había llamado la atención de alguien que estaba ahora del otro lado, alguien que, a juzgar por la cautela con que se acercaba, debía ser considerado como un enemigo.

Inmediatamente George se puso de espaldas a la pared, junto a la puerta que se abría ya lentamente y de modo que quedaría detrás de ella al abrirse del todo.

Por el hueco que acababa de abrirse, mirando con precaución, apareció una cara y luego una mano que sostenía un revólver. Aquella cara era la de su primo Hubert Mansell. George se percató de que sus enemigos le habían seguido y que debía, por lo tanto, hallarse en situación muy comprometida.

La primera noticia que tuvo Hubert de que George estaba preparado para recibir la sorpresa que él esperaba darle fué una mano que salió con la rapidez del relámpago de detrás de la hoja de la puerta, le tomó la muñeca con la fuerza de un torniquete y le hizo soltar el revólver, que cayó, saltando, al suelo.

Un momento después los dos hombres peleaban a brazo partido, comprendiendo ambos que su pelea era a vida o muerte. En uno de sus vaivenes tropezaron con el farol, lo hicieron caer y se apagó.

Si Hubert hubiera sido su único adversario. George no hubiese tenido nada que temer del resultado de la pelea.

Pero detrás de él había aparecido la voluminosa figura del saltimbanqui y Rufus Trant odiaba con toda su alma de malvado la rectitud caballeresca de George.

En su feroz pelea los dos hombres habían cruzado la habitación llegando al otro lado, donde estaba la vieja puerta semi desvencijada que conducía a la plataforma situada sobre la rueda del molino.

Los ojos de huron del saltimbanqui brillaban con alegría refoz. Traidoramente se deslizó a espaldas de George y le golpeó con todas sus fuerzas. El golpe cayó en la cabeza de George Heriot con tal terrible impulso que Hubert se cayó al suelo de espaldas al ser soltado súbitamente por George que quedó repentinamente sin sentido.

Las circunstancias le favorecían. El hombre a quien odiaba, semi desmayado por el traicionero golpe de Rufus Trant se encontraba a su merced. Levantándose con esfuerzo, Hubert Mansell atacó a su aturdido adversario.

George retrocedió unos pocos pasos, cayendo de espalda contra la desvencijada puerta. La puerta se abría hacia afuera y bajo el peso de su impacto se abrió por completo. Ahogando un grito de alarma, George desapareció en el oscuro hueco del otro lado.

Hubert Mansell y Rufus Trant corrieron hacia la puerta y, asomándose, miraron hacia abajo.

Todo era sombra en aquel hueco encajonado, pero el resplandor de la luz de la luna que lucía en lo alto les permitió distinguir a unos cinco o seis pies más abajo del nivel de la plataforma donde estaban, la figura de George que se había quedado inmóvil, tendido en una de las paletas de la rueda del molino, que había detenido su caída al canal.

El saltimbanqui sacó un diario del bolsillo. Con nervioso apresuramiento lo dobló y retorció a manera de antorcha. Encendiéndolo. lo sostuvo en lo alto y a su luz pudo distinguir el pálido, inmóvil e inexpresivo rostro de George que seguramente estaba desmayado.

Hubert Mansell se volvió hacia Rufus Trant. El rápido y siniestro propósito que había pasado por su mente en aquel instante se veía reflejado en la expresión de su rostro.

—Usted tiene tan pocas razones como yo para quererle bien, Trant, — dijo en voz baja y con el tono que hubiera empleado el Príncipe del Mal para dirigirse a alguien a quien intentase hacer caer en la tentación, — y tal vez más razones que yo para temerle. Se ha propuesto resolver el misterio de la muerte de John Heriot, de la cual se le acusa y es fácil que ya sospeche la verdad... que ya sospeche de usted.

El saltimbanqui se estremeció nerviosamente emocionado.

—¿Cómo es posible que pueda sospechar? — preguntó con voz ronca.

—¿Yo que sé: Lo que se es que algo sospecha y que por eso se ha hecho tan amigo de Jack, mediante el cual vigila constantemente lo que usted hace y dice... El hombre se ha propuesto encontrar al autor de la muerte de mi tío, se ha encaprichado en que usted no es ajeno a la misma y creo que sueña con ver que a usted le ponen al cuello la corbata de soga de cáñamo.

El saltimbanqui se secó nerviosamente el sudor que cubría su rugosa frente. No le gustaba el tema de la conversación porque tenía por inmediato efecto hacerle temblar de pies a cabeza y sentir una desazon que parecía que las piernas se negaban a sostenerle.

—Trant, — agregó Hubert indicando la inmóvil figura tendida en el tablón de la paleta de la rueda del molino, — si ese hombre no recobra el conocimiento, si no se levanta de ahí con vida, usted no tendrá nada que temer en lo relacionado con la muerte de John Heriot... ¡estará usted completamente seguro de que no le molestará nadie!

Los dos hombres se miraron con intención y el saltimbanqui movió la cabeza lentamente en señal de asentimiento.

. . . . . .

Rufus Trant había probado si la rueda estaba segura, pisando con un pie desde la plataforma, en una de sus anchas paletas de madera. Como lo había esperado, estaba inmóvil. El freno que sujetaba el movimiento de la rueda estaba corrido.

Después había descendido cautelosamente de una paleta a otra paleta hasta llegar a

aquella donde estaba tendido el hombre desmayado.

Aquel inhumano y criminal propósito habría nacido en la mente de Hubert Mansell, pero éste, siempre cobarde y cauteloso había procurado que fuese el otro quien lo pusiera en ejecución.

Y ahora la maléfica obra estaba realizada ya. Rufus Trant ascendía de nuevo a la plataforma situada más arriba de la rueda, la plataforma a la que daba acceso la desvencijada puerta por la cual había caído George Heriot.

—Ahora, cuando hayamos puesto la rueda en movimiento... — dijo Hubert Mansell con voz temblorosa que denunciaba la intranquilidad de sus nervios, — será arrastrado a lo profundo del canal y allí quedará, oculto, sin que nadie sospeche dónde se halla, quien sabe cuánto tiempo...

Pero, por más empedernido criminal que fuera no pudo menos que estremecerse cuando, a la luz de la antorcha del saltimbanqui, dirigió la mirada hacia la figura de su víctima, que yacía sin sentido, atada con una cuerda, a la paleta de la rueda en que había quedado al caer.

Fué ese el horrendo cuadro que se presentó a los ojos de Jack cuando — sin que pudieran ver los dos canallas, — el muchacho, estrujado el corazón por el horror que experimentaba, deslizábase por el otro lado de la compuerta llegando a tiempo para percatarse del horrendo destino que amenazaba al hombre a quien amaba Vi Desmond, su bondadosa protectora.

EL EXITO DEL VALOR

La espantada cara del muchacho que atisbaba había desaparecido antes de que los dos hombres se volvieran para pasar por la estrecha plataforma que conducía a la compuerta reguladora del caudal de agua de la acequia del molino.

Hubert Mansell levantó la pieza de hierro que sujetaba la rueda mientras el saltimbanqui procuraba, con todas sus fuerzas, hacer girar el volante que movía la hoja de la compuerta, hacia arriba.

Desde donde estaban no podían ver a su víctima que yacía desmayada, atada a una de las paletas, del otro lado de la rueda.

El silencio que reinaba en torno del viejo molino era completo; no lo turbaba más que el rumor del agua que caía por algunas grietas de la compuerta deteriorada por los años.

Pero pronto, — decíase Hubert, — aquel rumor transformaríase en rugido al pasar por el hueco que iban a abrir, el caudal del agua del canal que, chocando con las paletas de la rueda, la pondría en movimiento conduciendo a su víctima a una muerte inevitable.

Hubert había odiado siempre a George, con ese odio bajo y celoso con que el malo odia siempre al bueno, pero ese odio no lo hubiese llevado nunca a procurar la muerte de su primo. Lo que le impulsaba en la presente ocasión era el miedo. Tenía miedo de George porque George sabía que era él quien había robado y hecho desaparecer el heredero de John Heriot.

Aun cuando George no tuviera pruebas, aun cuando no podía ni suponer dónde estaba el muchacho desaparecido, un curioso capricho de la casualidad había hecho que conociera, bajo otro nombre al que en verdad llamábase Stephen Heriot.

Sabía Heriot que George, conocedor de lo que sabía, su primo no descansaría hasta dar con la solución del misterio y como era tenaz y valeroso daría con ella... si vivía.

—¡Dése usted prisa, Trant! — gritó Hubert impaciente al ver que pasaban los minutos y la hoja de la compuerta no se movía, a pesar de los esfuerzos del saltimbanqui.

Rufus Trant le miró con mueca de disgusto y de enojo.

—Es muy fácil decir "dése prisa", pero difícil hacerlo más pronto. Si cree que no trato de darme prisa, venga y hágalo usted, — gruñó. — Yo hago todo lo que puedo y no me gustan las observaciones.

Trant volvió a forcejear, pero la compuerta, que no se había movido en mucho tiempo, estaba herrumbrada por el agua y se resistía a moverse.

El silencio de la noche fué interrumpido de pronto por un leve gemido que se oyó del otro lado de la rueda, indicando que la víctima comenzaba a recobrar los sentidos.

El saltimbanqui se estremeció nerviosamente.

—¡Crea usted que no me gusta nada este trabajo! — dijo con un temblar como el de un escalofrío y mirando intranquilo a su derredor.

—¿No sería mejor qué nos marcháramos inmediatamente dejándolo todo como está? Si alguien pasa por el camino y oye los gritos y acude...

—¿Dejarle ahí para que pueda atestiguar después contra nosotros, contando que le atamos a la rueda para matarle? — exclamó Hubert. —¡No sea usted tonto, amigo mío! Hay que llevar las cosas hasta el fin. No queda otro recurso. Además, ¿quién va a oír sus gritos en un sitio tan solitario como este?

Hubert tomó el volante uniendo sus esfuerzos a los del saltimbanqui. Después de varios tirones sintieron que la compuerta empezaba a moverse y vieron que el chorro de agua se ensanchó una pulgada lo menos.

La hoja de la compuerta comenzó a subir lentamente. La rueda del molino se estremeció y crugió cuando el agua comenzó a tocar en sus paletas; pero permaneció inmóvil, porque su largo tiempo de quietud había herrumbado el eje y los cojinetes de hierro sujetando el uno a los otros fuertemente.

En aquel momento, sobre el creciente rumor del caudal de la acequia se oyó el ruido de algo que caía en el agua del estanque en que se encontraba la rueda.

—¿Qué ha sido eso? — exclamó el saltimbanqui dando un respingo como si le hubiesen aplicado un latigazo.

Hubert también lo había oído. Rápidamente volvió por la estrecha plataforma situada encima y a un costado de la rueda, todavía inmóvil.

Un grito de furor brotó entonces de sus

labios. Abajo, en el estanque del molino, en la semiobscuridad, entre el remover del agua en movimiento por el acrecentado caudal de la compuerta, vió algo que se movía.

Era la cabeza de una persona que nadaba, que acababa de arrojarse al agua desde la orilla.

Asombrado y asustado, Hubert se detuvo, mirando hacia abajo. Alguien nadaba hacia la rueda, avanzando por el agua remolineante... un testigo del crimen que ellos preparaban.

De pronto la cabeza del nadador pasó de la zona de oscuridad a la que estaba iluminada por la luz de la brillante luna llena.

—¡Es Jack, el muchacho! — exclamó el saltimbanqui en el colmo de su asombro.

Jack era excelente nadador pero necesitaba poner en juego toda su habilidad para lograr avanzar cruzando aquella corriente impetuosa y llegar hasta la rueda donde estaba atado George.

Apretada entre los dientes, Jack llevaba la navaja abierta.

Solo unas pocas yardas le separaban ya del sitio en que se hallaba George Heriot, tendido en la paleta de la rueda; pero la fuerza de la corriente hizo retroceder una y otra vez al muchacho que, sin desalentarse por eso continuaba braceando tenazmente sin la menor intensión de desistir.

Mientras así avanzaba, Jack sentía grandísimo temor. ¿Comenzaría a moverse la rueda antes de que él llegara? El volumen del agua crecía por momentos. Si la rueda se movía, sumergiendo al hombre atado a su paleta todo se habría perdido.

El grito del saltimbanqui hizo que Jack mirara hacia arriba y viera las caras patibularias de los dos cómplices. ¡Habían comprendido ya su intención!

—Ahora les toca a Dick y a Peter cumplir su misión, — pensó el muchacho mientras seguía nadando con renovado ímpetu.

Poco tiempo había transcurrido desde el momento en que se percataron de la situación en que se hallaba George para que pudieran combinar planes de defensa, pero Jack sabía que para llegar a la orilla del estanque del molino tendrían, Mansell y Trant, que pasar por la habitación por donde habían pasado antes. La única esperanza del muchacho se cifraba entonces en Peter, en el sabueso que tan a gusto obedecía las órdenes de Jack y de Dick y que estaba de guardia, junto con Dick, al lado de la puerta de la habitación que daba a la plataforma, la puerta por donde había caído George.

Pero si Peter no los detenía...

El muchacho apretó los dientes que sujetaban la navaja al pensar en ello. Y redobló sus esfuerzos contra la impetuosa corriente.

En el primer momento fué tal el asombro de los dos pillos que se quedaron inmóviles, como petrificados. Cada vez más cerca, el valeroso chico iba avanzando hacia aquel a quien se proponía salvar. Una y otra vez la fuerza de la corriente pareció echarle atrás, pero el valor de Jack triunfó de todas aquellas dificultades.

Por fin logró agarrarse al grueso tablón que formaba la paleta sobre la cual estaba tendido George Heriot empapado y medio ahogado por el agua que corría impetuosa, salpicándole a chorros.

—Si ese hombre logra salir de ahí y acusarnos nos condenarán a presidio para toda la vida a los dos, — exclamó Rufus Trant saliendo de su ensimismamiento. — ¿Dónde está el revólver? Un tiro disparado aquí no le va a oir nadie.

Pero el revólver de Hubert había saltado de su mano durante la pelea con George en la habitación que quedaba a espaldas de ellos.

Hubert se volvió y corrió hacia la habitación buscando en vano su revólver.

La mirada del saltimbanqui distinguió un fragmento de una piedra de molino rota. La tomó y salió con ella a la plataforma. Levantaba ya el pesado trozo de piedra para arrojarlo a las dos figuras que se veían abajo cuando, entre las sombras, tras del hueco de la puerta se oyó el rumor de unas palabras dichas en voz baja.

Si aquel rumor no llegó a los oídos de Trant, llegó a los de Hubert que se volvió sobresaltado y vió una forma blanca que pasó junto a él.

Era el perro que, cuando Dick, tomándole del collar e indicándole a Rufus Trant le dijo: "¡A él, Peter!" había saltado hacia su viejo enemigo el saltimbanqui como una piedra lanzada por una catapulta.

Y en el oscuro hueco de la puerta, Dick muy pálido pero sereno y valeroso, empuñaba un revólver apuntando a Hubert Mansell el revólver del mismo Mansell precisamente que el muchacho había hallado en el suelo.

—¡No se mueva! — gritó Dick nervioso pero decidido y valiente hasta la médula. — Si se mueve un solo paso, hago fuego. ¡Y no se olvide de que en el circo, como tirador al blanco, me han aplaudido mucho.

JACK EN GRAN ACTIVIDAD

Abajo, sacudido por las aguas que corrían impetuosamente, sosteniéndose, agarrado a la rueda del molino con una mano, Jack cortaba con desesperado apresuramiento y mediante la navaja que había llevado abierta entre los dientes, las cuerdas que sujetaban a su amigo.

Cuando la última lazada de soga se cortó, — y fué cortada a tiempo, — la rueda, después de un sacudimiento lateral, comenzó a girar lentamente.

George Heriot fué empujado fuera de la paleta por el agua; pero el muchacho le agarró con una mano por el cuello del saco y los dos fueron llevados como dos tapones de corcho, flotando aguas abajo. Jack, sosteniendo a George que se hallaba todavía medio desmayado, nadó hacia la orilla.

En la estrecha plataforma de lo alto, Peter estaba en gran actividad.

El sabueso no había tenido nunca la menor simpatía por el saltimbanqui y parecía recordar las muchas e injustas palizas y los frecuentes puntapies que le había pegado, así que obedeció con grandísimo contento la orden de Dick y se lanzó furioso hacia su patrón.

El pedazo de piedra que Trant se disponía a arrojar a las dos figuras que estaban abajo se le cayó de las manos sobre sus pro-

pios pies en el momento en que, lanzando un grito de dolor, el saltimbanqui sintió que se le clavaban en los músculos del brazo los afilados dientes de Peter. El ímpetu del salto del perro contra él le llevó hasta la orilla de la plataforma y el saltimbanqui estuvo a punto de caer.

Trant blasfemó furioso y trató de quitarse al perro de encima. Pero Peter no le soltaba.

La estrecha plataforma tenía pasamanos. En su pelea, el saltimbanqui pisó fuera del estrecho espacio de la plataforma y un instante después caía de cabeza en el estanque donde hervían las aguas que surgían impetuosas de la compuerta casi abierta ya del todo.

El agua cerróse sobre la cabeza de Trant. Cuando uno o dos segundos después reapareció resoplando, Peter que había caído al agua tras él, como si comprendiera que no valía la pena ocuparse de aquel hombre, nadó hacia donde estaba Jack que se esforzaba por sacar a George Heriot a la orilla.

En el molino, Dick, dominando a Hubert con el revólver, había entrado, retrocediendo, en la habitación. Después, de pronto, cerró la puerta y la aseguró con un tirantillo que hacía las veces de barra de seguridad. Corrió luego hacia la orilla del estanque donde Jack estaba esforzándose por sacar a tierra a George.

El baño frío había revivido a George Heriot, pero los dos muchachos miraban alarmados su rostro intensamente pálido.

—Estoy bien, Jack, — dijo con voz débil. — No hay razón para alarmarse. Estaré enteramente repuesto dentro de pocos momentos.

Peter parecía ser el único del grupo que se hallaba enteramente contento. Saltó a la orilla, se sacudió y acercóse a los muchachos dando brincos de alegría y moviendo el rabo.

—¡Que nos das otro baño! — gritóle Jack pretendiendo reir. — Pero... ¿de veras se encuentra usted bien, señor?

George tenía un fuerte dolor de cabeza a consecuencia del golpe que se había dado en la nuca al caer en la paleta de la rueda del molino, pero estaba decidido a hacerse fuerte y a dominar su debilidad.

—Estoy bien, Jack, o casi bien con la seguridad de estar bien del todo dentro de muy poco... gracias a ustedes, muchachos.

—El que parece estar mal es Rufus. — dijo Jack de pronto indicando al saltimbanqui que metido en el agua del estanque, pedía socorro a gritos.

Jack se había divertido al ver caer al saltimbanqui, porque le constaba que Trant sabía nadar muy bien. Pero se alarmó en aquel momento al ver que el hombre se hallaba, al parecer, en dificultades. Trant nadaba débilmente sin avanzar casi nada. Parecía que se hubiera lastimado al caer.

Probablemente, si no se le prestaba ayuda el saltimbanqui terminaría allí su poco noble existencia.

—Se lo merece todo después de lo que ha hecho esta noche, pero creo que debo ir a prestarle socorro. — dijo Jack.

Aun cuando Rufus Trant hubiera intentado dar muerte a su amigo George Heriot, Jack no podía presenciar su muerte cuando podía salvarle.

El valeroso muchacho volvió a arrojarse al agua, a pesar de encontrarse bastante cansado. Al cabo de unos minutos logró sacar a tierra al saltimbanqui, más muerto que vivo.

No pareció agradecerlo mucho. Había tragado una buena cantidad de agua fangosa, — y el agua, aun cuando fuera filtrada, no era bebida de su predilección, — y sentíase muy mal. Se quedó tendido en el suelo, gimiendo.

Por el momento habíanse olvidado de Hubert Mansell.

Dick había asegurado la puerta que daba acceso al molino, pero Hubert había buscado paso por otra puerta, situada al extremo de la plataforma que conducía a la esclusa.

Jack, de pronto, le vió corriendo hacia el automóvil que había dejado en el camino, a poca distancia.

Tomó el muchacho el revólver de manos de Dick y seguido de Peter, corrió todo lo más rápido que le permitieron sus cansadas piernas y su ropa empapada, hacia el automóvil, en el que Hubert se disponía a alejarse abandonando a Rufus Trant a su suerte.

Hubert Mansell llegó al automóvil antes — bastante antes, — que el muchacho, pero tuvo que mover la manija para poner el motor en marcha y antes de que lo consiguiera Jack y Peter estaban junto a él con intención de impedirle la fuga.

—¡Sepárese de ese automóvil inmediatamente! ¡Usted es un asesino que si no ha dado muerte a nadie ha sido porque no se le ha dejado! — gritó el muchacho mirando fijamente al pillo cuyo horrible plan había estado a punto de obtener nefasto éxito. — Si el señor Heriot pudiera acusarle no se libraba usted con menos de diez años de presidio por lo que ha hecho esta noche!

Hubert Mansell sentíase consumido por el más intenso furor, pero no tuvo más remedio que bajar la vista ante la mirada de indignación y de desprecio del valiente muchacho.

—Si se ha creído que va a poder escaparse en ese automóvil está usted equivocadísimo — prosiguió Jack. — ¡Ese automóvil me hace falta para quien vale mil veces más que usted!

Hubert miró asustado a Jack, al muchacho que por segunda vez, aquella misma noche, había hecho fracasar sus planes. Pero el revólver que el chico tenía en la mano seguía apuntándole; la presencia del perro, con sus blancos y afilados colmillos, le aterrorizaba. Estaba vencido, enteramente vencido... ¡y por un muchacho!

—Si el señor Heriot, el hombre a quien usted trató de matar, estuviera fuerte y bien, con seguridad le castigaría hasta hacerle pedir perdón, — agregó Jack con desprecio. — Pero como no lo está y por eso tiene que dejar ese recreo para otro momento, puede usted irse. ¡Pero pronto! ¡Pronto! ¡No se me ocurra encargar a mi perro de que le de a usted unas buenas dentelladas a cuenta de todo lo que usted se merece por haber querido dar muerte al hombre mejor del mundo!

Sin decir una sola palabra, como un pe-

rro al que acaban de castigar, Hubert Mansell se alejó contento, después de todo, por haber librado el pellejo.

UN MISTERIOSO INTRUSO

Pero Jack tomó la precaución de dejar a Peter de guardia en el asiento delantero del automóvil mientras fué en busca de George.

George tenía una salud de hierro. Hombre sano y fuerte, amigo de los sports, sobrio y altivo, reponíase pronto después de cualquier mal trance.

—¿Se siente usted suficientemente bien para manejar el automóvil, señor? — preguntóle Jack con ansiedad. — Así lo espero: el automóvil de su primo está a nuestra disposición.

—¡Excelente idea! — dijo George sonriendo. — Ya le oí hablándole con claridad a ese pillo ¡Sí! Podré manejar perfectamente.

Pero cuando se puso de pie para dirigirse hacia el automóvil acompañado por los dos muchachos, sintió como un vahído. Jack le miró intranquilo. Comprendió cuan necesario era llevar a su amigo a algún sitio donde pudiera quitarse la ropa mojada. Jack pensaba en su amigo sin acordarse de que él también estaba empapado. Pero ¿dónde ir? Unicamente George estaba en condiciones de resolver el problema. Habíase acordado de que a dos o tres millas de allí, sobre un ramal del río, hallábase un pequeño chalet de propiedad de su tío.

Era un chalet amueblado y siempre en condiciones de ser habitado, que John Heriot utilizaba en la estación veraniega para pasar unos breves días de descanso y en invierno para ir de caza o de pesca.

No había nadie que cuidara del chalet. Cuando no estaba en él el señor Heriot quedaba bien cerrado. El chalet se encontraba a buena distancia de Lanceford y escondido en una hondonada, en el centro de un frondoso bosque.

—Vamos a ir en el automóvil y allí nos guareceremos para pasar la noche, — dijo George en el momento en que se alejaban en el coche, dejando al saltimbanqui acostado en el césped, gimiendo desesperado. — Creo que mi primo no tendrá la ocurrencia de informar a la policía de su encuentro conmigo en el molino y de indicar por donde pueden buscarme, después de haber atentado contra mi vida y de lo que puede producírsele si me detienen. Además los de la policía no podrán suponer jamás que disponiendo de un automóvil, voy a quedarme en las inmediaciones. Supongo, por todo eso que estaremos seguros en el chalet.

Fueron rápidamente por una solitaria carretera que seguía el curso del río. Cinco minutos después de haber partido del molino distinguieron el chalet con su parque en declive hacia el río. No había ninguna casa habitación en una milla a la redonda.

Felicitabánse por habérsele presentado tan excelente sitio donde albergarse durante la noche bajo techo, junto a un buen fuego que secara sus ropas, cuando, de pronto, George exclamó:

—¡Miren! ¡Qué significará eso? ¡Hay luz en el chalet!

Por entre los árboles que en parte ocultaban la vista del chalet desde el camino, habían distinguido por una de las ventanas, una luz que se movía.

¿Quién podía hallarse en el siempre cerrado chalet a semejantes horas de la noche? ¿Quién podía tener derecho para meterse allí?

George frunció el ceño, preocupado. Sus esperanzas se desvanecían por completo.

—No nos detengamos. Siga adelante, señor, para no alarmar al que esté dentro. Después yo me bajaré e ire a realizar un reconocimiento.

George detuvo el automóvil después de haber pasado por delante del chalet sin cambiar en nada la velocidad de la marcha, unas doscientas yardas más lejos Jack descendió del vehículo y corrió desandando camino, se metió en el parque y se aproximó a la casa. Cerca de ella vió una motocicleta apoyada a un árbol.

La ventana en la que se veía luz tenía la cortina cerrada. Jack trató en vano de encontrar una abertura por donde mirar.

Entonces se le ocurrió otro recurso al muchacho; fué hacia la puerta y miró por el ojo de la llave.

Como en casi todos esos chalets campestres, la puerta de entrada daba acceso, directamente, a una de las habitaciones y en esta ocasión era la de la ventana donde se veía luz.

La llave no estaba puesta en la cerradura así que Jack pudo mirar a su antojo. Su primera mirada le hizo conocer quien era el nocturno intruso; era Bate el único sirviente que había quedado en el castillo.

Y Bate estaba procediendo de la manera más extraña cuando Jack miró por el ojo de la cerradura.

Acababa de tomar de sobre una mesa algo que había examinado cuidadosamente. Al hacerlo así miró a su alrededor furtivamente como si tuviera las sospechas de todo el que está haciendo algo furtivo que exige el mayor secreto.

Después, Bate se acercó a la chimenea, echó a un lado la alfombrita que cubría el piso de baldosas y levantó una baldosa que estaba desprendida de las demás.

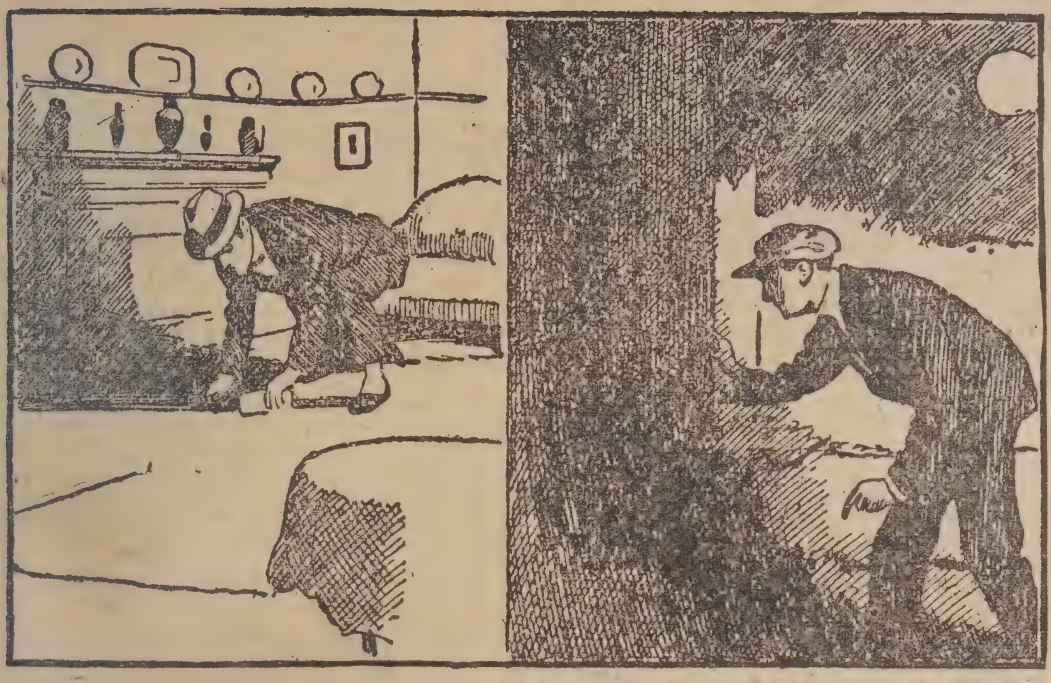
En el hueco que quedó abierto metió el objeto que antes había examinado tanto. Después volvió a colocar la baldosa en su sitio. Luego tendió nuevamente la alfombra.

¿Qué era lo que aquel hombre escondía con tanta reserva?

Cuando Bate se puso de pie nuevamente, Jack pudo notar en su rostro una sonrisa irónica. El hombre apagó la luz y se dirigió a la puerta. Jack se alejó cautelosa y rápidamente a un costado del chalet.

Un momento después la puerta se abría. Bate salió, cerrando tras sí la puerta, sin sospechar que nadie hubiera sorprendido sus nocturnos movimientos.

Fué Bate hacia el sitio donde estaba la motocicleta, la sacó al camino, montó en ella y se alejó en dirección de Lanceford.



Jack ve que Bate, el sirviente de la casa de John Heriot, esconde debajo de una baldosa, el misterioso libro.

LO QUE CONTENIA EL ESCONDRIJO

Jack volvió corriendo al sitio donde estaba esperando el automóvil.

—Llegué a tiempo para ver al intruso que emprendía la retirada. El camino ha quedado libre para nosotros — dijo el muchacho con satisfacción. — Era el sirviente del Castillo, el llamado Bate ¿Qué andaría haciendo? ¿A qué habría venido?

Y contó a George lo que había visto hacer a Bate y su misteriosa maniobra.

George guió el automóvil haciéndole pasar por el portón, que estaba abierto. El señor Heriot había hecho construir un pequeño garage para guardar en él su altomóvil cuando iba a pasar unos días en el tranquilo y solitario chalet de junto al río. La puerta del garage estaba sujeta por una cadena y un candado, pero Jack necesitó muy poco tiempo para desprender, — usando las herramientas de la caja del automóvil, — una de las anillas. Convenía tener secreto el vehículo no fuera a verle alguien que pasara, si lo dejaban en el jardín.

—Ahora ejerceremos un breve rato el oficio innoble de salteadores, — dijo Jack. — He visto una ventana que me parece la indicada para abrirnos paso.

La fuerte navaja de Jack metida por entre la juntura de las dos hojas de la ventana,— que como casi todas las de esas casas, en Inglaterra era de las llamadas "de guillotina", — hizo saltar el resorte que las sujetaba. Jack levantó entonces una hoja de la ventana y entró en la casa seguido de Peter.

—Aquí vamos a estar lo más abrigados,— exclamó Jack. — Sobre todo cuando hayamos encendido un buen fuego. Peter se quedará de guardia y nos avisará en cuanto se acerque alguien, si da la casualidad de que aparezca alguien por estas soledades.

Jack encontró carbón y astillas en un cofre leñero situado junto a la chimenea y no tardó mucho en arder en el lugar una alegre y chisporroteante hoguera. De un dormitorio del piso alto tomaron unas frazadas en las que se envolvieron George y el muchacho mientras sus ropas se secaban ante el fuego.

¡Lástima grande que no tengamos nada de alimento! ¡Lo único que nos falta es un bocado de algo nutritivo! ¡Voy a realizar una breve investigación! — dijo Jack después de un momento. Su aventura le había dado apetito y habría sufrido una gran decepción al ver que la despensa del chalet estaba enteramente desprovista.

Pero fué de cuarto en cuarto abriendo armarios y alacenas y en un aparador que había en la cocina hizo un hallazgo que celebró con una exclamación de alegría, a la que se unió Dick, que le había acompañado en su pesquisa.

Poco después se presentaron los muchachos donde estaba George portadores de una enorme lata de galleta, dos latas de sardinas, un tarro de dulce y una botella de whisky, que habían sacado del aparador.

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Miguel Moreno, Mercedes. — Gracias por sus felicitaciones. Tomamos nota de su pedido para satisfacerlo en cuanto sea posible.

Pata de Palo, Rosario. — La novela que Vd. desea leer, ya figura entre las que se publicarán.

Rodolfo Schmits, Rosario. — Conformes en cuanto a la primera novela que menciona. Esperamos que su juicio cambiará respecto a la segunda, si es que se interesa por la literatura realmente de acción y de misterio. De todos modos, y sea cual sea su opinión al respecto, lo consideramos siempre un buen amigo de Pucky. Gracias.

Williams Asha, San Román. — Trataremos de conseguir las obras a que Vd. se refiere.

Laucha, Olivos. — El diario que publica dicha historieta tiene adquiridos los derechos correspondientes.

José Marino, Capital. — No se impaciente porque tarde algo la publicación de la obra que Vd. desea leer. Aún no ha llegado su turno, pero puede tener la seguridad de que se publicará.

Un viejo lector de Lanús. — Gracias por sus afectuosas palabras de aprecio. No podemos prometerle la reimpresión de la novela que Vd. pide. Eso lo hemos hecho una vez para responder al pedido, — que no es exagerado decir fué general — de la mayoría de nuestros lectores en toda la República.

Orlando Minacori, Alvarez, F. C. C. A. — La obra que Vd. desea se publique puede obtenerla en cualquier librería.

Lector asiduo, Salta. — Algunas obras de las que nos indica serán publicadas. Puede pedir a la administración el número que desea.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay. Año $	9.00 c/l.
Demás países	„ 12.00 „

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A

Y que ¿le gustó a usted Suiza?
—Ca, hombre, ca. La nieve no deja ver apenas nada.

La razón por qué

En la comisaría:
—¿Por qué robó usted esos zapatos usados?
—Señor comisario, porque creí que eran nuevos.

* * *

¡Qué Cupido!

—¡Con cinco novias a la vez! — exclama el tío horrorizado. — ¡Pero sobrino! ¿Cómo explicas esa conducta?
—No se. Creo que Cupido no me hirió con su flecha sino que me hizo fuego con una ametralladora.

* * *

En el Juzgado:
—¿Por qué mató usted a su mujer dándole dos puñaladas en el corazón?
—Porque siempre decía que lo tenía lleno de penas.
—Bueno, ¿y qué?
—Pues que... como dicen que "A las penas, puñaladas"...

* * *

Al escuchar como aullaba
el perro de su vecino,
dijo un barbero asesino
que a un pobre martirizaba:
—¡Diablo! ¿Si estarán matando
a ese infeliz animal?
Y el otro dijo: — No tal...
Es que lo están afeitando.

* * *

Mayer está de contador en casa de Weil. Al finalizar el año se queja a su patrón de no haber recibido el aumento con que había contado.
—Esto demuestra, Mayer, que había contado usted mal, y como yo no puedo tener en mi casa a un contador que se equivoca en los cálculos, desde mañana queda usted despedido.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

PIPERMIT Y SU AMIGO PIC-PON EMPRENDIERON EL CAMINO DE LA CIUDAD DISPUESTOS A CORRER AVENTURAS. AL LLEGAR LA NOCHE ENCONTRARON EN MEDIO DEL BOSQUE UNA GRAN MANSION PERFECTAMENTE AMUEBLADA, DONDE RESOLVIERON DESCANSAR HASTA EL DIA SIGUIENTE. AMBOS AMIGOS EXTRAÑAN QUE TAN MAGNIFICA CASA NO ESTUVIESE HABITADA.

¿QUE MISTERIO ENCERRABA AQUEL EDIFICIO OCULTO EN EL BOSQUE?

No. 407
BUENOS AIRES
Julio 17 de 1931
AÑO XI

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

—¿Por qué se marchó usted de la otra casa?
—Porque se me olvidaba lavar a los niños.
(Los niños a coro).—¡Que se quede, mamá, que se quede.

Ocurrencia

La mamá dice a la nena: ¿Cuántas medias lunas has comido?

La nena, que ha comido dos: Mamá he comido una luna.

* * *

La moda incomoda

—Me parece que mi nuevo vestido ni es lindo ni es elegante, — dice la esposa.

—¿Por qué? — pregunta alarmado el marido.

—Porque voy muy cómoda con él.

* * *

Buen regalo

—¿Qué ha sido de aquel perro que tenía usted?

—Se volvió tan molesto, desobediente y peligroso, que se lo regalé a un amigo.

En un café

—¿Cuánto vale una ginebra con agua?

—Treinta centavos.

—Pues démela.

El caballero toma la ginebra y solo da 15 centavos.

—Señor, la ginebra vale 30 centavos.

—Vale 30 centavos con agua, pero como yo no he tomado agua solo doy la mitad.

* * *

—¿Me puede usted indicar un restaurant económico?

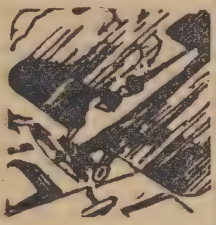
—¿Qué le parecería a usted comer por veinte centavos un buen plato de sopa Juliana, merluza rebozada, langosta con mayonesa, pollo asado, dos buenas chuletas, postres varios y dos botellas de vino exquisito?

—¡Caramba! Dígame usted en seguida donde dan todo eso.

—No, si no lo dan en ninguna parte, pero, ¿verdad que sería barato?

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES



No. 407. -- JULIO 17 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

LA MUERTE EN "TEJAS GRISES"

Por GERALD FAIRLIE

SOSPECHAS

CAYO el telón sobre el primer acto.

John Ross, solo en su palco, suspiró. No era un suspiro de pesar porque la obra hubiera llegado casi a su mitad porque, a decir verdad, no le había prestado atención. Más bien era un suspiro de aburrimiento. Ross había esperado que no tendría necesidad de permanecer en el teatro, después del primer intervalo; pero sabía ahora que, a menos lo acompañara una gran suerte, la tarea que lo había llevado allí no estaría completa hasta después de terminada la función.

Levantóse de las sombras, en el fondo del palco, y se desperezó. No había inconveniente en que fuera a beber algo. Sacó una maciza cigarrera de su bolsillo y, eligiendo un cigarrillo, lo encendió con meticuloso cuidado. Luego abrió la puerta del palco y salió al pasillo que lo separaba de las lunetas.

A su alrededor todo era un excitado murmullo. La obra tenía evidentemente éxito, porque la platea estaba llena de hombres elegantes y mujeres más elegantes aún, todos pertenecientes a la buena sociedad. Ahora las damas conversaban unas con otras, en voz alta, cambiando comentarios sobre la pieza. En cuanto a la mayoría de los hombres estaban reunidos en lo alto de una escalera que Ross sabía conducía al bar. Se unió con ellos.

Hubo una corta espera mientras el grupo de hombres, demasiado numeroso para la anchura de la escalera, salía. Los vivos ojos de Ross, habituados a observar las personas y las cosas, rápidamente y sin ostentación, examinaban con cuidado las butacas. Mismo abajo de su nariz, la voz de una mujer dijo con sorpresa·

¡John!

—¡Dios mío! . . . ¡Norma!

Las palabras se le escaparon a Ross involuntariamente. No le agradaba manifestar sus pensamientos íntimos y se ruborizó ligeramente, como fastidiado. La mujer que se había dirigido a él era bastante atractiva; aunque se aproximaba a la edad madura, daba a primera vista la impresión de ser mucho más joven.

—¡Qué sorpresa encontrarlo aquí! — dijo ella riendo — Creí que no le agradaban a usted piezas tan ligeras como las comedias musicales.

Ross le devolvió la sonrisa.

—A veces me gusta cambiar — dijo — Hay que ver de todo y había oído ponderar la obra.

—¿Está usted seguro de que no se halla aquí por... negocios?

Un casi imperceptible movimiento de la mano de Ross, que sin embargo ella notó, le impidió seguir en sus interrogaciones.

—¡Ah!... exclamó satisfecha.

El cambió bruscamente de conversación:

—¿Cómo está Herbert?

¿Fué imaginación suya o la mujer pareció contrariada? Con ojos velados que parecían fijarse distraídamente en el rostro de Norma, Ross estudiaba atentamente a su hermosa amiga. ¿Por qué aquella pregunta, perfectamente natural, le había causado una sombra de perturbación, casi de alarma? ¿Qué más natural, después de todo, que él le preguntara por la salud de su marido, de quien era amigo y por medio del cual había conocido a tan encantadora dama?

Pero, después de un momento de leve embarazo, la respuesta de Norma fué bastante tranquila:

—Mejor, John, muchas gracias. Como el viejo profesor Doveton iba a venir a pasar con él la velada aproveché la oportunidad de tomarme unas horas de distracción en Londres.

Ross pensó que la respuesta había sido dicha casi demasiado pronto, como si estuviera preparada para una emergencia. Miró la butaca vacante, junto a Norma.

—¿Vino sola?

—Este... no. El Dr. Phillips me dijo que necesitaba un poco de distracción, después de mis tareas de enfermera. El sugirió esta pequeña escapada.

—Muy buena idea. No tiene usted que abusar de sus fuerzas.

Ross no dio señales exteriores de sus extraños sentimientos íntimos.

—Yo iba a tomar un refresco — dijo sonriendo — ¿Lo encontraré a Edwin en el bar?

—Es más que probable — contestó ella.

—¡Ah!... apropósito, Norma, — el tono de Ross era zumbón — me parece que en ese vuestro pueblo, tan tranquilo y adormilado, la gente empieza a pervertirse, a violar las leyes.

—¡A pervertirse, a violar las leyes! ¿Qué quiere usted decir?

—¿Qué me dice del... asesinato?

Intencionalmente recalcó John Ross la última palabra; con sorpresa vió palidecer a la mujer que tenía delante de sí. Rápidamente dejó de mirarle el rostro, porque la experiencia habíale enseñado que las manos revelan casi tanto como la cara y eran menos fáciles de dominar después del primer choque.

Norma Rendel se había agarrado a los brazos de la butaca con tanta fuerza que la sangre se retiró de sus nudillos, dejándolos mortalmente blancos.

Una vez más miró Ross a su amiga en los ojos.

—A primera vista — prosiguió — parece una historia bastante vulgar. No creo que los muchachos locales nos llamen a nosotros, aunque vuestro comisario es muy amable; siempre acude a los peritos de la Yard en cuanto se presenta un misterio. ¡Ojalá pudiéramos decir lo mismo de todos!

Se echó a reir un poco ásperamente.

—Pero si lo hacen, — continuó — yo me encargaré del asunto e iré a parar con Herbert y con usted ¿Puedo?

—Naturalmente.

Ella vaciló; pero la palabra fue dicha con bastante amabilidad. Ross, sin embargo, no apartaba sus ojos penetrantes del rostro de Norma.

—¿Esta usted segura que no molestaré, con Herbert enfermo? Bien sabe que puedo parar en la posada de la localidad.

—¡Oh no! — esta vez no vaciló Norma— Herbert se pondría furioso si hiciera usted eso y yo también. Si va a nuestro rincón, Ross, tiene que parar en casa.

—Es usted muy amable, Norma. Lo recordaré con gratitud.

Notó Ross que ella había recobrado ahora el dominio de sí misma.

—Bueno, probablemente nos veremos al final de la función. Voy a buscarlo a Edwin ahora.

Tomó la mano que ella le tendía y la oprimió suavemente; luego descendió la escalera, vacía ahora. Dirigióse hasta el mostrador, abriéndose paso entre la concurrencia que lo rodeaba, moviendo sus ojos rápidamente en busca de Edwin Phillips y del "otro", el motivo de su presencia en el teatro aquella noche. Mientras pasaba así entre los grupos, vió a uno o dos hombres tocar con el codo a sus compañeros y señalarlo a él. Aquello lo halagó... sabía lo que estaban diciendo: "¿Ves a ese hombre? Sí, el bajo y grueso. Es el inspector John Ross, de Scotland Yard, un detective famoso. Se dice que es el hombre que ha entregado más criminales a la horca. Nadie lo creería ¿verdad? Parece muy fuerte, ciertamente; pero tiene expresión, bondadosa y tímida".

John Ross sonrió para sus adentros; le gustaba que lo creyeran tímido y dulce. De pronto vió a Edwin Phillips. El doctor estaba parado en un extremo del bar, con un vaso en la mano. Ross se le acercó por atrás e inesperadamente le colocó una de sus grandes manos en el hombro. El efecto fué notable. Phillips se dio vuelta alarmado, derramando casi el contenido de su vaso. Ross se echó a reir interiormente.

—¡Buenas noches, Edwin!

—¡Cielos! — el Dr. Phillips era evidentemente nervioso — Desearía que perdiera esa costumbre. John ¿Cuantas veces le he dicho que hombres perfectamente inocentes pueden sobresaltarse ante esa acción suya?

—Precisamente por eso lo hago. Resulta divertido.

—Bueno, no debería hacerlo.

Los dos amigos sonriéronse mutuamente.

—¿Qué hace aquí? Creí que nunca venía

al teatro ¿Anda persiguiendo a algún pobre diablo?

El doctor se detuvo bruscamente; un firme apretón en su brazo lo convenció, tan claramente como hubieran podido hacerlo las palabras de que el tema no era del agrado del gran detective.

—Acabo de ver a Norma.

—¡Ah!... ¿sí?

Phillips pareció examinar un momento su vaso. Luego continuó rápidamente:

—Norma se ha fatigado mucho últimamente. No me dejó buscar una enfermera para Herbert e insistió en cuidarlo sola, con la única ayuda de su mucama. Aproveché la ligera mejoría de Herbert, esta tarde, para traerla al teatro a que se distrajera un poco. Especialmente porque el viejo Doveton iba a hablar de monedas antiguas con Herbert.

—Que no se mejorará. Sí; es ahora sólo cuestión de tiempo.

—¿Cuánto durará?

—Imposible decirlo. Quizás días, quizá semanas. Nada puede asegurarse en un caso así. La ciencia médica puede revelarnos mucho, John; pero no cuanto resistirá un corazón.

Alzó las cejas con esa presumida sonrisita con que los médicos acompañan tan vagas predicciones

John Ross miró a otro lado. La bebida que pidió le había sido servida. Pagó y llevó el vaso a los labios; pero se sentía inquieto. Algo advertía a su despiertos sentidos que las cosas no marchaban como era debido. Comprendió que lo observaban para ver el efecto que aquellas palabras le habían producido. Volvió de pronto la cabeza, decidido a seguir su idea.

Con mano temblorosa, el moribundo señaló hacia la puerta: "Vigílalos" — dijo con voz ronca — "Vigílalos".

Por un momento no contestó Ross. Estaba absorto en sus propios pensamientos. La respuesta era bastante buena. No le encontraba falla y, sin embargo, para el oído sensible de Ross, algo había en ella, una especie de volubilidad; sí, volubilidad, como si hubiese sido ensayada de antemano. Y, cosa, curiosa, las palabras de Norma le habían producido la misma impresión, pocos minutos antes.

—Comprendo. Excelente idea. Dígame Edwin ¿cómo "está", Herbert?

—Bastante mal, me temo.

—No necesita usar de evasivas conmigo. Después de todo, soy uno de sus más antiguos amigos.

—Bueno... — dijo el Dr. Phillips lentamente — hoy está mejor; pero temo sea solo una mejoría pasajera.

—Quiere decir...

—¡Pobre viejo! Realmente tengo que ir a verlo lo más pronto posible.

Al pronunciar estas palabras observó a Phillips cuidadosamente. Hubo una pausa momentánea, un casi imperceptible espacio de tiempo antes de que el otro replicara.

—Sí, vaya. Estoy seguro de que le alegrará verlo.

Pero había poco entusiasmo en su acento.

Ross conocía el valor de no ir demasiado lejos, así que cambió prontamente de tema.

—¿Lo llamaron a usted con motivo de ese caso de asesinato ocurrido en Arborfield? — muy ligeramente recalcó la palabra asesinato.

Phillips lo miró vivamente; pero no dió otras señales de haberlo advertido.

—Sí.

—¿Había algo interesante?

—Un caso muy claro, a mi parecer.

—Me lo imaginaba. Lo siento porque esperaba que acudieran a la Yard y me enviaran a mí. Acabo de decirle a Norma que, si me mandan, pararé con ellos.

—¡Oh sí! — dijo Phillips sin calor — Naturalmente.

—No desean mi presencia — pensó Ross — ¿Por qué?

—En realidad — dijo el médico de pronto, después de una momentánea pausa — no creo que haya probabilidades de que la policía local solicite ayuda ajena. Tenemos un nuevo oficial en el distrito, un joven llamado Page, que parece muy capaz. Yo le estaba diciendo...

Fué interrumpido por la campanilla que llamaba para el segundo acto y se encontraron envueltos en el acostumbrado éxodo, de último momento, hacia la escalera.

Ross dejó inesperadamente a su amigo. Se movió en silencio, pero muy rápidamente. Llegó a la puerta del bar y detuvo a un hombre con impecable traje de noche.

—¡Un momento, haga el favor!

El Dr. Phillips, que observaba, vio a otros dos hombres con traje de noche; pero que se veía eran policías en traje civil por todos sus detalles, colocarse uno a cada lado del desconocido. Todos sus movimientos eran disimulados.

—Así que ha arrestado a su hombre...

El Dr. Phillips se extremeció. Conocía la reputación de Ross para derribar a su presa.

—¡Pobre diablo! — se dijo a sí mismo Luego fué a reunirse con Norma.

Aquella noche, el detective inspector Ross, al dirigirse a su casa, no sintió la alegría que generalmente lo acompañaba en cada nuevo éxito. Estaba absorto en sus pensamientos. ¿Por qué aquella volubilidad sospechosa de parte de Norma Rendel y del Dr. Edwin Phillips? ¿Por qué si Phillips, el médico de cabecera, pronosticaba una muerte no lejana de su paciente, la esposa del condenado Herbert Rendel, acompañaba al doctor al teatro?

Había otras cuestiones que lo preocupaban también... lo preocupaban tanto que el gran John Ross empezó a pensar si no se excedía en su trabajo y las sospechas se le convertían en obsesión.

"VIGILALOS"

El detective-inspector John Ross prefirió hacer a pie el trayecto, desde la pequeña estación de Arborfield hasta Tejas Grises, la hermosa casa de campo de su amigo Herbert Rendel. Conocía bastante bien el camino; había hecho a menudo, antes, aquel paseo a pie. Pero, al pasar por la posada de la aldea, dejó allí su valija. Había llegado a la conclusión de que debía visitar a su viejo amigo mientras fuera tiempo; pero no quería molestar con su presencia como huésped, en aquellos momentos de preocupación y ansiedad. Le pareció mejor parar en la posada próxima.

Mientras continuaba su camino, entre las sombras del crepúsculo, sus pensamientos eran un torbellino. Su presencia en el teatro, la noche anterior, no había sido bien recibida por sus dos antiguos amigos. ¿Por qué? John Ross experimentaba una sensación que le disgustaba más que a cualquier otro hombre: sentíase intrigado.

Cortó camino a través de un pequeño bosque, siempre sumido en sus pensamientos. Pocas yardas más adelante, desembocó en el camino principal, lo siguió una yarda o dos y entró por el portón de Tejas Grises.

Cinco minutos más tarde estaba parado frente a la maciza puerta de la casa y llamaba.

Un mayordomo lo hizo pasar.

—¡Buenas tardes, Jenkins!

—¡Ah! Buenas tardes, señor Ross. Su visita es un inesperado placer.

Ross contestó con voz brusca.

—Vengo de pasada. Bajé en Arborfield y decidí venir a ver al señor Rendel ¿Cómo está?

El rostro de Jenkins se nubló.

—Nada bien, señor. Creo que el Dr. Phillips considera su estado muy grave.

—Es cierto.

—¿Lo sabía usted?

—Sí. Lo vi al Dr. Phillips ayer, en Londres.

—Comprendo, señor.

Hubo una pausa.

—¿Quiere que anuncie su llegada a la señora Rendel, señor?

—Sí, Jenkins, haga el favor.

El hombre hizo entrar a Ross a una pequeña salita y lo dejó para desempeñar su misión. Ross empezó a pasearse por la habitación, mirando distraídamente las distintas fotografías y "bibelots" que había por allí; finalmente se sentó en un gran sillón, junto al fuego. Pasaron algunos minutos y pensó por que Norma Rendel tardaba tanto en venir a saludarlo. ¿Sería que no le agradaba su inesperada visita? Pensó nuevamente en su extraña actitud la noche antes y su turbada reacción ante el pequeño lazo verbal que le había tendido.

Metafóricamente, sacudió sus sospechas.

—¡Diablos, John! — se dijo a sí mismo — Tu trabajo te ha sugestionado el cerebro. Ves el mal en todo y en todos.

En aquel momento oyó pasos que se acercaban y levantóse para recibir a la dueña de casa. Ross siempre la había admirado. Era alta, magestuosa, y como se aproximaba a la edad madura tenía una dignidad que las jóvenes no poseen. La serena belleza de su rostro poseía la más fuerte de las atracciones: carácter. En los pocos segundos que estos pensamientos ocuparon a John Ross, ella había avanzado con la mano extendida.

—¡John! — exclamó — ¡Qué espléndida idea! No nos dijo usted ayer que vendría tan pronto. No imaginaba que anduviera usted por aquí.

Ross le estrechó la mano y al hacerlo advirtió que estaba fría como el hielo y baz-

tante húmeda, como si su dueña se sintiera nerviosa.

—He terminado recién un caso — dijo— y, después de lo que Edwin me dijo ayer del estado de Herbert decidí aprovechar la primera ocasión para verlo ¿Cómo se siente hoy?

—Más o menos lo mismo — dijo ella lentamente.

Luego prosiguió con súbita vehemencia.

—Eso es lo peor, John; está siempre lo mismo — había una expresión de reprimida impaciencia en sus palabras, algo que enseguida hirió los sensibles oídos de Ross, una nota que le pareció siniestra. Pero la impresión fué ligera y las palabras siguientes la borraron por completo de su cerebro.

—¡Si al menos experimentara alguna mejoría! — dijo ella tristemente — ¡Es tan terrible para él verse siempre en ese estado! Ya a todos nos desespera.

—Lo siento mucho — dijo Ross tranquilamente — ¿Estará lo bastante bien para recibirme?

—Sí, por un ratito. Le hace bien ver gente, especialmente antiguos amigos como usted. Pero no debe quedarse más que unos pocos minutos, John.

—Seguro que no.

Afuera, en el corredor, se oyeron pasos apresurados y una joven penetró en la habitación.

—¡Tío John! — exclamó — ¡Qué alegría! Hacía siglos que no lo veía. Jenkins me dijo que estaba.

—¡Hola, querida! ¡Cómo has crecido! Estás encantadora.

La besó afectuosamente. Habían pasado tres años desde la última vez que la vio, en unas vacaciones que había ella venido a pasar a su casa. Desde entonces, siempre que iba a casa de los Rendel, la hija de este, Marion, estaba en la escuela o en el extranjero. Ahora le costaba reconocer en aquella rubia y encantadora criatura, que lo saludaba con tanto cariño, a la chiquilla torpe de otro tiempo. Como ocurre a menudo la juventud había desarrollado en la niña hermosura insospechada y la había obsequiado con la esbelta gracia de la mujer. Antes era una colegiala retozona, franca y sincera, y Ross la quería mucho, aunque sólo fuera por su travesura infantil. Ahora la franqueza y la sinceridad persistían; pero se añadía a ellas la inconsciente gracia de la niña que se convierte en mujer. Marion estaba tan encantada al verlo de nuevo que pronto Ross se absorbió en su charla con ella y Norma Rendel dijo sonriendo:

—Vosotros dos tenéis una cantidad de cosas que deciros Yo voy a ver si Herbert puede recibirlo. John.

Marion empezó a charlar, contándole a Ross sus experiencias en París, donde había estado estudiando, hasta que oyeron la voz de Norma Rendel en la puerta.

—Herbert se siente encantado ante la idea de verlo, John. ¿Quiere subir?

Subió escaleras arriba hasta un cuarto del primer piso y abrió la puerta.

—Herbert, aquí está John — dijo — Os dejaré solos unos momentos para que podáis charlar.

Cerró la puerta y salió.

A Ross le sorprendió el cambio experimentado por Herbert desde la última vez que lo había visto. El hombre parecía próximo a la muerte. Antes era un individuo tosco, alegre, bastante robusto. Ahora estaba increíblemente concluído. Tenía el cutis azulado, lleno de manchas. Estaba recostado sobre las almohadas y sus ojos, extrañamente brillantes miraban penosamente desde las órbitas huecas. Saludó a su visitante con una débil sonrisa.

—¡Hola, John!

—¡Hola, Herbert!

—¡Qué bueno eres en haber venido!

—¡Qué tontería! No tenía que hacer y estaba por aquí. Decidí venir a ver como seguías.

—Endiabladamente mal.

El enfermo pronunció salvajemente estas palabras y su vehemencia sobresaltó al visitante.

—¿Eh?

—He dicho, endiabladamente mal. Me muero, John.

John se sentó en una silla, junto a la cama.

—No seas tonto. Muchos se mejoran de enfermedades más graves que la tuya.

El enfermo lanzó una carcajada cínica, que semejaba un graznido.

—Hazme el favor de no darme consuelos especiales para enfermos.

No podía decirse más. Ross miró aquella marchita figura tendida en el lecho y comprendió cuan verdaderas eran sus palabras. Por su aspecto, Herbert Rendel no tenía mucho tiempo de vida.

—Me alegro mucho que hayas venido... a tiempo, John.

—¿A tiempo? Me encanta estar aquí, Herbert. Pero realmente te has vuelto muy aprensivo. No hay motivo. Te veré muchas veces todavía.

—No me verás.

La resolución de su voz era notable y Ross miró a su amigo vivamente. Aun teniendo en cuenta la manía de un enfermo, Ross sintió en aquella obstinación algo que daba que pensar.

—Estoy tan seguro... tan seguro de "eso" que te he escrito una carta. La recibirás enseguida de mi muerte..

—¿Una carta? ¿Después de tu muerte?— Ross se echó a reir, pero sin convicción — ¿Qué nueva tontería es ésa?

Herbert Rendel se incorporó sobre un codo y haciendo un gran esfuerzo se inclinó hacia el detective.

—No es tontería, John. ¡Vigilalos! Quédate esta noche aquí y vigilalos... prométeme que lo harás.

—Seguramente. Me quedaré aquí esta noche, si quieres — dijo lentamente John Ross — ¿Pero que diablos quieres que vigile?

El anciano se echó a reir.

—¿El instinto del gran detective Ross no lo ha descubierto todavía?

—No.

—Bueno, vigílala a Norma, para empezar.

—¡Norma!

—Si a Norma y al hombre a quien ella ama.

Ross se puso de pie de un salto; pero enseguida se contuvo y volvió a sentarse lentamente.

—¿Qué te pasa? ¿Lo has advertido ya?

La ansiedad, casi maliciosa, de la voz de Rendel hizo extremecer a Ross. Luego, escogiendo cuidadosamente sus palabras, habló con tranquilidad.

—Herbert, no dudo de que sabes lo que dices; pero estoy seguro de que es resultado de tu imaginación afiebrada. Que yo sepa, Norma sólo ama a su marido . . . a ti.

—Mas consuelos para enfermos. ¡Palabras vanas!

De pronto Rendel se inclinó hacia adelante otra vez y Ross advirtió con aprensión que su rostro estaba bañado en sudor.

—¡Vigílalos! ¡Vigílalos! ¡Vigílalos!

Cada palabra fué pronunciada cón énfasis creciente, hasta que la última era casi un grito. Luego el enfermo volvió a caer sobre las almohadas, exhausto.

Ross se inclinó y le habló casi al oído.

—¿Qué vigile a Norma y . . . a quien?

Rendel no dió señales de haber oído.

Ross se enderezó y recostóse en su silla. Por algunos momentos estuvo silencioso e inmóvil Luego, de pronto, la puerta se abrió.

TRAGEDIA

—Se ha quedado usted demasiado — dijo Marion, que apareció sonriente en el umbral. A papá no se le permite hablar más de diez minutos seguidos, tío John. Hace mucho más que está usted aquí.

Ross se levantó y miró al enfermo. Este tenía los ojos abiertos otra vez y sus labios se movían. Ross se inclinó hasta el nivel de la cabeza de Rendel.

—¡Vigílalos, John!

Las palabras fueron solo audibles para aquel a quien iban dirigidas. Ross sonrió e hizo una inclinación de cabeza tranquilizadora; luego, volviéndose, siguió a Marion fuera de la pieza.

Cuando bajaban la escalera, Marion lo miró.

—¿Qué piensa de él, tío John?

Ross miró a la joven, radiante de belleza y salud, mientras marchaba agilmente a su lado. Se encogió de hombros evasivamente.

—No soy médico, Marion.

—Eso significa que no quiere decirlo. Dígame... ¿cree que... el fin está próximo?

Ross no vió razones para ocultar su opinión.

—Sí, mi querida — dijo suavemente — Creo que está realmente muy próximo.

La joven no contestó y poco después se reunieron con Norma en la salita.

—Se quedará a comer ¿no, John? Hay un tren para la ciudad a las diez, creo.

Marion miró a su madre con sorpresa. ¡Dejar que su querido tío John se fuera a la ciudad a esa hora de la noche en vez de invitarlo a quedarse con ellos, como siempre lo había hecho!

—Yo había pensado quedarme esta noche en la posada y dejé allí la valija — contestó Ross tranquilamente. Si experimentó alguna sorpresa ante la desusada conducta de Norma Rendel, no lo demostró. Ella era generalmente hospitalaria y una dueña de casa muy amable; nuevamente comprendió, con sorpresa, que Norma no deseaba su presencia; pero el enfermo le había pedido que se quedara.

—En ese caso — dijo entonces Norma — naturalmente que se quedará con nosotros. Yo pensé que probablemente desearía usted vólver esta noche a la ciudad. ¿Mandó buscar su valija?

—Muchas gracias, Norma. Acepto la hospitalidad gustoso; pero iré yo mismo a buscar mi valija. Me gusta caminar antes de comer.

Ross se puso en camino lentamente, meditando, mientras andaba, en el extraordinario pedido, casi orden, que le había sido hecho por el moribundo. Los pensamientos del inspector armonizaban con las sombras que se iban espesando.

—"Vigílalos" había dicho Rendel. Pero ¿a quién había que vigilar? "A Norma y al hombre a quien ella ama" ¿Había él vislumbrando algo de la verdad al ver la noche anterior a Norma y al doctor Phillips, juntos, en el teatro?

Perdido en sus pensamientos, Ross no se fijó por donde iba y de pronto se dió cuenta de que, a su derecha, había una casa. Una lámpara roja, ya encendida, iluminaba la palabra "Cirujía", en grandes letras negras. Ross cedió a un impulso y entró.

El criado que salió a recibirlo le dijo que el doctor estaba ocupado, visitando a sus pacientes; pero que si quería esperar unos minutos, pronto llegaría.

Fué introducido en el consultorio del doctor. Allí, entre la variedad de frascos, tubos de ensayo, etc., que equipan el consultorio de un médico de campaña, la mente de Ross continuó los pensamientos interrumpidos, sobre los extraños incidentes de aquellas últimas horas.

Abrióse la puerta y entró el médico, saludó a Ross y se dirigió al laboratorio para lavarse las manos.

—¿Vino usted a ver a Herbert? — dijo por encima del hombro, con las manos enjabonadas.

—Sí — contestó lentamente Ross. — Después de lo que me dijo usted anoche, pensé que era mejor aprovechar la primera oportunidad para venir a verlo. Debo decirle que me sorprende el cambio operado en el enfermo desde la última vez que lo vi ¿Qué piensa usted realmente de él?

El doctor agarró la toalla que colgaba de una percha, junto al lavatorio.

—Ya se lo dije anoche. El fin puede lle-

gar en cualquier momento. ¿Para usted en Tejas Grises?

—Sí; pensé quedarme en la posada' pero Norma me pidió parara en su casa. Ahora que me acuerdo, tengo que ir a buscar mi valija a la posada.

—Si va a buscarla mientras yo me cambio de ropa, volveremos juntos. Yo como en casa de Rendel.

Poco después los dos se dirigían juntos a Tejas Grises. Hablaron de cosas indiferentes, sin hacer más alusión al estado de Herbert.

Llegados a la casa el doctor fué derecho al cuarto del enfermo, mientras Ross se reunía con Norma Rendel y Marion, en el hall. Pronto la señora Rendel dijo:

—Ve junto a tu padre ahora, querida. El doctor ya debe haber terminado. Yo voy a subir un instante para cambiarme de vestido. — luego, volviéndose a Ross añadió a modo de explicación. — Nunca lo dejamos solo a Herbert, por si ocurre algo. Además eso lo anima y mantiene interesado. Cuando yo me haya cambiado, relevaré a Marion para que vaya a vestirse. Así nos turnamos.

La señora Rendel se levantó e indicó su habitación a Ross, Media hora más tarde, él se dirigió, por el corredor, a la salita.

Cuando pasaba por la puerta entreabierta del cuarto de Rendel salió la señora.

—¡Oh! ¡John! — exclamó. — ¿Quiere quedarse con Herbet unos minutos mientras llamo a la mucama? Siempre ella lo acompaña mientras comemos.

—Con mucho gusto.

Ross entró a la habitación y sentóse junto al paciente. Rendel tenía los ojos cerrados; aparentemente, estaba dormido.

Cinco minutos más tarde apareció en el umbral Simpson, la mucama.

Ross llevó un dedo a sus labios.

—Está dormido, — murmuró.

La muchacha hizo una inclinación de cabeza, sonrió y entró de puntillas en la habitación.

—Gracias, señor; yo lo cuidaré ahora — dijo y Ross bajó.

Al entrar a la sala, Marion corrió hacia él y lo tomó por la mano.

—Tío John, — exclamó — quiero presentarle a mi novio, el inspector Page.

Ross se volvió y hallóse frente a un joven alto, bien formado, con uniforme de oficial de policía, que sonreía algo tímidamente.

—¡Cielos! — exclamó Ross. — ¡Cómo vue la el tiempo! Me parece que era ayer cuando elegía muñecas y bombones para esta damita. Encantado de conocerlo, inspector. He oído hablar de usted. Me han dicho que es muy listo.

Page, un poco turbado por su encuentro con el famoso detective de Scotland Yard, se puso colorado, a la vez que le encantaba tan amable saludo.

Pero los dos hombres no tuvieron tiempo de conocerse mejor en aquel momento. La comida fué anunciada y pasaron todos al comedor. No fué una comida alegre. Para la mente sensitiva de Ross, era evidente que todos hacían esfuerzos para animar la conversación aunque sus pensamientos estaban en otra parte. Se sintió intrigado. Algo grave pasaba, decididamente, una atmósfera de sombría inquietud se cernía sobre la habitación y no se debía enteramente al hecho de que, no lejos de allí, hubiera un hombre moribundo. De aquello podía provenir la tristeza, la ansiedad; pero había algo más: una especie de suspenso, que era definitivamente desagradable.

Durante uno de los más que usuales silencios, se oyeron pasos apresurados en la escalera. La puerta se abrió y Simpson, la mucama, apareció mortalmente pálida, visiblemente aterrada.

—¡Doctor! — exclamó, — ¡Doctor!... el patrón...

Phillips se había puesto ya de pie y salió corriendo de la habitación. Norma lo siguió con un grito ahogado. Marion se echó a llorar. Luego ella también salió de la habitación y corrió escaleras arriba.

Ross y Page esperaron en tensa anticipación hasta que diez minutos después el Dr. Phillips volvió a la habitación.

—¿Y bien? — preguntó John Ross.

—¡Ha muerto! — dijo Phillips.

LA CARTA FATAL

Ross estaba sentado, fumando su pipa en la terraza. El tibio sol, cayendo sobre él adormecía sus pensamientos y pensaba lánguidamente, sin mucha concentración, en los sucesos de la noche anterior.

Aquella mañana había telefoneado a Londres, a la oficina de los abogados de Rendel, porque suponía que ellos tendrían la misteriosa carta de que su viejo amigo le había hablado antes de morir. Su suposición era acertada y ya el señor Paxton, uno de los socios de la firma, se dirigía a Arborfield llevando la importante misiva. Ross experimentaba una sensación de alivio al ver que había tenido pálpito tan afortunado acerca del paradero de la carta, evitándose así la molestia de una prolongada busqueda.

Paxton, el abogado, le había dicho aquella mañana que las instrucciones recibidas con el documento fueron que se le entregara a él, Ross, inmediatamente después del fallecimiento de Rendel. Ross volvió a hacer interminables conjeturas acerca de su contenido, conjeturas que ocupaban su mente desde que se enteró de la existencia de la carta.

A su lado habló una voz.

—Señor, el señor Paxton, de Paxton y Wirterbotham, desea verlo — dijo Jenkins con ese tono lúgubre que habitualmente adoptan los criados en una casa que está de duedo. Ross vació su pipa y siguió al criado dentro de la casa.

El hombre que esperaba era una persona de edad, de aspecto perspicaz, que llevaba una imponente carpeta de cuero. Parecía haber caminado a prisa y se hallaba un poco sofocado; esto desdecía con su tipo, el cual sugería orden e imperturbabilidad.

Los dos hombres cambiaron breves saludos y un apretón de manos. Paxton estaba evidentemente fastidiado por haber tenido que abandonar la ciudad para aquel precipitado viaje a Arborfield.

—¡Esto es el fin del mundo! — gruñó.

—No me culpe — dijo Ross riendo. — Yo estoy aquí parando solamente; pero me gusta el campo y no me molesta.

—Bueno, a mí no me gusta ni un poquito — dijo Paxton secamente.

—Yo lo haré conducir a la estación cuando regrese — dijo Ross, con tono conciliador.— ¿Qué piensa de todo esto, señor Paxton?

—No sé. Usted es quien debe descubrirlo. Es el destinatario. Yo, simplemente, el portador de la misiva. En realidad, si el señor Rendel no hubiese insistido tanto de que yo mismo se la entregara, hubiera mandado a un empleado — hablaba enfáticamente y sentíase aun fastidiado por la molestia.

Abrió la carpeta de cuero y sacó de ella un sobre cuadrado, azul. Tenía sellos en varias partes.

Ross lo agarró y después de verificar que realmente le estaba dirigido, guardólo en su bolsillo y no hizo más comentarios sobre él; pero volviéndose al señor Paxton le dijo:

—¿Quiere usted almorzar algo?

—No, gracias. Tengo que volverme en seguida. Apenas si he podido disponer del tiempo preciso para venir hasta aquí. Se lo agradezco lo mismo. Me voy.

Ross no insistió. Deseaba substraerse a sus deberes de anfitrión y quedar libre para leer la carta. Llamó a Jenkins y le ordenó que llevaran a Paxton, en auto, a la estación. Luego estrechó la mano del abogado y lo dejó.

Volvió a la terraza y se instaló en el sillón donde estaba sentado antes de que llegara Paxton. Sacando la carta, la abrió, alisó sus arrugas y empezó a leer:

"Mi querido John:

Esta carta va a sorprenderte... más aun: espantarte. Muy bien, espántate. Pero recuerda que ningún hombre se halló en situación más grave que yo, cuando te escribo.

Digo — y mi opinión tiene fundamentos — que Norma y Edwin Phillips se aman y que, a fin de poder casarse, se proponen suprimir el único obstáculo: yo.

Norma, que como sabes, fué siempre una esposa fiel, ha sucumbido a la seducción de este médico rural y mi reciente enfermedad me ha puesto en manos de ellos; piensan asesinarme. Yo estorbo, John. ¿Qué más fácil para un médico que eliminar a un paciente, si éste está ya muy enfermo?

Me encuentro en pleno uso de mi razón y te digo que Norma, mi esposa, conspira en estos momentos con mi médico, Edwin Phillips, para apresurar mi muerte y satisfacer su mutua e ilícita pasión.

No pienso oponerme. ¿Para qué? En el mejor caso y con solícitos cuidados, mi corazón resistiría unos meses más. Puesto que he de morir, semanas más o menos, tanto da. Pero para ellos es muy distinto. No están dispuestos a esperar. Saben que su posición es fuerte. Todo el mundo espera que yo muera y si mi fin ocurre de pronto nadie se sorprenderá.

Y yo los observo. Gozo viendo como van apretando el nudo corredizo en torno de sus cuellos, mientras esperan hallar el valor suficiente para terminar conmigo.

Por eso te escribo esta carta, John. Se, todo el mundo lo sabe, que el inspector Ross, de Scotland Yard, una vez que se propone castigar un crimen, no lo deja en el misterio o la impunidad.

Recibirás esta carta sólo después que yo haya sido asesinado a sangre fría. Entrégalos a la justicia... no descanses hasta que cuelguen de la horca. Porque los odio a los dos. Y gustoso me entrego ahora en sus manos, sabiendo que, de todos modos, poco tiempo me quedaba de vida, porque estoy así seguro de que ellos sufrirán después de mi muerte.

Hazlos sufrir.

Paxton tiene mis instrucciones y te entregará el dinero que necesites para gastos, etc. Naturalmente que él nada sabe de esto. Cree tienes que desempeñar alguna misión por encargo de un viejo amigo. Y así es. Mi cielo, John, con tal de que los hagas sufrir a ellos.

Tuyo HERBERT RENDEL".

Ross volvió a doblar automáticamente la carta por sus pliegues. Luego se quedó unos instantes inmóvil, con los ojos fijos, sin ver, en el lejano horizonte. Pero su rostro tenía expresión profundamente satisfecha.

EL SECRETO DEL INSPECTOR PAGE

Marion salió de su cuarto y bajó la escalera. Una ligera expresión ceñuda y perpleja nublaba su lindo rostro. Sentía necesidad de respirar el aire puro, no solamente para escapar unos instantes a la tristeza de la casa si no para disipar, si era posible, las dudas que se amontonaban en su mente.

Dirigióse al jardín y al dar la vuelta a la casa vió a John Ross, recostado en un sillón, en la terraza, profundamente absorto en la lectura de una carta.

La joven sonrió. ¡Qué suerte tener al antiguo amigo de su padre en la casa, en aquellas horas de angustia. Era casi providencial. Había distraído mucho a su madre y con sus modales tranquilos era una ayuda valiosa. Se detuvo Marion, pensando si iría a hablarle; pero la actitud de Ross indicaba que estaba sumido profundamente en la lectura de la carta y que ésta debía ser muy importante. Una interrupción sería mal recibida. Se dirigió hacia un bosquecillo y pronto se perdió de vista.

Marion caminaba lentamente; tenía mucho que pensar... mucho. No hacía más que unas semanas que había vuelto de terminar sus estudios de un colegio de París y durante los dos últimos años había visto poco a sus padres. Le había preocupado, más que preocupado, el cambio que advirtió en ellos en seguida de su regreso. No era tanto el cambio en la salud de su padre lo que la afligía, sino el cambio de humor. Cuando ella partió para el colegio de París, antes de presentarse a la sociedad inglesa, sus padres eran muy unidos, muy felices. Al volver había hallado a su padre muy enfermo, casi moribundo, y supuso que su actitud cambiada respecto a su madre era debida al mal estado de su salud. Sin embargo, aquella mañana había ocurrido algo. La conducta de su madre, frente a la catástrofe, parecióle muy extraña.

Marion no podía alejar la idea de que su madre experimentaba más bien alivio que

Cuando la mano del detective se apoyó en el hombro del médico, éste se dió vuelta con un grito de sorpresa y expresión de terror.

pesar en esos momentos. La noche anterior, la muerte repentina de su marido había actuado terriblemente sobre los nervios de Norma Rendel; eso era evidente. Tuvo un ataque de histerismo que le duró algunos minutos y Marion pensaba que era una suerte hubiera estado presente el doctor Phillips. Pero por la mañana, su madre parecía cambiada. Había en sus ojos uña luz nueva, una luz que Marion no se explicaba. No recordaba haberla visto nunca antes. Y estaba segura de que no había brillado en el rostro de su madre después de la vuelta de Marion.

Norma Rendel a quien Marion había dejado en la salita de arriba, no ofrecía en opinión de la niña, la imagen ortodoxa de las viudas recientes. Descansaba tranquilamente, siguiendo las prescripciones del médico, después de su ataque; pero Marion no podía apartar el pensamiento de que su madre no necesitaba tanto el descanso.

Como algo más, algo muy distinto. Parecía aliviada, extrañamente feliz, como si, pudiendo seguir sus inclinaciones, hubiera deseado correr al jardín, gozar de la luz del sol. Norma Rendel había seguido hasta ese momento las convenciones, vistiendo ropas negras; pero aquello era meramente una señal exterior, lo único que, en su aspecto y conducta, armonizaba con las ideas preconcebidas de Marion respecto al cuadro que debía ofrecer su madre en aquellos momentos.

—¿Había ella dejado de amarlo? — se preguntó la joven casi con un sollozo. — ¿No lo amaba más?

A la niña no le quedaba duda de que su padre había dejado de querer a su madre. Había advertido el cambio en sus relaciones al volver del extranjero. Pero no podía convencerse de que el afecto de ella por su padre hubiera desaparecido. Se había mostrado Norma muy solícita por el bienestar del enfermo durante la enfermedad, aun más de lo que Marion esperaba. Había demostrado terrible ansiedad. Aquello era evidente. ¿Era entonces simple alivio, al ver que habían terminado los sufrimientos de su marido, lo que motivaba aquella extraña conducta? Era natural que el afecto de Norma se hubiera enti-

biado un poco por la actitud de su marido hacia ella en los últimos tiempos.

Marion apresuró el paso. Empezó a caminar vivamente. Sentíase poco satisfecha del resultado de sus deliberaciones y un poco avergonzada de sí misma por dejarse llevar por tales pensamientos. Caminaba rápidamente por los senderos que conducían a la aldea, con la cual limitaba la propiedad, pensando que el ejercicio alejaría sus preocupaciones. Había tomado aquella dirección sin fijarse por donde iba. Pero ahora se alegró y ocurriósele ir a ver a Frank Page quien con su natural alegre y su sorprendente penetración del carácter de los demás, podría tranquilizarla, librarla de sus cavilaciones.

Dió vuelta el último recodo y estaba sólo a pocos pasos del portón que daba al camino principal, cuando advirtió que un hombre acababa de cerrarlo.

—¡Frank! — exclamó. — Precisamente iba a verte.

El detective inspector Page se dió vuelta vivamente al oir la voz de la joven y vino a su encuentro. Miró a su alrededor y, viendo que no había nadie, tomóla en sus brazos y la besó tiernamente.

—Marion, querida mía — dijo. — Yo también ¿curioso no? iba a verte. ¿Está todavía con vosotros el inspector Ross?

—¿Tío John? Sí. Creo que se quedará un día o dos hasta que... ¡oh! hasta que todas estas horribles formalidades hayan terminado. El se ha portado muy bien, Frank, aliviando a mamá de tantas cargas. Entre él y el doctor Phillips lo dispondrán todo.

—Bueno — dijo el joven inspector — yo deseaba verlo por el crimen que se cometió en la aldea.

—¡Oh, querido! — exclamó Marion, dándole el brazo y empezando a caminar de nuevo hacia la casa. — ¡Cuéntame! ¿Has agarrado al asesino?

—Personalmente, no. — rió Page. — Pero ha sido apresado mientras trataba de embarcarse en Liverpool. Así que todo ha salido bien. Pero quería pedirle consejo al inspector Ross sobre el mejor modo de presentar el caso. Es un hombre maravilloso ese a quien llamas tío, Marion. Tú lo sabes ¿no?

—Se que se muy famoso — sonrió ella.

—Más que eso — dijo Frank Page con calor. — Es el detective más famoso del momento. No se oye hablar mucho de él, excepto en la policía, porque estos grandes hombres no gustan de la publicidad. Les conviene que sus retratos no aparezcan en los diarios. Pero, ya que está aquí, — sonrió y oprimió el brazo de la joven — uno puede aprovecharlo ¿no?

—Claro — dijo Marion riendo alegremente — Las preocupaciones y penas que un momento antes la oprimían parecían desvanecerse en presencia de su novio. — Fué muy amable contigo anoche, Frank ¿no es cierto? Yo sabía que le alegraría conocerte.

—Así fué — dijo Page.

Algo en esta brusca respuesta pareció extrañar a la joven. Se detuvo y miró interrogadoramente a Page, que advirtió la expresión de sus ojos.

—¡Disculpa! — dijo. — Al mencionar "anoche" me has hecho pensar en algo. Otra de las razones de mi venida, es que deseaba ver a tu mamá.

—Yo creí que venías a verme a mí —dijo Marion impertinentemente.

—Claro, tontita; pero tengo que ver a tu mamá también y temía tanto la entrevista como ansiaba encontrarte a tí.

Aquellas palabras, que pudieron ser una broma, fueron dichas con tono tan serio que Marion no se movió.

—Frank, — dijo. — ¿Qué misterio es ese?

Marion hablaba con tono zumbón; pero Frank Page sonrió ceñudamente, volvió a tomar el brazo de la joven y la hizo seguir andando.

—No nos quedemos charlando aquí—dijo — Quiero terminar con este asunto. Es algo que... bueno, no tuve valor para hablar de ello anoche; pero es algo que no agradará a tu madre.

Su acento preocupó a la joven.

—¡Frank! — exclamó. — ¿De qué se trata? Tienes que decírmelo.

—Te lo diré — replicó Page. — Te lo diré lo mismo que a tu mamá, por que os concierne a todos. ¿Recuerdas aquella noche... hace dos noches, cuando tu mamá y el doctor Phillips fueron al teatro?

—Seguramente — contestó ingenuamente Marion. — Fué una velada maravillosa. La primera vez que estuvimos realmente solos.

Page sonrió al rostro vuelto hacia él.

—Lo se, mi querida; pero no fué tan maravillosa en otro sentido. ¿Recuerdas que cuando iba a retirarme el profesor Doveton me mandó decir que tu padre me pedía subiera unos momentos?

—Sí — convino Marion intrigada. — Papito quería verte ¿no? Yo me fuí a acostar. ¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Cuando subí — dijo Page — no pensaba quedarme más que un minuto o dos. Supuse que tu padre deseaba hablarme algo respecto a tu porvenir. Que deseaba dar algunos consejos paternales al hombre que se casará con su hija, comprendiendo que él mismo no viviría lo bastante para ver la ceremonia. Bueno, no estuve en aquel cuarto más que breves momentos; pero en aquel tiempo se me encomendó una tarea bien distinta. Tu padre estaba tan cuerdo como yo, en este momento. El profesor Doveton es, como sabes, un viejo astuto, en plena posesión de sus facultades. Había allí otro hombre, un hombre a quien reconocí no bien entré en la pieza.

—¡Otro hombre! — exclamó Marion. — ¿Y quién era?

—Un hombre — prosiguió Page gravemente — que había sido llamado a la casa sin que nadie, excepto tu padre y Doveton lo supieran.

—¿Lo hizo entrar Jenkins?

—Aparentemente, Jenkins estaba en el secreto. Algo ocurrió en la habitación de tu padre, Marion, algo que... bueno, es lo que tengo que decirle a tu madre ahora.

—Pero ¿por qué no se lo dijiste ayer? — preguntó la joven.

—Ya te lo dije: me faltó valor — contestó brevemente Page.

En aquel momento salieron del bosqueci-

llo y empezaron a cruzar el césped, en dirección a la casa.

La alta figura del inspector Ross se levantó de su sillón, en la terraza, para recibirlos.

EL TESTAMENTO

-Mamá querida. ¿Puedo entrar un momento? Hay algo importante que deseo decirte.

Marion entró al aposento de su madre y miró la figura que estaba sentada en un sillón, delante de la ventana abierta.

—¿Importante? ¿Qué es?

Norma Rendel levantó sorprendida la mirada y el corazón de la joven se oprimió ante la idea de que su madre tuviera que sufrir más.

—Frank quiere hablarte, mamá. No se de que se trata; pero dice que tiene algo importante que decirte; debió hacerlo anoche, pero le faltó valor. Temo, mamá querida, que se trate de algo muy desagradable.

Los labios de Norma temblaron un momento. Marion temió que se echara a llorar; pero en vez de eso, ella pareció reunir toda su energía para afrontar aquel nuevo acontecimiento y levantándose lentamente de la silla se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde está? — preguntó con voz algo anhelante.

—En la sala, con tío John.

Bajaron en silencio la escalera y entraron a la pieza. Page y el detective Ross estaban parados, mirando por la ventana; el primero parecía molesto y preocupado.

—¿Quería usted verme, Frank?

Norma habló friamente; pero no pudo ocultar una viva nota de ansiedad en su voz.

—Este... si, señora Rendel. Lamento tener que darle noticias desagradables. Creo que debí hacerlo anoche; pero... no tuve corazón.

—¿Qué no tuvo corazón? ¿De qué se trata? Disculpe; pero no lo entiendo.

Page se movió inquieto.

—Bueno, señora Rendel ¿recuerda la noche que fué usted a la ciudad con el doctor? Yo vine aquí a comer con Marion y cuando me iba, el profesor Doveton me mandó decir que el señor Rendel deseaba verme. Subí y encontré allí a alguien más... el señor Peters, el escribano local, a quien usted conoce. El señor Rendel lo había mandado buscar.

—¡El señor Peters! — exclamó Norma sorprendida. — ¡Cielos! ¿Y para qué?

—Siento en el alma tener que decirle esto, señora Rendel. Hubiera deseado que llamaran a otro. Pero... bueno, no tengo más remedio que seguir. El señor Rendel había llamado a Peters, al profesor Doveton y a mí para hacer un nuevo testamento. El profesor y yo fuímos los testigos. Tengo aquí el testamento, señora Rendel. Su difunto esposo estipuló que yo debía leérselo a usted: pero el profesor y el doctor también tienen que estar presentes. Le avisé al profesor que viniera dentro de diez minutos. Ahí viene...

El pequeño profesor venía por el sendero del bosquecillo y por la expresión de su rostro advertíase que no le agradaba la próxima entrevista.

Marion miró a su madre que se había quedado muy silenciosa; tenía el rostro color ceniza, los labios apretados; pero nada dijo, esperando como atontada las siguientes palabras de Page.

—¿Está el doctor Phillips? — preguntó Page. — Lo siento; pero también él tiene que hallarse presente.

—No — dijo Marion interviniendo rápidamente. — No está. Yo le hablaré por teléfono y le diré que venga.

Salió corriendo de la pieza y volvió a los pocos momentos diciendo que el doctor estaba en su casa y vendría lo más pronto posible.

Durante los breves momentos que duró la ausencia de la joven, nadie había hablado. Norma todavía miraba con ojos vagos, sin ver, por la ventana, mientras Ross y Page estaban en actitud embarazada a su lado.

Un momento después fué anunciado Doveton. Norma lo saludó distraídamente y se volvió a Page.

—¿Tenemos que esperar al doctor? — preguntó con voz opaca.

—Es indispensable. Lo siento; pero...

—¡Oh!... no importa.

Norma se acercó a una silla, que miraba a la ventana, y sentóse allí quieta, como aturdida. Reinó silencio un rato, hasta que el llamador de la puerta resonó fuertemente.

—Es el doctor — dijo Marion. — Viene por el camino. Voy a recibirlo.

Salió apresuradamente de la habitación, volviendo a los pocos instante con el doctor Phillips, que se detuvo sorprendido en la puerta al ver el pequeño grupo que tenía aspecto tan grave e incómodo.

—¿Qué ha pasado? — preguntó rápidamente.

En pocas palabras le explicó Page los hechos y sacó de su bolsillo un documento debidamente sellado.

—¿Estáis todos prontos para la lectura?

—¡Por amor de Dios, termine de una vez! — dijo Norma y su voz se quebró histéricamente al final de la frase. Marion no vaciló; acercóse a su madre y la rodeó con su brazo, mientras Page empezaba la lectura en voz baja y clara.

Apuróse en la fraseología legal para llegar más pronto al punto importante y no tener tanto tiempo en suspenso a sus oyentes. Esto lo leyó lentamente, dando a cada palabra su pleno significado.

"...Lego 2.000 libras a mi hija y el resto a mi esposa, con la condición de que no vuelva a casarse. En este último caso, toda la parte de mi mujer pasará al inspector John Ross, de Scotland Yard".

Page dobló el testamento y miró a Norma. Ella se había levantado de su silla y estaba parada ante él, imagen de una apasionada cólera. Sus ojos brillaban fieramente y dos parches encarnados en las mejillas atestiguaban su emoción.

—¡Es abominable! — exclamó. — ¡Increíblemente abominable! ¡Atarme así después de su muerte! ¡Qué odioso! ¡Pensar que el hipócrita preparaba sus viles planes para desheredarme!

Estalló en sollozos incontenibles.

De pronto el doctor Phillips que había

permanecido inmóvil mientras se leía el testamento, con el rostro pálido y contraído, se acercó a Page y le preguntó con voz forzada, ansiosa.

—¿No... me... menciona en el testamento?

Page movió negativamente la cabeza. Norma, alzando la cabeza vió el movimiento y su furia aumentó.

—No aceptaré ese testamento. Apelaré ante la justicia. No puede ser legal. Herbert me dijo que dejaba 2.000 libras a Marion y al doctor y que el resto era para mí. No lo permitiré. Es demasiado...

De pronto la interrumpió una voz fría.

—Pero Norma ¿por qué se preocupa? Usted lo recibirá todo... si no se casa.

El efecto de las palabras del inspector Ross fué eléctrico. Norma le dirigió una mirada, mitad de miedo, mitad de disgusto. El doctor Phillips quedóse un momento rígido. Luego dirigióse rápidamente a la ventana y miró hacia afuera, dando la espalda a los demás. El profesor Doveton sacó su reloj y dijo que tenía que irse, mientras Marion agarraba a Page por el brazo y le murmuraba nerviosamente.

—¡Ven! ¡Vamos! No puedo soportar más esto.

Page dirigió una última mirada a Norma, enlazó su brazo con el de la joven y salieron ambos de la habitación. Pocos momentos después los imitaron el profesor Doveton y Ross, dejando a Norma sola con el médico.

ALTERNATIVA

—Norma ¿puede concederme un momento? Tengo algo que decirle.

Norma Rendel, cuyo rostro tenía expresión dura y fatigada, cruzaba la terraza, cuando John Ross, levantándose de una silla de tijera, le cerró el paso.

—¿Qué hay? Estoy un poco apurada. Quiero ir al pueblo a ver a Peters.

Habló Norma con tono brusco; pero John no se movió.

—Disculpe; pero lo que tengo que decirle yo es más urgente todavía. En verdad, después de oírme, no creo que necesite verlo a Peters.

Una expresión de curiosidad reflejóse en el rostro de Norma.

—Muy bien — dijo fríamente. — ¿De qué se trata?

—Prefiero no decírselo aquí; se trata de algo muy privado. ¿No podemos ir a la sala?

Sin decir palabra, ella se dió vuelta y lo siguió dentro de la casa.

—Bueno ¿qué es?

—Sólo esto.

Ross sacó su libreta de bolsillo, la abrió y tomó de entre sus hojas la carta recibida aquella mañana. Alisó cuidadosamente sus arrugas y dijo.

—Su marido entregó esta carta a su abogado, el doctor Paxton, quien debía entregármela después de la muerte de Herbert. Lo hizo esta mañana. ¿Quiere que se la lea?

Norma asintió con la cabeza. Todo vestigio de color había desaparecido de sus mejillas y miró a Ross como si no pudiera hablar. Debió presentir algo del contenido de la carta.

Tranquilamente, con acento impersonal, leyó Ross la carta acusadora de Herbert Rendel. Norma no hizo el menor movimiento, no dejó oír el menor sonido. Parecía convertida en piedra.

Tan absortos estaban ambos que no vieron una figura aparecer en el balcón, vacilar y luego quedarse inmóvil, oculta tras una gigantesca palma.

Cuando terminó de leer, Ross dobló de nuevo la carta y la guardó en su bolsillo. Hubo un largo silencio; luego, lentamente, Norma se volvió a Ross y le dijo con acento algo aturdido.

—Y bien... ¿qué va usted a hacer?

—Eso depende de usted — dijo Ross suavemente.

Norma alzó la mirada; un débil rayo de esperanza brilló en sus ojos.

—¿De mí? ¿Qué quiere decir?

—Esto solamente. Si yo llevo la carta a cierto departamento, si declaro mis propias sospechas... bueno, el doctor Phillips está perdido. Es culpable. Lo se. Poseo otras pruebas, otros testimonios. No tiene la menor probabilidad de salvación, esto es, si yo lo denuncio.

Lo significativo de su acento llegó aun a las entorpecidas facultades de Norma.

—¿Qué quiere decir con ese si...? ¿Puede usted... consentiría usted en destruír esa carta, olvidar la evidencia, salvarlo?

La voz de Norma era apasionada, llena de desesperación y terror. Pero Ross permaneció perfectamente tranquilo, imperturbable.

—Sí — contestó firmemente. — Pero con una condición.

Una expresión de jubilosa incredulidad se extendió por el rostro de Norma; pero fué seguida por otra incierta, casi recelosa.

—¿Una condición? ¡Dígamela! Yo haré cualquier cosa. ¿Qué quiere?

—A usted.

La respuesta fué dicha con sorprendente claridad. Norma retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

—¿Qué quiere decir? — exclamó con voz que era solo un murmullo. — ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, mi querida Norma, que la amo, que la he amado por espacio de muchos años, desde que Herbert me la presentó, desde el primer momento en que la vi, en verdad — se advertía en la voz de Ross una nota de pasión. — La he amado sin esperanza; era usted la esposa de mi amigo, sagrada par mí. Pero hora... ahora... Norma, no puedo perderla de nuevo por un asesino, un criminal común. No se si es cierto lo que dice Herbert, que usted ama a Phillips; pero, si, que nunca se casará usted con él. Sería yo el imbécil mayor del mundo si lo permitiera. Y usted... usted no pensará seguramente en casarse con el hombre que mató a su marido, por mucho que lo ame.

Norma palideció aun más; pero de pronto volvióse al hombre que estaba frente a ella.

(Continuará)

LA ISLA FANTASMA

Por Gilbert Chester

(Continuación)

Acosado por la miseria, Fenton, ex aviador de la Guerra Mundial, acepta una comisión sospechosa de uno de los que fueron sus camaradas, el espía Hansen. Este muere trágicamente y Fenton se ve envuelto en una serie de dramáticas aventuras, en las que también interviene Sexton Blake, evitando un crimen monstruoso con su valor habitual. Las situaciones emocionantes abundan en esta fuerte novela.

IV

PULGARES DOBLES

Demasiado fatigado para preocuparse, Fenton se recostó soñoliento junto a su guardián, en el asiento de atrás del auto cerrado. Su compañero dió una orden por el tubo acústico y el auto se alejó, guiado por la silenciosa figura que estaba sentada al volante.

Mientras el auto se alejaba entre la niebla menos espesa, Fenton estaba sombríamente acurrucado en su rincón. Se sentía deprimido y poco dispuesto a la conversación.

Allá, en la guerra, siempre le habían disgustado sus vuelos con Hansen. Un sexto sentido le advertía que aquel hombre le traería, más tarde o más temprano, mala suerte.

Al finalizar la guerra, aquellos secretos temores fueron calificados por Fenton de supersticiosos; pero, después de doce años, se habían materializado.

Se dijo a sí mismo que había sido un imbécil al mezclarse en los asuntos de Hansen. Recordaba con desasosiego aquel billete de cinco libras que le habían quitado en la comisaría.

¿Suponiendo que por medio de algún banco se descubriera que aquel billete había pertenecido a Hansen, era posible que el Acusador Público señalara el robo como móvil del crimen que le atribuían.

Con los ojos semi cerrados, Fenton apenas se dió cuenta de que el auto disminuía la marcha al entrar en un sitio donde se espesaba la niebla. Ni se fijó en una forma vaga que saltó de pronto de la obscuridad.

Un grito agudo del agente de policía, le sobresaltó. En el mismo instante, un hombre saltó al estribo del auto, rompió el vidrio de la ventanilla e introdujo dentro su brazo.

El policía dijo algo, medio se incorporó y cayó hacia adelante, tosiendo al recibir una descarga de amoníaco en la cara. Por un segundo, dos ojos brillaron en el interior del vehículo. Luego todo se nubló para el prisionero al sufrir los efectos de los vapores de amoníaco.

El piso pareció hundirse. Vagamente oyó Fenton que el auto apresuraba su marcha.

Al recobrar el conocimiento encontróse en un cuarto toscamente amueblado. Sentíase entumecido, en posición molesta. Quiso moverse, pero no pudo. Al aclararse su cerebro descu-

brió los motivos de su inmovilidad. Estaba atado a una silla, la que a su vez se hallaba sujeta a un poste de hierro.

Juró impotentemente, hizo otra tentativa inútil para soltarse y luego la abandonó al sentir ruido cerca suyo. Se volvió con esfuerzo. Frente a él, en otra silla, estaba sentada una joven, la misma belleza morena que había visto inclinada sobre Hansen.

Cuando los ojos de ambos se encontraron, ella se puso de pie, se le acercó.

—¡Ha vuelto usted en sí! Empezaba a creer que estaba muerto — mientras hablaba observábalo atentamente. Su voz era fría, desapasionada. — Pero Isabel dijo que usted era duro.

—No tanto como usted — respondió trabajosamente Fenton. — Vamos, córteme estas malditas cuerdas, pronto.

Ella volvió a sonreir desdeñosamente y movió la cabeza.

—Puede abandonar ese tono, joven.

Se retiró para volver acompañada por un hombre, el tipo de la cara roja que Fenton había visto en la casa de los bronces.

El recién llegado se acercó a Fenton y lo estuvo mirando un momento con fijeza.

En sus duros ojos había una expresión intrigada. Después de un momento, volvióse e hizo señas a alguien que estaba detrás de él.

Un segundo hombre entró en el radio de visión de Fenton. Era uno de los extranjeros de cabeza cuadrada. Como el primero examinó atentamente a Fenton y movió igualmente la cabeza.

—Yo nunca he visto a este tipo — anunció con voz áspera. — Aunque no queda duda de que era cómplice del otro.

El hombre grandote frunció el ceño. Agarró con fría cólera a Fenton por el hombro.

—Y ahora, perro ¿qué le ha dicho usted a la policía? — preguntó hundiendo sus dedos como garfios en la carne del joven.

Fenton apretó los dientes, pero miró serenamente a la cara a su apresador.

Cuando levantó Penraven el puño, la joven intervino. — No... eso no. Déjalo por mi cuenta.

—Le gustaría a usted saberlo ¿no? — desafió

En respuesta, los dedos de hierro se hundieron más.

—Me gustaría y lo sabré — aulló el hombre de la cara roja. — Y es mejor que hablo pronto. No tenemos tiempo para perder con basuras como usted.

—Con todo, me parece que lo está usted perdiendo — replicó Fenton.

Comprendió que su única probabilidad era mostrarse superior. El hombre grandote, a pesar de su nariz de halcón y de sus hirsutas cejas, era un fanfarrón y a esos tipos se les engaña fácilmente

El tipo lanzó un gruñido sordo y le dió a Fenton un salvaje golpe en la boca.

Tratando de sonreír, Fenton lo miró burlonamente.

El otro levantó el brazo para pegarle otra vez; pero la joven dió un salto y se lo bajó.

—No... no... — dijo luchando contra el hombre grande que trataba de apartarla — Eso no. ¡Basta!

—¡Tontuela! — se soltó el hombre al fin. — Tenemos que saber. No te mezcles en esto ¿quieres?

—Haré lo que me parezca — gritó ella dando en el suelo con el pie. — Tú no eres mi dueño todavía. Déjalo, te digo. Déjalo por mi cuenta. Yo obtendré algo de él.

Mientras el hombre grandote fruncía el seño con expresión maligna, ella agarró un banquito y sentóse frente a Fenton. Inclinándose hacia él, levantó un dedo en señal de prevención.

—Cuidado — le dijo. — Su vida depende de su sinceridad. ¿Quién es usted?

Fenton vaciló y luego dijo la verdad. No tenía interés en ocultar nada. Apurado más,

reveló sus relaciones con Hansen en la guerra, así como su servicio en la aviación.

—¿Aviador? — dijo el extranjero interviniendo. — ¿Entiende de radiotelegrafía entonces?

—Un poco — contestó Fenton. No sabía a que venía la pregunta.

Evidentemente el extranjero meditaba algo Llevó aparte al hombre grandote y los dos cuchichearon un rato en un rincón.

El hombre grandote, al principio, parecía oponerse; pero finalmente su cómplice triunfó Por lo menos el otro movió afirmativamente la cabeza. El individuo de la cara roja volvió junto a Fenton.

—Y ahora ¿cómo obtuvo usted llave de aquella casa, mi amigo? — preguntó.

—Era Hansen quien la tenía, no yo — contestó Fenton.

—¡Hum! — el hombre frunció las cejas. — Quizá la consiguió del mismo modo que nosotros, ¿no? — miró a la joven.

—¿Quieres decir que recurrió al mismo agente? — preguntó ella. — Pidió para ver la casa y obtuvo una impresión de la llave.

—Eso es. Sólo quisiera saber como se enteró Hansen de que nosotros íbamos a encontrarnos allí — se volvió a Fenton. — ¿Qué sabe usted de eso, rata?

—Nada. El no me lo dijo.

—Se hace usted el inocente ¿no? — el hombre grandote cerró el puño; el extranjero lo contuvo con una mirada.

—¿Qué importa, Penraven? El espía ha muerto y tenemos aquí a éste. Creímos que la casa desierta era un buen sitio para reunirnos y nos equivocamos. Dejemos eso.

—¿Y si los otros también lo saben?

—Si así es ¿dónde están? Registramos toda la casa, recuérdelo. No había nadie. Si hay otros cómplices, nada saben. Por lo menos, nada pueden probar.

El hombre llamado Penraven sonrió siniestramente.

—Lo que es éste, nada podrá probar. Cuanto más pronto muera, mejor. Nos libraremos de él...

—Creo que no.

—¿Y por qué no?

—Mi buen Penraven, no estoy de acuerdo con su método de deshacerse de los cadáveres. Recuerde como insistió en sacar a Hansen de la casa. ¿Y que ocurrió?

—Sí... Pero puesto que mi prima — indicó con su pulgar a la joven — había estado a ver la casa y obtener la impresión de la llave ¿iba yo a dejar en ella cadáveres? ¿Si la encontraban a ella y... a nosotros?

—Gracias por tu caballerosidad — dijo la joven sarcásticamente.

—Tu cállate — dijo enojado Penraven, pero tuvo la decencia de ruborizarse.

—No me callaré Yeo Ya basta con el crimen de esta noche. No soportaré más, te lo digo. Es peligroso

—Hay otros sitios donde el peligro no existe.

—Entonces espera a que estés allí, imbécil. Puedes ser amo, donde tu sabes. En Londres no. Olvidas la policía que probablemente nos busca.

—Y si encuentra aquí a este tipo...

—No lo encontrará, si nos apuramos en vez de discutir. ¿Por qué matar a un hombre que puede sernos útil?

—Y especialmente, mientras no nos haya sido útil — agregó el extranjero. — Tengo que recordarlo que esto es asunto mío, de todos modos.

Los tres se apartaron nuevamente, poniéndose a conversar en voz baja. Fenton aguzó los oídos, pero muy poco pudo oir de lo que se decía.

Supuso que le iban a perdonar temporariamente la vida aunque no adivinaba con que objeto. No esperaba mucho de aquella tregua. La franca discusión de sus apresadores respecto a él le había revelado bastante. Sabía demasiado para que lo dejaran vivir

Aunque parezca extraño, aquella certidumbre lo dejó frío. Sus pensamientos se dirigían más a la joven que a su propio peligro.

Se dijo que era extraordinariamente linda y pensó que haría con aquella pareja de malhechores. Parecíale extraño que una mujer tan bella poseyera mal corazón.

Con todo, no le importaba mucho. Si la pandilla no lo mataba, la policía le echaría un lazo al cuello. Aquel tipo fornido, Coutts, estaba [illegible]ado en ello. Y en cuanto al alto y delgado, Blake, su imparcialidad era probablemente fingida.

Cuando llegara el momento, obrarían de acuerdo.

Y de todos modos ¿para que sirve la vida a un mendigo? La policía le había quitado el billete de cinco libras que le dió Hansen.

—Haremos que nos ayude para conseguir... — La voz de la joven se alzó ligeramente y llegó hasta Fenton. Este trató de verle la cara a la mujer.

"¡Ayudarlos!" ¿Creían que él los iba a ayudar? Se apoderó de Fenton una gran ira. Pero se contuvo al ver que el trío venía hacia él. No era el momento de demostrar lo que sentía.

Un instante después la joven estaba frente a él. Oyó que los dos hombres salían y cerraban la puerta.

Por un segundo se estuvo ella mirando a Fenton, con sus ojos obscuros, de esfinge. Luego se inclinó hacia él.

—Escuche, — le dijo rápidamente, en voz baja. — ¿quiere vivir?

—Muéstreme un hombre que quiera morir — replicó Fenton.

—Sin embargo, la policía lo ahorcará, si lo vuelve a agarrar.

Fenton se echó a reir.

—Parece que quiere usted privar a los diarios del relato de mi juicio y de mis últimas disposiciones. Me preguntó por que.

—Posiblemente porque no deseo su muerte.

—Parecía desearla bastante en aquella casa. Me entretuvo usted hasta que llegaron sus compañeros.

Ella se mordió el labio y frunció el ceño. Luego dijo:

—A veces hay que resolver rápidamente. Se trataba de usted o de mí, señor Fenton. ¿Puede culparme por qué fuí egoista?

—Usted apeló a mí. Debió tenerme confianza — le contestó él.

—¿Y por qué iba yo a confiar en usted?

—Tiene que confiar... ahora — hizo un rápido gesto como para alejar lo que había pasado antes. — Mi amigo, está usted en situación muy comprometida.

Empiezo a darme cuenta.

—Me alegro. Eso puede simplificar las cosas — sonrió secamente. — Su única esperanza es obediencia implícita.

—¿A qué o a quién?

—A las instrucciones que se le darán. Las sabrá más tarde. Si las cumple fielmente puede salvar su vida. Yo trataré, de todos modos, de que así sea.

—¿Puedo preguntarle por qué ese interés repentino en mi salvación? — preguntó él, sin poder reprimir su sarcasmo.

Ella curvó desdeñosamente sus labios.

—Se dice usted hombre de experiencia y pide motivos... a una mujer.

—No me di cuenta de haber dicho semejante cosa.

—Si cazaba usted con Hansen, debe ser hombre experimentado, de agallas como se dice vulgarmente. Tiene que serlo... para lo que le espera.

Fenton pensó.

—Vea, déjese de reticencias: ¿que es lo que tengo que hacer?

—Lo que necesita para evitar que lo maten.

—Lo que necesito... — Fenton miró a la joven y sintió correr frío por su médula.

—¿Qué quiere usted decir?

Los labios rojos de la mujer dijeron resueltamente:

—Matar.

Fenton quedó como paralizado. Le parecía imposible haber oído bien. ¡Aquella chiquilla, hermosa como un lirio tigre, hablar tan tranquilamente de asesinato! Sin embargo recordó que pocas horas antes la había hallado inclinada sobre el cadáver de Hansen.

—Entonces podré confiar en usted — murmuró ella y cuando iba él a hablar, le puso la mano en el brazo. — ¡Quieto!. No diga nada. Ellos vuelven. Recuerde que su única salvación está en la obediencia implícita.

Fenton oyó pasos detrás suyo, pasos mesurados, como de hombres que transportan algo pesado. Aparecieron Penraven y un desconocido de cara color caoba, vestido con blusa azul y gorra con visera. Entre ambos traían un cajón, largo y angosto.

—Désatelo — ordenó Penraven, cuando hubieron dejado en el suelo el cajón.

El hombre de la blusa azul se acercó a Fenton. Debajo de su largo cabello negro llevaba grandes aros circulares, de gitano. Parecía medio rumano, medio pirata.

—¡Quédese quieto! — gruñó y alzó las manos hasta las ligaduras de Fenton.

El joven se encogió. Los pulgares de aquel hombre eran dobles, unidos como dos rollos gemelos.

Pero apenas tuvo tiempo Fenton de pensar en aquella deformidad. Penraven levantó la tapa del cajón y dijo a Fenton:

—Entre ahí.

Fenton vaciló; pero encontróse con los ojos implorantes de la joven y entró de mala gana en el cajón. Se parecía éste desagradablemente a un ataúd.

—¡Acuéstese! — le ordenó Penraven, cerrándole encima la tapa.

Fenton sintió que lo alzaban.

V

POLWHEREN

Blake y Coutts habían desatado al chauffeur. Aunque lo habían tratado rudamente, no estaba lastimado. Lo atacaron por detrás, mientras estaba esperando, junto al auto de la policía. No pudo ver quienes habían sido sus asaltantes.

Había oído que el pesquisante salía con Fenton. Ellos habían subido al auto. Luego oyó que éste se ponía en marcha.

Blake volvió con sus compañeros a la comisaría local. El auto no había aparecido aún. Parecía ahora que no llegaría.

—Uno de la banda se habrá hecho cargo del volante — comentó Blake, dirigiéndose al enojado Coutts — En la niebla, su hombre no advirtió el cambio. Es de suponerse que el resto de la banda intervino en un sitio conveniente y que Fenton ha desaparecido.

—Eso es... ¡lo rescataron! — exclamó el inspector furioso — Un acto audaz, en nuestras mismas narices. Yo nunca creí una palabra de lo que nos contó ese joven bribón. Merezco que me den de puntapiés por haber caído en este lazo.

Blake encendió tranquilamente su pipa.

—No aparece claro como se enteraron ellos de que lo íbamos a llevar a la casa, Coutts. Y todavía se explica menos como pudo Fenton armar ese lazo, como usted dice. Después de todo, no se comunicó con nadie.

—Bueno, de algún modo lo hizo — replicó Coutts sombríamente — Ese tipo, Hansen, era muy astuto. Y puede usted apostar que Fenton también lo es. Ya conoce el refrán: Dios los cría y ellos se juntan. Probablemente vigilaban la comisaría. Y el arresto de Fenton debe haber sido presenciado también.

—Pero entonces les hubiera sido más fácil libertar a Fenton atacando a los agentes que lo arrestaron ¿no le parece?

—Probablemente los de la banda eran pocos entonces — insistió Coutts, obstinado en sus deducciones — Fenton y sus apresadores fueron seguidos hasta la comisaría; después el que los siguió reunió a sus compinches y organizó el rescate.

—Estoy de acuerdo con usted en que fueron seguidos — convino Blake — Pero ¿para que nos iba a guiar deliberadamente Fenton a aquella casa? Parece claro que la banda se tomó bastante trabajo para borrar sus huellas en ese sitio. Si no, ¿por qué iban a correr el riesgo de llevar el cadáver de Hansen por las calles?

—Bueno, por lo que a mí toca, no veo muy claro en este asunto. Sólo se que lo han matado a Hansen — gruñó Coutts — O bien le fué tendido a éste un lazo o se

pelearon entre sí. Poco importa cual de las dos cosas haya sido.

—¡Hum! Sabremos algo más cuando se encuentre al auto de la policía. Luego está el pesquisante que acompañaba a Fenton. Esperemos que no le hayan dado demasiado fuerte en la cabeza.

—¡Ay de ellos, si es así! — dijo Coutts — Cuanto más pronto se encuentre el auto mejor. Creo que no hay que pensar en dormir. Le telefonearé no bien sepa algo concreto.

Blake dejó a Coutts en la Yard y se dirigió a su casa de Baker Street. Mientras la señora Bardell, su ama de llaves, le preparaba un temprano desayuno, el detective encendió su pipa favorita y se puso a pensar.

Había en el caso dos puntos principales que excitaban su mente. Primero aquellas cuatro marcas juntas en el cuello de la camisa de Hansen. Y luego las letras POLWH con su correspondiente marca en forma de cruz.

Pol tenía sabor a Cornwall, decidió, y buscó un diccionario geográfico. Pero el volúmen no le reveló ninguna clave respecto a aquellas letras "Polwh"... Y tampoco el atlas le proporcionó dato alguno.

Desde la metrópoli a Cornwall había gran distancia. Sin embargo, la sugestión de aquel "Pol" persistía, mientras tomaba Blake el café que le había traído la señora Bardell. Recorría con la mente la región oeste.

Mientras fumaba, tenía los párpados entornados; sus ojos eran simples rayitas. Finalmente acercó el receptor del teléfono y pidió comunicación con una librería.

—Mándeme los planos más grandes y completos que tenga de Cornwall — ordenó.

Luego se recostó en el sillón y empezó a pensar en los cuatro pulgares.

Cuando llegaron los mapas, los sujetó a un estudio minucioso. Habia inspeccionado varias hojas cuando lanzó un bajo grito de triunfo. En uno había señalado un sitio cuyo nombre era Polwheren.

El lugar estaba indicado como una pequeña aldea de la costa. Tan lejana era su situación, tan pequeño su tamaño, que no se lo había considerado de importancia suficiente para hacerla figurar en guías comunes.

Encontró aquello muy explicable. El misterio de "Polwh"... estaba solucionado. Polwheren no figuraba en mapas comunes. Por consiguiente, alguien había añadido el nombre del lugar y una marca a un mapa o plano que no lo tenía. Y cuando el lápiz llegó a la parte doblada dejó de marcar en la superficie encerada del gramófono. ¿Por qué discutían sobre un lugar tan obscuro como Polwheren? ¿Y qué significaba la cruz?

Estaba todavía Blake cavilando en el misterio, cuando sonó el teléfono. Era Coutts. El auto de la policía había sido hallado, al norte de Londres, con el pesquisante atado en el asiento de atrás. Como el conductor del auto, poco pudo informar que tuviera valor.

—El viejo Coutts está echando chispas— anunció Blake a su ayudante, después de colgar el tubo — Va a registrar todo Londres en busca de Fenton y la banda. Bueno, ¡ojalá tenga suerte!

—¿No cree que los encuentre, patrón?

—Francamente, no. Sin embargo, dejaremos a Coutts que chapalee en su pequeño charco. Tú pon algunas cosas en la valija y trae la Pantera Gris, hijo mío. Vamos a realizar un pequeño viaje.

A la tarde, los dos detectives se hallaban en la costa de Cornish, desde la cual un áspero camino conducía a la pequeña aldea de Polwheren. La aldea estaba situada a cierta altura, sobre el agitado mar, entre rocas de granito. La única casa de algún tamaño era una sucia posada.

Blake detuvo delante de ella el auto y entró con su ayudante al bar, una pieza de techo bajo, con vigas ennegrecidas, piso de arena y techo ahumado.

Mientras tomaban el te que les sirvió de pretexto para su visita, el detective consideró las probabilidades que le ofrecía Polwheren. A primera vista, pocas o ninguna.

Fuera de una hilera de cabañas ruinosas, en cuyos jardines se secaban redes y que, eran evidentemente, moradas de pescadores, no había nada, más que la posada y una choza del Ejército, donde se había instalado una especie de tienda. A juzgar por los artículos descoloridos de sus vidrieras, la tienda hacía poco negocio. El lugar parecía, según la opinión de Tinker, una tumba de vivos.

—No, aquí nadie viene, señor — le dijo el posadero, cuando pagaron la cuenta — Ni siquiera artistas. No hay nada que valga la pena pintar. Cuando llega el verano, tenemos uno o dos visitantes que vienen a pescar. Pero no se quedan mucho. Y en los alrededores no hay casas decentes como para que puedan vivir caballeros.

—Y entonces, ¿cómo puede usted sacar para vivir, patrón?

—A decir verdad, poco o nada saco de la posada. Tengo algunas ovejas en el erial y vivo principalmente de ellas. El mes que vendo un barril de licor puedo considerarlo bueno. Y nunca lo vendí, hasta que pusieron la radio...

—¿La radio?...

—Sí, una de esas cosas que hacen ruído para guiar a los buques. La hizo construir el gobierno. Siempre da la misma señal. Los buques la oyen y saben a donde van. Tienen algún medio de saber de que dirección provienen las señales. Creo que se llama radiotelefonía... no entiendo mucho de esas cosas

—Una torre... radiotelefonía... — movió Blake comprensivamente la cabeza— ¿Y dónde está eso?

El patrón señaló hacia la costa oeste.

—Allá, como a milla o milla y media de distancia. Los hombres que trabajan allí

suelen venir aquí a veces, a buscar provisiones. Son gente de la ciudad y no se tratan con nadie.

Blake se acercó a la ventana y miró a través de la luz grisácea. Allá sobre el árido risco, se distinguía vagamente una forma chata, la estación de radiotelefonía; detrás y alrededor había una extensión de erial.

El detective volvió los ojos hacia el lado del mar, buscando algún barco. Pero la superficie del mar estaba velada por vapores de niebla. Nada se veía, excepto un bulto obscuro, vago y distante, sobre las aguas.

—¿Y eso qué es? — preguntó Blake señalando el bulto.

Las facciones inexpresivas del posadero se pusieron ceñudas.

—La Isla Fantasma — contestó.

—¿Fantasma? — preguntó el detective, observando el arrugado rostro del posadero, intrigado por el repentino cambio que había sufrido.

—Sí. No se ve bien más de una vez al año. Está como a diez millas y la niebla siempre la tapa. Por eso le dan ese nombre.

—¿Y qué hay allí?

—¡Oh! rocas nada más. Es un mal sitio.

—¿Malo por qué?

—Bueno... — el hombre vaciló — no es más que lo que he dicho: rocas, que el mar azota furiosamente. Jacob Tressider y sus hijos naufragaron allí. Su bote quedó hecho astillas.

—¿Tressider?

—Sí... eran hombre de Polwheren. Pescadores. Buenos muchachos todos. Cometieron la imprudencia de acercarse demasiado a ese maldito lugar. La corriente allí es muy fuerte.

—Comprendo — Blake miró pensativo la isla — ¿ Nadie va allí nunca?

—Nadie, si pueden evitarlo. Hay isleños allí, naturalmente. Viven bastante seguros — escupió deliberadamente en la estufa vacía. — Pero, como dicen, el diablo cuida de lo suyo.

Blake sonrió.

—No parece usted tener muy buena opinión de ellos...

—¿Yo? — los ojos inyectados de sangre del otro tomaron expresión desconfiada — Yo no tengo nada que ver con ellos, señor. Ellos poseen su gobernador. Le llaman el rey. El y ellos se entienden; y también con el diablo, su amo y señor.

—¿Qué quiere usted decir al llamarlo "rey"? — preguntó Blake con los ojos fijos en una repisa cubierta de polvo, donde había unas cuantas cajas de cigarros — ¡Ah!... ante, todo, patrón, voy a llevarle una docena de esos cigarros. Sí, los de la izquierda. ¿Qué decía del rey?

—¿El? — el viejo empezó a contar una docena de tagarninas — ¡Oh!... no tiene importancia. Fuera de la isla, al menos. Es tan rey como yo. Se hace llamar así. Un tunante, creo. Tan duro como las rocas donde habita.

—Pero ¿por qué se hace llamar rey? — intervino Tinker con repentino interés.

El posadero se encogió de hombros.

—Es una vieja historia, joven. Los Penraven han sido dueños de la isla desde que... ¡oh! desde los primeros tiempos de la historia. Siempre fueron una casta de demonios. Hicieron allí lo que les parecía y lo hacen todavía, según dicen.

—¿Pero ¿qué es lo que hacen? — insistió el muchacho.

El viejo volvió a encogerse de hombros.

—Mejor es que se los pregunte a ellos, no a mí, joven. No es asunto mío ni de ninguno de los habitantes de Polwheren. Ni se ni se me importa, con tal que no se acerquen aquí.

—¿Y por qué no, ya que hay pocos parroquianos? — dijo Blake.

—Es mejor no tener parroquianos que exponerse a que le agujereen la piel, señor — el posadero se volvió hacia la pared y señaló algunas marcas en la cal — Mire allí. Es el recuerdo que dejaron los malditos, la última vez que pusieron el pie en mi casa.

Blake se acercó a la pared y miró a la débil luz. En la superficie encalada, amarillenta, se veía una mancha roja, de sangre seca.

Y la marca figuraban cuatro pulgares, muy juntos.

—Fué el viejo Israel — gruñó el posadero, a una mirada del detectivve — Es trabajo suyo. Vea la cortadura en la viga, donde entró el cuchillo. Lo arrinconó al otro contra la pared. Quizá murió. No sé.

—¿Qué otro?

—No se, señor. Talvez era uno de ellos mismos. Talvez no. Vino aquí con los demás, una vez que la tormenta los desvió de su ruta. Dijeron que no podían llegar a la isla. Se pelearon por algo. Después se fueron, llevándose al herido. No se que fin tuvo la cosa.

—Pero ¿y la policía?..

El viejo se echó a reir de un modo extraño.

—¿Y quién se lo va a ir a contar a la policía? Ningún hombre de Polwheren lo haría, al menos. A nadie le gusta que los diablos entren una noche en su casa y se la quemen. Además, la policía nada puede hacer. Ponraven no la dejaría desembarcar.

—¡Qué no la dejaría!

—¿No le he dicho que es una especie de rey? Un rey inglés, Carlos II, creo, le dio a los Penraven carta de privilegio, el derecho de hacer lo que quisieran en su isla. He oído decir que intervenir traería complicaciones.

Una carta de privilegio es cosa seria. Una vez un abogado vino aquí a pescar y me lo explicó. Los abogados saben, creo.

—¿Y nadie ha intervenido nunca?

—Que yo sepa, nadie. Son veinte o treinta en la isla. Hombres, mujeres y niños. No se exactamente cuantos. No pagan impuestos más que a Penraven. Quizá lo hacen de miedo. Penraven es hombre de mala entraña.

—¡Hum! — los ojos de Blake se volvieron nuevamente a la mancha de sangre, en la pared. — Sin embargo, supongo que vendrán aquí con frecuencia a comprar provisiones...

La respuesta fué inesperada.

—No, señor. No vienen a menudo. No he oído decir que ninguno de ellos haya estado aquí desde hace dos meses. Saben que no son bien recibidos.

Blake frunció los labios. Miró fijamente al viejo. Era extraño que aquellas señales de los pulgares se hubiesen repetido la noche anterior, en Londres y en el cuello del asesinado Hansen.

Pero la cara del posadero quedaba en la sombra. Era imposible saber que estaba pensando.

¡El viejo Israel! ¿Quién sería?

Blake se acercó a la ventana y contempló el mar, con el entrecejo fruncido. En el lejano horizonte, todavía envuelto en niebla, como una mancha negra a través de la fiera órbita del sol poniente, se distinguía la Isla Fantasma, distante, misteriosa, siniestra.

—¿Quién es ese hombre, Israel? — preguntó volviéndose bruscamente al posadero.

El hombre estaba inclinado sobre una lámpara que iba a encender.

—Oh... uno de ellos — tembló su mano mientras acercaba el fósforo a la mecha — No vaya a repetir lo que le he dicho, señor, por favor.

—Yo... — interrumpióse Blake bruscamente.

El rostro del viejo se había puesto de pronto color ceniza. Sus ojos estaban fijos en la ventana que Blake acababa de abandonar y había en ellos una expresión de miedo.

Rápido como el relámpago, el detective se dió vuelta. Contra el vidrio se veía apretada una cara obscura, ceñuda, dos ojos siniestros brillaban bajo la visera de una gorra.

—¡Retírese, señor! — gritó el viejo; pero, en vez de hacerlo, Blake, de un salto, estuvo junto a la ventana.

Llegó demasiado tarde, sin embargo. El hombre de la gorra se había ido. Sólo quedaban dos marcas en el vidrio, donde había apoyado las manos.

El rojo resplandor del sol poniente iluminaba las señales, destacándolas claramente. Blake silbó entre dientes.

¡Nuevamente la extraña impresión de los pulgares dobles!

VI

ALGO PEOR QUE CONTRABANDO

—¡Pronto!... Sigámosle — dijo Blake a su ayudante.

Salió por la puerta de la posada, con Tinker pisándole los talones. En lo alto del risco se veía un hombre que corría, a la luz vaga del crepúsculo.

Era bajo, grueso, con hombros de gorila. Se distinguía vagamente. Luego una curva del terreno lo ocultó.

Los dos detectives siguieron, sin embargo. Lo volvieron a ver en otra loma, lo perdieron de vista en la bajada. Después de eso no vieron más que sombras que podían o no ser humanas.

Blake se arrodilló, aplicando el oído en tierra. Oía ruidos sordos, como de pies que corrían sobre pasto seco. El fugitivo disparaba aún. Pero les llevaba la ventaja de conocer probablemente bien el terreno.

—Los riscos forman una especie de promontorios más allá — dijo Blake poniéndose de pie — Lo vi desde la ventana. Por el ruido, me parece que va en esa dirección. Es mejor que nos separemos, chico. Tú por un lado, yo por otro. Quizá lo alcancemos en el cabo y podamos echarle el guante.

Tinker asintió con la cabeza y se internó un poco. Después de un minuto desapareció. Blake siguió la orilla del risco, ruta que, deliberadamente se había reservado para sí, por los peligros que ofrecía en la creciente obscuridad.

No había, sin embargo, rastros del fugitivo, aunque el detective registró entre las matas que crecían en el promontorio. Parecía haberse metido debajo de tierra como un zorro.

Blake esperó un poco a que llegara su asistente. Pero Tinker tampoco aparecía. Finalmente, convencido de que el hombre se había escapado, Blake se internó en busca de Tinker.

Lo llamó varias veces sin obtener respuesta. Deduciendo por esto que el muchacho se hallaba probablemente contra el viento, tomó en esa dirección. No había andado mucho cuando vio algo más adelante un rayo de luz que atravesaba las sombras. Después de un instante, la luz se convirtió en dos faroles, evidentemente de algún vehículo. Por la lentitud de movimientos y las oscilaciones de la luz veíase claramente que el conductor manejaba con cuidado por algún sendero áspero y angosto.

El vehículo parecía venir de la costa, aunque recordando el mapa estudiado por la mañana, sabía Blake que no había ningún pueblo en las inmediaciones. Intrigado se apresuró a llegar al camino que descendía a un profundo valle. Las luces pasaron cuando él se hallaba todavía a unas yardas de distancia. Luego el vehículo cambió bruscamente de dirección en alguna curva y su silueta se dibujó claramente. Era un camión grande, cerrado.

Casi inmediatamente debió encontrar mejor camino porque apresuró la marcha y pronto desapareció por el escarpado flanco de una loma.

¿De dónde venía aquel camión y cuál era su objeto? Blake hizo suposiciones mentales acerca del misterio por espacio de un minuto; luego descendió al camino y tomó en la dirección de donde provenía el camión.

Como lo esperaba, el camino era angosto, cubierto por piedras sueltas. Terminaba

media milla más adelante en un pequeño desfiladero, entre los riscos.

Al entrar al desfiladero, Blake oyó ruido un poco más adelante.

Un rastreador menos experimentado, hubiera seguido; pero el detective no hizo nada semejante. En vez, tomó por la barranca cubierta de pasto, al lado del sendero y sobre las manos y las rodillas trepó hasta lo alto de ella.

Allí se detuvo a escuchar. Entre el silbido de la fuerte brisa del mar oyó abajo, voces humanas, mezcladas con el ruido de pequeñas piedras que caían desde una altura. Acostado de boca, Blake se arrastró hasta el borde del risco y miró hacia abajo. Vio una serie de luces que se movían formando línea descontinua, al pie del declive de granito. Eran faroles llevados por hombres que descendían lentamente algún tortuoso sendero.

Por el número de luces, dedujo Blake la presencia, por lo menos, de una docena de personas. Y por el cuidado con que avanzaban parecían llevar una carga pesada. De cuando en cuando, una piedra desprendida por los pies, rodaba por el sendero. De pronto hubo una conmoción.

—¡Cuidado, idiota! Va a tirar ese cajón por encima del risco.

La voz enojada llegó hasta donde estaba el detective. Hubo una pausa momentánea, mientras los hombres arreglaban la carga. Luego el grupo se puso en marcha nuevamente, cuesta abajo.

Arriba, grandes nubes de tormenta se iban amontonando en el cielo. Abajo, la playa estaba amortajada en sombras impenetrables. De pronto se abrió un claro entre las nubes y la luna bañó la orilla del agua.

Internados en la arena, había dos queches y a cada lado de ellos un hombre.

Por breves momentos, los rayos de la luna iluminaron la escena: los botes balanceándose sobre sus quillas, al ser alcanzados por las olas, la línea de hombre que descendían hacia la playa, vacilando bajo el peso de pesados cajones.

Luego, como una cortina silenciosa, las nubes volvieron a unirse otra vez y las arenas se desvanecieron. Sólo quedaron los faroles, como una danza de luciérnagas. Blake contuvo la respiración. ¿Qué hacían aquellos hombres? ¿Qué había traido el camión y por qué embarcaban aquella carga tan secretamente?

Se había incorporado a medias para ver mejor. Al inclinarse hacia adelante, una rama crugió detrás de él. Con ágil movimiento, rodó de costado.

¡Paf!

Algo pegó en el suelo, donde Blake había estado y un hombre levantóse maldiciendo. Otra vuelta sobre sí mismo y Blake se puso de pie. Vio brillar la hoja de un cuchillo, mientras el otro se dirigía hacia él.

Blake le erró un puñetazo en la mandíbula y colocó una rápida derecha mientras la hoja del cuchillo se alzaba. Oyó al otro maldecir de nuevo y luego gritar:

—¡Está aquí!

En la noche resonó ruido de pies; varias formas se destacaron en la obscuridad. Blake no esperó más. La situación era demasiado peligrosa. Echó a correr por la cima del risco; algunos de sus perseguidores venían detrás y otros se abrían para cortarle la retirada.

Adelante había una extensión de erial, negra como tinta, que Blake desconocía. Detrás, muy cerca, oía la respiración jadeante de sus perseguidores. Blake se puso a caminar, la cabeza baja, los puños cerrados.

¡Ssss! Algo pasó silbando junto a su cabeza. Un cuchillo.

Fue una escapada milagrosa. Con todo, los hombres no tenían armas de fuego o temían dispararlas. Si podía llegar a aquella loma, allí...

El suelo faltó bajo las plantas de Blake y cayó al vacío.

Pegó violentamente en el suelo, después de una caída de veinte pies. Una corniza lo salvó. Pero ¡qué cerca había estado de la muerte! Lo comprendió al extender la mano y tocar el borde, donde una roca, desprendida por su peso, temblaba.

Al oir el ruido de pies arriba, Blake terminó de desprender la piedra y la lanzó a la profundidad de abajo, donde la playa le recibió con ruido hueco.

—¡Eh!... ¡Se ha caído!

Uno de los hombres se detuvo, mismo encima del detectivve y éste vió su vaga silueta, inclinada para escudriñar las profundidad — Miren aquí... la tierra se ha desmoronado.

—¿Estás seguro? — preguntó otro dudoso — Hay una corniza ahí abajo, Simón.

—Sí; oí el golpe, al pegar en la playa — murmuró el otro — Creo que no contará el cuento.

—Bien merecido se lo tiene el maldito, por espiarnos — dijo el que dudaba — Con todo, no se; es hombre de suerte.

El detective permaneció inmóvil mientras encima suyo, el grupo semejaba una hilera de alfileres negros. Temía que, en cualquier momento, un farol iluminara la corniza con sus rayos.

Mas el peligro pasó. Los hombres, aparentemente satisfechos, se retiraron. Mientras se alejaban los oyó hablar.

—Tu baja, Simón y busca su carroña. No se le puede dejar ahí. Si lo encuentran habrá averiguaciones y éstas no nos convienen. Apúrate o perderemos la marea.

Las voces se extinguieron, mientras el grupo dirigíase hacia el desfiladero. El detective quedó solo, con los suspiros del viento y el murmullo de las inquietas olas.

Convencido al fin de que sus enemigos se habían alejado, Blake empezó a explorar cuidadosamente la corniza; era larga y angosta. La noche estaba obscura como boca de lobo. Comprendió rápidamente Blake que un paso en falso lo precipitaría a las invisibles arenas, doscientos pies abajo.

Muy gradualmente tanteó el costado del risco; pero no halló donde apoyar los pies.

No le quedaba más que permanecer quieto hasta que llegara el día, a menos — y esto era bastante probable — que Simón, no encontrando su cadáver en la playa, volviera para ver si estaba en la corniza.

Afortunadamente, los temores de Blake no se realizaron. Posiblemente Simón encontró dificultades en su pesquisa, debido a la obscuridad, o sus asociados no se atrevieron a detenerse, a causa de la marea.

Sea como fuere, nada ocurrió y por último, Blake, cansado, empezó a cabecear. Debió dormirse porque cuando recordó era de día. Abajo, grandes olas se estrellaban contra el escarpado risco.

Blake se levantó, entumecido e inspeccionó la pared de roca. Ahora que podía ver, encontró fácilmente un sitio por donde podía escalarse. Después de una breve, aunque peligrosa ascensión, llegó sano y salvo a lo alto del risco.

Al encaminarse a Polwheren, se encontró con Tinker que lo buscaba.

—¡Oh, patrón! Empezaba a temer que le hubiera pasado algo — exclamó el ansioso joven — ¿Dónde estuvo todo este tiempo?

—Durmiendo — contestó ceñudo el criminalista — Y a tí ¿qué te pasó?

—Yo encontré a aquel tipo y lo seguí, tierra adentro — explicó Tinker — Pero creo que estaba jugando conmigo. Después de hacerme bailar un rato, desapareció como humo. Me dejó, a tientas, en un terreno que era todo pozos. Casi me rompí el cuello antes de poder salir de él.

Blake movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, eso fué lo que el otro se proponía. Te hizo internar con ese fin. En la playa iban a ocurrir cosas qu ni tu ni yo debíamos presenciar, chico. Probablemente esperaba tentarme a mí también para que me dirigiera tierra adentro. Cuando vio que yo faltaba, se reunió con sus compañeros y empezó a buscarme.

—¿Y luego?

—Pues... me encontraron — contestó lacónicamente el detective, relatando con breves frases su aventura.—Bueno, creo que lo que ahora nos toca hacer es... desayunarnos.

—Yo estaba pensando lo mismo — dijo el joven y los dos se dirigieron a la posada, fuera de la cual estaba todavía la Pantera Gris y, ante el auto, un grupo de aldeanos que lo contemplaban curiosamente

El posadero pareció sorprenderse al verlo, aunque no hizo comentarios, mientras se dirigían al salón del bar. Blake no dio explicaciones sobre su ausencia. Fue directamente hacia la ventana y buscó las señales del vidrio.

Habían sido borradas cuidadosamente. Y cuando se volvió para buscar las otras que estaban en la pared, hallóse conque tampoco estaban. Donde había visto las marcas de sangre, se había picado el reboque y lo habían remendado con un parche de cal.

—El desayuno está pronto, caballeros — anunció el posadero desde la puerta — Como dejaron ustedes el auto, supuse que volverían

—Me doy cuenta — contestó Blake.

Pero sus ojos estaban fijos en la pared, no en el viejo, mientras hablaba.

Era evidente que los esperaban.

Mientras se desayunaban, la mente de Blake estaba ocupada en varios problemas. En primer lugar pensaba que parte desempeñaba el posadero en los sucesos de la noche anterior.

¿Era miembro de la banda? ¿O había recibido un aviso que le pareció peligroso desdeñar? Una cosa era segura: se había tomado trabajo para borrar las huellas de los pulgares.

De un modo u otro, el enemigo no quería correr riesgos. Habían descubierto en Blake y Tinker adversarios peligrosos. Era claro también que su vuelta, con vida, había sido prevista, por lo menos, como una posibilidad.

—Se creen muy listos; pero no lo son tanto como imaginan — dijo Blake a su ayudante, en voz baja, cuando terminaron el almuerzo — Al borrar esas huellas, se han delatado.

—¿Quiere decir que han confesado tienen relación con las halladas en el cuello de la camisa de Hansen?

—Exactamente, joven. Ocurra lo que ocurra aquí, tiene algo que ver con la muerte de Hansen. Indudablemente estamos lidiando con la misma gente.

—¿Contrabandistas, quizá? — aventuró el joven.

—Los contrabandistas no sacan mercancía de la tierra; la traen — replicó Blake moviendo negativamente la cabeza — Además ¿dónde está el motivo, la justificación para un asesinato y lo demás por simple contrabando? Un hombre del calibre de Hansen no iba a ocuparse de esa menudencia. No, hay algo mucho más grave detrás de todo esto.

—Es muy extraño — dijo Tinker. — Ayer el posadero estaba en contra de esos isleños. Hoy los ayuda a borrar las huellas. El cambio me parece un poco rápido ¿no?

—A simple vista, lo es. Pero quizá haya sido amenazado. Luego también existe la probabilidad de que la Isla Fantasma sea un trapo rojo para distraer nuestra atención de la pista principal.

—¿Cree que esos botes de anoche no se dirigían a la isla, patrón?

—No se — contestó el detective levantándose — Entretanto, no estará de más dar un vistazo al sitio donde estaban atracados.

Seguidos por la mirada curiosa de un grupo de pescadores, Blake y su ayudante volvieron al desfiladero, debajo del cual habían estado los queches. El sitio estaba desierto. La marea se había retirado; pero en la playa no quedaban huellas de la visita de la noche anterior.

—El agua lo ha cubierto todo — comentó Blake, mientras registraban entre las rocas y charcos dejados por la marea al reti-

rarse. De todos modos, poco esperaba hallar.

La desilusión era prematura, como se probó después. Al volver, Tinker vio una botella, flotando en uno de los charcos.

La botella tenía un tapón atornillado y adentro un papel.

—¡Hola! Eso parece un mensaje — dijo el joven, rompiendo la botellla con una piedra — ¡Mire! — y entregó el papel a su jefe.

En el papel había palabras, toscamente escritas con letra mayúscula, de imprenta, y con el extremo de un fósforo quemado.

"Me tienen prisionero. Pronto a la isla. Mañana sería demasiado tarde. F".

La palabra final terminaba en una serie de garabatos, como si el fósforo no hubiera servido más. Podía ser "Fenton".

Sexton Blake miró vivamente a su alrededor; pero no vió a nadie. Fuera de las gaviotas que describían círculos, no había signos de vida en la playa.

—¡Un S. O. S.! — exclamó Tinker, leyendo el mensaje.

Los delgados labios de su jefe se curvaron cínicamente.

—Qurrás decir un cebo — contradijo — Alguien tiene gran interés en que yo vaya a la isla.

—¿Un cebo?

—¿Qué más? ¿Cómo puede haber traido la marea esa botella de la Isla Fantasma? Hijo mío, es un lazo.

—Entonces... ¿no hará usted caso del aviso?

Blake se rió brevemente.

—Al contrario, estoy dispuesto a caer en la trampa.

VII

ALAS EN LA TORMENTA

Volvieron a la posada, donde Tinker, después de una breve conversación con su jefe, puso a la Pantera Gris, a toda velocidad, rumbo a Londres.

Por el camino, dejó al detective en una pequeña población, a cierta distancia de la costa. Allí Blake buscó a un joven que poseía una lancha a motor.

Después de mucho discutir, el joven consintió, de mala gana, en llevar a Blake a la Isla Fantasma. Francamente reconoció que no le gustaba el sitio. Tampoco le agradaba el cariz del tiempo. Se preparaba tormenta.

Con todo, la vista de la cartera, bien repleta de Blake, lo decidió.

—Lo intentaré — dijo y fué a buscar algo a la casilla de botes.

Volvió con el ratón Mickey, hecho de trapo, y lo sujetó, con el debido cuidado, a proa.

—Mi mascota — explicó, con una mirada final al grotesco juguete. — La necesitaremos.

—¿Por qué — preguntó Blake, bastante divertido, mientras la lancha automóvil salía del pequeño puerto.

—Ya lo verá cuando lleguemos allí — contestó brevemente el botero. — Yo no me acercaría ni a cinco millas del lugar, sin llevar este títere — indicó el ratón Mickey. — Esa isla es... sucursal del infierno.

Blake se echó a reir.

—Un pie en el acelerador vale dos mascotas en el radiador, mi querido amigo. No se preocupe. Nada nos pasará.

Pero el otro gruñó entre dientes. Iba silencioso, agachado sobre el volante mientras la pequeña embarcación se deslizaba velozmente sobre las agitadas aguas.

El viaje duró unas tres horas y el viento era cada vez más fresco. Adelante la niebla se agazapaba sobre el océano, como un espectro gris. Cuando Spencer, el botero, entró en ella, los envolvió como una sábana húmeda.

Disminuyendo la velocidad, Spencer vigilaba constantemente su rumbo. De vez en cuando aparecían grandes rocas dentadas, medio escondidas por las olas.

—¿Y ahora le parece o no necesaria mi mascota? — dijo Spencer, señalando las rocas — Lindo sitio ¿no?

—Bastante malo... si no se conoce el distrito — convino Blake. — ¿Hay muchos naufragios por aquí?

—Los hubo en un tiempo, cuando la navegación no era lo que hoy. Dicen que esa gente de la isla desciende de los piratas costeros. Estos recogían buen botín cuando un buque naufragaba en esos arrecifes. Como usted ve, la corriente va hacia la isla y lleva a ella todo lo que flota.

—Entonces ¿no hay corriente hacia tierra? — preguntó Blake, recordando la botella.

—No; es en sentido contrario. Si nos estrelláramos, los restos irían a parar a la isla.

—Entonces, ¿ahora no hay naufragios?

—No. Yo no recuerdo ninguno. Hay demasiados faros a lo largo de la costa ahora. Además, desde que pusieron esa estación de radio, cerca de Polwheren, no es posible equivocarse, Por malo que esté el tiempo, un capitán de buque puede saber donde está.

Blake pensó un rato.

—Pero oiga, — dijo de pronto — si esos isleños no tienen naufragios ¿de qué viven?

Spencer se encogió de hombros.

—De la pesca, principalmente. Pero creo que no les produce mucho. Ese Penraven, a quien llaman el rey, está en apuros financieros. Antes obtenía crédito de los comerciantes de la costa; pero ahora no le dan ni un cepillo de dientes, si no lo paga. Antes derrochaba el dinero como agua; pero ha tenido que ajustarse el cinto estos últimos años. Los comerciantes nada quieren saber con él. En su isla no valen los pagarés, ni cuentas. Puede impedir el desembarco, si quiere.

—Un perfecto paraíso, en realidad — rió el detective. — Bueno, podría Penraven hacer fortuna trayendo a su isla a los deudores morosos.

—De veras — dijo Spencer sonriendo. — Pero ¿quién va a querer vivir ahí? Es un sitio desolado. La única cosa buena de la isla es Inés Penraven, la prima del otro.

Una belleza. Y muy altanera La he visto a veces, cuando viene a tierra. Con todo, me

parece de mal genio. A mí me gustan más dulces.

Señaló bruscamente una alta pared de roca que se destacaba en la niebla.

—Bueno, ya hemos llegado.

Blake miró. Era la costa de la isla. Los riscos se alzaban del agua como las paredes de un rascacielos.

En la base, una hilera de rocas siniestras sobresalían de las grandes olas que las azotaban continuamente.

—No hay más que dos lugares donde puede usted desembarcar — dijo Spencer. — Y no es posible hacerlo sin que lo vean. Creo que por eso los han dejado solos todos estos años. Mi padre desembarcó una vez. Servía a bordo de un buque patrullero.

Decían que los de la isla proporcionaban combustibles a los submarinos enemigos. Papá no encontró nada. Pero todavía algunos dicen que había mucho de cierto en el rumor.

El detective apenas escuchaba. Sus ojos estaban fijos en lo alto del peñón, donde de vez en cuando veía alguna cabeza humana. ¡De modo que los isleños observaban!

Sacó unos gemelos y con ellos se convenció de que, efectivamente, eran observados. Iba a colocar de nuevo los gemelos para otro vistazo, cuando algo cayó en el agua, delante de ellos. Un segundo después se oyó un débil rúido en la borda, cerca de Blake. Era una bala perdida.

—Mire... ¡nos están tirando! — gritó Spencer y cerró el volante.

Un chorro de agua, cerca del bote, reforzó su prevención. Algo silbó junto a la cabeza del detective. Luego un tercer proyectil se aplastó contra la casilla del motor.

—Pistola silenciosa — dijo Blake y se agachó al mismo tiempo que Spencer a tiempo que aparecía en lo alto del risco una cabeza de hombre.

Por un segundo, la figura se quedó allí, con el brazo levantado, como si los amenazara con el puño. Luego apareció, detrás de la primera, otra figura y también levantó el brazo.

El primer hombre no se volvió. Parecía no hacer caso del otro. Con la rapidez del rayo algo se alzó y cayó sobre la cabeza del espectador. Este cayó hacia adelante y desapareció, caído sin duda sobre la cima de la roca.

—¡Cielos! — exclamó Spencer. — Lo han matado. — Y volvió a agacharse al resonar una nueva detonación.

Una bala pasó por encima del bote y se vió una bocanada de humo encima del peñón. Un segundo después caía una lluvia de plomo en el mar.

—¡Rifles! — exclamó Blake e hizo una rápida señal.

Spencer ya había obrado sin necesidad de ella. Puso el motor a velocidad máxima y un minuto después la niebla se los había tragado.

—Bueno, ahí tiene la prueba — dijo el botero, disminuyendo la velocidad cuando la isla se perdió de vista. — Linda gente ¿no?

Blake movió la cabeza afirmativamente pero nada dijo. Su mente estaba en otra parte.

¿Por qué le habían pegado al hombre que tiraba al bote cuando ellos hicieron después lo mismo?

—Es extraño — murmuró; luego inclinóse rápidamente y recogió algo del piso del bote.

Era un pequeño tornillo con su tuerca, la que sujetaba un cartoncito de forma circular. Ansiosamente desatornilló Blake la tuerca y sacó el disco. Este último estaba cubierto, alrededor del borde, por una letra menuda, escrita con lápiz.

"Por amor de Dios, prevengan a Al..."— leyó Blake.

—¿Quién diablos es Algy? — preguntó Spencer. — ¡Ah! un tornillo B. A., número 4.

—Sí, es un tornillo de la Asociación Británica — confirmó Blake examinando atentamente el tornillo — Aquel hombre debía dispararlo con una honda. Es un mensaje.

—Es muy raro que tengan tornillos de esa clase en la isla — comentó Spencer — Y bastantes, a juzgar como los tiraban. Los tornillos B. A. se usan en aparatos científicos. Yo no hubiera pensado que los tuvieran en la isla.

—Así es — Blake examinó el disco de nuevo, pensativo. — Sí, parece que dijera "Algy" Sin duda al lápiz se le rompió la punta antes de terminar la palabra.

¡Prevengan a Algy! Pero ¿quién era Algy? ¿Y por qué prevenirlo? ¿Y contra qué?

El detective se dió por vencido en sus discusiones mentales, mientras Spencer hacía correr rápidamente el bote hasta el puerto, en presencia de la tormenta que se venía rápidamente encima.

———

Aquella noche Blake se encontró con su ayudante en una taberna, a algunas millas tierra adentro En la costa se había desencadenado una fuerte tormenta la que amenazaba, según el guarda costas rural con durar algunos días.

—¿Lo trajiste? — preguntó vivamente el detective.

Tinker asintió con la cabeza y condujo a su jefe afuera, donde se veía una gran sombra en un campo, era un monoplano, que temblaba a impulsos del viento.

—¿Y lo otro?

—También. — Sacó Tinker una funda obscura y se la dió a su jefe. — Tuve que moverme para conseguir todo esto en el tiempo exigido Pero lo hice.

De la funda pendía una red de correas de cuero. El detective las ajustó a su cuerpo y apretó las hebillas. Cuando hubo terminado estos preparativos, la funda colgaba de su cadera. Era un "paracaídas de popa".

—Es arriesgado con este tiempo; — anunció Blake. — Pero tenemos que hacerlo. Conduce este ómnibus a la isla y vuela por encima de ella. Tendrás que volar bajo. Como a doscientos cincuenta pies de altura. Calcularás esto por el altímetro. ¿Entiendes?

—Comprendo la orden; pero no su objeto, patrón

—Tengo que aterrizar en la isla. Es inútil tratar de llegar a ella en bote; primero porque me verían y segundo porque ningún bote puede atracar a ella con este tiempo. Allí

—Sobre todo, ser prudentes.
—Descuida, no pasaremos más que por los pueblos que tengan hospital.

pasa o va a pasar algo... algo que tengo que descubrir sin demora.

—Pero... — empezó Tinker.

—Voy a dejarme caer con el paracaídas — explicó Blake tocando la funda. — Y como la isla es pequeña y la visibilidad nula o poco menos, tengo que saltar desde poca altura. Doscientos cincuenta pies es el mínimum de seguridad para un salto con paracaídas.

—Y a pesar de ello endiabladamente peligroso — objetó Tinker.

—No hay más remedio. Es la única manera. ¡Andando!

Tinker subió a la cabina rezongando. Cuando se trataba del deber, su jefe no veía nada más, los riesgos personales poco le importaban. Con todo...

—A mi no me gusta esto — dijo por encima del hombro.

—A mi tampoco — replicó Blake fríamente. — Bueno, menos rezongos y apúrate, muchacho. Esto no es una película parlante, aunque lo va a parecer...

—Sí: y por lo que a usted se refiere, le va a hacer la competencia a Douglas Fairbanks, en sus buenos tiempos y... sin truco. Espero que todo no termine en tragedia. ¡Doscientos cincuenta pies! Es un suicidio.

El motor rugió al mover Blake la hélice. El detective se situó detrás de su ayudante y el aeroplano se elevó en la noche borrascosa. Un momento después tomaba rumbo hacia el océano embravecido.

Cuando atravesaron la costa se dieron plena cuenta de la violencia del temporal. El monoplano, oscilando como si estuviera ebrio, peleaba obstinadamente con el viento; debajo de él había un abismo, donde las olas rugían, coronadas de blanca espuma invisible.

Temblloroso, tambaleante, el aeroplano siguió hasta que apareció debajo un bulto ne-

gro, en medio de la obscuridad, rayada de blanco, de las olas. Era la isla.

Tinker descendió, con la mirada fija en el altímetro. Detrás de él su jefe se puso de pie, una mano en la borda.

—Patrón, no vaya — imploró el joven, con una última y desesperada mirada por encima de su hombro.

Pero la respuesta de Blake fué un rápido saludo con la mano. Pasó la pierna derecha a través del fuselaje. Un instante después se había lanzado al espacio.

Mientras Tinker miraba hacia abajo, lleno de tristes presentimientos, Blake caía como una piedra.

—Cuatro... cinco...

Paró de contar y tiró de la cuerda. El viento rugía en sus oídos. Sintió un violento tirón de los hombros, una tremenda sacudida. ¿Era el suelo?

No, seguía en el espacio, las piernas libres, colgantes. Luego un árbol, una extensión negra, subió a su encuentro. Sus pies tocaron una superficie sólida y se tiró boca abajo.

Al tocar el suelo, el viento infló el paracaídas, detrás de Blake. Fué levantado, arrastrado hacia atrás, sacudido como un corcho.

Machucado, sin alientos, aturdido, luchó para sujetar la seda enloquecida y, dando vueltas como un ebrio, procedió, frenéticamente, a desabrochar las hebillas. Al fin quedó libre, a pocos pies del borde de la roca, se tendió en el suelo y se agarró a unas matas. El paracaídas, suelto, voló en la noche. Pocos momentos después caía al hirviente mar.

Blake se puso de pie, tropezando, jadeante. Miró hacia arriba; pero Tinker y el aeroplano habían desaparecido. Entre los aullidos de la tormenta, no percibía el ruido del motor. El descubrimiento le produjo alivio. Había aterrizado sin ser visto ni oído. Hasta entonces, todo iba bien.

Avanzando con precaución, a tientas en la obscuridad, bajo la lluvia, se internó en la isla, luchando su entumecido cuerpo contra el huracán, sobre suelo desconocido. Más adelante había... ¿qué?

Poco después, un débil rayo de luz atravesó la obscuridad. Se acercó a él aun con más cautela. Con sorpresa vió que se movía. Era un farol.

Blake se arrastró sobre las manos y las rodillas, aprovechando los repliegues del terreno. La luz desapareció bruscamente. Contra el gris del cielo, vió algo que se elevaba en el aire.

Un segundo después descubrió otro objeto similar, a cierta distancia y detrás de su gemelo. Parecían flacos fantasmas en la noche.

Silenciosamente se acercó Blake a ellos y se detuvo junto al primero.

Era un alto mástil, de madera, con travesaños.

Intrigado, avanzó hacia el segundo poste; pero, a mitad de camino, tropezó con un alambre que subía verticalmente. Se detuvo comprendiendo rápidamente.

Un aparato de radio modelo T. El alambre vertical era la antena proveniente de algún trasmisor. En lo alto se unía con el alambre horizontal que era la antena propiamente dicha, en algún punto a mitad de camino de los dos mástiles.

Pero para que la radio? Siempre intrigado, siguió adelante Blake y algunas yardas detrás del segundo mástil vió una forma vaga, en la obscuridad.

De más cerca vió lo que era: un travesaño destinado a sostener el mástil a un conveniente ángulo de inclinación, mientras los ingenieros se preparaban a izar el durmiente en posición vertical.

Se acercó de puntillas al mástil y tentó su base. Encontró una losa de hormigón. Dos de las patas del mástil estaban colocadas sobre un eje de hierro, sujeto sobre puntales. Los otros dos, más alejados del travesaño, estaban igualmente asegurados por un largo pasador y tuercas.

El mástil había sido elevado sobre el eje y luego cerrado por los otros dos pies con el pasador.

—¡Radio! — murmuró Blake frunciendo el ceño. — ¿Qué significa...? — sobresaltóse de pronto y apretó los puños — X... ¡Dios mío!

Se enderezó. En el mismo momento vió luz a la izquierda, en medio de la tormenta.

¡Una ventana!

Agachándose se dirigió hacia ella. Lentamente la sombra, larga y baja, de una casa, surgió de la obscuridad; su negra masa no tenía más punto luminoso que la ventana. Blake acercó con precaución su rostro al cristal, que no tenía cortina. Vió detrás un cuarto y un grupo de hombres sentados alrededor de una mesa, sobre la que había una lámpara a kerosene.

Por segunda vez se extremeció Blake.

Detrás del grupo había un hombre bajo, cuadrado, de semblante moreno, el cual tenía en las manos una bandeja con vasos y una botella.

Los pulgares del hombre, apoyados en el borde de la bandeja, eran claramente visibles. Cada uno de ellos era doble, como pañecillos gemelos.

¡El hombre a quien había visto en la posada de Polwheren! El hombre cuyas manos monstruosas habían agarrado a Hansen por el cuello.

(Continuará).

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

PERO es una exageración: si Barbarigo, indignado por los crímenes de Paolo Malatesta, exageró de buena fe el castigo, si creyó justa aquella exageración, si después, más sereno, comprendió la excesiva severidad del castigo, si amparó a César Malatesta, sí, por otra parte, sufrió con la fuga de Angiolina la pena severísima de su falta por haberse unido ya viejo a una niña, abusando en su favor de la autoridad paterna, en nada de esto debió ver una justificación de la incalificable conducta de su hija, de la infamia de César Malatesta.

—Barbarigo está loco, y como ha sido severo y rígido para todo el mundo, es severo y rígido para consigo mismo. Es el hombre más desgraciado que conozco y más digno al mismo tiempo de una suerte mejor.

—Y Estéfana y César Malatesta, ¿no han procurado calmar de la única manera posible, con su casamiento, con su amor, los dolores de este infeliz anciano?

—No; Estéfana no ama a su padre y aborrece a Malatesta, éste, por su parte, ha comprendido que ha sido un juguete de Estéfana, y su amor se ha convertido en una venganza, en un empeño tenaz que puede traer una situación gravísima; Estéfana se ha enamorado al fin; ha encontrado el hombre que soñaba, y ha empezado a cometer por él graves imprudencias. Este hombre es el rey don Sebastián de Portugal, o como queráis Gabriel de Espinosa.

—¿A qué vino a vuestra casa, señor Tieppolo, Estéfana la noche en que conoció a Gabriel de Espinosa?

—A pedirme dos cosas: su horóscopo y un veneno; la levanté figura, la dije que estaba destinada a producir grandes sucesos, y la dí parte del veneno que delante de vos he puesto en el vino qua ya habrá bebido ese pobre Cristophano, a quien vos habéis sentenciado, monseñor.

—¿Y para quién quería ese veneno Estéfana?

—Para César Malatesta.

—¡Ah! ¡Estéfana mata!

—Estéfana es terrible.

—¿Y ese veneno, señor Tieppolo es activo?

Como si la casualidad se hubiera encargado de contestar a Aben-Shariar, se oyeron grandes gritos, más que gritos, alaridos de dolor, de una persona que se acercaba.

Aben-Shariar y el doctor Albano se pusieron en pie, como si a los dos los hubiera lanzado un resorte de las sillas que ocupaban, y miraron a la puerta de entrada.

Por ella apareció un momento después el negro Cristiphano. Venía desencajado, aterrado, se veía correr un sudor copioso por su negro semblante, y se oprimía con ambas manos el estómago.

—¡Oh! por caridad, señor — exclamó arrojándose a los pies de Tieppolo, — ¡yo no quiero morir! ¡Yo no he merecido la muerte! ¡Vos podéis evitar los efectos del veneno que habéis puesto en el vino que yo he bebido! ¡Ved, señor que hay un Dios en los cielos y una justicia en la tierra!

Y el desgraciado se abrazaba a las rodillas del doctor.

—¡Ved! — dijo Tieppolo, con una serenidad horrorosa, a Aben-Shariar, que de una manera no menos horrible observaba los efectos del envenenamiento de Cristophano. — Ved los efectos de ese tósico; seguros, terribles: no temáis que deje de matar; ved ya: Cristophano pretende hablar de una manera inútil: ved sus brazos aflojando mis rodillas; se desploma... ¡Ved! ¡Muerto!

Cristophano había caído sobre la alfombra y había expirado en medio de una violenta convulsión.

—Estoy satisfecho de vos — dijo Aben-Shariar tendiendo la mano a Tieppolo; — me habéis respondido a lo que os he preguntado, y me habéis demostrado que sabéis y podéis dar un pronto cumplimiento a una sentencia del Estado; mañana os enviaré un hombre con una carta mía; haced que ese hombre muera a vuestros pies como ha muerto este otro. Ahora acompañadme; voy a salir.

Tieppolo Albano se dirigió en silencio a una puerta, por la que salió, seguido de Aben-Shariar. El cadáver de Cristophano quedó horrible en el centro de aquel salón tan bello y tan perfumado.

Aben-Shariar salió entre tanto de la casa, saludó afectuosamente al doctor Albano, y entró en la góndola, diciendo a sus conductores:

—Al palacio Sforzia, en los jardines de Dorso Duro.

Capítulo III

La góndola en que iba Aben-Shariar recorrió algunos canales en medio de la actividad de Venecia en un día de trabajo. Por todas partes se cruzaban con las góndolas barcas cargadas de mercancías; por los bordes, a derecha e izquierda de los canales, discurría una multitud de gente de todas clases, países y condiciones: armenios, griegos, judíos, moros, cristianos, hombres de todas las naciones de Europa, a quienes atraía el gran comercio de la hermosa reina del Adriático; nadie, a no conocer a Venecia, hubiera supuesto bajo aquella alegre actividad, tras aquella inmensa variedad de trajes, tipos y lenguas, en medio de aquellas lujosas tiendas adonde acudían, saliendo de sus góndolas, tantas hermosas damas; nadie, entre todo esto, repetimos, hubiera supuesto el sombrío canal de los suspiros, los Pozos, las prisiones, los horrores de la inquisición del Estado, Venecia aquel día, como siempre, ocultaba su sombrío semblante y su terrible Consejo de los Diez bajo la alegre máscara de un eterno carnaval.

Aben-Shariar iba, al parecer, tranquilo e indiferente, tendido sobre los almohadones forrados de paño negro, en la litera de la góndola. Todos los horrores que le había referido el doctor Albano, la repugnante catástrofe del negro que había sido a sangre fría sentenciado, a sangre fría envenenado y visto morir con una tranquilidad horrorosa, no habían sido bastantes para alterar en lo más leve su ánimo. Aben-Shariar era siempre el terrible y severo pirata tunecino, acostumbrado al horror y a la sangre, para el cual la muerte de un hombre era un suceso completamente indiferente.

Mientras la góndola llegaba al palacio de Sforzia, digamos algo acerca de la extraña situación en que encontramos colocado a nuestro pirata, diez y siete años después del día en que le dejamos poniendo a salvo del poder y de la venganza del sultán de Marruecos Sydi Ahtmed, a Mirian y a Gabriel de Espinosa, o D. Sebastián, que nosotros no hemos podido averiguar, por más que lo hemos procurado, si Gabriel de Espinosa era el rey D. Sebastián, o un impostor que más tarde se prevaleció de su perfecto parecido con aquel desgraciado rey de Portugal. Aben-Shariar, lo sabíamos ya anteriormente, era el pirata más a propósito del mundo para hacer fortuna en los mares de Levante. Su padre había sido previsor y le había educado convenientemente. Sabemos que Aben-Shariar hablaba perfectamente el italiano en sus diferentes dialectos, el francés, el español y el portugués: además del árabe, su lengua nativa, conocía también de una manera completa las costumbres de los países cuya lengua hablaba, y tan pronto aparecía en los puertos europeos del Mediterráneo como francés, como genovés, como veneciano o como español; pero siempre como mercader y sacando partido de sus conocimientos. Su padre, antes que él, había servido a la República de Venecia; había sido uno de aquellos piratas moros a los que la egoísta inmoralidad de la República de San Marcos daba salvoconducto contra las galeras del Estado: estos piratas, en cambio, servían a la República, haciendo traición a sus compatriotas, avisándola de las expediciones piratas que amenazaban su litoral y obedeciéndola tan ciegamente como si hubieran sido venecianos.

Aben-Shariar había heredado completamente a su padre, y había servido con mucha más actividad y mucha más inteligencia que él a Venecia. Esto producía a Aben-Shariar una completa seguridad. Gran marino, valiente y fiero, sumamente rico, dueño de la "Leona", de la terrible, galeota espanto del Mediterráneo, los buques mercantes, por más que fueran reunidos en convoy, caían en sus manos, y sus cargamentos apresados iban a llenar sus almacenes, y los numerosos cautivos a ser vendidos a Argel, Trípoli o Túnez.

Cuando una galera de rey, cristiana, ya francesa, ya italiana, ya española, se ponía en caza de la "Leona", que le parecía un buque sospechoso, que, por su construcción, por su forma, por su aparejo, decía a voces que era pirata, se encontraban que al primer cañonazo de aviso, aquel buque contestaba cortésmente izando la bandera de San Marcos, y en su popa, de donde habían desaparecido por un hábil mecanismo las grandes letras rojas que decían la "Leona", aparecían otras doradas o blancas que decían: "San Antonio", o "La Concepción", o "María", y con que el buque que habían creído pirata no era otra cosa que una magnífica galera corsaria de dos bandas, cuyo capitán mostraba, de la manera más complaciente del mundo, una patente veneciana, legalmente librada, que no dejaba lugar a la menor duda.

Cierto es que la tripulación y el mismo capitán vestían el traje levantino y llevaban las armas de los piratas tunecinos; pero Aben-Shariar hablaba admirablemente el veneciano, parecía un disfraz su traje y, por otra parte, eran muchas las galeras corsarias de Venecia que iban tripuladas por marineros negros africanos, que, a más de ser excelentes hombres de mar, servían para engañar con su aspecto a los piratas a quienes daban caza. Además, la "Leona" no llevaba al remo en sus bandas cautivos cristianos, sino remeros tunecinos; y como los papeles autorizados por la República de Venecia protegían a Aben-Shariar, las visitas de las galeras del rey eran inútiles, puesto que en vez de encontrar un pirata, encontraban una galera de guerra de Venecia.

Cuando era un buque pirata del bey de Argel o del bey de Túnez, o del emperador de Marruecos, el que reconocía a la "Leona" estaban mantenidas en su popa las rojas letras de su título, y Aben-Shariar mostraba la patente árabe de curso que poseía, librada por el bey de Túnez.

De modo que la "Leona", el terror del mar contaba siempre con la impunidad y estaba siempre libre para hacer presa segura de los buques mercantes.

Y no era esto solo, ni era sola la "Leona" el buque que montaba Aben-Shariar; muchas veces una hermosa y grande urca genovesa con seis cañones a proa y con patente de corso por la República de Génova, fondeaba en éste o en el otro puerto del litoral cristiano del Mediterráneo, y Aben-

Shariar se llamaba Pietro Mastia, mercader genovés, y su tripulación era genovesa, excepto algunos hombres que, aunque con el traje de marineros genoveses y con el carácter de tales, olían a media legua a moros.

Aben-Shariar prestaba grandes, inmensos servicios a la República: él la avisaba de las expediciones turcas o africanas que contra su litoral se dirigían; otras veces, convertido en mercader genovés, iba a los puertos del Mediterráneo y servía en ellos de espía a la República; él, en fin, muchas veces dejaba la mar y llegaba hasta ésta o la otra corte de Europa, donde, con un nombre supuesto, servía fielmente al Consejo de los Diez.

Tanto, por último, extremó su lealtad y sus servicios, que la República le declaró ciudadano de Venecia, patricio; le nombró senador y uno de los Diez del supremo Consejo del Estado.

He aquí de donde procedía la gran autoridad que Aben-Shariar había dejado conocer aquella noche al esbirro Nicolino Razzi y después al doctor Tieppolo Albano.

Conocido el misterio de la manera de ser y de obrar del pirata Aben-Shariar en Venecia, sigamos a la góndola que le conducía al palacio Sforzia. La góndola, después de media hora de marcha por diferentes canales llegó al palacio. Era éste un pequeño edificio blanco, bello y alegre, situado entre hermosos jardines. Aben-Shariar saltó en tierra, pagó al gondolero, le despidió y, acercándose a la verja que corría delante de un ancho jardín, en el cual se alzaba el palacio, atravesó en silencio una calle de árboles y luego el vestíbulo del palacio, a tiempo que salía de él una dama, de cuyo sombrero se desprendía un velo tupido.

Al ver la dama a Aben-Shariar se detuvo.

—Iba a buscarte a tu buque — dijo.

—Yo vengo a buscarte a tu casa — hermana — contestó el pirata, — o, más bien, venía a buscarle a él.

—¡El no está! — dijo la dama de una manera seca y vibrante, — hace veinticuatro horas que salió de casa y que no ha vuelto todavía.

—¿Y sabes dónde está?

—Lo ignoro; yo no me rebajo hasta el punto de seguirle ni de hacer que le sigan.

—Cuando se está colocado en la situación en que tú lo estás, todo es lícito y necesario — dijo Aben-Shariar.

—Siempre me queda un recurso.

—¿Cuál?

—La venganza.

—Entremos, hermana, entremos; vamos a tu aposento.

La dama se volvió, subió por unas magníficas escaleras de mármol que había a la derecha del vestíbulo, pasó por entre una multitud de criados que se inclinaron respetuosamente y entró, atravesando una antecámara, en un gabinete redondo.

En aquel gabinete había cuanto podía pedirse al refinamiento del lujo, de la belleza, de la riqueza. Era el verdadero templo de una deidad veneciana. Muebles, espejos, decoración, caprichosos adornos que tendían a lo más rico, a lo más hermoso, a lo más artístico. La dama, dueña de aquel aposento, dejó ver que era más hermosa que él, al levantarse el velo y quitarse el sombrero, que arrojó sobre un sillón. Era alta, esbelta, blanca; cabellos, cejas, pestañas y ojos negros; pálida y nerviosa: a pesar de que su hermosura tenía la gravedad de la mujer completamente formada, que ha pasado ya de los treinta años, que es esposa, que es madre y que, sin embargo, conserva todo el brillo todo el encanto de una gran belleza y de una fuerte juventud.

Aquella dama, completamente vestida de negro con un riquísimo traje de terciopelo, no tenía sobre sí ni una sola joya. Su hermosura era tal, que sin joyas aquella dama resplandecía. No necesitamos describirla, porque ya la hemos descrito; aquella dama era la sultana Sayda Mirian, la hija del tremendo xerife Sydi Juzef, la moradora en Africa del santo morabito de Ain-El-Mokazen. Pero había cambiado de nombre, de aspecto y condición.

Se llamaba doña María de Souza. Esto es: se había convertido y era cristiana. El apellido Souza se lo había dado su padrino; este padrino lo fué un hidalgo portugués, capitán de un barco del rey de Portugal, pariente lejano del almirante Souza, el que mandó la escuadra que llevó a parecer a Africa al rey D. Sebastián. Este Souza, capitán del barco del rey llamado "Terror de los Mares", a pesar de su terrible título, había sido encontrado en medio del canal, a la altura de Trípoli, por la goleta corsaria la "Leona", y aunque el "Terror de los Mares" se defendió tenazmente, porque los portugueses, en sus buenos tiempos, han sido los mejores marinos y los más intrépidos del mundo, como se las había con un buque pirata como la "Leona", fué apresado, y conducidos el hidalgo D. Guillén de Souza y sus marineros a las prisiones de Aben-Shariar en Túnez y encerrados en ellas como cautivos.

Sucedió un día que aquel misterioso personaje que se daba a sí mismo el nombre de Gabriel de Espinosa, pasó por los jardines en ocasión en que el nobilísimo Souza estaba regando las flores, ni más ni menos que otro cautivo cualquiera. Ver Souza al que se nombraba Gabriel de Espinosa, arrojar la regadera, correr hacia él y echarse a sus pies, fué cosa de un momento.

—¿Qué hace este hombre? — dijo Gabriel de Espinosa fijando una profunda mirada en el cautivo portugués, mientras Mirian y Aben-Shariar, que le acompañaban, se detenían. — ¿Por qué te arrodillas a mis pies?

—¡Ah! ¡Señor! — exclamó Souza. — ¿Conque no habéis muerto? ¿Conque Portugal tiene aun a su noble rey D. Sebastián?

—¡Tú estás loco! — dijo Gabriel de Espinosa. — Levántate y sígueme.

Mirian y Aben-Shariar no se atrevieron a decir una sola palabra; hacía mucho tiempo que Gabriel de Espinosa, que había aprendido bastantemente el árabe para hacerse entender de Mirian, que aun no había acabado de aprender el portugués, hacía mucho tiempo, repetimos, que ni la sultana ni el corsario se atrevían a decir una sola palabra acerca de su origen a Gabriel de Espinosa; cuando le llamaban rey, se irritaba de una

manera terrible, y había adquirido tal predominio sobre Mirian y sobre Aben-Shariar, que éstos no se atrevían a contrariarle.

Siguieron adelante, y detrás de ellos el cautivo Souza; cuando llegaron a uno de los edificios que había en los extensos jardines de Aben-Shariar, Gabriel rogó a Mirian y al corsario que no pasasen de allí, y se entró con Souza en una sala, y de aquella en otra donde se encerró con él.

—¡Mírame bien! — dijo Gabriel de Espinosa a Souza. — ¿Crees tú que yo soy el rey D. Sebastián?

Había algo de terrible, algo de incomprensible en la intención del acento de Gabriel.

—Yo juro a Dios como cristiano, y a mi honra como hidalgo portugués, que vuestra majestad es el rey D. Sebastián.

—¡Pues mientes por Dios y por mi honra! — dijo sombríamente ceñudo Gabriel; — yo no soy el rey D. Sebastián, ¿lo entiendes?

Aquellas palabras, más que una afirmación eran un mandato. Souza tembló.

—¡Señor! — dijo. — ¡Señor! Vuestro reino ha sido unido a la España; el rey D. Felipe se ha apoderado de Portugal; los portugueses sufren la tiranía de los españoles; los portugueses se acuerdan con lágrimas en los ojos de su rey D. Sebastián.

—¡Para maldecirle por imprudente, por loco y por temerario! — exclamó con voz terrible, poderosa y opaca Gabriel de Espinosa.

—Para llorar por su suerte misteriosa, para desear su vuelta.

—¡Los muertos no vuelven! — exclamó Gabriel. — ¡El rey D. Sebastián murió!

—¡Los portugueses dudaron; los portugueses...!

—¡Les engaña el deseo!

—Se ha dicho que el rey D. Sebastián no murió en la batalla.

—Su cadáver fué entregado por el sultán de Marruecos a los enviados del rey de España.

—Cuando los portugueses vieron el cadáver, no reconocieron en él al rey D. Sebastián.

Gabriel de Espinosa estaba densamente pálido; sus grandes ojos azules de pupilas negras devoraban ardientes al portugués, que temblaba.

—No podían reconocerle — dijo Gabriel; — el cadáver del rey pasó un mes en Africa durante los grandes calores; según se nos ha dicho, cuando le recogieron los enviados del rey de España, estaba algo desfigurado; pero el sultán Sydi Ahtmed le vió cuando aun podía reconocérsele perfectamente; caballeros portugueses que conocían bastamente al rey, que con él habían asistido, como asistí, yo, llevando una bandera de la infantería portuguesa, declararon por su honor que aquél era el cadáver del rey D. Sebastián.

—Eran traidores y miserables, que se vendieron a las promesas y al oro del rey de España.

—Te engañas — dijo Gabriel. — Si tú hubieras oído hablar alguna vez al rey D. Sebastián.

—¿No os acordáis, señor, del capitán de una nao a quien os dignasteis dar órdenes cuando estabais embarcado va. esperando el embarque del ejército?

Próximamente en PUCKY

El JUEGO del PELIGRO

ACCION, DRAMA, MISTERIO

—Mi voz es más ronca que lo era la voz del rey; en esto sólo nos diferenciábamos; a mí se me llamaba en el ejército el retrato vivo del rey, y el rey por ello me estimaba y me llevaba cerca de él; yo soy español, no portugués; yo he nacido en Toledo, soy hijo de padres humildes, aunque honrados; yo soy, en fin, el alférez Gabriel de Espinosa, no el rey D. Sebastián.

—¿Me mandáis, señor, que oculte vuestra existencia, que calle...?

—Te mando que no mientas, por más inocente y disculpable que sea tu mentira; te mandro que creas mis palabras; que cuando recobres la libertad, que la recobrarás muy pronto, no digas que has visto al rey D. Sebastián, porque mentirías y darías ocasión en el reino de Portugal a turbulencias que yo no quiero, que no puedo permitir que sobrevengan; desde hoy estarás a mi lado hasta que seas libre; considérame, pues, como el español Gabriel de Espinosa y no hablemos más de esto.

Tanto se intimidó el capitán Guillén de Souza con las advertencias de Gabriel, o, más bien, por la manera con que aquellas advertencias le fueron hechas, que cuando salió juró y perjuró que se había engañado, que Gabriel de Espinosa se parecía mucho al rey D. Sebastián, pero que no era el rey D. Se-

bastián. Declaraba esto, sin embargo, con tal temor, con tal temblor, con tal palidez, que Mirian y Aben-Shariar se afirmaron más en su firme creencia de que Gabriel de Espinosa no era Gabriel, sino Sebastián; no español, sino portugués; no vasallo, sino rey.

Guillén de Souza vivió desde entonces al lado de Gabriel, con el cual pasaba horas enteras encerrado, sin que nadie supiese lo que hablaban. Llegó, al fin, un día en que, estando ya Mirian bastante instruída en los misterios de la religión cristiana y el lenguaje portugués, y aun en el español, el misionero que la había instruído en la parte religiosa declaró que ya podía dignamente bautizarse. En efecto, en secreto, en presencia únicamente de Aben-Shariar y de otro misionero, y apadrinada por el capitán de mar Guillén de Souza, Mirian fué bautizada, tomando el nombre de la Virgen y el apellido de su padrino. He aquí por que Mirian se llamaba doña María de Souza.

Amantes desde mucho tiempo antes Mirian y Gabriel, sus amores habían dado fruto; un hermoso niño de tres años alegraba el alma de Mirian y la consolaba de la conducta de Gabriel. Gabriel la amaba; la magnífica, la grande hermosura de Mirian le fascinaba; pero era el suyo un amor de momentos lúcidos, por decirlo así, brillaba ardiente, inmenso, voraz, por un instante, y luego se apagaba; la expresión de un cansancio penoso, de un hastío desconsolador para Mirian, aparecía en el semblante, en la mirada, en la palabra, en todas las manifestaciones, en fin, de la vida de Gabriel; se comprendía que no era el amor de Mirian el que le retenía en Africa, el que le hacía que volviese de sus expediciones marítimas; había otra causa más grave, otra causa misteriosa que le traía de vuelta de cada expedición al palacio de Aben-Shariar en Túnez, donde moraba Mirian con su madre y con sus dos hermanas.

Jamás permanecía sin hacerse a la mar más de dos o tres semanas, o cuando más, el tiempo necesario para la reparación de las averías de su buque corsario, que con mucha frecuencia volvía maltratado por el mar o por el combate. El tiempo que Gabriel permanecía al lado de Mirian estaba, generalmente, taciturno, malhumorado, sombrío.

Cuando dormía se agitaba violentamente; pronunciaba entre el sueño palabras incoherentes, pero que revelaban que en su sueño veía una vida desemejante de la que tenía; la palabra de mando, las órdenes altivas, los gritos de combate salían de su boca; se agitaba, gemía; su sueño, más que un descanso, era un tormento.

Buscaba la soledad y se irritaba cuando en la soledad iban a buscarle, aunque quien le buscase fuese Mirian, siempre hermosísima siempre enamorada, siempre dulce, siempre humilde, llevando a su hermoso y pequeño hijo de la mano.

—Dejadme solo — decía; — nunca me encuentro mejor que durante la noche, sobre el castillo de mi galeota, en medio de los desiertos del mar; dejadme solo, porque soy muy desgraciado y la soledad me consuela.

Mirian lloraba, pero lloraba a solas, por no irritar a Gabriel, por no lastimar a Aben-Shariar. Aquella dama, completamente vestida de negro con un magnífico traje de terciopelo, lloraba porque comprendía que su amor y su sacrificio no bastaban para llenar el alma de aquel rey sin nombre y sin trono, porque para Mirian, Gabriel de Espinosa era el rey D. Sebastián; lloraba porque creía que la vida de Gabriel se gastaba combatida por un sufrimiento horrible y constante; porque sólo habían transcurrido cuatro años desde que Gabriel había llegado a Africa y ya se notaba en su semblante una vejez prematura, a pesar de que sólo contaba veintiseis años; ni el ambiente marino, ni la fatiga, ni los combates podían haber producido aquel envejecimiento, que le hacía parecer entonces un hombre de treinta y cinco años, curtido en los trabajos, cansado de la vida, acometedor y violento, taciturno y sombrío.

Gabriel de Espinosa no la amaba. Ni aun a su hijo. Parecía como que protestaba de una manera muda contra todo lo que había sobrevenido para él después de haber sido abandonado, herido, desnudo y exánime en el sangriento campo de batalla de Alcazarquivir.

Por algún tiempo había creído amor la fascinación que había causado en él la hermosura de Mirian; todavía durante algunos breves períodos la enamorada Mirian alcanzaba un triunfo, no sobre el alma, sino sobre los sentidos y sobre la conciencia de Gabriel; pero aquello pasaba como un fuego fosfórico, y Mirian volvía a caer en la agonía de su amor ansioso, de su amor no comprendido, no pagado sino con un frío forzado agradecimiento.

Aben-Shariar había renunciado a Mirian desde el momento que comprendió el intenso, el profundo, el insensato amor de la joven hacia el misterioso extranjero: pero no había dejado de amarla; su amor, es cierto, había sido modificado por las circunstancias; había tomado por esposa a Fatimatu l'-Noemi, hermana de Mirian, y el alma fuerte, enérgica, incontrastable del corsario, no podía dejarse arrastrar por una debilidad vergonzosa; su amor hacia Mirian, purificado por la altivez de su alma, creció, se convirtió en uno de esos amores mortales que todo lo sacrifican al ser amado; que le levantan ante sí mismo a la altura de un sentimiento divino, cuanto puede existir de divino en el alma humana; fué a un mismo tiempo su padre, su hermano, su amigo, todo para ella, menos el amante de los deseos impuros; Mirian era lo dulce, lo poético, lo bello que existía incrustado en su alma, endurecida, por decirlo así, por sus terribles hábitos de pirata, y como un amor del género del que había sentido por Mirian es la abnegación de las abnegaciones, amaba a Gabriel porque Mirian le amaba, y aborrecía a la par a Gabriel porque hacía sufrir a Mirian el martirio horrible del amor sediento, de la agonía, de la soledad del alma.

Y además nada podía reprocharse a Gabriel de Espinosa; su vida era otro martirio espantoso; una agonía lenta, fría, sin consuelo y sin esperanza. Respetaba a Mirian, la estimaba, la amaba, no con el amor del alma, sino con el amor del agradecimiento; esto es, con el amor del deber; procuraba di-

simular lo que sentía; pero su semblante franco y leal dejaba ver su alma como se ve el fondo de una fuente de aguas claras y límpidas; era para con Mirian un completo caballero, un hombre de honor; pero esto no satisfacía a Mirian, no podía satisfacerla, porque el amor solo se satisface con amor.

Algunos días después de haber sido bautizada Mirian, Gabriel de Espinosa se encerró con Aben-Shariar y le dijo:

—Hermano: tú hablas como un español la lengua de los españoles; es necesario que vayas a España.

—¿Y para qué, hermano?

—Mirian es cristiana y yo debo hacerla mi esposa.

Aben-Shariar estrechó la mano de Gabriel.

—Ella nunca te lo hubiera exigido — dijo; — yo no te lo hubiera exigido tampoco; tú lo sabes y, sin embargo, tú eres el que propones este casamiento; tú eres un hombre de honor. ¿Pero por qué ir para eso a España?

—En España, en Castilla la Vieja — dijo Gabriel con acento frío y tranquilo — hay una villa, cerca de Valladolid, que se llama Madrigal: allí ha vivido Gabriel de Espinosa: es necesario que traigas de allí los papeles que acrediten el nacimiento de Gabriel de Espinosa.

—¿Para casarte con Mirian?

—Sí.

—¿Y por qué no casarte con tu propio nombre? — dijo Aben-Shariar, mirando fijamente a Gabriel.

—Mi propio nombre es Gabriel de Espinosa — dijo con impaciencia Gabriel. — Ya sabes que las contrariedades acerca de eso me hacen daño: todo el mundo creyó ver en mí, o cree ver al rey D. Sebastián, y esto me irrita: mi funesto parecido con aquel rey me ha producido y me produce contínuos disgustos: he dicho mil veces que, a ser yo el rey D. Sebastián, no existiría, que no hubiera podido sobrevivir a la vergüenza de una derrota causada por la temeridad y la soberbia del rey D. Sebastián; que como me parezco a él en el cuerpo, me parezco también en el alma; acaso él y yo no somos más que las dos mitades de un solo ser, una de cuyas mitades ha perecido: acaso el rey D. Sebastián haría lo mismo que yo hago; acaso valgo yo más que el rey D. Sebastián; pero quiero que se me crea lo que digo. Lo que he dicho siempre, lo que siempre diré; yo soy Gabriel de Espinosa, y, por último si no fuera Gabriel de Espinosa, siendo lo que soy, no habría otro remedio que tenerme por Gabriel de Espinosa, español y nacido en Toledo.

—Pero no, no — dijo Aben-Shariar; — si tu eres firme de voluntad, yo lo soy también; no basta decir yo soy éste o el otro, nacido aquí o allá, no; es necesario probar lo que se dice.

—Basta la palabra de un hombre franco y honrado.

—En situaciones como la tuya no basta la palabra, es necesaria la prueba, tu empeño en pasar por Gabriel de Espinosa te honra; eres bastante caballero para no haber vuelto entre los tuyos a sufrir la vergüenza de una derrota que ha traído sobre Portugal desh[illegible] y estrago, y has sido también bastante religioso para no robar a Dios la potestad que El sólo tiene de dar o de quitar la vida; te has aprovechado de la extraña casualidad de que existiera un hombre completamente parecido a ti, soldado y bravo, que vino con tu ejército a Africa que murió en la batalla y cuyo cadáver, gracias al cambio hecho por el amor de Mirian, ha pasado para todos por el cadáver del rey portugués. Pero ¿en qué consiste que los pocos que te han visto y que han servido al rey D. Sebastián te han tomado por él?

—En mi semejanza con D. Sebastián.

—¿En qué consiste que tú no sabes el nombre del padre ni de la madre de Gabriel de Espinosa.

—¡Se me obliga a otra revelación, y quien me obliga es un hombre contra el cual nada puedo hacer, contra el cual ni aun irritarme puedo, porque me une a él el agradecimiento la amistad, el cariño de hermano! Esto es ser cruel, Yhaye; esto es abusar de mi cariño.

—Tú quieres escaparte, tú quieres huir de mi ataque porque es irresistible, y esto no es lo de hombres bravos.

—Te equivocas; tu ataque nada tiene de extraño; pero me obliga a recordar excesos y desórdenes de mi juventud que quisiera quedasen sepultados en el olvido.

—En tu juventud, hermano, nada hay de vergonzoso: mucho, sí, de irreflexivo, de insensato, de tenaz...

—Tú te refieres a la juventud del rey D. Sebastián, y yo me refiero a mi juventud, a la de Gabriel de Espinosa.

—¿El nombre de tu padre?

—Yo creo que mi padre se llamaba D. Juan.

—Esto es, D. Juan, príncipe de Portugal.

—Eso es; pero ignoro el nombre de mi madre.

—Doña Juana de Austria.

—Entonces, venimos a lo mismo; si ese era el nombre de mi madre, yo soy el rey de Portugal.

—Cabalmente.

—No.

—Sepamos como no siendo tú el rey de Portugal, fué tu padre el príncipe don Juan.

—Un día, por negocios públicos entre los reinos de Portugal y de España, mi padre fué a visitar, en su corte, a su primo el rey D. Felipe II, que entonces era príncipe de Asturias y regentaba el reino por ausencia de mi abuelo el gran emperador Carlos V.

—¡Ah! Confiesas al fin que eres nieto del emperador.

—Nieto bastardo por su hija la infanta doña Catalina, madre de mi padre el príncipe D. Juan; pero continúo, puesto que en la grave situación de estar próximo mi casamiento con Mirian, tienes derecho a saber quien yo soy; mi padre, antes de serlo, fué a Castilla; la corte estaba en Valladolid; en Valladolid conoció mi padre a una joven pobre y plebeya, pero hermosa, que fué desde Madrigal con su familia a ver las fiestas que el príncipe D. Felipe ofrecía a su primo el príncipe D. Juan: mi padre era, como yo y como mi hermano D. Sebastián, violento en sus pasiones y tenaz en sus propósitos, y obtuvo no se por que medios la posesión de mi

madre; el príncipe D. Juan murió pocos meses después en Castilla; pero antes de morir pensó en cubrir el honor de mi madre y en darle un nombre legítimo, y compró a un hombre para que fuese marido de mi madre y me tuviese por su hijo.

—Estás inventando un cuento, hermano.

—Tú tienes empeño en que yo no sea lo que soy.

—¿Cómo se llamaba el hombre que vendió el nombre para ti a tu padre?

—No lo sé: no me lo han dicho.

—¿Pero no le conocías?

—No: uno de los servidores de mi padre me llevó muy pequeño a Portugal; allí me crió con el nombre de Gabriel de Espinosa, que era, sin duda, el apellido del marido de mi madre; no me lo reveló el caballero portugués que me crió, porque ignoraba el nombre del hombre que me había dado su apellido; ignoraba también el nombre de mi madre. Yo, muy niño, huí, revelándose en mí muy pronto el amor a las aventuras y sólo llevé conmigo el nombre de Gabriel de Espinosa y el confuso relato que sabía acerca de mi historia el duque de Vintimiglia, que fué el servidor de mi padre que me llevó desde Castilla a Portugal; yo volví a Castilla con otros jóvenes de mi edad; yo he sido todo: he estado en la Marina, en las universidades, en los tercios y...

—Y nunca has estado en Toledo... No has sido el buen hijo que, no conociendo a su madre, ansía conocerla...

Púsose vivamente, encendido Gabriel, y luego, pálido.

—¡Oh! ¡Mi madre! ¡Mi buena y digna madre! ¡Cuánto habrá sufrido al saber...!

—Tu madre no ha sabido tu muerte... No pudo saberla... Tu madre y tu abuela murieron antes de tu insensata empresa sobre Africa.

—¡Vaya! — dijo Gabriel con acento inconstrastable, que no daba lugar a la réplica y que le hacía parecer un rey acostumbrado a ser odebecido ciegamente: — ve a Castilla y trae la partida de bautismo de Gabriel de Espinosa; he hablado demasiado y no quiero volver a hablar más de este asunto: sería inútil; mañana te harás a la vela; te espero dentro de un mes.

Y sin decir más palabra, Gabriel de Espinosa dejó solo a Aben-Shariar.

El corsario se hizo a la vela al día siguiente, pero no en su terrible galeota corsaria la "Leona", sino en una nao mercante genovesa; llegó en pocos días al puerto de Barcelona, y con su nombre genovés de Pietro Mastta y acompañado de su guía, hizo su viaje a Toledo. Preguntó en la posada donde paró por los Espinosa, y le respondieron que de los Espinosa sólo quedaba la viuda de Juan Espinosa, pastelera, que tenía la pastelería en la plaza.

Aben-Shariar fué inmediatamente a la pastelería y preguntó por la dueña, por la viuda de Juan Espinosa. Dejó el horno, donde trabajaba en sus pasteles un criado, y entró en una habitación. Poco después apareció una mujer como de cuarenta y seis años, fresca y hermosa aun, y de aspecto candoroso y sencillo. Al ver un tan gran señor como representaba ser por su aspecto noble y altivo, y por su rico traje genovés el pirata, se sentó y le rogó que pasase. Poco después aquella mujer y Aben-Shariar se pusieron a hablar sin temor de ser escuchados.

—¿Conocéis a un tal Gabriel de Espinosa, señora? — la preguntó de repente el corsario.

—¿Qué si le conozco, señor? — dijo la pobre mujer, poniéndose pálida. — ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí, señor! ¡Es mi hijo!

—¡Vuestro hijo! ¿Y sabéis si vuestro hijo es muerto o vivo? — insistió el pirata.

—¿Venís a traerme noticias suyas, señor? — dijo con anhelo la mujer.

—No: vengo a preguntaros, y no más que a preguntaros.

—Hace mucho tiempo que yo no sé de mi hijo — respondió ella.

—¿Desde cuándo no le habéis visto?

—¡Ah, señor! Siendo muy niño se lo llevaron.

—¡Qué se le llevaron!

—Sí, señor.

—¿Pero quién? ¿Por qué?

—Se le llevaron; es todo lo que os puedo decir.

—¡Se le llevaron a Portugal!

—No lo sé.

—Indudablemente, puesto que su padre era portugués — observó con profunda intención Aben-Shariar.

Marí-Pérez se puso encarnada hasta en lo blanco de los ojos.

—Su padre — se apresuró a decir Marí-Pérez — era castellano tan castellano como yo, nacido en Toledo, y algo pariente mío.

—Dicen que un gran príncipe, un poderoso señor que vino a la corte de España, cuando la corte estaba en Valladolid, conoció en ella a una joven hermosa, a una honrada doncella de Toledo.

Marí-Pérez se turbó mucho más y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Vos erais aquella mujer — afirmó Aben Shariar.

—Hablad, por Dios, más bajo, señor — dijo Marí-Pérez; — nadie sabe eso; mis parientes, codiciosas, me vendieron por oro a aquel príncipe: Yo era muy joven... Yo no tuve la culpa... Apenas volví a este lugar cuando me casaron con Juan de Espinosa...

—Y vuestro marido sabía...

—No, no señor.

—Es decir, que el bueno de Juan de Espinosa creyó hijo suyo a Gabriel.

—Sí, señor.

—Dicen que Gabriel de Espinosa se parecía mucho a su padre, el príncipe don Juan.

—Le parecía todo, caballero; cuando hace ocho años vino a mi casa, cuando sólo tenía diez y ocho años, yo creí que el que entraba por mi puerta era el príncipe D. Juan tal como yo le había visto diez y nueve años anes, pero vestido de soldado castellano.

—¿Cuándo perdisteis de vista por primera vez a vuestro hijo?

—Hace mucho tiempo, señor; cuando Gabriel apenas tenía dos años.

—¿Y cómo fué eso?

—Un día vino a pedir posada a nuestra casa un caballero portugués a quien yo conocí cuando ví por primera vez al prín-

cipe D. Juan; aquel caballero era el conde de Vintimiglia; yo le miré, él me miró, pero no nos dimos a conocer hasta que estuvimos solos; yo no podía adivinar para que había venido a mi casa el conde porque el príncipe D. Juan había muerto un año antes. Cuando se lo pregunté al conde, me dijo: "Vengo por tu hijo; el príncipe le reconoció secretamente antes de morir, y sus abuelos los reyes de Portugal quieren tenerle a la vista, y criarle".

—Es decir — observó Aben-Shariar, — que Gabriel de Espinosa es hijo de...

De los señores reyes de Portugal viene; pero fué un loco... Se le llevaron porque yo no quise quitarle su suerte; se le llevaron sin que lo supiera mi marido, que le creía su hijo; yo misma le entregué una noche a los enviados del conde de Vintimiglia, y cuando se echó de menos en la casa a la criatura, se echó la culpa a unos gitanos que el día antes habían pasado por la villa; todos creyeron que los gitanos habían muerto a nuestro hijo para hacer con él sus untos malditos; pero yo estaba tranquila; yo sabía que mi hijo estaba con sus parientes... con los parientes de su verdadero padre. Pero pasó mucho tiempo, y yo no recibía noticia ninguna... Pasó mucho tiempo más, y nada supe... Tampoco sabía escribir, ni era aquél secreto para revelárselo a nadie... Ni yo lo he dicho a nadie hasta ahora más que a vos, que me habéis hablado de mi ida a Valladolid, y de mis amores con el príncipe D. Juan; aunque yo soy viuda y libre, nada os hubiera dicho si vos no lo hubierais sabido... Y es menester que vos lo calléis también, señor; en la villa nadie sabe esa historia; todos creen que Gabriel es hijo de mi marido.

—¿Volvió al pueblo Gabriel?

—Sí señor; apenas tenía doce años cuando se marchó de Portugal y anduvo rodando por el mundo y se hizo soldado; cuando vino, ya tenía diez y ocho años; yo le reconocí por su semejanza con el príncipe D. Juan, y... por tres lunares pequeñitos y encarnados que tiene sobre el hombro derecho.

—¡Ah! — exclamó con alegría Aben-Shariar. — Ahora podemos saber si es él o no lo es.

—¿Qué decís, señor?

—Nada, nada. ¿Vuestro hijo sabía que vos eráis su madre?

—Sí; como que habiendo hecho fortuna en las guerras de Flandes, venía a buscarnos.

—¿Y sabía que era hijo del príncipe D. Juan?

—No; le habían dicho los que le habían conocido que era hijo de Juan de Espinosa y de Marí-Pérez.

—¿Vos no sabéis si el rey D. Sebastián de Portugal sabía que Gabriel era su hermano bastardo?

—No, no señor; no lo sé.

—¿Cuánto tiempo estuvo Gabriel aquí?

—Poco tiempo; mi marido quiso enseñarle a hacer pasteles, para que no se separase de nosotros; pero Gabriel no había nacido para pastelero; era soberbio, iracundo, no respetaba nada, y por cualquier cosa maltrataba a los mozos de la villa; al fin tomó plaza en una bandera, y se fué: desde entonces no volvimos a saber de él, y mi marido murió con el sentimiento de que no se quedase a mi lado. Pero, ahora bien, señor; ¿vos le conocéis?

—No — respondió Aben-Shariar.

—¿Y por qué, pues, me habéis preguntado por él?

—Se necesitan su partida de bautismo y la partida de casamiento vuestra y de vuestro marido.

—¿Y para qué, señor?

—¿Quién sabe si heredaréis algo a causa de vuestro hijo? Pero para ello es necesario acreditar que Gabriel es hijo vuestro y del señor Juan de Espinosa. Por el momento, yo que soy genovés, tengo orden de entregaros mil ducados.

—¡Oh! Buena falta me hacen, señor, porque como soy viuda y sola, todos tiran de mi hacienda más que si fuese suya, y la pastelera se va yendo; pero esto me importa menos que saber si mi hijo vive... o si ha muerto.

—Yo no puedo deciros nada, porque nada se; sólo tengo orden de recoger esos papeles; pero cuando yo vuelva allí de donde vengo, averiguaré lo que pudiere, y os avisaré.

—¡Ah! ¡Señor! Me hacéis mucho bien, porque yo amo mucho a mi hijo — exclamó la pobre Marí-Pérez.

Tres días después salió Aben-Shariar de Toledo, dejando a Marí-Pérez dos mil escudos y la promesa de averiguar lo que fuese de su hijo, y llevando consigo copias autorizadas de los papeles de familia de Gabriel de Espinosa; esto, es, su partida de bautismo, las de sus padres y sus abuelos, y las partidas de desposorios de éstos. Por estos papeles se probaba que Gabriel de Espinosa era hidalgo, porque sus abuelos provenían de la villa de Espinosa de los Monteros, cuyos naturales son todos nobles e hijos legítimos de Juan de Espinosa, y de su mujer, Marí-Pérez.

Aben-Shariar dió a Gabriel de Espinosa sus papeles de familia, y le acometió de frente.

—Hay un medio — le dijo — para saber si tú eres el rey D. Sebastián o Gabriel de Espinosa.

—¿Cuál? — dijo Gabriel.

—Si eres Gabriel de Espinosa, debes tener tres lunares encarnados sobre el hombro derecho.

—¿Quién te ha revelado eso? — dijo gravemente Gabriel.

—Marí-Pérez, la mujer de Juan de Espinosa...

—Y... ¿me ama mi madre? — dijo Gabriel con un acento tal de verdad que hizo vacilar al corsario.

—Marí-Pérez desea saber si su hijo es muerto o no; lo desea con ansia; yo la he ofrecido avisarla; veamos, pues, hermano, tu hombro derecho.

Gabriel se sonrió tristemente, se despojó de sus ropas, y dejó descubierto su hombro derecho. Aben-Shariar lanzó una exclamación especial, una exclamación de despecho. El hombro que Gabriel le mostraba estaba cru-

zado por una ancha cicatriz de herida causada por una bala. Allí no aparecían los tres lunares; pero no se podía asegurar que no los había borrado la herida.

—Si no me crees, Yhaye — dijo Gabriel, — jamás podrás asegurar quien soy; siempre seré para ti un misterio.

—En último extremo, de lo que no puede dudarse es de que si no eres el rey don Sebastián, eres su hermano bastardo.

—¡Oh! ¡Quién sabe! — exclamó roncamente Gabriel cubriéndose el hombro.

El misterio crecía. Mirian y Aben-Shariar que hasta entonces habían creído que Gabriel era el rey D. Sebastián, empezaron a dudar. Aquel personaje se hacía cada día más misterioso. El viaje de Aben-Shariar a España, en cuyo interior había penetrado; las noticias que del carácter de los españoles había dado Aben-Shariar a Mirian, provocaban más aquellas dudas.

—Los españoles — dijo el pirata a Sayda Mirian, — singularmente los que viven en el interior, son soberbios y altivos, parecen reyes destronados; no sufren contradicciones ni réplicas, y con poco que se les obligue, dejan escuchar la palabra dominadora, y dejan ver la mirada de amenaza; Gabriel de Espinosa ha podido pareceros rey sin serlo.

Según lo que había averiguado, aunque Gabriel de Espinosa no fuese el rey don Sebastián, hijos ambos de un mismo padre, era de igual manera descendiente de reyes. En Mirian la duda no cambió el amor; aunque hubiese sabido de seguro que Gabriel era hijo de una familia infame, le hubiera amado del mismo modo. Le amaba porque, rey o soldado, caballero o mendigo, noble o plebeyo, rico o pobre, había nacido para amarle. Le amaba, a pesar del desvío con que Gabriel pagaba su amor. Acaso por esto le amaba más, porque el amor contrariado se obstina y crece tanto más cuanto la contrariedad es más fuerte.

Fuese lo que fuese Gabriel de Espinosa, que nosotros tampoco sabemos si fué rey o fué soldado, era leal y caballero. Debía la vida a Mirian, le amaba, era suya; por él había aprendido el portugués y el castellano por él se había hecho cristiana; por él se llamaba doña María de Souza; sus tesoros eran de Gabriel, su alma entera, suya.

Gabriel de Espinosa, pues, instó para que el casamiento se hiciese, y el casamiento se hizo; y para ello vino de Cartagena un fraile mercenario de la Redención de esclavos, que Aben-Shariar fué a buscar sólo para que celebrase el casamiento. Los papeles de Gabriel de Espinosa estaban en regla; constaban de la misma manera la conversión y el bautismo de Mirian y del niño Juan de Espinosa, y los amantes fueron esposos, y por su unión fué legitimado su hijo.

Pasaron desde entonces doce años. Durante ellos, otros tres hijos vinieron a aumentar la prole de los esposos; pero, según consta de los datos de que nos servimos, todos estos niños murieron, como si estuviese escrito que Mirian bebiese sin interrupción la hiel de la amargura; asimismo los tesoros de Mirian se gastaban; Gabriel sostenía continuamente una magnífica galera armada, empleada únicamente en rescatar cautivos cristianos de las galeotas tunecinas berberiscas, y en enviar estos cristianos a su patria. Mirian, pródiga de amor y de oro, ni se quejó jamás de su desamor a Gabriel, ni le hizo una sola observación acerca de los contínuos dispendios, que cada día eran más frecuentes y más crecidos.

Guillén de Souza, aquel caballero portugués que había encontrado cautivo Gabriel en los jardines de Aben-Shariar, que había creído reconocer en Gabriel al rey de Portugal, había llegado a ser el compañero inseparable de Gabriel. Los dos pasaban días enteros encerrados de tal modo, que no podía saberse de que trataban, y con mucha frecuencia Guillén de Souza hacía viajes a Portugal, donde permanecía durante muchos meses. Cuando Aben-Shariar hacía alguna pregunta acerca de esto a Gabriel, éste le respondía:

—Guillén de Souza es libre, y, por consecuencia, completamente dueño de sus acciones; pasa largas temporadas con su familia en Lisboa, pero es agradecido y vuelve para pasar otra larga temporada al lado de sus amigos.

Pero se había notado que cuando volvía Guillén de Souza de un viaje a Portugal, salía de las habitaciones en que Gabriel y Souza se encerraban un pronunciado olor de papel quemado, como si se hubiesen destruído escritos traídos por Souza y que quería evitarse fuesen vistos por nadie. Se notó asimismo que siempre que Gabriel pedía una fuerte suma de dinero a Mirian, poco después Guillén de Souza se hacía a la vela para Lisboa en un buque mercante al que convoyaba la galera corsaria de Gabriel.

Esta conducta misteriosa de Gabriel estas idas y venidas de Souza a Portugal, aquellos papeles quemados, aquellas fuertes sumas que eran sin duda entregadas a Souza, hicieron recaer de nuevo en Mirian y en Aben-Shariar la creencia de que Gabriel era el rey D. Sebastián, y de que por medio de Souza lo preparaba todo para volver un día a recobrar su trono. Mirian y Aben-Shariar lo veían todo con placer: callaban y esperaban, y jamás se contestaba con una negativa a las peticiones de dinero de Gabriel. Gabriel decía siempre a su mujer, después de una petición de dinero:

—Esto es un préstamo que me haces, María, y que yo te devolveré, acaso muy pronto, con usura.

Mirian sonreía, echaba los brazos al cuello a Gabriel y le decía:

—Si mi alma es tuya, ¿cómo no ser tuyo todo lo que es mío?

Gabriel se sentía dominado por tanto amor y por tanta grandeza, y durante algunos días era tal la conducta de Gabriel para con ella que ella se sentía verdaderamente feliz.

Llegó un día en que todos los tesoros que Sydi Juzef había acumulado en el morabito de Ain-Al-Mokazen, y que su hija había encontrado, desaparecieron. Pero cuando Gabriel hizo otra nueva y fuerte petición, no se le dijo que no había dinero: Aben-Shariar empezó a gastar sus inmensos tesoros. Gabriel creía que aquel dinero era de Mirian. Cada día, en vista de nuevos indicios, como el que viniesen portugueses, al parecer ilus

res, con Souza, y el encerrarse con Gabriel, Aben-Shariar y Mirian creyeron con más fuerza que Gabriel, o, mejor dicho, el rey de Portugal, lo preparaba todo para volver a su reino.

Y, en efecto, un día, a los diez y seis años pasados desde la batalla de Alcazarquivir, Gabriel de Espinosa dijo a Mirian que se preparase para un viaje a Europa, para abandonar el Africa de una manera decidida. Mirian sintió un inexplicable impulso de alegría; Gabriel, al alejarse del Africa, no la abandonaba, como hubiese podido hacerlo; Gabriel la amaba; amaba a la pequeña niña, a la pobre y hermosa criatura de dos años, única prenda de amor que la muerte había dejado a los esposos. Cuando se embarcó el equipaje, Gabriel notó que entre aquel equipaje no iba dinero, y lo manifestó a Mirian.

—Nuestro dinero hace mucho tiempo que se agotó — dijo Mirian.

—Pues entonces, ¿de quién era el oro que me has dado de algún tiempo a esta parte?

—De Yhaye — dijo Mirian.

Gabriel tendió la mano al corsario, y le dijo:

—No importa, hermano; yo te devolveré doblado ese dinero.

—Gasta el que me queda, si con él puedes llegar a tus intentos — dijo el corsario, — y no pienses en si puedes devolvérmelo o no.

Hiciéronse al fin a la vela en el puerto de Túnez, a bordo de la "Bella Genovesa", mandada por Aben-Shariar, con el nombre y el traje del rico genovés Pietro Mastta, y algunos días después fondearon en el puerto de Venecia.

Aben-Shariar saltó en tierra, y se fué en derechura a casa de Giacomo Barbarigo. El anciano senador le recibió con los brazos abiertos.

—Acabo de llegar de Túnez, monseñor — dijo Aben-Shariar.

—¿Y a qué venís, mi bravo corsario? ¿Se apresta alguna expedición tunecina, o argelina, o turca contra Venecia, y venís, cumpliendo con vuestro deber, a darnos parte de ella?

—Por ahora, monseñor — dijo Aben-Shariar, — los Barbarrojas tienen harto en qué pensar con sus asuntos propios, y el gran turco se duerme en su haren dejándose robar por sus visires; vengo a otros asuntos importantísimos. ¿Cómo estamos con España?

—En paz, pero con cuidado; D. Felipe II es ambicioso y sagaz; su embajador entre nosotros nos halaga demasiado y nos hace a cada paso tantas protestas de la buena amistad de que se siente animado hacia Venecia el rey su señor, que es necesario desconfiar; España no se satisface con la posesión directa de Nápoles y de Sicilia, ni con la indirecta del ducado de Parma; España es un monstruo poderoso, que lo quiere devorar todo; la preponderancia marítima de Venecia la desean ellos, y es necesario estar preparados; hay muchos españoles, a pretexto de tráfico, en Venecia; pero la República vela, y si encuentra algo contra nosotros, peor para los que en nuestra casa nos tiendan asechanzas; allí están siempre dispuestos el puente de los Suspiros, el canal Orfano, los Pozos y las Lagunas, que jamás cuentan los cadáveres que devoran.

—¿Pero si el Dux se vendiese?...

—La escalera de los Gigantes sentiría rodar su cabeza. Siempre es conveniente distraer la atención y debilitar la fuerza de un rey poderoso que puede ser nuestro enemigo; dividamos y mandemos; esto lo dijo Maquiavelo, y Venecia lo practica; Venecia deja conspirar dentro de ella contra todo el mundo, pero nunca contra ella misma. Pero ¿a propósito de qué me habláis de esto, señor Pietro Mastta?

—Ya os he dicho otras veces, monseñor, y el Consejo de los Diez lo sabe, que con una hermana de mi esposa está casado un misterioso personaje, que mi cuñada salvó hace diez y seis años, recogiéndole casi muerto del campo de Alcazarquivir después de la batalla de los xerifes; se cree qu ese misterioso personaje sea el rey D. Sebastián de Portugal, y, si no lo fuere, es tan semejante a él, que bien pudieran creele tal los portugueses y el mismo rey de España.

—Seguid, seguid, señor Pietro.

—Los portugueses sufren mal el yugo del rey de España, y el Gobierno del duque de Alba, que, como sabéis es muy riguroso, se les va haciendo insoportable; ésta es la mejor ocasión para hacer correr la voz entre los portugueses de que el rey D. Sebastián no ha muerto, de que viene a su reino.

—¿Y dónde está ese hombre? — dijo con interés el anciano senador.

—En el puerto, a bordo de mi nao la "Bella Genovesa", en la que le he traído desde Túnez con su familia.

—Pues bien: que no salte a tierra hasta que se os avise; ya es la hora en que se reúne el Consejo, y voy a él; daré cuenta de lo que me habéis dicho, y os avisaré de lo que se haya resuelto.

Después de esto se despidieron el senador y el pirata, y este último se volvió a bordo de la "Bella Genovesa".

Dos horas después atracó al costado de la "Bella Genovesa" una pequeña embarcación de la República, y el capitán que la mandaba saltó a bordo y entregó a Aben-Shariar un pliego sellado con el sello de Venecia. Aquel pliego contenía una orden del Consejo de los Diez para que se entregase el bello palacio de Sforzia, con sus muebles y cuanto en él existía, al soldado español Gabriel de Espinosa; para que viviese en él con su familia. Poco tiempo después, Gabriel, Mirian, su hija, Guillén de Souza y algunos criados que habían sido cautivos, se aposentaban por cuenta del Estado en el palacio Sforzia.

Gabriel y Guillén de Souza tuvieron largas conferencias con Barbarigo, y el Consejo de los Diez, admitió en su presencia, en audiencia secreta, a Gabriel. Entretanto, el Consejo había hecho indagaciones y enviado agentes a Portugal, como ya recordamos por la relación que había hecho el esbirro Nicolino a Aben-Shariar en la hostería de Génova

Ello es que el Consejo de los Diez se valía de Gabriel de Espinosa para distraer a Felipe II, comprometiéndole en grandes complicaciones. Era aquella una conspiración tenebrosa, como todas las de Venecia: una cons-

piración contra un extranjero poderoso que podía un día volver sus armas contra la República. Y no era vano este temor, porque Felipe II se apoderaba de cuanto podía, y empleaba su poder para apoderarse de aquello que se le resistía; Felipe II tenía bajo su corona de Italia el reino de Nápoles; Cerdeña era suya; Portugal estaba sometido a él; Roma, a pesar del ardiente catolicismo de Felipe II, le temía; los Países Bajos temblaban al escuchar su nombre; Francia estaba con él en contínua guerra; Inglaterra le miraba con recelo, y este recelo se comunicaba a las otras naciones de Europa. Un momento de fortuna decidida para las armas de D. Felipe, y era de temer una invasión española en Italia, que sabía harto de qué manera hacían los españoles la guerra.

Venecia, pues, acogió con ansia a aquel extranjero, que podía causar una sublevación en Portugal, determinando con ella un grave conflicto para Felipe II. Pero Felipe II recelaba también; sus agentes eran numerosos en Venecia, y era necesario gran reserva, mucha habilidad, para que Felipe II no fuese avisado y encontrase un medio fácil y expedito, aunque secreto, para deshacerse del pretendiente a la corona de Portugal.

Porque, debemos decirlo, ya fuese que Gabriel, siendo en efecto el rey don Sebastián estuviese cansado de su vida obscura y aventurera; ya, no siéndolo, le hubiese deslumbrado la perspectiva de un trono, Gabriel de Espinosa se había prestado a los manejos de la República en su favor y contra Felipe II. Venecia no le había prometido ayudarle abiertamente por medio de la fuerza, enviándole con una fuerte armada, como hubiera podido hacerlo, porque Venecia era en aquellos tiempos la reina del mar; esto hubiera sido retar de poder a poder a Felipe II, y Venecia evitaba las guerras cuanto le era posible; pero le prometió poner en juego, y los puso, cuantos medios secretos estaban a su alcance, y empezó a urdirse una vasta conspiración, cuyo centro era Venecia, y cuyas ramificaciones llegaban a Portugal y a España.

Esto era lento, pero seguro; se recomendó una gran prudencia a Gabriel, y éste fué prudente durante algún tiempo, no dejándose ver en público ni recibiendo a nadie en su palacio. Pero fuese que despreciaba el peligro, fuese que ansioso del trato europeo, por su larga permanencia en Africa, se hubiese dejado arrastrar por los placeres de la voluptuosa Venecia, Gabriel de Espinosa empezó a salir a todas horas y a entregarse, como un joven de veintiseis años, como si los diez y seis que había pasado en Africa sólo hubiesen sido un largo paréntesis, a toda clase de aventuras y devaneos.

Desde que Gabriel empezó a observar esta nueva vida, fué secreta, pero tenazmente vigilado por los agentes de la República, y de aquí que, siguiéndole y espiándole, Aben-Shariar hubiese dado con los amoríos de Gabriel y de Estéfana Barbarigo, y de aquí que, estando vigilado el palacio donde aquella moraba, Aben-Shariar se hubiese encontrado con el esbirro Nicolino, y, por consecuencia con Tieppolo Albaño.

Nos hemos ocupado de estos antecedentes, porque lo hemos creído necesario, antes de referir a nuestros lectores lo que hablaron en el palacio de Sforzia Mirian y su cuñado Aben-Shariar.

Mirian se había dejado caer en un diván color de raso blanco desalentada, pálida, anhelante Aben-Shariar se quedó de pie delante de ella, contemplándola con una conmiseración y un amor infinito. Mirian tenía la densa palidez de la irritación, de la cólera, del despecho, de la agonía del alma.

—Ayer salió — dijo con voz trémula, — ayer salió por la mañana muy temprano, y aún no ha vuelto.

—¿Y adónde ibas? — preguntó Aben-Shariar.

—Al palacio Barbarigo — respondió con energía Mirian.

—¡Al palacio Barbarigo! — dijo con admiración el corsario. — ¿Y a qué?

—A matar a una mujer.

—¡Mirian!

—Sí, a matarla.

—Pero ¿qué mujer es esa? — dijo Aben-Shariar.

—Una miserable, una de esas corrompidas damas venecianas que han nacido para la impureza y para el escándalo; a una mujer que se llama Estéfana Barbarigo. Pero ¿a qué me preguntas, si tú lo sabes todo, si tú conoces también a esa mujer?

—¡Yo!

—Sí, tú, que también me vendes, que también eres traidor para mí.

—No, Mirian; yo no te hago traición, no puedo hacértela, no te la haré nunca; yo velo por tí, yo hago cuanto puedo por tí.

—¿Y por qué no me has dicho: "Mirian, Gabriel ama a una mujer; por ella te abandona"?

—¿Quién te ha dicho que Gabriel?...

—¡Ah! ¿He de ser yo quién he de confesártelo a tí, cuando tú te muestras reservado? No; dime primero cuanto sepas de esos amores, dímelo, y después yo te diré de qué manera lo he sabido.

—Lo adivino; eres demasiado hermosa, Mirian, y con suma frecuencia te asomas a los miradores de este palacio.

—La vida de Europa es un espectáculo nuevo para mí.

—Pero al ver tú ese espectáculo, hay gentes entre las que miras, que te ven también. ¡Oh! ¡El Korán es verdaderamente un libro inspirado por Dios! ¡Con cuánta razón manda el Korán que las mujeres no sean vistas ni vean a otro si no es su esposo el que ellas ven y el que la ve!

—¡Yo soy cristiana!

—¡En buen hora! has sido lo que has querido; todo te lo ha sacrificado el amor de los tuyos, hasta la severidad de sus creencias; pero Dios quiera que no te arrepientas un día de haber renegado de tu religión y de tu patria!

—Yo no he renegado Yhaye; me he convertido.

—Por el amor de un hombre.

—Por el camino que me ha ofrecido la providencia de Dios.

—Si no hubieras conocido a ese hombre, hoy serías sultana de Marruecos.

—No me pesa el no serlo.

—Porque esperas ser reina de Portugal.

—Me bastaría el reinar sola en el corazón de Gabriel; hablemos de esto y no de otra cosa: yo se que Gabriel me hace traición.

—Lo sabes porque te lo ha revelado un hombre de quien has sido vista y se ha enamorado ciegamente de ti.

Volvieron a encenderse con un vivo color las mejillas de Mirian.

—¿Y quién es ese hombre? — preguntó Aben-Shariar.

—Ese hombre se llama César Malatesta.

—¡Le conoces! — dijo Mirian.

—Sigo sus pasos: es decir, le hago vigilar desde algún tiempo hace, porque ese hombre es un peligro para Gabriel.

—¡Cómo! ¿Has supuesto que yo amo a ese hombre? — dijo Mirian con un acento tal de inquietud y amor ofendidos que bastaban para convercerse de que nada la unía con César Malatesta.

—No; yo sé que amas a Gabriel: que a pesar del desamor que en Gabriel encuentras le amarás siempre; que ni la más leve mancha empañará ni tu amor, ni tu honor; que tú no puedes amar a nadie más que a Gabriel.

—¿Por qué, pues, entonces dices que haces vigilar a César Malatesta porque es un peligro para Gabriel?

—Porque César Malatesta ha contraído un grave empeño, uno de esos empeños por los cuales un hombre lo arrostra todo, por Estéfana Barbarigo.

Mirian se puso pálida de celos y de cólera al oír el nombre de Estéfana.

—¡Esa mujer! — dijo. — ¡Esa es la mujer que yo odio, que yo quiero matar!

—¿Ha sido César Malatesta quien te ha dicho el nombre de esa mujer?

—Sí.

—Es decir, ¿qué has hablado con César Malatesta?

—No: ese hombre me hubiera hablado de amor, y yo no puedo escuchar palabras de amor de nadie más que de Gabriel; me ha escrito y he leído sus cartas.

—Llenas, sin duda, de palabras de amor.

—He pasado por encima de las palabras amorosas, y he leído las noticias que acerca de Gabriel me daba.

—¿Sabrá César Malatesta que tú consientes en recibir sus cartas?

—No; las cartas de César Malatesta aparecen en mis habitaciones sin que se sepa quién las ha puesto en ellas.

—¿Dónde están esas cartas?

—No existen.

—¿Qué no existen?

—No; después de leerlas, las quemo.

—¿Y para qué?

—El criado que las pone sin duda donde yo las encuentro, sin duda también me observará oculto, para ver lo que yo hago, qué semblante pongo cuando leo esas cartas; yo las abro con una cólera que no necesito fingir, porque la siento, las leo con desprecio y a sangre fría, por más que al revelarme traiciones de Gabriel me destrocen el alma, y luego las quemo.

—¿Y, sin embargo, sigues encontrando cartas?

—Una todos los días.

—¿Y sabes?

—Que Gabriel entra de noche en el aposento de una mujer, y que esa mujer se llama Estéfana Barbarigo.

—¿Y crees tú que Gabriel ama a esa mujer?

—¿Dónde, pues, pasa los días enteros y las noches, sino a su lado?

—Quien ha pasado anoche el tiempo desde la media noche hasta el amanecer en el aposento de Estéfana Barbarigo, he sido yo.

—¡Tu!

—Sí, yo: yo, que velo por ti.

—¿Y cómo has llegado hasta esa mujer? ¿Te ama a ti también? — dijo con desprecio Mirian.

—No: ¡yo soy amigo de Estéfana!

—¡Amigo! — exclamó Mirian, comprendiendo el sarcasmo de la afirmación de Aben-Shariar. — ¿Y desde cuando?

—Desde hace tres días.

—¿Y cómo te has hecho su amigo?

—Presentándome de repente en su aposento, a la media noche, cuando ella esperaba a Gabriel.

—¿Y ella ignoraba que tú?...

—Ni aun me conocía.

—¿Y cómo pudiste llegar hasta ella?

—Estas tres letras — dijo Aben-Shariar, abriéndose la ropilla, y dejando ver en su pecho las tres iniciales del terrible Consejo de los Diez — abren todas las puertas, facilitando su entrada al lugar más reservado; estas tres letras lo pueden todo en Venecia.

—¿Y qué disculpa diste a Estéfana al presentarte a ella?

—Estas tres letras también.

—¡Y ella!

—¡Tembló!

—¡Tembló! Pues ¿y qué puede temer quien como ella, es la hija de uno de los hombres más poderosos de la República de Venecia?

—Lo puede temer todo; el Consejo de los Diez no conoce a nadie; de la misma manera está sujeto a su autoridad el Dux que el ciudadano más pobre y más miserable; Estéfana, pues, que vió delante de sí a un miembro del Consejo, se creyó perdida, y me lo reveló todo.

—¿Y qué te reveló?

—Que ama a Gabriel; que es el único hombre a quien ha amado, que por él está dispuesta a arrostrarlo todo.

—¡Oh, Dios mío!

—Pero yo he comprendido que Estéfana no ama ni puede amar a Gabriel, porque no puede amar a nadie.

—¿Y por qué entonces dice que le ama?

—Ella lo cree; ella siente por Gabriel esa fascinación que Gabriel inspira a cuantos le ven, a cuantos hablan con él; ella siente una atracción que la devora, que la arrastra hacia Gabriel; pero no lleva la dulce, la embriagadora conmoción del amor; ella está dominada, no enamorada; ella admira, no ama; Gabriel la asombra y no la conmueve; sin embargo, es la primera vez que ha sentido algo por un hombre, y se cree poseída de un amor infinito.

—Pero tú has debido decirla que Gabriel la engaña, que Gabriel tiene una esposa, una hija, que Gabriel no puede ser de otra mujer mientras yo viva.

—Yo no la he dicho eso.

—¿Y por qué?

—Porque no debo decírselo.

—Esto destruiría los sueños de esa mujer.

—Eso aumentaría su empeño hacia Gabriel.

—Vería la imposibilidad del casamiento de Gabriel con ella.

—Por lo mismo, al encontrar la imposibilidad, pretendería destruirla; esto es, hacer posible su casamiento con el rey de Portugal.

—¡Ah! — exclamó de una manera terrible Mirian.

—En vano serían cuantas precauciones se tomasen para defenderte; Estéfana encontraría medio de hacer llegar hasta ti un veneno.

—¡Oh! ¡Esa mujer me tiene el mismo odio que yo la tengo! — exclamó con acento ronco y terrible Mirian.

Y sus negros ojos resplandecieron con una mirada de amenaza, en la que se transparentaba la muerte.

—¿Y ella no me conoce?

—No.

—¿Ella ignora que Gabriel es casado?

—Sí.

—¿Tú eres amigo de esa mujer? Es decir... ¿tú has podido hacerla creer que eres su amigo?

—Sí: la he dicho que la República tiene un gran interés en que el rey de Portugal recobre su trono; que por lo mismo que la República desea esto, se vigila al rey D. Sebastián, no para espiarle, sino para protegerle; que por esta vigilancia yo supe que existían amores entre ella y él, y que mi entrada en su casa, a pesar de que para ello me había valido de la autoridad secreta de que estoy investido por el Consejo de los Diez, lo había hecho sólo por proteger aquellos amores, haciéndome consejero de Estéfana a fin de que diesen un feliz resultado, porque convenía justamente a la República que un rey protegido por ella, y que debía recobrar su trono por su protección, fuese esposo de una patricia veneciana, hija de un hombre tal como Giacomo Barbarigo.

—¿Y ella no ha podido sospechar"...

—¡Ah! ¡No! Si yo no pudiese encubrir mis afectos engañando de una manera perfecta, no gozaría de la confianza del Consejo de los Diez; Estéfana me cree y se cree protegida en sus amores por la República.

—¿Y para qué esto? ¿No sería mejor matar esos amores que tan infeliz me hacen?

—No es prudente; Gabriel, si se le apartara de Estéfana, buscaría el amor de otra; está ansioso de satisfacer en algo su alma ardiente; por él han pasado los años envejeciendo su cuerpo, sin amenguar en nada la juventud de su alma; es un voluntarioso joven, en cuya cabeza, el desierto, los sufrimientos y las rudas fatigas del mar y del combate han hecho aparecer las canas; en cuyo semblante se ven arrugas, pero cuyo corazón late con la violencia de los primeros años; es necesario dejarle ir, dejarle ir, para que no se irrite si se le contraría.

—Tú puedes decir eso muy bien; ¡pero yo! ¡Yo, que le he sacrificado mi patria, mi juventud! ¡Ah! ¡No! ¡Yo no puedo calcular con esa horrible sangre fría! ¡Yo sólo veo una mujer hermosa y tentadora, que le seduce, que le embriaga, que le tiende asechanzas: una mujer a quien él ama.

—El no ama a nadie más que a Mirian.

—¡Oh! ¡No! ¡No digas eso! ¡Tú sabes cuántos martirios he sufrido como amante y como esposa! ¡Tú sabes que la mayor parte del tiempo transcurrido desde que nos vimos lo ha pasado alejado de mí!

—Corriendo tras el combate y tras el peligro.

—Pues bien; entonces amaba más que a mí al peligro y al combate, amaba más a su gloria, y ahora, ahora no sólo es su gloria a lo que más que a mí ama: ama a esa mujer.

—Le llama la novedad de una aventura, las cualidades enérgicas de Estéfana, lo misterioso de sus entrevistas; pero llegará un día, muy pronto, en que todo eso le hastíe, en que comprenda que todo lo que falsamente brilla en Estéfana existe realmente en ti; tú, Mirian, eres una de esas mujeres que no deben temer las comparaciones, porque ganan al ser comparadas; tú eres y serás siempre el amor de Gabriel; has sido su primer amor, está asimilado a ti, lleno de la esencia de tu alma, embriagado por tu hermosura; pero nadie le disputa tu porvenir, y esto le hará parecer desenamorado, si él sintiera celos...

—¡Oh! Jamás descenderé yo a esa villanía — exclamó Mirian; — Jamás, para atraerme a mi marido, haré concebir a otro hombre esperanzas...

—¿Y quién piensa en eso? ¿Quién te aconseja que hagas nacer en el alma de tu esposo sospechas que nunca se curan? ¡Ah! ¡No! Pero si tú concurrieras a las fiestas, a esas magníficas fiestas venecianas; si te viesen resplandeciente de hermosura y de riqueza...

—¡De riqueza! ¡Los tesoros de mi padre no existen ya!

—Pero existen los míos..., que son tuyos, Mirian; tú tienes joyas admirables, y a mí me sobra oro para que vistas las telas más ricas; sal de tu encierro, preséntate sola, rodeada únicamente, por decoro, de pajes y de doncellas, en los alegres y ostentosos saraos, y Gabriel verá que todos los hombres te miran con deseo y todas las mujeres con envidia; verá que esa hermosísimo Estéfana, a quien se tiene por la primera beldad de Venecia, palidece a tu lado, como palidece la luna cuando al levantarse en el Oriente encuentra el rojo sol que aun no ha traspuesto el Occidente.

—¡Pero la luna sale y el sol se pone! — dijo con amargura Mirian.

—La luna brilla durante una noche fría, y el sol viene tras la noche, llenando los cielos y la tierra de luz, de esplendor y de armonía. Mirian, tú lo puedes todo con el rey de Portugal: tú eres su destino; sin ti, D. Sebastián no puede existir; tú no necesitas más que quererlo, y D. Sebastián vendrá a ti.

—¡Oh! ¡No! Yo no puedo nada contra él; él me domina; él me reduce al sufrimiento cobarde con su solo aspecto; yo no sé lo que tiene de grande, de terrible; algunas veces, cuando le miro paseándose grave y lento, con la frente alta y la mirada fija en un objeto

Aventuras de Bar

gugli, por Debeck

Features Syndicate Inc., Great Britain rights reserved.

invisible, en un objeto que yo no puedo adivinar que sea, me parece ver algo luciente que resplandece en sus ojos, que se dilata; envuelve su cabeza en una aureola que me causa espanto; porque unas veces me parece ver que esa aureola es roja como la sangre, y que otras es lívida como el rostro de un cadáver. Yo sufro, yo temo, yo lloro; Gabriel o don Sebastián no ha nacido para amar y ser dominado por el amor de las pobres criaturas que vivimos sobre la tierra; él ama lo que yo no puedo darle: el poder y la gloria. Muchas veces — y Mirian cambió de tono, — yo, que jamás reposo de una manera completa; yo, que siempre velo por él, cuando la noche y el silencio nos rodean, cuando apenas penetra por entre los pabellones de nuestro lecho un débil reflejo de la opaca lámpara que arde allá en un ángulo de nuestra cámara, yo le contemplo inclinada sobre él, y sorprendo su alma; nunca mi nombre, ni el nombre de una mujer, ni el nombre de su hijo muerto, ni el de su pequeña hija viva, ni el de mis padres, ni el de los suyos, sale por entre sus labios dormidos, no; pero yo le oigo excitar roncamente a capitanes y soldados como en un día de batalla; yo le veo estremecerse de una manera terrible; agitarse como si, cabalgando en su caballo de pelea, le irritase la vista de uno y otro y cien enemigos que caen delante de él arrollados por su esfuerzo; yo le veo sudoroso, pálido, pronunciando con voz ronca los nombres más altos de la nobleza portuguesa: "¡A mí! ¡A mí! ¡Terceira! ¡A mí, Braganza! ¡A mí, Souza, Carvalho! ¡A mí, Coimbra! ¡Adelante, adelante mi estandarte! ¡Portugal y San Dionís!" Y parece que, queriendo romper el sueño, persiguiendo con su imaginación dormida a los enemigos fantásticos de una batalla soñada, nada ve más que la gloria que huye delante de él; nada siente más que el placer de la sangre que corre, del estrago que crece, de la muerte que le rodea por todas partes. ¡Oh, sí, sí! Es un rey que no es más que rey, o si no es rey, y sueña es un soldado cuyo cuerpo alienta un alma de rey, y sueña en una corona que le ha arrebatado la desgracia o que le ha negado su destino. Yo le amo porque es grande; pero por lo mismo él no me ama; porque para él todo es pequeño. ¡Oh! ¡Si yo hubiera podido ver claro mi destino entre las densas tinieblas del porvenir! ¡Si yo hubiera podido adivinar el amor desesperado que debía hacerme sentir aquel hombre ensangrentado y desnudo; aquel hombre que arranqué entre los cadáveres, de sobre el horrible campo de batalla de Alcazarquivir! ¡Oh! ¡Si yo le hubiera dejado allí sobre un lecho de sangre, del cual no se hubiera levantado más! ¡Pero yo estoy loca, Yhaye! ¡Yo estoy loca! Yo blasfemo de mi corazón y de mi alma: yo, irritada por un dolor que ya no puedo soportar, digo lo que mi corazón no siente; porque mi única alegría, mi único consuelo, es el recuerdo del momento en que, después de largas horas, de una espera horrible, de una duda cruel, le ví abrir los ojos, volver a la vida, mirarme entre el misterio de los silenciosos muros del morabito de Ain-Al-Mokazen; yo no puedo olvidar el momento en que le encontré inmóvil, frío, desnudo, ensangrentado, sobre su caballo muerto; yo no puedo olvidar aquella terrible sonrisa que había quedado impresa en sus labios lívidos; aquella sonrisa del hombre indomable que cae herido de muerte despreciando a sus enemigos. ¡Oh! Yo le amo ahora como le amé entonces, como le amaré siempre: porque yo le amé desde el momento en que le ví, de una sola vez, para entonces y para luego y para mi eternidad; yo alenté la chispa de vida que ardía en él, débil y próxima a extinguirse; para mí, es un cadáver que yo he revivido, un espíritu que yo he arrancado de lo infinito, un hombre que me pertenece; yo, sultana altiva; yo, hija de un hombre que no era sultán porque despreciaba el trono; yo, que después de la muerte de mi padre he podido levantar un estandarte, llevar tras mi una y otra kabila, dominar en el imperio de Occidente, inundar con mi ejército bravío el Oriente, ser la Semíramis moderna; yo, que he visto a mis pies la grandeza, la gloria y el dominio de un dilatado imperio; yo, que lo he despreciado todo por un hombre, que me he consagrado a él, que he vivido sólo por él y para él, no he recibido en cambio del inmenso sacrificio, ni una sola gota de rocío, de dulzura y de amor en mi pobre corazón; yo soy una esclava de quien su señor está hastiado; una esclava a quien sólo tiene a su lado su señor por un lazo de agradecimiento, que cada día se hace más enojoso, más pesado, que afloja de día en día, que está próximo a desatarse, que tal vez se ha desatado ya. ¡Yhaye! — exclamó con acento desesperado y terrible Mirian. — Mientras que sólo he sentido el frío del desamor de Gabriel, he sufrido horriblemente: mi corazón comprimido ha llorado con la amargura insoportable del desconsuelo, de la esperanza muerta; pero no amaba a nadie, no tenía yo celos; me sentía despreciada por la sed de gloria, por los sueños de grandeza de una imaginación loca y calenturienta; pero no se me posponía a otra mujer; no se hacía el sacrificio de mi alma, de mi amor, de mi vida, a otra mujer; hoy no; hoy el sufrimiento, la paciencia, el semblante tranquilo, la sumisión amante, serían una miserable cobardía, una cobardía infame, una debilidad vergonzosa, que no caben en mi corazón, que se agita terrible, pudiendo contener apenas la fuerza incontrastable de mi sangre africana, de la sangre de héroes que me alienta; ¡no! Yo no soy ya la humilde esclava del amor de un hombre; yo soy la poderosa leona del desierto, que una serpiente ha mordido a traición mientras dormía; yo me siento agitada por un furor de destrucción; yo siento con placer, con un placer del infierno, que a mi amor se va mezclando algo de odio; y ¡ay de Gabriel el día en que mi odio venza a mi amor! Se me provoca al combate; los de mi sangre nunca han retrocedido ante la pelea; se me brinda a combatir, combatamos; pero, como a los de mi sangre, que no se me pida ni generosidad ni compasión después de la victoria.

Mirian se había transfigurado; espantaba su palidez; daba miedo el fuego sombrío de sus ojos; estremecía su poderoso temblor; su hermosura resplandecía de una manera siniestra.

(Continuará)

EL CASO DEL NIÑO ASESINADO

Por ANDREW SOUTAR

HARRY Lack miró el reloj después de haber dejado sobre la mesa el libro que había estado leyendo. — eran las once y media — después de bostezar encendió un último cigarrillo.

Se levantó perezosamente y se dirigió hacia la ventana. Ya es hora de ir a descansar — se dijo — Descorrió las pesadas cortinas dejando entrar un raudal de brillante luz de la luna,

El Támesis, en su mayor nivel presentaba una superficie como un espejo de plata y las barcas amarradas, los enormes depósitos y las chimeneas del lado de Surrey parecían delicadas siluetas. La placidez y el silencio de todo el cuadro le hizo permanecer un momento como fascinado.

La enorme ciudad dormía en silencio.

De pronto aquel silencio fué interrumpido por el estridente repicar de la campanilla eléctrica de la puerta de calle.

Lack frunció el ceño e inmediatamente pensó no hacer caso del llamado; pero la campanilla continuaba sonando estrepitosamente hasta que Lack descendió con fastidioso gesto la escalera y descorrió los cerrojos, abriendo de golpe la puerta.

—¡Qué cristos se le...! — comenzó a decir, pero reprimió al momento su enojo al ver que quien estaba de pié, en la puerta era una dama alta y delgada, envuelta en un abrigo de automivilista, cuyo cuello, levantado, encuadraba un rostro de perfecto óvalo, muy pálido, que iluminaba la luz de la luna. La dama debía haber llegado en un pequeño automóvil de dos asientos que estaba parado en el patio, muy cerca de la puerta.

—¿El señor Harry Lack? — interrogó la visitante con nerviosa brusquedad.

—Yo soy.

—Gracias Dios mío! — dijo ella rápidamente — No intentaré pedirle disculpa por presentarme a hora tan inoportuna, porque me hallo en una desesperada situación, señor Lack y necesito de su ayuda. He venido directamente de Wyfold con la esperanza de tener la suerte de hablarle. Usted no me conoce, mi nombre es señora de Goodiving, pero hace algunos años mi hermano el capitán Broddy, estuvo con usted en la India y él...

—Recuerdo perfectamente a Broddy — dijo Lack — Hágame el obsequio de subir, señora Goodiving.

Y la siguió hasta su sala de recibo.

—Veamos ahora que es lo que tiene usted que decirme, — dijo Lack ofreciendole una silla.

Mentalmente calculó que debía tener unos treinta años y poseer una gran energía a pesar de su débil apariencia y de su belleza de muñeca.

La señora de Goodwing no quiso sentarse. Tratando mentalmente, de poner en orden sus recuerdos, se paseaba de un lado a otro.

—El caso es este — dijo con nerviosidad después de una pausa — Hace tres días mi sobrino, niño de siete años de edad, desapareció del modo más extraño, de una glorieta situada al fondo de mi jardín, donde jugaba siempre que hacía buen tiempo.

Debo hacerle saber, señor Lack, que soy viuda y que mi sobrino es huérfano. Es el hijo único de Robert Broddy, quien como usted debe haber sabido, murió hace dos años dejando el niño a mi cargo.

Según lo dispuesto por el testamento de mi hermano, el niño debe heredar una fortuna considerable al llegar a su mayor edad. Si acaso muere antes, el dinero pasará a mi poder y en caso de que yo fallezca antes, y él después, la fortuna pasará a poder de unas instituciones benéficas. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, señora, — dijo Harry Lack.

—Pues bien, hace tres días a eso de las seis, le dejé entretenido con sus juguetes en la glorieta Tenía que contestar algunas

cartas y que atender a varias cosas. Cuando, pasadas las siete me llamó la atención que el niño no hubiera vuelto a casa, envié a mi criada, una anciana de toda confianza, a que le buscara. La criada regresó diciendo que no podía hallarle por ninguna parte.

No me alarmé mucho en el primer momento por que el niño solía vestirse de indio piel roja con un trajecito que yo le había comprado para asistir a un baile infantil de fantasía, y a veces se escondía entre los arbustos y esperaba que yo pasara para saltar de improviso y sorprenderme desprevenida. Pasado un rato, sin embargo, y como ya estaba anocheciendo, salí en su busca. Ayudada por la sirvienta le busqué mas de una hora. El jardín no es grande, no llega a un cuarto de acre de superficie; está rodeado de una alta tapia de ladrillo y sólo tiene un porton con fuerte cierre de resorte, colocado a una altura a la que no puede alcanzar el pequeño Robert.

El portón estaba bien cerrado, así que sentíame convencida de que el niño tenía que estar en la casa o en el jardín. Buscamos por todas partes, en vano, hasta que cerró la noche. Muy alarmada y asustada, abrí el portón, que da al camino de junto al canal, el camino de remolque. Hay allí unos grandes castaños cuyo follaje hacía aún mas intensa la oscuridad. Llamé a gritos al niño, pero no obtuve respuesta. Avancé un poco por el camino, unos doce pasos y de pronto tropecé con algo suave que estaba en el suelo. Me incliné a recogerlo y me emocionó mucho ver que se trataba del adorno de plumas, para la cabeza, que formaba parte del disfraz de indio piel roja que tenía puesto Robert aquella tarde.

—¿Qué hizo Vd. entonces? — preguntó Harry Lack.

—Regresé corriendo a la casa y enseguida hablé por teléfono con la policía. Se presentaron dos empleados quienes después de escuchar lo que yo tenía que decirles me hicieron gran número de preguntas. Se retiraron para dar órden de que se dragara el río. Lo dragaron durante toda la noche y casi todo el día siguiente, pero no encontraron nada.

Repentinamente cambió la actitud de la mujer que se sentó en la silla como agobiada de cansancio. Pero casi enseguida levantó la cabeza con aire de desafío.

—He oído decir hoy, ya sabe usted el infierno de chismes que es siempre un pueblo pequeño, que he sido acusada de haber matado al pobre niño. — La cara de la mujer perdió un momento su palidez poniéndose roja — ¡Escuche usted! Mi esposo falleció hace seis años y hace poco he sido solicitada en matrimonio. Esto lo saben en el pueblo, pues allí se enteran de todo. Pero los aficionados al escándalo, los chismosos, han dicho que me he deshecho del niño para heredar su dinero y evitarme el trabajo de cuidarlo. Como es natural, del punto de vista de la policía, se ha creado una atmósfera contraria a mi. Lo mismo he dicho, que fui la última persona que vió al niño con vida y verdaderamente no faltan motivos para atribuirme la culpa. Sinceramente, me siento asustada. Lea usted esto:

Sacó del bolsillo de su tapado de pieles un sobre manoseado y media hoja de papel de cartas:

—¡Léalo usted! — repitió.

Lack desdobló el papel y acercándose a la lámpara de su mesa de trabajo, observó con aire preocupado las palabras que habían en él escritas con lápiz y que decían:

"Onorable ceñora: Crea que los gitanos te an apedera del chico. Abize a la policía si quiere berlo otra bez en su caza. — Una perzona que la hestima".

—Esa carta llegó ésta tarde por correo — dijo la señora de Goodwing.

—¿Enseñó usted ésta carta a la policía? — preguntó rápidamente Harry Lack.

La visitante sonrió amargamente.

—La tenía la policía, cuando aún no había transcurrido media hora desde que el cartero la dejó en mi casa. Pero la policía está influenciada y me he dado cuenta de que están convencidos de mi culpabilidad lo mismo que los otros, así que consideraron la carta, como una tentativa de mi parte para eludir las sospechas.

—Pero de cualquier modo tienen el deber de tomar alguna medida, aunque sólo sea para sostener la reputación de la policía.

—Han hecho averiguaciones sobre una carreta de gitanos que estaba en las inmediaciones del pueblo y resultó que los gitanos se habían ido de Wyfold a las cuatro de aquella tarde y estaban a siete millas de distancia cuando anocheció. En la carreta sólo iban un anciano y su esposa.

Lack miró el papel al trasluz. Era de clase ordinaria y no se veía con claridad su marca de agua. El sello que tenía la estampilla del sobre estaba medio borroneado, pero permitía apreciar que la carta había sido echada a las doce del día en un buzón de Ráinton población situada a mas de cinco millas, río arriba, de Wyfold.

—Si usted me lo permite me voy a quedar con esto — dijo.

Pero la señora de Goodwing no le respondió. Su energía había sido vencida por el esfuerzo y la pobre mujer sollozaba, dominada por el dolor.

Harry Lack se acercó enseguida a ella.

—Tranquilícese — dijo ¡No se deje vencer así! Es necesario que conserve mucha serenidad — Le sirvió un poco de cognac con agua — Beba esto — continó — Es preciso que descanse. Retírese lo más pronto que pueda a dormir. No puede regresar esta noche a Wyfold ¿dónde va a quedarse?

—Antes de salir telegrafié a una amiga que vive en el centro de Londres diciéndole que me esperara y que tal vez llegaría algo tarde. Ya me siento mejor. ¿Podía usted ayudarme en este asunto?

—La ayudaré en todo lo que pueda y lo antes posible. Si quiere usted venir mañana a buscarme... Yo la estaré esperando.

—Vendré a las diez, señor Lack. Pero

usted... usted no es como los demás... ¿me cree culpable?

—Si la creyese culpable no le pediría que viniese mañana — dijo seriamente Lack— Me he pasado muchos años de mi vida estudiando al género humano, y sé leer en el rostro de las personas. Usted no es de las que tienen la etiqueta de "criminal". Yo también procuraré dormir ahora y descansar para hallarme bien cuando llegue usted por la mañana.

La acompañó hasta su automóvil y luego permaneció sentado en su butaca durante cerca de una hora, examinando la carta que le había dado la visitante y pensando en el caso.

Al día siguiente, poco antes de las doce, la señora de Goodwing acompañada de Lack, detenía su pequeño automóvil frente a un pintoresco chalet rodeado de jardín y aislado de sus vecinos.

Una mujer alta, de cabello blanco, vestida pulcramente de negro, acudió a abrir la puerta.

—¿Hay alguna novedad Sara? — preguntó la señora Goodwing, temblorosa como temiendo una mala noticia.

—Si señora hay una novedad, una mala noticia... — contestó la sirvienta — Los de la policía estuvieron nuevamente anoche y han hablado mucho cuando les dije que usted se había ausentado en su automóvil, sin decirme adonde iba. Han encontrado al niño Robert v...

—¿Lo han encontrado? — exclamó, o mejor dicho gritó la señora Goodwing tambaleándose como si fuera a desmayarse — ¿Dónde?

—¡En el pozo de la cascada de la represa! Y según dicen, asesinado — continuó la anciana no sin cierta ironía. He ido a verle al depósito fúnebre. Es efectivamente el niño Robert; tenía puesto su traje de indio piel roja cuando lo encontraron. Dice el médico que llevaba en el agua cuatro días ¡Pobre niño!

Al decir esto la anciana se llevó la mano a los ojos y desapareció en el interior de la casa.

La señora Goodwing, sumamente pálida se volvió hacia Lack.

—Deme usted el brazo, señor. Parece como si fuera a caerme. Ya lo vé usted. Hasta mi fiel sirvienta sospecha de mí. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puede hacer usted? Siento como si a mi alrededor una red se fuera estrechando cada vez más: ¡y sin embargo, juro que soy inocente!

—Lo que debe hacer usted, es retirarse a su habitación a descansar. Yo, por mi parte voy a revisar el jardín y la glorieta lo más pronto posible, si quiere usted indicarme por donde se pasa. No, no se moleste usted en acompañarme, prefiero ir solo.

La señora de Goodwing se tranquilizó un tanto gracias a un poderoso esfuerzo de su voluntad y acompañó a Lack hasta una puerta del fondo de la casa que daba a una galería, de la cual se descendía por una gradería de cuatro escalones, al jardín.

La glorieta, de construcción rústica, con techo de teja estaba en un ángulo de la tapia a la extremidad del jardín y bajo la sombra de las ramas de unos enormes castaños.

En la tapia había una ventana por la que los que se hallaban en la glorieta podían ver el río y el camino. Una mesa redonda que había en el centro y unos asientos situados junto a tres de las paredes, constituían todo el mobiliario. Nada había sido tocado allí. En la mesa había un vaso, que debía haber contenido leche y los restos de un sandwich de dulce a su lado. En un rincón estaba un caballo-hamaca muy viejo, un pequeño ejército de soldaditos de plomo y varios otros juguetes esparcidos por doquier. Sobre la mesa, junto al resto del sandwich había un botecito con mástil sin vela.

Lack se detuvo a la entrada, estudiando, lenta y metódicamente todos los detalles. Después volvióse hacia la pared que estaba a su derecha. Del lado del césped, donde él se hallaba, formaba un ancho parapeto lo menos de dos pies y medio de altura, en cuya parte superior había dos almohadones viejos y deteriorados por la intemperie lo que indicaba que aquel parapeto era usado frecuentemente como asiento para contemplar el río; pero del lado de afuera la distancia hasta el suelo era de más de siete pies.

Volvió Harry Lack a la glorieta. Una mirada hacia atras, antes de entrar le permitió percatarse de que los grupos de arbustos impedían que desde la casa se viera lo que pasaba en la glorieta. El terreno que quedaba lindando con el jardín, río abajo, era un trozo inculto, cubierto de altos yuyos y cercado por una verja de altos y puntiagudos hierros.

Satisfecho de su observación por ese lado, entró Lack en la glorieta y empezando por el vaso vacío y los restos del pan y el dulce, lo revisó todo, hasta el piso de madera.

Se pasó más de media hora en esa investigación durante la cual encontró dos cosas que parecieron interesarle.

Una de ellas fué un pequeño tapón de corcho que levantó de debajo de un asiento y lo examinó atentamente. Lo otro fué una cantidad, como media cucharadita, de algo, que parecía arena roja, que desprendió rascando en diversas partes del piso con el cortaplumas y que después de examinarlo con su poderosa lente de aumento lo puso en un sobre limpio y lo guardó en el bolsillo junto al corcho.

Después de ésto abrió el porton que daba paso al camino de la orilla del río y salió por él cerrándolo nuevamente. En la orilla del río, frente al portón, unos cuantos escalones daban acceso a un pequeño embarcadero, con tirantes pintados de blanco. Este lugar debía ser poco frecuentado y no había ningún bote amarrado a él. Lack se sentó a la orilla del río y fumó un cigarrillo mientras meditaba. Del otro lado del río

se veía un extenso plantío de trigo rodeado por un cerco de arbustos y la única casa que se distinguía era una pequeña, de techo de teja roja y que distaba mas de una milla del río.

Terminado su cigarrillo paseó pensativo por el camino, río abajo y río arriba, varias veces y del portón al embarcadero otras tantas, luego siguió por una senda lateral y se dirigió a la oficina policial del pueblo donde presentando su tarjeta obtuvo permiso de visitar la pequeña "morgue" donde se hallaba el cadáver del niño.

—¡Qué caso más triste, señor! — le dijo el policía que le acompañaba — ¡Un niño tan simpático! Las piedras y pilares de concreto de la represa le han golpeado de modo terrible. Pero el niño no pudo echarse él mismo al río. Ya teníamos esa seguridad antes de hacer las averiguaciones que lo confirmaron.

Lack que había examinado atentamente el cuerpo, lo cubrió de nuevo con la sábana que lo tapaba.

—Bien — dijo al salir — quisiera ir a Rainton ¿Dónde podría alquilar una bicicleta por una hora u hora y media?

—Tengo una muy buena, señor, y si usted quiere se la prestaré con mucho gusto. En el pueblo no hay quien alquile bicicletas.

—Gracias — dijo Lack — Le agradezco su ofrecimiento. Voy a necesitar la bicicleta lo más, un par de horas.

Cumplió su palabra, pues devolvió la bicicleta en el tiempo indicado. Luego fué a una vieja hostería y pidió que le prepararan de comer para las ocho y una habitación para pasar la noche.

Después de escribir una breve carta a la señora Goodwing, paseó por las calles del pueblo y estuvo un rato de conversación con el único botero que había en la localidad.

Eran ya, más de las once de la noche, cuando Lack que había estado leyendo a la luz de una bujía bajó sin hacer ruido al piso bajo. La puerta de calle de la hostería con sus cerrojos antiguos y pesados, con sus barras transversales de seguridad, era difícil de abrir sin despertar a todos los de la casa, pero se había fijado en una ventana del cuarto donde le sirvieron la comida, ventana, cuyo pestillo aceitó con el aceite que le sirvieron para la ensalada.

Poco después de haber salido de su cuarto estaba Harry Lack en la solitaria calle del pueblo iluminada por la luna y silenciosa pues los vecinos se acostaban temprano.

Siguió por esa calle hasta que llegó a una pequeña casa, situada en medio de un jardín mal cuidado. Abriendo el portón, entró y se acercó cautelosamente hasta la ventana que daba a la derecha de la puerta de entrada y con un abrochador abrió el pestillo, movió una de las hojas de la ventana y se metió en la casa. Corrió cuidadosamente las cortinas y encendió una lámpara. Durante un par de minutos se quedó de pie, inmóvil escuchando y estudiando lo que veía a su alrededor. Luego, como no oyera nada, se dirigió hacia una mesa escritorio colocada cerca de la chimenea, tomó una silla y se sentó. Había un estante para papeles y sobres ante él; examinó atentamente su contenido habiendo colocado antes, en la mesa, el sobre y la carta, recibidos por la señora de Goodwing.

Tomó varias hojas de papel y varios sobres y los examinó uno por uno. Por fin se le oyó una exclamación de satisfacción y se guardó una hoja de papel junto a la carta original. Después revisó las casillas del escritorio; casi todas contenían papeles sin importancia. En una de ellas encontró un carnet con sellos de correo, de los que se venden a dos chelines. Era nuevo no faltaban mas que dos sellos a la primera hoja miró el primer sello, lo comparó al que estaba pegado en el sobre y otra vez se le oyó un gruñido de satisfacción. Se guarda el carnet junto con los papeles.

Durante cinco minutos, Lack se quedó inmóvil mirando ante sí. Después se levantó y acercándose a la chimenea hizo caer adrede, un pesado jarrón de porcelana china que dió en los hierros de delante del hogar y se hizo añicos con estrépito.

Dejando encendida la lámpara del escritorio cruzó la habitación y abrió la puerta poco más de un palmo — la puerta se abría para adentro — situándose a un lado de modo de que cualquiera que llegara le escondiera al mismo tiempo, al abrir la puerta.

No tuvo mucho que esperar. Del piso alto llegó ruído de pisadas, primero en el corredor, después en la escalera.

Poco después la puerta era violentamente empujada y un hombre entró en la habitación. Era ancho de espaldas, musculoso, como de treinta y cinco años de edad. Estaba despeinado como quien acaba de saltar de la cama, calzaba unas zapatillas y vestía un traje de franela con el cuello del saco subido. Empuñaba un revólver muy grande y de modelo antiguo.

Al ver la lámpara encendida y el escritorio abierto lanzó un juramento y avanzó.

Harry Lack saliendo de detrás de la puerta le siguió y cuando el hombre se volvía para acometerlo, le aplicó un terrible golpe de boxeo en la mandíbula. El hombre se desplomó como muerto.

Lack no perdió tiempo pues sabía que el otro no iba a tardar en recobrar el sentido. Sacó del bolsillo un trozo de catgut — la resistente tapa que usan los médicos para determinadas suturas — con una pequeña agarradera de madera a cada extremo y con ella le ató las muñecas a la espalda. Esta es una invención de un policía francés y resulta más eficáz que las esposas. El preso forcejeó para soltarse y se volvió desesperado, pero Lack no tuvo mas que dar otra vuelta, apretar más la ligadura del catgut para que ahogando un grito de dolor y lanzando un juramento su cautivo quedara quieto.

—Si trata de desatarse sólo conseguirá herirse — le dijo — levántese. Lo necesito

Frith-Dilmore y la policía también — El hombre se puso de pié.

—¡Venga! — ordenó Harry Lack haciéndole pasar por el hall hacia la calle.

Poco después estaban ambos ante el pequeño chalet que servía de oficina policial y donde aún había luz. Sin duda les esperaban. A Lack por lo menos le esperaban pues en cuanto llamó se abrió la puerta presentándose un inspector y un policéman.

—¡Aquí tienen al hombre! — dijo Lack.

El inspector lo miró con asombro.

—¡Dios mío! — exclamó en seguida — ¡Es el mismo señor Frith-Dilmore!

—El mismo — dijo Lack — Sería bueno que me acompañara a casa de la señora Goodwing. Allí le explicaré todo.

—Pero a ésta hora, señor...

—Debe estar esperándome. Le mandé una carta y ella tiene derecho a oir lo que tengo que decir y a oirlo en presencia de ustedes. Lo mejor es que se hagan cargo de éste hombre ahora mismo.

Los de la policía pusiéronle las esposas de ordenanza y cinco minutos después estaban ante la señora Goodwing, pálida y temblorosa.

—Seré lo más breve posible, señora — dijo Lack — Cuando oí su relato y después de ver el jardín y la glorieta comprendí que el niño no podía haber desaparecido por su propia iniciativa y que alguien tenía que haberse apoderado de él.

Lo primero que me llamó la atención es que, a pesar de que desde la habitación donde estaba usted escribiendo que se vé la glorieta en cambio la distancia es tan corta que el menor grito o ruído de pelea puede oirse y hubiera llegado hasta usted tanto más, cuanto que la tarde era calurosa y las ventanas estaban abiertas. Como usted no había oído nada alarmante deduje que quien se había llevado al niño era conocido de él pues de lo contrario hubiera gritado o llorado al ver que se le acercaba un desconocido.

Como el jardín esta enteramente cerrado y la persona culpable no podía haber entrado en la casa y usted misma tenía la única llave del portón del jardín, el raptor, fuera quien fuera, tenía que haber saltado la tapia, procedente del camino de remolque y haberse ido con el niño por el mismo lado. El camino estaba con seguridad, desierto a esa hora, como lo esta casi siempre. Además hay allí, unos grandes castaños que lo ocultan todo y en la ribera de enfrente no hay casa desde la cual puedan mirar.

Busqué en la glorieta y encontré esto. En este sobre hay un pequeño tapón de corcho con el sello de una farmacia de Raimton. En éste otro hay un poco de polvo de ladrillo que recogí del piso de la glorieta, polvo de la tapia del jardín. Del lado interior la tapia es baja no así del lado de fuera donde tiene más de siete pies, altura que pocas mujeres, no siendo acróbatas de profesión pueden escalar. El raptor pues, fué un hombre a quien conocía el niño, que había escalado la tapia, saliendo por el otro lado del camino y que tenía en el bolsillo un pequeño frasco que probablemente contenía un narcótico.

Debió ser obra de pocos segundos verter el contenido del frasco en un pañuelo y aplicarlo a la boca y nariz del niño. Eso fué lo que indudablemente hizo el hombre pero, por desgracia para él, dejó caer el corcho y este rodó debajo del asiento donde yo lo hallé.

Entonces debió poner al niño dormido sobre la pared que es ancha, saltar al otro lado y bajar al niño. El contenido de este tercer sobre prueba que procedió así. Son unas cuentas de los adornos del traje de indio, que recojí cerca de la tapia y algunas hilachas que había sobre la misma tapia en el mismo lugar en que los botines del hombre marcaron los ladrillos al bajar. En consecuencia, era lógico que el hombre no podía exponerse a llevar al niño por el camino de remolque y tampoco hubiera sido sensato arrojarlo al río allí mismo. Esta reflexión y el hecho de que el cuerpo fué hallado una milla aguas abajo indican que se había hecho uso de un bote. Esto lo demostró también el hecho de que hallé otras cuentas en el embarcadero ante el portón. El adorno de plumas que usted halló debió caerse sin que el hombre se percatara de ello mientras llevaba al niño a embarcarlo. Una vez en el bote, el niño, inconsciente bajo la acción de la droga, pudo ser ocultado bajo unos almohadones o bajo una manta sobre todo siendo como era casi de noche. La caída de la represa que es considerada muy peligrosa constituía el sitio ideal para librarse del niño. Dias y tal vez semanas, pasarían antes de que fuese visto el cuerpo Fuí a ver el cuerpo y lo hallé golpeado, pero también encontré algo más.

Las venas de las muñecas habían sido deliberadamente abiertas antes de arrojar al niño al agua para que se desangrara y en ningún caso pudiera ser sacado con vida. No puede darse mayor crueldad.

Fuí a Rainton a la botica y pedí una pequeña cantidad de láudano sabedor de que, de acuerdo con la ley, tendría que firmar en el libro en que firma todo aquel que compra una sustancia venenosa.

En el libro había dos firmas más de los últimos días y una de ellas era la de Frith-Dilmore. Había comprado dos onzas de cloroformo diciendo que lo necesitaba para matar a un perro al que quería mucho pero que estaba viejo y enfermo incurable.

Conversé después con el único botero de

Iban dos aristócratas en un coche por camino muy quebrado.

De pronto, vuelca el carruaje, y el cochero, que acaba de ser despedido del pescante; se acerca a la portezuela y dice, sombrero en mano:

—Participo a los señores que hemos tenido el honor de volcar.

la localidad y me informé de que Frith-Dilmore tiene un bote con el que pasea a todas horas y se paseó aquella tarde.

También me enteré, oyendo lo que se cuenta de que su nombre corría de boca en boca unido al suyo, señora Goodwing, que visitaba muy seguido su casa y que según decían estaba por casarse con usted. Al oír ésto comprendí que era natural que el niño le conociera y que estuviese al tanto de las costumbres de la casa. Usted señora, me dijo que hacía poco habíanle pedido su mano y también que si su sobrino moría usted heredaría unas cinco mil libras de renta. Frith-Dilmore según me he enterado, no trabaja en nada y no tiene mas que unas doscientas libras de renta anual. El motivo para querer quitar al pobre niño de en medio esta bien claro.

Hice algunas averiguaciones en el pueblo, dí un vistazo a la casa donde vive y me enteré que no tieno sirvienta y que una mujer iba de vez en cuando a hacer la limpieza y logré ver al hombre escribiendo en su escritorio.

Hablando de la carta anónima que usted recibió debo decir que estaba escrita en media hoja de papel vulgar. Había sido echada al correo en Rainton y la estampilla no tenía señales de perforación en la parte inferior, lo que sucede con las estampillas que figuran en la hilera de abajo de la primera hoja de esas libretas de estampillas que vende el correo a dos chelines.

Suponiendo que Frith-Dilmore fuera el autor de esa carta, el motivo para escribirla se comprende.

Usted señora Goodwing se veía sospechada y en momentáneo peligro de ser detenida. Los detalles contra usted iban siendo abrumadores, y este podía traer como consecuencia que ni usted recibiera el dinero ni él pudiera casarse con usted.

La carta, que él sabía que usted iba a mostrar a la policía, tenía por objeto desviar las sospechas hacia un misterioso gitano.

Faltaba probar que fué él efectivamente, quien escribió la carta. Para esto me metí en su casa hace cosa de una hora y revisé cuidadosamente su escritorio. Allí encontré papel y sobres iguales a los de la carta, y esta media hoja que como se vé por el corte, corresponde a la otra media empleada en el anónimo.

En uno de los casilleros del escritorio encontré un carnet de sellos. Es nuevo; solo le faltan dos estampillas de la fila inferior de la primera hoja. Fijándose en la estampilla del sobre y en la que queda en la hilera se vé que de allí salió la primera que no tiene señal de perforación en el borde inferior.

Esta prueba fué decisiva. Yo ignoraba en que habitación de la casa dormía el hombre y no podía correr el riesgo de equivocarme; por eso eché al suelo un jarrón de porcelana de China, que había en la repisa de la chimenea para que el ruído le despertara y le hiciera acudir. El hombre cayó en la trampa.

Señor Inspector, ya hemos entretenido demasiado tiempo a la señora Goodwing que necesita descansar. Mañana prestaré mi declaración. Buenas noches, señora. Ha pasado usted por momentos terribles, pero ha salido bien, en más de un concepto. No quiera darme las gracias. Para mí es suficiente saber que he podido serle útil. Mañana vendré a ver si aún hay algo que arreglar. Buenas noches.

Harry Lack se retiró y el pequeño grupo se perdió en la oscuridad.

FIN

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

RIO KID EN LA PISTA

DIABLOS — dijo disgustado Río Kid, al convencerse de que tenía que abandonar la pista. No era el vaquero de Texas un hombre que abandonara con gusto una empresa; pero en cambio sabía perfectamente cuando tenía que hacerlo. En Texas, Río Kid hubiera podido seguir una pista a través de las mayores distancias y durante meses; pero en la rocosa región de Colorado, las cosas cambiaban radicalmente de aspecto.

Era aquella una región que bien hubiera podido denominarse, el desierto de piedras completamente solitario y donde no era posible hallar ni los más leves vestigios de las pisadas, por lo que el buscar una huella resultaba allí una tarea imposible de realizar.

De tanto en tanto, sobre pequeños trozos de caminos, Río Kid podía observar las huellas dejadas por los cascos de caballos; pero sabía que ellos no le conducirían a ningún lado; puesto que Carlos Alvaro había salido a pie.

Río Kid sabía que el muchacho debía hallarse en alguna parte de aquella sierra, cautivo de sus enemigos.

—Ese infeliz ha buscado su propia desgracia — se dijo finalmente — y, realmente no se lo que me lleva a perder el tiempo así, cuando en verdad, tendría que haber tomado mi caballo y proseguido mi camino.

Pero fué con verdadero desaliento, que Río Kid volvió por fin sus pasos al campamento de Hard Tack.

Por cierto la fatiga no vencía con facilidad a Río Kid; pero era, ante todo, un cowboy, acostumbrado a montar a caballo y ahora ya hacía varias horas que había estado andando a pie, y ello notábase en su organismo. Al mismo tiempo que el muchacho había producido en Río Kid un cierto rencor, a causa de su desconfianza, no por eso hubiéralo dejado el vaquero librado a su suerte, sabiendo bien él que en aquel campamento, un joven como Carlos Alvaro, que ni siquiera era capaz de manejar un revólver, ni llevaba armas encima, corría la misma suerte que una oveja entre una jauría de lobos.

Cuando Río Kid tomó asiento en un banco delante del bar, prestando la mayor atención a la casilla del sheriff Jeff Oakes, quien salía a cada rato al camino, mirando hacia la sierra, como si esperara a alguien, Río Kid, al observar el gesto, sonrió irónicamente.

Oakes no había ido a trabajar en su mina aquel día, y Río Kid comprendió que debía tener motivos para haber quedado en su casilla. Río Kid comprendió fácilmente que el hombre esperaba el regreso de Euchre y de Denver Dave, quienes habían salido aquella mañana en persecución de Carlos Alvaro. Al pensar en este detalle, Río Kid, habiendo perdido la pista en las sierras, tuvo la esperanza de volver a encontrarla nuevamente.

Era cuestión de paciencia. El vaquero comprendió que los dos cómplices del sheriff habrían apresado y escondido al muchacho en alguna región de las sierras.

Denver Dave había ido al campamento para comunicarse con el sheriff, cuando se había encontrado con Río Kid, quien en le-

gítima defensa, había tenido que matarlo de un balazo. No vendría pues a hablar ya con Oakes y Euchre, a su vez, también podría hacerlo, puesto, que seguramente, tendría a su cuidado la custodia del prisionero.

El sheriff tendría pues que ir en busca de sus cómplices y ese sería el momento que debía aprovechar Río Kid para saber el paradero de su joven protegido.

De nuevo, el sheriff salió de su casilla, penetrando en el bar, y, después de servirse una copa de caña, salió nuevamente, dirigiéndose bruscamente a Río Kid, quien simulaba estar medio soñoliento:

—¿Piensa usted quedar en Hard Tack?

—Sí, durante unos días.

—¿Y no va a buscar oro?

—No, ya he hecho ese trabajo en Arizona; pero aquí no tengo ganas de volver a hacerlo.

—¿Pero supongo que no tendrá usted la pretensión de cuidar ganado aquí?

—Naturalmente que no.

—Pero ha venido usted con ese joven, que se hace llamar Carlos Alvaro, y en el que el campamento ha reconocido al hijo de Escobedo. ¿Lo conoce usted?

—Lo vi por primera vez en mi vida, poco antes de llegar aquí. Le traje por que su caballo se había escapado y el muchacho había quedado de a pie.

—¿Pero no tiene usted, entonces, por la mina de Escobedo?

—Soy el único aquí que no tiene el menor interés en esa mina, de la que jamás había oído hablar hasta llegar aquí; pero convengo en que si ese muchacho es efectivamente el hijo de Escobedo y si tiene la intención de sacarle provecho, estoy seguro que no le será muy fácil realizar sus proyectos.

—Es cierto.

—Ahí tiene usted — siguió diciendo Río Kid con la mayor ingenuidad — anoche unos sujetos quisieron entrar en su habitación y tuve que ahuyentarlos con unos tiros.

—¿Los ha visto usted?

—No soy gato para poder ver en la obscuridad. Lo único que he podido ver era que uno de los sujetos entraba en mi habitación y tuve que darle unos golpecitos con la culata de mi Colt, y esa ha sido la razón por la que hoy hizo fuego contra mí, encontrándome en las sierras.

El sheriff se mostró sorprendido

—¿Hizo fuego contra usted hoy?

—Sí...

—Y supongo que usted le habrá contestado; puesto que está usted aquí y él no...

—Efectivamente, y cuando yo hago fuego, doy en el blanco.

El sheriff respiró profundamente. Por un momento llevó sus manos a la culata de su revólver; pero después pareció reflexionar mejor su actitud.

El sheriff había tenido ocasión de observar la agilidad de Río Kid en el manejo del revólver y no se animó a poner en peligro su propia existencia

—Supongo que el hombre no habrá sido un amigo suyo, sheriff, — prosiguió hablando Río Kid con ingenuidad, — ya que no sería posible que un delincuente vulgar tuviera amistad con el cheriff.

—Imagínese, usted, — contestó el sheriff con voz forzada, — ni siquiera sé cómo puede llamarse.

—Creo que se llamaba Denver Dave, — dijo Río Kid.

De nuevo hizo el sheriff un ademán para sacar su revólver, pero al ver que el vaquero le miraba como una fiera atenta, optó por dejar las cosas como estaban, dirigiéndose a su casilla.

Ahora sabía que su mensajero no vendría a darle la noticia de la captura de Carlos Alvaro, y, por lo tanto, poco después, cuando la noche ya cerraba sobre Hard Tack, el sheriff se dirigió a pie hacia las sierras.

Río Kid, indolente hasta entonces comprendió que había llegado el momento de poner manos a la obra.

EL SECRETO DE LA MINA

—Por Dios, — murmuró el joven mejicano, cuando vió que la noche iba tendiendo su manto sobre las sierras, sin que el sheriff, avisado de la prisión del supuesto hijo de Escobedo, fuera a visitarlo, como se lo había anunciado Euchre, quien, cada vez más asombrado, se paseaba inquieto delante de la entrada de la gruta.

Para el prisionero, en la gruta, las horas pasaron lentamente. Río Kid le había advertido que en aquella región no debían permanecer jóvenes como él, y ahora se encontraba en manos de sus enemigos, sin poder abrigar la menor esperanza de salvación. Aunque aburrido, temía, pues, la llegada del sheriff.

Pero por fin, a través de la noche, llegó hasta la gruta el ruído de pasos. Euchre se levantó y tomó en sus manos su revólver. Poco después pudo distinguirse claramente la silueta de un hombre, y Euchre le apuntó inmediatamente con el revólver, mientras le gritaba:

—Arrriba las manos o hago fuego.

—Déjate de tonterías, Euchre, — contestó el recién llegado.

Era la voz del sheriff

—Ah, ¿es usted, sheriff? Por qué no ha venido usted antes? ¿No le ha ido a ver Dave?

Oakes lanzó una maldición

—Dave se encontró con ese vaquero de Texas y recibió su merecido. Me lo acaba de decir él mismo. ¿Está aquí el muchacho?

—Sí... ¿Murió Dave?

—Sí; pero puedo asegurarte que ese hombre no va a salir vivo de Har Tack. Dice que no le interesa la Mina de Escobedo; pero creo que está mintiendo.

Con estas palabras, el sheriff penetró en la cueva, dirigiéndose hacia el lugar en que se hallaba el joven mejicano, quien retrocedió unos pasos, cuando vió que entraba Oakes en la caverna

—Me parece que ahora podremos hablar cómodamente, — dijo el sheriff; — trae la linterna, Euchre.

Poco después una luz de kerosene llenaba de claridad toda la caverna.

—Usted nos ha dicho, amigo, que no es el hijo de Escobedo, el hombre que encontró la mina más rica en todo Colorado, y se parece a él como un huevo a otro. Le repito nuevamente... ¿Es usted el hijo de Escobedo?

La voz del sheriff se hizo más amenazadora.

—Le voy a decir una cosa, — continuó, — desde que el viejo Escobedo fué asesinado aquí hace diez años, su mina se ha perdido y con ella una fortuna considerable. Todos la hemos buscado, y debo confesarte que yo lo he hecho con el mismo afán que

El sheriff pareció dudar por un momento, pero Euchre intervino entonces en la conversación.

—Maestro, — dijo, — ese mocoso está mintiendo. ¿Cómo quiere usted que haya venido directamente de Méjico para Hard Tae, localidad desconocido hasta para la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos, si no es con un fin determinado?

El sheriff asintió con un movimiento de cabeza.

—Es una razón. ¿Qué conocía usted de Hard Tack para decidirse a venir aquí?

—Le voy a decir la verdad, señor. En la aldea se comentaba que el señor Escobedo había encontrado aquí una mina de oro; porque la señora recibía periódicamente envíos de oro, hasta que un día esos envíos cesaron...

El joven mejicano permaneció en silencio por unos minutos...

todos los demás. Todos sabemos que Escobedo tenía hijos en Méjico, y estamos convencidos de que alguno de ellos buscará nuevamente la fortuna de su padre. Ahora bien, aunque diga usted lo contrario, sostenemos que es usted el hijo de Escobedo.

—Yo no soy el hijo de Escobedo, señor.

—¿Entonces para qué ha venido usted aquí?

—Señor, he venido porque soy muy pobre. Hemos perdido todo durante las revoluciones, y tengo una madre y un hermano, que está enfermo, a quienes tengo que mantener, y como tenía ciertos conocimientos de minería, creí que podría encontrar quizá aquí una mina, sin pensar que me encontrara con tantos enemigos.

—¿Jura usted que no es el hijo de Escobedo?

—Lo juro, señor, por todos los santos.

—Fué cuando lo mataron, — dijo sonriendo Euchre.

—¿Y usted vino de Méjico solamente porque había oído que otro mejicano se había enriquecido aquí.

—Sí, señor.

—¿Y no es usted el hijo de Escobedo?

—No, señor.

—Pero es usted de su familia.

—Sí señor; soy un pariente suyo.

—Muy bien, — dijo el sheriff, — puede ser que tenga usted razón en afirmar que no es el hijo de Escobedo; pero es el caso que en cierta ocasión, mientras estaba borracho, Escobedo dijo que si llegaban a matarlo, el secreto de su mina moriría con él; pero que había enviado un mapa a su hijo. Efectivamente, lo mataron y nadie pudo encontrar la mina. Pues bien, a nosotros nos interesa saber ahora si usted tiene ese

mapa, y estamos dispuesto a averiguarlo, aunque fuera sometiéndolo a tormentos. Euchre, revisa a ese muchacho.

—Pero, señor, — dijo el muchacho enrojeciendo de rubor.

—Bueno, entregue usted, entonces, el mapa si lo tiene...

—Bueno, — gritó el joven mejicano con desesperación, tirando al suelo su sombrero, — en el forro de ese sombrero está el mapa que buscan ustedes, ladrones, hagan lo que quieran.

Oakes, tomó el sombrero y a poco el mapa estaba en sus manos, mientras que Carlos Alvarado se cubría el rostro con ambas manos, llorando amargamente.

Después de estudiar el mapa durante unos minutos el sheriff se volvió nuevamente al joven:

—Ahora estamos satisfechos, — dijo, — porque por fin encontramos la dichosa mina. Vamos a buscarla, y, mientras tanto, lo dejaremos a usted aquí, perfectamente atado. Mañana a medio día, registraremos la mina a nuestro nombre, y, entonces, vendremos a ponerlo en libertad...

—Un momento, — dijo en ese momento una voz a la entrada de la caverna, — está usted en un pequeño error, sheriff...

Oakes giró sobre sus talones, y Euchre hizo lo mismo, encontrándose, entonces, frente a frente con Río Kid, quien, con un Colt en cada mano, les gritaba:

—Arriba las manos...

UN TIRO CERTERO

Río Kid miraba con una sonrisa a los dos vagabundos, quienes no se atrevieron a sacar sus armas, en tanto que el joven mejicano, lanzaba una exclamación de júbilo:

—¡Oh, señor! — dijo, — ha venido a salvarme nuevamente...

—Exactamente.

—Me han quitado el mapa de la mina de Escobedo — dijo el joven.

—Ahora mismo les voy a pedir amigablemente que se lo devuelvan — dijo Río Kid.

El sheriff se mordió los labios.

—Vea, vaquero, le conviene no inmiscuirse en este asunto, — dijo.

—Cree usted, sheriff, que le he seguido hasta aquí, como un lince, desde Hard Tack, si no era con el fin de desbaratar sus planes?

—¿Me ha seguido usted desde el campamento?

—Seguramente Euchre no dejó el menor rastro; pero esperé que usted fuera más amable y en efecto lo ha sido.

En ese momento, el sheriff comprendió la situación en que se encontraba. Había adquirido por fin el plano, y ahora volvería a perderlo.

—Pues estoy dispuestos a defender este plano a balazos, — dijo resueltamente Oakes.

Río Kid sonrió.

—Ya lo creo que va a haber tiros si no levantan ustedes inmediatamente las manos, y lo triste es que Hard Tack tendrá que elegir un nuevo sheriff, al salir el sol.

El sheriff y Euchre se miraron mutuamente. En sus manos se hallaba la clave de la mina de Escobedo, y eran dos contra uno, pero en los ojos de Río Kid se leía una firme resolución.

—Suelte ese plano, — gritó Río Kid.

El sheriff obedeció, y tan pronto llegó al suelo el documento, el mejicano lo alzó rápidamente.

Río Kid siguió por un momento con la mirada el plano. Los dos hombres, creyendo que esa era la oportunidad propicia, sacaron sus armas, y, un minuto después, se oyeron los estampidos de cuatro revólveres. El joven mejicano, lanzando un grito de angustia, se apresuró en refugiarse detrás de una roca, alcanzando a ver solamente como Euchre caía casi inmediatamente después de haberse iniciado el tiroteo, mientras que el sheriff seguía tirando hasta que, también se desplomó pesadamente.

Poco después, sintió que en sus hombros se posaba una mano y reconoció la voz de Río Kid que le llamaba. Todo estaba oscuro en derredor; pues una de las balas había roto la lámpara de kerosene.

—Salgamos, — dijo Río Kid.

—¿Pero, y esos hombres!

—Déjelos que están ya en el otro mundo, — dijo Río Kid, — ya han aprendido a no ser tan tontos de hacer fuego, cuando soy yo quien domina la situación.

Cuando salieron fuera de la gruta, el joven vió que Río Kid se secaba la sangre que manaba de su rostro...

—¿Está usted herido?

—Sí, un poco, pero no tiene importancia.

—¡Oh, señor, usted me ha salvado la mina de Escobedo, le entrego la mitad de ella!

—No, muchas gracias, es suya y quédese con ella. ¿Pero han encontrado ellos el plano en el forro de su sombrero?

—No, yo les dije donde estaba, porque iban a revisarme y...

Y el muchacho, cansado, y apoyándose en el brazo de Río Kid inició al lado de este el regreso al campamento de Hard Tack, sintiendose atemorizado por las sombras de la noche, pero a la vez, reconfortado por la tranquilidad de Río Kid.

LA SEÑORITA

Por la mañana siguiente, Río Kid y el joven mejicano se dirigieron a las montañas, para buscar la mina de Escobedo, la que efectivamente, encontraron después de dos días de penosa marcha por las sierras.

Era al mediodía del segundo día, y el joven mejicano se hallaba descansando en el improvisado campamento, cuando Río Kid, después de una breve excursión volvió a su lado con la gran novedad:

—He encontrado la mina; pero se trata de un yacimiento de aluvión y el oro que existe y que alcanza a más de 20.000 dólares puede ser sacado en varias semanas.

—Por fin hemos descubierto el secreto de la mina — dijo el sheriff, echando una mirada sobre el plano de la Mina de Escobedo, en tanto que el joven mejicano lloraba desconsoladamente..

Tratándose de una región tan salvaje como esta, la mayor locura que podríamos cometer sería registrar la propiedad; porque la ley sería incapaz de proteger a usted contra el saqueo. Todo se reduce, en consecuencia, a sacar el oro y llevarlo; pero hay en ello una dificultad..

—¿Cuál es?

—Que esta mina, si bien ninguna ley la protege, pertenece por derecho a la viuda y al hijo de Escobedo, que son, según me ha referido usted los herederos del viejo Escobedo. Si usted me dice quien es, para que yo pueda saber que tiene usted derecho a esta fortuna, no tendré ningún inconveniente en permanecer a su lado hasta que toda esa cantidad sea sacada de aquí...

El joven mejicano permaneció en silencio por unos minutos.

—Cree usted que no tengo derecho a pedirle eso, — insistió Río Kid.

—Sí, tiene usted más que el mero derecho de preguntarlo, señor, todo lo debo a usted, y, por lo tanto, voy a referirle mi secreto.

—¿Es usted el hijo de Escobedo?

—No, soy la hija de Escobedo.

Río Kid creyó, por un momento, que la tierra desaparecía debajo de sus pies. Jamás había supuesto, ni por un momento, que aquel joven fuera, en realidad, una mujer, y ahora lo comprendía todo...

Pero ello no fué óbice para que cambiara de resolución y para que la fortuna del anciano Joaquín Escobedo fuera a dar unas semanas después, a manos de sus legítimos herederos, sin que, en Hard Tack, se conociera jamás aquél secreto.

EL MISTERIO DEL LLANO

A los ojos de Río Kid no escapaba el detalle de que una tropa de ganado había sido conducida por aquel camino; pero por más que pensara y reflexionara, le resultaba imposible averiguar donde pudiera haber sido llevada.

Era cierto que el joven vaquero no se hallaba directamente interesado en la cuestión, pero la satisfacción de encontrarse nuevamente en el llano, hizo que prestara atención a la cuestión.

Nacido y criado en la región de los llanas, Río Kid no había podido acostumbrarse a las regiones mineras en las que había estado en los últimos tiempos, Aun en los llanos de Montana, Río Kid no se había encontrado a su gusto, y siempre había ansiado volver nuevamente a los campos de Texas, donde creciera y se hiciera hombre. Ahora Río Kid se hallaba en Nueva Méjico, en camino a Texas y cuando se ncontró con la huella de aquella tropa de ganado, apuró su caballo, para alcanzarla y cambiar algunas palabras con los troperos. Ansiaba nuevamente encontrarse entre sus semejantes, después de haber pasado tanto tiempo entre los mineros.

Pero no alcanzó la tropa, ni encontró ningún vaquero, y la huella terminó súbitamente en forma realmente extraordinaria.

Cuando Río Kid llegó al lugar en que terminaba la huella, clavó sus ojos en el suelo, na pudiendo creer lo que allí veía. Se trataba de una huella fresca aun, que indicaba que por esos lugares había pasado pocas horas antes una tropa compuesta por lo menos de unas cien cabezas de ganado, y era imposible que todos aquellos animales se hubieran elevado en el aire, como pájaros. Las huellas terminaban súbitamente sin que pudieran observarse los rastros, ni de los animales ni de los troperos. Aquello era como si la tierra los hubiese tragado.

—Cristo — murmuró Río Kid.

Aquello era un verdadero misterio, y el joven vaquero no era aficionado a los misterios que no pudiera esclarecer. El asunto, aunque no le importaba en verdad, lo había intranquilizado, y no estaba dispuesto a seguir su camino hacia Texas, sin resolver primero ese misterio.

Próximamente en PUCKY

El JUEGO del PELIGRO

ACCION, DRAMA, MISTERIO

Río Kid se apeó de su caballo e inspeccionó el terreno, poniendo a prueba toda su pericia en la cuestión de descifrar las huellas, tarea esa en que ni los indios hubieran sido capaces de aventajarlo. Pero allí no había ninguna huella que observar, porque todo parecía indicar que aquella tropa había dejado de existir como por arte de magia.

—Esto sí que es el colmo — dijo Río Kid, y dejando su caballo allí volvió unos pasos hacia atrás, recorriendo nuevamente la huella.

Las pisadas de la tropa, compuesta por unos cien novillos estaban claramente visibles; pero terminaban, no pudiendo verse ninguna huella, que permitiera creer que la tropa había sido obligada a volver sobre sus pasos.

Río Kid buscó entonces las huellas de los caballos de los troperos, no tardando en encontrarlos. Pudo observar entonces que habían sido dos los hombres que habían llevado aquella tropa y las huellas de sus caballos habían terminado en forma tan brusca, como la de los novillos.

El joven vaquero de Texas permaneció durante unos minutos completamente perplejo. La observación paciente de las huellas le había demostrado que uno de los hombres se había apeado de su caballo pero que solo había caminado muy pocos metros, segura-

mente para levantar algún objeto que se le había caído. Sin embargo, esas pocas pisadas fueron suficientes para que Río Kid observara que ese hombre cojeaba de una pierna, pues las pisadas del pie derecho eran mucho más pronunciadas que las del izquierdo.

Pero, cuando los dos hombres estuvieron cerca, Río Kid pudo comprobar que llevaba en sus manos sendos devólveres, con los que apuntaban, al mismo tiempo que uno de ellos le gritaba:

—¡Arriba las manos!

Río Kid obedeció.

—¿Quiénes son ustedes y qué buscan? — preguntó el joven vaquero, entonces, con la mayor ingenuidad.

—Soy Buck Wilson, el capataz de la estancia de Carson — respondió un de los hombres — y venimos siguiendo a dos ladrones de ganado, que han matado a Tommy Tucker, llevando su tropa. Y creo que usted es uno de ellos, de modo que le conviene no resistirse.

—No soy ningún ladrón de ganado —replicó Río Kid.

Pero el capataz no le hizo caso, ordenando a su compañero Posy Pete, que quitara las armas a Río Kid.

Este, por su parte, no deseando tener disgustos con los vaqueros, no ofreció la menor resistencia, seguro de que el error se esclarecería.

—Y ahora — dijo Buck Wilson a Río Kid — ladrón miserable, me va a decir usted dónde están las vacas.

BAJO SOSPECHAS

—¿Y a mí que me dice? — respondió Río Kid con la mayor tranquilidad?

—Este parece ser un individuo bastante tranquilo, — respondió Posy Pete, dirigiéndose a Buck.

—Ladrón, te he preguntado dónde están las vacas — repitió nuevamente el capataz, con un tono de amenaza en la voz. — Usted ha sido el autor de la muerte de Tommy Tucker, y queremos saber adónde ha llevado la tropa de animales que llevaba.

—Pues está usted lamentablemente equivocado — dijo Río Kid — porque no he visto ni oído jamás nada de Tommy Tucker ni de los animales de que usted me habla.

—¿Qué está usted haciendo entonces aquí?

—Paseando a Bunch Grass, y pienso seguir mi camino cuando ustedes se hayan convencido de que están en un error.

—Pues no seguirá usted — dijo el capataz — pues se encontraba en la huella, cuando nosotros lo sorprendimos.

—Los estaba esperando a ustedes, porque no sabía explicarme en qué forma habían desaparecido todos estos animales que dejaron esta huella, y creí que ustedes sabrían ilustrarme al respecto.

—Estoy seguro que usted lo sabe mejor que nosotros — contestó el capataz. — Hace ya varios años que los ladrones vienen haciendo víctima de sus fechorías a Carson, pero es esta la primera vez que atrapamos a uno de ustedes.

—Pues están ustedes equivocados; porque yo nada tengo que ver con la cuestión, pues soy nuevo en la comarca y me dirijo a Texas.

—Eso tendrá usted que demostrarlo, si no quiere que le apliquemos la ley de Lynch, — dijo el capataz; — suba a su caballo inmediatamente.

—Como guste, — dijo el joven vaquero.

—Tome usted las riendas de ese caballo, Pete.

—Bueno.

—¿Quiere usted que los acompañe a dar un paseíto? — siguió preguntando Río Kid siempre con el mejor buen humor.

—Vamos a llevarlo a usted a la estancia, porque el coronel Carson tendrá seguramente mucho interés en hablar con usted, — respondió irónicamente el capataz.

Efectivamente, pocos minutos después, Río Kid, hecho un prisionero seguía a Posy Pete con el capataz a su lado, revólver en mano, y listo para hacer fuego a la primera tentativa de evasión que hiciera el vaquero. Pero éste no pensaba en ello. Sentía curiosidad por saber mayores detalles respecto a esa forma de robar ganados, y creía que en la estancia se los dirían, convencido por otra parte, que siendo inocente nada tendría que temer.

—Ha sucedido ya con frecuencia que se han encontrado ustedes ante huellas que terminan en esa forma? — preguntó Río Kid.

—Sí, — contestó secamente el capataz.

—¿Y dónde cree usted que pueden estar los animales?

—En poder de los ladrones que, desde hace tres años, están robando el ganado de Carson, dejando siempre huellas como ésta...

Río Kid quedó pensativo. El caso era realmente extraordinario. En Texas había perseguido frecuentemente a ladrones de animales y había observado que algunos de ellos poseían la habilidad de borrar las huellas con la misma facilidad con que hubiera podido hacerlo un indio, pero era esta la primera vez en que veía que habían sido borradas las pisadas de toda una tropa de cien cabezas. Parecía imposible, y sin embargo, el caso aparecía allí palpable.

—¿Y qué han hecho ustedes para evitar esos robos? — preguntó nuevamente Río Kid

—Hemos buscado a los ladrones — contestó Buck.

—¿Y nunca han atrapado a ninguno.

—Es usted el primero.

—Bueno, — dijo Río Kid; — ya les he dicho que...

—Basta; eso podrá decirlo usted al patrón...

Río Kid se encogió de hombros, El caso le interesaba de verdad, porque no llegaba a explicarse por qué procedimiento lograrían los ladrones borrar en esa forma las huellas y estaba dispuesto a ayudar a Carson en el esclarecimiento de esos delitos, si se presentaba una oportunidad para hacerlo. La curiosidad lo acicateaba.

El establecimiento de Carson era uno de los más grandes de Nueva Méjico y ya la noche se hallaba bastante avanzada, cuando el capataz, Posy Pete y Río Kid llegaron al galpón que servía de vivienda a los peones, y delante del cual se hallaban sentados cinco

o seis vaqueros, cuya sola vista llenó de alegría a Río Kid, pues le hacían recordar a los que habían sido sus compañeros en el establecimiento de la Doble Barra.

Cuando el capataz se acercó a ellos fué saludado alegremente por los hombres; pero el buen humor de éstos desapareció como por encanto, cuando Buck Wilson se dirigió a ellos con estas palabras:

—Muchachos, han matado a Tommy Tucker y robado su tropa... yo iba con Posy Pete, para relevarlo, cuando lo encontramos muerto... seguimos las huellas y éstas, como de costumbre, terminaron súbitamente. Sólo pudimos encontrar a este hombre, que andaba merodeando por la huella y, por más que dice que nada tiene que ver con el asunto, lo hemos traído porque creemos que el coronel tendrá seguramente interés en hablar con él. ¿Está en casa?

—No; ha salido; pero dijo que volvería pronto...

—Entonces vamos a dejar aquí a este hombre...

—Encantado, — dijo Río Kid, quien recién entonces comenzó a hablar; — muchachos, estoy encantado de encontrarme entre ustedes y más aun si tienen alguna cosa que comer para ofrecerme...

Los hombres se miraron con curiosidad.

—Buck, — dijo uno de ellos; ese hombre no parece un cuatrero.

—Tiene usted razón, compañero, — dijo Río Kid; — yo soy un vaquero como ustedes, y encantado de estar aquí... solamente me había detenido donde me encontró el capataz, porque me dejó asombrado esa huella, que terminaba en forma tan extraordinaria...

—Todos estamos asombrados aquí — contestó uno de los hombres, — y puedo asegurarle que si sabe usted algo de eso, el coronel lo hará hablar...

Río Kid sonrió.

—Pues pueden ustedes apostar la cabeza en que yo no sé absolutamente nada, — dijo Río Kid; — pero como vaquero, sería capaz de perseguir durante cien millas a un cuatrero que hubiera matado a un tropero, llevándose los animales... Buck, siento que sea usted tan desconfiado, porque realmente nada tengo que ver en este asunto; pero le ruego que, mientras tanto, me den algo de comer, porque el asunto me ha abierto el apetito...

Y Río Kid en medio de los hombres de la estancia de Carson, que lo vigilaban celosamente, se sentó a comer la ración que el cocinero le alcanzó.

LO QUE SABIA RIO KID

Al principio, los hombres de la estancia de Carson no se habían mostrado agresivos contra Río Kid, quien había comido con buen apetito su ración de comida, escuchando los comentarios que los vaqueros cambiaban entre sí y, llegando a saber por ese conducto muchos de los detalles que le interesaban acerca de las actividades de los cuatreros.

Después, la enemistad de los vaqueros se hizo aun menor, y la desconfianza pareció borrarse de sus ánimos, al punto de que hasta el mismo capataz, que se había mostrado tan desconfiado al principio, comenzó a cambiar opiniones con Río Kid quien, a la par que los demás vaqueros, opinaba sobre la cuestión.

Hacía ya tres años que los robos de hacienda en forma siempre misteriosa se habían venido sucediendo, y por más que se habían tendido varias trampas para atrapar a los ladrones, estas medidas no habían dado jamás ningún resultado, llegando los vaqueros a la conclusión de que entre ellos debía haber alguno que estuviera en combinación con los delincuentes, para ponerlos sobre aviso.

Pero esta vez todos los ánimos se exasperaron, porque hasta entonces los cuatreros jamás habían matado a nadie, y Tommy Tucker era ahora el primer muerto en el cumplimiento de su deber, seguramente después de haber sorprendido a los ladrones.

Los vaqueros no tardaron en dar a Río Kid la razón de que en efecto, el hecho de curiosear una pista tan extraordinaria, siendo vaquero, nada tenía de particular y que, en verdad, sus sospechas no tenían fundamento.

—Pero ello no importa, — dijo entonces Río Kid; — yo siempre he sido un enemigo acérrimo de los cuatreros, y si el coronel me quiere tomar en su estancia, estaré sumamente gustoso en ayudar a ustedes en el esclarecimiento de estos robos, y puedo prometerles que no tomaría mucho tiempo para atrapar a los autores de la muerte de Tommy Tucker.

—¿Cree usted acaso que nosotros aquí no sabemos seguir una huella y que necesitamos que nos de lecciones un vaquero de Texas? — preguntó, ofendido en el amor propio, el captaz.

—No es eso — dijo Río Kid — pero siempre he tenido mucha suerte en esta clase de investigaciones...

—¿Y qué ha observado usted en las huellas?

—Muy poca cosa, solo he podido ver que eran dos los hombres que se llevaron los animales y que uno de ellos cojeaba...

Las palabras de Río Kid produjeron entre los vaqueros una sensación inexplicable, de tal modo que el capataz llevó las manos al revólver, levantándose inmediatamente...

—¿Qué sucede? — preguntó Río Kid.

—¿Quiere decir usted que uno de los ladrones cojea?

—Así es — respondió Río Kid — apuesto la cabeza a que cojea de la pierna izquierda...

Todos los vaqueros se miraron.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Porque según las huellas, he podido constatar que el hombre, seguramente para recoger del suelo alguna cosa, se bajó del caballo, dejando en el pasto la huella de sus pisadas, la que se caracteriza, porque el rastro de la pierna izquierda aparece siempre menos profundo que el de la derecha...

Fué en ese momento, que se oyó el galopar de un caballo, poco después, apareció

ante los vaqueros un jinete. Era un hombre joven y bien vestido, pero cabalgaba con la facilidad de un vaquero.

—¿Es ese caballero el coronel Carson?— preguntó Río Kid.

—No — le contestó Buck Wilson con ironía — es el sobrino del patrón Steve Carson, y, por si le interesa, le diré que cojea de la pierna izquierda...

De nuevo los vaqueros se miraron, mientras los vio encaminarse nuevamente hacia los vaqueros, para preguntarles:

—¿Hay alguna novedad, muchachos?

—Sí — contestó Buck Wilson — Tommy Tuckers ha sido asesinado y su tropa ha sido robada...

El joven hizo un gesto de sorpresa.

—De nuevo los cuatreros — dijo — será necesario tomar alguna medida severa contra ellos... ¿Quién es ese extraño?

El capataz se dirigió entonces al sobrino del estanciero, quien tenía apoyada la mano en el mentón dolorido, y le dijo: — "No podemos permitir que haga usted fuego contra un hombre indefenso, puesto que no ha habido aquí ninguna alusión personal..."

tras que el joven sobrino del coronel, se dirigía a la casa de los patrones, saludando al pasar a los peones con un movimiento de cabeza...

Río Kid le siguió con la mirada...

EL HOMBRE QUE COJEABA DE LA PIERNA IZQUIERDA

Ya había llegado casi a la casa de los patrones, el joven Steve Carson, cuando resolvió encaminarse nuevamente hacia los vaqueros, para preguntarles:

—¿Hay alguna novedad, muchachos?

—Sí — contestó Buck Wilson — Tommy Tuckers ha sido asesinado y su tropa ha sido robada...

El joven hizo un gesto de sorpresa.

—De nuevo los cuatreros — dijo — será necesario tomar alguna medida severa contra ellos... ¿Quién es ese extraño?

El capataz le contó el incidente con Río Kid.

El sobrino de Carson escuchó su relato con atención.

—Ese hombre no debe saber nada de esto — dijo, al fin — pueden ustedes dejarlo en libertad.

—No crea — respondió entonces Posy Pete — dice saber muchas cosas y sería conveniente que usted lo interrogara...

Steve Carson miro a Rio Kid y le ordenó que hablara, haciéndole saber al mismo tiempo que, si llegaba a formar parte de la cuadrilla de ladrones de ganado, podía dar ya por contados sus minutos de vida...

Por su parte, Rio Kid se mostró completamente sereno:

—Lo único que yo sé y que le he dicho a los muchachos — dijo — es que uno de los cuatreros cojea de la pierna izquierda, pero conste que no sabía que usted caminaba en esa forma y que no he hecho ninguna alusión personal, como parece haberlo creído Posy Pete... hay muchos hombres que cojean...

Todos los vaqueros observaron un silencio sepulcral.

Steve Carson, por su parte, cambió de color, y echando mano de su revólver, exclamó:

—Pero, hijo mío, ¿por qué no quieres ir al colegio?

—Porque, el maestro se empeña en enseñarme cosas, de las que no se ni una palabra.

—Muchachos, con sus declaraciones, este hombre me ha demostrado que conoce a los cuatreros y que forma parte de la banda, por lo que no hay que tener compasión con él...

Su rostro estaba lívido al pronunciar estas palabras.

Era indudable que en su interior se desarrollaba una furiosa lucha de sentimientos, y ello no escapó a la observación de Río Kid, quien observaba al joven Steve con la atención de un lince..

Así, cuando el sobrino del patrón levantó rápidamente su revólver con ánimo de hacer fuego contra Río Kid, éste se echó encima de su rival, con la velocidad de una pantera y aplicándole un fuerte golpe de puño, lo hizo caer al suelo, con el mentón semidestrozado.

Un minutó después, el revólver de Steve Carson estaba en la mano de Río Kid, pero también los vaqueros habían echado mano de sus revólveres. Todos creían que iba a hacer fuego contra su joven agresor; pero Río Kid, lejos de ello, tomó el arma y la arrojó encima del techo del galpón:

—Muchachos — dijo — si quieren ustedes disparar contra un hombre indefenso, háganlo, yo no tengo esa costumbre.

Buck Wilson, el capataz, intervino en ese momento, y después de separar a los dos vales, se dirigió a Steve:

—Señor — dijo — ha habido un malentendido... me consta que nadie se ha atrevido a hacer alusiones personales, y no se justifica su agresión contra ese vaquero indefenso... Nosotros no podemos permitir esas cobardías...

El joven Steve Carson se retiró, entonces, a la casa, en tanto que los vaqueros rodeaban a Río Kid, hacia el que se adelantó el capataz con benevolencia. Y Río Kid pudo leer en los ojos de Buck Wilson, la misma sospecha que había brotado en su interior.

(Continuará)

El rico judío Zuckermann, célebre en la ciudad por su avaricia, cae enfermo. El gran médico que ha venido a visitarle le dice que sólo sudando mucho puede salir del mal paso en que se encuentra. Ninguno de los medios empleados para provocar la deseada transpiración da resultado. El estado de Zuckermann empeora. Llega el jefe de la comunidad, y le dice:

—Zuckermann; aunque hasta aquí se ha portado usted como un mal cristiano, voy a hacer que recen por que usted sude, y estoy seguro de que Dios nos escuchará. Pero para ello, y para castigarle de su avaricia, exijo que nos de para nuestros pobres una de sus casas; por ejemplo, la que da al mercado.

Zuckermann vacila, pero finalmente acepta.

Al iniciarse las oraciones, un notario redacta el testamento; pero de pronto Zuckermann se incorpora en el lecho, y, con voz angustiosa, le grita al notario:

—¡Espere, espere; ya sudo!

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

A George le vino espléndidamente el whisky. Después del terrible golpe recibido había quedado débil y necesitaba un estimulante que le ayudara a reponerse, contrarrestando también el frío que sentía en todo el cuerpo a consecuencia de la larga inmersión y del viaje en automóvil con la ropa empapada.

—¡Excelentes provisiones! — dijo Jack —¿No es cierto?

El muchacho se sentó junto a la mesa e hizo, como sus compañeros, los honores a aquella codiciada cena sin olvidarse de darle de vez en cuando alguna que otra galleta a Peter que las agarraba al vuelo mostrando su blanca dentadura de la que tan doloroso recuerdo había dejado al saltimbanqui.

—Me estoy preguntando hace rato a que habría venido Bate al chalet a semejante hora, — dijo de pronto George Heriot, frunciendo el ceño, pensativo.

—¡Ah! ¡Ya me había olvidado por completo del intruso! — dijo Jack. — Ahora estoy muy ocupado, pero en cuanto haya terminado mi tarea con estas galletas y esta mermelada de naranja iré a echar una mirada al escondrijo. Algo muy importante y cuyo secreto le interesaba mucho pues miraba hacia todas partes temiendo, a pesar de estar solo, que alguien le viera, es lo que ha escondido. No había más que verle la cara para comprender la nerviosidad que le dominaba. ¡Si el señor Bate se hubiera imaginado que en aquel momento su seguro servidor le miraba por el ojo de la cerradura!

Jack y Dick — y también Peter, — hacían todos los honores del caso a las galletas de la lata. George tenía poco apetito. Estaba pensativo. El chalet hallábase, para él, lleno de emocionantes recuerdos de su difunto tío.

¡Si John Heriot estuviera con vida y pudiera enterarse del asombroso descubrimiento que había hecho, de que su hijo había sido robado por Hubert Mansell y vivía todavía!

La verdad a ese respecto podía conocerla George Heriot por intermedio de Purvis. Pero Purvis, cuando estuviera mejor sería conducido al hospital del que saldría para ir a la cárcel.

Pero tal vez podría el padre de Vi Desmond conversar con Purvis en el hospital y procurar que le confiara la clave del secreto del misterio que rodeaba la existencia del desaparecido heredero de John Heriot.

Estos pensamientos hicieron que George recordara un detalle que también había olvidado momentáneamente.

—¡Es una lástima que tuviera que salir tan precipitadamente del castillo sin apoderarme del libro cerrado! — dijo en voz alta.

Para apoderarme de un libro encuadernado en cordoban, con doble cierre metálico, era para lo que había ido al castillo aquella noche en que oyó por casualidad las acusadoras palabras de Purvis, dirigidas a Hubert Mansell.

¿Qué era lo que contenía aquel libro del cual su tío habíale hablado con tanto interés y en forma tan extraña?

"George, quiero que tú y solo tú cuando yo haya muerto, abras ese libro, — habíale dicho John Heriot y George recordaba con toda claridad aquellas palabras pronuncia-

das hacía tres años. — "Mientras yo viva "nadie debe abrir sus metálicos cierres, pe- "ro en cuanto yo muera, tú, debes abrirlos. "Lo que el libro contiene te concierne a ti "exclusivamente, es un secreto que tú de- "bes conocer por muchas y muy importantes "razones".

Jack había mirado fijamente a George, mientras éste repetía, recordándolas, las palabras de su difunto tío.

—¿Qué ha dicho usted, señor? ¿Un libro con cierres metálicos? — preguntó con grandísima emoción.

Con repentina sorpresa de parte de George, Jack echó a un lado la lata de galletas y se arrojó al suelo procediendo con nervioso apresuramiento a levantar la alfombra extendida delante de la chimenea. Una vez descubierto el piso de baldosas, Jack sacó la navaja y golpeó con ella sucesivamente varias baldosas, buscando la que Bate había movido.

Poco tardó en hallarla y menos aun en levantarla, dejando abierto el hueco por donde metió la mano. La cavidad se extendía lateralmente hacia la chimenea y de ella sacó lo que Bate había escondido allí poco tiempo antes.

—¿Es este el libro, señor? — preguntó entonces Jack.

Y los asombrados ojos de George fijáronse en el libro objeto de las singulares, extrañas y misteriosas palabras de advertencia del anciano ya desaparecido, ¡en el libro encuadernado en cordoban y con dos cierres metálicos!

EL LIBRO DE LOS CIERRES METALICOS

George Heriot, asombradísimo, tomó el libro de manos de Jack, exclamando:

—¿Pero cómo es posible que este libro haya venido a esta casa?

—¡Si ésto es lo que yo le vi esconder a Bate mientras miraba por el ojo de la llave! Algo importante calculé que tenía que ser porque el hombre parecía muy nervioso y miraba con miedo a todas partes. ¡Pero mire! — agregó Jack con gran nerviosidad. — ¡Aquí hay una carta dirigida a usted, señor, que Bate escondió junto con el libro!

El muchacho buscando en todo el hueco donde había estado el libro acababa de hallar la carta, metida en un sobre en el que se leía el nombre de George.

El sobre, que según parecía no había sido pegado nunca, pues tenía intacta la goma, presentaba el nombre de George trazado por la conocida letra del difunto tío. Dentro del sobre estaba una carta, dirigida a George y también de puño y letra de John Heriot.

Pero ¿por qué se hallaba aquello en poder de Bate? ¿Qué es lo que se proponía Bate apoderándose de lo que no le pertenecía? ¿Se había permitido al anciano sirviente leer el contenido de la carta y lo que decía el libro misterioso? ¿Conqué derecho y con qué fin?

Los cierres metálicos estaban cerrados, pero esto no indicaba nada. Mediante una combinación mecánica, los cierres se cerraban en cuanto se cerraba el libro y no podían ser abiertos más que oprimiendo un oculto resorte.

Nada permitía saber si Bate había descubierto el modo de abrir el libro: pero era de suponer que si lo había abierto no habría resistido a la curiosidad de enterarse de lo que contenía.

George no tenía, por su parte, ni la más remota idea sobre cuál podía ser el contenido de aquel libro. Pero, aun cuando sentía grandísima curiosidad por saberlo, leyó la carta del difunto antes de abrir el libro.

A juzgar por la fecha que tenía, aquella carta debía ser una de las últimas que John Heriot escribió antes de su trágica muerte.

La carta decía así:

"Querido George: Háce tiempo que me he convencido de que yo no tenía razón en la reyerta que tuve contigo, pero he sido demasiado soberbio y terco para confesarlo. Pero la vida es corta y no debemos amargarla con tantas cuestiones, además ya soy viejo, me siento muy solo y te echo mucho de menos".

George, al leer esas líneas, expresó grandísima emoción. Aquella carta había sido escrita tres días antes de aquel en el cual él estuvo en casa de su tío, procurando verle y reconciliarse y en la casa le habían negado la entrada, rechazándolo brutalmente.

La carta proseguía.

"Desde que mi hijito me fué cruelmente arrebatado, tú ocupaste siempre el lugar más cercano de mi corazón. Te pido, George, que perdones mi rudeza y que vuelvas a mi casa a ocupar en mi vida el sitio que hubiese ocupado mi hijo. Todos los esfuerzos que he hecho para dar con tu paradero han fracasado. No se donde enviar esta carta para que llegue a tus manos. Pero tengo fe en el éxito de ciertas averiguaciones que he mandado realizar y creo que conseguí, por fin, tu dirección".

George, súbitamente, comprendió.

—¡Pero entonces no pudo ser mi tío quien envió aquella brutal respuesta negándose a verme y ordenándome que no volviera a acercarme ni a la puerta de su casa! — exclamó. — ¡Qué tenebrosa traición lo manejaba todo allí! ¡Ya lo comprendo! Entre los dos, entre mi primo y Bate, combinaron las cosas de modo que yo no pudiera ni pensar en volver a ver a mi tío. ¡Por eso me despidieron con aquel despectivo mensaje! ¡Por eso me dijo el sirviente que mi tío manifestaba que no quería verme y me aconsejaba que no volviese ni a acercarme a su vivienda!

George frunció el ceño, amargado por el conocimiento de aquella nueva revelación del verdadero e infame carácter de su primo Hubert Mansell.

Pero al mismo tiempo sentía una íntima satisfacción al pensar en que su tío le había echado de menos y había tenido vehementes deseos de verle, como la carta lo demostraba.

George volvió a leer. En los primeros sucesivos renglones un ambiente de misterio pareció revelar el significado de las líneas trazadas por el anciano.

"En una ocasión te hablé del libro encuadernado en cordoban, el de los cierres metálicos, que tú debes abrir después de mi muerte. Existen razones por las cuales no puede ser más explícito cuando te hablé. Pero lo que entonces no me atreví a decirte, no me

Próximamente en PUCKY

El JUEGO del PELIGRO

ACCION,
DRAMA,
MISTERIO

---

atrevo ahora a confiarlo a una carta que puede caer en manos extrañas..."

—¡Cómo ha caído en las de Bate! — murmuró George haciendo un paréntesis a la lectura.

Después siguió leyendo:

"...Pero quiero que recuerdes las palabras que te dije en la ocasión a que me refiero. Es eso todo cuanto me atrevo a decir. Ese libro contiene algo que es un llamado hecho a tu voluntad, un llamado, una solicitud extraños. Hay un secreto que debes encargarte de solucionar, una tarea que te pagará lo que hagas con una generosidad que no puedes ni soñar siquiera; hay algo oculto que vale la molestia que te tomes para buscarlo. Las instrucciones sobre el modo cómo debes empezar tu averiguación las hallarás en el libro con el cierre metálico..."

La carta terminaba bruscamente en ese punto. Parecía que el que la había escrito hubiera suspendido su tarea para proseguirla en otro momento.

Sin duda ninguna, Bate había encontrado aquella carta por pura casualidad, después de la muerte de John Heriot; y su referencia al libro cerrado, su alusión a un secreto extraño, debían haber hecho que el criado buscara el libro por toda la casa.

Lo que quedaba por saber era si el poco escrupuloso intrigante había logrado abrir el libro y enterarse de su contenido.

La curiosidad de George habíase acrecentado muchísimo cuando oprimió los resortes que hacían que se abrieran los cierres metálicos del cerrado libro.

"Hay algo oculto que vale la molestia que te tomes para buscarlo". Esta frase de la carta intrigaba a George, acrecentando su interés la indicación que hacía el escrito a una investigación. Aquello era el anuncio de la necesidad de alguna campaña peligrosa y de aventura y por eso mismo entusiasmaba a George cuyo espíritu aventurero le hacía amar las dificultades y las emociones. Con gran agitación, pues, abrió el libro.

No hubiese podido decir George que era, efectivamente, lo que esperaba encontrar pero en todo caso no era lo que a primera vista se reveló ante él.

En su interior el libro no era tal, era como una caja. El centro de todas las hojas había sido cortado dejando sólo su borde en forma de cuadro y formando como una caja dentro de la cual había varios documentos plegados, con inscripciones en la parte visible, inscripciones trazadas con la caligrafía inconfundible de un escribano, lo que indicó a Heriot que se trataba de los títulos de propiedad de una casa situada en el condado de Devon y sobre la cual no había tenido nunca noticia ninguna.

Cuando George sacó aquellos documentos de su escondite del libro, una hoja de papel, doblada, cayó de entre ellos y, por el momento quedó en el suelo, debajo de la mesa, sin que él la viera, tan entregado estaba al examen del documento pues aquel título de propiedad estaba a su nombre.

—¡Este sí que ha sido un gran hallazgo tuyo, amigo Jack! — exclamó George con nerviosidad.

Hacía más de tres años, — y sin que él hubiera tenido al respecto ni la menor noticia, — que George era propietario de una casa situada en el condado de Devon, en la costa, una casa que, por alguna razón y sin decírselo, había puesto su tío a nombre suyo.

¿Era esa la casa del secreto a que John Heriot aludía en su carta, donde la misteriosa investigación debía comenzar? ¿Qué otra explicación podía tener tan excéntrico acto del tío?

Y, por otra parte, ¿cuál podía ser aquella investigación de la que no había tenido noticia en su vida como no había sabido nada sobre aquella casa durante la existencia de John Heriot?

—¡Qué cúmulo de extraordinarias circunstancias! — comenzó a decir George.

Calló de pronto y la hoja de papel que sin duda tenía la clave de todo quedó sin desplegar.

Peter, el perro, que se había echado a dormir delante de la chimenea, habíase levantado de pronto, con un gruñido de alarma. Cruzó luego la habitación llegando hasta la puerta que daba al exterior, gruñendo con ferocidad.

George y los dos muchachos se miraron alarmados.

—Alguien está ahí fuera, — dijo Jack, — Probablemente mirando por el ojo de la cerradura.

Rápido como el pensamiento, el muchacho apagó la luz dejando el cuarto sumido en la oscuridad. No había más luz que la poca que daba el fuego del hogar.

—Puede ser que se trate de una falsa alarma. Peter habrá gruñido por algo que no nos pueda alarmar, — dijo Dick.

Más de una vez, mientras estaban en el chalet, el perro había gruñido inquieto.

Pero casi en seguida se oyó fuera el ruido de unos pasos rápidos. Alguien de cuya presencia solo se había percatado el perro, se acercaba cautelosamente al chalet.

Instintivamente, George metió todos los papeles en el libro y cerro el cierre metálico. Después se quedó de pie, junto a la mesa respirando jadeante.

¿Quién estaba en el jardín? ¿Le había seguido la policía? Esta idea fué la que impidió que George se precipitara a abrir la puerta.

El perro seguía gruñendo sin cesar. De pronto, el animal se separó de aquella puerta, cruzó la habitación y se dirigió a la puerta del cuarto del fondo por cuya ventana habían entrado en el chalet.

La puerta no estaba cerrada con llave. Se abrió en cuanto el perro la empujó. Peter salió velozmente ladrando furioso.

George y los dos muchachos pasaron a aquel otro cuarto y casi al mismo tiempo oyeron, procedente de la cercana carretera, el ruido de una motocicleta puesta en marcha.

—Bate montaba una motocicleta marca Douglas y conozco por el ruido que hace que la que viene es de esa marca. — dijo Jack. —. Era Bate y no la policía! ¡Bate que vino en busca de algo y nos encontró en posesión de la casa! ¡Lo que habrá pensado al verle a usted, señor, con el libro en la mano! ¡Seguramente ha comprendido que usted se ha enterado de todo y que se le ha desbaratado el plan!

El muchacho se asomó a la ventana y llamó al perro. Peter volvió en seguida, muy tranquilo, lo que demostraba que ya no había nadie sospechoso en las cercanías.

Volvieron a la habitación donde estaban antes. Seguía a oscuras, sin más luz que la del fuego del hogar de la chimenea.

Jack volvió a encender la lámpara.

—¡Me había asustado en el primer momento creyendo que era la policía! — dijo con un suspiro de alivio.

—De todos modos no considero prudente pasar aquí la noche. Lo más fácil es que Bate nos haya visto por el ojo de la llave. Si ha sido así nada le impedirá dar aviso a la policía en cuanto llegue a Lanceford. — dijo George. — ¡Hola! ¿Dónde está el libro? — agregó alarmado.

Había dejado el libro, después de meter en el los documentos y de cerrarlo en la mesa y allí no estaba como tampoco estaba en el suelo.

Durante los pocos minutos que habían estado ausentes de aquella habitación el libro, con todo lo que contenía. — ¡y que tanto significaba para George Heriot! — había, en forma enteramente inexplicable desaparecido.

UN ASOMBROSO MISTERIO

George y los dos muchachos miraron hacia la vacía mesa como si no se decidieran a creer lo que sus ojos estaban viendo.

—¿Será posible que Bate se haya vuelto a apoderar del libro?

El hombre que había estado fuera y que ya en la primera ocasión había robado el libro, que había visto a George examinándolo, sintió, sin duda, ganas de robarlo de nuevo. Pero era materialmente imposible que hubiese entrado en el chalet, tomado el libro y salido, cerrando la puerta en el breve espacio de tiempo que ellos habían estado ausentes de allí.

La puerta de aquel lado estaba cerrada, la ventana también... Y sin embargo el libro no podía haber desaparecido por voluntad propia. Pero de que había desaparecido no era posible dudar.

—¡Pero este chalet parece que estuviese encantado! — exclamó Jack. De pronto su mirada se dirigió hacia el perro. — ¡Hola! ¡Miren a Peter!

Peter, con el hocico junto al suelo, había corrido hacia la puerta de la despensa que daba a aquella habitación. La puerta estaba abierta.

—¡Esa puerta estaba cerrada cuando nosotros salimos de aquí — exclamó de pronto George.

Se acordaba con toda claridad de ese detalle.

Y ahora la puerta estaba entornada.

George corrió hacia ella. Pero no había allí nada que pudiera solucionar el misterio. La ventana del otro cuarto estaba abierta como cuando entraron en el chalet, pero dos gruesas barras de hierro la cruzaban de modo que no un hombre, ni siquiera un muchacho hubiera podido pasar por entre ellas.

Sin embargo ya no se encontraba allí el libro. ¿Había sido Bate quien se lo había llevado mediante alguna habilísima estratagema? Lo difícil era suponer cual pudo ser la estratagema y como pudo funcionar.

A George le fastidiaba muchísimo aquella pérdida. Se encontraba ya al borde de la extraña revelación. Acababa de saber que era propietario de una casa situada en la costa de Devon, pues los títulos que demostraban su derecho estaban en sus manos momentos antes. Pero el libro, y los datos que contenía — datos que le permitían cumplir la voluntad expresada por John Heriot en su carta, — había desaparecido.

Registraron toda la casa pero tuvieron, por último, que dar por terminada la investigación, pues el misterio se resistía a ser aclarado.

—Si Bate ha conseguido apoderarse del libro, con seguridad no dejará que se presente una nueva oportunidad para que yo lo recupere, — murmuró George con pena. — ¡Creo que no volveré a ver nunca más el libro del cierre metálico!

Con el libro habíanse desvanecido todas sus esperanzas de poder llevar a cabo lo dispuesto por su difunto tío. Sentíase entristecido por la decepción. Por fin se encogió de hombros filosóficamente en el instante en

que su mirada se cruzaba con la de Jack.

—¡No hay que hacerse mala sangre, muchacho! — dijo.

A todo eso sus ropas estaban ya casi enteramente secas. George y Jack volvieron, pues, a vestirse.

—Y... ¿nos quedamos, señor? — preguntó Jack después.

Jack sentía tanto como George que el chalet hubiera dejado de ser sitio seguro y que se hiciera necesario abandonarlo.

Si Bate había visto a George Heriot, — y lo prudente era creer que lo había visto,— con seguridad había ido a dar aviso a la policía de Lanceford.

—¡Sí! Creo que sería excesivamente arriesgado quedarse aquí, — dijo George. — Cuanto antes nos vayamos, mejor. Bate no tardará mucho en llegar a Lanceford en su motocicleta y los de la policía vendrán en el automóvil. Nosotros podremos ir hacia Londres en el automóvil de mi primo.

Calló de pronto y un gesto de ansiedad se pintó en su rostro.

Por el camino solitario, en dirección del chalet, oíase el jadear de un automóvil que se aproximaba a todo correr.

Durante un momento se quedó inmóvil, escuchando. ¿Pasaría aquel coche por delante del chalet sin detenerse? ¿Sería el de la policía?

George dijo a Jack, rápidamente, algunas palabras, El muchacho apagó la luz y corrió hacia la ventana para mirar por entre las cortinas, mientras George corría hacia la ventana del fondo.

No le iban a prender sin que hiciera un esfuerzo por continuar en libertad. Y no debía perder un solo momento si acaso eran los de la policía.

El río pasaba por los fondos de la casa. Aquel río era su única probabilidad. Había tomado del clavo donde colgaba, en la casilla del chalet, la llave de la casilla de los botes donde se hallaba la lancha que tenía su tío, siempre pronta, para pescar.

En el mismo momento en que George saltaba por la ventana, el automóvil temido se detenía en el camino, ante el portón. ¿Qué automóvil que no fuese el de la policía podía llegar en tal momento?

Pero casi en seguida un grito de Jack le hizo que se detuviera en el instante en que cruzaba el jardín.

—¡No hay que alarmarse, señor! — gritó el muchacho.

George sabía que podía confiar implícitamente en el joven. Se volvió y se dirigió hacia el frente del chalet. En aquel momento oyó ruido de pasos.

—¡Vi! — exclamó al ver, a la luz de la luna, la figura de su adorada.

Sin aliento, la valerosa joven corrió hacia él. Sus primeras palabras enteraron al fugitivo de la ley que solo disponía de breves momentos de tregua.

—George, — exclamó Violet agitadísima. — Es necesario que huya usted inmediatamente. ¡La policía vendrá dentro de poco!

EL SECRETO DE LA CASILLA DE LOS BOTES

Los negros ojos de la joven estaban dilatados por el miedo y su voz era temblorosa y entrecortada.

—¡Bate ha ido a la policía a dar aviso de que usted se encuentra aquí! — dijo.

Rápidamente, Vi le contó como en el momento en que ella regresaba a su casa, con su padre, vió a Bate, en motocicleta, que se detenía y se apeaba ante la oficina policial.

—Por grandísima y feliz casualidad iba yo lentamente, en el automóvil, esperando a mi padre que había descendido para ir a hacer una breve diligencia y estaba suficientemente cerca para oirlo todo cuando Bate gritó muy excitado, de pie en la puerta de la oficina de policía, que usted se encontraba en el chalet que tenía el señor Heriot a la orilla del río. Sin esperar a mi padre dí toda la velocidad al coche y aquí he venido a advertirle de lo que sucede.

—¡Que buena es usted Vi! — exclamó George mirando con cariño el rostro pálido de la joven.

Aun en aquel grave momento, amenazado por la policía que se acercaba para detenerle. George sintió un estremecimiento de alegría al considerar cuanto le amaba aquella joven a pesar de que gravitaba sobre él la más terrible de las acusaciones y era buscado como autor de un cobarde homicidio.

—¡George, es necesario que se vaya inmediatamente! — exclamó ella desesperada, escuchando, temerosa de oir en el camino el ruido del automóvil policial. — Puede usted irse en mi coche.

La puerta del chalet se había abierto y por ella habían aparecido Jack y Dick.

—No creo necesitario — dijo George. — Tengo aquí el automóvil de mi primo y voy a hacer uso de él sin el menor escrúpulo.

Y miró hacia el garage viendo entonces que estaba entreabierta la puerta que se había dejado cerrada.

—¿Será posible que Bate haya visto el coche? — exclamó consternado. — Si lo ha visto ha tenido que reconocer que se trata del de su patrón.

La puerta estaba entreabierta como si alguien hubiera mirado hacia el interior del garage.

—Pero entonces no será seguro para usted hacer uso del automóvil de su primo, — dijo Violet. — Con seguridad que la policía va a dar aviso telefónico para que detengan en los caminos al coche de ese número.

—Es cierto, — dijo George.

—Es imperiosamente necesario, George, que tome usted mi automóvil, — dijo la joven. — No hay un solo momento que perder. Déjelo en cualquier garage en Londres, que yo iré a buscarlo cuando usted me avise. Papá aprobará mi conducta sin duda alguna.

—Pero... ¿y usted, Vi? ¿Cómo voy a dejarla tan lejos de su casa, a estas horas de la noche?

—Todo importa poco estando en peligro su seguridad. No me puede pasar nada. ¿Y la llave de la casilla de los botes está en el chalet?

—No, aquí la tengo yo, dijo George. — Cuando vi que se aproximaba su coche, creí que podía ser el de la policía y me dispuse a escapar por el río.

Y le dió la llave.

—¡Pronto! ¡Al automóvil de la señorita, muchachos! — dijo George. — Vienen a Londres conmigo, Vi.

En cuanto Peter y los dos chicos estuvieron en el automóvil, George abrazó a Vi un instante.

—Soy un perseguido y un difamado y no tendré derecho a sus atenciones hasta que mi nombre pueda brillar libre de toda sombra...

Pero ella le interrumpió:

—Creo en su inocencia, George, y admiro su hidalguía y no sería digna de usted si le abandonara precisamente en el instante de mayor amargura y peligro.

—¡Dios la bendiga, Vi! Su fe en mí me dará valor para luchar a través de todas las vicisitudes que se presenten hasta que termine esta horrible pesadilla.

Después, haciendo un supremo esfuerzo de voluntad. George se separó de Vi en el instante en que un sollozo agitaba el pecho de la joven.

Corrió hacia el automóvil y un instante después el vehículo se alejaba rápidamente. Vi, desde el portón, miró como la luz de la zaga del coche se perdía en la oscuridad.

—¡Señor! — dijo Jack en aquel momento obedeciendo a un impulso de entusiasmo infantil. — ¡Da gusto tener una novia como la señorita Vi! ¡Eso es ser valiente y buena! ¡Es digna de usted, señor!

Temiendo por la suerte del hombre a quien amaba, la joven permaneció en el portón un rato después que el automóvil se hubo perdido de vista.

De pronto un ruido que llegó a sus oídos le sacó del ensimismamiento en que se hallaba; era el ruido lejano de otro automóvil que venía por el camino procedente de Lancaford. ¡La policía!

—No deben encontrarme aquí ni suponer siquiera que he estado en el chalet, — murmuró ella.

Si los de la policía la encontraban en aquella casa tendrían razón para creer que George había escapado en su automóvil y podrían dar orden telefónica de que el vehículo fuera detenido en el camino, fuera donde fuera. Para esto bastaba con dar a la policía de las otras jurisdicciones el número del vehículo.

Vi corrió hacia la casita de los botes construída sobre la orilla del río, en un extremo del jardín.

Abrió la puerta y entró en la oscura habitación a la que apenas llegaba un leve reflejo de la luz de la luna en el río. Una vez dentro, Vi cerró de nuevo la puerta, con llave.

Estaba Vi sacando un par de remos de un estante cuando oyó un ruido que la hizo estremecer. Un grito de alarma brotó de sus labios acrecentando su ya intensa nerviosidad.

Un cuerpo pequeño, oscuro y peludo había saltado del bote colocado en su plancha inclinada... Algo pasó por delante de ella y subió hacia los tirantes de las cabriadas del techo.

Entonces Vi lanzó una nerviosa carcajada; había reconocido a aquel cuerpo pequeño, oscuro y peludo que colgaba en aquel momento de uno de los tirantes, moviéndose furiosamente y como si le molestara la presencia de la joven

—¡Pero si es el mono del señor Grimshaw! — exclamó.

Era el mono favorito del dueño de una granja situada a un cuarto de milla de allí y que seguramente se habría escapado.

Calmados sus nerviosos temores, Vi desató rápidamente la amarra del bote.

Desde el camino llegaba el ruido del automóvil policial que se acercaba. Vi se sentó en el bote, empujó con las manos en los tirantes laterales de la planchada y poco después, flotando ya la embarcación en el río, hundió los remos en el agua sin hacer el menor ruido.

Durante una regular extensión crecía en la orilla una fila tupida de sauces. Vi remó media docena de yardas y después aproximó el bote a la orilla situándose entre un verdadero bosque de tupido ramaje al cual no llegaba luz ninguna.

Allí, acurrucada en el bote, escuchó, sintiéndose en completa seguridad. Oyó cómo el automóvil de la policía se paraba delante del portón y como sus ocupantes cruzaban apresuradamente el jardín.

Después oyó una voz que decía:

—¡El automóvil está en el garage! ¡No se ha escapado en él, por lo tanto! Pero se ha escapado, porque en el chalet no hay nadie.

Luego oyó otra voz:

—¿No se habrá ido por el río? Hay botes en la casita de junto a la orilla.

Vi reconoció la voz del que había dicho eso era la voz de Bate.

—La llave está en el chalet, — agregó. — ¿Voy a buscarla?

—¡No! La llave está en la cerradura y del lado de dentro, — exclamó uno de los de la policía.

Y sin mayor escrúpulo procedió a romper la cerradura.

—¿Ven? ¡Falta un bote! ¿No lo dije? ¡Apuesto diez contra uno a que se ha marchado por el río con la esperanza de llegar, a Stoneham! — exclamó una voz enronquecida por el enojo. — Si continuamos en el automóvil por el camino de la orilla del río, le veremos mucho antes de que pueda llegar a Stoneham. ¡Esta vez le tenemos!

Con un estremecimiento de alegría Vi, que había oído todo eso desde el bote en que estaba acurrucada envuelta en las ramas colgantes de los sauces y en sitio donde no podía nadie ni sospechar su presencia, oyó también que los hombres regresaban, corriendo, hacia el automóvil.

La policía iba, pues, a seguir una falsa pista y George, que no había tomado el camino de Stoneham, no corría peligro de que le alcanzaran.

La joven esperó, sin atreverse a salir de su escondite antes de haber oído que el automóvil se alejaba. De pronto un rayo de luz de luna que pasó por entre las colgantes ramas de los sauces, dió en algo que relucía y que hallándose en un extremo del bote, había llamado entonces por primera vez, la atención de Vi.

Inclinándose hacia adelante, la joven observó aquello más de cerca. Era algo con lo cual el mono había estado jugando cuando ella le molestó con su entrada en la casilla de los botes y que el animalito había dejado caer de sus manos de ratero.

¡Era un viejo libro, encuadernado en cordoban y con dos cierres metálicos de bronce!

LO QUE PUBLICABA UN DIARIO

Jack se miró en el límpido cristal de un escaparate y exclamó dirigiéndose a Dick, que le acompañaba.

—¡Casi no me conozco a mí mismo con esta ropa! ¡Estoy seguro de que ninguno de nuestros conocidos nos reconocería, señor! — agregó dirigiéndose a George Heriot. — ¡Qué cara la que pondría el señor Rufus Trant si nos viera llegar a la caravana con esta facha!

Pasaba esto al día siguiente por la mañana Los tres fugitivos habían llegado a Londres sin ningún tropiezo, en el automóvil del señor Desmond y habíanse alojado en casa de George Heriot en las primeras horas de la mañana.

Eran las cuatro de la madrugada cuando los dos muchachos se acostaron, pero era tal su excitación que no pudieron dormirse hasta mucho después y que a las ocho ya estaban nuevamente despiertos, olvidada la fatiga y la ansiedad de la noche pasada.

Después de tomar el desayuno, George Heriot les había llevado a un establecimiento de aquel barrio y les había transformado. Dejaron de ser los dos pobrecitos vestidos con ropa vieja, desteñida y remendada que figuraban en la troupe de Trant. Se transformaron de tal modo que al salir del establecimiento tenían todo el aspecto de dos jovencitos de buena situación social, con sus trajes de última moda que, según decía Jack, "les sentaban requetebien".

Dick, por temperamento menos locuaz que su compañero, no dijo nada, pero la expresión de su rostro indicaba lo contento y lo agradecido que estaba.

—Me pareció que ya era hora de que se pusieran ustedes ropa nueva, — dijo George riendo.

—En la caravana, la esposa de Trant aprovechaba la ropa vieja de su marido para vestirnos a nosotros. No hay que decir que cuando Trant consideraba viejo un traje ya estaba como para tirarlo a la basura, — dijo Jack. Después agregó rápidamente: — Señor: yo no tengo gran habilidad para pronunciar discursos y mi compañero tampoco, pero Dick y yo sentimos grandes deseos de darle a usted, señor, un voto de gracias...

—¡No hay que pensar en tal cosa! — interrumpióle George. — Ustedes son mis amigos y basta.

—¡Pero todo esto es tan maravilloso! A veces me dan ganas de pellizcarme para convencerme de que no estoy soñando. — dijo Jack. — Es algo sobronatural. ¡Haber encontrado los dos, Dick y yo, un amigo tan bueno como usted después de tantos años de miserias y de golpes, en el circo de Trant! ¡Y pensar que todo se debe a que usted entró un día en el circo por pura casualidad!...

—Si así no hubiera sido más hubiera perdido yo que ustedes, probablemente, Jack, — dijo George.

Pensaba en aquel instante de la pasada noche, en el molino desierto, cuando tan cerca estuvo de la muerte... Pensaba en cual habría sido su destino a no haber mediado oportuna y valerosamente aquel muchacho.

—Bien. Tengo que ir a toda prisa a mi trabajo. Entretenganse como les parezca hasta la hora del almuerzo.

George vivía en un suburbio de Londres llamado Northwood y tenía habitaciones alquiladas en una casa situada a poca distancia de la fábrica donde estaba empleado.

Era ésta una fábrica pequeña en la que trabajaban unos doce obreros. En menos de tres años, George había ascendido hasta el puesto de gerente. El dueño era un señor Therve, que fabricaba pequeños utensilios y aparatitos patentados de su propia invención. Había trabajado con pérdidas hasta que tuvo a su lado a George Heriot, que se presentó a pedirle trabajo cuando su tío le echó de su casa.

George había trabajado con mucha energía, en el puesto que le dió al perdirle trabajo cuando su tío le echó de su casa.

En Northood, George era conocido por el apellido de Ford.

Después de su pelea con su tío que le había arrojado al mundo a ganarse el sustento con su propio esfuerzo, George quiso cortar toda vinculación con su vida anterior y había dejado de usar el nombre de Heriot.

En lo que se refería a las investigaciones de la policía en busca de George Heriot esta circunstancia del cambio de nombre le favorecía. En todo Northwood únicamente el señor Therne sabía que su nombre era Heriot y no Ford.

George y el señor Therne se entendían bien y se estimaban mucho. El señor Therne era generoso y bueno y se daba perfecta

cuenta de todo lo que su negocio debía a la actividad de su gerente.

Sabía también que era su empleado el hombre a quien buscaba la policía como autor de un crímen cometido en Lanceford. George le había contado todo con entera franqueza. El señor Therne había sido siempre tan excelente amigo suyo que creía incorrecto tratar de disimular ante él.

Y, como lo había esperado, encontró en el señor Therne el amigo y defensor que suponía.

—Las circunstancias le envuelven a usted en nubes muy oscuras, pero yo le conozco bien y no creo ni una palabra de ninguna acusación que contra usted puedan hacer, — dijo a George cuando éste regresó de Lanceford al día siguiente de la muerte de John Heriot. — ¡No en vano he trabajado con usted durante tres años!... Le conozco perfectamente. Supongo que aquí está usted seguro. Todos le conocen como "el señor Ford". Sin embargo no estaría de más que se dejara crecer el bigote y la barba. ¡Crea usted que tendría un verdadero sentimiento si llegaran a prenderle! No solo porque perdería un eficientísimo colaborador sino por que sé que procesarían a un hombre inocente de la horrible culpa con que quieren agobiarle!

Sin embargo se debió precisamente al señor Therne que, en la misma tarde del primer día de su regreso, George se diera cuenta de que Nortwoood no iba a ser un sitio de tranquilo refugio para él.

Hallábase de pie, conversando con su patrón, en el escritorio privado de éste, cuya ventana daba al patio, hablando de sus asuntos particulares. Durante la ausencia de George habían ocurrido uno o dos tropiezos con el personal.

—¡Siempre ha de suceder algo cuando no está usted para vigilar a esa gente! — dijo el señor Therne con su sonora y expresiva voz.

Era un hombre de baja estatura, nervioso y excitable y aún cuando se hubiese hablado discutiendo graves secretos de estado, no hubiera podido hablar en voz baja.

—Yo no sé que sería de mí sin usted, amigo Ford. Me sentiría enteramente desamparado. Ya lo sabe usted; mi esfera de actividad es el estudio y las invenciones y no entiendo nada del manejo y dirección de una fábrica.

—Espero que no se verá usted obligado a privarse de mi concurso, señor Therne,— dijo George a quien le gustaba el trabajo que hacía y quien apreciaba mucho a su patrón.

—¡Ah! ¿Se refiere usted a ese asunto de Lanceford? ¡Pero si usted ha sido siempre Ford para todos los que le conocen! ¿Quién puede suponer que es usted en realidad George Heriot?

Probablemente el excitable hombrecito suponía estar hablando en voz baja pero lo cierto era que se expresaba casi a gritos. George le hizo una discreta advertencia

—¡Qué tonto soy! — exclamó arrepentido.

Volvióse rápidamente hacia la ventana, siguiendo la dirección de una mirada de George. Un hombre cruzaba el patio a poca distancia. Era uno de los obreros, de aspecto antipático y mirada furtiva. Y la ventana estaba abierta de par en par.

—Ha hecho usted bien en advertirme. No había notado que se acercaba Joynt. Pero estaba muy lejos y no ha podido oir nada, — dijo el señor Therne tranquilizándose. — Además fué una suerte que yo no estuviera hablando en voz alta.

Las últimas palabras hicieron sonreir a George, el cual no participaba ni de la seguridad ni de la tranquilidad de su patrón.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! ¡Ah! ¿Qué se le ofrece Joynt?

El señor Therne avanzó hacia el hombre que venía con un mensaje del capataz del taller.

—Bien. Iré dentro de un momento. — dijo, y el obrero se retiró. Volvióse Therne hacia George, agregando: — Está ahí el hombre que viene a tratar sobre la compra de un nuevo invento mío que acabo de patentar, — explicó — De paso tengo que comunicarle que tuve que darle a Joynt ayer, una semana de plazo para abandonar mi fábrica. Ha vuelto a presentarse ebrio varias veces y estoy cansado de perdonarle. Ya era tiempo de terminar con un mal operario como ese,

George frunció el ceño cuando Therne se hubo retirado. ¿Había oído Joynt lo que el patrón había dicho?

Si aquel obrero había oído algo no era posible ya su permanencia en Northwood. En el momento mas inesperado podía encontrarse en manos de la policía.

Miró el reloj. Era tiempo de ir al Banco antes de que cerrara. El dinero que había ahorrado en los tres años que llevaba empleado en la fábrica de Therne estaba depositado allí. Era posible que tuviera que huir de improviso y necesitaba prepararse para todas las emergecias.

George se puso el sombrero y fué al Banco. Regresó a la fábrica donde tenía algo que atender y despachar y debía ocuparse algún rato más que las horas de oficina.

Eran las seis de la tarde cuando su patrón entró, muy nervioso, en el escritorio.

—Malas noticias para Vd. mi querido Ford, — dio el Sr. Therne. — Acabo de comprar las últimas ediciones de los diarios de la tarde y mire lo que trae uno de ellos.

E indicó algo que había en uno de los diarios:

EL CRIMEN MISTERIOSO DE LANCEFORD

"Retrato del hombre buscado por la policía"

Y sobre estas tres líneas, George vió su propio retrato.

Suspiró y bajó la cabeza. El peligro estaba más cercano de lo que él lo había supuesto.

Evidentemente era su primo, Hubert Mansell, el que había entregado su retrato a la policía. Era un retrato hecho cuatro años atrás, pero no dejaba de tener parecido.

—Por fortuna en aquella época llevaba usted bigote y ahora va todo afeitado, — dijo el señor Therne — ¡Claro que la diferencia es enorme! Además aquí todos saben que usted es Ford y aun cuando notaran el parecido no sospecharían... ¡Todos podemos parecernos a alguien!

Pero George sentíase perplejo. Se dijo que había obrado cuerdamente al retirar el dinero del Banco.

—¡No proceda con precipitación en ningún caso! — siguió diciendo Therne. — Si se figura usted que no está seguro en Northwood, no me lo oculte, amigo mío y cuente conmigo para todo lo que pueda necesitar.

George salió de la fábrica aquella noche muy pensativo y apesadumbrado.

Si al menos estuviese seguro de que Joynt no había oído las indiscretas palabras de su patrón, podía atreverse a quedarse... ¡Hay tanta gente parecida en el mundo!

No le agradaba la idea de alejarse de Northwood. Allí tenía su casa y su trabajo. Si tenía que huir... ¿dónde iría?

George no había podido hallar satisfactoria respuesta para esa pregunta cuando llegó a un terreno baldío situado al extremo del camino donde se hallaba la casa en que vivía y se halló ante un cuadro en el que Jack y Dick eran personajes de importancia.

SE INTENSIFICA EL PELIGRO

Un poco antes, aquella misma tarde, Dick, que había ido solo a visitar un pequeño establecimiento donde vendían caramelos, cruzaba, de regreso para su casa, por un terreno baldío, cuando una piedra, arrojada contra él, pasó zumbando junto a su cabeza.

Volvióse rápidamente y vió a un chico rollizo, cabezon y pelirrojo que riendo malignamente, se disponía a tomar otra piedra del suelo, donde abundaban.

No era por cierto un muchacho de simpático aspecto. Tenía el aspecto de lo que era: de un pendenciero y de un mal educado. Era el terror de los muchachos mas pequeños que él, de toda la vecindad. Tenía más estatura que Dick y por esta circunstancia era por lo que, probablemente, había arrojado la piedra.

Daba la casualidad de que era el hijo de Joynt, el obrero de la fábrica de Therne, que vivía cerca de donde se alojaba George Heriot.

La segunda piedra cruzó el aire y esta vez dió en el blanco, pegando en una pierna de Dick. Alf Joynt lanzó una risotada de alegría al ver que Dick hacía un gesto de dolor.

Pero no rió durante mucho tiempo.

Dick, aun cuando delgado y delicado no era de opinión de que debía sufrir semejante ataque sin protestar. Tomó del suelo un terrón de tierra. Sus ejercicios en el circo de Trant le habían dotado de asombrosa puntería, la que le fué muy útil para enviar con acierto su proyectil contra su rollizo agresor.

Fué un excelente tiro. El terron de tierra dió, produciendo un ruído seco y rápido, en el costado de la cabeza del pelirrojo. Alf Joynt lanzó un grito de angustia y de sorpresa. Después, rojo de furor, corrió hacia Dick, el que, valientemente, le esperó a pie firme

—¿Qué quiere decir usted con esto? — preguntó el maton con aire amenazador.

—Lo mismo que quería usted decir al tirarme esa piedra, — replicó Dick.

En contestación, el muchacho tomó el brazo de Dick y lo retorció bruscamente. El dolor fué intenso, pero aun cuando Dick hizo una mueca, era demasiado orgulloso para quejarse. Luchó, forcejeando para soltarse, pero no era posible: el otro tenía más fuerza que él.

En aquel mismo momento llegó Jack que había salido de la casa en busca de su compañero, temeroso de que se hubiera extraviado

—¡Eh! ¡Suelte a ese! — gritó Jack mientras se acercaba corriendo

—¿Usted por qué se mete? — preguntóle Alf Joynt volviendo la cabeza y mirándole con desprecio — ¡Ocúpese de sus asuntos y nada más!

El maton había medido, con una sola mirada, el aspecto y proporciones de Jack. Era lo menos dos pulgadas más bajo que él y por lo tanto el pelirrojo se sintió en terreno seguro. Soltó a Dick y corrió hacia Jack con el prósito de darle un buen golpe al recien llegado.

Levantó el brazo y dirigió un puñetazo a la cabeza de Jack.

Pero la cabeza de Jack no estaba en el sitio donde esperaba hallarla el puño de su adversario. Un instante después, Jack había atacado a su contrario con toda habilidad y rapidez.

¡Biff! Antes de que se diera perfecta cuenta de lo que había sucedido el rollizo pendenciero caía en el suelo, sentado, con grandísima fuerza. Esto le tomó tan de sorpresa que ahí hubiese seguido sentado si no se hubiera oído una voz que le hizo ponerse de pie de un salto, como movido por un resorte.

—¡Pégale, Alf! ¡Tiene menos peso que tú! ¡Puedes aplastarle con una sola mano! ¡Te ha pegado porque estabas desprevenido!

Era Joynt, padre, que iba de regreso a su casa, el que había hablado. Sentía gran orgullo por las supuestas condiciones de pugilista de su hijo y tenía grandes deseos de ver como Alf, se desquitaba del golpe que Jack le había aplicado haciéndole caer tan ignominiosamente.

El pelirrojo, envalentonado por el paterno consejo, acometió contra Jack furiosamente.

—¡Le voy a enseñar a él y a su compañero a arrojarme terrones de tierra! —

gritó para que lo oyeran los transeuntes que se habían detenido a mirar y olvidando por propia conveniencia, que había sido él el agresor.

Pero esta vez procedió con más mesura. Algo había en el aspecto de Jack que le hacía pensar que no la ganaría tan fácilmente... ¡Si la ganaba!

No le fué fácil. Logró dar uno o dos golpes pero recibió más de los que dió. Un puñetazo dado por Jack con la mano izquierda le volvió a arrojar al suelo.

Joynt padre iba poniendo cara de disgusto; su gesto de fastidio acentuábase por momentos.

—¡Te voy a dar azotes si no lo vences!— le gritó, enojado, a su hijo. — ¡Vamos! Ataca y termina de una vez.

Era pedirle a Alf, un imposible. Peleaba siempre con ferocidad brutal aprovechándose de que sus adversarios eran inferiores a él, pero no conocía absolutamente nada de la ciencia o arte del boxeo. Jack, en cambio, había adquirido cierta práctica y conocimiento del boxeo como sport en las muchas ocasiones que había visto boxear en el circo y en los matchs celebrados en las ferias donde había estado. Lo que le indignaba en aquel momento y le quitaba algo de la serenidad que hubiese tenido en otra ocasión era la cobardía con que aquel muchacho había atacado a Dick sabiéndole su inferior en fuerzas. Por eso Jack apretaba los dientes y tenía cara de no querer ceder.

El segundo "round" de aquel improvisado torneo fué muy breve. Alf, Joynt cayó al suelo y ahí se quedó, respirando jadeante, agotadas todas sus energías.

El padre de Alf, que tenía la misma idea de la caballerosidad y la hidalguía que puede tener un orangután, se sintió furioso ante la derrota de su hijo. Corrió hacia Jack y le tomó violentamente por el cuello de la ropa.

—¡Ahora voy a enseñarte yo a pegarle a mi pobre hijo! — gritó.

Y con toda seguridad hubiera sido Jack maltratado por aquel energúmeno a no acercarse George Heriot que desde sitio cercano había presenciado el segundo "round" del encuentro entre los dos muchachos.

Tres rápidos saltos le pusieron junto a Joynt y no fué suave el contacto que sintió Joynt en sus hombros en aquel momento.

—¡Suelte a ese muchacho!

Joynt se volvió sobresaltado. No esperaba tal interrupción. Frunciendo el ceño soltó a Jack en cuanto vió el rostro de George y notó el gesto que tenía.

Con voz reconcentrada, bajando la cabeza y evitando mirar a George cara a cara, el hombre dijo en tono sumiso:

—¡Pero señor Ford! ¡Yo no iba a lastimar al muchacho! ¿Cómo pudo suponer semejante cosa? ¡Ah! ¿Sabe que deseaba hablar algunas palabras con usted?

—¿Conmigo? — preguntó George. — Bien... ¿de qué se trata?

Joynt bajó mas la voz.

—Yo quisiera que usted le pidiera al señor Therne que me dejara continuar en mi puesto, en la fábrica. Tuvimos una cuestión, pero todo fué porque él interpretó mal unas palabras mías. Yo había tomado un poco de whisky, es cierto, pero había sido para calmarme un horrible dolor de muelas que sentía y entonces...

George movió la cabeza apesadumbrado. El hombre era de lo peor que dar se puede. No ganaba ni la mitad del jornal que se le pagaba y además desmoralizaba al resto del personal. Sin embargo George lamentaba lo sucedido porque Joynt tenía esposa e hijos pequeños que sufrirían con la salida del operario de la fábrica. Pero George pensaba que estaba obligado, por lealtad hacia su patrón, a aceptar la supresión, de aquel hombre, que constituía un perjuicio para la casa. En conciencia, George no podía, honradamente, decir al señor Therne que siguiera dando trabajo a Joynt.

—Siento muchísimo lo que pasa, Joynt.— dijo — pero nada puedo hacer ya. El patrón lo ha dispuesto y mi obligación es no oponerme a lo que él dispone.

El rostro de Joynt cambió por completo de expresión.

—¿No le parece que le conviene cambiar de opinión, señor George Heriot? — dijo en voz baja y amenazadora. George supo entonces que tenía razón al desconfiar. Aquel hombre había oído las palabras de Therne — A usted no le conviene que yo sea su enemigo sobre todo después de haber aparecido en el diario el retrato que apareció hoy. Piénselo detenidamente, señor Ford.

¡Sí! No le quedaba mas recurso que huir. Northwood no era ya sitio seguro para él, pensó George. Pero no por eso demostró emoción.

—Es un asunto que sólo puede ser resuelto por el señor Therne. Véale, háblele, explique claramente las cosas. — dijo. — Yo no puedo permitirme observar una orden del patrón. Perdería el señor Therne toda la confianza que tiene puesta en mí si viera que yo quería mandar mas que él en su propia casa.

—Pero si el señor Therne le consulta a usted después de haberle hablado yo ¿me recomendará usted? Si usted me recomienda, el señor Therne no insistirá en que me retire. ¿Me recomendará usted?

En aquella frase de Joynt, aun cuando proferida en tono de suplica había una amenaza velada. Pero George no era hombre que cediera ante amenazas de ningún género.

—¡No! ¡No le recomendaré! — dijo con decisión.

—¿De veras no? — exclamó el hombre abiertamente amenazador y furibundo.

—¡Siempre hago lo que digo y jamás hablo en vano! — agregó George volviendo la espalda.

Y dirigióse a su domicilio en compañía de Jack y de Dick.

—Muchachos: hay orden de marcha. Se va a saber que soy George Heriot. Nos mar-

cuaremos esta noche. ¿Dónde? No lo sé. ¡Eh! ¡Hola, cartero! ¿Alguna carta para mí? — dijo al cartero a quien se encontraron en el portón.

—Hay aquí una encomienda para usted, señor Ford, — dijo el cartero.

La etiqueta de la encomienda había sido escrita por Violet. George reconoció en seguida la letra. Sacó el joven el cortaplumas y cortó el hilo del envoltorio mientras cruzaban el camino del jardín hacia la puerta de la casa.

—¡Dios mío! — exclamó de pronto George, presa de asombro grandísimo.

Lo que contenía la encomienda era el libro encuadernado en cordoban con los dos cierres metálicos que tan misteriosamente había desaparecido la otra noche y que George suponía desaparecido para siempre.

Y mientras miraba el libro el problema de dónde iría al escapar de Nortwood se solucionó de improviso.

La solución del problema estaba en el libro encuadernado en cordoban.

LA CASA DEL SECRETO

Violet Desmond explicaba a George Heriot en su carta cómo había encontrado en la lancha el libro que evidentemente había sido robado por el mono fugitivo. George se dió cuenta entonces de la posibilidad de que el mono, pasando por entre los barrotes de la ventana de la despensa del chalet durante su breve ausencia del cuarto, escapara con el libro cuyos brillantes adornos de metal habíanle llamado la atención y despertado su codicia.

Apresuradamente leyó George todo lo que decían los documentos encerrados en la caja que formaban las cortadas hojas del libro, completando el examen interrumpido en la anterior ocasión.

Examinó los títulos de propiedad de la casa — de aquella casa que era suya y de la que no había tenido noticia hasta el día anterior, — de la casa donde debía ser comenzada la tarea de que hablaba la inconclusa carta de su difunto tío.

—¡Lo cierto es que no podía llegar este libro a mi poder en momento más oportuno! Necesito marcharme inmediatamente de Northwood... ¡Iremos a la casa del condado de Devon! ¡Y partiremos esta misma noche!

Probablemente aquella casa podría proporcionarle un sitio tranquilo donde guarecerse lejos de todo peligro. Su tío, — todo lo hacía suponer así, — había cuidado de que nadie se enterara de que poseía aquella casa. Y no solo prometía aquella casa un retiro seguro sino también todos los atractivos de alguna extraordinaria aventura en el desarrollo de lo que, obedeciendo a las indicaciones de la carta, debía hacer.

"Un secreto que tu debes, resolver. Una tarea cuyo premio será mayor que cuanto pudieras soñar. Algo oculto que vale la molestia de buscarlo". Así decía, más o menos, la carta del difunto tío.

Las palabras de aquella carta acudieron como si fueran luminosas, ante los ojos de George.

Recordó la hoja de papel que se había caído del título de propiedad la noche pasada y que no había tenido tiempo de examinar antes de la desaparición del libro.

La desplegó con nerviosidad. Como lo había esperado, contenía una serie de instrucciones, escritas por su tío, y que se hallaba entre las tapas del libro desde que éste había sido cerrado por John Heriot en persona hacía de esto tres años.

La nota decía así:

"La casa tiene el nombre de Lonemoor y es, como lo verás por los títulos, tuya. Te pido que, cuando yo haya muerto, vayas a esa casa. Aun cuando encuentres solitaria, tenebrosa y antipática esa vieja casa situada en los arrecifes, no olvides que a veces una valba rústica y burda suele encerrar una hermosa y valiosísima perla".

"Lonemoor está a cargo de un hombre cuyo nombre es Martín. El hecho de que le haya confiado la custodia de la casa y del secreto que hay en ella demuestra toda la confianza que tengo en él. Puedes tú también confiar en él como confío yo mismo. Después de mi muerte te explicará lo que yo no puedo ni me atrevo a escribir. Tiene instrucciones mías detalladas y completas. El conoce el secreto a que me he referido, él conoce tanto como yo mismo puedo conocerlo o mejor dicho hasta donde yo lo conozco".

"Por extraño que todo esto te parezca ahora, te convencerás, cuando hayas ido a Lonemoor, que no existe en mí ni el más remoto propósito de acrecentar las cosas y comprenderás por qué te escribo en térmi-

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de **EL DIARIO— (EXTRACTO)**

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

nos tan reservados sobre ese mi secreto vital que se halla escondido a la sombra de la gran cruz de piedra — Tu tío, John Heriot".

Con nerviosidad intensa leyó George esa extraña carta del tío difunto. El misterio que envolvía a todo aquello excitaba de manera extraordinaria su espíritu aventurero.

Por un momento permaneció cejijunto y perplejo preguntándose si todo aquello no sería una broma de su tío. Pero casi de inmediato rechazó semejante idea.

¡No! John Heriot habíase expresado con toda seriedad, como quien habla de un asunto gravísimo. Del mismo modo le había hablado, años atrás, cuando hizo referencia al libro que ahora se encontraba en su poder.

Un secreto "que se hallaba escondido a la sombra de la gran cruz de piedra"!

¿Qué era lo que él debía buscar en la solitaria casa? La llave del misterio estaba en la misma casa, con su cuidador Martin y con su promesa de momentos de emoción y de aventura suficientes para atraer poderosamente al espíritu del joven Heriot.

Partirían para Devon aquella misma noche.

George tomó la guía de ferrocarriles. Vió que la aldea de la costa cerca de la cual estaba Lonemoor se encontraba a varias millas de la más cercana estación del ferrocarril.

Salía un tren de la estación de Paddington, de Londres, a las 12 de la noche; tren lento, que tardaba casi el doble que los rápidos, pero en vista de la velada amenaza de Joynt no le convenía posponer ni un solo minuto su partida de Northwood.

Había una línea telefónica directa entre la casa de George y la fábrica. Lo primero que hizo Heriot fué llamar al aparato y pedir al señor Therne que acudiera inmediatamente a verle.

Hallábase George entregado a sus preparativos de viaje cuando llegó el señor Therne en su automóvil.

—Sí. Tengo que marcharme inmediatamente, — díjole George. — Siento muchísimo, señor, separarme de usted, pero Joynt está dispuesto a denunciarme y nada bueno puede esperarse de ese hombre.

Y contó a su patrón lo que habían hablado él y Joynt aquella tarde.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tiene usted muchísima razón! ¡No se puede quedar Vd. aquí ni un solo momento más! ¡Lo peor de todo es que quien tiene la culpa de que suceda esto soy yo! — exclamó con sentimiento el fogoso y bonachon inventor — ¡Mire! ¡Yo le llevaré a la estación de Paddington en mi automóvil y!...

Hubo una súbita interrupción. Jack entró sin ceremonia ninguna en el cuarto. Estaba su rostro pálido y desencajado.

—¡Señor! — exclamó casi sin aliento y con el tono de la más intensa desesperación — ¿Qué hacemos? ¡Los de la policía vienen por el camino junto con Joynt! ¡Vienen hacia esta casa!

¡La policía! ¡Tan pronto!

Parecía como si George Heriot se hallara ya preso, cortada por completo toda escapatoria.

LA CRUZ DE PIEDRA

George Heriot había terminado casi sus preparativos de viaje cuando se presentó Jack agitadísimo, portador de la alarmante noticia.

El golpe que se temía llegaba ya. Los de la policía se aproximaban por el camino, acompañados de Joynt. Evidentemente dirigíanse a la casa para detener a George, basandose en la denuncia hecha por Joynt.

El señor Therne se puso muy pálido. La gravedad de la situación le desconcertó por completo.

—¡Es posible que aun le quede tiempo para escapar por los fondos de la casa! — exclamó.

Pero el joven movió negativamente la cabeza.

—Con seguridad han pensado que se me ocurriría eso y han debido tomar sus precauciones, — dijo — Los fondos de la casa deben hallarse vigilados por la policía.

—Pero entonces, ¿qué es lo que se puede hacer? — dijo desesperado el señor Therne.

Parecía, en verdad, mucho más emocionado que el mismo George.

Pasó un momento sin que Heriot contestara. Estaba pensando activamente mientras miraba por la ventana. En la semioscuridad del crepúsculo distinguió a dos hombres de uniforme que se acercaban al porton de la casa.

A pesar de todo aparentaba ser el más sereno de todos cuando se separó de la ventana volviéndose hacia el señor Therne y Jack.

—Hay una posibilidad, temeraria sí, pero es la única. Voy a ponerla en ejecución.

Y rápidamente, les confió su plan.

Fuera, en el camino, los dos empleados habían llegado ya al porton de la casa aislada donde se alojaba George.

—Parece que mi patrón está aquí. Por lo menos, ese es su automóvil, — dijo Joynt mirando el coche del señor Therne, que estaba junto al porton—No sería raro que...

En aquel mismo momento se oyó un grito de angustia en la casa, cortando la frase de Joynt. Una ventana del piso mas alto se abrió violentamente.

—¡Pronto! ¡Vengan aquí los de la policía! — gritó una voz con grande alarma.— ¡Pronto! ¡Por favor! ¡Pronto!

La persona que hablaba desde la ventana, gesticulando mucho, no era conocida para ellos. Emocionados el sargento de policía y el agente que le acompañaba, corrieron por el camino que cruzaba el jardín dirigiéndose a la casa.

En el momento en que llegaron a la puerta ésta se abrió de repente y el hombre que había gritado se encontró ante ellos.

—¡Llegaron a tiempo! — exclamó con voz jadeante. — ¡Ese canalla de Ford, co-

mo dice llamarse, está arriba! ¡Ha atacado criminalmente al señor Therne!

El que así hablaba se quedó respirando sofocado, agarrado al pasamanos de la escalera, como si se hallase tan dominado por la emoción y la fatiga que no le fuese posible volver a subir para indicar el sitio del suceso a los de la policía.

—¿En qué habitación está? — preguntó con impaciencia el sargento.

—La primera puerta, en el último piso, frente a la escalera.

Sin esperar que el denunciante le siguiera, los de policía corrieron a toda prisa escaleras arriba.

En cuanto se perdieron de vista el agobiado y fatigadísimo denunciante recobró su aplomo y su tranquilidad con asombrosa rapidez.

Corrió luego silenciosamente hacia el jardín cerrando tras sí la puerta principal y volviendo la llave.

Jack había cuidado antes, que la llave estuviera puesta del lado de fuera.

Simultáneamente Jack y Dick, con Peter, el perro tras ellos, aparecieron procedentes de los fondos de la casa, por el caminito lateral.

Joynt que se había quedado vigilando junto al portón, contempló el desarrollo de todos estos sucesos con creciente desconfianza. Miró con grandísimo recelo al hombre de barba que había lanzado los gritos de alarma.

De pronto la verdad se presentó con toda claridad ante su mente.

—¡Pero si ha sido esa la combinación! ¡Ahora caigo! — exclamó. — ¡Usted es George Heriot! — dijo encarándose con el de barba. Y despues gritó a voz en cuello dirigiéndose hacia la casa: — ¡El hombre está aquí! ¡Vengan pronto o se escapará!

Corrió al porton para interceptar el paso del disfrazado George Heriot... para lamentar inmediatamente semejante ocurrencia.

George se hallaba demasiado comprometido para dejarse detener en tal momento. En cuanto Joynt estuvo a su lado le aplicó, con el puño izquierdo, tan formidable golpe de boxeo que el hombre pudo creer, por un instante, que se le había salido de su sitio, toda la dentadura. Lanzando un débil gemido el hombre cayó sentado sobre la vidriera protectora de un plantío de pepinos.

Los dos muchachos y Peter se hallaban ya en el automóvil y George estaba moviendo la manija para poner en marcha el motor antes de que los de la policía, convencidos de que habían sido burlados descendieran con toda rapidez por la escalera para hallarse con que la puerta de salida estaba cerrada con llave.

Esto les causó unos momentos de más atraso. Los dos de policía corrieron hacia una de las habitaciones laterales y abrieron la ventana, en cuyo alfeizar había unas cuantas macetas con helechos. Arrojaron las macetas al suelo sin consideración ninguna hacia la propiedad ajena y se asomaron a la ventana.

A todo esto George había puesto en marcha el motor. De un salto estuvo en el asiento tras el volante. Movió una palanca y el vehículo salió a toda velocidad en el mismo instante en que los de policía, después de haber saltado por la ventana, corrían desesperados, por el camino del jardín, hacia el porton.

Pero ya no era posible alcanzar al fugitivo que huía en el rápido automóvil.

—¿Por qué no le detuvo usted? — gritó el sargento, enfadado, a Joynt que se levantaba dificultosamente de entre el armazón de madera y los vidrios rotos de la vidriera que protegía las plantas de pepinos con la cabeza hecha un torbellino y preguntándose si no le habían pegado con un martillo de herrero y no con un puño humano.

—¡Y decir que hemos sido suficientemente tontos para caer en tan estúpida trampa! — agregó el sargento dirigiéndose a su compañero — De lo que estoy seguro es de que el señor Therne estaba también de acuerdo con el que se ha escapado. ¡Pero quién logra probar semejante complicidad!

El enojado miembro de la fuerza policial no estaba equivocado a ese respecto.

El y su compañero habían encontrado a Therne tendido en el suelo y, al parecer medio desmayado, como quien ha recibido un garrotazo en la cabeza. Y en aquel instante en que los de policía hablaban de él, en el porton, el mismo Therne, contento y sonriente, les miraba desde la ventana del cuarto de George, tan tranquilo y fresco como si nada le hubiera pasado, pues en realidad no le había pasado nada. Therne miró con satisfacción cómo se alejaba el automóvil en que iba George Heriot. Había escapado, sí, pero casi por milagro.

—¡Qué momentos de agitación, señor!— exclamó Jack entusiasmado cuando el automóvil se vió fuera de todo peligro de persecución — ¡Qué caída la de Joynt sobre la vidriera de los pepinos! ¡Habría sido curioso oirle! ¡Y verle! ¡Ni Charlie Chaplin!

George dejó el automóvil en un garage situado a poca distancia de allí, con orden de devolverlo al señor Therne. Después tomaron un automóvil de alquiler en el que fueron a Londres, a la estación de Paddinton.

El tren en que tenían que partir no salía hasta las doce de la noche. Los dos muchachos estaban cansadísimos. Poco tardaron en dormirse en los rincones del compartimiento que ocuparon mientras Peter se enroscaba en el asiento, entre ambos. El tren comenzó su marcha, en medio de la oscuridaa de la noche y con rumbo al oeste.

George también estaba fatigado, pero pasó mucho tiempo antes de que, siguiendo el ejemplo de sus compañeros de viaje, pudiera, a su vez, conciliar el sueño. Eran muchos los pensamientos que preocupaban su imaginación y le causaban constante nerviosidad.

Pensaba George en el misterioso secreto

Próximamente en PUCKY

El Juego del Peligro

Por J. ALLAN DUNN

RICARDO Pemberton, que nunca conoció a sus padres, es recogido de la calle y criado por un hombre bondadoso, llamado Harvey Pemberton, que le dió su nombre. Más tarde se entera Ricardo de que su padre adoptivo vive al margen de la ley, aunque quiere mantenerlo a él en el camino recto. Ricardo no se mezcla en las actividades turbias de Harvey; pero lo acompaña y protege contra sus enemigos, que son muchos. Luego el viejo es asesinado y Ricardo acusado de su muerte. Consigue salir absuelto de la acusación de asesinato; pero es condenado a siete años de prisión como cómplice de Harvey. Logra escapar de la cárcel y alimenta el firme propósito de vengar la muerte del hombre a quien como a un padre amó. Tal es el argumento de esta poderosa y dramática novela, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York.

Pida con tiempo su ejemplar de PUCKY, si desea no perder la lectura de esta estremecedora novela

ue le tocaría resolver en la solitaria casa
e junto al mar hacia la cual se dirigía en
quel tren; pensaba en todos los extraordi-
arios acontecimientos que, en rápida, ver-
iginosa sucesión habíanse producido, uno
ras otro, desde el momento en que había
ido lanzada, injustamente, sobre él, la sos-
echa de que había sido el autor de la
uerte de su tío.

Desde aquella noche trágica había visto
arias veces a su primo Hubert Mansell ba-
o su verdadero y repulsivo aspecto. Había
ido testigo de la tentativa que Hubert Man-
ell hiciera con el propósito de hacer callar
ara siempre a Purvis, el que conocía el cul-
able secreto del rapto y desaparición del
ijo de John Heriot. Había, él mismo, esca-
ado a la muerte a que le condenara Hubert
lansell en complicidad con Rufus Trant.
ero, por el hecho de que se hallaba en la
eplorable y desventajosa situación del fu-
itivo, no podía acusar a su primo, ante la
usticia, de los crímenes de que era autor.

Pasó largo rato antes de que pudiera
onciliar el sueño y entonces sus mismos
ensamientos de cuando despierto siguieron
reocupándole una vez dormido.

Soñaba que en aquella solitaria casa de la
osta había encontrado nuevamente a su
nemigo, y que acababa de agarrar a Hubert
or el cuello para hacerle declarar la ver-
ad sobre lo que había sido del heredero de
ohn Heriot, cuando el tren se detuvo, con
ran ruido de hierros, en una estación, des-
ertando al dormido. George abrió los ojos
obresaltado y se dió cuenta de que, mien-
ras dormía, el tren había hecho ciento cin-
uenta millas de su recorrido.

—¡Lástima ha sido despertarme precisa-
ente en el momento en que el canalla iba
confesarlo todo respecto al joven raptado
desaparecido hace ocho años! — exclamó
endo.

Pero tarde o temprano, ya fuera por con-
ucto de Purvis, — que se hallaba en asis-
ncia en el hospital en calidad de detenido,
— ó por boca del mismo Hubert Mansell, es-
eraba enterarse de la verdad sobre la suer-
del muchacho desaparecido y devolverle al
tío qué le correspondía como legítimo y
nico heredero de su padre, John Heriot.

Los dos muchachos seguían durmiendo
anquilamente.

—¡Arriba, jóvenes! ¡Ya hemos llegado!
— dijo al fin George Heriot tomando su
aleta del enrejado. — ¡Vamos a prisa!
Qué nos espera un trabajo de grandísima
nportancia: el desayuno!

—Estoy admirablemente dispuesto para
cuparme en seguida de ese trabajo — dijo
ack, levantándose.

Peter, por su parte, movió el rabo signifi-
tivamente.

Tomaron el desayuno en un pequeño ho-
l situado cerca de la estación y pasaron la
añana explorando la pequeña y tranquila
oblación, esperando el paso del tren de la
rde.

Lonemoor estaba lejos de la estación fe-
roviaria, así que les esperaba un viaje de
eis millas en coche dos de la estación en la
cual les dejó a la tarde, el segundo tren que
tomaron.

George alquiló un carricoche en la hoste-
ría de aquella localidad. El mismo hostelero
se encargó de manejar el vehículo.

El camino no podía ser más accidentado.
Todo él era subidas y bajadas. Mucho antes
de que llegaran a la aldea de Lonemoor pu-
dieron distinguir la costa — una costa agres-
te, rocosa, unas veces baja y otra de altos y
escarpados arrecifes — en aquel momento
semi velada por la ténue neblina del mar que
acrecentaba el aspecto desolado de aquella
parte de la costa inglesa.

—¡Esto es como llegar al confín del mun-
do! — dijo Jack después de contemplar aquel
paisaje.

—Sí, esto es muy solitario, — dijo el co-
chero. — La aldea no tiene más que un pu-
ñado de casitas y la casa grande está me-
dia milla más allá. Algunas veces me pre-
gunto como es posible que Martín se confor-
me con vivir solo en semejante sitio. Yo
creo que me pasaría la vida temblando de
miedo.

Martín no les esperaba porque George ha-
bía pensado que era mejor y más prudente
no hacer ningún telegrama de advertencia
pues tal telegrama debía necesariamente lle-
var su nombre y, con lo que los diarios ha-
bían dicho, podía llegar la noticia a la poli-
cía y causarle nuevas molestias.

—No estamos lejos ahora,—dijo el hoste-
lero mientras giraba su carricoche por la mal
empedrada calle de la modesta aldea. — En
cuanto volvamos la próxima curva del cami-
no la veremos. Queda precisamente detrás
de la cruz de piedra.

El rostro de George expresó al oir esto,
nuevo interés.

Algo hablaba la carta que encontrara en
el libro encuadernado en cordoban y con cie-
rres metálicos, de una cruz de piedra. Geor-
ge recordó las palabras de John Heriot:
"oculto bajo la sombra de la gran cruz de
piedra": Lo que allí estaba oculto era el se-
creto que el mensaje de ultratumba le orde-
naba solucionar.

—¡Miren! ¡Allí está la cruz!

Negra y delgada erguíase la cruz en la se-
mioscuridad del crepúsculo. Era una cruz
groseramente tallada que desde tiempos muy
remotos constituía constante centinela de
aquellas soledades.

—¡Pero aquella no debe ser la casa!

Y al decir esto Jack señaló con la mano.

Recortándose en el cielo, sobre el hori-
zonte, en la parte más alta de los arrecifes
se distinguía confusamente algo que pare-
cía un montón de viejas ruinas, muy anti-
guas.

El cochero se rió.

—¡No! ¡Eso es el viejo castillo de la cos-
ta; reducido a ruinas hace largo tiempo! La
casa se encuentra en una hondonada y por eso
no la vemos todavía. Corren respecto a esas
ruinas algunas leyendas curiosas que quizás
tenga ocasión de contarles alguna vez.
Porque...

Algo que emocionó grandemente a todos,
cortó la frase en labios del hostelero.

En la silenciosa tranquilidad del anoche-
cer habíase oído de pronto un penetrante

grito de angustia que asustó hasta el caballo, el que se estremeció dando un corcovo. Fué un grito tal de terror y de alarma que heló la sangre en las venas de todos los que lo oyeron.

—¡Y procedía de allí... de junto a la cruz de piedra! — exclamó George.

Casi en el mismo momento en que pronunciaba esas palabras vióse de pronto, entre la tenue niebla del mar, a dos hombres que peleaban desesperadamente a brazo partido, medio ocultos tras de la pétrea cruz.

En cuanto distinguieron aquello el cochero fustigó al caballo y mientras el vehículo se aproximaba a la cruz pudieron ver que uno de los hombres empuñaba un arma con la que golpeó la cabeza del otro.

Vieron también que el así acometido levantaba los brazos y caía al suelo.

La cruz estaba a una docena de yardas del borde del camino.

El cochero hizo avanzar más a su caballo y luego saltó de su asiento, al mismo tiempo que George corriendo ambos hacia el sitio donde estaba el caído.

Su asaltante había echado a correr en cuanto notó que se acercaba el carricoche y ya se había perdido entre la niebla y la oscuridad que se acrecentaba por momentos.

—¡Pero si es Martín! — exclamó el hostelero con acento de intensa pena. — ¡Y parece que la mano del criminal ha sido tan certera como infame!

George se inclinó hacia el caído: era un hombre de buena estatura, recio y fuerte, de cabello gris; estaba inmóvil, con los ojos cerrados.

¿Estaba muerto — y muerto por una mano criminal, — el hombre a quien George quería ver, el único que podía darle la clave del secreto a que John Heriot se refería?

George había esperado hallar cosas misteriosas en la casa grande de Lonemoor. ¡Pero era algo más que misterio, algo criminal y tenebroso lo que le había estado esperando para producirse aun antes de que él hubiera traspuesto los umbrales de la vieja casa con la que le había obsequiado su difunto tío!

LA PRIMERA NOCHE EN LA CASA

Quien podía ser el misterioso asaltante que así había maltratado a Martín?

—Martín no tenía ningún enemigo en estas inmediaciones; todos le estimaban y respetaban, — dijo el hostelero que había ido manejando el coche.

El herido respiraba aun, pero seguía sin conocimiento. Alguna pesada arma le había golpeado reciamente la cabeza. Se trataba, sin duda, de una tentativa de muerte.

Le habían llevado a la casa, situada a poca distancia del lugar del suceso. Era una casa grande y baja, edificada en una hondonada, a la sombra de un alto arrecife sobre cuya cumbre levantábanse las ruinas de un viejo castillo medioeval construído precisamente a la orilla de la costa alta, como desafiando las furias del mar. Encontraron abierta la puerta de la casa.

Martín vivía allí solo. Una mujer de la aldea iba todas las mañanas a la vieja casa a ocuparse de los quehaceres domésticos.

El hostelero conocía a un médico de la armada, retirado, que vivía a distancia relativamente corta.

Cuando hubieron puesto al herido en su lecho el hostelero fué en su carricoche, a la aldea, de donde regresó con el anciano doctor y también con la mujer, — cuyo nombre era señora Grew, — que atendía las tareas domésticas de la casa habitada por Martín.

La mujer no pudo dar explicación ninguna que ayudara a poner en claro lo sucedido. No sabía que Martín tuviera enemigo ninguno y no había visto a nadie extraño ni en la casa, ni en torno de ella, aquella misma mañana.

El médico frunció el ceño cuando hubo examinado al paciente.

—¡Me parece que es un caso bastante grave! Aun cuando logre salir de él con vida es fácil que el cerebro quede por siempre desequilibrado, — dijo.

Hizo, por atender y mejorar el estado del enfermo todo cuanto la ciencia aconsejaba en tales momentos y manifestó a George que volvería por la mañana a ver al paciente.

Miró con curiosidad a George Heriot, en aquellos remotos parajes era cosa extraña y poco frecuente ver a un forastero.

—¿Es usted amigo del señor Martín, señor?... Perdone, pero no oí bien su nombre.

Era necesario que el médico supiera como se llamaba y George pensó en aquel momento que la pregunta del anciano doctor llegaba a tiempo para advertirle de que no debía dejar conocer su verdadero nombre, publicado por los diarios como el de un acusado a quien la policía buscaba después de haberse escapado habilísimamente de sus garras.

—Yo... ¡Oh¡ Mi nombre es George... ¡Arthur George, — dijo inmediatamente. No podía dar su verdadero nombre. La policía local investigaría el caso relativo al misterioso ataque de que había sido objeto Martín y alguno de los elementos policiales se fijaría en que hablaban los diarios. — El hecho es, — agregó George, — que soy el nuevo propietario de esta casa.

El doctor se retiró poco después.

George tuvo una satisfacción cuando la señora Grew, — una risueña, simpática y activa vieja campesina, — manifestó que no solo no tenía inconveniente en pasar allí la noche sino que también se quedaría en la casa todo el tiempo que consideraran útil su trabajo y su presencia.

Si la vieja casa tenía exteriormente un aspecto tétrico y antipático, en cambio era, interiormente muy cómoda y estaba muy bien alhajada. Los muebles eran oscuros y pesados, pero las butacas eran amplias y mullidas y las cortinas protegían bien el interior contra las inclemencias del invierno, tan cruel en aquel paraje inhospitalario de la costa. El edificio era antiguo, sus muros tenían un espesor de murallones y parecían capaces de resistir un cañoneo.

La señora Grew encendió fuego en una de las habitaciones del piso bajo, habitación cuadrilonga, con tres de sus paredes cubiertas por revestimiento de madera y la cuarta ocupada por una alta estantería llena de libros encuadernados.

Allí mismo se puso la mesa y allí hicieron los honores debidos a la comida preparada por la señora Grew.

Muy pronto, después de comer, los dos muchachos, cansados a consecuencia del largo y fatigoso viaje de cerca de venticuatro horas sin más descanso que lo que durmieron en el tren, se mostraron dispuestos a retirarse a dormir.

La señora Grew se retiró también, yendo a dormir a su cuarto, el mismo donde dormía algunas veces que, hallándose intransitable el camino debido al mal tiempo, tenía que quedarse en la casa, pero no sin que antes le manifestara George que no era necesario que se quadara atendiendo al enfermo.

—Yo no me voy a acostar todavía, — dijo George. — Antes de retirarme volveré a ver al pobre Martín aun cuando, como el médico lo ha dicho, no es posible hacer nada por mejorar su condición, por el momento. Mi dormitorio queda contiguo al suyo; si llama durante la noche, acudiré a su llamado.

George sentíase demasiado fatigado así que consideró que podía dejar para el día siguiente la visita a las demás habitaciones y dependencias de la casa. Le bastaba, por el momento, sentir que se hallaba quizás en el sitio más secreto y seguro en que podía hallarse un hombre que no desea ser alcanzado por la mano de la ley. Visitó nuevamente el cuarto de Martín. El herido gemía de vez en cuando pero seguía sin conocimiento.

Durante unos momentos George miró con lástima el pálido rostro, semi-oculto por el vendaje que le había puesto el cirujano. El pobre hombre parecía muy abatido, George pensó entonces que la probabilidad de encontrar el secreto de que hablaba John Heriot en su carta calificándolos de importantísimo, pendía de un cabello. La única persona que podía guiarle era aquel hombre cuyo cerebro hallábase, en aquel instante, entre la vida y la muerte.

Pero George no podía hacer nada por mejorar la situación de Martín. Volvió, pues, a la biblioteca. Empujó un mullido sillón Chesterfield, hasta ponerlo delante de la chimenea, se sentó y encendió su pipa. Y así permaneció casi inmóvil, fumando y sumido en conjeturas sobre el posible origen del misterioso suceso acaecido un instante antes de su llegada a la Casa Grande de Lonemoor.

¿Quién habría atacado a Martín y por qué? No podía ser nadie de la aldea; las simpatías de que gozaba Martín, — según lo habían dicho el hostelero, el médico y la señora Grew, — excluían semejante posibilidad. ¿Sería posible que aquel ataque, mejor dicho asalto, tuviera alguna conexión con el secreto de que Martín era celoso guardián?

Esta idea presentóse súbitamente ante el pensamiento de George, sobresaltándole. Si acaso era acertada ¿quién era el misterioso asaltante, que aun debía andar rondando las inmediaciones de la vieja casa?

George había llevado un revólver en la única maleta que, con la de la ropa de los muchachos, había traído de Northowood. Había sacado el arma de la balija y la había puesto en la mesa, donde estaba la lámpara de petróleo que alumbraba la biblioteca, al alcance de su mano por si llegaba a hacerle falta.

Pensó que le sería agradable que se le presentara oportunidad de verse cara a cara con el que había asestado a Martín aquel golpe mortífero.

En la vieja casa reinaba el más completo silencio. De vez en cuando se oía, traído por alguna ráfaga de viento, el murmullo del mar que parecía acrecentarse en ocasiones como si retumbara en la oquedad de las numerosas cavernas, que horadaban la masa pétrea del alto arrecife en cuya cumbre se erguían las ruinas del castillo.

—¡Hola! ¿Qué ha sido esto?

George habíase vuelto rápidamente. Lo que acababa de oír no era ya el murmullo del mar, era un rozar rápido que parecía proceder de la misma habitación en que estaba y que le arrebató sobresaltado, a sus pensamientos. Se quedó sentado, escuchando. Pero no volvió a oír aquel ruido.

Se sonrió un instante como avergonzado de su sobresalto nervioso y volvió a encender la pipa.

—Supongo que ha corrido detrás del revestimiento de madera alguna rata de las muchas que debe haber en esta vieja casa, — murmuró. — El sueño me va venciendo poco a poco. En cuanto termine de fumar esta pipa me retiraré a dormir.

Pero antes de que hubiera ardido todo el tabaco de la pipa, George cabeceaba adormilado y acababa por quedarse dormido con la cabeza apoyada sobre el pecho.

George despertóse de pronto y estremeciéndose alarmado con la confusa impresión de que alguien se movía por la habitación, detrás de él, con cauteloso paso.

Volvióse rápidamente dominado por un súbito sentimiento de que un peligro le amenazaba desde muy cerca.

Logró ver un instante una mano que avanzaba con rapidez y apagada la lámpara que estaba en la mesa, detrás de él, antes de que él pudiera ver la cara del intruso.

EL MISTERIO AUMENTA

Nada hay que alarme tanto como ser despertado en mitad de la noche por un grito desesperado pidiendo socorro.

Jack y Dick dormían en un cuarto situado precisamente encima de la biblioteca. Y fué un grito procedente de la habitación de abajo, un grito proferido por George. — cuyo tiembre de voz reconoció al instante — y el ruido de una rápida pelea, lo que despertó a Jack. Se sentó en la cama, escuchando. Peter, el perro gruñía.

—Dick, ¿has oído?

De un salto estuvo Jack en el suelo. Encendió un fósforo y con él una bujía, con temblorosa mano. Los nervios del muchacho habían sido puestos a prueba repetidas veces y, sobre todo por lo que había presenciado ante la cruz de piedra.

Dick estaba sentado en la cama, pálido y alarmado.

—¡Era el señor Heriot el que gritaba! ¡Algo ha sucedido! ¡Y ha sido en la habitación de aquí abajo! Es necesario que vayamos a ver de que se trata.

Si la voz de Jack temblaba un poco, en cambio al muchacho no le faltaba valor para dominar su nerviosidad al pensar que su amigo y protector George Heriot podía encontrarse en peligro.

Todo había vuelto a quedar en silencio en la vasta casa; reinaba de nuevo un silencio que resultaba alarmante y terrorífico. ¿Qué significado podía tener aquel grito?

Dick saltó de la cama. Sin más ropa que sus pyjamas los dos muchachos descendieron por la escalera. La casa estaba a obscuras. Jack sostenía a Peter por el collar, Dick llevaba la luz. Así se dirigieron hacia la habitación de donde había partido el grito de alarma.

Fué necesario hacer un esfuerzo de valor para abrir la puerta. Los muchachos temían ver lo que esperaban ver allí dentro. La habitación estaba a oscuras, excepción hecha del débil resplandor que surgía de las brasas que aun quedaban en el hogar de la chimenea. Un instante después esparció su luz débil la bujía que llevaba Dick... ¡La habitación estaba vacía!

—¡Señor! ¡Señor George!

No se oyó contestación. No se veía ni rastro de George Heriot.

En la habitación no había más que un sitio donde esconderse: una alacena. Jack la abrió y estaba vacía.

—¿Qué significa esto? — dijo Jack cruzando una mirada de alarma con su compañero. — ¡No me gusta nada el aspecto de lo que sucede!

—¡Ni a mí! — dijo Dick con emoción — ¿Habrá ido al señor Heriot al dormitorio de Martín?

Pero en el cuarto del herido no se encontraba el hombre cuyo desesperado grito de auxilio habían oído. Y el dormitorio que estaba destinado a George se encontraba también vacío.

—¡Fué de la biblioteca de donde procedió el grito! — dijo Jack. — Y después de haber gritado como gritó, el señor George hubiese acudido a vernos a nosotros en caso de haber podido. ¡Esto me parece grave, pero muy grave, querido Dick!

Se quedaron un momento quietos, escuchando. El silencio envolvía la Casa Grande, interrumpido solamente, de vez en cuando, por el murmullo del mar.

Dick tembló, sacudido por un escalofrío. El muchacho sentía miedo... miedo de lo desconocido, de lo misterioso,, de una amenaza que, agazapada en la oscuridad y el silencio de la vieja casa, extendía por todos sus ámbitos sus tentáculos...

—Primero el ataque a Martín y ahora la desaparición del señor Heriot!... Dick, voy otra vez a la biblioteca. Desde allí fué desde donde llamó, — dijo Jack.

Abrieron de nuevo la puerta de la biblioteca. Una repentina corriente de aire surgió de la habitación, como si la ventana estuviese abierta, y apagó la bujía. ¡Pero la ventana no estaba abierta!

—¡Mira, Jack! ¡Mira! — gritó Dick en aquel mismo momento.

Durante un brevísimo instante, entre las aterciopeladas sombras de la oscuridad de la biblioteca, una cara pálida apareció ante sus ojos, iluminada un momento por el resplandor de los tizones de la chimenea, una cara amenazadora que los miraba fijamente desde donde estaba el muro sólido y sin huecos.

La vista de aquel rostro emocionó mucho a los dos muchachos. Jack fué el primero en recobrar su serenidad, relativamente. Abrió la mano con que sujetaba el collar de Peter. El perro cruzó la habitación de un salto, gruñendo amenazador.

—¡Fósforos! ¡Pronto!

Jack arrebató la caja de la temblorosa mano de Dick y encendió un fósforo con el que dió luz a la bujía. En seguida expresó su rostro el mayor de los asombros.

La ventana seguía cerrada, con su barra de hierro cruzada de un lado a otro, puesta en sus ganchos. La única salida que tenía la habitación era la puerta donde ellos se encontraban. Y sin embargo, a la luz de la bujía vieron que en la biblioteca no había nadie.

La cara que los dos habían visto con toda claridad en medio de las sombras, se había desvanecido, desapareciendo tal y como había desaparecido George Heriot.

Pero Jack había tenido tiempo suficiente para reconocer las facciones de aquel pálido rostro amenazador.

—¡Bate! ¡Era Bate, el criado de la casa de John Heriot, el cómplice de Hubert Mansell! — dijo en voz baja al oído de Dick.

Efectivamente, había sido el rostro del criado y compinche de Hubert Mansell lo que el muchacho había visto a la rápida luz del resplandor del fuego del hogar y aquella cara en tal sitio era suficiente prueba para convencerse de que los enemigos de George Heriot se encontraban en actividad en la Casa Grande.

El libro encuadernado en cordoban, con cierres metálicos, el que Bate, según le viera Jack, escondió en el chalet de junto al río... Ese libro que contenía papeles de importancia y se cerraba por medio de un mecanismo secreto... Bate, con seguridad había logrado dar con el secreto del cierre y había leído los papeles enterándose de la carta en que John Heriot ordenaba a George que fuese a la casa de Lonemoor.

Por eso los implacables enemigos de George habíanse apresurado a llegar a Lonemoor antes que él, para ser los primeros en presentarse en aquel nuevo escenario de sus malignas actividades, para tratar de apoderarse del secreto oculto en la vieja casa. Y en alguna trampa, hablmente preparada por aquellos pillos, acababa de caer su amigo y protector George Heriot.

—¡Dick! — dijo Jack rápidamente y en voz baja. — ¡Aquí está en acción un complot criminal y tenebroso dirigido como es natural, por Hubert Mansell! El señor Heriot se halla en peligro de muerte y no tiene a nadie mas que a nosotros, para protegerle y salvarle. ¡Es necesario que le salvemos, Dick! No sé todavía cómo, pero algun

medio se nos ocurrirá. ¡Nos ha tocado el turno de intervenir con decisión en favor de nuestro amigo, y vamos a hacerlo, querido Dick, vamos a hacerlo!

EL MENSAJERO MUDO

Si Jack no hubiera reconocido aquella cara en cuanto la vió entre las sombras de la biblioteca, podría haberse imaginado qué se trataba de una aparición, tan extraño y misterioso fué el modo cómo desapareció.

La habitación, según pudo comprobarlo a la luz de la bujía que encendió en seguida, hallábase enteramente vacía en aquel momento.

Jack miró a Dick cuyo rostro estaba pálido como la cera y se preguntó si tendría la misma palidez. La atmósfera que reinaba en aquella tenebrosa habitación y el misterio que parecía envolver como una nube a toda la vieja casa, constituían elementos más que suficientes para impresionar con singular intensidad el sistema nervioso de los dos muchachos.

Pero Jack tenía suficientes bríos para poder reaccionar contra aquellos temores que le acometían. No iba a mostrarse cobarde precisamente en aquel momento y no iba a mostrarse cobarde Dick en el momento en que George Heriot se hallaba entre las garras de un desconocido peligro y no tenía nadie de quien esperar ayuda y salvación más que le ellos mismos.

—En esta habitación hay alguna salida secreta. De esto no cabe duda. Por esa puerta oculta entró la corriente de aire que apagó la bujía cuando abrimos la puerta, — dijo Jack en voz baja después de reflexionar un momento — Gente de carne y hueso, como la que había aquí no puede filtrarse por una pared.

Y tal vez detrás de aquella misma puerta secreta uno o más, de los enemigos, estaba atisbando en aquel mismo instante, escuchando sin ser visto lo que hablaban los muchachos en la biblioteca.

Esto lo pensó Jack y por esa razón dijo de pronto levantando mucho la voz:

—Tú has debido estar soñando, Dick: no es posible que vieras a nadie en esta habitación. Casi estoy por apostar que todo se ha reducido a una broma que el señor Heriot ha querido darnos y que de un momento a otro va a presentarse riendose de nuestra alarma.

Miró a Dick frunciendo el seño significativamente mientras hablaba.

Jack indicó con un ademán a Peter. El perro olfateaba inquieto los estantes de libros que cubrían una pared de la habitación. ¿Qué secreto hallábase oculto tras ellos?

Pero se convenció de que hubiese sido inútil buscar más en tal momento. Aun de día y a plena luz se necesitarían horas, quizás, para dar con el secreto, si era posible dar con él.

Pero Jack, que no había dejado de pensar ni un solo momento, tenía ya un nuevo plan en su imaginación.

Pronto publicaremos una emocionante novela de aventuras en el Far West, en la que interviene

BUFFALO BILL

Siguió hablando en voz alta dirigiéndose especialmente al oído del que estuviera oculto, pues el muchacho sentíase convencido de que alguien escuchaba, en aquel momento, desde el otro lado de la puerta secreta:

—¡Vamos, Dick! Supongo que el señor Heriot ha ido a explorar algún sitio de la casa por algo relacionado con el secreto, ¿sabes? El secreto que tenía oculto el libro encuadernado en cordoban y con cierres metálicos que tiene guardado en la balija, en su dormitorio. Vamos a la casa y a dormir tranquilos. ¡Peter! ¡Vamos!

Una vez fuera de la biblioteca y después de cerrar la puerta, Jack dijo al oído de su amigo que estaba asombradísimo:

—¿Has oído? Eso ha sido la carnada. Mediante ese libro de los cierres metálicos vamos a conseguir atrapar al pillastre. ¡Ya verás!

Antes de entrar en su propio dormitorio Jack se deslizó cautelosamente, penetrando en el cuarto de George Heriot. De la balija de George sacó el libro encuadernado en cordoban. Cuando estuvo en su propio cuarto lo escondió bajo una tabla del entarimado piso, que estaba medio desclavada y quedaba bajo la alfombra de delante de la chimenea.

Dejaron la puerta del cuarto abierta de par en par y a Peter echado a la entrada, de guardia.

—Si Bate viene en busca del libro, Peter lo verá, — dijo Jack — Los enemigos del señor quieren apoderarse del secreto y se proponen robar ese libro.

—¡Entonces es por eso por lo que han hecho prisionero al señor Heriot, — exclamó Dick.

—¡Claro está que sí. Con seguridad suponen que sabe más de lo que realmente sabe y procuran hacérselo decir. Por esta razón creo que el señor George no corre peligro por el momento. Si me lo preguntaras te diría que fué Bate el que atacó a Martín junto a la cruz de piedra. ¿Por qué? Pues porque Martín conoce el secreto y Bate estuvo intentando que Martín se lo comunicara, — dijo Jack. — ¡Bien! Mañana por la noche pondré una buena trampa para que caiga en ella Bate. ¡No! Poco importa ahora en qué va a consistir. Está en preparación en mi mente. A ver si duermes y descansas, querido Dick.

Pero pasó un largo rato antes de que Jack

pudiera dormirse, tan preocupado le tenía la suerte de George Heriot.

Hallándose George bajo la amenaza de ser detenido por la policía, acusado de ser el autor del crimen en Lanceford, no era caso de avisar de lo que pasaba a la policía, dándole cuenta de su desaparición misteriosa. No había nadie absolutamente hacia quien volverse en demanda de consejo o de ayuda. Todo dependía pura y exclusivamente de lo que hicieran Jack y Dick y si alguien habría de rescatarle del poder de sus enemigos, tenían que ser ellos, pensaba el valeroso muchacho.

En todo el vasto caseron en aquel momento a oscuras, no se oía ni el menor ruido. Reinaba el mas completo silencio. Pero Bate no podía tardar en aparecer en busca del misterioso libro con cierres metálicos, de esto estaba segurísimo Jack. Sin embargo pasaba el tiempo y era cosa de creer que Bate resolvía no ir en busca del libro la misma noche.

Lo único que se oía era el gemido constante del oleaje en los cavernosos huecos de la enorme masa de rocas sobre la cual estaba construída la casa. Y escuchando el monótono sonido ondulante, de modulaciones repetidamente iguales, Jack acabó por quedarse dormido.

Ya alumbraba el sol cuando se despertó. Lo primero que vieron sus ojos fué a Peter, que se había subido a la cama y estaba enrollado a los pies. Al ver que su patrón abría los ojos, el perro meneó el rabo.

—¿Qué es eso, grandísimo holgazán? — exclamó Jack — ¡Con razón soñaba que un coche me pasaba por las pierna, ¡era tu peso lo que sentía sobre los pies!

Bate no debía haberse introducido nuevamente en la casa después de la desaparición de George. Peter, — en caso de haber aparecido el criado de la casa de Lanceford, — hubiese dado aviso. Quizá fué precisamente la idea de que Peter andaba por la casa la que hizo que Bate desistiera de volver por el libro.

Pero Jack estaba dispuesto a que el tenebroso cómplice de Hubert Mansell cayera aquella misma noche en la celada que él iba a prepararle.

Jack se levantó y fué a la habitación de George, no porque esperara hallar en ella a su protector y amigo sino obedeciendo a un inexplicable impulso de su corazón. La habitación estaba desierta. En la cama no había dormido nadie.

La señora Grew, la buena mujer a la que George había tomado para el cuidado de la casa no podía ser enterada de lo que pasaba. La mas elemental discreción aconsejaba ocultarselo.

—El señor George tuvo que ausentarse inesperadamente anoche y no se, en verdad, cuando estará de regreso, — dijo Jack a la señora Grew.

Lo mismo dijo al médico que estuvo por la mañana y a los de la policía que se presentaron a hacer algunas averiguaciones sobre la tentativa de homicidio llevada a cabo al pie de la vieja cruz de piedra del camino.

El estado de Martín no había variado. El médico manifestó que debía ser conducido al sanatorio que había en una cercana ciudad y antes de mediodía llegó a la casa una ambulancia automóvil que se llevó el herido a donde podría ser atendido como lo necesitaba.

Una prolongada investigación realizada en el cuarto de donde había desaparecido George no permitió hallar rastro ninguno de la existencia de una puerta secreta, según pudo comprobarlo Jack. Las estanterías de libros cubrían toda una pared y se hallaban sólidamente enclavadas en ella. Cuando salieron de la habitación, Jack cerró la puerta con llave y se guardó la llave.

—Vamos a cortarle a Bate el acceso a la casa, por lo menos hasta la noche, — dijo el muchacho. — No tendrá "vía libre" hasta que yo haya preparado la pequeña sorpresa que le dedicaré.

El día pasó lentamente, Jack trató de mostrarse alegre y despreocupado no solo porque convenía disimular sino también para dar ánimos a Dick a quien la desaparición de su amigo tenía triste y preocupadísimo. Pero no era tarea fácil la de animar a quien estaba tan desanimado como Dick.

Jack casi no se sentía con ánimos de sacar a Peter a dar un paseo, para que el perro corriera por el campo un rato como parecía desearlo, pero por fin se decidió. Dick le dijo que estaba muy fatigado y no le acompañó.

La casa estaba edificada a un poco mas de cien yardas de la costa. Tras ella, defendiéndola de los violentos ventarrones del mar se levantaba en línea perpendicular la masa de roca que sostenía el viejo y ruinoso castillo que había visto al llegar en el coche, la tarde anterior, cuando llegaron a Lovemoor. Las ruinas eran tan solo como un cascaron enteramente hueco. Casi todos los techos se habían hundido y las pocas paredes en pie amenazaban desmoronarse. Algunas se habían caído ya junto con un deslizamiento de tierra del borde de la alta meseta, carcomida por el viento y la lluvia.

De pie, como un centinela, en la mismísima orilla de aquella altura agreste, una medio ruinosa torre sostenía aun sola, enhiesta. Se la distinguía desde muchas millas de distancia. Hacia ella, desde la parte baja, conducía una larga serie de peldaños de piedra medio deshechos. Pasar por ella era, en la actualidad, peligrosísimo pues el deslizamiento de tierra de la orilla la había interrumpido en varias partes, conmoviéndola en otras hasta dejar inseguros los escalones.

Después del primer peldaño, — que aún estaba en su sitio, — había un hueco que dominaba desde una altura de mas de cien pies la playa situada debajo.

En circunstancias normales hubiera sido una delicia para el muchacho explorar aquel

Próximamente en PUCKY

El JUEGO del PELIGRO

ACCION, DRAMA, MISTERIO

ruinoso castillo pero en aquel momento, dominado por la ansiedad que le causaba la desaparición de su amigo, no hizo mas que mirarlo con indeferente interés.

Se sentó Jack en un montón de la caída mampostería, entregado a sus pensamientos, mientras Peter corría por las inmediaciones en busca de alguna madriguera de conejos.

Al cabo de un rato, Jack se levantó y encaminó sus pasos hacia la casa. Miró a su alrededor buscando a Peter pero no vió al perro por ninguna parte. Silbó, llamándole, mientras seguía andando, pero el perro no se presentó.

Detúvose Jack y silbó nuevamente y mas fuerte hasta que por fin, saltando por entre piedras y matas, se presentó Peter.

—¿Dónde has estado, grandísimo pícaro? ¿Y los conejos? ¿Encontraste alguna cueva? — De improviso cambió Jack de tono y exclamó: — ¡Eh! ¿Que es esto?

Atado al collar del perro se veía un pañuelo y en este se veían dos iniciales que Jack reconoció en seguida, dándose cuenta de quién era el dueño del pañuelo.

¡Eran las iniciales de George Heriot! Y el pañuelo constituía un mudo mensaje procedente del hombre que había desaparecido tan misteriosamente.

ESPERANDO LA NOCHE

Jack se quedó inmóvil, atónito, mirando aquel pañuelo que demostraba algo muy importante: George estaba vivo.

—¡Si tu pudieras hablar Peter!—exclamó el muchacho.

Notó que la piel del perro estaba cubierta de polvo. Probablemente Peter, mientras andaba en busca de conejos, había encontrado alguna madriguera por la que le fué posible llegar hasta el sitio donde hallábase confinado el desaparecido.

El muchacho había pensado ya que George había sido sacado de la biblioteca por la puerta secreta, siendo conducido después por algun pasaje subterráneo que comunicaba la vieja casa con alguna mazmorra del viejo castillo, situada debajo de las ruínas.

Probablemente George tenía las manos atadas y por eso no había podido escribir unas líneas. Todo lo que pudo hacer fué atar el pañuelo al collar del perro, convencido de que Peter llevaría el mensaje a sus amigos.

Jack sentíase nerviosísimo. ¿Dónde se hallaba el hueco por donde había pasado Peter? ¿Le sería posible pasar a él por el mismo sitio? ¡Si pudiera hallar el pasaje!

—¿Dónde está el señor Heriot, Peter? ¡Búscalo! ¡Busca al señor George, Peter! ¡Búscalo!

Y al decir eso puso el pañuelo ante el hocico del perro.

Como si Peter hubiera comprendido, volvióse y corrió de nuevo hacia las ruinas, pero Jack había atado una punta del pañuelo al collar y le sujetaba por la otra, de modo que el perro le guiara.

Peter le condujo directamente a la pared de la vieja torre que se levantaba solitaria, destacándose sobre el cielo crepuscular. Una vez allí el perro se detuvo. Miró hacia arriba, lanzando un leve gruñido de advertencia y Jack miró, también, hacia arriba.

A unos quince pies sobre su cabeza hallábase una ruinosa ventana, rodeada y casi cubierta de hiedra y tras de aquella abertura del muro ruinoso, entre las densas sombras, vió Jack, con tal impresión que se estremeció todo su cuerpo, una forma grisácea que se movía.

Casi en el mismo momento en que dirigió hacia allí su mirada, vió dos manos que aparecieron por la ventana sosteniendo algo. Un súbito instinto hizo que el muchacho se retirara a un lado, retirando al mismo tiempo, al perro.

Había procedido a tiempo. El pesado y grande fragmento de piedra que había visto entre aquellas dos manos cayó rebotando, desde lo alto, hasta el sitio donde él y Peter estaban un segundo antes e hizo que Jack diera un salto.

Y, en la ventana de lo alto, Jack había logrado ver, mientras tanto, durante brevísimo tiempo, la cara de un hombre: ¡la cara de Bate!

—¡Poco saludables son las inmediaciones de la vieja torre! — murmuró Jack tratan-

do de sonreír — ¡Así que Bate se proponía suprimirme a mí como intentó suprimir a Martín la noche pasada!

Como Jack comprendió que continuar su investigación en la vieja torre era exponerse a un innecesario peligro, pues las intenciones de Bate no podían ser peores, resolvió suspender por el momento su pesquisa.

Mientras Jack se alejaba le pareció oír una risa burlona procedente de la ventana de la torre.

Hasta aquel momento. Bate podía reír. Pero Jack se alejaba diciéndose que ya le llegaría a él el turno de reír y de reír de verdad y definitivamente, antes de que pasaran muchas horas.

Si su plan fracasaba aquella noche volvería, durante la claridad del día, a buscar a George Heriot a su prisión... Pero el plan no debía fracasar.

Si Jack tenía grandes novedades que comunicar a Dick, también éste tenía cosas interesantes que decirle.

Dick, muy nervioso, le esperaba en la puerta de la casa.

—He visto a Bate. Le reconocí en seguida. ¡Es el mismo cuyo rostro vi anoche!

—¡Ah! ¿Le has visto? ¡Pues yo también! ¡Buena persona, el señor Bate, o mejor dicho todo lo contrario. Trató de mandarme al otro mundo arrojándome a la cabeza una piedra del tamaño de una casa! — Jack.— Pero oigamos las noticias.

—Fuí a la aldea. En el mismo momento en que yo entraba en el almacén, que es donde está la oficina del correo ¿quién salía? Pues precisamente Bate. ¡Casi tropiezo con él en la puerta!

—Eso debe haber sido antes de verlo yo, — dijo Jack. — ¿Y qué mas?

—Bate tembló y me miró como si quisiera atravesarme con la mirada. Había ido a hacer un telegrama. La hoja que había escrito estaba todavía en el mostrador mientras la mujer atendía a otra persona ¡y yo pude leer lo que decía! — exclamó Dick — El telegrama era para Lanceford, para Hubert Mansell.

Jack silbó, demostrando la alegría que experimentaba.

—No recuerdo las palabras con exactitud pero era algo así: "Venga en seguida. Grandes noticias sobre G. H." ¡ese G. H. es el señor George Heriot, seguramente! "está en seguridad. Los dos fugitivos están aquí". Los dos fugitivos somos nosotros, naturalmente. "Espero obtener el libro esta noche".

Así que Hubert Mansell iba a ir a Lonemoor. Por lo visto, Bate había jugado solo hasta el presente.

Pero era la última frase del telegrama la que más emocionaba a Jack. Como lo había adivinado, Bate se proponía apoderarse del libro que tenía el cierro metálico e iba a intentarlo aquella misma noche.

—¡Esa es una gran noticia, Dick! — exclamó Jack. — ¡Alguna molestia bastante desagradable espera al señor Bate hoy mismo a las no se tantas "pe" "eme"! ¡Y yo cuidaré de que no falle la combinación!

PASOS...

En la casa grande de Lanceford, casi en el mismo momento en que Bate hacía su telegrama de Lonemoor, Hubert Mansell recibía a un visitante cuya visita no debía serle muy agradable, a juzgar por la cara que tenía el visitado.

Rufus Trant se había transformado para Hubert Mansell, en una verdadera sanguijuela. No pasaba un día sin que le pidiera dinero, cada vez más dinero. El chantage del saltimbanqui era incesante y su necesidad de dinero parecía insaciable.

Hubert Mansell no se atrevía a negarle nada ni a enojarse, con aquel hombre. Trant, por su parte, conocía el poder que le daba su secreto y la posibilidad en que se hallaba de presentar el perdido heredero de John Heriot y cuidaba de que Hubert no lo olvidara ni un solo momento.

Había ido en busca de más dinero aquella tarde y se mostraba barullento y pendenciero porque se hallaba ebrio y excitado a la vez. Pocas veces, en los últimos tiempos, se le había visto sereno. Hubert se hallaba constantemente atemorizado temiendo que, en su borrachera, en algún momento de locuacidad, soltara el secreto relacionado con el niño secuestrado y desaparecido.

Rufus Trant se consideraba, en casa de Hubert Mansell, como en su propia casa. Se instaló en la butaca más cómoda y mullida, y se echó hacia atrás.

(Continuará)

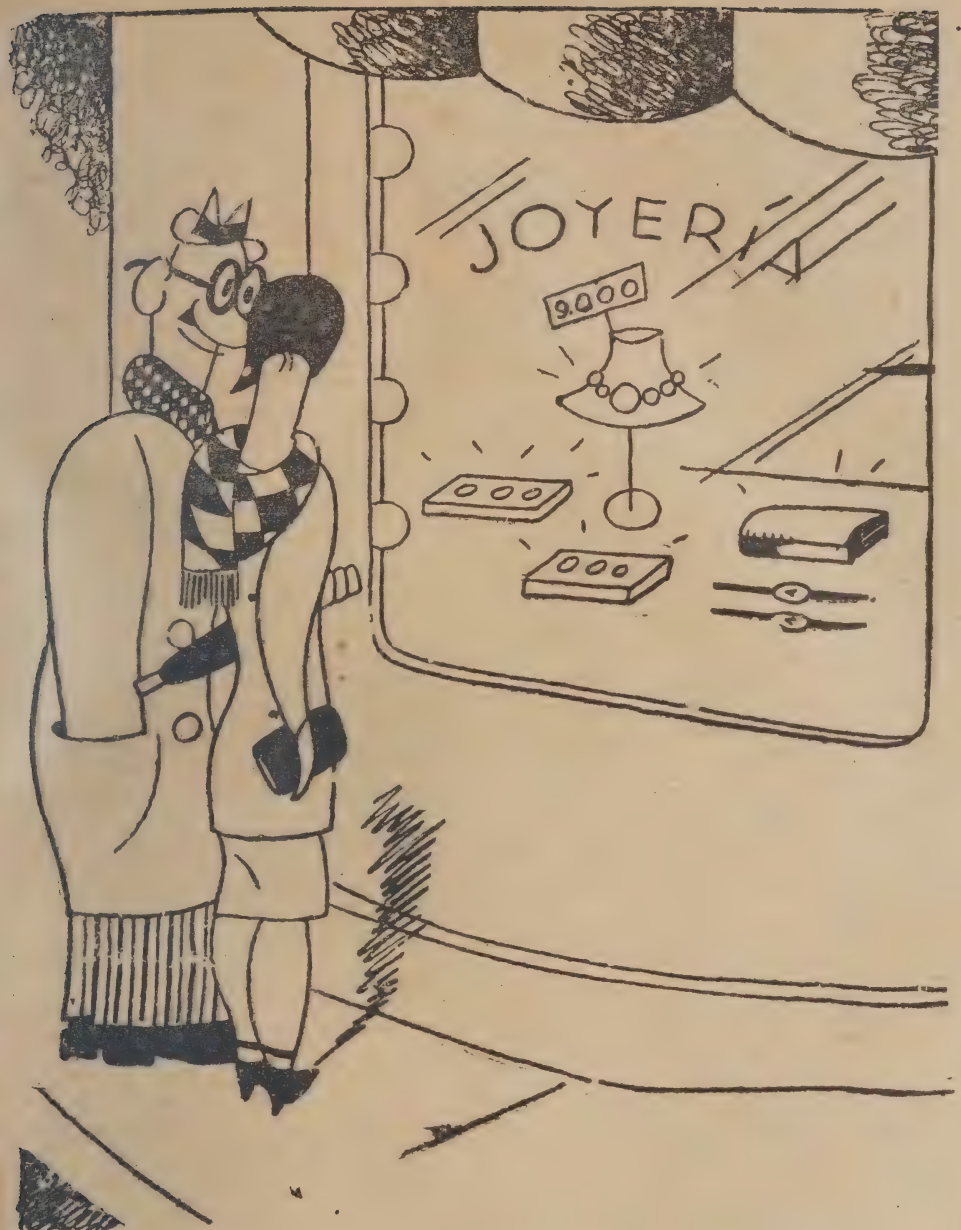
PUCKY
MAGAZINE
APARECE TODOS LOS VIERNES
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires
PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países . . . . „	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



—¿Tú dejarías que tu mujercita tuviera mucho, mucho frío?
—No, mi vida.
—Bueno, pues cómprame ese collar porque se me está enfriando el cuello.

---

endelé ha huído durante una gran ba-
a, y detenido, lo llevan a presencia del
nel, el cual le afea su conducta.
-¿Cómo es posible que hayas olvidado tu
mento de defender al país y hayas huído
e el enemigo? Eso es una cobardía. Men-
.
—Mi coronel — dice Mendelé. — soy un
ado fiel y no he traicionado mi juramen-
Si he huído ha sido porque odio tanto al enemigo, que no me es posible mirarlo cara a cara.

Aritmética

—A ver tu, Pedrito — dice el maestro — cinco cuartos, más doce cuartos, más catorce cuartos ¿que forman?

Pedrito rápidamente:

—¿Tantos cuartos? ¡Un conventillo!

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

¿QUE ESTAN USTEDES HA- CIENDO AQUI? ¡HABLE!

UN MOMENTO, Sr. KISMAN; NOSOTROS ESTAMOS AQUI CASUALMENTE. VAMOS A LA CIUDAD, Y COMO SE NOS VINO LA NOCHE... YO SOY PIC-PON, Y ESTE ES PI- PERMIT

CUIDADO, PIC-P TIENE REVOLVE

PUES, SI SEÑOR, YO SOY KISMAN, EL TERRIBLE JEFE DE BANDIDOS. AHORA PIENSO RETIRARME DE LA MALA VIDA. NO QUIERO TENER NINGUN CONTACTO CON EL MUNDO

USTED NO PARECE MALA PERSONA, SEÑOR KISMAN

SI, SI; APARENTEMENTE ES UN BUEN HOMBRE

MI MUJER Y MIS HIJOS LLEGARAN AQUI DENTRO DE POCO. ¿POR QUE NO SE QUEDAN PARA CONOCERLOS?

¡OH, PIC-PON! YO ERA UN MUCHACHO COMO TU CUANDO ME QUEDE HUERFANO. LA MISERIA Y LAS MALAS COMPAÑIAS HICIERON DE MI UN BANDIDO. ¡QUE VIDA MAS ESPANTOSA! Y AHORA QUIERO REGENERARME

DIGA Sr. KISMAN; SI LO ENCUENTRAN AQUI, ¿QUE PIENSA HACER?

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

¡JA! ¡JA! ME RIO CUANDO ME ACUERDO DE KISMAN...

PIENSA VIVIR HO NESTAMENTE! ¡JA! ¡JA!

¡¡Sr. KISMAN! ¡Sr. KISMAN ¡VENGA! AHI LLEGAN, CUA TRO... CINCO... SEIS AERO PLANOS... PARECE QU VIENEN HA CIA AQUI

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 408 - AÑO XI
JULIO 24 de 1931
Buenos Aires,

EL ECLIPSE DE HARRY, "EL GATO"

Por Vincent Cornier

Sorprendente aventura, de un audáz ladrón

20 cts.

EN LAS ORILLAS DEL LAGO

—¿Qué? ¿Hay mucha agua?
—No. Ya lo está usted viendo. Sólo me cubre hasta las rodillas.
—¡.....!

—¡Parece mentira que se encuentre así un hombre que ha colocado tantas personas!

—¿Era político?

—No: acomodador de un cine.

* * *

Blum encuentra a Weil.

—Buenos días, Weil. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien, gracias. Pero ¿qué es lo que veo? ¡Qué diamante llevas en la corbata! ¿Te ha caído el premio gordo?

—No.

—¿Entonces, lo has robado?

—¡Vamos, Blum! No digas tonterías. ¿Me crees capaz de una mala acción? Además, ¿piensas que la Policía no me habría descubierto y detenido ya?

—¿De dónde te viene entonces, dime?

—Voy a decírtelo, aunque no te lo mereces. ¿Tú conocías a Bloch, el que ha muerto hace quince días?

—Sí, sí le conocía.

—Pues no me ha legado nada personalmente; pero ha dispuesto que toda su fortuna la invierta en la compra de una piedra conmemorativa, y he considerado que nada más práctico que este diamante, que llevo puesto constantemente.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 408. -- JULIO 24 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

EL ECLIPSE DE HARRY "EL GATO"

Por VINCENT CORNIER

LA prudencia, una prudencia aterciopelada, vestida de sombra y cabalgando en un pensamiento, no hubiera hecho menos ruído que el hombre alto al atravesar el jardín hasta el costado de la vieja casa. Ni un crugido, ni un roce, ni un rumor. Aquel viaje sospechoso era supremamente hábil.

Al costado de la ventana del lavadero, el hombre alto hizo una pequeña marca, azul y fosforescente, sobre la madera. La frotó luego con el corcho humedecido que quitó a una botella, conteniendo cierto líquido amarillento. A los dos o tres minutos apareció humo alrededor de la marca. Al cabo de cinco minutos más se produjo un crugido siniestro, apareciendo un largo agujero en la madera. El fosforo blanco y ciertos otros ingredientes mezclados corroían la madera como los termites. El hombre, alto y prudente, encendió un cigarrillo y arrojó un puñado de tierra mojada al marco humeante de la ventana.

No tenía prisa. Era tan prudente que se había informado, desde largo tiempo atrás, que el excéntrico Dr. Ingram, que vivía en aquella casa aislada, pensaba pasarse por lo menos quince días de vacaciones. Y el día anterior, el hombre alto, vio al Dr. Ingram y a su melancólico sirviente Josiah Sowery, dirigirse con sus equipajes a la estación del ferrocarril local, primera etapa del viaje a Suiza.

El hombre, alto y prudente, sonrió a su cigarrillo ¡Qué imbécil debía ser el viejo Ingram! Imaginaba que la hermandad de criminales ignoraba lo que podían hallar de valor en la casa. El Dr. Ingram era un egiptólogo autorizado. Retirado de la práctica activa de la medicina hacía ya diez años, dedicaba todo su tiempo y su fortuna a coleccionar esmaltes, trabajos en oro y papiros de la época de los faraones. Quizá el viejo — pensó el hombre alto — sospechaba que los ladrones estaban enterados de la existencia de sus tesoros en oro y cerámicas; pero... no se atreverían a tocarlos.

Si, había algo de eso. No hay más que leer los diarios para enterarse de cuentos respecto a las maldiciones de las momias, de la muerte extraña de hombres que se han atrevido a desafiar el maligno poder de la anciana realeza de Egipto, a través de los siglos. Quizás el viejo Ingram tenía vasto conocimiento de la psicología criminal, murmuró el hombre que estaba junto a la ventana. La policía, al menos, sabe que ni un ladrón entre mil se atreve a robar en sitios donde impere el misterio, por tentadora que sea la ganancia.

Pero pensara o no pensara esas cosas el viejo Ingram, sus ideas nada significaban en aquela dulce noche de Mayo. El crimen estaba allí. El robo y los procedimientos del robo eran inminentes. ¡Pobre viejo Ingram! Casi le destrozaría el corazón perder sus oros y esmaltes antiguos. Decíase que poseía, por lo menos, tres envólturas de momias de maravilloso metal, fundas de forma humana que valían miles de libras. Bastaba cargar con dos de éstas, lo necesario para llenar el sidecar de poderosa motocicleta que aguardaba, hábilmente oculta, a un costado del camino.

Eran cosas pesadas que no podían ser llevadas muy lejos ¡Qué maravilloso invento la motocicleta con sidecar!

El hombre alto apagó su cigarro y metió el pucho en el bolsillo. Luego se puso un par de guantes de goma, de médico, abrochándolos en sus muñecas. De un bolsillo interior sacó un par de zapatillas para poner encima, hechas de lana peinada y bucarán. Eran suficientemente rígidas y silenciosas para no traicionar un paso cautelosc.

El que la casa estuviera vacía no era suficiente para prescindir de las precauciones. Ni una sola impresión digital... ni una huella de pies. No tenía la menor intención de dejar lo más mínimo al azar.

Alzó su mirada hacia la pared del fondo de la casa y parte de su prudencia lo abandonó, substituída por repentina cólera.

Sabía él que todas las ventanas de la casa de Ingram tenían malla metálica. Cada marco ocultaba un dúctil sistema de alambres que se cruzaban aquí y allá como para desafiar cualquier tentativa de robo y todos estaban conectados, por subterráneo, con la comisaría local. La menor fuerza ejercida sobre el vidrio o la madera haría sonar los timbres de alarma de la policía... El ataque fosforecente había convertidb los alambres en no-aisladores. Desnudos, quemados, lo único que se necesitaba ahora era darles un tijeretazo y todas las comunicaciones con la policía dejarían de existir.

A pesar de su obscura cólera, el hombre alto miró dentro del agujero, vió la red de alambres, sacó un par de tijeras adecuadae y empezó a cortar. Cortó todos los alambres.

Nuevamente alzó sus miradas hacia la casa. Todavía estaba enojado. Sólo un hombre, un ladrón, existía para quienes esas precauciones no hubieran sido necesarias: Harry "El Gato". El no se hubiera preocupado por los marcos de las ventanas. Harry "El Gato" estaba por encima de esas materias elementales. Harry hubiese trepado por los caños de desagüe del fondo de la casa y llegado al techo en diez minutos.

Harry "El Gato" era maestro en su profesión y original en sus métodos. A él no lo preocupaban las alarmas contra ladrones y ventanas con red de alambres. Sabía el modo de burlarlos. Trepaba por el caño, llegaga al techo, sacaba unas cuantas tejas, aserruchaba la madera, se dejaba caer en la buhardilla y de allí pasaba por el escotillón, cerca del pozo de la casa, entraba al cuarto de baño y recorría así sucesivamente y con éxito la casa que se había propuesto desvalijar. El hábil Harry nunca se equivocaba y jamás lo habían agarrado.

El hombre alto metió su manaza por entre el marco quemado y abrió la ventana del lavadero. Estaba un poco jadeante cuando pasó por encima del antepecho. Nuevamente lo molestó el pensamiento de Harry "El Gato". Era exraño como aquel demonio astuto tenía el poder de encolerizarlo El no hubiera tenido necesidad de introducir una pesada masa de carne y músculos por un agujero que media dos pies por diez y nueve pulgadas. Harry era esbelto y ágil, ligero como un acróbata.

El hombre alto se paró encima de la pileta de lavar. Luego se dejó caer al suelo. Suspiró con alivio y agarrando en una mano su linterna, abrió con la otra la puerta del lavadero. Pasó muy silenciosamente a la pequeña cocina y de allí a un corredor, separado de las principales piezas de la casa por una repartición de bayeta verde.

El hombre empujó despacito este último obstáculo.

La luz lo inundó. Era de mediana estatura, ojos fríamente brillantes, cabellos obscuros, linda y muy serena. Levantaba una pistola automática sin el menor temblor en sus manos. Sus ojos glaciales no pestañeaban. Una leve sonrisa curvaba sus labios audaces. Sus delicadas narices temblaban ligeramente.

—¡Buenas noches! — dijo la mujer — ¿Está usted solo?

—Si — gruñó él — Estoy solo.

—Espero me diga la verdad. Si encuentro a otro de su casta que lo sigue, le pegaré a usted un tiro para estar segura de que no tengo que habérmelas más que con uno.

—¡Hum!... ¿Piensa tenerme a mí como una especie de rehén?

—Precisamente.

—Es usted bastante serena para tratarse de una mujer sorprendida por... por un ladrón — el hombre alto tenía sus ojos clavados en ella — ¿Me vió usted entrar? Supongo que sí y tuvo tiempo de hacer sus planes.

—No estoy aquí para discutir con usted esos asuntos, señor William Sikes. Mantenga las manos donde las tiene ahora y camine lentamente, de espaldas, hasta la sala. Por ahí... Eso mismo — lo siguió apuntándole con la pistola — Es usted muy dócil. Siéntese.

El se dejó caer en una silla que crugió bajo su peso.

—Tenga cuidado, Sikes — dijo ella riendo — Es una hermosa pieza Chippendale la que tiene debajo suyo. Mi tío nunca lo perdonaría si la rompiera.

—¿Su tío?

—El doctor Ezra Ingram — ella levantó su barba firme y apretó los labios — ¿Tiene algo que decir a esto?

Evidentemente "William Sikes" no estaba de humor para conversación. Miraba impasi-

ble el caño azulado que amenazaba su corazón. Aquello bastaba para ocuparlo por el momento.

—Sepa, señor Sikes, que no todos los Ingrams somos tontos excéntricos. Si a mi tío se le ocurre irse y dejar abandonadas diez o doce mil libras, a merced de cualquier ladrón como usted, toca al resto de la familia intervenir.

—Mucho gusto en conocer a la familia— dijo Sikes — Debe ser una pandilla de frescos. Nunca oí decir que los sobrinos y sobrinas cuidaran, pistola en mano, los te-

El sudoroso profano Sikes trabajaba, mientras la señorita Ingram fumaba tranquilamente.

soros de sus tíos..

—Es usted imaginativo y presuntuoso — dijo en voz alta la serena señorita Ingram— Nunca lo hubiese esperado en una montaña que camina. Es usted demasiado gordo para emitir teorías, señor Sikes... No soy yo una pariente que está de centinela. La fortuna que tiene mi tío en esta casa consiste, como probablemente usted sabe, en trabajos de oro, egipcios y cosas por el estilo. Ahora bien, esos objetos no pueden asegurarse, compréndalo. Para un coleccionista pueden valer miles de libras y para la compañía aseguradora sólo cientos. Yo, como sobrina afectuosa del Dr. Ingram, he venido para llevarme todo lo que pueda, sin que se entere el querido viejo, a fin de que los tipos de su calaña no me priven de mi parte de herencia cuando mi tío vaya a encontrarse cara a cara, con sus faraones.

—Es usted una joven muy interesante y muy capaz, señorita Ingram.

—Una joven y brillante personita, debiera decir, señor Sikes. Nunca fuí de esas chicas que parecen hechas de manteca... Cuando mi tío regrese, se quedará muy agradecido de que su escandalosa y moderna sobrina le haya salvado el precioso tesoro, robándoselo.

—Curioso... muy curioso, que se halle usted aquí la misma noche en que la casa iba a ser desvalijada. Debe usted de poseer una especie de segunda vista, señorita Ingram.

La muchacha se echó a reir y sacudió sus cortos rizos. Con rápido movimiento de su mano izquierda sacó una cigarrera y un encendedor automático de plata del bolsillo de su elegante traje de tweeds.

—¿Quiere fumar? — preguntó al otro — Si no tiene inconveniente en que se lo encienda...

"Sikes" se sonrió y aceptó. Ella le puso el cigarrillo entre los labios y se volvió a sentar.

—Es usted, para mí, un ejemplar nuevo, señor Sikes — murmuró ella — Palabra, que lo admiro. No procede usted como la generalidad. Dicen que un ladrón capturado empieza a lamentarse, hablándole a su apresador de su esposa y de sus hijos, antes de que el otro extienda su brazo para descolgar el tubo del teléfono y avisar a la policía, procurando enternecer con el relato de sus infortunios.

—No tengo esposa ni hijos. Le agradecería, sin embargo, confiara lo suficiente en mi mano izquierda para dejarme manejar este cigarro. El humo me está entrando en los ojos.

—Confiaré en usted ,señor Sikes. Pero no crea que ninguna de sus tretas le surtirá efecto. Le tiraré sin lástima, si intenta algo.

—Le creo, joven — dijo "Sikes", con sonrisa forzada — Pero oiga, no vamos a pasarnos aquí toda la noche de conversación. He sido descubierto "infraganti". ¿Por qué no llama de una vez a la policía?

—Nada de eso, señor Sikes ¡Dios mío! que precipitado es usted para hombre de su oficio — inhaló ella el humo de su cigarrillo y su fría sonrisa siguió brillando sobre los blancos dientes — Vi lo que hizo usted con la ventana del lavadero... Ha usado una substancia muy curiosa ¿Algún ácido supongo? — Sikes asintió ceñudamente con la cabeza — Lo imaginaba. Y mientras lo observaba, pensé "He aquí un tipo hábil que me viene de perilla para lo que estoy haciendo. Me va usted a ayudar, señor Sikes.

Después de un pesado silencio, preguntó Sikes.

—¿Qué se propone?

—Que me empaque todos los tesoros portátiles de tío mientras yo me sitúo detrás de usted con la pistola, como hacen en el cine. Luego, como "aquí" no hay teléfono, introducirá su voluminosa persona dentro del armario... Creo que es bastante fuerte para guardarlo a usted. Después iré yo a buscar a la policía; todo a su debido tiempo.

—Señorita Ingram — dijo Sikes — es usted una personita maravillosa... hasta que punto la admiro no puedo decírselo ahora. Quizá en el futuro, tenga ocasión de hacerlo. Haré todo lo que usted me indique porque no puedo valerme, frente a su maldita pistola. Pero, le prevengo que, si se me presenta la más ligera oportunidad, la aprovecharé. La haré arrepentir de haber nacido.

—¡Brrrrr! — los fríos ojos de la señorita Ingram no parecieron cambiar; pero Sikes experimentó algo semejante al miedo al comprender instintivamente lo que pasaba por el cerebro de ella — Es usted un bruto honrado... ¡Gracias por el aviso!

Sikes encogió sus pesados hombros.

—Basta de cacareos — dijo brutalmente — ¿Qué quiere que haga?

—Ante todo, levántese lentamente de esa silla, teniendo siempre las manos lo más en alto que pueda. Tire ese cigarrillo y yo lo apagaré al pasar. Diríjase lentamente hacia la puerta, atraviese el corredor y entre a la biblioteca de mi tío ¿Entendió? Espero que haya entendido porque el menor error le valdrá una bala, señor Sikes.

"Sikes" hizo lo que le mandaban.

Bajo la brillante araña del estudio del doctor, cuyas ventanas tenían los postigos cerrados, el profano y sudoroso Sikes trabajó. La señorita Ingran fumaba lánguidamente, sentada en una silla, apuntando con su pistola al gran cuerpo. Estaba inmóvil como una estatua y tan segura de sí misma como una sibila. De cuando en cuando, daba breves instrucciones a fin que la gran cantidad de amuletos, anillos de oro, monedas, pequeños ídolos, y gran número de esmaltes raros fueran cuidadosamente guardados en la valija.

¡Diez mil libras en objetos preciosos!

—Bastante lindo todo ¿no? — la señorita Ingram habló de pronto con suavidad — Piense en lo que hubiera significado para usted, Sikes. ¡Qué lástima! ¿no?

Sikes pensaba en ese momento en la motocicleta con sidecar.

—Tendrá que dejar las grandes momias, después de todo señorita — dijo deleitándose — Y hubieran valido tanto como todo esto junto.

—No importa — rióse la señorita Ingram — Con tal que esta valija esté en mi poder y no en el suyo me conformo. Se han cometido muchos robos últimamente para que yo pudiera estar tranquila. A tío le encantará mi previsión.

—Los robos que se han cometido en los alrededores no son obra mía — dijo Sikes con voz chillona.

—¿No? — la señorita Ingram se mostró incrédula — Amigos de usted, entonces.

—No... ha sido Harry "El Gato" No es amigo mío, señorita... Ingram.

La muchacha se echó a reir.

—Yo creí que todos los ladrones eran hermanos. Siento haber herido su susceptibilidad.

—La culpa de que yo me encuentre en esta situación la tiene Harry "El Gato" — d-

jo Sikes ardiendo de ira — Y será él quien lo pague.

—Bueno, bueno, realmente no me interesan las peleas entre gente como usted y ese Harry. Pero, si eso lo alivia, desahoguese no más. Parece usted a punto de estallar. ¡Y empaca tan despacio! Empiezo a aburrirme...

Sikes no contestó. Siguió su trabajo y al fin la valija estuvo pronta para cerrarla. Sikes miró de soslayo un sifón y la botella de whisky. Cerca había grandes vasos.

—Creo que no me he portado mal, señorita Ingram — dijo con más calor del que había empleado hasta entonces — Y pasará mucho tiempo antes de que pueda tomar un trago ¿Qué le parece si me sirviera una fuerte dosis?

—¡Como no, Sikes; No es mala idea. Yo también beberé. Puede usted brindar por la condenación de Harry "El Gato".

—¡Gracias!... lo haré — la terrible nota de la voz de Sikes hizo que la señorita Ingram frunciera inquieta las cejas — Lo haré... — repitió el hombre.

Ella sirvió una buena cantida dde licor en los dos vasos y luego les agregó soda. Todo el tiempo conservó a Sikes al alcance de su brazo. No corrió el más ligero riesgo

Sikes se encaminó cuidadosamente hacia la mesa donde ella le había puesto el vaso. Alzólo y bebió.

—¿Bebe usted por la condenación de Harry "El Gato", espero?, — preguntó la señorita Ingram.

—Bebí — fué la ferviente respuesta de Sikes — Y apostaría a que está ya condenado.

—¿Cómo... si tiene a bien?

—"Así".

El whisky y la soda cayeron en los ojos de la señorita Ingram. Ella inclinó la cabeza y lanzó un grito, que era una maldición. Sikes le quitó la pistola automática en dos segundos.

Las esposas se cerraron en las esbeltas muñecas. Se oyó una aguda pitada y respondieron gritos y corridas.

El detective-inspector Boothroyd, miró el rostro lívido de Harry "El Gato".

—Tuvo usted siempre muy buena suerte, Harry, y no debe decir cosas tan feas. Por poco pierdo, por usted, mi puesto.

—Perderá... la vida, cuando salga de la gayola — dijo Harry furioso — Cerdo astuto, ¿cómo descubrió?

—Vi su linda motocicleta, esperándolo, en el camino y había pensado ya que lo tentarían las momias del viejo Ingram. Le preparé un lazo. Usted fué siempre muy listo para nosotros. Me habían amenazado con la suspensión porque lo dejé escapar de entre mis manos tantas veces. Y sabía que, cuando hacía usted un trabajo, siempre se veía en la vecindad una joven de ojos castaños, que iba a reunirse con su mamá. Esa manipulación con la ventana del lavadero lo engañó a usted completamente ¿no?

Harry "El Gato" dijo cosas aún más sulfurosas.

—Y no hable otra vez de que tiene condiciones para el cine. Puede ser afeminado; pero hay en usted demasiada brutalidad para desempeñar el papel de mujer de un modo convincente. Pero yo no le hice tan mal como "Sikes" ¿verdad? — El inspector se volvió a los agentes de policía — Llevadlo. Y que lo rapen. Hay que cortarle el pelo como a todos los gatos, en esta época del año.

FIN

PROXIMAMENTE SE PUBLICARA EN

PUCKY

LOS COW BOYS FOOTBALLERS

Emocionante novela de aventuras en el Far West, escrita por G. WALLACE

Los periodistas en la guerra mundial

Durante la guerra mundial y en el frente francés se presentaron unos periodistas americanos para hacer una información sobre el campo de batalla alemán. Iban dirigidos por el director de un diario del Sombrival. Y, dígase de paso, este señor era uno de esos hombres bajitos, pero tan bajito, que para ponerse el sombrero necesitaba subirse a una silla...

Bueno, vamos al grano. Habíamos quedado en lo del señor bajito, ¿no? Pues bien: este señor fué el que se presentó al generalísimo francés para pedirle autorización para visitar el campo de batalla.

El generalísimo, al principio, le negó esta autorización, alegando que era peligroso visitar el campo, pues una bala perdida podría matar a alguno. Pero le dieron tanta lata los periodistas que, accedió diciéndoles:

—Vengan ustedes mañana de madrugada y el capitán que está en la puerta les servirá de guía.

Al día siguiente se presentaron los periodistas al capitán y éste les hizo una seña para que le siguieran, colocados en la forma llamada "fila india": el primero, el capitán francés; luego el periodista bajito y después todos los demás.

Marchaban hacia un buen rato, cuando el capitán se volvió y dijo al periodista que le seguía con voz muy baja:

—Tengan cuidado, que hay una zanja.

Y el periodista dijo a los demás, también lo más bajo que pudo:

—Que tengáis cuidado, que hay una zanja.

No habían avanzado cien metros, cuando otra vez el capitán, muy bajito, advirtió al periodista:

—Tengan ustedes cuidado, que ahí hay una alambrada.

Y el periodista repitió a los demás, todavía más bajo que el otro:

—Que tengáis cuidado, que hay ahí una alambrada.

Y así continuaron caminando, advirtiéndoles el capitán, siempre en voz baja, las incidencias del camino, hasta que una vez se paró y dijo a los periodistas muy bajito:

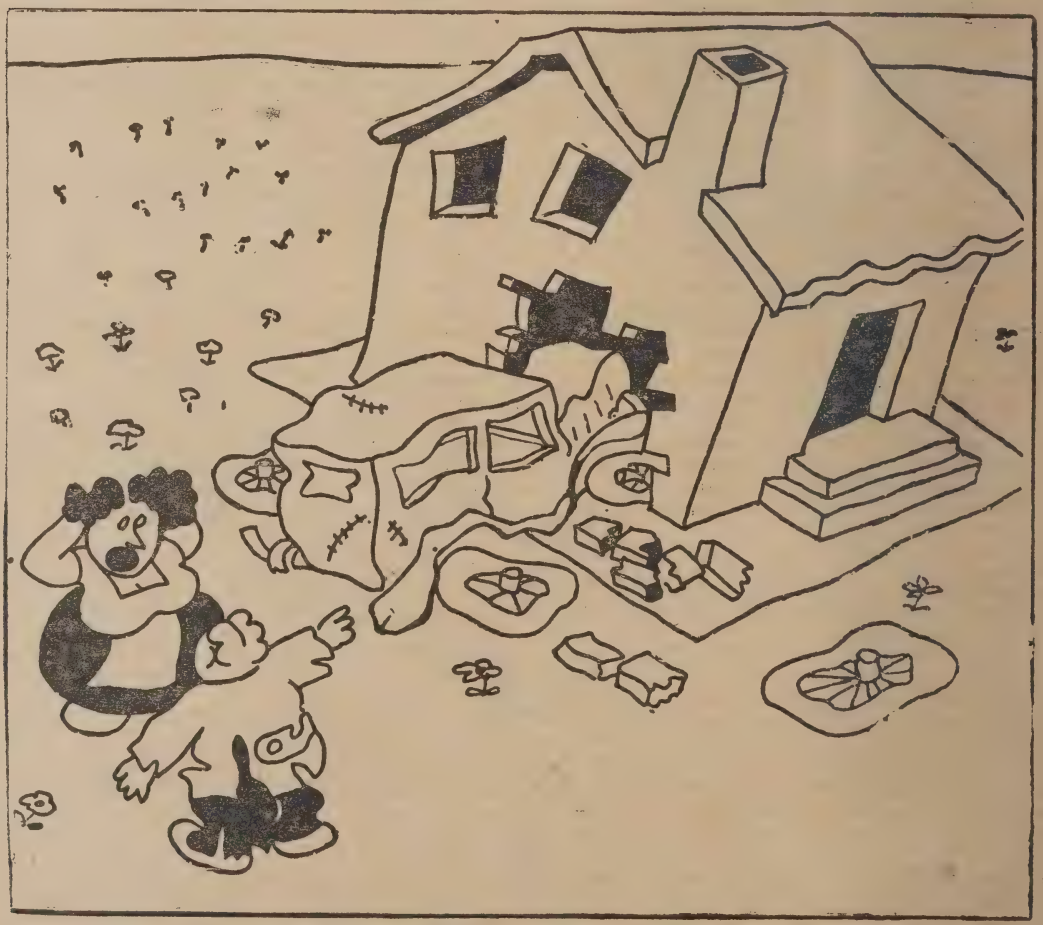
—Ya sólo nos quedan ocho kilómetros para llegar a las avanzadas alemanas.

Y el periodista bajito exclamó furioso, dirigiéndose al capitán:

—Y si nos quedan todavía ocho kilómetros, ¿por qué hablamos tan bajo?

Y el capitán francés contestó:

—Ustedes, no se; yo porque estoy afónico.



—Señora, la responsable de todo esto es usted por tener la casa aquí.

LA MUERTE EN "TEJAS GRISES"

Por GERARD FAIRLIE

(Continuación)

CASARME con usted!... — su voz estaba llena de desdeñoso enojo. — Debe estar loco. Preferiría morir. Y no le creo. Esto no es más que un lazo, un complot. Edwin no es un asesino, es inocente. Estoy segura de ello. Todo esto es pura invención. Y de todos modos, lo amo y me casaré con él.

—¡Oh!... — dijo Ross lentamente. — Esto es interesante. Parece ser usted la primera persona que ha dudado de la palabra y de la habilidad del inspector detective Ross.

Mi querida, Norma, lo que le estoy diciendo es la sagrada verdad. Si quiero, puedo hacer ahorcar al doctor Phillips... de eso no le quede la menor duda; hacerlo colgar del cuello. Nunca he fracasado cuando me propongo entregar a la justicia al hombre de quien sospecho. Y del doctor Phillips no tengo simples sospechas; se que es culpable. Debe comprender que mis palabras no son simple jactancia. ¿Habría llegado yo a mi actual puesto si fuera un fanfarrón?

Mientras Ross hablaba, Norma lo había estado mirando fijamente; sus ojos tenían expresión salvaje y desesperada, como los de un animal caído en el lazo. Comprendía, con terror, la mortal verdad de sus palabras, comprendía la fútil inutilidad de querer desbaratar los planes de aquel hombre de cerebro poderoso de quien su marido había hablado a menudo en los más elogiosos términos. "Norma" solía decir: "si yo fuera criminal, temería al amigo Ross más que al mismo Satanás".

Y era ese hombre cuyos poderes fingía ella despreciar; fingía solamente, porque en lo íntimo de su corazón sabía que era inútil Nada podía hacer. El tenía las cartas del triunfo.

Ross volvió a hablar, con tono frío, imparcial, como si tratara un asunto de poca importancia.

—Si consiente usted en casarse conmigo, yo destruiré la carta y los testimonios. Edwin quedará en libertad. Si no...

Se detuvo significativamente.

Norma se dejó caer en una silla y estalló en un paroxismo de sollozos. Ross esperó inmóvil que se desahogara y luego murmuró dulcemente:

—Y bien, Norma, ¿qué decide?

La desesperada mujer levantó un rostro trágico, bañado en lágrimas y exclamó con acento conmovedor.

—¿No puede ser misericordioso, John? Nuestra amistad de tantos años ¿no significa nada para usted? ¿No puede destruir ese testimonio y dejarme casar con Edwin? Dice usted que me ama. Si es cierto, querrá que sea dichosa. ¿Cómo podría serlo casándome con usted y amando a Edwin? Es monstruoso; monstruoso y cruel.

—Mi querida ¿de qué sirve tomar esa actitud? Es completamente inútil. Y no olvide que, casándose conmigo, conservará su dinero. Si se casa con Phillips — cosa que no será — o con cualquier otro, lo perderá. Sea como fuere, tiene que decidir en seguida. La amo y he de casarme con usted, si puedo. Si no... bueno, trataré de que tampoco Phillips lo haga. Vamos ¿qué decide?

Hubo un momento de silencio mientras la mujer lo miraba; luego, ante la implacable determinación de su rostro, la voluntad de ella pareció estallar. Permanecía sentada, inmóvil, como si la hubiera abandonado la vida; era una lamentable figura, cuya desolación aumentaban las ropas de luto. Muy despacito, como si le arrancaran las palabras de los labios, interrumpiéndose, murmuró:

—No... hay... alternativa. Me... casaré con... usted.

En el rostro de Ross reflejóse una mirada de intensa satisfacción. Rodeó con su brazo a la mujer que se encogía y le murmuró tiernamente.

—Está bien, querida Norma. No se arrepentirá. Seré muy bueno con usted.

La figura agachada, que estaba en el balcón, se alejó rápidamente y emprendió jadeante, el camino del pueblo.

Marion corrió ciegamente a través del césped, cruzó el bosquecillo y tomó el sendero que conducía al camino principal. Su respiración era entrecortada, una expresión de intenso miedo se reflejaba en sus ojos y, mientras corría, su único pensamiento era llegar junto a Franck, pedirle auxilio.

Desde el momento en que pasando junto a la salita había visto a su madre, terriblemente agitada, hablando con John Ross, y se había detenido pensando si necesitaría su ayuda, la joven parecía haber envejecido diez años. Una frase dicha por Ross había hecho vacilar, asombrada, a la joven, asombro que pronto se trocó en terror, en espantosa angustia al comprender todo el horror de la situación.

Parecíale increíble que su padre hubiera escrito tan infame carta.

¡Y el doctor! ¿Es posible se hallara tan enamorado de su madre que hubiera provocado la muerte de su padre? El mundo parecía dar vueltas en torno de Marion. Hasta su tío John le resultaba infiel. Marion sólo sentía ahora profundo desprecio por él. Parecíale imposible que intentara tan negro chantage contra su madre, que vendiera su honor por la mano de Norma. Su padre, su amigo Ross, el Dr. Phillips y... mamita, todo lo que constituía el mundo de Marion, se derrumbaba. En vez de seres amados, familiares, eran personas a las que había que temer y evitar. Pero quedaba Frank. El pensar en él era un consuelo.

Al llegar a la aldea, la joven disminuyó la rapidez de su paso; pero volvió a apresurarlo cuando estuvo cerca de la casita del Inspector. Entró por el portón, subió corriendo los escalones y agitó la campanilla; recostóse luego contra el porche, jadeante, latiéndole furiosamente el corazón de ansiedad.

Con gran alivio oyó pasos rápidos acercarse a la puerta. Esta se abrió, apareciendo en el umbral Francis Page, que le dirigió una mirada de asombro.

—¡Marion! ¡Querida mía! ¿Qué ocurre? ¡Has venido corriendo! Pareces enferma. ¿Ha pasado algo?

La hizo entrar en la casa, la sentó en un sillón y le trajo un vaso de agua.

—Bebe primero, querida — le dijo. — Hay tiempo para hablar.

Ella tomó unos tragos, se enjugó la húmeda frente con un pañuelito y logró murmurar:

—No creo que lo haya, Frank.

Después de unos momentos la joven se calmó; su respiración se hizo más regular y al fin sonrió débilmente.

—Siento haberte sorprendido así — dijo. — Pero ¡oh Frank! ha ocurrido algo terrible y no tenía a nadie, más que a tí, a quien acudir.

—Seguro — dijo el con dulzura — para eso estoy. Espera un momento, hasta que te sientas mejor y luego me contarás.

La joven tomó unas gotas más de agua y luego empezó a hablar.

—Ha pasado algo terrible... terrible. No se como contártelo. Ante todo, lo que te voy a decir es a Frank, no al inspector Page. ¿Comprendes lo que quiero significar? Se trata de mi madre, querido, y no quiero que creas tienes que cumplir algún deber. No lo tienes. Lo que te digo es algo personal, no hablo con el oficial de policía. Me entiendes bien ¿no querido?

Page miró sorprendido a su novia. No podía imaginar que tenía que decirle y sin embargo, instintivamente, comprendía que lo que estaba ella a punto de contar iba a cambiar su vida, que estaba al borde de algo siniestro y terrible.

"DEJALO POR MI CUENTA"

—¡Pero, mi querida niña, naturalmente! Esto quedará entre tú y yo hasta que tú quieras.

El inspector Page miró a Marion sorprendido.

—Gracias, Frank — dijo Marion agradecida; luego empezó con acento lamentable.

—Pasaba por la salita hace un momento cuando oí ruido de vocas. Miré y vi a mamita que parecía terriblemente afligida y agitada. Estaba hablando con tío John. No sabía si entrar o no, cuando le oí decir a tío John una cosa tan extraña que me detuve y escuché intencionalmente. Ellos no me veían y quizá no está bien que yo me pusiera a escuchar; pero comprenderás por que lo hice cuando oigas el resto.

Tío John había asacado una carta de su bolsillo; dijo que el señor Paxton, el abogado de papá, se la había entregado; que papá le ordenó lo hiciera inmediatamente después de su muerte. Se la leyó a mamá...

—¡Oh Frank! No se como decírtelo. Es increíble... monstruoso. Papá decía en la carta que el doctor Phillips y mamita se aman y habían proyectado asesinarlo. Sabiendo que iba a morir de todos modos, nada dijo; pero quería vengarse después. Le decía a tío John que los hiciera arrestar. ¿Cómo puede hacer eso, Frank? ¿Cómo?

—¡Pero es absurdo! — exclamó Page, con tono perplejo. — No hay fundamento. Tu madre no tiene amores con el doctor Phillips.

La joven retrocedió como si hubiera recibido un golpe y, volviendo el rostro, continuó con voz interrumpida:

—Sí... hay más, Frank, mucho más — luego muy despacio. — Mamá ama al doctor Phillips y él a ella. Así se lo dijo a tío John.

Page dió un respingo y miró rápidamente a la joven; pero nada dijo.

—Se lo declaró así a tío John — continuó la joven — con voz apagada — porque éste quiere casarse con ella y le dijo que destruiría esa carta y otras pruebas, si ella consiente. En caso contrario, denunciará al doctor Phillips.

—¡El que! — Frank casi saltó de la silla. Nunca había recibido sorpresa mayor. Si otra que no fuese Marion se lo hubiera dicho, se hubiera reído con desprecio. Pero no podía dudar de sus palabras. Y aquello lo desconcertaba. Era inconcebible que Ross, el fa-

moso detective John Ross, de Scotland Yard, fuera tan traidor a su profesión y a su deber haciendo sugestión tan increíble.

—¿Y qué... — logró decir al fin — qué contestó tu madre?

—Le dijo — continuó Marion lentamente — que preferiría morir, que amaba al doctor Phillips, que no le creía culpable o que pudiera probársele su culpa. Luego tío John habló de su capacidad para descubrir a los criminales — es cierto Frank, y siempre lo he admirado por ello — y dijo además que casándose con él mamá conservaría su dinero, mientras que si se casaba con otro lo perdería.

La voz de la joven estaba llena de desprecio, sus ojos ardían y si el inspector no hubiese estado tan absorto oyendo lo que le decía, no hubiera podido menos de admirar su belleza en aquellos momentos. Page, sin embargo, estaba demasiado afligido, demasiado desilusionado para fijarse en algo. Dijo rápidamente:

—Bueno... ¿y luego?

—Dijo que si se casaba con él lo salvaría al doctor Phillips; si no...

La voz faltó a la joven, que se quedó silenciosa, mirando el vacío. Nuevamente no pudo Page contener su impaciencia.

—¿Y bien, qué dijo tu madre?

El rostro de la joven se puso aun más pálido; su voz era poco más que un murmullo y Page tuvo que aguzar los oídos para percibir sus palabras.

—Mamita... mamita consintió... en casarse con él.

—¡Cielos! — exclamó Frank espantado.

De pronto estalló Marion en violentos sollos y solo después de transcurridos unos minutos se calmó y pudo hablar de nuevo:

—Dime, Frank... ¿qué puede hacerse? Hay que hacer algo. No podemos dejar que se realice ese terrible matrimonio.

—No — convino Frank pensativo. — No, tengo que reflexionar sobre esto. ¿Si yo mismo fuera y lo arrestara al doctor por sospechas?

La joven palideció y gritó agudamente:

—¡Frank, no puedes hacer eso! Me prometiste que lo que te dijera no lo usarías oficialmente. No comprendes... — su voz se quebró lamentablemente — yo no se que culpa tiene mamita en todo esto. No se si...

Page rodeó con su brazo a la temblorosa niña. Sentía su corazón lleno de piedad y simpatía, porque él tampoco estaba seguro de la inocencia de Norma.

De pronto se volvió a la joven.

—¡Escucha, Marion! Deja esto por mi cuenta. Lo pensaré. No tengo tiempo ahora. Debo volver a la policía. Iré mañana a verte y te diré lo que haya decidido. Este es un asunto demasiado grave par apresurarse. Son cosas que hay que consultar con la almohada. Animo, querida y déjalo en mis manos.

Besó a su novia tiernamente y viendo que ella parecía más tranquila agarró su sombrero y salieron del "cottage". Ella lo acompañó hasta la policía; allí se despidieron, recomendándole Frank que estuviera tranquila que no se preocupara.

Luego el joven inspector entró en su oficina y se entregó a sus ansiosos pensamientos.

DRAMA

Page estaba sentado solo en su pequeña biblioteca. Había terminado de cenar solo y daba vueltas en su cerebro a la historia que le había contado Marion no hacía mucho rato. Hasta ese momento poco tiempo había tenido para pensar en el asunto, por que su trabajo lo había ocupado hasta tarde.

Una cosa surgía claramente: fuera fundada o no en hechos la acusación de Rendel contra Phillips y Norma, John Ross había procedido muy mal. Su deber era, aunque no diera crédito a la carta de su viejo amigo, investigar imparcialmente el asunto. Era un deber, no sólo de amistad, si no impuesto por su posición oficial.

La acusación de Herbert Rendel podía ser delirio de enfermo; pero Ross no estaba autorizado a decidir si era cierta o no. Su posición, como oficial de policía, le obligaba a buscar pruebas en pro o en contra. Pero su proposición a Norma colocábalo al márgen del deber; era claro que estaba dispuesto a traicionar su misión por un precio y ese precio era la mano de Norma.

Page se extremeció. La situación parecía horriblemente difícil. ¿Qué podía hacer él? No podía proceder contra Ross porque todas las pruebas estaban en manos de éste. Si iba a verlo y le comunicaba sus informes, Ross se le reiría en la cara; podía hacerlo echar de la policía, si lo deseaba. No tenía más que negar todo conocimiento del asunto y destruir privadamente la carta de Herbert Rendel. Naturalmente que, para salvar a su amado, Norma apoyaría a Ross y Edwin Phillips, olfateando el peligro, haría lo mismo. Toda la acusación de Page se basada únicamente en la palabra de Marion. No es que dudara ni por un segundo de ella; al acudir a él había sido conmovedoramente sincera: pero Page sabía que, para un tribunal, la palabra de Marion de nada valdría ante las negativas combinadas de Norma, Phillips y Ross, el gran detective John Ross, de Scotland Yard.

Page frunció las cejas, Cuanto más pensaba, más difícil antojábasele la situación. Se hallaba en un callejón sin salida y empezaba a pensar que no podría intervenir, que tendría que dejar el asunto en manos de Ross y que este hiciera con Norma y Phillips lo que le pareciera.

De pronto, abrióse la puerta y entró un hombre. Page se puso en pie de un salto.

Un visitante, a aquella hora, era desusado. Un visitante que no se hacía anunciar y estaba evidentemente tan apurado, más extraño aun. Vió a Edwin Phillips parado en la puerta, con el rostro pálido y ceñudo.

—¡Cielos! — dijo Page. — Me sorprendió usted.

—Lo siento — dijo Phillips con voz ronca. — Vine aquí a sorprenderlo; pero... — se echó a reir — no tan pronto.

Page miró a su inesperado visitante. Había algo extraño en sus modales, algo que llamó la atención al observador oficial. El aspecto del médico, el brillo de sus ojos, contribuyó a confirmar la impresión recibida por Page de que el hombre estaba bastante alterado. Por un momento mirólo fi-

jamente. Page pensó si había bebido; pero comprendió en seguida que no. Edwin Phillips no bebía; sin embargo, había en él algo muy extraño, muy distinto de su habitual apariencia despreocupada.

Page indicó una silla.

—¡Siéntese! — dijo al médico.

Edwin Phillips no se movió.

—¿Hay alguien en la casa?

Page lo miró vivamente. De pronto recordó la historia que le había contado Marion.

Tenía ante él a un probable asesino; en todo caso a un hombre que evidenciaba no ser dueño de sus nervios. Page sabía que en la casa, fuera de él, no había nadie.

La vieja mujer que lo cuidaba a él y a la casita que poseía, no lejos de la estación policial, había salido y no volvería antes de dos horas. Pero Page era demasiado prudente para decírselo a un asesino. ¿Sospecharía Edwin Phillips la verdad, que Page estaba enterado de su vil acción? ¿No estaría allí, impulsado por la desesperación, dispuesto a destruir al hombre que conocía su crimen? De pronto Page se echó a reir para sus adentros.

—¿Qué te pasa, viejo? — se dijo. — Te estás volviendo imaginativo. ¡No seas idiota!

Alzó la vista para mirar a Phillips y advirtió que el doctor lo contemplaba con fijeza.

—¿Qué le pasa, doctor? — preguntóle Page tranquilamente. — Parece usted nervioso. Siéntese y tome un trago.

—¡Nervioso! — dejó oir el médico una risa chillona. — Bueno, tanto da esa palabra como otra. Estoy nervioso, sí. Tengo algo que contarle, Page; pero no quiero que nos interrumpan. ¿Hay alguien en la casa?

Page lo miró directamente a los ojos.

—La anciana que me sirve ha salido — dijo tranquilamente. — Puede estar seguro de que nadie lo interrumpirá, ni oirá. Siéntese. ¿Qué quiere tomar?

Phillips no contestó inmediatamente. Lanzó un suspiro de alivio y pareció un poco más a gusto. Acercóse a una silla que Page le indicaba y se sentó. Contempló unos instantes el fuego y luego, alzando la vista, vió a Page parado junto a él. Los modales de Phillips habían cambiado ahora sutilmente. Había un acento casi suplicante en su voz cuando habló.

—No, no quiero beber, Page. ¡Gracias! He bebido bastante hoy. Estoy preocupado; por Dios, que estoy muy preocupado.

Page dirigióse a su silla y se sentó frente al doctor. Su rostro tenía expresión ceñuda. Preguntábase si estaba a punto de escuchar una confesión. Trataba de decidir en su mente como obraría en esa eventualidad. Pero las siguientes palabras del médico le produjeron gran sorpresa.

—El viejo Henry Green ha muerto — fué lo que dijo.

Page se enderezó bruscamente en su silla. Henry Green el guardabosque, era muy conocido en la aldea. Nadie sabía su verdadera edad; pero debía tener muy bien setenta años. Sin embargo, la edad parecía haberle añadido ánimo y salud. Nunca se supo que estuviera enfermo y se mostraba siempre alegre y bromista con todo el mundo. La noticia del médico fué un gran golpe para Page, que tenía mucho cariño al viejo.

—¡Henry Green! Pero si yo ignoraba que estuviera enfermo.

—No lo estaba — dijo el médico sombríamente — hasta hoy.

El instinto del perseguidor de criminales hizo que Page hablara casi con un murmullo:

—¿Un crimen?

Edwin Phillips pareció extremecerse al oir aquella palabra. Luego se echó a reir salvajemente.

—Crimen, si usted quiere — exclamó. — Pero no intencional. Homicidio sería quizá un término más adecuado. Yo lo maté — su voz se elevó en una nota aguda.

Page extendió su mano.

—No tan fuerte, doctor — dijo con tranquilidad. — Creo que no sabe usted lo que está diciendo.

Page se acercó a la ventana que estaba entreabierta y la cerró; volvió a su asiento antes de hacer una pregunta.

—Dice usted que mató a Henry Green. ¿Cómo fué?

Algo en la brusquedad del tono de Page hizo serenarse al doctor.

—Henry Green — contestó — me mandó buscar esta tarde. Fuí y lo encontré mal. Había tenido un repentino ataque al corazón. Creo que nadie sospechó antes que su corazón estuviera enfermo. Hice por él lo que pude. Le administré insulina, una droga bastante nueva, pero muy eficaz en estas circunstancias.

Phillips hablaba ahora con mucha mas tranquilidad. — El giro que había tomado la conversación — giro científico — pareció calmarlo, hacerle olvidar el estado de pánico en que había llegado a la casa.

—Le inyecté esa droga con una jeringa que preparé antes de salir de casa, imaginando lo que podía ser. Estuve un corto rato con el enfermo. La inyección pareció hacerle bien. Francamente, a mí no me preocupaba mucho su estado. Estaba mal, pero no de peligro. No hay razones para temer un ataque aislado al corazón. Sólo cuando estos se repiten los médicos nos alarmamos, o cuando el afectado es el corazón mismo. Lo dejé y seguí mis visitas. Cuando volví al consultorio me esperaba un mensaje urgente, para que fuéra en seguida a verlo a Henry Green. Lo encontré... muerto.

Se detuvo, sumido evidentemente en profundos pensamientos. Por un minuto o dos, Page no habló. No deseaba interrumpir los pensamientos o el relato del médico. Pero cuando advirtió que el médico parecía seguir abismado en sus reflexiones, Page le recordó, suavemente, lo que estaba relatando

—Dijo usted hace un momento, doctor, que lo había matado. No comprendo.

Phillips alzó rápidamente la cabeza y en sus ojos apareció una expresión casi de locura.

—Yo lo maté — dijo. — Y pienso todavía como fué. Cometí un error.

Se detuvo otra vez.

—¿Sí? — ayudó Page.

—Para comprender lo que voy a decir —

El médico saltó inesperadamente sobre Page y aplicó sobre su cara un pañuelo humedecido con cloroformo.

prosiguió Phillips rápidamente — tiene que saber algo de esta droga, la insulina. Es incolora, como otras muchas. Puede uno equivocarse; pero yo no me equivoqué. La insulina se administra normalmente en una fuerza de diez watts; en esa proporción, estimula el corazón; pero más fuerte mata con la misma seguridad que una bala o un puñal. Yo le inyecté insulina a Henry Green en una proporción de ochenta watts.

—¡Cielos! — exclamó Page.

—Eso lo mató — prosiguió el doctor. — Lo mató a las dos horas. ¿Comprende ahora por qué me encuentro en este estado de excitación?

—Sí — dijo brevemente Page. — Sabía muy bien que un error de esa naturaleza arruinaba la carrera de cualquier médico.

—Sí — repitió pensativo.

—Se equivoca — exclamó Phillips apasionadamente. — Se equivoca. No comprende usted nada absolutamente.

Page lo miró sorprendido. Había en la expresión del rostro de Phillips algo que alarmó al joven inspector; sus ojos parecían como obsesionados por el recuerdo de algo espantoso, de un pensamiento que no le dejaba en paz. Todo su aspecto se había vuelto sombrío, siniestro. Page apenas podía comprender que contemplaba las facciones familiares del médico de la aldea. De pronto brilló en sus ojos una luz más dulce.

—Lo siento, Page — dijo tranquilamente. — Pero... de todos modos ¿qué importa? No puedo continuar.

Page se acercó al aparador y sirvió un fuerte whisky con soda que ofreció a su visitante

—**Vea, doctor** — le dijo — es mejor que beba esto. Lo animará. Tiene que continuar, después de haberme dicho tanto. Tiene que terminar su relato.

El doctor alzó la cabeza. De pronto se rió... una caricatura de risa, sin alegría.

—En eso se equivoca de nuevo.

Había algo de amenazador en su voz.

—No me refería a mi historia cuando dije que no podía continuar; pero beberé. ¡Gracias!

Agarró el vaso de manos de Page y este observó que apenas podía llevarle a sus labios; pero tragó el licor casi de golpe y dejó el vaso sobre la mesa.

—Siéntese, Page — dijo — Voy a continuar. Voy a decírselo todo, hasta el fin

Había algo de invitador ahora en su voz, casi como si fuera él el anfitrión y Page el huésped. El joven inspector tuvo un mal presentimiento. Lo desechó con dificultad, hizo un ademán para levantarse y se volvió a sentar.

—¿Ve esto? — dijo la voz del doctor Phillips.

Page alzó rápidamente la vista y vió el caño de una pistola automática, en manos de su visitante. Una expresión de frenesí salvaje había transformado al doctor; sus ojos brillaban amenazadoramente; tenía dos parches rojos en sus lívidas mejillas y todo su aspecto denunciaba la locura. Page se dijo si no sería ésta la explicación de todo, sino estaba conversando con un loco peligroso, escuchando sus insanos delirios.

Un miedo espantoso se apoderó de él; pensó que el doctor Phillips iba a matarse allí en su propia sala, delante de sus ojos. Las siguientes palabras del doctor le hicieron comprender, sin embargo, que no era la vida de su huésped si no la propia la amenazada.

—Podría matarlo a usted, Page — dijo el médico lentamente. — Podría dejarlo seco de un tiro ahí donde está. Convengo en que las consecuencias serían desagradables y espero que usted no me obligue a hacerlo. Le digo sinceramente que no quiero matarlo. Amo mucho a Norma para causarle la pena que el dolor de su hija le ocasionaría. Pero, a pesar de todo, lo mataré si mueve usted un solo músculo durante el relato que ahora le voy a hacer.

Contrastando notablemente con su actitud original, el doctor parecía ahora completamente dueño de sí. Estaba sereno, hablaba con tranquilidad y aunque sus palabras eran amenazadoras, casi fantásticas, veíase que lo dominaba una ansiedad mortal.

—Tengo un trabajo para usted, muchacho — el hombre se echó a reir con risa chillona. — Es extraño ¿verdad? ¡Un hombre que trató de asesinar, dando trabajo a un detective! Pero es cierto. Tengo para usted una tarea. ¡Escuche! Yo no me equivoqué al inyectarle a Green la insulina; el error fué obra de otro el error, si es que así se puede llamar, fué cometido, sépalo, por el asesino de Herbert Rendel.

Page hizo lo posible para dominar el tumulto de sus pensamientos. ¿Qué diablos era aquello? ¿Una nueva acusación? Trató de serenarse; toda su atención debía estar concentrada en lo que el médico iba a decirle.

—¿De modo que Herbert Rendel fué asesinado? — preguntó tranquilamente.

—Hebert Rendel fué asesinado — contestó el doctor. — Tan cierto es eso como que yo estoy sentado aquí. Hasta hace una hora creí que era yo quien lo había matado. Ahora sé que no fuí.

UNA HISTORIA SORPRENDENTE

Page se recostó en su silla, casi aturdido por la revelación que el doctor acababa de hacerle; pero no tuvo tiempo para pensar. Phillips cuyas palabras habían sido antes interrumpidas, hablaba ahora rápidamente.

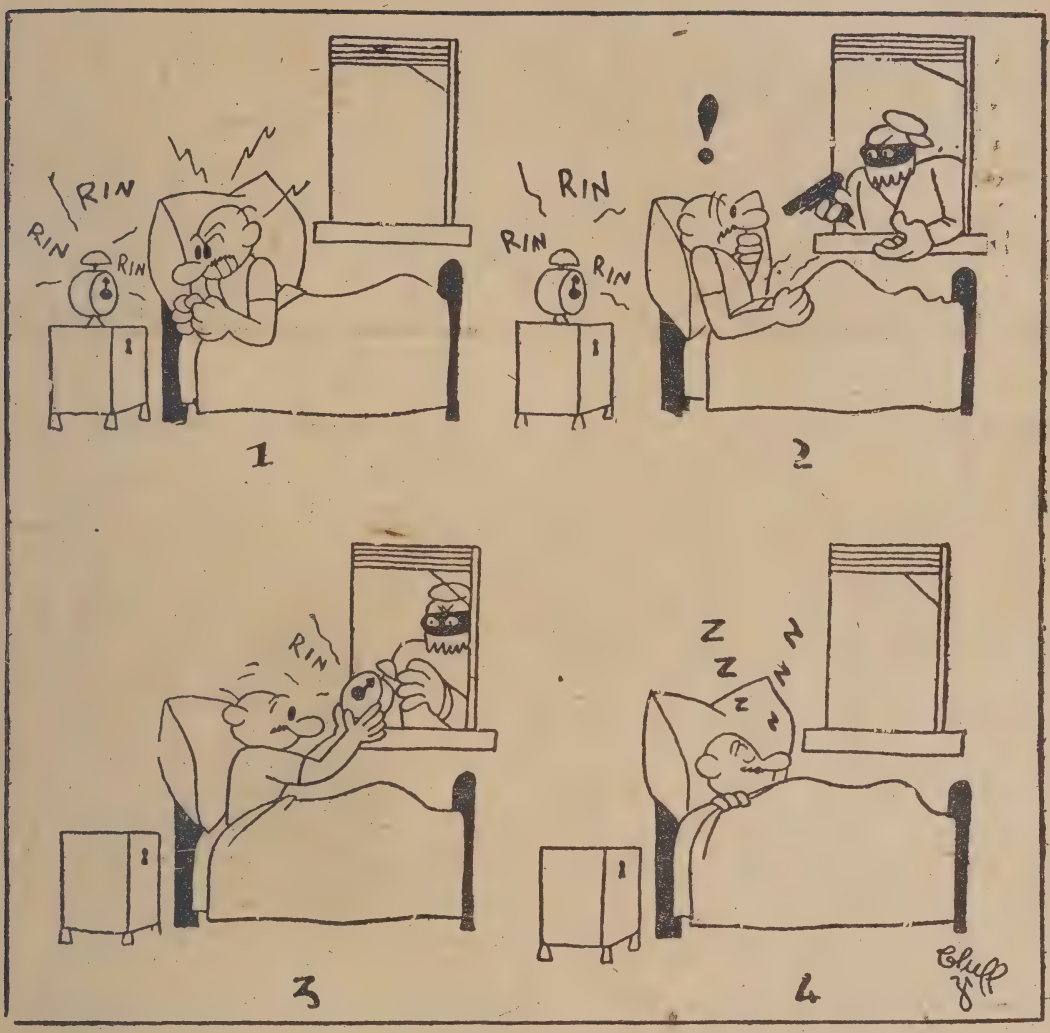
—Seré lo más breve posible, Page. Comprenderá usted que la pequeña formalidad de esta pistola es exigida por mi seguridad. Estoy a punto de salir del país. Si quisiera quedarme y afrontar mi juicio, podría probar que no fuí yo el asesino; pero no librarme de la acusación de haber sido accesorio del crimen, antes de que éste ocurriera, Sepa que, lo menos por espacio de seis meses, he estado matando sistemáticamente a Rendel. Cierto que a último momento murió por otra mano; pero yo había preparado el camino. No se que punto de vista adoptaría un jury inglés ante el caso; pero no me propongo averiguarlo tampoco. He hecho mis arreglos para huir esta noche. Y le quedo agradecido a Henry Green porque, aunque de un modo desdichado para él, me probó que no fuí yo quien, finalmente, mató a Rendel. Comprenda que es agradable, para quien no está habituado al crimen, conservar esa chispa de inocencia.

Se detuvo, miró el vaso que estaba sobre la mesa y vió que estaba vacío. Page se aprovechó de la oportunidad, hizo como si fuera a levantarse para llenar el vaso; pero, a su primer movimiento, Phillips le apuntó con el revólver.

—¡Siéntese! — le dijo el médico tranquilamente. — Tiene razón; me gustaría beber; pero no puedo correr riesgos. Es una larga historia, Page, muy larga. Hace casi un año me enamoré de Norma Rendel y ella de mí. Al principio, traté de alejarme de la casa; pero bueno... quizá soy débil .. No me fué posible. Creo que Herbert Rendel debió sospecharlo. Sea como fuere, de pronto se convirtió, de marido cariñoso, en el más encarnizado enemigo de su mujer. Todo lo que pudo hacer en pequeñas cosas para irritarla, para molestarla, para humillarla, lo hizo. Ella pasó una temporada terrible, la pobre. Luego... cayó él en mis manos. Se enfermó, Page. Su corazón se debilitó.

No puedo explicarle cuanto me sorprendió qué me llamaran para atenderlo. Pero, después del primer momento, me alegré. Su corazón estaba muy enfermo. No podía Rendel vivir mucho; pero no era un caso fatal y comprendí que iba a ser la suya una de esas enfermedades obstinadas, siempre difíciles de tratar para los médicos. Uno de esos casos en que el paciente puede vivir meses, años, sin servir para nada, sufriendo... pero vivir.

Herbert Rendel. Page, no me servía para nada vivo; pero muerto me sería muy útil —**el doctor se movió en su asiento**—¿Cómo



SALTEADOR OPORTUNO

prende lo que quiero decir? Empleé la droga de que le estuve hablando hace un rato, lo indicado en su caso; pero la usé en dosis excesiva. No me equivoqué con él, no hubo error como el que causó la muerte de Henry Green. No murió de repente; pero avanzó con seguridad hacia la muerte por un período de seis meses. Y nunca sospeché que desconfiara de mí... hasta que vino Norma a verme esta tarde.

Page pensó en la carta, actualmente en poder de John Ross

—Cuando Rendel murió anoche, — prosiguió el médico. — pensé que era resultado de las dosis acumuladas que yo le había dado. No me preocupé de examinarlo cuidadosamente. Me fuí, Page aunque en ese momento me creía un asesino, contento porque ningún obstáculo se oponía a la felicidad de Norma y a la mía propia. Ella, la pobre, nada sabía respecto al exceso de dosis y creyó que todo era perfectamente natural.

Page lanzó un suspiro de alivio.

—Bueno, como le digo, me fuí contento porque ahora podíamos casarnos. Nada nos lo impediría. El marido había muerto. El dinero era de Norma. Ella me quería. Yo también a ella. Me desperté esta mañana y todo me parecía brillante y maravilloso. Me fuí alegremente a mi trabajo. No había necesidad de que fuera yo a la casa; nuestros planes estaban hechos. Y luego... usted me mandó buscar. Aquel testamento, aquel nuevo testamento, Page, fué un golpe. Un gran golpe para los dos; pero después hablamos unas palabras y decidimos llevar adelante nuestros planes. Yo tenía un poco de dinero, no mucho. Realicé todos mis valores; tengo

el dinero encima ahora. Será bastante para protegernos contra la pobreza, al menos. Huiremos con eso. Ross, maldito sea, puede quedarse con lo demás. No me importa. Pero la muerte de Henry Green me ha hecho descubrir algo que cambia ligeramente las cosas.

Se detuvo, miró tranquilamente a Page y continuó más a prisa:

—Escúcheme bien, Page; ponga mucha atención porque lo que le voy a decir es difícil de comprender. Yo siempre tengo la jeringa con que doy inyecciones escrupulosamente limpia. Y para esto la conservo vacía. Anoche, cuando fuí a comer a Tejas Grises, llevaba mi pequeño estuche porque la mía era, en cierto modo, una visita profesional al enfermo. Cuando llegué, advertí que la jeringa no estaba en su sitio de costumbre. Esto no me preocupó. No la necesitaba y pensé que la había dejado en el consultorio. Era cierto. A mi regreso la encontré y la puse en el estuche, pronta para usarla por la mañana. No tuve ocasión de usarla hasta que fuí llamado para atenderlo a Henry Green. Bajé el frasco y puse un poco de insulina en la jeringa. Hice esto apresuradamente porque el llamado era de urgencia.

Mi jeringa, Page, no es del modelo usual. No se llena apretando y soltando luego la palanca. Se desatornilla en la parte superior. Yo no miré si estaba vacía. Lo sabía, porque mi regla infalible es vaciarla. La llené, como le digo y salí apresuradamente. Cuando dos horas más tarde volví a verlo a Green y lo encontré muerto algo en su fallecimiento me inspiró sospechas, dado que yo lo había dejado bastante bien en las primeras horas de la tarde.

Volví a mi consultorio y examiné la jeringa. Encontré que tenía aun insulina. Yo no había tenido, naturalmente tiempo para vaciarla, pues había estado visitando mis enfermos. Hallé que tenía una fuerza de ochenta watts. Miré el frasco que contenía la mezcla fuerte, de donde yo hago la insulina diluída. Sabía exactamente lo que contenía y comprendí que habían sacado de ella.

Se detuvo y miró a Page muy seriamente.

—¿Sabe lo que esto significa, Page? ¿Lo sabe? Yo no había llenado mi jeringa con la insulina sin diluir. Por un largo período, la noche anterior no estuvo en mi poder.. El que la tenía entonces, fuera quien fuese, la llenó y la usó. La usó para matar. Y anoche solo ocurrió una muerte: la de Herbert Rendel.

EL ULTIMATUM DEL MEDICO

El doctor Phillips cesó de hablar. Miraba intensamente al joven inspector: más, ni por un momento dejó que el cañe de su pistola se desviara de la puntería. En cuanto á Page, estaba demasiado sorprendido para decir nada. Esta revelación era tan inesperada que, por un rato, Page no la creyó y pensó que Phillips había venido a contarle esa historia para librarse de sospechas. Pero, recordando la conversación que acababa de realizarse, comprendió luego que era improbable.

No había necesidad de que Phillips viniera a contarle nada a él. Si se lo hubiese dicho a Ross, sabiendo que éste tenía la carta, nubiera sido distinto.

No había razones para que el medico lo supusiera a Page enterado de la acusación hecha por Rendel en su lecho de muerte. Por consiguiente lo probable era que aquel hombre, de rostro huraño, que tenía frente a él dijera la verdad, arrojando así una luz nueva sobre los trágicos acontecimientos de la noche anterior.

—Es un lindo problemita para que lo resuelva, Page. Sólo siento no estar aquí para ayudarlo; pero no puedo correr ese riesgo. Espero me creerá. Por eso vine a contarle mi historia. Me hubiera gustado referírsela a John Ross; pero él ha perdido toda mi confianza después de la proposición que le hizo a Norma. Gracias al cielo, ella fingió acceder a sus exigencias. Pero, me olvidaba, no sabe usted nada respecto a la carta que Rendel...

—Lo se todo, doctor — interrumpió prontamente Page — Marion lo oyó todo y me lo contó.

Phillips pareció un momento sorprendido y luego continuó rápidamente:

—Ross se ha ido esta noche a Londres; pero cuando regrese mañana por la tarde, esperando hallar a Norma, descubrirá que ella se ha ido.—Phillips se echó a reir despreocupadamente. — Luego que haga él lo que quiera. Se que tiene fama de no haber fracasado nunca cuando se propone entregar a un hombre a la justicia; pero mis planes están hechos, Page. Afuera me espera un auto y en él está Norma. Pero tenía que venir primero a decirle esto.

Phillips se levantó; Page intentó hacer lo mismo; pero el hombre lo obligó a volver a sentarse, con su pistola. El inspector, después de dirigir una mirada a los ojos del médico, comprendió que el hombre estaba desesperado y que nada le quedaba por hacer, excepto obedecer sus órdenes.

—¿A qué hora regresa su vieja criada? — le preguntó.

—Generalmente a las veintidos y media.

No bien contestó, se hubiera mordido Page la lengua. Vió que había dado a Phillips una información de suprema importancia y trató rápidamente de remediar su error.

—A veces regresa, naturalmente, más temprano, otras más tarde. Pero, vea doctor, creo que está haciendo usted una estupidez. — Page hizo lo posible por que su voz apareciera tranquila y grave. — Si todo lo que me dice es cierto, podrá probarlo ante un tribunal y, si usted no mató a Rendel, no puede ser condenado por asesinato.

Page dudaba un poco de la veracidad de sus palabras. Indudablemente Edwin había hecho mucho para matar, era culpable de intención; pero el deber del joven era asegurar al doctor con llave y cerrojo, si esto era posible.

—Eso es lo malo — dijo tranquilamente Phillips — Nada puedo probar, y aunque lo pudiera, aunque fuera capaz de decirle quien mató a Rendel, no me conviene quedarme. No soy tan estúpido, mi joven amigo.

Todo criminal que huye es estúpido — replicó Page ligeramente — Pero no digo que usted sea criminal; eso toca al jurado decidirlo. **El huir** significa que tiene usted al-

go que temer y que se cree culpable.

El Dr. Phillips rió ásperamente.

—Tengo algo que temer — dijo con tranquilidad — Creo que soy culpable hasta un alto grado y por eso me voy Page. Pero tiene que darme doce horas de ventaja. No es sólo a mi que me concede esta oportunidad, recuérdelo; es también a Norma, madre de su Marión. ¿Está dispuesto a hacerlo?

Interiormente, Page sentíase afligido por tener que rehusar. Su amor por Marión y su piedad por Norma pesaban contra su deber profesional; pero ni por un momento vaciló. Los sentimientos tenían que dejarse a un lado. Sabía que accediendo al pedido del doctor Phillips perdería la estimación de sí mismo. Repitió su negativa.

—Es la respuesta que esperaba de usted — dijo Phillips — Norma creyó lo contrario. Pensó que el amor de Marión podría influir sobre usted.

—Dejemos a Marión fuera del asunto — dijo Page tranquilamente. — Sabe usted perfectamente bien que no puedo acceder.

—Si, lo se — asintió Phillips — Pero las mujeres son porfiadas. Con todo, no tiene mucha importancia, porque de todos modos, "nos dará" usted esas doce horas de ventaja. Page lo miró vivamente. Había una nota resuelta en la voz de Phillips y le brillaban los ojos. Por un momento el joven inspector sintió aprehensión. No podía saber que pensaba hacer el otro.

—Si puedo evitarlo — dijo ásperamente Page — no le daré ni un minuto de gracia; pero debo confesar que en estos momentos estoy desarmado y usted tiene una pistola. Así que la ventaja es suya. ¿Cómo se propone impedirme que le siga el rastro antes de mañana por la mañana?

—Así — dijo Phillips.

Al hablar dió un salto. Page, sentado en la silla, tuvo apenas tiempo para levantar un brazo en actitud de defensa. No sabía que iba a a ocurrir. Phillips era hombre de poderosa estatura, cayó encima del joven y le aplicó un pañuelo húmedo, con un olor dulzón sobre la nariz y la boca. Page luchó todo lo que pudo, pero físicamente era delgado y adversario poco apropiado para el doctor.

—Lo siento, hijo mío — dijo dulcemente — Lo siento mucho; pero hay momentos en que uno tiene que ser brutal. Usted será bueno para Marión, lo se y no creo que nos tenga mala voluntad a Norma ni a mí. Adiós, Page. ¡Buena suerte!

Agarró entre las suyas la mano inerte de Page y la estrechó; luego rióse por aquella demostración de sentimentalismo. Rápidamente sacó una cuerda del bolsillo que había sido previamente cortada del largo requerido; le ató a Page las manos a la espalda y los tobillos juntos. Luego Phillips alzó en brazos al joven inspector como si no pesara más que un niño y lo llevó arriba, a la pieza que sabía era su dormitorio. Lo dejó sobre la cama, le quitó el pañuelo de la cara y lo miró atentamente un momento.

—Pronto estará bien — dijo — No es más que cloroformo. Lo siento, viejo. Pero no había más remedio.

Esperó unos momentos. Un profundo suspiro partió de la figura que estaba en la cama. Phillips obró. Comprendiendo que Page estaba volviendo en sí, le abrió la boca y le introdujo una mordaza. Ató esta cuidadosamente y se retiró sin ruido del cuarto, bajando las escaleras. Pocos momentos después llegaba al camino y saltaba a un auto cuyo motor estaba en movimiento.

El doctor Phillips se inclinó sobre el volante y el auto se alejó en la noche.

DESPUES DE LA FUGA

El detective-inspector Page volvió lentamente en sí. Su cerebro estaba todavía entorpecido por los vapores del cloroformo y estuvo un rato medio inconsciente. Gradualmente, sin embargo, las nieblas se aclararon y se dió cuenta Page donde estaba. Se mente recobró la actividad como por encanto. Pero el doctor lo había atado muy bien, y después de un rato Page volvió a dejarse caer exhausto, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos.

Se quedó quieto y repasó en su imaginación los extraordinarios acontecimientos de la noche. Así que el doctor había salido con la suya. Pasarían muchas horas antes de que Page pudiera dar la voz de alarma.

Próximamente en PUCKY

El JUEGO del PELIGRO

ACCION, DRAMA, MISTERIO

Debido a la mordaza, no podía producir ningún sonido que llamara la atención de su vieja criada. Y como las habitaciones de ella estaban en el piso bajo, probablemente nunca lo hubiese oído, aunque hubiera podido él llamarla. Con toda probabilidad no sería libertado hasta la mañana, cuando la criada le trajera el agua caliente, y para ese tiempo ya Norma y el médico estarían lejos.

En lo íntimo de su corazón Page casi le agradecía al doctor que lo hubiera dejado impotente. Así se evitaba faltar a sus deberes de oficial de policía y a los de enamorado.

Durante las largas horas que estuvo atado, Page se esforzó en develar el extraordinario misterio que encerraba la muerte de Rendel. Ni por un momento dudó de las afirmaciones del doctor. El hombre se había mostrado desesperadamente sincero; además, ¿qué objeto tenía decirle todo aquello si no era cierto? Pensando en la extraña conversación sostenida, Page determinó emplear un método particular que había usado con éxito en varias ocasiones anteriores, a fin de decidir quien era el culpable de la muerte de Herbert Rendel. Page había aprendido este método del gran detective John Ross, siguiendo el infalible sistema de su superior para descubrir a los criminales.

En su imaginación seleccionó Page a todas las personas que podían tener alguna relación con aquella muerte. Marión, Norma, el doctor Edwin Phillips, John Ross, Jenkins, Simpson. Eran estas las únicas presentes el día de la muerte de Rendel, por consiguiente, según sus métodos, todas eran sospechosas. Después de hacer una lista de ellas había que considerar la ocasión y el motivo.

Empezando por Norma estudió los puntos cuidadosamente. A Marión la eliminó en seguida; por lo que a ella se refería no podían existir sospechas. ¡Norma! ¿Había tenido oportunidad? Indudablemente. Ella insistió en cuidar a su marido durante la enfermedad de éste y tuvo todas las ocasiones para cometer el hecho. ¿Motivo? Sí. Su amor por el doctor Phillips, era incentivo suficiente. La muerte de Herbert Rendel le daría libertad y dicha.

Había tenido oportunidad el doctor Phillips? De nuevo, indudablemente. ¿Quién más que un médico? ¿Motivo? Uno muy poderoso. Su amor por Norma.

Page volvióse luego a John Ross. ¿Oportunidad? Sí. Estaba allí la noche del crimen. ¿Motivo? Posiblemente debía conocer el nuevo testamento que lo dejaba heredero, en caso de que Norma volviera a casarse; pero la probabilidad era pequeña y Page alejó la idea con impaciencia. ¿Su amor por Norma? Sí, ese era un motivo, y bien fuerte.

¿Jenkins y Simpson? Ambos tenían oportunidad; pero no motivo. Page los eliminó inmediatamente.

Se quedaba, por lo tanto, con los tres principales y por largas horas aquella noche estuvo contemplando la obscuridad, pensando, pensando, calculando hasta la última partícula de evidencia, uniendo el caso, trozo por trozo, hasta que los primeros rayos de la aurora empezaron a filtrar por los vidrios, sin postigos, de su ventana. Una expresión satisfecha se reflejó en su rostro. Su resolución estaba tomada.

(Continuará)

¿Qué hará ahora Page? Las cosas llegan a un desenlace dramático en los próximos capítulos

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

LA ISLA FANTASMA

Por Gilbert Chester

(Conclusión)

Acosado por la miseria, Fenton, ex aviador de la Guerra Mundial, acepta una comisión sospechosa de uno de los que fueron sus camaradas, el espía Hansen. Este muere trágicamente y Fenton se ve envuelto en una serie de dramáticas aventuras, en las que también interviene Sexton Blake, evitando un crimen monstruoso con su valor habitual. Las situaciones emocionantes abundan en esta fuerte novela.

VIII

EL PLAN

La gran forma de Penraven se hallaba a la cabecera de la mesa, en una alta silla de roble. Después que el viejo Israel hubo vertido una buena cantidad de licor en su vaso, extendió Penraven su manaza y lo agarró.

—Y bien, caballeros, todo está pronto — rió roncamente, levantando el brazo. — ¡Bebamos!

Frente a él estaban sentados otros dos hombres. Ambos tenían aspecto extranjero, cabezas cuadradas, pelo tusado, ojos saltones, de mirada astuta.

Uno de ellos levantó el vaso en sus largos y blancos dedos. Acercólo a sus labios y sonrió.

—Como usted dice, amigo Penraven, todo está preparado. No hay más que esperar.

—Sí, esperar — gruñó ácidamente Penraven. — Y he esperado mucho tiempo. Novikov, quiero palpar ese dinero.

Novikov volvió a sonreír. Sus dientes, blancos e iguales, brillaron a la luz de la lámpara.

—Lo palpará, no tenga miedo. La suerte nos favorece con este tiempo. Nunca me atreví a esperar semejante tormenta.

Apenas verán a una yarda de distancia.

Penraven se rió. Con inconsciente pantomima, sus dedos se contrajeron como si apretaran el dinero.

—Bueno, es una gran ocasión. Los Penraven hace tiempo que andamos escasos de plata. La suerte se da vuelta al fin, así que... — se interrumpió y volvióse al viejo servidor. — ¿Dónde está la señorita Inés? No resulta alegre beber sin damas. Dile que venga, Israel, viejo gruñón. Y... ¡ah!... espera.

Levantó la mano cuando Israel iba a salir de la habitación.

—Me olvidaba. Está ese idiota de Fenton también. Traelo aquí. Vamos a divertirnos con él lo más posible.

El viejo salió. Volvió al poco rato con Fenton, cuyas manos estaban atadas a la espalda. Detrás venía una joven, de ojos negros, muy hermosa. Era la mujer a quien Fenton había encontrado en aquella casa de Londres.

A una señal de Penraven, el viejo Israel desató las muñecas a Fenton. Mientras éste se frotaba las manos entumecidas, el llamado "rey" lo miró sardonicamente.

—Y ahora ¿qué quiere, maldito? — gruñó Fenton, devol-

viéndole colérico, una mirada penetrante.

—Lo que voy a conseguir antes de que termine la noche, rata de albañal. Lo que usted y ese perro de Hansen quisieron robarme. Es decir, cincuenta mil libras.

—Quiso decir conmigo — replicó Fenton encogiéndose de hombros.

—Con usted... nada. Pensé que tendría sed después de su reciente trabajo, hijo mío. Y como dicen que ahí abajo, donde va usted a ir pronto, rige la ley seca, como buen cristiano, le ofreceré un último trago. Puede brindar por mi buena fortuna. La buena fortuna de que usted y su cómplice pretendieron privarme.

Hizo otra señal a Israel, que llenó dos vasos más de whisky. Israel dió uno a la joven y otro al prisionero.

—Ya le he dicho antes que no se de que habla usted — dijo Fenton, sin tomar el vaso.

Penraven soltó una carcajada burlona.

—Lo se. Ahora que está en mi poder, es usted inocente. Pero no lo era allá, en Londres, cuando usted y el perro de Hansen nos espiaron. Lo que ignoro es como descubrió Hansen nuestro plan y el sitio donde íbamos a reunirnos.

—¿Qué importa? — Novikov se encogió desdeñosamente de hombros. — Esos perros de caza meten la nariz en todo. Viven robando y espiando.

—Si él oyó los planes de ustedes, yo no — dijo Fenton ansiosamente. — Mi misión era solamente cuidar la salida. Hansen no me reveló sus secretos.

—¿Es cierto eso? — preguntó Novikov mirando a Fenton fijamente.

—Por mi parte declaro, que lo es — replicó devotamente el joven.

Novikov frunció el ceño y luego volvió a encogerse de hombros. Para él, tanto daba.

—Bueno, lo sabrá usted ahora — dijo con sonrisa helada — Seré más expansivo que su amigo Hansen. Puesto que va usted a morir, poco importa que lo oiga todo. Además, como lo hemos obligado a dar una mano en el trabajo, tiene derecho a saber lo que va a ocurrir.

—Si les he sido a ustedes útil ¿por qué matarme? — preguntó Fenton humedeciéndose los labios.

—Francamente porque usted sabe demasiado para nuestra seguridad — contestó Novikov. — Lo matamos a Hansen porque pensaba utilizar los conocimientos obtenidos por su espionaje para extorsionarnos. No tenemos deseos de que usted, su camarada, nos mande a la horca.

Los dedos de Fenton agarraron convulsivamente el borde de la mesa. Se humedeció nuevamente los labios.

—El asesinato se descubrirá. Pueden ustedes salir bien una vez. Pero otra aumentará el riesgo. Es mejor que lo piensen.

—¡Bah! — Penraven irguió su forma gigantesca en la silla — ¿Qué significa un asesinato más o menos ante la "massacre" que se prepara?

—¡"Masacre!" — a pesar suyo, Fenton se extremeció.

Novikov tuvo otra de sus heladas sonrisas.

—¿Vió usted la estación de radio? Naturalmente, puesto que ayudó a construirla, junto con mi buen amigo, el ingeniero Barov — indicó al otro hombre que estaba silencioso, tirándose de la barba — Un exaviador de la guerra, entiende de radio, por eso le conservamos la vida, mi querido Fenton, para utilizarlo como pensaba utilizarnos usted a nosotros. Ya ve, las cartas se han dado vuelta.

—¿Y usted quién es? — dijo Fenton anhelante.

—Yo creí que mi fama era casi mundial — dijo Novikov con gesto indiferente — Pero mientras más vive uno, más aprende a ser modesto. No hay inconveniente en que sepa usted que soy el presidente de la Black Stork. Sin duda habrá oído hablar de esa línea de vapores ¿no?

Fenton inclinó silenciosamente la cabeza. Conocía la compañía de vapores, la más grande y rica de las extranjeras.

—Como usted sin duda también sabe, — prosiguió tranquilamente Novikov — nuestro espléndido vapor "Sirius" mantiene la cinta azul del Atlántico. Viaje tras viaje ha derrotado a los malditos buques británicos en sus viajes a Nueva York. Y su hermano gemelo ha hecho lo mismo.

—Hasta la semana pasada — dijo vivamente Fenton.

Novikov se inclinó.

—Precisamente. La semana pasada, el "Algol", el nuevo vapor de la British Empire Line, le quitó su supremacía. Resultó lo que yo y mis co-directores temíamos.

—Bueno ¿y qué hay con eso?

Novikov sonrió ácidamente.

—Esta noche el "Algol" pasará al "Lizard", después de otro viaje "record" a través del Atlántico. El temporal podría detenerlo; pero seguirá confiado en las señales que le serán enviadas por la estación de radio de Polhewren. Dirigido por radio, seguirá su ruta sin tropiezos.

—¿Sí? — se inclinó Fenton anhelante.

—Esta noche, en el momento preciso, mis hombres asaltarán la estación de radio de Polwheren y dejarán fuera de combate al personal. Al mismo tiempo, gracias a un aparato de onda corta que hemos establecido aquí, recibiremos las noticias en clave. El aparato de radio de la isla enviará la misma señal y el 'Algol", dirigido por ella, pondrá el rumbo a la isla. Sin sospechar, se estrellará contra las rocas. Se hundirá y la supremacía de la Black Stork Line quedará de nuevo establecida.

—¡El qué! — Fenton se volvió a Penraven — ¿Y usted, bandido, se queda ahí sentado y permitirá esto?

—¿Por qué no? Me producirá cincuenta mil libras de ganancia — respondió cruelmente Penraven.

—¡Cincuenta mil...! Hombre, le producirá un demonio. Si ese vapor, con sus hombres, mujeres y niños, se va a pique, ¿cree usted que no se harán indagaciones?

Se realizará una investigación para saber por qué equivocó su ruta. Encontrarán esa instalación suya de radio...

—Nada encontrarán — dijo secamente Novikov — Tendré cuidado de eso. Los motores Diesel y los dínamos están bajo tierra, en cuevas secretas, conocidas solamente por los isleños. Nunca los encontrarán.

—Pero los mástiles... la antena...

—¡Ah!... también me he ocupado de eso. Pocos minutos bastarán para quitar los alambres. En cuanto a los mástiles, son de madera y están empapados en resina. Una vez que el buque se haya estrellado contra las rocas, quemaremos los palos. Arderán como yesca y pronto no quedarán rastros. En la niebla, nada se verá. O, si se distingue el fuego, Penraven dirá simplemente que vio el naufragio y encendió hogueras para señal.

—Sin embargo, el hormigón...

—Se destruirá con gelinita. Los fragmentos serán arrojados al mar. Al amanecer no quedarán vestigios. Y usted, mi amigo, también irá a parar al mar, con pesos en sus tobillos y una bala en la cabeza.

Fenton se serenó con dificultad. Tenía una última carta que jugar y la jugó.

—¿Y los isleños? ¿Está usted seguro de cerrar la boca a treinta personas?

—¿Si puedo estar seguro? — Penraven lanzó una risa ronca y miró al viejo Israel — ¿Qué dices, perro viejo?

Israel rió malvadamente. Sus negros ojos brillaron codiciosos.

—Sí, amo. Puede estar seguro. Hace mucho tiempo que los de la isla no ponemos las manos en un rico despojo. La marea de la mañana los traerá. Sólo un idiota hablaría cuando el menear la lengua significa perder una fortuna.

—¿Ve? — los ojos burlones de Penraven se fijaron en Fenton — Sus esperanzas no tienen fundamento. No habrá rastros, nadie hablará. Ni siquiera sospecharán de nosotros, a no ser que sea ese infernal detective de Sexton Blake. Nos siguió hasta aquí, maldito sea. Pero nada puede probar... le digo que nada.

—Sin embargo, es un peligro — replicó Fenton, todavía esperando asustarlos.

—Lo he previsto y traté de atraerlo con un falso mensaje en una botella. Vino; pero el idiota de la isla echó a perder las cosas, disparándole con una honda. Cuando se acercó, tratamos de matarlo con los rifles; pero no pudimos. Con todo, nada puede hacer. No llegará a la isla, porque el temporal ha de durar algunos días. Cuando calme, será demasiado tarde.

—Sin embargo, hay un inconveniente — dijo el ingeniero, hablando por primera vez Ese detective nos vio cuando transportamos la última carga de aparatos a la isla. ¿Si localiza el camión?

Novikov miró su reloj.

—No hay miedo de eso, amigo mío. El camión estaba muy lejos antes de que tuviera tiempo de pensar en seguirlo. Son demasiado numerosos para que Blake se meta con ellos.

Miró nuevamente su reloj.

—Bueno, es tiempo de que estemos en nuestras estaciones. El "Algol" está cerca. Vamos a terminar con esto imbécil y partiremos.

Dio un paso hacia Fenton; pero el joven saltó hacia atrás y agarró la botella de whisky. El viejo Israel quiso sujetarlo; pero Fenton le aplicó un golpe en la cabeza con la botella y siguió adelante, en dirección a la puerta.

—No lo dejen ir... — aulló Novikov.

Penraven agarró una silla y se la tiró a las piernas de Fenton. Cuando éste llegaba a la puerta, la silla le pegó en las canillas y lo hizo caer. Antes de que pudiera levantarse, los otros se arrojaron sobre él. Lo pusieron de pie, prisionero nuevamente.

Con la frente ensangrentada, el viejo Israel, se levantó, tambaleante; en su mano callosa tenía una navaja.

—¡Perro! — aulló y se lanzó contra Fenton. Penraven lo detuvo.

—¡Idiota! Suelta eso — le torció el brazo al viejo y le hizo caer la navaja al suelo ¿Quién te dió permiso para matarlo?

El viejo Israel miró salvajemente a su amo; pero bajo la mirada acerada de Penraven retrocedió. Empezó a rezongar entre dientes, tentándose la frente con la mano libre. Penraven le dió un puntapié a la navaja y la arrojó a un rincón, desdeñosamente.

—Yo soy aquí el amo, Israel — dijo — En adelante, recuérdalo.

—Sí, lo recordaré... lo recordaré — contestó el viejo, enceguecido por la sangre que le chorreaba de la herida — Ningún hombre que me pegue vivirá para contarlo.

—¿Ningún hombre, fanfarrón? — Penraven lo miró fríamente un minuto. Luego le dio una violenta cachetada — ¿Tú dictas leyes y gobiernas aquí? Penraven es el rey, escoria. Conque vete a tu puesto y quédate allí.

Israel se dirigió lentamente a la puerta, con el ceño fruncido. Al pasar recogió la navaja y la volvió a meter en su vaina En el umbral volvióse para mirar al grupo que rodeaba a Fenton. Luego, sin decir palabra, salió.

Novikov, que había observado el incidente, se inclinó burlón.

—Y ahora, mi querido Penraven, ¿tengo su augusto permiso para terminar con este chantagista?

—No lo tiene — contestó Penraven, irritado quizá por la mal disimulada burla del extranjero — Seguirá vivo por ahora. Gozará del exquisito placer de presenciar los acontecimientos de que esperaba sacar provecho. Verá lo que significa la muerte antes de morir él. Asegúrele las muñecas, ¿quiere?

Penraven pasó detrás del joven, le dobló hacia atrás los brazos y se los sostuvo, mientras Novikov le pasaba por ellos una

Se trenzaron en desesperado abrazo, oscilando, forcejeando, a cien pies de altura.

cuerda. Indefenso, Fenton salió de la pieza entre sus apresadores.

La joven, sin embargo, no se movió. Estaba sentada delante de la mesa, contemplando sombriamente la estufa donde ardía un fuego de leña. Penraven se detuvo para mirarla. Vaciló un momento y volvió a entrar en la pieza.

—Y bien, preciosa ¿qué te pasa? — lo preguntó, mirándola con curiosidad.

Ella no se volvió.

—Nada... estaba pensando — contestó con indiferencia.

—Entonces tus pensamientos no parecen muy agradables, Inés. Vamos, anímate. Estamos próximos al triunfo. ¡Piensa, cincuenta mil libras que podemos considerar nuestras!

—¡Nuestras! Tuyas, querrás decir.

—Es lo mismo. Puesto que vamos a casarnos...

—¡Cuando uno piensa en todas esas personas inocentes, sacrificadas a los fines comerciales de Novikov! — se extremeció ella — Siempre oiré los gritos de los ahogados, en sueños.

—¡Bah! — hizo Penraven castañetear sus dedos desdeñosamente — ¿Qué son para tí esas personas a las que nunca has visto? Además se puede dormir muy tranquilamente cuando se poseen cincuenta mil libras en el banco. Estás perdiendo el valor. Espera, voy a traerte más whisky.

—No necesito whisky. Quisiera ahora que nunca nos hubiéramos metido en esto.

—Sin embargo, te desempeñaste bastante bien en Londres — dijo él mirándola con desconfianza — Es extraño; pero desde que conociste a Fenton, no eres la misma — sus ojos la contemplaron recelosos — ¿No te habrás enamorado de él?

La contestación de la joven fué un desdeñoso encogimiento de hombros. Le daba todavía la espalda a Penraven.

—¿Has oído, monina? — dijo él ásperamente y la hizo dar vuelta en la silla para que lo mirara — Si yo supiera eso lo... lo...

—¿Qué?

Los ojos negros de Inés brillaron amenazadoramente.

—Lo haría morir de muerte cruel y a tí también. Eres mía, ¿lo oyes? Tú y todo lo de esta isla. Lo he arriesgado todo por tí. No me dejaré burlar.

—Entonces basta de crímenes, Yeo — exclamó ella poniéndose de pie — Piensa en el riesgo que corres. ¿Para que te servirá el dinero si te ahorcan?

—¿Y para que sirve la vida sin dinero? Estoy harto de vivir en este estéril agujero de escaseces...

—Entonces es el dinero, no a mí que quieres.

—Ambas cosas. Además has ido demasiado lejos para retroceder. Acuérdate de Hansen. Lo matamos.

—Que lo mataste, querrás decir.

—Es lo mismo. Y luego no podría confiar en mis compañeros si los privara del botín que esperan. No olvides, mi niña, que todos estamos juntos en esto.

—Sí, juntos — se rio sin alegría — porque te ayudé con las llaves de aquella casa de Londres.

—Justamente. Pueden identificarte como la joven dama que visitó al encargado de alquilar la casa, mientras Lady no se cuantos está en el extranjero. La policía puede sospechar que te aprovechaste de tu visita de inspección para sacar molde de la cerradura.

Alzó la vista hacia el gran reloj antiguo. Las manecillas indicaban casi la media noche.

—El tiempo pasa. Basta de tonterías. Acuérdate que eres la descendiente del viejo don Fernando que hundió muchos navíos antes de que el suyo anclara en esta isla. Somos Penraven, chiquilla y el hundir está en nuestra sangre.

—Entonces... haz lo que quieras. Yeo — dijo ella petulantemente — y déjame en paz. Nada tengo que ver con esto.

—¡Corazón de gallina! — gruñó Penraven y la hizo dar vuelta nuevamente. La miró fijamente a la cara — No te creo. No tienes en balde sangre del viejo Fernando en las venas. Es a causa de ese Fenton...

—¡No es cierto! — gritó ella irritada.

—Entonces quieres participar del botín sin correr riesgos. Bueno... no hay que hacerle. Todos estaremos juntos en esto, incluso tú... y hasta el cuello ¡Ven!

La tomó por el brazo con su manaza y la sacó de la pieza. La puerta cerróse tras ellos.

Con el pulso palpitante y la sangre helada, Blake apartóse de la ventana. Comprendía al fin la verdad entera.

Los hombres de Novikov estarían ya asaltando la estación. En cualquier minuto sería tarde, si no lo era ya. Y el gran trasatlántico, descuidadamente, marchaba a estrellarse contra las siniestras rocas.

Y el nada podía hacer... nada Una extensión de agua hirviente, agitada lo separaba del continente ¡Solo contra Penraven y un puñado de bandidos! Era impotente para impedir el hecho monstruoso que se iba a cometer.

¡DERRIBADA!

Blake se alejó de la vieja y siniestra casa. La lluvia le azotaba el rostro y el viento era tan fuerte que apenas podía sostenerse de pie. Sus aullidos parecían una música de brujas.

¡Impotente!

¡No! Blake apretó los dientes. Tenía que intentar algo contra aquellos infames bandidos. La seguridad de un gran barco, de muchas vidas, dependía de él. No podía traicionarlos. Tenía que existir algún medio... había que hallarlo.

Invisible en la obscuridad y la tormenta, volvió a tientas a la estación de radio; en su mente tenía medio formado el plan de introducirse en las cuevas y destruir el trasmisor.

Pero renunció al proyecto apenas concebido. Detrás de los mástiles se movían negras sombras, alrededor de un agujero de las rocas, en donde brillaban los débiles rayos de alguna luz subterránea.

Era inútil intentar aquella excursión. Los riesgos eran demasiados grandes y cuando todo dependía de él, no se atrevía a exponerse, Volvió junto a la instalación de ra-

dio e inspeccionó uno de sus mástiles. Era de madera sólida y no había probabilidad de cortarlo.

Recordando la resina, encendió un fósforo, tapándolo con su saco y trató de prender fuego a la madera. Pero el viento apagó pronto el fósforo y, además llama tan débil no podía incendiar la madera maciza. No atreviéndose a correr el riesgo de ser descubierto, renunció a otra tentativa.

Después se acercó al alambre positivo que subía hasta la mitad de la antena. Envolviéndo un pañuelo de algodón en la mano, probó el alambre; pero era fuerte. No teniendo con que, no podía cortarlo.

Todo el tiempo, formas vagas se movían en la obscuridad, a algunas yardas de distancia. Acostándose de boca, esperó Blake hasta que la costa estuvo libre y volvió a acercarse cautelosamente a uno de los mástiles.

Debido, indudablemente, al carácter provisorio de la instalación, el largo pasador de hierro que sujetaba el pie interior a sus soportes, estaba fijo solo por tuercas flojamente atornilladas. No le costó mucho a Blake quitar una y luego el pasador.

Armado con esto, ascendió por el mástil, cosa fácil debido a los travesaños. Cuando llegó a cierta altura, lo envolvió un remolino de niebla. Mejor que mejor. No lo veían desde abajo.

Extendió el brazo, encontró el alambre tenso, del cual colgaba la antena y se deslizó a lo largo de él, con el pasador entre los dientes. A algunos pies de la parte superior del mástil, encontró una ampolla en el alambre. Era un gran aislador de porcelana, uno de los varios que servían para aislar la antena de sus soportes. Con dificultad, se desprendió Blake el cinturón y lo pasó alrededor del alambre, cerca del aislador. Luego pasó un extremo del cinturón por su cintura y colgándose, doblado sobre el alambre, logró abrocharlo. Afirmándose con la mano izquierda, agarró con la derecha la barra de hierro, tomó puntería y pegó fuertemente con ella en el aislador.

Una y otra vez pegó en el gran "huevo" de porcelana. Pero su posición precaria lo obstaculizaba y además el alambre se balanceaba a cada golpe. La porcelana se astillaba; pero no se rompía. Y cada golpe resonaba claro a través de los alambres.

Seguramente de abajo tenían que oirlo.

Siguió pegando obstinadamente, a veces acertaba y a veces no ¡Qué fuerte era el aislador! ¿Nunca se rompería?

Abajo oyó ruido de pasos, luego un grito. A través del velo de niebla y entre el rumor de la lluvia, oyó correr hacia el mástil.

Con los dientes apretados, siguió pegándole al aislador. Lo habían descubierto y era ahora cuestión de segundos. Le llegó de abajo una babel de voces. Resonó un tiro.

Como Blake lo esperaba, el tirador invisible apuntó a la cabeza del mástil. En la obscuridad, era imposible que descubriera la situación precisa del hombre que golpeaba el alambre.

Las balas silbaron en el aire. Abajo, el suelo se iluminaba con los fogonazos a cada tiro. Podría Blake haber contestado con su automático, si hubiera tenido una mano libre. Pero no la tenía y además, haciendo fuego, descubriría su posición. ¡Plan, clan, crac!

La barra de hierro cayó una última vez y la porcelana se rompió, el alambre se desunió y Blake fué proyectado contra el mástil con una fuerza que casi lo privó de alientos. A tiempo se agarró a los travesaños y soltó su cinturón del alambre. En ese momento una cabeza surgió en la niebla, debajo de él y una mano le agarró el pié.

Un hombre había trepado al mástil, detrás de él.

Una cara malvada lo miró, con el cuchillo entre los dientes. Blake le tiró un puntapie; pero el hombre agarró el cuchillo e intentó darle una puñalada.

Blake dio la vuelta al mástil y ganó el reparo del costado más distante, mientras trataba de sacar su pistola. El otro avanzó resueltamente. Cuando el detective logró sacar la pistola, el hombre llegó junto a él.

Por un fiero momento los dos se trenzaron en desesperado abrazo, oscilando, forcejeando, a cien pies de altura. Luego el individuo se soltó y tiró una puñalada. Blake hizo un brusco movimiento de costado y la hija penetró en la madera. Antes de que el isleño pudiera sacar el cuchillo, Blake empuñó su pistola y le pegó con la culata un golpe en el cráneo. Con un gemido, cayó en la obscuridad.

Abajo, los isleños lanzaron un grito de rabia. Siguió una descarga de fusilería; pero Blake se apretó contra el mástil, indiferente ahora. La antena había caído, era una cosa muerta, porque la corriente por ella enviada iba directamente a tierra. Las señales falsas habían fracasado.

—¡El maldito! Lo agarraremos todavía. ¡Apártense todos!

La voz de toro de Penraven resonó sobre la tormenta. Se vio abajo un resplandor y una lengua de fuego ascendió por el enrejado de madera.

El corazón de Blake palpitaba violentamente, a medida que subía el fuego. Penraven, en su furia vengativa, había incendiado el mástil empapado de resina.

La instalación de madera era una antorcha monstruosa, las llamas, avivadas por el viento, subían hacia el detective, mientras éste trataba de llegar a lo alto. El calor, las chispas, el humo, lo perseguían. Se apoderó de él una debilidad. Llegó a la cima jadeante

Debilmente tanteó hacia adelante, tocó un alambre, un segundo un tercero. Guías hacia estacas que estaban abajo. Dos de ellos corrían del lado de adentro, el tercero exteriormente

Abajo las pistolas dispararon de nuevo, cuando Blake fué visible al resplandor del incendio. Entre el silbido de las balas, el

detective rompió los aisladores, en el corte de los alambres, se inclinó hacia el segundo mástil, guardó la pistola en el bolsillo y agarró el tercer alambre. Dio un tirón, otro, luego, con todas sus fuerzas, hizo inclinar el mástil hacia adelante.

¡Crac!

Quedó apoyado en el travesaño, al caer, en un punto a treinta pies debajo de Blake. Entre una lluvia de chispas y astillas, Blake se soltó y cayó al suelo. Quedó un momento sin respiración, luego levantóse tambaleándose y echó a correr, seguido por una lluvia de balas.

Mientras corría, se dió vuelta para contestar con algunos tiros a sus perseguidores. En la obscuridad no veía por donde iba. El rojo resplandor del mástil roto se había apagado y los tizones no iluminaban.

Los isleños seguían tirando y llamándose los unos a los otros, en medio del temporal. Blake contestó al fuego mientras ganaba, sin alientos, una cuesta sembrada de rocas.

Llegó a la altura un poco adelante de sus enemigos. Abajo, en la obscuridad, los oía llamarse. Era inútil hacer fuego y atraer su atención.

Tomó hacia un lado y corrió al reparo de algunas rocas. Cuando llegó a ellas, una figura se alzó ante él.

Era el gigantesco Penraven.

—¡Ajá! No conocía usted el atajo ¿eh? — rió Penraven y sacó su pistola.

Blake le apuntó con la suya; pero el gatillo sonó hueco. La pistola estaba descargada.

—¡Es mío! — gritó Penraven y apuntó.

Blake arrojó su pistola a la cara sonriente; pero le erró. Desarmado, se agachó, esperando el fin.

Llegó inesperadamente. Mientras el gigante levantaba el brazo, algo se alzó detrás de él. Una hoja brilló, bajó. Penraven se tambaleó hacia adelante, tosiendo, con un cuchillo clavado entre los hombros.

De detrás de las rocas se levantó el viejo Israel; sus curtidas facciones estaban convulsas de vengativa cólera.

—Dije que ningún hombre que me pegara viviría para contarlo — gritó, mientras Penraven, tambaleándose, lo miraba, el arma todavía oprimida entre sus dedos que se iban debilitando.

—¿Tú, eh? — jadeó y con un último esfuerzo, levantó el arma.

Un fogonazo, una detonación. El viejo cayó hacia adelante, junto a su amo. Se habían matado mutuamente.

Blake se agachó y agarró la pistola caída; luego saltó hacia adelante. Atraídos por los tiros, los enemigos llegaban. No se atrevió a quedarse.

Corrió con la cabeza inclinada y cuando había andado unas cuantas yardas vio dos figuras vagas en su camino.

—¡Atrás o tiro! — gritó fieramente.

La voz de Inés Penraven le contestó.

—No tire. Somos amigos ¿Quién es usted?

Blake se detuvo y miró a la pareja. El hombre era Fenton.

—¡Dios! ¡Si es el detective! — exclamó Fenton — ¿Cómo llegó aquí?

—Poco importa, si quiere escapar con vida, joven, es mejor que se apure.

—Ella me puso en libertad — explicó Fenton prontamente al ver que Blake dirigía una curiosa mirada a la joven — Hubo algún tumulto en la estación de radio y...

—No hable ¡Apúrese! — lo interrumpió Inés impaciente.

Los tres corrieron, guiando la joven, conocedora del terreno. La ascensión terminó en lo alto de una especie de loma; allí se agacharon detrás de unas rocas y esperaron.

Hubo un corto intervalo. Presumiblemente los perseguidores se habían detenido al ver a Penraven y a su asesino, muertos. Luego se les oyó aproximarse a la loma.

Blake examinó la pistola de que se había apoderado. No tenía más que una bala. Penraven había tirado el resto contra la instalación de radio.

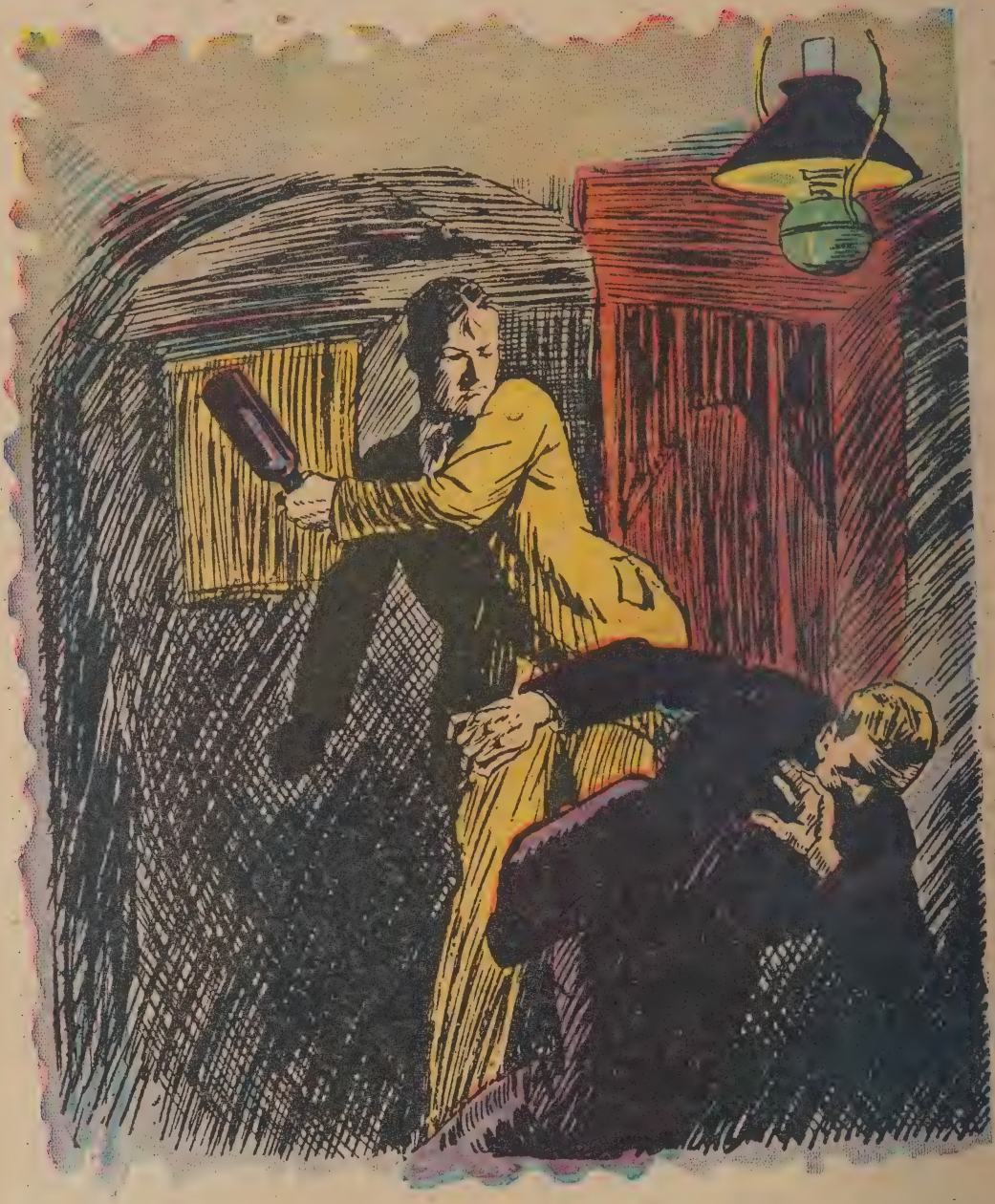
—Temo que esto no sirva de nada — dijo — No tiene más que un solo tiro y eso no los detendrá.

La respuesta de la joven fue una risa breve. Al acercarse los hombres se inclinó rápidamente, luego levantó el brazo por encima de su cabeza. Algo fué proyectado en la noche y tuvo como consecuencia una espantosa explosión, a algunas yardas, cuesta abajo.

—¡Gelinita! — anunció fríamente Inés. Y tiró otra barra.

Al reflejo de la explosión vieron que los hombres corrían y se dispersaban. Unos cuantos tiros fueron contestados con gelinita. Luego el enemigo tuvo bastante y en la colina no se oyó más que los rugidos del temporal.

—Yo supuse que era usted cuando vi la lancha a motor — dijo Fenton al detective — Me tenían prisionero. Pero yo soborné



al diota para que le avisara; para que le enviara un mensaje con su honda...

—Me avisó mejor de lo que usted supone. Sólo hubiera deseado saber que significaba aquel "Alg". ¡Si hubiese sospechado que quería decir "Algol"! Mis planes hubieran sido dispuestos de un modo distinto.

—Le dijo eso ¿eh? Bueno, él lo odiaba a Penraven, que gozaba atormentándolo. Yo no sabía tanto en esos momentos.

—Con todo, hizo usted bien de avisarme. ¿Por qué lo hizo? Podía haberle costado la vida.

—No quería que lo mataran a usted —dijo Fenton encogiéndose de hombros— Me bastó con el asesinato del pobre Hansen. Además suponía que aquellos miserables tramaban algo muy gordo...

—¡Mire! — Inés, que había estado mirando el mar, le agarró el brazo y señaló.

En medio de la obscuridad y de la lluvia vieron un vivo resplandor. Pasó como un brillante hotel iluminado, lejos de la costa, en el mar.

—¡El "Algol"! — exclamó Blake y contuvo la respiración.

Las luces se debilitaron, se perdieron en

Fenton saltó hacia atrás y agarrando la botella la descargó sobre la cabeza del hombre.

una niebla luminosa. El vapor había dejado atrás la isla.

El plan de Novikov había fracasado.

Por la mañana, el mar estaba aún muy agitado. Ningún bote podía acercarse a la isla. Pero en el aire apareció una mancha negra, que venía de la costa. Era el monoplano de Tinker. Al acercarse, Blake le hizo frenéticas señales con su saco. El aeroplano descendió al pie de la loma.

Blake y sus compañeros corrieron hacia él, con veloz ansiedad al ver que otros también salían corriendo de la aldea. Cuando llegaron junto al aeroplano los isleños les hicieron una descarga. Pero estaban demasiado lejos para que llegaran las balas.

—¡Pronto, abordo! — ordenó Blake a la joven, que retrocedió.

—No; yo pertenezco a esto.

—No pertenece ahora — replicó Fenton y alzándola en sus brazos la metió dentro de la cabina. Blake y él subieron también y el aeroplano empezó a deslizarse, crugiendo bajo el peso de su carga. Despegó

mismo al borde del risco y emprendió vuelo hacia la tierra firme.

Cuando llegaron, Fenton bajó a la joven y exhaló un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios que nuestros sufrimientos han terminado!

Inés Penraven lo miró extrañamente.

—Lo cree usted así.

—Me parece que... — empezó; pero su rostro se nubló de pronto — ¡Mi tía! ¡Lo había olvidado! No tengo dinero.

Blake sonrió.

—No se preocupe por eso, muchacho. Sin usted, yo nunca hubiera descubierto este complot. El "Algol" se hubiera hundido. Yo creo que sus aseguradores serán tan generosos como... como, pongamos, Novikov.

———

Cuando el temporal pasó, Blake se dirigió con un piquete de policía. Encontraron que ya los isleños habían huído en sus quechues; pero un destroyer los alcanzó a poca distancia de la costa.

Se había intentado destruir el trasmisor; pero los esfuerzos fracasaron. Cavilando en la torpeza de aquel trabajo, Blake se dirigió a la vieja casa que había sido hogar de los Penraven.

En el gran comedor estaba Alexiev, el ingeniero, terriblemente mutilado, como el detective sospechara, por la gelinita de Inés. Había muerto. Detrás de él, caído hacia adelante en su silla, se hallaba Novikov. Como su subordinado, estaba muerto. Fracasado su plan, viendo inevitable el descubrimiento de su infamia el magnate de la compañía de vapores, había preferido el suicidio al arresto.

Tinker salió silenciosamente, con su jefe, de la habitación. Afuera el muchacho oprimió el brazo del detective.

—Yo creo que la historia de Fenton es cierta. Es inocente.

—Claro que lo es. Yo nunca lo dudé. ¿Por qué?

—¡Oh, por nada! Pensaba no más. Y la muchacha...

—Era una víctima de Penraven. Estaba sujeta a su maléfica influencia. Sea como fuere, al final se portó valerosamente. Creo que me hubieran matado, a no ser por ella. Lo demás, lo he olvidado. A veces tengo mala memoria...

Tinker frunció judicialmente la frente.

—Con todo, a no ser que vuelva aquí... Es la pariente más próxima de Penraven, ¿no? ¡Hunm! ¿Y qué va a hacer en ese sitio tan solitario?

Blake se echó a reir.

—Los aseguradores están muy contentos con el joven Fenton. Y yo vi como él la miraba. Un hombre que tiene un faje abultado de billetes puede hacer muchas cosas. Y tengo el presentimiento de que Inés Penraven no volverá a la Isla Fantasma.

FIN

EL JUEGO DEL PELIGRO

Por J. ALLAN DUNN

Es una extraordinaria novela de argumento dramático y misterioso, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York.

Próximamente en PUCKY

ALMAS SOMBRIAS

1

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

ABEN-SHARIAR la había contemplado en silencio, atento primero, excitado después, arrastrado, envuelto por el furor de Mirian, sitiéndole, aspirándole, participando de él.

Cuando Mirian calló, Aben-Shariar permaneció contemplándola asombrado, enorgullecido, dejando ver en su mirada y en su semblante un amor insensato, en que no podía reparar Mirian, a causa del estado de excitación febril en que se encontraba. Pero la expresión del amor desesperado que ardía en la mirada del corsario se apagó instantáneamente, como se apaga un relámpago en el sombrío fondo de una noche de tempestad. Aben-Shariar se pasó la mano por la frente, como para arrancar de ella una tentación, y asiendo por la mano a la sultana, la llevó junto a la cuna donde dormía su hija.

—¡Mira! — la dijo.

Mirian volvió en sí como quien despierta de una densa y terrible pesadilla, y fijó su mirada vaga en la niña. Rápidamente la mirada de Mirian fué perdiendo su fiereza, y al fin apareció en ella esa mirada infinita, poesía de las poesías, pureza de las purezas, amor de los amores, que las madres fijan en el rosado y tranquilo semblante de sus pequeños hijos dormidos.

—Gabriel es su padre — dijo solemnemente Aben-Shariar.

Mirian tembló.

—La leona no puede herir al padre de sus cachorros — añadió el pirata.

Los ojos de Mirian se llenaron de lágrimas.

—El amor al hijo es el amor al padre; una madre no puede herir al padre de su hijo sin herirse en las entrañas — añadió, siempre grave y solemne, Aben-Shariar; — Una mujer que tiene tu corazón no puede aborrecer al padre de su hijo, sin aborrecer a su hijo.

—¡Ah! ¡No! — exclamó levantándose terrible Mirian, que se había arrodillado junto a la cuna de su hija. — ¡Pero esa mujer, esa mujer, sí, esa mujer caerá hecha pedazos delante de mí! ¡Es terrible! No importa; mejor; así será la lucha más gloriosa, y la venganza más dulce; ¡qué es patricia! Mejor así caerá desde más alto a mis pies; ¡qué es hija de Giacomo Barbarigo, que tiene en sus manos el poder entero de la terrible República de Venecia! ¡Ah! ¡Mejor, mucho mejor; así podré demostrar a Gabriel que yo también soy reina; que yo también amo el combate y la gloria; que yo también tengo voz poderosa, lo bastante para dejarse oír sobre el clamor de la batalla! Yhaye, tú eres veneciano en Venecia, como eres tunecino en Túnez; tú eres aquí alto y fuerte y poderoso, como eres alto y fuerte y poderoso en Africa! tú, como eres uno de los siete emires del Moghreb, que tiene en su mano la suerte del imperio musulmán del Occidente, eres uno de esos terribles y sombríos señadores del Consejo de los Diez.

—¡Silencio! — exclamó Aben-Shariar poniendo su membruda mano en la preciosa boca de Mirian. — ¡Calla! ¡Calla, imprudente! Tus celos te vuelven loca; tus celos te hacen olvidar que las alfombras que pisamos, el techo que nos cubre, las paredes que nos rodean, tienen oídos que llevan nuestras palabras al Consejo de los Diez. ¡Calla! Porque te estoy oyendo yo, que me olvido por un momento de quien soy y de lo que debo a mi juramento; pero que no puedo continuar olvidándome de ello ni un momento más.

—Sí, hablemos bajo, muy bajo; porque el esbirro escucha detrás de todos los tapices de Venecia; porque nuestro criado, nuestra doncella, pueden ser oídos y bocas del Consejo de los Diez, que es cobarde y descarga el golpe en la sombra, por la espalda y con un puñal envenenado; sí, ya ves, he bajado tanto la voz, que sólo puedes oirme tú; y tú, antes que de Argel y de Túnez, antes que de Venecia, eres mío.

Aben-Shariar tembló; una mirada que nunca había visto en los invencibles ojos de Mirian, había convertido su sangre en lava. Mirian empezaba a ponerse en campaña. Su astucia de mujer empezaba a obrar.

Sabemos que Aben-Shariar amaba con toda su alma, aunque con un amor resignado, misterioso, nunca revelado a Mirian. Y, sin embargo, Mirian lo sabía, porque no hay medio de ocultar nuestro amor a la mujer a quien amamos.

Por efecto de la política oscura de Venecia, política fríamente positiva, sin creencias y sin fe más que en la fuerza, Aben-Shariar era hacía algunos años miembro del formidable Consejo de los Diez. La razón que

para esto había tenido el Estado de Venecia era una razón invencible; pero que, sin embargo, pesaba mucho. Aben-Shariar era un miembro de los más útiles. Argel era una continua amenaza de Venecia, y mucho más bajo la dinastía Barbarroja, dinastía de formidables piratas, que unían a su feroz valor de tigre una astucia infinita y unas grandes dotes de mando.

Aben-Shariar era uno de los emires más influyentes, más poderosos de las regencias de Argel y Túnez, y estaba en el secreto de la política de los Barbarrojas. El Consejo de los Diez podía estar seguro a tiempo los intentos de Argel contra Venecia, prepararse para resistirlos, y deshacerlos con facilidad. El agente de todos estos asuntos para Venecia era Aben-Shariar, que había hecho traición a su patria.

Mirian lo sabía esto; sabía más: que Aben-Shariar lo había hecho por ella, por procurar a Gabriel de Espinosa el poderoso apoyo de la República de Venecia. La astuta Venecia na había sabido asegurar la fidelidad de Aben-Shariar sino halagando su ambición y su orgullo y dándole un lugar en el Consejo de los Diez. De esas transacciones oscuras hay muchos ejemplos en la historia de la República de Venecia. Esta, que había adoptado la política fría y calculadora de Maquiavelo, no reparaba en los medios, con tal de que llevasen a un fin, o lo que es lo mismo, reconocían en la práctica este terrible principio: "el fin justifica los medios". Y a esta frialdad calculadora de la política de Venecia debía Aben-Shariar su puesto en el Consejo de los Diez, a pesar de que no era veneciano, ni, por consecuencia, patricio, ni cristiano, ni hombre de bien, puesto que era pirata. Pero tenía un gran poder, y Venecia, para robustecerse, asumía todo el poder que le era posible. Para esto había sido necesario que el Estado de Venecia autorizase una superchería: Aben-Shariar había sido reconocido como patricio genovés, bajo el nombre de Pietro Mastta, se le había dado carta de naturaleza en Venecia, y se le había admitido en el patriciado veneciano.

El Consejo de los Quinientos, y el de los Ciento, y el Dux, creían de buena fe que Aben-Shariar era monseñor Pietro Mastta, patricio de Génova, naturalizado en Venecia, y admitido en su patriciado; pero el Consejo de los Diez, que era al mismo tiempo el corazón y el alma de la República, el poder supremo, el que todo lo hacía y todo lo sabía, el depositario de los secretos de Estado, sabía el verdadero nombre y la verdadera posición del emir Yhaye-Ben-Shariar, que era uno de los siete emires del Africa Occidental, y a más de esto, un bravío corsario. Sin embargo, monseñor Pietro Mastta era uno de los más influyentes miembros del Consejo de los Diez. Esto quería decir que Aben-Shariar era un secreto de Estado que el Consejo de los Diez guardaba cuidadosamente, porque aquel secreto de Estado redundaba en provecho de la República.

Sin embargo, Mirian conocía este secreto, porque lo primero que existía en el mundo para Aben-Shariar era Mirian, y no tenía secretos para ella. Por eso Mirian le había dicho llena de seguridad: "Tú eres mío", y por eso Aben-Shariar se había sentido inflamado por la mirada incontrastable con que Mirian había acompañado aquellas palabras.

—Sí, eres mío — dijo Mirian; — mi hermosura te enloquece, mi alma te enamora; si yo te pidiese tu vida, más que tu vida, tu infamia, no vacilarías en obdecerme; pues bien: véngame y soy tuya.

—¡Mirian, calla! Tú no puedes cumplir lo que me prometes — dijo con dolor Aben-Shariar: — ¡tu alma no es tuya! Deja mi esperanza muerta en el fondo de mi alma, no la resucites con el fuego de tus ojos, con el encanto de tu palabra; porque si mi alma despierta, yo no podré volver a dormirla, y puede serte funesto el haber resucitado mi esperanza.

—¿No te he dicho ya que mi amor a Gabriel se va mezclando con algo de odio? ¿Pues qué, una mujer altiva y digna puede verse despreciada sin que el desprecio la irrite y haga nacer en su corazón el odio?

—¡No te comprendo, Mirian! ¡No quiero comprenderte! ¡Tú me engañas!

—¡Ayúdame! Que el ser hija de un senador del Consejo de los Diez no proteja a Estéfana; que el Consejo de los Diez no ayude a Gabriel a conquistar el trono que ambiciona; que si mañana ocupa ese trono, sepa que me lo debe a mí, como a mí me debe la vida. ¡Quiero matar a Estéfana! ¿Lo entiendes? Estoy ya cansada de sufrir y tengo sed de exterminar.

—¿Y si Gabriel no te ama, si Gabriel no vuelve a tu amor, si después de Estéfana su ambición le lleva a otra mujer?...

—Entonces, él también.

—¡El padre de tu hija!

—Para mi hija basto yo.

—Tú estás loca, Mirian.

—Si estoy loca, mi locura es incurable, y es en vano oponerse a los proyectos de mi locura. Escucha, Yhaye: si tú lo esperas todo de mí, yo lo espero de ti todo; por eso me encontraste cuando iba a buscarle a tu galera; mi resolución es irrevocable; quiero saber si tú estás dispuesto a servirme.

—¿No has dicho que soy tuyo? — le dijo Aben-Shariar. — Pues bien: tú lo has dicho.

—¡Ah! Ya lo sabía yo; pero escucha, Yhaye; no des vuelo a tus esperanzas; no quiero engañarte: yo no te amaré nunca más que como te amo ahora; como un hermano; yo no puedo dejar de amar a Gabriel, aunque me ofenda todo cuanto un hombre puede ofender a una mujer, aunque me maltrate aunque me desprecie; pero sin dejar de amarle, me vengaré de una manera tan terrible como si le aborreciera, aunque mi venganza llene mi alma de dolor y de remordimiento. ¿Quieres ayudarme, Yhaye?

—Yo soy tuyo — contestó suspirando el corsario.

—Yo creo, Yhaye, — dijo Mirian, — que Gabriel no ama a Estéfana Barbarigo, porque él no puede amar a nadie; creo que la engaña para procurarse la protección de Giacomo Barbarigo, cuya influencia lo domina todo en el Consejo de los Diez. ¿Puedes tú

vencer a Barbarigo si nos ponemos en lucha con él?

—No — dijo secamente Yhaye.

—¡Entonces, Yhaye, guerra a Venecia!

—¡Guerra!

—¡Sí, guerra! Que las galeotas africanas, en un número infinito, caigan de improviso sobre Venecia; tú tienes tesoros, y yo soy aun la sultana Sayda Mirian; la República, engañada por tí, no puede prever el golpe; no lo verá hasta que le sienta.

—La República está siempre prevenida.

—Hazla traición y si pereces en la traición, si se abren para tí los calabozos del Estado, lo habrás hecho por mí.

—Silencio — dijo Aben-Shariar; — se acerca alguien.

En efecto, se abrió una puerta y apareció Gabriel de Espinosa.

Capítulo IV

Era Gabriel un hombre gallardo, de altivo aspecto y de nobles maneras; había en él algo de indomable y de terrible, pero contenido bajo una grave tranquilidad. Le rodeaba un no se que de grande, una aureola, por decirlo así, casi fantástica; parecía que el lugar en que se encontraba no era su lugar: que el traje que vestía no era su traje, a pesar de que aquel traje era tan rico como el de los ricos patricios venecianos. En cuanto a la figura, era aun hermoso; pero entre sus cabellos rubios y su barba rubia también había muchas canas; su semblante blanco estaba curtido por el viento del mar, y se marcaban en él leves arrugas que le hacían parecer prematuramente entrado en la vejez. Sin embargo, sus ojos azules, como el azul del cielo por la tarde después de puesto el sol, tenían el brillo y el fuego de la juventud, y estaban impregnados de la expresión sombría de un malestar continuo, profundo, de una contrariedad insoportable. Todo en él revelaba lo grande; pero lo grande comprimido por la desgracia y la altivez con que aquella desgracia era combatida. Adelantó un paso lento y grave, y cuando llegó a Aben-Shariar y a Mirian extendió hacia ellos las manos, con las que entrambos enlazaron las suyas.

Aben-Shariar estaba pálido y conmovido, y no pudo sostener la mirada fija y penetrante de Gabriel de Espinosa, que parecía penetrar en su alma y leer en ella.

Mirian estaba pálida e irritada, y sostuvo de una manera sombría y amenazadora la incontrastable y tranquila mirada de Gabriel.

—Conspirabais — les dijo, — conspirabais contra mí; lo veo en la turbación de Yhaye, en la amenaza que arde en tus ojos Mirian; estoy sentenciado a que nadie me comprenda, a que todas mis acciones se interpreten de mala manera, y esto me cansa y me irrita.

—¿Quien puede comprenderte? — dijo Mirian soltando la mano de Gabriel. — Hace diez y ocho años nos conocimos, no se si en buena o mala hora; en esos diez y ocho años sólo por rápidos momentos he visto en ti al hombre que yo hubiera querido ver siempre. Lo mismo ha acontecido a Yhaye; el hermano y la esposa nunca han tenido en ti al esposo, al hermano. Y sin embargo, ¿qué sacrificios has exigido de nosotros que no hayamos hecho?

—Siempre esa queja importuna que me ofende y me irrita — dijo Gabriel; — no se comprende, no se quiere comprender que las desgracias me abruman, que me hacen aparecer muchas veces frío e indiferente para los que amo, que no tienen ojos para ver en el fondo de mi alma que es por ellos ese sufrimiento que me devora, que mantiene en mi corazón un cuidado roedor que cubre mis ojos de tristeza, que me hace parecer frío e indiferente a todo. ¡Oh! ¡Vosotros no sabéis cuanto sufro, cuanto anhelo, cuan desesperado estoy, cuan cansado de la vida!

—Pero has estado veinticuatro horas lejos de mí, ignorando yo donde estabas, sin saber a que atribuir tu ausencia, temiéndolo todo; porque hay que temerlo todo en Venecia.

—El Estado me protege, porque el Estado ve en mí un medio de inquietar al rey de España; nada hay que temer por mí del Estado veneciano.

—Pero yo tengo que temerlo todo de las patricias venecianas — dijo, no pudiendo contenerse, Mirian.

—Estoy sentenciado a tener siempre junto a mí un espía — dijo Gabriel, fijando la mirada severa en Aben-Shariar; — los miembros del Consejo de los Diez han contraído un vicio tremendo, necesitan saber como respira, como vive, que hace, que piensa, en que sueña la persona que deja de parecerles vulgar; esto es insoportable, me voy cansando de ello, y se me obligará a cometer una imprudencia por librarme de esta tiranía.

—El miembro del Consejo de los Diez que tiene su mano entre las tuyas; está haciendo por ti traición a la República — dijo con energía Aben-Shariar; — no es él quien espia tus pasos para turbar con revelaciones indiscretas la paz de tu familia; no es él el que escucha tus palabras para venir a amargar con ellas el corazón de tu esposa; el emir Yhaye-ben-Shariar no sabe, no puede descender a bajos oficios; él podrá pedirte cuenta del corazón de su hermana; él podrá decirte: si vives, si esperas, si estás protegido por el Estado de Venecia, todo nos lo debes; sin nosotros, Gabriel de Espinosa, o D. Sebastián de Portugal, seas quien quieras, hubieras quedado tendido allá en los campos de Alcazarquivir entre los cadáveres de la batalla de los Xerifes, o hubieras caído después entre las terribles manos del celoso sultán de Marruecos, Sydi Ahtmed.

—Siempre recordándome el beneficio y pidiéndome la paga — dijo con desdén Gabriel de Espinosa.

—Nos tienes el corazón lastimado — dijo Yhaye; — diez y ocho años de amor y de sacrificios, los lazos que te unen a Mirian, los hijos que de ellas has tenido, no han sido bastante para que obtengamos tu confianza, para que sepamos quién eres, para que el pesado misterio que te envuelve se desvanezca, para que Gabriel de Espinosa nos diga: he aquí la prueba de que no soy

mas que Gabriel de Espinosa, o para que el rey D. Sebastián se entregue a nuestro amor y a nuestra lealtad.

—Os lo he dicho siempre y no he mentido; yo soy hermano bastardo del rey de Portugal; si D. Sebastián resucitase, él afirmaría mi dicho; él os diría lo mismo que tantas veces os he repetido yo; pero parece que hay empeño que me confiese rey, y este empeño me perderá; la indiscreción, la imprudncia de mis amigos dará ocasión a sucesos funestos. Pero tal es, sin duda, la voluntad de Dios, y debo resignarme a ella.

—Dios te pone en las manos el triunfo, y en vez de ir a él por el camino más corto y más desembarazado, eliges un camino torcido que te aleja de tu objeto, te compromete, dando lugar para prepararse a tu poderoso enemigo; tú te estás perdiendo, Gabriel, y nos estás perdiendo a todos; los emisarios secretos del rey de España hierven en Venecia, y ellos son los que saben cómo respiras, qué haces, qué dices, qué piensas; no la República de Venecia; porque si un miembro del Consejo de los Diez te sigue, si emplea los medios que están a su alcance para saber lo que haces, no es secretamente por encargo de la República, sino porque su corazón le manda protegerte, velar por tí, velar por ella (y Aben-Shariar señalaba a Mirian, que se había sentado junto a la cama de su hija, y abismada en sus pensamientos, abstraída, parecía no prestar atención al diálogo que tenía lugar entre Aben-Shariar y Gabriel); no, si un esbirro te sigue, si entra sin que tú lo sientas en la misma góndola que te conduce, no es la República veneciana la que ha puesto allí aquel esbirro; es tu amigo Yhaye que vela por tí.

—¿Y sabes, Yhaye, dónde ha estado esta noche tu amigo Gabriel?

—Lo sabré en cuanto salga de aquí.

—Lo creo; porque en Venecia no se puede hablar una palabra sin ser escuchado, y por lo mismo voy a decirte dónde he estado y qué he hecho.

—Escucho para darte, si es necesario, un consejo.

—Pues bien: he estado en un canal muy lóbrego, en un palacio habitado por el diablo, según dicen, en el que ninguna persona humana vive, y cuya puerta se ha abierto como por encanto al tocarla yo.

—El palacio de los Conti, de una familia que se cree extinguida; porque Elena Conti, después de la muerte de su padre, Salvador Conti, víctima de un crímen horrible, ha desaparecido.

—¿Y la República no ha podido averiguar lo que ha sido de Elena Conti?

—El crímen que mató a Salvador Conti en nada tenía relación con el Estado; era un crímen vulgar, en el cual se atribuía una gran complicidad a Elena Conti; la justicia del Estado se redujo a buscar a los criminales y a sellar las puertas del palacio abandonado. El viento, las lluvias y el tiempo, que todo lo corroe, han roto esos sellos, los ha gastado, y han hecho perder la memoria del trágico fin de Salvador Conti; sólo ha quedado entre el vulgo la tradición de que el palacio está habitado por el diablo, en compañía del alma condenada de Elena Conti.

—Pues bien; el diablo debe llevarse perfectamente con los cardenales y con los frailes; porque yo he encontrado dentro del palacio al cardenal romano Jenaro de Montalto, al fraile portugués agustino Miguel de los Santos.

—El cardenal de Montalto — dijo con interés Aben-Shariar — es muy favorito del Papa Clemente VIII.

—Y el Papa Clemente VIII no es muy amigo del rey D. Felipe II.

—Los portugueses han sido siempre mucho menos antipapistas quo los españoles — dijo Aben-Shariar.

—Y a más de eso, un Papa grande y célebre, Gregorio XIII, fué el que impulsó al rey D. Sebastián a la empresa de Africa.

—De lo que resulta tal vez que el Papa Clemente VIII, siguiendo la política de Gregorio XIII, que quiso engrandecer contra Felipe II al rey D. Sebastián, quiere volver al trono de Portugal al rey D. Sebastián contra Felipe II.

—Así parece, de lo que hemos hablado el cardenal de Montalto, fray Miguel de los Santos y yo.

—¿Y tú te habrás presentado a ellos como el rey D. Sebastián?

—Sí; era necesario. A fuerza de oir decir a todos los que han conocido a aquel rey y me han conocido a mí, que yo soy el rey D. Sebastián, he caído en la tentación de representar a mi difunto hermano. Y luego, ¿no soy yo hijo del príncipe don Juan de Portugal? ¿Seré yo acaso el primer rey bastardo que haya ocupado un trono? ¿No tengo más derecho que el prior de Ocrato, mi tío el infante D. Antonio, que, protegido por los ingleses, pretende hacerse aclamar rey de Portugal?

—Vas marchando de imprudencia en imprudencia, Gabriel; tú has nacido para hacer temerarias todas las empresas que acometes; pero aún todavía es tiempo, acepta la proposición que yo te he hecho; yo pretendo armar en ocho días, al otro lado del Estrecho, cien galeotas, en las cuales pueden embarcarse cuarenta mil africanos, que desembarcarán en Lisboa, poniéndote en dos horas en el trono.

—No quiero que la Historia diga que he debido a infieles un trono cristiano.

—No sería la primera vez que los africanos habrían ayudado a un rey cristianísimo.

—El camino que yo sigo es el mejor; yo iré a Portugal, llevado de la una mano por el Papa, de la otra por la República de Venecia, y el triunfo es seguro.

—Si es que a estas horas no lo sabe todo por medio de su embajador en Venecia Felipe II y te tiene ya preparado el lazo en que ha de aprisionarte.

—Será lo que quiera la voluntad de Dios.

—¿Y bajo qué condiciones te protege Clemente VIII?

—Un senador del Consejo de los Diez no

debe preguntar nada, debe saberlo todo — dijo con sarcasmo y con dureza Gabriel.

—He aquí lo que te debemos los tuyos — dijo con abatimiento Aben-Shariar: — reserva, frialdad y misterio; has nacido para desconocer los buenos consejos y para provocar los peligros: Dios tenga piedad de ti y de nosotros.

—Adiós, — estoy cansado — dijo Gabriel.

Y sin añadir una palabra más salió de la habitación por la otra puerta.

Mirian se alzó rígida y temblorosa.

—He ahí su amor — dijo — Permanece fuera un día entero y, cuando vuelve, sólo sabemos que está rodeado de nuevos peligros y se aleja de mí sin pronunciar una sola palabra de consuelo, sin arrojar una sola mirada a la cuna de su hija; somos una cadena para él, Yhaye, y acabará por romperla.

—¡Ay de él si la rompe! — dijo Aben-Shariar. — Como le dimos la vida, se la quitaremos; estará escrito que el rey D. Sebastián de Portugal muera a manos africanas.

Después de esto, Aben-Shariar procuró consolar a Mirian y salió.

Aben-Shariar se había descuidado.

Creyendo que Gabriel no tenía otro empeño en Venecia que Estéfana Barbarigo, sólo había hecho observar el palacio de Barbarigo; pero Gabriel, que creía que era continuamente vigilado por la República, había revelado a Aben-Shariar, creyendo que nada le revelaba, lo de su entrevista con el cardenal de Montalto y con el fraile portugés Miguel de los Santos, en el palacio deshabitado de los Conti. Este palacio, como hemos dicho, era objeto de una tradición terrible, a causa de un crimen cometido en el diez año antes.

La República había confiscado aquel palacio; pero no habiendo habido quien se atreviese a comprarle, por temor al espíritu maligno que se creía alojado en él, había quedado vacío y solo, y sus llaves en poder del Consejo de los Diez.

Aben-Shariar se fué al palacio de Barbarigo, no a la parte que habitaba Estéfana, sino a la que ocupaba su padre. Giacomo Barbarigo recibió, con las muestras de la mayor deferencia, a Aben-Shariar, dejó de despachar con su secretario y se encerró con el pirata en una cámara apartada, donde de nadie podían ser oídos.

—Me alegro mucho que vengáis, señor Pietro Mastta — dijo Barbarigo; — tengo que consultaros acerca de un grave negocio; pero como vos habréis venido a mi casa para algo, decidme antes, a lo que habéis venido.

—Voy a deciroslo, monseñor.

—Dejad lo de monseñor a un lado — dijo Barbarigo, — si no queréis que yo os dé el mismo tratamiento.

—Yo doy ese tratamiento al anciano, no al compañero.

—Pues bien, monseñor; vuestro viejo compañero os escucha

—¿Se sabe, señor Giacomo Barbarigo, lo que pasa en un sombrío palacio que está al extremo del oscuro canal de Monforte?

—¡El palacio de los Conti! — dijo Barbarigo — Debía saberse, señor Pietro Mastta; pero hay algo que resiste todo el poder del Consejo de los Diez; algo contra lo cual nada podemos, y esta cosa, este algo, es la superstición de los venecianos. Como se dice que el diablo habita el palacio de los Conti, no hay esbirro que se atreva, no ya a penetrar en él, sino ni a permanecer en sus alrededores. De tal manera es esto, que no habiendo gondolero que se atreva a penetrar en el canal de Monforte hasta el sitio donde empieza el palacio Conti, las casas contiguas están deshabitadas. En vano se ha aterrado con amenazas a los esbirros; han preferido el tormento y la muerte a permanecer un solo minuto junto al palacio Conti.

—Es decir, que en el centro de Venecia, hay un lugar inmune, al que no alcanza el poder del Consejo de los Diez

—Desgraciadamente, señor Pietro Mastta, y es más; esta superstición no alcanza sólo a la gente vulgar e ignorante; todos los dependientes de la República, del Consejo de los Quinientos, los del de los Ciento, los del de los Diez, se han disculpado y se han negado a visitar ese palacio

—¿Y vos también, mi valiente amigo, habéis tenido miedo al diablo?

—Soy, por fortuna, harto buen cristiano, y puede más en mí la confianza en Dios que el miedo a Satanás; si hubiera habido necesidad de reconocer ese palacio, yo le hubiera reconocido.

—¿Y quién tiene las llaves de ese palacio, señor Giacomo Barbarigo?

—Las tengo yo.

—Pues bien; hacedme la merced de darme confidencialmente esas llaves.

—¿Se sabe algo acerca de ese palacio? — dijo el anciano senador, fijando una penetrante mirada en Aben-Shariar.

Aben-Shariar no era hombre a quien turbase una mirada fuese cual fuese su expresión, y dijo con la mayor naturalidad:

—Yo soy joven aún y un poco dado a las aventuras, mi noble amigo.

—Cuenta con las aventuras venecianas, mi bravo corsario — contestó sonriendo benévolamente Barbarigo.

—Francamente; cuando estoy en el mar, no puedo ver un barco sin ponerme inmediatamente en caza; y cuando vago de noche por Venecia, sirviendo a la República, no puedo ver a una mujer que se desliza sola y en paso rápido por el borde de un canal, sin seguirla. Anoche atravesaba yo distraído por delante de San Marcos y hube de detenerme a pocos pasos de una mujer, que estaba arrodillada delante del vestíbulo de la Basílica, para no tropezar en ella.

Mentía con tal aplomo Aben-Shariar, que Giacomo Barbarigo le escuchaba sin prevención alguna.

Aben-Shariar continuó:

—Aquella mujer estaba vestida de blanco y envuelta en un velo blanco también. Según lo que pude juzgar a la luz débil de la lám-

para que arde sobre el arco donde se depositan los expósitos en el vestíbulo de la Basílica, aquella mujer era joven y hermosa. Reparó en mí, lanzó un leve grito, se puso de pie y echó a andar muy de prisa con ese paso menudo y rápido de las mujeres, que es muy fatigoso seguir.

—Se me ha anunciado por algunos agentes secretos del Consejo que muchas noches, después de las doce, vaga por las calles de Venecia, por los bordes de los canales una dama blanca, que, cuando se la sigue, va a perderse en el cementerio de San Giovanni, cuya puerta se abre delante de ella antes que ella la toque, y se cierra apenas ha pasado. He mandado prender a esa dama, y resulta que nuestros agentes no pueden prenderla, porque se desvanece cuando se la va a tocar. Lo que significa que los esbirros secretos del Consejo de los Diez tienen tanto miedo a esa dama como al palacio Conti.

—¡Es singular! — dijo Aben-Shariar.

—Nada tiene de singular la superstición de los venecianos — respondió Barbarigo, equivocándose acerca de la exclamación de Aben-Shariar, que no era porque los esbirros se atreviesen o no a prender a la dama blanca, sino porque aquella dama blanca que él había querido inventar existía.

—¿Y qué sería, señor Giacomo Barbarigo, de la República de Venecia si los venecianos no fuesen supersticiosos?

—Tienes razón, amigo mío; por eso los pueblos no tienen nunca otro Gobierno que aquel que deben tener; pero no, continuad con vuestra aventura, que me interesa, puesto que se trata de la dama blanca que se desvanece de entre las manos de nuestros esbirros.

—Esta dama — continuó Aben-Shariar — siguió muy de prisa por los bordes del gran canal, pasó como una sombra por Rialto, obligándome a correr para no perderla, y, recorriendo bordes y puentes, llegó al fin al canal Monforte y al palacio Conti, cuya puerta se abrió delante de ella, y se cerró, interceptándome el paso.

—¿Será esa dama Elena Conti? — murmuró Barbarigo.

—No lo sé — dijo Aben-Shariar; — pero quiero saberlo; por eso, y porque tenía idea de que el Consejo de los Diez posee las llaves de ese palacio, he venido a pediros esas llaves.

—Ved lo que hacéis, mi valiente compañero, porque por más que hagáis, aunque deis de cuchilladas a los esbirros que os acompañen, al llegar cerca del canal Monforte, se dejarán matar antes que pasar adelante.

—Iré yo solo, señor Giacomo Barbarigo.

—Permitidme que no apruebe vuestra temeridad. ¿Qué interés tenéis en conocer a esa mujer, por hermosa que sea? Ya habéis pasado de la edad de las locuras, compañero, y sabe Dios los peligros inútiles que encontraréis dentro de ese palacio.

—Tal vez no es una curiosidad aventurera la que a ese palacio me lleva; y si no, veamos: vos, que lo sabéis todo, ¿sabéis si está en Venecia el cardenal romano Jenaro de Moltalto?

—Esa persona — contestó Barbarigo — no está en Venecia, puedo asegurarlo; como que ayer estaba en Villafranca.

—¿Y sabéis si ha llegado a Venecia un fraile agustino portugués que se llama fray Miguel de los Santos?

—No conozco el nombre de esa persona.

—Pues, monseñor, la República está muy mal servida, puesto que vos no sabéis que existen en Venecia dos personas que yo estoy seguro de encontrar en amistosa compañía con el diablo en el palacio Conti.

—Nada de extraño tiene que se lleven bien con el diablo un fraile y un cardenal — dijo sonriendo Barbarigo.

—Y nada tendrá tampoco de extraño que con el diablo, el cardenal y el fraile tercie el rey.

—¡Ah! El rey D. Sebastián. Vuestras palabras son al fin para mí un rayo de luz; me veo obligado a agradeceros vuestro celo en nombre de la República, monseñor. Pero ¿qué misterio hay entre Roma y el rey D. Sebastián? ¿No le basta a ese hombre el apoyo decidido de Venecia, para que así dificulte sus asuntos, ingiriendo en ellos un poder con el cual Venecia no está en muy buena armonía?

—La cuestión es más grave de lo que a primera vista parece. ¿Habéis olvidado, señor Giacomo Barbarigo, que el rey D. Sebastián está casado con una parienta mía?

Al decir Aben-Shariar estas palabras, Barbarigo se levantó y dijo grave y solemnemente a Aben-Shariar, que se levantó también:

—O la ambición impaciente de ese hombre le hace olvidarse de que es rey y caballero, o no es otra cosa que un villano que se parece a un rey.

—Explicadme, explicadme esas palabras, monseñor — dijo con la voz temblorosa Aben-Shariar.

—Hace una hora acaba de salir de aquí el rey D. Sebastián.

—Acabo de verle, y nada me ha dicho.

—Naturalmente; pero no podéis acusarme a mí del mismo villano silencio, puesto que al principio de nuestra conversación os dije que tenía que hablaros de un asunto importantísimo.

—Hablad, señor Giacomo Barbarigo, hablad: os escucho con impaciencia.

—Juradme por vuestro valor de marino que vais a responderme en verdad a lo que os pregunte.

—Antes de contestar una mentira al noble e ilustre anciano que me pregunta, me cortaría la lengua, monseñor.

—¿Es cristiana, católica, apostólica, romana, bajo el nombre de doña María de Souza, vuestra cuñada la sultana Sayda Miriam?

—Sí, monseñor, sí — contestó pálido de impaciencia Aben-Shariar.

—¿Es esposa legítima por ante la Iglesia católica de Gabriel de Espinosa?

—Sí, monseñor; acabad de una vez.

—Esperad, esperad aún. ¿Tiene de su esposo vuestra cuñada una hija que se llama Gabriela de Espinoza?

—Hija legítima, de legítimo matrimonio, según la religión y las leyes de los cristianos — dijo demudado ya completamente y con terrible energía Aben-Shariar.

—¡Villanía e infamia! — exclamó con indignación Barbarigo — Ese hombre no es el rey D. Sebastián, señor Pietro Mastta; un rey no puede llegar a tanta vileza.

—Pero acabad, monseñor.

—Ese hombre me ha pedido la mano de mi hija Estéfana.

—¡La mano de vuestra hija!

—Sí; y cuando yo le pregunté cómo podía casarse entre cristianos un hombre con dos mujeres, cómo podía ser esposo de mi hija siendo ya esposo, según mis noticias, de la sultana Sayda Mirian, vuestra cuñada, me contestó que no estaba casado con ella; que su apariencia de matrimonio era una farsa; que se había visto obligado a sucumbir para salir de la cautividad en que le teníais en Africa; que nada os debía, porque todo lo habíais hecho por la ambición, contando con el día en que volvería a ser rey; que él no podía hacer reina a una hija de los que habían tendido su ejército en la llanura de Alcazarquivir, de los enemigos de su religión y de su patria; pero que una hija de Giacomo Barbarigo era bastante ilustre para poder ceñir la corona de Portugal, sin que el reino lo extrañase, y por ello y para cuando recobrase su trono me pedía la mano de mi hija.

—¡Pero ese miserable está loco! — dijo con la voz rugiente Aben-Shariar — ¿No sabe que yo pertenezco al Consejo de los Diez? ¿No sabe que vos sois mi compañero y que me habíais de consultar acerca de cosa tan grave?

—Ese hombre me ha creído tan miserable como él; ese hombre ha creído que por ambición os ocultaría yo este asunto y le ayudaría a envolveros en alguna trama tenebrosa; pero él no sabía, sin duda, hasta qué punto es intransigente con la traición mi honor; él no sabía que un caballero vale tanto como un rey, y muchas veces más que un rey, cuando este caballero se llama Giacomo Barbarigo.

—Pero vos, vos, ¿qué habéis contestado a la demanda del rey de Portugal?

—Me ha parecido imprudente el hacerle desconfiar, y me he mostrado con él afable para ganar tiempo y ponerme de acuerdo con vos. Iba a llamaros, cuando os habéis presentado en mi casa.

—Yo os estimaba, os respetaba, os admiraba antes de ahora, monseñor, pero desde ahora soy tan vuestro, que nada hay en el mundo que vos podáis exigirme que yo no haga por vos.

—Servid bien a la República, que os ha honrado y favorecido, dado autoridad y poder casi supremos, a pesar de lo que habéis sido y de lo que sois, y habréis hecho todo lo que mi cariño podía exigir de vos, emir Yhaye-ben-Sharlar.

—Monseñor — dijo algo turbado el corsario, — yo heredé de mi padre el odio a los cristianos y una enemistad a muerte contra Venecia, que había vertido la sangre de mi padre; mi galeota la "Leona" ha llegado alguna vez hasta las playas venecianas y ha dejado impresas en ellas sus sangrientas garras; yo no creía que podría hablar nunca tranquilamente con un cristiano; que dejaría nunca de combatir hasta morir a los cristianos; pero el hombre, monseñor, tiene un enemigo terrible: el corazón; un día vi yo en Alcazarquivir, en la casa de un fakí amigo de mi padre, una hermosa doncella, y creí amarla tanto, que la hice mi esposa; pero después de serlo, conocí a una hermana de mi esposa, a mi cuñada Sayda-Mirian, y entonces, monseñor, comprendí que yo no había amado, porque mi alma entera había sido llena de amor por la sultana Sayda-Mirian; pero la sultana, monseñor, amaba a un hombre con toda su alma, como con toda mi alma amaba yo a la sultana; aquel hombre era el rey D. Sebastián de Portugal, a quien la sultana había salvado, arrancándole casi sin vida del campo de batalla de Alcazarquivir. Reconoceréis hasta qué punto era grande mi amor a la sultana, cuando sepáis que yo amé, y amo aún, al rey de Portugal como a un hermano, sólo porque le amaba Sayda Mirian. Pues bien: he ahí la razón de que yo haya perdido mi horror y mi odio a los cristianos; he ahí por qué pretendiendo procurar una protección poderosa al rey D. Sebastián, me encubrí, fingí, tomé carta de naturaleza en Génova, propuse transacciones a la República de Venecia, hice traición al bey de Argel y al bey de Túnez, y he servido de tal manera, con tanto peligro y con tanto valor a la República, que ésta me ha hecho veneciano, patricio y me ha elevado a la dignidad, que me enorgullece, de senador del Consejo de los Diez.

—La República nada perdona en beneficio de la patria; la República olvida lo que un hombre ha sido cuando mira al hombre que todo lo sacrifica por Venecia, y vos habéis hecho tanto, monseñor, que la República ha olvidado al corsario de Túnez para premiar los servicios del patricio veneciano.

—Por lo mismo, monseñor, no puede temerse que yo haga traición a la República de Venecia, ni aun que pueda hacérsela, porque ahora más que nunca necesito del poder que la República ha puesto en mis manos como premio de mis servicios; nada temáis, monseñor; yo soy un secreto de Estado de la República; pertenezco a ella como el brazo al cuerpo; yo no puedo separarme de ella sin destruirme; necesito vivir y ser fuerte para proteger y vengar a los que amo. No hablemos más de esto; yo consultaré a Sayda Mirian la traición de ese hombre por no destrozarla el corazón; pero perseguiré a ese hombre por entre las tinieblas en que se pierde hasta ver claro lo que ese hombre es y obrar en consecuencia: Obrad vos por vuestra parte como os parezca prudente, monseñor.

—Yo he cortado de una vez toda otra

conversación acerca de mi hija con el rey D. Sebastián, manifestándole que ninguna autoridad tengo ya sobre ella; que la he separado de mí, entregándola toda mi hacienda, declarándola libre por ante las leyes como mayor de edad; que ella puede disponer de sí misma, y que su consentimiento a ser su esposa era asunto completamente suyo; pero por prudencia, para no hacer desconfiar al rey, para ganar tiempo, me mostró de manera que él creyese que me sería muy grato ser un día padre de la reina de Portugal.

—Habéis hecho bien, monseñor; de ese modo Gabriel de Espinosa estará tranquilo, confiado en vuestro silencio por el interés que le habéis dejado conocer por su casamiento con vuestra hija, casamiento que puede ser que se lleve a cabo.

—¡Qué decís! — exclamó severamente Barbarigo — ¿Pues qué, de confianza en confianza vendremos a parar en que el rey de Portugal no es esposo de vuestra cuñada?

—Yo no miento jamás, monseñor — contestó con dignidad Aben-Shariar; — Gabriel de Espinosa es esposo legítimo de mi cuñada, la sultana Sayda Mirian; pero el Papa Clemente VIII le cree, como vos y yo, rey de Portugal. Los reyes no están sujetos para nada a las mismas condiciones que los demás hombres; los reyes, si son amigos de un Papa, o si un Papa se ve obligado a complacerlos, repudian con suma facilidad a las mujeres, porque los Pontífices cristianos tienen la potestad de atar y de desatar. ¿No sabéis que han venido a Venecia el cardenal de Montalto, favorito de Clemente VIII, con un fraile español que puede muy bien haber ido con un grave encargo a Roma y haberse traído de allí con un Breve del Papa, al cardenal de Montalto?

—Tenéis razón, señor Pietro Mastta. ¿Pero sabéis vos si Estéfana tiene conocimiento de esto, si conoce al rey de Portugal?

—Sí, señor Giacomo Barbarigo, le conoce y le ama.

—Entendeos allá con ellos — dijo Barbarigo; — obrad con entera libertad, aun respecto a mi hija, con la cual, os lo afirmo otra vez, yo nada tengo ya de común.

—Gracias, monseñor; obraré como pueda y como deba; respecto a Estéfana Barbarigo, tendré siempre presente que es vuestra hija.

—Y yo, para agradeceros vuestra intención, os aconsejo tengáis mucho cuidado con Estéfana, porque puede perderos.

—Sois demasiado severo con vuestra hija.

—La he separado completamente de mí, y ya lo veis, hablo de ella a sangre fría, como pudiera hablar de otra persona cualquiera; os lo repito amigo mío; estad muy prevenido, porque Estéfana os puede perder.

—Gracias, monseñor, y puesto que hemos terminado el asunto de nuestra entrevista, hacedme merced si os parece bien de entregarme las llaves del palacio Conti.

—Pedidlas a los secretarios del Estado en cuyo poder están y para lo cual tenéis autoridad bastante, monseñor.

—Permitidme ahora que me separe de vos; es necesario no perder un solo momento; Roma se nos ha entrado silenciosamente en Venecia, y es necesario saber lo que Roma viene a hacer aquí.

—Sí, id, monseñor, y hacedme la merced de manifestarme cuanto sepáis, cuanto descubráis.

—Lo sabréis todo, monseñor. Adiós.

—Adiós, monseñor.

Los dos senadores se estrecharon las manos, y Aben-Shariar salió.

Apenas había salido Aben-Shariar, cuando el semblante del anciano Barbarigo se nubló de una manera sombría, y brilló en sus ojos una fiera expresión de amenaza.

—¡Venecia! ¡Venecia! — exclamó. — Tú has hecho el honor al viejo Barbarigo de entregarle tus destinos; Barbarigo no tiene ya corazón como hombre; pero como patricio, su corazón está lleno de su patria; la traición acecha en la sombra; pero el viejo Barbarigo la ve, y tú, Venecia, puedes dormir tranquila. ¡Hola, Rugiero!

La voz vibrante del viejo llegó hasta la mesa alrededor de la cual, en otra habitación, trabajaban los cuatro jóvenes secretarios de Barbarigo. Uno de ellos se levantó y se presentó en la cámara donde estaba Barbarigo.

—Señor Rugiero — dijo el anciano; — se os va a cometer por la República un grave encargo; cuidadc de no desmentir la confianza que en vos se deposita; cuidadlo mucho, porque seríais castigado con extrema severidad, sólo con que se viese en vos un intento de traición.

—Mandad, monseñor — dijo tranquilamente el joven.

—Id al palacio del Dux; en las cámaras secretas reunid los esbirros del Consejo de los Diez; ordenadles, en nombre de la República, que vigilen escrupulosamente a monseñor el senador del Consejo de los Diez Pietro Mastta; que no dé un solo paso, que no pronuncie una sola palabra que no la sepa y que no oiga el Consejo de los Diez; que se vigilen asimismo el palacio Sforzia y los extranjeros que en él habitan; que se vigile también a la patricia Estéfana Barbarigo; que se sepa lo que sucede y quién habita en el palacio Conti. De todo os darán parte los esbirros del Consejo, y vos me transmitiréis lo que los esbirros os hayan manifestado.

—Muy bien, monseñor.

—Idos.

Rugiero salió, y Barbarigo se fué a seguir despachando con los otros tres secretarios.

Entretanto, Aben-Shariar se trasladó al palacio del Dux, entró en él, atravesó galerías lóbregas, subió unas estrechas escaleras de caracol, atravesó una antecámara y entró en una extensa cámara, donde algunos hombres de edad provecta, con togas y birretes encarnados, trabajaban en diferentes mesas. Al ver a Aben-Shariar, todos aquellos hombres se levantaron respetuosamente, le saludaron y permanecieron de pie e inmóviles.

—Continuad en vuestro trabajo; que la República no deje ni un solo instante de ser servida.

Todos aquellos hombres rojos se sentaron y continuaron sus tareas.

—Señor Giuseppe Costa — dijo Aben-Shariar dirigiéndose a uno de aquellos hombres que trabajaba al frente de la cámara en una gran mesa, y que parecía ser el jefe de los secretarios de Estado; — hacedme la merced de escuchar.

Giuseppe Costa dejó la mesa, se acercó a Aben-Shariar, deteniéndose a una distancia respetuosa e inclinándose profundamente.

—Acercaos más, señor Giuseppe — dijo Aben-Shariar.

Giuseppe se acercó hasta tocar casi al corsario.

—Entre las llaves de los edificios confiscados y cerrados por la República, debéis tener las llaves del palacio Conti — dijo en voz muy baja Aben-Shariar.

—Sí, monseñor — dijo Giuseppe.

—En nombre del Consejo de los Diez para el buen servicio del Estado, entregadme, bajo sigilo, esas llaves, señor Giuseppe.

—Tened la bondad de seguirme, monseñor.

Y Giuseppe echó a andar hacia la pared del lado izquierdo de la mesa del centro, en cuya pared no se veía ni la más leve señal de puerta; pero al tocar Giuseppe la pared, se abrió una estrecha entrada, por la cual apenas cabía un hombre. Giuseppe delante, y Aben-Shariar detrás, desaparecieron por aquella abertura. La pared volvió a cerrarse sin dejar señal alguna.

Giuseppe y Aben-Shariar seguían por un callejón tan estrecho, que sus vestidos rozaban a derecha e izquierda con las paredes. Llegaron al fin a un aposento octógono, que recibía una débil luz por una claraboya abierta en el techo y cerrada por una fuerte reja, que parecía corresponder al pavimento de otra habitación superior. Aben-Shariar notó que una vez dentro de aquel octógono, no se conocía por señal alguna la puerta por donde allí habían entrado.

Alrededor de este aposento, unidos a los muros, había fuertes armarios de hierro, sobre cada uno de los cuales había un número rojo. Giussepe Costa sacó de debajo de su toga un aro de acero en que había muchas llaves, y con una de ellas se acercó al armario número 7 y abrió. Dentro había una multitud de objetos: puñales, espadas, libros que parecían ejecutorias y, alrededor, contenidas en aros de acero con un número y colgadas, grandes llaves. Giuseppe Costa consultó un cuaderno que había dentro del mismo armario y, después de esto, descolgó dos llaves contenidas en el aro, quitó del aro el número que le marcaba y entregó aquellas dos llaves a Aben-Shariar. Después cerró el armario y, llegando a una parte del muro, tocó un resorte y se abrió otra nueva puerta.

—Supongo, monseñor, que querréis salir — dijo.

—Indudablemente, señor Giuseppe — contestó Aben-Shariar.

—Pues bien, monseñor, seguid por esa crujía y al fin de ella os encontraréis junto a la escalera de los Gigantes.

—Gracias, señor Giuseppe. Adios.

—Adiós, monseñor.

Aben-Shariar salió por la estrecha puerta, que se cerró tras él sin ruido, y se encontró en una ancha y desierta galería, al fin de la cual encontró la escalera de los Gigantes. Descendió por ella, atravesó el patio y el vestíbulo, y al salir por la puerta del palacio se encontró con uno de aquellos jóvenes galantes, de fisonomía viva e inteligente, hijos de casa noble, alegres y aventureros que se veían por todas partes en Venecia. Nadie hubiera sospechado en él a un agente secreto de la República; ni el mismo Aben-Shariar, que pertenecía al Consejo de los Diez, lo sospechó. Y, sin embargo, aquel joven era Rugiero, uno de los secretarios de Barbarigo, a quien éste enviaba con una importantísima misión al palacio del Dux.

Aben-Shariar no le conocía, y le dejó pasar sin reparar en él, abismado en sus pensamientos. Pero apenas había pasado, Rugiero se volvió, se acercó a un mendigo que parecía dormir al sol recostado contra el muro del palacio, y le dió con el pie. El mendigo levantó indolentemente la cabeza, y miró con una grave atención al joven; éste señaló a Aben-Shariar, que se alejaba en dirección a la iglesia de San Marcos, se puso un dedo en un ojo, y luego en la boca, y se entró en el palacio. El mendigo se levantó, y se puso en seguimiento de Aben-Shariar, pero de una manera tal, que Aben-Shariar no podía notar si era seguido.

El corsario se dirigió a la iglesia de San Marcos, entró en ella y se metió en la sacristía. La primera persona a quien encontró fué a Nicolino Razzi, metido en una sotana, cubierto con un bonete, y con el semblante más bonachón y más pacífico del mundo.

—Al momento, fuera conmigo — le dijo en voz baja Aben-Shariar.

—Perdonad, monseñor — contestó con voz baja Nicolino; — pero ahora soy sacristán, y me encuentro en los momentos más graves de mi profesión eclesiástica; dentro de muy poco tengo que ayudar la misa del deán, en la capilla de la Santa Madonna: yo no soy esbirro más que de noche.

—Lo eres, desde ahora, de noche y de día, y estás a mi servicio particular.

—Gracias, monseñor, porque gano en ello; voy a avisar a uno de los acólitos para que ayude la misa del señor deán, suelto la sotana y el bonete, y no me los vuelvo a poner en toda mi vida.

—Espero en la hostería de los Lombardos, junto al gran canal; llévate contigo una góndola; no tardes, y adiós.

Aben-Shariar salió de la sacristía. Nicolino, que iba tras él, vió que al salir de la iglesia Aben-Shariar un mendigo que estaba reclinado en una pilastra del ábside se ponía en su seguimiento. Al verse el mendigo

y el sacristán cruzaron una rápida mirada. Aquellos dos hombres se conocían. El mendigo pasó, y Nicolino se quedó en la puerta de la sacristía.

—Atención y prudencia — dijo para sí; — monseñor está vigilado por el Consejo de los Diez.

La hostería de los Lombardos era una hermosa hostería, concurrida por lo más ilustre y lo más rico de la juventud veneciana; lugar poco concurrido de día, en el que, en cerrando la noche, se sucedían las aventuras galantes, que con suma frecuencia producían riñas y desafueros. En uno de los gabinetes de esta hostería, desde cuyas ventanas se veía el Gran Canal, esperaba Aben-Shariar, observando el canal desde una de las vidrieras.

Se detuvo una góndola delante de la hostería, y el semblante de Aben-Shariar se animó; pero volvió a nublarse inmediatamente. De la góndola había salido una dama completamente envuelta en un manto de terciopelo negro, con sombrero de lo mismo sobre el manto, y dejando ver bajo él un vestido blanco de raso de Florencia con bordaduras de oro. Aquella dama se entró en la hostería, causando un interés misterioso en Aben-Shariar. Era muy extraño que una dama noble, como lo parecía la que había salido de la góndola, entrase de día en una hostería tan marcada como la de los Lombardos. El extremo cuidado con que la dama llevaba cubierto el semblante con el rebozo de su manto excitó la atención de Aben-Shariar, y su traje blanco le hizo recordar a Elena Conti; aquella mujer misteriosa a quien llamaban la Dama blanca, que no podían prender los agentes de la República, porque, según su dicho, se les desvanecía entre las manos.

Un golpe que sonó en la puerta de la habitación distrajo de sus pensamientos a Aben-Shariar, que, creyendo que quien llamaba sería Nicolino Razzi, que había llegado mientras él estaba distraído, fué a la puerta y la abrió. Pero en vez de Nicolino se encontró con un hombre rechoncho, flemático, vestido de verde y ya como de cincuenta años, que se inclinó profundamnete sin pasar de la puerta, y le dijo:

—Perdonad, excelencia; perdonad una y un millón de veces; vos tenéis mucha razón; pero me veo en el caso de deciros que yo no tengo la culpa, y que ya he arrojado de mi casa a puntapiés a los culpables.

—Que me parta un rayo — dijo Aben-Shariar, que estaba de muy mal humor — si entiendo una palabra de esa jerigonza con que te permites incomodarme, imbécil.

—Verdaderamente imbécil, excelencia; lo que me aflige mucho por vos, a quien involuntariamente incomodo.

—¿Sabremos, al fin, de qué se trata?

—Se trata, excelencia, de que estáis ocupando muy legítimamente, es cierto, el camarín número 7 de mi hostería, y de que esto me compromete de una manera incalculable, si vos, excelencia, no tenéis lástima de mí.

Y el hostelero se inclinaba más y más.

—¿Y por qué he de tener lástima de ti? ¿Qué sucede?

—¡Qué, señor! Si el terrible César Malatesta sabe que ha entrado una persona cualquiera, aunque esa persona fuese el Dux, en este camarín que le tengo reservado para él solo, y que me paga grandemente, puedo darme por muerto o por estropeado de una manera grave para toda mi vida.

—¡Hola! ¿Conque tal terror se permite causar el señor César Malatesta a los buenos ciudadanos de Venecia?

—¡Ah, señor, por compasión! Si queréis que yo os informe, seguidme, y os llevaré a la mejor cámara de mi hostería, donde os serviré todo aquello que vos queráis, y donde podréis permanecer todo el tiempo que gustéis, sin que os cueste ni un tomín de plata; pero está ahí ya una dama que es mucha cosa del señor César Malatesta, y la tengo entretenida con el pretexto de que se está arreglando este camarín. Os suplico, excelencia, por la Santa Madonna, que os trasladéis al número 1, que está en esta misma galería, donde iré yo al momento a informaros y a serviros de la manera que vos queráis.

Aben-Shariar salió del número 7 sin contestar al hostelero, y se trasladó al número 1 que, si no era más bello y más rico que el número 7, era mucho más extenso. Las ventanas de esta habitación daban también al Gran Canal, y Aben-Shariar se puso en observación detrás de una de sus vidrieras. Poco después, y al mismo tiempo que se oía en la puerta la voz del hostelero que pedía humildemente licencia para entrar, de una góndola que había atravesado el canal y se había detenido, había salido Nicolino Razzi, y se encaminaba a la hostería.

—Acaba de entrar en tu casa un hombre con birrete de fieltro, manto pardo, calzas azules y zapatos de piel de gamuza; tráemele aquí; que me sirvan, además, un almuerzo compuesto de dos buenas viandas, pero sin vino.

—Al momento, excelencia.

Poco después entraban Nicolino y el hostelero.

—Cierra la puerta — dijo Aben-Shariar al hostelero, que traía en las manos, en una gran bandeja, un servicio de mesa, que dejó sobre la que estaba en el centro de la habitación, después de lo cual cerró la puerta— Haz conocer tu autoridad a este hombre— dijo a Nicolino.

Nicolino se abrió su sayo de ante, y dejó ver al hostelero un justillo de paño negro, sobre el cual, bordadas con seda roja, se veían las terribles letras C. D. X. Después de esto, Nicolino se abrochó de nuevo el sayo. El hostelero había retrocedido tres pasos, y había quedado mudo, pálido e inmóvil.

—Necesito un lugar desde donde poder ver y oír, sin ser visto, lo que suceda y lo que se diga en el camarín número 7.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

EL PRISIONERO DE LA ESTANCIA

RIO Kid fué bruscamente despertado por unas sacudidas, por cierto no muy amables, y de inmediato se sentó sobre el piso del galpón de la estancia de Carson, en la que había pasado la noche.

El sol de la mañana entraba en esos momentos por la puerta y las ventans, y afuera, delante del galpón escuchábа el ruido producido por cinco o seis caballos inquietos, cuyos jinetes, todos ellos vaqueros de la estancia, se hallaban en esos momentos terminando de tomar el desayuno, antes de comenzar la cotidiana tarea.

Río Kid había dormido en aquel galpón con la misma felicidad con que lo había hecho anteriormente en el galpón de la estancia de la Doble Barra, cuando era vaquero de ese establecimiento, y antes de que soñara siquiera en llegar a ser un proscripto por la Ley de Texas. Buck Wilson, el capataz de la estancia de Carson, había sido quien había despertado a Río Kid.

—Quieren verlo, Carfax — dijo Wilson.

—Muy bien — dijo Río Kid, levantándose de un salto y saliendo al exterior, donde los otros vaqueros se hallaban tomando la merienda. — ¿Me han llamadó ustedes para que no se enfriara el desayuno?

—Puede usted desayunarse, si quiere — dijo Buck Wilson — pero yo le había despertado porque el patrón quiere verle...

Río Kid sonrió.

—Se entiende bien que, en ese caso, no voy a esperar al patrón sino al desayuno — dijo — estoy dispuesto, pues, a acompañarle hasta donde esté el patrón.

Los vaqueros sonrieron amistosamente a Río Kid, cuando éste se alejó del galpón en compañía del capataz. Río Kid era poco más o menos un prisionero en aquella estancia, pero él parecía no dar importancia a este detalle. Por cierto que durante la noche se había establecido una guardia para evitar que pudiera escaparse y que el capataz le había sacado los Colt, pero por lo demás, todos los vaqueros lo habían tratado con toda la amistad a que hubiera podido nacerle acreedor el estar ya durante mucho tiempo entre ellos.

Por cierto, en aquel establecimiento de Nueva Méjico, jamás se había oído hablar de Río Kid y de sus fechorías a orillas del Río Grande, y el joven tejano era lo suficientemente vivo, como para no hablar de ello. Para aquella gente, no era, pues, otra cosa que lo que parecía ser: un vaquero.

Río Kid siguió pues al capataz hasta la casa de los patrones, edificada según el estilo colonial con un enorme patio en el medio, circundada por completo por una galería de madera y sobre ésta las habitaciones.

Río Kid siguiendo siempre a Buck Wilson penentró en el patio y subió a la galería en uno de cuyos extremos se hallaba en esos momentos el anciano coronel Carson, hombre a quien Río Kid tenía el mayor interés en conocer, puesto que, según referencias, era el estanciero más rico de aquella zona, dueño y señor de numerosas vidas, si no, precisamente, teóricamente, por lo menos en la práctica.

Carson fumaba en aquellos momentos un grueso cigarro de hoja, y al ver acercarse a su capataz con Río Kid, miró a éste con la más profunda curiosidad. Río Kid no se amedrentó, no obstante haberle sido dicho

que Gilbert Carson era una persona irritable, y a menudo de una severidad extraordinaria.

—Buenos días, patrón — dijo Río Kid.

Carson lo miró largamente y sin contestarle se dirigió al capataz:

—¿Es ese el hombre?

—Sí, señor...

—Pero parece un muchacho, solamente...

Río Kid sonrió. Si bien era cierto que era joven en edad, en cambio tenía mucha experiencia en la vida, y su cuerpo ya estaba curtido. Pero por sus apariencias, nadie hubiera creído que aquel muchacho que apenas había dejado de ser un adolescente fuera el conocido Río Kid, buscado por casi todos los sheriffs de Texas.

—Es que es más fuerte de lo que parece patrón. Lo ha demostrado anoche cuándo de un golpe de puño puso casi fuera de combate al joven Steve, quien había querido hacer fuego contra él.

—¿Y por qué quiso mi sobrino matarlo?

—Porque, señor, como le dije a usted, nosotros detuvimos a ese hombre por considerarlo sospechoso; pero cuando le contamos lo que sucedió al joven Steve, éste creyó que se trataba de uno de los asesinos de Tommy Tucker y quiso hacer justicia allí mismo...

—Mi sobrino no hubiera tenido que hacer fuego contra un hombre indefenso. Pero dejemos eso ahora. ¿Dice usted llamarse Carfax?

—Sí.

—¿Es ese su nombre verdadero?

—Por lo menos es el que usted puede usar para llamarse.

—Pero le he pedido su nombre verdadero.

—Y yo le he contestado que puede usted llamarme Carfax, y creo yo que con esto bastará, porque no estamos aquí ante un tribunal.

—Este no es un tribunal; pero cuando detenemos a un cuatrero, nos importa poco que haya tribunales, ya que nosotros mismos le hacemos justicia, colgándolo en un árbol.

—Está bien, patrón; pero yo no soy ningún cuatrero, ni permito que me confundan...

—¿Y qué estaba usted haciendo en mi campo, cuando mi capataz lo detuvo?

—Pasaba por sus tierras, para dirigirme a Texas, y ya les dije a sus hombres que si molestaba mi presencia aquí no tenía ningún inconveniente en abandonar esta región, mientras que por el contrario, si en la estancia había lugar para un hombre bueno y con ganas de trabajar y de buscar a esos cuatreros, yo estaba a la disposición de ustedes. Cuando me detuvo su capataz estaba justamente observando esa huella que desaparecía misteriosamente...

—Efectivamente, cada vez que me han robado animales los cuatreros, la huella ha terminado en esa misma forma misteriosa, y casualmente creí que usted sabría darme algunas indicaciones acerca de los métodos empleados por los cuatreros...

—Yo no pertenezco a esa banda y si alguna vez he tenido líos con algún sheriff ha sido por otras causas; pero jamás por robo de animales.

—¿Es eso todo lo que tiene usted que decir?

—Sí...

—¿Ha trabajado alguna vez en una estancia de Texas?

—Seguramente.

—Cíteme el nombre de algún estanciero de Texas que pueda dar informe sobre usted.

—No tengo por qué incomodar a mis ex patrones con la tarea de que den informes sobre mí; porque ha de saber usted que me he retirado de esas estancias algo disgustado con los estancieros.

—Perfectamente — dijo — entonces, quedará usted detenido aquí, por sospechoso, hasta tanto hayamos logrado nosotros detener al hombre que haya matado a Tommy Tucker...

Por un momento, Río Kid pensó en resistirse, y seguramente lo hubiera hecho de tener sus Colt a mano; pero desarmado, comprendió que lo mejor que podía hacer era darse por detenido, sin ofrecer resistencia.

Cpítulo Segundo

¿AMIGOS O ENEMIGOS?

Durante aquel día, Río Kid tuvo más que tiempo suficiente para reflexionar sobre su situación. Había sido encerrado en un pequeño galpón que habitualmente se usaba para almacenaje de las latas de kerosene y conservaba aun un olor penetrante a ese combustible. Pero ello no importaba mayormente a Río Kid. Lo que le resultaba más desagradable era estar allí encerrado por orden de un estanciero de Nueva Méjico. El galpón tenía una ventanita, que si bien estaba cerrada por fuera tenía en cambio aberturas tan grandes que Río Kid no podía ver cómodamente lo que pasaba al otro lado.

Desde allí observaba con toda facilidad la caballeriza en que se hallaba una cantidad de montas y entre ellas, su fiel caballo. Más allá estaba la cocina, con el cocinero en mangas de camisa, preparando la comida para todo el personal de la estancia, y más lejos el galpón de los peones al que entraban y salían continuamente los vaqueros.

De tanto en tanto, uno de los vaqueros, al pasar gritaba una palabra amistosa a Río Kid que éste contestaba en la misma forma. Era un prisionero que al parecer gozaba de la simpatía de todos los peones, y el mismo, reflexionando sobre las circunstancias en que había sido detenido, comprendió que el dueño de aquel establecimiento, habiendo sido víctima de tantos robos de haciendas, estaba en verdad justificado, al hacer detener a un hombre a quien no conocía y que no quería dar referencias de sí mismo.

Todo el personal de la estancia se encontraba excitado por el asesinato de Tommy Tucker, y muchos de los vaqueros habían salido a primera hora, armados de rifles y revólvers con el fin de buscar a los cuatreros.

Río Kid comprendió la ira de los vaqueros, pues siendo el mismo vaquero, reconocía que nada había de tan humillante como

un cuatrero, y más aun, cuando había sido asesinado un hombre para robar, y de muy buenas ganas hubiera ayudado a los hombres de Carson a buscar a los delincuentes, de no ser que el viejo estanciero abrigara sospechas sobre su persona, creyendo que quizás se tratara de un espía de los mismos cuatreros.

Comprendió que el viejo hacendado lo había encerrado tan solo como medida de precaución, pero, sin embargo, resolvió salir de aquella cárcel lo más pronto posible, pues mucho antes de terminar aquel ya estaba harto del olor a kerosene.

las de la estancia de Carson, aun cuando el joven había querido matarlo de un tiro, en momentos en que él había estado desarmado.

El hacer fuego contra un hombre indefenso no era, por cierto — por lo menos a juicio de Río Kid — una acción digna de un hombre de bien, y el vaquero pensó que el muchacho tendría en sí malos instintos. Al mismo tiempo bien podía ser que Steve Carson hubiera hecho fuego contra él, no para vengar — como decía — la muerte de Tommy Tucker, en una persona a quien sospechaban pudiera tener responsabilidad en su muerte, sino que, quizá lo había hecho para

Río Kid, con el cuchillo, comenzó a cortar el postigo de la ventana...

Mirando por la hendiduda que existía en los postigos de la ventana Río Kid vió varias veces al sobrino del estanciero, Steve Carson, y en todos los casos fijó toda su atención en la elegante figura de aquel curioso personaje. Por los vaqueros había sabido que el joven se había lastimado una pierna hacía algún tiempo y que ahora cojeaba, y sin quererlo sus pensamientos lo volvieron siempre hacia el momento en que, observando las huellas de los cuatreros había podido observar que uno de ellos tenía ese mismo defecto y en la misma pierna.

Sin embargo, Río Kid no se atrevió a pensar ni siquiera por un momento que el sobrino del estanciero pudiera estar de acuerdo con los cuatreros que robaban los animacerrar definitivamente la boca del vaquero, que acababa de dar sus opiniones sobre los cuatreros, indicando que uno de ellos cojeaba..

Pensando en todo esto, Río Kid fué convenciéndose lentamente de que el joven Steve Carson era un bandido en todo el sentido de la palabra, un verdadero malvado, no obstante su apariencia de muchacho bien, y su parentesco con el más rico estanciero de Nueva Méjico. Y Río Kid, desde su ventana, vió que Steve cada vez que pasaba frente al balcón en que él se hallaba, echaba sobre el mismo una trágica mirada en que se reflejaba todo el odio que embargaba su alma. El coronel Carson, mantenía detenido, por sospechoso, al vaquero de Texas, pero de ser ciertas las suposiciones de Río Kid, el viejo hacendado hubiera hecho mejor en interrogar sobre lo que le interesaba conocer de los cuatreros a su propio sobrino. Esto explicaba, también, por otra parte, que los cuatreros siempre sabían cuando los hombres de Carson les tendían una celada.

El anciano coronel Carson había reprendido severamente a su sobrino por hacer

fuego contra un nombre indefenso; pero Río Kid no dudó ni por un momento que el joven Steve había logrado convencer a su tío. Además, Río Kid comprendía perfectamente que aquel hombre no cejaría en sus propósitos hasta conseguir que él sin esperar otras pruebas, fuera colgado de algún árbol, simplemente por sospechoso.

Eso hizo que Río Kid resolviera firmemente no quedar en aquel galpón, a pesar de todos los estancieros y todos los hombres que pudiera haber en Nueva Méjico. Pero no era tan fácil salir de allí, puesto que tanto la puerta coom la ventana se hallaban cerradas por fuera con fuertes barras, y si bien aquella casilla de chapas de zinc no hubiera resistido a una tentativa desesperada por su parte de huir, era indudable que el hacer fuerza contra las chapas haría tanto ruido que serían alarmados todos los hombres del establecimiento.

El sol fué descendiendo detrás del horizonte y el cocinero de la estancia le trajo una abundante comida, acompañándola con algunas palabras amistosas, pero en tanto, otro vaquero se hallaba estacionado en la puerta, revólver en mano, para evitar que el prisionero pudiera escaparse, y siguiendo las instrucciones recibidas del estanciero.

Comenzó la noche a extender su manto sobre aquella región. Río Kid se sumió en profundas reflexiones.

—¿Por qué diablos me habré metido en este lío en lugar de proseguir mi camino hacia Texas? — se dijo — ¿Qué me importaba a mí aquella huella?

Y, sin embargo, comprendió que lo había hecho siguiendo sus habituales inclinaciones y que, seguramente, de poder escapar de aquella cárcel, no se dirigiría hacia Texas, sin antes resolver el misterio de aquellos cuatreros. Era una verdadera obsesión para él.

Escapar... huir... he aquí el deseo de Río Kid, deseo vehemente; pero que le resultaba imposible de poner en práctica...! Si siquiera hubiera tenido un cuchillo con el que hubiera podido cortar los postigos de la ventana, pero sus armas le habían sido quitadas y nada estaba al alcance de Río Kid, que pudiera servirle para la fuga...

De repente, y como si hubiera expresado sus deseos a alguna persona, empero, sintió un débil ruido delante de la puerta y un momento después un fuerte cuchillo se deslizaba por debajo de ella. Era una invitación para que se escapara. Todos los vaqueros sabían perfectamente que el prisionero no podría escaparse de la casilla sin hacer ruido, por lo que sólo había sido apostada guardia junto a la puerta, pero ninguno de ellos había contado con que el prisionero podía recibir ayuda desde afuera, como había sucedido en realidad... ¿Quién podía haber sido el amigo anónimo, que se había apiadado de Río Kid resolviendo facilitar su fuga al hacer llegar misteriosamente a sus manos aquel cuchillo? Por cierto todos los vaqueros y hasta el mismo capataz Buc Wilson se habían mostrado muy amigos con él; pero, quién de ellos habría sido el que había resuelto ayudarlo en forma tan eficaz?

Sin perder tiempo, Río Kid se puso a trabajar activamente con el cuchillo en el postigo de la ventana, hasta conseguir hacer un agujero do un tamaño suficiente como para pasar la mano y sacar las barras de hierro, que habían sido colocadas en el exterior de la misma.

Pero, antes de salir de la casilla, Río Kid echó una penetrante mirada en derredor. Todas las casillas se hallaban a corta distancia la una de la otra, de manera que daba lugar a la formación de una extensa zona sombreada por la que Río Kid podría escapar con facilidad. Nadie se hallaba en esos momentos cerca de la casilla. Había llegado el momento de escaparse. De un salto, Río Kid traspuso la ventana; pero en el mismo momento en que tocaba el suelo con los pies el instinto le advirtió la conveniencia de dejarse caer de plano sobre el suelo. Y no fué inútil la precaución. En el instante en que Río Kid caía al suelo, sonó un tiro y una bala fué a incrustarse en las paredes de la casilla, a pocos centímetros por encima de él. Al mismo tiempo se oyó una exclamación que partía del galpón de los peones, y despues de una serie de disparos más, cuyas balas rozaban casi el cuerpo de Río Kid, quien después del primer tiro, y sabiendo que había sido descubierto echó a correr velozmente, alcanzando a distinguir, sin embargo que era seguido por un hombre que, por la forma de caminar era Steve Carson y que era el único que hacía fuego contra él, saliendo de detrás de una casilla que estaba al lado de aquella en que Río Kid había sido detenido. Era indudable que en lugar de un amigo, había sido Steve Carson, un enemigo, quien había facilitado a Río Kid el cuchillo a fin de que pudiera salir de la casilla y ser así el blanco fácil de sus tiros. El canalla daba otra muestra de su infame cobardía...

El rostro de Río Kid estaba blanco de ira, cuando protegido por la oscuridad de la noche se fué alejando a la carrera, siempre a mayor distancia de la estancia de Carson, no deteniéndose hasta que el ruido producido por los vaqueros alarmados por la fuga del prisionero, ya no era perceptible a causa de la distancia a que se hallaba el prófugo.

Capítulo Tercero

CUANDO LA SUERTE SE TORNA...

Río Kid sonrió desde la copa de aquel árbol de abundante follaje, al ver que debajo de él — único por otra parte — en aquella inmensa llanura, bordeada, sobre el horizonte de las montañas de Río Bajo, se detenía el capataz de la estancia de Carzon, Buck Wilson.

Hacía ya algunos minutos que Río Kid había estado observando al jinete que venía siguiendo su pista, dejada a propósito por el joven para que pudiera ser fácilmente seguida, aun por el menos versado en los trabajos de rastreo.

De haberle seguido más de un jinete, Río Kid hubiera bajado del árbol, desapareciendo misteriosamente, ya que no le faltaban condiciones para huir sin dejar el menor

rastro en la forma en que acostumbraban hacerlo los indios apaches. Pero, viendo que venía solo el capataz de la estancia de Carson, Río Kid resolvió quedar en ese lugar.

Buck Wilson llegó a la sombra de aquel follaje y detuvo su caballo con un respiro. Sudaba a torrentes, pues el fuerte sol de la llanura lo había quemado durante todo el tiempo en que había estado siguiendo la pista del prófugo.

Después, echó una rápida mirada sobre la huella, la que, después de dar la vuelta al árbol seguía internándose nuevamente en el llano. Wilson, que se había apeado del caballo, siguió la pista a pie, pudiendo constatar, empero, que a los pocos metros ésta terminaba. Un rápido examen convenció al capataz que el prófugo había vuelto sobre sus pasos, dirigiéndose de nuevo al árbol, y así lo hizo también él. Pero no tuvo tiempo de dirigir la mirada hacia arriba, puesto que en momentos en que pasaba debajo de la copa del árbol, sintió que algo le caía encima de la cabeza, y que, un minuto después, había perdido el conocimiento. En ese mismo momento y con la agilidad de un gato, Río Kid bajó del árbol, y cuando Buck Wilson abrió nuevamente los ojos, se vió delante de su propio revólver, el que, en los puños de Río Kid, infundíale respeto:

—No precisa usted molestarse en levantar los brazos, capataz — dijo Río Kid, — no quiero serle molesto...

Buck Wilson profirió un gruñido.

—Le aconsejo ahora, que se quede sentado allí como un buen hombre y que no se mueva, si no quiere que el viejo coronel Carson tenga en su estancia una vacante para un capataz...

—Maldito cuatrero, bien decía yo que no merecía usted nuestra confianza...

—Silencio, Wilson... Ha de saber usted que yo no soy ningún cuatrero, y que si bien es cierto que le he asaltado a usted en esta forma, solamente ha sido porque como usted comprenderá, no es posible hacer nada en esta llanura sin un caballo y un revólver, y como usted me ha quitado mis armas y mi monta, sólo he querido apropiarme de la suya, hasta que me devuelva lo que es mío.

—Voy a hacerlo colgar de una rama en cuanto caiga en nuestras manos, ladrón...

—Acabo de decirle, y le repito ahora, que no soy ningún ladrón, sino simplemente un hombre a quien no le gusta estar encerrado en aquella casilla... Usted me estaba persiguiendo, ¿verdad?

—Sí, como todos los hombres de Carson. Sabíamos que entre nosotros había un espía de los cuatreros, y ahora nos vemos confirmados en nuestras sospechas, pues ese mismo ha sido quien le ha facilitado a usted el cuchillo para escaparse...

—Así se lo imagina usted; pero siento tener que decirle que está en un grave error. El que puso a mi alcance el cuchillo para que pudiera abrir la ventana, fué el maldito Steve Carson, quien mientras tanto, se escondió detrás de una casilla cercana e hizo fuego sobre mí en cuanto traspuse la ventana...

—Steve Carson declaró que, efectivamente ha hecho fuego contra usted, pues en momentos en que usted emprendía la fuga él pasaba por la casilla de kerosene

Río Kid lanzó una carcajada.

—Estaba hacía una buen rato por allí, esperando que yo saliera, escondido detrás de una casilla para matarme y evitar así que pudiera hablar... pero he de hacerle pagar sus cobardes ataques. Desde ya puedo asegurar a usted, Wilson, a quien estimo y aprecio, que el que está de acuerdo con los cuatreros no es otro que Steve Carson, el sobrino del coronel, aunque le parezca a usted difícil.

El capataz meneó lentamente la cabeza.

—¿No lo cree usted, Buck?

—No...

—Pues he de demostrárselo... Dentro de poco tiempo he de saber quiénes son los cuatreros que han hecho víctima de sus robos de hacienda al coronel Carson, y el sobrino de éste va a aprender a no usar más su revólver co[illegible] un cobarde... por ahora, capataz, siento que tenga usted que caminar de vuelta las cinco millas, pero comprenderá que no es posible seguir a los cuatreros sin caballo y sin armas

—¿Seguir a los cuatreros?

—Así es, he de seguirlos y detenerlos, para demostrar a ustedes que sus sospechas eran infundadas y que no tengo ninguna participación en ese comercio innoble...

El capataz echó una mirada iracunda sobre Río Kid, quien, revólver en mano y al lado del caballo que había sido de Wilson, y de cuya montura pendía el rifle de éste, daba mayor valor a sus palabras. El capataz miró a Río Kid con ira contenida, pero, después optó por alejarse lentamente de allí, comenzando la larga caminata de vuelta a la estancia de Carson.

Río Kid lo siguió con la mirada, y cuando lo vió desaparecer en el llano, se dirigió hacia las lejanas montañas...

Capítulo Cuarto

TIRO POR TIRO

—Pum...

El fogonazo de un disparo llegó aun en aquellas regiones de Nuevo Méjico, bajo el ardiente sol de verano, antes a la vista de Río Kid, que el estampido a sus oídos. Acababan de hacer un disparo de rifle contra él, como pudo comprobarlo fácilmente, al oir que la bala pasaba rozándole la cabeza.

Río Kid tomó de inmediato el rifle de Wilson y se dejó deslizar del caballo, poniéndose éste en una posición tal de que le servía de protección con el cuerpo, contra todo ataque que pudiera venir de las sierras, de las que se hallaba solamente a corta distancia...

Río Kid estaba realmente asombrado. Sabía que los hombres de la estancia de Carson le perseguían, pero era imposible que se hubieran alejado tanto de su camino. ¿Quién sería el nuevo enemigo?

El tiro provenía de las sierras, y Río Kid, con el rifle en la mano, se conservó oculto detrás de su caballo, observando atentamente las sierras. Seguramente no tardaría en

aparecer por allí el autor del disparo... En efecto, pocos minutos después, vió que dos jinetes salían de la sierra, y no pudo reprimir una exclamación de asombro al reconocer en uno de ellos a Steve Carson, el sobrino del coronel Carson. Lo acompañaba un hombre que a primera vista revelaba no pertenecer al personal de la estancia de Carson, sino que, por su vestimenta, denotó ser mejicano, y por su figura un cuatrero, sin lugar a dudas.

—¡Ah!... ¡Ah! — se dijo Río Kid. — Ese jovencito ha ido a visitar a sus amigos los cuatreros, y ese mejicano es uno de ellos... su cara lo dice... y ahora creen que me tienen en sus manos, porque son dos contra uno, y porque Steve Carson sabe que he huído de la estancia teniendo solamente un cuchillo para defenderme... seguramente no sabe nada de la entrevista que he tenido con Buck Wilson... Pero, es mejor para mí que queden en su error hasta que se encuentren a buen tiro y entonces habrá llegado el momento de ilustrarlos sobre la calidadd e las armas que yo llevo encima.

Un minuto después, viendo que ya se hallaban cerca de Río Kid hicieron alto los dos hombres, apuntándolo con sus rifles, para perforarlo a balazos. lo mismo que su caballo, pero fué entonces cuando recibieron la sorpresa más grande de su vida.

Rápidamente Río Kid levantó su rifle por encima del lomo de su caballo e hizo fuego contra el mejicano, quien cayó al suelo, soltando su rifle.

Una palidez mortal se dibujó en esos momentos en el rostro de Steve Carson, quien al ver que tenía que enfrentar a un enemigo armado, creyó llegada su última hora.

Pero Río Kid, deseando comprobar plenamente su complicidad con los cuatreros, dejó que diera media vuelta y escapara hacia las sierras. Ya lo encontraría otra vez, y entonces sería con las manos en la masa.

Río Kid esperó a que Steve Carson se alejara y después siguió su marcha hacia las montañas, donde estaba completamente a cubierto de la persecución de los hombres de Carson, pudiendo seguir tranquilamente su camino a Texas. Pero no era ese su propósito. Antes de salir de Nueva Méjico, quería esclarecer el misterio de los cuatreros.

Esteve Carson y el mejicano se dirigieron hacia Río Kid, quien los aguardó detrás de su caballo, con el rifle listo para usarlo.

SIGUIENDO EL RASTRO

Río Kid estaba tendido entre los sasafrás, en lo alto de una meseta elevada, observando, con la paciencia de un apache que espera a su enemigo. Kid no era quizás muy paciente por naturaleza; pero podía serlo cuando se hallaba en acecho, tal como ocurría ahora Durante una hora entera había permanecido en la meseta, bajo el sol abrasador de Nue-

va Méjico, moviéndose, apenas para espantar los zumbadores mosquitos. Desde aquel punto elevado, que dominaba la baja hilera de colinas de Sierra Baja, podía ver muy lejos, a través del terreno circundante colina y desfiladero, quebrada, sombría y profunda, barranco rocoso, pradera ondulada, que se extendía sin límites hacia el Este, hasta los grandes campos, cubiertos de pasto de la estancia de Carson.

Y los ojos de Kid estaban fijos en un barranco profundo, sombreado por rocas y pinos, donde las bajas colinas se levantaban desde la llanura.

Al pie de la meseta, junto a un riachuelo que era uno de los brazos de Río Bajo, atado a una estaca, en medio de un rico pastizal, estaba su caballo. Para este alimento, agua y sombra en abundancia, mientras Kid se asaba y traspiraba bajo el sol implacable, en la cumbre de la meseta. Pero el endurecido Kid era insensible a las incomodidades. Desde lo alto de aquella roca plana podía observar el barranco distante y eso era lo que él deseaba.

Su larga espera fué recompensada al fin. De entre las sombras del barranco surgió un jinete, cabalgando lentamente por las colinas: lentamente porque el camino era rocoso y difícil. Kid lo vió primero como un punto movible a la distancia; pero la figura fué creciendo y acercándose, a medida que pasaban los minutos. Aunque estaba todavía demasiado lejos para distinguir sus facciones, Kid estaba seguro de quien era; conocía la figura bien formada, el hermoso traje de montar de Steve Carson, el sobrino del coronel Carson, de la estancia del mismo nombre. Y cuando el jinete estuvo más próximo, Kid distinguió las facciones hermosas, atrevidas, del sobrino del estanciero, no quedándole duda de que era su hombre. Río Kid se sonrió tranquilamente mientras aguardaba en su escondite.

¡Clac! ¡Clac!

El sonido de los cascos del caballo llegó a sus oídos, repetido en eco por las duras rocas. Steve Carson se internó en un profundo arroyo, tan angosto que las paredes de piedra, a cada lado, parecían casi tocarse y en algunas partes formaban bóveda sobre la cabeza del jinete. Este ascendía la barranca por entre el agua poco profunda. Río Kid empezó al fin a bajar silenciosamente de la meseta. No desató su caballo. Kid, como todos los vaqueros, aborrecía andar a pie; no hacía veinte yardas desmontado, si podía evitarlo. Pero sabía que el menor sonido alarmaría al hombre a quien iba siguiendo la pista; era necesario que Kid no fuera visto, si el solitario jinete miraba hacia atrás. Así, pues, Kid dejó su potro donde estaba, echado en el pasto espeso, junto al arroyuelo, y siguió a su hombre a pie. El camino por el arroyo, era lento y Kid sabía que podría seguir sin dificultad al hombre de la estancia. Además Kid presentía que el rastro no sería largo.

Carson se perdió de vista en el escarpado arroyo, pero el sonido de los cascos del caballo en el agua llegaba a oídos de Kid. De cuando en cuando, divisaba al jinete, avanzando lentamente en su ascensión. Dos veces vió a Steve Carson volver la cabeza, no por sospecha, pues lejos estaba de soñar que era perseguido, sino por precaución. Pero Kid era viejo en el juego y el jinete no pudo divisarlo, cuando miró por encima de su hombro.

El jinete salió al fin del arroyo y, dió un respiro a su caballo, bajo un grupo de árboles, en la abertura del desfiladero. Kid, siguiendo un camino tortuoso entre rocas, pinos y malezas, silencioso como una pantera

que acecha su presa, se dejó caer detrás de una peña, a doce pies del otro, sin ser visto ni sospechado.

—Estás en la trampa, perro maldito — murmuró para sí Kid, mientras observaba al jinete parado desde su escondite. — Me parece que se bastante a quien estás esperando y para qué. Creo que si la gente de Carson te viera ahora, sabría a que atenerse también.

El jinete parado en el áspero terreno, al final del arroyo, esperaba con evidente impaciencia. No hizo ninguna señal que Kid pudiera ver u oir; pero sus modales le mostraban evidentemente que tenía una cita. Si los cuatreros estaban acampados en las colinas, era probable que el lugar fuera visible para ellos. Era seguro que los ladrones de ganados tendrían centinelas en toda la comarca de Río Bajo.

Se oyó un ruido de cascos. Un jinete salió de entre los umbrosos pinos del desfiladero y se reunió con Steve Carson. Desde su escondite, Kid lo observó, curiosa y agudamente.

Era un hombre fornido, con el rostro tostado, barbudo y lleno de arrugas, vestido como un vaquero; pero evidentemente no era hombre de estancia. Tenía dos pistolas en el cinturón así como un cuchillo y un rifle que asomaba, enfundado, de su montura. Un tipo más temible de bandido de la frontera que los que viera nunca Kid en las poblaciones de vaqueros más salvajes de Texas o Montana. Una cicatriz, producida por antigua herida de bala, atravesaba la atezada mejilla derecha del hombre, desde la boca hasta la oreja, dando a ese lado de su rostro una terrible expresión.

—¿Usted por aquí Steve?

—Hace rato que lo espero, Judson — dijo de mal modo el joven.

—Lo imagino. Vine tan pronto como lo ví — contestó el hombre de la cicatriz. — ¿Qué pasa? Envié a Juan con un mensaje para usted. ¿No lo encontró en el barranco, como de costumbre?

—Sí.

Carson bajó del caballo y apoyó su brazo sobre la montura mientras conversaba con el cuatrero. La cojera de su pierna izquierda era muy visible cuando el sobrino del estanciero caminaba. Judson la notó por que le dijo:

—Su pierna no ha mejorado, Steve.

—No; pero poco importa, ya se compondrá — gruñó Steve. — He venido para darle una noticia, Jud. Juan ha muerto.

—¡Hum!...

—Fué muerto de un tiro por un vaquero de Texas, un muchacho que dice llamarse Carfax.

Río Kid sonrió detrás de la roca. No se imaginaba Steve Carson que el muchacho vaquero que se hacía llamar Carfax lo estaba escuchando.

—¿Quién es ese Carfax? — preguntó Jud.

—¡Averigüelo! — gruñó Steve — Buck Wilson lo descubrió siguiendo el rastro de la tropa de ganado de Tommy Tucker, que fué robada anteayer. Fué llevado a la estancia como sospechoso de saber algo acerca de los ladrones de ganado y mi tío ordenó que lo detuvieran. Es demasiado nuevo para este lugar. El descubrió las huellas de un hombre que ronguea en el rastro del ganado y se lo dijo al personal, Jud silbó.

—¡Hum!... ¿No sospechan que usted?..

—Naturalmente que no, — interrumpió Carson irritado. — Supongo que no se van a figurar que el sobrino del patrón ha tomado parte en los robos de ganado hechos a su tío. Pero ese vaquero está convencido de ello, y no hay seguridad en la estancia, mientras él ande por aquí.

¿No tiene usted una pistola? — dijo Jud con sonrisa siniestra.

—Lo ataqué y me venció — gruñó Steve. — Estaba encerrado en la casilla del kerosene y le tire un cuchillo por la ventana, para ayudarlo a salir; cuando se largó, yo estaba en acecho para caer sobre él. Le arrojé un lazo, pero se zafó. Cuando yo estaba con Juan en el barranco, lo vimos a caballo por la pradera y lo perseguimos. Pero había conseguido armas no se donde. Mató a Juan de un tiro y yo disparé. Pensé que podría perseguirme y lo esperé en el barranco; pero no apareció.

—Creo que es un muchacho valiente, amigo de meterse en lo que no le importa. Vigílelo. Jud, y mátelo donde lo encuentre. En la estancia creen que es uno de los ladrones.

—¡Hum!... — murmuró Jud otra vez.

—No se harán investigaciones si se le encuentra muerto — dijo Steve. — Creo que está aquí para averiguar los robos de ganado en la estancia de Carson.

—Yo creo que un forastero no vive mucho en estas colinas, — dijo Jud sonriendo. — Probablemente se habrá largado.

Steve movió la cabeza con impaciencia.

—Si pensara seguir para Texas hubiera ido hacia el Oeste. Pero, cuando lo ví, estaba de este lado de la estancia, al Oeste. Se le ha metido en la cabeza mezclarse en nuestros asuntos, se lo aseguro, Jud.

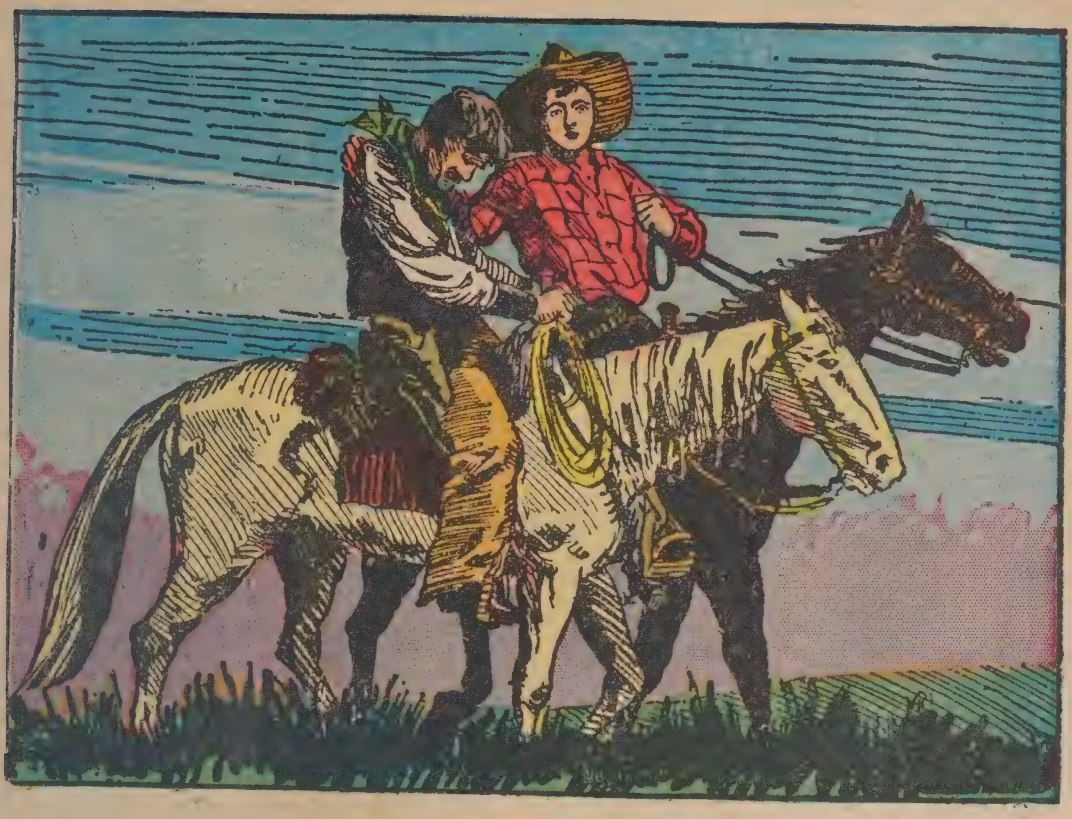
—Seguramente le diré a los muchachos que lo vigilen. Si anda olfateando alrededor de las colinas no dará fácilmente con nuestro campamento. Y si lo descubre, se irá tan rápidamente al infierno, que no sabrá quien lo envió a él.

Steve dejó escapar un gruñido. Después de su propia experiencia con Kid Carfax, el acabar con él no le parecía tan fácil como el cuatrero aseguraba. Cambió bruscamente de tema.

—¿Negoció usted el último ganado? — le preguntó.

—Seguramente. Cada maldita vaca fué conducida a los campos de construcción, del otro lado de la sierra — contestó Jud. — Mientras dure la construcción de la línea férrea — y creo que hay para cuatro años, — nos sacarán de las manos toda la carne que puedan conseguir... barata. Creo que es tiempo de enviar otra remesa. Le dije a Juan que le hablara sobre el asunto.

—Juan no volverá a hablar, — refunfuñó Steve. — Tiene usted que trabajar en el puesto de Posy Pete. Ha tomado al antiguo peón de Tommy Tucker, desde que Tommy fué asesinado. Es el camino más lejos de la estancia y el más seguro para trabajar. Hay doscientas vacas en ese potrero, a lo largo de



Sosteniendo al herido sobre su caballo, Río Kid emprendió el camino hacia la estancia

la confluencia del Río Bajo. Pero oiga, Jud: no mate, si puede evitarlo. Creo que me arrenpentí de verme mezclado en estos asuntos, cuando Tommy Tucker fué asesinado.

—Fué usted quien le tiró, — dijo Jud con un gruñido. — Por mi parte, no me gusta matar vaqueros. El juego se vuelve muy peligroso. Toda la estancia empieza a aullar, si se derrama sangre.

Steve lanzó un juramento.

—No tuve más remedio, cuando se nos presentó de improviso y me atacó, — dijo sombriamente. — ¿Cree usted que iba a permitir que volviera a la estancia y le dijera al coronel que su sobrino era cómplice de los cuatreros? Pero me disgustó mucho, se lo aseguro. — El joven se movió con impaciencia. — Creo que aborrecí el oficio, cuando ví muerto a Tommy Tucker.

Kid pudo ver la sardónica sonrisa del rostro del cuatrero.

—Es un modo fácil de ganar dinero, — dijo Jud. — Usted ha sacado algunos miles de dólares en el reparto, Steve, aunque supongo que ya se le ha ido todo en el poker y los naipes con los jugadores de Bunch Grass.

—Esa es mi ruina, — gruñó Steve, — Cuando no puedo conseguir dinero de mi tío, tengo que agenciarmelo de algún otro modo. Bueno... no importa. ¿Cuándo se llevará usted el ganado de Posy Pete? Es mejor que sea de noche; de día, aun lejos de la estancia, es muy peligroso, a causa de esa muerte; le aseguro que todo el personal de la estancia está que arde.

—Esta noche, entonces, — dijo Jud. — ¿Estará usted?

—Creo que no. — refunfuñó Steve. — Después de lo que ese condenado de Texas ha estado diciendo en la estancia, deseo no entrar en escena en el próximo robo de ganado. Creo que me quedaré en casa esta nocho, como un buen muchacho, con numerosos testigos de que no he salido de casa.

El cuatrero dijo con expresión de burla.

—Eso se llama ser prudente. Creo que debe andar con cuidado, Steve.

Después de unas palabras más, Steve Carson volvió a montar a caballo y se alejó. Los cascos de su caballo resonaron en el angosto arroyo, mientras descendía hacia las llanuras y la estancia. Judson dió vuelta a su caballo y se alejó al galope por el rocoso desfiladero. Desde su escondite, Kid lo vió alejarse sonriendo. El cuatrero se perdió de vista y el sonido de los cascos de su caballo se fué debilitando a la distancia.

LA CABAÑA DEL POTRERO

La cabaña se levantaba solitaria, lejos de toda otra habitación, cerca de la confluencia del Río Gajo. Estaba hecha de tablas ase-

rradas y postes, con una ventana, con postigos y una puerta que ajustaba mal con bisagras de cuero. Parecía solitaria y desierta, cuando, a la puesta del sol, la divisó Río Kid, observándola atentamente, a través del pasto, ondulante y resplandeciente del potrero.

Kid avanzó al trotecito hacia la cabaña.

La cabaña distaba diez millas de la casa de la estancia y era uno de sus puestos más solitarios. El vaquero, a cargo del ganado del potrero, tenía costumbre de traerse provisiones para una semana y dormir en la cabaña. Al terminar la semana era relevado por el hombre de turno. Era una vida solitaria, y cuando los cuatreros entraban en actividad, peligrosa. Pero aquello entraba en el curso de las cosas naturales para los vaqueros. Río Kid había desempeñado también las funciones de puestero en otro tiempo, en Double-Bar, Texas, de manera que conocía el oficio del principio al fin. Kid sabía que Posy Pete estaría solo en la cabaña del puesto, sin nadie que pudiera prestarle ayuda a muchas millas a la redonda. Lo que le preocupaba ahora era si el puestero estaría en la cabaña o recorriendo el campo. No era probable que volviera a la cabaña antes del obscurecer y Kid no quería exponerse. En la estancia de Carson lo habían señalado como cuatrero; lo habían detenido por sospechas y su fuga indudablemente convenció al coronel Carson de que sus sospechas eran bien fundadas; como era de suponerse, Steve habría hecho todo lo posible para afirmarlo en aquella creencia. Desde la muerte de Tommy Tucker, en aquel mismo potrero, hacía pocos días, el nuevo cuidador viviría prevenido y no se mostraría perezoso en el manejo de su pistola. Si Possy Pete estaba en la cabaña y veía acercarse a Kid, lo más probable es que fuera obsequiado con una bala. De manera que Kid se acercó con muchas precauciones a la cabaña, sus ojos escudriñaban afanosamente, buscando señales de una presencia humana. No las había pero aquello podría significar simplemente que el vaquero lo estaba acechando desde el interior y esperando que se pusiera a tiro.

Como a cien yardas, Kid bajó de su potro y caminó hacia la cabaña, cauteloso como un gato.

A unas cincuenta yardas ató su caballo y avanzó sobre las manos y las rodillas, casi oculto por la altura del pasto.

Todavía no se sintió movimiento ni disparo y Kid llegó al borde del claro que rodeaba la cabaña, observando desde el pasto por unos diez minutos antes de avanzar más.

El silencio era profundo y Kid se sintió muy complacido de que no hubiera nadie en la cabaña. Pero todavía estaba alerta cuando salió de entre el pasto y corrió rápidamente hacia la cabaña.

—¡Hola! — gritó Kid.

La cabaña estaba vacía, como había supuesto. El vaquero se hallaba en el campo, vigilando el ganado, Kid abrió la puerta, miró hacia el interior, revólver en mano; pero no había nadie. Una sola mirada en derredor fué bastante para Kid. Luego volvió a donde estaba su caballo y lo hizo entrar. Nada que pudiera alarmarlo, debía estar a la vista cuando Possy Pete regresara del campo.

El fuego estaba apagado; pero aunque Kid tenía un apetito más que regular, no pensó en encenderlo. Esperó dentro de la cabaña, atisbando por una rendija del postigo a través de la llanura, ahora ya en sombras, porque el sol se ponía detrás de Sierra Baja.

Una hora más tarde, un vaquero de tez curtida, apareció a caballo, dirigiéndose hacia la cabaña.

Kid sonrió al mirarlo.

Posy Pete, cansado por un día de labor en el campo, avanzaba al paso lento de su caballo hacia la choza, pensando principalmente en su cena y en su cama. Pocos días antes un vaquero había sido asesinado por los ladrones de ganado. Pero aquello eran gajes del oficio; el trabajo de la estancia continuaba lo mismo. Posy Pete cuidaba mucho su ganado; pero, al dirigirse a su casa, solo pensaba en la comida y en su tarima. Desmontó en la puerta, condujo su caballo al pequeño corral cercado, junto a la cabaña, abrió la puerta de ésta y entró con paso pesado. Entonces vió relucir en la obscuridad el caño de una pistola y oyó una voz suave, que decía con la agradable y perezosa inflexión de las naturales de Texas:

—¡Arriba las manos!

Posy Pete se extremeció convulsivamente y, por instinto dirigió su mano a la cintura, pero no tocó el revólver. Una pistola le apuntaba a seis pies de distancia y Posy Pete sabía demasiado para arriesgarse.

—¡Usted, cuatrero maldito! — murmuró.

Kid se rió suavemente.

—Deje de hablar de ese modo, compañero y no trate de utilizar el revólver, si no quiere irse al otro barrio.

—Sea como usted dice — contestó Posy Pete, sacando el revólver de su cinto y dejándolo caer al suelo; luego le dió un puntapié enviándolo hacia Río Kid.

—Es usted un buen hombrecito — dijo Kid con acento de aprobación. — Me disgustaría mucho tener que derramar su sangre sobre el piso, compañero.

—¡Oh!... puede hacerlo — gruñó Posy Pete. — No le servirán de mucho las vacas que ha robado. Ya lo colgarán por ello.

—Yo no he robado vacas — dijo Kid. — Le repito que no soy un cuatrero, como se lo dije ya a la gente de la estancia.

—Entonces, ¿qué está usted haciendo aquí? — preguntó Posy Pete. — Ese potro que está en el rincón es de Buck Wilson, ladrón maldito.

—Buck Wilson me quitó mi potro y mis pistolas — dijo Kid. — Lo encontré en la pradera y tomé prestados los suyos. No es esta una comarca en la que un hombre pueda dar sus pequeños paseos sin revólver o sin un caballo. Estoy pronto a hacer el cambio con Buck Wilson, cuando él lo desee.

Posy Pete lo miró con desconfianza.

—Bueno... ¿qué está haciendo usted aquí si no ha venido a robar vacas? — preguntó. — Me ha recibido usted revólver en mano.

—Creo que usted me hubiera hecho volar la tapa de los sesos sin permitirme que me explicara, si no lo hubiese hecho ¿no es cierto? — dijo Kid en tono burlón volviendo el revólver a su cinto. — Estoy aquí para

ayudarlo a derrotar a los ladrones de ganado, Posy Pete.

—¡Bah!... ¡Bah!...

—Puede creerme, porque hablo con sinceridad. Estoy seguro de que vendrán a robarle sus vacas a altas horas de la noche. ¿Nunca oyó hablar de un tipo llamado Judson, que tiene una gran cicatriz en la cara?

—Todo vaquero de Nueva Méjico ha oído hablar del hombre de la cicatriz en la cara, Judson, el bandido más temible entre esta comarca y Río Colorado — gruñó Posy Pete.

—Pues ese tipo es el que vendrá por el ganado. Voy a vigilar con usted para impedirlo.

—¡Bah! ¡Bah!

—¿No me cree?

—Ni un poquito.

—Creo que podré probárselo — dijo Kid. — Usted es un hombre blanco, Posy Pete, y yo soy seguramente de su raza; pero tiene la cabeza hueca, como el resto de su gente. Le probaré lo que digo.

—¿Y cómo? — preguntó Pete con acento burlón.

—Así, compañero.

Kid levantó la pistola del vaquero y tomándola por el caño se la entregó. La suya estaba en el cinto. Posy Pete tomó la pistola por el mango y miró el rostro sonriente de Río Kid. Deliberadamente Kid se había puesto a merced del vaquero.

—Bueno... ¿ha venido usted a mi casa para morir? — murmuró Pete mirando confuso a Kid.

Lentamente colocó su pistola en el cinto.

—Bien... confieso que sólo creí a medias que era usted blanco; pero acaba de probármelo, compañero. Oiga ¿está bien seguro de que habrá un "raid" para llevarse mi ganado esta noche?

—Segurísimo.

—¿Y estará usted a mi lado si vienen?

—Estaré.

—Usted es un hombre blanco — dijo Posy Pete.

—Creo que tenemos tiempo de comer algo antes de que aparezcan los bandidos — dijo Río Kid.

Empezó a colocar leña fina de pino en el fogón y encendió el fuego, dando la espalda al vaquero, con una confianza que disipó las últimas sospechas de Posy Pete.

Pronto ardió un alegre fuego, enviando una columna de humo, por el caño de hierro, hacia el cielo de Nueva Méjico, constelado de brillantes estrellas. Posy Pete encendió una lámpara de kerosene y llevó al potro de Kid al corral. Y luego los dos vaqueros, entre los cuales se había establecido ya amistosa confianza, se sentaron uno a cada lado del fogón a comer, mientras la obscuridad se hacía cada vez más profunda en torno de la cabaña.

LA DISPARADA DEL GANADO

Las estrellas brillaban en el cielo; pero la noche estaba muy obscura. De entre el pasto surgían los rumores producidos por el ganado. Entre un grupo de cedros, junto al ganado, entregado al reposo, se hallaba Río Kid y Posy Pete, teniendo los caballos de la rienda. Kid hablaba en voz baja.

—Creo que hablo en razón, compañero. Le he dado la noticia de que Judson, el hombre de la cicatriz en la cara, con su banda, trabajará esta noche con su ganado. Estaré a su lado hasta el último tiro; pero si usted tiene tanto sentido común como una mosca, váyase hasta la estancia y traiga alguna gente.

Posy Pete movió la cabeza.

—Ni lo piense. Yo estoy encargado de este potrero y tengo la obligación de cuidar mis vacas. Yo creo que es usted blanco, Kid; pero en la estancia lo suponen ladrón de ganado. Creo que el patrón me comería crudo si le dijera que había dejado a los animales con usted, confiando en su palabra.

—Yo mismo iría hasta la estancia si esas cabezas huecas no me recibieran a balazos en cuanto me vieran — refunfuñó Kid. — Bueno... de todos modos, somos dos y si se llevan las vacas, podemos seguir el rastro, aunque no logremos derrotarlos. Estoy ansioso por descubrir como hacen para llevarse el ganado sin dejar huellas.

Posy Pete lo miró con curiosidad entre la sombra de los cedros.

Confiaba en Kid. Este lo había obligado a creer en él; pero el vaquero tenía todavía restos de duda. Creía que la intención de Kid era buena; pero quizás se equivocaba. Si los cuatreros no venían, y Pete no estaba seguro de que vinieran, perdería su noche de sueño inútilmente. Y un vaquero que ha pasado todo el día en el campo no quiere perder su sueño de la noche sin provecho. Además, Posy Pete no comprendía bien como Río Kid, detenido como ladrón de ganado en la estancia de Carson, iba a ponerse en contra de los cuatreros para defender los animales del coronel Carson. La noche era tranquila y el ganado reposaba tranquilamente sobre el pasto; a corta distancia se oía el suave murmullo de las aguas del Río Bajo.

Por espacio de dos horas los vaqueros habían estado de guardia y no había señales de cuatreros.

Pero Kid se estremeció repentinamente, inclinó su cabeza para escuchar y puso su mano en el brazo de Posy Pete.

—Creo que ahí están, — murmuró.

En el silencio de la noche Posy Pete aguzó sus oídos.

—No estoy seguro de que sean — dijo.

—Escuche, cabeza de aserrín, — gruñó Kid.

A los pocos minutos Posy Pete pudo oir débiles rumores que procedían de la oscura pradera y que habían ya llegado hasta los oídos experimentados de Río Kid.

—Quizá sea gente de la estancia, — murmuró Pete. — Creo que el patrón hace vigilar el campo a caballo por los muchachos, durante la noche, en estos días. Está seguro que Tommy Tucker ha sido asesinado por los cuatreros.

—¡Qué gente ni gente de la estancia! — refunfuñó Kid. — Es Judson y su banda. Estoy bien seguro de ello.

Escucharon. A la distancia se divisaba el resplandor del fogón de la cabaña de Posy Pete, filtrándose por entre las paredes de madera. Los jinetes estaban ahora no muy

jos de la cabaña y Kid se lo hizo notar a su compañero.

Si es gente de la estancia de Carson, seguramente llamará a la cabaña para hacerle a usted una visita. Si son cuatreros, se guardarán muy bien de llegar a ella, sabiendo que usted duerme allí con una pistola al alcance de su mano. ¿Sus torpes oídos no le indican que los jinetes no pasan cerca de la cabaña?

—Seguro, — contestó Pete, después de una pausa.

Sacó el rifle de repetición de la funda de su montura. Estaba ahora convencido y pronto para pelear. Kid tenía una pistola de seis tiros en la mano y sus ojos brillaban, escudriñando las tinieblas. El rumor de los cascos de los caballos se aproximaba y era cada vez más distinto. Pero se detuvo, y el ganado que dormía se elevaron rumores. Las vacas dormidas se despertaban mugiendo sordamente. Se oyó el restallar de un látigo de vaquero. Los hombres, ocultos entre los cedros, oían voces ahogadas que se elevaban, llamándose los unos a los otros. Era evidente que los cuatreros arreaban el ganado y las vacas empezaban a moverse. Aquí y allá, al resplandor confuso de las estrellas, se veían las figuras de los jinetes, arreando el ganado.

Había varios visibles, y probablemente algunos más escondidos. Pero no se le ocurrió a Posy Pete que podía permanecer escondido y seguro entre los cedros. El estaba allí para custodiar las vacas y estaba pronto a cumplir con su deber, más que pronto, ansioso de ensayar su puntería en los ladrones que habían asesinado a uno de sus compañeros.

—Usted estará a mi lado en esto, ¿verdad Carfax? — murmuró.

—¿No se lo he dicho ya?

—¡A ellos, entonces! — dijo el vaquero.

Saltó a caballo y dirigiendo al animal con sus rodillas, rifle en mano, salió de entre la sombra de los cedros.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Las detonaciones del rifle despertaron mil ecos en la pradera. Se oyeron mugidos de sobresalto entre el ganado y voces de alarma de los hombres. Una voz pensó Kid que era la de Judson, — gritó desde la oscuridad:

—¡Cuidado! Ese maldito vaquero no está en la cabaña.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

El sonido de los tiros disparados por el cuatrero, siguió a sus palabras.

Fué un tiroteo violento en la oscuridad, bajo la débil luz de las estrellas. Pero si los tiros no dieron en el blanco, alarmaron al ganado, que empezó a dispersarse.

Un solo tiro basta a veces para hacer que el ganado huya. No hay animales que se asusten con más facilidad que las vacas. Mugiendo, pisoteando, dando violentas cornadas las doscientas vacas del potrero de Río Bajo, dejaron el lugar donde reposaban y emprendieron frenética carrera en la oscuridad. En medio del ganado enloquecido, y a sus flancos cabalgaban los cuatreros, haciendo restallar sus látigos, atentos sólo a impedir la dispersión de las vacas y a conducirlas hacia donde ellos deseaban. Por todas partes las vacas abandonaban el grueso del ganado y se escapaban en la oscuridad; pero la mayor parte seguía junta y era conducida por los cuatreros hacia las montañas con sus látigos silbadores.

Ningún vaquero, ni un grupo de vaqueros, logrará detener una disparada de ganado, una vez que ésta empieza.

Lo más que puede hacer es correr con los animales y mantenerlos juntos, hasta que el cansancio los rinde y luego tratar de volverlos a su campo.

Pero en este caso, los cuatreros apuraban la disparada de los animales con sus látigos y las detonaciones de sus revólvers. Sólo pensaban en dirigirlos hacia las montañas y esto les era muy fácil. A las vacas poco les importaba la dirección, con tal que se las dejara correr libremente. El detenerlas hubiera sido imposible.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Sonaban los látigos y los tiros, sin que hubiera sido posible distinguir un ruido de otro.

Río Kid corría también con los animales; pero no hacía fuego. En la obscuridad no era posible distinguir amigos de enemigos y no quería herir a Posy Pete, en vez de algún cuatrero. Detener la disparada era imposible; distinguir una sombra de otra, en la oscuridad, lo mismo. Pero Kid podía seguir al ganado para ajustar cuentas con los cuatreros después. Posy Pete disparaba tiros y algunos de los cuatreros habían agotado sus municiones; cuando una bala pasó rozando la frente de Kid, no supo si la había disparado su amigo o algún enemigo.

Pero el tiroteo cesó repentinamente. Posy Pete, desorientado por la obscuridad corría con el ganado, lo mismo que Kid. Y no era juego de niños correr con el ganado en aquellas condiciones. Una vez que el jinete cayera en aquella marca de pezuñas y cuernos, era hombre muerto. Todo lo que quedaría de él sería una masa informe sobre el pasto pisoteado. Un paso en falso, un casco del caballo que tropezara con un agujero, era la muerte segura. Los cuatreros y sus perseguidores corrían los mismos riesgos.

Una figura surgió en la sombra junto a Kid. Una voz ronca le interpeló:

—¿Es usted, Jud?

—Creo que no — contestó Kid, friamente, mientras levantaba su látigo y descargaba con el pesado cabo de metal un golpe al jinete, que rodó de su caballo, lanzando un grito.

Kid siguió su carrera, pensando que, llegado el momento, tendría que habérselas con un enemigo menos.

¡HERIDO!

Judson, el de la cicatriz, juraba con los dientes apretados, mientras corría entre aquel mar de cuernos, haciendo restallar su látigo. La disparada no entraba en sus planes. Había contado conducir cautelosamente las vacas, desde su pastoreo, protegido por las sombras de la noche, mientras Posy Pete dormía en su tarima en la cabaña o envuelto en su manta, bajo las estrellas. En una disparada muchas cabezas de ganado se perderían con seguridad, para los cuatreros y había que pensar si los excitados animales se calmarían

a tiempo para ser guiados a su destino. Pero nada podía evitarse ya. Las detonaciones habían provocado la disparada y los animales corrían a toda velocidad. Judson corría con ellos, haciendo chasquear el látigo, impidiendo lo más posible que las vacas se apartaran del número principal, como hacían sus hombres. Miraba a su alrededor en medio del ondulante mar de cuernos, llamando a sus hombres y buscando a Posy Pete. Sabía que el vaquero no habría abandonado a sus animales. Pero la figura de un jinete era exactamente igual a la otra; cuando un hombre pasaba a su lado, no hubiera podido decir si era Posy Pete o uno de los suyos. Juraba salvajemente mientras corría.

Un jinete llegó, como un torbellino a su lado y Jud lo miró, incapaz de reconocerlo en la oscuridad. Pero una voz le interpeló.

—Oiga...

El dedo de Posy Pete estaba en el gatillo; pero llamó antes de disparar. No quería derribar a su compañero por error.

—Siga galopando, — contestó Judson.

La ronca voz que lo había interpelado podía ser de alguno de sus hombres.

Posy Pete levantó su rifle e hizo fuego; sabía que aquella voz áspera no era la de Carfax.

Judson lanzó un juramente, cuando la bala le arrebató un trozo de cutis de su mejilla.

Indiferente al dolor y la sangre que le corría por el rostro, el cuatrero espoleó el caballo hacia su atacante. Al mismo tiempo que disparaba su revólver. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! sonaba su pesado Colt, y Posy Pete tiraba a ciegas; pero dejó caer su rifle y se agarró desesperadamente al caballo cuando el plomo entró en sus carnes. Dos veces herido, el vaquero fué llevado por su caballo en frenética carrera y desapareció de la vista del bandido, que lanzó una risa salvaje a la vez que se limpiaba la sangre de su mejilla.

—Creo que has recibido tu parte, — aulló Judson y luego su voz se elevó como un trueno, sobre el tumulto de la disparada. — El vaquero ha caído. ¡Tenemos el campo libre! Contened el ganado lo más que podáis, muchachos.

Los gritos llegaron a oídos de Río Kid, que galopaba en la oscuridad, entre animales y jinetes.

—¡Maldición! — murmuró Kid. — Lo han muerto a Posy Pete.

En la oscuridad, vió venir un caballo al galope con el jinete abrazado a su cuello. El hombre herido estaba doblado sobre el lomo del animal. Con toda la energía que le quedaba, procuraba Posy Pete sostenerse, sabiendo bien que si caía sería pisoteado. En la oscuridad, apenas lo distinguió Kid; pero supuso que era Pete y se lanzó en su persecución. En dos minutos había alcanzado al caballo sin gobierno, tomándolo de las riendas.

—¿Es usted, Pete? — Podía haber sido un cuatrero herido, y Kid estaba pronto a derribarlo de la silla con el pesado cabo de su látigo; pero el profundo gemido del hombre le reveló que nada tenía que temer de él, fuera amigo o enemigo.

Kid se acercó más, junto a la sombría figura. Guió el caballo fuera de los apretones del ganado. El jinete herido, preguntó con voz débil.

—¿Es usted, Kid Carfax?

—Sí.

—¡Me han embromado! — Un gemido siguió a sus palabras. — Fué Judson. Lo vi al fulgor de un pistoletazo.

Se quejó de nuevo y vaciló sobre el caballo hubiera caído si el fuerte brazo del vaquero no se hubiera extendido a tiempo para sostenerlo.

—¡Oh, bandidos! — gruñó Kid.

Kid había guiado fuera de la tropa y estaban ahora en seguridad. Junto a ellos pasaron los animales enloquecidos y los dejaron atrás. Fué con gran sentimiento que Kid los dejó ir sin seguirlos. Su intención había sido ir con los cuatreros para descubrir su guarida en las montañas. Pero no podía abandonar al hombre que desfallecía por sus heridas. El rumor de la tropa se fué debilitando a la distancia; Kid bajó del caballo y desmontó al vaquero herido.

Posy Pete quedó acostado sobre el pasto áspero, mientras los ligeros dedos de Kid lo palpaban. Kid no podía hacer otra cosa que detener la hemorragia y vendar las heridas.

—Yo creo que vale usted bien unos cuantos bandidos muertos, — dijo Kid procurando animarlo. — Siento mucho dejarlos escapar; pero quiero llevarlo pronto hasta la estancia. Después podré encontrar el rastro de la tropa robada. ¿Creè usted que podrá sostenerse si lo subo al caballo?

—Sí...

Kid subió al herido a su caballo. Posy Pete estaba mal herido y para salvarle la vida era necesario llevarlo sin tardanza hasta la estancia. La oscuridad y el silencio habían sucedido al estrépito de la disparada. Río Kid tomó en sentido opuesto, al Este.

Sosteniendo con una mano a su compañero, tomó rumbo a la estancia. Posy Pete tenía la cabeza doblada sobre el pecho; sino hubiera sido por la mano de Kid, hubiese caído de la silla. Pero Kid lo sostenía y cabalgaron hacia la estancia. Allí todos eran enemigos de Río Kid; como lo recibirían, éste lo ignoraba; pero no se preocupaba mucho por ello. Sólo pensaba en el hombre herido vacilante sobre su montura. Ya teñían el cielo las tintas rosadas del amanecer, cuando Kid divisó la estancia de Carson, encaminándose a la casa.

(Continuará)

Yankel tiene una suegra que constantemente le amenaza con arrojarse al río. Un día desaparece. Yankel se marcha a buscarla al río y empieza a remontar la corriente.

Le encuentra su amigo Aisik y, al saber el objeto de sus investigaciones, le dice:

—¡Vamos, Yankel! ¡Si quieres encontrar el cuerpo de tu suegra, debes seguir la corriente y no ir río arriba!

—¡Demasiado lo sé, hombre. ¡Pero mi suegra hace ya más de veinte años que lo hace todo al revés!

Próximamente en PUCKY

EL JINETE FANTASMA

Emocionantes aventuras de la juventud de BUFFALO BILL en el salvaje oeste

EL ASESINO MISTERIOSO

Por EDGAR WALLACE

Capítulo I

SOOPE

POR casualidad llegó Soope aquella brillante mañana primaveral a Barley Stack, pues nada sabía del intento de escalo cometido en casa del señor Esteban Elson, e ignoraba la existencia de Sullivan el vagabundo y de su camarada loco, que correteaba al azar por la campiña y cantaba absurdas canciones de amor, en un idioma extraño e incomprensible.

Pero Barley Stack ejercía sobre Soope la misma fascinación que sobre la mariposa ejerce la llama o la batalla a un viejo soldado. Aunque Soope debía saber que a aquella hora el señor Cardew se había ido a la City, ya que dicho señor, si bien retirado de su profesión conservaba en sus hábitos la costumbre de salir de su casa a las nueve.

No obstante Soope llamó. A falta de poder reñir con Cardew, no dejaría de ser divertido un encuentro con Ana Shard. Cardew se hallaba algo resentido con Soope, pues éste le había ofendido. Y en cuanto a Ana, era incapaz de disimular, con alguna atención personal, la antipatía que le inspiraba el viejo policía.

Ana permaneció erguida a la entrada de Barley Stack; la mirada torva de sus ojos oscuros la denunciaba. Era mujer de estatura más baja de lo normal; un tanto rechoncha, y vestía un traje de alpaca, que por cierto no realzaba sus gracias. Agraciada, lo era en un sentido; tenía facciones vulgares, borrosas; pero el flequillo de pelo negro que le caía sobre la frente no mostraba una sola cana, aunque la mujer pasaba bastante de los cuarenta. Y si era de facciones vulgares, no les faltaban en cambio regularidad, y asimismo sería injusto, no obstante lo espeso de su talle, presentarla cual una persona gruesa.

—Buen tiempo ¿eh? —dijo Soope recostándose contra la motocicleta, los ojos entornados, como si al calorcillo de la mañana y ante la belleza de la campiña, se dispusiese a echar la siesta. — Precioso jardín. ¡Nunca vi juntos tantos narcisos ni tantos claveles dobles! Apuesto a que anda por aquí la mano diligente de un buen jardinero ¿Y el señor Cardew, está en casa?

—No, no está.

—Quizá ande siguiendo la pista del robo cometido en el Banco Boscombe — exclamó Soope, simulando un gesto de admiración— Así que vi el suceso en los periódicos le dije al subinspector "Hombres como Cardew son los que necesitamos contra los bandidos; los policías profesionales no dan una en el clavo; la yerran desde el principio".

—El señor Cardew se fué a su trabajo— exclamó la mujer con los ojos llameantes— Tiene algo más importante que hacer, que eso de perder el tiempo en labores policíacas. Sobrados impuestos pagamos para sostener una policía, y de gran cosa nos sirve. Son una colección de zánganos ignorantes, sin pizca de educación.

—No puede uno tenerlo todo — respondió Soope melancólico. — Atienda a razones, señora Shard.

—Señorita Shard — corrigió Ana.

—No me es posible llamarla de otro modo — dijo Soope disculpándose — El otro día le decía yo al subinspector: "Me intriga el porqué no se casa esa señorita, es joven..."

—Minter, no puedo perder más tiempo...

—Señor Minter — ractificó amablemente Soope.

—Si trae algún encargo para el señor Cardew se lo daré; de lo contrario, no puedo atender a usted; tengo mucho que hacer. Queda usted con Dios.

—¿Algún escalo? — preguntó Soope cuando Ana se volvía hacia adentro.

—¡Escalos! Si así fuese no le llamaríamos a usted — exclamó la mujer.

—No querrán — dijo Soope un tanto picado — El señor Cardew se bastaría solo; tomaría las huellas del pie del ladrón consultaría la antropología y antes de la noche, estaría el pobre diablo en la cárcel.

La señorita Ana volvióse airada:

—Si se cree usted una notabilidad, sepa que hay en Londres quien puede mirarle por

encima del hombro, Minter. Y sepa, además, que como el señor Cardew le cuente al director de Seguridad la mitad de las cosas que usted dice y hace, antes de acabar la semana se queda usted en la calle.

Soope iba a responder, pero antes de que lograra hacerlo, ella le dió con la puerta en las narices.

Soope ni sonrió ni se disgustó. Nada de ésto, púsose a cargar la hedionda pipa que usaba, echó una mirada a las flores, detúvose lo justo para colocarse una en el ojal de la solapa y silencioso descendió por el sendero que conducía a la carretera.

Media hora después...

—Cuando un hombre como yo, a mis años, llega a acupar una posición preeminente — dijo Soope lanzando rápidas miradas al joven subinspector de sombría fisonomía, sentado al otro lado de la mesa — tiene derecho a ser sensitivo. Hay ráfagas primaverales en el ambiente, y se me figura haber oído el sábado pasado cantar al cuclillo. Cuando ya anda por ahí el cuclillo y crecen las campanillas en los bosques, me siento sensitivo. Acabó, además de ver a la hermosa de Barley Stack y tengo la cabeza llena de ideas fantásticas.

Soope era alto y anguloso. Muy desaseado. La ropa que vestía fué ya vieja en los días anteriores a la guerra; ahora después de limpia vuelta del revés era un remedo de traje. La cara, seca y morena, las cejas espesas y grises daban a Soope una prestancia que el resto de su persona desmentía. El desprecio de Ana Shard por aquella ropa colmaba el contento de Soope.

Claro está que había muchos inspectores, pero, cuando en los círculos policiales londinenses se pronunciaba la palabra Soope, se quería designar al inspector Patricio J. Minter, y sólo a él.

—Vaya e interrogue al detenido, amigo — dijo moviendo una de sus manazas con ademán señoril. — El asunto más serio de mi vida profesional pertenece a mi pasado. Me tomó yendo para viejo. Por eso me he refugiado en el campo donde puedo criar gallinas y conejos, y estudiar la naturaleza en todo su esplendor.

La división primera de la policía londinense comprende la parte del Londres rural que sube hasta Sussex. Es una división tranquila, remanso en que, se adentran gustosos los hombres procedentes de las turbulentas aguas de Linchonse, Greenwick y Wotting Dale. La primera división entiende en crímenes tan tremendos como los de la vagancia, caza furtiva e incendios de hierba. Los policías de la primera división, tienen la misión, con gran envidia de sus compañeros de la ciudad, de recoger el ganado extraviado. Se les conoce por "los rurales", "los patanes" y "la legión perdida". Pero cultivan sus huertecitos, algunos de no poca utilidad, y pueden sonreirse indulgentes de los compañeros que, envidiosos, se burlan de sus tareos bucólicas.

Soope había sido trasladado desde la Dirección General a aquel refugio, no porque sus superiores quisiesen darle una prueba de consideración por lo excelente de sus servicios, (fué uno de los cinco que hicieron fracasar el escalo ruso de Whitechapel), sino porque los tenía atragantados, Soope no respetaba a nadie, del comisario para abajo; no estaba de acuerdo con nadie. Discutía, disputaba, desafiaba, y lo que era peor casi siempre tenía razón. Y cuando conseguía demostrar la razón de su causa y el yerro de los jefes, contaba lo ocurrido unas veinte o treinta veces al día.

—Es más — prosiguió — si me pongo a interrogar al detenido, interrumpo mis estudios. Estoy estudiando con atención la criminología. De seguro que usted nunca oyó hablar de Lombroso ¿verdad? Pues amigo, nada sabe usted del cerebro de los criminales. Un cerebro ordinario pesa... Bien, no recuerdo...; pero el cerebro de un criminal pesa menos... Tráigame el cerebro de ese hombre y le diré si trata o no de forzar la entrada de Barley Stack. ¿Y qué me dice usted de la prensibilidad del pie?... ¿No sabe que el cinco por ciento de los criminales pueden agarrar cosas con los dedos del pie?... ¿Y que las cabezas oxycefálicas están de moda en el círculo de los criminales? ¿Esta usted desorientado? Nada más sencillo, toma usted una cinta de medir; consulta las estadísticas de vagabundos y observa la asimetría del criminal en cuestión. Siempre fué fácil pescarlos. Ahora es cosa de niños.

El subinspector Lattimer era lo suficiente discreto para no interrumpir a su superior hasta que diera señales de cansancio. Le pareció ahora momento oportuno para lanzar una observación.

—Pero, Soope, éste no es caso corriente. Según Sullivan, que así se apellida el vagabundo...

—Los vagos no tienen apellidos — interrumpió Soope. — Comienza usted mal joven. Los vagos se apodan "Mike", "Weary" y "Boxcar Billy" por ejemplo pero carecen de apellidos.

—Según Sullivan el hombre que le acompañaba no quiso dejarle entrar en la casa de Elson; no quiso tampoco que sacara dinero. Buscaba otra cosa...

—Acaso buscaba las escrituras de los bienes patrimoniales — exclamó Soope pensativo — Acaso la partida de nacimiento del legítimo heredero. No pudo ser también que el señor Elson, en América robara el rubí del ojo derecho del gran Hokan y aho-

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

ra le persiga el siniestro Injun, ansioso de vengarse? Asunto es éste, joven amigo, pintiparado para Cardew... Quizá lo pueda usted atrapar... Animo pues. Saldrá usted en los periódicos. Es usted hombre de pupila. Y cuando se aclare todo, se casará usted con la muchacha desgraciada a quien todos tenían por una simple fregona pero que, al cabo resulta ser la hija de un duque a quienes robaron los gitanos siendo niña ¡Animo!

Cap. II

ANA LA INESPERADA

El joven subinspector escuchaba con admirable paciencia

—Atrapé a Sullivan porque le vi durmiendo al aire libre la noche pasada. Solo por eso; pero acaba de confesar que había "tentado" la casa de Elson.

—¿Entonces tiene usted nota del aspecto de sus orejas? — refunfuñó Soope echando mano a la pluma.

—¿No ha reparado usted que los criminales y los paranoicos tienen las orejas en forma de pantalla? Lo trae el libro y el libro no puede mentir. El detectivismo no es lo que fué, subinspector. Para mí el detective moderno es un hombre sentado en un buen despacho con un microscopio en la mano y una mancha de sangre y otra de lodo londinense a la vista, y que luego de poner juntos esos tres elementos nos dice con exactitud sorprendente cómo las joyas fueron robadas por un zurdo que guiaba un Packard modelo 21, pintado de verde ¿tiene usted noticias de un individuo apellidado Ferraby?

—El señor Ferraby de la fiscalía de S. M.? — preguntó el subinspector, picado de curiosidad.

—Si, señor, le vi el día que estuvo aquí.

Soope movió la cabeza en señal de asentimiento. Las mandíbulas se le cerraron como una ratonera y luego mostró dos hileras de dientes. Sonreía.

—Ese no es un detective — dijo con énfasis — sólo se fija en simplezas. Si al hombre le llamasen para descubrir el misterio de la pérdida del reloj de pulsera del Rajá de Bong y averiguase que el gran Visir o Vizir, o como quiera que le digan, había empeñado el reloj, echaba mano sin vacilar del gran visir. Pero un detective de verdad jamás cometería semejante tontería. Deduciría con precisión que el reloj lo abollaron en una lucha sostenida con la joven y bella taquígrafa que, oculta detrás de una puerta secreta y amordazada, y atada, espera a que la fleten rumbo a un repulsivo y magnífico palacio, construido de lapislázuli. El viejo Cardew, si que es un detective. Ahí tiene usted un modelo para imitar, joven.

Y al acabar la frase, Soope señaló con el cortapluma en ademán impresionante, a su subordinado.

—Ese hombre estudia el crimen desde todos los puntos de vista. Es un psicólogo. Está enteradísimo de orejas, mandíbulas, y caras asimétricas, peso de cerebros etc. Posee en Barley Stack una biblioteca con copiosa documentación relativa al crimen.

A Soope, una vez que la emprendía con el aficionado excelente que era el señor Cardew, con dificultad se refrenaba. Así que el subinspector optó por callar respetuoso.

Al fin se atrevió.

—El asunto es, señor, si usted pudiese ver a Sullivan. Ha confesado de plano que estuvo en Hill Brow para cometer un escalo.

Quedósele Soope mirando fijamente, pero luego, ante la sorpresa de Lattimer accedió.

—Veré a ese Sullivan, — dijo.

El subinspector se levantó de un brinco, desapareció y al cabo de unos minutos volvió, acompañado de, un vagabundo de elevada estatura, antipático y, al parecer, azorado.

—Aquí lo tiene usted — informó el funcionario.

Soope soltó la pluma y miró al preso.

—¿Que es ese lío que nos cuentas de un vagabundo que no te dejó entrar en Hill Brow? — le preguntó a bocajarro. — ¡Ya que mientes, miente con arte, hombre!

—Digo la verdad, Soope — dijo el vago — Que me muera si no es cierto: por poco me mata el condenado cuando traté de abrir las ventanas. Eso que lo teníamos todo previsto; él mismo me había dicho donde guardaba la pasta el americano, que me muera si no es verdad.

—Los vagos nunca mueren — le atajó Soope — ¡Sullivan! Te conozco. Has estado tres veces en las comisarías de Londres por robo. Recuerdo tu nombre. Lucas Marcos Sullivan.

El señor Lucas Marcos Sullivan trató de defenderse, pero, antes de que hiciese protesta de su inocencia, Soope prosiguió.

—¿Que sabes de ese vagabundo?

Sullivan apenas sabía nada. Se encontró con el hombre en Dervonhire, y sabía de el lo que le dijeran otros señores del camino.

—Es un tipo sin pizca de malicia, Soope? cuanto siente lo dice. Va por los prados cantando a su gusto. No forma pandilla con nadie; habla de un modo extraño y conoce idiomas extranjeros.

Soope se sentó en la silla.

—Tú no puedes inventar eso. Te falta el peso de cerebro necesario ¿Qué sitios prefiere?

—Todos, pero se me figura que prefiere las proximidades del mar. He andado con él una semana. Solía preguntarme si me gustaban los barcos. Una vez me dijo que pensaba pasar unos días en el mar, y conoce que clase de embarcaciones no pueden hundirse. Está chiflado. Luego que decidimos entrar en la casa, ¿sabe usted con qué salió? Volvióse a mi gritando: "Largo, largo, (igual que a un perro) Tus manos no están bastante limpias para..." Es un chiflado.

El inspector contempló un buen rato al pobre diablo sin hablar palabra.

—Mientes como un pillo que eres, Sullivan — dijo al fin — No dices la verdad; lo veo en tus ojos. Enciérrele Lattimer; tenemos que verle ahorcado.

El señor Sullivan había sido devuelto al calabozo y el subinspector estaba ya en el postre de su almuerzo, pero todavía Soope permanecía inmóvil en su silla, mirando ceñudo el tintero, la pluma sin tinta en la mano. Al cabo, hizo una mueca, se sacó las zapatillas que usaba siempre en la oficina y gruñendo calzóse las viejas botas.

Lattimer terminaba de comer el pastel de manzana, cuando Soope se presentó en el cuarto de los agentes.

—¿Sabe usted algo acerca de Elson? — preguntó Soope — No se levante usted; siga con el postre.

—No, señor; sino que es un bruto que tiene mas dinero que pesa. Al parecer, es riquísimo.

—Eso es lo que yo también deduzco — dijo Soope — Cuando un hombre vive en una gran casa, tiene tres coches y veinte criados, yo echo mis cálculos y deduzco que es muy rico. Voy a visitarle.

Soope era dueño de una motocicleta extraordinaria. Guardaba la misma relación con una motocicleta corriente que una casa de pacotilla con un palacio Real. Invariablemente, por la primavera, Soope desmontaba la máquina pieza a pieza, y ante la mirada atónita de Lattimer volvía a armarla, de tal forma, que parecía otra. Acaso ésto no era sino una ilusión, debida a la manía que Soope tenía de cambiar de color el citado aparato. Un año era color verde vivo, otro encarnado. En cierta ocasión la pintó de blanco con retoques de azul celeste en los radios. Soope no podía pasar ante una pinturería sin sucumbir ante la tentación de comprar un nuevo esmalte. En una barraca, situada detrás de su casa se veían unos estantes, llenos de botes de pintura. Un año Soope, sugestionado por queire, empleó una docena de botes de colores para disfrazar su máquina; aquel año lo recordará siempre la policía de Londres.

No obstante, la "moto" servía. Los dos cilindros desarrollaban energías tremendas, por obra de milagro, quizá; el guía, plateado en otro tiempo aparecía bajo una capa especísima de pintura; el asiento se mantenía en su sitio, sujeto por cuerdas y las llantas mostraban tanto remiendo que hasta el niño menos observador averiguaba al examinar las huellas de la carretera, no solo que Soope había pasado, sino la dirección en que lo hiciera. Pero el aparato andaba.

Taf... ta... taf... subió Deulap Hill, bordeó la elevada cerca de Hill Brow y luego de desmontarse, empujó la puerta principal de la finca y entró bajo una avenida de olmos. Dejando la moto, apoyada contra un árbol, se encaminó despacio hacia la casa, por unas anchas gradas y paróse a la entrada.

El vestíbulo estaba desierto, pero Soope oyó voces: de mujer una, de hombre la otra. La conversación procedía de la pieza inmediata. Vió una puerta entornada y cuatro dedos gruesos que la sujetaban por el borde, como si alguien se hubiese detenido al abrirla. Soope miró a un lado y a otro en busca de un timbre; lo vió a la entrada. Y ya iba a alcanzarlo, cuando...

—¡Boda o nada, Esteban! Demasiado tiempo vengo siendo engañada ¡Promesas, promesas!.. Estoy harta de ellas... ¿Dinero? ¿Para qué lo quiero? Soy tan rica como vosotros...

En aquel mismo instante se abrió la puerta y apareció la persona que hablaba; aunque la veía de espaldas, Soope la reconoció. Era Ana Shard la solterona, el ama de llaves de Barley Stack.

Soope contempló un momento la figura; luego sin ruído, hízose atrás, hacia un rincón; deslizóse suavemente por la balaustrada de la escalera y se colocó fuera del alcance de la vista. Nadie le vió. Para asegurarse mejor que su presencia había pasado inadvertida, Soope anduvo con la moto a rastras lo menos una milla.

Capítulo III

ABSUELTO

El Temple (1) en un día de principios de verano, de cielo azul, es un lugar amenísimo, propicio a un somnoliento reposo. Hay cornejas en el jardín, y las verdes hojas de los árboles traslucidas a la luz del sol, envían su sombra sobre las gastadas losas. Mientras la fuente hace un glu, glu, musical. Las adustas fachadas de los antiguos edificios amenazadoras a las finas nieblas de Febrero, toman cierta belleza, a tal punto que los atareados letrados de pelucas grises y largas togas negras, sienten la tentación de dejar sus quehaceres y echarse a ambular por diferentes y más gratos lugares que aquellos a que están obligados.

Jaime Ferraby, que callejeaba por pasatiempo desde Fleet Street, a su residencia de King's Bench Walk, detúvose ante la fuente para salvar de la destrucción un sombrero de muchacha; siguió luego adelante, silbando despacio, las manos en los bolsillos, la frente serena, alegre y bien parecido, con la despreocupación que dan los treinta años.

Llegóse a la pared de uno de los edificios, paróse otra vez a la entrada de su casa y recorrió con la vista, satisfecho, la cinta plateada del río que se divisaba desde aquel punto. Subió después las escaleras sombrías y parándose ante una puerta negra y gruesa, sacó del bolsillo una llave enorme que introdujo en la cerradura.

Iba a dar vuelta a la llave, cuando se abrió la puerta de enfrente; Jaime miró y envió una sonrisa a la muchacha que se erguía a la entrada.

---

(1) Lugar histórico de Londres, formado por varios edificios, y residencia, hoy de diversos colegios de abogados, donde éstos tienen sus despachos y oficinas.

—Buenos días, señorita Leigh — dijo efusivo.

—Buenos días, señor Ferraby.

La voz de la joven era muy suave y singularmente dulce. Fué la voz de Elfa Leigh lo que llevó a Ferraby a la antigua secretaría de Cardew. Así se lo confesaba Jaime.

Pues el hecho de que Elfa poseía una de esas figuras que suelen dibujar los artistas, pero que los hombres rara vez encuentran, y un talle precioso, a pesar de su delgadez, y unos ojos grises, un tanto separados y casi orientales por lo grandes y rasgados, nada tuvo que ver con el interés que él sintió desde un principio por la única persona empleada en la oficina del señor Gordon Cardew.

Las relaciones, que databan de un año, habían comenzado en el polvoriento descansillo de la escalera y lentamente, día, por día, habían ido progresando. No existía razón alguna para que el viejo Cardew (no pasaba de los cincuenta y ocho), pero una persona de cincuenta y ocho es vieja para los que tienen veinte, guardáse un despacho en King's Bench Walk, pues ya no era un miembro activo de su profesión. En otro tiempo la razón social de Cardew y Cardew gozó de una clientela sin par en todo Londres por la calidad y lo adinerada. Los Cardew fueron agentes de grandes negocios; fideicomisarios de propiedades vastísimas; representantes de sociedades poderosas; pero durante la guerra, el último Cardew se cansó de las responsabilidades del oficio y traspasó los clientes a uno de sus procuradores, de sólida competencia y formalidad. Cardew no podía haber seguido las tradiciones de la profesión, podía haber tomado un consocio, que conservase el nombre de una casa fundada hacía siglo y medio.

Prefirió abandonarlo todo y el triste y espacioso despacho de King's Bench Walk lo destinaba ahora a sus asuntos particulares. Pues el señor Gordon Cardew era persona de alguna fortuna.

—Habrá usted ganado ¿no? ¿el pobre hombre estará ya en la cárcel?

Hablaban desde sus puertas respectivas y las voces cruzaban el pasillo.

—Perdí — dijo Jaime con tranquilidad. — y el pobre hombre andará a estas horas por las tabernas bebiendo cerveza y riéndose de la ley que acaba de burlar.

Elfa se le quedó mirando:

—Lo siento... Es decir no siento, que al hombre lo hayan absuelto, sino que usted haya perdido. El señor Cardew afirmó que se probaría la culpabilidad ¿aportó nuevas pruebas la parte contraria?

Hablaba de la "parte contraria" en el mismo tono que un pasante se dirige a su abogado.

—La parte contraria no aportó nuevas pruebas — dijo Jaime meditando sus palabras; — a Sullivan lo absolvieron porque yo lo acusaba. La verdad, es, señorita Leigh, que tengo un cerebro de criminal y que mientras hablaba en contra del reo estaba pensando en favor suyo. Es la primera causa en que he actuado de acusador público y será la última. Al recoger el juez mi discurso, dijo, que lo manifestado por mí era la única defensa razonable del acusado. Sullivan debió ser condenado a un año de cárcel y no quedar absuelto para que robe patos por los caminos.

—¿Patos? Yo creía que se trataba de un escalo — dijo la niña confusa.

—Soy hombre al agua, señorita Leigh; tengo ideas de criminal redomado junto al aspecto grave de un predicador de la iglesia de Gales. De ahora en adelante me concretaré a ser un pasante anónimo en las oficinas de la fiscalía de Su Majestad.

Rióse la muchacha ante declaración tan solemne. En aquel momento se oyeron pasos firmes en la escalera, mirando hacia abajo, Jaime vió la cima del inmaculado sombrero de Cardew.

Una faz grave, compuesta; ojos que brillaban risueños bajo las hirsutas cejas. Una limpieza escrupulosa de atavío y una exactitud pedantesca de lenguaje: tal era el señor Cardew:

Llevaba el paraguas bajo el brazo, las manos a la espalda; la expresión de su cara era un tanto nublada. Mirando hacia arriba, vió al joven.

—Hola, Ferraby; el hombre salió absuelto, según me han dicho.

—Las malas noticias se saben pronto — contestó Jaime. — Sí, señor, el jefe está furioso.

—Y tiene por qué — dijo Cardew, el fantasma de una sonrisa en la aguda mirada. — Me encontré con Jebbing, el abogado del tesoro. Me habló... bueno, no le importe lo que habló. Nada me vá a mi con meterme a indisponer unos con otros a los miembros del Colegio de abogados. Buenos días, señorita Leigh. ¿Hay algo urgente? ¿No? Entre señor Ferraby.

Jaime siguió al abogado a la pieza de éste, muy bien amueblada. El señor Cardew cerró la puerta tras de sí, abrió una caja de cigarros y la alargó al joven.

—Usted no sirve para acusador — dijo con una sonrisa burlona. — No hay razón económica ni social para que usted siga ninguna profesión. Yo, en el caso de usted, no me afectaría gran cosa por lo ocurrido en la Audiencia. Lo siento por el señor Elson, que es vecino mío (se trata de un caballero, norteamericano, un tanto despótico, algo falto de urbanidad, pero buena persona, según opinan todos). Va a sufrir un disgusto.

Jaime hizo un gesto de desaliento.

—Merezco cualquier cosa — dijo abatido. — Mis simpatías están de parte de la Ley y el Orden y a fuer de profesional, me alegro cada vez que ahorcan a un bandido. En los estrados me devanaba los sesos por descubrir excusas para aquel bruto, excusas que yo mismo hubiera alegado, de estar en su puesto.

El señor Cardew desaprobó con una sonrisa.

—Cuando un acusador lanza dudas sobre el procedimiento de las huellas dactilares...

—¿Pero yo? — preguntó Jaime poniéndose encarnado — ¡Buena la he hecho!

—Así es — le contestó el otro con sequedad — ¿No bebe usted oporto por la mañana? — Y como Jaime rehusase, Cardew abrió un armario, sacó una botella vieja y polvorienta, limpió un vaso y lo llenó de un

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

líquido color ámbar. — Me interesa también Sullivan en otro sentido — dijo. — Como usted sabrá probablemente, soy en cierto modo un investigador en materia antropológica. Para decir a usted verdad, me agrada la idea de que hay en mi pasta de detective. Y cuando ve uno la clase de hombres que ocupan posiciones importantes en la policía, desearía uno que esta estuviese organizada en forma tal que aquellas personas de madura experiencia y saber hallasen oportunidades para ejercer sus aptitudes. Tenemos un hombre encargado de la inspección policíaca en el barrio en que vivo que es, sencillamente...

Le faltaron las palabras. Solo pudo encogerse de hombros y Jaime que conocía al inspector Minter, disimuló su contento. Se sabía en todas partes el desprecio profundo de Soope por los aficionados y principiantes; era la actitud de un buen operario para con un artista chambón. En cierta ocasión estuvo insultante (según el señor Cardew) discutiendo la antropología.

—"Eso es pueril" — había gruñido Soope, como oyera al señor Cardew afirmar lleno de melosidad, que la voz cascada y la mirada brillante y dura eran signos inseparables de determinado tipo de criminal.

El señor Cardew solía repetir que semejantes palabras constituían una grosería difícil de perdonar.

Preguntábase Jaime cual sería la causa de que Cardew le hubiera invitado a pasar a su despacho; era aquella la primera vez que Cardew lo hacía no obstante haber transcurrido cinco años desde que se conocían. Y que la invitación encerraba un significado especial, era evidente, dado el comportamiento del hombre. El cual daba muestras patentes de encontrarse disgustado y nervioso; iba con pasos vacilantes, de un extremo a otro de la estancia y se detenía aquí y allá, bien a colocar en su sitio algún papel del pupitre, bien a cambiar de sitio alguna silla.

—No dejé un momento de pensar en usted — dijo de pronto. — camino de Londres; y me preguntaba si debía o no consultarle ¿conoce usted a mi ama de llaves, Ana Shaw?

Jaime recordaba perfectamente, la cara huraña de dicha mujer que hablaba por monosílabos y que, a partir de una vez que él elogió a Soope, no ahorraba oportunidad de demostrarle su desagrado.

El señor Cardew le miraba fijamente.

—A usted no le hace gracia — afirmó — Le molestó la última vez que la vió ¿no es esto? Mi chauffeur que tiene algo de comadre, me contó que Ana había estado hasta grosera. Es desde luego, una mujer agresiva y dura, y en extremo cargante. Pero me conviene por varias razones: mi mujer recogió a Ana de un hospicio siendo Ana una niña. En realidad se crió en nuestra casa. Sin que yo trate de humillarla, podía compararla al mastín que ataca a todo el mundo, menos al amo.

Metió la mano en un bolsillo, sacó una cartera de cuero, la abrió y mostró unos papeles. Uno de ellos lo extendió sobre la mesa.

—Quiero confiarme a usted — dijo echando una mirada a la puerta para cerciorarse de que estaba bien cerrada. — Lea esto.

Era una hoja de papel corriente. No llevaba dirección ni fecha. Estaba escrita a mano, con letra que imitaba la de imprenta. Decía así:

"La he prevenido dos veces. Esta es la última. Me ha arrojado usted a la desesperación".

Firmaba: "Pie Grande".

—"Pie Grande". ¿Quién es "Pie Grande"? — preguntó Jaime releyendo la nota. — El ama de usted ha sido amenazada... ¿Le entregó a usted ella misma el papel?

El señor Cardew negó con la cabeza.

—No, vino a mis manos de un modo singular. Cada primero de mes, Ana me entrega las cuentas de los gastos de la casa, las deja en la mesa de mi despacho y luego yo extiendo los cheques necesarios. Ana acostumbra meter las facturas en los bolsillos y en un cabás y a sacarlas al azar, de cualquier modo. En esto es lo contrario del orden. La nota estaba entre los pliegues de una factura de comestibles. Debió de extraerla del cabás a toda prisa, sin advertir que me daba un documento privado.

—¿Y le ha hablado usted de esto?

El señor Cardew funció las cejas.

—No balbuceó — no. Le he indicado de un modo indirecto que si alguna vez tenía alguna cuita debía acudir a mi; pero me ha contestado con un bufido (no hay otra palabra): con un bufido. Ha estado impertinente, por no darle otro nombre. Odio las caras nuevas — continuó — y sentiría perder a Ana. Si ella hubiese adoptado otra actitud, la habría enterado del hallazgo. Pero ahora, a decir verdad, me disgusta hablarle del asunto. Tuvimos en cierta ocasión una desavenencia muy seria por una burla estúpida que me hizo. La próxima riña pondrá fin a nuestra amistad. ¿De quien imagina que pueda ser el anónimo?

—De cualquier chantagista — insinuó Jaime. — Está escrito con la mano izquierda para disfrazar la letra. Yo creo que usted debía llamar a Ana para que explicase.

—¿Llamar a Ana? — repitió el señor Cardew en tono de alarma. — No me atrevo. No lo único que puedo hacer es estar con los ojos abiertos y en la primera coyuntura que la vea de humor accesible (dos veces al año lo más) abordar el tema...

—¿Por qué no consulta con la policía? — preguntó Jaime.

Al señor Cardew le molestó la indicación.

—¿A Minter? — dijo con aspereza. — ¿A ese policía tosco y sin imaginación? No, querido, no. Si hay aquí algún misterio creo que yo me sobro para llegar a sus profundidades. Y desde luego hay un misterio en torno de ésta carta o sobre ésta carta.

Miró a la puerta detrás de la cual trabajaba la inocente secretaria y bajó la voz.

—Como usted sabe tengo una modesta casita de recreo en la playa de Paysey Bay. Servía de puesto del carabinero de la costa. La compré por nada durante la guerra y en ella he pasado horas muy gratas. Voy a ella raramente y acostumbro a cederla a los criados. Mi secretaria, la señorita Leigh la disfrutó durante una semana el año pasado con unas amigas. Esta mañana, Ana vino a mi y me preguntó si podía disponer de la casita desde el sábado al lunes. No había estado

en ella hace muchos años; odia el sitio, según me dijo, hará no más de una semana. Y yo me pregunto si ese repentino viaje a la costa no tendrá que ver con el anónimo.

—Haga usted que vigile a Ana — indicó Jaime —, un detective... particular.

—Pensé en ello — replicó Cardew pensativo. — Pero soy yo el obligado a vigilarla. Recuerde usted que la tengo a mi servicio desde hace veinte años. Aunque me disgusta todo esto, le he dado permiso. Ana suele pasar sus ocios guiando un Ford viejo por las carreteras (la enseñó a conducir mi chauffeur) así que, en realidad, no necesita cambiar de aires. La pago bien; tiene ahorros sobrados para irse al hotel: no hay razón, pues, para que quiera marchar a Pawsey a no ser naturalmente, que trate de verse con el misterioso "Pie Grande". Sabe usted que en ocasiones creo que está un poco... — y Cardew se golpeó la frente.

Ferraby se preguntaba las razones por las cuales había sido consultado. Las supo ahora:

—Voy a dar una modesta comida en Barley Stack el viernes próximo. Necesito que venga usted y que use bien, lo entiende, de los ojos... Cuatro valen más que dos y usted puede observar algo que a mi se me escape.

Se ocupaba Jaime de buscar una disculpa para excusarse, cuando Cardew prosiguió:

—¿No quiere verse reunido en sociedad con la señorita Leigh? Ella vendrá a catalogar una colección de libros que adquirí el otro día. Una serie completa de las obras de Montenazza...

—Gustosísimo — exclamó Jaime Ferraby con entusiasmo.

—¿Conoce usted al señor Elson? Jaime Ferraby, por conocerle de sobra quisiera no haberle conocido. Elson fué el testigo principal (y molesto) del proceso de Lucas Marcos Sullivan, y tomó la absolución como una ofensa personal.

Jaime sentía antipatía contra Elson por varios motivos, no siendo el menor de ellos, la admiración insolente del americano por Elfa Leigh. Insolente desde el punto de vista de Jaime y según esperaba éste, desde el de Elfa también. Y no lo que la muchacha significase nada en su vida, pensaba. Elfa, era sólo la vecinita de charla agradable; tenía una voz dulce, los ojos grises, separados y el color que se vé únicamente en los anuncios de los jabones preservadores de un buen cutis. Pero a Jaime (como se dijo a sí mismo) le interesaba de un modo desinteresado. Cierto que era encantadora, muy educada y, a decir verdad bastante bella. Pero el joven letrado, la admiraba a distancia, a una distancia amistosa y filosófica.

Mas, sea lo que fuese. Elfa era una dama y por lo tanto, igual socialmente, a cualquiera de los invitados del señor Cardew. Por eso Jaime Ferraby no gustaba de las fáciles confianzas que se permitía Esteban Elson. Ya el hecho de haber sido éste invitado lo consideró como motivo de indignación. El amo de la casa, no sería un gran

GANE $ 20.- POR DIA

Vendiendo corbatas finas a bajo precio. Hay corbatas para vender a $ 1, 1.50, 2.-2.50, 3.--, 3.50 y $ 4.-- c|u. con gran margen de ganancia. Pida detalles a la Fábrica CHARON. (Casa fundada en 1924)
SAENZ PEÑA 259 BUENOS AIRES

detective pero era sensible a ciertas impresiones y aprovechó la primera oportunidad para sacar de su ensimismamiento al joven.

—No me acordaba de que ya conocía usted a Elson — dijo — le invité a instancias de Ana. Lo siento. La verdad es que si el hombre vino a esta casa fué por indicación de Ana. Me recordó esta que no le habíamos convidado a comer desde hacía un año y he pensado que era ahora una ocasión excelente. No creo que le sufriría en un "tete a tete".

Jaime rió.

—No me molesta lo más mínimo — dijo — Aunque estuvo groserísimo conmigo a raiz del proceso ¿Qué ha sido en su vida? ¿Cómo vino a establecerse en Inglaterra?

Cardew movió la cabeza.

—Es esta una de las pequeñas averiguaciones que he de llevar a cabo algún día — dijo — Nada sé de él, sino que es muy rico.

Tendió la mirada por la estancia hacia donde el corpulento norteamericano sostenía una charla salpicada de chanzas con la muchacha.

—Parece que se entienden — dijo con reticencia — Supongo que sea por pertenecer ambos al mismo país.

—¿ Es norteamericana la señorita Leigh? — preguntó Jaime.

Cardew asintió.

—Sí, es norteamericana. Creí que lo sabía usted. El padre, muerto desgraciadamente durante la guerra, fué funcionario de Hacienda y al parecer vivió largo tiempo en Inglaterra, donde se educó Elfa. No le conocí, pero me consta que ocupó una buena posición. A la señorita Leigh me la recomendó el embajador de Norteamérica.

Jaime la observaba mientras hablaba Cardew. No sabía que un vestido tan sencillo realzáse de tal modo la belleza de una joven.

—Nunca imaginé que fuese norteamericana — se le ocurrió por todo comentario.

Pero si él había andado torpe en esto, en cambio su "bete noire" podía blasonar de haber averiguado desde el principio la nacionalidad de la muchacha.

—¿De nuevo Inglaterra, no? — preguntó Elson — Raro fuera que yo no adivinase que usted era yankee.

—De Vermont — respondió Elfa, nada a gusto de encontrarse con aquel compatriota.

Era colorado, de facciones ordinarias y esparcía de sí un olor a "whisky" y a taba-

co malo. Tenía abultada la mejilla y la nariz de porra.

—Soy de Middle West, — dijo con vanagloria — ¿Conoce usted St. Paul? Es un villorio precioso. Oiga, señorita ¿qué hace aquí ese abogado?

Miró a Jaime y habló lo bastante fuerte para que este le oyese. Jaime hubiera dado lo indecible por oir la respuesta.

—Al señor Ferraby lo consideran como uno de los mejores letrados de la Fiscalía de S. M. — dijo ella.

—¿De los mejores? — exclamó en tono de mofa. Luego, cambiando de tono: — ¿Fiscalía? ¿qué es eso?

Elfa se lo explicó.

—¡Ah sí! — dijo pensativo — Bueno, será un fiscal asombroso, pero sepa usted que cuando se vé ante un juez, el pobre no sabe ni jota.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted al señor Cardew? — preguntó Elfa ansiosa de llevar la conversación por derroteros más gratos.

Elson rascóse la mal afeitada barbilla.

—Es mi vecino... ¡Buen abogado! ¿no? La miraba con los párpados entornados.

—El señor Cardew esta retirado de la profesión — respondió ella.

Elson soltó la carcajada.

—Parece que es un hacha en el oficio de policía — dijo con sorna — Nunca ví que a una persona de sus años le diese por eso.

Los ojos admirativos no se apartaban del rostro de la joven, la cual, presa de repugnancia, se puso a mirar suplicante hacia donde Jaime se hallaba. Dióse éste cuenta y acudió a sacarla del trance.

Advirtieron, tanto la muchacha como Jaime, que el señor Cardew estaba inquieto y preocupado, a tal punto que parecía no acordarse de la causa de la visita de Jaime ni del suceso de Ana. Todo se le volvía consultar el reloj y lanzar miradas angustiosas a la puerta. Y cuando Ana Shard apareció, mas tiesa, mas sombría, más repulsiva que nunca, para anunciar con voz seca que la comida estaba servida, al abogado, lleno de miedo se le cayeron los lentes.

—Ten la bondad de esperar cinco minutos — rogó Cardew — El caso es, Ana, que he invitado a otro de nuestros conocidos, al inspector, que comerá también con nosotros.

Ella se dominó y no despegó los labios.

—Le he visto hoy; ha estado amabilísimo, se atrevió a manifestar Cardew para disculpar su atrevimiento. — En realidad no comprendo por qué no hablamos de ser amigos ¡Va! No sé a que te cuento estas cosas!...

Y se perdió en una confusión de sonidos inarticulados. De no ser divertido, hubiese resultado patético el espectáculo de la tiranía que pesaba sobre el amo de Barley Stack. Para Jaime no era nuevo, pues ya había advertido algo semejante en su visita anterior. Pero Elfa no salía de su asombro al ver a la mujer alejarse imperativa y respirando desaprobación por todos los poros de su cuerpo.

Cardew rascóse la barbilla inquieto.

—A Ana no le agrada nuestro amigo... y ello me fastidia, me fastidia lo indecible.

Y miraba suplicante a Ferraby como en demanda de apoyo.

—A pocas amas de gobierno — dijo Jaime con dulzura — les agrada que les alteren sus planes.

Transcurrieron cinco minutos desagradables y al cabo volvió Ana.

—¿Cuanto hay que esperar, señor Cardew? — chilló.

—Nada, Ana, vamos ya — respondió Cardew echando una ojeada al reloj, y con una expresión de alivio en el semblante — No creo que venga el inspector.

La muchacha se sentó a la mesa junto a Ferraby dejando al otro lado una silla vacante destinada al inspector Minter.

—Pobre señor Cardew — murmuró Jaime iba a hacer un gesto zumbón pero se contuvo al ver la cara de la mujer que tenía sentada enfrente de si. Ana miraba a la muchacha con un mirar tan hostil que Jaime se quedó un momento sin habla.

Al cabo, cuando ya el servicio de la sopa había sido retirado, se presentó Soope.

Soope nunca anduvo muy bien en cuestiones de vestimenta, y Jaime al verlo, tuvo la impresión de que el traje mal adaptado que el policía llevaba había pertenecido a algún difunto o a algún camarero de restaurant económico.

(Continuará)

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.
Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de **EL DIARIO— (EXTRACTO)**
Nombre y apellido . . . . .
. . . . .
Domicilio . . . . .
. . . . .
Localidad . . . . .
. . . . . F. C. . . . .

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

CON pacífico y soñador contento, el saltimbanqui sacó del bolsillo un cigarro de hoja grande y oscuro y le mordió la punta con sus dientes amarillos y sucios. Pero en seguida lo pensó mejor, guardó el cigarro, se levantó y fué a tomar un habano de calidad de una caja que tenía Hubert en un velador. Después de tomar el cigarro, ya iba a sentarse de nuevo, cuando, obedeciendo a una nueva idea, volvió hacia donde estaba la caja, tomó de un puñado cinco o seis cigarros más y se los echó al bolsillo haciendo un gesto como lamentando dejar algunos en la caja.

—¡No vendría mal, en este momento histórico, un buen trago de whisky! — dijo — Cuando se trata de negocios siempres es bueno hacerlo ante un vaso de alcohol.

El gesto de Hubert Mansell se hizo más sombrío. Ya sabía el significado que la palabra "negocios" tenía en labios del saltimbanqui. Ese significado era "chantage". Pero Trant no se iba a conformar esta vez con cinco o diez libras esterlinas: pretendía una suma de importancia.

Trant se expresó como si su pedido, — que pasaba de mil libras, — hubiera de ser el último, librando para siempre a Hubert de sus solicitudes de dinero. Pero Hubert pensaba de distinta manera. El chantagista volvería una y otra vez con sus exigencias y le amenazaría si no accedía a ellas. Aquel hombre le tenía en su poder y no dejaría de sacar todo el partido posible de su situación.

¡Si el preparado "accidente", cuando atropelló a Trant con su automóvil no hubiese fracasado! ¡Si fuese posible sellar para siempre los labios de aquel hombre!

Una vez quitado de enmedio el peligroso Trant no quedaría mas que Purvis en calidad de elemento de cuidado.

Por el momento no había que tener en cuenta a Purvis. Estaba todavía en el hospital, en calidad de preso. Probablemente ese hombre no sería peligroso hasta que saliera de la prisión, una vez cumplida su condena por robo con fractura, en casa de Hubert Mansell. Purvis pretendería vengarse, pero preferiría que la venganza le produjese dinero. Revelar el secreto no le produciría un solo penique; callarse le valdría tal vez dinero... Pero aun no era ocasión de tener miedo de Purvis. Cuando llegase la ocasión ya buscaría el modo de evitar que Purvis hablara.

Solo le faltaba suprimir a Trant para poder vivir en paz.

En el momento en que Hubert Mansell se entregaba a esas criminales reflexiones, se oyó retumbar un doble aldabonazo dado en la puerta de entrada. Como no había personal de servicio en la casa, — pues todas las criadas y los criados, excepción hecha de Bate, se habían retirado a raíz de la muerte del patrón, — y Bate se hallaba en Devon, Hubert tuvo que ir en persona a ver quien llamaba.

Era el mensajero del telégrafo con el despacho de Bate.

Por Bate habíase enterado Hubert del

secreto relacionado con el libro encuadernado en cordoban y con cierre metálico y Bate había tenido la idea de que él se apoderaría del secreto oculto en la casa de Lonemoor siempre que Hubert partiera con él lo que hallara.

—Algo hay allí. ¡Juraría que se trata de un oculto tesoro! ¡Ni más ni menos! — había dicho Bate.

Y de acuerdo con ese plan, el hombre salió a toda prisa para Lonemoor a fin de llegar antes que George Heriot.

Mientras leía el telegrama que le enteraba de los primeros resultados del viaje, Hubert olvidó su disgusto de antes. ¡Bate tenía prisionero a George Heriot! ¡Excelente noticia! George sería entregado a la policía. El hombre a quien odiaba por varios motivos y especialmente porque era preferido por Violet Desmond, sería juzgado por el crimen que no había cometido.

¡Y los dos fugitivos estaban en Lonemoor! ¡Uno de los dos era el hijo de John Heriot, el perdido heredero que, en caso de presentarse, le arruinaría! Saldría para Lonemoor al día siguiente.

Una idea cruzó de pronto su imaginación e hizo que una sonrisa mefistofélica y maligna apareciera en su rostro: Trant le acompañaría. Y en aquel sitio solitario, junto a la costa, podía acaecer el "accidente" que le librara para siempre de Rufus Trant.

Regresó a donde estaba el saltimbanqui sonriendo con toda la dulzona afabilidad de que era capaz.

—Mañana partiré para el condado de Devon y usted vendrá conmigo. Será un delicioso paseo para usted. Los dos muchachos que se le escaparon están allí, donde usted podrá tomar posesión de ellos. Supongo que tendrá ganas de tenerlos al alcance de su mano, sobre todo después del chapuzon del estanque del molino. — Al oir esto, Rufus Trant hizo un gesto y blandió el puño, amenazador. — Tengo que hacer ahora, pero del negocio a que usted se refería hablaremos durante el viaje. Puedo darlo por hecho. ¿Cuento con usted para el viaje?

Si Rufus hubiese podido sospechar la idea que ocultaba aquella sonriente figura de Hubert hubiera reflexionado un rato antes de consentir en acompañarle.

Seguía Hubert sonriente mientras se dirigía en su automóvil, hacia la población, después de haberse retirado el saltimbanqui llevándose unas cuantas libras. Lonemoor era un sitio de lo más solitario. Un bien preparado "accidente" sellaría para siempre los labios del "chantagista".

En la calle principal de la población se cruzó con Violet Desmond, que iba acompañada de su anciano padre. Pasaron fingiendo no verle, o sin verle tal vez.

—Tal vez procederías de otro modo, bella joven, si supieras que tu amado está en mi poder en Lonemoor! — díjose Huber Mansell apretando los dientes furioso por el desdén de la bellísima joven.

Cuando pasó por delante del hospital detuvo el automóvil y bajó a preguntar cómo seguía Purvis. Allí recibió Hubert Mansell una noticia alarmante.

Purvis, aprovechando unos momentos en que nadie vigilaba el cuarto donde acostumbraban a poner los enfermos presos, había salido por una ventana y se había escapado.

Hubert se quedó atónito, mirando asombrado a su informante.

—¡Esto sí que es asombroso! El hombre se estaba reponiendo muy rápidamente, pero no le hubiese creído jamás con fuerzas suficientes para semejante evasión, — díjole el cirujano — ¡Si se escapó sin mas ropa que el pyjama! Pero no le quepa duda: se le prenderá de nuevo.

Hubert manifestó fervorosamente que así lo deseaba, pero no lo creía pósible. La noticia había caído como una ducha sobre el entusiasmo causado por el telegrama de Bate. Probablemente Purvis se había escapado de acuerdo con gente de fuera y estaría bien escondido en Lanceford o tal vez muy lejos de Lanceford ya.

Hubert se encontraba de muy mal humor cuando regresó a su casa media hora después y para calmar los nervios se sirvió una abundante dosis de whisky y soda.

No le gustaba pensar en que Purvis se hallaba en libertad. ¡Purvis cuya amenaza, la noche en que él le hirió de un tiro, no se apartaba de la imaginación de Hubert! ¡Purvis en libertad! ¿Qué combinación pensaría aquel hombre para hacerle pagar lo mas cara posible su culpa?

¡Cuán vacío quedaba el espacioso caseron cuando ni siquiera Bate estaba en él para hacerle compañía: "¡Qué tontas las criadas que se marcharon dominadas por el miedo"! — dijose Hubert con impaciencia. Y sin embargo, él mismo sentíase dominado por un miedo contra el cual en vano pretendía reunir fuerzas y entereza. El repentino crugir de un mueble, cualquier pequeño ruído vulgar que interrumpía el aplastante silencio que reinaba en la casa, le hacía dar un respingo como si una bomba hubiese estallado junto a él.

Volvió a llenar el vaso de whisky, pero en el momento que se lo llevaba a los labios se detuvo y miró en derredor, tembloroso y pálido.

Sabía que estaba solo en la casa y, sin embargo, hubiera jurado que había oído ruído de pasos en la parte de fuera.

Le temblaba tanto la mano al poner el vaso en la mesa, que la bebida se derramó, en parte, sobre la bandeja. Durante un momento se quedó inmóvil, escuchando, tan pálido que hasta tenía blancos los labios. Después sacó un revólver del cajón de la mesa escritorio. Se dirigió lentamente hacia la puerta y la abrió de un tirón. En seguida retrocedió lanzando un grito.

—¡Usted!

El último hombre de todo el mundo en que hubiera pensado al preguntarse quien podía ser el nocturno visitante era el que estaba allí, ante él: ¡Purvis!

Pero Purvis no vestía la "pyjama" con que se había escapado del hospital. Estaba

vestido con un traje que Hubert reconoció al punto como de su propiedad. Purvis estaba pálido y parecía enfermo, pero en su rostro se notaba una extraña sonrisa y su gesto era enérgico cuando miró al hombre que en otra ocasión, había querido matarle.

—¡Sí, yo! ¡Deje ese revólver! — Antes de que pudiese prever aquel rápido movimiento, Purvis le quitó el revólver de la mano. — ¡Basta de crímenes! — agregó Purvis.

Aun cuando hablaba en tono natural, había tal fuego en sus ojos, tal amenaza contra el criminal que había pretendido quitarle la vida, que Hubert se sintió acoquinado.

—¡Oigame! ¡Es necesario que usted me ayude! ¡Y si trata de traicionarme!... Pero no creo que se atreva, — agregó con intención.

—Tiene usted que darme dinero y llevarme en su automóvil esta noche hasta un sitio en que esté fuera de peligro,, — agregó Purvis recalcando las palabras. — Y entonces...

Hizo el hombre una pausa. Un súbito arrebato de furor encendió su pálido rostro y sus ojos candentes se fijaron en el otro hombre que temblaba, dominado y vencido.

—¡Y entonces, — agregó Purvis lentamente, en voz baja pero intensa, — entonces comenzará usted, señor Hubert Mansell, comenzará a pagar su deuda!

EL HILO NEGRO

Durante una hora o más, los dos muchachos habían esperado en silencio y con los nervios en tensión. Cuando hablaban lo hacían en voz muy baja.

—¿Crees tú que vendrá, Jack?

Jack contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza. A la luz de la bujía se veía el rostro de Jack y su gesto de enérgica resolución. Dick sintió mayor confianza al ver la expresión de su compañero y amigo.

—Vendrá. Puedes tenerlo como enteramente seguro.

Hallábanse en la habitación de George Heriot. La puerta estaba abierta y por el hueco pasaba un hilo negro cuyo extremo tenía Jack en la mano.

El otro extremo del hilo seguía hasta la puerta de la biblioteca, situada en el piso inferior. Estaba atado a la manija de la puerta y después pasado en torno de un clavo puesto en el marco de la puerta, antes de dirigirse hacia el piso de arriba, a la puerta de aquel cuarto.

La puerta de la biblioteca, — la puerta por donde Bate tenía que pasar al entrar en la casa para ir en busca del libro encuadernado en cordoban — no podía ser abierta sin romper el débil hilo, y Jack, que tenía el extremo en la mano, sabría con exactitud el momento en que la puerta se abría.

—Esto es algo como pescar con caña, Dick, ¿no es verdad? ¡Me parece que no tardarán en picar!

Casi en el mismo momento en qu así hablaba Jack, sintió que el hilo se ponía tirante y luego aflojaba. Con gran animación en la mirada, el muchacho hizo una indicación a Dick El hilo, suelto, pendía de su mano. La puerta de la biblioteca se había abierto.

—¡Ya viene, Dick! ¡Ojo con la luz! ¿Tienes pronta la lámpara eléctrica?

Peter había levantado la cabeza, oyendo lo que los muchachos no podían oir todavía. Pero no gruñó. Sabía que no debía gruñir. Jack tenía la mano puesto en el collar del perro.

—¡Silencio, Peter!

Allí, en la oscuridad de la pieza, los dos muchachos esperaron, conteniendo el aliento. Oyeron el crujir de un escalón, el casi inoíble rumor de las cautelosas pisadas que se aproximaban. ¡El intruso se acercaba a la trampa que Jack había preparado para él!

Las pisadas llegaron al rellano de la escalera. Oyeron cómo se abría cautelosamente la puerta y entonces...

Cortando como una espada luminosa la oscuridad de la habitación, la luz de una poderosa linterna eléctrica fué a dar en el rostro del hombre que acababa de entrar, cegándolo por un momento.

Simultáneamente un lazo silbó en el aire y fué a caer en torno del intruso, iluminado por el disco de luz, — el manejo del lazo a corta distancia era uno de los más aplaudidos "trucs" de Jack en el circo. — y había ceñido a Bate apretándole los brazos contra el cuerpo, tal como lo hacen los cow-boys.

Jack tiró violentamente del lazo haciendo que el hombre avanzara unos pasos contra su voluntad y, dominado por la turbación que le causaba tal sorpesa, tropezara y cayera.

Antes de que el hombre pudiese pensar en pelear y defenderse, se encontró atado y envuelto en el lazo como un embutido, en completa imposibilidad de defenderse.

¡El pez había sido pescado!

—¡Ya le tenemos en nuestro poder, carísimo Bate! — exclamó Jack muy contento. — El primer acto se ha representado con todo éxito.

EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

—¡Le pescamos, amigo mío! — exclamó Jack triunfante.

El rostro de Bate, iluminado por el círculo de luz de la linterna eléctrica de Dick era digno de verse.

El ataque había sido tan súbito y tan inesperado que la soga se había apretado en torno de su cuerpo, ciñéndole al mismo tiempo los brazos, antes de que el hombre comenzara a percatarse de lo que le pasaba.

Y se hallaba por completo a merced de sus captores, con lo restante de la soga envuelta en torno de su cuerpo.

Bate pretendió hacer que se reía de los muchachos, amenazó, suplicó, juró, pasando de la suavidad al furor sucesivamente. Jack escuchaba con toda tranquilidad y sin

impresionarse, las súplicas y las amenazas de su prisionero.

—Si todo eso que dice le alivia un poco el sistema nervioso, siga usted, estimado amigo, — dijo Jack con sorna. — Pero cuando usted haya terminado de hablar, hablaré yo, pues tengo algo que decirle... Una breve conversación íntima, ¿eh, Bate? ¡No se esperaba esto seguramente! ¡Hola! ¡Eso no!

Las últimas palabras demostraron que Jack no dejaba de observar todos los movimientos del prisionero.

Aun cuando Bate tenía los brazos apretados contra el cuerpo por la soga, las manos y las muñecas estaban sueltas. Por medio de un difícil movimiento y mediante un gran esfuerzo, el hombre había logrado llevar la mano derecha hasta el bolsillo trasero del pantalon. El bulto que se veía en el bolsillo denunciaba la intención del individuo. Allí tenía el revólver Pero Jack se lo quitó antes de que pudiera sacarlo.

Bate, fuera de sí, furioso, dirigió un salvaje puntapié al muchacho, pero Jack saltó hacia un lado y lo evitó.

—Haga usted el favor de no buscar disgustos, querido Bate o encargo a mi perrito que se ocupe de usted y crea que le saldría mal la cuenta, — díjole Jack con tranquilidad pero con entereza. — Usted no puede imaginarse lo convincentes que son los argumentos de Peter en cualquier discusión.

Peter miraba a Bate fijamente. Le parecía reconocer en aquel hombre a un viejo enemigo. Gruñía amenazador y mostraba sus blancos y afilados colmillos. Dick, sujetándole por el collar, había evitado que Peter diera algunas dentelladas a las pantorrillas de Bate.

Jack procedió a revisar los bolsillos de Bate. No encontró ninguna arma, pero en uno de los bolsillos halló una hoja de amarillento papel en la que estaba trazado un plano muy nítidamente ejecutado. Algunas palabras escritas al pie explicaron a Jack de lo que se trataba.

Una exclamación de contento brotó entonces de sus labios.

—¡Pero si este es el plano de unos pasadizos subterráneos que hay debajo de esta casa! Con seguridad se apoderó usted de este papel sacándolo del libro encuadernado en cordobán si es que no se lo quitó a Martín, al hombre a quien trató de matar. ¿No es cierto?

Bate, muy pálido y con el ceño fruncido, se estremeció al oír la acusación.

—¡Eso es mentira! ¡Yo no ataqué a Martín! — gritó con mal fingida indignación.

Jack se rió escépticamente.

—Pues el hombre a quien yo vi golpeando a Martín era muy parecido a usted, parecidísimo. A tal punto que juraría que fué usted a menos que no fuera su hermano mellizo.

—¡Eso es mentira también! Ustedes estaban demasiado lejos de la cruz de piedra para...

Bate calló de pronto; pero Jack se precipitó ante la involuntaria confesión como un perro hambriento hacia el hueso que se le arroja.

—¿Cómo sabe usted a la distancia que estábamos si no era usted el que le pegaba a Martín? — exclamó. — ¡Fué usted! ¡Lo ha declarado involuntariamente! Aun cuando hirió de gravedad al pobre Martín el hombre va mejorando rápidamente y no tardará en poder declarar contra usted. Y yo también tendré algo que contar... algo de cómo intentó usted matarme anoche, arrojándome una enorme piedra desde lo alto de la vieja torre. Todo se pondrá en claro, estimado amigo, y de fijo no se libra usted de unos cinco años, lo ménos, de presidio.

El prisionero no replicó. Quizás se daba cuenta de lo inútil que sería negar. Además los dientes de Peter estaban mas cerca de sus pantorrillas de lo que él hubiera querido.

—Ahora, lo que va usted a hacer primero que todo es acompañarnos al sitio donde se encuentra el señor Heriot.

—¡Yo no sé donde está! — mintió en seguida Bate.

—Piénselo un poco más, amigo Bate, piénselo porque le conviene. No crea que va a mentir y quedarse tan tranquilo donde está. Usted va a acompañarnos, va a abrir la puerta secreta de la biblioteca y a llevarnos al lugar donde está el señor Heriot. ¡Pero pronto! ¡Vamos!

Bate bajó, ceñudo, la cabeza y no contestó.

—¡Muy bien! Ya que no quiere portarse como un hombre y convencerse de que está vencido y le conviene hacernos caso, daremos entrada en la discusión a nuestro cuadrúpedo compañero, — dijo Jack con resignación. — Dick, deja que Peter le diga algunas palabras al oído.

Peter, suelto, avanzó y Bate dió un respingo como rebote de pelota de goma. Jack no dejó que el perro le tocara pero las mandíbulas de Peter se cerraron, — dando una imaginaria y terrible dentellada, — a dos pulgadas de la pierna de Bate. La cara de Bate tenía una palidez cadavérica.

—¡Me doy por vencido! — dijo con voz sombría, entre dientes.

—Eso es lo único sensato que ha dicho esta noche, — comentó Jack. — ¡En marcha, pues! ¡Y que no se le olvide que nuestro estimado compañero Peter le sigue de muy cerca.

La curiosa procesión salió del cuarto al pasillo, llegó al rellano, descendió por la escalera. En aquel momento un reloj que había en el hall dió las doce. Jack iba delante con su prisionero, alumbrando el camino con la linterna eléctrica.

En la oscura biblioteca encontraron abierta la puerta secreta. La puerta, cómo Jack lo había supuesto, estaba formada por todo un cuerpo de estantería cargada de libros

que avanzaba y se abría luego, jirando sobre sólidos goznes.

Se comprendía como se había apoderado Bate del secreto. El modo de abrir la puerta secreta estaba explicado en el plano de que se había apoderado o sacándolo del libro encuadernado en cordoban o robándoselo a Martín.

Jack pasó tras de Bate por el hueco de la puerta secreta descendió por una escalera tan estrecha que tuvieron que pasar de a uno. Aquella escalera debía estar construída dentro del espesor de las macizas paredes de aquella vieja y extraña casa. El lugar a donde conducía aquel tramo de escalera estaba en la mayor oscuridad.

Una ráfaga de aire fresco les azotó el rostro, se oyeron lejanos rumores del mar acrecentados por el retumbar en la concavidad de sucesivas cavernas y galerías que hacían de la angosta roca donde se asentaba la vieja casa y las ruinas del antiguo castillo, algo así como un panal de oquedades de caprichosa irregularidad.

Jack contó doce escalones, luego uno roto y después media docena mas de peldaños bastante estropeados le llevaron a la entrada de un tenebroso túnel de altura apenas suficiente para que pasara por él un hombre de mediana estatura sin encogerse.

Este pasaje, cuyas paredes laterales, según lo dejaba ver a medida que avanzaban, la luz de la lámpara eléctrica, eran de roca viva, descendía en rápida cuesta abajo. De vez en cuando tropezaron con montones de escombros y de piedras, caídas éstas del techo del túnel.

Al cabo de un rato de andar, pudieron darse cuenta de que el túnel se ensanchaba de manera extraordinaria; se hallaban en una concavidad que debía ser una cueva natural. Después de ella continuaba el túnel, siempre cuesta abajo mientras algo que parecía como otro conducto diferente, tenía su comienzo en uno de los ángulos laterales de la cueva y proseguía en sentido ascendente.

Jack se detuvo y estudió un momento el plano.

—Así que este segundo túnel conduce a la salida que queda del lado de las ruinas ¿no es así, Bate?

Bate, sombrío y cejijunto, no contestó absolutamente nada.

Aquella costa había sido guarida de contrabandistas en otros tiempos, allá por los siglos XVII y XVIII, — y sin duda aquellas ramificaciones subterráneas habían sido empleadas entonces para ese ilícito comercio. Probablemente el entonces dueño de la casa tenía parte en el negocio, si no era el único dueño del mismo.

¿Hallábase el secreto de que había hablado John Heriot escondido en aquellos subterráneos?

La pálida cara de Bate expresaba la mayor decepción, la intensa amargura de la derrota. Una y otra vez, no obstante, su mirada se fijó en Jack con expresiva malignidad. Pero estaba vencido y sabía que estaba vencido,, enteramente vencido.

—¡Siga adelante, Bate, y no se le ocurra jugar sucio porque le puede costar caro! — aconsejó Jack cuya voz retumbaba de manera extraña en aquellas cavernas. — ¡No quiera tener una entrevista decisiva con Peter!

Casi en el mismo momento en que Jack pronunciaba esas palabras, una voz, procedente de un sitio cercano, a poca distancia adelande de donde se hallaban, llegó hasta sus oídos, intensificada por el retumbar de las pétreas concavidades. Aquella vez solo había dicho una palabra:

—¡Jack!

—¡Es el señor George! — exclamó Jack que, muy nervioso y excitado, corrió hacia el sitio de donde llegaba la voz.

—¡Jack! — volvió a oírse.

El muchacho dirigió la luz de su linterna eléctrica hacia adelante y volvió un recodo del túnel al cabo del cual la galería se ensanchaba, formando una nueva sala de piso, paredes y abovedado techo de roca. Los rayos luminosos de la lámpara permitieron ver a George Heriot, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de piedra y atado de pies y manos.

—¡Señor George! — exclamó Jack con voz entrecortada por un sollozo de conmiseración al ver el rostro pálido y desencajado de George. — ¡Gracias a Dios que nos ha permitido encontrarle! ¿Se siente usted bien?

Sacó del bolsillo su afilada navaja y cortó con ellas las cuerdas que ataban a su amigo. Después tomó la mano de George Heriot y la estrechó efusivamente, tratando de darle ánimos.

—¿Cuánto tiempo he estad aquí, Jack? ¡Me parece haber pasado semanas enteras en este horrible sitio donde siempre es de noche! Pero ya sabía yo que fuera como fuera, ustedes me encontrarían, pues no descansarían hasta haberme encontrado. Y esa idea me reanimaba cada vez que decaía mi espíritu, Jack.

George se puso de pie con esfuerzo. Pero en los primeros momentos, como estaba tan débil, no pdía tenerse en pie sin que Jack le sirviera de apoyo. Dick y Peter habían acudido rápidamente.

—¡Venga usted aquí, Bate, que tengamos el gusto de verle! — gritó Jack irónicamente.

Porque Bate, poco deseoso de encontrarse con el hombre a quien había maltratado n traición, se había quedado atrás, envuelto en las sombras.

Cuando oyó las palabras de Jack avanzó, aproximándose con lentitud. George le miró fijamente.

—Parece que su combinación no ha tenido el desenlace que usted esperaba, Bate, ¿no es cierto? — dijo George. — Siento ahora que mi carácter y mi modo de pensar no me permitan castigarle a usted, materialmente y tal como se lo merece por el ataque

traicionero e infame de que me hizo víctima. Pero no se librará usted del castigo, Bate, pues a su tiempo llevará su merecido, — agregó George con intención.

—¡Por el momento va usted a saborear una dosis de su propia medicina! — exclamó Jack.

Un estremecimiento de indignación sacudió el cuerpo del muchacho al pensar la tortura que aquel hombre había hecho sufrir injusta e innecesariamente, a su amigo durante las últimas veinticuatro horas. Le bastaba mirar el rostro de George Heriot para convencerse de la desesperada situación en que le había tenido aquel encierro en la oscuridad y la soledad de aquellas horrendas cavernas.

La cueva donde estaban se encontraba casi al nivel de la superficie del mar durante la marea alta. Mientras estaba allí, tendido, en la oscuridad, George había sufrido la tortura de oír el rugido, que llegaba por el túnel, de las olas que se aproximaban mas y más; había esperado, lleno de angustia, el momento en que la marea inundara la cueva y le arrastrara en sus espumosos remolinos...

Bate retrocedió al oír las palabras de Jack

—Pero... pero ustedes... no... no van a dejarme aquí, — gritó balbuceando aterrorizado

—¡Pues eso es precisamente lo que vamos a hacer! — replicó Jack con energía. — Es necesario que pruebe usted el gusto que tiene la medicina que hizo tomar a la fuerza a nuestro amigo.

Bate demostró ser un perfecto cobarde. El que se había reído ante George cuando lo dejó prisionero la noche pasada, el que le había atado a traición, desmayándole de un golpe dado por la espalda, temblaba en aquel momento al verse ante la posibilidad de un trance parecido.

Gritó, sollozó, pidió perdón y misericordia arrodillándose ante Jack; suplicó a George que interviniese en su favor. La víctima le miró con desprecio al verle tan cobarde...

—¡Así que usted ni siquiera es capaz de hacer frente a los malos momentos con la entereza de un hombre! — dijo Jack asqueado. — Usted telegrafió a Hubert Mansell comunicándole que tenía enjaulado al señor Heriot ¿no es verdad? Pues me parece que Hubert tendrá que buscar un rato, mañana, antes de encontrarle a usted, se lo aseguro.

Dejaron al hombre atado de pies y manos, en el mismo sitio donde él había dejado a su víctima.

Y los dos muchachos, sosteniendo a George, que aun no podía caminar con seguridad y aplomo, volvieron a la casa, seguidos del fiel Peter, que tan útil habíales sido en aquella terrible emergencia.

UNA SORPRESA

Eran las dos de la tarde del siguiente día cuando llegó un telegrama dirigido a George.

Jack recibió el despacho y se preguntó si sería prudente o no despertar a su amigo y protector.

Cuando, una hora antes, había entrado, de puntillas, en el dormitorio de George Heriot éste se hallaba durmiendo profundamente, reponiendo con el descanso las fuerzas perdidas. Volvió Jack al dormitorio y antes de entrar oyó la voz de su amigo que le llamaba. El muchacho abrió rápidamente la puerta y entró.

—¿Se siente usted mejor? — preguntó sonriente pero preocupado aun por la salud de George.

—¡Me siento muy bien! — dijo George mirando el reloj que había en la mesilla de noche. — ¡Pero si he dormido casi doce horas seguidas! He descansado admirablemente. Me siento otro hombre. ¡Y tengo un apetito!... Dile a la señora Grew que prepare un almuerzo como para seis, pues siento el apetito sextuplicado, — agregó alegremente. — ¿Qué es eso? ¿Un telegrama? Creo que fué al aldabonazo que dió el mensajero en la puerta lo que me despertó, — dijo tendiendo la mano para tomar el despacho.

El telegrama era de Vi Desmond.

George había escrito una carta a Vi durante el viaje en tren y en ella le daba las señas de la casa de Lonemoor. Su rostro expresó grande alegría cuando leyó el telegrama, que decía así:

"Papá y yo vamos en automóvil para Lonemoor. Esperamos llegar por la tarde, antes de anochecer. — Vi".

El despacho había sido expedido desde la oficina de una población por donde habían pasado.

—¡Pero si va a llegar dentro de una hora! ¿Qué te parece, Jack? ¿No te alegra la noticia?

—No es eso, señor. ¡Claro está que me gusta que venga la señorita Vi! Pero estoy molesto por otras causas, esta es la verdad. Yo no le dije a usted nada anoche porque le vi muy abatido, pero Hubert Mansell también viene a Lonemoor y también llegará hoy.

Y Jack puso a George al corriente del telegrama que Dick había visto, por pura casualidad, el día anterior.

—¡Hubert Mansell en Lonemoor! ¡Esto complicaba la situación con una venganza preparada, sin duda, por el pillo! George frunció el ceño. Al dejar preso a Bate no habían suprimido todo el peligro. Hubert Mansell avisaría a la policía diciendo que George Heriot, el buscado como autor del crimen de Lanceford dejaría de ser el escondite seguro que George se imaginara. Era necesario desaparecer de allí lo antes posible.

—Esto se pone malo, Jack. Estoy temiendo que tendremos que reanudar nuestros viajes a salto de mata, — dijo George con amargura.

Y no solo no le sería posible resolver el secreto que había sido el propósito del testamento del tío, sino que tendría que dejar

a sus enemigos dueños del campo donde debía buscársele.

La idea de que se trataba de alguna cuantiosa fortuna oculta en aquella vieja casa, tal vez de algún valiosísimo tesoro, había sido lo que había hecho que, primero Bate y ahora Hubert Mansell, acudieran a Lonemoor. Era muy triste para George pensar que tendría que abandonarlo todo dejando que los pillos se apoderaran, robándolo, del "secreto" del extinto John Heriot.

Pero era inútil protestar contra las circunstancias. El peligro habíase anunciado a tiempo. Quedarse significaba caer George en poder de la policía y los dos muchachos bajo la garra de Rufus Trant.

—Hay un punto que nos favorece, — dijo George, — el tener preso a Bate. Hasta que haya visto a Bate, Hubert no me denunciará a la policía. Tienen muchísimos deseos de dar con el secreto y creen, sin duda, que yo poseo todos los datos o por lo menos no suponen que se tan poco, a ese respecto, como ellos mismos. Ayer, Bate, me amenazó para que yo le dijera lo que cree que yo se. Mi primo querrá ver a Bate antes de decidirse si me denuncia a la policía o no.

Parecía que Bate constituía un importante rehen que, al menos, les permitiría cubrir su retirada.

—No creo que Hubert haya llegado ya a la aldea. Y cuando llegue a esta casa se encontrará desorientado al no ver a Bate e ignorar que ha sido de él.

Resolvieron que convenía sacar a Bate de la caverna y tenerlo custodiado en la casa a fin de evitar que Hubert — que podía conocer el plano del laberinto subterráneo, — fuera allí en busca de su prisionero.

—Lo encerraremos en una habitación del piso alto. Partiremos y después avisaremos por telégrafo a la señora Grew, cuando ya nos encontremos en sitio seguro, dándole orden de que lo ponga en libertad, — dijo George.

—No hace falta que descienda usted a la caverna, señor, — dijo Jack. — Dick, Peter y yo somos suficientes para evitar cualquier desmán de Bate. A usted le conviene, mientras tanto, satisfacer su apetito atrasado y esperar la llegada de la señorita Vi. Lo único que siento es que el pícaro no habrá estado en la caverna por lo menos igual número de horas que estuvo usted.

De acuerdo con lo decidido, los dos muchachos y Peter pasaron por la puerta secreta de la biblioteca y descendieron por la escalera y los túneles hacia la caverna donde doce horas antes habían dejado a su prisionero.

El rugir del mar resonaba en sus oídos más y más potente a medida que se acercaban a la última de las cuevas.

Recorrieron a toda prisa el último trozo de tunel, el que desembocaba en la cueva y se detuvieron de pronto, presa del mayor asombro.

Tirada en el suelo estaba la cuerda con que habían atado al hombre. Pero de la persona de Bate no había ni rastros.

¡Su prisionero se había evadido!

LA PRIMERA TENTATIVA CONTRA RUFUS TRANT

Jack, estupefacto, se quedó un momento inmóvil y en silencio.

—¡Esto sí que no me lo esperaba yo! — exclamó después.

Aquel descubrimiento subvertía todos los planes y acrecentaba, haciéndolo más inmediato, el peligro que corría George Heriot.

—¡Es necesario regresar inmediatamente y dar cuenta de lo que pasa al señor George! — exclamó consternado.

Después de haberse escapado Bate de modo tan inexplicable no tendría nada de raro que la policía se presentara repentinamente en Lonemoor a detener al perseguido.

Los dos muchachos corrieron hacia la puerta de salida.

Habían llegado a la caverna de la que partía el segundo tunel, en sentido ascendente cuando Jack se detuvo de pronto.

—¡Escucha!

Peter levantó las orejas. Cautelosa y rápidamente el muchacho tomó al perro por el cuello indicándole que no hiciera ruido. Un gruñido del perro en aquellas galerías que acrecentaban todos los sonidos hubiese denunciado al punto su presencia.

Por ese segundo pasaje, de algún punto situado más arriba de donde ellos estaban, había llegado a sus oídos, muy tenuemente, apenas perceptible entre el fragoroso rugir del mar, una risotada y el ruido de una piedra que caía

—¡Bate!

¿Se había escapado Bate realmente?

Jack observaba el plano de los túneles del subterráneo laberinto. El tunel de donde había procedido la risa era el que conducía a una salida que había entre las ruinas del castillo.

—Tenemos que observar lo que hace Bate. — dijo Jack en voz baja, muy nervioso.

Sin hacer ruido ninguno se deslizaron por el para ellos hasta entonces inexplorado pasaje. Se hallaron ante una bifurcación. Uno de los dos túneles en que se dividía el primero seguía horizontal, — según el plano lo mostraba, — hasta la pared del arrecife. Siguieron por el otro que se extendía en empinada cuesta arriba hasta llegar a un tramo de escalera. En lo alto de esta escalera los muchachos se encontraron en una serie de criptas, muy bajas de techo. Eran, seguramente, los sótanos del ruinoso castillo.

—Aquí estamos ¿ves? — dijo Jack a Dick, mostrándole el plano. — Esta es la salida que está en el dibujo. La salida se halla en lo alto de esta escalera. — Y Jack indicó una piedra del techo de la cripta. — Pero debe haber, además, otra salida porque ¿ves? por allí en la cripta que sigue, entra un rayito de sol.

Pasaron a la siguiente cripta y vieron en lo alto, entre montones de mampostería caída y deshecha, una abertura en la que daba la luz del sol.

—Por ahí fué por donde entró Peter ayer y encontró al señor George, seguramente, — dijo Jack, siempre en voz muy baja.

Subió a un montón de escombros y miró

un momento por el hueco. Después volvió a donde había quedado Dick.

—No dejes que Peter haga ruido ninguno. Allí están los tres compinches, Bate, Heriot y el saltimbanqui.

Jack subió de nuevo hasta la abertura para atisbar los movimientos de los tres hombres desde su observatorio. Hubert Mansell y Bate estaban de pie conversando, junto a la ruinosa puerta que quedaba en lo alto de la escalera recta que, desde el último desprendimiento de tierra, había quedado interrumpida en la orilla del arrecife. El saltimbanqui había entrado en la torre.

La abertura era suficiente para que Jack pudiera sacar la cabeza por ella. Los dos hombres no podían verla porque había delante unas piedras y un montón de enredaderas que lo impedían. Pero el muchacho podía ver con toda claridad a sus dos enemigos sin temor ninguno de que pudiesen verle.

Evidentemente Bate había conseguido desatarse y salir hacia tiempo y había esperado la llegada de Hubert Mansell en sitio convenido de antemano.

Sus voces llegaban hasta los oídos del muchacho que escuchaba. Bate estaba contando a Hubert lo sucedido después de haberle enseñado, probablemente, el pasaje secreto. El ruido que habían oído era el de la puerta de piedra que se cerraba.

—Lo cierto es, Bate, que se le escapó a usted de las manos y que no es hombre a quien se le pueda intimidar de modo que diga todo lo que sabe sobre el secreto y esto me sorprende. Conozco la obstinación de George Heriot, — oyó decir a Hubert el muchacho. — En tales circunstancias no perderemos ni un momento y daremos aviso a la policía local, con tanta más razón cuanto que, como usted me lo ha asegurado, ellos están al tanto de mi venida a Lonemoor. Mi primo intentará escapar pero haré que lo detengan antes de lo que se imagina.

Hubert Mansell llevó la mano al bolsillo y sacó algo que parecía un recorte de diario.

—Aquí está su retrato. Usted se encargará de dar parte a la policía, Bate. Es mejor que yo no aparezca como denunciante porque, al fin y al cabo, ese hombre es mi primo. Con este retrato y lo que dice al pie es más que suficiente para que la policía de Lonemoor se de cuenta de que él es precisamente el hombre buscado.

Bate, sonriendo maliciosamente tomó el recorte.

Hubert Mansell sonreía de modo mefistofélico.

—Creo que esta vez lo hemos pescado, Bate. Ahora nos dejará el campo libre y yo podré hallar, con toda comodidad, el secreto que, según ese viejo demente de John Heriot, está enterrado bajo la sombra de la cruz de piedra.

Jack había oído lo bastante para comprender lo inminente del peligro que corría su amigo y protector. En el momento menos pensado podía presentarse la policía a prenderle.

Rufus Trant había aparecido en la puerta de la torre y se hallaba de pie en lo alto de los peligrosos peldaños que se interrumpían de pronto quedando el último de ellos a gran altura de las rocas de la costa baja. Caer desde allí era ir a una muerte tan horrenda como segura. Trant, como de costumbre en él, se hallaba medio borracho.

Jack notó un destello extraño y repentino en los ojos de Hubert Mansell cuando éste miró al saltimbanqui y luego a Bate. Por el momento Bate estaba distraído. Miraba con atención el retrato de George Heriot.

—¡Ahora es tu oportunidad, la que esperabas para librarte por siempre de ese pícaro "chantagista"¡... ¡Ahora!

Esto fué lo que un mal espíritu pareció decir en aquel momento al oído de Hubert Mansell.

El momento y el lugar eran a propósito para un... "accidente".

El emocionado muchacho vió como Hubert fingió tambalearse, cual si tropezara y chocó violentamente contra el saltimbanqui, que perdió el equilibrio.

Jack contuvo la respiración horrorizado.

En aquel instante le pareció que nada podía ya salvar a Rufus Trant que, lanzando un grito, resbaló en el borde del primer peldaño y cayó de bruces a pesar del esfuerzo que hizo para tenerse en pie.

¡Y al final de aquellos escalones estaba el que dominaba desde peligrosísima altura las rocas de la costa baja!

Fué a Bate a quien Rufus Trant debió la vida. Bate volvióse rápidamente a tiempo para inclinarse y sostener a Trant en el mismo momento en que caía de bruces. El tirón que dió casi le hace caer también, pero no fué así; no solo no cayó sino que pudo sostener y levantar al que había caído.

No sucedió esto sin que, de escalón en escalón, fueran los dos hasta un punto en que solo faltaban cuatro o cinco peldaños para el final de la escalera.

Pero Bate era fuerte y logró evitar la caída que hubiese sido mortal para los dos.

El accidente había despejado por completo a Rufus Trant, así que cuando se puso de pie ya se había desvanecido su embriaguez. Pero tanto él como Bate estaban muy pálidos y temblorosos.

Jack oyó al saltimbanqui maldecir la torpeza de Hubert y los tres hombres desaparecieron por la puerta de la torre. Pero el muchacho sabía que había sido algo más grave que torpeza. En el rostro de Hubert Mansell se había leído, durante un brevísimo momento, su criminal propósito.

Trant había recibido el primer aviso de la tenebrosa y amenazante sombra que le perseguía desde el momento en que llegó a Lonemoor.

Jack contó a Dick lo que había visto y oído. No había tiempo que perder. Era necesario avisar a George Heriot sin la menor demora.

Los dos muchachos corrieron por el pasaje hacia la puerta secreta de la biblioteca.

Su apresuramiento tuvo la culpa de lo que les pasó después. Jack, que llevaba la lamparita eléctrica, tropezó en un trozo de piedra y cayó. La lámpara saltó de su mano y se rompió la bombita de cristal.

Tuvieron que seguir, tanteando en la oscuridad completa, hasta la puerta.

—¿Tienes fósforos, Dick?

—No.

—¡Yo tampoco! — exclamó Jack con ansiedad y angustia. — No hemos abierto nunca la puerta del lado de dentro. ¿Encontraremos el resorte a oscuras?

El pensamiento era inquietante. Tantearon con todo cuidado, pero no lograron hallar nada.

Y en aquel momento hasta los segundos eran preciosos para la seguridad de George Heriot, tal vez para su vida. Era necesario que se le advirtiera si había de evitarse la catástrofe que le amenazaba.

¡Y la puerta aquella les cerraba el paso burlando todos cuantos esfuerzos hacían por hallar su secreto!

LA ULTIMA PROBABILIDAD

En medio de aquella densa oscuridad todos los esfuerzos de los dos muchachos en el sentido de querer abrir la puerta secreta por la cual podrían volver a la casa, resultaban enteramente inútiles. No podían, en consecuencia, avisar a George Heriot del peligro que corría.

Aun cuando hubiesen podido encontrar en la oscuridad, por el laberinto de pasadizos subterráneos, el que daba a la salida del castillo en ruinas, lo más probable era que se encontraran allí con Hubert Mansell o Rufus Trant, en cuyas manos caerían.

La sensación de desamparo que experimentaban era enloquecedora, torturante. Desesperados, Jack y Dick golpearon con los puños cerrados en el tablero de la puerta secreta suponiendo que George llegaría, tal vez a oirles.

Pero no recibieron contestación ninguna del lado de la casa.

. . . . . .

Mientras tanto, Violet Desmond y su padre llegaban antes de lo que George había esperado.

—Como yo venía manejando es fácil que me haya excedido un poco en la velocidad, olvidando los reglamentos de tráfico, — dijo Vi riéndose con suma alegría y realzando su gentil hermosura con aquella risa angelical.

—¡Ya lo creo que nos excedimos! — exclamó el señor Desmond. — ¡De gran cosa nos hubiera servido ir tan de prisa si nos detiene algún inspector y nos hace pagar una multa, si es que no se le ocurre hacernos comparecer ante el magistrado del distrito!

Mientras se expresaba así pensó el señor Desmond lo curioso de su situación. El que era nada menos que juez en Lanceford, andaba de un lado a otro procurando que la policía no prendiera a un acusado buscado precisamente por orden de la justicia de Lanceford.

Pero pensaba también que él había conocido a George desde la niñez y le conocía suficientemente bien para saber que no podía, de ningún modo, ser culpable del delito de que se le acusaba. Cuando Vi le dijo que deseaba ir en automóvil al condado de Devon a ver a George, él — la verdad era que Vi siempre había hecho su gusto, — no puso ni el menor inconveniente.

George y Vi se alejaron un momento después con el fútil pretexto de recorrer la casa de propiedad del joven.

—¿Qué pasa, George? — le preguntó Vi en cuanto estuvieron solos. — He notado en su gesto, en su voz, en su mirada, que algo le preocupa... algo que usted no quiere decirme. ¿Por qué ha de tener usted secretos para mí?

En el rostro de la joven se notaba la mayor ansiedad al formular Vi esa pregunta.

George vaciló un momento. Pero pronto se convenció de que era necesario que ella lo supiera todo. ¡Al fin y al cabo, horas más o menos, lo sabría!

—Esta vieja casa que me dejó mi tío y que supuse podría ofrecerme oportuno abrigo en mis tribulaciones, — dijo, — parece insegura ya, querida Vi. Mis enemigos han hallado mi refugio. Hubert Mansell vendrá hoy a Lonemoor; tal vez se encuentre muy cerca ya. Es pues, cuestión de horas el que dé aviso a la policía y ésta venga a prenderme y me prenda... a menos de que yo evite el golpe antes de que caiga.

—¡Oh! ¡George! — exclamó Violet con los ojos llorosos y expresión de miedo en su bello rostro. — ¿Fué tal vez mi telegrama el que le hizo quedarse en lugar de escapar? ¡Pero no es posible que pierda ni un solo momento! ¡No me lo perdonaría jamás si llegara a ser yo la causante de su captura!

En pocas palabras George explicó a Vi lo que había pasado en la casa de Lonemoor desde su llegada hacía dos noches.

—Poco antes de llegar ustedes, Jack y Dick fueron en busca de Bate a fin de traerlo a la casa para mayor seguridad. Hubert cree que yo me hallo todavía en poder de Bate y en cambio... ¿Eh? ¿Qué es eso?

Por la ventana, George había visto a dos hombres, vestidos de uniforme, que se acercaban por el camino del jardín.

Vi lanzó una exclamación de alarma.

—¡George! ¡La policía ha llegado!

Pero él se apresuró a tranquilizarla.

—No hay que asustarse, Vi, — dijo. — Supongo que serán los que vienen a hacer algunas averiguaciones sobre como sigue el pobre Martín y tal vez a interrogarme como testigo. Estuvieron ayer, pero, naturalmente, yo "no estaba en casa". Espero que se tratará de eso y de nada más.

Pero Vi estaba agitadísima y temblorosa y pálida cuando vió que su amado salía a recibir a los de la policía.

Probablemente habría ido George con menos confianza si hubiese estado enterado de la fuga de Bate. Pero los de la policía sólo deseaban hacerle algunas preguntas sobre el hecho de que había sido testigo ocular, el asalto a Martín, acaecido en el camino, junto a la cruz de piedra. Permanecieron conversando de pie, unos diez minutos. Después con grandísima satisfacción de parte de Violet, se retiraron. George volvió a su lado sonriendo tranquilo.

—Todo va bien, Vi. Como lo suponía yo, sólo deseaban...

Un grito de la joven cortó la frase de George.

—¡No! ¡Todavía no va bien! ¡Mire! ¡Mire!

E indicó nerviosamente hacia la ventana.

Lo que vió entonces convenció a George de que el golpe habíale sido dirigido ya.

En el portón de entrada se hallaba Hubert Mansell. Estaba hablando con los dos oficiales de policía y les enseñaba algo que debía ser un recorte de diario.

—¿Qué hacer, George? — exclamó, desesperada. Vi. — Esto que les muestra debe ser su retrato, el que salió en el diario. Por medio de ese retrato le identificarán como el hombre a quien hay que prender. ¡Oh! ¿Qué podría hacerse?

Horrorizada vió que los dos de policía, acompañados por Hubert Mansell volvían a entrar en el jardín y se dirigían hacia la casa. Se oyó llamar a la puerta. Un solo y recio aldabonazo. Esta vez los de la policía venían a prender a George Heriot, acusado de homicidio.

—¡No me llevarán sin que yo haya luchado por mi libertad! — murmuró George.

Abrazó a Vi frenéticamente y después, separándose de ella, que en vano quiso detenerla, corrió hacia la puerta de la habitación

—¿Qué va usted a hacer? — preguntó ella en voz baja.

—Más vale que no lo sepa usted, amada mía. La policía puede interrogarla. Se que usted es capaz de callar, pero le será más fácil, menos violento, no sabiendo nada cuando la señora Grew abra la puerta.

Y se fué.

Ella se quedó mirando al hombre a quien amaba. Vi, muda de dolor, fruncido el ceño apretados los labios, parecía la imagen de la pena y de la energía a la vez.

Comprendía que no le era posible hacer nada por salvar a su amado.

George corrió hacia la biblioteca. Su esperanza estaba puesta en el pasillo subterráneo y su secreta puerta. Lo primero que oyó cuando entró en la habitación fueron los golpes dados por los muchachos que estaban del otro lado del tablero.

—¡Señor George! — oyó que decía la voz de Jack.

Un nuevo aldabonazo de los de la policía retumbó en la casa cuando George oprimió el resorte que movía la puerta secreta. La estantería se movió y el hueco quedó abierto.

—¡Gracias a Dios que nos ha oído usted, señor! ¡No podíamos abrir del otro lado! ¡Sin luz! ¡Bate se ha escapado y ha ido a avisar a la policía! — dijo Jack jadeante.

¡Bate en libertad! ¡Eso alteraba por completo todos los planes de George! ¡Constituía un golpe inesperado y terrible!

Bate adivinaría por donde habían salido de la casa, pondría a la policía en el secreto de los pasadizos secretos. Pero no le quedaba otro recurso.

—La policía está llamando a la puerta, Jack. Si no me voy, y no se si podré irme, caeré en sus manos. De irme, tiene que ser por acá.

—¡La policía! ¿Ya? — dijo Jack y por un segundo los dos muchachos se miraron consternados. Pero Jack añadió casi en seguida: — ¡Pronto, señor! ¡Le sigo al punto!

El muchacho entró en la biblioteca, tomó varias bujías de los candelabros de la chimenea y una caja de fósforos que había en la mesa. Después cerró con llave la puerta que daba al pasillo.

Cuando, tras de George entró por el hueco secreto de la pared, antes de cerrar de nuevo la misteriosa puerta, el muchacho vió que una persona se acercaba a mirar por los cristales de la ventana, que daba al exterior.

Una cara, llena de malignidad, observaba todos sus movimientos: ¡la cara de Hubert Mansell!

RODEADOS DE PELIGROS

Una vez del otro lado de la puerta y en lo alto de la escalera de piedra, Jack encendió un fósforo.

Recordó que había visto un pequeño farol puesto en un rincón, — probablemente usado por Martín cuando visitaba el subterráneo, — lo tomó y como aun tenía un cabo de bujía, lo encendió reservando las bujías que había sacado de los candelabros de la chimenea de la biblioteca para cuando aquella se terminara.

—¿Hacia qué salida nos dirigiremos, señor? — preguntó el muchacho mientras los tres descendían con apresuramiento la estrecha escalera. — La salida que queda en las ruinas del castillo no me parece muy segura pues puede hallarse vigilada. No he explorado el tunel descendente que sale de la cueva donde le hallamos a usted anoche pero, por el plano, sabemos que conduce al pie de los acantilados de la costa; en el plano está dibujado un estrecho espacio de playa.

George había decidido ya dirigirse hacia la salida de la playa. En aquella accidentada costa había innumerables cuevas que podían presentar buen refugio para los fugitivos.

El rugir del viento y del mar retumbaba en sus oídos con creciente intensidad a medida que avanzaba con paso rápido. Pero no lograba cubrir por completo un alarmante ruido que llegó hasta ellos acrecentado por los ecos de las galerías casi antes de que hubieran alcanzado el punto en que se ensanchaba el pasadizo y luego se bifurcaba el túnel.

Era ruido de pisadas en el suelo de piedra y procedía del lado de dentro de la puerta secreta, indicando que la persecución había comenzado ya.

—¡Pronto! ¡De prisa! ¡Corren como locos detrás de nosotros! — exclamó Jack angustiado.

Habían llegado al sitio donde George pasara veinticuatro horas soterrado. Ninguno de los tres había explorado el tunel que seguía más allá de aquella cueva, pero sabían que conducía a la playa y que el boquete de salida no debía de hallarse lejos.

Durante unas cuantas yardas el pasillo descendía con gran inclinación y como el hueco se estrechara mucho, de improviso, George tuvo que detenerse. Levantando Jack el farol, George vió que las paredes mostraban numerosas grietas y roturas.

—¡Me parece que ese pedazo, bastante grande de roca, se caerá en cuanto alguien lo toque! — exclamó de pronto George. — ¡A ver, Jack, dame la luz!

¿Les sería posible obstruir el paso con aquella piedra de modo que los perseguidores no pudiesen continuar su persecución?

—¡Mucho cuidado, señor! — exclamo Jack emocionadísimo. — ¡Si parece que todo el techo está a punto de desmoronarse!

Con rapidez, George tanteaba la roca y examinaba la profundidad de las fisuras.

En el túnel seguía retumbando el rápido pisar de los que se acercaban en busca de los tres fugitivos. Cómo repercutían alarmantes, aquellos pasos en el sistema nervioso de los que huían!

George avisó a los muchachos que avanzaran por el tunel y se pusieran lo más lejos posible. Después dió un empujón, con todas sus fuerzas, a la masa de piedra, en sitio escogido especialmente de antemano, y se retiró con la mayor rapidez que pudo.

Un horrísono trueno invadió el estrecho espacio. George no había soñado lo formidable del derrumbe que iba a producir con tanta facilidad.

Evidentemente el proceso de disgregación se había realizado en larguísimo tiempo y ya estaba a punto cuando George se percató de él. Sólo había sido necesario un impulso relativamente débil, — dada la masa de roca de que se trataba — para ponerla en movimiento. Algunos pedruscos le tocaron mientras escapaba del sitio de la avalancha, pero no le lastimé ninguno.

Toneladas de piedra y arena cayeron del techo obstruyendo por completo el estrecho pasadizo que acababan de trasponer. Fué como si un muro de varios pies de espesor hubiese sido construído instantáneamente por arte mágico.

—¿Qué tal la sorpresa que se llevarán esos pícaros? ¡Lo único que puede lamentarse es que Hubert Mansell no estuviera debajo al caer el chaparrón! — exclamó Jack saltando de alegría, desvanecida la ansiedad que le aherrojaba momentos antes. — Ahora podremos llegar a la playa en un momento. ¿Vamos ya?

Desde aquel punto el tunel seguía horizontalmente. Una tenue luz que reflejaba la pared de un recodo del subterráneo pasadizo indicaba que la salida debía hallarse a corta distancia.

El piso, en aquella parte del conducto abierto en la roca era, no ya de sólida piedra, sino de leve arena y presentaba de trecho en trecho, pequeños charcos de agua. Las paredes laterales y el techo estaban mojados, relucientes de salina humedad y cubiertos, a trechos de algas marinas.

Más allá del recodo, el pasaje se estrechaba hasta llegar a una salida oculta por grandes peñascos. Pasaron por entre estos casi a gatas y se hallaron en una caverna que estaba al pie de los altos acantilados y se abría sobre la playa. La primera idea que se le ocurrió a George al ver aquello fué alarmante y le hizo morderse los labios.

En sus cálculos y planes había olvidado un detalle, el de que, durante la pleamar, el agua del mar llenaba el último trozo del tunel cerrado ahora por el derrumbe que había detenido el paso de los perseguidores pero había, también, hecho imposible su regreso.

¡Y la marea estaba subiendo rápidamente en aquel momento.

¿Era posible que su huída les hubiera llevado a caer en una horrible emboscada? ¿Era posible que les esperara la muerte al pie del acantilado, entre el túnel lleno de agua y los torbellinos con que la marea ascendente comenzaba a llenar aquella cueva?

OCULTO EN LA ARENA

Se notó un rápido gesto de temor en el rostro de George Heriot que corrió hacia la orilla y se quedó inmóvil, mirando el paisaje que le rodeaba.

¡Estaban como en una trampa! Sobre la línea de rocas que se extendía ante la playa a pocas yardas de la boca de la caverna comenzaban a romper las poderosas olas, coronándolas de blancas espumas.

Le bastó a George mirar a uno y otro lado para convencerse de que no había por donde escapar.

En el sitio donde se encontraban la línea irregular de la costa marcaba una pronunciada curva entrante. Contra las escarpadas y altas rocas que cerraban aquella pequeña playa por ambos extremos, las olas se precipitaban con el frenesí salvaje de un monstruo enfurecido, levantando a gran altura enormes penachos de agua, raudales de espuma.

Tras de los tres fugitivos la costa alta levantaba su mole presentando al mar su fachada pétrea y casi lisa. En ninguna parte lograron distinguir los experimentados ojos de George Heriot huecos o excrecencias que hicieran posible intentar el ascenso por aquel muro casi enteramente vertical.

Los tres cambiaron miradas de consternación. No necesitaron hablar para comunicarse unos a otros sus impresiones: ¡estaban como en una trampa!

—¡Qué tontería la mía! ¡No haberme acordado de la marea y de que el agua llegaba casi hasta el sitio donde Bate me dejó prisionero! — exclamó George con sincera amargura, mirando apesadumbrado a los dos muchachos.

Corrió hacia el interior de la caverna, fué por el tunel hasta el lugar del derrumbe y sus temores tuvieron confirmación.

No era posible dudar ni un solo momento de que toda la extensión del pasadizo donde se había producido la obstrucción se llenaba por completo de agua a la hora de la pleamar.

Del otro lado de la impenetrable pared construída por el derrumbe, no se oía nada que indicase que sus perseguidores se hallaban en el tunuel. Era verdad que habían escapado a ellos, pero había sido para hallarse ante la muerte, pues todo indicaba que no había escapatoria.

Y el más amargo de todos los amargos pensamientos de George Heriot en aquel momento fué el de que se sentía culpable de haber unido a su suerte desdichada a los dos pobres muchachos.

Jack y Dick estaban los dos muy pálidos: Pero el peligro habíales dado valor; el extraño, asombroso valor que tanto había llamado la atención de George en otras ocasio-

nes y que transformaba a cada uno de aquellos muchachos en un verdadero héroe capaz de los mayores actos de arrojo.

—¡La perspectiva no es muy risueña y nada más! — dijo Jack. — Pero no se culpe usted a sí mismo, señor. Aquí nadie tiene la culpa de lo que sucede. Si nuestra suerte quiere que no salgamos de aquí, ¿qué podemos contra la suerte? ¡Nada!

Los tres se quedaron allí, de pie, sin saber que hacer, viendo como la muerte se aproximaba lenta pero implacable hacia ellos jinetes de las olas coronadas de blancas espumas que se estrellaban en la línea de rompientes y luego corrían por la arena de la playa casi hasta sus pies. Poco podía tardar la marea en llegar con su caudal hasta la boca de la cueva.

—¡Si tuviéramos una soga! ¡Lo que daría yo por tener ahora la cuerda con que atamos a Bate! — exclamó de improviso Jack.

—¿De qué podía habernos servido?

Por toda respuesta el muchacho indicó hacia la masa de roca situada sobre la boca de la caverna.

A unos veinte pies de altura se veía un hueco en la lisa pared de la mole de piedra, un hueco donde podrían haber esperado que llegara la hora de la marea baja y con ella la de escapar a sitio seguro. Hubiera sido necesario poder subir.

Pero aquel refugio estaba fuera de su alcance. Debajo del hueco, la pared de la costa era lisa como si la hubiera rebanado un ciclópeo cuchillo, sin el menor asidero donde sostener una mano, toda ella tersa, húmeda, resbaladiza. No era posible que un ser humano la escalase.

—Pero con una soga, — dijo Jack con nerviosidad, — ¿ven ustedes aquel sitio donde sobresale una punta de piedra que se proyecta hacia fuera? Sería facilísimo enlazarla. ¡Pero a qué hablar de ello! Lo único que podremos hacer será tratar de ir nadando hasta doblar una de las puntas de esta pequeña bahía. Eso es lo que nos queda que elegir o ahogarnos aquí, o tratar de salvarnos por allá. Lo siento por Dick que no fué nunca gran nadador.

George notó que Dick fruncía el entrecejo ante la idea de semejante tentativa.

Era que aquella tentativa hubiese sido pura y sencillamente una locura, en caso de haber otra alternativa cualquiera. Miró George hacia la barrera de blancas olas que avanzaba al parecer cada vez más furiosa con las rocas de la línea de rompientes. ¿Era posible que aun el mejor nadador se aventurara con posibilidades de buen éxito, a cruzar semejante mar?

Y, sin embargo, esperar allí era morir. ¡Preferible era morir luchando a esperar pasivamente la muerte inevitable!

No era posible comunicar a sus perseguidores de antes la situación en que se encontraban. El muro formado por las piedras caídas era tan grueso que no se oirían a través de él los gritos que lanzaran pidiendo auxilio. Lo intentó, sin embargo, George, pero no obtuvo respuesta.

En todo caso, antes de que se organizara el salvamento desde lo alto del acantilado, la marea les habría cubierto ya, después de haberles hecho retroceder ante su avance primero al interior de la cueva y luego al tunel para hallar allí su destino como ratas en una trampa.

—¡Con ese pedazo de soga que hay allí fuera diez veces más largo podríamos intentar salvarnos! ¡Si tuviéramos una cuerda para subir hasta la repisa de piedra! — exclamó Jack.

En un lugar de la playa, ante un montón de peñas bajas, al cual estaba llegando en aquel momento la marea, se veía un trozo de soga como de unos dos pies de longitud, llevada tal vez, hasta aquel sitio por la resaca.

Casi en el mismo momento, en que el muchacho pronunciaba sus anteriores palabras mirando sin esperanzas aquel pedazo de soga, una ola rompió contra las rocas. Pero en el instante en que el torbellino de agua recorrió la arena ante Jack y se retiró, Jack vió que el pedazo de soga no se movió del sitio donde estaba como si se encontrase sujeto de modo que el agua no pudiera llevárselo.

Corrió Jack hacia donde estaba la cuerda y halló que un extremo de la misma se hundía en la arena. Dió un fuerte tirón y la cuerda no se movió.

Jack, rápidamente, se arrodilló en la arena y comenzó a escarbar con apresuramiento. De pronto lanzó un grito.

—¡Señor George! ¡Venga usted a ayudarme! ¡Pronto! — gritó luego con gran excitación.

Había puesto en descubierto el extremo de algo que estaba oculto bajo la arena y las piedras, algo que parecía una esquina de una caja o de un arcón reforzado con tiras planas de hierro.

Pero no era eso precisamente lo que había provocado el grito del muchacho en aquel momento en que sus vidas se hallaban en peligro, sino algo más que había visto aparecer a través de una capa de cascajo y arena y le había hecho concebir nuevas esperanzas.

En aquel instante otra oleada llegó y entró como torbellino en el hueco formado por el círculo rodeado de rocas bajas en el centro del cual Jack había escarbado, llenándolo de nuevo de arena y cascajo y empapando a Jack hasta la rodilla.

Pero Jack se rió y su risa resonó como una frase de desafío al peligro que antes les había amenazado. ¿Qué importaba mojarse cuando esto era lo peor que tenía que temer del mar?

¡Porque envuelta en torno de lo que se hallaba oculto de nuevo, porque el mar se había apresurado a ocultarlo, los ojos del muchacho habín visto una soga, más que suficientemente larga para permitirles salvarse!

(Continuará)

EL CRIMEN DEL EXPRESO

Por G. MARKHAN FLINDERS

I

EL EXPRESO

EN la negrura de la noche, el expreso de París atravesaba los campos a toda velocidad. El cielo sombrío cargado de pesadas nubes, comenzaba a ser iluminado por cortos relámpagos que permitían ver los vagones del tren con las ventanillas cerradas.

Sólo el jadear de la locomotora, breve y sonoro, irrumpía el profundo silencio.

Gotas de agua caían cada vez más fuertes en los vidrios de los coches, produciendo un ruido peculiar.

En el ante último vagón, solitario viajaba un hombre metido en una pelliza de anchas solapas, las cuales le cubrían la totalidad del rostro.

Por la inclinación de la cabeza, y las revistas esparcidas a los pies, se comprendía que el viajero dormía.

Penetró el tren como una exhalación por un tenebroso túnel, y al salir, rasgó el aire un potente trueno seguido de un vivísimo relámpago, que tremuló unos instantes, dejando observar la figura del hombre de la pelliza caído de bruces en el suelo del compartimiento.

Nadie estaba a su lado, y el recamado pomo de un puñal sobresalía de su espalda despidiendo cristalinos rayos a las luces del techo.

Se perdió el convoy hacia el oeste, para París, llevando sin saberlo un cadáver.

El auto del inspector Richard se detuvo en un tranquilo barrio de París, frente a una casa de sencilla apariencia de un sólo piso, y con una puerta de cedro de una sola hoja en el medio.

Bajó Richard y se acercó. A un lado de la puerta, una pequeña chapa de bronce sucio, decía: "Aristides Bennet".

Apretó el botón eléctrico, y esperó. Tuvo que repetir varias veces el llamado, sin molestarse mayormente, como si fuera consigna de la casa hacer esperar a sus visitantes.

Al fin se abrió la puerta, recelosa, sin que ninguno estuviera cerca de élla.

Entró Richard, y la puerta se cerró con golpe seco. No pareció sorprenderse por eso, y se adelantó al centro de la sala.

Esta, más que sala era una pieza de cuatro metros por cuatro, amueblada con un gran escritorio americano, tres sillones de cuero verde y un sofá haciendo juego.

Las paredes, empapeladas de azul oscuro, daban a la habitación un aspecto severo.

Detrás del escritorio, se hallaba sentada una persona gorda, de rostro carnoso, aceitunado, ojos negros grandes y saltones, nariz recta y cabellos rubios elegantemente peinados hacia atrás.

Vestía un ordinario traje de sarga gris, bastante ajustado, y jugaban sus manos gordotas con una gruesa lapicera.

Sobre una carpeta de hule negro, había una garrafa verde finamente trabajada, y un Buda de plata de unos veinte centímetros de alto.

Al ver entrar a Richard, el dueño de la oficina se levantó con muestras de asombro, y apoyando las dos manos en el Buda, entreabrió los labios más de lo normal.

Richard sin preámbulos, se sentó en un sillón al lado del escritorio, y colocando el bastón encima de el, preguntó sacando un diario:

—¿Me imagino qué ya sabes a qué vengo?

—En verdad, no — contestó el interpelado sin dejar su expresión ridícula, pero volviendo a sentarse.

—Dirás ahora que no has salido en todo el mes? — interrogó el policía, duramente.

—Diré más — dijo el gordote, mirando atentamente la puerta; — ni sé a que se debe su amable visita.

Richard trataba de escudriñar a través de una cortina de terciopelo verde desteñida, situada a espaldas de su interlocutor.

Este, pensaba alarmado que podía haber algún uniforme en la acera.

—Entonces, estimado Bennet, lee esto — dijo Richard, alargándole el periódico.

Bennet lo tomó tranquilamente, y estirándolo encima de la carpeta, leyó:

"Misterioso asesinato de un comerciante ruso".

"El comerciante ruso Michael Levinski, fué asesinado ayer en forma alevosa en el Expreso de París".

Bennet dió vuelta la página para seguir leyendo.

El bastón del policía golpeó en el diario.

—No he venido a ver como lees — dijo de mal talante.

—¡Ah! — murmuró Bennet socarrón, — yo me informaba del fin de éste pobre hombre.

—Nada de lamentaciones — dijo el inspector; — tú sabes quien es Levinski y posiblemente sabes también lo que llevaba.

Bennet afectó ignorancia.

—¿Dónde estabas ayer a la noche? — preguntó Richard.

—¡Pardiez! dónde quieres que estuviera! Desde que enfermó mi amiga, estoy tan apenado que prefiero quedarme en casa.

—¡Parece que me tomas por un sonso! — dijo Richard fastidiado — ¿De qué amiga hablas?

Los ojos de Bennet enrojecieron como si hiciera un esfuerzo para mantener sus lágrimas.

Richard no se dejaba burlar fácilmente.

—¡Vamos! — dijo. — ¿Te estás ensayando para algún melodrama?

La expresión de Bennet cambió rápidamente.

—Eres un hombre duro para las emociones del corazón — respondió festivo. — y eso me disgusta. Escucha Richard: no hay nada mejor que un drama en donde el público tiemble, los actores tiemblen, y, el teatro idem.

Bennet sonreía satisfecho de su drama.

—No necesitamos tanto — dijo el inspector torciendo sus guantes; — nos basta con la muerte de Levinski.

—¡Dale con Levinski! ¿Es acaso una persona de valía?

—No me agrada discutir perdiendo el tiempo — prosiguió el policía, alterándose. — Levinski era conocido tuyo; mejor dicho, tú le conocías a él. Sabías su oficio.

—¡Oh, oh! — exclamó Bennet de súbito; — creo recordar.

El policía miró las falsas facciones del célebre ladrón. Se complacía en estudiarlo, pues en toda Europa, si había un completo personaje del delito; éste era Arístides Bennet.

—¿Será por casualidad Pandereski? — preguntó con fingido candor.

—Casualmente — respondió Richard con no menos fingida sencillez — El delegado del zar, al que en 1912 robastes en Biarritz sin que pudieran echarte mano.

—¡Pandereski! — exclamó Bennet conmovido, — ese noble amigo y pacífico rival.

Richard no soportó más la farsa que escuchaba.

—Falta que lances unas lágrimas por tu noble amigo — dijo.

No bien terminaba de hablar cuando dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del ladrón.

—¡Ira de Dios, cómo me conmuevo!

—Basta de burlas. ¿Dónde has estado anoche? — interpeló el policía, secamente.

—Aquí.

El famoso detective francés arrugó la frente.

—Me harás creer que tienes alguna participación en el crimen.

—¡Richard!

Bennet se incorporó en su sillón, ofendido.

—Yo no mato por la espalda; siempre me jugué de frente.

El inspector bien lo sabía; y había descartado a Bennet como el criminal, llegando a desmentir a sus colegas, obstinados en esa idea.

Arístides no apuñalaba por la espalda, aunque estuviera en peligro de caer en manos de la justicia.

—¡Hola!, ¿y cómo sabes qué murió apuñalado? — preguntó.

Bennet avinagró el rostro.

—Toma — replicó, — es muy sencillo. En el diario.

—Hace un rato estabas en completa ignorancia?

—Sí; lo admito; pero tú me has informado.

El policía atacó nuevamente.

—¿Y te figuras lo que llevaba Pandereski? — interrogó.

—Estoy por completo a oscuras.

—Bennet, déjate de vaguedades — dijo Richard, molesto.

—¿Me necesitas? — preguntó éste tomando un aire severo.

—Para mandarte a Cayena — gruñó el inspector, quien nunca pidió ayuda para salir de los atolladeros criminales.

—Queda al norte de mi patria — contestó Bennet ofreciéndole un cigarrillo.

El inspector rechazó con un gesto.

—¿No fumas Richard?

—No. Pero volvamos a nuestro asunto. ¿Tienes alguna participación en la muerte de Levinski? Me refiero a los papeles que tanto interés tenías en escamotear.

—Esos documentos de alianza Francorrusa no tiene para mí ningún interés — dijo Bennet displicente, recordando su fracaso.

Policía y ladrón se miraron un instante.

—El falso comerciante Levinski los llevaba encima cuando fué asesinado — informó Richard.

—Magnífico botín para el criminal — exclamó Bennet rascándose el labio superior, mesuradamente.

Richard se levantó, y tomando su bastón se dirigió a la puerta.

—La casa Bennet niega toda participación en el hecho — dijo Arístides acercán-

dose al policía, — y lamenta no poder colaborar con su campañera la justicia.

—Me basta eso — respondió Richard; — ahora veo que tendré que luchar con una fuerza desconocida y peligrosa.

—Una pregunta de colega, Richard — dijo Bennet con su natural descaro — ¿Hay rastros o el criminal ejecutó su hazaña primorosamente?

El inspector vió retratada en el semblante del bromista "colega", una curiosidad viva por el crímen de Levinski.

—No; el crímen ha sido realizado con perfección — respondió.

—Espera — dijo Bennet yendo al escritorio y sacando una postal de un cajón.

—¿Qué? — interrogó Richard.

—Mira el retrato de mi amiga.

Bennet alargó la postal, en la cual una hermosa perra de policía daba de mamar a varios cachorros.

Richard puso mala cara; pero, preguntó casi instantáneamente.

—¿Es Katy, la perra de Evaristo?

—Sí; la perra más ladrona y hermosa del mundo — proclamó Bennet.

Katty, la perra del fino tahur Evaristo, famoso por sus duelos y sus amoríos, había sido una poderosa auxiliar de Bennet. Ahora, todos la creían muerta por la bala de un agente; pero no era así. Katty, pasada a retiro por su dueño, se dedicaba a la procreación en una villa de los alrededores de París.

—Espero en breve — continuó Bennet — contar con un auxiliar tan inteligente como Katty.

El inspector encogiéndose de hombros, calló.

Bennet lanzó un grito mientras desenfundaba del pecho una larga pistola.

Demasiado tarde. Richard atravesado de cuatro balazos, caía dentro de la oficina.

Del auto cerrado de donde salieran los tiros, sonaba sin interrupción el fuego graneado de una ametralladora máuser.

Bennet repelió el ataque descargando su pistola de gran calibre, parapetado tras la puerta, mientras Richard, sin conocimiento, era ultimado en el suelo.

Ebrio de furor al ver matado así en su propia casa a Richard, a quien después de todo le ligaba la amistad de un largo trato, arrojó la pistola descargada y sacando un colt 45 le calzó los puntos al auto que se alejaba vertiginosamente por la calle abierta y libre.

Las detonaciones de su revólver, secas y cortas, fueron marcando una línea en la capota del auto, sin importarle los plomos que silbaban a su lado.

Después, se arrimó a Richard completamente cubierto de sangre.

Le sacudió sin que el policía hiciera un ademán de vida.

—Estará muerto — se dijo Bennet

E inmediatamente, comprendió su situación bastante turbia.

Mientras tanto, al ruido ocasionado por las detonaciones, dos policías alarmados, llegaron presurosos, mientras la gente afluía pasado el temor, numerosa.

Entraron los dos gendarmes revólver en mano.

—La ambulancia — dijo Bennet con tranquilidad; — el inspector Richard se muere.

—Usted está detenido — dijo uno de ellos apuntándole sin miramiento.

Llegó la ambulancia y el inspector Ferrand, íntimo compañero de Richard.

El detective fué sacado de la oficina; y Bennet se dejó llevar a la jefatura, silencioso.

No guardaba nada comprometedor en el escritorio; pero, su libertad inmediata dependía de Richard. Si el inspector hablaba, su inocencia quedaba demostrada.

Le tuvieron en una sala, vigilado personalmente por un policía.

Estirado en un sillón, fumó todos sus cigarrillos.

Un crímen bien planeado. Ningún rastro para atacar a los asesinos...

Dos horas más tarde, llegó Ferrand seguido de varios detectives.

—Está usted en libertad — dijo mordiéndose los labios; — Richard ha confesado antes de morir.

Bennet dió un suspiro. En pocas palabras explicó lo que sabía, y salió de la jefatura medianamente apenado. Richard no merecía esa muerte...

Las crónicas de los periódicos se ocuparon ampliamente de los dos crímenes, y la fotografía de Bennet se puso en primera plana.

Esa noche, el embajador de Rusia, conde de L..., mantenía una entrevista secreta con el presidente de Francia. Y, más tarde, el prefecto de París, llamado personalmente por el ministro del Interior, al salir, ocultaba en su grave fisonomía la responsabilidad que había contraído.

Los planos secretos que el difunto delegado Levinski llevaba, debían ser encontrados, por sobre todas las cosas, y para ello el prefecto de París tenía amplios poderes...

II

JOHN MILTON

El policía inglés John Milton, acababa de llegar a París, a dos días de los crímenes, enviado especialmente por sus superiores.

La pensión de Bertha le era familiar, y poniendo sus valijas en un taxi, indicó la dirección.

En el viaje, estirado cómodamente su cuerpo, fué pensando en la muerte de Richard.

Milton debía cooperar con la policía francesa en el descubrimiento de los asesinos. Sus jefes habían abandonado tan delicado cargo a su experiencia, y el detective inglés no lo encontraba nada más justo.

Claro que la pérdida del mejor policía francés, los dejaba un poco débiles.

Es más, Milton sabía que él y Ferrand serían los exigidos, y consciente de su cargo, fumaba.

Bertha, al verle llegar, hizo preparar la habitación cuya ventana daba a la calle. La preferida de Milton.

—Buenos días, señor Mil...

—Señor Migues — cortó Milton, impasible, observándola con sus dulces ojos grises.

La Bertha era baja, rechoncha; una buena burguesa decidida por la gente de bien, y paciente con los pensionistas pesados.

—...señor Migues, su habitación está preparada.

Subieron por la escalera de madera, vieja y oscura.

—¿Su hija? — preguntó Milton con cortesía.

—¡Ah! señor Mil...

—Mingues — exclamó el inglés flemáticamente.

La Bertha no echaba dos consejos en saco roto. Si Milton había llegado sería pura y simplemente para descubrir esas muertes que apasionaban al público.

—...señor Migues, desde que estuvo la última vez se ha hecho una señorita ¡Cómo que ahora es maestra!

—¿Maestra?, la felicito Bertha — dijo Milton, satisfecho buenamente por el título tan ansiado por Bertha para su hija — ¿Enseña a los pequeños? — preguntó entrando en el cuarto.

—Todavía no, señor Mil... Migues; pero ha hecho una suplencia — dijo orgullosamente Bertha.

Pasó por la puerta un hombre gordo, de cabellos negros y poblados. Se detuvo mirando a Milton, y exclamó:

—¡Truenos, que encuentro! Milton en persona.

El detective se mordió los labios.

—¡Oh! — dijo renociendo con esfuerzo — ¡Bennet!

—Sí, Bennet, Arístides Bennet que tuvo que huir de Londres por ti. ¿Te recuerdas?

El detective no sabía si maldecir el encuentro, o resignarse.

Llenó su pipa de tabaco, mientras Bennet, luego de cerrar la puerta se sentaba en la cama.

—Soñastes llegar de incógnito — dijo Arístides, irónico; — pero han tenido la ocurrencia de avisarme de Londres. Entonces me dije: no pierdas la ocasión de saludarlo y darle un alegrón.

El detective dilató sus finos labios en una sonrisa ambigua.

Había tomado todas sus precauciones, y sólo sabía de su partida el jefe de investigaciones del Scotland Yard.

—¿Dudas de que sea cierto? — preguntó Bennet.

—De cualquier manera; ¿qué quieres? ¿Pasar un rato conmigo, o decirme algo importante? — interrogó el detective, quien conocía el endiablado carácter del ladrón.

Bennet dejó de moverse en el lecho.

—Vayamos al grano — dijo. — Tú, igual que Ferrand y los detectives de la secreta francesa, van a empeñar una lucha sangrienta. Aclaro que he analizado el asunto, y reconozco el poderío de la banda que tiene en su poder los planos. No me queda duda de que es una banda; así que desde ya, elimino esta cuestión del programa.

Milton, con evidente agrado escuchó este principio. Tomó cómoda posición en su silla, y como Bennet sacara su pipa — siempre fumaba en pipa estando con Milton — le ofreció de su tabaco.

Las complicaciones del robo de los planos, la sabes tanto tú como yo — continuó Bennet — Para el ladrón equivalen a unos millones de dólares; para el país que lo compre, un sinnúmero de ventajas.

Milton asintió con una mueca de disgusto.

—Yo en un tiempo — prosiguió Bennet — estuve a punto de ser poseedor de esos planos. Pero, la diferencia consistía en que se los devolvía a Rusia, previo pago de algunos rublos. Ahora el caso se presenta diferente. Lo posible es que el imperio alemán los compre. A mí, no me molesta el comprador; me molesta el vendedor.

—Comprendo — dijo el detective; — lamentas no poder venderlo tú.

—Milton, Milton, cuán mal me comprendes! Me molesta el vendedor porque pudo terminar con mi vida, mi preciosa vida; porque ha asesinado a Richard en mis narices, pudiendo comprometerme; y porque, no puedo comprender que un señor gane millones y yo no gane nada.

—Lo veo muy lógico — dijo el detective, despectivamente.

—Yo también respondió Bennet, mofante.

Y continuó:

—Entonces, pensé colaborar con la policía, con plena independencia de actos y socorro de hombres.

—Eso no me pertenece — exclamó Milton enfadado.

—¡Tate, hombre, no te enojes! Hablé con Ferrand y se ha negado. Tú que eres mejor cabeza que él, espero que no rechazaras mi...

—Yo lo mismo que él, te rechazo — dijo el policía levantándose y abriendo la puerta Arístides Bennet salió.

—Mal, Milton, mal — dijo con tono soberbio; — pero, de todas maneras me dedico a estos crímenes. ¡Por mil caballos muertos! son varios millones de dólares.

El detective contestó con un gruñido, nerviosamente.

Pronto calmó su malhumor, y bajó a la sala donde algunos pensionistas leían.

En un rincón, bajó el diario una persona vestida de negro, y distinguió las facciones de Bennet. Arístides, más pálido que un enfermo volvió a su lectura.

Milton se encasquetó la gorra gris, y lanzando una rápida mirada a los presentes, agarró la manija de la puerta cuando otra mano presionaba desde afuera.

Fifí, la hija de Bertha, grácil, simpática, con su alegría tan francesa, exclamaba:

—¡Oh, monsieur Milton!

El detective inglés apretó los labios al oír su apellido.

—Si está hecha una señorita — dijo avanzando, y cerrando la puerta.

—¿Viene de recreo, señor Milton? — preguntó la joven

—Todo lo contrario — dijo el detective, observándola admirado.

Fifí rió notando la admiración muda del policía.

—¿He crecido mucho? — preguntó picaresca.

Por primera vez Milton se sintió incómodo delante de una joven.

—La felicito por el buen término de sus estudios — dijo, buscando otro tema más de su complacencia

La jovencita sin dejar de sonreir, bajó sus ojos negros y brillantes.

—Me voy — dijo Milton comprendiendo la maniobra del ladrón — y me alegro mucho de haberla visto.

Se reunió a Bennet, quien parado ante un escaparate, esperó que estuviera a su costado, y caminando, dijo:

—Marcha a mi lado, como si no me conoces.

—¿Qué es lo que sucede? — preguntó Milton, obedeciendo.

—Te observan.

El detective del Scotland Yard, arrugó las cejas. El enemigo se mostraba formidable. Sabía su llegada, le vigilaba... Evidentemente, Bennet merecía su fama.

Cruzaron algunas calles en silencio, y Bennet se introdujo en un café semi desierto.

El dueño, calvo por completo, estaba en buena inteligencia con Bennet, y a una seña imperceptible de éste, asintió con la mirada.

En un cuarto trasero al salón, se sentaron.

—Acabemos — dijo el policía, impaciente por el giro desagradable que iban tomando las cosas.

—Hace un rato te negastes a aceptar mi apoyo — dijo Bennet con seriedad; a esto contesto yo informándote que te persiguen, que te tienen en un puño, y como eres peligroso te van a eliminar sin asco. Porque la banda con la cual quieres luchar, mata sin misericordia al sólo asomo de amenaza.

—En resumidas cuentas ¿qué favor te debo? — preguntó Milton, súbitamente.

—En conclusión, nada, pero te doy un dato que vas a agradecerme. Al salir de aquí escruta la calle; verás un individuo bajo, enjuto, con traje castaño gastado y una revista en el bolsillo. Ese parece tener especial cuidado en perseguirte.

—Thank you — respondió Milton.

El detective, al estar en la calle, miró distraído.

El hombre descripto por Bennet, se hallaba en la acera de enfrente, en actitud contemplativa.

Milton se dirigió a la jefatura, a presentar sus saludos al prefecto, y ponerse a sus órdenes. Dos veces, hábilmente examinó hacia atrás, y las dos veces vió al hombre del traje raído.

El prefecto Dubois, le recibió; y Ferrand, al enterarse, dejó su oficina para saludarle.

Dubois era pequeño, afable, y ostentaba en su rostro la inevitable perilla canosa.

Ferrand, al contrario de su jefe, pasaba el metro ochenta con facilidad; tenía el rostro completamente rasurado, y recién cumplía los cuarenta años.

—Lo esperabamos hoy — dijo Dubois, parándose junto a la ventana que daba a la calle — ¿Espero que estará usted enterado de los crímenes? Ferrand le explicará el resto.

—Sé la importancia de los planos y lo peligroso que son los criminales — dijo Milton — Arístides Bennet me ha visitado en la pensión.

—¡Ese demonio de hombre está en todas partes! — exclamó Dubois — ¿Sabía de su llegada?

—Así me dijo; y os más, me informó de que estoy perseguido por un hombre; y es cierto.

Los policías franceses escuchaban pasmados.

—Por eso, al irme de aquí, es indispensable que me siga un detective; el cual seguirá a mi hombre.

—¡Oh! — dijo Ferrand — esta alternativa es interesante. Llamaré a Lajaune.

Milton sacó su pipa.

—¿Qué traje usa su perseguidor? — preguntó Dubois.

—Castaño — respondió Milton; — es bajo y flaco.

—El mismo — dijo el jefe francés — Se encuentra parado casi en la esquina, a dos pasos del restorán.

El teléfono, colocado encima del escritorio, llamó.

Ferrand tomó el auricular.

La expresión de su rostro, aguzó la atención de Milton.

—¡Bennet! — exclamó el inspector — ¿Qué dices?

Ferrand habló a su jefe, que le interrogaba con la vista.

—Dice Bennet que el perseguidor del señor Milton es vigilado por otro; y que sigamos su plan. Puesto que prender al último, sin causas, es imposible, y dejarle en su puesto es arriesgado; veamos lo que hace él, al ver a su compañero vigilado. Bennet se encarga de eliminarle en caso necesario.

Milton se acercó a la ventana.

A unos veinte metros de el del traje castaño un señor elegantemente vestido de chaqué, permanecía estacionado.

—Bello golpe se nos presenta — dijo Dubois, alisándose la perilla.

—¡Oh!, mire usted más allá del hombre de chaqué — dijo Milton con sorpresa.

Dubois distinguió a una persona baja y gorda, vestida de azul marino oscuro y fieltro color ceniza de ala doblada.

—Parece Bennet — dijo el jefe de policía, inseguro.

—Es él — afirmó Milton, corroborado por un gesto de Ferrand.

—Lástima que ese hombre no sea policía — murmuró Dubois.

—Este es el momento — dijo Milton, guardando su pipa.

Un instante después, el detective salía seguido de Lajaune, enterado del plan.

Encabezó la marcha Milton, perseguido por el del traje castaño, perseguido a su vez por Lajaune.

El de chaqué dióse rápidamente cuenta de la persecución de su compañero.

Atisbó a su espalda como temiendo ser observado; y luego, casi se aparejó a Lajaune.

La avenida por la cual cruzaban, repleta de gente, dificultaba la visual.

Bennet también se aproximaba. Su intuición maravillosa, presentía el crimen que a sangre fría, y ocultado por la aglomeración iba a cometer el hombre del chaqué.

Se colocó a su sombra, preparado. El menor descuido costaba la muerte de un joven lleno de vida y entusiasmo.

Bennet despreciaba a los criminales que hieren por la espalda; y era con éllos tan cruel como una inquisición.

No se había engañado. En una bocacalle, cuando la gente se apretujaba, el de chaqué sacó algo del pecho.

Ya Bennet hacía descender violentamente su cachiporra sobre el cráneo del asesino, que caía con pesadez al suelo sin cumplir su intento.

Hubo un pequeño tumulto, y la multitud se separó.

—Hágase cargo de él — dijo Bennet a Lajaune, que se había dado vuelta — Le iba a hundir el puñal en el costado.

Y sin agregar más palabras, se hizo paso entre las personas estupefactas, alcanzando al del traje castaño que seguía tranquilamente su espionaje.

Lajaune mostró su chapa de policía a los gendarmes que acudieron al lugar, y en una ambulancia llevóse al de chaqué, que mantenía los labios fuertemente apretados, en una mueca de agudo dolor.

El joven Lajaune, pese a su dominio, estaba ligeramente pálido...

III

BENNET Y MILTON

Milton, después de dar un gran rodeo, llegó a la pensión.

Su perseguidor, se detuvo en la esquina, y quedó extrañado de no encontrar la figura del de chaqué.

—¡Maldito imbécil! — murmuró; — se habrá quedado abobado con alguna joven.

Bennet le pasó, entrando en la pensión.

Milton se le acercó.

—Decididamente — dijo, — será preciso aceptarte.

—Para mí no es nada nuevo — respondió Bennet, sin dejar de examinar al hombre del traje castaño — A propósito, el señor del chaqué se propuso enterrar al joven Lajaune

Y Bennet contó brevemente lo ocurrido, desde su puesto de observación.

El espía se mostraba cada vez más impaciente. De pronto, se alejó.

—Se nos va — dijo Milton haciendo ademán de salir.

Bennet lo agarró de un brazo. Pero no necesitó hablar. El detective del Scotland Yard había comprendido.

—Todos somos susceptibles de errar — dijo Bennet disculpando a su momentáneo colega, pues, no era raro que luego de haber exterminado al enemigo, Bennet luchara con Milton por la posesión de los planos.

—Ya le tenemos de vuelta — indicó el detective.

En efecto, el hombre del traje castaño, llegaba.

—Oye Milton — murmuró Bennet, trayendo una silla a su observatorio, — estoy por utilizar el método más eficaz y menos trabajoso.

El detective contestaba al saludo de Bertha, a quien el plantón en la puerta de cristales, pareció intrigante.

—¿Te refieres a la tortuga? — preguntó.

—¡Hum! — gruñó Bennet, — viene otro a relevarle. Hasta mañana.

El del traje castaño se había juntado a otro individuo, el que descendió de un coche largo y pintado de verde.

No dijeron palabra, y el del traje castaño se alejó.

Bennet había salido de la pensión, y tomando la otra acera, lo siguió a pasos medidos...

—¡Oh!, monsieur Milton, ¿qué hay en la calle de interesante para que usted mire? — exclamó la alegre Fifí.

El detective dobló el cuello.

—Nada de interesante — respondió.

La jovencita púsose a reir.

—¡Ah!, monsieur Milton — dijo con reconvención — ¡Qué mal engaña usted! ¡Miraba tan curiosamente!

Y fija la vista en el detective, prosiguió:

—El almuerzo está preparado. Mamá lo ha hecho a su gusto.

Milton llegó a su cuarto, pensando en los crímenes, el espía y Bennet.

¿Descubriría éste algo? ¿Se percataría el del traje castaño que era seguido? ¿Y él, qué es lo que hacía?

Almorzó flemáticamente, según su costumbre; más interiormente, tenía la firme resolución de sacar en limpio el turbio asunto. y cuando John Milton, detective de Scotland Yard tomaba esa determinación; o salía victorioso en su empresa, o le mataban.

Al bajar, pensó hablar con Fifí. En verdad, que Milton se sentía inclinado hacia la joven.

Fifí, sencillamente vestida se aprestaba a ir a una suplencia escolar.

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Río Kid, San Fernando. — Antes de publicar la obra que usted desea, es necesario que pase algún tiempo.
Violinista, Capital. — Queda incluída la novela que usted indica en la lista de las que se publicarán.
Jesús Eguiluz, Rosario. — Hace poco que hemos publicado en esta revista la obra que usted tiene interés en leer. Gracias por sus palabras de simpatía.
Un lector de Liniers. — Se publicará la obra que usted solicita. Estimamos mucho sus afectuosas manifestaciones de afecto.
Carlos de Mendoza, Zaragoza. — Le agradecemos mucho sus felicitaciones. En cuanto a las obras que usted desea leer, figuran entre las que se publicarán oportunamente. Una de ellas, pronto.
Un interesado, Berazategui. — Aún no ha pasado bastante tiempo, como para decidirnos a publicar de nuevo esa obra.
Alberto Papuccí, San Isidro. — Le decimos lo mismo que a Río Kid de San Fernando.
Drácula, Coronel Pringles. — Tomamos nota de las obras que tiene interés en leer, para satisfacerlo oportunamente.
Horacio Allende, Montevideo. — Por el momento no es posible satisfacer su pedido. Gracias por sus afectuosos saludos.
Un lector de PUCKY, Capital. — Gracias por la simpatía que le merece PUCKY. Las novelas que indica son, efectivamente, notables; pero de las mismas, existen ediciones en castellano a precios económicos.
Lector asíduo, Salta. — Pronto vamos a publicar una novela de la índole que usted nos indica en primer término. Esta, como las otras que usted desea leer, quedan incluídas entre las que se publicarán oportunamente.
Antonio Hipólito Santagati, Capital. — Algunas de las obras que usted tiene interés en leer se publicarán en PUCKY. Estimamos mucho las afectuosas manifestaciones de aprecio que le merece este magazine.
Un viejo lector, Capital. — Le agradecemos mucho sus felicitaciones. Queda a estudio de la dirección lo que usted pide.

Bertha despedía a su hija rebosante de orgullo.

Se encontraron en la calle.

Milton miró al espía que indudablemente se le pegaría a los talones. Estaba frente al escaparate, con la galera media inclinada al costado derecho.

El detective le atisbó de soslayo, y dijo a la jovencita.

—Si me permite, la acompaño. Siempre que no vaya a encontrarse con su novio — bromeó.

La joven mostró sus blancos dientes, respondiendo:

—No tenga usted cuidado; todavía no lo conozco.

El de la galera los siguió sigilosamente, pegándose a las paredes.

Al subir al autobús, Milton se fijó en su hombre.

Este tomó un automóvil.

Bennet, parado en la mitad de la calle, conversaba con una joven singularmente hermosa.

Milton, se inclinó al mismo tiempo que Bennet le veía.

El detective hizo un gesto, y el famoso ladrón distinguió al de la galera, en el coche de alquiler.

El policía inglés pensó que Bennet debía haber perdido la pista del traje castaño o ya sabiendo el escondite, se procupaba en cosas más agradables...

—Perdón — dijo Bennet a su compañera, — debo irme; pero, recuerde que la espero en mi escritorio.

Puso una llave en sus manos.

—Aunque yo no esté, abra y espéreme, no tardaré en llegar — agregó.

Abrió la portezuela de un coche que pasaba a su costado, y ordenó:

—Siga con prudencia al automóvil que tiene delante...

—Señor Milton — dijo la joven, — ahora no puede negarme que viene de investigación.

—No tengo secretos con usted — respondió el detective, afirmando.

—Me alegro — exclamó la jovencita — Quisiera serle útil en todo esto. ¡No sabe usted lo que me encantaría ser su ayudanta!

—No cuenta usted los peligros — dijo Milton, íntimamente halagado.

—¿Qué peligro puedo temer estando con usted?

—Muchos; y por nada en el mundo permitiría a usted mezclarse en este juego

—¿Por qué? — preguntó Fifí, provocativa.

—Usted puede comprenderme — dijo Milton — Mi vida, la de los que me rodean,

están en amenaza constante de morir.

Fifí había llegado al término de su viaje.

—Gracias por haberme acompañado — dijo con voz cálida.

Milton aprovechó al levantarse saludando, para mirar a Bennet.

Arístides hizo un ademán con el brazo.

A la otra cuadra Milton, bajó.

El coche de Bennet se había emparejado con el de la galera.

Bennet de un salto subió al estribo del otro, y apuntando con una pistola a su ocupante, dijo:

—Si quieres terminar con tu cochina vida, haz un movimiento. ¡Eh!, Milton; sube — prosiguió.

El detective pasó al automóvil, y sus esposas rodearon las muñecas del atónito asaltado.

Bennet tiró un billete al chauffeur que lo había conducido, y dijo al gendarme que se acercaba creyendo en un asalto:

—Suba usted: de la secreta. — Mostraba al alelado policía la medalla, y como algunas personas comenzaran a aglomerarse, prosiguió.

—¡Subito, por Baco!

El agente, a las pocas palabras de Milton se dió por enterado.

—Nosotros le dejamos para que vengan a buscarnos con un pelotón de detectives a este lugar — dijo Bennet al gendarme.

Y le entregó la dirección escrita.

—Esto al jefe de policía — aclaró — Que mande hombres y bien armados.

Paró el automóvil; y seguido de Milton tomó otro, indicando otra dirección.

—Ahora explica — dijo el detective que se hallaba sobre ascuas, a pesar de su indiferencia.

—Tú sabes — dijo Bennet encendiendo un cigarrillo — que este caso es de rapidez. Si nos perdemos varios días en inútiles pesquisas, los planos son vendidos al extranjero, sin oposición.

Pero, ¿qué puede hacer esa legión de policías que rebuscan sin resultados a París entero? Yo, igual que tú y otros pocos personajes de la delincuencia...

—¡Hum! — gruñó Milton picado.

—Perdona, creía que eras uno de mis ilustres colegas. Pero, dije yo, que como sé lo que son crímenes; pensé que éstos, por la forma violenta y positiva de obrar son difíciles de ser descubiertos, a menos de ser capturados en el acto.

Con todo, tu llegada los alarmó, y temiéndote, te pusieron un espía. Ahí reside su error. Yo noté al hombre que te perseguía, y al irme del café por una puerta excusada, pude observar que tenía un guarda espalda. Como ves, son individuos de cuidado.

Cuando el del traje castaño, al ver que su guarda espalda no llegaba habló por teléfono pidiendo un reemplazante; lo seguí y descubrí su guarida. A ella vamos.

Milton aplaudía sin rencores a quien lo merecía. Tendió su mano a Bennet, y dijo:

—Te felicito; todo lo has hecho tú.

—Quizá tengamos que luchar mucho todavía — dijo el célebre ladrón, meditativo.

—Hemos llegado — exclamó Milton.

Estaban frente a una casa estilo suizo.

Doscendieron, y Bennet, decidido, avanzó hacia un petit hotel situado dos casas más allá.

—Vamos a entrar cual si fuéramos personas de industria — dijo. — Nos jugamos el pellejo; así que, ¡ojo, Milton!

—¿Qué esperas encontrar? — preguntó el detective, poniendo la mano derecha en el bolsillo.

—Los planos, o por lo menos a los componentes de la banda; bastantes seguros para no tener mayor vigilancia.

Esto diciendo, colocó una ganzúa en la cerradura. Abrió y se metió junto con Milton. El policía, sostenía en su mano una gruesa pistola.

Se hallaban en un vestíbulo lujoso.

Había puertas a ambos costados.

Silenciosamente entraron por la izquierda. Era un escritorio. Milton se puso a cuidar de cualquier sorpresa, la tarea de Bennet.

Arístides, con habilidad asombrosa, recorrió rápidamente los cajones, revisando los muebles; y luego palpó las paredes.

En un santiamén encontró la caja fuerte, oculta a la vista por un cortinado.

Sólo dos minutos le resistió. Sacó papeles que leyó a la ligera, metiéndoselos en un bolsillo del saco.

Con las cejas arrugadas se volvió al policía.

—Papeles de interés — dijo; — pero de los planos nada.

Pasos amortiguados por una alfombra, les puso en tensión.

Un hombre alto, vestido de mayordomo pasó por la puerta.

(Continuará)

PUCKY
MAGAZINE
APARECE TODOS LOS VIERNES
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires
PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado . . .	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

Botero.—No se aflija, señor, toda medalla tiene su anverso.
Pasajero.—¿Qué quiere decir? ¿Tiene alguna esperanza?
Botero.—Me consuelo pensando que le alquilé el bote a un tanto la hora.

El abuelo.—Es mejor que me vaya a dormir. Los mosquitos no me dejan en paz.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

PORTE PAGO

PUCKY

No. 409 - AÑO XI
JULIO 31 de 1931
Buenos Aires

SIN CONTROL

Po
Jennings Perry

Emocionantes hazañas de un heróico aviador

20 cts.

—No comprendo cómo usted, con tan poco jornal, puede ir todos los días a la taberna, teniendo mujer y siete chicos.
—¡Oh! Los dejo en casa.

—¡La bolsa o la vida!
—¡Hombre, deme usted veinticuatro horas para reflexionar.

—¿Qué opinas, Jorge, de las mujeres de esta ciudad....
—Hija mía, no puedo darte mi opinión porque soy poca autoridad en cuestiones de pintura...

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 409. -- JULIO 31 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

SIN CONTROL

Por JENNINGS PERRY

AQUATIZAR en la Bahía Arabella era fácil. Tan fácil como dejar caer una pluma en una superficie de transparente vidrio verde. El hidroplano tocó el agua casi sin hacer ruído; formáronse a su alrededor suaves hondas. Prentice Warner lo llevó hasta el pontón flotante, al final del muelle.

La señorita Burch salió de la cabina y se sentó a horcajadas en el borde.

—Ha sido un día espléndido ¿verdad? ¡Tan tibio y azul!

—Realmente espléndido — replicó Warner.

Ella lo miró sonriendo; pero molesta. El comprendió enseguida su preocupación y preguntóse cual podía ser la causa.

—Mañana no ascenderé, señor Warner... y probablemente tampoco por unos días. Temo que no volveré, en verdad, a volar con usted.

Warner se quedó sin respiración. Sintió realmente que su corazón casaba de latir.

—Es muy divertido — dijo ella — Y he aprendido mucho a volar. Siento que termine...

—¿Qué no... va a volver a volar?

—Temo que no. Por papá... Ya sabe usted, su corazón... El cree que expongo la vida. Y tengo que evitarle emociones.

—Sí; — dijo Warner — pero no hay peligro. Y sólo ha empezado usted. Le queda mucho que aprender todavía.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué fastidio ¿no? Pero no hay más remedio. He aprendido algo ¿verdad?

—Seguro que si. Y esperaba, si seguía usted volando conmigo que podría obtener su certificado antes de... bueno, antes de que parta para el norte. Pero si se trata de la tranquilidad de su papá, supongo que... — en su interior Warner protestaba enérgicamente, agregó — Para mí era también algo muy agradable.

La señorita Burch sonrió. Su sonrisa no era indiferente; parecíale una novedad — algo increíble también — que aquella asociación de ambos significara algo especial para él. Lo miró amablemente.

—Ha sido usted un buen compañero, muy paciente, señor Warner. Respecto a las lecciones... Han sido diez, contando con la de hoy ¿no? Le diré a papá que le envíe un cheque por la mañana. ¿Está bien?

¡Maldito cheque! Warner pensaba que no debía tratarse entre ellos de esas cosas. Y ella se iba.

—Naturalmente — murmuró.

—Bueno... — extendió ella la mano — ¡adios y buena suerte!

—¡Adios!

Ella se dio vuelta... se iba.

—¡Señorita Burch! — llamó él.

—¿Señor Warner?

—Espero que la veré... Quiero decir que, si necesita algo del continente, no vacilará en visitarme.

—Seguro que no. Un millón de gracias.

La mirada del aviador siguió el auto rojo hasta que desapareció en el bosque de pinos que ocultaba la casa de los Burch. La joven no se volvió para mirar. ¿Por qué iba a volverse? se preguntó Warner enojado, mirando hacia la bahía. ¿Se hubiera dado vuelta para mirar al chauffeur de su padre? ¿O a un marinero del yacht? ¿Y qué era él, Prentice Warner, más que aquellos? En el puerto, bajo sus ojos, se veían varias embarcaciones; algunas lanchas a motor, un deslumbrante hidroplano, tres yachts que hacían la travesía del océano, el mayor de los cuales "Comandante" pertenecía a Burch. Se mecía en el agua, largo, esbelto, brillantemente blanco, junto al rompeolas, pues tenía demasiado calado para acercarse más al muelle. Decían que el yacht había costado tres millones de dólares ¡Tres millones nada más que para llevar a un enfermo y a su hija a sitios donde un Pullman particular no podía ir!

¡Tres millones! Warner volvió sus ojos a las alas, curtidas por la intemperie, de su viejo hidroplano, que asomaba más allá del muelle; le había costado ochocientos dólares, en remate, y era todo lo que tenía en el mundo. Su medio de ganarse el pan. Valdría tanto como uno de los botes salvavidas del "Comandante"

Cincuenta o sesenta millones... eso era todo lo que lo separaba de Eva Bruch ¡Y había tenido él el poco sentido común de enamorarse de ella! Si la joven lo supiera, la sorprendería, hasta la divertiría Pero nunca se le ocurriría semejante cosa. Bueno, había caído como un tonto, completamente. Cuando el corazón cae de "cola", como le había pasado al suyo, son inútiles los controles. Tomó por el sendero que conducía a la estación de radio, caminando lentamente, aplastando las matas de hierbas marinas. La señora Rand lo esperaba con el almuerzo. Almorzó. No es que tuviese ganas; pero era mejor que aceptara las cosas como eran. Su contrato le aseguraba doscientos dólares al mes y el almuerzo por traer el correo todas las mañanas.

Rand salió de la cabaña.

—¡Hola, Prent! ¿Vió el nuevo aeroplano?

—No ¿Qué aeroplano? — preguntó Warner.

—Debe haber llegado mientras usted volaba con la señorita Burch. Aterrizó en los lonks de golf. Casi se estrella.

Warner retiró su plato.

—¿Y a quién pertenece?

—¡Oh! a algún atolondrado. Se llama Grandison, creo. Para en lo del viejo Burch. Supongo que será un competidor para usted.

—Creo que no — dijo Warner.

—Es una maquinita de juguete — dijo Rand — Vaya a verla.

—Talvez iré — Warner se levantó de la mesa.

—¿Va ir ahora? — dijo Rand — Yo lo acompañaré.

—No, hoy no. Tengo que volver a Brunswich — bajó la bolsa de la correspondencia de un clavo — ¿Necesita algo de tierra adentro?

—Seguro... cigarrillos. Seis paquetes de los de siempre. Y... ¡espere un minuto! — Vieja — llamó a su mujer — ¿qué fue lo que telefonearon para Prent de lo de Burch?

—¿Algo sobre medicina, no?

—¡Ah sí! — dijo Rand — Telefoneó el Dr. Ratthar. El viejo espera una medicina especial de Alemania. Quiere que usted no le pierda ojo y la maneje cuidadosamente

—Muy bien — dijo Warner.

—¿Creo que eso es todo, no, vieja?

La señora Rand dijo que sí y Warner se despidió.

—Hasta mañana, amigos.

En el muelle puso en movimiento el motor, subió abordo y se elevó. Debajo se extendía Belle Isle, dividida en ocho estados de hombres ricos "Los Exclusivos", como los llamaban en el continente, los cuales venían todos los inviernos a tomar posesión de su pequeño mundo.

Los links de golf se extendían como lagos verdes entre los pinos. Un pequeño grupo de gente estaba reunido alrededor de un aeroplano que había aterrizado cerca de la casa del club. Warner lo observó con curiosidad y también con un poco de celos. Era un monoplano, completamente nuevo. Se conocía por el brillo del sol en sus alas y en el fuselaje. Un avión de dos asientos, un barquito aéreo tal como él soñaba con poseerlo un día.

Gruñó indignado al pensar, que, con toda probabilidad, para el aficionado que había volado en él no era más que un juguete. No simpatizaba con él, de todos modos. El llamarse Grandison y el ser huésped de Burch eran motivos suficientes para que le desagradara.

Debajo de él estaba ahora el jardín de los Burch, con una fuente de mármol. Había en el jardín hibiscos y adelfas. Una vez había visto allí a Eva, con su gran perro blanco, junto a la fuente. Ella le había levantado la cabeza al perro para hacerle mirar el aeroplano. A menudo Warner había paseando con Eva por aquel jardín... en sueños. Hoy estaba desierto, como lo estaba casi siempre, fuera de aquella memorable ocasión. Eva no vendría a hacerle el saludo de despedida, mañana no estaría en el muelle, cuando él llegara, ansiosa de volar. Eva había concluído...

Warner suspiró. Puso rumbo al continente. El viejo avión volaba vigorosamente.

Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. No demoraría más de treinta minutos desde Belle Isle a Brunswick en un día como aquel, en que ni siquiera una leve brisa rizaba la superficie del mar.

Pensó Warner por qué Burch había puesto fin de pronto a los vuelos de Eva. Ella sentía mucho entusiasmo y era difícil imaginar al viejo negándole un gusto; todo el mundo sabía que ella lo "manejaba". Naturalmente que estaba enfermo; pero siempre lo había estado. Quizá estaba peor... Era tarde, sin embargo, para empezar a preocuparse por la seguridad de la joven. Naturalmente que estaba segura. ¿Hubiera consentido acaso Warner en llevarla si no fuera así?

Adelante se veía la población. Warner bajó la proa hacia el horizonte. De pronto algo pasó por debajo del avión, como una ruidosa ráfaga de viento. Un instante después el monoplano subió, atravesando la línea de vuelo del otro, formando tirabuzón, casi parecía dar vueltas sobre las alas. Los ojos de Warner se dilataron. Más alto, más alto. Por un segundo el rugido de su poderoso motor ahogó el del viejo hidroplano. Desapareció antes de que Warner pudiera mover un ojo, volviendo a pasar por encima de él, en la misma dirección que había traído. El atolondrado sabía volar. Pero ¡qué imprudente... qué loco!

Warner miró por encima de su hombro. El monoplano volvía otra vez. Subía, a babor suyo, como un cohete. Cuando pasó, vio Warner que iban en él dos personas, riendo. Un rostro tenía bigotito negro. Vio un destello escarlata al saludarlo un brazo desde la cabina delantera ¡Eva! Con aquel loco...

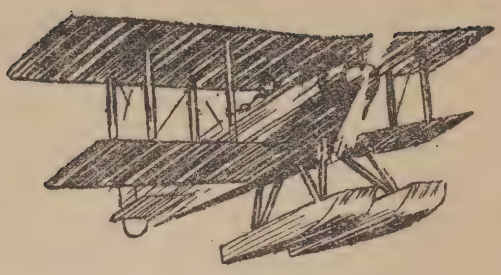
II

Al día siguiente, en el correo había un paquete certificado para el señor Burch. Tenía la etiqueta "Frágil" y el sello de Berlín. Warner lo guardó cuidadosamente en el bolsillo de su chaqueta. La correspondencia se distribuía en la cabaña de Rand. Cuando llegó Warner encontró al Dr. Ratthar, el médico particular de Burch, entre los que lo esperaban. Era un hombre pequeñito, de barba recortada y ojos perpetuamente ansiosos. Warner le entregó el paquete.

—Espero que el señor Burch no se sienta peor — dijo.

—¡Oh no, no! Está como siempre.

—A papá se la ha metido en la cabeza que corro peligro — dijo Eva.



—Me lo imaginaba por algo que me dijo esta mañana la señorita Burch y luego... la medicina...

Una breve sonrisa pasó por los labios del médico.

—Nada de eso... nada de eso. Esta preparación es para caso de emergencia, que espero no se presentará. Nada más que para eso. Ha sido usted muy amable señor... este, señor Piloto, en traerlo ¡Buenos días, señor!

Terminada la distribución, Warner salió de la cabaña y dirigióse hacia los links de golf.

Vio el monoplano a un costado del primer canalizo. Como lo había pensado era un "Golondrina" especialmente construído para deporte. Warner dio vuelta lentamente a su alrededor, estudiando todos sus detalles, desde la cola hasta el brillante eje, frente al motor de nueve cilindros. ¡Qué hermosura!

Adentro era igualmente hermoso. La cabina tapizada, todos los aparatos montados en plata. El juguete de un hombre rico. Arriba había un emblema, en monograma. Y también en el panel, de plata: A. R. S. G. La última letra quería decir Grandison naturalmente, las otras...

—¿Le gusta? — preguntó detrás suyo una voz.

Warner se dio vuelta. Allí estaba el mismo Algernon, en "plus-fours".

—Soy Alg Grandison — dijo. — Usted es el que trae la correspondencia ¿no? La señorita Burch me ha contado que le dió usted algunas lecciones de vuelo.

—Es verdad.

De una segunda mirada advirtió Warner que, fuera del bigotito y del traje no había nada de chocante en el hombre. Era bastante buen mozo, con rostro de joven bien alimentado; pero quemado por el sol y atlético.

—Quiero disculparme por haber volado debajo suyo ayer — dijo Grandison, — La señorita Burch dijo que lo conocía a usted y yo quería mostrarle algunas de las pruebas que pueden hacerse con un buen aeroplano.

—¡Oh!... no tiene importancia — dijo Warner — ¿Dónde aprendió a volar?

—Me enseñó un aviador de la guerra... lo tengo en casa la mayor parte del año. La aviación es un gran deporte ¿verdad?

—Muy grande ¿Cuanto le cobraron por este juguete? Es decir, si no es indiscreción...

—A ver..... — Grandison se golpeó, reflexionando, la mejilla con un dedo — doce mil dólares, creo. Puede ser que hayan sido catorce mil.

—¿Sube alto, eh?

—Bastante.

—Si yo fuera usted, — dijo Warner — no lo dejaría aquí, a la intemperie. El aire saturado de sal daña el motor.

Grandison hizo castañetear los dedos.

—Eso me recuerda... Quería preguntarle a usted... ¿Dónde diablos puede conseguirse aquí un mecánico?

Warner sonrió mirando instintivamente sus manos sucias de aceite y comparándolas con las rosadas uñas del otro.

—Probablemente lo conseguirá usted en Jacksonville — le dijo — Yo me hago mis trabajos.

—¿De veras? — Grandison lo miró con cortés asombro. Luego continuó serenamente — Sería pedirle demasiado... ¿tendría usted inconveniente en cuidarme el aeroplano mientras estoy aquí? Yo, cuando se trata de las máquinas, soy completamente inútil.

Por un instante vaciló Warner. Se dijo a sí mismo que debía haber comprendido iba a suceder eso y su inclinación fue poner a aquel muñeco de dedos rosados en su lugar. Pero pensó lo que sería de aquel hermoso aeroplano si nadie lo cuidaba... Además, era la máquina que, en adelante llevaría a Eva Burch...

—Naturalmente — dijo Grandison — que se lo pagaré bien.

—Muy bien — dijo Warner con acento áspero — Yo lo cuidaré, si tengo tiempo. Es demasiado hermoso para dejarlo abandonado. Siga mi consejo y póngalo a cubierto.

—Arreglado — dijo Grandison — Y ahora tengo que ir a almorzar. Es una suerte haberlo encontrado a usted.

Se alejó apresuradamente hacia el club, con sus amplios pantalones aletándole contra las rodillas.

—¡Suerte! — rezongó Warner — Pero pagarás tu suerte, pimpollito. Cuidaría la máquina, sí, por ella misma y por la seguridad de Eva; pero cobraría. Un tipo que no conoce la diferencia entre doce y catorce mil dólares, tiene que ser muy rico.

Mientras estaban comiendo, Rand preguntó.

—¿Le contaste a Prent lo del compromiso, vieja?

—¿De la señorita Burch y el Sr. Grandison? — la señora Rand alzó la vista animadamente — No; pero Prent ya debe estar enterado... pues que conoce mucho a la señorita Burch. ¿No es cierto, Prent?

Warner acababa de levantar un vaso de te helado. Su mano tembló; pero sostuvo el vaso delante de la cara hasta que hubo bebido la última gota. Cuando lo dejó sobre la mesa había dominado sus nervios.

—Seguro — dijo con bastante tranquili-

dad para salir del paso — Buena pareja, ¿no?

Aquella tarde no dio Warne su vuelta habitual por encima de la isla. Tenía miedo de mirar cierto jardín, de sorprender allí dos personas... Ya estaba su corazón demasiado triste sin eso. Llevó al viejo avión a St. Simón Sound, a toda velocidad. Sabía que la velocidad era lo único que podía hacerle bien.

Durante la semana que siguió, Prentice pasó el menor tiempo posible en Belle Isle y no vió a Eva Burch. No deseaba verla. Lamentaba haberla conocido. Ahora ponía empeño en evitarla — cosa que no era difícil — hasta borrar de su memoria el recuerdo de sus finos cabellos dorados bailando al viento — lo que era bastante difícil.

Luego, una mañana que descendió en Bahía Arabella, vio movimiento en el "Comandante" y su "curado" corazón dio un brinco. Una lancha, con toldo, se dirigía al yacht. En el muelle, un grupo de gente agitaba las manos y pañuelos.

Antes de que la hélice se hubiese detenido, ya había saltado Warner de la cabina y subía los escalones del muelle. La primera persona que vió fué Eva Burch, la segunda Grandison. Con sorpresa de Warner, la joven vino a su encuentro.

—¿Vais a partir tan pronto? — preguntó el aviador.

—Es por papá — dijo la joven — No mejora y el Dr. Ratthar cree que tendrán

En el puente estaban el capitán y el doctor. También Eva que le hacía señas.

que operarlo. Así que vamos a Baltimore. Pero tengo que darle una explicación a cerca de la suspensión de nuestros vuelos. Temo que me crea usted terriblemente mentirosa; y terriblemente ruda, pero dejé de volar por deseo de papá. A él se le había metido en la cabeza que su aeroplano es viejo y quizá se equivoque ¿no? Poco seguro. Pero no le importaba que volara con Algernon, porque él ha sufrido un entrenamiento especial. Bueno, no quiero crea le dije una gran mentira... ¿Comprende, verdad?

—Sí, comprendo — Aquello sonaba a miel en los oídos de Warner; pero había otro asunto más urgente — ¿Entonces no volverá usted... este año?

—¡Oh sí! Dependerá de la salud de papá. Si se mejora pronto...

—¿Y él se va? — preguntó Warner indicando a Grandison.

—¿Quien? ¿Algernon? — por un momento lo miró ella curiosamente; a su turno comprendió — No — contestó — Algernon se queda a cuidar la casa. Naturalmente que, si no podemos volver, él también se irá al norte.

La lancha había vuelto a buscar a Eva.

—¡Adios! — dijo la joven a Warner — Espero que haya usted comprendido lo del vuelo. Me pesaba sobre la conciencia — su mano descansó un instante en la del aviador. Ella gritó:

—¿Algernon, vienes en el bote?

—Mejor no, querida.

Warner miró a otro lado para no verlos si se besaban.

La lancha se alejó. Warner sabía que Eva se había ido, que la amaba y no trataría más de olvidarla. Cuando ella fuera la señora de A. R. S. Grandison, seguiría siendo reina de sus recuerdos. No era para él; pero la memoria es libre.

—Diga, mi mecánico ¿cuando va a revisar la máquina?

Warner se dio vuelta, con los puños apretados. Si el hombre tenía en su cara una sonrisa burlona se la haría tragar. Pero Grandison no sonreía; la expresión de su gordo rostro era de sincera interrogación y — al ver sus puños cerrados — de ligera sorpresa

—¿Quién le dijo a usted que yo era su mecánico? — preguntó Warner ásperamente.

Grandison se afligió sinceramente. Su bigotito tembló como la aguja de un sismógrafo que registra un terremoto.

—Disculpe... disculpe... — dijo — No quise ofenderlo.

—Bueno, no se preocupe — dijo Warner. La cólera había pasado—Trataré mañana de hallar tiempo para hacerlo.

Volvió los ojos hacia la bahía, donde la lancha se acercaba al "Comandante". La joven subió la escalera. Desde cubierta saludó con la mano. Naturalmente el saludo era para Grandison; pero Warner se quitó el casco, como si hubiera sido para él.

III

A lo largo del horizonte norte velase una línea baja de nubes negras. La brisa había refrescado. Warner acuatizó en la Bahía Arabella, viniendo del sur, y aseguró bien su hidroplano. Sin el "Comandante" la bahía parecía desierta.

En la cabaña estaban reunidos los clientes de siempre, en espera del correo. En la puerta lo recibió la señora Rand, muy acalorada.

—Jorge está recibiendo un mensaje del "Comandante" — le dijo — Algo le ha pasado al Sr. Burch.

Warner pasó por delante de la señora y entró a la cabina de radio. Rand estaba inclinado sobre el escritorio, los teléfonos en los oídos, escribiendo apresuradamente en una hoja de papel. Mirando por encima de su hombro, Warner leyó el mensaje, dirigido a Algernon Grandison.

"Papá ha sufrido un ataque repentino. El Dr. Ratthar olvidó el tónico especial para el corazón en un cajón del gabinete de su cuarto. Si papá no lo toma, no durará más que pocas horas. Puedes alcanzarnos, en aeroplano, dentro de dos horas. Es la última esperanza. El señor Warner te ayudará, lo sé. Hemos dado vuelta..."

El lápiz de Rand garabateó el resto del mensaje, palabra por palabra, la posición del yacht, un segundo mensaje angustioso, pidiendo prisa. La firma "Eva".

Rand se quitó los teléfonos y alzó la mirada.

—¡Hola, Prent! ¡Qué contratiempo! ¿no? Estan a sesenta millas de Cape Feár. Y hay aviso de tormenta desde Hatteras ¿Qué diablos espera ella que haga?

—¡Pobre criatura! — dijo Warner y no se refería a Grandison.

—Bueno, le voy a telefonear.

—¡Espere! — Warner se inclinó y arrancó la hoja de papel del block — Es inútil. Hay que avisarle ¡Ese chiquillo!... Yo me encargaré de ello ¿Quiere atender la correspondencia?

Uno de los autos de Burch estaba en la puerta. Warner le dijo al sorprendido chauffeur

—Rápido, a su casa. Es cuestión de vida o muerte para su patrón. Después volverá a recoger la correspondencia.

El auto voló por el camino que atravesaba los links de golf. A los pocos minutos, Warner descendía en la puerta de la casa. El mayordomo acudió y en dos palabras explicóle Warner el asunto.

—Ahora, preguntó, ¿dónde queda el cuarto del doctor?

—Tercero a la izquierda, arriba, señor— dijo el hombre — Está abierto.

—Muy bien. Y el señor Grandison, ¿dónde está?

—No se ha levantado todavía.

—¡Cielos! Despiértelo. Oiga, dele este papel, que lo lea. Yo lo esperaré aquí.

Poniendo el mensaje en manos del criado,

Warner subió corriendo la amplia escalera. Tres puertas a la izquierda; entró en la pieza. En un ángulo había un gabinete de palo de rosa. Abriendo el cajón de arriba reconoció Warner, sin dificultad, un pequeño paquete de cartón, sin la envoltura, el que él le había entregado pocos días antes al Dr. Ratthar. Adentro, envueltos en algodón, había dos tubitos de vidrio, con un líquido amarillento. ¡Qué raro que un médico se olvidara de su medicina más importante!

Vuelto al hall, miró Warner a su alrededor, buscando a Grandison, furioso por su demora. Poco después entró el joven por otra puerta... en bata.

Warner lo miró.

—¡Diablos, hombre! Supongo que no va usted a partir así.

—¿Partir?

—¿No ha leído lo que ella dice? Le dije al criado...

—Sí, sí, lo leí. Comprendo todo. Pero necesito tiempo para pensarlo.

—¿Tiempo?... ¿Pensar?... — Warner abrió la boca — Vea, Grandison, quizá usted no ha entendido el mensaje. El viejo se muera y ella dice que sólo este remedio puede salvarlo. Y no hay más que un medio de llevárselo; que usted suba a su aeroplano y parta. Eso es lo que Eva quiere.

—¿Desde cuando — dijo sombríamente — llama usted Eva a la señorita Burch?

—¡Oh!... váyase al diablo... ¿Qué importa eso? La distancia es larga y viene tormenta ¡Muévase!

—Tormenta, ¿eh?... Y ellos en el mar..., ¡Mala cosa!... ¡mala cosa!...

Warner gimió suplicante:

—Vístase de una vez. Yo iré con usted para ayudarlo a levantar vuelo. Aquí tiene la medicina — le tendió el paquete; pero Grandison no sacó las manos de los bolsillos de la bata.

—¿No le parece que se muestra usted un poco imperioso, mi mecánico?

Warner lanzó un gruñido de exasperación. Extendiendo su largo brazo agarró las solapas de seda de la bata de Grandison.

—¡"Mi mecánico!" Vuelva a repetirlo, borrico y le rompo el cuello ¿Va usted a partir o dejará morir al anciano?

—Pero acaba usted de decir que viene tormenta y no soy tan imbécil...

—¡No! — Warner lo soltó y se rió brevemente — No, es tan imbécil. Claro, obtendrá usted demasiados millones si el viejo muere, casándose con su hija ¿no? Olvidaba eso. O quizá le falta valor. Muy bien. Vuélvase a la cama.

—¿Por qué... por qué no va usted? Tiene un hidroplano...

—¿Yo? — Warner que ya se iba se detuvo — Es eso lo que pienso hacer. Haré de cuenta que el mensaje me fué dirigido a mí. Hasta luego "mi mecánico".

Le volvió la espalda a Grandison. Una voz le dijo débilmente.

—Puede llevar mi aeroplano, si quiere.

—¡Gracias! — contestó Warner por encima del hombro, sarcásticamente — No lo necesito.

La Bahía Arabela no era más un espejo verde, si no una superficie agitada por el viento. El viejo hidroplano se mecía pacientemente a impulso de las gruesas olas. Warner puso en movimiento la hélice. Cuando iba a subir, apareció Rand corriendo.

—¡Deténgase, Prent! Es inútil que exponga su vida... con el temporal que se viene encima. ¡Renuncie, muchacho!

PROXIMAMENTE INICIAREMOS LA PUBLICACION DE

Los Cowboys Footballers

Emocionante novela de aventuras en el Far West

Encargue con tiempo al vendedor que le reserve su ejemplar, si desea deleitarse con la lectura de esta interesantísima obra

—¡Apártese! — lo contestó Warner. Oyóse una ahogada explosion. luego otra y después el rugido de la máquina.

Warner se inclinó hacia el radiotelegrafista.

—Comuníquese con el yacht — le dijo — Dígales que va la medicina

—¿Y Grandison?

Por toda respuesta señaló Warner con el índice tierra adentro. Luego, deslizóse sobre las aguas, le hizo una señal animadora con la cabeza a Rand, que movía dudosamente la suya, y se elevó.

Voló en círculo para calentar el motor y luego puso rumbo al nordeste, hacia la barrera de nubes.

Colgando el plano de la costa en su broche, Warner señaló la posición del yacht con la uña del pulgar, determinó la línea que debía seguir y corrigió su dirección. Luego se sentó y examinó las probabilidades que tenía de llegar bien.

No había nada de que regocijarse en la situación. Había sido un idiota. claro está, en no aceptar el ofrecimiento de "La Golondrina; pero era ahora inútil lamentarse por ello. Además, aunque hubiera tenido que empezar de nuevo, no lo aceptaría ¡No! La partida era suya ahora. Todo cuando tenía en el mundo era su viejo avión . . . era todo lo que podía ofrecer a Eva en contra de los millones de Grandison.

Había llenado el tanque de nafta antes de salir de Brunswick aquella mañana; pero aun con el tanque lleno, el combustible no duraría más allá de las cuatrocientas millas. No importaba. Con tal que pudiera acercarse al yacht lo suficiente para tirar el paquete abordo, tiempo tendría luego de pensar en la vuelta. Se dijo esto a sí mismo tratando de no comprender que no podría llegar a tierra.

—Una cosa por vez — se dijo a sí mismo — Al fin y al cabo, si te ahogas, no dejas viuda que te llore.

Por el motor no se preocupaba. El lo tenía en buen estado. Ahora, hasta cierto punto, estaba fuera de sus manos. Su funcionamiento era asunto propio y con preocuparse no lo ayudaría.

Pasó una hora, dos, tres. El reloj le indicó que el tiempo calculado había transcurrido. Durante la última hora no había podido mantener la velocidad de noventa; pero, si el yacht había dado vuelta al sur, quizá se acortaría la distancia. El altímetro indicaba dos mil cien pies; había nubes arriba y abajo. Las de abajo corrían y se precipitaban unas sobre otras. No importa. Ahora tenía que bajar.

Imaginó que el descenso sería malo; pero se quedó corto. Desde que entró, a ciegas, en la masa de nubes hasta que cayó bruscamente al claro y se estabilizó a unos pocos cientos de pies sobre la superficie del mar, comprendió lo que sentiría un hombre que atravesara dentro de un barril la catarata del Niágara. Tomado por la corriente superior del temporal, el avión daba vueltas entre el vapor húmedo, completamente fuera de control. Parecía resistirse a entrar en el viento, que sacudía sus vigas y alambres; pero él lo obligó.

El mar parecía plano; pero las olas dejaban largas fajas de espuma, indicando la violenta conmoción de las aguas. Afortunadamente apenas llovía y no había niebla; debajo de la masa de nubes la visibilidad era clara.

Un barco estaba a la vista, un vapor de carga, arrojando humo negro en su chimenea, a la derecha. Warner se dirigió hacia él. Cuando estuvo cerca, un hombre apareció en el puente, agitando los brazos y señalando a popa. Warner comprendió. Por radio se habían enterado del objeto de su vuelo y de lo que buscaba; el hombre indicaba la posición del "Comandante". Hizo un ademán de agradecimiento y empezó a dar vuelta.

Se veía una mancha única en el oceano. A lo lejos. Pensó que no podía ser más que el "Comandante". Lo había pasado. Lo alcanzará ahora dentro de pocos minutos, estaba seguro. Hizo apresuradamente sus preparativos, sosteniendo la barra entre sus rodillas. De abajo del asiento sacó media docena de conmutadores y un rollo de algodón y trapos. Sacándose el casco acomodó los conmutadores; luego sacó uno de los tubos de la caja y lo envolvió bien dentro del algodón; hizo lo mismo con el otro. No podrían romperse. Hizo una bola con todo el algodón y algunos trapos y lo ató con el pañuelo. Luego acomodó aquella bola bien segura dentro del casco. La "bomba" estaba pronta.

El yach distaba ahora escasamente mil yardas. Warner había bajado el aeroplano hasta cien pies de la superficie del agua, agarró el casco acolchado, pronto para tirarlo por el costado. Pero de pronto comprendió cuan insensato era su plan. Llevando él viento de cola, pasaría por encima del barco, lo menos a una velocidad de ciento cincuenta por hora. Pocas probabilidades habían de lanzar algo, a cubierta a aquel paso.

No le quedaba más remedio que dar vuelta y volar contra el viento. Inclinando la cabeza con pesar hacia los del yacht viró a estribor, en una progresiva tangente. Antes de que pudiera dar vuelta, fué llevado a una o dos millas de distancia por el viento. Luego empezó a luchar para volver contra el temporal. Y el temporal tenía dientes... A cada ráfaga parecía que un ala o parte de la cola se romperían. "Animo, viejo" decía a la máquina como si ella pudiera entenderlo "Véncelo". Pero lo más que podía hacer era que, naturalmente, la diferencia entre su máximun de velocidad y la del viento, posiblemente unas veinte millas. Y cada segundo era precioso. El anciano se moría teniendo el remedio tan cerca.

Pie por pie, el aeroplano y el yacht se fueron acercando. Un pequeño grupo de hombres estaba reunido a proa del "Co-

En el próximo número de PUCKY

El Juego del Peligro

Por J. ALLAN DUNN

RICARDO Pemberton, que nunca conoció a sus padres, es recogido de la calle y criado por un hombre bondadoso, llamado Harvey Pemberton, que le dió su nombre. Más tarde se entera Ricardo de que su padre adoptivo vive al margen de la ley, aunque quiere mantenerlo a él en el camino recto. Ricardo no se mezcla en las actividades turbias de Harvey; pero lo acompaña y protege contra sus enemigos, que son muchos. Luego el viejo es asesinado y Ricardo acusado de su muerte. Consigue salir absuelto de la acusación de asesinato; pero es condenado a siete años de prisión como cómplice de Harvey. Logra escapar de la cárcel y alimenta el firme propósito de vengar la muerte del hombre a quien como a un padre amó. Tal es el argumento de esta poderosa y dramática novela, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York.

Pida con tiempo su ejemplar de PUCKY, si desea no perder la lectura de esta estremecedora novela

mandante". Le hacían señas a Warner, animándolo, implorando.

El capitán estaba en el puente con el médico... Eva estaba también allí, le hacía señas, sus rubios cabellos volantes al viento. Formaba bocina con las manos. Lo llamaba.

Sobre cubierta, los hombres habían extendido una lona, formando red. Un minuto no más que calmara el viento...

Una ráfaga levantó el aeroplano y lo echó hacia atrás. Warner movió febrilmente los controles. ¡Cielos!... todo estaba terminado si ahora se deslizaba hacia atrás. Nuevamente logró hacerlo avanzar. La aguda proa del yacht pasó por debajo a menos de cincuenta pies de distancia. Débilmente oyó gritar a los hombres. Inclinándose sobre el costado, Warner tomó con cuidado la puntería de la lona y dejó caer diestra la "bomba" en mitad de ella.

Warner no vió a un hombre pequeñito precipitarse sobre el objeto, agarrarlo y echar a correr por cubierta. Estaba demasiado ocupado.

El asta de señales del yacht quedaba a menos de diez pies de distancia de la hélice del aeroplano. Apretando los dientes, tiró hacia atrás, y hacia un costado la barra. El aeroplano se elevó. En circunstancias normales se hubiera evitado el choque; pero el viento lo tomó por el cuerpo y lo arrastró... Casi escapa; pero no escapó. Oyóse un siniestro crugido al chocar el palo mayor contra el fondo del aeroplano, arrancando parte de éste y una hoja de la hélice. Warner maniobró inútilmente. Un momento vaciló el avión en el aire, como una gaviota herida. Estaba perdido. La vida de Prentice no valía en esos momentos un suspiro.

En la cubierta vieron. Corrían a la borda con salvavidas. Eva estaba allí, al final del puente, agarrada a la barandilla, mirándolo. El le sonrió por pura bravata. Sabía cual iba a ser el final.

El avión subió un poco, la proa siempre dentro del viento; pero se bamboleaba. Había perdido distancia y el yacht estaba ahora más adelante. Una especie de espasmo sacudió al viejo aeroplano. Warner comprendió lo que significaba. Se iban a desprender las alas.

—¡Adios viejo! — murmuró Warner

Lo inclinó para el último descenso, de proa, apuntando a las olas cubiertas de espuma, junto al yacht. ¡Mala suerte! ¡Pobre viejo avión! Le dolía a Warner oirlo crugir. Cayó al agua con ruido sordo.

Instantaneamente saltó Warner de la cabina. Un círculo blanco flotaba en el agua, cerca de él. lo enganchó con el brazo y se dejó ir. La ola lo levantó tirándolo violentamente contra el costado del yacht. Sintió un agudo dolor en el costado. Cuando trató de pasar su cuerpo por el salvavidas, advirtió que tenía el brazo izquierdo inerte e inútil. Había una cuerda atada al salvavidas. Envolvió el cabo alrededor de la muñeca derecha y se sostuvo. Lo izaron. La cuerda lo cortaba la carne. Algunas manos lo agarraron.

Después todo fue vago y doloroso. Luego las nieblas se aclararon; pero el dolor persistió. Estaba acostado en un lecho blanco, muy apretadamente vendado para que pudiera moverse. Se dio cuenta del balanceo del barco. Y luego de la presencia de Eva Burch. Estaba inclinada sobre él, tenía su mano entre las suyas y lloraba...

—¿Llegué a tiempo?

A Warner le extrañó el sonido de su propia voz.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Sí... ¡oh sí!, gracias a Dios... y a usted.

El hizo una tonta mueca de protesta.

—Fue usted muy valiente — dijo ella — Rand nos mandó por radio la historia... como vino usted, cuando Algernon...

¿Había ella hablado de Algernon con desprecio?

La vaguedad volvía; pero Warner sabía que sus dedos habían estrechado una mano suave y que ésta no se había retirado. Sonrió y desde lo profundo de sus nieblas dijo:

—Era bueno... mi viejo aeroplano.

El dolor le cerró los ojos y apretó sus labios. Pero empezaron a salir a través de ellos palabras forzadas, confesiones íntimas, traidoramente reveladas por la fiebre. No sabía lo que decía, ni se daba cuenta de que estaba hablando.

—Todo lo que puedo ofrecerle... un viejo aeroplano... Costó ochocientos dólares en remate.

Había en los ojos de Eva una luz que hubiera recompensado a cualquier hombre. Se había parado junto al lecho y miraba a Warner con los dientes apretados y los labios temblorosos. El no la veía.

—He sido un idiota. No es mucho lo que nos separa. No es mucho. Nada mas que... sesenta millones... ¡Enamorarse de Eva!...

Ella le deslizó los dedos por entre el cabello húmedo de agua salada. Lo llamó.

—¡Prent!.. ¡Prent!...

Tenía el rostro cerca del de Warner, sus ojos junto a los de él. Ahora la veía. Sonrió.

—Usted vino.. por mí. Un océano no pudo separarnos, Prente — Trató de hacerle comprender, ansiosa, sollozante — Nada hay entre nosotros, Prent, si usted me quiere. Ni sesenta millones de océanos, ni sesenta millones de dólares ¡Nada! Yo no valgo ni la mitad que usted, mi querido, ni la mitad...

Como un hombre se da cuenta en sueños de una cosa espléndida, Warner sabía que ella lo besó. Aquello era sorprendentemente cierto en el caos de sus pensamientos. Estos iban confusamente al futuro... Eva... sesenta millones y un aeroplano nuevo, naturalmente, para volar ella y él.

FIN

LA MUERTE EN "TEJAS GRISES"

Por GERARD FAIRLIE

(Conclusión)

ANTES DE LA TORMENTA

CUANDO el sol estaba alto en el cielo y Page juzgó que serían cerca de las siete, oyó ruido abajo. La vieja criada se movía, preparando el desayuno. Instantáneamente se apoderó de Page un gran deseo de verse libre de sus ligaduras, un ansia de movimiento y acción. Luchó violentamente y al fin se cayó de la cama. Se quedó allí, magullado y dolorido; pero, con alegría, sintió pasos rápidos que subían la escalera. Un instante después oyó golpear fuertemente a la puerta y una voz ansiosa que preguntaba:

—¿Le pasa algo, señor? Me pareció que sentí una caída.

Page no podía contestar y el golpe se repitió. Casi enseguida fué abierta la puerta. Page oyó un grito de alarma y un momento después la anciana estaba arrodillada a su lado, tratando frenéticamente de quitarle la mordaza.

—¡Oh, señor! — exclamó asustada — ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Entraron ladrones?

Mientras hablaba desataba rápidamente las cuerdas y un momento después, Page, con gran alivio, pudo moverse nuevamente. Estaba terriblemente entumecido; pero el cloroformo no le había dejado más huellas que una sed terrible.

Rápidamente detuvo las excitadas preguntas de la anciana y le preguntó con ansiedad si había limpiado ya la salita de recibo.

—¡Gracias al cielo! — dijo Page al contestarle negativamente. Saltó corriendo de la habitación, bajó la escalera y entrando a la salita agarró el vaso del que el médico había bebido la noche anterior. Lo envolvió cuidadosamente en un trapo limpio, agarró su sombrero y dirigióse a toda prisa a la comisaría. La anciana criada seguía sus movimientos con mirada preocupada.

Pocos minutos después los alambres del teléfono vibraban con una descripción detallada del Dr. Edwin Phillips y de Norma Rendel, enviándose instrucciones a todos los puertos para que el primero fuera arrestado. Page no sentía ya ningún escrúpulo en el asunto.

—Tiene prácticamente sus doce horas de ventaja, — se dijo a sí mismo — que es todo lo que él quería; así que, para esta fecha, supongo que estará lejos.

Llamó por teléfono a Tejas Grises y pidió hablar con Marion. Un momento después ella vino al aparato y lo saludó llorosa.

—¡Oh Frank!... ha ocurrido algo espantoso. Mamita se ha ido... se ha ido con el Dr. Phillips. Se fué anoche y me dejó una carta. Te, la leeré.

Se detuvo un momento y continuó con voz entrecortada:

"Mi querida, cuando leas ésta me habré ido con el hombre a quien amo. Marion querida, hago esto sabiendo que es lo mejor y que me perdonarás. Tú tienes a Frank. Se que él velará por tí siempre. Pero no pienses mal de mí, querida, si puedes. Me duele terriblemente irme así; pero no haciéndolo, destrozaría mi corazón. Trata de comprenderme, queridita; trata de perdonar".

Marion se detuvo y Page oyó un ahogado sollozo.

—Queridísima, — dijo él — no te aflijas. Yo iré a verte en cuanto pueda. Iré a almorzar. Trata de tener valor, amor mío. Yo también creo que es lo mejor que pudo suceder. Dime, ¿cuando esperas que vuelva John Ross?

—Después de almorzar — contestó Marion indiferentemente.

—Bueno, yo estaré ahí a la hora del almuerzo. Quiero verlo a Ross. Tengo importantes noticias para él. Adios, querida, y no te aflijas.

—¡Adios, Frank!

Colgó Page el tubo y, abandonando la comisaría dirigióse al consultorio del Dr. Phillips. Llamando a la puerta, informó a la señora Willis, el ama de llaves, que deseaba examinar el consultorio y cuarto de cirujía del doctor. Asustada por sus graves modales, la mujer no protestó; después de dirigirle una mirada ansiosa, guió.

Page hizo una cuidadosa investigación en las dos piezas y finalmente retiró tres objetos: las dos botellas de que le había hablado el doctor, una conteniendo la insulina diluída y la otra la sin diluir; y también la jeringa. Luego, volviéndose al ama de llaves, le hizo varias preguntas para saber si era permitida la entrada a alguien en el consultorio o sala de cirujía del doctor, en ausencia de éste.

—No, señor — contestó ella resueltamente — Nadie entra en la sala de cirujía y al consultorio sólo cuando el doctor está. O, quizá, un momento antes de que llegue.

—¡Gracias! — contestó Page — Es todo lo que deseaba saber.

Envolviendo rápidamente los tres objetos que había retirado volvió rápidamente con ellos a la comisaría y procedió a examinarlos, buscando impresiones digitales. Un poco más tarde, con brillo triunfante en los ojos, Page abandonó la oficina y dirigióse rápidamente hacia Tejas Grises. Marion lo recibió efusivamente, asediándolo a preguntas. Con su vestido negro, el rostro mortalmente pálido y los ojos rodeados de sombras obscuras, ofrecía un aspecto conmovedor y Page trató de aminorar su pena.

—No tienes por qué preocuparte, querida — le dijo — A tu madre nada le pasará. Temo que los de la policía la persigan; pero es sólo porque acompaña al Dr. Phillips; es a él a quien queremos arrestar. Tu madre no tiene culpa alguna. Y también estoy casi seguro de que... no lo detendrán a él. Lleva demasiadas horas de ventaja. Pero, ahora, mi querida, dejemos por un rato estas cosas. No me hagas más preguntas. Vamos primero a almorzar y después que yo haya hablado unas palabras con Ross, te lo diré todo.

Ella, con el rostro más animado asintió y él, dándole el brazo, la condujo al comedor.

PRESAGIOS DE TRAGEDIA

Era una tarde espléndida, después de almorzar, Marion llevó a Page a la terraza y se sentaron ambos a disfrutar del sol. La comida no había sido alegre y Marion ansiaba hacer preguntas; pero no se animaba a interrumpir la profunda preocupación de Frank.

Evidentemente éste estaba más inquieto de lo que quería admitir. Hacía un valeroso esfuerzo para mostrarse alegre, para ser el mismo de siempre; pero sonaba a falso. Marion comprendía que, bajo su animación exterior, había algo misterioso, que lo preocupaba enormemente

De pronto alzó Page la cabeza.

—Marion, querida mía, — le dijo — me parece que ahora veo claro en todo esto; pero quiero que tú hagas algo que ayudará a solucionar las cosas.

Ella alzó rápidamente la mirada.

—Frank, bien sabes que haré cualquier cosa que sea de utilidad ¡Oh si pudiéramos ir a casarnos ahora!

Page hizo una profunda inspiración.

—Si... ¡si pudiéramos! — murmuró para sí. Luego dijo en voz alta — Quizá muy pronto podremos. Escucha, Marion; quiero que subas a tu cuarto, que finjas que estás con dolor de cabeza o cosa así Será mejor. Cuando Ross venga, yo le hablaré. Supongo que no tienes muchos deseos de verle ¿verdad?

Volvió a la joven algo de su antiguo ánimo.

—Creo que no. No quiero verlo más.

—¿Cuando lo esperas?

Marion miró su reloj.

—El tren llega a las catorce y minutos. Ross debe estar aquí de un momento a otro.

—Creo, — dijo Page levantándose — que sería bueno subieras ya. Yo, probablemente, llevaré al Inspector Ross fuera de la casa. Quiero decirle algo... solicitar su consejo. Enlazó Page el brazo de Marion y la condujo suavemente a la puerta de la terraza. Ella lo miró ansiosamente.

—No tardes mucho. Frank.

—Sólo tardaré lo estrictamente necesario.

Marion le rodeó el cuello con los brazos, le atrajo la cabeza y lo besó ligeramente. Luego subió con paso rápido las escaleras.

Pocos momentos más tarde oyó Page que se abría la puerta detrás suyo y alguien salía de la casa. Se puso en pie de un salto y, dándose vuelta, vio frente a él a Ross. Page lo miró curiosamente. O bien no había estado esa mañana en la oficina o bien era muy dueño de sus expresiones. Pero no tuvo tiempo Page de pensar; Ross habló vivamente.

—Me ha dicho Jenkins que me estaba usted esperando.

—Sí, señor; es cierto — dijo sonriendo Page — Y tengo algo muy desagradable que decirle.

Ross lo miró rápidamente.

—¿Algo desagradable que decirme?

—Sí, señor. Creo que me será más fácil si usted toma asiento.

Ross vaciló un momento y Page pensó que podría darse vuelta y volver a entrar en la casa; pero el hombre pareció tomar una resolución repentina y dirigióse rápidamente a la silla que Marion había dejado vacante. Se sentó frente a Page.

—¡Hable pronto! — le dijo — Quiero ver a la señora Rendel.

—Creo que no podrá... No está aquí, al menos. Se... ha marchado.

—¿El... qué?

Ross se puso en pie de un salto.

—¿Norma se ha... marchado? — repitió.

Por un momento pareció estupefacto.

—Si se dijo a si mismo Page — el nombre no ha estado en la Yard esta mañana.

Pero el inspector Ross se repuso pronto. Volvió a sentarse, sacó su cigarrera y encendió un cigarrillo. Page, que lo observaba atentamente, no vio temblar su mano mientras sostenía el fósforo. Admiró enormemente a su superior en aquel momento.

—Dice usted que se ha ido — dijo de pronto tranquilamente Ross — ¿A dónde?

—No tengo la menor idea — contestó Page — Quisiera saberlo.

—Yo también — replicó rápidamente Ross.

Se detuvo y Page no interrumpió sus pensamientos. Ross evidentemente daba vueltas en su mente a alguna idea. Bruscamente, con movimiento rápido, sacó su libreta de apuntes y de ella una hoja de papel doblada que tendió a Page.

—Entérese joven; — le dijo — éste es su distrito y el asunto le concierne. Pero como Herbert Rendel me hizo, personalmente una súplica, me propongo ayudarlo. Lea esa carta.

Page no necesitaba desdoblarla para enterarse de su contenido. Pero, a fin de asegurarse de que Marion no se había equivocado, abrió y leyó el infamante mensaje. Luego alzó rápidamente la vista y la fijó en Ross.

—¿Cuando recibió usted esto, señor?

Las facciones rel hombre mayor se colorearon levemente.

Cuando el sol estaba ya alto, Page oyó moverse abajo a la vieja criada y experimentó un gran deseo de verse libre de sus ligaduras.

—La recibí... este... esta mañana. Por eso vine aquí enguida.

Page advirtió la mentira.

—¿Con orden de arresto?

Ross se echó a reir.

—Cuando tenga usted más años, mi joven amigo, comprenderá que una carta así no basta para arrestar a nadie. Tengo que convencerme de que la acusación es cierta, para arrestarlo a Phillips.

Page no vaciló.

—Pero la fuga, la fuga de la pareja —

anotó cuidadosamente el efecto de la palabra "pareja" — indica su culpabilidad.

Ross se encogió de hombros.

—Personalmente dudo que la señora Rendel sea culpable —dijo — Pero estoy casi seguro de que Phillips lo es.

Page miró la carta que tenía en su mano, la dobló lentamente y la metió en su bolsillo interior.

—Oiga, — dijo Ross extendiendo la mano —— devuélvame eso.

—Lo siento — contestó Page — pero no tengo intención de hacerlo. No quiero que haga usted más uso de ella, inspector Ross. He sabido que usted recibió esa carta ayer He sabido que la usó, no para cumplir su deber, si no para otro fin... un fin vil. No, no se levante. Mejor es que me oiga hasta el fin.

DESENLACE

Page se detuvo, pensando si Ross lo atacaría; pero el fuego de los ojos del hombre mayor se convirtió en un brillo opaco. Volvió a sentarse.

—Siga, cachorro — dijo tranquilamente— Se arrepentirá de esto.

—Quizá me arrepienta — dijo con serenidad Page — y quizá no. Espero que no. ¡Escuche! A la hora de hacer usted... digamos, su proposición a la señora Rendel, yo lo sabía todo. Desgraciadamente, me enteré de un modo que me prohibía hacer uso de mi conocimiento. De otra manera, inspector, creo que estaría usted suspendido a la fecha.

—¡Un momento! — dijo Ross con tranquilidad — ¿Qué es lo que se propone? ¿Un chantage?

—No — contestó Page — Dejo esos procedimientos para usted. Pero algo ocurrió aquí anoche, después que usted abandonó la aldea. No se donde fue usted, probablemente a Londres. Las circunstancias, — se rió ásperamente — una mordaza, un poco de cloroformo y unos trozos de cuerda me impidieron moverme hasta esta mañana; pero no bien me vi libre... no, no importa, no voy a contar toda la historia, demoraría mucho tiempo. no bien me vi libre, como digo, entré en actividad. Buscamos por todos los puertos al Dr. Phillisps y a la señora Rendel. Hay una orden de arresto contra el doctor. De todos modos, no creo que lo agarremos. Lleva mucha ventaja.

—¿Pero de qué demonios está hablando, joven? — preguntó Ross.

—De lo que debió usted hablar ayer por la mañana — replicó prontamente Page — No lo olvide, inspector, porque yo me propongo no olvidarlo. Phillips fue a verme anoche, armado, y a una hora en que yo no podía defenderme. Estaba en sus manos. Me contó una historia interesante. Me dijo, para abreviar, que él había estado tratando de matarlo a Herbert Rendel; pero que se convenció, en vista de un descubrimiento que acababa de hacer, de que no lo había conseguido. La mano que mató a Herbert Rendel pertenece a otro hombre.

De pronto Ross hizo algo inesperado. Estalló en carcajadas... carcajadas auténticas o al menos así le parecieron a Page. Por vez primera la confianza del joven se quebrantó; pero apartó ese pensamiento, diciéndose que era simple debilidad y que habiendo ido tan lejos debía continuar hasta el amargo fin. Apartó sus dudas y volvióse una vez más a Ross.

—¡Buen Dios! — rió el otro — ¿No ha oído usted antes esa historia u otra parecida?

Page sonrió.

—Sí, — dijo — a menudo; pero esta mañana me tomé algún trabajo. Me he convencido de que esta vez la historia es cierta y creo que podría convencer a un jurado de lo mismo.

—Es interesante, muy interesante, mi joven e inteligente amigo — dijo Ross — Prosiga

De pronto Page se inclinó hacia adelante.

—Inspector Ross, — dijo — tiene usted una reputación de primera en la policía. Sólo el cielo sabe cuanto lo desprecio a usted como hombre — se rió — Pero no creo que a usted le importe. Como oficial de policía, por su pasada actuación, no por la presente, sólo puedo admirarlo. Quiero pedirle un favor

Ross sonrió cínicamente.

—Es curioso prefacio insultar a un hombre antes de pedirle un favor. Es lo que usted ha hecho. Con todo, tengo indulgencia para los acaloramientos de la juventud ¿Qué desea?

—Esto solamente. Quiero que me acompañe a dar un paseo hasta la montaña. No queda muy lejos. Apenas un par de millas. Hay algo allí que quiero mostrarle y pedirle, por el camino algo: su consejo.

Page se inclinaba hacia adelante, evidentemente ansioso. Ross se levantó.

—Muy bien — dijo — ¿Cuando partimos?

—En seguida, si no tiene inconveniente.

—Muy bien; guíe.

Page había resuelto su curso de acción y ahora que el desenlace se aproximaba toda nerviosidad lo había abandonado. Experimentaba una curiosa sensación de júbilo sabiendo que, dentro de una hora o cosa así habría terminado con aquel misterio, habría concluído con aquella abominable revelación de lo naturaleza humana que tanto lo había atormentado a él y a Marion por espacio de dos días.

Caminaron como una milla en silencio, hasta que hubieron salido de la aldea. El camino estaba desierto y pronto Page tomó por entre el bosque. Un áspero sendero ascendía hacia la montaña, empezando por una cuesta suave que se hacía cada vez más empinada. Después que anduvieron por ella un trecho, silenciosamente, Page habló de pronto.

—Inspector Ross, — dijo tranquilamente — quiero su opinión respecto a la conducta

de un oficial de policía en ciertas circunstancias. Sucede que ha llegado a mi conocimiento que cierto oficial de policía he hecho uso de su posición con fines particulares.

—¿Se refiere usted a mí? — preguntó Ross rápidamente.

—¡Aguarde! No me refiero a la señora, Rendel, si es lo que quiere decir. El caso es que el oficial de policía ha obrado de un modo que perjudica el buen nombre del Cuerpo a que pertenece — Se rió Page — Eso es un modo muy discreto de decirlo — añadió rápidamente — Sus acciones han sido tan malas como es posible ¿Qué cree usted debe hacer ese oficial de policía?

—Renunciar — dijo Ross enseguida.

—¿Irse antes de que lo destituyan? Muy bien. Pensé que diría usted eso. Ahora, otra cosa. Otro oficial de policía tiene informes, de cuya autencidad no puede dudar, sobre la culpabilidad del primer oficial. El hombre culpable rehusa renunciar ¿Qué puede hacer el otro? Quiero decir por el buen nombre del Cuerpo.

—Denunciarlo — dijo Ross tranquilamente — Pero ¿a qué tantos rodeos, Page? Lo que quiere usted decir es esto: "Tengo pruebas de que usted usó la carta para sus fines personales, que no pensaba perseguir al Dr. Phillips, si la señora Rendel se casaba con usted" ¿No es eso?

—Eso para empezar — dijo Page rápidamente.

—¡Ah!... ¿para empezar? ¿Se coloca usted mismo en la posición del otro oficial, del que sabe? ¿Usted presume que yo no renunciaré y me pregunta que haré? Muy bien, voy a decírselo: haga lo que se le antoje. ¿Qué puede probar, cachorro imbécil? ¿Cree que su palabra valdrá algo ante la del inspector Ross?

—Gracias por el consejo — dijo Page — La mitad del trabajo está hecho, de todos modos. Pero recuerde que había otra mitad. Le dije que deseaba que acompañara a este paseo porque quería mostrarle algo. ¿Quiere venir?

Por un momento vaciló Ross, luego encogiéndose de hombros, siguió caminando. No volvieron a hablar hasta que salieron del bosque y, después de una ascensión difícil, llegaron a una pequeña plataforma. Page avanzó intrépidamente hasta el borde e hizo señas a Ross de que le siguiera. El inspector lo hizo y miró hacia abajo. Parecían estar parados en un alto monte, cuyos costados descendían precipitadamente hasta una profunda cantera. El hombre de más edad retrocedió rápidamente. El abismo era aterrador. Page se dio vuelta y lo miró.

—Un hombre se suicidó aquí hace un año — dijo — Es un buen sitio para hacerlo, ¿no? Se tiró al precipicio.

Se detuvo; pero Ross se contentó con mirarlo serenamente.

—¿Y bien? ¿Es sólo para mostrarme el sitio donde un pobre suicida terminó con su existencia que me ha hecho caminar hasta aquí?

—Sí — dijo Page animadamente — para eso y para otra cosa. Pensé que...bueno, que el inspector Ross querría seguir el ejemplo de aquel infeliz.

—¿El qué?

Ross casi se agachó al retroceder. Se había producido en él un cambio sutil. Todo su rostro había cambiado. Una expresión de horror, de miedo increible, se reflejaba en sus ojos. Page permanecía inmóvil, mirándolo.

—Déjeme explicarle — le dijo muy tranquilamente — Le dije antes, en la casa, que el Dr. Phillips había estado a verme anoche y me dio ciertos informes. Pensé, como observó usted primero, que era una necia excusa para apartar de él las sospechas. Pero tengo la costumbre, inspector Ross, que creo ha sido suya en el pasado — se detuvo un momento y sonrió — ¡es curioso como he calcado mi trabajo del suyo! de probar siempre los informes que se me dan. Por consiguiente fui a casa del doctor esta mañana, no bien me vi libre, y encontré ciertos objetos que deseaba. Tuve suerte, porque anoche le di al doctor un vaso de whisky y pude obtener las impresiones digitales. Por consiguiente podía saber, comprenda usted, si alguien más había tocado los objetos que él usa.

Un cambio aun más profundo se produjo en la cara del inspector. El color lo abandonó. Su rostro tenía un tinte grisáceo; parecía mucho más viejo.

—Puede ser que le interese — continuó Page saber exactamente que objetos son esos que traje del laboratorio del doctor. Son dos botellas, inspector Ross, dos botellas. Una contiene una droga sin diluir, la otra la misma droga diluída, inofensiva, tal como se usa en medicina. El tercer objeto, quizá aún de mayor interés para usted, es la jeringa de inyecciones del doctor...

—¡Pero yo... usted no pudo encontrar en ella mis impresiones digitales!

—Tuvo usted cuidado de borrarlas; — dijo Page agarrando la oportunidad por los cabellos — Pero no lo hizo muy cuidadosamente, inspector. Y yo supe que eran suyas, porque anoche agarró usted mi cigarrera... mi cigarrera brillante.

—¿Qué quiere usted decir?

La voz era ronca.

—Que no fue usted bastante cuidadoso, inspector. Sabe mejor que la mayoría de los hombres quizá, que cada criminal comete un error. Pensó haber realizado el crimen perfecto; pero no fue usted bastante precavido o quizá imaginó que nadie investigaría el asunto. ¿No es así?

Por un momento creyó Page que Ross se lanzaría sobre él. Pero de pronto, el hombre desfalleció, ofreciendo un aspecto lastimoso. Page no pudo menos de observar el contraste que ofrecía el bien conocido inspector-detective de Scotland Yard con el viejo encogido, casi sollozante, que tenía ante sí.

—Sí, — dijo Ross con voz que era un graznido — sí, fui yo. Pero sólo di el toque final. Estaba prácticamente muerto, de to-

dos modos. ¡**Cielos**, yo la amaba a Norma, Page! Solo **sospeché** la mitad de la verdad respecto a **Phillips** y a ella. Cuando fui aquella noche y la vi otra vez, la deseé, la deseé tanto, que **me** sentí capaz de cualquier cosa... de cualquier cosa, con tal que fuera mía. ¡Y Herbert había estado tanto tiempo enfermo, sin terminar de morir! Así que... le hice. Bueno, ¿qué va a hacer ahora usted?

—Yo se lo que debo hacer — contestó Page tranquilamente — Pero bueno, no importa por qué, quiero darle una oportunidad. En el ejército francés, cuando alguien comete un acto deshonroso, según me han dicho, sus camaradas presentan al culpable un revólver y lo dejan solo. El sabe lo que le toca hacer y lo hace. Sugiero dejarlo a usted aquí. Es un modo fácil de terminar. No tiene más que dar un paso en falso o cosa así. O bien eso o tendré que arrestarlo y perjudicar el buen nombre del Cuerpo

De pronto los ojos casi enloquecidos de Ross brillaron astutamente.

—¡Oh! — dijo con voz siniestra y llena de malicia — ¿y por qué me he de ir solo, Inspector Page, por qué no me ha de acompañar usted?

Apenas terminó la frase, saltó como una pantera contra Page. El hombre más joven, sin embargo, esperaba este ataque; dió un rápido paso a un costado. Con esfuerzo frenético trató Ross de sostenerse; pero era demasiado pesado. Por un momento pareció vacilar al borde del precipio; luego, con un grito penetrante, desapareció de la vista.

Page se quedó completamente inmóvil un momento; luego rápidamente, empezó a caminar y descendió la montaña para dirigirse a la casa.

AL CANADA

Frank Page volvió a la casa por el mismo camino por donde fue. Al acercarse vio la delicada figura de Marion parada en la terraza, esperándolo. Fue directamente hacia ella.

—Te vi ir — dijo ella — en compañía del inspector Ross hacia la cantera. ¿Dónde está él?

—Se... quedó allá.

Luego comprendió Page repentinamente lo que debía hacer.

—Siéntate unos minutos, Marion ¿quieres? — le dijo — Tengo que decirte algo.

La miró y llamóle inmediatamente la atención su sorprendente belleza. Nunca le había parecido tan dulce, tan conmovedora, tan deseable. Después que almorzaron juntos una luz más feliz iluminaba sus ojos, sus mejillas se habían teñido de rosa y parecía más tranquila que en los dos días anteriores.

Page le explicó todo lo ocurrido del modo más sencillo y con el menor número de palabras posibles.

—Descubrí al que mató a tu padre, Marion. No fue el Dr. Phillips, aunque hizo todo lo posible, si no otro.

—¿No habrá sido...?

—Sí, — dijo brevemente Page — fue John Ross. No tenía yo pruebas aunque estaba bastante seguro. Y es curioso que mi certidumbre la estuviera usando el método que lo hizo a Ross famoso. Motivo, oportunidad. Es lo que él siempre pensaba frente a un crimen. Y cuando había fijado en alguien sus ospechas lo acosaba hasta descubrir la verdad. Es lo que hice. No podía ser otro que Ross. Estaba loco, absurdamente, enamorado de tu madre. Tuvo la oportunidad porque estuvo con tu padre antes de anoche.

Descubrí que tuvo también los medios porque visitó al Dr. Phillips y no me queda duda de que se apoderó de la jeringa fatal en un descuido del doctor — se detuvo y sonrió más suavemente — Creo haber seguido sus métodos mejor aún de lo que él sospechaba. Tenía fama de hacer caer a los criminales en un lazo para que confesaran. Yo hice lo mismo: le preparé una trampa. Le dije que había dejado impresiones digitales. Al principio no quiso crerme. El sabía que había tomado precauciones. Pero yo le convencí de mi seguridad y entonces confesó. Yo no hubiera podido probarlo, Marion, porque no encontré impresiones digitales. Hasta cierto punto siento..., no, no lo siento — el joven sonrió — No hay que lamentar la muerte de un asesino.

Marión, muy pálida, lo observaba con rostro grave.

—¿Qué hiciste? — le preguntó en voz muy baja.

—Le dí a elegir entre dos cosas. El arresto o el suicidio. Pero el mundo sólo sabrá que el inspector Ross perdió pie al borde del precipicio y se mató. Creo que es mejor así, Marion. Me alegro que él haya elegido ese medio.

Page guardó para sí el ataque final de Ross contra él.

—Como comprenderás, hubiera sido una vergüenza para el Cuerpo.

—¡Oh! — dijo Marion con un gritito lastimoso — ¡Cómo aborrezco a la policía!

—Y yo también — dijo Page — La aborrezco desde hoy. Hasta anoche me pareció una carrera emocionante; pero ahora la odio, Marion; la aborrezco tanto como tú. Escucha: he empezado a hacer rodar la bola. Inicié la cacería contra Phillips y tu madre. No podía obrar de otra manera, puesto que soy aún oficial de policía. Pero al mismo tiempo he enviado mi renuncia. No quiero tener nada que ver con su arresto, si los arrestan. Yo creo que el Canadá ofrece buenas oportunidades para un hombre de mi edad y un vapor parte para allá la semana próxima. Para entonces, ya estaré libre y... bueno, si la idea merece tu aprobación, podemos casarnos antes.

Marion lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Querido, dejas tu profesión, la profesión que amabas... por mí?

Frank Page la estrechó en sus brazos.

—Yo amaba mi profesión... sí. Pero bueno, te amo a ti mucho más.

FIN

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

DE ENEMIGOS A AMIGOS

¡MALAS víboras!

Buck Wilson, el capataz de la estancia del coronel Carson permaneció ante la puerta abierta de la cabaña y colocándose la mano sobre los ojos a manera de pantalla observó hacia afuera.

Era en las primeras horas de la mañana y el sol brillaba sobre la amplia extensión de las praderas. Los hombres se estaban preparando para la tarea y andaban de un lado a otro. En la cabaña donde se hallaba instalada la cocina se veía el resplandor del fuego donde se cocinaba la comida, cuyo apetitoso aroma llegaba hasta la nariz de los hombres, que pasaban por los alrededores.

Buck Wilson se había levantado al iniciarse la aurora y sentía tanto apetito que solo pensaba en el desayuno. Pero se olvidó de todo, de las tiras de jamón con huevos y hasta del sabroso café, al notar que dos jinetes avanzaban hacia la estancia por el camino del Oeste.

—¡Malas víboras! — repitió. — Es ese joven Carfax que regresa... ¿Pero, a quien trae con él?

Cinco o seis vaqueros se habían reunido al capataz y todos observaban con curiosidad la llegada de los dos viajeros. A Río Kid se le podía conocer fácilmente a la distancia pero su compañero iba sentado en el caballo como una bolsa, y como la cabeza caía hacia adelante sin fuerza, era muy difícil reconocer su rostro. Evidentemente era un hombre muy mal herido el que Kid conducía hacia la estancia del coronel Carson.

—¡Eh! — exclamó uno de los vaqueros. Si es Posy Pete. Si ese bandido de Texas ha sido el que lo ha herido...

—En ese caso, no creo que sería él mismo el que lo traería hasta aquí, — respondió Buck Wilson, secamente.

—¡También es verdad! — exclamó el que había hablado antes.

—Vaya uno hasta la casa y llamen al coronel Carson, — dijo el capataz. — No es conveniente llamar al joven Steve. No es muy amigo de ese vaquero de Texas y no tengo ganas de que tengamos una escena de revólver, hasta que no sepamos a que atenernos. Si él ha recogido a Pete herido y lo conduce hasta la casa no creo que haya nada que temer de él. Jake Sanders, llame al coronel.

—¡En seguida!

El vaquero marchó en dirección del edificio de adove de la estancia. Para entonces todas las personas que andaban por aquellos alrededores se habían reunido junto al capataz y esperaban la llegada de Río Kid. Hasta el cocinero salió de su cocina con los brazos al aire y una sartén en la mano. Río Kid era el punto de mira de todos mientras avanzaba tranquilamente hacia la estancia conduciendo al herido vaquero quien apenas podía sostenerse en la silla.

Laramie Bill se adelantó a abrir la puerta de entrada y los dos hombres al llegar junto a él le hicieron un saludo.

—¡Buenos días, camarada! — exclamó Kid.

—¡Buenos días! — respondió Bill — ¿Vuelves para ver si encuentras ese trozo de cuerda y esa rama de árbol, Carfax.

—Quien piensa en ello, — dijo Kid y avanzó hacia el lugar donde esperaban los otros, siempre sosteniendo a Posy Pete.

La marcha era lenta en aquellas condiciones y antes de que llegase al grupo se encontraba allí el coronel Carson, quien había sa-

lido de su casa. El patrón estuvo a tiempo de recibir a Kid cuando éste detuvo su caballo. Colocándose Buck Wilson a un lado y Jake Sanders al otro bajaron a Posy Pete quien cayó en sus brazos y fué conducido a uno de los galpones

Río Kid permaneció en la silla, mirando a los que estaban allí reunidos y completamente sereno aun cuando suponía que los revólvers podían salir de las fundas en cualquier momento.

—¿Qué significa esto, vaquero? — preguntó el coronel Carson bruscamente. — Le prevengo que debe sacar las manos de los revólvers.

—Es de suponer que no he venido hasta aquí a sostener una lucha con revólver — respondió el joven. — He traído hasta aquí a ese pobre Posy Pete y si tiene por ahí alguien que entienda el arte de curar es conveniente que lo haga ver enseguida pues el pobre tiene dos agujeros de bala y seguramente no ha de sentirse muy bien.

—¿Lo han herido? — preguntó Laramie Bill.

—Atiéndalo en seguida — dijo Río Kid amistosamente. — Ustedes serán seguramente buenos camaradas en un caso como este.

—Lo que deseamos saber es como ha sido herido. — insistió el patrón de la estancia.

—Supongo que eso se lo dirá él en cuanto pueda. — Contestó tranquilamente Río Kid. Usted no puede darme órdenes a mí. No creo que estoy a su servicio. He traído hasta su casa a ese hombre, empleado suyo, y creo que estoy en libertad de seguir mi camino.

—¡Alto! — rugió el coronel.

—No tengo que obedecerle, — respondió Kid y espoleó a su caballo.

—Un momento... Deténgase — agregó el coronel en un tono un poco más suave. — Si usted ha procedido bien al traer hasta aquí a Pete, Carfax, usted estará en libertad de partir por muy cuatrero que sea. Pero no trate de originar una pendencia por que hay una docena de revólvers que lo apuntan y pueden meterle varias balas en el cuerpo.

Río Kid se echó a reir pero hizo volver a su caballo.

—Supongo que mis armas podrían hablar al mismo tiempo también. — dijo en tono de broma. — Pero no tengo deseos de pendencia. Lo que deseo es convencerle a usted de que no soy un cuatrero, y supongo que Posy Pete le dirá lo mismo si se lo pregunta.

—Pero usted monta el caballo de Buck Wilson y también lleva sus revólvers.

—Seguramente. Y me encuentro dispuesto a devolverlo todo cuando Buck me entregue mi caballo y mis armas. Acaso se ha olvidado de que me despojaron de todo eso cuando me trajeron aquí como prisionero.

Buck Wilson regresó del galpón Su rostro curtido estaba muy serio.

—Pete afirma que el joven de Texas es un hombre blanco, patrón. — dijo. — Asegura que lo ha ayudado contra los cuatreros que estuvieron anoche en el Bajo y que lo recogió cuando fué herido por Judson el de la cicatriz. Pete reconoce que hubiera podido ser muerto y el robo se hubiera llevado a efecto como los otros, de no haber sido por el joven Carfax.

—¿Otra vez los cuatreros? — exclamó el coronel frunciendo el entrecejo.

—Pete afirma que marcharon con el ganado en dirección a los pastos de Río Bajo, — prosiguió el capataz. — Insiste en que ese joven Carfax se condujo valerosamente con él.

El rostro del coronel Carson tomó otra expresión muy distinta. Se quitó el sombrero Stetson que llevaba y saludó ceremoniosamente a Kid.

—Reconozco que estaba engañado y le ruego que me disculpe, Carfax, — dijo en forma cortés. — Todo estaba en su contra cuando apareció usted por aquí y no nos hallábamos en muy buena disposición para admitir libremente a desconocidos.

—Dele su caballo y sus revólvers, Buck.

—En seguida. — respondió Buck. — Hasta hace poco le hubiera llenado de agujeros el cuerpo si me lo hubiese encontrado en la pradera, por haberme quitado mis armas y mi caballo, pero después de lo que ha hecho por Posy Pete, lo considero un amigo.

—Eso es hablar en forma cuerda, — respondió Kid saltando al suelo. — Será para mí una gran alegría tener otra vez lo que es mío.

Cuando Buck trajo el caballo del corral y entregó a Kid sus revólvers, aquellos revólvers que tanto apreciaba, el joven le estrechó noblemente la mano sin ocultar su alegría por el giro que habían tomado los acontecimientos. El coronel Carson había marchado hacia el galpón para hablar con el vaquero herido. Regresó a los pocos minutos y en la expresión de su cara se notaba que todas las dudas que tenía respecto a Río Kid habían desaparecido. Este se hallaba abrazado al pescuezo de su caballo cuando el coronel se acercó.

—Usted ha demostrado que es un hombre blanco. Carfax, dijo el coronel. El otro día me preguntó usted si tenía una plaza para un hombre que quería trabajar. Aquí hay una habitación dispuesta para que la ocupe, si es que no ha cambiado de modo de pensar.

Río Kid lo miró con una expresión singular.

—¡Gracias patrón! — respondió. — Pero me parece que no puedo aceptar. Yo marchaba para Texas cuando me encontré a los cuatreros de Río Bajo y creo que no debo abandonar ese camino hasta que encuentre al de la cicatriz. Judson, y a su banda. Creo además, que no puede haber habitación en su estancia para mí cuando podría producirse un tiroteo entre su sobrino Steve Carson y yo, en cuanto nos viésemos.

El coronel frunció de nuevo el entrecejo.

—Steve creía que era usted un cuatrero, —dijo. — Seguramente le tenderá alegremente la mano cuando sepa que todos nos hemos equivocado.

Río Kid no respondió a esto. Sus intenciones respecto a Steve Carson quien por dos veces había disparado su revólver contra él, no eran muy amistosas. Y tampoco decían mucho en favor del elevado autócrata que lo había reducido a prisión solo por sospechas sin prueba alguna. Pero sentía respeto hacia el viejo patrón y no quería causarle un disgusto diciéndole que su sobrino

estaba en relación con los cuatreros, que el propio sobrino del dueño era el espía que aquellos tenían en la estancia y que les facilitaba cualquier información que pudiera convenirles para cometer sus delitos.

Si la banda era descubierta y se averiguaba entonces que uno de sus componentes era el sobrino del dueño de la estancia, bien; pero por él jamás se sabría que Steve Carson era un espía y traidor. De otro modo el coronel no creería nunca en una acusación semejante contra su sobrino.

Había otra prueba más fuerte para hacerle creer en la culpabilidad de Steve, la de que había hecho robar la caja de la estancia para pagar deudas de juego en Bunch Grass.

—Yo hablaré a mi sobrino y le explicaré todo lo que ha pasado, — dijo el estanciero. Ya verá usted como él le tiende noblemente la mano.

Kid sacudió negativamente la cabeza.

—He cambiado de parecer, patrón. Voy a seguir para Texas con los cuatreros.

—Como quiera, — dijo el estanciero decepcionado.

Aquel gran señor propietario de miles de acres de valiosas tierras en Nueva Méjico, no estaba acostumbrado a que cuando hiciese una oferta le fuera rehusada.

—Pero de todos modos acaso pueda serle de alguna utilidad si usted desea enviar algunos de sus hombres contra los cuatreros, — dijo Kid. — Siempre he sido considerado como un buen rastreador y creo que en esta ocasión sería capaz de descubrir el rastro.

—Todos sentiremos una gran alegría si usted quiere colaborar con nosotros, señor Carfax, — dijo el coronel. — Deseo dar buena cuenta de los cuatreros aun cuando tenga que suspender todas las tareas en la estancia mientras anden rondando por aquí.

—Estamos de acuerdo, — manifestó Río Kid.

El coronel Carson regresó a la casa y Kid fué a almorzar con los muchachos. Por todas partes lo recibieron con manifestaciones de simpatía. Toda desconfianza había desaparecido y la peonada manifestó una leal amistad al vaquero de Texas. El tostado rostro de Río Kid manifestaba cierta tristeza mientras comía en unión de los vaqueros, que eran todos de aspecto rudo, pero buenos en el fondo y de alegre humor todos ellos, tal y como era Kid en los tiempos en que se hallaba en la estancia de la Doble Barra antes de que empezase su vida de aventuras. ¡Hubiera dado algo el joven por volver a ser lo que había sido!

Y mientras comía y hablaba con los vaqueros, pensó si no sería preferible cambiar de opinión y aceptar el ofrecimiento del estanciero y quedarse en la estancia de Carson. En Texas adonde intentaba regresar las manos de todos los sheriff estaban tendidas hacia él y no podía caminar por sus tan familiares orillas de Río Frío sin llevar el revólver en la mano. También en Río Grande se le perseguía, mientras aquí, en las solitarias llanuras de Nueva Méjico, no era aun conocido el nombre de Río Kid; aquí no lo perseguirían; lo rodeaban amigos. Los días de zozobra de la vida de aventuras serían olvidados para siempre...

Pero sacudió negativamente la cabeza. El semblante repulsivo de Steve Carson aparecía ante él. No podía colgar su sombrero en una estancia donde el sobrino del patrón era el primer enemigo que tenía, y hasta era capaz de amenazar su vida. Y si esto llegaba a conocimiento del patrón, ¿qué resolución tomaría este? ¿cómo miraría al causante de que se descubriera tamaña infamia?

De cualquier modo, la estancia de Carson no era lugar apropiado para él. Las amplias llanuras y el camino abierto eran el lugar de Río Kid.

Pero por el momento, olvidó todo esto y sonrió deleitado ante una taza de café. Y cuando los vaqueros montaron a caballo para realizar una recorrida, él fué con ellos y silbó alegremente una tonada. Muchos incidentes quedaban detrás de él y acaso otros muchos lo esperaban en lo sucesivo... Pero aventuras y contrariedades eran cosas ya familiares para él y su corazón latía alegremente cuando montó a caballo para marchar con el grupo de los hombres de la estancia de Carson.

EL RASTRO CIEGO

—¡Ese es el rastro!

Buck Wilson sofrenó su caballo y una docena de jinetes que marchaban detrás de él lo imitaron. Durante una distancia de diez millas desde la estancia, habían ido siguiendo el rastro que el ganado había dejado durante su huída la noche anterior. Se veían amplias y claras las señales dejadas por las vacas y las que había hecho alguno de los animales al apartarse del grupo principal. Así y allá se notaban dos o tres rastros menores de vacas que habían huído asustadas por los tiros. Pero el grueso del lote había seguido, indiscutiblemente, a los cuatreros, y a la clara luz del sol naciente se podía apreciar que lo menos eran cien los animales robados, dejando un rastro que hubiera podido seguir a ciegas cualquier vaquero.

—Me parece que no vamos a vernos en la necesidad de preguntar el camino que hemos de seguir, — manifestó Kid.

Pero Buck sacudió negativamente la cabeza manifestando no opinar lo mismo.

—Eso sería si siempre continuase el rastro en la misma forma. Pero estos bandidos conocen la manera de hacerlo desaparecer, como ya le he dicho que han hecho otras veces, y en cuanto nos aproximemos más a las montañas ya verá como lo perdemos por completo.

—De acuerdo con lo que dice Carfax el ganado disparó asustado, — dijo Laramie Bill — Los cuatreros no han de haber podido dominarlo a su gusto.

—Eso es lo que pronto hemos de ver, — respondió el capataz. — En marcha de nuevo.

El grupo continuó su camino por el rastro dejado por los fugitivos. Y éste era tan visible, que lo seguían al galope. Encontraron más adelante el esqueleto de algunos animales caídos que habían sido carneados y comidos por los buitres y coyotes. El rastro seguía en dirección noroeste y a lo lejos se divisaban las pendientes de Sierra Baja, ele-

vaciones rocosas llenas de precipicios y casi sin caminos, lo que facilitaba la tarea de los cuatreros, ya que el dirigir el ganado hacia ese punto y conducirlo por un piso rocoso las huellas eran casi invisibles. Buck Wilson, no consideraba posible que allí descubriesen nada.

Alguien sabía la forma de que el ganado que robaban en la estancia de Carson no dejase la señal de su paso al llegar a cierto punto. Había ocurrido eso ya otras varias veces, una de ellas con conocimiento de Río Kid, y el misterio del rastro perdido lo había intrigado tanto, que se había propuesto descubrirlo.

Mientras marchaba con el grupo de hombres de la estancia de Carson se preguntaba como harían los cuatreros para conseguir aquel resultado.

Para un hombre de las llanuras era cosa fácil descubrir la huella del paso del ganado en forma tan segura como si oyera las voces y los chasquidos de los látigos.

Las montañas se hallaban a un par de millas de distancia cuando Buck Wilson y sus hombres pudieron notar que las vacas marchaban ya bajo un seguro contralor. Durante algún tiempo vieron también que los animales habían sido detenidos en su carrera y llegaba un momento en que el rebaño seguía la marcha en forma sosegada.

De repente, el rastro desaparecía por completo. Todos los vaqueros esperaban que llegase ese momento y el mismo Río Kid lo esperaba también para darse cuenta de la forma en que trabajaba la banda de Judson, el de la cicatriz, y para él fué una gran sorpresa por la forma extraña en que se había producido el hecho.

Un poco más adelante se volvían a notar algunos rastros, pero después ya no era posible distinguir nada.

—¡Qué extraño! — dijo Kid.

Buck Wilson juraba atrozmente.

—Otra vez nos vuelve a ocurrir lo mismo, — dijo: — la forma en que estos coyotes hacen desaparecer el rastro del ganado es sólo lo que me admira, pero el hecho es que otra vez más se han vuelto a burlar de nosotros.

Río Kid se dejó caer del caballo. Examinó el camino, como había examinado otro misterioso rastro días antes cuando trataba de descubrir entre la huella de los cuatreros otra diferente, la de Steve Carson. Pero no había forma de descubrir nada. Se veían las pisadas de los cuatreros después nada.

El resto de los hombres también hechó pie a tierra sin ocultar su desaliento. Unicamente Río Kid se manifestaba ocupado. Puesto que como había averiguado los cuatreros tenían su campamento en las montañas de Sierra Baja, el ganado tenía que haber sido conducido allí... Pero, ¿por qué punto lo habían llevado?

Era una candidéz meterse a caminar por las montañas en la esperanza de ver algo. Tal conducta hubiera llevado semanas enteras de trabajo, sin descubrir nada. Algunos de los hombres habían vuelto a montar a caballo y se habían alejado para recoger las vacas que habían huido del grueso del rebaño y otros, que se habían quedado, contemplaban sonrientes las idas y venidas del joven de Texas. Apreciaban el modo de ser del muchacho, pero no les podía agradar que triunfase donde ellos habían fracasado.

—¡Parecen brujos! ¡Se han burlado de nosotros! — exclamó Río.

—¿También de usted? — respondió Laramie Bill. — Yo creía que venía ahora a de-

cirnos cual era el camino que debíamos seguir.

—Sin duda en Texas ocurren las cosas de diferente manera, — dijo Jake Sanders.

—No creo que sea necesario venir de allí a Nueva Méjico para aprender nada, pero yo tampoco afirmo saber nada más que nadie — dijo riendo francamente Río Kid.

—Sin duda estos bandidos llevan al ganado en fila.

Al oir estas palabras la carcajada fué general.

—Usted se figura que las vacas van a ir unas detrás de otras como si fueran pieles rojas en tren de guerra.

—Yo no afirmo. Yo sostengo que ellos han hecho desparecer el rastro y que eso no es posible cuando se trata de un rebaño pero acaso lo es, cuando los animales van uno detrás del otro.

Buck dió un silbido.

—Revisen bien el paso donde deja de verse el rastro y un poco más allá.

Río Kid volvió al rastro para continuar su examen; algunos de los otros hombres lo

imitaron. El resto quedó al lado de Buck Wilson esperando la orden de montar a caballo de nuevo y observando las maniobras de Kid, en silencio.

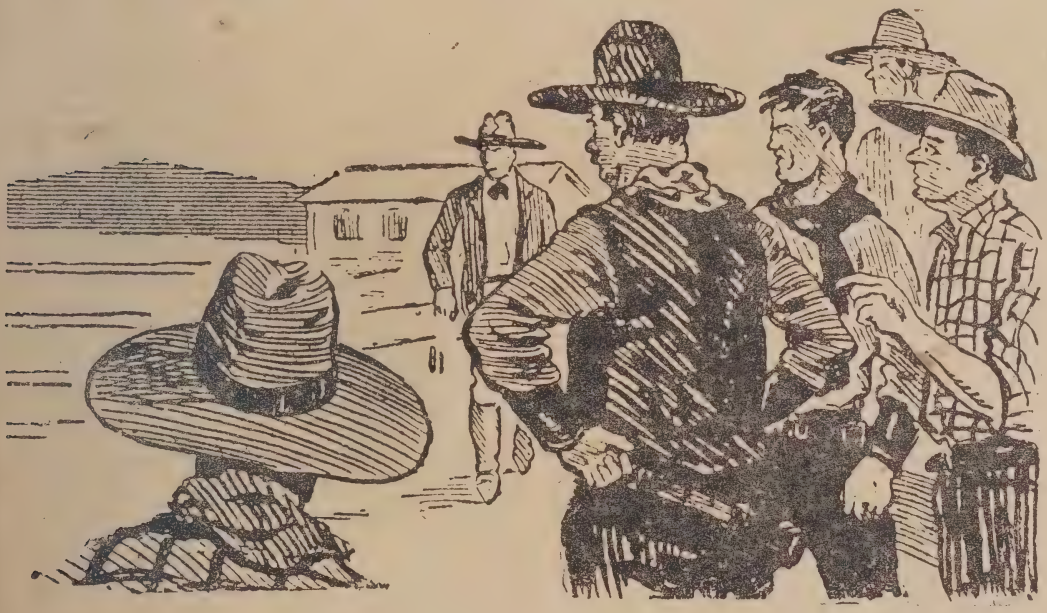
De pronto el muchacho lanzó una exclamación de alegría y levantando la mano hizo señales para que se acercasen. Todos obedecieron al llamado, pero fué Buck Wilson el primero que estuvo a su lado.

—¿Qué ha encontrado?

—¡Las señales!

¡DESCUBIERTOS!

Los ojos del muchacho danzaban de alegría. Jamás el vaquero de Texas estuvo más orgulloso. Su enorme paciencia y habilidad habían resuelto el problema y ya poseían la clave. Tenía ahora la seguridad de que había



Río Kid penetró en la estancia conduciendo a Posy Pete.

resuelto el misterio que durante años enteros preocupaba al coronel Carson.

Pero los vaqueros no distinguían nada que pudiera darles una explicación.

—¿Usted dice que ha descubierto el rastro? — preguntó Buck.

—Seguramente.

—¿Dónde está? — interrogó Laramie Bill

—¡Miren! — dijo Río Kid.

En el pasto tierno donde se hallaba el muchacho se notaba un rastro, no era muy visible, pero alcanzaba a distinguirse. Era la pisada de una pezuña de vaca y a su alrededor no se distinguía ninguna otra.

—¡Por el diablo! — manifestó Laramie Bill. — No creía que fuesen tan hábiles como para hacer marchar a las vacas en una sola pata.

—No es eso, pero esa vaca ha dejado marcado su paso por accidente y las otras tres patas las lleva cubierta con algo que evita que marquen la pezuña.

—Pero no pueden ir colocando zapatos a las patas una por una cuando se trata de una cantidad importante.

—¡Un poco de calma! Yo en una ocasión vi que dos pieles rojas querían atravesar un terreno sin dejar señales de su camino y fueron avanzando sobre sus mantas que iban colocando en el suelo una después de la otra. No digo que ahora haya ocurrido lo mismo, pero puede ser algo parecido... Ahora bien, si un centenar de vacas camina en esas condiciones tarde o temprano llegará el momento en que alguna salga de la línea y deje una huella impresa... Y eso es lo que debe haber ocurrido.

Buck Wilson se rascaba la barba pensativo. Aquello era una nueva idea para él y su cabeza no alcanzaba a explicárselo claramente... Pero también era la única forma de justificar lo de una sola pisada.

—Si usted ha encontrado esto, muchacho, acaso podrá descubrir otras cosas, si continúa buscando.

—Seguramente — asintió Río Kid.

—Sigan entonces buscando en la misma forma. El patrón no tardará en reunirse con nosotros y creo que experimentará una gran alegría cuando le digamos que se ha encontrado el rastro de sus vacas.

Los hombres obedecieron la orden. Ahora que Carfax había encontrado la clave ya sabían la forma de buscar. Bajo los rayos ardientes del fuerte sol se fueron diseminando en dirección a las montañas y una hora después Laramie Bill, levantaba la mano y hacía señas... Todos corrieron hacia allí y alcanzaron a ver, como la vez primera, la señal de una sola pezuña.

—Esto empieza a verse claro. No es de suponer que una vaca de una sola pata ande dando vueltas por estos sitios... Es que otro animal ha sacado la pezuña de la alfombra que cubre el camino.

—Así es, — afirmó Kid.

—Esta es buena. Este muchacho de Texas nos ha puesto en condiciones de descubrir el misterio, — dijo Jake Sanders.

—Así es. Y ahora ya podemos estar seguros, — afirmó Buck Wilson.

Los vaqueros se habían acercado ya a las mesetas de las montañas y las señales demostraban que, los cuatreros no habían seguido una línea recta. Pero ahora confiaban en que después de haber hecho desaparecer durante un buen trecho el rastro, las precauciones no fuesen tantas y en consecuencia fuese más fácil de encontrar.

El sol empezaba a ponerse ya y el día había sido de ardua labor cuando Kid descubrió en el suelo medio cigarrillo apagado. A poca distancia del punto en que se hallaban el camino se hacía pedregoso y conducía más directamente al interior de las montañas.

—Me parece que al llegar aquí habrán dejado de poner la alfombra para que pase el ganado, — dijo Kid. — Estas rocas no pueden dejar marcadas las pisadas.

Continuando la marcha llegaron a un punto donde el camino se hallaba cortado por un barranco que tendría en su parte más estrecha, cuatro pies de ancho y era muy profundo. Allí quedaron todos en suspenso un momento.

—¡Diablo! — exclamó Bill. — Nos hemos encontrado con otra sorpresa.

—Es de suponer que las vacas no habrán saltado todas — exclamó otro vaquero.

—Y sin embargo — sostuvo Kid, — han debido venir por aquí.

Adelantándose en silencio comenzó a reconocer los costados del barranco mientras los vaqueros lo observaban impacientes pues tenían la impresión de que habían seguido una falsa pista. Pero Río Kid sabía que no era así y estaba tranquilo. Las vacas habían cruzado el barranco y no habían saltado, en consecuencia, tenía que haber ido de un lado al otro por medio de un puente, y eso era lo que buscaba ahora.

Desapareció detrás de un grupo de pinos y a poco se oían sus voces.

—¡Por aquí muchachos! ¡Este es el camino!

—¿Qué habrá descubierto ahora? — murmuró Jake.

Buck Wilson corrió en la misma dirección seguido por el joven de Texas y se unió a él detrás de la cortina de pinos frente a la entrada de una cueva cuyo ancho era de una docena de pies, y estaba abierta en la roca.

—¡Creo que esta vez también he acertado! — dijo a Buck.

—¿Es posible?

A la salida de esa cueva se veía un puente fabricado con maderas, cuerdas y rieles de tren. Evidentemente aquel era el puente que utilizaban para cruzar el barranco. Pero no era todo aquello. En un rincón de la cueva se distinguían cuatro rollos de fieltro doblados como una alfombra.

—Miren, — dijo Buck Wilson. — Aquí está la explicación, camaradas.

—Realmente, — respondió Jake — Confieso que me saco gustoso el sombrero ante el muchacho de Texas.

Kid se rió.

—Lo habían dejado preparado todo aquí para la próxima vez — exclamó.

—Claro está. Tomaban las alfombras e iban con ellas hasta el sitio donde había que hacer perder el rastro y así conseguían que nosotros nos desesperásemos a no haber venido este muchacho de Texas para darnos la clave del misterio.

—Lo que es el patrón va a dar un salto cuando le expliquemos todo esto, — dijo Buck Wilson. Creo que ahora sabremos donde buscar el ganado que desaparezca, gracias al muchacho de Texas. Vamos con él y creo que no tardaremos en dar con lo que buscamos.

Dejando la cueva y el barranco a sus espaldas, el grupo prosiguió su marcha por las montañas. Al ocultarse el sol las sombras que envolvían el barranco iban en aumento y además cada uno de los hombres se hallaban fatigados por la ardua tarea del día. Pero no por eso cedían, el secreto del rastro perdido estaba descubierto y ahora se hallaban en condiciones de dar con Judson el de la cicatriz y su banda. Además era evidente que al llegar a aquel punto del camino las precauciones que habían tomado eran mucho menores, o se notaban, es cierto, pisa las sobre el suelo rocoso, pero Río Kid encontró el resto de un cigarro y Laramie Bill, el de otro. Además junto a un arroyo se vió claramente que el ganado se había detenido allí para beber agua.

De pronto, cuando daban vuelta a un recodo del camino, distinguieron detrás de una roca la copa de un sombrero Stetson y vieron luego a un hombre, que se hallaba desprevenido, fumando un cigarrillo. Al tenerlo al alcance de su rifle Kid le grito:

—¡Manos arriba! — Al mismo tiempo que le apuntó con su revólver.

El hombre intentó en el primer momento apoderarse de su arma, pero al convencerse de la situación, levantó las manos.

—Tenga presente, — exclamó el muchacho de Texas, — que si llega a dar un grito solo, su vida termina en ese momento.

—Lo sé, — respondió el otro encogiéndose de hombros.

—Joe Sanders, — continuó Kid, — si tiene una cuerda asegure a este hombre y póngalo en condiciones de que no nos haga traición dando la voz de alarma.

—En seguida, — respondió Joe — Pero a mí me parece que conozco a este tipo, lo he visto en Bunch Grass gastando plata, que seguramente no había ganado en una forma honrada. ¿Pertenece a la banda de Judson el de la cicatriz?

—No puedo negarlo ya. ¿Pero cómo han descubierto ustedes el rastro? Judson afirmaba que nadie lo conseguiría; a menos de una traición.

—Nadie lo ha traicionado, — dijo Kid. — ¿Dónde está la banda ahora? ¿Cuántos son ustedes? Y apoyó las preguntas colocando el

cañón de su revólver cerca del oído del cuatrero.

—No necesitan gastar pólvora en mí — dijo el cuatrero fríamente. — El campamento se encuentra a un cuarto de milla de aquí siguiendo el cañón.

—¿Es usted el único hombre que está de guardia?

—El único.

—¿Cuánta gente hay en el campamento?

—Una docena de hombres.

—Pónganle una mordaza. Que venga con nosotros y si llegamos a encontrar otra guardia le pegan inmediatamente un tiro en la cabeza.

—Un momento, — exclamó alarmado el cuatrero. — Ahora me acuerdo de que hay otro centinela. Lo encontrarán ustedes en el bosquecillo de pinos que está a mitad de camino antes de llegar al campamento.

—Ha hecho bien en acordarse a tiempo, pues de lo contrario su vida terminaba en seguida — exclamó el capataz.

Instantes después regresaba Río Kid, quien se había adelantado para reconocer el terreno.

—El camino se encuentra ya libre, Buck. Prevenga a los muchachos y vamos a sorprenderlos.

Y todos los componentes del grupo de la estancia partieron, revólver en mano, en dirección del campamento de los cuatreros.

EL CAMPAMENTO DE LOS CUATREROS

—¡Acorralados! — murmuró Río Kid.

Un plateado cuarto creciente de luna se levantaba sobre la Sierra Baja de Nueva Méjico y hacía que los altos pinos lanzasen su sombra en el profundo cañón que atravesaba el corazón de la sierra.

El cañón seguía la dirección de Este a Oeste y hacia el Sud había un profundo hoyo cercado por altas montañas. Por tres de sus lados las paredes de roca se elevaban a gran altura y estaban limitadas por el bosque de pinos. Todo cubría un espacio de una docena de acres. En la parte abierta del cañón corría un profundo y turbulento arroyo, cuyas aguas iban a parar al Río Bajo, allá en las praderas.

Río Kid al mirar al otro lado del río, cuyas aguas parecían plateadas al dar en ellas la luz de la luna, pudo distinguir casas construídas con troncos de árbol y corrales en los que podían contarse muchas cabezas de ganado. El muchacho de Texas lanzó un gruñido al observar aquello.

Tenían enfrente el cuartel general de la banda de Judson de los cuatreros de Río Bajo. Miraba también que los animales encerrados en los corrales eran los procedentes de la estancia del coronel Carson.

Paso a paso, siguiendo indicio tras indicio, Río Kid había descubierto a los cuatreros en su antro a través de los rastros borrados y de las montañas.

Ahora esperaba el triunfo, o por lo menos estaba muy cerca de él.

El lugar en que los cuatreros habían establecido su refugio estaba muy bien elegido y era uno de los puntos más fértiles de la sierra.

GANE $ 20.- POR DIA

Vendiendo corbatas finas a bajo precio. Hay corbatas para vender a $ 1, 1.50, 2.- 2.50, 3.--, 3.50 y $ 4.-- c|u. con gran margen de ganancia. Pida detalles a la Fábrica CHARON. (Casa fundada en 1924)
SAENZ PEÑA 259 BUENOS AIRES

Tenía el agua suficiente que le proporcionaba el arroyo, pastos en abundancia y frescos, maderas para las construcciones que le proporcionaban los numerosos árboles cercanos. Todo en fin, cuanto se pudiera desear. Había elegido bien Judson el de la cicatriz, su refugio y nadie podía haberlo descubierto . . . a no ser Río Kid. Doscientas cabezas de ganado pastaban en aquel sitio. Entre las chozas se podía ver a los hombres que iban de un lado a otro.

Tranquilo desde el otro lado del arroyo, Kid contempló el campamento durante algunos minutos sin pronunciar palabra. El sitio estaba también bien elegido para la defensa. Un ataque tan sólo podía venir por el lado del arroyo que cortaba el campo y los atacantes debían avanzar al descubierto y bajo el fuego de los cuatreros. Apoderarse del campamento, como lo comprendió Río Kid en seguida, sólo era posible con ayuda de una gran fuerza.

Pero si el ataque al campamento era difícil la fuga para los atacados era imposible, a no ser por el mismo sitio por donde avanzaban los atacantes.

Así, pues. Río Kid, estaba en lo cierto cuando exclamó: ¡Acorralados!

Río Kid retrocedió en silencio por el mismo sitio por donde había avanzado.

Detrás de unas piedras y en un recodo que formaba el cañón esperaban Buck Wilson y los vaqueros de la estancia de Carson. Aguardaban el aviso de Kid para iniciar el ataque al campamento.

—Pienso, amigos, que de esta hecha los vamos a dominar, — dijo alegremente el muchacho de Texas. — El campamento está un poco más adelante y los podemos tomar en su propio domicilio. No perderemos nada. Encontraremos las vacas y todo. Pero pienso también que si nos han visto llegar nos cazarán uno por uno, como a conejos.

—No nos han podido ver llegar, — dijo Buck.

—Es muy posible, — manifestó Río Kid. — Hemos sorprendido al centinela que tenían de avanzada y el otro a quien yo hice dormir, seguramente no ha de despertarse hasta mañana. Si se hubiera disparado algún tiro, se hubieran dado cuenta de nuestra llegada, pero ahora parece que la ventaja está de nuestra parte y no suponen que venimos a molestarlos.

—La cuestión es que crean que somos más. No llegamos más que a una docena, — manifestó Leramie. — Pero creo que somos bastantes para apoderarnos de una banda de ladrones de vacas, Kid.

—Es que ellos son más que nosotros !

están protegidos, — dijo el muchacho de Texas. — Es conveniente esperar a que nos cercioremos de que no nos han visto.

—¡Claro! No hemos andado todo el día detrás de su rastro, para fracasar al final, — exclamó Buck Wilson. — Ahora tenemos la seguridad de que no se escapan porque los tenemos en la trampa.

—Yo considero conveniente enviar a toda prisa a la estancia para que nos manden todos los hombres que tengan disponibles, y, como tenemos la seguridad de que no podrán escapar tenemos mucho adelantado.

En pocas palabras Río Kid explicó la situación en que se hallaban los cuatreros. Buck escuchaba en silencio y asentía.

—Realmente están a nuestra merced. Podemos esperar a que lleguen refuerzos de la estancia. Dejen los caballos por ahí y acérquense, muchachos. raTten de mantenerse ocultos, pues Judson y su banda pueden vernos y disparar contra nosotros. La situación es más peligrosa para ellos que para nosotros. Vigilar...

Dejando trabados los caballos los vaqueros de la estancia de Carson se extendieron por detrás de las peñas y tomaron posiciones en torno al arroyo. A lo largo de su orilla había peñas y árboles suficientes para ofrecer buen reparo. Buck Wilson no ocultó su satisfacción al notar la situación del campo de la lucha. Los atacantes tenían necesidad de buen número de fuerzas para realizar el ataque, pero por la situación en que podían colocarse bastaba con una docena de hombres para impedir la fuga de los atacados.

Buck dió en voz baja algunas órdenes y cada cual, rifle en mano, se preparó lo mejor que pudo para obedecer y entrar en acción llegado el caso. No había la menor señal de alarma por parte de los sitados. Tenían dos hombres de centinela a lo largo del camino que conducía al campamento, a un centenar de yardas el más cercano y los dos habían permanecido silenciosos. Bien es verdad que uno estaba atado y amordazado, y otro desvanecido por el golpe que le había dado Kid con el cabo de su revólver.

De haber sido dada a tiempo la alarma, había en el cañón infinidad de puntos desde los cuales un puñado de hombres hubieran podido impedir el avance de un regimiento. Pero no había ocurrido tal cosa. Río Kid había cuidado muy bien de ello. Y ahora era ya muy tarde, los vaqueros habían cruzado la última zona peligrosa, y ahora, tanto atacantes, como atacados, ocupaban excelentes posiciones, separados por el arroyo.

—Hemos tomado ya las posiciones y podemos contener a los que quieran huir. Creo que su caballo es el más ligero de todos, Kid, — exclamó Buck Wilson.

—Seguramente, — contestó el muchacho.

—Entonces vaya usted mismo hasta la estancia y lleve la noticia al coronel Carson. Dígale cómo los hemos descubierto y el punto en que nos hallamos. Creo que no perderá tiempo en mandar a toda la gente de que pueda disponer. Apúrese, compañero, y vuelva pronto.

¡Bang!

El disparo de un rifle despertó millares de ecos en el cañón y sonó de detrás de una roca y un pico. Una bala fué a dar a los pies de Buck Wilson, cuando éste corrió para ponerse a cubierto.

—Me parece que nos han visto, — dijo fríamente.

Kid observó desde su escondite.

Al fin se había dado la alarma en el campamento. Kid pudo ver claramente a un hombre corpulento con una gran barba y una cicatriz que le atravesaba el rostro. Era Judson, el de la cicatriz, jefe de los cuatreros de Río Bajo. Entre las rocas y las chozas cruzaban hombres armados con rifles. Tiros y más tiros siguieron al que había sonado primeramente.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! Se oía a través del arroyo. Las balas buscaban a los hombres en una y otra parte.

—Creo que la función ha dado comienzo, — exclamó Buck Wilson. — Los vamos a fusilar como tengan la intención de atravesar el arroyo, lo mismo que nos harían ellos en caso contrario. Diga al coronel cual es la situación y que se apresure, que creo que podremos apoderarnos de los cuatreros y el ganado con solo veinte hombre más.

—Lo mismo digo, — respondió Kid.

Marchó hacia el lugar donde habían quedado atados los caballos y montando en el suyo echó a andar por las montañas. Detrás de él, mientras se alejaba, pudo oir el eco de los incesantes disparos de los rifles. Pero el sonido se fué apagando, y al fin pudo marchar a la luz de la luna y en el silencio de la noche sin otro ruido que el que producían los cascos de su propio caballo.

¡A CABALLO!

El coronel Carson había permanecido en la puerta de su rancho contemplando la luz de la luna en las praderas. El rostro del estanciero manifestaba ansiedad mientras escuchaba a lo lejos el ruido de un jinete que se aproximaba.

Pero era uno solo. Desde las primeras horas de la mañana el capataz y sus hombres habían salido en persecución de los cuatreros con Río Kid a la cabeza. Sólo dos o tres hombres habían regresado conduciendo vacas que habían recogido perdidas por el campo. Habían traído la noticia de que Río Kid y los vaqueros se habían internado en las montañas y desde entonces no se había vuelto a saber nada.

La ansiedad del estanciero era, pues, tan grande como justificada. Buscar a los cuatreros en las montañas sin tener un rastro, era lo mismo que buscar una aguja en un granero y había siempre el peligro de una emboscada. Era, pues, un motivo de alivio para el coronel saber que se acercaba alguien aunque sólo fuese una persona.

¡Galopa, galopa!

En el silencio de la noche resonaba más fuerte el eco de las pisadas del caballo, y pronto entre las chozas aparecieron hasta una docena de vaqueros interesados, como su amo, en saber lo que ocurría y en ver aparecer al jinete de entre las sombras de la pradera.

Se oyeron pisadas cerca del coronel y su

—¡Manos arriba! — gritó Río Kid.

sobrino Steve se reunió con él. El sobrino del estanciero estaba fumando un cigarrillo. Se notaba en su rostro un gesto de satisfacción que desapareció cuando su tío se volvió hacia él.

—Me parece que vamos a tener noticias, Steve. Debe ser algún hombre que envía Buck

—Seguramente con la noticia de que no han podido descubrir el rastro, — dijo Steve Carson.

—Puede ser que sea eso... o lo contrario. Veinte veces o más, esos cuatreros han robado vacas y el rastro se ha perdido al llegar a cierto punto. Pero Santa Fe Sam, ha traído una palabra de Buck, diciendo que se internaban en la sierra con todos los hombres... y eso muy bien pudiera significar que han descubierto algo.

Steve se encogió de hombros...

—No creo tal cosa, — exclamó. — Los cuatreros no han dejado rastro las otras veces y no se por que lo habían de dejar ahora. Unicamente que crea que ese vaquero de Texas es más listo que los demás y puede

descubrirlo... Yo jugaría que el tal muchacho es también cuatrero.

—Ya ha demostrado lo contrario, Steve, — dijo el estanciero con firmeza. — Creo que ya es hora de que olvides tu encono hacia él. Es tan buen muchacho como cualquiera de los de la estancia.

Steve Carson apretó los dientes y no respondió. No se hallaba muy dispuesto a olvidar su encono hacia Carfax. Sospechaba, es decir, tenía la seguridad de que Río Kid conocía su amistad con los cuatreros. El coronel le dirigió una mirada severa.

—Tienes prejuicios contra ese muchacho, Steve. El nos descubrió la permanencia de un hombre que cojeaba entre los cuatreros. El no te había visto jamás y no sabía por lo tanto que te encontrabas en esa situación. No es posible que ninguno imaginemos que estás en connivencia con los cuatreros... ¡Tú, mi sobrino! ¡Un Carson!... Te estás conduciendo como si te hubiera acusado.

—Estoy convencido de que si no lo ha hecho, por lo menos lo ha pensado, — gruñó Steve.

—Nada de eso, aunque pudiera haberlo hecho cuando lo atacaste, — dijo el coronel. — Tú no eres seguramente el único jinete que se ha lastimado una pierna en una disparada del ganado, Steve, y Kid Carfax no te había visto.

Se oyeron en aquel momento voces del lado de las viviendas de los vaqueros.

—¡Es Kid el que vuelve, patrón!

El coronel Carson pudo distinguir claramente a la luz de la luna la figura del jinete en el que reconoció a Río Kid. Steve lo reconoció también e instintivamente llevó la mano al revólver. El coronel Carson le sujetó por el brazo.

—¿Qué vas a hacer, Steve? Como toques un pelo de la ropa a ese muchacho tendrás que entenderte conmigo.

Steve guardó el arma.

—Ya tendré ocasión de encontrarme con él en otra oportunidad, — murmuró.

Entretanto el muchacho de Texas había llegado hasta cerca de la casa y había echado pie a tierra viéndose rodeado inmediatamente por todos.

—¿Qué noticias trae, Carfax? — preguntó el coronel.

—Me parece que son buenas, patrón, — respondió Kid.

—¿Dónde han quedado Buck y los muchachos?

—¿No han encontrado aún el rastro de los cuatreros? — interrogó Santa Fe Sam.

Kid respondió con una carcajada.

—Esta vez, contrariamente a lo que había sucedido antes, la banda de Judson el de la cicatriz, ha sido rastreada, hasta su refugio en un cañón de las montañas, y están acorralados todos los que le componen así como las vacas que han robado.

El coronel lanzó una exclamación de sorpresa y alegría, exclamación que fué coreada, aunque de distinto modo, por su sobrino, quien pálido el rostro y con el odio reflejado en el semblante observaba a Río Kid.

—¡Usted está mintiendo, miente maldito ladrón de Texas!... ¡Los muchachos nunca podrán encontrar el rastro de Judson!

Kid lo miró friamente.

—Sin duda la noticia le ha trastornado a usted, y es cierto quiera o no. Y guárdese muy bien de acusar de mentiroso a un vaquero de Texas, pues es muy posible que lo haga cambiar de opinión con el revólver en la mano.

Río Kid llevó la mano a la cintura y Steve trató de hacer lo mismo y acaso la discusión no hubiera terminado ahí si no interviene el coronel Carson.

—¡Basta! ¿Qué es esto? Steve guarda el arma y Carfax haga usted lo mismo.

—No hay motivo para alarmarse, patrón. Pero como usted comprenderá yo no puedo consentir que me trate de esa manera un ser con dos patas.

—Pero, ¿te has vuelto loco, Steve? — exclamó agriamente el coronel.

El sobrino murmuró algo entre dientes y el coronel Carson se volvió hacia Kid.

—¿Han descubierto el rastro, dice?

—Seguramente, patrón, — dijo sonriendo el muchacho. — Los cuatreros borraban la huella de su paso, pero siguiendo por los indicios que descubrí los fuímos persiguiendo hasta hallar un refugio en las montañas y allí están acorralados como coyotes. Se les puede contener. Pero es necesario marchar en seguida con veinte hombres, por lo menos para atacar el campamento y apode-

En el próximo número de PUCKY

El JUEGO del PELIGRO

ACCION, DRAMA, MISTERIO

rarse así de la banda que le ha estado robando desde hace tres años.

Los ojos del estanciero relampaguearon.

—Realmente son buenas noticias, — dijo el coronel. — ¿Y quién ha descubierto el rastro que hasta ahora no podía encontrarse?

—Suponga que he sido yo en gran parte... Pero considero que ya se podrá hablar de ello más tarde. Ahora lo que urge es montar a caballo y partir hacia las montañas.

—Es cierto. Voy a dar las órdenes para ello. Santa Fe Sam, llama a los muchachos que lleven cuerdas y todos sus revólvers.

—Hasta que me avise, patrón.

Río Kid fué a dar un paseo para estirar las piernas y se dirigió hacia la cocina, donde encontró preparada una buena taza de café. Los vaqueros ensillaban sus caballos y preparaban las armas. Por todas partes se daban voces llamando a unos y a otros y en pocos momentos veinte jinetes se habían reunido frente a la casa. Un hombre trajo el caballo del coronel y otro el de Steve. Pero éste había desaparecido.

—¡Steve! — gritó el coronel.

—¿Vas a venir con nosotros? — preguntó el estanciero.

—¿Supongo que no intentará hacerme ir con ese cuatrero de Texas? — exclamó el sobrino.

—Y yo considero que en el momento en que Buck Wilson me envía un mensaje diciendo que necesita inmediatamente la ayuda de cuantos hombres pueda reunir, no vas a quedarte aquí tranquilamente.

Steve Carson enrojeció al verse tratado de esa forma delante de todos los muchachos de la estancia. La razón que lo obligaba a pretender quedarse no podía decirla, pero Río Kid la sabía muy bien.

—¿Estamos prontos, patrón? — preguntó Santa Fe Sam.

—Montad a caballo, Steve, — ordenó duramente el coronel. — ¡Qué no se pueda decir que un Carson ha tenido miedo!

—Estoy pronto.

Steve Carson montó a caballo. Río Kid terminó de tomar su café y se encaminó hacia su montura.

Conducidos por el muchacho, todos los hombres partieron de la estancia y en el silencio de la noche la pradera se llenó del eco del ruido que producían los cascos de los caballos al chocar contra el duro suelo.

EL FINAL DEL RASTRO

Cuando los hombres de Carson habían llegado a las colinas en pos del barranco rocoso, la aurora despuntaba por Oriente.

Río Kid y el coronel marchaban a la cabeza del grupo de vaqueros que iban desgranados en una línea irregular. Río Kid trataba de encontrar una fórmula a fin de que Steve Carson pudiese huir desapareciendo en la llanura mientras cruzaban las accidentadas colinas. Adivinaba los sentimientos del hombre que cabalgaba contra su voluntad para combatir a los cuatreros, con quienes estaba aliado. Si bien es verdad que las ideas de Steve Carson eran exactamente las imaginadas por Kid, también lo es que no se atrevía a ponerlas en práctica por temor a que sus compañeros supiesen toda la verdad.

Ya estaban en el barranco. Los cascos de los caballos resonaban y sacaban chispas al chocar contra la roca dura. Río Kid miró a su alrededor cruzando miradas con Steve Carson, cuyos ojos chispeaban.

Pasado el barranco habían alcanzado las escabrosas colinas sin senderos, desnudas y desoladas a la luz crepuscular. No obstante la ausencia de senderos, Río Kid continuó la marcha sin un alto, inmutable, siempre encabezando el grupo.

Tan pronto como llegaron al cañón, a una milla del campamento de los cuatreros, Río Kid encontró la ocasión que tanto había anhelado. Se acercó a Steve Carson, que cabalgaba a cierta distancia y una vez juntos le dijo en voz baja:

—¡Quieres huir! Haz creer que tu caballo se mancó y tendrás realizados tus deseos.

Steve le dirigió una mirada llena de odio.

—¿Qué es lo que quieres decir? — gruñó. — ¿Qué tratas de insinuar, maldito ladrón?

Los ojos de Río Kid centellearon al escuchar tan insultante epíteto, pero no perdió la calma a pesar de todo.

—No trato de insinuar nada. Supongo que tienes demasiado criterio para darte cuenta que no existen secretos para mí. ¡Estás en connivencia con los cuatreros!...

—¡Mientes! — silbó Steve.

—¿Te acuerdas cuando quisiste matarme en la pradera? Ibas con Judson el de la cicatriz. Yo seguía vuestro rastro.

La cara de Steve palideció. Hizo rechinar los dientes y miró a Kid con aire de desafío.

—¡Díselo a mi tío! — sonrió burlón. — ¿Te imaginas que lo va a creer? Lo más probable es que te atraviese el corazón de un balazo si te atreves a decírselo.

—No son esas mis intenciones, — dijo Río Kid tranquilamente. — Ya se que es un hombre orgulloso de su hombría de bien. Y le dolería saber que uno de su misma sangre es un espía, un traidor y socio de cuatreros. No diré nada al coronel. Pero es necesario que este asunto sea arreglado cuanto más antes. Tú estás en tratos con los cuatreros y ahora no puedes prestarles servicios. Y si tratas de hacerlo mientras yo esté aquí no dudaré en atravesarte el cráneo de un balazo como lo haría con un puma. Ya lo viste.

Sin esperar la respuesta, Río Kid se alejó para reunirse con el coronel, que avanzaba por el abrupto cañón.

Steve Carson lo vió alejarse e instintivamente llevó la mano al revólver, pero no se atrevió a sacarlo del cinto.

Y a pesar de su odio y de su mala voluntad reconoció que Kid le había dado un buen consejo.

Pensó en seguirlo. Kid ya le había dicho como podía hacerlo.

Steve detuvo su caballo apeándose de súbito. Santa Fe Sam que venía atrás gritó:

—¿Qué pasa, Steve?

—Me parece que se mancó el caballo, — contestóle.

—¡Hip! — gritó Sam pasando de largo y riéndose del sobrino del coronel.

La cara de Steve enrojeció. Evidentemente Santa Fe Sam creía que eso de la manquera del caballo no era más que un pretexto pa-

ra no intervenir en la lucha que se avecinaba. Pasaron otros dos vaqueros ante cuyas miradas las mejillas de Steve parecían arder. A pesar de todo hizo como que examinaba el vaso del animal, hasta que el coronel volvió a su lado.

—El caballo se mancó, — murmuró el aludido.

—¡Eh, uno de vosotros, entregad el caballo a mi sobrino! — gritó el coronel.

Santa Fe Sam se apeó de muy mala gana de su caballo, entregándoselo a Steve. Este cabalgó prosiguiendo el camino con su tío.

Ya no le era posible evadirse, a menos que desobedeciera abiertamente a su tío, cosa que no era de su agrado. Santa Fe Sam examinó los cascos del animal. Su cara estaba ceñuda. Mostraba los dientes. Cabalgó y fué en seguimiento de sus camaradas cañón arriba.

—Te equivocaste, Steve — sonrió burlón. — Tu caballo está en perfectas condiciones.

Steve Carson no se dió por aludido. Al llegar a la última curva del cañón encontraron a Buck Wilson que estaba esperándolos.

—¿Están acorralados, Buck? — preguntó con ansia el coronel.

—¡Ya lo creo! — fué la respuesta. — Los tenemos a nuestra disposición, patrón. Hemos quemado mucha pólvora, pero hasta ahora no hubo bajas, por lo menos entre los nuestros. ¡Cuánto me alegro de verlos! Ahora somos bastantes como para limpiar de cuatreros todo el Estado de Nueva Méjico.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! resonaban los cascos de los nobles brutos en el cañón. El tiroteo a través del río seguía incesante. La mayoría de las balas no daban en el blanco. Pero el nuevo día y el refuerzo llegado del rancho hizo que los acontecimientos tomaran un giro distinto.

Los vaqueros se apearon y después de maniatar sus cabalgaduras avanzaron a pie rodeando la curva del cañón. El campamento de los cuatreros que estaba al otro lado del río era visible.

Río Kid dirigió a Carson una mirada de aviso. En verdad no sabría decir si el traidor tramaba alguna ayuda para sus aliados acorralados o no. Pero lo que sí sabía es que estaba plenamente seguro de recibir un balazo desde un lugar oculto si a Steve Carson se le presentaba semejante ocasión, sin que los demás se dieran cuenta. Y Kid estaba resuelto a acribillarlo a balazos a la menor tentativa de traición que notase.

El coronel Carson permanecía sobre un montón de piedras escudriñando la posición del campamento enemigo. Todos los hombres habían ahora entrado en acción. Treinta rifles de repetición enviaban una lluvia de balas al lugar donde se escondía esa docena de cuatreros, quienes ni cortos ni perezosos devolvían el cumplimiento.

El campamento estaba muy bien protegido por las rocas, así es que sólo dos o tres cuatreros estaban heridos. Pero el fuego graneado que lanzaban contra ellos, les hizo ver que tenían que habérselas con un fuerte y bien pertrechado contingente.

Y Judson el de la cicatriz y todos sus secuaces se dieron cuenta que era inútil toda resistencia. Así es que mientras el coronel dirigía las operaciones, salió de su refugio avanzando hacia la orilla del río, un hombre con una cicatriz en la cara llevando un trapo blanco a modo de bandera de parlamento, atado al cañón del fusil. Tan pronto como Judson el de la cicatriz pidió una tregua, el tiroteo cesó de inmediato.

EL TRAIDOR MUERE EN SU LEY

El coronel Carson caminó hasta enfrentar al cuatrero. Se hallaban uno a cada lado del río. Judson sostenía la bandera blanca apoyando la culata del fusil sobre una roca. En un refugio, muy cerca, detrás del coronel estaban Río Kid y Buck Wilson, ambos listos para hacer fuego en caso de traición.

—Como creo que estamos derrotados, — dijo Judson, — he decidido parlamentar con usted a fin de establecer las condiciones en que nos rendiríamos. Desearía saber quien fué el perro que nos delató y condujo a usted hasta aquí.

—Nadie te delató bribón, — dijo fríamente el coronel. — Hemos seguido tu rastro paso a paso.

—Eso no es cierto, — dijo el cuatrero. — No existe nadie en Nueva Méjico capaz de hacerlo.

Al oir esto, hizo su aparición en escena Río Kid.

—Aquí está el hombre de Texas que pudo seguir tu rastro, Jud, — dijo Kid. — He sido yo quien dió con tu guarida, grandísimo ladrón. ¿Qué tienes que decir a esto?

El de la cicatriz lo miró.

—Que mientes. Pues sabes de sobra que

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de **EL DIARIO— (EXTRACTO)**

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

—¡Vengan, muchachos! — gritó Río Kid.

hubo un Judas entre nosotros. Y yo se quien es, aunque el coronel trate de ocultarlo.

Río Kid sonrió con burla.

Judson, el de la cicatriz había sospechado que el delator era Steve Carson, pues creía firmemente que de otra manera no sería posible dar con el escondite.

—Ya has hablado demasiado, Judson, — dijo el coronel. — Las condiciones que te impongo son éstas: Si te rindes, os haremos prisioneros y seréis juzgados. En caso contrario te manifiesto que tengo treinta hombres que te han acorralado dispuestos a terminar con vosotros de una vez por todas. Y si es preciso, antes de dos días, tendréis que habéroslas con cien hombres más que traeré de las otras estancias de Río Abajo. Estais vencidos.

—Eso ya lo sé, — dijo el cuatrero. — Por eso he venido a parlamentar. Tenemos doscientas yacas que eran suyas y que las entregaremos, prometiendo además abandonar estos lugares para irnos a Méjico.

—¿A Méjico? ¡Ca! Todos vosotros iréis a Bunch Grass y de-ahí a presidio. — contestó Carson. — Os corresponde a cada uno de vosotros cinco años de prisión y al que mató a Tommy Tucker en su rancho, a ese lo colgaremos. Ya sabes las condiciones. Entrégame al asesino de Tommy Tucker y dejaremos que los demás vivan para cumplir la pena que les corresponda. Pero si tenemos que luchar hasta el fin, te aseguro que ningún bergante verá más la salida del sol.

—El hombre que mató a Tommy Tucker no está entre nosotros, — dijo Judson. — El perro asesino que mató a Tommy Tucker es el mismo zorrino que nos delató y creo que su nombre es ¡Steve Carson!

El coronel se sobresaltó violentamente.

—¡Infame! ¡Ladrón! ¡Chacal! — gritó. ¡Cómo te atreves a...!

—¡Pues bien! — aulló Judson. — Steve desde hace más de un año fué nuestro aliado compartiendo con nosotros las ganancias obtenidas de los robos.

—¡Steve! — rugió el coronel. Steve Carson salió de su escondite. Su cara estaba blanca como la nieve y sus ojos ardían.

—¡Es una mentira! — dijo. — ¡Es una enorme mentira! No creas eso, tío.

—¿Creerlo? — rugió el coronel. — ¿Cómo voy a creer semejante patraña? Yo...

—Es la pura verdad, — dijo Judson entre dientes. — Steve asesinó a Tommy Tucker porque éste lo reconoció mientras llevábamos las vacas de su estancia. Y ya que nos delató, tendré el gusto de verlo colgado antes de que me encierren.

—¡Grandísimo tunante! — dijo Kid. — Nadie te delató. He seguido tu pista paso a paso, Ya te lo he dicho antes. ¡Cállate, perro!

—Nadie en Nueva Méjico sería capaz de

dar con nosotros, — dijo Judson, — y solo uno que no estaba entre nosotros conocía el lugar y ese uno es Steve Carson. El malvado nos traicionó y es justo que lleve su merecido. Supongo que...

¡Crac!

El cuatrero hablaba todavía cuando Carson hizo fuego. Judson el de la cicatriz dejó caer la bandera blanca y tambaleando fué a dar contra la roca.

¡Crac! ¡Crac! Dos tiros más se sucedieron. Ambos dieron en el blanco mientras Judson se debatía de dolor. Steve Carson fuera de sí hacía fuego tan rápidamente como podía hacer uso del gatillo antes de que una mano pudiera detenerlo.

Herido tres veces, el cuatrero tambaleaba apoyándose en la roca, pero en un esfuerzo supremo sacó de su cinto el revólver e hizo fuego contra Steve quien recibió la bala entre las cejas en el momento en que iba a disparar de nuevo. Cayó de espaldas.

—Creo que ya recibiste tu parte, maldito perro, — jadeó Judson cayendo a tierra pesadamente.

Hubo un grito de rabia entre los cuatreros y el tiroteo se reanudó. Los vaqueros se escondieron detrás de las rocas, pero el coronel Carson permaneció mirando a su sobrino con una cara rígida, sin preocuparse de las balas que silbaban a su alrededor. No se movió hasta que Buck Wilson tomándolo del brazo lo puso a cubierto de las balas. El coronel permaneció mudo, apoyado contra un árbol, pálido y ceñudo. Río Kid lo miraba compasivamente. Sabía que el coronel conocía ahora toda la verdad, la verdad que Kid jamás le hubiera revelado. Pero mientras miraba el cuerpo silencioso del traidor que tan caro había pagado su traición, el coronel hizo un esfuerzo para convencerse que lo que había dicho el cuatrero era una falsedad.

—Creo que ese bandido mintió, Buck, — murmuró él.

—Sin duda alguna, patrón, — dijo el capataz. — Sin duda alguna.

Río Kid calló.

. . . . . .

Antes de la puesta del sol los cuatreros se habían rendido entregando todos sus rifles. Los vaqueros ataron a los bandidos a sus cabalgaduras para conducirlos a Bunch Grass. Doscientas vacas fueron rodeadas y llevadas al rancho de Carson. Aquella noche Río Kid durmió en tarima. Pero al rayar el alba ensilló su caballo para irse contra el deseo de todos. Pero Río se iba a Texas. Una docena de vaqueros la acompañaron un buen trecho, despidiéndolo con los sombreros en la mano y disparando al aire sus revólvers. Río contestó a los amigos que dejaba con un movimiento de mano. Galopando en dirección del Sudeste se dirigió hacia su pueblo natal.

A la cabeza del grupo marchaban Río Kid y Buck Wilson.

Iba ensimismado en sus pensamientos.

—Me parece que vamos en busca de nuevos peligros, mi viejo, — le decía al caballo tordillo. — En Río Frío el sheriff Watson está esperándonos con una soga bajo el brazo. ¡Nuevos peligros, viejo!

Luego Kid rompió en una alegre carcajada. Su pueblo natal lo precisaba después de andar errante por otros lugares. Y no pudo menos que oir la llamada.

—Bah, ya nos hemos visto en grandes apuros antes de ahora. — dijo Kid, — pero todo nos salió a las mil maravillas. Ahora a Texas, sin importarnos un comino todos los sheriffs que haya entre Río Grande y la llanura jalonada. Y Río Kid cabalgó por espléndidas praderas y por montañas desoladas hasta dejar atrás las tierras de Nueva Méjico. Sus ojos danzaban mientras su caballo lo llevaba rápidamente a través de las enormes praderas de Texas.

(Continuará)

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

MUY bien, excelencia; cuando gustéis — dijo el hostelero, que se puso más pálido y tembló todo.

—¿Está sola la dama encubierta que acaba de llegar?.

—Sí, señor; y probablemente estará sola por mucho espacio, porque el señor César Malatesta es hombre poco puntual en sus citas.

—Mejor; así tendré tiempo de almorzar y de informarme de tí; ve, y vuelve pronto.

El hostelero se apresuró a salir.

—Hay un lugar en Venecia — dijo Aben-Shariar dirigiéndose a Nicolino — donde no llegan ni los ojos, ni los oídos, ni las manos de la República.

—Eso consiste, monseñor — dijo Nicolino — en que no se me ha mandado que oiga, vea y toque con los oídos, con los ojos y con las manos del Consejo de los Diez.

—¿Conoces el lugar a que me refiero?

—Sí, monseñor; ese lugar está en un extremo del canal de Monforte; ese lugar es el palacio Conti.

—¿Y tú llegarías sin temor a las puertas de ese palacio?

—Yo, monseñor, soy una persona casi eclesiástica, con la cual no se atreve el diablo; porque hace mucho tiempo que el diablo está acostumbrado a verme cuando voy a encender de noche la lámpara de la capilla de San Miguel; el diablo y yo somos antiguos conocidos, y hace mucho tiempo que el diablo sabe que yo le pertenezco, y me trata como a hijo, como a cosa suya.

—Observo que hablas conmigo con el mismo desenfado con que hablarías con una persona que no te impusiese terror.

—No, monseñor; vos no me podéis inspirar terror; sé que sois un hombre terrible, pero un hombre que tiene el corazón tan grande como el mar, sobre el que está acostumbrado a vivir. Yo, monseñor, no soy uno de esos perros de presa del Consejo de los Diez, que no piensan, que no sienten, que van a ciegas, y a ciegas despedazan allí donde los arroja su amo; yo sirvo lealmente al Consejo de los Diez, porque el Consejo de los Diez es el escudo y la espada de la patria; porque amo a mi patria como amaba a mi madre, como amo a mi querida; más aún: porque yo soy veneciano hasta la médula de mis huesos, pero no soy un instrumento ciego, no; os hablo así porque vos no sois un hombre frío e impasible como los otros miembros del Consejo de los Diez.

—¿Y quién te ha dicho que yo soy uno de esos diez senadores en cuya patriotismo, en cuya prudencia, en cuya virtud reposa tranquila y descuidada Venecia?

—Si yo, monseñor, no hubiera comprendido que erais uno de los Diez del Consejo, sería un muy mal agente del Consejo de los Diez; pero al conoceros, os he visto por completo; vos no sois patricio veneciano, acostumbrado al disimulo y a la política desde el momento en que abre sus ojos a la razón y a la vida; no, monseñor; vos sois el africano impetuoso, de corazón bravo, que no sabe ocultar lo que su corazón siente, que no conoce el peligro y le arrostra de una manera imprudente.

—Me parece encontrar alguna intención en tus palabras.

—Sí, monseñor; vos, sin duda, os habéis dejado arrastrar por vuestro corazón, le habéis mostrado demasiado, y habéis alarmado acaso a algún senador frío e impasible, a alguno de vuestros compañeros del Consejo de los Diez.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Los resultados.

—¿Has visto algo?

—Sí; sois vigilado por el Consejo de los Diez; lo que quiere decir que os habéis hecho sospechoso.

—¡Insensato! — dijo trémulo de cólera Aben-Shariar — ¿Así te atreves a jugar con tu cabeza?

—Mi cabeza está perfectamente segura en los hombros, monseñor; las palabras que acabáis de pronunciar no son otra cosa que un pretexto para disimular la cólera que os causa el que se os haya tenido por sospechoso a vos, que no tenéis ni motivo, ni necesidad, ni aun pensamiento de ser traidor a Venecia.

—Calla, si es cierto que se me vigila, porque nuestros ojos no ven lo que pueda haber detrás de estas paredes.

—Quien está encargado de vigilaros aquí soy yo, monseñor.

—¡Tú!

—Sí, yo.

Se estremeció a su vez Aben-Shariar, porque el poder del Consejo de los Diez, emanando de la autoridad de todos sus individuos, amenazaba a cada uno de ellos. En ningún Estado ha pertenecido tanto el ciudadano a la nación, ni en ningún Estado la nación ha sido tan representada por cada uno de sus individuos como en la inquisitorial República de Venecia. Nicolino se sonrió al comprender el terror de Aben-Shariar.

—En toda la hostería de los Lombardos no hay más ojos ni más oídos de la República que los vuestros y los míos, monseñor; nada tenéis que temer; yo os lo aseguro, porque yo sé que la República nada tiene que temer de vos; pero perdonadme si os doy un consejo, monseñor; no abráis a nadie vuestro corazón mientras estéis en Venecia; no tratéis a nadie como a vuestro hermano o a vuestro amigo, porque os baréis sospechoso, y hacerse sospechoso en Venecia es lo mismo que abrirse las puertas de la horrible cárcel del Estado, tras de las cuales se pierde un hombre para no volver a aparecer jamás.

—Estás acusando al más prudente, al más experimentado, al más sabio, al más glorioso de los ciudadanos de Venecia.

—Monseñor Giacomo Barbarigo no tiene corazón; no le ha tenido jamás ni aun para los suyos; ha servido a su patria con toda su alma, y su amor a la patria ha matado todos sus otros amores; ha hecho de él una representación muda, terrible, de la política de Venecia. Barbarigo desconfía de todo aquel que se atreve a sentir algo que no redunde en pro de la grandeza y de la gloria de Venecia; en Barbarigo no hay más espíritu que el espíritu de la patria.

—¿Y quién te ha dicho que sea Barbarigo el que ha mandado que se me vigile?

—Lo supongo, por la persona que viene vigilándoos, y que se ha metido en la góndola donde yo venía, y que me ha dado orden de ejercer con vos la más severa vigilancia.

—¿Y qué hombre es ése?

—Le conoce todo el mundo en Venecia. Los que pasan continuamente por delante del palacio del Dux ven un mendigo que, o duerme, o pide, con voz compungida, una limosna a los transeúntes; este hombre no está allí sino para desempeñar los encargos más altos y de más trascendencia. Si el Dux hubiera de ser vigilado, Brachioforte le vigilaría, y en vano serían todas las tentaciones, todas las amenazas, todos los peligros para que Brachioforte hiciese traición al mandato. Es un perro de presa de Giacomo Barbarigo, puesto al servicio de la República; un hombre de una actividad pasmosa y de una gran inteligencia; de seguro cuando se le mandó vigilaros vestía sus harapos de mendigo; no os habrá perdido de vista un solo momento, y, sin embargo, ha podido cambiar de traje; ahora está en la popa de la góndola en que he venido yo con el traje y el aspecto completo de gondolero; sed, pues, prudente, monseñor, y no os dejéis arrastrar de vuestro corazón hasta el punto de que os hagáis más sospechoso y os sacrifique a ciegas el recelo de la República.

—Se puede tener alma para otros amores sin dejar de amar sobre todo a la República.

—El Consejo de los Diez no comprendo eso: todo por el Estado y para el Estado; pero silencio — añadió Nicolino, aplicando el oído; — siento subir por las escaleras a nuestro hostelero.

—¡Por las escaleras! ¡Están al fin de este largo corredor!

—Si un esbirro no oyese a larga distancia y a través de paredes los pasos de una persona y no la conociese por ellos, para nada serviría.

—Comprendo cómo ve y oye tanto el Consejo de los Diez.

—¿Y qué sería si no de Venecia, tan envidiada, tan acechada, tan combatida? Pero ya está ahí nuestro hombre.

En efecto, se abrió la puerta, y el hostelero entró con una bandeja, en la que se veían una rica empanada, un trozo de pernil y unas confituras, que sirvió a Aben-Shariar. Nicolino permanecía de pie, descubierto e inmóvil, ante Aben-Shariar, como un criado ante su amo. El hostelero miraba con terror a aquel patricio, a quien no conocía, y a quien trataba con tanto respeto un esbirro del Consejo de los Diez.

—¿Ha venido ya el señor César Malatesta? — dijo Aben-Shariar al hostelero.

—No, excelencia, aún no ha venido.

—Idos, y avisadme en el momento en que venga.

El hostelero salió andando hacia atrás para no volver las espaldas a Aben-Shariar; hizo una profunda reverencia al llegar a la puerta, y desapareció.

—Hablando de otra cosa — dijo Aben-Shariar cuando se quedaron solos, — que ya tendré yo buen cuidado de desvanecer las sospechas que de mí ha concebido el señor Giacomo Barbarigo, deseo saber si tú te atreverás a penetrar conmigo en el palacio Conti, a pesar de estar habitado por el diablo, Nicolino.

—Sí, monseñor; yo me atrevo a todo; pero no sé cómo habremos de entrar en el palacio; las puertas son muy fuertes y están cerradas; no hay ninguna ventana que no esté también fuertemente cerrada, y el palacio está completamente aislado; como no nos convirtiéramos en aire o en pájaros, ignoro de qué manera podríamos entrar, monseñor.

—De la manera más fácil que puede entrarse en una casa; esto es, abriendo con llave su puerta.

—¡Ah! ¿Tiene monseñor las llaves del palacio?

—Sí, en mi bolsillo.

—Entonces, monseñor, os la ha dado el Consejo de los Diez.

—Me las he dado yo; yo soy parte del Consejo.

—Pues si lográis conducir a las prisiones de Estado a Elena Conti, habréis hecho lo que nadie se ha atrevido a hacer, y habréis desvanecido todas las sospechas que se hayan concebido acerca de vos.

—Pero ¿qué tiene ese palacio, que tal respeto inspira y tal terror causa?

—Los más alentados que se han atrevido a acercarse al palacio han vuelto despavoridos, trémulos, y algunos han muerto de terror.

—Misterios y siempre misterios; pero yo te aseguro que esos misterios han de desvanecerse hoy.

—Yo creo que todo consiste en la profunda impresión que causó el horroroso crímen cometido hace muchos años en ese palacio.

—Cuéntame — dijo Aben-Shariar, que seguía despachando con muy buen apetito los manjares que le había servido el hostelero.

—Permitidme os haga esperar un momento para ordenar en mi memoria el terrible relato que os voy a referir.

Nicolino se concentró un momento, y después dijo, con la entonación de quien refiere una historia:

—Salvator Conti era un hombre de sesenta años; pero robusto, fuerte y enérgico como un joven. Salvator Conti era un hombre a quien todo el mundo miraba, más que con respeto, con terror. Su solo aspecto imponía este terror a las gentes; era pálido, con la palidez repugnante, fría e impura del cadáver, hasta tal punto, que parecía no tener una sola gota de sangre en las venas; su mirada, su semblante, su boca, tenían una inmovilidad de muerte; parecía que no respiraba; nadie sabía cómo sonaba su voz; figuraos un cadáver vestido de negro que se desliza tieso y rígido por entre los vivientes, y habréis comprendido el efecto que causaba Salvator Conti en los que le veían. Su historia era misteriosa; último descendiente de la ilustre familia de los Conti, huérfano desde la cuna, se había criado solo, en el inmenso palacio Conti, rodeado de viejos servidores de su familia, que por una coincidencia singular eran todos viejos, silenciosos y sombríos.

Todos los días, por la mañana, a una misma hora, se abría la puerta del palacio para un monje benedictino, alto, seco, demacrado, pálido, serio, vestido con hábitos negros, que permanecía algunas horas en el palacio, saliendo de él por la tarde y volviéndose a su monasterio de benedictinos de la Penitencia. En el monasterio no se sabía quién era ni de dónde había ido el padre Juan. Un día se arrodilló ante el penitenciario del monasterio, y su confesión se prolongó a muchos días después de aquel en que tuvo principio. Por resultado, el padre Juan fué admitido en el convento, y un año después obtuvo las órdenes sacerdotales, y profesó. Tan extraña era la figura, tan rígida, tan fría y tan sin movimiento la vida del monje, que unos le creyeron un pecador convertido por la penitencia en santo, y otros un diablo que había salido del infierno para tomar el hábito de los benedictinos de la Penitencia. El asistió en sus últimos momentos a la viuda de Pietro Conti, madre de Salvator Conti, y nadie supo lo que pasó entre la moribunda y el monje, porque cuando el monje salió del aposento Gabriela Giacometi había muerto ya.

Salvator Conti era entonces recién nacido. Desde la muerte de su madre, esto es, desde su completa orfandad, el monje Juan "el Diablo", como le llamaban unos, o "el Santo", como le llamaban otros, no dejó de asistir un solo día al palacio Conti y de permanecer en él desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la tarde, en que se volvía a su convento. Y así pasaron años tras años, cerrado siempre y sombrío el palacio Conti, sin abrirse más que para dar salida a los criados que atendían al servicio y para el padre Juan "el Santo" o "el Diablo", y lentamente fué formándose esa nube de misterio que hoy rodea al palacio. Salvator Conti llegó al fin a cumplir veinticinco años, y el monje padre Juan le entregó la herencia de sus padres, que era inmensa, y que se había aumentado prodigiosamente en aquellos veinticinco años en que había estado cerrado el palacio, sin una fiesta, sin un dispendio, sin más gastos que los necesarios para una vida severa y sobria.

Salvator Conti, hombre ya, siguió siendo lo que había sido cuando niño; parecía que la esencia, el ser entero del padre Juan se había transmitido a él. El joven era tan severo, tan taciturno, tan sombrío como el religioso benedictino que le había educado. El nombre de los Contis no podía dejarse extinguir; era necesario un casamiento que diese nuevos Contis a la familia, y un día las puertas del palacio se abrieron para una dama, a quien acompañaba un viejo. Nadie conocía a aquel viejo ni a aquella dama. El viejo era tan serio, tan grave, tan pálido y tan terrible como el padre Juan y como Salvator Conti. Parecían hechos de la misma madera; vaciados en un mismo molde. En cuanto a la joven, era distinto; ardía en sus ojos una vida poderosa, y su pálida y maravillosa hermosura parecía sobrenatural. Entraba en el palacio como entra una víctima al lugar del sacrificio, y una nube sombría parecía flotar delante de su frente.

Por su traje ostentoso y rico, de vivos colores y profusamente bordado de oro; por la manera de llevar sus trenzas negras, que se prolongaban sobre su pecho, uniéndose más abajo de la cintura en un broche de oro y perlas; por sus brazos desnudos, en que se veían ricos brazaletes; por el bonete, de brocado y piedras preciosas, que cubría su cabeza, sujetando un largo velo blanco de gasa, sutilmente entretejido de plata; por sus pies desnudos, pequeños, mórbidos, blanquísimos, encerrados en preciosos borceguíes bordados y con dobles ajorcas de oro en el nacimiento de la pierna, esta deslumbrante joven, que apenas contaba quince

años, era griega. y, sin embargo, el viejo que la acompañaba, y que indudablemente era su padre, por la marcada expresión de familia que se notaba en el viejo y en la joven, vestía rigidamente, como hubiera vestido un patricio veneciano.

Las sombrías puertas del palacio Conti se cerraban tras de la joven, y cuando algunos días después salió para ir en una góndola a misa a San Marcos, acompañada de Salvator Conti, su bello traje levantisco había desaparecido, reemplazado por un rico y severo traje negro de patricia veneciana. Era esposa de Salvator Conti. Nadie ha sabido todavía cómo se llamaba aquella mujer; todos los esfuerzos de la República han sido vanos para conocerla. Podéis inventar, monseñor, la historia que mejor os parezca para explicaros el misterio de esa mujer. que apareció un día en el canal Monforte, saliendo de la litera de una góndola para entrar en el palacio Conti, y un año después apareció muerta fuera del palacio, flotando sobre las negras aguas del mismo canal de Monforte, atada al cadáver de un hombre. Aquel cadáver, por su traje característico, era el de un corsario griego.

Durante el año que había mediado desde el casamiento de Conti con la extranjera hasta el día en que el cadáver de la extranjera apareció flotando sobre las aguas del canal, atado al cadáver de un corsario griego, los esbirros subalternos que ejercen la vigilancia nocturna habían visto con mucha frecuencia, durante la noche, un joven y hermoso griego, que a la entrada del canal de Monforte salía de una góndola, se deslizaba a lo largo del borde del canal, llegaba al postigo del palacio Conti, llamaba levemente a él, y el postigo se abría al punto; desaparecía el griego por la obscura entrada, y el postigo volvía a cerrarse. Al amanecer, el postigo se abría, daba salida al griego, y tornaba a cerrarse.

Ya sabéis, monseñor, que el esbirro de Venecia posee la cualidad de hacerse invisible; observa desde cualquier parte, escondido detrás de cualquier objeto, sin que se le vea, sin que se le sienta. El griego, pues, creía penetrar en el palacio Conti sin ser observado por ningún testigo. Lo sabía, sin embargo, la República; pero como aquel era un asunto particular, que en nada amenazaba a la seguridad de Venecia, Salvator Conti nada sabía, porque de nada se le había avisado. Sin embargo, Salvator Conti tuvo sin duda medio de saber que un hombre entraba todas las noches en su palacio, puesto que cuando fué encontrada en el canal su esposa, no se le encontró a él en su palacio. Salvator Conti había desaparecido.

Los esbirros que habían vigilado aquella noche el canal declaraban que el griego cuyo cadáver se había encontrado atado al cadáver de la esposa de Conti había entrado, como otras noches, por el postigo; que dos horas después, cuatro hombres habían sacado por aquel mismo postigo un bulto informe, arrojándole al canal. En vano procuró aclararse este hecho; el palacio había quedado desierto, y nadie podía responder, como no fuesen los tapices y los muebles. El crimen o la venganza quedaron envueltos en el más profundo misterio, y el palacio, mudo y sombrío, permaneció veinte años deshabitado, sin que diese muestras de albergar alma viviente. En cuanto al monje Juan "el Diablo" o "el Santo", había también desaparecido del convento, y no se sabía dónde estaba

En cuanto al palacio Conti, a pesar de que estaba deshabitado, los vecinos empezaron a fingirse en él cosas extraordinarias. Decían que allá, después de la media noche, cuando la luna estaba en menguante, las ventanas del palacio se abrían silenciosamente y como por sí solas, y dejaban ver en el interior una especie de niebla azul, lívida, entre la cual pasaban y volvían a pasar sombras blancas y negras, y se oían gemidos y carcajadas, chocar vasos, chirriar instrumentos que tocaban una danza infernal, a cuyo son se agitaban en un baile horroroso todas aquellas sombras, entre las cuales, más alta y más horrible que todas, vagaba la de un fraile benedictino con un puñal ensangrentado en la una mano y en la otra un dogal; que de tiempo en tiempo la sombra del monje se asomaba al gran balcón de piedra que está sobre la puerta del palacio y miraba con ojos que relucían como el fuego de un hornillo al obscuro canal de Monforte, cuyas verdinegras aguas se abrían para dar salida a las sombras de una mujer y de un hombre, que se deslizaban lentas y temerosas sobre la superficie del canal, yendo a perderse a lo largo de él entre las densas tinieblas de la noche.

Empezó a hablarse de esto, a decirse que el palacio Conti estaba habitado por el diablo, y los esbirros más valientes fueron encargados de observar el palacio las noches obscuras en que la luna estuviese en menguante. Pero fuese que el diablo tuviese miedo a los esbirros de la República, o que éstos no fuesen tan visionarios como los vecinos del palacio Conti, nada vieron en él ni en el canal de Monforte en una ni en otra noche. El canal permanecía cerrado y obscuro, y el canal terso y tranquilo; pero tanto se obstinaron los vecinos en afirmar que era verdad lo del diablo, lo de las sombras, toda aquella máquina infernal que, según decían, se agitaba en el palacio, que al fin los esbirros se preocuparon y acabaron por ver lo mismo que los vecinos veían. Cundió el terror, las casas inmediatas al palacio se deshabitaron, y no hubo ya un solo esbirro que se atreviese a entrar en el canal de Monforte, ni aun a trueque de sufrir las terribles penas que el Consejo de los Diez les imponía por su inobediencia. De aquí nace esa fama de hechicería y de endiablamiento que tiene el palacio Conti; y de tal modo protege al palacio su terrible fama, que hace diez años, cuando Conti apareció de nuevo en Venecia, ningún esbirro se atrevió a llegar al palacio para prenderle por la muerte

de su esposa y del joven griego con quien su esposa había aparecido atada en el canal.

Pero había un hombre a quien importaba muy poco la fama de hechicería del palacio; aquel hombre era, sin embargo, muy joven, como que era César Malatesta, que apenas contaba entonces veinte años. César Malatesta iba todas las noches al palacio y entraba en él secretamente por el mismo postigo por donde veinte años antes había entrado el griego. La causa de estas secretas entradas de Malatesta en el palacio de Conti era el amor de una mujer, de Elena Conti, que había nacido en aquel palacio, de la griega esposa de Salvator Conti, que había dado su nombre a Elena considerándola su hija. El palacio, entretanto, había perdido su terrible reputación de hechicería.

Salvator Conti, poco después de su reaparición en Venecia, y cuando estaba seguro de que nadie iría a prenderle a su palacio por el terror que su palacio inspiraba, se presentó por sí mismo al Consejo de los Diez, y no sé yo qué descargos daría, porque la historia de Conti está envuelta en un misterio impenetrable que acaso conoce el Consejo de los Diez. Pero ello fué que el nombre de Conti, que había sido borrado del libro de oro de Venecia, donde están inscriptos los nombres de todos los patricios, y que se había arrancado de entre ellos por haberse declarado a Conti presunto reo de asesinato, fué rehabilitado é inscripto de nuevo en el libro de oro: que el obispo, con toda la clerecía de San Marcos, fué con gran pompa al palacio de Conti a echar de él al diablo a fuerza de agua bendita, y habiéndose declarado libre y limpió el palacio de todo espíritu maligno, se empezaron a dar en él grandes fiestas, a que acudió toda la nobleza veneciana, se poblaron las casas contiguas al palacio y se animó el canal de Monforte, en el que nadie se atrevía a aventurarse poco tiempo antes por temor de encontrarse con el diablo.

Elena Conti era una joven de maravillosa hermosura. En una de las fiestas que por ella sola daba en su palacio Salvator Conti, que siempre era el hombre taciturno y sombrío con apariencia de espectro, se conocieron César Malatesta y Elena y se amaron. Pero, por un misterio incomprensible, Salvator Conti negó la mano de su hija a Malatesta, que era joven y rico y de una nobleza antiquísima, alegando que tenía empeñada su palabra con un señor Andrea Piezzolo, viejo repugnante con muy modesta fortuna, y a quien nada recomendaba más que su cargo de senador del Consejo de los Quinientos.

Entonces empezaron las secretas entradas de Malatesta en el palacio Conti, y algunas veces las salidas de Elena del palacio asida del brazo de César Malatesta. Esto duró algunos meses. Al cabo una noche fueron llegando multitud de góndolas al palacio Conti, que estaba iluminado como para una gran fiesta. Elena Conti se casaba, o, mejor dicho, la casaban con Andrea Piezzolo. La nobleza de Venecia, el obispo y gran número de senadores asistían a las pomposas bodas. A las doce, los convidados, excepto algunos allegados de Conti, salieron del palacio. El casamiento había sido ya celebrado. La familia y los más allegados a ella se habían detenido algún tiempo más en el palacio. Lentamente las luces del palacio se fueron apagando, cerrándose las ventanas y sumergiéndose todo en el más profundo reposo.

Dos horas después de la media noche (yo estaba entonces ejerciendo la vigilancia nocturna en el canal de Monforte), una góndola negra y silenciosa entró en el canal, se detuvo delante del postigo del palacio, y de ella salió un hombre y se acercó al postigo. El postigo se abrió, entró el hombre, y el postigo volvió a cerrarse. El hombre que había entrado era César Malatesta. Su entrada en el palacio Conti la misma noche en que Elena se había casado, era un acontecimiento demasiado grave para que yo le dejase pasar desapercibido.

Lo que os voy a referir, monseñor, es un secreto que no he revelado ni aun al confesor; espero que vos oiréis este secreto como si no fuerais miembro del Consejo de los Diez, como el hombre a quien, faltando tal a mi deber, estoy sirviendo de la manera más leal del mundo; sin saber por qué, siento hacia vos un afecto que jamás he sentido por nadie.

—Puedes hablar sin temor, Nicolino, como hablarías con tu conciencia.

—Gracias, monseñor — dijo el esbirro.

Y luego inclinó la cabeza y permaneció algunos momentos abstraído y profundamente pensativo. Al fin alzó la cabeza, fijó una mirada tranquila y grave en Aben-Shariar, y dijo:

—Apenas había entrado por el postigo César Malatesta, cuando yo me deslicé junto a los muros del palacio y llegué a aquel postigo, que abrí con una de las llaves maestras de que siempre va provisto un esbirro. Una vez dentro, me encontré en la obscuridad más absoluta; pero un esbirro lleva siempre consigo una linterna sorda; abrí mi linterna, y me encontré al pie de una escalera de caracol, por la que subí; recorrí, sin encontrar a nadie, resuelto a prender al primero que se me presentase, algunas habitaciones, y al fin fuí en un salón que aún estaba iluminado, pero en el cual dominaban el silencio y el horror. En el centro de aquel salón había una mesa cubierta de manjares, y alrededor de aquella mesa doce personas. Parte de aquellas personas estaban echadas de rostro sobre la mesa, parte mal sentadas en los sillones; otras tendidas sobre la alfombra. Yo creí que aquellas personas estaban dormidas por la embriaguez; pero cuando las toqué, vi con horror que estaban muertas. Sobre la mesa y sobre el suelo, junto a los cadáveres, se veían anchas copas de cristal; en algunas de ellas quedaba un dorado vino de Siracusa; instintivamente yo vertí el vino que quedaba en aquellas copas en una botella vacía, la guardé bajo mi manto, salí del salón y del palacio sin encontrar a nadie, y en la misma góndola en

que había ido César Malatesta y que aún le esperaba, me hice conducir, en nombre de la República, a las Lagunas, a casa del doctor Tieppolo Albano, cuya puerta, en nombre también de la República, me hice abrir. Poco después, se me presentó el doctor Tieppolo, a quien entregué la botella que llevaba del palacio Conti, mandándole me dijese si estaba o no envenenado el vino que contenía. El doctor Tieppolo me llevó a su laboratorio, vertió algunas gotas de licor incoloro en el vino que contenía la botella, que tomó al instante un fuerte color azul impuro.

—Tirad esa botella, esbirro — me dijo Tieppolo.

—¿Es un veneno lo que contiene? — le pregunté.

—Sí — me contestó, — y un veneno terrible, que en Venecia sólo puede poseer el Consejo de los Diez.

Al escuchar estas palabras, todo mi cuerpo se cubrió de un sudor frío.

—Es el terrible tósigo de los Borgias — añadió Tiepolo Albano; — yo callaré como una tumba acerca de vuestra venida a mi casa con este vino envenenado, que vos habréis obtenido sin duda por un celo imprudente. Os aconsejo que calléis, porque, o una de dos: o, este tósigo ha venido de fuera de Venecia, o proviene del Consejo de los Diez. En la duda, callad, no sea que este veneno haya servido para una alta y misteriosa justicia del Estado.

Después de esto, Tieppolo me despidió, y yo, aterrado, lleno de dudas acerca de lo que debía hacer, me volví en la góndola al canal de Monforte, delante del palacio Conti. Por una fascinación terrible, los cadáveres que encerraba el palacio me atraían a sí; salté de nuevo al borde del canal, llegué al postigo y le abrí. En tal estado estaba mi espíritu, que no me acordé de abrir la linterna, y sin ella, a obscuras, como si un poder misterioso me guiase, marché sin vacilar hacia el terrible salón donde estaban los cadáveres. Pero antes de llegar a la puerta del salón que tenía frente a mí, vi desde la sombra algunos criados, delante de los cuales estaba César Malatesta con su galano traje de joven patricio veneciano, y Elena Conti con su magnífico y deslumbrante traje blanco de desposada. Cúando yo pude verlos, los criados sin duda acababan de llegar.

—Lo que veis — dijo Elena con ronca voz a los criados — no es otra cosa que el resultado de una justicia secreta de la República. Esos doce hombres, parientes los unos, deudos los otros, de Salvator Conti, cometieron hace veinte años dos asesinatos horribles. El asesinato de mis padres.

Elena calló, y sucedió un silencio de horror.

—Esos doce hombres — continuó Elena — sorprendieron una noche a un hombre y a una mujer a quienes el amor había unido; ella era mi madre; él, mi padre. Para sorprender a mi padre, para desarmarle, para rendirle, había sido necesaria la traición de esos doce hombres reunidos; se trataba de una venganza infame, y se dió a elegir a las víctimas entre el puñal y el veneno; ellos eligieron el veneno; y las copas les fueron presentadas; poco después aquellos desdichados eran cadáveres, y atados el uno con el otro fueron sacados de aquí por cuatro de esos hombres y arrojados al canal vecino; Salvator Conti sabía que yo no era su hija, porque mi madre, a pesar de haber sido su esposa, nunca había sido suya; y, sin embargo, Salvator Conti, no contento con el asesinato de mis padres, quiso prolongar hasta mí su venganza, gozándola de una manera cruel. Educada y criada como si hubiera sido su hija, Salvator Conti, cuando convino a sus proyectos, me trajo a Venecia y ajustó mi casamiento con ese miserable Andrea Piezzolo, que está inerte a mis pies. Yo estaba resuelta a todo; a matar o a morir antes que pertenecer a un hombre a quien yo aborrecía por instinto, porque entonces yo me creía hija de Salvator Conti; yo ignoraba el asesinato de mis padres, yo no sabía, que Andrea Piezzolo había sido uno de los autores de aquel asesinato; yo estaba resuelta a todo, cuando hace tres días, este caballero que me acompaña, a quien amo, y que es mi esposo ante Dios y lo será ante los hombres, al entrar a verme en mi aposento se abrió sus ropas y me dejó ver lo mismo que vais a ver en este momento vosotros.

Elena calló, y César Malatesta, que hasta entonces había permanecido en silencio, abrió su justillo negro y dejó ver sobre su pecho, bordadas con seda encarnada, las tres letras C. D. X.

Yo no sabía que César Malatesta fuese esbirro ni agente secreto de la República; pero sabéis demasiado, monseñor, que con mucha frecuencia el Consejo de los Diez autoriza especialmente a esta o a la otra persona para el cumplimiento de un encargo, durante el cual le manda usar el distintivo de la República. Podía suceder también que, sin que el Consejo de los Diez se lo hubiese mandado, César Malatesta por sí mismo para aterrar a los criados de Conti, se hubiese provisto del signo de autoridad de la República. Pero esto hubiera sido audaz hasta lo increíble; hubiera sido exponerse a una muerte segura si se descubría aquel abuso, y aunque César Malatesta es audaz hasta lo infinito, yo no creía posible que se atreviese a jugar de una manera tan insensata su vida. Dudé, temblé, y escuché con ansiedad. Los criados de Conti, por su parte, estaban completamente aterrados.

—Hace tres días — dijo César Malatesta con voz sonora, vibrante y terrible, que dejaba oir en aquella situación y junto a aquellos cadáveres, era completamente espantosa — hace tres días que el poder supremo del Estado me dijo: "Hay en Venecia un traidor que está vendido al rey de España, y que se llama Salvator Conti; a ese hombre ayudan en su traición su pariente el senador del

Consejo de los Quinientos, Andrea Piezzolo, y sus deudos, tal y tal (y me nombró esos otros diez hombres que están ahí muertos al lado de los cadáveres de Salvator y de Andrea); esos doce hombres, parientes todos o deudos de Conti, están acostumbrados al crimen, y para ellos una traición al Estado no es otra cosa que un crimen más; esos hombres se han hecho reos de alta traición contra el Estado, y por consecuencia son reos de muerte, que mueran; pero todos son patricios, y el Estado no quiere que su sentencia haga caer una mancha indeleble sobre el patriciado; dentro de tres días ha de celebrarse la boda de la joven llamada Elena Conti con el senador Andrea Piezzolo; la República, que lo sabe todo, sabe que Elena y vos os amáis, y que vos entráis todas las noches secretamente en el palacio Conti, y llegáis hasta el aposento de Elena; llegad también esta noche, y dadla este pliego cerrado; por él sabrá Elena que no es hija de Conti, y que sus padres fueron asesinados por Conti y por los otros once patricios sus parientes, a quienes el Estado sentencia a muerte; que los mate Elena; así, a un mismo tiempo, vengará a sus padres y servirá a su patria, a quienes esos hombres han pretendido envolver por una traición cobarde; cuando en la noche de las bodas los convidados hayan salido, y quedado solos los parientes en el festín de familia, el veneno de los Borgias, que va envuelto con el pliego que revelará a Elena la historia y las desgracias de sus padres y el nombre de sus matadores, se mezcle en el vino del festín. Cumplid la justicia de la República, si no queréis que la República os juzgue traidor y os castigue".

César Malatesta guardó silencio. Los criados temblaban, como temblaba también yo. César Malatesta continuó:

—La justicia de la República se ha cumplido; esos doce hombres no existen; pero es necesario que nadie más que nosotros vea sus cadáveres; que nadie sepa que han muerto; que se les tenga por perdidos; aquí estáis todos los criados de la casa; si este suceso se sabe, será porque uno de vosotros lo haya revelado; en tal caso, por uno serán sentenciados todos, y no habrá para vosotros ni perdón ni piedad.

—¡Callaremos! ¡Callaremos como esos muertos!

—¡Nadie lo sabrá por nosotros!

—¡Lo que aquí ha pasado será siempre un misterio, porque nosotros no hablaremos! — dijeron estremecidos todos aquellos infelices.

—No basta eso; es necesario que estos cadáveres desaparezcan — dijo Malatesta; — si los arrojáis al canal, a los tres días las aguas los harán flotar; pero la tierra no arroja nunca sobre su faz los cadáveres que en ella se han sepultado; conducid esos cadáveres a los subterráneos del palacio y enterradlos en ellos.

—Yo, monseñor — continuó Nicolino — no me atrevía a permanecer allí por más tiempo; salí aturdido, y sin saber cómo, me encontré fuera del palacio, en el borde del canal y junto a la góndola, que esperaba aún.

—No reveléis a nadie que me habeis visto — dije a los gondoleros, — ni que me habéis llevado a la casa aislada que se alza en medio de las lagunas; vosotros no os habéis movido de aquí, ni me habéis visto entrar en el palacio Conti, ni salir de él: guardad, os lo repito, un profundo secreto, so pena de traición al Estado.

Después de esto, me deslicé a lo largo del muro del palacio y fuí a ocultarme tras una de sus esquinas, mi puesto de observación. Antes del amanecer, César Malatesta salió del palacio, entró en la góndola, y la góndola partió y se alejó en silencio. Sonó entonces la campana mayor de San Marcos tocando la oración de la mañana, y yo me fuí a la Basílica a desempeñar mi oficio de sacristán menor.

—¿Qué hubierais vos hecho en mi lugar, monseñor? — dijo Nicolino mirando fijamente a Aben-Sharlar.

—Me hubiera presentado inmediatamente al Consejo de los Diez y le hubiera dado parte de lo que había visto, de lo que había oído.

—¿Creéis vos, monseñor, que era falso lo que Malatesta había dicho? — preguntó, poniendose pálido, Nicolino.

—Malatesta era capaz de todo; y, además, ¿qué necesidad tenía el Estado de encargar a nadie una justicia secreta, cuando podía haberle hecho en sus mismas cárceles?

—No era fácil prender a un mismo tiempo a aquellos doce hombres — dijo Nicolino; — la desaparición del uno podía avisar a los otros; había que hacer partícipes del secreto a muchos hombres, y en el palacio Conti, con motivo de las bodas de Elena, aquellos doce hombres estaban juntos, se les podía herir como se les hirió, de un solo golpe, sin que conociesen el secreto más que unos cuantos criados, a quienes se había aterrado.

—A pesar de todas esas deducciones, y aunque hubieras tenido seguridad de que Malatesta obedecía a la República, debiste avisar de todo al Consejo de los Diez.

—¿De modo que vos, monseñor — dijo Nicolino estremeciéndose, — os creéis sin duda obligado a dar parte al Consejo de lo que acabo de revelaros?

—Tú has hecho esa revelación, no a un senador del Consejo de los Diez, sino a un hombre; y por mi parte, es tal la situación en que me encuentro, que me alegro de tener asegurada por un secreto tu fidelidad hacia mí.

—Creo, monseñor, que me haríais arrepentir de haberme confiado a vos; vos queríais saber por qué se teme tanto en Venecia al palacio Conti, por qué se le cree habitado por el diablo, y de palabra en palabra, y por el afecto que me inspiráis, yo he ido indudablemente más allá de donde hubiera debido ir. Pero silencio; siento otra

vez los pasos del hostelero por las escaleras, y ahora le acompaña otro hombre; pero ese hombre se detiene, y el hostelero se viene hacia aquí.

Un momento después el hostelero abrió la puerta se adelantó y dijo en voz baja y con expresión misteriosa:

—Excelencia, el señor César Malatesta acaba de entrar en el camarín número 7.

—Pues bien — dijo Aben-Shariar; — llevadnos a un sitio desde donde podamos oir todo lo que se diga en el camarín número 7.

—Venid conmigo, excelencia — dijo, con el acento de la más completa resignación, el hostelero.

Y salió, seguido de Aben-Shariar y de Nicolino.

Capítulo V

Los establecimientos públicos en Venecia estaban construidos de manera que, si los agentes del Estado lo exigían de los dueños, podían oír y ver sin ser vistos lo que aconteciese en el más reservado de sus aposentos. Aben-Shariar y Nicolino fueron conducidos por el hostelero a un zaquizamí obscuro, en cuyas paredes había algunos pequeños agujeros, por los cuales se veía el camarín número 7. Aben-Shariar y Nicolino aplicaron cada cual un ojo a uno de aquellos agujeros.

—Está como si no hubiera pasado un solo día por ella desde la noche de los doce muertos — dijo Nicolino para sí.

—¡Oh! ¡Qué mujer tan maravillosa y tan terrible! — pensó Aben-Shariar. — Yo no conozco a esta mujer, pero conozco a alguien que se le parece. ¡Ah! ¡Sí! Debe ser hermana o parienta próxima del corsario griego Manuel Karuk.

La mujer que había causado estos dos pensamientos de Nicolino y Aben-Shariar era una mujer magnífica por su estatura y por su belleza, de un tipo clásico puramente antiguo; parecía una estatua arrancada de un templo griego y transfigurada en una mujer, pero una estatua modelada sin duda para representar una deidad terrible, una deidad del mal. Y sin embargo, de la expresión dura y opaca de sus grandes ojos negros, de la rigidez de su frente, de la tensión de sus mejillas, de la dura contracción de su boca, de la rigidez de su garganta, de lo enérgico de sus formas y de lo soberbio y altivo de su actitud eran tal la pureza, la belleza y la armonía de las formas de su cuerpo y de su semblante; tal la perfección del conjunto; tal la vigorosa y brillante juventud que de ella emanaba, que por indiferente que fuera, por la edad o por los años, el hombre que por primera vez la mirase no podía menos de sentir un estremecimiento de amor, una sed ardiente de ser amado por aquella mujer terrible. Vestía un traje magnífico de raso blanco de Florencia, bordado de oro y muy descotado; llevaba en la garganta un grueso collar de perlas, y peinados en trenzas los magníficos cabellos.

El rostro de Elena estaba cubierto con una expresión terrible; sus magníficos ojos negros fijaban en César Malatesta una mirada opaca, de la que parecía emanar una cólera sombría y amenazadora. César Malatesta miraba de una manera fría y cínica a Elena, y una leve sonrisa de desdén, que contraía ligeramente en su boca, parecía contestar a la expresión de amenaza de Elena. César Malatesta parecía el amante hastiado de una mujer obstinada en retenerle en su amor; el libertino que nada oculta a la mujer de quien ya ha prescindido, que nada le importa, que nada le interesa. Aquella expresión fría y burlona, aquella sonrisa de desprecio, irritaban visiblemente a Elena, que tenía las mejillas pálidas, los labios descoloridos y temblorosos, y cuyo alto seno se alzaba y se desprimía a impulsos de su aliento poderoso y ardiente.

—Probablemente — dijo Elena en el momento en que se ponían en acecho Aben-Shariar y Nicolino — esta es la última vez que nos vemos; yo no puedo consentir por más tiempo en lo que sucede; diez años de un indigno amor por tu parte, de un amor miserable, que yo no comprendo cómo he podido pagar con todo el amor que tenía en mi alma, son bastante término para que lleguemos a una conclusión decisiva.

—Es decir — contestó fríamente Malatesta, — que me dictas condiciones; que crees que yo estoy obligado a ceder a tu voluntad; que renunciaré por tí a mi magnífica vida de orgía, de galanteos, de cuchilladas, de cuanto es bueno y bello, porque destruye la monotonía de la vida; y yo te amo, Elena; ninguna mujer me hace sentir como tú tan punzantes sensaciones; en ninguna de mis historias de amor hay la picante salsa que yo saboreo en la historia de tus amores; para mí, esa historia es la mas bella y la más grata de mi vida; nunca me olvido porque no puedo olvidarme de ello, de la noche de tus bodas con aquel pobre diablo de Piezzolo: siempre tengo en mi memoria de una manera tan viva como si realmente los estuviera viendo aun, aquellos doce señores, en los cuales un vino a lo Borgia había dejado impresa una mueca ridícula de miedo al viaje que se habían visto obligados a hacer contra toda su voluntad; yo te amaba entonces, Elena, porque creo que aquel fué el único momento en que verdaderamente he amado; porque es necesario que lo comprendas, Elena: cuando se quiere que un hombre como yo ame, es necesario empezar por dominarle, por hacerse superior a él; tú te pusiste aquella noche a una altura que me obligaste a levantar los ojos para verte en ella; tú habías hecho una gran cosa: habías hecho aquellos doce cadáveres, uno de los cuales era tu padre, otro tu esposo.

—Ni esposo ni padre — dijo con ronca vez Elena; — eran dos miserables en quienes yo vengaba a mis padres asesinados.

—Eran doce hombres que los mandaba matar la República; de manera que, verdugo yo, veía en tí a mi digna compañera, a la hermosísima joven, a la incomparable mujer que, con una frialdad y un valor admirables, no había vacilado en matar.

—Como no vacilaré en vengarme de tí si me obligas a la venganza.

—Y en ese caso, y suponiendo que tú puedas vengarte de mí, moriré feliz, porque mo-

riré amando de veras; porque volveré a encontrar a la mujer fuerte que yo adoré mientras estuvieron calientes aún los cadáveres de aquellos doce hombres; porque tú Elena, si me matas, que puedes hacerlo cuando quieras, porque yo ni aun pienso defenderme de ti, no porque desprecie la vida, con la cual estoy muy contento, sino porque estoy seguro de que tú ni puedes ni quieres matarme; si tú me matas, habrás hecho más que todo lo que yo he hecho y todo lo que puedo hacer, y todo lo que haría si Dios o el diablo me hiciesen inmortal; si yo dejé de amarte, culpa es tuya; eras para mí completamente sumisa; en mis manos no eras tú la serpiente ponzoñosa, sino la tórtola humilde, arrullando siempre, quejándose siempre, haciéndose insoportable; si la República no nos hubiera unido de una manera terrible, confundiéndonos a ambos en un sombrío secreto de Estado; si no hablasen por ti en mi alma aquellos doce cadáveres lívidos; si yo no supiera que puedo convertir cuando me plazca a la tórtola en serpiente, hace muchos años hubieras sido para mí una cosa concluída y olvidada. Además de eso, de tiempo en tiempo, cuando he pasado sin verte muchos meses, siento la necesidad de volverte a ver, y cuando te veo me pareces lo que me pareciste la primera vez que te vi; la ilusión de mi sueño realizado, la hermosura ideal que yo no creía existiese, y vuelvo a unirme a ti para separarme al poco tiempo cansado por la sumisión de tu amor; no puedes, pues, quejarte de mí, Elena; si yo no estoy continuamente a tus pies, es porque no has sabido dominarme, porque eres para mí débil y cobarde.

—¿De modo que Estéfana Barbarigo, que te ha despreciado, que te ha burlado que te irrita con su desprecio, debe ser una de las mujeres de tu amor? — dijo con acento acerado Elena.

—Yo aborrezco a Estéfana Barbarigo — dijo César Malatesta; — entre ella y yo hay un duelo a muerte; entre ella y yo no puede haber más que odio, mientras que para ti no tengo ni odio ni amor.

—¿Y por qué odias a Estéfana enamoras a la esposa de ese extranjero que habita en el palacio Sforzia? — dijo con profunda intención Elena.

—Sí — contestó sonriendo de una manera sosegada Malatesta; — Estéfana ama a ese hombre; ese hombre ha obtenido lo que nadie ha podido obtener, lo que yo he ansiado, lo que ansío en vano: la hermosura y el corazón de Estéfana; yo aborrezco a Gabriel de Espinosa, porque Estéfana ha enloquecido por él, porque para él solo ha sido de fuego su corazón de hielo, y porque le aborrezco de muerte no me parece bastante una venganza vulgar, una venganza llevada a cabo por medio del hierro o del veneno; la muerte es poco; la muerte no es más que el dolor y la agonía de un momento; yo no quiero herirle el cuerpo, lo que quiero matarle es el alma: dicen que es un personaje misterioso que le protege la República, que le protege el Papa; que es el rey D. Sebastián, que no murió en su expedición al Africa, que ha vivido muchos años desconocido, y que se prepara al fin a volver a su reino y recobrarle. Pero un hombre que se encuentra en su situación debe ser muy prudente; no debe herir, no debe ofender a los que encuentra en su camino y son bastante fuertes para estorbarle el paso.

—¿Y te ama la mujer de se hombre? — dijo profundamente Elena.

—Me amará — contestó Malatesta; — una mujer lo sufre todo de su marido, todo, menos el desprecio; una mujer no puede dejar de vengarse cuando se siente reemplazada por otra en el corazón de su esposo, o mejor dicho, en el corazón del hombre a quien ama, y doña María de Souza ama con locura a Gabriel de Espinosa.

—¡Pobre mujer! — dijo con acento frío Elena. — ¡Pobre mujer, que no sace que el Papa ha disuelto su casamiento con Gabriel de Espinosa!

Aben-Shariar ahogó un rugido de furor cuando oyó estas palabras, y continuó escuchando con toda su atención, con toda su alma.

—Eres desgraciado en tus empeños, César — continuó Elena. — ¿Qué importa a Gabriel de Espinosa que una mujer, contra la cual ha pedido al Papa, y la ha obtenido, la disolución de su matrimonio con ella, ame o no ame a otro hombre por traición a su amor o por celos? Esto no sería otra cosa que una causa más para la disolución de su matrimonio.

—¡Oh! Entonces — dijo Malatesta con voz terrible y concentrada, — la muerte de ese hombre, su destrucción, antes que sea esposo de Estéfana.

—¡Oh y cuanto la amas! — dijo con amargura Elena.

—Es la única mujer que me ha despreciado; la única mujer que me ha burlado.

—Estéfana Barbarigo será esposa del rey de Portugal; la nobleza de los Barbarigo es tan alta y tan antigua, que bien puede una mujer de su familia ser esposa de un rey.

—¡No será su esposa, yo te lo juro! — exclamó Malatesta poniéndose convulso de pie.

—Siéntate, domínate y escucha — dijo Elena; — sobre todos los poderes y todas las fuerzas hay una fuerza y un poder en Venecia: el Estado, el Consejo de los Diez; desde este momento el Consejo de los Diez habla por mi boca; Gabriel de Espinosa, Estéfana Barbarigo y doña María de Souza son para ti tres personas sagradas e inviolables; un solo acto tuyo contra ellas, y desaparecerás como desapareció tu padre para no volver a aparecer jamás.

—¿Y qué me importa — dijo César Malatesta, — si cuando caiga sobre mí el poder del Consejo de los Diez ya habrá caído todo el peso de mi odio sobre Estéfana?

—Un solo paso que des hacia ella, o que de alguno de los tuyos, es el primer paso que das hacia las prisiones del Estado. Sobre ti están los ojos del Consejo de los Diez: sus oídos están abiertos para escuchar tus palabras: aun las que pronuncias en sueños. Cuando levantes el brazo para herir, una mano demasiado fuerte asirá tu brazo y le desarmará. Renuncia a tus proyectos por imposibles, y cree que si yo no te amara no te hubiera dado este aviso: te hubiera dejado perderte, sin haberte avisado del peligro.

Pero quiero que vivas para mí: he dejado de ser la tórtola que arrulla, y que se queja, y llora, para convertirme en la mujer fuerte que dicta condiciones.

—Sin duda no has terminado todavía — dijo Malatesta; — sepamos, en fin, cuanto me tengas que decir.

—Dentro de quince días habrás sido mi esposo — dijo con altivez Elena; — dentro de quince días Elena Conti aparecerá entre la nobleza veneciana asida de la mano por Malatesta: de no, desaparecerás para no volver a aparecer más.

Y Elena se puso de pie, fué a un sillón cercano, donde había dejado su manto de terciopelo negro, se lo puso, se cubrió con él, y dijo a Maltesta, que había quedado mudo, aturdido inmóvil:

—No nos volveremos a ver más hasta el día en que vayamos juntos a la Basílica de San Marcos para ser esposos.

Y tras estas palabras Elena salió, dejando solo, aturdido y dominado a Malatesta.

Capítulo VI

La doble intimación de Elena había caído como un rayo sobre la cabeza del joven, que se encontró impotente, obligado a obedecer o a sucumbir de una manera infecunda. El poder del Consejo de los Diez era tal, que ninguna defensa permitía a los que por él estaban amenazados. César Malatesta estaba seguro de que se le vigilaba y de que no se le dejaba el menor medio de acción. Por lo mismo, al sentirse sujeto, dominado, había caído en el mayor abatimiento. Su imaginación ningún recurso le prestaba para sobreponerse a aquella situación de inercia a que se le reducía. Era ni más ni menos que un león enjaulado, a quien se le habían arrancado los dientes y cortado las garras. Elena había comprendido que había hecho muy mal en ser sumisa y débil para con Malatesta, aprovechaba la ocasión de mostrársele fuerte, de dominarle.

—Es necesario tener paciencia y ser prudente — dijo Malatesta; — esto no puede durar mucho: la República protege hoy al rey D. Sebastián porque le conviene levantar un enemigo poderoso contra el rey de España: pero la República no tiene sobre Felipe II el poder que tiene sobre mí; la República no puede reducir a la impotencia a que a mí me reduce al rey de España; el rey de España ahorcará al rey D. Sebastián, y lo ahorcará tan pronto, que no tendré que tener mucha paciencia; no importa: todo se reduce a engañar a Elena, a saber de lo que se trata, a adquirir noticias que comunicar al rey de España; Elena me ama, y si obra así, es porque está desesperada; pero un hombre a quien ama una mujer hasta el punto que Elena me ama, puede engañarla siempre; ella misma ha de ser quien me procure mi venganza contra el rey D. Sebastián.

En aquel momento llamaron recatadamente a la puerta del camarín.

—Ya tenemos encima el esbirro — dijo Malatesta levantándose y yendo a abrir la puerta; — atención y no cometamos ninguna imprudencia.

Y abrió la puerta, por la que entró Aben-Shariar.

—No os conozco — dijo Malatesta; — ¿quién sois? ¿A quién buscáis?

—Me llamo Pietro Mastta; soy patricio de Génova y de Venecia.

—Perdonad, monseñor — dijo Malatesta, — si como conozco vuestro nombre, no conocía vuestra persona, y os he hablado por ello de una manera poco respetuosa.

—Cubríos y sentaos; los dos somos patricios, y si vos hubierais pensado seriamente en vuestro porvenir, tal vez os sentaríais hoy a mi lado en el Consejo de los Diez.

—Soy demasiado joven, y estoy muy lejos de tener la gravedad necesaria para desempeñar tan alto encargo; yo no me encuentro bien sino entre botellas, mujeres y amigos alegres.

—Cuenta con las mujeres, señor César Malatesta, porque las mujeres os pueden perder; hace poco hablabais con una mujer muy peligrosa, con una mujer que se llama Elena Conti, y que, según creo, debía llamarse Elena Karuk.

—¡Cómo, monseñor! ¿Conocéis la historia de Elena?

—No; pero vos, que la sabéis, me la vais a contar.

—Perdonad, monseñor; pero si no sabéis la historia de esa mujer, ¿cómo sabéis que su apellido debe ser Karuk y no Conti?

—La familia de una persona, más que en su apellido, está representada en su semblante. Elena tiene la fisonomía completa de una familia griega a quien yo conozco.

—Es extraño, monseñor; yo conozco la historia de Elena por un manuscrito que hace diez años me entregó el Consejo de los Diez para entregarlo a Elena, y Elena me lo hizo conocer después; es extraño, repito, que habiendo conocido Elena la historia de su familia por una revelación hecha a ella por el Consejo de los Diez, vos, que formáis parte de él, no conozcáis esa historia.

—Hace diez años no pertenecía yo al Consejo de los Diez — dijo Aben-Shariar; — además de eso, el Consejo de los Diez obra muchas veces por medio de uno solo de sus individuos que sirve secretamente a la República, sin participar el secreto ni aun a las mismas ropas que lleva puestas; en un caso semejante nos encontramos ahora; yo, junto a vos, estoy sirviendo secretamente a la República.

—Habréis visto salir, sin duda, de este camarín a Elena Conti o Karuk, como mejor queráis, y como el Coisejo de los Diez lo sabe todo, habréis dicho: Elena sale de ahí, luego ahí está su amante Malatesta.

—Sois audaz hasta un extremo que espanta — dijo gravemente Aben-Shariar; — estáis viendo representando en mí el poder supremo del Estado, ante el cual todos tiemblan, y, sin embargo, os atrevéis a interrogarme.

—Es que tengo miedo, monseñor — dijo, creciendo en audacia Malatesta; — es que deseo saber si habéis estado aquí invisible mientras hablábamos Elena y yo.

—Quiero contestaros a esa pregunta, y voy a hacerlo recomendándoos la obediencia al mandato que el Consejo de los Diez os

PROXIMAMENTE EN

PUCKY

EL JINETE FANTASMA

Emocionantes aventuras de la juventud de

BUFFALO BILL

en el Far West

ha dejado conocer, de olvidaros de vuestros proyectos acerca de Estéfana Barbarigo, del extrangero Gabriel de Espinosa y de su mujer doña María de Souza, y de casaros cuanto antes con Elena Karuk, que siendo vuestra esposa conservará el nombre de Elena Conti.

—Obedeceré, monseñor, aunque el mandato del Consejo es demasiado duro: yo no amo a Elena Conti.

—Pero la habéis amado, y es lo mismo; existe además entre vosotros un secreto de Estado: el de la muerte de Salvador Conti, de Piezzolo y de otros diez parientes suyos, y es conveniente que el hombre y la mujer que conocen este secreto se reúnan en uno por medio del matrimonio.

—Obedeceré, monseñor.

—¿Conserva Elena todavía el pliego que vos le disteis cerrado en nombre del Consejo de los Diez?

—Lo ignoro, monseñor.

—Vamos a saberlo muy pronto — dijo Aben-Shariar poniéndose de pie; — supongo que vos no tendréis miedo de ir de día al palacio Conti, donde dicen que habita el diablo.

—Ni de día, ni de noche, monseñor — dijo Malatesta, que se había puesto de pie al mismo tiempo que Aben-Shariar.

—Tenéis traza de hombre fuerte y diestro — dijo Aben-Shariar mirando de alto abajo al joven.

—Creo, monseñor — dijo Malatesta, — que hay muy pocos hombres tan diestros y tan fuertes como yo.

—Vamos a verlo — dijo Aben-Shariar tomando distancia y desenvainando su espada. — Tirad de vuestra espada, señor César Malatesta.

Malatesta tiró de su espada con fiereza y dijo a Aben-Shariar:

—¿Es esto un duelo, monseñor?

—Entre nosotros, por lo que yo soy, no hay duelo posible: esto es una prueba; poneos en guardia, señor Malatesta, y acometed y defendeos bien, como si yo tuviera ansia por mataros o vos ansia de matarme a mí.

—Perdonad, monseñor; pero me parece que éste no es lugar a propósito para esa prueba; al ruido de las espadas acudirá gente.

—No acudirá nadie.

—En buen hora, monseñor; creo que me habéis dicho que ataque y me defienda como si esta prueba fuera realmente un duelo.

—Eso he dicho, y eso repito — contestó Aben-Shariar.

—¿Y si os mato, monseñor? — dijo sonriendo de una manera sesgada Malatesta.

—Como eso no puede suceder, no hay que pensar en ello — dijo fríamente Aben-Shariar.

—¿Decís que no puede suceder que yo os mate? — dijo palideciendo de cólera César Malatesta.

—No — repitió con doble frialdad Aben-Shariar.

—Ved que me insultáis, y que ante un insulto me importa muy poco tener delante de mi espada todo el Consejo de los Diez — dijo Malatesta, ya completamente dominado por la cólera.

—Así os quiero — dijo Aben-Shariar, cuya voz había tomado algo del acento de la voz del combate; — ea, ved si podéis matarme; y para que tengáis más confianza, os advierto que yo no haré más que defenderme; que no os atacaré.

—Haréis mal, porque yo voy a atacaros.

—Os espero.

Malatesta midió la distancia y, en vez de lanzarse en un ataque brusco, se limitó a probar la firmeza de la guardia de Aben-Shariar.

—¡Ah! Sois sereno — dijo Aben-Shariar — Se os pasa la cólera en el momento del combate; pues, mejor; así podré juzgar de todo lo que valéis.

Y mientras decía estas palabras sin des-

componerse, cargaba el hierro de Malatesta.

—Tenéis el puño de hierro, monseñor — dijo Malatesta — y es necesario cambiar con vos de ataque; probad, si sois tal ágil como fuerte.

Y tras estas palabras Malatesta dejó la guardia alta, se encogió como un tigre y empezó a salir de línea y a usar de todas las tretas de un condotiero. Pero siempre encontraba de frente a Aben-Shariar; siempre firme en una guardia impenetrable. De repente, Malatesta dió un salto de costado y cambió su espada a la mano izquierda.

—¿No sabéis más que eso? — dijo Aben-Shariar, y la espada de Malatesta saltó de sus manos.

Malatesta estaba desarmado, y a discreción de Aben-Shariar, que dió un paso atrás y envainó su espada. En aquel momento Malatesta había cegado de cólera; al verse desarmado, cogió rápidamente del suelo su espada y tiró una terrible estocada a Aben-Shariar. Pero éste estaba en guardia aun, pasó con el brazo aquella estocada, se entró sobre Malatesta, le asió por la muñeca y le hizo soltar de nuevo la espada.

—Esperaba este último golpe — dijo Aben-Shariar; — pero no debéis usarle, señor César Malatesta; es hacer demasiado el condotiero; ese es un golpe villano que no debe usar nunca un patricio; a pesar de su villanía y de su rapidez, y de que ha sido tirado de una manera maestra, de nada os ha servido; está visto que vos no podéis matarme más que a traición, y esto, si me tomáis dormido.

Malatesta se avergonzó.

—Tomad, tomad vuestra espada — le dijo Aben-Shariar; envainadla y salgamos de aquí.

Malatesta envainó confuso su espada, y rehaciéndose, dijo:

—Sois el primer hombre que me ha hecho su juguete, sois el primero que me ha resistido.

—Es que a todo hay quien gane — dijo Aben-Shariar; — pero salgamos de aquí el diablo nos espera en el palacio Conti.

—Un momento si os place, monseñor. ¿A qué esta prueba de armas?

—Un capricho — respondió Aben-Shariar. — Tenéis tal fama de buena espada, que he querido probar si erais mejor espada que yo.

Si Malatesta hubiera podido leer en el pensamiento de Aben-Shariar, hubiera visto que aquella prueba no había sido un capricho. Aben-Shariar había contestado en su pensamiento a la pregunta de Malatesta lo siguiente:

—Quería saber si me vencías para saber si podías vencer a Gabriel de Espinosa; pero yo te he vencido, Malatesta, y Gabriel me vence a mí; no puedes, pues, vencerle.

—¿Y tenéis empeño, monseñor, de ir al palacio Conti? — dijo Malatesta.

—Sí; un grave empeño — contestó Aben-Shariar.

—Será necesario que yo vaya a mi casa por la llave del postigo del palacio; el palacio pasa por deshabitado y será inútil que llamemos a su puerta, porque no nos abrirán.

—Lleguemos al palacio — dijo Aben-Shariar, — que despues veremos como podemos entrar en él.

—Como queráis, monseñor

Y salieron.

En las escaleras encontraron a Nicolino Razzi que estaba inmóvil, esperando pegado a un rincón. César Malatesta miró profundamente a Nicolino, y, a pesar de que no le conocía y de que tenía todas las trazas de un criado patricio rico, Malatesta dijo para sí:

—Esbirro tenemos de escolta.

Y siguió bajando las escaleras al lado de Aben-Shariar. Al pie de las escaleras esperaba respetuosamente el hostelero, no sabemos si para recordar con su presencia que no se le había pagado, o para hacer los honores de la casa a Aben-Shariar y a Malatesta. Si era lo primero, Aben-Shariar le sacó del cuidado, dándole al pasar, y de una manera que quería decir que no era necesario el cambio, dos cruzados de oro. El hostelero se inclinó profundísimamente y siguió hasta la puerta exterior a Aben-Shariar, exclamando:

—Agradecidísimo, excelencia; mi casa es vuestra, y mi persona, vuestra, y todo cuanto es mío, excelencia; yo espero que vengáis a menudo a honrar mi pobre casa, excelencia.

Y antes de que hubiesen llegado a la góndola que esperaba a Aben-Shariar, ya había soltado otras cien excelencias el hostelero.

Antes de entrar en la góndola, Malatesta abarcó con una rápida mirada al gondolero, que estaba indolentemente reclinado en la popa, sobre la caña del timón.

—Otro esbirro tenemos — dijo para sí Malatesta.

En cuanto a Aben-Shariar, no parecía ni aun reparar en él.

Y, en efecto; aquel gondolero era Brachioforte, el mendigo que poco antes estaba tendido al sol en la puerta del palacio del Dux, y a quien Rugiero, secretario de Barbarigo, había mandado con una señal vigilase a Aben-Shariar. Nicolino y Brachioforte cambiaron una rápida mirada de inteligencia.

Aben-Shariar y Malatesta entraron en la góndola, y luego, en el interior de su litera. Nicolino se quedó entre la litera y el gondolero, que estaba a proa.

—¿Adónde, excelencia? — dijo Nicolino a Aben-Shariar.

—Al canal de Monforte, delante del palacio Conti.

Nicolino repitió esta orden al gondolero, que estaba a proa, y que se puso densamente pálido, porque los gondoleros venecianos son muy supersticiosos, y el palacio Conti, como sabemos, tenía muy mala fama.

—¿Al canal de Monforte, mi señor? — dijo el gondolero con la voz trémula. — Hace ya mucho tiempo que no cruza una góndola por el canal de Monforte.

—¡San Marcos y Venecia! — dijo Nicolino rápidamente y en voz baja al gondolero.

Puesto éste entre el diablo y la República, prefirió estar bien con la República e impulsó la góndola.

(Continuará)

EL ASESINO MISTERIOSO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

PERDONEN, señoras y señores — dijo el recién llegado mirando a la reunión con los ojos entornados; — no acostumbro a comer tan tarde y me acordé de su amable invitación al irme a la cama. Buenas tardes señorita Shaw.

Ana levantó pesadamente la vista y se encontró con la de él.

—Buenas tardes, señor inspector — dijo con frialdad.

Era la primera vez que Elfa veía al temible Soope y nació en ella, de súbito, una inclinación amistosa hacia el feo viejo, vestido de ropas usadas y raídas. Llevaba una camisa deshilachada por los bordes; aparecían dos grandes manchas de hierro en las partes más visibles de la pechera, el lazo de la corbata se hallaba subido a una oreja, pero, con todo, Soope tenía el aire de un aristócrata.

—No suelo asistir a reuniones mundanas — dijo con énfasis — Se me figura que soy demasiado insociable para que me inviten. Jamás pude distinguir un cuchillo de otro, y las más de las veces me equivoco de vaso. Y es que los pobres policías no tenemos urbanidad. Si voy a casa de algún elegante sirvengüenza y por un motivo u otro me veo metido en vida de sociedad, me descubren al momento. Como le decía al subinspector poco antes de venir: "No hay bastante gente en el Cuerpo que sepa vestir el smoking sin parecer un adefesio".

El señor Cardew miraba a su huésped con recelo.

—La policía tiene sus funciones peculiares — dijo cauteloso — El único punto en litigio entre nosotros, inspector, es que ciertos casos requieren mayor refinamiento de intelecto, y una percepción más intensa de la psicología.

—Naturalmente.

Elson puso los codos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante, meneando la cabeza como un antómata.

—Por eso sus compañeron de usted yerran.

De pronto se detuvo. Había tropezado con los ojos de Ana. En ellos pudo leer Jaime Ferraby una advertencia conminatoria.

—La psicología es buena, desde luego, — dijo Soope con humildad — y nos hace falta. Todo funcionario joven debía estar empapado de ella. Después, la antro... usted conoce la palabra, señor Cardew...

—Antropología — dijo el señor Cardew, amablemente.

—Eso es; después la antropología; es el mayor ornamento de la inteligencia. Luego, inmediatamente viene el tener buena pupila. Yo soy un poco corto de vista para leer, pero alcanzo, a un millón de millas. ¿Nunca bajan ustedes las persianas, señor Cardew?

Las ventanas del comedor sólo tenían unas cortinillas transparentes en su parte inferior. La media luz del crepúsculo se posaba, afuera, sobre el césped, y los altos sicomoros del jardín recortaban negros perfiles contra el profundo azul del cielo. Los grupos de rododendros, junto a la casa, eran una mancha oscura.

—No — contestó Cardew sorprendido— ¿Para qué? Nadie nos observa: la carretera pasa a media milla de distancia.

—Ya decía yo — replicó Soope disculpándose — No sé lo que se estila en las casas elegantes: vivo en una choza y siempre echo las persianas al comer. ¿Cuantos jardineros tiene usted?

—Cuatro o cinco, no se bién — dijo Cardew.

Soope pareció impresionado.

—Vaya un engorro para encontrar piezas para tanta gente — dijo.

—No duermen aquí: el jardinero mayor ocupa una casita cerca de la carretera. Volviendo al sunto de la policía...

Pero Soope no estaba de humor de volver al asunto de la policía. Ansiaba enterarse de la vida doméstica del señor Cardew.

—Yo pensaba que usted retenía por las noches jardineros u otras gentes extrañas a la casa para que le regasen las flores.

Gordon Cardew se cansaba.

—No; mis jardineros se van a las siete No les permitiría de ningún modo andar

rondando de noche por ahí. ¿Obro mal inspector?

Soope se levantó del asiento y se dirigió a la puerta. De pronto oyóse un chasquido y todas las luces se apagaron.

—Separáos de la mesa y hacéos atrás, contra la pared — su voz era vibrante y autoritaria — Fui yo quien apagó la luz: hay alguien en las sombras de aquellas matas y lleva consigo un arma de fuego.

Capítulo V

UN SUSTO

Soope se dirigió al jardín. Las ventanas del comedor daban a un costado de la casa. El policía fuése con celeridad increíble al matorral. En la parte del prado, no se oía nada más que el suave rumor de las hojas al airecillo del atardecer.

Detrás del banco de flores estaban los sicómoros, límite sur de la propiedad. A la derecha había un bosquecito de pinos, único sitio de huída para un intruso.

Soope, agazapado, luego de recorrer el césped, avanzó de árbol en árbol. Pisaba una espesa alfombra de hojarasca de pino que silenciaba sus pasos. De vez en cuando se paraba y escuchaba: nada oía.

De pronto, hallándose a la mistad del bosquecillo, surgió como a unas cincuenta yardas una voz que cantaba:

Cabalgando va el rey moro
por la ciudad de Granada
¡Ay de mi Alhama!

Al son triste del aire español, la espina dorsal de Soope se estremeció un segundo. Había algo tan quejumbroso, tan lamentablemente desesperado en las palabras y música de la canción centenaria, que el viejo policía quedóse sobrecogido e inmóvil.

Va de la puerta de Elvira
hasta la de Bivarrambla
¡Ay de mi Alhama!

Soope avanzó hacia la voz. El bosque estaba oscuro y los árboles por aquella parte tan juntos que casi era imposible ver más allá de unas yardas. Se lanzó a lo abierto, pero no advirtió un alma.

El bosque separaba el jardín de Barley Stack de una pequeña granja. Todo era quietud en los campos.

—Ven acá, vagabundo — gritó Soope; pero sólo le respondió el eco de su propia voz.

Percibió ruído de unos pasos en el césped y adivinó que era Jaime; lo adivinó antes de que viese emerger el blancor de la camisa del joven de entre la oscuridad.

—¿Quien es? — preguntó Ferraby.

—Un vagabundo — contestó Soope — ¿Está usted loco saliendo así sin arma ninguna?

—No he visto a nadie.

—A nadie que se deje ver, supongo — replicó Soope midiendo las palabras — Vámonos; ya debía haber tomado la "moto" y recorrido la carretera.

Penetraron una vez en la granja: no vieron ni oyeron nada. Luego tomaron al jardín para reunirse con los alarmados comensales.

—Ha visto a alguien? — preguntó el señor Cardew ansioso y desconcertado — Es verdaderamente extraordinario..., ha asustado usted a las señoras... Confieso, por mi parte, que no he visto hombre de ninguna clase.

—Quizá todo esto sea obra de la imaginación de Minter — gruñó Elson — Usted podrá haber visto a un hombre, pero que me condene si usted vió a esta luz un arma de fuego.

—Vi su brillo — respondió Soope mirando con persistencia hacia el bosque. Vi el brillo y de una pistola precisamente. ¿Hay por ahí una linterna?

El señor Cardew salió y volvió al instante con una linterna eléctrica.

—Estense quietos — dijo Soope, y dirigió el foco a tierra — No hay señales en el suelo; la tierra está demasiado dura. Nada.

De súbito, de un salto se arrojó sobre la hierba y recogió un objeto negro y cuadrilongo; poniéndolo en la palma de la mano, comenzó a silbar en tono bajo.

—¿Qué es? — preguntó Cardew.

—Un cargador de una pistola automática del 42, lleno de balas. Tiene la marca del Departamento Naval de los Estados Unidos y se ha caído del arma.

La mandíbula inferior del señor Cardew cayóse también: acaso fué pura imaginación, pero Jaime creyó ver que la cara del detective de afición se ponía un tanto pálida. Acaso, pensó el joven, es esta la primera ocasión que Cardew se encuentra frente a frente con las ásperas realidades de una investigación criminal.

—Bien, iré...

Esteban Elson miraba el cargador con la boca abierta.

—Y se estuvo allí todo el tiempo con la pistola.

¿Le vió usted, inspector?

Soope se le quedó mirando y le puso la mano en el hombro.

—Vaya, no tiene importancia — dijo bondadosamente, casi fraternal — No, si le hubiese visto, le habría agarrado. Voy a usar de su teléfono, señor Cardew.

El señor Cardew le guió al despacho.

—¿Es usted Lattimer? Haga saber a la gente que detenga a todo indocumentado, principalmente a los vagabundos. Luego, suba a Barley Stack; traiga una pistola y dos linternas.

—¿Qué pasa, Soope?

—Un collar perdido — dijo en voz baja y colgó el auricular.

Miró a la cara turbada de Cardew, y luego paseó la vista por los estantes de la biblioteca.

—Materia habrá ahí sobrada para ayudar a un hombre a sorprender un vagabundo — dijo. — Pero yo tengo que fiarme de policías corrientes ¡Y se extraña el público de que a veces no acertemos!

Había en su mirada la expresión equívoca

ue siempre. Cardew advirtió entonces las dos manchas de la pechera y la ropa raída del policía; con esto recobró la ilusión de su superioridad.

—Se trata precisamente del caso en que las condiciones físicas del policía resultan inapreciables — dijo. — Además, nada tiene de sutil la visita de un vagabundo armado.

—Nada de sutil — replicó Soope moviendo melancólico la cabeza — Nada de sutil: ni la vida ni la muerte, ni el dolor de estómago ni el dinero. Las cosas sutiles no son para mí.

Volvió a mirar los estantes:

—El vagabundo iba por Elson — dijo.

Cardew se estremeció.

—¿Porqué lo cree usted? — preguntó.

—Elson estaba apercibido — afirmó Soope, la mirada vaga, abstraida — Si no ¿a que trae consigo una pistola?

—¿Elson lleva consigo una pistola? ¿Cómo lo supo usted?

—Lo advertí al ponerle la mano en el hombro — contestó Soope — Al hacerlo le rocé el bolsillo del pantalón con mi cadera. Tengo una de las caderas más sensibles. ¿Qué signo es ese desde el punto de vista antropológico?

Pero el señor Cardew era inconmovible.

—¿Porqué siguió usted al inspector, señor Ferraby? ¿No fué una locura?

Jaime y la muchacha se hallaban sólos en el jardín. Ana había desaparecido con el norteamericano, y aunque el joven abogado sentía ciertos escrúpulos de conciencia al permanecer al sereno en plena oscuridad, con la joven, su discreción no resistía el encanto de la noche y a la intimidad que la soledad le brindaba.

—No había mayor riesgo para mí que para Soope — dijo; — además confieso que creí a Soope víctima de una ilusión. Me olvidaba de que el hombre ve a través de las paredes. ¿Le gusta a usted Elson? — saltó de pronto.

—¿Elson? ¿Cómo?... ¿Por qué supone eso?

—Siendo norteamericano .. es natural que entre personas de un mismo país...

—Si yo fuese una muchacha inglesa y hubiese conocido en Nueva York a un rufián inglés ¿habría de gustarme por ser inglés? — preguntó Elfa sonriendo.

—¿Un rufián? No sabía que Elson fuese un ser tan extraordinario — interrumpió Jaime.

—Qué pesado se pone usted — dijo ella riendo.

—Elson es eso: no encuentro palabra más apropiada. ¿No le gusta, verdad?

—No advertí que era usted norteamericana — exclamó Jaime.

Paseaban ambos por el césped, peinado y recortado.

—Nunca creí que usted advirtiese que yo era alguien — dijo ella con brusquedad, — como no fuera una cara más de Kings Bench Walk ¿no flirteará usted conmigo?

Ferraby se puso colorado ante la desenvuelta franqueza de la muchacha.

—No, no — balbuceó.

—Entonces me apoyaré en su brazo. Tengo un poco de miedo — confesó Elfa — la luz se va y me atemoriza la sensación terrible de que estamos siendo observados.

Su brazo descansó en el de él. Jaime Ferraby mantuvo el codo rígido. Elfa sonrió ante aquella delicadeza.

—Puede usted dejar suelto el brazo; no me colgaré de él. Sólo que soy lo bastante humana para hallar alivio de un brazo masculino; en cualquier brazo, excepto del señor Elson.

—Comprendo.

Quería mostrarse frío, pero la dulce risa de Elfa lo ablandó.

—No me agrada el campo — dijo ella. El pobre papá lo amaba: solía dormir al aire libre, hasta en tiempo de tormenta.

—¿Su padre murió en la guerra?

—Sí, murió en la guerra — replicó con voz que apenas se diferenció de un susurro.

Ambos caminaban en silencio: el brazo de Elfa descansaba en el de Jaime con la mayor confianza. Una vez, por azar, la punta de los dedos de la joven rozó el dedo de la mano de él.

—¿Cuanto tiempo se quedará usted aquí? — preguntó él.

—Hasta mañana por la tarde. Me faltan algunos libros por catalogar; pero, desde luego, el señor Cardew no quiere que permanezca aquí después que se vaya el ama.

Elfa no respondió enseguida.

—Quizá resulte una buena mujer después de que una logre conocerla, — dijo con diplomacia.

En la puerta de la casa apareció la corpulenta figura de Soope.

—Entre, señor Ferraby. Ha ocurrido algo extraordinario: el subinspector a mis órdenes estaba despierto. Cree el buen hombre que tiempo que no duerme es tiempo perdido. Se me figura que el señor Cardew la necesita a usted señorita.

Elfa entró en la casa; Ferraby disponíase a seguirla, pero el viejo policía le detuvo.

—Véngase a pasear conmigo, señor Ferraby, y ayúdeme a hacer psicología y antropología.

Se advertía que Soope cuando no se hallaba en presencia del aficionado señor Cardew o (según Jaime supo más tarde) discutiendo con el subinspector, no tenía mayores defectos de pronunciación.

—Elson piensa irse esta noche a su domicilio, y yo me doy a deducir que el malandrín del arma de fuego ha de tratar de asustarle — dijo. — El hecho de hoy es sutil y misterioso: un norteamericano que intenta disparar sobre otro norteamericano.

—¿Cree usted que el extraño del jardín era norteamericano?

—Traía un arma norteamericana; por lo tanto es norteamericano. Yo me atengo a las deducciones y de una en otra afirmo que es cantante.

—¿Pero por qué? — preguntó Jaime sorprendido.

—Toma, porque cantaba — dijo Soope — Tenga esto siempre presente: la deducción es buena, pero el ver y el oir, mejor. Esa es la fija. ¿Sabe usted si existe algún asunto contra Elson en Whitehall?

—¿Quiere usted decir en la fiscalía? No, no recuerdo haber oído ni leído nada. Y eso que estoy encargado de la sección de extranjeros.

—No llame usted nunca a un norteamericano extranjero: lo exasperaría usted. Lo mismito que sucede a un inglés en Nueva York. Extranjero es una palabra baja que significa peruviano, eslovaco y hebreo-mongólico. Estuve en Nueva York cuando la guerra hasta que mis jefes vieron que valía y me quitaron el puesto. No sufren estos, que los demás sean competentes.

Jaime consideraba si debía, a trueque de disgustar a Cardew, confiar en Soope. Acabó por decirle.

—Soope, ¿piensa usted que el hombre del jardín venía por Elsen? Se equivoca.

—¿Me equivoco? — dijo Soope; — lo creo imposible; pero estoy dispuesto a escuchar.

En breves palabras Ferraby le enteró del anónimo que Cardew le había mostrado el día anterior.

El inspector oyó sin interrumpir.

—"Pie Grande", ¿no? Me suena a nombre fantástico del oeste norteamericano. ¿Pero que hizo Ana? Noticias son esas, Ferraby, que alteran sensiblemente la cosa.

La voz de Cardew los llamó desde la casa.

—Vengan a terminar de cenar.

—Aguarde — la mano nervioso de Soope detuvo al joven por la manga — Aguarde lo preciso a que me percate de la lógica y psicología de esto. Dice usted que ella se va a fines de semana... Conozco la casita de Pawrey Beach. Cardew me condujo allí una vez antes de que nos enredasemos en lo de la ciencia criminalógica. Un lugar solitario, distante unas millas de todo punto, excepto del mar... acantilados altísimos, cuevas de contrabandistas... una casa construída junto a una antigua carretera que va al pié del acantilado, pero que fué abandonada desde que se construyó una nueva en la parte alta. Es peligroso. El año que estuve se habían desprendido trozos de rocas, y el viejo Cardew se disgustó con el ayuntamiento del Pawsey porque este no quiso quitarle las piedras y desembarazarle la carretera.

—¿No entran ustedes?

Cardew venía hacia ellos, y se encaminaron a la casa.

—No le deje usted conocer nada de lo que le he contado — dijo Jaime muy bajo.

Soope asintió.

El señor Cardew había recobrado su equilibrio: mostróse sinceramente expansivo cuando volvieron a explicar una nueva teoría.

—He estado consultando a De Carrilon — dijo; — y, cosa curiosa, he dado con mi caco paralelo. De Carrilon trae un capítulo que titula "El crímen de Embuchement". Dice que para cierto tipo de criminales el impulso de disparar desde la oscuridad es irresistible.

Soope se entretenía con una codorniz asada y se preguntaba la causa de que aquel excelente abogado no asociase la idea del visitante criminal con la carta dirigida a Ana Shard.

Pasaba ya de la una de la noche cuando Jaime llamó a la puerta del despacho del señor Cardew para darle las buenas noches. El abogado leía a la luz de una lámpara en un volumen ancho y grueso.

—Entre, Ferraby ¿Se ha marchado el inspector?

—Acaba de irse.

Cardew, dando un suspiro, cerró el libro.

—Es hombre práctico en extremo, pero dudo de que tome su profesión en serio. La profesión de policía deviene a la larga una rutina. Escardan las carreteras y remueven la policía rural y, supongo detienen a unos cuantos ciudadanos perfectamente inocentes. Nada hacen digno de alabanza; no omiten precaución alguna digna de censura. Van a lo seguro, proceder mezquino y de escaso valor, pero que es típico del sistema. Cuanto más estudio nuestros atrasados métodos, más deploro que el destino no me haya guiado por un sendero de la ley más excelente que el que serpentea por el Tribunal de Chaucrz. Pero dejemos esto ¿Qué piensa usted de Ana? No inspira ningún cuidado su actitud, ¿verdad?

—Está menos abatida de lo que yo me figuraba — contestó Jaime midiendo las palabras.

La boca del señor Cardew se abrió en un bostezo de consternación.

—¡Dios mío!... jamás se me ocurrió relacionar la carta con... Debí de estar en el limbo.

—Ya me chocaba — dijo Jaime.

Soope lo había extrañado asimismo, y hubo de declarar su sorpresa al despedirle. Fueron necesarios todos los medios de persuación de que Jaime disponía para evitar que el hombre interrogase a Cardew sobre el particular. Pero Ferraby no ignoraba que tarde o temprano Soope lo haría.

—Nunca imaginé relacionar al vagabundo del jardín con Ana — dijo pensativo el abogado — Es asombroso; debí de haber puesto en autos a Minter.

—Llámelo por teléfono — indicó Jaime ansioso de descargar su conciencia.

—Consultaré con la almohada — replicó Cardew — Si le entero ahora por teléfono vendrá enseguida y tendremos una escena tremenda con Ana. Francamente, temo a Ana Shard. Ello es absurdo... Me avergüenzo de mí mismo. Aplacémoslo para mañana... o un poco más tarde. Invitaré al inspector. Ana estará fuera de casa.

Jaime, mientras se desvestía, opinaba que aplazar el asunto hasta que Ana hubiese partido para su misterioso viaje, no dejaba de ofrecer ventajas. Sentía con toda el alma

tener que marcharse a Londres sin poder presenciar la entrevista.

Dispúsose al reposo de la cama; y sonaron las campanadas del reloj de una iglesia distante cuando apagó la luz. Fuese a excitación de los sucesos, fuese la siestecilla que le había despabilado durante el viaje de venida, lo cierto es que no podía conciliar el sueño. En los días de su vida se sintió tan desvelado. Permaneció acostado una media hora recorriendo con el pensamiento la casa; yendo desde Elfa Leigh a Cardew, desde Cardew a Ana, y otra vez a Elfa. Por último, lanzó un suspiro, levantóse, se dirigió a la mesita donde tenía el tabaco y, luego de encender la pipa, se encaminó a la ventana.

La luna brillaba en lo alto, película de blanco en un cielo claro, y su luz tibia y espectral cubrían el mundo de un esplendor pálido. Desde la ventana se veía otra pieza iluminada brillantemente, que se abría en el ala del edificio que formaba ángulo recto con la pared exterior de la alcoba de Jaime. ¿Correspondería a la habitación de la muchacha, a la de Ana? Quien quiera que la ocupase, debía ser persona atareada: vió Ferraby claramente una figura que pasaba y repasaba tras de la semitransparente cortina. Después de fijarse mucho reconoció la figura de Ana. Estaba vestida del todo y se ocupaba de hacer una maleta colocada sobre la cama. La brisa de la noche levantó un segundo la cortina y Jaime pudo ver el interior de la estancia. Junto a la cama había dos baules abiertos.

Jaime se extrañó. ¡Aquello un viaje de fines de semana! Los preparativos eran como para una ausencia larga. Ferraby todavía se quedó observando durante una hora, al cabo de la cual Ana apagó la luz.

Entre tanto apuntaba ya el alba y Jaime sintió un deseo invencible de dormir.

Apenas había metido una rodilla entre las sábanas cuando oyó un cantar que le llenó de admiración y le hizo dudar de la voracidad de sus sentidos. La voz venía del bosquecillo.

Cabalgando va el rey moro
por la ciudad de Granada
¡Ay de mi Alhama!

¡Quién cantaba! ¿El hombre de la tarde anterior?

En un periquete echóse unas ropas sobre los hombros, y bajando de un brinco las escaleras, se puso en el vestíbulo. Tardó un rato en abrir la puerta del jardín; por último viése al aire libre. El mundo exhalaba un frescor suave; la hierba estaba húmeda de rocío.

Quedóse quieto con el oído atento; luego púsose a espiar un bulto furtivo que se movía al amparo del bosque; se dirigió hacia él. Al acercarsele, el hombre se volvió.

—¡Silencio... silencio...! No espante usted al canario — balbuceó una voz. — Lo necesito para mis trabajos antropológicos.

Era Soope.

Cap. VI

LOS BILLETES DE 100 DOLARES

—Vuelvase a su alcoba y vístase. Necesito su ayuda. Tengo mis hombres en Farnham deteniendo a todo individuo indocumentado. Si cuando usted baje no estoy aquí, espéreme.

Jaime obedeció pronto, pues la mañana era fría.

A los pocos minutos regresó al sitio donde dejara al inspector, pero este había desaparecido y no se presentó hasta diez minutos más tarde.

—Esta vez se nos ha escapado — gruñó. — Debe de haberse percatado de que venía usted al concierto.

—¿Escapado? ¿Cómo?

—El bosque se extiende hasta la cerca. Al otro lado hay más matas. Le sentí andar entre ellas. Voy a ver de atajarle por la carretera; pero es tan astuto como un mono. ¿Hay alguna novedad?

—Ana Shaw se marcha — dijo Jaime, y contó lo que había visto durante la noche desde la ventana de su dormitorio.

Soope se rascó la cabeza.

—Apostaría a que Cardew ignora que ella se va de hecho. El hombre recibirá la noticia más sabrosa de toda su vida ¡Si yo hubiese pescado al joven Tetrazini!

Meneó la cabeza pesaroso. A mitad del camino de la entrada de la casa, se detuvo.

—¿Tiene usted "auto", Ferraby?

—Sí, pero no aquí. Vine en tren.

—Debía usted traerlo esta noche. Se me ocurre ir a Pawsey; Está fuera de mi jurisdicción, y si se entera la superioridad, me pueden armar un lío. Pero no importa. Iremos juntos a Pawsey a hacer un estudio psicológico de la situación. Ando mal de psicología.

Soope era admirable riendo con los ojos: reía ahora.

Al parecer ninguna persona había oído al cantor, y Jaime pudo volverse a su alcoba sin que nadie le molestara. No era ya tiempo de dormir, y tuvo tiempo sobrado de afeitarse y vestirse. Daba el sol en el césped cuando Jaime salió al jardín; y pusóse a matar el tiempo paseando en torno de la casa.

Desde la fachada posterior de Barley Stack se veía admirablemente Hill Brow, la casa señoril de Elson; era un montón de ladrillos rojos rematado con una torre cuadrada con ciertas pretensiones arquitectónicas.

¿Qué capricho extraño indujo a aquel norteamericano de establecerse en un ambiente incapaz de ofrecerle encanto alguno? ¡Un hombre de baja condición, carente del menor refinamiento!

Al volver al cesped Jaime vió una figurilla delicada vestida de gris que venía hacia él, y le latió más de prisa el corazón

—Sí, me lavanté temprano, no pude dormir bien.

Elfa le dió la mano con una suavidad que le llenó de dicha.

Nunca la había visto debajo de los cielos soleados y a una hora que contadas mujeres eligen para someter sus atractivos a la crítica mirada de los hombres.

—¿Me permite ofrecerle el brazo? — preguntó él atrevidamente.

—Consentido, más innecesario — contestó ella riendo: — Esta mañana me encuentro animada ¿Durmió usted a gusto?

—Si le he de decir verdad, no he dormido nada — confesó él.

—Pues yo tampoco. Mi alcoba estaba al lado de Ana Shard, que no cesó de hacer ruído toda la noche — dijo ella.

Jaime pudo haber confirmado lo anterior; Elfa prosiguió.

—Tengo deseos de verme en mi casita. Barley Stack y la señorita Shard me ponen enferma. Hace un año pasé aquí una noche, sólo una noche, y me dejó un recuerdo desagradable. ¿Quiere usted que le cuente?

Jaime le habría estado escuchando con gusto toda la mañana entera.

—Aquel día, la señorita Shard estuvo del humor perruno de siempre—prosiguió Elfa — No quiso cruzar palabra conmigo ni con el señor Cardew. Encerróse en su alcoba y se negó a bajar a comer, porque (según me informó Cardew) creía que éste la había ofendido. Y he aquí que al día siguiente ocurre algo inaudito. Muy de mañana cuando me despierto y miro por la ventana que da al jardín veo la letra "P" dibujada sobre el césped con unos papeles oscuros. No me eran desconocidas aquellas tiras cuadrilongas, más para cerciorarme mejor bajé las escaleras. Las tiras de papel eran billetes de cien dólares: debían de ser unos cincuenta billetes y estaban sujetos al suelo con alfileres negros.

Jaime la miraba con ojos incrédulos.

—¿Se enteró Cardew?

—Se enteró: los vió desde su ventana, y se puso furioso.

—¿No había entonces en la casa más huesped que usted?

Elfa hizo un mohín precioso.

—El señor Elson tenía la finca en reparaciones, y Cardew le había invitado a pasar unos días en Barley Stack. Creo que hasta partir de entonces hasta la noche pasada, no volvió a ser huesped de Cardew. Y eso, por indicación de Ana, según él me dijo.

—¿Cómo supo usted que Ana fué quien colocó los billetes? ¿No sería un antojo de Elson? Se me figura hombre capaz de semejante tontería.

Elfa movió la cabeza.

—La autora fué Ana. La llamó Cardew y la obligó a recoger su dinero. Estrechóla a preguntas para que se explicase; ella se negó. Ni siquiera quiso decir de donde había sacado tantos dólares.

Jaime recordaba lo que le dijera el abogado: sin duda era aquella la "burla estúpida" que por poco obliga a Cardew a romper con su criada.

—Pienso — dijo Elfa — que la Shard está algo tocada. Por eso me ha repugnado siempre venir a Barley Stack. Pero cuando oí...

Cortó la frase en seco. Al joven le vino a la cara una oleada de calor, y su pulso latió más de prisa.

Cuando Ana se sentó a tomar el desayuno, nada se advertía en su rostro que revelase la mala noche pasada. Los ojos negros, de ave, tenían la expresión acostumbrada, y era un modelo de compostura y sangre fría. Cardew, por el contrario, se mostraba irritable e inquieto. Era de los individuos que poseen la cualidad de sacar todos sus reconcomios y disgustos a la hora del desayuno. El día iba poco a poco reduciendo las cosas, a sus proporciones verdaderas, pero en las primeras horas del día nublaban el sol.

—Aún no estoy seguro de que el hombre no me haya tomado el pelo. Yo nada ví, y tengo tan buena vista como cualquiera. Si en efecto había un vagabundo agazapado al arrimo del zarzal. ¿Cómo es que nadie lo advirtió?

Jaime estuvo tentado a informarle acerca del cantar que tanto le alarmara, pero recordó el ruego de Soope de que no dijese palabra a nadie del extraño suceso.

—Respecto a lo del cargado, pudo asimismo formar parte de la burla — dijo Cardew — No tendré gran experiencia en cosas de criminología, pero conocí casos notabilísimos de superchería en las tribunales. ¿Recuerda, señorita Leigh, el sucedido que le conté de un cliente mio que con tal manía se daba a simular quiebras que por un tris me compromete ante el juez?

La señorita Leigh había oído el caso: lo oyera muchas veces. Era el único resbalón que tuvo el señor Cardew en su larga carrera.

—¿A qué hora se va, Ana? — preguntó mirando por encima de los anteojos a la impasible mujer.

—A las once.

—¿Se llevará usted el "auto"?; me dijo Thompson que necesitaba una reparación.

—Está de sobra bien para mí y para Thompson — dijo ella secamente.

Cardew tenía que ir a Londres, y se ofreció a dejar a Jaime en su casa de Cheyne Walk.

—Así que termine el desayuno — manifestó.

Supuso Jaime que Cardew quería verle fuera de casa antes que su avinagrada ama de llaves.

Sólo una oportunidad se le ofrecía a Jaime para verse con Elfa antes de partir, y la aprovechó. Encontró a la muchacha atareada en el despacho de Cardew, en medio de varias pilas de libros; al verle, Elfa le lanzó una mirada de trágica desesperación.

—Hay aquí trabajo para dos días, pero estoy decidida a no pasar otra noche en esta cása ¿Se va usted, señor Ferraby? — el tono de la voz era de decepción.

—Sí, me voy y necesito me deje su dirección a fin de que pueda dar con usted

PRONTO PUBLICAREMOS

EL JINETE FANTASMA

AVENTURAS DE

BUFFALO BILL

EN EL SALVAJE OESTE

Pida con tiempo al vendedor que le reserve su ejemplar, si no quiere perder la lectura de tan emocionante obra

una vez que se halle en su casa sana y salva.

Ella rió.

—Vaya un pretexto más tonto. Pero de todos modos, se la daré.

La escribió en un papel.

Jaime se la guardó en el bolsillo.

—No temo nada, pero el señor Cardew me ha autorizado para que me marche a las cuatro, aun cuando yo no hubiese terminado y él no estuviera de vuelta.

—La telefonearé... — dijo.

Ella asintió.

—Encontrará el número del teléfono en el papel — declaró la joven haciendo un mohín muy gracioso con los labios. Quizá le permita a usted alguna vez que vaya a buscarme para que me lleve al teatro. Si ello no compromete su posición. Me dijeron que usted pasa por un hombre muy extraño entre los del cuerpo de fiscales.

—Mi posición está tan comprometida — dijo Jaime con acento de convicción — que la única salida que me queda para recobrar el prestigio perdido es andar y ser visto con buena compañía...

El le dió un apretón de manos más fuerte y largo de lo preciso, y se llevó consigo el recuerdo más fragante al par que la visión más exaltada de feminidad que tuvo su alma en los días de su vida.

Durante el viaje a la City, Jaime no lograba comprender lo que el señor Cardew le iba diciendo del inspector, de Elson, etc., etc. El corazón le cantaba una música bravía y peligrosa, las ideas le nadaban entre nubes ambarinas de novela (que no son, precisamente, el ambiente más provechoso para un funcionario del cuerpo de fiscales de S. M.).

Sólo cuando Cardew le contrajo al asunto de Ana, descendió Jaime suavemente a la realidad.

—He estado dándole vueltas al asunto con sumo cuidado y atención — dijo el abogado — y estoy decidido a que no continuen las cosas como hasta aquí. He venido tolerando a Ana, porque en el fondo es buena chica. Pero comienzo a darme cuenta de hasta que punto, por sus caprichos y fantasías, ha influído en mi vida. Además está de por medio ese misterio tenebroso. Y yo no quiero misterios. Al menos en Barley Stack. Y otra cosa: no se me quita de la cabeza que existe alguna relación entre Elson y Ana ¿Cree usted que ello es absurdo?

A decir verdad, Jaime lo creyó absurdo, pues por entonces todavía Soope no le había contado cuanto sabía.

—He interceptado miradas entre ambos. Una vez los sorprendí conversando al extremo de una calle; advirtieron mi presencia, y se escabulleron como conejos.

No se si él está soltero o casado. Es persona, por cierto, bien desagradable, no obstante si sintiese alguna inclinación o afecto hacia Ana (lo cual es dudoso, pues hombres como él no pueden guardar afecto a nadie sino a sí mismo), me consideraría muy contento. Un punto, sin embargo, no ofrece para mí duda alguna: Ana debe irse.

Cardew golpeó la alfombra del auto con su paraguas para recalcar las palabras.

—Ana me saca de quicio — prosiguió. — Con gusto daría mil libras si se determinase a buscar otra colocación.

—Ya sabía usted que ha hecho sus baules y maletas — dijo Jaime.

—¿Baúles? ¿maletas? ¿Cómo sabe usted preguntó asombrado.

—La vi desde mi ventana. No trató de ocultarse. Sacó todas sus ropas del armario

y, por lo que pude observar, las metió en el baúl.

Cardew guardó silencio un largo rato. La frente, serena de ordinario, se le arrugó en el gesto que acompaña a la concentración del pensamiento.

—No creo que eso signifique nada — dijo al cabo. — Siempre que se enfadó conmigo hizo lo mismo y yo, como un cretino arrodillado delante de ella (metafísicamente hablando) le rogué que se quedase. Pero ahora...

Y movía la cabeza con insistencia.

Dejó a Jaime en Whitehall. Ferraby se pasó dos horas revisando la correspondencia acumulada. Había informes que examinar, autos de prisión y diligencias. El jefe estaba fuera de Londres. Jaime se hizo traer el almuerzo a la oficina; luego de despachar los autos atrasados, a eso de las tres de la tarde, se encaminó hacia Pail Mall en busca de su club.

El trabajo le habría sido fácil y rápido si no hubiese tenido todo el tiempo entre el papel y los ojos la visión de una cara de rasgos imprecisos pero con unos ojos grises que no acababan de mirarle. Una de las veces la mecanógrafa le devolvió un documento preguntándole que quien era Elfa; entonces advirtió que había puesto dicho nombre a un conocido ladrón de autos, cuya causa se hallaba lista para verse en juicio.

Elfa vivía en Bloombury. No había razón ninguna para que Jaime tomase un coche a fin de contemplar la casa de Culitt Street que la joven habitaba. Se parecía a todas las otras. Pero Ferraby sintió cierta satisfacción en conjeturar que la ventana de las cortinillas blancas pertenecía a la alcoba de la muchacha. Y le invadió una rara simpatía al ver el anuncio que Elfa tenía forzosamente que contemplar todas las mañanas. Sólo al cabo de unos días supo que ella dormía en una pieza que daba a la fachada posterior del edificio y que, por lo tanto, no era visible desde ningún punto de la calle.

A las cuatro la telefoneó; no había regresado. Puesto que no salía de Barley Stack hasta las cuatro, era natural que no estuviese aún de vuelta. A las cinco y media, cuando la alarma de Jaime era mayor y su gran auto negro retemblaba a la puerta del club dispuesto a emprender veloz carrera a Barley Stack para rescatar a la joven de peligros enormes, respondió la voz mate de Elfa.

—Sí, he vuelto... no, el señor Cardew no regresó. Telefoneó diciendo que pasaría la noche en Londres.

—¿Quiere venir a tomar el té?

La oyó reirse.

—No, muchas gracias, voy a descansar. Me encuentro muy a gusto aquí.

—Lo creo — dijo Jaime apasionado. — Siempre se está bien donde usted...

Elfa colgó el aparato. No obstante, Jaime se dirigió a su casa en un estado de júbilo que rayaba en la imbecilidad.

El chauffeur, que le servía asímismo de ayuda de cámara y mandadero, informó de que tenía una visita. Era Cardew.

—El criado acaba de decirme que sale usted esta noche — manifestó en son de queja. — He venido a buscarle para llevarle conmigo a la ópera; ponen "Fausto" y he sacado dos butacas en la creencia de que me acompañaría.

—Disculpe — dijo Jaime, — pero tengo un compromiso.

—Véngase por lo menos a cenar.

Jaime se excusó de nuevo.

—Soy un desgraciado — declaró Cardew mesándose los cabellos. — No tengo más remedio que volverme esta noche a Barley Stack.

Y a continuación, añadió atribulado:

—No se que diablos estará haciendo Ana en la casita de la playa.

Daría dinero por saberlo.

Jaime podía enterarle de algún detalle, pero se contuvo discreto.

Capítulo VII

CAMINO DEL SUR

Los faroles públicos estaban ya encendidos y se iba desvaneciendo el último reflejo del poniente, cuando el automóvil de Ferraby atravesaba rápido la calle principal de un barrio suburbano de Londres, camino del cuartillo de policía rural de la gran urbe.

Soope, en su reducido despacho, comía un trozo de empanada y tomaba una taza de humeante chocolate. Miró a Ferraby y le indicó una silla.

—¿No se sienta? — dijo al desgaire.

Tragado que hubo el contenido en la taza, y habiéndose limpiado con una servilleta que conociera tiempos mejores, sacó de un cajón del pupitre una caja de cigarros y la ofreció a Jaime.

—No, gracias, Soope — se apresuró a decir Ferraby.

—¿Qué pasa? — preguntó Soope sorprendido. — No vi a nadie a quien no gustasen estos cigarros.

—Míreme a la cara — dijo Jaime.

—Degeneramos — exclamó Soope con voz quejumbrosa mientras aplicaba un fósforo al venenoso cilindro. La juventud de ahora está perdida. Yo he logrado dominar este tabaco, si bien reconozco que ha turbado a mucha gente. Siempre he admirado la fuerza y la vitalidad.

Y expelió al aire, con muestras de sumo deleite aquel humo dañoso.

—Vale más este cigarro que cien habanos.

—Permítame que lo dude — dijo Jaime.

—Están hecho, con tabaco criado en el país. Vienen a ser algo así como un ensayo patriótico. Acostumbrado uno a ellos, no son malos. El médico de nuestra sociedad cree que son higiénicos, afirma que con el humo que desprenden no puede vivir una cucaracha a menos de una milla de distancia.

Soope carraspeó, miró escéptico al cigarro, movió la cabeza y lo arrojó al fuego.

—No salió tan bueno como los otros — declaró, y cargó la pipa.

Vamos a partir inmediatamente. He enviado a Lattimer por delante; es hombre útil, aunque cuando pasa algo ante sus propias narices no lo advierte.

—¿Querrá usted decir si ocurre algo por haberse usted salido de su jurisdicción?

—Eso — contestó Soope, y luego continuó: — Me agrada Lattimer, pero nunca se lo he dado a entender. El hombre se azara si se le regala el oído. Es como yo, un temperamento sensible; y no le gusta el trabajo.

Mientras Soope andaba de aquí para allá haciendo los preparativos para la marcha, Jaime aprovechó la ocasión para enterarle del relato que Elfa le hiciera acerca de los billetes de banco colocados en forma de "P" sobre el césped.

Soope le escuchaba atentamente

—Se hallaba allí Elson, ¿no? — dijo en voz baja. — Es una coincidencia sorprendente y extraña; la mujer tiene que ver con Elson, o de lo contrario mis deducciones son erróneas. Asímismo ella debió de haber recibido un chasco. Se me figura que esta noche tenemos que pastorear como unos policías consumados, si queremos entender cuanto veamos. Quisiera que hubiese venido Cardew con nosotros.

Luego a una pregunta de Jaime.

—No, no pescamos al vagabundo, y no hay que extrañarlo. Estos alrededores son de un terreno quebrado, cubierto de bosque.

Por otra parte, la casa de Cardew se aleja un tanto de la carretera. Por la carretera están pasando de continuo carros de mercancías; y resulta lo más fácil del mundo escabullirse debajo de un toldo y desaparecer. Y hablando de toldos...

Fuese hacia la calle y examinó el cielo; volvió a entrar y dió unos golpes en un viejó barómetro colocado sobre la mesa.

—¿Ha traído consigo un capote?

—Sí, en el coche está — contestó Jaime.

—Lo necesitará — dijo Soope lacónico.

Mientras recorrían la carretera de Horsham, la luna se mostraba envuelta en nubes; no habían caminado doce millas cuando comenzó a relampaguear en el horizonte. Soope iba arrebujado junto a Jaime, sin hablar.

Al salir de Horsham comenzó a llover. Jaime detuvo el coche para subir la capota.

El rumor de la tronada se oía distintamente.

—¡Cómo truena! — exclamó Soope animándose. — Los truenos no admiten deducciones, sino hechos; carecen de psicología. Igual que cuando se toma a un bandido infraganti...

Y a continuación, cuando el coche dejaba ya lejos Horsham y marchaba a toda velocidad, añadió:

—Siempre que una mujer se hace la ilusión de que va a casarse, se vuelve como lobo hambriento en una carnicería. ¿Quisiera yo saber que sifnifica eso de "P"?

—Debe de ser la inicial de "Pie grande" — replicó Jaime.— Algún sinvergüenza que explota a Ana Shaw.

De súbito el cielo se resquebrajó delante de ellos en un relámpago vivísimo.

Soope esperó a que pasase el retumbar del trueno para hacerse oir.

—¿"Pie grande"? Puede... — y luego — ¿Por qué cree usted que arriesgo mi vida en esta noche tormentosa? ¿Por Ana Shaw? De ningún modo. Voy a descubrir un misterio; esta es la expresión: a descubrir un misterio.

Hablaba en voz baja y recalcando las palabras.

—¿Qué misterio entonces? — preguntó Jaime con un dejo de zumba.

—Vengo siguiendo el rastro de este misterio — dijo Soope solemne. — Desde hace seis años y medio. Es el misterio de una orden que no ha sido cumplida.

Jaime se le quedó mirando de hito en hito.

—Que la cumplan Soope.

—No se trata de cumplir — dijo Soope, se trata de un hecho, tan hecho como ese relámpago, como la artillería de los cielos, si se me permite emplear la bella expresión que leí en un libro cuyo título he olvidado. Nunca pude acordarme de los títulos de los libros. Hace seis años y medio; mucho tiempo, pero no tanto para un viejo. El tiempo viene y se va tan veloz como un relámpago. El hombre me rogó que fuese a verlo a su casa, situada en Chellamore Gardens. Se llamaba Sir José Brixton y era una de las personalidades del Ayuntamiento de Londres. Murió y según dicen, debe estar en el cielo. Me rogó que fuese a su casa, pero no lo encontré. Al cabo me hizo saber que no estaba en su domicilio, pero me envió por un criado una carta. Me daba las gracias por las molestias que me había tomado y me mandaba dos billetes de banco de diez libras esterlinas. Con las libras hice una caridad.

Hubo una pausa.

—La caridad empieza por una mismo — añadió.

—¿Pero qué diablos tiene que ver eso con la aventura que estamos corriendo en esta noche infernal? — preguntó Jaime limpiando la lluvia del parabrisas por centésima vez.

—Muchísimo — murmuró Soope. — Precisamente comienzo ahora a saborear el viaje. Espero que Lattimer haya sacado el impermeable.

—Supo usted para que "le llamó" Brixton? Recuerdo muy bien al hombre.

—Lo se — dijo. — Y se también la causa de que rompiese su promesa.

—Pero usted acaba de decir... — exclamó Jaime.

—Se lo que afirmo. Conozco muy bien el por qué pero me intriga el cómo.

La lluvia seguía cayendo, los relámpagos se sucedían con tanto frecuencia que Jaime apenas necesitaba encender los focos. Separóse de la carretera y entró en un camino vecinal que conducía al pueblo de Great Pawsey.

El viejo villorrio se hallaba a oscuras; cuando el auto descendía a encontrar la carretera de la plaza, solo se vió la luz que se filtraba por las ventanas de la posada.

A Great Pawsey le separaban de Little Pawsey unas cinco millas; un mundo, pues Little Pawsey, luego de desprenderse de su despreciable prefijo se convirtió estos últimos años, de humilde aldea de pescadores, en un balneario de moda; el nombre de "Pawsey" se lee en unas enormes lámparas eléctricas levantadas sobre el acantilado. Tiene parque de invierno y malecón. Las bandas de música tocan bonitos bailables y pasodobles en sus paseos; actores de fama representan en su gran teatro. Cuenta con hote-

les de tal magnitud e importancia que hasta sus porteros y el botones del hall tienen don.

Dos carreteras unen a Pawsey con su pariente pobre. Una sigue en loma paralela al acantilado; la otra va junto al mar. La primera está pavimentada perfectamente e iluminada con profusión; la baja es poco mejor que un camino de carros.

—Está malísimo el camino — dijo Soope mientras el auto descendía la colina. — Si se descuida usted, vamos derecho al fondo; hay abajo una antigua cantera.

—¿Conoce el sitio? — preguntóle Jaime sorprendido.

—En el plano — respondió. — He dedicado toda la mañana a estudiarlo. La casa de recreo está a quinientas cincuenta yardas del pie de la colina y a dos millas de Pawsey. Abajo debemos encontrar a Lattimer. Amortigüe los focos, Ferraby.

Lattimer, un bulto reluciente de humedad permanecía al abrigo de una socavación de las rocas; de no haber salido de allí no le hubieran advertido.

—Nadie se ha acercado a la casa — dijo.

—Pero ¿cómo es eso? La señorita Shaw tiene por fuerza que estar aquí desde esta mañana — manifestó Jaime.

—No lo creo — dijo Soope — A decir verdad ya sabía yo que no vino ésta mañana.

La confusión de Ferraby fué en aumento.

—Amigo mío, cosas de la deducción — declaró Soope risueño — de la deducción y de la lógica. Quizás, asimismo, de la psicología.

—No comprendo. ¿Cómo ha sabido usted que ella no vino? — insistió Jaime.

—Porque Lattimer me lo telefoneó hace una hora — respondió — La labor propia de la policía es... contar con un hombre, colocado en un punto estratégico, que telefonee a tiempo. Respecto a la deducción, deduzco que... Lattimer me informa de la verdad. Ponga el coche de modo que nadie lo vea, Ferraby; subinpector, saque la linterna;... afuera ahora todas las luces.

La lluvia continuaba sin piedad aunque la tormenta había pasado.

La casita de recreo del señor Cardew estaba edificada entre la carretera y el mar; era un "bungalow" de piedra, cercado de un muro de ladrillo de poca altura. Había en el vallado, a los extremos, dos huecos para dar paso a los coches.

—¿Está usted seguro de que no hay nadie dentro?

—Seguro, señor; la puerta tiene el candado por fuera.

—¿Qué edificio es el de detrás? ¿Un garage?

Jaime no distinguía más que el que aparecía en primer término, pero Soope tenía ojos de lince.

—No, señor, es la caseta del bote. Está vacía. Antes, cuando Cardew venía por aquí, servía para guardar una lanchita, según me contó un marinero. Pero la lancha fué vendida.

Soope se puso a tantear puertas y ventanas pero sin resultado.

—Apuesto a que no viene — dijo Jaime. — Acaso la asustó la tormenta.

No creía el policía que la tormenta influyese lo más mínimo en los planes de Ana.

—No afirmo que ella tenga que venir forzosamente — dijo. — Acaso he teorizado más de la cuenta. Y eso me preocupa.

Jamás vió Jaime lugar más desolado. De un lado el mar, del otro pasaba la carretera, el áspero acantilado que apenas se veía en la oscuridad de la noche.

El acantilado está lleno de cuevas; parece una columna — afirmó Lattimer — y las más son inaccesibles.

Se apartaron del camino y se dirigieron, andando despacio, al sitio donde se ocultaba el auto.

—Comprendo que no se mate la gente por alquilar la choza de Cardew — dijo Jaime.

—¿Por qué? — preguntó Soope; — es precisamente el sitio donde me retiraría gustoso una vez me jubilen. Apuesto a que la casa es una maravilla para gozar del sol; pues esta noche, ¿de que sirve sino para dormir?

Soope echóse mano al bolsillo y sacó un reloj cuya esfera era fosforescente.

—Las once, más o menos — dijo. — Le damos de plazo hasta las doce. Luego veremos que pasa.

—¿Qué espera usted aquí? — preguntó Jaime, poniendo en las palabras la interrogación que venía haciéndose asimismo toda la tarde.

—Difícil es decir... — gruñó Soope, — Sólo que... cuando a una solterona se le mete en la cabeza casarse, y ella dice lo que está dispuesta a hacer si no lo logra, me creo con derecho a interesarme por ella; acaso demos con algo más importante que lo que buscamos...

De pronto estrechó a Jaime por un brazo y se lo llevó a un lado.

—Aprisa, aprisa; detrás de aquella peña — susurró.

(Continuará)

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

EL BRILLO DE UN CUCHILLO

CUANDO la ola se retiró, George Heriot y Dick avanzaron hasta donde estaba Jack y se dieron cuenta, a su vez de la presencia de la soga providencial.

Mediante los unidos esfuerzos de los tres, la cuerda y aquello a lo cual estaba, atada comenzó a surgir hasta que por fin un extremo del segundo apareció por entre los pedruscos y la arena.

—¡Otro tirón y habrá salido! — dijo Jack

Como de mala gana el enterrado objeto salió por fin de su escondrijo.

Resultó ser una caja, reforzada con tiras de hierro y de la cual solo se veían los extremos, porque el resto estaba oculto por una soga que le daba vueltas y vueltas, soga fuerte y bien conservada, que en las circunstancias presentes tenía más valor para ellos tres que todo el oro del mundo.

Porque aquella cuerda significaba lo que el oro no hubiese podido comprar: significaba vida en lugar de muerte.

Con un último tirón sacaron la extraña caja del agujero, precisamente en el instante en que se acercaba otra ola.

Nerviosamente, Jack desenrolló la cuerda sin cuidarse de que el agua le mojaba las piernas. La caja estaba cerrada mediante un fuerte candado.

Se comprendía que aquella caja no había llegado a aquel sitio por pura casualidad. Debía haber sido ocultada en el escondite donde la habían hallado, meses o años antes, hasta que la acción del mar había ido quitando casi toda la arena y el cascajo con que la cubrieron en el primer momento. Su pesado y fuerte candado y el hecho de que la hubieran escondido en tan extraordinario y curioso sitio, en un hoyo del que, por el hecho de estar rodeado de rocas bajas, no podía quitarla el oleaje, parecía decir implícitamente, que el contenido debía ser, para alguien, de gran valor.

—¿Será posible que esta caja tenga algo que ver con el secreto de John Heriot? — exclamó de pronto George.

Pero no era posible saberlo. No teniendo herramientas no se podía romper el candado y abrir la caja, en caso de que hubieran tenido tiempo para ello.

La marea subía tan rápidamente que no se atrevieron a entretenerse en tal cosa.

—Creo que lo mejor es que la pongamos de nuevo en su escondrijo donde estamos seguros de volverla a encontrar — dijo Jack.

A toda prisa sacaron la arena y los pedruscos que se habían metido en el agujero y volvieron a poner la misteriosa caja en su sitio con todo cuidado. Una ola que llegó en seguida se encargó de taparla con más arena y más piedras.

—En el circo de Rufus Trant se me anunciaba, como "El niño del Far West, el notable tirador de lazo de Arizona", — dijo Jack, — así que como la soga es suficientemente larga la piedra suficientemente grande y yo suficientemente ducho en estas cosas, voy a poder colocarla segura en un instante. ¡Y yo me quejaba interiormente de mi poca suerte hacía un momento! ¡Lo único que hay que temer es que, como en las novelas,

se presente de pronto una mano con un cuchillo afilado, pretendiendo cortar la soga! ¡Brrr! ¡Qué miedo!

El muchacho, mientras hablaba, hacía el nudo corredizo y recorría la cuerda para ver si tenía algún defecto.

—Señor George: no voy a alcanzar si no me subo en sus hombros, — dijo Jack.

Y poco después el muchacho se quitaba el calzado y subía a los hombros de George Heriot sosteniéndose en ellos en perfecto equilibrio como un verdadero acróbata.

Con el brazo extendido, Jack hizo girar en el aire el improvisado lazo. La primera tentativa fracasó, pero ya enterado de la distancia y condiciones del blanco, el segundo tiro fué certero y el lazo se ciñó a la plataforma de piedra, no en la punta, sino casi junto a la pared de la costa.

Jack, de un tirón, ciñó el lazo a la piedra.

—Quién sabe si es algo más que un hueco lo que hay tras esa mole de piedra, — dijo. — Según el plano que tenía Bate y nosotros le quitamos, hay un túnel que conduce a la "fachada" de la costa. ¿Será esa la salida de ese tunel? Si es así, señor George, ahora si que podemos decir que tenemos suerte y que burlaremos a la policía.

Fué trabajo fácil para un muchacho como Jack, tan ejercitado en todo ejercicio gimnástico en el circo de Rufus Trant, el subir por aquella cuerda.

Mano tras mano fué subiendo. Le vieron llegar a la piedra sobresaliente y entrar en la abertura de la pared de roca. Jack se volvió sonriente a saludar a sus amigos y desapareció.

Peter ladró y pareció preguntar si se hacían la ilusión de que él iba a subir por aquella cuerda. Si era así, el perro no acertaba como iba a poder hacerlo.

Un momento después los que estaban abajo oyeron, procedente del hueco por donde había desaparecido Jack, un grito ahogado y breve, seguido de silencio.

Un grito sí, pero Jack no se presentó de nuevo.

Alarmado, sobresaltado, George comenzó a subir por la cuerda.

La marea ascendía rápidamente, Dick y Peter se vieron en la necesidad de buscar refugio en la cueva. Las olas cubrían ya la playa por completo.

George fué subiendo lo más rápidamente que pudo con el corazón asaltado por cien distintos temores. ¿Qué significaba aquel grito? ¿Por qué no había vuelto a asomarse Jack?

Se hallaba a una yarda del extremo superior de la soga cuando precisamente encima de él oyó una risotada... una risotada llena de diabólica maldad, que estremeció al hombre que subía por la cuerda.

Con aquella siniestra risa vibrándole en los oídos, George Heriot miró hacia arriba y sus ojos vieron lo que Jack había mencionado de broma y que se presentaba de verdad; ¡un cuchillo empuñado por el hombre a quien no veía y que se había reído, empezaba a cortar, — como en las novelas, — con su reluciente hoja y uno tras otro, los hilos que formaban la gruesa soga!

LA INTERVENCION DE JACK

La inesperada y súbita amenaza habíase presentado de manera tan rápida que casi antes de que George Heriot se hubiera dado cuenta de la existencia del nuevo peligro ante el cual se encontraba, aquella mano criminal, que se veía en lo alto había comenzado a cortar, con el filoso cuchillo que empuñaba, la cuerda de la cual estaba colgando.

Sintió como uno de los gruesos hilos que formaban la soga cedió repentinamente... y bajo él se hallaba un hueco de más de veinte pies de altura... y el piso donde iría a caer era un amontonamiento de puntiagudas rocas contra las que rompía el oleaje de la marea ascendente.

Tan pronto como se dió cuenta del peligro que corría, George se deslizó hacia abajo, dejando que la soga pasara por sus manos con una rapidez que le quemaba la piel...

El momento no podía ser más angustioso. Logró no obstante, proceder con suficiente ligereza para salvarse de una caída mortal. El cuchillo había cortado el último hilo de la soga poco, muy poco antes de que George llegara abajo. La cuerda, que había estado tirando a efecto de su peso, se soltó de pronto y Heriot cayó en las resbaladizas rocas mojadas.

En el mismo momento en que se hallaba tendido boca abajo, sin haber tenido tiempo ni para incorporarse, una ola inundó todo el espacio de delante de la cueva y empapó a George hasta la piel. No había sufrido lastimadura ninguna. Pero cortada la soga que habían considerado como su postrera esperanza, ésta se había desvanecido. Nada podría salvar ni a él ni a Dick atrapados, sin recurso posible por las aguas que no tardarían en inundar por completo la caverna.

Cuando George Heriot se puso de pie, sacudiendo el agua de su empapada ropa y sin soltar, sin saber por qué, la cuerda que las olas, al retirarse arrastraban mar afuera, miró hacia lo alto, al hueco de la pared del acantilado por donde Jack había desaparecido. Vió entonces por primera vez el rostro del que había cortado la soga, mirando hacia abajo con vengativa malignidad.

Casi no es necesario decir que se trataba de Hubert Mansell, su primo y su criminal enemigo.

—¡Perfectamente! ¡Ahí quedarán ustedes bien enjaulados hasta que traiga a los de la policía! — gritó.

La voz de Hubert llegó hasta los oídos de George seguida de una larga carcajada burlona.

El pillo se hallaba enteramente convencido de que había ganado la partida y nadie podía ya disputarle el triunfo.

La risotada dejó de oirse y en el mismo momento George Heriot, que seguía mirando hacia arriba vió aparecer otra cara detrás de Hubert Mansell... era la de Jack, pálido y desesperado, pero lleno de firmeza y resolución. Al verla, una vibración de renovada esperanza conmovió al que observaba desde abajo.

Cuando Jack ascendió por la cuerda a la abertura superior se encontró con una des-

agradable emboscada. Hubert Mansell se precipitó hacia él tomándole desprevenido y le dió un golpe que le hizo desplomarse sin sentido.

Después de dirigir una sola mirada al muchacho que había quedado tendido, inmóvil, en el sitio donde había caído, y se encontraba según todas las apariencias desmayado, Hubert había dedicado su atención al hombre a quien odiaba.

Pero, en realidad, Jack no estaba desmayado ni mucho menos. Jamás habíase hallado más despejado en toda su vida. Había caído sin sufrir daño ninguno. Lo que hacía era fingirse sin conocimiento esperando oportunidad de hacer algo.

¡Y la oportunidad había llegado! Hubert Mansell, convencido de que no tenía por que ocuparse del muchacho, estaba inclinado mirando hacia abajo, de espaldas a la boca del tunel, contemplando, triunfador, al hombre a quien odiaba. Cautelosamente, Jack se incorporó sin hacer ni el menor ruído; sus movimientos eran como los de un gato...

Fué algún instinto y no ruído ninguno lo que hizo que Hubert se volviera y viese al muchacho a su lado.

Antes de que Hubert Mansell pudiera incorporarse, Jack le había atacado. Con un trozo de madera que encontró en el suelo, le pegó con todas sus fuerzas a su enemigo.

Hubert avanzó un brazo para resguardarse del golpe que vió llegar, pero no procedió a tiempo para evitarlo, aun cuando logró atenuar, relativamente, la fuerza del golpe Se desplomó al costado, dando con la cabeza en la piedra. Lanzó un gemido y quedó desmayado.

Si Jack había fingido el desmayo no era igual el caso de Hubert. Estaba verdaderamente privado de conocimiento, con los ojos cerrados.

—¡Se "durmió", señor George! — gritó Jack dirigiéndose a su amigo y protector con voz temblorosa de emoción.

Durante unos momentos el corazón del muchacho latió aceleradamente, tal como si fuera a saltar del pecho. Jack se inclinó hacia el desmayado, temeroso de haber ido demasiado lejos... Sintió grata satisfacción cuando pudo darse cuenta de que el caído respiraba aun...

—Pero vale más no correr riesgos innecesarios — díjose el muchacho.

En aquel momento la mano del hombre invisible, empuñando un cuchillo de reluciente hoja, comenzó — igual que en las novelas, como había dicho Jack, — a cortar la soga por la que subía George Heriot.

Y sacándole el pañuelo del bolsillo le ató fuertemente las muñecas a Hubert Mansell.

Después llamó a George.

—¡Arroje la cuerda! — gritó.

George, con el agua por las rodillas, arrojó la soga a Jack, que la agarró con suma destreza y la ató a la roca que se proyectaba sobre la playa.

George hizo un lazo en el otro extremo.

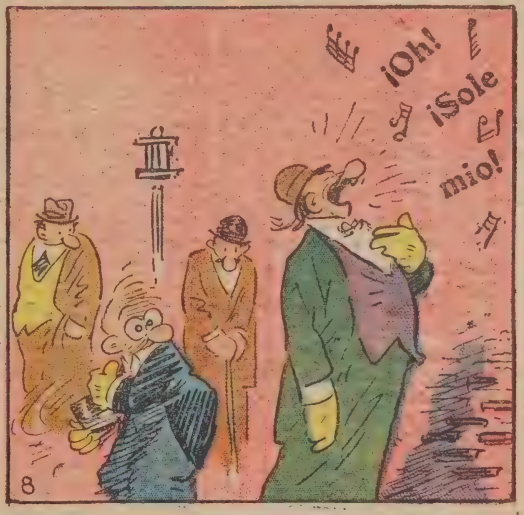
—En cuanto yo haya subido — dijo a Dick — sujétate una pierna en ese lazo y toma en brazos a Peter; nosotros te izaremos.

George subió por la cuerda y luego entre él y Jack subieron a Dick que sujetaba en brazos al perro, asustado é inquieto hasta ponerlos a ambos en seguridad.

—¡Qué útil nos ha sido esta soga! — dijo Jack. — ¿Qué tendrá dentro el extraño ca-

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck



jón al cual estaba arrollada? De todos modos, sabemos donde está y ya vendremos a buscarlo algún día. Lo que creo es que Hubert Mansell no nos ha visto desenterrarlo y volverlo a enterrar.

George también tenía la esperanza de que Hubert no hubiera visto el misterioso cajón. Sin saber por qué. George suponía que el cajón reforzado con tiras de hierro que habían encontrado enterrado en la arena tenía algo que ver con el secreto de John Heriot.

Aquella abertura situada en la fachada del arrecife, frente al mar, era, como Jack lo había supuesto, la boca de uno de los tuneles de los viejos contrabandistas, que estaban marcados en el plano de los subterráneos de que el muchacho se había apoderado y constituía un ramal que partía del túnel que iba hacia la salida situada en las ruinas del castillo.

Probablemente Hubert Mansell había encontrado por pura casualidad ese segundo pasadizo subterráneo y los de la policía que trabajaban en el túnel inferior ignoraban su existencia.

—Y ahora ¿qué debemos hacer? — dijo Jack.

Si el peligro mayor había pasado, — el peligro de perecer en las aguas de la marea ascendente bajo la cueva sitiada por el mar, — su ansiedad no se había desvanecido aun. Todavía les quedaba escapar a los de la policía, evitar que George Heriot fuera detenido.

—¡Eso no sucederá mientras estemos con vida! — exclamó Jack resueltamente.

Sabía que aquel pasadizo se unía al túnel inferior a mitad de camino entre la entrada por la puerta secreta y el lugar donde el tunel había quedado obstruído por el derrumbamiento.

—Si los de la policía están todavía removiendo escombros, nos será posible salir por el lado de las ruinas del castillo o mejor tal vez, por la puerta secreta que da a la biblioteca de la casa, sin que ellos nos vean. Pero primero es necesario hacer un rápido reconocimiento.

Mientras Jack hablaba, Hubert Mansell comenzó a dar señales de recobrar los sentidos. Por fin miró a su alrededor con asombro y cuando su mirada se fijó sucesivamente en George y en los dos muchachos y se dió cuenta de su situación, hizo un gesto de terrible furor.

Pero tuvo la prudencia de no decir ni una sola palabra.

—Lo primero que usted necesita, señor George, es ropa que esté seca. ¡Está usted enteramente empapado! — dijo Jack. — Y como debe usted su mojadura a ese caballero ¿por qué no hacerle experimentar la delicia de tener puesta ropa mojada mientras usted se viste con la suya? — agregó con un gesto intencionado. — Mientras ustedes realizan ese cambio, yo iré a ver como andan las cosas por el otro túnel.

—¡Excelente idea, Jack! — dijo George. — ¡Levántate! — agregó dirigiéndose a su primo.

El prisionero, aun cuando de mala gana, obedeció.

—Es esto menos de lo que mereces después de tu nueva tentativa de muerte. Merecías que te arrojara desde la boca de este pasadizo a las rocas de abajo, tal y como hubiera caído yo a haberse realizado tu infernal propósito, — agregó George con terrible acento. — ¡Pronto! — ¡Quítate esa ropa!

Desató las muñecas de Hubert y le obligó a quitarse el saco. Hubert no tuvo más recurso que obedecer, pero en su rostro se notaba una expresión terrible de furor impotente pero cargada de criminales amenazas.

Apenas se hallaba George vestido con la ropa seca, experimentando la satisfacción de aquel cambio tan oportuno, cuando regresó Jack portador de noticias.

—Fuí por el túnel de abajo, señor y vi a los de la policía. Han ido a la casa en busca de palas y picos y están atareadísimos abriéndose paso, — anunció. — Por lo visto se imaginan que aun estamos del otro lado, cortados por la marea, enjaulados y esperándoles. Están trabajando con verdadero furor. Rufus Trant lleva escombros de un lado a otro con una pala. ¡Cómo le están haciendo trabajar! ¡Creo que en toda suvida no ha trabajado nunca tanto como hoy! Aprovechemos la ocasión para marcharnos.

No perdieron tiempo. Dejaron al prisionero temblando de frío con la ropa mojada puesta. Le ataron de pies y manos y le pusieron una mordaza para que no pudiera, con sus gritos, avisar a los de la policía.

Fueron rápidamente por el pasadizo y por fin llegaron al túnel principal.

Sin hacer el menor ruido y sin que se enteraran de su presencia los tres hombres que estaban ocupados removiendo piedra y arena en el otro extremo, se encaminaron hacia la puerta secreta y por ella entraron en la casa.

Allí encontraron a Vi que esperaba angustiada la noticia de que su amado había caído en poder de sus perseguidores.

—¡George!

Esta palabra brotó de labios de la joven como un grito de loca alegría cuando miró incrédula a George que acababa de presentarse ante ella acompañado de Jack, Dick y Peter.

Un instante después los dos novios se abrazaban y Violet Desmond lloraba y sonreía, sollozaba y reía al mismo tiempo.

LA PERSECUCION

Violet Desmond, muy nerviosa, exclamó luego:

—¡No hay que perder un sólo momento. Es necesario que nos vayamos de aquí en el automóvil antes de que la policía haya logrado enterarse de que usted ha regresado a la casa.

Rápidamente trazaron el plan de lo que iban a hacer.

George y los dos muchachos fueron corriendo a donde estaba el automóvil del señor Desmond mientras Vi iba en busca de su padre.

—¡Papá! — dijo la joven, jadeante, sin aliento, — George ha logrado evitar que los de la policía lo prendan. ¡Ha vuelto a la ca-

sa y yo voy a ayudarle a marcharse de Lonemoor!...

—Pero querida Vi con eso te comprometerás y me comprometerás también ¿no comprendes que lo que quieres hacer constituye una rebelión contra la ley y la autoridad? — protestó el padre adoptando su actitud más seria que, si impresionaba siempre a todos los extraños no lograba nunca impresionar a Vi. — ¡Parece que olvidaras mi condición de magistrado!

—Pero usted, antes que magistrado, es mi padre ¿no es verdad? — protestó persuasivamente Vi. — En consecuencia mi papá consentirá que yo haga lo que deseo hacer. Y si yo no le digo como voy a ayudar a George a escapar, usted no sabrá nada y nada podrán observar los de la policía ¿no es cierto? Estoy resuelta a ayudar al hombre a quien amo que se halla en peligro ¿es posible que haya una mujer capaz de no proceder así en caso semejante? — Y al decir esto los ojos de Violet despedían chispas. — ¡Pero yo se que usted tiene muy buen corazón y que quiere que George se escape. No solo porque le es simpático sino también porque sabe que es inocente y le está agradecido!

—¡Eso es verdad! — exclamó de todo corazón el señor Desmond. — Cuando ese cobarde de primo suyo me tenía a su merced y me daba a elegir entre la ruina y tu casamiento con él, fué George Heriot quien solucionó el asunto en mi favor, salvándome de la ruina y evitando tu desgracia. Como magistrado no debía yo decir lo que digo, pero como hombre de corazón mi deseo es que George no caiga en poder de la policía, hija mía ¡Por lo tanto, haz lo que quieras y que la Providencia les favorezca!

—¡Ya sabía que consentiría usted papá! — exclamó Vi. — Y además — agregó, — esos dos muchachos: Jack y Dick; voy a dejarlos bajo su protección de usted. Ya sabe que George los arrebató del poder del pícaro saltimbanqui que encima de explotarlos los trataba con una brutalidad vergonzosa. Si vuelven a caer en manos de Rufus Trant no sólo volverán a la vida de antes sino que el pillo se vengará de ellos con toda crueldad. Es necesario que usted...

—¡No volverán a poder del saltimbanqui! — replicó el señor Desmond con energía. — Mi condición de magistrado que tan poco te impresiona, como lo he visto hace un momento, me autoriza a defender la seguridad y la vida de esos chicos. Puedes estar segura de que el saltimbanqui no volverá a hacerles víctimas de su mal genio y de sus borracheras constantes. Ocúpate de George que lo de los chicos corre de mi cuenta.

Vi se separó de su padre y corrió a donde estaba George, esperando junto al coche.

—Bien, por el momento tenemos que decirnos adiós, — dijo George a Jack y Dick. — Pero en cuanto sea posible volverán ustedes a mi lado. Creo que tardaré poco en encontrar un sitio donde vivir tranquilo, a la espera de los acontecimientos. Mientras tanto la señorita Desmond y su bondadoso padre se ocuparán de ustedes y que conste que no olvidaré jamás todo lo bien que se han portado ustedes conmigo y todo cuanto les debo.

Detúvose un instante, mirando hacia la casa que un capricho del difunto tío — o quizás algo de más fundamento que un capricho, — había hecho suya.

Dos noches antes habíala visto por primera vez y ya la amenaza de la ley ciega y mal orientada por una calumniosa, falsa acusación, le obligaba a abandonar aquel lugar donde había esperado poder vivir tranquilo.

Y tenía que dejar, — al marcharse, — a sus enemigos en posesión de la casa, buscando en ella la pista del misterio que encerraban aquellos muros; tal vez lograran hallar el oculto secreto que la voluntad del difunto confiara a su atención.

—¡Qué mal nos trata la suerte, señor George! — dijo Jack con amargura y como si leyera en el rostro de su amigo y protector los pensamientos que pasaban por su mente en aquel instante.

Un grito de Dick hizo que ambos volvieran la cabeza.

—¡Mire, señor!

Había sido un gruñido de Peter lo que había hecho que Dick notara la presencia de una cara que los estaba atisbando. Era la cara de Bate que habíase presentado hacía un instante en la esquina de la casa y les miraba con atención.

—¡Bate! ¡Con seguridad va a avisar a la policía! — exclamó Jack. — ¡Agárrale, Peter!

Peter necesitaba poco estímulo para echarse sobre Bate, al que consideraba su enemigo.

George avanzó hacia donde estaba Bate, que desapareció en el mismo instante, seguido de Jack y de Dick a los que se había adelantado velozmente el perro.

Peter, en cuanto el hombre desapareció tras de la esquina de la casa había corrido tras él con los ojos echando fuego.

Bate, al alejarse lo más ligero que pudo, volvió un instante la cabeza y vió que el perro se le iba acercando rápidamente. Bate se dirigía hacia la ventana de la biblioteca, situada a un par de yardas de distncia del sitio donde se hallaba en aquel momento, pero Peter estaba a unas cuatro yardas de Bate. ¡Y el perro tenía las peores intenciones!

Lanzó Bate un chillido de miedo como si creyese que había llegado su última hora. La ventana de la biblioteca estaba abierta; un segundo más y saltando por ella, se hallaría en salvo.

Cuando corrió hacia la ventana, desesperado, Peter dió un salto. El grito de angustia de Bate no cubrió el ruido de tela desgarrada que se oyó. El hombre pareció desaparecer con la rapidez de un personaje de comedia de magia, por la abierta ventana, dejando a Peter del lado de fuera, pero esto sucedió solo por que el trozo de la pernera del pantalón de Bate en que el perro hincó los dientes no pudo resistir la fuerza del tirón.

Peter quedó, pues del lado de fuera con un pedazo de tela en los dientes, mientras la ventana se cerraba por dentro.

Asustado y apresurado, Bate fué cojeando hasta la puerta secreta, con los dientes del perro bastante profundamente marcados en la pantorrilla, y desapareció por ella an-

tes de que sus perseguidores llegaran a la ventana.

—¡Ya es tarde para seguirle! ¡De prisa, señor George! ¡No hay que perder ni un segundo! — exclamó Jack. — ¡Dentro de pocos minutos la policía estará ya en su persecución!

Tres minutos después de que Vi Desmond y George Heriot partieran en el automóvil, los muchachos oyeron a los dos oficiales de policía que, acompañados por Bate, penetraban — por la puerta secreta, — en la biblioteca.

—Ese hombre a quien estamos buscando para prenderle, ese George Heriot ¿dónde se ha ido? — oyeron que uno de los de la policía preguntaba en tono airado al señor Desmond.

No obtuvo contestación muy favorable del padre de Vi, el de la policía.

—¿George Heriot? — repitió sorprendido. — Con seguridad, ustedes deben saberlo mejor que yo, puesto que su misión es buscarle, donde se encuentra. Yo no lo he visto desde cuando empezaron a buscarle, — dijo con tranquila indiferencia el señor Desmond.

—¡Pero señor!... ¡Si se ha marchado en el automóvil de usted con su hija Violet! — exclamó Bate.

—¿De veras? — profirió el señor Desmond cortesmente y con interés. — Es la que usted me da la primera noticia que recibo a ese respecto. Pero ahora que me dice usted eso recuerdo haber oído que el automóvil partía de aquí. Pero yo no ví al señor Heriot en el vehículo ni se me dijo que él iba a hacer uso de mi automóvil. En consecuencia lamento no poder proporcionarles información ninguna sobre ese punto.

Los de policía se separaron impacientes y fastidiados por haber perdido la probabilidad de apoderarse del buscado George Heriot.

—¡No pueden haberse alejado mucho y nosotros podremos alcanzarles si vamos en el automóvil del señor Mansell! — exclamó Bate, muy agitado. — En la aldea nos dirán porque camino se alejó el coche. El automóvil del señor Mansell es más rápido que el otro y no tardaremos en alcanzar al fugitivo.

Bate estaba empeñado en vengarse de lo que, personalmente, le había acontecido. Corrió a donde estaba el automóvil de Hubert Mansell, ante el portón de la casa de Lonemoor, seguido de los oficiales de policía.

—¡Qué tontos hemos sido que no hemos pensado que pasaría esto! ¡Hubiese sido tan fácil hacer que entrara un poco de aire fresco en el interior de los neumáticos de ese coche! — murmuró Jack mientras, con mucha pena, vió que los tres hombres partían a toda velocidad en persecución de los fugitivos.

EL FINAL DE LA PERSECUCION

Por los solitarios caminos campestres, el primer automóvil corría a toda velocidad. George, sentado tras el volante, manejaba el vehículo, consiguiendo que el motor desarrollara su máximo esfuerzo.

Le parecía mientras manejaba entonces el automóvil, que desde su huida la noche en que John Heriot fué asesinado, no había cesado de correr y correr, huyendo de la policía. Preguntábase en consecuencia si valía la pena todo ese esfuerzo en procura de una libertad que sería otra forma de persecución y de intranquilidad.

—Lo peor de todo es que comprometo a usted en este asunto, amada Vi, — dijo George a su compañera. — ¿No es una imprudencia de mi parte, consentir que puedan acusarla a usted de favorecer la fuga de un criminal?

—Todo importa poco si se ha de conseguir que usted no caiga en manos de la policía, — exclamó Vi. —¿Qué valdría mi amor si desistiera de ayudarle a usted por razones de cualquier clase que fueran?

Y la joven sintió un escalofrío al pensar que era posible que llegasen a prender a su amado.

Un proceso, en el que George fuera juzgado como presunto autor de la muerte de John Heriot, dados los datos y los testimonios que podrían presentar sus enemigos, terminaría con la condena del inocente. Violet lo sabía; todas las circunstancias estaban contra él.

El vértigo de la velocidad parecía haberse apoderado de la joven que, inclinada hacia adelante, miraba el desierto camino, temiendo que en cualquier momento se presentaran los perseguidores de George.

En aquella zona desolada de Inglaterra eran pocos los caminos. En verdad era el camino por donde iban el único apropiado para tráfico de automóviles. No habría, pues dificultad ninguna en averiguar por donde hufan.

Su principal esperanza se fundaba en que hubieran podido tomar suficiente delantera para abandonar la zona solitaria y penetrar en distritos más poblados y con más caminos, donde fuera posible confundir y burlar a los perseguidores

Las esperanzas de Vi fueron acrecentándose a medida que pasaban millas y millas sin que se distinguiera ningún otro coche tras ellos.

Habrían recorrido más de veinte millas cuando, repentinamente, llegó a oídos de Vi un ruido que pareció helarle la sangre en las venas.

La brisa había llevado hasta ella el ruído de la marcha de un automóvil que avanzaba tras ellos por la carretera y que debía correr a toda velocidad. ¿Se trataba de una falsa alarma o era aquel el automóvil de la policía?

—George, oigo que se acerca un automóvil, — exclamó la joven asustada. — ¿Será el de los de la policía?

Tras ellos el ruído de la marcha del automóvil iba acrecentándose por momentos y como se trataba de un coche de un motor mucho más poderoso que el del vehículo en que iban Vi y George, ganaba terreno con gran celeridad.

Cuando la joven, volviendo la cabeza, miró hacia el camino, en el momento en que acababan de volver un recodo de la carretera, Vi distinguió con toda claridad el coche que les seguía.

Distinguió la joven que iban tres hombres en aquel automóvil y que dos de ellos vestían uniforme policial. Distinguió también que hacían ademanes como ordenando a George que detuviese su coche.

Una exclamación de angustia brotó de sus labios. ¡Todo había terminado ya! Inevitablemente, el automóvil, que acortaba poco a poco la distancia que separaba a ambos vehículos, les alcanzaría.

Era cuestión de tiempo, pero en verdad de poco tiempo.

Vi miró a George y vió que el rostro de Heriot no tenía expresión de miedo sino de terrible resolución. No iba a detenerse. Aun cuando se desvaneciera su última esperanza seguiría avanzando hasta el fin.

A alguna distancia delante, la presencia de un poste de señales indicaba la situación de un paso a nivel de una línea férrea.

Hallábanse a poca distancia del paso a nivel cuando uno de los brazos de un semáforo de señales bajó, indicando que se aproximaba un tren. George vió al guardabarrera que salía de su casilla y se dirigía hacia el paso a nivel para cerrar las barreras durante el paso del convoy anunciado por la señal que se había movido.

George le gritó lo más recio que le fué posible.

—¡No cierre! ¡Déjenos pasar! ¡Tenemos mucha prisa!

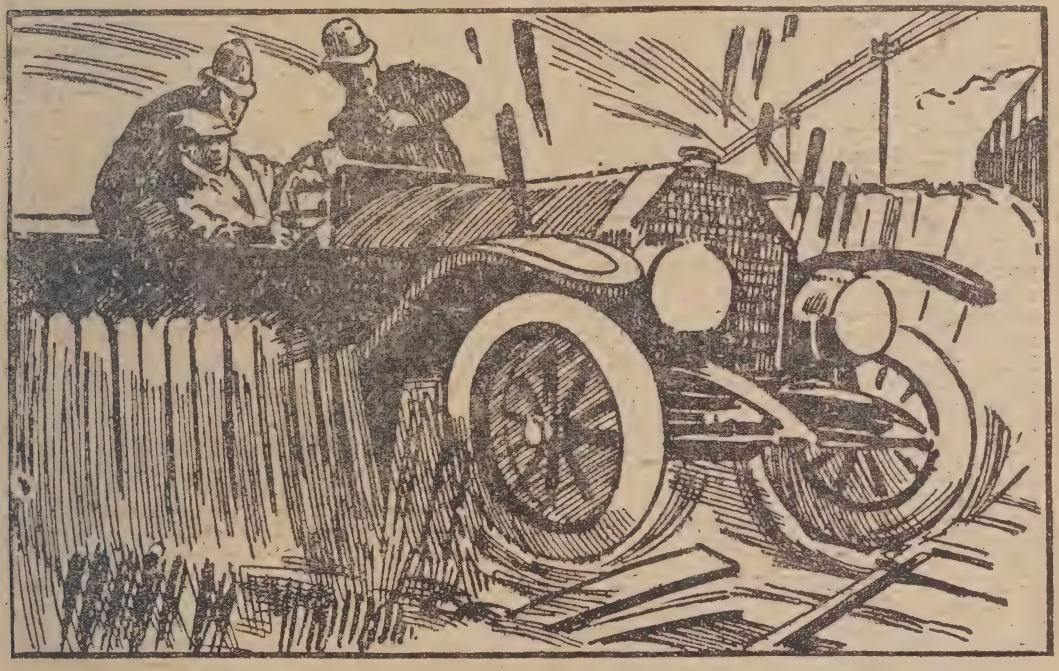
Dió toda la mayor fuerza al automóvil. El coche pareció dar un salto hacia adelante. El anciano guardabarreras se retiró a un lado, sosteniendo abierta la barrera para que pasara el utomóvil. El coche cruzó como un rayo por el paso a nivel.

—¡Si se cerrara la barrera antes de que pasen los otros! — murmuró George.

Pero el coche de los perseguidores, atronando con sucesivos toques de bocina, llegó a toda prisa seguramente con el propósito de cruzar también ante de que pasara el tren.

Durante un momento, al oir los toques de bocina y los gritos de los ocupantes del coche, el viejo guardabarrera permaneció indeciso, dejando el camino expedito en la creencia de que aún había tiempo para dejar pasar a aquel segundo coche.

Precisamente en aquel momento se oyó, a lo lejos el toque de silbato de la locomotora del tren rápido que se aproximaba.



El coche no se detuvo a tiempo y fué a dar contra la barrera, estrellándose...

Aun estaba a cierta distancia; hubiera sobrado tiempo para que el automóvil pasara con toda seguridad, pero el toque de silbato aturdió al viejo guardabarrera. Perdió la cabeza y, nervioso y asustado, decidió de pronto, evitar toda posibilidad de peligro.

—Extendió un brazo ordenando a los del segundo automóvil que pararan el vehículo y cerró la barrera de un empellón, clausurando así el paso a nivel.

Bate iba manejando y creyendo que la barrera seguiría abierta para dejarles paso, había acelerado la marcha a fin de pasar muy pronto. El súbito cambio de opinión y de actitud del guardabarrera, resultó fatal. El automóvil, marchando a su mayor velocidad se hallaba ya demasiado cerca para que

fuese posible pararle antes de llegar a la cerrada barrera.

Desesperado Bate, al darse cuenta de cómo había variado la situación trató de sofrenar el coche. Quizás hubiese bastado que el sitio fuese una yarda más largo para evitar todo accidente. El coche aminoró su marcha entre fuerte rechinar de hierros pero no se detuvo a tiempo y fué a dar contra la barrera, astillándola y esparciendo sus fragmentos a diestra y siniestra.

Con un rugido, entre una nube de humo y vapor, el tren rapido pasó como una centella a menos de un pie de distancia del sitio donde había quedado el coche tumbado de costado en el paso a nivel, entre los restos de la barrera.

Maltrechos y habiendo sufrido terrible sacudida, con varias contusiones y rasguños, los de policía salieron de entre los restos del coche medio mareados y asombrados al verse con vida.

Bate había sido arrojado por los aires y yacía desmayado en la cuneta a un lado del camino.

La nafta del tanque del automóvil se derramó al volcarse el coche y de pronto, — tal vez al contacto de alguna chispa eléctrica de la instalación del motor — se encendió, elevándose de ella grandes llamaradas.

Y lejos, bastante lejos de ellos los dos ocupantes del primer automóvil distinguieron, durante unos momentos, las llamaradas de la nafta encendida que incendiaba la carrocería del coche, empezando por los mullidos almohadones rellenos de estopa y por lo tanto excelente pasto para el fuego.

Después, como volvieron un recodo del camino, dejaron de distinguir aquel cuadro.

La persecución había terminado. Los perseguidos respiraron con satisfacción...

Esta vez la policía no prendería a George Heriot.

EL ROSTRO DE LA VICTIMA

Bate corrió por el subterráneo sudoroso y jadeante, deseoso de dar lo antes posible, a los de la policía, la noticia de que George Heriot había logrado escabullirse. La noticia le resultó agradabilísima a Rufus Trant.

Durante los veinte minutos que precedieron a la llegada de Bate con la noticia, el saltimbanqui había trabajado materialmente como no lo había hecho en los últimos diez años. Cada uno de esos minutos le había parecido mas largo que una hora al sudoroso Trant.

Los de la policía tenían prisa por abrirse paso a través del montón de piedras y de arena que obstruía el túnel, persuadidos de que los fugitivos estaban del otro lado sin poder salir porque el agua no les dejaba y seguramente habían pensado que Rufus Trant habíales sido enviado por la bondadosa providencia para ocuparse de esa tarea.

Habíanse mostrado tan entusiasmados con la idea de hacer que fuese el saltimbanqui el que removiera el obstáculo que, al parecer, no les quedó tiempo para ayudarle. Aquellos veinte minutos habían sido de agitadísima vida para Rufus Trant, el hombre a quien solo asustaba de veras, en este mundo, una sola cosa: el trabajo o mejor dicho, la idea de tener que trabajar.

Pero no le quedó medio de esquivarse. En vano declaró Rufus Trant que padecía de reumatismo y de otras dolencias físicas. En otra ocasión los de la policía le hubiesen escuchado con mayor bondad pero en aquel caso como de no hacer el trabajo Rufus Trant, tenían que hacerlos ellos, optaron por que lo hiciera el saltimbanqui de grado o por fuerza.

En cuanto oyeron la noticia que Bate les traía, los de la policía soltaron las herramientas, — con las que nada habían hecho, — y corrieron a toda prisa de regreso a la casa, por el largo y estrecho túnel.

Rufus Trant soltó rápidamente la azada, pero no corrió. Tal vez tuvo miedo de que los de la policía encontraran en la casa algún otro trabajito de que encargarle. Cuando el saltimbanqui estuvo de regreso en la casa Bate ya había partido en automóvil tras el coche en que iban Vi y George Heriot.

Cuando Rufus entró por la puerta del pasadizo secreto, en la biblioteca, pudo ver, por la ventana, a Dick que se hallaba en el jardín.

¡Uno de los dos muchachos fugitivos estaba allí y George Heriot no se encontraba ya para defenderle!

Una sonrisa indigna apareció en el rostro del saltimbanqui, lleno de infame crueldad.

A no ser por un detalle, Trant se hubiera considerado contento con la fuga de Jack y de Dick pues no teniendo ya circo, no los necesitaba para nada. Pero comprendía que tener en su poder a los muchachos fortificaba su dominio sobre el hombre a quien tenía sometido a un continuo chantage. Hubert Mansell sabía que uno de los dos muchachos era el heredero de John Heriot y Trant quería poderle amenazar constantemente con la presentación del heredero que reclamaría la fortuna paterna dejando en la calle a Mansell.

En aquel momento se dispuso Trant a apoderarse de nuevo de los muchachos y a no dejarles futura ocasión de escapar. Además deseaba vengarse de ellos por el chapuzón que le habían proporcionado, en el estanque del molino.

Los pequeños y sanguinolentos ojos de huron, de Rufus Trant, brillaban con malicia ante la idea de como se iba a vengar de los dos muchachos aprovechando la ausencia de su amigo y defensor George Heriot.

Resolvió comenzar por Dick ya que se presentaba a mano. Y se aproximó cautelosamente a la ventana.

Dick, enteramente desprevenido, paseaba por el jardín, absorto en sus pensamientos así que no oyó que la ventana se abría. Pen-

sando en que George Heriot huía perseguido por los de la policía y pensando en lo que podía sucederles a él, a Jack y a Peter, Dick no se preocupaba de lo que acontecía a su derredor.

Una pesada mano le dió en un hombro arrebatándole brutalmente a sus reflexiones.

—¡Ya te pesqué, muchacho! — gritó a su oído una voz ronca y harto conocida para él.

El muchacho volvió rápidamente su pálido rostro y vió a su antiguo atormentador, a su tirano de tantos años, sonriendo sarcásticamente.

—¡Ahora voy a enseñarte a huir! — agregó con intención la enronquecida voz.

Dick forcejeó desesperadamente, pero todo fué inútil; el saltimbanqui le había agarrado bien y no soltaba.

Pero, aun cuando ya parecía no quedar aliento en su frágil y débil cuerpo, Dick, al que la gravedad de la situación permitió sacar fuerzas de flaqueza, consiguió silbar del modo convenido con Jack para llamarse uno a otro en caso de apuro.

—¡No silbes! — gritó el saltimbanqui tapándole la boca de un golpe.

Pero el silbido estridente y rápido había llegado a oído de Jack que estaba en la casa y le hizo correr de prisa hacia la puerta desde donde se dió al punto perfecta cuenta de la situación.

Ver a su compañero peleando en poder de Rufus Trant fué suficiente para Jack. Como un torbellino el muchacho saltó hacia donde estaba su viejo tirano acercándosele por la espalda y metiendo los puños en el cuello del hombre, que sirvió en aquel momento para sofocarle a medias.

Instintivamente, Rufus dejó de oprimir el hombro de Dick. Este se escurrió y pasó por entre las piernas del saltimbanqui. Esta inesperada maniobra coronó la derrota del pícaro, pues le hizo caer violentamente al suelo, con Jack encima.

El exasperado saltimbanqui forcejeó con todas sus fuerzas y consiguió arrojar a Jack a un lado y levantarse. Tambaleándose, Trant se dirigió hacia Jack, con la cabeza baja, como un toro furioso.

Mal lo hubiese pasado el muchacho si el hombre le hubiera alcanzado. Pero Dick, que no había tratado de huir al intervenir Jack, salvó la situación.

Una maceta, en la que había una espinosa tuna cruzó los aires en aquel instante y dió con fuerza extraordinaria en el mas inferior de los botones del chaleco del saltimbanqui.

El golpe no fué de resultados benéficos para la tuna, pero tampoco fueron buenos para Rufus Trant sus consecuencias. El hombre cayó sentado, de golpe, sin aliento y con algunas puas de la tuna pinchadas en la piel.

—¡Bravo! ¡Esa sí que fué buena, Dick! — gritó entusiasmado Jack.

Rufus estaba tan enfadado que parecía próximo a sufrir un ataque apoplético. Con una manera de mirar en la que se veían sus intenciones criminales, se puso nuevamente de pie. El forzudo saltimbanqui corrió tras de los muchachos que se dirigieron hacia la casa.

En el interior, Peter había estado dormitando ante el fuego de la cocina. Ajeno a los ruídos que se producían fuera entregábase a la delicia de un sueño en el que se veía vencedor de un gato amarillo por él odiado hacía mucho tiempo.

De pronto, levantó el perro la cabeza y se dijo que algo grave pasaba a poca distancia de allí. Se levantó. Escuchó un instante y salió luego de la cocina.

Llegó a tiempo para ver a Jack y a Dick que entraban en la casa por la puerta que daba al jardín y que una tercera figura les perseguía.

¡Y esa tercera figura era su viejo enemigo Rufus Trant!

En la mirada de Peter se notó una expresión irónica, tal como pueda exteriorizarla un perro y el can pasó en cuarto término, por la puerta.

Pareció recordar que no había logrado poner fin completo a su aventura con Bate y que en la nueva ocasión que se le presentaba no dejaría nada incompleto, tanto más cuanto que Rufus Trant le era mucho más antipático que Bate.

Peter fué en línea recta hacia su viejo amigo y le alcanzó precisamente en el instante en que llegaba a la puerta de la habitación donde se hallaba sentado el señor Desmond.

El chillido que lanzó el saltimbanqui debió oirlo hasta Hubert Mansell desde la cueva subterránea donde le habían dejado tiritando vestido con la empapada ropa de George Heriot.

Cuando los dos muchachos entraron en la habitación el señor Desmond se percató inmediatamente de lo que estaba sucediendo. Recordó entonces la promesa que había hecho a Vi.

—¿Qué sucede? — preguntó el bondadoso señor.

Rufus Trant ejecutaba una danza desesperada, saltando en un pie, con Peter agarrado de una pantorrilla de la que tironeaba furioso, y no pudo contestar por el momento.

Peter tenía una larga cuenta qué cobrarle a Trant y parecía tener intención de saldarla entonces. Por eso se le vió bajar la cabeza con disgusto cuando Jack le ordenó que soltara su presa.

—Estos muchachos estaban bajo mi custodia y se escaparon, señor... Yo les he seguido hasta aquí y ahora me los voy a llevar de nuevo — exclamó el saltimbanqui acariciándose con ternura la pantorrilla y mirando con criminal intención a los muchachos.

—¡Ya comprendo! ¿Y cómo es que han venido a estar a su cargo? Permítame, buen hombre, que le manifieste que soy magistrado, — dijo con energía tranquila

el padre de Vi — ¿Son acaso parientes suyos?

Rufus Trant vaciló un momento. Después dijo con volubilidad:

—¡Sí, señor! Son hijos de mi difunto hermano, ¡pobrecito! Yo he sido para ellos como un verdadero padre desde que Dios llamó a su seno al bueno de mi hermano. Han sido muy felices a mi lado, puede creerlo, señor. Yo he tenido con ellos y también mi santa esposa, todo género de atenciones. ¡No han oído jamás una palabra insultante! En cuanto a lujos no ha sido posible darles muchos porque somos pobres, pero han vivido bien, comido bien y vestido bien, señor. Puede creerme. ¿No es verdad que me cree? Lo que hay es que yo he sido demasiado bueno; ¡tengo un corazón tan tierno! y no he sabido imponerme a ellos. Por eso se escaparon, causándome con su ingratitud una pena grandísima, — dijo Rufus lloroso.

—Si eso que usted dice es verdad, sería caso de elogiar con todo entusiasmo su benéfica y generosa conducta, amigo mío — dijo el señor Desmond con una tan bien fingida credulidad que el saltimbanqui olvidó todo recelo. — Así que como usted ha dicho, son parientes suyos. Pero supongo que no son hermanos, — agregó como por casualidad.

Rufus Trant cayó en la celada.

—¡No, señor! ¡No son hermanos! ¡Son primos, no sé en qué grado ni que clase, pero son primos! — dijo suavemente.

Su creencia de que estaba hablando con un anciano completamente tonto y fácil de engañar se disipó de improviso.

—¡Y sin embargo, usted me dijo que eran hijos de su difunto hermano! — exclamó el señor Desmond poniéndose serio y expresándose con una severidad que hizo retroceder alarmado al saltimbanqui — ¡Por lo tanto y por su propia declaración, resulta que usted miente! ¡Es usted un embustero y lo que es peor un embustero que no sabe mentir! ¿Tiene usted alguna prueba de que esos muchachos son parientes de usted, sobrinos, primos o cualquier otra cosa?

Rufus sentíase muy incómodo.

—Bueno... es que... Aquí no tengo documento ninguno, pero en casa, señor.... — balbuceó.

—¡Ni aquí, ni en casa, ni en ninguna parte! — interrumpió Jack con desprecio. — Ni Dick ni yo tenemos parentesco ninguno con él.

—Usted, según he tenido oportunidad de saberlo de buena fuente, ha maltratado sistemáticamente a estos muchachos. La ley tiene, por suerte, algo que decir de los hombres brutales con los niños, como usted, — agregó el padre de Vi. — Y si los dos muchachos no tienen vínculo de parentesco con usted será necesario que usted declare cómo ha llegado a su poder y quiénes son. La ley tendrá oportunidad de hacerle varias preguntas importantes.

Rufus Trant encontrábase cada vez más y más turbado.

—Yo... yo he sido como un padre para esos dos muchachos. Puede preguntárselo al señor Hubert Mansell que lo sabe. Me conoce hace mucho tiempo y saldrá de garantía por mí.

—¡Así que el señor Mansell saldrá de fiador por usted!

El señor Desmond habíase preguntado más de una vez a qué podía obedecer la intimidad existente entre Hubert Mansell, hombre de dinero y de alta posición social y aquel saltimbanqui borracho y pendenciero. Sabía que Trant visitaba con frecuencia a Mansell en su casa de Lonceford y había acompañado al primo de George a Lonemoor... El asunto parecía extraño.

—¿Cuanto tiempo hace que conoce usted al señor Mansell? — le preguntó Desmond de improviso.

—¡Ocho años, señor!

—¡Ocho años! Un curioso pensamiento pasó por la imaginación del señor Desmond en aquel instante.

Hacía ocho años, precisamente, que había desaparecido el hijo de John Heriot, raptado, robado, según se suponía.

Recordó cómo había oído a George, la víspera de su huída de Lanceford, acusar a Hubert de haber sido el autor del rapto, según lo afirmaba un hombre llamado Purvis. Sus negativas no le habían parecido convincentes.

El saltimbanqui, tan rojo un momento antes, se puso muy pálido. Su emoción de culpable no pasó inadvertida para el magistrado.

—¿Es uno de esos muchachos el desaparecido hijo de John Heriot? — preguntó a quemarropa.

Rufus contestó con voz estrangulada y dificultosa, balbuceando de modo lamentable.

—Le juro, señor, que no sé nada a ese respecto, — tartamudeó.

Con dramática rapidez, el señor Desmond indicó un punto a espaldas del saltimbanqui.

—Mire detrás de usted. ¡Ahí! ¡En la pared! -

Trant obedeció. Y allí, por primera vez, sus ojos se fijaron en el rostro del hombre a quien había dado muerte, en un retrato de tamaño natural, de John Heriot. Fué tal el choque experimentado por su sistema nervioso que Trant retrocedió tambaleándose y tapándose la cara con las manos.

Junto a la puerta, del lado de fuera, un hombre, de pie, escuchaba. Había entrado en la casa a tiempo para oír cómo el señor Desmond se dirigía a Trant y con el corazón encogido por el miedo, escuchaba atento.

Era Hubert Mansell que había conseguido quitarse las cuerdas que le ataban y se había escapado de la cueva.

Oyó, horrorizado, del otro lado de la cerrada puerta, lo que allí se decía ¡Pero entonces aquella gente andaba en busca del

perdido heredero de John Heriot!

Entonces, más tarde o más temprano conseguirían sacarle la verdad al saltimbanqui a menos que a Trant no le sucediera antes algo que le enmudeciera para siempre.

El siniestro pensamiento que había motivado de que invitara a Trant a acompañarle a Lonemoor, volvió a dominarle por completo.

Lo que en el primer momento había sido una mera sospecha, iba tomando aspecto de veracidad en el pensamiento del señor Desmond.

—¿Se atreverá usted a mentir ahora, ante la mirada del difunto John Heriot? — dijo con terrible acento el señor Desmond al saltimbanqui — ¡Hable! ¿Qué sabe usted sobre el heredero perdido? ¡Pronto! ¡Diga usted la verdad!

El saltimbanqui quiso hablar pero no pudo; solo consiguió proferir sonidos inarticulados, tal era el miedo que tenía.

Y, en aquel momento, sucedió algo extraño, dramático, inesperado.

Sin duda ninguna la cuerda que lo sujetaba estaba vieja y carcomida. El retrato del difunto anciano se desprendió de su sitio y se desplomó con estrépito terrible.

Un grito de pavor brotó de labios de Rufus Trant pálido, con los labios temblorosos...

Era naturalmente supersticioso y creía, como creen otros, que la caída de un cuadro indica la próxima muerte de alguien en la casa.

Y aquel retrato era el del hombre a quien él había quitado la vida. ¡Un augurio que iba dirigido a él, sin duda!

De improviso, sin nada que lo anunciara, sintió que le envolvía una frialdad de muerte, que el corazón cesaba de latir, que le faltaba aire que respirar.

Y Rufus Trant se desplomó como muerto ante el caído retrato de su víctima.

LA SOMBRA

Habían pasado más de seis horas desde el momento en que George Heriot había emprendido la fuga en el automóvil de Vi Desmond.

Había anochecido y la luna llena brillaba cerca del cenit por entre montones de nubes que se movían lentamente Su luz fileteaba de plata las ruínas del viejo castillo situado en lo alto de la escarpada costa y destacaba las figuras de dos hombres, arrojando tras ellos largas y monstruosas sombras que le seguían a medida que andaban.

Y quizás, sin que él lo supiera, otra sombra acompañaba, siguiéndole de cerca, a uno de aquellos hombres: la sombra de la fatalidad y del crímen.

Aquel hombre era el ex saltimbanqui Rufus Trant.

Su compañero, — Hubert Mansell, — tenía gesto de fastidio y preocupación. La advertencia que el señor Desmond había hecho al saltimbanqui, aquella pregunta sobre los muchachos, había caído como una bomba, sacudiendo hasta los cimientos todo el edificio de su seguridad.

La pregunta había sido bien explícita. El señor Desmond había dicho:

—¿Es uno de esos dos muchachos el desaparecido hijo de John Heriot?

Y la actitud de miedo y turbación de Rufus Trant, nervioso y culpable, había sido como una respuesta afirmativa, sino clara. Uno de los dos muchachos era el hijo de John Heriot.

¿Qué maldita suerte había hecho que aquellos dos hombres, — Purvis y Trant,— se le presentaran de nuevo al cabo de tanto tiempo? — preguntábase Hubert Mansell.

Purvis no había vuelto a caer preso desde la noche en que obligó a Huber Mansell a ayudarle a escapar de la persecución policial, pocos días atrás. Mansell no se atrevía a denunciarle y hacerle prender aun cuando sabía que Purvis estaba decidido a someterle al más aplastador chantage y a sacarle cuanto dinero pudiese.

Entre los dos chantagistas le explotarían hasta arruinarle, a menos que...

Y de nuevo la sombra de aquel siniestro pensamiento entenebreció el rostro de Hubert, en el instante en que miró al hombre que iba a su lado.

Rufus Trant se encontraba todavía pálido y tembloroso. Su arrogante insolencia se había desvanecido por completo. De pronto tiritó.

—¡Birrr! ¡Odio este paraje! No se por qué ha querido que vengamos a este sitio y a estas horas de la noche, — prorrumpió con enfado. — El ambiente me crispa los nervios.

—Tenía mis razones, — dijo lacónicamente el otro.

Y probablemente la sombra terrible, que Rufus Trant no podía ver, aproximóse más y más a él, en aquel momento, al ser pronunciadas por Mansell aquellas palabras.

Era, efectivamente, un sitio espantoso. Agreste y desolado parecía, aun a la clara luz del día, aquel conjunto de ruínas sin techo de rotos arcos y truncadas columnas, situado al mismo borde de la alta costa inescalable a cuyo pie batía impetuoso el oleaje. De noche, cuando la luz de la luna proyectaba sus largas sombras la agreste desolación de aquel sitio parecía quintuplicarse, su silencio interrumpido tan solo por el áspero chillar de las aves marinas y el rugido de los acantilados, acrecentaba el espanto del conjunto.

Poco después de haber anochecido regresaron a la aldea los de policía que habían salido en persecución de George Heriot con la noticia de que el automóvil había quedado inutilizado. Bate se hallaba herido y el fugitivo se les había escabullido.

En los que a los fugitivos, —. George y Vi, — se refería, los de la policía habían dado aviso telefónico a las oficinas de los

distritos circundantes a fin de que vigilaran los caminos.

La noticia de la inutilización de su automóvil había hecho que Hubert Mansell se pusiera furioso. No tuvo, siquiera, para consuelo el de saber que el hombre a quien odiaba había sido arrestado.

Con la huída o la prisión de George, había esperado quedar como dueño y señor en la casa de Lonemoor. Pero esto se veía molestado por la presencia del señor Desmond qu representaba de hecho al propietario de la casa.

Le causó trabajo, también, oir que Bate estaba mal herido y que necesitaría permanecer en cama varios días, como no fueran varias semanas. ¡Y Bate le era necesario para buscar el secreto de John Heriot, lo que constituía el eje de todos sus sueños de ambición!

Bate había procura sonsacar a Martín, — el guardian de la casa de Lonemoor, — los datos referentes a las disposiciones testamentarias de John Heriot, pero Martín había desconfiado y supo ser reservado como una tumba. Martín yacía aun sin conocimiento pero era de esperar que un día u otro se curara y que entonces denunciara a Bate acusándole de haberle asaltado a traición y obligando a los dos cómplices — Hubert y Bate — a despejar el campo antes de haber conseguido su objeto.

¿En qué podía consistir "el secreto" del difunto John Heriot?

Fuese lo que fuese, Hubert Mansell estaba decidido a ser él quien lo encontrara.

El difunto se había referido a "un secreto vital que se halla escondido a la sombra de la gran cruz de piedra". La frase podía estar en sentido figurado. En verdad toda la vieja casa se hallaba a la sombra de la cruz situada junto al camino de la región pantanosa. Y de la casa salía el conducto secreto por el cual se podía ir a las ruínas del castillo. Hubert estaba empecinado en la creencia de que, en algún sitio de aquellas ruinas debía hallarse la clave del secreto. Por eso buscó y buscaba en aquel paraje aun cuando en realidad no tenía ni la menor idea de que era lo que estaba buscando.

Abandonó su tarea a disgusto. No le quedaba mas recurso que esperar a Bate. De pie, — con el ceño fruncido y gesto de fastidio, — en la ruinosa puerta de la torre, en lo alto de la entrecortada escalinata, miraba hacia el sitio donde los peldaños se interrumpían dejando un hueco por el que podía caerse a las piedras situadas muy abajo.

Una y otra vez sus pensamientos vagaron del oculto secreto de John Heriot al peligro de que le amenazaba en aquel instante. Se había enterado de que George sospechaba que él había secuestrado al muchacho; pero George era un fugitivo de la autoridad, un hombre perseguido al que podían arrestar en cualquier momento y de parte del cual no había nada que temer. Pero el señor Desmond sospechaba lo mismo también y esto resultaba inquietante. Además todo permitía suponer que el señor Desmond había logrado aproximarse bastante a la verdad, lo que constituía un grave peligro para Mansell.

El señor Desmond procuraría sin duda, lo antes posible, que Rufus Trant le revelara la verdad de lo que sabía. El señor Desmond, en su calidad de juez, poseía habilidad consumada en cuestión de interrogatorios ¿Y si conseguía que el saltimbanqui lo dijera todo, acusando a Mansell para librarse o procurar librarse a sí mismo?

—Le repito que no me gusta este sitio, señor, — gruñó de nuevo, fastidiado, el saltimbanqui.

Al expresarse así, Trant miró hacia la escalera interrumpida por el terrible boquete y sufrió un escalofrío. Quizás recordaba cómo había estado a punto de caer por allí aquel mismo día, unas cuantas horas antes.

—Debían poner una barandilla en ese sitio... para hacerlo más seguro. Cuanto antes pueda irme de Lonemoor, mejor será. La caída del retrato nó me ha hecho gracia ninguna. Y cuanto menos vea a ese señor Desmond, mejor será también señor... Será mejor para mí y para usted también, — agregó con intención. — En cuanto a los muchachos esos... creo que no me conviene absolutamente nada meterme a...

El saltimbanqui calló de repente y retrocedió un paso.

—¿Por qué me mira usted de ese modo, señor? — exclamó rápidamente, fijándose en su compañero.

A Hubert habíale parecido de improviso que su oportunidad había llegado porque el hombre a quien temía se encontraba de pie en lo alto de aquellos peligrosos escalones, en el sitio al que, deliberadamente le había llevado a fin de realizar en él su maléfico plan. Era necesario que se librara de aquel hombre — Hubert Mansell no admitía discusión a ese respecto, — pero no había querido hacer otra tentativa hasta encontrarse enteramente seguro del éxito.

Sin que él lo quisiera, la expresión feroz de su rostro y el lucir de sus ojos habían reflejado algo de lo que pasaba por su mente de criminal en aquel instante, emocionando al otro hombre y llenándole de desconfianza.

Rufus Trant retrocedió mirando nervioso a su compañero, como advertido por algún extraordinario instinto.

Hubert trató de reir para así tranquilizar a su compañero, pero su risa resonó desentonada y falsa a sus propios oídos, en el instante en que se acercaba un poco mas a Trant.

Allí, en el hueco de la puerta, en lo alto de la rota escalinata, el sitio era peligroso para quien se resbalara: y precisamente aquel infame cuyo corazón latía a impulsos de una idea criminal, se resbaló.

Un murciélago surgió de improviso de entre la hiedra de la pared y revoloteó casi delante de su rostro. El nervioso sobresalto

que aquello le causó a Hubert le hizo tambalearse y perder el equilibrio, resbalando en una losa pulida por obra de las lluvias.

Lanzando un grito salvaje de terror, se inclinó hacia adelante y hubiera caído de bruces cuan largo era si no se hubiese agarrado desesperado, al otro hombre; esta vez no para precipitar la muerte de Trant si no para tratar de salvar su propia existencia.

Si Rufus Trant no hubiese estado ahí, de pie, nada hubiera evitado que Hubert Mansell cayera, desplomándose hasta las rocas de la orilla.

Aun así, ni logró explicarse como pudo salvarse. Para el otro hombre el manoton de Hubert Mansell resultó fatal.

mirado todo con tanta indiferencia pues sus sentidos, y sus facultades estaban embotados por la emoción.

Miró a Rufus Trant, camino del último escalon y le vió trasponer el borde del boquete por el que se caía a las rocas de la costa baja.

Casi en seguida, de mas abajo llegó un grito penetrante y desesperado, el grito de un hombre que comprende que se halla en peligro de muerte.

—¡Sálveme! ¡Por Dios! ¡Sálveme!

Entonces, Hubert vió que la mano de Trant se distinguía todavía, haciéndole comprender, a la vez que el grito que acababa de oir, que algo se había interpuesto

El saltimbanqui perdió el equilibrio y cayó por los escalones hacia el precipicio...

El saltimbanqui perdió el equilibrio y cayó de costado sobre los escalones al final de los cuales le esperaba una caída necesariamente mortal.

LOS DEDOS CRISPADOS

Mientras Hubert Mansell seguía tendido en el suelo, jadeante y enervado, su mirada siguió a la figura del saltimbanqui que caía de escalon en escalon hacia el hueco por donde debía despeñarse y la contempló con apática indiferencia.

En el primer emocionante momento de su propia caída y providencial salvación. Hubert había olvidado su meditado propósito, de un instante previo, de librarse definitivamente del saltimbanqui chantagista. Si hubiese estado contemplando el desarrollo de una película en la pantalla no lo hubiera entre el hombre que caía y la muerte.

A un lado de los escalones, precisamente donde estaban rotos, fuera del borde de la costa, se notaba la presencia de una herrumbrada escarpia que había sido soporte del desaparecido pasamanos que en otro tiempo defendía uno de los costados de la escalinata.

Por alguna casualidad milagrosa el saltimbanqui, al caer, se había agarrado a aquel hierro quedando pendiente de él. Colgaba, pues, a la orilla del hueco, sosteniéndose con los dedos crispados asidos desesperadamente de aquel hierro, sin nada mas que lo sujetara, sin posibilidad de alcanzar ningún otro punto de sosten.

Hubert Mansell se puso de pie. Al hacerlo, de alguna distancia lejana llegó a sus oídos el ruído de rápidas pisadas como si el desesperado grito de socorro hubiera sido

oído por algunos transeuntes. Pero las ruinas no le dejaban ver de quien se trataba ni quien respondía desde lejos al pedido de socorro.

Aquellos transeuntes podían rescatar todavía al saltimbanqui, a menos que...

Astuto como el mismo demonio en persona, Hubert gritó con voz que la emoción enronquecía:

—¡Pronto! ¡Socorro! ¡Socorro!

Pero no quería esto decir que Hubert pensara en auxiliar al caído mientras rápida y cautelosamente descendió con toda precaución por los escalones, hacia el borde del boquete.

Durante un momento que le pareció toda una eternidad, sus ojos miraron a los suplicantes ojos del hombre colgado allí en tan precaria posición, ojos que leyeron el implacable propósito del hombre situado en lo alto.

Sin piedad ni lástima, Hubert Mansell tiró de los dedos que se crispaban en torno de aquel hierro que era la última esperanza del saltimbanqui y los fué desprendiendo... ¡Aquello era un crímen tan cruel como inhumano e infame!

Lanzando un último y terrible grito de congoja y de angustia, que repercutió en las oquedades de la costa, Rufus Trant cayó.

Hubert Mansell no tuvo valor para mirar hacia abajo. Retrocedió, pálido, inseguro, casi a punto de caer sin sentido...

Unos minutos después dos hombres aparecieron por el sendero. Eran los dos oficiales de policía que habían perseguido a George Heriot en el automóvil.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó el que llegó primero.

—¡Rufus Trant... ha caído en el boquete de la escalinata a la costa baja! — respondió Hubert. — ¡Hice cuanto pude por salvarle, pero ya era tarde! Si ustedes hubiesen llegado unos momentos antes, mientras el hombre colgaba de aquella barra de hierro, de la que logró agarrarse al caer!...

Calló, sacudido su cuerpo por un escalofrío.

Los dos hombres corrieron a la orilla del hueco, al sitio que Hubert indicó, y miraron abajo.

Las ruinas del castillo estaban en el promontorio que cerraba por un lado la pequeña ensenada donde George Heriot habíase encontrado sitiado por las aguas de la marea alta.

Donde el saltimbanqui había caído era en el otro lado del promontorio. Abajo, a gran distancia, en la franja de arena situada junto a la base del acantilado, distinguieron, a la luz de la luna, la figura de un hombre como acurrucado.

Parecía que un amontonamiento de plantas marinas que crecía en la pared del acantilado a tres cuartas partes de su altura total hubiesen interrumpido la caída del hombre, proyectándole hacia la playa evitando que diera contra las rocas.

—¡Triste suceso, señor Mansell! — dijo uno de los oficiales de policía volviéndose hacia Hubert. — Oimos el grito del pobre hombre y las voces de socorro de usted. La caída debe haberle causado una muerte instantánea. ¡Pobre hombre! ¡Si hubiéramos podido llegar unos minutos antes! Estuvimos en la casa en busca de usted; deseábamos verle para comunicarle que George Heriot ha sido arrestado.

¡George arrestado y el chantagista que podía haber traicionado el secreto de la muerte de John Heriot y el rapto del niño, muerto! Hubert Mansell trató, con grandísimo esfuerzo, de no dejar que los de la policía notaran la grandísima alegría que experimentaba en aquel momento.

Precisamente en aquel instante, un grito salió de labios del otro oficial de policía que no había dejado de mirar hacia la playa, donde se hallaba el caído.

—¡Pero si parace que no está muerto! ¡Esto es un milagro, pero el hombre vive, sin duda alguna! ¡Mire! ¡Mire! ¡Se mueve! ¡Vive! ¡Vive!

Estas exclamaciones proferidas con grande alegría por el oficial de policía sentaron a Hubert Mansell como un golpe de boxeo en el entrecejo y tuvieron por inmediato resultado infundirle más intenso terror.

¡Rufus Trant con vida! ¡Con vida, y por lo tanto en condiciones, no sólo de divulgar los terribles secretos que poseía sino también de acusarle de su último y odioso crimen contra él!

LO ESCRITO EN LA ARENA

Rufus Trant había gritado, con desesperación, al sentirse caer y sus gritos habían atraído al lugar del suceso a los dos oficiales de policía que no pudieron llegar a tiempo para salvarle. Los gritos de Rufus Trant fueron oídos también por Jack y Dick.

Los dos muchachos se dirigían por el subterráneo pasadizo que conectaba a la vieja casa con la orilla del mar; y, como el túnel inferior estaba bloqueado por el derrumbe acaecido algunas horas antes, se encaminaron hacia la salida situada en la pared perpendicular del arrecife, salida que habían descubierto cuando George Heriot escapaba de los de la policía.

Rasgando el silencio que reinaba en las solitarias alturas de aquella escarpada costa, el grito estremecedor llegó de pronto hasta ellos, helándoles la sangre en las venas y haciéndoles olvidar por completo el propósito que les había llevado a aquel sitio.

—Jack, ¿qué habrá sido eso? — dijo Dick que se había puesto muy pálido, con temblorosa voz. — ¡Ese grito pidiendo socorro!... ¡Me ha parecido que era la voz de Rufus Trant!

Jack corrió hacia la desembocadura del túnel. Miró hacia el alto promontorio en cuya cumbre estaban las ruinas del castillo, recostando su irregular silueta de sombra a

la luz de la luna. Rufus Trant había caído del otro lado del promontorio cuando Hubert Mansell le desprendió los dedos de la barra de hierro a la que se había agarrado como último recurso para no despeñarse.

Un instante después se oyó otro grito agudo y penetrante de terror y de desesperación que vibró solo un instante, volviendo a reinar enseguida el terrible y aplastador silencio.

—Dick: ese grito procedía del lado de las ruinas y yo voy a ver de qué se trata.

Mientras se expresaba así, Jack distinguió un momento dos figuras que se movían en la costa, las de dos oficiales de policía que se habían apresurado a acudir cuando oyeron el pedido de socorro.

do de su imaginación todo otro pensamiento.

Cuando Jack echó a un lado la piedra que ocultaba la secreta entrada oculta entre las ruinas de la altura del promontorio, oyó que una voz, a cierta distancia de allí, exclamaba con animación:

—¡Aun está vivo! ¡Mire usted! ¡Aun está vivo!

Los muchachos avanzaron y vieron los dos oficiales en la orilla de la costa alta mirando hacia abajo, hacia la playa, donde había algo. Jack y su compañero miraron también para abajo y vieron un bulto obscuro en la clara franja de playa iluminada por la luz de la luna. Era un hombre encogido como si se retorciera de dolor.

Rufus Trant, haciendo un supremo esfuerzo estaba trazando un mensaje en la arena de la playa.

Muy excitado corrió el muchacho seguido de Dick, dirigiéndose hacia el túnel superior, el que tenía su salida en las ruinas del viejo castillo.

Como aun no estaban enterados de la noticia que traían los de la policía, la de que la circular telegráfica enviada con la fijación de los dos fugitivos del automóvil había tenido como consecuencia la detención de George, los dos muchachos, impacientes y nerviosos habían resuelto, por iniciativa de Jack, entretenerse yendo a la orilla a investigar qué era lo que contenía aquel misterioso cajón cerrado que hallaron en la arena y que volvieron a enterrar en ella.

Pero aquel terrible grito, llenándoles de vagos temores había, por el momento, borra-

Aquel cuadro emocionó muchísimo a los dos muchachos

—¿Quién será? ¿Qué ha sucedido? — exclamó Jack sin dejar de mirar con la mayor atención.

Pero instintivamente comprendió de lo que se trataba antes de que los de policía lo averiguaran.

Por el otro lado del promontorio hubiera sido imposible subir desde la playa pero por el lado por donde había caído Rufus Trant, la pared de piedra era menos lisa. Un sendero, estrecho y peligroso pero practicable zigzagueaba de la altura a la playa y se encontraba a una docena de pasos, de donde estaban los muchachos.

Fué Jack quien primero lo vió. Instantáneamente el muchacho comenzó a descender

por él hacia la playa seguido, con más lentitud por los dos oficiales de policía.

Desde lo alto del promontorio, Hubert Mansell les miraba descender.

Un miedo intenso le helaba el corazon. Rufus Trant, como lo demostraban sus movimientos convulsivos vivía aún. Y si podía hablar antes de que la muerte le hiciera su presa, el saltimbanqui podía denunciarle a los de la policía como asesino.

Poseído por un estado febril de angustia y de miedo el culpable de tantos delitos, esperaba.

Jack, mientras descendía por la escarpada senda, tropezando y resbalando mas de una vez a causa de la rapidez con que quería bajar, olvidó todos los malos tratos de que le había hecho víctima aquel hombre por el cual sentía en aquel momento tan solo lástima y horror.

El hombre que se hallaba echado en la playa había conseguido, mediante un supremo esfuerzo, levantarse un poco, apoyándose en un codo.

Rufus Trant parecía mover los dedos sobre la suave superficie de la arena. Pero sólo cuando Jack estuvo a mitad de camino entre la cumbre y la base del promontorio pudo darse cuenta el muchacho del propósito de aquellos movimientos al parecer sin objeto.

—¡Está escribiendo algo en la arena! —murmuró Jack.

Jack tenía razón. Aun cuando lentamente y con grandísimo y doloroso esfuerzo el hombre herido estaba trazando un mensaje con el dedo en la suave y lisa superficie de la arena. ¿Qué mensaje?

Jack había notado algo más, algo que le hizo apresurarse más y más.

La marea estaba subiendo y era como una carrera la que se entablaba entre los que acudían en socorro de Trant y el avance de las aguas. ¿Llegarían a tiempo para leer el mensaje trazado en la arena antes de que una ola lo borrara?

Jack se apresuró desesperadamente, temiendo no llegar a tiempo.

Una larga y extendida lengua de agua de una ola mojó parte de la playa hasta entonces seca, llegando hasta una yarde de distancia del sitio donde estaba el hombre caído.

Y todavía el dedo de Rufus Trant se movía trabajosamente trazando su mensaje cuyas palabras, según lo temía Jack, corrían el peligro de que las borrara la marea ascendente antes de que pudiesen leerlas ellos.

Jack recorrió las últimas yardas de la senda, a saltos, así en el mismo momento en que sus pies hallaron la playa vió que la mano que escribía se detenía de pronto y que el hombre que se había incorporado haciendo un grandísimo esfuerzo, caía de nuevo, tendido en la arena,

Una ola llegó entonces, como vanguardia de la marea ascendente. Jack, mientras corría por la playa vió que la ola llegaba hasta donde estaba caído el hombre, inmovil en aquel momento; vió cómo borraba algunas de las palabras, dejando la arena limpia de la escritura trazada momentos antes, palabras que Jack no había podido leer desde donde se hallaba.

Pero sólo se había borrado una parte del mensaje trazado en tan extrañas circunstancias.

Quedaban algunas palabras que la marea no había borrado aun, palabras que Jack leyó en cuanto estuvo cerca de la gimiente figura del desdichado saltimbanqui.

Cuando leyó aquellas palabras que casi sin duda ninguna serían borradas por la próxima ola, palabras que naturalmente tenían que causarle gran excitación, el muchacho gritó a los de la policía:

—¡Pronto! ¡Corran! ¡Algo muy importante! ¡Vengan pronto!

Era importantísimo que ellos también vieran aquellas palabras trazadas en la arena, pues el testimonio de Jack, únicamente, no tendría valor en punto de tanta gravedad.

Los dos oficiales de policía corrieron. Tras ellos descendió Dick.

—¡Miren ustedes lo que ha escrito! —exclamó Jack nerviosamente indicando el suelo.

Los de la policía habían llegado en el momento oportuno para leer, lo que aun no se había borrado, de las letras que trazara el dedo de Rufus Trant.

No era posible que nadie supiera en qué consistía la primera parte del mensaje, borrada por el agua. Quizás fuera la denuncia contra Hubert Mansell, el hombre que podía haberle salvado y que, en cambio le había deliberadamente, enviado a morir.

Las palabras que quedaban bien visibles a la luz de la luna eran estas:

"Yo maté a John Heriot".

Casi en cuanto los ojos de los dos oficiales de policía leyeron la confesión del moribundo, una oleada avanzó y borró aquellas letras, dejando como si nada hubiera sido trazado en ella.

(Continuará)

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

EL CRIMEN DEL EXPRESO

Por G. MARKHAN FLINDERS

(Continuación)

BENNET alargó su mano armada de una cachiporra, mientras Milton estiraba sus brazos recogiendo el cuerpo del mayordomo, puesto fuera de combate sin previo aviso.

Después de maniatarlo lo arrojaron a un rincón, ocultándolo con una cortina de terciopelo.

—Ahora — dijo Bennet mirando su reloj — pasemos a la habitación de la derecha.

Cruzaron el espacioso vestíbulo y analizaron una pieza de paredes pintadas de verde pálido.

Milton se introdujo por una puerta color crema, y los dos se hallaron en un gabinete femenil, coquetamente adornado.

Lo revisaron metódicamente.

—Ni un comino — dijo Bennet, quedo.

Un ruído los hizo escurrirse hasta un biombo chinesco.

Oyeron un chapoteo de agua, detrás de la puerta que debía comunicar el gabinete con otra pieza.

—Toma — dijo Bennet, esa puerta oculta un cuarto de baño; y dentro de él se baña una joven.

Milton sonrió al ver el aire pícaro que tomaban las facciones del célebre ladrón.

—Pienso — dijo el detective — que debemos volver a tomar el camino del vestíbulo. Siendo ese un cuarto de baño, es difícil que tenga otra salida.

—Soy de opinión de entrar — dijo Bennet; — la mujer, suponiendo que es una mujer, puede ser un miembro de la banda; y es bueno verle la cara, ¡qué demonios!

La puerta de referencia dió paso a una esbelta joven, cubierta con una salida de baño, en negligente abandono.

Bennet pellizcó a su compañero, mientras reía mudamente.

Milton salió del biombo sin hacer caso de los tirones de Bennet.

—No dé un solo grito — conminó; — se encuentra en manos de la ley.

La joven, al notar un desconocido en su pieza; y al oir tales palabras, cerró su ropa demasiado abierta, y, roja de sopresa y cólera, gritó en alta voz:

—¡Ah, hay desconocidos en la casa!

Y apretó un botón eléctrico, puesto en la pared.

—Calla, culebra — dijo Bennet mirándola ferozmente.

Y sin dejar de apretarle las manos, ordenó. a Milton.

—Pronto, anda a la sala para tener la retirada expedita.

Milton retrocedió llegando a la sala en el instante que entraba un hombre corpulento, de rojos cabellos, empuñando un revólver.

El detective, veloz como el rayo, le cayó encima. Su puño llegó matemáticamente al mentón del contrario, en tanto que su otra mano le sujetaba el revólver.

El adversario dobló las piernas por efecto del golpe, y Milton pudo desarmarle mediante una enérgica torcedura del brazo.

Pero ya entraba otro individuo, el del traje castaño, y sorprendiendo al policía lo castigó en la cara.

El detective trastabilló cayendo. Su rival levantó el pie para golpearle, cuando le rozó un bólido de forma humana. Llamado Bennet.

Un diluvio de golpes aporreó al de castaño, mandándole violentamente a la pared; y de allí al suelo.

Milton se levantaba ligeramente mareado

Ruídos de automóviles, parándose en la calle, les dió a entender la llegada de los policías.

El hombre de los cabellos rubios, repuesto del golpe, se incorporó sin tratar de luchar huyendo por el vestíbulo.

Bennet le persiguió.

Cruzaron un comedor, una sala y un patio interior.

El de los cabellos rojos sintiéndose per-

seguido; se dió vuelta haciéndose a un lado. Bennet a pesar de su precaución, por medio de la treta, recibio un puñetazo debajo de la oreja izquierda que le tumbó inconsciente.

Pero el otro no tuvo tiempo de rematarlo; siguió su huída penetrando en un escritorio. Y cerrando la puerta con llave fué a un cajón de la mesa escritorio, con una pequeña llave. Sacó unos papeles amarillentos, y poniéndoselos en el pecho se acercó a una biblioteca...

Varios tiros dieron en la puerta.

El hombre de los cabellos rojos llevó atrás la mano diestra con una mueca de dolor, se dobló sobre las rodillas y cayó en el piso...

Bennet después de recibir el golpe, reaccionando súbitamente, se paró, llegando a sus oídos el chirrido de una cerradura al cerrarse.

Temiendo una emboscada, se acercó cautelosamente con una pistola.

La puerta estaba cerrada y en su interior oyó un movimiento. No vaciló, apuntó y apretando el gatillo descerrajó seis tiros contra la cerradura. Y al momento, se lanzó con ímpetu. Crujió la puerta cediendo a la violencia.

Bennet vió a su hombre en el suelo, quizá muerto, y en el pecho sobresalían unos papeles amarillos.

Los tomó y se los metió entre las ropas sin leerlos. Para él no había duda de que serían los planos.

Milton, el detective inglés, apareció acompañado de dos policías franceses.

—¿Le has muerto? — preguntó inquieto, viendo al caído, inmóvil.

Bennet se encogió de hombros.

—Más murieron en la última guerra, — contestó, recuperando su burlona frialdad — ¿Qué tal?; ¿son de avería los prisioneros?

—El de marrón es individuo de antecedentes — respondió el detective, saliendo con el célebre ladrón...

En el vestíbulo se hallaban reunidos la joven, el mayormo y el del traje marrón, rodeados de cuatro policías de particular.

Ferrand, los llamó desde el escritorio.

—Aunque esta gente sea de dudosa moral — dijo fastidiado, no hay pruebas con qué acusarles.

—Eso le preocupa — respondió Bennet, inclinándose ante la mirada rencorosa de la joven — Si no hay pruebas se les deja en libertad.

—Es así como contesta después de habernos llamado — prorrumpió el inspector.

—Vamos, señor Ferrand, menos nervios y más corduta. ¿Por qué no me pregunta usted la causa de la llamada urgente a esta casa?

—Se la he preguntado.

—No; me ha interrogado bruscamente. Pero, no se asuste; tengo aquí pruebas suficientes para perdonar la entrada en el domicilio y la captura de los señores, que ya deberían estar en un carro celular camino de la jefatura.

Ferrand dió una orden, y los prisioneros fueron sacados de la casa.

—Tome las pruebas — prosiguió Bennet, entregándole los papeles que había sustraído de la caja fuerte — Son planos de palacios. Uno de ellos creo que es el palacio del marqués de Zamboni, asaltado la última temporada.

Ferrand y Milton los hojearon satisfechos.

—De su cuenta corre enterarse si hay más cómplices, y a quien pertenece el edificio que allanamos — dijo Bennet, aprontándose a retirarse.

En una camilla sacaban al hombre de los cabellos rojos.

—¿Muerto? — preguntó.

—Herido grave — respondió el practicante, alejándose.

—Hasta mañana — dijo Bennet.

Los policías le vieron irse arrastrando los pies de cansancio.

Ninguno de ellos pensó que con él se marchaban los planos rusos, por los cuales no descansaban. Pero, lejos de terminar la pesquisa, volvía a comenzar quién sabe con qué resultado...

Bennet quería estudiar los planos, cerciorarse de que eran éllos los que guardaba en el pecho, y tomando un taxi llegó a su oficina, que ya conocemos.

—Extendió los papeles en el escritorio, y lanzó una maldición.

Allí estaban los planos de defensa rusa... pero faltaba la primera parte.

Tomó el teléfono, comunicándose con Ferrand en la jefatura.

—¿Ferrand? — preguntó — ¿Sabe usted quién es el dueño de la finca?

—Sí. La casa está alquilada al barón de Mompurgo, cuyos datos son óptimos — respondió el inspector, atendiendo.

—¿De qué trabaja?; ¿es rico?; ¿tiene propiedades?

—No se le conoce mayormente.

—Entonces diga usted que no se sabe de que vive — dijo Bennet de mal talante — Búsquele usted, si puede, pues sin equivocaciones es el jefe de la banda, y el que tiene los planos.

—Eso hacemos — contestó Ferrand.

—Vigile la embajada alemana, los consulados, haga cantar a los detenidos; ¡por el diablo!; si se nos escapa lo perdemos todo.

Cortó Bennet, y sintiendo un agudo dolor detrás del oído izquierdo — causa producida por el golpe recibido en la lucha — apartando la cortina de terciopelo gris, pasó a otro cuarto para curarse...

Dos horas más tarde, el teléfono llamaba insistentemente en el escritorio.

Bennet acudió al aparato.

—¡Hola! ¿Ferrand, qué sucede? — preguntó.

—El barón se negó a entregarse detenido. Huyó matando a un policía e hiriendo a otro. Milton le persigue.

—¡Por Barrabás y Rosas! — exclamó

ennet. — Preciso es detenerle; se lleva
s planos. ¿Dónde está usted?
—En la jefatura.
—Voy yo ahí, espéreme.
Bennet se reunió con Ferrand en la ofi-
na de éste, donde encontró a Dubois, el
efecto de policía.
—¿Qué tal? — preguntó risueño al jefe
ancés — Por un tris no nos ganamos la
egión de Honor...
Dubois, pese a su mal humor, reconocien-
o que todo se le debía al simpático hombre
e industria, lo saludó con un gesto amis-
so.
—Voy a hablar — dijo Bennet, a quien
ustaba los discursos cortos y lucidos —
l señor Mompurgo, barón, jefe de banda
altos ideales, ocultado en su personalidad
sus relaciones pudo saber muchas cosas
teresantes para perpetrar sus fechorías.
Gastaba grandes cantidades, y no se le
nocen fuentes de riquezas. Prendemos a
s secuaces — quizá tenga otros; — más
les escapa a ustedes con los planos. Si
ilton no lo prende, ¡adios éstos!
Los policías hicieron un signo de deses-
eración.
—¡Bah! yo les prometo que no serán
endidos por el barón — prosiguió Bennet
- Deseo un retrato de Mompurgo. ¿Es ita-
ano?
—Natural del Piamonte — aclaró Fe-
rand.
—Respecto a los otros. ¿Qué condenas
ueden dárseles por los papeles que le di?
- interrogó.
—No tan rigurosas como quisiera — di-
o Ferrand.
Dubois se mordió los labios.
—Yo les daría la libertad con tal de te-
er a Mompurgo — murmuró.
Milton, pálidas las facciones y con la pi-
a humeando en la boca, entró.
-Los policías le miraron ansiosos.
—Ha escapado — dijo el detective, len-
amente, — y eso lo condena. Ahora creo
ue le tenemos en las manos.
Y al decir esto, pensó en Tindy, su ayudan-
e, al que había dejado encargado de la
ifícil misión.
Tindy se le había reunido en París, esa
arde.
—Que lo tenían — corrigió Bennet.
—Es cierto — dijo Ferrand; — y le vol-
eremos a tener.
—¡Avant entonces! — exclamó el ladrón,
- ¡a la caza!; no lo dejemos reaccionar.
—Tiene usted razón; debemos activarnos
— afirmó Dubois con resolución. — Y debo
arle gracias por su cooperación.
—Niñerías, señor Dubois; siempre hay
n hueco por donde atacar al adversario—
espondió el fino ladrón con fanfarronería.
- Y los jefes franceses creían a los planos
ejos de su alcance, cuando con sólo revisar
Bennet hubieran hallado la mitad de
llos.

IV

MOMPURGO

Del departamento de William Rubens, los acordes sincopados de un fox troxt salían alegremente llegando al final del corredor.

William Rubens, en camisa de seda blanca, sosteniendo en una mano una copa llena de whisky y soda, escuchaba moviendo el cuerpo al compás de la música.

De el lujoso fonógrafo, la voz del cantor se dejó oir, suavemente modulada, y su pronunciación inglesa acompañó las notas, con calor.

William era de elegante porte, agradable rostro y cabellos negros con gomina.

Hacían sus pies un cadencioso paso de baile, cuando entró un hombre cerrando la puerta con llave.

William se volvió.

—¡Usted!

La persona que acaba de entrar, el barón de Mompurgo, vestido con impecable chaqué y polainas grises, colocó en una silla el bastón y el cilindro.

Su cara, pálida y fría, de apagados ojos azules, reflejaban la dureza del granito.

Más bien bajo, su figura era recuadrada en la pared por la luz de la ventana.

—Cierre usted las persianas — ordenó con tono autoritario — Le vaticino un baile macabro, en donde sólo baila la cabeza.

Su acento cortante sobresaltó a William, quien obedeció sentándose luego a su lado.

—Por lo visto, ¿tiene usted algo grave que decirme? — preguntó.

—Sírvame whisky — dijo Mompurgo suavizando su voz — Estuve a punto de caer en las garras policiales.

William miró con estupor a su jefe

—Nos han traicionado — murmuró amenazante.

La risa de Mompurgo, seca y detestable, fué la contestación.

—No lo sé; pero la casa estaba llena de esbirros.

—Todo descubierto — dijo William lívido.

—¡Por la Madona!, no se asuste usted, William; ¿no me ve a mí calmo?

—El golpe es fuerte — respondió William bebiendo otro whisky. — ¿Guarda usted la primera parte de los planos?

Mompurgo disimulaba bajo su burlona frialdad, la feroz rabia que lo embargaba.

—Hay que ponerse en resguardo — dijo sin contestar la pregunta de Rubens — Estamos descubiertos, y la mitad de los planos habrán caído en manos de Ferrand... No me hago ilusiones...

¿Se figura usted William la cantidad que paga el delegado alemán Steet? Cinco millones de dólares. Pero, ¿cómo le vendemos los planos si no los tenemos completos?

Se hizo un silencio pesado. Mompurgo, después de estas palabras, se sirvió más whisky, y con la copa en alto, reflexionaba.

—¿Es Milton el autor de la galantería? — preguntó William, poniendo otra pieza en el fonógrafo.

—Milton, Bennet, Ferrand; ¡en fin!, unos gratos amigos — respondió Mompurgo sin afectación; pero la tranquilidad de su tono presagiaba una venganza a la usanza calabresa.

—Debemos saber, primero, si nuestros compañeros están entre rejas. ¡Pobre Militza! — exclamó William.

El barón se encogió de hombros, indiferente.

—Tanto ella como Jekins — dijo — sabrán escapar... a una larga condena.

—Y los planos — lamentó William, parando el fonógrafo, evidentemente molesto.

—Las quejas se dejan para los llorones — dijo Mompurgo, brutalmente — Tenga el aeroplano preparado y me trae los diarios de la tarde. Recoja el dinero de los bancos.

Quitó un reloj de oro.

—Es tarde — prosiguió, — más no es óbice para usted. Dentro de dos horas, o sea a las diez y ocho, le espero en la villa Elisa.

¿Estamos?

—Estamos — respondió William Rubens.

En el vestíbulo del hotel, un joven los observó atentamente...

La villa Elisa se alzaba en las afueras de París, en un lugar apartado y solitario.

En una de sus piezas leía los periódicos el barón de Mompurgo, en disposición de salir de viaje.

Sobre una mesita de nogal oscuro, había un sifón, un porrón de ginebra, dos pistolas de largo alcance y unos papeles amarillentos.

Mompurgo había despedido a la casera, y esperaba a William con el plan a seguir preparado desde largo rato.

Al luchar contra todas las probabilidades, lo hacía guiado por su habilidad deductiva; arma formidable, que lo diferenciaba y lo imponía entre sus compinches, incapaces de llegar a igualarle.

La verja fué abierta y penetró William.

El barón, sin moverse de la ventana, le oyó entrar.

—Todo está preparado — dijo Rubens.

Sacó una abultada cartera, y sentándose, prosiguió:

—Repartámos el dinero; pues las circunstancias lo obligan.

Mompurgo giró sobre sus talones, y la luz eléctrica iluminó su semblante.

—Haga usted tres partes — dijo avanzando.

Recogió las pistolas y los papeles

William hizo tres fajos de billetes.

—¿Cuánto tiene cada uno? — preguntó el barón.

—Usted lo sabe muy bien — contestó desabridamente William.

—Cien mil francos — dijo Mompurgo — Tome usted uno de ellos.

William metió uno de los paquetes en la cartera.

—Perfectamente — prosiguió el barón, con ambas manos encima de la mesa — Ahora escuche mi plan, que vamos a ejecutar esta misma noche. El tiempo urge.

William fué echando lentamente el líquido color ambar pálido de la ginebra, en una copa de cristal.

—Los diarios dicen que Jekins cayó herido en el pequeño escritorio, donde se había encerrado.

William enarcó las cejas.

—...¡Ah! Jekins quiso salvar los planos y huir por el pasadizo.

Mompurgo tuvo una inflexión amarga, y siguió:

—La suerte le fué adversa. Los diarios no hablan de los planos, y sin embargo los tomó Jekins.

¿Qué la policía pretenda guardar la incógnita? Está reñido este pensamiento con la razón. Si los tuvieran gritarían al cielo, conformando al público y al gobierno.

Con los policías estaba Bennet; y Bennet persiguió a Jekins... Mi querido William, no me equivoco si afirmo que los planos los tiene él; y, que esta noche volverán a nuestros bolsillos.

—¡Oh!, ¡así da gusto oirlo, barón!

Rubens tragó la ginebra de un sorbo. Le brillaban los ojos de contento, y mostraba sus dientes en una risa canibalesca.

—Tiene usted de nuevo la sartén por el mango — dijo, acariciando la copa.

—Con un rival de la potencia de Bennet, decir eso es aventurarse. No sueñe William; sacarle los planos a Bennet nos va a costar caro.

—¿Costó caro matar a Richard en sus propias barbas?

—Calle usted; los muertos no deben ser nombrados. Esas hazañas... hacen poca gloria.

Mompurgo inclinó la frente. La ferocidad se retrataba en sus fríos ojos.

William, se echó hacia atrás, dominado por la refinada maldad del barón.

—¿Ha hecho preparar el aeroplano? — preguntó Mompurgo.

—Sí; está listo para partir.

—Comuníquese con Pedro. Que tenga la nafta preparada.

Se acercó a la pared, donde colgaba un mapa de Europa.

Sacó un lápiz y dió un puntazo en el ducado de Luxemburgo.

—Luxemburgo, rodeado por Alemania, Bélgica y Francia. ¿Le conoce usted?

—No.

—Pues lo va a conocer. Luxemburgo es un sitio ideal para tratar con Alemania, nuestra clienta.

Y como William tomara el aparato, dijo:

—No se olvide de hablar con Steet, e informarle de los aires de Luxemburgo...

Un coche pintado de verde, se detuvo junto al edificio en el cual Bennet tenía su escritorio.

El barón de Mompurgo, bajó, seguido de su compañero quien dejó el motor en marcha.

Ante los insistentes llamados del barón, se abrió la puerta.

La hermosa joven que se encontraba en su umbral, se sintió empujada violentamente; suspendida por unos brazos harto sólidos, y oprimida la garganta.

Mompurgo, apuntando con la pistola, de un tirón desgarró la cortina de terciopelo gris.

Bennet no estaba en su escritorio.

Volvió el barón sobre sus pasos. William había sentado a la joven en un sillón.

—¿Quién eres? — interrogó Mompurgo.

—Su compañera, me imagino — dijo William sin dejar su expresión amenazante.

—Revise usted el escritorio.

Mompurgo se puso junto a la joven.

Un hermoso rostro, unos ojos límpidos y un cuerpo esbelto y atlético, no inclinaban a la piedad al barón de Mompurgo.

—¿Dónde está Bennet? ¿Dónde están los planos? — preguntó secamente.

La joven no resistió la inclemente mirada. Bajó los párpados, y encogiéndose en su asiento, contestó:

—¿Dónde está? no sabría decírselo. Jamás pregunto lo que no me interesa.

—¡Mala pécora! ¿quieres morir? Contesta.

—Tiene usted una mala educación — dijo la joven sin parecer intimidada; — yo no le di motivo para tutearme.

Los ojos del barón despidieron chispas.

—¿Ha encontrado usted algo? — preguntó a William, sin cambiar de postura.

—Nada absolutamente.

—Encárguese de la joven.

Mompurgo la hizo levantar con un gesto. y abriendo la puerta, sin abandonar la pistola, agarró la dirección del volante.

Partió el automóvil por las desiertas calles, cual una exhalación.

El hermoso rostro de la joven demostraba profunda inquietud.

Sentía a su lado el cuerpo de su raptor, y se arrimó a la ventanilla.

—Le repugna el rozamiento — bromeó William, pegándose. — ¿Se podría saber su nombre?

—Es demasiado feo — contestó la joven sin perder la seguridad de su voz.

—¿Goza usted de los favores de Bennet?

Esta vez William no obtuvo contestación.

—Puede usted permitirse el silencio — dijo agriamente; — pero ya tendrá tiempo para arrepentirse por no contestar a las preguntas de un caballero.

—Usted se lo dice — replicó la joven. — Si me permite la curiosidad — el tono de la jovencita llegó cargado de ironía, — ¿quisiera preguntarle por qué me ha raptado?

—Muy sencillo, señorita. Necesitamos los planos que guarda su... amigo Bennet.

—¿Y?

—Y usted será una de las víctimas si se niega a entregarlos.

El auto pasó delante de un foco de luz.

William miró a la mujer. Esta conservaba su sangre fría, pero su serenidad era forzada.

—No gana usted nada con hacerme su víctima — murmuró. — Esperaba al señor Bennet por un asunto particular.

—William — ordenó Mompurgo, el que había escuchado toda la conversación — cubra los ojos de la señorita.

William rodeó el rostro de la joven con un pañuelo de seda.

Paró el automóvil.

—Prepárese a bajar — dijo William.

Una mano tomó la izquierda de la joven. La mujer creyó caminar por una camino de ladrillos. Luego, alguien le sacó la venda.

Estaba en la pieza que ya conocemos.

El barón, de espalda a la ventana, la observaba.

—Siéntese usted — dijo. — ¿Quiere tomar una copa de ginebra?

—No bebo ginebra. Noto que ha aprendido a tratar mejor a las damas.

El barón sonrió.

—Me complace su valor y su festividad — dijo. — Bennet ha nacido con una suerte endiablada.

—Hágame la cortesía de sentarse — conminó con dureza, dando el ejemplo.

—No me place.

Mompurgo tuvo un destello de admiración. Entrecerró los párpados, y dijo:

—¿Ama usted a Bennet cómo para salvarle la vida?

—No puedo amarlo porque no lo conozco. Hace dos días me fué recomendado por un señor. Dicen que es un buen detective.

—¿No miente usted?

—¡Por qué he de mentir!

—Me hará el honor de cenar conmigo — preguntó Mompurgo.

—Lo haría; pero estoy apurada.

—¿Me hace un desaire?

La jovencita, cuyos nervios comenzaban a flaquear, se dejó caer en una silla.

—¿Y si no quiero? — preguntó con valentía.

—La obligaré. Está usted a mi completa disposición, y la desobediencia le puede costar crueles vejámenes.

—Ya lo creo, se le nota en la cara.

El barón se levantó fríamente, tomándola en sus brazos.

—Déjeme — rogó la jovencita tratando de desasirse.

Mompurgo rió perversamente.

—Mi pasión es dominar jovenzuelas — dijo.

Sus labios se unieron a los de la joven, pese a los esfuerzos de ésta.

Después se separó, dejándola.

—¿Le agrada a usted que siga? — preguntó, adelantando un paso.

La joven sonrió tristemente.

—Basta — dijo. — haré lo que usted diga.

—Debió empezar por decir eso, sin obligarme a regalarla con un beso.

Rubens entró con gesto preocupado.

—Lea usted el periódico, barón — dijo, alargando un diario.

Mompurgo le miró de mal talante, tomó el diario, y dejándolo encima de la mesita:

—Bien — dijo.

La emoción que le produjo la lectura se

tradujo en un imperceptible movimiento de pestañas.

—Prepare el coche — ordenó.

Y dirigiéndose a la joven.

—Señorita — dijo, — aquí termina su prisión sin que nadie haya intentado libertarla. Venga usted...

Esa noche, todos los diarios comentaban las declaraciones del mayordomo, con profusión de detalles...

———

Bennet, al entrar en su oficina, donde con seguridad lo esperaba su compatriota y clienta Aurelia Sáenz de Miera; se detuvo, desenfundó su revólver y pasado un instante se adelantó.

La cortina de terciopelo gris que cubría la entrada del otro cuarto, sacada de cuajo, se hallaba en el suelo.

Bennet observó cuidadosamente el escritorio. Los músculos del rostro se le fruncieron al notar la cartera de la joven, abandonada en un sillón.

—¡Maldición! — murmuró — El de Mompurgo es de sangre ardiente...

Para Bennet, lo sucedido era un ataque audaz del barón, con una complicación penosa.

Aurelia Sáenz de Miera, puesta sin arte ni parte en la danza macabra...

La campanilla del teléfono le despertó de sus negros pensamientos.

—¿Habla Bennet? — preguntó una voz femenil del otro lado del hilo.

Bennet lleno de estupor, exclamó.

—¿Es usted señorita de Miera? ¿Dónde se encuentra?

—En casa; recién llego.

—¿Quiere usted decir qué la han raptado y vuelto a poner en libertad?

—Así es.

—Voy inmediatamente.

—Lo espero.

Bennet tardó bien poco en llegar a la casa quinta.

—Teatral, teatral, se decía por el camino, mientras su cerebro trabajaba intensamente. Mompurgo no había tardado en conocer quién tenía los planos. Bennet sabía ahora, que su tranquilidad equivalía a la muerte de Mompurgo, o a su prisión...

La joven lo recibió en una salita primorosamente adornada.

El célebre ladrón al mirarla, se percató de la emoción sufrida por la palidez mate que hacía resaltar los ojos negros en las facciones de la joven.

—Bonito susto — dijo acomodándose en el sofá, a su lado.

—Todo por ir en su compañía — bromeó la joven.

Bennet lanzó una carcajada.

—Cuénteme todo — dijo.

Aurelia contó con una claridad que indicaba su sereno temperamento.

Bennet sonrió despectivo.

—Los planos — dijo. — ¿Querían los planos? ¡Háyase visto personas más mal educadas!

—La aventura me encanta — murmuró Aurelia, soñadora.

—¿Piensa usted en el beso de ese cadáver? — preguntó Bennet, burlón.

La jovencita lo miró indignada.

—Volvamos a nuestro asunto — dijo. — Confío en usted para encontrar a mi hermano. Se cuentan tantas proezas suyas que, en verdad, me he esperanzado.

—Es cierto, me había olvidado—dijo Bennet, serio. — Según lo que me ha dicho, señorita, aunque pienso hacer lo posible por tan gentil compatriota, encontrarlo...

—También usted se declara impotente — dijo la joven.

—¡Oh, no! al contrario, me declaro competente, y tan pronto venza a Mompurgo...

Bennet hablaba de vencer a Mompurgo y no admitía la posibilidad de ser vencido.

—Yo lo ayudaré personalmente — dijo Aurelia. — Le pagaré...

—Señorita — cortó Bennet, ofendido. — Hago el bien por hacer el bien.

La joven creyó prudente callarse. Que raro le parecía su compatriota. Un detective que no cobra honorarios.

Bennet, luego de su fingido arranque, dijo:

—El reloj da las ocho y es hora de cenar. ¿Si hace el honor de acompañarme? de paso me dará más datos de su hermanito, y de los lugares de su desaparición...

En el comedor de un hotel, cenaban ambos jóvenes; pero Bennet no podía imaginarse que cierto momentáneo colega suyo, era asesinado por el terrible barón.

V

EL PRIMERO EN MORIR

Milton, el detective inglés, fumaba en su habitación, abstraído en el importante problema.

El policía, después de dirigir un gruñido a su pipa completamente vacía, la volvió a llenar.

Milton pensaba en Tindy, su ayudante, al que había dejado en persecución de Mompurgo.

Bertha, golpeó discretamente.

—Lo llaman por teléfono — dijo.

Cuando Milton terminó de hablar; sacó de su pieza una cartera de cuero, amplia y pesada, y subiendo a un taxímetro dió una dirección.

Tindy, su joven ayudante, le esperaba en la puerta del chalet Villa Elisa, de donde Mompurgo acababa de huir tan precipitadamente.

—Te has portado a la altura de las circunstancias, muchacho — dijo el detective complacido.

Tindy aceptó el elogio, pero dejando su satisfacción para más adelante, dijo:

—Han salido hace unos diez minutos, con una joven.

Milton dejó relatar al joven, mientras revisaba los muebles y estudiaba el chalet.

—Tindy, ¿por qué los has dejado escapar? — preguntó mordiéndose los labios. — ¿Tienes alguna razón?

—Acérquese al mapa, jefe — respondió el joven, haciéndolo entrar en la pieza que conocemos.

El detective se acercó.

—Aquí hay un fuerte puntazo en el ducado de Luxemburgo — dijo.

—En efecto, lo hizo Mompurgo en un ademán quizás involuntario — respondió Tindy. — Piensa ir allí.

—¿No ha podido usted seguirlo? — interrogó Milton.

—No, señor.

—Telegrafiando a la policía de Luxemburgo, los podríamos atrapar — murmuró el detective.

—Vigilando las alturas, jefe — dijo Tindy, que veía ensombrecer el rostro de Milton

—¿No oyó nada acerca de esa mujer? — preguntó el detective.

El joven meneó la cabeza.

Milton se lo llevó de un brazo al jardín.

—Veamos — dijo. — ¿De dónde oístes la trunca conversación?

Tindy miró la ventana.

—De ahí al suelo no hay más que tres metros — dijo. — Yo estaba en el ángulo que forma la pared, a la izquierda.

—¿No sabes a qué salieron?

Tindy negó con un gesto, y dijo:

—Cuando ellos dejaron el chalet, yo entré. Lo primero que noté conforme había cído, fué el puntazo en el mapa. Le hablé a usted por teléfono. No podía seguirles, porque iban en automóvil.

—¿Y cuándo volvieron?

Yo me encontraba en mi puesto primitivo — respondió Tindy — y oí la palabra "libertad".

—Y su acompañante, ¿qué tal?

—Un caballero, jefe. Al volver con la joven; Mompurgo lo llamó William y al salir nuevamente. Rubens. Colijo entonces que se llama William Rubens.

—¿Y en el hotel dónde siguió a Mompurgo?

—Al barón le perdí de vista en la entrada del hotel Palace, por un tropiezo con una joven obrera — dijo Tindy, repitiendo. — Desesperao por el contratiempo permanecí en el vestíbulo esperando, y pregunté al gerente por Mompurgo, sin que aportara un dato acerco de su personalidad.

Salió con un joven — el detective del hotel nos informará sobre éste último — y se separaron en la calle. Seguí al barón hasta el chalet, al cual llegamos marchando al galope...

Milton fué a cenar con su ayudante, y luego, telefoneó a Ferrand.

El inspector, después de saludarlo, le enteró de que el escritorio de Bennet había sido asaltado por Mompurgo y otro "señor", y se habían llevado a una joven clienta que le estaba esperando, soltándola una hora más tarde.

—Lo se — dijo Milton sin jactancia.

—Lo sabe — exclamó Ferrand. — ¿Y cómo lo sabe?

—Mañana mi ayudante le relatará a usted — respondió Milton, apresurado por cortar.

El apresuramiento de Milton, era Fifí: la joven francesa, quien charlando con Tindy, había tenido el buen tino de ponerse en el marco de la puerta para ser observada por el detective.

—¡Oh, monsieur Milton! — exclamó, simulando verle de pronto. — ¿Qué buena idea la de traerse al simpático Tindy!

Milton calcinó a su segundo con una mirada.

Tindy se encontraba muy a gusto con los adjetivos de Fifí.

—Deseaba tratar a las francesas — dijo el detective, tomando el pocillo de café que traía Bertha — y yo lo traje cumpliendo así su afán.

Y cuando Milton quería ver los colores de su ayudante, no tenía que decir más que estas palabras.

Tindy, completamente rojo al notar la curiosa mirada de Fifí, trataba de zafarse de su rubor, inútilmente.

Una detonación estalló en la calle. Uno de los vidrios de la puerta saltó hecho pedazos, y Milton, rodó en el piso sangrando de la cabeza.

Fifí lanzó un grito. Tindy se avalanzó a la puerta con el revólver pronto a disparar; y al abrirla, casi desde la esquina, otro tiro salió del automóvil que huía. Tindy se sintió caer. Tuvo fuerzas para contestar; pero sus plomos sólo agujerearon las nubes.

El agente de parada corrió a su vez, tardíamente... Algunas personas, la mayoría vecinos y pensionistas, socorrieron a los detectives, esperando la llegada de la ambulancia.

Bertha estaba extraordinariamente pálida. Fifí, más serena, quiso acompañar a Milton y a Tindy al hospital.

Ferrand esperaba impaciente en el corredor lindante con la sala en la cual operaban a Milton.

Lajaune, estirado en un banco, al revés de su jefe, parecía estar muy tranquilo.

—Haga buscar a Bennet — mandó Ferrand, bruscamente. — Son las veinte y cuatro; a lo mejor ha llegado a su oficina.

Lajaune se alejó a cumplir las órdenes de su jefe.

Una joven que Ferrand desconocía, sentada en otro banco bajo la influencia de una fuerte impresión, también aguardaba.

—Señorita — dijo el policía, — retírese y descanse, yo le hablaré si hay alguna nueva.

—Gracias, señor — contestó Fifí; — pero falta tan poco para que terminen de operar que prefiero enterarme yo misma.

Ferrand admiró a la jovencita por el interés que demostraba.

—Amistad o amor — se decía el grave inspector, dudoso, cuando se abrió la puerta de la sala.

Lecler, el celebrado operador de la Sorbona, le llamó.

—Sólo un milagro puede salvar a Milton — dijo parpadeando nerviosamente — y el paciente Tindy está mal...

—Es preciso que hable con él — dijo el policía. — ¿Habla, doctor?

El médico se fué sin contestar.

Lajaune se reunió con Ferrand. Este, brevemente, ponía en conocimiento de Fifí el estado de Milton y su ayudante.

Era tal su apresuramiento, que entró en la sala con Lajaune, sin notar el gesto de

dolor de la joven. Y junto al lecho de barrotes blancos de Tindy, sin fijarse en el ademán de la enfermera que le recomendaba silencio, preguntó:

—¿Desvaría o está claro del cerebro?

Tindy levantó los párpados.

—Claro — respondió, insinuando una sonrisa dolorosa...

Daban la media de la mañana. Ferrand y Lajaune, entraban en la jefatura de policía.

¡Qué caros habían costado los datos de Tindy!

El inspector pensaba en el ducado de Luxemburgo. Y Mompurgo había postergado el viaje. Allí debía ir con todos los planos, sino no había motivos para alejarse de París.

Arístides, luego de cenar con su compatriota Aurelia Sáenz de Miera, la invitó a pasar el resto de la noche, en un cabaret, en compañía de algunos amigos.

Se despidió a media noche, pretextando su debilidad pulmonar que le impedía estar de parranda contínua.

La excusa era buena; pero la joven, quien no podía ser engañada así, recibió otra.

—Debo trabajar, acaso no nos veamos en varios días — le dijo Bennet.

Y pudiendo haber ocurrido algo, llamó a la jefatura, telefónicamente.

—Hola, ¿Ferrand? — preguntó.

—Lo he mandado a buscar por todas partes — respondió la voz del inspector.

—Estaba en Montmartre.

—Le envidio el carácter. Preste atención.

El rostro de Bennet fué pasando de la sorpresa a la cólera, y de la cólera a la frialdad.

—¿Se queda usted en la jefatura? — preguntó.

—No.

Cortó Bennet y mientras el automóvil lo conducía al hospital, le invadió una sorda rabia contra el barón.

En la casa de salud, las cosas habían empeorado. Milton, el detective de Scotland Yard se hallaba al borde de la tumba; en cambio Tindy, dentro de su gravedad se encontraba mejor.

Amaneció el día cargado de nubes tempestuosas, como dando marco a la misteriosa batalla de crímenes que se desarrollaba en París.

Bennet no descansaba. En constante contacto con los policías que revolvían la ciudad vanamente, buscando el refugio de Mompurgo; se insultaba por no tener el hilo de la cuestión.

—¡Oh, si en vez de Tindy hubiera estado yo! — exclamaba, — a estas horas el Papa les daba la bendición "in extremis".

Lajaune, que tampoco había dormido, trajo un dato de importancia.

Una persona informaba haber encontrado un coche abandonado en las afueras de París; y otro, haber visto, por esos mismos lugares, un avión remontando.

Puesto en conocimiento de Bennet, preguntó:

—¿Por qué lado se perdió del horizonte?

—Hacia el este.

—Despierta a Ferrand, Lajaune, y luego ven a mi escritorio.

El detective cumplió su encargo con prontitud.

Bennet lo esperaba aplastando la cara de su Buda de plata, con golpes acompasados.

—Acomódate, Lajaune — dijo indicando un sillón. — ¿Te encuentras cansado?

—Desde ayer a la mañana que no descanso — respondió el detective.

Bennet analizó la faz del policía. A pesar de las largas horas de trabajo, no demostraba cansancio.

—¿Crees Lajaune que Mompurgo vuela en estos instantes?

—Así parece.

—Hay otra hipótesis — dijo Bennet, ambiguamente. — Vayamos a investigar en el lugar. ¿Tienes revólver?

—Duermo con él — respondió Lajaune.

Los dos subieron al Fiat marrón, propiedad de Bennet; y ante la sorpresa del detective, se detuvo el coche junto a un restoran.

—Jamás me permito dejar al estómago sin tarea — arguyó Arístides. — Entra Lajaune, apuntaremos el gasto en el presupuesto policial...

VI

EL SEGUNDO EN MORIR

Mompurgo limpiaba su aristocrático monóculo, en la amplia habitación de fiestas de la villa "La Pureza". Se recreaba en estudiar el arreglo del parque, con sus redondeles de pasto verde recortado; y el magnífico panorama que ofrecían los chalets circundantes.

Después del tiroteo en la pensión de Bertha, cumplido su propósito, el de dar muerte a Milton, Mompurgo, sin darse un respiro trazó un plan para desorientar a sus enemigos.

Ordenó a William que con sigilo dejara abandonado el automóvil; y luego, piloteando el aeroplano pasara sobre los techos de las viviendas cercanas. El avión debía esconderlo en el galpón que tenían en Versalles. Los policías se imaginarían su huída, y Bennet que le dejaba los planos claudicando a reconquistarlos.

La llegada de Rubens, lo distrajo de su contemplación.

—Hecho — dijo William, bostezando.

—¿No ha olvidado ningún detalle?

—Está demás preguntarme — gruñó el segundo.

Sacó un ejemplar de "Le Matin", dejándolo en una silla.

—Voy a dormir — prosiguió. — Buenos días.

—Que tenga usted buenos sueños — dijo el barón, sarcástico, hojeando el pediódico.

Una sonrisa maligna se dibujó en sus labios.

En grandes letras de molde, "Le Matin" anunciaba la muerte del célebre detective inglés, John Milton, y la gravedad de su ayudante.

Mompurgo leyó por completo la crónica, satisfecho de verla escrita tal como fué.

Pasó al comedor y se desayunó copiosa-

ente. La sirvienta, que prestaba servicio esde hacía seis años, era gorda, corta de cances; y su mayor gozo consistía en ser r al "signore barone".

Trató de informarse de sus cómplices; pe el diario no los nombraba.

Le pareció extraño, y cual si fuera un mi onario aburrido, salió en su Lancia blan . Devoraba el Lancia los kilómetros bajo experta mano de Mompurgo, y pronto lle ó a París...

Bennet recorrió el campo que rodeaba el lpón donde William había dejado su co e. Un policía uniformado, cuidaba.

Luego, Arístides entró en el galpón. Nada bía de extraordinario allí.

Herramientas, tachos con aceite, nafta y solina. Volvió a su auto con un gesto de specho.

Se agachó observando atentamente el sue . La tierra, seca, no dejaba el más mínimo stro.

Lajaune entretanto, daba cabezadas en un provisado asiento de madera.

—¿Te duermes? — preguntó Bennet.

—¡Bah! por lo que se hace — contestó detective.

—Ve a descansar Lajaune — dijo Bennet anquilamente.

—Eso iba a hacer — respondió el poli a, alejándose.

—¿Piensas ir a París a pie? — preguntó ennet, riendo.

—Lo haría si estuviera borracho — mur uró el detective. — Voy al coche; cuando rmines me llevas sin despertarme.

Bennet midió el terreno con la vista. El mpo era lo suficiente grande para remontar aeroplano; y el galpón para contener has dos aparatos.

Viendo que serían infructuosas las revi ciones, pues Mompurgo no dejaba señas cilmente, saludó al gendarme de guardia, dirigióse a París.

Lajaune dormía como un tronco.

—¡Oh, oh! — murmuró Bennet, ya en ena urbe; — todos duermen menos yo. Dormirá también Mompurgo?

Un Lancia blanco cruzó a su lado de la ano contraria.

Fué una luz. Los ojos de Mompurgo y ennet se entrechocaron como dos puñales.

El Fiat frenó violentamente, Lajaune, en ado para adelante, pasó la cabeza por el arabrisa levantado.

—Mompurgo — gritó Bennet, virando.

Y comenzó la persecución.

El barón había volcado un carro de ver ura. Su poderosa máquina, en constante esgo de chocar con otros automóviles, en ló por los suburbios; y un gendarme al uerer detenerlo anteponiéndose en su ca ino, fué a dar en el frente de un negocio, echo un guiñapo sanguinolento.

Pero Bennet se hallaba detrás, sólo a chenta metros, y en tanto sus manos em uñaban el manubrio, Lajaune, vuelto a la ealidad, sin un átomo de sueño, sacó su re ólver.

—Al cráneo — indicó Bennet.

Un plomo perforó la capota del Lancia. Mompurgo dobló en una bocacalle. Varios chiquillos jugaban en la calle.

Gritaron las criaturas espantadas. A veinte centímetros de una niñita caída, pasaron las ruedas del Lancia.

Otro tiro se estrelló en un hierro de la capota. Mompurgo, con los dientes apretados se sintió vencido.

Sus ojos brillaban raramente.

Un tercer plomo dió en la parte trasera del coche.

Pasaban por una avenida poco concurrida.

No sólo Bennet lo perseguía. Otros agentes, subidos en autos de alquiler tomaban parte en la caza; pero, pronto quedaron rezagados.

Estaban en la carretera. Sin cejar la distancia que los separaba, Mompurgo más seguro, había imprimido a su automóvil una velocidad espantosa.

Las detonaciones del revólver de Lajaune, rápidas ahora, puesto que no temía herir a un transeunte, pusieron en peligro de nuevo al barón.

El Lancia se fué alejando poco a poco, y la distancia se agrandaba.

—Toma mis pistolas — gritó Bennet, furioso.

El detective empuñó las armas.

Las pistolas de Bennet describieron una serie de agujeros en el Lancia blanco; el que hizo un zig-zás y saliendo de la carretera atravesó un campo cultivado, volcando.

El Fiat corrió todavía unos cien metros; luego retrocedió.

Bennet y Lajaune descendieron y corriendo se acercaron a los restos incendiados.

Arístides lanzó una maldición, y comenzó a rebuscar por los alrededores.

—Carga el arma, Lajaune — mandó. — El barón está por aquí.

A unos veinte metros se elevaba un chalet de techo de pizarra.

Bennet avanzaba cuando un grito de Lajaune, lo contuvo.

Un silbido le pasó por los oídos.

El detective también disparaba.

Mompurgo, parapetado en un ángulo saliente del chalet, aunque herido, se defendía con la esperanza de matarlos.

Aquello fué una sucesión de tiros. Lajaune se sintió morir, y dejando el revólver inclinó la cabeza.

Pero también Mompurgo, alcanzado por una certera bala de Bennet, vaciló. Tuvo fuerzas para retroceder dando vuelta el chalet. Vió una puerta abierta, y entró

Se hallaba en la cocina.

Bennet se perfiló en el umbral. Su pistola mandó dos mensajeros de muerte. Mompurgo rodó en las baldosas, apretando su pistola que se descargó en el piso.

—Tindy dió en el aire, tú das en el piso — pensó Bennet.

Oyó gritos, fuera y dentro del chalet. Comprobó que Mompurgo había dejado de existir y lo revisó.

Los planos no estaban en su poder. ¿Los tendría William Rubens?...

Dubois, el prefecto de París, conversaba con Arístides Bennet, el célebre ladrón.

Esa mañana, el último, había acabado con la vida de Mompurgo; pero, la muerte del barón costaba la de un policía, y, quizá la de Lajaune.

—Es un gran éxito — decía Dubois, benévolamente — a pesar de las pérdidas.

—Necesarias, señor prefecto — replicó Bennet; — con un Mompurgo nadie puede gloriarse de vencedor sin haberle antes matado.

—Y los planos, señor Bennet: hasta ahora hubo muertos, y bastantes; pero de los planos nada.

—Los círculos se estrechan, señor Dubois; sólo tenemos un hombre que atrapar, y no vale lo que el barón.

—No sabemos donde está — dijo el prefecto.

—Se le encontrará.

—¡Mompurgo muerto! — exclamó Ferrand, entrando. — ¡Es una gran noticia!

—Soberana — dijo Bennet.

Como recomendó al jefe francés, no se dió aclaraciones a los periodistas, y él fin de Mompurgo quedó en secreto.

Arístides tenía mucho sueño; pero, se obligó a hablar por teléfono al hospital para saber el estado de Tindy.

Al llegar a su escritorio, preguntó, recibiendo una contestación alentadora. Tindy marchaba en franco progreso. Los médicos pronosticaban su curación, lenta y sufrida.

Inmediatamente habló con la mucama de Aurélia. La joven había salido a pasear con unas amistades por el bosque de Bologne...

Bennet se despachó unas copas de oporto, y colocando el aparato a su alcance, roncó plácidamente. Era de noche cuando la campanilla del teléfono sonaba insistente, como si el que llamaba tuviera prisa por comunicarse con él.

VII

ERIBERTO VON STEET

A las cinco de la tarde se despertó William.

Preguntó por Mompurgo, al despacharse una pechuga de pollo con evidente satisfacción.

La respuesta de la sirvienta lo dejó pensativo.

Las cinco. Adonde estaría pasando esas horas Mompurgo sin que se lo hubiera dicho?

Hasta las ocho lo esperó paseándose vehemente. Luego, sólo pudo pensar que el barón estuviese en manos de la policía.

Los diarios no publicaban noticia. En tiempo normal, esto no le hubiera interesado; pero en las actuales circunstancias, se vió en la precisión de obrar por su cuenta, y llevándose los planos que guardaban en un lugar secreto del chalet, despidió a la sirvienta saliendo él para París.

Su cara desconocida, le ponía a cubierto de cualquier encuentro imprevisto con los gendarmes parisinos; y, además, Steet, el delegado alemán, le daría su apoyo.

Acaso el tortuoso enviado se pusiera de acuerdo para quitarles las planos a Bennet.

Steet se alojaba en un petit hotel en el barrio de Saint German.

Cuando el imperioso alemán tuvo a su frente, a William; su rostro sanguíneo se contrajo en una mueca de desagrado.

—Podía usted ahorrarse la visita — dijo de mal modo. — Me comprometo estúpidamente con su presencia. ¿No sabe qué estoy vigilado?

—Lo sé — respondió William. — Me atreví a llegar basándome en dos cosas que usted no conoce. Primero, no tienen retratos de mí; segundo, no lo pueden tener puesto que no conocen mis relaciones con Mompurgo.

Las facciones del alemán se serenaron.

—¿Qué quiere? ¿Lo envía Mompurgo?

—No: esta vez me envío yo. Sepa que el barón a mi humilde entender, difícilmente lo veremos.

Steet levantó su cabezota pelada, y sus pupilas de reflejos amarillentos túvieron destellos de maldad.

—¿Le han pillado?

—No lo sé, porque no se lo pregunté a Ferrand; pero, salió esta mañana, a las seis y eran las veinte cuando lo esperaba aun.

—¿Llevaba él los planos? — preguntó Steet, alarmado.

—No; los tengo yo. La mitad, porque, la otra la robó Bennet.

Steet se hallaba sobre ascuas.

—Se han dejado robar los planos — gruñó con desprecio. — Con que usted es dueño de la mitad. ¿Los tiene ahí?

William miró con desconfianza al alemán.

—Están ocultos — respondió.

Steet se rascó el cuero cabelludo con la lapicera. Luego limpió con la mano la ceniza acumulada en una punta del escritorio.

(Continuará)

PUCKY
MAGAZINE
APARECE TODOS LOS VIERNES
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires
PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado . . .	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

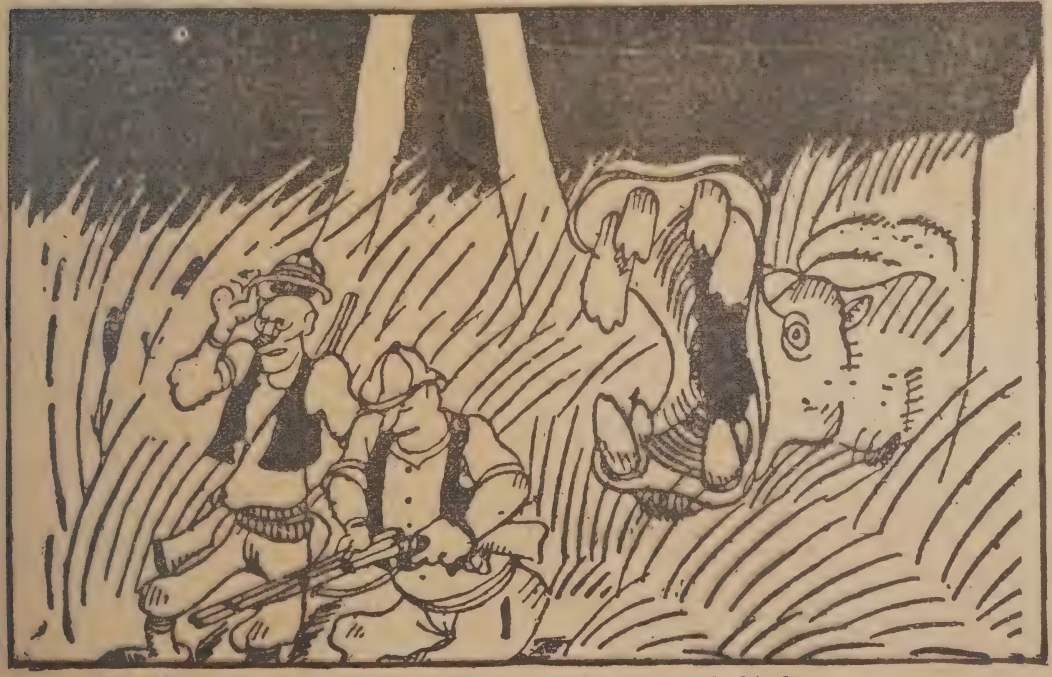
Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

EN EL MANICOMIO

—Y este pobre loco ¿qué tiene?
—Nada. Que en cuanto sale de aquí y va a su casa, le da una paliza a su suegra.
—¡Caramba, caramba! ¿Y están ustedes seguros de que está loco!



—Oye. Me parece que siento un leve rumor de pasos en la hierba.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

RTE
AGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

lo. 410 - AÑO XI
AGOSTO 7 de 1931
Buenos Aires

AL CAER LA BOLA NEGRA
Por FRANK KING
Relato de un crimen misterioso

20 cts.

El empleado (lleno de esperanzas) — Hoy hace justo veinticinco años que estoy a su servicio, Mr. Brown.

Mr. Brown.—Ah, ¿sí? Que buen empleado sería usted si para todo tuviera tan buena memoria.

—¿Qué desea el señor?

—Nada; estoy esperando que ese caballero tire el mucho.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 410. -- AGOSTO 7 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

Al Caer la Bola Negra

Por FRANK KING

ERA cerca de media noche y el salón de billar del Club Waterloo estaba casi desierto. Dos mesas se hallaban a obscuras y enfundadas; sobre la brillante superficie verde de la tercera, todavía las bolas de colores se besaban y sonaban. Las caras de los cuatro jugadores aparecían encendidas y excitadas al darles la luz de la lámpara, con pantalla verde. Cada bando había ganado un partido; aquel era el tercero, el decisivo. Y, aunque las rojas habían ya caído, solo existía un par de tantos de ventaja en el "score".

—¡Uf! ¡qué sed tengo! — murmuró Jaime Taylor, el ingeniero. Era un hombre de rostro colorado, casi apoplético, que siempre tenía sed — Donde está Evans?

—Con ella tendrá que quedarse, viejo — dijo Len Burling, socio menor de la firma Watts, Trevor y Burling — No hay nada que hacer esta noche. Ya sabe que es viernes.

Con el taco empujó la bola blanca detrás de la azul, de modo que fuera imposible al próximo jugador pegarle directamente a la amarilla.

—Mire, doctor. Le gustará esto.

El Dr. Wilson observaba el "snooker" sin emoción. Tenía el rostro, delgado y ascético del sabio tradicional; un rostro que los enfermos del Hospital de Heddleton habían aprendido a amar.

—Ustedes, los abogados, tienen muchas artimañas — murmuró, mirando alrededor de la mesa para asegurar mejor su tiro — ¿Supongo que Tío estará arreglando las cuentas?

Pególe violentamente a la blanca. Esta viajó alrededor de la mesa, salió de la banda con matemática precisión y golpeó plenamente a la amarilla.

—¡Oh... buen golpe! — exclamó Burling, nunca tardó para aplaudir un juego hábil. Sus hermosas facciones, un tanto afeminadas, se iluminaron con una sonrisa — Sí, está ahora con Evans.

—Nunca he visto hombre más meticuloso en los negocios — comentó el Dr. Ellis, un médico corpulento, que curaba a la mitad de los reumáticos y dispépticos de Heddleton — Desde que lo nombraron Presidente del Comité, todas las semanas arregla religiosamente cuentas con el mayordomo, a las veintitrés en punto. — Pególe, por chiripa, un tremendo tacazo a la esquiva amarilla — ¡Gracias, caballeros! Lo merecía. Es curioso qque todo el mundo lo llame "Tío".

—No veo de que otro modo se le puede llamar — dijo Wilson — Tiene la pasta de los tíos. Naturalmente, ustedes saben que lo es mío y de Len. Siempre ha sido muy bueno con nosotros, además. Aunque a veces cuesta entenderse con él, ¿no es cierto, primito?

—Bastante — convino Burling — Siempre quiere salir con la suya. Recuerdo que una vez me dio unos azotes porque...

—¡Ojalá tuviera yo un tío que me hubiera dado unos azotes! — sonrió Taylor, pegándole a la verde y a la marrón, en rápida sucesión — Tiene platita, ¿no? Y ningún heredero obligado ¿verdad? ¿Cómo va el juego?

—Llevan ustedes ahora tres de ventaja — dijo Ellis moviendo el indicador del tablero de anotación — Esto empieza a ponerse interesante. Vamos, compañero. Le han dejado la azul preparada.

Los cuatro hombres olvidaron el tema de su conversación, absorbiéndose en el juego. No quedaba nadie más que ellos en el salón. La mayor parte de las luces se habían apagado y fuera de la mesa, brillantemente iluminada, el resto del salón quedaba en la sombra.

Burling erró el fácil tiro y se apartó de la mesa con una exclamación de disgusto. El Dr. Wilson, con el delgado rostro, tenso y ansioso, hizo caer la azul en el bolsillo.

—¡Bravo, hombre! — exclamó jubiloso Taylor — Les ganamos. Ocho de ventaja.

Nada pudo hacerse con la rosada; pero Wilson la dejó, aparentemente segura. Ellis, con sus toscas facciones contraídas de excitación, intentó un imposible doble a través de la mesa y... la rescató.

—No digan que fue por chiripa — suplicó — Traté de hacerlo... traté empeñosamente — le apuntó a la negra y erró el tiro — ¡Dios! La última otra vez. Burling.

Jim Taylor le dió cuidadosamente tiza al taco. Sus facciones apopléticas estaban más rojas que nunca y sus ojos prominentes sobresalían más que de costumbre. Allí estaba su oportunidad de gloria. Sólo la bola negra quedaba sobre la mesa. El "score" era tan igual que el bando que acertara ganaba el partido.

Los excitados rostros de los jugadores se volvieron a la bola decisiva. Estaba cerca de la banda, a un pie de distancia del bolsillo.

—Voy a intentarlo — murmuró Taylor— Si la dejo...

Pegó suavemente—La bola negra rodó despacio hacia el bolsillo, se detuvo torturadora en el borde; luego cayó.

—¡Espléndido, compañero! — murmuró Wilson, palmeando la espalda del arquitecto — Sus chiripas no les valieron de nada. Los hemos...

Se interrumpió al oir un grito ahogado proveniente de la pieza contigua, que era donde estaba el mayordomo. Un momento después, la cabeza de aquél apareció en la ventanilla.

—¡Dr. Ellis! ¡Dr. Wilson! ¿quieren venir, por favor?

Wilson dirigióse rápidamente a la apertura.

—¿Qué pasa, Evans?

El Sr. Pemberton... se ha caído.

Fuera de la ventanilla no existía comunicación entre las dos piezas. Los cuatro hombres tuvieron que pasar por el hall para llegar al bar. Al entrar vieron a un hombre caído en el piso sin alfombra, entre un montón de tapones y cajetillas de cigarro, vacías.

—¡Jupiter! — exclamó Taylor, cuyo rostro rubicundo había palidecido — ¿Qué le pasa al Tío?

Ellis se arrodilló junto al inanimado cuerpo. Vio que los ojos de Dudley Pemberton estaban vidriosos que su respiración era rápida e irregular. Mientras le tomaba el pulso, la respiración cesó.

—¡Dios mío! — murmuró dejando caer la muñeca inerte — ¡Está muerto!

Aquella inesperada tragedia, después de unas horas de alegría, dejó un rato silenciosos a los hombres.

—¿Está seguro, Ellis? — preguntó Wilson al fin.

—Completamente seguro. Examínelo — el Dr. Ellis se levantó lentamente — ¿Qué ha ocurrido, Evans?

Las vulgares facciones del viejo mayordomo tenían expresión sorprendida y preocupada.

—Yo... yo no se, señor — tartamudeó — No puedo decir que ha pasado. Estábamos sentados aquí, revisando los libros como de costumbre. De pronto el Sr. Pemberton se cayó de la silla. No dijo una palabra. Se quedó ahí, mirándome como si quisiera decirme algo. Pero no se movió, desde entonces a no ser una especie de contracción. Cayó donde lo ven.

—Oímos un grito... ¿Fué él quien gritó?

—No, señor. El no pronunció una palabra. Yo no recuerdo haber gritado; pero si ustedes lo oyeron, sería yo. Estaba muy asustado, señor ¡Fué tan repentino!

—Es un acontecimiento trágico — dijo Wilson, que se había convencido de que su tío estaba muerto — Será un ataque, supongo.

—¿Parecía predispuesto a un ataque? — preguntó el Dr. Ellis irritadamente.

—No lo creo — en el rostro ascético de Wilson reflejóse cierta sorpresa al mirar la figura, pequeña y delgada, del muerto. — Era abstemio, además ¿Cree que habrá sido el corazón?

—Su corazón estaba perfectamente sano, Wilson. Precisamente hoy fue a consultarme por una bronquitis. Lo examiné minuciosamente. Estaba tan fuerte como puede serlo un hombre de su edad. Yo le hubiera dado veinte años más de vida.

—Entonces, ¿de qué puede haber muerto? No se me ocurre nada que pueda causar una muerte tan repentina...

—Ni a mí tampoco. Me preocupa — Ellis

estaba evidente perplejo — Supongo que habrá que avisar al coroner.

—¿No cree poder certificar la causa de su muerte?

—¿Y cómo voy a hacerlo? No tengo la menor idea. Ni siquiera puedo hacer la más ligera sugestión.

Wilson movió lenta y afirmativamente la cabeza.

—No hay más remedio, entonces. Mal asunto para el club ¿no?

—Claro que lo es ¡Quien sabe lo que dirá la gente! Siempre está pronto a promover escándalo por nada. Con todo, no veo medio de evitarlo.

—Ni yo tampoco. Estoy seguro de que nadie se lo censurará ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Creo que no — Ellis se volvió a Len Burling, que miraba con sorpresa mezclada de horror — Su firma se ocupaba de los negocios del Sr. Pemberton ¿no, Len? ¿Atenderá usted a todos los detalles necesarios?

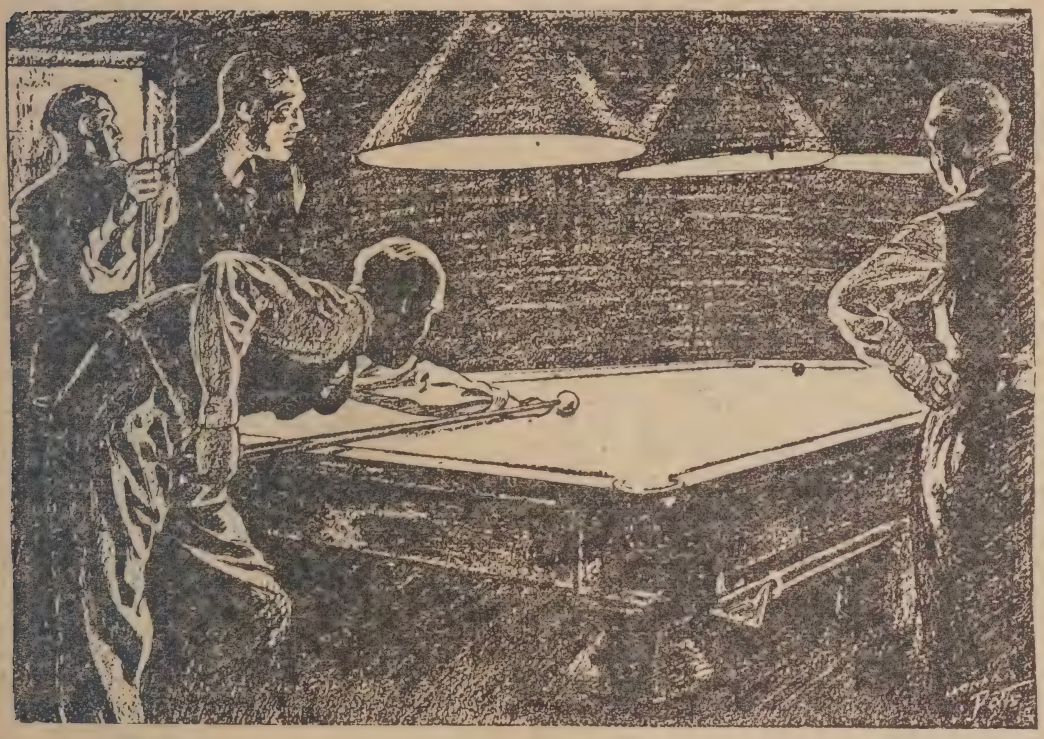
—Sí.

—Entonces es mejor que ustedes tres se retiren. Yo me ocuparé de lo que haya que hacer aquí ¡Muerto! Es horrible, ¿no? Debe haber fallecido cuando la bola negra cayó en el bolsillo.

Los tres hombres volvieron al salón de billar, guardaron los tacos y se pusieron los sacos. Ninguno de ellos tenía nada que decir. Jim Taylor, asustado sin duda por aquella demostración de lo que podía la apoplegía, u otra enfermedad repentina cualquiera hacer de un hombre sano, murmuró un apresurado "Buenas noches" y salió del club. El Dr. Wilson y Len Burling se quedaron un momento en la escalera.

—Esto va a traer un cambio en nuestra situación — dijo Wilson pensativo — ¡Pobre Tío! Nunca lo oí quejarse; pero no hay duda que padecía algo que se le escapó al Dr. Ellis. Un médico con larga práctica no entra por los últimos métodos e ideas. ¿Vienes a tomar algo?

—Esta noche no, gracias — Burling se extremeció ligeramente — Voy a irme a pie hasta casa. Estoy... nervioso. El ejercicio me hará bien.



Las caras de los jugadores aparecían encendidas a la luz de las lámparas.

Al quedar solo, el Dr. Ellis miró un rato en silencio el cuerpo de Dudley Pemberton. Luego se volvió al asustado mayordomo con un gesto de impaciencia.

—¿Está seguro de que no tiene nada más que decirme, Evans?

—Nada absolutamente, señor.

—¿No dijo nada antes de esto el Sr. Pemberton? Quiero decir si no tenía algún mal presentimiento.

—Nada, señor.

—Muy bien.

Ellis se dirigió al teléfono. Su rostro tenía expresión ceñuda cuando hizo el relato al coroner.

—¿Y para eso me ha hecho levantar de

Al caer la bola negra

la cama, Ellis? — dijo el coroner, que conocía mucho al médico — ¿Por qué no esperó hasta mañana?

—Examiné hoy a Pemberton y estaba sano. No tenía por qué morir esta noche.

—¿Supongo que no querrá sugerir que se trata de una muerte violenta?

—No tiene herida visible.

—Entonces por qué... ¡Oh! comprendo. ¿Cree que puede haber muerto envenenado?

—Yo no creo nada — protestó Ellis — No se — bajó la voz — Pero he visto muertes repentinas y muertes lentas, pero nunca morir a un hombre como murió Pemberton esta noche.

—Muy bien — el coroner se volvió enseguida activo y oficial — Si piensa así, me alegro me haya avisado sin pérdida de tiempo. Voy a ponerme al habla con la policía enseguida. ¿Se quedará usted allí hasta que lleguemos nosotros?

—Sí, me quedaré — el ancho rostro del Dr. Ellis etaba aún más sombrío — Quiero ver de que se trata.

La investigación sobre la muerte de Dudley Pemberton, a la mañana siguiente, fue breve. Len Burling prestó testimonio de identificación. El arquitecto Taylor, Evans, el mayordomo, y el Dr. Ellis añadieron sus testimonios respecto al modo como había ocurrido la muerte. El coroner se mostró suave y diplomático. El caso parecía un simple ataque al corazón: pero tenía que aplazar el veredicto una semana hasta que se terminaran ciertos análisis del cadáver.

Resulta bastante misterioso — comentó Wilson, cuando salía del tribunal con Ellis — ¿Encontraron algo en la autopsia?

—No. Es cuestión de rutina. Ciertos órganos han sido enviados a Londres para excluir una posibilidad de envenenamiento.

Era cierto. Algo se había descubierto durante la autopsia. Pero como nadie comprendía lo que significaba, la policía había pedido a Ellis que guardara silencio al respecto.

—¿Veneno? — alzó Wilson las cejas — Usted parece decididamente convencido de que mi tío no murió de muerte natural.

—No hemos podido hallar razones para la muerte natural.

—Es muy extraño ¿verdad?

—Endiabladamente extraño — contestó Ellis con forzado acento.

La autopsia no había revelado nada definido. Todos los órganos del hombre muerto estaban aparentemente sanos y el juicio del Dr. Ellis de que podía haber vivido veinte años más era muy fundado. El experimentado médico de policía, que presidió la autopsia, no pudo llegar a una conclusión.

Prácticamente por casualidad, descubrieron un pequeño pinchazo debajo del omoplato izquierdo. Era casi invisible, como un pequeño lunar. Pero un exámen más detenido reveló era una pinchadura profunda que penetraba una pulgada dentro de los tejidos.

Tanto Ellis como el medico de policía pensaron que aquel pinchazo podría haber sido hecho por una aguja hipodérmica. Los tejidos que la rodeaban tenían señales de inflamación; un gran nervio, que pasaba cerca, aspecto curiosamente irritado Aunque ninguno de los médicos pudo explicarse el fenómeno, pensaron que exigía una investigación más detenida.

El Dr. Ellis estaba bastante distraído cuando fue a su trabajo, después de dejarlo a Wilson. La pequeña pinchadura lo preocupaba. Estaba seguro de que no existía cuando él examinó a Pemberton unas horas antes. Parecía realmente que la herida, aunque no había tocado ningún punto vital, tenía algo que ver con la muerte ¿Había sido Pemberton un insospechado adepto de las drogas, que se administró a si mismo una dosis excesiva? Aquello podía explicar la muerte repentina. Pero los hombres no se dan a si mismos inyecciones debajo del homóplato izquierdo. Y era increíble que cualquier otro lo hubiera hecho sin que se diera cuenta la víctima. Esperaba Ellis que el misterio se aclararía con el informe del Home Office, adonde habían sido enviados los tejidos para el análisis. Dos días más tarde se recibió el informe y... ahondóse más el misterio.

El inspector Howarth trajo la noticia a Ellis, cuando éste se disponía a salir para sus visitas matinales. Howarth era un hombre despierto, capaz, alto, delgado, ligeramente calvo en la coronilla. Parecía que nada podía escapar a sus pequeños y brillantes ojos negros.

—Buenos días, doctor — dijo con acento breve, yendo directamente al grano — ¿Puede usted decirme algo acerca del curare?

—¿Curare? — repitió asombrado Ellis.

—Sí. El Home Office informa que se han encontrado rastros de curare en los tejidos que le enviamos.

—¡Curare! — repitió Ellis otra vez — ¡Cielos! No querrá usted decir que...

—Había una buena cantidad, doctor. Suficiente como para matar a dos o tres hombres. Dígame algo acerca de esa substancia.

El ancho rostro del Dr. Ellis se había puesto lívido.

—Es un veneno muy conocido — dijo con voz ronca — aunque poco se usa hoy día. Los indios sudamericanos lo empleaban para envenenar sus flechas. Produce la parálisis de todos los músculos activos

—¿Puede matar instantáneamente a un hombre?

—Lo supongo, si se usa en dosis suficientemente concentrada. No se realmente mucho de ese veneno

—Bueno, doctor, yo le diré algo más — los ojos negros del inspector Howarth brillaron, mientras observaba atentamente a su compañero — No bien vi el informe, otro aspecto del caso se sugirió por si mismo. No había pensado antes en él. Examiné las ropas del Sr. Pemberton. La aguja las atravesó, doctor.

—Quiere decir que Pemberton fue...

—Asesinado, sí. Más todavía. El curare era suficiente para matarlo de un modo instantáneo. No podía vivir un minuto después de entrar esa aguja en su carne. Evidentemente alguien se la introdujo mientras estaba en el bar del club.

—¡Pero eso es imposible! ¿Quién iba a ser?

—El mayordomo..., ¿cómo se llama? Estaba con él.

—Evans... sí; pero Evans y el curare...

—Lo sé; pero Evans puede haber obrado por encargo de otro, ¿no?

—¡Es horrible... completamente horrible! — gimió el Dr. Ellis — Nunca imaginé tal cosa. Pensé posible un suicidio; pero un asesinato...

"Este frasco contiene curare, el veneno que mató a Pemberton", dijo Howarth.

—No podemos apartarnos de los hechos, doctor. Un hombre no se clava una aguja a través de la ropa. Esa gran dosis de curare tuvo que actuar muy rápidamente. Es perfectamente cierto que el crimen fué cometido en el bar.

El inspector Howarth se inclinó hacia adelante en su silla.

—Ahora, dígame doctor, ¿cuántas personas en Heddleton conocen la existencia de un veneno como el curare?

—Muy pocas, me parece. Todos los médicos, naturalmente, porque se usa en experimentos fisiológicos.

—¿Es veneno fácil de obtener?

—Probablemente muy difícil. Quiero decir que no es fácil lo tengan en ninguna farmacia de Heddleton.

—De acuerdo ¿Tiene usted en su laboratorio?

—No. Se usa muy rara vez en medicina.

—¿No sabe si alguno de sus colegas lo tiene?

—No sé. Pero no es probable.

—¿No lo es, doctor? — Howarth bajó la voz y sus ojos brillaron más — Habló usted recientemente de que se usaba en experimentos fisiológicos. Se refería a la vivisección ¿no? ¿Sabe que el Dr. Wilson posee licencia para practicar la vivisección?

—¡Cielos! — Ellis se puso en pie de un salto — Oh, no puede ser, inspector. Sabía, naturalmente, que posee esa licencia; pero nunca la relacioné con... ¡Seguramente no pensará usted que él tiene algo que ver con el crimen!

—La elección de veneno es muy significativa.

—¡Pero... pero... demonios, hombre! Es sobrino de Pemberton.

—Y su heredero, doctor.

—Sí, olvidaba eso — Ellis se dejó caer pesadamente en la silla — Pero debe usted sufrir un error. Wilson no estuvo en el bar esa noche.

—¿Está seguro de que no pudo salir unos segundos, digamos, dentro de la media hora que precedió a la muerte de Pemberton?

—Completamente seguro. Estuvimos jugando lo menos hora y media y puedo jurar que ninguno de nosotros salió del salón de billares. Además, Evans dice que Pemberton estuvo perfectamente hasta un momento antes de llamarnos él a nosotros.

—Evans puede mentir. Acaso fué él quien usó la aguja, que le había dado otro — el inspector se levantó — Hay otro punto que me intriga. Ustedes hubieran oído cualquier grito en el bar ¿no?

—Me parece que sí. Está contiguo al salón de billar y la ventanilla se hallaba abierta.

—Entonces, ¿cómo no lo oyeron gritar a Pemberton? El debe haber dejado escapar algún sonido cuando la aguja lo pinchó.

—Eso no es una consecuencia indispensable, Inspector — murmuró pensativo Ellis — Como le digo, el curare paraliza los músculos de la voluntad. Bajo su influencia una persona no puede moverse, ni emitir sonido alguno ¡Y una dosis tan grande, que obró instantáneamente!

—Comprendo. Muchas gracias por la información. Voy a hablar unas palabras con Evans ahora. Naturalmente, mirará usted nuestra conversación como confidencial.

El inspector Howarth estaba muy contento. Mientras caminaba por las calles bañadas de sol, sus negros ojos bailaban de excitación y su larga nariz temblaba como si olfateara un rastro bien definido. Había emprendido la caza del hombre y pronto sería coronada por una acertada captura. La suerte lo acompañaba.

El asesinato de Dudley Pemberton había sido planeado de modo que pareciera una muerte natural. Si un hombre anciano cae muerto, la suposición natural es que ha fallecido de un ataque al corazón o de hemorragia cerebral. Cualquier autopsia se hace ligeramente y no es probable que los médicos adviertan, o si lo advierten den importancia, a una pintita debajo del homóplato izquierdo. La mala suerte del asesino provenía de que el Sr. Pemberton había sido examinado escrupulosamente esa tarde por el Dr. Ellis. Por esa sola razón la muerte despertó sospechas que llevaron al descubrimiento de la verdad.

Era evidente que el crimen había sido cometido por Evans, el mayordomo. Pero Howarth no se conformaba con que el asunto quedara ahí ¿Qué sabía Evans del curare? Parecía seguro que había otro, detrás del crimen, alguien que había usado a Evans como instrumento. Y después de su conversación con el Dr. Ellis, creía saber Howarth de quien se trataba.

El próximo paso era engatuzarlo a Evans o asustarlo, para arrancarle su confesión. Era fácil con los informes que ya poseía.

Pero en el Club Waterloo recibió el inspector Howarth un desengaño. A aquella hora de la mañana, el local estaba desierto y pudo hablar larga y privadamente con el mayordomo. Usó todas las artimañas que sabía, empleó todos los subterfugios aprendidos por su experiencia. Sedujo, prometió, amenazó. Al final de la conversación sabía menos que al principio porque ciertas dudas se habían deslizado en su mente. Evans quedó horrorizado al saber que Dudley Pemberton había sido víctima de un crimen Comprendió Howarth que su sorpresa y su horror eran sinceros. Evans demostró una completa ignorancia sobre cosas tan extrañas como el curare y las agujas hipodérmicas y Howarth lo creyó. Evans estaba afligidísimo a la idea de que pudieran sospechar de él. Y Howarth casi lloró con el mayordomo.

O el hombre era completamente inocente o un actor consumado. La experiencia de Howarth le obligó a admitir que Evans no fingía.

Bueno, era necesario empezar de nuevo. Alguien había introducido la aguja en la espalda de Pemberton, dentro del bar. Si Evans era inocente, había otro culpable, aunque los dos hombres hubieran estado solos a esa hora en la pequeña pieza. El inspector Howarth había acompañado al coroner al club la noche de la muerte de Pemberton y sabía todos los detalles de lo ocurrido. Con todo, hizo que Evans se lo relatara otra vez.

Se sentó en la silla que había ocupado Pemberton y miró, pensativo, a su alrededor Evans, como en la noche fatal, estaba sentado más cerca de la puerta. Cualquiera que hubiera entrado al bar tenía que pasar junto a él. Parecía imposible que algo hubiese ocurrido, sin que él lo advirtiera, en aquel confinado espacio.

Howarth abrió la ventanilla y miró por ella. Inmediatamente detrás se hallaba la mesa en la que habían estado jugando los cuatro hombres.

—¿Limpió usted el salón de billar después de aquella noche, supongo? — preguntó de pronto a Evans.

—Sí, señor. Todas las mañanas lo hago.

—¿No encontró nada fuera de lo común? ¿Debajo de las mesas o de los asientos?

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Nada. — Evidentemente no lo encontró. Howarth pasó del bar al salón de billares. Estuvo observando unos instantes las tres mesas cubiertas con fundas y las hileras de cajas de tacos, particulares, que colgaban de las paredes. Luego empezó una minuciosa búsqueda en la habitación. Miró en todos los rincones, se metió debajo de las mesas. Hasta hizo que Evans abriera las cajas de tacos para examinar su contenido. Cuando terminó, sentóse en el borde de una mesa y se puso a fumar su pipa mirando distraída-

mente el espacio. Evans, decepcionado porque nada habían hallado, lo observaba respetuosamente.

—¡Sí! — dijo por fin el inspector Howarth — Sí, creo que es así — saltó de la mesa. — Tengo tiempo de alcanzarlo antes de almorzar.

—¿No... no me va usted a mandar a la cárcel, señor? — preguntó Evans tembloroso.

—¡A la cárcel! No, hombre de Dios. A no ser que cuente a alguien lo que le he dicho esta mañana.

—No diré una palabra, señor.

—Estoy seguro de que no. ¡Buenos días!

Market Street no quedaba lejos. A los pocos minutos, Howarth subía las escaleras que conducían a la oficina del señor James Taylor, arquitecto. Tuvo la suerte de encontrar a Taylor desocupado.

—Quisiera hablar unas palabras con usted, señor Taylor, — explicó el inspector tomando la silla que le ofrecían — sobre la noche en que falleció el señor Pemberton.

—Con mucho gusto, Inspector — los ojos saltones del arquitecto se dilataron. —¿Qué puedo decirle? Espero que no ocurrirá nada grave...

—Bastante grave — dijo Howarth con expresión ceñuda. — ¡Hemos descubierto que Dudley Pemberton murió asesinado!

—¡Asesinado! — las rubicundas mejillas de Jim Taylor se pusieron purpúreas. ¡Asesinado! Pero quien... quiero decir como... cuando estaba...

Sacó de su bolsillo un pañuelo y se enjugó la frente. Al hacerlo algo cayó al suelo. Un frasquito y algo niquelado brillaron al sol.

Los ojos del inspector Howarth brillaron de excitación al mirar los objetos que habían caído al suelo.

—¿De donde sacó esto, señor Taylor? — preguntó ásperamente.

—No se — Taylor los miraba sorprendido. — Nunca he visto eso. ¿Qué es?

Howarth lo levantó.

—Este frasco — dijo severamente — contiene curare, el veneno que mató a Pemberton. Y esto es la jeringa por medio de la cual le fué administrado. Es mejor que se ponga el sombrero y me acompañe, señor Taylor.

———

El doctor Ellis terminaba de almorzar cuando entró Howarth. El inspector parecía encantado de la vida.

—Vine nada más que a decirle que he aclarado la muerte de Pemberton y que tengo al asesino entre rejas — le explicó. — Me pareció que le interesaría.

—¿Interesarme? Claro está que me interesa — exclamó anhelante Ellis. — Tome un cigarro, siéntese y cuéntemelo todo. ¿Fué... Wilson?

Howarth encendió su cigarro con exasperante lentitud.

—No, no fué Wilson — dijo tranquilamente, tomando asiento. — La cosa era algo más sutil de lo que pensábamos. El asesino ha tenido mala suerte todo el tiempo. Si no es probable que su crimen hubiera quedado impune.

—¿Pero quien es, hombre de Dios?

—Espere un minuto, doctor. Quiero ver si lo adivina usted, presentándole el caso bajo una luz bastante distinta. Se trata de un pequeño problema interesante. ¿Por qué cree usted que el asesino eligió ese medio para librarse de su víctima?

—Supongo que para que la muerte pareciera natural. En realidad, yo nunca hubiera sospechado nada, a no haber examinado al pobre Pemberton el mismo día.

—Exactamente. Ese fué el comienzo de la mala suerte para el criminal. Pero piense un minuto, doctor. ¿No hubiera sido más fácil para el asesino cometer su crimen en cualquier otro lado y cuando estuviera solo con Pemberton? ¿Por qué elegir precisamente esa hora, con otras personas a su alrededor?

—No se. No parece tener sentido común.

—Lo tiene, sin embargo. Eligió esa hora y sitio especiales a fin de que si se despertaba alguna sospecha recayera sobre otro.

—¿Sobre Wilson?

—Sí. No bien supe lo del curare me convencí de que Wilson era inocente. Un hombre inteligente no va a emplear un veneno que dirigiría las sospechas contra él sobre todo cuando tiene tantos otros a su disposición. En seguida lo eliminé de mis pensamientos.

—Y entonces ¿por qué vino a hacerme tantas preguntas sobre él?

Howarth sonrió.

—Vea, doctor, ¿cómo iba si no a asegurarme de que usted no tenía conocimiento del asunto? Usted maneja venenos como Wilson. Le conté el cuento para ver cual era su actitud. El modo como procedió me dió la convicción de su inocencia.

—¡Muchas gracias! — gruñó Ellis. — No me ha dicho usted todavía quien es el culpable.

—Vamos estrechando el círculo ¿no? — prosiguió Howarth imperturbable. — Déjeme decirle una o dos cosas más. Por un momento creí que Evans, por encargo de otro había cometido el crimen. Pero después de hablar con él me convencí también de su inocencia.

—Entonces como diablos...

—Ese era el punto, doctor. ¿Cómo diablos se cometió el crimen? No siendo Evans el autor, no había más que otra alternativa. No vi posibilidad de que nadie entrara por la puerta del bar. La muerte tenía que haberle llegado a Pemberton por aquella ventanilla. La aguja no había sido disparada o arrojada de algún modo porque se la hubiera encontrado. Llegué a la conclusión de que el crimen fué cometido con un taco de billar.

—¡Cielos! Quiere usted decir durante aquel último partido nuestro?

—Sí — sacó Howarth una jeringa niquelada de su bolsillo y la puso sobre el escritorio. — Fíjese como funciona esto. Una extensión de metal ha sido arreglada para adaptarse al extremo del taco de billar. La jeringa, de tipo completamente común, esta construída de modo que la presión primero empuja la aguja y luego despide el contenido.

—¡No vuelvo de mi asombro! — el doctor

Ellis miró el trozo de metal, maravillado.— Quiere usted decir que en el momento de caer la bola negra...

—Eso mismo. Todo estaba perfectamente dispuesto. El asesino sabía que Pemberton se hallaría en el bar, con el mayordomo, como siempre, el viernes por la noche. Sabía qu el doctor Wilson estaría presente. Sabía que la obscuridad del salón de billar y la atención de ustedes en el juego haría que no se fijaran en él. En un momento propicio, cuando todos ustedes estaban atentos al juego, colocó la jeringa en el taco y la metió por el ventanillo, pinchando a Pemberton en la espalda.

Para quitar la jeringa del taco nuevamente no necesitó más que una fracción de segundo.

—¡Qué diabólico plan! ¿Quién fué, inspector? Tienen que haber sido Taylor o Burling ¿Cuál de ellos?

—Piense, doctor ¿cuál de ellos tenía motivo para matar a Pemberton, a quien beneficiaría que las sospechas recayeran sobre Wilson?...

—Fué Burling. Tiene que haber sido Burling.

—Fué Burling. Sabía que heredaría más de la mitad de la fortuna de su tío. Se hubiera contentado con esa mitad. Pero arregló el crimen de modo que si en caso improbable, se levantaban sospechas, éstas recayeran sobre su primo. Si lo ahorcaban a éste, tanto mejor. Burling lo heredaría todo. Tuvo plena oportunidad para conseguir el veneno y aprender sus usos, porque tenía costumbre de visitar casi todas las noches a Wilson, en el hospital. Evidentemente hacía tiempo que preparaba el crimen. Diabólico, como usted ha dicho.

—¿Y cómo fué qué no se deshizo de esta prueba condenatoria? — preguntó Ellis, señalando la jeringa.

—Eso fué otro poco de mala suerte — dijo Howarth sonriendo. — No bien comprendí lo que había ocurrido, registré el salón de billar, en busca de algo por el estilo, aunque no tenía muchas esperanzas de encontrarlo. Suponía que el asesino habría tomado la precaución elemental de deshacerse de este aparatito. No lo encontré, naturalmente. Y previendo mucha dificultad para poder probar el crimen a su autor, me volví a otra línea de investigación.

Pensé que tal vez Taylor habría advertido algo aquella noche, algo que me ayudaría a probar mi acusación. Fuí a verlo. La jeringa y un frasquito cayeron de su bolsillo al sacar el pañuelo. Era perfectamente claro lo que había ocurrido. Todos ustedes salieron corriendo del cuarto de billares, al oir el llamado de Evans. Burling dejó caer el frasquito y la jeringa en el bolsillo de su saco, que estaba colgando en la pared. Su intención era arrojarlos al río, mientras caminaba hasta su casa. Desgraciadamente para él, se equivocó de saco, en el apuro. Sucedió que Taylor no volvió a ponerse ese saco hasta hoy. Burling no descubrió su error hasta que estuvo camino de su casa y era demasiado tarde para remediarlo. El no sabía en que saco había puesto los objeto. Y no se atrevió a hacer indagaciones.

—Debe haber pasado dos días de tortura — dijo Ellis. — ¿Ha confesado?

—Todavía no — replicó Howarth con expresión ceñuda.—El es abogado y entiende de estos asuntos. Dice que las pruebas que yo tengo se aplican igualmente a cada uno de los hombres que estaban en el salón de billar aquella noche. Y tiene razón. — el inspector se rió. — Todavía no le he hablado de su taco. Tiene algunos arañazos cerca del extremo y una manchita. No bien consiga las fotografías ampliadas, que prueban que los arañazos fueron hechos por la jeringa, y el analisis químico que demuestre que la mancha es curare, se lo diré. Ni siquiera el socio menor de Watts, Trevor y Burling, podrá alegar contra esto.

F I N

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

EL JUEGO DEL PELIGRO

Por J. ALLAN DUNN

Extraordinaria novela de argumento dramático y misterioso, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York

I

PRESA A LA VISTA

ESTOY fuera de la ley.

Para esa enérgica y algo vengativa persona, el juez del crímen, junto con la policía y todas las organizaciones dispuestas para perseguir a los criminales y hacer respetar la ley, — que no siempre es justa — soy un fugitivo, un malhechor escapado de presidio. Creen que, más tarde o más temprano, me envolverán de nuevo en su red y devolverán a Ricardo Pemberton a su celda de Sin-Sing.

Se equivocan.

Ricardo Pemberton no existe. Se ha desvanecido en el aire, se ha hecho humo. En verdad, nunca ha existido nadie con derecho a ese nombre. El que he tomado es elegido por mí. El mío propio nunca lo supe. Cuando Harvey Pemberton me adoptó, dióme su apellido

Para usar la pintoresca expresión de un amigo mío — criminal, pero con mucho de bueno en él, que se va atrofiando rápidamente en la vida carceleraria — ellos tienen tantas probabilidades de recobrar al N. 6439, como yo de ver el arco iris en el Infierno. Entended bien que no critico, en principio, las cárceles. Creo que el sistema puede ser mejorado y que hay muchos hombres que no deberían gozar de libertad. Los hay a quienes espero ver allí Y también existen, encerrados en esos establecimientos en que la atmósfera estaba saturada de maldad, de feroz rencor, de desesperación, algunos que son inocentes.

No hay muchos hombres que escapen de la Penitenciaría de Ossining, junto al río Hudson. Sin embargo no es imposible para quien tiene dinero y amigos... amigos ver-

daderos. Yo tenía ambas cosas. Todavía las tengo. Y algunos enemigos. Estoy libre. Libre para siempre de la influencia contagiosa de la cárcel, que debilita la voluntad del hombre, destruye su alma y concluye por dejarlo convertido en un animal acosado. Libre de los ojos furtivos, de los murmullos pronunciados con los ángulos de la boca, de los complots mezquinos, engendrados por el odio que impregna ese sitio donde el crímen todavía se engendra, donde entran las drogas y donde gobierna el espíritu del bajo fondo. Libre del silencio, de los barrotes que atraviesan el corazón, de los olores repugnantes.

Salí siendo Ricardo Pemberton, Penado No. 6439, sentenciado a siete años de prisión por delito de complicidad.

Ahora soy Pablo Standing, de veintisiete años, blanco, sano de mente y de cuerpo, libre.

No es prudente que de detalles de mi fuga. Podría comprometer a otros que, por interés o por amistad, me ayudaron lealmente. La ley es siempre la ley, aunque a veces, para obtener justicia, tenga uno que tomársela por su mano. Además de sus abusos tiene sus usos. La política y el perjurio tienen sus larvas, procrean el soborno. Pero, para beneficio de las autoridades, a fin de que vigilen en defensa de la decencia y de la civilización, mencionaré el acueducto que atraviesa Ossining, en dirección a la ciudad Hay lugares por donde puede entrarse y salirse libremente. Es un corredor hacia la libertad.

Cuando salí yo de él, había un auto esperándome y no muy disimuladamente, puesto que había esperado tres noches, situado cada una de ellas en lugar distinto, arreglado de antemano. Partió sin demasiada prisa, hacia Nueva York. Yo estuve un tiempo acostado en el piso.

El conductor vestía librea. Era el chauffeur típico de un auto de lujo. El único pasajero visible, una mujer, cuyo rostro, vestido y modales no podían inspirar sospechas. La mujer más valiente y mejor camarada del mundo. No es mía, a no ser como amiga, y nunca lo será. No tengo derecho a soñar con ella. Pero amiga lo será siempre.

Poco después, el auto tomó por el camino principal, seguro de que no era seguido. No se había producido alarma. El maniquí que se hallaba en la celda era todavía el penado 6439 para las patrullas de guardia, cuya inspección es automática. Tenía horas por delante, horas en las cuales podía hacer mucho.

No es difícil disfrazarse para quien tiene inteligencia e imaginación. En el auto había ropas, material para "maquillage", una peluca cara, que se adaptaba perfectamente a mi cabeza pelada. El cambio fué hecho en el terreno de una casa que sólo yo y mi amiga conocíamos, casa cerrada durante el otoño y el invierno. Aunque se hubiese sabido que Ricardo Pemberton se había escapado, aunque los agentes de policía vigilaran Nueva York, a ninguno de ellos, expertos, pero de facultades limitadas, se le hubiera ocurrido relacionarlo con el hombre moreno, de cabellos negros y traje de comida que acompañaba una dama de indudable rango social y entraba en el Club "Después de Anochecer", cuyos miembros eran elegidos y cuyos discretos pasatiempos nunca habían sido censurados.

Fue a la mujer a quien el vigilante, pero cortés portero, hizo pasar deferentemente, mirando apenas a su acompañante. Ella tenía derecho a entrar. Se oía una música suave. Todos los números no eran de baile. El espacio destinado a bailar no era una faja de mosaico de madera, donde las parejas se empujaban a los acordes ensordecedores del jazz. Estaba al fondo, hábilmente iluminado, decorado con gusto. No había nada de extravagante en el "Después de Anochecer". Sus socios bebían refrescos y no se permitía el whisky. Estaban tomando apaciblemente sus cordiales.

En el comedor, con tapicerías, palmeras y mesas adornadas con flores, los carritos eran empujados por mozos diestros, mientras el "maitre d'hotel", vigilaba que todo marchara debidamente. Era un sitio exclusivo, caro, donde nuestra entrada fué cortesmente advertida y luego ignorada. La música tocaba algo moderno, de Debussy. Yo pedí con placer, platos y vinos que hacía tiempo ansiaba. Tenía hambre y comimos como si yo no tuviera otro propósito que pasar una hora de placer.

Poco después bailamos. La disciplina de la prisión no me había entorpecido y bailar con Kate Wetherill inspiraría hasta a un bufón. Yo no había visto aún al hombre a quien quería ver. Estaba seguro de que vendría y podía esperar, aunque mi sangre bullía a la idea de encontrarlo.

Era el primero de mi lista, perteneciente al grupo de hombres que habían matado a mi padre adoptivo y bienhechor Harvey Pemberton: Este tenía un lado turbio en su vida; pero era bueno y generoso para todos los hombres, excepto con los de cierto círculo vicioso. Yo no los conocía a todos; pero esperaba conocerlos.

Por eso me había escapado de la cárcel; durante mis largas noches en vela, proyecté descubrirlos, hacer justicia en ellos, para vengar la muerte del mejor hombre que había conocido o espero conocer, así como Kate era la mejor mujer.

Ellos me habían hecho pasar a mí como autor del crímen, casi me enviaron a la silla eléctrica por un crímen que cometieron. Pero eso era de menor importancia, aunque estaba resuelto a arreglarlo también. Había uno de ellos, el principal en astucia y crueldad, que había ordenado aquello. John Redding, corredor de Bolsa, iba a ser la primera víctima, la cuña que me serviría para descubrir el secreto de la organización.

Es esta una historia que se irá sabiendo

a medida que avance en mi relato; pero tengo que decir algo ahora. No discutiré con el mundo a Harvey Pemberton. Yo lo quería con razón. Un hombre impecable nunca es amado ni por los otros hombres, ni por las mujeres. El había sido víctima de especuladores sin escrúpulos que lo despojaron de su fortuna, que ayudaron a enviar a su mujer al sepulcro, no tanto por el cambio de fortuna si no por el moral que se había producido en su esposo. Porque Harvey Pemberton se convirtió en un lobo. Por lo menos una parte de él. Pero la gangrena no destruyó, no podía destruir, su innata bondad.

Dedicó su cerebro y su energía a despojar a los especuladores ilícitos. Los persiguió, los robó, si queréis, usando de todos los medios para privarlos de las ganancias que habían obtenido estafando al público. Se colocó él mismo al márgen de la ley. Vivíamos con lujo. El me recogió en la calle, sin dinero, sin parientes, sin amigos. Era yo un pingajo y hubiera terminado por convertirme en criminal.

Pero Pemberton se hizo cargo de mí, y me educó, porque no lo odiaba todo, como solía jactarse. Yo ignoraba sus actividades mientras viví, sin cuidados, pero no sin gratitud, en el colegio. Vi su lado interior. Hizo de mí un hombre, educando mi mente y mi cuerpo. Sólo cuando llegué a los veinte años me enteró gradualmente de lo que hacía, del orígen de su fortuna. Entonces estaba ya viejo y cansado; pero lo envolvía una red tejida por él mismo.

—Yo he seguido el mal camino — me dijo — y no puedo volverme atrás. Pero no quiero que me imites.

Yo no podía librarlo de sus terribles ligaduras. Se había visto obligado a formar asociaciones que detestaba; pero de las que no podía zafarse. Lobos del bajo fondo, estafadores, ladrones. Trataba con ellos; pero no pertenecía a su manada. De lobo, después de todo, no tenía más que la piel.

Entre aquellos hombres no había honor. Sonreían o enseñaban los dientes según su grado de sutileza. Algunos lo odiaban, todos lo envidiaban, se burlaban de su insistencia en que yo me mantuviera aparte, en hecho, si no en conocimiento. Lo temían porque había planes de ellos que conocía, áunque no quería secundarlo. Nunca me lo dijo; pero no era yo tan tonto para no comprender que Redding, suave, maleable, falso, bribón innato, era uno de aquellos que lo aborrecían.

Al fin lo mataron. Yo lo encontré muerto al llegar a casa; la moderna caja de hierro abierta, saqueada. Había en el suelo una pistola, de la que había sido disparada una bala. Era mía. Yo la usaba para protegerlo; era una pistola automática, de marca extranjera, modelo chato, inconfundible, que se probó me pertenecía. No había en ella impresiones digitales. Mis manos tenían aún guantes cuando entraron y me sorprendieron.

Sabiendo que muerto no podía devolverles la pelota, habían conseguido informes contra él y contra mí. Juraron que yo había amenazado su vida, asesinando al hombre que me recogió del arroyo.

Tenía yo una coartada que no podía usar. Había estado con Kate. No podía resistir a la gloria de su amistad, aunque sabía que nada más debía esperar. Ella sabía algo de mi vida, me disculpaba, veía lo bueno que había en Pemberton. Kate era sincera como una hoja templada de acero. Ellos conocían aquella coartada.

No fue necesaria. Yo tenía otras. Una cigarrería donde compré cigarrillos; un oficial de tráfico que habló conmigo. No pudieron relacionarme con la hora del crimen. Pero Harvey fué desenmascarado, su memoria dsehonrada. El juez del crimen, furioso al perder a un hombre a quien buscaba desde hacía tanto tiempo, se ensañó conmigo. Dijo que vivía con él, que había sido su íntimo compañero. Aunque no lo hubiese matado, era increíble que no fuera su cómplice, cuando se cometía un delito. Eso era casi cierto. Yo lo conducía en auto, lo cuidaba, sabiendo que iba a asuntos considerados criminales por la ley. No se puede robar ni siquiera a los ladrones.

El jurado aceptó las declaraciones del juez. Yo era "particeps criminis". Y así me convertí en el penado 6439, sintiendo crecer cada vez más fuerte en mí el espíritu de la venganza a cada hora que pasaba en Sing-Sing, volviéndome más amargado y más resuelto. Yo era rico. Pemberton había apartado, para mí, fondos que la ley no podía tocar.

La suerte o el destino, si estos poderes existen, trabajaron para mí mientras estuve en la penitenciaría. Ciertas acciones sobre petróleo subieron hasta un punto increíble. La fuente que las había comprado era turbia. Pero yo dedicaría mis riquezas a un solo fin.

No podía reahabilitar la memoria de mi padre adoptivo. Yo sólo conocía al verdadero hombre. Pero vengar su muerte estaba en mi poder. Y el momento había llegado.

Me habían quitado la pistola. Pertenecía ahora al Estado. Es curioso como una cosa de metal, un arma, puede convertirse en fetiche para un hombre que piensa usarla para vengarse. Podía comprar otra; pero yo había deseado a menudo ésa y nunca tanto como en el momento en que vi entrar a Redding, acompañando a una rubia esbelta. Era una mujer vestida a la última moda, de maneras lánguidas, zalamera como una gata de Persia, probablemente tan ambiciosa como egoísta. Divertía por el momento a Redding y servía a sus obscuros fines.

Sentí que me temblaba la garganta; las venas de mi frente se pusieron como cuerdas. Mis laboriosos planes se fundieron en odio, en el deseo de firme a las manos con aquel desculdado bandido. Sentí la presión ligera y firme de la mano de Kate en mi

brazo y enseguida me contuve. Redding no tenía que ser más el cebo para los demás. Volvimos a nuestra mesa.

Le dí a Kate un cigarrillo y se lo encendí con mano firme. Había dominado mis nervios. Mi ardiente rabia se había convertido en frío cálculo.

—¿Es él? — me preguntó Kate con ligera sonrisa, como si bromeara.

—Uno de ellos — contesté — El primero; pero no el último.

—Lo conocí en sus ojos — me dijo — Eran... terribles. Tuve miedo por usted un momento.

—¿Y ahora no? — pregunté.

Su sonrisa era natural al mover negativamente la cabeza.

—Ahora no. Pero lo sentiría, si me mirara usted de ese modo — del modo como estaban arregladas las mesas, no había peligro que nos oyeran y ella continuó: — No me parece muy peligroso. Vano, egoista y en cierto modo débil, sí.

—No es así — le dije — Tiene la protección del resto de su banda y bandidos asalariados.

—¿Pistoleros?

Moví afirmativamente la cabeza.

—¿Qué piensa usted hacer? — me preguntó.

—Aquí, nada. Lo seguiré cuando salga. No se donde vive. Luego voy a hacerle unas cuantas preguntas y tendrá que contestarme.

—No lo reconocerá a usted. Nadie lo conocería. Pero ¿no es mejor irnos ahora? Podemos esperar en mi auuto y luego seguirlo.

—Usted no tiene que mezclarme en esto — hablé ásperamente, resuelto.

—No puede evitar enteramente que lo esté, Ricardo.

—Pablo, Pablo Standing desde ahora. Puede ser que no me conozca usted la próxima vez que me vea. Los disfraces son eficaces, sabiéndolos aplicar. Bueno, puede llevarme, si quiere. La dejaré a usted tan pronto como sepa donde vive.

Sabía yo que era inútil discutir con ella, que me conocería siempre, por mucho que yo cambiara. Había algo entre nosotros, una afinidad amistosa que yo nunca hubiese dejado seguir adelante, si no hubiera sido casi un niño cuando la conocí. Era tan natural como ciertas vibraciones, como el salto de la electricidad entre los polos.

No hubiera sido prudente tomar un auto de alquiler. Se halla su pista facilmente. Yo no sabía lo que ocurriría, excepto que iba a verlo a Redding. Ben Donlin, el chauffeur de Kate, era de absoluta confianza.

Redding estaba bailando con su blonda compañera cuando nos levantamos. Ella parecía contrariada por algo. Pensé que se retirarían pronto. Fuimos en busca de nuestros abrigos y el portero llamó el auto. Kate ordenó a Ben que diera la vuelta al edificio y se situara desde donde pudiéramos ver la entrada.

El "Después de Anochecer" estaba situado en una calle traviesa, tranquila, sin mucho tráfico a aquella hora de la noche. La muchacha que estaba con Redding era de las que pierden varios minutos en asegurarse del estado de su cara antes de entrar o salir de alguna parte.

Kate metió la mano en el bolsillo del estado de su cara antes de entrar o salir de alguna parte.

Kate metió la mano en el bolsillo del costado del auto, sacó un objeto y me lo entregó. Era una pistola automática.

—Puede usted necesitarla — me dijo — Ben lleva una. Tengo permiso.

Deslicé el arma mortal en mi bolsillo sin decir palabra. Entre nosotros, las palabras no siempre eran necesarias.

Ella, como yo, no tenía parientes, al menos cercanos. Su madre había muerto mucho tiempo atrás, su padre le había dejado una fortuna. Tenía amigos en su círculo, por derecho de nacimiento; pero era independiente. Yo la había conocido en un club campestre. Era deportista, poseedora de un cuerpo magnífico, vigoroso y flexible. Su mente comprendía rápidamente cualquier tema. Al revés de la mayoría de las mujeres, no se limitaba a sus emociones o las consideraba instintos seguros. Tenía intuiciones rápidas, infalibles; pero le gustaba razonar. No había otra como ella. ¡Ninguna!

Algo le había impedido seguir un plan definido de vida, casarse o seguir una carrera, para la que era tan capaz. Consideraba la amistad cosa sagrada. Por mi había hecho mucho, más de lo que yo me atreví a soñar. En la penitenciaría no pude impedir que ella entrara en el plan de mi fuga.

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de **EL DIARIO— (EXTRACTO)**

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

No pude persuadirla de que rompiera conmigo. Algún día, aquello tendría que suceder... cuando yo cumpliera mi terrible misión. Pero ahora no.

—Quisiera ir con usted — me dijo. — La aventura se me está introduciendo en la sangre, Pablo.

En la mía se iba introduciendo algo más, algo contra lo que luché duramente. El deseo de decir cosas que luego lamentaría infinitamente, de cruzar la línea que había establecido entre nosotros, que nunca debía franquearse. El sexo, dominador del mundo, que hacía latir mi pulso, que me obligó a buscar los cigarrillos y ponerme una careta para ocultar mis sentimientos.

tantáneamente contrarrestados por una automática serenidad; quizá soy mezcla de escosés e irlandés: una raza me arrastra lejos y otra me contiene. No lo sé. No lo sabré nunca.

Ese temperamento mío me mantenía ahora frío como el hielo, alerta, lleno de energía, pronto para la acción. Mi mente estaba en actividad, no pensando lo que iba a hacer, si no confiando en que sabría hacerlo cuando llegara el momento. Se aproximaba... rápidamente.

Ellos dieron vuelta hacia el este otra vez, más allá de Park Avenue, luego tomaron rumbo al sur. El auto se detuvo ante un pequeño edificio de departamentos, hecho

Al aparecer el pistolero en la puerta secreta, Redding se inclinó hacia adelante. — Tírale — gritó. — ¡Es Pemberton!

Kate se inclinó hacia adelante y dijo con una pequeña exclamación.

—Ahí están. Ben, sígalos.

Decidí que el auto era de la mujer, por su tipo. Tomaron hacia el este, por la Quinta Avenida y luego se dirigieron al centro. Los seguimos sin dificultad.

II

TRES TIROS

He pensado a menudo qué sangre corre por mis venas. Debe tener una buena parte de azul. Siento impulsos violentos, casi ins-

de tres casas antiguas reformadas. A un costado de él había una tapia baja, de tablas, y detrás de esto una gran excavación. Estaban construyendo allí un gran teatro, según decía el cartel. Ya habían sido hechos los cimientos; luego, hallándose algo malo en los planos, la obra fué suspendida para arreglarlos. Formaba la excavación una gran L irregular, desde la mitad de un edificio a otro, al costado de la calle. El terreno quedaba a espaldas del edificio de departamentos, según observé con satisfacción.

Vimos bajar a Redding, quitarse el sombrero con ademán burlón y entrar al angosto zaguán. Pasamos junto al auto y vimos

a la rubia que se empolvaba la nariz, con gesto de mal humor. Todavía no había dado la orden de seguir. Hice que Kate me dejara dos casas más allá.

—Le digo a Ben que la lleve directamente a su casa — le dije — ¡Buenas noches!

—Buenas noches y... buena suerte, Pablo — me contestó.

La iba a necesitar, con seguridad. Si Redding era débil, habría tomado sus precauciones para que no lo sorprendieran desprevenido. Caminaba por una tabla angosta y lo sabía. Kate nunca trató de disuadirme de mi propósito. Conocía sus peligros y su educación rechazaba mis principios; pero imaginaba que, en el fondo de su corazón, simpatizaba con ellos. Simpatizaba conmigo, sabe Dios por qué.

Entrar no era problema muy difícil.

Había un negro adormilado que atendía la puerta, el teléfono y el ascensor por la noche. Me abrió.

—¿Ha llegado Redding? — le pregunté.

—Sí, señor.

—Lléveme arriba.

Puso los ojos en blanco.

—No puedo, patrón. El señor Redding ha dado órdenes de que no...

—Lo se — interrumpí — Pero no rezan conmigo. Lo vi esta noche en el "Después de Anochecer"; pero no pude hablarle. Tengo que verlo. Se trata de algo importante.

Vió en mi mano el dorso anaranjado de un billete y aquello, así como mi conocimiento de las costumbres de Redding, lo convenció. Pero estaba todavía dudoso, bien despierto, cuando el ascensor se detuvo en el tercer piso. Me conocería si me volvía ver. Pero no al hombre que sería yo antes de que pasaran muchas horas.

—¿Sabe cuál departamento es, patrón?

—Seguramente.

Eso lo tranquilizó y yo me detuve a encender un cigarrillo. Había dirigido otra mirada a aquella excavación al volver. Había un sereno en la calle lateral, frente a una tabla de avisos más alta, bajo una plataforma: un hombre viejo, inútil, a quien se le daba aquel puesto por influencias o caridad: dormía profundamente en su silla. No había allí nada que robar. Los contrabandistas habían hallado un surtidor y colocado un caño que, como una gran serpiente absorbía el flujo; su bomba funcionaba automáticamente.

Pero yo había más que eso: luces en el tercer piso, al fondo, que no estaban encendidas cuando primero pasamos. Conocía la disposición general de esas casas. Redding viviría bien en su departamento de soltero, no desconocido para las damas. Quizá tendría un criado

Vi su nombre en la puerta, en una chapita de plata, y toqué el timbre. Abrió un japonés de ojos escrutadores, hostiles. El temor apareció en ellos cuando apoyé el caño de mi pistola en su chaleco de librea. Retrocedió, discretamente silencioso, su rostro moreno se puso amarillo. Había visto algo terrible en mis ojos.

—Salga — le dije hablando como un expresidiario, en voz muy baja, pero perceptible — Y no vuelva. Si vuelve...

Terminé esta frase con una pequeña presión del arma. El hombre había visto a otros hablarle así antes, conocía sus hábitos. Por algo era criado de Redding.

Lo miré ir y despacito corrí el pasador. Quizá parezca imposible; pero ya estaba yo adentro y... Redding también.

El tarareaba una canción, mientras se preparaba un refresco. Se había puesto una hermosa — demasiado hermosa — bata de brocado. Por un momento contempló su figura sensual, satisfecha; era un hombre un poco gordo, calvo, con bolsas debajo de los ojos, que indicaban su vida fácil y perezosa. Yo no había hecho ruido. Guardé la pistola. Había otros medios de tratar a un hombre como él; aunque podría precisarla más tarde.

—¿Quién diablos es usted y como entró? — preguntóme imperiosamente; pero estaba alarmado, nervioso.

—Usted lo ha dicho — contesté — Para usted, el mismo diablo. Pero acepto un trago.

No lo desaba, no pensaba beber con él; pero le di tiempo para reponerse. Era evidente que se había asustado. Yo deseaba hablar con él de negocios y ser comprendido claramente.

—Mandé a dar una vuelta a su criado — le dije — Vamos a conversar. He venido desde cierta distancia, venciendo algunas dificultades, para hablar con usted, Redding. Está en su interés oirme y contestar.

Supuse entonces que era traidor a los suyos, que vivía con el temor de ser descubierto. Pero respiraba con más facilidad, sus narices no se dilataban ya por el terror. Le volvió alguna confianza, mientras bebía bastante bruscamente su vaso, se servía otro y me pasaba la botella indicándome el bol de plata con hielo, el sifón y un alto vaso. Iba a saber después lo que le había devuelto la serenidad.

Observé entonces el cambio y no me gustó; pero el tiempo pasaba. El día no estaba lejos y tenía yo que salir antes de que llegara

Yo me senté en una silla y él en un sillón. El cuarto era una especie de biblioteca, con estufa y balcón, bien amueblado, aunque con más chucherías de lo que es propio para un hombre. El fuego estaba encendido; pero la noche era tibia y la ventana se hallaba abierta, provista de malla de alambre contra los insectos y cubierta por una cortina en parte recogida, que la brisa agitaba. Vi una escalera de incendio, la escalera exigida por el reglamento de edificación.

—Si se trata de algo relacionado con acciones, — dijo — yo no asumo responsabilidad, después de los consejos preliminares. **No se cómo entró usted...**

—Y no sabe como saldré — le dije — Si, es algo relacionado con acciones, aunque no de la clase que usted maneja.

Su nariz se le puso otra vez amoratada. Tenía un presentimiento. Sus ojos se dilataron y dió un paso adelante; pero retrocedió al quitarme yo la peluca. Mi cabello es rubio y las cerdas de la prisión debieron brillar bajo la luz.

—¡Cielos! — dijo. Y volvió a sentarse rígido.

Yo lo había juzgado mal. Estaba en un error. Resultó duro después del primer choque. Lo había observado yo con atención, creyendo fuera lo bastante tonto para intentar dar la alarma e imaginé que había logrado hacer alguna señal. Estaba ahora casi tranquilo.

—Usted ha estado cavilando — dijo — La cárcel es un sitio mórbido, lo imagino. Si es usted inocente, comprendo su actitud. Pero ha hecho mal. Me ha amenazado, Pemberton, y a ningún hombre le gusta ser amenazado. Pasaré eso por alto. No tengo nada que ver con el asunto. Es ridículo pensar semejante cosa. Yo era amigo de su padre adoptivo.

—Es mentira — dije sencillamente — Redding, se parece usted a los tiburones con quienes viaja; pero no es más que un pobre pejerrey. Pez chico. Por eso mis amenazas, como usted las llama, aunque en realidad son promesas, quedaron donde están. Le repito que lo dejaré a usted fuera de esto si es franco; pero no me mienta.

Al decirme que no tuvo que ver con el asesinato y robo de Harvey Pemberton, miente, con su cobarde instinto de salvación. Tengo informes muy definidos sobre esto. A Sing-Sing llegan muchas noticias, Redding. Condensadas, limitadas, pero ciertas. "Sé" donde estaba usted. Me lo dijo un hombre que trabajó para usted y ahora lo hace en el lavadero de la cárcel. Tiene idea de que su banda lo metió ahí.

Aquello lo inmutó. Vi que su memoria trabajaba. Comprendí que estaba inquieto. Sin embargo, algo lo animaba. Yo lo observaba atentamente. Su mano y brazo derecho colgaban flojos sobre el brazo tapizado del sillón. Estaba por hacer algo, si no lo había hecho ya.

—¿Ha pensado usted alguna vez en lo que significa una puerta, Pemberton? preguntó. — Nunca se sabe lo que puede entrar por ella. Contiene el elemento de lo inesperado. Hombres y mujeres entran sin anunciarse. Mucho puede venir por una puerta. Esperanza, desesperación, alegría, pena, vida o muerte.

—Una amante o el sheriff — interrumpí. Empezaba a cansarme por aquella pérdida de tiempo. Pensé que trataba él de distraer mi atención. Tenía la mano sobre el brazo del sillón y la dejó caer a su costado. Debía haber alguna pistola oculta entre los almohadones. Estaba seguro de ello.

—¿No pensó usted nunca en las ventanas? — le pregunté, siguiendo su juego — Especialmente en las ventanas que tienen escaleras de incendio.

Arriesgué una mirada de costado y vi que la cortina se movía otra vez. Podía ser el viento, aunque pensé distinguir algún movimiento detrás. Quizá no era más que el golpear de la cortina contra la malla metálica. Redding no se movió.

—Estábamos hablando de puertas, Pemberton.

Sus ojos brillaron con expresión triunfal, que no pudo más reprimir. Había hecho alguna jugarreta. Llevó la mano al bolsillo.

—Hablará usted, maldito — dije — O lo mato. No amenazo en vano.

Luego me quedé helado. En un largo espejo veneciano vi que, detrás mío, se había abierto una sección de pared. Un hombre pasó por ella, bajo, siniestro, silencioso, con un rostro que parecía ostentar una careta maligna. Conocía aquella cara, sabía lo que escondían aquellos pálidos ojos; el deseo de matar.

Era "Fin" Murray, pistolero, asesino. Su mano izquierda, su "fin" (aleta) le había sido estropeada por la portezuela de un auto, en una apresurada fuga; pero todavía se ganaba la vida con la derecha. Debía ser guardia de corps de Redding.

Su pistola me apuntaba a la columna vertebral. Podía partirmela con solo apretar el gatillo.

—Métele a este tipo — dijo Reeding, caído su barniz de hombre de mundo — Charla demasiado. Sabe demasiado.

Yo miraba la imágen de Fin, con la mano apoyada aún en la culata de mi pistola que no me atrevía a sacar. A cada instante esperaba ver el fogonazo del arma, sentir la rápida parálisis de la muerte. Pero Fin no tiraba. Dijo con voz aguda, excitada por el uso de la cocaína.

—¿Y dónde lo va a ocultar? — vacilaba Fin conocía su oficio, sus ventajas y contratiempos. Era un profesional. Pero Redding, pobre aficionado, había perdido la senidad, casi chillaba.

¡Es Pemberton, estúpido! Se ha escapado de Sing-Sing ¡Al infierno con su cadáver! Ha venido aquí a amenazarme, a hacerme hablar. ¡Tírale!

He estado muchas veces, últimamente, cerca de la muerte; pero nunca tanto como entonces. Sin embargo, mis facultades funcionaban claramente. Un pensamiento automático dominaba mi mente: "Aquí terminas". Otros, en el mismo trance, me han dicho que sintieron lo mismo, desmintiendo la vieja idea de que, en semejantes momentos se piensa en el pasado. No hay tiempo para eso cuando se espera una bala.

Murray, naturalmente, me conocía. Quizá sentía cierto respeto por el hombre que había logrado escapar de la Casa Grande. Fuera como fuere, vaciló y mi corazón dió un brinco; cerré los ojos para ocultar lo que podían demostrar.

La puerta verdadera se había abierto rápidamente y entró una mujer, colocándose a

la derecha de Fin. Bajo las ondas de sus cabellos castaños, tenía un encaje a guisa de antifaz. Sus ojos brillaban por entre él. Su cabeza estaba levantada, la boca y la barba firmes, mientras su mano armada con una pistola le apuntaba a Fin, que me apuntaba a mí.

Aquello era interesante. ¡Un pistolero contra una asaltante! No me quedaba duda de que ella era Kate, con la pistola del chauffeur. Disfrazó la voz al decir imperiosamente:

—No se haga el loco, Fin. Tire ese chisme ¡Tírele, le digo! Ahora dele un puntapie. Así. Cuidado con moverse nadie.

Fin gruñó, no a ella, si no a mí.

—Su mujer tiene la carta del triunfo esta vez. ¡Maldita sea!

Yo le perdoné aquel juramento, aun contra Kate. Era un tributo. Estaba apurado. El jaque-mate no había sido dado aún. Quedaba Redding en el tablero. El pensó matarme, no bien vio que era Pemberton. Sabía que Fin acudiría y se conservó sereno hasta el fin. Ahora estaba frenético de ira y de odio. Lo vi buscar entre los almohadones, pero yo le atravesé el codo de un balazo, sin que Fin me apuntara.

Redding dobló una rodilla y se agarró el brazo; por entre su manga corría la sangre, manchando los almohadones. La pistola cayó al suelo y yo me agaché rápidamente para recogerla, un ojo siempre fijo en Fin y en Kate. Ella se había portado magníficamente; pero podía desfallecer y Murray, estimulado por la cocaína, moverse y atacar como una serpiente. Kate había colocado su pequeño pie sobre el arma que hizo arrojar hacia ella. Su mano estaba firme todavía.

El estampido de la pesada arma que me había entregado, el grito de Redding, la sangre, el humo de la pólvora, no la habían alterado. En cuanto a Fin se hallaba medio agachado, como un boxeador de peso liviano esperando una abertura.

Tenía que sacar a Kate de allí, salir yo mismo. En la ventana, detrás mío, veíase ya un resplandor agrisado. La alarma podía extenderse por la casa. Era la hora que los porteros recogían las latas de la basura. Aquel tiro mío había resonado como un trueno. Estaban allí el ascensorista negro, el japonés. Pensé que Kate debía encontrarse con este último y que él la hizo entrar... En tal caso...

El panel giratorio se abría otra vez. Nuevamente una figura baja se reflejó en el espejo. Era el japonés, pequeño y moreno, con sus ojos sesgados, que se disponía a lanzar un cuchillo.

La acerada hoja partió como una flecha al agacharme yo. Pegó en el espejo veneciano donde había estado mi imagen; rompió el vidrio y esparció sus restos, trayendo siete años de mala suerte para alguien. Kate creyó ver la hoja del cuchillo clavada entre mis hombros. Su brillo, al pasar, la hipnotizó quizá la vigésima parte de un segundo, el tiempo que tarda el ojo humano para funcionar a máxima velocidad. Fue lo bastante para que Fin aprovechara su oportunidad.

Se lanzó hacia ella, agachado, Asaki, el criado de Redding, entró en acción al mismo tiempo. Fue un triple salto por la posesión de la pistola que Kate tenía bajo su pie. Ella cayó ante al salto de Fin; su bala pasó por encima de la cabeza del hombre y se incrustó en la pared; pero logró empujar la pistola, que estaba en el suelo, hacia mí. Asaki saltó para apoderarse de ella. Estaba en cuatro pies cuando yo le dí un golpe en la cabeza con la culata de mi propia pistola, antes de recoger la de Fin. Quitéle el cuchillo al japonés, aunque era innecesario, porque el criado estaba sin sentido y le brotaba sangre de una herida del cráneo, manchándole el uniforme y la rica alfombra.

Redding no se había respuesto aún del choque nervioso. Sólo el hombre que ha sentido penetrar acero o plomo en sus huesos, sabe lo que es. Interrumpe cualquier coordinación de ideas. El dolor del codo de Redding debía ser intenso.

Todo había ocurrido tan rápido como el lanzamiento de pelota por un jugador de baseball, de primera clase. Más rápido aún. Kate estaba ya de pie, como una ardilla. Fin y ella cayeron juntos; pero ella fue la más rápida en levantarse. A Fin le sangraba la nariz debido a un golpe de la rodilla de Kate. Tenía un ojo en compota. Kate peleaba desesperadamente para que el otro no le quitara su pistola y la mano inválida de Fin lo colocaba en situación desventajosa, aunque creo que Kate era adversaria temible, a pesar de la cocaína que daba bríos al hombre.

Ella estaba ahora loca de rabia. Sus ojos despedían fuego.

—¡Ladronzuelo sucio! — exclamó — ¿Cómo se atreve a tocarme? Si lo matara, se lo tendría merecido.

Casi me reía a despecho de la gravedad de la situación. Las luces palidecían en sus globos; la ventana ya no estaba gris, si no rosada. Aquellos tres tiros tenía que haber despertado la casa. Yo sabía como la mayor parte de los inquilinos los tomarían. Los habitantes de Nueva York no se apresuran mucho a acudir cuando silban las balas. Demasiado comedidos espectadores reciben la muerte en estos turbulentos tiempos. Pero, aunque no intervinieran personalmente, darían la alarma a la policía.

La mezcla de admiración y de desafío que ostentaba la cara de Fin era cómica. Lo era también su defensa.

—No soy un ladrón, hermana, si no un pistolero y usted tiene mi pistola ¡Había sido mujer de pelo en pecho!

¡Si las amigas de Kate Wetherill la hubieran oído llamar mujer de pelo en pecho! Yo la agarré por la muñeca y ella trató de soltarse antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Comprendí que tenía su genio**cito, cuando se la provocaba.** Debía haber

DE REGRESO

—¡Qué cambios tan notables tiene la Naturaleza! Antes este camino estaba cuesta arriba.

otra escalera de incendios a los fondos. Era contar con el azar; pero la fuga por el ascensor era imposible y si bajábamos por la escalera caeríamos en manos de la policía, llamada sin duda ya y en camino. La escalera de incendio de la habitación nos expondría a la vista de la calle. Casi arrastré a Kate hasta la puerta y luego ella se dejó guiar por mí. Su situación era tan peligrosa como la mía. El ascensor estaba abajo. Solamente un oficial de policía podría persuadir al negro de que lo hiciera subir. El departamento del frente en aquella parte del edificio parecía desocupado. Nadie nos vio cuando nos dirigimos a la ventana que estaba al final del hall, pasamos por ella y bajamos por las escaleras de hierro.

Imaginé que Fin se dirigiría a la otra ventana. No estaba seguro, pero pensé que no se quedaría allí, con el japonés desmayado y Redding herido. El tenía su pistola. Yo era una verdadera armería mientras bajaba, con las pistolas y el puñal en los bolsilos.

Llegué al fin al último escalón; me dejé caer; agarré a Kate en mis brazos cuando saltó y corrí con ella a través de la excavación, sobre los bajos cimientos; salimos por una puertita a la calle. El viejo sereno dormía aún. Entonces fue que oí algo que parecía un tiro pero podía ser el estallido de un neumático de auto. Kate se había quitado el antifaz; tenía puesto aún su abrigo. Yo llevaba sobretodo y sombrero. No habíamos dejado nada en la casa. Hacía tiempo que me había vuelto yo a colocar la peluca. Un hombre y una mujer con traje de fiesta, al amanecer... no llaman mayormente la

atención en Manhattan; pero es facil recordarlos. No era probable que hubieran enviado un piquete de la policía; a no ser que Redding hubiera avisado; pero era de creer que más bien pensaría en llamar a un médico. Con todo, a los pocos minutos se sabría que Ricardo Pemberton se había escapado de Sing-Sing, que andaba disfrazado. Encontrarían el muñeco en la celda. No quiero alabarme; pero no pensaba yo, en aquellos momentos, en mí si no en Kate, que no debía verse mezclada en aquello.

—¿A donde dejó el autō? — le pregunté. Estaba cerca, por suerte y a él nos dirigimos sin comentarios. No había mucha gente por las calles. Los autos eran escasos, los subterraneos no habían empezado aún a volcar su carga de trabajadores; ningún vehículo pasó junto a nosotros mientras caminábamos velozmente, temiendo a cada momento oir los ruidos de la persecución. Pero al fin llegamos, sin ser vistos por nadie. Ben puso en marcha el motor y el auto se deslizó sobre sus rápidas ruedas. Tomamos hacia el sur esta vez, dando la vuelta a la avenida.

—Le dije a Ben que la llevara directamente a su casa — dije con cierta aspereza.

Ahora que todo había pasado, me extremecía yo al pensamiento de lo que pudo ocurrir.

—Sí; pero él pareció pensar que era "mi" auto y esperó mis órdenes — contestó ella — De todos modos, si yo no hubiera ido...

—Hubiera muerto yo y todo habría terminado. Todavía se va usted a comprometer.

Ella colocó su mano sobre la mia y yo me extremecí bajo su contacto eléctrico.

—En mi vida he gozado tanto — dijo. Y era sincera — ¿Dónde quiere que le lleve?

Reflexioné considerando los riesgos, pesándolos. Tenía otras ropas, dinero, en el departamento de un amigo. No era muy lejos y nada mejor para mí que ir en auto particular, ocultárme lo más rápidamente posible. Ella esperaba órdenes; ella que nunca debió haberse visto mezclada en mis asuntos.

—Ha hecho usted ya bastante — le dije — ¡Demasiado! Cuando me despida de usted, tiene que ser un adios final

—Se nececitan dos personas para formar una amistad y dos para romperla — contestó — ¿Tengo que insistir sobre esto? ¿Por qué ha tomado el nombre de Pablo?

—¿Qué más da? — pregunté con tono amargo — Un ser sin nombre, un ex-presidiario...

Sus ojos parecieron darme la respuesta; pero yo no me atreví a interpretar el mensaje. El sol de su espíritu brillaba a través de la lluvia. Creo que entre sus lágrimas, ¡Arco iris gemelos en mi Infierno!

Hay un médico, un cirujano, cuyo nombre sería locura revelar. No es más suyo que el mío propio; pero si **muy conocido. Tuvo alguna dificultad con la ley, que no concierne a esta historia. Había hecho maravillosos trabajos en cirujía facial durante la guerra y después de ella. Muchos infelices le deben su apariencia humana. Le llamaremos "Bendición".**

Cuando se vio envuelto en ese asunto turbio vendió sus bienes, cambió de nombre, obtuvo un certificado y ahora "levanta" los rostros de las mujeres que se sienten jóvenes y desean parecerlo. Y de los hombres también. La vanidad no tiene sexo. Gentes de todas las clases y condiciones acuden a verlo y le pagan sumas casi fabulosas. Van muchos pertenecientes al mundo teatral y nocturno.

El estaba enterado de mi historia. No se si creía en mí o no. Creo que sí. Consintió en hacer un nuevo Pablo Standing del antiguo Ricardo Pemberton. Yo tenía una cita con él. Y una nueva peluca para usar, esta vez rubia, hasta que creciera mi cabello rapado. El también iba a cambiar mi cabello. Bendición era un artista supremo.

El departamento a donde me dirigí era completo y cómodo. No había visto a nadie cuando entré con mi propia llave. Mi amigo se había ido a Long Island para dejarme sitio. Tenía allí una pequeña casita, cerca de la costa, a donde pensaba dirigirme yo más tarde. No sabía que cicatrices tendría que curar, después de salir de manos de Bendición. En mi cuerpo no tenía otras ni señales particulares. Llegaría quizá noviembre antes de que pudiera volver. Tendría tiempo para pensar. Hasta entonces había fracasado con Redding. Pero eso no me preocupaba. Haría mejor mis planes. Me había apurado tanto porque deseaba obtener nombres a fin de poder hacer mis planes mientras se me formaba un nuevo rostro. Tendría que esperar, eso era todo. Pero, volviera o no a Nueva York, pensaba alejarme del camino de Kate Wetherill, en bien... de ambos.

(Continuará)

PROVISTO DE NUEVA IDENTIDAD. PEMBERTON ESTA AL BORDE DE SU GRAN AVENTURA. CABE ESPERAR ACONTECIMIENTOS EMOCIONANTES. NO LOS PIERDA.

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

LA LLEGADA

¡RIO Kid!

El sheriff Watson, de Frío lo miró inquisitivamente, se restregó bien los ojos volviendo a mirarlo otra vez. El corpulento sheriff de Frío no podía dar crédito a lo que veía! Y sin embargo, no se engañaba, pues era el propio Río Kid tostado por el sol, apuesto y sonriente, el que había aparecido por la puerta principal de la oficina que daba a la plaza del pequeño pueblo en las margenes de río Frío. Era en efecto el mismo Río Kid aquel muchacho al margen de la ley, cuya captura era solicitada por la mitad de los sheriffs del Estado de Texas. Era aquel muchacho de cuyo paradero nada se sabía desde hacia muchos años. El sheriff de Frío lo miraba fijamente, asombrado de verlo en su oficina. Tal era su asombro, que no atinaba a echar mano al revólver. Watson no habia olvidado a Río Kid como tampoco lo había olvidado el pueblo ni los estancieros de ambas márgenes del Pecos. La reputación de Kid, cuando cruzaba los senderos de Texas y acampaba en los chaparrales había sido enorme, como para que fuese fácilmente olvidado. Sin embargo, el nombre de Río Kid ya no estaba presente. Desde hacía mucho no se sabía nada de él. Los vaqueros aseguraban que Kid había abandonado Texas por la llanura jalonada, para probar fortuna en otras regiones. A pesar de su mala fama, muchos le deseaban suerte, porque, según ellos era un hombre de ley pues como amigo, era excelente y como enemigo leal. Y en el rancho Double-Bar, había quien aseguraba que a Río Kid nunca se le hizo justicia. Muchas fueron las leyendas que circularon por los galpones y por los campos de rodeo, acerca de las actividades de Río Kid. Y muchas más se contaron respecto a su desaparición súbita de la comarca, que acostumbraba a frecuentar. Algunos rumores vagos, corrían por el pueblo, acerca de las andanzas de Kid por los campos de oro de Arizona. Y también se dijo que había sido visto por las praderas de Montana y que había corrido enormes riesgos en los corrales de Wyoming.

Pero, todos estos rumores no eran mas que vagas suposiciones. Hubo quien creyó que Kid se había ido por la senda larga del país del que jamás se vuelve; muerto en alguna pelea o desollado por los indios apaches.

Y como ninguna noticia se tenía de él, junto con su desaparición de los lugares que frecuentaba, el sheriff Watson llegó a convencerse que Río Kid había cruzado la cordillera y que nunca más podría apoderarse de él, para ahorcarlo, como lo había jurado hacer. Y ahora, tenía ante sus ojos a Río Kid, tan largo como la vida, sonriendo al asombrado sheriff desde la puerta abierta de su oficina en Frío. El sheriff fumaba un cigarro mejicano, medio adormecido por el soporífero calor de la tarde, sentado en una mecedora inclinada hacia atrás y con los pies sobre la mesa, cuando oyó el ruído de una cabalgadura que se hacía cada vez más distinto hasta llegar a la puerta de la oficina, en donde cesó, apeándose un hombre que, poco después apareció por la puerta principal. Ni por un momento pudo imaginar

el sheriff de Frío que ese hombre podía ser Río Kid y su caballo el famoso tordillo cara negra. Cuando dándose vuelta, vió a Río el sheriff lo miró boquiabierto. Bueno, si no era Río Kid entonces sería su alma en pena. Y el sheriff de Frío casi estuvo por creer lo último.

—¡Río Kid!

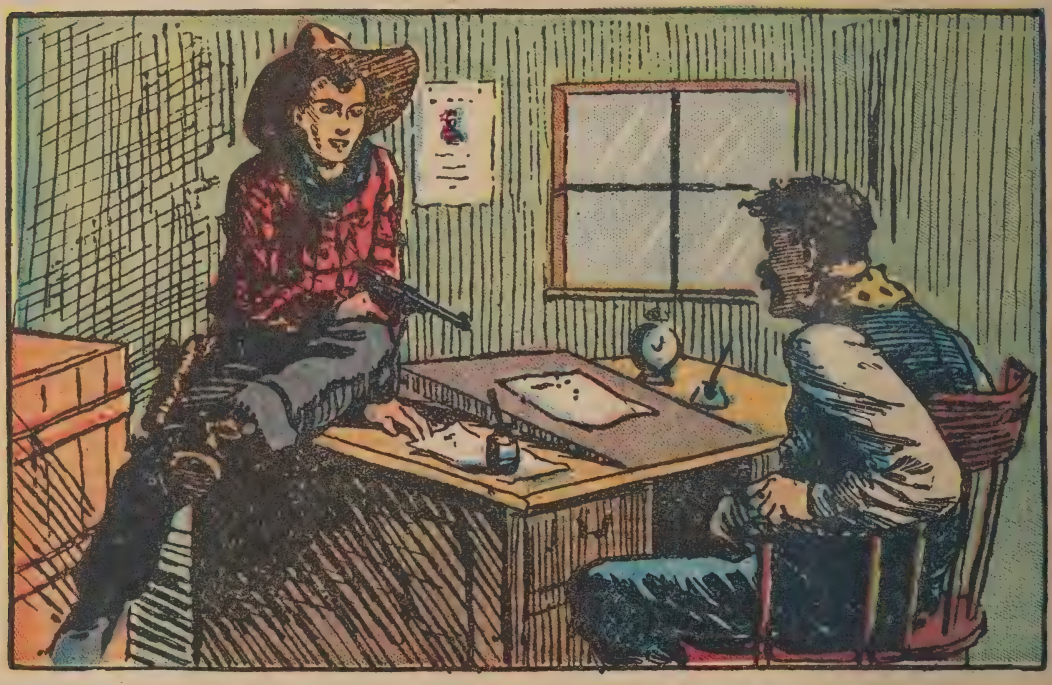
Watson tartamudeó las palabras. Indudablemente era una visión que se desvanecería.

Río Kid sonrió burlón. La estupefacción del sheriff parecía divertirlo. Sacó su sombrero Stetson y saludó con ironía.

—¡Río Kid! — volvió a decir el sheriff.

No, no era una visión. Era el hombre a quien había buscado con tanto empeño. Hizo ademán de sacar el revólver, pero Río le había ganado el tirón, apuntándolo con el subridas. Y al otro lado de la plaza, estaba el bar del Perro Rojo. Afuera y bajo un toldo a rayas coloradas, había una mesa, a cuyo alrededor se hallaban sentados unos individuos jugando al pocker. En cualquier momento un visitante podría venir a la oficina, o un grupo de vaqueros o Abe Harrigan, ayudante del sheriff. Y sin embargo, ahí estaba Río Kid arrostrando todos los peligros con admirable sangre fría, delante del hombre que había jurado capturarle vivo o muerto y que había puesto precio a su cabeza por mil dólares. El valor de Kid era proverbial, pero esto ya colmaba la medida.

—No dudo que le haya dado una gran sorpresa, sheriff — sonrió Río Kid. — Lo que menos pensaba usted es que volviese otra vez aquí.



—Río Kid apuntó fríamente con su revólver.

yo, teniendo el dedo en el gatillo, por si era necesario.

—Déjelo, compañero — dijo Río Kid lacónicamente.

El sheriff obedeció al instante. Kid estaba sonriente y de buen humor. En verdad, éste era su estado normal, lo que no era óbice para que al primer movimento que hiciera el sheriff le atravesara la cabeza de un balazo. Y Watson no deseaba morir repentinamente. El destello de los ojos fijos de Kid falseaba más bien la sonrisa de su cara.

Río Kid entró en la oficina. La sorpresa del sheriff aun duraba por la audacia, pues era pleno día. Y el sol lanzaba sus ardientes rayos sobre el polvoriento pueblo de Río Frío. Además, los hombres volvían de la pradera haciendo sonar las espuelas y las

—¡En verdad eres tú, Kid! — murmuró el sheriff.

—El mismo, de vuelta de sus viajes, sheriff. Podría contarle a usted infinidad de cosas interesantes si se dignara a escucharme. Desde que salí de Texas las aventuras se sucedieron unas a otras en fila interminable.

—¿Has vuelto para entregarte?

Kid dejó escapar una carcajada.

—¿Tengo cara de ello? — preguntó burlándose.

El sheriff respiró profundamente.

—Tienes mucha sangre fría Kid, siempre la has tenido. Lo reconozco, pero esta vez no saldrás con la tuya. No tuviste dificultad en entrar en Frío, pero te va a costar caro salir otra vez.

—¿Quién sabe? — dijo Kid encogiéndose

de hombros. — He arriesgado mucho. He vuelto a Texas, sheriff. Y creí que era un deber de mi parte hacerle una visita. Mis deseos eran hablar con usted. Y aquí me tiene. ¿Se opone usted a que lo desarme?

El sheriff bajo la amenaza del revólver de Kid no estaba dispuesto a hacer objeciones de ninguna clase. Río se inclinó y de un tirón le sacó del cinto la pistola que arrojó a un rincón detrás de una caja. El sheriff no se movió. Ya estaba desarmado. Pero Río Kid se hallaba rodeado de cientos de enemigos así en que Watson no creía que le iría bien esta vez. Y esperó.

Río, caminó hacia la mesa del sheriff sentándose encima enfrentando al corpulento hombre de Frío. Sus modales eran tranquilos y sosegados. Desde donde estaba sentado podía observar la ventana, la puerta y al sheriff. Kid corría grandes riesgos, pero tenía la agilidad del tigre y la vista del lince. Mientras estaba sentado balanceaba las piernas enfundadas en unos amplios pantalones de piel de carnero y sonreía a Watson.

—Se asombra ¿Verdad? — remarcó.

—Sí.

—¿Pensó usted que me había ido para siempre?

—Lo que pensé es que te habían barrido en algún entrevero, Kid. De cualquier forma no estabas en Texas.

—Así es. Y no pensaba volver — dijo Río. — Pero usted ya me conoce, sheriff. No hay parte por donde haya pasado que no supiesen quien era yo. Nadie estuvo contra mi. He amasado una fortuna considerable.

—¿Por medio de asaltos? — preguntó el sheriff. Los ojos de Río Kid durante un momento centellearon.

—No señor. Trabajando fuerte con el pico y la pala en la región del oro. Y aun hubiera estado allá a no ser por una gavilla de ladrones que se interpuso en mi camino. Créame sheriff, cuando abandoné Texas he cambiado de vida.

—¡Bah! — dijo el sheriff.

—Se lo juro a usted — dijo Río. — Ahora vengo de Nueva Mexico donde me detuve para acorralar una partida de cuatreros que robaban los ranchos de Río Bajo.

—¡Bah!

—¿No me cree?

—No — dijo sarcásticamente el sheriff de Frío. — Eres una mala persona, Kid. Y la única manera para que no des más que hacer es que te cuelguen de un árbol.

—Piense usted como le parezca — dijo lentamente Río Kid. — No le digo más que la pura verdad. Pero en fin, usted es dueño de pensar lo que quiera. El venir aquí a verlo no ha sido con la idea de convencerlo que yo sea un ángel ni mucho menos. Mi objeto es tratar de llegar a un arreglo con usted.

La mirada del sheriff se dirigió hacia la puerta por donde penetraba el sol ardiente. Después miró a Río Kid.

—Habla, pues — dijo Watson.

—Después de haber recorrido muchas lejanas regiones sentí la nostalgia de Texas que pudo más que mi voluntad. Estuve en el gran cañón del Colorado. Recorrí las Huecas. Escuché el ruido de las aguas de Missouri. Pero todo ésto solo traía en mi memoria las frescas aguas del Río Frío. Estaba seguro de que alguna vez volvería. Y ya lo ve. Aquí estoy de nuevo. Pero no he venido en busca de guerra. Solo sacaré mi revólver para defender lo justo. He venido como mensajero de paz.

El sheriff después de mirarlo fijamente le preguntó:

—¿De veras?

—Nunca fueron mis deseos permanecer al margen de la ley, — dijo Kid. — Y su voz era hasta ahora profunda y grave. — Me empujaron al mal. Usted conoce al viejo Dewney del Double Bar. Pues bien, ese me tomó entre ojos y todo por un error. Sin embargo ahora se dió cuenta de mi inocencia. Sufrí persecuciones por actos ajenos a mi persona. Entonces viéndome perseguido por todos, hice lo que hubiera hecho cualquier otro en mi lugar.

Uno tiene que vivir. De todos los ranchos a que acudí en busca de trabajo honesto, me han echado. Cargué con culpas ajenas. Muchos asaltos y asesinatos fueron cometidos en mi nombre. Todo suceso criminal que ocurría entre el Río Grande y el Pecos, era comentado entre los vaqueros. Si el criminal no caía en manos de la justicia, entonces el culpable era Río Kid.

La cara del sheriff estaba ceñuda.

—¡Y eso usted lo sabe bien! Usted sabe como se le amontonan los cargos a uno cuando no está presente para defenderse.

—¡Está bien! — dijo el sheriff. — Yo creo que si haces entrega de tus armas serás juzgado con imparcialidad.

Río Kid no pudo contener una carcajada.

—Me parece que la reputación que me han dado sería lo bastante como para llevar a la horca a media docena de hombres como yo, — dijo Kid. — En mi vida he robado una vaca, y sin embargo, aparecerían una docena de cabañeros que jurarían que yo les había robado los rebaños enteros. Hombres poderosos, capaces de meter en sus bolsillos al juez y a los jurados. Nunca asalté a nadie en el camino. Pero en caso de ser juzgado ¡cuántos asaltados reconocerían en mi al victimario! Ya ve, sheriff, lo que sería de mi si me prestase a ser juzgado en Frío.

El sheriff no respondió. Volvió a mirar hacia la puerta. ¿No vendría nadie, hoy que tan necesario era?

—Pero, bueno. Yo estoy dispuesto a llevar una vida honrada si me lo permiten, — dijo Kid. — Y a decirle he venido, hasta aquí, sheriff. Vengo a mi pueblo con el ramo de olivo. Cualquier hombre podrá decirle que yo soy esclavo de mi palabra. Deme plena garantía y mi conducta será irreprochable. Permítanme que demuestre que yo no soy el hombre malo de la leyenda. No me molesten y se convencerán de lo que verdaderamente soy.

La voz de Río Kid vibraba ahora con sinceridad.

—Deme una oportunidad, sheriff, usted puede hacerlo, si quiere. Es dueño absoluto en esta sección de la ley. Su palabra es respetada en el pueblo. Deme la oportunidad que le pido. ¿Qué me contesta, sheriff?

El sheriff lo miró. En el fondo de su corazón siempre tuvo cierta simpatía por este audaz muchacho, a pesar de los deseos que tenía de llevarlo a la horca. El pedido de Kid encontró un eco en el corazón del sheriff. Pero su cara barbuda bronceada estaba dura y sin señal alguna que pudiera tomarse como esperanza.

—No es posible, Kid, — contestó. — Yo creo que en este momento, mientras hablas eres sincero. Pero tarde o temprano volverás a las andadas. Además, no está en mi el poder acceder a tus deseos.

—¿Entonces, no puedo contar con su ayuda?

—¡No! Estoy con la ley y la ley te busca. Estoy en tu pista, Kid, para llevarte vivo o muerto y te lo digo en este momento que me amenazas con tu revólver. Dispara, si quieres.

—Me parece que si le abriera la cabeza de un balazo, no saldría por la abertura mucho sentido común, Jake Watson. — dijo Kid amargamente — Una vez más le ofrezco la paz ¿Acepta? ¿Insiste usted en que siga por el mal camino?

—Hay que cumplir la ley, — dijo obstinadamente el sheriff, — y la ley te busca, Kid, y la ley te tendrá entre sus garras.

—Es usted inconmovible, Watson, — dijo Kid.

Hubo un momento de silencio.

Río Kid con su revólver sobre las rodillas, continuaba sentado en la mesa. Miró pensativamente al sheriff de Frío después de haberle hablado en vano. Estaba al margen de la ley y continuaría estándolo. ¡Y para eso había pasado miles de riesgos, exponiendo su vida a cada momento! Había vuelto a Texas con el corazón rebosante de esperanzas pero pronto se dió cuenta que eran infundadas. Todos estaban contra él y él contra todos. Lo mismo que antes. La siempre sonriente cara de Río Kid se había vuelto pensativa y llena de amargura.

El sheriff Watson lo miró impasible. Estaba a merced del vaquero y esperaba de un momento a otro un pistoletazo. Pero Río no era de los que se aprovechaban de las ventajas. Si antes tenía alguna duda, ahora se había desvanecido. No podía esperar compasión o merced alguna. Si permanecía en Frío será perseguido como antes. Río Kid pensaba quedarse. Pero la nube que obscurecía su cara pasó de largo y sonrió. Era otra vez el Río Kid de sonrisa ligera y burlona.

—Creo que he perdido el tiempo en tratar de convencer a una piedra, Watson, — dijo Kid. — Me iré. Pero si usted hace el menor movimiento, no tardaremos mucho en tener otro nuevo sheriff en Frío Yo...

Una sombra que obscureció la puerta de calle de la oficina, hizo que la conversación quedáse truncada. Abe Harrigan, el ayudante del sheriff había entrado, pero como venía de la calle, en plena luz, no pudo notar en la obscuridad de la oficina la figura juvenil sentada en la mesa.

—¡Está atado en la puerta un caballo muy parecido al famoso de Río Kid — exclamó — Es muy probable que... ¡Truenos!...

—¡Arriba las manos! — dijo Kid con voz suave.

Y Harrigan mirando con sorpresa la cara burlona dijo con voz entrecortada:

—¡Río Kid! ¡Rayos!

EL DESAFIO DE RIO KID

Río Kid se deslizó del pupitre del sheriff. Harrigan lo miraba boquiabierto. El sheriff continuaba sentado en la mecedora. Había esperado que llegara Harrigan, pero vió con disgusto que éste sólo había venido para levantar las manos bajo la amenaza del revólver de Kid. La mirada del sheriff era dura, pero mantenía su sangre fría y su tranquilidad. Pensaba que si se pudiera llamar la atención de la gente por medio de un disparo, el fin de Kid era un hecho. ¡Si pudiera conseguir hacer esto Harrigan!

Pero laa manos estaban en alto, así es que mal podía hacer uso del revólver que llevaba en el cinto. Además conocía la excelente puntería de Kid, lo mismo que su rapidez para ganarle de mano. No le quedaba a Harrigan más que permanecer quieto.

—Creo que es hora de irme, — dijo lentamente Kid. — Sin embargo, será un placer para mí poder verlos otra vez.

—¡No haberlo sabido! — murmuró Abe.

Río Kid lanzó una carcajada.

—¿Cómo no se le ocurrió que yo estaba aquí si vió a mi caballo afuera? Pero usted Harrigan, nunca fué muy inteligente.

—Puedes decir eso ahora, Kid, — dijo Abe con un destello en sus ojos. — Habla todo lo que quieras. Mientras me amenaces con el revólver, no contestaré a tus insolencias.

—Siéntese en la mesa.

Abe obedeció, ocupando el lugar que había dejado Kid. Este no se había tomado la molestia de desarmarlo. Abe estaba libre para hacer uso del revólver y probar fortuna. Pero no se atrevió.

—¡Qué felicidad poder reunirse con los viejos amigos! ¿Verdad? — dijo sonriendo Río Kid. — ¿Se acuerda de la última vez que nos vimos, Abe? Por casualidad diste conmigo, en el chaparral, pero yo te hice bailar el fandango a fuerza de balazos disparados a tus pies.

Abe rechinó sus dientes, pero no contestó.

—Como tengo que irme pronto no me es posible continuar recordando los tiempos idos, — suspiró Río Kid. — Ya lo sabe, sheriff, piense en lo que le dije. ¿Mantiene usted todavía su punto de vista?

—Sí.

—He vuelto ofreciendo paz, — dijo Río. — Pero ya que quieren guerra, la tendrán.

Watson no contestó. Sus ojos escudriñaban la puerta de calle. A la distancia se veía un grupo de vaqueros a caballo que cruzaba la plaza en dirección del bar del Perro Rojo. Si supieran lo que sucedía en la oficina del sheriff, no tardarían mucho en irrumpirla. El sheriff pensaba que lo único que tenía que hacer era levantar la voz. Pero con seguridad sería su último grito en la tierra. Así es que el sheriff, por la cuenta que le tenía no dijo nada.

—Ya que quiere guerra, le juro por mil diablos que le he de dar el gusto, — dijo Río Kid. — Usted se cansará de perseguirme. Haré humillar a toda la población de Frío. ¡Levántese de ahí!

Kid ya no sonreía. Estaba ceñudo, con los ojos chispeantes y con los labios herméticamente cerrados. Le había rehusado su oferta de paz. La guerra había sido declarada. De acuerdo a la presente disposición de ánimo de Río Kid, las vidas del sheriff y de Harrigan pendían de un hilo. Y éstos no lo ignoraban.

—Junto a Harrigan, vamos, pronto!

El sheriff fué hasta donde estaba su ayudante.

—Harrigan, sácale el pañuelo del cuello y átale las manos en la espalda, — dijo Río Kid. — Hazlo bien, ¿me oyes? Te estoy observando y al menor descuido te enviaré a los infiernos de un balazo.

—Como quieras, — replicó Harrigan.

Este sacó el pañuelo del cuello del sheriff y le ató las manos en la espalda. Los ojos del sheriff se encontraron con los de su ayudante; pero éste no hizo caso de la súplica muda.

El burlarse de Río Kid era ahora lo mismo que ponerse a jugar con un jaguar en el chaparral. Las muñecas del sheriff fueron atadas fuertemente.

—Ahora dame tu pañuelo.

Harrigan hizo entrega del pañuelo y con él Río Kid ató sus manos en la espalda. Tenía aún el revólver en el cinto pero se libró muy bien de tocarlo, a pesar de que Kid había guardado el suyo. El sheriff y su ayudante miraron a Kid fijamente. Sus caras estaban lívidas de ira y de humillación. ¿Qué diría la gente de Frío cuando los viese así, maniatado como novillos díscolos en la propia oficina del sheriff? Río Kid descolgó de la pared una cuerda de enlazar, atándolos juntos espalda contra espalda. Hecho ésto, caminó de espalda hasta llegar a la puerta.

—Tengo la seguridad de lanzarme a los caminos, sheriff, — dijo él. — ¿No ha cambiado de opinión?

—Te perseguiré hasta tomarte prisionero para después colgarte de un álamo. Y cumpliré mi palabra. Tan cierto como el sol que nos alumbra, — dijo roncamente el sheriff. — Antes de que el sol se ponga de nuevo, mi misión habrá terminado.

—Tú, Poker Peter — exclamó Kid. — Saca ese cartel. Pete vaciló pero al ver que le amenazaba Río con su revólver, hizo lo que le ordenaban.

—¿Quién sabe? — sonrió burlón Kid.

Volvió la cabeza para mirar a la calle, y vió venir hacia la oficina a un corpulento vaquero, en quien reconoció a Bud Wash, capataz del rancho Double-Bar, donde él había trabajado. Kid entró a esconderse.

—¡Ni una palabra! — dijo quedamente a sus prisioneros. — Ya lo saben, el primero que mueva los labios recibirá una onza de plomo en la cabeza.

La fuertes pisadas del vaquero se oían en el pórtico.

—¿Está usted ahí, sheriff? — dijo el capataz del rancho Double-Bar.

Kid tocó con su revólver la oreja del sheriff y le ordenó:

—Dígale que entre.

Por un momento Watson apretó los dientes determinado a resistir. Pero en seguida recapacitando dijo con voz ahogada:

—¡Sí, entre Bud!

El corpulento vaquero entró.

—¡Manos arriba, Bud!

—¡Bueno, esto sí que...! — dijo el capataz del Double-Bar mirando fijamente a Kid. — ¿Otra vez de vuelta Kid?

—¡Sí! — Por encima del revólver podía verse la cara sonriente de Kid. — Manos arriba, Bud, pues de lo contrario sentiría manchar con tu sangre la mesa del sheriff.

—Estate tranquilo Kid. No haré fuego contra tí, — dijo Bud con mucha presencia de espíritu. — ¡Demonio! ¿Qué rayos has estado haciendo aquí? ¡Ja, ja! — El capataz del Double-Bar lanzó una carcajada al ver al sheriff y a Harrigan en semejante situación.

—Te creo, Bud, — Kid guardó el revólver. — Ahora al camino. Adios.

Salió de la oficina y se dirigió en busca de su cabalgadura.

—¡Mátalo, estúpido! — dijo el sheriff jadeante, tan pronto como Río Kid había salido de la oficina. — Mátalo mientras monta, pedazo de bruto.

Bud Wash lo miró fríamente.

—No tengo interés en perseguir a Río Kid, — contestó. — Podía haber hecho conmigo lo que hizo con vosotros y sin embargo no fué así. No lo perseguiré.

—¡Maldito seas!

Se oyó el ruido producido por los cascos del caballo al chocar contra el pavimento. Río Kid cabalgaba. El sheriff y Harrigan lucharon desesperadamente por libertarse. Bud Wash sonreía y miraba por la puerta. Ningún hombre del rancho Double-Bar estaba dispuesto a ir contra su ex camarada Río Kid. Bud Wash lo miró con frío interés y deseó para sus adentros que huyera cuanto antes.

Kid parecía no tener prisa. El camino libre se exeendía ante él; pero Kid no iba en dirección de la pradera. Había atravesado la plaza para pararse frente al bar del Perro Rojo. Su presencia fué acogida con un rugido de voces. Los que jugaban al poker se levantaron, y por las puertas y ventanas asomaron una docena de caras en las que se reflejaba un asombro inaudito.

—¡Río Kid!

—¡Río Kid!

Este los miró sonriente con el revolve. listo para descargarlo al menor motivo.

—Me habéis conocido, muchachos — dijo él. — Sí, soy Río Kid que ha vuelto. He visitado al sheriff a quien dejé atado en su oficina como si fuera un novillo.

—¡Diablos!

—He vuelto — dijo Río Kin pero no en son de guerra si los hombres de Frío no me molestan. Ya lo saben muchachos. Dadme reposo y tendréis reposo. Pero si hay alguno entre vosotros que quiere algo conmigo, que salga a la calle pronto. Estoy listo para darle una amplia satisfacción.

Había veinte hombres armados contemplando la figura gallarda de Río Kid. Y ninguno se atrevió a echar mano al revólver. La audacia del muchacho los desconcertó. Kid vigilaba, sin dejar de apuntar con el revólver.

—¿No hay nadie que se atreva conmigo? — preguntó Kid Me alegro. Caballeros he vuelto con deseo de paz y juro no quemar la pólvora en las márgenes del río Pecos si ustedes me dejan tranquilo.

Levantó su revólver apuntando a un cartel que estaba clavado en la pared del bar junto a la puerta. Era un cartel viejo y gastado, deteriorado por la acción del tiempo, el viento y las lluvias, pero los caracteres eran todavía legibles. La cabeza de Río Kid había sido puesta a precio. Ofrecían una recompensa de quinientos dólares al que lo trajera vivo o muerto.

—¡Tú, Poker Pete! — profirió vivamente Kid.

Poker Pete, el propietario del bar del Perro rojo retrocedió un paso.

—¡Saca ese aviso!

—Disculpa, Kid, — protestó Poker Pete. — Eso fué puesto por el sehriff.

—¡Te digo que lo arranques!

Poker Pete dudó un instante y luego lo arrancó. El revólver de Río Kid no admitía réplicas.

—Estoy esperando a que lo rompas en pedazos, — remarcó Río Kid.

Poker Pete hizo como se le había ordenado.

—Está bien, — Kid ondeó el revólver alegremente sin dejar de apuntar a todos. — ¡Adios!

Hizo jirar a su caballo y partió velozmente. Todos lo vieron alejarse. No salían de su asombro. Tres o cuatro sacaron sus revólveres.

¡Pum! ¡Pum!

Las balas salieron silbando cuando Río Kid doblaba la esquina de un edificio de adobe, desapareciendo de vista. Salieron en su persecución pero Kid ya galopaba por la inmensa pradera. Se dió vuelta y con el sombrero en la mano hizo un saludo riendo al mismo tiempo. Luego continuó galopando. Desapareció como si la llanura de pasto se lo hubiera tragado. Kid estaba muy lejos. Los hombres que estaban en el bar se dirigieron a la oficina del sheriff.

Entretanto, Bud Wash desataba a los prisioneros, cosa que terminó ante la mirada de veinte pares de ojos, de veinte caras burlonas.

—Ese Kid es todo un hombre — dijo Ker Pete. — Esta vez lo embromó, sheriff.

Watson no contestó. Su cara bronceada estaba ahora lívida de indignación. Tan pronto como quedó en libertad fué en busca de su caballo y sin esperar a que lo acompañasen, se lanzó en pos de la pradera.

El sol se había hundido en occidente cuando estuvo de vuelta en Frío, cubierto de polvo, fatigado y con un gesto en su cara que no admitía preguntas. Pero todos supieron que no había encontrado a Río Kid.

EN LA TRAMPA

—¡Es una ganga!

El sheriff Watson de Frío hablaba entre dientes. Se encontraba en el profundo cañón, en el corazón de la sierra Huecas, mirando la llama de un vacilante fuego en la lejanía. En el crepúsculo vespertino y contra la negra muralla de pinos que se elevaban en las laderas de las montañas, el fuego lejano brillaba chisporroteante.

Y el sheriff de Frío vió por fin que había localizado el lugar donde se encontraba Río Kid.

El sheriff y su fuerza civil habían cabalgado durante muchas leguas siguiendo trabajosamente el rastro. Siete eran los componentes de la fuerza civil que se encontraban en el cañón Huecas, junto a sus cabalgaduras. Sus miradas eran dirigidas hacia el fuego distante. Abe Harrigan que era un lince en eso de encontrar rastros, pudo hallar los del tordillo de Kid en las márgenes del Pecos. Algunos se asombraron de que el astuto Río Kid no hubiera tratado de despistar a sus perseguidores. Habían partido de Frío sin ninguna esperanza, pues Río Kid era tan fugaz como un fuego fatuo. Pero habían dado con la pista y la siguieron hasta el corazón de la sierra solitaria entre arroyos rodeados de rocas negras y profundas barrancas y pinos enmarañados. Y ahora en la lejanía divisaron el chisporroteo del solitario fuego que no era más que la meta de su viaje.

—Creo que ya es nuestro, sheriff — dijo Abe Harrigan. — Con seguridad que ignora nuestra presencia, pues de lo contrario no encendería el fuego. No hay duda que se cree a salvo aquí en el Huecas.

—También yo pienso lo mismo — asintió el sheriff.

—Sin embargo aún no lo hemos atado.— dijo Pecos Pete.

El sheriff rechinó los dientes. Desde el episodio en su oficina de Frío, Jake Watson no había pensado en nada más que en atar a Río Kid. Todo Frío se había reído de tal desdicha y aún seguían riéndose. Sólo la captura de Río Kid podría borrar en parte semejante humillación. Río Kid había vuelto a Texas para encontrar una cruel venganza. Y ahora la venganza estaba en manos del sheriff.

—Muchachos, es necesario estar muy alerta — dijo Watson tranquilamente. — Lo tenemos acorralado. Habrá lucha. Y esta será desesperada. Tan pronto como lo veáis disparad vuestros revólveres. ¡Matadlo!

—Así será — dijeron los de la fuerza civil. Con el bandido de Río Grande estaban demás las ceremonias y cortesías. Kid, revólver en mano era temible, pues podía dar cuenta de los siete individuos.

—No puede huir — continuó el sheriff con la vista en la lejana luminaria. — Conozco — Conozco mucho esta región — pues la crucé muchas veces antes de ahora mientras perseguía a Kid. Este cañón termina en una muralla de roca imposible de ser ascendida, ni aún por una mosca La única salida es esta Ya es nuestro. Lo que menos se piensa es que estamos a punto de hacerlo prisionero. Quizás duerma. Por lo menos ese fuego es promisor. Pero hay que estar alerta.

—¡Lo estamos!

—Dejad aquí los caballos para que no nos oiga. Tened listos los fusiles.

Los caballos fueron maniatados y el sheriff con sus hombres marcharon a pie por el cañón. Silenciosos, alertas y listos para entrar en acción, llevaban la plena seguridad de sorprender al escurridizo Río Kid. Pero con todo, se precisaba mucha astucia tratándose del hombre de Texas. Suavemente, con cuidado, caminaban los hombres de Frío por los pasos rocosos en la obscuridad cada vez más profunda, acortando distancia entre ellos y la luminaria que ardía en la parte anterior del cañón. Este se angostaba a medida que avanzaban hasta convertirse en un desfiladero tan estrecho que tenían que caminar de a uno entre altísimos acantilados Más allá se abría de nuevo el cañón, convirtiéndose en una hoya rodeada de altos e inaccesibles acantilados. En ese desfiladero, Río Kid podía tenerlos a raya fácilmentemente si supiera que ellos estaban allí. Pero cuando dejaron atrás el desfiladero y caminaban por un espacio más amplio otra vez, el sheriff dejó escapar un suspiro de alivio. Ya estaban más cerca del fuego. Las piñas y las ramas de los pinos ardían bien al pie del acantilado. Junto al fuego había alguien envuelto en una manta. Podían verlo a la luz de la lumbre. El sheriff contuvo la respiración. El escurridizo Río Kid tanto tiempo buscado en vano, estaba al fin a su merced. Mientras sus adversarios se acercaban, él dormía. Ya estaban listos para hacer fuego al menor movimiento que hiciera Río Kid. Pero no se movió. Por fin el sheriff Watson con ojos chispeantes corrió hacia el bulto y apuntando con su fusil gritó al que dormía:

—¡Has caído Río Kid! ¡Al fin eres nuestro!

Todos los rifles dirigieron sus bocas hacia el lugar donde suponían estaba Kid. Abe Harrigan levantó de un tirón su manta. Todos los gatillos estaban listos para entrar en acción en caso necesario. Luego se oyó un rugido de rabia lanzado por el sheriff. Al descubrirse la manta encontraron un leño en vez del escurridizo Río Kid.

—¡Rayos! — dijo Pecos Pete.

—¡No es Kid! — tartamudeó Harrigan.

—¡Hemos sido burlados! — murmuró el sheriff — ¡Burlados por ese perro! Pero no puede estar muy lejos de aquí. Tan pronto amanezca lo buscaremos entre las rocas.

—¡Eh!

Allá lejos, en el cañón, por donde habían pasado, se oyó el ruido de casco de caballos que galopaban. El sheriff se sobresaltó y escuchó atentamente. Más allá del desfiladero los caballos habían sido maniatados. Y entre tanto los hombres de Frío se deslizaban arrastrándose hacia el campamento.

El eco del galopar cruzó la densa oscuridad de la sierra haciéndoles saber lo que había sido de los caballos maniatados y donde estaba Río Kid.

—¡Maldición! ¡Dejé escapar los caballos! — dijo silbando el sheriff.

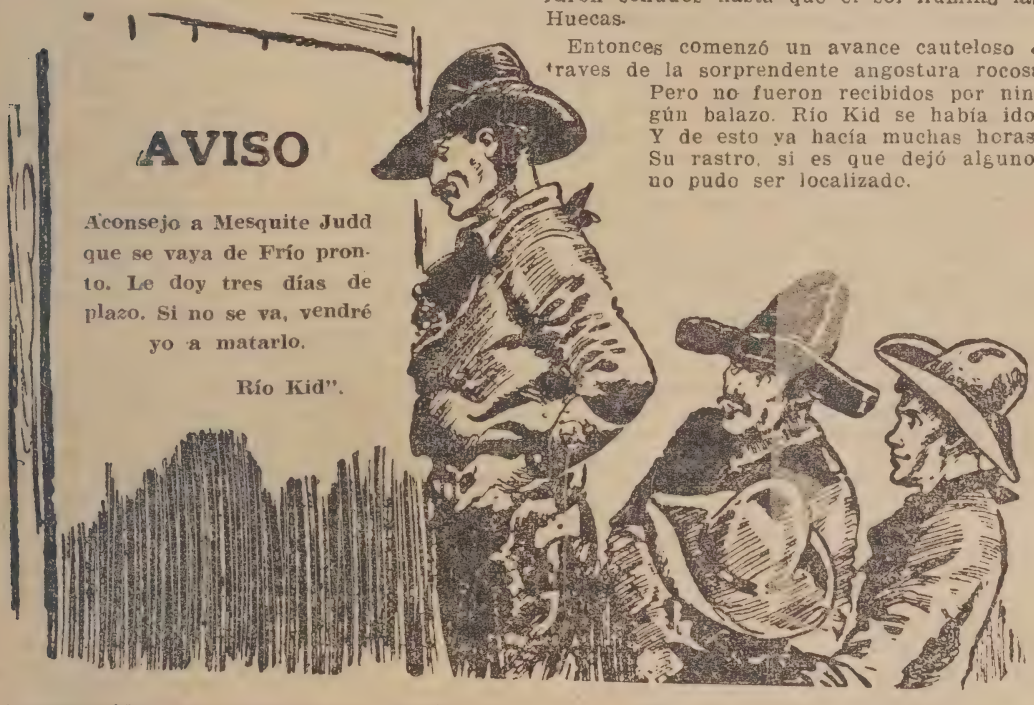
Sin decir nada se puso a correr por el cañón. Sus hombres lo siguieron. A veinte millas de Frío, en una región escabrosa ha-

bían perdido sus caballos y el sheriff al saberlo echaba espuma de rabia.

El ruído de los cascos sonó en el silencio de la noche El sheriff y sus hombres jadeaban en dirección del desfiladero De súbito, desde la obscuridad de la angostura vino el resplandor de un relámpago y el sonido seco de un revólver.

—¡Está allí! — dijo Abe Harrigan jadeante.

El sheriff casi enloqueció. Cuando ellos se dirigían al lugar donde creían que dormía Río Kid, éste se hallaba escondido en



la obscuridad del desfiladero. Después que las fuerzas civiles pasaron, ahuyentó la caballada hacia el cañón inferior. Y ahora lo tenían en el desfiladero, sú único punto de salida, haciéndoles frente. Otra vez resonó el revólver en la obscuridad acompañado por la voz de Río Kid.

—¡Altó! ¡Un paso más que deis y os mandaré a los infiernos!

—¡Maldito perro! — dijo con rabia el sheriff. Este tomó el fusil convulsionado y comenzó a avanzar. Abe Harrigan le tomó de un brazo diciéndole:

—¡Párese, sheriff! Se expone a un grave peligro.

Watson se desprendió de un tirón. En su ira había perdido toda prudencia. Irrumpió en el desfiladero disparando su fusil en todas direcciones. Un pistoletazo abatió al sheriff. Los lamentos resonaron por entre las rocas. Los compañeros que lo habían seguido se pararon y comenzaron a retroceder. Los lamentos se convirtieron en gruñido.

La voz burlona de Río Kid se oía en las sombras densas del desfiledaro.

—¿No venís vosotros?

Ninguno contestó. Río Kid era dueño de la situación. Los hombres de Frío esperaban el amanecer y con el día lo que Dios quisiera. Mientras esperaban oyeron el ruído de algo que se arrastraba mezclado con lamentos y frases entrecortadas. Era el sheriff herido que volvía a sus hombres

Ningún otro sonido vino del desfiladero. Todos se preguntaban donde estaría Río Kid.

Pero no se aventuraron a entrar en el desfiladero para hacer averiguaciones. Esperaron ceñudos hasta que el sol iluminó las Huecas.

Entonces comenzó un avance cauteloso a traves de la sorprendente angostura rocosa Pero no fueron recibidos por ningún balazo. Río Kid se había ido. Y de esto ya hacía muchas horas. Su rastro, si es que dejó alguno, no pudo ser localizado.

La fuerza civil estaba sin montura. Y su jefe estaba herido. Así es que creyeron ridículo perseguir a pie a Río Kid. A muchas millas de distancia sus caballos pacían tranquilamente en la pradera El sheriff con su herida vendada, su cara bronceada lívida de dolor y de rabia, dió su palabra de poder encontrar el camino de Frío.

El sheriff herido fué llevado en una camilla hecha de ramas de pino. A hombros de sus ayudantes, caminaron millas y millas insoportables bajo los candentes rayos solares. Era más de mediodía cuando llegaron a Frío. Todo el pueblo se volcó al camino para verlos llegar: Y estos a través de una multitud que sonreía burlonamente cruzaron las cales de Frío.

Allá, en la lejana sierra, cabalgando por senderos solitarios, Río Kid sonreía satisfecho

¡EL BANDIDO DE BRAZOS!

Mesquite Judd entró cabalgando en la ciudad de Frío una mañana de sol. Tanto él como su caballo venían cubiertos de polvo.

Los hombres que se hallaban en la calle miraban a Mesquite cuando éste pasaba junto a ellos con su cara barbuda, seria y llena de costurones bajo su sombrero Stetson. Muchos eran los que lo conocían y ninguno tenía noticia de alguna acción buena que hubiera hecho. Nadie era amigo de Judd. Muchos eran sus enemigos. Pero si los hombres de Frío lo miraban, ninguno se atrevía a ofenderlo. Mesquite, que iba armado de dos revolveres, tenía fama de "pendenciero", y no era individuo que admitía la más ligera de las bromas. Tres o cuatro hombres lo saludaron al pasar y Mesquite respondió a los saludos con una sonrisa sardónica. El sabía bien que con gusto le hubieran atravesado la cabeza de un balazo si tuvieran el valor de hacerlo.

Pero una sola amenaza a Mesquite Judd significaba para el que la hubiera proferido un pasaporte para el otro mundo. Era odiado y temido, pero podía cabalgar sin temor por cualquier ciudad de Texas.

A través de la polvorienta calle llena de tierra que el viento traía de las llanuras, Mesquite cabalgaba en su caballo, parándose a la puerta de la oficina del sheriff situada en la plaza.

Un grupo de individuos se hallaba allí leyendo un aviso pegado a la pared, donde estaba anunciada la recompensa de mil dólares para la persona que hiciera entrega de Río Kid, vivo o muerto. Lo firmaba Jake Watson, el sheriff.

A través de un espacio en blanco estaba escrito otro aviso con caracteres claros y audaces agregado evidentemente durante la noche mientras dormía la ciudad de Frío. Decía así:

"¡Dos mil dólares al contado para quien pueda hacerlo!"

(Firmado) Río Kid".

Mesquite sonrió irónico al leerlo.

—¡Ese muchacho tiene agallas! — remarcó él. — Los de esta ciudad no tienen valor, pues de lo contrario no se dejarían pisar la cola por un muchacho como Río Kid.

Algunos de los del grupo miraban alrededor indignados al oír semejante comentario en boca de un forastero. Pero se contuvieron al reconocer a Mesquite.

—Ya lo creo que tiene agallas — dijo Poker Smith el del bar del Perro Rojo — Debió haber venido anoche a pegar eso. ¡Cómo se pondrá furioso el sheriff cuando lo vea!

—¡Ofrecen mil dólares por ese maldito perro y no haber aquí un muchacho con coraje que le traiga atado! — dijo Mesquita despectivamente.

—No es tan fácil hacerlo — contestó Poker Smith suavemente — El sheriff y su partida civil lo persiguieron por el Hueca, pero Río Kid se burló de todos con una frialdad única. No es tan fácil como lo crees, Judd.

—Eso no reza conmigo — dijo con mofa Mesquite.

—Puede que a usted le agradase tomar parte en la caza — dijo Poker Smith tan sarcásticamente como osaba.

—Tú lo has dicho — contestó Mesquite fríamente — Para eso he venido.

Del grupo de hombres partió un zumbido, en el momento en que Judd se apeó, ató su caballo y entró pesadamente en la oficina del sheriff.

La noticia de que Mesquite Judd "el pendenciero" de Brazos había venido a la ciudad para apoderarse de Río Kid corrió por la ciudad como reguero de pólvora.

Mesquite entró pisando fuerte en la oficina. El sheriff Watson estaba allí, con un brazo en cabrestillo y un revólver sobre la mesa, frente a él. Miró con ceño al recién llegado y se sobresaltó al reconocer al hombre. Su mano cayó sobre el revólver.

—Déjelo sheriff — dijo Mesquite — No vengo aquí con ideas de andar a balazos, hombre.

—Lo que yo digo es que tienes audacia al venir aquí, — dijo bruscamente el sheriff —Hombres como tú no necesitamos en Frío, Mesquite Judd. Creo que cuanto más pronto te vayas tanto mejor será para tu salud.

—Vengo en busca de Río Kid.

—¿De Río Kid has dicho?

—¡Sí!

Watson lo miró y retiró la mano del revolver. Su cara estaba aún ceñuda. Siempre lo estuvo desde el día en que llegó allí Río Kid. La humillación del sheriff de Frío había sido amarga y profunda. El muchacho de Río Grande lo había desafiado, lo había derrotado y conducido a él y a sus hombres a una trampa en la sierra; despectivamente le perdonó la vida cuando estaba a su merced.

Corrían rumores en Frío y en los ranchos circundantes en los que se decía que Río Kid había sido muy bueno con el sheriff y que audazmente recorría los caminos sin ser molestado aventurándose a entrar en la ciudad llegando su temeridad hasta ir a la puerta de la oficina del sheriff. El cáliz de amargura del sheriff de Frío estaba colmado.

Pero él observó a Judd dudosamente. Frío no quería un individuo del calibre de Judd dentro de su jurisdicción. Y en otras circunstancias le habría aconsejado que se fuera del pueblo.

—¿Qué te ha hecho Río Kid? — preguntó después de una larga pausa.

Mesquite se encogió de hombros.

—A mí nada. Yo vengo por la recompensa. Me enteré que daban mil dólares, allá en Brazos. Entonces decidí hacer el viaja para ganármelos. Ahora es un hombre de mil dólares. Ya lo sabe.

Hubo otra pausa. Toda la naturaleza del sheriff era contraria a tener que entenderse con Judd. Le repugnaba cambiar palabras con individuo de semejante catadura. Pero en la amargura de la derrota y de la humillación dejó a un lado su repugnancia. Si Mesquite Judd podía atrapar a Río Kid, sería bienvenido.

—Creo que tú tienes derecho en perseguir a Río Kid como cualquier otro muchacho de Texas — dijo por fin el sheriff.

Con una agilidad sorprendente en un hombre que parecía tan viejo, el vaquero de Panhandle golpeó a Mesquite Judd, quien cayó cuan largo era.

—Así creo.

—La recompensa es para el hombre que pueda traerlo — dijo Watson. — Si viene con esa idea, Masquite Judd, tendrá libertad para acampar en Frío todo el tiempo que crea oportuno. Yo no trato de buscar antecedentes en aquellos que persiguen a Río Kid.

—Eso es ser razonable — dijo Mesquite friamente. — Al parecer Río Kid hace de esta región lo que le parece. En el Brazos, estoy segurísimo que ya lo hubiéramos tenido a buen recaudo antes de un abrir y cerrar de ojos. En este pueblo deben ser todos muy pacíficos.

—Basta de charla — dijo bruscamente el sheriff. — Te darás cuenta de que no es tan fácil atar a Río Kid. Serás bienvenido si tratas de hacerlo. Es casi tan fácil encontrarlo como a una comadreja y como de apresarlo si lo encuentras. Me parece que si das con él será la última cosa que te suceda en la vida.

Los ojos de Judd centellearon bajo sus cejas combadas, y su mandíbula inferior se proyectó hacia adelante. Su mano se apoyó en uno de sus revólvers. El sheriff lo miró fijamente, pues no era hombre que se dejaba intimidar en su propia oficina por ningún bandido aunque este se llamase Mesquite Judd.

La amenaza en la mirada canalla no surtió efecto en él.

—He mandado a uno al otro mundo por menos de lo que usted dijo, Jake Watson — dijo al fin Mesquite.

—No te molestes — dijo bruscamente el sheriff. — Saca un revólver aquí y no tardarás mucho en estar dentro de un calabozo. No estás ahora en el Brazos.

Mesquite respiró profundamente.

—No he venido aquí a pelear — dijo. — He venido por Río Kid y por la recompensa. Dígame donde lo vió la última vez y pronto me tendrá en su persecución.

—La última vez que lo ví fué en el Huecas, a veinte millas de aquí — dijo el sheriff. — Por lo que sé, tanto puede estar allí como al final de la calle. Tiene la suficiente audacia para entrar en Frío en pleno día y disparar su revólver contra todos sus

habitantes, Y si lo hace no serás tú quien lo detenga.

—Espere y verá — dijo abruptamente Judd. — Me enteré de lo sucedido en el Huecas. Según tengo entendido se burló de usted y de sus ayudantes enviándolos a pie a todos y a usted con un balazo en la aleta No hay al parecer un hombre en todo Frío que pueda manejar a Río Kid. Pero yo tengo fe en mi rifle. Y ese muchacho caerá fácilmente en mis manos.

—Adelante, entonces —dijo el sheriff ásperamente. — Con mucho gusto te daré la recompensa si logras traerlo vivo o muerto.

—Será muerto — dijo Mesquite fríamente. — Yo no corro riesgos, y cuando lo alcance con una bala será para siempre. No se haga ilusiones de que se lo traiga vivo para que usted lo ahorque. Deshechе eso de su cabeza.

—Muerto o vivo — repitió el sheriff. Cuando el hombre del Brazos se fué. desapareció en parte el ceño del sheriff.

Su conciencia le molestó un poco por haber tomado en cuenta a un individuo como Judd. Pero Río Kid había desafiado a la ley desde hacía mucho tiempo. Había derrotado y humillado al sheriff de Frío. Cualquier hombre que pudiese atrapar a Río Kid sería ahora bien recibido por Jake Watson. Y si alguien pudiese realizar tal hazaña, ese alguien sería el pendenciero del Brazos, frío, astuto y cruel, salvaje como un jaguar, despiadado como una serpiente de cascabel que solo intenta matarlo por conseguir el precio de su crimen. Y si se invirtieran los papeles, si Río Kid fuese demasiado para Mesquite como hasta ahora lo fué para todos los enemigos que lo habían perseguido, el sheriff reflexionaba que la comarca de todos modos se libraría de una peste. En Texas no habría un sólo individuo que llorase a Mesquite Judd. De cualquier modo la comarca saldría gananciosa de esta lucha, y el sheriff de Frío tranquilizó asi su conciencia y esperó ansiosamente el resultado.

LA RESPUESTA DE RIO KID

Toda la población de Frío tenía fija su mirada sobre Mesquite Judd durante los días siguientes al de la entrevista que tuvo con el sheriff.

El interés por conocer el resultado final era enorme. El pendenciero vagaba por la ciudad pasando horas enteras en el Perro Rojo donde había formado su cuartel general. Todos los días montaba su caballo pinto y galopaba por los senderos. Pero se le veía generalmente todas las noches en el bar del Perro Rojo. Su cara bronceada rígida no decía nada y era hombre de pocas palabras. Los días se sucedían unos a otros sin que consiguiera dar con Río Kid. Se sabía que era tan bueno en seguir rastros como en el uso de sus revólvers, pero el escurridizo Kid dejaba muy pocos rastros tras de sí. Por cierto que muchos ciudadanos de Frío y los vaqueros de los ranchos circundantes, opinaban que si Río Kid supiese que Mesquite Judd estaba en su búsqueda, no evitaría el encuentro, sino que se desviaría de su camino para darle a Mesquite lo que tanto deseaba.

A pesar de lo audaz y de lo peligroso que era su adversario, Río Kid no temía verse frente a frente con él. Frío era un pueblo de habitantes insolentes y rudos. Cada uno de ellos iba siempre armado de un revólver. Pero había un límite en Frío y un hombre de la reputación de Mesquite por su ferocidad, no era ni gustado ni necesitado allí. Una palabra del sheriff y todos los hombres de Frío se hubieran reunido para correr del pueblo a Mesquite. Pero se sabía bien que el sheriff lo apoyaba o que por lo menos estaba deseoso de darle toda clase de oportunidades para que ganara la recompensa ofrecida. Y los hombres de Frío eran corteses con un audaz cuyos revólvers tenían más de doce muescas cortadas en ellos, cada una de las cuales registraba la muerte de un hombre. Una vez el bandido estuvo ausente durante tres noches seguidas y todo Frío esperaba ansiosamente noticias, opinando muchos queMesquite había por fin encontrado a su hombre culminando en la victoria de Río Kid.

Pero al cuarto día hizo su entrada en Frío tan ceñudo y silencioso como siempre, cansado de tanto galopar por los caminos y evidentemente sin éxito. Dar con Río Kid era una tarea más difícil de lo que se imaginaba el bandido del Brazos. Pero no largó prendas, Aunque no fuera más que por no desprestigiarse, Mesquite no podía admitir una derrota. Había venido a ganarse los mil dólares y hasta que consiguiera apoderarse de Río Kid no se iría del lugar.

Los vaqueros del rancho Double Bar cuando cabalgaban a la ciudad y se cruzaban con Mesquite le dirigían miradas torvas. En el rancho Double Bar los vaqueros recordaban con cariño a Río Kid y se hablaba de irrumpir todos juntos en la ciudad, apoderarse del hombre del Brazos y colgarlo de un árbol. Pero el viejo Dewney se enteró e intervino. En su propio corazón había un rinconcito para Río Kid pero no quería que sus empleados tomaran abiertamente la defensa de un proscripto. A pesar de que el audaz Mesquite era un salvaje y despiadado asesino de hombres y un buscador de dinero, al precio de una traición, sin embargo cumplía con la ley persiguiendo a Río Kid. La recompensa de mil dólares permanecía en pie para el bandido y para cualquier hombre de Texas que pudiera ganarlos. Pero en el rancho Double Bar no había uno que no desease oir que el hombre de Brazos había aparecido en el camino, muerto de un balazo. Y una tarde mientras Bud Wash, el capataz cabalgaba por un rancho a orillas del Río Frío pensando en Río Kid y en como podía avisarle que Mesquite andaba persiguiendo sus rastros, vió un jinete cerca de los robles que ondeaba su sombrero saludando. Era Río Kid que se acercaba al galope a su encuentro.

Esbelto y tostado por el sol, alegre y fresco como siempre, Río Kid cabalgaba en su tordillo. Sonrió burlón al capataz del rancho.

—No vas a sacar el revólver, ¿verdad? — dijo riendo

—Creo que no. — dijo el capataz.

—Supongo que no andarás detrás de los mil dólares ¿eh? sonrió Kid.

—Yo no, pero en cambio hay un hombre en el pueblo que pretende ganárselos — dijo Kid. ¿Qué haces por aquí Río Kid?

—Visitando el viejo rancho — contestó Kid. — Aquí me crié y aunque me vaya lejos del país no puedo menos de venir de vez en cuando a hacerles una visita a los ranchos del Double Bar. Me dió mucha alegría verte desde el robledal, Bud.

—También yo me alegro mucho verte, Kid — dijo el capataz. — Creo qu el mejor consejo que puedo darte en que te vayas de Frío cuanto antes.

—¿Otra vez el sheriff Watson? — sonrió Kid.

—No. Después que lo heriste en el Huecas ha estado acostado durante varios dias. Pero hay un nuevo individuo en el pueblo. ¿Has oído hablar alguna vez de Mesquite Judd?

—Ya lo creo — dijo Kid. — Lo vi una vez en el Brazos, Es un mal hombre, este Judd.

—Anda detrás de tu piel.

—¡Bah! — dijo Kid.

—Lo hace por la recompensa de mil dólares — dijo Bud — Mira. Kid, este Judd es una mala bestia que ha matado a más hombres que dedos tiene. Yo me precio de saber manejar un revólver, sin embargo, cuando tropiezo con Judd en Frío. miro hacia otro lado. No quiero saber nada con él. Kid, ese lobo tarde o temprano conseguirá su objeto si te quedas por aquí. Es mejor que te vayas a Nueva Méjico o al Panhandle hasta que se canse y se marche.

—¿Qué tiene contra mí?

—Quiere los mil dólares — dijo Bud.

Los ojos de Kid destellaron.

—Le voy a dar una ocasión para que los gane — dijo él.

—Kid — dijo el capataz del Double Bar con sinceridad, dalo por fracasado. — Ese Judd es una mala bestia. Yo reconozco que eres un muchacho que no se arredra ante nada. Pero Mesquite Judd en un asesino, es rápido con el revólver.

—Yo tampoco soy muy lerdo — sonrió burlón Río Kid.

—Te matará, Kid, si continúas por Frío. — dijo Bud. — Te digo que en el pueblo los hay valientes, pero todos callan donde está Mesquite. Es una mala bestia.

Río Kid sonrió.

—Le daré una oportunidad — dijo él. No quiero que el que me persiga pueda decir que le huí. ¡Hasta luego Bud! Te perjudicará si sigues hablando con un proscripto.

—¡Hasta luego, Kid!

Río Kid desapareció galopando por el robledal. Bud Wash continuó su camino pensativamente. Le había dado un consejo amistoso, pero pensaba si con eso no le habría hecho más bien un mal. Pensó que Río Kid en vez de huir iría al encuentro de Mesquite Judd, ahora que sabía que trataba de matarlo.

Aquella noche, algunos trasnochadores de Frío oyeron el golpear de cascos contra el suelo de las obscuras calles; pero no fué hasta la mañana siguiente que supieron con sorpresa que el visitante nocturno había sido Río Kid. Cuando Poker Smith abrió las puertas del bar el Perro Rojo, pudo leer un letrero a tiza y en media hora todo Frío lo había leído y comentado. Y cuando Mesquite Judd vino a enterarse de lo que decía, una muchedumbre ávida lo miraba conteniendo la respiración.

—Río Kid ha estado en el pueblo — dijo Poker Smith.

La cara rígida y ceñuda de Mesquite cambió de color al leer las palabras escritas con tiza por el hombre que buscaba.

"A V I S O"

Aconsejo a Mesquite Judd que se vaya de Frío pronto. Le doy tres días de plazo. Si no se va, vendré... y yo a matarlo. Río Kid".

Al leer este desafío su cara ennegreció. Todos los ojos se posaban en él. Algunos individuos sonreían burlones, Mesquite miró uno a uno y todos bajaron la vista. Buscaba alguno que se atreviera a burlarse o lo injuriara. Y si lo hubiera encontrado el revólver de Mesquite entraría en acción en las calles de Frío. Pero ninguno aceptó el desafío mudo. Las voces cesaron y hubo un silencio sepulcral hasta que el hombre del Brazos habló:

—Tu, Poker Smith, ¿crees que Río Kid escribió eso? — preguntó él.

—Con seguridad — contestó el dueño del bar.

—¿Crees que estuvo anoche en el pueblo?

—Sí.

—¿Crees que estuvo anoche en el pueblo?

—Río Kid nunca faltó a su palabra, Mesquite.

Este frunció el ceño.

—Creo que esta vez no la cumplirá — dijo él. No se atreverá a entrar en Frío como no sea de noche, arrastrándose como una culebra en la oscuridad. No se atreverá a usar su revólver.

—Hoy es lunes — dijo Poker Smith. — Si estás aquí el jueves, Río Kid vendrá y usará su revólver.

—¿Estás seguro de eso?

—Todos los hombres de Frio dirán lo mismo.

Mesquite lanzó una carcajada espantosa.

—Responderé a su llamado, — dijo él. Y se fué. Más tarde llegó el sheriff Watson con su brazo en cabestrillo. Y leyó con alegría la noticia escrita con tiza. Mesquite podría dudar, pero no el sheriff de Frío. Sabía que Kid era hombre de palabras aunque tuviera que pasar entre cientos de nemigos armados hasta los dientes. El sheriff, herido por la derrota y la humillación vió al fin la luz. Ese día estaba ocupado, lo mismo que los siguientes. Para el miércoles, los planes del sheriff Watson estaban trazados y llevados a cabo. En la calle de Frío paseaban hombres armados. Hombres hechos para la lucha, y de quienes podía confiar el sheriff. Hombres veloces en el uso del revólver y listos para dispararlos. Y cuando el jueves amaneció, el último día de gracia para Mesquite, el sheriff y sus hombres vigilaban como linces. Todo Frío creía que Río Kid era tan

bueno como su palabra. Todo Frío creía, mejor aún, sabía que vendría en busca del hombre del Brazos como lo haba declarado. Y todo Frío sabía que no podía salir vivo del pueblo. Cualquiera que fuese la suerte que le acompañase en su lucha con Mesqite, no podía escapar al sheriff. Una vez que estuviese en el pueblo, sería rodeado y baleado sin compasión y si se resistía a entregarse, prisionero terminaría en esa forma su vida aventurera.

Aquel día, cuando el alba despuntaba, acudieron a Frío hombres de todas partes de la región. La noticia del encuentro entre Mesquite y Río Kid había llegado a los lugares más recónditos. En ambas márgenes del Frío y del Pecos y en todos los ranchos era la comidilla del día.

Todos los vaqueros que podían salir ese día de la estancia donde trabajaban, se dirigían al pueblo. Hubo hombres que cabalgaron toda la noche para llegar a Frío por la mañana. La plaza estaba llena de individuos a caballo. El bar del Perro Rojo, colmado de gente que comentaba el resultado de la lucha.

Cada hombre que venía era observado por cientos de ojos, para ver si era Río Kid. A qué hora vendría éste, nadie sabía, ni siquiera lo adivinaba; pero estaban seguros de que vendría. Entre la muchedumbre caminaban los hombres del sheriff, alertas y vigilantes, con la mano en el revólver, listos para dispararlos contra Río Kid a la primera ocasión que se les presentase. El sheriff Watson estaba sentado en su oficina, impaciente, adusto, nervioso, con media docena de hombres haraganeando en los bancos exteriores, listos para la primer llamada y para entrar en acción tan pronto se enterasen de que Río Kid estaba en el pueblo o cabalgaba hacia él.

Afuera del bar el Perro Rojo, estaba Mesquite Judd, frío, adusto y silencioso. No se había ido. No había pensado en irse. Esperaba a que Río Kid cumpliese su palabra.

EL VIEJO

El anciano que se había apeado ante el Perro Rojo en la calurosa tarde parecía como si hubiese recogido casi todo el polvo del camino de la pradera. Su caballo era mesteño, con hocico blanco y patas blancas. Era un caballo nervioso y esbelto. Pero el antiguo residente parecía un sobreviviente de los viejos días antes de la guerra de Méjico. Su cara morena estaba oculta tras una espesa barba y largos bigotes grises. Su Stetson no era más que un desecho cubierto de polvo, debajo del cual aparecían mechones grises. Su vestimenta de piel de carnero vieja y muy raída, estaba cubierta de polvo. Las espuelas estaban oxidadas. Llevaba un revólver; pero si éste era como el resto no le serviría de mucho uso. Ató su caballo y miró a la muchedumbre que se agolpaba afuera del bar. Había tantos caballos que otro más no encontraría lugar, tantos eran los que ese día llegaran a Frío. Parecía que casi toda la población del condado se hubiese volcado en este pueblo. Y el antiguo residente miró sorprendido bajo sus hirsutas y blancas cejas.

—Digan, ¿que pasa? — preguntó sin dirigirse a nadie en particular. Algunos le sonrieron burlones. Muchos viejos entraban en Frío una que otra vez pero este tipo era el más sucio y el más enmohecido de los que habían visto en aquel pueblo.

—No has visto a Río Kid en el camino, ¿eh, viejo? — preguntaron dos o tres voces.

El viejo los miró pestañeando.

—¿Quién es ese?

—¿Y quién va a ser sino Río Kid? — dijo Guchwe Dick. — ¿No sabes que hoy es esperado Río Kid en el pueblo?

—¡Ah, sí! Aquel maldito bandido. ¿Lo atrapó el sheriff, al fin?

—No.

Y como el viejo no estaba enterado de nada, unos cuantos individuos lo pusieron en antecedentes. El viejo los escuchaba con interés.

—Ese Río Kid, si que es terrible, — dijo él. — Me parece que cumplirá su palabra.

—También nosotros lo creemos.

—Y creo que el sheriff no lo dejará escapar esta vez, — dijo Santa Fe Sam, del Bar-10. Le diré, Jake Watson tiene veinte hombres que lo esperan, y tan pronto Río Kid aparezca, será su última entrada a Frío.

—¡Bah! — dijo el viejo. — Eso no me parece justo, muchachos, que se aprovechen de la ocasión.

—Lo que es el sheriff no va a perder una ocasión como ésta, — dijo riéndose Cuchwe Dick. — Río Kid lo ha buscado y esta vez lo encontrará.

—¿Y cuándo viene? — preguntó el viejo.

—Nadie sabe, pero vendrá.

—Con toda seguridad, — dijo Santa Fe Sam. — Río Kid es hombre de palabra. Aconsejó a Mesquite que se fuera y Mesquite no se fué. Así es que Río Kid vendrá a buscarlo antes de que llegue la noche.

Un rugido se oyó en la calle. Era una alarma de que Río Kid había sido visto. La multitud irrumpió. Pero no había motivo. El que se acercaba era un vaquero del rancho Cross-Bar. El viejo se apoyaba en la pared del bar mirando con mucho interés a la nerviosa muchedumbre. Sus ojos iban de la ruidosa multitud a la cara adusta de Mesquite que estaba cerca de la puerta.

Allí estaba Mesquite Judd. Y estaba listo para la lucha. Sus revólvers estaban dispuestos para poder sacarlos inmediatamente en caso necesario. Sus ojos profundos y astutos estaban vigilantes. Si Río Kid llegase o cuando llegase, era dudoso que cambiara balas con el hombre del Brazos, pues los secuaces del sheriff tenían orden de apresarlo y de matarlo sin más trámite, si ofrecía resistencia alguna.

El viejo lo miró tranquilamente durante unos minutos. La muchedumbre, que volvía al Perro Rojo, parecía una inmensa ola que amenazaba arrollar el bar. Río Kid aún no había sido visto. Muchos creían que no vendría hasta la noche, pues en la oscuridad tendría una mejor ocasión de eludir a sus perseguidores. Aunque a decir verdad le se-

ría muy difícil hacerlo. El viejo tomaba parte en las incesantes conversaciones entre los individuos que estaban afuera del bar. Como la mayoría de los viejos, era locuaz. Y confió a los oídos poco interesados que su nombre era Buck Davis y que le llamaban Panhandle Buck, porque había marcado vacas en el Panhandle cuando era joven.

—¿Cuánto hace de eso? — sonrió burlón Santa Fe Sam.

—No me acuerdo. — dijo el polvoriento anciano. — Pero no tanto tiempo como se imaginan ustedes. Yo no soy tan viejo como parezco. Pero les puedo decir esto: Que yo creo que los de este pueblo no valen tres cominos. Es una vergüenza que un bandido como Mesquite Judd haga de ustedes lo que le parezca. Yo os digo que si este pueblo tuviera dignidad, no permitiría que ningún bandido entrase en él.

Hubo un siseo repentino. El vituperio era demasiado insultante para los hombres de Frío. Y fué emitido en alta voz para que Mesquite Judd, apoyado en el muro del bar a unos cuantos pasos del viejo, lo oyera.

Mesquite miró alrededor con un destello en sus hundidos ojos. Pero se encogió de hombros despectivamente cuando vió quien había hablado. Ese anciano valía menos que la pólvora y que la bala.

—Debes cuidar esa boca, viejo loco. — dijo Santa Fe Sam. — Ese que está allí es Mesquite Judd y si se irrita contigo no levantarás más la voz en tu vida.

Panhandle Buck miró a su alrededor.

—¿Dónde está Mesquite? — preguntó en voz alta. — Si ese bandido los tiene a todos ustedes atemorizados, a mi no me hacen mella sus amenazas. ¡No olvides eso! Estoy pronto y listo para decirle a un perro como Mesquite Judd que estoy convencido de que no es más que un pendenciero y un asesino y si le desagrada tengo aquí un revólver para reafirmarlo.

—¡Oh, rayos! — dijo Cuchwe Dick.

Todos emitieron sonidos entrecortados. Durante un momento Río Kid fué olvidado.

Toda la atención la había acaparado el viejo y polvoriento vaquero que había lanzado ese audaz desafío al bandido del Brazos tan temido por todos los hombres de Frío.

Mesquite se separó de la pared del bar. Su cara adusta y morena estaba ahora más negra y más salvaje que nunca. Caminó en dirección al viejo vaquero.

—¡Yo soy Mesquite Judd, roto viejo del desierto! — dijo él ceñudo — ¿Tienes algo más que decir?

Y los de Frío miraban esperando que el viejo se callara y se volviera temeroso ante la ira que había originado. Pero el vaquero del Panhandle no se movió.

—¿Eres tu Mesquite? — dijo él. — Eres tú el asesino que debía haber sido ahorcado en el Brazos? ¡Pues sí! Yo tengo algo más que decirte. Diré a todo el mundo que si este pueblo tuviera suficientes agallas, te ataría y te colgaría del primer álamo por haber sido tan criminal, Mesquite Judd.

La mano de Judd se movió hacia el revólver. Pero en vez de tocarlo cerró el puño.

Un momento más y el vaquero del Panhandle rodaría en medio de la calle de un formidable puñetazo. Pero ese golpe no fué enviado.

Con una actitud sorprendente en un hombre que parecía tan viejo, el vaquero del Panhandle, se hizo a un lado, se acercó al bandido y golpeó. Un rumor partió de la multitud al ver como Mesquite Judd tambaleaba hacia atrás cayendo al suelo cuan largo era.

BALA POR BALA

—¡Al diablo!

Todos murmuraban y mientras lo hacían se retiraban rápidamente de la línea de fuego, pues con toda seguridad los revólvers entrarían en juego.

Mesquite Judd se hallaba tendido cuan largo era. El golpe del hombre del Panhandle había sido formidable. Estaba mareado. Los hombres de Frío miraban aterrorizados. No había duda alguna, el tiroteo iba a comenzar y el viejo sería acribillado a balazos tan pronto como Mesquite hiciera uso del revólver.

Nadie pensaba ahora en Río Kid. Este podría entrar en Frío sin que nadie se enterase. El hombre temido por todos, el hombre considerado como el asesino más despiadado, el hombre a quien nunca le falló su puntería había sido derribado por el viejo vaquero y yacía jadeante tendido en el polvo.

El viejo vaquero del Panhandle había provocado audazmente lo que todo hombre de Frío hubiera evitado con tanto cuidado. Y no parecía estar asustado. Permanecía tranquilo con su mano cerca del revólver, vigilando como un gato al hombre del Brazos, evidentemente preparado para lo que podría suceder.

Había más sangre en el viejo que en cualquier hombre de Frío.

Mesquite se puso en pie tambaleante. La mirada en sus hundidos ojos haría temblar a otro que no fuera el viejo. Este sonreía burlón.

—Tú, Mesquite — dijo burlándose — según dicen, Río Kid te aconsejó que te fueses y es mejor que lo hagas mientras vives. Si los los de aquí no tienen el valor suficiente para hacerte salir, creo que yo soy el llamado para ello. Y si quieres cambiar balas conmigo, tú, grandísimo perro, estoy dispuesto a satisfacer tus deseos.

Mesquite le dirigió una mirada asesina.

—Ya lo creo que cambiaré balas contigo lo quieras o no — dijo entredientes.

La multitud sorprendida se retiró aun más Mesquite aun no había sacado el revólver, pero pronto lo haría. Retrocedió unos pasos sin sacar la vista del hombre del Panhandle, vigilándolo como un gato. El viejo a su vez retrocedió. Tampoco él había sacado el revólver; pero bajo sus hirsutas cejas sus ojos estaban alerta.

Hubo una pausa. Y el silencio se hizo sepulcral en la plaza de Frío. Todos sabían que cuando Mesquite Judd tomase el revólver, lo haría con la velocidad del relámpago. Y este movimiento sería seguido por una lluvia de balas que recibiría el hombre que tan audazmente lo había desafiado.

La pausa fué contada por segundos. Pero éstos parecían horas a la muchedumbre que miraba conteniendo la respiración.

Un rápido movimiento felino colocó su revólver en la mano.

—¡Pum!

El viejo había sido más veloz. Antes de que Judd levantara su revólver, apareció como por arte de magia otro en la mano del viejo, quien instantáneamente lo hizo funcionar.

Los dos pistoletazos sonaron como uno; pero el uno había sido disparado una fracción de segundo antes que el otro.

El andrajoso sombrero Stetson del viejo cayó detrás de él.

Mesquite Judd tambaleó, se encogió y rodó por el suelo.

Un grito contenido partió de la multitud.

—Mesquite recibió su merecido.

—¡Culebras!

El viejo recogió su sombrero perforado por la bala. Mesquite yacía en el lugar donde había caído empuñando aun el revólver y sin fuerzas para hacerlo funcionar. Una avalancha de gente rodeó al viejo, al polvoriento vaquero viejo del Panhandle, el único hombre que había derrotado a Mesquite Judd.

—¡Por mil demonios! — Poker Smith apareció jadeante por la puerta del Perro Rojo. — ¡Mesquite se encontró con la horma de su zapato! oye viejo, supongo que en tu juventud habrás sido bueno en el manejo del revólver ¿no?

—Yo creo que sí, — asintió el viejo con una sonrisa. — Y aun ahora soy excelente en el manejo del revólver.

—Lo que es Mesquite no será quien apreso ahora a Río Kid, — dijo burlón Tuchwe Dick.

—Con toda seguridad que no, — dijo el viejo.

Al oir el nombre de Kid, todos recordaron por que se habían reunido allí. Nuevamente los ojos fueron dirigidos hacia la calle y el camino. El hombre del Brazos gravemente herido y casi inconsciente fué llevado a su habitación en el Perro Rojo. El viejo se deslizó tranquilamente por entre la multitud. ¿Vendría Río Kid? ¿Y cuándo? El hombre por quien venía ya no estaba allí. El asesino del Brazos había sido herido por el desconocido que había llegado sabe Dios de donde. Pero Río Kid vendría. Había dicho que iría a Frío en este día y Kid era esclavo de su palabra.

Afuera de la oficina del sheriff los ayudantes de éste miraron fijamente al viejo que venía galopando en su caballo de morro y patas blancas. Sonrieron al ver al viejo polvoriento; pero lo habían hecho con respeto. Tenían que hacerlo, pues había enfrentado al temido bandido del Brazos, derrotándolo por completo.

—Digan, muchachos, — dijo lentamente el viejo. — ¿Es esta la oficina del sheriff?

—Así es, viejo, — contestó Poker Pete.

—¿Y el sheriff está?

—Sí.

—Tengo una carta para él — dijo el viejo buscando en su camisa andrajosa y sacando un papel doblado. — En esa carta hay noticias de Río Kid, ese joven proscripto que Jake Watson quiere tener bajo su recaudo. Entréguenle la carta al sheriff.

Poker Pete tomó el papel doblado y el viejo galopó calle abajo. Espoleó a su caballo y éste partió veloz. Muchos eran los jinetes que aun llegaban a Frío. El único que se iba era el viejo seguido por las miradas de todos. El viejo galopaba por el pueblo, pero tan pronto llegó a campo abierto lanzó su caballo a todo lo que podía dar.

El sheriff Watson desdobló descuidadamente el papel que Poker Pete le había entregado. Pero cuando lo miró, se operó un cambió súbito en su cara dando un alarido. Sólo unas cuantas palabras estaban contenidas en el papel:

"¡He cumplido mi palabra, sheriff! Vaya a buscar a otro bandido.

Río Kid".

Jake Watson permaneció pegado al suelo mirando el escrito. Parecía paralizado. Poker Pete lo miró asombrado.

—¡Río Kid! — pudo decir el sheriff de Frío. — ¿Quién te dió esto? ¿Dónde está? Tras él...

—Me lo dió el viejo que hirió a Mesquite Judd...

—¡Ese hombre era Río Kid! — rugió el sheriff loco de rabia.

¡Sígueme! ¡Mátalo sin piedad! Se ahogaba con la rabia mientras salía a la calle desesperado.

—¡Río Kid!

—¡Río Kid!

La palabra pasó de boca en boca. Por todas partes de Frío los hombres buscaban al viejo, al vaquero de la barba gris del Panhandle. Muchos jinetes se lanzaron a la pradera a todo galope. Como reguero de pólvora se extendió la noticia por todo Frío. Río Kid había cumplido su palabra. Pero Frío no lo reconoció cuando había llegado. Sólo después de irse supieron quien era el viejo.

Frío parecía una ciudad de locos. Gente que montaba apresuradamente, carreras, cabalgatas, caballos espoleados fuertemente, nerviosidad, excitación, todo por seguir al viejo que no era otro que Río Kid. Pero a la puesta del sol comenzaron a llegar los jinetes cansados y sin éxito. Río Kid había cumplido la palabra. Había entrado en Frío. Había enfrentado a su enemigo. Y lo había derrotado. Pero la pradera sin fin lo había tragado otra vez y el sheriff rabiaba en vano.

Allá lejos, en el chaparral sin rastros, Río Kid se había despojado del disfraz que había ocultado su bien conocida cara, de los ojos de cientos de individuos, y lavó la pintura de las patas y del morro de su tordillo mesteño. Afuera en la llanura que iba cubriéndose de sombras, podía oir el distante y atronador eco de los caballos que galopaban, y se rió al oirlo. ¡La recompensa ofrecida, no había sido ganado por nadie!

(Continuará)

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

AL canal de Monforte — dijo Nicolino a Brachioforte, que permanecía indolentemente reclinado en la popa, y que se incorporó para volver la góndola después de lo cual volvió a reclinarse y cerrar los ojos, como si se sintiera dominado por un eterno sueño.

Nicolino se sentó en un banco hacia la proa. La góndola seguía adelantando lentamente; Aben-Shariar y Malatesta hablaban de cosas indiferentes. Una hora después llegaron al canal de Monforte, que estaba solitario y silencioso.

El palacio Conti era un enorme edificio, gótico, robusto, sombrío, con grandes ventanas ojivales cerradas por vidrieras de colores, reforzados los muros por botareles, sobre cada uno de los cuales se levantaba una pirámide crestada, coronados aquellos muros de pirámide a pirámide por una balaustrada calada sobre un cornisón ricamente ornamentado; sobre la puerta, ancha, maciza, robusta, corría un balcón de piedra, sobre el cual se veían tres ajimeces calados, y en la parte superior, un ancho escudo con un grifo alado partido por una banda diagonal y encerrado entre los lambrequines que descendían del yelmo.

Estas eran las armas de los Conti. En el ala derecha del palacio, en su ángulo, había un pequeño torreoncillo, de esos que dentro de sí tienen una estrecha escalera de caracol, y junto al torreoncillo, en el muro, un pequeño postigo, por el cual apenas cabía una persona. Este palacio era seco, severo, construído con una piedra gris y de un aspecto completamente sombrío.

La góndola, a una indicación de Nicolino, se detuvo delante del postigo del palacio, atracó al borde del canal y Aben-Shariar y Malatesta se dirigieron al postigo. Nicolino se quedó en la góndola y Brachioforte continuó dormitando sobre la popa.

—No sé como hayamos de entrar por este postigo — dijo Malatesta. — Aunque el palacio estuviera habitado, no oirían que llamábamos a él.

—Es que no llamaremos — dijo Aben-Shariar, sacando unas llaves de su escarcela.

—¡Ah! ¡Tenéis las llaves! — dijo Malatesta.

—El Consejo de los Diez tiene las llaves de todos los palacios de Venecia — contestó Aben-Shariar, abriendo con la más pequeña el postigo. — Entrad, y ya que conocéis tan bien este palacio, conducidme a las habitaciones de Elena.

Malatesta y Aben-Shariar entraron, y el postigo volvió a cerrarse.

Nicolino se deslizó a lo largo de la góndola y llegó a la popa.

—¡Eh! Dormilón — dijo, dando una palmada en un hombro a Brachioforte; — pareces descendiente de un gusano de seda.

—Quien duerme, vela — contestó con acento cansado Brachioforte.

—¿Conoces a los patricios que acaban de entrar en el palacio?

—Sí. ¿Y tú?

—Los conozco tanto, que me parece que tú no los conoces bien.

—Me mandan y obedezco. Si como se me ha mandado seguir a monseñor Pietro Mastta, se me hubiera mandado seguir al Dux, le hubiera seguido. Si monseñor Pietro Mastta me mandara seguir al secretario Rugiero Pietriboni, le seguiría hasta su lecho, sin dejar de seguir al señor Pietro Mastta; diría al uno todo lo que supiese del otro, y al otro todo lo que supiese del uno.

—Te convertirías en dos.

—Y en doscientos me convertiré si es necesario.

—Dices bien; pero se nos hace trabajar mucho y se nos paga poco.

—La República es como una tela de araña la cuestión es no enredarse en ella, porque, una vez enredados, se acaba por convertirse en hilo de la misma tela donde siguen enredándose otros y otros. Pero déjame dormir, que he pasado mala noche.

—Di. ¿Tú has estado espiando a cierto extranjero? Te vi pasar tras él a las doce por la plaza de San Marcos.

—Puede ser — dijo Brachioforte; — pero estás muy hablador, y ya sabes que al Consejo de los Diez le gusta que sus agentes sean muy silenciosos.

—Ahora — dijo Nicolino — no estamos en los dominios d ela República.

Entreabrió los ojos Brachioforte, y dijo, posando una mirada fría en Nicolino:

—¿Pues en dónde estamos, si te place?

—Mira en torno tuyo, Brachioforte. Aquí no hay más vivientes que nosotros, y el gon-

doiero que tiembla de miedo y espera de un momento a otro que una legión de diablos salga del palacio; porque estamos en los dominios del diablo, donde no se atreven a entrar más que los locos y los impíos que no creen en el diablo porque no creen en Dios.

Se estremeció ligeramente Brachioforte.

—Estamos tan solos — dijo Nicolino, — que si a mí se me ocurriera darte una puñalada y tirarte de cabeza al canal, nadie podría saber de qué cuerpo era la mano que te había herido.

—Tú haces traición a la República — dijo incorporándose, perfectamente despierto, Brachioforte.

—Y tú también vas hacer traición a la República — dijo Nicolino.

—¡Yo!

—Tú.

—Hacer traición a la República es morir — dijo sombríamente Brachioforte.

—Morir es también atreverse a la querida de un senador del Consejo de los Diez o, mejor dicho, atreverse a tener amores secretos con ella.

Brachioforte miró de una manera terrible a Nicolino.

—Me están dando ganas — dijo éste con una impasibilidad irritante — de ocupar tu plaza de dormilón, que está mejor pagada y da menos trabajo que la de los otros esbirros.

—¡Nicolino! — dijo Brachioforte. — Estamos en los dominios del diablo; no nos ve nadie más que el gondolero, que, como tal, está acostumbrado a callar; si se me ocurre darte una puñalada, no habrá nadie que diga de qué cuerpo es el brazo que te la ha dado.

—Esas son simplezas — dijo sonriendo Nicolino, — porque aunque tú te llamas Brachioforte y estás acostumbrado a dar miedo a todo el mundo, hay alguno que tiene el brazo tan fuerte como tú y que no teme a nadie, ni aun al diablo, ya lo estás viendo; porque yo estoy tranquilo en el canal de Monforte y tú estarías mejor que aquí y con más tranquilidad en cualquier otra parte.

—Entendámonos — dijo Brachioforte. — ¿Quién te ha dicho lo de la querida del senador?

—Si creerás tu que eres el único que sabe todo lo que pasa en Venecia; si creerás tú que siempre que entras en casa de Rosina no te ve nadie.

—Pues si lo sabes, Nicolino, y quieres que seamos amigos, cállalo; porque si el senador Aldrobandini lo sabe, Rosina y yo podemos ir ajustando cuentas con el diablo.

—Si hubiéramos hablado así desde el principio, hubiéramos excusado muchas palabras — dijo Nicolino.

—Y bien, ¿qué he de hacer yo? — preguntó Brachioforte, completamente domesticado.

—Ahora, dormir; luego, ponerte a las órdenes de monseñor Pietro Mastta.

Nicolino se deslizó hacia la proa, se reclinó en el banco y se echó verdaderamente a dormir, porque estaba muy cansado. Poco después, Brachioforte dormía o parecía dormir profundamente en la popa de la góndola.

—Ha llegado la hora, señor César Malatesta, de que sepáis cómo se espía en Venecia — dijo Aben-Shariar.

—¡Ah! ¡Venimos a espiar a las gentes que viven en el palacio!

—Exactamente; y como vamos a salir de estas estrechas escaleras y no conozco las entradas ni las salidas, llevadme a un aposento donde no haya peligro de que nadie me vea.

—Sigamos entonces subiendo hasta llegar a la parte alta del palacio.

Malatesta y Aben-Shariar acabaron de subir las escaleras, se encontraron en un polvoriento corredor, en el que había, a derecha e izquierda, algunas puertas; Malatesta abrió una de ellas, y entraron en un aposento en que había muchos muebles viejos.

—El lugar no es muy digno, monseñor — dijo Malatesta; — pero aunque permanecierais en él durante muchas horas, podrías estar seguro de no ser visto; por aquí se pasan años enteros sin que suba nadie.

—Pues es necesario que alguien suba.

—¿No decís, monseñor, que no queréis ser visto de nadie?

—Lo que no quiero es producir una alarma siendo visto de improviso; pero vos sois en esta casa una persona muy conocida.

—Demasiado monseñor.

—¿Cuántos criados hay aquí?

—Cuatro criados viejos y una vieja criada que sirve inmediatamente a Elena.

—Pues bien, señor César Malatesta; buscadme a uno de esos criados y traedle aquí.

Malatesta salió.

Algunos minutos después volvió con un hombre como de unos sesenta años, con toda la traza de un antiguo criado de casa rica. Al ver a Aben-Shariar se sorprendió.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó Aben-Shariar.

—No se con que derecho ni para que se me hace esa pregunta por una persona a quien no conozco — dijo secamente el criado.

—Mira — contestó Aben-Shariar abriéndose las ropas y dejando ver sobre su pecho las terribles iniciales C. D. X.

El criado palideció y retrocedió instintivamente.

—¡La inquisición del Estado aquí! — dijo con voz cobarde, y lanzando a Malatesta una mirada que quería decir: Nos habéis hecho traición.

—Nada tienes que temer si me dices la verdad; pero témelo todo si mientes — dijo Aben-Shariar.

—Preguntad, excelencia — dijo temblando el criado.

—¿Cómo te llamas?

—Giuseppe Basili.

—¿Qué edad tienes?

—Sesenta años.

—¿Cuánto tiempo hace que sirves a los Conti?

—Cuarenta años, día por día, excelencia.

—Entonces ya estabas en la casa cuando contrajo matrimonio Salvator Conti.

—Sí, excelencia.

—Entonces tú sabes que Salvator Conti mató a su esposa y al amante de su esposa.

—Sí, excelencia.

—Sabes también que hace diez años Elena, tu señora, mató a los asesinos de sus padres.

—Sí, excelencia.

—Tú serías, sin duda, uno de los criados que enterraron en los subterráneos del palacio a los doce hombres a quienes tu señora había envenenado.

—Sí, excelencia.

—Cuéntame, cuéntame cómo fué aquello.

—Es muy sencillo, excelencia: Salvator Conti no hacía vida marital con su esposa, y, sin embargo, su esposa dió a luz a Elena antes del año de su matrimonio. María había logrado ocultar su estado de embarazo, y nada supo Salvador Conti hasta que llegó al alumbramiento. Salvator Conti no dijo ni una sola palabra a su esposa; más aún: había dado su nombre a Elena, como si hubiera sido hija suya; pero había meditado en secreto una terrible venganza, una venganza paciente que esperaba la hora de satisfacerse por completo y sobre seguro. Durante tres meses, después del alumbramiento de María, nada dijo; pero a los tres meses, una noche entraron recatadamente, y uno por uno, por el postigo, once hombres, parientes todos de Salvator Conti, y uno a uno se ocultaron en las habitaciones contiguas a la habitación de María.

Dos horas después, a la media noche, Salvator Conti, que observaba desde una de las ventanas del palacio, vió aparecer en el canal una góndola negra que se acercaba sigilosamente y se detenía delante del postigo. De aquella góndola salió un hombre que parecía griego por su traje, y griego corsario.

Poco después, aquel griego y María eran sorprendidos por Salvator Conti y sus once parientes. Los criados habíamos acudido también. El griego y María fueron estrangulados, atados uno al otro, sacados del palacio y arrojados al canal de Monforte.

—Basta — dijo Aben-Shariar. — conozco esa historia y veo que, preguntado por la República, no te atreves a engañarla; veamos si continúas diciéndome la verdad; vengamos al momento presente. ¿Quién habita en el palacio?

—Mi señora, Giovanna su aya, el cocinero, dos mozos de limpieza y yo, que soy el mayordomo.

—¿No habita nadie más?

—Sí, señor; desde hace tres días han aparecido en la casa un cardenal romano y un fraile portugués.

—No ha venido a ver a ese fraile y a ese cardenal ninguna persona?

—Sí, señor; anoche, a la media noche, vino un extranjero, a quien yo dí entrada por el postigo y llevé a las habitaciones que ocupan el cardenal y el fraile.

—¿Qué señas tiene ese extranjero?

—Alto, blanco, ojos azules, cabellos y barba rubia y entrecanos; como de cincuenta años y altivo y soberbio como un rey.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el palacio ese extranjero?

—Pasó toda la noche conferenciando con mi señora, el cardenal y el fraile, y salió esta mañana a las ocho.

—Perfectamente; será preciso perdonarte la participación que has tenido en los crímenes de esa familia, porque no mientes a la República y la sirves bien diciendo la verdad.

—Salvator Conti era un hombre terrible, a quien todos temíamos, y si no nos hubiera obligado por terror a ser cómplices de sus crímenes, no permaneceríamos aún en su casa sirviendo a Elena, que es tan terrible como Salvator Conti.

—Ve y di a los demás criados que aquí está conmigo la República de Venecia; que si me ven se aparten silenciosamente de mi paso y callen; que nada sepa Elena; vuelve después de hacer esta prevención a tus compañeros, y cuanto antes.

Giuseppe salió pálido como un muerto.

—Vos, señor César Malatesta, id a los aposentos de Elena y entretenedla en ellos; motivo tenéis bastante; decidla que habéis meditado bien, que habéis comprendido cuánto os ama, que estáis dispuesto a ser su esposo. Ella, que verdaderamente os ama, encontrará esta noticia tan grata, que no sabrá separarse de vuestro lado; y como un hombre que ha de ser marido de una mujer tiene derecho a conocer su historia, pedidla los papeles que contenía el pliego cerrado que le entregasteis hace diez años de orden del Consejo de los Diez. Permaneced con ella hasta la noche y, cuando salgais, id a buscarme a bordo de mi nao la "Bella Genovesa", que está anclada en el puerto; id.

César Malatesta se inclinó, y con el semblante más sombrío del mundo salió, dejando solo a Aben-Shariar.

Capítulo VII

Giuseppe Basili no tardó en volver

—Ya están cumplidas vuestras órdenes, excelencia — dijo.

—Condúceme a las habitaciones que ocupan el cardenal y el fraile.

—Voy a tener el honor de guiaros, excelencia — dijo Giuseppe, y se puso en marcha.

Hizo dar vueltas y revueltas por pasadizos y galerías a Aben-Shariar, bajar escaleras y, al fin, se encontraron en el departamento de las habitaciones principales. Giuseppe se detuvo delante de una mampara de cuero, y dijo a Aben-Shariar:

—Esta es la puerta de la antecámara de las habitaciones donde están aposentados esos dos señores.

—Y por esa antecámara — dijo Aben-Shariar, — ¿no se puede ir a ninguna otra parte?

—No, excelencia; estas habitaciones están completamente independientes; son las que ocupaba mi difunto señor.

—Pues bien; abre y retírate.

—¿Y si necesitáis algo, excelencia? — dijo Giuseppe, a quien el terror había hecho muy servicial.

—Haré que el cardenal o el fraile te llamen; vete.

Giuseppe se alejó, y Aben-Shariar entró, atravesó la antecámara y penetró en una gran cámara magníficamente amueblada, aunque con un gusto muy antiguo, en cuyo fondo, sentadas junto a una mesa, había dos personas.

La una por su traje talar de púrpura, y por la hechura particular de aquel traje, dejaba conocer a primera vista que era un cardenal; la otra, por su hábito blanco con manto negro, que era un fraile agustino. En efecto; aquellas dos personas eran el cardenal Jenaro de Montalto y el fraile agustino portugués fray Miguel de los Santos. Estaban tan distraídos, era tan gruesa la alfombra, que apagaba el ruido de los pasos de Aben-Shariar, que no repararon en él hasta que llegó junto a ellos.

El primer movimiento de entreambos fué ponerse en pie, sorprendidos. No conocían a Aben-Shariar, ni esperaban que un desconocido los visitase en un lugar donde se creían perfectamente ocultos bajo el amparo del diablo, ficticio morador del palacio Conti.

Aben-Shariar no tenía, sin embargo, en su semblante nada de amenazador; por el contrario, miraba de la manera más benévola del mundo al cardenal y al fraile.

—¿Quién sois? — dijo con acento severo Jenaro de Montalto. — ¿Quién sois y por qué estáis aquí?

—Me llamo Pietro Mastta — dijo Aben-Shariar con acento afable y cortés — y estoy aquí porque vosotros sois amigos del rey D. Sebastián de Portugal, que vive de incógnito en Venecia, y soy también amigo del rey.

—El rey D. Sebastián de Portugal — dijo Jenaro de Montalto — murió hace diez y siete años en Africa y por lo mismo no podemos ser sus amigos porque, respecto a los muertos, no se puede tener, cuando más, otra cosa que una buena memoria.

—¿Y vos qué decís a esto, fray Miguel de los Santos? — dijo hablando en buen portugués Aben-Shariar, como había hablado antes en buen romano al cardenal Montalto. — ¿Se dice también en Portugal que el rey D. Sebastián murió en la batalla de Alcazar quivir?

—No comprendo por qué me hacéis esa pregunta — dijo perfectamente sereno, fray Miguel de los Santos.

—Creo, y digo mal, se que sois uno de los religiosos más respetados y más doctos del convento de Agustinos de la villa de Madrigal, en Castilla la Vieja.

—Eso es cierto, señor; pero me extraño de que tengáis tan exactas noticias de mí, cuando yo creía ser perfectamente desconocido en Venecia.

—Creíais también señores — continuó Aben-Shariar — que entrando una noche oscura en Venecia y ocultándoos en un palacio a quien el vulgo mira con terror supersticioso, porque tales cosas, tales crímenes han pasado en él, que se le cree habitado por el diablo; creíais, señores, repito, que dentro de este palacio estaríais perfectamente ocultos, y, sin embargo, aun no hace tres días que habéis llegado a Venecia, y ya tenéis delante de vosotros al Consejo de los Diez.

Al decir estas palabras, Aben-Shariar tomó un acento y un gesto altivo y severo, se puso el virrete y se abrió el rico sayo de terciopelo, dejando ver las tres letras bordadas en plata, que ya conocemos, sobre su justillo. Por más que el cardenal y el fraile fuesen serenos y estuviesen colocados en una posición en que no era fácil que nada los dominase, palidecieron al ver aquellas tres letras.

Tal terror inspiraba el Consejo de los Diez.

—Yo soy príncipe de la santa Iglesia romana — dijo Jenaro de Montalto, — y estoy inmune de todo otro poder que no sea el poder del Papa.

—Yo soy vasallo del rey católico D. Felipe II — dijo fray Miguel de los Santos.

—Venecia — dijo, sentándose en un sillón, Aben-Shariar — no reconoce inmunidad en nadie que pise su territorio; no hay temor que impida a Venecia ejercer su poder; y luego, señores, en Venecia se pierde un hombre sin que nadie sepa cómo se ha perdido ni adonde ha ido; os aconsejo, pues, la prudencia; yo, ante vosotros, no soy más que a medias miembro del Consejo de los Diez.

¡Ah! — dijo con admiración Jenaro de Montalto. — ¿Vos sois, monseñor, uno de esos diez fuertes varones que mantienen sobre sus hombros el peso de la gloria de Venecia?

—Sí, monseñor; tengo la honra de participar de los cuidados y de las amarguras del gobierno.

—Y bien, monseñor, la situación en que nos encontramos es ya distinta — dijo Jenaro de Montalto; — no se trata ya de un desconocido, sino de un príncipe de Venecia.

—Príncipe, no; ciudadano.

—Uso de una palabra genérica; príncipe es el que manda — dijo Montalto.

—Pues bien — dijo Aben-Shariar quitándose de nuevo el birrete y poniéndose otra vez en pie; — yo soy aquí príncipe porque en la situación franca en que creo nos hemos colocado, yo aquí no mando, suplico; sentémonos, pues, señores, y hablemos con lealtad.

Aquellos tres personajes se sentaron. El terror había desaparecido de los semblantes del cardenal y del fraile, y la severidad y la amenaza del semblante de Aben-Shariar.

—El rey D. Sabestián — dijo éste — está en Venecia de incógnito, sí; pero fuertemente protegido por el Consejo de los Diez, y habitando con su familia en un palacio del Estado, viviendo en fin, por cuenta de Venecia; el rey don Sebastián volverá a Portugal cuando sea oportuno, cuando todo esté preparado, cuando su vuelta a su reino no sea una empresa tan temeraria como lo fué su expedición a Africa; el rey de Portugal no se ha hecho prudente con la desgracia; le devora la impaciencia, y, por otra parte, el celo de nuestro santísimo padre Clemente VIII, a quien tarda ver repuesto en su trono el rey D. Sebastián, es tan funesto como lo fué en otro tiempo el celo inmoderado de Gregorio XIII por que fuese a combatir a los infieles. Venecia es más prudente que Roma, y no por eso Roma es más amiga del rey D. Sebastián que Venecia, ni Venecia tiene menos interés que Roma en que el rey D. Sebastián recobre su trono. Todo lo que sea amenguar el poder del ambicioso FelipeII es conveniente, no sólo a Roma y a Venecia, sino al mundo entero; y Venecia especialmente está obligada a ser enemiga del

rey de España. Desde que Fernando V obtuvo por conquista el reino de Nápoles, los monarcas españoles tienen fija la vista hambrienta en la reina del Adriático; ya Carlos V nos envió sus ejércitos, y nos obligó a gastar mucha sangre y mucho oro. Felipe II no da muestras de contenerse en la política aventurera que le legó su padre, ni su vejez ha amenguado su ambición, ni Europa puede estar tranquila mientras una coalición fuerte no sea un escudo que la preserve de las garras de esa águila de los mundos. He aquí por que Enrique IV de Francia ayuda con tropas y dinero a los calvinistas de los Países Bajos contra los ejércitos del rey de España; he aquí por que Isabel de Inglaterra amenaza perpetuamente el poder marítimo de Felipe II; he aquí, en fin, por que Venecia y Roma al par favorecen al rey D. Sebastián de Portugal, que, sinceramente hablando, no encontraría tan decidido apoyo si Felipe II no fuese tan formidable.

Hablando de aquel modo, Aben-Shariar no era el pirata tunecino, ni el amante sin esperanza de Sayda Mirian que llegaba en la abnegación de su amor hasta el punto de exponerlo todo por satisfacer el anhelo del amor de Sayda Mirian a Gabriel de Espinosa; no era ese hombre egoísta que, elevado a altos cargos, sacrifica el amor de la patria a su interés individual; era realmente un ciudadano de Venecia, un digno miembro del Consejo de los Diez, que velaba entre la sombra y el misterio por la patria. Jenaro Montalto y fray Miguel de los Santos le miraban con respeto. Aben-Shariar era entonces una representación perfecta de la política de Venecia.

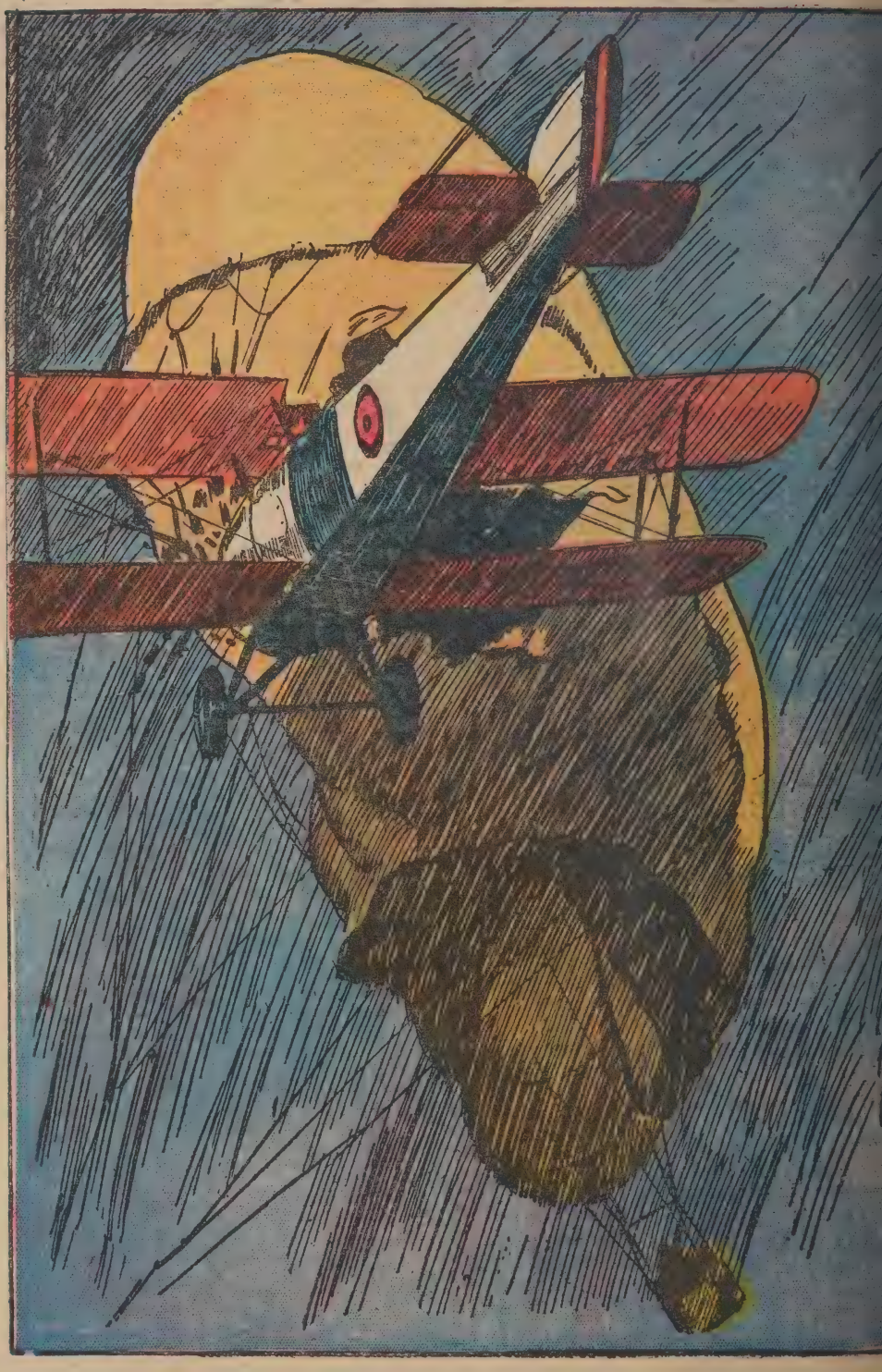
—Es de deplorar — dijo Aben-Shariar — la conducta incalificable y misteriosa acerca de este negocio de Roma y Portugal; porque vos, cardenal Jenaro de Montalto, sois aquí un delegado del Papa, como vos, fray Miguel de los Santos sois delegado de la nobleza portuguesa, que se agita indignada contra el dominio de Felipe II, que, aparentando respetar las antiguas leyes y los libros fueros de Portugal, desploma, sin embargo, sobre él todo el peso de su tiranía y mantiene sobre su territorio como sobre un país conquistado, pero mal sujeto, un ejército cuyo general es el terrible, el durísimo duque de Alba, delante de cuyo nombre va el terror.

—Venecia es fuerte — dijo el cardenal Montalto — y, como fuerte considera con gran calma las cosas, exagera la prudencia y deja crecer entre tanto al enemigo; de modo que cuando es de todo punto necesario, al fin, ponerse frente a frente de él, siempre sale perjudicado el más débil de los que forman la coalición contra el enemigo común. Venecia, monseñor, permitidme que os lo diga, tiene una política egoísta y fría; ayuda a los débiles contra los poderosos, para que los poderosos no se hagan más fuertes absorbiendo a los débiles, y no obra con energía sino cuando el peligro avanza de frente hacia ella; pero ni Roma ni Portugal se encuentran en el mismo caso; Roma se encuentra sola; Inglaterra, Flandes, Holanda, son protestantes; Italia deja inerte que el Papa defienda como pueda las prerrogativas de la Iglesia; el rey de Francia es un luterano que se ha convertido por una corona, porque, según su célebre dicho, "París bien vale una misa". El católico, el cristianísimo rey de España, que es como lo han sido todos los españoles, y más que ninguno de ellos, antipapista, reconoce la supremacía del Papa; pero ante esa supremacía pone las regalías de la corona de España, que no son más que una partición en el poder del Papa, sostiene lo que se llama la independencia de la Iglesia española. Felipe II pesa sobre Roma, como pesa sobre todo, con una gravedad que abruma, con la gravedad de la tierra de una tumba; por eso Roma ansía quebrantar al coloso, y ayuda en cuanto puede a los que han de obligarle a multiplicar sus fuerzas.

—Y, por lo mismo, permitidme, monseñor, que os interrumpa; Felipe II, que es el hombre más laborioso y más receloso del mundo, multiplica sus agentes, paga la traición a peso de oro, procura saberlo todo, y lo sabe; ve que Roma, que le llama su hijo predilecto, conspira contra él, y se hace más y más antipapista, acechando a Roma desde un rincón del templo del Escorial, con el rosario en la mano. Felipe II os conoce, porque sois imprudentes, al paso que su política es inútil contra Venecia, porque la política de Venecia es más tenebrosa, más profunda, más paciente que la suya, y, por lo mismo, más poderosa. En estos momentos Felipe II sabe sin duda que estáis en Venecia; pero no sabe ni puede saber que Venecia os ayuda; Felipe II ha perdido aquí vuestra pista; no puede dar con ella; porque el Consejo de los Diez percibe hasta el aliento de los agentes que del rey D. Felipe tiene en Venecia, y no les permite la más pequeña libertad de acción. Felipe II sabe que aquí hay un extranjero que se llama Gabriel de Espinosa, y que se parece tanto en cuerpo y en alma al rey D. Sebastián de Portugal, que hay que creer, o una de dos: o que el rey D. Sebastián no murió en su temeraria expedición a Africa, o qu el rey D. Sebastián ha resucitado. Sabe esto el rey D. Felipe, porque para que en todo se parezca Gabriel de Espinosa al rey D. Sebastián, es temerario e imprudente. Entró de noche en Venecia, rodeado de agentes de la República mudos, fríos, insensibles como el mármol; de noche entró con su familia en un palacio de la República, rodeado por agentes que no permitían observación alguna de la parte de afuera. Sin las imprudencias del rey D. Sebastián, Felipe II, que durante diez y siete años no sabía lo que había sido de su sobrino, porque Felipe II sabe demasiado que su sobrino el rey D. Sebastián no ha muerto, hubiera continuado ignorando su suerte. Africa ha defendido con su barbarie, con sus casas cerradas a todo el mundo, al rey D. Sebastián, porque en Africa no puede ejercerse ni fácil ni difícilmente un espionaje. A ser paciente el rey D. Sebastián, nada hubiera podido saber de él Felipe II hasta el momento en que se hubiera presentado con una armada en las aguas de Lisboa. Una vez en tierra una vez apoderado de su corte y de

(Continúa en la pág. 44)

ANGELES D



L INFIERNO

Novela inspirada en la película que costó 4.000.000 de dólares

MAS emocionante aún si cabe que la película, es la novela que empezaremos a publicar especialmente traducida para PUCKY, y cuyo argumento es el mismo que inspiró el maravilloso film citado.

ANGELES DEL INFIERNO

es la epopeya de los aviadores, durante la terrible Guerra Mundial. La lucha en el aire, los hechos heróicos o trágicos, están relatados con un realismo insuperable; entre sus más emocionantes episodios se cuenta el de un ataque a Londres por zeppelines. Para las generaciones nuevas estos relatos de la guerra acaso parezcan fantásticos; pero aquellos que los presenciaron pueden atestiguar que todavía están muy lejos de la terrible realidad.

Haga reservar con tiempo su ejemplar de PUCKY si no quiere perder ningún episodio de esta estremecedora novela

(Continuación de la pág. 41)

su trono, no era ya el rey D. Sebastián un hombre a quien pueden tenderse asechanzas, sino un rey bravo e impetuoso puesto al frente de un respetable ejército sobre su reino, ansioso de sacudir el yugo de Felipe II.

Movió de na manera negativa y desalentada la cabeza el cardenal Montalto.

—Nunca — dijo con voz apagada — prestaría Venecia sus naves y su ejército al rey D. Sebastián. Venecia es enemiga de todo el mundo en secreto; estrecha a todo el mundo en público la mano como amiga; pero al estrecharla, prueba la fuerza que tiene el brazo a que está unida aquella mano. Venecia no obra jamás de frente...

—Y por eso vive — dijo Aben-Chariar;— el "divide ét impera" de Maquiavelo, principio de todas las políticas fecundas, es la base de la política de Venecia. Lo que se puede hacer secretamente con la astucia y con el oro, no debe hacerse con la fuerza y con el hierro. Es necesario evitar la guerra; la guerra es el azote de los Estados, y una vez en el camino de la guera, no es fácil retroceder ni calcular hasta donde pueden llegar las consecuencias. España es un ejemplo de ello; si Felipe II no hubiera heredado enemigos y complicaciones del emperador su padre, que necesitaba guerrear para vivir; si Felipe II no hubiera encontrado empeñada la honra de su corona en guerras funestas que no podía desatender sin condenarse a una postración de muerte, Felipe II hubiera sido tan tenebroso y tan astuto como Venecia; y aun así, obligado a ser lo que no quisiera ser, obra en cuanto puede como obraría si hubiera heredado la corona libre de todo empeño, de toda complicación. Volved la vista a España, y mirad entre sus laureles el amargo fruto que producen las continuadas las multiplicadas guerras; la voz española resuena irritada en todas partes; en todas partes resuena el estampido del cañón español. España es un guerrero viejo, acostumbrado a la guerra, fuerte y terrible todavía, pero que muere de la enfermedad de la guerra, que se enlanguidece, la empobrece, a pesar de los ríos de plata que le vienen de América, y con los cuales apenas puede remendar sus harapos. Su cabeza está oculta bajo sus sangrientos laureles; pero es necesario ser ciegos para no ver que esos laureles se van marchitando, que se secarán muy pronto, porque la sangre, cuando es demasiada, es un riego funesto. En cuanto lo de que Venecia no prestaría jamás al rey D. Sebastián ni a nadie una armada y un ejército, decís muy bien, monseñor; la fuerza de Venecia es la paz; el olivo es un árbol fructífero, mientras que el laurel es completamente infecundo. No por eso Venecia es débil; si fuera débil, sería absorbida y destruída; ni es tampoco cobarde, porque si lo fuera, toda su política no bastaría para que dejase de ser acometida, vencida, esclavizada No es tampoco cierto que Venecia no haga la guerra; la hace, sí, la hace continuamente, de una manera sorda y terrible, por medio de sus agentes y de su oro, que gasta a manos llenas, con prodigalidad y sin miedo. Pero de una manera segura, y sin dar jamás pretexto para que se la acometa y se la obligue a gastar sangre, que es el tesoro más precioso de los Estados; sin que distraiga un solo brazo de la industria y del comercio, que son el manantial siempre abierto y cada vez más rico de la prosperidad de un pueblo. Mirad a nuestra Venecia, siempre bella, siempre activa, siempre alegre, siempre tranquila. Observad bien lo que se oculta bajo la alegría febril de su eterno carnaval, y encontraréis algo tan serio, tan sombrío, tan poderoso, que aterra; mirad sus naves, que van a todas partes cargadas de sus ricas mercaderías y vuelven cargadas de oro; comprended como Venecia puede, sin desnudar la espada, abriendo simplemente su inteligencia y su bolsa, quebrantar colosos, dividir imperior, hacer sentir su poder en todas partes. De este modo será cómo el rey D. Sebastián deberá a Venecia su trono, cuando Dios quiera que llegue la ocasión propicia. Oidme bien: cuando un cuerpo es fuerte y dañoso, es muy prudente abrirle las arterias para que se desangre y se debilite; y eso es lo que está haciendo ya, lo que continuará haciendo Venecia respecto a Felipe II. Los Países Bajos, Holanda, Francia e Inglaterra son, sin saberlo, aliados secretos de Venecia. Ella compra hombres, que es lo mismo que decir que ella hace traidores; ella aconseja y avisa por medio de agentes que nadie puede sospechar tienen relación alguna con Venecia. Ella dice a un genovés o a un judío: Dad dinero para la guerra a Holanda, a Francia, a los Países Bajos; no os importe lo que os pidan ni la ganancia que os ofrezcan, porque quien da es Venecia, porque vosotros no sois más que la mano que da el oro".

—Pero Venecia está pendiente de la fidelidad o de la traición de sus agentes — dijo Montalto.

—¡Ah, no! Los hombres que tienen sobre sus hombros el gobierno de la República saben leer en el semblante de los hombres lo que pasa en su corazón. Además de eso, el terror y la desconfianza protegen a Venecia. La delación es su salvaguarda; la inquisición del Estado, el poder mudo, invisible, aterrador, que nada respeta en su inflexibilidad. Un ciudadano de Venecia sabe demasiado que un pensamiento de traición a la patria es la muerte; importa poco el lugar del mundo a que huya, porque allí le alcanzará el brazo de la República, y le matará de una manera invisible y aterradora. Reunid al tino con que Venecia elige sus agentes el terror que la República inspira, y comprenderéis que los traidores entre nosotros son imposible; porque la traición entre nosotros mata por sí misma; porque en el momento en que un ciudadano da el primer paso en el camino de la traición, aunque este ciudadano haya sacrificado toda una larga vida de gloriosos servicios a la República, aunque este ciudadano sea el miembro más fuerte y más respetado del Consejo de los Diez, y se llame, por ejemplo, Giacomo Barbarigo, no dará el segundo paso en la senda de la traición; porque apenas haya dado el primero, habrá caído muerto como herido por el rayo.

—¿Por qué tomáis para esta comparación en nombre de monseñor Giacomo Barbarigo? — dijo el cardenal Montalto, fijando una mirada penetrante en Aben-Shariar.

—El calor con que me habéis hecho vuestra pregunta, monseñor — dijo fríamente Aben-Shariar, — prueba la razón que he tenido para usar el nombre de monseñor Giacomo Barbarigo en vez de haber usado otro cualquiera.

—¿Es decir, que vos creéis en peligro de traición a Giacomo Barbarigo?

—Aun no — dijo Aben-Shariar; — todavía no ha entrado en este palacio monseñor Barbarigo; pero ya ha habido alguien que ha ido a pedirle la mano de su hija Estéfana.

Miró con estupor el cardenal a Aben-Shariar.

—¿Quién os ha revelado eso, monseñor? — dijo.

—El aire, que oye todas las palabras que se pronuncian en Venecia y va a llevarlas a la boca del León de San Marcos.

Un temblor rápido pasó a lo largo del cuerpo del cardenal, y fray Miguel de los Santos, testigo mudo de este diálogo, palideció de una manera mortal.

—Roma tiene la impaciencia del miedo— dijo Aben-Shariar; — el miedo la aturde; no hará más que torpezas. ¿A qué habéis venido aquí, monseñor? ¿A qué ha venido aquí vuestra paternidad? — añadió, fijando una profunda mirada en fray Miguel de los Santos. — A buscar lo que no podéis encontrar; a poner la tentación, y una tentación terrible, delante de un varón respetable; a decir a Giacomo Barbarigo: he aquí el rescripto del Papa que anula el matrimonio contraído en Africa por el rey D. Sebastián bajo el nombre de Gabriel de Espinosa; he aquí que el rey D. Sebastián puede ser esposo de Estéfana Barbarigo; he aquí que vos podéis llegar a ser padre de la reina de Portugal.

—¡La República lo sabe todo! — dijo con un pavoroso asombro el cardenal Montalto.

—¡Oh, sí! — dijo Aben-Shariar con un acento en que vibraban a un tiempo la indignación, el desprecio y la amenaza. — La República sabe hasta de qué manera laten vuestros corazones de miedo, señores, al saber que la República conoce vuestra traición contra ella.

—¡Nuestra traición! — exclamó de una manera indescriptible el cardenal Montalto, con un acento mezclado de indignación y de terror.

—Sí, la traición — repitió Aben Shariar; — porque los que se introducen misteriosamente en el corazón de un Estado, preparándole un golpe de muerte en medio de la obscuridad y del misterio, son tan traidores como el asesino que se introduce furtivamente en una casa y se acerca al lecho de su dueño, a quien cree dormido, con el puñal levantado.

—Permitidme, monseñor, que os diga — exclamó el cardenal Montalto — que el rescripto de anulación de matrimonio contraído por el rey D. Sebastián de Portugal en Africa no es un puñal; no es simplemente otra cosa que una concesión del Papa a una súplica del rey D. Sebastián; una concesión hecha por altas razones políticas...

—Para tentar la ambición de Giacomo Barbarigo — dijo Aben-Shariar, interrumpiendo de una manera impetuosa al cardenal, — con la sola intención de que Giacomo Barbarigo ponga las fuerzas y el porvenir de Venecia al servicio de su familia; porque fuera de aquí no se nos conoce; porque fuera de aquí, al ver tan respetado por nosotros el nombre de Giacomo Barbarigo, se cree que lo puede aquí todo; y esto es incurrir en un error grosero, porque no se nos conoce; una sola sospecha de traición en Giacomo Barbarigo, bastaría para perderle, a pesar de sus largos años de lealtad y de sacrificio por la patria. Y esas sospechas han recaído ya sobre el noble anciano, porque Venecia lleva su perspicacia y su prudencia hasta el recelo; porque prefiere pecar de previsora, a pecar de confiada; porque el solo temor de que un pensamiento ambicioso, causado por una gran propuesta, haga traidor a un ciudadano tal como Giacomo Barbarigo, basta para que este ciudadano sea vigilado, y la suspicaz vigilancia de Venecia es ya una gran desgracia. ¿Y no es una traición, monseñor, preparar un golpe semejante a un hombre como Barbarigo, cuando se sabe o debe saberse de qué sombría manera se defiende Venecia de las asechanzas que se le tienden? No se nos conoce, no; y esto me causa alegría; porque cuanto menos se nos conozca, con menos seguridad se podrá conspirar contra nosotros. Habéis sido torpes, además; ¿qué importa que Barbarigo, excitado por la ambición de ver a su hija reina de Portugal, hubiese procurado que Venecia incurriese en la locura de levantar un ejército y enviar una armada sobre Lisboa? Esto hubiera producido una catástrofe a Barbarigo, porque Barbarigo habría contrariado la política de Venecia, y se habría declarado traidor. Afortunadamente, yo, que represento aquí al Consejo de los Diez y, por consecuencia, a Venecia, soy el único que conoce este negocio, que quedará sepultado en el profundo secreto; porque el secreto es vuestra única salvación, señores; vais a entregarme el rescripto del Papa por el que se anula el matrimonio contraído en Africa entre Gabriel de Espinosa y doña María de Souza, para que yo lo destruya.

—Un decreto del soberano Pontífice no puede revocarse, monseñor; moralmente hablando, ese matrimonio está ya disuelto.

—Pues bien — dijo Aben-Shariar; — desde ahora, señores, pertenecéis a la República de Venecia; vosotros no habéis querido que este asunto se arregle secretamente, sin otra persona madiadora que yo: yo, por mi propia seguridad, por mi conciencia, por mi lealtad, no puedo menos de poner en conocimiento del Consejo de los Diez lo que sucede y de reduciros a prisión; llamad, pues, al mayordomo de Elena Conti.

El cardenal, en silencio sombrío, pero firme, agitó la campanilla. Poco después se presentó el mayordomo.

—Estos señores y yo — dijo Aben-Shariar — necesitamos salir sin ser vistos de nadie.

—Seguidme, pues, monseñor — dijo el mayordomo, que temblaba al verse delante de un alto funcionario de la República, aunque no sabía que aquel alto funcionario era senador del Consejo de los Diez.

Jenaro de Montalto y fray Miguel de los Santos, que comprendieron que toda protesta y toda resistencia eran inútiles, siguieron a Aben-Shariar, que seguía a su vez al mayordomo. Por galerías y por escaleras excusadas llegaron al fin al postigo, que el mayordomo abrió. Aben-Shariar, Jenaro de Montalto y fray Miguel de los Santos, salieron. El mayordomo fué a cerrar, pero Aben-Shariar le dijo:

—Venid vos también; nos hacéis falta.

El mayordomo se puso muy pálido, se marcó en sus ojos la agonía del terror, y salió. Aben-Shariar cerró con llave el postigo, y luego, dirigiéndose a la góndola que le esperaba, hizo entrar en ella al cardenal, al fraile y al mayordomo.

—A las prisiones de la Inquisición del Estado — dijo Aben-Shariar a Nicolino en voz baja.

Y se entró en la litera. Nicolino se deslizó a lo largo del costado de la góndola, llegó a popa, y dijo a Brachioforte, que dormía o parecía dormir:

—Guía a las prisiones del Estado.

—¡Ah! — exclamó Brachioforte, cuyos labios se contrajeron en una horrible sonrisa. — ¡Las prisiones del Estado!

Y luego en voz alta, dirigiéndose al gondolero:

—Arranca, y en marcha.

El gondolero impulsó con el remo a la góndola, que se puso en movimiento.

Capítulo VIII

Al fondo de un canal negro y lóbrego entró la góndola bajo una bóveda sombría, y al poco espacio chocó en una reja de hierro.

Aquella reja se abrió instantáneamente, como si hubiese cedido al choque de la góndola. Pasó ésta, y la reja volvió a cerrarse. La góndola estaba ya dentro de las prisiones del Estado. Sin embargo, a poco espacio chocó en una segunda reja, que se abrió como la primera, y se cerró en el momento en que pasó la góndola. Dejóse ver una luz turbia que adelantaba y se acercó al borde del canal, que terminaba en un espacio abovedado y negro, a cuyo fondo había una puerta de hierro. Quien llevaba la luz era un hombre rudo y zafio, tipo exacto del sombrío carcelero de las prisiones del Estado de Venecia.

De la góndola salieron Aben-Shariar, el cardenal, el agustino y Nicolino Razzi, este último a una seña de Aben-Shariar.

—Franquead las rejas a los gondoleros— dijo Aben-Shariar, dando algunas monedas de plata al gondolero, que estaba a proa.

La góndola se volvió y salió. Pero antes de pasar de la segunda verja, Brachioforte se inclinó hacia el borde del canal, y dijo en voz baja:

—Vigilad a monseñor Pietro Mastta hasta que salga de las prisiones; vigiladle en nombre del Estado.

La góndola salió, al mismo tiempo que por la puerta de hierro que hemos indicado desaparecían en el interior de las prisiones Jenaro de Montalto, fray Miguel de los Santos, Aben-Shariar, el mayordomo y Nicolino.

Algunos minutos después, Aben-Shariar y Nicolino salían por otra puerta de las cárceles del Estado. Los otros tres habían quedado encerrados en los calabozos secretos.

Aben-Shariar tomó una góndola, entró en ella y dijo a Nicolino:

—Vete a San Marcos, y haz que se prepare todo para un casamiento.

Nicolino partió.

—Al puerto — dijo Aben-Shariar a los gondoleros.

Media hora después la góndola había salido de los canales y, ya sobre el mar, se deslizaba entre los innumerables buques que llenaban el concurridísimo puerto de Venecia impulsada por los remos. Aben-Shariar indicó al gondolero que remaba una hermosa galera mercante, a cuyo costado atracó la góndola. Aquella galera era la "Bella Genovesa".

Cuando entró a bordo Aben-Shariar, le salió al encuentro un marino alto y buen mozo y ya de alguna edad. Aben-Shariar lanzó a aquel marino una mirada sombría, en la que el marino que había sido objeto de ella no pudo reparar, porque ya había oscurecido.

—¿Dónde habéis estado, señor, dos días enteros? — dijo el marino, que seguía a Aben-Shariar hacia el alcázar de popa.

—¿Por qué recelas, Yezid? — dijo Aben-Shariar. — ¿Crees que he estado en peligro?

—En Venecia, señor, hay que temerlo todo; además, ha venido a buscaros hace poco, y os está esperando en vuestra cámara, un veneciano que no me gusta nada.

Aben-Shariar comprendió que quien le estaba esperando era César Malatesta, a quien había citado, como sabemos, para su galera, aquella misma noche. Se apresuró, pues, a entrar en la cámara. En efecto, Malatesta era el veneciano que esperaba a Aben-Shariar, que entró y cerró la puerta. Yezid se quedó paseando fuera sobre cubierta.

—Veo que sois dócil — dijo Aben-Shariar, — y os felicito por ello, señor Malatesta.

—Yo no puedo felicitarme, monseñor, de lo que me obligáis a hacer.

—Os obligo a obrar con juicio. Elena os ama, estáis unido a ella por el crimen, y la prudencia debía haberos aconsejado que no irritaseis el amor de esa mujer; además de eso, y por más que lo desconozcáis, la amais, señor César Malatesta.

—Puede ser; pero creo que la mujer que amo es la que vos me arrebatáis.

—Esa mujer pertenece a otro hombre, a quien ama.

—Ese hombre hubiera caído ante mí.

—Os engañáis, señor César Malatesta; ese hombre, a la primera sospecha de pretensiones vuestras hacia su mujer, os hubiera hecho pedazos.

—No todos los hombres son como vos, monseñor.

—Pues sabed que Gabriel de Espinosa me vence a mí, que os he vencido a vos.

(Continuará)

EL ASESINO MISTERIOSO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

Cap. VIII

LA COCINA

APARECIAN en la carretera los focos de un auto.

Jaime corrió al acantilado, donde buscó un escondite; Soope se agachó a su lado; Lattimer echóse detrás de ellos. El auto avanzaba de prisa. Estaba ya encima, mucho antes de lo que Jaime imaginara, dado el mal estado de la carretera. Jaime tuvo la visión momentánea de una silueta oscura: una mujer, con un sombrero ancho, inclinado sobre los ojos como para hacer frente a la lluvia que barría la playa.

El coche, en un santiamén, separóse de la carretera; entró por una de las aberturas de la cerca y se detuvo a la puerta de la casa.

—Está abriendo — musitó Jaime, cuando el viento trajo hasta ellos el chirrido que hizo la llave al dar vueltas en el candado.

Soope no dijo nada. Oyóse luego el golpe de la puerta que se cierra. Soope se incorporó.

—Silencio — avisó en voz baja.

Luego se encaminó a la casa.

Soope, deslizándose como un gato, se aproximó al auto e inspeccionó el radiador. Después examinó el edificio y vió las ventanas herméticamente cerradas. No se apercibía el menor ruido del interior. Volviendo a la puerta, observó que el candado seguía en su sitio; aplicó otra vez el oído, sin resultado! Juntóse de nuevo con Jaime y Lattimer que le esperaban en la tapia.

—Alguien va a venir — dijo. — Ana no pasa aquí la noche; dejó el auto dispuesto para salir.

Regresaron a la roca que les servía de escondite y se aprestaron a vigilar. Transcurrió un cuarto de hora, media... al cabo oyóse el abrir y cerrar de la puerta.

—No se queda.

Soope, sorprendido, hablaba como si hubiese sido víctima de un chasco.

—Escondámonos; ha encendido los focos.

Desde el auto, invisible hasta entonces, brotaron dos rayos de vivísima luz; cosa de un segundo.

Volvió la oscuridad y en las tinieblas estuvieron hasta que el coche, saliendo por la otra abertura de la tapia, se dirigió hacia ellos. Brillaron de nuevo los focos y Soope y su compañero apenas tuvieron tiempo para ponerse fuera del alcance de la vista. Otra vez cruzó rápida delante de ellos la cabeza reclinada y el ancho sombrero; después al auto se perdió a lo lejos.

Soope se incorporó refunfuñando.

—Perdóneme, señor, — dijo; — la deducción y la psicología son un camelo. La mujer viene y se va, y desaparece sabe Dios por donde. Mucha suerte necesitamos si hemos de dar con Ana y con la pista del lugar donde realmente vive.

Habría cierta distancia que recorrer para llegar al auto de Jaime. Además sucedió lo inevitable. Uno de los neumáticos había estallado, y aún cuando cambiaran lo más pronto posible la rueda, no lograron salir a tiempo para alcanzar al Ford.

Preguntaron al policía de Great Pawsey, que no supo darles razón. Vió un auto pasar, pero no regresar ninguno.

—Voy a dejarle aquí a usted, Lattimer. Preciso que alguien se quede de guardia.

Retrocedieron hasta cerca de Horsham; seguía la tempestad en toda su fuerza. Cuando Jaime, fatigado, pasó el coche a la puerta del cuartelillo de Soope, aun tronaba intensamente.

—Entre a tomar café — dijo Soope, que no había despegado los labios en todo el viaje de regreso — Quizá discurra yo mejor aquí, a techo... ¡En qué estúpida tarea me he metido! ¡"Pié Grande"! Me dá mala espina.

Se dejó caer malhumorado en el sillón de su despacho.

—Me da mala espina. La mujer no pudo dirigirse a Pawsey. No me cabe duda. Traté de ver si existían señales de llantas en la carretera. Nada.

Tampoco se encaminó a Great Pawsey; el

policía a quien interrogamos, no había visto ningún Ford, y hay que creerle. Es un hombre excelente. Le tuve en cierta ocasión a mis órdenes. Por lo tanto juraría que Ana no llegó a Powsey. Paramos al extremo de la carretera y yo me bajé del coche ¿no es así? Había allí luz de sobra, pero no advertí huellas de automóvil. Quizá a estas horas sepa algo Lattimer. Voy a telefonearle.

Entró el escribiente.

—Le llaman al teléfono, señor Inspector.

Soope dió un brinco en la silla y se lanzó al aparato.

—Soy Lattimer: he encontrado el Ford.

—¿Dónde?

—En lo alto del acantilado. Debió haberse apartado del camino que baja a la playa; el lugar se llama Sea Hill.

—¿Con las luces encendidas o apagadas? — se apresuró a preguntar Soope.

—Apagadas; y cosa extraña: en la testera del coche aparecen escritas dos palabras: "Pie Grande".

—¿"Pie Grande"?; ¿nada más? Naturalmente, nadie dentro...

—Nadie.

Soope quedó pensativo.

—Despierte al agente de ésa para que telefonee al jefe de Pawsey. Vd. encárguese de recorrer las partes altas y bajas del acantilado, a ver si da con alguien. Volveré ahí enseguida ¿Tiene usted vigilada la casa? Adios...

Colgó el auricular y repitió a Jaime las noticias de Lattimer.

—Voy a encargarme de ese asunto — dijo. — Pero antes tengo que enterar a la Dirección. Hablaré con el comisario. Vd. busque a Cardew y que le dé la llave de la casa. Venga usted con ella lo más pronto posible.

El señor Cardew tenía alquilado un cuartito cerca del Regent Park, un "pied-aterre", que usaba siempre que quería quedarse una noche en Londres.

Jaime tuvo suerte. Las puertas exteriores de las casas de cuartos de alquiler se cierran siempre mucho antes de media noche y es imposible penetrar en ellas después, a no ser despertando a cada uno de los vecinos; pero Jaime coincidió con la llegada de un grupo de personas que regresaban de un baile, y logró subir al tercer piso, donde el criminalista de afición tenía su alcoba.

Gozaba el señor Cardew de un sueño ligero, y a la segunda llamada de Jaime apareció una luz en el pasillo y se abrió la puerta.

—¡Dios mío, Ferraby! — dijo — Entre, ¿qué demonios le trae a Vd. aquí a estas horas?

En breves palabras Ferraby le contó lo ocurrido.

—Estoy seguro que en las actuales circunstancias me dispensará usted — dijo; — pero yo debí haber enterado a Minter del anónimo amenazador, pues creo que hubiese tomado el asunto en serio.

El señor Cardew se mesó los cabellos, ya revueltos.

—¿No llegó hasta la noche? — preguntó con estupor — ¡Pero si ella salió de Barley Stack poco después de las once! ¿Dónde está ahora?

—Es precisamente lo que Minter quiere averiguar — dijo Jaime — El auto fué encontrado abandonado y con las palabras "Pie Grande" escritas en la capota. Soope cree que es un atraco: y en estos momentos la policía anda recorriendo la playa y el acantilado en busca del... (sin rodeos) cadáver.

Cardew sólo pudo menear la cabeza.

—No lo creo; es demasiado, demasiado fantástico. Tengo llaves por duplicado; pero están en el Temple. Espere a que me vista. ¿Trae Vd. auto? Si no, mejor sería que fuese a buscar un taxi.

En un periquete se vistió.

—Desde luego, iré con usted — dijo — No podría conciliar el sueño sin saber la verdad de lo ocurrido con Ana.

El auto les condujo a la puerta del Temple. Cardew atravesó rápido y al cabo de un rato regresó con un manojo de llaves.

—Las traigo en este llavero; no quise demorarme sacándolas: lo haremos luego.

Si Soope se sorprendió al ver al criminalista de afición, al menos no lo reveló en la cara.

—Nada se ha encontrado. Ni arriba, ni abajo, en la playa — dijo — A ver las llaves, señor Cardew.

El abogado, separó fácilmente del llavero tres llaves de la casa.

—¿Hay más? quiero decir, otro juego.

—No, nunca hubo mas que dos. Uno que entrego a las personas que alquilan la finca y el otro que lo guardo yo.

Poco antes de salir para el sur, Soope, apartóse a un lado con el joven.

—He mandado a un compañero a Hill Brow para que vigile a Elson. El norteamericano salió a las nueve de la noche y aún no ha regresado. Se fué con el "Roll" de dos asientos, sólo, sin chauffeur. Le cuento a usted esto, porque quizá oiga más cosas sobre esto cuando el asunto entre bajo la jurisdicción del fiscal. ¿Conoce usted al jardinero de Cardew?

—Ya estaba usted intrigado con él la otra noche.

—¡Chist! — dijo Soope suspendiendo la conversación.

Jaime guiaba otra vez el coche a lo largo de Horsham Road, pero ahora con menos cautela, porque la carretera estaba desierta y las mismas calles de Hersham, silenciosas como un cementerio. Había pasado la tormenta y las estrellas brillaban entre círculo de nubes. Apenas transcurrido una hora, el coche se detenía delante de la casita que servía de vivienda al subinspector de policía de la aldea, encargado de perseguir a los raros vagabundos que atentaban contra las leyes de Great Pawsey.

Le esperaba el subinspector, con dos agentes a sus órdenes.

—No hallamos nada, señor — afirmó el subinspector — pero uno de los vecinos vio a una mujer que se dirigía hacia la carretera de la playa, colina abajo.

—¿Cuando?

—Hará dos horas. Al parecer, la mujer venía de la estación de Pawsey Halt, que está a la mitad del camino que va de aquí a la capital. El último tren procedente de Londres pasa por Halt, pero no logré hablar con el jefe de dicha estación.

—Dice que la mujer venía del tren — observó Soope — Quizá tratase de producir esa impresión ¿Descendió usted alguna vez en Halt, señor Cardew?

—Una vez, durante la guerra — contestó Cardew — pero, generalmente, si tomo el tren, llego hasta Pawsey y allí alquilo un coche.

—¿Acostumbraba Ana, tomar el tren?

Cardew meneó la cabeza.

—Después de 1918, no — dijo — Durante la guerra pasamos algún tiempo en la casita; veníamos a fin de semana en busca de tranquilidad. Era la época de los raids aéreos.

Según manifestó el subinspector, el auto abandonado no había cambiado de lugar y pudo verse el coche en la posición descrita por el policía. Se comprende que no advirtieran su presencia cuando se dirigieron a Great Pawsey. El auto había subido a un repecho y luego fué lanzado al otro lado, No era posible verlo desde la carretera.

Con la ayuda de su linterna, Soope lo examinó detenidamente. La inscripción de yeso, aunque excitó grandemente al señor Cardew, no interesó lo más mínimo al viejo policía.

—No es yeso blanco, sino verde — dijo Cardew — Yeso de taco de billar.

—Quizá encontremos el taco en un casino cualquiera — exclamó Soope.

A partir de éstas palabras el señor Cardew mantuvo un digno silencio.

Soope inspeccionó con mayor detención que los demás el interior del coche. Examinó la casita, pulgada a pulgada; llevó la luz de su linterna muy despacio a lo largo del suelo y de los asientos, tanto de la parte correspondiente al chaufeur como la de los viajeros.

—El asiento está arañado... arañazos recientes... se advierte en la lona que está completamente limpia. No se vé barro en el estribo, ningún indicio revelador.

Volvieron al auto de Jaime.

—¿Ha bajado usted a la casa, subinspector? — preguntó a Lattimer.

Este respondió que sí.

—No hay nadie dentro; después que usted se fué, el lugar quedó vigilado; lo está actualmente.

El coche, descendió la colina y se metió en la carretera de la playa. Luego se acercó a la casa. Los hombres se apearon.

—¡Qué horrible es esto! — exclamó Cardew lanzando un suspiro — ¡Nunca, hasta ahora, me había percatado de lo desolado y lúgubre que es ésto!

Por indicación de Soope, el coche, al pararse había quedado en forma, que la luz de los pocos cayese sobre la puerta.

—El candado sigue puesto, Ana no puede hallarse dentro.

Soope mostróse impasible ante el descubrimiento.

—Jamás supuse que estuviese — dijo — pero "ha estado". Vino a algo. ¿Tenía aquí alguna cosa suya, señor Cardew?

—Nada, como no sea lo que hubiese traído hoy consigo — replicó.

—Ana no trajo hoy nada consigo — dijo Soope con énfasis — ¿Guardaba algo en algún armario?

—Por lo que presumo nada.

Soope introdujo la llave en el candado y el cerrojo giró facilmente. La puerta tenía también otra cerradura. Abierta por fin, Soope enfocó la linterna al interior.

Era un vestíbulo pequeño; al final había una segunda puerta, con la parte superior de cristales. Abrióse al ser empujada, y Soope se encontró en un pasillo entrecho que iba de la fachada principal a la espalda de la casa.

—Deténgase ahí — dijo — Quiero hacer una inspección y deseo estar solo.

Exploró primero las piezas que daban al lado derecho del pasillo. Eran alcobas amuebladas con sencillez. Las camas no tenían ropa, y Soope supuso que esta se hallaría guardada en los armarios cerrados que veía en cada pieza.

Tornó a la fachada y observó la primera estancia de la izquierda. Un comedor; de una rápida mirada se percató de que nada había allí de notable.

Una de las paredes presentaba una ventanilla con una puerta de madera. Se trataba de una comunicación con la cocina para los menesteres del servicio. La cocina era el único sitio no explorado aún. Estaba cerrada.

—¿Tiene usted la llave de la cocina? — preguntó

—No — respondió Cardew sorprendido — La cocina tiene su llave, pero nunca la quitamos de la cerradura ¿No está en su sitio?

Soope se dirigió otra vez a la puerta; se puso a tantear por una y otra parte, pero la puerta no cedía. Se puso a olfatear, luego llamó a Jaime.

—¿No huele a nada? — dijo — Yo siento olor a quemado.

Ferraby percibió un olor penetrante especial que le era familiar.

—A cordita — dijo — Aquí han disparado un rifle o un revólver, y recientemente.

—Así lo creo — dijo Soope con calma — Conozco el olor del hierro caliente. La puerta está cerrada por dentro.

Volvió al comedor. La puertecilla del ventanillo de servicio se hallaba fuertemente cerrada. Vio una pequeña cerradura, y llamó a Cardew.

—Sí, se abre, pero no se donde está la llave. La última vez que estuve aquí con mi secretaria la señorita Leigh, la vi; nadie me enteró de que se hubiese extraviado. La puertecilla se cierra al menor movimiento y no se abre sino con llave, y lo peor es que nunca hubo más que una ¿es que no puede usted entrar en la cocina?

—No, está cerrada por dentro.

—Rompa entonces la madera — indicó Cardew, y guió a Lattimer a una caseta donde se guardaban varias herramientas mohosas.

Encontraron un abridor de cajas, y Soope se las arregló de modo que, haciendo saltar la cerradura, la ventanilla quedó abierta. El olor de la cordita se hizo más agudo. Hasta Cardew se puso a olfatear.

—¿Qué olor es éste? — preguntó.

Pero Soope no le oyó.

Habiendo introducido el cuerpo por la abertura, recorría la pieza con el foco de la linterna. De pronto el círculo de luz, que caminaba lento por el suelo en dirección de la puerta, reveló la presencia de una bota. La punta para arriba... la luz se movió... otro pié, el borde de una saya obscura. Una mujer apoyada de espalda contra la puerta, la cabeza reclinada sobre el pecho. Soope no pudo verle la cara, pero conoció que era Ana Shaw y no necesitó la prueba de los regeros de sangre en el suelo para saber que estaba muerta.

Cap. IX

LA VISITA

Soope se retiró de la ventanilla.

—No debiamos separarnos de aquí — dijo — Subinspector, vaya en busca del médico... señor Perraby, podía llevar al policía en el auto... No, mejor es que usted se quede. Quizá tenga que intervenir en el asunto.

Lattimer se comprometió a guiar el auto hasta la aldea, y después de consultar por lo bajo con Soope, partió a toda prisa.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Cardew temblioroso — ¡Dios mio!... Ana muerta!...

Soope hizo un gesto.

—Temo que sí, señor Cardew — dijo bondadoso.

—¿Herida?... ¿Muerta?

Soope volvió a asentir.

—Sí, quédese aquí. Sígame Ferraby. Traiga una silla para subir.

Con agilidad sorprendente serpeó por el hueco, seguido de Jaime.

—Cierre la ventanilla. Voy a encender la lámpara.

Soope levantó el tubo de un quinqué que había en la cocina y encendió la mecha cuidadosamente, dejando el fósforo en una mesa.

Ferraby contemplaba con espanto a la inanimada figura.

—¿Un suicidio? — preguntó en voz casi imperceptible.

—Si lo es, encontraremos el arma — replicó Soope — Lo único cierto... es que está muerta. Lo siento. No era una mujer mala, dado lo que son las mujeres.

Detúvose y miró despacio a la pálida cara del cadáver.

—No se trata de un suicidio — dijo con cierta viveza — Nunca supuse tal cosa. Se trata de un asesinato ¿Pero cómo? La puerta aparece cerrada por dentro. Vea usted la llave. La madera de la ventanilla de servicio cerrada también, con la llave por dentro. Mírela.

Tanteó las puertas de la ventana que daba a la fachada posterior de la casa; estaban atrancadas.

Sobre la mesa, aparecía un bolsillo que, según las muestras, había sido volcado, pues se veían esparcidos una porción de enseres femeninos, junto con un paquete de billetes de banco.

—Cincuenta y cinco libras esterlinas y dos mil dólares — dijo Soope contando — ¿Qué significa esto?

Era un ladrillo rojo, gastado por una de las caras. Tenía alrededor un aro de goma, que a su vez estaba sujeto a una cuerda.

—El suelo es de ladrillos rojos — observó Jaime.

—Sí... lo he visto.

Soope tomó el quinqué y comenzó a inspeccionar el piso. Debajo del mismo centro de la mesa había una cavidad cuadrilonga que se correspondía exactamente con el ladrillo.

—La goma es de las que llamaban "aspiradoras" cuando yo era niño — Manifestó Soope — Le sirvió a ella o a él para arrancar el ladrillo.

Poniéndose de rodillas con el quinqué al lado, examinó el interior del agujero.

—Aquí hubo algo oculto — dijo — Sin duda lo que Ana vino a buscar. Lo que yo no sé por qué se detuvo aquí solo un momento.

—¿Pero cómo logró salir... estando la puerta cerrada por fuera?

—Hay un montón de cosas que aclarar—

dijo — ¿No hemos venido aquí tras de algo?

Soope, con la pipa apagada entre los dientes y un ceño de viva preocuación en la frente, púsose otra vez en cuclillas delante de la inmóvil figura.

—No la podemos mover hasta que venga el doctor — dijo incorporándose — Fué muerta de varios tiros a quemarropa; el asesino debió de haber estado de éste lado de la mesa. Por ejemplo, aquí. Probablemente disparó con una pistola automática, aunque no he visto la bala. Ana se hallaba en pie a la derecha de la puerta; vea la señal en la pared. Luego dió un paso y se desplomó contra la puerta. Se me figura que una bala le atravesó el corazón. Los asesinados así, suelen dar un paso o dos después de heridos. Tiene puesto el guante de la mano izquierda y quitado el de la derecha. No pensaba quedarse. Diga, Ferraby, ¿no advierte usted algo de verdadero interés?

—Hay tanto interesante que no sé en que fijarme — respondió Jaime.

La nariz de Soope se arrugó.

—Cardew lo hubiera visto antes que yo — dijo. — Ana no tiene puesto ni el sombrero ni el abrigo y así era; la muerta estaba en cabeza y sin impermeable.

—Mire usted la percha de la pared — continuó Soope — ¿Ve usted alguna señal en el suelo?

—Agua — dijo Jaime.

—Agua desprendida del impermeable. Lo colgó de la percha la primera vez que estuvo. ¿Dónde, pues, dejó el impermeable y el sombrero?

—Acaso se halle en alguna de las otras piezas de la casa — sugirió Ferraby.

Pero el viejo refunfuñó.

—No están en la casa. Quizá no haya examinado yo detenidamente las demás piezas pero las ví bastante bien; las prendas en cuestión no están aquí.

El tono de su voz era exultante. Como de aquel que acaba de obtener un gran triunfo personal.

—Ahí viene el médico — dijo Tendrá que entrar por el ventanillo. Si es gordo, se verá obligado a ensancharlo.

El médico resultó ser un joven, que en un periquete se plantó en la cocina.

A una pregunta de Soope, contestó:

—No, no podría decir cuanto tiempo lleva muerta. Algo más de una hora quizá. He pedido por teléfono el coche de la ambulancia. El subinspector Lattimer me enteró de lo ocurrido.

Soope sacó el reloj: eran las tres y media.

—Esperaré a que la lleven para continuar mis trabajos — dijo.

Minutos después que el auto de la ambulancia se hubo llevado aquel cuerpo digno de piedad, Soope desatrancó las maderas y abrió la ventana.

Se hallaba el inspector a solas con Jaime. El señor Cardew tuvo que ser asistido, víctima de un ataque, y Lattimer se había ido con el cadáver para verificar unas averiguaciones.

—Hace bastante oscuro para ser ya las tres? — dijo — Llueve aún. Un buen verano inglés.

Luego añadió:

He aquí algo precioso también, que usted no ha visto. Mire.

Y puso en la mesa un gran sobre amarillo.

—Lo encontré debajo del cuerpo cuando lo levataron — añadió .

Jaime examinó el sobre.

—Está vacío — dijo, poniéndose a leer la dirección escrita a máquina.

Dr. Juan W. Mills
Juez instructor de West Sussex
Hailobam, Sussex.

—¿Luego se trata de un suicidio?

Soope plegó el sobre antes de replicar.

—El señor Mills dejó de ser juez instructor hace cinco años que es el tiempo transcurrido desde su muerte. Da la casualidad que lo sé con certeza porque asistí a su entierro.

—¿Pero la persona que escribió esto, no sabía?

—Claro, no lo sabía — exclamó Soope con un dejo de misterio.

Jaime le vió registrar la cocina, revolver los hornillos, abrir los cajones y entonces tuvo una idea neta de la presencia de la tragedia. Había recibido una impresión tan súbita e inesperada que no se percató de su significación. Y, cosa extraña, lo primero que hacía era pensar en el efecto que el tremendo suceso tendría en Elfa Leigh. Elfa recibiría un disgusto inenarrable, y mayor aún por la repugnancia que siempre le había inspirado el ama de llaves.

—Estamos desde luego, ante un crimen admirable — declaró Soope con la mirada estática, mientras encendía la pipa — Me alegra el haber dado parte al comisario. Es buena persona y quizá me permita seguir trabajando. El hombre sabe en que manos cayó el asunto. Es inteligente. No me explicó por qué lo retienen en la Dirección. Si se encarga otra persona que que yo de los trabajos, lo echará todo a perder. Hay muchos a quienes les encomiendan asuntos sólo porque sus mujeres saben hacer la rosca al Director. A continuación volviendo al crímen.

—No se encuentra arma de ningún género; no se ve una bala por el suelo. Nada; excepto un sobre vacío dirigido al juez de instrucción... ¿Sabe usted si la señorita Shaw se servía de alguna máquina de escribir, señor Ferraby?

—Creo que si: Cardew me dijo que tenía una máquina vieja.

—El sobre estaba escrito con una "Amachoos" — manifestó Soope, sacándolo del bolsillo, — y por alguien que no ha escrito muy a menudo las palabras "juez instructor". las sílabas están mal. Voy a rascar aquí a ver si encuentro las huellas dactilares.

Al poco rato de escabar extraía de la pared una bala. Depositóla en la mesa.

—Es de una pistola automática de 42 dijo. — El mismo calibre de las balas del cargador que recogimos sobre el césped. Su tamaño no es desusado. No saque usted pues, conclusiones. El arma no pertenecía a Ana; las mujeres temen las armas. Además, Cardew lo hubiese sabido.

—¿A donde se ha ido? — preguntó Jaime.

—A Pawsey, el Grand Hotel — respondió en son de burla Soope — Mucho hablar y discutir pero ante los hechos... he aquí uno de primera magnitud: muerte violenta. Una cosa es sentarse en un cómodo sillón a teorizar; otra cosa, acudir al olor de la sangre.

Callóse y púsose a escuchar. Por la ventana, abierta, llegaba el contínuo son de las olas al romperse en la playa.

—Alguien anda con la puerta — dijo, y, tomando la linterna, adentróse despacio en el pasillo.

Jaime oyó también y las carnes le temblaron. Alguien arañaba la madera, palpaba los entrepaños e intentaba abrir.

Soope miró a Jaime y el gesto que hizo fué para Jaime una orden. Jaime se abalanzó hacia adelante, dió vuelta a la llave y abrió de súbito la puerta.

En pie, sobre el peldaño, apareció una figura grácil, empapada de agua, desgreñada. Quedóse mirando al joven cual si viese visiones.

—Socórrame — exclamó cayendo en sus brazos.

Era Elfa Leigh.

—No se muevan; escuchen.

Soope bisbiceó las palabras, y Jaime permaneció inmóvil, con la muchacha desmayada en los brazos. De lo obscuro llegaban lejanas las tristes cadencias de una canción.

Cabalgando vá el rey moro
por la ciudad de Granada.
¡Ay de mi Alhama!

—Condenado — rugió Soope, posando la linterna y lanzándose en la noche.

Cap. X

EL RELATO DE ELFA

Rompía el día cuando Soope volvió.

—Debió cantar de lo alto de las rocas— dijo — Le prometo una bala al músico vagabundo la primera vez que le tenga a mano ¿Qué hay de la señorita?

—He encendido la estufa en una de las alcobas — contestó Jaime — Elfa ya ha recobrado el conocimiento.

—¿Le ha dicho usted algo?

—No, no creí conveniente. Pobre muchacha ¡Cómo venía de mojada!

Elfa oyó la conversación y entreabrió la puerta.

—¿Es Minter? Salgo al momento.

A los pocos minutos apareció, envuelta en el impermeable de Ferraby, los pies desnudos, metidos en unas babuchas viejas que encontró en el armario.

—¿Donde está Ana — fué su primera pregunta — ¿ha ocurrido algo? ¿Por qué se hallan ustedes aquí?

—Quisimos dar un vistaso al sitio — respondió Soope con aplomo — Quizá alquile la casa para el verano.

—¿Dónde está Ana? — volvió a preguntar.

—Se ha marchado — dijo Soope.

La joven iba con la mirada de uno a otro, tratando de averiguar el enigma de la presencia de los dos hombres.

—Algo ha pasado.

—A quien le ocurre algo es a usted, señorita — dijo Soope afablemente — ¿Cómo ha venido usted hasta aquí a media noche?

—Me mandó llamar Ana — replicó la muchacha.

Entró en la alcoba y salió con un telegrama en dos hojas.

Soope ajustóse los anteojos y leyó.

El telegrama estaba dirigido a Elfa, Cubitt Street.

"Necesito de usted un grandísimo favor. Así que reciba éste aviso, venga a la casa de Cardew en Pewsey Beach. Si no estoy espéreme. Aunque sea tarde, venga usted. Nunca le pedí favor alguno, pero su presencia influirá en toda mi vida. La necesito para testigo en asunto importantísimo. Se lo ruego como una mujer ruega a otra".

Firmaba Ana Shaw. El parte había sido puesto en Juliorford, Surrey, a las seis de la tarde.

—Lo recibí después de las siete — dijo Elfa — y de momento, no supe que hacer. El hecho de que no me agradaba en absoluto Ana Shaw me colocaba en posición difícil. Por último me determiné a venir y después de comer, tomé el último tren, que sale a las diez y me bajé en Halt...

—Entonces fué a usted a quien vieron los aldeanos de la estación — interrumpió Soope — Comprendo. Y ello quita de en medio uno de los obstáculos con que tropezaba mi teoría. Prosiga, señorita Leigh ¿Qué hizo usted desde su llegada a Halt hasta la hora en que llamó a la puerta!

—Hay un sendero que baja por delante del acantilado y que ahorra mucho camino — prosiguió la muchacha — Conozco palmo a palmo éstos lugares, así que no dudé en adentrarme en dicho sendero, máxime trayendo conmigo una linterna de bolsillo. Otra razón me indujo a ello, y fué que la noche era horrible, y el acantilado me defendía de la lluvia. Pero no sabía que las tierras se habían corrido el verano pasado y que el sendero, en más de su mitad, había desaparecido. Lo advertí cuando al avanzar, dí un resbalón que me precipitó rodando pendiente abajo. Me ví tendida sobre el saliente estrecho de una peña, y no atreviéndome a moverme, permanecí allí en espera del día. Ví pasar dos coches por la carretera; uno venía de la casa, que se divisaba desde el lugar en que yo estaba; el otro se me figuró que se detenía al final de la carretera. Grité con la esperanza de ser oída, pero el

viento debió de desviar mi voz. No pueden imaginarse ustedes cuanto abatimiento sentí al ver que los coches desaparecían y yo quedaba sola y abandonada. Me sobrecogió el terror. Creo que me puse histérica, pues me dió por imaginar que cerca de mí, pasaban sucesos extraños.

Elfa se estremeció cual si evocase una visión desagradable.

—¿Vió usted a alguien? — la preguntó Soope.

—A nadie.

—¿A ningún vagabundo?

—No. Permanecí quieta hasta qué, dos horas después, apareció otro auto. Supongo que el de ustedes. Se detuvo a la entrada de la casa. Llegué al colmo de la desesperación. Traté de deslizarme poco a poco, a rastras por la pendiente, pero fracasé en mi empeño. Caí. Aquello fué terrible. Aunque no tanto como se me figuraba, pues sin daño me encontré al pié del acantilado y a unos pasos de la finca. No me explico como llegué hasta ella.

Soope le tomó el telegrama y lo releyó.

—"La necesito para testigo en un asunto importantísimo" — recalcó las palabras.

—¿Qué es de Ana? — insistió en preguntar la joven.

La respuesta la encontró en los ojos de Soope. Elfa Leigh, pálido el rostro, dió unos pasos hacia atrás.

—Muerta... no, no es posible.

Soope hizo un gesto afirmativo.

—Sí, allí la mataron — dijo el policía mirando a la cocina — Ahora, escuche, señorita Leigh: usted va a ser un testigo importante, por que permaneció toda la noche a la vista de la casa ¿No vinieron más coches que los que usted vió?

—Ninguno más; de eso estoy cierta.

—¿Vió usted a alguien que marchara a pie por la carretera: ¿vió regresar a la señorita Shaw?

—No, imposible en mi situación. Había mucha oscuridad. Advertí la presencia de los autos a causa de las luces. De otro modo nada hubiese visto ni oído.

Soope quedó un tanto decepcionado.

—Todo depende ahora del comisario: si el me deja seguir trabajando, quedará este asunto claro como la luz del día. Si se empeña en encomendarlo a uno de los jovencitos teorizantes que tanto abundan, la justicia quedará por los suelos. Pero yo tengo en un puño a la policía de los pueblos.

Sabía Jaime que la determinación sobre si debía actuar o no la Dirección de Seguridad londinense dependía en gran parte de los policías locales. Excepto en Londres, a la Dirección de Seguridad londinense no se le reconoce carácter oficial. Las autoridades locales pueden pedir (y la piden casi siempre) ayuda a la Dirección cuando se hallan ante un caso superior a sus fuerzas. La policía provinciana puede operar detenciones fuera de Londres aún en el caso de que el criminal sea buscado por una factoría de la metrópoli.

Elfa, abatida por la terrible noticia, sentóse en una silla ¡Ana Shaw, muerta! ¡No podría creerlo!

—Así que se sequen sus vestidos regresará usted a Londres, acompañada del señor Ferraby — dijo Soope — ¿Supongo que no tendrá usted otra cosa que contarnos?

—Nada — replicó ella con desmayo — ¡Qué horror! ¡Qué horror!

—¿Escribe usted a máquina, no? ¿Escribió usted ésto? — Soope le mostró el sobre.

—No — contestó Elfa — no es letra de mi máquina. Creo que Ana tenía una ya muy usada, de que se servía. Lo sé porque me pidió en cierta ocasión que le recomendase un libro de mecanografía.

Era ya de día, y aunque seguía nublado, había pasado la lluvia. Mientras la muchacha esperaba a que se secaran sus vestidos, los dos hombres salieron de la casa. Soope examinó con atención el acantilado.

—Cómo dice Lattimer, parece una colmena por el número y forma de las cuevas.

Y fué señalando con el dedo cientos de agujeros abiertos en la greda.

—Si se enconde alguien ahí, va a ser difícil dar con él — dijo. — Al mismo tiempo la deducción y la lógica me enseñan que igualmente le será difícil mantenerse en esas cuevas a quien en ellas viva. No creo posible ni práctico tratar de buscarle, excepto por las situadas en la parte baja. Voy a emplear en la tarea a los agentes todo el día de hoy.

Al volver la cabeza para mirar a la carretera vió aparecer el auto de Jaime guiado por Lattimer. Este detuvo el coche junto a su jefe y saltó a tierra.

—Solo he encontrado un objeto de importancia — dijo: — esto.

Sacó del bolsillo una saquita de ante, poco mayor que un sello de correos, sujeta a una cadenita de oro.

—La llevaba al cuello — añadió poniéndola en manos del jefe.

Soope abrió la saquita, sacudióla sobre la palma de la mano y cayó una reluciente sortija de oro.

—Me parece un hallazgo interesante, pues creo que se trataba de una sortija de desposada — manifestó — ¿No se encontró la partida de matrimonio?

Latimer negó con un movimiento de cabeza.

—No, señor. No hallamos ningún documento. Soope miró al objeto que tenía en la mano.

—Una sortija de desposado, una sortija nueva de desposada — dijo pensativo — La cuestión es saber si la llevaba puesta Se me figura que no. El hombre que se la dió sabe mucho más de este asuñto que lo que sabremos nosotros en lo que nos queda de vida.

Dieron unos pasos en dirección del acantilado. La marea subía.

—Es un lugar éste bién solitario — confesó Soope — y estoy dispuesto a retirar

cuanto dije respecto al sitio que prefería para descansar en la vejez.

En el mar, a lo lejos se veía el humo de un vapor, próximo al mismo, una flotilla pesquera se dirigía a Pawsey Harlvur. Detrás de la casita había un pedazo de jardín: la cerca que le rodeaba aparecía rota y la portilla colgada desvencijada. Crecían abundantes hierbajos en los sitios donde Cardew luchara sin resultado contra el viento y la salmuera.

—Pero al mismo tiempo — manifestó Soope. — no es mal paraje éste para quien guste de los baños de mar.

Se encaminaron por la arena hacia la puerta. Allí la arena era más firme.

—No es mal paraje para baños de mar — repitió sin añadir palabra.

Jaime notó la mirada de gozo con que se iluminaba la cara del viejo policía.

Este contemplaba la huella de un pie grande, desnudo, de unas ocho pulgadas de largo y de una anchura proporcionada.

—¡Cristobal Colón! — bisbiseó Soope en pleno éxtasis.

Miró al mar y avanzó hacia el. Las huellas, a medida que se adentraban en la arena endurecida, se hacían más claras y llevaban todas una dirección: la casa.

¿"Pie Grande"!

Al cabo, estas palabras significaban algo.

Soope y Jaime se detuvieron al borde de la mar, aunque las huellas continuaban. El policía miró a Jaime.

—¿Deduce Vd. algo?

—Confieso que no — contestó Ferraby.

Soope envió a Lattimer a Londres para que comprase escajola. Y se pasaron una hora sacando moldes de las huellas mejor conservadas.

Y durante todo este tiempo, desde la boca de una de las inaccesibles cavernas que acribillaban el acantilado, un hombre barbudo, de cara morena, tendido en el suelo, les observaba con unos ojos vivísimos que relucían con una risa estúpida. Y mientras observaba, canturreaba entre dientes el romance de Alhama.

Cap. XI

EL SOBRE SELLADO

Aunque Jaime Ferraby estaba medio muerto de falta de sueño, viose compelido a escuchar al hombre que iba a su lado en el auto, camino a Pawsey, pues Soope mostrábase más locuaz que nunca. Ni acabado de levantar de la cama, al cabo de un sueño largo y reparador, hubiera estado más despierto.

Tienen que pasar muchos años para que un hombre llegue a ser un buen detective. Sírvanos de ejemplo Lattimer: ¿cree usted que se percató de la importancia de la saquita? Ni por asomo. La saquita no la descubrió él, a pesar de que debió verla ya que tropezó con ella cuando hacía la investigación. La sortija no hubiese parecido de no habérsele ocurrido a uno de los agentes recoger la cadenita y examinarla. Los jóvenes policías de ahora no saben hablar mas que de deducción, lógica etc. pero les falta ojo. ¿Está usted cansado?

—Estoy horriblemente cansado — replicó Jaime.

—Haga por animarse — dijo Soope. — Imagínese que está hablando con la novia. Por cierto que tiene usted que acompañarla a Londres en el primer tren.

—¿A quién? — preguntó Jaime alarmado.— Se refiere usted a la señorita Leigh... ¿qué habla usted de novia?

—Dispénseme, no se lo que digo — replicó Soope con afabilidad. — He dado un fos pas. Dispénseme.

—¿Fos...? Ah, ya: ¿usted quiere decir

PROXIMAMENTE EN

PUCKY

EL JINETE FANTASMA

Emocionantes aventuras de la juventud de

BUFFALO BILL

en el Far West

un faux pas? Habla usted un francés estupendo.

—No es nada comparado con el inglés — dijo Soope. lanzando un suspiro. — Pobre criatura, siempre me lo echaba en cara. Y no obstante, ella está muerta y yo vivo. Lo cual prueba que la cultura es sólo una ilusión ¿Se llama a esto psicología?

—Algo parecido — contesto Jaime.

—Quizá sea antropología — indicó Soope. — Este pueblo cada día se parece más a un gran "Kursaal" ¡Y pensar que fué en otro tiempo una aldea de pescadores que no distinguían una taberna de una tosca!

Pawsey, a la luz del sol, con sus cúpulas doradas y magníficas, pintadas de escarjola, imponía respeto. Los anchos paseos estaban abarrotados de gente endomingada; la playa, de amarillas arenas, moteadas de grupos de ociosos.

El auto paróse delante del Grand Hotel. Un portero resplandeciente de galones se adelantó para ayudar a descender a los dos viajeros. El señor Cardew había tenido la fortuna de encontrar una habitación vacante con vista al mar. Se hallaba acostado, aunque muy despierto, cuando Soope y Jaime entraron.

—¿Alguna novedad? — preguntó así que se cerró la puerta detrás de ellos. — ¡La pobre Ana muerta!

Soope le enteró del hallazgo de la sortija, al oir lo cual el señor Cardew se levantó de un salto.

—¿Casada? ¿Casada? Imposible — exclamó con energía. — Nada me importa lo que usted sepa ni lo que haya descubierto. Ana Shaw, no estaba casada.

—¿Tiene usted seguridad completa, señor Cardew.

La cara pálida de Gordon Cardew se contrajo con un gesto de reflexión y pasó un buen rato antes de que el hombre respondiese. Al cabo, en tono menos violento:

—He sido el abogado de Ana durante muchos años — dijo. — No tenía secreto que yo no supiera. Acaso tuvo cierta vez, inclinación por... determinada persona, y momento hubo en que creí que contraía matrimonio. Pero sin mi consentimiento jamás lo hubiese hecho.

Ahora era Soope el desconcertado.

—¿Por qué? — preguntó.

Y la explicación de Cardew resultaba sencillísima. Su mujer, al morir, había dejado a Ana Shaw una pensión anual — una suma considerable — con la condición de que Ana no se casase sin el consentimiento de Cardew.

—Mi pobre esposa — manifestó éste — no se hacía a la idea de que me quedase solo y sin nadie que me atendiese. De aquí el legado, hecho con la condición expresa de que Ana siguiese a mi servicio y no se casase.

—¿De cuánto es la pensión?

—De unas doscientas libras esterlinas al año — cantidad considerable para Ana. Ana Shaw — prosiguió — me contó todos sus secretos excepto uno. Hará unos tres años me entregó un sobre ancho, sellado, para que se lo guardase. Como es natural, le pregunté que clase de documentos eran aquellos, pero negóse rotundamente a decírmelo. No la estreché a que se franquease, ya que la pobre tenía una historia muy desgraciada. Nosotros la sacamos de un hospicio y a sus padres les rodeaba cierto misterio. Por mi parte, nunca sentí la necesidad de aclararlo. Ella, al contrario, no dejó de preocuparse. Y tengo la idea de que el sobre contiene el resultado de sus investigaciones.

Soope hizo una mueca.

—Hay en eso, ciertamente, un gran misterio — dijo. — Y desde luego, necesito ver el sobre. ¿Dónde está guardado.

—En mi despacho de King's Bench Walh — contestó Cardew. — Si usted está dispuesto a perder un día, encontrará el sobre en una cajita negra japonesa, señalada con las letras "H. S." Guardo muy pocos documentos. Entre ellos, si la memoria no me es infiel, una copia de la cláusula que le he dicho del testamento de mi mujer; la correspondencia que cambiamos con el director del hospicio, la partida de nacimiento de Ana y otros análogos, de mayor o menor importancia.

Alargó un brazo, tomó las ropas que estaban en una silla sacó un manojo de llaves y se lo entregó al inspector.

—Aquí tiene las llaves de mi despacho — manifestó.

Y luego:

—¿Ha hecho usted nuevos descubrimientos?

—No — replicó Soope. — Lo que me intriga en éste asunto es saber cómo ella logró regresar a la casa, burlando la vigilancia de Lattimer, que no perdió de vista la puerta ni un momento.

—¿Lattimer permaneció en su puesto todo el tiempo? — interrogó Cardew.

—Todo el tiempo — dijo Soope.

El señor Cardew quedóse ensimismado.

—Tengo sobre el particular mi teoría, que quisiera constatar antes de llevarla a la práctica.

Al advertir un gesto irónico de Soope, y, a pesar de su abatimiento, sonrió vanidosamente.

—Usted no es gran creyente en teorías ¿verdad? Pues le aseguro que tengo una respecto al modo empleado por el criminal para escapar de la cocina. Y la estimo ciertísima.

—Oigámosla — declaró Soope con frialdad

—Entraron ambos en la cocina — (la pobre Ana y el asesino) El o ella cerró por dentro. Se cometió el crimen y Ana cayó contra la puerta. El hombre no tuvo valor para mover el cadáver y se escapó por el ventanillo de servicio del comedor. La idea debió de inspirársela la llave puesta en la cerradura. Una vez en el comedor, cerrar el ventanillo es sencillísimo, pues el pestillo funciona solo.

Soope golpeóse las rodillas.

—Eso es, eso es — dijo. — La cosa no está mal ideada y no me sorprendería que estuviese usted en lo cierto. ¿Pero como huyó el hombre, sin notarlo Lattimer?

—Existe una puerta trasera — replicó Cardew.

—Pero cerrada por dentro — saltó vivamente Soope. — Además todas las ventanas tienen sus maderas correspondientes y és-

tas aparecían atrancadas por la parte del interior. Nadie, por lo tanto, pudo entrar o salir por ellas. Si el asesino escapó por la puerta trasera. ¿Cómo logró que dicha puerta quedase cerrada por dentro? No, señor Cardew, eso no es una solución...

Cardew meneó la cabeza.

—Convengo en ello — dijo — y confieso que estoy de acuerdo con usted. Quizás algún día aclare yo una hipótesis capaz de convencerle, inspector.

Cuando bajaba la escalera, Soope se expresó de este modo:

—La hipótesis es curiosa. Siempre que un hombre como Cardew se pone a hablar latín, me confundo. Pero está, sin duda, en lo cierto sobre la manera de cómo el criminal se escapó de la cocina. Y ello me decepciona. Yo esperaba que Cardew especulase sobre la existencia de alguna puerta secreta empotrada en la pared o de algún corredor subterráneo; o sobre alguno entrada que, disimulada perfectamente bajo la apariencia de una estantería biblioteca, con solo tocar un botón, acaso dos, comenzase a girar hacia adelante o hacia atrás, según convenía, para dar entrada a unas escaleras angostas y empinadas y oliendo a humedad.

—Soope, Soope — exclamó Jaime sin poder contener la risa, — usted ha leído muchas novelas policiales.

—De todo he leído, excepto las cotizaciones de Bolsa.

Cosa rara: a Jaime se le fué el sueño cuando se vió en el volante llevando el auto por las calles de Pawsey en dirección a campo abierto. Pero si se hubiese sentido cansado, Soope le hubiera mantenido despierto, pues el viejo manteníase locuaz en extremo y dedicó las veinte millas que distaban de Londres a dilucidar las ventajas o desventajas de la instrucción pública.

—Cuando yo entré en la policía, con saber leer, escribir y un poco de cuentas, le bastaba a un mozo. Si usted, por ejemplo, pescaba más peristas o mecheros que otros agentes, usted ascendía. Y ello aunque no supiese nada de diferenciaciones (¿se dice así?) calculables.

—Cálculo diferencial, querrá Ud. decir — indicó Jaime.

—Eso es. No se precisaba saber botánica, o como se llame el ramo a que pertenezca el tal cálculo diferencial, ni psicología, ni estereotomía, ni nada, en fin. Bastaba con que usted tuviese una buena pupila y atrapase a los pilletes infraganti. Si tenía que vérselas con un sujeto más fuerte que usted y que se le revolvía, con conocer usted la anatomía suficiente para saber en que sitio colocaba el palo, estaba usted al cabo de la calle. Yo nunca usé un microscopio, excepto para poder ver la paga. Y los matraces y demás cachivaches parecidos que emplean los policías de pega para averiguar si la mancha del puño de la camisa es de sangre o de cerveza, jamás se vieron en la sección a que yo pertenecía. No es que desprecie la cultura. Por lo que a mí toca, me agradaría saber seis idiomas y expresarme con soltura en guaraní. Pero me las arreglo bastante bien sin tales aditamentos. Ahora quiero ir al despacho de Cardew, a recoger el sobre de Ana. ¿Me acompaña usted?

Los fieles salían de la iglesia del Temple cuando el auto, cubierto de barro, se paró frente a las habitaciones de Cardew.

Jaime, que conocía el lugar, abrió marcha dirigiéndose hacia una grande puerta exterior de roble. Los cuartos del Temple tienen doble puerta, una de roble que cerrada significa que el dueño no desea ser molestado y que permanece abierta las horas de despacho, y otra interior, abierta o cerrada, supone una invitación a pasar. La puerta de roble se hallaba abierta; al introducir la llave en la ceradura, advirtió el detective que la hoja cedía a su presión.

—No está echado el cerrojo — exclamo pasando adentro.

Se encontraron en un estrecho vestíbulo; la puerta del despacho de Elfa, situado a mano derecha, aparecía cerrada; pero la del Sr. Cardew abierta completamente.

Soope se detuvo a la entrada, observando el aposento.

—Creo que hemos llegado tarde — dijo Jaime.

Los pocos legajos del despacho se veían esparcidos por el suelo. El pupitre abierto, lleno de papeles revueltos en el mayor desorden.

—Creo que alguien nos ha adelantado — replicó Soope.

Examinó todas las carpetas y cajas, una a una.

—Aquí está la de las iniciales "H. S." — exclamó — pero vacía.

(Continuará)

PROXIMAMENTE INICIAREMOS LA PUBLICACION DE

Los Cowboys Footballers

Emocionante novela de aventuras en el Far West

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

RETROCESO DE UN CRIMEN

YO maté a John Heriot.

El inspector de policía repitió con emocionada voz las palabras que acababa de leer.

Se inclinó hacia el hombre que había sufrido gravísimas heridas y que acababa de hacer tan extraña confesión. ¿Había exhalado ya su último suspiro?

Rufus Trant no gemía ya. Los de la policía le levantaron, entre los dos como una masa inerte.

—¡Pensar en todo el trabajo que nos hemos tomado para buscar y prender a George Heriot y ahora, cuando él está preso, resulta que no es culpable — dijo uno de los de la policía, — siempre que sea verdad lo que este hombre ha manifestado.

Mientras llevaban aquel cuerpo al parecer sin vida hacia los arrecifes, vieron que un carabinero del cuerpo de guarda costas se acercaba corriendo hacia ellos por la playa.

—No les va a ser posible conducir a ese infeliz por el sendero del arrecife, — les dijo en cuando estuvo bastante cerca para hacerse oír. — Puedo enseñarles un camino mas transitable que pasa unas cien yardas más allá. Pero tenemos que ir de prisa. La marea sube rápidamente. ¡Creí que el hombre había muerto antes de que ustedes se acercaran a él!

En aquel momento el herido lanzó un gemido y abrió los ojos, procurando articular alguna palabra pero sin conseguir hacer oír mas que un quejido.

Era aquello un último resplandor de una vida que se apagaba. El inspector de policía convenciéndose de que era así dirigió la palabra rápidamente al moribundo a pesar de que Rufus Trant casi se hallaba sin conocimiento.

—Rufus Trant,—dijo el de policía pronunciando las palabras con gran claridad. — ¿oye usted lo que le digo?

El moribundo movió afirmativamente la cabeza lo suficiente para que se comprendiera que contestaba que sí. Movió los labios pero no llegó a hablar.

—Usted escribió en la arena que fué quien mató a John Heriot. Le pregunto, ante Dios, si es cierta esa afirmación ¿Le mató usted?

Los ojos de Rufus Trant miraron fijamente al que le hablaba. Se notaba con toda evidencia que no le faltaba el conocimiento y que comprendía lo que se le preguntaba. De nuevo, con mayor fuerza esta vez, movió afirmativamente la cabeza.

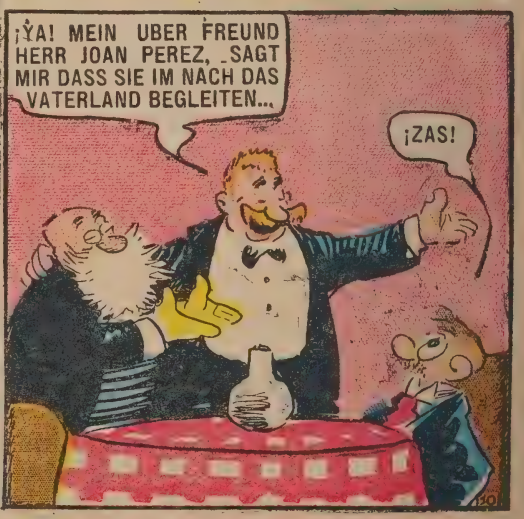
Fué aquella la última llamarada de un fuego que se extingue, el último destello terrenal de aquella vida.

Después cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Arriba, en lo alto del promontorio, Hubert Mansell no se había atrevido a esperar. Y mientras huía de la escena del crimen el miedo corría a su lado como invisible compañero del hombre culpable que por mas que corriera no podía ni dejarle atrás ni darle esquinazo.

Instintivamente sus pasos le llevaron hacia la casa de Lonemoor. Sabía que los de

AVENTURAS DE



BARNIGUGLI por Debeck

la policía tendrían que llevar allí al herido y hallábase preparado para lo peor que pudiera acontecer.

¿Habría podido hablar Rufus Trant y acusarle? Si había sucedido esto ¿qué debía hacer?

Por último vió llegar a los de la policía, ayudados por el carabinero trayendo el cuerpo inerte del caído en unas improvisadas angarillas. Detrás llegaban los dos muchachos. Dos o tres aldeanos se habían agregado al grupo y comentaban el caso con animación y locuacidad.

Hubert Mansell se acurrucó a la sombra de un grupo de laureles mientras ellos pasaban, sin atreverse a dejarse ver, temeroso de lo que podía llegar a saberse.

Fué entonces cuando algunas palabras que el carabinero dirigió a los aldeanos respondiero a las preguntas que formulaba su miedo.

—Se cayó desde lo alto del promontorio el pobre hombre. Un amigo suyo que le acompañaba presenció al accidente, pero no pudo hacer nada por salvarle.

Al oir esto, el que escuchaba se dió cuenta de que no se tenía ni sospechas de su crímen. No había, pues, nada que temer.

Inmediatamente se dirigió hacia el pequeño grupo.

—Sí; está muerto, señor Mansell — dijo el inspector de policía en respuesta a la pregunta que le hizo Hubert con voz que el temor enronquecía. — El pobre hombre recobró el conocimiento sólo unos instantes, pero no logró hablar. Sin embargo...

Algo interrumpió en aquel momento al que hablaba.

Un automóvil se acercaba rápidamente por el camino, en dirección de la casa de Lonemoor. El hombre, vestido de particular, que manejaba el vehículo, era evidentemente de policía. Detrás de él otro hombre, también de particular, tenía a su lado a George Heriot, cuyas muñecas estaban sujetas por esposas, y a Vi.

El inspector interrumpió lo que estaba diciendo a Hubert Mansell para correr rápidamente al encuentro del automóvil.

Jack corrió también en igual dirección, al ver quien venía en el vehículo y su rostro tenía tal expresión de contento, de desbordante alegría, que Vi le miró con grandísimo asombro.

La joven estaba pálida. Su rostro expresaba la más profunda pena. El número de su automóvil así como la descripción de los que iban en él habían sido telegrafiados a la policía de la zona por donde tenían necesariamente que pasar y la policía puso vigilancia en los caminos. Casi en el límite del condado de Devon les detuvieron y George fué arrestado, inocente, "¡en nombre de la ley!".

Cuando el inspector estuvo cerca del automóvil el que custodiaba a George gritó:

—Hemos venido hasta aquí para que tenga usted a bien manifestar si es este efectivamente el hombre buscado, antes de que...

El inspector le interrumpió casi de inmediato.

—¡Ya no hace falta identificación ninguna! Puede quitarle las esposas a ese señor.

George y Vi se miraron asombrados mientras el de policía abría las esposas y las quitaba de las muñecas de George.

Hubert Mansell escuchaba como si no le fuera posible creer lo que oían sus propios oídos.

—Después de su detención, señor Heriot, hemos recogido una extraña declaración que ha demostrado el error en que se había hecho caer a la autoridad. Sí, señor, una acusación inexacta ha estado a punto de desorientar de modo deplorable la acción de la justicia. Tenemos la declaración de un moribundo, sobre cuya veracidad no es posible dudar, y según la cual quien mató al señor John Heriot fué el llamado Rufus Trant...

—¡Así que ya no pesa sobre mí la horrible e injusta acusación y puedo gozar de mi libertad! — exclamó George.

La expresión del rostro de Vi cambió por completo reflejándose en él toda la intensa alegría que experimentaba la joven en aquel instante.

—El crímen del cual se le acusaba a usted fué cometido en otro condado bajo distinta jurisdicción policial, — dijo el inspector, — pero puede usted estar seguro de que la declaración recogida por nosotros y de la que enviaremos testimonio en debida forma a quien corresponde, disipará todo género de cargos que pudieran haberse formulado contra usted, señor Heriot.

A todo esto, Jack estrechaba entusiasmado la mano de George dándole apretón tras apretón, como si no pensara soltarla en toda la vida.

—¡Qué buena noticia señor! ¿Eh? Y mire el viejo amigo Peter como le mira meneando el rabo y deseando tener una docena de rabos para menearlos todos a la vez, tan enorme es su alegría.

Hubert Mansell se había enterado de tan inesperado desenlace como quien acaba de ser herido por un rayo.

¡El crímen que él había cometido aquella noche resultaba, por reflejo en provecho de George y devolvía la libertad al hombre a quien quería arruinar para siempre!

JACK VIGILA

Hubert Mansell se había librado de uno de los dos hombres que estaban haciéndole objeto de chantage y no sentía remordimiento alguno. Pero el caso era que su crímen proporcionó los medios de dejar demostrada la inocencia del hombre a quien odiaba.

Tal pensamiento le resultaba a Hubert Mansell más amargo que el acíbar.

Y sentíase, además muy nervioso, terriblemente nervioso.

Mientras George se hallaba en la triste condición de perseguido, Hubert sentíase convencido de que dominaba la situación de

un modo u otro; pero ahora, hallándose en plena libertad el hombre contra el cual había hecho tanto malo, las cosas cambiaban.

Hubert temía no sólo el fracaso de sus planes; temía las justas represalias de que su primo podía hacerle objeto.

Había regresado Mansell a la casa de su difunto tío, tres días después del trágico fin de Rufus Trant. No llevaba en Lanceford ni una hora cuando recibió la visita de George Heriot.

Hubert sabía que su primo estaba de regreso en Lanceford, y residiendo en casa del señor Desmond. Los dos muchachos y Peter se encontraban allí también.

La confesión del moribundo saltimbanqui había sido suficiente para librar de toda acusación a George Heriot. La orden de prisión dictada contra él fué definitivamente levantada y, una vez más, se sintió hombre libre sin trabas de ninguna clase que pudieran poner vallas a su voluntad.

George, que se había enterado del regreso de Hubert no se tomó la molestia de levantar el pesado aldabon de la puerta de entrada. Vió que las puestas de la biblioteca que daban a la galería estaban abiertas y se dirigió a la gradería de la terraza, subió y entró en la biblioteca sin más ceremonia.

—¿Qué es eso? ¿Por qué te metes así en esa forma? — balbuceó Hubert Mansell al hallarse ante el hombre a quien no hubiera querido ver jamás frente a frente.

Trató con esa actitud de ocultar el temor que sentía, pero lo disimuló mal.

—Parece que te olvidaras de que esta casa, con todo lo que contiene, es tan mía como tuya, — dijo secamente George, — puesto que John Heriot murió sin dejar testamento y somos sus herederos directos y en igual grado de parentesco. Mientras fuí víctima de una injusta sospecha todo hacia creer que tu te ibas a quedar con todo eso... Pero las circunstancias han variado como tendrás, muy pronto, ocasión de apreciarlo.

—Es verdad... Me expresé sin reflexionar, — tartamudeó Hubert. — Como es lógico, admito que tienes derecho a la mitad de lo dejado por nuestro tío...

—Difícil te sería negarme ese derecho por muchas ganas que tengas de ello! — dijo George con amarga sonrisa.

—¡Si no lo intento siquiera! No niego que mientras se creía, porque las circunstancias lo pintaban así, que tu eras culpable, pensaba yo de otro modo! ¡Pero ahora!... ahora que se que no eres culpable ¿por qué hemos de ser enemigos? — dijo nerviosamente Hubert.

—No te tomes la molestia de mentirme, Hubert. Tú no me creiste culpable nunca. Tu empeño en que me prendieran era tanto más indigno cuanto que azuzabas a la policía contra un hombre a quien sabías inocente. — dijo George con desprecio. — Y aun cuando yo hubiera sido culpable ¿justificaba eso el que intentaras darme muerte aquella noche, en el viejo molino?

—¡No fuí yo! ¡Lo juro! — prorrumpió, jadeante, Hubert. — Te caiste en la paleta de la rueda y fué Rufus Trant el que, mientras te hallabas desmayado, te ató, a pesar de mis protestas...

—¡Basta de mentiras! — dijo, impaciente, George — Te conozco demasiado bien para creer ni una sola de todas las palabras. ¡Probablemente si tu cómplice en aquella villana acción viviera todavía, no te atreverías a acusarle — agregó mirandole con energía — Pero por lo pronto dejarás de vivir aquí donde tu sola presencia es un insulto a la memoria del difunto a quien trataste con tanta crueldad. ¡Vas a irte pero muy pronto, de esta casa!

Hubert logró reunir un poco de valor y reaccionar.

—¿Por qué? ¡Tengo tanto derecho como tú de vivir en esta casa!

George se encogió de hombros con irónico desprecio.

—¡Es verdad! Somos co-herederos. Nos corresponde todo esto mientras no se presente el desaparecido hijo de John Heriot a reclamar lo que es suyo y sólo suyo en verdad y derecho. Cuando eso suceda tú no tendrás derecho a nada, y, en el interin, aun en tu calidad de supuesto co-heredero, no tienes derecho legal a seguir viviendo aquí a pesar de mi oposición. Y no sólo me opongo... voy a dar fuerza legal, ante la justicia, a mi oposición.

—¡Entonces esta casa tendrá que ser vendida en pública subasta con todo lo que ella contiene, y me será entregada mi parte! — exclamó furioso el primo. — ¡O te supones que siempre vas a poder someterme a tu voluntad como cuando permitiste que el padre de Vi Desmond negara como un tramposo la deuda que tenía con el difunto!

Hubert se rió sarcásticamente y agregó con intención infame:

—¡Procedimiento muy barato, para ti, y fácil, en aquella ocasión para aparecer como protector del padre ante los ojos de Vi! ¡Buen medio de conquistar la voluntad de la joven que, de otro modo, no te hubiera hecho caso jamás!

Hubert Mansell hubiera hecho mejor ahorrar sus ironías y su sarcasmo. George se había reprimido hasta entonces, con grande esfuerzo, pero aquellas palabras de su primo le hicieron perder los estribos y olvidar todos sus propósitos de prudencia.

El puño de George dió un soberbio golpe de boxeo que hizo que Mansell se desplomara de inmediato.

—¡Ahora, levántate y defiéndete, si tienes valor para ello! — gritóle George.

Pero Hubert no tenía valor para medirse con su primo. No demostró deseos de levantarse. Con seguridad le pareció que el suelo era el sitio más seguro para él. No se atrevió a hacer frente a la indignación que, con sus insinuaciones malignas e insultantes, había despertado en el ofendido.

George se rió con desprecio mirando a su

primo tendido en el suelo y en cuyo rostro se veía una expresión que era a la vez de miedo y de odio.

—Te concedo una semana para irte de esta casa. ¡Ni un solo día más! — dijo resueltamente George — Actualmente la casa no es ni tuya ni mía, pero pertenece al muchacho a quien hiciste raptar hace ocho años, al muchaco a quien la ley presume muerto, pero el cual, como yo y tú lo sabemos, vive todavía. Tarde o temprano lograré encontrarle y entregarle lo suyo ¡Y cuando llegue ese día, no esperes misericordia de mi parte! ¡Tu villanía será conocida por todo el mundo!

—¡Aun cuando fuera verdad esa fábula no encontrarás nunca al mucacho; — exclamó Hubert con rabia impotente y mientras se ponía lentamente de pie, sin dejar de mirar a George con miedo.

—Dices eso porque se evadió y ha desaparecido Purvis, el hombre a quien quisiste matar dos veces y crees que yo no tengo datos. Pero es fácil que te equivoques, — agregó George. — Te queda una semana para abandonar esta casa. Si dentro de una semana no te has ido será señal de que has querido atraerte fastidios y los tendrás... ¡cuantos quieras!

Volvió George la espalda a su primo y salió de la casa dejando a Hubert convencido de que no había amenazado en vano.

Camino de la casa del señor Desmond, George pensaba dónde podría encontrarse el perdido heredero de John Heriot.

No dudaba de que había sido Hubert el autor del robo y el secuestro del muchacho, pero no tenía prueba ninguna. ¿Cómo obtener, dónde conseguir las pruebas indispensables?

Y mientras tanto la ley presumía muerto al joven Stephen Heriot y no había poder que pudiese impedir que Hubert entrara en posesión de la mitad de la herencia del difunto a menos que el muchacho pudiera ser hallado y su identidad definitivamente demostrada.

El Sr. Desmond le había hablado de su escena con Rufus Trant, pocas horas antes de la muerte del saltimbanqui; de su súbita sospecha de que uno de los dos muchachos debía ser el desaparecido heredero.

Llamaba por cierto la atención el hecho de que Rufus Trant tuviera tanto ascendiente sobre Hubert Mansell. Pero la sospecha no era al fin y al cabo, mas que una mera conjetura y carecía por completo de base en que apoyarla.

George había estado a visitar a la mujer de Trant. Pero la viuda del saltimbanqui no había podido decirle nada.

—No estoy al tanto de nada de lo relacionado con los muchachos, — dijo la mujer de mala gana. — Mi marido los tomó para enseñarles y para que le sirvieran como artistas en las funciones de nuestro circo. Esto es lo único que puedo decir porque es lo único que se.

Y no pudo conseguir que la mujer agregara ni una sola palabra más.

La esperanza de George era dar con el paradero de Purvis e inducir al hombre a que hablara.

Pero Purvis había desaparecido logrando borrar toda huella de su huida.

Los asuntos relacionados con los negocios de su difunto tío ocupaban la actividad de George en Lanceford por el momento, aun cuando su deseo era volver a Lonemoor a continuar la investigación en busca del secreto del anciano oculto en la vieja casa.

Martín, el encargado y único habitante de la casa de Lonemoor iba curándose lentamente de las consecuencias del asalto de que había sido víctima cerca de la vieja cruz de piedra de junto al camino. Pero los golpes que había recibido en la cabeza le habían dejado muy débil. Aun cuando su mente parecía lúcida en ciertos casos no le había sido posible dar cuenta detallada de los sucesos anteriores al asalto ni informar a la policía sobre la personalidad de su asaltante.

Jack no dudaba de que había sido Bate, pero no tenía ni un vestigio de prueba.

Bate, por su parte, sufría aun las consecuencias del accidente del automóvil en el paso a nivel, cuando iba en persecución de George. Pero se hallaba suficientemente bien para haber podido regresar a Lanceford antes de que Hubert Mansell tuviera que abandonar la casa.

Con sorpresa de parte de George, su primo no había mostrado propósito de discutir ese punto pero había manifestado a los abogados que dejaba libre la casa, la que, por el momento, debía quedar deshabitada y cerrada.

Fué Jack quien descubrió que Bate se encontraba de regreso.

Jack había ido a dar un paseo, y a pescar en el río, aquella noche, en compañía de Peter, y cruzaron las tierras de la extensa posesión de John Heriot, pasando por cerca de la casa. Por una de las ventanas vió a Bate. El criado estaba todavía pálido y desencajado.

Esto fué la noche anterior al día en que Hubert debía abandonar la casa.

Una vez que la finca estuviera desocupada y en manos de los abogados, George y los muchachos volverían a Lonemoor. Jack esperaba con infantil impaciencia, el momento de comenzar de nuevo a buscar el famoso secreto, que atraía a su imaginación con su aspecto de misterio y excitaba su instinto aventurero.

—¡Y no me gustaría apostar a que en Lonemoor no nos vamos a encontrar con Hubert Mansell y con Bate su compinche, entregados también a la busca del secreto! ¡No me gustaría apostar a que no los encontramos porque los encontraremos de fijo,— díjose Jack. — ¡Pero no importa que vengan! ¡Somos capaces de hacer algo más y mejor de lo que hagan gente como Hubert y Bate, ¿no es cierto, Peter? Y ahora vamos

a ver cómo están las líneas y si se ha pescado algo para la cena, — agregó dirigiéndose al perro.

Al oir rumor de pisadas en el camino del parque que conducía a la puerta de la casa, el muchacho volvió la cabeza.

En seguida se ocultó bajo la sombra de los árboles, sujetando el perro por el collar.

Y Jack se quedó mirando con atención hacia algo que acababa de distinguir.

Se acurrucó el muchacho con el perro a su lado y siguió mirando.

LA DAMA VESTIDA DE GRIS

Las pisadas que Jack había oído eran las de un hombre que se acercaba por el camino, haciendo rodar a su lado una bicicleta.

A mitad de camino, entre el portón y la casa, el hombre se detuvo y ocultó su bicicleta entre los arbustos que flanqueaban el camino.

Después, Jack le vió avanzar cautelosamente con aire de furtiva precaución, buscando la sombra de los árboles como deseoso de que nadie lo viera.

Jack lo miraba con grandísima emoción.

Casi en el primer momento en que había visto a aquel hombre, un rayo de luna habíale permitido verle el rostro. Y era aquel un rostro que Jack reconoció inmediatamente aun cuando habían pasado cinco años desde la última vez que antes le viera.

Era el rostro de un hombre cuyo recuerdo se unía al de los primeros tiempos pasados en poder de Rufus Trant; de un hombre que, en un tiempo fué ayudante y sustituto del mismo Trant.

Cinco años era mucho tiempo, en la vida del muchacho, así que Jack no se acordó, en el primer momento, de como se llamaba aquel hombre. Pero no había dejado de reconocer a la figura que en aquel momento se deslizaba cautelosamente por el camino y no había dejado de recordar que era tan cruel y brutal como el mismo Rufus Trant su patrón.

—¡Si es "Tom Mal Genio"! — exclamó de pronto el muchacho.

Jack acababa de acordarse del nombre que daban a aquel hombre. Pero lo raro era que "Tom Mal Genio" anduviera por aquellos sitios. ¿Era posible que viniera a visitar a Hubert Mansell?

De pronto el hombre lanzó un silbido que debía ser indudablemente una señal.

Se hallaba en aquel momento junto al sitio donde estaba el muchacho acurrucado entre las plantas, sujetando por el collar a Peter.

A Jack no le importaba gran cosa que el hombre aquel le viera o no. No había sido el miedo sino el interés, la curiosidad, lo que le había hecho esconderse para atisbar los furtivos movimientos del visitante.

"Tom Mal Genio" silbó de nuevo. Se encontraba ya a un par de pasos del sitio donde estaba escondido el muchacho. Jack comprendió que el hombre iba a verle y se adelantó a esa eventualidad poniéndose de pie repentinamente. Entonces el hombre dió un respingo al ver, a la luz de la luna, la cara del muchacho.

Con nervioso temblor, retrocedió haciendo un ademán de fastidio.

De pronto su rostro cambió de expresión. Sin duda ninguna "Tom Mal Genio" había reconocido a Jack y por alguna razón, le impresionaba el encontrarse allí con él.

Hizo un movimiento amenazador y avanzó como si se dispusiera a hacerle pagar al muchacho el mal momento que acababa de causarle la alarma producida por la aparición de Jack.

Pero si avanzó un par de pasos, los retrocedió en seguida.

En el primer momento no había visto a Peter, pero al avanzar no pudo menos que ver al perro. Peter gruñía de mal talante, mostrando los dientes.

Pero quizás más que la presencia del perro fué lo que hizo Jack lo que le impresionó en aquel instante.

Jack tuvo una brillante idea que desconcertó al pillastre.

Dándose cuenta de que el hombre que le acusaba de espiarle tenía mucho miedo de ser visto, Jack, a su vez, lanzó un fuerte silbido que podía ser una señal dirigida a algún invisible observador y así lo creyó sin duda "Tom Mal Genio".

El silbido del muchacho hizo que el hombre se pusiera pálido de miedo y que su frente se cubriera de sudor frío, temblándole los labios y las mejillas con la barba no afeitada lo menos en cuatro o cinco días.

De pronto, Tom se volvió y echó a correr desesperado como el que solo confía en la huída para salvar su existencia. No sabía que era lo que podía acudir al llamado de Jack, pero no se quedó a verlo. Corrió desesperado hacia donde había dejado la bicicleta, la sacó de entre los arbustos, montó y se alejó rápido como el viento.

Jack contempló la huída de aquel hombre, riéndose de muy buena gana.

—Creo que no volverá por aquí hasta pasado algún tiempo, Peter, — dijo Jack al perro.

Un minuto después supo Jack a quien iba dirigida la señal de aquel hombre y por qué se había alejado con tanto ruído y tanta alarma.

Hubert Mansell apareció, viniendo de la casa y se dirigió por el camino como esperando encontrarse con alguien.

Una o dos veces se detuvo y llamó con voz reconcentrada:

—¡Purvis!

¡Purvis! El hombre que había sido detenido por qué intentó robar en la casa de Heriot, — habitada por Mansell, — y se había escapado. ¡Así que ese hombre a quien Jack recordaba como ayudante de Rufus Trant era Purvis!

—¡Pero qué extraño era que viniese a ver secretamente al hombre que le había denunciado y hecho encarcelar!

Obedeciendo a un impulso repentino, Jack salió de entre los arbustos y se encontró cara a cara con Hubert Mansell que se estremeció al ver al muchacho.

—¿Qué haces aquí? — le preguntó con brusquedad.

Jack miró a Hubert Mansell con indiferencia, sin dejarse impresionar por su brusca actitud.

—He salido a ver a mi novia y tomé este camino para ahorrar tiempo, — dijo. — Pero en lugar de verla a ella me encontré con un amigo de usted que se asustó tanto al verme que echó a correr como alma que lleva el diablo. Era un tal Purvis. No tuve ni tiempo de saludarle porque montó en su bicicleta y partió a toda velocidad.

Hubert miró malignamente a Jack pero no pronunció una sola palabra, volvió la espalda y se dirigió a su casa.

Jack silbó a Peter y continuó su camino.

—Al señor George le va a ser muy interesante saber que Hubert Mansell es visitado secretamente por Purvis.

Jack sabía que George Heriot deseaba ansiosamente hallar el rastro de Purvis.

Al dirigirse de regreso a la casa del señor Desmond, Jack, para acortar camino, resolvió cruzar por el viejo cementerio separado del parque de la casa de Desmond por un estrecho camino y rodeado de tapias bajas, faciles de saltar.

Mientras cruzaba el camposanto le llevaron sus pasos hacia el sitio donde se levantaba un monumento de marmol en el cual, aquella misma mañana, había visto Jack grabar una nueva inscripcin.

Era el monumento que John Heriot había erigido a la memoria de su esposa. La inscripción primitiva, que se leía claramente a las luz de la luna decía así:

"A la santa memoria de
GERTRUDE HERIOT
Que perdió su vida en los Alpes
el 3 de Mayo de 19...
R. I. P.

Aquella mañana el nombre de John Heriot y la fecha de su muerte habían sido grabados en el mármol, debajo de la anterior inscripción.

Jack se detuvo y leyó aquellas pocas líneas. Había oído relatar la historia de la trágica muerte, durante un viaje de turismo por Suiza, de la señora de Heriot, de la madre del niño que fué raptado pocos meses después de su muerte.

Jack pensó en aquel momento si sería posible que el hijo desaparecido viviera aun y si se presentaría algún día a reclamar su cuantiosa fortuna.

—¡Qué bueno sería que o Dick o yo resultáramos el heredero! — dijo a Peter bromeando — Suponte que lo fuera yo y me encontrara dueño de esa casa grande y de tanto dinero. ¡No sabría ni cómo empezar a gastarlo! Aun cuando fuese al cinematógrafo todas las noches a asientos de seis peniques y antes de volver a casa cenara pescado frito, me sobraría muchísimo dinero. ¡Todo ese gasto sería una gota de agua comparada con un balde rebosante!

Detrás de él una mujer vestida de gris, con un velo que le cubría el rostro, se detuvo en el camino, fuera del porton del camposanto.

Estaba lejos y el velo cubría sus facciones; de no haber sido así, Jack hubiese podido notar la expresión de perplegidad y de asombro que se pintó en el rostro de aquella mujer cuando miró hacia la capilla cuyas paredes estaban cubiertas de hiedra.

Se hubiera dicho que aquella mujer forastera, de cabello blanco y cara de tristeza, pero que aun conservaba rastros de una pe regrina hermosura, estuviera luchando, en su interior, con una memoria rehacia, y sus labios se movieron modulando las palabras sin pronunciarlas:

—¡Pero yo conozco este sitio! ¡Sí! ¡Lo conozco! ¿Cuando estuve yo aquí antes de ahora?

Con el mismo gesto de preocupación en el rostro la delgada mujer vestida de gris entró en el camposanto mirando a su derredor como quien sueña, como si tratara de recordar algo olvidado y que en vano procuraba traer a la memoria.

Jack había seguido andando, dirigiéndose a la tapia del cementerio, que casi lindaba con el parque de la casa del señor Desmond. En un sitio un grupo de altos cipreses tendía una espesa sombra que hacía contraste con la brillante luz de la luna que iluminaba el sepulcro levantado a la memoria de la esposa de John Heriot.

Cuando ya estaba el muchacho por saltar la tapia, un grito ahogado le hizo volverse rápidamente.

Había sido la mujer la que lo había proferido. Se encontraba ante aquel monumento de mármol y miraba con incredulidad las letras esculpidas en él. Con una mano se oprimía el corazón.

¿Era posible que aquella inscripción hubiera logrado tocar la olvidada cuerda de su memoria, haciéndola vibrar?

Otra figura se aproximaba por el caminito, a espalda de la mujer, otra figura que miraba con curiosidad extrema a la velada desconocida. Pero esta hallábase tan entregada a sus pensamientos que no oyó que se acercaba alguien.

Jack, invisible, envuelto en las sombras de los cipreses, lograba ver que quien se acercaba a la mujer, visiblemente emocionado, era Hubert Mansell.

Este avanzó rápidamente hasta llegar junto a la mujer, la que se volvió sobresaltada, mirándole frente a frente. Hubert se quedó inmóvil, con la vista fija en ella, como si se tratara de un espectro.

—¡Usted! ¡Usted! ¿Pero es posible? ¿Viven los muertos? — exclamó con incredulidad.

Mientras Jack observaba esta curiosa escena, ignorante por completo de su significado, la muier se echó atrás el velo y miró

a Hubert Mansell con fijeza, tambaleándose insegura.

Y cuando él vió por primera vez el rostro que el velo había ocultado, revelado con toda claridad por la límpida luz de la luna, fué Jack quien tuvo que sofocar un grito, Jack que, a su vez, miraba a aquella mujer con asombro e incredulidad.

Desde el día en que George Heriot había entrado en el circo ambulante de Rufus Trant donde trabajaba, su vida había sufrido muchos sorprendentes cambios.

Pero aquella era la mayor sorpresa que había experimentado.

Por segunda vez aquella misma noche, la casualidad había traído a su presencia una figura relacionada con su vida pasada.

Aquel nebuloso recuerdo de que había

dose en la frente con una piedra en tal forma que perdió el conocimiento.

Así fué como casi con la palabra "¡Madre!" en los labios, el muchacho quedó tendido en el suelo sin sentido.

Aquel grito no llegó a oídos de la mujer, pero si a los de Hubert Mansell.

En el mismo momento casi, como si la emoción que acaba de experimentar hubiera sido demasiado para su débil sistema nervioso, la mujer vestida de gris se tambaleó y cayó ante el monumento de marmol levantando a la memoria de la esposa de John Heriot.

EL RETRATO

Lentamente recobró Jack los sentidos. Abrió los ojos y miró a su alrededor sin

—¡Usted! ¿Pero es posible? ¿Los muertos viven? — exclamó Hubert Mansell.

hablado a Vi Desmond, de una mujer hermosa que se había inclinado hacia él, besándole y dándole las buenas noches, cuando él era aun muy pequeño... Aquella mujer estaba allí... era aquella...

—¡Madre! ¡Madre!...

El grito inarticulado brotó de los labios del muchacho que estaba agitado y nervioso. Jack descendió de la tapia para correr hacia donde estaba aquella mujer de rostro encantador, aquella que — lo sentía en su corazón, — era la misma que recordaba haber visto inclinada hacia él besándole cariñosamente en sus días de la niñez; que era su adorada madre.

En su apresuramiento el muchacho tropezó con una raiz que sobresalía de la tierra y cayó cuan largo era, boca abajo, golpeándose cuenta, en el primer momento, de dónde estaba y de que había sucedido. ¿Cuanto tiempo había estado allí, tendido en el suelo? Sentía la cabeza pesado y las ideas confusas, y solo al cabo de unos momentos lo recordó todo de improviso y en su completa totalidad.

—¡Madre!

El grito subió de nuevo, involuntariamente, a los labios de Jack mientras haciendo un esfuerzo se ponía de pie y miraba con atención hacia el sitio donde, — ¿cuanto tiempo hacía? — había visto aquella cara que, en sus años de la niñez viera tantas veces inclinada, sonriente y cariñosa hacia él

Pero no había nadie en el camposanto Ni

rastro de la mujer vestida de gris, ni sombra de Hubert Mansell.

¿Era posible que hubiera soñado todo aquello?

El muchacho se llevó la mano hacia la frente dolorida. Miró de nuevo en derredor. Peter se había ido también.

En el mismo momento en que notó la ausencia del perro oyó un silbido de su compañero Dick.

Jack trató de contestar con otro silbido pero no lo logró hasta la tercera o cuarta tentativa tan resecos tenía los labios. Peter acudió saltando hacia él, meneando el rabo con una velocidad asombrosa y con tal fuerza se echó contra Jack para saludarle, procurando lamerle la cara, que casi le hace caer al suelo.

Un minuto después apareció Dick que hizo un ademán de alegría al ver a su compañero.

—¿Qué pasa, Jack? — exclamó Dick con ansiedad al notar la palidez del rostro de su amigo. — Fué Peter el que me buscó y me trajo, pero...

Jack le interrumpió con gran nerviosidad:

—¡Dick! ¡He visto a mi madre— ¡La he visto tal y como la veía en mis sueños! ¡Era la misma cara, envejecida y triste, en vez de joven y sonriente, pero la misma! Estaba vestida de gris, de pie ahí, delante del sepulcro del señor Heriot. Yo la llamé... Pero en ese momento me enganché un pie en una raíz que sobresalía del suelo, me caí de bruces y perdí el sentido. Cuando desperté... ¡había desaparecido!

Dick miró con incredulidad a su compañero y creyó que la imaginación de Jack desvariaba.

—¿Estás seguro de que no ha sido solo un sueño, todo eso, Jack? — le preguntó.

—¡Estoy seguro de que no fué sueño! ¡Completamente seguro! — insistió Jack con nerviosidad. — ¡Mira!... ¡Mira, Dick, lo que se ve allí al pie del sepulcro! ¿Lo ves, Dick? — agregó de pronto, señalando.

Dick avanzó corriendo. Al pie del monumento había un velo gris. Pero a la mujer, dueña del velo, no la veía por ninguna parte.

Ayudado por Dick, Jack, — que aún no se sentía bien, — regresaron a casa del señor Desmond.

Allí con la misma nerviosidad de antes, Jack contó todo cuanto le había pasado mientras Vi le lavaba y vendaba la herida que se había hecho en la frente.

—Oí con toda claridad cómo Hubert Mansell gritó al verla: "¡Usted! ¡Usted! ¿Pero es posible? ¿Viven los muertos?" ¡Lo oí perfectamente! — exclamó Jack.

Vió entonces el muchacho que George Heriot y el señor Desmond se miraban, asombrados y emocionados.

—¿Será posible? — dijo de pronto el segundo.

Se levantó de su butaca y salió rápidamente de la habitación volviendo al cabo de muy poco tiempo con un voluminoso album de retratos. Rápidamente volvió el señor Desmond una y otra hoja hasta que llegó a la que buscaba. Entonces puso el album abierto ante la mirada del muchacho. En la página aquella había cuatro fotografías de mujer.

—¿Era, la mujer a quien tú viste, parecida a alguna de las que representan estos retratos? — le preguntó.

El gesto que hizo el muchacho le contestó antes de que Jack hubiera pronunciado una sola palabra.

—¡Pero si es idéntica! ¡Es la misma, señor Desmond! ¡La misma!

Y Jack, al decir eso indicaba una de las cuatro fotografías.

—Era la misma cara que yo recordaba a veces, en mis sueños, haberla visto inclinada hacia mi para besarme... Era algo que yo recordaba, como se lo dije a la señorita Vi, de antes de mi vida con el matrimonio Trant... ¡La misma que yo veía a veces en sueños, es la que vi esta noche! ¡La misma! — exclamó agitadísimo el muchacho.

Mirando a los circunstantes, notó Jack que todos tenían gesto de sorpresa.

—Jack: estás seguro de que no cometes un lamentable error? — exclamó George con gran emoción — ¡Esa fotografía que te han mostrado es la de la esposa de John Heriot, cuyo nombre está grabado en la lápida de aquel túmulo, a quien se ha llorado muerta desde hace más de ocho años!

—¡Pues yo le aseguro, señor George, que vi a esa mujer esta noche! — insistió al muchacho. — ¡No es posible que me haya equivocado! Además el velo gris que hallamos en el sitio donde ella estuvo, demuestra que no se trató de un sueño... ¡La mujer a quien yo vi y cuyo rostro era el de ese retrato, tenía puesto ese velo!

Hubo un momento de silencio nervioso y vibrante, silencio lleno de preguntas, de dudas, de misterio...

De pronto, George exclamó:

—Jack, lo que nos dices es tan asombroso que casi parece increíble; pero si es así efectivamente no solo vive aun la esposa de John Heriot sino que tú eres el hijo desaparecido, mi sobrino Stephen Heriot!

EN LAS SOMBRAS

Lo que se preguntaban tanto George como el señor Desmond y su hija Vi, era lo siguiente: ¿Era posible que estuviese con vida la esposa de John Heriot?

Las pruebas de su muerte, acaecida hacía más de ocho años, habían parecido incontrovertibles aun cuando el cuerpo no había sido hallado.

Ella, su esposo y un amigo de la familia, sudamericano, llamado Romanez, habían realizado una ascensión a los Alpes. Se produjo entonces un terrible accidente en las montañas y un alud barrió, atropellándolos a John Heriot, su esposa y el guía. La partida enviada en busca de los viajeros y que fué guiado por Romanez logró encontrar a Heriot, tendido sin conocimiento a la ori-

lla de un ventisquero. De la señora de Heriot no fué posible hallar ni el menor rastro. Se buscó con todo cuidado, sin ahorrar esfuerzo ni gasto hasta llegar al convencimiento de que había perecido en el fondo de alguna de las profundas grietas del monte helado.

Sin embargo, si por algo que tenía todo el aspecto de un milagro, la señora Heriot había sobrevivido, ¿por qué había dejado, durante ocho años, que se la tuviera por muerta? Era esto tanto más inexplicable cuanto que la esposa de Heriot adoraba a su esposo y además idolatraba a su hijo único, el pequeño Stephen.

—¿No será posible que haya estado en acción alguna mano criminal, la misma que es culpable del rapto de su hijo? — exclamó de pronto el señor Desmond dando forma a una pregunta que estaba en la mente de todos.

—Si ha sido así, no es Hubert Mansell el culpable esta vez, — dijo George. — Por que sin duda ninguna, a juzgar por las palabras que Jack le oyó pronunciar esta noche, él la creía muerta.

—Pero por lo menos es a Hubert Mansell a quien debemos acudir en busca de informes sobre la mujer vestida de gris, — dijo decididamente el padre de Vi. — Porque los dos estaban juntos cuando Jack los vió por última vez, en el momento de caer.

—¡Tiene usted razón! ¡Y cuanto antes vayamos a informarnos, mejor! — manifestó George.

Jack insistió en acompañarlos, aun cuando todavía se sentía enfermo y dolorido.

Una extraña excitación le dominaba pero no por que pensase que podía resultar el único heredero de John Heriot y el dueño de la gran fortuna que le esperaba si se probaba su identidad.

Lo que pensaba era que él, que durante años, — hasta qué George Heriot le había tendido una mano de amigo — había carecido de amigos, había sido un muchacho abandonado y despreciado, iba por fin a encontrar su perdida madre, y a conocer, por fin, las dulzuras del amor maternal!

Este pensamiento le parecía algo tan maravilloso que el muchacho estaba fuera de sí de entusiasmo.

—¡Lo que es una lástima es que toda la suerte sea para mí y el pobre Dick sigue lo mismo que antes! — díjose pensativo, Jack.

No significaba esto que Dick pudiera envidiarle su suerte y su fortuna, eso no. Jack conocía demasiado bien a su compañero para saber que en la rectitud de su conciencia no cabía la bajeza de la envidia.

Un desengaño esperábales en la casa de John Heriot, habitada todavía por Hubert Mansell cuando Bate, el criado, abrió la puerta a su llamado.

—Deseamos ver al señor Mansell, — dijo el padre de Vi.

—El señor no está en casa, señor. Salió en automóvil hace un momento y no sé cuando regresará — dijo Bato.

Se expresaba Bate en el tono de indiferencia del criado de casa grande, pero se notaba en sus ojos un fulgor de velada malignidad cuando los fijó en George Heriot. Quizás reflexionaba como su tentativa contra George en Lonemoor habíale herido de rechazo y tan desastrosamente.

—¿Ha estado aquí una señora, esta noche? — preguntó de improviso el señor Desmond.

Observaba con atención el rostro de Bato al hacer esa pregunta.

—¿Una señora? Que yo sepa, no.

Se notaba cierto tono de sorpresa, no fingido por cierto, en su voz.

Habían pues, hasta ese momento, fracasado completamente.

Pero el señor Desmond agregó:

—Tenemos mucho interés en ver al señor Mansell en cuanto regrese y desearíamos esperarle.

—Muy bien, señor.

Bate se retiró a un lado para que entraran ellos. El señor Desmond, George y Jack entraron en la casa, la casa espaciosa llena de lujo y de riqueza que tal vez fuera reclamada como suya por aquel muchacho a quien un infame había entregado a la dura vida del saltimbanqui de feria.

Pasó mas de una hora antes de que oyeran que el automóvil entraba por el camino del parque. Por la ventana vió el señor Desmond a Hubert que descendía del vehículo. Uno o dos minutos después entró en la habitación donde estaban los que le esperaban.

—¿A que debo este enteramente inesperado placer? — dijo con toda cortesía.

El señor Desmond fué quien le explicó de qué se trataba.

Hubert se rió mientras el otro terminaba su explicación.

—¡Pero ustedes no pueden suponer ni un solo momento que la esposa de mi tío vive aún! — exclamó como con incredulidad — Es cierto que yo hablé con una mujer en el camposanto...

—Y lo que dijo cuando la vió fué esto: "¡Usted! ¿Pero es posible? ¿Viven los muertos?" Estas palabras indican algo, señor Mansell, ¿cómo las explica usted?

Hubert miró atentamente al señor Desmond, un instante. Después se encogió de hombros.

—Eso se explica muy fácilmente, — dijo. — Aquella mujer se parece mucho a la esposa de mi tío. Confieso que durante un momento me sentí sobrecogido. Me parecía imposible ¡y tan imposible! que los muertos volvieran a la vida. Un instante después me convencí de mi error.

—Muy notable tiene que haber sido ese parecido para que pronunciara usted tales palabras ¿Dónde se encuentra ahora esa mujer tan semejante a la señora de Heriot?

Hubert volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé en verdad. ¿Por qué he de saberlo yo? Era una desconocida y lo que hiciera no me interesaba lo mas mínimo. Me retiré, dejándola donde la había encontrado.

Es esto todo cuanto puedo decirles

¿Mentía Hubert Mansell o expresaba la verdad al decir que la mujer vestida de gris era una desconocida que tenía una notable semejanza con la esposa de John Heriot?

Lo cierto es que los visitante tuvieron que retirarse sin haber logrado averiguar absolutamente nada

---

Todos cuantos esfuerzos hicieron por dar con el rastro de la mujer a quien Jack había visto en el camposanto fueron inútiles.

En la oficina de policía, al día siguiente George Heriot se enteró de un hecho curioso. Dos personas mas estaban haciendo averig*uaciones, y habían acudido a la policía, sobre la mujer vestida de gris.

Eran dos cantantes profesionales que habían pasado por Lanceford de camino para una cercana ciudad donde tenían que dar un concierto. La desaparecida mujer era su pianista, una distinguida ejecutante cuyo nombre profesional era señora Montana.

Por lo que habían dicho parecía que había salido a dar un paseo y no había regresado. No tenían la menor idea sobre la causa de su desaparición.

George Heriot interrogó a los cantantes, marido y mujer. Esta reconoció en seguida el velo gris como de propiedad de su desaparecida pianista.

Poco pudieron informarle sobre la señora Montana. Era muy tranquila y muy callada. Hasta hace seis meses había estado como pianista con una famosa soprano italiana que había perdido la voz y se había retirado de las tablas. Entonces ellos contrataron a la señora Montana.

—Es la más silenciosa criatura que he visto en mi vida, — dijo la artista a George — Varias veces me he preguntado si estará o no bien de la cabeza. No habla jamás como no se le dirija la palabra y nunca dice nada a su propio respecto. Pero como pianista es una notabilidad.

George enseñó a los artistas el retrato de la señora de Heriot.

Los dos cantantes se manifestaron muy sorprendidos.

—¡Si no es ese un retrato de la señora Montana, hecho hace algunos años, tiene que ser el de una hermana melliza! — exclamó el hombre.

Pero ese hecho extraño que parecía corroborar lo que Jack afirmaba no aclaró nada absolutamente el misterio de la desaparición de aquella mujer.

¿Había sido voluntaria aquella desaparición o había actuado en ella una mano criminal?

Todos los esfuerzos de la policía en el sentido de dar con el rastro de la señora Montana fueron infructuosos.

Como un fantasma hablase presentado en la vida de Jack y como un fantasma había desaparecido, sin dejar rastro.

EL SECRETO DEL MUERTO

Pasaron algunos días sin que se lograra obtener dato ninguno sobre la misteriosa mujer vestida de gris que Jack había visto en el camposanto y que había desaparecido de modo tan inexplicable.

George Heriot retrasó su regreso a Lonemoor, en la creencia de que no tardaría en aclararse el misterio. Pero transcurrieron los días, hasta completar una semana, y la policía no logró hallar ni el menor rastro de aquella mujer que tanto se parecía a la extinta esposa de John Heriot.

Constituía el caso un extraño misterio desde los distintos puntos de vista.

Parecía cierto que la mujer vestida de gris a quien Jack vió en el camposanto era la pianista profesional señora Montana. Su vestido y su notable semejanza con el retrato de la señora de Heriot fueron reconocidos el uno por los dos cantantes y la otra por Jack, sin que se pudiese dudar al respecto. Sin embargo no se comprendía por qué razón había podido desaparecer voluntariamente la señora Montana, faltando al contrato firmado y abandonando a los dos cantantes en situación difícil.

¿Qué le había sucedido en el caso de que su desaparición no fuese voluntaria?

Y, por imposible que pareciera, ¿era posible que aquella mujer, por una extraña casualidad, fuera la misma Gertrude Heriot a la que se creía muerta hacía tanto tiempo?

Hubert Mansell había manifestado a los de la policía lo mismo que le había dicho al señor Desmond: que le había llamado la atención el parecido de la mujer con la extinta señora de Heriot, que por eso se había acercado a ella, persuadiéndose en seguida de que se trataba de una desconocida. En vista de esto se retiró, dejándola donde la había hallado.

En realidad todas las circunstancias hacían difícil averiguar cómo, si la desaparición era obra de una mano criminal, Hubert Mansell había podido tener participación en ella.

—No debemos olvidar, sin embargo, — dijo el padre de Vi, — que si esa mujer es realmente la misma qne creemos muerta, su presentación destruiría todos los ambiciosos planes de Hubert Mansell, pues al presentarse viviente reclamará con todo derecho su fortuna. Sabemos que Mansell es capaz de no detenerse ante escrúpulo ninguno con tal de hacer desaparecer, en caso de presentarse, un obstáculo de tal clase. Pero ¿cómo es posible que fuera la esposa de Juan Heriot?

Después de haber comentado el hecho de mil distintos modos, hasta agotar todo comentario a su respecto, parecía enteramente imposible que la señora Heriot estuviera aun con vida. ¡Hay en la humanidad tan extraños casos de parecido! Esta era la única explicación aceptable en verdad.

(Continuará)

EL CRIMEN DEL EXPRESO

Por G. MARKHAN FLINDERS

(Conclusión)

SI Mompurgo ha caído, como usted cree, debemos obrar de acuerdo; porque no dudo de que usted viene en busca de mi ayuda; y obrar de acuerdo quiere decir; repartirnos el premio de los planos por mitades. Yo pondré a su disposición algunos hombres de valor para reconquistar los papeles que faltan; usted me dará los que guarda en calidad de depósito y seguridad.

A pesar del tono meloso con que fueron pronunciadas estas palabras, produjeron viva impresión en el ánimo de William.

—Steet — dijo sibilante, — me parece que no poseo cara de imbécil. ¿Por qué no pide qué le regale los planos?

El alemán le miró de soslayo.

—Preví que mis palabras lo iban a alarmar — dijo dulcemente; — pero no hay otras, o no encuentro otras con las cuales expresarme en estos momentos.

Usted duda de mí, yo dudo de usted. Es más, le propongo otro arreglo. Deme tan sólo la mitad de los que tiene. ¿Quiere usted?

Rubens pensaba.

La voz de Steet, gruesa y ronca, tratando de ser suave, le molestó en sus cálculos.

—¿Acepta usted?

Lógicamente es mi único apoyo — se dijo William. — ¿Podría yo dominar a Bennet? No. Pedro y yo me temo que seamos poco.

Por lo demás, al aceptar la compañía de Steet. divido las ganancias. Sacrifiquemos dos millones y medio a la seguridad.

—Steet, somos socios.

—Veo que es usted un hombre práctico — dijo. — Vuelva con parte de los planos y personalmente trataré de colaborar.

William llevaba los planos encima; pero desconfiaba. En cuestión de asuntos sucios todos somos rivales, amigos y enemigos. unos en mayor grado que otros.

—Lo veré esta noche — dijo despidiéndose.

Los labios del coloradote delegado Steet, se dilataron en una perversa y astuta sonrisa.

—Hoy Mompurgo — dijo, — mañana William Rubens...

William, falto de su jefe, se encontraba desorientado.

No porque no tuviera capacidad para continuar la lucha; sino que, la mala costumbre de obedecer siempre, lo había subordinado a otra opinión, para él segura.

El peligro reanimó sus ideas, y rechazando el pacto que casi fallara con el delegado alemán, decidió arreglárselas con su sola inteligencia.

Telefoneó a Pedro, el último de la banda, en Reims, que se reuniera en Versalles en el chalet de Mompurgo, y, tratando de distraerse contados instantes, entró en un cabaret...

William no notó que un señor por el aspecto empleado, le perseguía sin despegársele de los talones...

Ferrand trabajó activamente en el día; pero las búsquedas de sus hombres no dieron luces al duelo criminal que comenzaba con la muerte a traición de Levinski, y terminaba con la leal de Mompurgo.

Era la hora de cenar, Llamó a Bennet, y lo invitó.

Media hora después, ambas potencias, en distintas materias correlativas, atacaban una mayonesa de salmones y langostines.

Bennet olía a perfume de lavanda, a la legua, y se revolvía con su natural alegría en el elegante frac.

—La paz, Ferrand — decía llenándole la copa de un pérfido Cahors — es el descanso en que las personas dejan de padecer el ataque de locura que se llama la guerra.

Aquí bebemos pacíficamente y llenamos la bolsa o estómago, y esta misma noche los azares de nuestra profesión pueden colocarnos en un bello cajón de pino.

—¿Por qué no cambias de tema? — dijo el inspector, molesto.

—Pasaré a tu fuerte, desmenuzaremos a las mujeres que nos rodean.

—Al punto, al punto — dijo Ferrand.

—Tomemos por ejemplo a esa joven que

me da la espalda — prosiguió Bennet.

Ferrand, a quien el vino de Cahors hacía perder la rigidez de su personalidad, asintió.

—Yo conozco la joven, amigo Ferrand.

—¡Oh! ¿Quién es?

—Aurelia Sáenz de Miera, y, a propósito tienes que hacerme un favor.

—Lo haré, si es posible — dijo Ferrand.

—Preséntame a la joven.

—La acompaña una pareja — contestó Bennet, — como no podemos quedarnos, la saludaremos, tomaremos los postres en su mesa, y pondré en tus manos los preliminares de una búsqueda que se me hace pasada en estos momentos.

Bennet se levantó, y saludó a Aurelia presentándole al inspector.

Galanteó a la otra joven hasta que el marido le demostró con cuanto fastidio oía sus palabras.

Y, viendo el minutero de su reloj avanzar a ojos vistos, se despidió recomendando a Aurelia contar al jefe francés los datos precisos para el éxito de la pesquisa.

La joven pareja aprovechó un vals para danzar, y Ferrand entabló una conversación con la joven enterándose de la búsqueda en que ésta estaba empeñada.

—He recurrido ya una vez a la policía francesa; pero sus resultados fueron negativos.

—Señorita — dijo Ferrand, picado — habrá usted recurrido a los policías de barrio.

—No, señor inspector: verá usted. Mi padre en mil ochocientos noventa y cuatro, vivió en París la vida bohemia, como otros sudamericanos. Yo, su hija primogénita, y mi madre, esperábamos en Buenos Aires su vuelta. Mi padre tuvo amoríos con una joven modistilla, y nació un hijo.

El no estaba ya en París, en cambio, cartas de la modistilla llegaban a Buenos Aires periódicamente, sin ser respondidas.

Deseo encontrar a mi hermano, señor inspector.

—¿El nombre de la madre?, señorita — preguntó Ferrand.

—Mabel L'epée, trabajaba de modista en una tienda del Temple.

—¿Podría facilitarme retrato de ella?

—Por desgracia no tengo ninguno, señor.

Al llegar Ferrand a su despacho, para impartir órdenes acerca de la muerte de Mompurgo, encargó a un detective que averiguara en las tiendas del Temple, datos de una tal Mabel L'epée, que trabajaba allí por el año 1894.

Un llamado de Bennet, retardó su salida.

El célebre ladrón le pidió dos detectives de valor, para reunírseles en una confitería.

Estos no tardaron en llegar, y vieron un armenio grotesco que los llamaba desde un reservado.

—Acomódensen jóvenes detectives — dijo el armenio, jocosamente; — dentro de dos días me perseguirán como jauría a su presa, y nos cambiaremos saludos de plomo.

Los detectives, creyeron que el llamado era una broma de Bennet.

Arístides, bruscamente dijo:

—Escúchenme, y aprendan una lección, Me he perdido dos horas en esperar a Steet, el delegado alemán, y seguirlo hasta aquí.

Se encuentra de jarana con una compatriota de su gusto. Admito que merece unos palos por tener semejante compañera; pero todo en la vida es enigma que se debe descifrar. Steet, para mí está frito.

—¡Quién lo entiende a usted! — exclamó un detective.

—Sí, mi querido Patou, no me entiendes porque no me comprendes. No me tomen por Perogrullo. Ustedes me servirán para raptar a Steet.

—¿Qué, prendemos al alemán? — preguntó Patou.

—No te asustes. Nada de eso; lo hacemos desaparecer.

—Pero, es un delegado extranjero, y habrá que darles explicaciones a su país — dijo Patou.

—Se suscitará disturbios políticos — agregó su compañero.

—Aquí no estamos en calidad de policías — gruñó Bennet, enfadándose. — Fingiremos ser asaltantes. Tú, Patou, anda a mi auto y ponlo en marcha; y tú Laine, sígueme.

Salió del reservado; cruzó la sala y metiéndose en otro, cuyas cortinas se hallaban completamente cerradas, asestó un cachiporrazo en el pelado y grueso cráneo del delegado alemán Steet, el que estaba inclinado sobre una gordota y vulgar mujer vestida de seda negra.

Steet se desplomó encima de la mujer, y Bennet metía un gran pañuelo en la boca de ésta, cuando la abría aterrada para gritar.

En tanto Laine tomando a Steet por las axilas lo arrastraba sacándolo de la sala. Bennet de un empellón derribó a la mujer, y con ambas pistolas apuntando, amenazó a la concurrencia estupefacta.

—No se mueva nadie — gritó. — No se haga un solo ademán.

Steet era tirado dentro el coche por Laine. El portero de la confitería hizo un gesto de heroísmo inútil. Se corrió a la calle a pesar de que Patou lo amenazaba, pidiendo auxilio.

Bennet frunció el ceño.

—En marcha — dijo.

Salió el Fiat rápidamente atravesando las calles en forma caprichosa, para meterse al fin, en el garage de una casa.

La sala vuelta a la normalidad, comentaba el audaz rapto.

La casa en la cual había entrado el Fiat, pertenecía a Raúl Evaristo, amigo de Bennet.

Steet fué instalado en una confortable pieza sin ventana, y encerrado con veinte litros de cerveza.

—Ahora muchachos — dijo Bennet, sirviendo tres copas de un "cocktail" infernal, fórmula suya — les diré por que hice este arriesgado rapto.

Estaban sentados los tres, en los sillones verdes de un aposento lujosamente amueblado.

—Veo que les resulta fuertecillo el "cocktail" — dijo Bennet. — Se llama "El Policía", y es difícil de tragar.

Los detectives, sea que el licor les quemara tanto la garganta que no oyeron bien: o que oyendo, no quisieron comprender la alusión, pusieron buena cara.

—Podía haber sacado a Steet, simplemente, con un revólver debajo las costillas; pero la secreta alemana hubiera desechado la idea de una captura criminal. Sus sospechas hubieran ido todas contra la policía francesa, a quien no puede engañarse acerca de los motivos de Steet en París. Obrando por medio de un asalto, en forma del realizado, el que la policía de esta ciudad tratará de esclarecer puesto que sólo lo saben ustedes, y lo sabrá el señor Dubois, despistaremos a los alemanes, o le haremos dubitar en sus recelos.

Steet se ve privado de libertad porque el tenía que comprarle los planos a Mompurgo, y Rubens lo visitó este atardecer.

Rubens, que se encuentra solo, se siente incapaz de pelear y busca un baluarte. El imbécil no conoce a Steet como lo conozco yo, y se confía en sus manos.

El delegado Steet es un hombre ducho, y dispone de personas y dinero. Hay dos soluciones: matarlo o prenderlo.

Se me presenta la oportunidad de prenderlo. ¡Allá con él!

Y, señores policías, hemos terminado. . . .

Media hora después, Dubois y Ferrand enterados, se entrevistaban con el ministro del Interior.

La conversación fué larga. No hubo reprimendas. El ministro elogió la labor policial, y recalcó la orden del gobierno: "Rescatar los planos a toda costa".

—¡Oh! Bennet vale un Perú — decía Dubois a Ferrand. — A tres días de la muerte de Levinski tenemos el triunfo asegurado.

Pero, el triunfo no estaba tan seguro como creía el prefecto.

En estos momentos, las veinte y tres, daban, un suceso que podía haberse remediado, desbarataba los cálculos de Arístides, manteniéndolo breves instantes en la incertidumbre.

VIII

EL DETECTIVE FOUQUE

Fouqué, el detective puesto de guardia cerca el petit hotel de Steet, había reconocido a Rubens, gracias a un retrato del cual se proveyó atendiendo a las explicaciones de Arístides Bennet y el jefe Ferrand.

En la corta comunicación telefónica que tuvo con Bennet, éste, le ordenó seguirlo sin comprometerse.

El policía Fouqué, comprendió que con la captura de Rubens se ponía punto final al drama en el que venía actuando.

Y, creyó tener la gloria asegurada, si presentaba a William Rubens detenido con los correspondientes planos.

Fouqué plenamente convencido de la victoria, confiaba en su musculatura y habilidad.

Tenaz en la persecución, no descuidó detalle.

El refugio de William era el chalet, y como debía recibir a su cómplice, llegó pasadas las veinte y tres.

Por más que estudió el terreno, precaviéndose de cualquier seguimiento subrepticio, la experiencia de Fouqué le permitió pasar inadvertido.

William recorrió el salón que ya conocemos, a pasos cortos. Trabajaba su materia y su mirada vagando, se clavó en un cuadro de Mompurgo, colgado en la pared a un lado de la puerta.

—No se donde diablos se encuentra — dijo; — pero me lo imagino.

Lo probable, en un ataúd, Pensar en la cárcel sería desconocer su carácter.

William quitó los papeles amarillentos de su cartera, extendiéndolos encima de la mesa.

Quedó absorto, leyéndolos.

—Y valen cinco millones — murmuró.

Un crujido lo levantó como tocado por una corriente eléctrica. Tiró mano al bolsillo trasero del pantalón; pero una voz seca, cortante, y el frío caño de un revólver le mantuvo firme. . .

Fouqué despidió al chauffeur que lo condujo con un mensaje a la jefatura.

Dejó entrar a William en el chalet, y dando una vuelta al edificio oscuro, se aprestó a forzar la puerta de la cocina.

La falta de luz en el chalet le indicaba que estaba solitario, a excepción de William.

Sacó una ganzúa y por un momento forcejeó. Luego, entró cerrando solamente con manija.

Esperó a que su vista se fuera acostumbrando a las sombras, y avanzó arma en mano.

Fouqué, al hacer esto, desobedecía las órdenes de Bennet. Su deber era permanecer vigilando el chalet, y esperar los refuerzos de la jefatura.

Más las ambiciones existen desde que el mundo es mundo, y, Fouqué, sintiéndose seguro de prenderlo, arriesgaba su vida haciendo honra a su hombría.

Con la misma sagacidad del principio, siguió avanzando; y con todos sus sentidos despiertos, se paró junto a la puerta de la pieza donde se hallaba Rubens.

La luz se filtraba por el espacio que separaba la puerta del piso. Oyó hablar. Esto le tuvo en suspenso. Su frente se arrugó.

"Y valen cinco millones".

La frase llegó nítida a sus oídos.

La prudencia le aconsejaba retroceder.

Observó por el ojo de la cerradura.

William estaba solo.

Dispuesto a matar, abrió entrando.

El caño de su revólver tocó en la nuca de William, y dijo:

—Quieto.

William Rubens, lleno de furor sintió la sangre que se acumulaba en sus ojos. Sus labios hicieron una mueca amarga. Atrapado como un conejo, él. William Rubens. Jamás lo había soñado.

Sonó un golpe a su espalda, un golpe mate, y un cuerpo se desplomó.

Dióse vuelta.

Un muchacho de unos veinte años, de rostro femenino y mirar aterciopelado, sujetaba entre sus dedos un pesado revólver.

—¡Pedro! — murmuró William, pasando del rojo al pálido.

Y se inclinó hacia el detective caído.

Sacar unas manetas y asegurarlo fué su primera precaución.

—No es menester, teniente — dijo Pedro, llenándose una copa de brandy.

Rubens hizo lo propio.

—Creo que no podrá levantarse más — prosiguió el joven.

—Yo me encargo de dejarlo durmiendo — gruñó William. — ¿Cómo pudo perseguirme?

—¿Y el jefe?

—El barón está mejor que nosotros — respondió Rubens con sarcasmo. — Luego me contarás a que casual coincidencia me salvastes de ir al patíbulo.

Extrajo de un cajón una minúscula pistola, la envolvió en un pañuelo y colocándola en la sien del desvanecido policía, apretó el gatillo.

Una tenue detonación, y el detective Fouqué pasó de la vida a la muerte sin contorsiones. Un charquito de sangre ennegreció las maderas lustradas.

—Vamos — dijo el asesino.

Pedro había presenciado el asesinato, imperturbable. Ninguna fibra de sus facciones se conmovió a pesar de sus escasos veinte años.

—Yo vine con un Ford — dijo. — ¿Qué hago con él?

—Lo dejaremos abandonado en la carretera — contestó Rubens.

Trás de caminar ambos automóviles varios kilómetros, sin cambiar palabra sus dueños; Pedro dejó el Ford, y sentándose al lado de William, dijo:

—¿Qué se hace ahora? ¿y qué es del barón?

—Me incumbe a mí exclusivamente dirigir nuestra nave — replicó William. — Del barón puedo asegurarte que figura en la lista de los difuntos.

¡Qué Mompurgo estuviera muerto!

Pedro cayó en un mutismo sombrío.

Las luces de la ciudad se perfilaban a lo lejos.

Cruzaron las calles desiertas. Ni Rubens quería hablar, ni su compañero, ensimismado en sus lúgubres pensamientos, pensaba hacerlo.

El coche paró ante una casa del Temple.

William entró el coche en un garage, dos casas más a la derecha. El garage lo había alquilado, pues, la casa que le servía de refugio era de altos.

Rubens guió a su compinche hasta un comedor.

—Tengo confeccionado el plan que me conviene — dijo.

A las cuatro de la madrugada se acostaron....

Alguien pedía comunicarse con el jefe Ferrand, en la jefatura de policía de París.

A pesar de ser la media noche, el recién llegado, anunció que debía ser escuchado urgentemente.

Atendido por el oficial Renard, dijo:

—De parte del detective Fouqué, para que manden policías a Versalles.

Renard, el que no estaba al tanto de la pesquisa de Fouqué, llamó a Ferrand.

Este, se despedía de su jefe, el prefecto Dubois....

Un rato más tarde, el chauffeur mandado por Fouqué, conducía a Ferrand y Bennet hacia el chalet de Versalles, acompañado por otro automóvil con cuatro policías de particular.

Bennet refunfuñaba.

—Ese Fouqué, ese Fouqué, bien podía haber llamado a las doce. Además le dije al imbécil que me avisase.

Ferrand, nervioso, se revolvía en su asiento.

Rezagado, venía Dubois a marcha forzada.

El chalet fué rodeado.

Bennet al no ver a Fouqué en su puesto, sin guardar precauciones abrió la puerta a patadas.

—Parece que la hemos perdido — dijo.

Ferrand al ver que Bennet perdía toda cautela, entró también.

Arístides encendió las luces, y llamando a dos policías recorrió las habitaciones. La pieza que quedaba a la izquierda del comedor se hallaba iluminada.

De un puntapié abrió la hoja.

En el centro de la habitación, se agachó.

—Le han matado — murmuró sin inmutarse.

Los detectives estaban pálidos.

Ferrand se adelantó conmovido.

—Lo asesinaron — exclamó. — ¡Canallas!

Bennet recogió de la mesa un pañuelo en forma de envoltorio.

—He aquí el arma utilizada — dijo. — Una diminuta pistola envuelta en un pañuelo no deja impresiones digitales...

IX

EL CAFE LOS DOS CHINOS

El delegado alemán Steet, despertó con un terrible dolor de cabeza. Su vista confusa, giró por la habitación que le servía de cárcel.

Se incorporó en el sofá en el cual habíanle estirado, y dejando colgar las piernas, cubrió sus ojos con las palmas de las manos.

Steet no tuvo miedo de ser asesinado, por el momento, puesto que aun se encontraba vivo. ¿Quizá no querrían su muerte?

Caminó vacilante, y se fijó en cuatro grandes jarrones de cerveza, jarrones de loza alemana que asombran por su contenido.

Levantó una tapa.

—Lleno hasta el borde — murmuró.

Acercó el jarrón a sus labios y bebió a largos tragos.

La cerveza era buena, y la cantidad suficiente.

Steet vió una caja de cigarrillos abierta, al lado de los jarrones.

—Por las águilas imperiales! — exclamó con satisfacción, — no descuida el "confort" mi huésped.

Encendió un cigarrillo, y fumó, intrigado.

"¿Cómo le habían llevado de la confitería?"

Conjeturas, puras conjeturas, Steet, evidentemente molesto, aplastó el cigarrillo con la punta del zapato.

—Llamemos — dijo, dando con el puño en la puerta.

Repitió los golpes hasta que la mano lastimada, le hizo cejar en su intento. Observó el reloj.

Marcaba la una de la noche.

Steet volvió a su trabajo, tratando de mirar a través de la cerradura.

Un chirrido leve, llegó del otro lado.

Se abrió la puerta cuando Steet, arrodillado, se disponía a distinguir.

—¿Reza usted, von Steet? y sin embargo, todavía no es su hora — dijo Bennet, risueño.

Steet se puso de pie, y haciendo el sordo a la ironía de Bennet, sonrióle.

—Pase usted — dijo, con una corta reverencia, — me aburro de estar solo.

—¿Con la cerveza? — interrogó Bennet. — Tengo entendido que los alemanes jamás están solos teniendo unos litros de lúpulo.

—En sus casas.

—Haga de cuenta que ésta es la suya.

—¿Por qué me aprisiona?

—Simple antojo, von Steet.

Bennet se mofaba sin descuidarse, y sus miradas se dirigían hacia el parietal derecho del alemán, inflamado extraordinariamente.

—¿Alguna distinción del emperador? — preguntó.

Steet, comprendiendo, bajó la cabeza para no hacer notar la llama traidora que brilló en sus pupilas.

Se traicionaba en el reflejo de sus ojos. El lo sabía, y cuando su enojo estallaba, esquivaba ver al adversario para no ser descubierto.

Bennet sonrió, y deteniéndose en el centro del cuarto, dijo:

—La habilidad de los hombres reside en remediar los males que pueden acarrearse, antes de producirse. Yo, adelantado señor de industria, me he tomado la molestia de traerle a este aposento, para no permitirle introducir su nariz en mis negocios. William Rubens ha estado con usted, von Steet, posiblemente con el fin de repartirse los pesotes de los planos.

Enterado está, von Steet, del porque se encuentra en mi compañía.

El alemán contestó con un gruñido. Soslayó a Bennet, y se acercó a la mesa.

Jugó distraído con la caja de cigarrillos, y por último, sacando uno, dijo:

—No voy a engañarle, Rubens vino a mi departamento pidiendo ayuda; pero me negué a tratar con él.

—Lo creo, Steet, lo creo — dijo Bennet, sarcástico, — espere un rato y pronto dejará de hacerme galanterías.

La puerta se cerró suavemente.

Arístides recomendó al criado de Evaristo no contestar por ningún pedido al prisionero...

A las diez llegó a su escritorio.

El teléfono llamaba, y atendió.

—¿Con Bennet? — preguntó una voz desconocida.

—Sí, quién habla?

—William Rubens.

—¿Cómo se encuentra usted de salud? — bromeó Arístides. — Rebosante, ¿no?

—Oiga usted. Renuncio a la lucha. Repartamos las ganancias.

—Eso se llama hablar con cordura, señor William.

—Si quiere tratar conmigo, espéreme en el café Los Dos Chinos, a las diez y ocho.

Bennet quedó con el auricular en la oreja, a pesar de que William había cortado.

—Engaños a mí — murmuró despectivo. — Tú me quieres tender una trampa, yo te regalaré con otra.

El inspector Ferrand conversó con Bennet veinte minutos...

Luego, éste almorzó con Aurelia Sáenz de Miera.

La jovencita estaba encantadora en su traje sastre.

Prodigó sus sonrisas a Bennet; y razón tenía al hacerlo.

Aurelia se hallaba enamorada, y su amor era correspondido con igual pasión. Bennet le contó someramente los resultados que el oficial Renard, encargado de encontrar a su hermano, había sacado de sus averiguaciones.

Una tendera del Temple, recordaba a Mabel L'epée, quien había trabajado en su tienda.

Decía que, "Mabel L'epée tuvo un hijo con un americano, el cual demostró su mala entraña, dando formidables disgustos a su madre. La pobre murió en 1905, por exceso de trabajo". De su hijo no tenían informes, todavía; pero, Renard afirmó dar para el anochecer algunos datos.

Bennet visitó el lugar de su futura entrevista con Rubens, acompañado por un señor de sombrero hongo, que escuchó asintiendo a sus indicaciones.

Por la manera de estudiar el local y la acera, más parecían un arquitecto y su ayudante, que un ladrón metido a detective, y un detective.

Después, Bennet fué al hospital y encontró a Tindy francamente mejorado, en un entretenido coloquio con una jovencita que, infaltable en las tardes, le consolaba de la pérdida de Milton.

Fifí, la hija de la bonachona Bertha, de la que Bennet era viejo conocido.

Soplaba un viento frío. Las calles mojadas por la fina garúa que desde hacía dos horas caía, semejaban espejos nebulosos, en las que se retrataban las luces multicolores de la ciudad.

El café Los Dos Chinos, con sus puertas de amplios cristales cerradas, se hallaba medianamente concurrido.

De cuando en cuando, una ráfaga de viento entraba dando paso a un nuevo cliente.

La orquesta del café ejecutaba una pacífica melodía al llegar Bennet, cubierto con un impermeable aceitunado, y puestas las manos dentro de él.

Mantenía entre sus labios, indolentemente, un cigarrillo de penetrante perfume; y había colocado su chambergo de castor negro, en forma desenfadada y caprichosa, torciéndolo para atrás.

Permaneció indeciso, y se encaminó a un ángulo, junto a los grandes vidrios que limitaban la calle.

Estiró la cortina de terciopelo para no ser visto por los que pasaban, y pidió un whisky.

Había inclinado su frente sobre la mesita; pero analizaba los rincones del local.

Un joven de afeminados rasgos, le observo un instante, y su vista sagaz fué recorriendo a los dos clientes que tomaban café a un lado de la puerta, al que leía una revista rusa a un costado de Bennet, y los dos ingleses que en la acera, protegidos por la cornisa del café se resguardaban de la lluvia.

Sonrió enigmáticamente, y pagando su consumación, salió abrochándose el perramus. Se detuvo en la puerta, miró a los ingleses, y luego se alejó presuroso.

La cortina de terciopelo fué plegada por un dedo enguantado. Uno de los ingleses, sacó su gorra, que tenía en posición poco garbosa, y la volvió a colocar en otra peor.

Al lado del joven caminaba un burgués patilludo, de prominente apéndice nasal, y si bien curioseaba en las vidrieras de los negocios, no por eso dejaba de vigilarlo.

Bennet terminó su cigarrillo, impasible, aunque la espera se prolongaba.

Hizo una seña a los policías para que le siguieran, y avanzó por la calle sin importarle la lluvia que arreciaba.

No así los detectives que, si bien preparados a aguantar el aguacero, maldecían en voz baja la ocurrencia de andar mojándose.

Bennet los despidió con una orden.

—Vayan a la jefatura, y den cuenta de nuestro fracaso.

Y tomando un taxímetro llegó a su escritorio.

—William ha olido la trampa — dijo mentalmente; — pero para olerla menester es que alguno o él personalmente haya espiado. Me inclino a que sea un compañero ignorado. Acaso ese joven del perramus?

Cavilando siempre, ya en el sillón de su escritorio, se fijaba en el lento ascender de las volutas de humo de su cigarro, cuando llamó el teléfono.

La voz de Rubens picó en el oído de Bennet como debe picar una serpiente.

—Creía usted cazarme cual una rata, ¿no? pues comprenda que ha perdido la ocasión de embolsar unos miles de pesos.

—Me voy a permitir dudarlo — replicó Bennet. — Yo no quiero unos miles de pesos, quiero todos los pesos.

Rubens rió sardónico.

—En su afán de lucro — respondió, — ¿no se figuró que podía quedar sin un centavo?

—Si, me lo figuré; pero la conclusión de mis pensamientos son concluyentes: o todo el dinero o nada.

—Usted da su sentencia — amenazó William....

Después de este cambio de palabras, Bennet mordió su cigarro hasta hacerle pedazos en la salivadera.

Compuso el nudo de su corbata, meticulosamente, y dejando el impermeable aceitunado por un perramus gris, se aprestó a leer de un vistazo la correspondencia.

Entre los sobres azules, le llamó la atención uno blanco, de fino papel de hilo, y escrito en letra caligráfica con tinta violácea.

—¡Diablos! — exclamó al leer. — Grandísimo inconveniente. Con Boroff en el baile voy a tener un escollo más.

Guardó el papel en su cartera, y fué a la jefatura.

X

WILLIAM RUBENS

El prefecto de París, Dubois, preguntó a Bennet:

—Ha fracasado la treta. ¿Qué piensa hacer?

—El fin de William está próximo — respondió Arístides.

Y con tono indiferente, preguntó:

—¿Qué noticias tiene de Boroff, el de la secreta rusa?

—Boroff — exclamó sorprendido Dubois. — ¿Le ha visto?

—No; no he tenido el honor; pero tengo una carta que me enuncia su llegada.

—Se persigue a dos personas por su indicación — dijo el prefecto, dando un vuelco a la charla. — ¿Sospecha usted qué sean cómplices de Rubens?

—Tengo la esperanza — respondió Bennet, chasqueando la lengua que tenía empalagosa, — y espero un llamado telefónico.

Como si estuviese combinada con Bennet, la campanilla del aparato comenzó a sonar Dubois empuñó el teléfono.

Su rostro se iluminó de alegría.

—Habla Renard — dijo. — El hombre a quien persigue está en el Temple... La casa es vulgar, y el joven ha mostrado inquietud, como temiendo ser perseguido.

—¡Hum!... Se acabó — dijo Bennet. — Deme seis gendarmes, ahora no escapará.

Se precipitaba el agua en las piedras, cuando Bennet y cuatro policías uniformados se detenían en el portón de la casa de William Rubens.

Se le reunió Renard, el burgués de prominente apéndice nasal.

—Renard — dijo Bennet, — ¿han ido los dos agentes a su puesto?

—Démosle dos minutos de tiempo — respondió el oficial.

—Perfectamente; usted con un gendarme se queda aquí, a los lados de la puerta, dispuesto a tirar. Nosotros adelante.

Hizo un gesto a los restantes policías

Su mano tanteó la cerradura.

—Pasen un trapo o un pañuelo debajo las maderas — ordenó.

Pasó un instante, y se oyó un ruido sordo dentro del zaguán.

El policía que había pasado el pañuelo, lo retiró con la llave.

—Tiene cerrojo — dijo Bennet.

Se inclinó con un finísimo serrucho de mayor de diez centímetros de largo, y la delgada lámina fué mordiendo el cerrojo vertical que sujetaba las hojas.

Los gendarmes sin importarle la lluvia, esperaban con ansiedad el final de la tarea.

Bennet se restregó las manos, y dió un discreto empujón a la puerta. Esta crujió oponiendo resistencia en su medio.

—Algún pequeño cerrojo uniendo las maderas — murmuró Bennet. — Atentos — añadió desenfundando una pistola de gran calibre.

Se lanzó encima de la puerta con ímpetu. Las hojas se abrieron violentamente golpeando en las paredes.

A pocos pasos se elevaba una escalera de

mármol. Subieron. La puerta cancel cedió a los golpes, y Bennet seguido de tres gendarmes se llevó una mesita por delante en el vestíbulo.

Dos puertas indicaban otras tantas habitaciones.

Bennet se detuvo irresoluto.

La voz de Pedro, gritó detrás de la primera puerta.

—¡Arriba, Rubens, nos asaltan!

—Allí! — rugió Bennet, tirando.

Cinco tiros consecutivos contestaron.

Un gendarme, de dos vigorosos puntapiés entró por la otra puerta.

Era un comedor. Avanzó con Bennet.

Por el vestíbulo y la primera puerta se desencadenaba un recio tiroteo.

Arístides y el gendarme penetraron decididos, y corriéndose por el comedor, entraron en un dormitorio.

Los recibió una descarga.

El gendarme pronunció una queja, cayendo en el piso lustroso.

William, cubierto de negro, pálido el rostro, huía por un segundo vestíbulo.

Lo persiguió Bennet seguro del triunfo.

Rubens cerró la puerta del vestíbulo; pasó a la cocina, se encaramó en la ventana que daba al techo de otra casa, y , sin un momento de vacilación, se largó.

Bennet, sin obstáculos, se asomó en la ventana.

William se escurría por el techo poniéndose a resguardo de las balas.

Arístides barbotó una imprecación.

Tarde, muy tarde, aparecían los dos gendarmes por los techos inmediatos.

Ebrio de furor aunque sereno, se descolgó del alféizar.

Varios plomos se estrellaron sobre el techo sin tocarlo.

Los policías confundiéndolo, le tiraban.

Se corrió por la cornisa ocultándose a ambos gendarmes, y vió en el otro extremo el cuerpo de Rubens balanceándose en el aire.

Hizo funcionar el gatillo de su pistola.

Rubens emitió un ronco grito, y descendió de lo alto, desapareciendo en un patio vecino.

Bennet puso la pistola entre los dientes y colgándose en el aire, llegó al final. A sus pies se extendía una tupida parra.

De Rubens no se notaba indicio.

Bennet, observó una gruesa rama a ocho metros de distancia.

Calculó y poniendo sus músculos en tensión, se lanzó al vacío.

Quedó agarrado a la rama con las manos lastimadas.

El patio estaba ahora sólo a seis metros. Se dejó caer.

La puerta del zaguán, chilló abriéndose.

Se perfiló la figura de Rubens a la luz temblorosa de la calle.

Bennet tiró, pero tarde, porque la puerta se cerró de golpe.

Llegó Arístides con los labios apretados. En la calle sonaban sin interrupción las detonaciones de los revólvers.

La lluvia fustigó su cara. Un policía yacía en el suelo en medio de la calzada empuñando de arma aún.

El golpear de unos zapatos a la carrera, dió en sus oídos.

—A la izquierda — tronó, comenzando la persecución, ágilmente.

Renard, el que desobedeciendo la orden de Bennet, al empezar el tiroteo había entrado creyendo de necesidad su ayuda, al oir tiros en la calle, volvió.

Oyó el grito de Bennet, y vió al gendarme en la calzada.

Corrió a su vez, siguiendo la silueta de aquél, que se divisaba confusamente...

El fuego había cesado arriba.

La vecindad alarmada, despertaba, cuando Ferrand con un hombre de baja estatura, cubierto hasta las orejas por un sobretado azul desembarcaron de un automóvil.

Sin mirar al gendarme herido, subieron.

En el vestíbulo se encontraron con dos policías que acababan de derribar una puerta.

Entraron en un dormitorio.

Pedro, moribundo en un lago de sangre, se agarraba al respaldar de la cama.

El del sobretodo comenzó a revisar sin inmutarse.

—¿Dónde está Bennet? — preguntó.

—El señor Bennet fué por estas piezas, señor — contestó un gendarme.

Ferrand y los policías pasaron al comedor.

Llegó la ambulancia llevándose a los heridos.

En el viaje, el detective ruso Boroff, jugaba con los planos rescatados.

—¿Quién tendrá el resto? — exclamó Ferrand.

—No guarde cuidado, caerán a su vez en manos de la justicia — respondió Boroff.

XI

STEET LIBRE

El inspector Ferrand, entró ufano en el despacho del prefecto, con su compañero.

—Señor — dijo sin ocultar su gozo. — la mayoría de los planos se encuentran en nuestro poder.

—¿La mayoría? — interrogó Dubois, extrañado.

Ferrand le explicó lo sucedido.

—Bennet y Renard — concluyó, — persiguen a Rubens.

Boroff, el detective ruso, había encendido un largo cigarrillo eslavo.

—Esos planos — murmuró Dubois. — Debe haber un misterio.

—Lo descifraremos — dijo Boroff, de pronto.

Momentos después llegaba la noticia de la muerte de William Rubens.

Renard, se presentó mojado a la oficina.

—Cuente como murió — dijo Dubois, indicándole un asiento.

Se enteraron minuciosamente.

—...y al correr Bennet — terminó el oficial, — lo seguí comprendiendo que al guien se le escapaba.

Perdí terreno en la carrera; pero me guiaba por los gritos de Bennet, a través de la cortina de agua.

Sonaron varios tiros. Me acerqué a Bennet, quien tirado en la acera contestaba.

Rubens, encaramado en un taxímetro qu.

pasaba por casualidad, se nos iba. El cocne se alejó unos metros, y Rubens que estaba agachado en el estribo derecho, cayó de él. Nuestras balas habían dado en el blanco. Tiró todavía, moribundo como se hallaba, y Bennet lo ultimó a sangre fría.

Se asomó Bennet empapado, y dijo con sorna:

—Debió usted agregar que le pegó primero.

Sentóse sin cumplimiento frente a Boroff, guiñándole un ojo.

—¿Qué tal los documentos? — preguntó.

En las facciones pecosas del detective se dibujó una sonrisa.

—Intactos — contestó.

—¿Qué se sabe del hermano de mi recomendada, Ferrand? — preguntó Bennet cambiando el tema.

—Ahora me informaré — respondió el inspector, apretando un botón eléctrico.

Dubois, el que paseaba por la sala, se detuvo y dijo:

—Steet puede ser largado para aliviarnos. ¿Ha leído usted los diarios?

—Al galope — dijo Bennet bostezando.

—Pues, no hacen más que llamados de energía a la policía, e hipótesis sobre el secuestro.

—No podrán quejarse; esta misma noche lo haré volar de su jaula.

Bennet al decir esto, con tono zumbón, ofrecía habanos a Boroff y a los jefes franceses. Boroff rechazó con una inclinación.

—¿No fumas Boroff?

—No, son muy fuerte los cigarros.

El detective Patou, acudió al llamado de Ferrand.

—¿Hay algún adelanto en la investigación de Mabel L'epée? — preguntó el inspector.

El detective parado al lado del escritorio, sacó un papel del bolsillo interior del saco.

—La investigación va con resultados positivos — dijo observando a las cuatro personas que, parecían escucharlo atentamente. — Luego de la muerte de Mabel L'epée, parece que su hijo, de nombre Pedro, vagabundeando por los caminos se perdió en las provincias; volviendo aquí por el año 1910, en el mes de Septiembre, siendo detenido por robo y asalto y puesto a disposición del juez de menores.

Pero en Octubre del mismo año, Pedro L'epée huyó asombrando por su precoz habilidad. La policía le buscó sin resultados, y en 1911, el agente de investigación Piqué, le vió acompañado de un tal Sombrío.

Este Sombrío forma parte de la banda de Mompurgo.

Patou dijo esto, haciendo una pausa, para acentuar el valor de su descubrimiento.

—El Sombrío — prosiguió — es el hombre de la galera que fué detenido por el señor Bennet hace tres días. Presumo entonces, que Pedro L'epée forma parte de la banda y ha fugado.

—¿Tiene usted fotografía de él? — dijo Bennet.

El detective sacó una foto, entregándosela.

Bennet la miró. Luego, mientras los policías esperaban sus palabras, dijo:

—Lamento no poder haber servido a mi amiga Aurelia. Su hermano murió hace una hora. Era el cómplice de William Rubens; el que en el café Los Dos Chinos, seguido por Renard nos indicó la guarida de aquél.

—Dramas del destino — dijo Boroff...

Bennet se paseaba excitado por una pieza del petit hotel de Evaristo.

Envuelto en su robe de chambre, de cuello escarlata, a grandes pasos iba de la estufa a la mesa, donde una serie de botellas y un sifón le servían para que, tomando un descanso, se despachara con una copa.

—¡Bah, bah! después de arriesgar el pellejo — pensaba con humor de perro — Boroff viniendo detrás mío como el chacal detrás del tigre, se lleva los planos. Esto se llama injusticia, ¡Vive Dios!

—¿Qué hago ahora? ¿Reñir con él y con los franceses? No, a menos que no me ataquen. Justo es que me paguen mis servicios... y los planos.

Bennet reía.

Bebió una copa de whisky, lentamente, y pasando a la otra pieza, apartó los cerrojos de una tercera.

—Steet — exclamó. — Arriba, von Steet; el rato que debía esperar ha pasado.

Steet, el delegado alemán, tenía en sus manos la caja vacía de los cigarrillos. Al entrar Bennet se inclinó con aire marcial.

—Llega usted para renovar mis provisiones — dijo con voz que quería ser jovial y sonó a graznido.

—Algo más que eso, von Steet. Le doy de asueto.

Los ojillos grises del alemán se dilataron de sorpresa y desconfianza a la vez.

—¿Qué hora tiene? — preguntó. — Mi reloj no funciona.

—Las veinte y dos en punto meridiano. A los presidiarios los largan a las veinte y cuatro.

Steet hizo una mueca indefinible. Compuso sus ropas, y dijo:

—Le sigo.

—No; así no, mi querido Steet. Saldra con los ojos vendados; pero antes debo notificarle de ciertas cosas interesantes.

A pesar de la finura de las palabras, éstas no admitían réplica.

El alemán se encogió de hombros.

—Hable usted — dijo.

—Por últimas noticias, se que Rubens y un compañero llamado Pedro, han muerto. Los planos están en poder de un señor que no soy yo; y con esto se cierra el crimen del Expreso con todas sus continuaciones.

—Por lo cual me regocijo — dijo Steet.

—Idem, mi querido von Steet, idem — burló Bennet.

—Y, agregó chanceramente mientras sacaba una caja de lata del chaleco:

—Idem, quiere decir el mismo o lo mismo. ¿Acepta una pastilla?

Mostraba una de color blancuzco y forma cuadrada.

—No me gustan las golosinas — rechazó Steet, temiendo ser envenenado.

—Conque desairándome, von Steet. Masti que usted la pastilla, le conviene.

—Es amenaza — gruñó Steet, bilioso.

—Olvida usted el respeto que debe al dueño de la casa — dijo cortante Bennet. — Y

además, le prevengo que nadie sabe de su permanencia... en esta habitación. Me comprende?

Steet compuso cara política.

—Haré lo que usted diga — respondió.— Espero que en nada puede servirle mi muerte

—Si usted no se revela, le haré ver la próxima guerra.

El delegado alemán aguzó el oído, pero permaneció sordo a los últimos vocablos...

XII

BOROFF, EL DETECTIVE RUSO

Tanto Dubois como Ferrand recibían los plácemes del ministro y de numerosas autoridades por el pronto éxito de su difícil misión.

Pero, esta vez, a pesar de las felicitaciones, sabían que no había terminado "El Crimen del Expreso". Por entre la maraña de idas y venidas de Bennet, de los actores en la pesquisa macabra, y por las advertencias de Boroff, el detective ruso, una preocupación poderosa los tenía a la expectativa.

Boroff había entrevistado a Dubois a la mañana de la muerte de Milton, el detective de Scotland Yard, y le dijo:

—Señor prefecto, ¿sabe usted por qué Bennet ataca a Rubens, y Rubens a Bennet? Porque, al ir Bennet a capturar a los cómplices de Mompurgo, corrió a Jakins que, huyendo se había encerrado en el escritorio; y y arrebatóle la primera parte de los planos. Jekins quería huir por un pasadizo que hay en el escritorio, y que yo descubrí al investigar la casa.

De ahí a mí entender, que Bennet esperanzado en tomar el resto de los planos los secunda.

No le será trabajoso recordar que hace cuestión de dos años escasos, Bennet estuvo a punto de escamotear los planos de defensa rusa.

—Le agradezco su advertencia, señor Boroff — dijo Dubois, el cual rogó a los ángeles por la feliz intervención del detective. — Si tiene algo más que decir, aunque sea entrando en mis atribuciones, dígala sin demora: dos ven más que uno, y las consultas suelen dar buenos resultados.

Boroff volvió a tomar el hilo de sus pensamientos, demostrando que todavía debía decir algo.

—Señor prefecto, mi plan es que siendo Bennet de muchísima utilidad, siga usted valiéndose de él para terminar con Mompurgo y Rubens. Yo, modestamente, le sacaré el pan de la victoria, o sea los planos...

Así se vengaba el detective Boroff, de su derrota en el robo de los diamantes del gran duque Pedro, en Petrogrado, diamantes cuyo destino sólo sabía su actual dueño, Bennet.

Daban las veinte y cuatro. Medio París dormía y el otro medio bailaba.

El tiempo seguía inestable. El cielo de la ciudad era una masa negruzco rojiza; y continuaba lloviznando.

Un Fiat frenó en una plaza solitaria. Se abrió una portezuela. y un hombre bajó torpemente.

Su rostro congestionado y estúpido, y su cabezota semi pelada, quedó a la intemperie.

Un brazo salió del coche y le colocó bruscamente un sombrero abollado, dando quizá para asegurarlo, un puñetazo final.

—Von Steet, pase usted muy buenas noches — dijo asomándose por la ventanilla la cara afeitada y simpática de Bennet.

Y se perdió el automóvil entre la lluvia, vigilado por un taxi parduzco. Aristides hecho un vistazo a la capota.

—Me siguen — gruñó. — Ahora que les serví para despachar a Rubens quieren quitarme el resto de los planos. Les quedará en el gaznate...

Steet, después del cariñoso saludo de Bennet, permaneció bajo la lluvia, atontado. La fresca impresión del agua fué reanimándole del sopor que le había causado la pastilla tomada.

Miró extraviado, y llamó a un taxímetro que pasaba. Se estiró en el asiento con un suspiro.

Steet concentraba su odio, gota a gota. No podía perdonar a Bennet el haberle impedido accionar para posesionarse de los planos.

Acaso Rubens habría vuelto a su departamento aceptando la partición?

Esa noche, dió órdenes a sus hombres que le observaban pasmados de verle vivo aún. Habló por teléfono al embajador de alemania; bebió un candial y cambiando de traje, pidió su "Essex", embarcándose con dos agentes alemanes, espías como él, y a su mando...

El reloj de la jefatura dió la una.

Dubois estaba en su despacho con Boroff.

—Es preciso — decía el detective ruso — que Bennet no se nos escape. Quién lo cuida?

—Ferrand, Renard y Patou — respondió el inspector.

Y demostrando la seguridad que tenía en ellos, añadió:

—Reconozco que Bennet es sumamente ladino; pero, escapársele a los tres mejores detectives de la secreta que tan bien lo conocen, me parece imposible.

Boroff compartió la opinión de Dubois, sin demostrar seguridad.

—Corremos el riesgo que al desaparecer conmine al gobierno del zar a pagarle los documentos — dijo; — y nuestra influencia quedaría disminuída si el gobierno de Petrogrado paga a Bennet.

Dubois a quien la perspectiva de que los elogios del día se trocaran en recriminaciones y quejas en un futuro cercano, tiró enérgicamente de su perilla.

—Y como Steet no se quedará quieto — prosiguió Boroff, — debemos temer que le robe los planos.

—Cuidaremos a Steet paso a paso — dijo

Entró un oficial.

—Señor prefecto — dijo. — De la embajada alemana dan parte de que Eriberto von Steet ha vuelto a su departamento sano y salvo.

Dubois hizo un gesto para que se retirara, y dijo sonriendo:

—Bennet lo ha soltado. ¡Diablos! hay que mandar un policía a examinar sus maniobras.

—Ya envié a Patou — declaró Ferrand, apareciendo por la puerta de vidrios.

El inspector tenía los hombros caídos, con aire de derrota.

—¿Y Bennet? — interrogó Dubois.

Boroff hizo una mueca, adivinando.

—Descubrió que lo perseguíamos y escapó — murmuró Ferrand, abatido.

—Era de preverse, Ferrand — dijo Boroff. — La única seguridad es tenerle entre rejas. Por desgracia no es posible, saldría a las cuarenta y ocho horas. ¿Dice usted qué Patou vigila a Steet? Sin dejar de reconocer sus méritos, no le doy capacidad.

—Ferrand, de parte a las comisarías para que se detenga el coche. Lance automóviles policiales en su busca, en fin, actívese — exclamó Dubois.

Boroff se despidió sin fiarse en los métodos comunes.

Dos ideas germinaban en su cerebro. Convencer a Jekins que declarara en contra de Bennet, acusándole de tener los planos; y, seguir a la sombra de Steet. El alemán sabía las tretas de Arístides, y por lo tanto, servía de perro olfateador.

XIII

AURELIA RECIBE VISITAS

Aurelia sufría de una insoportable jaqueca.

Debido a esto, quedó en su casa quinta sin más compañía que la caja de obleas de piramidón y sus libros.

La servidumbre dormía.

La joven, fatigada de leer, abrió la ventana de su alcoba, y aspiró unos instantes la brisa nocturna. Su grácil cuerpo, abrigado con las sutiles ropas de dormir, se dibujaba graciosamente en el marco de luz.

Se estiró en la cama, cubriéndose con la colcha de seda, quedando a oscuras. Al rato, el viento demasiado fuerte, y la lluvia que comenzaba a caer nuevamente la obligó a cerrar.

Unas gotas de agua golpearon en su pecho causándole un estremecimiento. Miraba Aurelia precipitarse la lluvia espesamente en el vidrio, distrayendo su falta de sueño, cuando una mano arañó en la madera. Oyó un levísimo crujido, y la punta de una palanquita de acero penetró uor el alféizar y la hoja de la ventana.

Aurelia súbitamente sorprendida, retrocedió hasta le mesita de luz, y recogió un revólver niquelado que brilló en su mano.

Una ráfaga fría entró; pero nadie se veía en la ventana.

—Vaya, espero que el susto no habrá sido tan grande — murmuró una voz risueña.

—¡Bennet! — exclamó la joven dejando de apuntar.

—El mismo — dijo apareciendo Arístides, con el sombrero hecho sopa y chorreando líquido por las alas. — Siento venir de noche, en esta forma.

—Usted a estas horas, ¿qué desea? — preguntó Aurelia acercándose.

—Le aseguro que me hace poca gracia estar colgado de una ventana en una noche como esta. Los que podrían verme — pierda usted cuidado, no hay ninguno — creerían en un Romeo al asalto de su amada; pero se equivocan estúpidamente.

La joven ante el tono chancero del siempre jocoso ladrón, sonrió dejando el revolver encima del lecho.

—¿Tiene algo que decirme? — preguntó.

—No; tengo algo que darle a guardar.

Con una inflexión de brazos se encaramó en el alféizar, sentándose a caballete. Sacó un gran sobre amarillo de su saco, no sin maldecir el impermeable que le embarazaba, y dijo:

—Me he propuesto confiar en usted, fiado en su palabra que para mí es una garantía. Al llegar aquí, he pensado para no comprometerla y nadie se enterará de nuestra conversación. Me veo obligado a fugar por motivos que no puedo decirle. Este sobre guarda la honra de una persona de figuración, depositada en mis arcas; yo la deposito en las suyas, por el momento. Acepta usted el guardarme en el más absoluto secreto el sobre?

La joven permaneció irresoluta.

—¿Promete usted que en el sobre no hay más que lo dicho? — preguntó.

—Me conoce usted mal — dijo Bennet con pena. — ¿Puede usted creer que yo le mienta y que quizás la comprometa?

La joven se sintió ganada por su compatriota.

Bennet se había portado bien con ella. En vez de un ladrón era el primer galante de los caballeros.

—Los pondré en mi caja — dijo: — cuando vuelva los tendrá a su disposición.

—Esperaba esa prueba de confianza — bromeó Bennet. — Hasta pronto.

—Adiós — respondió Aurelia con el sobre entre los dedos.

Arístides estaba en el suelo de ladrillos del jardín, A pesar del agua que caía con más furia que nunca, se descubrió ganando de largo la tradicional cortesía francesa...

Los diarios de la madrugada traían declaraciones de Steet, y la muerte de Rubens y Pedro L'epée, dándose así por exterminada la banda de Mompurgo.

Los planos en su totalidad se hallaban en poder de la justicia...

De Bennet no se decía una sílaba...

Boroff no pudo esclarecer el paradero de Bennet; y Steet contuvo su venganza para mejor ocasión; mientras tanto — según decía Bennet — le bajase la inflamación del cráneo.

Una semana de descanso, después de cuatro días emocionantes, venía como un bálsamo a los policías; pero, tres hombres había que no descansaban: Bennet, Boroff y Steet.

Ahora, uno escurría el bulto, y los otros dos le buscaban. Von Steet en una habitación de la embajada, esperaba a dos espías. También el tenía una idea, y no era mala para conseguir sus fines.

Los espías, tampoco hoy habían logrado un barrunte; entonces. Eriberto von Steet los llevó a un rincón de la habitación...

Luego, conversó con el embajador afablemente.

A las veinte y una, hundido en los cojines

de su coche rondaba por la ciudad con una satisfacción maligna en su semblante, que iluminaba la punta de fuego de su cigarrillo rubio...

Bennet, desfiguraba la nariz y la boca, pobladas sus cejas de pestañas de un bronce subido, lleno de arrugas alrededor de los ojos y con la piel de un morocho tostado, volvía a la casa quinta de Aurelia Sáenz de Miera, tomadas sus precauciones y perdida su pista para los rivales.

A pasos largos, sin temor de ser reconocido, llegó a la quinta. Entró sin llamar, y pasó a la sala de lectura.

Aurelia en traje de noche, y calzando zapatos de lamé de tono plateado, descendía por la escalera de los dormitorios.

Al penetrar en la sala de lectura, asombrada, encontró leyendo a un feo señor de tez oscuredida, que la saludó con una sonrisa mostrando su dentadura llena de caries.

—Por lo visto, tengo poco garbo — dijo Bennet.

—Original disfraz — respondió la joven, examinándolo. — ¿Cómo ha llegado?

—¡Oh! sencillamente por las puertas.

—¿Supongo que viene por el sobre?

—Sí.

La jovencita se dirigió a una biblioteca, y sacando un tomo de grandes dimensiones que llevaba impreso en el lomo: "Diccionario Enciclopédico Italiano", abrió las tapas, que no cubrían hojas, sino un espacio lleno de papeles y cartas.

Sacó el sobre amarillo, y colocando el libro en su puesto, se volvió diciendo:

—Para usted el libro caja fuerte no ha de ser nuevo.

—Cierto — contestó Bennet guardando el sobre que le ofrecía Aurelia. — Aunque por lo grande y por ser diccionario llama la atención, y eso demuestra poco tacto en su creador.

—Acaso tenga usted razón — dijo la joven con un gesto que indicaba su apresuramiento. — Ya son las veinte y una y media.

Miró su reloj de bolso.

—Siento no poder quedarme; tengo una cita urgente — agregó.

—Yo lo mismo — dijo Bennet, dándose cuenta que la joven si bien no rechazaba su amistad, no le agradaba mucho. — Pase usted muy buenas noches.

Bennet se retiró con las luces del vestíbulo apagadas, y, una voz tuvo la virtud de pegarle a la pared, oculto en las sombras.

Dos señores correctamente vestidos entraban en el jardín, sin llamado alguno.

Bennet duro cual una piedra, retrocedió por la pared, ocultándose en una saliente de la casa.

Hechó un vistazo a la calle, esperando ver un coche.

Los dos hombres, mientras tanto, abrieron la puerta se metieron, cerrándola sin ruido.

Aurelia daba de asueto a la mucama toda la noche, a pedido de ésta; y abrochando su capa iba a salir del comedor, cuando llena de asombro vió avanzar por el vestíbulo a los hombres, revólver en mano.

—Ni un grito — amenazó el más alto.

La mucama llena de terror trató de gritar, y sus labios se llenaron de saugre. Uno de los dos asaltantes, de un bofetón cortó la exclamación de auxilio.

—A ver si quedan quietitos, — habló Bennet armado de una descomunal pistola a sus espaldas.

Ambos asaltantes quedaron atónitos.

—Sáquele usted esos juguetes, Aurelia— prosiguió Arístides.

Los asaltantes cayeron uno detrás del otro heridos por un rayo.

Justo a tiempo, pues giraban sobre sus talones dispuestos a morir antes que entregarse.

Bennet cimbreaba en su diestra una goma larga, de unos veinte y cinco centímetros, teniendo en una de sus puntas una pelota maciza.

—Ayude usted a su mucama — dijo viendo los labios de la mucama tajeados del golpe contra los dientes. — Parece que esta noche tendrá una molestia insignificante. Tomó el teléfono, y pidiendo comunicación con la jefatura, preguntó:

—¿Hablo con Renard?

—Sí — contestó la voz de éste. — ¿Tú eres Bennet?

—La casa de Aurelia Sáenz de Miera ha sido asaltada hace un instante por dos alemanes amigos de Steet. Mi intervención defraudó sus inmundos manejos.

Cortó y agregó rápidamente, mientras salía:

—Sus declaraciones tal como a sucedido.

Observó a la joven significativamente.

Aurelia contestó con una inclinación de cabeza, comprendiendo...

Von Steet esperaba en la esquina la señal de sus hombres para llegar con el coche y llevar la joven raptada.

En la obscuridad vió avanzar un hombre.

—¿Listo Petrovich? — preguntó asomándose por la portezuela.

Petrovich afirmó con un gesto, y su brazo envió algo con leve movimiento.

Eriberto von Steet estiróse en los cojines, desvanecido.

Bennet desde el estribo, apuntaba con una pistola al chauffeur.

—Baja — ordenó.

El chauffeur dejó su lugar con los brazos elevados.

La goma lo golpeó en el cráneo derribándolo en la acera, perdido el conocimiento.

Bennet manejó el volante, y el Essex del delegado alemán, partió a tren de carrera... Por segunda vez Steet era prisionero de Bennet...

XIV

EL GOBIERNO RUSO PAGA A BENNET

Durante seis días, von Steet a merced de Arístides esperó la muerte serenamente. El que le traía los alimentos, un griego parco en palabras, contestaba con gruñidos y tenía un mirar tan fijo que cortaba.

No era la lujosa y confortable habitación de la otra vez, la que le servía de cárcel.

Dentro de un calabozo revocado de mezcla ordinaria, poseía por cama una tabla y por mesa una silla vieja, sin esterilla.

Las necesidades más obligadas las hacía en un rincón del suelo de tierra, y por luz gastaba una vela de sebo que despedía un olor nauseabundo.

Eriberto von Steet, oficial de los ejércitos imperiales, se encontraba tratado asquerosamente.

A sus pedidos de lavarse, su cuidador, de una pulcritud intachable, respondía con un silencio amenazante. La boca pastosa, mal oliente, los ojos sucios, las manos secas de la tierra acumulada; von Steet se avergonnzaba sin verse.

En verdad, el alemán no sabía con precisión cuantos días había pasado en su prisión. Su carcelero lo llamó, diciéndole:

—Sígame usted.

Eriberto acompañó al griego por un corredor iluminado con una bomba eléctrica que colgaba del techo.

Subió ciento cincuenta escalones excavados en roca viva, notando que daba vueltas, y se detuvo a un ademán de su carcelero en un descanso de unos cuatro metros cuadrados. La escalera seguía escalando las entrañas de la tierra. A la izquierda había una puerta. Entró en un cuarto espacioso. Las paredes de piedra, igual que el techo, estaban finamente pulidas; la luz bajaba del techo por una lámpara totalmente de cristal azul. No adornaban más muebles que un escritorio de caoba negra, estilo Luis XV, lleno de papeles y rollos de manuscritos.

Dos sillones modernos, americanos, y un aparador mediano al lado de una puerta de cedro, la cual estaba frente a la otra que daba entrada a la pieza.

Una gruesa alfombra de vivos colores de Smirna se extendía a los pies del escritorio.

Detrás de éste, una persona ocupaba un sillón.

—Adelante, von Steet — dijo Bennet, vestido con un traje gris perla.

En su corbata un alfiler de brillantes, despedía a la luz azulada de la sala subterránea matices de las otras tantas facetas.

Su rostro severo, de un blanco mate, y sus pupilas negras, tenían extraña sugestión.

El griego trajo un taburete de almacén.

—Siéntese usted, Eriberto — mandó Bennet. — No le ofrezco un sillón porque huele mal y podría ensuciar el cuero.

—Acato — respondió el alemán con voz opaca.

—Le había prometido hacerle ver la próxima guerra, mientras no me fastidiara. Recuerda? Pues, su conducta me obliga a despacharlo de este mundo por incorrecto.

—Mi muerte no le va a producir dinero — dijo Steet sin un solo temblor.

—Usted, Steet, es un mosquito zumbón, y molesta por sus constantes vuelos. ¿Qué hace usted cuándo un mosquito molesta?

—Soy muy compasivo con los animales — declaró Steet, irónico. — Jamás maté una mosca.

¿Pedía clemencia el delegado alemán o se burlaba?

—Tengo su misma opinión, a los animales no hay que matarlos, puesto que no comprenden.

—Les falta cerebro — agregó el alemán como si estuviera en un club.

—Pero los hombres, von Steet; a los hombres hay que eliminarlos cuando amenazan con una guerra. Usted se ha hecho punible de un castigo.

Concuerdo con usted; pero, ¿tendría la bondad de ofrecerme un cigarrillo?

Pericles, da un cigarrillo al señor.

El griego apareció por la escalera de piedra, se acercó al escritorio y tomando una caja la tendió a Eriberto.

—Pericles — dijo Steet fumando con fruición — no se parece a su homónimo ilustre. Aquel hablaba mucho, y éste es mudo.

Unos pasos en la escalera, resonaron profundamente en la pieza.

Entró Pericles con una carta que depositó sobre los papeles y manuscritos. Bennet recogiéndola, la leyó lentamente.

Steet lo devoraba con la vista, y miró la puerta.

El griego debía estar afuera. Los ojos del alemán, cuyas escleróticas estaban cargadas de sangre, se fijaron en la pistola colocada encima del escritorio, a un lado de Bennet.

De un salto se avalanzó hacia ella.

Arístides se echó para atrás, y no pudiendo agarrar la pistola, de un golpe la mandó al suelo.

El alemán se agachó.

El puño de Bennet le dió en el pómulo izquierdo mandándolo a la mitad de la habitación, Steet aunque mareado, saltó de nuevo contra Bennet para no dejarlo posesionar de la pistola.

Arístides, impasible como una roca, lo esperaba. No había querido recoger la pistola, la cual de un puntapié envió debajo el aparador.

Su derecha golpeó ruda en las cejas de Steet, deteniéndolo en seco; y su izquierda lo sacudió en las costillas.

Steet sólo pudo rozar el mentón de su contrincante.

Trastabilló dos pasos, pero su naturaleza de bisonte reaccionó ante los fuertes impactos.

Bennet en vez de rematarlo, permaneció con las manos semi caídas. Volvió al ataque Steet. Esquivó una izquierda y lanzó su derecha a fondo. Arístides bloqueó el golpe, y su derecha con inusitada fuerza contragolpeó con justeza en la barba de Steet.

El alemán sin emitir un quejido, rodó sobre la alfombra, boca abajo, con la cara tumefacta.

Pericles desde el umbral, contempló en silencio la última escena. Bennet le indicó a Steet.

—Lléveselo — dijo pausadamente. — Ya sabe donde hay que alojarlo.

Se inclinó junto al aparador, e introduciendo una mano, quitó la pistola poniéndola encima los papeles; luego, miró al cuerpo de Steet que arrastrado por Pericles desaparecía por el descanso volviendo a descender, y tomó la carta cuya lectura había interrumpido bruscamente.

El gobierno de Petrogrado se conforma con pagar sus servicios y los planos que guardaba todavía, por la suma de dos millones de rublos...

Quince minutos después, llegó Pericles.

Bennet escanciaba una copa de oporto. Pe-

ricles llenó una porción y la trasegó de un trago.

—Eriberto von Steet está en el pozo — dijo. — Le oí gritar desesperadamente, chapuzando en el agua, en la eterna negrura de la tierra.

—Justo fin para un hombre de su calaña — respondió Bennet.

Salieron de la habitación, y subieron la larga escalera de piedra que daba vueltas...

El Crimen del Expreso era ya un recuerdo lejano. Boroff de nuevo en Rusia, se conformó con la mitad de la victoria.

Tanto Dubois como Ferrand, sin pruebas para acusar a Bennet, puesto que Jekins prefirió no hablar y tomarse la venganza por sus medios, quedaron satisfechos del final, aunque el misterio de Steet, permaneció para siempre en el silencio de la muerte.

Inútiles fueron los pedidos del embajador y las actividades de los policías. Y más inútil el buscar a Bennet.

XV

UN CASAMIENTO EN NIZA

El palacio de Aurelia Sáenz de Miera en Niza, esa noche, a principios de la temporada, abría sus salones para celebrar el casamiento de su dueña.

Muchas eran las figuras de la sociedad argentina que llenándolos, asistían a los desposorios de su compatriota con el escritor y diplomático colombiano Martín Serra Costa, joven de agradable presencia y reconocidas dotes literarias.

Tres salones consecutivos, adornados con decoraciones modernas e iluminados con arañas de puro cristal, dejaban en la más completa claridad los apartados rincones.

Por las anchas puertas blancas que comunicaban con el frondoso y florido jardín, embellecidos por las abiertas flores, entraba una brisa suave, embalsamada por el perfume de las flores.

Dos orquestas, cuyos componentes vestían de smoking, situadas, una en la segunda sala, en una plataforma; y la otra en el jardín en una glorieta artificial, amenizaban la animada recepción con selectos trozos de música.

La fiesta se hallaba en todo su esplendor; parejas de jóvenes danzaban por los encerados pisos al compás de un alegre vals.

Los grupos de damas y caballeros alternaban en amena charla.

Aurelia y su esposo, en la segunda sala, recibían aún algunas felicitaciones, y ya los jóvenes se instalaban en el anchuroso parque, amigo de las pláticas secretas, cuando un invitado indiferente a las conversaciones y a los influjos de la noche, avanzó por los salones.

Su elegante silueta, su porte distinguido y su simpática cabeza, atrajo la atención de la aristocrática concurrencia, máxime que ese señor era un extraño para ellos.

Con una burlona mirada en sus negros ojos, pasó por la segunda sala, y parándose bajo las luces, observó atentamente.

Inmediatamente, se acercó al grupo formado por Aurelia y unas amigas, con una sonrisa enigmática.

La joven que lo había reconocido, se separó.

—¡Usted! — dijo sin ocultar su alteración — Esperaba cualquier sorpresa menos esta.

—No tema — dijo el joven; — aquí soy conde ruso, y ninguno de los presentes puede decir lo contrario. Tengo mis títulos legales...

Aurelia se calmó.

—Sufriría usted un descrédito ante la sociedad argentina si supieran que en sus salones pasea Arístides Bennet — prosiguió el joven; — pero en cambio, es el conde de Krodine quien la saluda y besa la mano respetuosamente.

Aurelia examinó las facciones de su célebre compatriota... en el robo y la delincuencia.

La potencia de ese hombre era grande, su habilidad enorme, y la joven olvidó todo lo malo de él, para admirar lo bueno.

—Respetará usted a mis invitados — dijo francamente, — y yo creeré que es un compatriota más, entre estos amigos.

—Vine a expresar mis parabienes, y, a responder por mi fama...

—No comprendo — dijo la joven; — sus palabras son vagas.

—Quede en su ignorancia, mi querida amiga. Voy a saludar al señor Serra Costa..

Martín Serra, se aproximaba con una sonrisa de amistad.

Las miradas discretas de los invitados convergían a la pareja.

—Me admiraba de no verle aparecer — exclamó el esposo de Aurelia.

—Me acaeció un percance — dijo Bennet estrechándole la mano.

Aurelia tratando de estar serena, ocultó su estupor.

—Llego tarde para presentarle a mi esposa — bromeó Serra Costa. — El conde de Krodine — prosiguió dirigiéndose a la joven — es un viejo amigo mío, muy enterado de nuestra América, Repite los nombres de todas las calles de Buenos Aires como el mejor porteño.

—El señor conde — dijo la joven con dejo irónico que no pasó desapercibido a Bennet — sabe presentarse sin embajador.

—Permítame conde que le presente algunos amigos — dijo Serra Costa.

—Querido Serra, déjeme la satisfacción de anunciarme solito — respondió Bennet con un guiño de ojo, alejándose.

—Un poco raro el conde — declaró Martín; — pero una persona excelente.

—Es ceremonioso — dijo Aurelia con frialdad. — Nunca me hablastes de tu amistad con él.

—Nos vemos tan de tarde en tarde, ¡y estando a tu lado cómo para recordarlo!

—Martín — llamó la joven a su esposo que dejándola, saludaba a un caballero de perilla negra, imponente aspecto, bajo, con cuerpo de atleta, y que cruzaba en la impecable pechera blanca una banda azul.

—¿Aurelia?

—Una pregunta. ¿Has invitado algún otro noble ruso?

—A pedido del conde de Krodine — respondió Martín, volviendo con el caballero de la banda azul.

Martín Serra Costa presentó su esposa al gran duque Rojo Borodine, pariente lejano de Bennet, de origen entreriano, y cuyos títulos de nobleza habían quedado archivados en los libros de una comisaría de la campaña.

El duque Rojo Borodine se ganó la simpatía de Aurelia; pero no borró la desconfianza que la joven sentía. Para ella el Borodine ese era un mistificador igual que Bennet.

¿Y, estarían alrededor de su esposo disfrutando de su amistad?

La joven se revelaba sólo al pensarlo.

Bennet, recorrió el parque y las salas, para detenerse en el ambigú de la tercera.

Con envidiable apetito fué probando cremas y sandwiches, alternando con los vinos espumantes. Escrutó las personas sagazmente, porque buscaba entre damas y caballeros en animación, conocidos.

Se apartó de la mesa, y saliendo por una de las puertas, dió vuelta a la glorieta donde los músicos ejecutaban el vals Danubio Azul.

Estaba junto a una hermosa mujer de cabellos negros peinados con una raya en el medio, y terminando por unirse en la nuca, cubriendo las orejas.

Tenía el busto semidesnudo, de forma escultural, y ceñía su vestido de raso crema tachonado de lentejuelas, fuertemente al cuerpo.

Los ocultaban de las otras parejas una hortensia de flores rosadas.

La luz de la luna caía sobre ambos, iluminando especialmente la esbeltez de la mujer.

—¿Me recuerdas preciosa? — preguntó Arístides.

La joven retrocedió un paso y su busto se alzó en una exclamación ahogada.

—¿Conque invitada?

—Igual que tú — dijo la joven con modulado tono de voz, por el cual se destilaba un rencor sutilísimo.

—Vine especialmente para encontrarte. Suponía que debías estar en la altura.

—En una altura democrática — contestó la joven — donde los ascendientes fueron hijos del pueblo. Tú no, conde de Krodine.

El título fué pronunciado con sarcasmo.

—El conde Krodine nació en la Boca — dijo Bennet mofante; — pero se reconoce el mejor de los democráticos y el más grande de la nobleza. Y, dejemos de largarnos lindezas. Deseo hablarte.

—Tengo la paciencia de escuchar.

—Después de perder tu colaboración las sustitutas me resultaron buenas y malas. De las piezas de mi máquina nadie ha marchado mejor que tú.

—Ya se adonde vas con tus palabras — dijo la joven. — No acepto, y si no te conociera me pasmaría de ver que vienes a pedirme semejante cosa.

La joven hizo un ademán para retirarse; pero la mano de Bennet oprimiendo su desnudo brazo, la contuvo.

—Un consejo, Myra — murmuró. — Esta noche no trabajamos, hay que respetar a la dueña de la casa.

—¿Y tú la respetas?

—Es amiga del conde Krodine. ¿Comprendes?

La joven afirmó con un gesto.

—Entonces, mi querida, te deseo buena pesca.

Myra se alejaba tratando de normalizar sus rasgos alterados, y al enfrentar las luces sonreía cautivadora...

Esa mañana, Arístides Bennet leía su correspondencia en el hotel.

Desde la cama, mientras el sol penetraba por las persianas abiertas, hojeó los sobres. Sólo quedó con una, de papel blanco, los otros los tiró en la mesita.

La carta venía de París. Rasgó una de sus puntas.

"Señor conde de Krodine:

Antes de ayer, sábado, casó el joven Tindy con la francesa Fifí, asistiendo Ferrand y Lajaune. Este se apoyaba en un bastón, aún débil de su herida. Los diarios matutinos publican una crónica de la muerte de Mompurgo, con interesantes pormenores de su vida que adjunto".

Pericles"

Bennet arreglando su almohada se estiró en el lecho, disponiéndose a dormir tranquilamente...

Y, el secretario de Martín Serra Costa contestando las cartas que el diplomático recibía de sus amigos, se enteró de una epístola en color verde rugoso, con una corona condal, en la cual anunciaba el conde de Krodine su ida a Rusia, por varios meses, obedeciendo órdenes del zar...

Aurelia al saberlo, sonrió recordando su aventura con Bennet, el ladrón argentino.

F I N

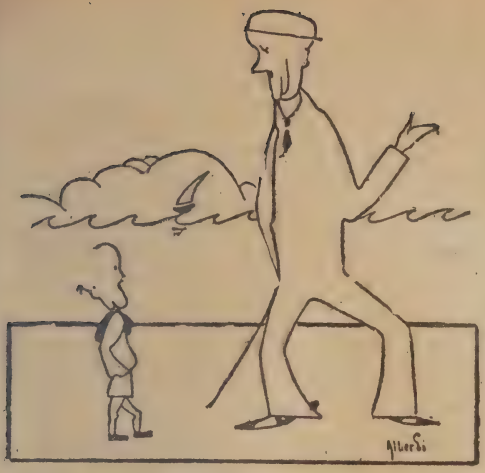
PUCKY
MAGAZINE
APARECE TODOS LOS VIERNES
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires
PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (18 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

Extèrior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



—Oye, papá. ¿Debajo del mar hay algo?
—No; algas

—Mi madre ha sido una mujer hermosa.
—¡Ya! Tú debes de parecerte mucho a tu padre.

EL AMOR ES CIEGO

El chauffeur.—Por Dios señores ¿no se dan cuenta de que hemos volcado?

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

YO LO CUIDARE MIENTRAS TU REVISAS LA CASA. ESTE DEBE SER NO MAS EL HIJO DE KISMAN

BUENO, SI KISMAN NO APARECE, MATARE MOS A SU HIJO! ¡VERAS COMO SE ARREPEN TIRA DE HABERNOS ABANDONADO! ¿QUIER SER HONRADO? ¡JA! ¡JA! ¡JA!

¡SOCORRO! ¡SOCORRO!

¡EH! OIGAN! ESE CHICO NO TIENE NADA QUE VER CON KISMAN. AQUI ESTA EL TIPO QUE USTEDES BUSCAN!

¿QUIEN ERES TU? ¡HABLA!

YO SOY PIC-PON, EL AMIGO DE PIPERMIT. LLEGAMOS AQUI EN BUSCA DE REFU GIO Y ALIMENTO...

¿DIJO LA VERDAD?

SI; VINIMOS A PASAR AQUI LA NOCHE... SIN SABER QUE ESTO ERA UN NIDO DE CRIMI- NALES

¡TOMA, GRANDULON! ¡ATAJATE ESTA!

¡PLAF!

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

¡LOS FELICITO MUCHACHOS! YO SOY EL DETECTIVE TOM DIC, DISFRAZADO DE MALEVO, PARA SEGUIR LA PISTA A LA BANDA DE KISMAN. MUCHACHOS, HAN CAPTURADO A LOS DOS CRIMINALES MAS PELIGROSOS DEL PAIS

SWISH

¡El detective Tom Dic!

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO XI - No. 411

Agosto 14 de 1931

Buenos Aires

EL DUELO EN CHARLEVILLE

Por Ared White

Emocionante relato de uno de los episodios más sorprendentes de la Gran Guerra

El jefe (al nuevo cobrador). — Y ya sabe usted: si alguno se resiste a pagar, usted le atemoriza.

El profesor.—¿A qué obedece el que los peces sean mudos?

El discípulo. — ¡Cómo quiere usted que hablen con la cabeza debajo del agua!

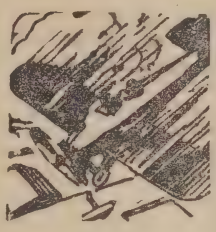
—Ya ve; somos tres hermanos, y uno de ellos paralítico en la cama. Cuatro bocas.

—¿Cómo, cuatro bocas, si son tres?

—Si es que la cama come mucho.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES



No. 411. -- AGOSTO 14 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

El duelo en Charleville

Por Ared White

MIENTRAS el conde y la condesa de Baudreville eran escoltados por un galoneado mayordomo hasta su palco, en la fiesta anual de la caballería, se produjo un notable movimiento, un cortés estirar de cuellos, un murmullo de voces en la brillante reunión del Gran Palais. No había despertado mayor interés la llegada, pocos minutos antes, de un ex-primer ministro de Francia, comandante en tiempo de la guerra de un regimiento francés.

El coronel Ourq me apretó el brazo. Se inclinaba hacia adelante, fijos los ojos en la pareja.

—Le pido, señor —me dijo en voz baja, sin volver la cabeza— que observe esta noche cuidadosamente al conde Henri de Baudreville y a su esposa. Después le diré mis razones y solicitaré su parecer.

Pero no era necesario el pedido del coronel Ourq, miembro famoso del servicio secreto francés, durante la guerra, para que yo fijara mi atención en los condes de Baudreville. Aun prescindiendo de su rostro y porte poco comunes, el comandante francés hubiera atraído las miradas por sus condecoraciones. Alrededor de su cuello, llevaba el collar de Comandante de la Legión de Honor, mientras que a través de su pecho brillaba una fila de altas condecoraciones. La Medalla Militar, la Orden de Leopoldo, la Cruz Italiana, la Orden del Baño, La Cruz Francesa de Guerra, con dos palmas, la Medalla Americana de Soldados Distinguidos. Debajo, una hilera de condecoraciones menores, extendíase en todo el lado izquierdo de su chaquetilla.

De Baudreville entraba en la madurez. Había nieve en sus sienes y su cuerpo alto, delgado, militarmente erguido, se había vuelto algo rígido. Su rostro, largo y anguloso, parecía reflejar de un modo extraño el rojo período de locura guerrera que le valió aquellas medallas. La extraordinaria impasibilidad de sus facciones era una máscara mortal; había palidez bajo su cutis moreno; sus ojos, pequeños y negros bajo cejas rectas e hirsutas, tenían escasa movilidad, sugerían a un hombre que vive sin emociones, cuya alma está muerta. Era una cara mas bien siniestra que heroica y los años transcurridos después del Armisticio no la habían dulcificado, debido sin duda a los recuerdos que encerraba detrás de aquella careta sombría. La condesa de Baudreville tendría quizá diez años menos que su marido. Era una mujer de notable belleza, con cabellos de oro bruñido, exquisitas facciones patricias y ojos tan azules como el cielo de París en Julio. Algo del sombrío humor de su

marido se le había comunicado. Su rostro era plácido, sin vitalidad, sus ojos fríos e indiferentes, sus modales reservados, sin alegría.

—¿El mayor es uno de vuestros héroes de guerra? — sugerí al coronel Ourq — ¿Comandante de algún batallón desaparecido quizá?

El ex-jefe del servicio secreto alzó las cejas y se encogió de hombros.

—Nunca comandó batallón alguno — dijo — Era oficial del estado mayor, apenas expuesto al fuego.

—Pero sus condecoraciones, mi coronel... algunas de ellas son al valor — repliqué al coronel Ourq.

—Ningún hombre contemporáneo ha hecho más por Francia — dijo Ourq — Ninguno prestó más valioso servicio bajo las más increíbles circunstancias. Y sin embargo...

Se interrumpió con otro encogimiento de sus macizos hombros. Los más hermosos corceles de la caballería francesa trotaban alrededor de la pista. Se colocaban vallas y obstáculos. Pero los ojos del coronel Ourq estaban fijos sobre aquella máscara inmóvil que era el conde de Baudreville.

—¿Qué piensa, señor? — dijo Ourq poco después — Ahora que ha observado bien al comandante ¿le es simpático, verdad?

—Francamente, mi coronel, me resulta más bien... antipático.

—¡Voila! — exclamó Ourq con evidente satisfacción.

Quitóse su monóculo, lo limpió, pensativo, con el extremo de la corbata y se lo volvió a colocar.

—No puedo decir hasta qué punto podemos confiar en nuestras intuiciones — añadió enigmáticamente — Ni siquiera en intuiciones de mujer. Hemos de recordar siempre que la guerra cambió de un modo extraño a muchos nombres; pero... sin alterarlos enteramente.

El coronel Ourq alejó el tema del conde de Baudreville con un brusco movimiento de cabeza y concentró su atención en los magníficos caballos que eran conducidos al paso por oficiales de la caballería francesa, vistosamente uniformados. No volvió a mencionar el tema durante la tarde, aunque yo comprendí que no lo había apartado de su mente, que había algo más que una pasajera fantasía en el extraordinario interés que le inspiraban el oficial, magníficamente condecorado, y su bella esposa.

Fue en el castillo del coronel, en Levallois-Perret, la mansión de una docena de generaciones de los Ourq, que el coronel volvió bruscamente al tema, dos días después. Entonces con su franqueza característica relató, sin reticencias, el caso. No por murmurar, si no porque deseaba confiar a alguien un impenetrable misterio que lo había torturado por espacio de muchos años y porque deseaba una opinión imparcial frente a sus propios pensamientos y conclusiones.

La sorprendente narración del coronel Ourq estaba reforzada por meses de penosa investigación de cada detalle, de cada recuerdo. Había pasado días con el reticente De Baudreville, exigiendo el relato extraordinario de sus aventuras. Tres visitas clandestinas a Alemania y a los castillos del Norte de Francia, que habían sido cuartel general de los alemanes, durante las críticas etapas finales de la guerra, contribuyeron a la suma tangible y total de sus informes.

Revivió uno de los capítulos más increíbles de la guerra. Un capítulo negro en el cieno rojo de aquellos terribles días en que el destino de Francia estaba en la balanza. Y al final comprendí yo el motivo de aquellas condecoraciones que adornaban el pecho del comandante conde de Baudreville y también... aquella cara de muerto sobre los delgados hombros de De Baudreville, la triste expresión de la bella condesa.

II

La historia del coronel Ourq fué sorprendente y la repetiré, a mi manera, en todos sus detalles

—Mi coronel ¿puedo solicitar un favor?

El inmaculado teniente de caballería, estaba parado delante del escritorio del coronel, en postura cómoda, un párpado negligentemente caído sobre un ojo, mientras con el otro observaba al comandante a través de su monóculo.

Había en el movimiento de cabeza del coronel Ourq al mirar a su subordinado, el fastidio de un hombre cuya paciencia está a punto de estallar.

—Lo de siempre supongo, De Baudreville — repuso con acento desagradable el coronel.

—Es claro, mi coronel — asintió el joven teniente, descubriendo con plácida sonrisa sus blancos dientes — Quizá el coronel olvida que hace quince días que no voy a Vincennes. Y la señora condesa me escribe que tiene invitados a pasar el fin de semana, mi coronel.

—No son momentos para pensar en esas cosas, De Baudreville — exclamó el coronel Ourq — ¡Mon Dieu! ¿olvida usted que la tormenta alemana se cierne sobre París? Hay franceses que hace mucho tiempo no pisan sus hogares, sírvase recordarlo.

El teniente se encogió de hombros con indiferencia.

—Muy bien, mi coronel — dijo — Informaré a mi huésped, el señor d'Aubervilliers. Se que lo sentirá mucho. Pero "c'est la guerre".

—Aproveche todo lo que pueda esta vez — tronó Ourq, mientras la sonrisa del teniente de caballería aumentada — Puede ser que sea la última visita a su casa por muchas quincenas. Informaré así a su familia.

—Merci bien, mon Colonel — dijo el oficial ligeramente. Llevó la mano a la visera de su kepis y sonrió nuevamente al ver que su superior no contestaba al saludo — Es-

Sus insultos me inspiran gran placer en matarlo, "monsieur". Proceda cuando esté pronto. Espero.

toy seguro de que mi señora y D'Aubernilliers apreciaran su bondad.

Ourq tenía los dientes apretados, mientras miraba al impertinente oficial del estado mayor atravesar la plaza de la Concordia. Contuvo el impulso de llamar a De Baudreville y cancelar el permiso.

—¡Ese intolerable joven "embusqué! — murmuró para sí y volvió a su escritorio lleno de papeles.

¡Embusqué! La palabra se había convertido en el epíteto favorito de los oficiales de París cuando hablaban de De Baudreville. La mayor parte de ellos eran despojos del frente, hombres con media docena de heridas, inaptos ya para el servicio activo. Y sin embargo, allí estaban, en el cuarto año de la guerra, aquel joven y precioso "embusqué", sin su bautismo de fuego. Mientras sus camaradas sufrían largos y negros meses en el infierno del frente, él se contentaba con aquel suave servicio, detrás y lejos de las líneas.

Decían que ciertas influencias lo conservaban en su cómoda posición. Había usado en la Cámara de Diputados el poder del nombre de D'Auvervilliers, como acababa de utilizarlo ahora para obtener un permiso a regañadientes del coronel Ourq. Sin embargo, no se atribuía su debilidad a miedo físico, si no más bien al loco amor que sentía por su joven esposa, la bella condesa. A menudo habían visto a De Baudreville sentado inmóvil ante su escritorio, los ojos fijos en un medallón que contenía el retrato de su esposa. Ciertamente que ningún hombre en Francia tenía más motivos para amar la vida. Juventud, posición, riqueza, la mujer más bella de París por esposa...

Si De Baudreville oyó alguna vez murmuraciones no tuvieron el poder de hacerlo solicitar que se le enviara al Frente. Parecía encantado con su designación como miembro del Servicio Secreto en París. Y como De Baudreville tenía cierto don para las operaciones de espionaje, profunda intuición, dominio de sí mismo, mente lógica y ordenada, así como energía e imaginación, el coronel Ourq ignoraba voluntariamente las murmuraciones y sentíase satisfecho de tenerlo a sus órdenes.

—¡Un joven e intolerable "embusque"!— repitió el coronel Ourq entre sus dientes apretados. Volvió el reproche contra sí mismo — He sido un imbécil en dejarlo salir de nuevo con la suya.

Pero pocos días después el coronel Ourq cambió de opinión. Fue aquel fin de semana pasado en el antiguo castillo de De Baudreville, en Vincennes, que cambió toda la carrera del teniente. Quizá... — ¿quien puede saberlo? — el curso total de la historia.

El sábado por la mañana, el joven francés iba a caballo con la condesa y su invitado, D' Aubervilliers, a lo largo del camino que pasa por el Chateau Fort de Vincennes. Algunos prisioneros alemanes, procedentes del Frente, suspendieron su trabajo para dejar paso a los jinetes, que no les concedían nunca una mirada. La campiña resplandecía con la proximidad del verano; el aire estaba pesado por la fragancia de los primeros días de Junio. Para los tres jinetes, montados en los más hermosos caballos de los famosos establos de Baudreville, la tempestad roja que se cernía sobre el Marne era una espantosa irrealidad, un bárbaro presagio distante, una amenaza vaga que había que apartar de la mente aquella mañana. De pronto uno de los prisioneros alemanes se destacó del grupo y se cuadró rígidamente junto al caballo de De Baudreville.

—Herr Oberst Loutnant, — suplicó con ronco murmullo — en nombre de Dios, díganos que noticias hay. Denos algunas esperanza de que pronto nos veremos libres de los franceses.

El conde detuvo su caballo, miró al hombre un instante y le cruzó violentamente el rostro de un latigazo. El alemán hizo una mueca de dolor y el golpe le dejó un verdugon violáceo en el rostro. Pero no demostró resentimiento.

—Comprendo, Herr Oberst Leutnant von Kettiwig — insistió el soldado — Tiene usted que proceder con mucha cautela444 así los cochinos creerán que usted se detuvo sólo para interrogarme. Pero "lieber Gott" que estamos desesperados por saber algunas noticias consoladoras.

De Baudreville volvió a pegarle, haciéndole un segundo verdugón para castigar su insolencia. Luego siguió su camino sin contestar.

La condesa, como atraída por un extraño presentimiento, se dio vuelta en la montura en el mismo momento en que De Baudreville era interpelado por el alemán. Presenció el incidente y volvióse con expresión turbada a su marido que galopó para reunirse con ella.

—¿Qué era, Henri? — preguntó ansiosamente.

—Nada mi querida — le contestó él sonriendo — Una simple impertinencia.

—¿Pero no parecía él creer que tú eras otro que...?

—Una simple impertinencia — repitió De Baudreville. Ahuyentó su fastidio con una carcajada — Quizá no debí perder la paciencia con ese astuto bribón. Si lo hubiera escuchado, por curiosidad, dentro de un momento me hubiese pedido cigarrillos o unos cuantos francos, que era su única intención.

—¡Oh! — exclamó la condesa cuyos ojos reflejaban todavía ansiosa intuición. Un momento después, ella olvidó también lo ocurrido, adaptándose al ambiente de aquella mañana de Junio.

En la semana que siguió hubo algo misterioso en el aire, en el cuartel general de la Segunda Sección Francesa de París. De Baudreville lo presentía sin lograr descubrirlo. Una orden recibida el lunes para ocuparse de cierto importante caso de espionaje, le fué cancelada el martes, después de haber hecho minuciosos preparativos para seguir un rastro, disfrazado de apache, en el bajo fondo de París.

El coronel Ourq parecía evitarlo y contestaba gravemente a sus saludos, como presa de sombría preocupación. El miércoles y el jueves, el teniente no hizo más que contar las horas en su oficina, con órdenes de permanecer allí, esperando instrucciones.

El sábado por la mañana, el jefe del servicio de espionaje llamó a De Baudreville. El coronel Ourq estaba agachado y recostado en su silla. Sus fatigados ojos se fijaron en el oficial con expresión dura, escudriñadora.

—Fue, después de todo, afortunado, mi querido teniente, — dijo en voz baja y tranquila — que yo accediera a sus deseos la semana pasada concediéndole licencia.

—Bien, mon Colonel — exclamó De Baudreville. Sonrió ahora más tranquilo ante la idea de que se le pediría solicitara algún favor al poderoso D'Aubervilliers — Seguramente fue de su parte una gran amabilidad.

Ourq se deslizó hacia adelante de la silla, agarró una fotografía que estaba encima del escritorio y se la entregó al teniente.

—Examine un momento esta fotografía— le dijo con la misma voz sombría — Dígame que le parece.

El monóculo de De Baudreville se deslizó de su ojo y cayó al suelo. Sin embargo no pareció darse cuenta de su pérdida mientras miraba con sorpresa la fotografía.

¡Su propio retrato o el de alguien igual a él con uniforme de guardia prusiano!

Era De Baudreville, por el corte de las facciones, el aire altanero, hasta por el gran monóculo sin aro Sólo aparecía una ligera diferencia. El hombre del retrato tenía un bigote más largo y áspero que De Baudreville.

—Es el teniente coronel Otto von Kettwig — dijo Ourq poco después.

—¡Von Kettwig! — De Baudreville miro vivamente a su jefe. — Pero ese es el nombre que...

—Precisamente — interrumpió con brusquedad Ourq — Es el nombre del hombre con quien lo confundieron a usted en el camino de Vincennes, el sábado pasado.

—¿Mi coronel está entonces enterado de

eso? — preguntó sorprendido De Baudreville.

—Afortunadamente relató usted el suceso a sus camaradas y alguien, que le concedió posible importancia, me llamó sobre él la atención.

—¿Tiene importancia, señor? No comprendo.

—Von Kettwig es ayudante de operaciones, jefe de estado mayor de un grupo de regimientos alemanes. Usted, mi querido De Baudreville, va a ocupar su lugar.

Pasaron varios momentos antes de que el habitualmente sereno, De Baudreville pudiera serenarse y encontrar su voz. La sangre se retiró de su rostro, sus ojos se abrieron espantados al comprender que su jefe hablaba seriamente.

—Yo... yo... nunca he oído decir que tal cosa se haya intentado jamás, mi coronel — contestó con voz débil, de protesta.

—Muchas veces, mi querido teniente — replicó con prontitud Ourq. — Podría citarle una docena de casos. Un juego antiguo, cuando las circunstancias ofrecen tan rara oportunidad.

—Mi coronel ¿quiere decir que me mandará disfrazado a las líneas enemigas, como... espía?

El rostro de Ourq adquirió la dureza del acero; el frío brillo de sus ojos se acentuó.

—Olvida usted que no ha desdeñado el servicio secreto por espacio de cuatro años de guerra, cuatro años durante los cuales sus camaradas han sufrido mucho. Ahora se le presenta la oportunidad de prestar un servicio que...

—Pero eso significa trabajar como espía en... en el campo enemigo.

—El destino ha puesto en nuestras manos esta arma — lo interrumpió el coronel Ourq — En esta hora crítica, cuando tenemos que conocer los planes alemanes, privarlos de su arma, el ataque por sorpresa, la vida de usted o la de cualquier otro hombre no tiene importancia alguna. De Baudreville, ¿Quiere aceptar de buena voluntad esa misión?

—Necesito... necesito tiempo para pensarlo... mi coronel — tartamudeó De Baudreville a través de sus pálidos labios. Una gran ansiedad se reflejó en sus ojos, un ligero color subió a sus mejillas. — El lunes tendrá usted mi respuesta... el lunes, si me permite ir a pensarlo a mi casa.

—¡De Baudreville!

El coronel Ourq se puso de pie, movió hacia adelante la cabeza; su voz cortaba como una espada.

—¡Ni un solo instante más, De Baudreville! Ya lo llaman a usted "embusqué". Tiene que decidirse ahora mismo... decidir si un De Baudreville vacila cuando Francia lo llama. Elija, mi teniente.

Al desafío del coronel, los ojos del joven oficial brillaron como tizones apagados que un fuelle aviva. Rápidamente se convirtieron en llamas, la sangre inundó su pálido rostro. El teniente llevó la mano a la visera de su kepis.

—¡Por Francia, mi Coronel! — dijo con voz baja, contenida. — Estoy pronto.

Siguieron dos semanas de cuidadosos preparativos. No era aventura como para acción rápida. Había que considerar cada movimiento. Era necesario dar al bigote de De Baudreville oportunidad de crecer para poder engominarlo a lo von Kettwig. Hubo conferencias y ensayos de cada detalle. Se buscaron fotografías, informes sobre los últimos hábitos de von Kettwig y se obtuvo un elegante uniforme de teniente coronel del estado mayor alemán, con las insignias correspondientes. Hubo que simular una cicatriz que tenía von Kettwig, en la parte superior de la frente, con un hierro enrojecido. Dos toques de oro en las primeras muelas. Un retoque cuidadoso del alemán de De Baudreville, que había pasado temporadas en Berlín, el conocimiento de las tácticas y técnicas alemanas.

Se realizaron muchas conferencias sobre el plan de poner a un francés dentro del calzado de un prusiano, era un proyecto sencillo, pero desesperado, que las mejores cabezas de servicio secreto aprobaron por unanimidad. El teniente francés tendría que trasladarse en aeroplano a Charleville por la noche. De allí iría a alojamiento de Kettwig, donde De Baudreville tendría que proceder desagradablemente con su infortunada copia, mientras el Oberst Leutnant dormía.

De Baudreville lanzó una exclamación y se puso mortalmente pálido ante aquel detalle.

—¿Matar a un hombre, como a una rata, mientras duerme? — protestó. — ¡Mon Dieu, messieurs!

—Es muy desagradable, mi teniente — dijo con frialdad Ourq. — Pero ¿qué significa una vida cuando hemos de proteger el corazón de Francia de los colmillos de un lobo rabioso? Es por Francia que va usted y le "bon Dieu" bendecirá sus actos.

La conferencia más imponente consideró los informes que De Baudreville debería traer a su vuelta. Los planes detallados del ataque contra París. Ya por espías americanos e ingleses se sabía que iba a hacer el último y desesperado esfuerzo por la victoria alemana. Pero la fecha exacta del asalto, la fortaleza de los ejércitos, las reservas, se ignoraban. ¿En que punto se realizaría el principal ataque de los alemanes? ¿Qué fuerzas tenía la artillería? El descubrir esos secretos del alto comando prusiano era la misión que llevaba De Baudreville.

Cuando el último detalle estuvo resuelto en una conferencia final, el comandante general de París puso suavemente su mano sobre el hombro del joven oficial.

—No nos hacemos ilusiones sobre el éxito de su misión, mi teniente — dijo con solemnidad. — No son grandes. Pero si triunfa, su servicio a Francia será inmortal. Si fracasa su recuerdo nunca morirá en los corazones de sus conciudadanos. Lo felicito por la gran oportunidad que se le presenta de servir a Francia.

De Baudreville se cuadró para saludar. Sus ojos estaban húmedos; pero había detrás de sus lágrimas un brillo que no era debilidad. De Baudreville, el emboscado, no existía más.

—¡Por Francia, mi general! — contestó.

En Charleville, poco después de media no-

che, las campanas de alarma resonaron en los cuarteles de la policía, los timbres vibraban debajo de los lechos de los oficiales del servicio secreto. Ordenes apresuradas ahuyentaron el sueño de los ojos y voces guturales daban instrucciones a las figuras negras que se movían apresuradamente.

—¡Al norte, a orillas del pueblo! — gritó un oficial, que ya había recibido aviso de los centinelas.

—Es una treta, Herr Leutenant. Rozó el suelo, en dirección al oeste, a toda velocidad — corrigió alguien desde la obscuridad.

Los pelotones corrían en desordenada formación a los puntos críticos, con bayoneta calada y carga completa. Los escuadrones fueron a la intersección de calles de la aldea y se desparramaron para vigilar las calles traviesas y callejones. El que había pasado era un aeroplano alemán. Los motores alemanes se identificaban por su ruido intermitente, de modo que no se había telegrafiado alarma desde las líneas. Pero el hecho de que cerrara el motor y aterrizara en las orillas de Charleville era una circunstancia de lo más sospechosa. Quizá un espía que había llegado. De todos modos, era preciso tomar precauciones. Si los aliados habían logrado hacer atravesar la línea a un espía, había que buscarlo lo más pronto posible y pegarle cuatro tiros, contra una pared, por su audacia.

Los pelotones que se habían dirigido al norte se desplegaban, cuando una figura negra apareció a la luz de las estrellas. Un centinela de ojos de lince la interpeló, un teniente advirtió la alarma y corrió hacia adelante, pistola en mano y una linterna para investigar.

—Se dirigió hacia el este, Herr Leutnant. Vigile en esa dirección.

La silueta, en la noche, gritó una orden. Pero era una treta muy simple. El teniente avanzó hacia el hombre, la pistola pronta e iluminó la cara del otro con su linterna. Era una pequeña antorcha de bolsillo, que el oficial se vió obligado a mover sobre las facciones del hombre. El alemán lanzó una viva exclamación.

—¡Entschuldigen sie mir, Herr Oberst Leutnant von Ketwig! — exclamó juntando los talones y levantando la mano hasta la visera de su gorra de guarnición. — Oimos aterrizar un aeroplano.

—Ja, un aeroplano. Descendió finalmente en el norte — dijo con voz áspera el oficial. — Sospecho que ha aterrizado un espía. Llegué a tiempo para ver que no se quedó donde bajó. ¡Apúrese!

De Baudreville devolvió el saludo del aleman y se dirigió al pueblo.

Pocos momentos después oyó el ruido de los motores, a la distancia, en el norte.

Un aeroplano se elevaba. La noche fué iluminada por reflectores que registraban apresuradamente el cielo. Pero el piloto huyó, volando en círculos, hacia el norte.

La treta había sido sencilla. El aeroplano se detuvo apenas el tiempo suficiente para que saltara de él De Baudreville, luego corrió a velocidad creciente hacia el oeste del pueblo, donde paró del todo para distraer la atención del aterrizaje de Baudreville. Fué entonces muy sencillo para el teniente francés engañar al teniente de policía alemán. Y aunque los alemanes estaban seguros de que había aterrizado un espía de Francia, el último sitio donde irían a buscarlo era el cuartel general de operaciones de Charleville, al día siguiente, cuando los espías alemanes buscaran el rastro perdido.

No había más que una caminata de pocos minutos hasta el alojamiento de von Kettwig, una pequeña casa de piedra, en el centro del pueblo, que ocupaba el sub-jefe de operaciones, en compañía de un solo ordenanza. De Baudreville no tuvo dificultades en encontrarlo. Francia había sido registrada hasta dar con un prisionero de Charleville y el resultado feliz de aquella búsqueda fue un mensajero en motocicleta que conocía perfectamente el alojamiento de von Kettiwig, el mismo cuarto del segundo piso donde Kettwig dormía. El cuarto podía ser identificado por la luz que pasaba a través de las cortinas corridas, ya que von Kettwig rara vez dormía en aquellos febriles días en que el estado mayor alemán se preparaba para el esfuerzo supremo.

El sitio, sin embargo estaba obscuro aquella noche. De Baudreville entró por la puerta, que estaba cerrada con pestillo y buscaba la luz cuando oyó a alguien saltar de la cama y moverse por el cuarto. Las luces se encendieron enseguida. Un ordenanza sorprendido miró incrédulamente la figura que tenía ante sí.

—Y bien ¿qué me miras, cabeza de adoquín? — preguntó el oficial.

—Pensé que Herr Oberst Leutnant estaba dormido en su cuarto — tartamudeó el sorprendido soldado.

—Ha habido barullo afuera, Gemeiner — dijo De Baudreville — Ahora, que estás finalmente despierto, ve enseguida al norte del pueblo y espera hasta que encuentren un espía que ha aterrizado. Cuando lo hallen, trae noticias enseguida.

—Jawohl, Herr Overst Leutnant — contestó respetuosamente el ordenanza.

Cuando la puerta cerróse detrás del soldado, De Baudreville se volvió hacia la escalera.. Su sangre convirtióse de pronto en agua, al subir lentamente los escalones, con pies que se arrastraban pesadamente aunque no hacían ruido. Llevaba uniforme prusiano, con cuello alto, y la casa estaba tibia con el aire de los últimos días de Julio. Sin embargo, tuvo que apretar la mandíbula para impedir el castañeteo de sus dientes cuando abrió la puerta del cuarto de von Kettwig y buscó, a tientas, la luz.

Al tocar el botón, la cámara inundóse con el resplandor de media docena de bujías incandescentes. Las miradas espantadas de De Baudreville atravesaron intuitivamente el cuarto, sembrado de mapas, hasta detenerse en un rincón, donde la figura de un hombre reposaba sobre un lecho de campaña El prusiano estaba acostado de espaldas, respirando pesadamente en su sueño produ-

cido por el cansancio. De Baudreville, al acercarse a su víctima, evitó mirarle la cara. Sus ojos estaban fijos en el sitio del corazón, donde tendría que hundirle el uñal.

De Baudreville levantó el arma. Pero quedó suspendida en el aire, su hoja bruñida brillaba malignamente en la luz blanco-azulada, mientras el francés trataba de vencer una especie de nausea que le impedía descargar el golpe. Dos veces apeló a toda su energía, trató de bajar la mano. Luego, de pronto, sintió que no podría matar a sangre fría a un hombre dormido, ni siquiera en cumplimiento del deber.

Los centinelas misteriosos de la intuición penetraron el sueño del prusiano previniéndolo. Abrió los ojos. Sus cejas se fruncieron y parpadeó lentamente varias veces. Luego una mirada comprensiva apareció en sus ojos y, tranquilamente, se incorporó sobre un codo.

—Es esta una visita realmente insperada, Herr Oberst Leutnant — dijo con voz perfectamente serena — O tengo que llamarle... ¿cómo, monsieur?

—Teniente conde de De Baudreville. Herr Oberst Leutnant — dijo secamente el oficial francés — En estos momentos asignado a la Segunda Sección Francesa y con una misión importante en Charleville.

Von Kettwig no se movió, ni el anuncio del francés pareció conmoverlo. Pero sus ojos estaban alerta, su mente buscaba el peligro que lo había arrancado al sueño en altas horas de la noche.

—Usted estaba a punto de matarme, monsieur — dijo fríamente.

Los ojos de los dos hombres se encontraron serenos, sin brillo de ira, en un sombrío conflicto de valor.

—No he abandonado en lo más mínimo esa idea, Oberst Lautnant von Kettwig — dijo De Baudreville — Le prevengo que no intente dar la alarma, ni ninguna treta.

Un ángulo de los labios del prusiano se alzó en una sombra de sonrisa.

—Ha perdido usted una excelente oportunidad, mi querido Conde. Pero por la cara que tenía cuando me desperté deduzco que no le resultaba agradable matar a sangre fría a un hombre dormido. ¿O es que al abrir yo los ojos desconcerté su mano armada?

El francés hizo una mueca.

—Quizá me faltan las cualidades que vosotros, los prusianos, poséis en alto grado Herr Obert Leutnant — dijo con sorna — Pero voy a darle una oportunidad de defender su vida, von Kettwing. De eso puede estar seguro.

—¡Gracias! — contestó brevemente von Kettwing — Abajo, en el hall, hay puñales, si eso le interesa.

—Prefiero las pistolas, Herr Oberst Leutnant. Levántese enseguida y prepárese.

Von Kettwig no se movió. Miró, pensativo, unos momentos a De Baudreville: el brillo de sus negros ojos traicionaba la actividad de su mente, fríamente calculadora.

—Consideremos el asunto, monsieur — dijo von Kettwig al fin — Quizá podamos llegar a un arreglo amistoso. Viene usted aquí a buscar informes de gran importancia, si no no hubiera corrido semejante riesgo. No me es difícil suponer lo que necesita. Bueno, dígame ¿daría mucho su gobierno por esos informes?

—No estoy dispuesto a dejarme engañar, von Kettwig. Si no se prepara enseguida, lo mataré sin escrúpulos.

El prusiano sentóse sin apartar sus ojos de De Baudreville y cruzó los brazos.

—Si puede usted cumplir su misión sin violencia, monsieur ¿porqué precipitar los acontecimientos? Tengo que hacerle una proposición que le interesará, si quiere dominar su impaciencia.

De Baudreville sacó de su chaquetilla una pequeña pistola alemana y levantó el seguro sugestivamente.

—Diga lo que tenga que decir lo más pronto posible, Herr Oberst Leutnant. Pero recuerde que lo he prevenido.

—Es fácil de adivinar, Conde De Baudreville, que su estado mayor desea los planos para nuestro ataque. ¿Se producirá este por Rheims, como se os ha hecho creer o por el valle del Marne? Bien, monsieur: yo soy hombre que me rijo por mi inteligencia y no por mis emociones.

Se detuvo para inclinarse hacia adelante y dijo con la voz convertida en ronco murmullo.

—Bueno, sé que estamos vencidos. Sólo los ciegos mariscales de campo no preven el final, ahora que los poderosos norteamericanos acuden en vuestra ayuda. De modo que pienso en mi desdichado porvenir...

Por un momento, cierta siniestra intensidad en la voz de von Kettwig, un brillo traicionero y malévolo en sus negros ojos, casi convenció a De Baudreville. Luego se puso de pie, decididamente.

—Basta, Herr Oberst Leutnant — dijo ásperamente — Lo prevengo por última vez. Si al contar diez, no ha hecho usted un movimiento, le atravesaré el corazón de un balazo.

—Lo siento — dijo von Kettwing — Su obstinación en no dar fe a mis palabras puede costar la vida de ambos. Es una desgracia que no posea usted el don de comprender cuando uno habla con sinceridad.

No había ni prisa ni miedo en los modales de von Kettwig, mientras se dirigía hacia su escritorio, abría un cajón, sacaba su pistola de servicio y examinaba el tambor. De Baudreville siguió apuntando al prusiano hasta que este introdujo una cápsula en su pistola y la bajó a un costado, pronta para usar.

—Parece usted dispuesto a tomarse una ligera ventaja, monsieur — dijo sarcásticamente von Kettwing — Si piensa asesinarme ¿por qué me despertó para tan desagradable acontecimiento.

—Se trata nada más que de una pequeña precaución, von Kettwig. La guerra nos ha

enseñado que, con vosotros, todas las precauciones son pocas.

—¿Qué es lo que se propone entonces, monsieur?

—Bajaré lentamente mi pistola al costado. Cuando el caño toque la costura de mis pantalones, quedamos ambos en libertad de levantar el brazo y tirar. Naturalmente que, si hace usted un movimiento mientras yo bajo la pistola, aprovecharé mi ventaja.

—Sus insultos me darán un placer especial en matarlo, monsieur. Proceda cuando esté pronto. Espero.

Lentamente el caño de la pistola de De Baudreville se movió hacia abajo. Von Kettwig permanecía alerta, como un felino, pronto a dar el salto, mientras sus ojos seguían el trágico curso del arma del francés. Tenía los ojos, fijos como un halcón sobre su enemigo, el cuerpo tensamente rígido, todos los nervios prontos para el acto que significada vida o muerte.

Brillaron dos fogonazos. Las paredes de piedra resonaron con el ruído, los vidrios temblaron bajo las cortinas corridas. Se oyó el ruído metálico de una pistola al caer al suelo. Otro ruido, como de un objeto pesado que se desploma. Afuera, el ordenanza que volvía de su comisión entró precipitadamente y subió las escaleras, sacando su pistola mientras corría. Entró en la habitación, con los ojos desorbitados y el rostro lívido, el arma levantada delante de sí.

Pero la mandíbula del ordenanza cayó, su cuerpo aflojóse. Volvió a poner, avergonzado, la pistola en su funda. Sentado delante de la mesa, en el centro de la habitación, vio a Herr Oberst Leutnant, de uniforme, contemplándolo con fastidio.

—¿Qué te trae a mi pieza como un loco, Gemeiner Schlettstaast? — preguntó el oficial con voz ácida.

—Perdone, Herr Oberst Leutnant — tartamudeó el soldado — Pero me pareció oir un tiro.

—Efectivamente, Gemeiner — replicó el oficial con acento de reproche — Pero ¿no puede descargárseme por accidente la pistola, limpiándola, sin que pierdas la cabeza?

—Disculpe, Herr Oberst Leutnant.

—Quizá, ya que un tiro te sobresalta, te mandaré al frente, donde pronto te acostumbrarás a su sonido, Gemeiner.

El soldado se había convertido en un maniquí de cera. Su rostro se puso tenso al oir la amenaza del oficial. En el lado izquierdo de su chaquetilla tenía un pequeño óvalo de plata, con dos espadas cruzadas sobre un casco de acero. La medalla por tres heridas recibidas en la guerra.

—Como Herr Oberst Leutnant guste — contestó.

—Pero ya decidiremos eso más tarde. Por el momento tengo una comisión para tí, si te ha pasado el susto.

—Jawohl, Herr Oberst Lautnant. Tengo que informarle acerca del espía. No han encontrado nada. Se ha ordenado registrar casa por casa.

—¡Ah!... ¿de veras? — dijo el oficial sonriendo debilmente — Entonces me alegro que hayas vuelto Gemeiner. Vete a la enfermería y busca al mismo doctor, aunque esté acostado. Dile que me dé algo para dormir. He trabajado mucho y tengo un resfrío, con jaqueca. Cuando te de el remedio, me lo traes ¿Comprendes?

—Jawohl, Herr Oberst Lautnant.

El oficial empezó a pasearse lentamente por la pieza, fumando un cigarrillo, hasta que la puerta de calle se cerró y los botines, claveteados, del soldado resonaron en los guijarros, perdiéndose a la distancia.

Entonces sacó de abajo de la cama un cuerpo rígido, lo envolvió en una frazada verde, alzólo sobre sus hombros y lo llevó al sótano. Allí quitóle todas las ropas, levantó la tapa de un sumidero y envió el cuerpo sin vida a su sitio final de descanso.

—Un trabajo prolijo, sin que queden rastros — dijo el oficial en voz baja. Su rostro tenso ostentaba una sombría e inescrutable sonrisa mientras volvía al dormitorio y lo ponía todo en orden.

El ayudante de operaciones del estado mayor alemán, evitó a la mañana siguiente el rancho del cuartel. Desayunóse en un cafetín, dirigido por un belga obeso, que había rehusado abandonar el pueblo ante el avance de los alemanes. Luego volvió al cuartel, de un humor sombrío, insociable, que no alentaba conversaciones y se absorbió en el exámen de un montón de papeles que había sobre su escritorio.

Eran informes de ataques, de nuevas divisiones aliadas, identificadas en las líneas, movimientos de tropas en el frente, de refuerzos de hombres y animales, en ruta desde Alemania. Cartas con instrucciones de los comandantes del ejército, órdenes fragmentarias de ataques a brigadas, regimientos y aún divisiones de batallones de asalto. Todas las partes integrantes de un titánico plan para lanzar un millón de hombres contra París.

Una hoja de informes demostraba el valor de las divisiones teutónicas de los ejércitos atacantes. Eran reservas del séptimo regimiento, tropas de Bavaria, de Austria de Ladwehr. Un párrafo elocuente para la orden de ataque de un batallón, saltó a su vista.

"El batallón atacará con el Destacamento 3o. de Artillería y después de haber forzado el paso del Marne, al este de Brazy, avanzará rápidamente, capturará Varennes y llegará a su meta como se indica en el Apéndice A. A la X y 220 minutos..."

El oficial se recostó en la silla y se puso a fumar un cigarrillo. La orden al batallón no tenía más valor que el de confirmar los detalles de un proyectado ataque general, en el cual el estado mayor concentraba todas sus energías. Allí sobre el escritorio y alrededor suyo, en la pieza, estaba reunidos todos los detalles de aquel ataque. Su fecha, su táctica, su estrategia, fuerza y

De Baudreville contemplaba con la boca abierta su propio retrato con uniforme prusiano.

propósito final. Y por mucho poder, intelligencia y fuerza que en él hubiera, fracasaría una vez que los detalles estuviera en poder del comandante de los Aliados.

Inclinándose nuevamente sobre los papeles, el oficial llevó la mano al bolsillo interior de su chaquetilla y sacó un pequeño relicario de plata. Su pulso latió al contemplar las facciones de camafeo de la condesa. La guerra, con sus rojas orgías y sus negras intrigas, se desvaneció dentro de un hermoso castillo del Bosque de Vincennes.

Fue arrancado a su agradable ensueño por una voz brusca, a su lado. Diose vuelta y halló un rostro junto al suyo; los ojos risueños de un oficial alemán estaban fijos en el medallón.

—¡Qué hermosa mujer, von Kettwig! —exclamó el oficial, un mayor que tenía el kepis compadronamente puesto y fumaba un cigarrillo, importado, en larga boquilla de ambar. — ¿Una amiga de Koln, quizá?

El Oberst Leutnant respondió con una mirada de fastidio, cerró de golpe el medallón y lo guardó en su bolsillo.

—¡Bribón hipócrita! — dijo el mayor— ¿Qué diría Frau von Kettwig si viera ese medallón? Pero, naturalmente, seré discreto si su amada tiene alguna amiga, la mitad de hermosa que ella y quiere presentármela.

—No estoy de humor para bromas esta mañana — replicó von Kettwig.

—Peor para usted, entonces, Herr Oberst Leutnant — dijo el mayor — porque vengo a decirle que su excelencia, el Obertst General, quiere verlo enseguida. Mejor es despliegue su buen humor, von Kettwig.

Con los nervios en tensión, el ayudante de operaciones acompañó al mayor al cuartel general, una gran habitación de piedra en un castillo cercano, cuyas paredes estaban cubiertas por inmensos mapas de colores y sus ante-cámaras llenas de oficiales y ordenanzas. Un llamado del Oberst General era cosa desusada, desconcertante y aquella mañana estaba llena de acontecimientos.

El Oberst General era una montaña de carne coronada por cara, cuadrada y corta, que parecía toscamente hecha de un pedazo de piedra. Fijó sobre el oficial un par de ojos, vidriosos y saltones y procedió instantáneamente a explicarle la causa de su llamado.

—Su Majestad Imperial está nuevamente inquieta y ha enviado a su ayudante a Koln para entrevistarse conmigo — dijo el general — Yo no tengo tiempo que perder así que usted irá inmediatamente a Koln y lo verá a Oberst von Loenwenfeld. Hágale presente mis respetos a su Majestad y asegúrele al Herr Oberst que las perspectivas de una victoria decisiva nunca fueron tan brillantes como ahora. Tenga cuidado de presentarle las cosas del modo más optimista. ¿Ha entendido bien, Herr Oberst Leutnant?

—Sí, Excelencia.

El Oberst Leutmant se dio vuelta como una máquina y salió de la pieza encontrando afuera un auto pronto esperándolo No tenía más remedio que partir enseguida y un momento después se dirigía a toda velocidad al nordeste, por la principal arteria militar de viaje, a Liege. A las diez pasaba por la destruída ciudad belga, a las once dejaba atrás Aix la Chapelle y antes de medio día entraba en Koln.

En el cuartel general alemán, el Oberst von Loenwenfeld lo recibió ansiosamente. Era un hombre cuadrado, viejo, de inmensa cara roja que parecía congestionada por el ajustado cuello prusiano Su rostro era todo nariz y carrillos, de modo que los ojillos parecían simples rayitas entre los párpados hinchados.

Pero como porta voz del kaiser tenía una capacidad voraz para las preguntas, que el Oberst Leutnant contestó, en su mayor parte, con brillantes generalidades. Cuando on Loenwenfeld hubo saciado finalmente su sed de informes, levantóse e indicó con el pulgar la ante-cámara

—Grandes noticias para usted, Herr Oberst Leutnant — dijo riendo y guiñando un ojo entre los inflados párpados — ¿A qué no sabe quien ha llegado de Berlín, con la esperanza de verlo?

—¿Se refiere usted a ?

El joven oficial se atragantó. Por la obesa cara de Leonwenfeld se extendió una socarrona sonrisa.

—Frau von Kettwig — dijo — Yo le telefoneé al saber que usted venía y llegó esta mañana en el expreso de Berlín.

—¡Pero yo tengo que regresar inmediatamente a Charleville! — dijo el Oberst Leutnant nerviosamente — Como usted comprenderá, son momentos críticos para el estado mayor. . .

—Ach... ¡qué buena pieza! — dijo burlonamente von Loewenfeld — ¡Hace tres meses que no va usted a su casa y tiene semejante prisa por volver al Frente! Gott; pero esta guerra no ha de ser cosa tan desagradable, von Kettwig. La Frau von Kettig está afligida y quiere verlo. Mañana tendrá tiempo de volver a Charleville.

El Oberst von Loewenfeld lo tomó juguetona, pero firmemente del brazo, lo hizo atravesar la pieza y abriendo una puerta lo metió en la ante cámara. Una mujer, lo menos diez años mayor que von Kettwig, corrió hacia él y lo abrazó cariñosamente.

—¡Qué maravilloso es verte, mi querido Otto! — exclamó — Y Carl von Loewenfeld dice que no tienes necesidad de volver hasta mañana.

Mientras hablaba sentía la flojedad de los brazos de su marido, la indiferencia, mal disimulada, de su rostro. Retrocedió la mujer y una tempestad inflamó sus mejillas y sus ojos.

—Procedes de un modo extraño, Otto — exclamó, aumentando su cólera a medida que hablaba — Parece que no quisieras verme. Ni siquiera has intentado abrazarme.

—Alemania pasa por una grave crisis, mi querida — contestó él tranquilamente — Tengo que dedicar todos mis pensamientos a la obra que me espera.

—Oh ya lo sé. . — tronó ella — Siempre lo he sabido. y ahora me lo confirmas. Te casaste conmigo por razones egoístas, infame . . Y ahora, crees que no me necesitas más. . .

—Hazme el favor de calmarte — le rogó el oficial — Tengo que volver a mi trabajo sin nada que me preocupe.

—Bueno, pues hay bastante de que preocuparse y lo escucharás — exclamó Frau von Kottiwig — Nuestras propiedades de Polonia han desaparecido, la revolución nos quita la última esperanza en nuestros valores rusos De modo que me veo al fin obligada, Otto von Kettwig, a pedirte algunos de los fondos que te presté.

—Me comunicaré contigo desde el cuartel general, mi querida — contestó tranquilamente el oficial — Lo que me has dicho es una razón más para que vuelva enseguida a mi deber. Sólo la victoria alemana nos salvará de quedar por puertas, porque yo tengo muy poco para darte

La cólera de ella se había convertido en llanto; corrió hacia su marido, recostó la cabeza en su hombro y le rogó un ruego final.

—Pero no necesitas irte hasta mañana, Otto, cuando yo estoy tan afligida. No te ha dicho el Oberst Car cuanto...

—Graves acontecimientos me reclaman, mi querida — la interrumpió él.

Mientras hablaba, escapó a su abrazo, salió apresuradamente de la pieza y con un breve adios corrió al auto que lo esperaba.

Una vez en el camino, su mano volvió a buscar el medallón. Iluminaronse sus ojos al fijarlos en el retrato.

—Esta cara es como un sorbo de champagne para quitar de mi boca el sabor a la quinina —murmuró, medio en voz alta.

———

Hasta tarde de la noche, el Oberst Leutnant estuvo sentado delante de su escritorio, en el cuarto de operaciones de Charleville. Trozo por trozo, con mano experta, reunió los detalles dispersos del plan de batalla alemán. Trabajaba sin miedo de interrupciones o sospechas. Aquel era su escritorio de labor. Cuando hubo reunido los planes escritos a máquina de los ejércitos, cuerpos y divisiones para el ataque alemán, sacó de un cajón de su escritorio un frasco de tinta invisible y escribió en las márgenes una leyenda importante:

"Fecha del ataque, Julio 14-15. Preparaciones de artillería, 1 a. m. del 15 de Julio. Continúa hasta la hora X, amanecer para la infantería. Numero de divisiones alemanas para el ataque, 207. De estas 126 tomarán parte en el asalto y 81 formarán la reserva".

A aquella información vital, no contenida en las órdenes, añadió la firma en letra de imprenta:

"DE BAUDREVILLE"

Luego dobló el abultado legajo, metiólo dentro de una carpeta, envolvió ésta en un diario, para que no llamara la atención de algún centinela desconfiado en el cuarto de mapas por donde tenía que pasar y volvió a su alojamiento.

Allí despertó a Gemeiner Schlettstaadt, le ordenó que preparara sus armas y su mochila y fuera a la estación de autos y pidiera uno para reconocimiento. El auto salió despacito de Charleville, para no turbar el sueño del Comandante, en el gran castillo. Al salir del pueblo, siguió a gran velocidad según las breves órdenes del Oberst Leutnant, tomando rumbo sud oeste por el camino de Charleville-Le Chatelet-Reims. Después de cruzar Suippes, el auto dio vuelta al oeste. Por un improvisado camino militar y acercóse a Reims por el noroeste. Al llegar a la línea alemana, el oficial bajó del auto, seguido por el fiel Gemeiner y le dió bruscas y breves instrucciones.

—Se trata de una importante misión, Schlettsdaadt. Si escuchas bien y desempeñas tu parte, quizá te perdonaré la necia conducta de ayer. El santo y seña es: "Eingriefen". Con él llegarás a las posiciones delanteras y luego continuarás rumbo suroeste, usando tu compás para mantener la dirección.

—Jawohl, Herr Oberst Leutnant — dijo Gemeiner, al detenerse su superior.

—Toma esta cartera — prosiguió el oficial — Cuando nuestro Frente haya quedado a alguna distancia, serás interpelado en francés. Como no lo hablas, contesta en alemán que eres un amigo. Te entenderán. No te inquietes por lo que seguirá. No correrás gran peligro. Los servicios que vas a prestar son de gran importancia. Si valoras tu vida, no te separes de esta cartera, hasta que no seas interpelado en francés.

—Pero, Herr Oberst Leutnant, puede ser un francés... las órdenes, el riesgo... — el acento del soldado era casi de protesta.

—¿Valúas más tu miserable pellejo que el bien de la madre patria? — le interrumpió el Oberst Leutnant — ¿Sabes que el mismo

EN EL PROXIMO NUMERO

EL JINETE FANTASMA

AVENTURAS DE

BUFFALO BILL

EN EL SALVAJE OESTE

Pida con tiempo al vendedor que le reserve su ejemplar, si no quiere perder la lectura de tan emocionante obra

Oberst General te eligio para esta mision porque creyó que tenías valor? Las órdenes que llevas son para engañar al enemigo, que espera noticias de su sucio espía. Nos dará la victoria y tuya será una gloriosa recompensa después de la guerra, Gemeiner Schlttstaadt.

De la mente del soldado desapareció toda duda. Juntó los talones y alzó la mano.

—Jawohl, Herr Oberst Leutnant. No fallaré.

El oficial quedóse parado a la luz de las estrellas, mirando hasta que la noche se tragó a su mensajero. Luego regresó a su auto y tomó el camino de Charleville.

Cuando el coronel Ourq llegó a este punto de la historia de De Baudreville, su voz monótona calló. Levantóse de la silla y atravesó la pieza, encendiendo su pipa mientras lo hacía. Levantando el velo, los años transcurrieron.

Mientras un momento antes, bajo el hechizo de la narración del coronel me sentía yo detrás de las líneas de batalla, con el aventurero De Baudreville, ahora me encontré en el apacible castillo de los Ourq, en Levalloir Perret. Me fué fácil suponer lo que Ourq no me había contado. De Baudreville triunfó. Sabía yo que el ejército alemán cayó en una trampa, al iniciar su ataque sobre el Marne, que los cañones de los aliados hicieron retroceder al enemigo y apagaron su fuego. Sabía yo que los alemanes fueron traicionados. ¡Qué servicio había prestado, en verdad, De Baudreville! Pero aguardé que el ex jefe de espionaje terminara la narración, a su debido tiempo.

Ourq miró algunos momentos por la ventana, fumando pensativo su pipa, antes de volver a su silla, frente a mí.

—Sin aquellas órdenes, amigo mío ¿quién puede decir lo que hubiera sucedido? — reflexionó. — Quizá los hubiéramos detenido con nuestra gran determinación. Pero, monsieur sabe que el arma más grande de ataque es la sorpresa y ésta... alguien se las había arrebatado de las manos.

—Un magnífico servicio — contesté. — Comprendo ahora porque De Baudreville es el ídolo de Francia.

—El ídolo, no, monsieur, dijo prontamente Ourq — aunque sí un gran héroe, a causa de su riqueza y sus condecoraciones. ¿No comprende que los detalles de lo que hizo tienen que ser un secreto para el mundo? De otro modo su vida no valdría un comino. Hay todavía antiguos espías del Servicio Secreto Alemán que no se lo perdonarían, que vendrían a vengarse, si lo supieran.

—¿De modo que las acciones de un gran héroe tienen que permanecer en la obscuridad? ¡Qué lástima! Aunque sus condecoraciones lo remedian algo.

—No hay media docena de hombres que sepan la verdad y usted debe recordar siempre que ha jurado guardar secreto.

—Después de todo, — sugerí — la recompensa mayor está en la propia conciencia de haber cumplido escrupulosamente con el deber. ¡Qué maravillosa satisfacción debe sentir el conde de Baudreville cuando piense que su acción salvó miles de los Aliados, si es que no salvó a Francia! También mi país le debe mucho...

El coronel Ourq no contestó. Fumaba su pipa con cierta indiferencia sombría.

—De Baudreville no volvió a Francia hasta pocos días antes del Armisticio — dijo Ourq al fin, interrumpiendo un largo silencio. — Aunque no supimos directamente de él después del asunto de Charleville, permaneció en su puesto, en las líneas alemanas. Me contó luego — aunque habla poco y de mala gana de ese tiempo — que esperó hasta que estuvo seguro del fin. Fué una habilidad suprema ¿no? Debió haberse convertido en von Kettwig del modo más convincente y vivir su vida. Aunque pienso que en aquellos momentos críticos, las sospechas no podían ser muy agudas porque el Estado Mayor Prusiano tenía muchas cosas graves que pensar, después de la derrota del Marne.

—Fué un notable hecho de contra espionaje — asentí, cuando el coronel volvió a recostarse en su asiento, dedicándose a su pipa. — De Baudreville debe poseer la habilidad de un actor consumado. Aun teniendo en cuenta su parecido con von Kettwig, hay muchos pequeños rasgos de personalidad que pueden traicionar ante los íntimos.

—¡Precisamente!

Dijo Ourq esta palabra con singular energía. Con las mandíbulas apretadas y los ojos sombríos se inclinó hacia mí.

—Pocos hay a quienes me haya atrevido a decirles lo que creo, monsieur. El pensamiento me ha llevado muchas veces al borde de la locura. Bueno, quiero su consejo para que pese en la resolución que he de tomar un día. Quizá he esperado demasiado. Quizá es una verdad que debe ser sepultada o resuelta con el mayor sigilo. Pero ahora que me he convencido, sin temor de equivocarme, tengo que decidir.

Acercó más a mí su rostro. Sentí el calor de su aliento en mi cara.

—Se trata de esto, monsieur — me dijo con vibrante murmullo. — Conocí a De Baudreville, sus pensamientos, sus modalidades, sus actos. Bueno, la guerra cambia a veces extrañamente a los hombres, mi capitán. Pero mis intuiciones no se han engañado, ni tampoco las de la condesa. Ni siquiera por la sorprendente habilidad de un bribón consciente, que se refugia en la reticencia, que pretende haber sufrido un traumatismo parcial, que hasta delega su firma en su chambelán de sus estados. Se han necesitado años para confirmar lo que la intuición nos advirtió. A cada momento nos sentíamos desorientados por hechos concretos. Pero al fin estoy seguro, mi capitán. En el duelo de Charleville, no fué von Kettwig quien sucumbió. ¡Y por consiguiente, no fué De Baudreville quien surgió del desastre prusiano para volver a los grandes estados de los Baudreville, en Vincennes!

F I N

ANGELES DEL INFIERNO

De la producción cinematográfica, de Howard Hughes, que lleva el mismo título

Suavemente, el aviador británico levantó la cabeza del oficial alemán, extremeciéndose al reconocer sus facciones — ¡Karl! — exclamó.

EL COBARDE

El Fuerte merecía su apodo, tanto por sus antecedentes como por su aspecto. Era una espléndida figura de hombre, con traje kaki y un par de medallas, cuyas cintas estaban cosidas debajo de la insignia alada que llevaba sobre su ancho pecho. En las charreteras ostentaba las estrellas de teniente primero.

Antes de volver a Londres en 1917 para comandar una sección del Escuadrón de Defensa, El Fuerte había pasado catorce meses en un aerodromo del distrito del Somme y derribado veinte aviones enemigos.

Todo el mundo quería y respetaba a El Fuerte, admiraba la energía de su bronceado rostro, sus tranquilos y pensativos ojos, en cuyas grises profundidades parecía acechar la sombra del destino. Había en él algo del antiguo y férreo guerrero y también de la audaz caballerosidad del Príncipe Ruperto. Un inglés del mejor tipo; pero impaciente con las debilidades.

El Fuerte detuvo a Bill y Monty Rutledge, cuando entraban al galpón — dormitorio de los pilotos. Habló tranquilamente, manteniendo cerrada la puerta.

—Acabo de hablar con El Conejo — el joven Rabbage — dijo. — Ya sabéis lo que ocurrió anoche, cuando descubrimos aquella escuadrilla de Gothas sobre la ciudad Rabbage se separó de la formación y tomó rumbo al aerodromo al empezar el combate. Me dijo después que su motor funcionaba mal.

—¿Y no era así? — preguntó Monty Rutledge.

—No. Yo hablé con el sargento mecánico esta mañana y él no encontró ningún desperfecto. De modo que le dije a Rabbage

unas cuantas. Temo haberme excedido. Pero no podemos tener gente que de la espalda en la cara de Fritz.

Bill Rutledge movió la cabeza.

—El Conejo no está bien — dijo. — Ese chico es una masa de nervios. Habría que alejarlo de aquí, con licencia y usted podría hablarle al mayor, Fuerte. Antes no tuvimos ninguna dificultad con él; pero ahora la tensión empieza a producir sus frutos. Los nervios son cosa extraña.

—Ya imaginaba yo que debía ser algo así — dijo El Fuerte. — Aunque no pensé en ello hasta después de haberle dado una buena filípica al muchacho. Con todo, quizá le hará bien. Acaso sirva para serenarlo. Veré al mayor, para que le de licencia, mañana. Entretanto, si tenemos que salir esta noche, os recomiendo a vosotros que no le perdáis de vista. Eso es todo.

Hizo una inclinación de cabeza, abrió la puerta del dormitorio y entró, seguido por los hermanos. Adentro, la atmósfera estaba pesada por el humo de los cigarrillos; una docena de hombres se hallaban tendidos en sus camas, leyendo, jugando a las cartas o conversando ruidosamente. Sólo un joven calvo tocaba en un viejo banjo y cantaba con voz dulce; pero de acento norteamericano. Otro, de rostro pálido y fatigado, estaba acostado boca abajo en la cama, leyendo. Monty Rutledge lo miró fijamente.

—Tienes razón en lo que dices de El Conejo, Bill — dijo a su hermano. — Ese muchacho tiene mucho valor, realmente; pero es un saco de nervios. ¿Te acuerdas de Karl?

—¿Karl? — repitió Bill, mientras los dos se unían a los jugadores de baraja y tomaban asiento. — ¡Dios! ¿Qué estará haciendo ahora?

Agarró sus cartas a medida que se las daban y sonrió, al hacerlo el que las repartía, una pregunta.

—¿Quién era? — repitió. — Un compañero alemán que Monty y yo conocimos en Oxford. Un muchacho buenísimo, tranquilo como un ratón. Uno no lo hubiera creído capaz de espantar a un ganso. Y sin embargo, en Alemania, hizo maravillosas proezas en aviación, mucho tiempo antes de estallar la guerra.

—¿Se unió a los alemanes? — preguntó uno de los jugadores frunciendo el ceño ante sus cartas.

—El pobre Karl fué uno de los primeros llamados a su patria, antes de que Inglaterra entrara en el baile — dijo Monty riendo. — Y no le disgustó ir. Claro que no le agradaba pelear contra nosotros; pero tiene que hacerlo. ¡Que triste! Pero así es la guerra, muchachos. ¿Quién apuesta?

—No tengo triunfos — dijo Bill. — Quiero ver el color de vuestro dinero, amigos; necesito un nuevo tónico. Hablando de Karl, a menudo he pensado si será oficial de algún Zeppelín en estos días. Me gustaría derribar un Zep; pero me sería odioso descubrir después que había hecho estrellarse a Karl.

Agarró una carta e iba a jugarla, cuando la puerta del galpón se abrió bruscamente y un mecánico entró, haciendo la venia.

—Disculpad, caballeros. Ordenes del mayor de prepararse en seguida. Hay informes de haberse avistado una aeronave enemiga.

Y con otro saludo se dió vuelta, perdiéndose en la obscuridad, tan rápidamente como había venido.

Mientras daba su recado, ya se había producido un gran movimiento en el dormitorio. Los hombres agarraban sus blusas, sus botines, se ponían apresuradamente sus sacos de cuero y buscaban debajo de la cama alguna prenda extraviada de su equipo. En la puerta, Bill y Monty chocaron contra el americano calvo, luchando todos por ser los primeros en salir.

—Sal del camino, Calvo — dijo Bill sonriendo. — No necesitas apurarte. Esa carraca que tú llamas aeroplano tardará lo menos media hora en elevarse y aún entonces no volará.

—¿Sí? — preguntó el Calvo picado — Sin embargo, yo lo prefiero al carromato vuestro. El mío no necesita dos para dirigirlo.

Monty y Bill, que volaban juntos en un "dos asientos", protestaron ruidosamente y los tres cayeron fuera de la puerta, de manera que los demás tropezaron y pasaron, renegando, encima de ellos. El joven Rabbage. — El Conejo — fué el último en salir del galpón, con el casco y los anteojos ladeados y el pálido rostro ansioso. Más allá estaban los hangares, de los que los mecánicos sacaban las máquinas. Ya el Fuerte había subido en una y el ruido del motor resonó de pronto en el obscuro aeródromo. Otro lo siguió, rivalizando ambos en ruido el cual aumentó al funcionar los demás aeroplanos.

Los hombres parecían surgir de todas partes, sombras que entraban y salían de los hangares, con bultos informes sobre sus hombros. Los mecánicos acarreaban municiones para los cañones y los oficiales de tierra gritaban órdenes que apenas se oían entre el ruido de los aeroplanos.

El Conejo subió en su máquina, con las rodillas temblorosas, sintiendo como una montaña de hielo en la boca del estómago. Con mano insegura se ajustó el casco y los anteojos y abrió la válvula, mientras un mecánico ponía en movimiento la hélice y daba un salto al costado al moverse el motor. El Conejo sentía su garganta seca y el ruido repercutía en su mismo corazón porque... tenía miedo. Un miedo mortal. Había experimentado esa sensación la noche anterior, cuando vió delante suyo las vagas sombras de los aviones, lanzadores de bombas, del enemigo. Había huído, mintiendo luego al decir que su motor estaba descompuesto; pero nadie lo sabía El Fuerte lo había llamado cobarde; le había herido con desdeñosas frases.

Algo como un sollozo de agonía subió a su garganta al ver al guía alejarse, fuera de la línea, y con mano temblorosa abrió el control de su máquina a fin de que ésta pudiera colocarse en su sitio señalado.

La partida empezó. En magnífica formación, los aeroplanos atravesaron el aeródromo y el nervioso Conejo fué con ellos. Ahora corría a una velocidad de cuarenta millas por hora y el ruido del motor convirtióse en

De pronto el oficial lanzó un grito al sentir la barquilla de observación inclinarse y caer vertiginosamente. ¡Le habrán separado del Zeppelín que huía entre las nubes!

aullido; sesenta millas... y luego cesó el sacudimiento al despegar la máquina del suelo. Ochenta, noventa millas; la lluvia empañaba sus anteojos y El Conejo los echó hacia atrás, mientras miraba, medio enceguecido, la próxima máquina y ascendía ligeramente para conservar su posición.

Arriba suyo, entre las obscuras nubes, estaban las máquinas enemigas, seguras en su ventajosa posición, observando aquella formación, esperando el momento de descender sobre los defensores y enviarles su mensaje de muerte.

El Conejo se odiaba a sí mismo y cálidas lágrimas lo cegaban, mientras miraba a los otros aeroplanos bajar y subir, con movimientos ligeros, misteriosos, mientras volaban, formando una flecha. Todos aquellos hombres, El Calvo, El Fuerte, Monty y Bill Rutledge, eran valientes. Cada uno de ellos era parte del "montón" estaban dispuestos a cumplir su duro deber, a afrontar la muerte.

Pero El Conejo era... el único. ¡Un cobarde! La palabra brillaba con caracteres de fuego en su mente febril y Rabbage deseaba morir ahora, caer sin vida sobre sus controles.

EL RAID SOBRE LONDRES

Vigas de aluminio se cruzaban y entrecruzaban, formando un enrejado alrededor de la pequeña cabina de control, cuya parte externa estaba cubierta por tela tirante. El suelo era de tablas delgadas, sobre más vigas; las ventanillas abiertas y sin vidrios. Porque en los Zeppelines lanza-bombas, la cuestión peso era lo que más importaba en el año 1917.

En la cabina iban tres hombres. Uno se hallaba frente al timón, moviendo sus palancas ligeramente, fijos los ojos en el trepidante dial-compás que tenía ante sí; otro estaba sentado frente a una batería telegráfica, con un trasmisor de teléfono sujeto a la cabeza tusada.

El tercero que vestía uniforme de comandante del Servicio Aéreo Imperial, se inclinaba sobre un mapa, sujeto a una pequeña tabla con chinches de bronce. Colocó cuidadosamente un par de divisores sobre una línea vividamente marcada en rojo, y dió, por encima de su hombro una breve orden.

—¡Alto! — gritó porque era necesario elevar la voz sobre el ruido de los motores. — ¡Herr teniente Maintz!

—¡Alto! — repitió impasiblemente el hombre que estaba ante los diales Dió vuelta una llave y habló por teléfono.

—¿Herr teniente Maintz? — perguntó y luego le comunicó que viniera a la navecilla de control por orden del herr comandante.

Un minuto después el comandante alzaba la vista de sus mapas, mientras un joven teniente descendía la brillante escalera, desde el casco principal de la aeronave.

Ahora el ruido de los motores había cesado y la gran aeronave se deslizaba en medio de un misterioso silencio, interrumpido únicamente por el suave aletear de una parte de tela suelta, en el exterior, y el crujido de la armazón.

Las voces en el departamento de motores y en el vasto interior del gigantesco casco se oían débiles, pero claras. El teniente se afirmó al hacer la aeronave un suave movimiento y saludó:

—¿Herr Comandante?

—¡Ah, Karl! — dijo el comandante, levantándose y sonriendo al recién llegado. —Hemos llegado, amigo mío. Debajo nuestro hay una capa de nubes que juzgo de cuatro o cinco mil pies de espesor. Más abajo, Londres y, si mis cálculos son correctos, nos hallamos sobre Trafalgar Square. Ha llegado el momento para su gran trabajo.

—Ja, herr comandante — dijo el teniente — ¿Bajaré ahora a la barquilla de observación?

—En seguida. Yo lo acompañaré para verlo bajar.

El teniente saludó de nuevo y se apartó para dejar que su superior subiera primero; pero, con un pie en el primer escalón, el comandante se detuvo y apoyó su mano en el hombro del joven.

—Karl, el éxito de nuestro viaje depende de usted. La patria no dejará de recompensarlo si destruímos nuestro objetivo. Eso es todo. ¡Buena suerte, amigo mío!

—Gracias, herr comandante — dijo cortesmente el oficial y lo siguió por la escalera.

Al final de ésta había una pasarela de tablas livianas, atravesando la malla metálica que formaba la parte inferior del gigantesco casco. Hacia la inmensidad obscura se elevaban vigas, separando los globos y todo estaba invadido por el olor agri-dulce del hidrógeno.

Los dos se encaminaron por la pasarela y bajaron algunos escalones hasta llegar al fondo mismo de la aeronave. Allí había un gran tambor giratorio y un cable de alambre pasaba por encima de una polea; del cable se suspendía una pequeña barquilla, en una cavidad abierta. Un mecánico saludó y ofreció el brazo al teniente para que entrara en la barquilla.

Karl se abotonó su gruesa casaca y estrechó las manos del comandante, que estaba arrodillado junto a la cavidad.

—¡Buena suerte! El éxito lo espera — dijo el comandante otra vez. E hizo una seña al mecánico parado ante el tambor. El hombre movió una palanca y el tambor giró lentamente, mientras la barquilla desaparecía de la vista. El comandante, agarrado a una viga, miraba por la abertura. En pocos segundos, el teniente se perdió de vista, entre las nubes, y sólo el cable de alambre indicaba que existía, balanceándose muy abajo de la aeronave silenciosa.

Un cuarto de hora más tarde la campana de señal, junto al tambor, resonó fuertemente y el mecánico movió una palanca. El movimiento del alambre disminuyó y se detuvo. El comandante volvió, por las profundidades de la aeronave, al cuarto de control, desde donde podía comunicarse por teléfono con el observador solitario.

Agarró el receptor de manos del hombre que estaba ante el tablero de diales y habló excitadamente, contestándole la voz de Karl. Gritó que hicieran funcionar nuevamente los motores y el avión se movió media milla, según las instrucciones del observador. Luego dió una vez más la voz de alto, pocos minutos después, y sonrió ampliamente.

Según decía Karl estaban directamente sobre la meta: Trafalgar Square. El momento de obrar había llegado.

El comandante dió vuelta una llave y quedó con comunicación con el hombre que se hallaba ante el aparato lanza-bombas. Ordenó cuatro torpedos livianos y casi en seguida oyóse un suave silbido debajo de la aeronave, seguido por un ruido sordo que llególes a través de la masa de nubes que ocultaba la tierra. Nuevamente conectó con el observador y rióse al informarle Karl que habían dado en el blanco.

—¡Todas las bombas! — ordenó el comandante al hombre encargado de lanzarlas y un segundo más tarde el gran avión se inclinaba y ascendía libre del peso de toda una carga de explosivos. El silbido esta vez fué un aullido sordo y el período de espera pareció muy largo. Luego llegó de abajo, a través de las nubes, una verdadera catarata de ruidos estrepitosos que parecieron sacudir a la aeronave misma.

—Objetivo completamente destruído — informó la voz de Karl por el teléfono y con un grito, el comandante cortó y corrió hacia la escalera. Llamó al mecánico, ordenándole que subiera la barquilla de observación, dió orden de imprimir velocidad máxima a los motores y volvió a la cabina de control para poner rumbo a la patria. Pero el hombre que estaba en la cabina de control, frente a los diales, hizo la venia y habló rápidamente.

—De los puestos de retaguardia informan que aparatos enemigos se acercan desde el norte. — dijo. — ¡Nos han visto!

El comandante juró en pintoresco alemán y lanzó con voz de trueno una sarta de órdenes. Todo el lastre de agua, así como los aparejos que no fueran indispensables, debían ser arrojados por la borda. Los hombres a sus puestos de acción. Velocidad, nada más que velocidad, podía salvar al Zeppelín.

Pero éste se movía perezosamente. Abajo a cuatro mil pies de distancia, suspendida de su pesado cable, se hallaba la barquilla de observación de Karl, ascendiendo lentamente, a medida que el tambor giraba. Era un peso que restaba cuarenta millas de velocidad por hora a la aeronave en retirada.

Sin embargo, en la barquilla, Karl sonreía. Había observado las bombas en su trayecto-

ria y las vió... a todas, explotar inofensivamente dentro del lago Serpentine, en Hyde Park. Si el resultado de su acción era afrontar un grupo de tiradores, bueno... valía más eso que sembrar muerte y destrucción entre las mujeres y niños del país que amaba, pero contra el cual se veía obligado a combatir.

Extremecióse ligeramente debido al aire helado y luego hizo un movimiento de alarma. Porque de pronto oyó el zumbido de un motor y vió sobre su cabeza, encima de todo un aeroplano inglés. Se destacaba vagamente contra el casco sombrío del Zeppelín y el estampido de sus disparos fué repetido por el eco como una carcajada sombría del destino.

ALAS DESTRUCTORAS

La máquina de El Fuerte, oscilaba locamente de un lado a otro y a la señal dada la formación se rompió. El aeroplano de El Calvo descendió de su posición número tres, dirigiéndose directamente hacia el lomo del Zeppelín, que estaba abajo, disparando sus ametralladoras y esparciendo vívidas lenguas de llama. Casi en seguida, sin embargo, la hélice del aeroplano voló en pedazos y la envoltura fué desgarrada como por las uñas de un felino gigantesco. Jurando vivamente, El Calvo cerró el motor, viró con rapidez y descendió sin sufrir daño; pero puesto fuera de combate por la artillería del Zeppelín.

El Fuerte fué el siguiente en caer. Descendió vertiginosamente cerca de la cola del zeppelín y luego hizo el "loop" disparando violentamente.

Mientras daba vuelta, una descarga desde un flanco del zeppelín hizo saltar astillas del piso de la cabina del aeroplano, abriéndola por todas partes.

El Fuerte hizo un movimiento convulsivo al herirle veinte balas a la vez, tuvo un acceso de tos y se dobló sobre el vientre, mientras el aeroplano se precipitaba a tierra, con el motor funcionando todavía. Cayó entre girones de nubes, dando vueltas sobre sí mismo, a loca velocidad. A mil pies más abajo, las alas se desprendieron por la fuerza de la caída; pero El Fuerte siguió inmóvil, caído sobre sus controles. Un Príncipe Ruperto de los cielos había peleado su última batalla.

Arriba, El Conejo lo vió caer... El Conejo que había dominado sombríamente sus nervios, obligándose al ataque como los demás. Hacía fuego a cortos intervalos; pero un artillero hizo girar su arma y una bala pegó en el motor de Rabbage que sonó agudamente, mientras que otra rozaba la sien del piloto, pareciéndole el golpe de un puño de hierro.

El muchacho saltó, aturdido, en su asiento hizo virar, para alejarse, su aeroplano; pero en ese momento advirtió la vertiginosa caída de El Fuerte. Se le heló el corazón y las lágrimas lo cegaron. La sangre se le iba coagulando en las mejillas; sentía la garganta seca, una angustiosa sensación de asfixia. Ascendió en espiral, dejando abajo y lejos la aeronave; dejando la batalla y la muerte proyectada por cada ángulo del avión enemigo en retirada. Pero la pelea continuaba.

Una de las máquinas inglesas voló en círculo para un ataque de flanco; pero fue vista por uno de los artilleros enemigos y su tanque de petróleo acribillado antes de que el piloto pudiera disparar un tiro. Elevóse una lengua de llama, mientras el piloto, con las mejillas color ceniza, cerraba de golpe los controles y trataba de impedir que el fuego llegara hasta él. Luego el tanque hizo explosión y con el fuselaje y las alas incendiadas la máquina precipitóse, cabeza abajo, dejando un rastro de chispas y fragmentos esparcidos contra la cortina de nubes.

Monty Rutledge, en el asiento de tirador de su aeroplano, juró violentamente porque el muerto era su mejor amigo, después de Bill. Luego hizo girar su ametralladora sobre el montaje y disparó furiosamente, mientras Bill, en los controles descendía sobre la proa del Zeppelín.

Las balas silbaron de pronto en torno de ambos; una pegó en el fusil ametralladora de Monty, inutilizando el disparador. Un travesaño se dobló y astilló; el pequeño parabrisas de Bill desapareció en una lluvia de vidrios que le ensangrentó la cara. El aeroplano se balanceó fuertemente, tumbándose de costado.

El motor se paró de pronto y luego, mientras la máquina se enderezaba, Bill Rutledge miró por encima de su hombro.

—¡Dios salve al Rey! — dijo con forzada sonrisa. — Los controles de mi alón han desaparecido, hermano, así que nuestra pequeña jira de esta noche puede darse por terminada. Esos malditos flotadores parecen estar erizados de ametralladoras.

Monty sentóse, abandonando su inútil fusil. La cabeza le latía dolorosamente.

—¿Podemos aterrizar? No me digas que vamos a estrellarnos, Bill. No puedo soportarlo. Renuncio a mi puesto en seguida.

—Mejor es que lo hagas entonces — rió brevemente Bill. — Puede ser que logre hacerlo descender, pero lo más probable es que demos una interesante exhibición de piruetas. ¿No tienes un lecho de plumas o un colchón elástico a tu alrededor?

Monty sonrió; pero nada dijo. Tuvo la visión momentánea de una cosa pequeña que colgaba de la gran aeronave; pero mientras miraba, se desprendió y cayó. Monty la siguió con los ojos; pero estaba demasiado lejos para distinguir lo que era y pronto se perdió de vista entre las nubes.

—Están tirando lastre — dijo. — Alivianan para lograr más velocidad... Pero ¿qué diablos era eso?

Lo descubrió más tarde; pero si hubiese podido mirar dentro de la gran aeronave, muchas cosas que lo intrigaron meses después, le hubieran resultado claras.

Pálido, pero erguido, el comandante del Zeppelín miraba una fila de hombros formados delante de la bóveda abierta por la cual había sido bajada la barquilla de observación. El cable estaba cortado.

—Vamos muy lentamente — gruñó el comandante. — Ya he tenido que sacrificar a un bravo y noble oficial porque la barquilla

de observación **no pudo** ser izada a tiempo y obstaculizaba la marcha de la aeronave. Pero aún vamos muy despacio. Las máquinas enemigas están todavía alrededor de nosotros y es imperioso que el avión vuelva a la patria.

Se encogió de hombros.

—La patria está bloqueada. Todas las máquinas, todos los aviones, son necesarios porque queda poco material con que hacer más — continuó. — Por eso tenemos que salvar la aeronave, por eso tenemos que alivianarla, a fin de obtener mayor velocidad. Yo mismo me tiraría, caballeros; pero, después de la pérdida del teniente Maintz, soy el único a bordo que entiende de navegación. Conque...

Suspiró; pero luego juntó sus talones y alzó el brazo, haciendo la venia.

—¡Por la patria! — dijo sombríamente.

Al final de la fila un oficial alzó la cabeza y saludó a su vez

—¡Por la patria! — dijo y saltó, por la abertura, al espacio. Rígidamente mantuvo el comandante su posición; pero sus ojos estaban nublados mientras el resto de los hombres saltaba, uno por uno, sin más vacilación que si dieran un paso adelante en un desfile. Cuando desapareció el último, el comandante dejó caer sus hombros y recostóse contra una viga de aluminio. Sus manos temblaban.

—¡Mis valientes! — murmuró — ¡Los bravos hijos del Imperio! Hubiera querido morir con ellos porque vivir ahora es más cruel.

Sombríamente volvió a la cabina de control y paseó sus miradas sobre los diales indicadores. La velocidad iba aumentando y, lo que valía más, los ruidos de la batalla parecían haber cesado. Diez minutos más tarde un hombre bajó la escalera e hizo la venia.

—De todos los puestos de información informan que las máquinas enemigas han sido derrotadas, Herr Comandante. No se divisa ninguna y estamos arriba de las nubes, fuera del alcance de los reflectores

El comandante movió la cabeza, afirmativamente, con gesto de cansancio se inclinó sobre sus mapas y tomó un distribuidor y reglas.

—Bueno — dijo: — ¡A vuestros puestos!

El hombre saludó y se fué Mientras salía, oyóse gritos apagados en lo alto de la aeronave. Uno de los vigías, llamados "pies de gato" bajaba la escalera gritando frenéticamente que viraran; pero entre el ruido de los motores sus palabras no podían ser oídas.

Desde una masa de nubes, a dos mil pies encima del Zeppelín venía bajando un aeroplano inglés El ruido de sus alambres convirtióse en un poderoso zumbido que se elevaba sobre el roncar de su motor a toda fuerza Ante los controles estaba un piloto, de rostro pálido y ojos ardientes

El Conejo se había encontrado a sí mismo. Había volado lejos del teatro de la lucha y observó como los aeroplanos eran destruídos incendiados Luego, de pronto, parecióle que el negro miedo de su corazón desaparecía. Los otros allá daban **sus vidas**, **mientras** él se ponía en salvo. Debió estar loco. No era extraño que El Fuerte lo hubiera llamado cobarde.

Luego ocurriósele la gran idea Viró directamente sobre la aeronave y movió hacia adelante los controles sin vacilaciones. Sabía ahora que la vida no importaba. Se reía, gritaba, intrépidamente, mientras que la velocidad de la bajada le arrancaba el casco.

—¡Un momento, muchachos! — gritó El Conejo, mientras la forma larga y negra del Zeppelín parecía subir a su encuentro. — ¡Un segundo!... voy a reunirme con vosotros.

Sus manos agarraban fieramente los controles y tenía los pies apoyados contra la barra del timón. Por lo menos en el último momento de su joven vida, desequilibrada por la guerra, El Conejo había encontrado su valor.

Un segundo después, la gran sombra del Zeppelín condenado pareció ensancharse mientras subía a su encuentro. El Conejo reunió sus energías y cerró los ojos.

Precipitóse sobre el mismo centro de la aeronave, con su pequeña máquina, que rugía y despedía chispas, estrellándose entre la masa de vigas de aluminio y desgarrando uno de los globos de gas, adentro.

Afortunadamente, El Conejo estaba muerto antes que las llamas de su motor incendiaran el gas que se escapaba. En el momento del choque, fué proyectado hacia adelante con tanta fuerza que se rompió su cinturón de seguridad y el ángulo de una viga le pegó en la cabeza

Así murió el valiente muchacho. Un segundo después, el centro del Zeppelín era una rugiente pesadilla de gas inflamado.

La explosión hizo estallar los globos de alrededor, dentro de la aeronave; uno tras otro se convirtieron en fuego y el Zeppelín herido empezó a dar vueltas vertiginosamente en el principio de su último viaje espectacular.

Abajo, en la cabina de control, el comandante fué despedido de su asiento y rompió con el codo el vidrio del dial-compás.

El timonel cayó debajo de la rueda y rodó, enredándose sus pies y brazos con los de un artillero. Luego toda la aeronave se convirtió en un infierno de llamas Aparecían y desaparecían sombras en un segundo, mientras las vigas de aluminio se retorcían y fundían como cera.

El Goliat alemán del aire había entrado en su último viaje Había un terrible esplendor en el Zepelín, al precipitarse a tierra, que vivirá siempre en la memoria de los que lo contemplaron.

El odio que engendran y alimentan los dioses de la guerra perdió algo de su intensidad mientras los bravos caballeros del aire rendían sus vidas al servicio de su país y entraban en la paz eterna.

Cuatro mil pies abajo, dos aviadores, con las ropas destrozadas, cubiertos de barro, estaban junto a su destrozado aparato y lanzaron un grito de triunfo al ver el Zeppelín incendiado descendiendo hacia la tierra. Lo observaron caer, cada vez más rápidamente, hasta que tocó el suelo con poderoso estrépito y una columna de llamas se elevó de entre sus restos.

(Continuará)

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

PODRA ser, porque yo no dudo de la verdad de vuestras palabras; pero hay en medio de todo algo que vos no sabéis.

—¡Ah! Vos os referís sin duda a los amores de Gabriel de Espinosa con Estéfana Barbarigo.

—Pero vos lo sabéis todo, monseñor — dijo con asombro César Malatesta.

—Todo.

—¿Y sabéis también que ese hombre, que ese Gabriel de Espinosa, piensa en casarse con Estéfana Barbarigo?

—Sí. ¿Y cómo sabéis vos, señor César Malatesta, que se proyecta ese casamiento?

—Los criados de Estéfana Barbarigo están a mi disposición, y cuando ese hombre piensa tan seriamente en casarse con Estéfana, no puede dudarse de que doña María de Souza no es mujer, sino su querida.

—Vos no sabéis nada de eso, ni podéis comprender lo que sucede — dijo Aben-Shariar; — hablemos de otra cosa: ¿Os ha dado Elena los papeles que contenía el pliego cerrado que le entregasteis hace diez años de orden del Consejo de los Diez?

—Sí, monseñor; helos aquí.

Y sacó de debajo de su justillo un voluminoso cuaderno, que Aben-Shariar guardó entre sus ropas.

—Gracias porque me habéis servido bien; supongo que Elena os ha entregado estos papeles porque está satisfecha de vos.

—Sí, monseñor; la he engañado bien; he vuelto a ser para ella el amante tierno apasionado de hace diez años; me he mostrado arrepentido; la he hecho convencerse de que la sola idea de un rompimiento con ella me estremecía, y para probarla que a nadie más que a ella amaba, la he propuesto un casamiento inmediato, cuya noticia la ha llenado de alegría.

—Pues ese casamiento va a tener lugar muy pronto, señor César Malatesta.

—Obligado por vos, monseñor, me es completamente indiferente la época en que ese casamiento se realice.

—Dentro de dos horas, a lo más, seréis esposo de Elena.

—Como queráis, monseñor — y ardió una chispa sombría en los ojos de Malatesta, que no pasó desapercibida para Aben-Shariar.

—Evite yo un peligro a Sayda Mirian y a Gabriel — dijo para sí Aben-Shariar, — matando los celos de Elena, y haz después lo que quieras.

Aben-Shariar quedó un momento en silencio, y luego dijo a Malatesta:

—Dentro de un momento, en cuanto escriba una carta, volveremos a Venecia, y os diré lo que habéis de hacer.

Y Aben-Shariar escribió la carta siguiente: "Señor Tieppolo: Dad al dador lo que prometisteis darle ayer. — Pietro Mastta". Cerró Aben-Shariar esta carta, y puso en su sobre: "Al señor Tieppolo Albano, en las Lagunas".

—Paolo — dijo Aben-Shariar, llamando.

Inmediatamente se presentó Yezid.

—Voy a Venecia con este caballero — dijo Aben-Shariar, — y probablemente no volveré hasta mañana; me importa que al amanecer entregues esta carta a la persona a quien va dirigida. Adiós.

Y entregando la carta a Yezid, salió de la cámara con César Malatesta, atravesaron el puente y bajaron a la góndola, que esperaba por orden de Aben-Shariar.

Una hora después, Aben-Shariar y César Malatesta entraban en el palacio Conti por el postigo que ya conocemos. Pero entonces se dirigieron juntos a las habitaciones de Elena. Cuando entraron, encontraron a ésta hablando, irritada, con los cuatro criados que habían quedado en la casa.

—Es imposible que no sepáis lo que ha sucedido; Giuseppe ha desaparecido, y con él los dos huéspedes extranjeros; se me hace traición, y estoy dispuesta a castigaros.

Los criados temblaban, porque sabían bien de cuánto era capaz Elena. En este momento entraban César Malatesta y Aben-Shariar. Al verlos, Elena los abarcó con una profunda mirada, y exclamó volviéndose a los criados:

—Es muy posible, por lo que veo, que no seáis vosotros los autores de la traición que se me ha hecho. Idos.

Los criados salieron, y Aben-Shariar y César Malatesta quedaron solos con Elena.

—¿Quieres decirme, Malatesta, por qué te acompaña ese hombre? — dijo ésta.

—Elena — dijo Malatesta, acercándose a ella y asiéndola cariñosamente una mano, — el que tú llamas ese hombre, es uno de los ciudadanos más ilustres de Venecia.

—A quien yo no conozco, que se presenta

a mí de una manera extraña, y del cual, en la situación en que me encuentro, tengo derecho a desconfiar.

—¿Y en qué situación os encontráis, hermosa señora? — dijo con una perfecta galantería Aben-Shariar.

—Antes de responderos, permitidme que os pregunte: ¿qué derecho, qué razón tenéis para interrogarme?

Antes de que Aben-Shariar pudiese contestar, Malatesta, que quería provocar un diálogo que le diese alguna luz acerca de la conducta de Aben-Shariar, que no comprendía ni podía comprender, dijo:

—Este caballero es monseñor Pietro Mastta...

Aben-Shariar hizo un movimiento tal, tan significativo y tan amenazador para César Malatesta, que éste enmudeció. Pero era ya tarde; el nombre genovés de Aben-Shariar había sido un rayo de luz para Elena.

—¡Ah, sí! — exclamó. — Vos sois monseñor Pietro Mastta, el tremendo corsario que, a pesar de esto, sirve de tal modo a Venecia, que como premio de sus servicios ha llegado a formar parte del Consejo de los Diez.

—El señor César Malatesta ha cometido, indudablemente, una imprudencia; pero ya no es tiempo de repararla.

—Tenéis razón, señor Pietro Mastta — dijo Elena, — porque esto me prueba que el cardenal de Montalto y fray Miguel de los Santos, y, además de éstos, mi mayordomo Giuseppe Basili, están en estos momentos en las prisiones del Estado; ¿venís a prenderme a mí también, señor Pietro Mastta? Sea en buen hora; os seguiré contenta, porque estoy segura de que no tardaréis vos mucho en ocupar, como yo, un calabozo secreto en la cárcel de la inquisición de Venecia.

—Os irritáis contra mí, Elena, y me suponéis intenciones que no he tenido ni puedo tener; yo he venido aquí acompañando a mi amigo Malatesta, para acompañaros con él a la iglesia de San Marcos, y salvar, usando de mi autoridad, todas las dificultades que se opusieran a vuestro casamiento instantáneo, sin llenar las formalidades prescritas en el Concilio de Trento.

—Parece increíble — dijo con sarcasmo Elena — que conozcáis tan bien nuestra religión; yo creo que os habéis convertido de veras, señor Pietro Mastta.

—¿Quién os ha dicho, señora — dijo profundamente Aben-Shariar, — que yo no haya sido siempre cristiano?

—¿Y quién os ha dicho a vos que obliguéis a César Malatesta a ser mi esposo?

—Nadie me obliga — dijo César.

—De cuán diferente manera me hablabas esta mañana, César. Después de habernos separado has contraído sin duda amistad con monseñor Pietro Mastta.

—En todo caso, y como amáis con toda vuestra alma, señora, al señor César Malatesta, debéis agradecerme el que yo haya influído en vuestro próximo casamiento.

—Pues no os lo agradezco, monseñor, porque este casamiento no lo hacéis ni por César Malatesta, ni por Elena Karuk: lo hacéis por vos, o lo que es lo mismo, por vuestra cuñada la africana, la hermosa sultana Sayda Mirian.

Aben-Shariar hizo un gesto de despecho y de rabia, que absorbió con placer Elena.

—¿Cómo habéis podido olvidaros, monseñor, de lo que tan bien sabéis; esto es, de que Venecia es una red de asechanza, cuyos hilos se multiplican y se anudan entre sí? ¿Cómo habéis podido olvidaros de que yo soy hija adoptiva de la República, de que pertenezco a ella en cuerpo y en alma, siendo uno de los instrumentos secretos de su poder? ¿Pues qué, no sabéis monseñor, que la República tiene también agentes entre las damas venecianas, y que acaso estos hermosos agentes son los más útiles al Estado? ¿Sabéis acaso si era un secreto para el Consejo de los Diez la estancia en Venecia y en mi casa del cardenal Jenaro de Montalto y del religioso portugués fray Miguel de los Santos? ¿Sabéis acaso si al llamar yo a esas personas no era yo, sino el Estado quien las llamaba? ¿Sabéis si al prenderlas en mi casa, porque vos los habéis preso sin duda, habéis incurrido en delito de traición contra la República, obrando por vos mismo en un asunto tan grave sin conocimiento del Consejo de los Diez? ¡Que venís a facilitar mi casamiento con César Malatesta! ¿Sabéis si yo, que había escuchado con placer el asentimiento de César a casarse conmigo, porque le amo y quiero casarme con él, ahora que se que no ha cedido a mi influencia, sino a la vuestra, querré casarme con él? ¿Sabéis si al salir de aquí, porque vais a salir, monseñor, seréis preso por la República, como vos habéis preso en mi casa a mis huéspedes y a un criado mío?

Apenas había acabado de decir estas palabras Elena, se oyeron golpes en la puerta del palacio.

—Venecia llama a mi puerta — dijo Elena — y llama por vos, monseñor.

Aben-Shariar no contestó una sola palabra; su semblante adquirió una expresión terrible; se fué en derechura a una ventana y la abrió.

—¡Detenle, César — exclamó Elena, — si no quieres que te crean cómplice suyo!

Malatesta tiró de la espada y se lanzó hacia Aben-Shariar. Pero éste había salvado ya la balaustrada, había desaparecido, y se había deslizado rápidamente, apoyándose en las labores góticas del muro, y se encontraba fuera del palacio, sobre el borde del canal que corría a uno de sus costados.

Instantáneamente, tres bultos, espada en mano, cayeron sobre el corsario; uno de ellos rodó herido de una estocada, y Aben-Shariar saltó sobre él y escapó.

Llegó al borde de un canal, se arrojó a él, se sumergió en el agua, y nadando por debajo de ella sin que se notase la más leve ondulación, siguió hasta dar vuelta a otro canal; salió un momento a flor de agua y volvió a sumergirse, nadando debajo del agua otro gran trecho, repitiendo esta operación de tiempo en tiempo, hasta que, sin ser notado de nadie, porque la noche era muy oscura, salió por los canales al mar. Luego, nadando del mismo modo un largo trecho bajo las olas, saliendo un momento a respirar y a to-

mar aliento, ganó la playa en un lugar desierto, partió a la carrera, siguió corriendo tres horas a lo largo de la costa, hasta que llegó a una pequeña cala.

Una vez allí, Aben-Shariar silbó por tres veces; a la tercera vez contestó otro silbido desde el otro lado de la cala.

—¡Al esquife, mano a los remos, y aquí! — dijo Aben-Shariar.

Poco después un pequeño esquife embestía en la arena a los pies de Aben-Shariar, que entró en él. Un pescador veneciano, al menos en la apariencia, era el que tripulaba el esquife.

Una vez dentro Aben-Shariar, el pescador empujó el esquife, que flotó de nuevo, se metió en el mar, saltó dentro del esquife y se apoderó de los remos.

—¿Por dónde anda "La Leona", Aben-Alí? — preguntó Aben-Shariar.

—Por la vuelta de afuera, emir — contestó Aben-Alí.

Entrambos habían hablado en árabe.

—Está la mar picada a cien brazas de la costa, pondré mi palo y encenderé mi linterna roja: "La Leona" nos buscará.

—Una vez a bordo de mi "Leona", venga contra mí Venecia entera — dijo con acento terrible el corsario.

—¿Qué sucede, emir, que tu acento es acento de muerte y vienes tan mojado que no parece sino que has nadado mucho tiempo? — dijo Aben-Alí.

—El rey de Portugal ha ido de imprudencia en imprudencia hasta que nos ha comprometido a todos; y bien, yo no he podido hacer más; el destino es más poderoso que los hombres; todo lo que me resta que hacer, lo haré; no me hables más, Aben-Alí, porque estoy dado a Satanás.

Aben-Alí no contestó una palabra, y siguió bogando con una fuerza increíble, y haciendo adelantar con rapidez al pequeño esquife, a pesar de lo grueso de la mar. Cuando estuvieron a alguna distancia de la costa, Aben-Alí enarboló un pequeño palo en el esquife, lo puso un velacho, encendió un farol con cristal encarnado, y le colocó en lo alto del palo. Aben-Shariar iba al timón. A vela y a remo el esquife siguió adelantando, y Aben Alí y Aben-Shariar buscando en vano una señal hacia el Levante. La señal que buscaban era otro linterna roja que debía encender "La Leona" al ver la luz roja del esquife. Y pasaba el tiempo; el Levante se hacía cada vez más fuerte y el oleaje más grueso.

—El temporal se nos echa encima — dijo Aben-Shariar; — si tardamos aún una hora en ser vistos por "La Leona", esto es cosa concluída; ¡qué se cumpla la voluntad de Dios!

En aquel momento, allá en el horizonte, apareció como una estrella opaca, roja e inmóvil, una pequeña luz.

—Pues nos ha visto — dijo Aben-Alí.

—Sí; pero está muy lejos, el tiempo se va haciendo demasiado duro, y es muy posible que "La Leona" llegue tarde.

—Tus tigres del mar vendrán hacia tí, noble emir, con las alas del viento que les entra en popa, y si el esquife zozobra y nos vamos al agua, y estás cansado, emir, yo probaré otra vez, que no en vano me llaman el tiburón rojo, y te llevaré, si es necesario, sobre mis hombros hasta la costa de Túnez.

—Boga, boga, y que Dios nos ampare — dijo Aben Shariar.

Al fin no fué necesario que el tiburón rojo atravesase el Mediterráneo desde Venecia a Túnez llevando a nado sobre sus hombros al emir.

Durante una hora se fué aproximando más y más la luz roja, hasta que al fin apareció muy cerca ya del esquife un buque negro, largo, gigantesco, con tres palos, en que se veían hinchadas tres enormes velas latinas. En el palo del centro, sobre las crucetas, se veía una enorme linterna roja. Cuando Aben-Alí sentía dormirse ya sus brazos de cansancio, en que arreciando más y más el viento, determinaba ya un fuerte temporal, un esquife largo, tripulado por doce hombres, que llevaban trajes tunecinos, todo lo cual se veía a la luz de los relámpagos, chocó con el pequeño esquife en que venían Aben-Shariar y Aben-Alí, que se aferraron al esquife que venía en su socorro, saltaron dentro de él, y dejaron a merced de las olas el pequeño bote en que hasta allí habían llegado. Luego el gran esquife se acercó al costado de la galeota, desde cuya mura echaron cabos a los que en el esquife se hallaban, porque el estado de la mar no permitía otra manera de entrar a bordo.

Cuando por medio de los cabos subieron todos a la galeota, el esquife que había sido trincado, fué izado sobre cubierta.

—Ahora — dijo con voz de trueno Aben-Shariar, que se encontraba de nuevo entre sus corsarios sobre el puente de su valiente "Leona", — ahora, a combatir con la mar; luego, a dar caza a la primera galera de dos bandas de las República que tome la vuelta de afuera.

Y Aben-Shariar se puso a mandar la maniobra.

Capítulo IX

Los dos esbirros que habían seguido a Aben-Shariar después de que éste, huyendo, había matado al otro esbirro, llegaron al ángulo del canal a tiempo que Aben-Shariar se arrojó en él. Los esbirros esperaron a que Aben-Shariar apareciese sobre la superficie lo que hubieran visto si hubiera sucedido. Pero esto no sucedió; como sabemos, Aben-Shariar se había alejado nadando bajo la superficie. Cuando hubieron pasado algunos segundos sin que Aben-Shariar apareciese sobre la superficie, uno de los esbirros dijo:

—Aquí hay poco fondo y mucho fango, y de seguro ese hombre se ha sepultado en él y no vuelve a salir más.

—¿Y quién le busca para cerciorarse de si se ha quedado ahí o no?

—Ya saldrá a flor de agua dentro de veinticuatro horas, cuando se infle.

—O no saldrá si se ha clavado bien en el fango; la verdad es que está ahí, y ya estará dando cuenta a Dios de sus pecados.

—Ahí está indudablemente, porque no ha salido ni más arriba ni más bajo en mucha extensión.

—Pues vamos a dar parte a monseñor. Vamos.

Los dos esbirros se alejaron hacia el ángulo del palacio, le doblaron, pasando junto a otros esbirros que estaban en observación, y llegaron a la puerta del palacio, que encontraron abierto ya. Al ir a entrar, otro esbirro les cortó el paso.

—No podéis pasar — les dijo.

Aquel esbirro era Brachioforte.

—Venimos a dar parte a monseñor de un suceso importante.

—Dádmele a mí, que le transmitiré a monseñor.

—Nosotros estábamos con Micaelo Bempo en observación del costado derecho del palacio, cuando se abrió una ventana y se deslizó por el muro al borde del canal un hombre; fuimos a prenderle pero aquel acometió espada en mano a Micaelo, le mató, siguió corriendo, y se arrojó al canal cuando nosotros le asíamos ya casi por las ropas.

—¡Se os ha escapado, canallas! — exclamó Brachioforte.

—El no sabía sin duda el sitio por donde se arrojaba, que tiene un profundísimo fondo de fango, y en él sin duda ha perecido, porque no ha vuelto a salir, a pesar de que hemos estado allí tiempo bastante para que haya aparecido.

—Un traidor menos — exclamó sombríamente Brachioforte; — quedaos aquí dos y no dejéis entrar a nadie en el palacio — añadió dirigiéndose a otros esbirros; — llevadme ahora al sitio por donde ese hombre se ha tirado al canal.

Los dos esbirros se pusieron en marcha guiando a Brachioforte, que, según las muestras era un esbirro colocado en una categoría superior.

—He aquí por donde se ha arrojado ese hombre — dijo uno de los esbirros.

—¿Y no ha salido ni por arriba ni por abajo? — preguntó Brachioforte.

—No, señor.

—Corred la voz y que vengan aquí todos los esbirros que están en observación de este canal y de los que con él cruzan.

El esbirro a quien Brachioforte había dado esta orden se alejó, y poco después volvió al mismo tiempo que por una y otra parte acudían en torno de Brachioforte veinticinco o treinta esbirros.

—¿Habéis visto salir algún hombre del canal o nadar por él, o ha pasado alguna góndola?

Todos aquellos hombres respondieron negativamente, afirmando que nada habían visto.

—Llamad a los gondoleros que están delante del palacio — dijo Brachioforte.

Un momento después dos robustos gondoleros estaban junto a Brachioforte entre los esbirros.

—¿Tiene mucho fondo por esta parte el canal? — les preguntó Brachioforte.

—¡Ah! ¡Mi señor! — dijo uno de los gondoleros. — Aquí hay poca agua; pero el fondo de fango es profundísimo.

—¿Y qué acontecería a un hombre que se arrojase en este sitio al canal?

—Según, mi señor; si sabía arrojarse, podría salir a nado; pero si se arrojaba de cualquier modo, ignorando el peligro, perecería de seguro.

—En el caso de que se hubiese arrojado bien, se le hubiese visto salir nadando, ¿no es esto? — dijo Brachioforte.

—Indudablemente, mi señor — dijo otro gondolero.

—¿Y si no se le veía salir nadando?

—Entonces, mi señor, es que se había clavado en el fango y había perecido.

—¿Sabe todo el mundo lo peligroso de este punto del canal?

—No, mi señor; lo sabemos los gondoleros porque al llegar aquí nuestros bicheros no encuentran punto de apoyo, y nos vemos obligados a apoyarnos en el borde del canal.

—¿No se conoce tampoco por la superficie que el fango es profundo en este sitio?

—Vos mismo lo estáis viendo, mi señor; el mismo color tiene el canal aquí que quince brazas más arriba, en que el fondo es limpio y firme; pero el agua de los canales está estancada y es turbia y verdosa.

—Es necesario reconocer por aquí el canal y ver si encuentra en él el cuerpo de un hombre.

—Eso es imposible, mi señor; en el momento en que toca al fango, el fango se va tragando lentamente el cuerpo que le toca hasta que le sepulta; y si no, que se busque un perro, que se le arroje con fuerza de manera que llegue al fango, y se verá que no vuelve a aparecer.

—Pero metiendo perchas con garfios podría encontrarse algo.

—Difícilmente, mi señor, porque el fango es profundísimo.

—¿Qué traje tenía el hombre que se arrojó por aquí? — preguntó Brachioforte a los esbirros que le habían dado parte de la desaparición del hombre que se había arrojado por aquella parte al canal después de haber salido del palacio por una ventana, y de haber matado a un esbirro, de cuyo cadáver, dicho sea aparte, nadie había hecho caso, sin duda porque no necesitaba ya socorro.

—Llevaba — dijo uno de los esbirros — birrete rico de terciopelo rojo bordado de oro; ropa con mangas anchas y orla de armiño de terciopelo negro; jubón y bragas acuchilladas de terciopelo rojo; calzas blancas y zapatos de terciopelo acuchillados.

—¿Tenía los cabellos cortos, el semblante moreno, los ojos negros y la barba entera, negra y cerrada?

—Sí, señor.

—El era; un traidor menos — murmuró de una manera inteligible Brachioforte, y luego añadió, dirigiéndose a los dos esbirros que le habían dado parte de la desaparición de Aben-Shariar; vosotros, conmigo; los gondoleros, a la góndola; cuatro a levantar el cadáver de Micaelo Bempo y a llevarlo a la iglesia más inmediata, donde se depositará, quitando de sobre su pecho la insignia de esbirro; los demás a sus puestos y sigilo, so pena de traición, acerca de lo sucedido.

Toda aquella gente se diseminó, y algunos

minutos después el canal estaba silencioso y desierto como si nada hubiera acontecido. Solamente en el canal de Monforte se veían delante del palacio Conti una góndola, y en su puerta entreabierta tres hombres que hablaban en voz baja.

—Id a San Marcos — decía a dos esbirros Brachioforte, — prended al sacristán menor Nicolino Razzi, y llevadle a la cárcel de la Inquisición del Estado.

—¿Y dónde se le encerrará?

—En los calabozos destinados a los reos de alta traición.

Los esbirros, que no necesitaban saber más, se alejaron, y más abajo del canal de Monforte entraron en otra góndola que esperaba también.

Entonces Brachioforte entró en el palacio Conti y cerró la puerta.

Giacomo Barbarigo había entrado poco después de la fuga de Aben-Shariar en la magnífica cámara donde estaban Elena y César Malatesta.

—Habéis tardado mucho, monseñor — dijo Elena; al ver aparecer a Barbarigo; — nuestro hombre se nos ha escapado.

—Aquí veo un veneciano que tiene fama de valiente — dijo Barbarigo con acento duro, refiriéndose a Malatesta, contra quien con mucha razón estaba indignado.

—Monseñor Pietro Mastta — dijo Elena — no ha dado tiempo a César para detenerle.

—Que salga de aquí ese hombre — dijo, dirigiendo la palabra a Elena, Barbarigo, que, por las razones que ya sabemos no quería ni aun hablar a Malatesta.

Malatesta se inclinó y salió.

No era sólo la enemistad que sentía Barbarigo hacia Malatesta lo que le impulsaba a quitarse de delante al joven; era de noche, y a la roja luz de las bujías la razón de Barbarigo se resentía, y, además de esto, César Malatesta se parecía demasiado a Lázaro Malatesta, su padre. Barbarigo se sintió como aliviado de un peso desde el momento en que César Malatesta salió de la cámara.

Barbarigo adelantó hacia Elena, y la tendió la mano.

—Has obrado como digna hija adoptiva de la República, Elena — la dijo el anciano senador.

—¿Tiene el Consejo de los Diez noticia de lo que sucede? — preguntó con afán Elena.

—No — respondió Barbarigo; — es un asunto demasiado grave para no tratarle con mucho pulso, la traición de Pietro Mastta es disculpable; él ha contrariado sus creencias, ha vencido su odio a los cristianos y su odio particular a Venecia por su amor a una mujer, por la cual no puede alentar ni la más leve esperanza, sin embargo de lo que está consagrado en cuerpo y en alma a la felicidad de esa mujer; los intereses de Venecia están en oposición con el interés y con el corazón de la mujer a quien ama, con el valor y con el sufrimiento de un mártir, el emir Aben-Shariar, y el emir, o como mejor quieras, el marino genovés Pietro Mastta, ha abusado del poder que por miedo a él le ha dado la República.

—¡Por miedo, monseñor!

—Sí, por miedo; esta es la expresión, por miedo de una sangría lenta y continua; el emir Aben-Shariar es un corsario terrible; un gran marino que dispone a su placer de todas las galeotas piratas de la regencia de Argel y de los reinos de Túnez, Fez y Trípoli; la enemistad de Aben-Shariar contra Venecia supone cada día un buque apresado, robado, echado a pique, sin que haya medio de evitarlo.

—Poned una escuadra bajo el mando de César Malatesta, y él limpiará el Adriático de piratas.

—César Malatesta es un bravo capitán y un buen marino — dijo Barbarigo; — pero ¡ay de él, si tuviera que habérselas con Aben-Shariar! Sería como una hoja seca o como una pluma que el viento lleva. No es César Malatesta el único capitán, el único bravo marino de que Venecia dispone, y, sin embargo, después de haber intentado en vano vencerle, la República ha acabado por encontrar prudente el atraérsele, pagándole un alto precio, declarándole ciudadano de Venecia, elevándole al alto gobierno del Estado, dándole un puesto en el Consejo de los Diez. Para probarte que no es en balde que Venecia ha llegado a tanto, basta con lo que acabas de ver. Aben-Shariar se ha visto perdido y ha escapado por una ventana, y estoy seguro que no han podido prenderle; dentro de poco, el emir Aben-Shariar estará a bordo de su tremenda galeota "La Leona", y mañana empezarán los desastres de la marina de la República. Tú has cumplido lealmente, aunque en ello haya habido mucho de tu interés particular en avisar a la República; pero las cosas han tomado irremediablemente un aspecto tan sombrío, y es tan perspicaz Aben-Shariar, que no ha podido prendérsele como lo temía yo ¡Oh! Si se le hubiera podido haber a las manos, si se le hubiera podido sepultar en las cárceles del Estado, la cuestión hubiera sido otra; no se le hubiera matado, no se le hubiera arrojado de su puesto del Consejo de los Diez; pero se le hubiera obligado al agradecimiento, y Aben-Shariar tiene demasiado corazón, es demasiado noble, para no pagar en buena moneda los servicios que hubiera debido a Venecia.

—Sabéis, monseñor, que quisiera deciros una cosa.

—¿Y cuál, hija mía?

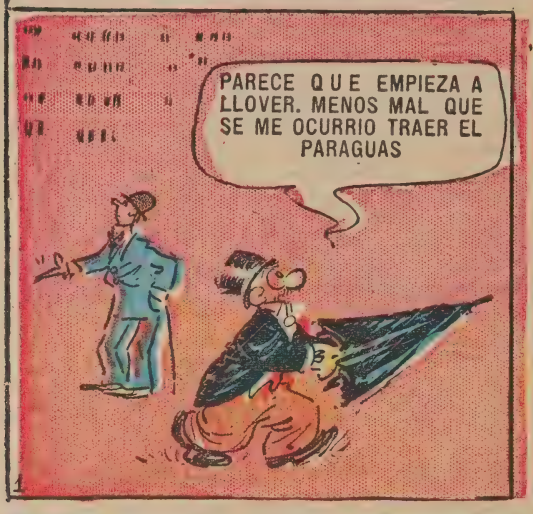
—Me dan miedo vuestro ilustre nombre y vuestras canas, monseñor.

—Habla, habla libremente, Elena; todo puedes decírmelo, porque yo soy uno de esos viejos que son siempre indulgentes con la juventud.

—Yo creo, monseñor, que tenéis en gran parte la culpa de la situación en que se ha colocado el corsario tunecino

—¡Yo!

AVENTURAS DE



© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

BARNIGUGLI por Debeck

—Sí, vos; ¿por quien han venido a Venecia, llamados por mí, el cardenal de Montalto y el fraile Miguel de los Santos, trayendo consigo el rescripto de Clemente VIII, que decreta la anulación del matrimonio de Gabriel de Espinosa o del rey D. Sebastián de Portugal, con la mora convertida doña María de Souza? ¿En quién recae el provecho de esta anulación sino en vos, que por el casamiento de vuestra hija con ese rey misterioso la veréis un día reina de Portugal?

—Esa ha sido una oficiosidad del Papa, que ha cedido a la solicitud de Gabriel de Espinosa, creyendo que mi influencia en los negocios del Estado bastaría para llevar en un breve término al trono de Portugal al rey D. Sebastián, suscitando por esto grandes dificultades al rey de España D. Felipe II, a quien Roma quisiera ver reducido a la impotencia. Esta debilidad, que consiste en creer que yo antepongo mis intereses a los intereses de la patria, ha enemistado contra nosotros y ha hecho ser imprudente a Aben-Shariar, y le ha obligado a incurrir en delito de traición. Os habéis equivocado todos, incluso el rey D. Sebastián, respecto a mí; si yo no hublese prescindido completamente de mi hija, si yo no me considerase ya solo en el mundo, si Estéfana mereciese el amor y la protección de su padre, yo, como padre y como caballero, me hubiera opuesto con todas mis fuerzas al casamiento de Estéfana con el rey D. Sebastián.

—Os hubiera halagado, sin embargo, el engrandecimiento de vuestra familia por la elevación de vuestra hija.

—El que ha pedido el repudio de la noble mujer a quien debe la vida, que se lo ha sacrificado todo, que le ha puesto sobre el camino al fin del cual debe encontrar un trono; el que ha sentenciado a esa mujer al dolor y a la desesperación por razones de conveniencia, repudiaría mañana a Estéfana por razón de Estado. No, Elena, no; yo conozco demasiado a los hombres y a los reyes, y no se me puede engañar; yo hubiera evitado, en vez de protegerle, el casamiento de Estéfana; no por Estéfana, de cuya suerte, os lo repito, he prescindido, sino por mi propio honor, para evitar que se creyese que yo había incurrido en la miserable ambición de entronar mi familia de patricio con una familia de reyes.

—¿Ignorabais, pues, monseñor, que el rey D. Sebastián había pedido al Papa la anulación de su matrimonio?

—No; porque lo sabía, se os mandó, Elena, que invitarais al cardenal Montalto a venir a Venecia y a permanecer en ella oculto bajo el prestigio pavoroso que la República ha dado a vuestra casa, haciendo correr entre el vulgo consejas maravillosas, y se os recomendó que hicierais este asunto por vos misma, sin dar a sospechar al cardenal o a las personas que le acompañasen en su venida a Venecia tenía parte alguna la República.

—Y he cumplido con mi deber, monseñor, obedeciendo las órdenes que se me han dado; el cardenal ha estado oculto en mi casa, temiendo ser descubierto por la República.

—Sí; habéis cumplido bien, y el Consejo de los Diez está contento de vos.

—En ese caso, el Consejo de los Diez, en vez de impedir mi matrimonio con Malatesta, debe favorecerle; importa a mi corazón y a mi honor; estoy cansada ya de ser un fantasma, y no quiero continuar más tiempo siéndolo; quiero dejar para siempre este palacio, que tiene para mí malos recuerdos; vivir para el mundo, gozar, gastar, como conviene a mis costumbres y a mi deseo, las inmensas riquezas de los Conti, a la posesión de las cuales me dan derecho las desgracias, los sufrimientos y el funesto fin de mi madre; quiero que el Consejo de los Diez comprenda que ya le he servido bastante, y que me libre de la obligación de servirle en adelante; que me deje vivir, que me deje gozar.

—En cuanto al casamiento de Malatesta con vos, me atreveré a daros un consejo: no os conviene; Malatesta, que tanto os ha hecho sufrir como amante, os haría sufrir mucho más como marido.

—No importa; yo tengo medios para sujetar a Malatesta a mi voluntad, para esclavizarle.

—De esto hablaremos en otra ocasión; yo he venido aquí porque sabía que aquí se encontraba monseñor Pietro Mastta, porque temía que aquí se elaborase una traición contra el Estado, y que no me engañaba me lo prueba la fuga de Pietro Mastta.

—Debe de haber sido preso, puesto que aún no se ha presentado nadie a vos, monseñor, para anunciaros que ha huido definitivamente.

—Eso no prueba nada; porque nadie se atreverá a abrir esa puerta mientras yo no llame; pero es necesario saber lo que ha sucedido, y voy a llamar.

Giacomo Barbarigo se dirigió a una puerta, la abrió, y dijo:

—Señor César Malatesta, haced que entre el jefe de los esbirros que me acompaña. Vos, Elena, retiraos y tenedme por despedido de vos, porque voy a salir al momento de vuestra casa.

—Adiós, monseñor — dijo Elena; — espero que mañana, cuando vaya a visitaros, me recibiréis.

—Id antes de la hora del Consejo, para que vuestra visita no robe tiempo al Estado.

—Iré a las nueve de la mañana. Adiós monseñor.

—Adiós, Elena.

Y Elena salió del salón.

Poco después entraba en él Brachioforte, que se detuvo sombrero en mano, a una respetuosa distancia del senador.

—¿Ha sido preso el hombre que ha huído a nuestra llegada? — preguntó Barbarigo.

—No, monseñor; ha muerto uno de los esbirros, se ha arrojado en el canal y ha perecido entre el fango: ningún esbirro le

ha visto aparecer de nuevo despues de haberse arrojado, y los gondoleros, que conocen muy bien el estado de los canales, han declarado que el que se arroje al canal en el punto por donde ese hombre se ha arrojado a él, debe necesariamente perecer.

—Más vale así — dijo profundamente Barbarigo; — pero, en cambio, se habrá preso al sacristán menor de San Marcos.

—Estamos de desgracia esta noche los que acompañamos a monseñor. Nicolino Razzi, que era uno de los más terribles esbirros del Consejo de los Diez, estaba prevenido; ha herido a los dos esbirros que habían ido a prenderle y ha escapado.

—Que se le mate donde se le encuentre — dijo fríamente Barbarigo.

—Muy bien, monseñor.

—Vamos ahora a las prisiones del Estado; acompañadme vos solo; que los demás esbirros se retiren.

—¿Y se dejará en libertad al señor César Malatesta?

—Sí, precededme y vamos.

Barbarigo y Brachioforte salieron del salón, atravesaron la antecámara sin que Barbarigo dijese una sola palabra a César Malatesta, que le saludó ceremoniosamente al pasar, salieron a las galerías, bajaron las escaleras y, por la puerta principal del palacio, llegaron a a góndola, en la cual entró Barbarigo y luego Brachioforte, después de haber dado orden a los esbirros de que se retirasen La góndola partió. El palacio de los Conti quedó abandonado y obscuro, sin que se viese una sola persona cerca de él.

Capítulo IX

Era un gran salón completamente tapizado de paño rojo y con el techo de madera severamente tallado y de color obscuro.

Aquel salón no tenía más que una gran puerta en uno de sus extremos, y en el otro extremo un gran dosel, en el centro de cuya cortina se veían bordadas en oro y de un gran tamaño las iniciales del Consejo de los Diez. Bajo el dosel había una gran mesa, detrás de la cual se veían diez sillones, y a la derecha y a la izquierda de esta mesa, una grada más abajo, había dos mesas pequeñas y, junto a cada una de ellas, un taburete, destinadas a los secretarios del Consejo.

Dos grandes arañas cargadas de bujías iluminaban este salón; pero en el momento en que le presentamos a nuestros lectores, sólo había encendidas algunas bujías de la araña más próxima al dosel y las de uno de los cuatro candelabros que se veían sobre la mesa del Consejo.

Un hombre se paseaba, haciendo resonar sus lentas pisadas sobre el sonoro pavimento de mármol del salón, que estaba completamente desierto. Aquel hombre era Giacomo Barbarigo.

En vez del birrete, del ropón talar rojo y de la estola dorada, que venían a ser el uniforme oficial de los miembros del Consejo de los Diez, Giacomo Barbarigo estaba sencillamente vestido con un traje de terciopelo negro, con espada al cinto y un pequeño puñal.

Se abrió la puerta y entraron dos hombres, tras los cuales la puerta volvió a cerrarse. El uno de aquellos hombres iba completamente vestido de rojo, y el otro, de blanco y negro. Eran un cardenal y un fraile agustino. En una palabra, Jenaro de Montalto y fray Miguel de los Santos.

Al verlos, Giacomo se dirigió afablemente a ellos y se quitó el birrete. El cardenal y el fraile se despojaron, el uno de su capelo rojo, y el otro de su capucha negra.

—Seáis bienvenido, monseñor, y vos también, padre — dijo Barbarigo tendiendo la mano derecha al cardenal y la izquierda al agustino; — tranquilizaos, que sólo estáis aquí por una equivocación.

—Espero que se nos ponga inmediatamente en libertad — dijo Jenaro de Montalto— y se satisfaga a Roma.

—Roma está satisfecha — dijo Barbarigo, — porque el hombre que, abusando de su poder, os ha preso, no existe ya; pero cubríos, señores, como yo voy a cubrirme, porque este salón es demasiado frío; venid y sentémonos; tenemos que hablar algo, y después, cuando hayáis satisfecho algunas preguntas que yo os haré confidencialmente en nombre de Venecia, yo mismo os conduciré al palacio de Conti, de donde habéis sido sacados por un traidor.

Después de estas palabras, Barbarigo se cubrió, y el cardenal y el fraile se cubrieron también.

—¿Depende del interrogatorio que se nos va a hacer el que seamos o no puestos en libertad? — dijo con energía el cardenal Montalto, aunque en su semblante, como en el del fraile, se veía la palidez del miedo.

—Estáis en libertad desde este momento, señores — dijo Barbarigo, — y sea cualquiera vuestra respuesta a las preguntas que yo os haga, vuestra libertad no se verá amenazada.

—Si eso es así — dijo Montalto, — creo que responderemos con mucha más independencia que aquí en otra cualquier parte.

—Aunque os encontráraís en Roma, en el Vaticano, estaríais siempre sujetos a lo que Venecia se creyera obligada a hacer por su seguridad, por su libertad; los que conspiran contra Venecia están siempre sujetos al poder de Venecia, que alcanza a todas partes; y no es esto deciros que vosotros conspiréis, señores; si conspirarais, Giacomo Barbarigo no hubiera venido a buscaros a esta hora y con este traje, ni os hablaría de una manera tan confidencial.

—¡Ah, monseñor! ¿Sois vos Giacomo Barbarigo? —dijo Jenaro de Moltalto.

—Mi celebridad nace de mis continuos, de mis incondicionales sacrificios por mi patria durante toda mi vida: yo acepto con placer esa celebridad; pero sentaos, señores, y hablemos, porque comprendo que el techo de las prisiones del Estado pesa sobre voso-

tros y deseáis veros libre de esta prisión.

Y Barbarigo puso tres sillones sobre el estrado del dosel entre las mesas de los secretarios y delante de la mesa del Consejo. Los tres se sentaron.

—Sé a lo que habéis venido a Venecia, como que se ha mandado por nosotros a Elena Conti que se os invite a venir; sé también que vosotros y nuestro santísimo padre Clemente VIII habéis sido demasiado oficiosos, anulando el Papa el matrimonio contraído en Africa con doña María de Souza por Gabriel de Espinosa, a quien se cree el rey D. Sebastián, y vosotros, trayendo el rescrito pontificio en que se decreta la anulación de ese matrimonio a petición del rey don Sebastián de Portugal, con objeto de contraer nuevas nupcias con la patricia veneciana Estéfana Barbarigo. ¿Sabéis con qué intención o por qué razón nuestro santísimo padre ha decretado la anulación del matrimonio de Gabriel de Espinosa con doña María de Souza?

—El rey D. Sebastián, monseñor — dijo Jenaro de Montalto, — no puede hacer reina de Portugal a una africana hija de infieles, por más que se haya bautizado.

—No me incumbe más que respetar las determinaciones del Papa; pero en cuanto al pretexto que se da inmediatamente a esa anulación, que no es, por cierto, el que doña María de Souza sea africana e hija de infieles, sino el deseo expresado por el rey D. Sebastián de quedar libre para contraer matrimonio con la patricia Estéfana Barbarigo, debo preguntar, obedeciendo a mi honra y a mi lealtad a la República, si por este casamiento se ha creído que yo pondría temerariamente mi influencia en el Consejo de los Diez al servicio del rey don Sebastián por la miserable ambición de que se me llamase un día padre de la reina de Portugal.

—Creo, monseñor, que en el ánimo del Papa no haya entrado por nada el pensamiento de que vos amparaseis más allá de lo que debéis a vuestro honor y vuestra conciencia al rey D. Sebastián.

—Sin embargo, hablando leal y francamente — dijo Barbarigo, — la extraña causa que se alega para el repudio de doña María de Souza me autoriza a sospechar que tal vez se ha intentado ponerme delante de los ojos una tentación, y esta sola sospecha me lastima más de lo que podéis creer.

—El rey D. Sebastián ha alegado amor hacia vuestra hija y conveniencia para sí y para su reino, porque la hija de Giacomo Barbarigo es digna, por las virtudes y por la gloria de su padre, de ser esposa de un rey.

—Oigo en vuestra boca las palabras de Roma, que, cuando no truenan en nombre de Dios, cantan engañosamente como las sirenas; y ya no es una sospecha la que tengo, sino la seguridad de que se ha intentado que yo manchase, ya en el fin de mis días, una larga vida de honrosos sacrificios; os habéis engañado, y yo lo deploro, porque vuestro error me ofende: yo no soy padre de Estéfana Barbarigo más que por la Naturaleza; yo he repudiado, yo he lanzado de mí a esa mujer con causas bastantes para ello, y me es completamente igual que contraiga matrimonio con un rey o con un bandido; ella es completamente libre; os habéis engañado si habéis creído que yo me enorgullecería por su casamiento con el rey D. Sebastián; reina o no, yo no volveré a llamarla hija; yo he lanzado sobre ella el "nulla est redemptio" que lanza Roma sobre aquellos a quienes arroja perpetuamente de la Iglesia.

—La Iglesia perdona a los arrepentidos — dijo el cardenal Montalto.

—La Iglesia es divina y yo soy humano. Por más que negando para siempre mi perdón a esa mujer cometa un pecado, yo no la perdonaré jamás; yo caré cuenta a Dios en mi día de por qué no la he perdonado. Así, pues, habéis incurrido en una grave equivocación. Venecia no hará por el esposo de Estéfana Barbarigo lo que no haría por el esposo de doña María de Souza. Pero debo deciros que, en vez de ganar el rey D. Sebastián en el aprecio de la República por el inmotivado y cruel repudio de su esposa, ha perdido mucho del aprecio que por él sentía la República. ¿Cómo puede esperar Venecia el agradecimiento de un hombre que tan terribles pruebas da de ser desagradecido y egoísta? ¿Sabéis, señores, lo que el rey D. Sebastián debe a la noble mujer a quien repudia? Sin ella hubiera perecido abandonado entre los cadáveres de la batalla de Alcazarquivir; sin ella, sin su amor, sin su abnegación, no hubiera salido de Africa; ella, por él, ha sacrificado su trono; ha abjurado de su religión, ha abandonado en ella las cenizas de sus padres, ha visto desvanecerse como humo sus inmensos tesoros invertidos en expediciones aventureras, y ha sufrido cuanto puede sufrir una mujer digna, pura y valiente por el hombre de quien la ha hecho esposa su amor. Los portugueses, al clamar por su rey, no deben rechazar a la mujer, a la noble criatura que a costa de sacrificios se lo ha conservado. Venecia, por su parte, hará lo que debe hacer; Venecia protegerá a la sultana Sayda Mirian, o doña María de Souza, como mejor queráis, y la tomará y la toma leal y abiertamente bajo su protección; declarándolas a ella y a su hija hijas adoptivas de Venecia. ¡Ah, sí! El rey D. Sebastián es perversamente desagradecido; y lo mismo que ha roto los vínculos de gratitud que le unían a su esposa, faltará a la gratitud que debe a Venecia, que le repondrá en su trono; pero las cuestiones de corazón no son nunca las cuestiones de Gobierno; Venecia usará del rey D. Sebastián como un soldado usa de un arma poderosa contra un enemigo terrible. Felipe II lo amenaza todo y obliga a que se le ataque por todos los medios. Ahora bien: el objeto de mi conversación con vosotros, señores, no es ciertamente lo que hemos hablado hasta ahora, porque nada nos importan asuntos puramente particula-

res. Veamos. ¿Es realmente Gabriel de Espinosa el rey D. Sebastián? La República, por las investigaciones que ha hecho, cree que sí; pero es tan extraña la historia de este hombre, que toda investigación es insuficiente para llegar al esclarecimiento de la verdad.

—A vos os toca contestar, fray Miguel de los Santos — dijo el cardenal de Montalto, — y comprendéis y habláis bastante bien el italiano para poder contestar a monseñor Barbarigo.

—Monseñor — dijo respetuosamente fray Miguel de los Santos, — en Portugal no se ha creído nunca en la muerte del rey D. Sebastián: nadie había visto su cadáver en un estado y de una manera tal que les convenciese de que su rey había perecido realmente en la batalla de Alcazarquivir; todo había que temerlo y que sospecharlo de la astucia del rey Felipe II, a quien, como tío del rey don Sebastián, habiendo muerto éste sin hijos, correspondía por herencia el reino de Portugal.

—¿Sois vos portugués? — dijo friamente Barbarigo.

—Sí, monseñor — contestó fray Miguel de los Santos; — soy vicario del convento de monjas de Nuestra Señora de Gracia, en la Villa de Madrigal.

—Creo que en ese monasterio hay una monja que es infanta de España, sobrina del rey D. Felipe, y que se llama doña Ana de Austria.

—Efectivamente, monseñor.

—Creo también que la señora doña Ana de Austria sabe que el rey D. Sebastián no murió en la batalla de Alcazarquivir, y que esta señora sabe todo esto por el vicario de su convento, con quien han trabado relaciones ciertos señores portugueses enviados a la villa de Madrigal por el infante don Antonio, simplemente porque en un convento de esa villa hay una monja que se llama doña Ana de Austria, con la cual, andando el tiempo, y según se presentasen los negocios, podría casarse el rey D. Sebastián, mediando siempre una dispensación de los votos de la religiosa, y un nuevo repudio de la esposa que entonces tuviese Gabriel de Espinosa.

Fray Miguel no contestó, sino que se quedó mirando con estupor a Giacomo Barbarigo, como diciéndole con su mirada:

—¿Cómo es que sabéis tanto acerca de este negocio?

—Venecia tiene amigos hábiles en todas partes — dijo Barbarigo, contestando a la mirada de fray Miguel de los Santos, — y cuando se tienen amigos hábiles y se les facilita todos los medios para que puedan inquirir la verdad, la verdad se sabe; sábese, pues, señores, que vos, fray Miguel de los Santos, habéis ido a Roma, como obedeciendo a un mandato del general de vuestra Orden, pero realmente para el asunto del pastelero de Madrigal.

—¡El pastelero de Madrigal! — dijo con asombro fray Miguel de los Santos.

—No os maraville — dijo Giacomo Barbarigo — que el Consejo de los Diez conozca todos estos pormenores; cuando nos importa conocer bien un secreto, le conocemos por la misma persona que le cree profundamente guardado; resulta de esto que todo lo que se ha dicho del casamiento del rey D. Sebastián de Portugal con Estéfana, no ha sido más que una farsa a que se ha prestado Roma creyendo procurar por este medio una fuerte protección al rey D. Sebastián. Así, pues, creo que, siendo esto inútil, debe por hoy darse un sesgo al repudio de doña María de Souza, porque este paso ahora sería muy imprudente y podría hacer fracasar los proyectos del rey D. Sebastián.

—Roma me ha enviado a ponerme de acuerdo en esta parte con Venecia — dijo el cardenal Montalto. — Yo, por consecuencia, de ninguno mejor que del prudente y anciano Barbarigo puedo recibir consejos, instrucciones y aun órdenes.

—Creo que por ahora hemos concluído, señores — dijo Barbarigo, — y podemos salir de aquí para que os volváis al palacio de los Conti.

Dicho esto, el anciano senador se levantó y salió del salón con el cardenal Montalto y fray Miguel de los Santos.

Al salir de las prisiones del Estado con el fraile y con el cardenal, Barbarigo hizo sacar de su encierro a Giuseppe Basili, mayordomo de Elena Conti, y mandó al esbirro, que estaba en la góndola, llevase al cardenal, al fraile y al mayordomo al palacio Conti.

Después Barbarigo se perdió por las obscuras y estrechas escaleras de las prisiones del Estado, murmurando:

—Aben-Shariar ha escapado, sin duda, burlando la vigilancia de los esbirros, y haciéndoles creer que ha perecido en el canal; Aben-Shariar ha roto decididamente con nosotros, y es necesario tener mucho cuidado con este hombre

Capítulo X

Maniobraba entretanto "La Leona", luchando con el furioso Levante, que levantaba el mar en movibles montañas que se precipitaban las unas sobre las otras. A la media noche, el huracán empezó a ceder, la cerrazón fué rasgándose y, por último, a la madrugada, el temporal había cesado completamente. Aben-Shariar tomó el rumbo hacia el centro del canal y se puso en caza. Lo que ansiaba era encontrar una galera de la República a quien vencer y a quien enviar con una carta al Consejo de los Diez. Pero en toda la extensión del mar no se veía un buque; para encontrarle, Aben-Shariar, con un valor que rayaba ya en temeridad, dirigió su rumbo hacia Venecia.

Pero entraba el día y en ninguna dirección se veía una sola vela. Aben-Shariar prescindió ya de todo y se puso en demanda de las aguas del Adriático. Esto era provocar con un solo buque a Venecia.

De repente, el atalaya gritó de lo alto del palo mayor.

—Vela al Sudeste.

Inmediatamente Aben-Shariar tomó el anteojo y observó la vela que había aparecido en el horizonte. Aben-Shariar lanzó un grito de alegría. Aquel buque era una magnífica galera de dos bandas de la República.

Inmediatamente "La Leona" se preparó al combate; se metieron las piezas en batería, tomaron las armas los doscientos corsarios que tripulaban la galeota y se cargaron las velas, maniobrando para ponerse en demanda del buque que se veía en el horizonte, y se enarboló en el palo mayor la bandera de sangre. Por su parte, la galera de la República, que había avistado también al corsario, maniobraba para entrarle en caza.

Y como que los dos buques hacían esfuerzos para encontrarse, como aquél era un reto aceptado, muy pronto estuvieron el uno bajo el cañón del otro, se rompió el fuego y empezó el combate.

Pero la galeota, a pesar de haber roto el fuego, continuaba avanzando hacia la galera de la República, con la clarísima intención de abordarla.

—Que Dios me confunda — dijo Aben-Shariar, que no cesaba de observar la galera enemiga — si aquél que viene sobre la crujía no es mi amigo César Malatesta. ¡Bah! Me alegro; así se convencerá de que no solamente puedo vencerle espada contra espada, sino también de que puedo vencerle cañón contra cañón, barco contra barco. ¡Ea, mis valientes! Se nos presenta una buena ocasión de que Venecia conozca que no nos hemos muerto; forzad los remos, hijos, forzadlos, y os doy para todos una arroba de oro en doblas marroquíes.

En efecto, César Malatesta se había encontrado aquella mañana al amanecer con la orden de que fuese a tomar el mando de la galera de dos bandas "San Pedro y San Pablo", y salir con ella a reconocer el Adriático. Lo que había justificado esta orden del Consejo de los Diez, era el siguiente parte que Barbarigo había recibido aquella mañana:

"Monseñor, decía, acaba de presentarse Paolo Costa, contramaestre de la galera mercante "La Bella Genovesa", con una carta de monseñor Pietro Mastta, en que me recuerda el mandato que ayer me hizo de matar a la persona que con aquella carta se me presentase. Yo no me atrevo a hacer esto sin consultar con vos, monseñor, si debo obedecer lo que me manda el señor Pietro Mastta; entretendré entretanto al dador de la carta hasta que vos, monseñor, me respondáis si debo hacerlo o no. — Tieppolo Albano".

Diez minutos después un esbirro dió a Tieppolo la contestación siguiente:

—"Entregadme, de parte del Consejo de los Diez, la persona de Paolo Costa".

Paolo Costa o Yezid fué presentado a Barbarigo.

—Se ignora — dijo el senador a Yezid— dónde está monseñor Pietro Mastta. ¿Lo sabéis vos?

—Yo, monseñor — dijo Yesid, que valiente para todo era cobarde como una mujer en cuanto le hablaba un delegado cualquiera de la República; — yo, monseñor, sólo puedo deciros que anoche estuvo mi señor a bordo de "La Belle Genovesa" con el señor César Malatesta, que después se volvieron a Venecia, y desde entonces no le he vuelto a ver.

—¿Ni sabes nada de él?

—Os diré, monseñor; desde hace algunos días le espera un esquife en la caleta del Perro durante la noche; uno de los marineros del esquife estaba en tierra cuando él llegó y se metió apresuradamente en el esquife, haciéndose a la mar con el único hombre que en el esquife había; el que había quedado en tierra se vino por la playa a Venecia, y esta mañana, cuando me dirigía a casa del señor Tieppolo Albano para llevar una carta de mi señor, encontré en el puerto al marinero que no había podido llegar a tiempo para hacerse a la mar en el esquife y que me dió parte de ello.

—¿A qué hora salió a la mar monseñor Pietro Mastta?

—Después de la media noche.

—Pero esta noche, a esa misma hora, hubo una tormenta terrible, y tal vez por eso vuestro señor no ha podido llegar a bordo de "La Bella Genovesa", y debe haber perecido en la mar.

—Para ir a "La Bella Genovesa" partía mi señor del mismo puerto; pero haciéndose a la mar desde la caleta del Perro, ha ido sin duda en busca de otro buque.

—¿De "La Leona".

—Sí, señor.

—Pues bien, volveos a "La Bella Genovesa".

Inmediatamente Giacomo Barbarigo envió a uno de sus criados al palacio Conti, con orden para César Malatesta de que se le presentase al momento. César Malatesta es-

tuvo muy poco después delante del senador, y éste, como si no le conociera, como si nunca le hubiera hablado, le dijo:

—Tomad esta orden, caballero; por ella se os entregará inmediatamente el mando de la galera de la República "San Pedro y San Pablo"; no hagáis preparativo alguno; tal como estáis, poneos al momento a bordo y en cuanto lo estuvierais, levad anclas y haceos a la mar.

—¿Para dónde, monseñor? — le respondió secamente César Malatesta.

—Para la mar; en demanda de un corsario que ha aparecido en las aguas del Adriático; cruzad y cruzad procurando dar con él; si le encontráis, si os espera, si dispara sobre vos, contestad a su fuego; pero poco después, izad bandera de parlamento; cuando vinieran a parlamento, ved si quien acude es monseñor Pietro Mastta, o si no fuera él, informaos de si está a bordo del corsario; si no lo estuviere, concluid el parlamento, volved a vuestra galera y continuad el combate a todo trance; si encontráis a monseñor Pietro Mastta, entregadle de mi parte este pliego (y le dió uno que tomó de sobre la mesa, cerrado con las armas de la República), suplicadle en mi nombre que lo lea, y, si después de haberle leído no pasa a bordo de vuestra galera y se viene con vos a Venecia a presentarse a mí, concluid el parlamento, continuad el combate y procurad traerme muerto o vivo a monseñor Pietro Mastta. Acerca de todo esto, y suceda lo que sucediere, guardad un profundo sigilo, so pena de alta traición; id, y procurad volver cuanto antes.

César Malatesta, sin contestar una sola palabra, se inclinó y salió, dirigiéndose en una góndola al puerto y entrando a bordo de la magnífica galera "San Pedro y San Pablo", que inmediatamente aparejó para levar anclas, se puso en franquía y se hizo a la mar. Esto acontecía poco después del amanecer, y cuando la mar, por consecuencia de la tormenta anterior, estaba aún fuertemente picada.

Sabemos, pues, ya, por qué "La Leona" y la "San Pedro y San Pablo" se entraban bravamente, cambiando el fuego de sus piezas. Ya en una y otra galera los proyectiles habían causado alguna avería, cuando la "San Pedro y San Pablo" izó al tope de su palo mayor la bandera blanca de parlamento.

—Aún se me tiene en algo — dijo Aben-Shariar al ver que la "San Pedro y San Pablo" pedía parlamento. — ¡Fuera de los cañones y mi esquife al agua! — gritó.

Inmediatamente cesó el fuego y entrambas galeras se pusieron a la capa; del costado de "La Leona" se separó un largo esquife tripulado por doce hombres, en el cual se veía a Aben-Shariar, al mismo tiempo que del costado de la "San Pedro y San Pablo" se separaba otro esquife, tripulado por otros doce hombres, y en el cual se veía de pie a César Malatesta.

Los dos esquifes se encontraron al fin en el punto medio de la distancia que separaba a las dos galeras. Un momento después los dos esquifes estaban aferrados, correspondiendo la proa del uno a la popa del otro.

Los piratas tunecinos y los marineros venecianos se miraban de la misma manera que pudieran mirarse un tigre y un león contenidos por una fuerza superior.

—¿Qué quiere la República, señor Malatesta? — dijo con altivez Aben-Shariar.

—Se me ha mandado buscaros, monseñor — dijo con no menos altanería César Malatesta, — he tenido la fortuna de encontraros y os entrego esta carta que se me ha dado para vos, esperando una contestación instantánea.

Aben-Shariar tomó la carta que le entregó César Malatesta, rompió su sello y leyó lo siguiente:

"A monseñor Pietro Mastta, senador de la República de Venecia y miembro del Consejo de los Diez, salud de Giacomo Barbarigo, su leal y afectuoso compañero.

"Comprendo la razón que os ha puesto en el lugar que ocupáis; habéis obedecido más a vuestro corazón que a vuestro deber y habéis temido el severo fallo que la República pronunciaría irremisiblemente tratándose de otro que no fueses vos; habéis cometido una imprudencia en obrar como habéis obrado, y si no hubierais huído, si yo os hubiera encontrado en el palacio Conti, adonde fuí a buscaros, hubierais sabido que nada teníais que temer; por lo mismo, aún es tiempo; mandad a vuestra "Leona" que se haga a la mar, pasad a bordo de la galera "San Pedro y San Pablo" y venid a verme: yo os conozco demasiado y estoy seguro de que juntos encontraremos medios para salvar todos los inconvenientes del asunto por el cual habéis roto de una manera tan temeraria vuestras antiguas y buenas relaciones con Venecia. No os digo más, porque ya os he dicho demasiado, sino que os espero con impaciencia. — Giacomo Barbarigo".

Apenas acabó de leer esta carta Aben-Shariar, la arrojó al mar con desprecio y exclamó, abarcando en una sombría mirada de amenaza a César Malatesta:

—Decid a monseñor Giacomo Barbarigo lo que habéis visto; esa es mi única contestación.

—Tengo orden de empeñar con vos un combate a todo trance y de llevaros muerto o vivo a Venecia, si os negáis a seguirme, monseñor — dijo con una altivez agresiva César Malatesta.

—Si monseñor Barbarigo supiera lo que os sucedió ayer combatiendo conmigo en la hostería de los Lombardos, no os hubiera enviado, ciertamente, a prenderme; cortemos nuestra conversación, que volveremos a reanudar muy pronto; y puesto que os proponéis llevarme muerto o vivo a Venecia, arrojad al mar la vaina de vuestra espada y procurad que su hoja no vaya a acompañarla; estamos perdiendo el tiempo y yo le necesito minuto por minuto; volveos a vuestra galera, abatid la bandera de par-

lamento y concluyamos pronto. Desaferrad los esquifes, tigres míos; adios, señor César Malatesta; hasta dentro de quince minutos, en que volveré a hablaros sobre el puente de vuestra galera.

—Procurad no entrar en ella como prisionero de la República — dijo con desdén Malatesta.

—Procurad vos tener oídos para oir lo que os diré. Adiós.

—Adiós.

Y los dos esquifes se separaron, viraron en redondo y se dirigieron cada cual a su respectiva galera.

Un momento después la "San Pedro y San Pablo" abatía el pabellón de parlamento y rompía de nuevo el fuego, a que contestaban bravamente los cañones de "La Leona". Sobre la cubierta de ambos buques se veían las tripulaciones armadas de las picas de abordaje embravecidas por llegar a las manos.

Las balas rasas pasaban silbando roncamente entre los aparejos, chocando en las bandas, algunos de cuyos remeros caían hechos pedazos al mar, a pesar de que las dos galeras se entraban al abordaje rápidamente a vela y remo. Llegó un momento en que estuvieron tan próximas, que ya los artilleros no tuvieron tiempo para volver a cargar los cañones y las dos galeras se embistieron con fragor, aferrándose mutuamente con sus grandes garfios de abordaje.

En aquel momento las dos tripulaciones se embistieron, llevando al frente sus respectivos comandantes. Era el momento supremo. Aben-Shariar estaba acostumbrado a arrollar cuanto se le ponía por delante, desde el punto en que su galera se aferraba al costado de otra galera; César Malatesta no había tardado nunca tres minutos en tomar al abordaje la galera enemiga a que se había aferrado. La tripulación de la "San Pedro y San Pablo" estaba compuesta de lo mejor de los marinos de Venecia. Los corsarios de "La Leona" eran verdaderos leones del desierto. Por lo mismo, el choque fué terrible y la lucha se prolongó más que en otra ocasión se hubiera prolongado.

César Malatesta y Aben-Shariar no habían podido encontrarse, porque los dos estaban a proa en el momento de la embestida, y las galeras, al aferrarse, se habían cruzado de popa a proa. Así es que Aben-Shariar luchaba con los soldados venecianos que estaban a popa de la "San Pedro y San Pablo" y César Malatesta con los corsarios que estaban a popa de la "Leona". Las dos tripulaciones combatían encarnizadamente, colocada cada una sobre las bandas de su respectiva galera. Aquello era tan bravo, que amenazaba no tener fin sino cuando todos aquellos hombres hubiesen acabado los unos con los otros.

Aben-Shariar y César Malatesta no podían buscarse, porque no podían desatender el combate que cada cual sostenía por su frente, porque hubiera sido exponerse a ser vencidos. Por ambas partes, la mitad de la tripulación había sido muerta o puesta fuera de combate. No se conocía ventaja por ninguna de las partes combatientes. Los disparos de espingarda, y de mosquete, los golpes de pica y de hacha eran tan nutridos y tan espesos de la una parte como de la otra. Pero cuando no se obtiene una ventaja inmediata sobre los africanos, se está en una situación desventajosa, porque el africano es el hombre más duro para resistir la fatiga y el fragor del combate.

A los diez minutos de empeñado el abordaje, los venecianos empezaron a cansarse, al paso que los tunecinos, no solamente conservaban su vigor, sino que éste había acrecido irritado por la resistencia. Aben-Shariar, aprovechando el claro que dejó un veneciano al caer herido por su hacha, saltó a bordo de la "San Pedro y San Pablo", al mismo tiempo que saltaban algunos tunecinos. Se había roto, al fin, la muralla humana que defendía la galera de Venecia, y por los claros se entraron los tunecinos, dividiendo en grupos a los venecianos, que no tardaron en rendirse, después de probar un último y heroico esfuerzo. Cuando Aben-Shariar acudió a la proa de la "San Pedro y San Pablo", donde se batía aún como un león César Malatesta, armado sólo de un coselete de Milán y de un hacha de abordaje, el corsario gritó con voz de trueno:

—¡Afuera! ¡Dejádme a mí! ¡El capitán cristiano me pertenece!

Los corsarios tunecinos se abrieron, se retiraron, y Aben-Shariar y César Malatesta se encontraron frente a frente. El corsario no llevaba más armas defensivas que una adarga de piel de toro curada, ni otra ofensiva que una ligera hacha de abordaje. Sin embargo, cerró con César Malatesta cubriéndose con su adarga y recibiendo en ella un formidable hachazo, después de lo cual César Malatesta se encontró asido por la cintura, oprimido y poco después desarmado.

—Está visto que vos no me podéis vencer ni sobre la tierra ni sobre el mar, ni solo ni acompañado.

—Os aconsejo que me matéis, porque si no, un día u otro moris a mis manos.

—Una razón más para que yo os deje la vida, porque tengo curiosidad de saber cómo os compondréis vos para matarme; además, ahora me hacéis falta; entremos en vuestra cámara que ya es mía.

Aben-Shariar, jadeante aún de la fatiga del combate, se entró en el alcázar de popa seguido de César Malatesta. Inútil es decir que los corsarios de Aben-Shariar se habían apoderado por completo de la "San Pedro y San Pablo", y que nadie en ella podía hacer ya resistencia.

(Continuará)

—¿Cuánto pide usted por el piano?

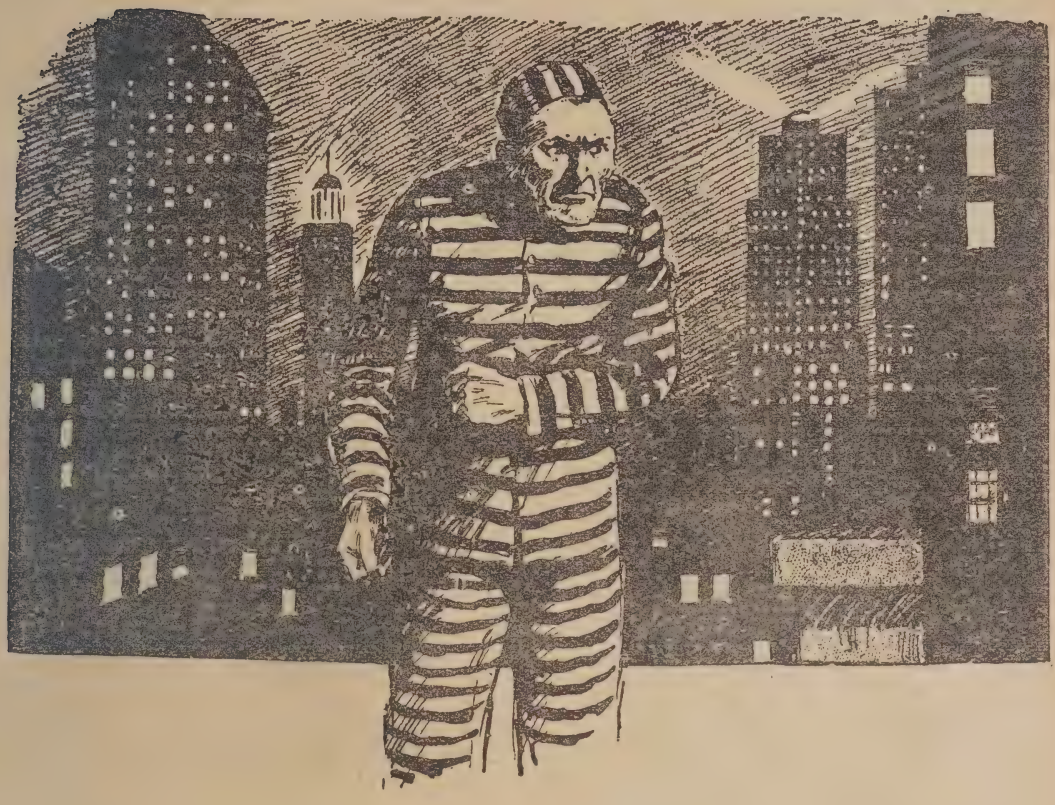
—Setecientos pesos, lo mismo que me cuesta.

—Pues entonces, ¿dónde está su ganancia?

—En las composturas.

EL JUEGO DEL PELIGRO

Por J. ALLAN DUNN



Extraordinaria novela de argumento dramático y misterioso, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York

(Continuación)

ME propuse usar diferente estilo de ropas, cultivar nuevo modo de andar y modales, afectar ciertos amaneramientos. Estas cosas, necesarias para mi nueva identidad, impedirían que Kate me reconociera, a menos que nos encontráramos frente a frente. Eso tenía que evitarse. Ella no debía cruzarse en mi camino porque comprendí que sería bastante peligroso y podía terminar en desastre.

Mi cita con Bendición era para la una. Dormí profundamente y me desperté al sonido del despertador, sintiéndome un momento extraño en mi nuevo alojamiento. Fué para mi un deleite bañarme, afeitarme tranquilamente, quitarme el tinte artificial; ponerme ropa interior limpia y traje nuevo Apenas reconocí mi propia imagen en el espejo del cuarto de baño. El traje era de deporte. La peluca me cambiaba. Parecía un hombre que vive al aire libre, que juega al tennis y al golf, que nada y rema. Todo... menos un presidiario escapado.

Me dirigí tranquilamente a un buen restaurant próximo. Reflexioné que no habría noticias en los diarios de la mañana, aunque pensaba comprar uno. Todos estaban impresos antes de que yo lo amenazara a Asaki con mi revólver. Era muy posible que Redding hubiera guardado silencio. El se pondría en comunicación con su gente y ellos tenían medios de acallar las cosas. No habría nada, a menos que algún reporter madrugador o noctámbulo hubiera recibido la voz de alarma del despacho de algún sargento.

Eso era poco probable. Para cuando estuvieran prontos los diarios de la tarde, la gente de Redding habría amordazado a la policía. Después de todo, sólo obtendrían un fracaso, a menos que decidieran denunciar-

me. Quizá preferirían arreglar ellos mismos sus cuentas conmigo, asegurarse personalmente de que no los molestaría más.

Compré un diario de la mañana y mientras lo pagaba llegó un camión y un muchacho entregó un montón de diarios al que atendía el kiosko. La página del frente ostentaba grandes encabezamientos.

—Es una edición extraordinaria que tendrá gran venta, Bud — dijo el repartidor.— Se ha cometido un asesinato y un tipo se escapó de Sin-Sing, expresamente para hacerlo.

Honra a mis nervios que yo no demostrara ansioso interés. Vi el nombre de Redding y el mío propio, Pemberton. Vi el retrato del primero mirándome, junto al mío. Fueren quienes fueren mis padres, me dieron cuerpo sano y buenas fibras. Doblé el diario que había comprado y sólo compré el otro cuando el vendedor me lo ofreció. Lo metí dentro del que había comprado primero y me alejé, seguro de que si trataban de descubrirme por aquel retrato les iba a dar trabajo. Y luego que Bendición hubiera terminado conmigo, cualquier día me reconocerían.

La cacería había empezado, los sabuesos ladraban procurando seguir una buena pista. La habían iniciado en lo de Redding. Y ahora que el juego había empezado experimentaba yo una sensación de júbilo. Era como un zorro que conoce su velocidad y sabe que tiene una madriguera donde refugiarse, cuando se canse de la persecución que lo divierte.

Pedí un buen desayuno. Miel, melón, huevos, tostadas con manteca, café, un Benedictino. No era muy parecido al menú de la cárcel. Y sólo cuando rompí la yema de mi primer huevo, miré primero el diario de la mañana, recorriendo la página de los deportes y luego la edición extraordinaria. Desempeñaba un papel. Sentía la emoción del actor.

No me imaginaba haber matado a Redding Aunque se produzca la infección, un hombre no muere en pocas horas por haberle destrozado el codo de un balazo. Alguien más debió intervenir. No era Asaki, de eso estaba seguro. Quizá Fin, si Redding le había hecho reproches, como era muy posible al ver que se había dejado vencer por una "dona", como él decía.

Pero no lo creía yo así. Tuve un presentimiento, recordando la sombra en la tela metálica de la ventana. Recordé el miedo de Redding al verme entrar. El temía algo. Si su gente pensaba que había hablado, cuidaría de que no lo hiciera más. Tal vez había traicionado a los suyos. Era un fatuo imbécil, que se creía a la misma altura de inteligencia que los hombres para quienes preparaba golpes.

La policía lo ignoraba todo. Estaba desorientada. Fué por inspiración de un periodista, más perspicaz que cualquiera de los detectives, que me relacionaron con el asesino. He aquí el relato. La policía recibió un llamado de alarma y lo contestó un oficial, el cual pidió refuerzos cuando vió lo que había ocurrido. Asaki estaba todavía desmayado. Había un espejo roto; Redding estaba muerto, con una bala en la cabeza. Vieron que había recibido dos tiros; pero el del brazo no coincidía con el de la cabeza. La autopsia se hizo rápidamente. El crimen es algo que espolea a la policía y a la prensa.

La única arma hallada fué una pistola, con su carga intacta, entre los almohadones manchados de sangre del sillón desde donde había caído Redding. El brazo del sillón estaba empapado de sangre. Los detectives no habían reparado en que se necesita tiempo para que la sangre empape. Los mejores policías se aturden en el principio. Y era aquel un punto importante.

El japonés dijo lo que sabía, cuando lo reanimaron. No se mencionaba el cuchillo. El espejo roto era todavía un misterio. Y a Fin no se le encontró. Yo imaginé lo que había hecho. Subió a la azotea y desapareció sin que lo vieran. El astuto oriental recurrió al silencio de su raza. Sólo contó lo siguiente:

"Habíase presentado un hombre que lo amenazó con el revólver y lo echó afuera. Más tarde llegó una mujer que llevaba puesto un antifaz. Cuando ella llegó estaba adentro un amigo del señor Redding. El ignoraba su nombre. Pero venía con frecuencia. Era alto y delgado".

Bendije la idea del oriental. ¡Fin, alto y delgado! Asaki no se iba a ver mezclado en disturbios occidentales, citado como testigo, sabía donde le apretaba el zapato. Su mundo se limitaba a sus ambiciones personales y éstas no incluían la publicidad. Sin embargo, me describió bastante bien. Fué más vago respecto a Kate. Yo me había peleado con Redding. El amigo había intervenido. Asaki entró y recibió un golpe en la cabeza. Era todo lo que sabía. El no había visto disparar tiros. Pero le habían dado un culatazo con una pistola. Todo pasó muy rápidamente y no podía estar muy seguro.

¡Prudente Asaki! Yo deseaba pagarle su pasaje a Tokio o a donde quisiera ir, regalarle mil dólares para botines, aunque sabía que sus evasivas sólo tendían a evitarle molestias.

Pero el editor relacionó los dos acontecimientos extraordinarios que se habían producido. Sabía lo que el público quería: sensación. Tenía todos los elementos del novelista, excepto el poder de crear sus argumentos. Pero cuando los materiales estaban a mano trabajaba rápidamente.

Recordó mi juicio, la tragedia de Harvey Pemberton. Tenía algo más que sentido periodístico aquel hombre: una doble vista, inspirada indudablemente por su deseo de tejer una historia sensacional. Descubrió bastante para colorear la suposición. Es verdad que el "hombre" no se parecía a Ricardo Pemberton. Pero — y aquí estaba en lo cierto. — Pemberton había tenido tiempo para quitarse el aspecto de Sing-Sing, puesto que el guardián no podía decir a que hora había escapado, después de cerradas las puertas de la celda. Evidentemente se había disfrazado. Era individuo hábil y la carrera de su colega había demostrado imaginación, además de proezas físicas.

Durante el juicio, proseguía el relato, el abogado del joven Pemberton sostuvo que su defendido nunca estuvo mezclado en los asuntos de su padre adoptivo. Había citado testigos. Redding entre ellos. Y Redding ha-

bía alegado completa ignorancia en aquella materia. El, según dijo, le había vendido a Harvey Pemberton varios valores; pero nada sabía, ni le interesaba el origen de su fortuna. Su testimonio había sido más bien perjudicial que favorable. Presignado, Redding dió a entender que el preso manejaba muchos asuntos de su padre adoptivo y no de un modo muy satisfactorio.

El editor sugería que quizá existían resentimientos entre Redding y Ricardo Pemberton. Todo su artículo estaba muy bien hecho. Hacía del crimen un problema, un enigma que encantaría a los lectores.

En realidad, tal había sido la actitud de Redding durante mi causa. Su intento deliberado de desacreditarme había materializado las sospechas que yo tenía sobre él. Habíase mostrado convincente, si no sincero, en todo lo que pudiera hacerme condenar.

Ahora una cosa se presentaba clara a mis ojos. No podría concurrir a mi cita con Bendición. Tenía que ir a las habitaciones de Redding y registrarlas. El era mi único guía. Recordando la puerta secreta, imaginaba tenía algún escondite donde guardaba sus papeles. Redding era hombre que más bien guardaría los papeles comprometedores que destruirlos, a fin de protegerse contra sus asociados. O para acusarlos, si había necesidad.

Yo había recibido varios informes sobre Redding mientras estaba en la penitenciaría. Era hombre capaz de traicionar a su mejor amigo: un moderno Judas. Y ya no existía. Tenía yo el presentimiento de que su propia banda lo había eliminado por peligroso e innecesario. Era la casualidad — o el Destino, si lo prefería — que me había llevado a mi a su casa la misma noche.

Ahora tenía que volver allí sin pérdida de tiempo. El presentimiento lo murmuraba en mi cerebro.

Me anunciaba que si yo no iba, otro lo haría. El hombre que mató a Redding se vió privado de su oportunidad hasta último momento. Tuvo que huir y creía yo que lo había hecho por las azoteas, antes que Fin. Si hubiese tenido tiempo, hubiera hecho el registro que, probablemente, le ordenaron.

Los otros lo mandarían otra vez. Durante el día, el teatro del crimen sería visitado por la policía, los periodistas, los amantes de sensaciones mórbidas y los simples curiosos. Los otros esperarían hasta la caída de la noche, cuando la gente se dirige al teatro o cena en su casa y los noctámbulos empiezan sus jiras por los cabarets. Yo haría lo mismo.

Terminé mi desayuno, dejé los diarios, como si no tuvieran para mí importancia y fuí a una cigarrería para hablar por teléfono. Le hablé a Bendición, dándole a entender que aplazaba mi visita. Luego me dirigí a otro sitio público y pedí otro número. Estaba éste en el, un tiempo, famoso distrito de Bowery.

Tuve que dar un santo y seña antes de que me contestaran que conocían a la Madre Sara Levinsky. Ella vino al aparato para saber quien era yo.

—Es el Pibe — le dije y le oí lanzar una exclamación de sorpresa. Ella sabía, naturalmente, que me había escapado; pero pareció alegrarse de oir mi voz.

—Quiero ver a Billings — le dije. — Es por un asunto urgente.

—Espera un minuto — me dijo. Tardó casi cinco Tuve que seguir alimentando con monedas la máquina antes de que volviera.

—A las seis, en Washington Square.

—Bien — contesté y corté. Yo necesitaba un perito para aquel trabajo y Billings lo era. Se trataba de un "cockney", nacido en Hackney, Londres. Tenía un pequeño negocio al sur de Washington Square donde, oficialmente, fabricaba llaves, componía cerraduras y pestillos. Se decía remendón y era un genio en su oficio. Con educación, mejores oportunidades, eliminada la inmoralidad de su sistema, al que lo había llevado cierto amor a la aventura, hubiera ido lejos, según decía mi padre adoptivo. Pero era como el pescador o cazador furtivo a quien seduce más la caza ilegal.

Billings tenía un sistema de seguridad para cajas fuertes. Siempre estaba perfeccionándolo y luego inventaba algo para malograrlo. Podría haber patentado su invento, vendiéndolo por una fortuna; pero poseía esa vanidad que hace al hombre desear probarse a sí mismo que es más hábil que sus compañeros.

Billings no se encontraba a menudo en su negocio. Acostumbraba a salir para ir a pescar, para presenciar partidos de baseball. Hasta jugaba a los bolos en Central Park, mientras su bulldog le cuidaba el saco. Durante el día era deportista. Pero al llegar la noche, cuando la ocasión era propicia, Billings escuchaba el "clic" de los fiadores, taladraba acero invencible con exi-acetileno, empleaba palancas para forzar las puertas o quizá — aunque no le agradaba el método — hacía volar cajas fuertes.

Era un hábil cerrajero, Billings. Lo que él ignoraba acerca de cerraduras y cajas fuertes no valía la pena saberlo. Y fiel, buena persona, si queréis, no obstante su oficio de ladrón. Nunca se había afiliado a ninguna banda; pero éstas lo utilizaban como perito. Me sentía mucho más tranquilo ahora que tenía la probabilidad de llevarlo conmigo. Yo no era ni siquiera aficionado.

Leí todas las ediciones de los diarios, a medida que fueron saliendo, comprando un ejemplar aquí, otro allá. Muchos han sido agarrados por demostrar demasiado interés en los diarios. Mi disfraz era bueno; pero sólo temporariamente. La menor sospecha que inspirara motivaría mi arresto. La peluca era delatora.

Lo que más me preocupaba era Kate. otro diario atribuía el crimen a la mujer misteriosa. Asaki había sido interrogado nuevamente sin éxito. Era como si interrogaran al Gran Buda de Kumakaru. Pero el diario se basaba en la teoría francesa "Cherchez la femme" que, dicho sea de paso, no es exclusivamente francesa.

Pero no pudieron establecer la identidad de la mujer enmascarada. Era aquella una escapada milagrosa. No tenía que repetirse, me dije.

Ellos no sabían donde buscar al penado 8439. Y no todos los diarios estaban de acuerdo en atribuirle la muerte de Redding. La policía decía muy poco. Y los guardianes también. Todos esperaban tenerme entre rejas antes de terminar las veinticuatro horas. Los guardias creían que yo estaba todavía escondido entre los muros de la penitenciaría y se burlaban de la idea del asesinato.

Ninguno de ellos imaginaba que yo volvería a lo de Redding, suponiendo que hubiese estado allí y cometido el crimen. Un asesino puede volver al teatro del crimen; pero no enseguida. En cierto sentido la casa de Redding era el sitio más seguro para mí; en otros no. Si me sorprendían allí, todo había concluido. Me condenarían por el asesinato de Redding, tan seguro como que brilla el sol.

Encontré fácilmente a Billings; estaba sentado en un banco, al este de la plaza, con el bulldog echado a sus pies, lejos de la fuente y de los bulliciosos niños italianos. Leía impasiblemente las páginas de deporte. Tenía mejillas rosadas, sin pelo de barba, y parecía un tabernero inglés, si hubiéramos estado en Inglaterra. Podía tomársele también por carrerista o cuidador de caballos retirados. Había en él algo de caballerizo, que le era favorable.

El bulldog me dirigió un gruñido amistoso cuando me senté junto a Billings y yo acaricié a la grande y cariñosa bestia. El saludo de Billings fué característico. Ni una palabra de bienvenida.

—El perro — dijo sentenciosamente — es un buen compañero; pero puede delatarlo a uno. Tuve un amigo a quien arrestaron por culpa de su perro. Era un sabueso. Los "canas" se apoderaron de él y luego lo soltaron. Sabían que el animal iría en busca de su dueño. Y lo apresaron a éste. Y eso que tenía un buen disfraz; mejor que el tuyo. Todo esto lo dijo con un tono que no podía oírse a cinco pies de distancia. Yo me eché a reir. Era el modo de dar consejos de Billings.

—Tengo que perfeccionarlo —, dije. — Espera hasta que me vuelvas a ver.

Me miró con bondadosos ojos, como a un hermano menor. Había en ellos verdadero afecto.

—No olvides esto — dijo. — ¡Cuidado con los perros y las mujeres! A lo mejor le fingen amor a uno y lo traicionan. Yo tengo mis debilidades. Este es el tercer perro que poseo de su casta. Pero me casé y mi patrona, mientras vivió, era demasiado buena para delatarme. ¡Y lista! A su lado, el comisario de policía era un niño de teta. Ahora me voy a retirar. He tenido bastante suerte y me retiraré mientras es tiempo.

—¿Retirarte? — repetí.

—Justo; he terminado esa cerradura, Pibe; yo mismo no puedo abrirla, de modo que tiene que ser buena. La voy a hacer patentar y la venderé. Me convertiré en un ciudadano respetable, viviré de rentas. Y ahora ¿en qué puedo servirte?

Dobló su diario, llenó la pipa con "shag" que conseguía importado, de algún modo, encendió el fuerte tabaco y fijó en mi rostro sus ojos azules. Le conté toda la historia, sin mencionar a Kate, desde que llegué a Nueva York.

Me oyó impasible. Comprendí que sería inútil. Tendría que arreglarme solo como mejor pudiera. Luego vi iluminarse sus ojos. Yo no había ocultado los riesgos y la situación sedujo su espíritu de aventura. Creo sabía muy bien que iba a aburrirse en su "respetabilidad".

—Dejar el propio trabajo y ayudar a un amigo son dos cosas distintas, Pibe — dijo poniendo su mano grande, pero maravillosamente formada, sobre mi rodilla. — Tu padre adoptivo era un diamante. Y tú no eres mala imitación. Yo nunca tomé parte en los "trabajos" de Redding. No conozco a su gente. Dicen que se han vuelto muy pulidos y entonados. Los reducidores los llaman comisionistas. Me gustaría embromarlos. Bueno espérame en la Gran Central, pasada la una, Pibe. Yo saldré del subterráneo. Lo haremos por tu viejo; lo fué todo para tí y para mí un buen compañero. Le hubiera gustado saber que yo he perfeccionado la cerradura. Siempre me aconsejó que lo hiciera. Yo llevaré lo necesario. Si Redding tiene algo escondido, lo encontraremos. Si hay alguien ahí antes que nosotros o viene después, lo haremos lo mismo.

Así era Billings. Podía ser violador de cajas fuertes; — o haberlo sido — pero tenía el don de la puntualidad. A la una y treinta salió del subterráneo. Yo esperaba verlo con alguna valija, quizá disfrazada figurando el estuche de un médico; pero al parecer no traía más que un bastón. Todo, desde cuñas de acero hasta palancas, estaba guardado dentro, en gruesos estuches de gamuza, arreglado de modo que no sonara. El mango del bastón no era demasiado abultado. Billings caminaba negligentemente como un ciudadano, un poco trasnochador, que va con un amigo.

Yo le dí una idea general del sitio y él gruñó comprensivamente.

—Puedo probar la ventana por donde saliste o el techo — dijo. — Dependerá de como se presenten las cosas cuando lleguemos allí — yo no comprendí el exacto significado de sus palabras hasta que llegamos a la esquina del edificio y pasamos junto a un hombre que echaba una carta al buzón.

—Ese es un campana — dijo Billings en voz baja. — Trabaja para "Soup Riley". No me conoce. Es probable que Soup trabaje para la banda de Redding o que era de Redding. ¿Crees que el negro te conocerá?

—Con estas ropas y esta peluca, me parece que no.

—¡Hum!... no puede uno nunca estar seguro con los negros. Pero correremos el riesgo. No podemos entrar por las escaleras de incendio. A lo mejor, Riley tiene dos hombres afuera. Déjalo por mi cuenta.

Caminamos confiadamente y entramos, abriéndonos la puerta el negrito. Este no había tenido oportunidad de observarme mucho. Pero yo me quité el sombrero para que se me viera el pelo rubio. Billings, levantó la solapa de su saco y le mostró una estrella de metal sujeta debajo.

—Somos de la policía — dijo Billy con

la ruda inflexión precisa. — ¿Donde queda el departamento de Redding? Traiga su llave maestra. ¡Vivo!

Se mostraba áspero, oficial. Todo el día había entrado y salido gente de la policía. El ascensorista estaba demasiado impresionado para fijarse en el acento británico. La audacia del movimiento tuvo éxito. El negrito introdujo la llave y yo esperé, con la mano en el pestillo, pronto para abrir.

—No diga a nadie que estamos aquí — dijo Billings con acento impresionante, tomando al parecer al negro como confidente. — Si alguien quiere subir, déjelo.

—No, señol; si, señol — el negro desapareció con el ascensor, todavía hipnotizado por la estrella. Era auténtica, Billings creía en la eficacia de los detalles.

IV

EL LIBRO DE APUNTES DE REDDING

La puerta interior estaba cerrada. Yo apliqué el oído al panel y le hice una seña a Billings. Había oído ruido. Cedí mi sitio al experto. El movió el pestillo silenciosa, imperceptiblemente, y yo apagué la linterna, el revólver preparado.

Si Soup Riley estaba adentro, podía habernos economizado tiempo: pero quizá tendríamos dificultades. Había una débil luz dentro de la habitación. Billings entró y yo lo seguí.

Había en el piso una lámpara portátil, con pantalla en forma de embudo. La había traído Soup, enchufándola en un enchufe del piso. Revelaba una parte corrida del maderaje. Adentro había una caja abierta, mostrando estantes con papeles y libros. Un hombre estaba en cuclillas, examinando algo. Billings me indicó con la mano que me quedara donde estaba. Luego, despacito como un gran gato, con el bastón plegadizo agarrado por el extremo más pequeño, lo enarboló al lanzar el hombre un pequeño gruñido de satisfacción y empezar a levantarse. La parte superior del bastón, que no tenía mango propiamente dicho, le pegó al hombre donde se une la nuca con el cuello; cayó hacia adelante, pareciendo que iba a pararse de cabeza antes de desplomarse.

—Tan fácil como arrancar frambuesas — dijo Billings arrodillándose junto al hombre y sonriendome. — Ante todo, veamos lo que buscaba. Lo mismo que nosotros, lo apetecería.

Lo que el hombre tenía era una combinación de cartera y libreta de apuntes, muy gastada, con las iniciales J. R. en oro. Miré rápidamente el contenido de la libreta, hojeándola. Nombres, números. Notas que habría que descifrar. No veía yo direcciones; pero estaba satisfecho. Esto era con lo que contaba Redding para probar ciertas cosas en ciertas contingencias, esperando quizá, el imbécil, mantenerlas como una amenaza sobre los hombres que se habían librado de él.

—Mejor escapar — murmuró Billings. — Dejémoslo al tipo como está. Nunca sabrá quien lo golpeó ni con qué. Es mejor que su campana no se inquiete. Podría pensar por qué tarda tanto. ¡Vamos!

En ese preciso momento sonó el teléfono. Yo lo había envuelto hábilmente, de modo que el ruido no se oyera a través de una puerta cerrada. Sin embargo, nos detuvo en nuestros pasos, alarmados por aquel ruido sibilante.

Algo me impelió a contestar, a despecho de la muda protesta de Billings. Era un modelo francés y al levantar el receptor boca y auricular, todo en una pieza, el timbre sonó de nuevo.

—¡Hola! — dije con un murmullo.

—¿Quién habla?

—Soup. ¿Con quién hablo yo?

—Con Gus Schumann. ¿La tienes?

—Seguro.

—¡Gut! — había alivio en la sílaba gutural. — Traela en seguida a mi casa. El jefe estará esperando.

Corté. Gus Schumann tenía razón. El jefe esperaría largo tiempo. El nombre de Schumann figuraba en las notas. Y también sólo "Schu" y G. S.

—¡Vamos! — dije. Tenía la cartera en el bolsillo. Dejamos la lámpara encendida junto al cuerpo desmayado de Soup Riley. Volvería en sí al cabo de pocos minutos y escaparía. Había entrado por la escalera de incendio. La tela metálica había sido cortada. Yo no toqué el resto del contenido de la caja. Sabía que tenía lo que necesitaba.

Llamamos y bajamos en el ascensor.

—Muy bien, hijo. — dijo Billings. — Ve-

PROXIMAMENTE INICIAREMOS LA PUBLICACION DE

Los Cowboys Footballers

Emocionante novela de aventuras en el Far West

mos a vigilar afuera por si algo pasa. Recuerde que es mudo.

—Mudo, soldo y ciego, señor. Ya he visto demasiado, oído demasiado y hablado demasiado todo el día.

—Te conocerá — le dije a Billings, — mientras salíamos de la calle, después de inspeccionar cuidadosamente los alrededores.

—No vió nada más que la insignia. Y aunque me reconozca, tendrán que encontrarme primero. Me ausento para Washington, mañana por la mañana. Pibe, para ocuparme de patentar mi invento. Nunca me han pescado todavía. Soy un respetable cerrajero, un inventor, que protege las latas, no que las abre. Riley abrió ésta. Creo que no le habrá costado mucho. Esas cajas, embutidas en la pared, son ridículas Me entregó su bastón cuando dábamos vuelta la esquina. Me tocó con el codo para hacerme fijar en el campana. Evans, que encendía un cigarrillo, mirando el edificio que acabábamos de dejar. El bastón era pesado; pero flexible. Estaba formado de anillos de cuero, apretados sobre una varilla de acero. Así los hacen en las penitenciarías. Yo se lo devolví y le dije: ¡Buenas noches!, llamando un taxi, mientras Billings seguía a pie, calle abajo como un hombre que acaba de salir de un club de poker o se dirige a él. Billings tenía mucho de sportman.

Los nombres que había en la libreta no significaban mucho todavía Pero servirían. Las claves los ligarían y además había una tarjeta en un pliegue de la cartera, que ostentaba el nombre de Gus Schumann, con la dirección de su oficina Eso era un buena guía. Yo iba a cultivar más tarde la relación de Gus Schumann. Era prudente dejar pasar el tiempo.

Antes de acostarme me sabía de memoria el contenido de la libreta

V

UN GOLPE AUDAZ

Estaba yo en Long Island No era más Ricardo Pemberton sino Pablo Standing. Bendición había hecho una obra maestra. No quedaban cicatrices visibles. Me había estirado el cutis detrás de las orejas, aflojándolo en el cráneo, cambiando sutilmente el contorno de mi cara. El sesgo de los ojos era distinto. las cejas habían cambiado y también la forma de la boca.

En general, el efecto no era desagradable. Habían transcurrido dos semanas. Yo mismo me había curado las puntadas y ahora no se veían entre el pelo crecido, que las cubría. Dentro de pocos días podría abandonar la peluca y mi propio cabello, teñido para hacer juego, la reemplazaría.

Como Pablo Standing, solía salir en la lancha de mi amigo, caminaba más, jugaba al golf e hice algunas relaciones. Se sabía que estaba escribiendo una novela. La búsqueda del presidiario continuaba aún. Habían hecho algunas costosas investigaciones sin hallar el sitio donde se ocultaba el fugado ni a éste: pero los guardianes no perdían la esperanza. Los diarios me habían olvidado, habían olvidado el asesinato de Redding. Pasó la novedad. Otro aeroplano se había perdido en su travesía del Atlántico; el día de las elecciones estaba próximo.

Yo me sentía seguro. No se había mencionado el robo en casa del muerto. Soup Riley logró escapar sin ser visto, aunque imagino que debió pasar un mal cuarto de hora con su jefe. Quien era éste lo ignoraba yo. Había en la libreta cinco nombres y una sola dirección. Pero yo no desesperaba. La banda estaba compuesta por seis hombres. Uno había muerto; quedaban ahora cinco. Redding ya no existía "¡Uno!"

Hay en todos nosotros afición melodramática. Yo hubiera querido mandarles a los otros un telegrama con esta sola palabra: "Uno". Más tarde podría llevar a cabo ese plan. Me seducía, como lo sedujo a Monte Cristo. Como Monte Cristo era yo rico; había recobrado mis valores del depósito de Filadelfia. Estaba establecido. Practiqué mi nuevo modo de andar, mis amaneramientos.

Yo estaba fuera de la ley La banda podía descubrirme. Pero eso era otro asunto. Aunque ellos me vencieran, con su proporción favorable de cinco contra uno, con sus recursos, nadie podría asegurar que mi cadáver era el de Ricardo Pemberton.

Mi vecino más próximo daba frecuentes reuniones en su casa. Era un financista de Wall Street, llamado Fenton. Yo lo había conocido por casualidad en el club, al que había logrado acceso por mi amigo.

El Día de Acción de Gracias estaba próximo. La palabra y el día poco tenían que ver conmigo; sin embargo había un aire de festividad, de reunión, que hacía mi aislamiento más penoso. Las familias se reunían hacían sus preparativos para encontrarse aquí o allá. Naturalmente que, si alguna vez me mencionaron, supondrían que tenía yo mis relaciones particulares. Yo di a entender que había recibido algunas invitaciones. Pero, además de fuera de la ley, estaba yo fuera de la sociedad.

En Kate Wetherill no quería yo pensar, la había desterrado de mis pensamientos. No era más el que ella había conocido y quería mantenerme alejado de su ruta. Pero ese poder que existe fuera de nosotros, esa fuerza misteriosa, el Destino, si lo queréis, lo dispuso de otro modo.

Yo andaba paseando. Azotaba con mi bastón las plantas muertas que ya habían cumplido su misión, esparciendo las semillas. Hubiera deseado tener un perro; pero sabía que, a lo mejor, tendría que abandonarlo. Iba por un angosto camino, solo, cuando pasó junto a mí un auto veloz, de turismo Me hice a un lado porque había barro y un auto, si no sigue las huellas, puede patinar. En el auto iba una persona.

Supe quien era antes de ver su cara. Mi corazón empezó a latir repentinamente. Pensé en encender un cigarrillo; pero el encendedor automático me falló y busqué un fósforo La conductora aceleró y pasó muy cerca mío. Entorné los ojos, acentuando su obliCuidad. Me levanté el sombrero y me quedé parado cerca de la zanja. Era la prueba. Me había sido impuesta. Me alabé de que mi ca-

ra era una máscara y el auto pasó, mirándome Kate con ligera sonrisa. La prueba había pasado; pero dejó resultados. Mi retiro había terminado. Al día siguiente volvería a Nueva York, me ocultaría y luego reaparecería, empezando mi caza.

Oí el rechinar de los frenos, mientras encendía mi cigarrillo con dedos que temblaban.

—¡Pablo! ¡Pablo!

Estuve semi tentado de saltar el cerco, de correr, de hacer cualquier locura. Pero ella había hecho dar vuelta el auto en el camino resbaladizo y venía hacia mí. Yo me quedé allí, esperando. Ella me había encontrado, reconocido. Era cosa resuelta, arreglada.

—Iba a su casa — me dijo. — ¿Cree que no lo conocí? Le dije que para romper una amistad se necesitaban dos. Paro en lo de Fenton, para el Día de la Acción de Gracias. Ellos estaban hablando de usted. Iban a mandarle invitación para la comida.

—No puedo aceptar — contesté. — Me voy mañana.

—¿Soy yo quien lo alejo, amigo mío? Yo iba a su casa. Sabía que tenía usted teléfono; pero...

Sabía ella que yo la evitaría. Había sido una estupidez revelarle mi nuevo nombre. Y sin embargo, le debía eso. No imaginaba que conociera a los Fenton. Pero el mundo no es, como dicen, tan grande.

—¿Cuándo pensaba usted irse... sinceramente?

No quise mentirle.

—Después del Día de Acción de Gracias.

Solitario como era, parecíame estar menos solo en Long Island que en Nueva York. No hay soledad tan grande como la de las grandes ciudades.

—Entonces prométame no irse hasta entonces. Tengo que verlo de nuevo, Pablo. Usted no tiene... mi modo de pensar. Esta noche. Luego, si es necesario, nos diremos "au revoir". Me debe usted algo.

Más de lo que me atrevía a decirle. Al final le prometí cosas insensatas. Quedarme, aceptar la invitación que recibiría y visitar a los Fenton después del Día de Acción de Gracias. Y durante todo el camino de regreso maldije mi debilidad.

Mi amigo se había llevado a su sirviente y yo había tomado otro, enviado por una agencia, que me servía bastante bien y cocinaba más que tolerantemente.

Estaba terminando mi comida de Acción de Gracias, todavía en "plus fours", pensando vestirme más tarde cuando sonó insistentemente el teléfono del livin room. Randall, mi criado, estaba en la cocina y lo oí contestar al llamado, sin entender lo que decía.

Como el teléfono en el cuarto de Redding, este llamado pareció sacudir mis nervios.

Llamé a Randall.

—¿Quién era? — le preguntó bruscamente.

—Un amigo mío, señor. Deseaba saber si puedo salir más tarde. ¿Puedo, señor?

Mentía. Mis ojos, fijos en los suyos, le exigían la verdad. Ya le había dicho que podía salir esa noche y rehusó. Sabía yo que el mensaje era para mí, que solamente podía provenir de un sitio...

—¿A dónde va ir? — le pregunté. Vaciló. Dijo tartamudeando un poco:

—A lo de Roositers, señor.

Yo había sabido el día antes, en el club, que los Roositers habían cambiado sus planes a último momento y que estaban ausentes. Aquí había alguna trama. En ese momento volvió a sonar el teléfono insistentemente y yo me levanté para atenderlo.

—¿Pablo? ¡Gracias al cielo! Escuche. Su criado me dijo que había salido, que venía para acá. Pero yo no le creí. Los Fenton han sido víctimas de un robo. Mandaron buscar seis hombres de la Agencia Larken para vigilar. Los invitados tenían cantidad de joyas. Tres de los hombres eran mozos de servicio. El resto... reconocí a uno de ellos cuando entraron. Era el hombre que vi en "Después de Anochecer" y más tarde... aquel pistolero. El me reconoció; pero yo me escapé. Estaba cerca del invernáculo y ahora estoy arriba. Escuche...

La voz se interrumpió. La línea quedó muerta. Habían sido cortados los hilos. Yo no tenía auto y los Fenton vivían a una milla de distancia. Si Fin Murray había reconocido a Kate, la buscaría nuevamente. Volví al comedor.

—Disculpe, señor; pero no puede usted salir esta noche.

Me di vuelta y lo vi a Randall pálido, exteriormente respetuoso; pero apuntándome con una pistola.

—¿Qué significa esto? — pregunté. — Al parecer me habían descubierto, después de todo. ¿Pero por qué habían dejado la tarea a cargo de un solo hombre? ¿Por qué demorarla hasta ahora?

—Precisamente que no puede usted salir, señor. Si intenta hacerlo, tendré que impedirlo.

Traté de reírme y me senté.

—Parece usted muy empeñado en que me quede — dije. — Bueno, si no puedo salir, podré al menos terminar mi comida — alcé mi vaso a medio vaciar. Yo no soy bebedor; pero en aquella ocasión me había servido bastante bebida. El vaso estaba hasta la mitad de whisky y bastante cargado de White Rock.

—Puede hacerlo después, señor — dijo Randall. Vi que estaba nervioso; pero, aunque el sudor humedecía su frente, su mano tenía firmeza. Prosiguió:

—Lleva usted pistola en el bolsillo, señor. Tengo que quitársela. Levante las manos.

—Tiene usted descaro, Randall — le dije. — ¿Supongo querrá que me pare?

—Si gusta, señor... — maldije su estudiada urbanidad y me paré. El empezó a dar vueltas en torno mío y yo le arrojé el whisky, el White Rock, con vaso y todo a la cara. Aquello lo cegó por un segundo porque el delgado cristal le cortó la carne, haciéndole brotar sangre. Yo le tiré encima la mesa y salté. Lo tenía abajo. Peleó como un tigre acorralado, con una fuerza que no esperaba de él. Creo que pensó lo iba a matar.

Luchamos por la posesión de la pistola y ésta se disparó, chamuscándome la pólvora ligeramente la mejilla, a tiempo que le suje

(Continúa en la pág. 44)

EN EL PROXIMO NUMERO

LA PUBL

E'm

ventu

PUCKY INICIAREMOS
CION DE

EL JINETE FANTASMA

nante novela en la que se relatan
traordinarias aventuras de la ju-
e

UFFALO BILL

en el Far West

(Continuación de la pág. 41)

taba yo la mano derecha con mi izquierda y, cerrando la que tenía libre, le apliqué un golpe a la mandíbula. Aflojó. Estaba muy lejos de ser un atleta y, mientras permanecía tendido, jadeante, le quité la pistola con la misma facilidad que un juguete a un niño rebelde.

—Y ahora, — dije fieramente — ¿qué significa todo esto, Randall? Quiero la pura verdad. Si pienso que está mintiendo, no volverá a mentir.

Le apliqué el caño de su propia pistola a la sien. Sus ojos daban vuelta con expresión de abyecto terror. Pero no era precisamente el miedo a la muerte lo que había en ellos. El miraba algo que antes no había advertido. Descubrí finalmente que era mi peluca, que se me había torcido en la lucha. Si lo hubiera sabido entonces, creo lo hubiese matado.

Supongo que lo que salvó a Randall fué mi alivio al descubrir que sabía menos de lo que yo sospechaba.

—Por amor de Dios, señor Standing, patrón, no tire. ¡Me obligaron. No pude evitarlo. Le contaré...

Fué una historia bastante vulgar y plausible, la que tartamudeó. Los Fenton no eran la primera familia que había visto asaltada su casa, robadas las joyas de sus invitados, en Long Island. Se habían puesto espías entre los sirvientes, antes de aquel último golpe de reemplazar los detectives de la agencia por hombres de la banda.

Uno de esos espías había encontrado a Randall en la aldea. Lo conoció como ladrón más o menos aficionado. Se habían encontrado en casa de un reducidor.

Se sabía que había aceptado yo la invitación de los Fenton; pero que iría después de la comida. Aquella no convenía a los planes de los ladrones, pues añadía riesgos. Randall recibió el encargue de no permitirme salir, con la promesa de una pequeña parte.

Cinco minutos después lo había yo atado a Randall en su propia cama, apagué las luces y cerré la casa con llave. Corrí por el barroso camino hasta el Refugio de las Gaviotas, como llamaban los Fenton a su propiedad, rogando al cielo no fuera demasiado tarde.

Corrí sin cansarme para conservar mis fuerzas en cualquier emergencia. Pero sabía cuan rápidamente se efectúan esos asaltos cuando están bien concebidos. Quince minutos después de haber sido cortado el teléfono, llegué a la entrada lateral de los suntuosos jardines del Refugio de las Gaviotas.

Ya había oído yo el ruido de poderosos motores, a toda velocidad. Luego disminuir el sonido. Al aproximarse a la casa, resplandeciente de luces, el terreno ascendía. El Refugio de las Gaviotas estaba construído en una elevación, casi una loma para Long Island.

Subí corriendo anchos escalones y seguí por el frente de la casa hacia la entrada principal. Vi un aeroplano anfibio levantarse de las aguas en el fondeadero de los Fenton, como un pato asustado, deslizarse sobre la superficie de las aguas y tomar rumbo norte, a Connecticut. Habían escapado en auto y aeroplano. Y se habían dividido. Aquellas dos partidas coincidían demasiado para significar otra cosa.

Las puertas del frente se abrieron antes de que yo llamara. Varios hombres, invitados, aparecieron en la terraza, excitados, inútiles. Luego Fenton me vió.

—¡Standing! — dijo. — ¿Sabe lo que ha ocurrido? ¡Nos han robado! Había ladrones entre mis propios criados, en complicidad con esos falsos detectives. Nos han saqueado. ¡El collar de brillantes de mi mujer! ¡Las perlas de la señora Vanstetter! Deben haberse llevado joyas por valor de un millón de dólares.

Vi que me miraba sorprendido, pensando porque no me había vestido y tenía un revólver en la mano. En una emergencia peligrosa, todos estos reyes de las finanzas y de la sociedad son iguales. Siempre hadran al árbol equivocado y fuera del rastro. Los imbéciles empezaban a pensar si no tendría yo algo que ver con el asalto.

—¡Al diablo usted y sus joyas! — le dije a Fenton. — ¿Dónde está la señorita Wetherill?

Repitió como un papagayo:

—¿Dónde está la señorita Wetherill?

—Ella me telefoneó cuando empezaban a robaros. Se escurrió por el invernáculo. Luego cortaron los hilos del teléfono.

Fenton tenía fama por sus juicios y decisiones rápidas en la conversación. Ahora me miró con la boca abierta. Un mayordomo ojeroso, que no parecía muy desmoralizado a pesar de la traición entre su personal, me llamó la atención.

—¿De dónde podía telefonear ella, pasando por el invernáculo? — le dije ásperamente. — ¡Guíeme!

La señora de Fenton conservaba su serenidad.

—Yo no he visto a Kate desde que ocurrió esto — dijo. — Guie al señor Standing, Rogers.

Yo seguí al mayordomo al invernáculo, iluminado con luces feéricas entre las palmas; la luna penetraba por su bóveda de cristal.

Las altas ventanas estaban abiertas. Del lado de afuera había un balcón, con verja de hierro labrada. Agarrado en una de las curvas se veía un pedazo de chiffon con lentejuelas plateadas. Otras lentejuelas brillaban en el suelo.

—Parece que se la hubieran llevado, señor — dijo Rogers. — Este género es de su vestido.

(Continuará)

¿Había sido secuestrada Kate Wetherill? ¿Estaba en peligro? ¿Quién es el misterioso jefe de aquella bien organizada banda? No pierda los siguientes capítulos de esta emocionante novela.

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

¡VECINDAD PELIGROSA!

RIO Kid está oculto.

No temía a ningún enemigo o enemigos por muy numerosos que fueren. Y en caso de necesidad haría frente a Sonora José y sus secuaces desafiándolos con verdadera despreocupación dependiendo solamente de su revólver de seis balas y de su fina puntería. Pero no había necesidad. Y a pesar de que Río Kid era tan temerario, no tenía interés en comenzar camorra alguna con semejantes tipos. Se hallaba escondido y vigilaba los movimientos de los mejicanos a través del espeso follaje del ceibo. Listo para pelear, pero tratando de evitar la lucha.

Estos habían acampado por la mañana temprano en la isla boscosa. Eran nueve: Sonora José de piel cobriza, pelo negro, barba de igual color y aros de oro en sus orejas negras, y otros ocho mejicanos o mestizos. Formaban uno de los grupos más malvados que Río Kid había visto en su vida. Salvajes como jaguares y armados hasta los dientes.

Habían maniatado sus caballos bajo los árboles y estaban recostados en la hierba o apoyados en troncos de árboles haciendo una gran cantidad de cigarrillos y fumándolos mientras hablaban entre sí en su lenguaje dulce y melodioso.

Sonora José observaba la llanura desde el borde del bosque en tanto que Río Kid desde las grandes ramas del ceibo que dominaba a la isla boscosa en casi toda su extensión los vigilaba a su vez y trataba de adivinar que es lo que pretendían.

Río Kid había acampado allí durante la noche. Fué despertado al amanecer, por el ruido que hicieron los mejicanos al llegar. Tuvo que abandonar las mantas tranquilamente y ponerse a recaudo. La irrupción del bosque por un grupo de jinetes significaba que Río Kid estaba en peligro. Había esperado encontrar al sheriff de Frío y a sus hombres.

Dejando su caballo mesteño oculto en la maleza, Río Kid había trepado al enorme ceibo para observar a los recién llegados y ahora vigilaba todos sus movimientos. Conocía al canalla de la barba negra y de los aros en las orejas. Sonora José era bien conocido en ambas márgenes del Río Grande. Bandido en el lado mejicano y cuatrero en Texas, Sonora José era buscado por el sheriff de este estado y por el alcalde mejicano.

Río Kid pensaba que estaría haciendo aquí a diez millas de Frío, tan lejos de la frontera mejicana. Que este grupo de hombres morenos estaba en vía de saqueos es innecesario decirlo. Se habían ocultado en el bosque y esperaban. Mientras sus secuaces fumaban cigarrillos y hablaban tumbados en el pasto, Sonora José vigilaba la llanura ¿Para qué?

No sería para enterrar a Río Kid. ¿No era también un perseguido a quien las autoridades trataban de echar mano con más ahínco aún que al mismo Sonora José? Todo lo que tenía que hacer Río Kid era permanecer oculto hasta que los mejicanos se hubiesen ido sin preocuparse de sus pillajes, hiciesen lo que hiciesen. Si lo hubiesen encontrado en el solitario bosque no tardarían en matarlo aunque no fuese más que por

apoderarse del caballo y del revólver.

Pero no sospechaban que en el bosque hubiese alguien además de ellos, así es que Río Kid estaba a salvo, mientras permanecía escondido. Pero un pensamiento sombrío cruzó la hermosa cara tostada de Río Kid. Le indignó ver un grupo de bandidos mejicanos en Texas, Río Kid estaba dispuesto a evitarlo. El era un perseguido por la ley y su cabeza estaba a precio; pero no podía ver con buenos ojos que el ganado de Texas cruzara las aguas del Río Grande para internarse en Méjico, empujado por estos asesinos.

Pero después de todo sería posible que no anduviese en busca de vacas. A plena luz del día y a muchas millas de distancia de la frontera, Sonora José no podía esperar arrear los animales sin ser descubierto. No iban en busca de vacas, reflexionó Río Kid. Suponiendo que así no fuera ¿qué es lo que pretendían hacer estos mejicanos? Estaban en un país muy peligroso para ellos. Río Kid sabía con cuanta alegría una patrulla de vaqueros en la región de Frío se alzarían en armas para tener la ocasión de barrer del país a Sonora José y a sus secuaces.

Y por fin, después de tanto cavilar Río Kid adivinó lo que buscaban. Sonora José al borde del bosque, mirando fijamente a la pradera, observaba el camino de la diligencia a Frío, la diligencia de dos caballos que venía de Mc Cracken con cartas, paquetes postales y pasajeros y a veces con una bolsa sellada repleta de billetes de banco para el banco de Frío. Era la diligencia lo que esperaban estos mestizos bandoleros. Se preparaban para el asalto.

Ahora lo sabía Río Kid. Una vez que lo había pensado ya no tenía duda alguna. Sin embargo aún siguió cavilando un poquito. Mas de una vez la diligencia de Mc Cracken había sido asaltada pero rara vez el botín era de importancia y comunmente nada que valiese la pena para Sonora José y sus secuaces... a menos que... En ciertas ocasiones cuando el dinero era llevado de Mc Cracken al banco de Frío, entonces si que valía la pena arriesgar la vida. Así es que se grabó en la mente de Río Kid la idea de que esta vez la diligencia sería portadora de una buena cantidad de dinero y que Sonora José estaba al tanto de ello.

Río Kid escondido en el espeso follaje se encogió de hombros. A él no le importaba. Nacido y criado vaquero no podía permanecer indolente ante la idea de ver cómo las vacas de Texas eran llevadas a través de la frontera por ladrones mejicanos. Pero el banco de Frío no era nada para él. Herman Fray, el banquero de Frío tampoco lo era.

Ese asunto le incumbía al sheriff Watson quien debía proteger el banco y el dinero. Y Río Kid sonreía a este pensamiento. El sheriff Watson y sus agentes perseguían a Río Kid. Lo perseguían por todas partes, por la pradera, por el chaparral y por la sierra. Déjelos que me persigan. Entretanto esta gavilla del otro lado de la frontera asaltan la diligencia y roban el dinero consignado al banco de Frío. Río Kid no tenía por qué preocuparse.

De un momento a otro de aquella mañana de sol la diligencia pasaría apareciendo en la llanura al salir del sendero que corría a través de un ancho camino de postes de robles. La esperaban en Frío al mediodía, pero nunca llegaba a horario y nadie sabía cuando iba a aparecer.

Los mejicanos habían decidido esperar. Y no se irían de allí hasta tanto no viniese la diligencia. Así es que Kid esperaba también, a menos que su presencia fuese descubierta, lo que significaba un tiroteo contra nueve hombres. Río Kid se acomodó lo mejor que pudo apoyando su espalda en dos ramas en forma de horquilla. Y esperó.

—¡Pronto!

Esa palabra salló de inmediato de Sonora José.

En un momento la indolente inactividad de la gavilla había cesado. Los mejicanos se levantaron rápidamente corriendo hacia sus caballos.

Río Kid no podía ver la pradera por entre las ramas. Pero sabía que la diligencia estaba a la vista por el camino de los postes de roble. El sendero corría a cierta distancia del bosque serpenteando por la ondulante pradera en dirección de Frío.

Sonora José habló en español a sus secuaces. Los mejicanos cabalgaron sus troncos y rifle en mano se lanzaron a la pradera dejando el bosque a la espalda. Entonces Río Kid abandonó su escondite de entre las ramas del alto ceibo. Situándose en el lugar que había ocupado antes Sonora José. Río Kid paseó su mirada por la ondulante hierba.

Ahora se extendía ante sus ojos todo el paisaje. La diligencia habiendo salido del sendero de los postes de roble corría libremente por la pradera. Los mejicanos espoleaban sus caballos lanzándolos al galope al encuentro de la diligencia.

El cochero fustigó a los caballos, quienes comenzaron una carrera desesperada tratando de escapar para no caer en manos de los bandidos. La tentativa era inútil. El coche no tenía esperanza alguna de eludir la acción de los bandidos; pero a pesar de todo hizo un esfuerzo supremo para huir. ¡Pum, pum, pum! rugieron los rifles. Los mejicanos hacían fuego a caballo. El tiroteo era interminable. Los labios de Río Kid se fruncieron con menosprecio al ver los disparos hechos por los mejicanos.

Muchas fueron las balas perdidas. Pero algunas llegaron a su destino y uno de los caballos cayó rodando, arrastrando al otro en su caída. El coche se inclinó, casi se vuelca y tomó en seguida su posición derecha. Luego con un alarido salvaje y un ruído de rifles, los mejicanos rodearon el coche. Río Kid permanecía mirando la escena al borde del bosque.

¡EL ASALTO!

Spot Peters, cochero de la diligencia de Mc Cracken estaba sentado en el pescante con las manos en alto mascando tranquilamente un pedazo de tabaco. Su deber era guiar el coche y no pelear con bandidos mejicanos. Y habiendo hecho todo lo que pudo por evitarlos. Spot se quedó así. Levantó las manos como si fuera un corderito y sonrió serenamente a un bergante de cara salvaje que le apuntaba con un rifle.

—No te preocupes por mí, — dijo Spot Peters. — Yo no te voy a molestar. ¡Adelante, hombre!

Y el mejicano sonrió también y bajó su rifle. Adentro del coche iban tres pasajeros y sus manos ya estaban en alto antes de que se les ordenase hacerlo. Si los bandoleros quisieran hubieran con sus numerosos rifles acribillado a balazos todo el coche sin tener la más mínima ocasión para ofrecer resistencia alguna.

A una palabra de Sonora José, abandonaron el coche y se pusieron en fila a lo largo del camino siempre con sus manos arriba. Los tirantes fueron cortados y el caballo no herido enlazado por uno de los bandoleros. Spot Peters y sus pasajeros estaban obligados a terminar su viaje a pie tan pronto como los asaltantes hubieran acabado sus asuntos. La diligencia permanecía allí entretanto no viniesen nuevos caballos. Diez millas a Frío darían el tiempo suficiente para que los asaltantes se pusieran a salvo antes de que el sheriff y sus hombres salieran al encuentro.

Pero los pasajeros esperando a que Sonora José les vaciase sus bolsillos, sufrieron un agradable desengaño, Sonora José a pesar de estar al margen de la ley, a pesar de ser asesino y bandolero, se consideraba ante su conciencia como un perfecto caballero, así es que vaciar bolsillos le parecía un acto denigrante. Sonora José iba en pos de caza mayor. Además, ahora estaba muy apurado. Ya que el asalto había sido realizado, cuanto más pronto huyeran tanto mejor para ellos. A pesar de ser la pradera tan solitaria podría aparecer en ella un vaquero o algún jinete en viaje a Frío. Los asaltantes no podrían ser tan veloces.

—El dinero del Banco — dijo Sonora José — ¡Pronto, hombres!

Spot Peters lo miró fijamente.

—Me parece que esta vez se equivocó muchacho, — dijo él lentamente. — Aquí no hay nada más que los pasajeros y sus respectivos equipajes.

—¡Pronto!

—Me parece que le estoy diciendo...

Sonora José levantó su rifle y apuntó al cochero colocando la boca del cañón en un costado hundiéndolo en las costillas.

—El dinero del Banco — dijo él. Si está usted cansado de la vida...

—¡Todavía no! — contestó Spot, con cierta tranquilidad. — Nadie me dijo que llevo en la bolsa, pero es de usted, ya que tanto la desea.

Se inclinó, levantó la lona de debajo de sus pies sacando una pequeña bolsa sellada que entregó a Sonora José.

—¡Me indigna ver esos billetes camino de Méjico! — suspiró el cochero. — Pero no voy a discutir este asunto. A mí me pagan por guiar el coche, no por llevar un fusil. Hago lo que usted quiere que haga.

—¡Gracias! — dijo sarcástico Sonora José al tomar de manos del cochero la bolsa de cuero que hizo desaparecer entre los pliegues del poncho.

Spot se encogió de hombros.

—Mc Craken me avisó que me cuidase de Río Kid — dijo él. — Pero nunca me imaginé encontrarlos a ustedes tan lejos de este lado del Río Grande. Supongo que alguien lo puso sobre aviso. Diga ¿no me dejan un caballo para poder trasladarme a Frío?

Sonora José sonrió burlón.

—No señor. Usted llegará a pie a Frío lo suficientemente pronto como para que yo pueda ponerme en salvo. ¡Adiós!

Hizo una señal con la mano y todos sus secuaces abandonaron la diligencia cabalgando hacia el Oeste.

Spot Peters le siguió con la mirada.

—¡Diablos! — exclamó. — Creí que se irían a todo lo que pudieran hacia Méjico. Me parece que se dirigen a las Huecas. Cuando llegue a Frío se lo comunicaré al sheriff Watson.

—¿Cómo vamos a llegar a Frío, cochero? — preguntó uno de los pasajeros.

—Me parece que a pie — dijo lentamente Spot — O de lo contrario tendrán que esperar a que vengan con caballos de repuesto lo que según mis cálculos será a la puesta del sol.

Descendió del pescante, puso el látigo bajo su brazo y comenzó a caminar. Los tres pasajeros le siguieron.

La caminata a Frío era larga y agotadora a través de la ondulante pradera y bajo un ardiente sol. Pero no había nada que hacer. Una hora después vieron a la distancia a un vaquero del rancho Double Bar. Lo llamaron a gritos y Spot Peters y sus tres fatigados y polvorientos pasajeros le rogaron tuviera a bien prestarles su caballo. El vaquero se compadeció de ellos, pero sonrió ante la sugestión de separarse de su caballo.

Para un vaquero en plena pradera semejante pedido era equivalente a pedirle a un marino en la mitad del océano que le prestasen su buque.

Pero San Antonio Bill convino en cabalgar a Frío para comunicar las nuevas y enviar caballos a su encuentro. Desapareció en medio de una nube de polvo en dirección del pueblo.

Antes de mediodía todo Frío sabía lo del asalto al coche y que los asaltantes se habían dirigido hacia el Oeste en busca de los agrestes pasos y cañones de las Huecas. Y

el sheriff Watson dejando a un lado la persecusión de Río Kid, llamó a sus hombres cabalgando apresuradamente hacia el Oeste.

¡EL ASALTO!

—¡Malditas sean mis botas! — gruñó Río Kid.

Su cara estaba negra de irritación. Desde el bosque había sido testigo del asalto. Sus ojos agudos como los de un águila no habían perdido detalle alguno.

El bosque se encontraba al Este del camino. Los asaltantes se habían ido por el Oeste. Cada salto de sus caballos los alejaba cada vez más del lugar en donde se encontraba Río Kid. Si él quisiera, ya podría verse libre de tales individuos. Vió como el cochero, y los pasajeros caminaban a Frío hasta que desaparecieron detrás de un montículo. Vió a los asaltantes y sus sombreros sobresalir del alto pasto de la pradera hasta que el lejano horizonte los había tragado. Solamente permanecían ante sus ojos el coche y el caballo muerto y los negros cuervos que venían de todas partes rodeando al animal, atraído por la carne.

—¡Malditas sean mis botas! — repitió salvajemente Río Kid. —¡Qué bruto he sido! Si señor, he sido un bruto en haberme quedado tan tranquilo. ¿Qué es para tí ese banco con su dinero? Nada. Pero a pesar de todo debí haber entrado en acción. Eso no te importa, es cierto, pero debí tomar parte en el drama.

Río Kid hablaba para sí amargamente. Era un asunto que no le incumbía. ¿Qué le importaba a él que un grupo de bandoleros mejicanos huyeran con una bolsa repleta de dinero perteneciente a Frío, a esa ciudad donde no podría entrar sin que los revólveres no lanzaran sus balas contra él, la ciudad donde una cuerda y una rama de árbol lo esperaban si era tomado por los hombres que se habían lanzado en su persecución? El era considerado como un bandido y por lo tanto era un perseguido. Y su negro destino era escapar a la acción de la ley, no defenderla. Pero aunque maldecía su propensión a meterse en líos que no le importaban, Río Kid sabía siempre que no tenía más remedio que hacerlo. El hecho de que unos mejicanos huyeran con el dinero de Texas lo indignó. Bandido o no, era un nativo de Texas y no permitió ni permitiría semejante estado de cosas.

Discutió consigo mismo sabiendo que infaliblemente iba a meterse y que no iba a permitir que Sonora José y sus secuaces pasaran la frontera con el botín, sabiendo también que tenía mucho tiempo para adelantárseles.

Porque Río Kid no había sido engañado como Spot Peters por aquella galopada hacia el Oeste. Río Kid tenía mucha experiencia en estos asuntos. Sabía que los bergantes mejicanos no permanecerían en territorio de Texas ni siquiera en los lugares abruptos de las Huecas. Aquí podrían durante días o semanas eludir la persecución, pero tarde o temprano caerían en el lazo. Río Kid conocía la jugarreta de Sonora José. Los mejicanos se habían lanzado hacia el Oeste a fin de que Spot Peters llevara a Frío la noticia de que iban en dirección de las Huecas. Pero una vez fuera de la vista se volverían hacia el Sur y penetrarían en su país. Esta jugarreta la hacían para ganar tiempo y poder huir llevando a sus perseguidores sobre una pista falsa. Cada hora les era preciosa por estar tan lejos de la frontera y si el sheriff de Frío se dirigía hacia el Oeste tenían tiempo más que suficiente para cubrir la larga distancia hacia el Sud entre ellos y el Río Grande.

Río Kid lo sabía todo como si hubiese leído los astutos pensamientos que bullían en la cabeza cubierta de pelo negro oculta bajo el sombrero de Sonora José.

Permaneció mirando descontentadizo la pradera. Los sombreros habían desaparecido por el Oeste, hacia el horizonte que indicaba la sierra Hueca. Estaban fuera del alcance de la vista de Río Kid y éste ya los hacía girando hacia el Sud.

—¡Oh rayos! — gruñó él.

Se fué en busca de su caballo. Lentamente, ensimismado aún en sus pensamientos, lo sacó de la espesura.

Todavía discutía consigo mismo afectando dudar de lo que se proponía. Pero su resolución era fija.

—¡Rayos! — gruñó otra vez — Eres un cobarde Kid Carfax. Y sin embargo quieres hacerle frente a un grupo de nueve hombres de la peor calaña que puedan existir en la frontera. ¡Nueve hombres! Ciertamente tratas de dar un gran salto. Entonces los dientes blancos de Río Kid rechinaron. Pero no entrarán en Méjico. No entrarán mientras tenga en mi poder mi revólver de seis balas que diga que no.

El cerebro de Río Kid estaba en plena acción mientras ensillaba su caballo.

Aquella región inmensa y salvaje con sus praderas sin fin, sus caminos de postes de robles, sus obscuros chaparrales, sus arroyos resecos por el sol y sus negras barrancas, era para Río Kid un libro abierto. Como ginete de rancho y como perseguido, Río Kid había cabalgado tanto por allí que no existían secretos para él. Río Kid conocía las intenciones del bandolero mejicano tanto como si Sonora José le hubiese referido su plan de acción.

—No se dirigen a las Huecas, viejo — dijo a su caballo. — ¡Con toda seguridad que no! Podrían ocultarse en la llanura Estacada pero te aseguro que está muy alejada de sus casas. Van hacia Méjico, viejo y antes de que lleguen al Río Grande y a la frontera tendrán que cruzar el río Pollo que ha de estar impetuoso después de las grandes lluvias en las Huecas. Y cuando el Pollo está lleno tendrán que vadearlo. Y si no podemos batirlos allí, viejo, te venderé por el valor del cuero y me compraré un par

—¡Pero, si es el sheriff! — exclamó Poker Smith, sin poder contenerse.

de zapatos en una zapatería y me dedicaré a hacer corretajes.

Río Kid sonrió ante esta idea.

—Veinte millas tenemos por delante, viejo, y tendremos que hacerlas a salto de mata — dijo él. — Si no puedes doblar la velocidad de cualquiera de esos caballos de Chihuahua no servirás más que de alimento a los cuervos. Supongo que cuando esos bandoleros se dirijan al vadeo del Río Pollo nos encontrarán en camino de casa.

Río Kid salió del bosque.

Volvió su cara hacia el Sud y se fué al galope. La hierba era lanzada al aire bajo los cascos de la caballería.

Río Kid conocía la velocidad de su caballo. Tenía razones más que buenas para saberlo, pues fué la velocidad del mesteño tordillo lo que le había salvado la vida más de una vez cuando la persecución era árdua y cercana. Río Kid conocía bien la raza caballar y había observado con suma detención las cabalgaduras mejicanas.

Sonora José y sus hombres iban bien montados, pero el mejor de todos no podía compararse con el brioso caballo de Río Kid en lo concerniente a velocidad. Río Kid sabía que estaría en el vado del Pollo mucho antes de que llegasen los mejicanos, sabía que el más veloz de todos llegaría mucho después que él. Y sabía que Sonora José podía salir de la región de Frío solamente por el vado del río Pollo.

En las estaciones secas, el Río Pollo arras-

traba una columna de agua rangosa entre altos bancos de arcilla reseca al sol, pudiendo ser vadeado por cualquier parte de su curso de sesenta millas.

Pero cuando había fuertes lluvias en las Huecas, el Pollo se convertía en un río impetuoso que cruzaba las llanuras hasta sus mismos bordes, rugientes y espumosos y en ciertas ocasiones el propio Río Kid dudaba cruzarlo por otra parte que no fuera el vado. Y Río Kid que había sido arrojado de su campamento en las Huecas por las lluvias sabía que le sería imposible cruzar el Pollo más que por un lugar determinado, pues ahora estaba convertido en un torrente espumoso lleno de maderas, vacas y conejos muertos. Y era hacia ese lugar a donde se dirigía el perseguido.

Y cabalgaba como si su vida dependiera de ello.

Los cascos relampagueantes del mesteño no parecían tocar la hierba. Río Kid no tenía necesidad de usar las espuelas. Con solo tocarlo con la mano era suficiente. Galopaba desesperadamente. Su cara estaba seria. El viento parecía cortarlo como si fuera un cuchillo. Todavía se quejaba contra él mismo por meterse en lo que no le importaba, aunque toda su naturaleza se regocijaba por lo que iba a venir. Ninguna persecución de Frío hubiera podido alcanzar a los bandoleros. Ni aún cuando el mismo sheriff no hubiera caído en la jugarreta y se dirigiera a todo galope hacia la frontera. Los mejores caballos de Frío no hubieran alcanzando a los fugitivos antes de que llegaran al Río Pollo. Pero Río Kid estaba en la pista y para él se le presentaba fácil el asunto.

Millas y millas de pradera iban quedando atrás. Una mueca súbita se dibujó en su cara al encontrar a dos vaqueros del rancho Bar 10 mientras cabalgaban por un trecho de chaparral. Los pasó como un rayo y lo siguieron con la vista murmurando:

—¡Río Kid!

¡Crac, crack!

Los dos vaqueros se lanzaron salvajemente en su persecución. Río Kid se rió mientras los pasaba velozmente. No sintió rencor alguno contra ellos a pesar de haber perdido todas las balas que le enviaron por medio de sus respectivos Colts. Se alegró de haber hecho uso de su revólver. En unos cuantos minutos se perdieron de vista y Río Kid los olvidó a medida que avanzaba cada vez más hacia el Sur, hasta que a través del mar de pasto pudo ver el río Pollo arrastrando sus espumosas aguas que el sol alto hacía brillar.

Ahora estaba rodeado por todos lados por la pradera, por un mar de ondulante hierba. Su mirada fué dirigida a su alrededor. Era aguda como la de un águila. Pero no se veía jinete alguno. Río Kid que no tenía que aprender nada acerca del ganado caballar, calculó que los mejicanos, si hubieran cabalgado a todo lo que podían dar sus animales, se encontrarían a unas cinco millas de un punto muy al oeste del bosque, probablemente llegarían al Pollo un poco más arriba siguiendo luego el banco del río en busca del vado.

Ningún signo que indicase la presencia de los mejicanos podía verse por encima del alto pasto. Y Río Kid sabiendo que había ganado la carrera y por muchas millas amainó la marcha para dar un buen resuello al animal, dirigiéndose hacia el vado.

RIO KID ENTRA EN ACCION

Sonora José sonreía burlón bajo su enorme sombrero mientras cabalgaba por el banco del torrentoso Pollo. Sus secuaces detrás de él, tenían aspecto de estar satisfechos a pesar del apuro, del polvo, del ardiente sol y del causancio. Sonora José tenía razón para sonreir sus hombres tenían razón de estar satisfechos, pues en la bolsa de cuero que habían robado en la diligencia de Frío había diez mil dólares. Una suma que tal vez nunca fué alcanzada por José Sonora, aunque a menudo sus irrupciones habían dado rico botín.

El bergante mejicano había dado el golpe rápido y efectivamente. Había tenido un éxito perfecto y el camino a Méjico estaba abierto y libre. Unas cuantas horas más de recio cabalgar y las anchas aguas del Río Grande correrían entre ellos y sus posibles perseguidores. Tenía muy poca duda de que la persecución de Frío se haría en dirección de las Huecas, como así fué el caso; tenía poco que temer. Se encontraba a muchas millas del lugar del asalto y una vez que el río Pollo fuera cruzado nadie podría impedir su cabalgata hacia el Río Grande y Méjico. Sonora José mostraba sus blancos dientes al sonreir mientras pensaba en su éxito. Un confederado mejicano de Mc Crae en le había pasado aviso con tiempo acerca de la preciosa carga para Frío que no iría custodiada por nadie. Aunque lo fuese, para José le hubiera sido lo mismo. En caso necesario las balas hubieran entrado en acción. Sin embargo se alegró de que no se hubiese derramado sangre en este lado de la frontera.

Sonora José había caído como un buho sobre su presa. Y ahora el botín estaba bien guardado en su poder. Había sido el más rápido, el más fácil y el de más éxito de todos los asaltos en que este bandido mejicano había tomado parte.

En tiempo seco podría haber cruzado el Río Pollo por cualquier parte y ganar unas cuantas millas en retirada. El día era seco y ardiente, es verdad, pero le precedieron muchos días de lluvia que había alimentado al Pollo por las laderas de las Huecas estando así el río tan caudaloso que a poco salía de madre. Pero eso importaba muy poco. Una veloz cabalgata los puso a salvo. Ahora estaban cerca del vado sin que nadie los persiguiera. Cuando miró hacia atrás solo pudo ver la ondulante hierba reluciente y centelleante a la luz solar. Adelante corría el Pollo y cerca estaba el vado. Por

el banco del río cabalgaban tan veloces como antes sin pensar en largar riendas hasta no llegar al lado Sur del vado.

Sonora José no sabía aún que un veloz jinete le había precedido cortándoles la retirada por el único sitio que podían cruzar. Pero pronto iba a saberlo.

El Pollo, ancho, profundo y veloz, alimentado por las torrentosas aguas de la vertiente de las Huecas, corría tumultuosamente. Pero en el vado donde había gruesos bancos de arena en un lecho de piedra, la profundidad era poca a pesar de la cantidad de agua que llevaba el río.

Cuando el río llevaba poca agua, el vado parecía un camino de piedra que cruzaba el lecho con numerosos arroyuelos diminutos. Cuando el caudal de agua era grande, el vado apenas tenía dos pies de profundidad. Las aguas se extendían por ambas márgenes. Para un forastero, no existía tal vado. Pero Sonora José conocía cada pulgada del terreno que pisaba y podía cruzarlo en las tinieblas de la noche más obscura. De vez en cuando se veía un árbol arrastrado por las turbulentas aguas. Al otro lado, en la parte Sur, un grupo de ceibos se levantaba del agua que rodeaba levantando sus respectivos troncos. Este grupo de árboles señalaba el extremo del vado, siendo así un seguro mojón para todos los que conocían la región.

Sonora José cabalgó por el agua, siendo seguido por sus secuaces, dirigiéndose hacia el distante grupo de árboles. Los cascos de los animales lanzaban al aire el agua fangosa.

—¡Crack!

El sombrero grande de Sonora José llevó en su cabeza, perforado por una bala que pasó a dos pulgadas de la cabeza del bandolero.

—¡Caramba! — gritó Sonora José sorprendido.

El esperaba enemigos por la retaguardia pero jamás se los había imaginado por vanguardia. Pero el tiro había partido del grupo de ceibos al Sur del vado, exactamente el único sitio posible de retirada.

Sonora José avanzó en su caballo lentamente por las aguas turbulentas que le llegaban hasta la grupa. Los otros bandoleros refrenaron sus cabalgaduras apresuradamente detrás de su jefe. En el vado no podían ocultarse, así es que cabalgaban por el agua expuestos a ser baleados. Y el hombre que había descargado su revólver estaba frente a ellos oculto entre los ceibos. Estaba escondido en el lugar más seguro y dominaba a todo el grupo. Si aquel hombre sabía hacer uso del revólver, las vidas de Sonora José y de sus secuaces estaban a merced de él. José rechinó sus blancos dientes y miró fijamente hacia el grupo de árboles. ¿Quién estaba en aquel desierto solitario que obstaculizaba de ese modo su camino a Méjico y que lo ponía en trance de perder la vida? Detrás, nadie lo perseguía. ¿Qué enemigo era el que estaba por delante? Sonora José dejó escapar todo su repertorio de juramentos y de rabia y de sorpresa.

—¡Crack!

Un segundo balazo hizo girar de nuevo su sombrero casi levantándoselo de la cabeza.

—¡Nuestra Señora! — silbó José.

Sabía que el tirador estaba jugando con él. El hombre que le había enviado dos balas tan cerca, podría habérselas enviado a través de su cráneo si así quisiera. Haciendo recular a su caballo en medio del remolino formado por las aguas. Sonora José miró con salvaje duda inquisitivamente, al grupo de árboles distantes.

Continuar adelante, era la muerte, era la muerte, si así lo creía oportuno el tirador. Retroceder era encerrarse en la región de Frío, pues cuando el río Pollo estaba con el caudal de agua en su máximo, no era posible cruzarlo más que por esta parte o por otro

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

lugar situado a unas treinta millas de distancia.

El bandido mejicano había caído en una trampa.

Su cara morena palideció bajo su bronce. Antes de que transcurrieran muchas horas, sus perseguidores estarían sobre él. Sino cruzaba el Pollo por el vado, posiblemente no lo cruzaría más.

Las noticias de una irrupción de mejicanos harían que en un radio de setenta millas alrededor de Frío todos los vaqueros se lanzasen en su persecución. La mirada aprensiva del bandido le hizo ver por encima del mar ondulante de pasto una cantidad numerosa de sombreros Stetson.

Rechinó sus dientes y siguió adelante con su mano en alto como signo de paz o de entrega si así lo creía conveniente su oculto enemigo. Una vez que lo viese, su rifle haría todo lo demás.

Ningún tiro, ningún movimiento, ningún sonido partió del grupo de ceibos del lado Sur mientras el bandido mejicano avanzaba entre remolinos de agua.

Sus secuaces murmurando nerviosamente lo siguieron con más lentitud. No comprendían el silencio y la inactividad de su enemigo. El corazón de Sonora José latía cada vez más lleno de esperanza, cada vez se acercaba más y un veloz . .

—¡Alto!

Se encontraba a ocho metros de los árboles cuando el grito resonó agudamente. Solamente ocho metros de sonoras y turbulentas aguas había entre él y los ceibos. Pero podrían haber sido ocho millas para las probabilidades que Sonora José tenía de cruzarlas con vida si seguía adelante. Detuvo de nuevo a su caballo.

—¡Tenga cuidado! — partió de nuevo la voz de entre los ceibos. Enseguida continuó en son de burla: — Detén tu caballo donde estás, José Narvaez o de lo contrario Méjico perderá un bandolero.

—¿Quién eres? — silbó Sonora José.

Se oyó una carcajada.

—Me parece que es una ganga para tí, grandísimo tunante. ¿Oíste hablar alguna vez de Río Kid?

José se sobresaltó violentamente. Evidentemente había oído hablar del foragido de Río Grande.

—¿Tú Río Kid?

—Sí.

—¿Qué es lo que quieres? — silbó el mejicano.

—La pequeña bolsa de cuero que llevas oculta entre tus ropas. Me parece que no voy a permitir que te vayas con ella al Viejo Méjico.

El bandido se sobresaltó otra vez.

—¿Cómo sabes que. . . ? — No prosiguió. Importaba muy poco cómo se había enterado Río Kid. El lo sabía y esto era bastante.

— Tú, maldito gringo, recuerda que somos nueve, y si haces un nuevo disparo te haremos pedazos para que sirvas de alimento a los zapilotes.

Río Kid lanzó otra carcajada.

—Acercaos tantos como seáis, amigos, y veréis cómo los cuervos serán bienvenidos por mi si podéis tomarme ¡No charles tanto, grandísimo ladrón! Ten seguro que un nuevo balazo hará que no veas más en tu vida a Méjico. ¿Estás decidido a entregar la bolsa con el dinero?

—¡Nunca! — rugió el irritado bandido.

—¡Nunca es una palabra larga! — dijo lentamente Río Kid. — ¡Piénselo otra vez!

El bandido escudriñaba atentamente los ceibos. La voz venía de la espesura y no podía ver dónde estaba Río Kid. Pero si sabía que desde el follaje un revólver de seis balas estaba apuntándole y que la persona que manejaba dicho revólver nunca había fallado en su puntería. Su vida estaba en el platillo de una balanza. Pero el bandido, a pesar de peligrar su vida, no quería entregar el dinero. Silbó una orden en español a sus secuaces para que espolearan sus cabalgaduras y dispararan sus rifles contra el grupo de árboles mientras se lanzaban al galope. Esta era la única y desesperada ocasión que le quedaba a esta gavilla de bandoleros a no ser que se rindieran.

Por contestación recibió miradas de duda quedándose atrás los mejicanos.

—¡Río Kid! — murmuró uno. — ¡Río Kid!

Clavaron sus caballos en el sitio donde estaban y no se atrevieron a avanzar ante el revólver que nunca fallaba. En campo abierto lo hubieran atropellado entre todos y su revólver de seis balas no lo hubiera salvado contra tantos enemigos.

Pero Río Kid estaba oculto en la espesura y a pesar de mediar poca distancia, los bandidos sabían que nunca llegarían vivos hasta el escondite. Murmurando y maldiciendo, los bandidos detuvieron sus cabalgaduras salpicando el agua fangosa y no atreviéndose a vanzar.

La voz de Río Kid resonó de nuevo.

—¡Manos arriba Sonora José! ¡Estás a mi disposición!

—¡Caramba! — silbó Sonora José entredientes. Y espoleando el caballo partió al galope furioso y desesperado con su rifle listo para funcionar.

¡Pum!

De la espesura vino una sola bala y antes de que el caballo diera un salto, Sonora José se caía rodando en las turbulentas aguas del río.

¡RIO KID OBTIENE UNA VICTORIA!

Los bandidos levantaron las manos en señal de sumisión. Si hubieran pensado en seguir a su jefe en su desesperada corrida, su caída súbita les hubiera hecho pensar de otro modo. En las aguas pocos profundas, Sonora José, lívido, con sus ojos centelleantes, se sujetaba en una piedra medio sumergida, luchando con la corriente para no ser arrastrado río abajo. Pero los ojos de los demás bandidos miraban a los ceibos

de los que una bala mortífera había salido.

La voz de Río Kid, aguda y vibrante se dejó oir de nuevo. Encerraba una amenaza.

—¡Tirad los fusiles, muchachos!

Los rifles salpicaron al caer en el agua.

—¡Ahora marchaos, y evitad pasar por este bosque. Marchaos, ladrones canallas y rápido ¿eh? Si hacéis la menor tentativa de dirigiros hacia aquí no respondo de vuestras vidas. ¡Marchaos, muchachos, pronto.

Una bala pasó silbando por encima de sus cabezas. Era la confirmación de la orden de marcha. Pero los mejicanos no necesitaban oirla por segunda vez así es que espolearon sus cabalgaduras, contentos de salir bien de la empresa. Pasaron por el bosque de ceibos a una distancia prudencial y se dirigieron al sur. Uno de los hombres frenó su caballo y miró hacia atrás para ver a su jefe herido que luchaba en el agua para no ser arrastrado. Una bala salida de entre los ceibos cortó un pedazo de piel morena de su cara. Con un grito de dolor, el jinete se lanzó en pos de sus compañeros.

Río Kid los miró alejarse desde la espesura. Sonrió burlonamente. La conciencia de Río Kid a buen seguro no le molestaría en lo más mínimo si hubiera matado a todos los bandoleros salvajes como podría haberlo hecho. Pero se alegró verlos ir. Desaparecieron entre una nube de polvo y Río Kid salió entonces de su escondite.

Tomó el lazo que estaba en la silla de su caballo mesteño y corrió a la orilla. Enlazó a Sonora José por los hombros y lo sacó del agua.

Chorreando, pálido como la muerte, el bandido cayó sobre la hierba con los brazos y piernas abiertos. Su mano débilmente buscaba el largo y afilado cuchillo que llevava en el cinturón. Río Kid se inclinó y arrancó del cinto el cuchillo arrojándolo al río.

—¡Madre de Dios! — respiró Sonora José rechinando sus dientes con furia — ¡Maldito gringo!

—¡Oh, basta! — dijo lentamente Río Kid — ¡Estás demasiado fastidioso! No sé como dirigí la bala al hombro en vez de hacerla entrar en la cabeza. Pero siempre tuve buen corazón. Vivirás para que puedas ser todavía colgado de un árbol. Pero con toda seguridad no llevarás contigo a Méjico una bolsa con dinero de Texas ¡Eso te lo juro, muchacho!

Dicho esto sacó violentamente la bolsa de dinero. Los ojos del bandido la siguieron centelleantes.

Río Kid enrolló su lazo y llamó a su caballo. Este salió trotando de entre los ceibos.

—¡Has perdido, José! — dijo él alegremente — Estoy seguro de que jugaste bien; pero nunca te habrás imaginado que Río Kid iba a intervenir en tus asuntos y he aquí por donde te salió mal el negocio. Ahí tienes tu caballo. Supongo que podrás saltar sobre la silla y partir para Río Grande tan pronto como lo quieras y considérate afortunado en haber dado con un individuo como yo en vez de encontrarte con un sheriff de Texas. Huye mientras puedas.

Y Río Kid cabalgando su mesteño volvió a pasar el vado galopando hacia el norte internándose en la región de Frío con la bolsa de cuero repleta de billetes de banco en el arzón de la silla.

¡SIN SUERTE!

El sheriff Watson, cansado y abatido, se dejó caer del caballo, tiró las riendas por encima de un poste y caminó pesadamente entrando en su oficina de la plaza de Frío. Agotado y lleno de polvo por la larga y dura cabalgata se hundió en la mecedora con un gruñido de alivio. Desde su asiento miraba ceñudo a la plaza que iba subriéndose de sombras a medida que el sol se hundía por el Oeste detrás de las Huecas.

Ginetes polvorientos que lo habían seguido se dispersaron en varias direcciones en busca de descanso y de refresco.

El pueblo de Frío había estado esperando ansiosamente el regreso del sheriff. Y ahora que ya estaba de vuelta, no necesitaban que se les dijera que no había tenido éxito. En el bar del Perro Rojo, entre los grupos que se hallaban bajo los álamos de la plaza, se comentaba sarcásticamente las actividades del sheriff de Frío. No solamente Río Kid lo había batido, se le había burlado, lo había desafiado y se le había escurrido de entre las manos del otro lado de la frontera había cometido un asalto casi ante sus barbas, se rieron de él y se fueron triunfantes. A nadie le sorprendía lo de Río Kid pues éste era tan escurridizo como un fuego fátuo. Y Jake Watson no era el único sheriff de Texas a quien había desafiado y derrotado por completo. Pero lo que indignaba a la población de Frío es que una gavilla de bandoleros mejicanos huyera con una bolsa con diez mil dólares pertenecientes al banco de Frío y aun burlarse de la persecución y de la ley. Había muchos hombres en Frío que opinaban que Jake Watson estaba perdiendo su habilidad y que lo que necesitaba la región era un nuevo sheriff que se desempeñara mejor e hiciera respetar a la ley.

Jake Watson, cansado hasta los huesos, espesamente cubierto de polvo de los caminos y fango de los arroyos de las Huecas sabía de lo que se trataba en las discusiones que había en la plaza tan bien como si las estuviera escuchando. Su ceño era negro y amargo. En un tiempo había en su corazón duro un rinconcito de ternura para Río Kid, una especie de admiración por el perseguido, quien arrojó un desafío burlón delante de todo el pueblo. Pero la derrota y la humillación había operado un cambio y su sentimiento hacia el bandido era ahora un odio profundo. No veía el momento de ahorcarlo. Se dolía de no ver su hermosa cara burlona bajo la amenaza de un revólver de seis balas. Río Kid le había ofrecido la paz y cuando su ofrecimiento fué rechazado pro-

metió alterar el orden en toda la región de Río Frío. Y por cierto que cumplió su palabra. Si no hubiese dedicado todo su tiempo y energía en perseguir a Río Kid, se dijo amargamente para sí el sheriff, Sonora José y sus bandidos no hubieran podido cometer ese atraco en la región de Frío y marcharse tranquilamente con el botín.

El sheriff pensaba más en el asalto habido en la mañana que en Río Kid. Durante todo el caluroso día había cabalgado por los caminos y arroyos rocosos y pendientes desoladas de las Huecas solo para saber que había errado la pista, que los bandidos que buscaba no solo no estaban allí sino que jamás lo habían estado. Todavía unos cuantos hombres continuaban tratando de dar con la pista; pero el sheriff estaba convencido que existían pocas probabilidades ahora de que estuvieran en este lado del Río Grande. Mientras andaban por las Huecas tuvieron tiempo suficiente de cabalgar hacia la frontera y penetrar en Méjico.

Se oyó ruído de pasos en la puerta. Y el sheriff volvió su sombrío ceño hacia el hombre que entraba. Este era gordo y vestía un traje a la medida. El banquero Fray era casi el único que vestía traje a la medida. El único en un radio de cien millas que llevaba sombrero de copa. Generalmente Herman Fray era un hombre serio y tranquilo; pero ahora no era ni lo uno ni lo otro. Su cara gorda estaba congestionada, sus ojos centelleaban al entrar apresuradamente en la oficina del sheriff. Su mirada al fijarla en Jake Watson indicaba malhumor y acusación.

—¿Qué noticias hay? — dijo él.

—¡Ninguna! — gruñó el sheriff.

Herman Fray gesticulaba nervioso e irritado.

—¡Diez mil dólares! — dijo jadeante. — ¡Diez mil dólares robados de la diligencia por esos ladrones mejicanos y aun me dice que no hay novedades! El cochero dijo que una vez cometido el asalto se lanzaron al galope hacia el Oeste. Yo creo que están escondidos en las Huecas.

—Pues yo estoy seguro que engañaron a Spot Peters — gruñó el sheriff. — Ni están ni estuvieron en las Huecas. Su marcha hacia el Oeste fué para despistar. Tan pronto como estuvieron fuera del alcance de la vista, cambiaron de dirección y se dirigieron al Sur, en busca del Río Grande.

—¿Y usted los dejó escapar?

El sheriff dijo malhumorado.

—He estado cabalgando desde que Spot trajo la noticia del asalto. He mandado hombres para que los persiguieran. Puede que haya huído por la Llanura Estacada o que escapasen por el Sur. Si han hecho esto último, ya estarán en Méjico.

—¡Y con ellos la bolsa con el dinero! — gritó Herman Fray.

—¡Con toda seguridad!

—Y usted...

—¡Cállese! — gruñó el sheriff. — ¡Le ruego que no prosiga, Herman Fray! Yo estoy bastante cansado pero me encuentro listo para continuar su persecución tan pronto como pueda dar con el rastro. ¡Cállese!

El banquero de Frío salió de la oficina pisando fuerte. El sheriff lo siguió tristemente con la mirada. Un jinete cubierto de polvo se apeó a la puerta y entró. Era Pecos Pete, uno de los agentes del sheriff.

—Creo que hemos dado con la pista, sheriff — dijo Pecos Pete, — Con seguridad hemos dado con el rastro de los diez bandidos que huyen hacia el Sur. Spot Peters reconoce que había nueve asaltantes y que se llevaron uno de los caballos de la diligencia. Creo que el rastro pertenece a los que usted busca.

Jake Watson a pesar de su cansancio se levantó de la mecedora de un brinco.

—Esas son buenas noticias, Pete — dijo él. — Si Sonora José enfiló hacia Méjico, como así creo, tuvo que irse al vado de Río Pollo, único lugar por el que se puede cruzar debido a la creciente. Dile a los muchachos que ensillen nuevos caballos.

—Yo creo, sheriff, que si fueron directamente hacia el vado, habrán cruzado ya la frontera — dijo Pete.

—Puede ser. Pero la distancia que media entre el Río Pollo y el Río Grande es bastante larga. Y puede que hayan tenido que pararse o que los caballos estén cansados.

El sheriff de Frío estaba listo para aferrarse aunque fuera a un hierro candente. Al otro lado del Pollo la región es ganadera y está poblada de ranchos, los que tendrán que eludir así es que quién sabe si no se encontraron con algunos vaqueros. Todo es posible. De cualquier manera hay una probabilidad a nuestro favor.

—Pero muy pequeña — dijo Pete.

El sheriff lanzó un juramento.

—Dile a los muchachos que ensillen nuevos caballos y no charles tanto.

—Está bien!

Diez minutos más tarde, el sheriff y sus agentes cruzaban Frío en dirección del sur. Un gentío inmenso se reunió para verlos salir siguiéndolos con la vista y sacudiéndo la cabeza en señal de duda. Nadie creía que Jake Watson llegara a tiempo para alcanzar a los bandidos si es que estos iban hacia la frontera desde la mañana temprano. Sería inútil la persecución de fugitivos desesperados, bien montados, y con muchas horas de ventaja. Los de Frío dudaban aunque deseaban que Watson lograse sus deseos. Pues el robo de diez mil dólares pertenecientes al banco de Frío afectaba directamente a muchos. Entre estos había quien creía que esa pérdida sería la causa de una bancarrota. El aspecto de Herman Fray parecía aseverarlo. Y si ésto llegaba a suceder muchos habitantes de Frío quedarían en la calle. Lo que había de cierto es que si los diez mil dólares no fuesen recuperados, los días de Watson como sheriff eran contados.

EL ENCUENTRO EN LA PRADERA

Río Kid levantó la cabeza que tenía apoyada en las mantas y escuchó. Por encima de la pradera muy alta, navegaba la redonda luna llena, que enviaba sus pálidos rayos sobre la tierra ondulante que brillaba como plata. Pero en el bosque de pecanas y sasafrás donde había acampado Río Kid, todo estaba en tinieblas.

Junto a Kid, dormía su caballo mesteño; pero éste se había despertado levantando la cabeza al mismo tiempo que su amo al oír un ruído sordo en el silencio de la noche por el galopar de caballos. Eran jinetes que cabalgaban en la noche a todo lo que podían. Venían del Norte. El ruído ensordecedor de los cascos al chocar con el suelo era más claro. Río Kid había calculado en no menos de doce el número de ginetes. Entonces levantó las mantas y se puso en pie. Y su mano fué al cinturón poniendo un poco más a mano las pistoleras.

Río Kid había acampado allí al anochecer y dormía con un sueño inocente de niño. Su descanso no fué interrumpido por la idea de que una multitud de hombres estaban en su búsqueda. Pero al menor signo de peligro Río Kid despertó inmediatamente, poniendo en alerta todos sus sentidos. Aquel día, había hecho frente a un grupo de bandidos mejicanos. Atada al cinturón tenía la bolsa con los diez mil dólares que le sacara a Sonora José. Pero los jinetes que venían del norte eran otro cantar, y eso lo sabía bien Río Kid. No eran mejicanos. Puede que fuesen un grupo de vaqueros aunque Río Kid opinaba que eran los agentes del sheriff de Frío. Y si Jake Watson y sus hombres estaban cerca, no le quedaba más remedio a Río Kid que abrir bien los ojos y tener a mano sus revólveres.

Ahora el ruído estaba más próximo.

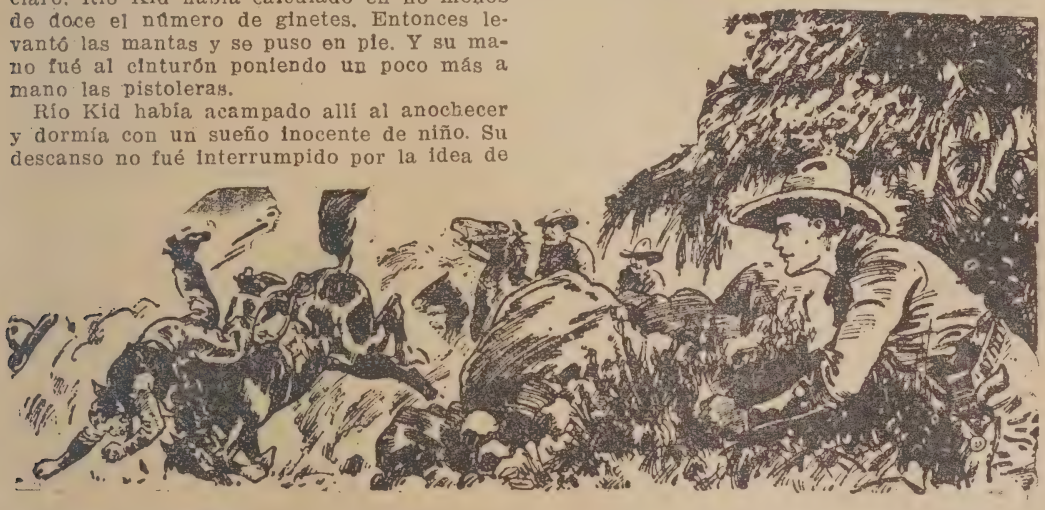
—¡Quieto, viejo! — murmuró Kid al mesteño. Pero las palabras estaban demás, pues el caballo no se movía.

Río Kid se deslizó por la espesura y ocultándose miró a la pradera iluminada por la luna. El brillar plateado fué roto por sombras negras que se movían por la parte Norte. Eran jinetes con sombreros Stetson que cabalgaban apresuradamente espoleando a los animales. Quienes quiera que fueren, parecía que la vida les iba en ello. Río Kid sonrió con sonrisa burlona.

—Jake Watson y sus hombres, dijo para sí. Debieron haberle dicho que los bandoleros fueron hacia el Pollo. Pero ya es tarde.

Río Kid reía entre dientes.

La situación le pareció muy divertida. El había asaltado a la gavilla de ladrones en el vado; había herido a Sonora José y le había sacado la bolsa con los diez mil dólares. El sheriff de Frío seguía la pista, pero a muchas horas de atraso. Pero ya era inútil. Mucho antes de ahora los bandidos habían cruzado las aguas del Río Grande penetrado en territorio mejicano sin el dinero que estaba en poder de Río Kid.



Desde su escondite, Río Kid vió caer aparatosamente a un jinete... Era el sheriff Watson.

Pero la situación no sería tan divertida si el sheriff de Frío se topase con Río Kid. Bueno, es que éste sabía que Watson dejaría escapar a todos los bandidos de la frontera si tuviese la menor probalidad de prenderlo y ahorcarlo. Los jinetes venían en línea recta de las pecanas, donde Kid había acampado, así es que si salía por el otro lado lo verían a plena luz de la luna. Jake Watson llegaba tarde para perserguir a los bandidos, pero parecía que la fortuna lo pondría frente a Río Kid cuya sonrisa se había desvanecido de su cara morena. Silbó suavemente. Los jinetes se acercaban cada vez más.

Pero iban hacia el vado del Pollo a diez millas al sur del camamento de Kid, así es que éste pensó que con seguridad no se pararían en el grupo de árboles. Tenía que permanecer quieto hasta tanto pasasen. Iban a todo galope con la esperanza de alcanzar a los bandidos que iban en retirada así es que casi con seguridad no se pararían en el camino. Además no había razón alguna para que cruzaran la espesura: pues su camino

estaba en la llanura. Río Kid se dió cuenta de que solo tenía que mantener en secreto su presencia allí, cosa fácil entre la sombra de los árboles.

Río Kid no se había equivocado. Los jinetes habían pasado de largo a una distancia de apenas ocho metros, según calculó Kid desde su escondite. Y esperó y vigiló tranquilamente. Ahora ya estaban delante de la arboleda. Un minuto más y ya se alejaban hacia el Sur espoleando y fustigando sus cabalgaduras a fin de llegar al Pollo lo antes posible. Pero sucedió lo inesperado. Bajo los ojos de Río Kid y a una distancia no mayor de treinta pies de los arbustos espinosos que lo ocultaban, uno de los caballos rodó al meter la pata en un agujero. El jinete fué despedido cayendo pesadamente en tierra.

Unos cuantos jinetes siguieron galopando salvajemente sin darse cuenta del accidente. Pero los demás sofrenaron con ruído de cascos y tintineos de las bridas. El caballo se había puesto de pie. El hombre estaba tendido en el suelo como un leño. Cuando los jinetes lo habían rodeado, luchaba por sentarse. Río Kid podía ver por encima de la hierba su Stetson.

—¡Truenos! ¿Cómo ha sido eso? — dijo Pecos Pete.

Una maldición fué la respuesta de Watson. Luchó por levantarse y pronto se hundió otra vez. El golpe en la tierra dura, había atontado al sheriff de Frío.

—¿Se lastimó mucho, sheriff? — preguntó Abe Harrigan.

—Un poquito, — gruñó el sheriff — porque no estoy hecho de manteca. Sigan galopando. No hay que perder tiempo. ¡Vamos, pronto!

—Pero usted.... — dijo Pecos Pete.

—¿No te dije que no estoy lastimado? — dijo malhumorado el sheriff. — Y si lo estuviera, ¿no vais en persecución de esos bandidos mejicanos ¡Mal rayo te parta! ¡Márchense, rayos!

El golpe no mejoró el mal genio del sheriff de Frío. Sus hombres continuaron galopando detrás de sus compañeros que ya habían casi desaparecido por el Sur. El sheriff Watson se hallaba sentado en la hierba, gruñendo y rezongando salvajemente. Fué sacudido y golpeado en forma tal, que no podía, al menos por unos minutos, cabalgar y proseguir en su camino. Se puso al fin en pie y se tambaleaba un tanto, mirando hacia el Sur. Lejos en la penumbra de la llanura, sobresalían los sombreros Stetson por encima de la plateada hierba, desapareciendo en dirección del distante Río Pollo. En la oscuridad de las pecanas, Río Kid sonreía al hombre que había sido dejado atrás.

Por fin el sheriff pudo acercarse a su caballo.

—¡Maldito caballo! — gruñó él. Después cabalgó de un salto. — Ahora sí que vas a tener que correr. Ya lo creo que vas a saltar con viveza con este látigo. ¡Bruto maldito!

—¡Déjelo, sheriff! — dijo una suave y sedosa voz. El sheriff Watson jiró dejando escapar un grito de sorpresa. Una figura flexible había salido de las sombras de las pecanas y el sheriff de Frío jiró para ver a Río Kid con su hermosa cara burlona, sonriéndole mientras empuñaba el revólver.

LA VENGANZA

—¡Manos arriba, Watson!

Río Kid sonreía. Sus ojos bailaban. Pero en su voz no había broma como tampoco la había en su revólver, listo para ser disparado. Jake Watson, negro de rabia, levantó las manos al mandato imperativo de Río Kid mirándolo con ojos centelleantes bajo su ceño contraído.

—¡Es usted inteligente y bueno, sheriff! — dijo Kid burlándose. — Levanta las garras a tiempo para salvar la cabeza. Aunque no sé por qué diablos no le meto una bala en el cráneo y termino de una vez con usted.

—¡Tira, maldito asesino! — silbó el sheriff de Frío — ¡Tira, grandísimo perro!— El sheriff miraba fijamente con furia a sus hombres que se alejaban por la pradera en penumbras. Si pudiesen oir el tiro y volvieran para colgar a Río Kid, valdría la pena dar la vida por ello. Pero ese pensamiento cruzó veloz por su mente. Aunque el sonido del pistoletazo llegase a ellos, se perdería en el ruído ensordecedor de los cascos de los caballos al chocar contra el duro suelo. Y aun en caso de que volvieran, ya no encontrarían a Río Kid. Y el sheriff, que por un segundo había sido tentado de sacar el revólver, a pesar de arriesgar su vida, abandonó la idea y continuó con las manos en alto.

La cara de Río Kid estaba ceñuda. Podía leer en la mirada preñada de odio del sheriff de Frío los pensamientos que cruzaban por su mente.

—¡No lo haga, Jake Watson! — dijo tranquilamente Kid. — Está usted bajo mi poder. Ha caído usted en mis manos, sheriff, y está a merced mía. ¡No se le ocurra bajar las garras ni por un momento!

El sheriff siguió con las manos en alto y el pecho subiendo y bajando por la ira que lo dimanaba. Lo que menos había pensado era encontrarse con Río Kid en la pradera. Todos sus pensamientos se habían concentrado en la gavilla de bandidos mejicanos y en la pequeña probabilidad que tenía de alcanzarlos antes de que cruzasen la frontera. Si lo hubiese supuesto, si lo hubiese soñado... Otra vez tuvo tentación de arriesgarlo todo y sacar su revólver. Y otra vez la seguridad de una muerte repentina lo hizo desistir. La muerte misma hubiera sido bien venida si pudiese ver a Río Kid prisionero de sus hombres cuando cayese. Pero sus agentes estaban lejos. Cabalgaban velozmente y desapareciendo en la distante penumbra por orden suya. Estaba solo con Río Kid en la pradera sin fin, a merced del

proscripto, y entregar así como así su vida no le reportaría beneficio alguno. Las manos estaban en alto. Sus dientes rechinaban de rabia. Sus ojos centelleaban.

Río Kid lo observaba friamente.

—¡Me has atrapado, grandísimo bandido! — dijé por fin el sheriff con un gruñido abruptamente. — ¡Me has ganado! Si mis hombres estuvieran aquí, maldito perro...

—Si sus hombres estuvieran aquí, sheriff, yo no estaría tan inactivo,—sonrió burlonamente Río Kid. — Pero cuando le dejaron solo creí conveniente hablar un rato con usted.

Si es que usted no tiene inconveniente, sheriff, le voy a pedir prestado su ferretería.

Todavía apuntando al shriff, con el dedo en el gatillo, Río Kid se acercó más y con su mano izquierda sacó del cinturón del sheriff el revólver que llevaba arrojándolo lejos entre la hierba.

—Ahora, — dijo Río Kid, — podremos mantener una conversación amistosa y pacífica.

—¡Al diablo contigo!

—¡Oh, cállese, sheriff! — dijo Kid — ¿De qué sirve maldecir? No ganará usted nada con eso.

Bajó su revólver, pero lo tenía siempre listo en caso necesario. Sus modales eran burlones. — ¡Lo tengo a merced mía. Jake Watson! ¿Y que me dice si lo cuelgo de una de aquellas ramas en la misma forma que usted lo haría conmigo si supiese cómo?

Jake Watson respiró profundamente.

—¡Yo no te pido nada! — contestó el sheriff con los dientes cerrados. — Mátame si quieres. Yo te perseguiré hasta que uno de los dos reviente, Kid Carfax. Y si vivo, aún he de verte balanceando de la rama de un árbol.

—Sheriff, es demasiado atrevimiento el suyo hablar así, — sonrió Kid — Me parece que está pidiendo el pasaporte para el país de irás pero no volverás.

Una mirada de odio y desafío fué la respuesta del sheriff de Frío.

—Es usted un hombre duro, Jake — dijo Río Kid. — Duro como el nogal. Cuando volví a Frío quise gozar de la paz como le dije y usted se opuso. Yo entonces prometí traer de cabeza a todo Frío y así fué desde aquel día, sheriff. Y creo que sería muy imbécil, si ahora mismo no le atravieso la cabeza de un balazo. Pero yo no soy así y supongo que usted me comprenderá.

Se encogió de hombros.

—Te he de ver colgado — dijo malhumorado el sheriff.

—¡Piénselo otra vez! — manifestó Río Kid. — ¿No ve usted pedazo de asno que, no es capaz de tocarme? ¡Pero si usted no es capaz de colgar a unos cuantos bandidos mejicanos que asaltaron una diligencia delante de sus narices! Me parece que el banquero Fray, puede esperar sentado por los diez mil dólares que usted le lleve.

El sheriff Waston se sobresaltó. Miró fijamente a Río Kid.

—¿Qué sabes tu de eso? — dijo Watson.

—Muchísimo, sheriff! — dijo Río Kid con una risita. — Yo fuí testigo del asalto esta mañana y me adelanté a los bandidos antes de que llegaran al vado del río Pollo sacándoles el dinero tras del cual va usted.

El sheriff casi deja escapar un grito.

—¡No es posible!

—Cómo se lo digo, sheriff, — dijo Río Kid indiferentemente. — Sus agentes pueden ir a todo lo que den sus caballos, al vado, pero no encontrarán a los bandidos. En este momento Sonora José y sus secuaces estarán cruzando el Río Grande y José lleva consigo un balazo para que recuerde siempre a Río Kid y yo tengo el dinero.

La cara del sheriff era una mezcla de asombro, duda y sorpresa.

—¿Tienes el dinero? — tartamudeó el sheriff.

—¡Sí!

—¿Tienes los diez mil dólares en billetes que esos bandidos se llevaron de la diligencia de Mc Cracen? — dijo sin voz el sheriff.

Río Kid golpeó una bolsa de cuero que llevaba sujeta al cinturón. El sheriff lo miró fijamente con asombro. En efecto, era la bolsa de cuero que los bandidos mejicanos habían robado en la diligencia de Mc Cracken. Y bien que la conocía. ¡Y estaba en manos de Río Kid! El asombro mantuvo al sheriff de Frío, sin hablar.

Río Kid, reía frívolamente.

—Me parece que nunca echará las garras a esos bandidos, sheriff. Y si lo consiguiera no se apoderaría del dinero. Me adelanté a usted.

Los ojos del sheriff estaban fijos en la bolsa.

Por su mente cruzaron pensamientos desesperados. Ahora ya no tenía objeto la persecución de los bandidos mejicanos. Y aún siendo posible su captura, de nada serviría desde que el producto del robo estaba en otras manos. Otra vez el sheriff de Frío había sido derrotado. Y una vez más por Río Kid.

Los ojos del sheriff fueron de la bolsa con los diez mil dólares al caballo. Su rifle estaba atado a la silla. Si hubiera una probabilidad entre mil de apoderarse del rifle o de atravesar el corazón de Río Kid de un balazo y de apoderarse de la bolsa con los dólares, el sheriff de Frío aprovecharía tal probabilidad. Respiraba fuerte y profundamente.

—¡No lo haya, Jake!—Río Kid, que parecía ler sus pensamientos desesperados.—El juego es mío, sheriff, usted es el perdedor.

Río Kid fué junto al caballo y sacó el rifle de su funda tirándole al suelo. Al caer hizo mucho ruido. El sheriff dejó escapar una maldición. Su última esperanza había huído.

—¡Súbase al caballo, sheriff! — dijo Río Kid.

—¿Qué es lo que pretendes, bandido?

—Ya lo sabrá luego, — dijo lentamente Kid. — Ahora, haga lo que le digo. Vendrá a pasear conmigo, sheriff. — Su tono burlón se volvió ahora amenazador. — ¡Súbase al caballo!

(Continuará)

—Adiós, Juanita; que llegues sin novedad a la otra acera.

EL ASESINO MISTERIOSO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

Capítulo XII

EL TIO DE LATTIMER

FUE paseando la vista por la estancia hasta que sus ojos se detuvieron en la chimenea, cuyo hornillo aparecía lleno de cenizas negras, con señales de haber sido removidas cuidadosamente, para que no quedase rastro del documento. Los cajones de la mesa del despacho veíanse volcados sobre el suelo, y cuando Soope dió por terminada su búsqueda sistemática de documentos, ningún vestigio de sobre o de escrito alguno relativo a Ana había sido descubierto.

Recogió Soope la caja negra de las iniciales "H. S." y la colocó en una mesita; luego arrastró mesita y caja hacia la luz de la ventana.

—No se advierte el más mínimo desperfecto — dijo. — La abrieron con llave.

Después se fué al hornillo, púsose de rodillas y comenzó a levantar las cenizas con sumo cuidado. Así se estuvo unos diez minutos: a continuación, habiéndose incorporado, se limpió el pantalón y emprendió un examen minucioso del suelo. Agachóse y recogió el resto de un fósforo, que analizó despacio.

—Pequeña habilidad se necesita para averiguar quien falsificó éste fósforo y que personas en Londres usan otros iguales. Lo que sí puedo afirmar es que se encendió para quemar el documento y no para otro objeto.

Registró las ventanas; bajó las persianas. De una de ellas cayó un trozo de papel, prendido sin duda entre los barrotes. Era de una factura de tienda.

—Quizá quedó sujeto a la persiana un día de viento — manifestó Soope — del mismo modo que se soltaron las cuerdas. Hay que dar parte en seguida a la policía y yo iré esta misma noche a ver a Cardew, para contarle lo ocurrido con la mayor amabilidad. Si no me equivoco, va a trastornarle tanto como el crimen. No hay peor cosa que ser abogado; el perder los papeles es para ellos un verdadero infortunio.

Jaime le condujo a la Dirección de Seguridad. Por último Jaime, contento de verse solo fuese a su casa, y, sin desnudarse, echóse en la cama y cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó, ya el sol se había puesto, y el primer pensamiento del joven, Ferraby fué para Elfa Leigh. No le telefoneó, sino que en un taxi, se dirigió a Culitt Street. Y tuvo la gran suerte de encontrar a Elfa en el preciso momento en que la muchacha se disponía a salir a la calle.

—¿Vió usted al señor Minter? — fué lo primero que le dijo la joven. — Acaba de irse hace unos minutos.

—¿Pero ese hombre no duerme? — preguntó Jaime con admiración, y luego: — ¿Le enteró a usted del ataque al despacho?

—Si, vino con ese objeto — dijo ella mientras caminaba a su lado. — Al parecer, los ladrones no entraron en mi despacho, pues la puerta estaba cerrada. Y de "Pie Grande" ¿qué sabe usted?

Jaime se preguntaba a sí mismo, porque Soope había contado eso a la joven.

—Quería saber el inspector si había yo oído alguna vez ese nombre — prosiguió Elfa, respondiendo inconscientemente a la muda interrogación que Jaime le hiciera; — yo no lo oí nunca. ¿De qué se trata, Ferraby?

Jaime la enteró.

—No, nunca supe nada de "Pie Grande" ¡Qué terrible y misterioso! No me hago a la idea de que Ana haya muerto; es demasiado tremendo.

Elfa iba hacia Holborn, y Jaime todo se volvía conjeturar acerca del motivo que sacaba a la muchacha de su casa a aquella hora de la noche. En la esquina de Hingrwas, Elfa se paró.

—Ahora — dijo con una leve sonrisa — quiero revelar a usted un pequeño misterio mío; aunque es tan poco importante que no me atrevería a pedirle a usted ayuda.

—Cuanto menor sea el misterio más útil le seré a usted — declaró Jaime con cierto calor. — Y el único motivo por que prefiero el taxi para acompañarla a donde quiera que vaya es que en el taxi puedo fumar.

—También puede usted fumar en un ómnibus — contestó ella, mientras Jaime hacía

detener un auto de alquiler que pasaba en aquel momento. — Los taxis son malos hábitos.

No obstante, Elfa no hizo la menor protesta y dió al chauffeur la dirección de Elmards Square.

—Voy a visitar a mi inquilino — dijo. — Suena a palabras mayores ¿no? Al morir, mi padre me dejó la casa en donde habíamos vivido. Es un inmueble pequeño, pero demasiado grande para mi sola. Lo alquilé y la renta, aun siendo insignificante, me produce un gran alivio. No tengo miedo a perder el inquilino, porque las casas no abundan hoy en Londres, pero el pobre hombre se muestra cada día más desasosegado por causa de unos huevos misteriosos, y me temo que si no hacemos nada por aliviarle buscará otro cuarto.

—¿Unos huevos misteriosos? — exclamó Jaime confundido.

Elfa replicó solemne:

—Huevos misteriosos; a veces, patatas, otras verduras. Pero el principal misterio está en los huevos, pues se presentan con más frecuencia. Naturalmente, al principio el señor Lattimer lo echó a broma...

—¡Lattimer! — interrumpió Jaime. — ¿Tiene algo que ver con el obsequioso subinspector?

—Es tío suyo. Hasta hoy que regresé a Londres, con el subinspector Lattimer, no he sabido que el señor Bolderwoord Lattimer es un comerciante acomodado y un solterón. Se me figura que él y el subinspector no se llevan muy bien; desde luego, las relaciones entre ellos no son muy cordiales, pues el sobrino me dijo que nunca había estado en Edwards Square, y que su tío no veía con buenos ojos que fuese policía; el acomodado comerciante creía que su sobrino rebajaba el nivel de la familia.

Elfa se reía.

—¿Pero tiene usted la bondad de explicarme el misterio de los huevos?

—Y el de las patatas — añadió ella. — La cosa es tan absurda que al principio creí era una burla. Desde la época que el señor Bolderwood habita el número 178 de Edwards Square se suceden éstos extraordinarios donativos. Por lo general aparecen por la mañana temprano al pie de la puerta y varían, como le he dicho, de naturaleza, pues unas veces son huevos, otras zanahorias, etc. Ocasiones hay en que aparecen una docena de patatas envueltas en un trozo sucio de periódico; y en el verano, se presentan invariablemente acompañadas de ramos de flores. El criado del señor Lattimer, al abrir el viernes último la puerta, se encontró con un ramo de lilas, rodeado de una docena de espárragos. Para limosna es demasiado, y creo que mi inquilino no está dispuesto a aguantar más. Me alegro de que usted me acompañe, a ver si dá con la solución. Edwards Square es un átomo celosamente conservado del Londres georgiano, Ya desaparecido; un lugar de casitas de verdes patinillos. Allí el laburno suspende sus doradas campanillas de las paredes y los marcos de las ventanas aparecen ornados de flores.

El señor Bolderwood Lattimer vió detenerse el taxi delante de su puerta y salió a recibir a los visitantes. Era pequeño, corpulento y calvo. Tenía el continente austero y el color rubicundo de un sacristán aficionado al vino.

—Entre, señorita Leigh — dijo, inclinando cortésmente la cabeza al advertir la presencia de Jaime. — ¿Recibió usted mi carta? Siento molestarla, pero ya no aguanto más.

Los condujo a un gabinete amueblado al estilo victoriano, a una estancia en donde las alfombras rameadas formaban una armonía especial con muebles fuertes, pesados y de colores oscuros.

—La verdad es — continuó — que me siento inclinado a dar parte a la policía. Hasta aquí, señores, he venido considerando estas muestras extraordinarias de atención para conmigo, como una broma inocente, o al intento, por parte de alguna infeliz criatura a quien yo haya podido ayudar, de corresponder a su modo a mis favores.

—He llegado por fin a la conclusión, y creo que mi opinión está harto justificada, de que la aparición semanal de esos artículos de primera necesidad, no es ni más ni menos que obra de algún indiscreto, si que también mal pensado, que intenta recordarle a este humilde servidor que, después de todo, y no obstante las apariencias, no es más que un tendero. Todo hombre afortunado, señores, se crea enemigos — prosiguió. — Hay ciertas gentes, cuyo nombre no quiero mencionar, que sienten amargamente que yo haya sido elegido concejal del Ayuntamiento de Kensington; y esas gentes, me duele decirlo, son miembros de mi propio distrito. Más yo no me vanagloríio de pertenecer a ninguna otra profesión sino a la del honrado comercio. Son, por lo tanto, superfluos esos insultos.

—¿A qué hora suelen dejar los objetos a la puerta? — preguntó Jaime.

—Entre la una y las tres de la madrugada — respondió el señor Bolderwood Lattimer. — He permanecido en pie vigilante, varias noches, en la esperanza de sorprender al pillete infraganti y de pedirle una explicación, sin acordarme de que lo mejor, desde luego, era avisar del suceso a la policía. Pero mis desvelos resultaron infructuosos.

—Para ser insulto — dijo Jaime sonriendo — me parece demasiado inocente. Y en última instancia, insulto o no, le reponen a usted la despensa.

—¿Y si los artículos están envenenados? — preguntó el señor Bolderwood Lattimer fríamente. — He enviado algunos al laboratorio químico, para su examen y análisis, y aunque debo confesar que hasta el presente no ha sido descubierto ningún indicio de tóxico o veneno, con todo, nada tendría de extraño que los primeros géneros estuviesen exentos de peligro a fin de que confiándonos...

—Deseche ese miedo — le interrumpió Jaime. — ¿No ha visto a la policía?

—He celebrado una conferencia con dos funcionarios de la vigilancia nocturna y les he pedido ayuda para capturar al sujeto que me molesta, y pone a prueba mi paciencia, pero aún no he dado parte oficial del suceso.

—Sería mejor que pusiese usted el asunto

en manos de su sobrino. Según oí, el subinspector Lattimer es pariente de usted.

Una mirada dolorosa brilló en la cara del comerciante.

—Juan Lattimer y yo no somos precisamente amigos — dijo — y en realidad, apenas nos tratamos. En su juventud declinó un ofrecimiento que yo le hiciera para que entrase a trabajar a mi despacho. En memoria de mi difunto hermano, traté de disuadirle, pero en vano; la vida de oficina no le interesaba. Y para que vea su ingratitud, dió la campanada de hacerse policía. Institución admirable — se apresuró a decir — sin cuya labor no gozaríamos de seguridad ni reposo los ciudadanos honrados. Pero que no es precisamente, la profesión que uno hubiese deseado para un sobrino.

—Se trata de una profesión honorabilísima — dijo Jaime.

El señor Lattimer se encogió de hombros.

—He oído unas historias extraordinarias —dijo con aire distraído — que no se si creerlas o no . . La paga de un subinspector no es tan abundante, me parece, que le permita comer en un restaurant de los más caros. Y no obstante, no hace una semana vi a Juan, con mis propios ojos en el Ritz-Carlton divirtiéndose dispendiosamente en compañía de cuatro personas, una de las cuales, según supe era un millonario. Con esto no acuso — prosiguió sacudiendo los dedos ante Jaime que no salía de su estupor, — Yo meramente afirmo que oye uno cosas. . . y aunque tengo la absoluta seguridad de que nuestra policía es incorruptible. . . Pero las comidas en el Ritz-Carlton cuestan mucho dinero.

Tan sorprendido quedó Jaime, que no pudo contestar. Lattimer, aquel hombre cortés, tranquilo, discreto. Y sin embargo, era imposible que Bolderwood confundiese a su sobrino con otra persona.

—No, no quiero consultar a Juan. — Deseaba ver a la señorita Leigh en espera de que me diese alguna luz. Elfa ha vivido en esta casa muchos años.

Miró a la muchacha pero ésta hizo un movimiento de negación.

—A nosotros nunca nos ocurrió nada semejante, señor Lattimer — dijo. — Y lo único que puedo aconsejarle es que de parte a la policía.

—Me molesta — replicó Bolderwood que era de esas gentes pesadas que no dejan de hablar. — Además no puedo menos de creer que estoy siendo objeto de una venganza miserable. ¡Huevos, patatas, coles! ¡Por qué me han elegido como víctima de esa caridad diabólica!

—Y diga: ¿se presentan esas cosas en gran cantidad? — preguntó Jaime.

El señor Bolderwood Lattimer quedóse un momento en suspenso: luego dijo:

—Generalmente, en la cantidad que un hombre puede llevar en el bolsillo; el ramo de lilas fué extraordinario. Soy un lector decidido y he leído mucho relativo a las advertencias misteriosas que suelen recibir las víctimas propiciatorias de las cuadrillas de bandoleros. ¿Cree usted señor Ferraby, dada su gran experiencia, que estos artículos de primera necesidad constituyan una de esas advertencias?

—No es de suponer — contestó Jaime, haciendo un esfuerzo para no soltar el trapo — tome mi consejo y acuda a la policía Probablemente ella solucionará ese problema.

El señor Lattimer hizo un gesto de incredulidad.

—Estoy muy a gusto aquí y no deseo dejar el cuarto. Como sabe la señorita Leigh, mi intención era quedarme. Pero he considerado con toda seriedad, si no sería prudente cambiar de residencia, ver si seguía siendo objeto de la persecución de mi verdugo.

—Creo eso un método complicado de remediar el mal — dijo Jaime riéndose — algo así como si alguien se cortase la cabeza para aplacar un dolor de muelas. ¿Los presentes no vienen acompañados de mensajes?

—En absoluto. Lo más semejante a un mensaje vino con las lilas. Eran unas palabras escritas con lápiz, pero carecían de sentido para mí.

—¿Guarda usted el papel? — preguntó Jaime.

—Voy a ver.

El señor Lattimer fuése, y tardó un rato en volver.

—¿Cree usted que se están burlando de él?

—Así parece. Pero el suceso viene ocurriendo durantes años enteros y a raros intervalos. Quizá el papel nos aclare algo.

El señor Lattimer volvió, diciendo que el papel había servido para encender la cocina

—No creo que las palabras le hubiesen dicho a ustedes nada — manifestó — Nada significaban para mí, y una de dos, o fueron escritas con la intención de despistarme, o simplemente, ya estaban escritas en el papel que sirvió para envolver las flores.

La visita terminó. El silencio reconcentrado de Jaime cuando el auto se encaminaba a Bloonsbury nada tenía que ver ni con el señor Lattimer ni con su anónimo bienhechor.

—Se muestra usted preocupado ¿piensa que hay algo siniestro de verdad en eso de las patatas y los huevos? — interrogó la muchacha cuando atravesaban el parque

Jaime salió de su ensimismamiento.

—¿Los huevos? no, no pensaba en eso; pero lo que contó del subinspector Lattimer es muy extraño.

—¿Por qué no había de comer el pobre hombre en el Ritz-Carlton?

—Por la sencillísima razón de que los pobres no comen en el Ritz-Sarlton — contestó Jaime. — Y los directores de policía recelan siempre de los subinspectores que disponen de dinero para tirarlo.

Capítulo XIII

TRABAJOS DE SOOPE

Soope tenía el don de los grandes hombres de poder quedarse dormido en los lugares más extraños y aprovechando los intervalos más raros: y luego que descabezó un sueñecito en el tren, camino de la oficina, y durmió dos horas en el sillón de su despacho,

vióse con las fuerzas suficientemente restauradas.

Las campanas de la iglesia llamaba a los oficios religiosos de la tarde, cuando mandó venir a Lattimer, y éste funcionario, un tanto hosco y cansado, respondió a la orden con un gruñido.

Lattimer era alto y musculoso. Las muchachas le calificaban de hombre distinguido, y el pelo prematuramente gris en las sienes, la nariz algo napoleónica, y la barbilla saliente, merecían el adjetivo.

Soope miró con mirada penetrante por encima de las gafas a su subordinado.

—Acaba de telefonearme el señor Ferraby — dijo. — Parece que alguien anda entretenido en bombardear a su tío de usted con coles, huevos y lilas. Apostaría a que las lilas han sido las primeras y únicas flores que le han arrojado en su vida. En cuanto a los huevos ya es diferente.

Nada habló Soope de la comida en el Ritz-Carlton.

—Espero que algunos hayan dado en el blanco — manifestó Lattimer displicente. — Es un viejo egoista y mojigato.

—Yo lo creo un infeliz — declaró Soope; y luego, de súbito, según su costumbre. — Elson ha regresado. Llegó a Hill Brow a las 5.53, con el coche cubierto de lodo, uno de los faroles rotos...

Una larga pausa.

—Debo ir a verlo — dijo Soope mirando por la ventana. — Si el funcionario activo e inteligente que puse para que vigilara la casa del norteamericano hubiese tenido el cerebro en un cínife hubiera trincado a Elson por borracho o cosa parecida. Quiero tener la gente a buen recaudo, antes de empezar a trabajar. Así se hacía antiguamente. Pero, al parecer a los jóvenes no os gusta eso.

Pusóse de pie.

—Marcho inmediatamente a Hill Brow; usted no se moverá de la oficina, dispuesto a recibir cualquier recado mío de Pawsey; estoy encargado del asunto; hace dos horas que me lo comunicó el comisario. Entretanto podía usted enterar al cabezota de inspector de Pawsey de que no toca pito en el pleito.

Soope enfiló para Hill Brow en la derrengada motocicleta que produciendo un ruido espantoso, hacía temblar a los niños, interrumpía en sus labores a las criadas y ponía en graves aprietos a los enfermos y a los cojos. Y la alarma era mayor por ser sábado aquel día y hallarse amortiguado los ruidos de la calle.

Quedó sorprendido al ver que el criado de Elson le abría la puerta y le invitaba a entrar.

—El señor Elson le espera — dijo. — Venga usted por aquí.

Subieron las anchas escaleras de roble y luego por un pasillo alfombrado de rojo se dirigieron a una salita. Desde ella se veía el campo, justamente con la calzada por donde tenían que pasar las personas que acudieran a la casa.

Elson se hallaba tendido en un sofá; estaba sin afeitar, sucio; las botas, como Soope pudo observar cubiertas de una capa espesa de barro seco; el aspecto repulsivo del norteamericano, no lo remediaba ni poco ni mucho la tira de tafetán que le cubría desde la sien a la mandíbula inferior.

Al entrar Soope en la estancia, Elson tenía en la mano un vaso grande lleno a medias de un líquido ambarino; sobre la mesa, y a su alcance había una botella.

—Entre Minter — dijo con voz vacilante. — Quería verte ¿Qué es eso de que mataron a Ana? No se que leí en el diario de hoy.

—Si se, enteró usted por el diario, no se quien diablos lo habrá escrito — replicó Soope con firmeza. — Nosotros no descubrimos el crimen hasta ésta mañana al rayar el alba.

—Lo leí no se donde — quizá lo haya oído — dijo Elson, e indicó con un dedo tembloroso una silla. — No se sienta. ¿Quiere beber algo?

—No bebo más que agua — respondió Soope sentándose. — Como no pudo usted leerlo en los periódicos, tuvo por fuerza, que oirlo.

—Debí de leer la noticia en la última edición del diario de hoy. Se me figura que fué en Londres — insistió Elson. — ¿Pero qué pretende usted? ¿Cree qué estoy en el secreto del crimen?

Había reticencias en el tono de su voz. Soope movió la cabeza con un gesto de cortesía.

—La última persona en el mundo a quien yo enteraría del crimen es á usted, señor Elson — dijo. — ¿Conocía usted a Ana?

Elson titubeó.

—La vi en casa de Cardew, eso es todo.

—¿No había estado aquí Ana una o dos veces? — insistió Soope casi como pidiendo excusas por ello. — Las amas de llaves acostumbran a molestar a la vecindad cuando precisan algo que no tienen a mano. Apostaría a que estuvo aquí una o dos veces.

—Ah, sí; vino aquí una vez — admitió Elson — fué...

—En resumidas cuentas, que estuvo a verle una o dos veces. ¿No es cierto? — insistió Soope. — Creo recordar haberla visto salir de aquí; quizá de su alcoba de usted.

Elson le miró con recelo.

—Vino en una ocasión a preguntar no se que acerca de un asunto particular suyo. Nunca más apareció por aquí. Si alguno de estos condenados criados dice que Ana venía a menudo, miente.

—No he hablado con los criados — replicó Soope extrañado. — Ella ha estado a consultarle sobre un asunto ¿no? ¿qué asunto?

—Cosas privadas — dijo Elson lacónicamente; y vertió en el vaso el whisky que quedaba en la botella. — ¿Dónde la mataron?

—En Pawsey. Había ido a Pawsey a pasar el domingo.

—¿En qué forma?

—Creo que a tiros — dijo Soope en el tono de quien hace esfuerzos para recordar algo que le han contado. — Sí, si, a tiros.

—¿En la casita? — se apresuró a preguntar Elson.

—Sí, en esa especie de residencia veraniega de Cardew — contestó Soope. — ¿La conocía usted?

Elson se mordió los labios.

—Si la conozco — contestó secamente.— Y luego para sorpresa de Soope, de un salto se puso de pie y dió un puñetazo en la mesa. — ¡Diablo! ¡Si solo la hubiese conocido!

De pronto detúvose, como consciente de la mirada indagadora del detective.

—Sí, de seguro que si usted la hubiese sólo conocido, las cosas serían distintas —, manifestó Soope con aire cordial. — Y diga: ¿conocido quie...?

—No, nada — exclamó Elson. — Míreme la mano.

Y tendió una mano enorme que le temblaba como una hoja.

—Ese crimen me ha impresionado como un perro rabieso.

Recorrió la estancia de arriba a bajo, las manos temblorosas, la frente contraída.

—¡Si yo hubiese salido! — dijo con voz ronca.

—¿Dónde pasó usted la noche última? — Soope hizo la pregunta sin violencia.

—¿Yo? — el hombre dió media vuelta. — No se... Supongo que borracho. Suelo embriagarme. No se donde he dormido. En Oxford... Si, en Oxford... Muchos estudiantes con birrete por las calles. Si, en Oxford.

—¿A qué fué usted a Oxford?

—No se... por algo sería. ¡Dios que odio tengo a este país! Daría estas dos manos — y las puso ante Soope — y las tres partes de mi fortuna, por regresar a St. Paul.

—¿Por qué no lo hace usted? — preguntó Soope.

Elson le miró ceñudo.

—Porque no me da la gana — contestó con acritud.

Soope se pasó los dedos por su bigote gris.

—¿En que hotel de Oxford durmió usted? — preguntó.

El hombre se le cuadró.

—¿Qué se figura usted? — dijo airado.— ¿Cree que estoy en el secreto de la muerte de Ana? Le he dicho que estuve en Oxford o en Cambridge, no recuerdo bien. Perdí el camino y fuí a dar a un sitio donde hay una pista.

Soope asintió:

—Usted se hallaba en Cambridge.

—Bueno, llámelo usted Cambridge, es igual.

—Paró usted en un gran hotel y dió allí su nombre, ¿verdad señor Elson?

—Puede. No recuerdo. ¿Cómo la mataron? ¡Dígamelo! ¿Quién la encontró?

—Yo, el señor Cardew y el subinspector Lattimer — dijo Soope que vió al hombre recular.

—¿La dejaron muerta?

Soope hizo un movimiento de afirmación Elson mostróse otra vez desasosegado. Al cabo de un rato fué tranquilizándose.

—No se nada de eso — manifestó, — Desde luego, no niego que haya tenido entrevistar con Ana Shaw: ha venido a esta casa a hacerme una pregunta que contesté como mejor supe. Había una persona que quería casarse con ella. Jamás supe quien fué el pretendiente, pero creo que ambos se conocieron en un viaje de automóvil.

—¿En una de las excursiones en auto que ella hacía? Es curioso. He estado sacando deducciones e inventando teorías sobre el caso y esa es precisamente la conclusión a que había llegado: Ana lo conoció en automóvil — dijo Soope, que en apariencia recibía los informes de Elson con muestras de curiosidad cortés.

—¿Pero es qué sabe usted algo de esto? — dijo de pronto el otro.

—Un poco, señor Elson.

Soope comenzó a golpearse las rodillas, indicio de que iba a levantarse. Luego:

—Bonito jardín tiene, señor Elson; casi tan bien cuidado como el del señor Cardew.

Contento con dejar de lado una conversación que le molestaba Elson se acercó a la ventana.

—Si es muy bonito — dijo. — Pero se dejan ver por ahí procedentes de Londres gentes que me roban cuanto pueden. La otra noche no se quien entró que me destrozó aquellas lilas.

Pero Soope no miró a donde el otro le señalaba. Se hallaba pensando intensamente.

—El ramo de lilas — murmuró. — Es extraño.

Luego que se marchó el funcionario de la policía, Elson se fué a su alcoba; se quito las ropas sucia, tomó un baño y se afeitó. Cenó presuroso con frugalidad (era ordinariamente glotón) y pasó la última hora del día que moría recorriendo sin objeto de un lado al otro la estancia, las manos en los bolsillos, la barbilla hundida en el pecho. A las nueve y media en punto se encaminó al jardín, atravesó una larga rosaleda y llegó por último a una puertecilla que se abría en la elevada cerca que rodeaba la finca. Permaneció allí quieto escuchando. Al cabo de un rato sonó un golpecito y Elson abrió la puerta, bien untada de aceite para que no hiciese ruido. El subinspector Lattimer entró, y después que la puerta quedó bien cerrada, dijo con acritud.

—¿Qué diablos le ha contado usted a Soope del ramo de lilas?

—Calle — rezongó Elson. — Entre y beba. Los criados no le verán por este lado de la casa.

Capítulo XIV

TEORIAS Y DEDUCCIONES

El comisario de policía se presentó a una hora extraña, por lo temprano, en las oficinas de la fiscalía; Jaime, por suerte suya, desempeñaba aquel día las funciones de jefe, pues el que lo era en propiedad guardaba cama, convaleciente de una ligera enfermedad, y el subjefe actuaba en aquellos momentos antes los tribunales, por causa de un envenenamiento.

Soope nunca había hablado del coronel Langley, sino para llamarle el comisario narigudo; a veces en forma airada, otras pacíficamente. El comisario, rara vez aludía a Soope, excepto en términos de admiración y temor, porque contra lo que se imaginaba el propio Soope, en la Dirección no le tenían ojeriza alguna.

—Soope es el hombre de más suerte entre los de nuestra profesión — dijo Langley con envidia.—Cae sobre los asuntos con la misma facilidad que las moscas en la leche. Vea usted lo que son las cosas. Cuando pidió que

le destinaran a la primera división pensé que Soope chocheaba.

—¿Cómo? Yo siempre estuve en la idea de que a Soope lo habían castigado y que por eso pertenecía a la primera división — observó Jaime.

—Soope, es un embustero, contestó el otro con firmeza. — Nadie osaría castigar a Soope. Al contrario, Nos sentíamos muy contentos cada vez que veíamos las espaldas del viejo sabueso. Vivir junto a Soope es vivir en plena efervescencia. Pero quiso presumir de que le desterraban y postergaban. Pidió el mismo le trasladasen y se llevó consigo a Lattimer; ahora la suerte le ha deparado un asunto precioso.

No juzgó Jaime conveniente enterar al comisario del caso Lattimer. Había puesto en autos a Soope y le bastaba. Pero no hubiera sido de carne y hueso si no hiciese una pregunta sobre los antecedentes del subinspector.

—Se muy poco de él; anduvo en una buena escuela. Y está muy bien relacionado.

Al comisario no le interesaba Lattimer y pasó a exponer el objeto de su visita.

—Soope me contó que estuvieron ustedes en Pawsey inmediatamente después de cometido el asesinato. Celebramos una conferencia en la Dirección ayer tarde y de ella he sacado la creencia de que estamos hechos un lío. Y las huellas del pie no es lo que menos contribuye a la confusión, pues dichas marcas se dirigían solo hacia la casa. Soope logró sacar unas fotografías que tenemos en nuestro poder desde anoche. Estos son los hechos que me agradaría fueran confrontados por usted.

Recalcaba cada frase, golpeando con el índice la palma de la mano.

—La casa, cuando llegaron ustedes—prosiguió — estaba cerrada con candado. Lattimer había permanecido de vigía durante algunas horas; hizo asímismo un examen del edificio y confirma la manifestación de Soope. Por otra parte la puertecilla trasera tenía echado el pasador, al igual que las ventanas. Las pruebas que se hicieron ayer tarde, demuestran terminantemente, la imposibilidad de entrar en la casa por las ventanas. La chimenea es en extremo pequeña para que quepa por ella un ser humano. Poco antes de media noche llega la señorita Shaw guiando el auto y deteniéndolo a la puerta del edificio, la abre, entra y la deja bien cerrada tras sí. Soope examina dicha puerta y ve que está cerrada. Diez o quince minutos más tarde, sale la señorita Shaw, echa el candado y se va en el auto. Y ahora viene una cosa que merece especial atención, Ferraby. Si la señorita Shaw hubiese llegado durante el día, acompañada de alguien, cabría pensar que lo hubiera dejado encerrado en la casa, aunque ello no dejaría de ser extraño. Pero la Shaw no estuvo en todo el día, y la policía local tiene pruebas de que ningún hombre permaneció escondido antes de la llegada de Lattimer. La tarde anterior al crimen se acercó a la casa un policía encargado de vigilar las fincas solitarias y deshabitadas, y como de costumbre se apeó de la bicicleta y examinó la puerta. Se hace esto porque los vagabundos y otra gente de la misma clase, suelen introducirse en dichos lugares. Vió a un vagabundo ganduleando por uno de los senderos superiores del acantilado y tomó la precaución de reforzar la puerta metiendo una estaquilla. Como usted sabe, la policía lleva consigo unas estaquillas sujetas a un hilo negro, las cuales coloca en las puertas que pueden ser forzadas, metiéndolas en las junturas de las maderas y el dintel, pero en forma que nadie note su presencia, como no sea la misma persona que la puso. La tarde del crimen poco antes de ocultarse el sol, luego que Lattimer se instaló en el puesto de vigilancia, el policía local se acercó a la casa y encontró intactas las estaquillas citadas, lo cual significa que nadie ha entrado. Esto, como digo, es una precaución elemental que se toma con todas las casas deshabitadas y el policía local hizo lo mismo con las que se hallaban en idénticas condiciones.

Jaime escuchaba con atención.

—Lo que usted dice — exclamó refuerza mi teoría de que el criminal se ocultó inmediatamente en la casa.

—Exacto — replicó el comisario. — Pero prosigamos. La señorita Shaw sale de la casa, se dirige por la carretera cuesta arriba y desaparece. Se descubre después el auto en lo alto del acantilado; el impermeable y el sombrero los halla un guardia rural colgados de una mata a medio camino, según se haja del acantilado.

—¿Cuándo? — interrumpió Jaime sorprendido.

—Esta mañana. Lo oí al salir de la Dirección. Ahora, nuestra hipótesis es que la señorita Shaw había citado a un hombre en la casa, pero que descubrió que la observaban. Acaso vió el automóvil de ustedes, quizá al pasar advirtió a alguno de ustedes (según creo se habían ocultado). Para despistarles se volvió al acantilado, descendió del auto y se internó en uno de los innumerables senderos que se deslizan por la pendiente. Posiblemente en el sitio donde dejara el auto la esperaba el hombre en cuestión, el cual la acompañaría luego a la casa.

—¿Pero, por qué se quitó Ana el sombrero y el abrigo? — preguntó Jaime.

—El impermeable y el sombrero eran de colores claros, el vestido de abajo, negro. Quizá se los quitó para escapar a la observación; acaso haya tropezado a causa de ellos y los abandonara. Fueron encontrados junto a uno de los senderos.

Jaime no se dió por convencido.

—Usted olvida, comisario, que Lattimer había quedado de guardia vigilando la casa.

—No lo he olvidado — contestó el comisario. — Lattimer se había quedado en Great Pawsey, que está a cierta distancia de la playa y no volvió a la casa hasta media hora después; por lo tanto hubo tiempo sobrado para que la mujer regresara con su acompañante. Es una explicación sencilla, pero en casos como este suele ser la buena.

Hizo un gesto con los labios.

(Continuará)

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

PERO Jack, por su parte, no se sentía convencido ni mucho menos por todos aquellos comentarios.

El recuerdo de la mujer vestida de gris a la que había visto ante la tumba de Gertrude Heriot, no se borraba de su imaginación, trayendo a su memoria el recuerdo de los días de su niñez y del rostro de aquella a quien debía llamar madre.

Nada podía lograr que disminuyera la persuación del muchacho de que era su propia madre aquella a quien había visto en el cementerio. Su propia madre a la que creían muerta pero que vivía aún.

—¡Y pese a todas sus declaraciones y lo natural y lógico de las mismas, estoy seguro de que Hubert Mansell es el que conoce el secreto de la desaparición de la mujer vestida de gris! — exclamó Jack.

Y no había argumento que pudiera hacerle variar de opinión a ese respecto.

El hecho de que Jack reconociera el retrato de la señora de Heriot, unido a la circunstancia de que, en Purvis el muchacho hubiera reconocido al que en un tiempo, fué ayudante de Rufus Trant, había impresionado intensamente a George.

A Purvis era a quien había oído decir que Hubert era culpable del rapto del hijo de John Heriot. Purvis había dicho que el niño robado había sido entregado a "su patrón" y su patrón, en aquella época era precisamente Rufus Trant. Todos estos detalles se unían perfectamenta como las piezas de un rompecabezas.

—Jack, amigo mío, no dudo de que tu eres mi sobrino Stephen. Es claro que en ocho años tiene que haber variado mucho tu fisonomía y por eso no te pareces al chico cuyo rostro recuerdo pero, observándote bien, se nota realmente el parecido, — dijo. — Lo triste del caso es que no poseemos ni asomo de prueba legal y no la tendremos mientras no podamos encontrar a Purvis. La viuda de Trant no quiere decir nada. Con seguridad la pagan bien para que guarde silencio. Pero encontraremos a Purvis y tarde o temprano le obligaremos a revelar la verdad que establecerá, por encima de toda duda, que tu eres el hijo y heredero de John Heriot.

Durante unos segundos, George salió y agregó después, pensativo:

—¡Es curioso cómo la Providencia combina las cosas en este mundo! ¡Es de pensar que no fué una mera casualidad, sino una voluntad de algo misterioso, lo que me decidió aquella tarde a entrar en el miserable circo de Rufus Trant donde trabamos amistad!

—¡Bien podemos decir que fué aquel un día feliz para Dick y para mí, señor. ¡Ya lo creo! — exclamó Jack fervientemente.— ¡En cuanto a lo de que usted y yo seamos primos o usted sea tío mío!... ¡Quizás sea verdad! Sin embargo parece algo más raro que todo lo que pasa en las novelas. ¡Si después de todo pudiera yo encontrar a mi madre! — agregó con amargura — ¡Porque era ella la que yo ví aquella noche en el

camposanto! ¡Y me propongo encontrarla, cueste lo que cueste!

—Tengo la esperanza de que la encontraremos, Jack — dijo George.

Pero George pronunció esas palabras sin gran convicción. Le parecía imposible que la esposa de John Heriot se encontrara con vida después de todo lo que se le había buscado antes de convencerse de su deceso.

Como parecía ya inútil esperar en Lanceford la llegada de nuevas noticias, George resolvió, por último, volver a Lonemoor.

Era ya tarde, comenzaba a anochecer, cuando él y los dos muchachos llegaron a Lonemoor. Las sombras de la noche empezaban a sustituir a la luz del día y en la media luz del crepúsculo, la vieja cruz de piedra situada cerca del camino, presentaba un aspecto aun más trágico que de costumbre, especialmente porque les recordaba que la primera vez que la vieron habían sido testigos, al mismo tiempo, de una escena que podía haber terminado en tragedia.

La casa misma, cuando a ella se acercaron, les pareció más tétrica y antipática que otras veces, envuelta en su ambiente extraño y misterioso.

Jack sentía el presentimiento de que les esperaban sucesos más extraños aun que aquellos de que habían sido testigos y actores días anteriores, en aquella casa donde se encontraba el secreto del muerto.

Martín había regresado del sanatorio donde hubo que llevarle para su curación, el día antes, considerado por los médicos como en plena convalecencia.

Pero aun estaba pálido y tembloroso como pudieron notarlo los recién llegados en cuanto le vieron.

—¡Tengo un verdadero placer en verle repuesto Martín! — díjole George con alegría al estrechar su mano. — Supongo que todo habrá pasado ya. Pero, ¿no le hubiera convenido quedarse unos días más en el sanatorio? ¡No lo digo porque no le encuentre aspecto de sano, sino por lo mucho que deseo que su curación sea completa!

—¡Oh! Estoy casi bien, señor, — dijo Martín. — Además tenía que venir. Era mi deber. Su tío me dejó encargado una misión grave y solemne que he de cumplir aquí. Por eso consideré que mi obligación era volver a esta casa tan pronto como estuve en condiciones de hacerlo.

Pero Martín no estaba enteramente bien. El asalto de que le había hecho víctima el desconocido había sido tan feroz como brutal y le había dejado resentida la memoria.

Además se notaba una expresión de miedo en los ojos del anciano; también le temblaba la voz cuando agregó:

—¡Gracias a Dios que ha venido usted, señor Heriot! Desde aquella noche no me siento el mismo. Esta casa me da miedo. Me alegro de que haya usted venido porque... porque...

El hombre, pálido y aterrorizado, calló de improviso, como si una indominable emoción le impidiera continuar la frase.

—¡Calma, Martín! ¿Qué le ha atemorizado? Está usted muy nervioso, pero no hay razón para ello. Estamos nosotros aquí y cuidaremos de usted. ¡Se lo prometo! — exclamó George.

—No se ría de mí, señor, pero la noche pasada, — dijo con vacilante voz, — en las sombras de este viejo caseron, ví... ví... a un aparecido.

George no creía en cosa tan inverosímil y sobrenatural como un aparecido, pero no se rió. Se dió cuenta de que el anciano se hallaba realmente enervado.

—¿Un aparecido? ¿Y quién era? — preguntó.

—¡Romanez!

George se estremeció. El nombre aquel sonó de modo tan inesperado que le impresionó. Ese mismo nombre había sido recordado hacía poco en Lanseford, con motivo del extraño suceso de la mujer vestida de gris. Romanez, el hombre que acompañaba, en Suiza a John Heriot y a su esposa cuando el accidente acaeció en la montaña.

—Pero... ¿Qué sabe usted de Romanez? — preguntó rápidamente.

La contestación de Martín le impresionó más todavía.

—Fué un falso amigo de mi patrón; era un malvado y un traidor y recibió la muerte entre estos mismos muros de manos del hombre a quien había hecho víctima de sus tenebrosos planes. Yace secretamente sepultado en el campo bajo la sombra de la vieja cruz de piedra.

Martín bajó la voz y de modo que casi no se le oyó, dijo:

—John Heriot fué quien le dió muerte

EL QUE MURIO

Probablemente si Martín no hubiese estado tan nervioso no hubiera nunca hecho semejante revelación como no se hubiera encontrado a solas con George.

George miró rápidamente a Jack, esperando que el muchacho no hubiera oído las palabras que Martín había dicho en voz baja, palabras que, si él era hijo de John Heriot, tan íntimamente le tocaban. Pero la expresión de alarma del rostro del muchacho le convenció de que había oído.

—Anoche ví el rostro del muerto que me miraba en la oscuridad. Casi en seguida, desapareció.

Y al decir esto, Martín sufrió un escalofrío que le hizo temblar de pies a cabeza.

—¡Que tontería, Martín! Eso ha sido una broma de su sistema nervioso y nada más. Es necesario que no de importancia a tales aberraciones, — exclamó George. — Además estamos ahora aquí Jack, Dick y yo y nos acompaña Peter... Crea usted que nos encargaremos de espantar a cuanto aparecido se presente, — agregó en tono de broma. — Pero en cuanto a Romanez... Supongo que fué por accidente.

Aquella novedad sobre lo hecho por su tío había conmovido a George.

—Aun cuando no hubiera sido accidental, hubiese estado muy justificada, — exclamó Martín. — Romanez era socio de mi patrón en la busca del tesoro escondido; pero el señor Heriot empezó a sospechar de él... a sospechar de que el hombre jugaba sucio.

—¡Ah! — exclamó George Heriot.

—Tuvieron una discusión y en ella Romanez se mostró por fin tal cual era. Le dijo a mi patrón que le había odiado siempre secretamente, que siempre había estado celoso de él porque, antes del casamiento del señor Heriot él también había cortejado a la que luego fué esposa de mi patrón. "Y si no pude lograr que se casara conmigo porque yo era pobre y usted rico, al menos he conseguido separarla de usted" dijo, y yo oí con toda claridad esas palabras del malvado que agregó después: "Usted cree que su esposa ha muerto, John Heriot; pero no es cierto, vive, le aseguro que vive, pero jamás sabrá usted donde está. ¡No la encontrará jamás! ¡Siempre le he odiado, John Heriot y esta es mi venganza!"

George Heriot y Jack, al oir lo que Martín decía se miraron con emoción y extrañeza.

La afirmación de Romanez de que la esposa de Heriot había sobrevivido al accidente acaecido en los Alpes prestaba aspecto de verosimilitud al hecho de que la mujer vestida de gris a quien había visto Jack en el cementerio de Lanceford, fuera la mujer de John Heriot viva y leyendo la inscripción del monumento funerario levantado a su memoria.

Martín siguió hablando.

—Fué entonces cuando se produjo la tragedia. Dominado por un furor homicida, Romanez sacó un arma precisamente en el momento en que el hombre a quien insultaba, se arrojaba sobre él. En la lucha, mi patrón retorció la muñeca del otro volviendo la hoja del cuchillo contra el mismo que lo empuñaba, no se si por accidente o deliberadamente. En ese instante y sin que Heriot pudiera darse cuenta exacta de lo que pasaba, Romanez recibió una herida a consecuencia de la cual murió cinco minutos después. Pero antes de expirar tuvo alientos para expresar su odio, gritando vengativo: "Muero vengado, usted no encontrará jamás a su esposa ni hallará nunca el tesoro escondido. Yo he encontrado la clave y está oculta en sitio seguro y..." La muerte selló sus labios cortando la frase que decía en ese momento.

Martín calló un instante y se pasó la mano por la sudorosa frente.

—Mi patrón se sintió horrorizado y dominado por injustificados remordimientos ante aquella muerte. Yo le convencí, — siguió diciendo Martín, — de que no debía dar aviso a la policía. Yo mismo cavé una profunda sepultura en el campo y enterré a Romanez cerca de la cruz de piedra. Nadie sospechó jamás de que hubiera acaecido la tragedia. Desde aquellos días hasta hoy a nadie he hablado de ella y todo ha permanecido oculto.

—Se condujo usted como un amigo de verdad, Martín, — dijo George. — Como usted lo ha dicho aquel hombre se atrajo a sí mismo el fin que tuvo.

—¡Y yo afirmo que fué así! — exclamó Jack. — Pero... ¿y la esposa del señor Heriot? ¿Qué se supo de ella? — preguntó después con interés grandísimo.

—¡Oh! ¡El patrón no creyó jamás semejante historia!... ¿Cómo iba a creerla? Le parecía posible que Romanez hubiera encontrado la clave del secreto porque ya sospechaba Heriot de que no jugaba limpio. Pero en cuanto a la afirmación que hizo sobre su esposa la consideró una maligna invención con la que Romanez se había propuesto envenenarle la existencia.

—¡Pues no era mentira! — dijo Jack, emocionado, en voz baja, a George. — ¡Ahora sabemos perfectamente que no era mentira!

George inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Sentía que sus dudas de días anteriores se iban desvaneciendo.

—Aquella tragedia y la creencia por parte del señor Heriot, de que él había sido el causante de la muerte de un hombre, aun cuando sólo se tratase de un malvado como Romanez, enturbó un tanto la mente de mi patrón que comenzaba a sentirse viejo — prosiguió Martín. — Después de aquel suceso no pudo seguir viviendo en esta casa. Abandonó la busca del tesoro, que creía oculto entre sus paredes, y resolvió que fuera usted, señor George, quien continuara investigando libre ya de socios peligrosos, y el tesoro ha de ser para usted, si se le encuentra.

—¿Pero de qué tesoro se trata? — preguntó George. — En su carta mi tío dice que no quiere confiar los datos al papel, que usted me dirá todo cuanto debo saber.

Fué una extraña historia la que tenía que contar Martín, la historia de un secreto relacionado con un tesoro perdido hacía muchos años y que todavía no había sido hallado, una historia suficientemente novelesca para electrizar de entusiasmo a los dos muchachos, amigos de las aventuras, que escuchaban la palabra del anciano fiel servidor de John Heriot.

EL CRANEO DEL BANDOLERO

La historia que narró entonces el viejo Martín, fué la siguiente:

—En los remotos días de la revolución francesa un gran tesoro fué pasado de contrabando de Francia a Inglaterra, un tesoro constituído por el caudal y las joyas de una noble familia que de otro modo lo hubiera perdido todo, confiscado, en aquellos tormentosos tiempos. El tesoro fué depositado en esta vieja casa de Lonemoor.

"Unicamente el entonces propietario de esta casa y su amigo el marqués francés su dueño, sabían donde estaba escondida aquella fortuna en oro y piedras preciosas.

"El marqués regresó secretamente a Francia; fué descubierto y guillotinado. Su único hijo sufrió la misma triste suerte.

"El amigo del extinto marqués, el propietario de la casa de Lonemoor, fiel a la confianza en él depositada, buscó activamente durante años y años a algún miembro de la familia del marqués que estuviera vivo y pudiera heredarle. Pero su investigación resultó infructuosa. Mientras tanto el tesoro siguió ocultó en un escondrijo que él solo conocía.

"Se dice que las indicaciones de dónde está el tesoro fueron grabadas en un rubí de gran tamaño que el marqués había regalado

a su amigo; pero esto puede haber sido tan solo una leyenda, — dijo Martín. — Pero fuera lo que fuera, la clave del escondrijo, lo cierto es que fué robada al entonces dueño de esta casa por un hombre con quien tuvo luego una riña en la que el robado perdió la vida.

"El ladrón un conocido bandolero, fué capturado y, según la usanza de aquellos tiempos ahorcado, con los grillos puestos, en una horca levantada en Lonemoor.

"Hasta su último suspiro el hombre se negó a dar la clave al hijo del hombre a quien la había robado. "La tengo y la llevaré conmigo. En muerte o en vida, no se separará de mí. Jamás lograrán ustedes hallarla!" dijo el bandolero.

"El nuevo dueño de Lonemoor consideraba el tesoro como cosa suya desde que ninguno de los primitivos dueños vivía para poder reclamarlo, pero no tenía la clave y sin la clave no le era posible dar con el escondrijo.

"Una noche, durante una violentísima tormenta, la horca, con su horrible carga, se cayó y el dueño de Lonemoor se apoderó del cráneo del bandolero y lo trajo a esta casa, — prosiguió Martín, — jurando que el cráneo permanecería insepulto hasta que revelara el robado secreto. Creo que el dueño de esta casa había acabado por perder la razón de tanto soñar con el tesoro y lamentarse de que no podía hallarlo. Pero el tesoro no fué encontrado jamás. Pasaron los años y la familia a que pertenecía esta casa se extinguió. La propiedad estuvo largo tiempo sin ocupante hasta que el señor John Heriot la compró.

—Pero... ¿por qué la compró? — interrogó entonces George.

—Por consejo de Romanez. Parece que Romanez había estado hurgoneando por todas partes en busca de los datos que se conocían sobre el tesoro escondido. Estaba convencido de que iba a hallarlo. "Busquen el cráneo del bandolero. Donde se encuentre el cráneo se encontrará la clave", decía con frecuencia.

Los dos muchachos escuchaban con atención grandísima.

—¡Es como una novela de un tesoro escondido que leí yo una vez! — exclamó Dick con nerviosidad. — Pero esto es más emocionante porque es verdad y estamos nosotros metidos en ello.

—Creo que Romanez sabía mucho más de lo que decía — prosiguió Martín. — Era un hombre misterioso y reservado. Antes de que el señor Heriot tomara posesión de la casa el cráneo había estado en ella años y años. Se consideraba como un adorno macabro el cráneo del hombre que había robado un secreto tan importante y no había podido aprovecharse de él. Pero durante el tiempo que la casa estuvo en posesión del dueño anterior al señor Heriot, el cráneo había desaparecido, al parecer. Fué ese cráneo lo que Romanez buscaba. Que lo había encontrado por fin lo hacen suponer las palabras que dirigió a mi patrón antes de morir. Si no el cráneo, al menos había hallado algún dato mediante el cual era posible llegar hasta el tesoro, — dijo por último Martín.

¿Cuál era la clave que Romanez se había jactado de poseer y de haber ocultado cuidadosamente en aquella casa? John Heriot creyó siempre que su enemigo había hallado la clave y no había descubierto el tesoro porque esperaba ocasión para sacarlo él solo, burlando a su asociado.

—¡Bueno, muchachos! ¡A nosotros nos corresponde ahora dar con la pista de ese tesoro! — exclamó George. — Pero nos ocuparemos de ello mañana por la mañana. Es ya tarde, yo estoy cansado y creo que lo mejor que podemos hacer es ir a dormir.

Cuando se retiraron a sus dormitorios, George se preguntaba de nuevo que sería lo que Martín había visto y le había hecho creer que se trataba del espectro de Romanez.

—No es necesario pensar que fué un aparecido porque está demostrado que esas son antiguallas que la ciencia ha demostrado imposibles. Pero que vió algo que le asustó, no cabe duda. ¿Será que Hubert y Bate andan por ahí haciendo de las suyas? ¡Bueno! Esta vez no tengo que pelear contra ellos como antes, con una mano atada a la espalda. Ahora vamos a pelear fuerte, sin guante, y no van a ser pocos ni flojos los golpes que van a recibir en Lonemoor como pretendan entrar en el "ring" — agregó George describiendo la situación en términos de boxeo.

En el cuarto de los muchachos, Jack se quedó despierto largo rato. Estaba tan nervioso que no podía dormir. Allí, en aquella extraña vieja casa, había oído inesperadas y graves noticias que se relacionaban con la misteriosa mujer vestida de gris.

Romanez había dicho a John Heriot que su esposa no había muerto como se suponía, que no había muerto aquella mujer que debía ser la madre de Jack.

Esas noticias, después de todas las anteriores, habían convencido también a George. Entre los dos tenían que poner en claro ese misterio, que significaba tanto para Jack, para el muchacho que al fin encontraría a través de las vicisitudes de la vida, a su desdichada madre.

Los dos muchachos conversaron luego sobre la historia del tesoro escondido que habían escuchado de labios del viejo Martín.

De pronto una idea cruzó la mente de Jack.

—¡Dick, compañero mío! — exclamó. — ¡Ya tengo la clave! ¿Por qué no pensé antes en ello? ¡Apuesto cualquier cosa a que se dónde está el cráneo!

Pero Dick se había dormido, según lo indicó la acompasada respiración que se oía desde la otra cama. Peter paró las orejas, pero Jack consideró que no valía la pena informar al perro de la idea que acababa de ocurrírsele.

A Jack le pareció ver una caja vieja, reforzada con tiras de hierro, hundida entre piedras y arena, la caja que ellos habían hallado cuando estaban sitiados por la marea y que habían vuelto a ocultar.

—¿Estaría allí oculto el secreto de Romanez? ¿Era posible que dentro de aquella caja encontraran el cráneo y la clave?

EL SECRETO EN LA ARENA

Jack se despertó, a la mañana siguiente, con esa opinión arraigada en su cerebro. Mientras se vestían comunicó a Dick lo que pensaba.

—No le diremos nada al señor George. Primero vamos a sacar la caja de donde está. ¡Qué sorpresa más agradable para él si podemos presentarnos portadores de la clave! — exclamó Jack.

Toda aquella mañana estuvieron los muchachos nerviosísimos pensando en su plan.

Pero no pudieron ponerlo en ejecución hasta la tarde porque el sitio donde se hallaba la caja estaba cubierto por la marea y era necesario esperar que bajaran las aguas, lo que no comenzaba hasta media noche.

A eso de las dos de la tarde los muchachos emprendieron su secreta excursión. Pasaron por la puerta secreta de la biblioteca, — que George había tenido la precaución de asegurar del lado de la casa, — y se encaminaron por el túnel hacia el mar.

Jack llevaba una pala.

Cuando llegaron al sitio donde habían visto la caja por primera vez, el círculo de rocas formando un pozo, sentíanse nerviosos, pensando que alguien pudiera haber estado allí antes que ellos.

Pero sus temores resultaron infundados. La pala no tardó en dar con las tiras de hierro del revestimiento.

Sacaron triunfalmente del agujero la caja reforzada con gruesas fajas de metal.

Los clavos y aun las fajas de hierro estaban herrumbrados, pero el candado era de cinc y no había sufrido nada con su permanencia dentro del agua salada.

—¿Qué hacemos ahora? — preguntó Dick. — Supongo que no llevaremos la caja a la casa para abrirla allí.

—Creo que no. Sería un trabajo demasiado penoso para nosotros. ¡Pesa mucho! — exclamó Jack. — Lo mejor será buscar una buena piedra y romper con ella el candado.

Pero el romper el candado exigió más tiempo del que habían calculado.

—¡Es fuerte el candado! — exclamó Jack descansando y secándose el sudor de la frente después de repetidos y vigorosos golpes. — Sin embargo creo que con dos o tres golpes más habré terminado.

De pronto, Jack se volvió a mirar hacia la costa.

—Es curioso, pero he sentido como si me estuvieran mirando, — murmuró. — Creo que nadie puede saber que estamos aquí pero...

Entonces Dick lanzó una exclamación e indicó un punto de la orilla.

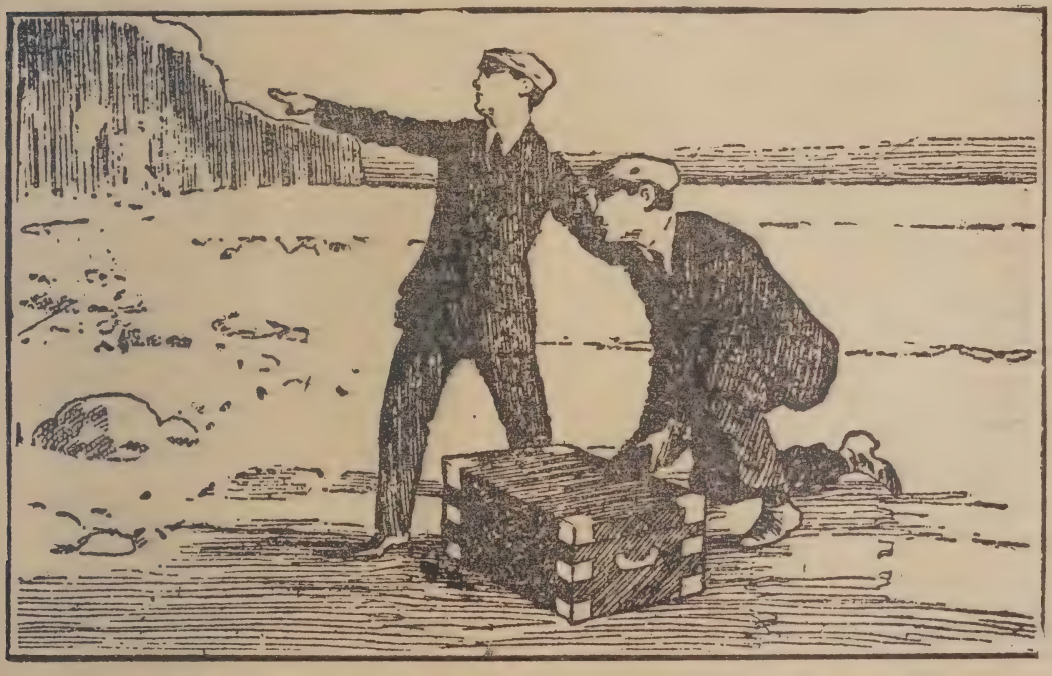
En lo alto de los acantilados donde las ruinas del castillo se recostaban en el límpido azul del cielo, Jack vió que el sol se reflejaba en dos brillantes discos.

Eran los lentes de unos gemelos de campo.

Con aquellos gemelos estaban observando todo cuanto hacían los dos muchachos... Pero... ¿quién?

Jack tuvo entonces una idea.

¡Sus enemigos les habían seguido a Lonemoor y estaban, como ellos, en busca del tesoro!



En lo alto de los acantilados vió Jack que el sol reflejaba los cristales de unos gemelos de campo.

JACK DA CON LA PISTA

Después de mirar aquellos dos discos relucientes y gemelos que brillaban en lo alto de la costa, y que indicaban que alguien miraba desde lo alto, Jack dirigió la vista hacia la caja con refuerzos de hierro, que estaba a sus pies.

Una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Es Hubert Mansell, naturalmente! Ya sabíamos que él y Bate andan en busca del tesoro y que darían un ojo cada uno con tal de encontrar como apoderarse de él. ¡Pues van a tener el placer de ver como abrimos esta misteriosa caja! ¡Lástima grande que, a pesar de tener anteojos no puedan distinguir lo que la caja contiene!

El candado estaba ya resentido. Un nuevo golpe con la piedra y saltó definitivamente. Levantaron la tapa de la caja, echándola hacia atrás y...

—¡La hemos acertado esta vez! — gritó Jack loco de contento.

Dentro de la caja cuya parte exterior estaba tan deteriorada por el agua del mar, se veía una horrible calavera... Era, casi no podía dudarse ni un instante, el cráneo del bandolero, el que, según Romanez, había dicho, era necesario conseguir si se había de dar con la pista del tesoro perdido hacía tantos años.

Pero no había nada más en la caja. Nada que pudiera, de algún modo, constituir el tan deseado rastro que habían esperado encontrar.

Jack miró el horrible objeto con gran atención. Una de las órbitas oculares presentaba una cavidad vacía; en la otra había sido introducido de algún modo algo que parecía una bola de yeso manchada y sucia que daba al cráneo la expresión de que mirara con un ojo.

—Es el cráneo del bandolero, sin duda, pero el rastro buscado debe haberse perdido si es que no lo ha robado alguien, — comentó Jack. — De lo que no cabe duda es de que fué Romanez quien ocultó aquí esta caja. Ya sabes que se jactó de haber hallado el rastro y de haberlo ocultado. Lo que pienso ahora es que si esto no valiera la pena de ser ocultado, no se hubiese tomado ni Romanez ni nadie, el trabajo de ocultarlo aquí. ¡Vamos, Dick! Ya veremos lo que el señor George dice a este respecto.

Saludó alegremente, con la mano, a los invisibles atisbadores que espiábanles desde lo alto de la costa, cuya presencia había sido descubierta por el reflejo del sol en los cristales de los gemelos con que miraban, y portadores de su trofeo, los dos muchachos se dirigieron de regreso a la casa.

Encontraron a George en el jardín, fumando y preocupado por su inexplicable ausencia.

—¿Qué es eso? ¿Por dónde han andado ustedes? — preguntó George en cuanto les vió.

En contestación, Jack sacó el cráneo del bandolero de debajo del saco y lo envió rodando por el césped hacia donde estaba George.

—¡Hemos andado buscando tesoros, señor! — exclamó Jack con alegría. — ¿No le dije que no tardaríamos en dar con la clave? Ese es el cráneo que Romanez ocultó y ahora que lo hemos hallado debemos encontrar como y donde guarda el secreto. ¡Por mi parte ni supongo dónde puede estar la deseada clave!

George examinó detenidamente el cráneo mientras Jack le explicaba cómo lo había encontrado; pero no logró dar con nada que indicase la presencia de clave ninguna.

—¿No había nada más en la caja? ¿Estás seguro? — preguntó George.

—¡Segurísimo! ¡Ni con los lentes de Hubert Mansell hubiésemos podido hallar nada más!

Y Jack contó como habían sido atisbados mientras desenterraban y abrían la caja.

—Ya me figuraba yo que debían de hallarse en las inmediaciones, — dijo George. — Sabíamos que estaban enterados de lo del tesoro. Con seguridad el aparecido que vió Martín ha sido alguna combinación de esos pillos para aterrorizarle. Lo que no me explico es cómo lograron enterarse de la relación existente entre Romanez y esta casa.

George tocaba con los dedos el pedazo de yeso que había en una de las órbitas del cráneo. Parecía muy bien asegurado.

—¿Será posible que la clave, sea la que sea, esté oculta tras este trozo de yeso? — exclamó de pronto Jack.

No parecía fácil sacar aquello sin romper el cráneo; pero de pronto, dándose media vuelta dentro de su alvéolo, el objeto — parecido a una bolita de mármol, — que tenía la forma de un ojo en vez de ser exactamente esférico, salió sin dificultad y cayó al césped.

Pero en la cavidad no había oculto nada más.

—¡Si parece que esta cara descarnada se está riendo de nosotros, — dijo Jack mirando el cráneo disgustado. — ¡No tenga cuidado! ¡No le vamos a despojar de su único ojo! ¿Pero dónde ha ido rodando?

Y se puso en busca del objeto caído, ayudándole Peter, el perro.

—¡Eh! ¡No lo aplastes! ¡Suelta eso! — gritó Jack al perro al ver que Peter había hallado la bolita de yeso y se disponía a triturarla entre sus muelas. — ¡Dame eso! ¿No ves que se te puede indigestar?

Probablemente el temor de indigestión hizo que Peter soltara inmediatamente el objeto.

Jack lo examinó cuidadosamente antes de volver a colocarlo en la órbita. Durante unos momentos se preguntó cómo podía ocultarse allí dentro la buscada clave. Pero "aquello" tenía todo el aspecto de una masa sólida que no podía aproximar ni mucho ni poco la solución del problema.

—Pero ¿cómo y por qué estaba en el hueco de la órbita ocular del cráneo?

Una vez dentro de la casa, Jack puso el cráneo en la mesa y llamaron a Martín para que viera la horrible reliquia de lo que, en un tiempo, había sido la cabeza del bandolero que robó la clave del secreto y que fué ahorcado en el patíbulo levantado a media milla de la casa donde se hallaban.

Martín, a su vez, examinó el cráneo con grandísima atención.

—Romanez manifestó una y otra vez, repitiéndolo, con mucho frecuencia, que era en este cráneo donde podía encontrarse la clave, — dijo.

Pero buscó y fracasó como todos los demás. Repitió las palabras del que, se decía, había pronunciado el bandolero poco antes de ser conducido a la horca y que se referían al tesoro de la casa de Lonemoor: "Yo tengo la clave y me la llevaré conmigo al morir. Ni en vida ni en muerte se separará de mí. ¡Pero vosotros no la encontrareis jamás"

—Con seguridad el pícaro mentía cuando dijo eso, — murmuró Jack bastante molestado porque, después de haber desenterrado la caja y de creer que había obtenido un triunfo, veía que los resultados no podían ser más pobres.

Sin embargo, ¿por qué Romanez, que aseguraba haber hallado la clave, se había tomado el trabajo de ocultar el cráneo si había sacado de él la mencionada clave?

Esta pregunta parecía tan difícil de contestar como un enigma. Pero, no obstante, debía tener solución...

Durante las horas tranquilas de la noche, la respuesta a ese enigma pareció brillar de improviso ante la mente de Jack. Era tan extraña la solución que se le ocurrió que en el primer momento, la pareció imposible.

—¡Si hemos tenido la clave en nuestras manos sin percatarnos de ello! — exclamó.

Había estado pensando en las misteriosas palabras que el bandolero había pronunciado: "Ni en vida ni en muerte se separará de mi". Había recordado de pronto, también, que la antigua leyenda relativa a la historia de la casa, repetida por Martín, decía que la clave del secreto había sido grabada en un rubí de gran tamaño.

Los dos pensamientos se acoplaron en la imaginación del muchacho... ¡y la solución surgió!

¡El "ojo" del bandolero!

¿Y si el bandolero había sido muerto y en la órbita del ojo que le faltaba había puesto un ojo falso(como los que se hacían en aquella época) y dentro de ese ojo estaba oculto el rubí?

Vibrando de emoción, el muchacho no pudo esperar hasta la mañana siguiente para poner a prueba la exactitud de su teoría. Tenía que cerciorarse en seguida.

Dick estaba profundamente dormido cuando Jack bajó de la cama. No quiso despertar a Dick. Peter le oyó y saltó hacia él; pero Jack resolvió que no le acompañara el perro. Peter podía ponerse nervioso, ladrar y despertar a todos los de la casa.

—¡Quédate aquí! — dijole Jack en voz baja, causándo grandísima decepción al perro

El muchacho salió de su habitación, cerrando la puerta tras sí, y se deslizó cautelosamente, escaleras abajo, por la dormida, silenciosa y oscura casa.

UN GRITO EN LA OSCURIDAD

La temblorosa luz de la bujía que Jack llevaba en la mano, proyectaba monstruosas y ondulantes sombras al desvanecer a su paso, la intensa oscuridad reinante, mientras el muchacho, después de descender por la escalera dirigióse hacia la habitación en la cual, sobre una mesa, había quedado el cráneo.

—¡Qué suerte si he acertado! — murmuró el muchacho mientras se aproximaba al sitio a donde iba.

Una voz interior le decía que estaba en lo cierto que solo faltaba un momento para que se hallara ante sus ojos la verdadera clave de la situación del tesoro escondido hacía tantos años.

Puso la bujía en la mesa y tomó el cráneo.

La vieja casa parecía poblada de extraños murmullos y crujidos, como pasa con todas las casas viejas cuando en ellas se hace el silencio de la noche, que permite oir lo que de día pasa inadvertido ahogado bajo el ruido de la actividad diurna.

Un madero crugió con más fuerza en medio del opresor silencio; Jack dió un salto y miró cautelosamente a su alrededor y al hueco oscuro de la puerta por donde había entrado.

Rióse después de su nerviosidad y del salto que había dado. Volvió el ojo de yeso dentro de la órbita y le hizo caer en la palma de la mano.

Sacó su cortaplumas y hundió la hoja pequeña en el objeto que tenía en la mano.

Algo saltó al entrar la hoja de acero como si solo la superficie de aquello hubiera sido de yeso y, a la luz de la bujía, Jack vió, donde la punta de la hoja del cortaplumas había penetrado la corteza, un pequeño punto de reluciente rojo.

¡El rubí! ¡El rubí en el cual la clave de la situación del escondido tesoro había sido grabada, cubierto y oculto por una capa de cemento! Una exclamación de alegría brotó de labios del joven en aquel momento. Por fin había dado con el secreto!

Probablemente y según se usaba en tiempos antiguos, la superficie de aquel cuerpo de yeso que encerraba el rubí, había estado pintada figurando el ojo y la pintura había desaparecido con el tiempo. El bandolero había pues, colocado el rubí con la clave dentro del ojo postizo que llevaba. Esto explicaba con toda claridad la hipótesis de Jack.

El primer impulso del muchacho fué quitar el forro de yeso que ocultaba el rubí cuya presencia denunciaba aquel punto rojo que brillaba en el sitio donde había penetrado el cortaplumas.

Pero no quiso hacerlo en aquel momento El descubrimiento valía la pena de despertar a George para que fuese él quien desnudase el rubí.

Triunfalmente, volvió a colocar la bolita de yeso en la órbita del ojo del cráneo. En

El rostro de Jack pintábase la mayor alegría en el momento en que tomó la bujía y, con el cráneo en la mano, dirigióse hacia la puerta.

Se proponía ir a la habitación de George a informarle inmediatamente de lo que había descubierto.

En el mismo momento en que cruzó la oscura habitación, le pareció al muchacho que algo como una sombra aun más densa, se había situado fuera de la puerta. Respiró con fuerza, mirando fijamente. Después, se rió.

—¡Vamos! ¡No te asustes de visiones por primera vez en tu vida! — díjose reprendiéndose.

Y se dirigió hacia la puerta.

Fué el instinto de que algo le amenazaba lo que hizo que Jack se volviese rápidamente.

Tuvo tiempo de ver una oscura figura que surgía de la oscuridad, a su espalda, una figura con la cara cubierta por un capuchon con dos agujeros por los que se veía un par de relucientes ojos y cuya mano se levantaba amenazadora.

Sobresaltado, Jack dejó caer la bujía, que se apagó al dar en el suelo, y la oscuridad le rodeó

El muchacho tuvo tiempo para gritar con toda la fuerza de su voz pidiendo socorro y avanzar los brazos, para protegerse, en la oscuridad, convencido de que le amenazaba el peligro de una emboscada que nunca hubiese sospechado y que le tomaba desprevenido.

Un instante después un golpe del invisible asaltante le hizo vacilar y tratando en vano de volver a gritar, Jack se desplomó sin sentido.

Arriba, tras la cerrada puerta del dormitorio, Peter ladraba desesperado demostrando haber oído el grito de su patrón.

George había oído también aquel grito pidiendo socorro, que vibró en medio del silencio que reinaba en la casa. Saltó de la cama y abriendo la puerta de su cuarto, escuchó.

Pero no se repitió el grito. Sólo se oían los furiosos ladridos de Peter.

George corrió a la puerta del cuarto de los chicos y halló a Dick, sentado en la cama, pálido, asustado. Cuando George abrió la puerta, Peter se lanzó escaleras abajo. George le siguió.

Frente a la puerta de la biblioteca vió a Jack tendido en el suelo, desmayado.

George se inclinó y levantó al muchacho. Rápidamente se dió cuenta, con grande alegría, de que Jack no había sufrido herida de importancia y estaba vivo.

Pasados uno o dos minutos, el muchacho abrió los ojos y miró a su derredor.

—¡El cráneo... el cráneo del bandolero!... — exclamó muy excitado.

Pero el muchacho hallábase aun semiinconsciente. Casi en seguida volvió a quedar sin sentido.

¡Y, lo mismo que el misterioso intruso, que había penetrado en la oscuridad, el cráneo había desaparecido!

LA CARTA SIN FIRMA

Con gran satisfacción de parte de George Heriot, Jack no parecía hallarse mal a consecuencia de lo que le había pasado. Solo tenía nn fuerte dolor de cabeza cuando se despertó, a la mañana siguiente. Contó entonces a George lo de la figura con la cabeza cubierta por una capucha que le había atacado.

—Pero el cráneo... ¿está seguro? — preguntó el muchacho.

—No. Ha desaparecido.

—¡Han robado la clave!

El rostro de Jack expresó la mayor desesperación.

—Pero no había tal clave en el cráneo; no la pudimos encontrar, — dijo George.

—La bolita de yeso que estaba en la órbita del ojo.. contenía el rubí en el cual está grabada la clave.

Esta vez sus enemigos les habían burlado.

—Después de encontrarte tendido en el hall, registramos toda la casa, — dijo George. — No había ni puerta ni ventana sin cerrar. Es evidente que ellos han encontrado algún otro conducto secreto para entrar en la casa... Así pudieron asustar a Martín! No pueden haber entrado por la puerta secreta de la habitación pues ésta la tenemos asegurada por dentro. Pero esta semana hice un descubrimiento.

Y George mostró un disco de aspecto extraño.

—Jack, esto lo encontré oculto en la pared de la biblioteca, detrás de un cuadro. Del otro lado de la pared había un alambre aislado que seguí hasta llegar al túnel que lleva a las ruinas del castillo. ¿Sabes lo que esto significa?

—No tengo la menor idea, señor, a menos que sea algo así como un teléfono.

—Eso es precisamente, Jack. No es un teléfono pero sí un aparato para escuchar lo que se dice en una habitación. Funciona mediante unas pilas secas y lo que se habla en el cuarto donde está el disco puede ser oído con toda claridad a gran distancia, mediante un receptor como el de un teléfono.

—¡Dios mío! — exclamó Jack. — ¡Entonces Hubert Mansell!...

—Sí. Nuestros enemigos han trabajado en esta casa durante nuestra ausencia y la de Martín. Han conectado no solo la biblioteca sino también las otras habitaciones del piso bajo mediante esa especie de teléfono que tenía su estación central entre las ruinas del castillo, — explicó George. — Sin duda, gracias a esa instalación lograron oir el relato de Martín sobre el tesoro perdido y sobre la clave que se suponía estaba en el cráneo del bandolero.

Jack escuchaba con desencanto. Sus enemigos se habían mostrado mucho más hábiles de cuanto se había podido esperar

—¡Y ahora tienen el cráneo! — exclamó.

— ¡Han ganado el primer partido. Ahora, que yo no se si darán o no con el secreto del ojo postizo. Yo pinché muy poco el yeso y el sitio por donde se vé la superficie del rubí es como la punta de un alfiler...

Fue interrumpido por la entrada de Dick que traía varias cartas que acababa de dejar el cartero, para George.

Una de ellas era de Vi Desmond. — la conoció por la letra del sobre, — la segunda presentaba una caligrafía desconocida Procedía, según demostraba el sello, de la oficina de correos de Northholt, población situada a mas de veinte millas de Lanceford. La carta había sido reexpedida de Lanceford.

George abrió la carta.

El membrete del papel era el de una casa de salud de Northholt, llamada "Sanatorio Holcombe". La carta, escrita por alguien que había desfigurado la letra, era anónima.

George hizo un gesto de asombro al leer lo siguiente:

"No me atrevo a decirle quien soy, pero hay una mujer en esta casa que está encerrada contra su voluntad y a la que no dejan comunicarse con sus amigos. Ella dice ser la señora de John Heriot. Es algo que causa pena y no puedo callar. Ella está en la pieza número 27, en el último piso de la casa."

George miró la carta con asombro y luego se la dió a Jack que en cuanto la leyó lanzó un grito de alegría

Al instante toda idea sobre la pérdida de la clave del tesoro huyó de su mente. ¡Por fin tenía noticias de aquella mujer a la que creía su perdida y llorada madre!

CUARTO NUMERO 27

Desde el momento en que recibió aquella carta anónima, ni George ni los dos muchachos habían perdido tiempo.

Jack, a pesar de lo sufrido la noche anterior no había querido que le consideraran como enfermo y se negó terminantemente a quedarse en asistencia.

—¡No crean que voy a quedarme porque el encapuchado merodeador de anoche me dió un golpe en la cabeza! — exclamó — La noticia que ha traído esa carta ha sido un tónico para mí.

Dejaron a Peter en la casa para que acompañara a Martín y, como mayor precaución, hicieron que vinieran de la aldea dos hombres de toda confianza para que cuidaran la casa durante su ausencia. No era posible ni suponer que podían hacer Hubert Mansell y su compinche Bate en el momento menos pensado.

Los trenes que partían de Lanemoor eran pocos y lentos, pero lograron los viajeros llegar a Lanceford antes del anochecer.

En la estación del ferrocarril encontraron al señor Desmond y a su hija Violet a los que George había telegrafiado y que les esperaban con el automóvil.

George les mostró la misteriosa y sugestiva carta anónima.

—Existe la posibilidad de que se trate de una mentira o de que sea la carta obra de Hubert Mansell y tenga por objeto alejarme de Lonemoor. Pero no lo creo así. Me parece que una enfermera o algún criado de la casa ha escrito esas líneas de aviso. Sea como sea, nos cercioraremos de la verdad. — dijo George. — ¿Saben ustedes algo referente a ese sanatorio?

El señor Desmond inclinó afirmativamente, la cabeza.

—Sí, es una casa de salud que según se dice, está regenteada por un doctor Garnett, de la misma ciudad, — explicó. — Debo hacer presente que más de una vez han corrido extraños rumores respecto a esa casa, su reputación no es envidiable por cierto y el mismo doctor Garnett es mirado con cierto recelo por los demás médicos de la ciudad que no quieren tratar con él.

—En caso de que esta advertencia sea verdad, no veo mas que una explicación sobre el orígen de lo que pasa, — dijo George. — Eso ha sido obra de mi primo. Hubert Mansell, había salido a pasear en su automóvil aquella noche y sabemos que habló con la mujer vestida de gris a quien encontró en el camposanto y que tanto se parecía a la esposa de John Heriot. Si se trata realmente de Gertrude Heriot, ¿no es acaso posible que Hubert la llevara a esa casa de salud en su automóvil y la dejara allí en calidad de prisionera? Una vez en el sanatorio y siendo ese doctor Garnett la clase de hombre que se dice ¿qué puede hacer la infeliz mujer? ¡Nada absolutamente!

—Es posible que se nieguen a dejarnos entrar en la casa de salud, — dijo, pensativo, el señor Desmond. — Pero en ese caso con una buena mentira...

—¡Cuando la puerta del sanatorio, se haya abierto para dejarnos paso no se quien se va a atrever a impedirme que vaya al cuarto número veintisiete! — dijo George apretando los puños — No pienso dejarle tiempo ni oportunidad para escamotear a su prisionera mientras nos entretienen conversando en el piso bajo.

—¡Y yo iré con usted, señor! ¡No me separaré ni un momento! — exclamó Jack.

Si su perdida madre, — la que había dejado de ver siendo niño, hacía tanto tiempo que no recordaba cuando — estaba prisionera en aquella casa, el muchacho estaba decidido a no salir del sanatorio como no fuera con ella.

Dejaron a Vi en Lanceford. El automóvil, a toda velocidad, recorrió la carretera como si corriese una carrera. Los árboles, los postes del telégrafo, pasaban rápidamente a medida que el coche devoraba millas y millas.

Por fin llegaron a Northhotl.

El sanatorio estaba en las afueras de la población. Era una casa rodeada de jardín y situada a alguna distancia de la carretera.

Jack muy nervioso, fué el primero que saltó al suelo en cuanto el automóvil se paró ante la verja. El muchacho abrió el portón

de par en par y el coche entró por el curvo camino que, por un lado del jardín, conducía a la casa.

La puerta se abrió y apareció un criado. Pero por la abierta puerta de una habitación interior apareció una mujer que acudía al ruido del automóvil, una mujer alta y hombruna que pareció reconocer el rostro de George — su retrato había aparecido en todos los diarios hacía poco tiempo cuando se le buscaba injustamente a causa de la infame acusación de Hubert Mansell en el caso de la muerte de John Heriot, — y algo como un gesto de terror pareció cruzar por aquel rostro.

George lo notó y dedujo inmediatamente sus conclusiones.

—Soy la señorita Glayde, enfermera jefe, — dijo la mujer. — ¿Deseaban verme para algo?

—Soy George Heriot y este señor es el juez Desmond, de Lanceford. Venimos a ver a la mujer que se halla en el cuarto número veintisiete.

La señorita Glayde se había puesto muy pálida, no habiendo razón alguna para tal cosa si no tenía nada que ocultar.

—No... No les comprendo, — tartamudeó después de una pausa — ¿A qué señora se refieren ustedes?

—A una señora que, según tengo derecho a creerlo, está detenida aquí contra su voluntad, — dijo George tranquilamente y mirando con fijeza a la enfermera.

Se sentía George cada vez más convencido de que sus sospechas eran exactas.

Pero la señorita Glayde trató de mostrarse indignada como si alguien hubiese ofendido su virtud, pero no lo consiguió sino a medias.

—¿Cómo se atreve usted a hacer semejante cargo insultante y calumnioso para esta casa? — exclamó. — Ya me ocuparé de acusarle por difamación. Ustedes no tienen ningún derecho de meterse aquí, y si no se retiran inmediatamente daré aviso a la policía. En el cuarto número veintisiete no hay nadie.

Levantó la voz, seguramente con intención de que alguien de dentro la oyera.

Efectivamente, un hombre bajo, de aspecto untuoso, salió de la misma habitación de donde había salido la señorita Glayde. Muy pausadamente y sin mirar a los del grupo, se dirigió hacia la escalera.

—¡No se vaya, doctor Garnett! — gritóle el señor Desmond, que le había reconocido.

George Heriot comprendió entonces lo que se proponía el doctor Garnett. El había oído lo que hablaron, sabía que los recien llegados tenían sospechas sobre la mujer secuestrada en el cuarto número 27 e iba a sacarla de allí y llevarla a otro punto de la casa, mientras la señorita Glayde entretenía a los visitantes.

Y este plan era el que George Heriot se proponía desbaratar.

Casi de un salto llegó a la escalera y subió rápidamente tras del doctor Garnett y seguido de Jack.

—Nosotros vamos también al cuarto número veintisiete, — dijo George en tono amenazador, alcanzando al doctor en el primer rellano y apoyando, al hablar, una mano en el hombro de Garnett — Si quiere, puede enseñarnos el camino.

El untuoso médico se puso muy pálido y no se atrevió a mirar cara a cara al intruso. El tono de la voz de George no le anunciaba, por cierto, nada bueno.

Garnett intentó fingirse indignado pero se encontraba con tanto miedo que no pudo decir casi nada, convenciéndose además, de que ninguna jactanciosa actitud salvaría la situación.

George sospechaba, cuando llegó a la casa, pero lo sucedido hasta aquel momento le convencía de la exactitud de sus sospechas. Sabía ya que aquella gente tenía algo que ocultar en el cuarto número 27.

—Guarde usted su jactancia para cuando esté ante los jueces en el tribunal, — díjole George, — pues estoy convencido de que allí le llevarán tarde o temprano.

—¡No... no... comprendo lo que usted dice... señor! — tartamudeó Garnett pálido como un muerto. — La señora del número veintisiete fué traida a esta casa por amigos suyos... Yo no sé nada más. Trato de cuidarla lo mejor posible.

—¡Ah! ¡Pero esa es una explicación muy diferente de la que dió la señorita Glayde! ¿No es verdad? — dijo George. — Ella afirmó que en ese cuarto no había nadie.

El doctor se había detenido de pronto, jadeante y sofocado.

Sin esperarle, George y Jack corrieron escaleras arriba hasta el último piso, de acuerdo con lo que decía la carta y siguieron por el corredor hasta encontrar la puerta número 27.

La llave estaba puesta del lado de fuera. George la volvió, y abrió la puerta.

Dentro de la habitación sus ojos se fijaron en la mujer que allí se encontraba. ¡Era como si una muerta hubiese vuelto a la vida!

Aun cuando hallábase preparado para aquella sorpresa, al ver el rostro de la mujer, tan conocido y familiar para él, le produjo una extraña emoción. ¿Era posible que se hallara ante él una mujer a quien hacía ocho años que se creía muerta?

En el rostro de Jack se notaba intensa emocion cuando miró desde la puerta con el corazón latiéndole de modo que parecía saltarse del pecho.

Entonces el muchacho corrió hacia la mujer que le miraba con inexpresivos ojos y gritó:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¿No me conoces? ¡Madre!

DE REGRESO

El rostro delgado y prematuramente avejentado de aquella mujer había cambiado mucho y el hermoso cabello negro que un tiempo ostentaba abundante y sedoso, estaba

blanco como la nieve. Sin embargo le bastó a George mirarla una sola vez para convencerse de que la mujer a quien habían encontrado prisionera en el cuarto número 27 de aquella casa de salud era la esposa de John Heriot.

Habían transcurrido mas de ocho años desde su desaparición y su supuesta muerte, pero George estaba persuadido de que no se hallaba equivocado.

La mujer se había estremecido y había mirado con expresión de asombro a las dos personas que entraron en la habitación.

George comprendió que los recuerdos acudían a la mente de aquella mujer. Después de mirar a los que entraron, se pasó la mano por la frente y en seguida exclamó con voz trémula:

—¡George! ¡El sobrino de mi esposo!

Pero era en el rostro de Jack en el que estaban fijos sus ojos y fué aun mayor la emoción de la mujer cuando el muchacho se aproximó a ella dándole el nombre de madre.

—¡Madre! ¿Se acuerda usted de mí?

—¡Tú eres mi hijo Stephen, de quien llevo tanto tiempo separada! — exclamó ella con un sollozo profundo y tendiendo sus brazos hacia el muchacho.

Y un momento después Jack se hallaba abrazado a ella, viéndose en el rostro de la madre una inefable expresión de felicidad.

—¡Stephen! ¡Mi hijo! ¡Mi querido hijo Stephen!

No era el momento a propósito para hacer averiguaciones ni para tratar de descubrir el misterio de lo pasado durante esos ocho años tras de los cuales la esposa de John Heriot había despertado como de un sueño regresando a la realidad.

George Heriot comprendió que era aquel momento sagrado para la madre y el hijo y que no debía interrumpir sus expansiones por razón ninguna.

Volvióse y dejó solos a aquella mujer que había regresado de otro mundo y a su hijo el raptado y secuestrado muchacho de quien la casualidad habíale hecho protector, el muchacho que había encontrado madre, nombre y fortuna, todo a la vez.

Cuando George se volvió hacia la puerta vió a Dick que había subido tras él.

El otro pobre muchacho, solo en el mundo, habíase quedado de pie en la puerta dándose perfecta cuenta de todo lo que significaba aquel grito de "¡Madre!" en labios de Jack.

Y como quería mucho a su compañero de infortunio, Dick sintió en aquel momento grandísima alegría.

Al mismo tiempo, sin embargo, sintió como si algo le ahogara.

Dick, sin nombre como Jack hasta este momento, que no había conocido jamás la ternura maternal, que no tendría nunca la felicidad de sentirse estrechado por los brazos de una madre que le llamara con cariño y ternura, comprendía que en vano le sería hacerse la ilusión de que algún día pudiera sucederle lo que a Jack. ¡El no encontraría madre jamás! ¡No era para él tan grande alegría!

Pero como amigo de Jack, Dick no sintió envidia ni un solo momento y si la sintió supo dominarla inmediatamente, disponiéndose a participar, como leal compañero, de la gran alegría de Jack.

—¡Qué suerte la de Jack, señor! — dijo con aplomo a George cuando éste salió cerrando tras sí la puerta y dejando solos a la madre y al hijo.

En la casa reinaba gran movimiento y confusión. Se oían pasos de gente que iba y venía, subía y bajaba, se oía murmullos... La noticia de que había sucedido algo anormal se había esparcido rápidamente. Por muchas puertas a medio abrir aparecían rostros con expresión de miedo, que observaban alarmados. Casi todas las que observaban eran enfermeras empleadas en aquel sanatorio.

George se inclinó por la balaustrada y llamó, por el hueco de la escalera, al señor Desmond, a quien había dejado en el hall.

—¡Desmond! ¡Avise por teléfono a la policía inmediatamente! El dato que teníamos era exacto. Hemos hallado a la mujer extraviada, prisionera aquí, en el cuarto número veintisiete, que tenían cerrado con llave por fuera. ¡Es la esposa de John Heriot, mi tío!

George recordaba haber visto el aparato telefónico en el hall, al entrar.

En el rellano inferior George veía a la señorita Glayde, de pie, pálida y desencajada. Pero el untuoso doctor Garnett, al dueño de la casa de salud, no se le veía ya.

No convenía que Garnett se escapara, pues Garnett tenía que haber sido cómplice culpable en lo de evitar que aquella mujer entrara en relación con sus amigos. George, con gesto de inquebrantable resolución, corrió escaleras abajo, seguido de Dick.

—¿Dónde está el doctor Garnett, el propietario de esta casa infame disfrazada de sanatorio? — preguntó a quemarropa a la atribulada enfermera.

Ella movió negativamente la cabeza. Quiso hablar, pero no pudo.

Pero Dick exclamó:

—¡Yo le ví en el momento en que se escurría por esa puerta!

El muchacho indicó una puerta con hoja de mampara, tapizada de verde, que había en el mismo rellano.

George abrió la puerta. Daba a un corredor que conducía a otra escalera situada cerca del fondo de la casa. En el corredor vió la figura de Garnett que se alejaba en puntas de pies seguramente con el propósito de escapar por los fondos convencido de que había sido descubierta la parte que le correspondía en el criminal secuestro de la señora de John Heriot.

El doctor Garnett respiraba con dificultad y tenía el rostro de una palidez azulada. Parecía anonadado y enfermo y con una mano se oprimía el pecho como si pretendiera dis-

minuir la violencia de las palpitaciones de su corazón excitado por el terror que le dominaba. El doctor Garnett sufría, sin duda, de una enfermedad cardiaca.

—No intente escapar, doctor Garnett —gritóle George Heriot con sonora voz mientras avanzaba por el corredor hacia el hombre que huía cautelosamente — Es necesario que espere usted la llegada de los de la policía a los que explicará por qué tenía encerrada con llave y secretamente, en el cuarto número veintisiete, a esa señora.

Y por fin llegó George a situarse junto al otro hombre.

El doctor Garnett, siempre pálido, con la palidez propia de los cardiacos, volvióse y miró a su perseguidor. Sabía que ya no tenía esperanza ninguna de lograr escurrir el bulto, que nada evitaría ya que se descubriera lo que había hecho a instigación de Hubert Mansell... Y esto significaba para el doctor Garnett la más completa ruina profesional y el alojamiento, durante varios años, en la celda de una prisión.

Garnett perdió por completo la serenidad. Dominado por el pánico y a pesar de las violentas palpitaciones que sentía y que le aconsejaba quietud completa si no quería desafiar el peligro de una crisis mortal, corrió lo más ligero que pudo hacia la escalera del fondo.

Pero al llegar al primer peldaño, el doctor se detuvo de improviso. Permaneció un instante tambaleándose inseguro, moviendo una mano en el aire mientras oprimíase el pecho con la otra. Quiso decir algo, pero no salió de sus labios sonido ninguno, quedando en aquella situación, silencioso, sofocado.

Horrorizado al ver el estado de aquel hombre, George, que le vió balancearse, corrió hacia él en el momento en que caía de bruces escalera abajo.

Cuando George llegó al sitio donde se había detenido Garnett y desde el cual había caído, le vió tendido en el suelo, boca arriba, en el rellano inferior.

La terrible agitación que había sufrido a consecuencia de su culpable conciencia, había producido la crisis cardiaca y el doctor Gardett había muerto de un ataque al corazón antes de caer escalera abajo.

EL TELEGRAMA PARA HUBERT MANSELL

La policía, llamada por teléfono, tomó posesión de la casa de salud antes de que George Heriot llevara en el automóvil, a la libertada mujer, a casa del señor Desmond, en Lanceford.

¿Cuáles eran las ulteriores intenciones del pícaro doctor y de sus cómplices en lo que se refería a la mujer secuestrada? Difícil era suponerlo. No era posible que pensarían tenerla allí encerrada por tiempo indeterminado. Sobre esto podía haber dado explicaciones el doctor Garnett, si hubiera estado con vida.

Lo que sí era seguro que, de no haber sido por la anónima comunicación que recibiera George, aquella mujer no hubiese vuelto a ver a sus amigos nunca mas.

A Hubert Mansell le convenía por muchas razones la desaparición de la esposa de John Heriot y George no dudaba ni un solo momento de que había sido su primo el autor principal de todo el infame plan.

Los de policía interrogaron a la señorita Glayde, pero la enfermera jefe declaró no saber absolutamente nada.

—El Dr. Garnett la trajo, — dijo la señorita Glayde de mala gana. — El doctor dijo que sus parientes la habían confiado a su custodia. No se absolutamente nada mas. Yo creí que sus manifestaciones afirmando que era la esposa de John Heriot eran consecuencia de un desequilibrio mental. Sólo puedo decir lo que el doctor dijo. El doctor era mi patrón hacía años y yo no tenía ni la menor sospecha de que su proceder no fuese correctísimo en todos los casos.

—Pero, sin embargo, usted me negó que hubiese una mujer en el cuarto número veintisiete, —. dijo George rápidamente.

Pero la mujer tenía ya preparada la respuesta

—Lo dije para evitar que usted subiera. Yo ignoraba que usted tuviera derecho alguno a intentar ver a aquella señora.

La enfermera mentía, pero George se convenció de que sería muy difícil hacerle declarar lo que sabía.

Se interrogó a todos los sirvientes y todas las enfermeras de la casa. Pero nadie dijo nada interesante; nadie mencionó a Hubert Mansell, de cuya complicidad en el asunto George estaba seguro. Probablemente sólo la señorita Glayde estaba al tanto de todo lo que hacía el doctor y la muerte de éste le permitía hacer que toda la responsabilidad recayera únicamente sobre el difunto.

George sintió mucho no poner en evidencia a Hubert Mansell. Pero sus sospechas, por vehementes que fueran, no constituían prueba ninguna. Una vez más parecía que el pillo de su primo iba a escapar a las consecuencias de su criminal proceder.

Pues como acababa de saberlo, la señora de Heriot no podía decir absolutamente nada sobre cómo había llegado a verse encerrada en la casa de salud de Holcombe.

Las sospechas de George se hubieran visto confirmadas, sin embargo, si él hubiera podido ver el telegrama que aquella noche dirigió la señorita Glayde a Hubert Mansell, que se hallaba en una aldea cercana de Lonemoor.

—¡Así que tú eres realmente mi hijo, mi pequeño Stephen, el que tenía cuatro años cuando le separaron de mi lado! ¡Y pensar que he estado a punto de no volver a ver nunca más a mi hijo!...

La señora de Heriot no quería que Jack se separara de ella ni un momento, como si después de sus trágicas aventuras no se hallara todavía convencida de que estaba en

seguridad, como si temiera que esa nueva felicidad pudiese serle arrebatada en cualquier momento.

—¡Si al regresar de ese mundo en que he vivido hubiese hallado no sólo a mi hijo sino también a mi esposo! — dijo tristemente a Vi.

Parecía hallarse muy repuesta al siguiente día, aun cuando todavía sufría las consecuencias del choque nervioso.

Poco era lo que podía contar. Todo recuerdo, después de su accidente en los Alpes, había desaparecido. Como lo dijo el médico a quien se llamó para atenderla, debía haber sufrido un golpe en la cabeza al caer. Probablemente no se sabría nunca cual fué su vida durante ese tiempo. El único que podía orientar la información en ese sentido era Romanez y Romanez había muerto, así que su secreto yacía con su cuerpo en la tumba ignorada abierta por el fiel Martín en Lonemoor.

Por que sin duda ninguna el complot que había tenido por resultado hacer creer en la muerte de aquella mujer, a la que no se encontraría jamás después de su caída del ventisquero, — de la que salió con vida por milagro, — había sido combinado por Romanez.

Su manifestación afirmando que había logrado separar al esposo de la esposa, no había sido mentira. Pero con él había muerto el secreto de cómo — llevado por su odio a John Heriot, — había llevado a cabo su diabólica combinación.

El pasado era como una hoja en blanco para la rescatada mujer que durante esos ocho años — separada de su marido y de su hijo e ignoranda su propia identidad, — había vivido ganándose la existencia mediante sus conocimientos musicales.

Unicamente en los últimos tiempos habían brillado algunos destellos de memoria a través de la barrera que cubría su mente. Y cuando una extraña casualidad la llevó a Lanceford para cumplir un contrato de trabajo en sitio conocido, circunstancia que la preocupó en extremo.

Después, en el camposanto, se había hallado de improviso ante la tumba que ostentaba dos nombres que parecieron desgarrar los nubarrones de su memoria: ¡su nombre y el de su esposo!

Y allí, ante Hubert Mansell, mas detalles del pasado acudieron a su mente en verdadero tropel. Fué tan intensa la emoción que sufrió que cayó sin sentido ante la tumba que tenía grabado su nombre.

Después, cuando recobró los sentidos, se halló en el cuarto de la casa de salud del doctor Garnett.

Con todo esto la investigación referente al tesoro que estaba oculto en la vieja casa de Lonemoor fué dejada de lado.

La clave les había sido robada; pero si, como parecía indudable la enterrada fortuna estaba entre las paredes de la casa de Lonemoor, no cabía duda de que nadie había intentado desenterrarla, pues en caso de haber sido así, Martín se hubiese enterado.

Martín se había quedado en la tétrica casa, acompañado por un perro de guardia como Peter y un par de hombres de confianza a los que George había empleado para mayor protección contra los designios de sus enemigos.

Jack pensó en la situación y la encontró satisfactoria.

—Aun cuando ellos poseen el rubí que está en el cráneo del bandolero, no creo que les sea de mucha utilidad, — dijo. — Les fué muy fácil robar la clave, pero cuando llegue el momento de apoderarse del tesoro, la cosa se vá a presentar de modo muy distinto: se necesitarían hombres mucho más listos que ellos para lograr ausentarse con el tesoro, y la menor tentativa que hagan nos pondrá a nosotros sobre la pista y nos llevará como de la mano al sitio donde esté el escondrijo, — agregó. — Créame, señor George, por ahora estamos en buen terreno y podemos considerar seguro nuestro triunfo!

En Lonemoor, el telegrama de la señorita Glayde, la enfermera-jefe de la casa de salud del doctor Garnett, a Hubert Mansell no fué entregado en la aldea, por haber sido expedido muy tarde, hasta la mañana siguiente.

Hubert se hallaba alojado en una hostería, en una aldea vecina. El contenido del despacho fué para él como un golpe de maza. Decía así:

"La señora de Heriot fué descubierta aquí, George Heriot se la llevó consigo. Garnett falleció repentinamente. Intervino la policía. Yo no he dicho absolutamente ni una sola palabra. Sigue carta. — Glayde".

Era un mensaje discreto que no decía nada que no se supiera ya, pero enteró al hombre a quien iba dirigido de que se había producido lo peor que podía esperar.

La mujer a quien él había dejado prisionera en la casa de salud, — la misma a quien se proponía en su tenebrosa mente de criminal, hacer desaparecer para siempre, — había sido hallada y rescatada por los amigos de ella para que se presentara como obstáculo entre él y el dinero dejado por John Heriot.

La única frase consoladora del mensaje era la que decía: "No he dicho absolutamente ni una sola palabra". Esto quería decir que la participación de Hubert Mansell en el complot no era conocida y que no tenía nada que temer por ese lado. Pero el rescate de Gertrude Heriot significaba para él la más completa ruina.

Mientras se la había creído muerta él había sido el heredero legal de la mitad de la fortuna de su difunto tío.

Pero con la aparición de la esposa de John Heriot, todo cambiaba. Sus derechos como sobrino del extinto no existían ya. La ley le obligaría hasta a devolver el dinero que había recibido de las rentas de las propiedades de John Heriot.

Esto era la ruina financiera de Hubert Mansell. Esto era lo que le había proporcionado su plan criminal.

Hubert Mansell miró, pálido y tembloroso, aquel telegrama que le anunciaba el terrible golpe que le aplicaba la fatalidad.

LA JUGADA DE PURVIS

El día que Hubert Mansell recibió esa noticia estuvo a visitarle una persona cuya presencia fué para él tan molesta como inesperada.

Hubert había salido de la hostería de la aldea donde estaba alojado hablando con el médico de la localidad que había ido a asistir a Bate, — Bate se encontraba en cama a consecuencia de una caída, entre las ruinas del castillo, sufrida hacía dos noches y a consecuencia de la cual estuvo desmayado varias horas, — cuando el ruído del andar de una motocicleta que venía por la carretera, a su espalda, le hizo volver la cabeza.

Hubert Mansell frunció el ceño en cuanto se percató de quien era la persona que montaba la motocicleta.

Era Purvis, quien desde su evasión del hospital donde estaba en calidad de enfermo y de preso, le había hecho víctima de muchos pedidos de dinero, sometiendo a Hubert a un constante chantage. La presencia de aquel hombre no podía anunciar nada bueno.

Purvis detuvo su máquina, se apeó y se acercó a Hubert sonriendo intencionadamente. El médico se había alejado ya.

—¡Hermosa motocicleta, la que he comprado! ¿Eh? Como la adquirí con dinero de usted he querido venir en ella a hacerle una visita, — dijo con toda tranquilidad. — ¿Pero no será usted tan hospitalario que me invite a pasar adelante? — agregó no sin notar lo mucho que su presencia enfurecía al otro hombre.

Hubert Mansell, mientras lo guiaba a la sala de la hostería iba maldiciendo de sí mismo por no haber ocultado a aquel hombre su presente paradero.

—¿Por qué ha venido usted? — preguntó bruscamente mirando cara a cara a Purvis, después de cerrar la puerta de la sala.

El otro le miró riendo.

—Supongo que usted no pensará que ha sido para tener el gusto de conversar con usted sobre el estado del tiempo y las perspectivas de las cosechas para lo que he venido a esta olvidada región del mundo, — dijo Purvis con aplomo.

—Si ha venido usted con el propósito de sacarme dinero puedo manifestarle que ha perdido el tiempo y el viaje, — dijo Hubert — No tengo nada que darle. Es necesario que usted lo comprenda así. ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

Hubert Mansell tenía miedo de aquel hombre; le temía mas de cuanto había temido a otro chantagista cualquiera, incluso Rufus Trant; pero las noticias recibidas por el telegrama de momentos antes lo tenían nervioso.

—¡Piénselo usted, señor Mansell! No conviene apresurarse a tomar determinaciones sin haberlas pensado.

Purvis se expresaba con tranquila volubilidad, pero en su mirada se echaba de ver que estaba resuelto a todo.

Aquel era algo más que un vulgar chantagista y era algo más que un pedido de dinero lo que el otro podía temer de su parte.

Pensaba Purvis sacarle a Hubert Mansell todo el dinero posible, pero también tenía el propósito de vengarse de él, que había querido matarle. ¡Después de arruinar a Mansell, Purvis se proponía denunciarle como secuestrador de niños!

No había olvidado Purvis que Hubert Mansell, una noche, en la casa de Lanceford, después de tratar de engañarle mediante amistosas palabras, había intentado quitarle la vida.

¿Creía Mansell que podía pagar esa deuda con dinero únicamente? Purvis se rió al pensarlo. ¡Qué poco le conocía aquel hombre!

—Le digo que no tengo dinero que darle y no es posible sacar aceite de una piedra, — dijo Hubert bajando la cabeza — Quizá se convenza usted de la verdad de lo que digo cuando sepa que no heredo ya nada de la fortuna de John Heriot. Su esposa, a quien se creía muerta hace ocho años, ha aparecido. Lea eso. Lo recibí hace poco.

Con un gesto de impaciencia, dió a Purvis el telegrama de la señorita Glayde.

Purvis lo leyó y se rió con inconfundible satisfacción.

—¡Sí, sí! — dijo. — Parece que le han deshecho a usted la combinación.

La risa de Purvis exasperó aun más a Hubert.

—Y a usted le deshace la combinación en lo que se refiere a sacarme más dinero. ¿Comprende ahora la situación en que estoy? — dijo Hubert desesperado, tan desesperado que se atrevía a desafiar a aquel hombre — Debe usted decidirse a darse por conforme con lo que hasta ahora ha recibido. ¡Bastante le he dado!

Purvis se encogió de hombros.

—Bueno; si ese es el caso y usted no puede darme más dinero en efectivo, por lo menos puede obsequiarme con un cigarro de los de esa caja, — dijo.

Esta manifestación de complacencia de parte del chantagista fué tan inesperada que Hubert le miró con sorpresa. Otro que hubiera sido más hábil en la ciencia de apreciar a las personas, lo hubiera considerado como un síntoma alarmante y peligroso.

Purvis cambió, pues, bruscamente, de conversación y Hubert Mansell se sintió más tranquilo y contento. No había esperado que el chantagista se amoldara a las circunstancias con tanta facilidad.

—Dígame ¿hay alguna oficina de telégrafo cerca de aquí? — preguntó Purvis de improviso — ¿Quiere usted tener la bondad

de acompañarme? Tengo que hacer un telegrama urgente. Podemos conversar en el camino.

La soltura y tranquilidad de Purvis sorprendieron a Hubert. El hombre fué a la oficina de correos y telégrafos de la aldea, escribió un telegrama y lo puso en el mostrador.

La joven empleada había comenzado a trasmitir el despacho antes de que Purvis hubiere salido de la oficina.

Caminó éste algunas yardas al lado de Hubert; de pronto se detuvo como si hubiera recordado algo de improviso.

—¡Qué diablos! ¡Tengo que volver en seguida al telégrafo!

Al decir esto Purvis sonrela de la manera más enigmática del mundo.

Del modo más amistoso que se pueda imaginar, Purvis tomó del brazo a Hubert, acto que a éste no le fué muy agradable, pero contra el cual no protestó para no ofender al hombre.

Hubert hubiera querido quedarse fuera de la oficina postal, pero Purvis insistió en que entrara.

—¿Ha transmitido ya el despacho que dejé hace un momento, señorita? — preguntó a la joven que ocupaba su sitio tras del mostrador

—Sí, señor, acabo de terminar de trasmitirlo

—Lo escribí con demasiada prisa y desearía que me dejara ver el original; temo haberme equivocado, — dijo Purvis

Lo joven se mostró sorprendida ante el pedido. Pero después de un momento de vacilación puso sobre el mostrador la fórmula escrita por Purvis.

Sonriendo de la manera más amistosa, Purvis dió al papel a Hubert Mansell.

—Este es el telegrama que acabo de enviar, según puede usted verlo, al señor George Heriot.

Y esto fué lo que leyeron los atónitos ojos de Hubert:

"Si está usted interesado en poner en claro el misterio del rapto y secuestro del hijo de John Heriot y que es Dick, el que se hallaba con Rufus Trant, puede usted contar incondicionalmente con mi ayuda. — Purvis".

Hubert Mansell se sobresaltó como si le hubieran hecho un disparo a quemarropa. Miró la hoja de papel y luego la sonriente cara de Purvis, en cuyos ojos se notaba una punzante intención irónica.

Por el momento la mayor consternación pareció dominarle: el golpe recibido le había dejado aturdido por completo.

Purvis le miró con imperturbable sonrisa.

—Espero que George Heriot recibirá ese despacho dentro de una hora. Ya está en camino. ¡Qué suerte para el chico Dick! — dijo con toda naturalidad — Me alegro que de los dos muchachos sea Dick. Jack me ha parecido siempre demasiado atrevido, revoltoso y aventurero. ¡Para demostrar que Dick es el niño raptado tendré, como es lógico, que contar todo cuanto sé sobre el rapto!.

Hubert Mansell salió de la oficina de correos tambaleándose como un ebrio.

¿CUAL ES EL HEREDERO?

Una vez fuera de la oficina de correos, Hubert volvióse a mirar a Purvis. Mansell estaba pálido y le temblaban los labios. Había recibido el segundo terrible golpe del día y se sentía completamente anonadado.

Comprendía en aquel momento lo mucho que la aparente complacencia del otro había significado.

—¡Así que después de haberme sacado el dinero ha terminado por traicionarme! — dijo con voz que el terror enronquecía.

—Me ha parecido que había llegado el momento de apretar un poco el torniquete, — dijo Purvis encogiéndose de hombros.— Usted se figuró que podía librarse de mi y yo pensé que era conveniente hacerle sentir un latigazo. ¿Ha olvidado usted Hubert Mansell, cómo hizo cuanto pudo para asesinarme aquella noche, en Lanceford? Yo no lo he olvidado. ¡Y usted tiene que pagar, así que pague, señor mío!

Purvis no sonreía ya. Su voz sonaba con vibrante enojo.

—George Heriot sabe o lo sabrá tan pronto como reciba el telegrama, quién es el perdido heredero, — prosiguió. — Pero no podrá probar nada sin mi ayuda y no sabe ni siquiera donde encontrarme. Sin duda estará dispuesto a pagar lo que yo le pida si me presento a él ¡y las pruebas que puedo darle lo envolverán a usted por entero, en el caso de rapto! Ahora bien ¿va usted a pagar o me presento con la cuenta al otro bando?

Huberte Mansell se convenció de que estaba irremisiblemente vencido.

Habíase librado de un chantagista únicamente para caer en las garras de otro que le estrujaba sin piedad.

Podía leer la implacable malicia de Purvis en los ojos del hombre. Ya era bastante grave lo que había telegrafiado a George Heriot. Otro paso mas que diera Purvis podía serle fatal. A menos que pudiera asegurarse el silencio de este chantagista de un modo u otro, Purvis lo vendería, arruinándole.

La denuncia de Purvis significaba el presidio para Huber Mansell. Nada podía salvarle una vez que aquel hombre hubiese hecho su denuncia.

—¡Yo buscaré el dinero de algun modo! — dijo desesperado, sin saber qué decir.

—Bien pensado, — dijo Purvis.

—En pago de su silencio tendrá usted una tercera parte en el tesoro de Lonemoor, — agregó

—¡Tesoro! ¿Que es eso?

Purvis expresó súbito interés y Hubert comenzó a explicarle rápidamente todo lo relacionado con el oculto tesoro.

—¿Y dice usted que tiene la clave?

—Usted la verá. Está ahora en nuestro poder. Sólo espero que Bate recobre la salud para ir a sacar el tesoro de donde está.

Y allí, en el cuarto de la hostería, de un cajón cerrado con llave, Hubert Mansell sacó la clave del tesoro que dos noches antes Bate la había robado a Jack.

Puso en la mesa, frente a Purvis, que lo miró con asombro, el cráneo del bandolero con el ojo postizo que parecía un trozo de yeso ocupando una de las órbitas como un ojo sin vida.

Casi en el mismo momento, en la casa de Desmond en Lanceford, George Heriot estaba leyendo el telegrama que le había dirigido Purvis.

Jack, que estaba en la habitación, observó el gesto de inquietud que hizo George al leer el mensaje.

—¿Pasa algo malo, señor? — preguntó el muchacho lleno de una ansiedad que se acrecentó al no recibir respuesta de su amigo.

George estrujó el telegrama en la mano.

Preguntábase a sí mismo cómo iba a comunicar al muchacho aquella noticia que mataría de un solo e instantáneo golpe todas las esperanzas, toda su felicidad... ¿Cómo iba a poder asestar a Jack tan amargo y aplastante golpe como el que aquella revelación constituía y que, de ser verdad lo afirmado por Purvis, era ineludible hacerle sufrir?

Resultaba pues, que era Dick y no Jack el perdido heredero de John Heriot. ¡Y George tendría que dar al muchacho aquella noticia que le arrebataría a Jack no solo la fortuna de John Heriot sino también el cariño de una madre!

EL RUBI

Purvis tomó de la mesa el cráneo con su extraña bolita calcárea metida en la órbita de uno de los ojos.

Había escuchado con atención lo que Hubert Mansell le contó sobre el tesoro perdido hacía tantos años y oculto en algún sitio de la vieja casa de Lonemoor, sobre el secreto del escondrijo robado por el bandolero de caminos que se había jactado de que, tenía consigo la clave y que nadie se la arrancaría ni vivo ni muerto.

Pero no pareció muy convenido ni aun cuando Hubert presentó aquel horrible despojo, — el cráneo del bandolero, — al que daba tanta importancia.

—El relato es interesante sin duda,— dijo Purvis, — pero huele mucho a novela y a leyenda. Me hubiese gustado, si he de ser verdaderamente franco, algo más convicente que todo eso.

—¡Si le digo a usted que el tesoro está oculto en la vieja casa! ¿No están acaso mi primo George Heriot y sus compinches haciendo todo lo posible por encontrarle? Y tenga usted en cuenta que fueron ellos los que encontraron la clave. Sólo cuando ellos la hallaron pudimos nosotros quitársela, asegurándonos el éxito mediante una jugada hábil y atrevida.

Hubert se expresaba con impaciencia. Sentíase cansado y abrumado. En los momentos actuales, más que en los anteriores, sus planes se desmoronaban en medio del más completo fracaso. Después de todo lo que había hecho para que pasara a su poder la cuantiosa fortuna de John Heriot se había presentado la esposa, — a la que todos creían muerta, — y que era la legítima heredera. Había logrado internar en un sanatorio, como demente, a la mujer, pero sus amigos la habían rescatado... Y sobre todo ello, como aun quedaba la amenaza de Purvis, que delatándole podía llevarle a presidio por el rapto del hijo de John Heriot, se había visto obligado a ofrecerle a aquel pillo una parte en el tesoro que era su última esperanza.

Pensaba Hubert Mansell qué opinaría Bate cuando se enterara de que había un socio más para la división del tesoro. Bate había sido el primero en enterarse de la existencia de ese tesoro, Bate se había apoderado del cráneo del bandolero que contenía la clave. ¿Se conformaría con una tercera parte en lugar de la mitad?

Pero Purvis le tenía en su poder. Hubert Mansell tenía que satisfacer de algún modo las exigencias del chantagista.

Purvis examinaba con atención el cráneo del bandolero.

—¿Dónde está la clave a que usted se ha referido? — dijo de improviso.

Durante unos momentos, Hubert no contestó. Casi había temido que aquel hombre le hiciera esa pregunta.

—¿Qué? ¿No tiene usted confianza en mí? — insistió Purvis. — ¿O es que ha tratado de hacerme tragar una mentira con toda esa historia del tesoro y de la clave para encontrarlo?

Y miró con desconfianza al otro hombre.

—Es necesario esperar a que Bate pueda informarnos, — dijo Hubert Mansell sintiendo tener que hacer semejante declaración. — Se que la clave está en el cráneo, estoy seguro de que ahí está, pero no sé en qué parte se halla. Eso lo sabe únicamente Bate.

Purvis lanzó una sonora carcajada. Y su risa no pudo ser ni más irónica ni más desconfiada.

—¡No sea usted tonto! — exclamó Hubert Mansell. — ¿Qué puedo ganar yo engañándole? Sabíamos que la clave sería hallada en el cráneo. Bate penetró, de noche, en la casa de Lonemoor y lo robó. Por fin apareció... ¡Portador del cráneo del bandolero! — exclamó con gran excitación. — ¡Yo le esperaba entre las ruinas del castillo y al darme cuenta del éxito de su nocturna excursión, tuve una grande alegría: el tesoro era nuestro!

—¿De veras? — preguntó Purvis con ironía.

—Sí, — prosiguió Hubert Mansell. —Bate se acercó a mí y me dijo: "¡Hemos triunfado. Ya sé donde está la clave. Ví a Jack al muchacho, que la buscaba y la hallaba sin

percatarse de que yo, agazapado en la sombra, le observaba. Está aquí: en el cráneo!"

—Bien. ¿Y no le dijo dónde, en qué sitio se encontraba? — preguntó Purvis.

—Ahora verá. Bate fué víctima de un accidente. Casi en el mismo momento en que terminaba de pronunciar las palabras que yo he repetido, y como caminábamos a oscuras por las traidoras ruinas, tropezó, cayó y se dió un fuerte golpe en la cabeza. El médico dice que se trata de una leve conmoción cerebral. Ahora se encuentra acostado en su cuarto, en el piso de arriba. Desde que se cayó no ha vuelto a recobrar la plena lucidez de los sentidos.

—Ya comprendo, — dijo Purvis. — ¿Y usted no tiene idea de dónde puede encontrarse la clave?

Pero Hubert Mansell hallábase tan a oscuras como el mismo Purvis. Si había oído el relato de lo relacionado con el rubí no habría acertado a ligarlo con lo de la clave perdida y seguramente no se imaginaba que pudiera estar oculto dentro de la bolita que parecía de yeso que había constituído el ojo postizo del bandolero y que aun estaba en la órbita del cráneo.

—No tengo ni la menor idea,— dijo Hubert Mansell por fin. — He examinado el cráneo sin resultado positivo hasta el presente. De lo único de que estoy seguro es de que la clave está aquí y de que Bate sabe dónde está. Si usted hubiese presenciado la alegría de Bate cuando regresó al sitio donde yo le esperaba en las ruinas del castillo, pensaría lo mismo que pienso yo.

—¡Ese Bate ha sido un imbécil! ¡Bien podía haber dejado el accidente para después de haberle enterado a usted de todo! — dijo Purvis con extraño acento.

A todo esto había sacado de su alvéolo el trozo calcáreo, mirándolo con indiferencia y dedicándose a observar detenidamente el cráneo en sí mismo. Pero nada sacó de su examen. Entonces, volviendo a tomar el semi ovalado trozo grisáceo, algo le llamó la atención.

En el objeto que tenía en la mano, en un sitio donde la superficie calcárea parecía rota, Purvis había sorprendido repentinamente, a la luz de la lámpara, un extraño destello rojo, procedente de una superficie brillante no mayor que la punta de un alfiler.

—¡Hola! ¿Qué es esto?

No suponía Purvis que se acercaba a la clave, pero le parecía extraña la presencia de una superficie de reluciente rojo dentro de aquel trozo de yeso o de lo que fuera.

Estaba Purvis por comunicar a Hubert Mansell su descubrimiento cuando distrajo su atención un fuerte golpe que se oyó en la habitación situada encima de aquella en que ellos se encontraban.

—¿Qué ha sido eso? — preguntó Purvis dirigiéndose a Hubert.

—Bate que ha vuelto a rodar de la cama, seguramente, — dijo el interrogado con indiferencia. — Ha pasado todo el día muy intranquilo, delirando. Tengo que subir a ponerle de nuevo en la cama. Venga usted y me ayudará.

Subieron al otro piso y encontraron al enfermo tendido en el suelo. Se hallaba desmayado, sin duda. Tenía los ojos abiertos pero vidriosos y sin vida. Gruñía y gemía sin cesar.

Entre los dos le volvieron al lecho. Purvis miró entonces al rostro del que gemía en su inconsciencia.

—Parece que está bastante mal, — dijo frunciendo el ceño. — ¿Y si cuando recobra los sentidos resulta que no se acuerda de dónde está la presunta clave?

—¡Oh! ¡No creo que haya peligro de semejante cosa! El médico dice que el caso no es grave, pero que necesita unos días para curarse. Y si no se cura... — agregó encogiéndose de hombros, — si la clave está oculta en el cráneo, como no dudo que está, creo que tarde o temprano la encontraremos aun cuando tengamos que hacer añicos el cráneo para dar con ella.

Los labios del que estaba tendido en la cama se movían. Balbuceaban algo constantemente, con suficiente claridad para que se entendiera.

Purvis escuchó lo que Bate decía en el delirio de la fiebre. Las palabras, muy débiles, se oían con bastante claridad, sin embargo.

—¡Qué sitio para esconder el rubí! ¡Ahora no me extraña que se hallara en sitio seguro! ¡Ahora sí que comprendo cómo el pícaro bandolero pudo engañarlos a todos!

Purvis volvióse rápidamente hacia su compañero.

—¿Qué quiere decir con eso del rubí?— preguntó.

Hubert Mansell se encogió de hombros con impaciencia.

—¡Yo qué sé! ¡No ha hecho más que hablar del dichoso rubí desde que comenzó a hablar en medio de su delirio! ¡Parece que es alguna idea fija! ¡Todo es consecuencia del golpe!

Pero la explicación no satisfizo a Purvis. Las palabras de Bate habían impresionado su mente. Purvis pensaba, meditaba con ahinco, tratando de sacar de aquello alguna consecuencia.

Recordaba el punto brillante del tamaño de la punta de un alfiler que había lucido fulgurante a la luz de la lámpara entre la superficie mate del trozo de yeso, — o de lo que fuera, — que sacara Hubert de la órbita del cráneo.

—Voy a poner esto en claro, — dijo Purvis de improviso. — No me gusta estar en cuartos de enfermos. Los gemidos de ese hombre me atacan los nervios.

Salió de la habitación y regresó a la pieza de abajo. Hubert se quedó porque tenía que administrar a Bate una dosis de la pocion calmante que le había recetado el médico.

—Eso que ha dicho del rubí parece una tontería, — decíase Purvis pensativo, pero emocionado a la vez. — Sin embargo he oído

fantas cosas raras cuando se ha tratado de tesoros escondidos...

Había tomado de la mesa el "ojo" del bandolero y lo examinaba con cuidado y con renovado e intenso interés.

Parecía como si alguien, con la punta de la hoja de un cortaplumas hubiera horadado la superficie de yeso hasta revelar parte de algo que parecía como vidrio color de carmín.

Lo que le sorprendía era que Hubert Mansell no hubiese visto aún el punto rojo y brillante en el trozo de yeso...

Purvis sacó del bolsillo una navaja de fuertes hojas.

Si Jack se había contentado con hacer un agujero en un solo punto a fin de verificar si era exacta su sospecha de que allí dentro estaba oculto el rubí. Purvis trabajó sistemáticamente.

Fué rayando la superficie de yeso haciendo una hendidura en redondo hasta que le pareció haber ahondado lo suficiente. Entonces le dió algunos golpes secos y fuertes con el mango de la navaja, y de pronto, toda la cubierta de cemento se abrió como la cáscara de una nuez.

Y reluciendo, en su mano, cayó un rubí grande y límpido.

En el rubí había algo grabado, algunas palabras o signos tan pequeños que se hubiese necesitado un poderoso cristal de aumento para descifrarlo.

Estremeciéndose de emoción, Purvis se dió cuenta de que las palabras dichas por el hombre que deliraba habían puesto en sus manos la clave del tesoro perdido hacía tanto tiempo.

—¡Dios mío! — díjose mirando al rubí qu relucía a la luz de la lámpara. — ¡Y estaba ante las mismas narices de Hubert Mansell sin que él llegara a descubrir el secreto!

En aquel momento oyó que Hubert se encaminaba hacia la puerta del cuarto de arriba. Sin duda habíale dado el remedio a Bate y, dejando al enfermo más calmado, descendía de nuevo.

En un momento, Purvis metió el cráneo del bandolero en el cajón de que antes lo había sacado Mansell.

—He quitado de delante de mi vista ese cráneo, — dijo cuando entró Hubert. — Me era desagradable su vista. Le impresiona a uno como si el espectro del bandolero anduviera rondándole enojado por lo que se manosea su despojo. Lo mejor será tenerlo bien cerrado hasta que se levante Bate y pueda decir en qué consiste la clave.

Purvis había dejado el cajón a medio cerrar. Hubert Mansell miró hacia el mueble, vió el cráneo y cerró el cajón.

—Bien, tengo que retirarme, — dijo Purvis en seguida — No se olvide de que espero que usted me avise cuando se trate de tomar posesión del tesoro. ¿Eh?

Y terminó su frase con una risita burlona.

Por el modo de mirar a Mansell se comprendía que Purvis no había olvidado sus antiguos resentimientos.

Hubert le acompañó hasta la puerta, Purvis montó en su motocicleta en cuanto estuvo en el camino.

Lanzó una carcajada y se volvió hacia el otro.

—¡Hubert Mansell! — dijo — No se olvide de echar otra miradita al cráneo del bandolero cuando entre. ¡Adios!

Y, sin dejar de reir, se alejó velozmente en su motocicleta.

Intrigado por las palabras de Purvis, Hubert fué directamente a abrir el cajón y a sacar de él el cráneo.

Lo primero que notó fué que el trozo de yeso grisceo no estaba ya en su alvéolo.

Pero había algo en cambio: un pedazo de papel doblado.

Cada vez más intrigado, Hubert desdobló el papel. En él leyó las siguientes palabras escritas con lapiz:

"Debía haber usted mirado dentro del ojo en busca de la clave del tesoro. El primero que llega es el que primero se sirve a su gusto".

Atónito, Hubert miró aquel mensaje ¡Purvis había hallado la clave! ¡La había hallado y la había robado!

Por eso era por lo que el chantagista se había puesto tan amable. Había sacado el secreto y se disponía o a buscar el tesoro por su cuenta o a vender la clave a los otros.

Algunas palabras que antes había oído a Purvis se presentaron entonces a la mente de Hubert Mansell.

"Se ha olvidado usted de cuando quiso darme muerte a traición? Pues bien: ¡Yo no lo he olvidado!"

¡Aquella era, pues, la venganza de Purvis!

(Continuará)

PUCKY
MAGAZINE
APARECE TODOS LOS VIERNES
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires
PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

DIA DE FIESTA

—Yo me voy con los chicos hasta el camino... para ver los accidentes de autos.

INTERROGATORIO

—Se han encontrado el torso y las extremidades de la víctima. ¿Qué hizo de lo demás?

—No recuerdo. He perdido la cabeza...

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

TOM DIC

el detective más astuto del mundo

CON GRAN ALEGRIA CONOCIERON PIPERMIT Y SU AMIGO PIC-PON, AL FAMOSO DETECTIVE TOM DIC, QUIEN DISFRAZADO DE MALEVO, IBA SIGUIENDO LA PISTA DEL CELEBRE BANDIDO KISMAN, AL QUE CONSIGUIO DETENER, GRACIAS A LA OPURTUNA AYUDA DE LOS DOS MUCHACHOS

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

LA BANDA DE LOS DIAMANTES

Por Edmund Snell

Extraordinaria novela de misterio y emoción.

20 cts.

No. 412 - AÑO XI

Agosto 21 de 1931

Buenos Aires

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

La amiga. — Yo no aguantaría una mucama tan insolente como la tuya.
La señora de casa. — Realmente es insoportable, pero su pelo rojo hace juego con el decorado de este cuarto, y por eso la aguanto.

—Parece ser que es su última obra maestra.
—¿La última?... ¡Vaya!... ¡Menos mal!

—Acaban de regalarme un par de loros.
—¿Y no tienes miedo a la psitacosis?
—¡Ca! Ya he tenido uno hace tiempo, y como psi-ta cosis.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 412. -- AGOSTO 21 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

La Banda de los Diamantes

Por Edmund Snell

HOMBRE AL AGUA

ERA una media noche de Mayo.

El Oramic, vapor de 20.000 toneladas, en viaje de Nueva York a Liverpool, cortaba con su proa las verdes aguas del Atlántico; las perturbaciones indicadas en la cabina del puente eran consideradas una ligera marejada, sin importancia. Soplaba fuerte viento de proa, haciendo cantar los cordajes superiores y desparramando el humo de las cuatro altas chimeneas.

Aprovechando que era tarde, que casi todos los pasajeros se habían retirado a sus camarotes y estaban durmiendo, un fogonero salió de su departamento, debajo de la cubierta de segunda clase, y empezó a ascender hacia el coronamiento, en busca de aire para sus pulmones.

A primera vista no ofrecía ningún interés; era sólo un fogonero, tan indistinguible de los demás fogoneros como un negro en una multitud de negros, un hombre cubierto de suciedad y aceite, vestido con pantalones mugrientos y camiseta; con un círculo blanco alrededor de cada ojo y luego, desde sus tusados cabellos hasta los botines, tan penetrado por el tizne del infierno donde trabajaba que parecía no podría quitárselo nunca, por más que se bañara.

Tenía alrededor del cuello el inevitable pedazo de trapo. Había aprendido a masticarlo, como los otros fogoneros para conservar el flujo de la saliva. Una segunda mirada a aquel hombre, hubiera revelado, sin embargo, que se diferenciaba de los demás. Tendría quizá veinticinco años, facciones firmes y regulares, una hilera de dientes blancos, cuello y hombros poderosos. Brevemente podía describírsele como "Jim Mulliner, de fuerte musculatura, cinco pies y 10 pulgadas de alto". Añadiendo mentalmente que era hombre al que no convenía buscar camorra. Jim Mullimer hizo una profunda inspiración.

Llegó a sus oídos ruido de pasos en cubierta. Apartóse rápidamente de la barandilla y se refugió en el retazo de sombra proyectado por un mamparo, recostándose allí y esperando que el desconocido, fuera quien fuese, pasara de largo. Los pasos se aproximaron. Aguzando los oídos descubrió Mullimer que eran dos personas. Oía el taconear de unos zapatos de mujer y el paso más largo y firme de un hombre. Enamorados, pensó Jim, deslizándose hasta la abertura donde empezaba la escalera. Un pequeño grito ahogado detuvo sus pasos. Sentóse en el primer escalón y estiró el cuello para poder mirar hacia afuera. Una joven

esbelta, con largo traje de fiesta y abrigo se había detenido junto a la barandilla. Dominándola con su alta estatura, vió a su lado a un hombre barbudo, vestido de etiqueta.

—¡Muy bien! — dijo el hombre con voz gruñona. — ¿De modo que se vuelve usted contra nosotros?

La joven empezó a hablar, rápida, excitadamente.

cho. Neretti se convenció pronto de ello ¿no es así? — la voz baja se convirtió en un gruñido de enojo — ¿Se convenció o no?

—Sí — contestó ella con voz cansada. — Creo que sí.

Jim Mullimer estirándose un poco sobre el marco de madera, apretó los dientes. La joven tenía una mano apoyada en la barandilla y la proximidad de la navaja la había

—Lo he pensado bien, Karl, y no puedo hacerlo. Cuando lleguemos a Inglaterra, quiero que me devuelva mi libertad. Le juro que no diré palabra a alma viviente. Aunque me interrogaran, nada diría. Usted no comprende... Estoy asqueada de todo esto. Desde que usted lo... hizo eliminar a Jorge Neretti, no puedo resistir más. Quiero trabajar honradamente y olvidar.

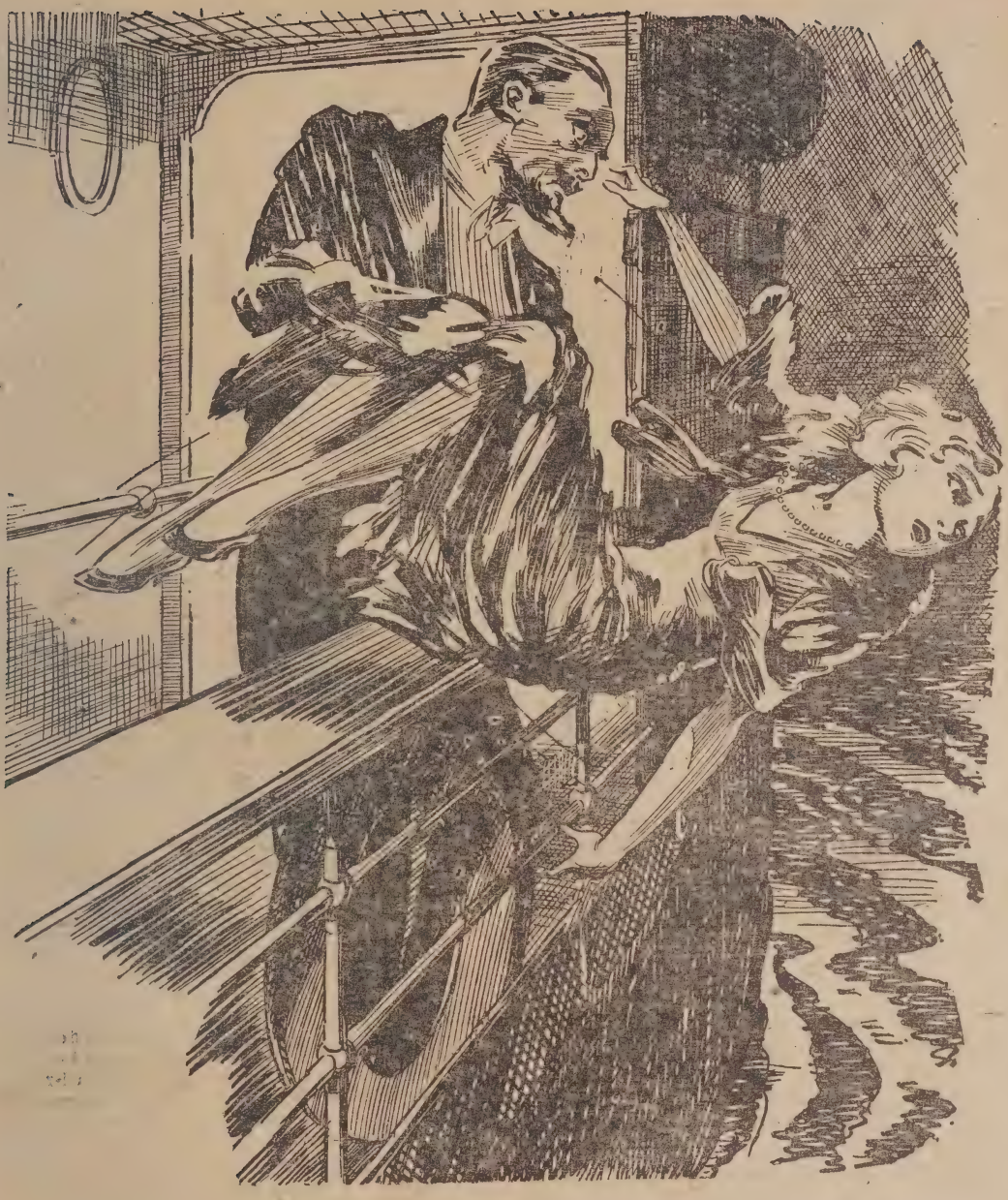
El la agarró por la muñeca y la atrajo, temblorosa, a sí. Poniéndose lentamente de rodillas, Jim Mulliner vió brillar la hoja de una navaja en la gran mano del hombre, vió que amenazaba con ella la blanca garganta de la joven.

—¿Conque quiere dejarnos, eh? ¿Cree que ahora que la hemos mantenido, vestido y enseñado la vamos a dejar en libertad para que nos delate? ¡Herr Gott que tiene usted ideas originales! ¿Qué no hablará? ¿Y dónde se ha visto una mujer que no charle? No hay ninguna. Le digo que cuando alguien se une a Karl Inheim está comprometido para toda la vida. Y si me traiciona, no vivirá mu-

hecho inclinrse hacia atrás, bajando la barba, como para proteger su garganta. Por lo menos en silueta, era atrayente. Mullimer había visto ya en ella rasgos que le gustaban, una nariz respingada, barba de linda forma, brazo bellamente torneado que asomaba del abrigo. Por el contrario Herr Karl Imheim le inspiraba una antipatía violenta.

Imheim volvía a hablar. Sus grandes dedos habían cerrado la navaja. La tenía, ahora cerrada en una mano, pegando de cuando en cuando con ella sobre la barandilla de metal para reforzar sus palabras.

—El empleado de Schweder está a bordo. Lleva a Hatton Garden mercancía por valor de cien mil dólares. Se llama Hartmann. Usted lo conoce. Se lo he mostrado. Durante el viaje, los diamantes estarán en poder del sobrecargo. Hace cinco años yo hubiera violentado la caja. Pero la pandilla de Moody, en el Laurania, puso fin a todo eso. Además, un vapor no es sitio apropósito para la fuga. Usted tiene que seducirlo a este tipo y narcotizarlo, Molly. — Imheim sacó un cigarro



Karl Imheim algó inesperadamente a la joven en sus brazos y la tiró al mar. Mulliner lanzó un grito de horror.

de su chaleco, le mordió el extremo y escupió en el agua. Encendiólo y fumó algunos segundos en silencio. — Viajará usted con él en el Pullman a Londres — prosiguió. — Cuando suba al taxi, usted lo acompañará...

—¿Y suponiendo que no me invitara?

La joven había recobrado algo de su serenidad. Se había alejado de Imheim y estaba recostada en la barandilla, con las manos bien separadas.

Imheim lanzó una risa corta.

—La debilidad de Leo Hartmann son las mujeres — aseguró. — Una joven lista como usted lo hará bailar alrededor de su dedo meñique. Leo se sentirá mal en el taxi, Molly. El cigarrillo que usted le habrá dado lo descompondrá. No bien lo vea dormido, agarrará usted el tubo acústico y cambiará la dirección dada por la de nuestra pequeña guarida de Soho. El resto corre por nuestra cuenta — apoyó su manaza en el hombro de la muchacha. — Eso es todo lo que deseaba decirle. Nadie le pide más que representar el papel de una perfecta damita. Se que puede

usted hacerlo todo divinamente. Por eso la traje — volvió la espalda al invisible Mulliner, miró a la cubierta, a derecha e izquierda, alzó la vista hacia las estrellas y se rió. — Usted es una gran artista, Molly — añadió. — Sólo que, como todas las buenas artistas, necesita un enérgico director. Tiene demasiado temperamento.

—Hace un momento dije lo que pensaba — aseguró ella con firmeza. — Estoy harta y no seguiré.

El hombre grandote se irguió.

—¿Me dice usted eso a mí? — preguntó levantando involuntariamente la voz.

—Lo he pensando largamente — prosiguió Molly — y resuelto terminar con todos ustedes, — cruzó los brazos y miró al hombre serenamente. — No creo que usted me asesine, Karl, en este vapor. Como dijo hace poco, la fuga no es fácil. Y además, como regla general, usted no mata, ¿verdad, Karl? Paga a otros para que hagan su cobarde trabajo, seis quizá, con pistolas cargadas, como ocurrió en el caso de Jorge Neretti — la voz de la joven se alzó con amarga ironía — Sin embargo, es capaz de matar a una mujer. Está más en su estilo.

Mulliner vió el gran cuerpo del hombre estremecerse, el barbudo rostro levantarse con súbito respingo. Un instante después las manazas se extendieron, cerrándose sobre la esbelta figura que se burlaba de él. Su abrazo era como el de un oso gris, torpe, pero irresistible. Por unos segundos mantuvo a la muchacha apretada, inmóvil e impotente como una momia. Luego su gran cabeza señaló hacia las verdes y espumosas aguas.

—A veces — murmuró — la gente camina dormida y... se cae por la borda — miró hacia atrás y hacia arriba como para asegurarse que no lo veían desde el puente. — A veces su ausencia no se advierte hasta por la mañana y entonces... es demasiado tarde para intentar algo. — Una de las manos se bajó y con poderoso esfuerzo de sus brazos alzó a la mujer.

Mulliner salió de su escondite una fracción de segundo demasiado tarde. En el sitio donde había estado la joven no había más que un vacío. Imheim se bajaba las mangas de su jacket. Al oir los pasos de Mulliner se dió vuelta, con los ojos muy abiertos, los brazos prontos para la defensa. Una rápida derecha dirigida baja, lo tomó desprevenido; siguió una izquierda, pegándole con la fuerza de un martillo en la barbuda mandíbula y tirándolo contra el suelo. Levantando la vista, sorprendido y maravillado, oyó el grito: "¡Hombre al agua!" vió una forma vaga trepar sobre la barandilla y tirarse Poniéndose de pie, vacilante, dirigióse a la escalera de cámara donde había estado escondido Mulliner y bajó a tropezones.

Mulliner se había zambullido. Las impresiones de la larga caída desaparecieron de su cerebro al contacto del agua fría y picada. Parecióle que descendía millas y millas, que tenía millas de agua, negro y agitada, encima suyo. Poco después encontróse en la superficie. Sacudido como una botella abandonada a las olas, distinguió las estrellas, las nubes movidas por el viento, el gran casco del Oramic, como un juguete luminoso a la distancia. Se dijo a sí mismo que era un idiota al exponerse a una pulmonía por una aventurera, que un compañero ladrón había tirado por la borda durante una disputa. Doblemente idiota porque en aquella masa inmensa de agua agitada, no tenía la más remota probabilidad de hallar lo que buscaba.

Recordó haberle pegado a Imheim, la mirada de sorpresa del gigante al caer, escupió agua salada y ríose como un demente. Parecíale que ascendía, nadando, una montaña y luego caía al abismo, entre dos olas. En uno de aquellos surcos, una masa obscura, indefinida, que supuso era el abrigo de Molly, pasó junto a él, rozándolo como un fantasma viscoso y desapareció. La próxima ola lo sumergió a Mulliner. Volvió a la superficie sacudiendo el agua de su cabeza y oídos, un poco más tranquilo ahora que había visto algo que pertenecía decididamente a la joven. La luna, surgiendo de entre una masa de nubes, lo ayudó. Momentáneamente en la cresta de una ola, vió otro nadador luchando, a su derecha. Sacudido implacablemente, tragando y escupiendo agua, se dirigió hacia allí. Mientras se iba acercando distinguía a la mujer de tiempo en tiempo, comprendió que ella no hacía más que prolongar su fin en la traidora marejada, que estaba casi vencida. Una vez casi la agarró; pero fué separado yardas por una ola y tuvo que volver a pelear de nuevo para acercarse.

—¡Sosténgase! — le gritó, creyendo quizá que ella no lo había visto. Le llegaron algunas palabras incoherentes, ahogadas por el agua del mar. Volvió Mulliner a sumergirse entre la masa verde obscura, dándole gracias al cielo de que fuera sano, tratando de vencer al líquido elemento con su mismo juego. La suerte, combinada con hábiles maniobras, lo llevó a distancia propicia para asir un blanco brazo.

—Trate de no luchar — dijo a la mujer. — La tengo asida. Póngase de espaldas, lo más floja que pueda.

Ella cesó entonces de luchar, subiendo así algunos grados en la estima de Mulliner.

Nadó él de espaldas, sosteniéndola por debajo de los brazos, contento de que una etapa del salvamento hubiera terminado y más que un poco ansioso respecto a la segunda. Parecióle que pasaron horas, horas subiendo y bajando, a merced de las olas. Y de pronto vió al Oramic en donde menos pensaba encontrarlo. Estaba muy cerca. Por primera vez, desde que se había embarcado, ansió la sofocante atmósfera del departamento de fogoneros. En la incertidumbre inmediata respecto a su vida, las cubiertas del vapor eran un sólido refugio, sus hornillas ardientes calor. Calor era lo que más deseaba en el mundo.

—Allí hay alguien — gritó una voz a la distancia.

Mulliner salió de su estupor. Casi se había dormido o desmayado, no lo sabía. Otro ruido llegó a sus oídos: el de los remos. Por allí había un bote. Alguien decía a alguien: "cambiar los remos". Algo, grande y sólido cayó con ellos en el hueco. Una cosa dura le apretó el estómago. Sintió que su progreso era detenido. Una docena de manos parecie-

ron agarrarlo a la vez. Pegó contra la madera, tocó piso sólido, penosa y gradualmente. Le quitaron un peso de los brazos y lo dejaron junto a él. Oyó más voces y nuevamente el ruido de los remos en las chumaceras.

Poco después sentóse, mareado, tosiendo. Encima suyo divisaba el Oramic como un gran castillo flotante. Se bajó una escala y un marinero subió a la joven. Miles de rostros pálidos parecían mirar desde arriba. Una cara alegre apareció junto a la suya.

—¿Se siente bien ahora, compañero? — le preguntó. Muliner se levantó y a tropezones empezó a subir, ayudado desde atrás por alguien. Vió, entre una especie de niebla, gorras con visera, galoneadas. Una voz de hombre — supo después que era la del capitán — murmuró algo como "Una acción meritoria". Después se oyeron vivas.

Mulliner, medio amodorrado, esperó que no le pidieran que pronunciara un discurso. Y en medio de la reflexión perdió el conocimiento.

EN LA ENFERMERIA

Jim Mulliner volvió en si en el lecho limpio de un blanco camarote que le era desconocido. Estaba entre frazadas, rodeado por todas partes por cosas blandas que despedían intenso calor. Aquel calor era puramente local, porque él sentía mucho frío. Le dolía la cabeza y sus dientes castañeteaban. A la vez sentíase terriblemente débil y enfermo, cosa que lo intrigó un tiempo. Poco después el latido de sus sienes cesó y pudo mirar lo que lo rodeaba. Era de día. Desde donde estaba, veía dos ventanillas abiertas de par en par, dejando penetrar la brisa, cuyas cortinillas corridas moviéndose suavemente. "Bahía de Enfermos" (la enfermería) pensó, tratando de recordar lo que le había pasado. Un hombre bajo, con saco blanco, le daba la espalda, parado junto a un armario del que sacaba algo.

—¡Hola! — dijo Mulliner débilmente.

El hombre se sobresaltó y volvió la cabeza.

—¿Ha vuelto en sí? — preguntó. — Tanto mejor — el enfermero dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la cama. Con las manos en las caderas sonrió a Mulliner. — ¿Cómo se siente? — preguntó. — ¿Mal, eh? Bueno, tiene suerte de sentir algo. Según me dijeron los del bote, no podían encontrarlo. Pero hicieron todo lo posible y lo pescaron.

Mulliner frunció el ceño.

—¿Me pescaron? — tartamuedó. — ¿Por qué hicieron eso? Quiero decir ¿dónde estaba yo?

—En el agua, pues. ¡Demonios! ¿No se acuerda?

Mulliner movió negativamente la cabeza. Cerró los ojos y todo lo que vió fué un océano verde, que subía y bajaba. Reflexionó que era curioso, que sería efecto de su enfermedad. Parecíale familiar también; pero no recordaba por qué.

—¿Qué hora es? — preguntó

El enfermero miró su reloj.

—Las once menos diez.

Mulliner recordó algo y se sentó en la cama.

—¡Cielos! — exclamó. — Es mi hora de turno. Ya debía estar llenando esos malditos hornos.

El otro lo obligó prontamente a acostarse.

—Quédese tranquilo, hijo — le recomendó. — No será usted más fogonero en este viaje. Se ha sacado la grande — señaló con el pulgar la mesa, donde había una variedad de cajas de fruta. — Es usted un héroe... Ni más ni menos. Las damas de primera clase le han mandado regalos como para poner una tienda. Querían que el capitán las dejara cuidarlo. Y en el diario de a bordo le dedican a usted una columna.

—¿A mí? — preguntó incrédulamente Mulliner y quiso levantarse otra vez.

La nota zumbona desapareció de la voz del enfermero, que empezó a mostrar su autoridad.

—Oiga, — le dijo — las órdenes del doctor son que permanezca usted tranquilo y no hable. No es que sea usted lo que llamamos "un caso grave" — continuó con tacto sorprendente — pero se empeorará si no hace lo que le dicen. Ya sabe usted la locura que cometió, heroica, es cierto, pero locura al fin.

—¿Pro qué fué?

—¿Qué? — dijo el otro con énfasis. — Pues si tirarse al agua fría, después de estar junto al calor de los hornos, no es locura, ignoro que nombre tiene.

—¿Quién hizo eso? — preguntó con acento fatigado.

—Usted, naturalmente.

—¡Yo! — empezaba a acordarse por partes deshilvanadas. — Es cierto. Me tiré al agua para salvar a una señorita que tenía un lindo abrigo. Un tipo grandote la arrojó por la borda.

El enfermero había vuelto junto al armario y estaba echando algo de una botella en un vaso de extraña forma.

—Confunde usted los hechos — dijo por encima de su hombro. — La joven dama — la señorita Calmer se llama — se levantó dormida, se vistió. No se sabe como, se cayó por la borda, cuando nadie la veía — indicó con la cabeza la pared que estaba detrás del armario. — Está en la otra sala y sigue muy bien. Siempre pregunta por usted.

Mulliner tomó la medicina que el enfermero le daba y se quedó silencioso, pensando. Su cerebro estaba claro ahora. Ponía en orden sus pensamientos. El se llamaba Karl Imheim. Había hecho matar a un tipo con apellido italiano. Neretti o cosa así. Recordó que había amenazado a la joven con una navaja y luego lo pensó mejor. Cuando la tiró por la borda, él lo derribó de dos puñetazos y se lanzó, tras la muchacha, al agua.

Mulliner bostezó y se dio vuelta. Se apoderó de él un sopor y quedóse dormido. Cuando volvió a despertar, había otro enfermero, es decir cuando se despertó completamente como para darse cuenta donde estaba. Había tenido otros breves intervalos despierto en que vio dos o tres personas

inclinadas sobre él, hablando en voz baja. Ahora era de noche y habían atado algo alrededor de la luz.

Sentíase mejor y tenía hambre. Se lo dijo al enfermero y le trajeron un poco de sopa. Un médico, de cara roja y curtida vino a verlo, le preguntó como estaba, le dio a chupar el termómetro, se lo sacó, miróla a la luz y lo sacudió. Felicitó a Mulliner por su fuerte constitución. Mulliner le preguntó si podía levantarse y tanto el médico como el enfermero se echaron a reir.

Llegó la mañana Le trajeron una palangana y una toalla para que se lavara. El enfermero le tomó la temperatura y la anotó en un cuadro, colgado de la pared. Mulliner se fijó que era baja. Su cabeza estaba completamente despejada y ya no le dolían los músculos. Le levantaron las almohadas, le dejaron ponerse un saco y sentarse en la cama.

El enfermero de noche se había retirado ahora y ocupó su lugar el hombre a quien vió primero. El recién venido se quedó parado en mitad de la pieza. como sumido en profundos pensamientos, abrió la puerta, miró hacia afuera, volvió a entrar y se aproximó a la cama con aire de conspirador. Le hizo una solemne guiñada a Mulliner. Luego sacó un sobre de su bolsillo y se lo dio.

—Se la manda la vecina — explicó en voz baja — No diga a nadie que yo se la dí.

Mulliner miró el sobre. Vio "Fogonero J. Mulliner", garabateado con lápiz y se echó a reir. La inscripción recordóle lo absurdo de su posición, el extraordinario resultado de una apuesta con Tex Van Dorlen en el Ritx-Astoria. El joven americano había afirmado que los ingleses eran demasiado orgullosos para quitarse sus fracs. Esperaba que su pequeña hazaña hubiera aparecido en el "New York Times" y que Van Dorlen la hubiese leído. Le iba a costar mil dólares. "Fogonero J. Mulliner". Abrió el sobre y sacó una sola hoja de papel de cartas. Tenía un delicado perfume. "Estimado Sr. Mulliner (leyó).

Es la primera vez que se me permite escribir y quiero darle las gracias con todo mi corazón. Antes de que desembarquemos, espero poder hacerlo personalmente.

Y ahora tengo que pedirle un favor. Sea lo que fuere que haya visto u oído, yo me caí dormida. Haga el favor de recordar esto, hasta que yo tenga una oportunidad de explicarme. Es muy importante para mí.

Su muy agradecida,

Molly Culmer".

Mulliner volvió a leer el billete y lo guardó en el bolsillo de su pijama. Había oído hablar del supuesto espíritu de "lealtad" entre los malhechores. Era la primera vez, sin embargo, que tenía ocasión de comprobarlo. Pensó un rato en ello, contemplando el espacio, dándose vagamente cuenta de que el enfermero arreglaba el camarote ¿De modo qué esa era la idea? ¡Inheim iba a quedar impune! Aquel suceso de media noche, en la cubierta de segunda clase, tenía que ser licenciado. Se encogió de hombros. Hubiera preferido no recibir aquella carta, declarar y hacer prender a Imheim. Pero con el testimonio de la joven en contra suya, comprendía que su declaración sería de poco valor.

Pensó de pronto si Molly iba a volver a la pandilla, si había cambiado de idea y decidido seducir a Hartmann. En todo caso lo prevendría a Hartmann. Podía hacerlo sin mencionar nombres, decirle que tenía motivos para pensar que lo habían seguido, aconsejarle que hiciera solo el viaje a Londres o, mejor todavía, que pidiera por radiograma un aeroplano que lo esperara en Liverpool.

—¿Sabe algo de un pasajero que se llama Imheim? — preguntó al enfermero

El otro sonrió.

—¿Un tipo grande, de barba?

Mulliner asintió con la cabeza.

—¡Oh! está enfermo en su departamento de la cubierta A. Se mareó o algo por el estilo y cayó, pegando en la barba contra un hierro. Y me han dicho que se lastimó bastante — su expresión cambió de pronto — ¿Qué me decía usted ayer de un hombre grandote con barba?

Mulliner sonrió.

—¿Yo? — preguntó inocentemente — No recuerdo. Creo que estaba delirando.

El enfermero se rascó la cabeza.

—¡Oh!... es claro. Deliraba usted. Sólo que me extrañó hablara de un hombre barbudo y que el señor Imheim esté en cama, con la mitad de la barba afeitada y tres puntadas. Me hizo pensar después si no habría algo en lo que usted dijo.

Vinieron visitas a verlo a Mulliner, viejas y fastidiosas damas con frutas y flores. Abordo del Oramic podía comprarse de todo, a buen precio. Se le permitió fumar. El día antes de que llegaran a Nueva York lo trasladaron a cubierta, en una silla de tijera. El secreto había trascendido en parte. Llegaban regalos dirigidos al "Honorable James Mulliner". El enfermero que primero conoció, evidentemente trastornado por la familiaridad con que lo había tratado, insistía en llamarlo "My lord".

Mulliner hizo circular el rumor de que estaba todavía muy débil y necesitaba tranquilidad. El médico de abordo hizo que lo proveyeran de un biombo de lona para protegerlo de admiradoras indiscretas. La generosa suscripción que se había realizado en favor del "Fogonero J. Mulliner" fué enviada, por orden suya, al Asilo de Huérfanos de Marineros.

Mulliner holgaba y leía. Reinaba una ola de calor y la vista de las cubiertas bañadas por el sol y del mar azul eran muy agradables. Como a las tres de la tarde su amigo el enfermero, apareció en la abertura del biombo de lona.

—Una dama desea verlo, "My lord". Es la señorita Culmer — hizo entrar a la visi-

tante al santuario de Mulliner, le trajo una silla y se alejó.

Molly extendió su mano.

—¿Cómo se siente? — preguntó.

—Muy bien, gracias — contestó Mulliner — ¿No se sienta?

A la luz del día pareció muy hermosa a Jim. El mismo perfume de la carta parecía envolverla en una ola sutil. Tenía una melena, rubia y rizada, que poco se parecía a los desgreñados cabellos que él había visto en el mar. Mulliner entendía poco de trapos; pero le pareció que su vestido de chiffon azul era muy elegante. Parecíale que hacía algún tiempo, mucho tiempo, Imheim le había dicho a aquella mujer que podía hacer el papel de la "damita perfecta". No quedaba duda de que Imheim tenía razón.

—Le he traído unos cigarrillos — dijo ella — Espero que la marca será de su agrado. Mulliner la observó a través de sus ojos medio entornados.

—Todo el mundo es muy amable conmigo — dijo — Espero que estos cigarros no contendrán narcóticos, dicho sea de paso.

El poco color que la joven ostentaba en sus mejillas se desvaneció.

—¿Oyó usted entonces?

Mulliner movió la cabeza afirmativamente.

—Mucho más de lo que pensaba — la miró a los ojos — Qué va a hacer, señorita Culmer? ¿Volver atrás o hacer frente a la situación?

—¿Qué me aconseja usted?

El vestía ahora sus propias ropas, un traje decente, color gris y corbata negra. Sacando de su bolsillo una tarjeta de visita, se la dió.

—En cualquier tiempo que se halle usted en la ciudad y necesite ayuda, llámeme por teléfono. Y sepárese de esos malhechores mientras es tiempo.

—Trataré de hacerlo — dijo ella — Sin embargo, es peligroso. Karl Imheim no perdona.

Hubo un largo silencio. Llegaron hasta ellos risas de los pasajeros que jugaban al tennis arriba. De tiempo en tiempo pasaba gente, los miraba y seguía de largo.

—No pertenece usted más a Imheim — dijo poco después Mulliner — El la despidió a usted, literalmente... por la borda, la otra noche.

Ella acercó un dedo a sus labios, dirigiéndole una mirada de advertencia. Una sombra se proyectó en el biombo y vieron a Inheim detenerse junto a la barandilla, un poco más adelante e inclinarse. Se dio vuelta luego, lentamente, y los miró. Mulliner vio, con gran satisfacción, el vendaje de su barba. A menos que fuera imaginación de Mulliner, el odio ardía en los ojos obscuros de Karl Imheim, odio feroz, inextinguible. También él pasó de largo. Molly apoyó su mano en el brazo de Jimmy.

—Tengo miedo — dijo.

El le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Karl también está asustado, mortalmente asustado por lo que sabemos — movióse en la silla — ¿Por qué no lo atacamos? ¿Por qué no decirlo todo y hacer que un grupo de detectives lo detenga a su llegada a Liverpool?

La joven se extremeció.

—Me gustaría hacerlo — admitió — Pero no me atrevo.

—Este es un vapor británico — le recordó él — Imheim será condenado a prisión perpétua o por lo menos a veinte años por su tentativa de asesinato. ¿Por qué no hacerlo?

Ella levantóse repentinamente, tratando de rechazar la gran tentación.

—No puedo — dijo — Parece muy sencillo; pero no lo es. No se trata solamente de Karl. Hay muchos otros. Y yo también estoy con ellos — extendió nuevamente su mano — Adios y que tenga toda la suerte que merece. Le prometo telefonearle si me encuentro en apuro.

Mulliner se levantó.

—Telefonéeme de todos modos — dijo riendo — Podemos ir a comer juntos y alguna diversión. Me alegraré de verla.

Ella le hizo, al alejarse por cubierta, un saludo con la mano y desapareció. Mulliner lanzó un suspiro. Había algo muy patético en el ruído de aquellos tacones que se perdían a la distancia. Rompió el papel y fumó uno de los cigarrillos que ella le había dado para consolarse.

MOLLY CULMER

Karl Imheim nunca perdona. Aquella frase permanecía grabada en el cerebro de Mulliner durante el largo viaje de ferrocarril a Euston. Mientras pasaban por delante de su vista trozos de paisaje familiar, setos y bosquecillos, alegres jardines con las primeras flores, empezó a lamentar no haber hecho un arreglo más definido con Molly. Debía haberle dado una cita, no dejar el próximo encuentro al azar. Abandonó su sitio y caminó por los movibles pasadizos de un extremo a otro. Vio una vez a Imheim, erguido en su asiento, llevando todavía el trozo de tira emplástica rosada y la barba que parecía empezaba a emplumar.

Convencido — hasta donde era posible — de que Molly no se hallaba en el tren, regresó a su lugar. Quizá, pensó, ella le había dado esquinazo a Imheim, después de todo. El hombre se dirigía a la metrópolis; probablemente operaba desde allí, con la pequeña leonera de Soho como cuartel general. Si la joven decidía desaparecer en ciudades populosas como Manchester o Glascow no veía razones para que Imheim o los de su pandilla la encontraran. Y con tal que no se hallara en peligro, lo más probable era que Mulliner no la volviera a ver.

En Liverpool habían hecho un héroe de Mulliner; los repórteres lo acosaron. Había tartamudeado algo incoherente y estúpido,

que fué impreso para trasmitirlo, a la vez que le sacaban fotografías. Hizo el propósito de entrar a un cine para ver lo ridículo que aparecía, en figura y en voz.

El hombrecillo que estaba sentado frente a él en el vagón lo miraba por encima del diario y le sonreía como si fuera un viejo amigo. Le mostró su rétrato, una reproducción borrosa que podía ser cualquier otro, con el siguiente epígrafe: "El Hijo de un Par se Convierte en Fogonero y Salva a una Joven". Mulliner sonrió; pero en su interior estaba furioso. La publicidad podía convenir a las estrellas de cine, pensó; pero a él, personalmente, pareciale algo que debía evitarse como una plaga. Una repentina reflexión le hizo mirar el espacio. Imheim también leería aquello. Si los diarios no daban su dirección particular, la encontraría en la guía de teléfonos. Imheim no perdonaba. Frunció Mulliner los labios. Era muy probable que volviera a tener noticias de Imheim.

Tomó un auto en Euston y se dirigió a su casa. Shorter, su criado, estaba en el departamento para recibirlo. Todo se hallaba en orden. Había cartas y telegramas esperándolo. Llegaron amigos a verlo por la tarde. Al final de la semana la excitación se había calmado. Hubo otro nuevo crímen y la gente pensaba que caballo ganaría el Derby. Mulliner encontró algo extraño a Londres, después de haber pasado una temporada en Nueva York. El cielo parecía más cerca; las calles menos ruidosas. Tex Van Dorlen le envió los mil dólares y una breve felicitación. Y allí, pensó Mulliner, terminaba la aventura.

Luego, una noche, cuando salía del teatro, un hombre andrajoso lo empujó entre la multitud, un hombre con cara de zorro, envuelto el cuello en una bufanda y con una gorra, con la visera rota, caída sobre un ojo. Mulliner lo miró. Parecía un ratero. Evidentemente sus intenciones no eran buenas. Encontróse con la mirada de Mulliner y le hizo una guiñadu. Indicó hacia la esquina con la cabeza. Un momento después, se abría paso entre la lujosa multitud, volviendo una o dos veces la cabeza para ver si Mulliner lo seguía. Más por curiosidad que por otra cosa, Mulliner lo siguió. Encontró al hombre en el umbral obscuro de una casa de comercio, encendiendo un cigarrillo.

—¿El honorable, Jim, no? — proguntó el desconocido.

Mulliner asintió con la cabeza.

—¿Qué quiere?

El hombre volvió a guiñar el ojo.

—No me mire como si me estuviera hablando — le aconsejó, siempre con la misma voz ronca —Alguien me dio un mensaje para usted esta noche... alquien que dice la debe recordar usted muy bien ¿Entiende?

Jim volvió a inclinar la cabeza.

—¿Se encuentra ella en peligro?

El otro se recostó negligentemente contra un vidrio de la puerta, con el delgado cigarrillo colgando de sus labios.

—Quizá si... quizá no. No es asunto mío, de todos modos. El mensaje es: "Vigile, K. I se mueve" Nada más.

Mulliner se mordió el labio. Sacó un billete de su bolsillo y se lo dio al hombre.

—Gracias, señor. Es usted un gran tipo.

—¿Está seguro de que esto es todo?—preguntó Mulliner. Oyó el crugido del billete debajo de la raída chaqueta del mensajero. La cara de zorro se había puesto súbitamente grave.

—¿Todo? — repitió — ¿K. I. no es bastante para usted?

Mulliner metió ambas manos en los bolsillos y se echó a reir.

—Bueno ¿y qué hay con eso?

El hombrecillo se le había acercado más. Evidentemente la inesperada generosidad de Mulliner le había desatado la lengua.

—Yo no me trato, por lo general, con gente bien — reconoció — Pero soy ante todo deportista, patrón y lo vi boxear a usted una vez, en el Albert Hall ¡Cómo lo dejó usted knoked-out a aquel tipo grandoto! Me entusiasmó, de veras. Ahora, señor, una palabra de alguien que sabe. Una persona poderosa la tiene con usted. No puedo decirle más. Usted está en mejores condiciones que otros, quiero decir que tiene dinero. Mi consejo es: cambiese de nombre y ocúltese. Cuando "él" se encapricha con alguien, éste no vive mucho. ¿Me entiende?

El hombre de cara de zorro se alejó. Mulliner lo vio abrirse paso entre las últimas personas que salían del teatro, atravesar la calle casi encima de un auto y desaparecer entre el gentío, del otro lado. Mulliner empezó también a caminar. Sonreía al dar vuelta la esquina. "Vigile K. I. se mueve". Su informante parecía inquieto por él.

Se dirigió a pie a su departamento de Knightsbridge. Mulliner, generalmente, caminaba mucho; eso mantenía vigorosos sus músculos. Era una linda noche, tibia y agradable; brillaban las estrellas en el cielo despejado. La gente iba por la calle como se hace en ciudades más meridionales, aprovechando el tiempo excepcional, conversando en pequeños grupos en las esquinas, deteniéndose para admirar los teatros nuevos, los cines y edificios con su moderno sistema de iluminación que les daba un curioso aspecto espectral, como una ciudad fantasma que se levantara entre las ruinas sombrías de la vieja.

Cuando llegó al Mall casi se había olvidado de Karl Imheim y del espanta-pájaros del mensajero. Jim Mulliner era algo fatalista. Le habían advertido que su vida estaba amenazada. Pensaba que la vida siempre lo está. Si uno fuera a pensar en el peligro cada vez que cruza una calle, entra a la estación del subterráneo o sube a un aeroplano, no valdría la pena vivir. Si el momento llega, se le afronta. Si no... tanto mejor. En todo caso no iba a permitir que sus meditaciones, en una noche como aquella, fue-

Antes de que el enmascarado pudiera usar su pistola, Mulliner lo derribó de un puñetazo

ran turbadas por movientes nerviosos de cabeza para ver si era seguido o lo acechaba Herr Karl Imheim o alguien de su pandilla de criminales.

Marchaba descuidadamente teniendo detrás el Arco del Almirantazgo, a la derecha el Palacio St. James y al frente la estatua de la Reina Victoria, que ocultaba la mayor parte del Palacio Buckingham. Instintivamente había tomado Mulliner el lado del Parque, porque lo prefería. Se detuvo bruscamente. Algo como un insecto volador pasó zumbando junto a su mejilla y se perdió en la noche. Entre la arboleda, a su izquierda, brilló un fogonazo y resonó una detonación apagada.

¡Alguien le había disparado un tiro desde el Parque! Su primer instinto fué huir. Estaba solo y desarmado; podría haber dos o más pistoleros acechando del otro lado de la verja de hierro. Su carácter obstinado, unido a una gran indignación, lo llevó al sitio donde había visto brillar el fogonazo.

Se dispuso a escalar la verja en el mismo momento en que un hombre saltaba de ella. El individuo dió un salto de atleta, apoyándose en una sola mano y teniendo todavía en la otra una pistola humeante. Parecía un salteador de cine. Un triángulo negro le cubría la mitad de la cara y la ancha visera de la gorra le obscurecía sus ojos, negros y brillantes. El puño de Mulliner lo alcanzó en mitad del espacio y lo tendió, muy concluyentemente, sobre el pavimento. "Uno" pensó Mulliner. Estaba orgulloso de aquel golpe, aunque había sido para él cosa muy fácil. El otro había contado con que hiciera lo natural: huir. Pero al verlo afrontar resueltamente la situación, sus planes se malograron. Apenas se había apartado Mulliner del hombre caído, cuando aparecieron, sin saberse de donde dos individuos más. Uno alto y otro bajo, ambos enmascarados, que se mantenían en la sombra, junto a la verja.

Mulliner saltó sobre el primero en el momento en que alzaba el brazo. Por segunda vez detonó, muy cerca, una pistola silenciosa. Mulliner sintió su calor en alguna parte del costado izquierdo. Sin detenerse a averiguar si había sido herido, atacó a su asaltante, desdeñando la pistola, golpeándolo con sus grandes puños una cabeza y un pecho que parecían muy capaces de resistir un excepcional castigo. Los nudillos de Mulliner rozaron una barba sin afeitar y el hombre echó hacia atrás la cabeza con brusco movimiento. Pegó en la verja de hierro con una fuerza que pareció sacudirla de un extremo a otro. El hombre cayó pesadamente y Jim Mulliner se encontró ante el caño azul de una pistola con que le apuntaba el único ileso de los tres.

—Péguele a esto, honorable Jim — dijo una voz áspera.

Mulliner comprendió que no había nada que hacer; era imposible intentar algo contra el tercer individuo, pues un tiro de tan cerca tenía que acertar.

Mulliner sintió súbitamente la boca seca. Oyó rechinar de frenos en alguna parte, como si el conductor de un auto se hubiera dado cuenta de que algo pasaba y parara bruscamente junto a la acera. Mulliner no se volvió para mirar. Sabía que el otro llegaría demasiado tarde. Vió un dedo largo curvarse sobre el gatillo y esperó tranquilamente el desagradable salto que lo lanzaría a la Eternidad.

Con gran sorpresa suya, el hombre que le apuntaba se desplomó de pronto. La pistola cayó de sus dedos y el malhechor rodó hacia Mulliner de un modo que requería explicación. Un ruido entre los arbustos hizo levantar la mirada a Mulliner. Vió una cosa que parecía una media de jugar al golf, lleno el pie de algo que supuso sería arena. La retiraban rápidamente de la vista. Y encima de ella apareció, por un fugaz momento, la cara pálida y zorruna del hombre que le había dado el mensaje un rato antes. Le hizo una significativa guiñada a Mulliner y desapareció.

Jim levantó su sombrero y se lo puso. Junto a la ancha acera vió el auto que había oído llegar un momento antes. La portezuela estaba abierta y un hombre robusto descendía. Vió, por el vidrio de atrás, el rostro asustado de una mujer. Un segundo auto aparecía. Pensó Mulliner distinguir el casco de un agente de policía, viniendo en dirección de St. James. En su horizonte mental apareció escrita con grandes letras una palabra: "Publicidad" Mulliner estaba harto de ella. Pasó por encima de la verja, a la obscuridad del parque, corrió unas cuantas yardas y luego volvió a saltar. Detrás del Palace, cuando empezaba el barullo y se oían las pitadas de la policía, subió a un taxi que apenas acababa de dejar su pasajero.

Frotóse, riendo, las manos. Se imaginaba la cara que pondría Herr Karl Imheim cuando se enterara de las noticias.

SITUACION APURADA

Mulliner se recostó en los almohadones del auto, con el cigarro en la boca y el sombrero de copa echado hacia atrás de su hermosa cabeza. Sentía que era bueno vivir y experimentaba honda gratitud hacia el pequeño y misterioso ser de la cara zorruna. Si no hubiera sido por su oportuna intervención, estaría él en el otro mundo e Imheim muy satisfecho. Se volvió a reir. Era extraño, pensándolo bien, tener por aliado a un pequeño ratero, de gorra destrozada, cuya arma de defensa y ofensa era una media rellena de arena.

Le hubiera gustado conocer el nombre y dirección del individuo, mandarle un billete de cinco libras en prueba de su gratitud. Se le ocurrió ofrecerle trabajo la próxima vez que lo viera, el puesto de guardia de corps. Podría aconsejarle lo que le convenía hacer si Imheim volvía a las andadas; pero Mulliner dudaba que se llevara bien con Shorter.

El auto se detuvo delante de la casa de pisos donde vivía Mulliner. Este bajó, pagando al conductor. Dirigió sólo una mirada distraída a los costados, al entrar a su casa. Nadie que lo hubiese visto hubiera supuesto que su vida estaba en peligro. Con todo, Mulliner se hallaba prevenido. La aventura del Parque había sido para él una lección

No se iba a dejar sorprender tan fácilmente la segunda vez. Shorter estaba acostado cuando Mulliner entró a su departamento. Lo oía roncar en su cuarto, al final del corredor. Mulliner colgó sus cosas, se sirvió whisky y encendió la radio, volviendo luego a apagarla, pensando que era más de media noche y que las principales estaciones estarían silenciosas.

Estuvo algún tiempo parado frente a una de las altas ventanas que miraban a Hyde Park. Todo parecía tranquilo, en orden. Vio una pareja retardada, un agente de policía, oyó el rítmico rodar de algunos autos. Alguien subió en el ascensor y se detuvo, al parecer, en su piso. Oyó pasos en el corredor, una risa de mujer y una voz profunda de hombre que hacía una observación común.

Dió la espalda a la ventana y miró la gran habitación, amueblada de acuerdo a sus gustos; muebles modernos en su mayoría, unos cuantos cuadros buenos en las paredes y copas ganadas, que había arreglado en los estantes de un aparador holandés. Su cigarro se había apagado. Lo tiró en la rejilla de la estufa, agarró un libro, resuelto a leer uno o dos capítulos antes de acostarse. Bajando la mirada advirtió una parte chamuscada en su frac... la señal del segundo tiro. Casi le aciertan. Se felicitó de tener siete vidas, como los gatos.

De pronto sonó el teléfono, oculto en un lujoso gabinete de roble. El sonido fué tan inesperado que hizo saltar a Mulliner. Miró pensativo delante de sí y luego abrió las puertas del gabinete. Levantó el receptor.

Habla Mulliner — dijo — ¿Quién es?

Parecióle oír un suspiro de alivio del otro lado de la línea.

—¡Oh! — exclamó una voz de mujer — ¡Qué alegría! Hace tiempo que estoy tratando de comunicarme con usted. Me dijeron que no contestaba.

—Es cierto — contestó Mulliner. — Fuí al Gaiety. Acabo de llegar. Mi criado está durmiendo. Es capaz de dormir durante un raid aéreo. ¿Quién habla?

—Yo. — contestó la misma voz de mujer.

—¿Y quién es "yo"?

—Molly.

Mulliner tenía apoyado un pie en la silla y tocaba el tambor en la caja del aparato con la mano libre.

—¿Molly Culmer?

—La misma. ¿Le sorprende?

—Mucho — convino Jimmy.

Jim peleaba desesperadamente; pero al caer el segundo asaltante, el tercero le apuntó con su revólver.

—¿Recibió mi mensaje?

—¡Oh sí! Un tipo pequeñito me lo dió al salir del teatro.

—Rice. (Arroz)

—¿Cómo? — pensó si habría oído bien.

—R-I-C-E — deletreó Molly.

—Sí, ya entendí la primera vez. Pero... ¿qué quiere decir?

—Que se llama así, Joe Rico.

El se rió de nuevo.

—¡Oh! Comprendo. Pensé que era una palabra en clave. ¿Rice, no? Pienso si no sería eso (arroz) lo que tenía en la media.

—¿En qué media? — esta vez fué Molly la intrigada.

—Cierto, tengo que explicarme. Lo que le digo es noticia fresca, no ha salido aún en los diarios. Probablemente hallará usted algo en la segunda edición de la mañana. Joe pensó que yo necesitaba quien me cuidara y no se equivocó. Tres de los camaradas de K.I me atacaron en el Mall...

—¿De veras? ¿Y cuándo fué eso?

—Hace como veinte minutos. Yo dejé fuera de combate a dos y luego, ese soberbio Joe suyo atacó al tercero por detrás, con algo metido dentro de una media de golf. Lo mencionaré en mi testamento.

Cuando ella volvió a hablar su voz estaba llena de profunda ansiedad, como si comprendiera que era la causante de todo.

—Lo siento terriblemente. ¿Lo lastimaron?

—Ni un poquito. Al contrario. Fueron ellos los lastimados. Creo que alguien llamaba a la Asistencia cuando yo escapé.

—Me alegro que no le haya pasado nada.

—Yo también ¿De dónde habla?

—De una cabina telefónica, en el subte de Piccadilly. No pude conseguir trabajo en Liverpool, así que me quedé allá una semana y luego vine a Londres. Estoy trabajando ahora... en una casa de modas de Oxford Street. Pero no vivo allí.

—¿Dónde vive?

—En Battersea. Bridge Road 14. Vivo en una casa de pensión.

Mulliner apuntó la dirección. Recientemente había pensado mucho en Molly. Había deseado siempre volverla a ver. El haberla pescado en el agua parecía sugerir que debían reunirse alguna vez en tierra. Y... bueno, ella era linda y simpática. Sus modales tan buenos o mejores que los de muchas muchachas a las que consideraba sus iguales. Reconocía que había estado asociada con ladrones, enseñada y vestida para seducir a los mercaderes de diamantes como Hartmann. Pero la había oído decirle a Imheim que estaba asqueada de aquella vida y que deseaba ser decente. A juzgar por lo que acababa de oir, hacía todo lo posible. Además, analizándose a sí propio, Mulliner había descubierto que era noble por casualidad y boxeador por sus preferencias.

La siguiente observación de la joven le devolvió el sentido de la realidad.

—No puedo detenerme mucho más. Karl está aquí ahora ¿Qué voy a hacer?

Mulliner se pasó la mano por los cabellos.

—¡Cielos! — exclamó — ¿Por que no me lo dijo antes? Iré ahora.

—Me ha estado siguiendo toda la noche.

Mulliner sacó el pie de la silla.

—Muy bien — contestó — Voy enseguida. ¿Me oye? Quédese en la cabina lo más que pueda. Tomaré un auto. ¡Hasta luego!

Colgó el tubo y llamó por teléfono al portero de la noche.

—Búsqueme un auto lo más pronto posible — le dijo.

Mientras salía apresuradamente por el corredor, se puso el sobretodo. Al llegar a la puerta de calle se acordó de algo, volvió a su dormitorio, revolvió todo un cajón y sacó una pequeña pistola automática que había comprado una vez para un viaje al Sahara. Volvió a bajar pareciéndole que también se había convertido él en malhechor. Tuvo que esperar cinco minutos el auto y le parecieron muchos días.

—Piccadilly Circus — dijo al chauffeur al subir, añadiendo — Y apure cuanto pueda que le pagaré bien.

Sentóse inclinado hacia adelante, observando como huían los edificios y consultando continuamente su reloj pulsera, "nervioso" por vez primera en su vida. Para una mente sana, en una ciudad tan bien vigilada como Londres, parecía no existir motivo de alarma. Mil veces se preguntó a sí mismo que daño podía hacer Imheim a la joven en Piccadilly Circus, el corazón de West End. Sin contar el teléfono, habría una docena de agentes de policía cerca. Una joven no tenía más que quejarse de que era molestada por un hombre para que éste fuera llevado a la comisaría sin más trámite. Y sin embargo recordaba que Molly le tenía a Karl tanto miedo como un conejo a una serpiente de cascabel. La joven debía recordar aún sus recientes relaciones con la pandilla. En principio, tenía miedo de la policía. Era difícil que Mulliner pudiera comprender por qué se negaba ella a seguir un procedimiento que cualquiera persona, respetuosa de la ley, hubiera adoptado en idénticas circunstancias.

Apretó los puños y deseó hallarse a solas con Imheim, donde nadie pudiera interrumpirlos. Las seis pulgadas que le llevaba de altura no lo preocupaban. Lo castigaría otra vez como lo había hecho abordo del Oramic, lo enseñaría a no poner pistoleros en su camino, a no impedir a una mujer que viviera decentemente cuando se lo proponía.

El auto se detuvo afuera de Swan y Edgard's.

—Espere aquí un minuto — le dijo al conductor y bajó.

Entró al subterráneo y lo recorrió de extremo a extremo. Las cabinas telefónicas estaban vacías; no se veía un alma. Corriendo otra vez a la calle por la primer escalera que encontró, salió a la Avenida Shaftesbury para contemplar una escena que hubiera sido divertida a no ser por su lado siniestro.

(Continuará)

EL JUEGO DEL PELIGRO

Por J. ALLAN DUNN

Extraordinaria novela de argumento dramático y misterioso, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York

(Continuación)

VI

UN RASTRO FRIO

LLEGO la policía y más tarde otros que se consideraban expertos. Aparecieron repórteros, ávidos de obtener nuevas descripciones de las joyas, retratos para las ediciones especiales. Recogieron detalles y testimonios personalmente; descubrieron algunos rastros que habían sido descuidados por la policía, a los que prudentemente calificaron de indicios.

—Nos imaginamos quien ha sido el que dirigió esto — dijo uno de los "cracks" a Fenton. En cierto modo es trabajo interior. Los que estaban aquí huyeron con los otros; pero podemos obtener algo interrogando a los demás criados. Antes de que termine el día lo habremos descubierto.

Era la vieja fórmula, la acostumbrada expresión de confianza de la policía. Los reporteros sonrieron y se hicieron guiñadas al oirlo. Los representantes de las compañías de seguros se mofaban menos abiertamente. Uno de los repórters me hizo una guiñada. En cualquier otro momento se la hubiera devuelto.

Aquí estaban ellos, los sabuesos de la ley, buscando un nuevo rastro. Aquí estaba yo, un hombre que los había burlado a todos, un hombre a quien todavía perseguían, por cuya captura había ofrecida una recompensa, acusado de un asesinato, sospechoso de haber cometido otro, sin contar su fuga de la cárcel; estaba mismo en medio de ellos, hablando con ellos, dándoles informes, siendo interrogado, a punto de figurar en un párrafo o dos del relato de aquel

suceso, que había interrumpido tan oportunamente la monotonía de una comida de Acción de Gracias. Y ellos no me conocían, me aceptaban como Pablo Standig, amigo del dueño de casa o por lo menos uno de sus invitados, que había llegado en el momento más emocionante: cuando se produjo el rapto de Kate Wetherill.

Era una gran historia para los chicos de la prensa y para la policía. No estoy seguro de que la consideraran así las damas que habían perdido sus joyas, todas hereditarias, según ellas y que el simple seguro no podría reemplazar.

Si hubiesen sabido quien era yo, seguramente me hubieran achacado aquel robo, demostrando así una vez más su infalibilidad. Eran tiempos difíciles para la policía. Habían sido, los subalternos, duramente amonestados por el Jefe. Y sin embargo, todavía las bandas de pistoleros cometían crímenes, se hacían la guerra entre sí, con impunidad, se mataban con cañones en miniatura y usaban bombas de gases lacrimosos. Asaltaban a pagadores y autos blindados; el público empezaba a impacientarse.

Agarrar a Ricardo Pemberton, disfrazado, en el Refugio de las Gavictas, acusarlo de la fuga de la penitenciaría y de la muerte de John Redding, de ser el jefe de los asaltantes que habían penetrado en lo de Fenton, hubiera sido para la policía apuntarse un buen tanto, en verdad.

Lo que se sabía era lo siguiente:

El mayordomo de Fenton había tomado a tres mozos, recomendados por agencias, aparentemente, respetables. Era difícil encontrar criados para el campo en aquella época del año. Los nuevos sirvientes parecían muy correctos. Probablemente usaban nombres de personas honradas; habían dado sus referencias como propias. Eso se hacía a menudo

Los seis detectives enviados por la Agencia Larken para cuidar los bienes de los invitados habían sido recibidos en la estación por un auto, con chauffeur de librea. El conductor dijo que lo enviaban a buscarlos. En realidad no se había enviado de lo de Fenton auto alguno. El mayordomo, que fué quien se había encargado del asunto, pensó que podrían llegar por sus propios medios.

Los verdaderos detectives fueron conducidos por un camino lateral, que llevaba a la entrada de los criados y de los proveedores, oculto de la casa por un matorral. No avanzaron mucho más. Los atacaron, los hicieron bajar ignominiosamente del auto, los ataron con alambre aislador, los amordazaron y dejaron en la casilla de las herramientas, donde los encontró la policía después del golpe.

Había huellas debajo del balcón, donde estaba el pedazo de gasa con lentejuelas. La huella de un hombre que había aterrizado pesadamente. Los policías se hicieron los entendidos y tomaron medidas Era evidente, puesto que no se veía más que huellas de pie de hombre, que a la joven la llevaron cargada. Si ella había gritado, nadie la oyó. Puede ser que la hubieran desmayado de un golpe. La policía tenía aquellas huellas y estaba contenta. ¡Cómo si a un ladrón hábil no se le va a ocurrir cambiar á último momento de botines y destruir los que usó! Que los asaltantes eran peritos, lo demostró el hecho de que el hombre que trajo una cartera de la biblioteca para guardar el botín tenía guantes puestos. Guantes llevaban también los criados, dicho sea de paso. No dejaron impresiones digitales en las fuentes ni en la madera. Era un trabajo perfecto.

Junto a las huellas había unas cuantas lentejuelas más y otras en el camino, demasiado duro para ostentar las huellas de los neumáticos.

Una o dos personas habían visto el hidroplano iluminado en el fondeadero; pero no pensaron nada malo de él. Se presumía que había conducido invitados retrasados. Varios habían venido en lanchas, que eran pequeños yachts. Y en cuanto al poderoso auto que yo había oído y que era probablemente en el que huyeron parte de los ladrones, no llamó especialmente la atención. Al parecer, la joven había sido llevada en el auto.

Los hombres enviados en busca de Randall, mi audaz sirviente, hallaron que había desaparecido. Pensaron que logró desatar sus ligaduras. Yo sabía que no era así; pero juzgué inútil discutir con peritos. Yo creo que él gritó y le contó alguna historia inventada a alguno que pasaba, el cual lo soltó; pero enterado después de lo ocurrido, no se atrevió a revelarlo.

La ventana de la despensa no cerraba bien y la encontré abierta.

VII

EN LA PISTA

Parecía que aquello sería otro misterio de Long Island al que añadía sabor la desaparición de Kate Wetherill. Se publicó su retrato, se hizo una vívida descripción de su personalidad. Era otro asunto sensacional para distraer a las lectoras del subterráneo, que buscan romance y aventura, y para la alta clase "blasés".

En cuanto a mí, me había formado mi teoría particular. Puede ser que el cimiento no fuera muy sólido, pero lo tenía. Yo no iba a revelar mi idea; me hubieran hecho demasiadas preguntas. Por necesidad y gusto, iba a jugar un solitario, con cartas cualquieras. Ni un par, ni una runfla del mismo palo

Los nombres que había en la libreta de Redding eran: "R. Bowerman"; a veces llamado "B" o "R. B"; Augusto Schumann, llamado "Gus", "Shu" y "S"; "H. A. Mullet", designado generalmente por "Ham"; H. Lee por "Lee" o "L"; y "Jefe" que yo supuse sería un título, recordando las ins-

ducciones de Schumann al hombre a quien creía Soup Riley. Había otras referencias a "Cap", que eran algo obscuras.

Había yo hecho algunas deducciones. Había en la guía un tal H. A. Mullet, comerciante en artículos de lana. Tres R. Bowermanns, uno de los cuales era corredor general de mercadería. Había varios H. Lee. El Schumman que encontré era corredor de alhajas. El "Jefe" era una incógnita. Redding había muerto.

Empezaba a parecerme que se trataba de una banda dirigida por un hombre llamado el "Jefe", el cual sería lo que la policía llama un super-criminal. Los artículos robados podían ser trasladados en camiones, en autos, en lanchas y comerciarse con ellos espléndidamente. Lee indudablemente se ocupaba de una rama. Fin lo había protegido o tratado de proteger a Redding cuando éste era uno de ellos. Formaría parte de la banda de pistoleros; otros harían los distintos trabajos que les encomendaba el jefe.

El robo de Fenton me parecía organizado por Schumann. El podría disponer fácilmente de las joyas, desmontando las piedras y con el tiempo conseguir algo arroximado a su valor real. Le llevarían las joyas a él, los otros objetos a Bowermann, Mullet y Lee. No había mediadores. Aquellos eran reducidores disimulados y fuertes.

Kate había dicho que Fin la reconoció y ella a él, es probable que simultáneamente. Recordaría que la había visto en el "Después de Anochecer" conmigo. Me había vuelto a ver a mí en lo de Redding. Kate tenía puesto un antifaz de encaje y su abrigo; pero ¿no llegaría Fin a la conclusión de que era ella "la dona de pelo en pecho" que lo había derrotado? Yo lo pensaba así. En tal caso ¿qué harían con ella? El pensamiento era para mí enloquecedor.

Fin no me reconocería. El hombre que yo había sido se fundió, irreconocible, en Pablo Standing. Pero tratarían de hacerla hablar, la torturarían. Especialmente si la muerte de Redding era todavía para ellos un misterio. Sabían que yo había escapado de Sing-Sing. Comprenderían muy bien que me disfrazaría, pero no era probable que imaginaran mi disfraz permanente. De nada les serviría aunque lo imaginaran, a menos que no conocieran mi aspecto actual.

Pero mis proyectos estaban supeditados al roscate de la joven.

No podía menos de pensar que ella se encontraba en espantoso peligro. Las horas pasaban y ninguna pista apareció mejor que la que yo poseía: Schumann. Era la única.

Tomé un tren matinal a Nueva York, llevando bastante dinero, la mejor de las armas, en mi bolsillo. Comí, primero porque era hora, y segundo porque es imbécil en un hombre dejar que decaigan sus energías, si puede evitarlo. A las nueve de la mañana llegué al edificio donde Schumann tenía su negocio. Era un departamento con tres oficinas, según la guía, en la planta baja.

Allí no había nadie. Yo me lo había temido. Nunca esperé encontrarlo a Schumann; pero sí descubrir por alguna treta, donde vivía. Me dirigí al ascensor. No me había cambiado de ropa; pero hoy día no es raro caminar, desde Wall hasta la Quinta Avenida, gente en "plus-four" y sin sombrero. Al ascensorista mi traje le pareció normal; un poco deportivo, pero caro.

—¿No sabe donde podré encontrar a Schumann o a uno de sus empleados? — le pregunté — Es por algo importante.

He notado a menudo, cuando se sigue una pista, ya se trate de un vaquero que persigue al ladrón de ganado, ya un policía de ciudad a un malhechor, que el rastro resulta difícil de encontrar donde uno lo cree fácil y vice-versa. Las partidas son desigua-

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

les para perseguidores y perseguidos. El ascensorista me proporcionó el dato que yo deseaba, indiferentemente

—No encontrará usted a ninguno de ellos en la ciudad. Pasan afuera el "week-end". El viejo Schumann se ha ido al campo. Dicen que posee una propiedad cerca de Carmel. Estoy seguro de que tiene invitados.

Yo conocía a Carmel. Había parado en la Posada del Lago y pescado en el lago, donde esto está permitido en bote sin motor; pero donde cuesta cincuenta dólares de multa si se es sorprendido nadando. Si Schumann vivía allí, yo lo encontraría sin trabajo. La cuestión era ¿cómo llegar hasta ellos?

El rumbo de un aeroplano, es difícil de saber, especialmente si se parte de noche y se aterriza antes de llegar el día. Pero Carmel estaba casi al nord este del Refugio de las Gaviotas. Yo dudaba que hubiera más de cincuenta millas por vía aérea, cruzando Long Island Sound y Connecticut. Para un avión ligero veinte minutos; treinta a lo más.

Aunque los motores estaban prohibidos, era fácil acuatizar en alguna de las muchas albercas de los alrededores. Podría alegarse un accidente, en caso de que alguien interviniera, posibilidad remota. Aquellas albercas eran poco vigiladas de noche, si es que lo eran. Allí había ido aquel aeroplano. No se necesitaba la confirmación de un presentimiento para decidirlo.

Probablemente con él había ido la cartera del botín ¿Acaso también Kate? Parecía que no, por los rastros; pero Schumann estaba allí. Era muy probable que allá se hubiera dirigido también el auto.

Para conseguir un aeroplano en Nueva York hay que ir a Long Island. Si se me veía aterrizar, despertaría la desconfianza de Schumann, ya me descubriera por casualidad o de otro modo. El sitio es montañoso, con pocos lugares adecuados para el aterrizaje y ninguno donde mi llegada pudiera pasar inadvertida.

Desistí del aeroplano.

Yo no tenía auto propio y en todo caso preferí una motocicleta. Son rápidas, más difíciles de que se las encuentre y pueden esconderse mejor que un auto. Compré "overalls", gorra y anteojos; luego una máquina de carrera, de cuatro cilindros, con side car. Esperaba traer algún pasajero de regreso, aunque poco imaginaba entonces lo que traería, en aquella especie de bañadera y como.

Al medio día estaba más allá de Harlem River, pedaleando como un joven que va a buscar a su novia para dar un paseo. Me había quitado la peluca. Mi cabello era ya bastante largo y no pensaba sacarme la gorra.

Eran las catorce y media cuando di vuelta la brusca curva a Brewster, tomé a la izquierda por el puente del ferrocarril y ascendí la colina Carmel no quedaba más que a pocos minutos de distancia. Había algunos pasajeros en la Posada del Lago y yo hablé con el propietario, que no me reconoció ni por asomos. Había empezado a ser distinto por fuera y por dentro. No quedaban ahora en mí rastros de Ricardo Pemberton.

La propiedad de Schumann estaba en un cerro, entre dos albercas, vía Mahopac; era un edificio de piedra, alejado del camino. Al parecer al propietario le agradaba pescar y la soledad, aunque a menudo tenía invitados. Yo no había preguntado nada de esto. De diez veces nueve, lo mejor para obtener informes es escuchar. En el cómodo salón principal de la taberna había parroquianos que pronto me enteraron de todo lo que sabían.

Yo estaba dividido entre la discreción y la ansiedad. Dentro de dos horas obscurecería. El Lago Carmel estaba del color del acero opaco, haciendo juego con el cielo; ráfagas de viento azotaban las hojas caídas y doblaban las ramas de los pinos. Hay un camino a Nueva York por el Lago Mahopac, que pasa por la casa de Schumann, y yo hice una o dos preguntas directas que dieron a entender pensaba yo regresar a la ciudad. Me hice servir la comida y fumé un cigarro antes de hacer llenar mi tanque de nafta y montar una vez más en mi motocicleta. En el side car llevaba una capucha y un delantal impermeable.

Parecía que antes de muchas horas habría mal tiempo. El sol se había ocultado. Un anciano remaba, en el lago, hacia la posada. Lo conocía yo bien. Era un pescador empedernido que visitaba el lago todas las temporadas. Alzó la vista y me saludó con la mano, cosa que al principio me sobresaltó, aunque nada significaba si no una expresión de su abierta y expansiva naturaleza. Probablemente me tomó por un joven cuyas vacaciones iba a malograr el mal tiempo.

Di la vuelta al lago, atravesé la vía férrea, pasé por unas casas de verano y bungalows y pronto llegué a un paraje, solitario en un día como aquél, entre Carmel y Mahopac. A izquierda y derecha se veían sábanas de agua agitada, pinos doblados y pinabotes. Un escenario bastante desolado.

Me detuve y paré la máquina. Esta había corrido espléndidamente y no tuve necesidad de oprimir el acelerador. Desmonté y empecé a manipular el motor, mirando a un lado y otro del camino. A la derecha, portones de hierro cerraban el tortuoso camino que conducía a la casa de Schumann. Ahora no podía yo verla; pero había divisado antes su torre de piedra. Tenía aspecto sombrío, sólido y teutónico.

VIII

EL CASTILLO DE SCHUMANN

Probé el portón, después de asegurarme de que no había nadie por allí; estaba cerrado con llave. Rodeaba la propiedad un

cerco de piedra por el que sólo podía penetrarse escalándolo. Nuevamente miré y escuché; luego llevé la motocicleta sobre una barranca y la escondí entre altas hierbas, cerca de la pared.

Examiné el terreno. La casa quedaba a alguna distancia. Schumann gustaba de la soledad.

Subí a pie una loma. La gran casa de Schumann se veía bien desde allí; había luces en la planta baja. Distinguí otro edificio, un garage, supuse; una glorieta y otro galpón para máquinas. En Carmel había energía eléctrica; pero la gente decía que Schumann se generaba su propia luz. Valía, sin duda, la pena. Yo trepé aquella loma entre tocones de sumaque y agavanzos sin hojas; finalmente encontré una especie de sendero trillado que llevaba a donde yo quería. La obscuridad había caído y el viento aumentaba por momentos. Había cerca de la casa un matorrall de enredaderas y un seto de pinabetes entre el edificio principal y los otros.

Me pareció que, en la cocina, estaban preparando la comida y que había reunión en el piso bajo, debajo de la torre. Las ventanas eran bastante altas, con celosías y los antepechos angostos. Afuera de la cocina oí conversar en chino. No me hubiera sorprendido hallar japoneses; pero conocía la diferencia de dialectos. Los criados chinos son buenos y discretos; pero en Nueva York cuesta conseguirlos; prefieren el trabajo independiente.

Examiné todas las entradas. Cerradas con llave. Fue a la vez para mí una decepción y una seguridad. Los que estaban adentro tomaban precauciones. Los había encontrado en conferencia. Kate podía estar en las habitaciones obscuras de la torre. Sin embargo, no lo creía yo así. Pareciame que, si ella hubiese estado cerca, yo lo hubiera sabido.

Me agaché junto al cerco de pinabetes. Era temprano todavía. Tenía a mi presa sitiada. Alguien podía salir pronto. Vi un gran auto parado en el camino, que no había sido llevado al garage y eso me animó. Había llegado, por lo menos, a tiempo de presenciar parte del juego.

Ahora, mientras el viento cobraba fuerza y silbaba entre los árboles, yo me alegraba de llevar puesto overall y de haber comido en la posada. Empezaba a hacer un frío terrible. La obscuridad llegó más pronto que lo normal, una noche sin estrellas, negra, desolada, quejumbrosa; el aire helado, la atmósfera saturada de agua, penetraban hasta los huesos.

Vióse un cuadrilátero de luz al salir un hombre de la casa para dirigirse al galpón de energía eléctrica. Había dejado la puerta entreabierta y yo me dirigí rápidamente hacia ella, silencioso y rápido como una sombra en la obscuridad. Abrí la puerta y entré.

Era una entrada lateral, iluminada por una lamparilla eléctrica; había puertas a la derecha, a la izquierda y al frente. A la derecha oía yo charlar en lengua oriental, el chocar de platos y fuentes. Me adelanté, pasé por una puerta giratoria a la despensa que estaba a obscuras, usando mi linterna encapuchada.

Luego venía el comedor, donde había dos luces de pared, con pantalla, por lo que yo apagué mi linterna. Schumann vivía bien. El comedor ostentaba paneles de nogal; una espesa alfombra cubría el suelo, había cabezas embalsamadas en las paredes, un escritorio y sillas esculpidos, una maceta central con siempre verde y algunos jarrones con hojas de otoño.

Después había un salón largo, con tapicerías. Un órgano, embutido en la pared, ocupaba un extremo. Las ventanas, en forma de alcoba, ostentaban gruesas cortinas. Había muebles pesados, alemanes, muchos cuadros, un gabinete de radio y valiosas alfombras.

Oí más voces, una aguda, excitada por el enojo. Un débil rayo de luz venía de atrás de las puertas corredizas. El gran cuarto donde yo estaba, junto con el comedor, ocupaban el piso del edificio principal. Calculé que aquel rayo de luz amarillenta venía de la torre.

Sonó una campanilla y yo me oculté detrás de las cortinas. Un chino apareció, caminando suavemente con sus zapatillas de fieltro y vestido con el traje obscuro nativo. Avanzó hasta las puertas corredizas, que descorrió.

—¿Qué desean los señoles? — preguntó.

Siguieron risas. La voz petulante quedó ahogada. Oyóse una andanada de órdenes, pidiendo coktails, licores. Una voz gruesa ordenó kummel. Era la de Schumann más fuerte y libre que cuando la oí por teléfono; pero inconfundible.

—Muy bien; lo tlaelé. Haced el favol de lepetil. Mi gusta entendel bien.

Ellos repitieron riendo y el hombre se alejó, hablando entre dientes.

Me quedé sentado en el antepecho de la ventana; el caño de metal se calentaba en mi mano y parecía un sabueso sostenido por una fuerte correa, aunque nadie me sujetaba más que mi voluntad. Esperé hasta que volvió el chino con una pesada bandeja. Lo dejé pasar, servir, desaparecer. Luego me adelanté en puntas de pies; metí los dedos de la mano izquierda entre las hojas corredizas, moví una y contemplé la escena.

Era notable. Ellos no vieron abrirse la puerta ni me vieron a mí. Vi al anfitrión en el centro de una larga mesa, alzando un vaso. Vi a su alrededor una banda de malhechores, animados, bien vestidos en su mayor parte, aunque algunos tenían puestas tricotas. Los conté. Eran ocho y contestaban a un brindis.

La pieza, a juzgar por los estantes de libros, era una biblioteca. Ellos estaban en un extremo, alrededor de la larga mesa. Y la mesa era un arco iris, por los destellos

que partían de un montón de joyas ¡El botín robado en el Refugio de las Gaviotas!

Yo estaba a mitad de camino de ellos antes de que me vieran. Los vasos quedaron suspendidos entre la mesa de roble y sus bocas, mientras contemplaban al hombre cubierto por el overall, de gorra y anteojos, revólver en mano, apuntándoles de un modo que los incluía a todos.

Un hombre se puso de pie, con la boca abierta, como un pescado.

—¡Arriba las manos todos! — dije — Bien arriba de las cejas.

Obedecieron como carneros. Sin disputa, estaban armados; pero obedecieron Vi a Fin..., i dirigirse su mano hacia el hombro. Para él era yo un enigma, con gorra y anteoojos; pero podía ser burlado.

—¡Arriba ese de la derecha, usted Fin! — dije con aspereza.

Se puso rígido tanto por la sorpresa que le causó oir su nombre como por la órden. Yo los intrigaba a todo, como había pensado.

—Nada más que para demostraros que soy buen tirador, — dije — voy a hacer volar el vaso de Shu. No lo lastimaré a él si se queda quieto. — Yo no tenía duda sobre la identidad de Schumann, además de su posición en la mesa. Era el que había lanzado una exclamación a mi entrada, no de miedo quizá; aunque su pesado rostro se cubrió de manchas cuando mi revólver detonó haciendo volar en pedazos el cristal y caer el kummel en lluvia helada. Ellos no sabían que hacer conmigo, lo que me convenía; pero los ojos de Schumann me medían ahora.

Empezaba a atar cabos, creo; la desaparición de la libreta de apuntes de Redding, lo que Fin le había contado. Y el hombre no carecía de recursos, como lo iba yo a saber pronto.

—¿Qué quiere? — me preguntó con su voz gutural.

Yo me reí. Había empezado a cultivar cierta calidad de voz para adaptarla a la personalidad de Standing; pero no la usé ahora. Hablé roncamente.

—Lo que quiero lo tiene mismo delante de usted — dije — Es el botín del "Refugio de las Gaviotas". Os creéis muy listos: pero esta vez habéis fallado. Gracias por haber hecho por mí el trabajo Y cuidado con hacerse los locos cuando me vaya Yo hago la colecta; pero no he venido solo. Conque a jugar con cartas limpias.

Yo los había desorientado sembrando la duda entre ellos. Si se hace esto con cualquier banda, se la sorprenderá. Pero yo no buscaba a los subalternos si no a los jefes, uno de los cuales estaba ahora frente a mí. Por lo que a mí concernía, poco se me importaba los Fentons a quienes robarían; yo no sentía amor por la ley Pero era para mí un buen negocio que se miraran los unos a los otros y miraran a Schumann mientras mi revólver se movía en círculo firme.

Fuera de Schumann, no había quizá uno que no llevara armas y supiera usarlas. Era más que probable que todos ellos habían, no solamente tirado, si no tirado a matar. No podía yo esperar vencerlos a todos si peleaban, aunque tenía municiones suficientes. Ellos, después de mi tercer tiro, me tendrían a su merced y lo sabían tan bien como yo. Vi a Fin humedecerse la lengua con los labios; comprendí que estaba dispuesto a correr el riego, no obstante mi prevención.

Es curioso; pero había algo en Fin que me gustaba. Supongo que su valor. Pero tenía que vigilarlo muy particularmente.

Luego Schumann habló otra vez.

—No se quien es usted o como se enteró de esto — dijo lentamente — Pero parece que las ventajas están de su parte. ¿Quiere el botín? Pues... sírvase.

Dijo esto con tono agradable, casi bromista, como si me pidiera que me sirviese hielo y lo pasara ¿"Hielo"? "Había mucho en el montón de encima de la mesa. Estaba el collar de brillantes de la señora de Fenton y varios más, resplandecientes. Brillaban suavemente las perlas, en largos hilos, y los rubíes y esmeraldas mezclaban sus luces. Muchos habían sido sacados ya de sus monturas y formaban lagos individuales de luz.

Pensé un minuto. Schumann debía tener demasiado interés en las joyas para resignarse tan fácilmente a su mala suerte. Sus ojos no estaban de acuerdo con su tono. Parecíanme triangulares, crueles, expectantes, como los de un tigre.

Yo escuché, buscando el sonido de algún timbre distante, algún ruido detrás mío. Nada había visible o audible; pero yo sentía algo en el aire. Todos me observaban con disimulada espectativa y me pareció ver el principio de una sonrisa burlona en algunos rostros.

Avancé lentamente, inquieto, prevenido por mi presentimiento. Estaba un poco incierto respecto a mi próximo paso, no sabía si quitarles primero las joyas o las armas. Pensaba también en los chinos, en su departamento, a mis espaldas. Yo no podía observar las puertas corredizas. No había esta vez un conveniente espejo veneciano en la pared, si no una piel de jabalí, a la espalda de Schumann que todavía estaba de pie, ligeramente inclinado hacia adelante.

Un cambio casi indefinible se produjo en su rostro. Los hombros de Fin se movieron ligeramente. Mi extremo de habitación estaba ocupado con divanes esculpidos, una ventana a la izquierda y una estufa a la derecha, donde ardían gruesos troncos de leña. Sobre la estufa se veía un trofeo de armas medioevales y dos escudos de madera, con dibujos heráldicos. Sobre una mesita estaba una pequeña cartera de cuero. No me quedaba duda de que procedía del Refugio de las Gaviotas y yo la deseaba más que las joyas. Pero ese deseo no era nada

En esta notable obra, la acción se desarrolla en forma arrebatadora y subyugante, haciendo vivir al lector momentos de intensísima emoción, que va en aumento a medida que se suceden nuevos episodios de tan extraordinaria novela

comparado con el de obtener noticias de Kate Wetherill.

Di un paso hacia adelante y vi el borde de la gran alfombra, sobre la que estaba yo parado, levantarse como si una repentina corriente de aire viniera de abajo. Entonces con un chirrido, tan próximo que casi me abanicó la cara, levantóse allí un tabique de acero; subió rápidamente hacia el techo, hacia una de las grandes vigas, separándome de los demás.

Otro paso, medio más y me hubiera pegado debajo de la barba, arrancándome la cabeza, si es que no me alzaba para aplastarme contra la viga. Era un mecanismo ingenioso y diabólico. Mi bala partió hacia Schumann cuya cabeza se me apareció como una triunfante gárgola, tan rápido fue el subir de la cortina de acero.

Retrocedí con el revólver humeante e inútil en la mano. El ruido del acero, al encajar en una rendija de la vida, se extinguió. Me pareció oír una carcajada y luego el ruído de la madera al ser movida. Se habían ido, burlándose de mí.

Corrí a las puertas corredizas.

Estaban cerradas sólidamente. O bien los chinos estaban en el juego o bien el mismo mecanismo que levantó la cortina de acero las había cerrado automáticamente. Schumann había hecho todo eso mientras me distraía a mí que me había creído tan competente, tan magistral. Ahora estaba encerrado. El cuarto parecía cortado en dos.

No pude mover las puertas. Agarré una silla; pero se estrelló inútilmente contra el sólido roble La ventana estaba cerrada con llave, no solamente con falleba. Tiré la silla rota contra el cristal. Era grueso, a prueba de balas. Ni siquiera lo rayé. Me habían hecho prisionero. Pero me sentí intrigado. Vi los faroles de un auto y luego los de otro mientras pasaban junto a la torre, en dirección al camino principal ¿Por qué me dejaban en casa de Schumann y huían con el botín? Quizá tendrían que dirigirse a la ciudad, a una cita con el jefe. Acaso Schumann sabía quien era yo y... los chinos estaban siempre a mano.

Yo no desestimo a los chinos como peleadores. Tienen muchas virtudes; pero no son sensibles y están acostumbrados a las ejecuciones. Había dos albercas muy cerca, donde podía ser arrojado un cuerpo, con su correspondiente peso. A los chinos no les iba a preocupar la pureza de la provisión de aguas de Nueva York. La perspectiva no era para mí agradable. Y de pronto, las luces se apagaron. Yo tenía mi linterna eléctrica, pero la luz del fuego era mejor y podía necesitar yo de toda la batería. La mente de un hombre en peligro mortal o bien se entumece o bien trabaja rápidamente. La mía funcionaba. Pero los juegos de luz y sombra eran fantásticos y yo imaginaba a los chinos que avanzaban del otro lado de las puertas. Podría además, haber otros paneles corredizos.

Me quedé un momento junto al fuego y luego vi un largo tridente de hierro, un atizador para mover los leños. Con aquello yo podía romper una ventana, por sólida que fuera. Levanté el atizador como una jabalina, vi las puertas corredizas separarse suavemente. Mis enemigos amarillos venían.

Yo los aguardaba preparado, ya vinieran armados a revólver o puñal; pero nunca imaginé cuales serían las bestias que entraron en tropel, desnudos sus colmillos a la luz del fuego, que, gruñendo sordamente se lanzaron sobre mí.

¡Perros de policía! Ese era el significado de la risa sardónica de Schumann, que había oído yo a través de la cortina de metal ¡Perros enseñados a proteger la casa con-

tra intrusos cuando el dueño estaba ausente! Probablemente estaban atados cuando yo me introduje en la propiedad; pero ahora los habían soltado contra mí. Las puertas se volvieron a cerrar instantáneamente no bien entraron los perros. Eran tres, furiosos, mestizos de lobo.

Era una suerte haber encontrado aquel atizador, en forma de horquilla.

Lo empuñé con tanta fuerza que los dientes atravesaron la garganta del perro que venía adelante, dispuesto a saltarme al cuello. Allí quedaron un momento arrastrados en su caída por el perro pero de un tirón yo los saqué. Yo tenía encima otro perro gruñendo y mordiendo; me arrancó un pedazo del overall. El género grueso me salvó.

Mi arma estaba libre y su víctima se retorcía en el suelo. El tercer perro saltó y yo descargué el atizador sobre su cabeza. Le rompí el cráneo y el perro cayó junto a los otros. El fuerte hierro se había doblado con el golpe.

No tuve tiempo de levantarlo otra vez antes de que la segunda bestia me atacara nuevamente. A su modo, eran brutos magníficos; pero su valor era el del lobo, no el del amigo del hombre. Recibí el ataque, dándole con mi rodilla en el pecho y lo hice caer. Se levantó como el rayo, pero yo había dejado el tridente y agarré el revólver; necesité disparar tres tiros para rematar a la bestia y mi pantalón quedó hecho trizas, pero yo no había sufrido ni un arañazo. Ahora todo estaba terminado.

Me quedé allí jadeante por la furia de aquella rápida batalla. Me imaginaba a los chinos del otro lado de las puertas, escuchando. Poco después entrarían. Yo no iba a esperar eso. Deseaba ardientemente salir de allí.

Había una tela de suave brocado sobre la mesa, debajo de la cartera de cuero. Esta última tenía las iniciales de Fenton y la dirección: "Refugio de las Gaviotas", Midshore, Long Island", debajo de la aleta. Schumann había cometido un error al dejarla abandonada. Quizá no se había fijado en las letras; pero iba a servir contra él, si volvía yo a Nueva York. Envolví cuidadosamente la cartera en la tela de brocado. Tenía un plan para arruinarlo a Schumann, a menos que éste no fuera más hábil de lo que yo creía.

Rompí el grueso vidrio con el atizador. Más parecía pulpa de madera que cristal e hizo poco ruido, como si se abriera, en vez de romperse. Romper la tela metálica que había detrás fue más sencillo. Oí nuevamente el ruido distante de los poderosos cilindros. Vi el brillo de los reflectores, entre las montañas, antes de que desaparecieran. Tomaban la ruta de Carmel. Poco importaba.

(Continuará)

— Pemberton ha olido el rastro y se halla en el sendero de guerra. Muchas cosas emocionantes ocurrirán en los próximos capítulos. No deje de leerlos.

PROXIMAMENTE INICIAREMOS LA PUBLICACION DE

Los Cowboys Footballers

Emocionante novela de aventuras en el Far West

Encargue con tiempo al vendedor que le reserve su ejemplar, si desea deleitarse con la lectura de esta interesantísima obra

EL JINETE FANTASMA

Emocionantes aventuras de la juventud de BUFFALO BILL, en el Far West

LA NOCHE DE LA TORMENTA

LAS montañas Rocosas parecían temblar al terrible contacto del ruidoso tronar, mientras la lluvia caía a torrentes por el zanjón del paso de Pike llevándose por delante todo cuanto encontraba a su paso.

A la puerta de una solitaria casita hecha de troncos de árbol sin descortezar y que se alzaba en una de las lomas, un hombre de barba gris contemplaba inmóvil aquella aterradora escena.

Sentada en una cama de campaña, en el interior de la habitación que quedaba a sus espaldas, estaba una niña pequeña y bonita, de seis años lo más. Tenía el rostro pálido de terror. Aquella horrenda tormenta era tan violenta que la horrorizaba.

—¡Papá, no te quedes de pie ahí, que me da miedo! — dijo de improviso la niña. — Somos tan felices ahora, que si llegara a suceder algo...

El trampero Dan, el colonizador, volvió la cabeza y miró a la niña.

—No sucederá nada, pequeña, — dijo, procurando tranquilizarla. — La tempestad es violenta, pero no puede hacernos daño alguno. Tenemos que tenerle menos miedo a la tormenta que a los guerreros pieles rojas de la tribu de los paunis y pasado mañana ya no tendremos absolutamente nada que temer.

El trampero no cerró la puerta; se quedó de pie mirando a su hijita.

—Nuestro secreto, sólo lo conocemos tú y yo. — agregó; — suceda lo que suceda, no debemos decírsela a nadie, hasta que todo se halle en plena seguridad.

—No, papá.

Las palabras de la niña fueron ahogadas por la detonación de un tiro de rifle que resonó por encima del fragor de la tempestad.

El tiro procedió de entre los grupos de avellanos silvestres que crecían en la cuesta de frente a la casita. Mientras aún duraba el eco del estampido, el trampero Dan lanzó un gemido y cayó en el suelo, boca abajo.

En aquel mismo instante, de otro grupo de arbustos situado cerca de aquel lugar que debía ocultar al desconocido matador, apareció un hombre enmascarado.

Con loca rapidez corrió hacia la casita de troncos y entró en ella. Saltó por encima del cuerpo del caído trampero Dan, y luego tomó a la niña en sus brazos.

Después, volviéndose, miró al trampero caído en el suelo y vió que la vida se escapaba de su cuerpo por un chorro de sangre que le salía de la espalda.

—¡La niña! — exclamó el desconocido enmascarado con voz ronca. — Puedo salvar a la hija, pero al padre ya no es posible prestarle auxilio alguno.

Saltó de nuevo por encima del cuerpo del caído y, en aquel momento, el moribundo lo miró.

—¡Dios mío! — exclamó, volviendo a cerrar los ojos. —¡Es Deadwood Dick!

El desconocido extranjero, con la niña en brazos, se alejó corriendo. Instantáneamente dos guerreros pieles rojas de la tribu de los paunis, con la cabeza coronada de plumas y el rostro pintado con los colores indicadores de que estaban en guerra, se presentaron surgiendo de entre los arbustos.

Corrieron tras del enmascarado cuesta abajo, y en el momento en que la luz de un fuerte relámpago iluminó el paisaje, uno de los dos pieles rojas arrojó un tomahawk de reluciente hoja hacia el hombre que llevaba en brazos a la niña.

La mortífera arma había sido bien dirigida. La hoja del tomahawk dió en la espalda del enmascarado, que rodó por el suelo, pero sin soltar de sus brazos a la niñita.

Los dos indios se precipitaron sobre él inmediatamente. Uno de ellos le arrebató la

niña de los brazos, mientras el otro tomaba en los suyos al enmascarado desconocido, y, levantándolo del suelo, lo arrojó al caudal del poderoso torrente que corría montaña abajo por la honda zanja.

Cuando volvió un nuevo relámpago a iluminar todo el paisaje de la montaña, los indios, llevando con ellos a la niña, habían llegado ya adonde estaban sus caballos, habían montado en ellos y se alejaban galopando en medio de la tormenta.

La mañana siguiente, en medio de la calma que siguió a la horrenda tempestad de la pasada noche, un grupo de soldados de caballería del ejército de Estados Unidos, se detenía frente a la solitaria casita de troncos de la loma de las montañas Rocosas.

Los soldados se apearon y entraron en la casita. Allí encontraron al trampero Dan tendido en el suelo, frente al hueco de la puerta, indicando con el dedo un nombre que había escrito en el suelo con su propia sangre. Aquel nombre era: ¡"Deadwood Dick!"

EL TAMBOR MISTERIOSO

Han transcurrido diez años desde aquella noche en que Deadwood Dick, injustamente considerado como homicida, había sido arrojado a las aguas del torrente que, hinchado por el caudal de la lluvia, descendía montaña abajo por el zanjón de Pike Pass.

El día había sido caluroso y sofocante y se aproximaba el ocaso cuando el silencio que reinaba en la vasta pradera fué interrumpido por un extraño ruido.

Dos jinetes que se habían parado junto a un espeso grupo de pinos situado junto al río. Vizcacha hallábanse allí, montados en sus caballos y escuchaban el ruido, semejante al ahogado y lejano redoblar de un tambor.

Uno de los jinetes era un atlético joven de seis pies de altura lo menos, de cabello castaño, de hermoso rostro masculino y de expresivos ojos color gris azulado que brillaban enérgicos bajo la ancha ala de su sombrero.

El otro era de tipo diferente, su rostro no era, en verdad, hermoso pero su respingada nariz y sus grandes ojos castaños le daban un aspecto casi cómico. Tendría unos diez y ocho años aun cuando representaba menos edad.

¡Tatú!... ¡Tatú;... ¡Tatú!...

—¡Dios mío! ¿Qué significa eso, Bill? — preguntó el más pequeño de los dos con nerviosa voz. — ¿Se trata del tambor de guerra de los indios? ¿Se han lanzado los paunis al sendero de la guerra?

—No, Ted, — contestó Bill Cody con tranquilidad. — Se trata de un tambor fantasma, el tambor del desdichado Wahatá, el jefe siux que pereció aquí cuando su tribu se vió envuelta en la creciente del río de la Vizcacha hace más de cincuenta años.

Ted el de Texas abrió aun más los ojos y miró a su compañero a quien llamaban ya, en toda la región de las montañas Rocosas por el apodo de Buffalo Bill.

—¡Cuidado, Bill! — exclamó. — ¡Bastante trabajo nos da el tener en cuenta el peligro que ofrecen los indios vivos así que no nos conviene preocuparnos del miedo que puedan causarnos los indios muertos y sus leyendas. ¡Vamos! ¡Ahora suena otra vez!

Volvió a oírse en aquel instante el rápido redoble de un tambor.

—¿Suena de nuevo el tambor o es que me chocan las rodillas una con otra?—preguntó nerviosamente Ted. — ¡Lléveme usted de nuevo a mi casita de troncos de la loma de las Ciruelas, Bill! ¡Lléveme de nuevo a mi querido y viejo ranch donde está mi adorado ganado! ¡Usted no conseguirá jamás que yo llegue a ser explorador o correo a caballo!

—¡No se apure, Ted! — exclamó Bill, riendo. — No es usted tan tímido como lo parece y se ha de necesitar algo más que el tambor de Wahatá para asustarlo de verdad, seguramente.

—¿Pero qué significa eso en realidad, Bill? — agregó Ted. — No me explico la razón de este redoblar de tambor ni de qué puede servirle al jefe muerto.

—Ese redoble de tambor es un aviso de proximidad de una tormenta, — dijo Bill. — El redoblar del tambor es siempre segura señal de que las aguas del río van a subir produciendo una inundación y cubrirán toda la extensión del valle de la Víbora, arrasando cuanto se encuentren por delante. ¡La señal de ese tambor que nadie ha visto pero que todos han oído, no ha fallado nunca!

Texas Ted volvió a temblar.

—¡Entonces me parece que debemos darnos prisa, Bill! — manifestó. — No me es agradable la idea de pasar a nado el torrente de la loma de la Ciruelas. Lo que nos conviene es retirarnos de aquí al mismo compás que toca el tambor de Wahatá.

—¡Está bien! — asintió Búffalo Bill.— No tenemos tiempo que perder, Ted. Tengo una visita urgente que hacer en Denver y espero que ya estará en su plenitud la tempestad cuando llegue a ese sitio.

Una repentina ráfaga de viento aulló por entre el desfiladero y en el mismo momento se oyó un nuevo y fuerte redoblar, procedente de las lejanas montañas del lado del Oeste.

—Nos alcanzará, según me parece, Ted, — dijo Bill Cody a su compañero. — Vamos a tener que cabalgar bajo la lluvia.

—Mientras deje de oir ese tambor del demonio, todo lo demás me importará poco, — observó Ted. — ¿Está usted seguro de que no andan por ahí pieles rojas que se hayan lanzado al sendero de la guerra.

—Enteramente seguro, — declaró Búffalo Bill. — El tambor ha sido oído cinco veces desde el fallecimiento de Wahatá y en cada uno de los casos ha anunciado con toda exactitud una tormenta terrible. La última vez que se oyó fué hace diez años la noche en que Deadwood Dick mató al trampero Dan en Pike Pass.

El trueno volvió a oirse de nuevo.

—Esa fué la última vez que se oyó hablar de Deadwood Dick, ¿no es cierto? — preguntó Ted. — De él y de la niña, que tenía seis años, ¿no es así? Se creyó que murieron ahogados. ¿Eh?

—Sí. Tanto Dick como la hijita del trampero Dan murieron en las aguas del torren-

Búffalo Bill se inclinó sobre la montura y tomó a Avellana con uno de sus hercúleos brazos

le. No se duda de que fué así por que no se volvió a hallar rastro de ninguno de los dos, a pesar de lo mucho que se buscó. — dijo Bill. — Ojalá el nuevo redoblar del tambor no anuncie una tragedia por el estilo. No soy de los que creen mucho en fantasmas. Ted. — agregó frunciendo seriamente el ceño, — y creo que los ruidos que oímos ahora son causados por la proximidad de la tempestad, la crecida de las aguas y el viento que sopla a través de alguna extraña abertura de las montañas.

Volvió a su caballo, un hermoso animal de pelo enteramente negro, con una estrella blanca en mitad de la frente. Estrella de Plata, — así lo llamaban, — había llevado a Búffalo Bill millas y más millas a través de montañas y praderas y Búffalo Bill sabía que iba seguro yendo en él.

Bill montó de un salto y Texas Ted, su compañero, montó en su vivaracha yegua castaña.

Los dos jinetes siguieron por la huella y el golpear de los cascos de los caballos en el suelo duro, se unió al lejano redoblar del misterioso tambor.

Cesó el ruido del tambor y la oscuridad, anunciadora de la cercana tempestad se hizo cada vez más y más intensa.

De vez en cuando roncaba el trueno en las montañas pero fuera del tronar y del ruido que hacían los caballos al andar, reinaba el más completo silencio en la vasta y solitaria llanura.

Los dos jinetes cabalgaron así dos millas. De improviso Búffalo Bill tiró de la rienda de su caballo y permaneció enteramente inmóvil.

—¿Qué pasa, Bill? — preguntó Ted con ansiedad.

—¡Indios! — contestó lacónicamente Bill — ¡Por este lado, Ted!

Volvió grupas y galopó yendo a guarecerse detrás de un montón de desiguales peñascos. Ted hizo lo mismo sin pedir más explicación y los dos se apearon al mismo tiempo. Por más que miró en redor, Ted no vió más alma viviente que ellos mismos.

—¡Paunis! — dijo Búffalo Bill en voz baja, — Los oigo.

—No me sorprende, — no me sorprende, — murmuró Ted. — Yo los siento.

—¿Siente? ¿Cómo? preguntó su compañero.

—¡Mis pobres rodillas! — replicó Ted con leve sonrisa, — Siempre me tiemblan del mismo modo cuando me pongo nervioso. ¡Ojalá hubiera nacido patizambo!

Búffalo Bill sonrió mientras tomaba sus gemelos con los que examinaba la extensión de la vasta pradera.

Durante más de un minuto miró sin distinguir ni un ser humano, pero pasado ese tiempo alcanzó a ver a un jinete en la cresta de la loma. Corriendo con la rapidez del viento cruzó luego en línea recta el territorio salvaje dirigiéndose hacia la huella que Búffalo Bill y Texas Ted, seguían.

El jinete vestía la túnica de cuero sobado adornada con dibujos hechos con cuentas de vidrios de diversos colores y la diadema de bronce pulido y brillante que distinguía a las jóvenes solteras de la tribu de los paunis. El caballo que montaba veíase casi cubierto de espuma.

—Otros vienen, de fijo, detrás de ella, — manifestó Búffalo Bill. — Corre como si se le hubiera desbocado el animal por que, en caso de no atajarla, esa joven sufrirá un accidente muy grave.

Los dos ojos de la joven relucieron cuando salió de detrás de los peñascos que había en la huella de los pieles rojas.

El caballo desbocado se aproximó y Búffalo Bill se dispuso a entrar en acción.

Pasó el caballo rápido como un relámpago y Bill saltó agarrando la rienda se colgó de ella e hizo que el animal se detuviera con tanta rapidez que la joven saltó de su montura y cayó al suelo.

Búffalo Bill soltó al ya dominado caballo y corrió al sitio donde había caído la joven india.

—¡Si es una niña! — exclamó Búffalo inclinándose hacia la caída paunf. — Levántese usted. joven y permítanos a nosotros saber algo a su respecto.

Alzó del suelo a la muchacha y al proceder así se desprendió la diadema de bronce pulido dejando ver una hermosa cabellera negra suave y ondulada.

—¡Dios mío! — exclamó Texas Ted que se había acercado y abrió los ojos asombrado — Esta muchacha tiene de raza piel roja lo que puedo tener yo!

EL ATAQUE

La joven blanca que vestía el traje de cuero bordado con cuentas de vidrios de las doncellas paunís se había desmayado y cuando por fin abrió los ojos Búffalo Bill vió pintados en ellos un terror tal que inspiró lástima y compasión a su caballeresca y bondadosa naturaleza.

—¡Oh! ¡Sálveme! ¡Sálveme! — gimió la joven. — ¡Ustedes son blancos y no dejarán que ellos vuelvan a capturarme!

—Vamos, vamos, señorita, tranquilícese usted, — replicó Búffalo Bill bondadosamente. — No esperaba que fuese usted de raza blanca. Supongo que no estará herida.

La muchacha movió negativamente la cabeza. No tenía más de diez y seis años y era hermosa como una flor de las praderas.

—No estoy herida, — contestó ella rápidamente. — Pero, ¡Por favor! vámonos. Lobo Salvaje y sus guerreros me persiguen.

—Partiremos enseguida — declaró Bill, llamando, mediante un silbido a su caballo. — Pero, ¿se encuentra usted con fuerzas suficientes para cabalgar?

—¡Sí sí! — contestó la joven dirigiéndose hacia donde estaba su caballo. El caballo se había calmado ya por completo y dejó que la muchacha lo montara sin mostrar nerviosidad alguna.

Bill montó en Estrella de Plata y se acercó rápidamente a la joven. Texas Ted cabalgó a corta distancia pues creía que un blanco debe marchar lo más rápidamente posible cuando se aleja de los pieles rojas.

Bill se volvió, dirigiéndose a la huella que conducía hacia la loma de los Ciruelos.

—Nos dirigimos, hacia Denver por el camino de Fuerte Morgan, — dijo Bill cuando se acercó a la joven. — Si conoce usted alguna otra huella que nos lleve a su casa no tiene usted más que decirlo.

La joven movió negativamente la cabeza.

—No tengo casa, — contestó ella, — He vivido con los paunis desde que tengo uso de razón. No me he alejado nunca de su campamento situado en Nido de Truenos hasta el día de hoy en que me escapé.

Búffalo Bill la miró fijamente cara a cara.

—¿No tiene usted parientes ni amigos?— le preguntó.

—No se ni siquiera quien soy. Sólo se que mi nombre es Avellana, — declaró la joven. — He vivido siempre entre los indios, y... ¡Pero esto es horrible!

Bill Cody no replicó pero sus expresivos ojos gris azulado se fijaron en la misteriosa joven. Siguieron cabalgando.

—¿A qué distancia detrás de nosotros se encontrarán Lobo Salvaje y sus guerreros? — preguntó él, después de una pausa.

—No lo se, — contestó Avellana. — Lobo Salvaje dirige un grupo explorador que cons-

Búffalo Bill miraba fijamente al jinete fantasma. "¡Es el espectro de Deadwood Dick!" exclamó de repente

tituye el primer movimiento de la formidable rebelión contra la vida y la propiedad de los hombres blancos.

—¡En tal caso es necesario avisar lo más pronto posible a la guarnición de Fuerte Morgan! — exclamó Búffalo Bill. — Tenemos que dirigirnos inmediatamente hacia la colonia del lago de la Víbora. De allí seguiremos hacia el fuerte.

En aquel momento se oyó un trueno ensordecedor.

—Debemos tratar de llegar al valle de la Víbora antes de que estalle la tempestad,— dijo Bill mirando en redor. Cada ver era mayor la oscuridad.

Pero la tormenta no era el mayor peligro que amenazaba. Búffalo Bill se dió cuenta de que era así cuando, algunos segundos después, apareció una horda de indios a caballo en la cuesta de una loma.

Los pieles rojas habían visto al grupo y lanzando horrendos aullidos se dirigieron cuesta abajo hacia los blancos, gesticulando con sus pintarrajeados rostros.

Búffalo Bill se decidió rápidamente. Si él y sus compañeros se dirigían hacia el valle de la Víbora seguidos por los pieles rojas, los indios arrasarían la colonia antes de que la gente que estaba allí tuviese tiempo de prepararse para la defensa.

—Tenemos que detenerlos por un momento, Ted, — declaró Bill. — Usted, Avellana, puede ir directamente hacia el valle de la Víbora.

—No quiero separarme de ustedes si hay peligro, — replicó la joven. — Se cómo se maneja el rifle y no puedo consentir que ustedes protejan mi huída poniendo en peligro su vida.

—¡Obedezca! — repitió Bill con firmeza. — Ted y yo no podremos detener a los pieles rojas durante mucho rato pero el tiempo será suficiente para que usted llegue al valle y avise del peligro que corre a la gente de la colonia.

En cuanto la joven se dió cuenta de la im-

portancia de la misión que se le encomendaba se mostró dispuesta a cumplirla sin la menor demora.

—¡Siga la huella en línea recta! — le gritó Bill. — A unas trescientas yardas de aquí encontrará el camino protegido por grandes peñascos. Cuando llegue al fondo del valle diga a la gente que allí está, cuanta es la importancia de la rebelión y pida que manden un parte con la noticia a Fuerte Morgan.

La muchacha inclinó la cabeza en señal de asentimiento y partió. Un luminoso relámpago alumbró el cielo en aquel momento y poco después el trueno retumbó entre las montañas.

Búffalo Bill y Texas Ted se internaron en una hondonada. Hicieron que los caballos se echaran al suelo y luego, apuntando con los rifles por el borde de la hondonada, se dispusieron a detener el paso de los indios.

Se oyó una detonación.

Búffalo Bill había hecho fuego y uno de los guerreros paunis rodó por el suelo, cayendo de su montura. Instantáneamente los demás pieles rojas comenzaron a separarse hasta que estuvieron a diez yardas uno de otro.

—¡Adelante! — dijo en voz baja Texas Ted y él también a su vez, hizo fuego.

Otro de los pieles rojas cayó de su montura. En el mismo momento retumbó de nuevo el trueno.

Los guerreros pieles rojas de Lobo Salvaje descendieron como una verdadero catarata hacia donde estaban Búffalo Bill y su compañero.

EL ESPECTRO ENTRE LAS LLAMAS

—Precipitemos todo lo posible la defensa cuando se encuentren suficientemente cerca, — dijo Búffalo Bill rápidamente. — Los guerreros rojos de Lobo Salvaje no van a hacer su gusto, ni mucho menos, Ted.

—¡Bien dicho, Bill — exclamó Ted. — Ojalá no me flaquée la puntería. — Y recorrió con la mirada el caño de su rifle de uno a otro punto de mira.

Ted se expresaba alegremente pero poco tiempo había de pasar antes de que Búffalo Bill y él se habrían de ver sofocados por la superioridad numérica. Antes de eso, sin embargo, tenía el propósito de dar cuenta del mayor número posible de pieles rojas, deteniendo así el avance de los indios, mientras Avellana llegaba a la colonia del valle de la Víbora y daba aviso del peligro que había. Lo que sucediera después poco les importaba.

Los estampidos de los tiros se unían al retumbar de los truenos y al chasquear violento de los relámpagos. Cada detonación de rifle que se oía de parte de Búffalo Bill y Texas Ted, significaba que un piel roja había rodado por tierra sin vida.

Al cabo de poco rato la tormenta estuvo sobre ellos pero aun cuando los truenos y los rayos formaban un conjunto realmente horrendo, aun no había comenzado a llover.

Los certeros tiros disparados por Búffalo Bill y Texas Ted producían mortíferos efectos en las filas de los indios, de modo que poco después de comenzar a tirar, — doce caballos habían perdido ya su jinete rojo. Bill y su compañero estaban bien protegidos en la hondonada donde se habían situado y los paunis no podían pensar en atacarlos en masa sin exponerse a sufrir enormes pérdidas.

Los atacantes cambiaron de táctica repentinamente. Lobo Salvaje, el jefe guerrero, dió algunas órdenes rápidas e instantáneamente veinte jinetes avanzaron por el flanco izquierdo y otros veinte por el flanco derecho hasta que se formó un semicírculo de indios a caballo.

—Se proponen rodearnos, — dijo Búffalo Bill en voz baja, — a fin de poder atacarnos por todas partes. Dejemos que se preparen y no hagamos nada hasta que se aproximen.

Pero Búffalo Bill se percató en seguida de que el propósito de los indios no era rodearlos porque una vez que hubieron formado un extenso semicírculo los pieles rojas se apearon y comenzaron a encender el alto pasto seco de la pradera.

El fuego se extendió con la rapidez de la luz y Búffalo Bill se dió cuenta de que él y Ted no tardarían en verse rodeados por las llamas. No iban a tener tiempo para salir de la hondonada en que estaban y ponerse en salvo antes de que el fuego los alcanzara.

Las llamas se alzaban por uno y otro lado iluminando la oscuridad reinante. Lobo Salvaje, el jefe guerrero de los paunis destacaba imponente su atlética figura a la luz del incendio.

Tenía la parte superior del cuerpo envuelta en una piel de búfalo. Llevaba puesto un cinturón de largas plumas de águila y la cabeza adornada por una corona de plumas y por la cola de un venado teñida de rojo. De su cuello colgaba una enorme garra de oso gris y pendían de sus zahones numerosas cabelleras arrancadas a sus enemigos.

Las nubes de humo que se alzaban del pasto quemado oscurecieron su silueta. Las llamas se acercaron a los jóvenes ocultos en la hondonada.

—¡Esto parece que se concluyó! — murmuró Búffalo tristemente. — Siquiera...

Sus últimas palabras fueron ahogadas por un horrísono estallido del trueno y luego, como si las nubes hubieran sido desgarradas por el retumbar de aquel tronar, la lluvia comenzó a caer en forma de catarata.

El fuego fué extinguido casi inmendiatamente por la lluvia torrencial, y al cabo de unos pocos segundos, las llamas fueron sustituídas por una capa de agua.

—¡Las cosas han cambiado por completo! — dijo Texas Ted en voz baja. — Más vale ser arrastrados por las aguas, que achicharrados.

Un relámpago en extremo luminoso alumbró todo el paisaje circundante mientras Bill y Ted esperaban los próximos sucesos. En el primer momento, los indios se sintieron aterrorizados por la violencia de la tempestad, y no se atrevieron a avanzar hacia donde estaban los blancos.

Pero un grito de Lobo Salvaje pareció despertarlos, y los rojos empezaron a aproximarse a los dos compañeros.

Fué en aquel momento cuando la des-

igual batalla se interrumpió a causa de un estupendo y extraordinario suceso.

Lobo Salvaje, el pauní, detuvo repentinamente a su caballo e indicó con el brazo extendido, un sitio del rocoso terreno situado a unas trescientas yardas de donde estaban agazapados Búffalo Bill y Texas Ted.

Galopando cuesta abajo, de la región rocosa hacia la llanura, un fantasmagórico y enmascarado jinete apareció en aquellos momentos. Su caballo no hacía ruido alguno al avanzar por entre la tormenta.

En medio de la luz de los relámpagos, el jinete fantasma avanzó hasta hallarse a veinte yardas de donde estaban los dos compañeros. Una vez allí, se paró y permaneció inmóvil silencioso, mirando en redor como un maravilloso espíritu de la tormenta.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? — exclamó asombrado, Texas Ted.

Búffalo Bill miraba fijamente al jinete fantasma, y cuando habló, su voz temblaba y era ronca.

—¡Es el fantasma de Deadwood Dick! — exclamó.

El paisaje alumbrado por incesantes relámpagos, resultaba imponente. Ni uno solo de los aterrorizados pieles rojas se atrevió a moverse un solo paso acercándose a la misteriosa figura.

El espectro alzó un brazo todo lo más alto que pudo y luego, como si dominara las fuerzas de la tormenta, se oyó un formidable trueno más terrorífico que todos los que se habían oído anteriorcente.

Antes de que se hubiera disipado por completo el retumbar del trueno, los indios volvieron grupas y se alejaron locos de pánico, al galope tendido de sus caballos.

Un largo y muy luminoso relámpago iluminó todo el paisaje. A ese relámpago extraordinario siguió una oscuridad completa, mientras el trueno volvía a oirse de nuevo y la lluvia caía tan copiosa, que formó numerosos torrentes a los pocos instantes.

Cuando brilló un nuevo relámpago que disipó la reinante intensa oscuridad, el jinete fantasma había desaparecido por completo.

HUYENDO DE LA CRECIENTE

—¿Qué significa esto, Bill? — preguntó Texas Ted con voz ronca, aproximándose a su compañero.

—¡Estoy enteramente seguro de que no puedo explicarlo, Ted! — respondió Búffalo Bill. — De lo que estoy seguro es de una cosa: de que el jinete fantasma nos ha salvado la vida.

—¡Pero usted dijo que se trataba del espectro de Deodwood Dick! — exclamó Ted.

—¡Tuvo que ser como un espectro o cosa así, para haberse presentado y haber desaparecido en la forma en que lo ha hecho! — manifestó Bill. — El rostro era indudablemente el de Deadwood Dick el bandido que falleció durante una horrenda tormenta, según le conté hace poco, unos diez años ha.

Los dos compañeros, perplejos y silenciosos, fueron al sitio donde esperaban sus caballos, y montaron.

Hablaron poco mientras cabalgaban hasta la colonia del valle de la Víbora.

La tormenta seguía furibunda cuando llegaron a las cuestas que conducían al valle, pero la obscuridad había menguado mucho y los dos compañeros podían ver sin necesidad de esperar a que brillara la luz de los relámpagos.

El tortuoso camino por el cual se descendía al fondo del valle estaba transformado en el cauce de un río, tal era el enorme caudal de la lluvia que caía. El agua llegaba más arriba de los rodillas de los caballos.

De repente, desde una larga distancia, llegó hasta ellos un rugido cada vez más fuerte. Al principio fué tan suave, que los dos compañeros casi no lo oyeron, pero fué acrecentándose poco a poco a medida que transcurrieron los minutos, y les llamó la atención.

—¿Qué será eso, Bill? — preguntó Texas Ted. — Ese no es el ruido del trueno.

Búffalo Bill levantó la cabeza y escuchó con atención. A medida que el ruido se fué acercando, Búffalo Bill cambió de expresión y por último lanzó un grito.

—¡Las aguas del río de la Vizcacha se han salido de su cauce detrás de nosotros y corren hacia el valle! — exclamó. — El aviso del tambor de los indios, ha resultado verídico!

Búffalo Bill sabía perfectamente lo que semejante inundación significaba. Todas las casas de troncos situadas en la colonia construída en la región inferior, serían barridas por el caudal de la creciente y junto con ellas todos los seres humanos que se encontraran en el valle.

—¡Corra como el viento, Ted! — gritó Búffalo Bill. — ¡Tenemos que ganarle la carrera a la creciente y avisar a los de la colonia para que se pongan a salvo!

Los dos jinetes clavaron las espuelas en los ijares de sus caballos y los animales corrieron cuesta abajo urgidos por el creciente ruido del avance de las aguas, que parecían haberse lanzado violentamente en su persecución.

Pero aun cuando corrían muy rápidamente Bill y Ted se percataban de que las aguas corrían con más velocidad que ellos. El ruido de la creciente se había hecho tan fuerte que dominando a todos los demás, era el único que llegaba a sus oídos. Ni aun los horrísonos truenos, que proseguían con acompasada tenacidad, podían oirse sobre el fragor del avance de la corriente.

Los temerarios jinetes se hallaban a cuatrocientas yardas de la colonia del valle cuando pudieron percatarse de que la población estaba desierta. Los habitantes de la colonia del valle de la Víbora ya se habían marchado.

Sin atreverse a detenerse, Búffalo Bill y Texas Ted llegaron a las estrechas calles de la colonia, formadas por las filas de casitas de troncos de árboles, cuando vieron que de una de las casitas salía una persona.

Era Avellana, la joven a quien Búffalo Bill había enviado al valle de la Víbora cuando los indios paunis realizaron su primer ataque.

Avellana vió a los jinetes que llegaban,

pero el grito de alegria que brotó de sus labios fué ahogado por el ruido del agua que, espumosa y remolineante descendía por la ladera del camino del valle.

La joven permaneció inmóvil, dominada por completo por el terror que experimentaba.

Búffalo Bill, apretando los dientes, decidido a todo, cabalgó directamente hacia la joven. En el primer momento pareció que fuera a atropellarla pero al llegar a la joven Búffalo Bill desvió su caballo y se inclinó hacia un lado de su montura.

Un segundo después había levantado a Avellana con su hercúleo brazo y galopaba de nuevo llevando con él a la muchacha. Cabalgó a través del valle seguido de su fiel amigo Texas Ted.

Cuando llegaron al extremo de la colonia corrieron cuesta arriba por las rocosas laderas que se encontraban más allá, con la esperanza de poder llegar a un nivel que representara seguridad para ellos antes de que los alcanzara la creciente.

Búffalo Bill se encontraba frente á un sendero empinado y de piedra que los hubiera llevado en poco tiempo a sitio seguro, cuando su caballo Estrella de Plata, se resbaló en el piso mojado y cayó.

Búffalo Bill fué arrojado a un montón de barro, pero aun cuando cayó de espaldas, consiguió sostener a Avellana, de modo que la caída del caballo no lastimó ni lo más mínimo a la muchacha.

Estuvo de pie al instante. Ted había avanzado y menguaba la rapidez de la marcha de su caballo, pero Bill le indicó con la mano el sendero pedregoso y sin tratar de montar nuevamente a caballo siguió cuesta arriba a pie sosteniendo a Avellana sobre sus anchos hombros.

Texas Ted tomó la brida de Estrella de Plata y siguió cuesta arriba delante de Bill.

Con ambos caballos siguió Ted cuesta arriba hasta que llegó a un punto suficientemente alto para poder ser considerado seguro. Una vez allí se apeó de su caballo y se volvió con el propósito de prestar socorro a Bill Cody.

Pero Bill Cody ya se había puesto en salvo aun cuando sólo había dispuesto de unos pocos segundos para ponerse en seguridad.

Ted tomó en sus brazos a Avellana y siguió hacia lo alto de la ladera. Búffalo Bill se dejó caer al suelo, sin aliento en el mismo momento en que la inundación entraba en el valle llevándoselo todo por delante.

Sonándole en los oídos el rugido aterrador de las aguas que avanzaban. Búffalo Bill se levantó del suelo.

Volviéndose miró hacia abajo, hacia el horrible destrozo causado por las aguas y sonrió tristemente.

—¡Otra carrera contra la muerte ganada por un segundo de tiempo! — dijo en voz baja. — ¡La suerte sigue favoreciendo a Bill Cody, según parece!

LA BOLA DE FUEGO

El pequeño grupo siguó su marcha hacia las laderas que conducían a los primeros contrafuertes del Este de las montañas Rocosas. La tempestad no había cedido pero el rugir de las aguas, en las regiones inferiores había menguado un poco.

—¿Consiguieron ponerse en salvo los habitantes de la colonia? — preguntó de improviso Búffalo Bill, dirigiéndose a Avellana.

—Abandonaron el valle en cuanto yo les di la noticia de la rebelión de los paunis, — contestó la muchacha. — Ya estaban preparados para marcharse por que temían que la tormenta estallara con fuerza y se produjese la inundación.

—¿No quisieron que usted fuese con ellos? — preguntó Bill.

—Yo quise esperar, — contestó Avellana con sencillez. — Hice lo que usted me dijo. Traje el mensaje a la colonia y esperé a que usted llegase. No podía pensar en buscar sitio segundo donde guarecerme mientras ustedes dos se encontraban en grave peligro.

Búffalo Bill miró hacia abajo con el ceño fruncido.

—Supongo que usted no tiene ningún plan determinado. Avellana ¿éh? — preguntó. — Usted no tiene hogar ni amigos; por lo tanto me parece que lo mejor que puede hacerse es llevarla a la Colonia de los Ciruelos donde está mi hermana.

Búffalo Bill, Texas Ted y Avellana, caminando los tres siguieron montaña arriba hasta que llegaron a un serpenteante sendero que corría por un lado de un profundo precipicio.

—La inundación nos ha obligado a cambiar de camino, — dijo Bill, — así que tendremos que seguir por este sendero de junto a este zanjón hasta llegar al paso de las Peñas. Descansaremos si usted lo necesita, Avellana.

—¡Sigamos adelante! — suplicó la muchacha. — La tormenta, por violenta que sea no me asusta.

—La tormenta no tiene en realidad, nada de particular, — observó Ted. — Después de lo que ha sucedido hoy la más furibunda de las tormentas parece el espectáculo más plácido del mundo.

—Lo cierto es que pasamos una o dos horas de verdaderos apuros.

—¿Apuros? — exclamó Ted. — ¡Ya lo creo! ¡Incendio! ¡Inundación! ¡Rayos y truenos! ¡Y algo más aún!

—¡Lo único que nos faltó fué un terremoto! — exclamó Bill riendo. — O la erupción inesperada de un volcán que llevase varios siglos durmiendo el más tranquilo sueño.

—¡Yo preferiría una tormenta de nieve para refrescarme la cabeza! — dijo Ted.

Búffalo se disponía a hablar de nuevo cuando calló de improviso.

—¡Pronto! ¡Ocultémonos detrás de esas rocas! — dijo después.

Al expresarse así arrastró a Avellana detrás de unos peñascos, Ted, que llevaba los caballos de la rienda lo imitó.

—¿Qué pasa ahora, Bill? — preguntó Ted en voz baja. — ¿Viene el terremoto o la erupción?

Bill movió negativamente la cabeza y miró con cautela por una de los lados del peñasco.

—¡Paunis! ¡Y los manda Lobo Salvaje! — dijo en voz baja. — Evidentemente han dado la vuelta por el sendero alto evitando así el contacto con la inundación, Temo que nos hayan visto.

Un fuerte trueno retumbó entre las montañas al mismo tiempo en que el jefe, Lobo Salvaje, de la tribu de los paunis, con veinticinco jinetes, apareció por un angosto desfiladero que daba a la cornisa que quedaba del otro lado del zanjón.

Hubo un momento de pausa y mientras la luz de un largo relámpago iluminó el paisaje, la voz de Lobo Salvaje resonó a través del hueco del zanjón.

—¡Salgan de donde están escondidos y entreguen la joven cara pálida que está con ustedes !— gritó Lobo Salvaje.

La respuesta de Búffalo Bill fué preparar el rifle.

Texas Ted también examinó su arma para ver si estaba en buenas condiciones para hacer uso de ella cuando llegara el momento. Como Búffalo Bill estaba dispuesto a disparar hasta el último cartucho.

Avellana, intensamente pálida miró a Búffalo Bill y aún cuando sus enemigos los pieles rojas formaban una fuerza mucho más poderosa su infantil confianza en Búffalo Bill era tanta que estaba completamente segura de su victoria.

—Nos hallamos bien protegidos y los indios pueden atacarnos, — dijo Búffalo Bill a Ted. — Nos encontraremos en seguridad mientras no nos dejemos ver.

Ted inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Una ráfaga de viento silbó de un extremo a otro del sanjón.

Un segundo después se oyó un trueno muy fuerte y del cielo oscuro hacia donde se alzaba la mole de piedra de la montaña, descendió una rutilante bola de fuego.

El trueno retumbó en los altos picos situados a espaldas del grupo pequeño y el relámpago, en forma de bola se hundió entre las rocas superiores, muy arriba de ellos y produciendo una atronadora explosión en el interior de la cordillera.

Búffalo Bill miró hacia arriba y la sangre se le heló en las venas cuando vió el horrendo peligro que amenazaba a sus compañeros y a él mismo.

Una avalancha de rocas destrozadas por el choque descendía montaña abajo con ruido formidable y hacia el sitio donde ellos se encontraban.

Búffalo Bill se puso de pie de un salto tomó a Avellana de una mano y la arrastró con él.

No había sitio por donde escapar siguiendo la línea del zanjón, pues las piedras caían en toda la extensión del mismo.

—¡Vamos Ted! — gritó Bill. — Si hemos de morir moriremos peleando.

Se montó en Estrella de Plata y alzando a Avellana del suelo la puso sobre la montura, delante de él. Ted montó de un salto en su caballo.

Búffalo Bill y Ted dirigieron sus caballos hacia el borde del precipicio. En el momento en que los dos animales se elevaban por el aire para cruzar el zánjón, la avalancha de piedras caía de lo alto.

La muerte estaba tras de ellos y delante de ellos. De un lado la lluvia de grandes piedras, del otro los indios paunis. ¿Cómo se solucionaría la situación tan desfavorable para Búffalo Bill y sus compañeros? Tenía que solucionarse rápidamente. ¿Cuál sería ese resultado?

DESAFIANDO A LA MUERTE

Con un poderoso rugido un alud o una avalancha descendió hacia la ancha cornisa donde estaban los enemigos del joven Búffalo Bill.

Bill Cody procedió con la rapidez que en muchas ocasiones habíanle evitado una muerte segura gracias a la agilidad asombrosa de su caballo Estrella de Plata que alzó al mismo tiempo al scout y a la jovencita Avellana.

El otro compañero de Bill, Texas Ted montado en su nervioso caballito, saltó en el mismo instante y cruzaron al lado donde estaba Lobo Salvaje, el jefe de los guerreros paunis y los demás pieles rojas.

El mayor de todos los peligros parecía ser la profundidad del abismo, porque tenía más de diez pies de ancho y parecía imposible que lo saltaran unos caballos, especialmente Estrella de Plata, con su doble carga.

La muerte los amenazaba en aquel momento por todas partes. La avalancha por la espalda, el zanjón profundo por delante y en el borde del abismo Lobo Salvaje y sus sanguinarios compañeros.

Pero los dos animales respondieron noblemente a lo que de ellos esperaban sus jinetes y después de describir una elegante curva en el aire en un tiempo que no pasó de tres segundos. Búffalo Bill tocó tierra en la otra orilla, sosteniendo vigorosamente a Avellana con su hercúleo brazo izquierdo. Su valiente caballo siguió andando, pasando el grupo de amenazadores pieles rojas.

Tras de su compañero avanzó Texas Ted por entre los pieles rojas y siguió tras de Búffalo Bill.

Dos peligros habían sido vencidos ya, pe-

ro aun quedaba el de los paunis que no estaban, por cierto, dispuestos a mostrarse misericordiosos con ellos.

Búffalo Bill y su compañero cayeron en medio del grupo de los pieles rojas. Además de Lobo Salvaje había veinticinco guerreros paunis y más de la mitad de éstos estaban armados de rifles, tomahawks, garrotes de guerra y flechas. Todas esas eran armas mortíferas en manos de los guerreros rojos que tan bien sabían manejarlas.

Un tomahawk de reluciente hoja pasó a una pulgada del rostro de Búffalo Bill. Después se oyó una detonación de arma de fuego que arañó una oreja de Texas Ted.

Un segundo después Lobo Salvaje el jefe piel roja, atacó directamente a Estrella de Plata. El jefe piel roja se precipitó contra Búffalo Bill y al mismo tiempo dirigió al scout un golpe terrible con su tomahawk.

Búffalo Bill se alzó en su montura para esquivar el golpe levantando el rifle sobre su cabeza y golpeó con la culata del arma la emplumada cabeza del jefe pauni.

Lobo Salvaje cayó y Búffalo Bill avanzó hacia un estrecho desfiladero que quedaba al lado del profundo zanjón.

Se oyeron dos disparos más, pero hasta que Bill y Ted no se encontraban ya dentro del estrecho desfiladero los pieles rojas no los atacaron seriamente.

Debido a este respiro que tanto había significado para ellos, Búffalo Bill y su compañero se vieron favorecidos por la tormenta y la avalancha. Asustó tanto a los indios la caída de pedruscos por la ladera de la montaña que no pudieron dedicar mayor atención a Búffalo Bill y a Texas Ted.

Pero su temor pasó pronto y contestando a los gritos de Lobo Salvaje, que se había alzado sobre los estribos, se pusieron en rápida persecución del pequeño grupo de blancos.

Una descarga de fusilería pasó junto a Búffalo Bill, Texas Ted y Avellana, a los que protegían las rocas de la entrada del desfiladero. Este desfiladero constituía un pasaje estrecho y serpenteante que se internaba entre las rocas y que no tenía ancho suficiente para dar paso a dos jinetes, uno junto al otro.

En ese pasadizo Búffalo Bill, Texas Ted y Avellana se veían más o menos protegidos contra los tiros y las flechas de los indios que los perseguían, pero por otra parte la forma serpenteante del camino les imposibilitaba hacer que sus caballos avanzaran con relativa rapidez. Casi no podían avanzar más que al paso.

—Esos indios deben tener algunos caballos ocultos en las inmediaciones, — dijo Búffalo Bill. — Puede apostar usted hasta su último dólar a que es así.

La profecía de Búffalo Bill resultó verídica, porque unas doscientas yardas más adelante, el desfiladero se ensanchaba y tenía a ambos lados altas paredes de piedra.

En una especie de corral natural estaban esperando unos treinta caballos custodiados por cuatro indios con la cara pintada con los colores de guerra.

—¡A ellos, Ted! — gritó Búffalo Bill entre dientes. — Hay un modo de que fracase el plan de los rojos.

—¡Adelante compañero!

Los dos jinetes talonearon a sus caballos y los dos cuadrúpedos cruzaron al galope el espacio libre.

Un coro de alaridos de guerra brotó de los cuatro pieles rojas guardianes de los caballos de reserva.

Se oyeron tres detonaciones de arma de fuego.

Los tres estampidos resonaron en el rocoso hueco. Una de las balas atravesó un hombro de Búffalo Bill, otra rozó la cabeza de su caballo y la tercera cortó en dos la rienda del caballo de Texas Ted.

Pero no consiguieron menguar la rapidez de su paso. Los dos caballos siguieron avanzando por el camino pedregoso, dirigiéndose hacia el pasadizo que conducía al espacio libre.

Era necesario recorrer treinta yardas más antes de que Lobo Salvaje, el jefe pauni, consiguiese llegar al lugar donde lo esperaban sus caballos.

Se oyó un chubasco de tiros de rifle en el mismo momento en que Búffalo Bill y Texas Ted llegaban al sitio donde se dirigían. El caballo de Ted se tambaleó de pies a cabeza y luego rodó por el suelo, sin vida, con el cuerpo atravesado nada menos que por ocho balas de rifle.

LO QUE HIZO BUFFALO BILL

Texas Ted fué arrojado por encima de la cabeza de su caballo pero como todo buen jinete del Far West se había ejercitado en el arte de caer con habilidad así que rodó varias veces por el suelo pero no se lastimó absolutamente nada.

Bill Cody tiró de las riendas de su caballo y al mismo tiempo colocó su montura en la línea de tiro de modo que los balazos no pudieran herir a la joven Avellana.

—¡Agárrese bien a Estrella de Plata y aléjese montando en él, muchacho! — ordenó Búffalo Bill al mismo tiempo que se apeaba por donde le parecía conveniente.

—¡No puede ser, Bill! Yo seguiré con usted hasta el último momento. — gritó Texas Ted. — Yo defenderé la entrada mientras usted se escapa.

—¡Haga lo que yo le mando! — gritó Búffalo Bill. — ¡Yo me quedaré y usted se irá! ¡Usted pesa menos y Estrella de Plata puede llevarlos! ¡Obedezca, Ted! ¡Haga lo que le digo que no hay tiempo para conversar!

Búffalo Bill arrojó al caballo muerto cruzando la boca del desfiladero y se echó al suelo utilizando al caballo como barricada.

Un momento después alzó su rifle apuntando al piel roja que había herido a sus caballos y montaba a toda prisa.

Ted montó en Estrella de Plata pero eso no solucionó la cuestión por que el fiel caballo de Búffalo Bill no odebecía más que a su patrón. Bill y Estrella habían sido compañeros tanto tiempo que los dos se entendían perfectamente.

En consecuencia Estrella de Plata se negó a moverse obedeciendo los órdenes de Te-

xas Ted. Relinchó y miró en redor interrogativamente.

—¡Sí, Estrella de Plata! — le gritó Búfalo Bill en cuanto se dió cuenta de lo que sucedía. — ¡Adelante! ¡Obedece, Estrella de Plata! ¡Obedece!

En cuanto hubo oído la orden de su patrón el animal obedeció y se puso en marcha inmediatamente.

—¡Directamente a la cabaña de los Ciruelos, Ted! — gritó Búffalo Bill. — Entregue allí a Avellana a los de mi familia. ¡Yo iré en cuanto pueda! ¡Pero vaya pronto!

—¡Adiós, Bill!

Ted gritó con voz ronca por que sabía que dejaba a su amigo y compañero en una situación sumamente dificultosa.

Para Búffalo Bill la muerte no ofrecía temores de ninguna clase y le gustaba combatir. Cuando oyó el ruido de los cascos de su caballo que se alejaba, miró hacia el caño de su rifle e hizo fuego contra el guerrero piel roja que galopaba hacia él.

Búffalo Bill no desperdiciaba nunca un solo tiro. Cuando hizo fuego en aquel momento el piel roja al cual había apuntado dió una voltereta y cayó al suelo sin vida.

El rifle de Bill disparó dos tiros más y dos indios más cayeron sin vida de sus caballos.

La tormenta había amainado y la oscuridad de la noche se extendía por las montañas.

Los indios celebraron un rápido consejo de guerra y después se apearon y esperaron a pie junto a sus caballos. Entonces, utilizando los caballos como defensa, los indios que tenían rifles hicieron fuego por encima de sus monturas.

Sus tiros no alcanzaron a Búffalo Bill y él no contestó a sus disparos por que no podía hacerlo sin matar a los ponies y esto era lo que menos le interesaba.

Transcurrieron tres minutos sin que aconteciera nada de particular y después Lobo Salvaje, impaciente por estar sin hacer nada reunió de nuevo a sus guerreros para realizar una nueva carga.

En el momento en que los pieles rojas montaron a caballo y avanzaron, Búffalo Bill se dió cuenta de que avanzaban a la muerte o a la victoria. Lanzando sus alaridos de guerra los indios avanzaron algunos haciendo fuego con sus rifles y blandiendo otros sus relucientes tomahawks.

Hasta que los pieles rojas estuvieron a veinte yardas de él, Búffalo Bill hizo fuego rápidamente. Seis guerreros rojos cayeron de aquella disparatada carga, pero los demás se detuvieron temerosos al ver lo que les había pasado a sus compañeros.

Pero Búffalo Bill no esperó a que los indios llegaran para avanzar a su vez. Seis pieles rojas cayeron heridos de muerte. Había enviado a Texas Ted a cumplir una misión delicada y no podía dejar que lo alcanzaran y lo mataran. Por eso se apeó de su caballo para no ser atropellado por los rojos.

Se volvió rápidamente y corrió por el desfiladero lo más rápidamente que le fué posible. Contaba con que los pieles rojas sólo podían perseguirlo en doble fila, debido a lo estrecho del camino y que, además, se produciría entre ellos alguna confusión al organizarse para perseguirlo.

Esto fué precisamente lo que se produjo. Los jinetes se mezclaron tropezando unos con otros antes de entrar en el estrecho sendero y mientras tanto Búffalo Bill consiguió llegar rápidamente hasta la primera curva del camino pedregoso.

Pero no escapó sin sufrir herida alguna, pues precisamente al llegar a la primera curva una flecha le atravesó la muñeca izquierda.

Sin hacer caso del punzante dolor de la herida, Bill Cody, sin dejar de correr se arrancó la flecha de la muñeca y corrió tal vez con más velocidad que antes.

Al cabo de cinco minutos el joven empezó a sentir las consecuencias de su carrera. La pérdida de sangre por la herida lo había debilitado y comenzó a sentir mareos a medida que corría.

Llegó al fin al extremo del desfiladero donde había una extensión en la que abundaban los grupos de arbustos y los grandes peñascos.

—Debo hallarme cerca de la hondonada del Diente de Zorro. — se dijo. — y puedo cruzar la hondonada por el Puente del Médico. Ese puente no puede hallarse lejos de aquí.

Escuchó con atención y de algún sitio que se encontraba a un nivel inferior a aquel donde él estaba, oyó ruido de agua que corría por un lecho de piedras. Era el ruido de la corriente que corría por la hondonada.

Búffalo Bill estaba todavía de pie escuchando cuando la luna otoñal apareció entre unas espesas nubes y alumbró todo el paisaje con luz intensa y clara.

Mirando en redor Bill se dió cuenta de que estaba acurrucado detrás de un peñasco que distaba una docena de yardas de la hondonada donde corría el río. A penas se había dado cuenta de esto, cuando un gigantesco piel roja apareció de detrás de un grupo de arbustos y saltó hacia él.

Búffalo Bill no tuvo tiempo de hacer uso de su rifle antes de que el piel roja se arrojase sobre él, pero alzó el puño izquierdo y le dió un golpe en la punta de la mandíbula capaz de hacer rodar por el suelo a un piel roja aún más poderoso que aquél.

Pero Búffalo Bill tenía lastimada la muñeca y esto aminoró la fuerza de su golpe así que un minuto después el rojo y el blanco estaban abrazados peleando por la vida.

Sobre el pedregoso suelo fueron de un lado a otro, respirando jadeantes y poniendo cada uno de ellos, en la pelea, todas sus fuerzas.

Ninguno de los dos parecía superior al otro pero se echaba de ver que la pelea tendría que ser larga.

A medida que combatían los dos se acercaban más y más a la orilla del precipicio al pie del cual corría el caudaloso río.

Bill fué empujado lentamente hasta que su espalda estuvo a nivel de la orilla del torrente y entonces, cuando estaba solamente a una yarda de la ribera hizo su más desesperado esfuerzo.

Se arrodilló repentinamente, apoyando una sola rodilla en tierra. Este inesperado mo-

vimiento hizo que el piel roja se inclinase hacia adelante y entonces Bill Cody levantó en brazos al indio y lo alzó sobre su cabeza.

Lanzando un grito desesperado, el indio saltó por encima de la orilla y cayó sobre las rocas inferiores del río.

Respirando jadeante y mareado por la extenuación, Búffalo Bill se puso dificultosamente de pie. Tenía la frente cubierta de sudor. La muñeca herida por la flecha le sangraba mucho más que antes y estaba a punto de caer desmayado.

Se dió perfecta cuenta de cual era su situación y trató de esconderse entre algún grupo de arbustos antes de que le faltasen por completo los sentidos.

Pero antes de que lograse hacer esto otro de los guerreros de Lobo Salvaje se presentó en lo alto de un peñasco blandiendo en su cobrizo brazo un reluciente tomahawk a la luz de la luna y disponiéndose a arrojárselo a Búffalo Bill.

El joven scout lo vió llegar y retrocedió para evitarlo. Al dar ese paso hacia atrás tropezó y cayó de espaldas hacia el precipicio.

El guerrero rojo, que había arrojado ya su tomahawk lanzó un estremecedor alarido de triunfo. Su alarido fué repetido instantáneamente por los varios guerreros pieles rojas que se hallaban dispersos en la meseta que dominaba la hondonada del río.

Aquel alarido anunció a los demás guerreros rojos que el enemigo cara pálida había sido vencido y que ya no era necesario seguir buscándolo.

Pero, por fortuna, Búffalo Bill no había dejado de existir a pesar de que todas las apariencias lo hicieron creer. La buena suerte había acudido en su socorro y el scout había caído sobre las ramas de unos arbustos que crecían en la pared, vertical de la orilla del río.

Allí quedó Búffalo Bill enteramente sin sentido, sin poder hacer ni el menor movimiento por salvarse, privado por completo de todas sus facultades. Aun cuando hubiera poseído todos sus sentidos de nada le hubiese servido por que el menor movimiento que hubiese hecho le hubiese arrojado a la rocas inferiores del torrente, es decir, a la muerte enteramente inevitable.

Las ramas del arbusto sobre el cual había caído no hubiesen sostenido el peso de su cuerpo durante mucho tiempo. El menor movimiento de tan frágil sostén hubiese precipitado al joven scout sobre unas peñas puntiagudas y desde una altura materialmente mortal, pues los arbustos que lo sostenían estaban casi a la orilla superior de la profunda hondonada del torrente.

Ya comenzaban a inclinarse hacia abajo aquellas débiles ramas que la Providencia había querido poner al paso de Búffalo Bill. Sus probabilidades de vida dependían de unas débiles ramas que ya empezaban a crujir y que al menor movimiento del joven scout se hubiesen roto.

Precisamente en el mismo instante en que la muerte parecía tomarle de la mano, se produjo algo maravilloso, pues no puede llamarse de otro modo.

De entre los arbustos que crecían en la orilla del profundo río, apareció la cabeza de un caballo, Estrella de Plata, el fiel caballo de Búffalo Bill.

El caballo tomó con los dientes la hebilla de metal del cinturón de su amo asomándose por el hueco de entrada de una caverna en la que se había metido en busca de algo que comer, alzó a su patrón por aquella hebilla y lo entró en la caverna por entre los arbustos sin darse cuenta, — claro está, — de la maravillosa salvación que realizaba en aquel momento.

LA ACCION DE ESTRELLA DE PLATA

Búffalo Bill, enteramente extenuado, no se dió cuenta de lo que le pasaba. Estaba aturdido a consecuencia de su feroz pelea con el gigantesco piel roja. La repentina presencia de Estrella de Plata le pareció algo así como una escena de un sueño.

Sin embargo el incidente era enteramente real y el caballo, cuando puso a su patrón en tierra, dentro de la caverna, alzó su hermosa cabeza y relinchó con alegría.

A su grito siguió el rumor de unas pisadas que se acercaban por la oscuridad de la caverna y el rumor de una voz que Búffalo Bill conocía.

—¡Está bien, Estrella de Plata; ahora voy yo, — dijo aquella conocida voz de tono gangoso que Búffalo Bill reconoció como un mensaje de esperanza.

Bill Cody se levantó y, con esfuerzo, se puso de pie. Tuvo que agarrarse a la montura de Estrella de Plata para no caerse, pues la cabeza le daba vueltas todavía. Por la entrada de la caverna se veía la luz de la luna que se filtraba por entre las ramas de unos arbustos entre las cuales alcanzaba a ver la silueta de su querido compañero Texas Ted.

Al ver a su amigo, Ted lanzó una exclamación de alegría.

—¡Bill! — exclamó. — ¡Ahora me explico porque razón se mostraba tan excitado Estrella de Plata, hace un momento! ¡Su asombroso instinto le dijo que usted andaba por estos sitios!

—¡Todavía tengo la cabeza algo turbia, porque me han sucedido muchas cosas! — dijo Búffalo Bill. — Lo único que recuerdo es que quedé colgando de unas ramas y que Estrella de Plata me sacó de ellas. ¡Este animal tiene más entendimiento que muchas personas, sin duda alguna!

Búffalo Bill se pasó la mano por la frente como procurando coordinar sus pensamientos.

—Lo que no me explico es como está aquí... Y usted, Ted — murmuró. — Yo suponía que en estos momentos estaría usted tranquilamente camino de la colonia de los Ciruelos.

—Así debía ser, — dijo Texas Ted. — Pero poco después de separarme de usted tuve que ocuparme de los guerreros de Lobo Salvaje y que meterme en una caverna de la hondonada. Se trataba de la entrada a un largo túnel que me pareció un buen sitio para escondernos.

(Continuará)

ANGELES DEL INFIERNO

De la producción cinematográfica, de Howard Hughes, que lleva el mismo título

(Continuación)

FUE a aquella luz lívida que Monty Rutledge vió algo muy cerca, al pie de un árbol derribado. Corrió hacia allí, esperando ver uno de los aeroplanos británicos derribados por el fuego del enemigo. Bill, extrañamente sereno y pálido, corrió a su lado.

Una mirada de más cerca los convenció de su error. Los restos pertenecían evidentemente al Zeppelín destruído. Pero debajo de los manchados uniformes de los oficioles británicos latían corazones humanos; la caballerosidad hacia el enemigo caído fué una de las cosas más extraordinarias de la Gran Guerra, triunfadora de todos los horrores y de todos los odios.

Monty levantó suavemente la cabeza inerte del hombre que yacía entre los despojos de una barquilla de observación.

—¡Cielos! — exclamó. — ¡Es Karl!

La forma seguía apoyada contra su hombro, inmóvil y siniestramente silenciosa. El resplandor del Zeppelín incendiado iluminaba a los tres jóvenes, mientras los dedos blancos de los reflectores recorrían incesantemente el cielo.

Del lado obscuro de la lejana ciudad llegó la detonación de un cañón anti-eéreo.

Era la voz de la guerra.

UN GENERAL FURIOSO

El Camel, de aspecto chato, agresivo, volaba hacia el aerodromo, a razón de sesenta millas por hora, balanceándose vertiginosamente. En los controles, el americano a quien llamaban el Calvo, hacía todo lo posible por enderezar la máquina y su rostro tenía expresión ceñuda al observar el suelo, a cincuenta pies debajo, y la línea de los hangares que se iba aproximando.

A media milla, detrás suyo, venía el escuadrón N. 20 de Avn. que hacía más de un mes estaba en Francia. Los Camels, Bristol y los pequeños, pero veloces, S. E. 5 descendían, formando una flecha hacia el aerodromo, después de haber pasado una mañana sobre las trincheras, a diez millas de distancia. Había sido una mañana accidentada, según decía El Calvo, porque el 20 se había encontrado con el "circo" del Barón Richthofen, arriba de las desgarradas nubes, sobre Peronne, y se habían tirado con serpentinas siempre según el pintoresco lenguaje de El Calvo.

Leng había caído, incendiado su aeroplano por balas que hicieron estallar el tanque de nafta; Monty y Bill Autledge, en su Bristol de dos asientos, habían derribado dos Fokkers, haciéndolos caer al lago. Otro piloto de un Camel, un muchacho llamado Granige, había sido muerto encima de sus controles y Hunter, en un S. E. 5, había chocado contra un Fokker con resultado espectaculár.

Cuatro máquinas derribadas y tres pilotos muertos. Una mañana desagradable; pero así es la guerra y de todos modos, el barón había perdido cinco de sus "circos", de modo que el 20 salía con ventaja. El Calvo se hubiera sentido muy feliz al acercarse a "casita", porque él mismo había derribado a dos enemigos. Pero una descarga había destrozado el control lateral de su aparato y se veía en la terrible dificultad de obligar a aterrizar a una máquina ingobernable.

Trató de dirigirse al campo abierto del aerodromo; pero no pudo vencer al viento, y dio vuelta en amplio círculo sobre un camino cercano, con la vista fija en un campo de nabos, que quedaba del otro lado. Ahora estaba a menos de diez pies del suelo y todavía viajaba como un tren expreso. Los hombres que iban por el camino gritaban y se apartaban al aproximarse él y el conductor de un camión se metió dentro de una zanja. Detrás del camión venía un jinete de uniforme y por un instante divisó El Calvo la banda roja y las hojas de roble dorado de un general, sobre el kepis del jinete. En aquel momento también movió rápidamente los controles para tratar de desviar el aparato dentro del campo; pero había perdido velocidad y la máquina bajaba cada vez más.

El general decidió buscar salvación a un costado del camino y tiró de las riendas; pero el caballo tenía ideas propias. Encabritóse, lanzó un salvaje relincho y despidió a su jinete, en el mismo momento que la par-

le inferior del aeroplano silbaba a seis pulgadas de las dos cabezas.

Se oyó un fuerte ¡plaf! al tocar el aparato la tierra blanda. Luego empezaron a salir hombres de la zanja y ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos quedaron como hipnotizados.

Del centro de un agujero hecho por la metralla, surgió una cabeza calva, mostrando pedazos de cutis color púrpura entre parches de barro. El bigote aparecía rígido, como bayoneta calada; una voz tronaba con acento de ira.

El Calvo salió de su maltrecho aparato, palpándose la nariz; pero luego se cuadró militarmente y saludó, asombrado, al general que salió del agujero y le metió los puños por la cara.

—¿Pensaba usted aterrizar con ese cachivache encima de mi cabeza, señor? — Casi lo ha hecho — dijo el general con voz ahogada.

—Este... disculpe, mi general; pero el viejo ómnibus anda un poco embromado. Nos encontramos esta mañana con el "circo" del barón y la trifulca fué brava. Tres de los nuestros cayeron al empezar los fuegos artificiales y mi pájaro recibió una carga, mismo donde todas las cuerdas funcionan. Como ve, patrón, quiero decir, general, no pude evitar tocar el suelo tan cerca de mis pantalones. Lo que quiero decir es que...

El general hizo un ruido curioso con la garganta y El Calvo se detuvo. Aunque americano, se había unido al Cuerpo de Aviación Inglesa por puro amor a la aventura. Antes de ese momento había tratado con generales. Los generales eran como los pistoleros de Chicago, cuando fruncían el ceño, la sangre se coagulaba. Este, sin embargo, hizo más que poner mal gesto.

Cuando hubo hablado un minuto entero sin detenerse ni para respirar, El Calvo suspiró admirado. Había oído en Brooklyn a un estibador dirigiéndose a un camarada que le dejó caer inadvertidamente un canasto sobre el pie; había escuchado a un capataz indígena reprender a sus peones por haber dejado escapar el ganado; ambos habían sido artistas. El general era maestro.

Cuando todo terminó y el general se alejó, ronco, pisando fuerte. El Calvo lanzó otro suspiro y luego se dio vuelta. Había oído, detrás suyo, una suave risa y al volverse se encontró con una muchacha, recostada en su aparato y sonriendo. Era una francesa, del pueblo semi-derruído que quedaba a cosa de una milla de distancia y había observado, muy divertida, el incidente. Entendía poco el inglés; pero era graciosa. El Calvo sonrió, saludó y se enderezó la corbata. Trató de hacer amistad.

Una hora más tarde, cuando los camiones salieron del aerodromo para recoger los restos de su aparato, El Calvo estaba todavía tratando de que las naciones aliadas llegaran a una mejor comprensión. Había llegado hasta que se estrecharan las manos.

TRAICION

El Escuadrón 20 de Avn. se rió mucho con lo que llamaban el "Gran Amor" de El Calvo, por la joven francesa. Porque El Calvo iba todos los días a visitarla al pueblo desde que se conocieron.

Entretanto, el escuadrón consiguió confites, quien sabe donde, y se los desparramó al enamorado en la cama. Le ataron un botín viejo en la cola del aeroplano y le pintaron en los costados "Ahí viene la novia". Le hacían incesantes preguntas para saber la fecha de la boda, mientras que los ofrecimientos como padrinos eran demasiado numerosos para ser mencionados.

El Calvo, como tenía por costumbre, aceptaba las bromas alegremente, contestando a sus humoristas compañeros con frases extrañas, pero picantes, de su argot yankee. A Bill y Monty Rutledge, que eran sus mejores amigos, les contó lo que pasaba y sólo ellos se enteraron de la dramática historia que ocultaba lo que los otros creían un flirt inofensivo.

—Estoy realmente enamorado de esa muchacha — les dijo El Calvo — No tengo familia, ni ella tampoco. Los suyos se perdieron en el avance alemán sobre el Marne, a principios de la guerra. De modo que, si estoy todavía entero cuando esto concluya, nos casaremos e iremos a vivir a Estados Unidos.

—Mis felicitaciones — dijo Montv — No sabía yo que la cosa era tan seria, Calvo. Pero me alegro. ¿Por qué no te retiras ahora, cuando todavía estás a tiempo? Eres americano y tu país no ha entrado en la guerra... todavía.

—¡No hay que hacerle! — sonrió El Calvo — No quiero criticar a mi país; pero ya debía haber dado una mano, desde hace diez y ocho meses. Yo voy a seguir, por lo menos. Pero hablando del otro asunto, hay otro tipo por medio. Un aviador belga, del escuadrón que se aloja cerca del pueblo. Se llama Pfeiffer, el teniente Pfeiffer, y jura que la pequeña René, mi novia, le ha prometido casarse con él.

—¿Y no es así? — preguntó Bill.

—Escucha: a René se le importa tanto del tipo como del primer vestido que se puso. Pero él la fastidia para que le atienda. Y ahora está celoso de mí — sonrió extrañamente — Me ha baleado dos veces esta semana, cuando regresaba de casa de ella por la noche — terminó El Calvo.

—¡Baleado!

Bill y Monty repitieron con asombro la palabra

—Sí... fué Pfeiffer — dijo El Calvo tranquilamente — La primera vez no tenía seguridad porque tuve que disparar; no estaba armado, naturalmente. La segunda vez, sin embargo, llevaba la pistola pronta en mi bolsillo cuando me dirigía a casa. Y cuando sentí silbar la bala, me dí vuelta y largué una rociada de plomo en la dirección de donde partió el tiro. No pude encontrar

El general decidió buscar salvación a un costado del camino y tiró de las riendas.

a nadie, cuando fuí a registrar el sitio; pero hice averiguaciones y supe que Pfeiffer estaba con licencia por unos días, a causa de haber sufrido un pequeño accidente cuando cargaba su fusil-ametralladora. Una bala le atravesó la pantorrilla... sitio un poco raro para herirse mientras se carga un arma.

—¡Cielos!— exclamó Monty. — Pero Calvo, tienes que denunciarlo.

—No tengo pruebas — dijo el americano brevemente — Con todo, amigos, quise contárselo a ustedes, por si ese tipo me embroma. Si muero, quiero que agarren mi libreta del banco, que está en la mochila, y se lo entreguen todo a René. Hay una buena cantidad y ella podrá irse a Estados Unidos con una tía mía. Tiene la dirección y allá será feliz. Pero ustedes, amigos, tienen que impedir que se case con Pfeiffer. Las muchachas son tontas a veces y quizá él logre persuadirla cuando yo no esté.

— Ciertamente que lo haremos — dijo Bill gravemente — Pero entretanto, Calvo, los dos vamos a ir al pueblo todas las noches a esperarte. Y si el señor Pfeiffer intenta algo contra tí se encontrará con la horma de su zapato.

El Calvo protestó, no quería molestar a sus amigos y juró que el belga no le inspiraba miedo alguno. Lo que era cierto porque tenía el valor de un león. Sin embargo, los dos amigos hicieron lo que Bill había sugerido, aunque en la siguiente semana

nadie molestó a El Calvo. Luego, una mañana, el mayor se presentó en el cuartel con órdenes desusadas para el día.

El 20 debía unirse con el escuadrón belga, su próximo vecino y ambos librar una gran batalla. Tendrían que volar sobre la línea y esperar la aparición de una escuadrilla de lanza bombas alemanes que el Departamento de Informes tenía motivos para temer.

Había un enorme depósito de municiones, mismo detrás de las líneas inglesas, y el enemigo lo había descubierto. De modo que iban a mandar una gran escuadrilla de "bomberos" para hacerlo volar.

Puesto que el mayor había hecho todos los arreglos con el escuadrón belga, el 20 no tardó mucho en prepararse. Los aparatos fueron sacados de sus hangares, los motores funcionaron, el "skippan", sacó una mano fuera de su cabina y empezó a correr. Con un ruido de trueno, el escuadrón despegó en perfecta formación, voló bajo, encima del aerodromo, y luego elevóse sobre los alambres de púa que cercaban la línea.

A los diez minutos cruzaban las líneas de trincheras a unos siete mil pies de altura y el ruido de los motores era interrumpido aquí y allá cuando los observadores disparaban algunos tiros para calentar el aceite de sus armas. Luego, en el sitio señalado, se unió a ellos el escuadrón belga y El Calvo... sonrió.

Había contado los aeroplanos y vio que su número estaba completo. El teniente Pfeiffer había vuelto, evidentemente, al servicio y ahora tendría que demostrar si era tan aficionado a disparar balas en pleno día, con una docena o más de Fritz que se las devolvieran.

A la media hora vióse que "Informes" tenía razón. La escuadrilla enemiga apareció. Había cinco Gothas lanza-bombas, rodeados por dos veces ese número de Fokkers D. 7, máquinas pequeñas y ligeras, que podían superar a cualquier otra de las inglesas con excepción de los Camels y los S. E. 5.

El 20 estaba compuesto por tres Bristols de dos asientos, dos Camels y dos S. E. 5. mientras los belgas, que volaban junto a ellos, piloteaban todos Nieuports. Y ahora que el enemigo estaba a la vista, los defensores abrieron el fuego, de acuerdo al plan.

Los dos Camels y los E. S. bajaron, hasta que sus alambres cantaron una canción de muerte. Después de ellos, descendieron los Bristols para atacar a los que atacaban a los cuatro primeros y detrás de los Bristols la escuadrilla belga. Ese era el plan sugerido por el mayor, una serie de ataques, defendidos unos aparatos por los siguientes. Después de eso, naturalmente, cada hombre tenía que luchar por sí mismo y la batalla se extendería, convirtiéndose en duelos individuales por todo el cielo, lo que los aviadores llaman "Pelea de perro. Y los lanza-bombas zumbarían en medio de ellos, disparando de todos los ángulos, tratando de pasar para dejar caer su carga sobre el depósito de municiones.

El Calvo se afirmó en su asiento del Camel y descendió, con el aeroplano "skipper" (capitán) a su lado. Ambos se dirigían contra los dos primeros lanza-bombas y a los pocos segundos enviaron una lluvia de balas a sus blancos. La víctima de El Calvo se incendió enseguida, acribillado de balas el tanque de nafta; pero el Fokker que iba a la vanguardia había tomado altura para contestar al ataque y las ametralladoras de ambos aeroplanos escupían fuego lívido.

El aeroplano "capitán" se inclinó sobre un costado, con un ala desgarrada en sus tres cuartas partes; una mancha roja apareció en la mejilla del piloto, donde la había rozado una bala, con tanta fuerza que lo dejó aturdido. El Calvo viró para acudir en su auxilio, comprendiendo que había sido herido y estaba probablemente sin conocimiento, pensando pelear con todos los Fokkers que intentaran derribar al capitán indefenso. Pero mientras lo hacía, estalló el para-brisas y sintió El Calvo un fuerte golpe en un hombro. Los diales de los aparatos que tenía delante de sí se estrellaron y algunas gotas de un caño de nafta le salpicaron la cara.

El Calvo miró hacia arriba y al costado sorprendido. ¡Lo había atacado desde atrás! Algún aparato estaba "sentado" sobre su cola, enviándole balas. Pero no podía comprender, puesto que él se hallaba todavía encima del Fokker delantero y solo sus propios camaradas se hallaban a retaguardia.

En aquel momento, sin embargo, tuvo una rápida visión de la máquina que lo había atacado. Pasó zumbando por su cola y las dos ametralladoras todavía despedían fuego, mientras roncaba en su camino descendente.

¡Era un Nieuport!

El Calvo apretó los dientes y movió su hombro, descubriendo que, afortunadamente, la herida era superficial. Pero el piloto ardía en cólera. El hombre que iba en el Nieuport era Pfeiffer. Pfeiffer había tratado de matarlo, para hacer creer que su enemigo había caído víctima de las balas enemigas.

LA LUCHA CON LA MUERTE

El primer instinto de El Calvo fué bajar sobre el Nieuport y pagar el cobarde ataque con la misma moneda. Pero después de unos segundos se contuvo y dominó su ira. Si derribaba el Nieuport tendría que comparecer ante la corte marcial y habría muy pocas pruebas para justificar los motivos de su acto.

Pfeiffer, evidentemente, sabía esto y contaba con ello porque El Calvo podía verlo todavía abajo, unido nuevamente a su escuadrilla para un segundo ataque a los lanza-bombas. De modo que el americano dio media vuelta y se precipitó también sobre la escuadrilla alemana. Quizá alguno de sus

camaradas habría, afortunadamente, visto el ataque del Nieuport contra él y podría denunciar a Pfeiffer cuando volviera al aerodromo. Entretanto, terminaría aquella batalla y... se mantendría alejado de los Nieuport hasta que todo hubiera concluído.

Su ligera herida no lo preocupaba, pero al bajar nuevamente sobre la escuadrilla lanza-bombas, con los ojos fijos en la mira de su fusil ametralladora, comprendió que la vida de su motor era limitada. La preciosa nafta se iba derramando por aquel caño roto, rociándoles los anteojos, que tuvo que echar hacia atrás y cegándolo con su pegajosa niebla. Pronto el motor se recalentaría y... Entretanto había que pelear.

Debajo suyo divisó claramente los tres lanza-bombas restantes y hasta podía ver la hebilla del cinturón de uno de los artilleros. Ahora estaba a tiro y oprimió los disparadores colocados en la barra de control. Envió descarga tras descarga contra el aeroplano alemán, viendo al artillero desplomarse en su cabina y la tela del gran fuselaje desgarrarse y colgar al viento. Sintió su propia máquina extremecerse, al pegar una lluvia de balas contra los travesaños, rebotando como otras tantas avispas. Luego el americano pasó, zambullendose violentamente debajo de los lanza-bombas y volviendo a subir para reanudar el ataque. Un Fokker se dirigió hacia él, desde la derecha, y El Calvo oprimió los controles con los pies, mientras apoyaba los pulgares en los disparadores, estando en mitad de la vuelta.

La suerte lo favoreció y tuvo una visión momentánea del piloto alemán, que caía hacia adelante, mientras su máquina daba una voltereta y la hélice volaba en pedazos, que giraban y brillaban al sol. Casi enseguida el americano se halló con otros dos aeroplanos enemigos que se le venían encima juntos, de modo que movió la barra hacia adelante y bajó, con el motor a toda fuerza.

A semejante velocidad, sus tiros no podían ser eficaces; pero era lo mejor que podía esperar, porque hasta entonces había logrado burlar a sus enemigos. Miró por encima del hombro y vió que, en su terrible velocidad, había descendido mil pies más abajo que sus perseguidores y entonces jugó el todo por el todo. Movió violentamente hacia atrás la barra y ascendió, haciendo un "loop". Por un segundo sintió el corazón en la boca; se daba cuenta del terrible esfuerzo de la pequeña máquina y temió que las alas se doblaran hacia atrás.

Con todo, aún entonces, sus fusiles despedían fuego y, cuando coronaba la cresta del loop, una de las máquinas que lo perseguían recibió su descarga de plomo. El piloto murió instantáneamente, cayendo sobre sus controles. Un instante después la máquina daba una vuelta hacia la derecha y oyóse un estrépito que dominó el ronquido de los motores, al chocar con el otro Fokker.

Con las alas entrelazadas y dobladas, los dos se precipitaron a tierra, errándole a El Calvo por pulgadas. Un rastro de chispas y fragmentos los acompañó en su viaje mortal.

El americano se enderezó, latiéndole fuertemente el corazón. Por el momento estaba libre de enemigos; pero dos mil pies encima suyo continuaba el combate, en duelos aislados por todo el cielo. De los cinco lanza-bombas, tres ya habían caído. Entre las líneas de trincheras, cráteres negros, humeantes, indicaban el sitio donde se habían estrellado, explotando las bombas. Sólo quedaban dos máquinas todavía y sus artilleros disparaban como demonios, mientras los aeroplanos atacantes se precipitaban sobre ellos y eran atacadas a su vez por los Fokkers guardianes.

Habían caído tres Nieuports... el capitán, en su Camel, se había precipitado a tierra, sin sentido; los dos S. E. se incendiaron. En cambio, dos de los Fokkers, además de los tres derribados por el americano, habían sido destruídos. De modo que la batalla era ahora bastante igual.

Monty y Bill, en su Bristol de dos asientos, habían destruído uno de los lanza-bombas y ahora se habían trabado en violento combate con el primero de los Fokkers guardianes, que todavía mantenía fuerte. Una y otra vez descendió sobre ellos; pero Bill, en los controles, logró escabullirse, mientras en el asiento de atrás, Monty acribillaba al enemigo a balazos.

Las ventajas, si las había, estaban en favor del Fokker, porque aunque sólo podía hacer fuego hacia adelante, su velocidad y poder acrobáticos eran grandes. De modo que el americano dio vuelta y voló en ayuda de sus amigos, rezando para que su hirviente motor resistiera.

Entretanto, los Nieuports restantes peleaban con los otros Fokkers y procuraban mantenerlos ocupados, para que los Bristols ingleses pudieran prestar su atención a los lanza-bombas. Había todavía dos Bristols, a la izquierda de la máquina de los Rutledge, los bajaban y subían alrededor de los Gothas, obligándolos a la pelea, porque el depósito de municiones estaba cada vez más cerca.

El triunfo llegó para ellos, cuando El Calvo, voló en círculo, tomando altura para bajar sobre el atacante de los Rutledge. Una descarga, de las ametralladoras delanteras de uno de los Bristols, dió en el tanque de nafta del Ghota y la gran máquina dio vuelta lentamente sobre sí misma, intentando el piloto una bajada de costado, con las llamas volando en otra dirección. Pero, aun en el momento de la derrota, los tiradores devolvieron el fuego y el piloto del Bristol cayó en su cabina, herido de muerte por veinte balas.

El Calvo apretó los dientes al ver el aeroplano inglés precipitarse, adelante del lanza-bombas incendiado, mientras el otro aviador pasaba por encima del fuselaje y trataba de sacar a su compañero de entre los

controles ¡Siniestra ironía de la guerra! El muerto arrastrando al vivo a la muerte.

Pero entonces se encontró el americano cerca de un Nieuport y un Fokker que peleaban y mientras la máquina belga pasaba cerca, aparentemente persiguiendo a su enemigo, una lluvia de balas silbó entre los alambres del aeroplano de El Calvo. ¡Pfeiffer otra vez! El hombre había aprovechado su oportunidad para tirarle al americano; pero... le erró de nuevo. Parecía que la Providencia intervenía y lo hizo con toda justicia.

Porque mientras Pfeiffer se zambullía, el Fokker viró y bajó sobre la cola del belga. Oyóse un violento tiroteo y de la máquina de Pfeiffer partió un girón de humo. Subió en espiral y las llamas surgieron del motor. Luego El Calvo gritó instintivamente al ver el Nieuport en llamas precipitarse sobre el restante lanza-bombas.

El espantoso choque hizo estallar la carga de bombas y allí, a seis mil pies del suelo, oyóse una ensordecedora explosión que puso término al espectacular raid alemán. Y también a la vida de Pfeiffer, que compareció ante el Gran Juez para dar cuenta de sus asesinos celos.

El americano quedóse un momento aturdido por aquel espantoso choque. De seis hombres que un momento antes combatían valerosamente no eran ya más que fragmentos que caían entre una negra mortaja de humo.

Luego las balas sonaron contra su motor y la hélice se convirtió en astillas dispersas. El Fokker, zambulléndose para escapar a los Rutledge, había visto, al pasar el aeroplano de El Calvo, enviándole una descarga. Monty y Bill lo persiguieron. Habían visto la crítica situación de su camarada y sabían que tenía ahora que defenderlo, mientras se defendían a sí mismo. Pero las balas contra el aeroplano de El Calvo habían hecho su obra mejor de lo que pareció al principio y el americano se puso rígido al sentir una ola de calor y ver llamas de la capucha de su motor.

Esperando contra toda esperanza, se inclinó, tapó la salida de la nafta y dejó que su máquina bajara inclinada sobre la cola. No pudo mantenerla así, sin embargo, porque el peso del motor la precipitaba de proa... y el calor del fuego lo hizo retroceder enceguecido.

El Calvo pensó que aquello era el fin, sabiendo que había mil probabilidades contra una de que no estuviera vivo cuando el aparato incendiado tocara el suelo. Pero siguió luchando con la muerte. Inclinábase sobre el costado, sobre la cola; y luego, a un par de cien pies más abajo, hizo la última tentativa para salvarse. Enderezó el aparato para aterrizar, extendió las manos sobre su cara al levantarse a su alrededor las llamas y se paró en la cabina.

Sintió un extremecimiento, un choque y cayó hacia adelante sobre el motor ardiendo para aterrizar sobre algo blando. Una lluvia de objetos pesados le cayó sobre la espalda magullándolo; pero se puso de pie aturdido, vacilante, y miró a su alrededor.

Había aterrizado sobre un techo, pasando por entre él, derribando vigas y tejas; pero... estaba salvado. Con quemaduras, herido, pero en salvo. Apenas podía creer en su buena suerte, mientras atravesaba, tambaleándose, el desván para alejarse del aeroplano incendiado que estaba comunicando el fuego a la casa. Abajo los hombres salían corriendo a la calle, la mayoría a medio vestir. Aquella casa era alojamiento de un cuerpo que acababa de regresar de la línea y los oficiales exhaustos se hallaban muy necesitados de sueño.

El Calvo los vió por la ventanita del frente y se dispuso a descender la escalera del desván. Luego vió algo más. De entre un montón de vigas y ladrillos salió una figura cubierta de polvo. No tenía más ropa puesta que la camisa y su cara aparecía color púrpura, entre el polvo. De su garganta salían sonidos ahogados.

El Calvo se cuadró, mientras la figura se dirigía hacia él, los ojos en llama, el bigote erizado. Y luego se dió vuelta y bajó la escalera como un conejo asustado, porque había reconocido al general a quien derribara del caballo unas horas antes y él también lo había reconocido.

El general siguió gritando, ahogado de rabia, mientras sus pies desnudos resonaban en la escalera.

Poco después el Regimiento Expedicionario Británico, en el norte de Francia, presenciaba un espectáculo, que como decían los soldados luego compensaba con los horrores de la guerra.

Con espantada delicia vieron a un general en camisa, persiguiendo a un oficial del cuerpo de Aviación, por las calles del pueblo, y tirándole con cascotes y ladrillos.

(Continuará)

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

ABEN-SHARIAR escribía entre tanto en la cámara de popa vencida la carta siguiente:

"A monseñor Giacomo Barbarigo, el corsario tunecino Aben-Shariar, salud.—A bordo de la galera de la República de Venecia "San Pedro y San Pablo".

"Monseñor: Del mismo modo que he vencido la más fuerte de las galeras de la República, venceré a todas las que contra mí se envíen; no esperéis que enviando contra mí una escuadra podréis haberme a las manos; desde hoy, Argel, Túnez y Trípoli tendrán sus galeotas aprestadas contra Venecia; que vea, pues, lo que hace el Consejo de los Diez; yo no puedo permanecer por más tiempo sometido a la República y sirviéndola, desde el momento en que la República ha pretendido prenderme como se prende a un traidor, cuando mi única traición ha consistido en usar de la autoridad que se me había confiado en pago de inapreciables servicios prestados a Venecia, no para hacerla traición, sino para salvar a las personas a quienes amo. Yo no puedo someterme a la recelosa vigilancia del Consejo de los Diez, y me declaro libre y completamente separado de Venecia. Ahora bien; en Venecia quedan la sultana Sayda Mirian, su hija Gabriela y su esposo Gabriel de Espinosa; si sucede la menor desgracia a cualquiera de esas tres personas, si se lleva a efecto el decreto de anulación del matrimonio libre y espontáneamente contraído por Gabriel de Espinosa con la sultana Sayda Mirian, yo no respondo de las consecuencias; si por ello Venecia no protege a Gabriel de Espinosa, a Sayda Mirian y a su hija, no podrá salir del puerto de Venecia, ni de ninguno de los puertos venecianos, un solo buque que no sea perseguido por los buques tunecinos. Meditad bien, monseñor, la importancia del aviso que os doy y el consejo de que dejéis en libertad de obrar fuera de Venecia, ayudándole para ello, al rey D. Sebastián.

"A pesar de todo y de que estoy dispuesto a cumplir lo que en esta carta aviso, soy siempre vuestro amigo, monseñor.—El emir Mohammed-Yhaye-ben-Shariar

Cerró esta carta el corsario, y la entregó a César Malatesta.

—Vais a volveros a Venecia — le dijo Aben-Shariar; — pero como mis gentes han sufrido mucho en la toma de vuestra galera, es muy justo que sean de alguna manera recompensados; entregadme todo el dinero que haya a bordo y la bandera de la República, que tan mal habéis sabido defender.

—Antes me dejaré hacer mil pedazos que entregar por mí mismo ese depósito de honor que se me ha confiado; apoderaos vos de él, como os habéis apoderado de la galera, y no hablemos más de esto.

—Es verdad, bastante tenéis con lo que os ha sucedido; quedad con Dios; yo os quitaré por mí mismo esa bandera, señal de mi triunfo sobre Venecia; y en cuanto al dinero, mis hombres sabrán encontrar el que haya a bordo. Adiós, y respetad mucho a doña María de Souza y a Gabriel de Espinosa, porque si no os encontraréis frente a frente con mi venganza.

Y Aben-Shariar salió, apenas dichas estas palabras, de la cámara, y luego pasó a su galera, que aun estaba aferrada a la galera veneciana.

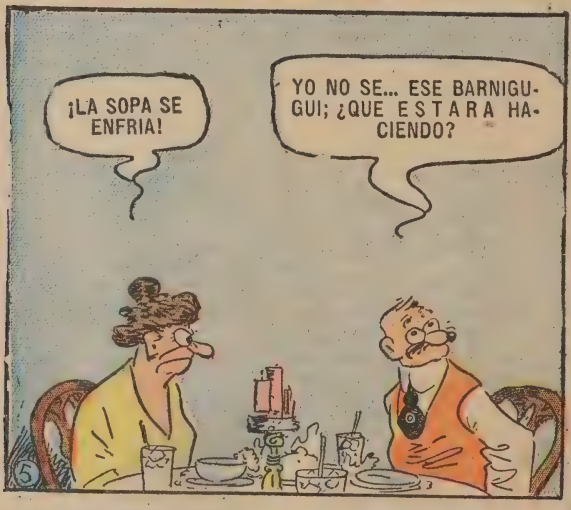
Una hora después, todo lo que habían tenido que hacer en ella los corsarios estaba hecho; esto es, la bandera de la República y cuanto existía de valor en la "San Pedro y San Pablo" había pasado a bordo de' 'La Leona", que se había puesto en franquía y bogaba en el alta mar.

Capítulo XII

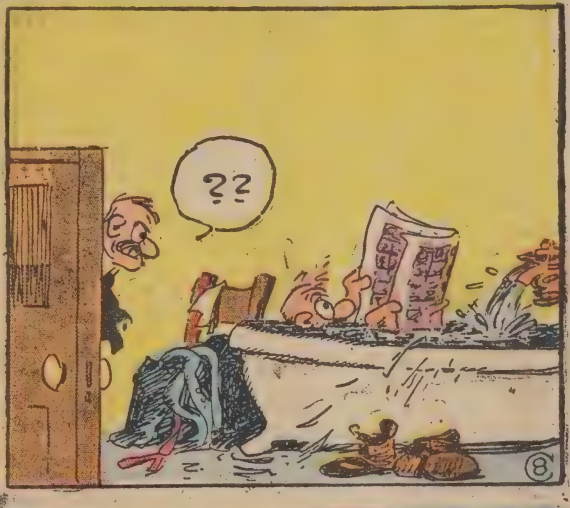
Ocho días después, al salir el sol una hermosa mañana, la "Leona" echaba el ancla en una ancha rada de la isla de Corfú.

Las tierras que se veían en torno estaban esmaltadas con el verde amarillento de los viñedos, y las colinas con el verde obscuro de los naranjos y de los limoneros. Frente al anclaje de "La Leona" se veía una larga hilera de pescadores casi desnudos, que tiraban lentamente del copo cantando a una un ¡ay! cadencioso y monótomo. Sobre la playa se veían varadas a multitud de negras y curvas lanchas, y en medio de ellas, como

Aventuras de Barn



ugli, por Debeck



una gallina entre sus polluelos, una gran almadía de dos proas, con dos palos y dos bandas de remos.

A un tiro de fusil del rebalaje, o, porque nos entiendan, del lugar de la playa donde llegaba la ola, había una casa extensa, blanca, bella, armónica, de un solo piso, con celosías en sus ventanas turcas, y cubierta por un terrado, cuyo antepecho estaba coronado por una hilera de macetas con flores. Esta casa estaba rodeada por hermosos árboles frutales, en torno y más allá de los que se veía un bosque de altas, esbeltas, elegantes palmeras, que se mecían blandamente al impulso del viento de la mañana. La luz dorada, alegre, oriental, en una palabra. Todo era bello, todo riente, todo encantador. En los repechos de las colinas se veían rebaños de ovejas y de cabras, cuyas esquilillas sonaban confusamente, produciendo un rumor especial, que se mezclaba al largo y sonoro gemido del mar. Por lo demás, todo estaba sumido en la más profunda calma. Ni cerca ni lejos se veía otra habitación que la que ya hemos indicado y a la que se dirigió Aben-Shariar que había saltado a tierra.

La puerta de aquella casa estaba franca, y por ella, sin encontrar a nadie, entró Aben-Shariar, y torciendo a la derecha por una pequeña puerta, se encontró en un patio, donde un hombre como de cuarenta años, con un traje completo de griego, se ocupaba en acabar de apretar las cinchas de un hermoso caballo. Un perro, que estaba echado a la sombra, se levantó al ver a Aben-Shariar, ladrando de una manera atronadora. Al ladrido del perro se volvió el griego, y vió a Aben-Shariar. Al verle, dejó su caballo, y se fué a él con los brazos abiertos, dando de paso un puntapié al perro, que dejó de ladrar y, gruñendo lastimosamente, fué a echarse de nuevo en la sombra.

Al ver al griego, no podía dudarse de que le unía un estrecho parentesco con Elena, la misteriosa habitadora del palacio Conti. El semblante del griego tenía los mismos rasgos que el semblante de Elena; sus ojos negros, grandes y rasgados, una hermosura y una fijeza igual a los de ella, y sólo se diferenciaban en que Elena era blanca y de tez suavísima, y el griego fuertemente moreno y de tez áspera. Si hubiera tenido más edad, se le hubiera podido creer padre de Elena; pero teniendo la edad que representaba, sólo podía ser su hermano.

—¿Qué es esto, a qué vienes aquí? — dijo el griego a Aben-Shariar. — Hace dos horas, desde el amanecer, estoy viendo acercarse una galeota a nuestras playas, y había creído que vendría, como tantas otras, a hacer aguada, porque aquí no hay nada que llevarse, y el lobo nunca va a buscar huesos a la caverna del lobo; pero estaba muy distante de creer que tú vinieses a mi casa. ¿Qué sucede? ¿Para qué me necesitas?

—Vengo a hacerte una sola pregunta.

—Cuantas quisieras, hermano; yo no puedo olvidarme de que hemos combatido juntos contra los venecianos y los españoles; pero ven, pongámonos a la sombra, que el sol calienta ya demasiado, y hablemos tranquilamente.

—Tú ibas a emprender un viaje — dijo Aben-Shariar.

—Sí, iba a buscar a mi madre y a mis hermanos, que están durante la estación calurosa en el interior de la isla; pero tanto me da emprender un viaje ahora o luego, o mañana. Entra, voy a hacer que nos traigan leche, miel, dátiles y opio.

El griego introdujo a Aben-Shariar en una salita opaca, fresca, a cuyo fondo había, sobre una estera de palma, algunos almohadones.

—¿Tienes hermanos, Manuel? — dijo Aben-Shariar.

—Sí — contestó Manuel Karuk; — mi hermano Adrián, que está en el mar con la otra almadía; Cristián, que es bajá en el ejército del sultán, y dos hermanos menores, que aun viven con mi madre

—¿Y no has tenido hermanas, Manuel?

—No, que yo sepa; mi padre desapareció hace diez años, y mi abuelo, que ya es muy viejo, está loco, y nada podría saber acerca de lo que me preguntas, que no es, sin duda, sin causa.

En esto entró un esclavo negro, y puso sobre la estera una gran vasija con leche, una fuente con dátiles, una copa con opio, frutas y pan. Después, salió. Los dos amigos quedaron solos, y Aben-Shariar tomó una naranja, que se puso a mondar lentamente, y Manuel Kaduk un pedazo de opio que se echó en la boca.

—No, no es sin causa mi pregunta; yo conozco a una hermosísima mujer que vive en Venecia, que tiene cuando más diez años menos que tú, que se te parece como una gota de agua a otra gota, y que se llama para los venecianos Elena Conti; pero para su conciencia y para los que la conocen se llama Elena Karuk.

—Diez años después de mi nacimiento — dijo sombríamente Karuk, dejando de mascar el pedazo de opio que tenía en la boca — desapareció mi padre, sin que pudiera saberse qué había sido de él.

—Tu padre, perdido para tu familia, apareció, sin embargo, un día, hace treinta años, muerto y atado al cadáver de una mujer, sobre el canal de Monforte, delante del palacio Conti.

—¿Y sabías eso y no me lo has dicho hasta ahora? — dijo, poniéndose sombríamente pálido Manuel Karuk, y mirando ferozmente a Aben-Shariar. — Tú eres un mal amigo, un traidor.

—Yo no lo he sabido eso hasta hace ocho días — dijo Aben-Shariar comiéndose tranquilamente un casco de naranja; — si yo lo hubiera sabido antes, antes lo hubieras sabido tú.

—Cuénteme, cuéntema — exclamó ansioso el corsario griego.

Aben-Shariar le contó minuciosamente todo lo que sabía o había sabido por sí mismo

acerca de Elena, y luego sacó de su pecho unos papeles que parecían haber estado mojados mucho tiempo. Sobre aquellos papeles se leía, en una letra roja descolorida, lo siguiente: "El Consejo de los Diez a la llamada Elena Conti".

Manuel Karuk se apoderó de aquellos papeles, se tendió boca abajo sobre los almohadones, y se puso a leer, sin hacer caso de Aben-Shariar y como si hubiera estado completamente solo. Aben-Shariar comió algunos dátiles, se puso después en la boca un pedazo de opio, se reclinó en los almohadones, y se quedó inmóvil, como si verdaderamente se hubiese dormido.

He aquí lo que decían los papeles que leía Karuk:

Capítulo XII

El Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia a la llamada Elena Conti, conocida por hija de Salvador Conti.

"Siendo necesario a la salud de la República que conozcáis cosas y sucesos de vuestra familia que se creen envueltos en el más denso misterio, hemos decretado que se os hagan conocer esos sucesos, para que podáis cumplir con toda vuestra voluntad y todo vuestro deseo lo que se os mandará al fin del relato que va a extenderse para vos, y que os será entregado para que lo conozcáis".

Por debajo de estas palabras se veía estampado en cera encarnada el sello secreto de la República. Por debajo se leía:

"Había hace algunos años en la isla de Corfú, cerca del mar por la parte de Levante, sobre una altura escarpada, un fuerte castillo tártaro, construído por un hombre extranjero que había aportado a la isla algunos años después de la conquista de Constantinopla por los turcos. Este hombre, más que hombre parecía un espectro. No podía decirse cual era su edad, ni se sabía su nombre, ni de dónde venía, ni cuál era su patria, ni por su traje, que era sumamente extraño, podía deducirse nada. Le envolvía un ropón negro, de lana, con capuz de anchas mangas; llevaba en la cabeza un pesado casquete de acero, y por bajo de las mangas, y de la orla inferior de su ropón asomaban sus brazos y piernas cubiertas de ecaro. Al costado, pendiente de una cadena que ceñía su ropón en la cintura, llevaba una espada corta, ancha y pesada como un hacha.

Un caballo salvaje, del Cáucaso, pequeño, fuerte, fogoso, de pelo largo, servía de cabalgadura a este hombre. A la grupa del caballo, pendientes del arzón de hierro de su silla de batalla, se veían: del un lado, una corta y pesada maza de hierro con puntas de acero, y del otro un grande y redoblado escudo bruñido, liso y sin divisa alguna. Una lanza de roble con un ancho y fuerte hierro se veía en la diestra de este jinete, y su caballo estaba armado por una amplia cobertura de gruesas mallas.

A pesar de que el caballo llevaba sobre sí un peso enorme, desde el momento en que desembarcado con su jinete, fué montado por él, partió a la carrera hacia el interior de la isla, con el mismo vigor, con la misma rapidez y la misma facilidad que si no hubiera llevado peso alguno.

El buque negro, tripulado por extraños marineros, en que había sido conducido el jinete, apenas éste se alejó corriendo hacia el interior de la isla, se hizo de nuevo a la mar, desapareciendo poco después en el horizonte. El extraño caballero había quedado solo en aquella parte de la isla, que entonces estaba despoblada.

El extranjero salvó la primera y segunda línea de colinas, y llegó a un lugar áspero y sombrío, y se detuvo al pie de un escarpado peñasco, en cuya cumbre fijó la vista y exclamó.

—Allí construirá el buitre su nido.

Algunos días después, el barco negro volvió, y salieron de él muchos extranjeros que, guiados por el que primero había venido, llegaron a la roca escarpada, y penetraron en ella.

Durante un año, aquellos extranjeros estuvieron trabajando, desde que amanecía hasta que obscurecía, en la construcción de un fuerte castillo, que al fin dejó ver una gran torre cuadrada y almenada, rodeada por un recinto cuadrado de murallas, en cuyos ángulos se alzaban cuatro torres pequeñas

Apenas estuvo construído el castillo, los hombres que le habían labrado desaparecieron, y desapareció con ellos el negro barco, quedándose solo el extranjero que primero había venido, que vestía únicamente una fuerte armadura y un gran ropón negro, y tenía toda la terrible apariencia de un espectro.

A causa de lo deshabitado de aquella parte de la isla, ninguno de los naturales, como no fueran los pájaros y los animales silvestres, habían visto a aquel hombre ni a los que después de él habían venido, ni la construcción de aquel fuerte castillo, cuya piedra rojiza le daba un aspecto formidable, particularmente cuando, al ponerse el sol, su rojo color se hacía más fuerte, y llegaba al punto de que la gran torre y los muros de las otras torres más pequeñas parecían teñidos de sangre.

El día después de la definitiva construcción del castillo, el extranjero salió llevando su caballo del diestro, por la estrecha y profunda poterna, cerró su postigo de hierro con tres enorme llaves que, contenidas en una cadena, colgó del arzón de hierro, junto a una maza de armas, descendió por el escarpado sendero del peñasco, llevando siempre de la mano a su caballo, y cuando estuvo en la parte llana, montó y se alejó al galope hacia el Sur de la isla.

Krasna era una mujer maravillosa; no se sabía cuál era su edad. No podía adivinarse tampoco su edad por su aspecto. Tenía toda la frescura de la juventud y todo lo grave de la edad provecta. Era alta, esbelta, altiva, pálida como una difunta, con magníficos

cabellos rubios y ojos celestes, en los cuales jamás aparecía ni la más ligera expresión que pudiese revelar un solo movimiento de su alma. La hermosura de Krasna era tal, que todos los que la veían se sentían dominados por un amor insensato, pero cobarde, que no se atrevía a manifestarse ni en una palabra ni en una mirada.

Krasna era hija del gobernador tártaro de Corfú, cuya familia había tenido el mando de la isla algunas generaciones antes. Karuk, que así se llamaba este gobernador, había partido dos años antes a la guerra del Turquestán, ayudando a los tártaros, sus compatriotas, en la conquista de Constantinopla. Cristián no había vuelto de la guerra, y su hija, muda e impasible, ni había mostrado inquietud por la suerte de su padre, ni había preguntado a nadie, ni había dejado de vivir completamente tranquila.

Krasna habitaba en una magnífica y fuerte alquería, sobre una eminencia, a dos leguas del mar, en la parte Sur de la isla, servida por esclavos tártaros.

La alquería era un verdadero alcázar oriental. Habitaciones de muros labrados, dorados y matizados, cubiertos de hermosas cúpulas y adornados por velos de seda y oro en las altas ventanas, por donde entraba una luz tenue; magníficos tapices cubriendo las puertas; alfombras de Persia y pieles de tigre y de león extendidas sobre los pavimentos de brillante mosaico; blandos divanes de damasco y de púrpura; perfumeros de oro, en que ardían perpetuamente resinas de olor fragante; fuentes murmuradoras; jardines sombrosos con bellos estanques; muros fuertes al exterior, rodeados por un profundo pozo y guardados por un centenar de bravos tártaros: he aquí el magnífico retiro de Krasna, hija maravillosa del formidable Cristián Karuk.

Era extraño que con tanta y tan maravillosa hermosura, realzada por los magníficos trajes y las brillantes joyas que siempre llevaba Krasna sobre sí, apareciese ésta de continuo tan seria, tan grave, tan insensible. Atribuíase esto por los jóvenes griegos más hermosos, más bravos y más ricos de la isla, que amaban a Krasna sin atreverse a demostrárselo, a una soberbia infinita, de que, según el dicho de los viejos de la isla, habían adolecido siempre los de la familia Karuk.

Esta familia podía decirse imperaba en Corfú desde cien años antes, en que un Karuk, acaudillando algunos centenares de bravíos montañeses del Cáucaso, había desembarcado, apoderándose de la isla en una campaña de quince días, e imponiéndola su dominio. Los griegos degenerados no habían podido resistir aquella invasión, y se habían sometido cobardemente. La familia Karuk podía decirse que había hecho un pequeño reino suyo de la isla de Corfú.

Por otra parte, Cristián Karuk, después de haber sometido a la isla, ni se había llamado su rey, ni la había azotado con exacciones ni tiranía. Los de Corfú se habían encontrado con un señor muy serio, muy grave, muy pálido, que tenía el aspecto más terrible del mundo, y que, sin embargo, los gobernaba en justicia, no les exigía más tributos que los que podían pagar, y los defendía de las irrupciones de los piratas.

Cristián Karuk había llevado consigo, como toda su familia, un hijo y una hija. A la muerte de Cristián, el hijo continuó gobernando la isla; un día partió, dejando encomendado el gobierno de la isla a su hermana. El ausente no volvió, y a los tres años, su hermana, que no había amado a ninguno de los naturales, contrajo matrimonio con un extranjero, que no se sabía de dónde había ido.

La familia dominadora no creció, no se extendió; sus hijos salían de la isla y no volvían a aparecer; sus hijas se casaban siempre con un extranjero, que pasaba a ser el gobernador de la isla.

Se comprendía que la familia tártara no quería mezclarse con la raza griega, y un profundo misterio envolvía el origen y la manera de ser de los Karuk. Krasna, pues estaba rodeada, como todas las mujeres de su familia, de este misterioso prestigio. Hacía dos años que su padre había partido a la guerra del Turquestán, y, sin embargo de que Krasna había quedado sola, se la obedecía como se había obedecido a su padre, y ninguno de sus numerosos apasionados se había atrevido a manifestarle su amor.

Una tarde de verano, después de la puesta del sol, Krasna, impasible, seria y silenciosa, paseaba, a gran distancia de su alquería, por el camino que, perdiéndose entre un bosque de naranjos y limoneros, conducía a ella. Era la tarde apacible, el viento fresco, y ni una sola nube manchaba el radiante cielo de la Grecia. La luna creciente se levantaba lánguida y pálida, casi borrada por el resplandor, fuertemente rojizo, del sol, que acababa de trasponer.

Krasna hizo detener a sus esclavos y adelantó sola, yendo a reclinarse junto a una fuente, al pie de un limonero enano. Lentamente, los últimos reflejos del sol se fueron apagando en el horizonte, y la luna fué creciendo en luz y en color, siendo, por último, la única blanca y lánguida luz que alumbraba a la noche.

Krasna estaba sola; nadie podía verla; todo todo inspiraba en torno languidez y molicie, y el semblante de la joven fué perdiendo lentamente, sin duda porque estaba segura de que de nadie podía ser observada, su dureza habitual y su expresión glacial. Era tal vez que la bravía raza de los Karuk se degeneraba, y que en Krasna la dureza y la frialdad no eran la manera constitutiva de su ser, sino una expresión artificial, que sostenía por una costumbre de familia. La verdad es que, al poco tiempo de estar reclinada Krasna sobre el césped, al pie del limonero, la dura tensión de los músculos de su semblante se dulcificó, brilló en sus ojos una mirada ardiente y como concentrada en un recuerdo dulce e íntimo, y se notaron en

ella las señales de la atención y de la impaciencia.

Pasó algún tiempo, y de improviso la mirada de Krasna, que estaba abstraída y melancólicamente fija en la luna, se apartó de la bella lumbrera de la noche y se fijó en un obscuro fondo del bosque, al mismo tiempo que su cabeza se erguía en un movimiento de profunda atención, sonreían sus labios y se iluminaba con una inefable alegría su semblante.

Poco después, Krasna se incorporó, se alzó por último y se dirigió en paso rápido hacia el obscuro fondo del bosque donde había tenido fija su mirada, y desapareció por él. En aquel momento se oyó por la parte de abajo del sendero el galope de un caballo, y luego apareció el guerrero, pálido, sombrío, con apariencias de espectro, que había construído el castillo rojo al Levante de la isla. Avanzó rápidamente y llegó al lugar donde habían quedado esperando a Krasna sus esclavos.

—¿Adónde vas y de dónde vienes? — dijo con voz terrible el tártaro jefe de los esclavos de Krasna.

—Yo soy Kaivar el Resucitado — dijo con voz sepulcral el jinete, — y vengo a traer a Krasna la última voluntad de su padre Cristián Karuk, mi hermanos de armas, muerto a mi lado en las gargantas del Kurdistán.

—¡Muerto! — exclamó el jefe tártaro.

—Sí — contestó con voz más lúgubre aún Kaivar; — rasgad vuestras túnicas blancas y rojas, que no agradan a los muertos; cubríos con mantos obscuros como las noches lóbregas; procurad que la sonrisa irritada de vuestro señor no se os presente en sueños; llevadme, ante todo, a la presencia de Krasna; que ella oiga de mis labios las últimas palabras de su padre; que arroje sus galas; que envuelva en obscuridad su hermosura, en honra a su padre.

—Esta no es hora de ver a la poderosa Krasna — dijo el jefe de los esclavos; — ella reposa, y su sueño es para nosotros tan sagrado, que por nada la despertaremos.

—¿Y dónde reposa vuestra señora? — dijo Kaivar — Su morada, que se ve en lo alto desde la ribera, aún está lejos de aquí; ¿qué hacéis vosotros a esta distancia y esperando, si es verdad que vuestra señora reposa en su lecho allá en su morada de la altura?

—¿Y quién eres tú — dijo el jefe tártaro — para preguntarme como si fueras nuestro señor?

—Yo traigo conmigo — respondió Kaivar — la autoridad de vuestro señor; y, en prueba de ello, mirad.

Kaivar pasó su lanza a la mano izquierda, se quitó la manopla de la mano derecha y mostró al jefe tártaro una gruesa sortija con una gran esmeralda rodeada de rubíes. Al ver aquella sortija, el jefe tártaro cruzó los brazos sobre su pecho, inclinó humildemente la cabeza, y dijo:

—Cuando partió nuestro señor para la guerra, me llamó, me dejó oír estas palabras: "Nossur, el guerrero no es fuerte sino porque Dios le presta su poder; sobre la cabeza de los que combaten vuela siempre la muerte, y cuando el escudo de Dios no les cubre, la muerte se precipita sobre ellos, los hace su presa y los arrebata consigo; esta esmeralda rodeada de rubíes es el signo de dominio de los Karuk; aquel que la muestre en su dedo del corazón de su mano derecha es vuestro señor, y le debéis respeto y obediencia; porque, más fuerte o más astuto que yo, me habrá exterminado, porque Dios lo haya querido, para conquistarla, o se la habré entregado yo por mi libre y perfecta voluntad; yo parto, y no se si volveré, porque Dios sólo conoce el porvenir; durante mi ausencia, obedeced ciegamente, como me obedecéis a mí mismo, a mi hija Krasna: pero si un día se os presenta un hombre teniendo esta esmeralda rodeada de rubíes en el dedo del corazón de su mano derecha, a él será a quien obedeceréis, aunque os mande la muerte de Krasna, mi hija querida". Después de esto — continuó Nossur, — Cristián Karuk, nuestro señor, partió; tres años han pasado desde el día en que se apartó de nosotros, y ninguna noticia suya hemos tenido hasta ahora, que te presentas tú trayendo en el dedo del corazón, de la mano derecha la esmeralda rodeada de rubíes, que es el signo de dominio de los Karuk. Así, pues, nosotros te reconocemos por señor nuestro, te respetamos y te obedecemos.

—Llevadme, pues, a la presencia de la hermosa Krasna — dijo Kaivar poniéndose de nuevo la manopla y empuñando su fuerte lanza.

—La hermosa Krasna ama a la luna y vaga por el bosque mientras la luna brilla en los cielos; nosotros, señor, no sabemos donde Krasna está.

Kaivar no contestó; pero desmontó, entregó su caballo y su lanza a uno de sus esclavos, y, acercándose a Nossur, le dijo:

—Lo que vamos a hablar no debe oírlo más que el aire de la noche; apártate conmigo y hablemos donde de nadie podamos ser escuchados.

Y, saliendo del sendero, se entró por entre los árboles.

Nossur le siguió, y, cuando estuvieron en una espesura, Kaivar se detuvo y dijo:

—Cuando una mujer deja atrás sus esclavos y adelanta sola después de haber mandado a sus esclavos que no la sigan, es porque no quiere hacer a sus esclavos testigo de sus acciones. ¿Y qué otra cosa puede ocultar una mujer como Krasna, más que un amor que pueda avergonzarla? Krasna ama sin duda a un hombre indigno de ella, y tú debes conocer a ese hombre, porque un esclavo conoce, sin quererlo, los secretos de su señor.

—Tú posees la esmeralda rodeada de rubíes y debes saberlo todo — dijo Nossur; — yo voy a revelarte lo que se, lo que en silencio he averiguado por amor a mi señora. Krasna ama; ama a un griego corsario desde hace mucho tiempo, y desde hace mucho tiempo, todas las noches en que brilla la luna sale de su morada en el momento en que la luna aparece en el Oriente; llega con nosotros hasta el sitio donde nos has encontra-

do; nos manda esperar; se pierde a lo largo del tortuoso sendero, y no vuelve a aparecer hasta que la luna se oculta en el Occidente.

—Krasna se ha olvidado de lo que debe a su altiva progenie, partiendo su amor con el de un hijo de la raza vencida — dijo lúgubremente Kaivar.

—Estanislao Kanno en un héroe terror de los mares — dijo profundamente Nossur; — es hermoso como el sol cuando aparece en una clara mañana de la estación de las flores, y sus tesoros son tantos, que puede rodear de naves la isla de Corfú.

—Los fuertes no son fuertes sino porque Dios lo quiere; los hombres que son hermosos como una mujer no pueden ser héroes; el héroe vive para el combate y para la gloria, y el polvo del campo de batalla o el huracán de los mares destruyen la hermosura, que sólo sirve para excitar el amor afeminado de las mujeres impuras. La tártara hija de la raza Karuk encuentra únicamente la hermosura en el rostro del hombre en quien la costumbre de exterminar ha dejado impresa la expresión del exterminio y la lívida palidez de la muerte; Kanno morirá por el amor de Krasna, como muere el imprudente que bebe un tósigo, y Krasna perecerá, o vivirá avergonzada de sí misma, indigna de ser la hija, la esposa y la madre del héroe tártaro. Tú, que has sorprendido los amores de tu señora, ponte sobre el rastro de su huella y guíame hasta el lugar solitario donde Krasna y Kanno ocultan, entre el misterio y el silencio de la noche, sus vergonzosos amores.

Kaivar hizo con su brazo cubierto de hierro una señal de marcha, y Nossur, sin contestar una palabra, partió, atravesando el bosque, saliendo al sendero por el mismo sitio donde, al pie de un árbol, había estado reclinada Krasna y se detuvo en aquel lugar.

—¿Alcanza tu vista a ver, a la luz de la luna, la yerba doblegada y marchita que deja conocer que sobre ella ha pesado durante algún tiempo un cuerpo humano?

—Sí — dijo Kaivar; — mis ojos son perspicaces como los de un águila.

—¿Percibes una leve fragancia deliciosa que hace recordar la fragancia que se exhala del hermosísimo cuerpo de Krasna?

—Yo no aspiro más que el olor de la sangre de la carne despedazada — dijo Kaivar; — el perfume de las mujeres sólo lo perciben los débiles esclavos que se adormecen a sus pies.

—Cuando tú te hayas acercado a Krasna; cuando hayas saboreado la fragancia de su aliento y de su ser, no la olvidarás nunca; la sentirás cuando pases por donde ella haya pasado, como la percibo yo, para quien no hay olor más delicioso que el de la sangre y el carnaje de la batalla. Un tártaro es siempre un lobo; pero el lobo tiene muy finos los vientos y lo percibe todo, sin que por eso deje de ser feroz y carnívoro; yo, como un lobo, puedo seguir y seguiré la huella de Krasna, gulado por la fragancia que tras sí deja; y si eso no bastara, señor, ¿no ves sobre el césped marcada la huella de sus pequeños pies?

—Mi vista se pierde en las penumbras — dijo Kaivar.

—Las penumbras tienen bástante luz para mí — replicó Nossur, — y porque lo veas, voy a llevarte a buen paso sin vacilar un momento hasta el lugar donde se encuentre Krasna.

Y Nossur partió a buen paso hacia el obscuro fondo por donde algún tiempo antes había desaparecido Krasna, seguido de cerca por Kaivar. Y siguieron andando, andando siempre de prisa, de una manera nerviosa, apagándose sus pisadas sobre el tupido césped, como dos sombras, la una blanca y la otra negra, ya bajo la luz de la luna, ya por entre la densa lobreguez de las espesas enramadas. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, llegó leve, perdido, casi fantástico, hasta ellos, el sonido dulce y cadencioso de una guzla que acompañaba a una dulce y lánguida voz de mujer que cantaba una balada tartara.

Por la primera vez de su vida, aquel hombre que parecía un espectro, que tenía el terrible sobrenombre de el Resucitado, en cuyo semblante, como él había dicho, habían quedado impresas la expresión del exterminio y la palidez de la muerte, se estremeció como no se había estremecido jamás; sintió un terror vago, como el del guerrero indomable que, jamás vencido, presiente una derrota. Aquella voz que cantaba que suspiraba, que gemía, que lanzaba de sí un perfume embriagador, enlanguidecía su corazón, enloquecía su pensamiento, le atraía como dicen que atraía a los antiguos navegantes el canto de las sirenas a las sirtes procelosas.

(Continuará)

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO— (EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . .

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

LA VUELTA DEL SHERIFF

POKER Smith el del bar el Perro Rojo fué el primero en levantarse en el pueblo de Frío a la mañana siguiente. En realidad Poker no había dormido bien. La mayoría de las ganancias del Perro Rojo estaban guardadas en el banco de Frío y el asalto de los bandidos mejicanos lo traía bastante preocupado. Corría la voz de que si no se conseguían los diez mil dólares, si el banco tenía que soportar semejante pérdida, los pagos serían suspendidos. La bancarrota del banco sería un golpe muy rudo para muchos, pero el que sufriría más que todos sería Poker Smith.

El propietario del bar el Perro Rojo había pasado una mala noche y acaso debido a eso había despertado tan temprano por la mañana de un día de sol al oir el repiqueteo de cascos en la polvorienta calle de Frío abandonando el lecho inmediatamente.

Todo Frío sabía que el sheriff y sus hombres habían salido la noche antes en persecución de los bandidos y sí el madrugador jinete traía noticias. Poker deseaba saberlas sin demora alguna.

Poker Smith corrió a la ventana, la abrió y miró a la calle que brillaba con los primeros rayos solares. Lo que vió le hizo fijarse aún más. Se frotó los ojos y volvió a mirar otra vez.

Un jinete venía calle arriba hacia la plaza. Indudablemente había estado en la pradera. Pero este jinete era como nunca había visto otro Poker Smith, cabalgando por el pueblo. El caballo, evidentemente cansado, venía al paso, sin que el jinete lo condujera. Pero su instinto natural lo hacía ir a casa. El jinete se sentaba de espaldas en la silla de montar. Todo lo que Poker podía ver era su sombrero Stetson, su camisa de lana gris y sus manos atadas a la espalda con el pañuelo del cuello.

—¡Demonios! — dijo asombrado Poker Smith. Cuando el caballo se acercó más, notó que las piernas del jinete estaban atadas por el vientre del animal con un trozo de cuerda. Iba atado de manos y pies. Poker Smith se vistió apresuradamente y fué corriendo a la puerta. Abrió ésta y salió a la calle. No había visto la cara del jinete, pero había en el cuerpo algo familiar para los ojos de Poker Smith. ¡No podía ser el sheriff de Frío el que cabalgaba de tan extraña manera; no era posible que fuese!

De pie afuera del bar. Poker Smith miraba el caballo que se aproximaba cada vez más. La cabeza del jinete giró y Poker Smith vió una cara barbuda bronceada, pálida de rabia. Era el sheriff.

Poker rompió a reir. El sheriff Watson había vuelto de perseguir a los bandidos. ¡Y en qué forma! Otras puertas se abrían ahora a lo largo de la calle irregular y de la plaza.

—¡Bueno, llévenme a casa para que muera de risa! — rugió Poker Smith. — ¡Esto sí que tiene gracia! Dígame, sheriff, ¿es usted o no?

Jake Watson le lanzó una mirada furiosa.

—¡Corta las cuerdas, muchacho! ¡Córtalas pronto!

El dueño del bar se rió otra vez.

—¿Quién lo ató así, sheriff? ¡Ja, ja! ¡Supongo que usted no habrá permitido que lo ataran así!

—No hables tanto y corta las cuerdas, — gritó salvajemente el sheriff.

—¡Espere un momento mientras voy por

el cuchillo! — dijo Poker Smith, al tiempo que iba al bar ahogándose de risa.

El sheriff Watson detuvo a su caballo frente al bar. Jake Watson iba a caballo doblando su espalda.

Era el desquite de Río Kid. Así es como Río Kid lo había enviado a Frío. Y en verdad, el sheriff hubiera deseado que Kid le atravesase el cráneo de un balazo, en vez de esto.

Quizás por lástima, quizás sin intención, Río Kid lo había enviado de madrugada. Y el sheriff esperaba que lo libertaran antes de que la población de Frío se reuniera para mirarlo en su vergüenza y en su humillación. Pero la esperanza no pasó de ser una humillación.

Tres o cuatro pares de ojos lo habían visto desde las ventanas y puertas y la novedad corrió por el pueblo como reguero de pólvora. Hombres a medio vestir, poniéndose los cinturones o colocándose los tiradores salían a la calle sonriendo burlonamente.

Le parecía al desdichado sheriff que todo Frío salía temprano esta mañana para ver su desgracia. Maldecía bajo su barba mientras esperaba a que Poker Smith volviera con un cuchillo para que cortara las cuerdas.

Una muchedumbre lo rodeó. El número de curiosos era cada vez mayor. Por la plaza del pueblo resonó una inmensa carcajada.

—¡Pero si es el sheriff!

—¡Ha estado usted persiguiendo a Río Kid y lo encontró! — gritó un individuo, siendo seguida esta exclamación por una risotada.

El sheriff se puso morado de rabia. Sus ojos echaban chispas sobre la multitud burlona. Pero no hablaba. No podía hablar. Su ira lo ahogaba.

Por fin salió Poker Smith con un cuchillo de monte en la mano, se fué hacia el sheriff sonriendo. Entre carcajadas cortó las cuerdas que ataban sus piernas al caballo.

—Por cierto que le ha ido mal al sheriff, — dijo Lewson, el almacenero de Frío, con una risita sugestiva. — ¡Muchachos, no pudo traer dinero!

—¡Qué va a traer! — dijo Poker Smith. — Ahora ya puede apearse, Jake.

Ayudó a descender al sheriff. Luego cortó las ataduras de las manos. Como el pañuelo del cuello faltaba, dedujo que había sido usado en atarle las manos.

Todos trataban de saber algo, pero el sheriff daba la callada por respuesta. No obstante el nombre de Río Kid corrió de boca en boca. La furia que se apoderó de la cara del sheriff al oir el nombre de su adversario, confirmó la sospecha de todos.

Una vez libre de sus ataduras se fué a su oficina sin decir palabra. Abandonó la plaza, en donde resonaba una gran carcajada.

—¡En verdad que Río Kid en notable! — dijo Poker Smith riéndose a más no poder. — Lo que es el sheriff ha de estar loco como una avispa.

El estado en que se encontraba Watson es imposible describirlo. En aquella mañana no se mostró en público.

Al banquero Fray que había ido en busca de novedades, le fué rehusada la entrada a la oficina.

A mediodía, entraron los agentes del sheriff, cansados y polvorientos, llenos de amargura por su fracaso.

No habían encontrado rastros de los bandidos. Nada supieron de ellos. Habían perdido a su jefe y se sorprendieron al saber que ya estaba en Frío. Y su sorpresa no tuvo límites cuando supieron en que forma había llegado. Quien lo había hecho, nadie lo sabía; pero ninguno dudaba de que el sheriff había caído en manos de Río Kid en la pradera, con el resultado conocido.

El sheriff Watson ocultó su rabia y su humillación detrás de las puertas cerradas con llave. Sabía que en todo Frío no se oía más que una enorme carcajada. Ahora pensaba en renunciar al puesto y marcharse para siempre de Frío. Pero pronto cambió de parecer. Río Kid lo había avergonzado ante el pueblo de Frío. Sabía también que pronto lo sabrían en todas partes de la región de Frío y del Pecos y que la carcajada se haría más enorme extendiéndose en una distancia de cien millas. Pero Río Kid las pagaría todas juntas. En su rabia y vergüenza, el sheriff de Frío lo juró muchas veces que no le daría tregua a Kid en el día y en la noche que le seguiría la pista incansablemente hasta poder realizar su venganza, hasta verlo colgado de la rama de un álamo.

¡PARESE!

—¡Alto!

Hermán Fray el banquero de Frío, dió un tirón a las riendas haciendo sacudir el carretón sin muelles al pretender pararlo en seco. A tres millas de Frío en el lugar donde el camino se desliza a través de una faja de álamos, salió de entre ellos un jinete que con una orden aguda en sus labios y un revólver de seis balas en la mano obligó a detenerlo.

Hermán Fray, banquero y rematador y agente de bienes raíces, individuo que hacía de todo en un pueblo como Frío, no era hombre de lucha y aunque hubiese sido uno de los peores casos del pueblo, apenas si se hubiera aventurado a echar mano al revólver ante Río Kid con su eterna sonrisa que lo instaba a detenerse apuntándole con el suyo. El carretón se paró y Río Kid se acercó con un saludo cordial, al banquero.

—¡Buen día! — dijo.

Fray le miró ceñudo. Iba en camino de Mc Cracken y todos los que le habían visto partir adivinaban qué misión lo llevaba. Esta era tratar de conseguir dinero para hacer frente a la crisis que se avecinaba.

Fray no había visto al sheriff desde que éste había vuelto; pero se había enterado de aquella vuelta y ya no tenía la más mínima esperanza de que Jake Watson pudiera recobrar los diez mil dólares.

—Me parece que pierdes el tiempo, Kid — dijo Herman Fray fríamente. — Todo lo que puedo darte son diez dólares, y eso no es digno de tí.

—¡Usted, el hombre más rico de Frío! — recalcó Kid.

—Con mucho sentido común para no llevar dólares por este camino después de lo que

pasó ayer, — contestó Fray. — Has perdido la gran oportunidad Kid, debiste haber venido por aquí ayer.

Río Kid lanzó una carcajada.

—¡Maldito perro! — dijo Kid. — ¿Cree usted que lo detuve para perder tiempo en charlas insustanciales?

—A mí me parece que no ha sido esa tu idea, — dijo Fray sarcásticamente.

—Así es, — asintió Kid. — Tengo que tratar con usted un asunto muy importante, Hermán Fray.

—Ven al banco y allí hablaremos, — contestó Fray. — Allí es donde trato los asuntos Los muchachos estarían encantados de verte.

—¡Usted lo ha dicho! — sonrió Kid. — Ya lo creo que lo estarían y más que nadie Jake Watson después de haberlo mandado a su casa en esa forma tan poco airosa.

—Entonces ¿fuiste, tú? — dijo Fray.

—Fuí yo. Ya le había dicho que lo iba a hacer sufrir y hasta ahora lo voy consiguiendo. Pero no lo he detenido a usted para decirle esto, Herman Fray. Guarde sus dólares en el bolsillo. — dijo Kid despectivamente. — Dicen muchas cosas de mí, pero no hay quien pueda asegurar que yo haya detenido a nadie para desvalijarlo. No señor. Eso está contra mis principios. He estado esperando la oportunidad de poder hablar con usted fuera del pueblo...

—Aquí me tienes, — dijo Fray. — Despáchate pronto, pues tengo prisa en llegar temprano a Tera Mc Cracken.

—Supongo que el sheriff no le trajo los dólares que los bandidos mejicanos robaron ayer ¿no? — sonrió Kid.

Fray frunció el entrecejo.

—¡No los ha traído! — replicó.

—¡Entonces, no digo yo la suerte que usted y muchos otros han tenido al encontrarme presente cuando los bandidos ya se llevaban la bolsa repleta de dinero! — dijo Río Kid.

El banquero de Frío lo miró.

—Supongo que no era asunto mío, — continuó alegremente Kid, — pero no pude soportar que los dólares de Texas cruzaran el Río Grande en las garras de una gavilla de ladrones. Así es que decidí entrar en acción. Río Kid desató de su cinturón una bolsa de cuero. Los ojos del banquero Fray le miraban llenos de asombro y de sorpresa.

—¡Kid! — murmuró él.

Río Kid, tiró la bolsa dentro del carretón.

—Cuéntelos — dijo. — Yo no le pido un recibo. Este negocio no es oficial. Pero cerciórese de que no falta nada, hombre.

Durante un momento el banquero de Frío lo miró encantado. Luego mecánicamente recogió la bolsa de cuero. Con manos temblorosas sacó los billetes y comenzó a contarlos. Después sin respiración volvió a mirar a Río Kid.

—¿Están todos? — preguntó Kid con indiferencia.

—En esta bolsa hay diez mil dólares, — dijo el banquero.

—¿No está bien?

—Sí.

El banquero miró la bolsa y después a Río Kid.

—¿Se los quitaste a los bandidos, Kid?

—¡Sí! A cambio de ésto le entregué a Sonora José una onza de plomo.

—¿Y me los entregas ahora?

—¡Claro!

Herman Fray miró a Río Kid.

—Kid, dicen muy malas cosas de tí, pero ahora estoy convencido de que la mayoría son mentiras. ¿Por qué no huiste con todo este dinero?

—¡Porque yo no soy ladrón!

Saludó con su Stetson al sorprendido banquero, y lanzó su caballo al galope perdiéndose por entre la alameda.

Herman Fray lo siguió con la vista hasta que desapareció. Luego tomó las riendas y se volvió a Frío en medio de una nube de polvo.

Aquella noche todo Frío no hablada de otra cosa. Eran noticias sorprendentes como jamás habían llegado a Frío. La pista de los diez mil dólares había terminado y fué Río Kid, el perseguido, quien había arriesgado la vida al recuperar el dinero que habían robado los bandidos mejicanos y quien lo había devuelto a quien correspondía. En el pueblo de Frío, durante mucho tiempo fué la comidilla del día.

LA VENGANZA DEL JEFE "MUCHOS CABALLOS"

Arrimado bajo el pórtico de la casa del sheriff, situada en la plaza de Frío, se encontraba el jefe "Muchos Caballos". Sus ojos se abrían indolentemente en el resplandor del sol matutino. El polvo álcali de las llanuras cubría sus destrozadas polainas de piel de ante, su manto andrajoso, su ceñuda cara cobriza y su espeso y negro cabello. Pesadamente abría los ojos después de un sueño pesado y miraba el bar El Perro Rojo, que se hallaba en el lado opuesto de la casa del sheriff. Era temprano y no había aun actividad alguna en el pueblo, aunque de vez en cuando cruzaba la calle un vaquero a caballo. No tenía mayor apuro en levantarse. Ni siquiera sabía que el pórtico en el que había pasado la noche durmiendo, pertenecía al sheriff. No había estado en situación de hacer nada claramente, cuando a media noche fué arrojado del lugar más borrascoso de Frío, cargado de aguardiento hasta la boca.

Tabaleando y haciendo eses, fué a dar con su cuerpo en el pórtico donde estaba después de haber dormido profundamente. Y ahora que sus ojos se abrían al sol saliente, todavía se hallaba torpe. Hubo una vez en que el nombre del indio Apache respondía a su estado. Jefe e hijo de jefe, poseía muchos caballos y pieles de búfalos, y muchos secuaces valientes lo habían seguido en sus guerras. Pero de esto ya hacía mucho tiempo. En donde sus valientes cabalgaban con sus pinturas y plumas, cabalgaban ahora los vaqueros mientras las mujeres cuidaban los ranchos. Las vacas de largos cuernos pastaban ahora por donde antes corrían los búfalos.

El jefe Muchos Caballos no era ahora

dueño de un solo cuadrupedo. No poseía nada más que sus polainas destrozadas de piel de ante, una manta andrajosa y caminaba trabajosamente con los pies calzados con rotos mocasines. En estos días, si poseía un caballo, pertenecía a algún viajero que lo había perdido una noche. Y el jefe Muchos Caballos no lo tenía en su poder más tiempo que el necesario para venderselo a algún traficante mejicano. Por esos medios tenía dinero y su dinero iba siempre por el mismo camino. Compraba olvido voluntario, fuertes dolores de cabeza y un sistema nervioso destrozado. Pues, a pesar de la ley seca, con dinero siempre es posible conseguir alcohol. Y el jefe que una vez cabalgó su mesteño brioso en acciones de guerra, llevaba ahora una vida de vago a las puertas de los bares. En Frío y en otros pueblos ganaderos, su silueta era bien conocida con su manto de apache roto, con el que en las horas de sobriedad, envolvía su cuerpo con algo de la dignidad de un jefe.

Pero, para él, fué una gran desdicha el haber dormido aquella noche bajo el pórtico de la casa del sheriff Watson, y no haberse movido de allí cuando el sol brilló sobre Frío. Cuando la puerta de la casa del sheriff se abrió y Jacke Watson salió, casi tropieza con el cuerpo del indio, que estaba recostado. Lo miró salvajemente.

En estos días el sheriff Watson no estaba de buen talante. La vuelta de Río Kid a su antigua querencia, su desafío, las derrotas y humillaciones que le había infringido, habían puesto al sheriff de un humor de mil diablos. Los hombres del pueblo comenzaban a burlarse de él abiertamente por su fracaso en no reducir a Río Kid. La recompensa de mil dólares para el que trajera a Río Kid, vivo o muerto, estaba anunciada en la puerta de la casa del sheriff. pero ninguno pudo ganarla, y menos que nadie el propio sheriff. Río Kid todavía rodaba por los caminos y acampaba en el chaparral libre como el aire y se reía de sus perseguidores.

Y cada día la cara del sheriff se volvía más ceñuda y su genio más insoportable, hasta que era apenas conveniente ni aun para sus amigos, mencionar el nombre de Río Kid. Todo Frío había lanzado una estridente carcajada cuando hizo su entrada cabalgando al revés, con los pies y las manos atados.

Fué una burla sangrienta de Río Kid. Un testimonio de lo poco que temía al sheriff, tan poco que ni siquiera merecía que lo atravesara de un balazo. Esa carcajada resonaba aún en los oídos de Jacke Watson y con horribles juramentos había dado palabra de tomar prisionero a Río Kid o dejarse matar por él; y todavía Río Kid cabalgaba libremente, burlándose de él.

La noche anterior, mientras él Jacke Watson, había estado cabalgando inútilmente por toda la región, por una pista falsa que había creído lo llevaría a donde estaba el escurridizo Río Kid. Una vez más había fracasado. Había vuelto a Frío a una hora avanzada muy malhumorado. Había salido por la mañana determinado a proseguir la persecución, aunque con pocas esperanzas y con la certidumbre de que todo Frío lo vería irse con sonrisas burlonas. Habían ofrecido diez a uno en el Perro Rojo a que Jacke Watson no enlazaría a Río Kid en seis meses y nadie tomó la apuesta. Y el genio del sheriff era ahora tan negro y amargo, que era capaz de disparar su revólver a cualquiera que le dirigiera una broma.

En ese estado de ánimo, tropezó con el harapiento indio, y la furia brilló en su cara bronceada. Se paró, miró al indio, echó atrás su pesada bota y dió un formidable puntapié al medio dormido jefe, despertándolo por completo cuando la bota llegó a su cuerpo y lo lanzó del pórtico a la polvoriena plaza.

—¡Maldito vagabundo! — rugió el sheriff. — ¡Sal de aquí! — Y siguió al tambaleante apache, dándole una serie de puntapies. El jefe Muchos Caballos, iba cayéndose y gritando a Jacke Watson, quien, pareciendo encontrar solaz en ello seguía dando puntapies hasta que el mareado piel roja se salió del camino brincando.

Jacke Watson levantó su mano y señaló a la pradera.

—¡Vete! — rugió él — ¡No te necesitamos aquí vagabundo sucio! ¡Vete al camino o te haré salir de Frío a palos! ¿Me oyes?

—¡Sí! — gruñó el indio. Sus negros ojos miraron ferozmente al sheriff.

El jefe Muchos Caballos había sido apaleado en muchos pueblos y puesto preso cuando estaba saturado de aguardiente. Pero ahora estaba sereno y en este estado no olvidaba haber sido jefe de los apaches. Y la única ofensa de su parte había sido dormir en el pórtico de la casa del sheriff. Jake Watson, descargaba su furia sobre el pobre indio, impotente de hacerlo sobre Río Kid que tanto se burlaba de él, La mano bronceada del indio buscó en el manto en busca del cuchillo.

Jake Watson lo miró y sacó del cinturón un revólver de seis balas.

—¡Déjalo!

El jefe Muchos Caballos dejó caer el cuchillo a tiempo para evitar que un balazo perforara su cráneo. El cuchillo sonó al chocar contra el suelo y el sheriff de un puntapié lo arrojó al pórtico. Luego apuntando con su revólver a la cara broncínea del piel roja le dijo:

——¡Vete! ¡Me amenazas con un cuchillo, maldito ladrón piel roja! ¡Vete pronto de aquí! No quiero verte más en esta ciudad. Te doy un minuto de tiempo para que lo hagas.

El jefe Muchos Caballos le lanzó una profunda mirada de odio y se fué al camino. Había demasiada dignidad en su marcha altiva para que le agradara al sheriff Watson.

—¡Vete! — rugió el sheriff — ¡Corre

maldito indio, corre! ¡Perro! ¡Te avivaré si tu no puedes!

Sin preocuparse el apache siguió con paso majestuoso.

¡Pum!

Una bala desgarró un trozo de mocasín y el jefe pegó un brinco

¡Pum!

La segunda bala se llevó un pedazo de piel de su pie.

—¡Sí! — dijo el jefe.

Antes de ahora ya le habían hecho saltar a balazos los vaqueros y sabía lo que era eso. Una bala sin intención podría penetrar en la piel y atravesar el hueso, así es que arrojó a un lado su dignidad y corrió a más no poder. Y el sheriff desde la plaza vació su revólver contra el indio que huía haciéndole correr. Bamboleó y casi se cae, pero recuperó el equilibrio y siguió su camino desapareciendo de Frío internándose en la polvorienta llanura.

peligro. Su dedo estaba en el gatillo del revólver. Sus ojos fríos y alerta.

Pero cuando dió la vuelta al tronco del árbol grande y vió lo que había, dejó escapar una exclamación, sonrió y metió el revólver en la funda. Medio oculto por los helechos y en medio del sendero estaba tendido un andrajoso apache que con sus ojos negros miraba a Kid silenciosamente. Este lo conoció al momento. Muchas veces había visto al jefe Muchos Caballos vagando en el Perro Rojo en Frío, en aquellos días cuando Kid era vaquero del rancho Doble Bar.

El apache no se movió. Sus ojos como los

Echó hacia atrás su pesada bota y dió un formidable puntapié al ind...

UN AMIGO EN NECESIDAD

—¡Para! — dijo Río Kid.

En medio del chaparral, cabalgaba Río Kid por una senda solitaria con sus ojos y oídos en alerta, pues el peligro lo acechaba día y noche así es que en cualquier momento un ojo avizor y un revólver listo podían serle necesarios para su salvación. El mesteño se asustó y Río Kid supo al momento que había algo adelante del serpenteado sendero angosto y oscuro que corría a través de las pecanas y robledales y arbustos españoles. Tiró de las riendas y se apeó con el revólver listo para entrar en acción.

La senda apenas marcada serpenteaba alrededor de un álamo grande que tendía sus fuertes ramas por sobre el chaparral. Río Kid siguió silencioso para ver lo que había más allá de la senda, que era lo que había en el sendero. Río Kid emitió sobresaltar a su mesteño avisándole así de un posible

de una serpiente, miraban a Río Kid. La cara broncínea estaba seria y ceñuda.

Río Kid se paró y lo miró.

—¿Herido? — preguntó él.

—¡Sí! — respondió el indio, que era un hombre de pocas palabras, tan pocas que el dolor de la herida no le hizo quejarse.

—¿Qué le pasa, Hauner?—preguntó alegremente Kid. — Eres un bandido, indio, y estoy seguro de que robas hacienda; pero si estás herido tenderé mi mano hacia ti. Estamos en las mismas condiciones, aunque nadie puede decir de mí que haya robado un caballo a alguien. ¿Dónde estás herido, indio?

El apache silenciosamente señaló su pierna.

—¿Algún vaquero te corrió? — preguntó Río Kid.

—El sheriff Watson.

—¡El sheriff de Frío! Debe ser un nuevo juego de Jake Watson eso de hacer bai-

lar a un indio a balazos. ¡vaya un sheriff! Bueno, veamos lo que tienes para poderte curar!

El indio lo miró con curiosidad cuando Río Kid se arrodilló a su lado en los helechos. Todo lo más que podía esperar de un rostro pálido era una tolerancia despectiva. Pero el muchacho de Río Grande que recorría el llano y el chaparral en defensa de su vida tenía un sentimiento amistoso por los que estaban en apuros aunque fueran bandidos. Lo mismo hacía con un piel roja vagabundo, borracho y ladrón de caballos.

La cara seria y ceñuda del indio no denotaba signo de dolor. Había una bala 45 incrustada en la pantorrilla. Mucha sangre había derramado. Río Kid sacó su cuchillo.

—Te va a doler bastante, indio — dijo él, — pero creo que podré sacar esa píldora Ahora decide.

El apache asintió con la cabeza.

No hizo movimiento alguno ni el más ligero sonido emitió cuando Kid empezó a operarlo. En pocos minutos la bala estaba en la palma de la mano de Río Kid, quien la tiró luego en los robles. En seguida, con

—Señor Fray, ahí tiene los diez mil dólares — dijo Río Kid, arrojando la bolsa de cuero dentro del carretón.

Río Kid se caracterizó siempre por su buen corazón.

Por cierto que el sheriff Watson no había tenido la intención de herir al indio. Lo había corrido a balazos para que asustado se fuese de la ciudad; pero una de las balas había ido más cerca de lo que deseaba que fuere. El jefe Muchos Caballos rengueó durante muchas millas con una pierna herida, hundiéndose en la sombría oscuridad del chaparral completamente agotado. Y allí hubiera perecido si no pasara en ese momento Río Kid.

Este sacó a tiras las destrozadas polainas. agua que llevaba en su cantimplora, lavó la herida cuidadosamente y la vendó con un pañuelo que sacó de un atado.

—Ya estás curado, indio, — dijo Kid. — Pero por dos o tres días no debes moverte. ¿Sabes?

—¡Sí!

—No estás como para que acampes en el chaparral, — sonrió Río Kid. — Y de nada serviría vendarte la herida y abandonarte a merced de los coyotes. Es mejor que te lleve a pasear conmigo.

El indio lo miró silenciosamente.

—Este sitio está demasiado cerca de Fría

para mi salud, — explicó Kid, — pero tengo un lugar excelente donde descanso bien cuando la persecución es ardua. Allá te llevaré, indio. Levántate con tu pierna sana y te subiré en mi mesteño.

Río Kid ayudó a subirse al piel roja y lo montó en su caballo. Caminando al lado condujo al animal por el sendero. El indio no dijo palabra. En la cara de Río Kid había una sonrisa burlona. Se burlaba de sí mismo. Kid detestaba caminar. Y ahora lo hacía por un largo trayecto y sobre un sendero abrupto. Sabía que los indios eran traidores y llevaba a un herido a su lugar secreto en el corazón del chaparral.

El secreto de ese lugar oculto podía ser su vida o su muerte. Y sin embargo, declaraba su secreto al jefe Muchos Caballos.

—¡Eres, en verdad, un imbécil, Kid! — se decía a sí mismo. — No puedes con tu genio. Siempre tienes que meterte donde no te importa. En una de éstas te verás colgado de un árbol. ¡Y todo por idiota!

Pero aunque Río Kid reía de sí mismo, su propósito no titubeó. Por sendas obscuras y bosques sin rastro alguno condujo al caballo hasta que se paró por fin en una excavación en la ladera de una colina oculta por un biombo de juníperos entrelazados con musgo español. Separando la vetegación, Río Kid condujo a su mesteño a la excavación, bajó al herido de la silla y lo acostó sobre un montón de pieles.

—Ahí estarás bien, indio, — dijo alegremente, y yo voy a cuidarte hasta que te encuentres curado.

—El pequeño rostro pálido es bueno con el indio.

Río Kid se rió.

—Bueno como lo han hecho. Cuando estés bastante bien para saltar, supongo que no traerás aquí al sheriff para ganar los mil dólares que ofrecen por mi cabeza. Pero estoy arriesgándome demasiado.

Durante tres días permaneció el apache en los dominios de Río Kid, siendo alimentado con la caza que éste traía del chaparral, hablando apenas una palabra. Al cuarto día, cuando Río Kid volvió de su recorrida, vió que el jefe se había ido. Río Kid silbó.

—¡El maldito bandido se fué! — díjole al mesteño — ¡Quién sabe si volverá, viejo! De los objetos pertenecientes a Kid, sólo uno faltaba. Era un revólver de cabo de nogal de seis balas que había dejado Kid en la cueva para el uso del jefe por si lo atacaban los coyotes. Evidentemente, el jefe Muchos Caballos se lo había llevado consigo.

Río Kid amaba demasiado sus revólveres; pero no estaba alarmado. No creía que el apache robara al hombre que lo había salvado y lo había cobijado. El hecho de que hubiese llevado su revólver era suficiente prueba de que volvería. Y pensó en cuando verla otra vez al jefe Muchos Caballos.

¡TENDIENDOLE UNA TRAMPA AL SHERIFF

Abe Harrigan entró cauteloso en la oficina del sheriff. Abe era el hombre de confianza, pero en estos días tenía que usar de toda la prudencia.

El sheriff hablaba poco, pero sus miradas decían mucho. El mundo para él estaba en tinieblas y su adusta cara morena cada vez estaba más sombría.

Los hombres que a sus órdenes eran enviados en persecución de Río Kid y volvían a comunicarle su fracaso, recibían maldiciones y se retiraban ceñudos.

El sheriff de Frío tenía una rabia permanente y cada día que pasaba se enfurecía más. Los pensamientos del sheriff día y noche recaían sobre Río Kid, su desafío y su habilidad para evadirse. Y hasta que no fuera colgado Río Kid no podía conseguir de nuevo la calma y tranquilidad de espíritu.

Lo peor de todo era que nadie en Frío creía ahora que llegara a prender a Kid. En este momento de mal humor, hizo su aparición en la oficina del sombrío y peligroso sheriff con mucha cautela, Abe Harrigan. El sheriff de Frío, jefe de la ley y gobernador de una comarca extensa, tenía que ser tratado con la misma cautela que un bandolero.

Jake Watson no habló. Lo miró sombrío e inquisitivo. Ya no esperaba tener noticias de Río Kid.

—Ahí afuera está un indio que quiere conversar con usted, sheriff, — dijo Abe. — Trae referencias acerca de Río Kid.

El sheriff se encogió de hombros. Unas semanas antes, tales noticias lo hubieran esperanzado; pero ahora había seguido demasiados rastros falsos y había escuchado muchísimos cuentos de hombres que querían embolsar mil dólares.

—¡Un indio! — repitió él.

Watson miró con ceño.

—Hace una semana que lo hice salir corriendo del pueblo a balazos, — gruñó él. — Y le dije que no viniera más por aquí.

—Pero sí trae noticias de Río Kid, sheriff... — insinuó Abe.

—¡Qué ya a traer! — dijo agriamente el sheriff. — No viene más que a molestar. Precisará un dólar para aguardiente.

—¿Le digo que se vaya?

—¡No! Hazlo entrar.

Abe sonrió burlón cuando estuvo afuera. Jake Watson no esperaba nada del apache borracho. Esto era tan cierto como que lo iba a sacar del cuarto de un puntapié. Pero el sheriff se agarraba aunque fuera de un hierro candente. Abe había dicho a sus amigos que Jake Watson daría la bienvenida hasta al propio diablo con pezuñas, cuernos y rabo, siempre que viniese con noticias de Río Kid.

El apache entró restregando los pies en el suelo. Watson miró ceñudo la alta silueta con el andrajoso manto. Notó sin interés

alguno que el indio cojeaba. Recordó haberlo hecho bailar a balazos y pensó que una de las balas pudo haber ido demasiado cerca. Pero como era un indio, no tenía por qué preocuparse el sheriff especialmente cuando el piel roja era un ser inútil. No hacía mucho que Jake Watson era un hombre amable y generoso; pero su carácter se agrió debido a sus desengaños y defectos. Ahora le hubiera importado muy poco que las balas penetraran en un cuerpo y lo tendieran en el camino, cuan largo era.

—¿Qué hay, indio? — gruñó Jake — ¿Es cierto que sabes algo acerca del paradero de ese maldito Río Kid? Si es así, lárgalo.

—¡El indio sabe mucho!

—¡Lárgalo! — refunfuñó el sheriff.

El piel roja sacó de debajo de su andrajoso manto un revólver de seis balas. Un Colt con un cabo de nogal. Lo puso en alto tomándolo del cañón.

Jake Watson se puso de pie de un salto.

—¡Rayos! — murmuró.

Conocía el revólver de Río Kid. Era una prueba positiva del testimonio del indio que decía haber estado en contacto con el perseguido. Los ojos del sheriff centellearon, su respiración se hizo más profunda y rápida. Al fin ya había una pista, una verdadera pista a seguir, después de tantos fracasos. Miraba fijamente al revólver.

Muchos Caballos permanecía como una estatua con el revólver en la mano. Su cara broncínea, obscura, no expresaba nada. Sólo en sus profundos ojos negros había una lucecita que podía decir de los profundos y negros pensamientos que cruzaban por su mente; pero a Watson esto le importaba muy poco. Un piel roja estaba muy por abajo de su desprecio. Y que el apache a quien había echado a puntapiés y a balazos soñase con vengarse del sheriff de un pueblo de hombres blancos, no podía creerlo. El piel roja necesitaba dinero y aguardiente. Por eso había vuelto a Frío. Ningún otro pensamiento pasaba por la mente del sheriff en el momento. En verdad, no pensaba en el indio. Su atención estaba concentrada en el revólver de Río Kid. Casi se había olvidado que el silencioso e impasible salvaje estaba en su oficina.

—¡El revólver de Kid! — habló al fin el sheriff con voz ronca. — ¡Uno de los revólvers de Río Kid! Indio, ¿dónde tomaste ese revólver?

Su atención volvió al fin hacia él.

—¿Has visto a Río Kid?

El jefe hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Sabes dónde podríamos detenerlo?

Otra afirmación con la cabeza.

—¡Oh, rayos! — dijo el sheriff, que pareció rejuvenecer. Sus ojos brillaban ahora. — Indio, pon ese bandido en mis manos, y te ganas mil dólares. Con ese dinero podrás comprar tanto aguardiente que antes de mucho te encontrarás en los Campos Elíseos. Dime dónde está, indio. ¿Dónde está Río Kid?

—El pequeño jefe se oculta en el chaparral

—Eso ya lo sabía. ¿Puedes guiar un grupo de hombres hasta su guarida? — preguntó el sheriff.

—Guiará al sheriff Watson. Le diré donde está, — dijo el indio. — Sheriff Watson puede luego ir con valientes. Indio enseñará campamento en chaparral.

—¡Tú, maldito piel roja, si puedes guiarme a mí, con seguridad que podrás guiar a mis hombres! — dijo el sheriff.

El jefe Muchos Caballos sacudió la cabeza decididamente.

—No puedo, — contestó. — El indio teme al pequeño jefe. No se puede jugar con pequeño jefe.

El sheriff sonrió débilmente. No se sorprendió oir que temiera a Río Kid, quien había probado ser muy duro de pelar.

Continuó interrogando al apache. Este dijo todo con frases cortas y guturales. Había descubierto el campamento de Río Kid en el corazón del chaparral, lejos en la Llanura Estacada. Estaba muy escondido. Nunca sería descubierto por casualidad.

Kid había recogido al jefe herido en el chaparral y lo había llevado a acostar a su campamento. Le había dejado el revólver de seis balas para que se defendiera de los animales selváticos mientras estuviera ausente, pues se había ido y no volvería hasta dentro de tres días. El jefe Muchos Caballos había venido a Frío para hacérselo saber al sheriff, trayendo como comprobante el revólver de Río Kid.

Jake Watson escuchaba con atención profunda. A él le importaba muy poco que Río Kid, después de tratar a Muchos Caballos con bondad y cariño salvándole de una muerte segura, éste le devolviera el bien con una traición. Lo que quería era saber el paradero de Río Kid y ahora lo estaba averiguando. No hubiera creído nada sino fuera por el testimonio que traía en sus manos el piel roja. Pues el revólver era una prueba más que suficiente. Y el relato estaba hecho de acuerdo al carácter de Río Kid. En toda la región sabían que Río Kid era un muchacho que en caso de necesidad vendría en ayuda del amigo o del enemigo, del camarada o del forastero. Y el revólver de seis balas era una prueba, pues ¿de qué otra manera podía haber caído en manos del piel roja? El vagabundo broncíneo tendría tanto valor de enfrentar en pelea a Río Kid, como lo tendría ante la patrulla de agentes del sheriff de Frío. Y Río Kid no era hombre de dejarse arrebatar un revólver ni aún por el más astuto de los indios. El sheriff lo sabía bien. El relato hecho por el piel roja era verídico y el revólver que traía lo corroboraba.

Jake Watson respiraba profundamente y fuertemente. Sabía que este indio si quisiera podía conducirlo al lugar secreto donde se ocultaba Río Kid, cuando la persecución era incesante. El sheriff de Frío no sufría más que derrotas, pero ahora la situación

iba a cambiar. Por fin Río Kid caería en su poder.

—¡Por Satanás! — gruñó el sheriff — ¡Ya está en mi poder! ¡Al fin ya tengo al bandido!

Pero el indio rehusó guiar a los agentes del sheriff. Sus razones parecían muy claras; Río Kid tenía que estar ausente durante tres días. Había tiempo más que suficiente para que el sheriff, después de haber sido guiado al campamento secreto, trazara los planes para una emboscada de la que Río Kid al volver no pudiese huir más. Pero el jefe Muchos Caballos deseaba que su parte en la transacción fuese mantenida en secreto. Por lo menos hasta que Río Kid estuviese prisionero. Pues si después de todo escapaba Río Kid, él sería un hombre muerto. Guiaría al sheriff al campamento secreto. Pero eso es todo lo que haría y bajo promesa de no decir nada hasta que Río Kid estuviese a buen recaudo.

—¡Me agrada! — dijo Jake Watson sonriente.

No era posible que Muchos Caballos lo llevara a una emboscada preparada por Río Kid. Había estado en sus manos si Río Kid lo quisiera y todo lo que había hecho fué atarlo al revés en su caballo y enviarlo al trote a Frío. Además Kid desdeñaba las triquiñuelas. Nunca hubiera usado del indio como instrumento ni para salvar su vida. Si existía traición, Río Kid no lo sabía. Pero el sheriff no temía la traición. Se hubiera reído con la sola sugestión de peligro de parte del bandido borracho, el jefe Muchos Caballos. El iría armado. El indio desarmado. En la actualidad no existían guerreros que hubiesen obedecido las órdenes del jefe Muchos Caballos; era el último de su raza que vagaba por la región de Frío. Los motivos del piel roja estaban definidos, según el sheriff; codicioso de la recompensa y del aguardiente que con ella podía obtener y temeroso de la venganza de Río Kid, si después de todo lograba huir.

El sheriff caminaba de un lado al otro de la oficina con paso elástico. El indio había guardando el revólver bajo su manto y permanecía inmóvil, impasible, mirando al sheriff. Solo la lucecita que brillaba en lo más profundo de sus ojos indicaba que su cerebro trabajaba activamente. Jake Watson se volvió hacia él y dijo:

—¿Cuándo se fué Río Kid?

—Esta mañana.

—¿Por tres días?

El indio afirmó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo te llevara cuando me guíes hasta el campamento?

El indio reflexionó y puso en alto 4 dedos.

—¿Horas?

—El sheriff Watson lo ha dicho.

—Cuatro horas, ¿a pie o a caballo?

—El indio a pie, el sheriff a caballo.

—Espero que no esté lejos de Frío, — dijo el sheriff ceñudo. — Muéstrame el lugar y pruébame que es el campamento de Río Kid y llenaré tus harapos de dólares indio. ¡Rayos! ¡Al fin atraparé a Río Kid!

—¿No le dirá nada a otro rostro pálido? — preguntó ansiosamente. — El indio tiene miedo al pequeño jefe blanco.

El sheriff sonrió.

—No diré nada, indio; por lo menos hasta que tenga la seguridad. Te lo juro.

Un cuarto de hora más tarde el sheriff cabalgaba en su caballo negro en dirección de la pradera seguido por el indio incansable y con la paciencia de su raza, a pesar de su cojera. Abe Harrigan los vió alejarse y se encogió de hombros. Seguramente el sheriff esperaba saber algo por el indio; pero Abe opinaba que el apache borracho lo llevaba a fin de conseguir una copa de aguardiente. El sheriff Watson se aferraba estos días a cualquier dato por incongruente que fuera, desesperado y rabioso por las incesantes derrotas sufridas. Y Harrigan se figuró que ahora también volvería como fué. Pero ni él ni el sheriff de Frío se imaginaban lo que pensaba el apache que cojeando guiaba a Jake Watson entre la umbría del chaparral virgen.

¡UN DESTINO HORRIBLE!

Jake Watson había puesto su caballo al paso. Por encima del chaparral cruzaba el sol y hacía mucho calor y bochorno en la espesura. Pero las gruesas ramas no dejaban pasar la luz ni aun a mediodía cuando los senderos estaban obscuros y sombríos. Estos serpenteaban y solo eran cruzados por los animales selváticos del chaparral, nunca o muy rara vez por seres humanos. En el límite de la región de Frío se extendía el vasto chaparral frecuentado solamente por los cazadores donde colocaban sus trampas. Más allá estaba la llanura alcalina, cerrada por los abruptos y desnudos acantilados de la llanura estacada. Era actualmente el escondite de Río Kid; donde todos los sheriffs de Texas podían haberlo perseguido en vano durante semanas y meses. A través de espesuras, enredaderas, helechos que crecían tan altos como la cabeza del jinete, ramas entrelazadas y musgo colgante, el indio abría la marcha y el sheriff lo seguía a caballo con su revólver listo. No es que dudaba del guía. Pues para él era un vagabundo borracho e inescrupuloso que mordía la mano que lo alimentaba, por un vaso de aguardiente. Le había sacado el revólver de Río Kid guardándolo en su bolsillo más bien por la costumbre que tenía de tomar precauciones que por otra causa. El jefe Muchos Caballos no había hecho objección alguna. Había traído a Frío el revólver como prueba de su testimonio. Hecho esto ya no tenía mayor uso para él. Mientras el apache trotaba pacientemente junto al jinete no dejó salir palabra alguna de sus labios. Cuando la senda se angostaba el indio se ponía adelante. Solo cuando el sheriff hablaba le contestaba con un gruñido de asentimiento o de disconformidad. Parecía

incansable aunque el sheriff pudiera haber notado que a medida que iban pasando las millas, cojeaba cada vez más. Pero al sheriff eso no le importaba. Cabalgaba alerta y cauteloso, pues podría estar a mano Río Kid contra quien dispararía su revólver tan pronto viera la hermosa y audaz cara del muchacho entre las enredadas ramas y colgantes musgos. Mas de una vez Río Kid le había perdonado; pero el sheriff de Frío no lo haría a su vez... El miedo era desconocido al sheriff de Frío. Hubiera estado más que contento si tuviera la suerte de encontrar a Kid, hombre a hombre, revólver contra revólvor, en las obscuridades del chaparral. Pero deseaba grandemente localizar el campamento secreto para planear una emboscada y atraparlo cuando volviera, una emboscada de la que no pudiera huir más.

Ahora iba al paso. El sol medio oculto por las gruesas ramas se iba hundiendo por las Huecas.

El indio al fin se paró, miró hacia atrás e hizo seña al sheriff para que se apease.

—¿Cerca? — preguntó Jake.

El jefe afirmó con la cabeza. Jake Watson se apeó y ató las riendas en un roble. El indio esperaba impasible. Su cara broncínea estaba inexpresiva. Mientras el sheriff le daba la espalda entretanto ataba su caballo saltó sobre él como un jaguar oriundo del chaparral. El sheriff de Frío tomado de sorpresa cayó sobre el breñal cuan largo era con el indio montado en su espalda. Antes de que pudiera darse vuelta para sujetar al piel roja, antes de que pudiera hacer uso del revólver un fuerte golpe en la nuca lo dejó desmayado.

El jefe Muchos Caballos se levantó y dejó caer la piedra con la que había desmayado al sheriff de Frío.

Como un leño yacía Jake Watson en los enredados helechos y musgos.

Tardó bastante en salir del desmayo.

Cuando al fin se movió, se dió cuenta que no podría hacerlo libremente, pues sus extremidades estaban fuertemente atadas. El sheriff miraba con los ojos en blanco, salvajemente, sin saber apenas lo que le había sucedido. La obscuridad en el chaparral era mayor. El sol se hundía por detrás del distante Llano Estacado. En la sombra, el sheriff vió la cara impasible del apache, morena, sombría, maligna. Levantó su cabeza. Era lo único que podía mover. Su cabeza había estado descansando sobre el pescuezo del caballo, sus piernas atadas fuertemente, sus pies a cada lado de la cola sobre el lomo desnudo del caballo, pues el piel roja había quitado la silla, las cinchas, los estribos y las bridas, atando al sheriff con su propio lazo en forma que no podía levantar mano o pie. Su asombro corría parejo con su ira. El apache lo había atacado traicioneramente en el corazón del chaparral solitario; pero no para robarlo, no para apoderarse del caballo, no para matarlo.

Una sonrisa amarga arrugó la cara broncínea del indio apache al encontrar la salvaje mirada del sheriff, señaló su pierna herida.

Entonces Jake Watson comprendió. Y sin embargo no lo comprendió del todo. Era para vengarse por el daño que le había causado al indio el por qué lo llevara a la trampa que le había tendido. No obstante lo que le relatara acerca de Río Kid podría ser verídico, pues el revólver lo corroboraba. Lentamente penetró en el cerebro del sheriff la idea de que el relato era verídico pero que el apache no había tenido la intención de delatar a Río Kid que tan bien lo había tratado. Había usado del nombre de Río Kid y el revólver de Río Kid y la ansiedad salvaje del sheriff por seguir la pista del muchacho de Texas, en un esquema astuto para tener a su merced a Jake Watson solo, en el corazón del chaparral.

El revólver de Kid se lo había sacado del bolsillo; pues lo había visto en el cinturón del indio. Su revólver estaba en la hierba. Acostado con la cabeza sobre el cuello del animal, el sheriff dirigía miradas de odio al apache.

—¡Tú maldito ladrón Piel Roja! — rugía — ¡Te colgaré por lo que has hecho! ¡Te juro que te ahorcaré de una rama, maldito indio!

—¡Si sheriff Watson quiere matar al indio! — dijo guturalmente el apache — El jefe Muchos Caballos no lo olvidará. El sheriff Watson cabalgará por la Llanura Estacada.

La cara curtida del sheriff se puso lívida.

Ahora sabía cuál iba a ser su destino. Atado a la espalda de su caballo sería conducido al desierto para allí encontrar una lenta y horrible muerte de hambre y de sed bajo los abrasadores rayos del sol. Como Mazzepa, el de la vieja leyenda, iba a cabalgar y cabalgar atado en el lomo de su caballo hasta que la muerte pusiera fin a sus sufrimientos y el animal vagase por el desierto con un muerto encima. Un cuerpo que sería picoteado por los cuervos hasta convertirlo en un esqueleto. Esa era la venganza planeada por el apache a quien el sheriff había considerado como borracho cobarde traidor, vagabundo demasiado despreciado para ser temido.

El piel roja condujo al animal a través del chaparral. El sheriff hablaba bruscamente maldiciendo amenazando, rogando y prometiendo. El impasible indio no contestaba. Conducía al animal hasta que el chaparral fué haciéndose menos denso y llegaron a la llanura alcalina, árida, seca, desierta, polvorienta, alumbrada por los últimos rayos del sol que se hundía en el horizonte. Todavía sin decir palabra, el apache recogía espinas de cactus y de yuca; para qué no necesitaba preguntar el sheriff. Con una mano cruel, el jefe Muchos Caballos lanzó las espinas entre el cuerpo atado del sheriff y la espalda del animal. El caballo negro relinchó de dolor. Bajo el peso del jinete atado, las espinas arañaron y desgarra-

ron la piel del animal y tan pronto como se movía el dolor era más intenso, enloqueciendolo hasta hacerlo partir en un galope desenfrenado. Sin decir nada, pero con maldad cruel en sus centelleantes ojos, el jefe Muchos Caballos golpeó al animal con una rama de cactus. Este, relinchando y cabrioleando partió desbocado en dirección de la llanura. Ahora se encontraba en el desierto que se extendía hasta los acantilados de la Llanura Estacada, lejos de las praderas en una tierra alcalina polvorienta donde de vez en cuando se veían salvías y cactus achaparrados, y por donde ningún jinete a serle posible cabalgaría, donde ningún ser viviente se movía excepto la serpiente de cascabel y el vagabundo y aullador coyote.

Río Kid, mientras cocinaba tortas junto al fuego en la cueva, miró hacia atrás. Vió al jefe Muchos Caballos a través del biombo natural de junípteros y de musgo español.

—¡Estaba seguro de que vendrías, indio! — sonrió Río Kid.

El jefe Muchos Caballos asintió con la cabeza, sacó de su andrajoso manto el revólver de seis balas y se lo entregó al muchacho. Este lo guardó en su funda.

—El jefe Muchos Caballos fué en pie de guerra — dijo el Piel Roja.

—¡Eh! — dijo Río Kid.

—El sheriff Watson ya no perseguirá más a mi hermano blanco.

Río Kid se sobresaltó.

—¡Rayos! Supongo que no habrás ido en persecución del sheriff Watson, indio ¿eh? — exclamó Kid mirando fijamente al Piel Roja.

El jefe Muchos Caballos movió la cabeza.

—El sheriff Watson es el enemigo de mi pequeño hermano, — dijo él — Baleó al indio y perseguía a mi pequeño hermano blanco. Los coyotes y los cuervos de la Llanura Estacada se encargarán de comer al sheriff Watson. ¡He hablado!

Río Kid miró ceñudo. Tranquilamente, con voz gutural el apache le había relatado la venganza. Río Kid lo escuchaba en silencio. Su hermosa cara se ponía cada vez más sombría.

Se levantó.

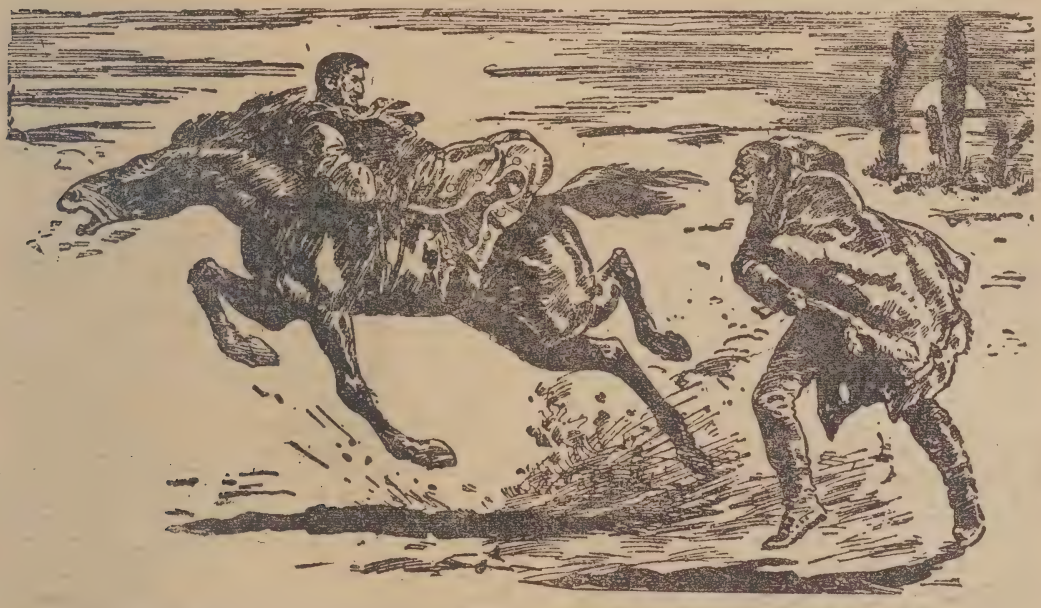
—¿Está enojado mi pequeño hermano blanco? — preguntó. La mente salvaje del piel roja no comprendía.

Río Kid dejó escapar un profundo suspiro.

—Has hecho lo que haría un indio — dijo él. — Yo no te voy a culpar por lo que eres maldito apache. Con toda seguridad que Jake Watson se lo buscó y si tú lo hubieras perseguido a balazos como un hombre blanco lo hubiera hecho, te aseguro que no huiera sido yo el que lo evitase, pero... — Aquí se detuvo y llamó a su mesteño.

Sin decir una palabra más y sin mirar al jefe Muchos Caballos, Río Kid salió del escondite, llevando a través de la espesura a su mesteño. La obscuridad del chaparral lo tragó desapareciendo de la vista del apache.

Apresuradamente Río Kid cabalgaba a través del enredado chaparral en pos de su enemigo para salvarle la vida.



Sin decir nada, pero con maldad cruel en sus centelleantes ojos, el indio golpeó al animal con una rama de cactus.

MUY PROPIO DE RIO KID

La luna llena navegaba muy alta por encima del chaparral y de la llanura. Río Kid permanecía en los robles contemplando la

ancha y polvorienta llanura que se extendía ante sus ojos alumbrada por la blanca luz.

Severa de día, la salvía del desierto era espantosa y fantasmagórica de noche. Tierra desnuda y polvo alcalino, yucas despreciables y cactus esqueléticos, arena y piedras era todo lo que se veía milla tras milla hasta dar comienzo a los elevados acantilados de la Llanura Estacada.

Río Kid miraba a través del desierto con la mano en la brida del mesteño. Fruncía el ceño. Se había impuesto una tarea que muy pocos la hubiesen tomado voluntariamente y menos hubiesen salido bien de la empresa.

Seguir la pista de un jinete perdido en el desierto seco y árido abrumaría inmediatamente a un indio apache o navajo a pesar de su habilidad y resistencia. Nadie en Texas era capaz de derrotar a Río Kid en cuestión rastros; ni nadie podía excederle en resistencia y determinación. Pero Río Kid, mientras miraba la llanura polvorienta a la clara luz de la luna, sabía que llevaba más probabilidades de fracasar que de triunfar y que podía dejar sus huesos a calcinar allá, donde muchos otros huesos se habían calcinado.

Pero lo que le hacía dudar no era esto. Todavía no había encontrado la pista a seguir. Seguir una pista en el desierto sin guía alguna era casi anticiar un fracaso completo. Cada minuto era un tiempo precioso si iba a salvar la vida de un jinete solitario que cabalgaba lejos y sin ser visto. Pero Río Kid conocía la sabiduría de ir rápido lentamente. Mientras permanecía mirando la salvía del desierto oyó un furtivo paso detrás de él en el chaparral. Volviendo la cabeza vió la oscura y broncínea cara donde brillaba los ojos del jefe Muchos Caballos. Este se le acercó silenciosamente.

Río Kid lo miró con severidad.

Había salvado y tratado con cariño al andrajoso apache, y conociendo la naturaleza de los indios como él la conocía apenas si lo culpó por la terrible venganza que había tramado contra Jake Watson, sheriff de Frío. Pero lo que él tenía que deshacer era la venganza del jefe Muchos Caballos. Fué el vengativo piel roja quien tenía que soportar semejante tarea.

—¡Eh! — dijo el jefe Muchos Caballos en su voz — ¿Está mi pequeño hermano enojado con su hermano el piel roja?

Río Kid dejó escapar una carcajada corta.

—Olvídalo, — dijo él. — Tú no sabes más, indio. Además Jake Watson se lo buscó al traspasar tu pierna de un balazo sin después pegarse, él mismo un tiro en la cabeza. Pero yo voy en busca del hombre que enviaste al desierto atado en su caballo.

Los ojos astutos del indio barrieron por un instante el desierto brillante a la luz de la luna.

—Mi pequeño hermano blanco nunca encontrará al sheriff Watson, — dijo él.

—¡Sí! ¿Puede mi pequeño hermano blanco seguir el rastro de un ave en el aire y de la culebra en el mezquite? ¡No puede, he dicho!

—Es un trabajo enorme, — admitió Río Kid, — y creo que Jake Watson no me perdonará si llega a prenderme. Pero a pesar de todo, no puedo permitir que un hombre blanco sufra la muerte a la que lo condenaste, indio.

—¿Es enemigo de mi pequeño hermano blanco? — dijo el jefe Muchos Caballos.

—¡Sí!

—¿Ha vuelto loco el Gran Espíritu a mi pequeño hermano para que arriegue la vida por salvar a su enemigo?

—¡Bah! — dijo Kid. — No te importe, indio. Tú no puedes comprender. Un hombre blanco no puede dejar a otro hombre blanco desfallecer en el desierto y ser pasto de las aves de rapiña, aunque uno sea un bandido y el otro el sheriff. Estoy perdiendo tiempo en charlas insustanciales. ¡Basta de palabras!

—Si mi pequeño hermano blanco salva la vida del sheriff Watson...

—Por lo menos haré todo lo posible.

—...entonces se sabrá en Frío lo que el jefe Muchos Caballos ha hecho y los hombres blancos lo matarán. — dijo el apache.

—Me parece que lo mejor que puedes hacer es marcharte del país tan rápido como puedas, — asintió Río Kid. — Tan pronto como se enteren que has atado a Jake Watson sobre su caballo lanzándolo en el desierto, el disgusto que vas a recibir va a ser mayúsculo.

El apache había llevado la mano al cinturón. Río Kid sacó rápidamente un revólver de seis balas.

—¡Deja el puñal en paz, maldito indio! — dijo Kid violentamente. — ¿Crees tú que me vas a detener? Por Dios que si te metes en lo que no te importa, dejaré un indio muerto en el chaparral antes de que me ponga en viaje en busca de Jake Watson.

Por un segundo la bronceada cara del indio se había vuelto negra de rabia y sus ojos echaban chisas. Pero su mano había dejado el puñal en el cinto. Se enderezó envolviéndose en el andrajoso manto con la dignidad de un jefe.

—No es el revólver de mi pequeño hermano lo que teme el jefe Muchos Caballos, — dijo él, — sino qu mi hermano me salvó la vida en el chaparral y la mano del jefe Muchos Caballos no será levantada contra él.

—Así lo espero, — dijo friamente Río Kid. — Mira, indio, voy en busca de Jake Watson por si puedo salvarlo. En caso afirmativo trataré de ahorcarte en la rama de un álamo por hacer lo que hiciste. Es mejor que te vayas y que lo hagas pronto. ¡Ya hemos perdido mucho tiempo en charlas!

Y guiando a su mesteño se alejó Río Kid dejando sólo al indio que parecía una estatua obscura.

(Continuará)

EL ASESINO MISTERIOSO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

ACABO de exponerle — prosiguió — mis puntos de vista a Soope, por teléfono y aunque es muy cortés no los comparte. Dijo que era ridículo suponer que Ana Shaw tuviera tiempo de descender del acantilado antes de que Lattimer regresase a la casa. ¿Quién fué el asesino? ¿Quién es ese "Pie Grande" que amenazó a la infeliz mujer? Y ahora llegamos a un incidente del que creo fué usted testigo. Hubo una comida en casa del señor Cardew la noche anterior, y Soope, vió desde la ventana del comedor a un vagabundo oculto detrás de un matorral y que iba armado de una pistola. Luego le oyó cantar una canción de Byron, traducida del conocido romance español "Ay de mi Alama" La descripción que Soope hace del hombre coincide con la del policía local que vió a un vagabundo acechando por los recovecos del acantilado. Después de descubierto el asesinato, Soope oyó a este hombre cantar una canción idéntica a la de Barley Stack. Debemos pues, buscar al cantor vagabundo. ¿De acuerdo?

—¿Qué piensa Soope? — preguntó Jaime sin comprometerse.

Pues, por su parte estaba inclinado a aceptar la hipótesis del coronel.

—¿Soope? ¿Pero es qué suponía usted que Soope opinase igual que la Dirección? Al parecer sigue otro rastro. La noche pasada nos pidió con toda urgencia que se hicieran ciertas investigaciones por la policía de Cambridge; quiere saber donde durmió el señor Elson la noche del crimen. Pero eso, como yo digo, es muy de Soope. Según él Esteban Elson conocía a la mujer asesinada. Pero no se ha dignado decirnos porque sospecha que un millonario americano matara a una pobre dama de llaves. Parece que ha enviado a Lattimer a hacer averiguaciones; uno de los funcionarios a mis órdenes me ha informado que el subinspector atravesó Londres esta mañana camino de Cambridgeshire. Pero los trabajos han resultado infructuosos.

Jaime no esperaba que el subinspector se presentase en la fiscalía de vuelta de las averiguaciones susodichas, pues no había motivo para ello. Quedó por lo tanto, como quien ve visiones cuando Lattimer entró en su despacho a última hora de la tarde. Jaime de pronto, pensó que le traería algún recado de Soope.

—Supuse, señor Ferraby que le gustaría saber que Elson ha probado la coartada.

—Yo no tengo la menor idea de que se sospechase de él — manifestó Jaime sonriendo.

—Sí, en cierto modo, si — contestó vacilante Lattimer. — Cuando a Soope se le mete una idea en la cabeza es difícil sacársela. Elson desapareció desde el sábado al domingo por la tarde. Todas las apariencias son de que pilló una turca y pasó la noche en Cambridge. Su nombre no figura en los libros de ningún hotel, pero he dado con el dueño de un garage que recuerda haber guardado un coche esa noche. Probablemente Elson dormiría en una casa particular.

—No es una prueba muy satisfactoria, subinspector — declaró Jaime.

Lattimer se molestó un poco.

—Creo que satisfará al jefe — dijo con sequedad.

Y luego, como si se percatase de que el tono de su voz era innecesariamente áspero, prosiguió:

—No he visto una cama desde el sábado por la noche y estoy harto de todo esto. Por lo que se ve, Soope no necesita dormir; ya esta mañana, antes de amanecer, andaba danzando.

—¿Han hecho ustedes nuevos descubrimientos en Pawsey?

Lattimer hizo un movimiento denegativo.

—No creo que quede más que hacer — dijo. — ¿Ha oído usted qué encontramos el tapado y el sombrero? Colgaban de un matorral, en una de las partes más abruptas del acantilado.

El subinspector sonrió.

—Fué un golpe para Soope, que esperaba hallarlos en otro sitio.

—¿Dónde? — preguntó Jaime sorprendido.

—No se exactamente. Es muy probable que él tampoco.

—Después que usted dejó Pawsey ¿Cuán-

lo tiempo transcurrió antes de que regresara a la casa?

—¿Se refiere a la noche del crimen? — preguntó Lattimer. — Alrededor de un cuarto de hora.

—Soope dice que era tiempo suficiente para que Ana pudiese volver. Yo creo que sobrado. Pienso asímismo que desecendió resbalando por el declive del acantilado al igual que la señorita Leigh, y ello explica como perdió el abrigo y el sombrero. Pero de nada vale con Soope adelantar hipótesis. Soope es un realista. Al sugerirle yo que quizá la casa se edificó en el emplazamiento de un puesto de contrabandistas y que, probablemente existan debajo de ella subterráneos, mostróse más insultante que nunca. Nada quiere saber de teorías, etc. Y desde luego, tiene razón.

—¿Por qué desde luego?

Lattimer le miró de un modo raro; había en sus ojos una chispa de burla.

—Porque Soope sabe cosas — dijo con sequedad. — Nadie sabe mejor que Soope como se cometió el crimen... o por qué.

Antes de que Jaime saliese de su asombro Lattimer se había marchado.

Capítulo XV

LA CASA DE ELFA LEIGH

Elfa Leigh había llevado consigo, de la casa de Edwards Square, donde en compañía de su padre transcurrieran los años mas agradables de su vida, las cosas más intimas y personales. La huerfanita de madre y el hombre soñador y desesperado, habían sido grandes amigos. Y cuando el al mirante británico comunicó la noticia de que el transporte "Lenglan" de los E. E. U. U. había sido torpedeado junto a la costa sur de Irlanda durante un temporal, con el destroyer que lo escoltaba, pereciendo la tripulación, la niña quedó como atontada y sin saber que le pasaba.

Juan Keunelh Leigh regresaba de Washington, a donde había sido llamado para conferenciar con sus jefes. Desempeñó durante la guerra el cargo de oficial de enlace entre las administraciones británica y norteamericana; había contribuído en gran parte a la conclusión de los acuerdos financieros hechos entre los dos países. Cuando Norteamérica entró en la guerra, le destinaron al Ministerio del Ejército y Elfa apenas pudo ver a su padre. Juan pasaba la vida yendo de uno o otro país, y era fatal que terminase como terminó. Elfa viése obligada afrontar una nueva vida y lo hizo con ánimo resuelto y digno del mayor elogio. Dejó la casa del Edwards Square y se mudó al 25 de Culitt Street.

Conservaba algunas amistades en los E. E. U. U. pero prefirió quedarse en Londres, ciudad que consideraba consagrada por los recuerdos de su padre. En los reducidos aposentos de Culitt Street reconquistó algo de su equilibrio moral. Las paredes del gabinete aparecían cubiertas de grabados y acuarelas, que su padre, buen aficionado, había reunido; la vieja silla, en donde el solía sentarse, ocupaba el puesto de honor, cerca de la ventana; la colección de pipas continuaba en el repostero, debajo de la espada; en otro tiempo Juan había servido en la caballería norteamericana.

Elfa no tenía realmente amigas y contaba con pocos amigos. No había alentado ninguna clase de relaciones, pero a Soope lo consideraba algo aparte. El lúnes, después de leer una tarjeta de Soope, que le entregara la doncella de la patrona, invitó al viejo policía a venir a su casa. Soope subió despacio dos o tres tramos de la escalera y entró en el gabinete sombrero en mano, y mostrando una sonrisa que aterrorizaba a los no iniciados.

—Va uno para viejo — dijo al colocar el sombrero sobre el piano — Si usted me hubiese visto cuando podía subir hasta aquí de un brinco.

Elfa, por los modales de Soope, no podía adivinar si éste había venido a darle buenas noticias o a seguir haciendo investigaciones sobre el misterioso "Pié Grande". Quizá los preliminares de Soope, que parecían tan sin objeto y tan disgresivos (pensó Elfa) ocupaban su lugar adecuado en su sistema de trabajo.

—Bonito cuarto, señorita Leigh, y bien amueblado. Si me manda sentarme me siento; pero si dice: "Minter, puede fumar", no me atrevería; de ningún modo, que el tabaco que uso...

Luego llenando la pipa:

—Se duda de la realidad de mi tabaco. Hay opiniones. Yo le llamo tabaco... ¿Toca usted el piano, señorita?

—Sí, a veces — contestó la joven.

—Nadie está bien educado hasta que no sabe tocar el piano. La mayoría de las gentes solo pueden tocar el fonógrafo. ¿Ha dormido usted mal?

Elfa dijo que sí.

—Si me hubiese tenido que quedar a la intemperie en el acantilado, habría ya muerto — manifestó Soope. — Como es usted joven, no ha pescado nada, a no ser el reuma.

—Nunca padecí del reuma — replicó Elfa de buen humor.

—Ya lo padecerá usted — dijo el terrible Soope. — Ahora lo ha pillado, nada más pero quizá lo note pasados veinte años.

Soope no se había sentado, sino que recorría la pieza echando una mirada, a los cuadros.

—Bonitos cuadros... ¿Hechos a mano, señorita?

Y al responder ella que, en efecto, estaban hechos a mano, Soope añadió:

—Usted no sabe juzgar estas cosas. Yo he visto cuadros pintados a máquina tan buenos como los hechos a mano. Y aún mejores, Apuesto a que los pintó usted misma, ¿no?

Y señaló una acuarela que representaba un paisaje.

—No, eso es obra de mi padre — dijo Elfa.

—Para pintar cuadros, los franceses — exclamó Soope. — Pintan bien, aunque en

realidad, no tiene mérito el pintar, pues, en fin de cuentas, pintar no es más que poner unos colores sobre otros... Cualquiera lo haría, si le enseñasen. ¡Preciosa colección de libros!

Y señaló con el dedo a los volúmenes de tres grandes estantes.

—Supongo que no habrá ahí nada de antropología, ¿verdad? No le habrá caído esa enfermedad. Ni de crímenes.

—No me interesa lo más mínimo la criminología — declaró Elfa. — Los libros son de mi padre.

—Murió en la guerra. Le vi en cierta ocasión.

—¿A mi padre? — preguntó la muchacha.

—Si uno de los escribientes de su padre había robado una suma de dinero y tuve yo que intervenir. Parecía un caballero; me refiero a su padre de usted.

—Era el mejor hombre del mundo — declaró Elfa con convicción.

—Así me gusta que hablen los hijos — dijo Soope. — Cuando oigo a un muchacho llamar malo a su padre me alegro de no haber contraído nupcias.

—¿Entonces es usted soltero? — interrogó la señorita, ansiosa de desviar la conversación hacia asunto menos sagrado para ella.

—Sí. Solo tuve un amor en mi vida, y no fué precisamente un amor. Se trataba de una viuda con tres hijos, pero era un espíritu sensible, lo mismo que yo. No hay espacio en una sola casa para dos espíritus sensibles, y si se añade que los tres niños eran más sensibles que la viuda y yo, la cosa se complica: acostumbraban a desayunarse en la cama, que es lo más genial que conozco. ¿El señor Cardew ha aparecido hoy por su despacho?

Elfa negó con un movimiento de cabeza.

—No, me telefoneó esta mañana. Ha regresado de Barley Stack. Debe de haberse recobrado de la impresión que le causó la muerte de la pobre Ana, pues el criado contó que estuvo trabajando en su despacho.

—Haciendo teoría y deducciones — manifestó Soope con voz lúgubre. — Estuve a verle esta mañana. Le encontré rodeado de libros de antropología, sociología, del demonio; tenía ante sí un plano de la casa y no paraba de tomar medidas con los compases y de sacar la cuenta de las pulgadas que podía haber de la cocina a la puerta principal; vi también tablas de marcar... pero le faltaba un microscópio. Aquello me decepcionó. Tampoco advertí la presencia de tubos de ensayo. Acaso los empleara después que yo me fuí. Me llevé el plano de la casa, pues él ya no lo necesitaba. Pero se quedó con los compases, las marcas y unas muestras de arena. Hoy, por la noche, sabremos quien cometió el crimen

LEA

ANGELES DEL INFIERNO

Novela inspirada en el film del mismo título

A pesar de lo macabro del tema, Elfa se reía por lo bajo.

—Usted no cree lo más mínimo en los métodos deductivos, señor Minter.

—Llámeme Soope — rogó el viejo detective. — Se equivoca, señorita, yo creo en la ciencia, que no abunda entre la policía. Ana Shaw compró el sombrero en la tienda de Astor, Kensington. Quiso comprarlo, aunque estaba pasado de moda. El hecho es extraño, una mujer compra un sombrero pasado de moda.

La transición del detective fué tan rápida e inesperada que Elfa quedóse perpleja.

—¿Se refiere al sombrero que llevaba la señorita Shaw el día que la asesinaron?

—Sí, a un sombrero amarillo, de paja, con un velo alrededor — replicó Soope. — lo compró el sábado, poco antes de cerrarse el comercio. No le sentaba bien. Se lo dijo así la chica de la tienda, que debe ser persona decente. Pocas chicas de tienda se atreven a decirle a una clienta que no le sienta bien un sombrero... Pero Ana insistió en llevárselo. Pagó dos libras y seis chelines, y se fué con él. No le enteré de esto a Cardew; noticia semejante le volvería loco. Deduciría, por ejemplo, que Ana lo compró para ponérselo en Francia, y el abogado comenzaría, en un dos por tres a medir las distancias de París.

Soope, mientras hablaba, se había acercado a los estantes y tomaba un libro, luego otro, e iba pasando las páginas con el pulgar, sin echar al texto más que miradas furtivas.

—¿Se sabe algo nuevo acerca de los huevos y las patatas? — preguntó de pronto.

—¿Se refiere a los sucesos de Edwards Square? No, no supe más del señor Bolderwood Lattimer.

—¿Dicho señor es aficionado a las flores, señorita?

—Mucho.

Soope se rascó la barbilla.

—¡Quién no! — exclamó. — Las flores me transportan. ¿Ha visto usted alguna vez un campo de ranúnculos... o de las campánulas que brillan en lo sombrío del bosque? Hay unos versos que empiezan:

Las flores que el crepúsculo marchita...

.....

—Siempre que los recuerdo no puedo contener las lágrimas. Tengo un álbum lleno de poemas sobre las flores: rosas, violetas, etc., etc. Es curioso que nadie haya escrito versos sobre las lilas.

Elfa le miró con suspicacia.

—Señor Minted, está usted haciendo una disgresión sobre las flores a propósito de las que dejaron misteriosamente en Edwards Square. Yo podría escribir un poema sobre las lilas, si fuese capaz de escribir poemas; es mi flor favorita.

—Las mías son los tulipanes — murmuró Soope.

Se sentó

—¿Volvió usted a ver a Elson... ¿le agrada? ¿Es norteamericano, no es cierto?

—Sí — contestó ella.

—Sabe de lectura y un poco de escritura. Tiene una secretaria que le lleva la correspondencia. El solo garrapatea unas cuantas palabras.

—¿De veras? — dijo Elfa sorprendida. — Yo creía que no había nadie en el mundo que no supiera leer y escribir.

—Elson no es nadie, mirándolo bien — dijo Soope.

Poco después Elfa salió a mandar que sirviesen el té; al volver halló al policía examinando otra vez los estantes de los libros.

—¿Le agradan los libros?

—Me gusta leerlos — declaró. — El estudiarlos me es tan familiar como el sarampión, la escarlatina y demás enfermedades conocidas.

Leyó en la primera hoja de un volúmen

—"J. K. L."; ¿son las iniciales de su padre, señorita?

—Sí, son las iniciales del nombre de mi padre: Juan Keunth.

—Un caballero — dijo Soope en tono reflexivo. — Hombre incapáz de crearse enemigos.

—No tenía ninguno — afirmó ella. Todo el mundo le quería.

Soope hizo un gesto.

—No se dirá lo mismo de mí — declaró. — La lista de las gentes que no me quieren, señorita, llenaría éste estante y quedaría todavía papel suficiente para cubrir toda la habitación. Y ello es debido — añadió con modestia — a la envidia que me tienen y a mi genio. Tenga esto presente, señorita; cuando un hombre es impopular, es porque ese hombre es envidiado. Y si no lo cree usted, pregúnteselo al mismo interesado. El se lo confirmará.

—Tengo la seguridad de que usted no es tan impopular, Soope — dijo Elfa mientras servía el té.

—No lo soy, pero lo voy a ser — declaró Soope con aire sombrío. — Estése alerta, señorita: voy a ser uno de los hombres más impopulares de la policía. Y pronto.

Capítulo XVI

UNA COMIDA INTIMA

Soope al despedirse, dijo que iba al cuartelillo, permitiéndose uno de los embustes justificados a sus ojos. Empleó algún tiempo enojoso en la Dirección en conferencias con sus superiores. Si bien el enojo fué para ellos. En menos de dos horas, Soope hizo polvo veintidós hipótesis. Labor que realizó con tal copia de comentarios malévolos y de datos, que hasta el comisario dió un suspiro de alivio cuando nuestro héroe cerró la puerta tras de sí.

Salió de la Dirección y se metió en un cine de moda, no porque le tentase el programa, sino porque las luces permanecían apagadas durante la exhibición de las películas y Soope dormía mejor en la oscuridad. Estúvose dos horas embutido en una butaca, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos cansados; mientras, revoloteaban ante su figura inconsciente, aventuras truculentas representadas por afamados cineastas. Los hombres realizaban en la pantalla hechos denodados: galantes caballeros se lanzaban sin miedo; hermosas doncellas eran rescata-

das de espeluznantes peligros; pero Soope dormía, cuando un acomodador le tocó el hombro preguntándole si tenía la bondad de ponerse de pie para dejar pasar a una señora gorda. Despejado por completo, dirigióse al restaurant del teatro, tomó dos tazas de café, un trozo de pastel indigesto, y quedó hecho un hombre nuevo.

Su objetivo era Fregetti. En cuanto a lugar selecto, Fregetti nada tenía que envidiar al Ritz-Carlton, ni ningún otro establecimiento por muy suntuoso que fuera. Fregetti está en un barrio popular, en el extremo bajo de Portland Street, pero entre los epicúreos pasa por ser el mejor restaurant de Londres.

Soope tomó una posición y aguardó. Llegaba coche tras coche; se paraban delante de la marquesina de cristales y soltaban su carga de gente bien vestida. Pero eran ya más de las nueve y cuarto y el auto con las personas que Soope esperaba, aún no había llegado. Por fin apareció y se apearon dos hombres.

El primero era Elson; vestía de frac y llevaba en la cabeza un sombrero de reluciente seda. Seguíale un caballero, más elegante, que llevaba la bien cortada ropa, con gran soltura. Este caballero se detuvo, mientras Elson pagaba al chauffeur; luego ambos personajes desaparecieron detrás de la puerta de cristales del restaurant. Soope manifestó en voz baja su satisfacción.

—Espero que te aproveche la comida, Lattimer — dijo — Te mueves con demasiada agilidad para estar cansado.

Lattimer avanzó por el vestíbulo de palmeras, hacia la semioscuridad del comedor. Aparte la suave iluminación de las bombillas de la cornisa, la única luz de la sala procedía de las lámparas de las mesas. Y ello daba al lugar un ambiente de discreta intimidad.

A Elson le gustaba la penumbra, odiaba la luz casi tanto como la compañía. Y se encaminó con andar rápido y vacilante, a la mesa del rincón más apartado.

—¿Dónde dejó usted al viejo chocho?— dijo sentándose y echando mano al cocktail que tenía a su alcance.

—¿Soope? Andará dando vueltas por Londres — contestó Lattimer, tomando un cigarrillo de una petaca de oro y encendiéndolo. — No se preocupe usted de él.

—Si usted cree que me preocupo, se equivoca — dijo Elson. — No me importa un rábano toda la policía inglesa.

—Gracias — contestó Lattimer.

—Pero que diablos voy a pensar de todos ustedes — exclamó Elson groseramente. — ¿Por dónde anda el mozo?

Al cabo de un rato apareció el camarero, y luego de servirles, borróse en la obscuridad.

—¿Qué necesita usted ahora? — preguntó Elson, soltando el tenedor y recostándose en la silla.

—Preciso otras quinientas — replicó Lattimer con frialdad.

—Si se tratase de quinientos dólares no me importaba dárselos, pero libras es otra cosa. Le dí á usted ciento la semana pasada. ¿Qué hizo usted de ellas?

—Usted me las prestó — corrigió Lattimer escrupuloso — y yo le he firmado un recibo. En que lo empleé no importa al caso. Ahora necesito quinientas.

La cara de Elson púsose sombría.

—¿Hasta cuando piensa usted seguir ordenándome? — preguntó. — Si voy a ver al viejo y charlo...

—No irá usted — respondió Lattimer en voz baja. — La verdad es que no comprendo como hace tantos aspavientos. A usted le conviene estar bien conmigo. Le he salvado de un gran dispusto y deseo seguir ayudándole. He logrado desviar de usted toda sospecha, excepto la del asesinato.

Elson se encogió de hombros.

—¡Qué me importa a mí lo del asesinato! — dijo casi a gritos.

Alguien en la mesa próxima se volvió para mirarle. Elson prosiguió en tono más bajo.

—Espero que me sea útil uno de estos días, pero, aunque así no suceda, le voy a dar las quinientas libras. Entiéndalo bien, no porque me haya intimidado, sino porque me gustan las gentes como usted. Por lo demás, yo nada tengo que temer de la policía, y ni tuve ..

—Excepto en St. Paul — interrumpió el otro con una mueca en los labios. — Le busca a usted la policía de St. Paul. Le persiguen por haber cometido robo con escalo. Estuvo usted dos meses en presidio por sus fechorías; y si se aplica la extradición, no sería difícil que le enviasen allí el mejor día. Aparte de eso — dijo riéndose en la cara de Elson que se puso hosca. Nada tengo que decir a usted.

—Es usted un chantagista — dijo Elson entre dientes.

—Y usted un insensato — replicó Lattimer de buen humor. — Pero oiga usted, Elson, Abstein, o como quiera que se llame; puedo serle utilísimo. Creo que pronto lo seré. Basta con que recuerde que lo importante no es que yo sepa cosas de usted, sino que las ignore Soope.

—¿Sabe algo de lo de St. Paul?

—Lo de St. Paul es lo de menos — respondió Lattimer con frialdad. — Por ahora no hay peligro de extradición...

—¿Cómo? — preguntó el confundido millonario — Usted acaba de decirme...

—Acabo de hablarle de cosas que nadie sabe, mientras esté usted en Inglaterra, no le pescarán. Nada tiene que temer. Yo mismo hasta hoy lo ignoraba.

Se inclinó sobre la mesa y bajó el tono de la voz:

—Elson, lo de Ana Shaw va a traer cola. Soope me envió a Cambridge para que comprobase lo que usted dijo y que no resiste al menor examen. Le metí el embuste de que había encontrado un garage en donde usted dejara el coche por la noche. Pero tal garage es un mito Usted no estuvo en Cambridge.

Elson se revolvió en la silla.

—¡Iba yo a saber donde estuve! ¿No le dije que estaba borracho? Creo que pasé la noche cerca de un colegio. No se más.

Los ojos del subinspector Lattimer no se apartaban de Elson.

—Vaya Elson, cante usted — exclamó en

voz baja. — Algo le quedará por decir; suéltelo, hombre.

El otro movió la cabeza.

—No me queda nada que ocultar — dijo gravemente. — ¿Qué pretende usted? Lo conoce todo. ¿Por qué me pregunta?

—¿Quién mató a Ana Shaw?

Los párpados de Elson se entornaron hasta formar una rendija.

—¡Como si no lo supiera usted! — exclamó despectivo. — ¡Cómo si no supiera usted donde ella pasó la tarde!

—¿Por qué había de saberlo? — preguntó Lattimer indiferente.

—¿Cómo? ¿No se veía usted con ella a menudo al extremo de la calleja, una vez anochecido? Y cuando salía usted en auto ¿no solía usted acompañarla largo trecho?— interrogó Elson mirándole a la cara. — Supongo que Soope estará "in albis".

—Soope no sabe nada de nada — replicó Lattimer con frialdad.

—Claro, Ana y usted se llevaban muy bien; o sobrado bien para que necesite usted andar en averiguaciones. Una vez me dijo cosas de usted que no sonarían muy honrosamente en los oídos de un juez. Si algún día, salen a luz, Lattimer, no se que va a ser de usted. Ha estado usted engañando a Ana meses enteros. Soope lo ignora, Cardew también. He leído los periódicos de esta mañana (mejor dicho me los leyó mi secretaria) y, al parecer cuando se registró la alcoba de Ana, no se encontró dinero alguno. Pero cuando Ana desapareció, tenía un capital de cuatrocientos mil dólares. No le importe a usted como los había adquirido: lo que si se es que ese era su capital. ¿Dónde está? ,

Lattimer no respondió.

—Es usted un pícaro, Lattimer, como la mayoría de los polizontes que pretenden vivir mejor de lo que les permite su paga. Nada hay que no sea usted capaz de hacer por conseguir dinero. Empleó usted meses y meses tratando de persuadir a Ana de que adquiriese acciones de una sociedad fantástica. Hará una semana , le confesó usted que haría lo indecible para conseguir diez mil dólares. Muy mal Lattimer, muy mal.

—Mande que traigan otra botella de vino — dijo Lattimer — y hablemos de otra cosa.

Pasaba ya de media noche cuando el coche de Elson se detuvo ante su casa. Descendió Elson de él, y dando tumbos en dirección a la puerta, logró al cabo de varios intentos abrirla. Entró en el hall, arrimándose a la pared y emprendió la subida de las escaleras bien agarrado a la balaustrada. Consiguió llegar al sofá, y al instante cayó dormido. La tiesura del cuello planchado, medio le despertó. Al ponerse de pie, la cabeza le daba vueltas; las piernas, débiles apenas sostenían el peso de su cuerpo.

Se palpó el cuello de la camisa y al cabo de forcejeos logró arrancárselo. Todas las luces de la habitación estaban encendidas. Dióse vaga cuenta de que mejor dormiría estando apagadas. Con pasos vacilantes cruzó el recinto. Mientras lo hacía, fuése desprendiendo el traje; se desabrochó la camisa, soltóse los zapatos. Al cabo, apoyándose en la pared, dió vuelta el botón de la luz.

La presencia de la luz espectral del alba le despabiló bastante. Se dirigió otra vez al sofá, echó en un vaso brandy y soda, y luego que se lo bebió de un golpe, se sintió completamente despierto.

La mañana era calurosa. Elson se fué a la ventana y abrió los cristales. Inclinando el cuerpo hacia fuera, bebió a grandes tragos la dulzura del aire matutino. Y entonces advirtió que, casi debajo de la misma ventana, se movía un bulto cerca del banco de flores y andaba de aquí para allá como para arrancar una flor. Llevaba en la mano un gran ramo.

—Eh — gritó Elson. — ¿Qué hace usted aquí?

El bulto comenzó a mirar a todos lados. Pero estaba demasiado oscuro todavía para que se distinguiesen los rasgos de su cara.

—¿Qué hace usted aquí? — gritó Elson colérico al ver que el hombre no respondía.

Entretanto el intruso echó a correr y se refugió entre los árboles que bordeaban el paseo de coches.

—Ya te pillaré — repitió Elson furioso.

Entonces, de entre aquella sombra surgieron las palabras del cantar:

Cabalgando va el rey moro
por la ciudad de Granada
¡Ay de mí Alhama!

Y Elson permaneció durante un rato a la ventana, la cara pálida, los ojos llenos de estupor.

¡Ay de mí Alhama!

Los versos se perdín en la lejanía, pero Elson ya no los oía. Era un guiñapo sucio, tirado al suelo; era un bulto tembloroso que gruñía brasfemias y lloraba de terror, pues acababa de oir una voz de la tumba.

Pero se hallaba apostado cerca de la casa, una persona a quien aquel canto exaltaba a plena vida. Soope, al final de la callejuela, había oído al cantor: vióle cruzar como una sombra la carretera. En un instante, la motocicleta de Soope se puso a trepidar como una ametralladora. El inspector quería interceptar la huída del vagabundo.

Al verlo, echó el vago a correr a campo traviesa y se introdujo en un bosquecillo que se hacía en el recodo que formaba la finca de Elson con otra vecina. La estruendosa máquina de Soope viró entonces y bajó a toda velocidad la carretera hasta dar vuelta a una vieja cerca. El vagabundo abocóse, cuando menos lo esperaba, con la moto.

Pero el hombre corría como el viento, sin por eso soltar las flores robadas; al verse enfilado por Soope, hizo un zig-zags en ángulo recto y se internó en otro prado. Soope calculó rápido; puso la moto a la máxima velocidad, y disminuyó luego la marcha para tomar un camino de carros que iba paralelo al prado por donde corría el vagabundo. La maniobra alcanzó el éxito apetecido. Al querer el vagabundo cruzar el camino, Soope se apeó de la moto, agarró al hombre y le hizo caer suavemente al suelo.

—Quieto amigo — dijo Soope.

El vagabundo le miraba y dibujaba una extraña sonrisa en su cara barbuda.

—Dispénseme que le haya molestado tanto — dijo con voz muy débil.

Hablaba con el acento de un norteamericano educado. Pero a Soope no le chocó.

—Nada de molestias — dijo el inspector animoso. — ¿Puede ponerse en pie?

El vagabundo se incorporó de un salto.

—Mejor será que venga usted conmigo al cuartelillo a tomar algún alimento — dijo Soope con bondad.

El otro obedeció sin replicar.

Mientras marchaban despacio, carretera adelante hacia el cuartelillo de policía, Soope exteriorizaba su satisfacción con una garrulidad irrefrenable.

—Hace una semana le traté a usted con bastante descortesía: lo confieso. Pensaba que era usted un hombre malo.

—No soy un hombre malo — dijo el otro con sencillez.

—Lo creo — asintió Soope. — Vengo haciendo una serie de hipótesis y deducciones acerca de usted y apuesto a que he acertado. Se su nombre de usted.

El vagabundo sonrió.

—Tengo muchos nombres y quisiera saber el verdadero.

—Voy a decirle el verdadero — replicó Soope. — Por lógica deducción y teoría he decidido que el nombre de usted es Juan Keuneth Leigh, funcionario de la Hacienda de los Estados Unidos.

Capítulo XVII

SOOPE CAUSA SENSACION

El señor Gordon Cardew dejó los compases, se caló los anteojos y miró estupefacto, la boca abierta a su visitante. Producido el efecto, Soope hizo cuanto le vino a las mientes, excepto insistir.

—Pero yo había oído decir a la señorita que su padre fué muerto en la guerra.

—Está vivo — replicó Soope — y en un sanatorio.

El señor Cardew dejó de contemplar el plano de la casa para volver a mirar al detective, extrañado ante la noticia, y cual si esta no fuese lo suficiente importante que justificase la suspensión del trabajo a que se hallaba entregado.

—Me alegro muchísimo — dijo al cabo. — Muchísimo. He sabido de casos semejante, pero nunca imaginé que habría de verlos con mis propios ojos. Comprendo ahora porque la señorita Leigh no vino cuando le mandé el telegrama.

—No cabe duda — dijo Soope — que se trata del individuo que cantó la noche del crimen. Se me figura que debió haber habitado una de las cuevas altas y que se servía de alguna cuerda para subir a ella. A vuelta de preguntas, en realidad vino a decirme eso...

—Y ese vagabundo — replicó Cardew — ¿no será el mismo hombre que se introdujo en el jardín la tarde que comió usted con nosotros?

—El mismo — replicó Soope.

—¡Parece mentira!... Un vagabundo el padre de la señorita Leigh — exclamó Cardew. — ¡Es increíble! ¿Qué demonios hacía?

Estaba confundido.

—Lo que todos los vagabundos — dijo Soope: — gandulear y pillar cuanto podía. Debió de darse cuenta, a su modo, de donde vivía; pienso que tenía la vaga noción de que su hija podría estar muriéndose de hambre. Solía reunir objetos de comer, tales como huevos, patatas, etc., y los dejaba a la puerta de Elfa. A veces le llevaba flores.

—¿Y tiene cura? — preguntó Cardew con muestras del mayor interés. — Temo que no. Esos trastornos suelen ser hereditarios.

—La tiene y no la tiene — replicó Soope ambiguamente. — El médico cree que es víctima del taladro de un hueso: presenta una cicatriz de cuatro pulgadas en el cráneo. Alguien le dió un golpe tremendo.

El abogado juntó las puntas de los dedos y miró al cielo raso.

—Quizá haya sido obra de un trozo de bala: he sabido de casos semejantes. Pero, de todos modos, no comprendo como Leigh llegó a caer en la triste condición de vagabundo. La señorita Leigh al saber que su padre vivía, recibiría una sorpresa agradable. Supongo que le daría usted la noticia con cautela, aunque bien mirado, las alegrías no matan.

—Sí, se la solté con la mayor cautela — declaró Soope. — La llamé al teléfono y le dije que, contra lo que ella pensaba, yo no creía en la muerte de su padre. Así la preparé.

El señor Cardew no cesaba de contraer los labios en un gesto de duda. Pero en realidad el notable descubrimiento no le interesaba lo más mínimo, excepto en lo que la presencia de Leigh en Pawsey la noche del asesinato aportaba un nuevo elemento para el esclarecimiento del crimen.

—Tenía entendido que usted relacionaba a ese hombre con el crimen — dijo. — Si mi memoria no me es infiel usted pensaba que se trataba de "Pie Grande".

—Nunca supuse semejante dislate — exclamó Soope, al que nada le disgustaba más como que le atribuyesen opiniones que nunca había sostenido. — Nunca supuse semejante dislate. Usted teoriza, señor Cardew.

Luego miró al plano, lleno de rayas y señales.

—Que, ¿saca usted algo en claro? — preguntó sardónico. — ¿El criminal era zurdo de pies?

El señor Cardew sonrió indulgente.

—No he logrado averiguar tanto — dijo — pero he sabido una cosa importantísima de labios del perito agrimensar de Pawsey. Me dijo que la casita de recreo había sido edificada en el emplazamiento de otra casa; y sin género de duda, existen cuevas subterráneas debajo de la cocina.

Soope lanzó un suspiro burlesco.

—Por el amor de Dios — dijo. — No dejaran en paz a las cuevas. Como escapó el hombre, ¿por una rendija? ¿Por un agujero, acaso? ¿Valiéndose de un resorte secreto?

—Por mi parte estoy tan convencido de que no puede haber mal alguno en hacer escavaciones — manifestó el señor Cardew — que he decidido autorizarlas; y puesto que la casa es mía, no veo objeción alguna a mi propósito. Además yo sufragaré los gastos.

—¿Conoce usted a mi subinspector? — interrumpió Soope con brusquedad.

—Sí le conozco. Ha estado aquí varias veces — replicó Cardew sorprendido.

—¿Intentó en alguna ocasión intimar con usted?

El señor Cardew titubeó en responder.

—No — dijo: y luego:

—No se si yo debo hablar al superior de lo que sucedió con el subordinado. Pero ..

—¿Pero qué?

—Bueno: pues cierto día me dió a entender de un modo manifiesto que necesitaba le prestase yo algún dinero.

—¡Cáspita! — saltó Soope. — ¿Y se lo prestó usted?

—No, no se lo presté. Al contrario, me hice el enojado. No está uno preparado para esperar de un funcionario de la policía peticiones de esa clase. Jamás le hablé de esto, porque no quería perjudicar al hombre.

Soope reflexionó sobre estas palabras y luego volvió a mirar al plano.

—¿Está usted seguro de todas sus teorías? — preguntó.

Cardew se echó a reir.

—No me hacen mella sus puyas, inspector — dijo de buen talante; — pues no veo malicia en ellas. Pero si yo fuese hombre dado a las apuestas, apostaría a que ando más cerca que usted de la verdad respecto al asesinato.

Se encaminó con Soope a la puerta principal. Y otra vez el viejo policía se le escapó por la tangente.

—Elson cayó enfermo — dijo — Padece un ataque de... Se me figura que lo que tiene es una borrachera. El hombre es una esponja, le pregunté al médico esta mañana si se trataba de "delirium tremens", pero no satisfizo mi curiosidad: los doctores son más cerrados que ostras.

—¿Dónde se halla el vagabundo? — preguntó Cardew interrumpiendo.

—El señor don Juan Kuoneth Leigh, del Departamento de Hacienda de los Estados Unidos — respondió Soope con respeto — se encuentra curándose en un sanatorio.

—¿Y su hija?

—La señorita Elfa Leigh le hace compañía; quiere ver si su padre le cuenta lo que le ha sucedido; pero el sólo sabe cantar la estúpida canción del rey de España que cabalga y cabalga. Será una canción preciosa pero a mí no me hace gracia. Al parecer es el cantar favorito de Kuoneth; lo sobre el piano cuando visite en su casa a la señorita. Vi también libros acerca de poesía española. Y ello fué lo que me llevó a deducciones y teorías. Si usted logra algunas ideas personales sobre el asesinato de la casita, señor Cardew, ya conoce el número de mi teléfono. Las recibiré con gusto. La policía de Londres me ha comunicado que no tienen ninguna clave respecto al asalto de su despacho de usted.

—No me extraña — dijo el señor Cardew con aspereza. — Sin embargo la relación, entre el asesinato y la quema de los documentos de la pobre Ana debía ser manifiesta hasta para la Dirección de Seguridad.

—Nada es manifiesto para la Dirección de Seguridad — replicó Soope burlón.

El señor Leigh había sido llevado a un sanatorio establecido en Weymouth Street, Londres. Soope halló tiempo en la mañana para visitar al enfermo y hacer cerca de él algunas diligencias. La muchacha que bajó al recibimiento, había experimentado una sutil transformación. Era otro el color de sus mejillas, otro el brillo de sus ojos. que aun mostraban señales de lágrimas.

—Está durmiendo — dijo ella.

—¿La ha reconocido a usted? — interrogó Soope.

Elfa movió la cabeza.

—No — dijo — Debo haber cambiado mucho en estos últimos años. Preguntóme si conocía a su pequeña.

Los labios de Elfa temblaron. Luego:

—¡No es extraño haberle encontrado!

—Yo fuí — dijo Soope.

La joven tomó la mano ruda de Soope entre las suyas y la apretó con efusión.

—Usted fué — dijo. — Ningún otro hombre hubiese visto relación alguna entre la canción y mi padre. Y lo más raro es que le oí cantar la noche que pasé en el acantilado. Pero entonces creí que soñaba.

—¿Sabía usted que existía un vagabundo que cantaba canciones españolas?

Elfa negó.

—No — contestó. — Si lo hubiese sabido hubiese estado cierta que se trataba de mi padre, aún cuando lo creía muerto. Pobre... Era él quien dejaba los alimentos a la puerta de Edwards Square. Debió de recordar el pasado. Lo que no comprendo es por que no se presentó nunca en casa ni se dió a conocer: por que anduvo oculto tantos años.

Soope frunció el ceño:

—Para responder a esas preguntas es por lo que he estado construyendo teoría tras teoría — dijo.

A pocos pasos del sanatorio estaba el despacho de un gran cirujano, a quien Soope, por propia iniciativa, había llamado para que hiciese un examen superficial del enfermo. Tuvo Soope la suerte de hallar en casa a dicho cirujano, y las noticias que éste le dió fueron alentadoras en sumo grado.

—No le conceptuo un loco, aunque, naturalmente, no es responsable de sus actos. Todos los síntomas que ofrece indican que existe una presión en el cráneo, y es muy probable que si esa presión se aliviara, el señor Leigh recobrara su estado normal. Los resultados ciertos se ignoran, pero la operación quirúrgica está justificada. Ha venido a verme un funcionario de la embajada norteamericana, quien me ha dicho que no reparase en gastos.

—¿Cuando hará usted la operación? — preguntó Soope.

—No lo sé, a ciencia cierta. Por el momento el enfermo no está en condiciones de sufrir los efectos de una operación tan grave. Tenemos que esperar a que se fortalezca.

—Que sea pronto, doctor — dijo Soope

— Necesito terminar este asunto antes de las grandes vacaciones.

Sacó un cuadernillo de uno de los bolsillos del chaleco y lo consultó.

—La causa se verá en Junio y los ahorcarán en Julio. Me quedará tiempo para mis vacaciones. No me agradarán disfrutarlas hasta después de bien muerto. Con tanta apelación y recurso como ahora se estila, jamás está uno seguro del criminal hasta que cuelgue de la cuerda.

Fuése, dejando confundido al cirujano, el cual no sabía si Soope había empinado el codo o sufría un ataque de insolación

No precisaba Soope de presentación ninguna para entrar en el desacho del subinspector del cuartelillo de policía de Marylebane Lane,, y obtuvo una entrevista con el citado funcionario con solo introducirse en la estancia y cerrar la puerta detrás de sí.

—Necesito que se vigile día y noche la casa número 59 de Weymouth Street — dijo. — Se encuentra allí un miembro de la embajada norteamericana llamado Leigh. Aquí tiene usted una lista de los individuos que no deben verle.

Puso un papel sobre la mesa.

—He dicho a la matrona del establecimiento que el enfermo no debe tomar otros alimentos que los procedentes de la cocina: nada de chocolates, uvas o cualquier regalo por el estilo enviado por buenos y bondadosos amigos. Lo único que pretendo de la policía es que nadie entre en la casa después de media noche.

A continuación comenzó a explicar con minuciosidad la importancia de la labor que le habían encomendado. A la mayoría de los inspectores le hubiese molestado la ingerencia de un extraño venido de otra comisaría, y se habrían mostrado picados ante su tono perentorio. Pero Soope era Soope, y salió de Marylebane Lane con la convicción de que sus instrucciones se cumplirían al pie de la letra. Cumplida esta diligencia, podía permitirse el derroche de una visita a Jaime Ferraby, y era tal la memoria de Soope para las costumbres y hábitos de sus amigos, que llegó a la vez que Jaime a la puerta del club que éste frecuentaba.

Jaime por poco se le echa en brazos, ansioso de procurarse noticias.

—He estado toda la mañana con la idea de verle a usted, — dijo. — La señorita Leigh me telefoneó la estupenda novedad, pero aún no he logrado saludar a Elfa. ¿De modo que el vagabundo era su padre? ¡Parece increible!

—Ningún golpe de los que suelo dar parece posible — declaró Soope. — Vengo a comer con usted, los restaurantes en Londres son muy caros, y aquí guisan bien.

Hasta que hubieron terminado de almorzar y se sentaron a tomar café en el "smoke room", no descubrió Soope su pensamiento.

—La canción española — dijo — no significó nada para mí, si bien me reveló que el vagabundo era de clase distinta de la usual. Esto me indujo a seguir el rastro del pobre hombre; recogí información por todas partes, sirviéndome de los policías locales. Y descubrí que al cantor vagabundo le conocía todo el mundo. Estuvo preso una semana en Canterbury por indocumentado. Lo chocante es como el médico de la cárcel lo advirtió que el hombre estaba trastornado. Las noticias que usted me comunicó el sábado acerca de los artículos alimenticios dejados a la puerta de la casa que habitó la señorita Leigh, me interesaron sobremanera y me dieron mucho que pensar. A mi juicio, el hecho solo podía significar una cosa: que alguien que amaba con delirio a la señorita Leigh, pero que ignoraba que ésta se hubiese cambiado de domicilio, le hacía aquellos modestos regalos. Sólo podía significar que alguien tenía idea vaga de que la joven se moría de hambre. Y la única persona capaz de abrigar esos temores no podía ser sino su padre. Por lo tanto fuí a visitar a la señorita, y lo demás fué resultado de mis teorías. Los médicos creen que, operando al enfermo, recobrará la razón: si ello es así, precisaremos una porción de cosas novelescas con las que usted nunca soñó.

—¿Tales como? — preguntó Jaime.

—¿Se acuerda usted de aquel individuo de que le hablé: de Brixton, el regidor?

—Bien, ¿que le pasa? — dijo Jaime.

—Nada — replicó Soope — Sólo quería saber si le recordaba usted.

—¿Qué relación tiene con el vagabundo?

—Mucha — respondió Soope, — y en particular con el crímen. Retenga usted mis palabras: ese don Fulano Brixton va a ser un testigo del mayor interés.

Sacó un librito de notas, lo colocó sobre la mesa donde habían servido el café, y, revolviendo entre las hojas, separó un sobre doblado.

—¿Recuerda usted esto?

Jaime asintió. Era el sobre encontrado la noche del crímen en el suelo de la cocina.

—Sólo dos personas conocen este sobre — declaró Soope: — usted y la señorita. Ni siquiera Lattimer está enterado. El hombre que escribió la carta que iba dentro, fué el que mató a Ana Shard. Absolutamente cierto. Se introduciría en la casa por la chimenea, surgiría de lo profundo de la tierra; saldría de cuevas secretas, o de otros sitios semejantes; pasaría por la puerta principal o se deslizaría por las ventanas: pero el hombre que escribió estas líneas a maquina — y Soope agitó el sobre con emoción — apretó el gatillo de la pistola que mató a la desgraciada mujer. La cual, personalmente, creo que salió bien librada.

—¿Cómo? — preguntó Jaime lleno de confusión.

—Ya sabrá usted — dijo

Y luego, cambiando de conversación:

—Si usted piensa pedir más bebidas tomaré un poco de brandy viejo: me empalaga lo dulce.

Soope dió a Jaime la dirección del sanato-

río y luego de recoger la moto, que había quedado en el garage de la dirección, donde hubo de ser objeto de la admiración burlona de los agentes mozos, regresó en medio de un estrepito infernal a su barrio.

No se hallaba Lattimer en el cuartelillo. Lo había enviado por la mañana temprano a hacer averiguaciones. Al día siguiente se verificaría la declaración ante el juez instructor. Soope tenía que preparar su trabajo y no era cosa fácil separar los datos que debía aportar de aquellos que, en interés de la misma justicia, habían de ser callados.

De vez en cuando levantaba la cabeza, soltaba la pluma y se entregaba a reflexiones malévolas de cierta índole, entre las que amenudo asomaba la idea de que el señor Cardew merecía ser arrancado a sus pretendidas investigaciones criminológicas y puesto a disposición de la justicia.

Lattimer regresó a la noche y comunicó el resultado de sus investigaciones.

—Seguí el sendero sur de Pawsey unas tres millas — dijo. — Es imposible que por allí pase un auto. Es estrechísimo y ofrece dos cortaduras. Va a dar a la carretera que comunica Lewes con Londres como yo le indiqué.

—Lo sabía — exclamó Soope. — Si hubiese podido pasar un coche, yo hubiera sufrido una decepción.

Lattimer abrió los ojos.

—¿Cómo? Yo creía que usted...

—Yo habría sufrido una decepción de haber logrado tomar un auto ese camino — dijo Soope contento.

Y cuando Lattimer iba a marcharse:

—Según me dijeron, Elson está mejor.

—¿Sabía usted que se hallaba enfermo? — replicó Lattimer con indiferencia.

—No se si el "delirium tremens" es o no una enfermedad, pero el norteamericano se encuentra mejor — insistió Soope — Podría usted caer por allí mañana por la mañana y hacer unas ligeras averiguaciones. Si no fuese por lo prematuro, le enviaría al hombre unas flores. Ah, Lattimer, le necesito a usted en la declaración ante el juez.

Anexa al puesto de policía había una casita, que Soope habitaba. Tenía un jardín microscópico, dos alcobas y una salita; todo ello en un piso; a la espalda de la casita existía una especie de huerto, donde los pollos y gallinas de Soope medraban a costa del vecindario, pues eran merodeadores crónicos y rara vez regresaban al domicilio sino para dormir. Sin embargo el prestigio del nombre de Soope era tal, que apenas se presentaban quejas contra el viejo policía. y eso que sus bandadas del reino de la volatería hacían excursiones por trigales y huertos en busca de sustento. Habían no obstante otros merodeadores más audaces que no respetaban ni a Soope ni a sus gallinas. Desde las breñas del monte bajaban por la noche unos bultos negros y escurridizos: Soope descubrió el camino por donde venían los zorros. Para espantarlos acudió al empleo de una escopeta automática, hecha por él, pero buena.

Reinaba obscuridad completa cuando Soope salió con dirección al cobertizo donde guardaba la moto. Se había prometido apretar unas tuercas y limpiar el carburador. La hora que prefería para las reparaciones era pasada media noche.

Aunque tenía vista de lince, para dirigirse al cobertizo se guiaba invariablemente por el procedimiento sencillo de deslizar los dedos a lo largo del flexible de la luz eléctrica que iba desde la casa al cobertizo. Soope no era buen electricista y la instalación de la luz pecaba de rudimentaria.

Al levantar la mano, advirtió con sorpresa que el alambre había desaparecido. Deteniendose comenzó a tentar aquí y allá y lo encontró en el suelo. Nada había de particular en la rotura de un alambre, pero si era extraño que cuando de día lo viera estuviese bien tirante y sin aparente probabilidad de romperse. Rápido Soope, se volvió a la casa, llevandose el cabo suelto, luego de quitar la clavija por donde pasaba la corriente. A la luz de un quinqué lo examinó. Había sido cortado: se veían las señales inconfundibles de unos alicates.

—¡Diablos! — exclamó Soope en voz baja:

Si algo había de cierto, era que nadie osaba gastarle bromas a Soope. El alambre lo cortaron por alguna causa y esta causa no podía ser en ventaja del inspector.

Una vez en su alcoba, sacó una caja de debajo de la cama, tomó de ella un revólver grande y pesado, lo cargó y se hizo con una linterna. Armado de este modo salió al patio, y a pasos de gato, sin el menor ruído, se encaminó a la barraca. Ningún rumor rompía la quietud de la noche, salvo el cacareo lejano de una gallina. Reconoció mentalmente la situación. El peligro estaba en la barraca.

Soope había instalado la luz eléctrica en el cobertizo, pero sin acordarse de colocar el conmutador hasta que la obra estuvo terminada. Así que el conmutador quedó por la parte de afuera, protegido de la intemperio por el alero del tejado. La puerta nunca se cerraba con llave, a fin de facilitar la entrada y salida.

Soope se dirigió con cautela, alumbrándose con la linterna; tocó con la mano en la aldabilla. Haciendose a un lado, dió un fuerte golpe a la puerta, que quedó abierta. Produjose una explosión ensordecedora, enseguida el ruído de unos cristales que se rompen. Cuando el humo fué desaparecido, Soope se asomó a la puerta, hecha trizas.

Reconoció su escopeta automática. No la había colocado él en la barraca, ni tampoco había atado a la puerta el alambre de disparar el arma. La última vez que la vió, se hallaba colocada unos cientos de yardas lejos, oculta entre matorrales.

Oyó que alguien llamaba. Era Lattimer.

—Hola — dijo — Creí que estaba usted acostado.

—He oído una explosión ¿Qué habrá pasado?

Sonó muy cerca para que fuese la escopeta.

Lattimer mostraba un desasociego poco corriente en él.

—Entre — dijo Soope — Buena ocasión para que la nueva escuela de detectives establezca causas y efectos.

—¿Ha habido algún daño? — preguntó Lattimer sin aliento.

—Tres cristales hechos añicos, veinticinco gallinas despertadas de un dulce sueño; eso es todo.

Una nube de humo flotaba en el aire y olor desagradable de la polvora quemada invadía la casa. Lattimer siguió a su jefe al interior del cobertizo e inspeccionó la escopeta automática, instrumento primitivo, construído de la manera más grosera por el arte de Soope.

—¿Dejó usted la escopeta en el cobertizo? — preguntó Lattimer.

Soope hizo un gesto de impaciencia.

—Claro — dijo sarcástico — quise suicidarme. Una chifladura mía.

Miró con ojos de lechuza el arma y luego moviendo la cabeza:

—Vaya. Comienza a tener miedo — exclamó.

—¿Quién? — interrumpió atropelladamente Lattimer.

—El sujeto que preparó la emboscada. Apuesto a que es el perro más aperrado de estos contornos. Sabía que doy siempre la luz antes de abrir la puerta de la barraca y cortó el alambre temiendo que yo viese a tiempo la escopeta. Advierto la intervención de "Pie Grande". Le diré a usted lo que colijo de esto sub-inspector. Si Elson hubiese estado en cama, no habría ocurrido esto. De ningún modo. Si a esta hora estuviese bien encerrado y amarrado para que no anduviera suelto por ahí, la escopeta automática se hallaría en su sitio.

—¿Cree usted que el autor de la emboscada es Elson?

—No, señor, no — explicó Soope; — no he dicho tal cosa. No ponga usted en mi boca palabras que no empleo. Sólo he insinuado que si a aquel tipo le hubiesen puesto en una celda no me vería yo mañana obligado a gastar dinero en unos cristales nuevos. Creía que se hallaba usted acostado, subinspector.

—No, no estaba cansado. Paseaba por la carretera fumando cuando sentí el disparo, que me ha puesto nervioso.

—Es usted un hombre sensible — dijo Soope.

El viejo policía entró en la casa, seguido de su ayudante.

—Buenas noches, amigo. Hasta mañana. Váyase, no sea que pierda sus buenos colores.

Esperó a que Lattimer estuviese en su domicilio: luego salió otra vez al patio, acompañado de la linterna, y comenzó una investigación escrupulosa de lo ocurrido.

Por diversos sitios pudo haber entrado en el cobertizo el visitante nocturno; pero no dejó huella de ningún género. La tierra estaba seca y dura.

—Debía de tener conmigo unos sabuesos — dijo Soope al día siguiente mientras se afeitaba. — La mayoría de los detectives los emplean.

—¿Cree usted — preguntó Lattimer — que el que colocó la escopeta pretendía matarle? ¿No sería una broma?

—No se necesita derrochar mucha gracia para hacerme cosquillas — replicó Soope pasándose la navaja por la barbilla, — pero la broma de ayer no me causa la menor sonrisa.

—¿Dónde vió usted la escopeta la última vez?

—Al extremo del campo, cerca dd las matas de espinos. La coloqué allí para ahuyentar a las raposas. Suponga usted que abro la puerta descuidado. La gente hubiese dicho: el loco de Soope puso la escopeta en la barraca y se le olvidó. Veredicto de muerte casual, con unas palabras de consuelo para la viuda que, como estoy soltero, serían supérfluas. Nunca alcancé a comprender de donde sacan los jurados ese sentimentalismo. Los diarios me habrían dedicado tres líneas, acaso cuatro. Lattimer, cuando yo pase a mános de malandrines y enterradores necesito una columna. Se lo que merezco. Cuando pienso en el perro que puso la escopeta en el cobertizo, me siento malo. La explosión pudo haber estropeado seriamente mi motocicleta. Por lo pronto, se chamuscó el manubrio. Voy a tener que repintarlo. ¿Que le parece a usted el color anaranjado, subinspector?

—Muy bien — contestó Lattimer.

Soope afiló la navaja, la mirada perdida a lo lejos.

—Elson está mejor. He telefoneado al ministerio de Guerra para que me envie un tanque. No lo hice todavía, pero lo haré.

Jaime Ferraby, que era uno de los testigos, había dispuesto que su auto recogiese a Soope y a Lattimer camino de Pawsey. Halló al viejo animado y hasta festivo. Por el aspecto no hubiera adivinado cuan cerca anduvo de la muerte el buen Soope la noche anterior. Mientras aguardaba a fuera, vió acercarse el auto de Cardew, el cual se paró.

—No, gracias: me he comprometido a llevar a Soope — dijo Jaime, declinando la amable invitación.

Cardew sonrió con amargura.

—Espero de tener el gusto de traerle — dijo — Creo que podré darle una explicación definitiva de la forma en que se cometió el crímen. Se me ocurrió por la noche, hallándome medio dormido, y cuanto más pienso en el asunto, mas cierto estoy de haber dado con la clave verdadera de lo que hasta ahora parecía inexplicable misterio. Y es más — continuó con énfasis — he descubierto un caso semejante: el asesinato de Starkie, cometido en 1709, y cuyo

relato viene contados los detalles en uno de las antiguos calendarios. Parece ser que un hombre llamado Starkie...

Pero a Jaime no le sobraba tiempo ni deseaba conocer detalles de un crímen de hacía cuarenta años, y se escusó de escuchar, al ver la figura de Soope a la puerta del cuartelillo encuantada con un par de guantes tan distintos entre si que formaban un contraste extraño.

—El uno es tan malo como el otro — dijo Soope sentandose junto a Jaime y estirando las piernas a su gusto — Siempre se me extravía el guante derecho. No sé por qué los guantes no se venden por separado: el tendero que así lo hiciese haría un gran negocio. Alla va Cardew envuelto en una nuve de polvo y lleno el cerebro de hipótesis y conjeturas. Posee lo que llaman una mente de jurista: en otras palabras, es incapaz de ver nada claro.

—Ha encontrado una teoría que opone a la de usted — dijo Jaime en el momento que el auto, habiendo adquirido velocidad, se adelantaba a la limusino.

—Lo suponía — replicó Soope.

—Se le ocurrió a media noche.

—Quizás por que no valía la pena de que se examinase a la luz del día — manifestó Soope. — Vaya, no quisiera para mi, por nada del mundo, la cabeza de ese hombre. Puedo decirle a usted anticipadamente que teoria es esa. Como ya no cuela lo de los subterráneos secretos, la teoría es que Ana Shard fué muerta por la señorita Leigh.

—¿Qué? — grító Jaime.

Y tanta impresión le produjeron las palabras del policía que perdió el dominio del auto éste dando media vuelta quedó atravesado en la carretera.

—Dispenseme la broma — dijo Soope que no parecía mostrar deseo alguno de bromear — Pero apuesto a que es esa su teoría. La señorita Leigh se vió con Ana Shard. ¿No le telefoneó Ana? Luego, disputaron; la señorita Leigh disparó, salió de la casa y cerró la puerta.

—¡Pero eso es absurdo!

—Sin duda — exclamó Soope — pero es precisamente la clase de teoría propia de un romántico como el señor Cardew.

—Nunca le consideré un romántico replicó sonriendo Jaime.

—Pues lo es — dijo Soope; — de otro modo ¿a qué leer libros de antropología? Si existe cosa más romántica que la deducción, muestremelo.

Después Soope aludió, como al desgaire, al incidente de la escopeta automática.

—Me asustó algo; pero no tanto como el precio que pide Isaac, el vidriero, por los cristales nuevos. Dice que hay un trust de vidrios y que los precios han subido.

Volvió la cabeza. El auto del señor Cardew venía a gran distancia.

—Cuando a un profesional, le entra la fiebre de la notoriedad, nunca sabe donde detenerle. Quiere que hablen de él los diarios en grandes títulos. Por mi parte, gusto de trabajar sin publicidad. Soy uno de esos tipos silenciosos que usted conoce solamente en los libros. ¿No lo había usted advertido?

—No — dijo Jaime sinceramente.

—Es la realidad — replicó Soope; — Yo me escondo de los reporteros. "El cometa de Surrey" escribió en cierta ocasión: "El inspector Minter gusta de laborar en la sombra". Adquirí seis ejemplares; se los enseñaré a usted uno de estos días.

La modestia de Soope no se puso muy de manifiesto cuando el hombre llegó a la casa Ayuntamiento donde habían de celebrarse las actuaciones, pues Jaime notó que el inspector se pegaba instantáneamente al grupo más numeroso de periodistas y desaparecía poco después a la cabeza de la cuadrilla en dirección al Royal Hotel. El grupo regresó a tiempo para la apertura de la sesión, y Soope se justificó.

—He dedicado lo preciso, nada más que lo preciso, a los muchachos. No quiero que mencionen mi nombre y así se lo he dicho a ellos. Nada mejor que ir al encuentro de la Prensa si uno desea que no le den publicidad.

Pero Jaime advirtió aquella tarde, al leer el reportaje de las declaraciones que, a pesar de las precauciones del viejo policía, no sólo todos los diarios traian su nombre, sino que todos elogiaban su perspicacia, su genio y sus muchas cualidades dignas de admiración.

El acto duró mas de lo que Jaime esperaba. La declaración de Soope era una maravilla de condensación, pero ocupó un tiempo considerable. Cerca de media hora. La de Cardew una entera. La sesión se suspendió ya muy entrada la tarde.

—¿Oyó usted al buen Cardew declarar? — preguntó Soope con acritud. — Me percaté de que trataba de fastidiarme con sus compases y planos. Cuando el tonto del presidente le dió las gracias por sus valiosos datos, Cardew por poco revienta de orgullo.

Tomaron el te antes de emprender el regreso a la ciudad. Se les juntó Cardew sin ser invitado; aunque bien podía haber conocido en la fría mirada de Soope que no era aquel el momento ni la ocasión de exponer su teoría.

Jaime quiso desviarle hacia otro asunto, pero el policía de afición no se dió por enterado.

—Le dije a Ferraby esta mañana, inspector, que yo había dado con lo que creía la clave de este notable misterio.

—Escuche, Lattimer — dijo Soope con una cortesía vejatoria — Un policía mozo nunca sabe demasiado. Y cuando tiene la fortuna de tropezar con un caballero como Cardew, que expone sus teorías, se debe escuchar. Escuche.

Pero Lattimer no necesitaba de semejante requerimiento: aplicaba el oído con extremada atención.

(Continuará)

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

EN LA PISTA

GEORGE no podía decidirse a enterar a Jack del contenido del telegrama de Purvis, el alarmante despacho portador de la sensacional noticia de que era Dick el raptado heredero

En su tribulación, George discutió el punto con el señor Desmond. Ambos decidieron en conciencia, después de estudiar bien el asunto, que lo que correspondía, — por amargo que pudiera resultar el golpe para el muchacho, — era enterar a Jack, sin más demora de lo que decía aquel inesperado telegrama

—Jack, amigo mío, tengo que darte una mala noticia, — díjole George.

—¿Mala noticia para mí, señor? — exclamó el muchacho asombrado. — ¿De qué se trata?

—De esto, Jack.

Y George entregó al muchacho el telegrama de Purvis, recibido pocas horas antes.

Jack se puso muy pálido en cuanto leyó la fatal noticia. En el primer momento se atrevió a creer que el telegrama no era auténtico. ¡Así que Dick, — y no él, — era el heredero de John Heriot!

—El punto es muy delicado — dijo George después de observar durante un momento al niño silencioso, pálido, temblando de pena, — y es posible que Purvis no esté en lo cierto. Lo malo es que no sabemos donde encontrar a ese Purvis para que nos diga si ha mentido con algún propósito determinado o ha dicho la verdad.

Jack escuchó aquellas palabras de consuelo pero movió tristemente la cabeza.

—No; Purvis debe estar bien enterado,— dijo desanimado. — Lo único extraño en todo esto es que yo recordaba a mi ma... recordaba la cara de esa bella señora, inclinada hacia mí, acostado en mi camita de niño. Supongo que se trate tan solo de una alucinación consecuencia de haber visto su retrato.

Cuando vió a la reaparecida esposa de John Heriot Jack había recordado que algunos años antes había visto una fotografía en que ella aparecía inclinada hacia una camita en la que estaba acostado un niño. Esa fotografía se hallaba en poder de Purvis cuando trabajaba con Rufus Trant. ¿Cómo había llegado a su poder aquel retrato? Nadie lo sabía.

Como Jack lo había dicho era posible que el inconsciente recuerdo de aquella fotografía le había hecho tomar como viviente el rostro del retrato y a esto se reducía su recuerdo.

—Comprendí, y conmigo el señor Desmond, Jack, que nuestro deber era advertirte de lo que pasaba poniéndote en guardia ante lo que podía tener confirmación y constituir para ti, un gran desengaño. Pero la manifestación de Purvis no está comprobada ni mucho menos. Purvis puede haber trocado los nombres voluntaria o involuntaria-

mente. Por eso, — terminó diciendo George, — hemos pensado que, mientras esta noticia no tenga confirmación fidedigna no debemos dar parte de ella ni a Dick ni a la señora de Heriot.

Pero Jack no fué de esa opinión.

—Purvis sabe perfectamente el orígen y la procedencia de cada uno de nosotros dos, señor, y él dice que es Dick. Yo no quiero usurpar ni siquiera durante el mas breve momento los derechos de mi amigo. ¡Dick debe saberlo todo y ella también, en seguida! Mi deber es inclinarme ante las circunstancias. Lo único que le pido, señor George, es que sea usted quien se lo comunique a él y a ella... ¡Yo no podría!

Los labios pálidos del emocionado muchacho temblaban en el momento de decir eso y su voz se cortó en medio de un valientemente reprimido sollozo que sacudió su pecho.

—¡No, Jack; yo no lo creeré hasta que tenga una prueba de verdad! — exclamó George.

Quería mucho a Dick pero el primero que se había conquistado un sitio en su corazón era Jack y era por cierto muy triste arrebatar de manos del muchacho la copa de la alegría casi en el mismo momento en que la llevaba a sus labios. Unicamente por esto deseaba George que Purvis no estuviera en lo cierto.

Pero Purvis se hallaba en posesión del secreto hacía muchos años. No era verosimil creer que se hubiera equivocado.

Jack, por su parte, estaba enteramente resuelto. No quería conservar para sí ni un solo momento mas lo que, según sabía, no le correspondía.

—Es necesario que vaya usted, señor, y lo diga todo, — insistió. — Si no va usted, iré yo. Quiero que se juegue limpio, con toda lealtad. Purvis sabe la verdad, ¿por qué ha de haber mentido? En cuanto a equivocarse, no lo creo posible.

—Lo que me extraña es que Purvis haya telegrafiado sin indicar dónde puede encontrársele. Este es un punto que me hace vacilar, — dijo George Heriot. — ¡Valor, Jack! — agregó dirigiéndose al muchacho. — Siempre has hecho frente a las mayores vicisitudes con la entereza de un hombre; espero que en esta ocasión no te faltará valor.

Tomó la mano del muchacho en la suya y la estrechó efusivamente. Jack le miró sonriendo con energía aun cuando aún le estremecían los sollozos y estaba pálido, muy pálido.

Cuando George se retiró con el señor Desmond, dejándolo solo, Jack se dejó caer sentado en la silla y rompió a llorar, dando rienda suelta a toda la pena que inundaba su pecho.

¡Se habían disipado para siempre los risueños y maravillosos sueños de felicidad! ¡Volvía a ser lo que antes: un pobre muchacho abandonado sin padre ni madre, sin nombre siquiera!

Sumido en su dolor le encontró Vi Desmond un momento después. Vi, que enterada por George de lo que pasaba, acudía a consolarle.

Apoyó cariñosamente una mano en el hombro del muchacho que se había puesto de pie al verla llegar y le miró con el rostro húmedo de lágrimas. ¡También ella lloraba! Después lo atrajo hacia sí y besó en las mejillas.

—No te pongas tan triste, Jack, — dijo Vi con gentil afabilidad. — Si Dick ha encontrado una madre no creo que por eso la hayas perdido tú. Ven conmigo. Ella quiere verte.

Fué Jack con Violet a la habitación donde estaba la señora de Heriot. La encontró sentada en una butaca. Con un brazo acercaba a sí a Dick. Miró a Jack en cuanto entró y le indicó con la mirada que se aproximase a ella, tendiendo el otro brazo.

Su amor de madre habíase puesto en Jack cuando después de los ocho largos años de terrible ausencia había vuelto a su vida de antes, aun cuando Dick y no Jack podía ser su hijo perdido, no podía haber cambio alguno en el afecto que sentía por él.

—Querido mío, — dijo en voz baja y entrecortada a Jack, — considérame como una madre, ahora y siempre. ¡Lo único que ha pasado es que ahora tengo dos hijos en lugar de uno!

Y Dick tendió la mano estrechando con cordial efusión la de su querido compañero.

—¡Eso es, Jack! — exclamó — Siempre hemos compartido la mala y la buena suerte y entre nosotros jamás hubo ni tuyo ni mío ni aun en cuestión de las monedas de cobre que alguna vez fueron nuestro capital. ¡Que así sea por siempre! ¿Que yo soy heredero? ¡Tú lo eres también! ¿Que yo he hallado a mi madre? ¡Tú también la has hallado! ¡Siempre juntos, querido Jack!

A todo esto no se recibió ninguna noticia de Purvis después de su inesperado y curioso telegrama.

George deseaba ansiosamente encontrar al hombre, enterarse de que prueba tenía de la identidad de Dick. Mientras no se tuvieran pruebas de valor legal no era posible hacer constar legalmente los derechos del muchacho al nombre y a la herencia del viejo Heriot.

Como el asunto era complicado y difícil, George decidió emplear la colaboración de un detective particular para buscar el paradero de Purvis, por más que hubiese pocas esperanzas de hallarlo, pues los de policía no habían conseguido dar con el desaparecido.

Marsh el detective particular a quien George encargó de esa misión, era uno de los mejores de su gremio en aquella época y recibió orden de Heriot de no desistir de diligencia ninguna que pudiera considerarse en condiciones de llegar al éxito, por cuestiones de dinero.

Lo primero que hizo Marsh fué dirigirse

al condado de Devon, a la pequeña aldea situada cerca de Lonemoor desde cuya oficina había enviado Purvis su sensacional telegrama. El propósito de Marsh era ver si hallaba allí el extremo del hilo de la pista.

Pero pasó una semana sin que el detective diera síntomas de estar vivo. No se recibió ninguna noticia suya. A decir verdad, George no había esperado otro resultado.

Pero, al cabo de uno o dos días mas, George Heriot recibió el siguiente telegrama, fechado en Londres:

"He hallado a nuestro hombre. Venga usted inmediatamente. — Marsh".

POR EL HUECO DEL BUZON

Jack acompañó a George Heriot a Londres. Para el muchacho constituía un alivio alejarse de Lanceford mientras su herida estaba todavía cicatrizándose.

Marsh se encontró con ellos en la estación del ferrocarril, en Londres.

—He tenido bastante suerte en lo de dar con la clave, — dijo el detective. — Purvis había ido al condado de Devon en motocicleta y, al regresar, sufrió un accidente gracias al cual he podido dar con la pista del hombre buscado. Pero puedo contarlo todo en el coche.

Tomaron los tres un automóvil de alquiler. Marsh dió al chauffer unas señas del distrito de Lambeth y el coche salió rápidamente en aquella dirección cruzando las animadas calles de Londres camino del sitio donde Purvis, — que aun no sabía que Georges Heriot se había enterado de su domicilio, — estaba alojado.

El barrio era triste y pobre, de muy mal aspecto. El automóvil se detuvo ante una casa de aspecto abandonado y mugriento.

Al llamado de Marsh, la puerta se abrió cautelosamente un par de pulgadas y un hombre de barba crecida, — como el que acostumbra a ir afeitado pero lleva ocho días sin pasarse la navaja, — se asomó, mirándoles recelosamente.

—Deseo ver a Tom Purvis — dijo Marsh.

El que había entreabierto la puerta movió negativamente la cabeza.

—Aquí no hay nadie que tenga ese nombre — dijo.

Y trató de cerrar la puerta.

Pero Marsh se había apercibido para esa maniobra y había interpuesto un pie.

—Mire, — dijo — no tenga la pretensión de hacernos creer sus mentiras. Sé que Purvis estaba aquí anoche. No tiene nada que temer de nosotros, puede estar usted seguro. A él le interesa vernos tanto o más de lo que a nosotros nos interesa verle. Además a usted le conviene también que nosotros veamos a Purvis.

El de la casa miró duramente a Marsh. Por un instante, no habló.

—Nosotros no andamos tras él por el asunto de Lanceford, si acaso es esto lo que usted sospecha, — agregó el detective. — Nuestro asunto es otro... es de carácter particular. Pero si usted trata de evitar que veamos a Purvis avisaremos a la policía y haremos que vengan a prenderlo a esta casa los policemen.

El efecto que hizo la amenaza pudo notarse inmediatamente.

—Bueno... Yo no puedo negar que Purvis estaba aquí anoche, — dijo el hombre de mala gana, — pero ahora no está aquí y no piensa volver a esta casa. Se marchó esta mañana. Algo pasó que le puso alarmado. Se empeñó en que alguien le seguia los pasos. Lo malo es que no sé su nueva dirección.

Marsh miró duramente al hombre. Su práctica profesional le permitía comprender con toda claridad cuando mentía un hombre.

Y, en aquel momento, aquel hombre mentía.

—¡Es usted un tonto además de ser un embustero! — dijo tranquilamente el detective. — Un tonto por que está usted perjudicando a Purvis al impedir que nosotros le veamos. No discuto el modo que pueda usted adoptar con el propósito de proteger a un compañero. Pero está usted muy equivocado en este caso. Si Purvis nos ve recibirá dinero.

El hombre volvió a mirar fijamente al detective como pretendiendo adivinar sus intenciones.

—¿Es eso verdad? No quisiera hacer nada que pudiera causar la menor molestia a Tom, — dijo.

—Pues a juzgar por lo que hace se propone usted evitar que Tom haga un negocio que le representa dinero, — dijo Marsh.

Al mismo tiempo, el detective llevó la mano al bolsillo y como distraidamente saco una moneda de oro de media libra. Los ojos de hurón del hombre de la casa relucieron de codicia en cuento distinguieron la moneda.

—No se si usted es bastante rico para desdeñar las monedas como esta, pero esta es para usted en cambio de las señas de dónde está Tom Purvis, — dijo Marsh.

—¿Me aseguran que no le pasará nada malo a consecuencia de la entrevista con ustedes? — preguntó.

—¿No se lo he dicho? ¡Vamos! — exclamó con impaciencia el detective.

La dirección era la de una casa no muy lejana. Dos minutos después el automóvil estaba de nuevo en marcha hacia el barrio de Clapham.

Por fin el coche se detuvo frente a un grupo de casas de pocos pisos, divididas en departamentos. El departamento cuyo número les había dado el de la otra casa estaba en un segundo piso. Dirigiéronse hacia él por una escalera de hierro.

—¡Qué tonto el tipo ese que nos ha hecho perder cinco minutos antes de dar las señas! — dijo Marsh.

Pero la pérdida de aquellos cinco minutos significaba mucho más de cuanto Marsh podía haber soñado.

—¡Dios mio! ¿Oye usted eso?

Llegaban al primer piso cuando esas palabras brotaron de labios de George Heriot

alarmadísimo. Un ruido que parecía proceder del piso inmediato superior había llegado hasta ellos. Había sido el ahogado estampido de un tiro disparado dentro de la casa, a poca distancia.

Los tres subieron rápidamente el otro tramo de la escalera de hierro. Casi en el mismo rellano estaba la puerta que ostentaba el número que buscaban. ¡El departamento ocupado por Purvis!

George Heriot y Marsh se miraron. ¿Había sido allí dentro de donde había salido el ruido que les alarmaba?

Corrieron hacia la puerta. Del otro lado llegaba, leve, el eco de un gemido.

El estampido había sonado dentro del departamento de Purvis!

La puerta, — como era lógico, — estaba cerrada por dentro.

Un súbito pensamiento hizo que Marsh se agachara y empujara la planchita que cerraba el hueco del buzón.

Del otro lado de la puerta reinaba la oscuridad. El detective sacó del bolsillo una linterna eléctrica y envió el haz de luz hacia el interior del departamento.

Casi en el mismo instante, Marsh lanzó un grito de alarma.

—¡Oh! ¡Mire, señor Heriot, mire!

Se notaba, por el tono de su voz, que el detective estaba horrorizado.

El delgado dedo de luz, pasando por el hueco de echar las cartas había dado en el rostro de un hombre tendido en el suelo, gimiendo, pero muy próximo, sin duda, al colapso.

Aquel hombre era el mismo en cuya busca llegaban.

¡Purvis!

¿DONDE ESTA EL RUBI?

Era Purvis, muerto o moribundo, al que George Heriot distinguió en cuanto pudo mirar por el hueco del buzón de la puerta.

¡Qué final para su investigación en busca del único hombre que podía decir la verdad sobre el perdido heredero del difunto John Heriot!

Otras personas, habitantes de la casa, habían oído también la detonación. Un hombre apareció corriendo escaleras arriba. Era el inquilino del departamento situado debajo del de Purvis.

—¿Sucede algo? — preguntó a los que se hallaban ante la puerta del departamento de Purvis. — Oí rumor de una pelea en el piso superior y luego un tiro y el ruido de algo que cayó.

—¡Vaya si sucede algo! ¡Aquí se ha cometido un crimen! — exclamó el detective Marsh.

Dió con el hombro, con todas sus fuerzas, contra la puerta del departamento. Se oían pasos de mas gente que se acercaba. Otros inquilinos acudían, atraídos por el ruido de antes y por el que ahora hacía el detective empujando la puerta sin conseguir abrirla.

Marsh gritó, dirigiéndose a los que llegaban:

—¡Pronto! ¡Que uno de ustedes vaya en seguida en busca de un médico... y de un policeman! ¡Pero primero el médico! ¡Pronto! un hombre ha sido herido de un balazo en este departamento.

Tanto él como George Heriot seguían haciendo esfuerzos, empujando vigorosamente con el hombro, en la sólida puerta, pero aún no habían conseguido abrirla.

De improviso saltó la cerradura y con un crujido de madera astillada, la puerta se abrió.

Marsh y George se precipitaron hacia el interior seguidos de Jack y de algunos más. El detective encendió un fósforo y con él, el pico de gas que había en el pasillo de entrada.

Los ojos del hombre que estaba tendido en el suelo con una terrible herida de bala por la que se escapaba la vida, se fijaron en ellos; pero la mente del herido se encontraba ya desoquilibrada y turbia pues no les conocía.

Movió los labios. Cuando George Heriot se inclinó y levantóle la cabeza con cuidado oyó que el moribundo pronunciaba las siguientes palabras:

—¡Al fin se salió con la suya! ¡Se lleva el rubí!

Casi en cuanto acababa de pronunciar esas palabras el herido experimentó un rápido estremecimiento nervioso y dejó caer la cabeza hacia atrás. ¡Purvis había dejado de existir!

Un momento después un policeman acudió, subiendo precipitadamente por la escalera. Marsh le enteró rápidamente de todo lo sucedido.

—¡Y el criminal tiene que estar escondido en algún sitio del departamento! — dijo nerviosamente Marsh — Nosotros subiamos por la escalera cuando oimos el tiro. La única puerta del departamento, la que da al rellano de la escalera no se abrió, después de sonar el tiro, hasta que la forzamos nosotros. ¡No es posible que el asesino se haya ido!

El departamento estaba pobremente alumbrado. Se comprendía que Purvis se había mudado a toda prisa y no había tenido tiempo de comprar mas que los muebles mas indispensables.

En la mesa de la salita, a la puerta de la cual estaba tendido, en el suelo, el muerto, lo primero que llamó la atención de Marsh fué un sobre recien escrito. Por lo demás, en el cuarto no había nadie.

—¡Mire usted, señor Heriot! — exclamó. —Aquí hay un sobre dirigido a usted. Es de suponer que Purvis se disponía a escribirle a usted cuando le sorprendió la muerte.

Pero en la mesa no se veía carta ninguna.

Marsh y el policeman buscaron por todo el departamento. Se componía de cuatro piezas y en ninguna de ellas hallaron a nadie. No se veía ni el menor rastro del hombre que había disparado el tiro.

Marsh frunció el ceño, preocupado. Estaba convencido de que la puerta exterior del

departamento no se había abierto, después de sonar el tiro, hasta que ellos la abrieron y durante el tiempo transcurrido siempre hubo alguien en el rellano de la escalera.

Sin embargo, de algún modo inexplicable el culpable parecía haberse evaporado en los aires.

Marsh abrió de par en par la ventana que daba a una calle estrecha y mal alumbrada. La ventana se encontraba a tres pisos de altura del nivel de la calle.

¡No es posible que haya descendido por esta ventana! — dijo el detective. — Se hubiera roto, primero las piernas y después la espina dorsal, al dar con las piedras de la acera.

Pero si no había salido por la ventana ni estaba en ninguno de los cuartos del departamento ¿dónde se había metido aquel hombre?

Poco tardó en llegar un médico, acompañado por otro policeman. Fué el médico el que se percató de que el muerto tenía algo guardado entre los crispados dedos de la mano derecha.

—¡Hola! ¿Qué es esto?

Resultó ser una carta, escrita con lápiz, una carta no terminada. Parecía que Purvis hubiera sido sorprendido por su criminal visitante mientras escribía la carta y había procurado arrebatarla a su curiosidad.

La carta estaba dirigida a George Heriot y decía así:

"Estimado señor: Tengo ciertos datos que pueden resultar de grandísimo valor para usted. Claro está que la policía me busca todavía por el robo en la casa de Lanceford, la noche en que Mansell me quiso matar a traición. Pero yo sé que es usted un caballero y no me va a denunciar a la policía. Por eso he decidido confiar en usted. Siempre tuve la idea de hacerle pagar a Hubert Mansell la infamia de aquella noche y la suerte ha querido que ahora la tenga en mi poder. Fué Hubert Mansell el que robó el hijo de John Heriot y se lo dió a Rufus Trant. Estoy en condiciones de probar que así fué. En cuanto al tesoro oculto en Lonemoor que usted está buscando, puedo darle datos importantes. Mansell se apoderó de la clave. Pero yo se la robé. La clave consiste en un rubí de gran tamaño en el cual están grabadas las explicaciones del caso. El rubí estaba dentro del ojo postizo que tenía el cráneo. Claro está que si yo se lo entrego espero de usted una adecuada recompensa. Pero lo primero de todo, deseo saldar cuenta con ese Hubert Mansell. En cuanto al muchacho Jack que fué educado por Rufus Trant, debo confesarle desde ahora, para evitar malas interpretaciones y decir la verdad, que es él..."

Pero lo que el autor de la carta podía decir sobre Jack no se sabría jamás pues en aquel punto, Purvis había cesado, bruscamente, de escribir.

Era cosa de suponer que le habían atacado mientras estaba escribiendo la carta. ¿Le había interrumpido alguien que sabía el significado del rubí? Las últimas palabras de Purvis eran significativas.

"¡Al fin se salió con la suya! ¡Se lleva el rubí!", había dicho.

¿Quién, que no fuera Hubert Mansell podía conocer la vital importancia del rubí, fuera de su valor como piedra preciosa.

George Heriot y Jack se miraron con emoción.

Precisamente en el momento en que surgía en la imaginación de ambos idéntica sospecha, oyeron, procedente de una habitación interior del departamento una exclamación lanzada en voz muy alta por el detective.

—¡Hola! ¡Allí está el hombre a quien buscamos! ¡Quién lo hubiera imaginado!

SU ULTIMO RECURSO

Cuando Marsh abrió la ventana por primera vez para mirar y apreciar la distancia que la separaba de la calle, no podía imaginarse que el hombre a quien buscaba se hallaba a un par de yardas de distancia, semi oculto por las sombras de la noche.

Mirando de nuevo por la ventana después de su infructuosa recorrida en busca del criminal por todo el departamento, el detective notó que se había formado en la calle, al pie de la casa, un grupo de curiosos que se acrecentaba por momentos. Los del grupo miraban hacia arriba, a un punto que indicaba en aquel momento un muchacho, levantando la mano, muy excitado.

Sin duda ninguna la noticia de la tragedia se había extendido rápidamente y ya se juntaba genta para mirar con insana curiosidad el escenario de lo pasado, aun cuando solo fuese por fuera.

Eso fué lo primero que pensó Marsh, pero después fué otro su pensamiento. Al mirar de nuevo hacia abajo se fijó el detective en que las miradas del grupo formado en la calle no se dirigían hacia su iluminada ventana donde él estaba. Dirigíanse a un punto de la fachada de la casa situado algunas yardas a la izquierda... ¿Por qué?

Mars se asomó, sacando la cabeza por la ventana y entonces fué cuando vió descifrado el misterio de la desaparición del homicida.

La noche era oscura y la luz de los focos de la calle casi no disipaba las tinieblas de lo alto. Sin embargo se distinguía algo. Al mismo nivel de la ventana a que estaba asomado Marsh, mirando a la izquierda por primera vez, el detective logró distinguir la silueta de la figura de un hombre puesto como una mosca en la fachada de la casa, avanzando lentamente hacia la derecha.

—¡Esto sí que no me lo esperaba yo! — exclamó el admirado Marsh — ¡Vaya un hombre sereno!

Una cornisa de adorno, que tendría escasamente nueve pulgadas de ancho cruzaba el frente de la casa poco más abajo de la ventana y a unos seis pies más arriba se extendía otra parecida cornisa.

El culpable, asustado por el ruído de la

gente que se acercaba a la puerta del departamente había salido rápidamente por la pequeña ventana y, en aquel instante procuraba escapar por tan precario camino creyendo que nadie iba a verlo, gracias a la obscuridad protectora.

Unicamente un hombre que se encontraba ante una situación tan difícil, en la que su vida se hallaba en peligro, podría haberse aventurado a semejante hazaña en la que un solo paso en falso constituía la seguridad de una caída de resultado mortal.

Entre las ventanas del depastamento de Purvis y las del más cercano departaento había una distancia de mas de nueve pies. Marsh pudo darse cuenta de que el fugitivo, a pesar de todas las dificultades, había avanzado como las tres cuartas partes de su peligroso trayecto por la estrecha y peligrosa cornisa.

La gente que se había reunido en la calle contemplaba aquello en el más completo silencio como si temiera que cualquier grito pudiese estremecer al hombre y hacerle caer de la precaria situación en que se hallaba.

—¡Ahí está el hombre que buscamos! ¡Ahora si que no se nos escapará! — exclamó Marsh dirigiéndose a los dos policemen que se hallaban en la habitación.

Las palabras del detective debieron llegar a oidos del hombre porque se estremeció, estuvo a punto de caer y después continuó avanzando con mayor apresuramiento.

Mientras avanzaba con lentitud de cara a la pared, volvió la cabeza hacia la ventana donde se veía luz. Pero la obscuridad era demasiado densa para que pudiera verse las facciones del fugitivo.

—No me atrevo a dirigirle a la cara el haz de luz de mi linterna eléctrica —. dijo el detective en voz baja a George Heriot que se había acercado a la ventana, — por lo menos hasta que se haya agarrado del marco de la otra ventana. Podrá perder el equilibrio y caer a la calle, matándose y no me gustaría tener una muerte sobre mi conciencia.

A George Heriot que miraba desde la ventana hacia la figura que se deslizaba por la pared, aquella persona le parecía de aspecto familiar y conocido, pero reinaba tal obscuridad que no hubiese jurado quien era aquel hombre aún cuando, su conciencia, creía estar seguro de quién era.

Un momento después vieron al fugitivo agarrarse al marco de la otra ventana, — ventana en la que no había luz — y pisar con seguridad y aplomo en el borde de la misma.

—¡Ahora vamos a verle la cara! — exclamó Marsh.

Sacó su linterna eléctrica y el estrecho pero potente rayo de luz fué a fijarse en la cara del hombre, revelando sus facciones en el momento en que forcejeaba desesperadamente, ensangrentándose los dedos, por abrir la ventana que era su salvación por lo menos según él lo suponía

—¡Hubert Mansell! — exclamó George con grandísima emoción.

—¿Lo conoce usted, señor? — preguntóle rápidamente uno de los policemen.

—¡Y yo también! — exclamó Marsh con satisfacción — Es Hubert Mansell sin duda alguna. Me lo hicieron conocer cuando yo andaba buscando a Purvis en el condado de Devon. Ya no necesitamos buscar más al asesino de Purvis: es él.

La figura, a quien la multitud de abajo seguía mirando con atención, había, a todo esto, desaparecido por la ventana que al fin había logrado abrir.

Aquella ventana correspondía a un departamento situado junto al de Purvis pero al que se entraba por distinta puerta de calle.

—¡Pronto! ¡Es necesario detenerle antes de que salga a la calle! — gritó Marsh de improviso.

Salió corriendo del departamento, cruzó el descanso de la escalera y descendió, saliendo a la calle, seguido de los dos policemen.

Ni George Heriot ni Jack se unieron a la persecución. Al fin y al cabo el culpable, aun cuando era un villano que no merecía misericordia ninguna era pariente de George.

Los tres hombres llegaron a la calle y corrieron hacia el portal de la casa contigua por el cual tenía que salir el fugitivo en caso de que se decidiera a salir del edificio y no esconderse en ninguna parte.

—¡Esta vez lo han pescado! — murmuró Jack mirando por la ventana y esperando que en cualquier momento se produjera un alboroto en la calle.

Pero su exclamación fué pramatura.

No se veía signo de Hubert Mansell cuando Marsh y uno de los de la policía subieron por la escalera de la otra casa, dejando al otro policía de guardia en la puerta de calle

Corrieron hacia el departamento del tercer piso, el contiguo a aquel de donde había salido un momento antes. Encontraron el departamento abierto pero no hallaron al fugitivo.

Los dos hombres se quedaron atónitos, burlados, sin saber que hacer. Sin embargo era imposible que el fugitivo se hubiera ido: tenía que estar en la casa.

—¡A menos que no se haya dirigido hacia el techo! — dijo de improviso el policeman. — Al techo se puede pasar fácilmente y es un techo plano... ¡Apostaría cualquier cosa a que se ha ido por allí! ¿Vamos a verlo?

El policeman corrió escaleras arriba, seguido de Marsh. En lo más alto del edificio una estrecha escalera de hierro daba acceso al techo. Subieron por aquella escalera, levantando luego la claraboya y pasando al techo.

—¡Mire! ¡Ahí está! — exclamó en aquel momento el policeman.

Y tendiendo la mano, indicó la figura de un hombre que huía por el techo y cuya silueta se recortaba en la semi obscuridad del cielo

UN MOMENTO DECISIVO

Cuando logró llegar al techo, Hubert Mansell bendijo su buena suerte que le proporcionaba aquel modo de huir. Una nueva esperanza hizo latir su corazón. ¡Aun podía ser que lograra escapar?

Pero sabía que le habían reconocido. Había oído el grito de George Heriot.

—¡Maldito sea! — murmuró, furioso, entre dientes mientras corría entre la obscuridad de la noche, unicamente atenuada por el brillar de las estrellas.

Comprendía Hubert Mansell que la situación no podía ser mas grave y que era necesario saber aprovechar bien los instantes que tenía de ventaja.

Un paso en falso, un tropezon, podían hacer desvanecer toda esperanza de salvación.

George Heriot le había reconocido y a este respeto todo estaba perdido. Lo único que le quedaba era huir. Si conseguía escaparse en aquel momento podrían pasar días y aun semanas antes de que lograran hallarle y ¡quien sabe lo que podría pasar!

En cambio si le prendían entonces, ¿que sería de él?

Se estremeció como sacudido por un escalofrío al pensar lo que para él podía significar el caer en aquel momento en poder de la policía cuando Purvis yacía exánime en el departamento de abajo.

En su furor ante la pérdida de la clave del tesoro, Hubert Mansell había resuelto quitársela a Purvis costara lo que costara. Durante días y días le había buscado hasta que, por fin, logró dar con la pista. Mansell recordaba, en aquel instante la cara de sorpresa de Purvis cuando, al abrir la puerta de su departamento, acudiendo al llamado de Mansell se había percatado de quién era su visitante.

Mansell amenazó a Purvis con el revólver a fin de obligarle a que le entregara el rubí pero sin intención de matarle. Esto había sido consecuencia de un accidente. Purvis saltó sobre él de improviso. En la pelea el revólver se disparó.

Pero todas las apariencias estaban contra Mansell y no hubiera habido jurado que, ante el relato de los hechos, no le hubiese considerado culpable.

—¡Pero tengo el rubí! — murmuró entre dientes Hubert Mansell.

No estaba vencido todavía. Ni siquiera en momentos tan apurados se conformaba con la idea de abandonar la conquista del tesoro escondido en la solitaria casa del condado de Devon. De algún modo o de otro él se proponía apoderarse del valioso tesoro y luego huir de Inglaterra llevándoselo.

—¡Tengo en mi poder el rubí, la única clave que existe sobre la situación del oculto tesoro! — murmuró.

Y casi en el mismo momento que pronunciaba esas palabras un grito que oyó a su espalda le hizo saber al fugitivo que sus perseguidores habían adivinado hacía dónde se había dirigido y le seguían la pista.

Desesperado, corrió más de prisa. Tropezó y cayó de rodillas, pero se levantó y volvió a correr. Hubert Mansell sabía que en la velocidad con que huyera estaba su salvación.

Un ciego temor se apoderó de él. Sin duda ninguna tenía aquella casa no una sino varias escaleras de auxilio para caso de incendio; pero ¿dónde hallarlas? Con los perseguidores casi pisándole los talones, sin más luz que la que enviaban las estrellas, no era fácil encontrar el arranque de una de las escaleras de seguridad. Lo único que podía hacer el perseguido era correr de un lado a otro esquivando a los perseguidores y evitando que le pusieran la mano encima.

De pronto, un grito de desesperación brotó de sus labios. ¡La persecución había terminado! ¡Había perdido!

Ante él terminaba el techo. Había llegado al límite del edificio. Un hueco de cinco o seis pies — no era posible calcular con exactitud la distancia, — le separaba del techo de la casa contigua.

Detúvose, enervado; después se volvió, desesperado. Uno de sus dos perseguidores estaba muy cerca de él; el otro a poco distancia más.

El revólver con que había puesto fin a la vida de Purvis brillaba en la mano de Hubert Mansell; su rostro pálido y contraído no anunciaba nada bueno. El policeman corrió hacia Mansell y se halló de improviso ante el revólver que le amenazaba.

—¡Atrás! ¡Retroceda si no quiere morir! — gritó Hubert Mansell.

El hombre retrocedió. El policeman no era cobarde pero se encontraba sin armas.

Dando un salto de tigre, el perseguido se arrojó sobre él y, tomando desprevenido, el policeman fué enviado andando hacia atrás, tambaleándose.

Cerca de allí había una claraboya. En su violento e involuntario retroceso, el policeman tropezó en ella y, rompiendo los vidrios pasó por el hueco, yendo a dar a la habitación inferior.

Marsh oyó el grito que lanzó al caer el policeman y comprendió lo que le había pasado. Entonces el detective se lanzó contra Mansell, pero este, — con el valor y la serenidad que le daba el convencimiento de que estaba defendiendo su vida, — parecía hallarse dotado de las fuerzas de tres hombres.

Saltó a un lado y casi en el mismo momento aplicó al detective un terrible golpe, en la cabeza, con la culata del revólver.

Lanzando un gemido de dolor, Marsh cayó exánime en el techo.

De las habitaciones de abajo, a las que había caído el policeman, Hubert Mansell oyó voces de alarma. ¡No le quedaba ni un solo momento que perder!

Desesperado retrocedió unos pasos y tomando velocidad corrió hacia el borde del techo saltandó, en un impulso de desesperación, hacia el de la vecina casa.

Un instante después sintió que tocaba con-

los pies el pretil de piedra del otro techo. Respirando jadeante siguió corriendo en la oscuridad. De pronto distinguió el arranque de una escalera de auxilio para casos de incendio.

Minutos después, Hubert Mansell estaba en seguridad en el piso de la calle. Los perseguidores habían perdido su pista y no era ya fácil que le encontraran en el laberinto de la metrópoli.

HUIDA

Hubert Mansell había ido a Londres en automóvil, su coche se hallaba en aquel momento en un garage del barrio del West End.

Pero Mansell se sentía muy fatigado y no se atrevió a emprender el regreso en el automóvil inmediatamente. Necesitaba descansar antes algunas horas para dar reposo a sus nervios.

Fué a un hotel de segundo orden y tomó una habitación para pasar la noche sin atreverse a dar su verdadero nombre, y dió orden de que le despertaran a las 6 de la mañana.

Había dejado el automóvil en el garage bajo su verdadero nombre y como era posible que los diarios de la mañana dijeran algo de lo pasado la noche anterior, le convenía a Hubert Mansell recoger el coche antes de que la noticia se hubiera difundido hasta hacerse peligrosa. Porque con seguridad saldría la crónica de la muerte de Purvis y en ella se le nombraría a él, haciendo al mismo tiempo el relato de su huída.

Era pues, de suma importancia que sacara su automóvil del garage antes de que cundiera la noticia de lo pasado la noche anterior en las casas de departamentos de Clapham.

Antes de las siete, pues, al día siguiente, Hubert Mansell, en su automóvil, se alejaba de Londres, en dirección hacia el oeste. Ya tenía preparados sus futuros planes. Iba a regresar al condado de Devon.

Ya era bastante tarde cuando llegó en el automóvil a Exeter. Había realizado el viaje con toda felicidad, sin accidente ni interrupción. En Exeter compró un diario y lo leyó con febril excitación.

Decía el diario que Purvis había muerto y que la policía andaba en busca de un hombre llamado Hubert Mansell de quien se sospechaba que lo había asesinado.

. . . . . .

Hubert Mansell tenía más de una razón para volver al condado de Devon.

Pero ¿sería seguro aventurarse a volver a la casa de la aldea cercana de Lonemoor, donde había ocupado habitaciones? ¡Claro que no pensaba en ir para quedarse, pero sí para recoger algunos objetos de su propiedad y ver a Bate!

Bate se reponía lentamente de lo sufrido en su última caída y recobraba poco a poco el conocimiento.

—¡Debo intentarlo! — díjose por fin el perseguido.

Al fin y al cabo los diarios de la tarde en los que figuraba su nombre relacionado con el crimen, no debían haber llegado todavía a la aldea y por otra parte, Mansell se sentía seguro de que George Heriot no conocía las señas de su alojamiento en la aldea de Devon.

Le pareció bastante seguro aventurarse a ir aquella misma noche. Haría allí lo que tuviera que hacer y partiría de madrugada camino del escondrijo en que había pensado.

¡Qué bien burlaría a todos! ¡A George Heriot, al detective Marsh, a la policía!

Quizás se hubiera sentido Huber Mansell menos confiado si hubiera sabido que por el telegrama que Purvis envió a George el detective Marsh había ido a aquella aldea en busca de Purvis y se había enterado de donde se alojaban él y Bate.

Ya era de noche cuando Hubert llegó a la pequeña aldea y se dirigió por la calle irregular, hacia la hostería.

Del interior de la hostería partía una fuerte luz que iluminaba la calle y en la puerta de la casa vió Hubert al hostelero que estaba de pie conversando con dos hombres más elegantemente vestidos que la generalidad de los habitantes de la aldea.

Un súbito recelo de que allí había peligro para él estremeció a Hubert Mansell en aquel instante.

Pero antes de que pudiera resolver qué era lo que le convenía hacer el hostelero que había oído el ruído del automóvil que se acercaba había mirado hacia él y había reconocido al que manejaba.

Rápidamente volvióse hacia los dos forasteros y Hubert le oyó gritar:

—¡Esto si que es suerte! ¡Aquí viene el señor por quien ustedes preguntan; ahí está el señor Mansell!

¡Dos forasteros preguntando por él! Los peores temores de Hubert parecían confirmarse. Había disminuído la marcha del coche al acercarse a la hostería y entonces, desesperado, le dió el máximum de su fuerza.

El automóvil dió un salto hacia adelante precisamente en el mismo instante en que los dos hombres, dándose cuenta de la maniobra, avanzaron como para saltar al coche cuando pasara.

Pero el automóvil pasó demasiado rápidamente. El primero de los hombres rodó por tierra empujado por el guarda barros y la luz roja de la zaga del vehículo se perdía ya a la distancia cuando le hombre pudo incorporarse.

Hubert Mansell hizo que su automóvil avanzara furiosamente; iba desesperado, lleno de impotente enojo.

El momento había sido gravísimo. Pero aunque hubiera pasado era de suponer que los de policía no abandonarían su persecución sobre todo después de lo pasado.

La aldea de Lonemoor y su vieja cruz de piedra hallábanse ante él. Entonces, una nueva idea pasó por su imaginación, idea de hombre desesperado.

—¡Vamos a ver todavía como cambio yo por completo la situación! — exclamó Huber Mansell.

LO QUE MARTIN RECORDABA

Más de una semana había transcurrido desde la fuga de Hubert Mansell de la casa de departamentos del barrio de Clapham.

La policía no había logrado prender todavía al hombre a quien buscaba como autor de la muerte de Purvis.

Se sabía que había huído de Londres al condado de Devon. La policía local de Devon, advertida telegráficamente, había ido en busca del fugitivo a la aldea cercana de Lonemoor, donde había permanecido varias horas, le vió pasar en un automóvil pero no le fué posible detenerlo.

Hubert Mansell se había dado cuenta inmediatamente, del peligro en que estaba y sin duda estaba ya muy lejos de la zona peligrosa, es decir, de los sitios donde le conocían y sabían su nombre. De todos modos, la policía había fracasado; pues no logró ni dar con un rastro del desaparecido.

A consecuencia del crimen, George Heriot tuvo que quedarse varios días en Londres. Constituía un testigo de importancia suma entre todos los que iban a comparecer. El veredicto del jurado fué que Purvis había dejado de existir a manos de Hubert Mansell a quien buscaba en vano la policía.

Pocos días después de su regreso a Laneeford fueron muchas las personas que se dirigieron a la vieja casa de Lonemoor. No solo se trasladó George con los dos muchachos sino que también la señora de John Heriot, así como Vi Desmond y su padre, formaron parte del grupo.

La casa era suficientemente grande para que todos — y muchos más que hubieran sido, — pudieran instalarse con la mayor comodidad. El aire del mar podía resultar muy beneficioso para la señora Heriot. George no había encontrado resistencia en el señor Desmond y su hija Vi, quienes admitieron en seguida y de muy buen grado, su invitación. George habíales solicitado su presencia para contribuir a dar más animación a la vida en la casa; donde estaba Vi Desmond no había, sino en casos muy raros y graves, algún nubarron de tristeza.

Paseaban George y Vi por el jardín, después de comer, la segunda noche de su estancia en el viejo caserón; en la semioscuridad la cruz de piedra de junto al camino parecía un fantasma nebuloso.

Cuando hubo mirado durante un instante aquella cruz, dijo la joven:

—Martín, el que fué acometido por un enemigo junto a aquella cruz de piedra, ¿no recuerda todavía quién fué su cobarde asaltante?

—No. Probablemente no lo recordará jamás. Aun cuando en todo lo demás, su salud es excelente y su mente funciona con perfecto equilibrio, de eso no recuerda nada. Jack, después de comparar las versiones oídas con sus propias impresiones de testigo ocular, dice estar seguro de que fué Bate quien acometió a Martín, pero no hay, naturalmente, prueba ninguna que demuestre la veracidad de esa versión — dijo George. — Según dicen, Bate ha sido, a su vez, víctima de un accidente. Ha pasado muchos días en cama, en la hostería donde se alojaba con Hubert, en la aldea de Exeter, pero aseguran que ya se encuentra mejor — agregó con indiferencia.

George no sentía, por cierto, mucha simpatía hacia Bate. Sabía que el viejo criado de John Heriot era mala persona y que había sido activo cómplice de su primo.

En cuanto al tesoro, George había perdido ya toda esperanza de encontrarlo. Por la carta inconclusa trazada por Purvis, poco antes de morir, sabía que su primo había vuelto a apoderarse de la clave.

Y sin tener la clave que indicara el sitio, parecía irrealizable la tarea de encontrar el tesoro había más de un siglo encerrado entre los muros del tétrico caserón misterioso. Sólo una feliz casualidad podía llevar a George a encontrar el tesoro en piedras preciosas que su tío le había dejado en herencia, junto con la casa. Solo una feliz casualidad podía hacerle pasar de la pobreza a la opulencia.

—Si hemos de esperar hasta que se de con el escondrijo de ese tesoro, lo más fácil es que no nos casemos nunca, Vi, — dijo de pronto George. — Se perfectamente que a usted, estando por medio el amor, le importan las riquezas tan poco como a mí. Y ahora, libre mi nombre del baldón de la injusticia y calumniosa acusación que sobre él pesaba, ¿por qué hemos de retardar la boda, amor mío? ¡Cuándo podré llamarla a usted mía!

Vi miró a George de modo que éste leyó en sus ojos más que cuanto la frase más extensa pudiera haberle dicho.

¡Qué tiempos los pasados! ¡Qué horribles días de ansiedad y de angustia, huyendo siempre, amenazado constantemente y por doquier con la prisión, con la sentencia infamante! ¡Y durante todo el tiempo con cua-

PUCKY
MAGAZINE
APARECE TODOS LOS VIERNES
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires
PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado . . .	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

ta fe y abnegación la joven habíale ayudado en todo lo posible sin dejar de creer ni un solo instante en su más completa inocencia, sin que su fé en la rectitud de su amado flaqueara jamás!

—¿Qué importan las riquezas George? dijo Vi en voz baja. — Yo no quiero esperar tampoco. Todos nuestros amigos sabían nuestro proyectado enlace, ¿no se preguntarán ahora por qué no se verifica? ¿De quién hablara mal el chisme social con tal motivo? ¿De usted o de mí? Sea de quien sea, creo que debemos apresurar la realización de nuestro enlace.

En aquel momento oyeron que Jack se acercaba, procedente de la casa, por que se aproximaba silbando. El silbido de Jack constituía una discreta advertencia de parte del muchacho. Ruborizada, Vi se separó de su futuro esposo.

Pero Jack no vió nada cuando se acercó a ellos seguido de Peter.

Peter, que durante la ausencia de George y de los demás se había quedado con Martín para proteger la casa, había tenido sumo placer en volver a ver a su joven patrón y le seguía a todas partes, como si fuéra su sombra.

—Un visitante que desea verle, señor, — anunció Jack. — Y estoy por apostarle que no acierta con el nombre de ese visitante aun cuando le conceda que no pierda si no acierta antes de la tentativa número veinte.

—Siendo así no lo intentaré, — dijo George. — Pero veamos: ¿cuál es la persona en quien podría pensar en primer término como imposible candidato a la condición de visitante en mi casa? Mi primo Hubert Mansell. Descartado éste ¿quién le sigue en su categoría y como allegado, socio y cómplice? ¡Bate! Supongo que no será Bate.

—Pues sí, señor acertó usted al primer tiro. Si hubiera acertado en el juego que poníamos en algunas ferias, ya se hubiese acercado a usted la esposa de Trant preguntándole: "¿Qué desea el afortunado ganador: un cigarro habano o un coco?" — exclamó Jack.

—¡Pero no es posible que sea Bate — dijo George realmente sorprendido.

—¡El mismo Bate! ¡Peter estaba por ofrecerse un buen bocado de su pantorrilla y yo estaba por dejarle que se sirviera!... Cuando Martín me dijo quien estaba, casi me decido a despedir al visitante sin decirle a usted nada. Después pensé que usted querría tal vez ver la cara de bronce de ese que se atreve a presentarse después de todo lo pasado y por eso vine. ¿Va usted a atenderle?

—Sí. Voy a hablar con él. Como tú, quiero saber qué es lo que busca semejante pillo en esta casa.

Jack volvió a la casa portador de ese mensaje: George atendería al visitante.

George sentíase contento al notar como el muchacho había recobrado poco a poco su alegría de antes después del ataque de melancolía que le causara el enterarse, por el telegrama de Purvis, que Dick, y no él, era el hijo de la señora Heriot.

(Continuará)

El Director de "Pucky" contesta a los lectores

Lector Norteño, Salta.—Las dos obras que usted indica quedan incluídas entre las que se publicarán.

Don X, Capital. — De las obras que usted desea leer, serán publicadas varias, en fecha oportuna. Muchas gracias por los amables conceptos que le merece PUCKY.

Luis M., Mercedes. — Nos satisface mucho contarlo entre nuestros simpáticos lectores. Los números que usted desea puede obtenerlos en la Administración de PUCKY.

Alejandro Dumas, Rosario. — Oportunamente quedará usted satisfecho en su pedido.

Antonio Basile, Caseros F. C. P. — Le agradecemos sus cordiales palabras de felicitación. No hemos fijado aún fecha para nuestro 5o. Concurso.

La barra rosarina, Rosario. — Las novelas que ustedes solicitan no podrán ser publicadas por el momento.

Juan Clérice, San Fernando. — Las dos obras que usted indica quedan incluídas en la lista de las que serán publicadas Gracias por sus afectuosas manifestaciones de simpatía.

J. Pauccichet, Capital. — La novela a que usted se refiese puede obtenerla en alguna buena librería. Muchas gracias por sus amables felicitaciones.

Francisco J. Verguel, Capital. — Por su corta edad no puede ingresar a ese puesto.

Estanislao Orrigo, Villa Angela. — Esas novelas no se han publicado en libros.

Seis lectores cordobeses, Alta Córdoba. — La primera de las novelas cuya publicación solicitan, aparece en este número por corresponder, así de acuerdo con el orden establecido para esas publicaciones; las otras se incluyen en la lista de las que aparecerán.

Sebastián Mondino, Santa Clara de Saguier. — En este número queda usted complacido.

Emilio Soliño y otros lectores. — No es posible volver a publicar la novela que indican.

Reinaldo Reid, Bánfield. — Varias de las obras que usted desea se publiquen, aparecerán a su debido tiempo en PUCKY. Gracias por sus amables expresiones de simpatía.

Faustino Pérez y Angel Peromingo, Lozada. — Figura entre las que se publicarán.

Alfonso Sarin, Capital. — La novela a que usted se refiere no se ha editado en libro. Difícilmente se volverá a publicar en esta revista. Debe recibir su ejemplar de PUCKY, los viernes a la mañana.

Anécdotas

COMO ENSEÑO A MANIOBRAR A SUS GAUCHOS EL ALMIRANTE BROWN

ENCARGADO el que fué glorioso almirante de nuestra escuadra, Guillermo Brown, de preparar para el combate las rimeras naves argentinas, entre los muchos nconvenientes que le salieron al paso trozó con uno, capaz por sí solo de haber ho fracasar a otro hombre de menos energía e no tanta serenidad e inventiva. Fué este bstáculo la imposibilidad de proporcionarse ripulaciones homogéneas y disciplinadas.

Los aventureros extranjeros, propensos empre a la desobediencia, no eran los solados que necesitaba Brown. Para acabar e una vez, tomó el partido de substituir a s enganchados forasteros por gauchos, y an indios; éstos eran sumisos, duros para abajar y combatir, dispuestos a sacrificare por la patria; pero eran, desgraciadamen; muy ignorantes; no sabían leer ni contar, era tarea poco menos que imposible haers conocer el nombre de las cuerdas, de las elas y de las maniobras. No se apuró el flemático irlandés; viejo lobo de mar, era un repertorio vivo de tretas y de expedientes. Aveguó que su flamante marinería era maestra n el manejo de los naipes y puso a las veras, palos, cuerdas y velas de los buques los ombres de las cartas de la baraja, lograno por tal medio prontos y sorprendentes delantos en el adiestramiento de su gente. sí oíanse en las horas de instrucción, y aun medio del combate, órdenes estrafalarias, ropias solo para hacer estallar la risa. Y no ra para menos: ¿qué otro efecto podía prouir en oídos familiarizados con los términos náuticos, las frases: ¡Larga el as! ¡Ata el aballo! ¡Amarra al rey! ¡Recoge la sota!; en ez de los reglamentarios: larga la mayor, a el bauprés, o recoge rizos?

Por tan ingeniosos medios formó el gran mirante a los primeros marinos argentinos, los que dieron a la patria los gloriosos laules de los Pozos, del Juncal, de Montevideo Costa Brava.

EL SACRIFICIO

MEDITABA Alejandro Magno una empresa, y cuando estaba pensando en ella y en los medios de ejecución, se resentó un agorero en su tienda y le dijo:

—Se lo que meditas.

—Mejor lo se yo — contestó Alejandro.

—Si no has de creerme, me retiro.

—Habla — dijo el rey.

—El triunfo es tuyo, pero te imponen los ados una condición.

—¿Cuál es?

—Que sacrifiques mañana, cuando salga el l, al primero que al salir tú de la tienda as que se dirige al campamento por la par del Oriente.

Alejandro se levantó al rayar el alba, sa a la puerta de tu tienda y vió un pobre brador que se dirigía con un asno al campamento. Inmediatamente mandó disponer na hoguera, prendieron al paisano, lo lavaron, lo perfumaron, y acompañado de los mejores músicos del ejército lo llevaron al fuego solemnemente.

El pobre labrador, a quien nada se había dicho, no comprendió el objeto de aquellos preparativos hasta que estuvo junto a la hoguera y vió a los sacerdotes dispuestos a precipitarlo en ella. Entonces, haciendo un esfuerzo violento, separó a los soldados que lo custodiaban y se arrojó a los pies del rey, diciendo:

—Alejandro, tú que eres tenido por justo, ¿por qué me matas?

Alejandro le repitió las palabras del agorero, y luego le dijo:

—Tú eres el primero que he visto al salir de mi tienda; por consiguiente, eres el que eligen los hados para este sacrificio.

—Te engañas, gran rey — contestó el labrador; — no soy yo.

—¿Pues quién entonces?

—Mi burro; sí, mi burro es el primero que has visto, puesto que él iba delante y yo detrás.

—¡Bendito sean los dioses! — dijo Alejandro — pues me permiten cumplir sus decretos sin verter sangre humana.

DUELO REHUSADO

TUREÑA, en su juventud, fué desafiado por otro oficial, y él le contestó:

—No se batirme con desprecio de las leyes; pero sabré arrostrar el peligro cuando el deber me lo permita. Mañana hay que dar cima a una empresa muy útil y honorífica para nosotros, pero al mismo tiempo muy peligrosa. Vamos a pedir a nuestro general la licencia para intentarla y entonces veremos quien sale de ella con más honor.

El que propuso el desafío halló el proyecto tan peligroso, que rehusó someter su valor a semejante prueba.

EL DUQUE Y EL VAGABUNDO

UN día, un vagabundo, cargado con su hatillo, iba por un bosque perteneciente al duque de Norfalk. Casualmente el duque lo halló y le dijo:

—¿Usted sabe que va por mis tierras?

—¿Por sus tierras? — preguntó el vagabundo.—Bueno; pero como yo no poseo tierra alguna, debo pisar necesariamente tierra ajena. Pero a propósito, ¿dónde adquirió el señor estas tierras?

—Me las legaron mis antepasados — dijo el duque.

—Y ellos, ¿cómo las obtuvieron?

—Las heredaron de sus antepasados.

—¿Y cómo las obtuvieron sus antepasados?

—Se batieron por ellas.

—¡Venga para acá, entonces! — exclamó el vagabundo, con bravura, arrojando el hatillo. — También yo quiero batirme para conquistarlas, como hicieron sus antepasados.

Más el duque, retirándose apresuradamente, no aceptó tan extraña proposición.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

¿QUE DESEA SEÑOR MENEGA? EXPLIQUEME LO QUE LE SUCEDE

VENGO A PEDIRLE AYUDA, Sr. TOM DIC. ME PASA ALGO RARO. ALGUN TIPO ME HIPNOTIZA, ME ORDENA QUE SALGA DE CASA Y QUE LE LLEVE UNOS MILES DE PESOS...

¿SABES QUIEN ESE? ES EL MUL MILLONARIO M NEGA

ES UN CASO EXTRAÑO. AL Sr. MENEGA LO VAN A DEJAR SIN UN CENTAVO, SI NO ENCUENTRO AL INDIVIDUO QUE LO HIPNOTIZA. OIGAN, MUCHACHOS VOY A NECESITAR LA AYUDA DE USTEDES. SIGANME.

A SUS ORDENES, TOM DIC

EL DETECTIVE DEBE IR SIEMPRE PREVENIDO PARA REPELER ALGUN ATAQUE

AHI VA EL SEÑOR MENEGA... MIREN... CAMINA COMO UN ORANGUTAN... ESTA HIPNOTIZADO

¡GUAU!

RRRRRRR

¡GUAU!

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved

PORTE PAGO

CARAVANA NOCTURNA

Por Dudley Hoys

Como el amor de una mujer y la fidelidad de un perro, salvaron a un hombre de una muerte atroz.

20 cts.

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 413 - AÑO XI

Agosto 28 de 1931

Buenos Aires

Pepita y sus compañeros...

...los bailarines acrobáticos...

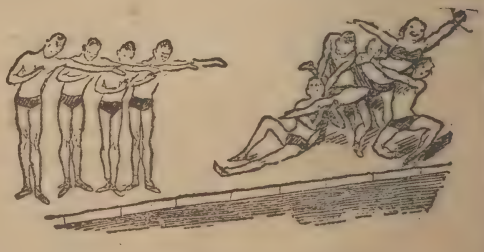
...obtenían muy señalados...

...éxitos...

...pero en el transcurso del tiempo, por lo que engordó...

...se vieron obligados...

...a aumentar...



...su troupe para no interrumpir el número.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 413. -- AGOSTO 28 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

CARAVANA NOCTURNA

Por DUDLEY HOYS

EL animal que corria delante de los dos jinetes tenía extravagante apariencia. En un paisaje de campos y setos se le hubiera tomado por un collie mestizo. En una masa de callejuelas, calientes y fétidas, hubiera pasado por el perro vagabundo, común de Oriente.

Aquí, sobre el polvo tostado por el sol, que parecía temblar en la ola de calor, sugería principalmente al chacal; pero un chacal alegre, fanfarrón.

En Masjid tenía fama de contar las tres razas en su ascendencia. Holford, que le había dado el nombre de Kishm, juraba que su padre había sido un collie, propiedad de un ex-Residente de aquellos lugares. Y la gente creía la palabra de Holford, porque Kishm y él eran fieles amigos.

A despecho del calor de la mañana, Kishm se mostraba petulantemente activo. Sus mandíbulas separadas parecían reir. Su cuerpo, marrón rojizo, movíase enérgicamente. Echaba a correr por el polvo, giraba, volvía junto a los jinetes y ladraba de un modo que parecían carcajadas.

—¡Sal de aquí, viejo idiota! — dijo Holford afectuosamente.

—Parece encantado de la vida — contestó su compañero, John Morris, gerente de la Eastern Oil Company, de Masjid.

—Siempre lo está.

Por un momento o dos Holford siguió sonriendo. Luego cambió su expresión. Su boca, bastante grande, se apretó y en sus ojos apareció un brillo que reveló a Morris que algo se preparaba. No le sorprendió. Había adivinado que el Oficial de Policía tenía algunas buenas razones para invitarlo a aquel paseo matinal.

—¿Qué pasa, Mark?

Esta agitación en Masjid, señor. Cada día se ponen peor las cosas.

Morris frunció el ceño. Holford debía hallarse enterado de esas cosas y estaba muy lejos de ser alarmista.

—¿Quiere decir que... hay peligro?

—Por el momento, no. Pero, a menos que se haga algo... — Holford miró por encima de su hombro, hacia atrás e instintivamente Morris siguió su ejemplo.

Al pie de las montañas persas se agazapaba Masjid, una masa borrosa de paredes blancas, coronada por la resplandeciente cúpula de la mezquita. Hacia el este estaba el barrio europeo y todas las construcciones relacionadas con los pozos de petróleo; las grúas y aparatos formaban bizarro contraste con el resto de la ciudad.

Morris miró con expresión grave. Masjid estaba muy aislada. Por cada uno de los pocos europeos que había allí, incluso su hija, se contaban cientos de obreros kurdos y sagawnds, normalmente mansos y dóciles; pero...

Las arrugas de su frente se profundizaron. El puesto de administrador local y gerente era de mucha responsabilidad. El manejo de aquellas vidas e intereses podía ser una ganga cuando las cosas marchaban bien. Pero, si ocurría algo...

Suspiró, volvióse a Holford y esperó.

—El hecho es que estoy preocupado, señor — dijo Holford — Siempre hay, como es natural, un elemento descontento. Cualquier "ulema" u otro santón que venga del desierto y les diga una porción de fanáticas tonterías, los agita un rato. Pero eso no tiene importancia. No significa nada de particular. Pero últimamente hay una marea de inquietud, que se advierte más cada día. Estoy seguro de que se trata de una agitación organizada.

—¿Agentes bolshevikes, acaso?

—Sí.

—¿Sospecha de alguien?

Hubo una pausa. El rostro juvenil de Horfold tomó expresión curiosamente dura.

—Sospecho y cuando lo nombre usted se reirá. Pero le explicaré mis razones antes de darle el nombre. ¿Sabe como paso la mayor parte de mis noches?

Morris asintió con la cabeza. El Oficial de Policía se ponía a veces albornoz y kefieh o cualquier otro atavío nativo, yendo a los bazares después de obscurecer, a escuchar las conversaciones. Era un método acertado para calcular el estado de ánimo de la ciudad.

—He oído muchas charlas ociosas, pero significativas. Parece que se prepara algo gordo y nadie sabe que. Evidentemente el que trabaja es hábil. Yo conozco a todos los agitadores de Masjid. Son simples fanáticos, nada inteligentes. De modo que el hombre de quien sospecho es forastero. Tiene fácil acceso al lugar y puede ir y venir sin despertar sospechas.

Morris empezó a alarmarse.

—¿Supongo que no querrá usted referirse a Rezil Kham?

—Al mismo — contestó Holford.

—¡Pero hombre de Dios! ¡Rezil Kham! ¡El mercader más rico de este costado del Ispaham, considerado por las autoridades como un dios del comercio! No se atreva a sospechar de él. Se juega el puesto.

—Ya pensé que se iba usted a sorprender...

—¡Sorprender!... Yo... — Morris hizo un gesto.

Durante diez años Rezil Khan había hecho correr sus caravanas entre el interior de Persia y el distrito de Masjid. Sus camellos y burros traían alfombras y sedas para ser conducidas al Golfo y exportarlas. Llevaban de vuelta cueros, granos y mercadería variada. La caravana venía regularmente todas las semanas. Los naturales que deseaban viajar en seguridad hasta Ispahan o cualquier otra parte, se unían a ella, mediante el pago de una pequeña cantidad. Las tribus de las montañas, a quienes Rezil Khan pagaba "kharvah" o salvo conducto en dinero, nunca soñaban en atacar la caravana. Esta se había convertido en una institución y las autoridades, en interés de la diplomacia, consideraban a su organizador personaje de gran importancia.

Holford se rió secamente.

—Es increíble ¿verdad? Yo hace tiempo que sospecho de él. Se muestra demasiado favorable a los europeos en su profesión para que sea sincero. Es el único hombre que

puede ir a cualquier parte. Tiene mucha influencia y... es muy inteligente. Si me lo pregunta, le diré que lo creo agente pagado por los bolsheviques. Ellos probablemente lo iniciaron en ese negocio de la caravana hace diez años con la idea de tener luego un agente que fuera persona grata a las autoridades. Luego, cuando llegara el momento, podría promover una insurrección que nos cueste nuestros pozos de petróleo. El solo hecho de que no haya podido yo descubrir nada definido en la ciudad, prueba de que detrás de esta agitación hay algo diabólico.

—Es usted desagradablemente convincente — dijo Morris — Pero ¿cómo se propone conseguir pruebas?

—Uniéndome a su próxima caravana como un humilde artesano persa que regresa a Ispahan. Si no logro descubrir algo por el camino...

—Es arriesgado — dijo Morris inquieto — ¡Oh! ya sé que usted se introduce a menudo en el bazar; pero es distinto. Allá estará usted en la soledad, sin la menor esperenza de auxilio. Supóngase que Rezil Khan sea realmente un bribón y que descubra quien es usted...

El encogimiento de hombros de Holford fué valeroso.

—Tengo que correr ese albur... Después de todo, estoy acostumbrado al juego. A riesgo de ser inmodesto, diré que hasta ahora no he cometido ningún error.

Morris asintió con la cabeza de mala gana. Pensaba en su hija Irene. Ella y Holford estaban comprometidos.

Holford lo miró.

—Se lo que está usted pensando, señor — dijo suavemente — Pero no me pasará nada.

Así que, después de un rato de discusión, Morris se avino al plan y ambos dieron vuelta sus caballos, regresando a Masjid. El perro rojizo iba adelante, saltando, moviendo la cola, vibrante su delgado cuerpo, proclamando la excelencia de la vida.

Cuando Irene se enteré del proyecto sus ojos color violeta se enturbiaron y su mano apretó instintivamente la de Holford.

—¿Tienes... tiones necesariamente que hacerlo, querido? — dijo — ¿No hay algún otro medio?

—No te preocupes — contestóle él con acento ligero — No corro ningún peligro.

Ella asintió lentamente la cabeza, procurando ocultar su miedo. La vida en aquellas regiones la había enseñado a ser valerosa. Pero sabía lo que le esperaba mientras su novio estuviera ausente... horas de angustiosa inquietud.

El le rodeó los hombros con su brazo.

—Será para mi un gran triunfo si puedo probar lo que sospecho de Rezil Khan. Y

A la cabeza de la caravana marchaba Rezil Khan, con algunos de sus principales hombres.

un tremendo alivio para tu padre. Hay una tensión desagradable en Masjid en estos momentos.

—Sí, Mark — contestó ella — Comprendo. Pero tu ausencia será notada. Eso es lo que me asusta. Algunos de esos conspiradores nativos pueden atar cabos y...

—No me parece.

—Está Jedrah. El sabrá a primera hora de la mañana que te has ido.

—No importa. Aunque sospeche algo, es fiel.

—Quisiera yo creerlo — dijo la joven ansiosamente.

Holford se echó a reir.

—Mi querida, confío en Jedrah hasta el límite. En diez años nada he descubierto en contra suya. Sólo porque el pobre tiene una cara bastante siniestra sospechas que es un traidor. No es razonable ¿verdad?

Ella suspiró.

—Supongo que no. Pero la intuición vale algo, aunque te rías de ella.

Irene tuvo una visión mental del hombre a quien discutían, el sirviente particular de Holford, mezcla de kurdo, árabe y persa. Por alguna causa no podía ella convencerse de su lealtad, no obstante el brillo de sus antecedentes.

Los errantes ojos de la joven miraron por la ventana la ciudad, ahora fantásticamente bella bajo el brillante sol. Era una mezcla de paredes blancas y sombras purpureas, sobre la cual la mezquita parecía pintada al pastel. Detrás, las montañas aparecían como una corona de rubíes.

Irene experimentó un extraño extremecimiento. Nunca había podido sentirse tranquila en Masjid. Los rostros europeos, las máquinas para extraer el petróleo, las canchas de tennis, todas esas apariencias exteriores de civilización acentuaban solamente para ella la obscura sutileza del otro lado. Era como vivir, pensaba Irene, con un tigre domesticado que, en cualquier momento, podría revelar su verdadera naturaleza.

—Desearía que alguien te acompañara, Mark — dijo al fin.

—Es imposible.

—Lo se. Pero si llevaras, mira, hasta Kism sería mejor que nada — se rió un poco nerviosamente — Es el ser más inteligente, de cuatro patas, que he conocido.

Holford le dijo con tranquila confianza.

—Dentro de tres o cuatro días estaré de vuelta. No tienes por qué preocuparte.

Al oir eso, sonrió ella valerosamente y replicó.

—No; naturalmente no hay por qué.

Holford quedó contento. A las diez de aquella noche, vestido con un sucio albornoz marrón y un casquete grasiento en la cabeza, salió de su residencia oficial y se encaminó por las angostas calles. Como Manouriz, artesano persa, recientemente empleado en Bushire y que iba a visitar a su familia que vivía en una aldea cercana a Ispahan, se alabó de que tenía una historia bastante completa para convencer al más desconfiado.

Con el cuerpo un poco inclinado, dirigióse hacia la puerta norte de la ciudad, donde la caravana de Rezil se preparaba para partir a media noche y hacer así una buena distancia en las horas de fresco.

Cien yardas detrás, deslizándose silenciosamente sobre el polvo, aprovechando para ocultarse todos los trozos de sombra, lo seguía una furtiva figura.

Era Jedrah que lo había visto salir.

Después de pagar los cinco "tomans" y contestar satisfactoriamente un número de preguntas, se le permitió al persa Manouriz ocupar un sitio a retaguardia de la caravana. Esta partió a media noche. Era una larga y sinuosa columna, deslizándose por el sendero de la montaña, como una gigantesca serpiente a la luz de la pálida luna.

A la cabeza iba Rezil Khan, sobre una mula blanca, arabe, acompañado por algunos de sus hombres principales. Detrás, los arrogantes camellos marchaban en fila; sus cargas, sujetas con cuerdas, se balanceaban con cierto ritmo. La retaguardia estaba formada principalmente por los humildes y flacos burros, cuyas grandes cargas les daban aspecto grotesco; sus pequeños cascos resonaban sobre el suelo. Además de los guardianes, iban algunos pequeños mercaderes que marchaban de a dos y de a tres, conversando guturalmente.

Al frente, escoltado por dos de sus hombres, Rezil Khan se había alejado bastante de la caravana. En sus ojos había un curioso resplandor rojizo. Su rostro, moreno y aquilino, tenía expresión sombríamente divertida.

—¡Qué Allah bendiga a Jedrah! — decía suavemente — Si no nos hubiera traído esa noticia...

Los dos hombres movieron las cabezas en señal afirmativa. Uno alto, fornido, de rostro picado de viruelas, murmuró:

—¿Cómo vamos a matarlo? Aquí hay demonios. Nada se les oculta.

Rezil Khan se echó a reir. La risa parecía un gruñido de fiera y sus dientes blancos relucieron.

—Os diré como. No lo mataréis — se volvió a reir, mientras los otros pronunciaban blasfemias en su sorpresa — Cierto, son demonios y si lo matáramos, podríamos ser conducidos a la horca. Pero hay otros medios. A veces los hombres mueren de sed y de calor — su voz bajó — Escuchad bien mis palabras y tened cuidado de no fallarme porque si no, por la reliquia santa de Najaf...

No tenía necesidad de amenazar. Como subordinados suyos en la propaganda bolshevique, desarrollada con infinita cautela y verdadera paciencia oriental en largos años y ahora casi pronta para incendiar Masjid, sabían bien lo que les ocurriría si la verdad llegaba a oidos de las autoridades.

—Esperaremos hasta una hora antes del amanecer. No habrá luna.

De un modo lento, deliberado, como si saboreara cada palabra, Rezil Khan les dió sus instrucciones. Sólo cuando hubo terminado se reveló el ardiente odio que ardía en el corazón del jefe.

Su rostro delgado tomó la burlona y feroz expresión de un sátiro.

—¡Cuanto daría por quedarme y verlo morir lentamente! — murmuró — Pero no puede ser. Tiene que morir solo. Después... — su mano huesosa hizo un ademán y los dos subordinados sonrieron.

A las tres, la caravana hizo alto en un amplio barranco, entre las montañas. Se encendieron fogatas con ramas espinosas que iluminaron con reflejos rojizos, las rocas, los rostros morenos, los caños de los rifles, la blancura de los burros y las formas desairadas de los camellos. El agradable aroma del café perfumó el aire. Se sacaron muchas "huquah" y fumando aquellas pipas, calentadas con agua hirviendo, los conductores y mercaderes se pusieron en cuclillas a conversar.

Holford holgaba, sin llamar la atención, cerca de una de las fogatas. Su intención de escuchar fué recompensada pronto. Hubiera lanzado un grito de triunfo al oir la observación de un mercader. Le dio un dato valioso sobre las actividades de Rezil Khan.

—Unos cuantos informes más de esta naturaleza — se dijo a sí mismo — y tendremos al amigo Rezil en la red.

Andaba de acá para allá, sin perder palabra, tamizando los granos valiosos de la cáscara de la murmuración, satisfecho al pensar que, antes de que la caravana llegara a Ispahan, le sería revelado todo el complot.

A las tres y media, la caravana se puso nuevamente en marcha entre los profundos

El corazón de Irene perdió un latido al ver que una figura furtiva seguía a Holford

barrancos. La luna, baja en el cielo, fue tapada por las barreras de roca y reinó una obscuridad, pesada y tibia. Las pisadas de los camellos y la monotonía de aquel avance lento, en la obscuridad, tenían un efecto arrullador. Holford parpadeó varias veces.

Lo hizo despabilarse una repentina y pintoresca maldición. Miró y vio qué el bulto, toscamente hecho, a lomo de uno de los burros, se había resbalado.

Un hombre trataba de volver a colocarlo en su sitio.

—¿Quiere ayudarme? — le dijo el hombre a Holford — Sujete al burro. Tenemos que sacar la carga y apretar la correa.

Holford accedió bondadosamente y mientras la caravana seguía su camino en la noche, los dos quitaron al burro la carga, la dejaron en el suelo y procedieron a ajustar las correas.

El hombre del burró lanzó un gruñido impaciente que debió ser una señal porque sin saberse de donde saltó una figura.

Holford no tuvo oportunidad de defenderse. Algo blando, pero pesado, pególe violentamente en la nuca. Un par de manos de acero le taparon la boca y la nariz. El hombre del burro lo agarró de las muñecas. Holford luchó unos segundos, mareado, luego, sintió que se ahogaba y quedó inmóvil.

Le metieron una mordaza en la boca, le ataron rápidamente muñecas y tobillos.

Cuando la respiración se restableció en sus doloridos pulmones, sintió Holford que lo llevaban a algún sitio elevado.

—Aquí — murmuró una voz ronca.

Fué tirado sobre la dura roca. Ambos se agacharon, alzaron trabajosamente pesadas piedras y las pusieron sobre el cuerpo indefenso. Con cinco o seis hicieron encima de él un montón, dejándole la cabeza expuesta. Antes de que el cerebro de Holford se hubiera repuesto de los efectos del golpe, los dos hombrs desaparecieron en la obscuridad.

Cuando informaron de lo que habían hecho al jefe de la caravana, los delgados labios de aquél se curvaron con sonrisa de cruel satisfacción.

—Muy bien — dijo — Mañana estará muerto. El calor y la sed darán cuenta de él. Y si alguna de esas malditas máquinas que vuelan por el cielo pasa, no verá más que un montón de piedras ¿verdad?

Rezil Khan se echó a reir.

En los últimos años había llegado a comprender el poder de los aeroplanos y de la radiotelegrafía para contribuir al castigo de crímenes y sediciones, aún en las salvajes fronteras de Persia. Pero el cuerpo de Effendi Helford estaba a cubierto de la observación de algún aeroplano que acertara a pasar.

—Dentro de dos días — dijo Rezil Khan — mandaré cortar las ligaduras y quitar las piedras. Los chacales y halcones serán rápidos en su trabajo. Quizá encuentren los huesos. Pero ¿qué pueden probar?

—¡Allah es grande! — dijo el hombre de la cara carcomida.

—¡Allah es grande! — repitió Rezil Khan y su rostro brilló de satisfacción.

En lo alto del declive rocoso, sintiendo que su carne empezaba a entumecerse por el peso de las piedras, Holford había recobrado el conocimiento y contemplaba impotente el cielo. Podía mover un poco los pies y las manos... quizá un par de pulgadas; pero nada más. Ciertamente no podría librarse de aquellas ligaduras. La misma impotencia de su situación era un desafío. Holfort tironeó y forcejeó con las rodillas y el pecho hasta que la respiración salió penosamente entrecortada por entre la asfixiante mordaza. Después de un descanso, probó de nuevo. Era como si hubiera intentado derribar las paredes de piedra de una prisión.

Pensamientos amargos, de reproche a sí mismo, ocupaban la mente de Holfort. Aquello era obra de Rezil Khan. De eso no le quedaba duda. Alguien lo había traicionado. ¿Pero cómo ¿Cómo?

Por un rato, aquella pregunta le impidió pensar en lo que le esperaba. Los primeros rayos grises de la aurora atravesaron la noche. Levantóse una ligera brisa, aleteó y murió. La obscuridad fué disminuyendo, siendo reemplazada por un crepúsculo vago. Siguieron resplandores rosados y al fin el disco del sol apareció por encima del borde de roca.

Holford miraba extenderse la luz. Pronto sería día pleno. El sol, en todo su terrible poder, caería sobre su cabeza expuesta. Antes de que llegara la noche...

Luchó contra el desalentador pensamiento, esforzándose en considerar cualquier remota esperanza de salvación. Pero la razón implacable le dijo que no había ninguna. La única caravana que seguía aquella ruta era la de Rezil Khan. Y aunque alguna banda de nómadas pasara ¿a qué iba a ascender a aquel picacho de roca?

La visión de Irene levantóse de pronto ante los ojos de Horfolt. Le produjo honda desesperación. En un impulso de impotente furia trató de alzar las piedras que lo cubrían; pero eran muy pesadas.

Empezó a hablarle a Irene con la imaginación. Supuso que estaba allí, junto a él y esto lo ayudó a vencer el pánico.

—De algún modo me libertaré, queridita. Rezil Khan está descubierto. Me salvaré. Te amo tanto que nada puede matarme. Vamos a pasar años gloriosos juntos ¿No es verdad?

Un zumbido distante le trajo alguna esperanza. Hacia el sur se veía una mancha en el cielo. Lo vio claramente: era un biplano. Lo vio volar por encima, rehusando admitir que había pasado, rumbo al norte, sin advertir nada.

—Han descubierto algo — decidió — Dentro de una hora o dos...

La esperanza lo animó hasta que una hora más tarde vio volver al aeroplano. Volaba más lentamente, como explorando. Gra-

dualmente desapareció hacia el sur y los ojos de Holford tomaron expresión de espanto. En el fondo de su corazón sabía que estaba condenado. El sol calentaba ahora. Ya le ardía de sed la garganta.

Pero su valeroso espíritu le conservaba la tranquilidad. Evocó la visión de Irene y ella le hizo compañía, mientras aguardaba, serenamente, el fin.

El traidor Jadrah era hábil; pero había olvidado algo: que dos pueden espiar a la vez. Mucho tiempo había acechado en la sombra, esperando que Holford saliera disfrazado. Nunca se le ocurrió que, a su vez, podría ser vigilado.

Quizá era porque sabía la confianza que se le dispensaba.

Pero, por una vez, se equivocaba. Había logrado engañar a hombres que tenían experiencia en las modalidades de Oriente; pero no logró ocultar la verdad a la amorosa intuición de una mujer.

Irene, inquieta ante los peligros que podían acechar a Holford en su temeraria misión, aguzó la mente, pensando en todas las posibilidades contrarias. Una sobresalía en su afiebrada mente: la desconfían en Jedrah.

¿Si estuviera enterado de algo? ¿Si hubiera espiado a su amo?

Aquellas preguntas fueron para Irene un aguijón. Salió calladamente de su casa, eligió un sitio en que dos paredes proyectaban profunda sombra y esperó que Horfold saliera con su disfraz de persa.

Por último apareció y el corazón de Irene perdió su latido al ver alzarse en la sombra una figura para seguirle. Al pasar rápidamente por un trozo bañado de luna, la joven reconoció a Jedrah.

El rostro del padre de Irene se puso grave cuando ella volvió con la noticia. Pero habló tranquilamente.

—Sí. Tenías razón, después de todo.

—¡Tienes que hacer algo! — exclamó ella —Tienes que hacer algo enseguida.

Ocultando intencionalmente su ansiedad, Morris dijo:

—No hay por qué asustarse. Rezil Kham puede ser un traidor; pero no es tonto. Tienes que recordar, además, que Mark se ha propuesto descubrir el origen de esta agitación. Si ese miserable de Jedrah se lo ha contado todo a Rezil Khan y este "es" un agitador, rehusará simplemente admitir al supuesto persa en su caravana. Preferirá hacer eso a colocar la cuerda en derredor de su cuello.

Irene se extremeció:

—Pero papá... Te digo...

—Espera un momento, niña. Si Rezil Khan no es un agitador, no tendrá nada que ver con Jedrad y Mark no corre peligro alguno. Oficialmente, al menos, Razil Khan es persona importante y no puedo hacerlo arrestar o detener su caravana sin pruebas.

—¿Y entonces? — dijo ella con impaciencia febril.

—Haré esto. Telegrafiaré a Abadan que envíen un aeroplano, al amenecer, con instrucciones de detener la caravana y arrestar a un persa llamado Manouriz que es requerido por la policía. Por ese medio podremos traerlo a Mark sin despertar sospechas. Admito que la conducta de Jadrah me hace sospechar y quiero que Mark vuelva lo más pronto posible. Pero tengo que andar con cautela, por el mismo Mark. Sabes tan bien como yo lo que pensaría si hiciéramos algo que lo perjudique en su trabajo.

Irene se humedeció los labios. Su intuición le imploraba estar alerta. Pero el tranquilo razonamiento de su padre, especialmente sus últimas frases, la persuadieron a pesar suyo.

Movió afirmativamente la cabeza y sonrió algo nerviosa.

—Sí, comprendo.

Su padre le palmeó afectuosamente el brazo.

—Ve a acostarte, hija mía, y no te preocupes. Antes de la hora del desayuno lo tendremos aquí a Mark. Me comunicaré con Abadan en seguida.

Irene se fué a acostar; pero no durmió. Pasó horas desvelada, ansiosa, hasta que un poco después del alba oyó el ruido de un aeroplano

Aquel sonido era consolador. Los labios de Irene se movieron en una plegaria de parcial alivio. Se puso un tapado y salió, en la frescura de la aurora, para observar el aeroplano que se dirigía al norte.

Alguien resopló suavemente. Era Kism, que salió de entre un grupo de palmeras y vino a acariciarle la mano.

—¡Hola, viejo! — murmuró Irene — ¿Dónde has estado? ¿Anduviste otra noche de parranda ¿Ves ese aeroplano? Pronto volverá trayendo a Mark. Yo no estaré tranquila hasta que se encuentre aquí, al lado mío.

Kism movió el muñón de su cola y olfateó el aire de la mañana.

—Quizá soy una tonta, pero tengo el presentimiento... tengo el presentimiento..., — lanzó un suspiro y movió la cabeza, perpleja y nerviosa — No se, Kism. A veces pienso que la gente recibe aviso antes de que sucedan las cosas. Pero ¡qué tontería! ¿no? Si no lo quisiera tanto, sería yo más razonable.

Se quedó allí con el peludo Kishm hasta que el aeroplano se perdió en el horizonte.

—Dentro de pocos minutos, viejo, avistarán la caravana.

Irene tenía razón. El teniente de aviación Terrick, con instrucciones para detener la caravana procedente de Masjid y arrestar al persa Manouriz, que era en realidad un oficial de policía, se inclinó fuera de la cabina y gritó a los dos sargentos:

—Ahí está.

—Sí, señor — gritó uno, entre el ruido del motor — Pero ¿dónde aterrizamos?

—Un poco más al norte hay una extensión plana — el dedo de Terrick estaba sobre su mapa de aviación.

El aeroplano aterrizó sin inconvenientes. Un sargento quedó custodiando el aeroplano; Terrick se llevó al otro y fué al encuentro de la caravana.

Diez minutos más tarde, Rezil Khan saludaba, llevando la mano a la frente, al aviador y hacía detener la larga columna.

—Tengo órdenes — dijo Terrick — para arrestar a un persa que viaja en su caravana, a un tal Manouriz.

En el rostro de Rezil Khan se reflejo suave sorpresa.

—Se le buscará, Effendi — contestó en excelente inglés. Se dió vuelta y llamando a uno de sus subordinados le ordenó que se dirigiera a retaguardia.

El hombre volvió gesticulando y habló apresuradamente. Los ojos de Rezil Khan se dilataron. Actor hábil, levantó las manos y pareció sorprendido.

—Effendi, el hombre no está aquí.

—Déjese de tonterías — dijo Terrick bruscamente — ¡Vamos! Tráigalo.

Rezil Khan se deshizo en disculpas.

—Por la barba del Profeta, le juro que el hombre no está aquí. Cierto que partió con la caravana. Estaba presente cuando hicimos alto a mitad de camino. Pero ahora ha desaparecido. Debe haberse ido durante la noche. Mis hombres no le vieron. Estaban durmiendo.

Terrick miró a Rezil, que movía la cabeza con suave pesar.

—Yo hablaré con algunos de los hombres — dijo.

Recorrió la línea y con su limitado vocabulario árabe y persa interrogó aquí y allá a los hombres. Nada descubrió y dijo en voz baja al sargento:

—¡Mala cosa! Creo que Rezil Khan ha dicho la verdad. El señor Holford no está aquí. Si estuviera, sospecharía que algo pasa y me haría alguna señal.

—¿Cree que lo hayan matado, señor? — preguntó el sargento.

—No me parece. Saben que serían descubiertos. Es un asunto endiablado. Me han dicho que proceda con mucho tacto. Rezil Khan es un hombre poderoso y no hay que ofenderlo... a no ser que se le pruebe que es un bandido. Es como si le recomendara a uno capturar a un león sin lastimarlo.

El sargento hizo una mueca.

—Quizá, señor, — sugirió — el señor Holford se haya ido cuando hicieron alto. Es posible que se hubiera enterado ya de lo que deseaba saber y ahora se halle en camino de Masjid.

—Puede ser que tenga usted razón — dijo Terrick, respirando fuerte, en su irritante incertidumbre.

Era un aviador capaz, muy inteligente. Pero le parecía que no era posible hacer nada. No podía arrestar a toda la caravana. Si lo arrestaba a Rezil Khan sería bajo su sola responsabilidad y, no estando autorizado, podría provocar su acción algún disgusto en las altas esferas. Le pareció que la sugestión de su sargento era probable. Casi con seguridad, Holford habría descubierto lo que quería saber, escabulléndose luego en la obscuridad.

Se volvió a su sargento.

—Volvamos — dijo — Volaremos bajo y lo buscaremos. No puede hacerse nada más.

En consecuencia dió permiso a Rezil Khan para que la caravana siguiera y volvió al aeroplano. Rezil Khan lo observó elevarse, con maligna sonrisa.

—En verdad, — dijo — que estos infieles son muy estúpidos.

Su subordinado del rostro picado de viruelas sonrió admirativamente.

Volando bajo y describiendo un amplio círculo de cuando en cuando, el aeroplano emprendió su vuelta a Masjid. Terrick y uno de los sargentos miraban constantemente hacia la tierra, registrando los rocosos barrancos y lomas.

Una vez Terrick señaló:

—¡Hola! Que le parece eso?

El sargento esforzó sus ojos, frunció el ceño y luego movió la cabeza negativamente.

—A mi me parece sólo un montón de piedras, señor.

Así fue recompensada la previsión de Rezil Khan. El aeroplano se alejó por el cielo y Holford quedó en la estéril roca, expuesto al creciente calor.

———

El cielo era un arco incendiado. La desnuda roca irradiaba calor. El aire era sofocante, como si toda su porción de oxígeno se hubiera quemado.

Un período de coma se apoderó de Holford. Durante mucho tiempo el tormento de la sed había mantenido sus sentidos razonablemente claros. Había imaginado frescos y brillantes arroyos, a él mismo hundido en las cristalinas aguas, tomando grandes sorbos que calmaban el ardor de su garganta.

Pero al ascender el sol hacia el meridiano, sus rayos caían más a plomo sobre sus sienes y una especie de mareo se apoderó de él. Fué como si lo balancearan sobre un pozo sin fondo.

Pasó el mareo. Tuvo un período de lucidez. Luego se apoderó nuevamente de él el estupor.

Su espíritu viajaba por el pasado. Casi olvidó que se encontraba abandonado sobre aquella roca caldeada por el sol.

Aquella divagación tenía toda la realidad de un sueño. Y como un sueño terminó. El calor de cera derretida rompió el hechizo. La cabeza de Horfold daba vueltas.

—Esto no puede durar mucho más... Me gustaría dormir, querida. Sería más fácil. Este lento esperar... es duro.

Lo envolvió otra ola de mareo. Sus sienes latían tumultuosamente. Luces deslumbradoras temblaban ante sus ojos. Ruidos que él sabía eran imaginarios turbaban el silencio

—Es el principio del fin, querida. Lo siento mucho. No puedo impedirlo... no puedo luchar — el delirio se apoderó de él. Mordió la mordaza en un último esfuerzo de desafío.

PROXIMAMENTE EN

P U C K Y

Los Cowboys Footballers

Emocionante serie de aventuras en el Far West, por

G. W A L L A C E

Encargue con tiempo su ejemplar de PUCKY si no quiere perder ningún episodio de está interesantisima obra

—Veo moverse sombras. Oigo ruidos. Y sé que no existen. Lo siento, querida. No puedo impedirlo. Son golpes, repiques. Están en mi cabeza. Significan...

Cerró un rato los ojos. Cuando los volvió a abrir sonreía vagamente.

—Te oí hablar ¡Qué locura! ¿no? Tú estás en Masjid. Pero te oí hablar.

Una especie de niebla lo envolvió. Su cabeza cayó más pesadamente sobre la roca. Pero las torturadoras irrealidades despertaron sus desfallecidas energías. Distintamente oyó ladrar un perro y aunque sabía que era un fantasma de su delirio, se esforzó para levantar la cabeza y escucharlo.

Le llegó ruido apagado de pasos que corrían. Se dió cuenta de un movimiento borroso. Una cosa fresca, húmeda, acariciaba su frente. Aún tenía miedo, creyéndolo una burla de su delirio.

Pero el largo hocico, la lengua, los alegres ladridos de Kishm no eran fantasmas. Los ojos abiertos de Holford distinguieron sobre él al perro rojo. Abajo se oían voces excitadas.

—¡Mark!

Irene, su padre, media docena de personas más, aparecieron sobre el picacho de roca. Irene se arrodilló junto a él, sus manos le tocaron la cara. Acercaron a sus labios una botella con agua y el fresco líquido le supo a gloria, le devolvía vida y energías... Kishm saltaba, ladraba y trataba de lamerle las manos.

Le quitaron de encima las piedras, cortaron las cuerdas, lo llevaron a la sombra del barranco.

—Estoy bien... — su voz era un graznido — Dejadme... descansar un rato. Decidme como... como...

Sus ojos no se apartaban de Irene. Parecían contemplar algo increíblemente milagroso.

John Morris exhaló un largo suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios! — dijo roncamente. — ¡Gracias a Dios!... No Mark, no se mueva todavía, tenemos que mantenerlo quieto.

—Estoy bien — repetía Mark — Contadme.

Así que, mientras Holford descansaba en la sombra, Morris le contó la traición de Jedrah y como Irene había vigilado al hombre. Le describió como había mandado un aeroplano desde Abadan y como Terrick había regresado perplejo y preocupado.

—Fueron Irene y Kishm quienes le salvaron — dijo — Morris — Si no hubiera sido por ellos... Cuando Terrick regresó con su informe todo me pareció perdido. Creí que Rezli lo había matado. Pero Irene...

—Yo nunca lo hubiera creído — dijo ella y sólo Holford comprendió el poder y la fe inmensas de su amor.

—No — dijo su padre — Ella no quiso creerlo. Salimos con un grupo de exploración. Pero podríamos haber registrado toda la vida estas lomas sin encontrarlo. Eso era lo que yo pensaba al partir. Fué Irene quien insistió en que trajéramos a Kishm. Terrick había descubierto donde hizo alto la caravana por la noche. Irene dijo que había que empezar por ahí nuestra búsqueda, dejando a Kishm que guiara. El lo encontraría en un desierto. Y no se equivocó.

Como si supiera que hablaban de él, Kishm paraba las orejas y tenía la boca abierta, con la lengua colgando, como si se riera. Luego apretó el hocico contra la barba de Holford y resopló suavemente.

—Nos pondremos en comunicación con Ispahan y allí lo esperarán a Rezli Khan — dijo ceñudo Morris.

—Por el momento lo único que importa es... — dijo Irene radiante. Y se arrodilló rodeando con un brazo a Mark y con el otro al perro rojo.

FIN

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

ANGELES DEL INFIERNO

De la producción cinematográfica, de Howard Hughes, que lleva el mismo título

(Continuación)

LICENCIA

MONTY y Bill Rutledge, los dos hermanos conocidos por los "Mellizos Celestiales" en el escuadrón 21, estaban parados delante del escritorio del mayor. Ambos pensaban que podría significar aquel repentino llamado y repasaban los acontecimientos recientes para hallarle una razón.

Monty, el más alto y buen mozo de los dos hermanos, recordaba haber llevado a una de las muchachas de la aldea a pasear en uno de los sidecar del escuadrón... cosa prohibida por los reglamentos. Bill pensaba en un mal aterrizaje que había hecho, dañando la parte inferior del aeroplano. Ambos estaban cuadrados, en actitud de atención, esperando que estallara la tormenta.

Pero el mayor alzó la mirada, sonriente.

—¡Hola, muchachos! — les dijo. — Voy a enviaros a pasar una temporadita a Inglaterra.

Monty se tambaleó sobre sus pies.

—¿Con li... li...cencia, señor? — preguntó débilmente.

—¿ L... l...ondres, señor? — tartamudeó Bill.

—Con licencia y a Londres — replicó el mayor fríamente. — Pero hay una condición. Tendréis solamente un día vuestro. Y luego desempeñaréis una tarea. Vais a llevar ese Bristol de dos asientos vuestro y aterrizaréis en el Aeródromo de Northam próximo a la ciudad. Si partís ahora, podréis llegar allá en las últimos horas de la tarde. Luego no tendréis nada que hacer hasta mañana por la tarde, en que regresaréis aquí escoltando un nuevo y gigante Hadley-Page, de bombardeo. Vosotros dos cometéis muchas calaveradas; pero sois los que mejor "record" tienen en el escuadrón y por eso os he elegido.

El mayor recostóse en la silla y sonrió, mientras los otros tartamudeaban sus gracias. Obtener licencia, aunque ésta fuera seguida por una misión peligrosa, era una bendición del cielo.

—Ahora escuchad — prosiguió el mayor. — Esta misión es de mucha responsabilidad. El nuevo lanza-bombas es un modelo de construcción secreta y tiene que llegar aquí en seguridad. Por ninguna circunstancia debe caer en manos de Fritz. Pero Fritz puede enterarse de su venida por su Departamento de Informes y es posible que os encontreis con unos cuantos Fritz en el viaje de regreso. No lo se; pero os aviso lo que puede suceder.

El mayor se levantó y empezó a pasearse por la pequeña oficina.

—Además del vuestro, habrá otros cuatro Bristols en la escolta — prosiguió. — El Estado Mayor ha decidido no correr riesgos, de modo que ha pedido a los cinco comandantes de los cinco escuadrones de línea que manden a sus mejores pilotos de Bristols y tiradores para el viaje. Con que ya estáis al corriente. Si Fritz no se entera de la venida del nuevo aparato, tendréis un viaje tranquilo y un día de licencia en Londres. Si se entera... os prevengo que es posible no regreséis. Fritz atacará lo más duramente que pueda. procurará abatir los aeroplanos de la escolta y luego llevar el nuevo lanza-bombas detrás de sus propias líneas para enterarse de su secreto. Pero ya hemos instruído a la tripulación del lanza-bombas para que incendie el aparato y se tire con paracaídas, si ocurre lo peor.

Se detuvo y miró sonriendo a los dos hermanos.

—Eso es todo — terminó. — No estáis obligados a aceptar esta misión; pero si queréis ir, es mejor que os preparéis para partir lo más brevemente posible.

—¡Gracias, señor! — dijo Monty haciendo la venia. — Si usted nos da permiso, nos retiraremos a prepararnos.

—Andaremos rápido — sonrió Bill, haciendo la venia y dirigiéndose hacia la puerta con su hermano. Pero el mayor habló mientras abandonaban la pieza, sin mirarlos.

—Una palabra aún — dijo. — Si yo fuera buen mozo, como algunos a quienes conozco, andaría hecho un borrico tras las muchachas; pero no lo sería hasta el punto de llevarlas a pasear en un vehículo del escuadrón.

—S..s..i, señor — murmuró Monty, poniéndose colorado hasta las orejas.

—Y si fuera yo tan buen piloto como otros

tendría más cuidado de no estropear las máquinas caras al aterrizar.

—¡Oh!... ¡ah!... claro está, señor — murmuró Bill haciendo un visaje.

—Naturalmente prosiguió el mayor mirando por la ventana — que si yo supiera que alguien de mi escuadrón hace cosas semejantes, tomaría medidas muy serias ¿comprendéis? Pero yo creo que no me informarán más en el futuro de cosas semejantes. ¿Me equivoco?

—Ciertamente que no, señor — dijo Monty calurosamente.

—Puede estar seguro de ello, señor — añadió Bill con la misma seguridad.

—Entonces — terminó el mayor — no tengo más que decir. Ahora apuraos y procurad volver sin agujeros. ¡Buena suerte!

Volvióse a su escritorio y mientras los dos jóvenes saludaron de nuevo y echaban a correr hacia los hangares, el mayor sacó de su cajón un par de hojas de informes y las rompió lentamente. Era un superior muy bueno. Quizá por eso el N. 21 era el "crack" de los escuadrones en el norte de Francia.

Entretanto, Monty y Bill habían penetrado en el dormitorio de los aviadores lanzando gritos de alegría. Los sorprendidos pilotos fueron desparramados a un lado y otro, mientras Monty daba una vuelta de carnero sobre una cama y caía de pie sobre el bloc de papel de escribir de uno de sus compañeros. Bill aumentó el bochinche dándole un puntapié a un banco donde había un hombre sentado, jugando a la baraja y ambos cantaban a voz en cuello toda clase de canciones triunfales y el estribillo:

—Nos han dado licencia... licencia. ¡licencia!

Aquí el dueño del block de papel agarró una pesada bota de campaña y se la tiró a Monty con certera puntería, mientras el que jugaba a la baraja le hacía una zancadilla a Bill y lo tiraba al suelo. Luego todos se lanzaron sobre los dos hermanos, los sujetaron y les preguntaron que quería decir aquella noticia.

El calvo, el americano, que se había unido a las fuerzas británicas, se sentó a horcajadas sobre el pecho de Monty y le retorció la nariz.

—Ahora, niño bonito, déjate de cuentos. ¿Con qué os vais con licencia? ¿A Londres? ¿Qué bolazo es ese?

—¡Ay!... — chilló Monty. — Déjame mi nariz que me la estropeas. Eres muy cariñoso al tenerme así sujeto mientras estoy cerca; pero...

Bill, sin embargo, entre risas y jadeos, había empezado a contar la historia y los demás le prestaban toda su atención. Hasta el Calvo dejó de divertirse con la nariz de Monty.

Cuando Bill terminó, los dejaron levantarse y ponerse sus mejores uniformes; pero El Calvo movió gravemente la cabeza.

—Yo creo que el mayor está chiflado — dijo. — Mandar a un par de idiotas como estos para semejante tarea y con licencia, además. Miradlos. Uno de ellos no es capaz de aterrizar sin destrozar la parte inferior de su aparato y el otro se sienta en la cabina a escribirles versos a las muchachas, en vez de manejar su fusil. ¿Os dais cuenta?

—Esta noche vamos a comer... una verdadera comida, en el Troc de Londres y a bailar después con "verdaderas" muchachas inglesas — sonrió Monty, abrochándose el brillante cinturón. — ¿Te das cuenta, Calvo? Pero no te aflijas, viejo. Les daremos un beso de tu parte.

Agarró el resto de su equipo de aviador y salió corriendo del dormitorio, detrás de Bill, que ya se había ido.

Los demás los siguieron y se reunieron en torno del aparato que los mecánicos habían puesto ya en marcha. Les gritaron las despedidas más insultantes que encontraron en su repertorio.

Un minuto más tarde, Bill, en los controles hacía correr su máquina por el aeródromo. Monty sentado detrás de su ametralladora, en la cabina posterior, sonreía y tiraba besos con ambas manos, como si fuera una estrella de music hall, que saludaba ante los aplausos. Luego el aparato se elevó en los aires, rumbo a la patria.

Estaba la tarde muy avanzada cuando aterrizaron finalmente en el aeródromo de Northam y descendieron de él para presentarse ante el oficial de guardia. Luego, habiéndoseles dado orden de que estuvieran prontos para emprener la vuelta al día siguiente, a las doce, casi salieron corriendo y detuvieron al primer taxi que pasó.

Emprendieron la marcha locos de alegría. Era la primera licencia que se les concedía en casi un año y cada uno de ellos pensaba que había que sacar del acontecimiento el mejor partido posible.

Fueron primero a cierta hostería selecta de West End, donde tuvieron la suerte de encontrarse con queridos amigos, de otras ramas del servicio. Luego toda la banda se dirigió a comer a un restaurant escandalosamente caro, salieron para ver un par de actos de "Chu Chin Chow" y terminaron yendo a bailar a un club que alguien conocía.

Monty, durante su jira por la metrópolis había coleccionado una gorra de cabo de policía y un delantal de mozo, cosas que se había puesto con gran orgullo. También coleccionó una muchacha muy linda, quitándosela a un capitán de artillería, con sorprendente rapidez y audacia.

El capitán, sin embargo, no pareció hallar a Monty tan divertido o fascinador como su ex compañera. Protestó. Bill y los otros lo llevaron lealmente hasta la puerta diciéndole que, si volvía, le obligarían a recitar "El Naufragio del Hesperus" en portugués.

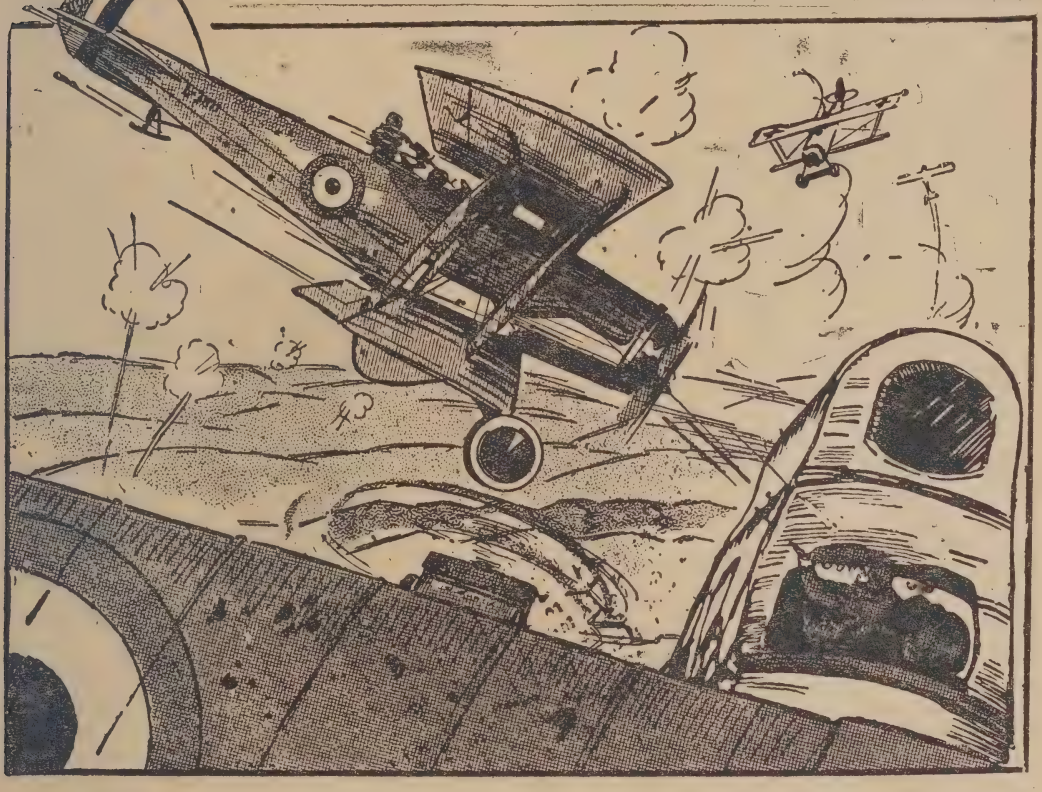
De modo que el capitán se marchó protestando amargamente y Bill y sus compañeros se olvidaron de él. Lo que fué lástima, pensándolo bien, porque el gallardo capitán volvió un poco más tarde, acompañado por algunos amigos.

Lo acorralaron a Monty, mientras Bill estaba distraído en otra parte y le cayeron encima, sacudiéndole duro y parejo. Lo separaron de su linda compañera, lo llevaron hasta la puerta de calle y lo empujaron abajo de los escalones con efecto espectacular que fué la delicia de algunos Tommies que pasa-

ban. Y sobornaron al sonriente y alto portero para que no lo dejara entrar más.

Cuando finalmente Bill encontró a su perdido hermano, Monty estaba sentado en los escalones de afuera, abrazado a un jovial marinero y cantando "Mi Dulce Genoveva", mientras su compañero hacía una especie de acompañamiento con la boca y dos policías los miraban con aire reprobador.

Como eran ahora más de las cuatro de la mañana y el trabajo del día siguiente exigía sueño, Bill persuadió a los dos para que se dieran una larga y musical despedida; luego hizo subir a Monty a un auto.



Bill descendió con su aparato y voló como una flecha, pasando sobre el lanza-bombas a menos de veinte pies. . .

A las once de esa misma mañana, ambos se levantaron, afeitáronse minuciosamente y fueron donde los esperaba su máquina, a la hora señalada. Ambos sentíanse con deseos de pasarse por lo menos una semana en cama y — como decía Monty — después de semejante noche la muerte sería una liberación misericordiosa.

Pero la broma tenía su lado trágico. Aquella mañana era una mañana de guerra y la sombra de la Muerte acechaba entre los pilotos, afilando la hoja de su guadaña, pronta para la cosecha del día.

BRISTOLS VERSUS FOKKERS

Mientras el comandante del aeródromo daba las últimas instrucciones al piloto del lanza bombas, Monty tocó en el hombro a Bill y se inclinó por encima del borde de su cabina.

—¿Te fijaste en aquel tipo, en el gran Lizzie? — gritó por encima del ruido del motor que funcionaba lentamente. — ¿No se parece a aquel alemán, compañero del pobre Karl, el que acostumbraba a venir a verlo cuando estábamos juntos en Oxford?

Bill miró, frunciendo las cejas, al piloto del lanza bombas. El Karl a quien se refería Monty era un muchacho alemán, muerto en un ataque de un zeppelín, cerca de Londres, como sabían ambos.

—Ciertamente se parece algo al amigo del pobre Karl — gritó Bill en contestación. — Pero no puede ser. No lo hubieran dejado incorporarse al R. F. C. Y., de todos modos, su gente lo hubiera mandado llamar desde el principio, como hicieron con Karl. Ambos eran miembros de cierto regimiento de conscriptos, en Mannheim.

Monty se rió.

—Bueno, ciertamente se le parece. Claro que no puede ser él, especialmente en una misión como ésta, cuando se han tomado toda clase de precauciones. ¡Larga... Bill! El guía da la señal de partida.

Se recostó en su asiento mientras Bill abría el motor y corría por el aeródromo con el resto de la escuadrilla. Ocupaban la posición número tres, cerca del guía y ligeramente atrás. El aeroplano se elevó rugien-

do y conservó cuidadosamente su posición, con el número opuesto.

En una hermosa formación de flecha, los cinco Bristols volaron por encima del aeródromo, mientras el gran "bombero" despegaba y partía en línea recta, a través de la ciudad y rumbo a la costa. Luego lo siguió el avión guía, ascendiendo hasta que alcanzó una altura de catorce mil pies y siguió zumbando sobre la gran máquina que estaba cinco mil pies, directamente, abajo.

Esta era la táctica correcta de la posición. Ninguna máquina enemiga podría atacar sin ser primero vista por la escuadrilla de escolta, que tendrían la ventaja, en caso de pelea, debido a su altura.

Esa posición fué mantenida mientras las máquinas zumbaron sobre los verdes campos de Kent, sobre la pizarrosa extensión del Canal y así en adelante, hasta que pasaron la costa francesa y dieron vuelta al norte, en dirección a las líneas.

Monty Rutledge se golpeó las manos enguantadas cantando una canción inaudible... inaudible por el rugido del motor que tenía a pocos pies, delante suyo. Luego hizo girar su arma sobre la montura y lanzó algunos disparos al costado para calentar el aceite dentro del mecanismo.

—Pim... Pom... Pom... Pim.

Cantaba Monty, haciendo que el arma siguiera el mismo absurdo ritmo, por diestro trabajo del gatillo, esperando que los hombres del próximo aparato oyeran su pequeña función.

Sin embargo, la sonrisa murió en sus labios, a la vez que lanzaba una prolongada descarga para llamar la atención del guía.

Porque, volando aún más alto, una escuadrilla de Fokkers descendía sobre la escolta, en forma de ángulo. Evidentemente habían estado esperando en la altura, ocultos por las nubes, que apareciera su presa.

Eran once fuertes monoplanos, con dos tiradores, las máquinas "crack" del Servicio Alemán. Y puesto que habían llegado hasta allí sin ser obstaculizados por ningún avión británico, era claro qué habían subido lo más alto posible para interceptar el paso a la máquina secreta y a su escolta.

¡La noticia, como lo temía el mayor, había trascendido!

La acción de Monty llamó la atención del guía hacia el hasta entonces invisible peligro, en el mismo momento en que los Fokkers descendían sobre la escuadrilla británica y volvían a subir, dejando tras sí el eco de sus disparos.

El número dos de la escuadrilla Británica se bamboleó inmediatamente de costado y un girón de humo negro brotó de su motor. Dióse vuelta lentamente, deslizóse sobre el lomo y luego se precipitó a tierra, de proa, envuelto en llamas y humo.

Pero mientras caía, el jefe dió la seañl de "romper filas" y el resto de las máquinas se separó y maniobró para recibir el segundo ataque de los Fokkers.

Volvieron a bajar, sus alambres cantaban siniestramente y sus ametralladoras escupían fuego. Por arreglo previo, rompieron su formación al descender para hacer frente a los Bristols que los atacaban y luego pareció que todo el cielo estaba lleno de aeroplanos que bajaban, subían, giraban, los unos alrededor de los otros, en una "pelea de perros", que rugía encima del gran lanza-bombas.

Dos Fokkers se precipitaron a tierra casi en seguida, uno incendiado y el otro con el piloto muerto encima de los controles.

Pero, aún así, las circunstancias eran desfavorables a los británicos. ¡Nueve aeroplanos contra cuatro! Aunque los Bristols podían disparar desde cualquier ángulo, debido a sus tiradores a la zaga, no tenían la velocidad de los atacantes.

Bill Rutledge volaba como un genio. Como piloto, tenía dos fusiles adelante, los cuales podía disparar, moviendo con el pulgar palancas en su timón de control. Derribó así a un tercer Fokker, a los cinco minutos, sin ayuda de Monty que, en verdad, ni siquiera lo vió cruzarse en su camino.

Un minuto más tarde, sin embargo, un Fokker bajó sobre ellos desde retaguardia y Monty hizo girar su arma apuntando a la hélice del avión enemigo, mientras las balas silbaban a su alrededor como un enjambre de avispas, desgarrándole las mangas, pegando contra la montura de su fusil y salpicando entre el fuselaje y la tela de las alas.

Una de las balas rozó el costado de la cabeza de Bill, arrancándole limpiamente los anteojos y dejándolo aturdido un momento. La máquina se inclinó violentamente de costado y empezó a bajar, con el motor rugiente, mientras las manos insensibles del piloto y sus pies abandonaban los controles.

Monty siguió aferrado a su fusil, procurando sostener el equilibrio en aquellos primeros y terribles segundos. Estaba seguro de que su hermano había muerto y sabía que, hasta que la máquina hubiera descendido algo y recobrado un poco más su nivel, no podría inclinarse sobre la cabina y sacar a Bill de los controles. Pero luego vió con intensa delicia que Bill se movía y sosteniéndose como mejor pudo, estiró un brazo y sacudió a su hermano.

—¡Cierra el motor, Bill! — le gritó. — Saca las manos y los pies y déjalo deslizar. ¡Despierta, viejo! ¿Estás mal herido?

Bill hizo un esfuerzo, movió la cabeza y enderezó el aeroplano. Levantó la mano hasta la cara, no encontró sangre y exhaló un suspiro de alivio.

—No es nada — gritó con voz temblorosa. — Un golpe que me aturdió un segundo. Pero no creo que me hayan agujereado todavía. ¿Y tú estás bien?

En aquel momento de alivio, sin embargo, Monty había advertido algo que lo sorprendió. Ahora se inclinó por el costado de su máquina, mirando hacia abajo sin contestar. De pronto señaló con el dedo y gritó:

—¡Mira el bombero! — gritó. — ¿No son esas las trincheras? ¿O yo confundo las cosas después de ese pequeño canto y baile tuyo? Dime. Bill ¿el bombero no da vuelta y se dirige directamente del lado de Fritz o es que yo me he vuelto loco?

Recobrado por completo el conocimeinto, Bill miró en la dirección indicada y él tam-

bién pareció estupefacto. Porque no quedaba duda de que el aeroplano de bombardeo había alterado su curso. Ahora dirigíase directamente del lado de las líneas alemanas y, lo que es más, el artillero de la cola veíase caído sobre su arma.

Sin decir palabra, Bill descendió con su aparato y voló como una flecha pasando sobre el lanza-bombas a menos de veinte pies. Mientras pasaba, tuvo una clara visión de la doble cabina del piloto y vió al ayudante de éste, con la cabeza caída y las manos colgando sobre los tobillos.

Una vez más volvió a bajar Bill, pasando delante de la gran máquina. Tanto él como Monty le gritaban al único hombre sobreviviente que volviera hacia las líneas británicas.

Pero el hombre que iba en la dirección, no les hizo caso. Un revólver colgaba de su cintura, sujeto por una correa; y de pronto comprendió Monty todo lo sucedido.

—¡Bill! — gritó, inclinándose hasta colocar su boca cerca del oído de su hermano. — Bill, ese hombre es el amigo de Karl Estoy seguro de que lo es. Y ¿no comprendes lo sucedido? Es un espía. De algún modo se proveyó de la identidad de piloto británico y papeles, para poder dirigir la máquina secreta. ¡Mira su pistola! ¿No está claro que mató a su ayudante y luego se dió vuelta y le tiró al pobre artillero de atrás? Y ahora dirige la máquina directamente hacia las líneas de los suyos, mientras los Fokkers entretienen a la escolta.

—¡Por Dios que me parece tines razón!— dijo Bill y volvió a bajar para ver más de cerca la máquina. Ahora estaba en "La Tierra de Nadie" y no tenía más que cerrar los motores para descender en territorio alemán.

Bill dió vuelta, vertiginosa, casi verticalmente y luego descendió sobre el bombero Cuando lo tuvo a tiro apretó las palancas disparadoras de su timón. Cuatro descargas partieron hacia el lanza-bombas, mientras el piloto se daba vuelta y vaciaba su revólver contra los atacantes. Mientras el Bristol pasaba por debajo, Monty hizo girar el fusil y le tiró al lanza-bombas, siendo recompensado por una nube de humo que brotó del fuselaje y violentas llamaradas.

Sin embargo, en ese mismo momento, oyóse un zumbido de alambres a su izquierda y una de las vigas del Bristol saltó en astillas, haciendo oscilar peligrosamente el ala. Monty se dió vuelta para tirarle al Fokker que había bajado para atacarlos; pero Bill, sabiendo que el ala no resistiría más, dió vuelta suavemente la máquina, dirigiéndola hacia las líneas británicas.

El Fokker también dió vuelta, sus fusiles eran dos puntos de luz lívida, detrás de la vestiginosa hélice. Monty giró su fusil hacia él y le envió descarga tras descarga, mientras las balas silbaban y pegaban a su alrededor. Bill no se atrevía a maniobrar con el Bristol inválido a fin de poner en juego sus propios fusiles. Sólo Monty podía mantener a distancia al Fokker.

Bill juró de pronto al sentir una sacudida del timón de control. Y luego... nada. Lo movió; pero estaba como muerto en sus manos, no producía efecto sobre la máquina y él sabía que los alambres del ala habían sido cortados.

Al mismo tiempo lanzó Monty un grito mientras el Fokker se precipitaba a tierra, esparciendo la hélice en una lluvia de fragmentos, caído hacia atrás el piloto con una mancha roja que se le iba extendiendo sobre la frente.

—¡Le acerté! — gritó enjugándose un hilo escarlata en su propia mejilla. — Y... mira al bombero, Fritz y Cía. no encontrarán mucho en él, aunque caiga dentro de sus líneas.

Bill miró al costado y vió al lanza-bombas o mejor dicho lo que quedaba de él, es decir una masa de llamas desde proa a la cola. Las balas habían dado en el tanque de nafta y cuando la máquina tocara el suelo había pocas probabilidades de que su secreto fuera descubierto.

Luego Bill dedicó toda su atención a su propio e inválido aeroplano. De algún modo tenía que obligarlo a aterrizar. Y no iba a ser ocupación agradable, dado el estado de sus controles.

Por algunos minutos observó el suelo y luego se dió vuelta y sonrió, bastante ceñudamente, por encima de su hombro.

—Espero que te gusten las manzanas, viejo— dijo a su hermano.

—¿Las manzanas? — repitió Monty estupefacto. — ¿Por qué?

Bill señaló un edificio que se veía, mismo adelante.

—Eso está muy cerca de nuestro aeródromo, como recordarás. Era una fábrica de sidra. No puedo dar vuelta el coche; así que... atropellaremos.

Dos aviadores magullados, con las ropas en girones, salieron de entre las ruinas de un edificio, sobre cuyo techo quedaba un Bristol, en actitud algo desafiante.

Se dirigieron al camino y mientras lo hacían un auto paró, bajando de él un capitán, que se dirigió a los fondos del edificio a examinar el desastre. No vió a las águilas caídas; pero éstas lo vieron a él. Era el capitán a quien le habían soplado la dama en Londres.

Sin decir palabra, Monty subió al auto y empuñó el volante, mientras oprimía el acelerador. Bill subió a su lado y un segundo después disparaban por el camino hacia el aeródromo, que quedaba a dos millas de distancia.

Ambos iban riéndose a carcajadas.

El capitán no se reía, mientras corría tras ellos, lanzando juramentos. Pero luego su cólera se calmó. Recién aquella mañana había regresado de su licencia.

DETRAS DE LAS LINEAS ENEMIGAS

Muy alto, en el azul campo de batalla del cielo, la escuadrilla 21 volaba en medio de un frío que mordía las carnes, A catorce mil pies debajo, la desgarrada extensión de tierra, llena de pozos de metralla, detrás de las líneas alemanas, aparecía vagamente como una alfombra marrón.

PUCKY

Girones de nubes semi-transparentes se movían con lentitud, entre las zumbadoras máquinas y la tierra; de cuando en cuando la flor negra de una granada alemana los seguía inofensivamente en su curso.

En la posición número dos, a la izquierda del guía, Bill conservaba su pequeño y rechoncho Camel en el sitio de orden manteniendo el timón de control entre las rodillas mientras se golpeaba las manos para hacer entrar en calor sus entumecidos dedos. William Jams Jameso a quien llamaban "Billjim" por esa causa en el escuadrón, odiaba volar alto por el frío. El era una criatura de sangre caliente, como solía decir a sus amigos; todo lo que fuera patrulla de artillería, vigilancia de trinchera, cualquiera cosa a distancia razonable de la tierra, la cumplía sin murmurar.

Pero aquella ocupación de llegar hasta la altura máxima que pudieran alcanzar los aeroplanos, a fin de salir al encuentro y escoltar a su vuelta una escuadrilla de lanza-bombas, le arrancaba gemidos de angustia.

—¿Por qué diablos — había preguntado al comandante — no pueden esos cómicos "pone huevos" hacer su maldito trabajo de noche? Fritz es un chico juguetón y nada le gusta más que disparar inofensivamente al aire, al oir ruido. Además, las expediciones nocturnas, le ahuyentarían el sueño y lo harían aparecer con los ojos un poco turbios cuando nuestra heróica infantería le hace una visita por la mañana, con acompañamiento de explosivos. Y por la noche nosotros no podríamos distinguir a los lanza-bombas y no tendríamos que subir a alturas en que la temperatura es capaz de producirle pulmonía doble a un esquimal.

—¡Pero si estas excursiones se realizan de noche! — dijo sonriendo el comandante que era muy bondadoso. — Ellos salieron anoche para dejar unas cuantas tarjetas de visita en las fábricas de municiones de Fritz; pero como no pueden volver antes del día tenemos que salir y tenderles una mano. ¡Vamos, hijo! Salte a su aeroplano y descargue un buen golpe por Inglaterra, el Hogar y la Belleza.

—Yo más bien le descargaría un golpe al borrico que tuvo esta brillante idea — rezongó Billjim, mientras se abrochaba el casco y corría con el resto de los pilotos a donde esperaban las máquinas. — Se que me quedaré yerto o cosa por el estilo. Pero mientras trataba de restablecer la circulación de sus manos, naturalmente no se imaginaba lo que se venía encima. De pronto empuñó los controles y lanzó una prolongada descarga de los dos Vickers que tenía adelante.

Porque Billjim acababa de ver a la escuadrilla de bombardeo salir de entre el brumoso azul rodeada por puntos movibles que comprendió eran aeroplanos atacantes. La señal lanzaba por Billjim atrajo la atención del guía que lo miró primero a él y luego al sitio donde señalaba. En seguida el guía descendió y tras él la escuadrilla, haciendo cortas descargas con sus fusiles para calentar el aceite medio congelado en los disparadores.

Con misteriosa velocidad, los aeroplanos de bombardeo y el enjambre de atacantes se acercaban más y más y los detalles de las máquinas se mostraron de pronto claros como los de una fotografía que se va revelando.

Tres grandes Handley-Page, que volaban rápido ahora que se habían aligerado de su carga de bombas, y cinco... no seis atacantes que los rodeaban. Tres eran triplanos Fokker y el resto D. 7, los más rápidos y modernos de los aeroplanos alemanes.

Bueno, no estaban tan mal las cosas. La escuadrilla se componía de cinco aeroplanos y los bomberos podían pelear ventajosamente con Fritz y Cía., debido a su capacidad para disparar desde cualquier ángulo y a sus tiradores de zaga.

—¡Atención, señores! — murmuró Billjim, apuntando al triplano. — La banda va a tocar. Tome asiento en el frente todo el mundo.

Con los dos pulgares apoyados en las palancas Bodwen, envió una lluvia de balas que destrozaron al triplano como una invisible garra, mientras se deslizaba por debajo de él.

Según la práctica, separóse de la formación al terminar la primer zambullida y elevóse, inclinando la cabeza en deferencia a una descarga de balas que le envió un enemigo de la izquierda. El D. 7. que le había tirado hizo un violento "loop" para bajar y repetir el ataque. Pero para aquel tiempo Billjim había dado vuelta sobre sí mismo y descendía sobre su primer enemigo, el triplano, que se hallaba quinientos pies debajo.

Pero en esto cometió un error de táctica. El largo vuelo y el penetrante frío le había hecho desear casi la batalla, algo que disipara el aburrimiento e hiciera mover su sangre. Ahora estaba Billjim excitado. Y pagó su impetuosidad. El D. 7 lo perdió de vista un momento, lo volvió a encontrar y bajó mismo sobre su cola. Billjim se salvó de recibir veinte balas en la cabeza por menos de un quinto de segundo, al desviar hacia un lado para tomarle los puntos al triplano que lo había visto venir y trataba de esquivarlo.

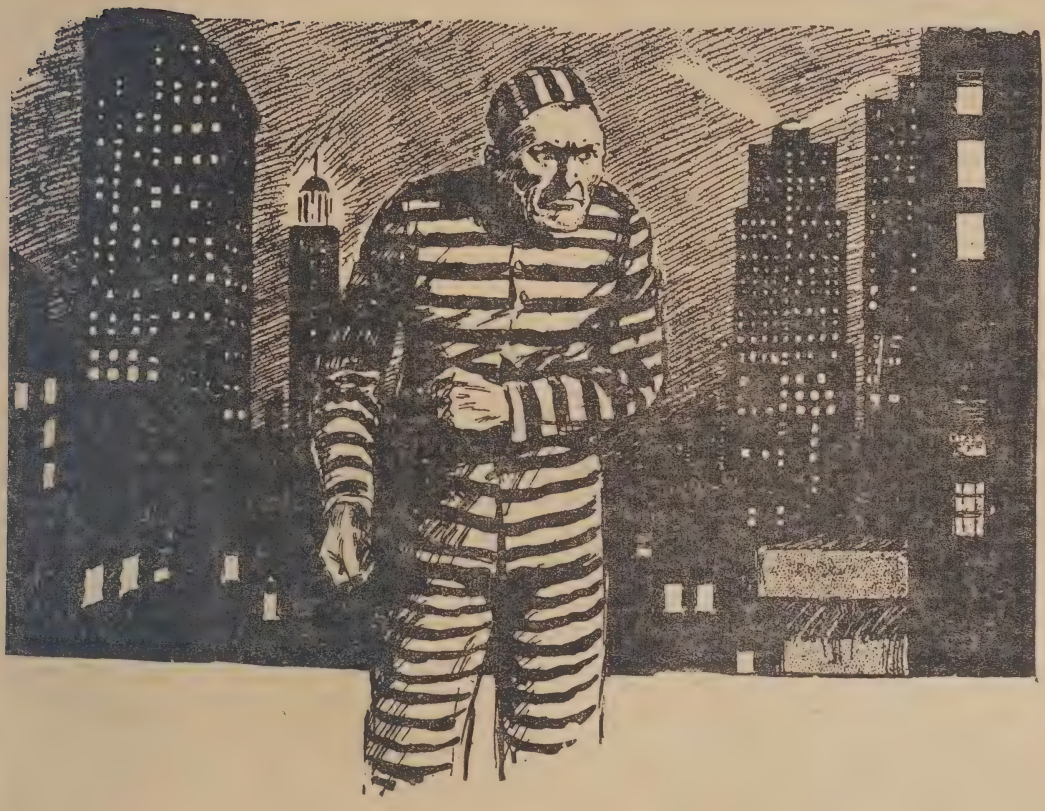
Pero en aquel átomo de tiempo, la cola y el timón de su aeroplano volaron en astillas y la barra de control tuvo un sacudimiento, quedando "sin vida" en sus manos. Billjim sintióse muy mareado y tiró de la barra, con movimientos ligeramente miedosos, cosa comprensible puesto que marchaba por la bóveda del cielo a una velocidad de 180 millas por hora en una máquina irremediablemente fuera de control.

Luego se repuso lo suficiente para cerrar el motor y, figuradamente unió sus manos entregándose a la Providencia. Tragó fuerte al producirse el cambio de presión atmosférica entre los catorce y cuatro mil pies. Miraba el suelo que parecía subir a su encuentro como un enorme y vengativo murciélago y pensó si viviría lo bastante para sentir el dolor del golpe.

(Continuará)

EL JUEGO DEL PELIGRO

Por J. ALLAN DUNN



Extraordinaria novela de argumento dramático y misterioso, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York

(Continuación)

IX

EMBOSCADA

MI único deber era sorprender a los chinos, registrar la casa en busca de Kate. Era muy posible, claro está, que se la hubieran llevado o que nunca la hubieran traído allí, pero yo no podía descuidar la probabilidad. Despacio, me dejé caer al terreno con la pistola en una mano y la carpeta debajo del brazo izquierdo.

Un fogonazo salió de la espesura, al tropezar yo con una piedra suelta. Esto último me salvó, pues la bala me pasó por encima de la cabeza y se aplastó contra la pared de piedra que quedaba detrás mío. Me arrodillé e hice fuego dos veces en dirección al fogonazo, simultáneamente con un segundo tiro que partió mientras una figura caía hacia adelante y quedaba retorciéndose sobre el pedregullo.

Corrí hacia adelante, sabiendo que había herido a mi hombre.

Era Fin. Los otros habían dejado a su pistolero para estar seguros de que no me escaparía. El esgrimía aún la pistola, tratando de apuntarme con su mano y brazo, que rehusaban funcionar. Yo le saqué el arma de la mano de un puntapié y encendí mi linterna, iluminándolo.

Estaba mal herido; tenía el rostro crispado de dolor y una espuma rojiza en los labios. Mi bala le había atravesado el hombro derecho, destrozándole el hueso y penetrándole en el pulmón. Agarrando su pistola, lo dejé y di la vuelta a la casa, rápida y silenciosamente. Había luz en el galpón de energía eléctrica y yo miré dentro. Vi la

instalación, un motor automático en movimiento, una bomba que funcionaba en alguna parte. Las puertas del garage estaban abiertas y el sitio vacío.

Probé la puerta por donde había entrado antes y cedió. Oí hablar nuevamente a la derecha, en chino y en voz baja. El murmullo se oía detrás de la puerta que tenía delante mío. Abrí la de la izquierda, alumbrando con mi linterna. No era más que un "closet" con escobas, plumeros y un aspirador de polvo. De un gancho colgaba un rollo de cuerda. Era un hallazgo valiosísimo.

Até juntos los pestillos de la cocina y de la puerta de entrada. Agarré el resto de la cuerda y lentamente entré al comedor. Estaba vacío; pero distinguí vagamente dos figuras que parecían consultarse debajo de la arcada que conducía al gran "living room". Estarían pensando que habría ocurrido detrás de las puertas corredizas, en el piso bajo de la torre, un poco asustados. Debieron oir los tiros y estaban indecisos sobre lo que convenía hacer.

Todavía tuvieron un momento de indecisión, cuando el rayo de mi linterna cayó sobre ellos; pero pronto comprendieron, al acentuar mi orden la pistola. Los hice poner de espaldas, los registré, conseguí una tercer pistola, y dos siniestros cuchillos que nunca fueron destinados a uso doméstico. Los hice caminar para atrás, como cangrejos hasta el closet, los até y los encerré.

Había dos más en la cocina; uno era el hombre que había traído la bebida. Sus rostros amarillos e impasibles se alzaron al verme, luego se volvieron a bajar. La entrevista no fué agradable. Amenacé a uno de ellos con sentarlo encima de la cocina económica si no decía algo más que "Mi no sabe", cuando le preguntaba por Kate. Tenían miedo a la muerte como hombres de cualquier otro país y al fin me convencí de que Kate nunca había estado allí. Los dejé atados y en la obscuridad.

Cerré todas las puertas, del lado de afuera, con llave y volví en busca de Fin. No esperaba obtener mucho de él, si vivía aún. Vivía y logró sonreir torcidamente. A mí me daba lástima y quise ver si podía hacerse algo por él. Empezaba a llover nuevamente. Esta vez había tratado Fin de matarme; pero otra detuvo su mano el tiempo suficiente para que Kate viniera en mi ayuda. Le debía eso. No podía dejarlo morir bajo la lluvia. Estaba la casa; pero el pistolero se desangraba, tenía una sombra azulada alrededor de los labios. Necesitaba pronto un médico.

—Tiene buena puntería, patrón — me dijo débilmente. — ¿Terminó con esos perros?

—He dejado la casa limpia — le contesté. — Pienso que haré con usted.

—Usted tiene su pistola y la mía ¿no? No necesito más que una cosa y puede dármela. Un poco de "nieve" (cocaína). Después moriré sonriendo.

—Si supiera donde conseguirla, se la daría — le contesté — La deseaba con toda la fuerza de un adepto en su última hora. Mi voz debió convencerlo. No me veía, porque quedaba yo en la sombra.

—¿No me engaña, compañero? ¿No me engaña?

—No lo engaño, Fin.

—Yo haría cualquier cosa por una pizquita.

Todos dicen lo mismo, claro está, cuando desean la droga. Sin embargo, no creía yo que Fin fuera un vicioso. La tomaba como casi todos los pistoléros, de cuando en cuando, y en aquel momento era cuando más la necesitaba.

—Hay un sitio, patrón, no lejos de aquí. Queda a un par de millas de distancia, por camino de barro Y allí vive un tipo que puede aliviarme.

Acaso denunciaba la guarida de una pandilla o sería el hombre contrabandista de drogas. Fin se iba agravando y nada le importaba más que su ración de "cocó". Si el hombre comerciaba con drogas, era arriesgado decírmelo; pero pensara lo que pensaa de mí Fin, me había visto buscando botín. Probablemente creyó que yo quería extorsionarlo a Redding.

—Tengo una motocicleta con side-card — le dije. — Si cree que puede soportarlo, lo llevaré allá. Yo volveré a Nueva York y avisaré donde usted quiera para que le manden un médico.

—¡Uy!... Yo iría encima del techo de un vagón de ferrocarril, con tal de llegar a lo de Tonio. Oiga, compañero. No le pesará este servicio. De vuelta por el primer camino a la izquierda, en dirección a Mahopac. Nuevamente doble a la izquierda. La segunda casa a la derecha. Es una granja de gringos. Pregunte por Tonio. Dígale que es Fin.

Su voz se extinguió. Se había desmayado. Le vendé la herida lo mejor que pude y fuí a buscar la motocicleta. Los del castillo, al irse, habían dejado el portón abierto en su prisa. Levanté a Fin, lo puse en el side-card donde había esperado llevar a Kate. Mis pensamientos estaban fijos en ella. No me sentía muy en mi papel de buen Samaritano mientras metía a Fin en el side, cubriéndolo con el encerado. La lluvia empezaba a caer con fuerza.

Yo tenía que volver a Nueva York. Schumann seguía siendo mi mejor pista. Fin se mostraría más egoísta que agradecido, pensé. Ahora estaba desmayado, lo que era una suerte para él porque íbamos por un camino pésimo, bajo un copioso aguacero que no permitía ver los pozos. Casi me caí varias veces a la zanja.

Había luz en la casa de que me hablara Fin. Dos perros ladraron y yo me bajé y dí la vuelta a la casa, sabiendo que la puerta del frente estaría cerrada, como es costumbre en las granjas, después de obscurecer. La familia estaría en la cocina. Allí se hallaba en efecto. Siete niños, en escalera, dos mujeres, una de las cuales era una vieja decrépita. El hombre parecía un bandido de la Maffia, con sus cabellos negros, el pañuelo rojo al cuello, sus brillantes ojos y su agresivo bigote.

—¿Qué quiere? — me preguntó fieramente. Yo no tenía aspecto muy presentable, con mi overall desgarrado, manchado de sangre de los perros. — ¿Qué quiere? — repitió.

—Fin quiere verlo. Está afuera, mal herido.

—¿Fin? — me miró fijamente y habló en italiano con su mujer.

—Cómo se llama osté? — me preguntó después.

—El Pibe. Si no se apura, encontrará muerto a Fin. ¡Morto!

Salió al oir aquello tapándose con una lona vieja la cabeza y los hombros. Tenía la mano en el mango del cuchillo hasta que yo abrí la capucha y encendí mi linterna.

—¡Dío! Está morto ya. Io non lo toco.

Así parecía. La cara del pistolero estaba exangüe. Mis toscos vendajes empapados de rojo. Pero el pulso latía aún. Tonio levantó un párpado, le apoyó la mano sobre el corazón, rezongando en su lengua. Luego alzó a

Un fogonazo salió de la espesura; me agaché e hice fuego dos veces.

Fin, como si no pesara nada y lo entró en la casa. No se por que lo seguí. Quizá porque de pronto me sentí muy cansado y no sabía donde ir.

La mujer se movía en otra habitación, la vieja parecía haber recobrado vida y estaba calentando agua. Tonio llevó adentro su carga y la depositó sobre un colchón.

—Io lo arreglaré — dijo. — Mi mujer lo curará. ¿Querese bebere?

Baco sólo sabe de donde sacó aquel licor o, si el mismo Tonio lo hacía, de qué. Al bajar hacía arder la garganta y sentí como si mis entrañas recibieran fuego líquido. Pero era bueno. Bueno como estimulante en el primer momento y como sedativo después. Por un momento creí que me había dado una droga. La sonrienta cara de Tonio se me aparecía envuelta en vapores. La cabeza me daba vueltas.

—Es buono ¿no? Bueno cuando uno está cansado. Te voy a servire de comere mientras María lo cura. Luego le daré a él algo — me miró rápidamente. Yo acerqué mi pulgar e índice a la nariz y aspiré. Tonio se rió. Era un tunante; pero de corazón bueno. Pocos de ellos tienen el corazón enteramente podrido.

La sopa olía a ajo; pero era sabrosa, picante, de tallarines. Yo tenía que hacer un largo viaje, buscar incansablemente a Kate. Cuando terminé de comer se me había pasado el cansancio. Había acompañado la sopa con pan negro y vino de uva de su país según me dijo Tonio.

—En mi país — dijo Tonio bebiendo vino — las mujeres saben curare las heridas de bala y de puñal. ¿Quién hirió a Fin?

—Es mejor que se lo pregunte a él — dije diplomáticamente. Podría resultar peligroso para mí, si lo decía demasiado pronto, reflexioné; pero tenía encima un pequeño arsenal y no le temía a Tonio, después de haber sido atacado por los perros. Su mujer lo llamó y entró en la otra pieza.

—Le dí "cocó" — me dijo después. — Una bala no se encuentra; la otra mi mujer se la sacó. La tenía aquí — me tocó un músculo del hombro. para mostrarme — Por esta vez no morre. Quiere hablare con vos antes de que te vayas.

Yo sabía que la droga tardaría poco tiempo en estimularlo a Fin. Pero le había prometido comunicarme con su gente, mandarle

un médico. La cirujía de Tonio sería probablemente muy primitiva y poco aséptica. Vería a Fin.

Sus ojos brillaban cuando al fin entré.

—Es un enemigo leal, compañero — me dijo. — Otros me hubiesen dejado espichar. Escuche, ¿era usted el tipo que estaba con la "dona" en lo de Redding? No lo voy a delatar. Usted no se le parece; pero tengo un pálpito que es el mismo.

Era un riesgo, un desesperado riesgo a correr. Sabe el cielo que me esperaban muchos. Y yo también tenía mi pálpito. Acepté el riesgo.

—¿Se refiere usted a la "dona de pelo en pecho"?

—Lo sabía. ¡Qué mujer! Tiene que serle fiel, viejo. Vale por una docena de muñequitas. Por eso estaba usted en lo de Fenton — sus ojos parecieron intrigados por un minuto; pero luego renunció a relacionar los acontecimientos. — Ella estaba allí. Billy, el Holgazán, la pescó cuando trataba de escurrirse, cuando le telefoneó a la policía. Fué tras ella y yo corté los hilos del teléfono. Lo íbamos a hacer de todos modos. ¿Ustedes dos estaban combinados!

Moví afirmativamente la cabeza.

—¿No es usted de la policía?

Tonio, con verdadera cortesía, había salido, dejándonos solos.

—¿Lo hubiera traído aquí si lo fuese? No tengo más simpatía por la policía que usted, Fin.

—Me intrigó usted, compañero. Y a Schumann también. Redding quería que yo lo matara. Yo, aquella noche, estaba allí para protegerlo de otro tipo que lo perseguía.

Y al fin lo mató, a pesar de todo, por la ventana. Se escapó por las azoteas, antes que yo; pero no lo perseguí.

Entré a lo de Redding, por otra puerta, con la llave que él me había dado. La misma puerta que utilizó el japonés y di la señal. Usted no la vió. Hay un timbre en el fondo del sillón donde Redding estaba sentado. Usted me ha prestado un servicio y voy a devolvérselo. Su dona está en lo de la Madre Haggerty. El Jefe quiere verla esta noche.

—¿Quién es él? ¿Dónde vive la Madre Haggerty?

—Ya le he dicho lo bastante para un tipo tan listo como usted. Eso es todo, patrón. Un buen dato. Si descubren que se lo dí, puedo despedirme del mundo. Me pondrán encima un cartelito: "Traidor". El efecto de la "cocó" está pasando. Me siento cansado.

—¿No quiere que le mande un médico?— movió negativamente la cabeza. Empezaba a arrepentirse de lo que me había dicho. Sus modales no eran más amistosos.

—Tonio me cuidará — dijo. — Váyase, compañero. ¡Váyase!

Me alejé bajo la tormenta, volviendo al camino principal y tomando el rumbo de N. York. Seguí la ruta de Mahopac, esperando hallar mejores caminos. Me condujo cerca de la cárcel de Ossining; pero eso no me preocupaba. Yo había terminado con aquel peligro.

Si había aquella noche agente de tráfico en los caminos, yo no los ví y ellos no me molestaron, mientras mi máquina de cuatro cilindros luchaba por mí y corría para encontrar a la Madre Haggerty antes de que el Jefe viera a Kate Wetherill.

X

CITA DE LADRONES

He encontrado gente optimista y confiada que, a despecho de los asaltos, creen que las bandas de ladrones pertenecen al pasado. Estas personas también creen que la Prohibición será universalmente obligatoria.

Pero hay todavía sitios en West y East Side, donde los viejos sistemas han cambiado poco. Aun estos lugares tienen sus distintos rangos y fué a una de las mejores madrigueras de ladrones — si es lícito usar la palabra "mejores" — donde yo pensaba dirigirme para averiguar algo de la Madre Haggerty.

Tenía que andar con cuidado, aunque estaba dispuesto a correr muchos riesgos. Era muy probable que, sin quererlo, hiciera yo preguntas a alguno de los afiliados a la banda del Jefe, quizá no activamente; pero sí relacionado y agradecido a la pandilla que lo había ayudado. No hay para que decir que el Jefe tendría gran poder en los bajos fondos.

Mi resolución de destronarlo no había disminuído; siempre estaba yo dispuesto a vengarme por lo que habían hecho a Harvey Pemberton.

Pero primero debía rescatarla a Kate y mis propios asuntos tenían que ser dejados a un lado salvo que los dos esfuerzos coincidieran. Pensé en los hombres del bajo fondo a quienes había conocido en lo de mi bienhechor. Harvey Pemberton había ayudado a muchos de ellos. Conocían su natural generoso y muchos lo aprovecharon. En algunos de ellos, podía confiar y, mientras marchaba en la noche, sabiendo que cada minuto aumentaba el peligro para la mujer que tanto había arriesgado por mí, esforcé mi cerebro, haciendo una selección. Por último me resolví.

Ahora me dirigía yo a cierto club, nada semejante al "Después de Anochecer", si nó uno de esos donde los mendigos, que excitan la piedad pública, como inválidos, en las calles de Nueva York, aparecen milagrosamente sanos, después que la gente a quien explotan se ha retirado a sus casas. Los hay de ambos sexos y de todos los colores, entre esos mendigos que se ven en las calles, en las entradas del subterráneo y en los atrios de las iglesias. Algunos son seres miserables degradados por su propia debilidad y apetitos; otros no. Poseen cuenta en los bancos y junto con los harapos, las llagas y las vendas, se despojan de su miseria y se reunen allí para pasar unas horas alegres. Y hay entre ellos grados sociales.

El sitio donde yo iba era lo del Mendigo John. Buscaría allí a "Un Ala" Brady. En su sitio, no lejos de la Biblioteca Pública, "Un Ala" se dedicaba, con licencia, a su comercio, vendiendo lápices para cumplir con la ley. Una manga de su saco, la derecha, colgaba vacía, con un muñón hecho de trapo,

el cual ocultaba la "verdadera ala" de Brady, diestramente atada debajo de su camisa. Tenía Brady un semblante adecuado, melancólico. Desempeñaba perfectamente su papel.

Una vez había estado a las puertas de la muerte. Primero tuvo un ataque de apendicitis del que escapó y luego pulmonía. Le robaron sus ahorros y Harvey Pemberton acudió en su ayuda. Le juró eterna gratitud. Yo tenía que convencerme de si era sincera. El hombre conocía mucho Nueva York; yo también, pero nunca había oído hablar de la Madre Haggerty.

Dejó de llover mientras yo guiaba mi moto por la Bronx Park Fairway. Luego cesó la tormenta. Ahora hacía frío y yo estaba calado hasta los huesos. Comprendía lo extraña que debía parecer mi figura a la luz y me quité el overall roto y manchado de sangre, tirándolo entre unos yuyos para que al día siguiente la policía se devanara los sesos, procurando descubrir el misterio de aquella sangre que, después de haberlo cargado a Fin, era tanto humana como perruna.

Con mis pantalones y tricota de sport no estaba muy bien que digamos; pero podía ser tomado por un paseante tonto, sorprendido por la tormenta, que se dirigía a su casa. Una señal de tráfico me detuvo, poco antes de llegar a la ciudad. Pero yo pasé un poco la línea antes de detenerme. El agente tocó pito, me miró y acercóse

XI

LA GUARIDA DEL JEFE

—Veamos que lleva en ese side-card —dijo. — No es un pasajero.

—¿Cree que voy a llevar de paseo a mi novia con una noche como ésta? Gasté mi último dólar en ponerla en el tren. No hay nada. Puede mirar.

—Voy a hacerlo — dijo. — ¿Dónde vive?

Le di una dirección en Perry Street, aldea de Greenwich. Miró dentro del side-card, apartando la cortina encerada y luego nuevamente a mí. Si me pedía la licencia, sería detenido. Poco importaba la multa; pero había sangre de Fin en los almohadones del side-card. Podría hacer una investigación más minuciosa. Llevaba yo armas prohibidas. Pero el agente se contentó con mirar mis desarregladas ropas de sport y se echó a reir.

—Un campesino ¿eh? Siga, no más.

Pensó que era algún artista o pintor excéntrico, quizá. Su humorismo, medio burlón, medio amistoso, me salvó.

Parecióme que nunca llegaría a la ciudad. Di vuelta al oeste y luego abandoné esa idea, pensando en las malas calles. Nueva York, como siempre, sufría arreglos y excavaciones. Había pozos que me hacían saltar, piedras sueltas que amenazaban con desunir la bicicleta del side-card, haciendo saltar éste.

Me parecía que por lo menos un día, medido por horas, había transcurrido desde que emprendí el viaje; pero cuando al fin pasé por Madison Square la luz brilló en lo alto de la Torre Metropolitana y dieron las doce de la noche. ¡Nada más! El pensamiento de lo que podía haber ocurrido me desesperaba; sin embargo, era probable que aquella noche fuera muy ocupada para el Jefe. Era casi seguro que Schumann habría ido a entregarle el botín. Aquello daría tiempo. El Jefe sería, probablemente, hombre de negocios y por lo tanto dilataría la entrevista con su cautiva hasta que tuviera tiempo de conseguir con ella un pervertido placer.

Mi cuerpo necesitaba sueño; pero podía pasarme sin él. En casos desesperados el hombre puede seguir adelante, espoleado por la ansiedad. La vitalidad necesita combustible para conservar sus reservas y yo agradecía a Tonio aquella comida.

Hubiera querido tomar otra copa. A menudo es un pobre recurso; pero hay momentos en el que el licor ayuda a sostener el mecánico organismo humano.

No era fácil entrar a lo del Mendigo John. No tenía yo aspecto de pertenecer a la hermandad, aunque estaba empapado y sucio de barro, lo que me daba apariencia bastante siniestra. El "club" quedaba en el sótano y un hombre me observó con recelo, a través de una reja de la puerta. Probablemente pensó que quería entrar para beber.

—Esto no es una taberna — gruñó. Pero pronuncié el nombre de "Un Ala" antes de que cerrara el postiguillo y se detuvo. Vió en mi mano un billete.

—¿Qué quiere con "Un Ala"?

—Dígale que está "El Pibe".

Me miró otra vez; pensó y agarró el billete de cinco dólares.

Mientras trascurrían los minutos y esperaba yo en el sucio zaguán, empecé a pensar lo peor; pero el hombre volvió y me hizo entrar. Oí risas, música de radio, voces mezcladas al abrirse una puerta en el extremo del corredor. "Un Ala", apareció, observándome a la débil luz. Aunque era experto en el "maquillage" no me conoció hasta que hablé.

—Entra a la oficina, Pibe — dijo y me hizo pasar a un cuartito donde había un escritorio y teléfono, dos o tres sillas y algunos diarios viejos sobre una mesa.

—Está bien, Stumpy — dijo al guardián de la puerta. — Conozco al Pibe.

Nada me dijo acerca de mi cambiado aspecto, nada de la fuga. Era hombre prudente.

—¿En qué puedo servirte? — me preguntó.

—¿Hasta que punto estás dispuesto a hacerlo? — pregunté a mi vez. Si me daba la información que yo quería, podía costarle caro. Pero yo no iba a pedirle demasiado.

Me había conformado con el servicio que Billing me hizo en lo de Redding. No era justo pedir más a un hombre. Billings se había ido a Washington; si no yo hubiera podido preguntarle la dirección de la Madre Haggerty.

—Hasta donde quieras, Pibe — me contestó.

Pero su rostro cambió al mencionarle yo lo que quería. En sus ojos reflejóse cierto miedo.

—Yo puedo conducirte hasta la Madre Haggerty — dijo. — Pero no te metas con el Jefe. Pibe. Te traería disgustos. Puede ser

que tenga algo que ver con el asunto que te interesa; pero hay que dejarlo solo.

—Tiene que ver con una muchacha. Le debo a ella mucho. Lo es todo para mí.

—Pibe, no te ocupes de féminas. Es demasiado peligroso. Se parecen a las veletas. Nunca se sabe para donde darán vuelta. Y tú no estás en situación de fiarte de ellas.

—Está en lo de la Madre Haggerty. El Jefe se ha apoderado de ella.

—Entonces, que el cielo la ayude — dijo "Un Ala" solemnemente.

—Tengo que salvarla. Se encuentra en peligro por causa mía. No es de nuestra clase.

Un Ala al oír aquello resopló desdeñosamente.

—Todas son iguales. Parece que hubieras estado en los infiernos, Pibe.

—He estado. Todavía estoy.

—Te dije que iría hasta donde quisieras; muy bien, lo haré. Pero te advierto que puede costarte la vida, lo mismo que a la muchacha. El Jefe es mal bicho. Se algo de él y hay mucho que no se... ni quiero saber. De todos modos tiene mucho poder. Hay quien dice que estuvo con Pancho Villa, en Méjico. Después se dedicó al contrabando por la frontera. Pasaba chinos y drogas. Luego se vino a Nueva York y opera en grande. Algunos lo llaman el "Capitán" o lo llamaban. Es probablemente mestizo de indio Audaz como el demonio. Es jefe de una gran banda y trabaja en secreto. Yo creo que la policía lo conoce; pero nada puede achacarle o no quiere hacerlo. Cuando un "cana" recibe veinte veces su sueldo por ser sordomudo no hay temor de que oiga ni vea.

Hablaba naturalmente, sin asomos de cinismo.

—El irá esta noche a lo de la Haggerty; mejor dicho, esta mañana — dije. — Tengo que apurarme.

—Te vas a meter en un lío. Pibe. Pero, como quieras. La Madre Haggerty regentea una casa de pensión, perfectamente respetable, en Brown Front, West Thirties. Aquí tienes la dirección.

Me la escribió, encima del escritorio y me la dió. La quemé, después de leerla, y él aprobó con la cabeza.

—No es buena mujer. Nunca lo fué. Sus pensionistas son petardistas y "viajantes". Creo que el Jefe la protege.

Comprendí lo que quería decir. Hombres que se dedicaban a la estafa, otros que salían de la ciudad para hacer "trabajos".

Toda esta conversación fué murmurada. La mitad del tiempo la leía yo en sus labios. Un Ala tenía miedo; pero era valeroso y agradecido. El credo de Harvey Pemberton volvía desde las obscuras aguas que él había atravesado.

—Si el Jefe está allí, nunca podrás llegar hasta ella. Tampoco llegarías, si lo espera, excepto de un modo. Ella debe tener a la muchacha en su departamento Es arriba. Yo he estado allí. Esa bruja no tiene más que un punto sensible. No lo acredito en su favor. Nunca hizo cosa que pueda acreditársele.

Sonó una campana y Un Ala más fuerte, cambiando de tema, mientras el guardián pasaba por el corredor.

—Me parece un buen trabajo, Pibe. Me alegro que lo hagas. ¿Cuando te vas?

—Mañana — dije, siguiendo el juego. — Parece bueno y pensé que podrías darme algunos datos.

El recién llegado entró. Los pasos se alejaron. Un Ala continuó:

—Yo apostaría que ella fué mala madre, aunque uno nunca puede estar seguro. Una mujer se cree justificada, haciendo cualquier cosa por sus hijos. De todos modos, el hijo de ella desapareció. Y nunca ha dejado de buscarlo. Ha puesto avisos por todo el mundo. El muchacho no valía nada. Un cobardón. Traidor. Todos creen que el pequeño ratero debe haber sido muerto hace tiempo. Pero ella no. Le han sacado dinero siempre, con falsas noticias. Tú le dirás que sabes algo del joven Bob y te dejará entrar, si no está allí el Jefe. Ella tiene la fotografía de su hijo en un marco de plata, sobre la estufa. Hay un hombre aquí que posee una descripción de él impresa. Te la conseguiré y algo más. Es hombre de confianza. Quiero ayudarte, Pibe. Siempre me ha ido bien después que me sacó de apuros quien tú sabes.

Un Ala sabía que estaba patinando sobre hielo quebradizo. Yo necesitaba la descripción del joven Bob. Inventé una historia plausible mientras esperaba a Un Ala. Me pareció que demoró más de una hora, aunque no pasaron más que cinco minutos. Me dió el recorte de diario, sucio, y yo lo leí hasta que la última palabra se grabó en mi mente, junto con el retrato que la acompañaba. Bob tenía la cobardía y la maldad estampadas en sus facciones. Ojos de ratón, barba débil, nariz achatada. La descripción era minuciosa; figuraban las señales, cicatrices y tatuajes del cuerpo.

—Si desconfía, ten cuidado, Pibe — dijo Un Ala. — Si creen que eres un intruso, serás tratado como tal. No saldrás de allí por tu pie. Y lo harán calladamente. A ella no le gustan los tiros. Pero apostaría que tiene trampas en sus armarios y los otros cachiporras. Si no consigues sacar a tu chica antes de que llegue el Jefe, cuidado. Cuando lo llamaban "capitán" usaba cuchillo y lo usa todavía. Pero tengo esto para tí. Apretándolo en la nariz de un tipo, pierde inmediatamente el sentido. Lo llamamos el "knock". Es metilo o etilo o algo parecido.

Era una cápsula de gelatina, llena de líquido, tal como se usa en medicina para ciertos remedios desagradables. Empezó a ponérmela en el bolsillo y luego se detuvo.

—No puedes ir con esa traza — dijo. — ¿Tienes dinero? Entonces iremos a lo de Lázaro. Es al lado. Siempre abre, tratándose de ganar dinero. Su boca es muda, bajo la larga nariz. El te proveerá.

(Continuará)

¿Qué hará ahora Pemberton? ¿Podrá rescatar a Kate? Los próximos capítulos de esta interesante novela están llenos de emoción.

LA BANDA DE LOS DIAMANTES

Por EDMUND SNELL

(Continuación)

ARRIMADA a la acera había una elegante limousine. Ayudado por un cabo de policía un hombre graudote, barbudo introducía una mujer, evidentemente ebria, en el auto. La mujer era Molly, reconoció instantáneamente a Imheim. El estado de la joven lo intrigó. Vio por sus propios ojos que no se podía tener en pie, que balbuceaba incoherencias. Se mordió Mulliner el labio. Algo que Karl había dicho en el Oramic volvió a su memoria "Ese último cigarrillo que usted le dio a Hartmann, le descompondrá". Narcotizada. Esa era la explicación. De algún modo Imheim debió acorralarla en la cabina y clavarle una aguja hipodérmica en el brazo. Mulliner tocó en el brazo de Imheim.

—¡Hola, Karl! — exclamó — ¡Qué casualidad encontrarlo aquí! Veo que ha encontrado usted a mi hermana. Funesto hábito ¿no? Hay que someterla a una cura. No se preocupe por ella, viejo. Tengo mi auto aquí cerca.

Apartó a Imheim y tomó a Molly en brazos.

—Soy James Mulliner — dijo al cabo— No se preocupe ¿Quiere llamar aquel auto?

El rostro del policía se iluminó. Tocóse el casco.

—Tanto gusto — sonrió — ¡El boxeador! — miró significativamente a la joven — ¿Es su hermana? Mala cosa... la bebida.

—Si — dijo Mulliner — Pero sea discreto.

Con un pie en el estribo del auto, Imheim se dió vuelta. El cabo atravesaba la calle. En la boca de Imheim apareció una fea sonrisa. Vió que la pistola de Jim le apuntaba y se apartó.

—Uno de estos días me las pagará, Mulliner — dijo.

La limousine se alejó bruscamente y Herr Karl Imheim se dejó caer en su asiento.

EL AUTO INCENDIADO

Era en contra del reglamento, pero Jim Mulimer le dió una espléndida propina al cabo. Sentóse junto a Molly, una Molly aparentemente ebria, reflexionando que hasta cierto punto era buena cosa la celebridad. El cabo lo había reconocido inmediatamente no porque fuera un "honorable", si no porque había dejado knocked-out a un favorito de la policía, en Albert Hall. No podía saber que el Honorable Jim no tenía hermana alguna.

El conductor se dió vuelta en su asiento. Por la expresión de su rostro, pudo ver Mullimer que no sabía como conducirse. El modo deferente conque el cabo había tratado a Mullimer sugería que era éste persona de importancia. Posiblemente el portero de Artillery Mansions le había dicho también quien era.

—¿A dónde vamos ahora, señor?

Mulliner se rascó la cabeza.

Francamente, no lo sabía. No podía llevar la joven a su departamento. Shorter se hubiera escandalizado. Además alguién podría venir temprano a verlo y la presencia de Molly tendría que ser explicada. Pensó en el N. 15 de Bridge Road, Battersea, y halló una dificultad. La joven le había dicho que vivía en pensión. No podía llevarla allí, a esa hora de la mañana, en semejante estado.

—¡A Dorking! — dijo vivamente, dando el primer nombre que se le ocurrió. Ignoraba cuanto tiempo durarían los efectos de la droga; pero imaginó que en dos o tres horas, con las ventanillas abiertas, la joven se hallaría en estado de hablar. La reflexión de que había embromado a Imheim dos veces en la noche perdía algunos buenos puntos al mirarla a Molly. Ella estaba evidentemente ebria, para un observador superficial al menos. El mismo Mulliner se hubiera equivocado de no haberle hablado ella momentos antes, por teléfono.

Cuando llegaron a los suburbios, Molly dormía profundamente. Mulliner había bajado uno de los asientos de emergencia, esti

rando sobre él sus pies; tenía la pipa entre los dientes. Estaba mortalmente aburrido y para entretenerse repasaba los acontecimientos de la noche, contemplando a la vez extensiones de campo iluminadas por la luna cuando los edificios se interrumpían.

La negligente promesa hecha en el Oramic tenía consecuencias que nunca soñó. Molly se estaba convirtiendo para él en una responsabilidad. Ahora ejercitaba su mente para ver como podría ella volver a la casa de modas, a la hora de entrada, y como haría para que Imheim la dejara en paz. No encontraba respuesta, a menos que ella se despertara y hablara.

Deseaba ansiosamente que Molly hablara, discutir con ella alguna solución prudente. Según su modo de pensar, poniendo a Scotland Yard sobre las huellas de Imheim las dificultades cesarían inmediatamente. La disculparían a Molly la pequeña parte que hubiera tenido en los planes de Imheim por haberse pasado al lado de la ley. Todo era tan sencillo como beberse un vaso de agua. Volvió Mulliner a llenar su pipa y vio que atravesaban Epson. Reconoció la torre del reloj y el camino principal, que parecía el cuello de una botella. Examinando más el asunto que lo preocupaba vio que ofrecía dificultades. No era un caso de chantage en que los protagonistas pueden ser designados como el Sr., la Sra. o Srta. X. El nombre de Molly aparecería en los diarios y probablemente la despedirían de su empleo. Y las probabilidades de encontrar otro serían después escasas. Aun suponiendo que quisiera casarse, sus relaciones con la banda de Imheim la perjudicarían.

Llegaron al hotel de Burford Bridge, en Dorking, a las tres menos diez. Estaba silencioso como una tumba, todo era silencio. Muliner sacudió a Molly; pero ésta sólo se movió un poco y se volvió a dormir. El conductor acercóse a la ventanilla y miró al interior. Por primera vez fijóse en él Mulliner. Era un joven alto, más o menos de su edad, bien afeitado, de facciones simpáticas y agradable sonrisa.

Mulliner le dió un cigarro. El hombre lo aceptó, dando las gracias y dirigió una mirada a Molly.

—Parece que está mal — observó.

Mulliner asintió con la cabeza.

—Temo que esto nos ocupará toda la noche; pero yo lo recompensaré bien.

El conductor se acercó a la otra ventanilla y miró a Molly de nuevo. Parecía ahora más a gusto, más seguro de sí mismo. Abrió la portezuela y se inclinó sobre la joven, con la gorra de chauffeur echada hacia atrás.

—¿Dice usted que está "dopada" — preguntó de pronto.

—Si — dijo Mulliner — Eso es lo malo.

El otro apartó su mirada de la joven para fijarla en Mulliner. Tenía la frente arrugada y en su rostro, pálido y delgado, expresión interrogadora.

—¿Adepta? — sugirió brevemente, empleando una palabra que Mulliner no hubiera esperado usara.

—Víctima — contestó Mulliner, con igual brevedad.

El otro silbó.

—¡No diga!

El honorable Jim abrió la portezuela de su lado y bajó. Tenía el ceño fruncido. Pensaba que le diría a aquel hombre y hasta que punto podía confiarse a él. A pedido de Jim dejaron el auto estacionado junto al camino y caminaron juntos hasta el mismo puente, lo atravesaron y dieron vuelta a la derecha, por un angosto sendero, pasando por delante de una posada campesina y algunos "cottages". Caminaban lentamente, sus cigarros eran dos puntos de fuego en la noche; dieron vuelta cuando hubo peligro de que perdieran de vista el auto, regresando lentamente. Mulliner hacía hablar al otro de sí mismo. Supo que no siempre había sido chauffeur. Siendo muchacho había empezado su carrera en el ejército, sirviendo con los transportes mecánicos y logrando que lo pasaran al Cuerpo de Aviación. Mulliner aguzó el oído. Aquel último informe les daba algo en común. El Honorable Jim había sido también algo piloto. Se sentaron en el parapeto de piedra del puente y mencionaron nombres que cada uno esperaba conociera el otro, citando pequeños recuerdos de Tangmere o Worthy Down o Calshot, discutiendo las virtudes de varias marcas de aeroplanos. El chauffeur del auto de alquiler reveló su identidad como ex-sargento de Aviación Yates, que había sido licenciado, con pensión, después de una caída. Aquello fué un intermedio agradable para ambos.

La conversación llegó, por vias naturales, a Molly. Mulliner estaba, para este tiempo convencido de que Yates era hombre en quien se podía confiar. Además parecíale mejor ofrecer alguna explicación ahora que ya había sugerido una maniobra criminal contra la joven.

Empezó por el principio, contándole a Yates su apuesta con Van Dorlen en el Ritz-Astoria, su experimento como fogonero aficionado abordo del Oramic, las sorprendentes dificultades que tuvo que vencer y los innumerables telegramas enviados antes de poder llevar a la práctica un proyecto tan sencillo. Esta parte de la narración era en sí misma interesante. La extraordinaria vida debajo de cubiertas, los tipos de hombres con quienes se había visto obligado a rozarse, las peleas que tuvo antes de convencer a los fogoneros profesionales que era tan bueno como ellos.

Yates escuchó en silencio. Sus ojos seguían los labios del narrador y había dejado apagar el buen cigarro. Las hazañas del Honorable Jim eran conocidas. Se había hecho popular como otro miembro de la aristocracia convertido en campeón olímpico; más aún quizá porque estaba en íntimo contacto con las masas y peleaba con boxeadores aficionados del mercado de carne o de los talleres de los diarios.

Sosteniendo a la joven narcotizada, Mullimer apuntó al malhechor. — Un día de estos me la pagará, Mullimer — dijo Karl Imheim.

Escuchar aquella historia de labios del propio protagonista, sentado en un parapeto de piedra, oyendo el murmullo de los pájaros dormidos y aspirando los frescos perfumes de la campiña, era para Yates más agradable que llevar viejas damas a compras a West End. Mullinet pasó brevemente por el salvataje en mitad del Atlántico, mencionándolo sólo porque era más o menos esencial. Pero habló de Imheim, de la navaja, del trágico destino de Jorge Neretti, de la aventura en el Hall, cuando intervino el hombre de la cara zorruna. Contó su conversación telefónica con Molly y el traslado de la joven del auto de Imheim al de Yates, uniéndolo todo con la presente dificultad en que se hallaban.

Yates se quitó de la boca el cigarro apa-

gado, hizo caer la ceniza con el dedo y lo volvió a encender.

—¿Los muchachos de Imheim, no?

Mulliner lo miró.

—¿Ha oído usted hablar de ellos?

El otro asintió con la cabeza

—Es la peor pandilla de Londres — aseguró — ¡Y es mucho decir!

Mulliner se echó a reir.

—¡Vaya un modo de animarlo a uno! — dijo — Bueno ¿qué vamos a hacer?

Yates se rascó la cabeza.

—Es inútil seguir aquí parados — declaró — Una hermana mía, casada, tiene un bungalow en Felpham, cerca de Bognor. Antes de casarse era enfermera en un hospital.

—Es una buena idea — convino Mulliner. Consideró la sugestión mental y cuando más lo pensaba mejor le parecía. El tenía conocimiento limitado de las drogas; pero presentía que Molly necesitaba alguna atención profesional. Llevarla a un médico hubiera significado tener que dar explicaciones embarazosas. Una enfermera experimentada era mejor. La hermana de Yates ofrecía una solución. Además Felpham era un sitio bastante obscuro, fuera del mapa.

—Ella se alegrará mucho de hacer lo que pueda — dijo Yates — En esta época aquello está muerto y el marido se encuentra en el mar. Ella alquila piezas en verano.

Mulliner se levantó.

—Muy bien. Arreglado, entonces. La llevaremos allí. Yo le hablaré por teléfono a mi criado no bien sea de día solo para hacerle saber donde estoy. Y es mejor que usted avise al garage para que no se inquieten creyendo que le ha ocurrido algo ¿Tiene "jugo"?

—El tanque estaba lleno cuando salí.

Yates abandonó el parapeto y miró el cielo constelado de estrellas. Un zumbido lejano había interrumpido el silencio. A diez mil pies de altura, posiblemente más, algo se movía por el firmamento como una estrella fugaz, siguiendo, sin embargo un curso regular. Mulliner también lo vio. Mulliner distinguía ahora las luces de las alas, verde y roja. Poco después Yates se echó a reir.

—¡Cuanto daría por estar ahora ahí arriba! — murmuró — Es mucho mejor que en tierra. No se encuentra obstrucción de tráfico. Hay espacio de sobra para todos. Si alguna vez se le ocurre comprar un aeroplano, señor, y quiere que alguien se lo cuide, acuérdese de mí.

—Esa es otra buena idea — sonrió Mulliner — Ciertamente que lo haré. — Contemplaba todavía el cielo, buscando dos aeroplanos más que le parecía oir, cuando el otro le apretó el brazo y señaló hacia el auto. Su rostro se había puesto mortalmente pálido.

—¡Mire señor! — tartamudeó — ¡El auto se ha incendiado!

Mulliner miró.

El auto obscuro, cerrado, que habían dejado seguro al final del hotel, había estallado misteriosamente en llamas.

Lenguas pálidas, delgadas, de fuego salían por las ventanillas, llamas de nafta que hicieron pensar instantáneamente a Mulliner se había vaciado el contenido de una lata sobre los almohadones.

—¡Venga! — gritó y ambos echaron a correr. Mientras salían al camino principal, Mulliner divisó una mancha obscura, cuesta arriba. Parecía otro auto, estacionado como el de ellos. Una figura agachada abandonó la escena del desastre y saltó como un gato por encima de un seto.

LA PELEA EN EL BOSQUE

Tres tiros resonaron en la noche; dos de las balas silbaron detrás de ellos, la tercera tan cerca que Mulliner sintió la ráfaga rozarlo. Yates se había repuesto del momentáneo pánico en que el inesperado descubrimiento lo había sumergido. Su paso más largo lo hizo pasar a Mulliner cuando éste estaba a unas diez yardas del auto incendiado.

Mientras levantaba la cubierta de la zaga, algo pegó en el metal. Mulliner abrió la portezuela y fué obligado a retroceder ante las llamas lívidas y el insoportable calor. El tufo de la nafta lo ahogaba. Hacía una segunda tentativa para llegar hasta Molly, cundo Yates lo apartó rudamente y empezó a lanzar el contenido de su extinguidor químico, de incendios, al interior.

—¡Suerte que lo vimos! — murmuró — Recién empezaba. Un minuto más y hubiera sido tarde.

Mulliner sacó su pistola.

—Yo les haré frente — dijo — Llévela a ella entre los árboles, hasta el río, si puede. Báñela con un poco de agua. Lo necesita.

Ahora salía humo y olor en vez de llamas. Yates había sacado a Molly y la tenía, por el momento, al abrigo del auto mismo.

Hubo una breve tregua en las hostilidades. Aprovechando la cortina de humo que se interponía entre ellos y los malhechores, Yates llevó a Molly del otro lado del camino, al abrigo del parque. El humo se aclaró lentamente y Mulliner, cuyos ojos ardían, se encontró con cuatro hombres, casi encima suyo, que formaban un tosco semi círculo, como si quisieran rodearlo. Vio primero sus piernas, en un claro cerca del suelo y saltó sobre el primer hombre, derribándolo antes de que pudiera hacer fuego. Un fogonazo brilló en la obscuridad y la bala pegó en la caja del auto. Un momento después se había trenzado Jim con un segundo asaltante y trataba de apartar los fuertes brazos que de pronto lo rodearon. Rodaron ambos por el suelo.

Esta vez los criminales no estaban enmascarados. Jim vió junto a la suya una cara tan hermosa como la de un bulldog, de nariz chata y labio inferior saliente, barba hirsuta y ojillos malignos, de cerdo. Su adversario era un "thug" de primera agua, perito en sucias tretas, hombre de baja moral tal como podía esperarse en un cómplice de

Karl Imheim. Peleaba con las rodillas y con sus pesados botines; logró libertar una mano y le metió a Mulliner el pulgar en un ojo.

El Honorable Jim peleaba también como un salvaje; pero manteníase más cerca de las reglas aceptadas. Logró colocar un corto "jab" en la mandíbula del hombre-bulldog, arrancándole un quejido.

Gradualmente sintió que iba dominando a su enemigo. Era cuestión de resistencia y energía contra fuerza bruta, acaso menos resistente. El cutis amoratado del otro indicaba falta de entrenamiento, una debilidad que su aliento entrecortado empezó a confirmar. Mulliner colocó otro golpe bueno, un poco sorprendido, ahora que tenía tiempo para darse cuenta de lo que le rodeaba, al descubrir que la pelea los había llevado desde el centro del camino hasta el borde de la cuneta. El humo todavía formaba amplia nube debajo de las ramas de los árboles. Mulliner se escapó de las garras del otro y pudo ponerse de pie. Su adversario se levantó también trastabillando, encontróse con la izquierda de Mulliner y volvió a caer pesadamente hacia atrás. Terminado apenas este incidente, el tercero y cuarto hombre de Imheim se mostraron; eran dos ejemplares igualmente desagradables de la humanidad, el uno con una pistola y el otro con los puños arremangados y una cachiporra en la mano.

—Lo tengo cubierto — gritó el hombre de la pistola — ¡Levante las manos!

Por toda respuesta, Mulliner saltó la zanja, buscó el abrigo de un tronco de árbol en el mismo momento en que el hombre que le había hablado hacía fuego. Mulliner sintió un vivo dolor en el brazo izquierdo, entre el hombro y el codo.

Al acercarse Mulliner y Yates al auto donde habían dejado a la joven desconocida, vieron horrorizados que era pasto de las llamas.

—¡Tocado! — murmuró para sí y se agachó, al atravesar una segunda bala el follaje. Tenía que contar nuevamente con sus puños; la pistola la había perdido en la lucha. Agachado entre unas zarzas oyó que uno de los bandidos le aconsejaba al otro que fuera por la derecha, mientras él lo hacía por la izquierda. Era evidente que no pensaban renunciar a matarlo. Trató de considerar lo que haría y decidió atacar primero al hombre de la pistola, si tenía oportunidad. Movió hacia atrás y hacia adelante su brazo herido y decidió que todavía lo acompañaba la suerte. La herida, aunque do-

lorosa, era superficial. Perdía un poco de sangre que manchaba la manga y le corría por el brazo. Pero aún podía pelear. Sobre todo porque sentíase en disposiciones de hacerlo.

El cobarde plan de Imheim para librarse de Molly se le había atravesado en la garganta ¡Incendiar el auto para dejar que se quemara viva! El pensamiento hizo afluir la sangre a las sienes de Mulliner. Cuando Joe Rice le trajo aquel mensaje, al salir del Gaiety "Vigile. K. I. se mueve", le había concedido escasa importancia. No creía que el super-criminal obraría tan rápidamente. Cuando vacilaba en Piccadilly Circus acerca del sitio donde conduciría a Molly, creyó que tenía tiempo para decidirse y que Imheim se había dirigido a su casa. Y ahora comprendía cuan equivocado estaba. La limousine no hizo más que pasar un par de edificios, recoger algunos de la banda y volver. Sin duda lo habían seguido desde el centro.

Todavía estaba Mulliner agachado en la maleza, esperando que alguno de los otros tomara la ofensiva, convencido de que Molly se hallaba lejos del ancance de los bándidos y en las excelentes manos del ex-sargento de Aviación Yates. Había sido más que suerte encontrarse con aquel hombre. Recordó que pudo tomar un chauffeur que disparara a los primeros tiros, dejándolos a Molly y a él que se arreglaran como pudieran. Por el ruido entre la maleza, se dio cuenta de que los criminales se había separado unas cuantas yardas y se movían a la vez, acercándose al árbol.

Alzando la cabeza y esforzándose por descubrirlos en la obscuridad, pegó Mulliner contra una rama. El golpe fué doloroso, pero útil. Lo lógico para cualquiera en aquella crítica situación era abrirse paso por entre el bosque hacia el otro lado. No podía volver al camino, donde existía la posibilidad de encontrarse con más pistoleros. Pero renunciando a lo lógico, Mulliner levantó ambos brazos y se colgó de la rama. Tentando encima suyo, tocó otra rama y subió a ella. Sentóse a horcajadas y escudriñó la obscuridad de abajo. Luego pasó la otra pierna y se sentó normalmente, rodeando el tronco con un brazo.

Un pájaro, asustado por sus cautelosos movimientos, dejó el sitio donde dormía y volando, chillando, en la noche, Reinó de nuevo el silencio, interrumpido solamente por una voz profunda, mismo abajo del árbol.

—¡Salga! — decía la voz — Lo veo... lo tengo cubierto.

Mulliner sonrió. Estaba convencido de que su invisible interlocutor ni lo había visto ni lo tenía cubierto. Era puramente una prueba más de "nervios". la incertidumbre de individuos criados en la ciudad al moverse dentro de un matorral. El malhechor que estaba abajo se encontraba fuera de su elemento sin faroles de alumbrado y una gruesa pared de ladrillos para asomar detrás de ella media cara y una pistola cargada.

—¿Lo tienes, Sid? — preguntó una segunda voz.

El primer hombre le pegó un furioso puntapié a unos yuyos.

—No — confesó fastidiado — Aquí no hay nada.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Ha de haber ido más adelante.

Siguió una breve conversación en voz baja al pie del árbol, el frotar de muchos fósforos, blasfemias. A quince pies del suelo, Muliner iba acostumbrando sus ojos a la obscuridad. Distinguió vagas cabezas y hombros. Entendió algo de lo que se decía. Alguien iba a quedarse donde estaba; alguien a hacer un reconocimiento. Hubo una pausa y luego uno de los hombres se alejó. Mulliner esperó. El crugido de las ramas se hizo más distante. Procurando no atender al dolor de su brazo, Mulliner se descolgó lentamente hasta quedar suspendido sólo por las manos y, calculando la distancia, se dejó caer. Cayó mismo encima del pistolero que estaba abajo y el hombre lanzó un alarido capaz de despertar a un muerto. Cayeron ambos sobre la maleza, el bandido de boca, luchando desesperadamente, el Honorable Jim sujetándolo con las rodillas, retorciéndole la bufanda del cuello hasta que lo tuvo medio extrangulado; con la mano libre tanteó, buscando la pistola del otro, la encontró y le pegó a su enemigo un golpe, con el costado del tambor, que le dejó azonzado. Se puso de pie nuevamente, a penas a tiempo porque el compañero de su víctima acudía corriendo, despertadas sus sospechas por el grito que había oído. Mulliner saltó al camino, chocando casi con el par a quien había puesto fuera de combate antes. El primero de estos parecía sentirse muy mal; el segundo, por el contrario se hallaba bastante repuesto. Ante la presencia inesperada de Muliner, ambos retrocedieron Jim estaba sin sombrero y desgreñado. Al ver su blanca camisa uno de los pistoleros lanzó un grito:

—¡A él! ¡Es el Honorable!

Mulliner apuntó con la pistola recientemente conquistada al más peligroso de los dos.

—De espaldas — dijo — ¡Arriba las manos!

El hombre lastimado levantó las manos y empezó a darse vuelta. Mulliner oyó que el otro murmuraba algo "Es pura parada, imbécil. Sid está ahí". Comprendió Jim el peligro. El otro pistolero saldría de entre los árboles dentro de un minuto o cosa así y se vería rodeado. Mulliner retrocedió lentamente hacia el auto de alquiler, sin quitarle la vista a los dos que estaban en el camino. Abrióse detrás suyo, en el hotel, una ventana. Se volvió a cerrar bruscamente y ovó Jim la campanilla del teléfono, un llamado interrumpido como si el que pedía comunicación subiera y bajara, en su agitación, la manija. Una voz distante y ahogada gritó. "¡La policía!" Mulliner miró un instante el auto que estaba en la cuesta, más arriba. Por alguna razón que no comprendía, aquel

auto era también pasto de las llamas. Llamó Mulliner la atención de los asaltantes sobre el hecho y uno de ellos se dió vuelta y miró. Su compañero también. Los dos se olvidaron de Mulliner y corrieron hacia la colina. El tercer pistolero saltó la zanja. Todavía vacilaba en su borde cuando una sombra se alzó de entre la maleza y lo hizo rodar. ¡Era Yates!

—Lo he estado buscando, señor — le explicó a Mulliner — La dama ha vuelto en sí y no se siente muy mal, relativamente. Está ahora en el puente. Mejor es partir.

Mulliner señaló hacia la colina.

—¿Y aquello? — preguntó.

Yates se rió.

almohadones quemados y la pintura ampollada, experimentó Mulliner una sensación de alivio. Criminales o no, el haberles incendiado el auto podía resultar asunto serio. Quedarse allí hasta que llegara la policía, podía traer complicaciones, la clase de explicaciones que él deseaba evitar. Su brazo herido al rozar contra el costado del auto le produjo agudo dolor. Se dijo que, a la primera oportunidad, tendría que hacer alto y curarse. Eso sería, sin embargo, más tarde. Por el momento había que levantar a Mol y encontrar el camino de Felpham, antes de que alguien, bien despierto, tomara el número del auto.

Sacó la cabeza por la ventanilla en el

Mientras los pistoleros venían hacia ellos, Yates cargó a la joven. "Llévela hacia aquellos árboles", dijo Jim ansiosamente.

—Es a modo de represalia, señor. No van a apagar el fuego tan fácilmente como nosotros el que encendieron ellos

EN SEGURIDAD

Mulliner se rio fuerte.

—Represalias ¿eh? — Yates era todavía soldado de corazón; todavía el aviador conservaba el hábito de devolver diente por diente y aún más. Algunos de los recientes recuerdos evocados en el parapeto del puente se referían a Mespot y la frontera noroeste, donde las represalias se realizaban con lanza-bombas.

Mientras subían al auto cerrado, con sus

mismo momento en que Yates ponía el auto en movimiento. Las llamas de la limousine incendiada iluminaban el camino. Ardía fieramente, comunicando el fuego a las ramas de los árboles que estaban cerca.

Vió un par de figuras en el lado opuesto del camino, dos más en primer plano, que parecían aturdidas y espantadas. De pronto lo descubrió al mismo Imheim, gigantesco gesticulante. Parecía que daba instrucciones a los otros, ordenándoles que desaparecieran. Cuando ellos pasaron, asomaban cabezas por las ventanas del hotel. Yates paró detrás del puente, saltó al suelo y alzó a la joven de su escondite, detrás del parapeto. Mulliner lo ayudó. Entre los dos la llevaron

hasta el asiento de atrás. Mulliner se situó a su lado. Se fijó que tenía las piernas vendadas en parte y el borde del vestido chamuscado. Pensando en que sólo había salvado por milagro, experimentó Mulliner un sentimiento de cólera.

Partieron antes de que hubiera concluído de cerrar la portezuela. Mulliner se volvió hallándose con que Molly lo miraba con ojos muy abiertos.

—¡Señor Mulliner!

—El mismo ¿Se siente mejor?

Ella le dirigió una débil sonrisa tranquilizadora. Su mirada fijóse un momento en el chauffeur. Veíase que estaba todavía intrigada y supuso que Yates había tenido poco tiempo de contarle lo ocurrido.

—¿A dónde vamos? — fué la primera pregunta de Molly.

—A Felpham.

—¿Para qué?

Le explicó las razones lo mejor que pudo.

Molly frunció el ceño.

—¡Pero si no estoy enferma! — protestó — Que no estoy seriamente enferma, quiere decir. Cerró los ojos y se extremeció un poco — Me duele algo la cabeza y me siento mareada. Eso es todo. Después que duerma un poco me sentiré bien. ¿Cómo llegué aquí?

Mulliner se miró las manos.

—Usted me llamó desde una cabina de teléfonos de Piccadilly ¿No recuerda eso?

Hubo una larga pausa.

—Sí.

—Me dijo que Karl Imheim le había estado siguiendo y yo le recomendé que se quedara en la cabina y me esperara.

—Es cierto. Karl estaba allí.

El la narcotizó, por eso le duele la cabeza. Yo llegué en momentos en que él trataba de meterla en un auto. Usted no estaba en sus sentidos y yo la saqué de la ciudad, esperando que volviera en sí. Parece que Imheim nos siguió. Mientras Yates y yo andábamos estirando las piernas, trató de incendiar este auto. Afortunadamente llegamos a tiempo.

Ella tenía ahora los ojos muy abiertos y lo miraba maravillada.

—¿Y usted me salvó?

Movió él negativamente la cabeza.

—Fué Yates con su extinguidor de incendios patentado. A él tiene que darle las gracias.

Vio que ella le miraba la muñeca. Curioso por saber que era lo que le interesaba, miró él también. Tenía la manga levantada; se le había subido al trepar el árbol y no se preocupó en bajarla. Quedaba así a la vista una porción del brazo y en el blanco cutis se advertían claramente dos líneas de sangre seca, que terminaban en una mancha mayor en la mano. Encontró de nuevo Mulliner la mirada de Molly y se echó a reir.

—¡Está usted herido! — exclamó ella, inclinándose para examinar más de cerca.

—Un arañazo, nada más. Fué en el camino.

Inclinó Molly la cabeza.

—Procurando auxiliarme...

—Auxiliándome a mi mismo — corrigió él — Había uno o dos tipos por allí y tuve que darles una lección — pasó ligeramente por los acontecimientos — A decir la verdad, fué muy divertido.

Ella estuvo unos minutos silenciosa.

—¿Lo vio a Karl?

—Sí; pero sólo después de terminada la función. Debió estar escondido entre las malezas.

Molly suspiró:

—¡En buena lo ne metido!

—No atormente su cabecita por eso — dijo él vivamente — Me gusta.

El auto dió vuelta bruscamente a la izquierda y se detuvo en un trecho de sombra. Vio Mulliner que Yates apagaba las luces y cerraba el motor. Mirando por el vidrio de atrás, pudo observar una motocicleta con side-car pasar por el camino. Hubo un breve intervalo y pasó una segunda motocicleta de la policía. Yates dio vuelta la cabeza.

—No quiero toparme con ellos — dijo.

Emprendió de nuevo la marcha, siguiendo ahora un camino tortuoso, por senderos entre el campo, evitando hasta a Dorking. Molly hizo que Muliner se quitara el jacket, lanzó un grito a la vista de la camisa empapada de sangre, le ayudó a rasgarla y lo vendó la herida con dos pañuelos. Luego se apoderó de ella un sopor, se recostó en su asiento y cerró los ojos. Mulliner tampoco se sentía bien, se volvió a poner el jacquet y fumó un rato. El cielo se iba aclarando hacia el este. El aire se había puesto frío y Mulliner levantó la ventanilla.

Por algún tiempo estuvo contemplando a Molly y pensando lo linda que era, aun en aquel desorden. Gradualmente sus pensamientos se dirigieron a Imheim y sintióse perplejo. Pensó por qué había mostrado tanta obstinación en seguirlos esa noche. Naturalmente que el deseo de vengarse podía ser, en parte, un motivo; pero debía haber algo más. Comprendía el ataque contra su persona en el Mall; hasta cierto punto existía una razón para seguirla a Molly y tratar de raptarla. Molly había pertenecido a la banda y los había abandonado. Posiblemente poseía informes que servirían para condenar a Imheim y su pandilla, si ella se decidía por las medidas extremas. Pero aún aceptando todo esto, pensaba Mulliner que Imheim debió detenerse después del incidente en Piccadilly y esperar que se le presentara oportunidad más favorable ¿Por qué, se preguntaba Mulliner, aquella furiosa prisa?

Molly, empleada en Oxford Street, era una fija. A no ser que pudiera dejar su trabajo y desaparecer, Imheim tenía todas las oportunidades de encontrarla. Además, ella hacia tres semanas que se había apartado de él y no había dado señales de querer delatarlo. Cuando más pensaba, más se convencía Mulliner de que había en aquel asunto algo más que él no sabía.

(Continuará)

EL ASESINO MISTERIOSO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

POR lo que he oído en la declaración — comenzó el señor Cardew, — ustedes tres estaban ocultos al borde de la carretera de la playa cuando la pobre Ana apareció. La vieron pasar destacando su perfil sobre el cielo; advirtieron su sombrero y su figura toda; luego la vieron pararse delante de la puerta, entrar; pero no salir.

—Exacto — murmuró Soope — Hay en todo eso un tanto de deducción que debe enorgullecerle.

—Bueno, dicen ustedes que no la vieron salir — prosiguió el otro animándose — Y sí, en efecto no advirtieron su salida, no advirtieron tampoco al hombre que se ocultaba agachado en la parte trasera del auto para escapar a la observación. Probablemente se coló de un salto en el coche sin que Ana se percatase, y luego de esperar a que ella abriese la puerta, se abalanzó sobre la mujer y la arrastró hacia adentro. El estar cerrada la cocina vendría a revelar que el asesino usaba de dicha pieza a modo de prisión.

—Se cerró la puerta tras de él, yo sentí el portazo — dijo Soope al cabo de su paciencia.

—Pudo haberla empujado con el pie — respondió Cardew sin inmutarse. — Lo ocurrido en la cocina jamás lo sabremos. Lo cierto es que no pasó mucho tiempo sin que el canalla disparase sobre la pobre Ana ¿Qué hizo luego?

—¡Ah! ¿qué hizo? — preguntó Soope.

—Se puso el vestido y el sombrero de la mujer — dijo en voz baja; — salió a la puerta, la cerró y echó el candado, subió al auto y encendió los focos. Dicen ustedes que las luces brillaron unos segundos y luego se apagaron; la razón es obvia; el haz de luz podía caer de rechazo sobre el coche y revelar a cualquier persona, que por casualidad se hallase próxima, el hecho de que quien guiaba no era una mujer, sino un hombre, a pesar del sombrero de mujer, con que se tocaba.

Soope callaba.

—Luego, el criminal dirigió el auto hacia la carretera — continuó Cardew saboreando la sensación que acababa de producir,— subió a la parte alta del acantilado, arrojó el abrigo y el sombrero, y se encaminó a pie al sitio donde le aguardaba otro auto, un coche pequeño probablemente, fácil de ocultar.

Soope miraba sin pestañear al abogado.

—Es una de las teorías más notables que he conocido en mi vida — dijo al fin. Y Jaime notó que ahora no hablaba con sarcasmo. Los ojos del inspector se abrieron desmesuradamente, se abrió así mismo su boca, fea y desdentada; los bigotes se le erizaron — Es una de las teorías más notables que he oído en los días de mi vida. ¡Diablos, ha acertado usted!

Hubo un silencio de muerte. Al cabo, Soope fué levantándose poco a poco, alargó una de sus manazas y agarró la derecha de Cardew.

—Gracias — dijo.

No volvió Soope a hablar durante el viaje desde Pawsey hasta su despacho. Declinó la invitación que Jaime le hiciera de que se sentase a su lado, y se acomodó atrás con Lattimer. Al despedirse, rompió el silencio.

—Debo retirar bastantes de las afirmaciones que hice repetidas veces de Cardew — declaró con solemnidad — Nunca creí que los abogados como él, valiesen para otra cosa que para escribir cartas a las gentes que no pagan las facturas del carbón. Pero Cardew ha hecho lo que ningún otro sujeto podría hacer, Ferraby: ha logrado que yo adquiera confianza en mí mismo. Me ha demostrado que soy más vivo que él, y a un hombre capaz de conseguir eso, puedo llamarle un bienhechor público.

—¿Pero en qué es usted más vivo que él? — preguntó asombrado Jaime.

—No se acordó para nada de "Pie Grande". Pues ahora conozco a "Pie Grande" Lo conozco tan bien como a Lattimer.

Soope lanzó una mirada a Lattimer. Luego:

—Y lo he averiguado sin deducciones, hipótesis y demás literatura. He tenido muchos días a "Pie Grande" en mi despacho. Puedo presentarle a usted cuando guste a "Pie Grande".

—¿El asesino?

Soope asintió.

—"Pie Grande" fué desde luego el asesino.

—¿Y entró en la casa por la puerta trasera?

Soope asintió otra vez.

—Sí, señor; entró de varias maneras, pero entró también por la puerta trasera.

Jaime no salía de su asombro.

—¿Pero lo conoció Ana Shard?

—No, señor; Ana Shard nunca oyó sus pisadas; nunca lo vió. Fué muerta antes de que llegase "Pie Grande".

—Pero, Soope, usted acaba de decir que Ana fué asesinada por "Pie Grande".

—En efecto — afirmó Soope disponiéndose a entrar en su despacho. — Teorice sobre eso, hijo. Subinspector, compreme un periódico de la tarde, a ver que dicen de mi los periódicos

Capítulo XVIII

EL REGALO

El privilegio de que sólo gozaba Soope se extendió a Jaime. Al joven se le permitió permanecer una media hora todos los días con Elfa para conocer las últimas novedades relativas a la salud del padre de la muchacha.

—No quieren que me quede por la noche en el sanatorio — dijo Elfa — y quizá tengan razón. Mi padre se siente dichoso á su modo, y cada día se muestra más tratable. Todo esto me parece un sueño, un sueño agradable y desagradable a la vez. Me horroriza pensar en los años que mi padre pasó vagando por pueblos y aldeas sin que nadie mirase por él.

Jaime vió también al gran cirujano; ya había sido fijada la fecha de la operación. El médico y su ayudante tenían esperanzas en el resultado, recordando abundantes casos que ofrecían el mismo interés.

—No me preocupa la operación — dijo Elfa con calma al ser preguntada — La embajada está haciendo cuanto puede en bien de mi padre. Son buenísimos con él y me han ofrecido una pensión hasta que se cure, de modo que, por el momento, no necesito volver a casa del señor Cardew.

—¿Sabe noticias de él?

—Sí, me telefoneó ésta mañana — contestó la joven — Mostróse sumamente amable, pero muy difuso. Me dió la impresión de que anda tan absorvido por el problema de la muerte de Ana que en realidad no puede ocuparse de sus asuntos. Es un hombre buenísimo.

—¿Quién, Cardew? — exclamó Jaime sonriéndose — Yo sé de una persona que no participa de esa opinión.

—Soope ¿no? Pero Soope es único. Yo no puedo imaginarme a Soope opinando como todo el mundo. Soope es también persona excelente. ¿Será en realidad tan torpe como aparenta? ¡Habla de un modo tan arbitrario!

—Soope es uno de los funcionarios más antiguos de la policía — dijo Jaime — Nunca logré aclarar si su instrucción es tan deficiente como él pretende. Pero Soope tiene tantos aspectos, que es difícil orientarse...

Sonó en aquel momento el timbre del teléfono. La muchacha se fué al aparato y se dispuso a oir.

—No, yo no envié nada... si, estoy segura. Haga el favor de no dárselo. Iré al momento.

Colgó el aparato y quedóse pensativa.

—No entiendo eso — dijo — La directora del sanatorio me pregunta si yo había enviado una empanadita para mi padre. Yo, desde luego, no. La llevó, un recadero con una esquela que suponen escrita por mi.

—Es extraño — dijo Jaime.

Cuando la muchacha hubo entrado en su alcoba a vestirse de ropa de calle, Jaime se acordó de Soope y en un momento de inspiración llamóle por teléfono. Por suerte Soope se encontraba cerca del aparato y escuchó, sin hacer comentario alguno, el relato del caso.

—Dígales que guarden la empanada hasta que yo vaya; y luego que deje usted a la señorita Leigh en su casa, espéreme en la calle junto al sanatorio. Si tropieza con un joven que se preocupa de los pasos de usted, mencionele mi nombre.

Fué esta la primera noticia que tuvo Jaime de que la casa de salud estaba vigilada.

Llegados al sanatorio, fueron admitidos en las habitaciones particulares de la directora. En medio de una mesa y envuelta en un papel, estaba la empanada sospechosa.

—No quise darsela al señor Leigh hasta asegurarme de que la había enviado usted — dijo la directora.

El inspector mostróse terminante sobre este punto.

—Decía usted que la empanada venía con una carta.

La directora presentó un sobre. Elfa, a la primera ojeada que echó al sobre escrito, exclamó:

—Esta no es mi letra.

Ni la de la esquela de dentro, una hoja de papel, con la dirección de la muchacha en la parte superior y debajo unas líneas diciendo que se diese la empanada al enfermo.

—¿Conoce usted la letra? — preguntó Jaime.

—Nunca la he visto — replicó la joven — Pero, ¿por qué han enviado este pastel? Es, que... No lo quiero creer.

Su cara se tornó pálida.

—Probablemente se trata de un regalo,

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 6 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO— (EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

envío de algún amigo bien intencionado — manifestó Jaime con el propósito de calmarla.

—¿Pero quién desea mal a mi padre? — interrogó Elfa.

Y miraba con ojos espantados aquella empanadita de tan inofensiva apariencia.

—¿Qué debo hacer con esto? — preguntó la directora.

—Guardelo, por favor — exclamó Jaime al punto.

Miró a la muchacha de un modo significativo, y la directora comprendió.

Aunque Jaime quiso quitar importancia al incidente, a Elfa no le escapó su sentido.

—Le oí a usted telefonear a Minter — dijo ella mientras se dirigían a Culitt Street — ¿Va a venir a Londres?

—Sí, se hallará en el sanatorio cuando yo regrese. No se preocupe mas Elfa.

La muchacha advirtió la intimidad con que Jaime la había nombrado.

—Hay tantas cosas detrás de la ausencia inexplicable de mi padre, que me libraré muy bien de desenredar la madeja — dijo ella con un gesto de profunda desesperanza. — Tardaré en acostarme ¿Quiere telefonear si se descubre algo?

Jaime volvió a la calle del sanatorio. Como Soope había supuesto, apenas Ferraby se detuvo delante de la puerta del establecimiento, apareció de entre la oscuridad, y procedente de la otra acera, un individuo que, sin preambulos, le preguntó que hacía allí. La explicación de Jaime no fué aceptada enseguida, pues los detectives son de suyo escépticos. Afortunadamente, estando en mutuas explicaciones oyóse por el lado de Cavendich Square el ruido de una ametralladora disparada a intervalos regulares, y a las pocos minutos Soope, montado en la estrepitosa "moto", se presentaba a la vista.

Habiendo quedado la máquina apoyada contra la acera, Soope y Jaime entraron en la casa; la matrona trajo la empanada para que la examinasen.

—No tiene mal aspecto — dijo Soope— La llevaré conmigo, si usted no se opone, señorita. Supongo que usted recordará de que distrito era el recadero.

—Creo que de Trafalgar Square — contestó la matrona. — Pero no estoy segura.

Se detuvieron a depositar el pastel en el cuartelillo para que lo enviasen en un tarro sellado al laboratorio químico. Luego se encaminaron en un "taxi" a Trafalgar Square.

Las noticias que allí recogieron confirmaron el relato de la matrona. El paquete de la empanada lo había dejado un individuo que por las muestras, debía ser persona pagada por el autor del envio.

—Un pillo a quien le dieron unos peniques por el recado — declaró Soope — No le encontraremos a no ser mediante un anuncio, y así y todo, a causa de la natural astucia de los delincuentes, no se dejará ver.

Quizá no sea un delincuente.

—Es un pillo, y todos los pillos son delincuentes — replicó Soope que sentía cierta debilidad por las ideas generales.

Al salir de Trafalgar Square, Soope se detuvo en la acera a contemplar el monumento.

—Quisiera pescar a Lattimer. Es el hombre indicado para echar mano a ese gandul. Lattimer tiene cierta afinidad con las gentes a quienes no les gusta trabajar. Tendré que informar a la dirección — dijo — y el narizotas del comisario encargará probablemente el asunto a otra persona que me lo estropeará en absoluto.

Fuese a disgusto de Whitehall abajo y tuvo la satisfacción, una vez en la Dirección, de enterarse de que solo a él, por su categoría y condiciones, le correspondía la busca y captura del muchacho.

Pocas novedades había; no obstante, Jaime telefoneó a la muchacha relatándole el resultado de las investigaciones.

—¿Cree usted que la empanada estaba envenenada? — preguntó ella.

—Soope no lo sabe aún. Mañana conoceremos la verdad.

Le deprimió a Jaime el oir la ansiedad que revelaba la voz de la muchacha.

Cuando Jaime se reunió con Soope, este genio de los detectives le hizo una proposición extraña.

—Se me ocurre la idea de que regresemos cómodos ¿Dónde guarda usted el coche?

—En un garage cerca de aquí y le llevaré a usted con muchísimo gusto. Pero yo creía que estaba usted casado con la moto.

Jaime se dirigió al garage en un taxi y luego volvió por Soope en el puesto de policía. El viejo levantó del suelo la motoci-

cleta y la colocó en la parte posterior del coche.

—Que extraña manera tienen de venirle a uno las ideas. A media noche como al señor Cardew. Acaba de ocurrirseme una que me colma de alegría.

No quiso, sin embargo, compartir la alegría con Jaime

Regresaron enseguida y sin contratiempo.

Había noticias: el agente de guardia informó de la visita de una motocicleta.

—Dice que le dispararon dos tiros en la carretera, a una milla de Londres — manifestó el agente.

Y Soope lanzó un suspiro de satisfacción:

—¿No le dieron? Apuesto a que calcularon mal la velocidad a que marchaba. Pero si hubiese yo ido en mi moto, a cuarenta millas, me habrían dado de seguro.

—¡A usted! — exclamó Jaime — ¿Disparaban contra usted?

—Disparaban contra mi — contestó Soope sin inmutarse — Usted hablaba hace poco de que yo estaba casado con mi moto; eso es lo que deseo, precisamente. Me fastidiaría que la pobre se quedara viuda.

Jaime comprendió que la explosión de la noche no fuese mero accidente, sino un atentado. Soope era blanco apropósito para una emboscada. El ruido de su extraña máquina se oía a dos millas de distancia. (Después se supo que el hombre objeto de los disparos se servía asimismo de una motocicleta estruendosa).

—No me sorprendería nada que pudiesen conmigo; pero tienen que darse prisa — dijo Soope filosóficamente. — ¿Ha vuelto Lattimer?

—No, señor — contestó el agente; — está en Londres.

Pero no era cierto. En aquel mismo instante Lattimer permanecía apostado, en una valla, situada entre dos elevados matorrales en la parte más sombría de la carretera de Londres, con una enorme pistola automática en la mano y un hondo resentimiento en el pecho contra su jefe.

Por no haberle visto pasar.

Capítulo XIX

HUMO EN HILL BROW

A Jaime Ferraby le parecía lo más natural del mundo, presentarse en Cubitt Strett por la mañana, esperar a que la muchacha estuviese lista, y recorrer con ella en auto, la breve distancia que separa a Cubitt de Weymouth Street. A Jaime no le valía la excusa de que aquel fuése también el camino de su oficina; en realidad, se desviaba tanto de la línea recta que venía a alargarlo el doble. Este aspecto de su oficiosidad no le pasó inadvertido la primera vez, y se le hizo mas patente, cuando a la noche fué a llevar a la muchacha. El señor Leigh había pasado un buen día, durmiendo casi todo el tiempo. Según las enfermeras, por la noche era cuando se mostraba más despierto.

—Debe de haber adquirido el hábito de dormir de día y vagabundear de noche — dijo Elfa — Se me figura que me reconoció esta tarde. Me contempló de un modo extraño cual si recordase a alguien. Poco antes de que yo saliera, me reguntó si no le llevaba a la costa. Quería estar al cuidado de "Tres y Cuatro". A la directora le hizo la misma petición la noche pasada... ¿Qué es eso de "Tres y Cuatro"?

—No se — contestó Jaime — Le informaré a Soope ¿Vió usted al médico?

Después de una entrevista que tuvo Elfa con el cirujano, la operación se fijó para el sábado. El médico había hecho varios tanteos y creía que Leigh recobraría la salud.

La primera pregunta que a Jaime hizo la joven aquella mañana se refirió al asunto de la empanada. Jaime le respondió con desenfado que el químico no había descubierto vestigio ninguno de veneno. Pero Elfa no quedó convencida. De regreso a Cubitt Street, volvió a insistir.

—Soope me afirmó que no había veneno — repitió Jaime, sin obtener mejor resultado.

—Todo el día he estado preguntándome — dijo ella — si presenciaría mi padre el asesinato o conocería al asesino. A la hora del almuerzo estuve en Bench Walk donde ví al señor Cardew. Tiene la seguridad de que el atentado contra mi padre, de ser cierto, se debía a que, sin duda, mi padre había presenciado los hechos ocurridos en la casa del crímen... Papá habitó una cueva desde la que se veía la casa. Soope contó esta mañana que la cueva fué explorada por la policía y que se hallaron señales de que en ella había vivido mi padre años seguidos. Acostumbraba a descender de noche por una cuerda y subir antes de rayar el alba. La cuerda estaba tan blanca de cal que Minter informó que no era fácil advertirla, ni aún de día.

—¿Ha visto usted a Soope?

—Soope estuvo unos momentos en Weymouth Street, pero se dió maña para no hablar a nadie del informe de los químicos sobrs la empanada.

Jaime dejó a Elfa en la puerta de su casa, y permaneció un rato sin despedirse esperando a que la joven le invitase a entrar.

—Perdóneme que sea inhospitalaria con usted y le permita irse sin tomar una taza de te — dijo ella — ¡Estoy fatigadísima!

Volvió Ferraby a ponderar lo tonificante de una taza de te, en el parque, escuchando la banda de la Guardia. Pero Elfa no accedió.

—Quisiera que ya hubiese terminado — manifestó — Tengo una aprensión tan grande... la aprensión del peligro... de algo terrible.

—Contra eso, nada mejor que un te en el parque — insistió Jaime.

Jaime se quedó solo. Era suyo el resto de la tarde. Le esperaba en su despacho bastante que hacer. Pero el pensarlo le daba náuseas. Hacía un tiempo precioso; no se

sentía Jaime dispuesto a comer sin compañía, y puso el auto en dirección oeste. Su primer propósito fué visitar a Soope; pero cuando llegó al cuartelillo, el digno funcionario había salido con rumbo desconocido.

Hasta Lattimer era invisible. Jaime dirigió entonces el auto, colina arriba hasta Barley Stack, y tuvo la satisfacción de sorprender al criminalista de afición, paseando por el césped, las manos a la espalda, la frente preñada de pensamientos. Al oír la bocina del auto, Cardew volvióse y agitó las manos en ademán amistoso.

—Si existe un hombre a quien yo quería ver ésta noche, ese hombre es usted. Aunque no tengo para ello otra razón particular que... Bueno, creo que aún me dura la impresión que me produjo la muerte de la pobre Ana... Tan increíble me parece que a cada minuto creo oír su voz conminatoria.

Vaciló. Luego, dando un profundo suspiro:

—¡No quiero ser malo... pobre Ana!... Ana era dura, pero poseía muchas cualidades que nadie supo apreciar.

Ambos paseaban por el césped, a lo largo de un trozo de prado desde donde se veía Hill Brow. Jaime pensó que había algo siniestro en torno de la casa roja. Luego oyó una exclamación que lanzaba su acompañante.

—¡Hace una tarde demasiado calurosa para encender fuego! ¿No? — preguntó.

De una de las elevadas chimeneas pseudo isabelinas salía una nube de humo blanco.

—Por casualidad sí — dijo el señor Cardew en voz baja — que esa chimenea va a dar al horno de la calefacción de Elson. Para qué demonios lo enciende en una noche como ésta?

Los dos hombres quedaron en silencio contemplando el extraño fenómeno. Por las muestras, el horno era alimentado sin parar, pues el humo no disminuía en volúmen.

—Quizá esten quemando rastrojos — sugirió Jaime.

El señor Cardew movió la cabeza en señal de incredulidad.

—Hay un horno en el sótano con ese fin. Además en ésta época del año todo está verde, y las hojas no han comenzado a caer.

Jaime observaba la chimenea, sin pensar, como creía el abogado, que el espectáculo fuese tan notable.

—Quizá haga una limpieza de papeles viejos. Yo la hago una vez al año, sin acordarme de si es tiempo apropiado o no.

El señor Cardew sonrió misteriosamente.

—No conozco bien a nuestro amigo — dijo — pero nunca le he tenido por hombre de ordenados hábitos. Me intriga saber qué puede estar quemando.

Tendió la mirada alrededor y llamó al jardinero de cara insolente, que Jaime viera en una visita anterior.

—Es para que lleve una esquela al señor Elson — dijo.

Y entró en la casa a escribirla.

Cuando el jardinero se fué a cumplir el recado, Cardew explicó su plan.

—He rogado a Elson que venga mañana a comer — dijo — No es que lo necesite; pero se me ha ocurrido una idea. Cuando Federico suba a Hill Brow, hallará a Elson solo en la casa.

—¿Y ello qué probará? — preguntó Jaime.

—Nada en concreto, sino que Elson, por alguna causa apremiante, había enviado afuera a los criados para él entregarse con entera libertad a la quema de documentos. — dijo Cardew — Y ahora voy a enseñarle una cosa muy interesante.

Jaime le siguió al despacho, y al ver un objeto abultado sobre la mesa de la biblioteca, se preguntó si sería aquella la cosa interesante. Estaba cubierto por periódicos que al ser quitados, dejaron ver una maqueta, hecha con gran perfección, de la casa del crimen.

—La ha construído en veinticuatro horas un obrero especializado en estos trabajos— dijo con orgullo disculpable — El tejado se levanta.

Acompañando la acción a la palabra, lo levantó; quedaron al descubierto las distintas piezas de la casa.

—El obrero no puso los mismos colores, pero eso carece de importancia; y he tenido que fiarme de la memoria para la situación de algunos muebles. Esto — añadió el señor Cardew indicando con el corta plumas uno de los espacios — es la cocina. El modelo está sacado a escala. Vea el ventanillo de servicio.

Echó atrás un tablero y mostró la comunicación entre la cocina y el comedor.

—Ahora bien — continuó con cierta emoción — aquí se ofrece una circunstancia notable: desde el tiempo de Ana Shaw entró en la casa basta que ella, o quien fuese, salió, no transcurrieron con mucho, cinco minutos. Es evidente que ella, o ellos, entraron inmediatamente en la cocina ¿A qué?

—Para recoger la carta — dijo Jaime.

Cardey quedóse con la boca abierta.

—¡La carta! — exclamó — ¿Qué quiere usted decir?

—Una carta dirigida al juez instructor de West Sussex: Soopt encontró el sobre y un ladrillo suelto en la cocina, debajo de la mesa. El ladrillo sirvió para ocultar el documento.

La consternación de Cardew era de lo más cómico.

—Una carta — dijo — ¿Cómo no apareció en la declaración? El descubrimiento cambia radicalmente mi teoría. ¡Ahora comprendo por qué Soope se mostraba tan reticente!

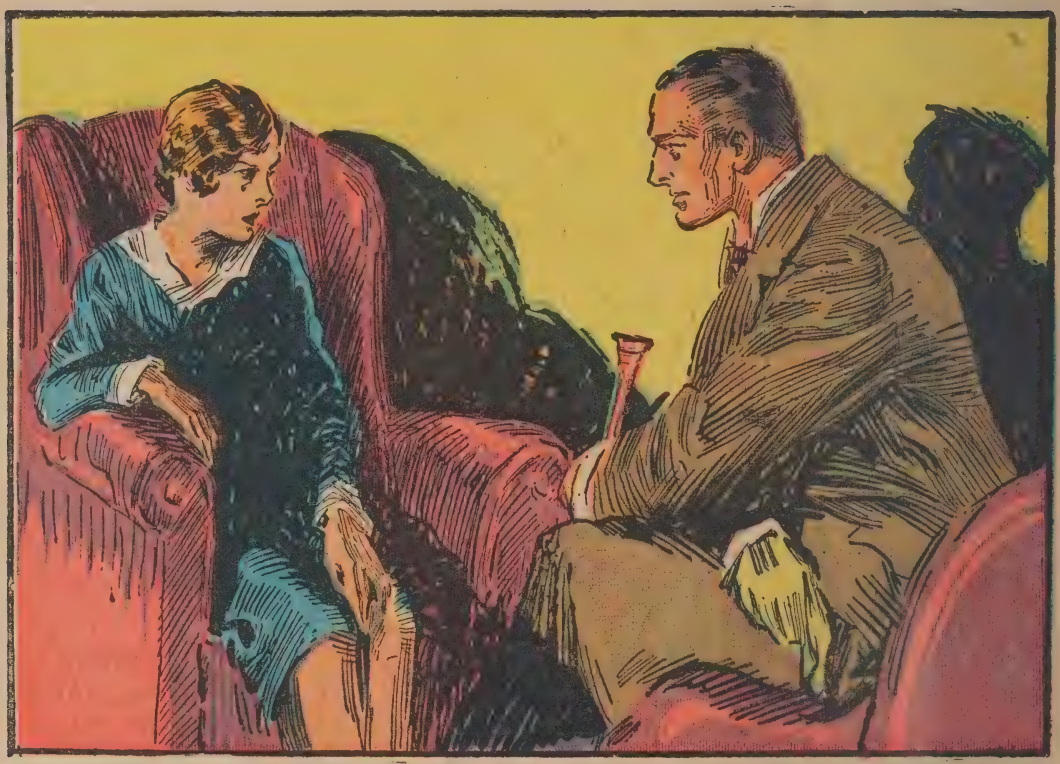
—Quizá no haya debido yo decirle a usted nada del sobre — manifestó Jaime.

El señor Cardew se sentó, mirando al modelo con melancolía.

—Puede conciliarse todo — dijo al cabo.

Pero en el tono de sus palabras no había ya la misma confianza:

—No me es posible buscar otra explica-



—No quieren que me quede por la noche en el sanatorio — dijo Elfa. — y quizá tengan razón.

ción al asesinato — continuó — El sobre iba dirigido al juez ¿cree en un suicidio?

—No; ni el mismo Soope supondría tal cosa — replicó Jaime sonriendo.

Jaime se hacía a sí mismo amargos reproches por haber revelado el misterio de Soope, a su rival.

—Es extraño que no haya caído yo en el suicidio. Pero como no se encontró arma ninguna, la hipótesis es imposible

—Añada a eso — manifestó Jaime — que las puertas estaban cerradas por fuera.

Cardew asintió.

—Sí; tengo que volver a considerar el asunto; pues estoy decidido a hallarle una explicación. Yo respeto al inspector Minter, que trabaja con arreglo a lo que yo llamo método de tanteo y que, desde luego, produce resultados aproximados. Pero estoy convencido que éste no es un caso en el cual el método susodicho, sirva de nada.

Sacó un cartapacio y púsose a examinar su contenido. Jaime se admiraba de la industria de aquel investigador infatigable. Había una página cubierta de indicaciones de tiempos y medidas. Otra, con un plano de la playa, lleno de rayas indicadoras de la altura de las mareas a ciertas horas. Había innumerables fotografías que mostraban la casa desde varios puntos de vista. Un mapa de Sussex con unas líneas rojas, que Jaime supuso fueran las rutas de escape posible que pudo tomar el asesino. Examinaba todo esto cuando regresó el jardinero.

—He entregado la esquela al señor Elson — dijo.

—¿Salió él en persona a abrir la puerta? — preguntó Cardew con ansiedad.

—Sí, señor; tardó unos minutos en presentarse. Creo que estan fuera los criados.

Cardew sentóse con una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo vestía, Federico? ¿Observaste si la cara, las manos de Elson ofrecían algo de particular?

—¿De particular? Estaban negras. Parecía como si hubiese deshollinado chimineas. Apareció en pantalones y camisa, se mostraba muy sofocado.

El señor Cardew volvió a sonreir.

—Gracias, Federico — dijo.

Y al cerrarse la puerta sus ojos se encontraron con los de Jaime.

—Está haciendo algo — continuó — No me cabe duda ¿Hasta qué punto lo que hace, puede relacionarse con la muerte de la pobre Ana? Recuerde usted que él conoció a Ana, y tuvo con ella entrevistas secretas. Supe por chismes de la servidumbre, llegados a mis oídos a raiz del asesinato, que ella visitaba con frecuencia Hill Brow. Además existe el hecho de que, a partir de la

tragedia, Elson no deja un momento de beber. Ya bebía antes de lo lindo pero ahora ha perdido todo freno. Dos de las doncellas se despidieron ayer y el ayuda de cámara se vá esta semana. Elson se dedica a recorrer la casa por las noches y ha sufrido más de un paroxismo de terror.

Se levantó a colocar en su sitio el tejadillo del modelo, que tapó cuidadosamente con un papel.

—Hasta aquí mis investigaciones, se han movido en la región de lo abstracto. De ahora en adelante me voy a adentrar en un nuevo campo que ni a mis años ni a mi aspecto conviene.

—¿En otras palabras? — dijo Jaime.

—En otras palabras: voy a averiguar el secreto que encierra Hill Brow

Capítulo XX

EL AVISO

El subinspector Lattimer esperó a que fuese noche cerrada para salir de su casa.

Dando un gran rodeo por sitios escondidos se encaminó al domicilio del norteamericano. No entró por la puerta principal, sino por un hueco de la casa que le era muy familiar. Atravesando unos matorrales, vino a dar delante de una puertecilla verde que se abría en la pared.

Esta vez no salió Elson a recibirlo, ni era necesaria su presencia. Lattimer sirvióse de una llave, abrió, cerró por dentro, y luego de un breve reconocimiento, dirigióse sin ruido por la alameda a la casa. No llamó; tenía que realizar cierto trabajo y lo efectuó con presteza. Sacó del bolsillo una hoja de papel blanco, cuyo dorso debía de estar engomado, pues, cuando lo apretó contra el tablero de la puerta quedó a ella adherido. Hecho esto, dió media vuelta en torno del edificio y llegándose a una ventana que se abría sobre el jardín, dió dos golpecitos. Transcurrió un rato sin oirse respuesta y repitió la llamada. Al cabo oyóse el remover de una silla, y advirtió como se hacían a un lado los pesados cortinajes y surgía de la oscuridad la cara aterrada de Elson.

—¡Ah! es usted — gruñó el hombre.

—Sí — dijo el otro lacónicamente. — Ya puede usted guardar la pistola; nadie viene a hacerle daño.

Dejó caer los cortinajes detrás de sí, tumbóse en una butaca y alargó mecánicamente la mano hacia una caja abierta de cigarros.

—Soope se ha ido a Londres — dijo.

—Que se vaya al infierno — exclamó el otro.

Era patente su borrachera; apenas reconocería su cara quien lo hubiese visto una semana antes; le temblaban las manos, los labios se estremecían a la menor excitación.

—Allí estaría, si se pusiese a buen tiro.

—Que ande con cuidado — comenzó a decir Elson a voces.

Pero la mano en alto de Lattimer y su expresión atormentada le hicieron callar.

—Bueno, no es necesario gritar.

—Soope ignora mis asuntos.

—Quizá el se figure lo contrario — dijo Lattimer mordiendo la punta del cigarro. — Nunca sabe uno lo que Soope guarda en la trastienda. Ando tratando de averiguar si sospecha de mí. Esta mañana me dió la lata hablándome de la necesidad de modificar el procedimiento de la prueba criminal...

Elson se encogió de hombros.

—No veo que relación tenga conmigo ni con usted — comenzó a decir.

—No personalice — replicó Lattimer displicente. — Voy a tomar un sorbito de ese whisky; le queda a usted bastante en la botella. ¿Ha tenido usted un buen fuego esta tarde?

—¿Yo? ¿Qué quiere usted decir?

—He visto a la vieja chimenea echando humo. La noche es demasiado calurosa para encender la calefacción.

Elson reflexionó antes de contestar.

—Estuve deshaciéndome de un montón de juncos secos — dijo.

Permanecieron sin hablar palabra como unos cinco minutos. Luego Lattimer observó más bien que preguntó:

—Estuvo usted en Londres esta mañana.

El hombre lanzó una mirada recelosa.

—Quiero dejar Inglaterra. No me asusta vivir en Nueva York.

—¿Qué pasaje tomó usted?

Elson se incorporó de un salto, la mandíbula inferior le tembló.

—La línea C. P. R. es comodísima. Supongo que no se aventurará a hacer el viaje directo a Nueva York.

—¿Cómo lo adivinó usted? — exclamó el otro.

—Tenía hace tiempo la impresión de que trataba usted de huir. Lo cual, naturalmente, me desagradaba — dijo Lattimer con displicencia. — No me gusta lo más mínimo que se me escape una fuente de ingresos.

—Yo creía que no eran ingresos, sino préstamos — refunfuñó el otro. — No se por que le di a usted nada.

—Le soy útil — replicó Lattimer. — Puedo serle más útil aun el sábado próximo. Usted debe procurar que nadie se entere de su marcha. Supongo que cuando se halle en el Canadá...

—Yo estoy a salvo dondequiera — exclamó Elson airado. — Ya le he dicho que no tengo ninguna cuenta pendiente con la policía.

—Me lo ha repetido tantas veces que casi lo creo — respondió Lattimer echándose a reir. — Pero venga usted acá, Elson, ¿a qué tanta prisa?

—Me cansa Inglaterra — dijo el otro — Desde que asesinaron a Ana, mis nervios están hechos polvo. Oiga usted Lattimer ¿qué es del vagabundo?

—¿El sujeto que atrapó Soope? Se halla en Londres. ¿Por qué?

—No se en realidad por que se lo pregunto — replicó Elson con aspereza. — Lo vi en el jardín la mañana que lo pillaron. Cuando Minter lo atrapó en la carretera, se encontraba muy próximo mi chauffeur. ¿Es un chiflado, no?

—¡Puede! Creo que sí; por lo menos eso piensa Soope. No he logrado permiso para pensar de distinto modo que Soope.

—Oiga, Lattimer. — Elson se inclinó hacia adelante y su voz descendió hasta convertirse en un murmullo: — Usted conoce las leyes del país... Nadie hace caso de un chiflado. Suponga usted, por ejemplo, que a ese loco le da por acusar a alguien. ¿Las leyes no tendrían en cuenta esas acusaciones, no es eso?

Lattimer le miraba sin pestañear.

—¿Qué teme usted? — preguntó.

—Nada — respondió Elson. — ¿Le he dicho a usted que temiese alguna cosa? Solo me guía la curiosidad. Cuando yo andaba recorriendo el Arizona, se me figura haber visto a ese hombre. Me hallaba al frente de una explotación agrícola y le hice una pequeña trastada. Igual que a muchas otras personas. ¿Usted me entiende? No me preocupa lo más mínimo.

Mentía, y Lattimer se dió cuenta.

—Es de suponer que no hagan gran caso de lo que diga un loco. Por lo menos así lo creo yo. Pero no continuará siéndolo mucho tiempo. Soope me ha dicho que van a hacer al vagabundo una operación, y se espera que recobre la salud.

Elson quedóse lívido.

—Mentira, mentira. No puede sanar. ¡Dios si yo hubiese sabido; si yo hubiese sabido!

Lattimer le miraba sin pestañear. No se movía el menor rasgo de su rostro sombrío.

—Eso creo yo, no se preocupe. Han de pasar días y semanas antes de que Juan Leigh pueda hablar. Si es que habla alguna vez.

El otro hombre recobró la calma; algo advirtió en el tomo de la voz de Lattimer que le confortó.

—¿Qué consecuencia tendrá esto para usted? — preguntó.

El subinspector se encogió de hombros.

—Ninguna — respondió.

La cara enorme de Elson se iba acercando más y más a la de Lattimer.

—Suponga usted que el vagabundo no está tan loco como usted piensa. Dicen que vivió en una de las cuevas del acantilado. Es de creer que no anduviese lejos la noche del crimen. ¿Qué consecuencias tendría ello para usted?

Lattimer se echó a reir; lanzó una nube de humo al techo.

—¿Qué consecuencias para usted? — preguntó Lattimer. — Se equivoca usted si cree que conozco a ese Leigh. He oído hablar de él, pero nunca lo ví hasta que Soope lo detuvo. Ni siquiera supe que estaba en el calabozo; cuando le conocí se hallaba en el despacho de Soope tomando te.

Advirtió que Elson se llevaba el índice a los labios en ademán de pedir silencio que se ponía a escuchar y sacaba el reloj.

—Los criados están de regreso — dijo.

—¿Es qué vienen acá?

—No a menos que los llame.

Apenas acababa de hablar, cuando se sintió un golpe a la puerta. Lattimer se levantó a toda prisa y se deslizó detrás de los cortinajes. Elson abrió la puerta. Apareció el ayuda de cámara.

—Dispénseme, señor — dijo el hombre. — No quisiera incomodarle.

—¿Qué pasa? — preguntó Elson impaciente.

—No se si habrá visto usted el aviso de la puerta. No me ha sido posible arrancarle; está pegado con goma.

—¿Un aviso en la puerta? — exclamó Elson con la voz alterada. — ¿Qué estás diciendo?

Siguió trás el criado, atravesó el hall, cuyas luces se hallaban encendidas. Abriendo de un empujón la puerta, vió el cuadrado de papel blanco, pegado al tablero. Y leyó despacio, sin dar crédito a lo que leía:

"Primero Ana Shaw: tu serás el segundo. Pie Grande"

Se llevó las manos a la garganta, quiso pronunciar unas palabras, pero sólo dejó escapar un gemido de angustia.

Se volvió al despacho y cerró la puerta por dentro.

—¡Lattimer, Lattimer! — exclamó con sonidos inarticulados.

Descorrió los cortinajes. Pero Lattimer se había marchado por donde había venido

Capítulo XXI

UN TE EN EL PARQUE

Se oyó un ruido estrepitoso en el patio de Soope, ruido familiar a cuantos habitaban una milla a la redonda en torno del domicilio del inspector. El dueño del cine del barrio, alquiló en cierta ocasión la moto de Soope para producir el estruendo de una batalla, pero fué precisamente aquella, la única vez que la máquina funcionó sin hacer los sugestivos ruidos de una trinchera. Unos cuantos admiradores del detective tuvieron un día la humorada de encabezar una subscripción para comprarle un aparato más moderno y silencioso: la entrega se hizo en presencia del alcalde, Ayuntamiento y demás entidades de la localidad. Soope tuvo consigo la máquina, una semana, al cabo de la cual nadie volvió a saber más de ella. Contó que la moto se había destrozado, pero no fué un secreto para nadie que la había vendido en pública subasta y que con el producto de la venta había añadido una nueva incubadora a su corral, una nueva mano de pintura a la moto vieja y colocado una suma no pequeña en el Banco de Barclay.

Era muy de mañana; todos los ciudadanos estaban en sus casas. Aunque no pueda afirmarse que todos durmieran.

Soope había colocado la máquina sobre la mesa de la cocina y se entregaba a reajustar una pieza, operación complicada por ser obra suya.

Un agente, en actitud respetuosa, permanecía en pie a su lado. Este agente sabía algo de mecánica y se dedicaba invariablemente, en ocasiones como ésta, a asentir a cuanto Soope decía. En dicha actitud venía a ser una autoridad mecánica.

—El ruido es propio de la naturaleza — agente. — dijo Soope dando vuelta a una tuerca. — ¿Oyó usted que alguien colocase un silenciador al trueno?

—No, señor. Yo sólo quiero decir — manifestó el agente con respeto — que debía usted poner un silenciador algo mejor a la máquina.

—Ello supondría mucho gasto. Además, a

la gente le gusta el ruido de mi máquina. Cuando la oyen se incorporan en sus camas y dicen: todo va bien; Soope vigila.

En aquel preciso momento, había mucha gente que se incorporaba en sus camas sin expresar la menor satisfacción.

—Pero Soope, ofrece sus ventajas el silenciador; suponga usted que un ladrón le oye llegar. .

—Los ladrones, jamás me sienten llegar — dijo Soope echando una mirada al oficioso agente. — Esta máquina es ventrílocua. Usted se figura oirla en una dirección cuando en realidad va en otra. ¿Qué le pasa esta mañana, agente? No hace usted más que poner reparos y reparos. ¡Caramba!

Después de estas palabras, el agente guardó un discreto silencio.

Cuando la obra quedó a su gusto, Soope encendió la pipa y examinó el cielo mañanero, que le pareció de buen cariz. Se entró en la barraca y regresó con la comida para las gallinas. Hecha la inspección de los gallineros y de los huevos, comenzó a asearse. Se enjugaba la cara con una áspera toalla cuando se presentó Lattimer dispuesto a comenzar la diaria labor.

—¿Dónde pasó usted la noche última Lattimer? — preguntó Soope refunfuñando.

—Estaba libre, señor.

—En mis tiempos no se estaba libre por la noche — siguió refunfuñando el viejo. — Traiga mis cartas.

Lattimer regresó con una cartera de correspondencia oficial, de donde Soope separó sus cartas.

—Una cuenta, una queja contra la moto, una carta de Aleo el niño bien de la habilitación — exclamaba, según iba pasando sobre tras sobre entre sus dedos. — Aquí está lo que busco.

Era un sobre sencillo, como advirtió Lattimer, y la carta tenía un encabezamiento impreso, que el subinspector no pudo leer.

—Caray — dijo Soope luego de enterarse del contenido. — ¿Sabe usted lo que es aconitina?

—No, señor. ¿Algún veneno?

—Un veneno ligero. Una cosa así como el volúmen de la cabeza de un alfiler le mataría a usted. Lattimer, en un santiamén; pero no a mí, que soy más robusto y no me paso las noches enteras bailando con las muchachas.

—¿Es el informe del químico? — preguntó Lattimer.

—Sí. Podía usted emprender una investigación, a ver si da con alguien que coma aconitina. No se suele vender. Pregunte a la Dirección. ¿No tenía usted noticia de la aconitina?

Soope se sujetaba el cuello; la cara, vuelta al techo se le torcía en una contorsión.

—No, no sabía que existiese esa droga.

—Apostaría a que Cardew, el famoso aficionado a la criminología, le contaría a usted una docena de casos en que la aconitina fué empleada.

—Puede — asintió Lattimer.

—No me gustan los envenenadores — declaró Soope, mientras hacía el nudo de la corbata con un esmero en él desusado. — Son la clase más despreciable del asesino. ¿Lo sabía usted Lattimer? Un envenenador nunca confiesa, ni aún con el dogal al cuello.

—No lo sabía — replicó el paciente Lattimer.

—Apostaría a que no lo ignora Cardew. De seguro que guarda libros de envenenadores y venenos que le pondrían a usted los pelos de punta. Voy a suscribirme a una de esas bibliotecas científicas. Estoy tan atrasado de noticias.

Despachó en un momento la correspondencia y, montando en la moto, emprendió una serie de visitas importantes. Importantes desde el punto de vista de Soope. Empleó un cuarto de hora en la oficina central de teléfonos, conferenciando con un inspector de otra clase que la suya: cerca de dos horas en el papelero del barrio. En este tiempo adquirió notables conocimientos sobre el papel de escribir, sus marcas y características. En la agencia de máquinas de escribir, su estancia fué breve, pero fructuosa. Pero hasta que dejó a las espaldas su distrito y comenzó a dar vueltas por las calles que conducen al Strand, no principiaron realmente sus investigaciones importantes.

Cuando Jaime, acompañado de Elfa, se dirigía por Whitehall camino de Green Park, lo vió por casualidad. La muchacha se empeñó (y ello produjo cierto desencanto en Jaime) en apearse y retroceder unas cien yardas para ir al encuentro del policía.

—Vamos a Kensington, ¿Quiere venir con nosotros? — preguntó Elfa.

Soope miró al auto, que había quedado a cierta distancia.

—No creo que el joven me necesite, señorita. No soy, y nunca he sido hombre a propósito para interponerme entre dos corazones jóvenes que se quieren.

—Somos jóvenes, señor Minter, pero no novios — dijo Elfa poniéndose colorada. — El señor Ferraby se ha portado muy bien conmigo.

—¿Quién no haría otro tanto? — murmuró Soope. — ¿Está usted segura de que no soy importuno?

—Desde luego — dijo ella un poco molesta.

Soope subió al coche con cierto gesto de repugnancia.

—Decía yo a la señorita que nada más lejos de mi ánimo que interrumpir a dos jóvenes que quieren estar solos.

—Nos alegramos muchísimo de ver a usted — dijo Jaime con firmeza.

—Yo siempre me digo que los jóvenes tienen tiempo sobrado por delante para hablarse, tomarse las manos, y hacer otras cosas parecidas y carece de sentido que se enfaden cuando un buen hombre entre en el recibimiento sin toser o llamar. Nunca estuve enamorado — dijo con melancolía. — Solo tuve cierto tropiezo con una viuda. ¿No les conté alguna vez aquello de la viuda sensible?

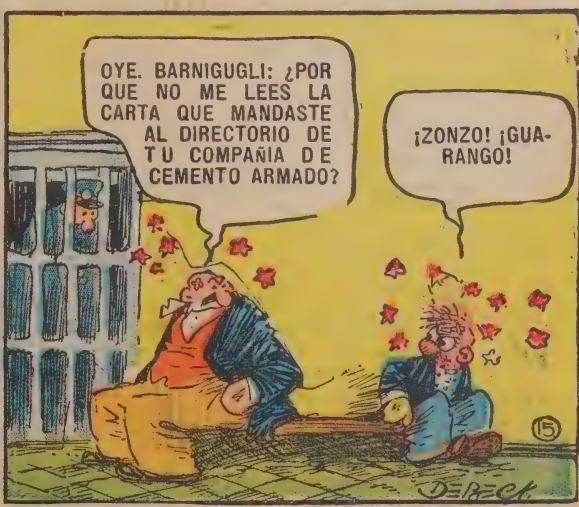
—Al parecer esa viuda no supo herir su corazón de usted, puesto que la dejó — observó Jaime chanceándose.

—Faltaron unas pulgadas. El plato dió

(Continúa en la pág. 44)

Aventuras de Barn

gugli, por Debeck



(Continuación de la pág. 41)

en la pared muy cerca de mi cabeza y no esperé por otro.

Es la única alusión que hizo al motivo de su ruptura con la viuda.

—Me gusta que las gentes se casen jóvenes — prosiguió. — Cuando son lo suficiente viejos para divorciarse, ya sentaron la cabeza.

—No anda usted de muy buen humor esta tarde — dijo Jaime riéndose a pesar suyo.

—Nunca estoy de buen humor a estas horas.

Cuando pasaron por delante del polvorín de Hijde Park, el centinela de guardia se irguió en actitud de firme y presentó armas, Soope se descubrió solemnemente.

—Saludaba al oficial que pasaba por la otra acera — explicó a la muchacha.

Soope movió la cabeza melancólicamente.

—Creí que al fin reconocían mis méritos — dijo. — Si me hiciesen los honores debidos, tocarían todas las campanas de Londres cada vez que entro en la ciudad.

A la tercera taza de te, comenzó Soope una ligera relación de los asuntos que le trajeran a Londres. Y luego, con su brusquedad característica.

—El pastel ha sido doctorado, señorita; no puedo ocultarlo: usted no me creería.

—¿Quiere usted decir que estaba envenenado? — exclamó ella impaciente.

Soope asintió con énfasis.

—Alguien no quiere que su padre de usted sane del cerebro. Acaso su padre viese muchas cosas desde su cueva. Estoy inclinado a pensar que él vió algo muy importante, antes de que su cerebro se trastornase. No se me pregunte quien lo hizo, porque no tengo libertad para contarlo, y aunque lo contase, carecería de pruebas para proceder a la detención.

Su mirada serpeaba por las mesas de alrededor.

—Cuando yo era policía joven no soñaba en pasear como un niño bien y tomar helados.

Tan rápido fué el cambio de un asunto a otro que la muchacha se quedó sorprendida. Pero Jaime que conocía la manera de ser de Soope, siguió la dirección de su mirada.

En una mesa inmediata advirtió una cara conocida.

—¿Trajo usted consigo á Lattimer?

Soope negó.

—Tomando helados — dijo con amargura. — ¡Cómo una muchacha! — Cuando yo tenía su edad tomaba grandes vasos de cerveza.

—¿Le ha visto a usted? — preguntó Jaime bajando la voz.

—Me está viendo. Ese Lattimer lo ve todo. Es como la araña, que tiene cuarenta millones de ojos... o cuatro millones de...

No obstante, Lattimer si le vió, no hizo ningún signo que lo revelase. Se hallaba entregado a la operación de consumir un plato de helado, y no pareció demostrar vergüenza cuando Soope se fué hacia él, y se le sentó enfrente. Jaime, mirando de sosayo, notó que el viejo hablaba con calor, y por la expresión del rostro, adivino que reprendía a Lattimer. Llamó a la camarera, pagó y desapareció a prisa.

—Le había dado al hombre instrucciones estrictas de que no saliese del cuartelillo y aquí le tiene usted tomándose helados como una damisela. ¿Que hora es señor Ferraby?

No gasto reloj. Hablaron de regalarme uno pero el regalo no se llevó a efecto. Si usted encuentra uno viejo, démelo.

Después que Jaime le dijo la hora, Soope se puso de pie:

—Tengo que irme; he dejado mi coche de recreo en Bayswater Road: está sólo a un paso de aquí.

Se fué, sin que Elfa pudiera hacerle la pregunta que tenía preparada.

Desde donde se hallaban se veía la carretera y el puente que cruzaba el lago. Jaime vió a Soope alejarse y que un hombre le seguía a respetable distancia. Era Lattimer.

—Me choca. Soope dijo que había enviado a Lattimer al barrio, pero Lattimer no parece darse prisa.

Se quedaron media hora más, charlando sin objeto; luego se dirigieron al coche, que les esperaba a uno de los lados de la carretera. Jaime iba a subir cuando oyó que alguién le llamaba por su nombre.

—Dispénseme, señor Ferraby — dijo una voz.

Miró alrededor y su vista se detuvo en una cara desconocida, que no obstante, le era familiar. Desde las botas, maltrechas, hasta el sombrero de paja abollado, el desconocido, revelaba al vagabundo.

—¿No me recuerda, señor? Soy Sullivan. Yo fuí el caballero a quien usted tuvo la bondad de acusar en cierta ocasión.

—¡Moisés! — exclamó Jaime. — ¡El pillo que debía estar a la sombra!

—El mismo, señor — respondió el hombre con cinismo. — ¿No me daría usted algún dinero para la cama? He estado durmiendo en la calle una semana entera.

Jaime que no era nada sentimental en tales asuntos, tendió la mirada alrededor en busca de un guardia, pero al parecer, Sullivan había tomado la precaución de reconocer el lugar con el mismo objeto. Advirtió Jaime asomar una sonrisa en la comisura de los labios de Elfa y se volvió a ella:

—Este es el pobre hombre de que le hablé en cierta ocasión, Elfa. ¿Recuerda usted que estaba encargado de acusarlo?

—Y lo hizo usted a las mil maravillas, señor — interrumpió Sullivan con aires de mofa.

En aquel momento Jaime vió asomar por el recodo de la carretera una gratísima aparición. Un guardia montado. También lo advirtió Sullivan.

—Si me da un par de chelines, señor — dijo a toda prisa — me hará un gran favor. El único dinero que he ganado, fué un chelín que me dió la noche última un caballero por que llevase una empanada a Trafalgar Square.

El guardia se acercaba al trote y Sullivan trató de huir, pero el brazo de Jaime lo retuvo.

(Continuará)

EL JINETE FANTASMA

Emocionantes aventuras de la juventud de BUFFALO BILL, en el Far West

Y Avellana, dónde está? — preguntó Búffalo Bill con natural ansiedad, pensando en la bella joven de cuya custodia había encargado a Texas Ted, la que había huído de manos de los paunis.

—Está en sitio seguro, Bill, — contestó Ted. — La hice entrar en este túnel y la puse en lugar confortable. Pensé entonces en volver al sitio donde usted había quedado. Pero antes de que pudiera ir, Estrella de Plata se puso inquieto y empezó a patear como loco.

Estrella de Plata, como si supiese que se hablaba de él, empezó a frotar el hocico con la cara de su patrón.

—Hice bien en hacerle caso, Bill, — dijo Ted. — ¡Diablos! ¡Veo que tiene usted una muñeca lastimada! — agregó, viendo el agujero que le había hecho la flecha del pauni. — ¡Por eso quería buscarlo a usted Estrella de Plata! Venga usted un momento a donde está Avellana. Ella debe saber como se curan y vendan esas heridas. ¡Pero eso debe dolerle mucho!

El cowboy llevó a Búfalo Bill a donde estaba Avellana. Siguieron por el túnel hasta llegar a una espaciosa caverna donde estaba Avellana.

La misteriosa joven se encontraba todavía bastante pálida y fatigada, pero en cuanto vió la herida de Búffalo Bill cambió de expresión.

—¡Oh! ¡Está usted herido, Bill! — exclamó, examinando la herida. — ¡Pronto, Ted, — agregó: — Tráigame un poco de agua.

Avellana no tenía más que diez y seis años pero durante el tiempo que había vivido con los pieles rojas había aprendido a curar toda clase de heridas, así que al cabo de pocos minutos Búffalo Bill tuvo su lastimadura debidamente vendada y además aplacado el punzante dolor que sentía.

—Tiene algo de fiebre y el aire de la noche es fresco, — dijo Avellana con ansiedad. — ¿No podrían encender fuego aquí dentro, Ted?

—¡Sin duda! — replicó el joven cowboy. — Tendremos fuego dentro de un momento. Mientras yo busco los elementos para el fuego trataremos también de encontrar algo que cocerá la lumbre de ese fuego.

Se expresaba con alegría pero no se sentía en realidad tan alegre como fingía estarlo.

—¿Dónde puede, usted encontrar leña para el fuego? — preguntó la joven. — No veo leña alguna en estas cuevas y después de lo que ha llovido los árboles de afuera deben estar empapados.

—Déjelo usted por mi cuenta, — dijo Ted sonriendo. — Yo traeré pronto suficiente madera para asar un oso. ¿Vió usted los pinos que hay a la entrada de la cueva?

—Sí, Ted.

—La mitad de las ramas crecen dentro de las cavernas y supongo que estarán en condiciones de hacer fuego con ellas.

Sonriendo, Ted se volvió hacia Estrella de Plata.

—¡Ven acá! — le dijo. — Tú me acompañarás a ir en busca del combustible. Hasta luego, Avellana. Procuraré traer también algo que asar para el almuerzo.

Y con Estrella de Plata trotando a su lado, se dirigió a la puerta de la caverna.

EL SECRETO DE LA CABAÑA SOLITARIA

Durante unos momentos después de retirarse Ted, Avellana permaneció de rodillas junto a Búffalo Bill. Después, convencida de que la única medicina que necesitaba era descanso, se retiró cautelosamente de su lado.

Pasaron los minutos y Avellana no dejó de mirar al hombre que tanto había hecho

por salvarla de manos de Lobo Salvaje, el jefe pauni.

Por más que trataba de recordar su vida pasada, Avellana solo tenía recuerdo de haber vivido con los pieles rojas en la región llamada Nido del Trueno y aun cuando nunca había sido maltratada por aquella gente nunca le habían consentido alejarse de allí ni abandonar el campamento.

Pero al fin se había escapado y su buena suerte la había llevado junto a Búffalo Bill y Texas Ted. A no ser por ellos seguiría en Nido de Truenos sin probabilidades de conocer el origen de su vida.

Avellana sentada, sumida en sus reflexiones no se dió cuenta de algo que se movía en una cornisa de piedra más arriba de donde ella estaba.

Era un oso gris.

Sin hacer ruido alguno el oso saltó hacia ella con una de sus garras dispuesta a herirla.

Cuando el animal llegó al punto a que se dirigía Avellana se estremeció y, volviéndose, miró hacia arriba. Un grito de horror brotó de sus labios.

Al mismo tiempo, el oso saltó de la cornisa.

La joven retrocedió y el oso que había bajado de la cornisa, estaba a seis pasos de ella.

Avellana gritó de nuevo y su grito llegó a los oídos del exhausto Bill Cody. El scout se incorporó en seguida y se dió cuenta de la dramática escena que se desarrollaba tan cerca de él.

En esta ocasión, como en muchas otras la voluntad de Búffalo Bill pudo más que su debilidad física.

Instintivamente buscó su rifle pero no estaba a su lado. Lo había perdido al caer.

Se puso de pie y tomó el revólver de su cintura. Procuró dominar su turbación y apuntó.

El oso se disponía a saltar sobre Avellana cuando vió a Búffalo Bill, se dió cuenta del peligro que lo amenazaba y se volvió hacia el hombre.

Avanzó hacia Búffalo Bill y éste no pudo hacer fuego hasta que el animal estaba a menos de seis pasos de él. La bala le entró en el cráneo y resbaló sin causarle mayor daño.

Un momento después el oso se había acercado más a Búffalo Bill y de un manotón hizo saltar el revólver de la mano del hombre.

Búffalo Bill desenvainó el cuchillo que tenía en el cinto y con él en la mano, se precipitó sobre el oso. Un instante después lo abrazaban los fuertes brazos del plantígrado.

Avellana miraba horrorizada aquel dramático cuadro.

Pero el joven scout aun no estaba vencido a pesar del terrible abrazo de que le hacía víctima el oso.

Aquella pelea no era del agrado del animal. El oso alzó una de sus poderosas manos y golpeó con ella a Búffalo Bill. El scout respondió a ese terrible golpe hundiendo su cuchillo en el cuello del oso.

El plantígrado cayó hacia atrás lanzando un aullido y manoteó queriendo golpear de nuevo a Búffalo Bill. Entonces éste se esquivo hacia un lado y volvió a herirlo con el cuchillo. Esta vez el oso se desplomó... ¡muerto!

El joven scout, enceguecido por el sudor que le corría por la frente, cayó hacia atrás, hacia la pared de la cueva en el mismo momento en que Texas Ted llegaba seguido de Estrella de Plata cargada de leña.

.....

A pesar de todo cuanto había sufrido, la maravillosa resistencia de Búffalo Bill se repuso rápidamente. Al siguiente día, después de descansar durante la noche, estaba enteramente bien.

El grupo se desayunó con excelente apetito y después Búffalo Bill y sus compañeros se dirigieron a Colonia de los Ciruelos, donde Búffalo Bill se proponía dejar a Avellana al cuidado de sus hermanas.

La última parte del viaje a través de las montañas fué necesariamente lenta porque el único caballo que quedaba para tres viajeros era Estrella de Plata que fué, naturalmente, entregado a Avellana.

El día era tranquilo y sereno, aun cuando por todas partes se veían señales de la violencia de la pasada tempestad. Se veían árboles arrancados de raíz por el huracán; el agua corría a torrentes por hondonadas habitualmente secas...

Búffalo Bill y sus compañeros vagaron durante todo el día, pero antes del anochecer llegaron a la colonia de los Ciruelos.

Anochecía y Búffalo Bill marchaba delante de sus amigos, cuando indicó con la mano una casita de troncos de árboles sin descortezar, situada a unas trescientas yardas delante de ellos.

—¿Sabe usted dónde estamos ahora, Ted? — preguntó Búffalo Bill.

—No, — contestó su amigo. — ¿Tiene usted alguna idea?

—Si mis recuerdos son exactos, — dijo Búffalo Bill, — estamos en un sitio al que llaman Rike Pars. — Esa casa fué en su tiempo habitación del trampero Dan que fué asesinado por Deadwood Dick la noche de una gran tormenta, hace diez años.

—¡Ah! ¡Entonces es este sitio! — exclamó Texas Ted con interés, — debíamos venir esta noche, pues dicen que todos los años se presenta aquí el espectro de Deadwood Dick.

Búffalo Bill inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Hace diez años fué asesinado el trampero Dan, Deadwood Dick y la hijita del trampero murieron en el torrente. — agregó Búffalo Bill. — Yo era entonces sólo un niño, pero recuerdo como los soldados de caballería encontraron al trampero muerto y el nombre de Deadwood escrito con sangre en el piso de la casa. Este es un misterio que no se ha descubierto nunca.

Cuando llegaron a la casita Avellana indicó la puerta y lanzó un grito de horror.

Búffalo Bill y Texas Ted se hallaban a pocos pasos y oyeron el grito de la muchacha.

Tendido en el hueco de la puerta se hallaba el esqueleto de un hombre igual al trampero asesinado desde años atrás.

El esqueleto estaba tirado ahí y al verlo, Avellana había gritado.

Entonces, antes de que la joven pudiera detener a Estrella de Plata, el caballo se volvió y corrió sin hacer caso de los gritos de su patrón.

—¡Estrella! ¡Quieto, Estrella! — gritó Bill. — ¡Jamás lo vi tan asustado!

Estrella de plata relinchó y se acercó a su patrón.

—Yo... lo siento tanto, — dijo la joven, pero no se que le ha dado.

—No se preocupe, Avellana. Caprichos que suelen tener los caballos.

Búffalo Bill y Texas Ted se volvieron al oir que Avellana lanzaba un grito y mirando por la ladera abajo vieron un jinete fantasma que se alejaba con la rapidez del viento.

—¡El espectro de Deadwood Dick! — exclamó Búffalo Bill.

LA MUERTE DEL AGUILUCHO

Búffalo Bill, Texas Ted y Avellada, la joven misteriosa, estaban de pie en una ladera de la montaña en Pike Pass mirando con asombro cómo se alejaba la fantasmagórica

Aun cuando estaba exhausto, Búffalo Bill se levantó y vió que el oso avanzaba hacia Avellana.

—Es usted muy amable conmigo, — dijo ella. — Yo no debía haberle hecho esperar.

Búffalo Bill sentíase asombrado por todo lo sucedido.

Junto con Avellana y Texas Ted corrió en medio de la oscuridad hacia la casita y llegó al mismo tiempo que Ted.

—¿Va todo bien, Ted? — gritó Búffalo Bill.

—Sí, sí, yo estoy bien. ¡Pero mire!

Texas Ted indicó con temblorosa mano la puerta de la casita.

El cuerpo que habían visto unos momentos antes había desaparecido.

—¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

figura de Deadood Dick, el jinete fantasma de la llanura.

El espectro se veía confuso e indefinido a la media luz de la tarde, y al cabo de pocos segundos el jinete fantasma se dirigió a una zona donde había grandes peñascos, y desapareció.

—¿Estaremos soñando, Bill? — exclamó Texas Ted, serenándose mediante un esfuerzo de voluntad — ¡Píncheme con una flecha y despiérteme!

Búffalo Bill movió negativamente la cabeza.

—Eso del fantasma me aturde y me con-

El jinete fantasm

funde, Ted, — dijo. — Desearía poder verlo más de cerca para poder darme cuenta de lo que es en realidad. Los pieles rojas huyen de él en cuanto lo ven; los osos y los búfalos le tienen miedo. ¿A qué obedece eso? No me lo explico Ted!

—¿Y qué me dice usted del otro asunto Bill, — dijo Ted, indicando la ruinosa casita de troncos. — Cuando llegamos hace unos momentos, vimos el cadáver de un hombre tirado en el suelo, cruzado en medio de la puerta. ¡Ahora ese cadáver ha desaparecido!

—Si no estaba muerto, puede haberse escondido en alguna parte, — dijo Bill Cody — Voy a... ¡Hola, Avellana! ¿Qué sucede?

Avellana, la misteriosa joven que Búffalo Bill y Texas Ted habían salvado de manos de Lobo Salvaje el jefe de los indios pauns, temblaba intensamente mirando con el terror pintado en los ojos, hacia la vieja casa de troncos.

Búffalo Bill corrió rápidamente a su lado, y la miró a la cara con ansiedad.

—¿Qué pasa, Avellana? — le preguntó. — ¿Qué le sucede a usted?

—No lo se, — contestó la hermosa joven, estremeciéndose. — Pero siento miedo. No sé por qué, pero este sitio me horroriza. Una vez y otra vez, antes de hoy, me parece haber visto este paraje horrendo en mis sueños y... y me horroriza, me asusta... ¡Vámonos de aquí, Bill! ¡Vámonos!

Antes de que Búffalo Bill pudiera contestar, Texas Ted lanzó un grito. Había llegado a la puerta de la solitaria cabaña y había levantado algo del suelo.

—El cuerpo que vimos, no era un fantasma, según parece, — exclamó el pequeño scout. — Mire usted esto.

Tenía en la mano una flecha cuya punta estaba todavía manchada de sangre fresca.

—¡Un momento, Avellana! — exclamó Búffalo Bill. — Quédese aquí con Estrella de Plata; ahí no hay peligro ahora.

Avellana no contestó, pero apoyando la mano en el aterciopelado cuello del caballo, se movió, alejándose, y Estrella de Plata se movió con ella. Se detuvieron cerca de una grieta poco profunda que había en el suelo pedregoso, una larga y estrecha zanja sólo un poco más honda que la cuneta de un camino.

Allí permaneció Avellana con la mirada fija en un sitio contrario a aquel donde estaba la cabaña de troncos donde Búffalo Bill y Texas Ted seguían examinando la flecha.

—El asesino fué con seguridad un piel roja, Ted,—observó Búffalo Bill. — Es posible que fuera el mismo hombre el que se llevó el cadáver durante los pocos segundos que nosotros estuvimos ocupados en otros sitios.

Búffalo Bill examinó la parte de la puerta donde habían visto el cadáver del hombre de barba. Un angosto rastro de sangre que salía de la casita, demostraba con toda claridad que el cuerpo había sido sacado de la vieja casita y no llevado al interior de la misma.

Todo resultaba muy extraño y los dos amigos se sentían realmente confundidos.

—Esto es algo para dejar perplejo a cualquiera, amigo Ted, — dijo Búffalo Bill, pasados unos momentos. — Si el muerto hubiera sido un hombre vulgar, el hecho no hubiera sido tan malo, pero la verdad es que era el retrato del trampero Dan, el viejo colono que fué matado en esta misma casita por Deadwood Dick, y el hecho resulta por eso realmente sobrenatural.

—Y el espectro de Deadwood Dick apareció también esta noche, — recordó Texas Ted — ¿Cree usted que fué el fantasma el que se llevó el cadáver?

—¿Pueden los fantasmas llevarse a los cadáveres? — preguntó Buffalo Bill, sonriendo levemente. — Yo no puedo decirlo, porque no conozco los usos y costumbres de ls espectros, ya sean a pie, ya a caballo. De todas maneras, Ted, vamos a echar un vistazo al interior de esta vieja casucha.

Búffalo Bill miró hacia atrás y vió que Avellaneda seguía de pie junto a la estrecha zanja mirando hacia las lejanas laderas de las montañas.

Los dos compañeros entraron en la casita de troncos y en el momento en que desaparecieron una emplumada cabeza surgió de la zanja junto a la cual estaba de pie la joven Avellana.

Luego, antes de que hubiera tenido ocasión de sospechar el peligro que la amenaza, ba, dos fuertes brazos ciñeron su delgado talle y la alzaron metiéndola luego en la zanja.

Avellana se sintió tan horrorizada que no pudo gritar pidiendo socorro en el primer momento, pero cuando miró el hermoso rostro del hombre que la tenía sujeta, parte del terror desapareció de su mirada.

—¡Aguilucho! — dijo ella con voz baja. — ¡Usted!... ¡usted nunca me hará daño! ¿Verdad?

—Sufriría yo mil tormentos antes de consentir que sufriera usted un solo instante de dolor, Rojo de Aurora, — dijo Aguilucho.— Voy a llevarla al Nido de Truenos donde el brazo fuerte y el valiente corazón de Aguilucho la protegerán para siempre.

Mientras él seguía hablando en voz baja y rápidamente, corría por la zanja con la muchacha en brazos.

—¡No, no! — gritó Avellana dándose cuenta de su propósito. — No debe usted llevarme de junto a los míos! Déjeme usted, Aguilucho. No quiero volver al Nido de Truenos.

En aquel momento un grito sonoro rasgó el silencio de la media luz de la montaña. Era un grito de Búffalo Bill, que acababa de percatarse al salir de la ruinosa casita de troncos de árbol, de que Avellana había desaparecido del sitio donde él la había dejado.

Sus perspicaces ojos miraron a derecha e izquierda. Al mirar a la derecha, vió las puntas de las plumas que adornaban la cabeza del piel roja sobresaliendo por el borde de la zanja.

Corrió hacia la hondonada y al llegar a ella vió la atlética figura de Aguilucho, que se alejaba con Avellana en brazos.

Buffalo Bill se movió hacia Estrella de Plata y descolgó de la montura su enrollado lazo. Después haciendo girar el lazo sobre su cabeza dos o tres veces, lo arrojó con energía hacia los fugitivos.

El lazo cayó sobre los hombros de Aguilucho y se estrechó sujetándolo de un golpe. Corriendo por la línea del lazo Búffalo Bill saltó a la zanja y siguió por ella, corriendo.

El joven indio pareció aceptar con calma la situación pues no se le notaba ni temor ni angustia en los ojos cuando miró cara a cara a Búffalo Bill.

—¿No está usted herida, Avellana? — exclamó Búffalo Bill dirigiéndose a la joven que había caído al suelo cuando Aguilucho fué detenido por el lazo del scout.

—No, no, — contestó Avellana temblorosa, — por favor no lo lastime, Bill, — suplicó ella. — Fué mi único amigo durante todos los años que pasé en el campamento de Lobo Salvaje en el Nido de Truenos.

Aguilucho, erguido como una estatua volvió sus negros ojos hacia Avellana y su altivez de antes se suavizó un poco.

—La joven cara pálida no necesita pedir piedad para Aguilucho, — dijo en voz baja pero con tono intenso.

Búffalo Bill sabía admirar a un enemigo valiente y sabía que Aguilucho era tan valeroso como orgulloso. Sin decir una sola palabra el joven scout sacó el lazo de los hombros del piel roja en el mismo momento en que Texas Ted saltaba al fondo de la zanja.

—Aguilucho es un guerrero y es mi enemigo, — dijo Búffalo Bill dirigiéndose al piel roja. — ¿Fué su flecha la que mató al anciano hace un rato?

—Fué la flecha de Aguilucho, — afirmó el joven indio. — Desde el sitio donde estaba escondido aquí, observé la vieja casa de troncos pues noticias habían llegado al jefe de mi tribu de que un hombre iba a venir a ese sitio esta noche.

—¿Y usted lo mató? — preguntó Búffalo Bill.

—Yo vi al hombre cara pálida y preparé mi flecha en el arco pronto a obedecer las órdenes de mi jefe, — contestó Aguilucho. — Pero el hombre era anciano y yo detuve mi mano. Fué entonces cuando vi a un jinete fantasma que salió al galope de detrás de la casita.

—¡El espectro de Deadwood Dick! — dijo Búffalo Bill en voz baja.

—El corazón me flaqueó al ver al jinete fantasma, —, confesó Aguilucho. — Mi mano tembló en presencia de lo desconocido y la flecha de mi arco fué presurosa a lavarse en el pecho del anciano rostro pálido que estaba de pie en la puerta de la casa.

Aguilucho hizo su confesión con toda franqueza y sin que su rostro expresara la menor emoción. Búffalo Bill sabía que lo sucedido había herido la orgullosa altivez del piel roja.

—Y después de esto, — agregó Búffalo Bill, — ¿qué pasó con el cuerpo del hombre a quien usted hirió con su flecha?

—No lo sé, — contestó el piel roja moviendo negativamente su emplumada cabeza, — porque fué entonces cuando llegó la joven cara pálida y su caballo se asustó. Yo corrí por esta zanja con el propósito de auxiliarla, pero usted llegó antes que yo. Cuando volví al escondrijo situado frente a la casita el cuerpo había desaparecido y el jinete fantasma marchaba por las laderas de las montañas.

—¿Ha oído usted eso, Bill? ¡Fantasma o no fantasma, Deadwood Dick debe haberse llevado el cadáver! — exclamó nerviosamente Texas Ted.

Aguilucho se volvió hacia Avellana, nuevamente.

—¿Vendrá usted de regreso a Nido de Truenos, Rojo de Aurora? — preguntó dando a la joven el nombre con que era ella conocido en el campamento de Lobo Salvaje. — Si usted accede a venir habrá paz entre los guerreros pauní y los hombres blancos.

—¡Rojo de Aurora es una jovén blanca y no volverá nunca a Nido de Truenos! — declaró Búffalo Bill antes de que la joven tuviera tiempo para contestar.

—¡Mañana Rojo de Aurora iba a ser esposa de Aguilucho! — exclamó el joven guerrero. — Ella no tiene nada que temer por que desde que era una niña pequeña la he amado y la he respetado. No es vergüenza para ninguna mujer amar a un hombre rojo.

—No puede ser, Aguilucho, — dijo Avellana. — Yo lo respeto y le estoy muy agradecida por todas las atenciones que conmigo ha tenido pues ningún hermano hubiese podido ser más bondadoso conmigo. Pero ahora usted debe olvidarme por que vuelvo al seno de los míos.

—Es el scout cara pálida el que me la arrebata, — dijo Aguilucho con calma. Y después, volviéndose hacia Búffalo Bill, agregó: — El cara pálida tiene que pelear conmigo.

—¡Yo no pelearé con usted! — replicó Bill Cody con firmeza.

—¡Porque me tiene miedo! — gritó el piel roja con desprecio.

—¡No por que le tenga miedo sino por que yo lo estimo Aguilucho! — fué la respuesta de Búffalo Bill — Sí, como bien puede suceder, nos encontramos en la guerra, pelearemos cada uno por la causa que es justa y digna. Pero yo no tengo rencillas con hombre alguno, ni blanco ni rojo que ame y proteja a una joven desvalida. Usted puede seguir en paz su camino, Aguilucho.

—El hombre roje pelea por su libertad; no ataca y se retira luego cautelosamente como una vizcacha — insistió Aguilucho con desprecio — Yo pelearé con usted y la joven

rostro pálido verá cual de los dos es mejor guerrero.

—¡No! ¡No! ¡Ustedes no pelearán! — exclamó Avellana.

Aguilucho dejó de mirar al rostro de Búffalo Bill para mirar al de Avellana y entonces por primera vez su rostro cambió de expresión. La tranquila y serena expresión de antes desapareció, como si se quitase una careta, del bronceado rostro y en cambio apareció una expresión de alarma y de terror.

Porque de un agujero de la roca que quedaba precísamente a la espalda de Avellana acababa de aparecer una víbora. El reptil se desenroscaba con el propósito de clavar sus dientes en la aterciopelada mejilla de la joven.

Aguilucho sabía que el contacto de aquellos colmillos cargados de veneno tendría por resultado una rápida muerte.

Búffalo Bill vió que el indio avanzaba de improviso hacia Avellanada pero no adivinó la causa hasta que vió que Aguilucho retrocedía nuevamente sujetando en su mano el cuerpo ondulante de una víbora.

Aguilucho había tenido tan solo el tiempo necesario para evitar que la víbora picara a Avellana pero no había podido defenderse él de modo alguno contra el reptil.

Debido a eso mientras retrocedía el ondulante reptil se enroscó al brazo del piel roja y con un rápido movimiento le clavó en él sus dos venenosos colmillos.

Aguilucho no flaqueó pero arrancando el reptil de su brazo, sabedor de que todas las hierbas y ungüentos del médico de los paunís no podrían salvarle de las rápidas consecuencias de la picadura de la víbora.

Se irguió Búffalo Bill, sabedor de que la muerte de Aguilucho sería cuestión de pocos instantes se acercó rápidamente a él pero Aguilucho hizo un ademán ordenándole que se retirara.

—He llegado a la orilla del gran río y voy a pasar al campo de las cacerías felices donde se halla el gran Espíritu de mis antepasados, — exclamó Aguilucho sin el menor temblor. — Me siento contento por que sé que los guerreros rojos pelean por su libertad y no tardará en reinar la paz.

El brillo de los ojos de Aguilucho desapareció poco a poco. Miró a Avellana y vió que la joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡No llore por mí, Rojo de Aurora! — dijo suavemente. — Mi vida era de usted y no he conocido momento más feliz que este, en toda mi vida.

Entonces, sin un solo grito, el orgulloso guerrero cayó hacia adelante, en los brazos de Búffalo Bill... ¡muerto!

Reverentemente lo enterraron a la luz de la pálida luna creciente, y sobre el montículo que marcaba el sitio de su tumba en la montaña cayeron las lágrimas de la joven blanca por quien había dado contento su vida.

UNA ESCENA ENTRE LA NIEBLA

Búffalo Bill y sus compañeros siguieron viaje durante la noche y hasta que dieron las doce no se detuvieron para descansar.

Búffalo Bill y Texas Ted se turnaron para montar la guardia porque eran tantos los peligros que los amenazaban que no era posible que los dos scouts durmieran al mismo tiempo.

Al amanecer los viajeros se hallaban de nuevo en marcha debido a lo cual cerca de las doce del día llegaron a la pequeña colonia de los Ciruelos, donde residían la madre y las dos hermanas de Bill Cody.

La casa de los Cody era un edificio de madera de tamaño bastante grande, que se alzaba enteramente separada de las demás casas de la colonia y mucho antes de que Buffalo Bill y sus compañeros llegaran a la casa, la señora Cody y sus dos hijas se adelantaron presurosas a su encuentro.

En cuanto el scout respondió a los afectuosos saludos de los suyos les presentó a Avellana y les explicó que iba a dejar a su cargo a aquella pobre muchacha sin hogar y sin amigos.

Instantáneamente las tres mujeres acogieron amistosamente a Avellana y la hicieron comprender que desde aquel momento la consideraraban como una persona de su familia y ella debía considerarse desde aquel momento como en su propia casa.

Aquel día fué muy feliz para todos. Pasados los apuros, los peligros y las angustias, todos celebraron la dicha de volverse a ver.

Poco después de las nueve la reunión se dispersó y la hermana mayor de Búffalo Bill llevó a Avellana a la pequeña habitación que había sido preparada para ella.

Búffalo Bill se retiró a su lecho poco después, cansado, después de tantas noches de poco dormir, se acostó vestido tal como estaba, en su cama.

No se dió cuenta del tiempo que durmió. En realidad le pareció que había despertado en seguida de acostarse. Al despertarse vió que su pequeña habitación estaba iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana.

Se levantó del lecho y se dirigió a la ventana.

Una niebla blanquecina formada por la luz de la luna inundaba el tranquilo paisaje de modo que no era posible distinguir nada a más de cincuenta yardas de distancia. Búffalo Bill se disponía a volver a la cama cuando se volvió y miró con atención..

Porque a través de la neblina una figura se movía lentamente. Una figura que Búffalo Bill reconoció en seguida como la de Avellana.

La joven se movía con los brazos extendidos hacia adelante y el joven que la observaba se dió cuenta inmediatamente de que caminaba en sueños.

Abrió la ventana y se disponía a saltar

por ella hacia afuera cuando apareció otra figura por entre la niebla.

Era el fantasma de un hombre a caballo... ¡Era el espectro de Deadwood Dick!

El jinete fantasma se adelantó en línea recta hacia la joven. Se detuvo a una yarda de la joven y Avellana pareció mirarlo.

Deadwood se inclinó hacia adelante en su montura y luego indicó, con el brazo extendido el sitio de donde había venido.

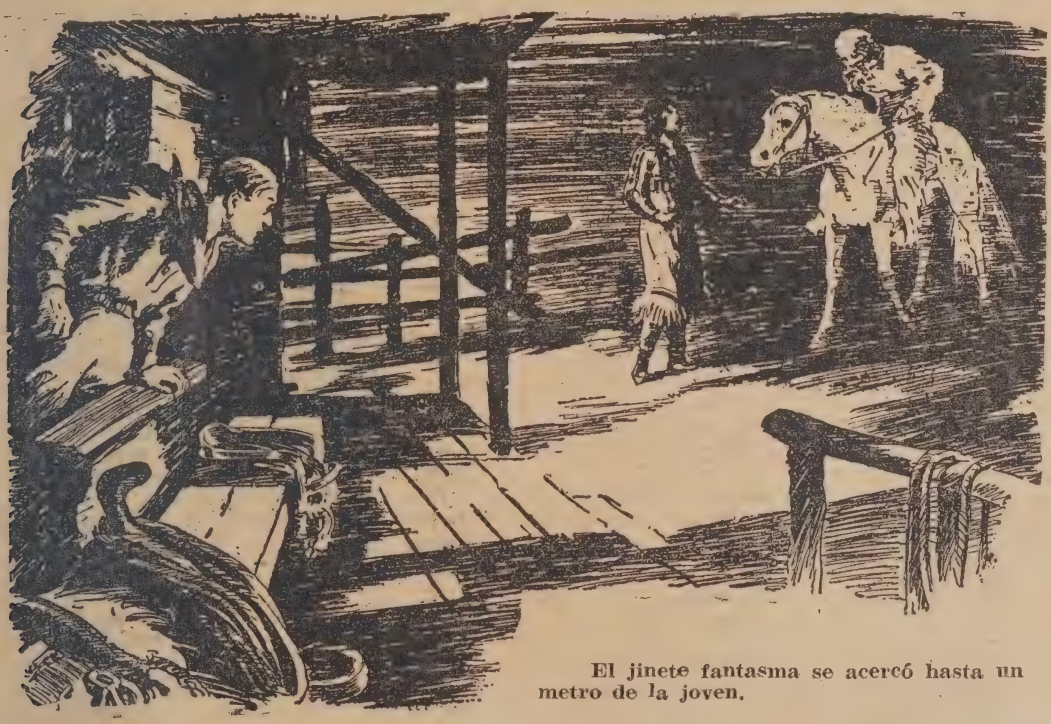
Búffalo Bill llevó la mano al cinto y luego, recordando que había dejado su revólver sobre la mesa, detrás de él, tomó el arma volvió a la ventana y saltó por ella hacia la galería exterior.

cibir ruido alguno. Sentíase enteramente perplejo. Creía que Avellana se hallaba en peligro y sin embargo se sentía incapaz de defenderla.

Se levantó y avanzó internándose en la niebla esperando que la casualidad le guiara hacia el sitio a donde había ido Avellana.

Durante las dos oscuras horas de la noche, Búffalo Bill buscó en varias direcciones sin hallar absolutamente nada. Cuando la luz del sol comenzaba a aparecer por encima de la cumbre de las montañas regresó cansado e infructuoso a su casa de la colonia de los Ciruelos.

—Me parece que he pasado la noche tras



El jinete fantasma se acercó hasta un metro de la joven.

A LA CAZA DEL FANTASMA

Búffalo Bill miró fijamente hacia la niebla — alumbrada por la blanca luz de la luna, — que rodeaba su casa de la colonia de los Ciruelos.

El joven scout se detuvo, indeciso, sin saber qué hacer durante un momento. Después avanzó. Aun no se oía nada más que el rumor que el viento hacía entre los pinares.

—¿Será posible que haya estado soñando? — se preguntó, frunciendo el entrecejo, preocupado. — Acababa de despertar de un profundo sueño y tal vez seguía durmiendo cuando ví aquí a Avellana y al fantasma de Deadwood Dick.

Se arrodilló y examinó el terreno cuidadosamente. No había rastro de pisadas ni de pie ni de cascos de caballo, por que el suelo estaba muy duro.

Aplicó el oído al suelo pero no logró per-

de un fantasma, — murmuró el joven scout cuando estuvo cerca de su casa. Creo que he buscado a Avellana mientras la joven dormía tranquilamente en su cuarto.

Aun cuando estaba muy cansado apresuró el paso al llegar a la casa cuando su hermana mayor apareció en la puerta de la casa.

—Bill, — preguntaba su hermana al scout — qué le ha pasado a Avellana? No está en su cuarto ni en ninguna otra parte de la casa.

Al oir estas palabras de su hermana, Búffalo Bill se convenció de que la entrevista de Avellana con Deadwood Dick no había sido una ilusión, sino una realidad.

—¡Ha desaparecido Avellana! — exclamó Bill Cody — Yo he tratado de dar con su rastro durante toda la noche sin haber podido encontrarla por parte alguna. ¡Me siento enteramente perplejo, hermana mía!

Entró en la casa junto con su hermana.

—Voy a dormir una hora — dijo boste-

zando; — y después tengo que apresurarme a ir a Denver. Debía hallarme allá hace dos días a recibir órdenes.

—¿Ordenes respecto a qué, Bill? — le preguntó su hermana.

—No lo sé — contestó el joven scout, encogiéndose de hombros — Desde que me destinaron al estado mayor de Denver he sido enviado a toda clase de misiones; pero no me quejaré nunca de esa variedad, siempre que me proporcionen emociones y aventuras.

Se fué a su cuarto y se tumbó en la cama, quedándose dormido en seguida. Una hora después se levantó y compartió el desayuno familiar con su madre, su hermana y Texas Ted.

—¿Han sabido algo respecto a Avellana? — fué su primera pregunta.

—Nada, Bill, — contestó Ted. — Me he pasado más de una hora recorriendo el terreno circundante, sin encontrar rastro de ella. ¿Por qué se fué, Bill?

Búffalo Bill no contestó a esa pregunta. No quiso enterar a Texas Ted de lo que había pasado, temeroso de alarmar de nuevo a su compañero.

—Tal vez Avellana sintió de repente haber abandonado a los indios, — dijo la señora Cody. — No sería el primer blanco que después de pasar largos años con los pieles rojas, no pudiera vivir lejos de ellos.

Búffalo Bill se encogió de hombros, pero antes de que pudiera contestar le distrajo el ruido del galope de un caballo que se acercaba a la casa.

Levantándose de repente, corrió a la puerta y miró por ella.

—¡Es Lew Lee, el correo a caballo de Denver!

El jinete llegó rápidamente y detuvo a su caballo a una yarda de la puerta.

—¡Hola, amigo Lee! ¿Qué noticias trae de la comandancia? — gritó Búffalo Bill. — Yo me disponía a salir para Denver dentro de un momento, pero prefiero conocer las noticias anticipadamente.

—No necesita usted ir a Denver, Cody, — dijo Lee jadeante apeándose de un salto de su sudoroso caballo. — Allí le esperaban a usted hace dos horas y me han enviado a buscarlo. Me alegro de que usted no haya muerto todavía, Cody, aun cuando creo que eso le va a suceder a usted uno de estos días.

Lee abrió una cartera de cuero que tenía sujeta al cinturón y sacó de ella un sobre cerrado.

—Estas son las órdenes para usted, Cody y son como para tenerlo ocupado durante algún tiempo, — dijo. — Tiene usted encargo de tratar de encontrar el escondrijo de una banda de mestizos mejicanos, una cuadrilla de bandidos a los que llaman los Piratas de la Pradera. Constituyen una banda muy peligrosa, enriquecida por la sangre de un centenar de víctimas inocentes y hay que encontrarlos y que exterminarlos, Cody.

¿Cuál es su principal clase de delito, Lee? — preguntó Búffalo Bill.

—Toda clase desde robar un caballo a incendiar y desvalijar una colonia, — explicó el correo. — Son tan malos como pieles rojas, Cody, y según parece, les ha convenido ponerse del lado de los pieles rojas para combatir junto con los indios contra los blancos.

—¿Está algún cuerpo de caballería buscándolos por la pradera, Lee? — preguntó Búffalo Bill.

—Varios grupos de tropas, pero los bandidos no dan a los soldados ocasión en entrar en combate con ellos, — contestó Lee. — Por eso es que el encargo de dar con el escondrijo de los bandidos, ha sido puesto en manos de Bill Cody, ¡el rey de los scouts!

Búffalo Bill se rió.

—Estoy seguro de que no merezco tales elogios, Lee, — dijo sonriendo. — Pero de todos modos, me sería agradable poder derrotar a esa banda de criminales para que la justicia pueda ocuparse de ellos, Lee. ¿Dónde ha estado en acción recientemente?

—Tan cerca de aquí como el arroyo Caribe, al anochecer, — dijo Lee — Detuvieron y asaltaron a un pequeño grupo de carros cuando éstos se detuvieron a aprovisionarse de agua en el arroyo. Mataron a dos hombres y se llevaron cuanto objeto de valor pudieron llevarse.

Búffalo Bill apretó los dientes y cerró los puños.

—¿Son muchos los que forman la banda? — preguntó.

—Según los diversos informes que se han recogido, son de doce a veinte, — dijo Lee. — Hasta el presente, han sabido ocultar sus huellas muy bien, pero tal vez cometan algún error el día menos pensado y entonces le darán a usted ocasión de perseguirlos, Cody.

—Voy a partir ahora mismo para el arroyo Caribe, — declaró enteramente decidido el joven scout.

—Aun hay algo más, — manifestó Lee, — últimamente varios viajeros procedentes de las llanuras, han dicho que han visto un jinete fantasma. No supongo que usted, Cody, sea de los que cree en cuentos de viejas, pero todos han dicho que ese espectro se parece a Dadwood Dick.

Búffalo Bill inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Yo lo he visto, Lee, — contestó. — No puedo decir si es un fantasma o una persona, pero lo he visto y, en una ocasión, estoy seguro de que me salvó voluntariamente la vida.

Lew Lee se estremeció y se quedó asombrado al oir tales palabras.

—Si usted lo ha visto, Cody, apostaré mi último dólar a que no es un fantasma, — declaró. — De todos modos, el mayor Birbank, de la comandancia, desea que usted averigue todo cuanto sea posible respecto a ese misterioso jinete.

—Y yo tengo deseos de enterarme de algo más, respecto a ese jinete fantasma por cuenta mía, — dijo Búffalo Bill. — Me ale-

gro de que me den esa orden, Lee y voy a ponerme en su busca lo más pronto posible. Y si usted va a regresar a Denver será bueno que les diga a los jefes que además de las calamidades mencionadas, un grupo numeroso y guerrero de indios paunís, capitaneados por el jefe llamado Lobo Salvaje, se ha lanzado ya al sendero de la guerra. Tal vez no logre hacer nada y los colonos puedan defenderse, pero siempre será bueno que los jefes se preparen, por si acaso.

LOS PIRATAS DE LA PRADERA

Búffalo Bill, después de haber hecho sus preparativos para un largo viaje, partió una hora después en compañía de su amigo Texas Ted. El scout montaba, naturalmente, su fiel caballo Estrella de Plata. Ted había sido provisto de un nuevo caballo, para reemplazar al que había perdido algunos días antes.

Los dos amigos partieron para el arroyo Caribe, escenario de la última hazaña de los Piratas de la Pradera.

Buffalo Bill buscó durante más de una nóra algún rostro del camino que habían seguido los bandidos despus de realizada su infernal hazaña y al cabo de ese tiempo, dió con unas huellas débiles de pisadas de caballo.

—¡Si este no es el rastro, Ted puede usted afirmar que mis ojos están mal! — declaró Búffalo Bill, indicando las huellas.— Los caballos que las dejaron, están herrados con herraduras mejicanas o yo soy una vizcacha.

Caminando junto a su caballo el explorador siguió de cerca las indecisas huellas. Le condujeron a un escarpado paso que se internaba en las montañas y allí desaparecía por completo, pues las herraduras no podían dejar rastro en el suelo pedregoso.

Búffalo Bill y Texas Ted siguieron camino adelante hasta que el sendero se dividía en tres diferentes caminos y entonces se detuvieron.

—Los piratas tinen que haber seguido por alguno de estos tres caminos, Bill, — observó Ted. — ¿Cuál le parece a usted que habrán seguido?

Búffalo Bill examinó aquellos caminos uno tras otro durante una distancia de cien yardas. Cuando por fin regresó después de un rato, tenía un objeto en la palma de las manos.

—Vamos a elegir el camino de la derecha, Ted, — dijo. — Este grano de trigo me ha decidido. No llevaba en el suelo cuando yo lo recogí, muy poco tiempo, y debió caer, seguramente, del morral de algún caballo.

—¡Pero hay un solo grano, Bill! — dijo Texas Ted. — Si el morral del caballo tenía un agujero, debió dejar con seguridad, un rastro de granos.

—Que han sido comidos por los pájaros, Ted, — contestó Búffalo Bill. — Este único grano estaba debajo de una piedra que había sido empujada con el casco por algún caballo. Por eso lo tenemos. Es el único rastro que tenemos vamos a seguirlo.

—¡Claro está que sí! — asintió Texas Ted; y juntos los dos compañeros siguieron adelante por aquel sendero de la derecha.

El día empezaba a acercarse a su fin cuando llegaron a una ancha huella que se extendía por una altiplanicie. Al pie de esta altiplanicie se veía una agreste llanura arenosa que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en medio de la luz crepuscular cada vez menos fuerte.

Lo único que interrumpía su monotonía era una cinta de agua que cruzaba la llanura por el lado izquierdo.

El agua parecía opaca y gris a la luz del crepúsculo; pero, a pesar de eso el aspecto general era agradable y sencillo.

Texas Ted no tenía los conocimientos de Búffalo Bill respecto a las cordilleras, las montañas y las llanuras así que miró aquella cinta de agua sintiéndose aun impresionado.

—¿No le parece hermoso el paisaje, Bill? — observó. — De fijo que a nuestros caballos les gustaría beber un poco de esa agua y meter las patas en el fresco líquido.

—Si nuestro pobres caballos lo hicieran, se-

LEA

ANGELES del INFIERNO

Novela inspirada en el film del mismo título

Búffalo Bill no se dió cuenta de lo que pasaba hasta que Aguilucho retrocedió con una ondulante víbora en la mano.

ría esa la última vez que la bebieran, Ted, — contestó Búffalo Bill. — Esa agua es llamada la Trampa de los Búfalos porque se ha tragado suficientes búfalos para que toda la tribu de los paunís comiera asado de búfalo toda la vida.

—¿Es que el agua tiene más profundidad de lo que parece? — dijo Texas Ted.

—¡No! La profundidad es poca, — dijo Búffalo Bill. — No hay más de seis pulgadas de agua límpida que cubren un lecho de arena amarilla que le da el más inocente aspecto del mundo y sin embargo ha sido la tumba de miles de confiadas víctimas.

—¿De modo que el lecho de arena amarilla es una sirte? — exclamó el otro.

¡Sí! Son unas arenas movedizas tan peligrosas y traidoras que el que da un paso de la orilla a las arenas del fondo es tragado por las arenas en menos de tres minutos y no queda en la superficie del agua ni una sola ondulación que indique que se ha agregado una víctima más a todas las anteriores, — dijo Búffalo Bill.

— ¡Eso es horrible! — dijo Texas Ted impresionado. — Es como para que quien se entera de ello no se vuelva a meter a caballo ni a pie, en el agua, en lo restante de sus días. Pero ¿qué hay en esa isla con arboleda que se ve en medio del agua?

—Nadie lo sabe, — dijo Búffalo Bill; — porque nadie ha podido llegar hasta ella a causa de las arenas movedizas.

Los compañeros se separaron del borde del camino alto y siguieron avanzando.

Llegó la noche y la oscuridad no les permitió continuar avanzando con esperanzas de volver a dar con la pista.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

A la luz de la luna se veía a Río Kid seguido por su caballo en busca de un rastro. A través del enredado chaparral había fácilmente encontrado el rastro del caballo del sheriff y también había encontrado el lugar donde el negro cuadrúpedo con su jinete acostado sobre el lomo había sido lanzado al desierto. Pero en el arenal no era tan fácil ver el rastro.

El apache lo miraba silenciosamente. Para la mente salvaje del piel roja, era inconcebible cómo Río Kid luchaba desesperadamente para salvar al sheriff de Frío internándose en el desierto en busca del hombre perdido para salvarlo a costa de su propia vida. Pero la resolución de Río Kid le era clara aunque no la comprendía. Una sonrisa agria hizo torcer las facciones aguileñas del indio al ver como el muchacho de Texas buscaba el rastro. No podía creer que un hombre blanco pudiese encontrar un rastro en el arenal.

Su boca se cerró herméticamente y sus ojos brillaron al ver inclinarse a Río Kid, escudriñar atentamente la tierra y luego montar y partir cabalgando. Una vez más la mano del apache fué en busca del puñal. Una vez más la retiró. Río Kid le había salvado su vida y el apache le había llamado hermano y desde ese momento la vida de Kid le era sagrada aunque no le permitiese cumplir su venganza.

Río Kid cabalgaba a la luz de la luna. Su silueta dibujaba una enorme sombra sobre la arena y la salvia. Al fin desaparecieron en la lejanía.

El jefe Muchos Caballos suspiró profundamente. Del chaparral se fué al desierto deslizando silenciosamente sobre la arena sus suaves mocasines. Siguió una ruta distinta a la de Río Kid. Una ruta por la que la distancia a la Llanura Estacada, era menor. Iba en busca del refugio que habitaban los perseguidos, blancos, pieles rojas. El jefe Muchos Caballos había cumplido su horrible venganza contra el hombre que lo hiriera, así es que la vecindad de los pueblos de hombres blancos no era muy segura para él.

LA CABALGATA DE LA MUERTE

El sheriff Watson abrió sus cansados ojos al ser heridos por el sol matutino. Apenas podía creer que había dormido acostado sobre la espalda del caballo galopador, con los brazos y las piernas fuertemente atadas y con su dolorida cabeza apoyada en el cuello del animal.

Pero si no había dormido, por lo menos había estado durante un cierto tiempo inconsciente.

Despertó como después de una pesadilla volviendo a la realidad que era mucho peor que el más terrible de los sueños.

El sol estaba alto en el cielo y a su alrededor no veía más que el desierto infinito.

Estaba muy lejos de la pradera de la civilización. El jefe Muchos Caballos se había encargado de que así fuera.

Desde el chaparral, el arenal se extendía por millas y millas hacia el Llano Estacado, árido sin agua, desnudo. Ni una señal de mal pasto asomaba en el desnudo suelo. Ninguna vaca errante, se había acercado al lugar, como tampoco ningún vaquero. Serpientes de cascabel, cigarras, perros de la pradera aulladores eran los únicos habitantes del desierto. Si algún jinete se lanzaba a través de esta llanura desierta, era algún perseguido

en busca de salvación o algún descastado piel roja. Y era aquí por donde galopaba el caballo negro llevando sobre su lomo al sheriff de Frío.

El caballo todavía galopaba. Las espinas de cactus colocadas entre el hombre atado y el lomo del animal se introducían en la carne atormentándolo incesantemente.

A veces relinchaba briosamente, otras el relincho era de dolor. Más de una vez el animal volvía la cabeza para morder lo que le atormentaba. A veces disminuía el galope hasta ir al paso para comenzar de nuevo la desenfrenada carrera.

El sheriff de Frío miraba a su alrededor sin esperanza alguna.

El polvo del llano lanzado por los cascos del caballo lo había cubierto por completo, la cara, los ojos, la nariz, la boca. Se ahogaba. La sed lo atormentaba. Salvia y arena, arena y salvia. Silencio de muerte roto solamente por el ruido ensordecedor de los cascos. El sheriff rugía.

Sabía que estaba sentenciado a muerte, que no había esperanza alguna de salvación. Entre mil no tenía una probabilidad de ser visto por algún jinete, que cabalgase por el desierto. Ni una probabilidad entre mil que el jinete no fuese otro que un bandido, que un enemigo terrible del sheriff de Frío. Quizás Río Kid...

Al pensar en Río Kid, los ojos del sheriff centellearon de rabia.

Fué con el pretexto de guiarlo al escondite de Río Kid como el vengativo apache lo llevó al chaparral golpeándolo hasta desmayarlo y después cumplir el malvado plan de venganza. Fué su ansiedad por enlazar a Río Kid lo que había llevado al sheriff de Frío a la trampa que el indio le tendió.

Río Kid que se había escurrido de sus manos, que se había burlado que lo había humillado y derrotado, cabalgaría ahora libre como antes mientras que los huesos de Jake Watson se blanqueaban en el desierto. Ese pensamiento era más amargo que la muerte misma para el sheriff de Frío.

Si no fuera por su ansiedad de hacer prisionero a Río Kid no hubiera caído en esa trampa horrible. Al bandido de Río Grande le debía la situación angustiosa en que se encontraba.

En su rabia, el sheriff de Frío se olvidó durante un momento del tormento de su sed y de los dolores de las extremidades lo mismo que de la segura sentencia de muerte a la que estaba condenado. Lanzó maldiciones al vaquero causante de su desastre.

Pero con eso no se consolaba. Sus pensamientos recayeron de nuevo en su situación actual. Una vez más levantó su dolorida cabeza, miró a su alrededor la llanura infinita y árida y solo vió salvia y arena, cactus y yucca, polvorientas y horribles bajo los ardientes rayos solares. El sol ardía. Dentro de unas horas reverbereará furiosamente en la cara descubierta que estaba vuelta al cielo.

El caballo continuaba su desenfrenado galope. Jinete y cabalgadura morían de sed. Jake Watson notó que el animal se encaminaba en una dirección definida como si buscase algún lugar conocido. Una esperanza renació en su pecho. Quizás el bruto se encaminaba a acasa. Pero entre el desierto y la pradera había millas de chaparrales impenetrables tan espesos y salvajes como en los días antes de que el primer hombre blanco pisara el suelo de Texas. Ningún caballo trataría de penetrar en esa selva de ramas entrelazadas y de plantas rastreras y trepadoras. Y al levantar la cabeza, el sheriff pudo ver que el chaparral no estaba a la vista. Había sido dejado a muchas millas atrás por el caballo galopador. No obstante, el animal se dirigía hacia un lugar determinado. Y el sheriff adivinó al fin que su instinto lo llevaba a donde encontrar agua. Al pensar en el agua, la ansiedad de beber lo atormentó dolorosamente. Su garganta llena de polvo ardía y pedía agua. Pero si el animal encontrase la cisterna que buscaba, el hombre atado al lomo no podría saciar su sed. Atado y desamparado incapaz de mover una extremidad, no podría alcanzarla, aunque rodeara profundamente el cuerpo del animal.

Gruñó otra vez.

¡El galopar desenfrenado proseguía! Millas de desierto y arena pasaban rápidamente. Al fin el animal fué disminuyendo de velocidad hasta pararse por completo. Jake Watson oyó que el ruido de los cascos se hacía cada ver menor al pisar el barro. Torció su cabeza para mirar hacia abajo pero la crín le tapó a medias los ojos. El morro cubierto de polvo y sediento del animal fué metido en la cisterna, bebiendo el agua a grandes tragos.

En el medio del desierto salía el agua de algún oculto manantial. Era un arroyo delgado y manso que circulaba en una distancia que no pasaba de muy pocos metros para hundirse de nuevo en la arena. A su alrededor se había cavado un pozo y la tierra convertida en fango por las patas de los muchos animales del desierto que venían a saciar su sed. Un gruñido llegó a los oídos del sheriff, que reconoció en él al coyote o perro de la pradera. Miró a su alrededor y vió el brillar verdoso de unos ojos indómitos. Los flacos y sucios animales del desierto habían estado en la cisterna cuando el negro caballo llegó, desparramándose al oir los ensordecedores cascos pero se reunían de nuevo lanzando gruñidos.

Cuando el sheriff miraba con vidriosos ojos, uno de los coyotes pegó un salto lanzándole un mordisco que no lo alcanzó apenas.

El caballo huyó relinchando. La sed lo había hecho audaz ante la voracidad de los coyotes pero saciada la sed, fué sobrecogido por el terror que le causaban sus enemigos naturales. El caballo se asustó de los coyotes y galopó internándose en el desierto cada vez más temeroso de los mordiscos que le alcanzaban más dolorosos aun que las espinas que se le clavaban en el lomo.

El sheriff Watson levantó la cabeza para mirar hacia atrás. ...

Detrás, saltando, corriendo, aullando, venían los coyotes persiguiéndolo, con los ojos echando chispas y con los dientes listos para

hincarlos. Pero la velocidad frenética del aterrorizado caballo hizo que los coyotes desistieran de su persecución. Cuando Watson levantó su fatigada cabeza para mirar otra vez, la aulladora jauría ya no estaba.

¡Y el caballo continuaba su desenfrenado galope!

El sol quemaba su cara ahora levantándole vejigas. De súbito sobre las arenas del desierto hizo su aparición un jinete. Este cabalgaba sobre el desnudo vacío, árido y muerto desierto lo que hizo que el sheriff lo mirara son asombro. Su seca garganta lanzó un juramento, pues había reconocido al jinete, conocía su bella cara morena, su sombrero Stetson, con su cinta de pepitas de plata. Era Río Kid que cabalgaba directamente aceptaría contento su muerte en el desierto.

Sin embargo mientras el caballo iba tragando distancia, pensó que en su desamparo y desesperación había recibido consuelo al saber que su enemigo estaba en el desierto. En aquella horrible soledad sepulcral, significaba algo que un ser humano estuviera presente aunque, distante, significaba algo que aun un enemigo mortal estuviera a mano. La odiosa soledad no parecía tan odiosa después de la fantasmagórica ojeada de Río Kid.

¡Tracatác, tracatác!

Los cascos del caballo despedían terrones de dura arena. Alrededor de los ojos encandilados de Jake Watson se elevaban lomas pétreas, cantos rodados, riscos escarpados.

Detrás, aullando, venían los coyotes, con los dientes listos para morder.

acercándose cada vez más a él. Y cuando parecía alcanzar al sheriff desapareció de súbito como si fuese tragado por la tierra.

Era un mirage o espejismo. Los doloridos ojos de Jake Watson dirigieron su mirada por el espacio vacío, por el polvo y la arena y la salvia. Ningún jinete cabalgaba dentro del radio de acción de su vista. ¡Era un espejismo! Pero éste le decía que en alguna parte del infinito desierto cabalgaba Río Kid. Quizás a unas doce millas de distancia o quizás a unos treinta o aún más se encontraba el muchacho de Texas mostrado ante sus ojos por la mala jugada hecha por la refracción de la luz.

¡Río Kid! El pecho del sheriff de Frío condenado a muerte se inflamó de ira. Si pudiese disparar su revólver contra Río Kid Sabía que el caballo había llegado al borde de la Llanura Estacada, la gran meseta que se elevaba tan alta y escarpada, siguiendo el curso de una quebrada rocosa desde la llanura inferior a la superior. Repiqueteando por entre piedras y rocas, el caballo llegó a la parte superior de la quebrada lanzándose al galope por la desierta meseta. La cabeza se hundió en el agitado cuello del animal. La salvaje cabalgadura lo había llevado a los desiertos sin agua de la Llanura Estacada. ¡Para morir!

¡UN RASTRO DIFICIL!

—¡Viejo, estamos derrotados!

Bajo el ardiente sol del desierto, Río Kid habló a su mesteño en tono desconsolador.

Dejarse abatir no era muy de Río Kid. Pero al parecer sentía el peso de la derrota.

Muy pocos hombres blancos o rojos hubiesen llegado hasta donde llegara Río Kid; milla tras milla había seguido el rastro por donde un águila le hubiera perdido.

La impresión más imperceptible en el desnudo suelo, una salvia pisoteada, una raíz desgarrada, una yuca rota, la señal más pequeña era suficiente para Río Kid. A veces al paso, a veces al galope había seguido el rastro del caballo que le llevaba horas de ventaja. Pero aquí, en el corazón del desierto estaba derrotado. Ninguna señal, ningún trazo a pesar de escudriñar la tierra una y otra vez con ojos avizores. Permaneció junto al mesteño mirando a su alrededor. En la lejanía se elevaban al cielo los acantilados abruptos del Llano Estacado. ¡Pero Río Kid no podía saber si el animal que conducía al sheriff se había ido hacia el Llano Estacado o hacia otra dirección. Muchas veces siguiendo el rastro había notado que el animal se había desviado de su curso, hasta llegar a describir un círculo. Ahora el último rastro había desaparecido en el polvo. Durante unas dos millas Río Kid había ido a pie recogiendo un rastro apenas perceptible que pudiera haber sido dejado por algún animal días antes, casi seguro de que era un rastro falso aunque sin nada mejor para continuar esperanzado en ver una señal de un momento a otro, pero también ese rastro había desaparecido en el polvo y el rastreador fué dejado sin señal alguna que seguir, verdadera o falsa.

—¡Estamos derrotados, viejo! — dijo Río Kid.

Dió a su caballo agua, poca, pues el agua era más preciosa en el desierto que el oro. El también mojó los labios. Luego cabalgó.

—Viejo, ve por donde quieras — dijo él. — ¡Adelante!

El mesteño se lanzó al galope tendido, Río Kid sonrió débilmente. Había perdido el rastro. Ningún ser humano hubiera sido capaz de seguirlo más lejos que lo había seguido él. Pero tenía fe en el instinto del mesteño y eso era lo único que le quedaba por hacer. El mesteño seguía galopando con las riendas flojas, a donde quisiera ir. Si el penetrante olfato del animal le dijera que otro caballo estaba en el desierto, guiaría a Río Kid al lugar que buscaba. De cualquier modo el animal iba hacia un lugar definido y Río Kid lo dejó ir a voluntad, pues ya nada había que hacer.

—¡Rayos! — dijo de súbito Río Kid.

El brillar de agua en la árida llanura muy adelante fué visto por él.

No era el olfato de otro caballo sino el olfato del agua lo que atraía al animal. Este galopaba directamente hacia la cisterna solitaria en el corazón del desierto. Y la cara de Río Kid se iluminó; tanto él como su cabalgadura necesitaban agua; pero eso no era todo. Donde el mesteño se dirigía, pudo haberse dirigido el caballo del sheriff. Y otra vez Río Kid tuvo esperanza de recoger el rastro en la cisterna.

Los cascos del mesteño se hundieron en el fango, y su sediento morro se acercó al agua. Río Kid se apeó.

—¡Por Dios! — murmuró él — ¡viejo, eres un gran caballo. Yo te lo aseguro!

Había pisadas de caballo, pisadas frescas en el fango que rodeaba la cisterna. Una sola ojeada indicó a Río Kid que las pisadas eran del caballo negro. Acarició el brillante pescuezo del animal.

—¡Otra vez en la pista, viejo! — dijo Kid afectuosamente.

Había abundantes rastros y alrededor de ellos y entre ellos podían verse las pisadas de los coyotes. Río Kid siguió desde aquí el rastro y notó que las pisadas de los coyotes acompañaban las del caballo. Silbó suavemente. El rastro serpenteaba por un trecho de salvia y Río Kid no se hubiera sorprendido encontrar en la salvia, los esqueletos del caballo y del jinete juntos, después de haber sido atacados por estos animales del desierto. Dejó que el mesteño bebiese todo lo que pudiera, llenó su cantimplora y cabalgando otra vez fué por la salvia adelante.

Aquí era fácil ver el rastro y fácil seguirlo así es que Río Kid fué al galope. Una vez descargó su revólver contra un coyote que miraba fijamente por entre el matorral, huyendo el animal mientras aullaba. Pero lo que Río Kid temía encontrar no lo encontró. Y al fin llegó al rastro del caballo solo, pues los de los coyotes se habían desvanecido deduciendo que la velocidad del caballo era mayor que la de sus perseguidores.

Río Kid siguió cabalgando. Adelante se levantaban los acantilados que señalaban el borde del Llano Estacado. Era un muro sólido visto desde la distancia, pero roto por innumerables grietas quebradas visto desde cerca. El rastro del caballo negro corría directamente hacia los altos acantilados, siguiéndole al galope Río Kid. Y cuando lo perdió entre el polvo y las piedras, se encontraba a media milla de una profunda quebrada rocosa que se abría a su frente y después de mirar a su alrededor durante un tiempo, en busca de una señal, lanzó a toda velocidad a su cabalgadura en dirección de la quebrada.

—Viejo, me parece que el caballo se asustó de los coyotes, — le dijo a su Mesteño. — Me parece que subió a la meseta. Y si así hizo, encontraré allí el rastro.

Río Kid penetró en la quebrada. En tiempo de lluvias era el lecho de un río pero ahora estaba seco como un hueso. Las rocas se calcinaban al sol. Río Kid se apeó y fué en busca de una señal. Y no tardó mucho en encontrarla. Las piedras que habían rodado le indicaron la dirección que había seguido el caballo del sheriff. Lo mismo le indicó una salvia pisoteada. En aquel desierto solitario, era poco probable que un jinete que no fuera el buscado cruzase por allí, pero Río Kid tenía que correr el riesgo. La señal era muy débil y dudosa para deducir de ella el rastro.

Siguió quebrada arriba. Por lugares muy pendientes llegó a la meseta y entonces ante sus ojos se extendía el desierto nivelado e inhabitado del Llano Estacado. Los ojos de Río Kid miraron a todas partes para ver si se encontraba un caballo con el jinete atado a la espalda. Pero nada se veía que

Había pisadas de caballo. — ¡Otra vez estamos en la pista! — dijo Río Kid a su noble compañero.

no fuera el desolado llano y la raquítica vegetación que crecía en pequeños grupos. Era difícil encontrar señal alguna en la tierra calcinada, así es que Río Kid siguió a pie escudriñando el suelo con las riendas arrolladas al brazo.

Una y otra vez el rastro fué perdido para volverse a encontrar de nuevo. Río Kid continuaba incansable cuando el sol descendía por el Oeste hacia la sierra de Nueva Méjico.

El caballo del sheriff debía haber continuado su carrera, pues de lo contrario se acostaría para descansar y entonces Río Kid hubiera encontrado una buena señal. Las espinas de cactus lo atormentaban. Pero tarde o temprano tenía que parar y Río Kid esperaba todavía encontrar vivo al atormentado sheriff.

—¡Rayos! — exclamó de pronto Río Kid.

Por un pliegue del ondulado terreno a corta distancia, apareció un jinete. Este era un hombre acostado sobre el lomo de un caballo negro con las manos y los pies atados. Su cara pálida, vuelta al sol.

No estaba a trescientos metros de distancia.

Pero no era una visión de la llanura polvorienta. Era una realidad. El rastro que Río Kid había seguido laboriosamente corría hacia el Norte pero el jinete de Mazeppa había aparecido por el Oeste. Río Kid no lo comprendía, pero se volvió del rastro y galopó en dirección del sheriff sin preocuparse más de señal alguna. Pero al cabo de unos minutos comprendió al llegar con el mesteño al borde de una barranca ancha y profunda que se abría en la llanura.

—¡Oh, rayos! — gruñó Río Kid.

Ahora ya se lo imaginó. El caballo negro había ido hacia el Norte a lo largo del barranco que se extendía millas y millas formando una enorme grieta en la tierra. En la extremidad Norte, el animal se había vuelto hacia el Oeste y siguiendo su camino sin dirección había vuelto por el otro lado de la grieta. A menos de doscientos metros de distancia, pero con un profundo abismo entre ellos que ningún caballo podía salvar.

Río Kid se sentó en la silla y miró fijamente a su presa. El caballo negro daba señales evidentes de agotamiento, pero el tormento de la espalda lo mantenía en movimiento. Kid miró a través de la barranca que hasta donde la vista podía alcanzar corría hacia el Norte y para llegar al sheriff tenía que seguir su longitud y volver por la extremidad lejana. El animal sudoroso y cubierto de polvo caminaba fatigosamente. Mientras, Río Kid, sin decidirse, lo miraba, la cabeza de Jake Watson se levantaba y los ojos vidriosos del sheriff miraban a su alrededor desesperadamente. Sus ojos estaban empañados, no pudiendo ver a Kid. Este se apeó, sacando de su funda el rifle que llevaba en la silla. Detestaba darle un balazo al animal, pero no había otro remedio si es que quería salvar al jinete. Mucho antes de que pudiera cabalgar por toda la barranca y seguir el rastro del otro lado, el caballo negro habría desaparecido y las probabilidades eran que el rastro se desvaneciese en la tierra calcinada.

Río Kid puso su rifle a través del lomo del mesteño, apuntando firmemente. ¡Pum!

El animal cayó hacia adelante pesadamente y después hacia un costado, quedando inmóvil.

Río Kid dirigió una mirada. Cabalgó lanzando en un galope desenfrenado a su mesteño, que corría bordeando el abismo abrupto. Antes de llegar al fin, le faltaban muchas millas aún. Y muchas millas más para llegar al lugar donde yacía muerto el caballo negro con su carga todavía viva.

El agreste Llano Estacado estaba poblado de feroces coyotes y ya mientras Kid espoleaba su cabalgadura sombras negras de aves de rapiña se recortaron en el cielo volando hacia la carroña que ya habían olfateado.

Río Kid cabalgaba por salvar la vida de otro hombre, pero lo hacía como si fuera por la suya propia.

¡EL SHERIFF Y EL FORAJIDO!

Jake Watson, sheriff de Frío, oyó el balazo que resonó en la soledad sepulcral y sintió el golpe del caballo al caer. Pero no supo lo que sucediera. La sed y el sufrimiento y la enceguecedora luz solar, habían embotado sus sentidos. Tardó mucho en darse cuenta de que estaba inmóvil; que el movimiento interminable del atormentado animal había cesado. Muchas veces se había desmayado. Y después de la caída de su caballo había permanecido un largo tiempo insensible al ambiente. Pero sus empañados ojos se abrieron al fin y miró mareado Un ronco graznido acompañado de chillidos resonaba en sus oídos. Ojos feroces lo miraban. Su cerebro se despejó un poco y miró a lo que le rodeaba. El caballo yacía muerto a su lado. La bala lo mató instantáneamente.

Si Río Kid fallaba en su puntería, el sheriff hubiera sido aplastado debajo del animal. Pero éste había caído como un leño, quedando acostado. Aves rapaces odiosas rodeaban al hombre atado. A su vista un grito de horror partió del sheriff, asustando a los buitres que juntos revolotearon acobardados y temerosos, chillando y graznando.

Grito tras grito partían del hombre atormentado. Ahora se daba cuenta de lo sucedido. No recordaba el balazo, pero sabía que el animal estaba muerto, que él estaba atado en el lomo de su caballo muerto y que los animales voraces del desierto se reunían en busca de la presa. Luchaba frenéticamente para desligarse de sus ataduras tan vanamente como lo había hecho antes muchas veces.

Sus gritos salvajes asustaban a los buitres que revoloteaban a su alrededor observándolo con ojos brillantes, graznando.

El sheriff de Frío gruñía de dolor, horror y desesperación. La cabalgata salvaje de Mazeppa había terminado aquí en el desierto del Llano Estacado y él yacía atado a su caballo muerto. Y perecería de sed y sería comida de buitres. Las aves de la carroña, recobrándose de su temor a causa de que el sheriff no se movía, se fueron aproximando cada vez más cerca. El sheriff chilló y se movió y otra vez huyeron las aves. Revoloteaban a su alrededor, graznando, vigilando esperando.

Y el caballo de Río Kid galopaba desenfrenadamente! Débilmente, de la lejanía, llegó el ruido de cascos al chocar contra la tierra dura.

Era como un eco fantasmal del incesante repiquetear de cascos del caballo negro que había resonado en los oídos del sheriff durante tantas horas alucinantes.

—¡Y el caballo seguía galopando!

El disparo de un rifle levantó una cantidad de piedras junto al animal caído. Esto asustó a las aves que chillaron y se elevaron en el aire. El rifle fué otra vez disparado y una de las asquerosas aves cayó muerta, el resto de ellas volaron hacia el azul lanzando chillidos discordantes.

Cada vez más cercanos, cada vez más altos, se oían los repiqueteos de los cascos al chocar contra la tierra dura. Pero el sheriff de Frío no comprendía que venían a salvarlo. Estaba delirando ahora. Estaba como enloquecido. No sabía que el ruido de cascos había cesado. No vió que una figura delgada se inclinaba hacia él, que una hermosa ca-

ra morena lo miraba. No sabía que un cuchillo cortaba las cuerdas que lo habían tenido prisionero.

Yacía en la tierra con las extremidades doloridas, rígidas, ciego a lo que lo rodeaba. Pero supo cuando le pusieron agua en sus labios, bebiéndola ávidamente.

Un fuerte brazo lo levantó, a pesar de su corpulencia arrastrándolo a la sombra de un raquítico árbol. Otra vez el agua estaba en sus labios. Otra vez bebía como si nunca fuese a cesar de beber. Y luego como en una niebla vió la hermosa cara bronceada que estaba ante él y rió salvajemente.

—¡El espejismo, otra vez el espejismo!— balbuceó.

¿Cómo iba a ser Río Kid, el hombre a quién perseguía por todas partes, el que estaba de rodillas junto a él llevándole agua a sus labios y sosteniéndole con un fuerte brazo?

—¡Vamos, sheriff! — dijo Río Kid con voz fría. — No es un espejismo, soy yo.

—¡Río Kid! — respiró el sheriff mirándolo sin poder creerlo.

—El mismo, sheriff.

—Te he de colgar aún — murmuró Jake Watson. — Saldré de aquí. Me libertaré de esta situación y te ahorcaré.

Río Kid lanzó una carcajada.

—¡Bueno, Jake! No es usted quien para colgar a nadie, y menos a mí. Beba.

El sheriff tomaba el agua como lo haría un perro. Sus sentidos se iban aclarando ahora. Se apoyó en el brazo de Kid mirándole su cara morena.

—¿Eres tú Kid? — murmuró débilmente.

—¡Sí!

—Me parece haberte visto, en el espejismo, allá lejos. Me imaginé que estabas por aquí. ¿Me encontraste en este lugar?

—Fuí yo quien mató el caballo desde el otro lado del barranco, sheriff y cabalgué desesperadamente para llegar aquí antes de que los buitres o los coyotes lo atacaran.

—¿Seguiste mi rastro hasta aquí?

—¡Sí!

Hubo un prolongado silencio. El sheriff,

débil como un niño había caído pero el fuerte brazo de Río Kid sostenía su espalda. Y otra vez bebió más agua.

—¡Ya arreglaré a ese indio que me ató de ese modo! — murmuró al fin el sheriff de Frío.

Río Kid sonrió burlón.

—Me parece que ese indio ya está a buena distancia — contestó Kid. — Para encontrarlo tendrá que recorrer el Llano Estacado Por cierto que ha hecho danzar bien a ese indio cuando le atravesó la pierna de un balazo. Es usted una mala persona, Jake, siempre anda en busca de líos.

—¡Ya lo alcanzaré!

Río Kid se encogió de hombros y calló. No tenía duda alguna que el jefe Muchos Caballos estaba a salvo de su persecución.

—¿Cómo te llamas, Kid? — preguntó al fin el sheriff de Frío. — Eres un maldito forajido y por tu cabeza ofrecen mil dólares. Yo te persigo a muerte. ¿A qué te dedicas?

—A lo de siempre, sheriff, es decir, a meterme en lo que no me importa, — dijo friamente. — Supongo que no iba a ver a un hombre blanco en esta situación!

—¡Eres un loco, Kid! — dijo el sheriff de Frío. — Tan pronto como llegue a Frío te perseguiré otra vez.

—¡Esa es la clase de individuo que eres! — convino Río Kid sin emocionarse. — Ya lo sabía cuando fuí en su busca. Pero eso no hace diferencia alguna, Jake Watson. Lo salvé de las aves de rapiña y no permitiré que sirva de alimento de estos animales.

La cara seria del sheriff se excitó.

—¡Kid, tengo que cumplir con mi deber! Tu eres un forajido y tengo que perseguirte hasta que caigas en mis manos. Mientras puedas hacerlo liquídame de un balazo. Si lo haces no tengo nada que decir.

—¡Bah! — dijo Río Kid sin emoción.

. . . . . .

Aquella noche Río Kid acampó en un arroyo del Llano Estacado y el sheriff durmió en las mantas de Kid con sus pies hacia el fuego. Su sueño era profundo, pues su agotamiento era enorme.

Río Kid se sentó en una roca junto al fuego y miraba al hombre que dormía envuelto en las mantas, con una sonrisa antojadiza.

El durmiente murmuraba. En el profundo silencio de la noche del desierto, roto solamente por el débil chisporroteo del fuego, partían palabras incoherentes que decían que clase de sueños cruzaban por el febriciente cerebro del sheriff.

—¡Te he de hacer prisionero! ¡Con toda seguridad!

—¡Bah! — murmuró Río Kid.

El sheriff estaba enfermo y desvalido. Todavía unos días antes de que pudiera hacer el viaje de vuelta, Río Kid había salvado su vida, pero ésta dependía del muchacho de Texas...

Río Kid miró su mesteño que en este momento comía el poco pasto que había cerca del arroyo. Era muy fácil cabalgar dejando allí a su enemigo.

Pero si este pensamiento cruzó por su mente, fué desechado de inmediato. Se le-

vantó, bostezó, se tendió sobre la tierra desnuda y se durmió.

LA SOMBRA DE LA SOMBRA

El sheriff Watson de Frío yacía acostado en las mantas en el campamento de Río Kid mirando el sol que se hundía por occidente allá en la región desolada de la Llanura Estacada.

Estaba solo.

Habían transcurrido tres días desde que Río Kid lo había salvado de la venganza del jefe Muchas Caballos. Durante tres días el sheriff había estado junto al abrigado arroyo atendido paciente y cariñosamente por Río Kid. Y aun se encontraba demasiado débil para abandonar el campamento. A pesar de la indudable fortaleza de Jake Watson, la cabalgata de la muerte por el desierto lo había afectado grandemente. Y no era para menos después de ser llevado atado a su cabalgadura durante horas que parecían siglos, torturado por la sed bajo un sol abrasador.

Río Kid lo había salvado, pero su vida estaba a merced del muchacho de Texas. Si éste lo abandonaba, el sheriff perecería de hambre en el sitio en que yacía. Pero Río Kid no lo había abandonado. Al contrario, lo había atendido como lo hubiera hecho con un camarada en los días pretéritos cuando cabalgaba con los del ranch Double-Bar.

Río Kid no lo había dejado ni siquiera por una hora hasta que el alimento se hubo terminado. Había compartido todo lo que tenía, con el hombre desamparado que estaba en sus manos sin tener en cuenta que era un enemigo. Ahora Río Kid había ido en busca de caza. Hacía varias horas que faltaba. El sheriff de Frío estaba solo, presa de amargas reflexiones. Era duro para él deber su vida al foragido que con tanto ensañamiento perseguía y seguiría persiguiendo. Era duro el depender de Río Kid para alimentarse, pues de otro modo moriría. Era amargo saber que si Río Kid lo abandonaba a su suerte perecería allí en las soledades desiertas de la Llanura Estacada, víctima de las aves de rapiña y de los coyotes que no dejarían de él más que los huesos que serían calcinados por el abrasador sol. El sheriff de Frío casi deseaba que Río Kid no hubiera dado con la pista del caballo que lo había traído al corazón del desierto. Según los pensamientos del sheriff, lo primero era su deber que consistía en llevar a Río Kid atado, vivo o muerto. Y quien lo había salvado y continuaba salvándolo de una muerte segura era el propio Río Kid.

Este lo había dejado con comodidad antes de partir de caza. La cantimplora de agua de Río Kid estaba junto a él, llena del líquido cristalino que burbujeaba entre las rocas del arroyo. Al alcance de la mano tenía uno de los revólvers para ahuyentar en caso necesario algún coyote que tratara de atacarlo. Río Kid le había prometido volver tan pronto como consiguiera algo para cenar. Habían transcurrido tres días y bajo el cuidado de Río Kid. Jake Watson iba recuperando fuerzas. En dos o tres días más podría ya depender de sí mismo, por lo menos tratería de volver otra vez a Frío, para comenzar de nuevo la persecución de su salvador. El sheriff Watson era un hombre cruel lleno de determinación, pero esto le ocasionaba un cierto desasosiego.

El sheriff acostado en las mantas miraba como el sol se hundía cada vez más por el occidente. Lo miraba indolentemente, preocupado por sus pensamientos amargos.

No observaba una cara morena aguileña que lo miraba por encima de una piedra grande en el arroyo. No sabía que dos ojos negros centelleantes lo miraban fijamente desde cierta distancia. El había casi olvidado al apache vengativo que lo había atado a su caballo y lanzado al desierto en la cabalgata de la muerte, Pero el jefe Muchos Caballos no lo había olvidado a él.

Detrás del sheriff, mientras éste miraba pensativamente al Oeste, el apache se arrastró por entre las rocas más silencioso que un astuto coyote.

Al alcance de la mano de Watson estaba el revólver de seis balas de Río Kid y al menor ruido lo hubiera empuñado dándose vuelta. A pesar de su debilidad, el sheriff podía hacer buen uso del revólver metiendo una bala en el cráneo del rastrero piel roja. Pero no oía ruido alguno.

El indio, arrastrándose, se acercaba cada vez más hasta encontrarse al alcance del hombre que yacía en las mantas.

El sheriff no se movía.

Su cara bronceada, estaba ceñuda. Pensaba en su larga persecución de Río Kid, en las derrotas y humillaciones que el muchacho de Texas le había hecho sufrir, en la burla que le esperaba cuando volviera a Frío con un fracaso más a su haber. Río Kid con la audacia desdeñosa, propia de su naturaleza le había confiado un revólver de seis tiros para que se defendiera mientras estuviera solo. Sería fácil para él hacer uso de ese revólver contra Río Kid cuando volviese éste de la caza.

Jake Watson desechó este pensamiento negro y traidor, de su mente. Pero a su pesar se hacía carne en él. Era sheriff de Frío y su deber consistía en tomar prisionero a Río Kid, en llevarlo a Frío prisionero o dejarlo muerto en el desierto para poder decirles a todos que el muchacho de Texas había sido por fin reducido.

Como un jaguar al alcance de su víctima el jefe Muchos Caballos, pegó el salto.

El revólver fué arrebatado y arrojado a unos doce pies de distancia. La nerviosa rodilla del apache fué plantada en el pecho del sheriff, hundiéndolo en sus mantas.

Jake Watson con ojos sobresaltados miraba como quien mira a la muerte, la cara cobriza y morena del apache.

—Tú, maldito indio — murmuró hoscamente.

El jefe Muchos Caballos sonreía burlón.

El sheriff estaba a merced del indio, sin armas y muy débil para sostener una lucha. Y en la morena cara del apache no había indicio alguno de perdón.

—¡Sí! — dijo con voz gutural el indio. — ¡El jefe de los apaches encontró a su enemigo!

—¡Maldito apache, ladrón de caballos...!

—Mi pequeño hermano blanco ha salvado al sheriff Watson — dijo el piel roja.

Pero ahora está lejos, y volverá aquí para encontrar al sheriff Watson pasto de los coyotes. ¡He hablado!

El sheriff no contestó. Sabía que su fin había llegado y su conciencia le decía que eso era un juicio sobre los pensamientos traidores que habían poblado su mente. Se había regodeado con el pensamiento de traicionar al hombre que lo había salvado. Y ahora sufría las consecuencias.

La mano del indio había sacado de su cinturón un largo cuchillo que brillaba a la luz del sol poniente, Trazó un círculo por encima de la cara del sheriff.

—Que el hombre blanco cante su canción de muerte — dijo el apache deleitándose en su triunfo. — Hirió al jefe de los apaches y lo arrojó de la ciudad de los blancos. Ahora el jefe Muchos Caballos lo ha encontrado.

El cuchillo se alzaba en alto. Pero el indio no tenía prisa en enterrarlo en el cuerpo del sheriff. Con la salvaje ansia de venganza que caracteriza al piel roja se hallaba inclinado prolongando el tormento de su víctima. El sudor corría por la frente del sheriff. Sus ojos estaban clavados en la cara morena, en los ojos que lo miraban y en el cuchillo levantado en alto. En esos momentos largos y terribles probó una y otras y muchas veces la amargura de la muerte.

—¡Tú, indio ladrón! — murmuró al fin Jake Watson con voz ronca. — ¡Tú, maldito piel roja, coyote termina de una vez!

El apache sonrió malévolamente.

—¿Está el rostro pálido muy apurado en pasar a los felices campos de caza? — preguntó él.

—¡Clink!

Fué el sonido de una piedra que cayera al arroyo.

Watson contuvo su respiración. Si fuese Río Kid...

El mismo pensamiento cruzó por la mente del apache. Sus ojos brillaron y levantó más el cuchillo para dar el golpe definitivo. Un segundo más y lo hubiera enterrado en el cuerpo del desvalido sheriff.

—¡Crack!

El jefe Muchos Caballos dejó escapar un grito cuando una bala dió en la brillante hoja del cuchillo lanzándolo al suelo desde su paralizada mano. Esto fué seguido por un ruido de pies que corrían y por una voz timbrada que decía.

—¡Manos arriba, maldito indio!

Río Kid había vuelto.

EN EL CAMPAMENTO

Río Kid vino corriendo. Sus ojos centelleaban y el rifle en la mano todavía humeaba. Sus ojos miraban con fiereza al piel roja.

El jefe Muchos Caballos se puso de pie de un salto. No levantó las manos cuando Río Kid lo ordenó. Cruzó sus brazos sobre el pecho membrudo. Envuelto en su andrajoso manto miraba a Río Kid con la dignidad de un jefe.

—¿Me oiste indio? — repitió Río Kid salvajemente.

—El jefe Muchos Caballos oye a su pequeño hermano blanco — contestó tranquilamente el apache. — Dispara. El jefe Muchos Caballos no levantará la mano contra su hermano.

—¡Maldita sea tu piel roja. — gruñó Río Kid bajando su rifle. Casi te atravieso el cráneo de un balazo en vez de apuntar al cuchillo. ¿Qué haces aquí?

Los ojos del indio miraron centelleantes al sheriff Watson.

—El jefe Muchos Caballos encontró a su enemigo y vino a matarlo, — contestó brevemente.

—Me parece que lo atacaste por sorpresa. indio. Lo que debía hacerte es entregarte a las aves de rapiña, — gruñó Río Kid.

—¡Que mi hermano blanco me mate, si son sus deseos! — contestó el jefe Muchos Caballos.

—¡Bah! ¡Tonterías!

El apache dudó.

—Ahora escúchame, indio, — dijo Río Kid. — Hemos acampado juntos y concibo que tengas odio contra Jake Watson por haberte herido en la pierna. Pero este hombre está aquí bajo mi protección, ¿sabes? Así es que lo mejor que puedes hacer es irte. He venido hasta aquí para salvarlo. Vete. ¡Y por Satanás, si vuelves otra vez por aquí, te atravesaré de un balazo! ¡Vete!

—Mi hermano blanco lo ha dicho, — manifestó el apache con dignidad. Y recogiendo su manto envolviéndose en él, el jefe Muchas Caballos caminó lentamente saliendo del arroyo rocoso y desapareciendo en el desierto.

Río Kid dejó el rifle y sonrió al sheriff.

—No he vuelto demasiado pronto. ¡Por cierto que se escapó de una buena, Jake Watson!

El sheriff asintió con la cabeza.

—¿Dónde está el revólver que le dejé?— preguntó Río Kid. — Con seguridad que le hubiera gustado tenerlo a mano, Jake. ¿Estaba usted dormido?

—¡No! — murmuró el sheriff. — Allí está el revólver entre aquellas matas. ¡Por cierto que me libré de una buena, Kid!

—¡Así es! — dijo Kid. — Usted se metió en un buen lío el día que corrió de Frío a balazos al indio. Yo sabía que ese maldito andaría por el desierto en su búsqueda, pero jamás creí que daría con mi campamento. Los indios son, por cierto, terribles.

Río Kid cambió de conversación con un encogimiento de hombros.

—He traído carne para la cena, — dijo él. — Ese indio no nos molestará más. Haré el fuego.

El sheriff Watson yacía en las mantas y miraba como Río Kid hacía el fuego para cocinar la carne que había traído. Río Kid le había tirado su revólver otra vez, y cayó a su lado. Una y otra vez el sheriff lo miró y por fin habló con voz ronca:

—¡Kid!

Este se dió vuelta.

—¡Guárdate ese revólver, Kid! — dijo el sheriff.

—¿Qué le pasa ahora? — dijo Río Kid displicente.

—¡Eres un loco! — dijo con brusquedad el sheriff. — Si dejas este revólver al al-

cance de mi mano, te atravesaré el corazon de un balazo, ¡Kid, llévatelo mientras estás a tiempo!

Río Kid lo miró y rompió en una carcajada.

—¡Oh, rayos! — dijo él. — Es usted una buena persona. Jake. ¿Acaso quiere usted matar al hombre que lo cuida?

—¡Te digo que te lleves ese revólver!

—Bueno, si son sus deseos.

Río Kid recogió el revólver y lo guardó en su cinto. El sheriff de Frío respiró más libremente.

—Dígame, sheriff: ¿piensa usted continuar en mi persecución cuando vuelva a Frío? — preguntó con burla.

—¡Sí!

—¡Tiene usted un corazón de piedra! — dijo sonriendo Río Kid. — Bueno, no importa. Yo lo atenderé hasta tanto pueda usted marcharse. Y después lo acompañaré hasta la pradera. Luego puede usted perseguirme todo lo que quiera. Le aseguro que seguiré durmiendo tan tranquilo como hasta ahora.

Y Río Kid se echó a reir otra vez.

Los ojos del sheriff brillaban.

—¡Tu buena estrella cambiará, Kid! ¡Caerás en mis manos!

—Deje eso, hombre, — dijo Río Kid no dándole importancia. — Aquí está su cena, sheriff, y apuesto que no la tendrá mejor en lo de Poker Smith en Frío. ¡No charle tanto y coma hombre!

El sol había desaparecido por las sierras de Nueva Méjico. Las tinieblas cubrían los horribles desiertos del Llano Estacado. En el arroyo el fuego brillante chisporroteaba arrojando luces y sombras en la cara de Río Kid y en el rostro moreno e indómito del sheriff de Frío. Los extraños compañeros cenaron, se durmieron con los pies hacia el fuego, bajo las titilantes estrellas que brillaban en el solitario desierto.

¡A TRAVES DEL DESIERTO!

—¡Ya es de día! — dijo alegremente Río Kid.

Habían transcurrido tres días más y el sheriff de Frío iba recuperando su antigua forma. Otra aurora los había encontado en el Llano Estacado cuando Río Kid se levantaba de su lecho de arena para lanzarse al camino. El campamento iba a ser al fin levantado y el sheriff estaba ansioso de abandonar el arroyo donde había pasado una semana con el forajido. Y Río Kid con su paciente y descuidada buena naturaleza no estaba muy pesaroso de que este día llegara.

Jake Watson también se levantó.

El rescoldo fué reunido para hacer sobre él el desayuno.

Watson miraba a Río Kid con ceño cavilloso mientras este hacía los preparativos para el desayuno campero. Río Kid arrolló su cama, empaquetó todo cuidadosamente y lo colocó sobre el mesteño. Llenó su cantimplora en el manantial.

—Beba usted mucho, sheriff — dijo él sonriendo. — Pues no encontraremos agua hasta que lleguemos a la cisterna que hay en el desierto y eso no será esta noche al paso en que iremos. Toda el agua que tengamos será la de esta cantimplora.

El sheriff suspiró profundamente.

—Kid, creo que yo solo podré ir — dijo el sheriff. — Puedo caminar y estoy listo a sufrir las consecuencias si no tengo suerte. ¡Vete, Kid y déjame ir!

Río Kid lanzó una carcajada.

—Dejará sus huesos aquí, sheriff. Puede que camine hasta cierta distancia, lo admito, pero no podrá salir vivo de este desierto. Mientras yo camino usted irá a caballo.

—¡No! — gruñó Watson.

—¡Pues yo digo que sí! — dijo Río Kid alegremente. — ¡Ya cansa con su modo de ser! Yo no tengo más interés por su compañía que la que usted tiene por la mía. Pero no en balde estuve cuidándole por una semana para ahora abandonarlo a las aves de rapiña. ¡No señor! ¡Monte en el caballo!

Durante un rato el sheriff de Frío, dudó. Luego sin decir palabra subió en el mesteño de Río Kid.

A pesar de que no le gustaba caminar, el muchacho de Texas comenzó su largo viaje bajo un sol ardiente haciendo estallar su látigo para espantar las moscas y los mosquitos que los rodeaban.

Bajo sus pies se deslizaban las piedras, la arena y la tierra calcinada mientras el sol se elevaba cada vez más en el ardiente azul.

El sheriff no decía nada. Estaba en vías de gran mejoría pero el asiento en la silla de montar le significaba no la muerte, sino la vida.

Sabía en lo más profundo del corazón que si Río Kid hubiese aceptado lo que había dicho antes jamás saldría vivo del desierto. Sin embargo, sufría al ver que sus obligaciones hacia Río Kid eran cada vez mayores.

En contraste con su ceñudo y silencioso compañero, Río Kid tarareaba trozos de fandangos mejicanos y cantaba antiguas melodías españolas de la frontera con una alegría digna de cualquier chicharra que lanzara sus estridencias desde una de las ranuras de las rocas, a pleno sol.

El viaje era lento y a pie se hacía cansador, así es que Río Kid al llegar el medio día se alegró de sentarse a la sombra de una enorme roca. La comida de mediodía fué bañada con una poquita de esa tan preciada agua.

Por la tarde prosiguieron el viaje. Para el sheriff, hombre que se orientaba a la perfección en las llanuras, era un misterio el saber de cómo Río Kid avanzaba por el desierto sin perderse. La noche sobrevino cuando estuvieron al borde de la Llanura Estacada, pudiendo ver como se hundía el sol en el desierto que se extendía a sus pies.

Río Kid levantó campamento, la carne fría fué comida, un poco más de agua fué bebida y luego se durmieron. Al despuntar el alba, Río Kid estaba en pie.

(Continuará)

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroismo, de amor y de odio

(Continuación)

PARA Kaivar aparecía de repente una nueva vida; la vida del amor con todas sus ardientes y dulces sensaciones con su blanda languidez, con su dulce inquietud, con sus aspiraciones, con sus sueños, con sus delirios, con la idealización, con la divinización de una mujer transformada en ángel por la imaginación y la voluptuosidad. El amor blando, persuasivo, incitante, traidor, empezaba a domar la sombría y terrible alma del guerrero tártaro, el hermano de armas de Cristián Karuk, a quien éste había legado al morir sobre el campo de batalla con su esmeralda rodeada de rubíes el dominio de la isla de Corfú, y la posesión de su hija Krasna, para que hiciera de ella, no la esposa dulce y regalada del amor, sino la madre bravía de un nuevo guerrero tártaro. El hasta entonces indomable Kaivar, a los pocos instantes de haber escuchado la voz y la guzla de Krasna, se sintió herido con el dolor de quien recibe en el corazón el frío del acero que una mano invisible clava por la espalda, y lanzó una exclamación que empezó por un rugido y acabó en un suspiro.

—¡Ah! — dijo el astuto Nossur. — El tigre se convierte en gacela; apenas has oído el eco lejano de su voz y ya la amas; cuando la hayas visto; cuando tus ojos hayan cegado al resplandor de su hermosura; cuando por tus oídos haya penetrado como un tósigo de muerte el acento delicioso de su voz pura; cuando te haya embriagado el perfume de su aliento y de sus cabellos; cuando hayas mirado la mirada tranquila de sus ojos celestes como el obscuro cielo que nos cubre, enloquecerás desesperado, porque aquellos ojos no te mirarán como miran a Kanno; porque aquella boca de delicias no te sonreirá como a Kanno sonríe; no te dejará sentir su perfumado aliento de fuego como lo siente Kanno; enloquecerás y serás impotente; rugirás de rabia y no podrás vengar tu rabia; te arrastrarás a sus pies sin conseguir que su fría mirada se ilumine con el fuego del amor, y si ella, para acabar de condenarte a un infierno sin esperanza, te dejase ver como en un solo relámpago todo lo ardiente, todo lo hermoso, todo lo enamorado de su alma, entonces comprenderás como un rey del mar, cómo un pirata sin piedad, cómo un héroe que ama el horror de la batalla, puede dormir enloquecido, sumergido en un mar de delicias, olvidado de la gloria por el amor.

Toda esta ardiente y entusiasta perorata que Nossur había pronunciado con acento trémulo como el de un hombre apasionado sin esperanza de una mujer que le enloquece, y sin dejar de andar de una manera rápida, había sido un discurso completamente inútil, porque Kaivar no había oído ni una sola de sus palabras. Tanto hubiera valido que Nossur hubiera guardado silencio. Esto se explicaba perfectamente, porque a medida que adelantaban se hacía más clara, más perceptible, más tentadora la dulce y lánguida voz de Krasna, y ésta tenía sobre el alma de Kaivar una influencia que no podía tener la voz de Nossur.

Llegaron al fin a un lugar en que el bosque dejaba al descubierto un espacio de gran extensión. Cerca del lugar adonde habían llegado los dos tártaros se extendía una pequeña laguna tersa y transparente, alimentada por un arroyo que caía en ella desde lo alto de sus peñas, produciendo un ruido monótono; la luz de la luna argentaba bellamente la tersa superficie y emblanquecía un lindo templete árabe con cúpula dorada colocado en medio de la laguna, y al cual se llegaba sobre ella por un puente de madera.

Kaivar se detuvo antes de llegar al puente y cuando estaba envuelto aun en la sombra que proyectaban los árboles. Sus negros y feroces ojos, antes de haber sentido la voz de Krasna sólo habían dejado ver una mirada torva y glacial, ardían con el fuego opaco de la fiebre. Su boca, de labios lívidos, orlada de una espesa barba negra, temblaba. Su cuerpo todo se estremecía inclinado hacia el pabellón de donde emanaba el dulce, el embriagador canto de Krasna. Nossur miraba sonriendo de una manera fría la conmoción del terrible jefe tártaro.

—¿Por qué no llegas? — dijo Nossur. — ¿Por qué no entras? ¿Por qué no exterminas al infame, al degenerado guerrero que se adormece a los pies de Krasna, olvidándose por ella de sus días de exterminio y de gloria?

Kaivar no pudo menos de escuchar las palabras de Nossur, porque eran la traducción de su propio pensamiento.

—No, no — dijo con la voz opaca y tem-

blorosa, bajo la cual se adivinaba una cólera tremenda; — quiero verlos sin que ellos me vean; los arcos de ese pabellón están cerrados por vidrieras de colores, y dentro arde una lámpara; quiero llegar a ese pabellón por la parte de la sombra, y envuelto en ella, ver sin ser visto; quiero sorprender descuidada a Krasna; quiero ver como mira, como sonríe a ese hombre. Demos la vuelta, esclavo.

Y Kaivar se puso apresuradamente en marcha, siguiendo la orla de sombra de los árboles y acompañado de Nossur, hasta que llegó al borde de la laguna frente a la parte de sombra del pabellón.

—Espera aquí oculto entre los árboles — dijo Kaivar; — yo voy a llegar hasta el pabellón.

—Tus armas, señor, son muy pesadas — dijo Nossur, — y la laguna es profunda; deja que yo te despoje de tus armas.

—¿Qué sería de un guerrero si no pudiese atravesar a nado un río con sus armas de pelea? — dijo Kaivar rechazando duramente a Nossur.

Y tras estas palabras llegó a la laguna, entró hasta que el agua le llegó a la cintura, y luego se tendió silenciosamente y silenciosamente nadó, pero de una manera rápida y vigorosa; llegó en pocos segundos al pequeño islote donde se levantaba el pabellón; tomó tierra, y se acercó a una de las esbeltas, altas y rasgadas ventanas cerradas por una lindísima vidriera de colores; miró a través de uno de sus vidrios, y vió...

El interior del pabellón quedó perfectamente ignorado para Kaivar, porque toda su atención se concentró en un grupo que muy cerca de la vidriera desde la cual observaba el tártaro se veía. Aquel grupo lo componían un hombre y una mujer. La mujer era Krasna; el hombre Estanislao Kanmo. Los ojos y el alma de Kaivar prescindieron de Kanmo para fijarse en Krasna. Kaivar se sintió morir; enloquecido ya por el canto de Krasna, la vista de su hermosura llevó su delirio hasta un extremo incalculable, Krasna en aquella situación, embellecida por el amor y la felicidad y abandonándose a ella en medio del misterio, era más que una mujer; era la representación viva de ese ser soñador en que presentimos al ángel. Su cabeza, de un corte y de una gracia encantadoras, dejaba caer de sí un tesoro de cabellos dorados, sedosos y brillantes, multiplicados en largos y lánguidos rizos, que formaban con su frente, con sus mejillas, con su garganta y con sus curvos, amplios y mórbidos hombros, completamente descubiertos, el bello contraste del oro sobre el marfil; el alto seno de Krasna estaba pudorosamente velado por una especie de camisa de brocado de raso y plata, prendida solamente en el nacimiento del seno por un broche de rubíes, única joya que tenía sobre sí Krasna. Por entre las anchas mangas de aquella especie de camisa ancha, transparente y vaporosa, se veían sus brazos, semejantes en el color y en la tersura al nácar, terminados por dos pequeñas manos, que se ocupaban en tañer una pequeña guzla de ébano con incrustaciones y cordaje de oro; bajo esta camisa sutil de gasa de seda y entretejida de plata, se transparentaba sobre el pecho y hasta la cintura y hasta el nacimiento de los brazos una jaquetilla de brocado de escarlata y oro, bajo cuya abertura se veía la camisa interior, de finísimo lino, sujeta por ceñidor de oro, tan reducido como el hueco formado por los dedos pulgar e índice de dos manos unidas; en este ceñidor se veía sujeto un precioso puñal con empuñadura de marfil y cruz y vaina de oro, ni tan pequeño que fuese un arma inútil, ni tan grande que fuese ridículo puesto a la cintura de una mujer; de este ceñidor nacía una doble falda de brocado azul y plata, y bajo ella asomaba un pie completamente desnudo, pequeño, mórbido, nacarado, junto al cual estaba abandonada una pequeña babucha de brocado azul y plata, bordada de perlas.

Krasna estaba reclinada en cojines sobre la alfombra, apoyada en el borde de un diván, de frente al rostro de Kanmo, que, vestido con un sencillo traje griego de montar, estaba completamente tendido en el diván, apoyada la cabeza en uno de sus brazos, con la mano perdida entre su voluminosa cabellera, negra y rizada, fijando con delicia una mirada adormecida en los hermosos ojos de Krasna, que le acariciaban, le daban un amor infinito, le envolvían en la magia irresistible de un alma enamorada de un amor tan puro, tan inmenso y tan profundo, como el firmamento azul de aquella noche tranquila.

Kaivar rugía sordamente, como un león herido y encadenado que no puede romper las ligaduras que le sujetan y ve a través del ramaje la presa tranquila y descuidado, a la que no deja oir su poderoso rugido por no ahuyentarla. Lo que encadenaba el alma enérgica y terrible de Kaivar era la fascinación que le hacía sentir Krasna. La misma intensidad de la rabia que le causaba el espectáculo de la tranquila y completa felicidad de Kanmo; la misma pureza de aquel amor que se alimentaba en sí mismo y de sí mismo se satisfacía. Kaivar, que nunca había comprendido el amor, le comprendía, conociéndolo envuelto en toda su belleza, en toda su sublimidad. Aquel griego, enérgicamente moreno, pero enérgicamente hermoso, no era para él el hombre afeminado a quien puede considerarse sumergido en la molicie, enervado por la voluptuosidad; era el hombre de gran corazón; el soldado de combate que descansa aspirando un amor sublime junto a una mujer ideal, sin olvidarse de que lejos de ella le esperaban el combate y el peligro. Por la primera vez el tremendo Kaivar experimentó a la vista de un hombre un terror instintivo. Parecíale que aquel hombre, a quien favorecía de una manera tan suprema el amor, debía favorecer de una manera decisiva la victoria. Y, sin embargo, Kaivar juró a Dios y al infierno, con la mano puesta sobre su puñal, exterminar, sin miedo de ser exterminado, a aquel hombre que gozaba de una felicidad,

por un solo momento de la que hubiera él cambiado sus recuerdos de triunfo, todas sus aspiraciones de gloria.

Krasna, que, cuando Kaivar, después de haber tomado un baño, se había puesto en observación detrás de la vidriera, había seguido cantando su balada de amor, dejó poco después de cantar y puso lánguidamente la guzla sobre la alfombra.

Por un momento los dos amantes continuaron mirándose en silencio, bañados por la dulce luz de la lámpara que pendía del centro de la cúpula dorada del pabellón.

—Mucho me temo — dijo suspirando Krasna, con una voz que hacía encantador su acento de lánguido y dulce cansancio,— mucho me temo que estemos próximos a despertar de nuestro hermoso sueño de amor.

—Yo no despertaré de él sino para dormir el eterno sueño de la muerte — dijo sombríamente Kanmo.

—No — dijo Krasna; — tu alma, tu vida, tu pensamiento, tu sueño, como tu amor, me llama, no existe más que para ti. ¿No es nuestro amor puro como el beso de un niño a su madre? ¿No somos con nuestro amor los seres más felices de la tierra? ¿No me has dicho tú que nuestra fecilidad deben enviarla los ángeles? ¿Puede perecer un amor como el nuestro? ¡Ah! ¡No! Tú sabes que no; cuando llegue el esposo a que mi padre moribundo me ha destinado, sólo tendrá en mí una estatua fría, una mujer silenciosa, una sumisión altiva; tendrá la posesión de la mujer, la matrona tártara que se sacrifica a la altivez de su raza; nunca la amante, nunca la hermana. Desde que ese hombre llegue, tu partirás de Corfú, tu irás a buscar a tus parientes de la Jonia, a vivir entre ellos; las quillas de tus naves no volverán a surcar nuestras aguas, ni yo esperaré más desde mis terrados la aparición de sus blancas velas en el horizonte; yo viviré triste, sombría, inmóvil, encerrada dentro de mi alma, porque dentro de mi alma te encontraré siempre; porque en ella estarás siempre presente para mí. Y yo creo que si tocáramos con un solo pensamiento impuro nuestro amor, le mataríamos; yo creo que nadie ni nada puede matar nuestra felicidad.

Y los ojos de Krasna, como para desmentir sus palabras, se llenaron de lágrimas.

Por un momento Kanmo miró en silencio y de una manera profundamente conmovida a Krasna.

—Tú lloras; tu amor pretende engañarme, como si mi alma no sintiera lo mismo que siente la tuya.

—El destino nos separa — dijo Krasna, — pero no separará nuestras almas, que se amarán siempre.

—Pero tú no puedes ser de otro hombre — dijo Kanmo; — tú no puedes ser esposa de ese hombre a quien tu padre moribundo ha querido que te enlaces; tú no le amas; tú no puedes amarle; una mujer digna y pura se vería reducida a los tormentos del infierno perteneciendo a un hombre a quien no amase.

—Yo lo sacrificaré todo a mi raza y a la voluntad de mi padre, cuya sombra se levantaría irritada contra mí si sus nietos dejasen de ser tártaros.

—Tú morirás, Krasna; tú sueñas; tú no podrías apurar el sacrificio; el amor de ese hombre, con quien tu padre ha querido que te enlace, te mataría. No; tu padre no ha podido comprender hasta qué punto sería horrible para ti la pérdida de tus esperanzas, la desgracia de tu amor. Tú te obstinas en respetar la voluntad de tu padre, en sostener tu raza, en hacer dueño de tu hermosura a un guerrero feroz, salido por la primera vez de las montañas del Cáucaso; yo permaneceré en la inacción, me alejaré de Corfú, me trasladaré a la Jonia; pero iré con mis naves a buscar el peligro, a provocarle, a encontrar la muerte para descansar, para librarme de mi desesperación.

Krasna miró con espanto a Kanmo. El joven había dicho sus últimas palabras de una manera tranquila, pero espantosa. En aquellas palabras había presentido la muerte Krasna. Su mano buscó una mano de Kanmo, y la estrechó contra su corazón.

—Late de terror — dijo Krasna; — lo siento helado, es verdad, Kanmo; yo no puedo pertenecer a otro hombre que a ti; pero ¿sabes cuál es nuestra situación?

—¡Y que importa! Nuestras almas se romperán al separarse; al mediar entre nosotros un hombre aborrecido, moriremos desesperados, pero sin luchar, sin haber procurado vencer la desgracia.

—Kaivar el Resucitado — dijo Krasna, — es un guerrero formidable y poderoso.

—Pero ¿tú le conoces? — dijo Kanmo con acento amargo y celoso.

—No, jamás le he visto; tengo noticias de él; hace un año, un buque negro llegó a nuestras playas, y de él saltó a tierra un viejo guerrero tártaro, antiguo servidor y continuo compañero de mi padre. "Krasna — me dijo cuando estuvo delante de mí,— has quedado completamente huérfana; tu madre murió al darte a luz, y tu padre acaba de sucumbir como un héroe, en batalla, como muere el león, rodeado de enemigos despedazados; tu padre ha sobrevivido algunas horas y a sus heridas, ha tenido tiempo de expresarme su última voluntad y de mandarme que te la traiga y te ordene en su nombre una ciega obedeciencia".

—Escucho las palabras de mi padre que tú me traes — dije a Zincar, sobrecogida por aquella noticia.

—Tu padre no quiere que tu raza se extinga — me contestó Zincar, — y te ha elegido un noble esposo entre sus compañeros de armas.

—¿Y quién es el esposo a que me ha destinado mi padre? — dije helada de terror, porque ya te amaba, Kanmo, como te amo ahora.

—Kaivar — me contestó con acento solemne Zincar — es el bravo exterminador

que siempre tiene levantada sobre sus enemigos su espada sangrienta; Kaivar es un poderoso jefe de tribu que acaudilla por centenares a sus invencibles tártaros; Kaivar inspira a todos los que le conocen un respeto con el cual va siempre unido el terror.

—¿Tan formidable es ese guerrero? — pregunté a Zincar.

—Hay quien cree que no es hombre, sino un muerto resucitado, y el Resucitado le llaman; y en efecto, hace dos años, al expirar con el día una sangrienta batalla, los tártaros de su tribu le vieron tendido, atravesado de profundas heridas, muerto, en fin; le levantaron del campo de batalla, le llevaron a su tienda, donde le colocaron en un lecho de honor y le tuvieron por muerto; pero a la media noche, los tártaros que habían quedado velando el cadáver salieron despavoridos de la tienda; Kaivar había abierto primero los ojos, se incorporó luego y preguntó a los que le acompañaban que era aquello; por último recobrados de su terror los que habían huído, acudieron a la tienda de Kaivar con sus guerreros, se cuidó de Kaivar, después de muchos días se restableció de sus heridas y recobró sus fuerzas, pero no el color de su semblante, que quedó pálido como el de un cadáver; por eso se le llama Kaivar el Resucitado, y todos le miran con un terror supersticioso. Por lo demás, Kaivar es rico, fuerte y valiente, y es, en fin, un digno esposo de la hija de Cristián Karuk.

—¿Y es la voluntad de mi padre que yo me una a ese guerrero? — pregunté a Zincar alentando apenas.

—Sí — contestó Zincar; — tu padre me manda por mi boca ser esposa de Kaivar, so pena de su maldición.

Yo callé y doblé la cabeza, abatida. Las mujeres tártaras, Kanmo somos esclavas de nuestra familia; no se nos mira ni se nos aprecia más que como medios de sostener la raza; cuando la hemos dado hijos robustos, hemos hecho cuanto podía esperarse de nosotras; hemos cumplido nuestro destino, tanto mejor cuanto más hijos varones hemos dado a nuestra tribu; no se comprende ni se puede comprender, por nuestros parientes, que tengamos un corazón que ame o que aborrezca; si una tártara se negase a contraer un matrimonio prescripto por sus parientes y amase a un extranjero, el extranjero y ella serían exterminados por la venganza de la tribu.

—Yo te amaba, y temblé por tí; sabía que el hombre que se me había destinado por esposo no se me presentaría hasta un año después de la muerte de mi padre, y he callado durante ese año, guardando para mí sola el dolor y dejándote gozar del sueño de nuestros amores. Pero el año se ha cumplido; ese hombre se acerca ya a nosotros; mi odio y mi desprecio le sienten; es necesario que nos separemos, Kanmo; es necesario que mi horrible destino se cumpla sin que tú seas envuelto por él!

—¿Y por qué sacrificar a un bajo y miserable miedo la felicidad de nuestra vida? ¿Qué puedes tú temer teniéndome a tu lado? ¿Acaso si los tártaros de tu tribu son terribles, no son terribles también mis bravos corsarios, mis tigres del mar?

—Sería inútil; si la resistencia que les opusiéramos fuera tal que no nos pudieran vencer, la traición acecharía nuestros pasos y nos inmolaría cuando nos creyeramos más felices.

En aquel momento, Kanmo se incorporó, puso la mano sobre la empuñadura de su sable, que tenía junto a sí, y clavó su mirada terrible en una sombra negra que había aparecido en la puerta, interceptando la luz de la luna. Al ver aquella sombra, Krasna y Kanmo se pusieron de pie, y en la mano del corsario griego lució su ancho sable damasquino. La sombra que había penetrado en el pabellón adelantó, y dejó ver a **Kaivar**, que extendió de un modo tranquilo su brazo hacia los dos amantes.

—Sentaos — dijo Kaivar con voz ronca y dominadora; — sentaos y escuchad.

—¿Quién eres tú? — dijo Kanmo, poniendo a sus espaldas a Krasna y dando un paso hacia Kaivar.

—Yo soy Kaivar el Resucitado — dijo el jefe tártaro; — yo soy el esposo a quien Cristián Karuk ha destinado la hermosa Krasna, la de la frente de marfil y los cabellos de oro.

El semblante de Krasna se había transformado, se había endurecido; había dejado de ser la niña pura y condorosa en cuyos ojos ardía el amor. Kaivar la desconoció. Kaivar comprendió lo que Krasna sería siendo su esposa y se estremeció.

—Los oídos de un tártaro lo oyen todo— continuó Kaivar; — conozco vuestro amor, y no seré yo el que ceda a la bajeza de decir amores a una mujer que no puede amarme, ni hacer mío el cuerpo de una mujer cuya alma es de otro hombre; pero no cederé a ningún hombre la mujer a quien se ha mandado sea mi esposa; su raza y la mía se han extinguido, Krasna; tú morarás en mi castillo, pero nunca el esposo pisará los umbrales de la cámara de la esposa; el jefe tártaro no cederá a la vileza de dejarse arrebatar su compañera, ni tocará un solo cabello de la mujer que no le ama. En cuanto a ti — añadió dirigiéndose a Kanmo, — sal de aquí, sal de Corfú, aléjate, y que el nuevo día te encuentre en la mar; no vuelvas nunca a Corfú, porque tu vuelta excitaría mi recelo y mi cólera y caería terrible sobre las cabezas de vosotros. No me repliques una palabra; yo soy aquí el señor; vete.

Kanmo miró con una terrible expresión de desprecio a Kaivar y le dijo:

—El señor será el que venza.

Y adelantó hacia Kaivar.

—¡Vete! — replicó Kaivar, permaneciendo inmóvil y sin poner mano a su espada.

—Vete, aléjate — dijo Krasna, lanzando una rápida mirada a Kanmo; — la virgen

tártara está delante del esposo a que su padre la ha destinado; vete, y no vuelvas.

Kanmo miró de una manera desesperada a Krasna, y como dominado por su mirada, por su actitud y por su acento, envainó su sable, abarcó en una terrible mirada a Kaivar y salió rígido y sombrío.

—No volverá — dijo Krasna; — en cuanto a ti, vete también; no es este el lugar donde la hija de Karuk ha de recibir a su esposo. Mañana cuando el sol aparezca en el Oriente, me encontrarás esperándote a la puerta de mi casa. Adiós.

Y Krasna salió rígida y sombría como Kanmo, atravesó el puente y se perdió entre los árboles.

—¡Oh! ¡Maldito sea el momento en que resucité! — murmuró Kaivar.

Y salió triste, abatido, preocupado, del pabellón, y acompañado de Nossur volvió al sitio donde había dejado su caballo, montó en él y se alejó.

Durante lo que quedaba de noche Kaivar hizo galopar constantemente a su caballo, hasta el momento en que, habiendo aparecido el sol en el horizonte, avanzó a la carrera hacia la casa de Krasna.

Krasna le esperaba magníficamente ataviada y deslumbrantemente cubierta de joyas, entre sus doncellas esclavas, con su guardia tártara extendida en dos alas a derecha e izquierda, y rodeada de los principales habitantes griegos de la isla de Corfú, que habían sido avisados. Pero Krasna era entonces la hermosura severa, fría, rígida, de mirada inmóvil. No era el hada fascinadora que Kaivar había visto junto a Kanmo. El bravío jefe tártaro se heló de espanto. Comprendía todo lo que podía esperar de Krasna, y se sentía cobarde ante el sacrificio a que se veía obligado. Porque pensar en que el tártaro desistiese de un compromiso aceptado y dejase a Krasna en libertad de gozar tranquilamente de sus amores con Kanmo era pensar en un imposible. Kaivar se revistió de una impasibilidad tan glacial como la que veía en Krasna, saltó de su caballo y le entregó a Nossur, que, como jefe de los esclavos y de la guardia tártara de Krasna había salido a su encuentro.

Kaivar adelantó hacia la joven y se detuvo a alguna distancia de ella.

—¿Eres tú, Krasna, la noble hija del caudillo tártaro Cristian Karuk? — la preguntó fría y ceremoniosamente.

—Yo soy Krasna — respondió con no menos frialdad la joven. — Y tú ¿quién eres?

—Yo soy el caudillo tártaro Kaivar el Resucitado — contestó el sombrío guerrero.

—¿Cómo demostrarás que eres el que dices? — preguntó Krasna.

Kaivar se quitó la manopla de su mano derecha y de su dedo del corazón la sortija que en él llevaba.

—¿Conoces esta esmeralda? — dijo Kaivar mostrando la sortija a Krasna.

—El que posee la esmeralda cercada de rubíes de mi padre y de mi abuelo y del abuelo de mi padre, generación por generación, es el jefe de mi tribu, y el jefe de mi tribu es el esposo de Krasna; entra en tu casa, señor, y reposa.

Kaivar entró, y Krasna le siguió, sombría y pálida, pero sumisa. Las gentes que habían presenciado este acto se diseminaron, montaron a caballo, desaparecieron. La guardia tártara entró en la casa. La ceremonia había terminado muy pronto. La isla de Corfú tenía un nuevo gobernador tártaro, y Krasna debía ser muy en breve esposa de Kaivar.

Pasaron tres días. Tres días en que ruidosas fiestas rompieron la soledad que de continuo rodeaba la casa de Krasna. Había habido maniobras a caballo, escaramuzas, tiro al blanco, bailes y banquetes al aire abierto. Un ministro de la iglesia griega había unido los destinos de Krasna y Kaivar Pero no había podido unir sus almas. Una desesperación sombría y un odio terrible era el sentimiento que experimentaban el uno por el otro los dos esposos.

Al tercer día una gran cabalgata salía de la casa de Krasna. A su cabeza marchaba a caballo el nuevo gobernador de Corfú, Kaivar. Entre los jinetes iban algunas literas. Ocupaba la de delante Krasna, y las otras las esclavas de su servidumbre. Aquella cabalgata se dirigió a la parte de Levante de la isla. A la caída de la tarde llegaron al castillo Rojo.

Aquel castillo parecía encantado. Ni en sus almenas ni en sus ventanas se veía una sola persona. De él no salía el más leve rumor. El sol poniente le teñía de un vivo color rojizo semejante a la sangre. Su pequeña y profunda puerta estaba cerrada. Kaivar echó pie a tierra, abrió con tres llaves la redoblada puerta de hierro, que dejó ver tras sí un espacio lóbrego. Después fué a las literas de las esclavas de Krasna, que eran doce, y las hizo salir de ellas y que rodeasen la litera de Krasna, que abrió inmediatamente. Krasna salió ricamente engalanada, pero dura, seria, sombría, terrible, apagado el esplendor de su hermosura por aquella expresión hostil y provocadora. Después, Kaivar mandó a Nossur que la guardia tártara que los acompañaba desmontase y los siguiese. Luego dijo a Krasna:

—Hemos llegado a mi castillo, y tú eres la primera persona que le habitarás después de haber sido construído; si los aposentos que para ti he destinado no llenasen tu deseo, no habrá consistido en mí, que he buscado en Constantinopla los maestros más hábiles y más conocedores del gusto de las mujeres. Ahora, si te place, sígueme.

Y Kaivar echó delante, tan rígido, tan serio y tan sombrío como Krasna que le siguió. Tras Krasna continuaron sus doncellas, que iban también magníficamente engalanadas. Tras las doncellas las literas. Tras las literas las acémilas en que iban los equipajes. Tras éstas, Nossur y los cien

tártaros de la guardia de Krasna, completamente armados con los escudos a la espalda, las lanzas sobre el hombro y los caballos del diestro. Cuando hubo pasado el último tártaro, Kaivar, que estaba junto a la puerta por la parte de adentro, cerró sus cerrojos, sus barras y sus candados.

A través del espacio lóbrego, sombrío, fuerte, abovedado en que se entraba inmediatamente después de la puerta, Krasna y los que la acompañaban salieron al espacio descubierto comprendido entre los muros y las torres exteriores, y la gran torre aislada que constituía el centro del castillo.

Antes de abrir la puerta de la gran torre, Kaivar dijo a Nossur dándole un haz de gruesas llaves, que, contenidas en un aro de acero, llevaba pendiente de su cintura:

—Desde ahora, todas las puertas de este castillo están en tu poder; yo no soy aquí el señor, sino el huésped; la voluntad de mi esposa Krasna será para ti y para todos los que este castillo habitaren una voluntad soberana; franquea las puertas de la torre y de todas sus habitaciones a tu señora; yo voy a ocupar la torre del Norte de la muralla; pon a mi servicio algunos de tus tártaros; yo estoy aquí solo con mis tesoros; los bravos de mi tribu se han quedado tendidos allá sobre el campo de batalla, y las gentes que en una nave me han traído a esta isla con mis tesoros, y los que han construído este castillo, han sido gentes pagadas, a quienes he despedido cuando me han sido inútiles. Kaivar huye del mundo y se oculta, pero cerca de la mujer que se ha hecho dueña de su alma. Toma esta sortija que constituye el poder del jefe de la tribu de los Karuk, y que ella la posea, que ella sea la única señora.

Y sin esperar la respuesta de Nossur, que, por otra parte, no sabía qué contestar, dobló el ángulo de la gran torre y se perdió en dirección a la torre del ángulo del Norte del recinto murado.

Nossur permaneció algún tiempo inmóvil y dominado por la extraña conducta de Kaivar, que de tal modo se despojaba de todo poder como esposo y como señor, y luego se dirigió a Krasna, que esperaba entre sus doncellas, altiva e impaciente, junto a la puerta, enriquecida con bellas labores bizantinas de la gran torre.

—Yo no puedo retener ni por un momento en mis manos la esmeralda rodeada de rubíes que representa el poder de los Karuk —dijo Nossur entregando a Krasna la sortija; — Kaivar te entrega toda su autoridad; Kaivar se queda en este castillo, no como tu esposo, sino como tu huésped; tú eres aquí y en la isla y en la tribu Karuk la única señora.

Krasna tomó impasible la sortija y la guardó en su seno. Aquella sortija no podía ser puesta en ninguno de los pequeños dedos de Krasna. Aquella sortija había sido hecha para la robusta mano de un guerrero. Inmediatamente después, Nossur abrió las dos grandes y magníficas hojas de la puerta de la torre, y se maravilló. Lo que se había presentado a su vista era magnífico, y bello, y esplendente. El pavimento, de rico mosáico bizantino; los muros, labrados, dorados y matizados; la ancha escalera, de mármol blanco bruñido y brillante con rica balaustrada que se torcía caprichosamente en tramos curvos hasta llegar al ingreso de la parte superior de la torre; los altos ajimeces árabes-bizantinos, cerrados con vidrios de colores que daban luz a esta escalera, y por uno de los cuales penetraba el sol poniente, produciendo un efecto mágico sobre aquellas paredes doradas y labradas, sobre aquel mármol abrillantado; los altos techos, de sándalo; todo era bello, magnífico, sorprendente.

Y, sin embargo, Krasna adelantó hacia las escaleras y subió por ellas en paso lento y sin que hubiese alterado la fría e indiferente expresión de su sombrío semblante, como si nada de aquello hubiese visto, mientras sus doncellas, que la seguían, miraban asombradas tanto lujo, tanto esplendor, tanta belleza.

En aquella construcción debían haberse invertido tesoros.

Una vez en lo alto de las escaleras, Nossur, que iba delante, fué franqueando puertas de una y otra admirable habitación, por las cuales pasaba muda y fría Krasna. Al fin llegaron a una cámara, a cuyos dos extremos había dos magníficas habitaciones. Tres grandes ajimeces al frente de la pared en cuyo centro estaba la puerta de entrada, correspondían a un ancho mirador de piedra, desde el cual se veían las colinas fructíferas, que, como deprimidos escalones, descendían hasta el mar, que se extendía abrillantado por el rojo color del sol poniente, bajo el radiante azul del cielo de la Grecia. Volviendo al interior, aquella cámara y aquellas habitaciones, alfombra, tapices, ornamento, mueble, todo era bello, todo delicado, todo producto del refinamiento del afeminado lujo oriental.

El cuarto de la derecha era el dormitorio, según lo indicaba un magnífico lecho cubierto de gasas y flores, blanco y puro, un verdadero lecho de virgen. El otro cuarto era, en toda la extensión de la palabra, un tocador en que nada faltaba de cuanto pudiera exigir el más refinado gusto de una mujer delicada. Por de contado, que nada de esto era directamente obra de Kaivar.

Kaivar era muy a propósito para dirigir la construcción de una fortaleza a la altura de las necesidades de la guerra de su tiempo; para organizar un ejército y armar y equipar sus soldados; por lo demás, ni comprendía, ni amaba el lujo, ni sentía, ni tenía más sentimiento que el del desprecio para lo afeminado, para lo muelle. Pero la fama de la hermosura de la hija de Cristián Karuk había llegado hasta él, había comprendido que la mujer ama el lujo, y había encargado al constructor de su castillo pusiese en el centro de su gran torre todo cuanto pudiese halagar el capricho de una

mujer, aunque hubiese necesidad de pagarlo a peso de oro.

El constructor, pues, había sido el inventor de aquello; había hecho una maravilla, y su amor propio de artista se hubiera resentido de una manera grave, al ver que Krasna no tenía ni un elogio, ni aun una mirada de atención para tanto primor, para tanta belleza.

En cuanto a Nossur y los tártaros, se aposentaron en los departamentos comprendidos en el recinto exterior, y los caballos en extensas cuadras, que dejaban conocer la inteligencia de Kaivar como jinete y como hombre de guerra. En cuanto a la torre en que Kaivar se había metido, era desnuda, pobre, fuerte; se reducía la habitación a una cámara cuadrada de muros lisos y techo abovedado. En aquella cámara no había un solo mueble; como que Kaivar no había pensado en habitarla; su ancha chimenea estaba completamente limpia. Aquella cámara, por la que se paseaba contrariado Kaivar, daba frío. Al fin, los tártaros puestos a su servicio encendieron una verdadera hoguera en la chimenea, armaron un lecho en un ángulo y pusieron en el centro de la cámara una mesa y un sillón verdaderamente bellos y lujosos, como que habían sido llevados de la gran torre del castillo.

Después de esto, Kaivar declaró que ya le sobraban muebles, y quedó definitivamente instalado en su mechinar. En las acémilas se había llevado provisiones y nada faltó desde el primer momento a Krasna, ni aun carne fresca, porque los tártaros habían matado por el camino un hermoso gamo.

Y pasaron y pasaron días. Krasna no veía nunca a Kaivar, que estaba encerrado a piedra y lodo en su torrecilla, comiendo tres veces al día como un lobo, porque el amor y la rabia no le quitaban el apetito; durmiendo muchas horas, porque cuando dormía soñaba que le amaba Krasna, y completamente olvidado de la guerra y de la ambición, porque el amor de Krasna llenaba por completo su corazón y su imaginación.

Krasna vivía de una manera semejante en cuanto al estado de su espíritu. El recuerdo de Estanislao Kanmo ardía perennemente en su memoria, excitando sus sentidos, convirtiéndose rápidamente del amor soñado inmaterial y tranquilo en una voraz pasión impura y embriagadora. Combatía, además, el alma de Krasna el amor propio irritado; aborrecía a Kaivar; pero le contrariaba de una manera terrible su conducta, y que amándola y siendo su esposo, viviese absolutamente retirado de ella, despojado de todo su poder, anulado, en una palabra.

Krasna comprendía perfectamente que ésta era toda la venganza que podía tomar de ella Kaivar por su amor hacia Kanmo.

Un día en que Krasna estaba en su mirador, fijando por costumbre una ansiosa mirada en el horizonte del mar, como cuando desde el terrado de su antigua casa esperaba la vuelta de Kanmo, los celestes ojos de la joven dejaron ver de repente una inmensa llamarada de alegría, que apagó instantáneamente el despecho. En el horizonte había aparecido, como un punto dudoso, un objeto que lentamente fué agrandándose hasta dejar ver las tres agudas y blancas velas latinas de una galera corsaria. Krasna conocía demasiado aquellas velas. Aquella galera era el buque corsario de Kanmo, el "Alfión", que él mandada siempre con preferencia a sus otros buques.

Krasna mantuvo fija su ansiosa mirada en la galera que, impelida por un fuerte levante, adelantaba con rapidez, dejándose ver de momento en momento de una manera más perceptible. Al fin Krasna pudo ver a los marineros y distinguir sobre el alcázar de popa la figura de un hombre puesto de pie y vuelto hacia el castillo. Sus ojos no podían decir a Krasna, porque había aún una grandísima distancia, quién era aquel hombre; pero su corazón le dijo que era Kanmo. La galera, al llegar a cierto punto, dejó de marchar en línea recta en dirección a la isla, y viró y empezó una larga abordada en dirección al Sur.

Todo lo que quedaba de tarde, Krasna estuvo viendo la galera, muda, inmóvil, excitada, apoyada en la balaustrada del mirador, amando a Kanmo como nunca le había amado, con el corazón oprimido, la imaginación delirante y las lágrimas en los ojos. Era muy posible que Kaivar viese también aquella galera y que sus celos le dijesen que aquella era la galera de Kanmo; pero Krasna de nada se acordaba entonces; nada existía para ella más que aquel hombre que se veía de pie sobre el alcázar de popa de la galera, que se deslizaba lentamente hacia el Sur.

Al fin la tarde fué declinando y perdiéndose en la obscuridad la galera; poco después la noche imperaba; una noche obscura y sombría, entre la cual volaban frías y silbadoras ráfagas de levante y hacían gemir al mar de una manera ronca y continua. Sin embargo, Krasna permanecía aún inmóvil y apoyada en el mirador con la vista fija en el punto donde se había perdido entre la sombra la galera de Kanmo.

Al amanecer, Krasna volvió anhelante al mirador y arrojó una medrosa mirada hacia el Sur. La galera había desaparecido. En vano esperó; pasó el día, llegó la noche y el mar permaneció desierto sin dejar ver una sola vela. Y así pasaron ocho días. Al fin de ellos, una tarde volvió a aparecer la galera. Una alegría inmensa dilató el alma de Krasna. Aquella tarde la galera se acercó mucho más a la isla, hasta el punto de que Krasna pudo ver en el traje del hombre que se veía de pie sobre el alcázar de popa los colores que agradaban a Kanmo porque los usaba Krasna; el azul y el rojo. La galera, sin embargo, no acabó de acercarse a la isla; viró de bordo y se dirigió lentamente al Sur, perdiéndose al fin entre la obscuridad de la noche.

Kaivar había visto también la galera y su alma se había ennegrecido. Había sentido

con todo su horror y toda su sed de exterminio los celos. A impulso de ellos abandonó su torrecilla, llegó a la puerta de la gran torre, subió con paso lento y nervioso las escaleras, atravesó las habitaciones y se presentó en la cámara de Krasna al mismo tiempo que, abandonando el mirador, entraba en la cámara la joven. Tan dominada estaba por su amor y su desesperación Krasna, que no vió a Kaivar.

Descuidada, abandonada a sí misma, no sintiendo cerca de sí nada extraño, el semblante de Krasna no presentaba la dureza y la frialdad que dejaba ver al mundo, aunque no estuviese representado para ella más que por un solo ser humano. Entonces Krasna no era la severa y fría estatua viviente de un ser enamorado, conmovido, desesperado, dudoso.

Nunca Kaivar había visto tan hermosa y tan incitante a Krasna. Pero esto duró un momento; Krasna le vió, lanzó un ligero grito de sorpresa, retrocedió, se transformó, convirtiéndose en la Krasna indiferente y terrible. Antes de que Krasna dijese una sola palabra, Kaivar la dijo:

—Estoy cansado de mi fría vivienda; es muy triste y muy solitaria; en ella he cambiado mucho; su frío y su soledad se me han metido en el corazón y me han hecho pensar en que tengo algo que no poseo. ¿Qué importa que tú no me ames? ¿Acaso no es bastante todo lo que sobra a mi amor para llenar lo que falta del tuyo?

Krasna se estremeció; pero su estremecimiento no se reveló ni en una ligera contracción; nació y se apagó dentro de su alma.

—Tú no me has pedido amor — dijo Krasna con acento frío; — si me lo hubieras pedido, yo te hubiera dicho: Yo no puedo darte amor, porque no le tengo, porque mi amor es de otro hombre. Tú me dijiste: Mira la sortija signo del dominio supremo de los señores de la tribu Karuk; un mensajero de mi padre moribundo me había anunciado un año antes de tu llegada, y el mandato de mi padre, que me ordenaba ser tu esposa; he obedecido, porque si mi alma es libre y no puede sujetarse a mandatos, mi cuerpo y mi razón pertenecen por entero a mi raza. Mi padre quiso que su raza no se extinguiese y me mandó unirme a ti para continuarla; continúe, pues, mi raza por medio de mí; pero no esperes ni mi amor ni mi alegría; yo seré la madre sin voluntad de los que por mí desciendan de Karuk; yo guardaré el honor que han depositado en mi cien nobles generaciones, y nadie podrá mirarte dejando ver en sus labios una sonrisa de desprecio; el hombre a quien amo morirá desesperado porque no encontrará en mi su amor; pero en el fondo de mi alma le amaré siempre, porque yo no soy poderosa a arrojar de mí este amor que hace a un mismo tiempo la desgracia y la ventura de mi vida.

Kaivar no fué generoso; no podía serlo: estaba loco de amor y de celos, Krasna fué tratada como una esclava; pero Kaivar no la oyó una sola queja; no cambió en nada su aspecto, que siguió siendo frío e impasible; obedecía a Kaivar como la esposa obedece al esposo, como la esclava obedece al señor. Kaivar hacía con ella una vida completamente común; no se separaba de su lado y, por la noche, para dormirse, la hacía cantar la misma balada, que fué el primer encanto con que Krasna enamoró a Kaivar.

Pero aunque las palabras y el canto eran los mismos, no era el mismo el efecto; la guzla producía un sonido seco, metálico, duro; la voz de Krasna era fría, nerviosa, seca. Kaivar se irritaba, y su cólera iba a chocar como en una roca en la impasibilidad de Krasna. Aquello era terrible. Krasna resistía los malos tratamientos, y si alguna vez Kaivar notaba en ella una ligera expresión de alegría, era cuando, irritado, la maltrataba brutalmente. Parecía que Krasna ansiaba morir a manos del tártaro. Y esto contenía al celoso marido, que no quería dar a su víctima la felicidad de la muerte.

La Naturaleza era tan fría y tan severa para Kaivar como Krasna. Pasó un mes y otro mes, y un año, sin que Krasna diese señales de maternidad. El bravío orgullo del tártaro estaba completamente humillado. Nada obtenía, ni aun de la Naturaleza. La esperanza de que Krasna le amase por el amor de un hijo, esta esperanza delirante se desvanecía. El feroz tártaro estaba sentenciado a un infierno.

Entretanto, la galera de Kanmo se ponía con mucha frecuencia a la vista de la isla; pero desde el punto en que Krasna perteneció por completo a Kaivar, la joven no salió a los miradores a dejarse ver desde el mar; ni aun miró sin ser vista la galera; fiel a su promesa de que sería una esposa digna y pura, ni una sola acción culpable pudo sorprender en ella el celoso tártaro. Y, sin embargo, cada vez que la galera de Kanmo asomaba por el horizonte, Krasna era tratada de una manera horrible por Kaivar, a quien no bastaba que su esposa respetase su honor. El sabía que Krasna amaba a Kanmo, que le amaría siempre, y la proximidad de Kanmo le hacía temblar, le enloquecía y determinaba el furor de que Krasna era víctima silenciosa y resignada. Kaivar rugía porque no podía lanzarse a la mar y castigar a Kaimo. Kaivar había gastado todos sus tesoros, no tenía una sola nave, y las naves de que como gobernador de Corfú hubiera podido usar, pertenecían a Kanmo y habían sido alejadas de la isla.

Sólo quedaban algunas pequeñas y débiles almadías, con las cuales hubiera sido una temeridad salir al encuentro de la formidable galera de Kanmo. Kaivar, pues, se veía sujeto a la tierra, sin poder castigar la insolencia de aquel anfitrión de los mares, que volaba impunemente en derredor de su nido. Kanmo, por su parte, estaba también terriblemente irritado.

(Continuará)

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Continuación)

PERO estaba eso definitivamente resuelto ya? George creía que no. Las últimas palabras de la inconclusa carta de Purvis, que terminaban de modo tan abrupto, eran consisas:

"En cuanto a ese muchacho Jack, debo "manifestarle en verdad que él es el..."

¿Qué era lo que Purvis iba a poner después? ¿Qué Jack, al fin y al cabo, era el heredero perdido y que la manifestación hecha en su teleg.ama era intencionadamente falsa?

¡Un niño puede variar tanto de cara en ocho años! Era difícil hallar parecido entre Jack y Dick a la edad que tenían y el viejo retrato de Stephen Heriot. Sin embargo le parecía a George que era más fácil hacerse la idea de que el pequeño Stephen Heriot del retrato se había transformado en Jack que en Dick.

En cuanto a la señora de Heriot, — todos la llamaban ya Gertrude, que era su nombre de bautismo, — parecía no hacer diferencia alguna entre los dos muchachos; decía con frecuencia que eran "sus dos hijos", Pero George comprendía que al que quería más era a Jack. ¿Sería esto resultado de una advertencia del instinto maternal?

—Perdone que me separe de usted un momente. Vi. Necesito saber qué es lo que tiene que decirme el señor Bate.

Bate se encontraba bastante turbado. Hallábase sentado en el mismísimo borde de una silla, dando vueltas al sombrero cuando George entró en el hall. Jack y Peter le acompañaban porque el muchacho tenía razón para no perder de vista ni un solo momento a aquel hombre, mientras estuviera en la casa.

Bate se puso de pie temblando de emoción. Estaba todavía pálido y demacrado. Se notaba que aun no había curado de su último accidente.

—¡Qué inesperado placer, Bate! — dijo fríamente George. — Hasta el presente no había usted llamado a la puerta cuando tuvo la idea de visitar esta casa, pues se metió siempre por alguna ventana oportunamente forzada o por alguna puerta secreta. ¿No es verdad?

—Así... así habrá sido, señor; así fué cuando me hallaba bajo la influencia del señor Mansell. Me encontraba enteramente a su merced, señor, no atinaba a hacer más que lo que me mandaba,—dijo Bate nerviosamente. — El señor Mansell decía siempre que el tesoro que buscaba en esta casa pertenecería al primero que lo encontrara desde que no tenía propietarios, pues sus dueños verdaderos murieron hace más de cien años.

—Por mi parte no puedo admitir semejante doctrina y usted no puede negar que la casa donde está oculto el tesoro es mía, — dijo secamente George. — Pero veamos: me parece que la última vez que nos vimos fué después de que usted me golpeó en la oscuridad y a traición y me dejó atado de pies y manos en el pasaje subterráneo.

La nerviosidad de Bate se acrecentaba por momento.

—Eso no puedo negarlo, señor. No tengo

nada que decir que pueda servir de excusa, pero debe usted recordar, señor que en aquella época se le acusaba de un delito grave y no me da vergüenza decirlo, yo le creía culpable. ¡Quería tanto a mi pobre difunto patrón!

—Supongo que usted sabrá que aun no es tarde para hacerle prender por aquella acción, Bate, — prosiguió George. — Si no lo hago es por que recuerdo con satisfacción que Jack y su compañero le secuestraron a su vez. Pero... ¿a qué ha venido usted?

—¡He venido por que deseo vengarme! — exclamó Bate con reconcentrado enojo. — ¡Deseo vengarme del señor Mansell!

—¿Vengarse?

—Voy a decirle por qué. El robó el cráneo que contenía el rubí o sea la clave de la situación del tesoro. Yo le esperaba entre las ruinas. Me correspondía la mitad del tesoro, según convenio. Pero en cuanto él tuvo en su poder la clave pensó que yo estaba de más. Me dió un golpe, a traición, me hizo perder el equilibrio y caer de tal modo que salvé la vida por pura casualidad pero asimismo estuve en cama varias semanas. Usted debe suponer que, después de semejante acción, no le tenga cariño ninguno.

—¿Y bien? — interrogó George.

—Si yo logro dar con su paradero y apoderarme del rubí, como creo que me será posible, ¿me dará usted una parte del tesoro que, de otro modo, no podría encontrar? Unicamente en el caso de que yo le diera al rubí tendría derecho a la participación.

George le miró fijamente.

—Usted sabe, Bate, que sus antecedentes no aconsejan a nadie que se fie de usted y que no me inclinan a admitirle en calidad de socio con la facilidad que usted parece suponer.

—Pero si yo puedo ayudarle, señor Heriot, en forma única, a encontrar el tesoro, ¿no vale la pena olvidar lo pasado?

Produjose entonces una inesperada interrupción. Alguien habló a espaldas de Jack y de los dos hombres que se volvieron y se hallaron ante Martín que estaba de pie en el otro extremo del hall.

—Si usted me lo permite, desearía decir algo, señor Heriot, — manifestó Martín.

—Hable usted, Martín.

—Quería manifestar que me parece muy bien que haga usted uso de todos los medios posibles para recobrar la clave robada y entrar en posesión del tesoro que su señor tío quería que fuera para usted. Y, según creo, el propio interés, ya que no otra causa ninguna, hará que Bate se conduzca lealmente con nosotros.

—¡Puede usted confiar en mí, señor Heriot! — exclamó fervientemente Bate. — Ahora soy otro hombre. La lección recibida me ha sido útil.

—Mucho necesitaba usted de esa lección, Bate, — dijo sonriendo George. — No le prometo nada definitivo, sin embargo. Pensaré detenidamente en su oferta y le haré conocer mi decisión.

Con esta esperanza de que conseguiría su objeto, Bate se retiró menos nervioso que a su llegada.

—¡Señor Heriot, fué ese hombre, Bate, el que trató de matarme junto a la cruz de piedra! — dijo Martín en voz baja en cuanto se hubo cerrado la puerta una vez que el visitante se retiró. — De improviso se presentó el recuerdo en mi memoria. Ahora se todo cuanto pasó aquella noche y me acuerdo de la cara del canalla. El pensó que podía presentarse aquí sin temor pues yo había perdido la memoria para siempre. Pero en cuanto le ví la cara lo recordé todo, hasta el momento en que me atacó con propósito homicida. Por eso me decidí a hablar.

—¡Y sin embargo, a pesar de todo eso, es usted de opinión de que nos asociemos con un personaje semejante! — exclamó George sorprendido.

Martín sonrió, moviendo la cabeza.

—¿Asociarnos con un tipo de esa clase? ¡No! Lo que yo propongo es pelear astucia contra astucia. Dije lo que dije porque ese hombre se propone traicionarle y apropiarse él solo del tesoro.

—¿Lo cree usted así? — dijo George.

Martín siguió hablando con gran animosidad.

—¿No ve usted cual es su juego? Lo que nos corresponde es no dejar que sospeche que nos hemos dado cuenta de su plan. Yo temí que usted fuera a rechazar la propuesta, pues tenemos algo mejor que hacer. Apostaría diez contra uno a que Bate está todavía en contacto con Hubert Mansell y se prepara a ganarse nuestra confianza para poder espiar lo que pasa aquí y, cuando llegue el momento, dar el golpe decisivo y llevarse el tesoro.

—¡Es cierto! ¡Debe ser eso! ¡Tiene usted razón, Martín! — exclamó George.

—¡Vaya si tengo razón! Debemos, pues, oponer astucia contra astucia fingir que no sospechamos absolutamente nada, y vigilar a Bate. ¡Ya verá como vale la pena! — exclamó Martín. — Tarde o temprano lograremos dar con la guarida de Hubert Mansell y apoderarnos de la clave robada, y cuando hayamos hecho eso, ya verá usted como no siento ni el menor deseo de mostrarme misericordioso con ese hombre que pretendió arrancarme la vida.

UNA SALVACION PROVIDENCIAL

George y Vi iban a casarse dos semanas después, El señor Desmond se había extrañado bastante cuando así se lo comunicaron; pero desde que los futuros cónyuges lo habían decidido no le quedaba al padre de Vi más actitud que la de otorgar su consentimiento y darle su paternal bendición.

Tenían el propósito de casarse en familia, modestamente, en la casa de Lonemoor, donde se encontraban.

—No tendremos la suerte, señor de encontrar las piedras preciosas a tiempo para la boda. ¡Serían un excelente "regalo útil"! — comentó Jack .

El pensamiento de Jack estaba ocupado con regalos de bodas, pues daba la casualidad de que el misterioso paquete que llevaba consigo era el presente que él y Dick ha-

dían adquirido con sus pocas economías para George y Vi.

Asuntos de intereses habían obligado a George a ir a una población situada a treinta y tantas millas aquel día. Jack y Peter le acompañaban en el automóvil. En la ciudad, Jack se había escabullido solo un momento para ir a adquirir el importantísimo regalo de bodas sobre el cual "el señor George" no debía saber nada hasta el momento oportuno.

—¡Con tal de que al aparato no se le ocurra empezar a meter ruido en mitad del camino! — murmuró el muchacho.

Porque era un reloj. Jack había hecho que el relojero le enseñase todos los relojes que tenía en su establecimiento antes de declararse satisfecho; y el relojero lanzó un suspiro de alivio y se secó el sudor que cubría su frente cuando, por fin, el muchacho se retiró con su compra. ¡Jack le había hecho ganarse su utilidad!

No emprendieron el viaje de regreso hasta que comenzó a anochecer. El cielo tenía un aspecto que no le gustó nada a Jack. De vez en cuando, a lo lejos, se distinguía el resplandor de un relámpago.

—Parece que se acerca la tormenta, señor — dijo al subir en el automóvil. — Tendremos mucha suerte si llegamos a casa sin empaparnos, aun cuando todavía puede ser que el viento desvíe la lluvia más lejos.

Peter se acurrucó entre Jack y George, que manejaba el automóvil.

Pero, excepción del lejano retumbar del trueno y de los lejanos relámpagos, el vehículo había recorrido más de la mitad del trayecto antes de que estallara la tormenta, que Jack había predicho.

Un vívido relámpago, seguido de un trueno, se produjo casi simultáneamente encima de los viajeros. Y la lluvia comenzó a caer a torrentes.

El automóvil era abierto y no se veía, en el camino rural, sitio donde guarecerse. Sesenta segundos después de comenzada la lluvia los dos estaban empapados hasta la piel.

El viento, que había soplado con fuerza todo el día, acrecentó su intensidad y silbaba en el borde del cristal delantero como si quisiera ahogar el ruido del trueno. No había más recurso que seguir adelante con la mayor rapidez posible. A pesar de la fuerza del viento contrario, el coche avanzaba con mayor rapidez que la consentida por los reglamentos de tráfico rural.

—¡Esto sí que es correr! — dijo Jack.— Me parece que a Peter no le hace mucha gracia porque se le ha mojado la cama.

El viento pareció calmar un momento y aun cuando la lluvia no cesó, se hizo menos impetuosa, así que fué posible ver con más claridad los lados del camino.

—Ya no nos faltan más que ocho o diez millas para llegar a casa, señor, — dijo Jack reconociendo el sitio por donde pasaban. — Si seguimos con toda velocidad...

En el momento en que el muchacho pronunciaba esas palabras la tormenta reanudó su ímpetu furioso. El viento volvió a dar contra la pantalla de cristal. Los árboles de los lados del camino se balanceaban, algunos de ellos medio doblados por el constante empuje del vendaval.

El automóvil seguía su marcha con lentitud. George, tras el volante, bajaba la cabeza tratando de ver el camino. Llegaron a una curva del camino donde el viento les azotaba de costado pero un alto desmonte les guarecía bastante. Durante un par de millas siguieron con marcha acelerada. Después se presentó otra curva y de nuevo se hallaron ante toda la violencia del viento.

—No es prudente desafiar a semejante vendaval. — dijo George. — Además creo que no tardará en amainar la tormenta.

Movió una palanca y el automóvil se detuvo.

Pareció que fué la Providencia la que le hizo proceder de tal modo en tal momento

Casi al mismo tiempo vieron una enorme llamarada azul que iluminó todo el cielo y que se produjo muy cerca de ellos. A esa llamarada siguió un trueno ensordecedor que hizo dar un respingo a Jack.

El muchacho vió en el mismo instante que un árbol grande herido por el rayo caía con estrépito. Durante un segundo los dos ocupantes del automóvil esperaban ser aplastados por la ingente masa que caía. Por un milagro el árbol no les cayó encima y quedó tendido en el camino delante del automóvil.

¡Pero se habían salvado de la muerte del modo más asombroso y feliz!

UNA EXTRAÑA CASA

El tronco del árbol había caído a bastante distancia del coche pero una de las ramas había hecho trizas la pantalla de cristal, había destrozado uno de los guarda-barros y había dañado bastante una de las ruedas delanteras.

Por fortuna no habían sufrido nada personalmente, fuera de unos arañazos causados por los pedazos de vidrio que volaron.

—¿Te has lastimado, Jack? — preguntó ansiosamente George.

La voz de Jack, algo emocionada contestó en seguida:

—Por aquí todo anda bien. ¿Y usted? ¡Pero nos hemos salvado por pura casualidad! Creo que hasta Peter se asustó.

Saltaron a tierra. El árbol había caído de lado y no obstruía el camino. Pero en lo que al automóvil se refería, era lo mismo que si hubiese caído en medio, tapando el paso, desde que el coche tenía una rueda delantera inutilizada.

—¡Esto sí que es divertido! — dijo Jack. — ¿Qué hacemos?

Por ciertos datos, George juzgó que estaban a unas seis millas de su casa, en campo abierto y sin ninguna casa a la vista.

—Debemos estar cerca de la casa donde vive el viejo y excéntrico mayor Harland, — exclamó George. — Debe estar a cien yardas de la próxima curva del camino. Podemos pedir hospitalidad allí. No me atrevo a que hagamos seis millas a pie con semejante tormenta. Dejaremos el coche al lado del camino donde está, y con las luces encendidas.

—¡Extraño tipo ese mayor Harland! ¿No es verdad? En las cercanías dicen que está medio loco. Yo no le he visto nunca, pero...

—No creo que hayan sido muchos los que le hayan visto. No sale nunca de su posesión Es un viejo que parece querer a sus semejantes del mismo modo que Peter quiere a los gatos. Pero por misántropo que sea no creo que nos niegue hospitalidad por unas horas en noche semejante.

Estaban empapados, así que no les pareció mal el ejercicio que tuvieron que hacer para ir, avanzando en contra del viento, hasta la casa del mayor Harland.

Llegaron a un alto portón de hierro que daba acceso a un largo camino que conducía a la casa. Pero el portón estaba cerrado.

—Se ve que no es amigo de visitas. Esos pinchos que hay en lo alto del portón lo indican. Pero si hay algún hueco en el cerco de arbustos nos meteremos por él aun cuando sólo sea para que el viejo excéntrico nos despida en la puerta de su casa.

Había muchos boquetes en el cerco, y como la tormenta estaba en lo peor de su furia y no había otra casa en dos millas a la redonda George se decidió por ese medio de entrar.

Pasaron el cerco y se dirigieron a una casa grande, rodeada de árboles y en cuyas ventanas no se veía luz ninguna.

—Poco hospitalario parece esto, ¿no es verdad? — dijo Jack mientras George llamaba a la puerta.

Cobijados bajo el tejadito de la entrada por lo menos no les daba de lleno la lluvia que caía y que Peter parecía encontrar de su agrado, pues no se había acercado a ellos. El perro se alejó como olfateando algo por entre las matas.

Tuvieron que llamar por segunda vez antes de que oyeran pasos procedentes del interior de la casa, aproximándose, por el corredor de piso de piedra, hacia la puerta.

La puerta se abrió un poco, — quedando sujeta por una gruesa cadena. — y un hombre viejo y pobremente vestido, que tenía una bujía encendida, se presentó. En el interior de la casa no se veía otra luz.

Al darles en el rostro la luz de la bujía y antes de que ellos hubieran podido ver que cara tenía el anciano, una ráfaga de viento apagó la luz.

—Nuesto automóvil ha sufrido un accidente. Siento mucho molestarle, pero vengo a solicitar hospitalidad hasta que pase la tormenta. Soy George Heriot, de Lonemoor; el mayor Harland debe conocer mi nombre.

El anciano tardó mucho en volver a encender la bujía.

Después, sin decir una sola palabra, quitó la cadena y abrió la puerta. Temblando de frío los dos viajeros aceptaron su muda invitación. — ¡Seguía lloviendo tan fuerte! — y entraron.

Por un momento olvidáronse del perro que se había ido quien sabe donde y la puerta se había cerrado ya, dejándole fuera. Jack pensó que si Peter se había quedado fuera, había sido por su gusto y si no había sido así... la culpa era suya y de nadie más.

Antipática era la casa vista por fuera, pero más antipática resultaba vista por dentro. Jack se preguntó si el viejo criado sería mudo. La verdad era que no había pronunciado ni una sola palabra. Sin hablar tampoco, abrió la puerta de una habitación que daba al hall y les indicó que entraran.

Con la bujía que llevaba encendió otra que había en la pobremente amueblada habitación y luego, — siempre en silencio, — salió, cerrando la puerta tras sí.

Pero hizo algo más que cerrar solamente.

Los dos que quedaban dentro oyeron como se corría la llave y el cerrojo.

EL RECURSO CONTRA UNA TRAMPA

Estaban, pues, como prisioneros en aquella habitación.

Era desconcertante la bienvenida que les daban en la casa donde se habían presentado pidiendo hospitalidad.

George y Jack se miraron rápidamente. Después George corrió hacia la puerta y trató de abrirla.

Como lo habían comprendido la puerta estaba cerrada con llave y cerrojo.

—¿Qué puede significar esto? ¡Vaya un modo original de tratar a las visitas! — murmuró George.

Golpeó con la palma de la mano en la puerta y llamó a gritos. Pero no obtuvo contestación ninguna. Unicamente, hallándose junto a la puerta, le pareció oir, muy débilmente, el eco de una risa burlona.

—Se nos había dicho que el mayor Harland era excéntrico pero me parece que la apreciación era demasiado bondadosa — comentó Jack. — ¡Si hemos de juzgar por la clase de criados que tiene!... ¡Ah! Veamos de que puede servirnos la ventana.

Acercóse a ella y comprobó que la ventana estaba protegida, por la parte de fuera por una fuerte reja de gruesos barrotes de hierro.

—¡Estamos presos, no cabe duda! ¿Pero qué significa esto, señor?

George movió dubitativamente la cabeza, encogiéndose de hombros. Sentíase preocupado y enojado a la vez. Volvió a golpear en la puerta y a gritar; trabajo inútil, porque no acudió nadie.

La puerta era de roble y muy sólida. No había, en el cuarto, a su disposición, nada que pudiera hacerle mella.

Pasaron cinco minutos y siguieron tan poco enterados como en el primer momento de la razón de lo que les pasaba.

No se presentó nadie. La casa parecía tan silenciosa como una tumba.

—¡Me parece que me voy cansando de esto! — exclamó Jack de pronto. — ¡Si tuviéramos un enemigo que quisiera quitarnos de en medio no podíamos haber caído de mejor voluntad en una trampa suya! ¿Será posible que el viejo que nos hizo entrar esté loco? Yo no doy con otra explicación. Pero algo hay en este caseron repelente que no me gusta. Como los tripulantes de un buque cuando ven la situación mal parada, envían su mensaje Marconi: "S O S", nosotros debemos enviar también nuestro "S O S".

Y Jack abrió las dos hojas de la ventana.

—De poco servirá si te propones llamar la atención de alguien por esa ventana. Estamos demasiado lejos del camino para que se nos oiga, en medio de la tormenta, — dijo George.

—No pensaba en eso, señor. La idea que se me ha ocurrido está relacionada con Peter.

—¡Es verdad! ¡Si me había olvidado, — exclamó George.

—Yo no. Con seguridad está en la puerta, sentado esperándonos. — Jack acercó el rostro a la reja y silbó. — Si esta es una trampa en que hemos caído, la trampa tiene un punto débil y... ¡Hola! ¿Estás ahí, Peter?

Porque Peter, que efectivamente esperaba desconsolado ante la puerta la salida de su patrón, había acudido a su silbido ladrando alegremente.

—Tengo que darte una misión, Peter, amigo mío, — dijo Jack acariciándole el hocico. — ¿Tiene usted papel y lápiz, señor? Escriba una cartita diciendo donde estamos y lo que nos pasa. Peter actuará de cartero.

—¡Qué gran idea, Jack! — exclamó George.

Rápidamente trazó unas líneas en una hoja de su libreta. Jack envolvió el papel en su pañuelo y ató el pañuelo bien seguro en el collar del perro, pasando los brazos por la reja de la ventana.

—¡Ahora a casa, Peter! — gritó.

—¡No!

—¡No esperes! ¡A casa, pronto! ¡A ver a Dick y a la señorita Vi! ¡Pronto, que son seis millas! ¡A casa, Peter!

El perro ladró excitado; bajó las manos que tenía apoyadas en el borde de la ventana. Pareció entender, pero no le gustaba separarse de su patrón.

—¿Tienes miedo de ir solo? ¿Te asusta lo oscuro, muchacho? — dijo riendo Jack. — ¡A casa con Dick, Peter!

El perro comprendió por el tono de la voz de su patrón lo que éste deseaba. Volvióse y se alejó corriendo por el campo.

—¡Ha entendido! ¡Ya partió! De fijo no deja de correr hasta llegar a Lonemoor.

—Y vamos a ver qué hace el bromista que nos tiene encerrados y escucha ahora junto a esa puerta. ¡Me parece que se va a poner más feo de lo que es, cuando lleguen nuestros amigos con la policía!

UNA GRAVE SOSPECHA

Después de mirar como se alejaba el perro, por el campo, llevando atado al collar el mensaje que enteraría a sus amigos los que estaban en Lonemoor, de la traidora actitud de la gente de aquella casa a la que habían acudido en busca de hospitalidad, Jack se separó de la ventana y se dirigió hacia la puerta.

Aun cuando no habían oído ruido ninguno algún sexto sentido le había convencido de que, del otro lado de aquella puerta cerrada estaba escuchando alguien que miraba también por el ojo de la cerradura.

—¡Oiga usted, el que mira por el ojo de la cerradura! — dijo el muchacho dirigiéndose al invisible atisbador. — Hemos enviado un mensaje a nuestros amigos, a la casa de Lonemoor. Lo lleva mi perro, el que hace un momento ladraba junto a la ventana. En el mensaje recomendamos que vengan con la policía a esta casa lo más pronto posible y seguramente antes de lo que usted quisiera. ¿No? Esta vez se ha agarrado usted un dedo en su propia trampa.

Y Jack se rió, mirando a George que llenaba en aquel momento su pipa y se disponía a esperar los acontecimientos con la mayor tranquilidad posible.

—Si no fuera porque tengo la ropa empapada, estaría yo lo más alegre en este momento, — dijo Jack, — convencido de que el bueno de Peter ha salvado la situación y que todo se arreglará perfectamente. Pero todavía me preocupa la idea de que razón pueden haber tenido para proceder así con nosotros, a menos que, como ya lo dije antes, no sea que el criado viejo y mudo que nos abrió la puerta está desequilibrado si no loco del todo.

El caso parecía, por cierto, misterioso. George se sentía tan intrigado y confuso como Jack.

Fuera, el furor de la tormenta había menguado. La lluvia casi había dejado de caer. De vez en cuando se oía aún algún trueno lejano.

—¡Escuche! — dijo repentinamente Jack.

En el completo silencio que reinaba en la casa habíase oído, por fin, ruido de pasos. Alguien se aproximaba por el corredor de piso de piedra y cruzaba el hall dirigiéndose hacia la puerta de la habitación. Se le oía murmurar como hablando consigo mismo, impaciente y enojado.

—Esta vez no es nuestro amigo el mudo, seguramente, — observó Jack.

Entonces una voz les habló del lado del hall:

—Señores: voy a abrir la puerta inmediatamente. Ese tonto de mi criado se ha hecho culpable de la más extraña, sorprendente y deplorable equivocación y me ha causado un disgusto intensísimo.

—¡No importa! — replicó Jack en tono sarcástico. — Y no se moleste en abrir la puerta hasta que le parezca conveniente. Nosotros podemos esperar con toda comodidad la llegada de la policía.

E hizo una mueca, mirando a George.

—¡Los hemos asustado! — díjole luego en voz baja. El envío del mensaje a Lonemoor les ha hecho cambiar de opinión y de ahí viene esta amabilidad de ahora.

Se descorrió el cerrojo. Un hombre anciano, de aspecto militar apareció en el hueco de la puerta. Tenía del collar un perro grande. El hombre miró nerviosamente hacia el interior de la habitación.

George se había puesto de pie y le miraba cara a cara esperando que el recién llegado hablara.

—Soy el mayor Harland, — dijo. — Crean ustedes, señores, que no encuentro en realidad palabras apropiadas para pedirles a ustedes disculpa por lo que ha hecho el loco de mi criado.

—Creo que a lo sucedido corresponde, de parte de usted, un pedido de disculpa señor, — dijo George con tranquilidad.

El mayor Harland era un hombre de unos cincuenta años de cabello gris, cortado corto. El rostro, de ojos semicerrados, de mirar furtivo no inspiraba confianza a pesar de la sonrisa amable que se le notaba en aquel momento.

—Así lo entiendo yo, señor... señor Heriot. ¿No es así su nombre? Se que tengo en estos alrededores fama de ser un excéntrico y un misántropo, pero jamás puede decir nadie que yo ni nadie a mi servicio se hiciera culpable de un proceder como el de que han sido ustedes víctimas esta noche,— prosiguió el mayor.

—Creo que, sin exageración podría hacerse uso de lenguaje más enérgico, — dijo George secamente. — ¡Se nos ha tenido encerrados bajo llave cerca de media hora! ¿No se ha enterado usted hasta ahora de nuestra presencia aquí? ¿O ha sido el hecho de que mandáramos a nuestro perro con un mensaje para Lonemoor, hace cinco minutos, y el temor de que esto le trajera consecuencias lamentables, lo que le ha decidido a venir, mayor Harland, portador de sus excusas?

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje? No le entiendo a usted, señor Heriot. — Si no era auténtica, su sorpresa estaba muy bien fingida.

—Le aseguro que vine tan pronto como mi criado me enteró de su presencia aquí. Dió la casualidad de que yo había salido de la casa por el fondo...

—Suerte ha tenido cuando salió de la casa y no se mojó a pesar de la mala noche,— dijo Jack que no le había creído una palabra y miró hacia las botas del mayor H que no estaban ni mojadas ni embarradas. El hombre se mordió los labios. — De todos modos fué una suerte que lo encontrara cuando lo encontró, pues sería para usted una emoción grande, sin duda, la de ver, sin previo aviso, que se presentaban dos policemen en la puerta de su casa. Porque en cuanto nuestro mensaje llegue a Lonemoor los de allí procederán de acuerdo con las instrucciones que se le dan en él.

—La verdad es que mi criado es un pobre viejo, medio tonto y muy impresionable y medroso. No hace mucho, hallándome yo ausente, un hombre se metió en casa, pretextando ser amigo mío, y cometió un robo. Desde entonces, mi criado, que además de su poco caletre, tiene la desgracia de ser mudo, ha sufrido constantemente de temores nerviosos, — explicó el mayor Harland. — A eso se ha debido tan lamentable equivocación. Ya le he reñido severamente y, a ustedes, les presento mis más sinceros pedidos de disculpa. ¿Qué más puedo hacer para demostrarles mi buena voluntad? ¿Desean ustedes tomar algo?

Su voz se había hecho insinuantemente efusiva.

—Por mi parte, agradezco su ofrecimiento pero no tomaré nada, — dijo George friamente cortés.

—Ni yo tampoco, — dijo Jack.

George sentíase preocupado. Lo que el mayor Harland había contado era verosímil y aceptable. Era en realidad, posible que cuanto había dicho fuese la pura verdad y su encarcelamiento se hubiera debido a un error del criado medroso y medio imbécil.

Pero George no se sentía inclinado a creer que el relato del mayor Harland fuera verdad. El mismo mayor lo había impresionado poco favorablemente. Parecíale sospechoso a George que, hasta que el perro Peter fué enviado con el mensaje el dueño de la extraña casa no se hubiese decidido a abrir la puerta y a presentar sus excusas.

Mientras conversaban el perro del mayor había ido de un lado a otro de la habitación.

Jack era muy aficionado a los perros y pocos eran los canes que no se hicieran amigos suyos a los pocos minutos de conocerle. El perro del mayor recibió con agrado las caricias de Jack y cuando éste le palmeó cariñosamente la cabeza, meneó el rabo con amistosa alegría.

El mayor miraba con el rabo del ojo aquella escena, visiblemente descontento. Pero esto no turbó a Jack que tenía sus razones para querer trabar buena amistad con el perro guardián de aquella casa.

—La tormenta ha pasado, según parece y no deseamos abusar de su hospitalidad, mayor Harland — dijo George. — ¿Vamos, Jack?

—Sentiría mucho que usted se retirara resentido... — dijo Harland solícito.

—¡De ningún modo! ¡Me ha parecido algo extraño lo sucedido, pero nada más! — replicó George con sequedad y su manifestación hizo que el dueño de casa le mirara fijamente.

—Voy a acompañarles para abrir el portón. ¿Dejaron su automóvil en el camino?

—Sí, tiene una rueda un poco estropeada. Por suerte traemos rueda de repuesto y todo lo necesario para ponerla en un momento.

No volvieron a ver al criado mudo. Salieron de la casa dirigiéndose por el enarenado camino hacia el portón Harland casi no cesaba de hablar, repitiendo sus pedidos de disculpas.

Cuando estaban cerca del portón se oyó a poca distancia el ruido de una motocicleta que se acercaba por el camino. A Jack le pareció que Harland tembló de pies a cabeza al oir aquel ruido.

—Voy... voy a adelantarme para abrir el portón, — dijo de pronto el mayor.

Y se alejó corriendo lo más rápidamente que pudo. Abrió el portón precisamente en el instante en que llegaba a él el hombre de la motocicleta, cuyo ruido habían oído antes. Detúvose ante el portón y apeándose se acercó a Harland.

El recién llegado era, sin duda, conocido del perro, pues éste acudió hacia él como hacia un viejo amigo.

Pero de repente como si fuera porque había visto a la luz de la luna que brilló en aquel momento a las dos personas que se acercaban o por las palabras que Harland le dijo en voz baja, el hombre volvió a montar en su biciclo y se alejó con toda rapidez.

—¡Hola! — dijo Jack a George en voz muy baja. — ¡Era Bate! ¡Lo juraría! ¡Así que Bate es amigo o conocido de Harland! El perro lo conocía. ¡Y que prisa se dió Bate en cuanto nos vió! "El misterio se acentúa", como dicen en las novelas policiales. ¿A qué lo primero que nos dice el mayor Harland es algo para tratar de convencernos de que no conoce a Bate y éste es un perfecto extraño para él?

Llegaron al portón.

Con la mayor naturalidad del mundo, dijo entonces el mayor:

—No son ustedes los únicos viajeros retrasados esta noche. El hombre de la motocicleta que se detuvo hace un momento para preguntarme por un camino, también se ha visto obligado a interrumpir su viaje y guarecerse en un bosque durante la tempestad.

Jack sonrió al ver confirmada tan rápidamente su profecía.

Era verdad, "el misterio se acentuaba". Bate, que se hallaba alojado en la hostería de una aldea situada entre la casa de Harland y Lonemoor conocía perfectamente todos los caminos de la localidad y no necesitaba preguntar nada a nadie. Además la recepción amistosa que le había hecho el perro, demostraba que no se trataba de un extraño.

¿Se dirigía Bate a aquella casa cuando el inesperado encuentro con ellos le había hecho alejarse? Y ¿por qué se había apresurado el mayor a ir a su encuentro para hacer que se fuera y poder decir a George y Jack que se trataba de un desconocido? ¿Qué interés tenía el mayor en que ellos no supieran que conocía a Bate?

—Bien, buenas noches, señor Heriot — dijo Harland al separarse. — Confío en que usted olvidará pronto el lamentable suceso de esta noche y no pensará más en él.

—¡Oh! ¡Es tan fácil que se produzca un error! — dijo George. — ¡Buenas noches!

Cada vez sospechaba más del mayor, especialmente desde la aparición de Bate ante el portón, pero por eso mismo se expresó como si nada sospechara, buscando que el dueño de casa no desconfiara, a su vez, de él.

George y Jack dirigiéronse hacia el sitio donde habían dejado el coche.

Fué un trabajo fastidioso y molesto el de levantar el automóvil con un cric, sacar la rueda estropeada y colocar la nueva, pero al fin lo hicieron y siguieron camino de Lonemoor.

—¡Mire! ¡Allí va Peter! — exclamó Jack cuando se hallaban a doscientas yardas de la casa.

El perro corría al parecer contento con la proximidad de su destino.

Jack le llamó y George disminuyó la velocidad de la marcha del automóvil. Peter ladrando de alegría se acercó y saltó dentro del coche.

—Lo mejor es quitarle el mensaje del collar, Jack no conviene que no siendo inevitable, las señoras se enteren de lo que nos ha pasado en casa de Harland. Solo serviría para ponerlas nerviosas, — dijo George.

Vi había oído el ruido del automóvil y estaba esperando en la puerta, recortándose su gentil silueta en la claridad del cuadro de la puerta.

—¡Qué alegría volverles a ver! ¡Estaba tan nerviosa! ¡Pensar que sufrieron toda la tormenta en mitad del camino! — exclamó ella. — ¿Pero cómo no se han ahogado?

—¡Por qué somos anfibios sin duda! — dijo Jack. — ¿No es así, señor George? Estamos calados hasta los huesos y con un apetito terrible. Lo que más falta nos hace por el momento es una conversación particular con un buen bife acompañado de muchas papas fritas, bien calientes y crujientes.

Vi se rió y le dijo que la comida no tardaría en estar dispuesta, que se cambiaran de ropa y cuando volvieran se sentarían a la mesa.

—¿Ha visto usted a Bate en los últimos días, Martín? — preguntó George una vez terminada la comida.

—Vino esta tarde y fumó una pipa conversando conmigo amistosamente, — dijo Martín sonriendo. — Yo hago todo lo posible por inspirar confianza a Bate. Estoy seguro de que se siente convencido de que ha conseguido lograr que no desconfiemos de él y que, por lo tanto, nos tiene a su merced.

—¿Sabe usted algo sobre el mayor Harland?

—¿El que vive en Woodside? ¡Sí! Personalmente no le conozco, pero se que es un excéntrico que vive solo con un viejo sirviente y su esposa y que trata a todo el mundo de mala manera.

—Sin embargo, cuando Jack y yo nos llegamos a su casa esta noche se mostró exagerado en su deseo de que nos quedáramos.

Y George enteró a Martín de su aventura en la temerosa casa.

—Cuando salíamos ya nos encontramos con Bate, pues Bate era, que se dirigía a ver al mayor. En cuanto nos vió, al apearse de la motocicleta, volvió a montar y se alejó a toda prisa. Pero Harland hizo todo lo posible por convencernos de que no conoce a Bate y que había sido un desconocido extraviado que preguntaba su camino. ¿Qué cree usted que significa eso, Martín?

Pero fué Jack el que respondió con súbita nerviosidad:

—¡Señor! ¿Sabe lo que se me ocurre? ¿No estará Hubert Mansell oculto en aquella casa? Eso explicaría por qué iba allí Bate y por qué se asustó tanto al vernos... Eso explicaría también lo de la puerta cerrada.

¿Sería verdad la sospecha de Jack? George se dió cuenta de que en caso de serlo, la situación de él y de Jack hubiese sido gravísima si no hubieran podido enviar el mensaje que confiaron al perro y que en realidad desbarató los planes de los pícaros.

—¡Si estás en lo cierto y Hubert Mansell está oculto en Woodside. — exclamó George, — La clave del escondrijo del tesoro debe hallarse en Woodside y nosotros nos apoderaremos de ella!

TRAICIONADO POR UNA VOZ

Jack había llamado a su compañero aparte, separándole de los demás y después de decir que iba a dar un paseo en su motocicleta y había dicho a Dick:

—Compañero y amigo: tengo que confiarte un secreto:

Jack era orgulloso poseedor de una flamante motocicleta. A Dick no le entusiasmaba ese sport, pero sí a Jack, que no solo tenía lo menos un año más que Dick y se hallaba más desarrollado, midiendo lo menos veinte centímetros más, de estatura.

—Dick, — agregó Jack. — Voy a Wood-

side, la casa donde el señor y yo estuvimos encerrados anoche.

Dick le miró con sorpresa.

—¿Sólo? ¡Pero es una temeridad — dijo el muchacho nerviosamente.

—Debo aventurarme a eso. No le diga nada al señor Heriot porque quizás pensara que es mucho el riesgo, Pero yó estoy decidido a ir.

—¿Por qué?

—Porque hay algún misterio relacionado con la casa y con ese misterio está mezclado Bate. Por más que nos jure fiel amistad, Bate es nuestro peor enemigo y trabaja actualmente, con toda actividad, contra nosotros. Voy a realizar un reconocimiento. Es muy fácil que no encuentre absolutamente nada pero también es posible que encuentre algo. Tengo idea de que Hubert Mansell está oculto en aquella casa y que allí tiene el rubí que indica donde está el tesoro...

—¡Pero no me gusta que vayas solo, Jack! — exclamó Dick. — ¿Quieres que vaya contigo?

Para que Dick hiciera semejante oferta era necesario que el muchacho realizara un gran esfuerzo de valor.

Jack se rió.

—Gracias, querido — dijo — yo sabré cuidar de mí mismo. No voy a exponerme a más riesgos que los que sean necesarios. Si te digo lo que voy a hacer es únicamente para que alguien pueda decir donde estoy si me buscan y no he regresado aún.

Y Jack partió en su motocicleta a trasponer las seis millas de distancia que le separaban de Woodside.

Aun cuando el portón hubiese estado abierto. Jack no hubiera buscado tan conspicua entrada para penetrar en el terreno de la casa. Un estrecho camino lateral que partía en ángulo recto de la carretera limitaba las tierras de la tenebrosa mansión. En ese camino,. gracias a los grandes árboles había más sombra todavía. Bajo un grupo de frondosos árboles dejó Jack su motocicleta.

No tardó en hallar un hueco del cerco por el que pudo entrar sin dificultad.

La noche era de luna, pero ésta alumbraba solo a ratos, debido a la abundancia de nubes. Las tierras que rodeaban la casa, estaban tan densamente pobladas de árboles que reinaba en ellas la más completa sombra. Protegido por la oscuridad avanzó Jack cautelosamente.

En un sitio los árboles agrupados unos cerca de otros llegaban hasta la misma casa. Hacia allí fué Jack avanzando sin hacer ruido, con todos los sentidos bien alerta.

—¡Hola! ¡Esto es curioso!

El muchacho se había detenido de improviso. A su paso, entre dos árboles, en el suelo veíase una excavación recientemente hecha.

Y tenía exactamente la forma de una sepultura. Esto fué lo que le llamó la atención a Jack, produciéndole un escalofrío. La excavación tenía dos pies de ancho por seis o siete de largo y varios pies de profundidad.

Jack con todos sus nervios en tensión no pudo evitar un estremecimiento al mirar aquella excavación. ¿Era posible que fuese una secreta tumba cavada en aquellas tierras, tras del cercado portón y con algún propósito siniestro?

Precisamente en aquel momento un ruido producido a poca distancia, llegó a oídos de muchacho. Fué el ruido de una puerta que se abría.

Una rápida mirada que dirigió a la casa le permitió ver la figura de un hombre que había aparecido y que cruzó luego el sendero iluminado por la luna: era el mayor Harland.

Se encaminaba hacia el sitio donde estaba Jack. Le acompañaba el perro con quien el muchacho se había hecho amigo la noche anterior.

Jack contuvo la respiración. La sombra que reinaba bajo los árboles no permitía que le viera el hombre, pero ¿y el perro? Inevitablemente notaría, por el olfato, su presencia y en cualquier momento podía correr en su busca.

Jack pensó que era necesario tomar una determinación rápidamente. Vió un árbol alto de denso follaje, a poca distancia de la recién cavada tumba.

Rápidamente y sin ruido, se dirigió hacia él. Tomándose de una de las ramas inferiores el muchacho se elevó a pulso, — No en vano había sido aplaudido tantas veces con motivo de sus ejercicios de barra fija y trapecio en el circo de Trant, — hasta cobijarse entre las ramas llenas de hojas.

Reinaba suficiente viento para que no llamara la atención el rumor que hicieron las hojas al subir Jack. Se hallaba el muchacho a quince pies de altura y bien escondido cuando llegó el mayor Harland.

El hombre no recelaba ni sospechaba nada. Pero el perro, olfateando con sospecha se dirigió hacia el árbol donde estaba subido Jack, ladrando. La rápida, brusca y autoritaria voz de su patrón hizo callar al perro y Jack respiró con más libertad.

Detúvose el mayor Harland ante la excavación en forma de tumba, encendiendo un fósforo para dar lumbre a un cigarrillo. La pequeña llama iluminó un rostro sonriendo con malicia y crueldad. Una breve risa brotó de labios de aquel hombre cuando miró la excavación recién hecha. Fué tan maléfica y diabólica aquella breve risa, que a Jack le pareció que le helaba la sangre en las venas.

Aquel mayor Harland era muy diferente del suave amabilísimo caballero de la pasada noche.

Para Jack fué una satisfacción ver que Harland llamaba al perro y se alejaban.

Perdiéronse de vista. Pero el muchacho no hizo aun ruido ninguno. Mientras el perro estuviera suelto en aquella parte del parque no era conveniente descender.

—Aquí tendré que estar de vigía hasta que vea señal de "vía libre", — díjose Jack.

Un rumor cercano interrumpió en aquel momento los pensamientos del muchacho. Jack oyó, con emoción, rumor de voces que procedían de un sitio casi debajo del lugar donde él estaba.

Emocionado y perplejo, miró hacia abajo. Pero no vió a nadie. Sin embargo seguía oyendo el rumor de voces como si procedieran de un sitio cerrado.. del fondo de un pozo por ejemplo.

Parecía imposible, pero se hubiera dicho que procedían de un roble, de grueso tronco, situado junto al árbol en que él estaba encaramado. El roble estaba seco según lo demostraban sus ramas desprovistas de hojas.

Podía oir las voces pero no veía a nadie. Luego, mientras seguía mirando hacia abajo, maravillado, el misterio tuvo solución. Precisamente en el sitio donde el árbol seco se dividía en dos grandes ramas, sobre el tronco de grueso excepcional, apareció una cabeza y un hombre se presentó saliendo del tronco, indudablemente hueco.

La figura que había salido primero y saltó luego al suelo, fué seguida por un segundo hombre.

Jack, rígido, inmóvil, miraba con toda atención. El sitio donde estaban los que habían salido del árbol, era demasiado oscuro para que él pudiera verles las caras, pero la voz del que hablaba era conocida para el muchacho que escuchaba desde la copa del árbol. Era la voz de Bate.

Los dos hombres se separaron del árbol por el que habían realizado su misteriosa aparición. Un rayo de luz de luna pasando por un hueco del ramaje de los árboles dió en el rostro de Bate y de su compañero, el criado mudo de la noche anterior.

Pero ya no era mudo. Hablaba, dirigiéndose a Bate, y el timbre de su voz fué lo que impresionó tanto a Jack que casi se cayó de la rama donde estaba.

¡Porque aquella era la voz de Hubert Mansell!

EL DESCUBRIMIENTO MAS EXTRAÑO

Hubert Mansell, admirablemente disfrazado, pasando por el viejo criado de aquella casa! No tenía nada de extraño que pretendiera pasar por mudo la noche anterior.

Al subir por el hueco del tronco del roble debía haberse desarreglado algo su caracterización por que Jack vió que por el borde de la ajustada peluca de pelo blanco se veía el cabello negro, natural, que la peluca debía ocultar por completo.

¡Hubert Mansell! No era ya asombroso que hubieran intentado atraparlos en aquella casa cuando su accidental y casual visita. Su enemigo había visto una ocasión propicia y había querido aprovecharla.

Precisamente era del asunto de la pasada noche de lo que estaba hablando aquel hombre en aquel momento.

—¡Si ese perro del diablo no hubiera echado a perder nuestros planes, los únicos dos a quienes puedo temer hubiesen desaparecido! — iba diciendo Hubert. — ¡Desaparecido sin dejar rastro! ¡Ah! No hubiera habido casamiento la semana próxima!

Jack no oyó más porque los dos hombres se alejaron. Esperó algun tiempo, sin atreverse a moverse, lleno de nerviosidad, consecuencia del asombroso descubrimiento que acababa de hacer.

¿Qué habían estado haciendo aquellos dos hombres en el árbol hueco? No habían entrado en él después de entrar Jack en el parque. Sin embargo había sido sólo en los últimos minutos cuando oyó el rumor de sus voces.

—¿Cuál era el secreto del árbol hueco? ¿Podría descubrirlo él?

—¡Voy a intentar enterarme de lo que hay ahí dentro! — díjose el muchacho.

Pero no se movió aun del sitio donde estaba. Esperó hasta que le pareció que los dos hombres estaban ya suficientemente lejos.

Entonces, por fin, Jack se deslizó hasta el suelo y corrió después hacia el árbol gigante que había despertado, con tanta justicia, su curiosidad.

En la parte de fuera del tronco había como apoyar el pie y subir. Unos puntos de apoyo eran naturales, los otros artificiales El muchacho subió sin ninguna dificultad hasta donde el grueso tronco se dividía en dos ramas. Allí vió un hueco que se fundía en el interior del tronco del roble.

Jack llevaba su linterna eléctrica de bolsillo, — necesaria cuando se sale de noche en motocicleta, por si acaso se produce algún desperfecto poder ver de qué se trata, pero no se atrevió a usarla todavía. Descendió cautelosamente por la cavidad apoyándose en los escalones de hierro que había en la parte interior del árbol.

Comenzó, pues, el descenso y al cabo de unos momentos consideró menos arriesgado encender luz e iluminó el interior con el rayo de su linterna dirigido hacia abajo.

Era un curioso descubrimiento el que había hecho. No sólo era hueco el tronco hasta el nivel del suelo, sino que el hueco seguía como si fuera un pozo, perdiendose la luz en la oscuridad profunda.

Jack se quedó un momento a la boca de ese nuevo conducto e iluminándolo con su lámpara.

Más abajo, según pudo distinguir, se ensanchaba. A sus lados, como en el interior del árbol hueco, había, a intervalos, peldaños de hierro.

—¡Si ellos pudieron salir de aquí, yo podré entrar! — díjose Jack conquistado por su espíritu aventurero.

Era necesario averiguar a donde conducía aquel túnel de comunicación.

Jack descendió unos cinco o seis pies, con el corazón en un puño, pero resuelto a hacer frente a todo lo que se presentara. De pronto, el tubo vertical se doblaba en ángulo recto continuando en forma de túnel horizontal.

Pero este túnel no iba muy lejos. Terminaba poco después ante una maciza puerta de hierro empotrada en sólida mampostería.

En el momento en que el muchacho acababa de hacer este descubrimiento oyó que, procedente de lo alto, llegaba rumor de voces que se aproximaban. El muchacho creyó que su corazón cesaba de latir.

¡Bate y el disfrazado Huber Mansell descendían por el árbol hueco!

JACK EN GRAVE APRIETO

Al oir aquel ruído, Jack contuvo la respiración.

Se quedó parado, escuchando con grandísima atención. Las voces de arriba llegaban a él apagadas por la distancia pero sin duda más cerca cada momento que pasaba.

No era una perspectiva agradable la de verse atrapado allí, en aquel extraño pasadizo que él había descubierto descendiendo por dentro del árbol hueco y que conducía a la subterránea puerta de hierro.

Y si sus enemigos se aproximaban y entraban, nada podía evitar que echaran de ver su presencia.

La puerta de hierro, llevara donde llevara, estaba cerrada. No era posible huir en aquella dirección. Estaba el muchacho cazado como una rata en la trampa.

—Por suerte dejé aviso a Dick, diciéndole que venía a esta casa, — pensó Jack.

Pero pasarían horas antes de que su ausencia alarmase así que no era cosa de esperar socorro rápido y esto no era muy agradable pensamiento para el muchacho.

En cuanto al asombroso descubrimiento que había hecho — el de que el criado mudo, del mayor Harland, que les había recibido la noche anterior era nada menos que Hubert Mansell — tenía una importancia grandísima.

—Lástima grande sería que me sucediese algo grave y yo no pudiera llevar la noticia al señor George! ¡Y en eso está la clave de la situación, ahora que el canalla tiene en su poder el rubí! — pensó.

Jack movió la cabeza, escuchando.

—¡Hola! — díjose — ¡Ya vienen! ¡Manos a la obra!

Y apretó los dientes, resuelto a hacer frente con entereza a la grave situación que se le iba a presentar.

Sabía que se hallaba entre la espada y la pared en aquel conducto subterráneo y que sus perspectivas no eran halagüeñas. Hubert Mansell, a quien la autoridad buscaba como autor de la muerte de Purvis se defendería por todos los medios posibles y no se detendría ante nada. ¡Y el hombre, en tal situación, era de temer!

—De todos modos no pueden bajar más que de a uno. Esto me reconforta, — reflexionó Jack decidido a encontrar en cualquier detalle una esperanza que atenuara la gravedad de su mala situación.

Entonces una voz llegó hasta él y lo que dijo le sirvió de nuevo elemento de satisfacción.

—Muy bien: espere ahí. No hace falta que baje usted.

Era la voz inconfundible de Huber Mansell. Así que solo uno de sus enemigos se disponía a descender... Esto, al menos, aumentaba sus probabilidades favorables.

Jack permaneció quieto, escuchando, en el sitio donde el pasaje horizontal se unía al hueco vertical. Su esperanza era poder tomar de sorpresa al que descendiese.

Hubert Mansell conocía sin duda perfectamente, el pasillo subterráneo por el que podía avanzar sin necesidad de luz, así que descendió a oscuras. Jack sintió una vibración de emocion en aquel momento, disponiéndose para el instante decisivo.

La invisible figura se fué acercando más y más. Pasado el hueco del tronco del árbol siguió por el pozo que conducía al pasadizo horizontal donde se hallaba Jack.

El muchacho se quedó quieto sin atreverse ni a respirar.

Cuando llegó al nivel, a menos de una yarda de Jack, Hubert Mansell, completamente ignorante de la presencia del joven en aquel sitio pasó por delante de él y sacó del bolsillo una caja de fósforos.

Oyó el muchacho el rascar de la cabeza del fósforo en el papel de lija de la caja. Pero antes de que lo encendiese la reluciente luz de la linterna eléctrica dió en pleno en el rostro de Hubert Mansell.

Con un grito ahogado el hombre retrocedió momentáneamente enceguecido por la deslumbrante luz y tomado, por entero, de sorpresa.

El puño derecho de Jack entró en acción antes de que el hombre lograra reaccionar. Un soberbio, "upper-cut" — de los que le había enseñado Rufus Trant para cuando lo presentó en el circo como el muchacho campeón de boxeo, — fué a dar con rápida, zumbante rapidez, en el sitio donde fue dirigido. El muchacho puso todas sus energías en aquel golpe.

(Continuará)

PUCKY
MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado . . .	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ
LIMITADA, S. A.

Anécdotas

ROMANTICO en verdad fué como Edmundo D'Amicis conoció a su novia.

Un día, siendo todavía muy joven, recibió una carta de una mujer quien le manifestaba que, hallándose a punto de morir, no quería irse de este mundo sin besar la mano del autor que con sus obras la había hecho sentir como ningún otro.

D'Amicis no perdió un minuto en acudir a la cabecera de la cama de la paciente, donde su presencia bastó para conseguir lo que no había logrado la ciencia de los médicos, o sea, salvar la vida de la enferma. Esta era joven, bonita e interesante. Un año después se casaba con D'Amicis.

GUERRA A LOS BEMOLES

UNA dama apasionada por la música entra un día en casa del célebre editor Brandus y pide ver los trozos de canto más nuevos y más hermosos, agregando que prefiere los que no estén muy cargados de bemoles.

El dependiente le presenta una romanza.

—Este trozo es delicioso — le dice; — pero, desgraciadamente, tiene cuatro bemoles en la clave.

—¡Oh!, eso no es nada — responde la joven dama. — Cuando hay más de dos, yo los suprimo.

¿QUE EDAD TIENE USTED?

EL actual rey de Suecia es un excelente matemático, y a su respecto se cuenta una anécdota bastante, curiosa. Había ido a saludarlo un viejo profesor, y el rey le dió una broma, desarrollando este curioso problema:

—Deseo que haga usted un ejercicio de aritmética mental — le dijo el rey. — Voy a saber la edad que usted tiene sin que me la diga.

El profesor tenía sesenta años y había nacido en Diciembre.

—Piense usted en el número que corresponde al mes de su nacimiento — le dijo el rey.

Como el profesor había nacido en Diciembre, pensó en el número 12.

—Está bien — le dijo el rey. — Multiplíquelo por 2 y agréguele 5.

—Hecho — contestó el profesor.

—Ahora, multiplíquelo por 50 y súmele su edad.

—Bien.

—Reste de la cantidad el número 365 y agréguele 115.

—Ya está.

—Ahora — dijo el rey — ¿puedo saber el resultado?

—Es el siguiente: 1.260.

Gracias — contestó el rey. — Usted tiene sesenta años y nació en Diciembre.

—¿Por qué? ¿Cómo lo ha averiguado S. M.?

—Por la misma respuesta de usted: 1.260. Las dos primeras cifras indican el mes del nacimiento y las otras dos la edad.

EL canciller de Inglaterra Tomás Morus alcanzó gran estima por la independencia de su carácter y su integridad. En cierta ocasión, un personaje muy influyente que tenía un proceso pendiente ante el tribunal de que Morus formaba parte, le envió un regalo consistente en unos magníficos jarrones de plata y oro. Al recibirlos, el canciller Morus los hizo llenar con el mejor vino que tenía en su bodega y los devolvió al gran señor por el mismo criado que los había traído, diciéndole a la vez: "Preguntad a vuestro amo si le parece bueno mi vino, y en tal caso puede mandar por más y tendré mucho gusto en enviárselo".

RUDA FRANQUEZA

DESPUES de vencida la revolución nacionalista del 24 de Septiembre de 1874, Avellaneda, el entonces presidente, dispuso que se arreglaran las cuentas ocasionadas por las movilizaciones llevadas a cabo por las provincias.

Le llamó mucho la atención que la provincia de Santa Fe, habiendo sido una de las que mayor número de hombres sostuvo bajo banderas, fuera una de las que hubiera gastado ménos dinero. Tanto se preocupó de este hecho que no pudo menos que manifestárselo al docotr Servando Bayo, gobernador a la sazón de Santa Fe.

El gobernador Bayo era de los que no acostumbran a disfrazar el pensamiento; por lo tanto, cuando el presidente le manifestó su asombro, contestó con ruda sencillez:

—Lo que yo hice, señor presidente, lo hubiera hecho otro cualquiera que hubiera procedido como yo: no robando ni dejando robar.

EL SACO DE TIERRA

UN señor rico y poderoso, que quería engrandecer su jardín, despojó a una pobre anciana del campo que tenía. Al día siguiente fué el señor a su nueva posesión, y vió venir a la pobre mujer, con un saco vacío, la que dirigiéndose a él le dijo:

—Señor: déjeme, por favor, llenar este saco con una pequeña parte de mi antiguo campo.

El rico respondió:

—Tu pedido es extraño: pero, si quieres, puedes llenar no uno, sino veinte sacos.

La anciano llenó de tierra el saco y volvió a hablarle al poderoso, en esta forma:

—Señor: escuchad mi segundo y último ruego; cargad este saco en mis espaldas.

El rico trató, aunque en vano, de levantar el saco, pues pesaba mucho. Viendo esto la mujer agregó:

—Hombre injusto: si encuentras hoy demasiado pesado este saco, ¿qué será para tí, en la eternidad, el peso de toda la tierra de mi campo que tú me has robado?

El rico, comprendiendo entonces la injusticia que había cometido, devolvió a la pobre mujer su pedazo de campo.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

EL CONOCIDO MULTIMILLONARIO SEÑOR MENEGA, QUE SE SIENTE PERSEGUIDO POR UN PODER OCULTO QUE LO DOMINA, HA PEDIDO AYUDA AL DETECTIVE TOM DIC, QUIEN SE DISPONE A DESCUBRIR EL MISTERIO

¡EJEM! ¡EJEM!

¡CIELOS! ¡YA ESTOY SINTIENDO LA INFLUENCIA DE ESA TERRIBLE MIRADA! ¿DONDE ESTARA TOM DIC?

VAMOS, PIC-PON, SIGUEME HASTA LA CASA DE MENEGA; Y VOS, PIPERMIT QUEDATE DE CENTINELA POR AQUI AFUERA

MUY BIEN

¡CARAMBA! ¡SE OYEN UNOS GRITOS!...

¡ESTAS EN MI PODER! ¡TIENES QUE OBEDECERME!

© 1934, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

¡PI! ¡PI! ¡PI!

SOY UN PICHONCITO DE GORRION. ¡PI! ¡PI! ¡PI!...

¡OIGA, TOM DIC! POR AQUI SE SIENTE ALGO RARO. ¡VENGA!

2

PORTE PAGO

REPARACION
Por H. Bowler
Dramática historia de un malhechor arrepentido.

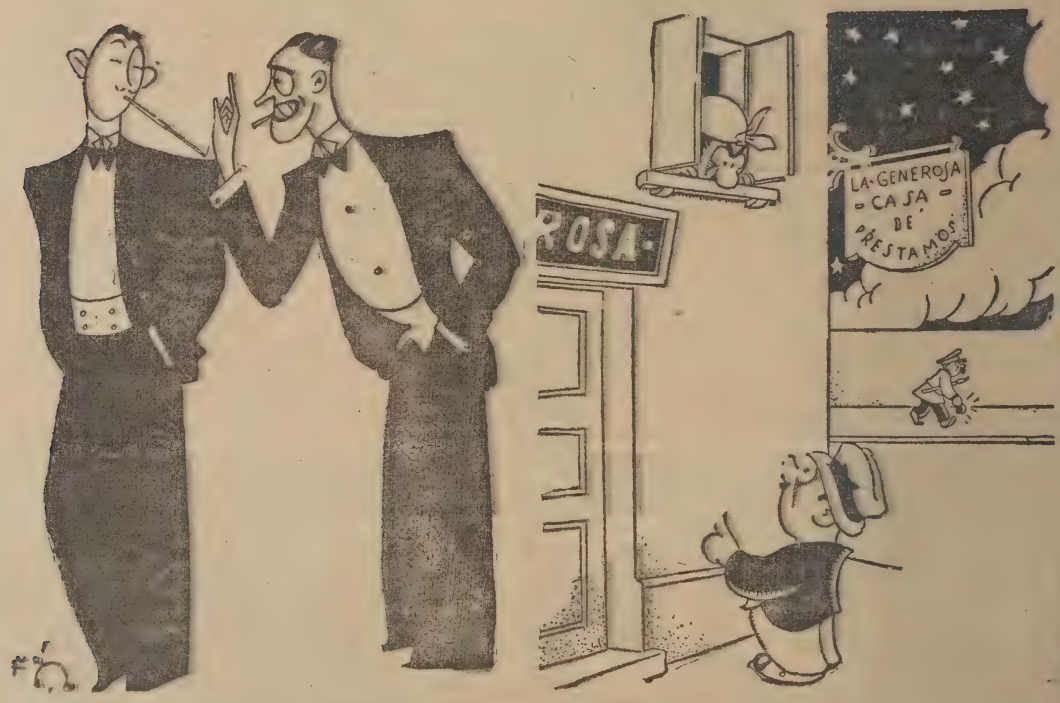
20 cts.

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 414
AÑO XI
Septiembre
4 de 1931
Buenos Aires

—Deme usted una cajita de bombones para un bautizo.
—¿De crema, almendra, licor...?
—No, no; con paracaídas. Es para un bautizo del aire.



—La expresión "un vacío doloroso" de su novela no me gusta. Una cosa vacía no puede ser dolorosa.
—¿Es que a usted no le ha dolido nunca la cabeza?

—Estas no son horas de hacer ...aciones
—No, si yo vengo a dar cuerda al reloj que he empeñado esta mañana.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 414. - SEPTIEMBRE 4 DE 1931

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

REPARACION

Por HAROLD BOWLER

SAM Graves cabeceaba en la dura silla, detrás del mostrador, y se hubiera quedado al fin dormido, si el timbre de la puerta de la calle no lo hubiese despertado.

Sam abrió lentamente los ojos y luego se puso de pie, agarrándose tan fuertemente al mostrador que los nudillos se destacaron blancos en la rosada carne de sus dedos.

El hombre que acababa de entrar cerró cuidadosamente la puerta y apoyó su espalda en ella. Miró lentamente a su alrededor movió la cabeza en señal afirmativa, al observar los estantes bien surtidos de dulces, tabaco, tarros de conserva y esas mil cosas caseras que siempre se necesitan y pueden conseguirse en la pequeña provisión de la esquina.

Sam permaneció silencioso, mirando con ojos asombrados a su visitante, que no era un parroquiano. ¿A qué se debía la visita de Jim Hagen, el rico malhechor que había hecho del chantage y aún del asesinato un arte?

Jim Hagen sonrió un poco; pero la sonrisa no suavizó la dureza de su rostro ni aminoró la forma cruel y agresiva de su mandíbula, ni puso un poco de bondad en su boca, delgada y recta. Había mujeres que se enamoraban de aquella cara fuerte hasta que supieron, demasiado tarde, que las confidencias que hacían a Jim Hagen costaban dinero.

—¡Lindo negocito tienes! — empezó Hagen agradablemente, encaminándose al mostrador — Debe irte muy bien, Sam. Un comercio perfectamente atendido, clientela numerosa y el viejo Sam convertido en uno de los hombres más respetables del barrio.

Sam cuadró sus robustos hombros y miró al ladrón.

—¿A qué ha venido aquí? — le preguntó — Un hombre poderoso como usted no puede necesitarme. Yo soy honrado ahora. He terminado con usted y todos los de su calaña.

El hombre que se hallaba de espaldas a la puerta hizo caer una partícula de polvo de su saco.

—¡De modo que has terminado con la antigua vida y conmigo!... Bueno, yo no he terminado contigo... Nunca te di permiso para abandonar la banda. Me dejaste plantado en el asunto de las joyas de Scundale y no lo he olvidado.

—Usted sabe por qué no le conseguí esas joyas — interrumpió Sam — Ahora vivo honradamente.

Hagen se echó a reir y continuó:

—Jeff Larkham hizo una chapucería en aquel trabajo. Tiene cinco años de cárcel para meditar en su descuido.

—A mi, con mis antecedentes, me hubieran dado diez — dijo Sam.

—Me hubieras conseguido las joyas primero. Eso es lo que me importaba.

—¡Demonio sin corazón!

—¡Silencio! Los preliminares de aquel trabajo me costaron doscientas libras y no obtuve las joyas. No me gusta perder dinero. Quiero esas doscientas libras de tí y las quiero esta noche.

—No voy a permitir que me extorsione— estalló San.

Hagen achicó los ojos y sus labios se replegaron hacia atrás, como los de una fiera que enseña los dientes, mientras miraba fijamente a Sam. Lo ponía furioso que Sam hubiera escapado a su dominio y estaba determinado a hacerle pagar aquel asunto de las joyas Scundale. Sus hombres debían saber que no podían abandonar la banda cuando les parecía; así que había meditado un plan para obligarlo a volver a Sam. Además, éste sabía demasiado.

En la voz de Hagen se deslizó una nota siniestra y amenazadora.

—Me pagarás esta misma noche. Tienes demasiado buen sentido para permitir que toda esta prosperidad tuya desaparezca por una suma tan pequeña como doscientas libras. Tú y tu hija lo lamentarían, si los hago perseguir por la banda.

—Por ella es que me he vuelto honrado — dijo Sam amargamente — La descuidé bastante tiempo y quiero compensárselo.

—Entonces vale la pena pagar.

—No pago nada.

En dos zancadas cruzó Hagen la pieza y descargó sus puños sobre el mostrador.

—Entonces, todo el vecindario se enterará de que Sam Graves, el almacenero es "San, el Escurridizo" el más famoso violador de cajas fuertes de Londres y que solo hace dos años cumplió una sentencia de siete en Dartmoor.

—¡Perro inmundo!

—Nada de insultos o el precio sube.

Hagen sabía lo que estaba haciendo. Sabía que el deseo más grande del ladrón reformado era que lo tuvieran por un ciudadano decente.

Sam comprendió que estaba vencido. En otro tiempo lo hubiera desafiado a Hagen; pero ahora no podía hacerlo. Sam tenía alrededor de doscientas libras y las necesitaba grandemente.

Durante su última estada en la cárcel, Mona, su hija había sufrido grandes privaciones y nunca había recobrado completamente la salud. Por recomendación del médico iba a mandarla a las Antillas y las doscientas libras le permitirían vivir cómodamente y mejorarse. Era la primera vez que iba hacer algo por ella y ahora esa serpiente de Hagen quería impedírselo. Por algún medio se había enterado de que tenía aquella suma en su modesta caja.

Hagen se dio vuelta para irse.

—Lleva el dinero esta noche a mi casa y nada de tretas. Si no, no necesitarás más ayuda que la que la policía pueda darte.

Se ajustó el nudo de la corbata y un momento después había desaparecido.

Hagen lo consideraba un pichón para despluman ¿no? Sam pasóse con gesto fatigado la mano por la frente. Sabía que Hagen sería implacable. Las súplicas de sus víctimas sólo conseguían que aumentara sus exigencias. En aquella extorsión había además un odio personal, un deseo de venganza.

Sam se alegró de que Mona hubiera salido a comprar las pocas cosas que necesitaba para el viaje. No volvería hasta más tarde. Sabía Sam que si la veía antes de las ocho, nunca llevaría el dinero a Hagen. Sin embargo, aquello sería una locura. Si no lo hacía, dentro de una hora los de la banda de Hagen asaltarían su negocio y esparcirían las noticias de su pasado por la vecindad.

Poco después de las diez y nueve, Sam llegó a la calle en que vivía Hagen, llevando en su bolsillo el dinero.

Conocía la casa y subió los escalones con el corazón oprimido. Antes de que llamara, la puerta se abrió.

—Entra: el jefe te espera — dijo una voz.

Sam entró al hall, con paneles de madera y vió que el hombre que había abierto la puerta era Hoxton Jack, un malhechor que tenía fama de ser el más rápido de Londres en el manejo de la cachiporra. Aunque no los veía, comprendió que habría otros de la banda cerca. El hombre hizo subir a Sam la escalera, acompañándolo hasta la habitación que Hagen gustaba de llamar su "estudio".

No bien se cerró la puerta, Hagen extendió la mano para recibir el dinero y, sin decir palabra, Sam se lo entregó.

Mientras Hagen contaba los billetes, Sam miró alrededor de la habitación y se le ocurrió un plan para vengarse del otro. ¿Se atrevería a ponerlo en ejecución? Era una idea loca; pero Sam estaba desesperado y dispuesto a correr cualquier riesgo para cumplirla.

Hagen no se tomó la molestia de levantar la vista y un minuto después, Sam era empujado suavemente hacia la calle.

Sam estaba ahora en una disposición de ánimo peligrosa. Apresuró el paso y estaba leyendo el diario de la noche cuando Mona llegó. Estaba entusiasmada ante la perspectiva del viaje, aunque sentía dejar a su padre, después de haber pasado tan gratas horas juntos

—Quisiera que vinieras conmigo — le dijo ansiosamente. — Eres lo único que tengo en el mundo.

—No es más que por un año — contestó él con una jovialidad que estaba muy lejos de sentir. — Hay que atender el negocio. Tenemos que poseer algo con que vivir cuando estés fuerte otra vez.

Examinó el pasaje de la joven y le dijo

que se fuera a acostar para estar bien para el viaje de la mañana siguiente. Ella lo besó, y le dió las buenas noches. El le prometió llamarla temprano.

Sam esperó una hora, dando tiempo a que Mona se durmiera. Luego subió despacio la escalera y escuchó a su puerta. Entró de puntillas a su propio dormitorio y abrió con llave un pequeño cofre que había a los pies de su cama. Sin hacer ruido, sacó las herramientas, y las escondió entre sus ropas.

Era poco más de la una cuando Sam estaba nuevamente frente a la casa de Hagen.

La tranquila calle de W. End estaba prácticamente desierta y la casa de Hagen a obscuras. La última milla la había hecho Sam muy cautelosamente y estaba seguro de que ningún policía lo había visto.

Sam conocía como protegía Hansen su casa. El malhechor desdeñaba ciertos aparatos como los timbres de alarma; cualquier ladrón que se respetara sabía como inutilizarlos. Pero, por lo menos, cuatro de sus pistoleros dormían en la casa.

Después de una mirada rápida a su alrededor, Sam que tenía la agilidad de un gato, subió rápidamente hasta la ventana del primer piso que se abría al corredor donde había estado esa tarde. El abrir la ventana fué la parte más fácil de su plan.

Sin embargo, latíale fuertemente el corazón cuando se deslizó por el corredor. Si le descubrían lo matarían, indudablemente. Algunas semanas más tarde su cuerpo sería arrojado sobre alguna orilla barrosa del Támesis. Su muerte se anunciaría a la criminal asociación para prevenir a los otros del destino que esperaba a los que entraran extra oficialmente en el santuario de Hangen.

Con repentino movimiento agarró a Sam, por el cuello. — Dame esos billetes antes que te mate — le dijo.

Sam no se atrevió a encender luz ni a usar su linterna. En la obscuridad podría abrir una puerta donde un hombre estuviera aún despierto.

Haciendo honor a su apodo de "Escurridizo", llegó sin hacer ruído a la puerta del "estudio" de Hagen. Suavemente hizo girar el pestillo; pero la puerta estaba cerrada con llave. Con ayuda de una ganzúa la abrió.

Corrió las cortinas de terciopelo de las ventanas y arrimó almohadones contra la rendija de abajo de la puerta. Sólo cuando estuvo seguro de que no podía salir luz del cuarto, encendió su pequeña linterna.

Aunque no había visto la caja fuerte, estaba seguro de que se hallaba oculta detrás de un cuadro al óleo, sobre el escritorio de Hagen. Probablemente la había hecho construir ahí un anterior propietario de la casa y Hagen no se tomó la molestia de cambiarla. Su negligencia le iba á costar cara.

Sam movió el cuadro y vió una pequeña caja verde, a nivel de la pared. Era una cerradura de combinación, que pudo parecer perfecta en su tiempo, pero que había sido muy superada por los fabricantes modernos.

Sam se ajustó un estetóscopo a los oídos y escuchó intensamente mientras movía el dial de la caja. Sólo un oído experimentado podía percibir el débil ruido de las letras correctas, al caer en su sitio. Continuó pacientemente su tarea hasta que logró abrir la caja. El interior estaba lleno de cajones cerrados con llave, pero que pronto cedieron a su ganzúa. La caja del dinero se hallaba llena de billetes de banco y encima de todo había un fajo con el nombre de Sam. Rápidamente contó Sam los billetes y se los guardó en el bolsillo. Era todo lo que quería; pero se vió obligado a llevar más para que no le atribuyeran el robo. Si llevaba solamente su dinero, Hagen vendría a verlo a primera hora de la mañana. Sam decidió mandar el dinero sobrante a algún hospital porque sospecho que Hagen no daría parte a la policía.

Estaba a punto de cerrar la puerta de la caja cuando comprendió que había alguien en la pieza. Un momento más tarde, la habitación se iluminó. Sam parpadeó ante la luz y vió a Hagen parado del lado de adentro de la puerta.

—De modo que es la vida honrada que haces por amor a tu hija — dijo burlonamente Hagen aunque su voz estaba llena de amenaza.

—Llevo solamente lo que es mío — contestó Sam, ásperamente, aunque no pudo re-

primir un ligero temblor de su voz. Era guapo; pero sabía que Hagen se mostraría implacable. Podía o no dejarlo ir; pero sus días estaban contados, tan seguro como que la obscuridad sigue a la luz. Sam recordaba los nombres de dos o tres que intentaron traicionarlo a Hagen y habían desaparecido.

—Vuelve a poner ese dinero en la caja — dijo Hagen con voz fría.

—No, guardo lo que es mío.

—Te atreves a desafiarme — exclamó Hagen montando en cólera. De unos cuantos pasos rápidos estuvo junto a Sam. Tanta confianza tenía en sí mismo que trató al violador de cerraduras con desdén.

Con rápido movimiento lo agarró por el cuello.

—Dame esos billetes antes de que te mate — dijo.

Sam estaba acorralado. Nada importaba ahora.

—Quíteme las manos de encima — gruñó y se dió vuelta rápidamente para librarse de aquellas garras que lo oprimían. Mientras luchaban, Hagen hundía sus pulgares en la garganta de Sam.

Pero Hagen no había contado con la fuerza de Sam, acrecentada con los años de trabajo en las canteras de piedra de Dartmoor.

De pronto y con la rapidez del rayo, Sam unió sus brazos y levantó sus puños cerrados, metiéndolos entre los brazos que lo oprimían y la barba de Hagen. Hagen no debió preveer que Sam usaría ese medio para soltarse. Sus brazos se separaron. Trastabilló un segundo y luego cayó hacia atrás. Al caer pegó con la cabeza contra un pesado cajón de carbón. Lanzó un gemido, se dio vuelta y quedó inmóvil. Sam se inclinó sobre él y lo examinó. Estaba muerto.

Cada segundo era ahora de importancia suma; pero Sam tenía demasiada experiencia para perder la cabeza. Su cerebro trabajó rápidamente. La policía sabía que Hagen era un malhechor y por espacio de muchos años había esperado poderlo acusar de muchos crímenes; pero especialmente de chantage, que era su rama favorita. Las pruebas que permitían a Hagen ejercer su dominio sobre muchas infortunadas personas estarían en aquella caja. Sam decidió que lo mejor era dejar que la policía atribuyera el crímen a una de las víctimas de Hagen.

Rápida, pero metódicamente volvió a poner en la caja todo el dinero que sobrepasaba a las doscientas libras. Un apresurado registro de los cajones le reveló que contenían los elementos de prueba del extorsionador. Sam les dió un vistazo y quedó estupefacto al ver los nombres distinguidos que allí aparecían. Sam metió los documentos en su bolsillo, se aseguró de que no dejaba rastros y de que no había policía en la calle y bajó por donde había venido.

El viaje de Sam hasta su casa fué lento y tortuoso. Por caminos extraviados llegó al Embankment y tomó un tren nocturno, sin ser detenido por ningún policía curioso. Mientras el tren marchaba, tuvo tiempo Sam de pensar en todo lo ocurrido aquella noche. Se extremeció al recuerdo del cuerpo inmóvil sobre la alfombra azul, manchada. Toda su existencia había vivido del robo y, sin embargo, nunca había matado a nadie. Antes que emplear la violencia, prefería retirarse. Sonrió ligeramente ante la ironía de la vida. Ahora que había decidido seguir el camino recto, las circunstancias lo habían obligado a realizar el acto más audaz de su carrera y en su último "trabajo" había matado a un hombre.

Entró por la puerta lateral de su casa de comercio y subió silenciosamente las escaleras. Estaba inquieto y deprimido; pero no pensó en dormir. Tenía que hacer aún una cosa. Al dirigirse a su casa había resuelto devolver las cartas a las infortunadas víctimas de Hagen. La tarea le ocupó algún tiempo. Casi amanecía ya cuando salió de almacén y echó las cartas en otro distrito postal.

Hizo el te y le llevó una taza a Mona. Ella se conmovía siempre por las muchas bondades de su padre, aunque tenían poco que decirse el uno al otro.

—Eres demasiado bueno para mí — dijo Mona.

—Tú mereces mucho más, Mona — le contestó con su voz ronca. Dióse vuelta y salió de la habitación.

Poco antes de las diez el taxímetro que debía llevarlos a Waterloo se detuvo en la puerta del almacén.

Por fin se encontró Mona sentada en el tren que combinaba con el vapor. Sam no podía hablar. Era la última vez que veía a su hija. Las lágrimas le corrían por sus mejillas mientras salía lentamente; sólo la veía a través de una niebla, parada ante la ventanilla del vagón. Había añadido una humillación más a la vida de su niña. Ahora era ella hija de un asesino.

Salió tropezando de la estación y se dirigió a York Road. Se había apoderado de él un gran desaliento. Entró a una casa de te. Había tomado su resolución; pero la policía tendría que esperar un poco. Después de un rato sintióse mejor y atravesó Westminster Bridge, en dirección de Scotland Yard. Nadie sospechó que aquel hombre que caminaba lentamente sobre el puente iba a entregarse como culpable de un asesinato.

Entró a Scotland Yard y después de convencer a un cabo de que traía una misión importante, fué introducido en la oficina del inspector.

El cuarto estaba muy silencioso y Sam advirtió sorprendido que allí no estaban más que Price y él mismo. El famoso detective se hallaba sentado delante de su mesa y miró a Sam con ojos graves, pero amistosos.

—¿De modo que ha venido usted a decirme por qué forzó la caja fuerte de Hagen? — dijo el detective.

—¿Lo sabía usted entonces? — preguntó Sam con sorpresa.

—¡Vamos, Sam! Concédame algún mérito como detective. Solamente hay en Lon-

dres tres hombres capaces de abrir tan limpiamente una caja, sin dejar un arañazo, como ocurrió en lo de Hagen. Uno es Clem Dunn y está trabajando de albañil en Dartmoor. Me atrevo a decir que conoce usted al segundo hombre; pero tiene una coartada perfecta. De modo que sólo quedaba usted. Si no hubiera sido, yo hubiese pasado muchas noches sin sueño, pensando quien podría ser el nuevo artista que se dedicaba al juego.

El inspector se detuvo y luego continuó:

—¿Por qué lo hizo, Sam? ¿Por qué quiso saber los secretos de la caja de Hagen?

Sam notó que el detective no había mencionado el asesinato de Hagen. Sus modales, también, tenían poco de oficial. ¿Qué significaba aquello? ¿Jugaba con él o le tendía un lazo?

—¡Basta de rodeos! — dijo con impaciencia — Se que me acusa usted del asesinato de Hagen; pero no le pegué con intención de matarlo. Fué un accidente. El trataba de extrangularme y ahora me ahorcarán por su culpa.

El inspector Price alzó las cejas.

—Nadie dice que usted asesinó a Hagen y estoy dispuesto a creer que le pegó por accidente.

Sam miró sorprendido al detective.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó.

—El médico dice que Hagen no fué asesinado; pero que sufría del corazón y se pegó contra el cajón del carbón, al caer. Estaba muerto antes de tocar el suelo.

—¿Entonces no me arresta usted por asesino?

—No, ni por cosa alguna que yo sepa. Parece que no falta dinero. Nada ha sido tocado, excepto unas pocas cartas. Todos lo conocíamos a Hagen. Yo lo he perseguido por años; pero siempre me burlaba. Pensaba hacerlo condenar por chantage. En cierto modo, ha hecho usted un servicio a la policía. Su banda se disolverá y tenemos pruebas suficientes para encarcelarlos a Hoxton Jack y dos más.

El inspector Price se detuvo un momento y luego continuó:

—No tenemos la menor prueba contra usted. Dice que estuvo en la casa; pero no podemos probarlo.

El inspector se levantó.

—Ahora, ¿qué le parece si diéramos un paseo por el Embankment, donde nadie pueda interrumpirnos y me contara usted lo que hizo con las cartas?

Sam agarró mecánicamente su sombre y bajó las escaleras con el inspector Price. Parpadeó cuando salieron a la luz del sol y se quedó inmóvil un momento, aspirando las bocanadas de brisa fresca que venía del río.

Luego, al pensar en Mona, sonrió y echó a andar junto al gran detective.

FIN

EN EL PROXIMO NUMERO INICIAREMOS LA PUBLICACION DE

LOS

COW BOYS

FOOT BALLERS

Emocionante novela de aventuras en el Far West

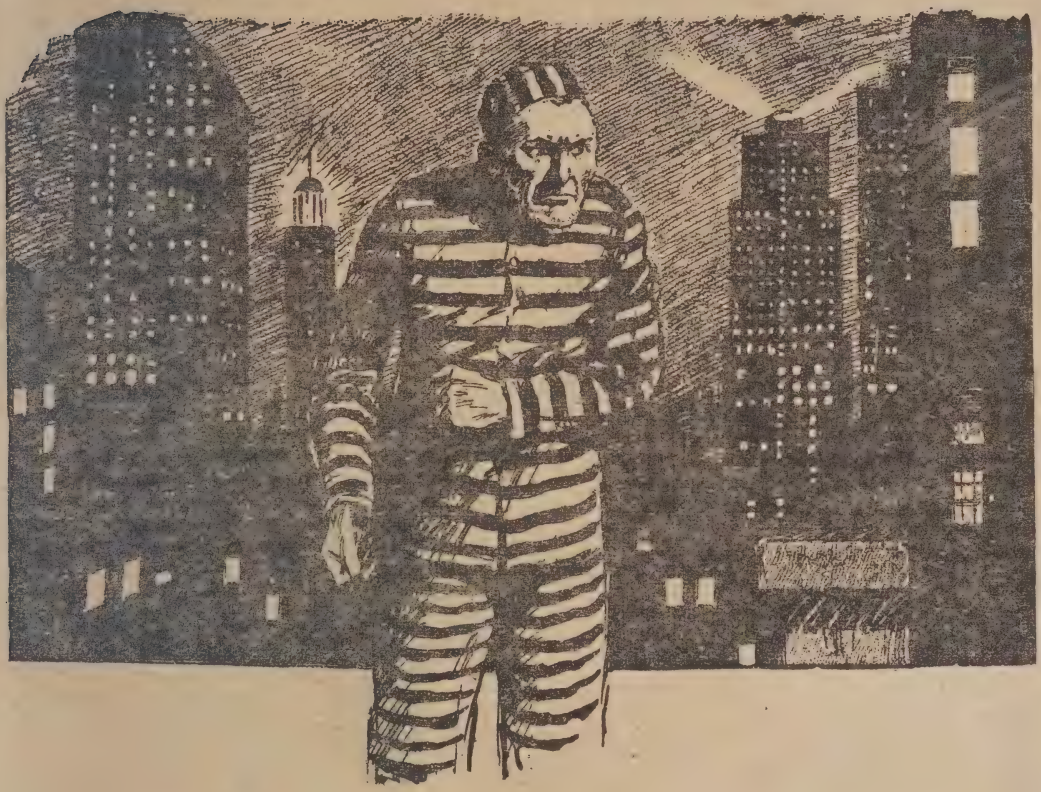
Encargue con tiempo al vendedor que le reserve su ejemplar, si desea deleitarse con la lectura de esta interesantísima obra

—Jorge: mi papá se ha declarado en quiebra.
—¿Lo ves? Ya te había dicho yo que él haría todo cuanto estuviera de su parte para impedir nuestro matrimonio.

—¿Quieren ustedes oir mi último poema?
—Si es definitivamente el último... sí.

EL JUEGO DEL PELIGRO

Por J. ALLAN DUNN



Extraordinaria novela de argumento dramático y misterioso, cuya acción se desarrolla en el bajo fondo de Nueva York

(Continuación)

XII

EN LO DE LA MADRE HAGGERTY

AQUELLO significaba más demora; pero era un consejo prudente. Yo parecía un espantapájaros. Podía pasar sin afeitarme; pero tenía que ponerme limpio y presentable si quería penetrar en lo de la Madre Haggerty. Un Ala me dijo que no había temor de no encontrarla. Era pájaro nocturno y dormía. como sus pensionistas, hasta medio día. Un Ala me tranquilizó algo respecto al Jefe o al "Cap" de la libreta de Redding. Nueva York es ciudad que nunca duerme. Trabaja por turnos dobles. Para algunos, la noche es día y vice-versa.

Lázaro se mostró dudoso hasta que vió el dinero, comprendiendo que venía a comprar y no a vender o cambiar ropa. Se movió rápidamente, consiguiéndome un traje llamativo ¡que me quedaba bastante bien, cuello, corbata, gorra e impermeable. Para mí no fué una pichincha; pero, si buen negocio para el ropavejero. No me importaba el dinero. Las monedas eran fichas que yo arrojaba en el juego.

Me dejó guardar la motocicleta en un cuarto del fondo que había albergado muchos objetos sospechosos. Los habría también ahora; pero no me importaba. Llevé conmigo una pistola.

Otra la cambié por el impermeable y la tercera se la di a Un Ala. Nos separamos en la calle y fuí a buscar un auto. Las últimas palabras de Un Ala fueron:

—Estás jugando una partida en que todas las cartas te son contrarias. No te olvides del "knock".

Me bajé del auto en la esquina, pagué al conductor y seguí a pie. Dos hombres entraron en la casa, de frente obscuro y respetable, de la Madre Haggerty. Vi su nombre en una tarjeta, encima del timbre:

"Sra. ELISA M. HAGGERTY"

Llamé, agerré el pequeño tubo trasmisor y oí una voz de mujer, áspera, chillona diciéndome que no podía ver a nadie, fuera quien fuera yo o mis asuntos. Supuse que el Jefe entraría con su propia llave. Pero al decirle yo que traía noticias de su hijo, me recibió.

Nunca he visto cara de mujer de expresión más rapaz y antipática. No revelaba mucha inteligencia, pero sí una naturaleza malvada, traicionera, furtiva.

La fisonomía puede engañar a veces; pero hasta un niño hubiera desconfiado de la de aquella bruja. Sus ojos eran de piedra, su rostro duro, impasible cuando me hizo entrar.

—¿Dice qué tiene usted noticias de mi hijo? — dijo y me fijé que el cuadro no estaba encima de la estufa. — No quiero que me engañen. Si lo ha visto usted o trae carta suya, hablaremos, aunque espero a otra persona. Cuando ella venga, se irá usted y lo veré más tarde.

Mi pulso perdió uno o dos latidos. El Jefe no había llegado. Tuve cuidado de no mirar a mi alrededor; pero poco había que yo no viera. Una puerta conducía al comedor. Más allá estaría probablemente la cocinita; detrás, una o dos habitaciones más.

—Soy madre — continuó ásperamente — pero estoy harta de que me engañen. Muchos han venido aquí y me sacaron buenos dólares mirando el retrato que tenía yo la estupidez de exhibir, tratando de describírmelo; pero usted no se burlará de mí, joven.

—Dígame ¿qué es lo que sabe? ¿Cuándo llegó usted a Nueva York?

—Hace cuatro días — mentí serenamente. Cuando uno juega con tramposos tiene que marcar sus cartas. No experimentaba simpatía por aquella mujer, aun dejando de lado lo que me había dicho Un Ala. Ella tenía prisionera a Kate, a veinte o treinta pies de mí. Era cómplice del Jefe: no tenía ni decencia, ni escrúpulos.

Dentro de un minuto o dos tendría que luchar con ella. Pero evité que mis ojos delataran lo que sentía. Le dije empleando el acento y expresiones del bajo fondo:

—Bob me dió su dirección — dije. — Pero él está ocupado.

—Entonces ¿por qué no viene o escribe? Usted es un cuentero, como todos. Mejor es que se vaya. ¿Cuando salió de la cárcel?

Era un insulto, más bien que intuición. Me sorprendió; pero sonreí a la bruja. Era mi acento y modo de expresarme, más bien que mi aspecto, lo que le hizo considerarme un ex-presidiario.

—No preciso su plata — le contesté. — Tengo mía; de sobra. Vine desde el Colorado. Su chico está en Cañón City. Tiene sus buenas razones para no venir ni escribir. No lo dejan.

—¿Está en gayola? — por un momento la bruja pareció humana — ¿Por qué?

—No querrá usted saberlo. Buenas noches, señora. Vine aquí por hacerle un favor y porque le prometí a él que lo haría. Yo también estuve a la sombra. Por vender minas falsas.

—¿Por qué está preso mi muchacho? — la bruja me agarró del brazo. Era eso lo que yo quería. Había puesto mi impermeable de gabardina sobre el respaldo de una silla. Hice como que me daba vuelta para agarrarlo e irme. Pero en vez de colgarlo de mi brazo, se lo arrojé a la cabeza a la mujer y ahogué sus gitos, no muy suavemente.

Pataleando y luchando como una gata salvaje, la llevé hasta un sofá y allí la até con alambre aislador que había conseguido en lo de Lázaro, el cual aunque abiertamente no comerciaba con cosas de electricidad tenía un variado surtido de cosas convenientes para su oficio.

La mujer luchaba con energía; era huesuda y sorprendentemente fuerte; pero yo no aflojé. No era de las que se desmayan; pero lo fingiría. De cualquier modo, si la desmayaba, lo primero que haría al recobrar el conocimiento, sería gritar. Y la casa estaba llena de hombres que, por su propio interés, se librarían de cualquier intruso que usara violencia. De modo que la llené a la bujer la boca de algodón, se la crucé con cinta aisladora, todo conseguido en lo del previsor Lázaro. Luego la saqué de encima del sofá y la metí debajo.

Puse la pieza en orden, me dirigí al fondo del departamento y oí el ligero "clic" de la puerta del hall. Un hombre entró en la pieza. Vestía traje de comida y el saco abierto mostraba un botón de rubí en la camisa, finamente tableada. Parecía una gota de sangre. El abrigo estaba ricamente forrado de seda y lo llevaba colgado del brazo.

¡El Jefe! ¡El Capitán! No podía ser otro. Lo clasifiqué como español o mejicano. Esbelto como un tigre, con ojos iguales a los de esa fiera, cuerpo delgado y fuerte.

Un hombre capaz de pelear y a quien le gustaba matar, torturando antes. Llevaba los guantes en una mano y se apoyaba sobre un bastón de laca. Llevaba puesto sombrero blando.

—¿Qué diablos hace usted aquí? — dijo en impecable inglés — y donde está la Madre Haggerty? Saque la mano del bolsillo, amigo o lo atravieso.

Lázaro me había jugado una mala pasada, después de todo. El traje que le había comprado tenía forro de seda. Yo vi que estaba un poco gastado; pero no me fijé que el forro del bolsillo derecho tenía un agujero, donde se me enganchó la pistola impidiéndome sacarla con la ligereza debida. Ni siquiera pude levantarla para tirar a través del paño.

El recién llegado había sacado de su bastón una hoja triangular. Con el bastón hueco en una mano, hizo girar en la otra el estoque, amagándome, no al pecho si no más abajo.

—Le atravesaré el estómago, si hace un movimiento — dijo. — Conteste a mi pregunta

—¿Dice usted que tiene noticias de mi hijo? Estoy harta de que me engañen.

No había oportunidad de usar el "knock". El hombre era ágil y diestro en el manejo de la espada. Podía pegarme con la vaina o atravesarme con el estoque, como quisiera. Yo sabía un poco español. Tenía que sorprenderlo, tomarlo desprevenido de algún modo.

XIII

RESCATE

—Yo no se, señor — contesté en español y vi sus ojos achicarse, brillar, todavía en

guardia para un rápido movimiento — Vine por su chico ¿sabe? Ella entró a otra pieza, no se para qué. Le he traído noticias verdaderas y me pagará.

El Jefe no desvió su mirada.

—¿Qué le dijo usted? ¿Qué ha muerto?

—Seguro — contesté, guiándome por los informes de Un Ala sobre el ratero.

—¿Cuándo y dónde murió, mi amigo mejicano? — (lo decía por el acento) — Parece usted saber quien soy. Ya lo veré otra vez; pero ahora eso no importa. Si le ha mentido a ella, lo pasará mal, muy mal, señor Moocher.

Me había tomado por un ladrón que iba a lo de la Tía Juana. Pero yo tenía un mal presentimiento. Evidentemente El Jefe estaba más que enterado de todo lo que se refería a Bob Haggerty.

—¡Ah! — brillaron sus ojos y se abrieron cuan grandes eran. De algún modo, la Madre Haggerty había logrado mover el sofá y la mirada de El Jefe se dirigió, por una fracción de segundo, hacia ese lado.

Yo eché hacia atrás los codos y pegué un doble puntapie, mientras la hoja de su estoque me rozaba el cráneo y se clavaba en el piso. Le alcancé con ambas rodillas con fuerza terrible y luego salté sobre él, mientras retrocedía, trastabillando.

Me pegó con la caña del bastón, rompiéndola sobre mi cabeza y mis hombros. Apenas sentí sus golpes. Lo tenía ahora abajo y rodamos, peleando por sacar ventaja. Supongo que era demasiado orgulloso para gritar y permitir que otros le vieran en aquella desventajosa posición. Inteligente, pero vanidoso, algo teatral, como lo sugerían sus ropas, gustábale siempre desempeñar el papel de astro, de héroe.

Y era poderoso. Si la Madre Haggerty había luchado para soltarse y quitarse la mordaza como una gata salvaje, yo tenía ahora entre mis manos a un jaguar. Yo no soy lerdo. La temporada que pasé en Long Island había contribuído a ponerme en buenas condiciones. Lo aventajaba un poco en peso y usé toda mi fuerza. Pero él estaba hecho de hueso, caucho y acero. Alternativamente aflojaba o atacaba furiosamente.

Peleaba como un bandido mejicano, usando o tratando de usar cuanta sucia treta conocía. Trató de vaciarme los ojos y me metió en uno el pulgar, antes de que pudiera yo evitarlo. Usaba las rodillas, las uñas y los dientes y tuve que emplear su mismo juego sucio. Peleábamos por la vida. Y yo, además, por Kate.

Me pegó detrás de la oreja y casi me atontó. Yo le daba terribles puñetazos donde podía. Una vez le lastimé la boca, le partí los labios y mis nudillos pegaron en sus dientes; pero prefería castigarle el cuerpo. Un corto "jab" al hígado le dolió, lo hizo gruñir, maldecir entre su boca hinchada. Yo sabía que llevaba en alguna parte un cuchillo y que trataba de agarrarlo.

Cayó una silla; pero era frágil, liviana, y la alfombra espesa y blanda. Ambos jadeábamos; pero nadie nos había oído fuera de la mujer, que se movía inútilmente. Yo tenía mis manos en su garganta; pero él me tiró un golpe a la barba que casi me puso fuera de combate, casi nubló mi cerebro.

Mi presión se debilitó y él pudo pararse. Estaba demasiada fatigado para atacarme de nuevo con su espada; pero sacó, de atrás del cinto, un cuchillo. Con prodigioso esfuerzo, pensando en la joven que quedaría a su merced, me encontré yo de pie y le agarré la muñeca derecha, saltando de costado, mi brazo izquierdo detrás de su codo, mi mano izquierda sobre su pecho, donde la camisa se había abierto, perdiéndose el botón de rubí.

Pensaba romperle el brazo; pero sentíame demasiado débil para ello por el momento. Sin embargo, lo lastimé tan malamente que soltó el cuchillo. Mi pistola estaba aún enredada en el forro roto. Me había lastimado la cadera mientras luchaba. Ahora, jadeante, puse toda la fuerza que me quedaba en un "swing" a su mandíbula.

Parecióme que le había errado; pero lo vi caer, hecho un montón, y por un momento me quedé medio estúpido, tambaleándome, creyendo que había ganado, hasta que comprendí su estrategia: apoderarse del cuchillo. Pero estaba demasiado lejos y yo agarré a mi enemigo por detrás, ahogando su respiración y su voz, hundiéndole los dedos en la traquea, buscando la yugular, con mi pulgar en ella, mientras su respiración salía entrecortada y el moreno cutis se le ponía purpúreo.

Al fin perdió el sentido y yo me arrodillé encima de él, casi exhausto también, como un boxeador a quien le cuentan el tiempo. Esta vez mi enemigo estaba fuera de combate, casi asfixiado. Yo había terminado, al terminar con él. Pero me pareció oír que alguien escuchaba del lado de afuera de la puerta, que oía pasos cautelosos y voces. Corrí el pasador.

Yo había gastado todo mi alambre aislador en la mujer; pero arranqué los cordones que sujetaban las colgaduras de las ventanas del frente. Le tapé al Jefe la boca, dejándolo que respirara, como pudiera, por la nariz. Miré a la Madre Haggerty y vi a la mujer de Satanás que me contemplaba.

Más allá del comedor, con su cocinita, había un dormitorio. Después otra puerta, con la llave en la cerradura y dos pasadores corridos de este lado. Abrí rápidamente y encontré que alguien sujetaba el pestillo, del otro lado.

—¡Kate! — exclamé en voz baja — ¡Déjeme entrar!

No tuve necesidad de decirle mi nombre. La oí lanzar un suspiro de alivio y la encontré en un cuarto con las ventanas provistas de reja y cerrojos. Vestía su traje de baile desgarrado. Yo corrí al cuarto del frente a buscar mi impermeable y no viéndolo, agarré la capa de El Capitán. El hombre respiraba estertorosamente; pero estaba todavía sin conocimiento.

Alguien golpeaba a la puerta. Los pasos y las voces que yo había oído eran reales. Yo no podía disfrazarme como El Jefe. El desorden de las ropas de Kate necesitaba más ser cubierto que el mío.

—Ella parecía... lo que era: una prisionera que trata de escapar.

Yo tenía ahora mi pistola libre; pero tendría que pelear para bajar y ganar la calle.

Los golpes se hacían más fuertes, más impacientes, como un redoble de infortunio.

Kate me había seguido, miraba a El Capitán, que empezaba a moverse en el sofá.

—¡Por la otra puerta! — murmuré. Había no solamente la puerta de comunicación con el cuarto donde Kate había estado prisionera, si no otra que daba del dormitorio de la Madre Haggerty al hall.

Yo miré dentro de la cocinita y encontré lo que buscaba en los estantes. Dos tarros con pimienta, blanca y roja. Los abrí y me llené la palma de la mano con la mezcla.

—Abra la puerta cuando yo le indique — dije a Kate, pensando salir primero, pistola en mano. Ella me pidió un puñado de pimienta y se llenó la mano. Luego, a mi señal, entreabrió la puerta. Frente a nosotros estaban la escalera. antigua, con dos tramos. Podía haber peligro arriba como abajo. Yo iba a descender a la calle.

Afuera de la otra puerta había cuatro hombres, uno en bata de casa y los otros tres en mangas de camisa. Discutían. No podría yo decir si se hallaban o no enterados de la presencia de El Jefe adentro. Dos golpeaban los paneles de la puerta. Era un grupo de aspecto siniestro y duro. No ví pistolas. Podíamos sorprenderlos y descender a la planta baja. Ellos debían haber venido de allí; pero, en cualquier momento otros podían reunírseles.

De pronto oí un grito ahogado. De algun modo los labios lastimados de El Jefe se habían zafado de la mordaza. Dos hombres sacaron cachiporras y los que habían estado golpeando a la puerta, apoyaron contra ella sus hombros. Y luego resonó un grito arriba. Los que estaban mirando por la baranda nos habían visto, detrás de la puerta a medio abrir.

—¡Venga! — dije a Kate y corrimos hacia la escalera, yo adelante como había pensado, aunque no había más seguridad a retaguardia, porque acudían los otros.

Los que estaban delante de la puerta, vacilaron a la vista de mi pistola; pero uno de ellos se apartó, cachiporra en mano, sólo para retroceder, agachándose, cubriéndose los ojos, cegado por la pimienta que Kate le había arrojado al rostro.

Yo les lancé mi carga y dejé a dos estornudando, a tientas, mientras con el caño de la pistola derribaba al cuarto. Ganamos la escalera.

El hall estaba vacío; pero la puerta del frente tenía cerradura de combinación. Traté de abrirla con una mano y luego dejé que Kate lo hiciera, mientras yo afrontaba al resto que desembocaba, dispuesto al ataque.

No quería yo hacer fuego, si podía evitarlo; en la casa, en aquella vecindad sospechosa, podía haber más tipos de la misma calaña. Una alarma podía además, traer a la policía y probablemente era también orden de El Jefe evitarla. Era algo siniestro y sugestivo que ellos tampoco hicieran fuego.

La cerradura estaba hábilmente construída para desorientar a cualquiera que no la conociera. Kate luchaba con ella, jadeante por la corrida y la excitación. Había estado encerrada en un cuarto sin ventilación, apenas había comido. Pero era valerosa, espléndidamente valerosa. Si podía yo librarla de esto, la alejaría de mí. Aquel pensamiento brillaba en mi cerebro, no obstante el peligro del momento.

La puerta junto a la cual estaba yo parado se abrió hacia adentro. Un gran brazo apareció y una mano peluda agarró mi muñeca armada, haciéndome crugir los huesos y magullándome la carne. Me di vuelta y me hallé ante un hombre gigantesco, en pijama, cuya parte superior abierta descubría su macizo pecho. Le grité a Kate que se fuera, mientras ella seguía forcejeando con la obstinada cerradura y los hombres bajaban saltando hacia nosotros.

XIV

FUGA

Supongo que debía estar yo muy fatigado. Comprendí ahora que me quedaban escasas fuerzas, pero la puerta se abrió al fin y Kate empezó a luchar contra el gran bruto que me tenía sujeto. Le mordió, soltándola muñeca y pude libertar mi mano. Yo había dejado caer la pistola. Mi mano estaba fuera de combate.

¡La bomba de narcótico! Busqué en el bolsillo de mi chaleco, mientras el ataque de Kate seguía molestando al hombre. Encontré la cápsula, se la aplasté en la cara burlona. La cápsula era elástica, pero frágil, aplicada con fuerza. Se rompió debajo de la nariz del gigante y el efecto fué instantáneo.

Sus ojos se abrieron, vidriosos. Me soltó y cayó hacia atrás, con estrépito. Salimos y cerramos la puerta en las narices de aquellos esclavos que bajaban las escaleras. No me quedaba duda de que nos perseguirían. El Capitán, libre ahora, entraría en furiosa actividad.

Pero gracias al cielo, como yo lo había pensado, había un taxi frente a la casa. El motor estaba en marcha, el conductor parado, mirando la casa y a nosotros, cuando corrimos al evidente refugio. Abrió la portezuela y saltamos al auto, mientras el conductor lo ponía en marcha y partíamos rápidamente.

Ví abrirse la puerta de la casa de la Madre Haggerty. Al dar vuelta la esquina, divisamos un sereno que pasaba, haciendo sonar su bastón. Ibamos ligero; pero no de-

masiado, al dar otra vuelta, nuestro conductor aceleró.

Atravesamos la ciudad y de pronto entró el chauffeur en un garage, cuyas puertas se habían abierto al oír el toque de su bocina y que luego se volvieron a cerrar detrás de nosotros.

—¡Linda escapada! — dijo el chauffeur — Los llevaré donde quieran ir, después que haya cambiado la chapa por otra legítima. El dueño de esto es amigo mío y... de Brady — dijo guiñando un ojo.

—¿De Un Ala?

—Ese es el nombre de guerra. Me avisó que estuviera cerca de la casa por si unos amigos suyos, un caballero y una dama, necesitaban urgentemente el coche. Así que allá me fuí y pensé que algo gordo iba a ocurrir. El sitio no me parece muy santo...

—Un Ala me había dicho que me serviría hasta el fin. Había hecho demasiado ya.

—Quizá será mejor que deje aquí el auto, por esta noche — dijo el chautfeur — Bill me prestará uno particular. Tiene varios.

Volvió a hacer un guiño picaresco. Supuse que el negocio de Bill consistía en autos usados que no llevaban ya su primitivo número. No era cuenta mía, excepto pagarle a Bill por el auto prestado.

—Eso lo priva a usted de su ganancia de la noche — dije al chauffeur — Pero yo le resarciré.

—Es lo mismo, patrón — contestó alegremente — Brady me dijo que quizá anduviera usted escaso de plata y yo le contesté que no se preocupara por ello ¿A dónde quieren que los lleve?

Miré a Kate, ahora pálida y fatigada.

—¡A casa! — dijo ella — A mi propia casa. Venga conmigo, Pablo. Podremos comer algo, aunque parece vulgar hablar de comida. Pero estoy muerta de hambre. Y usted está hecho una ruina.

Así era. Mi saco y mi chaleco habían perdido botones. No tenía sombrero y había dejado el impermeable en lo de la Madre Haggerty, como recuerdo. Estaba seguro de que ni siquiera El Capitán podría seguir por él una pista. Lázaro era demasiado viejo en su oficio. Tenía la frente sucia de sangre y el cabello parado en el sitio donde me rozó el estoque de El Jefe. Me dolía atrozmente el cuerpo y deseaba irme a la cama. No volvería a Long Island. Tenía aún la llave del departamento de mi amigo, quien había insistido que la guardara para cualquier emergencia. Podía ir allá más tarde. Los amigos son un don de Dios.

—Iré con usted — dije — Yo también deseo comer. Y tengo que hablarle.

—¿No tenía ya bastante? ¡Pobre Pablo!

—No — contesté salvajemente. La caricia de su voz era torturadora — Pero tengo mucho que decirle. Habrá que explicar su reaparición.

—Yo diré que fuí secuestrada — replicó — Llevada a una casa solitaria, en el campo. Y que soborné a mis apresadores, si es que quiere usted ocultar su papel de héroe. No se quien me raptó. No puedo describirlo exactamente.

Era un buen cuento para alguien de tanto ingenio como ella. Podríamos retocarlo luego.

—¿Quiere lavarse, patrón? — dijo el chauffeur — No tema molestar. ¿Pediré prestado un sedan?

—Muy bien — dije — Y aquí tiene esto para Bill y esto para usted, a cuenta de lo que le debo.

Sus ojos brillaron al ver dos billetes de cincuenta libras.

—¡Gracias, patrón! Yo conozco un caballero a primera vista. No me debe nada.

Me lavé la cara y las manos en un lavatorio de pie, con Kate a mi lado; luego estuvo pronto el sedan.

Yo fingí adormecerme durante el viaje, aunque sabía que las miradas de Kate estaban fijas, compasivamente en mí. Sin embargo, por el espíritu que ella había demostrado podría comprender algo de mi resolución. Ambos habíamos vuelto a lo primitivo.

La respetable calle estaba tranquila. Habíamos dejado atrás la alarma. Nuestro conductor rehusó terminantemente aceptar nada; pero me dijo su nombre y donde podía encontrarlo.

—En cualquier momento que necesite usted un hombre que sabe sacar las castañas del fuego, búsqueme allí o en lo de Bill. ¡Buenas noches y buena suerte!

—Pienso quien creerá que somos — dijo Kate mientras pasábamos junto a un respetuoso portero que no pareció advertir el estado de mis ropas.

—Parece usted un pistolero, Pablo — me dijo Kate.

—He usado pistola — repliqué sombríamente. No pensaba contarle detalladamente todas mis aventuras — Si piensa usted en el chauffeur, está acostumbrado a ver cosas más extrañas y es amigo mío. Y no se preocupe por Barney. Yo le conseguí el trabajo.

El ascensor era automático y pronto llegamos al departamento de Kate. Las criadas eran comunes para toda la casa. Estábamos solos. Mi figura pareciome extravagante en aquellas habitaciones, al mirarme en un espejo, mientras Kate se excusaba y me dejaba solo. Me dejé caer en un gran sillón y me quedé dormido enseguida.

Cuando me desperté, sobresaltado, ella estaba junto a mí, un poquito encendido el rostro.

Se había puesto un batón y traía una bandeja.

Dijo Kate que era poca cosa. Yo no se lo que comí, excepto que era muy distinto de lo que me habían ofrecido en lo de Tonio. Había gran distancia entre este departamento y la granja donde yacía Fin, febril, arrepentido quizá de lo que me había dicho.

Recuerdo que tomé vino. Eso me animó. Y café, de un aparato eléctrico. Y había también ensalada y pollo frío, creo.

Yo me esforcé en ayudar a Kate a com-

poner el cuento que tendría que relatarle más tarde a los Fenton, cuando los visitara. Había que acallar el escándalo. Irían reporteres a investigar.

—Y esto tiene que terminar — añadí severamente.

—¿Terminar que? — preguntóme dulcemente ¿Todo?

—Creo que la amistad no tiene fin — dije — Pero me refiero al cruce de nuestras vidas. Yo soy un malhechor... estoy fuera de la ley y nada espero más que los acontecimientos a que usted se ha visto expuesta. Hay que concluir.

—¿No me llamó usted por teléfono, aquella noche?... ¿fué antes de anoche? He perdido la cuenta del tiempo...

—No importa. Tiene que prometérmelo.

Ella movió la cabeza, bajándola un poco.

—Las promesas son peligrosas, Pablo. Trataré de hacer lo que usted desea.

—Yo la ayudaré. Ahora me voy.

—¿A dónde?

—A un lugar seguro, donde podré dormir. Lo necesito. Buenas noches y... ¡adios, Kate!

—¡Buenas noches, Pablo!

Tal era mi fatiga que me parecía caminar dormido. Me dí cuenta de que me hallaba en un auto. Las habitaciones de mi amigo estaban vacías. Había una nota sobre el aparador.

"Fuí a Philly. Volveré el diez y ocho. Estás en tu casa".

No volverá a figurar en mi historia. No lo nombraré. Es todavía mi amigo.

XV

ARMANDO LA TRAMPA

Lo primero que vi al despertarme, a la luz de un pálido, pero brillante sol de invierno, que entraba a raudales por la ventana, fué la capa del Capitán, colgada a los pies de la cama, con su brillante forro de raso negro. Naturalmente que la había traído de lo de Kate; pero mis actos físicos habían sido casi puramente automáticos. No recordaba haberla traído y por un rato tuve dificultad en hilvanar los pasados acontecimientos.

En cuanto a mi cuerpo, sentíalo como el de un jugador de football que se va a su casa sin darse una buena friega. Me dolía la parte superior de la cabeza, donde El Capitán me había arañado con su maldito estoque. Tenía la cara ligeramente magullada, más aún el cuerpo y una lastimadura en el sitio donde la pistola había rozado mi cadera. Aquel viaje en motocicleta, bajo la lluvia, era lo que más había contribuído, sin embargo, a mi malestar.

Pero un baño turco me dejaría como nuevo.

Por un tiempo permanecí acostado, atando cabos. Después de todo, había sido afortunado. Si la Madre Haggerty no hubiera logrado mover el sofá, yo me encontraría ahora en alguna alcantarilla o en el fondo de East River, con una bolsa de hierros viejos atada a los pies y el estómago o el corazón atravesados Ya me había favorecido antes la suerte en distintas ocasiones.

La razón subió a su púlpito y empezó a predicarme que era una locura de mi parte querer realizar aquella venganza solo. Yo tenía amigos; pero necesitaba una banda de partidarios activos, con la que pudiera contar. Más pronto o más tarde, El Capitán tomaría la ofensiva. Había dicho, muy claramente, que me volvería a ver. Y si lograba encontrarme, haría lo posible por no perderme de nuevo.

Eso dijo la Razón. Pero no sabía yo donde iba a buscar aliados, a menos que alquilara pistoleros profesionales. Y la idea de una venganza personal me seducía. Tenía amigos; pero no deseaba comprometerlos demasiado.

El Capitán — aquel título le convenía más que el de Jefe — había sido humillado, vencido en un encuentro personal. Y no era hombre a quien le gustara escapar por la tangente. Su vanidad teatral se manifestaba en la camisa tableada, el botón de rubí, el sombrero blando y sus patillas de torero. ¡Y la capa! No se ven hoy muchas capas. Solamente los artistas las usan.

El Capitán era valiente. Le gustaba desempeñar su papel, exhibirse como caballero, como hidalgo distinguido.

Ayudando a los rebeldes de Villa, bandidos todos, se había hecho contrabandista. Ahora había progresado, alcanzando el mando de capitán de malhechores en una ciudad en que las oportunidades eran más vastas.

Todo indicaba al Capitán como un genio picaresco, un super-bandido. El mestizo es, generalmente, peligroso; hereda todos los vicios y ninguna de las virtudes de sus razas mezcladas. A menudo la sangre es impura por ambos lados; pero cuando no lo es, cuando el mestizo tiene inteligencia, dedicada al mal, es un personaje siniestro, inclinado a lo pintoresco, a lo medioeval en sus maneras; pero bastante rápido para aprovecharse de las condiciones modernas. Después de todo, el soborno es tan viejo como el hombre.

Me buscaría. Evidentemente, Fin no se había comunicado con él personalmente; pero debía haberle hablado por teléfono. En este juego, como en la ajedréz, hay que tener cuidado con las salidas, anticipando muchos movimientos para estudiar la estrategia del adversario. Yo tenía que aceptar la probabilidad de que El Capitán, en posesión de la joven, creía tener un rastro del hombre que estuvo en las habitaciones de Redding y que volvió más tarde, apoderándose de los apuntes de aquél, algunos de los cuales podían ser como una bomba de dinamita para él y su círculo.

No sabía yo, naturalmente, si el hombre que abrió la caja de Redding y estaba examinando la cartera y la libreta de apuntes cuando la cachiporra de Billings lo privó

del sentido, había visto exactamente de que se trataba. Era probable que sí, que se le hubiese dicho lo que tenía que buscar. Bribón el mismo. El Capitán había sospechado lo que Redding, un pejerrey entre tiburones, guardaría para defenderse.

Ellos tratarían desesperadamente de recobrar aquellos informes. Debían pensar que el mismo Ricardo Pemberton o alguien comisionado por él se había apoderado de ellos. En la casa de mi padre adoptivo nunca me había encontrado yo con El Capitán ni con ningún miembro de su banda, excepción hecha de Redding. El Capitán ciertamente no supo quien era yo en casa de la Madre Haggerty. Y Schumann no pudo ver mucho de mi persona con la gorra, los anteojos y el overall. Pero eran hombres astutos. Con Fin, que estaba fuera de acción por un tiempo, pero que pronto se pondría en comunicación con ellos, buscarían al hombre que había rescatado a Kate, el rehén que tuvieron en sus manos y perdieron.

Yo había arriesgado, dejando, supongo, cabos sueltos. Pero la partida se precipitó y complicó por la necesidad que tuve de salvarla a Kate. Ahora tenía que proceder lenta, muy cautelosamente. Los italianos tienen un proverbio que dice: "Qui va piano va lontano". Pablo Standing nunca podría ser legalmente identificado como Ricardo Pemberton, a menos que se apoderaran de Bendición, el cirujano, y aun así, sabía yo que éste nada diría respecto a mí.

Las cosas estaban así:

El Capitán me había visto como Pablo Standing y podría reconocerme. Fin me había visto sin los anteojos; pero tenía la cara manchada de barro. Me había visto antes en lo de Redding; pero entonces mis facciones eran distintas y llevaba yo una peluca obscura. Yo estaba incierto sobre Fin. Su gratitud podía haber sido transitoria. Pero sentíame bastante seguro, a menos que ellos pudieran apoderarse de Randall y me relacionaran con el llamado telefónico de Kate, cuando ésta me avisó del robo en lo de Fenton. Era una madeja complicada y tuve que pensar bastante para desenredarla.

Tendría que cambiar de nuevo mis facciones y usar aún otro nombre; pero mi orgullo se rebelaba contra eso. Tenía yo vena melodramática como El Capitán. Pensaba que él no se disfrazaría, aunque nadie sabía ni quien era ni donde habitaba. El cambiar una vez más de identidad me ayudaría a alejarme de Kate. Pero quizá aquello tuvo algo que ver en mi decisión de permanecer como estaba. Todos tenemos nuestras debilidades, nuestros puntos deliberadamente ciegos.

Para combatir con éxito a malhechores sin escrúpulos hay que carecer de ellos. Yo no debí dejar con vida al hombre que encontré frente a la caja abierta de Redding. Pero no quería matar, exceptuando a El Capitán. El era el instigador del asesinato de mi padre adoptivo, si no el autor material. Sin embargo, quería matarlo cara a cara. Hubiera sido mejor que yo no tuviera escrúpulos, — aunque fueran automáticos, como en casa de la Madre Haggerty — que lo hubiera matado cuando mis dedos oprimieron su garganta. Creo que sólo los golpes en la puerta y la urgente necesidad mía de llegar hasta Kate, lo salvaron.

Yo pensaba que los otros fueran castigados por la ley, debido a mis esfuerzos. Tenía ya preparado un plan para hundirlo a Schumann, plan que sólo ofrecía una falla. Era necesario que me presentara yo personalmente y El Capitán podía haberme descripto a Schumann, previniéndolo.

Este inconveniente sólo podía remediarse de un modo: usando un disfraz temporario. Después de todo, no creía yo que Schumann se hubiera alarmado hasta el punto de cerrar sus oficinas de Nassau Strett, renunciar a su fuente de riqueza y destruir su utilidad. El Capitán insistiría en que no lo hiciera, mientras sospechara que no era yo más que un ladrón que, habiendo recibido aviso, fué en busca de las joyas de Fenton. Aquella ilusión no duraría mucho. Fin se encargaría de destruirla y existía la posibidad de que hablara también Randall. Pero pasaría algún tiempo. Y con el disfraz apropiado podría enbromarlo a Schumann.

Todo dolorido, me levanté de la cama y tomé un baño caliente. Llamé por teléfono a la sastrería donde acostumbraba vestirme, di las medidas y encargué que me enviaran inmediatamente algunas cosas. Dos trajes, uno obscuro, serio, de negocios. Encargué además otras cosas, entre ellas una valijita y un sombrero. Después pedí me reservaran habitaciones en un hotel tranquilo, de solteros, que conocía. Me afeité, curé, haciendo visajes, la cortadura del cráneo, me arreglé el cabello y poniéndome una bata que encontré en un armario, escribí una carta a mi amigo, diciéndole que no volvería a Long Island y que cuidara de los efectos que allí dejaba. Tenía que ir a lo de Lázaro. Le vendería la motocicleta, porque él comerciaba con cualquier cosa. No me importaba el dinero, de todos modos. Pero primero tenía que recobrar la cartera que había metido en el espacio existente entre el asiento y el side-car, antes de que hiriera a Fin. Si había desaparecido, mi plan para arruinar a Schumann fracasaría; pero esperaba hallarla.

Lazaro era un reducidor vulgar, pero astuto. Seguramente habría mirado dentro del sidecar; pero al ver sangre en los almohadones no investigaría más. Era su casa el único sitio donde yo pude dejar la moto, dadas las circunstancias. Tenía que tomar un baño turco, darme masaje después del baño de vapor. Quería hallarme bien y fuerte cuando lo viera a Sshumann.

Ahora, a mi nuevo alojamiento.

(Continuará)

ANGELES DEL INFIERNO

De la producción cinematográfica, de Howard Hughes, que lleva el mismo título

(Continuación)

LUEGO se dió cuenta de que la línea del horizonte oscilaba locamente a nivel de la cubierta de su motor: en otras palabras, que el violento descenso se había interrumpido y su máquina tomando un ángulo normal, por lo que murmuró una acción de gracias.

Menos de cinco minutos después salía de entre su estropeado aeroplano y miraba, aturdido, a su alrededor. Estaba en medio de un campo arado, detrás de las líneas alemanas. Fuera de un convoy de transporte que había presenciado su caída, desde un camino, a una milla o cosa así de distancia, no había nadie. Los hombres — pequeños puntos negros — saltaban de los camiones y atravesaban los campos intermediarios.

Billjim se metió detrás del aeroplano, abrió la espita de la nafta, encendió un fósforo, lo echó en el charco que se iba formando y se encontró luego a algunas yardas de distancia, con la impresión de que el pelo se le había volado. Sin embargo el aeroplano incendiado formaba una eficaz cortina entre él y los alemanes que acudían. Se dió Billjim vuelta y corrió al abrigo de un seto.

Dentro del seto encontró, con gran delicia, una profunda zanja por la que empezó a caminar a una velocidad de seis buenas millas inglesas por hora. No tenía la menor idea de donde se dirigía; pero había llegado a la conclusión de que era mejor moverse.

BILLJIM SE INCORPORA A LA TRIPULACION DE UN ZEPPELIN

Los vagones unidos a la rugiente locomotora chocaron unos contra otros al detenerse el tren de carga en un pequeño desviadero. ¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! hacían.

El cañoneo, común a todos los trenes de carga de todos los países del mundo, terminó y Billjim frotóse varias partes de su persona y miró por entre la lona encerada que cubría el último vagón.

Había subido a aquel tren la noche antes, después de caminar varias horas por sitios inverosímiles, evitando la presencia de sus semejantes. Y después de haberlo tomado, no le gustaba. Antes había encontrado una fila de vagones en un desviadero, se escondió entre fardos de pasto y se quedó dormido. Al despertarse avirtió que habían sido los vagones enganchados a una locomotora y se movían. Después de eso no tuvo oportunidad de bajar durante el viaje que debió ser como de cien millas, a través de las sólidas profundidades de la Alemania central, donde no se advertían señales de guerra.

—Si este tren hubiera ido un poco más lejos, quizá podría haber llegado cerca de la frontera de Rusia, escurrirme hasta encontrar mis compañeros. Pero...

La luz de la aurora iluminaba fríamente un paisaje que parecía desierto, con gran agrado de Billjim. Había allí unos cuantos galpones; pero ningún signo de vida. Los maquinistas habían bajado dirigiéndose a una pequeña casilla, donde juzgó Billjim que tomarían café. Aquel pensamiento le fué penoso; — había pasado todo un día sin comer — pero lo apartó de su imaginación y salió cautelosamente de abajo de la lona, metiéndose debajo del vagón.

Indudablemente el tren iba a ser descargado allí y por consiguiente era mejor estar en cualquier otra parte cuando empezara la descarga. Fuera de esto no tenía idea especial de lo que iba a hacer, a no ser procurar que no lo descubrieran el mayor tiempo posible. Estaba firmemente convencido de que, al final, sería fusilado como espía. Entretanto aquel juego al escondite era fascinador.

La Providencia que había sonreído a Billjim en la caída del día anterior seguía prodigándole, sin embargo, sus favores. Llegó a un arroyo y vió un robusto alemán que tomaba su baño matinal. Sin el menor escrúpulo, Billjim se apropió de su uniforme, en un momento propicio, y se alejó con él. Luego, al abrigo de un grupo de árboles, se lo puso, enterró sus desgarradas ropas debajo de un matorral y siguió su marcha por el camino principal.

Sonreía. Era un experimento arriesgado, porque sólo conocía muy superficialmente el alemán. Sin embargo, el destino parece a veces humorista, simpatiza con los valientes y audaces. Mientras Billjim caminaba, acertó a pasar un camión y los hombres que iban detrás le gritaron que subiera.

Billjim lo hizo prontamente, con riesgo de su vida; pero pensando más en un posible

desayuno. Ciertamente que mantenía la cabeza baja y un pañuelo junto a la cara, explicando con voz ronca y lo que él esperaba fuera un comprensible alemán, que tenía un resfrío atroz.

Veinte minutos más tarde, casi se desmaya al ver que el camión entraba por un par de puertas, atravesaba un campo y se detenía dentro de las altas puertas abiertas de un gigantesco cobertizo de aviones.

Los hombres bajaron y Billjim, que esperaba ser descubierto a cada segundo, descendió con ellos. Sin embargo; cuando los vió aceptar jarros de humeante café y rebanadas de pan de centeno, con margarina, de un ordenanza de la cantina movible, se adelantó con ellos y recibió su parte.

Pensó que los condenados siempre comen antes de morir. Y de todos modos aquel café ácido y el pan duro eran un banquete para su hambre.

Luego las cosas empezaron a suceder con una rapidez que lo dejó a Billjim sin alientos. Adentro del cobertizo se oyó un grito ronco y los que tomaban café dejaron sus jarros y entraron corriendo como conejos. Otros llegaron desde afuera y comprendiendo lo que iba a suceder, Billjim siguió a sus compañeros del camión que, como se había fijado, llevaban uniforme igual al suyo.

En la obscuridad del cobertizo distinguíase la forma maciza de un Zeppelín y como sus compañeros se agruparon alrededor de una de las escaleras de entrada, Billjim los imitó. Los que venían de afuera se alinearon junto al dirigible, agarrando cada una de las cuerdas que colgaban de sus costados y mientras el aventurero subía al casco iluminado a luz eléctrica, oyó órdenes tonantes y sintió que la aeronave se movía.

Luego una voz habló a su lado y Billjim hizo cuanto pudo para no saltar desde el piso ligeramente inclinado.

—¿Es usted Kleng, el artillero del comando cincuenta y cuatro? — preguntó la voz en áspero alemán. Y Billjim con el pañuelo en la cara contestó:

—Ja.

Esperaba que Herr Kleng fuera el robusto individuo que ahora se hallaría dentro de las aguas frías del arroyo murmurando maldiciones. ¡Con tal que no hubiera dos Klemp a bordo!

—¿Está resfriado, no? — dijo el que había hablado, que ostentaba insignias de oficial subalterno. — Malo para usted, porque hace frío en el camino de los gatos. Y según me han dicho es éste su primer viaje en un gran dirigible. ¡Tiene mala suerte!

Billjim contuvo la risa y esperó que no fuera así. Mentalmente se dijo que, después de aquello le ofrecerían un bastón de mariscal de campo en la Banda de la Esperanza. Pero el oficial seguía hablando, mientras se daba vuelta y guiaba a las entrañas de la aeronave.

—Bueno, necesitamos artilleros de su reputación — dijo en tono confidencial. — Encontrará que es distinto el trabajo del Zeppelín a manejar la ametralladora posterior de un aeroplano; pero no me queda duda de que sabrá desempeñarse. Me han dicho que ha derribado ya usted diez y siete aeroplanos ingleses sobre las trincheras. ¿Es cierto?

—Diez y seis — contestó modestamente Billjim. Podía decir una o pocas palabras sin sentirse nervioso. Tenía que tomar parte en aquella conversación.

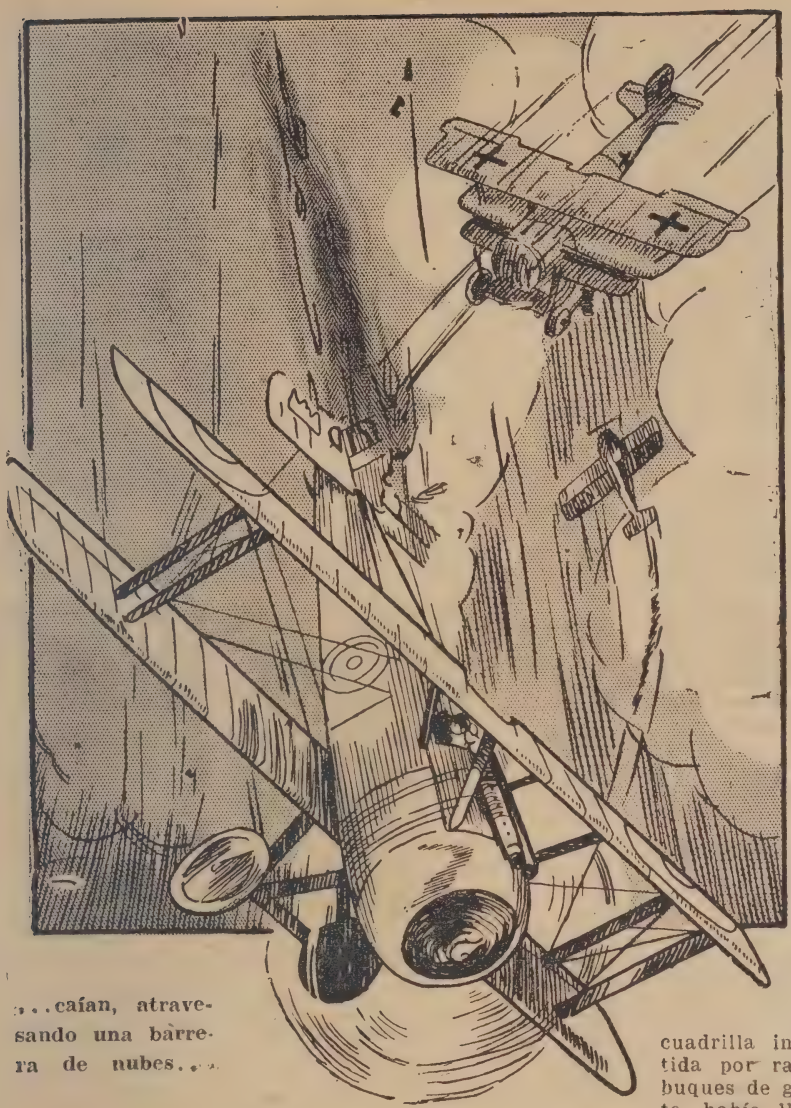
—¿Si? — dijo el oficial. — Muy bien. Los aeroplanos ingleses nos fastidian mucho. Necesitamos buenos tiradores para destruirlos. Pero ahora tenemos que apurarnos. Es regla de Herr Kommander que cada hombre esté en su puesto de acción no bien dejamos el suelo.

Billjim, no atreviéndose a pensar, lo siguió por un espacio abovedado, en el centro de la aeronave, cruzando por un alto enrejado de vigas de aluminio más allá de las cuales podía divisar las vagas formas de los globos que contenía el gas.

Aquí el oficial descolgó un traje de cuero, esperó hasta que Billjim se lo puso y luego lo hizo subir más escaleras hasta que pasó por una abertura y esperó que el otro le siguiera.

William James Jameson hizo una profunda inspiración y por un segundo sintió que el corazón se le daba vuelta. Estaba acostumbrado a las alturas; pero estar de pie en lo alto de una enorme aeronave, cuyos costados lisos se inclinaban debajo de él, era cosa muy distinta. Sin embargo, hizo un gran esfuerzo, examinó la ametralladora en su trípode y escuchó las instrucciones del oficial.

Se le permitía estar sentado en la escalera protegido del fuerte viento hasta que aparecieran los aeroplanos enemigos. Luego tenía que subir y pelearlos. Hizo Billjim un gruñido de asentimiento y esperó hasta que el oficial descendió por la escalera; luego se situó al abrigo y pensó. Estaba en la cola de la aeronave y podía ver tres artilleros más, en línea, adelante suyo, a lo largo de la angosta corniza denominada "camino de los gatos", que corría a lo largo de la gran aeronave Oyó el repentino rugir de los motores, una ráfaga de aire empezó a silbar alrededor de su cabeza y el zeppelín ascendió mientras los de tierra soltaban las cuerdas.



...caían, atravesando una barrera de nubes...

DE VUELTA EN RLIGHTY

Durante todo el día, hasta la hora del crepúsculo, el Zeppelín zumbó a través de las infinitas extensiones de Alemania, atravesando la costa por un gran puerto que Billjim juzgó sería Wilhelmshafen. y tomó rumbo al sur sobre el océano gris pizarra, al caer el crepúsculo. Los ordenanzas le habían traído durante el día tres buenas comidas y Billjim las recibió muy agradecido.

Agradeció también la dosis generosa de licor que le trajeron a eso de las diez de la noche, cuando supuso que la costa inglesa no estaba lejos. Había esperado locamente una oportunidad de tirarse al agua cuando estuviera cerca de su tierra natal; pero ahora comprendía que volaban a doce mil pies de altura y que una caída al mar desde esa distancia sería mortal. Contaba también con la posibilidad de caer envuelto en llamas, con unos cuantos millones de pies cúbicos de gas inflamable para alimentar el incendio.

Tuvo la primera visión de la costa, directamente debajo, a través de un desgarrón de las nubes, al mismo tiempo que sentía un repiquetear de ametralladora a proa.

Billjim corrió a su arma, temblando de excitación, porque había visto una forma pasajera, deslizarse rápidamente sobre la aeronave mientras el artillero de proa disparaba.

Luego aparecieron otras sombras que mostraban pequeños puntos de luz lívida al pasar rugiendo en el espacio. Las balas salpicaron a su alrededor por entre la tela, como gotas de lluvia llevadas por el viento.

Billjim hizo girar su ametralladora y disparó precisamente donde no se veía ninguna sombra. Tenía que simular que tiraba. Entre tanto, pensaba que ocurriría ahora que una escuadrilla inglesa, sin duda advertida por radiotelegrafía desde los buques de guerra del Mar del Norte, había llegado para interceptar el paso al Zeppelín, teniendo la suerte de encontrarlo.

Al cuarto de hora lo supo; pero aquel cuarto de hora fué el más emocionante que había vivido o que viviría, probablemente jamás, A despecho del fuego violento de los otros tres artilleros del camino de los gatos, los atacantes bajaban una y otra vez, acribillando a balazos el gran casco y pinchando los globitos de gas de adentro con mil agujeros.

Dos de los artilleros cayeron junto a sus armas, uno de ellos pataleando convulsivamente, de modo que resbaló por el camino de los gatos y... siguió resbalando. Billjim apartó sus ojos del incidente; sentía la boca seca y la garganta oprimida. Luego se dió cuenta de que, a su alrededor, el aire estaba pesado por el gas que se escapaba de los globitos desgarrados y decidió que, en bien de todos, era mejor que renunciara a

su inofensiva artillería hasta que la atmósfera se volviera menos explosiva.

Ya había sentido dar vuelta a la aeronave y ahora, además del gas, halló que el aire estaba saturado de niebla. Su corazón saltó. Aquello significaba que caían, que iban atravesando una barrera de nubes.

Tenía razón. Cinco minutos después, el mar era clara sábana a menos de cuatro mil pies debajo y se acercaba más cada vez. El oficial subalterno, con una mancha de sangre que se iba secando en su mejilla subió para ordenar a Billjim que tirara su ametraladora por la borda, junto con el artillero muerto y las otas armas. Aun en la obscuridad, Billjim podía distinguir vagos objetos que descendían revoloteando por el aire y caían al agua, mientras la aeronave seguía adelante, áliviada de todo lo que podía arrojarse, a fin de que flotara lo suficiente para llegar a aguas alemanas.

Pero de pronto un reflector brilló en el océano mismo, ascendió hacia el cielo y vino a descansar sobre el Zeppelín herido, en toda su plateada gloria. Un cañón tronó violentamente abajo y la granada silbó solo a pocos pies del costado del Zeppelín para estallar arriba, con una llamarada y una lluvia de metralla.

—¡Es un destroyer! — murmuró Billjim alegremente. — Veo bien lo que va a ocurrir a bordo de este coche. Ahora no podemos estar a más de unos pocos cientos de pies sobre el agua. Me parece mejor presentar mi renuncia. Prefiero ahogarme a chamuscarme cuando esta bolsa de gas explote con la próxima granada. Si tengo suerte, puede ser que me vean y me recojan.

De modo que se quitó tranquilamente su traje de aviador, deslizóse por la inclinada corniza de la aeronave y saltó, cerrando los ojos.

Cuando finalmente volvió a la superficie, cosa que había perdido la esperanza de que sucediera en los dos primeros minutos que sucedieron a su zambullida.

Billjim luchó para respirar como nunca había luchado por otra cosa en su vida. Movió maquinalmente las piernas para mantenerse a flote y decidió que, además de haberse roto todos los huesos, estaba lleno completamente de sal.

Luego sintió que algo pegaba contra él: oyó el crugir de las chumaceras y sintió que unos brazos lo agarraban por los sobacos. Simultáneamente oyó un clamor entusiasta y oyó una voz alegre que decía:

—Cayó! Ahí está. Nobby.. allí. El reflector lo encontró otra vez, flotaba en el agua.

El individuo a quien llamaban Nobby es posible que contestara algo. Pero Billjim no lo oyó. Se había desmayado..

En Harwich donde desembarcó, William James Jameson tuvo algunas dificultades con un individuo bastante obtuso. La entrevista fué larga y se necesitaron como veinte llamados telefónicos a larga distancia, junto con la presencia de un comandante aviador con quien Billjim había aprendido a volar.

Al ser reconocido por el comandante, William James Jameson dejó de ser tratado rudamente por el obtuso individuo, que se mostró simplemente colérico. Indicó que era una molestia que la gente llegara en Zeppelines e insistiera en que nada tenía que ver con los alemanes. Añadió que, en su opinión, eso era contra el reglamento y que debería presentarse un informe. Se alisó el bigote y firmó quince hojas, por triplicado, que autorizaban a Billjim a ir hasta Londres y de ahí regresar a Francia. Luego se volvió a la cama, pisando fuerte y echando chispas.

Después de eso, William James dió unas vueltas de vals con su amigo, pidió prestado un sobretodo y se dirigió a la ciudad, donde logró hacer levantar a un sastre que vendía ropa hecha y proveerse nuevamente de uniforme.

En las primeras horas de la mañana tomó el subterráneo hasta Putney y llamó a la puerta de su padre, en momentos en que otro individuo subía los escalones. El otro individuo era un viejo mensajero del telégrafo y Billjim le tomó el sobre amarillo y abrió atrevidamente el telegrama. Tenía una idea de lo que podía ser y no se equivocaba.

Cinco minutos más tarde una segunda edición de William James Jameson, vieja y soñolienta, abría la puerta y lanzó un grito a la vez que sus ojos se iluminaban al reconocer al reción llegado. Pero Billjim entró tranquilamente y le mostró el telegrama:

—¡Hola, papá! — sonrió. — Siento haberte hecho levantar tan temprano; pero me pareció que era mejor venir a avisarte que este telegrama es un poco exagerado.

El padre leyó con ojos desorbitados.

"Lamento informarlo que su hijo fué muerto en acción hoy"

—¡Qué... qué demonios significa esto!— tartamudeó Jameson padre.

—Nada — contestó sonriendo Jameson menor — si no que si mamá no se levanta y me fríe unos cuantos huevos con tocino, yo, yo... desenterraré el gasómetro de Battersea y me volveré al Continente por el mismo camino que vine.

Le prepararon un desayuno excelente.

UN CHOQUE EN LAS NUBES

Gaviota volaba serenamente a menos de dos mil pies de altura y frunció los ojos ante la lluvia torrencial que lo borraba todo a su alrededor. Maldijo con sombría concentración.

Sin duda era cosa muy reprensible en cualquier gaviota; pero esta—o, mejor dicho, éste, había merecido el curioso sobrenombre de sus compañeros de la escuadrilla, 20 muchachos humoristas que quisieron mejorarle el nombre no bien supieron que se llamaba Alberto Ross.

Después de terminar sus exclamaciones nada dignas de una gaviota, Ross manipuló el control del motor dió más bomba; pero sin resultado. El Camel en que volaba perdía altura rápidamente y el motor continuó tosiendo como lo había hecho desde que se encontró en medio de la lluvia y la tormenta, separado de la formación de aeroplanos que regresaba por encima de las líneas.

—¡Dios me asista! — exclamó Ross —

¡Condenado aeroplano! Temo que la lluvia se haya metido dentro de la maquinaria. Probablemente aterrizará con alguna violencia.

Su profecía se cumplió, aunque no del modo que Ross esperaba.

De pronto, mientras volaba, apareció frente a él, entre la lluvia, una forma voluminosa y Ross obró tan rápidamente como lo hubiera hecho cualquier gaviota. Su máquina hizo un viraje al costado, mientras él golpeaba el timón y movía rápidamente la barra de control; pero aun así no fué bastante rápido.

Se produjo una violenta conmoción, un gran ruido al volar la hélice en pedazos y otro como de tela desgarrada. Gaviota tuvo la presencia de ánimo suficiente para cerrar el motor y tapar para que no salieran chispas, mientras nubes de gas agri-dulce lo envolvían.

Luego sentóse y esperó, mientras el globo cautivo contra el cual había chocado se doblaba y hundía, con la cubierta desgarrada aleteando y dándole la apariencia de un pulpo que se zambulle.

El globo tocó el suelo al mismo tiempo que el aeroplano de Gaviota y el piloto del primero pudo presenciar una vista interesante del fin de ambos. Muy prudentemente, se había tirado con un paracaídas pocos segundos después del choque y el viento lo llevó rápidamente en dirección al aeroplano de Gaviota.

Al aterrizar, quitóse febrilmente el paracaídas, mientras Alberto Ross salía de entre los restos de su Camel y decía las cosas que acostumbra un hombre después de una escapada que no espera. Y así se encontraron ambos hombres frente a frente.

—¡Buenas tardes! — dijo el piloto del globo con peligrosa urbanidad. — Ha estado usted encantador al caer, naturalmente: pero me permito observarle que cuando se vuela de este lado de la línea es mejor permanecer despierto. Ni por un minuto se imagine que pretendo enseñarle su oficio. Sólo le sugiero que vería usted mejor por donde va si adquiriera la costumbre de mirar adelante. ¡Idiota!

—A cualquiera que no fuera un loco de globo cautivo le hablaría yo sensatamente — contestó Ross furioso. — ¡Pero a usted!... Me limito a felicitarlo por sus ejercicios, colgado de un pedazo de cuerda en medio de la lluvia, imaginando que hace usted un gran servicio a las Fuerzas Británicas Expedicionarias. Lo que puede haber observado desde su posición, con semejante tiempo, será útil a los cañones que quiere dirigir como un par de gemelos de teatro a un caballo de coche ciego. Lo considero a useted un loco, mi querido señor. Pero que no haya mal entendidos entre nosotros... quiero decir un loco peligroso.

El piloto del globo cautivo respiró fuerte un momento; luego sus ojos brillaron. Hizo un guiño y sonrió.

—¡Bueno! — dijo y soltó la carcajada. — Es estúpido estar aquí frente a frente deciéndonos piropos. Pero me dió usted tal susto que estaba preparado a pegarle un tiro al bajar, si se hallaba usted con vida o a trinchar sus restos si había muerto. Supongo que no veía usted nada con esta maldita lluvia.

Gaviota sonrió a su vez.

—Nada absolutamente — convino. — Me separé de los otros aeroplanos al formarme, cuando nos sorprendió esta tormenta, y luego a mi máquina le dió un ataque de reumatismo. Cuando vi a su difunto y malogrado globo estaba demasiado cerca para evitar el choque. Pero ya que podemos contar el cuento ¿dónde puede tomarse aquí un trago? Por toda contestación, el otro le enlazó el brazo y lo condujo a través del campo empapado hacia un grupo de cabañas. Allí estaba el camión, al cual se hallaba unido el globo caído por un cable. Los mecánicos acudían para recoger los restos.

En una de aquellas cabañas se le dió a Gaviota bebida reconfortante y bajo su dulce influencia reveló su nombre en cambio del de su compañero de desgracia.

Al parecer era el capitán de aquella compañía de globos y se llamaba Hill. Comunmente le decía "Sesenta" en recuerdo de la famosa montaña de ese nombre que nunca había visitado. Gaviota sonrió comprensivamente.

—Y bien, Sesenta — le dijo. — Simpatizo con usted y me agrada su hospitalidad: pero es hora de que me vaya. En el 20 echarán de menos a su pequeño rayo de sol; de modo que si puede usted prestarme un auto y un chauffeur, el primero le será devuelto con el tanque lleno de nafta y el segundo con algo igualmente bueno. Y perdone lo del globo.

Pero Sesenta movió negativamente la cabeza y se encogió de hombros.

—No hay caso — dijo suavemente — Fritz se ha vuelto muy atrevido últimamente con sus cañones de largo alcance. Una granada cayó sobre mi galpón de transportes una hora antes de que usted apareciera y... bueno, si los autos hubieran sido quesos, por decirlo así, no les tomaríamos ni el olor.

Se volvió hacia el mapa que estaba en la pared y gruñó:

—Aquí está su cuartel... el 20 — dijo señalando con el dedo. — Y aquí estamos nosotros. ¿Cuánto había? Diez o quince millas. ¿No le gusta caminar?

—Ni un poquito — dijo Gaviota. — Entonces no me queda más remedio que telefonearle a mi gente y decirle lo que pasa. Luego pueden mandarme buscar cuando me necesiten. ¿Tiene teléfono?

Sesenta tenía teléfono y después de un prudente uso de él Gaviota fué avisado de que mandarían un vehículo a buscarlo; pero recién al caer la noche. Llovían muchas granadas y los autos eran caros. Por consiguiente, era mejor no tentarlo a Fritz mientras había luz.

Gaviota se lo contó al capitán Sesenta y éste sonrió.

—Bueno, no me preocupa—dijo. — Usted va a ensayar un nuevo globo que me han enviado los franceses. Me han dicho que es más liviano que los nuestros y puede alcanzar, proporcionalmente, más altura. De todos modos, nuestro "Sombrero de Bronce" nos ha

ordenado usarlo y quizá presencie usted algo cómico.

—¿No se ofreció a venir el mismo e ensayarlo? — sonrió Gaviota. — Y, diga, no quiere un pasajero? Nunca he subido en una de vuestros vehículos; pero me gustaría probar.

—¿Habla en serio? — preguntó Sesenta. — Lo llevaré conmigo, si quiere. No necesito realmente un observador y había pensado subir con lastre en vez de exponer innecesariamente a alguno de mis compañeros. Siendo yo el capitán de esta compañía, tengo que subir, naturalmente; pero si a usted no le importa correr el riesgo de ensayar algo completamente nuevo, puede venir conmigo.

—¿De veras?

—De veras. Francamente que me gustará tener alguien con quien conversar; pero tenga usted entendido que hay peligro. Claro que llevará usted un paracaídas; pero hay circunstancias en que resultan inútiles.

Gaviota se encogió de hombros.

—¡Gracias! Iré. Me interesan todas las formas de aviación y ésta es una de ellas. En cuanto al peligro... el pelear en un Camel lo tiene y estoy convencido de que terminaré cuando Dios quiera y nada más. Si pensara de otro modo no tendría valor para volar.

—Lo mismo pasa aquí — sonrió Sesenta. — Con todo, no piense en cosas trágicas. ¿Qué le parece otro vasito?

Tomaron otro vaso con gran satisfacción de ambos y luego almorzaron. Después el capitán llevó a Gaviota al campo de aviación y le explicó las distintas características de un nuevo globo cautivo, de forma algo desusada, que estaba inflando con gas.

—Está pronto para ascender ahora. Si lo compara con los Spencer ingleses, verá que sus aletas de estabilidad son distintas y que es más liviano. La idea, como le dije, es alcanzar mayor altura al extremo del alambre y, si resulta bueno, podremos ver mejor lo que hace el amigo Fritz.

Gaviota contempló el globo en forma de salchicha, con sus aletas finales, que se parecían curiosamente a un cacho de bananas y asintió con la cabeza.

—Creo que las aletas lo mantendrán recto, la cabeza al viento, como la cola de una cometa — dijo.

—Exactamente — convino Sesenta. — Sin ellas, simplemente giraría como un trompo y esto no ayudaría a la observación. Pero ya es tiempo de subir y creo es mejor nos pongamos nuestras prendas.

CABRIOLAS AEREAS

Diez minutos más tarde, Gaviota y Sesenta trepaban a la barquilla del globo y enganchaban a sus arreos las cuerdas de los paracaídas, Aquellas conducían a las bolsas, al costado de la barquilla, donde los paracaídas estaban doblados; pero eran suficientemente largas para permitirlos moverse.

—¡Listos! — dijo Sesenta y gritó una sarta de órdenes a los hombres que manejaban el pesado montacargas del camión, al que estaba unido el cable del globo. Se sintió un ligero sacudimiento y la barquilla empezó a elevarse.

Durante los primeros momentos Ross se sintió mareado. Encontró que era una sensación muy distinta a la experimentada en la otra forma de vuelo; por una parte el silencio mortal y el movimiento indescriptible, oleoso, de la barquilla, que se mecía suavemente a cada sacudida del cable. También el paisaje que los rodeaba, ahora limpio de niebla por el fuerte viento que se había levantado, parecía oscilar como el globo.

A mil pies de altura sonó el teléfono y el capitán alzó el receptor. Hacía algunas horas que los cañones, en el extremo más lejano de la línea de trincheras, se habían vuelto más y más activos. Ahora tronaban casi constantemente. A lo largo de toda la línea inglesa se veían explosiones; era evidente que Fritz se había propuesto definitivamente algo.

—Yo lo creo así — dijo Sesenta, señalando hacia abajo. — Una de mis baterías ha pedido observación especial. Fritz ha empezado a derribar a nuestros camaradas como a cachiporrazos. Tome ese mapa, Gaviota, y observe conmigo. Fíjese en esa encrucijada del otro lado y dígame como le parece que caen nuestras granadas.

Gaviota tomó el mapa, observó las encrucijadas y un momento después vió una explosión y una columna de humo que aparentemente brotaban de ella.

Así lo dijo o más bien dicho gritó su observación porque el viento era más fuerte y tempestuoso a cada centenar de pies de altura.

Pero Sesenta movió la cabeza negativamente.

—¡No! — gritó en respuesta. — ¿No comprende que, en nuestra posición no podemos ver más que desde un solo ángulo? No han alcanzado. Tienen que alargar el tiro unas cuantas yardas. Y... ¡epa!

El teléfono se le escapó de las manos y pronunció la última palabra de sorpresa al dar de pronto el globo una violenta sacudida y luego una vuelta sobre sí mismo. Se oyó arriba un desgarramiento en el mismo segundo y Gaviota, alzando la vista, vió que una de las aletas del globo había sido arrancada por la fuerza del viento.

Un segundo después estaban confundidos en una maraña de brazos y piernas en el fondo de la barquilla, porque el globo había dado un tumbo y empezaba a bajar.

Como una cometa que ha perdido su cola, se inclinaba al extremo de los dos mil pies de cable y los dos ocupantes hallaban la vida muy excitante.

Sesenta logró asirse al costado de la barquilla, pasando la mano por la cuerda del paracaídas para vez cual de los estays quedaba entre medio.

—¡Llegue hasta la borda y salte! — gritó a Gaviota. — Este coso se ha enloquecido. Sin aleta, probablemente andará dando saltos por el cielo y por fin se estrellará.

Pero, por amor de Dios, trate de saltar entre los estays a que conducen las cuerdas de su paracaídas. Si no quedará simplemente colgado.

(Continuará)

LA BANDA DE LOS DIAMANTES

Por EDMUND SNELL

(Continuación)

SE durmió diciéndose a sí mismo que Molly estaría enterada. La interrogaría por la mañana y aclararía las cosas. La aventura, en sí, era suficientemente divertida, pero querría las cuentas justas. El haberle pegado en la mandíbula a Imheim, en el Oramic, fué inevitable. Comprendía que cualquiera en su lugar lo hubiese hecho. Si Imheim se había ofendido tanto que recorría fantásticas distancias para vengarse, no era más que una consecuencia lógica del primer incidente y estaba dispuesto a afrontar las consecuencias. Pero si había algo más, algún enredo entre Molly y su jefe y él se veía mezclado como cómplice involuntario, lo más cuerdo era arrojar la esponja y retirarse. Había supuesto que Molly era honrada y se hallaba realmente en apuros. Tuvo que reconocer que era posible le hubiera ella mentido por teléfono.

Era día claro cuando Mulliner se despertó. El auto se había detenido delante de un rústico bungalow, en un camino sin pavimentar donde había otras casitas semejantes. La joven dormía aún. Yates estaba en el umbral de la casa hablando con alguien, por la puerta entreabierta. Poco después se acercó a ellos y miró hacia adentro.

—Todo está arreglado, señor. Mi hermana tiene piezas y está preparando el te. Cuando usted quiera, puede bajar. Yo dejaré el auto en el fondo.

LOS DIAMANTES ROBADOS

Molly se despertó y pareció que había pasado el efecto de la droga. Las quemaduras de las piernas era lo que ahora la molestaba; Pero insistió en ir por su pie hasta la salita de la señora Paulina. Poco después estaban todos, sentados en cómodas sillas, junto al fuego de gas, recientemente encendido, tomando el té y escuchando un relato de lo ocurrido, arreglado por el ex-sargento de aviación, Yates. Ahora que el problema de la droga había desaparecido las explicaciones eran relativamente sencillas. Al parecer, la señora Paulina entendía poco de autos.

El cuento de Yates, sobre un caño roto y la nafta que corrió hasta la parte posterior del auto fué aceptado sin reparos por la señora Paulina. Al parecer Mulliner estaba fumando y había tirado distraídamente el cigarrillo encendido, produciendo el pequeño incendio, que había sido prontamente apagado; pero la señorita Culmer había sufrido ligeras quemaduras en las piernas.

La señora Paulina, una mujer gorda, como de cuarenta años, insistió en preparar un cuarto para Molly y llevarla a la cama. Mulliner se hizo curar y vendar el brazo en el cuarto de baño, rehusando más comodidad que un sofá en el living room. Yates se conformó con un sillón grande y dos más chicos. Quitóse el saco y las botas, quedándose dormido casi enseguida. Mulliner que trataba de imitarlo, lo vió darse vuelta una vez, sacar de entre los almohadones un objeto duro que le molestaba y tirarlo, sin ceremonia, al suelo. Su acción divirtió a Jim posiblemente más que la grotesca actitud del chauffeur en su sueño. Lo que había tirado al suelo era su estuche cuadrilongo, de cuero o imitación; algo qe habría dejado allí distraídamente la señora Paulina, un estuche de cucharas o quizá de cubiertos de postre. El cuarto estaba, comparativamente, ordenado. Lo estaba del todo cuando llegaron ellos. Aquel estuche fuera de sitio parecía raro en persona tan prolija como la señora Paulina. Estaba a punto Mulliner de ir a ver que era cuando se quedó dormido.

Al oir que tendían la mesa se despertó. Sentóse sobresaltado, preguntándose dondo

estaba y vió a la señora Paulina dirigiéndose de puntillas hacia la puerta. Le pareció en aquel momento que la cama de Yates había sido deshecha y puestas las sillas en su lugar. Yates había desaparecido.

La dueña de casa miró a Mulliner y le sonrió.

—¡Oh!... Está despierto, señor. Yo pensaba dejarlo dormir otro ratito.

Mulliner se tiró al suelo y se desperezó.

—Es usted muy amable — dijo. — ¿Qué hora es?

Miró ella el reloj de encima de la estufa.

—Las diez y veinte.

Mulliner silbó suavemente.

—¡Qué tarde! ¿Dónde está su hermano?

—Salió a comprar un diario. El muchacho se olvidó de traerlo esta mañana. No tardará en volver.

—No importa — dijo Mulliner. — No lo necesito. Sólo pensaba que... — se agachó, buscó sus botines, se los puso y se dirigió, por el corredor, al cuarto de baño a lavarse.

El agua fría lo reanimó maravillosamente. Su brazo vendado estaba entumecido, pero no le dolía mucho. Por lo demás sentíase fuerte como siempre.

Secándose delante de la ventana abierta, inhaló una buena ráfaga de aire puro, del mar. Le recordó de pronto aquella otra ocasión, en el Oramic, cuando había salido a respirar a cubierta un momento antes de que Imheim arrojara a Molly por la borda.

Hacía de eso apenas un mes y sin embargo parecía que habían pasado años, que era casi parte de un sueño. Y Molly dormía, detrás de una de aquellas puertas, pintadas de color roble, delante de las que acababa de pasar. Se agachó y examinó su barba en un espejito colgado de un clavo, en la pared. Hubiera deseado verlo a Yates antes de salir, pedirle avíos de afeitar.

El cuento relatado por Yates volvió a su memoria y lo hizo sonreír. La sonrisa se desvaneció de pronto al ver el vendaje de su brazo. Yates no había explicado aquello. Ninguna enfermera profesional iba a tomar aquella herida por una quemadura. Empezaba a clasificar a la señora Paulina entre esas pocas mujeres que dicen poco y piensan mucho.

El sol de mayo, brillando en la ventana, lo hizo sentirse optimista. Los fantasmas de la noche se habían desvanecido; los varios problemas relacionados con Imheim y el resto parecían menos difíciles. Hizo sus planes mientras se secaba. Telefonearía después del desayuno y luego volverían a la ciudad. En cuanto al daño sufrido por el auto se ofrecería alguna explicación plausible y lo pagaría. Molly volvería al trabajo después de almorzar, alegando haberse sentido enferma para disculpar su falta de la mañana. Si era necesario, él hablaría con sus patrones.

Aquella lucha con Imheim no podía continúar. Mulliner llevaría a Molly a su abogado y le pediría consejo. Wenham era un hombre sensato y un perfecto caballero. Había que entregar a Imheim a la justicia. Lo condenarían con seguridad.

Después... bueno, no sabía.

Le gustaba tremendamente Molly. Hubiera querido verla en circunstancias más normales, no disparando por la campaña en autos de alquiler y peleando contra los pistoleros de Imheim. Le gustaría verla otra vez con el vestido de chiffon azul... el que llevaba cuando habló con él a bordo, llevarla a comer a Bekerley y oirla hablar de otra cosa que de pistoleros y ladrones.

La señora Paulina volvió a entrar trayendo el te.

—Jorge no ha vuelto todavía — dijo. — Y la señorita Culmer todavía duerme. No los esperaremos.

Mulliner se sentó en la silla que la señora le indicaba. En ese momento se fijó en el estuche de cuero que había visto la noche anterior y que ahora estaba colocado frente a su plato.

—Veamos... — dijo la dueña de casa. — Se me ha olvidado... ¿es usted o la señorita Culmer que no toma azúcar?

Mulliner sonrió.

—No me sirva azúcar, haga el favor: leche solamente. — Miró interrogadoramente a la señora Paulina y luego el estuche.

—Creo que eso debe ser suyo, señor — explicó ella. — Lo encontré en el suelo, cuando entré. Y mío no es.

Mulliner agarró el estuche y lo examinó.

—Ni mío tampoco. Nunca lo he visto — volvió a ponerlo donde lo había encontrado y prosiguió su desayuno. Poco después dejó el tenedor y el cuchillo y se puso a contemplar el espacio. El sillón que Yates utilizó como cama era el mismo donde había estado sentada Molly cuando recién llegaron. Aquello debía pertenecerle. Y, sin embargo, no recordaba habérselo visto en las manos.

Lo había vuelto a agarrar cuando entró Yates. El recién venido se quitó la gorra el umbral y la dejó sobre el aparador.

—¡Buenos días, señor! — dijo a Mulliner. Sentóse frente al Honorable Jim; de cada uno de sus bolsillos asomaba un diario doblado. Eligiendo uno de ellos, al azar, se lo pasó a Mulliner.

—¡Lea! — le dijo, señalando con el dedo. — Apostaría cinco libras a que es trabajo de los muchachos de Imheim.

Mulliner miró el párrafo y las letras bailaron delante de sus ojos. Decía:

"Gran robo de joyas en West End. Historia de un rico americano y una atrayente rubia. Narcotizado en un auto de alquiler. El collar de una famosa estrella, valuado en veinte mil libras, desaparecido".

Prosiguiendo la lectura, supo que la señorita Madeline Rossiter, estrella del cine mudo tres años atrás, había encargado a un conocido mercader que le vendiera sus joyas. Mulliner leyó el nombre "Leo Hartmann" Se recostó en la silla, sintiendo como si le hubieran pegado un golpe entre los ojos. A través de una niebla se dió cuenta de que la señora Paulina servía el te, de que Yates se inclinaba ansiosamente hacia adelante, como si quisiera decir algo. "Historia de un rico americano y de una atravente rubia". Era el complot que había escuchado a bordo del Oramic, en todos sus detalles. Podía establecer sin ningún género de duda la identidad de la atrayente rubia. Yates la había conducido en su auto y ambos recorrido una gran distancia para servirla. Burlar

ladrones era una cosa y mezclar en el asunto a personas decentes, como la señora Paulina y Yates, otra. Naturalmente los diamantes desaparecidos estaban en el estuche. Molly debió tenerlos todo el tiempo consigo, ocultándolos en sus ropas, ocultándolos demasiado hábilmente para que el incendiario pudiera hallarlos.

Dejó el diario, pensando abrir el estuche y examinar furtivamente su contenido; pero en ese momento la señora Paulina lo agarró y se lo dió a su hermano.

—¿Es tuyo esto por casualidad, Jorge?— le preguntó. — El señor Mulliner dice que no le pertenece.

Yates apretó el resorte y levantó la tapa.

—¡Mil bombas! — exclamó abriendo tamaña boca. La luz del sol que penetraba por entre las cortinas de "chintz" cayó sobre el collar de diamantes más maravilloso que Mulliner recordaba haber visto. El estuche estaba ahora abierto sobre la mesa. La señora Paulina se había puesto de pie con un grito de asombro. Sus mejillas se habían coloreado, preguntándose un poco nerviosamente si aquellas piedras eran legítimas Yates miró a Mulliner.

—Los diamantes de la Rossiter — aventuró, recordando lo que había leído.

Mulliner se levantó. Su rostro tenía expresión severa y profundas arrugas surcaban su frente.

—No lo se todavía — contestó lentamente. — Espero que no le sean. ¿Recuerda usted haber tirado anoche este estuche de su sillón, cuando estaba medio dormido?

Yates se puso rojo y luego mortalmente pálido.

—Nunca estuvieron en mi poder — tartamudeó. — Se hallaban allí cuando yo me acosté.

Mulliner miró a la señora Paulina.

—¿Quiere ir a despertar a la señorita Culmer? — le dijo. — Dígale que se ponga cualquier cosa y venga, que deseo verla inmediatamente — su mirada se volvió a Yates, mientras la señora cerraba la puerta. — No se alarme — le aconsejó. — Usted no tiene nada que ver. Estas pueden no ser las piedras robadas, después de todo, si no un collar que la señorita Culmer traía consigo y que se le ha caído.

El otro se dejó caer en su silla ,enjugándose la frente.

—Hay una fotografía del collar en la última página — declaró. — Por eso deduje que eran las piedras robadas. — Estaba todavía nervioso.

Mulliner miró la fotografía de la última página y de su mente desapareció el último átomo de duda. Al revés de su propio retrato, publicado en los diarios, el del collar ofrecía un parecido completo con el original, que ahora reposaba en su estuche, entre el plato de Yates y la manteca. Indudablemente Molly había acompañado a Hartmann en un taxi. El robo habíase realizado a las once y quince, más o menos, de la noche anterior. Las preguntas se amontonaban en la mente de Mulliner, mientras esperaba. ¿Por qué había vuelto Molly con Imheim? ¿Por qué le había telefoneado luego, pidiéndole ayuda? ¿Había estado empleada en Oxford Street o era pura invención para hacerle creer que se había convertido en persona decente? Todo aquel asunto parecíale ilógico, disparatado, completamente incomprensible. ¡Haber servido a Karl Imheim hasta el punto de "dopar" y robar a su víctima en un coche de alquiler y luego llamarlo a él — Mulliner — para que la librara del hombre cuyas órdenes había ejecutado y escapar sola con el botín! Era una solución desagradable; pero no podía pensar otra cosa. Era extraño también que Molly hubiera encontrado a Hartmann con las joyas en su poder, a menos que él las llevara siempre consigo y esto parecía improbable. Lo más creíble era que ella hubiera seguido cultivando la amistad de Hartmann desde la llegada a Livevrpool, obteniendo su confianza.

Vió que Yates lo observaba ansiosamente.

—¿Son las mismas, verdad, señor?

Mulliner asintió con la cabeza.

—Se le parecen mucho — admitió.

Yates agarró el diario y estudió él la fotografía. Mulliner le vió contar las piedras del collar y las del grabado. Sacó un pedazo de lápiz y repitió la operación.

—La misma cantidad — anunció al fin.

Mulliner sonrió sombríamente.

—No se moleste más — le recomendó. — Son los diamantes de la Rossiter.

El otro lo miró.

—¿Usted los conoce?

—Estoy casi seguro. No le diga nada a su hermana, sin embargo. Hay una probabilidad de que me equivoque. ¡Ojalá fuera así!

La puerta se abrió de pronto y apareció la señora Paulina. Estaba colorada, Jadeante;

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de **EL DIARIO— (EXTRACTO)**

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . **F. C.** . . . . .

sus ojos muy abiertos parecían haber visto un fantasma.

—Ella estaba en su cuarto antes de que lo despertara a usted, señor — tartamudeó. — Puedo jurarlo. Pero ahora ha desaparecido. Su cuarto está vacío... y he registrado toda la casa sin encontrarla.

MOLLY DESAPARECE

Los tres se dirigieron al dormitorio que Molly había ocupado. La señora Paulina guiaba. Era un cuarto bañado de sol, con las paredes pintadas celeste pálido y las mismas cortinas de chintz que Mulliner había visto en las otras piezas. Las ropas del lecho, una camita de roble, estaban echadas descuidadamente hacia atrás, arrastrando una punta por el piso, las almohadas revueltas.

Mulliner se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Vió un jardín cuidado, un cantero de rosas, césped y el mar al fondo, asomando entre los árboles. Mulliner saltó por la ventana, dió vuelta la esquina del bungalow y, al llegar al frente examinó el camino. Veíase un camión de panadero, un muchacho repartidor en bicicleta, con un gran canasto adelante. De Molly ni rastros.

Deteniéndose un momento junto a la puerta, encendió un cigarrillo. Quizá, después de todo, era mejor que se hubiera ido, reflexionó. "El que roba una vez roba cien" había oído decir. Se encogió de hombros. Era una lástima; pero, qué se le iba a hacer!

Reflexionando, encontró que sentía mucho hubiera vuelto ella a su antigua vida criminal. No tenía pruebas de que nunca la hubiera abandonado; pero prefería creerlo así. Vaciló antes de reunirse con los otros, no sabiendo que explicaciones iba a darle a la señora Paulina. De Yates no le importaba tanto. Ya sabía bastante de la historia.

Se desperezó y decidió que una o dos semanas de Felpham le harían bien. Le gustaban aquellos techos rojos contra el azul del cielo y el rumor de las olas. Un diablillo maligno le murmuraba que él y Molly deberían haber estado en la playa, recogiendo piedrecitas. Se mordió el labio. ¡Qué lástima que fuera ladrona!

Su mirada fijóse en una motocicleta apoyada contra un poste, en el camino, y pensó por un momento que haría allí: acórdose del hombre de cara de zorro y sus pensamientos sufrieron un cambio. Molly no podía ser del todo mala, si no se hubiera molestado en enviarle aquel aviso, a menos que fuera gratitud común, — sentimiento que aun las peores criaturas humanas son capaces de sentir — por haberla él salvado de la muerte. Fuera como fuese, decidió que debía concederle el beneficio de la duda.

Volviendo al llamado telefónico desde Piccadilly, se puso a analizarlo brevemente para ver si el S. O. S. había sido en realidad un lazo. Piccadilly Circus era el sitio menos a propósito del mundo para un secuestro. Y sin embargo... no sabía. Karl Inheim, si había de creerlo a Yates, tenía fama. Se le consideraba una especie de genio entre los criminales. Y se dice que el genio llega a las fronteras de la locura. ¿Si se la hubiera instruído a Molly para que lo atrajera a las inmediaciones de la cabina telefónica y que fingiera estar narcotizada? Ella había parecido medio muerta en el auto; pero se repuso sorprendentemente mientras Yates la vendaba, junto al río. El Mulliner, debía presentarse en escena en cualquier momento.

Imheim no debía saber que estaba armado; se le conocía como boxeador, no como pistolero. Imheim indudablemente llevaba pistola.

La aparición de un cabo de policía podría haber complicado las cosas, pero no muy seriamente. Karl, protegería la retirada, pistola en mano.

Mulliner regresó a la casa no convencido del todo. Su teoría basábase en la creencia de que Molly era del todo mala, cuando en verdad sabía que no era así. Tomando la noche anterior como base, calificó de sincero el llamado telefónico, un movimiento impulsivo, una especie de arrepentimiento repentino de la "atrayente rubia". No había existido complot para atacarlo. Los planes de Imheim eran ya bastante peligrosos sin eso. Parecía que Molly se hubiese separado de la pandilla y vuelto luego, sin explicar muy claramente donde había estado. Karl sospechó quizá que se hallaba en relaciones con el hombre que la salvó en el Oramic. Temiendo que él interviniera, había mandado tres hombres para que lo asaltaran mientras Molly se ocupaba de Hartmann. Nuevamente encogióse de hombros Mulliner y dirigióse a la ventana por donde había salido. Era inútil cavilar. Molly se había hecho humo y lo más probable era que nunca supiera la verdad. Su responsabilidad respecto a ella había terminado. No sabía que diría a la policía cuando le entregara los diamantes de la Rossiter.

Mientras pasaba por la ventana, vió a Yates agachado junto a la cama. La señora Paulin lo miraba. Alzó la vista.

—¿No halló señales de la señorita?

Mulliner movió negativamente la cabeza.

—Temo que se haya ido definitivamente.

La señora Paulina suspiró.

—¡Es extraordinario! — dijo. — Un minuto antes estaba profundamente dormida y al siguiente desaparece en el espacio, por decirlo así. No tenía cartera, ni dinero, ni nada. Y se ha ido prácticamente casi sin ropa. ¡Mire esto! Le mostró una miscelanea de prendas femeninas.

Mulliner las miró frunciendo el ceño. El misterio se profundizaba. Mirando alrededor de la habitación, sus miradas se fijaron en un block de papel de escribir y un lápiz que había sobre la mesita de noche.

La señora Paulina pareció ler sus pensamientos.

—Yo le dí eso antes de que se fuera a dormir. Me lo pidió muy particularmente.

Yates se levantó lentamente. Su rostro estaba rojo por el tiempo que había permanecido agachado; entre sus dedos tenía una hoja doblada de papel. La abrió y se la pasó a Mulliner.

—Parece una carta, señor — dijo. — Está dirigida a usted.

Mulliner la llevó junto a la ventana.

"Estimado señor Mulliner" descifró en aquellas líneas garabateadas. "Me tiembla mucho la mano; pero quiero escribirle antes de dormir. No pude decírselo delante de los otros. Encontrará usted los diamantes de la Rossiter entre los almohadones de uno de los sillones de la señora Paulina. Tenga la bondad de creer que yo no lo narcoticé al señor Hartmann. Karl le dió un cigarrillo en el bar americano del Europa. Karl me había encontrado a mí en Londres por la tarde. Me amenazó, obligándome a ir con él. En tada que estaba. Cada vez que miraba hacia atrás me parecía verlo a Karl. Principalmente era imaginación mía; pero lo vi una vez, por Charing Cross Station. Entré en la Strand Corner House por una puerta, me abrí paso entre la gente y salí por otra puerta. Creyendo que había logrado darle esquinazo, le telefoneé a usted, pensando dirigirme a su departamento, no bien estuviera segura de que se hallaba usted en él. No pude obtener comunicación. Comí en lo de Romano y probé de nuevo. La tercera vez pude comunicar-

Imheim saltó del auto. "¡No se mueva!" gritóle Mullimer, apuntándole con la pistola.

el N. 3 de Gray Street, en Soho, lo ví a Joe Rice. Es capaz de hacer por mí cualquier cosa. Así que le rogué fuera a advertirle a usted de que Karl trataría de matarlo. Ya me lo había dicho.

Yo decidí que Karl nunca tendría esos diamantes. Todo el tiempo que íbamos con Hartmann en el taxi, sabía yo que él nos venía siguiendo. Cuando Hartmann se durmió yo le hablé al conductor, lo hice disminuir la marcha un momento, le dí un billete de diez chelines y me escapé. No se imagina lo asustme con usted; pero ya Karl había encontrado mi pista. ¡No me perdono todas las molestias que le he causado y los peligros a que lo he expuesto! Karl estaba más furioso conmigo que la noche que me tiró al mar. Si no hubiese llegado usted tan pronto, me hubiera llevado consigo para matarme.

Leo Hartmann para en el hotel Europa. Si puede usted devolverle esos diamantes sin mencionarme a mí o a Imheim, me hará un gran favor. ¿Quiere hacer esto por mí?

MOLLY"

El cerebro de Mulliner era un torbellino, leyendo aquella carta escrita con la letra que por primera vez vió en el sobre dirigido a él "Fogonero J. Mulliner", se aborrecía a sí mismo por haber pensado mal de Molly. Comprendió ahora que ella había deseado hablarle de aquellas piedras; pero tuvo pocas oportunidades.

Estaba narcotizada cuando él se la quitó a Karl y no recobró sus sentidos, por completo, en mucho tiempo. Cuando al fin pudo pensar claramente, estaban a su lado Yates y su hermana. Escribió la carta antes de dormirse, pensando huir no bien se despertara. Se había ido por no ponerlo en más compromisos.

Mulliner daba la espalda a los otros y miraba por la ventana, el lindo jardín bañado de sol. ¡Las cosas habían pasado tan rápida, tan inesperadamente! El hallazgo de los diamantes desaparecidos había despertado en él toda clase de sospechas.

El no había tenido tiempo de examinar sus sentimientos hacia una mujer que, aunque de exterior atrayente podía ser corrompida en lo moral. Ahora, sin embargo, era distinto. Comprendió que estaba loco por Molly, que se había enamorado a primera vista, cuando Karl Imheim se hallaba inclinado sobre ella, amenazándola con la navaja.

Pasó la carta a Yates, volvióse y explicó a su manera el contenido a la señora Paulina. Fijándose nuevamente en las ropas, prendas que le parecían esenciales para su fuga, encontróse con otro misterio que requería solución. Evidentemente la intención de Molly había sido huir del bungalow; pero... ¿se había ido por su propia voluntad? Parecíale que alguien se había anticipado a sus planes que alguno de los "muchachos" de Imheim — como decía Yates — había logrado llegar hasta Felpham y la había raptado mientras ellos se desayunaban. Mencionó aquella probabilidad a Yates y encontró que el otro estaba enteramente de acuerdo, sólo que no comprendía como habían podido descubrir su escondite tan pronto.

Los dos hombres salieron, moviéndose vagamente, buscando rastros. Al llegar al sendero de pedregullo, Yates agarró a su compañero de la manga.

—¡El auto, señor! — exclamó excitadamente. — ¡Ha desaparecido también! La han llevado en él.

Mulliner se quedó con la boca abierta.

—¿A dónde lo había dejado?

—Ahí no más. Estaba cuando fuí a comprar los diarios. ¿No lo oyó usted salir?

El otro movió negativamente la cabeza. Imaginó que habrían puesto en marcha el auto mientras él dormía. Muy probablemente fué ese ruido que lo despertó. Yates dijo que la motocicleta que estaba junto al portón era de propiedad de la policía. Atando cabos supusieron que, después de irse ellos, hubo otra pelea y que uno de los bandidos había hurtado la moto, siguiéndoles así el rastro. El aviso del hombre de cara de zorro volvió a la memoria de Mulliner por décima vez. "Vigile K. I. se mueve". Una ceñuda sonrisa apareció en sus labios.

¡Por fin comprendía cuan significativa era la frase!

LA GUARIDA DE LOS MALHECHORES

Era la una pasada cuando Jim y Yates salían de una cabina telefónica en Felpham e iban a buscar un auto que los condujera a Londres. Una visita a un sastre, por el camino, permitió a Mulliner cambiar su jacket de comida por un traje de franela gris. Los dos hombres se separaron fuera del garage donde Yates pensaba poder conseguir el auto.

—Vaya usted no más — le dijo a Yates el Honorable Jim — Yo me reuniré con usted dentro de diez minutos. Mulliner atravesó el camino y entró al correo, llevando dos paquetes envueltos en papel marrón. El más grande contenía su traje de comida y estaba dirigido a su domicilio particular de Knighsbridge; el otro, bien lacrado, a "Leo Hartmann". Hotel Europa, Southampton Row". Salió del correo libre la mente de un gran peso. Los diamantes de la Rossiter estaban definitivamente fuera de sus manos ahora. Hartmann los recibiría dentro de pocas horas. Mandándolos por correo evitaba una entrevista personal con Hartmann, evitaba también el riesgo de que los diamantes le fueran arrebatados por los agentes de Imheim..

Ahora su principal ansiedad era por Molly.

Yates había denunciado la desaparición del auto, tanto a la policía como a sus patrones. Una conspiración, en la cual fué persuadida a tomar parte la señora Paulina, había omitido el nombre de Molly de ambos informes. La impresión de las autoridades era que Mulliner había alquilado el auto, después de una noche de jarana en la ciudad. El chauffeur tenía una hermana que vivía en Felpham, había llevado allí a Mulliner para que se desayunara y mientras estaban adentro el auto había desaparecido.

Mulliner mismo había inventado aquella versión del incidente. Comprendió que más detalles sólo servirían para complicar el asunto y producir demoras. Así mismo perdieron más de una hora y media, mientras los cabos de la policía local tomaban posesión de la motocicleta, hacían interminables notas y se rascaban la cabeza. Las cosas en Felpham andaban con mucha lentitud.

Era muy probable que pronto se tuviera noticias de la pelea en Burford Bridge y algún genio uniformado relacionará la motocicleta con aquel suceso. Podía hasta descubrir que el auto robado del bungalow tenía fuerte semejanza con el que figuró prominentemente en Dorking. Mulliner esperaba no ocurriera eso antes que él y Yates se hallaran bien lejos del pueblo. Los planes de Muliner estaban arreglados. Iba a ir directamente a la dirección que Molly le había dado en Soho. Yates se quedaría, de guardia afuera.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

POR una quebrada serpenteante descendieron de la elevada meseta llegando al desierto. Río Kid se dirigió hacia la cisterna que él conocía, a través del arenal salpicado de salvia y de raquíticos cactus. La cabeza del caballo caía por la sed intensificada por el polvo del desierto. La garganta de Río Kid estaba seca y ya no cantaba más. Sólo les quedaba unas gotas de agua así es que tanto Kid como su caballo no tenían para ellos. Guardaba ese último y precioso trago para el hombre sombrío que iba a caballo.

Millas y millas de salvia, arena y plantas raquíticas iban quedando atrás, mientras el sol iba cada vez más alto lanzando sobre ellos sus ardientes rayos. La fatiga y el calor, la sed y el polvo se enseñoreaban siendo necesario llegar a la cisterna no habiendo tiempo para hacer un alto.

El sheriff de Frío se balanceaba a veces en la silla de montar. Su cara indómita. Su garganta ardiente por la sed. Pero los brazos listos de Río Kid lo sostenían enderezándolo colocando en sus labios la cantina. Apenas consciente de lo que hacía, Jake Watson bebió hasta la última gota.

Río Kid ató a la silla su cantimplora. La última gota de agua se había ido. Estaban sin agua y a muchas millas de distancia en el ardiente y seco desierto se encontraba la cisterna.

Los ojos indómitos del sheriff miraron a Río Kid. El agua lo había revivido y supo lo que había hecho Río Kid.

—¿Es la última, Kid?

—¡Sí!

—¡Eres un loco!

—Así es, — sonrió Kid.

Continuaron su fatigoso viaje. Las fuertes piernas de Río Kid estaban doloridas de cansancio. Su garganta, quemaba. Un relincho lastimero lanzó el mesteño y Río Kid le acarició suavemente.

El sheriff iba silencioso, avasallado otra vez por la sed y mareado por el polvo y la luz. Río Kid puso la mano de pantalla y miró a través de la llanura arenosa.

—Sheriff, es bueno que se apure, — dijo él. — El caballo encontrará la cisterna. Este animal es tan inteligente como cualquier otro de Texas. El lo llevará a usted a donde haya agua, sheriff. ¡Váyase rápido!

Jake Watson lo miró torpemente.

—¿Y tú, Kid?

—Yo lo seguiré a usted. De todos modos voy a pie. Estamos cerca de la cisterna para que el animal la encuentre por sí mismo. ¡Apúrese sheriff!

Jake Watson lo miró otra vez. Vió las terribles marcas de cansancio y de sufrimiento en la hermosa cara, mezcladas con la burlona sonrisa. Río Kid era derecho hasta la médula. Pero estaba peligrosamente cercano al límite de sus fuerzas.

—¡Yo no te dejo atrás, — murmuró el sheriff.

—¡Oh, rayos! — contestó Río Kid. — No sea loco. Yo no voy a caminar más rápidamente con su compañía, Jake Watson. Le digo que el caballo puede encontrar la cisterna ahora; ya la olfateó. Y usted con toda seguridad puede esperarme allá, hasta que yo llegue. Pronto me verá. ¡Vamos, rápido!

Río Kid le habló al mesteño y le acarició. Durante un momento sus ojos inteligentes se dirigieron a los de Río Kid, como si el animal no comprendiese. Luego comprendió

y se lanzó al galope llevando al sheriff de Frío a la lejana cisterna.

En unos minutos el caballo y su jinete desaparecieron de la vista de Río Kid entre la salvia y el polvo.

Río Kid continuó a pie.

La sed lo atormentaba, siendo aumentada por el polvo que levantaba el viento ardiente del desierto. Un cansancio enorme le hacía doler las piernas. Y la distancia ante él parecía sin fin. Cabalgando, Río Kid hubiera llegado hacía muchísimo tiempo, sino fuera que el desvalido que él mismo había cargado, no estaba en peligro. Ahora se encontraba en peligro él mismo. Y ya se había formado en la mente la idea de que sólo la buena suerte haría que el desierto no reclamara una más de sus innumerables víctimas.

Río Kid iba cayéndose. Lenta, pero tozudamente, el muchacho de Texas que arriesgaba su vida por salvar la de su enemigo mortal, avanzaba enceguecido y mareado, casi insensible ahora a lo que le rodeaba. El estridente relincho de un caballo despertó un tanto al desfallecido Río Kid. Pasó la mano por sus casi ciegos ojos y miró a su alrededor. Había llegado al fin a la cisterna. Junto a ella estaba Jake Watson, que se había apeado para beber. El pequeño manantial burbujeaba, salpicaba y cantaba en pleno día. El mesteño había trotado al encuentro de su amo. Río Kid se agarró de la silla y se tumbó a través de ella no teniendo fuerzas para montar.

—¡Apúrate, caballito! — murmuró fuertemente y sosteniéndose con el último gramo de fuerza que le quedaba, llegó Río Kid a la cisterna. Saltó del caballo, cayó de bruces en el agua, y bebió y siguió bebiendo como si nunca fuese a dejar de beber.

ENTRE ENEMIGOS

¡Eso sí que fué un paseo! — dijo Río Kid. La noche había tendido su negro manto en el desierto. Río Kid y su compañero estaban acampados junto a la cisterna. Habían transcurrido varias horas, pero la constitución fuerte de Río Kid tambaleaba todavía por el gran esfuerzo que había hecho. Río Kid el de las piernas de acero, se alegraba de poder descansar junto a la cristalina agua.

—¡Llegamos! — dijo el sheriff.

—¡Ya lo creo! — asintió Río Kid. — Creí que el desierto me tragaba, Jake. Nunca estuve tan cerca de la muerte como hoy. — dijo con una débil sonrisa. — ¿Dónde estaría usted ahora, Jake, si lo hubiera abandonado a su suerte, como me pedía?

—Sería carne para las aves de rapiña, — dijo sombríamente el sheriff.

—Usted lo ha dicho.

—Supongo que todos los malos ratos habrán pasado, Kid.

—Sí, mañana llegaremos a la pradera, — dijo Río Kid bostezando. — Entonces nos separaremos, sheriff. Usted volverá a Frío y comenzará a perseguirme otra vez. Sin embargo no le tengo miedo.

El sheriff apretó sus dientes fuertemente.

—¡Tú me has salvado la vida, Kid, y permaneciste generosamente a mi lado! Creo que te odiaba por el trabajo que me has dado. Pero ahora ya no te guardo rencor alguno. No obstante el deber es el deber, y trataré de hacerte prisionero si me es posible. Te lo he dicho con toda franqueza. ¿No tienes nada que decir?

—¡Nada! — bostezó Río Kid.

—Kid, vete de aquí mientras tienes la ocasión de hacerlo, — dijo el sheriff de Frío con sinceridad. — Vete de Texas y deja que ya no tenga necesidad de perseguirte.

—No lo haré sheriff. Me fuí de Texas una vez y anduve por todas partes del Oeste. Pero he vuelto a mi propio país y no pienso dejarlo.

El sheriff no dijo nada más. Se acostó y bajo las estrellas del desierto, los dos enemigos se durmieron pacíficamente el uno junto al otro.

Al salir el sol Río Kid se había levantado.

—¡Un día caluroso! — dijo Kid, alegremente al sheriff. Y Jake Watson se levantó.

Río Kid, como conducido por algún instinto tan admirable como el de un animal, eligió el camino a través del desierto sin rastro, donde no había señal alguna que el sheriff pudiese discernir. Aun en la última etapa del fatigoso viaje, el sheriff de Frío era un hombre perdido si Río Kid llegase a abandonarlo. Pero avanzada la tarde fué quedando atrás el desierto, entrando en el verdoso y sembrado chaparral.

Por senderos tortuosos iba Río Kid llevando de la rienda a su mesteño en el que cabalgaba el sheriff de Frío. El sol se ponía en la llanura y las sombras se tendían por el chaparral. Pero Río Kid no parecía perderse. Y de repente al salir de un serpenteante sendero y entrar en un páramo donde el sol poniente enviaba aun sus rojos rayos, fueron detenidos por un grito y ruido de pasos seguido por un brillar de armas.

—¡Río Kid!

—¡Manos arriba!

Unos seis revólvers apuntaban al pecho de Río Kid quien dejó de caminar. No dirigió su mano al revólver. A pesar de su rapidez Río Kid se dió cuenta de que no tenía probabilidad alguna de hacer uso del arma. Era la primera vez que habían tomado al muchacho de Texas por sorpresa cayendo así en manos de sus enemigos.

Abe Harrigan, Pecos Pete y media docena más de agentes del sheriff de Frío lo habían rodeado estando listos para hacer fuego si Río Kid hacía el movimiento más mínimo de empuñar su revólver.

Una sonrisa burlona y amarga cruzó por la hermosa cara de Río Kid quien levantó sus manos por encima de su cabeza..

—¡Obedeceré, caballeros! — dijo ligeramente. — ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

Abe Harrigan se reía alegremente.

—¡Río Kid! — repetía. — ¡Por Satanás, Río Kid! — Abe no podía dar crédito a su buena suerte. — ¡Río Kid en nuestro poder!

—¡Ya tenemos a Río Kid! — dijo sonriendo Pecos Pete. — ¡Será sensacional su entrada en Frío!

—¡Ya lo creo muchachos! — dijo Río Kid — ¡Pero aun no me han tomado!

—¡Manos arriba! — dijo Harrigan cuyos

—¡Sheriff! — dijo Río Kid. — Siga usted solo. El caballo encontrará la cisterna y podrán beber agua. Yo los seguiré a pie.

cjos centelleaban por encima de su revólver. — ¡Ahora sí que eres nuestro, Kid! ¡Sentiré mucho derramar una gota de sangre de tu cuerpo, pero al menor pestañeo recibirás una píldora.

Río Kid se encogió de hombros.

—Me habéis ganado de mano, — dijo. — No puedo hacer nada. Ahora sois los que mandáis.

—¡Jaime, desármalo!

—¡Ya lo creo!

Los revólvers de cabo de nogal le fueron sacados del cinto. Aunque eran ocho los hombres y cada uno de ellos apuntaba con su Colt a Río Kid, no respiraron tranquilos hasta que éste fué desarmado.

Río Kid miraba curiosamente a Jake Watson que desde el mesteño observaba ceñudo y en silencio la escena que tenía lugar en este momento. Todavía no había pronunciado palabra alguna. Tampoco Río Kid le había dicho nada. La suerte se le había dado vuelta y Río Kid no era hombre de implorar favores. Por ayudar a su enemigo se había arriesgado hasta este punto. Y ahora que se había materializado no se quejó.

Ni Harrigan ni los demás hicieron por el momento caso de la presencia del sheriff. Estaban demasiado ansiosos por asegurarse a Río Kid.

—¡Hay que atarle las garras, Jaime! — dijo Harrigan.

Los brazos de Río Kid fueron atados sobre la espalda. No hizo resistencia alguna. Sabía lo que se hacía. Mientras hay vida hay esperanza. No era la primera vez que lo habían atado y aun seguía vivo, para contar el cuento.

—¡Ahora sí que estás seguro! — dijo el largo Jaime. — ¡Rayos, todo el pueblo de Frío no podrá creer lo que vea cuando hagamos la entrada triunfal.

Harrigan se volvió por fin al sheriff.

—Me alegro muchísimo de verlo vivo, sheriff — dijo él. — Todo el pueblo de Frío creía que estaba a merced de Río Kid, pues usted tardaba en volver. ¿Qué sucedió para que viniera cabalgando en su compañía y en su caballo?

Ahora que Río Kid estaba fuertemente atado, todos los hombres miraron con visible extrañeza al sheriff.

—Todos creímos que ya no estaba usted en este mundo después de haber salido del pueblo en compañía del maldito indio y al ver que tardaba tanto en volver, — dijo Pecos Pete. — Desde entonces hemos estado buscándolo, pero nunca creímos encontrarlo vivo. ¡Y ahora lo tenemos entre nosotros acompañado de Río Kid. ¡No puedo comprenderlo!

Jake Watson suspiró profundamente.

—El indio me traicionó — dijo él — me golpeó de atrás y luego me sujetó fuertemente con una cuerda. ¡Río Kid me salvó la vida!

—¡Oh, rayos! — dijo sorprendido Harrigan.

—¡No me abandonó un momento en el desierto! — dijo lentamente el sheriff. — Ahora me llevaba en su propio caballo para dejarme en Frío cuando dió con vosotros en el chaparral.

—¡Cielos! — dijo asombrado Harrigan. — Pero eso no viene al caso, sheriff. ¡Es un foragido por cuya cabeza dan mil dólares y ahora es prisionero nuestro!

—¡Claro! — dijo Pecos Pete.

El sheriff Watson asintió con la cabeza.

—¡Así es! — dijo él. — Salvó mi vida y no me abandonó en el desierto; pero yo le avisé con toda franqueza que lo haría prisionero si se presentaba la ocasión. ¡Y por Dios, que se ha presentado ahora!

—¡Eso es hablar! — dijo Abe Harrigan.

El sheriff clavó sus ojos en Río Kid.

—Kid — dijo ceñudo, — reconoce que te lo avisé. Admite también que te había dicho que me pegases un tiro si querías hacerlo y que me dejases en el desierto a mi suerte. Te avisé que te perseguiría aún cuando mes salvases la vida. Admite eso, Kid.

—¡Bah, no se preocupe, sheriff! — dijo sin darle mayor importancia. — Yo no tengo nada que reprocharle. Creo que hice mal en venir, pero ya está hecho.

—¡Siempre fuiste todo un hombre, Kid! — dijo Pecos Pete.

—Estábamos acampando aquí cuando llegaron ustedes, sheriff, — dijo Abe. — Pero lo que es ahora levantaremos el campamento para irnos de inmediato a Frío. Ese no estará seguro hasta que lo tengamos encerrado en el calabozo.

—¡Es cierto! — dijo el sheriff evitando mirar a Río Kid.

¡CABALGUE!

Atado a la silla de su mesteño con los brazos ligados sobre la espalda salió Río Kid del chaparral para entrar en la pradera. Bajo las titilantes estrellas y en medio de hombres armados y alerta cabalgaba el muchacho de Texas. Su cara fría, no demostraba nerviosidad alguna. Ni su corazón daba señales ello. La Fortuna había jugado con él muchas otras veces pero ninguna como ahora lo había entregado en manos del hombre a quien había salvado la vida.

Junto a él el sheriff de Frío cabalgaba en su caballo perteneciente a uno de sus agentes. La cara del sheriff estaba seria y sombría. Al fin Kid había caído en su poder siendo llevado atado por sus hombres armados. La larga persecución había terminado El triunfo era al fin suyo. Y la burla de Frío y de sus alrededores cesaría cuando el escurridizo Río Kid fuese encerrado en el calabozo entre rejas. Pero el triunfo del sheriff de Frío le amargaba la boca.

Mientras cabalgaba junto a Río Kid sólo pensaba en los días y noches cuando débil y desvalido en el arroyo del Llano Estacado Río Kid lo defendía y lo cuidaba. El corazón del sheriff de Frío sufría más que el de Río Kid.

Había puesto los revólvers de cabo de nogal en su cinto. El rifle de Río Kid estaba atado en su silla. Ahora el sheriff de Frío era quien cabalgaba armado y libre. Río Kid estaba a merced suya como él lo había estado a merced del muchacho de Texas. Bajo las brillantes estrellas cabalgaban al galope dejando atrás millas y millas de pradera en dirección a Frío.

A medida que se acercaban al pueblo, la cara del sheriff obscurecía cada vez más. De pronto aflojó las riendas.

—¡Alto!

Los jinetes contuvieron sus caballos y miraron al sheriff de Frío en medio de la obscuridad.

Durante un segundo Jake Watson permaneció silencioso, cuando habló su voz era ronca y agria.

—Vosotros id a Frío. Yo os seguiré.

—¡Sheriff...!

—¡Silencio! — dijo el sheriff — Creo que tengo las armas del muchacho y bien podré cuidar a un hombre atado. Seguid vuestro camino. ¡Os lo digo yo!

—Pero... murmuró Pecos Pete.

El sheriff rompió salvajemente:

—¿Estás dando órdenes, Pete? Sigue tu camino o de lo cantrario te haré callar de un balazo.

Los jinetes cambiaron miradas. Pero continuaron su camino hablando entre sí en voz baja. El sheriff quedó solo con el prisionero.

En silencio siguió con la vista a los jinetes hasta que desaparecieron en las sombras.

Luego se volvió a Río Kid que iba silencioso atado en su mesteño, y con su propio cuchillo cortó las ataduras.

Río Kid sonrió y estiró sus miembros.

—¿Piensa libertarme, Jake? — bostezó Kid.

—¡Sí! — El sheriff lanzó una palabrota. — Te he perseguido, Kid y continuaré per-

siguiéndote. No abandonaré la persecución hasta que yo te haya atado. Pero tú me salvaste la vida en el desierto y no puedo permitir esto. Cuando mis agentes te detuvieron tú me llevabas a casa en salvo. No quiero hacerte una traición. ¡Sea o no, mi deber, eres libre!

—Yo ya sabía que usted no era tan rudo como pretendía aparentar, sheriff — sonrió Río Kid. — Usted sería más rastrero que un indio o una serpiente si me llevaba así a Frío.

—¡Oh, basta de charla! — dijo el sheriff. — Aquí están tus revólvers, grandísimo tunante. Ya eres un hombre libre, Kid, con un caballo y armas y vete... maldito, vete.

Río Kid se sonreía mientras se ponía el cinturón y en él acomodaba sus revólvers.

—¡Me iré! — dijo él. — ¡Es usted un hombre, Jake, aunque usted trataba de ocultar sus buenos sentimientos.

Río Kid hizo girar su caballo, pero se paró antes de irse.

—Sheriff, — dijo él. — A usted le debo esto...

—¿No lo sé yo? — dijo el sheriff. — ¡Vete, sigo diciéndote!

—Usted me ha derrotado — dijo Río Kid sobriamente. — Al fin de cuentas usted me derrotó, Jake. Si me voy como hombre libre, esta noche misma abandono la región de Frío para no volver entre tanto usted sea sheriff de Frío.

El sheriff respiró profundamente.

—Que así sea, Kid, y buena suerte en donde quiera que fueses.

Río Kid con una sonrisa burlona le tendió la mano. El sheriff Watson la apretó entre las suyas durante un rato.

—Ahora, vete — murmuró él.

—¡Adiós!

Las sombras tragaron a Río Kid. El ruido de los cascos del mesteño murieron en la noche. El sheriff suspiró profundamente y haciendo girar a su cabalgadura se lanzó en pos de sus hombres.

LA CABAÑA SOLITARIA DEL VALLE

Una horrible tormenta de agua y viento se desencadenaba en las Huecas. Las montañas circundantes no eran visibles debido a la obscuridad reinante. La lluvia era torrencial. Río Kid completamente empapado, conducía de las riendas a su mesteño gris. Toda su vestimenta chorreaba agua, lo mismo que su fiel caballo.

Mientras Río Kid conducía su cabalgadura por un sendero oculto por las tinieblas, dirigía su mirada a una lucecita que brillaba débilmente en la lejanía.

—¡Malditas botas! — gruñó Río Kid abriéndose camino en medio de una lluvia que asemejaba al diluvio.

—Vaya una nochecita que tenemos, viejo, — díjole al caballo.

Río Kid se había alegrado muchísimo de ver aquella solitaria lucecita que brillaba débilmente en la noche, lejos, muy lejos, allá en las montañas obscuras y lluviosas. Por lo menos era una promesa de abrigo contra la lluvia y el viento.

Puede que le negasen hospitalidad; pero eso no le preocupaba en lo más mínimo. Estaba listo a pasar la noche allí, fuese como fuese; y si llegase el caso haría uso de su revólver de seis balas.

Río Kid imaginó al momento que la luz ardía en la ventana de la cabaña solitaria de algún cazador, a muchas millas de la colonia más cercana. Algún fuerte colono había fijado su residencia en el corazón de la sierra.

Río Kid, malhumorado consigo y con todo el mundo, caminaba conduciendo su caballo, en dirección de la luz.

Había mantenido la palabra dada al sheriff de Frío, Watson, alejándose de la comarca, cosa que hizo de muy mala gana. Pero el muchacho de Texas no era hombre de quejarse al dirigirse hacia nuevos caminos y hacia nuevas regiones.

—¡Oh, rayos! — dijo Kid al chocar contra un alambrado. — ¡Esos malditos alambres!

Río Kid detestaba en grado superlativo los alambrados que ponían. Con un malhumor creciente, siguió a lo largo del alambrado hasta llegar a una puerta que abrió, haciendo pasar por ella a su cabalgadura.

Ahora, la luz ardía en línea recta hacia él.

Se hallaba, en lo que Kid pudo juzgar en medio de la profunda obscuridad, en la ventana de una cabaña o más bien de una choza situada a orillas de un arroyo que había salido de madre por la abundancia de lluvia y que iba en pos del valle, rugiente y torrentoso.

Caminó a través del fango hasta llegar a la puerta de la choza.

Si no fuera por la luz solitaria que brillaba en la ventana con cortinas, se diría que la choza estaba deshabitada.

Río Kid llamó a la puerta con el cabo de su látigo.

—¡Pum! ¡Pum!

Golpeaba fuerte y furiosamente.

Nadie respondía. Río Kid llamó otra vez y gritó:

—¡Eh! ¡Abran de una vez y déjenme guarecerme de esta lluvia! ¡Oh, rayos! ¿O es que queréis que derribe la choza a fuerza de golpes?

—¡Pum! ¡Pum!

La puerta se abrió inmediatamente. La luz de una vela brillaba débilmente en el interior. Apareció un hombre pálido y atormentado con el dedo en los labios.

Río Kid lo miró fijamente.

—¡Silencio!

—¿Qué diablos sucede? — preguntó Kid malhumorado.

El trampero señaló a la habitación próxima, en donde ardía la luz que sirvió de guía a Río Kid en medio de las tinieblas.

—¡Ella está enferma! — murmuró él.

El hombre de la cabaña lo miró y vió que era un esbelto vaquero, mojado hasta los huesos. Río Kid vió en cambio un hom-

bre ojeroso, agobiado por negros pensamientos.

—¿Su esposa? — preguntó Río Kid juiciosamente.

El trampero asintió con la cabeza.

—¿Muy enferma?

Otro movimiento de cabeza afirmativo.

—¡Lo siento muchísimo! — dijo Río Kid con cierto embarazo. — Si yo hubiera sabido eso no lo habría molestado llamando a su puerta. ¿Duerme?

—Sí.

—Espero que no la hayan despertado mis golpes. — dijo Kid ansiosamente.

—No la despertaron.

—¡Me alegro! ¿Lo molesto a usted? Bueno, tanto mi caballo como yo, podemos seguir a la intemperie. Usted disculpe.

Se iba, cuando el de la cabaña le dijo tranquilamente:

—Usted puede entrar, señor. Lleve su caballo al cobertizo y luego venga. Es usted bienvenido, aunque no haya gran cosa que pueda ofrecerle.

Río Kid dudó. Pero al fin aceptó la invitación. El hombre de la cabaña le entregó la vela a Río Kid, quien tapando la luz con su sombrero mojado, condujo a su cabalgadura a la choza. En el cobertizo había paja y alfalfa, así es que Río Kid alimentó e hizo cama al animal, alumbrado por la luz de la vela puesta en una hendija de la madera.

Luego volvió al pórtico. La puerta estaba cerrada para que la fuerte corriente de aire no penetrara; pero se abrió tan pronto como los pasos de Kid fueron apercibidos. El muchacho de Texas entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí. Puso la vela en una tosca mesa de pino.

El hombre de la cabaña había entrado en la habitación adjunta, donde ardía la lámpara. Volvió en puntas de pie.

Moviéndose silenciosamente como un sonámbulo, puso la cena en la mesa ante Río Kid.

—¡Gracias! — murmuró éste.

Afuera, el viento aullaba y la lluvia golpeaba furiosamente contra la choza. Pero Río Kid pensaba sinceramente que sentía muchísimo haber llamado a la cabaña solitaria de la sierra. Había ido a una casa donde yacía una mujer enferma asistida por un hombre agotado por tanta vigilia y, por el mucho sufrimiento.

—¿Hace mucho que está enferma? — preguntó sin dejar de cenar, aunque lentamente y con poco apetito.

—¡Tres días!

—¿Y el doctor?

—El más próximo está en Cow Crosing, a cuarenta millas de distancia. ¡Y yo no puedo abandonarla!

—¡Oh! — gruñó Río Kid.

Río Kid había visto mucho la vida pesada que llevaban los tramperos, pero esto era más de lo que podía imaginarse.

—Hay un doctor en Cow Crissing, — dijo pensativamente. — ¡Conozco el lugar bastante bien!

El hombre meneó la cabeza.

Mientras permanecía acodado en la mesa, escuchaba un sonido que venía del cuarto de la enferma.

Río Kid conocía Cow Crossing. Se hallaba a cuarenta millas o más de la cabaña solitaria del valle de las Huecas, y por el camino más malo y más abrupto del Oeste de Texas. Río Kid recordaba bien Cow Crossing. Una vez había cabalgado por el pueblo seguido por el sheriff y sus agentes, bajo una lluvia de balas. Estuvo a punto de perecer.

Una voz débil y suave llegó de la habitación adjunta:

—¡Enrique!

El trampero hizo una señal a Kid penetró silenciosamente en el cuarto de la enferma.

Siguió un bajo mrumullo de voces.

Río Kid con el entrecejo fruncido comía carne en conserva y bebía café frío. Tenía buen cuidado de no hacer ruído. Sus pensamientos estaban en actividad. Por fin volvió el hombre. Permanecía junto a la mesa mirando fijamente con cara llena de angustia a la vacilante luz de la vela.

—Forastero, usted puede quedarse a dormir aquí, — dijo en voz baja. — Tenemos mantas de sobra. Quédese tranquilo.

—¡Bueno! — murmuró Río Kid.

El fuego de leña ardía poco en el fogón. Río Kid tenía calor. No pensaba en las mantas.

—Mire usted, buen hombre, — dijo Río Kid con voz que era más bien un murmullo, — usted necesita que venga el doctor de Cow Crossing.

El otro hizo un gesto de desesperación.

—No puedo abandonarla.

—Iré yo, — dijo Río Kid.

El hombre lo miró y dijo:

—¡Cabalgar cuarenta millas en una noche como esta!

—¡Seguro! — dijo Kid.

—No hay nada que hacerle, forastero, — dijo el hombre angustiado. — El doctor Pigeón no cabalgará cuarenta millas en una noche como esta. Y... — aquí cesó de hablar.

Río Kid comprendió.

—Me imagino que el doctor exigirá honorarios, — asintió, — y usted no tendrá mucho dinero en esta humilde cabaña, según me supongo.

—Mientras uno tiene salud se gana para vivir. Yo no puedo quejarme. Pero ahora...

Río Kid se levantó y dijo:

—Usted necesita que venga el doctor de Cow Crossing. He oído hablar del doctor Pigeón. Es una persona excelente. Yo me arreglaré con él. Espero que los muchachos no me corran a balazos esta noche. De cualquier modo iré.

El trampero lo miró fijamente.

—No podrá hacerlo. Nadie en Texas sería capaz de cabalgar por semejante camino y con una tormenta como ésta.

Río Kid sonrió.

—¡Silencio! Ella está enferma.

—He cabalgado por peores caminos antes de ahora, — dijo él. — Mire, si antes de la madrugada no estoy aquí con el doctor Pigeón, le permito que diga a quien quiera oirlo que Río Kid ha terminado sus correrías.

El trampero se sobresaltó. Evidentemente aquel nombre no le era desconocido.

—¡Río Kid! — repitió.

—Sí, el mismo. El foragido y el hombre más detestado de Texas. — dijo ceñudamente. — Y ahora voy a Cow Crossing y traeré quiera o no al doctor.

Sacudió su sombrero todavía mojado, lo hundió en la cabeza y se fué hacia la puerta seguido por la mirada del trampero, quien le dijo:

—¡Dios lo bendiga! ¡Foragido o no, Dios lo bendiga, Kid!

Río Kid se lanzó en la obscura noche.

LA CABALGATA DE RIO KID

—¡Viejo, tenemos que luchar!

El mesteño de Río Kid se revolvió en el lecho de paja. En la obscuridad del cobertizo sus ojos inteligentes brillaron al vorver su cabeza hacia su amo.

—¡Tenemos que luchar, — dijo Río Kid dándole unas palmaditas afectuosas en el pescuezo. — En verdad que la noche no se presta para ir por el peor camino de Texas; pero hay que hacerlo así, nó lo olvides.

Río Kid ensilló el animal y lo sacó del cobertizo. En el cielo obscuro no brillaba ni una estrella. Circundando al valle de Huecas se levantaban fantásmagóricas montañas. Detrás de Kid mientras conducia al caballo afuera del alambrado, ardía todavía la solitaria luz de la ventana de la choza donde estaba sentado un hombre angustiado, junto al lecho de su enferma esposa. Pero alrededor de Kid no había mas que lluvia, tinieblas y viento ululante y el rechinar de las ramas de los pinos torturados. Río Kid después de cabalgar, dirigió su última mirada a la solitaria choza y dando la espalda a la vacilante luz galopó a través de las tinieblas y de la lluvia.

Muy pocos jinetes hubieran sido capaces de seguir la senda en medio de tan absoluta obscuridad y lluvia torrencial. El mismo Río Kid no se aventuraba a cabalgar apresuradamente. El mesteño fijándose bien al suelo trotaba sin necesidad de que lo guiasen. Más tarde, cuando saliese del abrupto valle y de las quebradas colinas de la sierra Huecas, podría galopar libremente. Pero, entre tanto, su precaución era grande; tanto como podía tenerla Río Kid. Este no pensaba en sí mismo, sino en la pobre mujer enferma que yacía acostada en la solitaria choza y en el atormentado hombre que sentado a la cabecera del lecho observaba las alternativas de la enfermedad.

¡Tracatrá, tracatrá, tracatrá!

Río Kid llevaba la ruta bosquejada en su mente. No era la primera vez que había cruzado aquellos senderos solitarios. Más allá de las pendientes de la sierra Huecas se extendía la pradera durante millas y millas hasta llegar al vado del río Pollo por donde tenía que pasar. Al otro lado del río, más pradera hasta llegar a Cow Cossing.

El camino era abrupto y salvaje; en el cielo obscuro no brillaba ni una sola estrella. De vez en cuando encontraba alguna marca que le era conocida si podía distinguirla en la negrura de la noche. Era una cabalgata que causaría un estremecimiento de horror a mas de un vaquero experimentado. Pero Río Kid, alegre de corazón se lanzó a la aventura.

El malhumor que había dominado a Kid desde que abandonara la región de Frío, desapareció ahora por completo. Su ceño también se desvaneció. Todos sus pensamientos y energías estaban concentrados en la árdua tarea que tenía ante sí.

En una forma u otra, si es que no se rompía el pescuezo en el camino, llegaría a Cow Crossing al puntear el día. Sería inútil hacerlo antes aunque le fuera posible; pues el doctor Pigeón a pesar de su buen corazón y su fortaleza no podría cabalgar en la obscuridad. Pero al amanecer, había jurado llegar a Cow Crossing, despertar al doctor y hacerlo ir a la solitaria cabaña de la Huecas. Siempre había una posibilidad de que el doctor se resistiese a cumplir la orden de un foragido; pero Río Kid no se preocupaba por ello. Por bien o por mal, Río Kid no esperaba por respuesta un rotundo "No".

Por fin el caballo salió de la sierra alegrándose el muchacho de Texas de sentir la hierba bajo los cascos de su cabalgadura. Ahora dejó que el animal galopase. La senda fué seguida por instinto del jinete y del caballo. Ninguno hubiera podido distinguir en la lluvia y en las tinieblas signo alguno de camino. Pero de vez en cuando aparecían las marcas que eran dejadas atrás velozmente: un grupo de gigantescos álamos donde ya había acampado; un espacio quemado de chaparral, un un trecho arenoso que no era más que un brazo del desierto qeu llegaba a la pradera.

Río Kid conocía todo esto. Y si hubiese dudado las señales sucesivas que había reconocido le hubieran dicho que estaba en el verdadero camino.

Débilmente se oía el lejano ruído de agua torrentosa.

Tenía que cruzar el río Pollo por el vado. Pero debido a la lluvia en este lugar la profundidad sería considerable y las aguas serían torrentosas. Torrente o no, Río Kid tenía que cruzarlo. Y cuando el rugido distante de las aguas tumultuosas llegó a sus oídos avisándole la proximidad del río, los ojos de Río Kid se dirigieron a izquierda y derecha tratando de perforar la obscuridad.

Ahora se encontraba en lugar peligroso. En algún sitio abrupto y quebrado de las márgenes del río Pollo, tenían su guarida la gavilla que tenía por capitán al famoso Jefferson. Así es que al cruzar por allí era necesario abrir bien los ojos y tener listo el revólver.

—¡Me parece que esos no merodearán con noche como ésta, — dijo Río Kid al caballo Pero a pesar de todo puso el revólver al alcance de la mano y no descuidó la vigilancia. Hubo un momento de calma en la torrencial lluvia. En un claro del nebuloso cielo brillaron unas cuantas estrellas. En cualquier otro lugar del camino, Río Kid se hubiese alegrado de ver la luz pálida de las estrellas; pero ahora le hubiera agradado galopar hasta el río en la más completa obscuridad. No quería encontrarse con la gavilla de Jefferson. No eran sus deseos quemar la pólvora en su camino a Cow Crossing. El bien quisiera que a tan altas horas de la noche y con un tiempo tan malo, los cuatreros estuviesen descansando sin preocuparse de que un solitario jinete cabalgaba por los lugares que ellos frecuentaban.

Fué una vana esperanza. Frente a Río Kid, a la pálida luz de las estrellas, todavía lejos, pero a la vista, brillaban las torrentosas aguas del río Pollo. Y entre Río Kid y las brillantes aguas un grupo de siluetas vagas y sombras hicieron su aparición. Alcanzó a contar hasta cuatro jinetes. Un grito áspero rasgó el silencio nocturno y un revólver retumbó iluminando las tinieblas un segundo.

(Continuará)

LEA

ANGELES del INFIERNO

Novela inspirada en el film del mismo título

EL ASESINO MISTERIOSO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

VEN acá hombre ¿que es eso de la empanada, que acabas de contar? ¿Quién te la dió?

—Un hombre, nunca le había visto Se llegó a mí en el Embankment y me preguntó si quería ganarme un chelín (no le miento, señor es la pura verdad) llevando un paquete a la mensajería del distrito.

—¿Le viste la cara? — se apresuró a preguntar Jaime.

Sullivan negó. El guardia montado, deteniendo el caballo, pósose a mirar con hostilidad al vago. Jaime saltó a la carretera y con breves palabras se presento a sí mismo y relató lo principal del asunto.

—Lo conozco: se me ha encargado de esa investigación — dijo el guardia.

Y haciendo una seña a Sullivan.

—Ven conmigo — dijo. — Si tratas de escapar, te mato.

Aquella misma tarde, Sullivan fué llevado ante Soope. La declaración que prestó resultó decepcionante en muchos extremos. En primer lugar, Sullivan no había visto la cara del desconocido, y en segundo, no estaba en condiciones de identificarle por otro medio.

—Hablaba con voz áspera y de mando, señor. Al principio me pareció una de la bofia, quiero decir, un detective.

—Exprésate a tu modo — dijo Soope bondadosamente. — Estoy bastante familiarizado con el habla de la gente del hampa. ¿Te pareció un detective?

—Sí, señor por la forma de mandarme.

Soope se volvió al guardia de a caballo que había conducido a Sullivan al cuartelillo.

—¿Le ha reconocido el empleado de las mensajerías? Creo recordar que el señor Ferraby me dijo que le pediste dos chelines para una cama. Vas a tener cama esta noche, sin que te cueste un penique.

—Póngalo al fresco hasta que se hiele — ordenó Soope con ademán señoril.

Y Sullivan salió protestando.

Capítulo XXII

CLOROFORMO

El señor Gordon Cardew era un lector onnívoro y desde que se retiró de su profesión leyó más libros que los que contenía su bien abastecida biblioteca. Acostumbraba a llevarse consigo un libro a la cama, pues no era de los que conciliaban pronto el sueño, y a reanudar la lectura a la mañana siguiente. En los últimos años, sus lecturas se habían orientado hacia aquella sección de la ciencia cuyo nombre nunca dejaba de provocar el mayor desprecio de Soope. Con todo, la antropología puede ser materia fascinadora, y los simples relatos de crímenes, más interesantes que la novela moderna. Cardew había descubierto el modo de que no pasase un solo día sin aumentar su repuesto de conocimiento y ampliar su visión de criminalista.

Se hallaba aún en la cama, con un estudio bien intencionado, pero desorientador, de Mantegazza, acerca de la fisonomía, y su mente dividida entre las teorías del gran criminalogista y la aplazada información judicial que se reanudaría, dentro de unos días, cuando la doncella se presentó con el té y lo colocó en la mesita de noche.

—El señor Minter está abajo, señor — dijo.

—¿Minter? ¡Qué pasa! — dijo Cardew dando un salto. — ¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—¡Minter a esta hora! Dile que bajo al momento.

Echóse a toda prisa una bata sobre los hombros: púsose unas zapatillas y llevando el té en la mano, bajó a ver a Soope, que aguardaba sentado, en una silla del hall.

—Tengo un hombre en el calabozo que se llama Sullivan — dijo Soope entrando sin más preámbulos en el objeto de su visita — No es fácil que se acuerde usted de él. Trató, en cierta ocasión de asaltar el domicilio de Elson.

—Recuerdo el caso. Fué el sujeto a quien acusó como fiscal el señor Ferraby.

—Por eso salió libre — manifestó Soope maliciosamente. — Le tomaron preso la noche última. He de confesarle que me atormenta un escrúpulo, señor Cardew: no vengo aquí, se lo digo con honradez, a preguntarle a usted, nada de sus teorías y psicologías. Pero usted es hombre de leyes y yo un viejo ignorante: y el sujeto que pillaron ayer y que tengo en mi poder, me oculta la verdad de lo que sabe, que debe ser mucho.

—He tratado con buenas razones, de per-

suadirle a que suelte lo que tiene dentro y que se obstina en callar.

Ahora bien, hablando en plata, siempre he ridiculizado sus teorías e ideas de usted; soy un policía a la antigua, con procedimientos pasados; y toda esa ciencia antropológica de usted me suena a música celestial. Pero soy hombre de amplias ideas y nunca he dejado de aprender.

Se detuvo y pareció esperar a que el señor Cardew dijese algo.

—Bueno ¿pero qué necesita de mí?

—Usted es un hombre de leyes y sabe sacar a los criminales lo que tienen dentro del cuerpo...

—¿Y quiere que yo tome declaración al detenido? ¿Cómo? Eso no es legal. ¿Por qué no acude usted a Ferraby, que desempeña funciones de fiscal?

—¡El señor Ferraby! Fué el que acusó a Sullivan y Sullivan fué absuelto — replicó desdeñosamente Soope. — Si usted no quiere no hay nada de lo dicho.

Era una idea que se me había ocurrido a media noche cuando le vienen a uno las ideas más extrañas.

—Exacto — dijo el señor Cardew — Si usted recuerda, mi teoría respecto al asesinato se me ocurrió a las dos de la madrugada.

—No recuerdo la hora exacta, pero creo que, en efecto, fué así.

El señor Cardew reflexionó un rato sobre el asunto.

—Muy bien — dijo. — Si usted piensa que no hay inconveniente en que interrogue al detenido, iré a verle, aunque de antemano, le aseguro a usted que carezco de práctica en semejante clase de interrogatorios.

Soope no disimuló su contento.

—He estado dándole vueltas en la cama al caso de Sullivan. Una buena pieza. Muchos creen que no me gusta pedir consejos; pero no es cierto. Todo el mundo puede sacar provecho de todo el mundo, si así se lo propone.

No advirtió que con su discurso incurría en descortesía. Cardew no se ofendió.

—Bien. Dígame ¿qué cargos se le hacen a ese hombre y que pretende usted descubrir?

—Asesinato frustrado—replicó Soope. — Este Sullivan recibió una empanada de cereza de manos de un extraño en el Thames Embarkment, con una carta, las cuales había de entregar a la mensajería, para que a su vez ésta las llevase a un sanatorio de Weymouth Street. Dicha empanada contenía veneno: aconitina. Sullivan dice que no conoce al individuo que le dió el paquete. Pero miente como un perro. Y a pesar de lo avisado que soy, no logro hacerle cantar.

El señor Cardew contrajo los labios.

—Extraordinaria historia — declaró al cabo. — ¿Usted habla en serio? ¿No se está chanceando de mí?

—¡Ojalá! — exclamó Soope. — No porque no sea capaz de burlas, sino porque quisiera poder bromear en esta ocasión.

El abogado quedóse pensativo, la mano en la barbilla.

—Notable historia; parece increíble que en pleno siglo XX, en el verdadero centro de la civilización...

—Un pillo — saltó Soope a una pausa de Cardew.

—...Que tales cosas ocurran. Bien, inspector, veré a ese sujeto y pondré mi modesto ingenio a la disposición de usted. ¿Relaciona usted ese intento de envenenamiento con el asesinato de Ana?

—Desde luego — dijo Soope.

Soope regresó al cuartelillo y despertó al somnoliento Sullivan.

—Arriba, ha llegado tu última hora — dijo. — Valor, "mon enfant".

Sullivan incorporóse en el banco y se restregó los ojos.

—¿Qué hora es? — preguntó.

—El tiempo ya no cuenta para tí y de ahora en adelante contará menos — dijo Soope — dentro de poco se presentará aquí un abogado de primera clase con objeto de sacarte lo que tienes dentro: a su presencia no podrás mentir; pues es una ballena en psicología y leerá como en un libro abierto tu negro corazón. Además, tendrás que decirle cuanto sepas del hombre del Embarkment... y la verdad.

—No lo recuerdo — replicó aterrado Sullivan. — Y aunque lo recordase no le diría a usted nada.

Soope meneó la cabeza tristemente.

—Nunca oiste hablar del azufre y del fuego que se aplica a los pillos que no quieren cantar.

—No se nada; créame.

Sullivan lloraba las palabras.

—Aguarda ahí — ordenó Soope dando una vuelta a la llave de la prisión.

Soope salió a la puerta del cuartelillo. En aquel momento la limusine de Cardew bajaba a toda marcha la calle. El auto paró y el chauffeur, con visibles muestras de hallarse asustado, apeóse de un salto en la acera.

—Inspector, inspector, venga corriendo... El señor Cardew ha aparecido en su alcoba cloroformado...

—¿Qué pasa? ¿Por qué no me avisaron por teléfono? — gritó Soope colérico, subiéndose al coche.

—Cortaron los alambres — contestó el hombre.

—"Pie Grande" está en todo.

.....

—Había regresado a la alcoba y me hallaba tendido en la cama pensando en la petición de usted — dijo Cardew.

Tenía el color de la cal y se había puesto malo de verdad. Se hallaba tendido en una otomana y la atmósfera de la estancia era irrespirable.

Debió ocurrir en un momento en que me quedé amodorrado. No había dormido bien durante la noche... No me acuerdo de nada hasta que sentí a mi criado que me sacudía el hombro. Entró en mi alcoba por casualidad y me halló tendido en la cama con un lienzo en la cara; el asaltante, sin duda huyó al oir llegar al sirviente pues la ventana aparecía abierta por completo.

Soope se asomó a la ventana y tendió la mirada por el jardín. Entre las flores vió un objeto que brillaba. Bajó a toda prisa a recogerlo. Era un frasco roto con una etiqueta que decía: Cloroformo P. G.

Soope miró a la ventana. Se podía saltar fácilmente desde ella al jardín. No había huellas de pasos en el banco de flores, que llegaba hasta tocar la pared del edificio. Quienquiera que saltase desde la ventana tenía necesariamente que pisar las flores.

Se fijó en la etiqueta del frasco. En un ángulo se leían las iniciales de un droguero conocido. La investigación iba a ser difícil. El hilo del teléfono que pasaba por la pared, a la altura de un hombre, aparecía cortado.

—Los mismos alicates que cortaron mi alambre — observó Soope.

Volvió a la alcoba del abogado a quien encontró tan mejorado que ya podía mantenerse en una silla.

—No andaba ningún criado de usted por el jardín? ¿Dónde está el jardinero?

—Debe de estar en el vivero. Sin duda nadie vió nada. Estando yo en la cama, oí un ruido como de alguien que arañaba la pared. Pero no hice caso.

—¿Estaba abierta la ventana?

—Medio abierta; solo sujeta por un pestillo que se abre fácilmente por el exterior. Cuando el criado penetró en la estancia la vió abierta del todo.

Soope examinó el lienzo. Aunque el cloroformo es uno de los líquidos más volátiles, el lienzo guardaba todavía humedad entre los pliegues. Soope levantó la almohada sobre la cual descansará la cabeza del abogado y luego miró por debajo de la cama.

—Supone usted que se halle oculto ahí? — dijo riendo el señor Cardew.

—No, no esperaba tal cosa — replicó Soope, inpermeable al ridículo. — Se me figura que he dado con... ¿No le escupieron en las manos?

—¿Escupir en mis manos? ¡Qué dice usted hombre!

Soope examinó las manos del abogado, dedo por dedo, lo más de cerca posible, a la manera de un miope. Veía muy bien en la oscuridad, y mucha gente, Lattimer entre ellas consideraban aquella costumbre como una afectación.

—Creí que le habían escupido en las manos.

Pareció desilusionado. Luego:

—El no ser así, altera una de mis teorías. Le pondré bajo la protección de la policía señor Cardew.

—No necesita usted hacer nada semejante — protestó enérgico el abogado. — Me basto y sobro para protegerme a mí mismo.

—Ya se ve — dijo Soope por toda respuesta.

Capítulo XXIII

EL AUTO DE PRISION

La labor que le correspondía al señor Cardew recayó sobre Jaime Ferraby. Jaime fué llamado a toda prisa desde Whitehall. para una consulta importante, como él supuso. No están obligados los funcionarios de la fiscalía a obedecer las órdenes autocráticas de los inspectores de policía, no obstante ser éstos personas importantísimas hasta el punto de que hay países, como Estados Unidos, donde reciben el título de capitanes. Advirtió Jaime la irregularidad del procedimiento de lo que Soope pretendía y así se lo dió a entender cuando se dirigían ambos al cuartelillo.

—Pero querido — dijo irritado. — ¿Quiere usted que me ahorquen?

—No he de parar hasta que ahorquen a alguien — replicó Soope imperturbable. — No le quería molestar pero al hombre que lo prevee todo se le ocurrió acordarse del más grande antropólogo de nuestros días en el momento que éste se disponía a sacarle a Sullivan lo que Sullivan no quiere soltar.

—¿Del señor Cardew? ¿Qué le ha pasado? — se apresuró a preguntar Jaime.

Soope lanzó una risotada tan inesperada que Jaime quedó sorprendido.

—"Pie Grande" se acordó de él. "Pie Grande" posee tan buen cerebro como pie. Mi teoría es que "Pie" escuchaba mientras yo celebraba una entrevista con Cardew. Yo sabía que algo le sucedería a Cardew esta semana. Podía haber puesto un pelotón de agentes que le protegiera — exclamó. — pero ¿quién iba a suponer que los malhechores sorprenderían a un hombre que se relaciona nada menos que con Lombroso, o como quiera que se llame ese hombre?

Jaime lo miró con recelo. Nunca estaba seguro de hasta que punto bromeaba Soope en sus momentos solemnes.

—Cuente lo sucedido — dijo.

Y Soope le hizo un relato pintoresco de la experiencia desgraciada de Cardew.

En vista de la insistencia del inspector, Jaime entró en la prisión y tomó declaración durante una hora, al colérico vagabundo.

—Nunca creí que se decidiría usted — dijo Soope cuando Jaime contó su fracaso. — El hombre ha sentido el mayor respeto hacia usted, Ferraby, como es natural. Le prefirió a mí. Jamás supuse que le haría usted cantar.

—Pero amigo, Sullivan dice la verdad — exclamó Jaime con firmeza.

Soope entornó los ojos en un gesto de cansancio.

—Le parecerá a usted verdad. ¡Qué lástima! ¿Se va usted Ferraby?

—Sí, me voy — dijo Jaime. — En realidad, Soope no se porque diablos me trajo usted aquí.

Soope miró el reloj; marcaba las cuatro menos dos minutos.

—He estado luchando conmigo mismo toda la tarde — dijo. — De una parte la justicia; de otra la ambición. Y ha vencido la justicia.

Abrió su pupitre y sacó un papel en el que se puso a escribir con febrilidad, mientras Jaime lo contemplaba, en la creencia de que el inspector escribía su propia dimisión.

—No se vaya señor. Usted es un funcionario de la justicia y debe firmar esto.

Jaime leyó el documento. Era un auto de prisión contra Elson; a quien se inculpaba de la posesión ilegal de bienes.

—¿Pero usted quiere en serio que yo firme eso?

Soope movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, señor. Según tengo entendido usted es juez de paz.

—¿Pero posesión ilegal de bienes?

—No lo sabré hasta que lo tenga trincado — dijo Soope. — Señor Ferraby, se que corro un riesgo. Ya le daré detalles. Firme el auto.

Jaime vaciló un segundo, tomó la pluma y puso su nombre al pie del escrito.

—Señor Ferraby — exclamó Soope. Ha venido la justicia. Venga conmigo y verá.

Salió a recibirles una criada, que les invitó a aguardar en el hall. Oyeron que llamaba a la puerta de la alcoba de Elson. Luego bajó.

—El señor Elson no está en casa — dijo la sirvienta — Acaso ande por el jardín, si esperan aquí...

—No se preocupe — contestó Soope. — Le buscaremos nosotros. Conozco el terreno.

No había señales de Elson, la criada, que les esperaba a la puerta, les indicó que quizá se hallase en el "yermo" zona de tierra sin cultivo que había servido en cierta ocasión a un vagabundo cantor para buscar la huída. El yermo, muy bien llamado así, estaba al pie de un suave montículo detrás de la pared roja. De la cima del montículo se observaba todo objeto movible, pues la maleza del yermo no llegaba a la altura de los hombros de una persona de mediana talla.

—No me agradaría que se hubiese escapado — dijo Soope.

—¿Pero de qué se le inculpa?

—Solo sé que me urge tenerle en mi poder — respondió Soope. — Temo que haya logrado huir esta mañana.

—¿Le juzga usted relacionado con el crimen?

Soope afirmó con un movimiento de cabeza.

—Pero usted ¿no le acusará del asesinato?

—En efecto — dijo Soope. — La acierta.

Poniendo una mano sobre los ojos, a guisa de pantalla, tendió la vista por la maleza

—Hay un camino que corre a la izquierda — dijo de pronto. — No estará demás que vayamos hasta el término de la finca.

Lo que Soope llamaba camino era un sendero estrechísimo que iba en zig-zags y a veces se hundía en las quebraduras del terreno y otras marchaba paralelo a la cerca.

—No creo que esté aquí — dio Jaime. — ¿No se habrá escapado?

Soope, con gran sorpresa de Jaime, comenzó a refunfuñar.

—¡Para qué me hace preguntas! — exclamó con rabia súbita. — ¿No advierte que estoy al cabo de mi paciencia?

Y, a continuación, puesta de manifiesto la virtud de dominarse, que en él era maravillosa, enseñó los dientes en una sonrisa burlona.

—Deme una patada, señor Ferraby que la merezco. Me encuentro hoy irritable en extremo, como no me he sentido desde hace muchos años.

—Deploro haberle molestado — dijo Jaime. — pero quería distraerle.

—No soy digno de ello, Ferraby — contestó Soope.

Jaime levantó la mano para pedir silencio. Desde el yermo llegaba un ruido pecudiar: el golpe de un hacha contra un árbol.

—Está cortando leña — insinuó.

Pero Soope no dijo nada.

Al cabo de cinco minutos de andar, dieron la vuelta al recodo del sendero, que se hundía en una depresión del suelo, y al llegar al fondo fuéles necesario separar la maleza para poder avanzar. Soope se adelantó el primero, pero se detuvo, sosteniendo la mata de arbustos para que el otro pasase. Ferraby, de pronto, creyó que se trataba de una cortesía del inspector, más luego, al mirar adelante, vió un cuerpo tendido en un charco de sangre.

—¡Era Elson! Soope se aproximó y volvió el cuerpo cara al cielo.

—Le dispararon una, dos, tres veces — dijo con calma. — Elson, debí haberte pillado esta mañana. Te habría salvado la vida.

Capítulo XXIV

LA EMBOSCADA

—Dios mío ¿quién hizo esto? — preguntó Ferraby horrorizado.

Soope, arrodillado ante el cadáver, levantó la cabeza. Había en la expresión de su cara una mezcla extraña de dulzura y dureza.

—¿Quién? — su voz era tan baja que Jaime tuvo que poner suma atención para oirla. — El mismo hombre que cloroformó a Cardew, el mismo que mató a Ana Shaw, el mismo del pastel envenenado; el mismo cerebro, la misma mano, el mismo motivo. Revela consecuencia. Admiro a un hombre de ese temple. Está en todo. No permanezca en pie. Ferraby. No crea que me arrodillo por piedad, sino por precaución, Uno de nosotros debe salir vivo de aquí, en interés de la justicia.

Un temblor frío recorrió la espina dorsal de Jaime.

—¿Se oculta aquí, entre la maleza? — dijo en voz baja.

Soope asintió.

—El asesinato se ha cometido hace menos de diez minutos. Recuerde el ruido que oíamos antes. Usted creyó que lo producía alquien que cortaba leña. Nada de eso: una pistola y un silenciador.

Mientras hablaba, sus ojos no dejaban de escrutar la proximidad inmediata, sus oídos recogían el menor rumor; de los arbustos o de las hojas.

Entonces vió Jaime que el viejo se ocultaba entre una espesura de árgomas: una mancha dorada, distante unos pasos de Jaime, a la izquierda. De entre el árgoma, asomó furtivo la mano de Soope, que le hizo ceñas de que se volviese al matorral por donde había venido.

—De un salto — murmuró el inspector.

Y mientras Ferraby daba un salto en busca de abrigo, Soope se apretaba contra el suelo.

—Chas... chas.

Pasó una bala silbando próxima a la cabeza de Ferraby, quien oyó el chasquido de tallos y hojas que se parten.

—Corra y agache bien la cabeza.

recorrieron volando el sendero para alcanzar la defensa de otro matorral. Y luego de otro.

—Despacio ahora. Ya no nos seguirá — dijo Soope aflojando el paso. — Yo le hubiese visto a no ser por un pájaro que se posó sobre aquel árbol. Siempre sentí debilidad por los pájaros. Esta mañana tenía yo veinte polluelos en la incubadora. Ya se que no es poético, pero si de buen provecho.

Lo que menos le interesaba entonces a Jaime era el corral de Soope.

—¿Dónde está él en estos momentos? — preguntó volviendo atrás la cabeza.

—Va en busca de la inmunidad. Se fué después de disparar. Yo debía haber traído conmigo una pistola; pero estoy tan anticuado! Voy a mandar que la policía proteja a Cardew esta noche. Ya debí haberlo hecho.

—¿Le cree en peligro?

—Inminente, — replicó el otro. — Siempre le he creído en peligro a partir del momento en que comenzó a teorizar en público sobre la forma en que el asesino logró escapar de la casa del crimen. Su teoría no era exacta, pero si lo bastante próxima a la verdad para atraerle peligros.

Llegaron a la parte elevada del terreno y Soope se detuvo un momento para volverse y tender la vista por la maleza.

—Se ha ido — dijo.

Una vez de regreso a la casa de Elson, permaneció en el teléfono unos diez minutos.

Apenas había terminado las diversas conferencias, cuando comenzaron a llegar las fuerzas de la policía en bicicleta, en moto, y gran parte en el coche de la ambulancia. Venían algunos hombres armados. Acompañan dose de ellos se encaminó Soope al vermo donde encontrara al cadáver de Elson. Había dejado el cuerpo de cara contra el suelo, pero no aparecieron entonces los bolsillos vueltos hacia fuera como estaban ahora.

—Interrumpimos en su tarea al asesino al llegar nosotros; pero luego volvió para rematar su obra. ¿Vió alguno de ustedes a Lattimer?

—No estaba en el cuartelillo, cuando yo salí — dijo uno de los agentes uniformado. — Dejé recado de que saliese para acá.

Soope no despegó los labios.

Recorrió las matas de árgoma, las examinó de un lado a otro, los ojos fijos en el suelo. Se encontraron fácilmente las balas, pero no paró atención en ellas. Sólo rogé al policía que le seguía, las recogiese. Iba de aquí para allá olfateando como un perro viejo.

—Tengo un olfato maravilloso — dijo dirigiéndose a Jaime. — ¿No huele usted a nada?

—A nada, excepto a árgomas.

Soope se calló, buscaba algo: separaba matas de arbusto; levantaba zarzas, metía los dedos entre los resíduos que las estaciones dejaron sobre el suelo.

—Debe de habérselo llevado — dijo. — Confiaba yo en que lo abandonaría al huir. Pero es demasiado precavido.

—¿Qué esperaba usted encontrar? — preguntó Jaime con curiosidad.

Soope se sentó sobre los talones y miró a la cara de Ferraby.

—¿Tiene el llavín? Al fin, ya lo encontré.

Soope sacó de debajo de un arbusto un objeto dorado de pequeño tamaño. Jaime lo reconoció al instante, aunque no lo había visto hacía muchísimo tiempo.

—Es mi bolsillito de moneda de oro exclamó.

Era, en efecto, una reliquia de la edad de oro, del tiempo en que el dinero era metal.

—¿Recuerda usted cuando lo perdió?

Jaime se acordaba perfectamente. Fué un sábado hacía dos años. Había ido a ver a Soope y perdió el bolsillo, que traía colgado de la cadena del reloj.

—Creí entonces que se me había caído en el auto. Lattimer comenzó a buscarlo. El eslabón siempre anduvo flojo. Lo está todavía. Y me extraña que el bolsillo no se haya extraviado una docena de veces. ¿Pero, cómo vino a parar a este sitio?

—Lo dejó el hombre del "Pie Grande". Algo dejó asimismo en la casa del crimen. Sospecho que no faltarán allí recuerdos de usted. No me sorprendería que hubiese dejado unos anteojos de Cardew.

—¿Pero que dejó en la casa del crimen? — preguntó Jaime.

—Sus pies — respondió Soope lacónico.

Después de que el médico examinó el cadáver y ordenó su traslado, se apartaron de allí.

—Vamos a dar un paseíto — dijo Soope.

Y volvieron al matorral de árgoma.

—Vino por aquí — apuntó a un espacio que había entre unas matas de zarzamora. — Usted me seguía. Yo le dí una representación de la cara del hombre

Jaime se sentía enfermo. El sol calentaba de firme: Jaime olfateaba la muerte.

—Se me figura — dijo Soope — que debía usted también estar protegido por la policía: y tengo la certeza que nadie con más motivo que yo necesita de esa protección. Creo asimismo que si sigo trabajando al descubierto, es probable que pille a "Pie Grande" antes de que los médicos curen a Leigh.

—¿Depende de esa operación el atraparlo?

—Si Leigh recobra la razón, la cosa se vuelve tan sencila que un policía novato aclararía lo ocurrido. En la forma que se halla actualmente el asunto, no tengo pruebas; sólo sospechas. Lo que se necesita es de dos testigos que hayan visto realizarse el crimen y tomado fotografías del criminal. Los jurados no gustan de sospechas, y tienen razón. ¿Conoce usted al verdugo? — preguntó exabrupto, mientras caminaba melancólicamente por el sendero.

—No he tenido ese gusto.

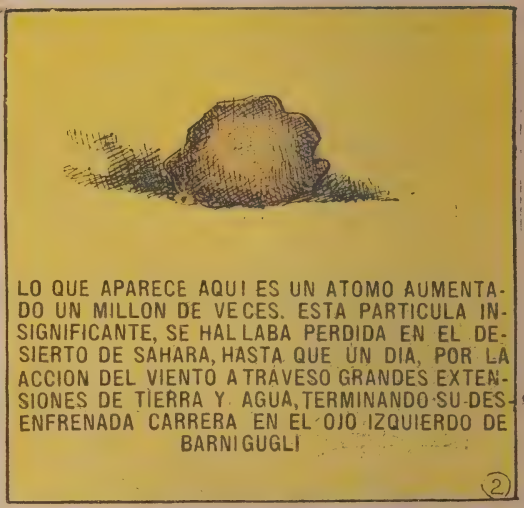
—Es un buen hombre — dijo Soope — Carece de defectos. Conocí a un verdugo que tomaba "Foie-gras" para desayunarse. Pero el de ahora se contenta con cerveza y queso. Es persona modestísima. Tiene una peluquería en Lancanshire y me ha afeitado muchas veces.

Jaime temblaba de miedo.

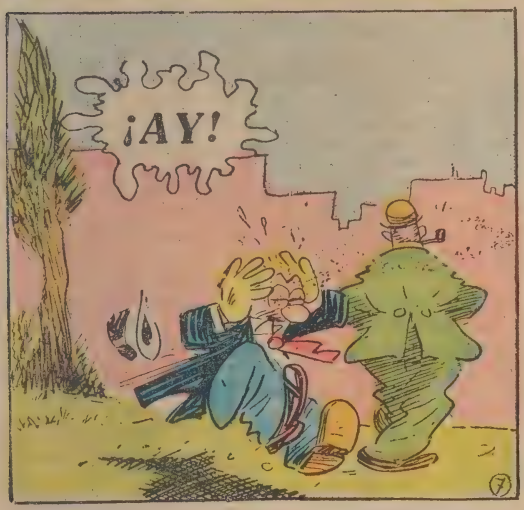
—Si las causas llegasen a la Audiencia basadas en meras sospechas — continuó Soope — el amigo verdugo tendría que dedicar-

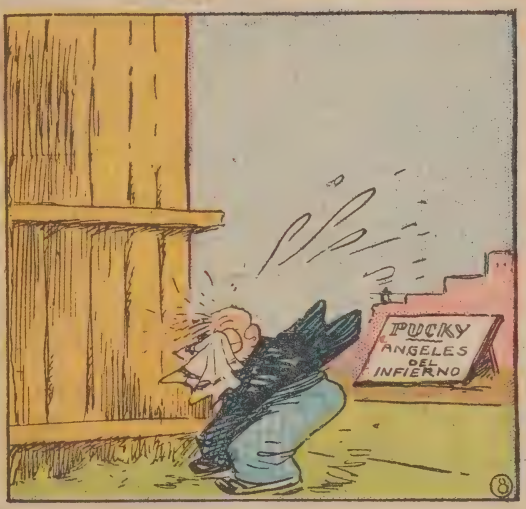
(Continúa en la pág. 44)

AVENTURAS DE



BARNIGUGLI por Debeck





(Continuación de la pág. 41)

se solamente a afeitar y no abunda el trabajo en este oficio, máxime en un pueblo minero, donde la gente se afeita una vez a la semana. Me contó que las máquinas de afeitar le habían sacado la mar de dinero del bolsillo. Es un buen amigo. Gusto de pasar algunos ratos en su compañía.

Jaime sabía que cuando Soope pensaba, hablaba, y que el charlar ayudaba la actividad de su cerebro. El asunto de que el inspector hablaba y lo que pensaba, no guardaban relación entre sí.

—Es curioso — prosiguió — que cuando un hombre comete un asesinato de mano maestra todo el mundo dice que ese hombre está loco. Usted esperaba encontrar a "Pie Grande" con el pelo lleno de paja. Pero se ha escapado.

La última frase la dijo con brusquedad. Luego levantando las ramas de un manzano silvestre, salió agachándose a un espacio despejado cubierto de hierba. Delante de ellos había una cerca de alambre. Asomado a ella recorrió con la vista de arriba abajo la carretera, que venía a servir de límite entre las dos fincas.

—Este es el campo de Cardew, — indicó Soope. — Me chocaría que el abogado viviese todavía.

Jaime se mostró incrédulo.

—¿Pero cree usted?...

No acabó la frase.

—Usted nunca se entera — dijo Soope saltando la cerca y bajando cauteloso el declive que terminaba en la polvorienta carretera.

Una vez abajo, comenzó a examinar con cuidadosa atención.

—Se puede saltar bastante bien. Además si piso la hierba... ¡Hola!

Un hombre venía tranquilamente por la carretera, el cigarro en la boca, el sombrero echado para atrás.

—Mire usted a Lattimer, que viene a trabajar — dijo Soope con voz áspera..

—Buenos días, inspector. ¿Ha estado en una boda?

—No, señor; acabo de saber que ha habido sucesos por aquí.

—¿Acaba de saberlo? — preguntó Soope sardónico. — Por eso corría usted como un loco.

—No juzgué preciso correr, Soope — dijo el otro impasible. — Me enteré de lo ocurrido por uno de los criados y creí conveniente venir por los atajos, a ver si daba con alguna pista. Es evidente que se escapó por esta parte del yermo.

Soope no replicó.

El viejo señaló la carretera.

—Vaya a casa del señor Cardew — dijo — y entérele del suceso. Estése allí hasta que yo me presente a relevarle. No le deje de vista ni un momento y es preciso vigilar la casa de noche. ¿Enterado?

—Sí, señor. ¿Le Comunico al señor Cardew que está bajo la protección de la policía?

—Dígale lo que quiera — contestó Soope. — Pero ya lo adivinará él cuando le vea a usted sentado a la puerta. Y si desea ir al yermo a tomar medidas, allá él; pero déjele usted ir, sólo cuando haya mucha gente. Usted responde de la vida del señor Cardew, y si a éste se le encuentra muerto en su cuarto, no hay excusas para usted.

—Muy bien — dijo Lattimer.

Y se volvió por donde había venido.

Jaime se le quedó observando hasta que desapareció.

—Lattimer es un buen hombre — dijo Soope — pero carece de instintos. Todos los criminales los tienen, incluso los detectives si los cultivan.

—¿No confiará usted demasiado en Lattimer, Soope? — preguntó Jaime.

—No confío en nadie — respondió el inspector. — Parece que me fío de él pero se trata de una astucia. Para ser policía hay que ser astuto y no fiarse ni de la propia mujer. Por eso los policías no debían casarse. Lattimer será un buen detective tarde o temprano, si no le enganchan. Esa es una tentación de todo joven detective. Pierde con semejante compañía.

Regresaron paso a paso a Hill Brow; Soope se dedicó a registrar la alcoba del muerto. Nada halló, excepto un pasaje trasatlántico, un cheque por valor de mucho dinero y algunas monedas de poco valor. Ni en los cajones de la mesa del despacho, ni en ninguna otra parte, había documentos. Sólo una factura y la escritura de la adquisición de Hill Brow. La secretaria, mujer de aspecto anémico y de mediana edad, dijo que Elson no tenía correspondencia.

—No creo que supiese leer y escribir apenas el pobre hombre — exclamó. — Y nunca me puso al corriente de sus asuntos privados.

—Quizá no los tuviese — dijo Soope.

En el sótano, donde se hallaba instalada la calefacción, se advertían señales que confirmaban las sospechas del señor Cardew. El horno estaba lleno de cenizas de papeles quemados. Había restos de dos libros, pero era imposible decir de que libros.

—Guardaba, desde luego, papeles, ya escritos por él, ya por otros: los quemó. En realidad, preparaba la fuga.

Antes de regresar a Londres, Jaime subió a visitar al abogado. Le pareció a Ferraby que el señor Cardew mostraba menos confianza contra el peligro que la que mostrara por la mañana, al decir de Soope. Ferraby lo halló sentado en la biblioteca, pálido, sobresaltado a cada ruido que oía, extremadamente agitado.

—Tragedia sobre tragedia — dijo con voz cavernosa al aparecer Jaime. — Es terrible, Ferraby. Quien había de pensar que el pobre Elson... Usted sabrá, desde luego, que ya había sido prevenido. Me contó el hecho, Lattimer. Pegaron un papel la noche pasada a la puerta de su casa.

Se advertía que lo del aviso le produjo a Cardew tanto disgusto, si no más, que el asesinato, pues constantemente insistía en el tema. Su pasión por la investigación criminológica sufría un eclipse pasajero. Jaime vió el modelo, pero el señor Cardew, al parecer, se había desinteresado de él. Jaime

ignoraba por completo lo de la hoja de papel pegada a la puerta de Elson, y se preguntaba porque el inspector no le había dicho nada de ella. Probablemente, de haberse detenido a Elson, el hecho se hubiese esclarecido. Mencionó esta circunstancia, y Cardew se le quedó mirando.

—¿Iba a ser detenido Elson? ¿Por qué? — exclamó. — ¿Qué hacía?

—No se que robo cometió; al parecer tenía por suyo algo que no lo era. Yo no me hallaba muy dispuesto a firmar el auto de prisión. Es la primera vez que pongo mi nombre en un documento de esa naturaleza; pero Soope se mostró tan insistente que accedí. Cuando se descubrió el crimen, Soope iba a efectuar la detención.

—¿Pero Elson detenido? — repetía Cardew incrédulo. — No comprendo. Estoy hecho un lío. Me alegraré de que no me llamen a declarar en la información judicial aplazada.

Y con todo, su pasión de criminalista le dominaba. Y prosiguió:

—¿Sería posible que Ana y Elson estuviesen casados y un rival celoso matase a los dos? Se han dado casos parecidos.

Hizo un gesto de desesperación.

—Soy un insensato, metiéndome en estas cosas. Están mucho mejor preparados que yo, hombres como Minter, a pesar de mi saber y mis estudios. Me doy ahora cuenta de mi inferioridad — dijo con desfallecida sonrisa.

Al salir Jaime vió a Lattimer, sentado en el jardín. El subinspector había llevado una silla a la sombra de una morera, y parecía medio dormido, pues se incorporó cuando Jaime lo llamó por su nombre.

—Me alegro que no sea usted Soope — dijo. — Este lugar produce sueño.

Jaime advirtió que desde donde Lattimer se hallaba sentado se dominaba la entrada principal de Barley Stack y las ventanas del despacho de Cardew.

—¿Comparte usted la opinión de Soope de que peligra la vida del señor Cardew?

Lattimer se encogió de hombros.

—Si Soope lo dice, será verdad.

Jaime creyó advertir una ligera ironía en la réplica.

—¿Estaba usted con Soope cuando se encontró el cadáver, señor Ferraby? ¿Cómo mataron a Elson, a tiros?

—Sí — contestó Jaime con serenidad — y por suerte no nos encontramos muertos como él.

Lattimer abrió los ojos.

—¿Pero es cierto? — exclamó. — ¿El, ellos o quién quiera que fuese, dispararon también contra ustedes? Noté que Soope andaba picado. Y se comprende. ¿Vió usted al que disparó, señor Ferraby?

—No — dijo Jaime.

—¿Y Soope? Soope tiene buena vista, aunque él lo niega. Hará dos años comenzó a decir que se había quedado sordo y engañó a media comisaría. ¿Dispararon contra usted? — repitió lanzando a Jaime una mirada calculadora. — Por eso le han puesto policía al señor Cardew. Este "Pie Grande" es tremendo.

Bostezó y se limpió los labios con el pañuelo. Al hacerlo, un ténue perfume hirió el olfato de Jaime.

Este dijo:

—Es una vanidad ese alarde de perfumes, Lattimer; nunca pensé que caería usted en ello.

—¿El perfumarse? — Lattimer olió el pañuelo. — Sin duda la patrona colocó un perfumador entre mis pañuelos. Procuraré que no vuelva a hacerlo.

Y entonces; Jaime, con una sensación de frío en las carnes, evocó con la imaginación la escena del asesinato; a Soope rastreando entre las zarzas. Estaba a punto de hacer una pregunta, cuando Lattimer se adelantó.

—Soope es capaz de cazar a todos los diablos si se lo propone. Tiene un olfato agudísimo, de cazador de zorros. Ese hombre es un super hombre.

Bostezó otra vez:

—Me gustaría acostarme hoy temprano— dijo.

Jaime Ferraby regresó tarde a Whitehall, pero el jefe se hallaba todavía en su despacho y le llamó tan pronto como supo su llegada.

—Al parecer ha caído usted en medio de los sucesos ocurridos últimamente — dijo el viejo Sir Richard. — ¿Qué hay en el fondo de eso?

Jaime relató cuanto sabía, que no era muy satisfactorio.

—Está Soope encargado del asunto — dijo el jefe pensativo. — No podía darse una persona más competente. ¿Se muestra Soope muy misterioso?

—Muy misterioso.

—El fiscal de S. M., sonrió:

—Pues tenga usted la seguridad de que se avecina una detención — dijo. — Cuando Soope se muestra muy abierto es que la situación es desesperada.

Jaime terminó su labor, atrasada por las llamadas de Soope y se apresuró a visitar a Elfa. Se hallaba la joven todavía en el sanatorio, cuando Jaime llegó a Cubitt Street. Se había celebrado una consulta de cirujanos en la que se tomaron ciertas determinaciones que precisaban del consentimiento de la joven. Al encontrar Jaime a Elfa en la esquina de Cubitt Street, la joven parecía muy fatigada.

—No operarán hasta la semana próxima — le dijo. — Y el señor Cardew me ha telefoneado preguntándome si quería acercarme a Bacley Stack. Tiene un trabajo entre manos que le urge y no puede dejar la casa.

—No debía ir usted a casa del señor Cardew — dijo Jaime enérgico. — Está bajo la protección de la policía y no puedo permitir que corra usted ningún peligro.

Se salvó del mal rato de hablarle a Elfa de la muerte de Elson. La muchacha se había enterado por el diario de la tarde. Pero la ansiedad de que le producía la salud de su padre, le impedía pensar en nada.

—Apenas le conocía — dijo ella — pero nada me impediría ir a Barley Stack. ¡Sólo que me encuentro tan fatigada!

—Cardew puede esperar — dijo él con resolución.

Más al parecer, Cardew no podía esperar.

Cuando la joven entró en el gabinete el timbre del teléfono sonaba furiosamente. Llamaba el abogado. Así que Jaime supo quien hablaba, tomó el aparato de manos de Elfa.

—Soy Ferraby — dijo. — Acabo de llegar con la señorita Leigh, que se encuentra muy cansada para ir a Barley Stack esta noche.

—Convénzala usted de que venga — urgió la voz de Cardew. — Acompáñela usted si quiere. Me sentiré ciertamente más seguro si se que alguien está en casa.

—¿Pero no puede usted esperar?

—No, no. El asunto es vital.

A traves del alambre llegaba la emoción del abogado:

—Es absolutamente necesario que ponga en orden mis asuntos.

—¿Pero es que existe algún peligro inminente?

—Existe — respondió. — Me urge dar remate a un asunto y hacer que la muchacha deje mi casa antes de que sobrevenga alguna nueva calamidad. Soope me ha prohibido moverme de aquí. Venga usted con Elfa.

Insistió tanto que Jaime le explicó a la muchacha la situación.

—¿Qué sucede? — preguntó sorprendida. — Nunca creía al señor Cardew víctima de un terror pánico semejante.

Titubeó unos momentos. Luego añadió:

—Quizá deba ir. ¿Me acompañará usted?

La perspectiva de pasar una noche bajo un mismo techo, cambió por completo la actitud de Jaime. Con todo, no podía éste considerar sus propios deseos como un argumento decisivo y quiso convencer a Elfa de que no fuese.

—Dígale que iré—manifestó la joven. — Quizá me convenga el cambio a mí y a él.

Jaime trasmitió el mensaje y colgó el aparato.

—Quiero no acordarme de la operación de mi padre — dijo ella. — Vaya bajando usted al coche, mientras hago la maleta. En seguida estaré con usted.

Elfa no había comido, pero no quiso retrasar la marcha.

—El señor Cardew come muy tarde — observó—y probablemente esperará por nosotros.

Esta suposición era justificada. Hallaron a Cardew paseando por la biblioteca, las manos a la espalda. La muchacha se sorprendió del cambio experimentado por el abogado desde la última vez que lo viera. Ante la presencia del peligro, parecía, haber perdido unos diez años. El se percató de la impresión que había producido.

—Hizo usted muy bien en venir — dijo apretándole efusivamente la mano. — Esperaba por usted a comer. Supongo que no lo habrá hecho. Quizá me reponga luego que coma.

No solía beber vino, pero en esta ocasión había en la mesa una botella de cuello dorado puesta al hielo; y bajo aquel estimulante, el ánimo de Cardew se fortaleció sensiblemente y fué recobrando la normalidad.

—Débese este estado mío al horroroso crimen cometido en el señor Elson, y, en parte también, a lo que el inspector Minter llama "protección de la policía". Y no obstante — y se detuvo, los lentes en la mano. — esta infernal pasión por la investigación ha enraizado de tal modo en lo más íntimo de mi ser que me veo sumergido en lo que Minter llama "teorías y deducciones".

Al cabo explicó porque había mandado venir a la joven.

—En plena soberanía de mis facultades mentales — dijo — no imagino ningún peligro respecto de mi persona. No obstante, mi práctica de abogado me ordena que debo estar prevenido para cualquier contingencia.

Esta tarde me he acordado inopinadamente de que no he hecho testamento, de que nada he hecho para arreglar mis papeles. Más acabo de escribir el borrador. Cuando la señorita haya sacado dos copias, tendrá usted la bondad señor Ferraby, de echarle una ojeada y de certificar mi firma; uno de los criados actuará de segundo testigo.

Y luego, como la muchacha quisiese hablar, Cardew sonriendo:

—Desgraciadamente, usted señorita no vale para testigo, ya que me he tomado la libertad de hacerle a usted un importante legado.

Contuvo la protesta la muchacha.

—Soy un viejo — continuó. — No me he sentido nunca tan viejo como esta noche. Sin parientes de ningún género, con poquísimos amigos de verdad y pocas personas por las que yo experimente un sentimiento de gratitud.

Sonrió:

—Hago una "comende honorable" al señor Minter, pues le dejo mi biblioteca de criminología.

Rióse francamente por la primera vez y Jaime celebró la broma.

—Añadiré — prosiguió Cardew, los ojos entornados — que lego al inspector una suma que le permita, bien comprar una casa donde colocar la biblioteca, bien adquirir una moto que no provoque la ira de los ciudadanos cada vez que corra por la carretera.

Después de la comida, Cardew y la muchacha se fueron a la biblioteca, Jaime bajó al jardín a fumar un cigarro. No había dado dos pasos cuando tropezó con el inevitable vigilante. No era Lattimer esta vez, sino un detective que había visto en el despacho de Soope. Hablaron del tiempo, de la benignitud de la noche, y del próximo Derby; de todo, excepto de la vigilancia del inspector.

Mientras paseaba de un lado a otro, como las persianas del despacho de Cardew estaban levantadas, pudo ver al abogado sentado al pupitre, con Elfa enfrente. Ella escribía bajo el dictado de Cardew.

—¿No es peligroso que estén las persianas subidas? — preguntó Jaime inquieto. — Se les puede ver claramente desde la espesura.

—¿Quiere usted que las bajen? — dijo el policía.

Deseando no molestar en su tarea al abogado, Jaime envió un recado por uno de los criados y vió con satisfacción que le hicieron caso.

—No me explico como no se le ocurrió al mismo señor Cardew — observó el policía. — Según tengo entendido le da por los trabajos policiacos.

(Continuará)

EL JINETE FANTASMA

Emocionantes aventuras de la juventud de BUFFALO BILL, en el Far West

(Continuación)

Lo mejor que podemos hacer es comer algo y detenernos aquí hasta que vuelva la luz, Ted, — propuso Búffalo Bill. — Esta noche hay luna llena y cuando hayamos acabado de comer, las nubes que ahora cubren el cielo se habrán descorrido y habrá un poco de claridad.

Primero cuidaron de los caballos y luego los dos compañeros hicieron su acostumbrada comida de tocino y galleta. No encendieron fuego pues les convenía ocultar sus movimientos todo lo más posible.

Durante media hora conversaron de la extraña desaparición de la joven Avellana. Todavía comentaban el suceso cuando Búffalo Bill calló de improviso y escuchó con atención.

De lejos, procedente de la llanura situada a nivel inferior que ellos llegaba el ruído suave del rodar de unas ruedas por el terreno arenoso al que se unía el golpeteo de los cascos de varios caballos.

—¿Qué es eso? — preguntó Texas Ted. — ¿Serán los piratas que andan tras algún carro de cuatro ruedas de los llamados "bajeles de las praderas"?

Búffalo Bill movió negativamente la cabeza.

—Es la diligencia de Diadwood — exclamó. — Debía haber pasado por este camino hace dos noches pero debe haber retardado el viaje por el mal tiempo.

El ruído continuó sin alejarse mayormente y con una rapidez que tuvo algo de mágico, la luz de la luna pasó por entre un desgarron de oscuras nubes e iluminó la escena con toda claridad.

Se vió un camino amarillo que cruzaba la llanura a media milla de donde ellos estaban y se vió también una diligencia tirada por cuatro poderosos caballos que corrían por aquel camino.

Mientras Búffalo Bill y Texas Tex miraban cuando pasaba la diligencia en medio de aquel paisaje de paz, aconteció lo que menos esperaban.

Sin la menor advertencia más de doce hombres surgieron de las peñas que había a ambos lados del camino y rodearon la diligencia.

Sonaron dos tiros casi simultáneos y luego otro más.

Un hombre que iba sentado junto al conductor de la diligencia se había puesto de pie y había sacado un revólver del cinto. Pero antes de que pudiera hacer uso de él los rifles de los atacantes, que tenían como sus compañeros, el rostro enmascarado, — hicieron fuego y el pasajero que estaba junto al conductor cayó de su asiento al camino.

Sonaron dos detonaciones más y los caballos de la diligencia patearon bruscamente. En el mismo momento los bandidos se acercaron más a la diligencia que acababa de detenerse.

LAS TERRIBLES ARENAS

Búffalo Bill no intentó hacer uso de su rifle porque se había dado cuenta de que, a la distancia a que estaban no podría hacer mayor daño a los bandidos.

—Tardaremos media hora en descender por el sendero del frente y llegar a la llanura, — dijo de improviso el scout. — Yo voy a descender por la parte delantera usted baja por el camino, llevando los dos caballos.

Mientras decía esto, descolgaba su lazo del

pomo de la montura de su caballo.

—Mejor será que vayamos los dos por el camino, Bill, — dijo Texas Ted. — Usted no podrán hacer nada enteramente solo, mi viejo amigo.

—No llegaré a tiempo para evitar el salvaje atentado, — respondió Bill frunciendo el ceño, — pero llegaré oportunamente para pescar un nuevo rastro de los bandidos. No voy a dejarlos ahora que he logrado echarles la vista encima.

Ató el extremo de su lazo a la silla de Estrella de Plata y el resto del lazo lo arrojó por el borde de la cornisa en que estaba el camino.

—Sostenga a Estrella de Plata mientras yo desciendo, Ted y después desate el lazo y arrójemelo. — dijo Búffalo Bill que, sin agregar una sola palabra más, comenzó a descender hacia la llanura, colgado del lazo.

Descendió por la delgada soga de cuero crudo con temeraria rapidez. El lazo no alcanzaba al sualo inferior; terminaba a una altura de veinte pies, pero el scout saltó la distancia que faltaba y dió en tierra sin lastimarse.

En cuando Texas Ted sintió que la soga aflojaba, desató el lazo del pomo de la montura de Estrella de Plata y lo dejó descender hacia donde lo estaba esperando su compañero.

Búffalo Bill enrolló rápidamente el lazo y luego corrió por el desigual terreno hasta una media milla del punto donde los bandidos estaban realizando su infame obra.

Había recorrido menos de la mitad de la distancia cuando los Piratas de la Pradera, que habían terminado su infame obra y reunido todo su botín, se alejaban ya de la diligencia.

Instantáneamente el conductor, deseoso de marcharse lo más pronto posible con sus pasajeros, azotó a sus caballos y la diligencia siguió avanzando por el camino de l montaña.

Búffalo Bill corrió pero la escabrosa naturaleza del terreno disminuyó su rapidez así que tardó varios minutos en llegar al camino.

De improviso una negra nube ocultó la luz de la luna y todo quedó sumido en la más profunda obscuridad.

Ya no se oía el ruido que hacía l gencia pero en lugar de los pasos de los caballos, el rador de las ruedas y los chasquidos del látigo, Búffalo Bill oyó algo que le era demasiado conocido para que pudiera confundirlo.

La oscuridad lo rodeaba por todas partes; pero aquellos ruidos indicaron al joven scout que una numerosa banda de búfalos corría por la llanura hacia donde él se encontraba y que mucho antes de que pudiera quitarse de su paso los animales, que corrían enloquecidos por el miedo, lo alcanzarían y lo harían trizas bajo sus puntiagudas pezuñas.

úBffalo Bill se quedó de pie, inmóvil, en la oscuridad sin esperanza alguna de lograr salir del camino por donde habían de pasar corriendo como enloquecidos los terribles búfalos.

No se hallaba solo en tal situación porque la bana de los Piratas de la Pradera se encontraba muy cerca.

Búffalo Bill no podía verlos pero alcanzaba a oir el rumor de sus voces.

Un grito salvaje resonó de improviso y se oyó el ruido de las herraduras de unos caballos que corrían al galope por el pedregoso suelo de la llanura. Los bandidos habían lanzado sus caballos a la correría en medio de la oscuridad, procurando huir del peligro.

El joven scout siguió inmóvil mientras los caballos corrían junto a él porque sabía que eso era lo mejor que podía hacer en la oscuridad. Los jinetes pasaron a toda carrera y una de ellos pasó a pocas pulgadas de Búffalo Bill.

El joven scout aprovechó la oportunidad. pues no tenía propósito de esperar a que los búfalos lo atropellaran y lo hicieran trizas.

Desesperadamente se asió al estribo de cuero del jinete, pero sin propósito de tolerar intervención alguna que perjudicara su propósito terminante de salir de allí con vida.

El bandido no sabía, claro está, quien era el que se había agarrado al estribo de su caballo pero estaba decidido tanto como Búffalo Bill, a defender su propia vida.

Búffalo Bill intentó montarse en el caballo detrás del bandido, y éste lanzando una imprecación dirigió el puño al rostro de Búffalo Bill. Al mismo tiempo trató de golpearlo con el pie armado de espuela.

Búffalo Bill tuvo que soltar el estribo y cayó al suelo sintiéndose ahogado por el polzo levantado por los cascos de los caballos.

Como su única tentativa posible había fracasado no le quedaba más perspectivas que esperar a pie firme la llegada de los búfalos. No podía moverse ni un pie para escapar de ellos.

Entonces, de repente, durante unos breves segundos, la luna se abrió paso por un desgarrón de las negras nubes y, a su luz, Bill Cody vió que una masa, negra se movía rapidamente por la llanura, dirigiéndose hacia él.

Se trataba de un rebaño de miles de búfalos salvajes sue corrían desesperadamente, como enloquecidos. Los búfallos avanzaban respirando jadeantes, con el cuerpo cubierto de sudor que humeaba a medida que avanzaban.

Capitaneaba el rebaño un hermoso búfalo negro que alzaba orgulloso la cabeza mientras avanzaba mugiendo y respirando fieramente.

Bill Cody no quitó la mirada del magnífico jefe del rebaño de búfalos mientras la luz de la luna siguió alumbrando. Las nubes se unieron de nuevo y la oscuridad volvió a reinar en torno del joven scout.

En aquel búfalo grande y negro se basaron desde aquel momento las esperanas de Bill Cody pues se proponía nada menos que tratar de montarse en el lomo del búfalo jefe, que se acercaba hacia él al frente de su tropa.

Sus esperanzas de buen resultado era, lógicamente, pocas y si no lograba montarse

en el lomo del búfalo negro, sería pisoteado y deshecho por el rebaño que corría furioso.

Surgiendo entre la oscuridad el enorme búfalo negro se precipitó hacia él y Búffalo Bill vió como relucían los rojos ojos del animal mientras avanzaba solo al frente del rebaño que capitaneaba.

Los próximos instante fueron de grandísima emoción para el muchacho. Esperó a que el mugiente búfalo se hallara casi encima de él y entonces dió un salto para ir a agarrarse a los cuernos del cuadrúpedo.

Se agarró a ellos y fué levantado del suelo por el correr del animal. Un instante después, mediante una atlética flexión de los brazos, Cody se retorcía en el aire y caía después sobre el ancho lomo del animal.

El búfalo se sacudió violentamente, sin dejar de correr, con el propósito de quitarse aquello que le había caído encima. Pero no pudo lograr que Búffalo Bill abandonara el lomo en que se había montado.

Ni un terremoto podría sacudir de su puesto, en caso tal, a tan hábil y famoso cazador de búfalos como Búffalo Bill.

A través de la nocturna oscuridad siguió la loca carrera del ingente rebaño de búfalos, guiado por el enorme y negro búfalo en que Bill Cody iba montado.

De repente, dominando el ruido que hacían al correr búfalos y caballos, se alzó un espantoso y salvaje coro de gritos horribles. Búffalo Bill, vió que los jinetes se esparcían corriendo a diestra y siniestra como divididos por alguna invisible roca.

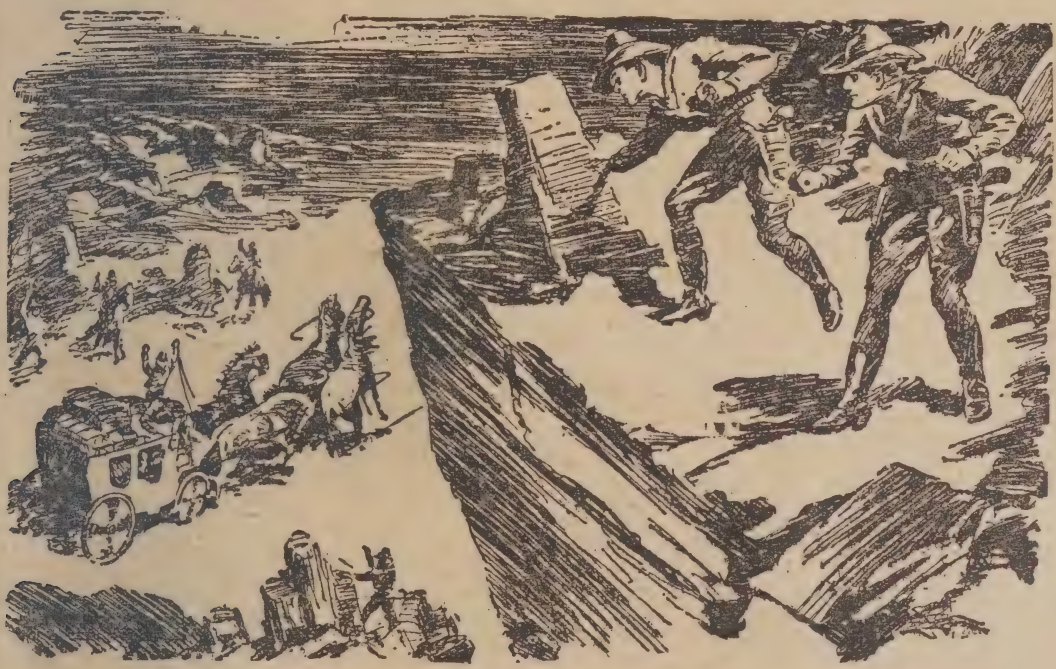
El gigantesco búfalo en el cual iba montado Cody siguió corriendo en línea recta. Durante un segundo algo brilló ante sus ojos y un momento después el búfalo negro era bañado por una cantidad grande de agua helada. El gigantesco búfalo se metía en aquel momento en una laguna.

El joven scout conocía perfectamente la condición de la laguna en que acababa de meterse el negro búfalo jefe del rebaño.

Se trataba de la cinta de agua llamada "La trampa de los búfalos", la laguna de tan pintoresco e inocente aspecto que ocultaba en su seno el fondo de arenas movedizas, la terrible sirte de la pradera.

¡EN EL BORDE!

El búfalo negro forcejeó desesperadamente pero todo fué en vano; nada podía arrancarlo de las garras de aquellas traidoras arenas en las que se hundía sin poder evitarlo.



Sonaron dos detonaciones más y los caballos se encabritaron. En el mismo momento los bandidos se acercaron a la diligencia.

El búfalo negro estaba a unos quince pasos de la orilla porque su primer avance lo había llevado hasta allí. Entre él y la orilla había muchos y mugientes, desesperados búfalos, que forcejeaban en la obscuridad. La mayoría de los búfalos del rebaño se habían detenido antes de llegar al agua y volviendo grupas habían corrido desandando el terreno recorrido. Los que quedaban, unos cincuenta en total, habían seguido al búfalo negro en su impetuoso avance hacia las arenas movedizas y peleaban en vano por su vida, en aquel momento.

Búffalo Bill se puso de pie en el lomo del búfalo negro y luego saltó desesperado. Cayó sobre el lomo de otro búfalo y se quedó un momento procurando recobrar el equilibrio antes de saltar al lomo de otro animal.

Volvió a saltar hacia adelante y por fin

cayó de bruces sobre la arena de la costa pero, por fin, se vió en sitio seguro y lejos del peligro de la sirte.

En aquel mismo momento salió de nuevo la luz de la luna de entre las nubes y dejó ver la triste escena en todo su horroroso aspecto.

Sobre la superficie del aguá, sólo se veía la cabeza del gigantesco búfalo negro; los demás búfalos se habían hundido ya por completo. No se veía absolutamente nada de todos ellos. ¡Habían desaparecido debajo de la superficie del agua!

Pero los búfalos no eran los únicos que habían sufrido las asechanzas de la traidora sirte. A corta distancia de la costa se veía a un hombre arrodillado sobre la montura de un caballo que se hundía en las traidoras arenas.

Búffalo Bill sabía que aquel hombre debía ser uno de los bandidos que había avanzado a ciegas metiéndose en la laguna antes de percatarse del peligro que le amenazaba. Procediendo de inmediato, el joven scout preparó su lazo.

Pero el hombre no necesitó hacer nada por su parte, porque la puntería de Búffalo Bill fué tan exacta que el lazo cayó exactamente sobre los hombros del bandido.

—Déjese el lazo ceñido al cuerpo — le gritó Cody, — después salte hacia adelante la mayor distancia que pueda.

El bandido se puso de pie sobre la montura y después de unos breves instantes de vacilación, saltó hacia lo alto y hacia adelante. Esperó Búffalo Bill a que el bandido estuviese en el punto más alto de su salto y entonces dió un enérgico tirón del lazo.

Esto tuvo por consecuencia lo que Bill había esperado obtener. En vez de caer hacia el agua el bandido fué bruscamente, por el aire, hacia donde estaba de pie Búffalo Bill.

El hombre golpeó bruscamente contra el suelo y allí se quedó tendido sin sentido, pero salvado del peligro de las arenas movedizas.

Bill Cody se inclinó hacia él y habiéndose persuadido de que el bandido no había sufrido ninguna herida grave, lo ató seguramente con su lazo.

Mucho antes de que hubiera terminado su trabajo el último de los animales que habían caído en las garras de la sirte, había desaparecido por completo. En la superficie del agua no se veía ni la menor ondulación. Sobre aquella trampa de muerte, reinaba de nuevo el más completo silencio.

Búffalo Bill, a pesar de hallarse tan acostumbrado a los peligros del Salvaje Oeste, no pudo reprimir un estremecimiento de horror al mirar hacia aquella laguna traidora.

Interrumpió sus tristes pensamientos un grito que vibró en la soledad de la noche. Búffalo Bill vió entonces que su compañero Texas Ted se acercaba al galope de su caballo.

Texas Ted traía de la rienda a Estrella de Plata, el caballo de Búffalo Bill.

—¡Hola, Bill! ¡No esperaba volver a verlo! — exclamó Ted cuando se acercó a Búffalo Bill y se apeó. — Temía que usted hubiera sido atropellado y pisoteado por el rebaño de búfalos que corría dándose un placentero paseo por la pradera.

—Pasé un momento bastante apurado, Ted, — dijo Cody. — Pero ya ha pasado todo y no me encuentro mal por suerte. Además, he conseguido apresar a uno de los piratas de la pradera.

Con un movimiento de cabeza indicó al hombre atado con el lazo, y que acababa de recobrar los sentidos.

Texas Ted miró al bandido. El cautivo era un mestizo mejicano de rostro oscuro.

—Tal vez consiga usted que él le diga algo respecto al escondrijo de los bandidos, — dijo Ted.

—Más fácil le sería a usted sacar agua de un reseco peñasco de la pradera que hacerme a mí hablar de mis compañeros, — declaró el bandido. — Con seguridad antes de que consiga llevarme de aquí le van a llenar el cuerpo de plomo en el camino.

El joven scout se sintió convencido de que sería inútil intentar que aquel hombre le enterara, de algo de lo que deseaba saber, así que tomando en brazos al bandido lo puso sobre la montura del caballo de Texas Ted y lo ató fuertemente.

—Estrella de Plata es demasiado buena para cargar con semejante basura, — dijo Búffalo Bill. — Tome usted de la rienda al caballo Ted, y vigile al pillastre. Deseo dar con la pista seguida por los Piratas de la Pradera, cuando se dividieron en dos grupos al llegar a la laguna.

Avanzó con la vista fija en el suelo. Las huellas de los jinetes y de los búffalos eran fáciles de seguir. Ambas huellas aparecían mezcladas durante un largo trayecto.

Pero al cabo de una milla se separaban y entonces el rastro dejado por las herraduras de los caballos seguían por una ancha ladera rocosa.

Búffalo Bill siguió por aquella ladera seguido de Texas Ted con los dos caballos, cuanto más subían, el terreno se fué haciendo más y más pedregoso y accidentado.

—Los bandidos han escogido un buen sitio para su guarida Ted. — observó Búffalo Bill. — Podríamos recorrer durante meses y meses este laberinto sin dar con su escondrijo.

—¡Claro que sí! — dijo Ted. — Me parece que sería bueno que nos asegurásramos del cautiverio de este pillo, ya que lo tenemos en nuestro poder. No tardaremos mucho en llevarlo hasta Denver y..

Calló de pronto, porque el caballo sobre el cual habían atado al bandido, lanzó un relincho de miedo y avanzó rápidamente.

Texas Ted trató de sostener al animal por las riendas, pero no pudo. Ya era tarde. El caballo se encabritó y avanzó separado de Texas Ted.

—¡Sujételo! ¡Sujételo! — gritó Texas Ted, pero el animal, indudablemente asustado, corrió como loco hacia el borde de un precipicio inmediato.

Texas Ted volvió a gritar, pero en vano. Un momento después el caballo con el bandido, saltó por el borde del precipicio profundo, cayendo en busca de la muerte en las escarpadas rocas del hondo cañón a la montaña.

EL JINETE FANTASMA

La tragedia se desarrolló con tan asombrosa rapidez, que los dos amigos se quedaron atónitos. El incidente resultó tan misterioso como repentino, pues nada se había producido, al parecer, como para asustar de tal modo al infeliz caballo.

Búffalo Bill miró en redor y sus perspicaces ojos brillaron repentinamente al alcanzar a ver rápidamente y al pasar, algo que se movía detrás de un peñasco muy grande y a corta distancia del sitio donde él y Texas Ted se encontraban.

Era la espectral figura de Deadwood D montado en su caballo fantasma y cabalgando rápida y silenciosamente descendiendo una ladera de la montaña.

carrera entre el joven scout y el misterioso jinete fantasma.

Fué aquel un caso de todo o nada para Búffalo Bill. La última vez que había visto el espectro de Deadwood Dick, Avellana, la joven misteriosa había desaparecido, y en aquel momento que volvía a ver al fantasma, Bill Cody estaba decidido a poner en claro el misterio de la desaparición de la joven a quien había salvado de las garras de los indios paunís, en cuyo campamento había pasado tantos años.

Volvió a ver a Deadwood Dick cuando pudo lanzar su caballo al galope en un espacio de terreno llano. Más de una vez Deadwood Dick volvió la cabeza para mirar a su perseguidor, Búffalo Bill alcanzó a ver la

Texas Ted volvió a girar, pero en vano. Un momento después el caballo con el bandido, saltó por el borde del profundo precipicio.

El terror que había enloquecido al caballo en que iba el bandido quedó explicado de inmediato. El caballo había visto un solo momento al jinete fantasma y esto había sido suficiente para enloquecerlo de terror inmediatamente.

El joven scout corrió hacia donde estaba Estrella de Plata en el mismo momento en que el jinete fantasma de las montañas rocosas aparecía a su vista durante un momento más, y marchó de un salto.

—¡Voy tras del espectro, Ted! — gritó. — Si es hombre o es fantasma, algo voy a averiguar a su respecto.

Estrella de Plata se lanzó hacia adelante siguiendo el camino que Búffalo le indicaba, o sea hacia donde había visto a Deadwood Dick por última vez. Comenzó así la extraña

máscara blanca que cubría la parte superior del rostro espectral del fantasma.

La persecución duró algunos momentos y después, precisamente delante del jinete fantasma, Búffalo Bill vió un extenso hueco que se abría en el suelo. Deadwood Dick llegó a él y su caballo saltó hacia arriba.

—¡Si ese caballo no es un fantasma, es un excelente caballo! — díjose. Y llegando al hueco, hizo que su fiel Estrella de Plata saltara a su vez.

Estrella de Plata saltó con maravillosa facilidad y cuando hubo puesto las patas en el otro lado del hueco, Búffalo Bill le palmeó cariñosamente el cuello.

Por la ladera descendente que comenzaba del otro lado del hueco, Búffalo Bill siguió

persiguiendo al jinete fantasma. A medida que avanzaba, la cuesta se hacia más y más empinada. Pero no había peligro que pudiese detener a Bill Cody en aquellos momentos. Adonde fuese Deadwoo Dick, Búffalo Bill lo seguiría.

Estrella de Plata corrió cuesta abajo levantando nubes de polvo y haciendo rodar centenares de piedras. Fué aquella una carrera desesperada pero Búffalo Bill se sentía más y más entusiasmado a medida que avanzaba.

Llegó Deadwood Dick al pie de la cuesta y corrió por la llanura que se extendía frente a él. Búffalo Bill llegó también al terreno llano y en aquel mismo momento distinguió frente a él una extensión dorada.

Era la trampa de los búfalos, la brillante extensión de agua que cubría la mortífera capa de arenas movedizas. ¡Y Deadwood se dirigía en línea recta hacia aquel sitio!

Desesperadamente Búffalo Bill siguió avanzando porque sabía perfectamente cual sería el destino del jinete fantasma en cuanto se metiera en aquellas aguas.

Pero a pesar de sus esfuerzos, Deadwood Dick se hallaba a cuarenta yardas delante de él cuando llegó a la laguna y se dirigió decididamente hacia sus aguas silenciosas.

¡Pero el jinete fantasma no se hundió! Avanzó por la laguna como si estuviera cruzando un estanque de poca profundidad con el fondo de roca!

Al llegar a la orilla del agua, Buffalo Bill detuvo a Estrella del Plata y en el momento en que paraba asombradísimo, la luna se ocultó tras de unas nubes y volvió a reinar la más completa oscuridad.

EL FINAL DE LA PERSECUCION

—¡Dios mío! ¡Esto sí que es extraordinario! — murmuró Búffalo Bill. — Yo sé algo relacionado con esta laguna pero Deadwood Dick tiene que ser algo más que humano para poder cruzarla del modo que lo ha hecho.

Se apeó de su caballo y examinó el terreno circundante yendo hasta la orilla del agua pero no pudo encontrar huellas que le indicaran el punto exacto por el cual el misterioso jinete habíase metido en el agua.

Después arrastrándose arrodillado hasta la orilla del agua el joven scout tanteó el fondo traído con las manos, pero hasta donde alcanzó a tocar no halló más que la superficie de arena amarilla que estaba esperando el momento de tragárse a toda infeliz criatura que apoyara en ella sus pies.

La luna alumbró de nuevo el paisaje y permitió ver la traidora laguna enteramente tranquila en toda su extensión. La laguna presentaba un aspecto de paz y de calma encantadoras ¡Al jinete fantasma no se le veía por parte alguna!

Convencido de que quedándose junto a la laguna no conseguiría adelantar nada su investigación respecto al jinete fantasma, y a su misteriosa desaparición, Búffalo Bill se puso de pie.

Montando en seguida en Estrella de Plata se alejó de la laguna encaminándose hacia el sitio de la montaña donde había dejado a su compañero y amigo Texa Ted. Un cuarto de hora después llegaba a su lado.

—¡Cómo! ¿No se trae prisionero al fantasma, Bill? — díjole Texas a manera de saludo. — ¡Creo que si efectivamente está hecho de humo no es extraño que usted no lograra prenderlo!

El joven scout contó a su compañero todo lo que le había sucedido y le enteró de como había desaparecido Deadwood Dick, en las movedizas arenas.

—¡Eso tiene necesariamente que ser un fantasma! — observó Texas Ted después de una pausa. — Usted no conseguirá alcanzarlo jamás. Es perder tiempo y dinero eso de correr tras de un fantasma que no tiene suficiente solidez para que las balas puedan herirlo.

—No debemos olvidar que estamos aquí en cumplimiento de misiones especiales, Ted, — dijo Buffalo Bill a su compañero.— Una de ellas es enterarnos de todo lo más que nos sea posible respecto al jinete fantasma y la otra encontrar el sitio donde los Piratas de la Pradera tienen su escondrijo entre las montañas.

—Sabemos que los Piratas de la Pradera son de carne y hueso lo mismo que nosotros y eso ya es algo, — dijo Ted, sonriendo. — A la gente de carne y hueso la entiendo bien, aun cuando se trate de bandidos.

—Ya es hora de que tenga fin el reinado de los Piratas de la Pradera, — manifestó Búffalo Bill. — Pero también es necesario que nos enteremos de algo más respecto al jinete fantasma. El asunto de Deadwood Dick está resultando un extraño misterio, Ted, y me propongo averiguar todo lo relacionado con él, — agregó — No creo, sin embargo, que aun podamos averiguar algo más esta noche.

Los dos amigos escogieron una pequeña cueva y después de haber encendido fuego, que alimentaron con piñas secas recogidas del suelo, se envolvieron en sus mantas y se acsotrano en el suelo arenoso para gozar de un buen merecido descanso.

(Continuará)

LECTURA EMOCIONANTE, de aventuras, de acción y de misterio, cuidadosamente seleccionada de los mejores autores modernos, es lo que se obtiene comprando todos los viernes PUCKY magazine

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

VEIA que en vano eran sus contínuos cruzamientos delante de la isla; que Krasna, insensible a ellos, no se dejaba ver en sus miradores; estaba celoso porque no sabía la terrible situación en que Kaivar se encontraba colocado respecto a Krasna, y llegó, en fin, un día en que, decidido a todo, determinó vengarse de Krasna y de Kaivar y libertar del yugo tártaro la isla de Corfú.

Una mañana, al amanecer, Kaivar despertó sobresaltado a los grandes golpes que resonaban a la puerta de las habitaciones de Krasna, junto a la que dormía; saltó del lecho, acudió presuroso a abrir la puerto y encontró a Nossur, que le dijo:

—El castillo está cercado, señor; el corsario Kanmo ha desembarcado con cinco mil hombre; ha adelantado amparándose de las últimas sombras de la noche, y se le ha visto aparecer ya muy cerca del castillo.

—¿Y por qué callan nuestros cañones?— dijo Kaivar.

—Nuestros cañones, señor, son inútiles, hasta el momento en que los enemigos hayan trepado a lo alto de la roca; pero si no nos acometen, si se reducen a cercarnos ocultándose entre las quebraduras, nos veremos obligados a rendirnos o a perecer de hambre y sed, porque tenemos muy poca agua y muy pocos víveres.

—Esto sucedería si yo permaneciese cobardemente encerrado dentro de estos muros; pronto, mi caballo, y mi gente fuera; veremos si podemos echar lejos de nosotros a los que se atreven a insultarnos.

—Somos ciento contra mil — dijo Nossur.

—Bien, ¿y qué importa? — dijo Kaivar. — Al ejército le hace el caudillo; ni una palabra más, y afuera.

En aquel momento se presentó un tártaro que traía una carta en la mano, y dijo a Kaivar:

—Un jinete griego acaba de dejar esta carta para tí, señor.

Kaivar tomó aquella carta, que contenía lo siguiente:

"Al gobernador tártaro Kaivar el Resucitado, el corsario griego Estanislao Kanmo. Necesito tu vida y vengo por ella; si quieres ahorrar sangre inútil de gente a quien nada importan nuestros odios, sal; yo te reto a singular combate; eres bravío y fuerte y puedes comprender que yo no trocaré por una traición el placer de combatir contigo y exterminarte: sal, pues, solo, y solo me encontrarás en el pequeño valle que está al pie del peñasco en que se sienta tu castillo; si temes una asechanza, que no lo espero, porque sabes que tengo para ti la lealtad y el odio, tus terribles tártaros se quedan defendiendo tu castillo. Krasna, que te ama, que es tan tártara y tan valiente como tú, le defenderá si eres vencido por mí, como tú pudieras defenderle. Ven; te espero sediento de saciar con tu sangre mi venganza".

Kaivar arrugó furioso entre sus manos la carta de Kanmo, se armó rápidamente, bajó al espacio que rodeaba la gran torre, donde le esperaba su caballo encubertado, tomó de manos de un tártaro su lanza y su escudo, hizo sacar el caballo fuera y, a pesar de las observaciones de Nossur, que cortó de una manera terrrible, bajó solo por el escarpado sendero del peñasco, llevando su caballo del diestro.

Krasna, entretanto, impasible, muda, sombría, se preparaba a lo que pudiera acontecer. Los cien tártaros armados coronaban las almenas o estaban al lado de las piezas que, dos en cada frente, defendían el castillo. Kaivar podía ser vencido en un duelo personal, y Kanmo debía pretender, si vencía a Kaivar, que se le entregase el castillo. Krasna amaba a Kanmo; pero esposa de Kaivar, tenía la conciencia de su deber y estaba resuelta a cumplirle hasta morir. Kanmo lo había dicho en su carta a Kaivar; Krasna era tan tártara como él, y como él tan fuerte para defender el castillo.

Pero bajo su impasibilidad, bajo su aspecto de severa valentía, Krasna ocultaba una ansiedad mortal. Su amor hacia Kanmo aumentaba de día en día, porque el amor es infinito; sabía cuán horrible era Kaivar, y aunque Kanmo estaba alentado por un valor a toda prueba, no dejaba de ser por eso para él Kaivar un enemigo formidable La muerte de Kanmo aterraba a Krasna, la

helaba el corazón; pero, a pesar de su amor al griego, de que su muerte era la mayor desgracia que podía temer Krasna, a pesar de que aborrecía con toda su alma a Kaivar, que para ella era más que esposo un tirano insoportable, Krasna no deseó, ni por un momento, la muerte de Kaivar.

Su deber y su conciencia se lo impedían, y Krasna cumplía rígidamente con su conciencia y con su deber. No podía pedirse más a aquella desventurada. Dios había querido que amase a Kanmo, y le amaba con toda su alma. Dios la había entregado a Kaivar, la había hecho su esposa, y Krasna apuraba con la sublime valentía del mártir todo el horror de su destino.

Cuando Kaivar llegó a la parte llana, a un pequeño valle al pie del peñasco, montó a caballo. Al otro lado del valle había un hombre a pie, ligeramente armado, con traje griego, un pequeño escudo de cuero en el brazo izquierdo y un ancho sable pendiente de la cintura. Aquel hombre era Kanmo. Adelantó hacia Kaivar en cuanto le vió aparecer a caballo y al llegar a él le dijo:

—Estaba seguro de que vendrías y te esperaba.

—Yo te doy las gracias por haber dejado el mar, donde yo no podía ir a buscarte y por haberme presentado la ocasión de que yo vengue en ti, matándote, todo cuanto sufro — dijo Kaivar con la voz trémula de cólera, echando pie a tierra, después de lo cual arrojó su lanza y dejó libre su caballo para ponerse en iguales condiciones de combate que Kanmo.

—Vengo a pedirte cuenta de la desesperación de Krasna — dio Kanmo.

—Yo quiero aumentar su desesperación hasta la locura matándote — respondió Kaivar.

—Pues procúralo — dijo Kanmo, desnudando su ancho sable. — Estamos solos; yo he dejado mi gente lejos de mí, entre las quebraduras.

—Ni uno solo de mis tártaros ha salido del castillo — respondió Kaivar.

—Pues luchemos de poder a poder — dijo Kanmo, — y que Dios de el triunfo a aquel de los dos que más le plazca.

—Acabemos de hablar — dijo Kaivar,— porque me impaciento al ver vivo ante mí al hombre a quien aborrezco, cuya vida pesa sobre mi alma.

—Me pesa a mí la tuya, y te la voy a arrancar.

Y tras estas palabras Kanmo embistió a Kaivar. Se trabó un combate en que en los primeros momentos nadie hubiera podido comprender cual sería el vencedor y cual el vencido.

Eran dos tigres irritados, fuertes, terribles, que no se cansaban, que no cedían, que redoblaban sus golpes, golpes que no caían sobre sus escudos sin dejar en ellos una profunda señal. Los dos eran ágiles, los dos diestros, los dos dotados de un valor maravilloso. Muy pronto los escudos estuvieron inservibles y se vieron obligados a arrojarlos, porque más servían de estorbo que de defensa. Entonces la ventaja estuvo de parte de Kaivar. Este estaba completamente armado, cubierto de hierro, y Kanmo no tenía otras armas defensivas que sus vestidos de seda. La lucha, pues, parecía terminada en daño de Kanmo; pero éste, rápido como el pensamiento, paró con su sable un golpe de la espada de Kaivar, cerró con él, le asió por la cintura y le oprimió.

El combate de acero contra acero había pasado a ser una lucha de gladiador. Entonces se cambió la ventaja, poniéndose de parte de Kanmo, que, libre de todo peso, podía usar mucho mejor de su agilidad que Kaivar, que tenía sobre sí el enorme peso de su armadura. Crujían las piezas de ésta, rechinando sordamente oprimidas entre los brazos de Kanmo. Kaivar perdía sensiblemente terreno y estaba próximo a perder el equilibrio.

—Me agobia el peso de las armas — exclamó Kaivar.

—Tus armas te daban ventaja sobre mí, y usaste de ellas; ahora yo vuelvo contra ti esa ventaa — dio Kanmo.

Y siguió luchando con un vigor tal, que Kaivar vacilaba y hacía inútiles esfuerzos por apoderarse de su puñal para herir a Kanmo; pero el estrecho abrazo con que éste le enlazaba se lo impedía. Al fin Kaivar perdió tierra y cayó, arrastrando consigo a Kanmo. Entonces la lucha se redobló. De la misma manera que Kaivar no podía desenlazarse de los brazos de Kanmo, éste estaba retenido por los brazos de Kaivar. El combate era horrible. Entrambos se destrozaban sin obtener ventaja el uno sobre el otro. Estaban aferrados, formando un grupo informe, que se agitaba, se estremecía, rugía, revolviéndose sobre el polvo.

Llegó un momento en que entrambos se debilitaron, en que la lucha parecía tocar a su fin por el cansancio de los combatientes, Kaivar, sin embargo, por el peso y el embarazo de su arnés estaba mucho más cansado, y Kanmo pudo al fin desprenderse de sus brazos, alzarse rápidamente y ponerle una rodilla sobre el pecho. Kaivar echó mano a su puñal; pero Kanmo se había apoderado de él y le tenía desnudo en la mano amenazando a Kaivar. Este no dijo una sola palabra. Comprendió que estaba vencido, pero su orgullo le impidió pedir gracia.

—Yo amo a Krasna — exclamó Kanmo acercando su semblante pálido, con la palidez del exterminio, al cadavérico y horrible semblante de Kaivar; tu eres su esposo y es necesario que Krasna quede viuda.

Kaivar no contestó; sus ojos negros y terribles provocaban a Kanmo, fijando en él una mirada de desprecio. Kanmo levantó el puñal que había arrancado a Kaivar y lo hundió por tres veces en su cuello, por cima del descote de la coraza. Kaivar se estremeció violentamente a cada una de las puñaladas y luego quedó inmóvil. Un ancho surtidor de sangre salía de su garganta, y sin embargo, sus ojos habían quedado abiertos, terribles, fieros, fijos en Kanmo, pero inmóviles. Kanmo se levantó, creyendo muerto a Kaivar, le miró profundamente y exclamó:

—Daría mi alma al diablo por que resucitaras otra vez, tú que te llamas el Resuci-

tado, para volverte a matar, porque una sola vida que tenías no basta para el odio que te tengo.

Y después de estas palabras y de haber contemplado por un largo espacio a Kaivar, tocó por tres veces un silbato de plata, que produjo tres agudos silbidos. Dicen los que cuentan esa historia, que el diablo aceptó el ofrecimiento del alma de Kanmo por la segunda resurreción de Kaivar.

Pero esto no quiere decir que Kaivar resucitase inmediatamente. El jefe tártaro, el gobernador de Corfú, permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, fieros, mates, terribles; pero la sangre, que poco antes salía a borbotones, dejó de brotar de las heridas. Algunos corsarios habían acudido a la llamada de Kanmo.

—Llevaos a ese hombre a la playa y arrojadle al mar — dijo Kanmo. — El peso de su armadura le retendrá en el fondo y no volverá a aparecer.

Los corsarios griegos cargaron con Kaivar y se encaminaron a la playa por entre las quebraduras.

Kanmo tomó la lanza y el caballo de Kaivar, su espada y su puñal ensangrentado, como trofeos de su triunfo, y los envió al castillo con un corsario que llevaba un mensaje para Krasna. Cuando el corsario llegó a lo alto del peñasco, delante de la puerta del castillo y pidió hablar a la castellana, Krasna se asomó al ajimez que había sobre la puerta.

—¿Qué quieres? — dijo Krasna.

—Kanmo, mi señor, me envía — contestó el corsario.

—¿Y qué quiere Kanmo? — respondió secamente Krasna.

—Este puñal ensangrentado — dijo el corsario — te indica que eres viuda.

Krasna no se conmovió, ni el dolor ni la alegría salieron a su semblante.

—Continúa — dijo.

—Esta espada ha sido inútil en las manos de tu esposo y Kanmo te la envía con este caballo y con esta lanza, para que sirvan a un nuevo lobo tártaro que quiera vengar la muerte de Kaivar.

—La muerte de Kaivar no se vengará por las armas — respondió Krasna. — Llévate esos despojos de la victoria de tu señor, y dile que lo que sucedió mientras vivía mi esposo seguirá sucediendo a pesar de su muerte.

—Mi señor me manda decirte que te entregues a él con tu gente y tu castillo.

—Di a tu señor que venga a conquistarnos.

Y cerró el ajimez y desapareció.

Pero Kanmo tuvo el buen tacto de no embestir el castillo ni mantenerle cercado, lo que indudablemente le hubiera dado la posesión de él a la vuelta de algunos días, por falta de mantenimientos. Krasna vió desde los miradores de la gran torre llegar a la playa a Kanmo con sus corsarios, que se embarcaron en las cinco galeras en que habían venido. Aquellas galeras levaron sus anclas y se hicieron a la mar, alejándose a toda vela. A la puesta del sol las cinco galeras habían desaparecido en el horizonte.

Los tártaros salieron a reconocer los alrededores del castillo y no encontraron a nadie; solo hallaron paciendo tranquilamente en el valle donde habían combatido Kanmo y Kaivar el caballo de éste. Sobre su caparazón de guerra se veían la espada, el puñal y la lanza de Kaivar. En cuanto a éste, su cadáver no se encontró; había desaparecido.

Por bajo de esto se leía lo siguiente:

"Esta es la historia que se cuenta en la isla de Corfú acerca de su último gobernador tártaro, de su esposa y del amante de su esposa".

El Consejo de los Diez, que había enviado un agente a Corfú, recibió esta relación, que el agente había copiado palabra por palabra, de boca de un anciano natural de la isla y que remitió al Consejo. Ignorábase que relación podía haber entre aquellas tres personas y un monje negro venido del convento de la Penitencia y los dos cadáveres griegos que se habían encontrado una mañana flotando sobre las aguas del canal de Monforte, delante del palacio Conti. Salvador Conti fué interrogado acerca del nombre y de la calidad de su esposa, pero éste se negó a declarar. Luego, puesto a la prueba del tormento y habiendo resistido a la primera vuelta de rueda, a la segunda prometió declarar; se le quitó del tormento y dijo lo siguiente, que se copia de la declaración que prestó antes los secretarios del Consejo:

"Hace mucho tiempo tenía yo conocimiento con un corsario griego con quien en su juventud había tenido negocios mi padre, y que me debía grandes sumas, prestadas por mi padre a él, y que yo había heredado. Sábese que son muy comunes los contratos por relaciones mercantiles entre los venecianos y la gente de Levante, y aunque mi padre como patricio nada tenía de mercader, había conocido a José Kraus en las casas de los joyeros judíos del puente del Rialto, y de este conocimiento vinieron peticiones de dinero de Kraus a mi padre, préstamos que, multiplicándose sin ser devueltos, llegaron a constituir grandes sumas.

En el testamento de mi padre quedaron consignados estos créditos contra José Kraus a favor mío, y mis testamentarios enviaron a Corfú un encargado para que realizase el cobro de aquellas cantidades, que José Kraus me debía como heredero de mi padre. Kraus no pagó la deuda; pero pidió plazos, que se le concedieron, y como hubiese faltado a ellos se le excitó de nuevo, y Kraus, por resultado de esto, vino a Venecia a entenderse directamente conmigo, trayéndome algún dinero. Yo, además de la inmensa fortuna de mi padre, había heredado su profunda misantropía; mi existencia, sin causa aparente era amarga y tristísima. Una agonía lenta producida por una tristeza profunda y sin objeto.

Kraus, que venía de tiempo en tiempo a traerme alguna cantidad se propuso sacar partido de la enfermedad misteriosa que yo padecía, y que me hacía sufrir un tormento insoportable.

—Si tú vinieras a Corfú, a mi hermosa isla de Corfú — me dijo, — tú curarías de esa tristeza que te devora; tú no podrías ver

los ojos de Zinca sin que ellos animasen tu alma, sin que la hiciesen sentir la ardiente vida del amor.

—Las mujeres no existen para mí — le dije; — el amor no es una necesidad de mi alma; yo oigo hablar de él, y no le comprendo; si yo pudiera reírme, me reiría del amor.

—La mirada que ha de inflamar tu alma, que la ha de vivificar, que la ha de hacer sentir dulzuras que tu ignoras, aun no ha caído sobre tus ojos — me dijo Kraus.

—Yo soy rico y noble — le contesté, — y Venecia es la patria de las mujeres más hermosas del mundo; ojos incomparables han pretendido enloquecerme, y sus miradas se han perdido en un abismo sin fondo sin conmoverme, sin librarme ni por un momento de esa tristeza profunda, que hace de mí un cadáver viviente.

—Pero tú sufres.

—Sí, sufro mucho.

—Ven conmigo a Corfú

—¿Y para qué?

—Para conocer a Zinca.

—Zinca será para mí, para inspirarme amor, tan inpotente como han sido todas las hermosísimas damas que conozco.

—¡Quién sabe! Zinca es una doncella que parece creada por Dios para enamorar a los más fieros, a los más insensibles.

—Zinca no logrará — respondí — ni siquiera que yo la recuerde después de haberla visto.

—Voy a hacerte una proposición — me dijo Kraus.

—¿Cuál?

—Si tú ves a Zinca y no la amas, yo te pago una cantidad doble de la que te debo.

—En buen hora.

—Pero si la amares, se entiende que pierdes la cantidad de que aun te soy deudor.

—Mucha confianza tienes en esa mujer— le dije.

—Si tú vinieras conmigo y la conocieras, la amarías.

—Acepto tu apuesta — dije a Kraus, creyéndome seguro de que Zinca no me obligaría a amarla y de que duplicaría la enorme cantidad de que me era deudor Kraus.

Al día siguiente partimos.

Conocí a Zinca y la amé. Zinca era una doncella de quince años, que tenía en la dulce mirada de sus ojos azules el fuego vivificador de la creación; ella me convirtió de un cadáver, en un ser lleno de una vida ardiente, que me era tan insoportable como me lo habían sido mi fría impasibilidad y mi profunda tristeza. Pero Zinca no me amó. Kraus me había tendido un lazo; me había ganado la apuesta, y nada me debía. Cuando desesperado, loco por Zinca, le reconvine por no haberme revelado que Zinca amaba a un hombre con toda su alma, por lo que era imposible me amase a mí, me contestó con un irritante descaro:

—La cuestión no era que Zinca te amase, sino que la amases tú; tú blasfemabas del amor, porque no le conocías; tú no vivías, porque el amor es la vida del alma, y tu alma tiene vida por el amor que te inspira Zinca, y que no sentirías si yo no te la hubiera hecho conocer; vale más vivir mal, teniendo el espíritu lleno de la ardiente vida del amor, que vivir con el espíritu apagado, inerte, frío; debes, pues, agradecerme que yo te haya hecho conocer a Zinca, y parecerte muy poco lo que conocerla te ha costado

—Pero yo sufro de una manera insoportable; el recuerdo de Zinca me abrasa el alma.

—Ese ya es otro negocio — me dijo Kraus; — ¿Cuánto me darás si hago esposa tuya a Zinca?

—La mitad de mi fortuna — le contesté sin vacilar.

—Debo advertirte algo que tal vez no te agrade mucho, antes de que concluyamos definitivamente nuestro trato: Zinca es tal, aparece tan pura, que tú has soñado en ella una virgen inmaculada.

—Lo juraría por la salvación de mi alma— respondí

—Pues perderías tu alma, como has perdido la apuesta que has hecho conmigo.

—Pues qué — dije, — ¿Zinca no es pura como el sol?

—Será todo lo que tu quieras — dijo Kraus; — pero no impedirá que todas las noches Zinca reciba a un hombre misteriosamente, y que todas las mañanas, con el pretexto de respirar los aires puros de la montaña, salga a caballo acompañada de un esclavo que le sirve lealmente y vaya a una legua de distancia, a un pequeño valle donde hay una casita blanca, en la cual una hermosa montañesa cría un hermosísimo niño de seis meses. Ese niño es hijo de Zinca y de su amante.

—¿Y por qué — dije a Kraus alentando apenas — no es esposo ese hombre de Zinca?

—Porque las descendientes de la familia tártara Karuk no han nacido para ser venturosas en amor.

—¿Es tártara Zinca?

—Sí, tártara por su madre Krasna, y griega por su padre Kanmo.

—¿Y Kanmo no era tampoco esposo de Krasna?

—Sí; pero Krasna que se creía viuda del jefe tártaro Kaivar, muerto por Kanmo, su antiguo amante, se encontró con que Kaivar había resucitado.

Y aconteció sin duda una tragedia.

—Sí, una venganza terrible. Kaivar tuvo miedo de introducirse como un ladrón en la casa de Krasna, mató a puñaladas a ésta y a Kanmo, y desapareció. Krasna vivió el tiempo suficiente para revelar que su primer esposo a quien creía muerto, se le había aparecido de repente y la había inmolado a sus celos, y para encargar a Nossur, jefe de su guardia tártara, velase por su hija Zinca y no la permitiese enlazarse sino con un jefe tártaro. Nossur ha cumplido fielmente el encargo de su señora, y como Zante no es tártaro y Zinca le ama, sus amores son secretos.

—¿Pero cómo pueden ser secretos unos amores de los cuales un hijo ha sido el fruto?

—Afortunadamente para Zinca, Nossur estaba en Constantinopla en la época de su alumbramiento, y éste ha quedado secreto para Nossur. Pero yo que había pensado en Zinca para que te libertase de tu terrible melancolía, quise saber a qué atenerme respecto a Zinca, y lo he sabido, pagando a pe-

so de oro a una vieja esclava que sirvió también a su madre, que es la confidente de Zinca y que conoce la historia de su familia. He aquí que tú, que has creído que era una inocente niña Zinca, y que lo hubieras jurado por tu alma, te has engañado. Ahora bien; dime si, a pesar de esto, ardes aún en amores por Zinca y quieres hacerla tu esposa.

—Sí, y a pesar de todo; porque su amor me embriaga, me enloquece — le contesté.

—Me darás veinte mil cruzados de oro — me dijo el codicioso Kraus.

—Te los daré — le respondí — en el momento en que Zinca sea mi esposa.

—No tardará mucha en serlo; mañana partiremos a Venecia; cuando te haya dejado en ella, me volveré a Corfú, y algún tiempo después iré a Venecia con Zinca, que consentirá en ser tu esposa; yo te lo juro.

—¿A pesar de sus amores con Zante?

—Apesar de todo.

Al día siguiente partimos para Venecia. Inmediatamente después de haber llegado, Kraus se volvió a Corfú. Yo me quedé esperando anhelante.

Pasaron seis meses. Mi desesperación crecía de día en día. No podía olvidar ni un momento a Zinca. Era mi sueño, mi deseo voraz, mi pensamiento fijo. Yo estaba seguro de que Kraus me la traería, porque Kraus era codicioso y capaz de todo por los veinte mil cruzados de oro que yo le había prometido. A los seis meses vino a buscarme un griego, que me traía el aviso de que fuera al puerto en busca de Kraus, que estaba en él en su almadía con una persona que me era muy querida. Aquella persona no podía ser otra que Zinca, Por la primera vez de mi vida dejé vestidos negros. Me enga para parecer mejor a la hermosísima Zinca Karuk.

Cuando entré en la cámara de popa de la almadía, el primer objeto que ví fué a Zinca. La niña me miró de una manera que me hizo concebir una ardiente esperanza. No había en su mirada ni tristeza ni seriedad, ni reproche. Era una mirada tranquila, dulce, casi afectuosa, como la que una mujer dirige a un hombre a quien ha visto muchas veces y que no la desagrada. Yo me engañé. Me engañaron mi amor y mi deseo. Yo creí que a Zinca le era grata su unión con un rico patricio veneciano, con el cual podría compartir la alegre y fastuosa vida de Venecia. Kraus contribuyó a engañarme.

—Ya ves — me dijo — que te sirvo bien; Zinca es una muchacha muy juiciosa, y ha comprendido lo que valen tu amor y su unión contigo.

—¿Es esto cierto? — pregunté a Zinca con la voz trémula de amor y de ansiedad.

—Sí, mi señor — me contestó la niña bajando los ojos; — me halaga mucho el que tú me honres haciéndome esposa; esto me prueba que tu amor por mí es inmenso.

—Pero tú amas a otro hombre.

—¿Y qué importa? ¿Tú vales más que Zante, y he comprendido que yo no le amaba cuando he sabido que me amas tú.

—¿Y tu hijo?

—Yo amaré mucho más a los hijos que tenga de tí.

—¿Eres cristiana?

—Sí, cristiana de la Iglesia griega, como han sido cristianos todos los Karuk que han sido gobernadores por el sultán, de la isla de Corfú.

—¿Por qué llevas tú el apellido Karuk?

—Por que mi madre era tártara, y los tártaros vencedores de los griegos; el dominador no puede tomar el apellido del dominado, aunque el dominado sea su padre.

—Nuestros hijos, si Dios nos los da, llevarán mi apellido, el apellido Conti.

—En buen hora; porque mi raza, al unirme yo contigo, se pierde en ti.

Aquel mismo día Zinca, acompañada de Kraus, entró en mi casa. Ocho días después, en presencia de mis parientes, se celebró mi casamiento con Zinca. Cuando después de la fiesta y de haber llevado mis parientes a Zinca a la cámara nupcial entré yo en ella, encontré a Zinca, que me salió afablemente al encuentro y me dijo:

—Debes estar satisfecho, señor, con que yo sea tu esposa; pero no te amo lo bastante para ser tuya; yo procuraré amarte mucho en poco tiempo; entretanto, no seremos más que el hermano y la hermana.

Dos horas después salía yo desesperado de la cámara nupcial Habían sido en vano todas mis súplicas, todas mis ardientes palabras: Yo estaba sentenciado por el momento a una situación horrible. Esto no impidió que al siguiente día Kraus me exigiese el pago de los veinte mil cruzados de oro. Yo era esposo de Zinca, y Kraus había cumplido su compromiso. Mandé que se le pagase aquella cantidad, se despidió de mí, partió, y no le he vuelto a ver.

Yo soy inocente de la muerte de Zinca y de Zante. Inocentes son mis deudos, que me han ayudado a tomar venganza de una traición infame. Si he negado que este justo castigo ha sido impuesto por mí a los culpables, ha sido por no arrojar mis secretos en un proceso que vivirá eternamente en los archivos del Consejo de los Diez. Pero no he podido resistir al tormento, os he revelado lo que habéis oído, y voy a acabar de revelároslo todo.

Pasaron algunos meses, y durante ellos Zinca Karuk, que me trataba de una manera afable y más cariñosa cada día, se mantuvo firme en manifestarme que no me amaba aún lo bastante para hacer completamente conmigo la vida conyugal.

Yo me desesperaba. Yo iba sintiendo algo mortal en mi ser que me acababa la vida. Zinca había llegado a ser para mí, más que una mujer, una divinidad. Un ser que absorbía mi alma y mi vida. Un manantial de delicias, en que necesitaba anegarme para no morir. Y Zinca me decía siempre:

—Te amo mucho, te adoro; pero aún no es tiempo; yo quiero adorarte más.

Un día me anunciaron la visita de un monje benedictino de la Penitencia. Inmediatamente le recibí. Cuando el monje se echó atrás la capucha negra, que poco antes había cubierto su cabeza retrocedí espantado. No he visto nunca un semblante tan terrible,

tan infernal. Es un hombre cuya edad no puede decirse. Un hombre pálido, con la palidez densa, fría, impura y repugnante del cadáver. Con los cabellos negros, lacios, largos, secos, sin brillo, muertos; con la barba negra revuelta, áspera, partida en dos puntas entre la cual se ven unos labios áridos, azules, amoratados, contraídos por inmóvil expresión de agonía. Con los ojos negros, duros, punzantes, relucientes como un ascua. Con el cuerpo largo, estrecho, huesudo, sobre el cual cae de una manera rígida la monótona y gruesa plegadura de su túnica negra, cuya actitud es tiesa, rígida, con la tiesura de un cadáver puesto de pie. Cuya voz es cavernosa, horrible, como si saliera del fondo hueco de una tumba.

Todos le conocéis; todos le conocen en Venecia. No hay altar privilegiado por lo milagroso del santo de su advocación en ninguna iglesia de Venecia donde él no haya celebrado el santo sacrificio de la misa, llamado por los que, agobiados por una gran desventura, han buscado su salud en un milagro de Dios. Dicen que cuando él consagra la santa forma, toma ésta un leve color rojo, como el de la sangre. Muchos le llaman el Santo; pero otros muchos le llaman el Diablo. Los unos cuentan de él acciones meritorias, acciones que parecen de ángel. Los otros refieren hechos espantosos que se le atribuyen. Los unos le creen un varón justo, purificado por la penitencia. Los otros un cadáver insepulto, un cadáver maldito, que se ha convertido en un vampiro y está siempre sediento de sangre humana. Sea como quiera, yo no se lo que he de juzgar del padre Giuseppe el Diablo o el Santo.

Por mi parte, yo no puedo considerarle santo, sino demonio.

Ese hombre me aterró desde el momento que le vi, y decidió la terrible situación en que me encontré colocado respecto a Zinca Karuk.

—En tu palacio — me dijo — hay una víctima de ese doble amor que llena el alma de una mujer por un hombre y por el hijo fruto de sus amores.

—Zinca — le respondí — no es una víctima; ha venido a mi palacio por su libre voluntad, y por su libre voluntad se ha unido a mí.

—Te engañas; a Zinca la obligaba mentir su amor.

—No puedo comprenderos — le dije; — Zinca ha preferido ser patricia de Venecia a ser señora tártara en Corfú.

—Te engañas; el águila no trueca por su voluntad su nido, encaramado en lo alto de una roca y azotado por el huracán, por el dorado artesón de un palacio. Ella está acostumbrada a la luz fuerte, al viento libre, a los rugidos del mar, que azota constantemente la roca donde cría sus hijuelos; ella quiere arrojarse desde su inmensa altura en un océano de aire; te engañas: Zinca gime aquí; tus salones la abruman; sus magníficos artesonados pesan sobre ella; aquí no entra el aire que orea las colinas; aquí no se siente una sola ráfaga de las brisas del mar; la luz entra aquí alterada al través de los vidrios de colores, y no hay luz más hermosa que la que ha hecho Dios para que llegue a los ojos del hombre sin obstáculo, sin que se la obligue a filtrarse por vidrios y cortinajes. A más de eso, Zinca tenía allí su primer amor, su amor de virgen, su amor de amante, su amor de madre: todos cuantos amores pueden enlanguidecer con su acento el pensamiento de una mujer y hacer latir su corazón.

—¿Y por qué ha consentido Zinca en venir a Venecia, en casarse conmigo? — exclamé con desesperación.

—¿Conoces tú bien al corsario Kraus? ¿Sabes tú de lo que Kraus era capaz?

—Hablas de Kraus como si ya no existiera — observé.

—En efecto — me contestó el monje; — Kraus había cometido un crimen horrible por oro, y debía morir; la Providencia se ha encargado de castigarle; hace pocos días los pescadores de la parte Sur de la isla de Corfú han encontrado sobre las rocas de la playa el cadáver de Kraus horriblemente mutilado.

—¿Y quién ha sido el matador de Kraus? — pregunté, fijando mis ojos de una manera profunda en el padre Giuseppe.

—Lo ignoro — me contestó. — Dios tiene siempre instrumentos para sus justicias.

—¿Y qué crimen había cometido Kraus?

—Una noche, Zinca esperó inútilmente a su amante. Por la mañana, cuando fué al pequeño valle donde se criaba su hijo Manuel Karuk, encontró a su nodriza aterrada. La casita había sido acometida aquella noche por bandidos, y el pequeño Manuel Karuk había sido robado. Zinca se desesperó; no sabía a que atribuir el robo de su hijo, y no podía buscarle, porque, excepto para algunos leales servidores de Zinca, sus amores con Zante y el nacimiento de su hijo Manuel Karuk eran un secreto. Zinca tenía que respetar el orgullo de su raza. Zinca era tan desgraciada como lo había sido su madre y como su abuela; porque parece que un destino terrible pesa sobre la familia tártara Karuk, que determina, no solamente la desgracia de los de su raza, sino también la de los que se ponen en contacto con ellos. Zinca se creyó engañada por la ausencia, en aquella noche, de Zante; que éste, que estaba obstinado en que, sobreponiéndose ella a las tradiciones de su familia y a la altivez de su raza salvaje, fuese su esposa, se había valido, para obligarla, del medio de robarla su hijo. Zinca esperó a la noche siguiente la ida de Zante; pero Zante no apareció. Entonces Zinca creyó con terror que Zante la había abandonado, y que, al abandonarla, tal vez por otros amores, la había robado su hijo. Algunos días después Zinca supo que Zante no la había hecho traición. Que Zante no había dejado de amarla ni había querido obligarla. Que Zante, como ella, era víctima de la infame y venal traición de otro hombre. Aquel hombre era el corsario Kraus, que necesitaba obtener los veinte mil cruzados de oro que tú habías ofrecido darle el día en que fueras esposo de Zinca.

(Continuará)

EL GRAN SECRETO

Narración de intriga y de drama, emocionante y de misterio, escrita por HAL SIDNEY, el autor de "Los Secretos de una Gran Ciudad" y "Detrás de la Puerta Cerrada"

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

RUFUS TRANT, dueño de un circo ambulante, hombre sin escrúpulos y capaz de todo, que ha criado a

JACK y DICK, dos muchachos casi de la misma edad, que tiene como acróbatas de su circo. Uno de ellos es el hijo, raptado y desaparecido, de

JOHN HERIOT, anciano de cuantiosa fortuna cuyo hijo le fué arrebatado ocho años antes del día en que comienza el relato, por

HUBERT MANSELL, que es sobrino de John Heriot y cuyas intrigas e infames maquinaciones han sido causa de que el anciano desheredara a

GEORGE HERIOT, también sobrino de John Heriot y, por lo tanto, primo de Hubert Mansell. George Heriot está enamorado hace tiempo de

VIOLET DESMOND, hermosísima joven que corresponde a las atenciones de George y que ha rechazado con energía los avances de Hubert Mansell, que ha pretendido casarse con ella.

(Conclusión)

LOS dientes de Hubert Mansell rechinaron; al mismo tiempo, al retroceder se golpeó la nuca contra una barra de hierro de los peldaños. Casi sin un solo gemido más el villano se desplomó sin sentido.

—¡Tiene para un buen rato! — dijo el muchacho con emoción, admirado de su buena suerte. — ¡Ahora solo me queda entedérmelas con Bate.

Un súbito pensamiento hizo que Jack detuviera su salida. Inclinóse hacia el caído y, por más que la tarea le era muy desagradable, le registró todos los bolsillos, metódicamente. Pero sufrió un desengaño la esperanza que había tenido durante un momento de que aquel hombre pudiese tener en su poder la clave del tesoro. No encontró ni rastros del rubí que indicaría el sitio donde se hallaba el tesoro de Lonemoor.

—¡Aquí está muy cargada la atmósfera! ¡Respiraría de buena gana el aire fresco del parque! — díjose Jack cada vez más tranquilo aun cuando comprendía que no había pasado todo el peligro.

Subió cautelosamente por los peldaños de hierro, pasando del pozo al hueco del árbol y cuando estuvo en lo más alto, miró a su derredor.

A poca distancia vió a Bate. Pero Bate no se hallaba solo. Se hallaba conversando en voz baja con el mayor Harland. Los dos hombres miraban la excavación hecha recientemente en la tierra y que tenía la forma de una sepultura, según opinión de Jack. Los dos hombres estaban de espaldas al árbol.

Con toda cautela Jack salió del hueco del tronco y se deslizó hasta el suelo por el lado contrario del corpulento roble.

Pero aun cuando procedió con el mayor cuidado hizo un pequeño ruido que llamó la atención de los dos hombres. Volviéronse ambos rápidamente y vieron, con ojos de asombro quien era el que había salido del hueco del roble.

Durante un momento quedáronse como petrificados por el asombro.

Pero después, lanzando gritos de furor, corrieron los dos en persecución de Jack.

UN AMIGO INESPERADO

Pero el muchacho les llevaba algunas yardas de ventaja y su manera de correr aventajaba en rapidez a la de los dos hombres.

De pronto oyó que el mayor Harland, furioso, gritaba llamando a su perro.

—¡César! ¡César! ¡Búscale!

Precisamente en el instante en que gritaba, Harland sufrió un accidente. Tropezó con alguna raíz que sobresalía de la tierra y cayó boca abajo lanzando un grito de dolor que a Jack le sonó como música angelical, mientras seguía corriendo a todo correr.

Pero algo más oyó que le llenó de angustia. Oyó que el perro corría hacia él ladrando furiosamente.

Hubiera podido darles gran ventaja a Harland o a Bate en una carrera a pie pero no podía tener esperanzas de correr más ligero que el perro.

Jack miró hacia atrás desesperado. El ma-

yor Harland se estada levantando. Bate había, al parecer, abandonado la persecución, desesperado. Pero el perro se acercaba más y más a él.

—¡Agárrale, César! — gritó Harland.

Para Jack todo dependía de que el perro recordara las amistosas caricias de la noche anterior.

—¡César! ¡Hola, César! — dijo Jack con temor, volviéndose hacia el perro y tendiendo la mano para acariciarle en momentos en que el animal se aproximaba persiguiéndole. — Te acuerdas de mí, César? ¿No es cierto?

Al oir el tono amistoso de aquella voz, la actitud del perro cambió por completo. Pareció recordar de improviso que aquel era un amigo de su amo, con quien había paseado amistosamente por el parque y el perro comenzó a menear el rabo con alegría.

—¡Bravo, César! ¡Ven acá! ¡A correr, César! ¡Vamos! ¡Pronto!

Y Jack corrió, dirigiéndose al hueco del cerco por el cual había entrado y que estaba cercano del lugar del camino lateral donde había dejado la motocicleta. El perro corría a su lado contentísimo y alegre. A bastante distancia oíanse los gritos de furor del dueño de César.

—Creo que esto te va a costar unos palos. César, amigo mío... Lo siento, — dijo Jack, — pero no puedo llevarte a casa por que Peter se moriría de celos. Muchas gracias por el servicio, amigo.

Pasó Jack por el hueco del cerco. César se quedó allí moviendo la cola y mirando como el muchacho tomaba su motocicleta, montaba en ella y partía a toda velocidad.

Una vez en su motocicleta y en marcha hacia Lonemoor, Jack sentíase excepcionalmente satisfecho de sí mismo.

Cuando llegó a su destino y se apeó junto a la puerta de la casa entró apresuradamente en busca de George.

—¡Señor!... — comenzó a decir, muy nervioso.

—¡Hola, joven! ¿Te has excedido en la velocidad y te ha visto algún policeman? ¿Caíste en alguna trampa de las que ponen los de tráfico para hacer caer a los aficionados a ir demasiado ligero?

—¡En otra clase de trampa estuve a punto de quedarme! — dijo Jack. — ¡He estado de visita en casa de nuestro amigo de anoche, del señor Mayor Harland.

—¿Has estado en Woodside?

—Sí. Y he pasado los mayores apuros de mi vida, para lograr salir de nuevo. Por suerte me había hecho anoche, amigo del perro. De no haber sido así no hubiéramos vuelto a vernos nunca más. Harland tenía visitantes esta noche: Bate y Hubert Mansell.

—¿Has visto allí a Hubert Mansell? — preguntó George con grandísima emoción.

—Sí: allí está. Sufre por el momento de un fuerte dolor de cabeza, según creo, pero allí está, señor.

Y, jadeante de emoción, Jack hizo el relato de sus aventuras en lo hondo del árbol hueco. Mencionó el túnel y la puerta de hierro a que conducía y después describió su encuentro con Mansell.

—Claro está que tuve la grandísima suerte de poder pescarle desprevenido. El caso era apuradísimo. ¡Pero no le he dicho todavía lo más importante de todo! El criado mudo que abrió la puerta anoche y que nos hizo entrar en la casa, era nada menos que Hubert Mansell en persona!

George le miró con incredulidad.

—¡No es posible! — exclamó tras un momento de pausa.

—No diría usted eso si le hubiera visto de cerca y con la peluca medio fuera de sitio — replicó Jack. — El disfraz es de primerísima clase, pero el hombre era Hubert Mansell.

Hallábanse todavía conversando sobre el extraño descubrimiento de Jack y haciendo planes para proceder en consecuencia, cuando oyeron que alguien llamaba a la puerta.

Un instante después, Martín entraba en la habitación donde se hallaban.

—¡El señor Bate desea verle, señor Heriot! — anunció Martín.

—¡Dios mío! — exclamó Jack. — ¡Se presenta aquí cuando sabe que yo debo saber muchas cosas a consecuencia de lo que vi esta noche! ¡Pero esto es el colmo, señor! ¿Va a recibirle?

—¡Claro que sí! — dijo George con amarga sonrisa — Haga pasar a Bate, tenga la bondad, Martín.

EL OBJETO QUE BRILLABA

Bate penetró en la habitación con su apacible actitud de costumbre, pero notándosele que estaba bastante abatido.

—Ha andado usted ligero. Seguramente vino en su motocicleta. ¿No ha sido así, Bate? — dijo Jack.

—Sí.

—De Woodside sin duda, ¿no? Dejó usted al mayor Harland y al señor Mansell en perfecto estado de salud?

—Al señor Mansell únicamente regular,— dijo Bate con toda calma. — Parecía haber recibido un golpe muy fuerte, pero ya estaba recobrando los sentidos cuando salí yo de la casa, joven Jack.

La perfecta calma de Bate tenía por calculado propósito impresionar a George, Bate habíase manifestado dispuesto a aliarse con George Heriot y sus amigos, obrando contra Hubert Mansell, de quien se había declarado irreconciliable enemigo. Jack había podido ver con sus propios ojos a los dos hombres. Bate y Mansell, unidos como amigos, poco antes. Bate, pues, parecía estar traicionando a George.

No habían esperado lealtad sino traición, de parte de Bate; pero el hecho de su presentación en la casa de Lonemoor en tales momentos y circunstancias, parecía el colmo de la desfachatez.

—¿El mayor Harland es amigo suyo? — le preguntó a Bate.

—Es un conocido mío, señor, — dijo Bate sin dar importancia a la pregunta.

—Era un deconocido para usted, anoche, a juzgar por lo que él mismo nos afirmó cuando usted se detuvo ante el portón de su casa y volvió a partir con toda precipitación al

vernos a nosotros allí—dijo secamente George. — No me propongo inmiscuirme en sus asuntos privados, Bate, pero ¿usted cree seriamente que le conviene estar de parte de la liebre mientras se finge partidario de los perros que la persiguen?

—¿Se refiere usted señor, a la circunstancia de que se me haya visto esta noche en Woodside?

La impávida desfachatez del hombre aquel llenaba de asombro a Jack.

—Allí se encontraba usted sin duda cuando yo salí del árbol y dispersé la agradable reunión. ¿Olvidó usted ya su anterior enemistad con Hubert Mansell? — preguntó Jack irónicamente.

—¡Al parecer, exteriormente, sí! — dijo Bate. — Ya me doy cuenta de lo que ustedes están pensando... que estoy jugando un doble juego. Pero lo que a ustedes les parece traición es puramente estrategia. Ya les dije a ustedes que me había propuesto apoderarme del famoso y buscado rubí, que había ido a parar a manos de Mansell ¿no es así, señor Heriot?

—¿Y bien? — dijo George impaciente.

—Logré averiguar que Hubert Mansell estaba oculto en Woodside. Estaba en mis facultades dar aviso a la policía y hacerle prender, pero eso no me hubiera proporcionado la posesión del rubí, — explicó Bate. — Tuve que recurrir a un artificio. Me tomé el trabajo, que no fué poco, de convencerle que me hallaba dispuesto a servirle de nuevo y me propuse esperar oportunidad para apoderarme de la clave del tesoro. Por esto fué por lo que tuve que fingir esta noche que corría tras el joven Jack... para echarles arena en los ojos y que no vieran la verdad...

George miró duramente a aquel hombre. No se sentía dispuesto, todavía a creer en Bate, por aceptable que fuera su narración.

—¿Así que mi primo se encuentra en aquella casa disfrazado para poder pasar por el criado mudo del mayor Harland? — dijo George de improviso.

Bate movió la cabeza como muy sorprendido.

—No, señor Heriot. Está disfrazado, es verdad, pero el criado del marqués es verdaderamente mudo.

—¿Pretende usted afirmar que no fué Hubert Mansell el que nos hizo entrar anoche en la casa? — dijo Jack recordando lo que acababa de ver. — ¡Esa no suela, Bate!

Pero Bate insistió en su negativa.

—El que abrió la puerta y les hizo entrar fué el criado mudo. ¿Cómo iba a ser posible que fuera el señor Mansell?

—Bueno: eso lo averiguaremos nosotros personalmente esta misma noche cuando vayamos a casa del mayor Harland y llamemos a la portería si se intenta impedir que le veamos, — dijo George mirando cara a cara a su visitante.

Habían decidido realizar esa visita poco antes de la llegada de Bate.

—No creo que ahora vaya usted a encontrarle en Woodside, señor, — replicó Bate, siempre imperturbable. — Se asustó mucho al ver al jovel Jack por allí esta noche y debe haber huído ya. Pero eso no debe preocuparle señor, porque...

—¡Es necesario hacerle entregar el rubí que robó! — dijo George. — ¡Si le hallamos lo entregará muy a gusto con tal de salvar el pellejo.

—Es posible que Hubert Mansell ya no tenga el rubí en su poder, — dijo Bate con intención.

—¿Qué dice usted?

Bate llevó la mano a un bolsillo del chaleco. Dos dedos exploraron el interior del bolsillo y sacaron una piedra roja de forma esférica que brilló a la luz de la lámpara cuando él la puso sobre la mesa, ante ellos, sin pronunciar una sola palabra.

—¡El rubí! — exclamó Jack muy excitado. — ¡La clave del escondrijo del tesoro!

LA PRUEBA DE FUEGO

George, el señor Desmond y los muchachos se acercaron en seguida a la mesa para mirar lo que en ella había puesto Bate.

¿Era aquel en verdad el rubí sacado del cráneo del bandolero y habían cometido ellos un error el creer a Bate culpable de traición!

—¡Martín! ¡Martín! Venga usted. — gritó Jack asomándose a la puerta que daba al hall — ¡Venga usted a ver esto!

Martín miró el rubí en el momento en que George lo tomaba en su mano. Después miró a Bate.

Todos los demás tenían la vista fija en el rubí.

—Bate, estoy por creer que le juzgué mal esta noche cuando le vi en Woodside, — dijo Jack con noble impulso. — ¡Se ha portado usted bien! ¡Siento haber dudado de usted!

—¡Poco importa, joven Jack! — dijo Bate untuosamente. — Esta misma noche logré apoderarme del rubí mediante un subterfugio. En cuanto lo tuve acudí a traerlo.

Martín no cesaba de mirar, observador, el rostro de Bate.

—¿Qué inscripción tiene, señor? — exclamó el muchacho lleno de impaciencia.

La superficie de la piedra estaba cubierta de pequeñas letras y cifras, recurrió a un cristal de aumento para poder descifrar la inscripción.

—Aquí hay algo como una cruz...

—¡La cruz de piedra de junto al camino del pantano, señor! — exclamó Jack.

—Luego se ve una flecha que apunta a una letra "E". ¿Se referirá eso al "este"? "De la cruz hacia el Este", ¿será esto lo que quiere decir? Siguen después las cifras "189", después otra cifra más y por último otra letra: "8 a D". ¡Y nada más!

—¿Qué significarán los números? ¿Pasos, pies, yardas?... — dijo el señor Desmond. — Probablemente una de las tres cosas.

—¡Probaremos con los tres por si acaso! — exclamó Jack lleno de emoción. — Sigan 189 pasos desde la cruz de piedra, con rumbo Este, y luego ocho hacia la derecha". Yo lo interpreto así. Y esta casa se halla directamente frente al Este de la cruz. Como lo sospechábamos, el tesoro está escondido dentro de la casa.

Martín seguía mirando a la cara de Bate, con toda atención.

—¿Puedo examinar un momento el rubí, señor Heriot? — dijo de improviso. — Da la casualidad de que yo entiendo algo sobre piedras preciosas, así que me interesa examinar esa.

Martín tomó la brillante piedra en la mano. La inscripción trazada en la pulida superficie de la piedra pareció interesarle más que la piedra misma. Después pareció sopesarla en la mano. Luego tocó la punta de la lengua. Si alguien hubiera estado mirando a Bate durante todo eso, hubiese notado una extraña expresión en su rostro.

—El rubí que el viejo marqués francés que trajo el tesoro a Inglaterra, entregó al dueño de esta casa, el rubí en el cual estaba grabado el secreto del escondrijo era, según se dijo, una piedra rara y de inmenso valor, — manifestó Martín.

Calló un momento. Los que le oían comprendieron que estaba por producirse algo tan inesperado como grave.

Y se produjo.

—Por esa razón, señor Heriot, y siento mucho tener que decirlo, destruyendo sus esperanzas, temo que importe poco que esos números indiquen pies o yardas. Porque esto no es un rubí ni cosa parecida, es una imitación moderna, tan falsa sin duda, como la inscripción que tiene.

Y al decir esto miró fijamente y cara a cara a Bate.

La tranquilidad de Bate había desaparecido. Se humedeció con la lengua los labios resecos.

—Pero... pero esa es la piedra que estaba en el cráneo del bandolero, — protestó. — Al menos tengo yo todas las razones posibles para creerlo así.

—Esto es un pedazo de vidrio y de vidrio moderno... Cualquier perito se lo dirá en seguida. En consecuencia, la inscripción tiene que ser moderna y por lo tanto... falsa! — dijo Martín rotundamente. ¿Me autoriza a probarlo, señor Heriot?

—¿A probarlo, cómo? — preguntó George sin comprender bien la pregunta.

—Si es un rubí verdadero no puede sufrir absolutamente nada si se le pone un instante en el fuego... unos dos minutos... Si es vidrio...

Y se encogió de hombros.

—¡Sí! ¡Puede usted hacer la prueba! — dijo George lacónicamente.

El pequeño objeto rojo cayó entre los ardientes carbones, Todos esperaron conteniendo la respiración. Después Martín lo sacó con las tenazas, tomándolo con fuerza entre los dos extremos. Los que miraban vieron que la esfera roja cambiaba de forma, hecha maleable por el calor. Se había aplastado a consecuencia de la presión de las tenazas cuando Martín la dejó caer sobre la mesa.

¡Era vidrio, sin duda ninguna!

UNA VISITA DE SORPRESA

George se encogió de hombros filosóficamente.

—¡Qué mala suerte tenemos, señor! — dijo Jack.

—Esto constituye un desengaño para usted también, Bate, ¿no es verdad? — dijo George.

—Un desengaño terrible, señor. Yo estaba seguro de que era el rubí. de que era la clave. Y también estoy seguro de que el señor Mansell creía que se trataba del rubí.

—¡Bueno! Es inútil lamentarse de lo que no se puede corregir, — dijo George abandonando el tema. — Ahora recuerdo que tenemos que ir a visitar al mayor Harland esta misma noche. Debemos partir en seguida ya que no hay que pensar en buscar el tesoro por ahora.

—No creo que pueda encontrar usted a su primo en aquella casa — dijo rápidamente Bate. — ¡Se alarmó tanto que fugó inmediatamente! Si va perderá el tiempo.

—Es posible. Pero también es posible que el mayor Harland no haya fugado. Y es fácil que me interese saber por qué dió asilo a un hombre a quien la policía buscaba como autor de un homicidio, — dijo George.

—Sí, señor. Perdone mi entrometimiento. No volveré a molestarle. Con su permiso, me retiro. Siento mucho...

—¡No! ¡No se vaya todavía, Bate! Tenemos que ir por el mismo camino, así que iremos juntos hasta Dasset, donde usted está alojado. No parta hasta que salga el automóvil. Iremos todos juntos.

——Pero señor..., — empezó a decir Bate.

—¡Es bueno que espere! — dijo George en tono que no admitiía réplica — Tengo que hablar con usted sobre uno o dos puntos de interés antes de que nos separemos.

George Heriot no confiaba en aquel hombre; tenía en él menos confianza que nunca.

No quería dejar que Bate tuviera oportunidad de adelantarse en su motocicleta y dar aviso en Woodside de su próxima visita.

Cuando George salió al hall, dejando a Bate, nervioso e intranquilo en el cuarto, Martín le dijo en voz baja:

—Bate sabía perfectamente cuando llegó que lo que él traía no era el rubí verdadero, señor Heriot. Su plan era hacer que nosotros buscáramos siguiendo una falsa pista. Yo no dejé de mirarle a la cara mientras hablaba. ¡Si hay un hombre realmente falso en el mundo, ese hombre es Bate!

—Lo mismo pienso yo. El y Hubert Mansell tienen la verdadera clave, — dijo George. — Por eso es que el individuo se halla como sentado sobre espinas desde que supo que vamos a hacer una visita a la casa de Woodside. Su propósito era advertir a los, dos, pero yo no le he dado ocasión.

Poco después los tres, — George, el señor Desmond y Jack, — salieron en el automóvil para la casa del mayor Harland. Bate les acompañó en su motocicleta hasta llegar al pueblo de Dasset.

—A Bate ya no le es posible dar aviso a sus amigos, — dijo George cuando se separaron de él.

Continuó el automóvil por el oscuro y desierto camino. Por fin distinguieron el alto portón de entrada a la finca de Woodside.

Como naturalmente lo esperaban el portón estaba cerrado.

—Ahora se comprende qué buenas razones tienen el mayor Harland para tener el portón cerrado — comentó George Heriot. — No se qué es ese señor ni lo que tiene que ocultar, además del criminal a que ha dado hospitalidad; ¡pero algo poco común y tenebroso parece envolver a esta casa, tan lúgubre y antipática!

Dejaron el automóvil en el camino lateral y entraron en las tierras de la posesión por un hueco que había en el cerco de arbustos.

No se veía ni al mayor Harland ni a su perro por ninguna parte. Cuando cruzaron el arbolado parque, guarecidos bajo la sombra de los árboles, pasaron por el sitio donde se abría, en la tierra húmeda, la excavación que Jack viera en su anterior visita y que tenía la dimensión y el aspecto de una sepultura.

—Aquel es el árbol hueco, — dijo Jack en voz baja. — En lo profundo de la tierra descendiendo por un pozo que sigue al hueco del tronco del roble y continuando por un túnel horizontal, existe una puerta de acero, que yo encontré cerrada. Nos olvidamos de preguntar algo a Bate sobre la puerta de acero misteriosa. ¿Qué mentira nos hubiera dicho a ese respecto?

Cuidando de no salir de la zona de la sombra proyectada por el ramaje de los árboles, las tres figuras avanzaron en la oscuridad y cautelosamente hacia la casa silenciosa y al parecer solitaria.

ANTE LA CASA TENEBRSA

La vieja casa, — cuyo portón se hallaba cerrado, — donde vivía el conocido mayor Harland, estaba casi en completa oscuridad cuando George Heriot, Jack y el señor Desmond se encaminaron cautelosamente hacia ella, cruzando el sombrío parque que la rodeaba.

Por lo que Jack había presenciado horas antes aquella misma noche, sabían que el criado, supuestamente mudo, que les había recibido la noche anterior, era nada menos que Hubert Mansell, el cual se ocultaba de la justicia en aquella solitaria casa, tan bien disfrazado que a no haber reconocido el muchacho el timbre de su voz, nadie hubiese llegado a sospechar cuál era su verdadera identidad.

—¡Sí! Hubert era el "criado mudo", no cabe duda, — dijo Jack. — No se olviden de que lo vi de bien cerca en el túnel que se halla debajo del árbol hueco. ¡Estaba admirablemente caracterizado, con una peluca blanca que ajustaba muy bien, pero que se movió a tiempo para que yo viese el cabello oscuro que quedaba oculto debajo de ella!

George no tenía propósito de entregar al hombre a la policía como no se viera obligado irremisiblemente a ello. El hecho de que existiera un vínculo de parentesco entre aquel canalla y él hacía que a George le repugnara la idea de ser su delator aun cuando Hubert Mansell merecía sobradamente semejante proceder.

Si cuando se hallara ante Hubert, como esperaba hallarse aquella misma noche, en aquella casa, el otro se negaba a entregar lo que no era suyo y sin embargo retenía en su poder, la justicia seguiría su curso.

George no se sentía inclinado a usar de muchas clemencias cuando se presentara el mayor Harland, teniendo en cuenta el traidor ataque que contra ellos había realizado la pasada noche.

Las serviles y melosas "explicaciones" del mayor Harland habían sido superficialmente aceptables y verosímiles, pero después de haber descubierto la verdadera identidad del criado mudo, George sabía que valor debía dar a las sumisas declaraciones de aquel hombre.

—No les he dicho a ustedes todavía, — dijo el señor Desmond de improviso, cuando se detuvieron un momento antes de cruzar el espacio sin árboles que había entre lo macizo del parque y la casa tenebrosa, — pero he hecho un descubrimiento relacionado con el dueño de la casa.

—¿De qué descubrimiento se trata? — preguntó George.

—Sencillamente de que yo conocí a ese mayor Harland hace años. Cuando ustedes hablaron de su aventura de la pasada noche, me preguntaba si sería posible fuera el mismo. Interrogué a Martin a ese respecto. Pude comprobar que su nombre de pila era el mismo, Cedric, y también que antes de venir a vivir en esa casa el mayor Harland habitaba una vasta posesión llamada Abbeylands. Fué en Abbeylands donde le conocí. Sin duda alguna, se trata del mismo hombre.

—¡Supongo que no será amigo suyo! — dijo George.

El señor Desmond se rió.

—No por cierto, — dijo. — Todo lo contrario. Era un tipo pendenciero, siempre en pleito con alguien. El y yo acudimos a la justicia para que dirimiera un asunto en el que no podíamos ponernos de acuerdo. El fué quien ganó el pleito aun cuando yo era quien tenía razón, porque es astuto y hábil como pocos. Siento cierta curiosidad por ver de nuevo a mi enemigo de otro tiempo.

Un pensamiento presentóse en aquel momento a la mente de Jack.

—¿Y si abren la puerta dejándola sujeta por la cadena, como la otra noche y no nos dejan entrar, — dijo el muchacho. — Eso derrumbaría nuestros planes.

George bajó la cabeza, pensativo. De pronto, exclamó:

—¡Ya sé lo que se puede hacer!

La estratagema era de las más primitivas pero no dió resultado pocos momentos después.

George y el señor Desmond se alejaron de la puerta desapareciendo hacia un costado, a la sombra del techo de la entrada. Jack se acercó a la puerta y llamó.

Esta vez el hall estaba iluminado. Se distinguía luz por la banderola, — en forma de abanico, — de la puerta de entrada.

Después de una larga pausa, la puerta se abrió, sujeta, como lo habían pensado, por la cadena de seguridad. A Jack le saltó el corazón en el pecho cuando vió el rostro del viejo criado por la abertura.

Era, sin duda alguna, la misma cara del hombre que les había hecho pasar la noche anterior, la del que pretendía hacer el papel de criado mudo de Harland.

Se comprendía por qué Bate había ido con tanta prisa a Lonemoor poco tiempo hacía, después del momento de emoción que experimentó Hubert Mansell cuando se percató de que Jack había penetrado su disfraz. El cuento de Bate diciendo que Hubert había huído ya de Woodside tenía por propósito evitar una visita a aquella casa.

Y, confiando sin duda, en la habilidad y acierto de los planes de Bate, Hubert Mansell esperaba, tranquilo, el desarrollo de los acontecimientos.

De acuerdo con el plan de George, Jack se retiró, guareciéndose en la sombra, en cuanto se entreabría la puerta. Desde la obscuridad lanzó el muchacho una carcajada burlona, tal como la de un chico que ha llamado sin más objeto que el de molestar a la gente de la casa y arrojó un puñado de arena al rostro del sirviente. El hombre que había acudido al llamado no sospechó nada y creyendo que tenía que vérselas con un chico travieso, — Jack le había arrojado el segundo puñado de arena, — desprendió la cadena de la puerta y salió en persecución del atrevido.

El hombre había caído en la trampa. El señor Desmond y George salieron de donde la sombra les había tenido guarecidos y avanzaron hacia la puerta, entrando en la casa.

El criado parecía asombrado.

—Usted se hizo anoche el mudo, — le gritó Jack — Pero después yo le vi conversando con Bate cuando salieron del árbol hueco. Y entonces me dí cuenta de que usted es Hubert Mansell. ¿No es así? Es muy notable su disfraz, pero veamos el color de su cabello natural.

Jack hubiera apostado la vida a que aquél era el hombre a quien había visto con Bate pocas horas antes, a que era su disfrazado enemigo. Eran idénticos como pueden ser dos gotas de agua.

Sin embargo, un instante después, el muchacho sufrió un terrible y aplastante desengaño.

Si el hombre hubiera sido realmente mudo no hubiese podido estar más silencioso. Indicó con un ademán el cabello blanco de su cabeza.

No era peluca. Un instante después se convencieron de ello. ¡No era Hubert Mansell!

Jack había fracasado esta vez.

Miró a George, decididamente anonadado. Hubert Mansell cuando el lo había visto aquella noche, presentaba el aspecto del hombre que estaba ante ellos.

En aquel instante el corazón del muchacho pareció dar un respingo. Algo le hizo mirar hacia arriba, rápidamente. En una de las ventanas sin luz del primer piso, que estaba abierta, el muchacho distinguió, un instante, una cara que les observaba atentamente.

Jack no hizo mas que distinguirla confusamente, pero en cuanto la vió se percató de qué cara era aquella.

¡Era la cara de Hubert Mansell! ¡Pero de Hubert Mansell sin disfraz de ninguna clase!

El hombre a quien ellos buscaban se encontraba todavía en casa del mayor Harland.

UNA SORPRESA ORIGINAL

A pesar de su súbita emoción, Jack tuvo serenidad suficiente para no dar muestras de la sorpresa que experimentaba.

La cara había desaparecido ya de la ventana, pero Hubert Mansell, guarecido en la oscuridad, podía ver todavía lo que pasaba en el espacio iluminado de delante de la puerta.

Con indiferencia y naturalidad, como si no hubiera visto nada anormal, Jack dejó inmediatamente de mirar hacia la ventana.

George, mientras tanto, dirigía la palabra al sirviente.

—Queremos ver a su patrón, — decía, — Si hemos usado de una estratagema para hacerle abrir la puerta, debe usted recordar lo que aquí hicieron con nosotros anoche. Dígale al mayor Harland que el señor Heriot desea verle.

¿Era realmente mudo el criado verdadero? Sin pronunciar una sola palabra, les hizo pasar más adelante.

Abrió la puerta de una habitación indicándoles que podían entrar en ella.

—¡Gracias! ¡Nos parece mejor esperar aquí, en el hall! — dijo secamente George recordando lo que les había sucedido la noche anterior.

Se quedaron de pie, esperando, en el hall débilmente alumbrado, mientras el criado subía por la escalera en procura de su patrón.

Jack dijo entonces en voz muy baja.

—¡Hubert Mansell está aquí, señor! Ahora no está disfrazado. Le he visto asomado a una ventana del piso primero hace un instante. En las primeras horas de la noche estaba disfrazado para poder pasar por el criado mudo, si acaso sucedía algo. Con seguridad fué Hubert el que nos recibió anoche. Pero hace un momento, cuando se asomó a la ventana, no tenía puesto el disfraz. No creo que él se haya percatado ahora de que yo le he visto, pero debemos vigilar esa escalera para que no se escape por acá.

Esperaron durante algunos minutos. Por fin vieron la militar figura del mayor Harland que descendía por la escalera.

El señor Desmond le miró con toda atención cuando se aproximó a ellos.

—¿En qué puedo servirle, señor Heriot? — preguntó lacónicamente el mayor.

Antes de que George pudiese contestar, el señor Desmond habló.

—¿Es usted el mayor Cedric Harland?— preguntó.

—Sí señor; ese es mi nombre.

Harland volvióse para mirar fijamente al que había hablado. No se notó en su rostro ningún gesto que indicase que lo había reconocido.

—¿El mayor Harland que en un tiempo vivió en Abbeylands? — agregó, interrogando, el señor Desmond.

—Sí. Pero ¿puedo saber la razón a que obedece?...

—¡Ah! ¡Veo que usted no se acuerda ya de mí, señor mayor! — dijo el padre de Vi y Harland pareció estremecerse — Sin duda fué nuestra relación muy pasajera y... ¡estoy hablando de cosas acontecidas hace algunos años!

—Ahora, al hacer usted referencia a que nos hemos conocido, me parece que su rostro, señor... ¿Cómo dijo que era su nombre?

—Aun no he dicho mi nombre, pero me llama Desmond.

—¡Desmond! ¡Ya recuerdo! ¡Desmond! — dijo Harland con cierta nerviosidad e inquietud, según le pareció a Jack. — Por desgracia, desde hace algún tiempo no es mi memoria lo que era antes.

—Pero no es posible que usted haya olvidado totalmente nuestro pleito con motivo de una pared medianera. ¿Se acuerda? Yo tenía una propiedad que lindaba con Abbeylands. !Usted era un terrible litigante en aquella época!

—¡Sí! ¡Eso sí! — dijo el mayor Harland por decir algo.

—Creo que usted no tendrá mal recuerdo a consecuencia del resultado de aquel pleito, ¿no es cierto? — siguió diciendo el señor Desmond sonriendo.

Jack sentía que había algo más de lo que parecía bajo las vulgares frases que cambiaban aquellos dos hombres. El mayor Harland, en opinión del muchacho, estaba como sobre ascuas.

—¿Mal recuerdo? ¡De ningún modo! — exclamó Harland con grandes deseos de terminar con aquel tema y variar de conversación. — Tuve la desgracia de perder el pleito, pero no me quejo.

—Se ve que su memoria debe estar debilitada sin duda, mayor, — interrumpióle el señor Desmond. — Usted ganó el pleito; el que perdí fuí yo.

Harland se estremeció. Parecía confundido y molesto.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Sí, yo gané! Diablo de memoria la mía! — exclamó tratando de reir como si el caso le hiciera mucha gracia.

—Mi memoria tampoco está muy bien,— dijo el señor Desmond con indiferencia.— No recordaba casi su fisonomía de usted. Si no le hubiera visto aquí, no hubiera recordado haber visto antes su rostro.

Harland parecía encontrarse realmente como sobre ascuas. Deseoso de cambiar de tema, volvióse hacia George.

—¿Usted deseaba verme, señor Heriot?— — preguntóle.

—Sí. Se da la circunstancia de que usted tiene cobijado en su casa a Hubert Mansell, hombre a quien busca la policía como autor de un homicidio, — dijo George con sequedad. — Ese hombre posee también algo que es de mi propiedad y que me fué robado. Necesito ver a ese hombre.

—Siento tener que manifestarle que eso es imposible, — dijo cortésmente el mayor y sus furtivos ojos se pusieron mas inquietos y movedizos que nunca. — Confieso que tuve aquí, guarecido, a su primo. Se trataba de un viejo amigo mío y por mucho que yo sintiera que estuviese acusado de un homicidio, no tuve valor para cerrarle la puerta cuando se presentó pidiendo asilo. Estoy seguro de que nadie, ni aun usted mismo, condenará tal actitud de mi parte. Pero Hubert Mansell ya no está aquí!

—Tengo poderosas razones para creer que se halla usted equivocado, — dijo George, que sabía por lo que Jack le había dicho, que aquel hombre estaba mintiendo, — Si usted se niega a atender mi pedido iré directamente en busca del auxilio de la policía.

Una mueca de furor, un relucir de los ojos del mayor Harland, que sólo fueron cosa de un brevísimo instante, no escaparon a la atención de George y de Jack.

Pero cuando habló el mayor Harland lo hizo con toda tranquilidad y aplomo, casi bromeando.

—Para probarle que sus sospechas son infundadas, doy a usted permiso para visitar y revisar toda la casa. Más aún; le pido que tenga la bondad de visitarla y revisarla. Si logra usted hallar algún rastro de Hubert Mansell, sea el que sea, llame a la policía y hágale detener. Yo le repito que no está ya en esta casa. Tampoco sé dónde ha ido. Pero, a fin de que no se sospeche más de mí, le suplico que visiten la casa en toda su extensión, y así se convencerá de que sus imputaciones no tienen ni siquiera el menor fundamento.

—Si busco, voy a buscar bien, mayor Harland — dijo George con energía mirando al otro cara a cara. — ¡Nada de términos medios! ¿Está usted de acuerdo? ¿Consiente usted?

—No sólo consiento, sino que lo pido, — dijo el otro. — Ustedes me perdonarán mientras tanto. Tengo que acudir a una entrevista que me obliga a ausentarme. Pero mi criado le acompañará a ustedes por toda la casa.

Y al decir así se acercó a la pared y oprimió el boton de una campanilla eléctrica.

—Debo advertirle, mayor Harland, — dijo entonces George, — que estamos armados y no nos someteremos sin resistirnos a

ningún procedimiento como el de la noche pasada.

El mayor se encogió de hombros.

—Aquello fué un incidente infortunado, como tuve oportunidad de decirles.

—Para evitar otro "incidente" igualmente "infortunado", he hecho la advertencia— dijo George.

Y Jack se rió, tapándose la boca con la mano.

El criado mudo descendía por la escalera acudiendo al llamado de su patrón.

—Henson, va usted a acompañar a estos señores a que visiten toda la casa. Están autorizados a ir a todos los sitios que deseen, — dijo Harland. Sus ojos desmentían con su fulgor el aire de indiferencia con que hablaba. Agregó en seguida, dirigiéndose a George: — No tardaré. Espero hallarles aquí a ustedes a mi regreso y que entonces me presentará usted sus disculpas por haber dudado de mi palabra. Mientras tanto tienen ustedes toda la libertad completa para visitar toda la casa, sin reserva ninguna, ya que quieren perder así el tiempo, — dijo por último sarcásticamente.

¿Confiaba el mayor en poder burlarse de ellos de algún modo? — preguntábase George.

Había notado George que todas las ventanas del piso bajo y del primero de los altos tenían fuertes rejas de gruesos barrotes, pero esto podía obedecer a que la casa estuvo, en un tiempo, alquilada para un sanatorio de enfermos mentales. Era imposible, en consecuencia, que Hubert Mansell se hubiera escapado por una de esas ventanas después del momento en que Jack lo había visto. ¿Habría algún escondrijo a prueba de investigaciones en aquella casa y en él confiaba Harland para que los que buscaban no hallaran al fugitivo?

—Vamos a ir primero a la cocina, Henson, — dijo George de improviso.

El dueño de la casa estaba poniéndose el sobretodo y el sombrero. La máscara de disimulo desapareció de su rostro cuando los visitantes le volvieron la espalda y dispusiéronse a comenzar su investigación. Una expresión de furor, una palidez de intenso enojo transformaron el gesto de aquella cara, sonriente un momento antes, cuando miró a George. La mirada del mayor no auguraba nada bueno.

Quizás planeaba ya un contragolpe terrible cuando salió rápidamente por la puerta del frente y se perdió en la obscuridad.

El señor Desmond llamó a George a un lado y le dijo en voz baja:

—Es esta una extraña casa, George, más extraña de cuanto pudiera imaginarse. ¡Sabe Dios que peligros encierra! Pero ese hombre es un impostor. ¡No es el mayor Harland! Y, lo que es peor sabe que yo me he dado cuenta de que es un impostor. ¡Es un hombre peligroso y tenemos que andar muy alerta y con grandes precauciones mientras nos hallemos bajo el techo de esta casa!

EN UN MOMENTO...

La noticia emocionó a George. Pero no tenía tiempo para ocuparse de ella en aquel momento.

—Usted tendrá la bondad de esperar aquí, al pie de la escalera, — dijo George al señor Desmond. — Puede ser que Hubert Mansell trate de escapar por acá, pues a menos que haya otra escalera, por aquí tiene necesariamente que pasar desde que debe hallarse todavía en uno de los cuartos del primer piso alto.

El criado mudo les guió a la parte de la casa donde estaba la cocina. Allí no había nadie. George tomó la precaución de cerrar la puerta que permitía salir de la casa por el fondo y se guardó la llave.

—¿Dónde está la escalera de servicio? — preguntó George a Henson.

El mudo movió negativamente la cabeza. Una investigación hecha por George y Jack les permitió darse cuenta de que aquella casa no tenía más escalera que la principal.

Todo hacía creer en consecuencia, que el hombre buscado se encontraba todavía en los pisos altos.

George estaba resuelto a encontrarle a menos que tuviese un escondite secreto que burlara sus investigaciones.

—¡Ahora, arriba! — ordenó George Heriot de improviso.

El mudo, con una palmatoria con bujía encendida en la mano, dirigióse hacia la escalera.

George y Jack le siguieron quedando el señor Desmond apostado en el hall, al pie de la escalera.

Jack se fijó en aquel momento en el anciano que les precedía escaleras arriba y el muchacho era de los que sabían ver.

Le llamó la atención el hecho de que el criado no caminase con la espalda encorvada a consecuencia de los años y tal como la tenía cuando fué a anunciar su llegada a su patrón... Parecía que su paso era más juvenil más ágil y más elástico.

Una idea repentina hizo que Jack contuviera la respiración, una idea que le pareció en el primer momento demasiado disparatada para tomarla en serio.

Pero ¿era tan disparatada, al fin y al cabo, la idea, mejor dicho la sospecha de que no era a Henson, el criado mudo al que seguían si no al mismo Hubert Mansell, hábilmente disfrazado?

—¡No te precipites! ¡No te expongas a un fracaso como el de antes, amigo mío! — decíase entre sí el muchacho.

Pero un instinto le decía que en esta ocasión no estaba equivocado, que Harland había esperado engañarles mediante tan atrevida estratagema, haciendo fracasar su investigación.

Cuando el mayor Harland tocó el timbre eléctrico para llamar al sirviente no fué el mudo Henson sino Hubert Mansell admirablemente disfrazado para poder pasar por Henson el que acudió al llamado.

Como era lógico que sucediera, pues la estratagema no podía ser más excepcional, el cambio les tomó desprevenidos. No podía ser de otro modo especialmente después del

eciente suceso en que Jack comprobó que uien les había abierto la puerta era el vie- o criado y no Hubert Mansell.

Jack se decidió a comprobar si eran exac- as sus sospechas.

A espaldas del hombre que subía con la almatoria en la mano, Jack dirigió a Geor- e una señal de precaución y después, apre- urando el paso llegó rápidamente a colocar- e a su lado en el momento en que el otro egaba al pequeño rellano situado en lo al- o del primer tramo de escalera.

Cuando nadie lo esperaba, Jack tendió el razo y su mano agarró la que sabía que era na peluca. Se quedó en la mano descubrien- o el bien cortado cabello castaño que ocul- aba unos momentos antes.

¡Esta vez no era Henson, como en la an- erior! ¡Era el hombre a quien buscaban!.... ¡Era Hubert Mansell!

UNA VELADA AMENAZA

Jack, agitando la blanca peluca en la ma- o, gritó:

—¡Mire, señor! ¡Esta vez es el legítimo ersonaje! ¡Auténtico!

El hombre sorprendido volvióse lanzando n grito de alarma. Tenía el rostro pálido... Había caído en manos de los que le busca- an.

Dió un terrible golpe a Jack y envió al muchacho a dar contra la pared. Luego, con oda rapidez, apagó la luz de la bujía. La oca luz que llegaba del hall era demasiado débil para disipar la oscuridad que reinaba n la cocina donde terminaba el primer tra- o de la escalera.

El hombre huyó, según oyeron los otros, scaleras arriba.

George corrió hacia el rellano en el mo- ento en que Jack recobraba el equilibrio. l terreno era desconocido para ellos y la ersecución, en la oscuridad, era casi im- osible.

Jack se acordó entonces de que tenía en l bolsillo su linterna eléctrica. La sacó y di- igió el haz de su luz hacia el segundo tramo e la escalera.

En lo alto de él se veía a Hubert Mansell, álido y jadeante, como si se hubiese deteni- o un momento para descansar, mirando fu- iosamente a sus perseguidores.

Tenía el brazo extendido y el dedo pulgar primía algo que había en la pared. ¿Era al- ún botón? Un instante después, Mansell esapareció.

George y Jack habían subido la mitad del egundo tramo a toda prisa. Fué Jack el que úbitamente adivinó el peligro que les ace- haba: fué Jack el que, con un grito deses- erado, cuando ya se hallaban casi en lo al- o del tramo, detuvo a su compañero por un razo haciéndole retroceder.

—¡No siga, señor! — gritó el muchacho n el momento oportuno.

De no haber sido por la advertencia del muchacho, el siguiente paso de George le ubiera hecho caer por el hueco, de unos res pies cuadrados, de una trampa que, me- iante algún mecanismo, Hubert Mansell ha- ía abierto, trampa de muerte para sus perse- uidores si caían en ella.

En la excitación del momento, mientras hacía retroceder a George de donde estaba el hueco, la lámpara eléctrica saltó de la mano del muchacho y, al caer, se rompió la bombilla de la luz con lo que quedó inutili- zada y la oscuridad les rodeó de nuevo.

Seguir más adelante la persecución era un disparate. Por el momento, el perseguido se les había escapado.

Descendieron lentamente hacia donde esta- ba de guardia el señor Desmond.

A él le contó George lo que había pasado, la treta mediante la cual Harland había es- perado burlarles y que casi había tenido éxito completo.

—¡Muy hábil el plan de enviar para guiar- nos precisamente al hombre a quien está- bamos buscando! — dijo George con amar- ga sonrisa. — Bien: esperaremos a que re- grese el que se hace llamar mayor Harland y entonces tendremos una interesante con- versación con ese "caballero".

Esperaron, de guardia al pie de la escale- ra, hasta que por fin, casi una hora des- pués, el hombre que decía llamarse mayor Harland regresó.

Sonreía de extraña manera y había en su rostro una expresión de triunfo cuando les miró.

—¿Qué tal, señores? Me es muy grato en- contrarles aquí, — dijo. — Supongo que de- bo deducir, de la actitud de ustedes que no han encontrado a Hubert Mansell en esta ca- sa a pesar de toda su investigación, — agre- gó con sonrisa socarrona.

—Al contrario, — replicó George con frial- dad. — Le hemos visto y esto demuestra lo poco que valía su palabra de usted desde que el hombre a quien encargó de guiarnos por la casa era el mismo que, según usted, no se hallaba ya en la misma.

Harland dió un respingo.

—Está todavía en los pisos altos, después de haber logrado huir mediante un recurso que indica como esta casa, no sólo sirve de refugio a criminales fugitivos de la justicia sino que también está dotada de combina- ciones, trampas y secretos que no tienen razón de existir en ninguna casa honrada, mayor Harland... ¡Si es que usted se llama así, pues yo lo dudo! Mis amigos se quedarán aquí durante mi ausencia para que el hom- bre a quien necesitamos no se escabulla. Yo voy a dar aviso a la policía. Mis amigos tie- nen armas y las usarán sin escrúpulos llega- do el momento.

—Proceder muy caballeresco, sin duda, — comenzó a decir Harland.

—Con usted no cabe caballerosidad, — dijo George. — Cuando vengan los de la po- licía tendrán que dirigir a usted algunas pre- guntas especialmente sobre el derecho que puede tener a usar el nombre que usa, — agregó con intención.

Se comprendió que el otro dióse perfecta cuenta de lo que quería decir George.

—Señor Heriot, — dijo bruscamente, — le advierto que soy un hombre peligroso, más peligroso de lo que usted sueña. Por su pro- pio bien le advierto que si usted lleva a cabo su amenaza y trae la policía a esta casa, pre- cipitará usted consecuencias que no supone, consecuencias que recordará después toda su

vida. Porque, aun cuando usted no se lo figure, yo soy quien tiene, en este momento la sartén por el mango.

TERRIBLE DESCUBRIMIENTO

La enérgica afirmación del mayor Harland hizo que George Heriot le mirara fijamente como si pretendiera leer en su gesto, lo que pensaba aquel hombre.

Durante el tiempo que Harland había estado ausente de la casa había quedado demostrado, fuera de toda duda, el hecho de que había dado y daba asilo bajo su techo a un hombre buscado por la policía como autor de un asesinato, de un delito que la ley castiga severa y merecidamente. Y, sin embargo, el mayor Harland tuvo la desfachatez de decirles que era él quien dominaba la situación.

George se rió irónicamente.

—No pretendo haber entendido el significado de lo que usted ha dicho, aun cuando creo que se trata de una amenaza, pero puedo afirmar que nada podría evitar que yo vaya directamente en busca de la policía. Usted está procurando hacer fracasar la acción de la justicia dando albergue y ocultando al matador de Purvis; ¡además es usted un impostor, porque usted no es el mayor Cedric Harland como pretende ser!

El hombre entornó los ojos mirando con maléfica intención.

—Le advierto, — replicó, — que si usted cumple su amenaza y me hace prender, las consecuencias caerán sobre su propia cabeza, consecuencias que usted lamentará mientras viva. Esta no es una amenaza sin fundamento. Soy mucho más peligroso que cuanto usted se puede imaginar.

Calló un instante. Vagó una astuta y burlona sonrisa por sus delgados labios y añadió:

—Por lo menos, antes de ir a avisar la policía vaya primero a su casa de Lonemoor y quizas se entere allí de algo que le haga pensar que le conviene cambiar de modo de proceder.

Tales palabras constituían la noticia velada de algún oculto siniestro. George le miró fijamente cara a cara. ¿A qué hacía mención aquel hombre? ¡Estaba mintiendo y no pasaba nada!

—¿Supone usted que va a emocionarme con amenazas de esa clase? — dijo George impaciente. — Es usted quien se encuentra en situación insegura, usted y el asesino a quien oculta disfrazado de modo que pueda pasar por su criado mudo.

—¿Y usted está dispuesto a lanzar la jauría de los canes de la ley contra un pariente suyo? — dijo Harland sarcásticamente.

—¿Niega usted que lo merezca un hombre culpable de semejante crimen? — exclamó George. — Nadie, sino él, tendrá la culpa de lo que le pase. Cuando vine a esta casa para verle no pensaba en avisar a la policía precisamente porque da la desgracia de que ese hombre sea primo mío. Pero desde que se niega a entregar el rubí que me robó yo me limitaré a dejar que la justicia siga su curso.

Harland volvió a reir socarronamente.

—Por mi parte, creo que usted no va a recobrar el rubí, señor Heriot, — dijo. — Y creo además, que usted no va a avisar a la policía cuando haya estado en Lonemoor. Cuando haya estado allí conocerá mejor el alcance de mi advertencia así como su significado y se dará cuenta de que no le conviene traer a los de la policía a Woodside.

De nuevo la oculta amenaza intrigó a George Heriot. ¿Qué quería decir aquello? ¿Qué era lo que ocultaba la maligna sonrisa del falso mayor?

George volvióse rápida y repentinamente hacia el señor Desmond y Jack.

—Voy a ausentarme en el automóvil. Primero iré a Lonemoor y después a la policía. Mientras me esperan cuiden de ese hombre que dice llamarse mayor Harland. ¡Que no lo pierdan ustedes de vista ni un solo segundo!

Harland dió un respingo. La súbita consternación de su rostro demostró que no se había esperado semejante resolución.

—Pero... ¿cómo se atreve usted a?... — comenzó.

—Me atrevo a todo porque se con quien estoy tratando, — dijo friamente George, — y no quiero correr más riesgos de los necesarios. Usted no se moverá de este hall hasta que yo regerse.

Harland miró a George con fingido aire de desafío, pero se notaba que ya no se sentía dominador. Una sombra de temor y de desconfianza pasó por sus ojos.

De pronto se volvió con ostensible intención de escapar escalera arriba.

Pero Harland no llegó al primer escalón. Aun cuando su movimiento fué rápido más rápido anduvo George. Tomó al hombre de la muñeca como en un torniquete mediante un sencillo golpe de jiu-jitsu e hizo que Harland girara sobre sus talones tambaleándose antes de que los otros se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Jack, he visto una cuerda para tender ropa en la cocina — dijo George. — Corre a buscarla. Nos será muy útil en el caso presente.

Harland estaba pálido y jadeante, pero su resistencia y sus protestas de nada le sirvieron. Antes de que hubieran transcurrido dos minutos estaba sólida y científicamente atado a una silla con la soga que Jack había traído.

—No se puede confiar ni lo más mínimo en usted, — dijo George a su prisionero. Usted ha proferido varias veladas amenazas que ne pretendo haber comprendido. Pero me propongo dejarle a usted en condición de no poder hacer nada perjudicial mientras voy y vuelvo. Si le dejase a usted en libertad, como esta es una casa llena de "trucos" y usted un tipo que no merece confianza ninguna ¡quien sabe lo que habría que lamentar después, "mayor" Harland!

El que estaba atado a la silla miró a George con ferocidad; le dominaba el más intenso furor.

George salió dejando a Jack y al señor Desmond de guardia al pie de la escalera para que Hubert Mansell no pudiera escaparse por allí.

Halló George su automóvil donde lo había dejado y fué a toda marcha. hacia Lonemoor.

A pesar suyo las veladas amenazas de Harland le tenían inquieto y temía hallarse con la noticia de algo grave al llegar a su destino, por lo cual se sentía nervioso y preocupado.

Cuando saltó del automóvil después de haber detenido el coche ante la puerta de la casa, Martín salió rápidamente del hall corriendo a su encuentro.

—¡Cuanto me alegro de verle, señor Heriot! — exclamó. — ¡Así que no ha sido tan grave como se decía lo que le pasó! Al enterarme de que usted estaba lastimado...

—¿Lastimado yo? ¿Qué dice usted? — preguntó George mirando con extrañeza a su interlocutor.

—Me refiero al mensaje que envió usted hace un rato, avisando que se había producido un choque de automóviles y que el señor Desmond había sufrido graves heridas. Me alegraré de que siga mejor y...

—No ha habido ningún choque de automóviles y el señor Desmond se encuentra, afortunadamente, muy bien de salud. Pero ¿de dónde saca usted eso, Martín?

—¿No hubo choque de automóviles? — repitió atónito el fiel servidor de John Heriot.

De pronto Martín se puso intensamente pálido y lanzó un grito.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¡Pero entonces todo ha sido una vil estratagema de nuestros enemigos.

—¿Qué dice usted? ¡Hable, Martín! — dijo George con voz que la emoción enronquecía.

—Un desconocido, un tipo de barba y cabello negros, estuvo en un automóvil hace cosa de una hora. Dijo que su coche de usted había sido atropellado por otro; que el señor Desmond y Jack habían sufrido heridas de consideración. Trajo un papel, escrito apresuradamente, con lápiz, dirigido a la señorita Vi, una carta de usted, según supusimos todos.

George estaba ya tan pálido como el mismo Martín.

—¿La señorita Vi? ¿Dónde está ahora?

Un miedo horrible estrujaba su corazón en aquel momento al comprender,—sin atreverse a creerlo, — lo que significaban las veladas amenazas de Harland.

—La señorita Vi se fué en el automóvil con el desconocido, — dijo Martín. — La carta escrita con lapiz y que creímos que era de usted decía que acudiera inmediatamente porque su padre estaba muy mal. ¡Pobre señorita, qué emocionada iba!

—¡Ahora lo comprendo todo! — exclamó George. — ¡Esa ha sido la contraofensiva de Harland! ¡Esos canallas se han valido de una estratagema para secuestrar a Vi!

BURLADOS

Así que la joven a quien él amaba se encontraba en poder de aquellos pillos! Durante un momento el golpe tan inesperado y terrible, dejó aturdido, a Georges Heriot.

Era eso, pues lo que había hecho Harland durante su ausencia de Woodside. El hombre se había convencido de que se hallaba enteramente perdido, de que no solo Hubert Mansell se hallaba en peligro, sino él mismo desde que su usurpación del nombre del verdadero mayor era conocido y esto acrecentó sus culpables temores. ¡Pero con qué asombrosa rapidez había obrado Harland, convencido de que su única defensa estaba en proceder él primero, en dar él el primer golpe!

Disfrazado sin duda alguna — el hombre debía tener gran habilidad y muchos elementos para eso, — había ido a Lonemoor, llevando el falso mensaje que había decidido a Vi, afligida y angustiada, a compañarle. Y ahora: ¿dónde estaba ella? ¿Qué le había sucedido a la joven a quien adoraba?

Una vez que hubo caído en la trampa la habían conducido sin duda a un sitio donde la tenían. ¡Con razón el falso mayor Harland se jactaba de ser él quien dominaba la situación!

Vi sería el rehen que respondiera de la seguridad, de la impunidad de aquellos dos pillastres. ¡En esto consistía el plan!

Pero, al continuar sus planes, Harland no había previsto la actitud que adoptó George antes de salir de Woodside. El hábil pillastre era, al menos, su prisionero; se encontraba, inerme, en su poder.

George no perdió tiempo. Volvió al automóvil y partió en seguida, lanzando el coche a una velocidad endemoniada por el camino que conducía a Woodside.

Apretaba los dientes y tenía el entrecejo fruncido, mientras se inclinaba hacia el volante.

—Si Vi ha sufrido aun cuando solo sea el más mínimo ultraje, mataré a ese canalla lo mismo que mataría a un perro rabioso, — repetíase a sí mismo mientras manejaba el rápido vehículo.

En el camino que limitaba las tierras de Woodside por un lado, George paró el vehículo y saltó de su asiento. Corrió por el sombrío parque, pasando junto a la sepultura cavada en la tierra y se dirijió a la casa.

Dentro, Jack oyó la señal convenida y abrió la puerta, sorprendido de que su amigo volviera tan pronto. George penetró hasta donde estaba Harland, atado a la silla.

Durante su ausencia, Hubert Mansell no había dado señales de vida. La casa parecía desierta fuera del pequeño grupo que se hallaba en el hall.

Era tal el gesto del rostro de George que Harland se asustó cuando el joven avanzó hacia él.

Con gran asombro de su parte, lo primero que hizo fué cortar con su navaja las cuerdas que lo sujetaban.

—¡Levántese! — ordenó después enérgicamente a Harland.

Pálido y tembloroso, el hombre obedeció. Las cuerdas cayeron al suelo, Harland estiró sus entumecidos miembros; pero, aun cuando trató de adoptar una actitud de jactancia sonriente, no lo consiguió.

—Le he desatado porque no quiero pegarle a un hombre indefenso, y en este momento me siento inclinado a tomar la justicia en mis propias manos y por mi propia cuenta y castigarle hasta dejarle sin vida, — exclamó George Heriot — ¿Dónde está la señorita Desmond?

Al oír estas palabras, el señor Desmond se estremeció.

—¿Qué dice usted, George? ¿Por qué pregunta por Vi? — gritó lleno de ansiedad.

—Ha sido engañada por medio de una falsa carta y secuestrada por este canalla mientras nosotros recorríamos esta casa en busca de mi primo. Ella ha de ser, según su propósito, el rehen que nos obligue a ceder. La libertad de Vi será el pago de la libertad de ellos.

George, mientras hablaba, no quitaba los ojos del mayor Harland.

—¡Pronto! ¡Estoy esperando su respuesta! ¿Qué contesta el que decía que dominaba la situación? — gritó George dirigiéndose a Harland. — Cree usted ahora que domina la situación cuando puede estar seguro de que no se alejará de mi vista hasta que haya dicho dónde está Vi y yo haya sabido que no ha sufrido nada? ¡Si ha sido víctima de la menor molestia, usted lo pagará! — Y George, bajando la voz, agregó: — ¡Lo pagará usted con su vida!

—No... no comprendo lo que usted dice, — tartamudeó Harland cada vez más asustado.

—¡No mienta! — exclamó George. — Dígame pronto dónde está Vi o usaré de otros medios para arrancarle la verdad. A esto se refería usted cuando dijo que en Lonemoor me enteraría yo de algo... Usted creyó que su infame estratagema le aseguraría el dominio sobre nosotros... Pero no ha sido así, ¿eh?

La palidez del rostro de Harland demostraba que el hombre no se sentía ya dominador como antes. Ante el enojo de George permanecía encogido y tembloroso.

—¡Infame! — exclamó el anciano señor Desmond mientras el rostro de Jack expresaba toda la indignación que sentía el muchacho.

—Deje usted que yo trate con él, señor Desmond, — dijo George apretando los dientes, y agregó dirigiéndose a Harland: — Usted pensó en explotar nuestro miedo y obligarnos, en cambio de la libertad de Vi, a no denunciarles a ustedes. Pero se equivocó usted al juzgarme. He decidido no ceder. Usted permanecerá en mi poder hasta que Vi sea hallada. Y si algo malo le ha pasado, le mataré a usted. Míreme cara a cara y pregúntese usted mismo si debo ser o no capaz de cumplir mi palabra. ¿Dónde está ella?

—Donde usted no la encontrará jamás mientras no jure que no dirá nada ni sobre Hubert Mansell ni sobre mí, — dijo el hombre en voz baja y haciendo un esfuerzo.

Pero se conocía que le faltaba empuje para continuar con sus baladronadas.

Sus planes habían fracasado y Harland lo comprendía. Había creído que podía dictar condiciones después de su golpe audaz. Había supuesto que el interés de George hacia la joven le haría ceder en cuanto a él y a Mansell se refiriera. Pero había creído mal y supuesto peor y la situación se le presentaba muy diferente de cuanto había esperado.

—¿Dónde está ella? Le doy a usted dos minutos para decírmelo... ¡Dos minutos! Si pasado ese tiempo usted no ha dado una respuesta satisfactoria...

—¡No puedo más! ¡Estoy vencido! — profirió Harland con voz ronca.

Se tambaleó como si perdiera el sentido y luego,, de improviso, se desplomó, quedando tendido en el suelo antes de que nadie pudiera acudir en su auxilio, Quedó tirado sobre la alfombra, estremeciéndose como si se hallara presa de un ataque nervioso.

George, de pie, mirábale sin lástima ninguna. Luego se inclinó y desabotonó el cuello de la camisa del caído para que respirara mejor. Después se levantó y se separó a un lado, dejando que el hombre fuera recobrando los sentidos como pudiera.

—¿Dónde habrán llevado a mi pobre Vi? — exclamó el señor Desmond que aun parecía aturdido por tan severo como inesperado golpe.

—Eso es lo que nos va a decir ese hombre en cuanto haya vuelto de su desmayo, — dijo George.

Se había vuelto de espaldas al caído cuando un grito rápido de Jack le sorprendió.

—¡Señor!

Por un instante habían dejado de vigilar. No se habían dado cuenta de que aquel hombre tan astuto y hábil no perdería ocasión de engañarles.

Jack acababa de ver al hombre, al parecer desmayado, levantarse rápidamente y aprovechar la oportunidad para proporcionarse la cual había fingido el desmayo.

Antes de que nadie pudiera detenerle, Harland corría cruzando el hall.

Jack fué el primero que corrió en su persecución; pero el hombre, de un golpe, quitó al muchacho de su camino. Al retroceder impulsado por Harland, Jack tropezó con George, que acudía. El mayor había llegado ya a la pared del otro lado del hall.

Cuando tocó aquella pared la luz del hall — que era una sola lámpara eléctrica, — se apagó de improviso, dejándolos sumidos en la más completa oscuridad.

Pasó un momento antes de que George, desconcertado por aquella súbita estratagema, se acordara de que en Lonemoor se había provisto de una antorcha eléctrica de bolsillo. Encendió la luz de la antorcha en el momento en que Jack buscaba a tientas en la pared, el conmutador de la lámpara.

Pero cuando apareció la luz, no se veía a Harland por ninguna parte.

Durante aquellos brevísimos instantes de oscuridad, el hombre había desaparecido.

EL CINCO DE OROS

Un grito de impaciencia y de enojo brotó de labios de George Heriot cuando éste se dió cuenta de que la artera actitud de aquel hombre les había burlado.

¿Por dónde se había ido Harland? No había puerta ninguna cerca del sitio donde se hallaba la llave de la luz eléctrica, en un rincón de cerca de la escalera. ¿Habría alguna salida secreta en aquella pared cubierta por un revestimiento de tableros de roble?

Revisaron con meticuloso cuidado todo el piso bajo de la casa, pero infructuosamente. No se hallaba el hombre en ninguna parte.

Toda la casa estaba solitaria y silenciosa como si George y sus amigos fueran las únicas personas que hubiera en ella.

Pero sabían perfectamente que a menos que hubiese alguna salida secreta Harland debía hallarse todavía en la casa y Hubert Mansell también.

Solo había tres puertas que comunicaban con el exterior. Harland no había salido por la puerta principal o sea la del hall. Las otras dos puertas las había cerrado George y se había guardado las llaves durante su recorrida en busca de Hubert Mansell. Las ventanas tenían todas fuertes y sólidas rejas.

Pero ¿por dónde había desaparecido aquel hombre?

Golpearon las paredes en busca de algún hueco secreto; pero sin resultado ninguno.

George sentíase desesperado al pensar en que Vi se hallaba prisionera y él ni sabía dónde estaba ni como ir en su socorro. ¿Qué le pasaría a la joven? La tortura de la indecisión y la angustia, no podía ser mayor.

—¿Qué fué eso?

Esa exclamación partió de labios de Jack. El muchacho corrió al pie de la escalera y se puso a escuchar.

De alguna parte de los pisos superiores llegaba un rumor de cautelosos pasos.

—¡Por ahí se mueve alguna de las ratas! — exclamó Jack. — ¡Pronto, la luz, señor!

—Espera un momento, Jack. No te olvides del hueco de la trampa que está abierto en lo alto del primer tramo de la escalera, — gritóle George.

Una rápida idea le hizo cruzar el hall, cerrar con llave la puerta que daba al exterior y sacar la llave antes de seguir a Jack. George tenía en su poder, por lo tanto, las llaves de las tres puertas.

Entonces George se dirigió escalera arriba con el revólver en la mano y la antorcha eléctrica en la otra. La trampa de lo alto del primer tramo estaba cerrada en aquel momento. Al pisar en los escalones que antes se movieron misteriosamente cualquiera hubiese dicho, por lo sólidos que estaban, que era imposible que cambiaran tan fácilmente de colocación.

Continuaron subiendo por el segundo tramo desde el cual el astuto Hubert Manssel había mirado hacia ellos esperando el efecto que producía la apertura de la trampa que él había puesto en acción.

¿Cómo había hecho funcionar aquella trampa? Jack había notado que Hubert Mansell apoyaba una mano en determinado punto, y allí, en el centro de uno de los tableros, notó la presencia de cinco pedazos de marfil en forma de oros de los naipes, embutidos en la madera y dispuestos tal como lo está el cinco de oros de una baraja.

Jack oprimió sucesivamente cada uno de los cuatro signos de las cuatro esquinas. Fué al oprimir el quinto cuando se produjo el efecto.

Al oprimir el pedacito de marfil se hundió en la madera; y como si estuviera conectado eléctricamente con algún oculto mecanismo, una sección del piso del rellano inferior se abrió como antes.

George dirigió el haz de luz de su antorcha hacia el hueco oscuro que quedó abierto. De abajo llegaba un intenso olor de humedad. Era aquel hueco bastante profundo para que la caída resultara fatal. La muerte era lo que hubiesen hallado gracias a Hubert Mansell si no hubieran burlado su propósito.

Después, lentamente, como automáticamente, el hueco aquel se cerró de nuevo.

—¡Qué sitio más extraño este! — dijo Jack irritado — No es muy difícil adivinar lo que quería proporcionarnos el simpático señor Hubert.

No había tiempo que perder en mayores averiguaciones. Siguieron buscando pero sin encontrar nada.

Todas las habitaciones estaban vacías. El ruído de pasos que oyeron antes no volvió a oirse más. No se notaba señal de la presencia de persona alguna. La investigación resultó, pues, un completo fracaso.

George estaba a punto de desesperarse. Su ansiedad había sido mucha cuando tenía a Harland a su alcance a manera de garantía de la seguridad e Vi. Pero después, sin semejante rehen, los temores de George por la joven no podían ser sino mayores cada vez.

Pero un extraño descubrimiento de otro género, les esperaba. Fué la mirada penetrante de Jack la que hizo el descubrimiento.

—¡Hola! Aquí hay otro cinco de oros, — exclamó sorprendido el muchacho, indicando un sitio de la pared revestida de madera de una de las habitaciones donde había vuelto a ver los cinco oros de marfil incrustados en el roble. — ¿Oprimiré el del centro para ver lo que pasa? Quédese junto a la pared, señor?

Jack oprimió cuanto pudo el signo central del cinco de oros.

Una alfombra cuadrada y grande cubría el centro del piso de la habitación. Cuando Jack tocó el signo de marfil vieron que la alfombra se hundía como si se hubiese producido un hueco en el piso situado debajo de ella.

Muy excitado, Jack corrió y tomando de una punta la alfombra, la recogió hacia un lado.

Allí también, una trampa se había abierto, pero el hueco que dejaba descubierto era de poca profundidad; constituía una especie de cuarto secreto, como de unos cinco pies de hondura.

Fué algo que había allí abajo lo que hizo que tanto Jack como George y el señor Desmond se sintieran impresionadísimos.

Ante sus ojos atónitos se hallaba tendida la figura de un hombre sin vida. Un hombre cuyo rostro conoció inmediatamente el señor Desmond.

—¡Ese... ese es el verdadero mayor Harland! — dijo con temblorosa voz el anciano padre de Vi.

LA PUERTA DE HIERRO

Otro misterio más era aquel, misterio destinado a causar grandísima emoción a los que revisaban aquella tenebrosa casa.

Mientras el impostor que decía llamarse Mayor Harland pasaba por ser el dueño de Woodside, el verdadero propietario, el excéntrico misántropo a quien nunca se veía fuera de su propia finca, yacía sin vida en aquel escondrijo secreto que los que revisaban la casa habían hallado por pura casualidad.

No era de extrañar, después de tal hallazgo que el hombre que tenía secuestrada a Violet Desmond se sintiera desesperado ante la idea de que la policía visitara la casa de Woodside.

En el momento en que se percató de que el señor Desmond le había reconocido como un impostor, que usaba un nombre al que no tenía derecho, comprendió que había perdido la partida y que solo podría salvarse mediante algún golpe atrevido, rápido y hábil.

George descendió al hueco y se acercó a la inerte forma humana. Fué un alivio para él constatar, que exteriormente, el cuerpo no presentaba señales de violencia, así que el mayor Harland debía haber fallecido de muerte natural.

Su deceso debía haber sido muy reciente, uno o dos días nada más, y el cómplice de Hubert Mansell había aprovechado la última enfermedad del mayor Harland para llevar a cabo su plan de presentarse como él, aun antes de que falleciera.

¿Era para aquel cuerpo la sepultura que habían abierto en el parque? ¿Se proponía ocultar allí al muerto de modo que la noticia del fallecimiento no fuese conocida y el impostor pudiera seguir representando su papel?

Pero no disponían de tiempo para pensar en tales puntos. Lo único que podían hacer era dejar allí al muerto, — indudablemente sometido a algún procedimiento para su conservación, — y esperar el momento de poner a la policía al tanto de su macabro descubrimiento.

Lo más urgente, por el momento, era encontrar algún dato que les permitiera dar con el sitio donde estaba la secuestrada Violet Desmond.

¿Dónde la había llevado el falso mayor Harland en su automóvil al salir de Lonemoor y antes de volver a Woodside para afirmar ahí jactanciosamente que él dominaba la situación.

—¡Dios mío! ¿Será posible? — exclamó de pronto Jack. — ¿Estará tan cerca de nosotros? ¿La estaremos buscando por un lado cuando está a unos pasos?

George le miró con sorpresa.

—¿Qué dices, Jack? No es posible que el hombre la trajera a la casa, Teníamos las llaves y...

—¡No! ¡A la casa misma, no! — exclamó el muchacho. — No me extrañaría que a Harland se uniera Bate, después de haber estado el primero en Lonemoor y que entre los dos trajeran a la señorita Vi al extraño lugar que yo encontré, el árbol hueco y la misteriosa puerta de hierro del tunel que hay debajo. ¡Señor! ¿Por qué no se nos ocurrió antes? ¡Debemos ir a buscar a la señorita Vi tras de la puerta de hierro!

El entusiasmo de Jack era contagioso. Un resplandor de renovada esperanza se echó de ver en el rostro de George.

No perdieron tiempo en poner en ejecución lo pensado. Al menos, si no a la raptada joven podían hallar a Hubert Mansell o al impostor, tras de aquella misteriosa puerta de hierro situada en las entrañas de la tierra, y hacerles revelar la verdad.

A toda prisa corrieron escaleras abajo. En la cocina tomaron un hacha grande y muy pesada y una barra de hierro, fuerte y bastante larga.

Armados así, cruzaron el parque en dirección del árbol hueco, no sin haber cerrado con llave la puerta de la casa por la que salieron.

Jack indicó el camino. Uno tras otro, los tres subieron al tronco hueco y luego descendieron por dentro de él con facilidad, utilizando los peldaños de hierro que facilitaban el acceso.

Así llegaron hasta el túnel y por éste hasta el sitio donde les cortó el paso la puerta de hierro rodeada de su marco de mampostería.

¡A la puerta de hierro se le iba al fin, a arrebatar su misterioso secreto!

BAJO TIERRA

George Heriot y sus dos compañeros habían descendido armados de un hacha y de una barra de hierro, preparados a abrir a golpes, — si necesario era, — aquella puerta de hierro subterránea.

Pero esto únicamente como último recurso.

Si era posible abrirían silenciosamente la cerrada puerta de modo que no pudieran enterarse sus enemigos de su presencia si, como lo suponían, se habían guarecido en aquel escondrijo de bajo tierra.

Jack dirigió la luz de la lámpara hacia la plancha de hierro que les cerraba el paso. Una sola mirada le permitió darse cuenta de que la llave no estaba puesta en la cerradura, del lado de adentro. El problema era si podría o no forzar aquella cerradura.

—Sea como sea, voy a intentarlo — dijo Jack sacando del bolsillo un trozo largo de

grueso y fuerte alambre de cobre de que se había provisto a propósito.

Jack era una verdadera notabilidad en ese trabajo. Cuando iba de feria en feria, con el circo de Rufus Trant, se ganaba en cada pueblo algunos peniques abriendo puertas, cajones y muebles cuya llave se había perdido. En verdad había pocas cerraduras que se resistieran a sus manejos sin más elemento que un trozo de alambre doblado.

Pero la cerradura de la puerta de hierro parecía más complicada de lo que se había supuesto. Era de las de varias combinaciones y Jack se dió cuenta bien pronto de que la tarea no iba a serle fácil.

Los minutos pasaban y la puerta de hierro permanecía cerrada obstruyéndoles el paso. George estaba de pie, junto a Jack, vibrando de impaciencia y nerviosidad. Cada momento que pasaba le parecía que la situación se hacía más grave para ellos y que en cambio, daba a sus enemigos mayor margen para escapar.

El pensamiento de que Vi se encontraba en manos tan viles como las de Mansell y del falso mayor Harland, estaba a punto de enloquecer a George.

—¡No debemos perder más tiempo en eso! ¡La cerradura no cede y perdemos unos instantes preciosos! — dijo de repente, empuñando el hacha. — ¡Quítate de delante, Jack! ¡Voy a hundir la puerta a golpes!

—¡Un momento, señor! —, dijo Jack en seguida. — Con un poco de paciencia más, creo que venceré la resistencia de esta maldita. Piense que habremos ganado la mitad de la batalla si entramos y nos presentamos de improviso sorprendiendo a esos canallas.

—Jack tiene razón — dijo el señor Desmond aun cuando él también sufría las torturas de la impaciencia. — Sería como echar a un lado la mejor carta de nuestro juego, no aprovechar una circunstancia que puede sernos tan favorable.

Alumbraba con la linterna eléctrica mientras Jack trabajaba. El muchacho, mordiéndose los labios y sudando, continuaba su tarea. No quería ser vencido. Pasó un minuto más... luego otro... y otro. De pronto se oyó un clic dentro de la cerradura.

—¡Ya está ganada la batalla! — dijo el muchacho en voz baja.

La puerta se abrió, movida por la mano de Jack.

En cuanto se abrió la puerta oyeron un rumor de voces sofocadas, el gruñido de un perro como si le torturaran y una extraña risa que lo dominaba todo con sus estridencias. Todo aquello llegaba hasta ellos por el pasaje oscuro, insondable, para la mirada que se encontraba ante ellos.

¡Allí estaban sus enemigos!

Cautelosamente se deslizaron por el túnel encendiendo la luz sólo de vez en cuando y no hablando más que en voz baja.

Así llegaron a un sitio donde el pasadizo se bifurcaba como si aquellos conductos subterráneos, — que seguramente procedían de época muy remota, — tuvieran distintas ramificaciones. Pero el rumor de las voces les indicó por cual de los dos pasadizos debían seguir.

Volvieron a oir otra vez el gruñido del perro dolorido al que siguió el chasquido de un látigo.

Luego, pasada una curva del tunel, por una puerta entreabierta que daba acceso a lo que debía ser como una habitación subterránea, vieron que salía un rayo de luz.

—Déjeme usted que me adelante a manera de ojeador, — dijo Jack en voz baja, con gran entusiasmo. — Yo puedo acercarme a la puerta y ver lo que hay allí dentro sin que ellos ni lo sospechen.

En el primer momento George no quiso que el muchacho corriera innecesarios peligros. Pero Jack logró convencerle.

Ni un indio piel roja hubiera avanzado por el tunel, hacia la puerta entornada con mayor cautela y silencio que el habilidoso muchacho.

Lo que vió Jack por la hendija de la puerta le enfureció.

El hermoso perro con el cual había trabado amistad el muchacho la noche anterior estaba sujeto a un sólido poste por medio de una cuerda atada al collar.

Más allá, a distancia suficiente para no temer nada de los blancos colmillos del enfurecido animal, estaba de pie Hubert Mansell. Tenía en la mano un pesado látigo con el que castigaba al perro despiadadamente.

Tras él, en aquella extraña habitación subterránea, se encontraba el falso mayor Harland contemplando aquel acto de cobardía y de crueldad con la mayor indiferencia.

Evidentemente ninguno de los dos hombres sospechaba, ni remotamente siquiera, que la seguridad de su retiro subterráneo estaba tan amenazada.

—¡Voy a darte de latigazos hasta que se me canse la mano y después te meteré una bala en la cabeza, en castigo de haber dejado escapar al muchacho! — decía Hubert Mansell dirigiéndose al perro que, entre sus agudos gruñidos hacía esfuerzos desesperados por saltar al cuello de su atormentador. — ¡Si tu no hubieras dejado escapar al muchacho no hubieran fracasado todos nuestros planes!

Se dirigía al animal con salvaje enojo como si el perro estuviese en condiciones de comprender sus palabras.

Notábase un extraño fulgor en la mirada de Hubert Mansell. Parecía hallarse medio loco o que hubiera estado bebiendo con exceso.

Una vez más el cruel látigo cayó sobre el lomo del perro.

Toda forma de crueldad con los animales hacía hervir la sangre en las venas de Jack. No pudo sufrir pasivamente el espectáculo de aquella tortura. En su ardiente indignación, el muchacho olvidó todo riesgo personal. Buscó a tientas la navaja que tenía en el bolsillo, abrió la hoja más grande, que era casi como la de un cuchillo pequeño y estaba muy afilada, y con la rapidez del relámpago traspuso la puerta dirigiéndose a cortar la soga que sujetaba al perro.

—¡Venga, señor George! — gritó en el mismo momento.

La súbita aparición de Jack en escena fué evidentemente muy emocionante para los dos hombres.

Retrocedieron pálidos y asustados. Dié-

ronse cuenta, porque habían oído el grito de Jack, de que el recién llegado no estaba solo... de que la puerta de hierro tenía que haber sido forzada.

El rostro de Hubert Mansell se desfiguró contorsionado por un gesto provocado por el paroxismo del odio y del furor. Un revólver brilló en su mano; apuntó hacia Jack. Leíase el instinto homicida en sus ojos en aquel momento.

La afilada hoja de la navaja del muchacho había seccionado los hilos que formaban la cuerda que sujetaba al animal torturado, y, repentinamente, sintiéndose en libertad, el perro, lanzando un gruñido saltó hacia delante. Fué esto lo que salvó a Jack.

En su rápida consternación, desvanecida de locura de la embriaguez, ante aquellos colmillos amenazadores, Hubert Mansell retrocedió, olvidándose de disparar el arma.

El perro se precipitó contra el hombre que le quedaba entonces más cerca, arrojándole al suelo. Harland gritó loco de terror.

—¡Haga fuego, Hubert! ¡El perro me va a destrozar!

Hubert, dominado por el miedo, había retrocedido hasta la otra puerta de la habitación subterránea. Levantó de nuevo el arma, apuntando hacia el corpulento animal que tenía a Harland bajo sus patas. Pero le tembló la mano al hacer fuego.

Harland lanzó un grito agudo. Había recibido el proyectil destinado al perro.

Cuando sonó la detonación, el perro se paró del herido para precipitarse sobre su verdugo de antes.

Cuando vió que el animal se encogía para saltar, Hubert, blanco de miedo, abrió la puerta que quedaba a su espalda y salió por ella. La puerta, de grueso roble, se golpeó tras él instantáneamente, cerrándose en el mismo momento en que Jack suponía que el perro había alcanzado a su atormentador.

Y aun cuando la puerta no estuvo abierta sino un brevísimo espacio de tiempo, Jack pudo ver, en la habitación de más allá a la señorita Vi, muy pálida, con los ojos dilatados por el terror, maniatada y amordazada.

—¡Señor George! — gritó Jack excitadísimo en el momento en que llegaban Heriot y el señor Desmond. — ¡Ella está del otro lado de esa puerta! ¡Allí está la señorita Vi!

HUBERT MANSELL ARRINCONADO

El perro no intentó volver hacia el caído. Se quedó gruñendo furioso junto a la puerta por donde se había ido Hubert Mansell.

—Examine al herido, señor Desmond, — gritó George al padre de Vi. — Voy a buscar el hacha.

George volvió a la entrada de la puerta de hierro donde habían dejado el hacha y la barra de hierro.

El señor Desmond se inclinó hacia Harland. El herido había recibido el balazo en una pierna y la herida sangraba abundantemente. Entre el señor Desmond y Jack vendaron la pierna, ciñéndola fuertemente más arriba de la herida que, por lo demás, era superficial y no había interesado ningún punto de importancia, y así evitaron que siguiera la hemorragia.

George regresó. Levantó el hacha y la dejó caer con ímpetu sobre la puerta.

El grueso tablón de roble crugió pero no se rompió. Del otro lado habían corrido un sólido cerrojo.

El hacha cayó de nuevo...

De pronto se oyó, del otro lado de la puerta, una voz que gritaba:

—¡Pronto! ¡Rompan la puerta! ¡Yo le tengo sujeto!

Era la voz de Bate.

¿Bate trataba de sujetar a Hubert Mansell o era, lo que había dicho, una nueva mentira? Había en verdad muchísimas razones para no tener fe en él.

Otra vez dió el filo de la pesada hacha contra la tablazon de la puerta de roble. Uno de los tableros comenzaba a ceder. Del otro lado llegaba el ruido de una pelea. Se oía la voz furiosa de Hubert Mansell increpando a Bate, El perro, excitadísimo, gruñía, enfurecido al oir la voz del hombre de quien quería vengarse.

Otro golpe más y el hierro del hacha pasó a través del agujero hecho en el tablero de la puerta. Por el hueco, George miró hacia el interior de la otra habitación.

Allí vió a Bate luchando a brazo partido con Hubert Mansell. Los dos estaban furiosamente abrazados. Bate tenía el rostro pálido y manchado de sangre. Se comprendía que su adversario iba dominándole poco a poco.

Y detrás de ellos, en el umbral de otra puerta, apoyada a la pared, vió a Vi.

La joven no podía gritar. Tenía un pañuelo atado sobre la boca, sujetando una mordaza y las manos atadas. Sus grandes ojos, llenos de angustía y de terror se fijaron implorantes en los de George.

Con un supremo esfuerzo, Hubert Mansell desesperado tal vez al ver tan cerca a su enemigo, arrojó a un lado a su adversario.

Bate fué tambaleándose a caer junto a la pared. En el mismo momento algo rodó de un lado a otro del cuarto, algo que se había caído de su mano o de su bolsillo, una piedra roja que brilló como un ascua de fuego carmín, reflejando de mil modos la luz de la lámpara.

¡El rubí desaparecido!

Con un grito salvaje, Hubert se lanzó hacia adelante para recobrar el rubí que, sin duda, Bate le había quitado. Al mismo tiempo dirigió una mirada de furia hacia George Heriot que estaba del otro lado de la puerta astillada.

—¡No se mueva de donde está! — le gritó George imperiosamente.

Y por el hueco de la puerta se vió aparecer un revólver y sonó un tiro antes de que Hubert pudiera agacharse a agarrar el codiciado rubí.

La bala silbó junto a la cabeza de Hubert y este se detuvo dominado por un mandato que no se atrevía a desoir.

—¡La próxima vez tiraré a matar! — agregó George.

Por un momento el hombre burlado se quedó mirando fijamente a George, pero la

mano que empuñaba el revólver que le apuntaba por el hueco de la puerta, lo tenía dominado. La amenaza de George era terminante. Hubert no se atrevía a levantar el rubí del suelo. No se atrevía a moverse.

La caída había lastimado a Bate. Cuando trató de ponerse de pie volvió a caer sin fuerzas y como mareado.

Pero con voz relativamente débil le gritó a George.

—Usted puede alcanzar a descorrer el cerrojo con la mano sin esfuerzo ninguno.

Pero, para hacer tal cosa, George tenía que retirar primera la mano que sostenía el revólver. Esto dió a Hubert Mansell la ocasión que esperaba y no dejó de aprovechar.

Cruzó Hubert la ancha habitación subterránea, yendo al sitio donde la joven cautiva se encontraba si no desmayada a punto de perder el conocimiento, sosteniéndose en el marco de la puerta que daba a la siguiente habitación.

Hubert Mansell tomó a la joven y la puso ante sí, a manera de viviente escudo y gritó burlón, a George:

—¡Ahora puedes tirar, si te atreves a hacerlo, valiente!

La mano de George había pasado por el hueco y se movía hacia abajo en busca del cerrojo que tenía sujeta la puerta.

Un revólver relucía en la mano del hombre escudado tras de la inerte joven. Hubert levantó el arma, apuntó hacia la mano que iba a descorrer el cerrojo e hizo fuego.

Fué Vi la que salvó a George en aquella emergencia.

La aterrorizada joven dándose cuenta de las malas intenciones de su carcelero y aun cuando tenía atadas las manos, hizo un súbito movimiento convulsivo que desvió el brazo estropeando la puntería. La bala no dió en el blanco.

Al mismo tiempo, George descorría el cerrojo. La puerta se abrió.

Con un gruñido terrible el perro entró en la habitación. Al ve al perro al que había torturado, y al notar la presencia de George y de los otros en el cuarto, el hombre se sintió acorralado.

Ántes de que su cuadrúpedo enemigo pudiera llegar hasta él, Hubert Mansell, arrastrando consigo a la desdichada joven, huyó por la otra puerta. ¡Y una segunda vez una puerta se cerró ante ellos y escucharon como se corría un pesado cerrojo!

Bate, con el rostro pálido y manchado de sangre, había logrado ponerse de pie.

—Traté de sujetarle hasta que usted llegara, señor Heriot, pero era demasiado fuerte para mí. ¡Pero he salvado el rubí! — dijo con voz entrecortada por su espiración jadeante. — ¡El verdadero rubí! ¡Esta vez sí que se trata de la verdadera clave!

Jack había recogido la piedra roja y reluciente, objeto de sus investigaciones y, finalmente encontrada.

Se la dió a George que sin darle mayor importancia, la guardó en el bolsillo. Lo que en aquel instante interesaba a George no era el rubí ni el tesoro, era la seguridad y la vida de Violet.

EL ULTIMO RECURSO DE UN PILLO

George tomó nuevamente el hacha y comenzó a atacar la nueva barrera que se oponía a su persecución. Llovieron golpes poderosos y continuados sobre las tablas de roble mientras George preguntaba a Bate:

—¿Hay todavía más puertas después de esta?

—No, señor; esta es la última. El pasaje, más allá, conduce a la casa. Pero es necesario proceder con cautela, — exclamó Bate. — Hubert Mansell está medio loco, según creo y desesperado. Amenazó con matar a la señorita Violet antes que dejarse prender y lo creo capaz de cumplir la amenaza.

Aquella puerta parecía menos dispuesta a ceder que la anterior. Estaba forrada de hierro del otro lado, según les dijo Bate. No presentaba señales de ceder aun cuando George la atacó con todas sus vigorosas fuerzas.

—¿Qué es lo que le ha decidido a ponerse tan súbita e inesperadamente de nuestro lado, Bate, — preguntó secamente el señor Desmond, — después de desempeñar con nosotros el papel de traidor hasta hace media hora? Supongo que ha pensado usted que es más conveniente estar del lado de los que van a salir victoriosos.

La pálida cara de Bate se puso roja de indignación.

—De todos modos ustedes no me negarán que traté de detener a ese canalla ¿no es cierto? ¡Y no negarán tampoco que salvé el rubí, no para mí sino para el señor George, — dijo con voz sombría.

Después de una breve pausa agregó animándose de pronto:

—¡Sí! Mi propósito era burlarlos a ustedes cuando fuí con el rubí falso, pretendiendo estar del lado de ustedes. Lo admito. Me entusiasmaba la parte importante del tesoro que se me había ofrecido. Pero hubo dos razones para que cambiara mi propósito. Soy muy amigo de los animales y no pude resistir que Hubert pegara de modo tan infame al perro, que es el del difunto mayor Harland, y menos aun que ese hombre maltratara a la señorita Vi.

Las palabras de Bate casi no se oían entre el ruido de los golpes que daba George, con el hacha, en la resistente puerta que obstaculizaba en tal mal momento su persecución.

—Fué el miedo de la señorita Vi, el medio infame que emplearon para asustarla, ¡pobre señorita Vi! lo que me avergonzó de estar ligado a semejante gentuzo, — prosiguió Bate, — aun cuando yo no puedo jactarme de haber sido siempre un hombre de vida correcta e insospechable. Entonces resolví ayudarla a ella y a ustedes. Se me presentó la ocasión. Por ella estuve peleando con ese demente... ¡Porque ese hombre está loco, créalo, señor Desmond, las cosas que hace, son como de loco!

Jack miró fijamente al que hablaba y creyó sinceras sus palabras.

La puerta se resistía aún y los anciosos minutos transcurrían con terrible rapidez. Desesperado, George tomó la pesada barra de hierro y con todas sus fuerzas la lanzó de

punta contra el borde de la puerta.

Se oyó un crugido. Los tornillos de una parte del cerrojo habían saltado. La puerta se abrió. ¡Al fin!

El perro corrió hacia allí, perdiéndose en la oscuridad.

Los hombres le siguieron. Bate con ellos, andando con paso inseguro. La luz de la linterna eléctrica de George iluminaba de vez en cuando con algún destello, el camino.

A una docena de pasos de su comienzo el tunel se bifurcaba. El perro se había detenido en aquel punto, como desorientado, con el hocico cerca del suelo, olfateando. Parecía que en aquel punto la pista se hiciera confusa y que el animal no supiera por cual de los dos caminos continuar.

—El camino de la derecha conduce a la casa, el otro a una salida situada en el parque, en mitad de un bosquecito, — dijo Bate.

—¡Quién sabe si ha regresado a la casa! — murmuró George. — Lo peor es que si ahora equivocamos el camino...

—¡Ha vuelto a la casa, señor! ¡Por allí! ¡Ese es el camino! — exclamó nerviosamente Jack, — que acababa de hacer un repentino descubrimiento.

Como en las habitaciones por donde habían pasado, allí también, en el tunel, había algunos barriles muy viejos, que se caían a pedazos y demostraban que aquellos pasadizos subterráneos habían sido, muchos años atrás, guarida de contrabandistas que actuaban en aquella parte solitaria de la costa y tenían su cuartel general en la finca de Woodside.

Enganchado en un enmohecido clavo que se proyectaba de uno de los barriles en cuestión, Jack había visto un girón de tela delgada, de seda.

—¡Esto fué desgarrado del vestido de la señorita Vi! — exclamó Jack; y tanto George como el padre de Vi estuvieron de acuerdo con la opinión del muchacho.

Se apresuraron a avanzar, La casa quedaba sólo unas pocas yardas más allá. Por una puerta, que estaba abierta pasaron a un sótano de tierra bajo y abovedado menos en su extremo más lejano.

Allí había una abertura que parecía el hueco de un ascensor en una casa moderna.

Jack dirigió hacia arriba la luz de la linterna eléctrica y vió, unos quince pies más arriba, una tapa con charnelas y un mecanismo de hierro.

—¡A que esta es la tapa de la trampa que hay en el tramo de la escalera, la misma que abrió nuestro querido amigo para darse el gusto, que no se lo dió, de vernos caer a lo profundo! — exclamó Jack. — ¡Linda clase de casa! ¡Qué sorpresas tan simpáticas y deliciosas reserva para los extraños que la visiten! ¡Me parece que no!

En un rincón una escalera de caracol conducía a lo alto. Pasaron por otra puerta y se encontraron en un reducido espacio como un cuarto muy pequeño.

Bate, que conocía los secretos de la casa, oprimió un botón, disimulado en los adornos de la pared y uno de los tableros del revestimiento de madera de la misma pared se abrió como por encanto.

Era aquella la salida secreta por la que el falso mayor Harland se había escabullido en el momento de confusión que se produjo cuando apagó la luz del hall (la llave de la luz estaba junto al botón del resorte del tablero del lado del hall) y por eso no pudieron explicarse por dónde se había ido cuando se encontraron ante la pared al parecer enteramente sólida y compacta.

En aquel momento un grito de alarma brotó simultáneamente de los labios de los cuatro.

Cuando se hallaban en el sótano, un momento antes, les había llamado la atención oir un ronquido extraño y lejano. Pero en cuanto abrieron el hueco secreto de la pared un resplandor de rojas llamaradas se presentó ante sus ojos.

La escalera se hallaba incendiada. De más de una de las abiertas puertas de las habitaciones que daban al hall surgía un rojo resplandor oyéndose el crugido de los muebles al quemarse.

¡Para esto era para lo que Hubert Mansell había vuelto a la casa, para incendiarla encendiendo focos de incendio en media docena de sitios distintos!

—¡Por eso era por lo que el perro se sentía perplejo y no sabía por qué tunel seguir! — exclamó George de pronto. — ¡Hubert Mansell corrió hacia aquí para cumplir sus propósitos incendiarios y luego volvió saliendo por el túnel que da al parque, mientras nosotros estábamos rompiendo la puerta! Pero ¿se fué de aquí solo?

Se notaba en su voz que se sentía horrorizado ante la idea que acudía a su mente.

—¡Dios mío! ¿Dónde estará Vi? —

George estaba pálido y desencajado cuando hizo esa pregunta. Su propia súbita sospecha, su mismo terror, se leía en los ojos de todos los presentes.

¿Era esa la venganza con que había amenazado aquel demente? ¿Habría dejado a la pobre joven en la casa incendiada, huyendo después, entregando así a Violet Desmond a la voracidad de las llamas que amenazaban destruir por completo todo el edificio?

BUSCANDO ENTRE LAS LLAMAS

Presa de aquel desesperado temor, George levantó la voz.

—¡Violet! ¡Violet! ¿Me oye usted? ¿Dónde está? — gritó.

Pero no obtuvo respuesta. Era lógico que así fuera. Vi estaba amordazada. Era posible que oyera, pero tenía que serle imposible contestar. ¿Dónde estaba?

Entraron, una tras otra, en todas las habitaciones del piso bajo. En alguna de ellas, donde había comenzado el incendio, con petróleo indudablemente, las llamas habían hecho presa de los muebles viejos y resecos y de las cortinas y reinaba una atmósfera irrespirable.

Pero Vi no estaba en ninguna de aquellas habitaciones.

—¿No hay alguna salida secreta en un

guno de esos cuartos? ¿No hay sitio dónde pueda estar oculta, Bate? — preguntó George febrilmente.

Bate movía negativamente la cabeza.

—Que yo sepa, no, señor, — dijo, — Pero esto no quiere decir que no pueda haberlo.

—Voy a los pisos altos, — exclamó George.

Bate quiso detenerle.

—¡Pero es una locura, señor! ¡Eso es ir a la muerte!

George, impaciente, le echó a un lado con ademán bastante brusco.

—Yo voy con usted, señor, — dijo Jack

El pensamiento de que Vi pudiera hallarse prisionera en alguno de los pisos altos mientras las llamas se apresuraban a cortarle la retirada y avanzaban al mismo tiempo hacia ella, le llenaba, como a George, de un horror que no les permitía pensar en riesgo personal ninguno.

—¡Usted puede quedarse aquí! Usted no es necesario, — dijo George al señor Desmond. — Si se la ha de encontrar la encontraremos Jack y yo.

La escalera estaba rodeado de llamas. Los escalones, de madera apolillada, se iban a quemar en muy poco tiempo.

El ascenso parecía una hazaña peligrosa tal como sólo un verdadero demente podía emprenderla. Pero la desesperación quita a veces todo concepto de lo que es la prudencia.

—¡Deben atarse algo a la cara, tapándose la boca y la nariz! — dijo el padre de Vi. — No podrán pasar por entre ese humo si no toman precauciones.

Corrieron hacia la cocina no sin que antes George tomara dos sobretodos que colgaban de la percha del hall.

—Empape bien esos sobretodos, — ordenó George a Bate.

A toda prisa mojó un repasador, que tomó del cajón de la mesa de la cocina y lo ató a la cara de Jack tapándole la boca y la nariz; lo mismo hizo para sí con otro paño.

Después con los dos sobretodos empapados en la mano, volvieron al pie de la escalera.

El primer sobretodo fué arrojado sobre los tres primeros escalones en los que era mas fuerte el fuego, amortiguando a éste y levantando una nube de sofocante vapor.

Por fortuna la escalera no era muy alta y las llamas no llegaban a lo alto del primer tramo.

Pero de no haber sido por el respirador que George improvisó se hubieran sofocado cuando arrojaron el segundo sobretodo encima de otros peldaños a fin de amortiguar las llamas.

La carrera de George a través del calor y del humo le llevó con felicidad, más allá del primer rellano, cegado por el resplandor, con las manos y la cara tostadas. Como Jack que le seguía, se tambaleaba, vacilando, George le tomó de la mano y le sacó a lugar seguro.

Entonces, mientras se hallaban de pie, jadeantes, tratando de recobrar el aliento, oyeron un ruído rápido y un objeto grande pasó junto a ellos. Era el perro que encariñado con Jack, no quería quedarse atrás. Las llamas le habían chamuscado la pelambre.

Subieron rápidamente el segundo tramo. Toda la casa parecía llena de humo y de vapor, pero las llamas no habían llegado todavía al segundo piso, aun cuando no debían tardar, al paso que avanzaban, en invadirle.

George sentíase desesperado. Aquello era una carrera contra el tiempo, contra las llamas aterradoras que estaban devorando las entrañas de la vieja casa. Tenía el convencimiento, la intuición de que Hubert Mansell, al ejecutar su infame venganza, había dejado a la indefensa joven en aquella casa a merced de las llamas y después había huído.

Pero ¿dónde la había dejado? ¿La encontrarían a tiempo?

Cuarto tras cuarto los visitaron todos, constantemente torturados por la angustia, llamando a Violet.

Pero todas las piezas del segundo piso estaban tan vacías como las del primero.

—¡Vamos a ver el tercer piso!

George subía corriendo al otro piso cuando un nervioso ladrar del perro y el ruído del rascar con las patas en la madera del piso, hizo que Jack se volviese en lugar de seguir a George.

Corrió de nuevo a la habitación donde el perro había entrado.

A la puerta de aquella habitación donde entraba por la ventana la luz de la luna, Jack contuvo la respiración. Se había acordado de algo que en su terrible ansiedad por la suerte de Vi habían olvidado por completo tanto él como George.

Era en aquella habitación, en el secreto espacio de debajo del piso, donde se hallaba el cuerpo del verdadero mayor Harland.

El perro gemía y ladraba, rascando el piso muy excitado.

—¡Señor George! ¡Señor George! — gritó Jack. — Y George acudió corriendo. — ¿No sería posible que éste aquí? Esta es la habitación del cinco de oros, la que tiene el cuartito debajo del piso.

Mientras hablaba Jack buscaba en la pared, con la luz de su linterna eléctrica, el cinco de oros. Cuando lo halló afirmó el signo central en el momento en que el muchacho decía a manera de plegaria:

—¡Quiera Dios que la encontremos aquí!

La trampa del piso se hundió movida por el oculto mecanismo.

Un grito brotó de labios de George, un grito de alegría mezclada con un acento de indignación y de furor contra el hombre que había tratado así a una mujer.

Allí, en el escondido cuartito, oculta debajo del piso, se hallaba Vi, misericordiosamente desmayada.

En un instante George descendió y la sacó en brazos de aquel escondite.

—¡Gracias, Dios mío! — se le oyó decir entre dientes. — ¡Salvada, mi Vi de mi alma!

ENTRE EL FUEGO

Por fin se hallaba en sus brazos, libre de la mordaza que la martirizaba y de las cuerdas que le sujetaban las muñecas, habiéndose hundido en el delicado cutis, la joven a la que había podido salvar a tiempo del destino a que le entregara la infame venganza de Hubert Mansell.

George estrechó a la joven sobre su corazón.

—¡Vi! ¡Vi de mi alma! — exclamó.

Como si aquella voz hubiese llegado hasta lo más recóndito de su subconciencia, la joven abrió rápidamente los ojos.

Primero miró como aterrada; después, al distinguir ante ella el rostro de su enamorado, Vi lanzó un profundo suspiro y exclamó:

—¡George! ¡George! ¿Dónde estoy? El... me llevó a una casa desconocida... Estaba como un loco y me daba mucho miedo. Me dijo que iba a dejarme allí para que muriera... ¡Y no recuerdo más!

Vi calló de pronto respirando jadeante.

—Ahora está usted en salvo amada mía, — díjole George en voz baja, procurando tranquilizar a la joven a quien adoraba.

Vi había vuelto a desmayarse. George la sacó de la habitación llevándola al descanso de la escalera.

En aquel momento oyó George la voz de Bate que les llamaba ansiosamente.

—¡Señor Heriot! ¿Me oye usted? — gritaba Bate.

George contestó:

—He hallado a la señorita Vi. Y está en salvo. Pero las llamas nos cortan el paso.

Telefónicamente, el señor Desmond había dado aviso urgente a los bomberos de la población más cercana. Pero las llamas habían tomado tan voraz impulso que George temía que la máquina no llegara a tiempo para salvarles.

Todas las ventanas de la casa que había sido asilo de locos en una época, tenían fuertes rejas y la altura de las ventanas de los pisos superiores no permitían que se intentara descender de ellas sin peligro.

—Hay una escalera en el invernadero. Vaya a buscarla. Puede ser que alcance,— gritó Bate muy excitado. — Vayan ustedes a las ventanas del fondo.

Al cabo de un momento, por una ventana, vieron a Bate que acercaba la escalera. La apoyó en el muro de la casa, pero pronto se convenció de que era varios pies más corta que lo que se necesitaba.

—El señor Desmond ha vuelto a hablar por teléfono con los bomberos diciendo que se trataba de un caso de vida o muerte y que cada minuto tenía importancia grandísima.

—¿Y qué contestaron? — preguntó George impaciente.

—Las llamas le obligaron a retirarse del aparato telefónico, así que no pudo oír la respuesta. De lo que está seguro es de que recibieron su aviso de urgencia.

Aquella era su última esperanza. No podrían salir de la casa si el aparato de salvamento no llegaba a tiempo.

George condujo a la desmayada joven a lo más alto de la casa. Por una ventana a manera de claraboya pudo pasar al techo, donde el aire fresco de la noche le refrescaría muchísimo, desvaneciendo el efecto de la pesada atmósfera sofocante que llenaba la casa.

Pero aún le faltaba algo que hacer.

Dejando a Violet, en relativa momentánea seguridad, George y Jack volvieron a la habitación inferior, donde se hallaba el extinto dueño de la casa, el verdadero mayor Harland. Entre los dos condujeron el cuerpo sin vida escaleras arriba, fuera del alcance del incendio que avanzaba hasta la habitación más alta.

Debajo de ellos podían oir el rugir cada vez más poderoso de las llamas que consumían la vieja casa.

George Heriot y Jack subieron al techo seguidos por el perro. Por muchos años que vivieran no olvidarían jamás los momentos de espera angustiosa que pasaron en el techo de la casa, sabedores de que cada momento que pasaba aproximábales más y más al terrible desenlace si el auxilio no llegaba a tiempo.

A medida que los momentos pasaban todas las esperanzas se iban desvaneciendo.

De pronto Jack, muy entusiasmado, se puso a gritar con grande alegría:

—¡Señor George! ¡Ya vienen! ¡Ahí están los bomberos! ¡Traen el aparato salvavidas!

Desde la altura, sacudida por el viento, donde se hallaban, se distinguía el paisaje a varias millas a la redonda y a lo lejos acababan de verse luces que eran de las antorchas que usan los bomberos. Lo que en el primer momento fueron unos pequeños puntitos de luz se hicieron más y más grandes rápidamente. Al cabo de unos momentos oyeron el ruído del galopar de los caballos y el entrechocar de los arneses.

Poco a poco se fué haciendo más y más fuerte el ruído, sobre el cual sobresalía el continuo repicar del gong que los bomberos llevan para anunciar su paso y pedir camino libre.

La máquina de salvamento con sus hileras de bomberos de relucientes cascos a cada lado entró por el camino del jardín pasando por el portón que Bate había abierto de par en par y se aproximó a la casa, situándose donde el mismo Bate indicó, pronta para arrancar al peligro a los que eran acechados, tan de cerca, por la muerte.

¡La vida! ¡Oh cuán dulce es la vida!

Los bomberos que efectuaron el rescate de los que se habían refugiado en el techo, incluso el perro y el cuerpo del extinto mayor Harland, no pudieron salvar el edificio de la destrucción.

Largo rato después de que Vi fué conducida a sitio seguro, a la casa de Lonemoor, el esqueleto carbonizado del edificio se desmoronó y aun brotaban de él llamas y humo. El reflejo de aquella enorme hoguera iluminaba de rojo todo el cielo.

Mientras tanto el herido — el falso mayor Harland, — había sido sacado del conducto subterráneo.

La policía, que había llegado casi tan pronto como los bomberos, condujo a aquel cómplice de Hubert Mansell al hospital de la vecina población, donde debía ser atendido en calidad de preso.

De Hubert Mansell no se vió rastro alguno. El criminal demente había logrado escabullirse.

SE DESCUBRE EL SECRETO

No era posible dudar de que la sepultura abierta en el parque de la propiedad de Woodside había sido abierta para enterrar en ella secretamente al verdadero mayor Harland.

Las averiguaciones de la policía pusieron en claro que el hombre que había representado el papel de mayor Harland era un hermanastro suyo, criminal muy conocido en Scotland Yard. Sin duda, durante las largas semanas de enfermedad que había precedido al fallecimiento de su hermano, aquel hombre había preparado sus planes para ocupar el puesto del admirado misántropo hasta que hubiera podido apoderarse de toda la fortuna de su propiedad.

La herida del impostor carecía de importancia. No tendrían que pasar muchos días hasta aquel en que la policía le cambiara de la sala del hospital a la celda de la cárcel.

Para Vi la emoción que le produjo todo lo que le había pasado, fué terrible. Durmió casi todo el día, atendida constantemente por Gertrude Herict, que no se separaba de su cabecera, sirviendo de enfermera a la joven que con tanto cariño la había atendido a su vez.

Pero cuando George penetró en la habitación, al anochecer, para preguntar cómo estaba, el joven encontró a Violet despierta, muy respuesta por el descanso y deseosa de verle.

Violet sonrió, y su sonrisa fué tan encantadora y alegre como siempre, fijando su mirada en el rostro serio y preocupado de George.

—No debe usted preocuparse por mí, George. Me siento perfectamente. El sueño me ha quitado todo el cansancio. Y ahora quiero enterarme de lo que hay sobre el tesoro, si es que el rubí es la verdadera clave.

George tuvo que declarar que la preocupación y la angustia le habían hecho olvidar por completo la reluciente piedra que se había guardado descuidadamente en el bolsillo del chaleco la noche anterior, hallándose en el pasaje subterráneo.

—¡Pero que tonta, preocuparse tanto por mí! ¡Cómo si me hicieran falta días y días para reponerme! — exclamó la joven riendo. — Aquí estoy, enteramente bien, George y ardiendo en deseos de saber si ese rubí le va a proporcionar una fortuna... la fortuna a que aludía en su carta misteriosa su difunto tío.

Llevó George el índice y el pulgar al bolsillo del chaleco y sacó el rubí que tenía las inscripciones grabadas, poniéndolo en la palma de la mano.

—Llamen a los demás. Que vengan todos a este cuarto, — dijo Vi. — Me siento enteramente bien para resistir toda clase de emociones y sé también que Jack arde en deseos de comenzar la caza del tesoro.

En parte, la inscripción del rubí que tanto tiempo había estado escondido en el cráneo del bandolero se parecía a la que tenía la piedra imitada que Bate había presentado. Se veía una pequeña cruz que sin duda representaba la cruz de piedra de junto al camino, una flecha que señalaba la letra E, que probablemente quería decir "Este" y las cifras "167" seguidas de una flecha inclinada a continuación de la cual se leía "12 S. E." y se veía una estrella.

El tiempo que habían perdido tratando de descifrar la falsa inscripción les ayudó a resolver ésta con mayor rapidez.

—¡Hay que ir hacia el este, desde la cruz de piedra, 167 pasos! ¡Eso es lo que quiere decir eso! — exclamó Jack. — Y eso nos lleva a la puerta de la casa. Lo sé porque la inscripción de la piedra falsa me hizo que tomara la medida yo mismo. Yo dí unos pasos más que los indicados pero eso no tiene importancia. Ahora tenemos que andar doce pasos desde la puerta, cruzando el hall y yendo rumbo al sudoeste.

—Pero la estrella ¿que quiere indicar la estrella? — preguntó entonces Dic.

—¡Indica el sitio donde está oculto el tesoro, naturalmente! ¡Voy a medir los doce pasos ahora mismo! — dijo excitadísimo Jack. — ¡Por fin hemos dado con la pista del tan largo tiempo extraviado tesoro. ¡Me lo dá el corazón!

—¡Sí! Ve a medir los doce pasos, Jack!— exclamó Vi a quien la emoción parecía sentar saludablemente.—Con seguridad conducirá esa medida a la chimenea del hall.

—Así lo creo; pero dentro de brevísimos instantes sabrán ustedes si es verdad o no.

Jack descendió por la escalera con toda rapidez, de tres en tres peldaños. De un cajon de la biblioteca tomó una brújula que ya había empleado la vez anterior. Dick corrió tras él. Miró como su compañero medía los doce pasos en la dirección que la brújula indicaba.

Como Vi lo había supuesto, el muchacho fué a dar a la chimenea, una chimenea grande, de antigua construcción, con enorme campana toda ella de piedra esculpida.

—¿Has tenido suerte, Jack? — preguntó George desde la puerta de la habitación de Vi.

—El sitio indicado es la chimenea, señor, — contestó Jack, vibrante de emoción. —

Lo que no sé es si será hacia abajo, en las piedras del hogar o hacia arriba, en el conducto de la chimenea. Todavía no tengo idea pero me parece que, como cuando se juega a las escondidas, puedo gritar "Caliente! ¡Caliente!" Presentaré mi informe dentro de cinco minutos.

La chimenea no estaba encendida, así que nada molestaba la investigación. A la luz de una bujía, los dos muchachos hicieron un minucioso examen golpeando en la piedra del piso, en la mampostería de los costados, pero sin haber sacado, al cabo de cinco minutos, mas resultado que una capa de hollín que les cubría la cara y las manos.

—¿Qué te parece, Dick, podríamos levantar la piedra del hogar? El sitio es apropósito para guardar algo y allí veo una barra de hierro que facilitaría el trabajo. Creo que poco importa destruir un poco la casa si ha de ser para hallar el tesoro.

Jack corría en busca de la barra de hierro, cuando un grito de Dick le detuvo.

—¿Qué es eso? ¿Has encontrado el nido, Dick? — exclamó Jack.

Dick sonreía misteriosamente y sin duda alguna reprimiendo el entusiasmo que sentía.

—Creo que no hace ninguna falta ir en busca de la barra de hierro para dar vuelta a la piedra del hogar, — dijo con provocativa frialdad dejando sin contestar la pregunta de Jack.

—¡Dick! ¡Me está pareciendo que tú has hallado algo! ¿Qué es ello? — dijo Jack volviendo hacia el sitio donde había dejado a su compañero.

—¡No lo echamos de ver en el primer momento a causa de la capa de hollín, pero mira ahora! — exclamó su compañero.

Y Dick levantó la bujía hasta un sitio del interior de la chimenea del cual había quitado la capa de hollín.

Allí vió Jack, profundamente grabada en el centro de uno de los viejos y grandes ladrillos que formaban el muro de mampostería, una estrella de cinco puntas.

—A esa estrella es a la que se refiere la clave del rubí. No tendría absolutamente nada de extraño que el tesoro se hallase escondido detrás del ladrillo que tiene la estrella! — agregó Dick triunfalmente.

—¡Mi queridísimo compañero Dick! ¡Amigo de mi alma! ¡Estoy seguro de que has dado con la solución! — gritó Jack loco de contento — Pero sea como sea, necesitamos una barra de hierro.

Allí, detrás del muro de la chimenea estaba oculto el tesoro, tantos años perdido y que John Heriot había comprado al comprar la vieja casa, pero que no había logrado contemplar jamás.

Pero al menos su deseo de que el tesoro llegase algún día a poder de su sobrino George se habría cumplido aquella noche.

Quitaron con cuidado los ladrillos que formaban la pared y allí, en su seguro escondrijo, hallaron las joyas y el dinero del viejo marques francés que, junto con todos los de su familia había perecido en los trágicos días de la Revolución.

—¡Dios mío! — exclamó Jack. — ¡Pero si esto es como si hubieramos desvalijado la cueva de Aladino mientras el genio estaba vuelto de espaldas!

Un collar de brillantes, que habría brillado alguna vez en el cuello de una reina, piedras preciosas de todas clases arrancadas de sus lugares antes de que el marqués huyera a Inglaterra, lucían reverberando con todos los colores del arco iris y formaban un montón que valía una fortuna enorme.

Portador de la noticia del hallazgo, George corrió escaleras arriba alegre como un muchacho.

—¡Mire, Vi, mire! — y arrojó como una catarata, sobre el lecho, un montón de relucientes piedras preciosas que brillaron ante sus maravillados ojos. — ¡Usted pensaba que iba a casarse con un pobre!... ¡Con todo esto podremos pasar una agradable luna de miel!

Jack y el señor Desmond habían seguido a George a la habitación, el primero con todo el aspecto de un negrito, con la cara cubierta de hollín

En aquel mismo momento desde el piso bajo llegó el ladrar furioso de dos perros. Peter y el perro de Harland había acudido a la puerta de entrada y al hallarla cerrada ladraban para que abrieran.

Un instante después Dick subió a toda prisa la escalera. Estaba pálido y tembloroso cuando se unió al pequeño grupo.

—Señor, ¿puedo hablar con usted un momento? — preguntó a George con voz jadeante.

Cuando George salió de la habitación el muchacho dijo muy emocionado en voz baja:

—Yo no quería asustar a la señorita Vi, pero creo que Hubert Mansell ronda esta casa. Vi una cara que miraba por la ventana, en la oscuridad, precisamente un momento antes de que los perros acudieran a la puerta gruñendo y ladrando. ¡Aquella cara era la cara de Hubert Mansell!

Hubert Mansell rondando la casa.

¡El demente que había incendiado la casa donde dejó prisionera a Violet!

George frunció el ceño. Sin decir una sola palabra descendió rápidamente la escalera, dirigiéndose al hall.

Con todo cuidado descorrió el cerrojo de la puerta de entrada y luego la abrió de golpe. Los dos perros salieron corriendo, ladrando, y fueron hasta el porton, deteniéndose allí como si no siguiera la pista

Pasado un momento George los llamó y cerró nuevamente la puerta.

Pero se notaba en su rostro una expresión de ansiedad. Si aquel hombre, — desesperado y puesto entre la espada y la pared,— se hallaba todavía en los alrededores de Lonemoor, ¿qué nuevo crimen, qué nuevo atentado estaría planeando, aconsejado por su odio y por su ardiente deseo de venganza?

ACORRALADO

George fué, a la mañana siguiente, a la policía a dar aviso de que el hombre a quien se buscaba como autor de la muerte de Purvis había sido visto cerca de Lonemoor y se convino que una pareja de agentes de policía, vestidos de particular, vigilara noche y día en torno de la casa por si el hombre buscado se presentaba de nuevo.

Pero pasaron tres días y no se le vió por ninguna parte.

La cuarta mañana recibió George Heriot una carta que le emocionó mucho. Procedía de un sacerdote del barrio East End de Londres. Decía así:

"Estimador señor: Una mujer de mi parroquia, la esposa de un saltimbanqui llamado Rufus Trant, el cual según se me ha dicho, usted conoció, se halla moribunda. Desea verle a usted antes de morir pues dice que tiene que comunicarle algo de la mayor importancia. Le escribo a usted a su pedido. Si le es a usted posible acudir a ver a esa pobre mujer no pierda tiempo. ¡Poco permanecerá en este mundo!".

¿Qué podría ser eso "de la mayor importancia" que la viuda de Rufus Trant quería comunicarle? ¿Sería algo sobre los dos muchachos. Una vez muerto Purvis sin haber divulgado lo que sabía, era probable que aquella mujer fuera la única capaz de decir quien era el hijo de John Heriot, si era Jack o era Dick.

—Voy a salir hoy mismo, — dijo George cuando hubo leído la apremiante misiva.

Había pensado en hacer un viaje a Londres para continuar la venta de parte de las piedras preciosas y la custodia de las restantes, que no consideraba seguras en la casa de Lonemoor. Aquella carta decidióle inmediatamente.

Jack le llevó en el automóvil hasta el empalme del ferrocarril en cuanto se hubo desayunado.

Vi estaba mucho mejor. Su indisposición obligó no obstante a posponer la fecha de la boda. Pero ésta debía efectuarse lo más pronto posible. Después pasarían una larga luna de miel en el extranjero y George esperaba que la salud de Vi se restableciera por completo durante el viaje.

Los días iban acortándose así que a las siete ya era casi de noche por aquel entonces.

Dick había ido al correo con algunas cartas — el buzón estaba a media milla de la casa, — acompañado por los dos perros. Jack estaba conversando con Vi.

—¡Cómo extraña uno la ausencia del señor George! ¿No es verdad? — decía. — Me gustaría que volviese mañana mismo.

Jack oyó la voz del señor Desmond que le llamaba desde otra habitación.

—¿Ha ido Dick al correo? — preguntó.

—Sí. Pero si tiene usted alguna carta que echar en el buzón, yo la llevaré.

—Gracias, Jack. Te lo agradeceré mucho.

Jack se puso la gorra y salió con la carta. Ya era casi de noche. Esperaba cruzarse con Dick en el camino pero llegó al buzón sin ver a su amigo.

—Espero que se habrá adelantado algo más para hacer correr a los perros. Adelantaré yo también hasta encontrarle — díjose el muchacho.

De pronto oyó Jack el ruido de unas ramas que se agitaban y se volvió rápidamente. Tuvo tiempo para ver una silueta que saltaba de detrás de un cerco de arbustos y para oir una risa maligna.

Antes de que el muchacho pudiera huir o intentara defenderse se encontró dominado por su asaltante al que, con el temor correspondiente reconoció en seguida: ¡era Hubert Mansell!

—¡Así que al fin te he pescado! — dijo el hombre con los dientes apretados y los ojos brillando triunfadores. — ¡Al fin tengo en mi poder al que ha subvertido todos mis planes! ¡Ya juré que algún día te pescaría y ahora te tengo en mi poder!

Jack luchó desesperado y gritó pidiendo socorro. Pero el viento se llevaba su voz. El camino estaba solitario. Se hallaban lejos de toda habitación y el muchacho nada podía hacer en poder de aquel hombre al que la furia debía doblar las fuerzas.

Hubert Mansell lanzó una horrible carcajada burlona.

—¡Grita! ¡Grita! ¡De poco te han de servir tus gritos!

Con ambas manos oprimió el cuello del muchacho.

Jack sintió que era en vano luchar, que su último momento se hallaba cercano... Y así hubiera sido si su último grito no hubiese sido oído.

Dick regresaba por el camino cuando aquel horrible grito pidiendo socorro llegó a sus oídos. Estaba solo. Los dos perros se habían separado de él y corrían tras los conejos en el campo cercano.

—¡Peter! ¡Peter! — gritó Dick desesperado en cuanto vió de qué se trataba.

Había reconocido la voz de Jack en la oscuridad antes de ver lo que sucedía.

Por un momento, estremeciéndose al oír el grito de Dick, Hubert Mansell medio soltó a su prisionero y Jack aprovechó el instante de alivio para respirar de nuevo a sus anchas.

Dick corrió en auxilio de su compañero con decisión y valor arrojándose sobre el que asaltaba a Jack.

Aquel, abandonando por un momento a Jack, volvióse hacia Dick.

Un instante después estaba Dick en el suelo y el hombre arrodillado sobre él mientras su mano le oprimía cruelmente el cuello.

Jack trató de ir en auxilio de Dick, pero se encontraba mareado y débil.

—¡Peter! ¡Peter! — gritó desesperado.

Y casi había acabado de gritar cuando dos cuadrúpedos aparecieron en el camino.

El perro de Harland gulaba, César había olido de lejos a su enemigo.

Un bulto oscuro saltó hacia el hombre. Hubert Mansell atemorizado, había visto como se acercaba el perro y soltando a Dick, que estaba medio desmayado, habíase puesto de pie, procurando huir.

Pero ya era tarde. El perro a quien había maltratado se echó sobre él de un saltó y le arrojó al suelo gruñendo furioso cuando Mansell quería pegarle.

Fué Hubert Mansell el que a su vez tuvo que pedir socorro, dominado por el miedo. Jack, tratando de serenarse, pero muy maltrecho, trató de llamar al perro. Un hombre a caballo que se acercó por el camino, atraído sin duda por los gritos y ladridos, se apeó y ayudó a Jack a arrancar al perro furioso de encima de Mansell, en el momento en que ya iba a clavarle los colmillos

El recien llegado resultó ser uno de los policías a caballo de aquella zona.

—¿Es suyo ese perro? — preguntó a Jack. — Es un animal muy peligroso. No sé como no ha dado muerte a ese hombre — E indicó a Hubert Mansell, que estaba desmayado, tendido en el camino.

Jack, todavía algo mareado, se inclinó y acarició al perro.

—No crea que merezca mucha misericordia ese tipo, — dijo mirando al que estaba en el suelo. — Este perro vale doce veces más que él, puede creerlo. Ese hombre estaba tratando de matarme a mi y a mi compañero, cuando llegaron nuestros perros. ¿Cree usted que hicieron mal en defendernos? ¡Ah! Y ese tipo es Hubert Mansell, al que busca la autoridad como autor de un homicidio.

—¡Hubert Mansell! — exclamó el policía de a caballo, impresionado. — ¿Está usted seguro?

—No tengo aquí su fe de bautismo, — dijo secamente Jack, disgustado por lo que el hombre había dicho sobre el perro, — pero puede usted apostar lo que quiera a que es él en persona.

Cuando George volvió a Lonemoor al siguiente día se enteró de que Hubert Mansell había sido arrestado la noche anterior gracias a los dos muchachos o mejor dicho a César, pero el pillo no debía comparecer ante la justicia jamás.

Después de su detención, el hombre había logrado tomar un veneno, que sin duda llevaba oculto, y había muerto en su celda.

George había traído noticias de Londres. La moribunda mujer de Rufus Trant le había proporcionado pruebas que ponían en claro el secreto sobre el perdido heredero de John Heriot, una vez por todas.

Jack era el niño que Hubert Mansell había robado y sin duda el mensaje que Rufus Trant trazó al morir en la arena lo hubiera dicho si las olas no hubiesen borrado parte de lo escrito.

Probablemente la afirmación del telegrama de Purvis de que era Dick el heredero fué una mentira, debida al odio que Purvis tenía a Jack.

La viuda del saltimbanqui había solucionado todas las dudas definitivamente.

Su manifestación verbal y las pruebas que dió, permitirían a Jack ocupar su puesto como único heredero de los bienes dejados por John Heriot. Y así quedó legalmente establecido.

Poco tiempo después de la muerte de Hubert Mansell, George Heriot y Violet Desmond se casaron.

Decidieron no volver a Lonemoor después de su viaje de novios. La vieja casa y sus inmediaciones estaban unidas a demasiados recuerdos tristes para que pudiera resultarles grata su permanencia allí.

A Martín se le asignó una espléndida pensión. George podía mostrarse generoso, pues fué mucho el producto de la venta de las piedras preciosas.

Bate, aun cuando no se había conducido bien algunas ocasiones, había contribuído al hallazgo del tesoro y no se le negó una participación.

Olvidando lo que el hombre había sido, George recordaba que llegado el momento se volvió contra el asesino en defensa de Vi.

Jack y su querida madre viven en la casa de Lanceford, la casa de donde fué raptado niño y a la que volvió cuando ya habían pasado ocho años. Con ellos está Dick, a quien la señora Gertrude Heriot mira como otro hijo.

Con ellos pasan frecuentes temporadas George y su bella esposa. Porque, como siempre lo dicen, se siente muy felices cuando se hallan con sus mejores amigos: Jack y Dick, en un tiempo los dos pobres niños sin amigos en el mundo.

FIN

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana . . . . $ 0.20
„ atrasado . . . „ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números) . . . . . „ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números) . . . . . „ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números) . . . . . „ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año) $ 9.00
Otros países . . . . „ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

Anécdotas

UNO de los principales oficiales de la corte de Carlos V poseía una casa muy hermosa y de gran capacidad. El rey la visitó un día y ¡cuál no fué su asombro al ver el pequeño espacio destinado a la cocina y lo poco provista que se hallaba la despensa!

—Señor — le dijo el dueño — mi cocina pequeña y mi comida frugal han hecho grande mi casa.

EL INDIO Y LA ESCRITURA

POCOS ven algo maravilloso en el arte de escribir; sin embargo, es uno de los más curiosos y útiles inventos del mundo; y, naturalmente, por estar familiarizados con él, hemos cesado de hallarlo extraordinario; pero a las personas ignorantes les parece una especie de magia.

Sus efectos cuando son vistos por primera vez les asombran y confunden, y un ejemplo de esta aseveración lo da el señor M., en su relación de los isleños del mar del Sur.

Estaba edificando una iglesia para los naturales, y un día había ido al trabajo sin su escuadra. Deseando tenerla, escribió con ese motivo sobre una astilla, con un pedazo de carbón, y dándosela a un cacique que estaba cerca de él:

—Amigo mío, — le dijo, — lleva esto a mi casa y entrégalo a la señora.

—¿Llevar eso? — le replicó el cacique, con una mirada de gran sorpresa. — Me llamará loco si le llevo una astilla.

—No, no lo hará — dijo el señor M. — Llévala inmediatamente.

Viendo que el señor M. estaba serio, tomó la astilla, pero preguntó:

—¿Qué debo decir?

—No tienes que decir nada; la astilla dirá todo lo que quiero.

Con mirada de sorpresa y desprecio alzó el pedazo de madera y dijo:

—¿Cómo puede esto hablar? ¿Tiene, acaso boca?

Al llegar a la casa, dió la astilla a la señora de M. quien la leyó, la arrojó y se fué a buscar la escuadra.

Al recibirla, el cacique le preguntó:

—¿Cómo sabía usted que eso era lo que el señor M. necesitaba?

—¿No me trajiste en este momento una astilla?

—Sí — dijo el cacique, asombrado; — pero no la oí decir nada.

—Si tú no oiste, yo sí — fué la contestación.

Entonces el cacique salió de la casa y, llevando el maravilloso pedazo de madera, corrió por el establecimiento con ella en una mano y la escuadra en la otra, gritando:

—Vean la sabiduría de esta gente inglesa: puede hacer hablar a las astillas.

El señor M. le dió toda la explicación posible; pero el asunto aparecía todavía tan misterioso para el pobre indio que ató una cuerda a la astilla, la colgó alrededor de su cuello y la llevó así durante algún tiempo.

EL HONOR

HABIENDO sido solicitado el marqués de Pescara por los príncipes de Italia para que abandonara la causa española, a la que le ligaba su honor, su noble esposa, Victoria Colonna, le escribió en estos términos para recordarle su deber: "Acordaos de vuestro honor, que os eleva sobre la fortuna y sobre los reyes; únicamente por eso, y no por el esplendor de los títulos, se adquiere la gloria, esa gloria que tendréis la dicha y el orgullo de llegar sin mancha a vuestra posteridad". Tal era el punto elevado desde donde esa mujer veía el honor de su marido, y cuando cayó él en el campo de batalla de Pavía, aunque era joven y bella, y solicitada por numerosos admiradores, se retiró a la soledad para llorar la pérdida de su esposo y celebrar sus hechos.

Entre otros hombres célebres, Ariosto y Miguel Angel, le consagraron su inspiración y su genio.

UN NOMBRE POR OTRO

LA princesa de Talleyrand, esposa del célebre diplomático, era ingenua como su marido. Un día, en 1802, Talleyrand, entonces ministro de Relaciones Exteriores, le dijo:

—Mira, hoy he invitado a comer a un célebre escritor, Mr. Denón, a quien profeso singular amistad; acaba de publicar un interesante libro de viajes, cuyos ejemplares arrebata el público, y el cual está ilustrado con infinidad de grabados. Te suplico recorras el libro y hables de él durante la comida.

La señora prometió leer el libro; pero al llegar a la biblioteca se olvidó del título de la obra y el nombre del autor.

—Deseo — dijo al bibliotecario — un libro de viajes, ilustrado y que todo el mundo lee; no me acuerdo de quién es, pero la obra es célebre... Esperad, creo que acaba en "ón".

—Ya sé lo que desea la señora — dijo el bibliotecario. — En efecto, todo el mundo conoce los viajes de que habláis... Aquí tenéis un ejemplar.

Llegada la hora del banquete, la señora de Talleyrand colmó de atenciones al invitado, acabando por felicitarlo por el éxito de su obra.

—No he visto libro más entretenido que el vuestro. ¡Cuánto habréis sufrido en esa isla desierta!...

El escritor la miró sorprendido.

—¡Pero lo que me admira más que nada es cómo habéis cocinado solo y habéis hecho vuestros vestidos!

La admiración de Mr. Denón crecía por momentos, pues sus viajes se habían limitado a Egipto.

—Y más admirable el modo con que enseñasteis a hablar a la cotorra.

Una carcajada general acogió estas palabras.

Madame Talleyrand había leído, en vez del libro de Mr. Denón, "Las aventuras de Robinsón Crusoe".

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBECK

KAMACUÁ, EL HOMBRE DE LA MIRADA HIPNOTICA, QUE MANEJA COMO TITERES A MUCHOS HOMBRES, ENTRE LOS CUALES SE CUENTA EL MULTIMILLONARIO MENEGA, A QUIEN EL DETECTIVE TOM DIC HA RESUELTO SALVAR DE SU MALEFICA INFLUENCIA

¡PI! ¡PI! ¡PI! SOY UN PICHON DE GORRION ¡PI! ¡PI!

ESTA TODAVIA BAJO EL DOMINIO DE UN HIPNOTIZADOR. TENGO QUE DESCUBRIRLO

EL DETECTIVE ESTA VIGILANDO AL Sr. MENEGA

AVISALE AL Sr. TOM DI QUE HE VISTO A UN T PO RARO EN EL BOSQU

¿POR DONDE SE FUE?

VENGA; YO LE VOY A INDICAR EL CAMINO

NO SE; ES PIC-PON QUIEN LO VIO

¡OIGO UN SILBIDO RARO!

Ssss...

AQUI VEO HUELLAS SOSPECHOSAS. ESPEREN UN MOMENTO

¡ES TREMENDO T O M DIC!

NO HAY OTRO DETECTIVE MEJOR EN EL MUNDO. PERO... ¿QUE SUCEDE?

¿QUIEN ES USTED? ¡NO ME MIRE ASI!

ESTAS BAJO MI DOMINIO ERES U N A LI BRE. ¡CORRE

¡JUI! ¡JUA! ¡JUI! ¡JUI!

¡JA! ¡JA! AHORA PODRE S GUIR MI OBRA. EL DETECT VE TOM D ESTA D MINA

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.